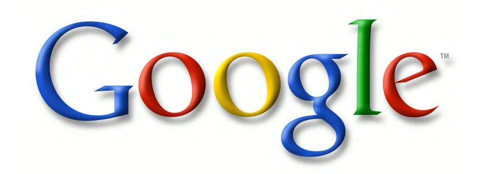
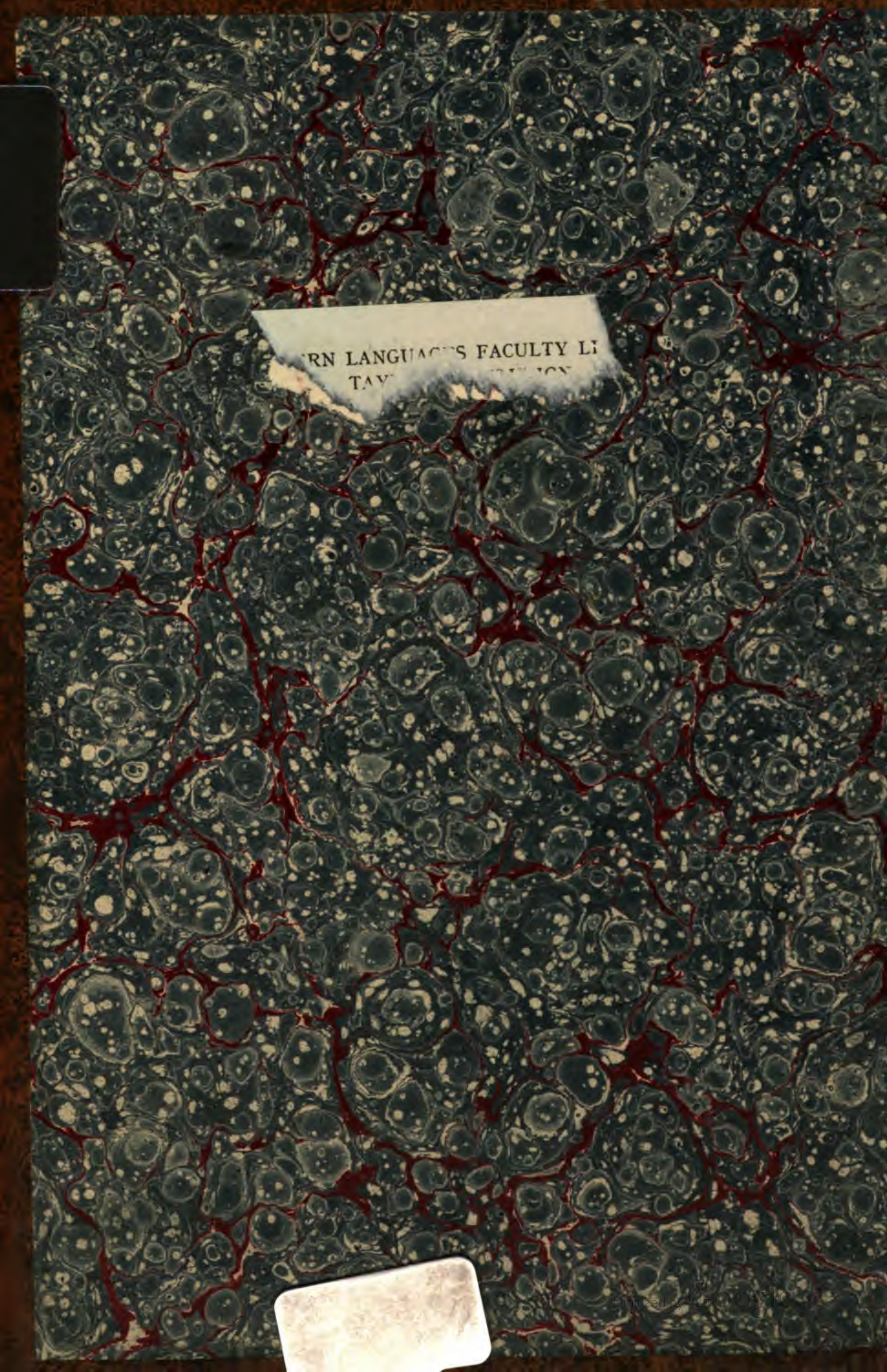






RN LANGUAGES FACULTY LI





BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

ESCRITORES DEL SIGLO XVI.

TOMO PRIMERO.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE.
FRAY HERNANDO DE ZARATE.



MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DE LA MADERA, 8.

1862

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

OBRAS

DEL

BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

JUICIOS CRITICOS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

VIDA Y JUICIO CRITICO DEL VENERABLE PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

Cuentan de Gonzalo de Yepes que, estando de paso en Hontiveros para la villa de Medina, acertó á ver una jóven de singular recato y hermosura, por nombre Catalina Alvarez, de la cual quedó por momentos tan enamorado, que, sin ser parte las muchas y poderosas razones que en contra de su proyecto se ofrecian, resolvió pedirla en matrimonio y no salió del pueblo sin haberla desposado. Atrájose con este hecho el desprecio y la cólera de sus padres y parientes, que fundaban en él mayores esperanzas; mas ni aun así pudo arrepentirse nunca de su pensamiento, que fué de dia en dia para él una inagotable fuente de paz y de ventura. Olvidó los dulces recuerdos de Yepes, su patria; la suntuosa grandeza de Toledo, donde habia vivido en la abundancia muchos años; la agitacion de la próxima Medina del Campo, tan justamente celebrada por sus ricas ferias; y á poco prefirió á todo la sosegada villa de su esposa, donde solo el trabajo de sus manos podia procurarle lo necesario para su existencia. Tuvo de su amada Catalina tres hijos varones, uno de ellos Juan, que es el que ha de ser objeto de esta ligerísima reseña.

Era aun muy niño Juan de Yepes, cuando pasó á Medina con su desgraciada madre, que, hallándose viuda y falta de recursos, creyó poder vivir y educar con mas facilidad á sus hijos en una villa donde afluian tantos y tan ricos forasteros, atraidos por la actividad de un tráfico incesante. Simpático, dulce, extremadamente benévolo con todos los que le rodeaban, no tardó en dejar ver que habia nacido solo para el ejercicio de esa caridad santa y sublime que sube concentrada hasta el seno de Dios, y baja, distribuida en rayos, á todas las criaturas. No tenia aun bien desarrollada su razon, y hablaba ya de Jesucristo y de la Vírgen con una uncion que conmovia y arrebataba hasta á su madre y sus hermanos; no contaba aun cinco años, é imploraba ya en todos sus actos el favor de esos seres celestiales. «Un dia, referia mas tarde él mismo, estaba junto á un pozo sin brocal con otros niños. Caí en el calor del juego dentro del pozo, y obtuve el auxilio de la Vírgen. Se me apareció, me dió la mano y me sostuvo sobre las aguas hasta que vinieron por mí los que tuvieron noticia de mi desventura por mis asustados compañeros. Temprano, muy temprano le debí yo á la Vírgen todo el amor de que es capaz mi alma.»

Queria su madre, al verle mozo, consagrarle á la ciencia; mas, sola y sin mas renta que la de sus brazos, tenia apenas con qué mantenerle, cuanto menos con qué instruirle. Habló por él á un caballero de rara virtud que habia á la sazon en Medina, procuró interesarle pintándole la docilidad de su hijo, le suplicó, le instó, y alcanzó por fin la realizacion de sus deseos, logrando que le tomara bajo su proteccion y le hiciera estudiar humanidades. Era precisamente este caballero, llamado Alonso Alvarez de Toledo, hombre de tanta piedad y de tan ardiente celo por la causa

de los pobres, que, llegando á considerar como injustamente poseidas las riquezas de que no se hacia partícipes á los que vivian en la escasez y en la miseria, se habia retirado con ellas á un hospital, donde las consagraba con su persona á acallar la voz del dolor y aliviar todo género de padecimientos. Prendóse JUAN de tanta y tan singular caridad, se entusiasmó, se enfervorizó, trabajó por vencer en abnegacion á su mismo patrono, y se granjeó pronto la mayor ternura y el mayor cariño. No fueron á poco los dos cristianos protegido y protector: fueron padre é hijo, fueron una sola persona, fueron dos cuerpos y un alma, fueron un mismo amor, fueron una misma vida. No proponia el uno sacrificio que el otro no aceptase, no sufria el uno que el otro no sintiese lacerado su corazon ni rociase con sus lágrimas las heridas abiertas por la mano de Dios ó la ingratitud del mundo. Los pobres los miraban á uno y á otro como ángeles bajados del cielo para suavizar sus horas de amargura; y no bien sentian el estertor de la agonía, cuando deseaban solo verles, sentir su mano sobre la frente, exhalar en sus brazos los últimos suspiros.

Dedicaba JUAN los escasos ratos de ocio que le dejaba el cuidado de los enfermos á la oracion y el estudio. Dirigia, sobre todo, sus preces á la Vírgen. ¡Con qué fervor le hablaba! Con qué inefable suavidad volvia hácia ella sus humedecidos ojos! Estaba un dia de rodillas ante una imágen, cuando de repente creyó que la oia algunas palabras y le llamaba á ejercer las duras reglas de la órden del Cármen bajo las bóvedas del claustro. Se levantó como inspirado, juró renunciar para en adelante al mundo, y «os obedeceré, exclamó, depondré en vuestras aras mi voluntad, mi porvenir, mi vida». Arrobado, extático, fuera de sí, corrió luego á los brazos de Alonso Alvarez, para comunicarle su vision y sus intentos: le manifestó cuán incompatible era ya el amor que le tenia con el que debia al cielo, le rogó con el mayor interés que favoreciera sus deseos, le movió con rendidas súplicas á que se prestase él mismo á levantar entre los dos los muros de un convento. «Voy á dejaros, le dijo, mas no por otro hombre, sino por nuestra comun reina y soberana, por la Vírgen, por esa Vírgen sin mancilla, tesoro de todo amor, manantial de toda belleza, luz pura de todo espíritu que desea encontrar el camino de la perfeccion entre las tinieblas de la vida. Habeis sido para mí un padre; sedlo desde ahora para mi pobre madre y para mis hermanos: yo no tengo ya mas padre que Dios, mas madre que María, mas hermanos que los que han sabido aguardar entre la oracion y la penitencia la callada sombra de la muerte.»

Satisfizo su vocacion, entrando en el convento de carmelitas de la misma villa de Medina, donde pasó el noviciado, dedicándose con tanto ardor al estudio de la filosofía y mezclando con tan acendrada virtud una aplicacion tan constante é infatigable, que la comunidad no cesaba de aplaudirle ni de mirarle como una de las futuras lumbreras de una órden que habia entrado ya en su período de decadencia y amenazaba llegar á una completa ruina. Impuso, cautivó, y fue enviado poco después de su profesion al colegio que tenian los mismos carmelitas en la universidad de Salamanca, donde cursó teología, no solo satisfaciendo, sino hasta excediendo las esperanzas de sus maestros. Resolvió con una claridad de juicio que parecia increible las mas altas y difíciles cuestiones; comprendió todo el valor de los principios sobre que descansaban los conocimientos de su época, y dedujo una por una hasta las mas remotas consecuencias; distinguió con admirable precision los elementos generadores de los elementos secundarios, y dominó la ciencia, abarcándola en su unidad y en su conjunto. Tanto talento, tan rápidos progresos, tanta fuerza de intuicion y de estudio bastaban ya para atraerle la admiracion y el respeto de sus condiscípulos; pero ¡cuánto mas no habian de atraérselos todas estas prendas, acompañadas de una conducta ejemplar, de una severidad de costumbres casi exagerada, de una abnegacion y una humildad que rayaban en heroismo! No se contentó, en punto á virtud, con ser el primero entre los correligionarios de su siglo; evocó las sombras de los primeros fundadores y se los propuso por modelo. Excitó en su favor un verdadero entusiasmo, y á la verdad, para las ideas de aquellos tiempos, nada inmerecido.

Regresó á Medina después de concluidos sus estudios; mas no ya con ánimo de permanecer en el convento, sino con el de trocar su órden por la de San Bruno y trasladarse á una cartuja. Enemigo decidido del mundo, con el cual apenas le unia lazo alguno, hubiera realizado á no tardar su nuevo pensamiento, si una circunstancia imprevista no hubiera venido á abrirle dentro del círculo de su mismo instituto un campo en que pudiese ejercitar ampliamente las fuerzas de su espíritu y encontrar los trabajos que para mayor mortificacion de su cuerpo y honra de Dios buscaba. Vivia por aquel tiempo en Avila, ciudad no muy apartada de Medina, una mujer de gran corazon y elevado entendimiento, que, además de profesar la misma órden, ardia en el mis-



mo amor á Jesucristo y procuraba, para tambien hallarle, seguir el camino de la penitencia. Habia observado esta singular mujer, en los años que llevaba de profesion, que no solo dejaban de guardarse con el debido rigor las reglas prescritas por los fundadores, sino que hasta eran tenidas en menosprecio y buscados con un afan punible el lujo y el regalo. Violo con malos ojos, no pudo en su conciencia pasar por tanta degradacion, y concibió el plan de una reforma, que llevó á cabo con una firmeza de carácter poco comun en una mujer, á quien de ordinario turban los mas ligeros contratiempos. Propúsose nada menos que restituir á su primitiva pureza, no ya simplemente la disciplina seguida en su convento, sino tambien hasta la seguida por todos los monjes y frailes de la órden: cosa tan erizada de dificultades que parece hasta imposible que haya cabido en pensamiento de mujer el intentarla. Necesitaba para empezar con algun éxito su obra, como no podia menos de comprender en su buen juicio, de varones que secundasen lealmente sus esfuerzos; así que apenas oyó hablar de JUAN, cuya fama iba ya extendiéndose fuera del estrecho recinto de la universidad de Salamanca, pasó á Medina con objeto de comunicarle su proyecto é interesarle en favor de la reforma.

Era esa extraordinaria mujer la misma que hoy venera la Iglesia con el nombre de santa Teresa de Jesus. Violo JUAN DE YEPES, la oyó, y se sintió lleno de nuevo fervor y generoso aliento. Insistió al pronto en la idea de pasar á una cartuja; mas luego, temiendo que no pereciese en flor tan bello pensamiento, «disponed de mi inutilidad, dijo á la Santa; reconozco en vos la imágen de esa Vírgen á quien tanto adoro, y estoy resuelto á compartir con vos las fatigas y peligros que tan de cerca os amenazan. Sí, nuestra órden está viciada: la soledad, la penitencia, la oracion no es lo que mas reina en nuestros claustros. Restaurarla, volverla á los hermosos dias de nuestros fundadores, ¿qué puede haber ya que mejor parezca á los ojos del Señor ni á los de su santa Madre? ¿Quién puede, por otra parte, haberos inspirado tan sublime idea sino la misma Vírgen? Seguid y no desmayeis jamás; soy vuestro siervo, y aguardo ya con impaciencia vuestras órdenes.»

Tenian los dos talento y fe: no tardaron en comprenderse ni en estar animados de unos mismos deseos y unos mismos sentimientos. Se unieron, se identificaron, constituyeron los dos un solo ser consagrado por entero á la virtud y al sacrificio. ¡Qué de sábias y fervorosas pláticas no tuvieron en adelante lugar entre esas dos almas, apenas manchadas por los impuros hálitos del mundo! Cuéntase que se comunicaban los pensamientos mas recónditos, que se hablaban siempre con la misma uncion y se dirigian mutuamente palabras de consuelo. Conversaban no pocas veces sobre asuntos teológicos; ¡ay! exclaman al referirlo sus cronistas, ¡quién pudiera entonces oirlos, iluminados ambos por rayos de pura luz, que bajaban desde el empíreo á circundar su frente! Ocupábanse un dia en el misterio de la Trinidad, y entraron los dos en éxtasis. ¡Qué cuadro! La Santa estaba arrobada y llena de claridad celeste; JUAN á la otra parte de la reja del locutorio como despojado de ese manto carnal que encarcelaba su alma.

Empezó JUAN DE YEPES sus trabajos para la reforma de su órden el dia 30 de noviembre de 1568, en que llegó al convento de Duruelo. Conocidos ya en este claustro, por los nuevos monjes que iban á constituirlo, su acendrada virtud y claro ingenio, no solo fué recibido con deferencia, fué acogido con entusiasmo y con respeto. Habló á la comunidad, puso en contraste los vicios de los presentes con la caridad y abnegacion de los que establecieron la Orden, y manifestó la necesidad de volver al rigor de aquellos primeros tiempos, si no se pretendia que viniesen á ser al fin moradas de placer las que fueron fundadas para castigar la carne por medio de tormentos. Descalzó al punto sus piés, buscó la celda mas solitaria y triste, oró, ayunó, laceró su cuerpo, elevóse, á fuerza de depurar su alma, hasta el trono de Dios, y movió á casi todos los correligionarios que con él vivian á que dejaran un camino por donde podian caminar, sin sentirlo, á la perpetua noche del espíritu. Mostróles á todos una fe sin límites, una esperanza inconsumible, una caridad tan ardiente, que parecia estar de continuo investigando los dolores ajenos para cargarlos sobre sus hombros y hacerse con aquello mas agradable al cielo. No descansaba ni de noche ni de dia: cuando no le ocupaba la oracion, le embargaba la contemplacion de lo divino; cuando ni la oracion ni la contemplacion, la vigilancia sobre sus subordinados; cuando no la vigilancia de sus subordinados, el estudio. Leia, escribia, platicaba, oia, resolvia: prestaba á todo atencion menos á su bienestar y á su reposo.

Los frailes de Duruelo estaban poco menos que absortos; no comprendian la infatigable actividad de aquel espíritu. Era JUAN DE YEPES, á quien llamarémos ya JUAN DE LA CRUZ por no llevar otro nombre desde que fué profeso, bajo de estatura, delgado de cuerpo, pálido de rostro, débil

de constitucion, enfermizo al parecer, endeble; y se admiraban, como no podian menos de admirarse, de que fuese capaz de resistir tanta fatiga. Veíanlo, sin embargo, y se animaban á imitarle; tanto, que á la vuelta de meses no parecia ya aquella comunidad sino identificada con su pensamiento y el de santa Teresa. Hicieron mas que aceptar la reforma: la llevaron hasta donde podia ser llevada, la llevaron hasta donde no se atrevian á esperar ni los mismos que la propusieran.

Visto el buen éxito obtenido en Duruelo, creció hasta tal punto el fervor de Juan de La Cruz en llevar á cabo la reforma, que no empleaba ya meses, sino dias, para restituir en muchos conventos á su primitiva pureza la regla de la Orden. Trasladóse de Duruelo á Pastrana, de Pastrana á Alcalá, y de Alcalá al reino de Granada, donde consumió en la empresa los años mas importantes de su vida. Atraíase generalmente los ánimos con lo irreprensible de su conducta y la eficacia de su palabra; mas no por esto dejó de sufrir disgustos y hallar dificultades que hubiesen bastado á quebrantar voluntades poco menos firmes que la suya. Alzábase contra él, aquí la envidia y el orgullo de los que mas se creian adelantados en la ciencia, allí el egoismo de los que habian sabido hacerse suya una comunidad y temian perder una influencia que les proporcionaba autoridad y honores, mas allá la ignorancia y la estupidez producidas por la falta de ejercicios intelectuales, casi en todas partes el sensualismo y los vicios que habia ido desarrollando la sucesiva relajacion de la antigua disciplina. Acusábasele por algunos de fanático, menospreciábasele por otros á causa de su humilde figura y su mas sencillo porte, echábasele en cara por muchos que no conocia el mundo, cuando se proponia rejuvenecer lo ya caduco, reprendíasele por no pocos la inoportuna austeridad que afectaba en su trato y sus costumbres. La historia nos enseña cuánta sangre y sacrificios ha costado introducir en la humanidad cualquier clase de reformas; la mas sencilla ha traido consigo discordias, guerras encarnizadas, anarquía, crímenes funestos, cadalsos que han devorado generaciones, años y hasta siglos de horrores y padecimientos. Se han armado de todas armas los intereses amenazados, y han provocado combates, donde hemos visto levantarse triunfantes la crueldad y la perfidia; pueblos enteros, sumidos en la esclavitud y la miseria, han obedecido ciegamente á la voz de sus dueños y peleado contra los mismos que intentaban quizás romper sus hierros; las leyes, la ciencia tradicional, la religion, los hábitos de siglos han protestado á la vez contra los innovadores y los han condenado á los tormentos y á la muerte, cuando no han creido suficiente para combatirlos el sarcasmo ni el desprecio. ¡Ah! Es triste deber confesarlo, pero cierto: la humanidad, á pesar de su ley de progreso, tiene en sí una fuerza de inercia que solo pueden contrastar espectáculos sangrientos, hombres que se extienden con calma sobre el lecho del dolor y del martirio, sectas que arrostran impávidas los mas violentos sacrificios, pueblos que se arrojan indefensos contra las espadas de sus enemigos por sostener lo que el mundo llama, tal vez con desden, una quimera. La reforma de la órden del Cármen no debia alcanzar sino un determinado número de comunidades incapaces de apelar á la fuerza de las armas; mas era reforma, y bastaba para suscitar discordias. Desencadenáronse tambien en algunos puntos las pasiones; hubo parcialidades y bandos, hubo choques, y no siempre la virtud ni la razon pudieron cantar victoria. ¡Qué de veces no fueron empleados contra nuestro reformista el epigrama y la sátira! ¡Qué de veces no cayó sobre su frente el velo infernal de la calumnia! Sus mas inocentes acciones eran á menudo juzgadas con severidad y acrimonia, sus mas claras palabras eran viciosa é infamemente interpretadas.

Juan de La Cruz no contestaba á sus detractores sino con la imperturbable serenidad de su espíritu y su infatigable constancia en seguir el camino de la verdad y la justicia. En lugar de recomendarse á sí, hablaba de la Vírgen, del cielo, del Dios que le inspiraba; en lugar de hacerse cargo de las injurias que recibia, hablaba de lo agradables que se hacian á los ojos del Señor los que, abjurando sus comodidades, recordaban la mística conducta de los fundadores y aceptaban el pensamiento de la Santa. Lleno de la importancia de su empresa, no procuraba sino encender en cada corazon un rayo de fe, en cada pecho una esperanza. «El alma, decia, está abatida y triste cuando atendemos solo al cuerpo; el vapor de los placeres la mancha y la confunde. Castigad el cuerpo y sentiréis el espíritu serenado y puro. Atravesaréis en sus alas el espacio y llegaréis al cielo. El manto que os encubre tantos misterios se rasgará á vuestros ojos, y comprenderéis lo que no habeis nunca comprendido; la Divinidad no será ya para vosotros un enigma. Gozaréis anticipadamente del paraíso, y cuando volvais las miradas á este bajo y miserable suelo, sabréis despreciar lo que tal vez amais ahora desde lo mas íntimo del alma. ¿Para qué quisisteis, además, dejar vuestros hogares y penetrar en las tristes y sepulcrales losas de este claustro? No bastan

las paredes del convento para separaros del mundo; estaréis en él mientras atendais, mas que al alma, á los sentidos.»

Desarmaba muchas veces con tanta mansedumbre á sus mayores enemigos, disipaba con pláticas tan espirituales borrascas espantosas. Su voz dulce y sonora, la candorosa expresion de su semblante, el entusiasmo con que hablaba, el tono profético con que vertia los conceptos mas sublimes, el recuerdo de sus rasgos de heroismo y sus virtudes, todo contribuia á comunicar mayor fuerza á sus palabras y á dar eficacia á discursos que en otros labios hubieran sido incapaces de producir ningun efecto. Cuentan que al oirle los habia que se hincaban de rodillas, y confesándose pecadores, esperaban su bendicion como una bendicion del cielo; cuéntase que los habia mas ó menos rehacios que, dominados al fin por su elocuencia, le estrechaban la mano y le declaraban su patron y su guia en la oscura senda que habia de conducirles al sepulcro; cuentan de otros que, conmovidos y llenos de un ardiente celo, pedian que los pusiesen en las mas duras pruebas para acrisolar su fe dudosa y reparar sus extravíos; cuentan que hasta los hubo que se ofrecieron á vivir entre breñas y en desiertos, temiendo que ni con la austeridad que él proponia habian de purgar á los ojos de Dios sus graves y frecuentes culpas. Persuadia, movia, arrebataba cuando aun en medio del tumulto de las pasiones podia levantar la voz y hacer percibir el eco de sus inspirados pensamientos: era su lenguaje el lenguaje del corazon, y hallaba donde quiera corazones que se estremecian; era su lenguaje el lenguaje del alma, y hallaba donde quiera almas que se excitaban y ardian en el fuego del amor mas santo.

Era hombre Juan de la Cruz, y, como tal, no podia menos de sufrir al ver alzada contra sí la ira de los impenitentes; mas no exhaló jamás un ¡ay!, no profirió siquiera la mas leve queja. Bendecia, á cada tormento que preveia, la mano del Señor que se lo enviaba; corria tras de los trabajos, y si alguna vez se entristecia, era mas por haberse desvanecido que por haberse acercado las nubes que habia distinguido en su horizonte preñadas de amargura. «Dios me considera débil, decia algunas veces; ¿cuándo será, Señor, que me veréis con fuerzas para apurar hasta las heces la copa de hiel en que bebisteis? Creia hoy ser mas feliz, decia otras; ¿cómo no habrá querido Dios que bajen sobre mi cabeza, y sí sobre la de mis hermanos, los tormentos que otros tantos sienten y rechazan?»

Fueron tantas las alternativas de gozo y de dolor por que hubo de pasar en su larga cruzada contra los enemigos de la reforma, que deberiamos detenernos mucho mas de lo que permiten la naturaleza y los límites de esta obra si quisiéramos detalladamente referirlos. Presentaron todos un mismo carácter, y es de suponer que aun el menos entendido lector los comprenderá en toda su extension y su valor, aunque en obsequio á la brevedad las omitamos.

Daba Juan estrecha cuenta de todas ellas á la reformadora, la cual, en cambio, le participaba las que le ocurrian en sus largos y penosos trabajos por la misma causa. Instruíanse mútuamente y se prodigaban consuelos, recibiendo de ordinario el uno de la carta del otro tan grande alivio y contento, que aun en medio del mayor cúmulo de negocios no solian ver llegada la hora de comunicarse y escribirse. Reuníanse de vez en cuando, y se olvidaban, solo al verse, de todas sus vicisitudes y dolores.

Refiérennos ellos mismos lo que padecieron, por no saber uno de otro, todo el tiempo que estuvo preso Juan en un convento de padres calzados de Toledo. Tenia Juan su cárcel en una celda estrechísima y oscura, donde ni cabia leer por falta de luz, ni por falta de espacio revolverse; su carcelero, en un lego de mal corazon, ciego instrumento del odio y la venganza de sus enemigos; su mayor pena, en una no interrumpida serie de insultos que se le dirigian bajo el pretexto de ser inobediente, insultos que le llegaban mas al alma que las duras vejaciones y tormentos con que le castigaban. Efecto en gran parte del aire corrompido de su celda, y en mucha mas de su impaciencia, por no poder llevar á cabo la reforma, estaba ya á la vuelta de pocos meses tan abatido y triste, que no se sentia ni con fuerzas para alimentar su vida, que hubiera tal vez dejado extinguir á no impedírselo su deseo de padecer por Dios, y sobre todo, su firme intencion de proseguir, á pesar de todos los obstáculos, la obra á que habia dado principio con tan brillantes resultados. Sufria, como es de concebir, material y moralmente; mas lo que, segun él mismo, principalmente le afligia, era el recuerdo de la Santa, de quien temia no fuese al igual de él perseguida por los comisarios apostólicos y los padres observantes. «Soy hombre y podré sobrellevar la injusticia de los hombres, decia; mas ¿cómo no han de turbarla á ella, pobre y débil mujer, fatigas que casi exceden ya mi sufrimiento?»

Dejó la cárcel, segun algunos, por intercesion y mandato de la Vírgen, descolgándose desde una ventana muy alta á las márgenes del Tajo. Saltó por un trascorral á la calle, y fué á acogerse por de pronto bajo la salvaguardia de un convento de monjas de su órden, donde le recibieron con un amor y una veneracion capaces de hacerle olvidar en un instante los dias de dolor y de tinieblas. Revivia por momentos, se animaba al ver en torno suyo seres que se interesaban por su suerte; mas, no bien se sentia con aliento para abrir sus labios, cuando preguntaba con fervor: «¿Y Teresa?» Debieron asegurarle repetidas veces que estaba en libertad y ajena de peligro: no se atrevia á creerlo; recelaba, creia que solo por aliviar algun tanto su amargura le engañaban. ¡Qué gozo el suyo cuando llegó á convencerse de que solo él habia sido víctima de una persecucion tan infundada! «¡Gracias os sean dadas, Dios mio! exclamó con toda la efusion de su alma: descargad, como hasta aquí, sobre mi sola cabeza todo el peso de la cólera de nuestros enemigos.»

Hallábase ya algo repuesto de sus padecimientos en el convento de Toledo, cuando sus mismas protectoras tuvieron que avisarle del peligro que corria permaneciendo en la misma ciudad de su encarcelamiento. Merced á un canónigo que, sin conocerle, ardia por él en entusiasmo, trasladóse desde allí á los descalzos de Almodóvar, donde hallando no menos buena acogida y mas medios de defensa, descansó seguro de que pudiese alcanzarle la ira de los que tanto le odiaban por su eminente virtud y rígido ascetismo. Estaba allí obsequiado, querido, idolatrado por cuantos le rodeaban; mas no gozaba tanto, segun él, por ver el amor que le tenian, como por saber á menudo de la Santa, cuyas cartas curaban como el mejor bálsamo sus mas hondas heridas, y renovaban como el mas espirituoso elíxir sus depuradas y gastadas fuerzas.

Vivia tranquila y dulcemente en Almodóvar, todos le miraban como un padre, y no solicitaban de él sino que les vivificase con el calor de su palabra; mas á un hombre como JUAN DE LA CRUZ ¿podia esto inducirle á seguir por mucho tiempo bajo las bóvedas de tan silencioso y sosegado claustro? Hombres de su temple aborrecen la calma cuando ruge todavía en otros puntos la borrasca; hombres de su temple buscan y aman los trabajos; hombres de su temple van arrastrados siempre por su idea allí donde hay mas peligros y amenazan mas los sufrimientos. Los triunfos de la reforma estaban limitados á las dos Castillas; falta aun conquistar Andalucía, se dijo; y despidiéndose con un cariño mas que fraternal de los que tantos favores le habian dispensado, voló, lleno de nueva fe, al reino últimamente conquistado por la religion contra los árabes: al reino de Granada. «Parto á Granada, escribió entonces á la Santa, y parto con la completa esperanza de que vuestra palabra ha de cubrir de flores el Carmelo.»

No se engañó; pero cubrió el reino de flores y recogió tan solo espinas. Aunque no tuvo allí quien le encarcelara, vió caer uno tras otro sobre sí todos los disgustos de que hemos hecho mencion al hablar en general de sus trabajos de reforma. Calma y paz para sí no la halló nunca; no halló mas que nuevos motivos de pesar hasta en el ejercicio de los mismos cargos con que pretendieron honrarle y recompensar sus generosos servicios en favor del cristianismo.

Fué nombrado JUAN DE LA CRUZ en 1579 rector del colegio de Baeza, en 1581 prior del convento de Granada, en 1585 vicario general de Andalucía, en el capítulo general que celebró la Orden en Madrid, definidor primero; mas tarde, vicario de la casa de Segovia. Otros en su mismo tiempo se ensoberbecian con tan elevadas distinciones; él las evitaba, y solo se resolvia á aceptarlas considerando que se las enviaba Dios para poner mas á prueba su buen celo y en mayores riesgos sus virtudes. Rector, prior, vicario, definidor primero, siempre acreditó del mismo modo su humildad y su caridad cristianas. Ni codiciaba ni retenia; no se afanaba por atesorar riquezas en favor de la comunidad que gobernaba; no consentia que esta comunidad se mostrase avara de sus bienes bajo el fingido temor de no tener para mañana. Sostenia que era un sacrilegio no confiar en la providencia del Altísimo; y cuando amanecia sin pan que distribuir á sus hermanos, no se cansaba de bendecir y hacer bendecir á Dios porque les enviaba hambre con que acrisolar su amor á Jesucristo. Un dia, leemos en una de sus crónicas, entró la comunidad del Calvario en el refectorio y no encontró pan en las mesas, porque en la casa no lo habia. Buscó FRAY JUAN un mendrugo para bendecirlo, y habló luego de Dios cosas tan altas, que todos volvieron á las celdas mas que satisfechos de su profunda y fervorosa plática. Entráronle en esto una carta; la leyó, y derramó, sin poderse contener, algunas lágrimas. «¿Llorais, padre? Por qué llorais?» le preguntó el portero conmovido; y él, «lloro, respondió, porque nos tiene Dios por tan ruines, que no nos cree siquiera capaces de conllevar la abstinencia de este dia. Vé y recoge el pan y la harina que nos ha venido en dos cabalgaduras.»

Unia, además, á esta caridad una pureza que, segun cuentan, rayaba en lo admirable. Dicen si una noche, estando en casa de un seglar, se vió acometido por una mujer de rara hermosura, abrasada en sensualismo; la miró, le dirigió palabras que reunian tanta severidad como dulzura, y despidió compungida y llena de castidad á la que ardia poco há en la llama de la voluptuosidad y se hubiera arrojado desenfrenadamente á la lascivia. Herido por la peste en Granada, añaden, no sintió tanto su enfermedad por los dolores que padecia, como por considerar que habia de curar sus landres una mano ajena. «Enviadme otros males, decia cándidamente al Señor, males mucho mayores, con tal que en ellos mi castidad no sufra.»

Puro, abrasado de amor, concentrado en Dios, por quien solo vivia, ¿qué podia ser ya mas que un espíritu emancipado de toda servidumbre, ante el cual estuviese rasgado el velo de lo pasado y lo futuro? Distraen los sentidos el alma, y la limitan al mezquino conocimiento de los seres fenomenales; mas cuando, léjos de que los sentidos dén la ley al espíritu, el espíritu los sujeta reduciéndolos á la inaccion, ó cuando menos al silencio, ¿qué no ha de alcanzar el hombre? ¡Qué muros han de existir que no quebrante? ¿Qué altura á que no se eleve? ¿Qué profundidad que no sondee y reconozca? Refiérese que leia Juan en las almas de los que comunicaban con él, como hubiera podido leer en las páginas de un libro; que cruzaba los nebulosos mares de los tiempos, y descubria los espectros de los que fueron junto á las sombras de los que han de ser mañana; que atravesaba el espacio, levantábase sobre él, y veia en toda su majestad y grandeza el reino de los cielos. «Distingo en mi alma, decia él mismo en una carta, las almas de los que mas amo; me miro en Jesucristo, y veo en él reflejadas todas las criaturas.» «Me ocultais faltas muy graves, exclamaba otras con sorpresa de sus fieles; ¿ignorais acaso que vuestras almas forman parte de la mia? Vosotros y yo somos seres distintos en el mundo; en Dios, nuestro orígen comun, somos un solo ser y vivimos de una misma vida.» «¡Pobre mujer! Dijo un dia oyendo á una religiosa que gozaba de gran fama por su discrecion y su talento, creerá que habla en ella Dios, y habla el pecado.»

Comunicaba á su espíritu tanto y tan gran poder, no solo el amor, sino su constante práctica de atormentar el cuerpo. Vestia de continuo los mas ásperos silicios, guardaba los mas rigorosos ayunos, macerábase frecuentemente, invertia lo mas del tiempo en la oracion, empleaba en la lectura hasta las horas que reclama el sueño para nuestro descanso y la necesaria reparacion de nuestras fuerzas. No dormia de ordinario sino dos horas, y aun estas teniendo por todo lecho el suelo, por toda cabecera una piedra, por todo abrigo sus pobres y humildísimos sayales. De aquello que mas apetecia se privaba; de lo que mas queria en el fondo de su alma, de aquello se apartaba y sin cesar huia. Trocaba siempre con gusto los placeres por los trabajos, el ocio por la fatiga, la tranquilidad por la lucha, el descansado condescender por el fatigoso censurar, la muerte por la vida. Fué un dia, merced á su mejor triunfo sobre un alma entregada á los deleites mundanales, objeto de una venganza inicua: fué ultrajado, apaleado, pisoteado, abandonado en medio del arroyo á la caridad y á la vergüenza. Preguntábanle á poco por su salud cuantos habian sabido su desgracia, y se compadecian; y él, «dejad á un lado toda misericordia, dijo al punto; no merece bien de Dios el que en estos tormentos no muestra ánimo levantado y corazon alegre. ¡Dios de los cielos! exclamó, gracias os sean dadas porque así distinguis á vuestro siervo.»

Pedíale al fin de su vida á Dios solo trabajos. «No deseo, decia, sino que la muerte me encuentre en un lugar apartado de todo trato humano, sin hermanos que dirigir, sin placer de que gozar, sin pena ni dolor de que esté exento. Quisiera que Dios probara mi humildad como súbdito, ya que tanto ha probado mi firmeza de carácter como guardador de viña ajena; quisiera que me probara en la enfermedad como me ha probado en mi salud y en el completo goce de mis fuerzas; quisiera que me probara en la calumnia, como me ha probado hasta ahora en la buena fama de que he disfrutado hasta en medio de las injurias de mis enemigos. Señor, Señor, dignáos coronar con el martirio la frente de este servidor indigno.»

No tardó, desgraciada ó afortunadamente, en ver colmados pronto sus singularísimos deseos. Celebró la Orden otro capítulo general, y fué relevado de su cargo; retiróse al desierto de la Peñuela, y fué á alcanzarle hasta en aquellos tristes y solitarios montes la calumnia; hirióle Dios con su mano en una pierna y le obligó á bajar á Úbeda, donde murió, mas agoviado por la miseria de la casa en que vivia, que abatido por el dolor de sus terribles úlceras. Está el desierto de la Peñuela en un lugar de Sierra-Morena que distará de Úbeda y Baeza sobre cinco leguas; sendas ásperas y abiertas entre breñas conducen hasta él, precipicios y abismos le rodean. Colocado



allí JUAN DE LA CRUZ, no se acordaba sino de orar, de descubrir en el seno de la naturaleza al Criador del mundo, de acompañar con himnos de gloria el canto de las aves, el susurro de las brisas y el dulce murmurar de los arroyos. Cuando no oraba, escribia; pero siempre sobre asuntos espirituales, sobre coloquios místicos entre el alma y Dios, fuente, segun él, de donde emanan todos los espíritus. ¡Qué vida entonces la suya! Gozaba JUAN y explayábase ante aquella melancólica soledad y apartamiento; mas otro que no hubiera tenido su valor lo hubiera considerado indudablemente como el mayor castigo y la proscripcion mas dura.

Seguia JUAN DE LA CRUZ tranquilo y feliz en este desierto, cuando un hecho en que no tuvo ni pudo tener parte, fué á turbar inesperadamente su paz y su envidiada calma. Algunos sacerdotes extraños á la Orden, movidos al parecer por algunas religiosas mal avenidas con el rigorismo de la nueva regla, trataron de sustraer los conventos á la sujecion de sus prelados naturales. Dirigiéronse al Pontífice, alcanzaron en favor de las monjas un breve que limitaba mucho las facultades de sus gobernadores, y resucitaron con esto discordias mal apagadas, que hubieran podido producir tristes efectos. Deseosas las monjas, por una parte, de cohonestar su proceder y cubrir mas sus verdaderos fines, por otra, de inutilizar de una vez para siempre los cargos que, con razon ó sin razon, las dirigian, acordaron hacer recaer la primera eleccion en el que mejor habia secundado los deseos de la reformadora, y mas rígido se mostraba en observar su disciplina. Cumplióse con el acuerdo, y fué nombrado JUAN: hecho que dió al instante lugar á que sus enemigos, no solo le atribuyesen una participacion directa en el negocio, sino que hasta supusiesen, contra lo que les dictaba la razon y la conciencia, que él era quien habia iniciado y hecho resolver la cuestion, con el objeto de alcanzar una completa soberanía sobre todos los conventos de religiosas carmelitas.

Habíase ya en otras ocasiones, como llevamos dicho, levantado la voz contra nuestro ilustre sacerdote; mas nunca como entonces, en que habia, cuando menos, apariencias de que fuesen verdaderas las acusaciones. Suponíase una ambicion desmedida, una codicia sórdida, una envidia rastrera, un deseo de medrar y aparecer sobre todas las grandes sumidades de su época, mas que para alcanzarlo debiera pasar sobre las ruinas de hombres que valian mas que él en virtudes, en religion, en ciencia. Decian que se proponia hacer enteramente suyo, y convertir en provecho enteramente propio, la grande obra de la insigne Santa; decian que habia apelado para ello hasta á la injuria y al soborno. Los que mas odio le profesaban, se adelantaban aun á mas: hablaban de su incontinencia, ponian en duda su acendrada fe, sostenian que era todo en él hipocresía. No denunciaban unos una falta, cuando otros ya la confirmaban; y otros, mas diestros aun, la repetian en voz alta y sin vacilar, para que los que dudasen lo creyesen, y la voz universal cerrase el paso á toda clase de defensa.

Es triste, es doloroso ver así juzgado y calumniado á un hombre; mas ¿creeis que se quejaba el Santo? «Las olas de la calumnia, decia, baten hoy mi rostro, pero no le manchan ni conturban. Jesucristo fué calumniado tambien; y ¿qué? ¿No han sobrevivido acaso á la calumnia la fama de su virtud y su doctrina? Tengo tranquila mi conciencia, mi esperanza en Dios, y sé de cierto que las aguas que hoy me azotan pasarán mañana sobre mi cabeza sin alcanzar mi frente. ¡Bendito seais, Señor, que así me sujetais á duras pruebas! Os importuno con mis ruegos, y me ois; ¿qué mas puedo exigir ya de vuestra infinita bondad para conmigo? Dadme, Señor, una enfermedad lenta y una muerte trabajosa, llenad hasta el colmo la copa de mis sufrimientos, y dejaré el alma, seguro de haberla depurado en el fuego de lo que son, solo para el cuerpo, desventuras.»

Oyóle de nuevo Dios, y le inflamó una pierna, cubriéndole á los pocos dias de llagas asquerosas. Quiso el incontrastable reformador ser por algun tiempo mas fuerte que el mal, pero no pudo. Lleno de dolores, que hubieran parecido á hombres de escasa fe poco menos que insufribles, tuvo al fin que sucumbir aceptando la inaccion, la postracion, la cama. Se acostó... y se acostó para no levantarse mas: la enfermedad era de muerte. Quisieron, al saberlo, trasladarle al colegio de Baeza, que él mismo habia fundado; mas no consintió sino en que le llevasen á Úbeda, donde el padre provincial habia dispuesto que fuesen recogidos los enfermos de Peñuela. «El primer deber de un anacoreta, dijo, es la obediencia: si hoy se quebrantase para mí la órden, no seria justo que la guardasen para los demás mañana. Decís que la casa de Úbeda es pobre y que tendré allí poco regalo; ¿han de buscar el regalo los que libre y espontáneamente se han hecho siervos de Dios?»



Estuvo en Úbeda todo lo que duró su enfermedad, sobre tres ó cuatro meses. Sufrió; mas no se le oyó nunca ni un suspiro. Cuantos le veian quedaban admirados de su serenidad y su dulzura. Resplandecia en él, á pesar de la mortal palidez de su semblante, su alegría interior y su pureza; observábase en él, á pesar de las profundas huellas dejadas por el dolor y la amargura, atormentado el cuerpo, gozosa y tranquila el alma. Enterábase á menudo del estado de la casa, de los fondos que contaba, del material que tenia, de las esperanzas que abrigaba; manifestaba cómo, á su modo de ver, podia realzársela y cubrir sus atenciones; dictaba órdenes, daba consejos, escribia súplicas, trabajaba cuanto le era dable para mejorarla y levantarla de su abatimiento. «No lo siento por mí, exclamaba; mas sí por vosotros, para quienes ha de ser un tormento no poder aliviar el mal ni prodigar consuelos á los que son vuestros hermanos. ¿Qué le hemos de hacer? Alabado sea el Señor, que así nos recompensa á todos: á nosotros enviándonos la enfermedad, á vosotros negándoos el placer de darnos el remedio. ¡Si Dios quisiera sacarme con bien de este grave apuro en que me ha puesto!... Mas distingo ya entre sueños la sombra de la muerte, y conozco que voy á dejaros. ¡Quiera Dios que pueda volar de aquí á sus brazos! Angeles que guardais la entrada del Paraíso, ¿no me abris aun las puertas?»

Llegado su último dia, cuentan que vió entre nubes un arcángel con una grande aureola y grandes alas de oro, que, después de haber bajado hasta los piés de su pobre y humilde lecho, alzó la voz y dijo: «Oye y regocíjate, FRAY JUAN; el Señor ha ordenado que abras hoy por última vez tus ojos entre las tinieblas de este mundo. Vas á morir, vas á subir en alas de mis hermanos los espíritus al cielo. Prepárate y no temas: á la primera campanada de maitines volarás ya á las regiones de la luz, donde la inagotable claridad de Dios hace eterno el dia. Coros de ángeles y de serafines, apóstoles, mártires, patriarcas, profetas, todos los que viven en el Señor te aguardan: vé y recibe la corona debida á tu fe, la corona debida á tus incesantes sufrimientos.»

Quiso contestar al arcángel; mas el gozo anudó su voz en la garganta. Algo repuesto ya, pidió los sacramentos. Confesó, comulgó, recibió la uncion, y participó luego á todos la hora de su muerte. Llamó á poco al prior, y le pidió perdon por lo molesto que podia haberle sido mientras estaba enfermo. «No deseo ya de vos, le dijo, sino un hábito con que sepultar mi cadáver. Orad y haced orar por mí, le añadió al despedirle; guardadme en la memoria.»

Calló y quedó sumergido en una meditacion profunda. Penetraron muchos en su aposento, deseosos de verle y dirigirle palabras de amor y de consuelo; mas ni los vió ni los oyó, y siguió horas enteras en silencio. Interrumpiólo de tarde en tarde preguntando por la hora; pero solo por cortos instantes, por segundos. No salió de su aparente letargo hasta que oyó las once. «Falta ya solo una hora, exclamó entonces gravemente conmovido; venid y rodeadme, hermanos mios: os he amado, os amo y quiero espirar entre vosotros. Si en algo os he ofendido, perdonadme; el dolor puede haberme arrancado palabras para vosotros duras. Ignoro si habré merecido por completo la gracia del Señor; mas pongo en este momento supremo la mano sobre el corazon, y mi corazon está tranquilo; interrogo mi conciencia, y mi conciencia sigue muda. Mi ignorancia, el mundo, las pérfidas instigaciones de espíritus rebeldes pueden, sin embargo, haberme desviado, sin sentirlo, del camino de perfeccion que he creido seguir toda mi vida. ¡Vuestra cordial bendicion, padre del alma! Vuestra oracion, hermanos!»

Rodeó la comunidad su cama, y empezó á orar. Mas de veinte velas alumbraban la estancia; las bóvedas retumbaban solemnemente al eco de los salmos. FRAY JUAN se incorporó, y rezó con los que á la sazon rezaban.

Adelantóse, luego de concluidas las preces, el padre provincial, y le dió la bendicion en nombre de ese Dios bajo cuya ley moria. Dobló JUAN la cabeza, pronunció marcada y lentamente las palabras de Jesucristo: *Domine, spiritum meum in manus tuas commendo*, y espiró con la tranquilidad con que un niño entrega al sueño sus *dulces ojos, de mirar cansados*. Sonó en esto el primer golpe de las doce, la primera campanada de maitines.

Bañóse entonces la estancia, dicen las crónicas del Santo, de una luz resplandeciente y pura, que oscureció la de las velas, y circundó como una corona la frente del difunto; despidió el cadáver un olor suave, que dejó embargados y suspensos los sentidos; acaecieron en el exterior hechos maravillosos, que no pudieron explicarse sin suponer que hubiese mediado en ellos el alma de FRAY JUAN al remontarse al cielo. Ignoramos hasta dónde sean dignas de crédito estas y otras aventuradas aserciones, hijas tal vez del respeto y entusiasmo que ya en vida sabia infundir el reformador de Hontiveros; mas prueban siempre cuánta no habia de ser la virtud del que



ya en el momento de espirar creian que podia turbar el órden de las leyes naturales. Falleció el sábado 14 de diciembre de 1591; en 1674 fué preconizado santo.

Era de estatura mas bien bajo que alto, bien proporcionado y mejor parecido, de facciones dulces y apacibles, de mirada suave y simpática, de figura agradable, de continente humilde. Tenia de color trigueño el rostro, calva la cabeza, espaciosa la frente, negros y húmedos los ojos, aguileña la nariz, algo hueca la mejilla, poco pronunciado el labio, las formas todas mas bien redondas que angulares. Modesto en el mirar, modesto en el hablar, modesto en el andar, modesto en el vestir, modesto en el obrar, modesto en todo, correspondió su físico á su moral; y fué no sin razon, vivo y muerto, presentado como el modelo y tipo de la bondad, como el dechado del que desea seguir paso á paso y en todo su rigor á Jesucristo.

Mas no solo fué SAN JUAN DE LA CRUZ tesoro de virtudes, fuélo tambien de conocimientos y de inteligencia. Fué teólogo, fué gran prosista, fué poeta, y debemos considerarle, cuando menos, bajo estos dos últimos aspectos.

Floreció JUAN DE LA CRUZ en nuestro siglo de oro, en aquel siglo en que la teología desplegó todas sus fuerzas y la poesía tendió todas sus alas, en aquel siglo en que España hacia oir sobre el estruendo de sus armas vencedoras la poderosa voz de sus filósofos y el eco de sus cantos, en aquel siglo de esplendor y gloria en que abundaron á la vez los ilustres capitanes y los mas grandes escritores. Alzóse entre tantos ingenios, y fué ya desde luego una verdadera individualidad, un autor completamente original, un tipo. En vano le buscamos antecesores en nuestra historia literaria, en vano le buscamos rivales, en vano le buscamos descendientes: le vemos siempre destacándose solo y aislado del fondo de su época. Todo espiritual, profundamente místico, sumergido sin tregua en la contemplacion de lo absoluto, predispuesto á la abstraccion, al arrobamiento, al éxtasis, imprimió, sin querer, en todas sus obras el sello de su especialísimo carácter, y sin querer tambien, sin sentirlo, se separó de la senda que aun sus mas allegados le trillaban. Cultivaban en su tiempo el género á que él dirigia su talento un fray Luis de Granada, cuyas obras, tan sólidas como enérgicas, levantan y engrandecen el espíritu; un fray Luis de Leon, que tan dulcemente sabe apartarnos de la agitacion del mundo y llevarnos al conocimiento de Dios desde las floridas praderas bañadas por los arroyos y las oscuras y silenciosas galerías de los claustros; un padre Estella, cuya severidad ascética nos anonada bajo la idea de nuestras propias pequeñeces y miserias; un príncipe de Esquilache, un Malon de Chaide, un Zárate, un Arias, sobre cuyos escritos vemos constantemente proyectada la sombra del amor y la inteligencia eternas; mas ninguno, y lo decimos sin vacilar, ninguno, entre escritores tan justamente celebrados, se acercó de mucho á su lenguaje, ni tuvo tan sublimes conceptos, ni imitó su estilo. Granada, Leon, Arias, Estella, Zárate, Chaide, Esquilache están todos, al escribir, unidos aun á la materia, y no saben hacernos descubrir el cielo sino al través del mundo que perciben los sentidos; JUAN DE LA CRUZ rompe, al escribir, los lazos que le sujetan al cuerpo y nos eleva directamente á Dios trasladándonos de improviso á un mundo donde brilla otra luz, donde rigen otras leyes, donde se trasforman y depuran la caridad, el amor, nuestros mas nobles y generosos sentimientos. Lo hemos dicho, y lo repetimos: no hay, no ha habido antes ni después de él, otro autor que le haya seguido ni podido seguir en su camino. Santa Teresa, con quien le identificaban sus mutuos y constantes trabajos para la reforma de la órden, tuvo indudablemente con él algunos puntos de contacto; mas no compuso ni supo tampoco vestir de igual manera sus ideas, no fué de mucho tan espiritual, tan sobrenaturalista, tan divina. Tenia santa Teresa mas filosofía, penetraba mas en el corazon humano, conocia mas, era de una inteligencia mas desarrollada, era de mas talento; pero estuvo por la misma razon mas en la tierra, menos en las altas regiones celestiales. Hemos manifestado ya que los dos entraban fácilmente en éxtasis: ¿cuál de los dos era, sin embargo, el que lo provocaba? ¿cuál de los dos reunia, por decirlo así, una mayor fuerza magnética?

Abrimos las poesías de JUAN DE LA CRUZ, y ya á las primeras estrofas distinguimos una novedad que nos sorprende. No es nunca el poeta el que habla, es su espíritu, es su alma, que ya recuerda la oscura noche en que, dejando la cárcel en que vive, voló guiada por el corazon al cielo, y se juntó con Dios, su amado; ya pregunta por Dios á las criaturas, y al hallarle entra con él en dulce



y amorosa plática. ¡Qué delicadeza de sentimiento no hay en cada quintilla! ¡Qué suavidad de expresion en cada verso! ¡Qué misterio, qué abstraimiento en cada composicion, en cada canto! Ideas, imágenes, frases, palabras, todo guarda la mayor armonía con la naturaleza del asunto en estos sencillos poemas. Las palabras mas vulgares toman en ellos una significacion peculiar, un colorido especial, un sentido eminentemente místico; la fraseología acepta giros originalísimos, que acaban de comunicar al género un tinte que ni llega á ser natural ni á ser fantástico; las imágenes, aunque copiadas todas del mundo aparente, y no del mundo inteligible, cobran todas un aspecto que las eleva mas allá del idealismo estético; los tropos, las figuras parecen sacadas de lugares no conocidos: tal y tanta es la fuerza de ingenio con que están concebidos é intercalados en aquellas líneas tan animadas por la exaltacion de la fe y la caridad cristianas. Produce esto alguna oscuridad; mas una oscuridad hija, no del lenguaje ni del estilo, sino del profundo sentido alegórico que encierran las poesías. No las afea, por otra parte, esta oscuridad; las embellece, les da nuevo color y vida. Apenas ha conocido uno la clave, cuando, no solo las comprende, sino que hasta se contenta y se deleita viendo sin cesar y á la vez la idea y su reflejo. ¿Qué es lo que mas enajena en el *Cantar de los cantares*, en las *Profecías*, en el Evangelio, en el *Apocalipsis*, en la mayor parte de los libros de la Biblia, sino esa misma oscuridad procedente de su carácter figurado y altamente parabólico? Empieza uno á leer el *adónde te escondiste*, y no bien se ha descifrado el objeto de la composicion, cuando se sigue la lectura, no dirémos ya sin esfuerzos, sino con placer, con un placer que nos cautiva el corazon y embarga los sentidos. Las primeras quejas del alma por haber perdido al Dios á quien adora, la pregunta á la naturaleza de si le han visto cruzar el monte ó la pradera, la contestacion de los seres creados, suponiendo que ha pasado entre ellos vistiéndolos al paso de su angélica hermosura; las nuevas quejas del espíritu, el inefable consuelo que van derramando sobre él las palabras del Amado, la mútua llama en que arden y se absorben, los ayes de ventura que se exhalan de los labios de entrambos, todo va aumentando por grados nuestro interés y bañándonos, ya en el tranquilo mar del amor, ya en el dulce lago de una melancolía indefinible. ¡Genios del sentimiento y la belleza! ¿dónde podrémos hallar ya sensaciones mas agradables ni mas puras? ¿Dónde imágenes mas encantadoras ni que conmuevan mas plácidamente el alma? ¡Genios del sentimiento y la belleza! no daréis ya con otro Juan de La Cruz, que mejor comprenda ni traduzca vuestros tiernos y embelesadores pensamientos.

Los hay que, en poesía cuando menos, pretenden que se compare con Juan de La Cruz al maestro fray Luis de Leon, al autor de *Qué descansada vida... Alma region luciente... Cuándo será que pueda... Virgen que el sol mas pura...* y otras composiciones de igual género. Leon, dicen, era tambien un poeta lleno de fe, un alma cándida y pura, á quien repugnaba el simple contacto con el mundo. Levantaba tambien sin cesar la frente del lector al cielo, manifestaba una continua aspiracion á la soledad, al silencio, á esa region espiritual, desde donde cabrá á nuestra alma conocer las leyes, ahora insondables, de la Providencia. ¡Qué amor, qué pulcritud, qué desprecio del mundo no respira tambien la mayor parte de sus odas! Su lenguaje es, como el de La Cruz, místico, alegórico, decididamente bíblico; sus imágenes y sus figuras están como las de La Cruz embellecidas por el hálito de un sentimiento inalterable.

Es, á no dudarlo, Leon uno de los poetas en cuyas obras mas vivamente está encendido el fuego del amor divino; mas es tambien para nosotros indudable que media entre él y Juan de La Cruz una distancia inmensa. Leon cuando toma la pluma vive aun en el mundo, de que anhela separarse; Juan de La Cruz, como llevamos insinuado, no toma la pluma sino cuando está ya fuera del mundo fenomenal, cuando está emancipado ya de la materia. Para Leon la union con el centro universal de que ha sido desgajada su alma es aun una aspiracion, es un deseo; para La Cruz es ya la realidad, es ya un hecho consumado. Leon está sumergido solo en la creencia; Juan de La Cruz lo está ya en el mas profundo misticismo. En Leon vemos aun al hombre; en Juan de La Cruz no vemos ya mas que una parte del hombre, el alma.

No hacemos con este corto paralelo sino repetir y dar vueltas á una idea que hemos vertido en el primer párrafo de este humilde juicio crítico; mas nos repetimos á propósito para que no haya lugar á duda alguna sobre la individualidad del autor en nuestra historia de la literatura. Léase á Leon, y se encontrarán hasta en las poesías en que mas se revela su talento, reminiscencias de otros poetas, ya cristianos, ya paganos; léase á La Cruz, y no se hallará una sola reminiscencia ni de las ideas de sus coetáneos ni de las de sus mayores. Léase con detenimiento á Leon, y se atribuirán todas sus odas tanto á una necesidad de expansion como á un deseo de rendir culto al arte; léase



á La Cruz, y se atribuirán sus poesías al simple y natural desborde de sus sentimientos. Leon no se ha desdeñado de bajar hasta el amor profano y dedicarle cantos originales y cantos traducidos; La Cruz no componia jamás una estrofa en que no hiciera reflejar el mundo puramente inteligible, el mundo del espíritu. No pretendemos rebajar á Leon, ni vamos ahora á decidir del relativo mérito de entrambos; pero sí pretendemos hacer ver que, por semejantes que parezcan en su marcha y sus tendencias, pertenecen los dos á muy distinto género.

Lo repetimos, y lo repetimos sin temor: san Juan de La Cruz es una verdadera individualidad en nuestra historia literaria. ¿Se quiere ahora saber por qué? Porque lo era ya en la esfera social, porque no escribia por escribir, sino por explayar un corazon que rebosaba de amor por todas partes; porque era poeta de sentimiento y no tenia que apelar á inspiraciones ajenas para cantar lo que sentia; porque, libre de pretensiones científicas, se contentaba con ser el eco de su voz interior y el intérprete de sus propios pensamientos; porque se pintaba, en una palabra, á sí mismo, y él era el tipo, el bello ideal de esas almas encendidas en el fuego de la caridad divina. Hombre dominado por una sola idea, no presentó en sus poesías sino el desarrollo de esta misma idea; cual fué como hombre, tal fué siempre como escritor, tal como poeta. ¿Se comprende ya el secreto de su originalidad? Se comprende por qué no tuvo ni pudo tener en su género discípulos ni maestros? ¡Ah! será difícil que se comprenda. La poesía no es ya en nuestros tiempos hija de la espontaneidad, es hija de la imitacion, reproductora de arte. Falsea, á trueque de producir efecto, las sensaciones que experimenta y las impresiones que recibe; se avergüenza de traducir en el lenguaje de la pasion las revoluciones de su alma, se aisla del mundo sin saber concentrarse ni en sí ni en lo absoluto, enmudece ante los dolorosos espectáculos de una sociedad que se hunde, y alza en cambio la voz sobre el sepulcro de las generaciones que rodaron desde el escenario de la política á la hondonada del olvido. Se ha encerrado dentro de una valla insuperable, y alejada allí del estrépito del siglo, se complace aun en evocar los fantasmas de edades que apenas comprendemos. Fijas sus miradas en la edad media, ahora hace aparecer bandos de justadores armados de todas armas, ensangrentándose sus vistosas vestiduras solo por conquistar una sonrisa de amor en los labios de sus damas, ahora al baron feudal desafiando desde las almenas de su castillo ejércitos de emperadores y de reyes, ahora á obispos y arzobispos dejando la mitra por el yelmo y asistiendo espada en mano á los campos de batalla, ahora á la mujer de altivo corazon sacrificando en los altares de Dios el intenso amor que la domina, ahora, por fin, al mago que pretende leer en el cielo los futuros destinos de sus semejantes, ó á la hechicera hada que brota por encanto del fondo de los lagos. No cree ni en la magia ni en las hadas, detesta con toda su alma esa época de hierro en que gemian los pueblos bajo la mas dura servidumbre, no tiene ya ni aquella religion ni aquellas creencias; mas observa que se prestan esas escenas á grandes rasgos de imaginacion, y las estudia y las canta y las describe. Materialista pura, no se enamora sino de la belleza exterior, no es siquiera capaz de conocer la del espíritu. Suple á fuerza de fantasía el sentimiento, y está sin cesar en el terreno del actor, en el terreno de la copia servil ó la parodia. Es escéptica, y aparenta fe; es impía, y habla siempre de Dios; es ignorante, y quiere parecer científica; es impotente hasta para el mal, y hace constantemente alardes de fuerza y poderío. Se la oye á menudo encareciendo la pureza, y está corrompida hasta los huesos, encareciendo la moralidad, cuando se rie interiormente del que no sabe realizar su ambicion por no hollar el cadáver de un hermano. Idólatra y formalista, aprecia en poco el símbolo y en mucho el ritmo; atiende mucho á los detalles, poco al conjunto. Evita con el mayor cuidado la mas ligera falta en el lenguaje y en el estilo, oculta con el mayor cuidado bajo el brillo de las palabras la vaciedad de las ideas. No, no es fácil que comprenda por qué fué original san Juan de La Cruz una poesía que, como la de nuestros dias, vive y cree poder vivir solo de la ficcion y la mentira.

¿Por qué no ha de cantar, y lo hemos preguntado ya cien veces, esa misma corrupcion que la devora, ese mismo escepticismo que la consume, esa misma impudencia sarcástica con que mira la virtud sucumbiendo bajo el crímen? La poesía ¿no es la verdad? ¿No es la vida interior traducida por medio del lenguaje? ¿Por qué no se ha de reflejar siempre tal cual es, como en los libros del aleman Goethe y en los inmortales poemas del britano Byron? Porque en medio de su triste estado, conserva todavía un resto de pudor, se nos contesta. Mas si es así, ¿cómo permanece aun aislada del nuevo mundo que va surgiendo de entre las ruinas del antiguo? Estamos en un período de revoluciones sociales, de revoluciones que tarde ó temprano han de acabar con la espantosa hidra de la imoralidad y la injusticia, ¿por qué no levanta en medio de ellas su voz? Por

qué no se hace el eco de las aspiraciones de los pueblos? Hay enarbolada desde algunos años acá una bandera teñida ya con sangre de entusiastas mártires, ¿por qué no corre á cantar, bajo los flotantes jirones de su desgarrada tela, los triunfos y los descalabros que ha sufrido? ¿Por qué no cambia de esfera ni modifica su vida de relacion, fuente perenne de arte y de poesía? Entre en el mundo y viva de la vida de su época y su pueblo, y sentirá de nuevo en su pecho la llama de la inspiracion, la llama que la elevó algun dia mas allá del cielo.

Mas ¿y qué? se nos replica: ¿lograréis tal vez con esto que la verdadera poesía renazca de entre sus cenizas? Vais á hacerla intérprete de las ideas y de las circunstancias del momento, y vais á darle una vida efímera, vais á verla morir con las pasajeras circunstancias que la hayan producido. La verdadera poesía no vive nunca de accidentes; vive de ideas eternas como Dios, inmutables como el destino á cuyo cumplimiento se encaminan. Deseais ennoblecerla, y, no lo dudeis, vais, sin querer, á prostituirla.—Parece á primera vista indestructible el argumento; mas, léjos de serlo, se cae y se viene abajo por su propio peso. Para nosotros no hay ideas temporales é ideas eternas; todas las ideas son contemporáneas en la razon y en la sociedad, de que, con todos los hombres que han sido y serán, formamos parte. Si unas parecen anteriores y otras posteriores, es por la mayor ó menor importancia que han ido tomando con el tiempo en el gran drama de la humanidad, que no es mas que el drama de nuestro entendimiento. La que ayer era principal es hoy secundaria; y hé aquí por qué en épocas dadas cambia todo de aspecto. Sucede poco mas ó menos con las sociedades lo que con el kaleidoscopio: las piezas son siempre las mismas en el fondo del cilindro; mas no podemos darle la mas ligera vuelta sin que, cambiando aquellas de lugar, presenten combinaciones completamente distintas. Ahora bien: ¿se quiere que la poesía sea estacionaria, ó sea indefinidamente progresiva? Si lo primero, debe seguir el camino que ahora sigue, debe seguir reproduciendo; si lo segundo, debe abrirse á cada nueva época histórica una nueva senda; debe modificarse segun la fuerza revolucionaria de la idea generatriz que impera y que gobierna. La idea generatriz de hoy ¿es la idea generatriz de la edad media? Es siquiera la idea generatriz de principios de este siglo? No puede pues presentar los hechos ni los sentimientos sino bajo el nuevo aspecto que hoy los vemos, bajo la influencia de esta idea capital, esta idea madre. Y ¿en qué, debemos preguntar ahora, podrá consistir su prostitucion por sujetarse á una necesidad tan imperiosa? La idea que domina en la actualidad es tan eterna como la que dominaba ayer, y juega hoy en la sociedad un papel de segundo ó tercer órden; aceptándola, obedeciendo á su justa y merecida influencia, ¿hace acaso mas que lo que ha hecho en otras épocas, es decir, obedecer á una ley de renovacion sin la cual la vida, así en los seres materiales como en las instituciones y las ciencias, seria completamente insostenible? Cuando decimos que es preciso que la poesía sea la traduccion de nuestra vida interior y exterior, no pretendemos sostener que deba hacerse la cantora obligada de todas las pasiones del momento; pretendemos sí que, llevada de la idea dominante ó de la que está elaborándose para reemplazarla, dé el colorido de su época á todas las creaciones que conciba. Y lo pretendemos porque sabemos, porque estamos íntimamente convencidos de que siempre que así no suceda, la poesía está destinada á caer en el triste y vergonzoso estado en que yace hoy para vergüenza de nuestras sociedades.

Como quiera que sea, diréis quizás, si la idea que reina hoy deja de reinar mañana, la poesía que reina hoy con ella, mañana perderá tambien, como ella, su cetro y su corona. Mas ¿quién, habiendo estudiado medianamente la historia, no sabe que no porque una idea deja de dominar deja de ser un elemento constitutivo de la sociedad que la ha, justa ó injustamente, postergado? Es indudable que la buena poesía de hoy ha de ser mas leida y mejor recibida que la buena poesia de otros tiempos; mas la inteligencia, el buen sentimiento estético, ¿cómo no han de buscar en esta la satisfaccion de sus aspiraciones y deseos? La poesía de ayer es en nuestra hipótesis hija del sentimiento, traduccion de una idea imperecedera, reflejo de un sentimiento eterno; la poesía de ayer ha de pasar pues, en nuestra hipótesis, con las generaciones que vayan sucediéndose hasta los siglos de los siglos. Homero, Dante, Byron obedecieron á la ley que consignamos; ¿cuándo no serán leidos el *Don Juan*, la *Divina Comedia*, la *Sangrienta discordia de Agamenon y Aquíles*? La idea que domina, sin embargo, en los tres poemas es diferente, si no del todo opuesta.

¿Quereis pues proscribir la historia del terreno del arte y la poesía? se nos preguntará por fin: ¿quereis que cerremos para siempre los libros de Moisés y los Santos Evangelios?—No queremos que cerreis para siempre los libros que contienen lo pasado, pero queremos que hasta en vuestros cantos históricos se refleje el siglo. Hoy no juzgamos de lo que fué como juzgábamos ayer,

hoy no lo vemos como ayer lo veiamos. Nos dirigimos á todos los que marchan con su época, á todos los que están al nivel de las ideas y aspiraciones generales, á todos los que participan de la vida de su pueblo: ¿pintarian hoy á Bruto, á Fiesco, á Tell como lo hubieran pintado nuestros autores del siglo XVI, siglo en que el sentimiento monárquico estaba profundamente arraigado en el corazon de Europa? ¿Apreciarian hoy bajo el mismo punto de vista religioso las tiernas y sublimes escenas trasmitidas por los evangelistas? Hoy que la religion va cediendo el paso á la ciencia, hoy que las creencias han sido disipadas por el soplo de la filosofía, hoy que elevándonos á los mas altos principios de justicia, buscamos la razon de existencia de todas nuestras instituciones, y no vacilamos en llevar el hacha sobre las mas sagradas si no las hallamos legitimadas en su orígen; hoy que, rompiendo toda barrera levantada por la tiranía y la ignorancia, tomamos á Dios por padre, la humanidad por hermana y la tierra entera por patria; hoy que, dispuestos á sacudir todo yugo, queremos que solo en la voluntad individual de las sociedades tengan su fuerza los poderes públicos; hoy que mas ó menos corremos todos hácia una igualdad que ayer mirábamos aun como una utopia; hoy que nos rebelamos contra toda autoridad y creemos que solo en nuestro *yo* existe la fuente de toda certidumbre y todo derecho; hoy que suspiramos tan ardientemente por una síntesis que venga á armonizar todos los antagonismos que nos han empeñado hasta ahora en una triste é incesante lucha; hoy que el órden de nuestras ideas está completamente intervertido; lo preguntamos de buena fe, con toda la sinceridad de que es capaz nuestra alma, ¿podemos juzgar hoy á Jesucristo y su doctrina como los juzgaron el fanatismo en el siglo XI, la filosofía escolástica en el XIII, la reforma en el XVI, el ateismo en el XVIII, el escepticismo á principios del XIX, el indiferentismo durante los primeros años de la revolucion que ha constitucionalizado á nuestros reyes? Hasta aquí habia sido considerado como un reformador en el órden puramente religioso; hoy le consideramos como un reformador en el órden religioso y en el órden social: los cantos que hoy le dediquemos ¿no han de llevar naturalmente otro espíritu que el que hasta aquí llevaron?

San Juan de La Cruz no fué ni pudo ser, hablando en rigor, el eco de su siglo, porque estuvo constantemente apartado del mundo y no respiró sino el ambiente de su órden del Cármen, ya bajo el cielo del desierto, ya bajo las silenciosas bóvedas del claustro; mas fué eco de su propia individualidad, de una individualidad marcada y poderosa, y fué, como ninguno, poeta. Para él la vida de relacion era su misteriosa union con Dios: cantó esta union, y se encumbró sin esfuerzo á las regiones mas elevadas y sublimes. No tuvo que recurrir para ello á la literatura griega ni á la literatura latina ni á la literatura italiana; no tuvo que recurrir mas que á sí mismo. Sintió, pensó, escribió lo que sintió y pensó, y produjo sin mas sus ricas, sus vaporosas, sus místicas canciones. Léanlas los que temen que esa poesía, por decirlo así, *concreta* no ha de producir una sensacion general en los hombres de todos los siglos y de todas las naciones; léanlas, y digan con la mano en el corazon si no se sienten conmovidos á pesar de su incredulidad, á pesar de su mas decidido ateismo. Se espiritualiza uno á cada verso que recita, á cada estrofa que concluye. Va leyéndolas y siente por momentos acallarse la voz de sus pasiones y serenarse el alma. ¡Qué belleza, qué suavidad, qué grato perfume el de todas estas poesías!

¿Deberémos ahora examinarlas é ir indicando uno por uno sus defectos? Deberémos señalar una por una sus incorrecciones de lenguaje, sus vulgaridades de elocucion, sus pasajes oscuros, sus versos débiles, sus faltas de sentido? Esta ocupacion es solo digna de una crítica mezquina que censurarémos siempre con merecida severidad: la verdadera crítica no debe recaer nunca sino sobre el espíritu de las composiciones que sujeta á juicio. ¡Críticos materialistas! ¿no os da hasta vergüenza cuando, al coger á un autor del temple de san Juan de La Cruz, no sabeis denunciar sino faltas de pura forma, faltas de detalle?

Escribió tambien san Juan de La Cruz en buena y muy castiza prosa. Conociendo cuán difícil era que los demás penetrasen en toda su intensidad la significacion de sus canciones, compuso para la inteligencia de las tres principales otros tantos comentarios, y estos con algunas máximas y cartas, constituyen la segunda y la mas larga parte de sus obras. Son estas ya, no solo el fruto de sus exaltados sentimientos, sino el de sus vastos estudios y profundas meditaciones teológicas; estudios y meditaciones cuyos resultados dieron lugar en su mismo siglo á impugnaciones ardientes y á brillantísimas defensas. No se contentó en aquellas el autor con desflorar cuestiones; entró en el fondo de la dificultad, y la arrolló no pocas veces con una fuerza de raciocinio nada ordinario ni aun en los mas aventajados autores de aquella época. Quedó comunmente inferior á

santa Teresa, cuya capacidad intelectual era tal vez la mas grande que á la sazon se conocia; quedó tambien inferior á Granada, cuya ejercitada razon no encontró casi nunca obstáculo que bastase á detenerla; mas en algunos puntos se puso al igual, y en otros excedió á esos mismos escritores.

Quedó comunmente inferior á los mencionados prosistas, no solo en las ideas, sino tambien en el lenguaje y en el estilo. Es lánguido, es incorrecto, es descuidado en la frase, es monótono en sus frecuentes apóstrofes, es desigual en sus períodos, es poco armónico en la combinacion de sus palabras, tiene, al fin, faltas gravísimas; pero les aventajó por otra parte á todos en cuanto depende mas ó menos directamente de la energía y vivacidad del sentimiento. ¡Qué bella y animada no es su expresion en la pintura de las cosas celestiales! ¡Qué delicado en esos rasgos de amor con que retrató su incesante aspiracion al cielo! ¡Qué magnífico, qué elevado en esos pasajes donde pretende descubrir esa misteriosa relacion que hay entre nuestra alma y el alma universal, el Dios del mundo! No se arrebata, no tiene transiciones bruscas, no se remonta de un solo vuelo á la mas alta region de los espíritus; pero está casi siempre encantador, sublime. Llena entonces sus cláusulas de hermosas imágenes y vivísimas figuras, y nos hace olvidar de repente la negligencia de su estilo. Encuentra entonces hasta un nuevo lenguaje, y nos sumerge en un mundo completamente nuevo, en un mundo de las mas puras y bellas sensaciones.

Fué SAN JUAN DE LA CRUZ un escritor eminente; pero fué mas que todo hombre de sentimiento, y nunca estuvo mas grande, así en la prosa como en el verso, que cuando la naturaleza de los asuntos que tuvo que tratar le permitió ser poeta. Leed á SAN JUAN DE LA CRUZ, y veréis si es acertado el juicio.

JUICIO CRITICO SOBRE LA MAGDALENA, DE FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE.

FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE no era uno de esos autores á quienes fatiga la comezon de escribir, pues no compuso, ó cuando menos, no dió á luz sino la obra que á continuacion publicamos; mas es para nosotros indudable que si tomó la pluma, fué mas por ostentar sus galas de lenguaje y brillantez de estilo que por encender en las almas la llama de la caridad cristiana. Lo decimos, no porque en su *Magdalena* dejen de quedar defendidos con energía los principios fundamentales y los preceptos mas sublimes del Evangelio, que pretende, por lo contrario, imponer con una fuerza de lógica admirable, sino, porque tanto en el prólogo como en el cuerpo del libro, apenas encontramos una página donde no descubramos grandes esfuerzos para aparentar gusto y soltura en el modo de revestir de bellas formas las ideas, y sobre todo, en el manejo de la lengua. Cuenta él mismo que se le habian hecho graves cargos por haber escrito de cosas sagradas en romance; y es hasta cierto punto natural que para contestar mejor á sus acusadores llevase como principal objeto el de hacer ver por sus propias obras de cuánta nobleza y dulzura era susceptible el idioma que tan injustamente desdeñaban. Escogió afortunadamente por asunto uno de los que mas se podian prestar á su, si no loable, disimulable intento. Una mujer de rara hermosura, como Magdalena, que, después de haber agotado las mas impuras copas del deleite, trocó el amor humano por el divino, y no se cansó de verter lágrimas con que borrar sus manchas, habia de dar fácilmente ocasion á largas y pomposas descripciones, á contrastes de efecto, á figuras atrevidas, á observaciones tranquilas y ataques violentos, á una diversidad de sensaciones y de afectos capaz de revelar en toda su extension la flexibilidad de una lengua que, aunque no muy cultivada, se sentia ya con fuerzas para seguir en todas sus ondulaciones la razon y el sentimiento. Tomóla MALON por fondo de su libro, siguióla en sus tres estados de pecadora, conversa y santa, y dejó, como tal vez deseaba, un verdadero monumento literario.

Es de ordinario MALON mas vehemente que apasionado y tierno, mas fuerte y vigoroso en reprender lo malo que entusiasta en elogiar lo bueno, mas terrible en la réplica que en el mismo ataque. Tiene pasajes llenos de calor y movimiento, en que apenas cabe seguirle. Las ideas abundan en ellos y se precipitan, las palabras pueden difícilmente contenerlas; y se siente uno, no solo movido, sino arrebatado. Véase con qué entereza no habla ya en el prólogo contra los libros de caballerías, contra la novela en general, contra los que miran con menosprecio el romance, con-

tra los oscurecedores de la verdadera moral, contra los críticos. Afirma, interroga, niega, pasa de la gravedad á la ironía, apela hasta el sarcasmo. Coge el objeto de sus iras y lo estruja entre sus manos: no tiene perdon para él, no tiene piedad, no pronuncia siquiera una palabra de consuelo. Declárase en la primera parte de su libro contra los trajes lujosos, y se dirige principalmente á la mujer, á quien aqueja mas el deseo de obtener vanos aplausos; es notable el otro pasaje, pero no menos este, donde es tal la copia de imágenes y lo rápido y cortado de la frase, que nos sentimos, cuando menos por instantes, envueltos al parecer en un raudo torbellino. «Supon, viene á decir á la mujer, que engalanada y llena de joyas te subiesen á un tablado en medio de la plaza pública; y allí, bajo las miradas de todo un pueblo que ha sido testigo de tu esplendor y tu hermosura, fueses despojada de todos tus vestidos y de todos tus adornos, raida en tu cabeza, afeada en tu rostro, cubierta de jerga, ataviada por todo atavío con un cinturon de esparto; ¡qué no te quejarias, qué no suspirarias, qué llanto no derramarias al ver cambiadas en fealdad tus gracias; al sentirte objeto de repugnancia, tú, que poco antes cautivabas las almas con un solo rayo de tus bellos ojos! Pues estás de continuo expuesta á perder todo ese tesoro que contigo llevas, lo has de perder, mas que ahora no lo veas, por la ceguedad de tus pasiones. Viste con modestia, y no quieras exponerte nunca á tan grande afrenta si hay todavía un resto de pudor contigo.» — Es incisivo, es mordaz, es implacable cuando se propone hacer estremecer á los que á sus ojos gimen aun en la esclavitud del vicio; tanto, que algunas veces, olvidándose del tono en que escribe y de la naturaleza de su libro, no solo los acomete con un ardor exagerado, los desprecia, los insulta, desciende á vulgaridades que empañan y manchan sus mejores páginas. Léase por entero el párrafo treinta y dos, y véase si cabe ya en las primeras columnas mas energía ni mas nobleza, poco después mas impropiedad ni mas barbarie.

Estaba dotado Malon de Chaide de una imaginacion brillantísima y fecunda; y era principalmente esta fuerza de imaginacion la que le hacia caer en estos y otros gravísimos defectos. Presentaba muchas veces rasgos á cual mas sublimes; pero otras, por el deseo de parecer grande, se hacia pueril y hasta ridículo. Realzaba no pocas con la belleza y majestad de la expresion los pensamientos mas comunes; pero no pocas tambien rebajaba con lo trivial de la frase ideas grandiosas y de mucha trascendencia. Salpicaba á menudo su estilo de bellas y elocuentes imágenes; mas no menos á menudo desleia sus mejores conceptos en un océano de palabras completamente inútiles. Empleaba al lado de ricas y animadas metáforas, violentísimas hipérboles; al lado de sólidas y poderosas razones, sutilezas escolásticas; al lado de descripciones cortas y llenas de vida, enumeraciones fastidiosas y prolijas; al lado de pensamientos de una sencillez admirable ideas exageradísimas y absurdas. No fué seco ni aun en la version de sus mas estériles concepciones; pero fatigó, en cambio, por la excesiva é inoportuna abundancia de sus adornos, mas poéticos, rigorosamente hablando, que oratorios. Llevábale su incesante deseo de florear el estilo á frecuentes repeticiones, á antítesis afectadas, á varios juegos de palabras, á expresiones retumbantes y faltas de sentido, á proposiciones tan ingeniosas como falsas, á una perversion de gusto que le hizo al fin confundir la galanura con la majestad, y la fuerza de las palabras con la que da de sí la precision en el modo de traducir la idea; y ya que hubo entrado en tan errada senda, no supo ni pudo, ni era posible que pudiera, prescindir de mezclar incesantemente las mayores aberraciones con bellezas inimitables, con bellezas tal vez de primer órden.

¿Qué significa, sin embargo, que tuviese estas viciosas cualidades? ¿Podemos hacerle por ellas un cargo especial? ¿No es en cierto modo propia de la índole de nuestros grandes escritores clásicos esa extraña union de bellezas y defectos? Los grandes rios son los que mas fácilmente se desbordan; ¿seria justo que aun en medio de sus mas espantosas invasiones no recordáramos los dias en que sus tranquilas aguas han cubierto de frutos y flores las orillas? Esos defectos, defectos los mas de pura forma, no deben retraernos jamás de leer las obras que los contienen. Léjos de perjudicarlas, les comunican á veces un claro-oscuro que, sobre poner mas en relieve las buenas dotes del autor, dan mas elevacion á las ideas que constituyen el fondo del conjunto; y aun cuando así no fuera, no podriamos creer nunca que se los pudiese calificar de imperdonables en autores que, como Malon de Chaide, han escrito páginas llenas de nervio y de poesía.

Hemos dicho ya, casi desde un principio, que era nuestro autor menos tierno que vehemente; mas no se entienda por esto que le neguemos absolutamente esta segunda cualidad, revelada de una manera nada comun en los lugares en que pintó á su heroina regando con sus lágrimas los piés de Jesucristo, al Salvador derramando palabras consoladoras sobre aquel triste corazon he-

rido por el remordimiento, á la pecadora recordando con melancolía ese tiempo en que era su hermosura objeto de escándalo para cuantos no ardian en el fuego abrasador de la lujuria. MALON DE CHAIDE era, aunque de un carácter decididamente enérgico, bastante flexible para interpretar todo género de pasiones y de sentimientos; y no es solo digno de atencion en determinados parajes de su libro, lo es aun en aquellos en que menos ostenta las raras dotes de su ingenio. No solo ha escrito en prosa: ha escrito tambien en verso dos canciones que van incluidas en su misma *Magdalena*; no hay mas que leerlas para comprender que si no tenia la flúida y culta diccion de sus contemporáneos, componia con sentimiento y sabia esparcir á manos llenas sobre sus quintillas imágenes verdaderamente poéticas, figuras encantadoras y sublimes. Obsérvanse por estas canciones entre él y san Juan de La Cruz algunos puntos de contacto: observacion que basta á nuestro modo de ver para que no nos desdeñemos de colocarle entre nuestros buenos poetas.

Es un escritor verdaderamente notable MALON DE CHAIDE; y lo confesamos francamente, sentimos un vivo placer por habérsenos ofrecido ocasion de dedicar á su olvidada memoria estas cortas y modestas líneas [1].

CUATRO PALABRAS SOBRE FRAY FERNANDO DE ZARATE.

Incluimos en el mismo tomo de las obras de san Juan de La Cruz y las de Malon de Chaide el tratado de la *Paciencia cristiana* de FRAY FERNANDO DE ZÁRATE, no precisamente porque medie entre este y aquellos afinidad literaria, sino porque, tratando todos de asuntos místicos, tiene el último un estilo muy distinto del de los primeros. ZÁRATE es tambien uno de los que mejor han escrito en lengua castellana; mas se separa tanto de la nebulosidad y misterio de san Juan de La Cruz y de la valentía de Malon de Chaide, que, mas bien que su contemporáneo y coautor en el género sagrado, parece su decidido antagonista. No que no reuna, como ellos, la erudicion y gravedad que requiere la naturaleza del argumento, pues suelen ser tantas las citas en que apoya sus proposiciones y tanta la abundancia de los ejemplos, que solo por esta razon viene á hacerse algo lánguido y pesado; mas, libre de toda clase de pretensiones, buscó ante todo ser natural y claro; cualidades de que aquellos, si no huyeron, hicieron, cuando menos, muy escasa estima. Amaba La Cruz remontarse al cielo y hablar el lenguaje abstracto del espíritu; Chaide, calentar us imaginacion y volar á las elevadas regiones de lo grande y lo sublime, y ZÁRATE desarrollar lentamente y hasta donde cupiese todas sus ideas, bajar al nivel de las inteligencias mas humildes, explicarles la eficacia de los trabajos que Dios envia, con las palabras mas en uso.

Llevaba á tal extremo ZÁRATE su deseo de hacerse aceptable á todos, que muchas veces no era ya natural, sino bajo y hasta vulgar, permitiéndose, no pocas, expresiones trivialísimas, que no pueden menos de rebajar á los ojos del lector la importancia del objeto á que fueron aplicadas. *Ni grado ni gracias* pone en boca de Satanás hablando á Dios de Job; y «vi en lugar del juicio, impiedad, *que es atreverse á Dios á las barbas*», hace decir á san Pablo. Estas y otras frases, como la que atribuye al mismo Apóstol, «*que me maten* si no ha de haber dia en que se ponga cada cosa en su lugar,» no abundan afortunadamente; mas son ya tan malas y de tan mal efecto que bastan para turbar la fácil belleza de su estilo, casi siempre igual, despejado y libre de incidentes y partículas, aunque no por esto dotado del calor y precision que echamos y debemos echar menos en algunos de sus mas pálidos pasajes.

Reunia ZÁRATE en cambio un lenguaje muy castizo si no muy correcto, una gran sobriedad de adorno, una felicidad notable en el uso de las comparaciones y metáforas, gracia y armonía en la composicion de sus períodos, acierto en las transiciones y en la gradacion ó degradacion de sus ideas: prendas todas que, unidas á la uniformidad de tono en que está escrito el libro, hacen de la *Paciencia cristiana* una de las mejores obras donde sea posible estudiar la altura á que habia llegado en el siglo XVI el habla castellana, la tension de que era esta capaz, el vuelo que iba y po-

[1] Nació FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE en la villa de Cascante, obispado de Tarazona, por los años 1530. Fué religioso de la órden de San Agustin, catedrático de sagrada teología en Zaragoza y Huesca. Hizose la primera edicion de su obra en Alcalá el año 1592, otras dos en la misma ciudad, años 1598 y 1603; otra en Barcelona, año 1598.



dia ir tomando nuestra oratoria sagrada, el camino que mas conviene seguir para expresar propia y sencillamente nuestros mas altos y dificilísimos conceptos.

No escribió ZÁRATE mas obras, y viene, sin embargo, ya desde su tiempo gozando de gran nombradía entre los autores clásicos: no creemos necesario decir mas para que se entienda y reconozca la excelencia de la que publicamos [1].

[1] Nació FRAY FERNANDO DE ZÁRATE en Madrid. Fué religioso de la órden de San Agustin, catedrático de sagrada teología en la universidad de Osuna. Hízose la primera edicion de su obra en Alcalá el año de 1593, la segunda en Madrid el año de 1597.

SUBIDA
DEL MONTE CARMELO,

POR

EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

ARGUMENTO.

Toda la doctrina que entiendo tratar en esta *Subida del monte Carmelo* está incluida en las siguientes *canciones*, y en ellas se contiene el modo de subir hasta la cumbre de él, que es el alto estado de la *perfeccion*, que aquí llamamos *union del alma con Dios*. Y porque tiene de ir fundado sobre ellas lo que dijere, las he querido poner aquí juntas, para que se entienda, y vea junta toda la sustancia de lo que se ha de escribir. Aunque al tiempo de la declaracion convendrá poner cada *cancion* de por sí, y ni mas ni menos los versos de cada una, segun lo pidiere la materia y declaracion.

CANCIONES

EN QUE CANTA EL ALMA LA DICHOSA VENTURA QUE TUVO EN PASAR POR LA OBSCURA NOCHE DE LA FE, EN DESNUDEZ Y PURGACION SUYA, Á LA UNION DEL AMADO.

1. En una noche obscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

2. A obscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A obscuras, en celada,
Estando ya mi casa sosegada.

3. En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veia,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guia,
Sino la que en el corazon ardia.

4. Aquesta me guiaba
Mas cierto que la luz de mediodia,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabia,
En parte donde nadie parecia.

5. ¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable mas que el alborada,
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada!

6. En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire del almena,
Cuando ya sus cabellos esparcia,
Con su mano serena
En mi cuello heria,
Y todos mis sentidos suspendia.

8. Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

PRÓLOGO.

Para haber de declarar y dar á entender esta noche obscura, por la cual pasa el alma para llegar á la divina luz de la union perfecta de amor de Dios (cual se puede en esta vida), era menester otra mayor experiencia y luz de ciencia que la mia; porque son tantas y tan profundas las tinieblas y trabajos, así espirituales como corporales, que suelen pasar las dichosas almas para poder llegar á este estado de perfeccion, que ni basta ciencia humana para saberlo entender, ni experiencia para decirlo; porque solo el que por ella pasa lo sabrá sentir, mas no decirlo. Y por tanto, para tratar algo de esta noche obscura, no me fiaré ni de experiencia ni de ciencia, porque lo uno y lo otro puede faltar y engañar, sino de la divina Escritura, por la cual si nos guiamos, no podemos errar, pues el que en ella habla es el Espíritu Santo. No obstante que me ayudaré de las dos cosas, de ciencia y experiencia, que digo. Y si yo en algo errare por no entenderlo bien, no es mi intencion apartarme del sano sentido y doctrina de la santa madre Iglesia católica; porque en tal caso, totalmente me resigno y sujeto, no solo á su luz y mandato, sino á cualquiera que con mejor razon de ello juzgare.

Para lo cual me ha movido, no la posibilidad que veo en mí para cosa tan alta y ardua, sino la confianza que en el Señor tengo, que ayudará á decir algo, por la mucha necesidad que tienen muchas almas; las cuales comenzando el camino de la virtud, y queriéndolas nuestro Señor poner en esta noche obscura, para que por ella pasen á la divina union, ellas no pasan adelante, á veces por no querer entrar ó dejarse entrar en ella, y á veces por no entender y faltar las guias idóneas y diestras que las lleven hasta la cumbre. Y así, es lástima ver muchas almas á quien Dios da talento y favor para pasar adelante (que si quisiesen animarse, llegarian á este alto estado), quedarse en un bajo modo de tratar con Dios, por no querer ó no saber, ó no las encaminar y enseñar á desviarse de aquellos principios. Y ya que en fin nuestro Señor las favorezca tanto, que sin esto y sin esotro las haga pasar, llegan muy mas tarde, y con mas trabajo y menos merecimiento, por no haberse ellas acomodado á Dios, dejándose poner en el puro y cierto camino de la union; porque, aunque es verdad que Dios, que las lleva, puede llevarlas sin estas ayudas, con todo eso, no dejándose ellas llevar, caminan menos, resistiendo á quien las lleva, y no merecen tanto, porque no aplican la voluntad, y en eso mismo padecen mas; que hay almas que, en vez de dejarse á Dios y ayudarse, antes estorban á Dios, por su indiscreto obrar ó repugnar: hechos semejantes á los niños, que, queriendo sus madres llevarlos en brazos, ellos van pateando y llorando, porfiando por ir por su pié, para que no se pueda andar nada, y si se anduviere, sea al paso del niño. Y así, para este saberse dejar llevar de Dios, cuando su Majestad los quiere pasar adelante, así á los principiantes como á los aprovechados, con su ayuda darémos doctrina y avisos para que sepan entender, ó á lo menos dejarse llevar de Dios. Porque algunos confesores y padres espirituales, por no tener luz y experiencia de estos caminos, antes suelen impedir y hacer daño á semejantes almas, que ayudarlas: hechos semejantes á los edificadores de Babilonia, que, habiendo de administrar un material conveniente, daban otro muy diferente, por no entender ellos la lengua, y así no se hacia nada: *Venite igitur, descendamus, et confundamus ibi linguam eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui, etc. Atque ita divisit eos Dominus.* Por lo cual es recia y trabajosa cosa en tales ocasiones no entenderse un alma ni hallar quien la entienda; porque acontecerá que la lleve Dios por un altísimo camino de obscura contemplacion y sequedad, en que á ella le parece que va perdida; y que estando así llena de obscuridad, trabajos y aprietos y tentaciones, encuentre quien la diga lo que á Job sus consoladores: que es melancolía y desconsuelo, ó condicion, y que podrá ser alguna malicia oculta suya, y que por eso la ha dejado Dios así; y luego suelen juzgar que aquella alma debe ser ó haber sido muy mala, pues tales cosas pasan por ella. Y tambien habrá quien la diga que vuelve atras, pues no halla gusto ni consuelo, como antes, en las cosas de Dios. Y así doblan el trabajo á la pobre alma; por-

que acaecerá que la mayor pena que ella sienta sea del conocimiento de su propria miseria, en que le parezca mas claro que la luz del dia que está llena de males y pecados, porque se lo da Dios así á entender en aquella noche de contemplacion, como adelante dirémos. Y como halla quien conforme con su parecer, diciendo que será por su culpa, crece la pena y el aprieto del alma sin término, y suele llegar á mas que morir. Y no contentándose con esto, pensando los tales confesores que procederá de pecados, hacen á las tales almas revolver sus vidas y que hagan muchas confesiones generales, y crucifícanlas de nuevo; no entendiendo que aquel por ventura no es tiempo de eso ni de esotro, sino de dejarlas así en la purgacion que Dios las tiene, consolándolas y animándolas á que quieran aquello hasta que Dios quiera; porque hasta entonces, por mas que ellos hagan y ellos digan, no hay remedio. De esto hemos de tratar adelante con el favor divino, y de cómo se ha de haber el alma entonces, y el confesor con ella, y qué indicio habrá para conocer si aquella es la purgacion del alma, y si lo es, si es del sentido ó del espíritu (lo cual es la noche obscura que decimos), y cómo se podrá conocer si es melancolía ó otra imperfeccion acerca del sentido ó del espíritu; porque podrá tambien haber algunas almas que pensarán ellas ó sus confesores que las lleva Dios por este camino de la noche obscura de la purgacion espiritual, y no será por ventura sino alguna imperfeccion de las dichas; y porque hay tambien muchas almas que piensan no tienen oracion, y tienen mucha; y otras, por el contrario, que, pensando tienen mucha, es poco mas que nada.

Hay otras que es lástima lo que trabajan y se fatigan, y vuelven atrás, porque ponen el fruto del aprovechar en lo que no aprovecha, sino antes estorba; y otras que con descanso y quietud van aprovechando mucho. Hay otras que con los mismos regalos y mercedes que Dios les hace para caminar adelante, se embarazan y estorban en este camino; en el cual á los seguidores de él acaecen muchas cosas de gozos, penas, esperanzas y dolores: unos que proceden de espíritu de perfeccion, otros de imperfeccion; de todo lo cual, con el favor divino, procurarémos decir algo, para que cada uno que esto leyere, en alguna manera eche de ver el camino que lleva, y el que le conviene llevar si pretende subir á la cumbre de este monte.

Y por cuanto esta doctrina es de la noche obscura, por donde el alma ha de ir á Dios, no se maraville el letor si le pareciere algo obscura. Lo cual entiendo yo que será al principio que la comenzare á leer; mas, como pase adelante, irá entendiendo mejor lo primero; porque con lo uno se va declarando lo otro. Y si lo leyere la segunda vez, entiendo le parecerá mas claro y la doctrina mas segura. Y si algunas personas con esta letura no se hallaren bien, hacerlo á mi poco saber y bajo estilo; porque la materia, de suyo buena es y harto necesaria. Pero paréceme que, aunque se escribiera mas acabada y perfectamente de lo que aquí irá, no fuera apetecida de muchos; porque aquí no se escribirán cosas muy morales y sabrosas para los espirituales, que gustan de ir por las que son dulces á Dios; sino doctrina sustancial y sólida, así para los unos como para los otros, si quisieren pasar á la desnudez de espíritu que aquí se escribe. Ni aun mi principal intento es hablar con todos, sino con algunas personas de nuestra sagrada religion de los primitivos del monte Carmelo, así frailes como monjas, por habérmelo ellos pedido; á quien Dios hace merced de meter en la senda de este monte; los cuales, como ya están bien desnudos de las cosas temporales de este siglo, entenderán mejor esta doctrina de la desnudez de espíritu.

SUBIDA DEL MONTE CARMELO.

LIBRO PRIMERO.

EN QUE SE TRATA QUÉ SEA NOCHE ESCURA, Y CUÁN NECESARIA SEA PASAR POR ELLA Á LA DIVINA UNCION, Y EN PARTICULAR TRATA DE LA NOCHE ESCURA DEL SENTIDO, APETITO, Y DE LOS DAÑOS QUE HACEN EN EL ALMA.

CAPITULO PRIMERO.

Pone la primera cancion; dice dos diferencias que hay de noches, porque pasan los espirituales segun las dos partes del hombre, superior y inferior, y declara la cancion.

CANCION PRIMERA.

En una noche escura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

En esta primera cancion canta el alma la dichosa suerte y ventura que tuvo en salir de todas las cosas y de los apetitos y imperfecciones que hay en la parte sensitiva del hombre, por el desórden que tiene de la razon. Para cuya inteligencia es de saber, que para que una alma llegue al estado de la perfeccion, ordinariamente ha de pasar por dos maneras principales de noches, que los espirituales llaman purgaciones ó purificaciones del alma, que aquí llamamos noches; por cuanto el alma, así en la una como en la otra, camina como de noche á escuras. La primera noche ó purgacion es de la parte sensitiva del alma, de la cual se tratará en la presente cancion y en la primera parte de este libro. La segunda es de la parte espiritual, de quien habla la segunda cancion que se sigue; y de esta tambien tratarémos en la segunda parte cuanto á lo activo; porque cuanto á lo pasivo será la tercera y cuarta parte.

DECLARACION DE LA CANCION.

Quiere pues en suma decir el alma en esta cancion, que salió (sacándola Dios) solo por amor de él, inflamada en su amor, en una noche escura, que es la privacion y purgacion de todos sus apetitos sensitivos acerca de todas las cosas exteriores del mundo y de las que eran deleitables á su carne, y tambien de los gustos de su voluntad. Todo lo cual se hace en esta purgacion del sentido; y por eso dice que salió estando ya su casa sosegada, que es la parte sensitiva; sosegados ya y dormidos todos sus apetitos en ella, y ella á ellos; porque no se sale de las penas y angustias de los retretes de los apetitos hasta que estén amortiguados y dormidos. Y esto dice que le fué dichosa ventura, «salir sin ser notada;» esto es, sin que ningun apetito de su carne ni de otra cosa se lo pudiesen estorbar. Y tambien porque salió de noche, que es privándola Dios de todos ellos, lo cual era noche para ella; y esta fué dichosa ventura, meterla Dios en esta noche, de donde se sigue tanto bien, en la cual no atinará ella bien á entrar; porque no atina uno por sí solo á vaciarse de todos los apetitos para ir á Dios. Esta es en suma la declaracion de la cancion, y ahora habrémos de ir por ella escribiendo sobre cada verso, y declarando lo que pertenece á nuestro propósito.

CAPITULO II.

Declara qué noche escura sea esta por que el alma dice haber pasado á la union de Dios; dice las causas de ella.

En una noche escura.

Por tres causas podemos decir que se llama noche este tránsito que hace el alma á la union de Dios. La primera, por parte del término de donde el alma sale, porque ha de ir careciendo el apetito del gusto de todas las cosas del mundo que poseia en negacion de ellas; la cual es como noche para todos los apetitos y sentidos del hombre. La segunda, por parte del medio ó camino por donde ha de ir el alma á esta union, que es la fe, la cual es escura para el entendimiento como noche. La tercera, de parte del término adonde va, que es Dios; el cual, por ser incomprehensible y infinitamente excedente, se puede tambien decir escura noche para el alma en esta vida; por las cuales tres noches ha de pasar el alma para venir á la divina union con Dios. Estas se figuraron en el libro del santo Tobías en las tres noches que el ángel mandó á Tobías el mancebo que pasasen antes que se juntase en uno con la esposa: *Tu autem cum acceperis eam, ingresus cubiculum,*

per tres dies continens esto ab ea. En la primera le mandó que quemase el corazon del pez en el fuego, que significa el corazon aficionado y pegado á las cosas del mundo; el cual, para comenzar á ir á Dios, se ha de quemar y purificar de todo lo que es criatura, en el fuego del amor de Dios. Y en esta purgacion ahuyenta al demonio, que tiene poder en el alma por asimiento á los gustos de las cosas temporales y corporales.

En la segunda noche le dijo que seria admitido en la compañía de los santos patriarcas, que son los padres de la fe; porque, pasando por la primera noche, que es privarse de todos los objetos de los sentidos, luego entra el alma en la segunda noche, quedándose sola en desnuda fe y rigiéndose solo por ella, que es cosa que no cae en sentido.

En la tercera noche le dijo el ángel que consiguiria la bendicion, que es Dios, el cual, mediante la segunda noche, que es fe, se va comunicando al alma tan secreta y íntimamente, que es otra noche para ella, en tanto que se va haciendo esta comunicacion muy mas escura que esotras, como luego dirémos. Y pasada esta tercera noche, que es acabarse de hacer esta comunicacion de Dios en el espíritu, que se hace ordinariamente en gran tiniebla del alma, luego se sigue la union con la esposa, que es la sabiduría de Dios. Como tambien el ángel dijo á Tobías que, pasada la primera noche, se juntaria con su esposa con temor del Señor; el cual cuando está perfecto, lo está tambien el amor de Dios, que es cuando se hace la transformacion por amor del alma de Dios. Y para que mejor lo entendamos, irémos tratando de cada una de estas causas de por sí. Y advertirse ha que estas tres noches todas son una noche, que tiene tres partes; por la primera, que es la del sentido, se compara á la primera noche, que es cuando se acaba de carecer del objeto de las cosas. La segunda, que es la fe, se compara á la media noche, que totalmente es escura; y la tercera, al despedimiento, que es Dios, la cual es inmediata á la luz del dia.

CAPITULO III.

Comienza á tratar de la primera causa de esta noche, que es la privacion del apetito en todas las cosas.

Llamamos aquí noche á la privacion del gusto en el apetito de todas las cosas; porque, así como la noche no es otra cosa sino privacion de la luz, y por el consiguiente de todos los objetos que se pueden ver mediante ella, por lo cual se queda la potencia visiva á escuras y sin nada; así tambien se puede decir la mortificacion del apetito noche para el alma; porque, privándose ella del gusto del apetito en todas las cosas, es quedarse como á escuras y sin nada; porque, así como la potencia visiva se ceba mediante la luz, y apacienta en los objetos que se pueden ver, y apagada la luz, cesa esto; así el alma, mediante el apetito, se apacienta y ceba de todas las cosas que, segun sus potencias, se pueden gustar; el cual mortificado, deja el alma de apacentarse en el gusto de todas las cosas; y así, se queda, segun el apetito, á escuras y sin nada. Pongamos ejemplo en todas las potencias: privando el alma su apetito en el gusto de todo lo que al sentido del oido puede deleitar, segun esta potencia, se queda el alma á escuras y sin nada; y privándose del gusto de todo lo que al sentido de la vista puede agradar, tambien, segun esta potencia se queda el alma á escuras y sin nada. Y lo mismo se puede decir de los demás sentidos; de manera que el alma que hubiere negado y despedido de sí el gusto de todas las cosas, mortificando su apetito en ellas, podrémos decir que está como de noche, á escuras; lo cual no es otra cosa sino un vacío en ella de todas las cosas. La causa de esto es, porque, como dicen los filósofos, luego que Dios infunde el alma en el cuerpo, está como una tabla rasa en que no está pintado nada; y sino es lo que por los sentidos va conociendo, de otra parte naturalmente no se le comunica nada. Y así, entre tanto que está en el cuerpo, está como el que está en una cárcel escura, que no sabe nada sino lo que se puede alcanzar á ver por las ventanas de aquella cárcel; y si por allí no viese, por otra parte no veria nada. Así, el alma, sino es lo que por los sentidos se le comunica, que son las ventanas de su cárcel, naturalmente por otra via nada alcanzaria. Donde si lo que puede recibir por los sentidos ella lo desecha y niega, bien podrémos decir que se queda como á escuras y vacía; pues, segun parece por lo dicho, naturalmente no le puede entrar luz por otras lumbreras; porque, aunque es verdad que no puede dejar de oir y ver, oler, gustar y sentir; pero casi no le hace mas al caso, ni lo embaraza mas el alma, si lo niega y desecha, que si no lo viese y oyese. Como tambien el que quiere cerrar los ojos quedará tan á escuras como el ciego, que no tiene potencia para ver. Y á este propósito habló David, diciendo: *Pauper sum ego, et in laboribus à juventute mea;* Yo soy pobre y en trabajos desde mi juventud. Y llámase pobre, aunque está claro que era rico, porque no tenia en las riquezas su voluntad; y así, era tanto como si realmente fuera pobre. Mas antes si fuera realmente pobre, y de voluntad no lo fuera, no era de verdad pobre, pues el alma estaba rica y llena en el apetito; y por esto llamamos á esta desnudez noche para el alma, porque no tratamos aquí del carecer de las cosas, que eso no desnuda el alma si tiene apetito de ellas, sino de la desnudez del apetito y gusto de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía, aunque las tenga; porque no ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entran en ella, sino la voluntad y apetito de ellas que moran en ella. Esta primera manera de noche pertenece al alma segun la parte sensitiva. Ahora digamos cómo la conviene salir de su casa en esta noche escura del sentido, para ir á la union de Dios.

CAPITULO IV.

Dice cuán necesaria sea al alma pasar de veras por esta noche escura del sentido, que es la mortificacion del apetito, para caminar á la union de Dios.

La causa por que le es necesario al alma (para llegar á la divina union de Dios) pasar esta noche escura en

mortificacion de apetitos y negacion de los gustos de todas las cosas, es porque todas las aficiones que tiene en las criaturas son delante de Dios como puras tinieblas, de las cuales estando el alma vestida, no tiene capacidad para ser ilustrada y poseida en la pura y sencilla luz de Dios, si primero no las desecha de sí, porque no puede convenir la luz con las tinieblas; pues, como dice san Juan: Las tinieblas no pudieron recibir la luz; *Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt.* La razon es, porque dos contrarios (segun nos enseña la filosofía) no pueden caber en un sugeto, y porque las tinieblas, que son las aficiones en las criaturas, y la luz, que es Dios, son contrarios y desemejantes, segun á los corintios enseña san Pablo, diciendo: *Quae societas luci ad tenebras?* ¿Qué conveniencia se podrá hallar entre la luz y las tinieblas? De aquí es que en el alma no puede asentar la luz de la divina union si primero no se ahuyentan las aficiones de ella. Y para que probemos mejor lo dicho, es de saber que la aficion y asimiento que el alma tiene á la criatura iguala á la misma alma con la criatura; y cuanto mayor es la aficion, tanto mas la iguala y hace semejante; porque el amor hace semejanza entre lo que ama y lo que es amado; que por eso dijo David, hablando con los que ponian su corazon en los ídolos: *Similes illis fiant qui faciunt ea: et omnes qui confidunt in eis;* Sean semejantes á ellos los que ponen su aficion en ellos. Y así, el que ama criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y en alguna manera mas bajo, porque el amor, no solo iguala, mas aun sujeta al amante á lo que ama. Y de aquí es que, por el mismo caso que el alma ama algo fuera de Dios, se hace incapaz de la pura union de Dios y de su transformacion; porque mucho menos es capaz la bajeza de la criatura de la alteza del Criador, que las tinieblas de la luz; porque todas las cosas de la tierra y del cielo, comparadas con Dios, son nada, como dice Jeremías: *Aspexi terram, et ecce vacua erat, et nihil, et coelos, et non erat lux in eis;* Miré la tierra, y estaba vacía, y ella nada era; y á los cielos, y vi que no tenian luz. En decir que vió la tierra vacía da á entender que todas las criaturas de ella nada eran, y que la tierra tambien era nada. Y en decir que miró á los cielos y no vió luz en ellos, es decir que todas las lumbreras del cielo, comparadas con Dios, son puras tinieblas. De suerte que todas las criaturas en esta manera nada son, y las aficiones de ellas menos que nada podemos decir que son, pues son impedimento y privacion de la transformacion en Dios. Así como las tinieblas nada son, y menos que nada, pues son privacion de la luz; y así como no comprehende á la luz el que tiene tinieblas, así no podrá comprehender á Dios el alma que tiene aficion en criatura. De la cual hasta que se purgue, ni acá le podrá poseer por transformacion pura de amor, ni allá por clara vision; y para mayor claridad, hablemos mas en particular.

De manera que todo el ser de las criaturas, comparado con el infinito ser de Dios, nada es. Y por tanto, el alma que en él pone su aficion, nada es tambien delante de él, y menos que nada; pues, como habemos dicho, el amor hace igualdad y semejanza, y aun pone mas bajo al que ama. Y por tanto, en ninguna manera podrá esta alma unirse con el infinito ser de Dios, pues lo que no es no puede convenir con lo que es. Y toda la hermosura de las criaturas, comparada con la infinita hermosura de Dios, suma fealdad es, segun dice Salomon en los *Proverbios: Fallax gratia, et vana est pulcritudo;* Engañosa es la belleza y vana la hermosura. Y así, el alma que está aficionada á la hermosura de cualquier criatura, delante de Dios tiene su parte de fealdad. Y por tanto, no podrá esta alma transformarse en la hermosura, que es Dios, porque la fealdad no alcanza á la hermosura. Y toda la gracia y donaire de las criaturas, comparada con la gracia de Dios, es suma desgracia y sumo desabrimiento. Y por eso, el alma que se prenda de las gracias y donaires de las criaturas es desgraciada y desabrida delante de Dios; y así, no puede ser capaz de la infinita gracia y belleza de él, porque lo desgraciado dista mucho de lo que infinitamente es gracioso. Y toda la infinita bondad de las criaturas del mundo, comparada con la infinita bondad de Dios, mas parece malicia que bondad: *Nemo bonus, nisi solus Deus;* porque nada hay bueno sino solo Dios. Y por tanto, el alma que pone su corazon en los bienes del mundo es mala delante de Dios. Y así como la malicia no comprehende á la bondad, así esta tal alma no podrá unirse con Dios en perfecta union, el cual es suma bondad. Y toda la sabiduría del mundo y habilidad humana, comparada con la sabiduría de Dios infinita, es pura y suma ignorancia, segun á los corintios escribe san Pablo, diciendo: *Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum;* La sabiduría de este mundo, delante de Dios es necedad. Por tanto, toda alma que hiciere caso de todo su saber y habilidad para venir á unirse con la sabiduría de Dios, sumamente es ignorante delante de él y quedará muy léjos de ella, porque la ignorancia no sabe qué cosa es sabiduría. Y delante de Dios aquellos que se tienen por de algun saber son muy ignorantes; de quien dice el mismo apóstol: *Dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt;* Teniéndose ellos por sabios, se hicieron necios. Y solo aquellos van teniendo sabiduría de Dios, que como niños y ignorantes, deponiendo su saber, andan con amor en su servicio; la cual manera de sabiduría enseñó tambien san Pablo, diciendo: *Nemo se seducat; si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc saeculo, stultus fiat, ut sit sapiens, sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum;* Si á alguno le parece que es sabio entre vosotros, hágase ignorante para ser sabio; porque la sabiduría de este mundo acerca de Dios es locura. De manera que para venir el alma á unirse con la sabiduría de Dios, antes ha de ir por ignorancia que por saber. Y todo el señorío y libertad del mundo, comparado con la libertad y señorío del espíritu de Dios, es suma servidumbre y angustia y cautiverio. Por tanto, el alma que se enamora de mayorías ó de otros tales oficios y de las libertades de su apetito, delante de Dios es tenida y

tratada, no como hijo libre, sino como persona baja, cautiva de sus pasiones por no haber querido él tomar su santa doctrina, que enseña que el que quisiere ser mayor sea el menor. Y por tanto, no podrá esta alma llegar á la real libertad de espíritu que se alcanza en esta divina union; porque la servidumbre ninguna parte puede tener con la libertad, la cual no puede morar en corazon sujeto á quereres, por ser este corazon cautivo, sino en el libre, que es corazon de hijo. Esta es la causa por que Sara dijo á su marido Abrahan que echase fuera de casa la esclava y á su hijo, diciendo que no habia de ser heredero el hijo de la esclava con el de la libre: *Ejice ancillam hanc, et filium ejus, non enim erit haeres filius ancillae cum filio meo Isaac.* Y todos los deleites y sabores de la voluntad en todas las cosas del mundo, comparados con los deleites y sabores, que es Dios, son suma pena, tormento y amargura; y así, el que pone su corazon en ellos es tenido delante de Dios por digno de pena, tormento y amargura, y no podrá venir á los deleites del abrazo de la union de Dios. Y todas las riquezas y gloria de todo lo criado, comparado con la riqueza, que es Dios, es suma pobreza y miseria; y así, el alma que ama el poseer esto es sumámente pobre y miserable delante de Dios, y por esto no podrá llegar al dichoso estado de la riqueza y gloria, que es el de la transformacion en él; por cuanto lo miserable y pobre sumamente, dista de lo que es sumamente rico y glorioso. Y por tanto, la Sabiduría divina, doliéndose de estos tales que se hacen feos, bajos, miserables y pobres, por amar ellos esto hermoso, alto y rico al parecer del mundo, les hace una exclamacion en los *Proverbios*, diciendo: *O viri, ad vos clamito, et vox mea ad filios hominum. Intelligite, parvuli, astutiam, et insipientes animadvertite. Audite quoniam de rebus magnis locutura sum... Mecum sunt divitiae et gloria, opes superbae, et justitia. Melior est enim fructus meus auro, et lapide pretioso, et genimina mea argento electo. In viis justitiae ambulo, in medio semitarum judicii, ut ditem diligentes me, et thesauros eorum repleam;* Oh varones, á vosotros doy voces, y mis voces á los hijos de los hombres. Entended, pequeñuelos, la astucia y sagacidad, y los que sois insipientes, advertid, oid, porque tengo de hablar de grandes cosas. Conmigo están las riquezas y la gloria, las riquezas altas y la justicia. El fruto que hallareis en mí, mejor es que el oro y que la piedra preciosa, y mis generaciones, esto es, lo que de mí engendraréis en vuestras almas, es mejor que la plata escogida. En los caminos de la justicia ando, en medio de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman y hinchir perfectamente sus tesoros. En lo cual la Sabiduría divina habla con todos aquellos que ponen su corazon y aficion en cualquier cosa del mundo, segun se ha dicho. Y llámalos pequeñuelos, porque se hacen semejantes á lo que aman, lo cual es pequeño. Y por eso les dice que entiendan la astucia y adviertan que ella trata de cosas grandes, y no de pequeñas, como ellos. Que las riquezas grandes, y la gloria que ellos aman, con ella y en ella están, no donde ellos piensan. Y que las riquezas altas y la justicia en ella moran; porque, aunque á ellos les parece que las cosas de este mundo lo son, díceles que adviertan que son mejores las suyas. Porque el fruto que en ella hallarán les será mejor que el oro y que las piedras preciosas, y lo que ella en las almas engendra, mejor que la plata escogida que ellos aman, en la cual se entiende todo género de aficion que en esta vida se puede tener.

CAPITULO V.

Prosigue lo dicho, mostrando con autoridades y figuras de la sagrada Escritura cuán necesario sea al alma ir á Dios por esta noche escura de la mortificacion del apetito.

Ya habemos dicho la distancia que hay de las criaturas á Dios, y cómo las almas que en algunas de ellas ponen su aficion, esa misma distancia tienen de Dios; porque (como habemos dicho) el amor hace igualdad y semejanza. Lo cual habia bien conocido san Agustin cuando decia, hablando con Dios en los *Soliloquios:* Miserable de mí, ¿cuándo podrá mi cortedad y imperfeccion convenir con tu rectitud? Tú verdaderamente eres bueno, yo malo; tú piadoso, yo impío; tú santo, yo miserable; tú justo, yo injusto; tú luz, yo ciego; tú vida, yo muerte; tú medicina, yo enfermo; tú suma verdad, yo toda vanidad. Lo cual dice este santo en cuanto se inclina á las criaturas. Por tanto, es suma ignorancia del alma pensar podrá pasar á este alto estado de union con Dios si primero no vacia el apetito de las cosas naturales y sobrenaturales, en cuanto á él por el amor propio pueden pertenecer; pues es suma la distancia que hay de ellas á lo que en este estado se da, que es puramente transformacion en Dios; que por eso Cristo nuestro Señor, enseñándonos este camino, dijo por san Lúcas: *Qui non renuntiat omnibus, quae possidet, non potest meus esse discipulus*; El que no renuncia todas las cosas que con la voluntad posee, no puede ser mi discípulo. Y esto está claro, porque la doctrina que el Hijo de Dios vino á enseñar al mundo fué el menosprecio de todas las cosas para poder recibir el precio del Espíritu de Dios en sí; pues en tanto que de ellas no se deshiciere el alma, no tiene capacidad para poder recibir el Espíritu de Dios en pura transformacion. De esto tenemos figura en el libro del *Exodo*, donde se lee que no dió la Majestad de Dios el manjar del cielo, que era el maná, *ecce ego pluam vobis panem de coelo,* á los hijos de Israel, hasta que les faltó la harina que ellos habian traido de Egipto; dando por esto á entender que primero conviene renunciar todas las cosas, porque este manjar de ángeles no es ni se da al paladar que quiere tomar sabor en el de los hombres. Y no solamente se hace incapaz del Espíritu divino el alma que se apacienta y detiene en otros extraños gustos, mas aun enojan mucho á la Majestad divina los que, pretendiendo el manjar de espíritu, no se contentan con solo Dios, sino que quieren entremeter el apetito y aficion de otras cosas; lo cual tambien se echa de ver en la misma Escritura, donde se dice: *Quis dabit nobis ad vescendum carnes?* Que no se con-

tentando ellos con aquel manjar tan sencillo, apetecieron y pidieron manjar de carne. Y que nuestro Señor se enojó gravemente que quisiesen ellos entremeter un manjar tan bajo y tosco con un manjar tan alto y sencillo; que, aunque lo era, tenia en sí el sabor de todos los manjares; por lo cual, aun teniendo ellos los bocados en la boca, descendió, como dice David, la ira de Dios sobre ellos, echando fuego del cielo y abrasando muchos millares de ellos: *Adhuc escae eorum erant in ore ipsorum, et ira Dei ascendit super eos, et occidit pingues eorum, et electos Israel impedivit*; teniendo por cosa indigna que tuviesen ellos apetito de otro manjar dándoseles el manjar del cielo. ¡Oh, si supiesen los espirituales qué bienes pierden y abundancia de espíritu por no querer ellos acabar de levantar el apetito de niñerías; y cómo hallarian en este sencillo manjar del espíritu el gusto de todas las cosas, si ellos no quisiesen gustarlas! Mas, porque no quieren hacerlo, no le gustan; porque la causa que estos no recibian el gusto de todos los manjares que habia en el maná, era porque ellos no recogian el apetito á solo él. De manera que no dejaban de hallar en el maná todo el gusto y fortaleza que ellos pudieran querer, porque el maná no lo tuviese, sino porque ellos querian otra cosa. El que quiere amar otra cosa con Dios, sin duda es tener en poco á Dios, pues pone en una balanza con Dios lo que sumamente dista de él, como está referido. Ya se sabe bien por experiencia que cuando la voluntad se aficiona á una cosa, la tiene en mas que á otra cualquiera, aunque sea mucho mejor que ella, si no gusta tanto de la otra. Y si de una y de otra quiere gustar, á la que es mas principal ha de hacer agravio por fuerza, por la injusta igualdad que hace entre ellas. Y como no hay cosa que se pueda igualar con Dios, agravio le hace el alma que con él ama otra cosa ó se ase á ella por aficion. Y pues esto es así, ¿qué seria si la amase mas que á Dios?

Esto tambien es lo que se denota en el mismo libro del *Exodo*, cuando mandó Dios á Moisen que subiese al monte á hablar con él, y le mandó que, no solamente subiese él solo, dejando abajo los hijos de Israel, pero que ni aun las bestias paciesen á vista del monte: *Stabisque mecum super verticem montis: nullus ascendat tecum, nec videatur quispiam per totum montem: boves quoque, et oves non pascantur econtra.* Dando por esto á entender al alma que el que hubiere de subir á este monte de la perfeccion á comunicar con Dios, no solo ha de renunciar todas las cosas, mas tambien los apetitos, que son las bestias; no las ha dejar apacentar á vista de este monte, esto es, en otras cosas que no son Dios puramente; en el cual todo apetito cesa, esto es, en el estado de la perfeccion. Y así, es menester que el camino y subida sea un ordinario cuidado de hacerlos cesar; y tanto mas presto llegará el alma, cuanto mas priesa en esto se diere. Mas hasta que cesen no hay llegar, aunque mas virtudes ejercite, porque le falta el conseguirlas con perfeccion; la cual consiste en tener el alma vacía, desnuda y purificada de todo apetito. De lo cual tenemos figura bien al vivo en el *Génesis*, donde se lee que, queriendo el patriarca Jacob subir al monte Betel á edificar allí á Dios un altar en que le ofreciese sacrificio, primero mandó á toda su gente tres cosas: la primera, que arrojasen de sí todos los dioses extraños; la segunda, que se purificasen; la tercera, que mudasen sus vestiduras: *Jacob verò, convocata omni domo sua ait: Abjicite Deos alienos, qui in medio vestri sunt, et mundamini, ac mutate vestimenta vestra.* En las cuales tres cosas se da á entender que el alma que quisiere subir á este monte á hacer de sí misma altar en él, en que se ofrezca á Dios sacrificio de amor puro y alabanza y reverencia pura, primero que suba á la cumbre del monte ha de haber perfectamente hecho las tres cosas referidas. Lo primero, que arroje todos los dioses ajenos, que son todas las extrañas aficiones y asimientos; lo segundo, que se purifique del dejo que han dejado en el alma estos apetitos con la noche escura del sentido que dijimos, negándolos y arrepintiéndose ordenadamente; y lo tercero que ha de tener para llegar á este monte alto, es las vestiduras mudadas; las cuales, mediante la obra de las dos cosas primeras, se las mudará Dios de viejas á nuevas, poniendo en el alma un nuevo entender de Dios en Dios, dejado el viejo entender del hombre, y un nuevo amar á Dios en Dios, desnuda ya la voluntad de todos sus viejos quereres y gustos de hombre, y metiendo al alma en una nueva noticia y abismal deleite, echadas ya otras noticias y imágines viejas aparte; y haciendo cesar todo lo que es del hombre viejo, que es la habilidad del ser natural, y vistiéndole de nueva habilidad sobrenatural, segun todas sus potencias. De manera que ya su obrar de humano se haya vuelto en divino, que es lo que se alcanza en el estado de union, en la cual el alma no sirve de otra cosa sino de altar, en que Dios es adorado en alabanza y amor, y solo Dios en ella está. Que por esto mandaba él que el altar donde se habian de hacer los sacrificios estuviese de dentro vacío: *Non solidum, sed inane, et cabum intrinsecus facies illud.* Para que entienda el alma cuán vacía la quiere Dios de todas sus cosas, para que sea digno altar donde esté su Majestad; en el cual tampoco permitia, ni que hubiese fuego ajeno ni que faltase jamás el propio: *Arreptisque Nadab, et Abiud filii Aaron thuribulis, imposuerunt ignem, et incensum desuper, offerentes coram Domino ignem alienum, quod eis praeceptum non erat, egressusque ignis à Domino deboravit eos, et mortui sunt coram Domino.* Tanto, que porque Nadab y Abiud, que eran los hijos del sumo sacerdote Aaron, ofrecieron fuego ajeno en su altar, enojado de esto, los mató allí luego delante del mismo altar; para que entendamos que en el alma, ni ha de faltar amor de Dios para ser digno altar, ni tampoco se ha de mezclar otro amor ajeno. No consiente Dios á otra cosa morar consigo en uno. De donde se lee en el libro primero de los *Reyes*, que metiendo los filisteos el arca del Testamento en el templo donde estaba su ídolo, amanecia el ídolo cada mañana arrojado en el suelo, y á la última hecho pedazos. Solo aquel apetito consiente y quiere

que haya donde él está, que es de guardar la ley de Dios perfectamente y llevar la cruz de Cristo sobre sí. Y así, no se dice en la Escritura divina que mandase Dios poner en el arca donde estaba el maná otra cosa sino el libro de la Ley: *Tolite librum istum, et ponite eum in latere arcae foederis Domini Dei vestri.* Y la vara de Moysen, que significa la cruz: *Refer virgam Aaron in tabernaculum testimonii.* Porque el alma que otra cosa no pretendiere sino guardar perfectamente la ley del Señor y llevar la cruz de Cristo, será arca verdadera, que tendrá en sí el verdadero maná, que es Dios.

CAPITULO VI.

Dice dos daños principales que causan los apetitos en el alma, el uno privativo y el otro positivo. Pruébalo con autoridades de la Escritura.

Y para que mas clara y abundantemente se entienda lo dicho, será bueno decir aquí cómo estos apetitos causan en el alma dos daños principales: el uno es, que la privan del espíritu de Dios; y el otro es, que el alma en quien viven, la cansan, atormentan, escurecen, ensucian y enflaquecen, segun aquello que dice Jeremías: *Duo enim mala fecit populus meus; me dereliquerunt fontem aquae vivae, et foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quae continere non valent aquas;* Dos males hizo mi pueblo: dejáronme á mí, que soy fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden tener en sí las aguas. Los cuales dos males, en un acto de apetito se causan; porque claro está que por el mismo caso que el alma se aficiona á una cosa que cae debajo de nombre de criatura, cuanto aquel apetito tiene de mas entidad en el alma, tanto ella tiene menos de capacidad para Dios; pues (como dijimos en el capítulo cuarto) no pueden caber dos contrarios en un sugeto; y aficion de Dios y aficion de criatura contrarios son; y así, no caben en uno; porque ¿qué tiene que ver criatura con Criador, sensual con espiritual, visible con invisible, temporal con eterno, manjar celestial, puro, espiritual, con el manjar del sentido puro sensible, desnudez de Cristo con asimiento á alguna cosa? Por tanto, así como en la generacion natural no se puede introducir una forma sin que primero se expela del sugeto la forma contraria que precede, la cual estando, es impedimento á la otra, por la contrariedad que tienen las dos entre sí; así en tanto que el alma se sujeta al espíritu sensible y animal, no puede entrar en ella el espíritu puro espiritual; que por eso dijo nuestro Salvador por san Mateo: *Non est bonum sumere panem filiorum, et mittere canibus;* No es cosa conveniente tomar el pan de los hijos y darlo á los perros. Y en otra parte: *Nolite dare sanctum canibus;* No querais dar lo santo á los perros. En las cuales autoridades compara nuestro Señor á los que, negando todos los apetitos de las criaturas, se disponen para recibir el Espíritu de Dios puramente, á los hijos de Dios; y á los que quieren cebar su apetito en las criaturas, á los perros; porque á los hijos es dado comer con su padre en la mesa y de su plato, que es apacentarse de su espíritu; y á los canes, las migajas que caen de la mesa. En lo cual es de saber que todas las criaturas son migajas que cayeron de la mesa de Dios. Y así, justamente es llamado can el que anda apacentándose en las criaturas, y por eso se les quita el pan de los hijos, pues no se quieren levantar de las migajas de las criaturas á la mesa del espíritu increado de su padre. Y por eso justamente, como perros, siempre andan hambreando, porque las migajas mas sirven de avivar el apetito que de satisfacer la hambre. Y de ellos dice David: *Famem patientur ut canes, et circuibunt civitatem. Si verò non fuerint saturati et murmurabunt;* que padecerán hambre como perros y rodearán la ciudad, y como no se vean hartos, murmurarán. Porque esta es la propiedad del que tiene apetitos, que siempre está descontento y desabrido como el que tiene hambre; pues ¿qué tiene que ver la hambre que ponen todas las criaturas con la hartura que causa el Espíritu de Dios? Por eso no puede entrar esta hartura de Dios en el alma si no se echa primero de ella esta hambre del apetito; pues, como está dicho, no pueden morar dos contrarios en un sugeto, que son hambre y hartura. Por lo dicho se verá cuánto mas es en cierta manera lo que Dios hace en limpiar y purgar un alma de estas contrariedades, que en criarla de nada; porque estas contrariedades de apetitos y afectos contrarios, mas parece que estorban á Dios que la nada, porque esta no resiste á su Majestad, y el apetito de criatura sí. Y esto baste acerca del primer daño principal que hacen al alma los apetitos, que es resistir al Espíritu de Dios, por cuanto arriba está ya dicho mucho de ello.

Ahora digamos del segundo efecto que hacen en ella, el cual es de muchas maneras; porque los apetitos cansan el alma, la atormentan, escurecen y ensucian y enflaquecen; de las cuales cinco cosas irémos diciendo en particular. Cuanto á lo primero, claro está que los apetitos cansan y fatigan al alma, porque son como unos hijuelos inquietos y de mal contento, que siempre están pidiendo á su madre uno y otro, y nunca se contentan. Y así como se cansa y fatiga el que cava por codicia del tesoro, así se cansa y fatiga el alma por conseguir lo que sus apetitos le piden; y aunque lo consiga en fin, siempre se cansa, porque nunca se satisface; y al cabo son cisternas rotas aquellas en que cava, que no pueden tener agua para satisfacer la sed. Y así, dice Isaías: *Lassus adhuc sitit, et anima ejus vacua est;* Después de cansado y fatigado, todavía tiene sed y está su apetito vacío. Y cánsase y fatígase el alma que tiene apetitos, porque es como el enfermo de calentura, que no se halla bien hasta que se le quite la fiebre, y cada rato le crece la sed; porque, como se dice en el libro de Job: *Cum satiatus fuerit, arctabitur, aestuabit, et omnis dolor irruet super eum;* Cuando hubiere satisféchose el apetito quedará mas apretado y gravado; creció en su alma el calor del apetito, y así caerá sobre él todo dolor. Y cánsase y afligese el alma con sus apetitos, porque es herida, movida y turbada de ellos, como el agua de los vientos; y de esa misma manera la alborotan, sin dejarla sosegar en un lugar ni en una cosa. Y de las ta-

las almas dice Isaías: *Impii autem quasi mare fervens, quod quiescere non potest;* El corazon del malo es como el mar cuando hierve, y es malo el que no vence sus apetitos. Y cánsase y fatígase el alma que desea cumplirlos; porque es como el que, teniendo hambre, abre la boca para hartarse de viento, y en lugar de hartarse, se seca mas, porque aquel no es su manjar; y así, dice de la tal alma Jeremías: *In desiderio animae suae attraxit ventum amoris sui;* En el apetito de su voluntad atrajo á sí el viento de su aficion. Y mas adelante dice, para dar á entender la sequedad en que esta tal alma queda, dándole aviso: *Prohibe pedem tuum à nuditate, et guttur tuum à siti;* Aparta tu pié (esto es, tu pensamiento) de la desnudez, y tu garganta de la sed (esto es, tu voluntad del cumplimiento del apetito, que causa mas sequedad), y así como se cansa y fatiga el vano en el dia de su esperanza, cuando le salió su lance en vacío, así se cansa el alma y fatiga con todos sus apetitos y cumplimiento de ellos, pues todos la causan mayor vacío y hambre; porque, como comunmente dicen, el apetito es como el fuego, que echándole leña crece, y luego que la consume, por fuerza ha de desfallecer. Y aun el apetito es de peor condicion en esta parte; porque el fuego acabándosele la leña descrece, mas el apetito no descrece en aquello que se aumentó cuando se puso por obra, aunque se acaba la materia; sino que, en lugar de descrecer como el fuego cuando se le acaba la suya, él desfallece en fatiga, porque quedó crecida la hambre y disminuido el manjar. Y de este habla Isaías, diciendo: *Declinavit ad dextram, et esuriet, et comedet ad sinistram, et non saturabitur;* Declinará hácia la diestra y habrá hambre, y comerá hácia la siniestra y no se hartará. Porque estos que no mortifican sus apetitos justamente, cuando declinan al camino de Dios (que es la diestra) tienen hambre, porque no merecen la hartura del dulce Espíritu. Y justamente cuando comen hácia la siniestra, que es cumplir su apetito en alguna criatura, no se hartan; pues dejando lo que solo puede satisfacer, se apacientan de lo que les causa mas hambre. Y así, está claro que los apetitos cansan y fatigan al alma.

CAPITULO VII.

De cómo los apetitos atormentan al alma. Pruébalo tambien por comparaciones y autoridades.

La segunda manera de mal positivo que causan en el alma los apetitos, es que la atormentan y afligen á manera del que está en tormento de cordeles amarrado á alguna parte, de la cual hasta que se libre no descansa. Y de estos dice David: *Funes peccatorum circumplexi sunt me;* Los cordeles de mis pecados, que son los apetitos, en derredor me han apretado. Y de la misma manera que se atormenta y aflige el que desnudo se acuesta sobre espinas y puntas, así se atormenta el alma y aflige cuando se acuesta sobre sus apetitos; porque á manera de espinas hieren, lastiman, asen y dejan dolor. Y de ellos dice tambien David: *Circumdederunt me sicut apes: et exarserunt sicut ignis in spinis.* Rodeáronse de mí como abejas, punzándome con aguijones, y encendiéndose contra mí, como el fuego, en espinas. Porque en los apetitos, que son las espinas, crece el fuego de la angustia y del tormento. Y así como aflige y atormenta el gañan al buey debajo del arado con codicia de la mies que espera, así la concupiscencia aflige al alma debajo del apetito por conseguir lo que quiere; lo cual se echa de ver bien en el apetito que tenia Dalida de saber en qué tenia tanta fuerza Sanson; que dice la Escritura que la fatigaba y atormentaba tanto, que la hizo desfallecer, diciendo: *Defecit anima ejus, et ad mortem usque lassata est.*

El apetito, tanto mas tormento es para el alma cuanto él es mas intenso. De manera que tanto hay de tormento cuanto hay de apetito, y tantos mas tormentos tiene cuantos mas apetitos la poseen; porque se cumple en la tal alma, aun en esta vida, lo que se dice en el *Apocalipsi* por estas palabras: *Quantum glorificavit se, et in deliciis fuit: tantum date illi tormentum, et luctum;* Tanto cuanto se quiso ensalzar y cumplir sus apetitos, le dad de tormento y angustia. Y de la manera que es atormentado el que cae en manos de sus enemigos, así es atormentada y afligida el alma que se deja llevar de sus apetitos; de lo cual hay figura en aquel fuerte Sanson, que antes lo era tanto, y libre juez de Israel, que, cayendo en poder de sus enemigos, le quitaron la fortaleza, le sacaron los ojos y le ataron á moler en una muela, donde asaz le atormentaron y afligieron; y así acaece al alma donde estos enemigos de apetitos viven y vencen; que lo primero que hacen es enflaquecerla y cegarla, como luego dirémos; y luego la afligen y atormentan, atándola á la muela de la concupiscencia, y los lazos con que está asida son sus mismos apetitos. Por lo cual, habiendo Dios lástima á estos que con tanto trabajo y tan á costa suya andan á satisfacer la sed y hambre del apetito en las criaturas, les dice por Isaías: *Omnes sitientes, venite ad aquas, et qui non habetis argentum, properate, emite, et comedite: venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum, et lac. Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum non in saturitate? Audite, audientes me: et comedite bonum, et delectabitur in crassitudine anima vestra;* Todos los que teneis sed y apetito, venid á las aguas, y todos los que teneis plata de propria voluntad, dad os prisa, comprad de mí y comed; venid y comprad de mi vino y leche, que es paz y dulzura espiritual, sin plata de propria voluntad y sin darme por ello trueque alguno de trabajo, como dais por vuestros apetitos. ¿Por qué dais la plata de vuestra propria voluntad por lo que no es pan, esto es, del Espíritu divino; y poneis el trabajo de vuestros apetitos en lo que no os puede hartar? Venid oyéndome á mí, y comeréis el bien que deseais, y deleitarse ha en grosura vuestra alma. Este venir á la grosura es salir de todos los gustos de criatura; porque la criatura atormenta, y el Espíritu de Dios recrea. Y así, nos llama él por san Mateo, diciendo: *Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam*

vos; Todos los que andais atormentados, afligidos y cargados con la carga de vuestros cuidados y apetitos, salid de ellos, viniendo á mí, y yo os recrearé, y hallaréis para vuestras almas el descanso que os quitan vuestros apetitos, que son pesada carga; como lo dice David: *Sicut onus grave gravatae sunt super me.*

CAPITULO VIII.

De cómo los apetitos escurecen al alma. Pruébalo por comparaciones y autoridades de la sagrada Escritura.

Lo tercero que hacen en el alma los apetitos, es que la ciegan y escurecen; porque, así como los vapores escurecen al aire y no dejan lucir al sol, ó como el espejo tomado del paño no puede recibir en sí serenamente el vulto, ó como en el agua envuelta en cieno no se divisa bien el rostro del que en ella se mira; así el alma que está tomada de los apetitos, segun el entendimiento está entenebrecida, y no da lugar para que él ni el sol de la razon natural ni de la sabiduría de Dios sobrenatural la envistan y ilustren de claro. Y así, dice el real profeta David, hablando á este propósito: *Comprehenderunt me iniquitates meae, et non potui, ut viderem;* Mis iniquidades me comprehendieron y no pude tener poder para ver. Y en eso mismo que se escurece segun el entendimiento, se entorpece segun la voluntad, y segun la memoria se enrudece y desordena en su debida operacion; porque, como estas potencias en sus operaciones dependen del entendimiento, estando él impedido, claro está que han de estar ellas desordenadas y turbadas. Y así, dice el profeta David: *Anima mea turbata est valde;* Mi alma esta mucho turbada. Que es tanto como decir, en sus potencias desordenada; porque, como decimos, ni el entendimiento tiene capacidad para recibir la ilustracion de la sabiduría de Dios, como tampoco la tiene el aire tenebroso para recibir la del sol; ni la voluntad tiene habilidad para abrasar en sí á Dios en puro amor, como tampoco la tiene el espejo que está tomado del baho para representar en sí claro el vulto presente; ni menos la tiene la memoria que está escura con las tinieblas del apetito para informarse con serenidad de la imágen de Dios, como tampoco el agua turbia puede mostrar claro el rostro del que se mira en ella.

Ciega tambien y escurece el apetito al alma; porque el apetito, en cuanto apetito, ciego es, porque de suyo no mira razon; que la razon es la que siempre derechamente guia y encamina al alma en sus operaciones. Y de aquí es que todas las veces que el alma se guia por su apetito se ciega, pues es como guiarse el que ve por el que no ve; lo cual es como ser entrambos ciegos. Y lo que de aquí viene á seguirse es puntualmente lo mismo que dice nuestro Señor por san Mateo: *Caecus autem si caeco ducatum praestet, ambo in fobeam cadunt;* Si el ciego guia al ciego, ambos caen en la hoya. Poco le sirven los ojos á la mariposilla, pues que el apetito de la hermosura de la luz la lleva encandilada á la hoguera; y así, podemos decir que el que se ceba del apetito es como pez encandilado, al cual aquella luz antes le sirve de tinieblas para que no vea los daños que los pescadores le aparejan; lo cual da muy bien á entender David, diciendo de los semejantes: *Supercecidit ignis, et non viderunt Solem;* Sobrevínoles el fuego y no vieron el sol. Porque el apetito es como el fuego, que calienta con su calor y encandila con su luz. Y eso hace el apetito en el alma, que enciende la concupiscencia y encandila al entendimiento de manera que no pueda ver su luz; porque la causa del encandilamiento es que, como ponen otra luz diferente delante de la vista, cébase la potencia visiva en aquella que está entrepuesta, y no ve la otra; y como el apetito se le pone al alma entonces tan cerca y tan á la vista, tropieza en esta luz primera y cébase en ella, y así no la deja ver su luz de claro entendimiento, ni la verá hasta que se quite de en medio el encandilamiento del apetito; por lo cual es harto de llorar la ignorancia de algunos que se cargan de desordenadas penitencias y de otros muchos desordenados ejercicios, digo voluntarios, poniendo en ellos su confianza y pensando que solos ellos, sin la mortificacion de sus apetitos en las demás cosas, han de ser suficientes para venir á la union de la Sabiduría divina; y no es así si con diligencia ellos no procuran negar estos sus apetitos. Los cuales, si tuviesen cuidado de poner siquiera la mitad de aquel trabajo en esto, aprovecharian mas en un mes que por todos los demás ejercicios en muchos años; porque, así como es necesaria á la tierra la labor para que lleve fruto, y sin ella no lleva sino malas yerbas, así es necesaria la mortificacion de los apetitos para que haya provecho en el alma; sin la cual, oso decir que para ir adelante en perfeccion y noticia de Dios y de sí mismo, nunca le aprovechará mas cuanto hiciere que aprovecha la semilla que se derrama en la tierra no rompida. Y así, no se quitará la tiniebla y rudeza del alma hasta que los apetitos se apaguen; porque son como las cataratas ó como las motas en el ojo, que impiden la vista hasta que se echen fuera. Y así, echando de ver David la ceguera de estos, y cuán impedidas tienen sus almas de la claridad de la verdad por sus apetitos, y cuánto Dios se enoja con ellos, dice, hablando con estos tales: *Priusquam intelligerent spinae vestrae rhamnum: sicut viventes, sic in ira absorbet eos;* esto es, antes que vuestras espinas, que son vuestros apetitos, se endurezcan y crezcan, haciéndose, de tiernas espinas, espesa cambronera, y estorbando la vista de Dios, como á los vivientes se les corta el hilo de la vida muchas veces en medio del discurso de ella, así los sorberá Dios en su ira. Porque aquellos cuyos apetitos viven en el alma y estorban el conocimiento de Dios los sorberá él en su ira, ó en la otra vida con la pena y purgacion del purgatorio, ó en esta con penas y trabajos que para desasirlos de los apetitos les envia, ó por medio de la mortificacion de los mismos apetitos; para que con esto se quite de en medio de Dios y de nosotros la luz falsa de apetito que nos encandilaba y impedia para no conocerle; y aclarándose la vista del entendimiento, se repare el estrago que los apetitos habian dejado. ¡Oh, si supiesen los

hombres de cuánto bien de luz divina los priva esta ceguera que causan sus apetitos y aficiones, y en cuántos males y daños los hacen ir cayendo cada dia en tanto que no los mortifican! Porque no hay fiarse de buen entendimiento ni dones que tengan recibidos de Dios, para pensar que si hay aficion ó apetito, dejará de cegar y escurecer, y hacer caer poco á poco en peor; porque, ¡quién dijera que un varon tan acabado en sabiduría y lleno de los dones de Dios, como era Salomon, habia de venir á tanta ceguera y torpeza de voluntad, que hiciese altares á tantos ídolos y los adorase siendo ya viejo! Y solo para esto bastó la aficion que tenia á las mujeres, y no tener cuidado de negar á los apetitos y deleites de su corazon; porque el mismo dice de sí en el *Ecclesiastes*, que no negó á su corazon lo que le pidió: *Omnia, quae desideraberunt oculi mei, non negavi eis: nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur*. Y pudo tanto este arrojarse á sus apetitos, que, aunque es verdad que al principio tenia recato por no haberlo negado, poco á poco le fueron cegando y escureciendo el entendimiento hasta venir á apagar aquella gran luz de sabiduría que Dios le habia dado; de manera que á la vejez dejó á Dios. Y si en este pudieron tanto, que tenia tanta noticia de la distancia que hay entre el bien y el mal, ¿qué no podrán contra nuestra rudeza los apetitos no mortificados? Pues, como dijo el Señor al profeta Jonás, de los ninivitas: *Qui nesciunt quid sit inter dexteram, et sinistram suam;* No sabemos lo que hay entre la diestra y la siniestra. Porque á cada paso tenemos lo malo por bueno y lo bueno por malo, y esto es de nuestra cosecha; pues ¿qué será si se añade apetito á nuestra natural tiniebla? Sino lo que, lamentándose, dijo Isaías, hablando con los que aman seguir estos sus apetitos: *Palpavimus, sicut caeci parietem, et quasi absque oculis attrectavimus: impegimus meridie, quasi in tenebris;* Palpado hemos la pared como si fuéramos ciegos, y anduvimos atentando como en tinieblas; y llegó á tanto nuestra ceguera, que en el mediodía atollamos, como si fuera en escuridad. Porque esto tiene el que está ciego del apetito, que, puesto en medio de la verdad y de lo que conviene, no lo echa de ver mas que si estuviera en escuras tinieblas.

CAPITULO IX.

De cómo los apetitos ensucian al alma. Pruébalo por comparaciones y autoridades de la sagrada Escritura.

El cuarto daño que hacen los apetitos al alma es, que la ensucian y manchan, segun lo que enseña el *Eclesiástico*, diciendo: *Qui tetigerit picem inquinabitur ab ea;* El que tocare á la pez ensuciarse ha de ella; y entonces toca uno la pez cuando en alguna criatura cumple el apetito de su voluntad. En la cual autoridad es de notar que el Sabio compara las criaturas á la pez, porque mas diferencia hay entre la excelencia que puede tener el alma y todo lo mejor de ellas que hay del claro diamante ó fino oro á la pez; y así como el oro ó diamante, si se pusiese caliente sobre la pez, quedaria de ella feo y untado, por cuanto el calor la regaló y trujo; así el alma en el calor de su apetito que tiene á alguna criatura, saca inmundicia y mancha de él en sí. Y mas diferencia hay entre el alma y las demás criaturas corporales que entre muy claro licor y un cieno muy sucio. De donde, así como se ensuciara el tal licor si le juntaran con el cieno, de esa misma manera se ensucia el alma que se ase á la criatura por aficion, pues en ella se hace su semejante; y de la manera que pararian los rasgos de tizne á un rostro muy hermoso y acabado, de esa misma manera afean y ensucian los apetitos desordenados al alma que los tiene; la cual en sí es una hermosísima acabada imágen de Dios; por lo cual, llorando Jeremías el estrago de fealdad que estas desordenadas aficiones causan en ellas, cuenta primero su hermosura y luego su fealdad, diciendo: *Candidiores Nazaraei ejus nive, nitidiores lacte, rubicondiores ebore antiquo, sapphiro pulchriores. Denigrata est super carbones facies eorum, et non sunt cogniti in plateis;* Sus cabellos (es á saber del alma) son mas levantados en blancura que la nieve, y mas resplandecientes que la leche, y mas bermejos que el marfil antiguo, y mas hermosos que el zafiro; la faz de ellos se ha ennegrecido sobre los carbones, y no son conocidos en las plazas. Por los cabellos entendemos aquí los afectos y pensamientos del alma; los cuales, compuestos en lo que Dios les ordenó, que es en él mismo, son mas blancos que la nieve, mas claros que la leche, mas rubicundos que el antiguo marfil, y hermosos sobre el zafiro; por las cuales cuatro cosas se entiende toda manera de hermosura y excelencia de toda criatura corporal, sobre las cuales es el alma y sus operaciones, que son los nazareos ó cabellos dichos; los cuales, desordenados y puestos en lo que Dios no los ordenó, esto es, empleados en las criaturas, dice Jeremías que su faz queda y se pone mas negra que los carbones. Que todo este mal, y mas, hacen en la hermosura del alma los desordenados apetitos; tanto, que si hubiésemos de hablar de propósito de la fea y sucia figura que pueden poner los apetitos al alma, no hallaríamos cosa, por llena de telarañas y sabandijas que esté, ni fealdad á que la pudiésemos comparar; porque, aunque es verdad que el alma desordenada, cuanto á su sustancia natural está tan perfecta como Dios la crió; pero cuanto al ser de razon está fea, sucia y escura, y con todos los males que aquí se van refiriendo y muchos mas; tanto, que aun solo un apetito desordenado (como después dirémos), aunque no sea de materia de pecado mortal, ensucia y afea el alma, y la indispone para que no pueda convenir con Dios en perfecta union hasta que de él se purifique. ¡Cuál será pues la fealdad de la que del todo está desordenada en sus propias pasiones y entregada á sus apetitos, y cuán alejada estará de la pureza de Dios! No se puede explicar con palabras ni aun percebirse con el entendimiento la variedad de inmundicia que la variedad de apetitos causa en el alma; porque, si se pudiese decir y dar á entender, seria cosa admirable, y tambien de harta compasion ver cómo cada apetito, conforme á su calidad

y intencion, hace su raya y asiento de inmundicia y fealdad en el alma, y cada uno de su manera; porque así como el alma del justo en una sola perfeccion, que es la rectitud del alma, tiene inumerables dones riquísimos y muchas virtudes hermosísimas, cada una graciosa y diferente, segun la multitud y diferencia de los afectos amorosos que ha tenido en Dios; así el alma desordenada, segun la variedad de sus apetitos en las criaturas, tiene en sí variedad miserable de inmundicias y bajezas, tal cual en ella la pintan los dichos apetitos. Esta variedad de inmundicias está bien figurada en Ezequiel, donde se escribe que mostró Dios á este profeta en lo interior del templo pintadas en derredor de las paredes todas las semejanzas de sabandijas que arrastran por la tierra, y allí toda la abominacion de animales inmundos: *Et ingressus vidi, et ecce omnis similitudo reptilium, et animalium, abominatio, et universa idola domus Israel depicta erant in pariete in circuitu per totum.* Y entonces dijo Dios á Ezequiel: Hijo del hombre, ¿no has visto las abominaciones que hacen estos cada uno en lo secreto de su retrete? Y mandóle Dios que entrase mas adentro y veria mayores abominaciones; y dice que vió allí las mujeres sentadas, llorando al Dios de los amores, Adónis: *Et ecce ibi mulieres plangentes Adonidem.* Y mandándole Dios entrar mas adentro y que veria aun mayores abominaciones, dice que vió allí veinte y cinco viejos que tenian vueltas las espaldas contra el templo: *Et introduxit me in atrium domus Domini interius: et ecce in ostio templi Domini inter vestibulum, et altare, quasi viginti quinque viri dorsa habentes contra templum Domini.* Las diferencias de sabandijas y animales inmundos que estaban pintados en el primer retrete del templo, son pensamientos y concepciones que el entendimiento hace de las cosas bajas de la tierra y de todas las criaturas; las cuales, como son tan contrarias á las sempiternas, ensucian el templo del alma, y ella con ellas embaraza su entendimiento, que es el primer aposento del alma. Las mujeres que estaban mas adentro, en el segundo aposento, llorando al dios Adónis, son los apetitos, que están en la segunda potencia del alma, que es la voluntad; los cuales están como llorando en cuanto codician aquello á que está aficionada la voluntad, que son las sabandijas ya pintadas en el entendimiento. Y los varones que estaban en el tercer aposento son las imaginaciones y fantasías de las criaturas, que guarda y revuelve en sí la tercera potencia del alma, que es la memoria; las cuales, se dice que están vueltas las espaldas contra el templo; porque ya cuando, segun estas potencias, abrazó el alma alguna cosa de la tierra acabada y perfectamente, bien se puede decir que tiene las espaldas contra el templo de Dios, que es la recta razon del alma, la cual no admite en sí cosa de criatura contra Dios. Y para entender algo de este feo desórden del alma en sus apetitos baste por ahora lo dicho; porque si hubiésemos de tratar en particular del impedimento que para esta union causan en el alma las imperfecciones y su variedad, y el que hacen los pecados veniales, que es mucho mayor que el de las imperfecciones y su mucha variedad; y tambien la fealdad que causan los apetitos de pecado mortal, que es total fealdad del alma, y su mucha variedad, seria nunca acabar. Lo que digo y hace al caso á nuestro propósito es, que cualquier apetito, aunque sea de la mas mínima imperfeccion, escurece y impide la perfecta union del alma con Dios.

CAPITULO X.

De cómo los apetitos entibian y enflaquecen al alma en la virtud. Pruébalo por comparaciones y autoridades de la sagrada Escritura.

Lo quinto en que dañan los apetitos al alma, es que la entibian y enflaquecen para que no tenga fuerza para seguir la virtud y perseverar en ella; porque, por la misma causa que la fuerza del apetito se reparte, queda menos fuerte que si estuviera entero en una cosa sola; y cuanto en mas cosas se reparte, tanto menos es para cada una dellas; que por eso dicen los filósofos que la virtud unida es mas fuerte que ella misma si se derrama. Y por tanto, está claro que si el apetito de la voluntad se derrama en otra cosa fuera de la virtud, ha de quedar muy flaco para la virtud. Y así, el alma que tiene la voluntad repartida en menudencias es como el agua, que, teniendo por donde se derramar hácia abajo, no sube arriba, y así no es de provecho. Por lo cual el patriarca Jacob comparó á su hijo Ruben al agua derramada, porque en cierto pecado habia dado rienda á sus apetitos, diciendo: *Effusus es sicut aqua, non cresces;* Derramado estás como agua, no crecerás. Como si dijera: Porque estás derramado como agua segun los apetitos, no crecerás en virtud. Y así como el agua caliente, no estando cubierta, fácilmente pierde el calor, y como las especies aromáticas desenvueltas van disminuyendo la fragrancia y fuerza de su olor, así el alma no recogida en un solo afecto de Dios pierde el calor y vigor en la virtud. Lo cual entendiendo bien David, dijo, hablando con Dios: *Fortitudinem meam ad te custodiam;* Yo guardaré mi fortaleza para tí. Esto es, recogiendo la fuerza de mis afectos solo á tí. Y enflaquecen la virtud del alma los apetitos, porque son en ella como los virgultos y renuevos que nacen en derredor del árbol, y le llevan la virtud para que no lleve tanto fruto. Y de estas almas dice el Señor: *Vae autem praegnantibus, et nutrientibus in illis diebus!* ¡Ay de las que en aquellos dias estuvieren preñadas y de las que criaren! La cual preñez y cria entiende por los apetitos, que, si no se atajan, siempre irán quitando mas virtud al alma y crecerán para mal de ella, como los renuevos en el árbol. Por lo cual nuestro Señor nos aconseja diciendo: *Sint lumbi vestri praecincti;* Tened ceñidos vuestros lomos, que significan aquí los apetitos. Los cuales son tambien como las sanguijuelas que están chupando la sangre de las venas, porque así las llamó el Sabio, diciendo: *Sanguisugae duae sunt filiae dicentes: Affer, affer;* Sanguijuelas son las hijas; es á saber, los apetitos siempre dicen: Dame, dame. Donde

está claro que los apetitos no ponen en el alma bien ninguno, sino que le quitan el que tiene, y no mortificándolos, no paran hasta hacer en ella lo que dicen que hacen con su madre los hijuelos de la víbora, que cuando van creciendo en el vientre, comen á su madre y la matan, quedando ellos vivos á costa della. Así los apetitos no mortificados llegan á tanto, que matan al alma en Dios, y solo lo que en ella vive son ellos, porque ella primero no los mató. Por esto dice el *Eclesiástico : Aufer à me ventris concupiscentias*. Pero, aunque no lleguen á esto, es grande lástima considerar cuál tienen á la pobre alma los apetitos que viven en ella, cuán desgraciada para consigo misma, cuán seca para con los prójimos, y cuán pesada y perezosa para las cosas de Dios; porque no hay mal humor que tan agravado y pesado ponga á un enfermo para caminar ni tan lleno de hastío para comer, cuanto el apetito de criaturas hace al alma pesada y triste para seguir la virtud. Y así, ordinariamente la causa por que muchas almas no tienen diligencia y gana de obrar virtudes, es porque tienen apetitos y aficiones no puras ni en Dios nuestro Señor.

CAPITULO XI.

Prueba cómo es necesario, para llegar á la divina union, carecer el alma de todos los apetitos, por pequeños que sean.

Parece que há mucho que el letor desea preguntar que si es de fuerza para llegar á este alto estado de perfeccion haya de haber precedido mortificacion total en todos los apetitos, chicos y grandes; y que si bastara mortificar algunos dellos y dejar á otros, á lo menos aquellos que parecian de poco momento. Porque parece cosa recia y muy dificultosa poder llegar el alma á tanta pureza y desnudez, que no tenga voluntad ni aficion á ninguna cosa. A esto se responde : lo primero, que es verdad que no todos los apetitos son tan perjudiciales unos como otros, ni embarazan al alma todos en igual grado (hablo de los voluntarios), porque los apetitos naturales poco ó nada impiden al alma para la union cuando no son consentidos ni pasan de primeros movimientos. Y llamo naturales y de primeros movimientos todos aquellos en que la voluntad racional antes ni después tuvo parte; porque quitar estos y mortificarlos del todo en esta vida es imposible. Y estos no impiden de manera que no se pueda llegar á la divina union, aunque del todo, como digo, no estén mortificados; que bien los puede tener el natural y estar el alma, segun el espíritu racional, muy libre dellos. Porque aun acaecerá á veces que esté el alma en alta union de quietud en la voluntad, y que actualmente moren estos en la parte sensitiva del hombre, no teniendo en ellos parte la parte superior, que está en oracion. Pero todos los demás apetitos voluntarios, ahora sean de pecados mortales, que son los mas graves, ahora de pecados veniales, que son los menos graves, ahora sean solamente de imperfecciones, que son los menores, se han de vaciar, y de todos ha el alma de carecer para venir á esta total union, por mínimos que sean. Y la razon es porque el estado desta divina union consiste en tener el alma, segun la voluntad, total transformacion en la voluntad de Dios; de manera que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios. Que esta es la causa por que en este estado llamamos estar hecha una voluntad de dos, esto es, de la mia y de la de Dios; de manera que la voluntad de Dios es tambien voluntad del alma; pues si esta alma quisiese alguna imperfeccion que no quiere Dios, no estaria hecha voluntad de Dios, pues el alma tenia voluntad de lo que no la tenia Dios. Luego claro está que para venir el alma á unirse con Dios por amor y voluntad, ha de carecer primero de todo apetito de voluntades, por mínimo que sea; esto es, que advertida y conocidamente no consienta con la voluntad en imperfeccion, y venga á tener poder y libertad para poderlo hacer en advirtiendo. Y digo conocidamente, porque sin advertirlo ó entenderlo, ó sin ser en su mano enteramente, bien caerá en imperfecciones y pecados veniales, y en los apetitos naturales ya dichos. Que destos tales pecados no tan voluntarios está escrito que el justo caerá siete veces en el dia, y se levantará : *Septies enim cadet justus, et resurget*. Mas de los apetitos voluntarios y enteramente advertidos, aunque sean de cosas mínimas, como se ha dicho, cualquiera que no se venza basta para impedir. Digo no mortificado el tal hábito, porque algunos actos á veces de diferentes cosas, aun no hacen tanto, por no ser hábito determinado; aunque tambien estos ha de venir á no los haber, porque tambien proceden de habitual imperfeccion. Pero algunos hábitos de voluntarias imperfecciones, en que nunca acaban de vencerse, no solamente impiden la divina union, pero el ir adelante en la perfeccion. Estas imperfecciones habituales son como una costumbre de hablar mucho, un asimientillo á alguna cosa, que nunca acaba de querer vencer, así como á persona, vestido, libro, celda, tal manera de comida, y otras conversaciones y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oir, y otras semejantes. Cualquiera de estas imperfecciones, en que tenga el alma asimiento y hábito, es tanto daño para poder crecer y ir adelante en la virtud, que si cayese cada dia en otras muchas imperfecciones, aunque fuesen mayores, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad, no le impedirian tanto cuanto tener el alma asimiento á alguna cosa; porque en tanto que le tuviere, excusado es que pueda llegar á la perfeccion, aunque la cosa sea muy mínima. Porque ¿qué se me da que esté una ave asida á un hilo delgado que á un grueso? Porque, aunque sea delgado, asida se estará á él en tanto que no le quebrare para volar. Verdad es que el delgado es mas fácil de quebrar; pero, por fácil que es, si no lo quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento á alguna cosa, que, por mas virtudes que tenga, no llegará á la libertad de la divina union; porque apetito y asimiento del alma tiene la propiedad que dicen tiene la rémora con la nave, que, con ser un pez muy pequeño, si acierta á pegarse

á la nave, la tiene tan queda, que no la deja navegar. Y así, es lástima ver algunas almas como unas ricas naos cargadas de riquezas de obras y ejercicios espirituales, virtudes y mercedes que Dios les hace, y por no tener ánimo para acabar con algun gustillo, asimiento ó aficion (que todo es uno), nunca pueden llegar al puerto de la union perfecta, que no estaba en mas que en dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento ó quitar aquella rémora del apetito. Cierto es mucho de sentir que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles mas gruesos de aficiones de pecados y vanidades; y por no desasirse de una niñería que les dejó Dios que venciesen por amor de él, que no es mas que un hilo, dejen de ir adelante y llegar á tanto bien; y lo peor es que, por aquel asimiento, no solo no van adelante, sino que en materia de perfeccion vuelven atrás, perdiendo algo de lo que con tanto trabajo habian ganado; porque ya se sabe que en este camino espiritual, el no ir adelante venciendo es volver atrás; y el no ir ganando es ir perdiendo. Que eso quiso nuestro Señor darnos á entender cuando dijo: El que conmigo no allega, derrama; *Qui non congregat mecum, spargit*. El que no tiene cuidado de remediar el vaso por un pequeño resquicio que tenga, basta para que se venga á salir todo el licor que está dentro. Como el *Eclesiástico* nos lo enseñó, diciendo: *Qui spernit modica, paulatim decidet*. El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco irá cayendo en las grandes; porque, como el mismo dice: De sola una centella se aumenta el fuego. Y así, una imperfeccion basta para traer otra, y aquella otras; y así, casi nunca se verá en una alma que es negligente en vencer un apetito, que no tenga otros muchos, que nacen de la misma flaqueza y imperfeccion que tiene en aquel; y ya habemos visto muchas personas á quien Dios hacia merced de llevar muy adelante en gran desasimiento y libertad; y por solo comenzar á tomar un asimientillo de aficion, so color de bien, de conversacion y amistad, írseles por allí vaciando el espíritu y gusto de Dios y santa soledad, y caer de la alegría y entereza de los ejercicios espirituales, y no parar hasta perderlo todo; y esto porque no atajaron aquel principio de gusto y apetito sensitivo, guardándose en soledad para Dios.

En este camino siempre se ha de caminar para llegar; lo cual es ir siempre quitando quereres, no sustentándolos; y si no se acaban todos de quitar, no se acaba de llegar; porque, así como el madero no se transforma en el fuego por un solo grado de calor que falte en su disposicion; así, no se transformará el alma en Dios perfectamente por una imperfeccion que tenga, como después se dirá en la noche de la fe. El alma no tiene mas de una voluntad, y esa, si se emplea ó embaraza en algo, no queda libre, entera, sola y pura, como se requiere para la divina transformacion. De lo dicho tenemos figura en el *Libro de los jueces*, donde se dice que vino el ángel á los hijos de Israel, y les dijo que porque no habian acabado con aquella gente contraria, sino que antes se habian confederado con algunos de ellos, que por eso se los habia de dejar entre ellos por enemigos, para que les fuesen ocasion de caida y de perdicion: *Quamobrem nolui delere eos à facie vestra, ut habeatis hostes, et Dii eorum sint vobis in ruinam*. Y justamente hace Dios esto con algunas almas con las cuales, habiéndolas él sacado del Egipto del mundo, y muértoles los gigantes de sus pecados, y acabado la multitud de sus enemigos, que son las ocasiones que en el mundo tenian, solo porque ellos entraran con mas libertad en esta tierra de promision de la divina union, viéndolos que todavía traban amistad y hacen alianza con la gente menuda de imperfecciones, no acabándolas de mortificar, viviendo en descuido y flojedad, se enoja su Majestad, y los deja ir cayendo en sus apetitos de mal en peor.

Tambien en el *Libro de Josué* tenemos figura de lo dicho, cuando le mandó Dios al tiempo que habia de comenzar á poseer la tierra de promision, que en la ciudad de Jericó de tal manera destruyese cuanto en ella habia, que no dejase cosa en ella viva desde el hombre hasta la mujer, y desde el niño hasta el viejo, y todos los animales, y que de todos los despojos no tomasen ni codiciasen nada. Para que entendamos que para entrar en esta divina union ha de morir todo lo que vive en el alma, poco y mucho, chico y grande; y ella ha de quedar sin codicias de todo ello, y tan desasida, como si ella no fuese para ello, ni ello para ella; lo cual nos enseña san Pablo, escribiendo á los corintios, diciendo: *Hoc itaque dico: fratres, tempus breve est; reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint; et qui flent tanquam non flentes; et qui gaudent, tanquam non gaudentes; et qui emunt, tanquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur*; Lo que os digo, hermanos, es, que el tiempo es breve; lo que resta y conviene es, que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen, y los que lloran por las cosas de este mundo, como si no llorasen; y los que se huelgan, como sino se holgaran; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como sino le usasen. Lo cual dice el Apóstol enseñándonos cuán desasida nos conviene tener el alma para ir á Dios.

CAPITULO XII.

Responde á la otra pregunta declarando cuáles sean los apetitos que bastan para causar en el alma los daños ya dichos.

Mucho pudiéramos alargarnos en esta materia de la noche del sentido, segun lo mucho que hay que decir de los daños que causan los apetitos, no solo en las maneras dichas, sino otras muchas; pero, para lo que hace á nuestro propósito, lo dicho basta; porque parece queda dado á entender cómo se llama noche la mortificacion de ellos, y cuánto convenga entrar en esta noche para ir á Dios. Solo lo que se ofrece, antes que tratemos del modo de entrar en ella para concluir con esta parte, es una duda que podria ocurrir al letor sobre lo dicho; y es lo primero, si basta cualquier

apetito para obrar y causar en el alma los dos males positivo y privativo ya declarados; lo segundo, si basta cualquier apetito, por mínimo que sea y de cualquier especie, á causar todos estos daños juntos; ó si solamente causan unos uno y otros otro, unos tormento y otros cansancio, otros tiniebla, etc. A lo cual respondiendo, digo, lo primero, que si hablamos del daño privativo, que es privar al alma de Dios, solamente los apetitos voluntarios que son de materia de pecado mortal pueden y hacen esto, porque ellos privan en esta vida al alma de la gracia, y en la otra de la gloria, que es poseer á Dios. A lo segundo digo que así estos, que son de materia de pecado mortal, como los voluntarios, de materia de pecado venial, y los que son de materia de imperfeccion, cada uno de ellos basta para causar en el alma todos estos daños positivos; los cuales, aunque en cierta manera son privativos, llamámoslos aquí positivos, porque responden á la conversion á la criatura, así como el privativo responde á la aversion de Dios; pero hay esta diferencia, que los apetitos de pecado mortal causan total ceguera, tormento, inmundicia y flaqueza, etc.; mas los otros, de pecado venial ó conocida imperfeccion, no causan estos males en aquel total y consumado grado, pues no privan de la gracia, con la cual privacion anda junta la posesion de ellos, porque la muerte de ella es vida de ellos; pero causan algo de estos males, aunque remisamente, segun la tibieza y remision que en el alma causan; de manera que aquel apetito que mas la entibiare, mas abundantemente causará tormento, ceguera, y no pureza. Pero es de notar que, aunque cada apetito causa todos estos males que aquí llamamos positivos, unos hay que principal y derechamente causan unos, y otros, otros, y los demás por el consiguiente; porque, aunque es verdad que un apetito sensual causa todos estos males, pero principal y propiamente ensucia alma y cuerpo; y aunque un apetito de avaricia tambien los causa todos, principal y derechamente causa afliccion; y aunque un apetito de vanagloria, ni mas ni menos los causa todos, principal y derechamente causa tinieblas y ceguera; y aunque un apetito de gula los causa todos, principalmente causa tibieza en la virtud, y así de los demás. Y la causa por que cualquier acto de apetito voluntario produce en el alma todos estos efectos juntos, es por la contrariedad que derechamente tiene con los actos de virtud, que producen en el alma los efectos contrarios; porque, así como un acto de virtud produce y cria en el alma juntamente suavidad, paz y consuelo, luz, limpieza y fortaleza, así un apetito desordenado causa tormento, fatiga y cansancio, ceguera y flaqueza. Las virtudes crecen en el ejercicio de una, y en su manera los vicios crecen en uno, y los efectos de ellos en el alma. Y aunque todos estos males no se echan de ver al tiempo que se cumple el apetito, porque el gusto de él entonces no da lugar, pero después bien se sienten sus malos dejos; porque el apetito, cuando se ejecuta es dulce y parece bueno, pero después se siente su amargo efecto; lo cual podrá bien juzgar el que se deja llevar de ellos. Aunque no ignoro que haya algunos ya tan ciegos y insensibles que no lo sienten, porque, como no andan en Dios, no echan de ver lo que les impide á Dios.

De los demás apetitos naturales que no son voluntarios, y de los pensamientos que no pasan de primeros movimientos, y de otras tentaciones no consentidas, no trato aquí, porque estos, ningun mal de los dichos causan en el alma; que, aunque á la persona por quien pasan, le hagan parecer que la pasion y turbacion que entonces le causan, la ensucian y ciegan, no es así; antes ocasionalmente le causan los provechos contrarios, porque en tanto que los resiste, gana fortaleza, pureza, luz y consuelo y muchos otros bienes; segun lo cual dijo nuestro Señor á san Pablo: *Virtus in infirmitate perficitur;* que la virtud se perficiona en la flaqueza. Mas los voluntarios, todos los dichos y mas males causan; y por eso el principal cuidado que tienen los maestros espirituales es mortificar luego á sus discípulos de cualquier apetito, haciéndolos quedar en vacío de lo que apetecian, por dejarlos libres de tanta miseria.

CAPITULO XIII.

De la manera y modo que ha de tener el alma para entrar en esta noche del sentido por fe.

Resta ahora dar algunos avisos para poder entrar en esta noche del sentido, para lo cual es de saber que el alma ordinariamente entra en esta noche sensitiva en dos maneras: la una es activa y la otra es pasiva. Activa es lo que el alma puede hacer y hace de su parte para entrar en ella, ayudada de la gracia, de la cual tratarémos ahora en los avisos siguientes; y pasiva es en que el alma no hace nada como de suyo ó por su industria, sino Dios lo obra en ella con mas particulares auxilios, y ella se ha como paciente, consintiendo libremente; de la cual dirémos en la noche escura cuando tratarémos de los principiantes; y porque allí, con el favor divino, habrémos de dar muchos avisos á los tales, segun las muchas imperfecciones que suelen tener en este camino, no me alargaré aquí en dar muchos; y tambien por no ser tan propio de este lugar darlos, pues de presente solo trataremos de las causas por que se llama noche este tránsito, y cuál sea ella y cuántas sus partes. Pero, porque parece quedaba muy corto y no de tanto provecho no dar luego algun remedio ó aviso para ejercitar esta noche de apetitos, he querido poner aquí el modo breve que se sigue, y lo mismo haré al fin de cada una de esotras dos partes ó causas de esta noche, de que luego, mediante el Señor, tengo de tratar.

Estos avisos que aquí se siguen de vencer los apetitos, aunque son breves y pocos, yo entiendo que son tan provechosos y eficaces como compendiosos; de manera que el que de veras se quisiere ejercitar en ellos, no le harán falta otros ningunos, antes estos los abrazan todos.

Lo primero, traiga un ordinario cuidado y afecto de imitar á Cristo en todas las cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera él.

Lo segundo, para poder bien hacer esto, cualquier gusto que se le ofreciere á los sentidos, como no sea puramente para gloria y honra de Dios, renúncielo y quédese vacío de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso, que hacer la voluntad de su Padre; lo cual llamaba él su comida y manjar. Pongo ejemplo: si se le ofreciere gusto en oir cosas que no importan para el servicio de Dios, ni las quiera gustar ni las quiera oir; y si le diera gusto mirar cosas que no le lleven mas á Dios, ni quiera el gusto ni mirar las tales cosas; y si en hablar ó en otra cualquier cosa se le ofreciere, haga lo mismo; y en todos los sentidos ni mas ni menos en cuanto lo pudiere excusar buenamente; porque, si no pudiere, basta que no quiera gustar de ello, aunque estas cosas pasen por él. Y de esta manera ha de procurar dejar luego mortificados y vacíos de aquel gusto á los sentidos como á escuras; y con este cuidado en breve aprovechará mucho.

Y para mortificar y apaciguar las cuatro pasiones naturales, que son gozo, esperanza, temor y dolor, de cuya concordia y pacificacion salen estos y los demás bienes, es total remedio lo que se sigue, y de gran merecimiento, y causa de grandes virtudes.

Procure siempre inclinarse no á lo mas fácil, sino á lo mas dificultoso;

No á lo sabroso, sino á lo mas desabrido;

No á lo mas gustoso, sino á lo que no da gusto;

No á lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo;

No á lo que es descanso, sino á lo trabajoso;

No á lo mas, sino á lo menos;

No á lo mas alto y precioso, sino á lo mas bajo y despreciado;

No á lo que es querer algo, sino á no querer nada;

No á andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo. Y estas obras conviene las abrace de corazon y procure allanar la voluntad en ellas; porque, si de corazon las obra, muy en breve vendrá á hallar en ellas gran deleite y consolacion, obrando ordenada y discretamente.

Lo que está dicho, bien ejercitado, basta para entrar en la noche sensitiva; pero, para mayor abundancia, dirémos otra manera de ejercicio que enseña á mortificar de veras el apetito de la honra, de que se originan otros muchos.

Lo primero, procurará obrar en su desprecio y deseará que los otros lo hagan.

Lo segundo, procurará hablar en su desprecio, y procurará que los otros lo hagan.

Lo tercero, procurará pensar bajamente de sí en su desprecio, y deseará que los demás lo hagan.

En conclusion de estos avisos y reglas conviene poner aquí aquellos versos que se escriben en la figura del monte, que está al principio de este libro, los cuales son dotrina para subir á él, que es lo alto de la union; porque, aunque es verdad que su sentencia habla tambien de lo espiritual y interior, tambien habla del espíritu de imperfeccion segun lo sensible y exterior, como se puede ver en los dos caminos que están en los lados de la senda de perfeccion. Y así, segun ese sentido los entenderémos aquí, conviene á saber, segun lo sensible; los cuales después en la segunda parte de esta noche se han de entender segun lo espiritual.

Dice pues así:

1. Para gustarlo todo,
   no quieras tener gusto en nada.
2. Para venir á saberlo todo,
   no quieras saber algo en nada.
3. Para venir á poseerlo todo,
   no quieras poseer algo en nada.
4. Para venir á serlo todo,
   no quieras ser algo en nada.
5. Para venir á lo que no gustas,
   has de ir por donde no gustas.
6. Para venir á lo que no sabes,
   has de ir por donde no sabes.
7. Para venir á lo que no posees,
   has de ir por donde no posees.
8. Para venir á lo que no eres,
   has de ir por donde no eres.

MODO PARA NO IMPEDIR AL TODO.

1. Cuando reparas en algo,
   dejas de arrojarte al todo.
2. Porque para venir del todo al todo,
   has de negarte del todo en todo.
3. Y cuando lo vengas todo á tener,
   has de tenerlo sin nada querer.
4. Porque si quieres tener algo en todo;
   no tienes puro en Dios tu tesoro.

En esta desnudez halla el espíritu su quietud y descanso, porque no codiciando nada, nada le fatiga hácia arriba y nada le oprime hácia abajo, porque está en el centro de su humildad; pues que cuando algo codicia, en eso mismo se fatiga.

CAPITULO XIV.

En que se declara el segundo verso de la sobredicha cancion:

Con ansias en amores inflamada.

Ya que habemos declarado el primer verso de esta cancion, que trata de la noche sensitiva, dando á entender qué noche sea esta del sentido, y por qué se llama noche; y tambien habiendo dado el órden y modo que se ha de tener para entrar en ella activamente, síguese ahora por su órden tratar de las propiedades y efectos de ella, que son admirables; los cuales se contienen en los siguientes versos de la dicha cancion, que apuntaré brevemente, como en el prólogo lo prometí, y pasaré luego al segundo libro, que trata de la otra parte de esta noche, que es la espiritual.

Dice pues el alma: «Con ansias en amores inflamada.» Pasó y salió en esta noche escura del sentido á la union del Amado; porque, para vencer todos los apetitos y negar los gustos de todas las cosas, con cuyo amor y aficion se suele inflamar la voluntad para gozar de ellas, era menester otra inflamacion mayor de otro mejor amor, que es el de su Esposo, para que, teniendo

su gusto y fuerza en él, hubiese valor y constancia para desechar fácilmente y negar todos los otros. Y no solamente era menester, para vencer la fuerza de los apetitos sensitivos, tener amor de su Esposo, sino estar inflamada de amor y con ansias. Porque acaece, y así es, que la sensualidad con tantas ansias de apetito es movida y atraida á las cosas sensitivas, que si la parte espiritual no está inflamada con otras ansias mayores de lo que es espiritual, no podrá vencer el jugo natural y sensible, ni entrar en esta noche del sentido, ni tendrá ánimo para quedarse á escuras de todas las cosas, privándose del apetito de todas ellas.

Y cómo y de cuántas maneras sean estas ansias de amor que las almas tienen á los principios de este camino de union, y las diligencias y invenciones que hacen para salir de su casa, que es la propia voluntad en la noche de la mortificacion de sus sentidos, y cuán fáciles, y aun dulces les hacen parecer estas ansias del Esposo los trabajos y peligros de esta noche, ni es de este lugar ni se puede decir; porque es mejor para tenerlo y considerarlo que para escribirlo; y así, pasarémos á declarar los demás versos en el siguiente capítulo.

CAPITULO XV.

En que declara los demás versos de la dicha cancion:

¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

Toma por metáfora el mísero estado del cautiverio, del cual el que se libra, lo tiene por «dichosa ventura», sin que se lo impida alguno de los prisioneros. Porque el alma, después del pecado original, verdaderamente está como cautiva en este cuerpo mortal, sujeta á las pasiones y apetitos naturales; del cerco y sujecion de los cuales, tiene ella por dichosa ventura haber salido sin ser notada; esto es, sin ser impedida de ninguno de ellos ni comprehendida; porque para esto la aprovechó el salir en la noche escura, que es en la privacion de todos los gustos y mortificacion de todos los apetitos, como habemos dicho; y esto «estando ya su casa sosegada»; conviene á saber, la parte sensitiva, que es la casa de todos los apetitos, sosegada ya por el vencimiento y adormecimiento de todos ellos; porque hasta que los apetitos se adormezcan por la mortificacion en la sensualidad, y la misma sensualidad esté ya mortificada de ellos, de manera que no sea ya contraria al espíritu, no sale el alma á la verdadera libertad para gozar de la union de su Amado.

LIBRO SEGUNDO.

TRATA DEL MEDIO PRÓXIMO PARA LLEGAR Á LA UNION CON DIOS, QUE ES LA FE; Y DE LA SEGUNDA NOCHE DEL ESPÍRITU, CONTENIDA EN LA SEGUNDA CANCION.

CANCION SEGUNDA.

A escuras y segura,
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A escuras y en celada,
Estando ya en mi casa sosegada.

CAPITULO PRIMERO.

En que se declara esta cancion.

En esta segunda cancion canta el alma la dichosa ventura que tuvo en desnudar el espíritu de todas las imperfecciones espirituales y apetitos de propiedad en lo espiritual; lo cual le fué muy mayor ventura, por la mayor dificultad que hay en sosegar esta casa de la parte espiritual, y poder entrar en esta escuridad interior, que es la espiritual desnudez de todas las cosas, así sensuales como espirituales, solo estribando en viva fe (que de esta voy hablando de ordinario, porque trato con personas que caminan á la perfeccion), y subiendo por ella á Dios, que por eso se llama aquí «escala y secreta»; porque todos los grados y artículos que ella tiene son secretos y escondidos á todo sentido y entendimiento; y así, se queda ella á escuras de toda lumbre natural de sentido y entendimiento, saliendo de todo límite natural y racional, para subir por esta divina escala de la fe, que escala y penetra hasta lo profundo de Dios. Por lo cual dice que iba disfrazada, porque llevaba el traje y término natural mudado en divino, subiendo por fe. Y así, era causa este disfraz de no ser conocida ni detenida de lo temporal, ni de lo racional ni del demonio; porque ninguna de estas cosas la puede dañar mientras camina en esta viva fe; y no sólo eso, sino que va el alma tan escondida, encubierta y ajena de todos los engaños del demonio, que verdaderamente camina (como tambien aquí dice) «á escuras y en celada»; es á saber, para el demonio, al cual la luz de la fe le es mas que tinieblas. Y así, el alma que por ella camina, podemos decir que en celada y encubierta al demonio camina, como adelante se dirá mas claro. Por eso dice que salió «á escuras y segura»; porque el que tal ventura

tiene, que puede caminar por la escuridad de la fe, tomándola por guia, saliendo él de todas las fantasías naturales y razones espirituales, camina muy al seguro. Y así dice que tambien salió por esta noche espiritual: «estando ya su casa sosegada»; es á saber, la parte racional y espiritual; de la cual, cuando el alma llega á la union de Dios, tiene sosegadas sus potencias naturales y los ímpetus y ansias sensibles en la parte espiritual; que por eso no dice que salió aquí con ansias, como en la primera noche del sentido; porque, para ir en la noche del sentido y desnudarse de lo sensible, eran menester ansias de amor sensible para acabar de salir. Pero para acabar de sosegar la casa del espíritu solo se requiere afirmacion de las potencias y de todos los gustos y apetitos espirituales en pura fe; lo cual hecho, se junta el alma con el Amado en una union de sencillez y pureza, amor y semejanza.

Y es de saber que la primera cancion, hablando de la parte sensitiva, dice que salió en «noche escura»; y aquí, hablando de la espiritual, dice que salió «á escuras», por ser mayor la tiniebla de la parte espiritual, así como la escuridad es mayor tiniebla que la de la noche, porque por escura que una noche sea, todavía se ve algo; pero en la escuridad no se ve nada; y así, en la noche del sentido todavía queda alguna luz, porque queda el entendimiento y razon, que no se ciega; pero esta noche espiritual, que es la fe, todo lo priva, así en entendimiento como en sentido; y por eso dice el alma en esta que iba «á escuras y segura»; lo cual no dijo en la otra; porque cuando menos el alma obra con habilidad propia, va mas segura, pues va mas en la fe. Y esto se irá bien declarando por extenso en este libro, en el cual pido al devoto letor atencion benévola, porque en él se han de decir cosas bien importantes para el verdadero espíritu; y aunque ellas son algo escuras, de tal manera se abre camino de unas para otras, que entiendo se entenderá muy bien.

CAPITULO II.

En que se comienza á tratar de la segunda parte ó causa de esta noche, que es la fe. Prueba por dos razones que es mas escura que la primera y que la tercera.

Síguese ahora tratar de la segunda parte de esta noche, que es la fe, la cual es el admirable medio que deciamos para ir al término, que es Dios; el cual deciamos que era tambien para el alma naturalmente tercera causa ó parte de esta noche, porque la fe, que es el medio, es comparada á la media noche; y así, podemos decir que para el alma es mas escura que la primera, y en cierta manera que la tercera, porque la primera, que es la del sentido, es comparada á la prima noche, que es cuando cesa la vista de todo objecto sensible, y no está tan remota de la luz como la media noche. Y la tercera parte, que es el *ante lucem*, que es lo que está ya próximo á la luz del dia, no es tan escura como la media noche, pues ya está inmediata á la ilustracion y informacion de la claridad del dia, y esta es comparada á Dios; porque, aunque es verdad que Dios es para el alma tan escura noche como la fe, hablando naturalmente; pero, porque acabadas ya estas tres partes de noche, que para el alma lo son naturalmente, Dios la va ilustrando sobrenaturalmente con el rayo de su divina luz y con modo mas alto, superior y experimentado; lo cual es el principio de la perfecta union que se sigue, pasada la tercera noche; y así, se puede decir que es menos escura. Es tambien mas escura que la primera, porque esta pertenece á la parte inferior del hombre, que es la sensitiva, y por consiguiente mas exterior; y esta segunda de la fe pertenece á la parte superior del hombre, que es la racional, y por consiguiente mas interior y escura, porque la priva de la luz racional, ó por mejor decir, la ciega; y así, es bien comparada á la media noche, que es lo mas adentro y mas escuro de ella.

Pues esta segunda parte de fe habemos ahora de probar cómo es noche para el espíritu, así como la primera lo es para el sentido. Y luego tambien dirémos los contrarios que tiene, y cómo se ha de disponer el alma activamente para entrar en ella; porque, de lo pasivo, que es lo que Dios hace en ella para meterla en ella, dirémos en su lugar, que entiendo será en el tercero libro.

CAPITULO III.

De cómo la fe es noche escura para el alma. Pruébalo por razones y autoridades de la sagrada Escritura.

La fe, dicen los teólogos que es un hábito del alma cierto y escuro; y la razon de ser hábito escuro es porque hace creer verdades reveladas por el mismo Dios, las cuales son sobre toda luz natural y exceden todo humano entendimiento. De aquí es que para el alma esta excesiva luz que se le da de fe, es escura tiniebla, porque lo mas priva y vence á lo menos; así como la luz del sol priva otras cualesquiera luces, de manera que no parezcan luces cuando ella luce, y vence nuestra potencia visiva; así que antes la ciega y priva de la vista que se le da, por cuanto su luz es muy desproporcionada y excesiva á la potencia visiva; así la luz de la fe, por su gran exceso y por el modo que tiene Dios en comunicarla, excede la de nuestro entendimiento, la cual solo se extiende de suyo á la ciencia natural, aunque tiene potencia obediencial para lo sobrenatural, cuando nuestro Señor la quisiere poner en acto sobrenatural. De donde ninguna cosa de suyo puede saber sino por via natural, que comienza por los sentidos, para lo cual ha de tener las fantasmas y sentidos de los objectos en sí ó en sus semejanzas, y de otra manera no; porque, como dicen los filósofos: *Ab objecto, et potentia paritur notitia;* Del objeto presente y de la potencia nace en el alma la noticia. De donde, si á uno le dijesen cosas que él nunca alcanzó á conocer ni jamás vió semejanza de ellas en ninguna manera le quedaria mas luz de ellas que si no se las hubieran dicho. Pongo ejemplo: Si á uno le dijesen que en cierta isla hay un animal que él nunca vió, si no le dicen alguna semejanza de aquel animal que él haya visto en otros, no le

quedará mas noticia ni figura de aquel animal que antes, aunque mas le estén diciendo de él. Y por otro ejemplo mas claro se entenderá mejor: si á uno que nació ciego, el cual no vió color alguno, le estuviesen diciendo cómo es el color blanco ó el amarillo, aunque mas le dijesen, no entenderia mas así que así, porque nunca vió los tales colores ni sus semejanzas, para poder juzgar de ellos; solamente le quedaria el nombre de ellos, porque aquello pudo percebir por el oido, mas la forma y figura no, porque nunca la vió. A este modo (aunque no semejante en todo) es la fe para con el alma, que nos dice cosas que nunca vimos ni entendimos antes en sí ni en semejanzas suyas, que sin revelacion nos pudieran llevar á su conocimiento; y así, de ellas no tenemos luz de ciencia natural, pues á ningun sentido es proporcionado lo que nos dice; pero sabémoslo por el oido, creyendo lo que nos enseña, sujetando y cegando nuestra luz natural; porque, como dice san Pablo: *Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi*. La fe no es ciencia que entra por ningun sentido, sino solo es consentimiento del alma de lo que entra por el oido. Y aun la fe excede mucho mas de lo que dan á entender los ejemplos dichos; porque, no solamente no hace evidencia ó ciencia, sino (como habemos dicho) excede y sobrepuja otras cualesquier noticias y ciencia, para que puedan bien juzgar de ella en perfecta contemplacion. Otras ciencias, con la luz del entendimiento se alcanzan; mas esta de la fe, sin la luz del entendimiento se alcanza, negándola por la fe, y con la luz propia se pierde. Por lo cual dijo Isaías: *Si non credideritis, non intelligetis;* Si no creyéredes, no entenderéis. Luego claro está que la fe es noche escura para el alma, y de esta manera la da luz; y cuanto mas le escurece, tanta mas luz la da de sí; porque cegando da luz, segun el dicho de Isaías: Si no creyéredes, esto es, os cegáredes, no entenderéis, esto es, no tendréis luz y conocimiento levantado y sobrenatural. Y así, se figura la fe por aquella nube que dividia á los hijos de Israel y á los egipcios al punto de entrar en el mar Bermejo, de quien dice la sagrada Escritura: *Erat nubes tenebrosa et illuminans noctem;* que era nube tenebrosa y alumbradora de la noche. Admirable cosa es que, siendo tenebrosa, alumbrase la noche, para dar á entender que la fe, que es nube escura y tenebrosa para el alma (la cual es tambien noche, pues en presencia de la fe de su luz natural queda privada y ciega), con su tiniebla alumbra y da luz á la tiniebla del alma, para que así fuese semejante el maestro al discípulo. Porque el hombre que está en tiniebla, no podia convenientemente ser alumbrado sino por otra tiniebla, segun nos lo enseña el Salmista, diciendo: El dia rebosa y respira palabra al dia, y la noche muestra ciencia á la noche; *Dies diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam*. Esto es, el dia, que es Dios en la bienaventuranza, donde ya es de dia, á los bienaventurados ángeles y almas, que ya son dia, les comunica y descubre su divina palabra, que es su hijo, para que le sepan y le gocen; y la noche, que es la fe en la Iglesia militante, donde aun es de noche, muestra ciencia á la Iglesia, y por el consiguiente á cualquiera alma, la cual es noche; pues aun no goza de la clara sabiduría beatífica, y en presencia de la fe está ciega de su luz natural. De manera que lo que de aquí se ha de sacar, es que la fe, que es noche escura, da luz al alma, que está á escuras, y se verifica lo que tambien dice David en otro salmo: *Et nox illuminatio mea in deliciis meis;* la noche será mi iluminacion en mis deleites. Lo cual es tanto como decir: En los deleites de mi pura contemplacion y union con Dios, la noche de la fe será mi guia; dando á entender que el alma ha de estar en tiniebla para tener luz y poder andar este camino.

CAPITULO IV.

Trata en general cómo tambien el alma ha de estar á escuras en cuanto es de su parte, para ser bien guiada por la fe á suma contemplacion.

Creo se va algo dando á entender cómo la fe es escura noche para el alma, y cómo tambien el alma ha de ser escura ó estar escura de su luz natural para que se deje guiar de la fe á este término alto de union. Pero para que el alma sepa hacer eso, convendrá ahora ir declarando esta escuridad que ha de tener, algo mas menudamente para entrar en este abismo de la fe. Y así, en este capítulo hablaré en general de ella, y adelante, con el favor divino, iré diciendo mas en particular el modo que se ha de tener para no errar en ella ni impedir á tal guia. Digo pues que el alma, para haberse de guiar bien por la fe á este estado, no solo se ha de quedar á escuras segun aquella parte que tiene respecto á las criaturas y á lo temporal, que es la sensitiva y inferior (de que ya dijimos), sino que tambien se ha de cegar y escurecer segun la parte que tiene respecto á Dios y á lo espiritual, que es la racional y superior, de que ahora tratamos; porque para venir á llegar un alma á la transformacion sobrenatural, claro está que ha de escurecerse y trasponerse á todo lo que conviene á su natural, que es sensitivo y racional; porque sobrenatural eso quiere decir, que sube sobre lo natural; luego el natural abajo se queda; que, como esta transformacion y union no puede caer en sentido ni habilidad humana, ha de vaciarse perfecta y voluntariamente de todo lo que puede caber en ella de aficion, digo, y voluntad en cuanto es de su parte; porque á Dios ¿quién le quitará que no haga lo que él quisiere en el alma resignada, desnuda y aniquilada? Pero todo se ha de vaciar; de manera que, aunque mas cosas sobrenaturales vaya teniendo, siempre se ha de quedar como desnuda de ellas, y á escuras como el ciego, arrimándose á la fe escura y tomándola por luz y guia, no arrimándose á cosa de las que entiende, gusta, siente ni imagina; porque todo aquello es tiniebla, que la hará errar ó detener, y la fe es sobre todo aquel entender, gustar y sentir; y si en esto no se ciega, quedándose á escuras de ello totalmente, no viene á lo que es mas, que es lo que señala la fe. El ciego, si no es bien ciego, no se deja bien guiar del mozo de ciego, sino que por

un poco que ve piensa que por cualquier parte es mejor ir, porque no ve otra mejor; y así, puede hacer errar al que le guia, porque obra como si viese, y puede mandar mas que su mozo. Y así, el alma, si estriba en algun saber suyo gustar ó sentir, como quiera que todo esto, aunque mas sea, sea muy poco y disímil de lo que es Dios, para ir por este camino, fácilmente yerra ó se detiene por no se quedar bien ciega en fe, que es su verdadera guia. Porque eso quiso tambien decir san Pablo cuando dijo: *Credere enim oportet accendentem ad Deum, quia est.* Quiere decir: Al que se ha de ir allegando y uniendo á Dios, conviénele que crea su ser. Como si dijera: El que se ha de venir á juntar en una union con Dios, no ha de ir entendiendo ni arrimándose al gusto, sentido ó imaginacion, sino creyendo la perfeccion del divino Ser, que no cae en entendimiento, apetito ni imaginacion ni otro algun sentido, ni en esta vida se puede saber cómo es; antes en ella, en lo mas alto que se puede sentir, entender y gustar de Dios, dista infinitamente de lo que él es y del poseerle puramente. Y así, dijo Isaías: *Oculus non vidit, Deus, absque te, quae praeparasti expectantibus te.* Y san Pablo: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis, qui diligunt illum;* que lo que Dios tiene aparejado para los que le aman, ni ojo jamás lo vió ni oido lo oyó, ni cayó en corazon ni pensamiento de hombre; pues como quiera que el alma pretenda unirse por gracia perfectamente en esta vida con aquello que por gloria ha de estar unida en la otra, lo cual, como aquí dice san Pablo, no vió ojo ni oyó oido, ni cayó en corazon de hombre en carne, claro está que para venir á unirse en esta vida con ello por gracia y amor perfectamente, ha de ser á escuras de todo cuanto puede entrar por el ojo y se puede recibir con el oido, y imaginar con la fantasía y comprehender con el corazon, que aquí significa el alma. Y así, grandemente se estorba el alma para venir á este alto estado de union, cuando se ase á algun entender, sentir ó imaginar, ó parecer ó voluntad, ó modo suyo, ó cualquiera otra cosa propia, no sabiéndose desasir y desnudar de todo ello; porque, como decimos, á lo que va es sobre todo eso, aunque sea lo que mas puede saber y gustar; y así, sobre todo se ha de pasar el no saber. Por tanto, en este camino, el dejar su camino es entrar en camino; ó por mejor decir, pasar al término y dejar su modo, es entrar en lo que no tiene modo, que es Dios; porque el alma que á este estado llega, ya no tiene modos ni maneras, ni se ase ni puede asir á ellos. Digo modos de entender ni de gustar ni de sentir, aunque en sí encierre todos los modos; al modo del que no tiene nada, que lo tiene todo; porque, teniendo ánimo de pasar de su limitado natural interior y exteriormente, entra sin límite en lo sobrenatural, que no tiene modo alguno, teniendo con eminencia todos los modos; de donde el venir aquí es salir de allí, saliendo de sí muy léjos; de eso bajo para esto del todo alto. Por tanto, trasponiéndose á todo lo que espiritual y temporalmente puede saber y entender, ha de desear el alma con todo deseo venir á aquello que en esta vida no puede saber ni caer en su corazon. Y dejando atrás todo lo que espiritual y sensualmente gusta y siente, y puede gustar y sentir en esta vida, ha de desear con todo deseo venir á aquello que excede todo sentimiento y gusto. Y para quedar libre y vacía para ello, en ninguna manera ha de hacer presa en cuanto recibiere en su alma espiritual ó sensitivamente (como luego dirémos cuando tratarémos esto en particular), teniéndolo todo por mucho menos; porque, cuanto mas piensa que es aquello que entiende, gusta y imagina, y cuanto mas lo estiman, ahora sea espiritual, ahora no, tanto mas quita del supremo bien y mas se retarda de ir á él; y cuanto menos piensa que es todo lo que puede tener, por mas que ello sea respecto del sumo bien, tanto mas pone en él y le estima, y por el consiguiente tanto mas se llega á él. Y de esta manera á escuras grandemente se acerca el alma á la union por medio de la fe, que tambien es escura, y con todo la da admirable luz la misma fe. Cierto que si el alma quisiese ver, mas presto se escureceria cerca de Dios que el que abre los ojos á mirar el gran resplandor en el sol. Por tanto, en este camino, cegándose en sus potencias, ha de ver luz, segun lo que nuestro Salvador dice en el Evangelio de esta manera: *In judicium ego in hunc mundum veni: ut qui non vident, videant, et qui vident, caeci fiant.* Esto es. Yo he venido á este mundo para juicio; de manera que los que no ven vean, y los que ven se hagan ciegos. Lo cual así como suena se ha de entender acerca de este camino espiritual, que el alma que estuviere á escuras y se cegare en todas sus luces proprias y naturales, verá sobrenaturalmente; y la que alguna luz suya se quisiere arrimar, tanto mas se cegará y se detendrá en el camino de la union. Y para que procedamos menos confusamente, parece me será necesario dar á entender en el siguiente capítulo qué cosa sea esta que llamamos union del alma con Dios; porque, entendido esto, se dará mucha luz para lo que irémos diciendo de aquí adelante; y así, me parece que viene bien aquí el tratar de ella como en su propio lugar; porque, aunque se corta el hilo de lo que vamos tratando, no es fuera de propósito, pues servirá para dar luz en lo mismo que se va tratando; y así, servirá el capítulo infraescrito como de paréntesis, pues luego habemos de volver á tratar en particular de las tres potencias del alma respecto de las tres virtudes teologales, acerca de esta segunda noche espiritual.

CAPITULO V.

En que declara qué cosa sea union del alma con Dios. Pone una comparacion.

Por lo que atrás queda dicho, en alguna manera se podrá entender qué sea lo que aquí entendemos por union del alma con Dios, y por eso se entenderá aquí mejor lo que dijéremos de ella. Y no es ahora nuestro intento declarar en particular cuál sea la union del entendimiento, y cuál sea la de la voluntad, y cuál tambien la de la memoria, y cuál la transeunte, y cuál

la permanente en las dichas potencias, y cuál tambien la total; que de esto irémos tratando adelante, y muy mejor se dará á entender en sus lugares, cuando, yendo tratando de la misma materia, tengamos el ejemplo vivo junto con el entendimiento presente, y allí se entenderá y notará cada cosa, y se juzgará mejor de ella. Ahora solo trato de esta union total y permanente segun la sustancia del alma y sus potencias en cuanto el hábito de union, porque en cuanto al acto, después dirémos, mediante el favor divino, cómo no tenemos ni puede haber union permanente en esta vida en las potencias, sino transeunte.

Para entender pues cuál sea esta union de que vamos tratando, es de saber que Dios en cualquiera alma, aunque sea en la del mayor pecador del mundo, mora y asiste sustancialmente. Y esta manera de union ó presencia (que la podemos llamar de órden natural) siempre la hay entre Dios y todas las criaturas, segun la cual les está conservando el ser que tienen; de manera que si de ellas en este modo faltase, luego se aniquilarian y dejarian de ser. Y así, cuando hablaremos de la union del alma con Dios no hablamos de esta presencia sustancial de Dios que siempre hay en todas las criaturas, sino de la union y transformacion del alma con Dios por amor, que solo se hace cuando viene á haber semejanza de amor; y por tanto, esta se llamará union de semejanza, así como aquella union esencial ó sustancial, aquella natural, esta sobrenatural, la cual es cuando las dos voluntades, conviene á saber, la del alma y la de Dios, están en uno conformes, no habiendo en la una cosa que repugne á la otra. Y así, cuando el alma quitare de sí totalmente lo que repugna y no conforma con la voluntad divina, quedará transformada en Dios por amor. Esto no solo se entiende lo que repugna segun el acto, sino tambien segun el hábito; de manera que no solo los actos voluntarios de imperfeccion le han de faltar, mas tambien los hábitos. Y porque toda criatura, y todas las acciones y habilidades de ella no llegan á lo que es Dios, por eso se ha de desnudar el alma de toda criatura, acciones y habilidades suyas, conviene á saber, de su entender, gustar y sentir, para que, echando todo lo que es disímil y desconforme á Dios, venga á recibir semejanza de Dios, no quedando en ella cosa que no sea voluntad de Dios, y así se transforma en él. De donde, aunque es verdad que, como hemos dicho, está Dios siempre en el alma dándola y conservándola el ser natural de ella con su presencia, no empero siempre la comunica el sobrenatural, porque este no se comunica sino por amor y gracia, en la cual no todas las almas están, y las que están, no en igual grado, porque unas están en mas, otras en menos grado de amor; de donde aquella alma se comunica á Dios mas, que mas aventajada está en amor, lo cual es tener mas conforme su voluntad con la de Dios; y la que totalmente le tiene conforme y semejante, totalmente está unida y transformada en Dios sobrenaturalmente; por lo cual, segun ya queda dado á entender, cuanto un alma está mas vestida de criatura y habilidad de ella, segun el afecto y hábito, tanto menos disposicion tiene para la tal union, pues no da total lugar á Dios para que la transforme en lo sobrenatural. De manera que el alma ha menester desnudarse de estas contrariedades y desemejanzas naturales, para que Dios, que se le está comunicando naturalmente por naturaleza, se le comunique sobrenaturalmente por gracia. Y esto es lo que quiso dar á entender san Juan cuando dijo: *Qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* Como si dijera: Dió poder para que puedan ser hijos de Dios, esto es, se puedan transformar en Dios solamente á aquellos que, no de las sangres, esto es, no de las complexiones y composiciones naturales son nacidos, ni tampoco de la voluntad de la carne, esto es, del albedrío de la habilidad y capacidad natural, ni menos de la voluntad del varon; en lo cual se incluye todo modo y manera de arbitrar y comprehender con el entendimiento. No dió poder á ninguno de estos para poder ser hijos de Dios en toda perfeccion, sino á los que son nacidos de Dios; esto es, á los que, renaciendo por gracia, muriendo primero á todo lo que es hombre viejo, se levantan sobre sí á lo sobrenatural, recibiendo de Dios la tal renacencia y filiacion, que es sobre todo lo que se puede pensar. Porque, como el mismo san Juan dice en otra parte: *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei.* Quiere decir: El que no renaciere en el Espíritu Santo no podrá ver este reino de Dios, que es el estado de perfeccion. Y renacer en el Espíritu Santo en esta vida perfectamente, es estar una alma simílima á Dios en pureza, sin tener en sí alguna mezcla de imperfeccion; y así, se puede hacer pura transformacion por participacion de union, aunque no esencialmente.

Y para que se entienda mejor lo uno y lo otro, pongamos una comparacion: está el rayo del sol dando en una vidriera; si la vidriera tiene algunos velos de manchas ó nieblas, no la podrá esclarecer con su luz, ni transformarla totalmente, como si estuviera sencilla y limpia de todas aquellas manchas; antes tanto menos la esclarece cuanto ella estuviere menos desnuda de aquellos velos y manchas, y no quedará por el rayo, sino por ella; tanto, que si ella estuviere pura y limpia del todo, de tal manera la esclarecerá y transformará el rayo, que parezca al mismo rayo, y dará la misma luz; aunque á la verdad todavía la vidriera, aunque se parezca al mismo rayo, tiene su naturaleza distinta del mismo rayo; y podemos decir que aquella vidriera es rayo ó luz por participacion. Así el alma es como esta vidriera, en la cual siempre está envistiendo, ó por mejor decir, está en ella morando esta divina luz del ser de Dios por naturaleza, como habemos dicho. En dando pues lugar el alma (que es quitar de sí todo velo y mancha de criatura, lo cual consiste en tener la voluntad unida con la de Dios perfectamente; porque el amar es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es él), luego queda esclarecida y transformada en Dios. Porque le comunica el su ser

sobrenatural de tal manera, que parece al mismo Dios, y tiene lo que tiene el mismo Dios; y se hace tal union cuando Dios hace al alma esta merced soberana, que todas las cosas de Dios y el alma son una en transformacion participante; y el alma mas parece Dios que alma, y aun es Dios por participacion; aunque es verdad que su ser natural se le tiene tan distinto del de Dios como antes, aunque está transformada; como tambien la vidriera le tiene distinto del rayo, estando de él clarificada. De aquí queda ahora mas claro que la disposicion para la union (como deciamos) no es el entender del alma, ni gustar ni sentir, ni imaginar á lo natural de Dios, ni otra cualquiera cosa; sino la pureza y amor, que es resignacion perfecta, y desnudez total solo por Dios. Y como no puede haber perfecta transformacion si no hay perfecta pureza, segun la pureza será la ilustracion, iluminacion y union del alma con Dios en mas ó menos; aunque no será perfecta del todo (como digo) si del todo no está limpia y clara. Lo cual tambien se entenderá por esta comparacion: está una imágen muy perfecta con muy subidos primores y delicados y sútiles esmaltes, y algunos tan primos, que no se pueden bien acabar de determinar por su delicadeza y excelencia. A esta imágen, el que tuviere menos clara y purificada vista, menos primores y delicadeza echará de ver en ella, y el que la tuviere mas pura echará de ver mas primores; y si otro la tuviere mas pura, echará de ver aun mas perfeccion; y finalmente, el que mas clara y limpia potencia tuviere, echará de ver mas primores y perfecciones; porque en la imágen hay tanto que ver, que por mucho que se alcance, queda para poderse alcanzar mucho mas de ella. De la misma manera podemos decir que se han las almas con Dios en esta ilustracion ó transformacion; porque, aunque es verdad que un alma, segun su poca ó mucha capacidad, puede haber llegado á union, pero no en igual grado todas; porque esto es cómo el Señor lo quiere dar á cada una, que es al modo de como le ven en el cielo, que unos le ven mas perfectamente, otros menos; pero todos ven á Dios, y todos están contentos y satisfechos, porque tienen satisfecha su capacidad segun el mayor ó menor merecimiento; de donde, aunque acá en esta vida hallemos algunas almas con igual sosiego y paz en su estado de perfeccion, y cada una esté satisfecha, con todo eso, podrá la una de ellas estar levantada muchos grados mas que la otra en esta union, y estar igualmente satisfechas cada una segun su disposicion y el conocimiento que de Dios tiene; pero la que no llega á tanta pureza como parece que piden las ilustraciones y vocaciones de Dios, nunca llega á la verdadera paz y satisfaccion, pues no ha llegado á tener la desnudez y vacío en sus potencias, cual se requiere para la sencilla union.

CAPITULO VI.

Trata cómo las tres virtudes teologales son las que han de poner en perfeccion las tres potencias del alma, y cómo en ellas hacen vacío y tiniebla las dichas virtudes. Decláranse al propósito dos autoridades: una de san Lucas y otra de Isaías.

Habiendo pues de tratar de inducir las tres potencias del alma, Entendimiento, Memoria y Voluntad, en esta noche espiritual, que es el medio de la divina union, necesario es primero tratar en este capítulo cómo las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, mediante las cuales el alma se une con Dios segun sus potencias, hacen el mismo vacío y escuridad cada una en su potencia. La fe en el entendimiento, la esperanza en la memoria y la caridad en la voluntad. Y después irémos tratando cómo se ha de perficionar el entendimiento en la tiniebla de la fe, y cómo el vacío de la memoria en la esperanza, y cómo tambien se ha de entrar la voluntad en la carencia y desnudez de todo afecto para ir á Dios; lo cual hecho, se verá claro cuánta necesidad tiene el alma, para ir segura en el camino espiritual, de ir por esta noche escura arrimada á estas tres virtudes, que la vacian de todas las cosas, y escurecen en ellas. Porque (como habemos dicho) el alma no se une con Dios en esta vida por el entender, ni por el gozar, ni por el imaginar, ni por otro cualquier sentido; sino solo por fe segun el entendimiento; por la esperanza, que se puede atribuir á la memoria (aunque ella esté en la voluntad), cuanto al vacío y olvido, que causa de cualquiera otra cosa caduca y temporal, guardándose toda el alma para el sumo bien que espera; y por amor segun la voluntad. Las cuales tres virtudes todas hacen (como habemos dicho) vacío en las tres potencias: la fe en el entendimiento, vacío y escuridad de entender; la esperanza hace vacío en la memoria de toda posesion, y la caridad vacío en la voluntad y desnudez de todo afecto y gozo de todo lo que no es Dios; porque la fe ya vemos que nos dice lo que no se puede entender con el entendimiento segun su razon y luz natural; por lo cual dice san Pablo de ella: *Est autem fides sperandarum substantia rerum*; Sustancia de las cosas que se esperan. Y aunque el entendimiento con firmeza y certeza consienta en ellas, no son cosas que al entendimiento se le descubren; porque si se le descubriesen, no seria fe. La cual, aunque hace cierto al entendimiento, no le hace claro, sino escuro. Pues de la esperanza no hay duda, sino que tambien á la memoria la pone en vacío y tiniebla de lo de acá y de lo de allá. Porque la esperanza siempre es de lo que no se posee; porque si se poseyese, ya no seria esperanza. De donde san Pablo dice: *Spes autem, quae videtur, non est spes: nam quod videt quis, quid sperat?* La esperanza que se ve no es esperanza; porque lo que uno ve, esto es, lo posee, ¿cómo lo espera? Luego tambien hace vacío esta virtud, pues es de lo que no se tiene, y no de lo que se tiene. La caridad, ni mas ni menos, hace vacío en la voluntad de todas las cosas, pues nos obliga á amar á Dios sobre todas ellas; lo cual no puede ser sino apartando el afec-

to de todas, para ponerlo entero en Dios. De donde dice Cristo por san Lúcas: *Qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus;* El que no renuncia todas las cosas que posee con la voluntad, no puede ser mi discípulo. Y así, todas estas virtudes ponen al alma en escuridad y vacío de todas las cosas. Y aquí debemos notar aquella parábola que nuestro Redentor dice, por san Lúcas, que el amigo habia de ir á la media noche á pedir los tres panes, los cuales panes significan estas tres virtudes; y dijo que á la media noche los pedia, para dar á entender que el alma, á escuras segun sus potencias, ha de disponerse para la perfeccion de estas tres virtudes, y en esta noche se ha de perficionar en ellas. En el capítulo sexto de Isaías leemos que los dos serafines que este profeta vió á los lados de Dios, cada uno con seis alas, que con las dos cubrian sus piés, que significaba cegar y apagar los afectos de la voluntad acerca de todas las cosas para con Dios; y con las dos cubrian su rostro, que significaba la tiniebla del entendimiento delante de Dios, y que con las otras dos volaban: *Seraphim stabant super illud: sex alae uni, et sex alae alteri: duabus velabant faciem ejus, et duabus velabant pedes ejus, et duabus volabant.* Para dar á entender el vuelo de la esperanza á las cosas que no se poseen, levantada sobre todo lo que se puede poseer fuera de Dios. A estas tres virtudes pues habemos de inducir las tres potencias del alma, informando al entendimiento con la fe, desnudando la memoria de toda posesion, y informando á la voluntad con la caridad, desnudándolas y poniéndolas á escuras de todo lo que no fuere estas tres virtudes. Y esta es la noche espiritual, que arriba llamamos activa; porque el alma hace lo que es de su parte para entrar en ella. Y así como en la noche sensitiva dimos modo de vaciar las potencias sensitivas de sus objetos sensibles segun el apetito, para que el alma saliese de su término al medio, que es la fe; así en esta noche espiritual darémos (con el favor divino) modo cómo las potencias espirituales se vacien y purifiquen de todo lo que no es Dios, y se queden puestas en la escuridad de estas tres virtudes, que son el medio y disposicion para la union del alma con Dios. En la cual manera se halla toda seguridad contra las astucias del demonio y contra la astucia del amor propio y sus ramos, que es lo que sutilísimamente suele engañar y impedir el camino á los espirituales, por no saber ellos desnudarse, gobernándose segun estas tres virtudes; y así, nunca acaban de dar en la sustancia y pureza del bien espiritual, ni van por tan derecho y breve camino como podian ir. Pero hase de tener advertencia que ahora especialmente voy hablando con los que han comenzado á entrar en estado de contemplacion; porque con los principiantes algo mas anchamente se ha de tratar esto, como dirémos cuando tratarémos de las propiedades de ellos.

CAPITULO VII.

Que dice cuán angosta es la senda que guia á la vida, y cuán desnudos y desembarazados conviene que estén los que han de caminar por ella, y comienza á hablar de la desnudez del entendimiento.

Para haber ahora de tratar de la desnudez y pureza de las tres potencias del alma, era necesario otro mayor saber y espíritu que el mio, con que pudiese bien dar á entender á los espirituales cuán angosto sea este camino, que dijo nuestro Salvador que guia á la vida, para que, persuadidos en esto, no se maravillasen del vacío y desnudez en que en esta noche habemos de dejar las potencias del alma; para lo cual se deben notar con advertencia las palabras que por san Mateo nuestro Señor dijo; las cuales ahora declararémos de esta noche escura y levantado camino de perfeccion; es á saber: *Quàm angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam: et pauci sunt, qui inveniunt eam!* ¡Cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que guia á la vida; y pocos son los que le hallan! Donde es mucho de notar aquella ponderacion y encarecimiento que contiene aquella partícula *quàm*. Porque es como si dijera: De verdad es mucho angosta, mas que pensais. Y tambien es de notar que primero dice que es angosta la puerta, para dar á entender que para entrar el alma por esta puerta de Cristo, que es el principio del camino, primero se ha de angostar y desnudar la voluntad en todas las cosas sensuales y temporales, amando á Dios sobre todas ellas. Lo cual pertenece á la noche del sentido, que habemos dicho. Y luego dice que es estrecho el camino, conviene á saber, de la perfeccion, para dar á entender, que para ir por el camino de perfeccion, no solo ha de entrar por la puerta angosta, vaciándose de lo sensitivo, mas tambien se ha de desapropiar, estrechándose y desembarazándose puramente en lo que es parte del espíritu; y así, lo que dice de la puerta angosta podemos referir á la parte sensitiva del hombre; y lo que dice del camino estrecho, podemos entender de la espiritual ó racional. Y en lo que dice, que pocos son los que le hallan, se debe notar la causa, que es porque pocos hay que sepan y quieran entrar en esta suma desnudez y vacío de espíritu; porque esta senda del alto monte de perfeccion, como quiera que ella vaya hácia arriba y sea angosta, tales viadores requiere, que ni lleven larga que les haga peso cuanto á lo inferior, ni cosa que les haga embarazo cuanto á lo superior. Que pues es trato en que solo Dios se busca y se granjea, solo Dios es el que se ha de buscar y granjear.

De donde se ve claro que, no solo de todo lo que es de parte de las criaturas ha de ir el alma desembarazada, mas tambien de todo lo que es espíritu ha de caminar desapropiada y aniquilada. Y así, instruyéndonos y induciéndonos nuestro Salvador en este camino, dijo por san Márcos aquella tan admirable doctrina, no sé si diga tanto menos ejercitada de los espirituales cuanto les es mas necesaria; la cual, por serlo tanto y tan á nuestro propósito, referiré aquí y declararé se-

gun el germano y espiritual sentido de ella. Dice pues así: *Siquis vult me sequi, deneget semetipsum: et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me... salvam faciet eam;* Si alguno quiere seguir mi camino, niéguese á sí mismo y tome su cruz y sígame; porque el que quisiere salvar su ánima, perderla ha; y el que por mí la perdiere, ganarla ha. ¡Oh quién pudiera aquí dar á entender, ejercitar y gustar lo que está encerrado en esta tan alta doctrina, que nos da aquí nuestro Salvador, de negarnos á nosotros mismos! para que vieran los espirituales cuán diferente es el modo que en este camino les conviene llevar del que muchos de ellos piensan; los cuales entienden que basta cualquiera manera de retiramiento y reformacion en las cosas; y otros se contentan con ejercitarse en alguna manera en las virtudes, y continúan la oracion y siguen la mortificacion, mas no llegan á la desnudez y pobreza, ó negacion ó pureza espiritual (que todo es uno) que aquí nos aconseja el Señor; porque todavía andan á cebar y vestir su naturaleza de consolaciones, antes que á desnudarla y negarla en eso y esotro por Dios; que piensan que basta negarla en lo del mundo, y no aniquilarla y purificarla en la propiedad espiritual; de donde les nace que, en ofreciéndoseles algo de esto sólido, que es la aniquilacion de toda suavidad en Dios, en sequedad, en sinsabor, en trabajo, que es la cruz pura espiritual y desnudez de espíritu pobre de Cristo, huyen de ello como de la muerte; y solo andan á buscar dulzuras y comunicaciones sabrosas, y henchimiento en Dios, que no es la negacion de sí mismos ni desnudez de espíritu, sino golosina de espíritu. En lo cual espiritualmente se hacen enemigos de la cruz de Cristo; porque el verdadero espíritu, antes busca lo desabrido en Dios que lo sabroso, y mas se inclina al padecer que al consuelo, y mas á carecer de todo bien por Dios que á poseerle, y á las sequedades y aflicciones que á las dulces comunicaciones; sabiendo que esto es seguir á Cristo y negarse á sí mismo, y esotro por ventura es buscarse á sí mismo en Dios; lo cual es harto contrario al amor; porque buscarse á sí mismo en Dios es buscar los regalos y recreaciones de Dios; mas buscar á Dios en sí, es, no solo querer carecer de eso y de esotro por Dios, sino inclinarse á querer y escoger por Cristo todo lo mas desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo; y esto es amor de Dios.

¡Oh quién pudiese dar á entender hasta dónde quiere Dios que llegue esta negacion! Ella, cierto, ha de ser como una muerte y aniquilacion temporal, natural y espiritual en todo, en la estimacion de la voluntad, en la cual se halla toda ganancia. Y esto es lo que quiso decir nuestro Salvador, que el que quisiere salvar su alma, ese la perderá; es á saber, el que quisiere poseer algo, ó buscarlo para sí, ese lo perderá; y el que perdiere su alma por mí, ese la ganará; esto es, el que renunciare por Cristo todo lo que puede apetecer su voluntad y gustar, escogiendo lo que mas se parece á la cruz, lo cual el mismo Señor por san Juan llama aborrecer su alma, ese la ganará: *Qui odit animam suam.* Y eso enseñó su Majestad á aquellos dos discípulos que le iban á pedir diestra y siniestra, cuando, no dándoles ninguna salida á la gloria, que su demanda pedia, les ofreció el cáliz que él habia de beber, como cosa mas preciosa y mas segura en esta tierra que el gozar. Este cáliz es morir á su naturaleza, desnudándola para que pueda caminar por esta angosta senda en todo lo que le puede pertenecer segun el sentido, como habemos dicho, y segun el espíritu, como ahora dirémos; que es, en su entender, en su gozar y su sentir. De manera que no solo quede desapropiada en lo uno y en lo otro, mas que aun con este segundo espiritual no quede embarazada para el angosto camino; pues en él no cabe mas que la negacion, como da á entender el Salvador, y la cruz, que es el báculo, para poder estribar en él; el cual grandemente lo aligera y facilita. De donde nuestro Señor dijo por san Mateo: *Jugum enim meum suave est, et onus meum leve;* Mi yugo es suave y mi carga liviana, la cual es la cruz. Porque, si el hombre se determina á sujetarse y llevar esta cruz, que es un determinarse de veras á querer hallar, llevar trabajo en todas las cosas por Dios, en todas ellas hallará grande alivio y suavidad para andar este camino así desnudo de todo, sin querer nada. Empero si pretende tener algo con alguna propiedad, ahora de Dios, ahora de otra cosa, no va desnudo ni negado en todo; y así, no cabrá ni podrá subir por esta senda angosta. Querria yo persuadir á los espirituales cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones ni modos ni gustos, aunque esto sea necesario á los principiantes, sino en una sola cosa necesaria, que es saberse negar de veras, segun lo interior y exterior, dándose al padecer por Cristo y aniquilarse en todo. Porque, ejercitándose en eso, todo esotro, y mas que ello, se obra y se halla aquí. Y si de este ejercicio hay falta, que es el total y la raíz de las virtudes, todas esotras maneras es andar por las ramas y no aprovechar, aunque tengan muy altas consideraciones y comunicaciones; porque el aprovechar no se halla sino imitando á Cristo, que es el camino, la verdad y la vida: *Ego sum via, et veritas, et vita; nemo venit ad Patrem, nisi per me.* Y ninguno viene al Padre sino por él. Y él dice tambien: *Ego sum ostium; per me si quis introierit, salvabitur;* Yo soy la puerta; si alguno por mí entrare, salvarse ha. De donde todo espíritu que quiere ir por dulzuras y facilidad, y huye de imitar á Cristo, yo no le tendria por bueno.

Y porque he dicho que Cristo es el camino, y que este camino es morir á nuestra naturaleza en sensitivo y espiritual, quiero dar á entender cómo sea esto á ejemplo de Cristo, porque él es nuestro ejemplo y luz. Cuanto á lo primero, cierto está que él murió cuanto á lo sensitivo espiritualmente en su vida, y naturalmente en su muerte; pues, como él dijo, en la vida no tuvo donde reclinar su cabeza: *Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.* Y en la muerte lo tuvo

menos. Cuanto á lo segundo, cierto está que al punto de la muerte quedó tambien desamparado y como aniquilado en el alma, dejándole el Padre sin consuelo, en íntima sequedad; por lo cual clamó en la Cruz: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Lo cual fué el mayor desamparo sensitivamente que habia tenido en su vida. Y así, entonces hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y maravillas habia hecho, que fué reconciliar y unir al género humano por gracia con Dios. Y esto fué al tiempo y punto que este Señor estuvo mas aniquilado en todo; conviene á saber, acerca de la reputacion de los hombres porque, como le veian morir en un madero, antes hacian burla de él que le estimaban en algo; y acerca de la naturaleza, pues en ella, en cierto modo, se aniquilaba muriendo; y acerca del amparo y consuelo del Padre, pues en aquel tiempo le desamparó porque puramente pagase la deuda y uniese al hombre con Dios, quedando así aniquilado y como resuelto en nada. De donde David dice de él: *Ad nihilum redactus sum, et nescivi.* Para que entienda el buen espiritual el misterio de la puerta y del camino Cristo, para unirse con Dios, y sepa que cuanto mas se aniquilare por Dios, segun estas dos partes, sensitiva y espiritual, tanto mas se une á Dios y tanto mayor obra hace. Y cuando viniere á quedar resuelto en nada, que será en la suma humildad, quedará hecha la union entre el alma y Dios, que es el mayor y mas alto estado á que en este vida se puede llegar. No consiste pues en recreaciones ni gustos ni sentimientos espirituales, sino en una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual, interior y exterior. No me quiero alargar á hablar mas en esto, aunque no quisiera acabar de tratar de ello, porque veo es muy poco conocido Jesucristo de los que se tienen por sus amigos; pues los vemos andar buscando en él sus gustos y consolaciones, amándose mucho á sí mismos; mas no sus amarguras y muertes, amándole mucho á él. De estos hablo, que se tienen por sus amigos; que esotros que viven allá á lo léjos apartados de él, grandes letrados y potentes, y los demás que viven allá con el mundo en el cuidado de sus pretensiones y mayorías, que podemos decir que no conocen á Cristo, cuyo fin, por bueno que sea, será harto amargo, no hace mencion esta letra, pero hacerse ha el dia del juicio; porque á ellos les convenia primero hablar esta palabra de Dios, como gente que él puso por blanco de ellas segun las letras y mas alto estado. Pero hablemos ahora con el entendimiento del espiritual, y particularmente de aquel á quien Dios ha hecho merced de poner en estado de contemplacion (porque, como he dicho, ahora voy particularmente con estos), y digamos cómo se ha de enderezar á dios en fe y purgar de cosas contrarias, ciñéndose para entrar por esta senda angosta de escura contemplacion.

CAPITULO VIII.

Trata en general cómo ninguna criatura, ni alguna noticia que puede caer en el entendimiento, le puede servir de próximo medio para la divina union con Dios.

Antes que tratemos del propio y acomodado medio para la union con Dios, que es la fe, conviene que probemos cómo ninguna cosa criada ni pensada puede servir al entendimiento de propio medio para unirse con Dios; y cómo todo lo que el entendimiento puede alcanzar, antes le sirve de impedimento que de medio, si á ello se quisiese asir. Y ahora en este capítulo probarémos esto en general, y después irémos hablando en particular, descendiendo por todas las noticias que el entendimiento puede recibir de parte de cualquier sentido interior y exterior; y los inconvenientes y daños que puede recibir con todas estas noticias, para no ir adelante asido al propio medio, que es la fe.

Es pues de saber que, segun regla de filosofía, todos los medios han de ser proporcionados al fin, teniendo alguna conveniencia y semejanza con él, tal cual basta para que por ella se pueda conseguir el fin que se pretende. Pongo ejemplo: quiere uno llegar á una ciudad; necesariamente ha de ir por el camino, que es el medio, que lleva á la misma ciudad. Tambien, hase de unir y juntar el fuego con el madero, es necesario que el calor, que es el medio, disponga al madero con tantos grados de calor, que tenga gran semejanza y proporcion con el fuego. De donde, si quisiesen disponer al madero con otro medio que el propio, que es el calor, así como con aire ó agua ó tierra, seria imposible que el madero se pudiese unir con el fuego; así pues, para que el entendimiento se venga en esta vida á unir con Dios, segun que en ella se puede, necesariamente ha de tomar aquel medio que junta con él y tiene con él próxima semejanza. En lo cual habemos de advertir que entre todas las criaturas superiores y inferiores, ninguna hay que próximamente junte con Dios ni tenga semejanza con su ser; porque, aunque es verdad que todas ellas tienen, como dicen los teólogos, cierta relacion á Dios y rastro de él, unas mas y otras menos, segun su mas ó menos principal ser, de Dios á ellas ningun respecto hay ni semejanza esencial; antes la distancia que hay entre su divino ser y el de ellas es infinita, y por eso es imposible que el entendimiento pueda dar perfectamente en Dios por medios de las criaturas, ahora sean celestiales, ahora terrenas; por cuanto no hay proporcion de semejanza. Y así, hablando David de las celestiales, dice: *Non est similis tui in Diis, Domine;* No hay semejante á tí en los dioses, Señor. Llamando dioses á los santos ángeles y almas santas. Y en otra parte dice: *Deus, in sancto via tua: quis Deus magnus, sicut Deus noster?* Dios, tu camino está en lo santo; ¿qué Dios grande hay como nuestro Dios? Como si dijera: El camino para venir á tí, Dios, es camino santo, esto es, pureza de fe; porque ¿qué Dios habrá tan grande? Es á saber, ¿qué santo tan levantado en gloria, y qué ángel tan levantado en ser será tan grande, que sea camino proporcionado y bastante, para ve-

nir á ti? Y hablando el mismo profeta juntamente de las cosas terrenas y celestiales, dice: *Quoniam excelsus Dominus, et humilia respicit; et alta à longè cognoscit;* Alto es el Señor, y mira las cosas bajas, y las cosas altas conoce desde léjos. Como si dijera: Siendo alto en su ser, ve ser muy bajo el ser de las cosas de la tierra, comparado con su alto ser; y las cosas altas, que son las criaturas celestiales, velas y conoce estar muy léjos. Luego todas las criaturas no pueden servir de proporcionado medio para dar perfectamente en Dios.

Ni mas ni menos todo lo que la imaginacion puede imaginar y el entendimiento entender en esta vida, no es, ni puede ser medio próximo para la union de Dios; porque, si hablamos naturalmente, como quiera que el entendimiento no puede entender cosa, sino lo que cabe y está debajo de las formas y fantasías de las cosas que por los sentidos corporales se reciben; las cuales (como habemos ya dicho) no pueden servir de medio, ni se puede aprovechar de la inteligencia natural; pues si hablamos de la sobrenatural (segun se puede en esta vida) no tiene el entendimiento disposicion ni capacidad en la cárcel del cuerpo para recibir noticia clara de Dios; porque esa noticia no es de este estado, que, ó ha de morir ó no la ha de recibir; que por eso dijo Dios á Moisen: *Non enim videbit me homo, et vivet;* No me verá hombre que pueda quedar vivo. Por lo cual san Juan dice: *Deum nemo vidit unquam;* A Dios ninguno jamás le vió. Y San Pablo con Isaías dice: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit;* Ni le vió ojo, ni oido oyó ni cayó en corazon de hombre. Y esta es la causa por que Moisen en la zarza no se atrevia á considerar estando Dios presente; porque conocia que no habia de poder considerar su entendimiento de Dios como convenia, aunque nacia esto del alto sentimiento que de Dios tenia. Y de Elías, nuestro padre, se dice que en el monte se cubrió el rostro en la presencia de Dios, que significa cegar el entendimiento; no se atreviendo á meter mano tan baja en cosa tan alta; viendo claro que cualquiera cosa que considerara y particularmente entendiera era muy distinta y disímil á Dios. Por tanto ninguna noticia ni aprehension de este mortal estado le puede servir de medio tan próximo para la alta union de amor de Dios; porque todo lo que puede entender el entendimiento, gustar la voluntad y fabricar la imaginacion es muy disímil y desproporcionado (como está dicho) á Dios. Lo cual todo lo dió á entender admirablemente el profeta Isaías, diciendo: *Cui ergo similem fecistis Deum? Aut quam imaginem ponetis ei? Numquid sculptile conflavit faber? Aut aurifex auro figuravit illud, et laminis argenteis argentarius?* ¿A qué cosa habeis podido hacer semejante á Dios? O ¿qué imágen le haréis que se le parezca? ¿Por ventura podrá fabricar alguna escultura el herrero, ó el que labra el oro podrá figurarle con el oro ó el platero con láminas de plata? Por oficial del hierro se entiende el entendimiento, el cual tiene por oficio formar las inteligencias y desnudarlas del hierro de las especies y fantasías. Por el oficio del oro entiendo la voluntad, la cual tiene habilidad de recibir figura y forma de deleite, causado del oro del amor con que ama. Por el platero, que dice aquí que no le figura con láminas de plata, se entiende la memoria con su imaginacion, cuyas noticias é imaginaciones, que puede fingir y fabricar, bien propiamente se puede decir son como láminas de plata. Y así, es como si dijera: Ni el entendimiento con sus inteligencias podrá entender cosa semejante á él, ni la voluntad podrá gustar deleite y suavidad que se parezca á la que es Dios, ni la memoria pondrá en la imaginacion noticias ni imágenes que le representen; luego claro está que al entendimiento ninguna de estas noticias lo pueden inmediatamente encaminar á Dios, y que para llegar á él, antes ha de ir no entendiendo que queriendo entender, y antes cegándose y poniéndose en tiniebla, que abriendo los ojos para llegar mas al divino rayo. Y de aquí es, que á la contemplacion por la cual el entendimiento se ilustra de Dios llaman teología mística, que quiere decir sabiduría de Dios secreta, porque es secreta al mismo entendimiento que la recibe. San Dionisio la llama rayo de tiniebla; del cual dice el profeta Baruc: *Viam autem sapientiae nescierunt, neque commemorati sunt semitas ejus;* No hay quien sepa el camino de ella ni quien pueda pensar las sendas de ella; luego claro está que el entendimiento se ha de cegar á todas las sendas que él puede alcanzar para unirse con Dios. El filósofo Aristóteles dice que de la manera que los ojos del murciélago se han con el sol, el cual totalmente le hace tinieblas, así nuestro entendimiento se ha á lo que es mas luz en Dios, que totalmente nos es tiniebla; y dice mas, que cuanto las cosas de Dios son en sí mas altas y mas claras, son para nosotros mas ignotas y escuras; lo cual tambien afirma el Apóstol, diciendo: Lo que es alto de Dios, es de los hombres menos sabido. Y no acabariamos á este paso de traer autoridades y razones para probar cómo no hay escalera con que el entendimiento pueda llegar á este alto Señor entre todas las cosas criadas y que pueden caer en el entendimiento; antes es necesario saber que si el entendimiento se quisiese aprovechar de todas estas cosas ó de alguna de ellas como de medio próximo para tal union, no solo le serian impedimento, pero aun le podrian ser ocasion de hartos errores y engaños en la subida de este monte.

CAPITULO IX.

De cómo la fe es el próximo y proporcionado medio al entendimiento para que el alma pueda llegar á la divina union de amor. Pruébalo con autoridades y figuras de la divina Escritura.

De lo dicho se colige que, para que el entendimiento esté dispuesto para esta divina union, ha de quedar limpio y vacío de todo lo que puede caer en sentido, y desocupado de todo lo que puede caer con claridad en el entendimiento íntimamente sosegado y acallado, puesto en fe; la cual sola es el próximo y proporcionado medio para que el alma se una con Dios; pues no hay

otra diferencia sino ser visto Dios ó creido; porque así como Dios es infinito, así ella nos le propone infinito; y así como es trino y uno, le propone trino y uno; y así, por este solo medio se manifiesta Dios al alma en divina luz, que excede todo entendimiento; y por tanto, cuanta mas fe el alma tiene, mas unida está con Dios; que eso es lo que quiso decir san Pablo en la autoridad que arriba dijimos, diciendo: Al que se ha de juntar con Dios, conviénele que crea, esto es, que vaya por fe caminando á él; lo cual ha de ser el entendimiento ciego y á escuras solo en fe, porque debajo de esta tiniebla se junta con Dios el entendimiento, y debajo de ella está Dios escondido, segun lo que dice David por estas palabras: *Et caligo sub pedibus ejus; Et ascendit super Cherubim, et volavit, volavit super pennas ventorum. Et posuit tenebras latibulum suum, in circuitu ejus tabernaculum ejus, tenebrosa aqua in nubibus aeris;* La escuridad puso debajo de sus piés, y subió sobre los querubines y voló sobre las plumas del viento, y puso por escondrijo las tinieblas; en derredor de él puso su tabernáculo, que es el agua tenebrosa entre las nubes del aire. En lo que dice, que puso escuridad debajo de sus piés y que las tinieblas tomó por escondrijo, y que su tabernáculo en derredor de él es el agua tenebrosa, se denota la escuridad de la fe en que él está encerrado; y en decir que subió sobre los querubines y voló sobre las plumas de los vientos, se ha de entender cómo vuela sobre todo entendimiento, porque querubines quiere decir inteligentes ó contemplantes; y las plumas de los vientos significan las sútiles y levantadas noticias y conceptos de los espíritus, sobre todas las cuales es su ser, al cual ninguno puede de suyo alcanzar. En figura de lo cual leemos en la Escritura que, acabando Salomon de edificar el templo bajó Dios en tiniebla y hinchió el templo de manera que no podian ver los hijos de Israel; y entonces habló Salomon y dijo: *Dominus dixit, ut habitaret in nebula;* El Señor ha prometido que ha de morar en tiniebla. Tambien á Moisen en el monte se le aparecia en tiniebla, en que estaba Dios encubierto. Y todas las veces que Dios se comunicaba mucho, parecia en tiniebla; como es de ver en Job, donde dice la Escritura que habló Dios con él desde el aire escuro: *Respondens autem Job de turbine, dixit.* Las cuales tinieblas, todas significan la escuridad de la fe en que está encubierta la divinidad, comunicándose al alma; la cual será acabada cuando (como dice San Pablo: *Cum autem venerit, quod perfectum est, evacuabitur, quod ex parte est*) se acabará lo que es imperfecto, que es esta tiniebla de fe, y viniere lo que es perfecto, que es la divina luz; de lo cual tenemos figura en la milicia de Gedeon, donde todos los soldados, se dice que tenian las luces en las manos y no las veian, porque las tenian escondidas en los vasos, los cuales quebrados, luego apareció la luz: *Dedit tubas in manibus eorum, lagenasque vacuas, ac lampades in medio lagenarum.* Así, la fe, que es figurada por aquellos vasos, contiene en sí la divina uz, esto es, la verdad de lo que Dios es en sí, la cual acabada y quebrada por la quiebra y fin de esta vida mortal, luego aparecerá la luz y gloria de la divinidad; luego claro está que para venir el alma en esta vida á unirse con Dios y comunicar inmediatamente con él, que tiene necesidad de unirse con la tiniebla en que dijo Salomon que habia prometido Dios de morar, y de ponerse junto al aire tenebroso en que fué servido revelar sus secretos á Job, y tomar en las manos á escuras las urnas de Gedeon, para tener en sus manos (esto es, en las obras de su voluntad) la luz, que es la union de amor, aunque á escuras en fe, para que luego, quebrándose los vasos de esta vida, se vea Dios cara á cara en gloria. Resta pues ahora declarar en particular de todas las inteligencias y aprehensiones que puede recibir el entendimiento, el impedimento y daño que pueden hacer en este camino de fe, y cómo se ha de haber el alma en ellas para que antes le sean provechosas que dañosas, así las que son de parte de los sentidos como las que son del espíritu.

CAPITULO X.

En que hace distincion de todas las aprehensiones y inteligencias que pueden caer en el entendimiento.

Para haber de tratar en particular, del provecho y daño que pueden hacer al alma, acerca de este medio que habemos dicho de fe para la divina union, las noticias y aprehensiones del entendimiento, es necesario poner aquí una distincion de todas las aprehensiones, así naturales como sobrenaturales, que puede recibir, para que luego por su órden mas distintamente vamos enderezando en ellas al entendimiento en la noche y escuridad de la fe, lo cual se hará con la brevedad que pudiéremos. Es pues de saber que por dos vias puede el entendimiento recibir noticias y inteligencias: la una es natural y la otra sobrenatural. La natural es todo aquello que el entendimiento puede entender, ahora por via de los sentidos corporales, ahora, después de ellos, por sí mismo; la sobrenatural es todo aquello que se da al entendimiento sobre su capacidad y habilidad natural; de estas noticias sobrenaturales unas son corporales, otras son espirituales; las corporales son en dos maneras: unas que por via de los sentidos corporales exteriores las recibe, otras por via de los sentidos corporales interiores, en que se comprehende todo lo que la imaginacion puede aprehender, fingir y fabricar; las espirituales son tambien en dos maneras: una es distinta y particular, y otra es confusa y escura y general; en la distinta y particular entran cuatro maneras de aprehensiones particulares, que se comunican al espíritu, no mediante algun sentido corporal, y son: visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos espirituales; la inteligencia escura y general está en una sola, que es la contemplacion que se da en fe; en esta habemos de poner al alma, encaminándola á ella por todas esotras, comenzando por las primeras y desnudándola de ellas.

CAPITULO XI.

Del impedimento y daño que puede haber en las aprehensiones del entendimiento, por via de lo que sobrenaturalmente se representa á los sentidos corporales exteriores, y cómo el alma se ha de haber en ellas.

Las primeras noticias que habemos dicho en el precedente capítulo, son las que pertenecen al entendimiento por via natural; de las cuales, porque está tratado en el primero libro, donde encaminamos al alma en la noche del sentido, no hablarémos aquí palabra; porque allí dimos doctrina congrua para el alma acerca de ellas; por tanto, lo que habemos de tratar en el presente capítulo será de aquellas noticias y aprehensiones que solamente pertenecen al entendimiento sobrenaturalmente por via de los sentidos corporales exteriores, que son, ver, oir, gustar, oler y tocar; acerca de todos los cuales suelen acaecer á los espirituales representaciones y objetos sobrenaturalmente representados y propuestos; porque acerca de la vista se le suelen representar figuras y personajes de la otra vida, de algunos santos y de ángeles buenos y malos, y algunas luces y resplandores extraordinarios; y con los oidos oir algunas palabras extraordinarias, ahora dichas por esas personas que ven, ahora sin ver quién las dice; en el olfato sienten á veces olores suavísimos sensiblemente, sin saber de dónde proceden; tambien en el gusto acaece sentir muy suave sabor; y en el tacto, su manera de gozo y suavidad á veces tal, que parece que todas las médulas y huesos gozan y florecen y se bañan en ella; cual suele ser la que llaman uncion del espíritu, que procede de él á los miembros de las almas sencillas; y este gusto del sentido suele suceder en los espirituales, porque del afecto y devocion del espíritu sensible les procede mas ó menos á cada uno en su manera. Y es de saber que, aunque todas esotras cosas pueden acaecer en los sentidos corporales por via de Dios, nunca se han de asegurar en ellas ni las han de admitir; antes totalmente han de huir de ellas, sin querer examinar si son buenas ó malas; porque, así como son mas exteriores y corporales, así tanto menos cierto es ser de Dios; porque mas propio le es á Dios comunicarse al espíritu, en lo cual hay mas seguridad y provecho para el alma, que al sentido, en que ordinariamente hay mucho peligro y engaño; por cuanto en ellas se hace el sentido corporal juez y estimador de las cosas espirituales, pensando que son así como él lo siente, siendo ellas tan diferentes como el cuerpo del alma y como la sensualidad de la razon; porque tan ignorante es el sentido corporal de las cosas espirituales como un jumento de las cosas racionales; y así, yerra mucho el que las tales cosas estima, y se pone en gran peligro de ser engañado, y por lo menos tendrá en sí un gran impedimento para ir á lo espiritual; porque todas aquellas cosas corporales (como habemos dicho) no tienen proporcion alguna con las espirituales; y así, siempre se ha de temer las tales cosas mas ser de parte del demonio que de Dios, porque el demonio en lo mas exterior y corporal tiene mas mano, y mas fácilmente puede engañar en esto que en lo que es mas interior; y estos objetos y formas corporales, cuanto en sí son mas exteriores, tanto menos provecho hacen al interior y al espíritu, por la mucha distancia y poca proporcion que hay entre lo corporal y espiritual; porque, aunque de ellas se comunique algun espíritu, como se comunica siempre que son de Dios, es mucho menos que si las mismas cosas fueran mas espirituales y interiores; y así son mas fáciles y ocasionadas para criar error, presuncion y vanidad en el alma; porque, como son tan palpables y materiales, mueven mucho al sentido, y parécele al juicio del alma que es mas, por ser mas sensible, y vase tras de ello, desamparando la guia segura de la fe, pensando que aquella luz es la guia y medio de su pretension, que es la union de Dios; y pierde mas de lo perfecto del camino y medio, que es la fe, cuanto mas caso hace de las tales cosas; y demás de esto, como ve el alma que le suceden tales cosas extraordinarias, y muchas veces se le ingiere secretamente cierta opinion de sí, de que es algo delante de Dios, lo cual es contra la humildad; tambien el demonio sabe muy bien ingerir en el alma satisfaccion oculta de sí, y á veces bien manifiesta, y por eso pone él muchas veces estos objetos en los sentidos, mostrando á la vista figuras de santos y resplandores hermosísimos, y palabras á los oidos harto disimuladas, y olores muy suaves, y dulzuras á la boca, y en el tacto deleite; para que, engolosinándolos por allí, los induzca en muchos males.

Por tanto, siempre se han de desechar las tales representaciones y sentimientos; porque, dado caso que algunos sean de Dios, no por eso se le hace agravio ni se deja de recibir el efecto y fruto que Dios quiere hacer por ellos al alma, porque ella los deseche y no los quiera. La razon desto es porque la vision corporal, ó sentimiento én alguno de los otros sentidos, así como tambien en otra cualquiera comunicacion de las mas interiores, si es de Dios, en ese mismo punto que parece hace su primer efecto en el espíritu, sin dar lugar á que el alma tenga tiempo de deliberacion en quererlo ó no quererlo; porque, así como Dios comienza en aquellas cosas sobrenaturalmente sin diligencia bastante ni habilidad del alma, así sin diligencia y habilidad de ella hace Dios el efecto que quiere con las tales cosas en ella; porque és cosa que se hace, y obra pasivamente en el espíritu sin libre consentimiento; y así, no consiste en querer ó no querer, para que sea ó deje de ser; así como si á uno le echasen fuego estando desnudo, poco aprovecharia no querer quemarse, porque el fuego por fuerza habia de hacer su efecto. Y así son las visiones y representaciones buenas; que, aunque el alma no quiera, hacen su efecto en el alma primera y principalmente que en el cuerpo; como tambien las que son de parte del demonio (sin que el alma las quiera) causan en ella alboroto ó sequedad, vanidad ó presuncion en el espíritu; aunque estas no son de tanta eficacia en el mal como las de Dios en el bien; porque las del demonio quédanse muy en prime-

ros movimientos, y no puede mover á la voluntad, á mas si ella no quiere, y la inquietud que traen no dura mucho si el poco recato del alma, y no tener ánimo, no da causa á que dure. Mas las que son de Dios penetran íntimamente el alma, y dejan su efecto de excitacion y deleite vencedor, que la facilita y dispone para el libre y amoroso consentimiento del bien. Pero, aunque sean de Dios, si el alma repara mucho en estos sentimientos ó visiones exteriores, y trata de quererlos admitir, hay seis inconvenientes.

El primero, que se le va disminuyendo la perfeccion de regirse por fe; porque mucho la derogan las cosas que se experimentan con los sentidos; pues la fe (como habemos dicho), es sobre todo sentido. Y así, apártase del medio de la union de Dios, no cerrando los ojos del alma á todas las cosas de los sentidos.

Lo segundo, que son impedimento para el espíritu si no se niegan; porque se detiene el alma en ellas, y no vuela á lo invisible. De donde una de las causas que dió el Señor á sus discípulos por que les convenia que él se fuese para que viniese el Espíritu Santo, era esto. Así como tampoco dejó á María Magdalena que llegase á sus pies, después de resucitado, porque se fundasen mas en fe.

Lo tercero, que va el alma teniendo propiedades en las tales cosas, y no camina á la verdadera resignacion y desnudez de espíritu.

Lo cuarto, que va perdiendo el efecto dellas, y espíritu que causan en lo interior, porque pone los ojos en lo sensual de ellas, que es lo menos principal; y así no recibe tan copiosamente el espíritu que causan; el cual se imprime y conserva mas negando todo lo sensible, que es muy diferente del puro espíritu.

Lo quinto, que va perdiendo las mercedes de Dios, porque las toma con propiedad y no se aprovecha bien dellas. Y tomarlas con propiedad y no aprovecharse dellas, es el mismo quererlas tomar y detenerse en ellas; y Dios no se las da para esto, ni fácilmente se ha de determinar el alma á creer que son de Dios.

Lo sexto, que en quererlas admitir abre puerta al demonio para que la engañe en otras semejantes, las cuales sabe él muy bien disimular y disfrazar de manera que parezcan á las buenas; pues puede, como dice el Apóstol, transfigurarse en angel de luz: *Ipse enim Satanas transfigurat se in Angelum lucis.* De lo cual tratarémos después, mediante el favor divino, en el libro tercero, en el capítulo de la gula espiritual.

Por tanto, le conviene al alma desecharlas á ojos cerrados, sean de quien fueren; porque, si no lo hiciese, tanto lugar daria á las del demonio, y á él tanta mano, que no solo á vuelta de las unas recibiria las otras; mas de tal manera podrian ir multiplicándose las del demonio y cesando las de parte de Dios, que todo se vendria á quedar en demonio y nada de Dios, como ha acaecido á muchas almas incautas y de poco saber; las cuales, de tal manera se aseguraron en recibir estas cosas, que muchas de ellas tuvieron mucho que hacer para volver á Dios en pureza de fe; y muchas no volvieron, habiendo ya el demonio echado en ellas grandes raíces. Por eso es bueno cerrarse á ellas y temer en todas; porque en las malas se quitan los errores del demonio, y en las buenas el impedimento de la fe, y coge el espíritu el fruto de ellas. Y así como cuando las admiten las va Dios quitando, porque en ellas tienen propiedad, no aprovechándose ordenadamente de ellas, y va el demonio ingiriendo y aumentando las suyas porque el alma da lugar y cabida para ellas; así cuando ella está resignada y sin propiedad de ellas, el demonio va cesando cuando ve que no hace daño; y Dios, por el contrario, va aumentando las mercedes en aquella alma humilde y desapropiada, constituyéndola y poniéndola sobre lo mucho, como el siervo que fué fiel en lo poco: *Quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam.* En las cuales mercedes, si todavía el alma fuere fiel, no parará el Señor hasta subirla de grado en grado á la divina union y transformacion; porque nuestro Señor, de tal manera va probando al alma y levantándola, que primero la visita mas segun el sentido, conforme á su poca capacidad, para que, habiéndose ella, como debe, tomando aquellos primeros bocados con sobriedad para fuerza y sustancia, la lleve á mas y mejor manjar. De manera que si venciere al demonio en lo primero pasará á lo segundo; y si tambien en lo segundo, pasará á lo tercero; y de ahí adelante todas las siete mansiones, hasta meterla el Esposo en la cela binaria de su perfecta caridad, que son los siete grados de amor. Dichosa el alma que supiere pelear contra aquella bestia del *Apocalipsi*, que tiene siete cabezas, contrarias á estos siete grados de amor; con las cuales contra cada uno hace guerra, y con cada una pelea contra el alma en cada una de estas mansiones, en que el alma está ejercitando y ganando cada grado de amor de Dios. Que sin duda, si fielmente peleare en cada uno y venciere, merecerá pasar de grado en grado ó de mansion en mansion hasta llegar á la última, dejando cortadas á la bestia sus siete cabezas, con que la hacia la guerra furiosa; tanto, que dice allí san Juan que le fué dado que pelease contra los santos y los pudiese vencer, poniendo contra cada uno de estos grados armas y municiones bastantes: *Et est datum illi bellum facere cum Sanctis, et vincere eos.* Y así, es mucho de doler que muchos, entrando en esta batalla de vida espiritual contra la bestia, aun no sean para cortar la primera cabeza, negando las cosas sensuales del mundo; y ya que algunos acaben consigo y se la corten, no le cortan la segunda, que es las visiones del sentido, de que vamos hablando. Pero lo que mas duele es, que algunos, habiendo cortado, no solo la primera y segunda, sino tambien la tercera cabeza, que es acerca de los sentidos interiores, pasando de estado de meditacion y aun mas adelante, al tiempo de entrar en lo puro del espíritu los vence esta bestia y vuelve á levantarse contra ellos, y á resucitar hasta la primera cabeza, y hácense las postrimerías de ellos peores que las primerías en su recaida, tomando otros siete es-

píritus consigo, peores que él. Ha pues el espiritual de negar todas las aprehensiones con los deleites corporales que caen en los sentidos exteriores, si quiere cortar la primera y segunda cabeza á esta bestia, entrando en el primero y segundo aposento de amor en viva fe, no queriendo hacer presa ni embarazarse con lo que se les da á los sentidos, por cuanto es lo que mas impide á esta noche espiritual de fe.

Luego claro está que estas visiones y aprehensiones sensitivas no pueden ser medio para la divina union, pues que ninguna proporcion tienen con Dios; y una de las causas por que no queria Cristo que le tocase María Magdalena, y lo tuviera por mejor y mas perfecto en el apóstol santo Tomás, era esto. Y así, el demonio gusta mucho, cuando un alma quisiere admitir revelaciones y la ve inclinada á ellas; porque tiene él entonces mucha ocasion para ingerir errores y derogar en lo que pudiere á la fe; porque (como he dicho) grande rudeza se pone en el alma que las quiere, y aun á veces hartas tentaciones y impertinencias. Heme alargado algo en estas aprehensiones exteriores para dar alguna mas luz para las demás que habemos de tratar luego. Pero habia tanto que decir en esta parte, que fuera nunca acabar; y entiendo que he abreviado demasiado solo con decir que se tenga cuidado de nunca las admitir, sino fuese algunas en algun caso raro y muy examinado de persona docta, espiritual y experimentada; y entonces no con gana de ello.

CAPITULO XII.

En que se trata de las aprehensiones imaginarias y naturales. Dice qué cosa sean, y prueba cómo no pueden ser proporcionado medio para llegar á la union de Dios; y el daño que hace no saber desasirse de ellas á su tiempo.

Antes que tratemos de las visiones imaginarias que sobrenaturalmente suelen ocurrir al sentido interior, que es la imaginativa y fantasía, conviene aquí tratar (para que procedamos con órden) de las aprehensiones naturales del mismo sentido interior corporal, para que vamos procediendo de lo menos á lo mas, y de lo mas exterior hasta lo mas interior, y hasta llegar al íntimo recogimiento, donde se une el alma con Dios; y ese mismo órden habemos seguido hasta aquí. Porque primero tratamos de desnudar al alma de las aprehensiones naturales de los objetos exteriores, y por el consiguiente de las fuerzas naturales de los apetitos; lo cual fué en el primero libro, donde hablamos de la noche del sentido; y luego comenzamos á desnudarla en particular de las aprehensiones exteriores sobrenaturales que acaecen á los sentidos exteriores (segun que acabamos de decir en el capítulo pasado) para encaminar al alma á la noche del espíritu en este segundo libro. Ahora lo que primero ocurre es el sentido corporal interior, que es la imaginacion y fantasía; de lo cual tambien habemos de vaciar todas las formas y aprehensiones imaginarias que naturalmente en él pueden caber, y probar cómo es imposible que el alma llegue á la union de Dios hasta que cese su operacion en ellas, por cuanto no pueden ser propio medio y próximo para la tal union.

Es pues de saber que los sentidos de que aquí particularmente hablamos son dos: corporales y interiores, que se llaman imaginacion y fantasía, los cuales ordenadamente sirven el uno al otro; porque en el uno hay algo de discurso, aunque imperfecto y imperfectamente, y el otro forma la imágen, que es la imaginacion; y para nuestro propósito lo mismo es tratar del uno que del otro. Por lo cual, cuando no los nombráremos entrambos, téngase por entendido que lo que del uno dijéremos se entiende del otro tambien, y que hablamos indiferentemente de entrambos. De aquí pues es que todo lo que estos sentidos pueden sentir y fabricar se llaman imaginaciones y fantasías, que son formas que con imágen y figura de cuerpo se representan á estos sentidos. Las cuales pueden ser en dos maneras: unas sobrenaturales, que sin obra de estos sentidos se pueden representar y representan á ellos pasivamente, las cuales llamamos visiones imaginarias por via sobrenatural, de que habemos de hablar después; otras son naturales, que por su operacion activamente puede fabricar en sí debajo de formas, figuras y imágenes. Y así, á estas dos potencias pertenece servir á la meditacion, que es acto discursivo por medio de imágenes, formas y figuras, fabricadas y formadas por los dichos sentidos; así como imaginar á Cristo crucificado ó en la columna, ó á Dios con grande majestad en un trono, ó imaginar y considerar la gloria como una hermosísima luz, y otras cualesquiera cosas semejantes, ahora humanas, ahora divinas, que pueden caer en la imaginativa. Todas las cuales imaginaciones y aprehensiones se han de venir á vaciar del alma, quedándose á escuras, segun este sentido, para llegar á la divina union, por cuanto no pueden tener alguna proporcion de medio próximo con Dios; tampoco como las corporales, que sirven de objetos á los cinco sentidos exteriores. La razon de esto es porque la imaginativa no puede fabricar ni imaginar cosas algunas fuera de las que con los sentidos exteriores ha experimentado, es á saber, visto con los ojos, oido con los oidos, etc.; ó cuando mucho, componer semejanzas de estas cosas vistas, oidas ó sentidas, que no suben á mayor excelencia que las que recibió por los sentidos dichos. Porque, aunque imagine palacios de perlas y montes de oro porque ha visto oro y perlas, en la verdad no es mas todo aquello que la esencia de un poco de oro ó de una perla, aunque en la imaginacion tenga el órden y traza de compostura. Y como las cosas criadas (como ya he dicho) no pueden tener alguna proporcion con el ser de Dios, síguese que todo lo que se imaginare á semejanza de ellas no puede servir de medio próximo para la union con él. De donde, los que imaginan á Dios debajo de algunas figuras de estas, ó como un gran fuego ó resplandor, ó otras cualesquiera formas, y piensan que algo de aquello será semejante á él, harto léjos van de él. Porque, aunque á los principiantes sea necesario estas consideraciones y formas y modos de meditaciones para ir enamorando



y cebando al alma por el sentido (como después dirémos), y así les sirven de medios remotos para unirse con Dios, por los cuales ordinariamente han de pasar las almas para llegar al término y estancia del reposo espiritual; pero ha de ser de manera que pasen por ellos, y no se estén siempre en ellos; porque de esa manera nunca llegarian al término, el cual no es como los medios remotos ni tiene que ver con ellos; así como las gradas de la escalera no tienen que ver con el término y estancia de la subida, para la cual son medios, y si el que sube no fuese dejando atrás las gradas, hasta que no dejase ninguna, y se quisiese estar en alguna de ellas, nunca llegaria ni subiria á la llana y apacible estancia del término. Por lo cual, el alma que hubiere de llegar en esta vida á la union de aquel sumo descanso y bien, por todos grados de consideraciones, formas y noticias ha de pasar; pues ninguna semejanza ni proporcion tienen en el término á que encaminan, que es Dios. Y así, dijo san Pablo en los *Actos de los Apóstoles*: *Non debemus aestimare, auro, aut argento, aut lapidi sculpturae artis, et cogitationis hominis, Divinum esse simile*; No debemos estimar ni tener por semejante lo divino al oro ó á la plata, ó á la piedra figurada por el arte, ó á lo que el hombre puede fabricar con la imaginacion. De donde yerran mucho algunos espirituales, que, habiéndose ejercitado en llegarse á Dios por imágenes, formas y meditaciones, cual convenia á principiantes, queriéndolos Dios recoger á bienes mas espirituales interiores y invisibles, quitándoles ya el gusto y jugo de la meditacion discursiva, ellos no acaban ni se atreven, ni saben desasirse de aquellos modos palpables á que están acostumbrados; y así, todavía trabajan por tenerlos, queriendo ir por su consideracion y meditacion de formas, como antes, pensando que siempre habia de ser así. En lo cual trabajan ya mucho y hallan muy poco jugo ó nada; antes se les aumenta y crece la sequedad, fatiga y inquietud del alma, cuanto mas trabajan por aquel jugo primero, el cual es ya excusado poder hallar en aquella manera primera; porque ya no gusta el alma de aquel manjar (como habemos dicho) tan sensible, sino de otro mas delicado interior y menos sensible, que no consiste en trabajar con la imaginacion, sino en reposar el alma y dejarla estar con su quietud; lo cual es mas espiritual; porque, cuanto el alma se pone mas en espíritu, mas cesa en obra de las potencias en objectos particulares; porque se pone ella en un solo acto general y puro, y así cesan de obrar las potencias del modo que caminaban para aquello donde el alma llegó, así como cesan y paran los piés acabando su jornada; porque si todo fuese andar, nunca habria llegar; y si todo fuese medios, ¿dónde ó cuándo se gozarian los fines y términos? Por lo cual es lástima ver que, queriendo su alma estar en esta paz y descanso de quietud interior, donde se llena de paz y refeccion de Dios, ellos la desasosiegan y sacan afuera á lo mas exterior, y la quieren volver á que ande lo andado y que deje el fin y término en que ya reposa, por los medios que encaminaban á él, que son las consideraciones; lo cual no acaece sin grande desgana y repugnancia del alma, que se quisiera estar en aquella paz como en su propio puesto; bien así como el que llegó con trabajo adonde descansa, que, si le hacen volver al trabajo siente pena. Y como ellos no saben el misterio de aquella novedad, dales imaginacion, que es estarse ociosos y no haciendo nada; y así, no se dejan quietar, sino procuran considerar y discurrir. De donde viene que se hinchen de sequedad y trabajo por sacar el jugo que por allí no han de sacar. Antes les podemos decir que mientras mas hiela, mas aprieta; porque, cuanto mas porfiaren de aquella manera se hallarán peor, pues mas sacan al alma de la paz espiritual; y es dejar lo mas por lo menos y desandar lo andado, querer volver á hacer lo que está hecho, A estos tales se les ha de decir que aprendan á estarse con atencion y advertencia amorosa en Dios en aquella quietud, y que no se dén nada por la imaginacion ni por la obra de ella; pues aquí (como decimos) descansan las potencias, y no obran sino en aquella simple y suave advertencia amorosa; y si algunas veces obran mas, no es con fuerza ni muy procurado discurso, sino con suavidad de amor, mas movidas de Dios que de la misma habilidad del alma, como adelante se declarará mas á lo claro. Ahora baste esto para dar á entender cómo es necesario á los que pretenden pasar adelante saberse desatar de todos esos modos y obras de imaginacion en el tiempo y sazon que lo pide el aprovechamiento del estado que llevan. Y para que se entienda cuándo y á qué tiempo ha de ser, dirémos en el capítulo siguiente algunas señales que ha de ver en sí el espiritual, para entender por ellas la sazon y tiempo en que libremente puede usar del término dicho, y dejar de caminar por el discurso del entendimiento y obra de la imaginacion.

CAPITULO XIII.

Pónense las señales que ha de conocer en sí el espiritual para comenzar á desnudar el entendimiento de las formas imaginarias y discursos de meditacion.

Y porque esta doctrina no quede confusa convendrá en este capítulo dar á entender á qué tiempo y sazon convendrá que el espiritual deje la obra del discursivo meditar por las dichas imaginaciones, formas y figuras; porque no se dejen antes ó después que lo pide el espíritu; que, así como conviene dejarlas á su tiempo para ir á Dios, porque no impidan, así tambien es necesario no dejar la dicha meditacion antes de tiempo para no volver atrás; porque, aunque no sirven las aprehensiones de estas potencias para medio próximo de union á los aprovechados, todavía sirven de medios remotos á los principiantes para disponer y habituar el espíritu á lo espiritual por el sentido, y para vaciar de camino todas las otras formas y imágenes bajas, temporales y seculares y naturales. Para lo cual dirémos aquí algunas señales y muestras que ha de ver en sí el espiritual, en que conozca si convendrá dejarlas ó no en aquel tiempo; las cuales son tres.

La primera es ver en sí que ya no puede meditar ni

obrar con la imaginacion, ni gusta de ello como antes solia; antes halla ya sequedad en lo que solia fijar el sentido y sacar jugo. Pero en tanto que le hallare y pudiere discurrir en la meditacion, no la ha de dejar, sino fuere cuando su alma se pusiere en la paz que se dirá en la tercera señal.

La segunda es cuando se ve que no le da ninguna gana de poner la dicha imaginacion ni el sentido en otras cosas particulares, exteriores ni interiores. No digo que no vaya y venga (que esta aun en mucho recogimiento suele andar suelta), sino que no guste el alma de ponerla de propósito en otras cosas.

La tercera y mas cierta es si el alma gusta de estarse á solas con atencion amorosa á Dios sin particular consideracion en paz interior, quietud y descanso, sin actos ni ejercicios de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, á lo menos discursivos, que es ir de uno en otro; sino solo con la noticia y advertencia general y amorosa que decimos, sin particular inteligencia de otra cosa.

Estas tres señales ha de ver en sí juntas por lo menos el espiritual para atreverse seguramente á dejar el estado de meditacion y entrar en el de contemplacion y del espíritu. Y no basta tener la primera sola sin la segunda; porque podria ser que el no poder ya imaginar ni meditar en las cosas de Dios, como antes, fuese por su distraccion y poca diligencia; para lo cual ha de ver en sí tambien la segunda, que es no tener gana ni apetito de pensar en otras cosas extrañas; porque, cuando procede de distraccion ó tibieza el no poder fijar la imaginacion y sentido en las cosas de Dios, luego tiene apetito y gana de ponerla en otras cosas diferentes y motivo de irse de allí. Ni tampoco basta ver en sí la primera y segunda señal, si no ve juntamente la tercera; porque, aunque se vea que no puede discurrir ni pensar en las cosas de Dios, y que tampoco le dé gana de pensar en las que son diferentes, podria proceder de melancolía ó de otro algun jugo de humor puesto en el celebro ó corazon, que suelen causar en el sentido cierto empapamiento y suspension que le hacen no pensar en nada, ni querer, ni tener gana de pensarlo, sino de estarse en aquel embelesamiento sabroso. Contra lo cual ha de tener la tercera, que es noticia y atencion amorosa en paz, como habemos dicho. Aunque es verdad que á los principios que comienza este estado casi no se echa de ver esta noticia amorosa; y es por dos cosas: la una, porque á los principios suele ser esta noticia amorosa muy sútil y delicada y casi insensible; y la otra porque, habiendo estado el alma habituada al otro ejercicio de la meditacion, que es mas sensible, no echa de ver ni casi siente esta otra novedad insensible, que es ya pura de espíritu. Mayormente cuando, por no lo entender ella, no se deja sosegar en ello, procurando lo otro mas sensible; con lo cual, aunque mas abundante sea la paz interior amorosa, no se da lugar á sentirla y gozarla. Pero cuanto mas se fuere habilitando mas el alma en dejarse sosegar, irá siempre creciendo en ella y sintiendo mas aquella noticia amorosa general de Dios, de que gusta ella mas que todas las cosas, porque le causa paz, descanso, sabor y deleite sin trabajo. Y porque lo dicho quede mas claro, dirémos en el capítulo siguiente las causas y razones por donde parezcan necesarias las dichas tres señales para encaminar el espíritu.

CAPITULO XIV.

Prueba la conveniencia de estas señales, dando razon de la necesidad de lo dicho en ellas para adelante.

Acerca de la primera señal que decimos; es de saber, que ha el espiritual (para entrar en la vida del espíritu, que es la contemplativa) de dejar la via imaginaria y de meditacion sensible cuando ya no gusta de ella ni puede discurrir, es por dos cosas, que casi se encierran en una. La primera, porque en cierta manera se le ha dado ya al alma todo el bien espiritual que habia de hallar en las cosas de Dios por via de meditacion y discurso; cuyo indicio es el no poder ya meditar ni discurrir como solia, y no hallar en ello jugo ni gusto de nuevo como antes; porque no habia corrido antes de esto hasta el espíritu que allí para él habia; que de ordinario todas las veces que el alma recibe algun bien espiritual de nuevo, le recibe gustando á lo menos en el espíritu, en aquel modo por donde le recibe y le hace provecho; y si no, por maravilla la aprovecha. Porque es al modo que dicen los filósofos, que *quod sapit, nutrit;* lo que da sabor, cria y engorda. Por lo cual dijo Job: *Nunquid... poterit comedi insulsum, quod non est sale conditum?* ¿Por ventura podráse comer lo desabrido que no está guisado con sal? Esta es la causa de no poder considerar ni discurrir como antes el poco sabor que halla el espíritu en ello, y el poco provecho.

La segunda, porque ya el alma en este tiempo tiene el espíritu de la meditacion en sustancia y hábito. Porque el fin de la meditacion y discurso en las cosas de Dios es sacar alguna noticia y amor de Dios, y cada vez que el alma la saca es un acto; y así como muchos actos en cualquiera cosa vienen á engendrar hábito en el alma, así muchos actos de estas noticias amorosas, que el alma ha ido sacando en veces, vienen por el uso á continuarse tanto, que se hace hábito en ella; lo cual Dios tambien suele hacer sin medio de estos actos de meditacion (á lo menos sin haber precedido muchos), poniéndolas luego en contemplacion. Y así, lo que el alma antes iba sacando en veces por su trabajo de meditar en noticias particulares, ya por el uso se ha hecho en ella hábito y sustancia de una noticia amorosa general, no distinta ni particular, como antes. Por lo cual, en poniéndose en oracion, ya, como quien tiene allegada el agua, bebe sin trabajo en suavidad, sin ser necesario sacarla por los arcaduces de las pasadas consideraciones, formas y figuras. De manera que luego, en poniéndose delante de Dios, se pone en acto de noticia confusa, amorosa, pacífica y sosegada, en que está el alma bebiendo sabiduría, amor y sabor. Y esta es la causa por que el alma siente mucho trabajo y sinsabor, cuando, estando en este sosiego, la quieren hacer me-

ditar y trabajar en particulares noticias. Porque le acaece como al niño, que estando recibiendo la leche que ya tiene en el pecho allegada y junta, se le quitan y le hacen que, con la diligencia de su estrujar y manosear, la vuelva á querer juntar y sacar; ó como el que, habiendo quitado la corteza, está gustando de la sustancia, si se la hiciesen dejar para que volviese á quitar la misma corteza que ya estaba quitada; que no hallaria corteza y dejaria de gustar la sustancia que ya tenia entre las manos, siendo en esto semejante al que deja la presa que tiene. Y así hacen muchos que comienzan á entrar en este estado, que, pensando que todo el negocio está en ir discurriendo y entendiendo particularidades por imágenes y formas, que son la corteza del espíritu, como no las hallan en aquella quietud amorosa y sustancial en que se quiere estar su alma, donde no entienden cosa clara, piensan que se va perdiendo y que pierden tiempo; y vuelven á buscar la corteza de su imágen y discurso, lo cual no hallan, porque está ya quitada; y así, no gozan la sustancia ni hallan meditacion, y túrbanse á sí mismos, pensando que vuelven atrás y que se pierden. Y á la verdad sí hacen, aunque no como ellos piensan, porque se pierden á los propios sentidos y á la primera manera de sentir y entender; lo cual es irse ganando al espíritu que se les va dando; en el cual, cuanto ellos van menos entendiendo, van entrando mas en la noche del espíritu, de que en este libro tratamos, por donde han de pasar para unirse con Dios sobre todo saber.

Acerca de la segunda señal poco hay que decir; porque ya se ve que de necesidad no ha de gustar el alma á este tiempo de otras imaginaciones diferentes, que son del mundo; pues de las que son mas conformes, como son las de Dios, como decimos, no gusta, por las causas ya dichas. Solamente, como arriba queda notado, suele en este recogimiento la imaginativa de suyo ir y venir y variar, mas no con gusto y voluntad del alma; antes en esto siente pena, porque la inquieta la paz y sabor.

Y que la tercera señal sea conveniente y necesaria para poder dejar la dicha meditacion, la cual es la noticia y advertencia general y amorosa en Dios, tampoco entiendo era necesario decir aquí nada, por cuanto ya en la primera quedó algo dado á entender, y después hemos de tratar de propósito de ella, cuando hablemos de esta noticia general y confusa, en su lugar, que será después de todas las aprehensiones particulares del entendimiento. Pero dirémos ahora solo una razon con que se vea claro cómo, en caso que el contemplativo haya de dejar la via de meditacion, le es necesaria esta advertencia ó noticia amorosa en general de Dios; y es, porque si el alma entonces no tuviese esta noticia ó asistencia en Dios, seguiríase que no haria nada ni tendria nada el alma; porque, dejando la meditacion, mediante la cual obra el alma discurriendo mediante las potencias sensitivas, y faltándole tambien la contemplacion, que es la noticia general que decimos, en la cual tiene el alma actuadas sus potencias espirituales, que son memoria, entendimiento y voluntad, unidas ya en esta noticia como obrada y recibida en ellas, faltaríale necesariamente todo ejercicio acerca de Dios, como quiera que el alma no pueda obrar ni recibir ó durar en lo obrado, sino es por via de estas dos maneras de potencias sensitivas y espirituales. Porque mediante las potencias sensitivas, como habemos dicho, puede ella discurrir, buscar y obrar las noticias de los objetos; y mediante las potencias espirituales, puede gozarse en el objeto de las noticias ya recibidas en estas potencias, sin que obren ya ellas con trabajo, inquisicion ó discurso. Y así, la diferencia que hay del ejercicio que el alma hace acerca de las unas y de las otras es la que hay entre ir obrando y gozar de la obra hecha, ó la que hay entre ir recibiendo y aprovechándose ya de lo recibido, ó la que hay entre el trabajo de ir caminando y el descanso que hay en el término, que es tambien como estar guisando la comida ó estar comiéndola ó gustándola ya guisada. Y si en alguna manera de ejercicio, ahora sea acerca del obrar con las potencias sensitivas en la meditacion y discurso, ahora acerca de lo ya recibido y obrado en la contemplacion y noticia sencilla que se ha dicho, no estuviese el alma empleada, estando ociosa de las unas y de las otras, no habia de donde ni por donde se pudiese decir que estaba el alma ocupada. Es pues luego necesaria esta noticia para haber de dejar la via de meditacion y discurso.

Pero conviene aquí saber que esta noticia general de que vamos hablando, es á veces tan sútil y delicada, mayormente cuando ella es mas pura, sencilla y perfecta, y mas espiritual y interior, que el alma, aunque está empleada en ella, no la echa de ver ni la siente. Y esto acaece mas, como decimos, cuando ella es en sí mas clara, pura y sencilla; y entonces lo es, cuando ella embiste en el alma mas limpia y ajena de otras inteligencias y noticias particulares, en que podia hacer presa el entendimiento ó sentido; la cual, por carecer de estas, que son acerca de las que el entendimiento y sentido tiene habilidad y costumbre de ejercitarse, no las siente, por cuanto le faltan sus acostumbrados sensibles. Y esta es la causa por donde, estando ella mas pura, perfecta y sencilla, menos la siente el entendimiento, y mas escura le parece. Y así, por el contrario, cuando esta noticia es menos pura y simple, mas clara y de mas tomo le parece al entendimiento, por estar ella vestida ó mezclada ó envuelta en algunas formas inteligibles, en que puede tropezar mas el entendimiento.

Lo cual se entenderá bien por esta comparacion: Si consideramos en el rayo del sol que entra por la ventana, vemos que cuanto el aire está mas poblado de átomos y motas, mucho mas palpable, sensible y claro le parece al sentido de la vista, y está claro que entonces el rayo está menos puro y menos claro, sencillo y perfecto, pues está envuelto en tantas motas y átomos. Y tambien vemos que cuando él está mas puro y limpio de aquellas motas y átomos, menos palpable, menos puro le parece al ojo material; y cuánto mas limpio está, tanto mas escuro y menos aprehensible le parece.

Y si del todo el rayo estuviese puro y limpio de todos los átomos y motas, hasta de los mas sútiles polvicos, del todo pareceria imperceptible el dicho rayo al ojo, porque el ojo no halla especies en que reparar; que la luz sencilla y pura no es tan propiamente objeto de la vista como medio con que ve lo visible; y así, si faltaran los visibles en que el rayo ó la luz hagan reflexion, no se percibiera. De donde, si entrase el rayo por una ventana y saliese por otra, sin topar en alguna cosa que tuviese cuerpo, no parece se veria nada; y con todo eso, el rayo estaria en sí mas puro y mas limpio que cuando, por estar lleno de cosas visibles, se veia y sentia mas claro. De la misma manera acaece acerca de la luz espiritual en la vista del alma, que es el entendimiento, en el cual esta noticia y luz sobrenatural que vamos diciendo, embiste tan pura y sencillamente, y tan desnuda ella y ajena de todas las formas inteligibles, que son objetos proporcionados del entendimiento, que él no las siente ni echa de ver. Antes, á veces, que es cuando ella es mas pura, hace tiniebla; porque le enajena de sus acostumbradas luces, de formas y fantasías, y entonces siéntese bien y échase de ver la tiniebla.

Otras veces tambien esta divina luz embiste con tanta fuerza en el alma, que ni siente tiniebla ni repara en luz, ni le parece aprehende nada que ella sepa, de acá ni de allá; y por tanto, se queda el alma á veces como en un olvido grande, que ni supo dónde estaba ni qué se habia hecho, ni le pareció haber pasado por ella tiempo; de donde puede acaecer, y así es, que se pasan muchas horas en este olvido, y al alma, cuando vuelve en sí, no le parezca un momento. Y la causa de este olvido es la pureza y sencillez, que habemos dicho, de esta noticia; la cual, ocupando al alma, así como ella es limpia y pura, así la pone sencilla, limpia y pura de todas las aprehensiones y formas de los sentidos y de la memoria, por donde el alma obraba antes, y así la deja en olvido y sin reparar en diferencias de tiempo; de donde, al alma esta oracion, aunque, como he dicho, dure mucho, le parece brevísima; porque ha estado en inteligencia pura, que es la oracion breve, de quien se dice que penetra los cielos, porque no siente ó repara en tiempo. Y penetra los cielos, porque el alma está unida en inteligencia celestial; y así, esta noticia deja al alma cuando recuerda con los efectos que hizo en ella sin que ella los sintiese hacer, que son, levantamiento de mente á inteligencia celestial, y enajenacion y abstraccion de todas las cosas, formas y figuras de ellas; lo cual, dice David haberle acaecido, volviendo en sí del mismo olvido, diciendo: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto;* Recordé, y halléme hecho como el pájaro solitario en el tejado. Solitario dice, es á saber, de todas las cosas enajenado y abstraido; y en el tejado, esto es, elevada la mente en lo alto; y así se queda el alma como ignorante de las cosas, porque solamente sabe á Dios, sin saber cómo. Y así la Esposa declara entre los efectos que hizo en ella este sueño y olvido, este no saber, cuando dice: *Nescivi;* esto es, no supe de dónde. Y aunque, como está dicho, al alma en esta noticia le parezca que no hace nada ni está empleada en nada, porque no obra con los sentidos, crea que no se está perdiendo ni por demás; porque, aunque cese la armonía de las potencias del alma, la inteligencia de ella está de la manera que habemos dicho, que por eso la Esposa, que era sabia, se respondió á sí misma en esta duda, diciendo: Aunque duermo yo, segun lo que yo soy naturalmente, cesando de obrar, mi corazon vela sobrenaturalmente elevado en noticia sobrenatural. El indicio que hay para conocer si el alma está empleada en esta inteligencia secreta, es si ve que no gusta de pensar en cosa alguna, alta ni baja.

Pero es de saber que no se ha de entender que esta noticia ha de causar por fuerza este olvido, para ser, como aquí decimos, que eso solo acaece cuando Dios con particularidad abstrae al alma; y esto sucede las menos veces, porque no siempre esta noticia ocupa toda el alma. Y para que sea la que basta en el caso que vamos tratando, basta que el entendimiento esté abstraido de cualquiera noticia particular, ahora sea temporal, ahora espiritual, y que no tenga gana la voluntad de pensar acerca de unas ni de otras cosas, como habemos dicho; y este indicio se ha de tener para entender que está el alma en este olvido, cuando esta noticia se aplica solo al entendimiento y se le comunica. Porque, cuando juntamente se comunica á la voluntad, que es casi siempre, poco ó mucho no deja el alma de entender, si quiere mirar en ello, que está empleada y ocupada en esta noticia; por cuanto se siente con sabor de amor en ella, sin saber ni entender particularmente lo que ama. Y por eso la llama noticia amorosa y general; porque, así como lo es en el sentimiento, comunicándose á él escuramente, así tambien lo es en la voluntad, comunicándola amor y sabor confusamente, sin que sepa distintamente lo que ama. Esto baste ahora para entender cómo le conviene al alma estar empleada en esta noticia para haber de dejar la via del discurso, y para asegurarse que, aunque le parezca que no hace nada, está bien empleada, si se ve con las señales ya dichas; y para que tambien se entienda por la comparacion que hemos dicho, cómo no, porque esta luz se represente al entendimiento mas comprehensible y palpable, como hace el rayo del sol al ojo cuando está lleno de átomos, por eso la ha de tener el alma por mas pura, subida y clara; pues está claro que, segun dice Aristóteles y los teólogos, cuanta mas alta es la luz divina y mas subida, mas escura es para nuestro entendimiento. De esta divina noticia hay mucho que decir, así de ella en sí como de los efectos que hace en los contemplativos; todo lo dejamos para su lugar, porque aun lo que habemos dicho en este no habia para qué alargarnos tanto, si no fuera por no dejar esta doctrina algo mas confusa de lo que queda, porque es cierto que yo confieso lo queda mucho; porque, demás de ser materia que pocas veces se trata por este estilo, ahora de palabra como por escrito, por ser ella en sí extraordinaria y escura, añádese tambien mi torpe es-

tilo y poco saber; y así, estando desconfiado de que lo sabré dar á entender, muchas veces entiendo me alargo demasiado, y salgo fuera de los límites que bastaban para el lugar y parte de doctrina que voy tratando. En lo cual yo confieso hacerlo á veces de advertencia, porque lo que no se da á entender por unas razones, quizá se entenderá mejor por aquellas y por otras; y tambien porque así entiendo que se va dando mas luz para lo que se ha de decir adelante. Por lo cual me parece tambien, para concluir con esta parte, no dejar de responder á una duda que puede haber acerca de la continuacion de esta noticia, y así lo haré brevemente en el siguiente capítulo.

CAPITULO XV.

En que declara cómo á los aprovechantes que comienzan á entrar en esta noticia general de contemplacion, les conviene á veces aprovecharse del discurso y obras de las potencias naturales.

Podrá acerca de lo dicho haber una duda, y es, si á los aprovechantes, que es á los que Dios comienza á poner en esta noticia sobrenatural de contemplacion de que habemos hablado, por el mismo caso que la comienzan á tener, no hayan ya para siempre de aprovecharse de la via de la meditacion, discurso y formas naturales. A lo cual se responde que no se entiende que los que comienzan á tener esta noticia amorosa y sencilla, nunca hayan de tener mas meditacion ni procurarla; porque á los principios que van aprovechando, ni está tan perfecto el hábito de ella, que luego que ellos quieran se puedan poner en su acto, ni están tan remotos de la meditacion, que no puedan meditar y discurrir algunas veces, como solian, hallando allí algunas cosas de nuevo. Antes en estos principios, cuando por los indicios ya dichos echáremos de ver que no está el alma empleada en aquel sosiego ó noticia, habrán menester aprovecharse del discurso hasta que vengan á tener el hábito que habemos dicho, en alguna manera perfecto, que será cuando todas las veces que quieren meditar, luego se quedan en esta noticia de paz sin poder meditar ni tener gana de ello; porque hasta llegar á esto en este tiempo, que es de aprovechados, ya hay de lo uno, ya de lo otro. De manera que muchas veces se hallará el alma en esta amorosa ó pacífica asistencia, sin obrar nada con las potencias (como está declarado), y muchas habrá menester ayudarse blanda y moderadamente del discurso para ponerse en ella; la cual alcanzada, no discurre ni trabaja el alma con las potencias, que entonces antes es verdad decir que se obra en ella la inteligencia y sabor, que no que obre ella alguna cosa, sino solamente tener advertida el alma á Dios con amor, sin pretension de sentir ni ver nada mas que dejarse llevar de Dios; en lo cual pasivamente se le comunica él, así como al que tiene los ojos abiertos se le comunica la luz. Solamente es necesario para recibir mas sencilla y abundantemente esta luz divina, que no cure de interponer otras luces mas palpables de otras noticias ó formas ó figuras del discurso, porque nada de aquello es semejante á aquella serena y limpia luz; de donde, si quisiese entonces entender y considerar cosas particulares, aunque mas espirituales fuesen, impediría la luz sencilla y sútil del espíritu, poniendo aquellas nubes en medio; así como al que delante los ojos se le pusiese alguna cosa en que tropezase la vista, se le impediria la luz y vista de adelante. De aquí se sigue claro que, como el alma se acabe bien de purificar y vaciar de todas las formas y imágenes aprehensibles, se quedará en esta pura y sencilla luz, transformándose en ella en estado de perfeccion, porque esta luz siempre está aparejada á comunicarse al alma; pero por las formas y velos de criaturas con que el alma está cubierta y desembarazada no se le infunde; que si quitase estos impedimentos y velos del todo (como después se dirá), quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, luego el alma, ya sencilla y pura, se transformaria en la sencilla y pura Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios; porque, faltando lo natural al alma ya enamorada, luego se infunde lo divino sobrenaturalmente; que Dios no deja vacío sin llenar.

Aprenda el espiritual á estarse con advertencia amorosa en Dios, con sosiego de entendimiento cuando no puede meditar, aunque le parezca que no hace nada; porque así poco á poco y muy presto se infundirá en su alma el divino sosiego y paz, con admirables y subidas noticias de Dios, envueltas en divino amor. Y no se entremeta en formas, imaginaciones, meditaciones ó algun discurso, porque no desasosiegue el alma, y la saque de su contento y paz á aquello en que ella recibe desabrimiento. Y si (como hemos dicho) le diere escrúpulo de que no hace nada, advierta que no hace poco en pacificar el alma y ponerla en sosiego, sin alguna obra y apetito, que es lo que nuestro Señor nos pide por David, diciendo: *Vacate, et videte quoniam ego sum Deus.* Aprended á estaros vacíos de todas las cosas (es á saber interiormente), y sabrosamente veréis cómo yo soy Dios.

CAPITULO XVI.

En que se trata de las aprehensiones imaginarias que sobrenaturalmente se representan en la fantasía. Dice cómo no pueden servir al alma de medio próximo para la union con Dios.

Ya que habemos tratado de las aprehensiones que naturalmente puede en sí recibir el alma, y en ellas obrar con la imaginativa y fantasía, conviene aquí tratar de las sobrenaturales, que se llaman visiones imaginarias, que tambien, por estar ellas debajo de imágen, forma y figura, pertenecen á este sentido como las naturales. Y es de saber que debajo de este nombre de visiones imaginarias queremos entender todas las cosas que debajo de imágen, forma y figura ó especie sobrenaturalmente se pueden representar á la imaginacion, y esto con especies muy perfectas, y que mas viva y perfectamente representen y muevan, que por el connatural órden de los sentidos; porque todas las aprehensiones y especies que de todos los cinco sentidos corporales se representan al alma, y en ella hacen asiento por via natural, pueden por via sobrenatural tener en ella lu-

gar tambien, y representársele sin ministerio alguno de los sentidos exteriores; porque este sentido de la fantasía y memoria es como un archivo y receptáculo respecto del entendimiento, en que se reciben todas las formas y imágenes que él ha de hacer inteligibles; y así, el entendimiento las mira y juzga de ellas.

Es pues de saber que, así como los cinco sentidos exteriores proponen y representan las imágenes y especies de sus objetos á estos interiores, así sobrenaturalmente (como decimos) sin los sentidos exteriores se pueden representar las mismas imágenes y especies, y mucha mas viva y perfectamente; y así, debajo de estas imágenes muchas veces representa Dios al alma muchas cosas y la enseña mucha sabiduría, como á cada paso vemos en la divina Escritura; como haber mostrado Dios su gloria debajo del humo que cubria el templo, y entre los serafines que cubrian con las alas el rostro y los piés, y á Jeremías la vara que velaba, y á Daniel la multitud de visiones, etc. El demonio tambien procura con las suyas, aparentemente buenas, engañar al alma, como es de ver en el tercer libro de los *Reyes* cuando engañó á todos los profetas de Acab, representándoles en la imaginacion los cuernos, con que dijo habia de destruir á los asirios, y fué mentira; y las visiones que tuvo la mujer de Pilátos sobre que no condenase á Cristo, y otros muchos lugares. Estas visiones imaginarias suceden á los aprovechados mas frecuentemente que las exteriores corporales, y no se diferencian de las que entran por los sentidos exteriores en cuanto imágenes y especies; pero en cuanto al efecto que hacen y perfeccion de ellas, mucha diferencia hay, porque son mas sútiles y hacen mas efecto en el alma, por cuanto juntamente son sobrenaturales y mas interiores que las sobrenaturales exteriores. Aunque no se quita por eso que algunas corporales de estas exteriores hagan mas efecto, que en fin es como Dios quiere que sea la comunicacion; pero hablamos de parte de ellas porque son mas interiores. Este sentido de la imaginacion y fantasía es donde ordinariamente acude el demonio con sus ardides, porque él es la puerta y entrada para el alma, y aquí viene el entendimiento á tomar y dejar, como á puerto ó plaza de su provision; y por eso Dios y tambien el demonio acuden aquí con imágenes y formas para ofrecerlas al entendimiento, puesto que Dios no solo se aproveche de este medio para instruir al alma, pues mora sustancialmente en ella, y puede por sí y con otros medios. No me detengo en dar doctrina de indicios para que se conozcan cuáles visiones son de Dios y cuáles no; pues mi intento aquí no es ese, sino solo instruir el entendimiento en ellas para que no se embarace ni impida para la union de la divina Sabiduría con las buenas, ni sea engañado con las falsas.

Por tanto digo que de todas estas aprehensiones y visiones imaginarias, y otras cualesquiera, como ellas se ofrezcan debajo de forma ó imágen ó alguna inteligencia particular, ora sean falsas de parte del demonio, ora se conozcan ser verdaderas de Dios, el entendimiento no se ha de embarazar ni cebar en ellas, ni las ha el alma de querer admitir ni hacer pié en ellas para poder estar desasida, desnuda, pura y sencilla sin algun modo, como se requiere para la divina union. La razon de esto es, porque todas estas formas ya dichas, siempre en su aprehension se representan debajo de algunas maneras y modos limitados, y la sabiduría de Dios, en que se ha de unir el entendimiento, ningun modo ni manera tiene, ni cae debajo de algun límite ni inteligencia distinta y particular, porque totalmente es pura y sencilla; y como quiera que, para juntarse dos extremos, cual es el alma y la divina Sabiduría, sea necesario que vengan á convenir en cierto modo de semejanza entre sí; de aquí es que tambien el alma ha de estar pura y sencilla, no limitada ni atenida á alguna inteligencia particular, ni modificada con algun límite de forma, especie ó imágen; que pues Dios no cabe debajo de forma ni imágen, ni cabe debajo de inteligencia particular, tampoco el alma, para unirse con Dios, ha de caer debajo de forma ni inteligencia distinta. Y que en Dios no haya forma alguna ni semejanza, bien lo da á entender el Espíritu Santo en el *Deuteronomio*, diciendo: *Vocem verborum ejus audistis, et formam penitus non vidistis;* Oisteis la voz de sus palabras, y totalmente no visteis en Dios alguna forma. Pero dice que habia allí tinieblas y nube y escuridad, que es la noticia escura y confusa que habemos dicho en que se une el alma con Dios. Y mas adelante dice: *Non vidistis aliquam similitudinem in die, qua locutus est vobis Dominus in Oreb de medio ignis.* No visteis vosotros semejanza alguna en Dios en el dia que os habló del medio del fuego en el monte Oreb. Y que el alma no pueda llegar á la alteza de la union con Dios cual en esta vida se puede por medio de algunas formas y figuras, lo dice el mismo Espíritu de Dios en los *Números;* donde reprehendiendo Dios á Aaraon y María, hermanos de Moisen, porque murmuraban contra él, queriendo darles á entender el alto estado en que le habia puesto de union y amistad consigo, dijo: *Si quis fuerit inter vos Propheta Domini, in visione apparebo ei, vel per somnium loquar ad illum. At non talis servus meus Moyses, qui in omni domo mea fidelissimus est: ore enim ad os loquor ei, et palàm, et non per aenigmata, et figuras Dominum videt;* Si entre vosotros hubiere algun profeta del Señor, aparecerle he en alguna vision y forma, ó hablaré con él entre sueños. Pero ninguno hay como mi siervo Moisen en toda mi casa: es fidelísimo, y hablo con él boca á boca, y no ve á Dios por comparaciones, semejanzas y figuras. En lo cual se da á entender que en este alto estado de union de amor no se comunica Dios al alma mediante algun disfraz de vision imaginaria, semejanza ó figura, ni la ha de haber, sino que boca á boca, esto es, en esencia pura y desnuda de Dios, que es como la boca de Dios en amor con esencia pura, y desnuda del alma, mediante la voluntad, que es la boca del alma en amor en Dios. Por tanto, para venir á esta union de Dios tan perfecta, ha de tener cuidado el alma de no se ir arrimando á visiones imaginarias ni

formas ni figuras ni particulares inteligencias, pues no le pueden servir de medio proporcionado y próximo para el tal efecto, antes le serán estorbo, y por eso las ha de renunciar y procurar no tenerlas; porque, si por algun caso se hubiesen de admitir y preciar, era por el provecho y buen efecto que las verdaderas hacen en el alma; pero para esto no es necesario admitirlas, antes conviene para mejoría siempre negarlas; porque estas visiones imaginarias, el bien que pueden hacer al alma, tambien como las corporales exteriores que habemos dicho, es comunicar la inteligencia, amor ó suavidad; pero para que causen este efecto en ella no es necesario que las quiera admitir; porque, como tambien queda dicho arriba, cuando en la imaginativa hacen presencia, hacen en el alma ó infunden la inteligencia, amor ó suavidad que Dios quiere que causen; y así, recibe el alma su efecto despertador pasivamente sin ser ella parte para lo poder impedir, como tampoco lo fué para lo saber adquirir, no obstante que haya trabajado antes en disponerse. Algo se parece esto á la vidriera, que no es parte para impedir el rayo del sol que da en ella, sino que pasivamente, estando ella dispuesta con limpieza, la esclarece sin su diligencia y obra. Así tambien el alma no puede dejar de recibir en sí las influencias y comunicaciones de aquellas figuras; porque á las infusiones sobrenaturales no las puede resistir la voluntad negativa estando con resignacion humilde y amorosa, aunque sin duda es estorbo la impureza y imperfecciones del alma, como tambien en la vidriera impiden la claridad las manchas. De donde se ve claro que, cuanto mas el alma se desnudare con la voluntad y afecto de las manchas de las aprehensiones, imágenes y figuras en que vienen envueltas las comunicaciones espirituales que hemos dicho, no solo no se priva de estas comunicaciones y bienes que causan, mas se dispone mucho mas para recibirlas con mas abundancia, claridad y libertad de espíritu y sencillez, dejadas aparte todas aquellas aprehensiones, que son las cortinas y velos que encubren lo mas espiritual que allí hay; y así, ocupan el sentido y espíritu si en ellas se quiere cebar; de manera que sencilla y libremente no se le pueda comunicar el espíritu; porque, estando ocupado con aquella corteza, está claro que no tiene libertad el entendimiento para recibir la sustancia. De donde, si el alma las quisiese admitir y hacer mucho caso de ellas, sería embarazarse y contentarse con lo menos que hay en ellas, que es todo lo que ella puede aprehender y conocer de ellas, lo cual es aquella forma y imágen y particular inteligencia; porque lo principal de ellas, que es lo espiritual que se le infunde, no lo sabe ella aprehender ni entender, ni sabe cómo es, ni lo sabria decir, porque es puro espiritual. Solamente lo que de ella sabe, como decimos, es lo menos que hay en ella á su modo de entender, que son las formas por el sentido, y por eso digo que pasivamente, y sin que ella ponga su obra de entender ni saberla poner, se le comunica de aquellas visiones lo que ella no supiera entender ni imaginar. Por tanto, siempre se han de apartar los ojos del alma de todas estas aprehensiones que ella puede ver y entender distintamente; lo cual comunica en sentido, y no hace fundamento ni seguro de fe, y ponerlos en lo que no ve ni pertenece al sentido, sino al espíritu, que no cae en figura de sentido, y es lo que la lleva á la union en fe, la cual es el propio medio; y así, le aprovecharán al alma estas visiones en sustancia para fe, cuando supiere bien negar lo sensible y inteligible particular de ellas, y usar bien del fin que Dios tiene en darlas al alma desechándolas; porque, como dijimos de las corporales, no las da Dios para que el alma las quiera tomar y poner su asimiento en ellas.

Pero nace aquí una duda, y es, si es verdad que da Dios al alma las visiones sobrenaturales, no para que ella las quiera tomar ni arrimarse á ellas ni hacer caso de ellas, ¿para qué se las dá? Pues en ello puede caer el alma en muchos yerros y peligros, ó por lo menos en los inconvenientes que aquí se han dicho para ir adelante, mayormente pudiendo Dios dar al alma y comunicarla espiritualmente y en sustancia lo que le comunica por el sentido mediante las dichas visiones y formas sensibles. Responderémos á esta duda en el siguiente capítulo, y es de harta doctrina, y bien necesaria, á mi ver, así para los espirituales como para los que enseñan; porque se enseña el estilo y fin que Dios en ellas lleva, el cual por no le saber muchos, ni se saben gobernar ni encaminar á sí ni á otros en ellas á la union. Que piensan que por el mismo caso que conocen ser verdaderas y de Dios, es bueno arrimarse y apegarse á ellas, no mirando que tambien en estas hallará el alma su manera de propiedad, asimiento y embarazo, como en las cosas del mundo, si no las sabe renunciar, como á ellas. Y así les parece que es bueno admitir las unas y reprobar las otras metiéndose á sí mismo y á las almas en gran peligro y trabajo acerca del discernir entre la verdad y falsedad de ellas. Que ni Dios les manda ponerse en este trabajo, ni que á las almas sencillas y simples las metan en ese peligro y contienda, pues tienen doctrina sana y segura, que es la fe, en que han de caminar adelante; lo cual no puede ser sin cerrar los ojos á todo lo que es del sentido y de inteligencia clara y particular; porque, aun con estar tan cierto san Pedro de la vision de gloria que vió en Cristo en la transfiguracion, después de haberla contado, encaminándolos á la fe, dijo: *Et habemus firmiorem Propheticum sermonem: cui benefacitis attendentes, quasi lucernae lucenti in caliginoso loco*· Tenemos mas firme testimonio que esta vision del Tabor, que son los dichos de los profetas, que dan testimonio de Cristo, á los cuales haceis bien de arrimaros como á la candela que da luz en el lugar escuro. En la cual comparacion, si queremos mirar, hallarémos la doctrina que vamos enseñando; porque en decir que miremos á la fe que hablaron los profetas, como á candela que luce en lugar escuro, es decir que nos quedemos á escuras, cerrados los ojos á todas estotras luces, y que esta tiniebla de fe, que tambien es escura, sola sea luz á que nos arrimemos; porque si nos queremos arrimar á otras luces claras de inteligencias

distintas, ya nos dejamos de arrimar á la escura, que es la fe, y nos deja de dar luz en el lugar escuro que dice san Pedro, el cual lugar significa al entendimiento, que es el candelero donde se asienta esta candela de la fe; y así, ha de estar escuro hasta que le amanezca en la otra vida el dia de la clara vision de Dios, y en esta el de la transformacion y union con él, á que el alma camina.

CAPITULO XVII.

En que se declara el fin y estilo que Dios tiene en comunicar al alma los bienes espirituales por medio de los sentidos. Responde á la duda que se ha tocado.

Mucho hay que decir acerca del fin y estilo que Dios tiene en dar estas visiones para levantar á una alma de su tibieza á su divina union; lo cual todos los libros espirituales tratan, y por eso en este capítulo solamente se dirá lo que basta para satisfacer á nuestra duda; la cual era que, pues en estas visiones sobrenaturales hay tanto peligro y embarazo para ir adelante, como se ha dicho, ¿por qué Dios, que es sapientísimo y amigo de apartar de las almas tropiezos y lazos, se las comunica y ofrece?

Para responder á esto conviene suponer tres principios. El primero es de san Pablo, que dice: *Quae autem sunt, à Deo ordinatae sunt;* que las cosas que son hechas, de Dios son ordenadas. El segundo es del Espíritu Santo en el *Libro de la sabiduría,* donde dice: *Disponit omnia suaviter.* La sabiduría de Dios, aunque toca de un fin á otro, esto es, de un extremo á otro extremo, dispone todas las cosas suavemente. El tercero es de los teólogos, que dicen: *Deus omnia movet secundùm modum eorum;* que Dios mueve todas las cosas al modo de ellas. Segun pues estos principios, está claro que para mover Dios al alma y levantarla del fin y extremo de su bajeza al otro fin y extremo de su alteza en su divina union, halo de hacer ordenadamente y suavemente y al modo de la misma alma; pues, como quiera que el órden que tiene el alma de conocer, sea por las formas y imágenes de las cosas criadas, y el modo de su conocer y saber sea por los sentidos, de aquí es que para levantarla Dios al sumo conocimiento, para hacerlo suavemente, ha de comenzar á tocar desde el bajo extremo de los sentidos del alma, para así irla levantando al modo de ella hasta el otro fin de su sabiduría espiritual, que no cae en sentido; por lo cual la lleva primero instruyendo por formas, imágenes y vias sensibles á su modo de entender, ahora naturales, ahora sobrenaturales, y por discursos al sumo Espíritu de Dios. Y esta es la causa porque él le da las visiones y formas imaginarias y las demás noticias sensitivas y inteligibles; no porque no quisiera Dios darle luego en el primer acto la sustancia del espíritu, si los dos extremos, que son humano y divino, sentido y espíritu, de via ordinaria pudieran convenir y juntarse con un solo acto, sin que intervengan primero otros muchos actos de disposiciones que ordenada y suavemente convengan entre sí, siendo unas fundamento y disposicion para las otras, así como en los agentes naturales las primeras sirven á las segundas, y las segundas á las terceras, y de ahí adelante. Y así va Dios perficionando al hombre al modo del hombre, por lo mas bajo y exterior hasta lo mas alto y interior; de donde primero le perficiona el sentido corporal, moviéndole á que use de buenos objetos naturales perfectos exteriores, como á oir misa, sermones, ver cosas santas, mortificar el gusto en la comida, macerarse con penitencias y santo rigor el tacto; y cuando ya están estos sentidos algo dispuestos, les suele perficionar mas, haciéndoles algunas mercedes sobrenaturales y regalos, para confirmarlos mas en el bien, ofreciéndoles algunas comunicaciones sobrenaturales, como visiones de santos ó cosas santas corporalmente, olores suavísimos y locuciones con pura y particular suavidad, con que se confirma mucho el sentido en la virtud y se enajena del apetito de los malos objetos; y allende de eso, los sentidos corporales interiores de que aquí vamos tratando, como son imaginativa y fantasía, juntamente se los va perficionando y habituando al bien con consideraciones, meditaciones y discursos santos en la manera que en ellos puede caber, y en todo esto instruyendo al espíritu. Y á estos, dispuestos con este ejercicio natural, suele Dios ilustrar y espiritualizar los mas con algunas visiones sobrenaturales, que aquí llamamos imaginarias, con las cuales juntamente, como habemos dicho, se aprovecha el espíritu mucho, el cual, así en las unas como en las otras, se va desenrudeciendo y formando muy poco á poco. Y de esta manera va Dios llevando al alma de grado en grado hasta lo mas interior, no porque sea necesario guardar este órden de primero y postrero tan puntual como eso; porque á veces hace Dios uno sin otro, como él ve que conviene al alma, y él quiere hacerla mercedes; pero la via ordinaria es conforme á lo dicho. De esta manera pues va Dios ordinariamente instruyéndola y haciéndola espiritual, comenzándola á comunicar lo espiritual desde las cosas exteriores, palpables y acomodadas al sentido, segun la pequeñez y poca capacidad del alma, para que, mediante la corteza de aquellas cosas sensibles, que de suyo son buenas, vaya el espíritu haciendo actos particulares, y recibiendo tantos bocados de comunicacion espiritual, que venga á hacer hábito en lo espiritual, y llegue á lo mas sustancial del espíritu, que es ajeno de todo sentido; al cual, como habemos dicho, no puede llegar el alma sino poco á poco, á su modo, por el sentido á que ha estado siempre asida. Y así, á la medida que se va mas allegando al espíritu acerca del trato con Dios, se va mas desnudando y vaciando de las vias del sentido, que son las del discurso, meditacion y imaginacion; de donde, cuando llegare perfectamente al trato con Dios de espíritu, necesariamente ha de haber evacuado todo lo que acerca de Dios podia caer en sentido; así como cuanto mas una cosa se va arrimando á un extremo, mas se va alejando y negando del otro, y cuando perfectamente se arrimare, y perfectamente tambien se habrá apartado del otro extremo. Por lo cual comunmente dice el adagio espiritual que, *Gustato spiritu,*

desipit omnis caro; que acabado de recibir el gusto y sabor del espíritu, toda carne es desabrida, esto es, no aprovechan ni entran en gusto todos los gustos ó caminos sensibles: en lo cual se entiende todo trato de sentido acerca de lo espiritual. Y está claro, porque si es espíritu, ya no cae en sentido, y si es tal que puede comprehenderlo el sentido, ya no es puro espíritu; porque cuanto mas de ello puede saber el sentido y aprehension natural, tanto menos tiene de espíritu y de sobrenatural. Por tanto, el espiritual ya perfecto no hace caso del sentido ni recibe por él, ni principalmente se sirve ni ha menester servirse de él para con Dios, como hacia antes cuando no habia crecido en espíritu. Y esto es lo que dió á entender san Pablo á los corintios diciendo: *Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus. Quando autem factus sum vir, evacuavi quae erant parvuli;* Cuando era yo pequeñuelo, hablaba como pequeñuelo, sabia como pequeñuelo, pensaba como pequeñuelo; pero cuando fuí hecho varon evacué las cosas que eran de pequeñuelo. Ya habemos dado á entender cómo las cosas del sentido, y el conocimiento que puede sacar por ellas, son ejercicio de pequeñuelo; y así, si el alma quisiese siempre asirse á ellas, y no desarrimarse de ellas, nunca dejaria de ser pequeñuelo niño, y siempre hablaria de Dios como pequeñuelo, y pensaria de Dios como pequeñuelo; y porque asiéndose á la corteza del sentido, que es el pequeñuelo, nunca vendrá á la sustancia del espíritu, que es el varon perfecto; y así, no ha de querer el alma admitir las dichas revelaciones para ir creciendo, aunque Dios se las ofrezca, así como el niño ha menester dejar el pecho para hacer su paladar á manjar mas sustancial y fuerte. Pues luego diréis: ¿Será menester que el alma, cuando es pequeñuela, las quiera tomar, y las deje cuando es mayor, así como el niño es menester que quiera tomar el pecho para sustentarse hasta que sea mayor para poderlo dejar? Respondo que acerca de la meditacion y discurso natural en que el alma comienza á buscar á Dios, es verdad que no ha de dejar el pecho del sentido para irse sustentando hasta que llegue á sazon y tiempo que pueda dejarlo, que es cuando ya Dios pone al alma en trato mas espiritual, que es la contemplacion; de la cual ya dimos doctrina en el capítulo once de este libro. Pero cuando son visiones imaginarias ó otras aprehensiones sobrenaturales que pueden caer en sentido sin el albedrío del hombre, digo que en cualquier tiempo y sazon, ahora sea en estado de perfecto, ahora de menos perfecto, aunque sean de parte de Dios, no las ha el alma de pretender ni detenerse mucho en ellas, por dos cosas: la una, porque, como habemos dicho, pasivamente hacen en el alma su efecto, sin que ella sea parte para impedirlo, aunque sea alguna para impedir el modo de vision, y por consiguiente aquel segundo efecto que habia de causar en el alma, mucho mas se le comunica en sustancia, aunque no sea de aquella manera; porque en renunciar estas cosas con humildad y recelo, ninguna imperfeccion ni propiedad hay, antes desinterés y vacío, que es mejor disposicion para la union con Dios. La segunda es por librarse del peligro que hay, y del trabajo en discernir las malas de las buenas, y conocer si es ángel de luz ó de tinieblas; en que no hay provecho ninguno, sino gastar tiempo y embarazar al alma con aquello y poner en ocasiones de muchas imperfecciones y de no ir adelante, no poniendo el alma en lo que hace al caso, desembarazándola de menudencias de aprehensiones y inteligencias particulares, segun queda dicho de las visiones corporales y de estas, y se dirá mas adelante. Y esto se crea, que si nuestro Señor no hubiese de llevar al alma al modo de la misma alma, como decimos, nunca le comunicaria la abundancia de su espíritu por estos arcaduces tan angostos de formas y figuras y particulares inteligencias, por medio de las cuales da el sustento al alma por migajas; que por eso dijo David: *Mittit Crystallum suam sicut buccellas;* Envió su sabiduría á las almas como en bocados. Lo cual es harto de doler, que, teniendo el alma capacidad como infinita, la anden dando á comer por bocados del sentido, por su poco espíritu y inhabilidad sensual. Y por esto tambien á san Pablo le daba pena esta poca disposicion y pequeñez para recibir el espíritu, cuando dijo: *Et ego, fratres, non potui vobis loqui quasi spiritualibus, sed quasi carnalibus. Tanquam parvulis in Christo, lac vobis potum dedi, non escam: nondum enim poteratis: sed nec nunc quidem potestis: adhùc enim carnales estis;* Yo, hermanos, como viniese á vosotros, no os pude hablar como á espirituales, sino como á carnales; porque no podíades recibirlo, ni tampoco ahora podeis: como á pequeñuelos os dí á beber leche, y no manjar sólido.

Resta pues ahora saber que el alma no ha de poner los ojos en aquella corteza de figura y objeto que se le pone delante sobrenaturalmente, ahora sea acerca del sentido exterior, como son locuciones y palabras al oído, y visiones de santos á los ojos, y resplandores hermosos, y olores á las narices, y gustos y suavidades en el paladar, y otros deleites en el tacto, que suelen proceder del espíritu. Ni tampoco los ha de poner en cualesquier visiones del sentido interior, cuales son las imaginarias interiores; antes, renunciándolo todo, solo ha de poner los ojos en aquel espíritu bueno que causan, procurando conservarle en obrar y poner por ejercicio lo que es de servicio de Dios desnudamente, sin advertencia de aquellas representaciones ni de querer algun gusto sensible. Y así, se toma de estas cosas solo lo que Dios pretende y quiere, que es el espíritu de devocion, pues que no las da para otro fin principal; y se deja lo que él dejaria de dar si se pudiese recibir en espíritu sin ello (como habemos dicho), que es el ejercicio y aprehension del sentido.

CAPITULO XVIII.

Trata del daño que algunos maestros espirituales pueden hacer á las almas por no las llevar con buen estilo acerca de las dichas visiones. Y dice tambien cómo, aunque sean de Dios, se pueden ellas engañar.

No podemos en esta materia de visiones ser tan breves como querriamos, por lo mucho que acerca de ellas hay que decir. Por tanto, aunque en sustancia queda dicho lo que hace al caso, para dar á entender al espiritual cómo se ha de haber acerca de las dichas visiones, y al maestro que le gobierna el modo que ha de tener con el discípulo en ellas, no será demasiado particularizar mas un poco esta doctrina, y dar mas luz del daño que se puede seguir, así á las almas espirituales como á los maestros que las gobiernan si son muy crédulos á ellas, aunque sean de parte de Dios. La razon que me ha movido á alargarme ahora en esto, es la poca discrecion que yo he echado de ver, á lo que entiendo, en algunos maestros espirituales; los cuales, asegurándose acerca de las dichas aprehensiones sobrenaturales, por entender que son buenas y de parte de Dios, vinieron los unos y los otros á errar mucho y hallarse muy cortos, cumpliéndose en ellos la sentencia de Cristo, que dice: *Caecus autem si caeco ducatum praestet, ambo in foveam cadunt;* Si un ciego guiare otro ciego, entrambos caen en la hoya. No dice que caerán, sino que caen; porque no es menester que haya caida de error para que caigan, que solo el atrever á gobernarse el uno por el otro ya es yerro; y así, en eso caen por lo menos. Y primero, porque hay algunos que llevan tal modo y estilo en las almas que tienen las tales cosas, que ó las hacen errar ó las embarazan con ellas ó no las llevan por camino de humildad, y les dan mano á que pongan mucho los ojos en ellas, que es causa de no caminar por el puro y perfecto espíritu de fe, y no las edifican ni fortalecen en ella, haciendo mucho caso de aquellas cosas. En lo cual las dan á sentir que hacen ellos mucho caso de aquello, y por el consiguiente lo hacen ellas, y quédanseles las almas puestas en aquellas aprehensiones, y no edificadas en fe, ni vacías, desnudas y desasidas de aquellas cosas, para volar en alteza de escura fe. Y todo esto nace del término y lenguaje que el alma ve en su maestro acerca de esto, que no sé cómo facilísimamente se le pega un lleno y estimacion de aquello sin ser en su mano, y quita los ojos del abismo de fe; y debe ser la causa de esta facilidad el quedar el alma tan ocupada con ello, que, como son cosas de sentido á que el natural es inclinado, como tambien está ya saboreado y dispuesto con la aprehension de aquellas cosas distintas y sensibles, basta ver en su confesor ó en otra persona alguna estimacion y aprecio de ellas, para que, no solamente el alma la haga, sino que tambien se le engolosine mas el apetito en ellas, y sin sentir se cebe mas y quede mas inclinado y haga en ellas mucha presa. Y de aquí salen muchas imperfecciones por lo menos; porque el alma ya no queda tan humilde, pensando que aquello es algo y tiene algo bueno, y que Dios hace caso de ella, y anda contenta y algo satisfecha de sí; lo cual es contra humildad; y luego el demonio le va aumentando esto secretamente, sin entenderlo ella, y le comienza á poner un concepto acerca de los otros, en si tienen ó no tienen las tales cosas, ó son ó no son; lo cual es contra la santa simplicidad y soledad espiritual. Mas de estos daños, como no crecen en fe, no se apartan; y tambien, aunque no sean los daños tan palpables como estos, hay otros en el dicho término mas sútiles y mas odiosos á los ojos divinos, por no ir en desnudez. Pero esto lo dejarémos ahora, hasta que lleguemos á tratar del vicio de la gula espiritual y de los otros seis; donde, queriendo Dios, se dirán muchas cosas de estas sútiles y delicadas mancillas que se pegan al espíritu por no saber guiarle en desnudez; aquí dirémos de cómo es estilo que llevan algunos confesores con las almas, en que no las instruyen bien; y cierto querria saberlo decir, porque entiendo es cosa dificultosa el dar á entender cómo se engendra el espíritu del discípulo conforme al de su padre espiritual secreta y ocultamente; porque parece que no se puede declarar lo uno sin dar á entender lo otro. Tambien, como son cosas de espíritu, unas tienen correspondencia con otras.

Paréceme á mí, y es así, que si el padre espiritual es inclinado al espíritu de revelaciones, de manera que le hagan mucho peso, lleno ó gusto en el alma, no podrá dejar, aunque él no lo entienda, de imprimir en el espíritu del discípulo aquel mismo gusto y estimacion si el discípulo no está mas adelante que él, y aunque lo esté, le podrá hacer harto daño si persevera con él; porque, de aquella inclinacion que el padre espiritual tiene, y gusto en las tales visiones, le nace cierta manera de estimacion, que, si no es con gran cuidado de él, no puede dejar de dar muestras ó sentimientos de ello á la otra persona, y si la otra persona tiene el mismo espíritu de la tal inclinacion (á lo que yo entiendo), no podrá dejarse de comunicar mucha aprehension y estimacion de estas cosas de una parte á otra; pero no hilemos ahora tan delgado, sino hablemos de cuando el confesor, ahora sea inclinado á eso, ahora no, no tiene el recato que ha de tener en desembarazar el alma y desnudar el apetito de su discípulo en estas cosas; antes se pone á platicar de ello con él, y lo principal del lenguaje espiritual (como habemos dicho) pone en estas visiones, dándoles indicios para conocer las visiones buenas y las malas; que, aunque es bueno saberlo, no hay para qué meter al alma en este trabajo, cuidado y peligro, sino en alguna apretada necesidad, como queda dicho. Pues en no hacer mucho caso de ellas, negándolas, se excusa todo esto y se hace lo que se debe; y no solo eso, sino que ellos mismos, como ven que las dichas almas tienen tales cosas de Dios, piden que rueguen á Dios les revele tales ó tales cosas tocantes á ellos ó á otros, y las buenas almas lo hacen, pensando es lícito quererlo saber por aquella via; que piensan que, porque Dios quiere revelar algo sobrenaturalmente como él quiere ó para lo que él quiere, que es lícito querer que nos revele, y aun pedírselo; y si acaece que á su peticion lo revela Dios, asegúranse mas para otras ocasiones, y piensan

que Dios gusta de este modo de tratar con él, y á la verdad ni gusta ni lo quiere; y como ellos están aficionados á aquella manera de trato con Dios, asiéntaseles mucho, y allánaseles la voluntad naturalmente en ello; porque, como naturalmente gustan, naturalmente se allanan á su modo de entender, y en lo que dicen yerran muchas veces, y ven ellos que no les sale como habian entendido, y maravíllanse, y luego nacen las dudas en si eran de Dios ó no, pues no acaece ni lo ven de aquella manera. Pensaban ellos primero dos cosas: la una, que era de Dios, pues tanto se les asentaba, y puede ser el natural inclinado á ello el que causaba aquel asiento, como habemos dicho; la segunda, que siendo de Dios habia de salir así como ellos entendian ó pensaban; y aquí está un grande engaño, porque las revelaciones ó locuciones de Dios no siempre salen como los hombres las entienden ó como ellas suenan en sí; y así, no se han de asegurar en ellas ni creerlas á carga cerrada, aunque sepan que son revelaciones, respuestas ó dichos de Dios; porque, aunque ellas sean ciertas y verdaderas en sí, no es menester que lo sean siempre en nuestra manera de entender; lo cual probarémos en el capítulo siguiente. Y tambien dirémos después cómo, aunque Dios responde á veces á lo que se le pide sobrenaturalmente, no gusta de ello, y cómo á veces se enoja aunque responde.

CAPITULO XIX.

En que se declara y prueba cómo, aunque las visiones y locuciones que son de parte de Dios son verdaderas en sí, nos podemos engañar acerca de ellas. Pruébase con autoridades de la divina Escritura.

Por dos cosas dijimos que, aunque las visiones y locuciones de Dios son verdaderas y ciertas siempre en sí, no lo son siempre á nuestro entender: la una es, por nuestra defectuosa manera de entenderlas; la otra es, por las causas ó fundamentos de ellas, que son conminatorias y como condicionales, si esto no se emendare ó si aquello se hiciere, aunque la locucion en lo que suena sea absoluta; las cuales dos cosas probarémos con algunas autoridades divinas. Cuanto á lo primero, está claro que no son siempre ni acaecen como ellas suenan á nuestra manera de entender; la causa de esto es, porque, como Dios es inmenso y profundo, suele llevar en sus profecías, locuciones y revelaciones, otros conceptos y inteligencias muy diferentes de aquel propósito, en que comunmente se pueden entender de nosotros, siendo ellas en sí tanto mas verdaderas y ciertas, cuanto á nosotros nos parecerá que no; lo cual á cada paso vemos en la divina Escritura, donde á muchos de los antiguos no les salian muchas profecías y locuciones de Dios como ellos esperaban, por entenderlas á su modo de otra manera, muy á la letra; lo cual se verá claro por estas autoridades.

En el *Génesis* dijo Dios á Abrahan, habiéndole traido á la tierra de los cananeos: Esta tierra te daré á tí; y como se lo dijese muchas veces, y Abrahan fuese ya muy viejo, y nunca se la daba, diciéndoselo Dios otra vez, respondió Abrahan: Señor, ¿dónde ó por qué señal podré yo saber que la tengo de poseer? Entonces le reveló Dios que no él en persona, sino sus hijos después de cuatrocientos años la habian de poseer; de donde acabó Abrahan de entender la promesa, la cual era en sí verdaderísima; porque, dándola Dios á sus hijos por amor de él, era darsela á él; y así, Abrahan estaba engañado en la manera de entender, y si entonces obrara segun él entendia la profecía, pudiera errar mucho, pues no era de aquel tiempo; y los que le vieran morir sin dársela, habiéndole oido decir que Dios se la habia prometido, quedaran confusos y creyendo haber sido falsa.

Tambien después á su nieto Jacob, al tiempo que Josef, su hijo, lo llevó á Egipto por la hambre de Canaan, estando en el camino le apareció Dios, y le dijo: *Noli timere, descende in Aegyptum, et ego inde adducam te revertentem;* Jacob, no temas; desciende á Egipto; que yo descenderé allí contigo, y cuando de ahí volvieres á salir, yo te sacaré guiándote; lo cual no fué como á nuestra manera de entender suena; porque sabemos que el santo viejo Jacob murió en Egipto, y no volvió á salir vivo; y era que se habia de cumplir en sus hijos, á los cuales sacó después de muchos años de allí, siéndoles él mismo la guia en el camino; donde se ve claro que cualquiera que supiera esta promesa de Dios á Jacob pudiera tener por cierto que Jacob, así como habia entrado vivo en Egipto por órden y favor de Dios, así sin falta habia de volver á salir vivo, pues de la misma forma y manera le habia prometido la salida y el favor en ella; y engañárase y maravillárase viéndolo morir en Egipto, y que no se cumplia como se esperaba; y así, siendo el dicho de Dios verdaderísimo en sí, acerca de él se pudieran mucho engañar.

En los *Jueces* tambien leemos que, habiéndose juntado todas las tribus de Israel para pelear contra la tribu de Benjamin, y castigar cierta maldad que entre ellos se habia consentido por razon de haberle Dios señalado capitan para la guerra, fueron ellos tan asegurados de la victoria, que, saliendo vencidos y muertos de los suyos veinte y dos mil, quedaron muy maravillados; y puestos delante de Dios, lloraron todo aquel dia, no sabiendo la causa de la caida, habiendo ellos entendido y tenido la victoria por suya. Y como preguntasen á Dios si volverian á pelear ó no, les respondió que fuesen y peleasen contra ellos. Los cuales, teniendo ya esta vez por suya la victoria, fueron con grande osadía y salieron vencidos tambien la segunda vez, y con pérdida de diez y ocho mil; de donde quedaron confusísimos sin saber qué se hacer, viendo que, mandándoles Dios pelear, siempre salian vencidos, mayormente excediendo ellos á los contrarios tanto en número y fortaleza; porque los de Benjamin no eran mas de veinte y cinco mil y setecientos, y ellos eran cuatrocientos mil. Y de esta manera se engañaban ellos en su manera de entender, pues el dicho de Dios no era engañoso, porque él no les habia dicho que vencerian, sino que peleasen; y en estas caidas les quiso Dios castigar cierto

descuido y presuncion que tuvieron, y humillarlos así. Mas cuando á la postre les respondió que vencerian, así fué, que vencieron con harto ardid y trabajo. De esta manera y de otras muchas acaece engañarse las almas acerca de las revelaciones y locuciones de parte de Dios, por tomar la inteligencia de ellas á la letra y corteza; porque (como ya queda dado á entender) el principal intento de Dios en aquellas cosas es decir y darles el espíritu que está allí encerrado, el cual es dificultoso de entender; y este es muy mas abundante que la letra, y muy extraordinario y fuera de los límites de ella. Y así, el que se atare á la letra de la locucion ó forma ó figura aprehensible de la vision, no podrá dejar de errar mucho, y hallarse después muy corto y confuso por haberse guiado segun el sentido en ellas, y no dado lugar al espíritu en desnudez del sentido. Porque, como dice san Pablo: *Littera enim occidit, spiritus autem vivificat;* La letra mata, pero el espíritu da vida. Por lo cual se ha de renunciar la letra en este caso del sentido, y quedarse á escuras en fe, que es el espíritu, el cual no puede comprehender el sentido. Por lo cual muchos de los hijos de Israel, porque entendian muy á la letra los dichos y profecías de los profetas, no les salian como ellos esperaban; y así, las venian á tener en poco y no las creian; tanto, que vino á haber entre ellos un dicho público, casi como proverbio, escarneciendo de las profecías. De lo cual se queja Isaías, refiriéndole en esta manera: *Quem docebit scientiam? Et quem intelligere faciet auditum? Ablactatos à lacte, abulsos ab uberibus. Quia manda, remanda, expecta, reexpecta... modicum ibi, modicum ibi. In loquela enim labii, et lingua altera loquetur ad Populum istum;* ¿A quién enseñará Dios ciencia? Y ¿á quién hará entender la profecía y palabra suya? Solamente á aquellos que están ya apartados de la leche y desarraigados de los pechos. Porque todos dicen (es á saber, sobre las profecías): promete y vuelve á prometer; espera y vuelve á esperar; un poco allí, un poco allí; porque en la palabra de su labio y en otra lengua hablará á este pueblo. Donde claramente da á entender Isaías que hacian estos burla de las profecías, y decian por escarnio este proverbio: Espera y vuelve á esperar. Dando á entender que nunca se les cumplia porque estaban ellos asidos á la letra, que es la leche de niños, y al sentido suyo, que son los pechos, que contradicen á la grandeza de la ciencia del espíritu. Por lo cual dice: ¿A quién enseñará la sabiduría de sus profecías? Y ¿á quién hará entender su doctrina, sino á los que están apartados de la leche de la letra y de los pechos de sus sentidos? Que por eso estos no las entienden, sino siguen esa leche de la corteza y letra, y esos pechos de sus sentidos, pues dicen: Promete y vuelve á prometer; espera y vuelve á esperar, etc.; porque en la doctrina de la boca de Dios, y no en la suya, y en otra lengua que en esta suya los ha Dios de hablar. Y así, no se ha de mirar en ello nuestro sentido y lengua, sabiendo que es otra la de Dios segun el espíritu de aquello, muy diferente de nuestro entender y dificultoso; tanto, que el profeta Jeremías, con ser profeta de Dios, viendo los conceptos de las palabras de su Majestad tan diferentes del comun sentido de los hombres, parece que alucina tambien en ellas y que vuelve por el pueblo diciendo: *Heu, heu, Domine Deus! Ergo ne decepisti populum istum et Jerusalem dicens: Pax erit vobis; et ecce pervenit gladius usque ad animam?* ¡Ay, ay, Señor! ¿Por ventura has engañado á este pueblo y á Jerusalem diciendo: Paz vendrá sobre vosotros, y ves aquí el cuchillo ha venido hasta el alma? Y era que la paz que les prometia Dios que habia de hacer, era entre él y el hombre por medio del Mesías que les habia de enviar, y ellos entendian de la paz temporal; y por eso, cuando tenian guerras y trabajos les parecia engañarles Dios, acaeciéndoles al contrario de lo que ellos esperaban. Y así decian, como tambien dice Jeremías: Esperado hemos paz, y no hay bien de paz. Y así era imposible dejarse ellos de engañar, gobernándose solo por el sentido gramatical. Porque ¿quién dejará de confundirse y errar si se atara á la letra en aquella profecía que dijo David de Cristo en todo el salmo 71, y en particular donde dice: *Dominabatur à mari usque ad mare, et à flumine usque ad terminos orbis terrarum?* Enseñorearse ha de un mar á otro mar, y desde el rio hasta los términos de la tierra. Y en lo que tambien allí dice: *Liberabit pauperem à potente; et pauperem, cui non erat adjutor?* ¿Librará al pobre del poder del poderoso, y al pobre que no tenia ayudador, viéndole nacer en bajo estado, vivir en pobreza y morir en miseria, y que no solo no se señoreó de la tierra mientras vivió, sino que se sujetó á gente baja hasta que murió debajo del poder de Poncio Pilato; y que no solo á sus discípulos pobres no los libró de la mano de los poderosos temporalmente, mas los dejó matar y perseguir por su nombre? Y era que estas profecías se habian de entender espiritualmente de Cristo, segun el cual sentido eran verdaderísimas; porque Cristo, no solo era señor de toda la tierra, sino del cielo, pues era Dios; y á los pobres que le habian de seguir, no solo los habia de redemir y librar de las manos y poder del demonio, que era el potente, sino los habia de hacer herederos del reino de los cielos. Y así hablaba Dios, segun lo principal de Cristo y de sus seguidores, que era reino eterno, libertad eterna, y ellos entendíanlo á su modo, de lo menos principal, de que Dios hace poco caso, que era señorío temporal y libertad temporal, lo cual delante de Dios ni es reino ni libertad; de donde, cegándose ellos con la bajeza de la letra, y no entendiendo el espíritu y verdad de ella, quitaron la vida á su Dios y Señor, segun san Pablo lo dijo en esta manera: *Qui enim habitabant Jerusalem et principes ejus, hunc ignorantes et voces profetarum, quae per omne sabbatum leguntur judicantes impleverunt;* Los que moraban en Jerusalen y los príncipes de ella, no sabiendo quién era ni entendiendo los dichos de las profecías que cada sábado se recitan, juzgando le acabaron. Y á tanto llegaba esta dificultad de entender los dichos de Dios como convenia, que hasta sus mismos discípulos que con él habian

andado estaban engañados, cuales eran aquellos dos que después de su muerte iban al castillo de Emaus tristes y desconfiados, diciendo: *Nos autem sperabamus quia ipse esset redempturus Israel;* Nosotros esperábamos que habia de redimir á Israel. Entendiendo ellos tambien que habia de ser la redencion y señorío temporal; á los cuales apareciendo Cristo, reprehendió de insipientes y duros de corazon para creer las cosas que habian dicho los profetas. Y aun al tiempo que se iba al cielo estaban algunos en aquella rudeza, y le preguntaron: *Domine, si in tempore hoc restitues regnum Israel?* Haznos, Señor, saber si en este tiempo has de restituir al reino de Israel. Hace decir el Espíritu Santo muchas cosas en que él lleva otro sentido del que entienden los hombres; como tambien es de saber en lo que hizo decir á Caifás de Cristo: *Expedit vobis, ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat. Hoc autem á semetipso non dixit;* que convenia muriese un hombre porque no pereciese toda la gente; lo cual no lo dijo de suyo, y el que lo decia entendió á un fin, y el Espíritu Santo á otro bien diferente.

De donde se ve que, aunque los dichos y revelaciones sean de Dios, no nos podemos asegurar en ellos, porque nos podemos muy fácilmente engañar en nuestra manera de entenderlos; porque ellos son abismo y profundidad de espíritu, y quererlos limitar á lo que de ellos entendemos y puede aprehender el sentido nuestro, no es mas que querer palpar el aire y alguna mota que encuentra la mano en él, y el aire se va, y no queda nada. Por eso el maestro espiritual ha de procurar que el espíritu de su discípulo no se abrevie en querer hacer caso de todas las aprehensiones sobrenaturales, que no son mas que unas motas de espíritu, con las cuales solamente se vendrá á quedar sin espíritu ninguno, sino, apartándole de todas visiones y locuciones, le imponga en que sepa estar en libertad y tiniebla de fe, en que se recibe la abundancia de espíritu, y por consiguiente la sabiduría y inteligencia propia de los dichos de Dios; porque es imposible que el hombre, si no es espiritual, pueda juzgar de las cosas de Dios, ni aun entenderlas razonablemente, y entonces no es espiritual cuando las juzga el sentido. Y así, aunque ellas vienen segun debajo de aquel sentido, no las entiende, como lo dijo san Pablo: *Animalis autem homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei, stultitia enim est illi et non potest intelligere, quia spiritualiter examinatur; spiritualis autem judicat omnia;* El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios, porque son locura para él y no puede entenderlas, porque ellas son espirituales; pero el espiritual todas las cosas juzga. Animal hombre se entiende aquí el que usa por solo el sentido; espiritual el que no se ata ni guia por él; de donde es temeridad atreverse á tratar con Dios, y dar licencia para ello, por via de aprehension sobrenatural, el sentido.

Y para que mejor lo entendamos, pongamos aquí algunos ejemplos. Demos caso que un santo está muy afligido porque le persiguen sus enemigos, y que le responde Dios: Yo te libraré de todos ellos. Esta profecía puede ser verdaderísima, y con todo eso, venir á prevalecer sus enemigos y morir á sus manos. Y así, el que la entendiera temporalmente quedará engañado, porque Dios pudo hablar de la verdadera y principal libertad y victoria, que es la salvacion, con que el alma está libre y victoriosa de todos sus enemigos mucho mas verdadera y altamente que si acá se librara de ellos. Y así, esta profecía era mucho mas verdadera y mas copiosa que el hombre pudiera entender si la entendiera cuanto á esta vida; porque Dios siempre habla en sus palabras y atiende al sentido mas principal y provechoso, y el hombre puede entender á su modo y á su propósito en menos principal, y así quedar engañado. Como lo vemos en aquella profecía de Cristo, que dice David: *Reges eos in virga ferrea, et tanquam vas figuli confringes eos;* Regirás á todas las gentes con varas de hierro, y desmenuzarlas has como á un vaso de barro. En la cual habla Dios segun el principal y perfecto señorío, que es el eterno, el cual se cumplió, y no segun el menos principal, que era el temporal, el cual en Cristo no se cumplió en toda su vida temporal. Pongamos otro ejemplo. Está una alma con grandes deseos de ser mártir; acaecerá que Dios la responda: Tú serás mártir; y le dé interiormente gran consuelo y confianza que lo ha de ser, y con todo, acaecerá que no muera mártir, y será la promesa verdadera. Pues ¿cómo no se cumple así? Porque se cumplirá segun lo principal y esencial de ella, que será dándole el amor y premio de mártir esencialmente, y haciéndola mártir de amor, y dándola un prolongado martirio en trabajos, cuya continuacion sea mas penosa que el morir; y así da verdaderamente al alma lo que ella deseaba y lo que él la prometió; porque lo principal del deseo era, no aquella manera de muerte, sino hacer á Dios aquel servicio de mártir y ejercitar el amor por él como mártir; porque aquella manera de morir por sí no vale nada sin amistad de Dios; el cual amor y ejercicio y premio de mártir le da por otros medios muy perfectamente. De manera que, aunque no muera como mártir, queda el alma muy satisfecha de que la dió lo que ella deseaba; porque tales deseos (cuando nacen de vivo amor y otros semejantes), aunque no se les cumplan de aquella manera que ellos los pintan y los entienden, cúmplenseles de otra y mejor y mas á honra de Dios que ellos sabrán pedir. De donde dice David: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus;* El Señor cumplió á los pobres su deseo. Y en los *Proverbios* dice la Sabiduría divina: *Desiderium suum justis dabitur;* A los justos dárseles ha su deseo. De donde pues vemos que muchos santos desearon muchas cosas en particular por Dios, y no se les cumplió en esta vida su deseo; es cierto que, siendo justo y verdadadero, se les cumplió en la otra perfectamente; lo cual siendo así verdad, tambien lo seria prometérsele Dios en esta vida diciéndoles: Vuestro deseo se cumplirá, y no ser en la manera que ellos pensaban. De esta y de otras muchas maneras pueden ser las palabras y vi-

siones de Dios verdaderas y ciertas, y nosotros engañarnos en ellas por no saber entender alta y principalmente los propósitos y sentidos que Dios en ellas lleva. Y así, es lo mas acertado y seguro hacer que las almas huyan con prudencia de las tales cosas sobrenaturales, acostumbrándolas (como habemos dicho) á la pureza de espíritu en fe escura, que es el medio de la union.

CAPITULO XX.

En que se prueba con autoridades de la divina Escritura cómo los dichos y palabras de Dios, aunque siempre son verdaderas, no son siempre ciertas en sus propias causas.

Ahora nos conviene probar la segunda causa por que las visiones y palabras de parte de Dios, aunque son siempre verdaderas en sí, no son siempre ciertas cuanto á nosotros; y es por razon de las causas y motivos en que ellas se fundan, y se ha de entender que serán durante aquello que á Dios le mueve (digámeslo así) á castigar; como si Dios dijese: De aquí á un año tengo de enviar tal plaga á este reino. Y la causa y fundamento de esta amenaza es cierta ofensa que se hace á Dios en el tal reino. Si cesase ó se variase la ofensa, podria cesar ó variar el castigo, y era verdadera la amenaza, porque iba fundada sobre la actual culpa, la cual si durara se ejecutara; y estas son amenazas ó revelaciones comminatorias ó condicionales. Esto vemos haber acaecido en la ciudad de Nínive, donde mandó Dios al profeta Jonás que predicase esta amenaza en Nínive de parte suya: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur;* De aquí á cuarenta dias se ha de asolar la ciudad de Nínive. La cual no se cumplió porque cesó la causa de esta amenaza, que eran sus pecados, haciendo ellos luego penitencia de ellos; que si no la hicieran se cumpliera. Tambien leemos en el libro tercero de los *Reyes*, que habiendo el rey Acab hecho un pecado muy grande, le envió Dios la amenaza de un grande castigo (siendo nuestro padre Elías el mensajero) sobre su persona, sobre su casa y sobre su reino; y porque Acab rompió las vestiduras de dolor y se vistió de cilicio, y ayunó y durmió en saco, y anduvo triste y humillado, le envió luego á decir con el mismo profeta estas palabras: *Quia igitur humiliatus est mei causa, non inducam malum in diebus ejus, sed in diebus filii sui;* Por cuanto Acab se ha humillado por amor de mí, no enviaré el mal que dije en sus dias, sino en los de su hijo. Donde vemos que, porque se mudó Acab, cesó tambien la amenaza y sentencia de Dios. De donde podemos colegir para nuestro propósito que, aunque Dios haya revelado ó dicho á una alma afirmativamente cualquier cosa en bien ó en mal tocante á la misma alma ó á otras, se podrá variar en mas ó en menos, ó quitar del todo, segun la mudanza ó variacion de afecto de la tal alma ó causa á que miraba Dios, y así no cumplirse como se esperaba, y sin saber por qué muchas veces, sino solo Dios; porque aun muchas cosas suele él decir, enseñar y prometer, no para que entonces se entiendan ni se posean, sino para que después se entiendan cuando convenga tener la luz de ellas ó cuando se consiga el efecto de ellas; como vemos que hizo con sus discípulos, á los cuales decia muchas parábolas y sentencias, cuya sabiduría no entendieron hasta el tiempo que habian de predicarla, que fué cuando vino sobre ellos el Espíritu Santo, del cual les habia dicho Jesucristo que les declararia todas las cosas que él les habia en su vida dicho. Y hablando san Juan sobre aquella entrada de Cristo en Jerusalen, dice: *Haec non cognoverunt discipuli ejus primum; sed quando glorificatus est Jesus, tunc recordati sunt, quia haec erant scripta de eo.* Y así, muchas cosas de Dios pueden pasar por el alma muy particulares, que ni ella ni quien la gobierna lo entienden hasta su tiempo. En el libro de los *Reyes* tambien leemos que, enojado Dios contra Helí, sacerdote de Israel, por los pecados que no castigaba á sus hijos, le envió á decir con Samuel, entre otras palabras, estas que se siguen: *Loquens locutus sum, ut domus tua, et domus patris tui, ministraret in conspectu meo, usque in sempiternum; nunc autem dicit Dominus: Absit hoc à me; sed quicumque glorificaverit me, glorificabo eum;* Antes de ahora dije que tu casa y la casa de tu padre habia siempre de servirme en el sacerdocio en mi presencia para siempre; pero este propósito muy léjos está de mí, no haré tal. Que por cuanto este oficio de sacerdocio se fundaba en dar gloria y honra á Dios, y por este fin habia Dios prometido el sacerdocio á su padre para siempre si él no faltaba, en faltando el celo á Helí de la honra de Dios, porque, como él mismo se le envió á quejar, honraba mas á sus hijos que á Dios, disimulándoles los pecados por no les afrentar; faltó tambien la promesa, la cual fuera para siempre si para siempre en ellos durara el buen servicio y celo; y así no hay que pensar que porque sean los dichos y revelaciones de parte de Dios verdaderas en sí, han infaliblemente de acaecer como suenan, mayormente cuando están asidos por órden del mismo Dios á causas humanas, que, como está dicho, pueden variar ó mudarse ó alterarse; y cuando esto sea así, Dios se lo sabe, que no siempre lo declara, sino dice el dicho ó hace la revelacion, y calla la condicion algunas veces; como hizo á los ninivitas, que determinadamente les dijo que habian de ser destruidos pasados cuarenta dias; otras veces la declara como hizo á Roboan, diciendo: *Si ambulaveris in viis meis... custodiens mandata mea, et praecepta mea, sicut fecit David servus meus; ero tecum, et aedificabo tibi domum fidelem, quomodo aedificavi David domum;* Si tú guardares mis mandamientos como mi siervo David, yo tambien seré contigo como con él, y te edificaré casa como á mi siervo David. Pero, ahora lo declare, ahora no, no hay que asegurarse en la inteligencia, porque no hay comprehender las verdades ocultas de Dios que hay en sus dichos y multitud de sentidos. El está sobre el cielo y habla en camino de eternidad; nosotros ciegos sobre la tierra, que no podemos alcanzar sus secretos; que por eso entiendo que dijo el Sabio: *Deus enim in Coelo, et tu super terram; idcirco sint pauci sermones tui;* Dios está sobre el cielo y tú sobre

la tierra; por tanto, no te alargues ni arrojes en hablar. Y dirásme por ventura: Pues si no lo habemos de entender ni entremeternos en ello, ¿por qué nos comunica Dios estas cosas? Ya he dicho que cada cosa se entenderá en su tiempo por órden del que lo habló, y entenderlo ha quien él quisiere, y se verá que convino así; porque no hace Dios cosa sin causa y verdad. Por esto se crea que no hay acabar de entender ni comprehender el sentido lleno en los dichos y cosas de Dios, ni determinarse á lo que parece, sin errar mucho y venir á hallarse muy confuso; esto sabian muy bien los profetas, en cuyas manos andaba la palabra de Dios, á los cuales era muy grande trabajo la profecía acerca del pueblo; porque (como habemos dicho) mucho de ello no lo veian acaecer como á la letra se les decia, y era causa de que hiciesen mucha risa y burla de los profetas; tanto, que vino á decir Jeremías: *Factus sum in derisum tota die, omnes subsannant me. Quia jam olim loquor, vociferans iniquitatem, et vastitatem clamito: et factus est mihi sermo Domini in opprobrium, et in derisum tota die, et dixi: Non recordabor ejus, neque loquar ultra in nomine illius;* Búrlanse de mí todo el dia, todos me mofan y desprecian, porque ya há mucho que doy voces contra la maldad y les prometo destruccion; y hase hecho la palabra del Señor para mi afrenta y burla todo el tiempo; y dije: No me tengo de acordar de él ni tengo mas de hablar en su nombre. En lo cual, aunque el santo Profeta decia con resignacion y en figura del hombre flaco, que no puede sufrir las vias y secretos de Dios, da bien á entender la diferencia del cumplimiento de los dichos divinos del comun sentido que suenan; pues á los divinos profetas tenian por burladores, y ellos sobre la profecía padecian tanto, que el mismo Jeremías en otra parte dijo: *Formido, et laqueus facta est nobis vaticinatio, et contritio;* Temor y lazos se nos ha hecho la profecía y contricion de espíritu; y la causa por que Jonás huyó cuando le enviaba Dios á predicar la destruccion de Nínive, fué esta, conviene á saber, no comprehender la verdad de los dichos de Dios y no saber enteramente el sentido de ellos; y así, porque no hiciesen burla de él cuando no viesen cumplida su profecía, se iba huyendo por no profetizar; y así, se estuvo esperando todos los cuarenta dias fuera de la ciudad, á ver si se cumplia; y como no se cumpliese, se afligió grandemente; tanto, que dijo á Dios: *Obsecro, Domine, numquid non hoc est verbum meum, cum adhùc essem in terra mea? Propter hoc praeoccupavi, ut fugerem in Tharsis;* Ruégote, Señor, ¿por ventura no es esto lo que yo decia estando en mi tierra? Por eso contradije y me fuí huyendo á Társis. Y enojóse el Santo, y rogó á Dios que le quitase la vida. ¿Qué hay pues que maravillarnos de que algunas cosas que Dios hable y revele á las almas no salgan así como ellos lo entienden? Porque, dado caso que Dios afirme al alma ó la represente tal ó tal cosa de bien ó de mal para sí ó para otra, si aquello va fundado en cierto efecto ó servicio ó ofensa que aquella alma ó la otra entonces hacen á Dios; y de manera, que si perseveran en aquello (como habemos dicho) se cumplirá, no por esto es cierto cumplirse como suena, pues no es cierto el perseverar; por tanto, no hay que asegurarse ni afirmarse en su inteligencia, sino en fe.

CAPITULO XXI.

Declara cómo, aunque Dios responde á lo que se le pide algunas veces, no gusta de que usen de tal término; y prueba cómo, aunque condesciende y responde, muchas veces se enoja.

Asegurándose (como habemos dicho) algunos espirituales, y no reparando mucho en la curiosidad de que algunas veces usan en procurar saber algunas cosas por via sobrenatural, pensando que, pues Dios algunas veces responde á instancia de ellos, que es aquel buen término, y que Dios gusta de él; como quiera que sea verdad que, aunque les responde, ni es buen término ni Dios gusta de él, antes disgusta; y no solo eso, mas muchas veces se enoja y ofende mucho. La razon de esto es, porque á ninguna criatura le es conveniente salir fuera de los términos que Dios la tiene naturalmente ordenados para su gobierno; al hombre le puso términos naturales y racionales para su gobierno; luego querer salir de ellos no es conveniente, y querer averiguar y alcanzar cosas por via sobrenatural es salir de sus términos; luego es cosa no santa ni conveniente, luego Dios no gusta de ello. Diréis: Pues así es que Dios no gusta, ¿por qué algunas veces responde? Respondo que algunas veces responde el demonio; pero las que responde Dios, digo que es por flaqueza del alma que quiere ir por aquel camino, porque no se desconsuele y vuelva atrás, ó porque no piense que está Dios mal con ella, y se tiente demasiado, ó por otros fines que Dios sabe, fundados en la flaqueza de aquella alma, por donde ve que conviene responder y condescender por aquella via; como tambien lo hace con muchas almas flacas y tiernas en darles gustos y suavidad en el trato con Dios, muy sensibles, como está ya dicho; mas no porque él quiera ni guste que se trate con él por ese término ni por esa via; mas á cada uno da (como dijimos) segun su modo; porque Dios es como la fuente, de la cual cada uno coge como lleva el vaso, y á veces les deja coger por estos caños extraordinarios; mas no se sigue por eso que es conveniente querer coger el agua por ellos, sino es al mismo Dios que lo puede dar como, cuando y á quien él quiere y por lo que él quiere, sin pretension de la parte; y así (como decimos), algunas veces condesciende con el apetito y ruego de algunas almas, que porque son buenas y sencillas no quiere dejar de acudir por no entristecerlas, y no porque él guste del tal término; lo cual se entenderá mejor por esta comparacion: tiene un padre de familias en su mesa muchos y diferentes manjares, y unos mejores que otros; está un niño pidiéndole de un plato, no del mejor, sino del primero que encuentra, y pide de aquel porque le sabe mejor comer de aquel que del otro; y como el padre ve que aunque le dé del mejor manjar no le ha de tomar, sino de aquel que pide, y que no tiene gusto sino en

aquel, porque no se quede sin comida y desconsolado, dale de aquel con tristeza. Como vemos que hizo Dios con los hijos de Israel cuando le pidieron rey, que se lo dió de mala gana, porque no les estaba bien; y así, dijo á Samuel: *Audi vocem populi... non enim te abjecerunt, sed me, ne regnem super eos;* Oye la voz de este pueblo, y concédeles el rey que te piden, porque no te han desechado á tí, sino á mí, que no reine sobre ellos. A la misma manera condesciende Dios con algunas almas concediéndoles lo que no les está mejor, porque ellas no quieren ó no saben ir sino por allí; y si algunas veces alcanzan ternuras y suavidad de espíritu ó sentido (como habemos dicho), dáselo Dios porque no son para comer el manjar mas fuerte y sólido de los trabajos de la cruz de su Hijo, á que él querria que echasen mano, mas que á alguna otra cosa; aunque querer saber cosas por via sobrenatural, por muy peor lo tengo que querer otros gustos espirituales en el sentido; porque yo no veo por dónde el alma que las pretende deje de pecar, por lo menos venialmente, aunque mas fines buenos tenga y mas puesta esté en perfeccion, y quien se lo mandase y consintiese tambien; porque no hay necesidad de nada de eso, pues hay razon natural y ley y doctrina evangélica por donde muy bastantemente se puede regir, y no hay necesidad ni dificultad que no se pueda desatar por estos medios y remediar muy á gusto de Dios y provecho de las almas; y tanto nos habemos de aprovechar de la razon y doctrina evangélica, que aunque ahora (queriendo nosotros ó no queriendo) se nos dijesen algunas cosas sobrenaturalmente, solo hemos de recibir aquello que es conforme á razon y ley evangélica; y aun entonces conviene mirar y examinarlo mucho mas que si no hubiese habido revelacion sobre ella; por cuanto el demonio dice muchas cosas verdaderas y por venir y conformes á razon para engañar; de donde no nos queda en todas nuestras necesidades, trabajos y dificultades, otro medio mejor ni mas seguro que la oracion, y esperanza de que Dios proveerá por los medios que él quisiere; y este consejo se nos da en la divina Escritura, donde leemos que, estando el rey Josafat afligidísimo, cercado de multitud de enemigos, poniéndose en oracion, dijo á Dios: *Cum ignoremus, quid agere debeamus, hoc solùm habemos residui, ut oculos nostros dirigamus ad te;* Cuando faltan los medios y no llega la razon á proveer en las necesidades, solo nos queda levantar los ojos á tí, para que tú proveas como mejor te agradare.

Y que tambien Dios, aunque responda á las tales pretensiones, algunas veces se enoje, aunque por lo dicho queda dado á entender, todavía será bueno probarlo con algunas autoridades de la Escritura. En el libro primero de los *Reyes* se dice que, deseando Saul que le hablase el profeta Samuel, que era ya muerto, le apareció el dicho profeta, y con todo eso, se enojó Dios, porque luego le reprehendió Samuel, por haberse puesto en tal cosa, diciendo: *Quare inquietasti me, ut suscitaretur?* ¿Por qué me has inquietado, haciéndome resucitar? Tambien sabemos que no porque respondió Dios á los hijos de Israel, dándoles las carnes que pedian, se dejase de enojar mucho contra ellos; pues luego les envió fuego del cielo en castigo, segun se lee en el libro de los *Números*, y lo cuenta David, diciendo: *Adhuc escae eorum erant in ore ipsorum: et ira Dei ascendit super eos;* Aun teniendo ellos los bocados en sus bocas, descendió sobre ellos la ira de Dios. Y tambien leemos en los *Números* que no se dejó Dios de enojar contra Balaan profeta porque fué á los madianitas, llamado por Balac, rey de ellos, aunque dijo Dios que fuese, porque tenia él gana de ir y lo habia pedido á Dios; y así, estando ya en el camino, le apareció el ángel con la espada y le queria matar, y le dijo: *Perversa est via tua, mihique contraria;* Tu camino es perverso y á mí contrario. Y por esto le queria matar. De esta manera, y de otras muchas, condesciende Dios, enojado con los apetitos; de lo cual hay muchos mas testimonios en la divina Escritura, y muchos ejemplos; pero no son menester en cosa tan clara. Solo digo que es cosa peligrosísima, mas que sé decir, querer tratar con Dios por tales vias, y que no dejará de errar mucho y hallarse muchas veces muy confuso el que fuere aficionado á tales modos. Y esto, el que hubiere hecho caso de ellos me entenderá por la experiencia. Porque, allende de la dificultad que hay en no errar en las locuciones y visiones que son de Dios, hay ordinariamente entre ellas muchas que son del demonio; porque comunmente anda con el alma en aquel traje y trato que anda Dios con ella, poniéndole cosas tan verisímiles á las que Dios le comunica, por ingerirse él á vueltas, como el lobo entre el ganado con pellejo de oveja; que apenas se puede entender. Porque, como dice muchas cosas verdaderas y conformes á razon, y que salen ciertas, puédense engañar fácilmente, pensando que, pues sale verdad y acierta en lo que está por venir, que no será sino Dios; porque no saben que es cosa facilísima á quien tiene clara la lumbre natural, conocer las cosas, ó muchas de ellas, que fueron ó que serán, en sus causas; y así atinará muchas cosas futuras. Y como quiera que el demonio tenga esta lumbre tan viva, tambien puede colegir tal efecto de tal causa, aunque no siempre sale así, pues todas las cosas dependen de la voluntad de Dios. Pongamos ejemplo: conoce el demonio que la disposicion de la tierra, aire y término que lleva el sol van de manera en tal grado de disposicion, que necesariamente, llegado tal tiempo, habrá llegado la disposicion de estos elementos, segun el término, á inficionar la gente con pestilencia, y en las partes que será mas, y en las que será menos. Hé aquí conocida la pestilencia en su causa. ¿Qué mucho es que, revelando el demonio esto á un alma, diciendo: De aquí á un año ó medio habrá pestilencia; que salga verdadero? Y es profecía del demonio. Por la misma manera puede conocer los temblores de tierra, viendo que se van hinchiendo los senos de ella de aire, y decir: En tal tiempo temblará la tierra, lo cual es conocimiento natural. Y tambien se pueden en alguna manera cole-

gir eventos y casos extraordinarios en sus causas acerca de la Providencia divina, que justísimamente suele acudir en órden á los bienes y males de los hijos de los hombres; porque se puede conocer por via ordinaria que tal ó tal persona, ó tal ciudad, ó otra cosa, llega á tal ó tal necesidad, ó á tal ó á tal punto; que Dios segun su providencia y justicia ha de acudir con lo que compete á la causa y conforme á ella, ó en castigo ó en premio, ó como fuere la causa, y entonces decir: En tal tiempo os dará Dios esto, ó hará ó acaecerá estotro ciertamente. Lo cual dió á entender la santa Judit á Holoférnes cuando, para persuadirle que los hijos de Israel habian de ser ciertamente destruidos, le contó primero muchos pecados de ellos y miserias que hacian. Y luego dijo: *Ergo, quoniam haec faciunt, certum est, quod in perditionem dabuntur;* que quiere decir: Pues hacen estas cosas, está cierto que serán destruidos. Lo cual es conocer el castigo en la causa; porque es tanto como decir: Cierto está que tales pecados han de causar tales castigos de Dios, que es justísimo. Y como dice la Sabiduría divina: En aquello ó por aquello que cada uno peca, es castigado. Puede el demonio conocer esto, no solo naturalmente, sino aun de experiencia que tiene de haber visto hacer á Dios cosas semejantes, y decirlo antes, y á veces acertar. Tambien el santo Tobías conoció por la causa el castigo de la ciudad de Nínive; y así, amonestó á su hijo, diciendo: *Video enim, quia iniquitas ejus finem dabit.* Mira, hijo, en la hora que yo y tu madre muriéremos, sal de esta ciudad, porque ya no permanecerá. Como si dijera: Yo veo claro que su misma maldad ha de ser causa de su castigo, el cual será que se acabe y destruya todo. Lo cual tambien el demonio y Tobías podian saber, no solo en la maldad de la ciudad, sino por experiencia que tenian, viendo que por los pecados del mundo habia Dios destruido los hombres en el diluvio, y los de los sodomitas, que tambien perecieron por fuego; aunque Tobías tambien lo conoció por espíritu divino. Y puede conocer el demonio que Pedro no puede naturalmente vivir mas de tantos años, y decirlo antes; y así otras muchas cosas, y de muchas maneras, que no se pueden acabar de decir por ser intrincadísimas y sutilísimas. De lo cual no se pueden librar sino huyendo de todas revelaciones, visiones y locuciones, por lo cual justamente se enoja Dios con quien las admite; porque ve es temeridad de tal meterse en tanto peligro, presuncion, curiosidad y ramo de soberbia, raiz y fundamento de vanagloria y desprecio de las cosas de Dios, y de muchos males á que vinieron muchos. Los cuales tanto vinieron á enojar á Dios, que de propósito los dejó errar, engañar, escurecer el espíritu, y dejar las vias ordenadas de la vida, dando lugar á sus vanidades y fantasías, segun dice Isaías: *Dominus miscuit in medio ejus spiritum vertiginis;* El Señor mezcló en medio espíritu de turbacion y confusion. Que en buen romance quiere decir, espíritu de entender al revés. Lo cual va diciendo Isaías á nuestro propósito, porque lo dice por aquellos que andaban á saber las cosas que habian de suceder por via sobrenatural. Y por eso dice que les mezcló Dios en medio espíritu de entender al revés, no porque Dios quisiese, ni les diese efectivamente el espíritu de errar, sino porque ellos se quisieron meter en lo que naturalmente no pudieron alcanzar. Y enojado de esto, los dejó desatinar, no dándoles luz en lo que Dios no queria que se entremetiesen. Y así, dice que les mezcló aquel espíritu Dios permisivamente; y de esta manera es Dios causa de aquel daño, es á saber, causa privativa, que consiste en quitar él su luz y favor, de donde se sigue que infaliblemente vengan en error. Y de esta manera da Dios licencia al demonio para que ciegue y engañe á muchos, mereciéndolo sus pecados y atrevimientos; y puede y se sale con ello el demonio, creyéndole ellos, y teniéndole por buen espíritu; tanto, que, aunque sean muy persuadidos que no lo es, no hay desengañarse, por cuanto tienen ya por permision de Dios ingerido el espíritu de entender al revés, cual leemos haber acaecido á los profetas del rey Acab, dejándolos Dios engañar con el espíritu de mentira, dando licencia al demonio para ello, diciendo: *Decipies, et praevalebis: egredere et fac ita;* Prevalecerás con mentira, y engañarlos has; sal, y hazlo así. Y pudo tanto con los profetas y con el Rey para engañarlos, que no quisieron creer al profeta Micheas, que les profetizó la verdad muy al revés de lo que los otros habian profetizado; y esto fué porque los dejó Dios cegar, por estar ellos con afecto de propiedad en lo que querian, queriendo les sucediese y respondiese Dios segun sus apetitos y deseos. Lo cual era medio y disposicion certísima para dejarlos Dios de propósito cegar y engañar. Porque así lo profetizó Ecequiel en nombre de Dios; el cual, hablando contra el que se opone á querer saber por via de Dios, segun la vanidad de su espíritu, con curiosidad, dice: *Si... et venerit ad prophetam, ut interroget per eum me; ego Dominus respondebo ei per me, et ponam faciem meam super hominem illum;* Cuando el tal hombre viniere al Profeta para preguntarme á mí por él, yo el Señor le responderé por mí mismo, y pondré mi rostro enojado contra aquel hombre; y el profeta cuando hubiere errado en lo que fué preguntado, yo el Señor engañé á aquel profeta. Lo cual se ha de entender no concurriendo con su favor para que deje de ser engañado; porque eso quiere decir: Yo el Señor le responderé por mí mismo enojado. Lo cuál es apartar él su gracia y favor de aquel hombre; de donde infaliblemente se sigue el ser engañado por desamparo de Dios. Y entonces acude el demonio á responder segun el gusto y apetito de aquel hombre, que, como gusta de ello, y las respuestas y comunicaciones son conformes á su voluntad, mucho se deja engañar.

Parece que nos habemos salido algo del propósito que prometimos en el título del capítulo, que era probar cómo, aunque Dios responde, se enoja algunas veces; pero, si bien se mira, todo lo dicho hace probar nuestro intento, pues en todo se ve no gustar Dios de que

quieran las tales visiones, pues da lugar á que de tantas maneras sean engañados en ellas.

CAPITULO XXII.

En que se trata una duda: cómo no sea lícito ahora en la ley nueva preguntar á Dios por via sobrenatural, como era en la ley vieja. Es algo sabroso para entender misterios de nuestra santa fe. Pruébase con una autoridad de san Pablo, que al propósito se declara.

De entre las manos nos van saliendo las dudas; y así, no podemos correr con la priesa que querriamos adelante; porque, así como las levantamos, estamos obligados á allanarlas, para que la verdad de la doctrina siempre quede llana y en su fuerza; pero este bien hay en estas dudas, que aunque nos impiden un poco el paso, todavía sirven para mas doctrina y claridad de nuestro intento, como será la duda presente.

En el capítulo precedente habemos dicho cómo no es voluntad de Dios que las almas pretendan recibir por via sobrenatural cosas distintas de visiones, locuciones, etc. Por otra parte sabemos que se usaba el dicho trato con Dios en la ley vieja, y era lícito, y no solo lícito, sino que Dios se lo mandaba, y cuando no lo hacian, se lo reprehendia Dios, como se ve en Isaías, donde reprehende Dios á los hijos de Israel porque, sin preguntárselo á él primero, pensaban descender en Egipto, diciendo: *Qui ambulatis, ut descendatis in Aegiptum, et os meum non interrogastis;* No preguntasteis primero á mi misma boca lo que convenia. Y en Josué leemos que, siendo engañados los mismos hijos de Israel por los gabaonitas, les nota allí el Espíritu Santo esta falta, diciendo: *Susceperunt igitur de cibariis eorum, et os Domini non interrogaverunt;* Recibieron de sus manjares, y no lo preguntaron á la boca de Dios. Y así, vemos en la divina Escritura que Moisen siempre preguntaba á Dios, y el rey David y todos los reyes de Israel para sus guerras y necesidades, y los sacerdotes y profetas antiguos, y Dios respondia y hablaba con ellos, y no se enojaba; y era bien hecho, y si no lo hicieran, fuera mal hecho; y así es la verdad. ¿Por qué pues ahora en la ley nueva y de gracia no lo será, como antes lo era? A lo cual se ha de responder que la principal causa por que en la ley vieja eran lícitas las preguntas que se hacian á Dios, y convenia que los profetas y sacerdotes quisiesen visiones y revelaciones de Dios, era porque entonces aun no estaba tan fundamentada la fe ni establecida la ley evangélica; y así, era menester preguntasen á Dios y que él hablase, ahora por palabras, ahora por visiones y revelaciones, ahora en figuras y semejanzas, ahora en otras muchas maneras de significaciones; porque todo lo que respondia, hablaba y revelaba, eran misterios de nuestra fe, ó cosas tocantes ó enderezadas á ella; por cuanto las cosas de fe no son del hombre, sino de boca del mismo Dios, las cuales él por su misma boca habló. Por eso era menester que (como habemos dicho) preguntasen á la misma boca de Dios, y por eso los reprehendia cuando no lo hacian, para que él les respondiese, encaminando sus casos y cosas á la fe que aun ellos no tenian sabida. Pero ya que está fundada la fe en Cristo y manifiesta la ley evangélica en esta era de gracia, no hay para qué preguntarle de aquella manera, ni para qué él hable y responda como entonces; porque en darnos como nos dió á su hijo, que es una palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola palabra, y no tiene mas que hablar. Y este es el sentido de aquella autoridad con que san Pablo quiere inducir á los hebreos á que se aparten de aquellos modos primeros y tratos con Dios de la ley de Moisen, y pongan los ojos en Cristo solamente, diciendo: *Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis: novissimè diebus istis locutus est nobis in filio;* Lo que antiguamente habló Dios en los profetas á nuestros padres de muchos modos y maneras, ahora á la postre en estos dias nos lo ha hablado en su Hijo todo de una vez. En lo cual da á entender el Apóstol que ya Dios ha dicho tanto en esto, que no tiene mas que hablar, porque lo que hablaba antes en partes á los profetas, ya lo ha hablado en el todo, dándonos al todo, que es su Hijo; por lo cual, el que ahora quisiese preguntar á Dios, ó querer alguna vision ó revelacion, parece que haria agravio á Dios, no poniendo totalmente los ojos en Cristo sin querer otra alguna cosa ó novedad. Porque le podia Dios responder diciendo: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui: ipsum audite;* Ya te tengo habladas todas las cosas en mi palabra, que es mi Hijo; pon los ojos solo en él, porque en él te lo tengo dicho todo y revelado todo, y hallarás en él aun mas de lo que deseas y pides. Porque tú pides locucion ó revelacion ó vision en parte, y si pones en él los ojos, lo hallarás en todo; porque él es toda mi locucion y respuesta, y es toda mi vision y revelacion; la cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándooslo por hermano, maestro, compañero, precio y premio. Ya yo bajé con mi Espíritu sobre él en el monte Tabor, diciendo: Este es mi amado Hijo, en que me complací á mí; á él oid. No hay que buscar nuevas maneras de enseñanzas y respuestas; que si antes hablaba, era prometiendo á Cristo, y si me preguntaban, eran las preguntas encaminadas á la peticion y esperanza de Cristo, en que habian de hallar todo bien (como ahora lo da á entender toda la doctrina de los evangelistas y apóstoles); mas ahora el que me preguntase de aquella manera, y quisiese que yo le hablase ó algo le revelase, era en alguna manera no estar contento con Cristo; y así, haria mucho agravio á mi amado Hijo. Teniéndole, no hallarás que pedirme ni que desear de revelaciones ó visiones; míralo tú bien, que ahí lo hallarás ya hecho y dado todo eso, y mucho mas en él. Si quisieres que te responda yo alguna palabra de consuelo, mira mi Hijo obediente á mí y afligido por mi amor, y verás cuántas te responde. Si quisieres que te declare Dios algunas cosas ocultas ó casos, pon solo los ojos en él, y hallarás ocultísimos misterios, sabiduría y maravillas de Dios, que están encerradas en él, segun mi apóstol dice: *Inquo suntom-*



nes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi; En él están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia de Dios. Los cuales tesoros de sabiduría serán para tí muy mas altos, sabrosos y provechosos que las cosas que tú querias saber; que por esto se gloriaba el mismo apóstol, diciendo que no sabia otra alguna cosa sino á Jesucristo, y este crucificado; *Non enim judicavi, me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* Y si tambien quisieres otras visiones ó revelaciones divinas ó corporales, mírale á él tambien humanado, y hallarás mas en eso de lo que piensas. Que tambien dice de él san Pablo: *In ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter;* En Cristo mora toda plenitud de divinidad corporalmente. No conviene pues ya preguntar á Dios de aquella manera, ni es necesario que ya hable; pues habiendo hablado en Cristo, no hay mas que desear; y quien quisiere recibir ahora por via sobrenatural extraordinaria algunas cosas, seria como notar falta en Dios, que no habia dado todo lo bastante en su Hijo, como está dicho; porque, aunque lo haga, suponiendo la fe y creyéndola, todavía es curiosidad de menos fe; de donde no hay que esperar con esta curiosidad doctrina, ni otra cosa por via sobrenatural; porque á la hora que Cristo dijo en la cruz cuando espiró: *Consummatum est*, acabado es; no solo se acabaron esos modos, sino tambien todas las ceremonias y ritos de la ley vieja; y así, en todo nos habemos de guiar por la doctrina de Cristo, de su Iglesia y de sus ministros, y por esa via remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales; que para todo hallarémos por este camino abundante medicina; y lo que de él saliere y se apartare, no solo es curiosidad, sino mucho atrevimiento, y no se ha de creer cosa por via sobrenatural, sino solo lo que dijere con la enseñanza de Cristo, Dios y hombre, y de sus ministros; tanto, que dijo san Pablo: *Sed licet... Angelus de coelo evangelicet vobis: praeterquam quod evangelizavimus vobis, anathema sit;* Si algun ángel del cielo os evangelizare fuera de lo que nosotros evangelizamos, sea maldito y descomulgado. De donde pues es verdad que se ha de estar en lo que Cristo nos enseñó, y todo lo demás es nada, ni se ha de creer si no conforma con ello; en vano anda el que quiere ahora tratar con Dios al modo de la ley vieja; cuanto mas, que no le era lícito á cualquiera de aquel tiempo preguntar á Dios, ni él respondia á todos, sino á los sacerdotes y profetas solos, que eran de cuya boca el vulgo habia de saber la ley y la doctrina; y así, si alguno queria saber algo de Dios, por el profeta ó por el sacerdote lo preguntaba, y no por sí mismo; y si David por sí mismo preguntó algunas veces á Dios, es porque era profeta, y aun con todo eso no lo hacia sin la vestidura sacerdotal, como se ve haberlo hecho en el primero de los *Reyes*, donde dijo á Abimelec sacerdote: *Applica ad me Ephod;* que era una vestidura de las mas autorizadas del sacerdocio, y consultó con Dios; mas otras veces por el profeta Natan y por otros profetas consultaba á Dios, y por la boca de estos profetas y de los sacerdotes se habia de creer ser de Dios lo que se les decia, y no por su parecer propio; y así, lo que Dios decia entonces, ninguna autoridad ni fuerza le hacia para darle entero crédito si por la boca de los profetas y sacerdotes no se aprobaba; porque es Dios tan amigo que el gobierno y trato del hombre sea tambien por otro hombre semejante á él, que totalmente quiere que á las cosas que sobrenaturalmente nos comunica, no les demos entero crédito, ni hagan en nosotros confirmada fuerza y segura, hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre; y así, siempre que algo dice ó revela al alma, lo dice con una manera de inclinacion puesta en la misma alma, á que se diga á quien conviene decirse, y hasta esto no suele dar entera satisfaccion, para que la tome el hombre de otro hombre semejante á él, á quien Dios tiene puesto en su lugar. De donde en los *Jueces* vemos haberle acaecido lo mismo al capitan Gedeon: con haberle dicho Dios muchas veces que venceria á los madianitas, todavía estaba dudoso y cobarde, habiéndole dejado Dios aquella flaqueza, hasta que por boca de los hombres oyó lo que Dios le habia dicho; y fué que, como él le vió flaco, le dijo: *Surge, et descende in castra... et cum audieris quid loquantur, tunc confortabuntur manus tuae, et securior ad hostium castra descendes;* Levántate y desciende al real, y cuando oyeres allí lo que hablan los hombres, entonces recibirás fuerzas en lo que te he dicho, y bajarás con mas seguridad á los ejércitos de los enemigos. Y así fué, que oyendo contar un sueño de un madianita á otro, en que habia soñado que Gedeon los habia de vencer, fué muy esforzado, y comenzó á poner por obra con grande alegría la batalla. De donde se ve que no quiso Dios se asegurase hasta que por boca de otros oyese lo mismo; y mucho mas es de admirar lo que pasó acerca de esto en Moisen, que, con haberle Dios mandado con muchas razones, y confirmádoselo con las señales de la vara en serpientes y de la mano leprosa, que fuese á libertar los hijos de Israel, estuvo tan flaco, detenido y escuro en esta ida, que, aunque se enojó Dios, nunca tuvo ánimo para acabar de tener fuerte fe en el caso, hasta que le animó Dios en su hermano Aaron, diciendo: *Aaron frater tuus levites, scio, quod eloquens sit: ecce ipse egreditur in occursum tuum, vidensque te, laetabitur corde. Loquere ad eum, et pone verba mea in ore ejus: et ego ero in ore tuo, et in ore illius;* Yo sé que tu hermano Aaron es hombre elocuente; él te saldrá al encuentro, viéndote se alegrará de corazon; habla con él, y dile todas mis palabras, y yo seré en tu boca y en la suya. Oidas estas palabras, Moisen animóse luego con la esperanza del consuelo del consejo que de su hermano habia de tener; porque esto tiene el alma humilde, que no se atreve á tratar á solas con Dios ni se puede acabar de satisfacer sin gobierno y consejo humano; y así lo quiere Dios, porque en aquellos que se juntan á tratar la verdad se junta él allí para aclararla y confirmarla en ellos. Como dijo lo habia de hacer con Moisen y Aaron juntos, siendo en la boca del uno y en la boca del otro; que por eso tambien dijo en el Evangelio: *Ubi enim sunt duo, vel tres*

congregati in nomine meo, ibi sum medio eorum: Donde estuvieren dos ó tres juntos para mirar lo que es mas gloria y honra de mi nombre, yo estoy allí en medio de ellos; es á saber, aclarando y confirmando en sus corazones las verdades de Dios. Y es de notar que no dijo : Donde estuviere uno solo, yo estoy allí; sino por lo menos dos, para dar á entender que no quiere Dios que ninguno á solas se crea para sí las cosas que tiene por de Dios, ni se confirme ni aun afirme en ellas sin el consejo y gobierno de la Iglesia ó sus ministros; porque con esto solo no estará él aclarándole y confirmándole la verdad en el corazon; y así, quedará en ella flaco y frio. Y de aquí es lo que encarece el *Ecclesiastes*, diciendo : *Vae soli, quia cum ceciderit, non habet sublevantem se. Et si dormierint duo, foveluntur mutuò: unus quomodo calefiet? Et si quispiam praevaluerit contra unum, duo resistunt ei;* ¡Ay del solo que cuando cayere no tiene quien le levante! Si dos durmieren juntos, calentarse ha el uno al otro (es á saber, con el calor de Dios, que está en medio); uno solo ¿cómo calentará, esto es, cómo dejará de estar frio en las cosas de Dios? Y si alguno pudiere mas y prevaleciere contra uno (esto es, el demonio, que prevalece contra los que á solas se quieren haber en las cosas de Dios), dos juntos le resistirán, que son el discípulo y el maestro que se juntan á saber y obrar la verdad; y hasta esto ordinariamente se siente él solo tibio y flaco en ella, aunque mas la haya oido de Dios; tanto, que con haber mucho que san Pablo predicaba el Evangelio, que dice él habia oido, no de hombre sino de Dios, no pudo acabar consigo de dejar de ir á conferirle con san Pedro y los apóstoles, diciendo : *Ne forte in vacuum currerem, aut cucurrissem;* No por ventura corriese en vano ó hubiese corrido. Aquí se da á entender claro cómo no es bien asegurarse en las cosas que parece que Dios revela, sino es por el órden que vamos diciendo; porque, dado caso que la persona tenga certeza, como san Pablo la tenia de su evangelio (pues le habia ya comenzado á predicar), aunque la revelacion sea de Dios, todavía el hombre puede errar en la ejecucion y en lo tocante á ella; porque Dios no siempre, aunque dice lo uno, dice lo otro, y muchas veces dice la cosa, y no el modo de hacerla; porque ordinariamente todo lo que se puede hacer por industria y consejo humano, no lo hace él ni lo dice, aunque trate muy afablemente mucho tiempo con el alma; lo cual conocia muy bien san Pablo, pues, como decimos, aunque sabia le era por Dios revelado el Evangelio, le fué á conferir. Y vemos esto claro en el *Exodo*, donde, tratando Dios tan familiarmente con Moisen, nunca le habia dado aquel consejo tan saludable que le dió su suegro Jetró; es á saber, que eligiese otros jueces para que le ayudasen, y no estuviese esperando el pueblo desde la mañana hasta la noche : *Provide autem de omni plebe viros potentes, et timentes Deum, in quibus sit veritas, etc... qui judicent populum omni tempore.* El cual consejo Dios aprobó, y no se lo habia él dicho porque aquello era cosa que podia caer en juicio y consejo humano; y así, todas las cosas que pueden caer en juicio y consejo humano acerca de las visiones y locuciones de Dios, no las suele revelar Dios, porque siempre quiere que se aprovechen de este, en cuanto se pudiere, salvo las que son de fe, que exceden todo juicio y razon, aunque no son contra razon y juicio. De donde no piense alguno que, porque sea cierto que Dios y los santos traten con él familiarmente muchas cosas, por el mismo caso le han de declarar y decir las faltas que tiene acerca de cualquier cosa, pudiendo él saberlo por otra via; y así, no hay que asegurarse; porque, como leemos haber acaecido en los *Actos de los apóstoles*, que con ser san Pedro príncipe de la Iglesia, y que inmediatamente era enseñado de Dios acerca de cierta ceremonia que usaba entre las gentes, erraba, y callaba Dios; tanto, que le reprehendió san Pablo, segun él afirma allí, diciendo : *Sed cum vidissem, quod non rectè ambularent ad veritatem Evangelii, dixi Caephe coram omnibus: si tu cum judaeus sis, gentiliter vivis, et non judaicè, quomodo gentes cogis judaizare?* Como yo viese que no andaban rectamente los discípulos, segun la verdad del Evangelio, dije á Pedro delante de todos : Si siendo tu judío, como lo eres, vives gentílicamente, ¿cómo fuerzas á los gentiles á judaizar? Y Dios no advertia esta falta á Pedro por sí mismo, porque era cosa que podia saber por via ordinaria; de donde muchas faltas y pecados castigará Dios en muchos el dia del juicio, con los cuales habrá tenido acá muy ordinario trato y dado mucha luz y virtud; porque en lo demás que ellos sabian que debian hacer, se descuidaron, confiando en aquel trato que tenian con Dios, descuidando con eso; y así, como dice nuestro Señor Jesus en el Evangelio, se maravillarán ellos entonces, diciendo : *Domine, Domine, nonne in nomine tuo prophetavimus, et in nomine tuo daemonia ejecimus, et in nomine tuo virtutes multas fecimus?* Señor, Señor, ¿por ventura las profecías que tú nos hablabas, por ventura no las profetizamos en tu nombre, y en tu nombre no echamos y lanzamos los demonios, y en tu nombre no hicimos muchos milagros y virtudes? Y dice el Señor que les responderá diciendo : Apartáos de mí los obreros de maldad, porque nunca os conocí. De estos era el profeta Balaan y otros semejantes; los cuales, aunque hablaba Dios con ellos, eran pecadores; pero en su tanto reprehenderá el Señor á los escogidos amigos suyos, con quien acá se comunicó familiarmente, en las faltas y descuidos que ellos hayan tenido; de las cuales no era menester que les advirtiese Dios por sí mismo, pues ya por la ley y razon natural que les habia dado se lo advertia. Concluyendo pues en esta parte, digo, y sácolo de lo dicho, que cualquiera cosa que el alma reciba, de cualquiera manera que sea, por via sobrenatural, clara, rasa y sencillamente, con toda verdad ha de comunicarla luego con el maestro espiritual; porque, aunque parece que no habia para qué dar cuenta ni para qué gastar en eso tiempo, pues con desecharlo y no hacer caso de ello (como habemos enseñado) queda el alma segura, mayormente cuando son cosas de visiones ó revelacio-

nes ó otras comunicaciones sobrenaturales, que, ó son claras ó va poco en que sean ó no sean, todavía es muy necesario (aunque al alma le parezca que no hay para qué) decirlo todo; y esto por tres cosas: la primera porque, como habemos dicho, muchas cosas comunica Dios cuyo efecto, fuerza, luz y seguridad no la confirma del todo en el alma hasta que, como queda dicho, se trata con quien Dios tiene puesto por juez espiritual de aquella alma, que es el que tiene poder de atarla ó desatarla, y aprobar y reprobar en ella, segun lo habemos probado por las autoridades arriba alegadas, y lo probamos cada dia por experiencia, viendo en las almas humildes por quien pasan estas cosas, que, después que las han tratado con quien deben, quedan con nueva satisfaccion, fuerza, luz y seguridad; tanto, que á algunas les parece que hasta que lo traten, ni se les asienta ni es suyo aquello, y que entonces se lo dan de nuevo.

La segunda causa es, porque ordinariamente ha menester el alma doctrina sobre las cosas que le acaecen, para encaminarla por aquella via á la desnudez y pobreza espiritual, que es la noche escura; porque, si esta doctrina le va faltando, dado que el alma no quiera las tales cosas, sin entenderse se irá enrudeciendo en la via espiritual y haciéndose á la del sentido.

La tercera causa es, porque para la humilde sujecion y mortificacion del alma conviene dar parte de todo, aunque de todo ello no haga caso ni lo tenga en nada; porque hay algunas almas que sienten mucho en decir las tales cosas, por parecerles que no son nada, y no saben cómo las tomarán las personas con quien las han de tratar; lo cual es poca humildad, y por el mismo caso es menester sujetarse á decirlo; y hay otras que sienten mucha vergüenza en decirlo, porque no vean que tienen ellas aquellas cosas que parecen de santos, y otras cosas que en decirlo sienten; y por eso, que no hay para qué decirlo, pues no hacen ellas caso de ello, y por el mismo caso conviene que se mortifiquen y lo digan, hasta que estén humildes y blandas y prontas en decirlo, y después siempre lo digan con facilidad; pero hase de advertir acerca de lo dicho que, no porque habemos puesto tanto en que tales cosas se desechen, y que no pongan los confesores á las almas en el lenguaje de ellas, convendrá que les muestren desabrimiento los padres espirituales acerca de ellas, ni de tal manera las hagan desvíos y desprecio en ellas, que les dén ocasion á que se encojan y no se atrevan á manifestarlas, y que lo tomen para dar en muchos inconvenientes, si les cerrasen la puerta para decirlas; porque (como habemos dicho) es medio; y pues es medio y modo por donde Dios lleva á las tales almas, no hay para qué estar mal con él, ni por qué espantarse ni escandalizarse de él; sino antes ir con mucha beniguidad y sosiego, poniéndoles ánimo y dándoles salida para que lo digan; y si fuere menester, poniéndoles precepto, porque á veces en la dificultad que las almas sienten en tratarlo, todo es menester; y encamínenlas en la fe, enseñándolas buenamente á desviar los ojos de todas aquellas cosas, dándoles doctrina cómo han de desnudar el apetito y espíritu de ellas, para ir adelante, y á entender cómo es mas preciosa delante de Dios una obra ó acto de voluntad hecha en caridad que cuantas visiones y revelaciones pueden tener del cielo; y cómo muchas almas, no teniendo cosa alguna de esas, están sin comparacion mucho mas adelante que otras que tienen muchas.

CAPITULO XXIII

En que se comienza á tratar de las aprehensiones del entendimiento, que son puramende por via espiritual; dice qué cosas sean.

Aunque la doctrina que habemos dado acerca de las aprehensiones del entendimiento que son por via del sentido, segun lo que de ellas habia que tratar queda algo corta, no he querido alargarme mas en esto; pues, aun para cumplir con el intento que yo llevo, que es desembarazar al entendimiento de ellas, y encaminarle en la noche de la fe, antes entiendo me he alargado mucho. Por tanto, comenzarémos ahora á tratar de las otras cuatro aprehensiones del entendimiento, que en el capítulo octavo dijimos ser puramente espirituales, que son, visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos espirituales. A las cuales llamamos puramente espirituales, porque no como las corporales y imaginarias se comunican al entendimiento por via de los sentidos corporales, sino sin algun medio de algun sentido corporal exterior ó interior se ofrecen al entendimiento clara y distintamente por via sobrenatural pasivamente, que es sin poner el alma algun acto y obra de su parte, á lo menos activamente y como de suyo. Es pues de saber que, hablando anchamente y en genêral, todas estas cuatro aprehensiones se pueden llamar visiones del alma; porque al entender del alma llamamos tambien ver del alma; y por cuanto todas estas aprehensiones son inteligibles al entendimiento, son llamadas visibles espiritualmente; y así, las inteligencias que de ellas se forman en el entendimiento se pueden llamar visiones intelectuales; que, por cuanto todos los objetos de los demás sentidos, como son todo lo que se puede ver y todo lo que se puede oir, y todo lo que se puede oler y gustar y tocar, son objetos del entendimiento en cuanto caen debajo de verdad ó falsedad, de aquí es que, así como á los ojos corporales todo lo que es visible corporalmente les causa vision corporal, así á los ojos del alma espirituales, que es el entendimiento, todo lo que es inteligible le causa vision espiritual, pues (como habemos dicho) el entenderlo es verlo; y así, estas cuatro aprehensiones, como digo, hablando generalmente las podemos llamar visiones; lo cual no tienen otros sentidos, porque el uno no es capaz del objeto del otro en cuanto tal; pero, porque estas aprehensiones se representan al alma al modo que á los demás sentidos, de aquí es que, hablando propia y especificadamente, á lo que recibe el entendimiento á modo de ver (porque puede ver las cosas espiritualmente, así como los ojos corporalmente) llamamos vision, y á lo que recibe

como aprehendiendo y entendiendo cosas nuevas llamamos revelacion, y á lo que recibe á modo de oir llamamos locucion, y á lo que recibe á modo de los demás sentidos, como es la inteligencia de suave olor espiritual y de sabor espiritual y deleite espiritual que el alma puede gustar sobrenaturalmente, llamamos sentimientos espirituales. De todo lo cual él saca inteligencia ó vision espiritual, como habemos dicho, sin aprehension ninguna de forma, imágen ó figura de imaginacion ó fantasía natural de donde lo saque, sino que inmediatamente estas cosas se comunican al alma por obra sobrenatural y por medio sobrenatural. De estas pues tambien (como de las demás aprehensiones corporales y imaginarias hicimos) nos conviene desembarazar aquí el entendimiento, encaminándole y enderezándole en la noche espiritual de fe á la divina y sustancial union de amor de Dios; porque, embarazándose y enrudeciéndose con ellas, no se la impida el camino de la soledad y desnudez que para esto se requiere de todas las cosas; porque, dado caso que estas son mas nobles aprehensiones y mas provechosas y mucho mas seguras que las corporales y imaginarias, por cuanto son ya interiores, puramente espirituales, y en que menos puede llegar al demonio; porque se comunica en ellas al alma mas pura y sutilmente, sin obra alguna de ella ni de la imaginacion, á lo menos activa y de suyo, todavía, no solo se podria al entendimiento embarazar para el dicho camino, mas aun podria ser engañado mucho por su poco recato.

Y aunque en alguna manera podriamos juntamente concluir con estas cuatro maneras de aprehensiones, dando el comun consejo en ellas que en todas las demás vamos dando, de que ni se pretendan ni quieran; todavía, porque á vueltas se dará mas luz para hacerlo, y se dirán algunas cosas acerca de ellas, es bueno tratar de cada una en particular; y así, dirémos de las primeras, que son visiones espirituales é intelectuales.

CAPITULO XXIV.

En que se trata de dos maneras que hay de visiones espirituales por via sobrenatural.

Hablando ahora propiamente de las que son visiones espirituales sin medio de algun sentido corporal, digo que dos maneras de visiones pueden caer en un entendimiento: unas son de sustancias corpóreas, otras sustancias separadas ó incorpóreas. Las corporales son acerca de todas las cosas materiales que hay en el cielo y en la tierra, las cuales puede ver el alma mediante cierta lumbre derivada de Dios, en la cual puede ver todas las cosas ausentes del cielo y de la tierra. Las otras visiones, que son de sustancias incorpóreas, piden otra lumbre mas alta; y así, estas visiones de sustancias incorpóreas, como son ángeles y almas, no son muy ordinarias ni propias de esta vida, y mucho menos la de la esencia divina, que es propio de comprehensores, sino es que de paso transeuntemente se comunique á alguno, dispensando Dios ó salvando la condicion y vida natural, y abstrayendo algunas veces al espíritu de ella, como pudo ser en el apóstol san Pablo cuando él dice que vió aquellos secretos indecibles en el tercer cielo: *Sive in corpore, nescio, sive extra corpus, nescio, Deus scit*. Esto es, que fué arrebatado para verlos, y lo que vió, dice que no sabe si era en el cuerpo ó fuera del cuerpo, que Dios lo sabe; en lo cual se ve claro que se traspuso de la via natural, haciendo Dios el cómo. De donde tambien, cuando se cree haber Dios mostrado su esencia á Moisen, se lee que le dijo Dios que él le pondria en el horado de la piedra, y le ampararia cubriéndole con la diestra y amparándole, porque no muriese cuando pasase su gloria; la cual pasada ó tránsito era mostrarse por via de paso, amparando él con su diestra la vida natural de Moisen. Mas estas visiones tan sustanciales como la de san Pablo y la de Moisés y de Elías, nuestro padre, cuando cubrió su rostro al silbo suave de Dios, son por via de paso, rarísimas veces acaecen, y casi nunca, y á muy pocos; porque lo hace Dios con aquellos que son fuertes del espíritu de la Iglesia y ley de Dios, como fueron los tres arriba nombrados.

Pero, aunque estas visiones no se pueden, de ley ordinaria, desnuda y claramente ver en esta vida, puédense, empero, sentir en la sustancia del alma mediante una noticia amorosa con suavísimos toques y juntas; lo cual pertenece á los sentimientos espirituales, de que con el divino favor habemos de tratar después; porque á estos se endereza y encamina nuestra pluma, que es á la divina junta y union del alma con la sustancia divina; lo cual ha de ser cuando tratarémos de la inteligencia mística y confusa ó escura, que queda por decir, donde habemos de decir cómo, mediante esta noticia amorosa y escura, se junta Dios con el alma en alto grado y divino; porque en alguna manera esta noticia escura amorosa, que es la fe, sirve en esta vida para divina union, como la lumbre de gloria sirve en la otra de medio para la clara vision de Dios.

Por tanto, tratemos ahora de las visiones de corpóreas sustancias que espiritualmente se reciben en el alma, las cuales son á modo de las visiones corporales; porque, así como ven los ojos las cosas corporales mediante la luz natural, así el alma con el entendimiento, mediante la lumbre derivada sobrenaturalmente, que habemos dicho, ve interiormente esas mismas cosas naturales y otras, cuales Dios quiere, sino que hay diferencia en el modo y en la manera; porque las espirituales ó intelectuales mucho mas clara y sutilmente acaecen que las corporales; porque cuando Dios quiere hacer esa merced al alma, comúnicala aquella luz sobrenatural que decimos, en que facilísima y clarísimamente ve las cosas que Dios quiere, ahora del cielo, ahora de la tierra, no haciendo impedimento, ausencia ni presencia de ellas. Y es como si se abriese una clarísima puerta, y por ella viese á veces, á manera de un relámpago, cuando en una noche escura súbitamente esclarece las cosas y las hace ver clara y distintamente, y luego las deja á escuras, aunque las formas y figuras de ellas se queden en la fantasía, lo cual en el alma acae-

ce muy mas perfectamente; porque de tal manera se quedan en ella á veces impresas aquellas cosas que con el espíritu vió en aquella luz, que, cada vez que ilustrada de Dios advierte, las ve en sí como las vió antes, bien así como en el espejo se ven las formas que están en él representadas cada vez que en él miren; y es de manera, que ya aquellas formas de las cosas que vió, nunca jamás se le quitan del todo del alma, aunque por tiempos se van haciendo algo remotas.

El efecto que hacen en el alma estas visiones es quietud, iluminacion, alegría á manera de gloria, suavidad, limpieza y amor, humildad, y inclinacion ó elevacion de espíritu en Dios, unas veces mas y otras menos, unas mas en lo uno, otras en lo otro, segun el espíritu en que se reciben y como Dios quiere.

Puede tambien el demonio causar ó remedar estas visiones en el alma mediante alguna lumbre natural, ayudándose de la fantasía, en que por sugestion espiritual aclara el espíritu las cosas, ahora sean presentes, ahora ausentes. De donde sobre aquel lugar de san Mateo, donde dice que el demonio mostró á Cristo todos los reinos del mundo y la gloria de ellos: *Ostendit ei omnia regna mundi*, dicen algunos doctores que lo hizo por sugestion espiritual; porque con los ojos corporales no era posible hacerle ver tanto, que viese todos los reinos del mundo y su gloria. Pero de estas visiones que causa el demonio á las que son de parte de Dios hay mucha diferencia; porque los efectos que estas hacen en el alma no son como los que hacen las buenas; antes hacen sequedad de espíritu acerca del trato con Dios, inclinacion á estimarse, y admitir y tener en algo las dichas visiones; y en ninguna manera causan blandura de humildad y amor de Dios. Ni las formas de estas se quedan impresas en el alma con aquella claridad suave que las otras, ni duran; antes se raen luego del alma, salvo si el alma las estima en mucho, que entonces la propia estima hace que se acuerde de ellas naturalmente, mas es muy secamente, y sin hacer aquel efecto de amor y humildad que las buenas causan cuando se acuerdan de ellas.

Estas visiones, por cuanto son de criaturas, con que Dios ninguna conveniencia y proporcion esencial tiene, no pueden servir al entendimiento de medio próximo para la union de Dios. Y así, conviene al alma haberse negativamente en ellas, como en las demás que habemos dicho, para ir adelante por el medio próximo, que es la fe. De donde, de aquellas formas de las tales visiones que se quedan en el alma impresas no ha de hacer archivo ni tesoro el alma, ni ha de querer arrimarse á ellas; porque seria estarse con aquellas formas, imágenes y personajes que acerca del interior residen, embarazada, y no iria por negacion de todas las cosas á Dios. Porque, dado caso que aquellas formas siempre se representasen allí, no le impedirian mucho si el alma no quisiere hacer caso de ellas; porque, aunque es verdad que la memoria de ellas incita al alma á algun amor de Dios y contemplacion; pero mucho mas incita y levanta la pura fe y desnudez á escuras de todo eso, sin saber el alma cómo ni de dónde le viene. Y así, acaecerá que ande el alma inflamada con ansias de amor de Dios muy puro, sin saber de dónde le vienen ni qué fundamento tuvieron; y fué que, así como la fe se arraigó y infundió mas en el alma mediante aquel vacío y tiniebla, y desnudez de todas las cosas ó pobreza espiritual, que todo lo podemos llamar una misma cosa; tambien juntamente se arraiga y infunde mas en el alma la caridad de Dios. De donde, cuanto mas el alma se quiere escurecer y aniquilar acerca de todas las cosas exteriores y interiores que puede recibir, tanto mas se infunde de fe y de amor y de esperanza en ella. Pero este amor algunas veces no lo comprehende la persona ni lo siente. Por cuanto no tiene este amor su asiento en el sentido con ternura, sino en el alma con fortaleza, y mas ánimo y osadía que antes, aunque algunas veces redunde en el sentido y se muestre tierno y blando. De donde, para llegar á aquel amor, alegría y gozo que le hacen y causan las tales visiones al alma, conviénele que tenga fortaleza y mortificacion para querer quedarse en vacío y á escuras de todo ello, y fundar aquel amor y gozo en lo que no ve ni siente, ni puede ver ni sentir en esta vida, que es Dios, el cual es incomprehensible y sobre todo; y por eso nos conviene ir á él por negacion de todo; porque si no, dado caso que el alma sea tan sagaz y humilde y fuerte, que el demonio no la pueda engañar en ellas ni hacerla caer en alguna presuncion, como suele hacer, no dejará ir á la alma adelante; por cuanto pone obstáculo á la desnudez espiritual y pobreza de espíritu y vacío en fe, que es lo que se requiere, como está dicho, para la union del alma con Dios. Y porque acerca de estas visiones sirve tambien la misma doctrina que en el capítulo diez y nueve y veinte dimos para las visiones y aprehensiones sobrenaturales del sentido, no gastarémos aquí mas tiempo en darla mas por extenso.

CAPITULO XXV.

En que se trata de las revelaciones. Dícese qué cosa sean, y pónese aquí una distincion.

Por el órden que aquí llevamos, se sigue ahora tratar de la segunda manera de aprehensiones espirituales, que arriba llamamos revelaciones; de las cuales algunas propiamente pertenecen al espíritu de profecía. Acerca de lo cual es primero de saber que revelacion no es otra cosa que descubrimiento de alguna verdad oculta ó manifestacion de algun secreto ó misterio; así como si Dios diese al alma á entender alguna cosa, como es declarando al entendimiento la verdad de ella, ó descubriese al alma algunas cosas que él hizo ó hace ó piensa hacer. Y segun esto, podemos decir que hay dos maneras de revelaciones: unas que son descubrimiento de verdades al entendimiento, que propiamente se llaman noticias intelectuales ó inteligencias; otras que son manifestacion de secretos, y estas se llaman propiamente, y mas que esotras, revelaciones; que las primeras no se pueden en rigor llamar revelaciones, porque aquellas consisten en hacer Dios enten-

der al alma verdades desnudas, no solo acerca de las cosas temporales, sino tambien de las espirituales, mostrándoselas clara y manifièstamente. De las cuales he querido tratar debajo de nombre de revelaciones; lo uno por tener mucha vecindad y alianza con ellas, lo otro por no multiplicar muchos nombres de distinciones. Pues, segun esto, bien podrémos distinguir ahora las revelaciones en dos géneros de aprehensiones: al uno llamarémos noticias intelectuales, y al otro manifestacion de secretos y misterios ocultos de Dios; y concluirémos con ellas en dos capítulos lo mas brevemente que pudiéremos, tratando en este primero de las noticias intelectuales.

CAPITULO XXVI.

En que se trata de las inteligencias de verdades desnudas en el entendimiento. Y dice cómo son en dos maneras, y cómo se ha de haber el alma acerca de ellas.

Para hablar propiamente de esta inteligencia de verdades desnudas que se da al entendimiento, era necesario que Dios tomase la mano y moviese la pluma; porque sepas, amado lector, que excede toda palabra lo que ellas para el alma son en sí mismas; pero, pues yo no hablo aquí de ellas de propósito, sino solo para industriar y encaminar al alma en ellas á la divina union, sufrirse ha hablar de ellas corta y modificamente cuanto baste para el dicho intento.

Esta manera de visiones, ó por mejor decir, de noticias de verdades desnudas, es muy diferente de la que acabamos de decir en el capítulo veinte y dos; porque no es como ver las cosas corporales con el entendimiento; pero consiste en entender y ver con el entendimiento verdades de Dios ó de las cosas, y sobre las cosas que son, fueron y serán; lo cual es muy conforme al espíritu de profecía, como por ventura se declarará después. Donde es de notar que este género de noticias se distingue en dos maneras de ellas, porque unas acaecen al alma acerca del Criador, otras acerca de las criaturas, como habemos dicho. Y aunque las unas y las otras son muy sabrosas para el alma, pero el deleite que causan en ella estas que son de Dios, no hay cosa á que le poder comparar, ni vocablos ni términos con que le poder decir; porque son noticias del mismo Dios y deleites del mismo Dios, que, como dice David: *Non est qui similis sit tibi;* No hay como él cosa alguna. Porque acaecen estas noticias derechamente acerca de Dios, sintiendo altísimamente de algun atributo suyo, ahora de su omnipotencia, ahora de su fortaleza, ahora de su bondad y dulzura; y todas las veces que se siente, pega en el alma aquello que se siente. Que, por cuanto es pura contemplacion, ve claro el alma, que no hay como poder decir algo de ello, sino es algunos términos generales, que la abundancia del deleite y bien que allí sintieron les hace decir á las almas por quien pasa; mas no para que en ellos se pueda acabar de entender lo que allí el alma gustó y sintió. Y así, David, habiendo pasado algo de esto, solo habló de ello con palabras comunes y generales, diciendo: *Judicia Domini vera justificata in semetipsa. Desiderabilia super aurum, et lapidem pretiosum multum, et dulciora super mel et favum;* Lo que juzgamos y sentimos de Dios, esto es, las virtudes y atributos que sentimos en él, son verdaderos en sí mismos, justificados, mas deseables que el oro y que la plata y que la piedra preciosa muy mucho, y mas dulces que el panal y la miel. Y de Moisen leemos que en una altísima noticia que Dios le dió de sí una vez que pasó delante de él, solo dijo lo que se puede decir por los dichos términos comunes, y fué, que pasando el Señor por él en aquella noticia, se postró muy apriesa en la tierra, diciendo: *Dominator Domine Deus, misericors, et clemens, patiens, et multae miserationis, ac verax. Qui custodis misericordiam in millia;* Emperador, Señor, Dios misericordioso, clemente y paciente, y de mucha miseracion y verdadero, que guardas la misericordia que prometes en millares. De donde se ve que, no pudiendo Moisen declarar lo que en Dios conoció por una sola noticia, lo dijo y rebosó por todas aquellas palabras. Y aunque á veces en las tales noticias se dicen palabras, bien ve el alma que no ha dicho nada de lo que sintió; porque ve que no hay nombre acomodado para poder nombrar aquello. Y así, san Pablo, cuando tuvo aquella alta noticia de Dios, no curó de decir nada, sino que no era lícito al hombre tratar de ella.

Estas noticias divinas, que son acerca de Dios, nunca son acerca de cosas particulares, por cuanto son acerca del sumo principio; y por eso no se pueden decir en particular, sino fuese que se extendiese este conocimiento á alguna otra verdad de cosa menos que Dios, que en alguna manera se podrá dar á entender; mas aquellas generales no. Y estas altas noticias amorosas no las puede tener sino el alma que llega á union de Dios, porque ellas son la misma union; porque consiste el tenerlas en cierto toque que se hace del alma en la divinidad; y así, el mismo Dios es el que allí es sentido y gustado; y aunque no manifiesta y claramente, como en la gloria; pero es tan subido y alto toque de noticia y saber, que penetra lo mas íntimo del alma, y el demonio no se puede entremeter ni hacer otro semejante, porque no le hay, ni cosa que se compare, ni infundir sabor ni deleite semejante; porque aquellas noticias saben algo á divino ser y vida eterna, y el demonio no puede fingir cosa tan alta. Empero podria él hacer alguna apariencia de simia, representando al alma algunas grandezas y hinchimientos muy sensibles, procurando persuadir al alma que aquello es Dios; mas no de manera que entrase en lo muy interior del alma, y la renovasen y enamorasen subidamente, como hacen las de Dios; porque hay algunas noticias y toques de estos, que hace Dios en la sustancia del alma, que de tal manera la enriquecen, que, no solo basta una de ellas para quitar al alma una vez algunas imperfecciones que ella no habia podido quitar en toda la vida, mas la deja llena de virtudes y bienes de Dios. Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se dará por bien pagada de todos los trabajos que en su

vida hubiese padecido, aunque fuesen innumerables; y queda tan animada y con tanto brio para padecer muchas cosas por Dios, que le es particular pasion ver que no padece mucho. Y á estas altas noticias no puede el alma llegar por alguna comparacion ó imaginacion suya; porque (como habemos dicho) son sobre todo eso; y así, sin la habilidad del alma las obra Dios en ella. De donde á veces, cuando ella menos piensa y menos lo pretende, suele Dios dar al alma estos divinos toques, en que le causa ciertos recuerdos de Dios. Y estos á veces se causan súbitamente en ella solo en acordarse de algunas cosas, y á veces harto mínimas. Y son tan sensibles y eficaces, que algunas veces, no solo al alma, mas tambien al cuerpo, hacen estremecer; pero otras veces acaecen en el espíritu muy sosegado sin estremecimiento alguno, con subido sentimiento de deleite y refrigerio en el espíritu.

Otras veces acaecen en alguna palabra que dicen ó oyen decir, ahora de la Escritura, ahora de otra cualquier cosa; pero no son siempre de una misma eficacia y sentimiento, porque muchas veces son harto remisos; pero, por mucho que sean, vale mas uno destos recuerdos y toques de Dios al alma que otras muchas noticias y consideraciones de las criaturas y obras de Dios. Y por cuanto estas noticias se dan al alma de repente, como habemos dicho, y sin albedrío de ella, no tiene el alma qué hacer en pretender ó no pretenderlas, sino háyase humilde y resignadamente acerca dellas, que Dios hará su obra como y cuando él quisiere. Y en estas no digo que se haya negativamente como en las demás aprensiones; porque, como aquí habemos dicho, ellas son parte de la union en que vamos encaminando al alma. Por lo cual la enseñamos á desnudarse y desasirse de todas las otras, y el medio para que Dios las haga ha de ser humildad y padecer por amor de Dios con resignacion y desinterés de toda retribucion; porque estas mercedes no se hacen al alma propietaria, por cuanto son hechas con muy particular amor de Dios, que tiene con la tal alma, porque el alma tambien se le tiene á él muy desapropiado. Que esto es lo que quiso decir el hijo de Dios por san Juan, cuando dijo: *Qui autem diligit me, diligetur à Patre meo, et ego diligam eum, et manifestabo ei me ipsum;* Aquel que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré á mí mismo á él. En lo cual se incluyen las noticias y toques que vamos diciendo que manifiesta Dios al alma que de veras le ama.

La segunda manera de noticias ó visiones de verdades interiores es muy diferente de esta que habemos dicho, porque es de cosas mas bajas que Dios. Y en esta se encierra el conocimiento de la verdad de las cosas en sí, y el de los hechos y casos que acaecen entre los hombres. Y es de manera este conocimiento, que cuando se le dan al alma á conocer estas verdades, de tal manera se le asientan en el interior, sin que nadie le diga nada, que, aunque le digan otra cosa, no puede dar el consentimiento interior á ella, aunque se quiera hacer fuerza para asentir, porque está el espíritu conociendo otra cosa en aquello que espiritualmente se le representó; lo cual es como verlo claro, y puede pertenecer al espíritu de profecía y á la gracia que llama san Pablo don de discrecion de espíritus. Y aunque el alma tenga aquello que entiende por tan cierto y verdadero como habemos dicho, no por eso ha de dejar de creer y seguir lo que mandare su maestro espiritual, aunque sea muy contrario á aquello que siente, para enderezar de esta manera el alma en fe á la divina union, á la cual ha de caminar el alma mas creyendo que entendiendo.

De lo uno y de lo otro tenemos testimonios claros en la divina Escritura; porque acerca del conocimiento particular que se puede tener en las cosas, dice el Sabio estas palabras: *Ipse enim dedit mihi horum, quae sunt, scientiam veram, ut sciam dispositionem orbis terrarum, et virtutes elementorum, initium, et consumationem, et medietatem temporum, vicisitudinum permutationes, et commutationes temporum, anni cursus, et stellarum dispositiones, naturas animalium, et iras bestiarum, vim ventorum, et cogitationes hominum, differentias virgultorum, et virtutes radicum, et quaecumque sunt absconsa, et improvisa didici: omnium enim artifex docuit me sapientia;* Dióme Dios ciencia verdadera de las cosas que son. Que sepa la disposicion de la redondez de las tierras y las virtudes de los elementos; el principio, el fin y la mediacion de los tiempos; las mudanzas de los sucesos y las consumaciones de los tiempos y las mudanzas de las costumbres, las divisiones de los tiempos y los cursos del año, y las disposiciones de las estrellas, las naturalezas de los animales, las iras de las bestias, la fuerza y virtud de los vientos y los pensamientos de los hombres; las diferencias de las plantas y árboles, y las virtudes de las raices, y todas las cosas que están escondidas, aprendí; porque la sabiduría, que es artífice de todas las cosas, me lo enseñó. Y aunque esta noticia que dice aquí el Sabio que le dió Dios de todas las cosas, fué infusa y general, por esta autoridad se prueban suficientemente todas las noticias que particularmente infunde Dios en las almas por via sobrenatural cuando el quiere. No porque les dé hábito general de ciencia, como se dió á Salomon en las cosas dichas, sino descubriéndoles á veces algunas verdades acerca de cualesquiera de todas estas cosas que aquí cuenta el Sabio. Aunque verdad es que nuestro Señor acerca de muchas cosas infunde hábitos á muchas almas, pero nunca tan generales como en Salomon. Tal como aquella diferencia de dones que cuenta san Pablo que reparte Dios; entre las cuales pone sabiduría, ciencia, fe, profecía, discrecion de espíritus, inteligencia de las lenguas y declaracion de las palabras: *Alii quidem per Spiritum datur sermo sapientiae: alii autem sermo scientiae... alteri fides... alii prophetia, alii discretio spirituum, alii genera linguarum, alii interpretatio sermonum.* Todas las cuales noticias son dones infusos, que *gratis* los da Dios á quien quiere, como á los santos profetas y

apóstoles y á otros santos; pero, allende de estas gracias *gratis* datas, lo que decimos es que las personas perfectas, ó las que ya van aprovechando en perfeccion, muy ordinariamente suelen tener ilustracion y noticia de las cosas presentes ó ausentes; lo cual conocen por la luz que reciben en el espíritu ya ilustrado y purgado. Acerca de lo cual podemos entender aquella autoridad de los *Proverbios*, es á saber: *Quomodo in aquis resplendent vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus;* De la manera que en las aguas parecen los bultos y rostros de los que en ellas se miran, así los corazones de los hombres son manifiestos á los prudentes. Que se entiende de aquellos que tienen ya sabiduría de santos, de la cual dice la divina Escritura que es prudencia. Y á este modo tambien estos espíritus conocen á veces en las demás cosas, aunque no siempre que ellos quieren, que eso es solo de los que tienen el hábito, y aun esos no tampoco siempre en todo, porque es como Dios quiere acudirles. Pero es de saber que estos que tienen el espíritu purgado, con mas facilidad pueden conocer, y unos mas que otros, lo que hay en el corazon ó espíritu interior y las inclinaciones y talentos de las personas, y esto por indicios exteriores, aunque sean muy pequeños, como por palabras, movimientos y otras muestras. Porque, así como el demonio puede esto porque es espíritu, así tambien lo puede el espiritual, segun el dicho del Apóstol, que dice: *Spiritualis autem judicat omnia;* El espiritual juzga todas las cosas. Y otra vez dice: *Omnia scrutatur, etiam profunda Dei;* El espíritu todas las cosas penetra, hasta las cosas profundas de Dios. De donde, aunque naturalmente no pueden los espirituales conocer los pensamientos ó lo que hay en el interior, por ilustracion sobrenatural, por indicios bien lo pueden entender. Y aunque en el conocimiento por indicios muchas veces se pueden engañar, las mas veces aciertan; mas ni de lo uno ni de lo otro hay que fiarse, porque el demonio se entremete aquí grandemente y con mucha sutileza, como luego dirémos; y así, siempre se han de renunciar las tales noticias ó inteligencias.

Y de que tambien de los hechos y casos de los hombres puedan tener los espirituales noticia aunque estén ausentes, tenemos testimonio en el cuarto de los *Reyes*, donde queriendo Giezi, siervo de nuestro padre san Eliseo, encubrirle el dinero que habia recibido de Naaman Siro, dijo Eliseo: *Nonne cor meum in praesenti erat, quando reversus est homo de curru suo in occursum tui?* ¿Por ventura mi corazon no estaba presente cuando Naaman salió de su carro y te salió al encuentro? Lo cual acaece viéndolo con el espíritu como si pasase en presencia. Y lo mismo se prueba en el mismo libro, donde se lee tambien del mismo Eliseo, que, sabiendo todo lo que el rey de Siria trataba con sus príncipes en su secreto, lo decia al rey de Israel; y así, no tenian efecto sus consejos; tanto, que, viendo el rey de Siria que todo se sabia, dijo á su gente: *Quare non indicatis mihi, quis proditor mei sit apud Regem Israel?* ¿Por qué no me decis quién de vosotros me es traidor acerca del rey de Israel? Y entonces le dijo uno de sus siervos: *Nequaquam, Domine mi Rex, sed Eliseus Propheta, qui est in Israel, indicat Regi Israel omnia verba, quaecumque locutus fueris in conclavi tuo;* No es así, señor mio rey, sino que Eliseo profeta, que está en Israel, manifiesta al rey de Israel todas las palabras que hablas en tu secreto.

La una y la otra manera de estas noticias de cosas tambien acaecen al alma pasivamente, sin hacer ella nada de su parte. Porque acaecerá que, estando la persona harto descuidada y remota, se le pondrá en el espíritu la inteligencia viva de lo que oye ó lee, mucho mas clara que la palabra suena, y á veces, aunque no entienda las palabras, si son de latin y no lo sabe, se le representa la noticia de ellas, aunque no las entienda.

Acerca de los engaños que el demonio puede hacer y hace en esta manera de noticias y inteligencias habia mucho que decir, porque son grandes los engaños, y muy encubiertos, que en esta manera hace. Por cuanto por sugestion puede representar al alma muchas noticias intelectuales, aprovechándose de los sentidos corporales, y ponerlas con tanto asiento, que parezca que no hay otra cosa; y si el alma no es humilde y recelosa, sin duda la hará creer mil mentiras. Porque la sugestion hace á veces mucha fuerza en el alma, mayormente cuando participa algo en la flaqueza del sentido, en que hace pegar la noticia con tanta fuerza, persuasion y asiento, que ha menester entonces el alma harta oracion y fuerza para echarla de sí. Porque á veces suele representar pecados ajenos y conciencias malas, y malas almas, falsamente y con mucha luz; todo por infamar y con gana de que se descubra aquello, porque se hagan pecados, poniendo celo en el alma de que es para que los encomienden á Dios. Que, aunque es verdad que Dios algunas veces representa á las almas santas necesidades de sus prójimos para que las encomienden á él ó los remedie, así como leemos que descubrió á Jeremías la flaqueza del profeta Baruc, para que le diese acerca de ella doctrina; muy muchas veces lo hace el demonio, y esto falsamente, para inducir en infamias de pecados ó desconsuelos; de que tenemos mucha experiencia. Y otras veces pone con grande asiento otras noticias y las hace creer. Todas estas noticias, ahora sean de Dios, ahora no, muy poco provecho pueden hacer al alma para ir á Dios, si el alma se quisiese arrimar á ellas; antes, si no hubiese cuidado de negarlas así, no solo la estorbarian, sino aun la dañarian harto y harian errar mucho; porque todos los peligros y inconvenientes que habemos dicho que puede haber en las aprehensiones sobrenaturales que habemos tratado hasta aquí, y mas, puede haber en estas. Por tanto, no me alargaré aquí mas en esto, pues en las pasadas habemos dado doctrina bastante; sino solo diré que haya gran cuidado en negarla, queriendo caminar á Dios por el no saber, y siempre dé cuenta á su confesor ó maestro espiritual, estando

siempre á lo que él dijere. El cual muy de paso haga pasar al alma por ello, sin que haga presa en ello, pues no le importa para su camino de union. Pues que, como habemos dicho, de estas cosas que pasivamente se dan al alma, siempre se queda en ella el efecto que Dios quiere. Y así, no me parece hay para qué decir aquí el efecto que hacen las verdaderas ni el que hacen las falsas, porque seria cansar y no acabar; porque los efectos de estas no se pueden comprehender debajo de corta doctrina. Por cuanto, como estas noticias son muchas y muy varias, tambien lo son los efectos, puesto que las buenas los hacen buenos y para bien, y las malas malos y para mal. En decir que se nieguen, y cómo haya de ser esto, ya queda dicho bastantemente.

CAPITULO XXVII.

Que trata del segundo género de revelaciones, que es descubrimiento de secretos y misterios ocultos. Dice de la manera en que pueden servir para la union de Dios y en qué manera estorbar, y cómo el demonio puede engañar mucho en esta parte.

El segundo género de revelaciones deciamos que era manifestacion de secretos y misterios ocultos. Esta puede ser en dos maneras: la primera acerca de lo que es Dios en sí, y en esta se incluye la revelacion del misterio de la Santísima Trinidad y unidad de Dios; la segunda es acerca de lo que es Dios en sus obras, y en estos se incluyen los demas artículos de nuestra santa fe católica, y las proposiciones que explícitamente acerca de ellos puede haber de verdades; en las cuales se incluyen y encierran mucho número de las revelaciones de los profetas, de promesas y amenazas de Dios, y otras cosas que habian y han de acaecer. Y podemos tambien incluir en esta segunda manera otros muchos casos particulares que Dios ordinariamente revela, así acerca del universo en general, como tambien en particular acerca de reinos, provincias, estados y familias, y de personas particulares; de lo cual tenemos en las divinas letras ejemplos en abundancia, así de lo uno como de lo otro, mayormente en todos los profetas, en los cuales se hallan revelaciones de todas estas maneras. Que por ser cosa clara y llana, no quiero gastar tiempo en alegarlas aquí, sino decir que estas revelaciones, no solo acaecen de palabra, porque las hace Dios de muchos modos y maneras; á veces con palabras solas, á veces por señales solas y figuras y imágenes y semejanzas solas, á veces juntamente con lo uno y con lo otro, como tambien es de ver en los profetas, particularmente en todo el *Apocalipsi*, donde, no solamente se hallan todos los géneros de revelaciones que habemos dicho, mas tambien los modos y maneras que aquí decimos.

De estas revelaciones que se incluyen en la segunda manera, todavía en este tiempo las hace Dios á quien quiere; porque suele revelar á algunas personas los dias que han de vivir ó los trabajos que han de tener, y lo que ha de pasar por tal ó tal persona ó por tal ó tal reino, etc. Y aun acerca de los misterios de nuestra fe, descubrir y declarar al espíritu con particular luz y ponderacion las verdades de ellos, aunque esto no se llama propiamente revelacion, por cuanto ya está revelado; antes es manifestacion y declaracion de lo ya revelado.

Acerca pues de las que llamamos revelaciones (que ahora no hablo de lo ya revelado, como los misterios de fe) puede el demonio mucho meter la mano; porque, como las revelaciones de este género ordinariamente son por palabras, figuras y semejanzas, etc., puede muy bien el demonio fingir otro tanto. Pero si acerca de la primera manera y la segunda que aquí decimos, en cuanto á lo que toca á nuestra fe, se nos revelase algo de nuevo ó cosa diferente, en ninguna manera habemos de dar el consentimiento, aunque entendiésemos que aquel que lo decia era un ángel del cielo. Porque así lo dice san Pablo: *Sed licet nos, aut angelus de Coelo evangelizet vobis: praeterquam quod evangelizavimus vobis, anathema sit;* Aunque nosotros ó un ángel del cielo os declare y predique otra cosa fuera de lo que os habemos predicado, sea anatema. Y así, no se ha de admitir lo que de nuevo se revelase al alma acerca de ella, fuera de que esto la conviene para cautela de no ir admitiendo otras variedades á vueltas, y por la pureza del alma, que la conviene tener en fe; sino cerrando el entendimiento, sencillamente se arrime á la doctrina de la Iglesia y su fe, que, como dice san Pablo, entra por el oido: *Fides ex auditu.* Y no acomode fácilmente el crédito ni entendimiento á estas cosas reveladas de nuevo, si no quiere ser engañado. Porque el demonio, para ir engañando y ingiriendo mentiras, primero ceba con verdades y cosas verisímiles para asegurar; que es á manera de la cerda del que cose el cuero, que primero entra cerda tiesa, y luego tras ella el hilo flojo, el cual no pudiera entrar si no le fuera guia la cerda. Y en esto se mire mucho; porque, aunque fuese verdad que no hubiese peligro del dicho engaño, conviénele al alma mucho no querer entender cosas claras para conservar puro y entero el mérito de fe, y para venir en esta noche del entendimiento á la luz divina de la union. Importa tanto esto de allegarse los ojos cerrados á las profecías pasadas en cualquier nueva revelacion, que con haber el apóstol san Pedro visto la gloria del Hijo de Dios en el monte Tabor, con todo eso, dijo estas palabras: *Habemus firmiorem propheticum sermonem: cui benefacitis attendentes.* Aunque es verdad la vision que vimos de Cristo en el monte, mas firme y cierta es la palabra de la profecía que nos es revelada, á la cual arrimando vuestra alma haceis bien.

Y si es verdad que por las causas dichas es conveniente no abrir los ojos curiosamente á las nuevas revelaciones que acaecen acerca de las proposiciones de la fe, ¿cuánto mas necesario será no admitir ni dar crédito á las demás revelaciones que son de cosas diferentes, en las cuales ordinariamente mete el demonio tanto la mano, que tengo casi por imposible que deje de ser engañado en muchas de ellas el que no procurare desecharlas, segun es la apariencia de verdad y asiento

que el demonio pone en ellas? Porque junta tantas apariencias y conveniencias para que se crean, y las asienta tan fijamente en el sentido y imaginacion, que le parece á la persona que sin duda acaecerá así; y de tal manera hace asentar en ello al alma, que si ella no tiene humildad, apenas la sacarán de ello ni harán creer lo contrario. Por tanto, el alma pura y sencilla, cauta y humilde, ha de resistir y desechar las revelaciones y otras visiones, porque no hay necesidad de quererlas, sino de no quererlas, para ir á la union de amor. Que eso es lo que quiso decir Salomon cuando dijo: *Quid necesse est homini, majora se quaerere?* ¿Qué necesidad tiene el hombre de querer y buscar las cosas que son sobre su capacidad? Como si dijera: Ninguna necesidad tiene para ser perfecto de querer cosas sobrenaturales por via sobrenatural y extraordinaria, que es sobre su capacidad. Y porque á las objecciones que contra esto se pueden poner está ya respondido en el capítulo diez y nueve y veinte de este libro, remitiéndome allí, ceso en lo que toca á este de revelaciones. Pues basta saber que de todas ellas le conviene al alma guardarse prudentemente para caminar pura y sin error en la noche de fe á la divina union.

CAPITULO XXVIII.

En que se trata de las locuciones interiores que sobrenaturalmente pueden acaecer al espíritu. Dice en cuántas maneras sean.

Siempre ha menester acordarse el discreto lector del intento y fin que yo en este libro llevo, que es encaminar al alma por todas las aprehensiones naturales y sobrenaturales de ella, sin engaño ni embarazo en la pureza de la fe, á la divina union con Dios. Para que así entienda cómo, aunque acerca de las aprehensiones del alma y doctrina que voy tratando no desmenuzo tanto la materia y divisiones como por ventura requiere el entendimiento, no quedo corto en esta parte, pues acerca de todo ello entiendo se dan bastantes avisos, luz y documentos para saberse haber prudentemente en todos los casos del alma exteriores y interiores para pasar adelante. Y esta es la causa porque con tanta brevedad he concluido con las aprehensiones de profecías, así como en las demás lo he hecho, habiendo mucho mas que decir en cada una, segun las diferencias y modos que suele haber, que entiendo no se podrian acabar de saber; contentándome con que á mi ver queda dicha la sustancia y la doctrina y cautela que conviene para ello y para todo lo á ello semejante que pudiese acaecer en el alma.

Lo mismo haré acerca de la tercera manera de aprehensiones, que deciamos eran locuciones sobrenaturales que sin medio de algun sentido corporal se suelen hacer en los espirituales, las cuales, aunque son en muchas maneras, hallo que se pueden reducir todas á estas tres, conviene á saber: palabras sucesivas y formales y sustanciales. Sucesivas llamo ciertas palabras y razones que el espíritu, cuando está recogido entre sí, para consigo suele ir formando y razonando; palabras formales son ciertas palabras distintas y formales que el espíritu recibe, no de sí, sino de tercera persona, á veces estando recogido, á veces no lo estando; palabras sustanciales son otras palabras que tambien formalmente se hacen al espíritu, á veces estando recogido, á veces no; las cuales en lo íntimo del alma hacen y causan aquella sustancia y virtud que ellas significan; de todas las cuales irémos aquí tratando por su órden.

CAPITULO XXIX.

En que se trata del primer género de palabras que algunas veces el espíritu recogido forma en sí. Dice la causa de ellas y el provecho y daño que puede haber en ellas.

Estas palabras sucesivas, siempre que acaecen es cuando está el espíritu recogido y embebido en alguna consideracion muy atento, y en aquella misma materia que piensa, él mismo va discurriendo de uno en otro, y formando palabras y razones muy á propósito con tanta facilidad y distincion; y tales cosas no sabidas de él va razonando y descubriendo acerca de aquello que le parece, que no es él el que hace aquello, sino que otra persona interiormente le va razonando ó respondiendo ó enseñando; y á la verdad hay gran causa para pensar esto, porque él mismo se razona consigo y se responde como si fuese una persona con otra, y en alguna manera es así; porque, aunque el mismo espíritu es el que aquello hace, el Espíritu Santo le ayuda muchas veces á producir y formar aquellos conceptos, palabras y razones verdaderas; y así, las habla como si fuese tercera persona á sí mismo; porque, como entonces el entendimiento está unido y recogido con la verdad de aquello que piensa, y el Espíritu divino tambien está unido con él, de aquí es que, comunicado el entendimiento en esta manera con el Espíritu divino mediante aquella verdad, juntamente vaya formando en el interior sucesivamente las demás verdades que son acerca de aquella que pensaba, abriendo la puerta y yéndole dando luz el Espíritu Santo enseñador; porque esta es una manera de aquellas en que enseña el Espíritu Santo; y de esta manera alumbrado y enseñado de este maestro el entendimiento, entendiendo aquellas verdades, juntamente va formando aquellos dichos sobre las verdades que de otra parte se le comunican; de manera que podemos decir que la voz es de Jacob y las manos son de Esaú: *Vox quidem vox Jacob est: sed manus manus sunt Esau.* Y no podrá acabar de creer el que lo tiene que es así, sino que los dichos y palabras tambien son de tercera persona; porque no sabe con la facilidad que puede el entendimiento formar palabras para sí sobre conceptos y verdades que se le comunican tambien de tercera persona.

Y aunque es verdad que en aquella comunicacion y ilustracion del entendimiento en ella, de suyo no hay engaño, pero puédelo haber, y haylo muchas veces, en las formales palabras y razones que sobre ello forma el entendimiento. Que por cuanto aquella luz que se le da á veces es muy sútil y espiritual, de manera que el entendimiento no alcanza á informarse bien en ella, y él es el que, como decimos, forma las razones de suyo;

de aquí es que muchas veces las forma falsas, otras verisímiles ó defectuosas; que, como ya comenzó á tomar hilo de la verdad al principio, y luego pone de suyo la habilidad ó rudeza de su bajo entendimiento, es cosa fácil ir variando conforme á su capacidad, y todo en este modo, como que habla tercera persona. Yo conocí una persona que, teniendo estas locuciones sucesivas, entre algunas harto verdaderas y sustanciales que formaba del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, habia algunas que tenian mucho de error. Y espántome yo mucho de lo que pasa en estos nuestros tiempos, y es, que cualquier alma de por ahí, con cuatro maravedís de consideracion, si siente algunas locuciones de estas en algun recogimiento, luego lo bautizan todo por de Dios, y suponen que es así, diciendo: díjome Dios, respondióme Dios; y no ser así, sino que, como habemos dicho, ellos las mas veces se lo dicen. Y allende de esto, la gana que tienen de aquello, y la aficion que de ello tienen en el espíritu, les hace que ellos mismos se lo respondan, y piensan que Dios se lo responde y se lo dice. De donde vienen á dar en grandes desatinos si no tienen en esto mucho freno, y el que gobierna estas almas no las impone en la negacion de estas maneras de discursos. Porque en ellos mas bachillerías suelen sacar y impureza del alma, que humildad y mortificacion de espíritu, pensando que ya fué gran cosa y que habló Dios y habrá sido poco mas que nada, ó nada ó menos que nada. Porque lo que no engendra humildad y caridad, y mortificacion y santa simplicidad y silencio, ¿qué puede ser? Digo pues que esto puede estorbar mucho para ir á la divina union; porque aparta mucho al alma, si hace caso de ello, del abismo de la fe, en que el entendimiento ha de estar escuro, y escuro ha de ir por amor en fe, y no por mucha razon. Y si me dijeres que por qué se ha de privar el entendimiento de aquellas verdades, pues en ellas le alumbra el Espíritu de Dios, y así no puede ser malo, digo que el Espíritu Santo alumbra al entendimiento recogido, y que le alumbra al modo de su recogimiento. Y porque el entendimiento no puede hallar otro mayor recogimiento que en fe, no le alumbrará el Espíritu Santo mas en otra cosa que en fe; porque, cuanto mas pura y esmerada está esta alma en perfeccion de viva fe, mas tiene de caridad infusa de Dios; y cuanto mas caridad tiene, tanto mas la alumbra y comunica sus dones. Y aunque es verdad que en aquella ilustracion de verdades comunica al alma alguna luz, pero es tan diferente la que es en fe, sin entender claro de ésta, cuanto á la calidad, como es el oro subidísimo del muy bajo metal; y cuanto á la abundancia de luz, como excede la mar á una gota de agua. Porque en la una manera se le comunica sabiduría de una, dos ó tres verdades, y en la otra se le comunica la sabiduría de Dios generalmente, que es el Hijo de Dios, por una simple y universal noticia que se le da al alma en fe. Y si me dijeres que todo será bueno, y que no impide lo uno á lo otro, digo que impide mucho si el alma hace caso de ello. Porque ya es ocuparse en cosas claras y de poco tomo, que bastan para impedir la comunicacion del abismo de la fe, en la cual, sobrenatural y secretamente enseña Dios al alma, y la levanta en virtudes y dones, como ella no sabe. Y el provecho que aquella comunicacion sucesiva ha de hacer, no ha de ser poniendo muy de propósito el entendimiento en ella; porque antes iria de esta manera desviándola de sí, segun aquello que dice la Sabiduría en los *Cantares* al alma: *Averte oculos tuos à me, quia ipsi me avolare fecerunt;* Aparta tus ojos de mí, porque esos me hacen volar, es á saber, léjos de tí, y ponerme mas alta; sino que simple y sencillamente, sin poner la fuerza del entendimiento en aquello que sobrenaturalmente se está comunicando, aplique la voluntad con amor á Dios, pues por el amor se van aquellos bienes comunicando, y de esta manera se comunicarán mas en abundancia que antes; porque, si en estas cosas que sobrenaturalmente y pasivamente se comunican se pone activamente la habilidad del entendimiento ó de otras potencias, no llega su modo y rudeza á tanto; y así, las ha de modificar á su modo, y por el consiguiente las ha de variar; y así, de necesidad irá á peligro de errar y formando las razones de suyo, lo cual no será ya sobrenatural ni su figura, sino muy natural y muy bajo.

Pero hay algunos entendimientos tan vivos y sútiles, que, en estando recogidos en alguna consideracion, naturalmente con gran facilidad discurriendo en conceptos, los van formando en las dichas palabras y razones muy vivas, y piensan que son de Dios; y no es sino el entendimiento, que con la lumbre natural, estando algo libre de la operacion de los sentidos, sin otra alguna ayuda sobrenatural, puede eso y mas. Y de esto hay mucho, y se engañan muchos, pensando que es mucha oracion y comunicacion de Dios, y lo que les pasa, ó lo escriben ó hacen escribir; y acaecerá que no sea nada todo ni tenga sustancia de alguna virtud, y que no sirva mas de para envanecerse con ello. Estos aprendan á no hacer caso sino de fundar la voluntad en fortaleza de amor humilde, obrar de veras y padecer, imitando al Hijo de Dios en su vida, mortificándose en todo, que este es el camino para venir á todo bien espiritual, y no muchos discursos interiores.

Tambien en este género de palabras interiores sucesivas mete mucho el demonio la mano, mayormente en aquellos que tienen alguna inclinacion ó aficion á ellas; porque al tiempo que ellos se comienzan á recoger suele el demonio ofrecerles harta materia de digresiones, formándole al entendimiento los conceptos y palabras por sugestion, y le va precipitando y engañando sutilísimamente en cosas verisímiles. De esta manera se suele comunicar con los que tienen hecho con él algun pacto tácito ó expreso. Y así se comunica con algunos herejes, mayormente con heresiarcas, informándoles el entendimiento con conceptos y razones muy sútiles, falsas y erróneas.

De lo dicho queda entendido que estas locuciones sucesivas pueden proceder en el entendimiento de tres causas; conviene á saber: del Espíritu divino, que el

mueve y alumbra, y de la lumbre natural del mismo entendimiento, y del demonio, que puede hablar por sugestion. Pero decir ahora las señales y indicios que hay para conocer cuándo proceden de una causa y cuándo de otra, seria algo dificultoso dar de ello enteras muestras y señales, aunque bien se pueden dar algunas generales, y son estas: cuando en las palabras y conceptos juntamente el alma va amando y sintiendo el amor con humildad y reverencia de Dios, es señal que anda por allí Espíritu Santo, el cual, siempre que hace algunas mercedes, las hace envueltas en esto. Cuando procede de la viveza y lumbre solamente del entendimiento, él es el que allí lo hace todo sin aquella operacion de virtudes (aunque la voluntad puede naturalmente amar en el conocimiento y luz de aquellas verdades); y después de pasada la meditacion, queda la voluntad seca, aunque no inclinada á vanidad ni á mal si el demonio de nuevo sobre aquello no la tentase. Lo cual no acaece en las que fueron de buen espíritu; porque después la voluntad ordinariamente queda aficionada á Dios y inclinada á bien; puesto que algunas veces acaecerá quedar la voluntad seca, aunque la comunicacion haya sido de buen espíritu, ordenándolo así Dios por algunas causas útiles para el alma. Otras veces tambien no sentirá el alma mucho las operaciones ó movimientos de aquellas virtudes, y será bueno lo que tuvo; y por eso digo que es dificultoso de conocer algunas veces la diferencia que hay de unas á otras por los varios efectos que en veces hacen; pero estos ya dichos son los comunes, aunque á veces en mas, á veces en menos abundancia. Y aun las que son del demonio algunas veces son dificultosas de conocer; porque, aunque es verdad que ordinariamente dejan la voluntad seca acerca del amor de Dios, y el ánimo inclinado á vanidad, estimacion ó complacencia, todavía algunas veces pone en el ánimo una falsa humildad y aficion fervorosa de voluntad, fundada en amor propio, que á veces es menester que la persona sea harto espiritual para que lo entienda. Y esto hace el demonio para mejor encubrirse; el cual sabe muy bien hacer derramar lágrimas sobre los sentimientos que él pone, para ir poniendo en el alma las aficiones que él quiere. Pero siempre les procura mover la voluntad á que estimen aquellas comunicaciones interiores, y que hagan mucho caso de ellas, porque se dén á ellas y ocupen el alma en lo que no es virtud, sino ocasion de perder la que hubiese. Quedemos pues con esta necesaria cautela, así en las unas como en las otras, para no ser engañados ni embarazados que no hagamos caudal de ellas; sino solo de saber enderezar la voluntad con fortaleza á Dios, obrando con perfeccion su ley y sus santos consejos, que es la sabiduría de los santos, contentándonos con saber los misterios y verdades con la sencillez y verdad que nos los propone la Iglesia, que esto basta para inflamar mucho la voluntad, sin meternos en otras profundidades y curiosidades en que por maravilla falta peligro. Porque á este propósito, dice san Pablo, no conviene saber mas de lo que conviene saber. Y esto baste cuanto á esta materia de palabras sucesivas.

CAPITULO XXX.

Que trata de las palabras interiores que formalmente se hacen al espíritu por via sobrenatural. Avisa el daño que pueden hacer, y cautela necesaria para no ser engañado en ellas.

El segundo género de palabras interiores son palabras formales, que se hacen algunas veces al espíritu por via sobrenatural, sin medio de algun sentido, ahora estando el espíritu recogido, ahora no. Llámolas formales porque formalmente siente el espíritu se las dice tercera persona, sin poner él nada en ello. Y por eso son muy diferentes de las que acabamos de decir; porque, no solamente tienen la diferencia en que se hacen sin que el espíritu ponga de su parte algo en ellas, como acaece en las otras; pero, como digo, acaécenle á veces sin estar recogido, sino muy fuera de aquello que se le dice, lo cual no es así en las primeras sucesivas; porque siempre son acerca de lo que estaba considerando. Estas palabras á veces son muy formadas, á veces no tanto; porque muchas veces son como conceptos, en que se le dice algo, ahora respondiendo, ahora en otra manera hablándole al espíritu. Estas, á veces son una palabra, á veces dos ó mas, á veces sucesivas como las pasadas; porque suelen durar enseñando ó tratando algo con el alma, y todas, sin que ponga nada de suyo el espíritu, porque son todas como cuando habla una persona con otra; como leemos haberle acaecido á Daniel, que dice hablaba el ángel en él: *Et locutus est mihi, dixitque, etc.* Lo cual era formal y sucesivamente razonando en su espíritu y enseñándole, segun allí dijo el ángel, que habia venido á enseñarle.

Estas palabras, cuando no son mas que formales, el efecto que hacen en el alma no es mucho; porque ordinariamente solo son para enseñar ó dar luz en alguna cosa, y para hacer este efecto no es menester que hagan otro mas eficaz que el fin que ellas traen. Y este, cuando son de Dios, siempre le obran en el alma; porque la ponen pronta y clara en aquello que se le manda ó enseña; puesto que algunas veces no quitan al alma la repugnancia y dificultad, antes la suele tener mayor; lo cual hace Dios para mayor enseñanza, humildad y bien del alma. Y esta repugnancia mas ordinariamente se la deja cuando le manda cosas de mayoría ó cosas en que puede haber alguna excelencia para el alma; y en las cosas de humildad y bajeza le pone mas facilidad y prontitud. Y así, leemos en el *Exodo* que cuando Dios mandó á Moisen que fuese á Faraon y librase al pueblo, tuvo tanta repugnancia, que fué menester mandárselo tres veces y mostrarle señales, y con todo, no aprovechaba hasta que Dios le dió por compañero á Aaron, que llevase parte de la honra. Al contrario acaece cuando las palabras y comunicaciones son del demonio, que en las cosas de mas valor pone facilidad y prontitud, y en las bajas repugnancia. Que cierto aborrece Dios tanto el ver las almas inclinadas á mayorías, que, aun cuando él se lo manda y las pone en ellas, no quiere que tengan prontitud y gana de mandar. Y en esta prontitud que comunmente pone Dios en estas palabras formales

al alma, son diferentes de esotras sucesivas, que no mueven tanto al espíritu como estas, ni le ponen tanta prontitud, por ser estas mas formales y en que menos de suyo se entremete el entendimiento, aunque no quita que algunas veces hagan mas efecto algunas sucesivas, por la gran comunicacion que á veces hay del divino Espíritu con el humano; mas el modo es en mucha diferencia. En estas palabras formales no tiene el alma que dudar si las dice ella, porque bien se ve que no; mayormente cuando ella no estaba en aquello que se le dijo, y si lo estaba, siente muy clara y distintamente que aquello viene de otra parte.

De todas estas palabras formales no ha de hacer el alma mucho caso, como de las otras sucesivas; porque, demás de que ocupará el espíritu con lo que no es legítimo y próximo medio para la union de Dios, que es la fe, podria facilísimamente ser engañada del demonio, porque á veces apenas se conocerá cuáles sean dichas por buen espíritu y cuáles por malo. Que, como estas, como digo, no hacen mucho efecto, apenas se pueden distinguir por los efectos, porque á veces las del demonio ponen mas sensible eficacia en los imperfectos que esotras de buen espíritu en los espirituales. No se ha de hacer luego lo que ellas dijeren, sean de bueno ó malo espíritu; pero no se han de dejar de manifestar al confesor maduro ó á persona discreta y sabia, para que dé doctrina y vea lo que conviene en ello, y de su consejo se haya en ellas resignada y negativamente. Y si no fuere hallada la tal persona experta, mas vale, tomando lo sustancial y seguro que trujeren, en lo demás, no haciendo caso de ellas, no dar parte á nadie; porque fácilmente encontrará con algunas personas que antes la destruyan el alma que la edifiquen; porque las almas no las ha de tratar cualquiera, pues es cosa de tanta importancia acertar ó errar en tan grave negocio. Y adviértase mucho en que el alma jamás de su parecer haga cosa ni la admita de lo que aquellas palabras le dicen, sin mucho acuerdo y consejo; porque en esta materia acaecen engaños sútiles y extraños; tanto, que tengo para mí que el alma que no fuere enemiga de tener las tales cosas, no podrá dejar de ser engañada en muchas de ellas, en poco ó en mucho. Y porque de estos engaños y peligros, y de la cautela para ellos, está tratado de propósito en el capítulo diez y siete, diez y ocho y diez y nueve y veinte de este libro, no me alargo mas aquí. Solo digo que la principal doctrina y segura para esto es no hacer caso de ello, aunque mas parezca, sino gobernarse en todo por razon, y por lo que ya nos ha enseñado la Iglesia y nos enseña cada dia.

CAPITULO XXXI.

En que se trata de las palabras sustanciales que interiormente se hacen al espíritu; dícese la diferencia que hay de ellas á las formales, el provecho que hay en ellas, y la resignacion y respeto que el alma debe tener en ellas.

El tercer género de palabras interiores deciamos que eran palabras sustanciales; las cuales, aunque tambien son formales, por cuanto muy formalmente se imprimen en el alma, difieren empero en que la palabra sustancial hace efecto vivo y sustancial en el alma, y la solamente formal no así. De manera que, aunque es verdad que toda palabra sustancial es formal, no por eso toda palabra formal es sustancial, sino solamente aquella que, como arriba dijimos, imprime verdaderamente en el alma aquello que ella significa. Tal como si nuestro Señor dijese formalmente al alma: Sed buena, luego sustancialmente seria buena; ó si la dijese: Amame, luego tendria y sentiria en sí sustancia de amor, esto es, verdadero amor de Dios; ó si, teniendo mucho temor, la dijese: No temas, luego sentiria gran fortaleza y tranquilidad. Porque el dicho de Dios y su palabra, como dice el Sabio, es lleno de potestad: *Et sermo illius potestate plenus est.* Y así, hace sustancialmente en el alma aquello que le dice. Porque esto es lo que quiso decir David en aquellas palabras: *Ecce dabit voci suae vocem virtutis;* El Señor dará á su voz voz de virtud. Y así lo hizo con Abrahan cuando le dijo: *Ambula coram me, et esto perfectus;* Anda en mi presencia y sé perfecto. Y luego fué perfecto y anduvo siempre acatando á Dios. Y este es el poder de su palabra en el Evangelio, con que sanaba los enfermos y resucitaba los muertos solamente con decirlo. Y á este talle hace locuciones sustanciales á algunas almas, y son de tanto momento y precio, que le son al alma vida y virtud y bien imcomparable; porque tal vez la hace mas bien una palabra de estas que cuanto el alma ha hecho toda su vida. Acerca de estas palabras ni tiene el alma qué hacer ni qué querer por entonces de suyo, sino háyase con resignacion y humildad en ellas, dando su libre consentimiento á Dios; ni tiene qué desechar ni qué temer; no tiene que trabajar en obrar lo que ellas dicen, porque con estas palabras sustanciales lo obra Dios en ella y con ella; lo cual es diferente en las formales y sucesivas. No tiene qué desechar, porque el efecto de ellas queda sustanciado en el alma y lleno de bien de Dios, al cual, como le recibe pasivamente, su accion es menos en todo. Ni tiene que temer algun engaño, porque ni el entendimiento ni el demonio pueden entremeterse en esto, ni este maligno llegará á hacer pasivamente efecto sustancial en ninguna alma de manera que la imprima el efecto y hábito de su palabra, aunque las que estuviesen dadas á él por pacto voluntario, morando en ellas como señor, podria por sugestion moverlas á efectos de gran malicia; porque, como tales almas estarian ya unidas en nequicia voluntaria, podria fácilmente el demonio moverlas á ellos; porque por experiencia vemos que aun á las almas buenas en muchas cosas las hace harta fuerza por sugestion, poniéndolas grande eficacia en ellas, que, si fuesen malas, las podria mover con mas fuerza. Mas los efectos verisímiles, á estos buenos no los puede imprimir, porque no hay comparacion de palabras á las de Dios; todas son, como si no fuesen puestas con ellas, ni su efecto es nada en comparacion del de ellas. Que por eso dijo Dios por Jeremías:

Quid paleis ad triticum?... Numquid non verba mea sunt quasi ignis... et quasi malleus conterens petram? ¿Qué tienen que ver las pajas con el trigo? ¿Por ventura mis palabras no son como el fuego y como martillo que quebranta las piedras? Y así, estas palabras sustanciales sirven mucho para la union del alma con Dios, y cuanto mas interiores, mas sustanciales son y mas aprovechan. Dichosa el alma á quien Dios la hablare: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus;* Habla, Señor; que tu siervo oye.

CAPITULO XXXII.

En que se trata de las aprehensiones que recibe el entendimiento de los sentimientos interiores que sobrenaturalmente se hacen al alma; dice la causa de ellos, y en qué manera se ha de haber el alma para no impedir el camino de la union de Dios en ellas.

Síguese ahora tratar del cuarto y último género de aprehensiones intelectuales que deciamos podian caer en el entendimiento de parte de los sentimientos espirituales, que muchas veces sobrenaturalmente se hacen al alma del espiritual; los cuales contamos entre las aprehensiones distintas del entendimiento.

Estos sentimientos espirituales distintos pueden ser en dos maneras: la primera son sentimientos en el afecto de la voluntad; la segunda son sentimientos que, aunque son tambien en la voluntad, por ser intensísimos, subidísimos, profundísimos y secretísimos, no parece que tocan en ella, sino que se obran en la sustancia del alma. Los unos y los otros son de muchas maneras. Los primeros, cuando son de Dios, son muy subidos; mas los segundos son altísimos y de gran bien y provecho; los cuales ni el alma ni quien la trata pueden saber ni entender la causa de donde proceden, ni por qué obras Dios la haga estas mercedes; porque no dependen de obras que el alma haga ni de consideraciones que tenga, aunque estas cosas son buenas disposiciones para ellas; dalo Dios á quien quiere y por lo que él quiere. Porque acaecerá que una persona se habrá ejercitado en muchas obras, y no le dará estos toques, y otra en muchas menos, y se los dará subidísimos y en mucha abundancia; y así, no es menester que el alma esté actualmente empleada y ocupada en cosas espirituales, aunque estarlo es mucho mejor para tenerlos, para que Dios dé los toques donde el alma tiene los dichos sentimientos, porque las mas veces está harto descuidada de ellos. De estos toques unos son distintos y que pasan presto, otros no son tan distintos y que duran mas.

Estos sentimientos, en cuanto son sentimientos de la manera que aquí hablamos solamente, no pertenecen al entendimiento, sino á la voluntad; y así, no trato aquí de propósito de ellos hasta que tratemos de la noche ó purgacion de la voluntad en sus aficiones, que será en el libro tercero. Pero, porque muchas y las mas veces, de ellos redunda en el entendimiento mas expresa y perceptible aprehension, noticia y inteligencia, conviene hacer aquí mencion de ello solo para este fin. Por tanto, es de saber que de todos estos sentimientos, ahora sean los toques de Dios que los causan repentinos, ahora sean durables y sucesivos, muchas veces, como digo, redunda en el entendimiento aprehension de noticia ó inteligencia; lo cual suele ser un subidísimo sentir de Dios y sabrosísimo en el entendimiento, al cual no se puede poner nombre tampoco, como al sentimiento de donde redunda. Y estas noticias á veces son en una manera, á veces en otra, á veces mas subidas y claras, á veces menos y menos claras, segun lo son tambien los toques que Dios hace, que causan los sentimientos de donde ellas proceden, y segun la propiedad de ellos.

Para cautela y encaminar al entendimiento por estas noticias en fe á la union con Dios, no es menester gastar aquí muchas palabras; porque, como quiera que los sentimientos que habemos dicho se hagan pasivamente en el alma, sin que ella haga algo de su parte efectivamente para recibirlos, así tambien las noticias de ellos se reciben pasivamente en el entendimiento, que llaman los filósofos pasible, sin que él haga nada como de suyo. De donde, para no errar en ello ni impedir el provecho de ellos, él tampoco ha de hacer nada en ellos, sino haberse pasivamente, inclinando al libre consentimiento y agradecimiento la voluntad, sin entremeter su capacidad natural. Porque, como habemos dicho que acaece en las palabras sucesivas, facilísimamente con su actividad turbará y deshará aquellas noticias delicadas, que son una sabrosa inteligencia sobrenatural, á que no llega el natural ni la puede comprehender haciendo, sino recibiendo. Y así, no ha de procurarlas, porque el entendimiento no vaya de suyo formando otras, ni el demonio en aquel tiempo tenga entrada con otras varias y falsas; lo cual puede él muy bien hacer en el alma cuando se da á estas noticias por medio de los dichos sentimientos, aprovechándose de los sentidos corporales. Háyase resignada, humilde y pasivamente en ellas, que, pues pasivamente las recibe de Dios, él se las comunicará cuando él fuere servido, viéndola humilde y desapropiada. Y de esta manera no impedirá en sí el provecho que estas noticias hacen para la divina union, que es grande; porque todos estos son toques de union, la cual pasivamente se hace en el alma.

Toda la doctrina que en este libro se ha dicho de total abstraccion y de contemplacion pasiva, dejándose llevar de Dios con olvido de todas las cosas criadas y desnudez de imágenes y figuras, deteniéndose con sencilla vista en la suma verdad, no solo se entiende para aquel acto de perfectísima contemplacion, cuyo levantado y del todo sobrenatural sosiego impiden aun las hijas de Jerusalen, que son buenos discursos y meditaciones, si en aquel mismo tiempo se quisiesen tener, sino tambien para todo el tiempo que nuestro Señor comunica la sencilla, general y amorosa advertencia ya dicha, ó el alma ayudada de la gracia se pone en ella; porque entonces siempre ha de procurar estarse con sosiego de entendimiento, sin entremeter otras formas, figuras ó noticias particulares, sino fuere muy de

paso, y no muy procuradas, sino con suavidad de amor, para encenderse mas. Pero, fuera de este tiempo, en todos sus ejercicios, actos y obras se ha de valer de las memorias y meditaciones buenas, de la manera que sintiere mayor devocion y provecho, particularísimamente de la vida, pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, para conformar sus acciones, ejercicios y vida con la suya.

Esto baste para concluir en las aprehensiones sobrenaturales del entendimiento, cuanto toca á encaminar por ellas al entendimiento en fe á la union divina. Y entiendo basta lo dicho acerca de ellas, porque cualquiera cosa que al alma acaezca acerca del entendimiento, se hallará la doctrina y cautela para ella en las divisiones ya dichas. Y aunque parezca tan diferente que en ninguna de ellas se comprehenda (aunque entiendo no habrá alguna inteligencia que no se pueda reducir á alguna de las cuatro maneras de noticias distintas), puédese sacar doctrina y cautela para ella de lo que está dicho en otras semejantes de las cuatro. Y con esto pasarémos al tercer libro, donde, con el favor divino, se tratará de la purgacion espiritual interior de la voluntad acerca de sus aficiones interiores, que aquí llamamos noche activa. Ruego pues al discreto lector que con ánimo benévolo y llano lea estas cosas; porque cuando este falta en cualquiera doctrina, por subida y acabada que sea, ni se saca el provecho que tiene ni se tiene de ella la estimacion que merece; cuanto mas de este mi estilo, que en muchas cosas queda muy falto.

LIBRO TERCERO.

EN QUE SE TRATA DE LA PURGACION Y NOCHE ACTIVA DE LA MEMORIA Y VOLUNTAD. — DASE DOCTRINA CÓMO SE HA DE HABER EL ALMA ACERCA DE LOS ACTOS DE ESTAS DOS POTENCIAS PARA VENIR Á UNIRSE CON DIOS.

ARGUMENTO.

Instruida ya la primera potencia del alma, que es el entendimiento, por todas sus aprehensiones en la primera virtud teológica, que es la fe, para que segun esta potencia se pueda el alma unir con Dios por medio de la pureza de la fe, resta ahora hacer lo mismo acerca de las otras dos potencias del alma, que son memoria y voluntad, purificándolas tambien acerca de sus actos, para que segun estas dos potencias el alma se venga á unir con Dios en perfecta esperanza y caridad; lo cual se hará brevemente en este tercer libro; porque, habiendo concluido con el entendimiento, que es el receptáculo de todos los objetos que pasan á estas potencias, en lo cual está andado mucho camino para lo demás, no es necesario alargarnos tanto acerca de estas potencias, porque de ordinario, si el espiritual instruyere bien al entendimiento en fe, segun la doctrina que se le ha dado, tambien ha de instruir de camino á las otras dos potencias en las otras dos virtudes, pues las operaciones de las unas dependen de las otras. Pero porque, para cumplir con el estilo que se lleva, y para que mejor se entienda, es necesario hablar en la propia y determinada materia, habrémos aquí de tratar de los actos de cada potencia, y primero de los de la memoria, haciendo de ellos aquí la distincion que basta para nuestro propósito; la cual podrémos sacar de la distincion de sus objetos, que son tres, naturales y sobrenaturales, imaginarios y espirituales; segun los cuales tambien son en tres maneras las noticias de la memoria, naturales y sobrenaturales, imaginarias y espirituales; de las cuales, mediante el divino favor, irémos aquí tratando, comenzando de las noticias naturales, que son de objetos mas exteriores. Y luego se tratará de las aficiones de la voluntad, con que se concluirá este libro tercero de la noche activa espiritual.

CAPITULO PRIMERO.

En que se trata de las aprehensiones naturales de la memoria, y se dice cómo se ha de vaciar para que el alma se pueda unir con Dios segun esta potencia.

Necesario le es al lector advertir en cada libro de estos al propósito que vamos hablando; porque, si no, podránle nacer muchas dudas acerca de lo que fuere leyendo; como ahora las podrá tener en lo que habemos dicho del entendimiento y dirémos de la memoria, y después habemos de decir de la voluntad; porque, viendo cómo aniquilamos las potencias acerca de sus operaciones, quizá le parecerá que antes destruimos el camino del ejercicio espiritual que le edificamos; lo cual seria verdad si quisiésemos aqui instruir no mas que á principiantes, á los cuales conviene disponerse por estas aprehensiones discursivas y aprehensibles. Pero, porque aquí vamos dando doctrina para pasar adelante en contemplacion á union de Dios, para lo cual todos esos medios y ejercicios sensitivos de potencias han de quedar atrás y en silencio, para que Dios de suyo obre en el alma la divina union, conviene ir por este estilo desembarazando y vaciando y haciendo negar á las potencias su jurisdiccion natural y operaciones, para que se dé lugar á que sean infundidas y ilustradas de lo sobrenatural, pues su capacidad no puede llegar á negocio tan alto, antes estorbar si no se pierde de vista. Y así, siendo verdad, como lo es, que á Dios el alma antes le ha de ir conociendo por lo que no es que por lo que es, por necesidad, para ir á él, ha de ir negando y

no admitiendo hasta lo último que puede negar de sus aprehensiones, así naturales como sobrenaturales; por lo cual así lo harémos ahora en la memoria, sacándola de sus quicios y límites naturales, y subiéndola sobre sí, esto es, sobre toda noticia distinta y posesion aprehensible en suma esperanza de Dios incomprehensible.

Comenzando pues por las noticias naturales, digo que noticias naturales en la memoria son todas aquellas que puede formar de los objetos de los cinco sentidos corporales, que son, oir, ver, oler, gustar y tocar, y todas las que á este talle ella pudiere fabricar y formar. De todas estas noticias y formas se ha de desnudar y vaciar, y procurar perder la aprehension de ellas, de manera que en ella no dejen impresa noticia, quedándose lo mas que pudiere desnuda, como si no hubiere pasado por ella, olvidada y suspendida de todo. Y no puede ser menos, sino que acerca de todas las formas se aniquile la memoria, si se ha de unir con Dios; porque esto no puede ser si no se desune totalmente de todas las formas que no son Dios, pues Dios no cae debajo de forma ni noticia alguna distinta, como lo habemos dicho en la noche del entendimiento. Y pues ninguno puede servir á dos señores, como enseña nuestro Redentor: *Nemo potest duobus dominis servire;* no puede la memoria estar con perfeccion unida juntamente en Dios y en las formas y noticias distintas. Y como Dios no tiene forma ni imágen que pueda ser comprehendida de la memoria, de aquí es que cuando está unida con Dios, como por experiencia se ve cada dia, se queda como sin forma y sin figura, perdida la imaginacion y embebida la memoria en un sumo bien, en grande olvido, sin acuerdo de nada; porque aquella divina union la vacia la fantasía, y parece que la barre de todas las formas y noticias, y la sube á lo sobrenatural, dejándola tan olvidada, que ha menester hacerse gran fuerza para acordarse de algo. Y de tal manera es á veces este olvido de la memoria y suspension de la imaginacion, por estar la memoria unida con Dios, que se pasa mucho tiempo sin sentirlo ni saber qué se hizo aquel tiempo; y como está entonces suspensa la imaginativa, aunque la hagan cosas que causen dolor, no lo siente; porque sin imaginacion no hay sentimiento, ni por sentimiento, porque no le hay. Y para que Dios venga á hacer esta perfecta union, conviene al alma desunir la memoria, como habemos dicho, de todas noticias aprehensibles. Y estas suspensiones, es de notar que ya en los perfectos no las hay así, por cuanto hay ya perfecta union, y ellas son de principio de union.

Dirásme por ventura que bueno parece esto; pero de aquí se sigue la destruccion del uso natural y curso de las potencias, y que quede el hombre como bestia, olvidado y aun peor, sin discurrir ni acordarse de las necesidades y operaciones naturales; que Dios no destruye la naturaleza, antes la perficiona, y de aquí necesariamente se sigue su destruccion, pues se olvida de lo moral y racional para obrarlo, y de lo natural para ejercitarlo, porque de nada de esto se acuerda, pues no atiende á las noticias y formas, que son el medio de la reminiscencia. A lo cual respondo que cuanto mas va uniéndose la memoria con Dios, mas va perdiendo las noticias distintas, hasta perderlas; esto es, olvidarlas del todo, que es cuando en perfeccion llega al estado de union; y así, al principio, cuando esto se va haciendo, no puede dejar de traer grande olvido acerca de las cosas, pues se le van olvidando las formas y noticias; y así, anda con gran descuido de sí misma en lo exterior, no acordándose de comer ni de beber, ni si hizo ó no hizo, si vió ó no vió, si dijeron ó no dijeron, por el absorbimiento de la memoria en Dios; pero ya que llega á tener hábito de union, que es un sumo bien, no tiene esos olvidos en esa manera en lo que es razon moral y natural; antes en las operaciones convenientes y necesarias tiene mayor perfeccion, aunque estas las obra ya por formas y noticias de la memoria, particularmente excitadas de Dios; porque, como digo, en habiendo hábito de union, que es ya estado sobrenatural, desfallece la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones, y pasan de su término natural al de Dios, que es sobrenatural; y así, estando la memoria transformada en Dios, no se le imprimen formas ni noticias permanentes; por lo cual, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado son como divinas; porque, poseyendo ya Dios las potencias, como entero señor de ellas por la transformacion de ellas en sí, él mismo es el que las mueve y manda divinamente segun su divino espíritu y voluntad, que, como dice el apóstol san Pablo: *Qui autem adhaeret Domino, unus spiritus est;* El que se une con Dios, un espíritu se hace con él. Y de aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu divino, y son divinas; por donde las obras de las tales almas solo son como las que convienen y son razonables, y no las que no convienen, porque el espíritu de Dios las hace saber lo que han de saber, y ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar, y olvidar lo que es de olvidar, y las hace amar lo que han de amar, y no amar lo que no es en Dios; y así, de ordinario los primeros movimientos de las potencias de estas almas son como divinos, y no hay que maravillar que lo sean, pues están transformadas en ser divino.

De estas operaciones traeré algunos ejemplos, y sea este uno: pide una persona á otra que está en este estado, que la encomiende á Dios; esta persona no se acordará de hacerlo por alguna forma ni noticia que se le quede en la memoria de lo que aquella persona le pidió; y si conviene encomendarla á Dios, que será queriendo Dios recibir oracion por tal persona, la moverá la voluntad, dándole gana que lo haga; y si no quiere Dios aquella oracion, aunque se haga fuerza á orar por ella, no lo hará ni tendrá gana, y á veces se la pondrá Dios para que ruegue por otros que nunca conoció ni oyó, y es porque Dios con particularidad mueve las potencias de estas almas, como he dicho, para aquellas obras que convienen segun la voluntad y ordenacion de Dios; y así, las obras y ruegos de estas almas siempre tienen efecto.



Tales eran las de la gloriosa Madre de Dios; la cual, estando desde el principio levantada á este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura que la divirtiese de Dios, ni por ella se movió, porque siempre su mocion fué del Espíritu Santo.

Otro ejemplo : ha de acudir á tal tiempo á cierto negocio necesario, no se acordará por forma ninguna, sino que, sin saber cómo, se le asentará en el alma, por la excitacion arriba dicha de la memoria, cuándo y cómo conviene acudir á aquello sin que haya falta. Y no solo en estas cosas les da luz el Espíritu Santo, sino en muchas que suceden y sucederán, y casos muchos, aunque sean ausentes, no sabiendo ellos cómo lo saben; pero esto les viene de parte de la Sabiduría divina; que, por cuanto estas almas se ejercitan en no saber ni aprehender nada con las potencias de lo que les puede impedir, lo vienen generalmente, como decimos en el Monte, á hacer todo segun aquello que dice el Sabio : El artífice de todo, que es la sabiduría, me lo enseñó todo.

Dirásme por ventura que el alma no podrá vaciar y privar tanto la memoria de las formas y fantasías, que pueda llegar á un estado tan alto, porque hay dos dificultades que son sobre las fuerzas y habilidad humana, que son, despedir lo natural y tocar y unirse á lo sobrenatural, que es mucho mas dificultoso, y por hablar la verdad, con natural habilidad solamente es imposible. Digo que es verdad que Dios la ha de poner en este estado sobrenatural; mas que ella cuanto es en sí se ha ir disponiendo, lo cual puede hacer con el ayuda que Dios va dando; y así, cuando ella va entrando en esta negacion y vacío de formas, la va Dios poniendo en la posesion de la union, y esto va Dios obrando en ella pasivamente, como, si Dios quiere, dirémos en la noche pasiva del alma; y así, cuando Dios fuere servido, segun el modo de su disposicion la acabará de dar el hábito de la union perfecta. Y los divinos efectos que hace en el alma cuando lo es, así de parte del entendimiento como de la memoria y voluntad, no los decimos en esta noche y purgacion activa, porque solo con esta no se acaba de hacer la divina union; pero dirémoslos en la pasiva, mediante la cual se hace la junta del alma con Dios.

En esta purgacion de la memoria solo digo aquí el modo necesario para que activamente cuanto es de su parte se ponga en esta noche y purgacion; y es, que de ordinario el espiritual tenga esta cautela en todas las cosas que viere, oyere, oliere, gustare ó tocare, no hacer particular archivo ni presa ó detenimiento de ellas en la memoria, dejándolas pasar y quedándose en santo olvido, sin reflexion sobre ellas, sino fuere cuando para algun buen discurso ó meditacion fuere necesario; y este estudio de olvidar y dejar noticias y figuras, nunca se entiende de Cristo y su humanidad; que, aunque alguna vez en lo subido de la contemplacion y vista sencilla de la divinidad no se acuerde el alma de esta santísima humanidad, porque Dios levantó el espíritu de su mano á este como confuso y muy sobrenatural conocimiento; pero hacer estudio de olvidarla, en ninguna manera conviene, pues su vista y meditacion amorosa ayudará á todo lo bueno, y por ella se subirá mas fácilmente á lo muy levantado de union. Y claro está que, aunque otras cosas visibles y corporales se hayan de olvidar y estorben, no ha de entrar en este número el que se hizo hombre por nuestro remedio, el que es verdad, puerta, camino y guia para los bienes todos. Esto supuesto, en lo demás procure una total abstraccion y olvido; de manera que cuanto fuere posible no le quede en la memoria alguna noticia ni figura de cosas criadas, como si en el mundo no fuesen; dejando la memoria libre y desembarazada para Dios, y como perdida en santo olvido. Y si nacieren aquí las dudas y objecciones que arriba en lo del entendimento, conviene á saber, que no se hace nada y que se pierde tiempo y que se privan de los bienes espirituales que el alma puede recibir por via de la memoria, ya se ha dicho aquí mucho para su solucion, y allí tambien respondido á todo, y por eso no hay para qué detenernos aquí. Solo conviene advertir que, aunque en algun tiempo no se sienta el provecho de esta suspension de noticias y formas, no por eso se ha de cansar el espiritual; que no dejará Dios de acudir á su tiempo, y por un bien tan grande, mucho conviene pasar y sufrir con paciencia y esperanza.

Y aunque es verdad que apenas se hallará alma que en todo y por todo tiempo sea movida de Dios, teniendo tan continua union que sean sus potencias siempre movidas divinamente, todavía hay almas que muy ordinariamente son movidas de Dios en sus operaciones, y ellas no son las que se mueven en el sentido que dice san Pablo, que los hijos de Dios, que son estos transformados y unidos en él (*Spiritu Dei aguntur*), son movidos de espíritu de Dios, esto es, á divinas obras en sus potencias. Y no es maravilla que las operaciones sean divinas, pues que la union del alma es divina.

CAPITULO II.

En que se dicen tres maneras de daños que recibe el alma, no escureciéndose acerca de las noticias y discursos de la memoria. Dícese aquí el primero.

A tres daños y inconvenientes está sujeto el espiritual si todavía quiere usar de las noticias naturales de la memoria para ir á Dios ó para otra cosa; los dos positivos y el uno privativo : el primero es de parte de las cosas del mundo; el segundo de parte del demonio; el tercero y privativo es el impedimento y estorbo que hacen para la divina union.

El primero, que es de parte de las cosas del mundo, es estar sujeto á muchas maneras de daños por medio de las noticias y discursos, así como falsedades, imperfecciones, apetitos, juicios, perdimiento de tiempo, y otras muchas cosas que crian en el alma muchas impurezas; y que de necesidad haya de caer en muchas falsedades, dando lugar á las noticias y discursos, está claro, pues muchas veces le ha de parecer lo verdadero falso y lo cierto dudoso; y al contrario, pues apenas podemos de raíz conocer una verdad; de todas las cua-

les se libra si escurece la memoria en todo discurso y noticia.

Imperfecciones halla á cada paso la memoria en lo que oyó, vió, olió, tocó y gustó; en lo cual se le ha de pegar alguna aficion, ahora de dolor, ahora de temor, ahora de odio, de vana esperanza, vano gozo ó vanagloria; que todas estas por lo menos son imperfecciones, y á veces conocidos pecados veniales; cosas todas que estorban la perfecta pureza y simplicísima union con Dios; y que se le engendren apetitos, tambien se ve claro, pues de las dichas noticias y discursos naturalmente nacen, y solo querer tener la noticia y discurso puede ser cebo del apetito; y que tambien ha de tener muchos toques de juicios, bien se ve, pues no puede dejar de tropezar con la memoria en males y bienes ajenos; en que á veces parece lo malo bueno, y lo bueno malo; de todos los cuales daños, yo creo no habrá quien se libre sino es cegando y escureciendo la memoria de todas las cosas.

Y si me dijeres que bien podrá el hombre vencer todas estas cosas cuando le vinieren, digo que del todo puramente es imposible si hace caso de noticias, porque en ellas se ingieren mil impertinencias, y algunas tan sútiles y delgadas, que sin entenderlo el alma se le pegan de suyo, así como la pez al que la toca; y que mejor se vence todo de una vez, negando la memoria en todo. Dirás tambien que se priva el alma de muchos buenos pensamientos y consideraciones de Dios, que la aprovechan mucho para que Dios la haga mercedes. Digo que lo que fuere puramente Dios y ayudare aquella noticia confusa, universal, pura y sencilla, que eso no se deje, sino lo que detuviere en imágen, forma, figura ó semejanza de criatura; y hablando de esta purgacion, para que Dios las haga, mas aprovecha la pureza del alma, que consiste en que no se le pegue ninguna aficion de criatura ni de temporalidad ni de advertencia eficaz de ello; de lo cual entiendo no se dejará de pegar mucho por la imperfeccion que de suyo tienen las potencias en sus operaciones; por lo cual, mejor es aprender á poner las potencias en silencio y callando para que hable Dios; porque, como habemos dicho, para este estado las operaciones naturales se han de perder de vista, lo cual se hace cuando, como dice el Profeta, venga el alma segun estas sus potencias á soledad y le hable Dios al corazon: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.*

Y si todavía replicares, diciendo que no tendrá bien ninguno el alma si no considera y repara la memoria en Dios, y que se le irán entrando muchas distracciones y flojedades, dígote que es imposible que si la memoria se recoge acerca de lo de acá y lo de allá juntamente, que se le entren males ni distracciones, ni otras impertinencias ni vicios (las cuales cosas siempre entran por vagueacion de la memoria), porque no hay por donde ni adonde entren. Esto fuera si, cerrada la puerta á las consideraciones y discursos de las cosas de arriba, la abriéramos para las de abajo; pero aquí á todas las cosas que pueden desayudar á esta union, y de donde puede venir la distraccion, la cerramos, haciendo á la memoria que quede callada y muda, y solo el oido del espíritu en silencio; diciendo con el Profeta: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus;* Habla, Señor, que tu siervo oye. Tal dijo el Esposo, en los *Cantares*, que habia de ser su esposa, diciendo: *Hortus conclusus soror mea sponsa... fons signatus;* Mi hermana es huèrto cerrado y fuente sellada, es á saber, á todas las cosas que en él pueden entrar; estése pues cerrado sin cuidado y pena, que el que entró á sus discípulos corporalmente cerradas las puertas, y les dió la paz sin ellos saber ni pensar que aquello podia ser, entrará espiritualmente en el alma, sin que ella sepa ni obre el cómo, teniendo ella las puertas de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, cerradas á todas las aprehensiones, y se las llenará de paz, declinando sobre ella, como dice por el Profeta, un rio de paz, en que la quitará todos los recelos y sospechas, turbaciones y tinieblas, que la hacian temer que estaba ó que iba perdida: *Utinam attendisses mandata mea; facta fuisset sicut flumen pax tua.* No pierda cuidado de orar, y espere en desnudez y vacío; que no tardará su bien.

CAPITULO III.

Que trata del segundo daño que puede venir al alma de parte del demonio, por via de las aprehensiones naturales de la memoria.

El segundo daño positivo que al alma puede venir por medio de las noticias de la memoria, es de parte del demonio, el cual tiene gran mano en el alma por este medio; porque puede añadir formas, y por medio de ellas afectar el alma con soberbia, avaricia, envidia, ira, etc., y poner odio injusto, amor vano, y engañar de muchas maneras; y allende de esto, suele él fijar las cosas y asentarlas en la fantasía de manera, que las que son falsas parezcan verdaderas, y las verdaderas falsas; y finalmente, todos los mas engaños que hace el demonio y males al alma, entran por las noticias y formas de la memoria; la cual, si se escurece en todas ellas y se aniquila en olvido, cierra totalmente la puerta á este daño del demonio y se libra de todas estas cosas, que es grande bien; porque el demonio no puede nada en el alma, sino es mediante las operaciones de las potencias de ella, principalmente por medio de las formas y especies; porque de ellas dependen casi todas las demás operaciones de las demás potencias; de donde, si la memoria se aniquila en ellas, el demonio no puede nada, porque nada halla de donde asir, y sin nada, nada puede. Yo quisiera que los espirituales acabasen bien de echar de ver cuántos daños les hacen los demonios en las almas por medio de la memoria cuando se dan á usar de ella; cuántas tristezas y aflicciones y gozos vanos los hacen tener, así acerca de lo que piensan en Dios como de las cosas del mundo; y cuántas impurezas les dejan arraigadas en el espíritu, haciéndolos tambien grandemente distraer del sumo recogimiento, que consiste en poner toda el alma, segun sus potencias, en solo el bien incomprehensible, y quitarla de todas las cosas apre-



hensibles; lo cual (aunque no se siguiera tanto bien de este vacío como es ponerse en Dios), por solo ser causa de librarse de muchas penas, aflicciones y tristezas, allende de las imperfecciones y pecados de que se libra, es gran bien.

CAPITULO IV.

Del tercer daño que se le sigue al alma por via de las noticias distintas naturales de la memoria.

El tercero daño que se le sigue al alma por via de las aprehensiones naturales de la memoria es privativo, porque le pueden impedir el bien moral y privar del espiritual. Y para decir primero cómo estas aprehensiones impiden al alma el bien moral, es de saber, que el bien moral consiste en la rienda de las pasiones y freno de los apetitos desordenados, de lo cual se sigue en el alma tranquilidad, paz y sosiego, que toca en el bien moral. Esta rienda y freno no la puede tener de veras el alma, no olvidando y apartando de sí las cosas de donde nacen las aficiones, y nunca le nacen al alma turbaciones sino es de las aprehensiones de la memoria; porque, olvidadas todas las cosas, no hay quien perturbe la paz ni quien mueva los apetitos, pues (como dicen) lo que el ojo no ve, el corazon no lo desea. Y de esto cada momento sacamos experiencia, pues vemos que cada vez que el alma se pone á pensar alguna cosa, queda movida y alterada en poco ó en mucho acerca de aquella cosa, segun que es la aprehension; si pesada y molesta, saca tristeza ó odio; si agradable, saca gozo y deseo; de donde por fuerza ha de sálir después turbacion en la mudanza de aquella aprehension, y si ahora tiene gozos, ahora tristezas, ahora odio, ahora amor; y no puede perseverar siempre de una manera (que es efecto de la tranquilidad moral), sino es cuando procura olvidar todas las cosas. Luego claro está que las noticias impiden mucho en el alma el bien de las virtudes morales.

Y que tambien la memoria embarazada impida el bien místico ó espiritual, claramente se prueba por lo dicho; porque el alma alterada, que no tiene fundamento de bien moral, no es capaz, en cuanto tal, del espiritual, el cual no se imprime sino en el alma moderada y puesta en paz. Y allende de eso, si el alma hace presa y caso de las aprehensiones de la memoria, como quiera que no puede advertir mas que á una cosa, si se emplea en cosas aprehensibles, como son las noticias de la memoria, no es posible que esté libre para lo incomprehensible, que es Dios; porque, como está dicho, para que el alma vaya á Dios, antes ha de ir no comprehendiendo que comprehendiendo, hase de trocar lo conmutable y comprehensible por lo inconmutable y incomprehensible.

CAPITULO V.

De los provechos que se siguen al alma en el olvido y vacío de todos los pensamientos y noticias que acerca de la memoria naturalmente puede tener.

Por los daños que habemos dicho que al alma tocan por las aprehensiones de la memoria, podemos tambien colegir los provechos á ellos contrarios, que se le siguen del olvido y vacío de ellas; pues, segun dicen los naturales, la misma doctrina que sirve para el un contrario sirve tambien para el otro; porque cuanto á lo primero goza de tranquilidad y paz de ánimo, pues carece de la turbacion y alteracion que nacen de los pensamientos y noticias de la memoria, y por el consiguiente, de pureza de conciencia y alma, que es mas. Y en esto tiene gran disposicion para la sabiduría humana y divina y virtudes.

Cuanto á lo segundo, líbrase de muchas sugestiones, tentaciones y movimientos del demonio, que él por medio de los pensamientos y noticias ingiere en el alma, y la hace caer por lo menos en muchas impurezas y, como habemos dicho, en pecados, segun dice David: *Cogitaverunt et locuti sunt nequitiam;* Pensaron y hallaron maldad. Y así, quitados los pensamientos de en medio, no tiene el demonio con qué batir al espíritu.

Cuanto á lo tercero, tiene en sí el alma, mediante este olvido y recogimiento de todas las cosas, disposicion para ser movida del Espíritu Santo y enseñada por él; el cual, como dice el Sabio: *Auferet se à cogitationibus quae sunt sine intellectu,* se aparta de los pensamientos que son fuera de razon. Pero, aunque otro provecho no se siguiese al hombre, mayor que las penas y turbaciones de que se libra por este olvido y vacío de la memoria, era grande ganancia y bien para él; pues que las penas y turbaciones que de las cosas y casos adversos en el alma se crian, de nada sirven para la bonanza de los mismos casos; antes de ordinario, no solo á estos, sino á la misma alma dañan. Por lo cual dijo David: *Verumtamen in imagine pertransit homo; sed et frustra conturbatur;* De verdad vanamente se conturba todo hombre; porque claro está que siempre es vano el conturbarse, pues nunca sirve para provecho alguno. Y así, aunque todo se acabe y se hunda, y todas las cosas sucedan al revés, vano es el turbarse, pues por eso antes se dañan mas que se remedian; y llevarlo todo con igualdad tranquila y pacífica, no solo aprovecha al alma para muchos bienes, sino tambien para que en esas mismas adversidades se acierte mejor á juzgar de ellas y ponerles remedio conveniente.

De donde, conociendo bien Salomon el daño y provecho de esto, dijo: *Cognovi quod non esset melius nisi laetari et facere bene in vita sua.* Conocí que no habia cosa mejor para el hombre que alegrarse y hacer bien en su vida. Dando á entender que en todos los casos, por adversos que sean, antes nos habemos de alegrar que turbar, por no perder el mayor bien, que es la tranquilidad del ánimo y paz en todas las cosas adversas y prósperas, llevándolas todas de una manera; la cual el hombre nunca perderia si, no solo se olvidase de las noticias y dejase pensamientos, pero aun se apartase de oir y ver y tratar cuanto en sí fuese, pues que nuestro ser es tan fácil y deleznable, que, aunque esté bien ejercitado, apenas dejará de tropezar con la memoria en cosas que turben y alteren el ánimo que estaba en paz y tranqui-

lidad, no se acordando de cosas. Que por eso dijo Jeremías: *Memoria memor ero, et tabescet in me anima mea;* Con memoria me acordaré, y mi ánima desfallecerá en mí con dolor.

CAPITULO VI.

En que se trata del segundo género de aprehensiones de la memoria. que son imaginarias y noticias sobrenaturales.

Aunque en el primer género de aprehensiones naturales habemos dado doctrina tambien para las imaginarias, que son tambien naturales, convenia hacer esta division por amor de otras formas y noticias que guarda la memoria en sí, que son de cosas sobrenaturales; como de visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos por via sobrenatural. De las cuales cosas, cuando han pasado por el alma se suele quedar imágen, forma ó figura impresa en ella en la memoria ó fantasía á veces muy viva y eficazmente. Acerca de lo cual es tambien menester dar aviso, porque la memoria no se embarace con ellas y le sean impedimento para la union de Dios en esperanza pura y entera. Y digo que el alma, para conseguir este bien, nunca sobre las cosas claras y distintas que por ella hayan pasado por via sobrenatural ha de hacer reflexion para conservar en sí las formas, noticias y figuras de aquellas cosas; porque siempre habemos de llevar este presupuesto, que cuanto el alma mas presa hace en alguna aprehension natural ó sobrenatural, distinta y clara, menos capacidad y disposicion tiene en sí para entrar en el abismo de la fe, donde todo lo demás se absorbe. Porque, como queda dado á entender, ningunas formas ni noticias sobrenaturales que pueden caer en la memoria son Dios, ni tienen proporcion con Dios, ni pueden ser próximo medio para su union, y de todo lo que no es Dios se ha de vaciar el alma para ir á Dios; luego tambien la memoria de todas estas formas y noticias se ha de deshacer para unirse con Dios en una manera de esperanza perfecta y mística; porque toda posesion es contra esperanza; la cual, como dice san Pablo, es de lo que no se posee: *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium.* De donde, cuanto mas la memoria se desposee, tanto mas de esta esperanza tiene; y cuanto mas de esta esperanza tiene, tanto mas tiene de esta union con Dios; porque acerca de Dios, cuanto mas espera el alma, tanto mas alcanza, y entónces espera mas, cuando, como digo, se desposee mas; y cuando se hubiere desposeido perfectamente, quedará con la posesion de Dios, que en esta vida se puede tener en union divina. Mas hay muchas que no quieren carecer del sabor y de la dulzura de la memoria en las noticias, y por eso no vienen á la suma posesion y entera dulzura; porque el que no renuncia todo lo que posee no puede ser discípulo de Cristo.

CAPITULO VII.

De los daños que las noticias de las cosas sobrenaturales pueden hacer al alma si hace reflexion sobre ellas; dice cuántos sean, y trata aquí del primero.

A cinco géneros de daños se aventura el espiritual si hace presa y reflexion sobre estas noticias y formas que se le imprimen de las cosas que pasan por él por via sobrenatural.

El primero es, que muchas veces se engaña, teniendo lo uno por lo otro.

El segundo, que está cerca y en ocasion de caer en alguna presuncion ó vanidad.

El tercero es, qué el demonio tiene mucha mano para le engañar por medio de las dichas aprehensiones.

El cuarto es, que le impide la union en esperanza con Dios.

El quinto es, que por la mayor parte juzga de Dios bajamente.

Cuanto al primer género, está claro que si el espiritual hace presa y reflexion sobre las dichas noticias y formas, se ha de engañar muchas veces acerca de su juicio; porque, como ninguno cumplidamente puede saber las cosas que naturalmente pasan por su imaginacion, ni tener entero y cierto juicio sobre ellas, mucho menos podrá tenerle acerca de las cosas sobrenaturales que son sobre nuestra capacidad y que raras veces acaecen. De donde muchas veces pensará que son las cosas de Dios, y no será sino su fantasía; y otras, que lo que es de Dios, es del demonio, y lo que es del demonio, que es de Dios. Y muy muchas veces se le quedarán formas y noticias muy asentadas de bienes ó males ajenos ó propios, y otras figuras que se le representaron, y las tendrá por muy ciertas y verdaderas, y no lo serán, sino muy gran falsedad; y otras serán verdaderas, y las juzgará por falsas, aunque esto por mas seguro lo tengo, porque suele nacer de humildad. Y ya que no se engañe en la verdad, podráse engañar en la calidad y estimacion de las cosas, pensando que lo que es poco es mucho, y lo que es mucho, poco. Y acerca de la calidad, teniendo lo que tiene en su imaginacion por tal ó tal cosa, y no será tal ó tal; poniendo, como dice Isaías, las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas, y lo amargo por lo dulce, y lo dulce por amargo: *Ponentes tenebras lucem, et lucem tenebras: ponentes amarum in dulce, et dulce in amarum.* Y finalmente, ya que acierte en lo uno, maravilla será no errar en lo otro; porque, aunque no quiera aplicar el juicio para juzgar, basta que le aplique en hacer caso para que á lo menos se le pegue y padezca algun daño, ya que no en este género, en alguno de los cuatro que luego dirémos.

Lo que le conviene pues al espiritual para no caer en este daño de engañarse en su juicio, es no querer aplicar el juicio para saber qué sea lo que en sí tiene y siente, ó qué será tal ó tal vision, noticia ó sentimiento, ni tenga gana de saberlo, ni haga mucho caso, sino solo al padre espiritual para que le enseñe á vaciar la memoria de aquellas aprehensiones, ó lo que en algun caso con esta misma desnudez convenga mas; pues to-

do cuanto ellas son en sí no le puede ayudar al amor de Dios tanto cuanto el menor acto de fe viva y esperanza que se hace en vacío de todo eso.

CAPITULO VIII.

Del segundo género de daños, que es peligro de caer en propia estimacion y vana presuncion.

Las aprehensiones sobrenaturales ya dichas de la memoria, son tambien á los espirituales grande ocasion para caer en alguna presuncion ó vanidad, si hacen caso de ellas ó las tienen en algo; porque, así como está muy libre de caer en este vicio el que no tiene nada de eso, pues no ve en sí de qué presumir; así, por el contrario, el que lo tiene, tiene la ocasion en la mano de pensar que ya es algo, pues tiene aquellas comunicaciones sobrenaturales; porque, aunque es verdad que lo puede atribuir á Dios y darle gracias, sintiéndose por indigno; con todo eso, se suele quedar cierta satisfaccion oculta en el espíritu y estimacion de aquello y de sí, de que, sin sentirlo, les nace harta soberbia espiritual. Lo cual pueden ellos ver bien claramente en el disgusto que les nace, y desvío, con quien no les alaba su espíritu ni les estima aquellas cosas que tienen, y la pena que les da cuando piensan ó les dicen que otros tienen aquellas mismas cosas ó mejores. Todo lo cual nace de secreta estimacion y soberbia, y ellos no acaban de entender que por ventura están metidos en ella hasta los ojos; que piensan que basta cierta manera de conocimiento de su miseria, estando, juntamente con esto, llenos de oculta estimacion y satisfaccion de sí mismos, agradándose mas de su espíritu y bienes que del ajeno; como el fariseo que daba gracias á Dios que no era como los otros hombres, y que tenia tales y tales virtudes; con lo cual tenia satisfaccion de sí y presuncion: *Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut caeteri hominum, raptores: injusti, adulteri, etc.; jejuno bis in Sabbato; decimas do omnium, quae posideo.* Los cuales, aunque formalmente no lo digan como este, lo tienen habitualmente en el espíritu; y aun algunos llegan á ser tan soberbios, que son peores que el demonio. Que, como ellos ven en sí algunas aprehensiones y sentimientos devotos y suaves de Dios, á su parecer ya se satisfacen, de manera que piensan están muy cerca de Dios, y que los que no tienen aquello están muy bajos, y los desestiman como el fariseo.

Para huir este pestífero daño, á los ojos de Dios aborrecible, han de considerar dos cosas: la primera, que la virtud no está en las aprehensiones y sentimientos de Dios, por subidos que sean, ni en nada de lo que á este talle puedan sentir en sí; sino, por el contrario, en lo que no se siente en sí, que es mucha humildad y desprecio de sí y de todas sus cosas, muy formado en el alma, y gustar de que los demás sientan de él aquello mismo, no queriendo valer nada en el corazon ajeno.

Lo segundo, ha menester advertir que todas las visiones, revelaciones y sentimientos del cielo, y cuanto mas las quisiere pensar, no valen tanto como el menor acto de humildad, la cual tiene los efectos de la caridad, que no estima sus cosas, ni las procura ni piensa mal, sino de sí, y de sí ningun bien piensa, sino de los demás. Pues, segun esto, conviene que no les hinchan el ojo estas aprehensiones sobrenaturales, sino que las procuren olvidar para quedar libres.

CAPITULO IX.

Del tercer daño que se le puede seguir al alma de parte del demonio por las aprehensiones imaginarias de la memoria.

De todo lo que arriba queda dicho se colige y entiende bien cuánto daño se le puede seguir al alma por via de estas aprehensiones sobrenaturales de parte del demonio, pues no solamente puede representar en la memoria y fantasía muchas noticias y formas falsas, que parezcan verdaderas y buenas, imprimiéndolas en el espíritu y sentido con mucha eficacia y certificacion por sugestion (de manera que le parezca al alma que no hay otra cosa, sino que aquel lo es así como se le asienta; porque, como se transfigura en ángel de luz, parécele el alma luz), sino tambien en las verdades, que son de parte de Dios, puede tentarla de muchas maneras, moviéndole los apetitos y afectos, ahora espirituales, ahora sensitivos, desordenadamente acerca de ellas; porque si el alma gusta de las tales aprehensiones, esle muy fácil al demonio hacerle crecer los apetitos y afectos y caer en gula espiritual, y otros daños; y para hacer esto mejor, suele él sugerir y poner gusto, sabor y deleite en el sentido acerca de las mismas cosas de Dios, para que el alma, enmelada y encandilada con aquel sabor, se vaya cegando con el gusto y poniendo los ojos mas en el sabor que en el amor (á lo menos ya no tanto en el amor), y que haga mas caso de la aprehension que de la desnudez y vacío que hay en la fe y esperanza y amor de Dios; y de aquí vaya poco á poco engañándola y haciéndola creer sus falsedades con grande facilidad; porque al alma ciega ya la falsedad no le parece falsedad, y lo malo no le parece malo, porque le parecen las tinieblas luz, y la luz tinieblas, y de ahí viene á dar en mil disparates; y ya lo que era vino se volvió vinagre, así acerca de lo natural, como de lo moral, como de lo espiritual. Todo lo cual le viene porque al principio no fué negando el gusto de aquellas cosas sobrenaturales; del cual, como al principio es poco ó no es tan malo, no se recela tanto el alma, y déjale estar y crecer, como el grano de mostaza en árbol grande; porque pequeño yerro (como dicen) en el principio, es grande en el fin. Por tanto, para huir este daño que del demonio puede venir, conviénele mucho al alma no querer gustar de las tales cosas; porque certísimamente irá cegándose en el tal gusto y cayendo; porque el gusto, deleite y sabor de su misma cosecha enrudece y ciega al alma; y así lo dió David á entender cuando dijo: *Forsitan tenebrae conculcabunt me; et nox illuminatio mea in deliciis meis;* Por ventura en mis deleites me cegaron las tinieblas, y tendré la noche por mi luz.

CAPITULO X.

Del cuarto daño que se le puede seguir al alma de las aprehensiones sobrenaturales distintas de la memoria, que es impedir la union.

De este cuarto daño no hay mucho que decir aquí, por cuanto está ya declarado á cada paso en este libro, en que habemos probado cómo para que el alma se venga á unir con Dios en esperanza, ha de renunciar toda posesion de la memoria; pues para que la esperanza sea entera de Dios, nada ha de haber en la memoria que no sea Dios. Y, como tambien dijimos, ninguna forma, figura ni imágen que pueda caer en la memoria sea Dios ni semejante á él, ahora natural ó sobrenatural, segun enseña David, diciendo : *Non est similis tui in Diis, Domine;* Señor, en los dioses ninguno hay semejante á tí. De aquí es que, si la memoria quiere hacer presa en algo de esto, se impide para Dios. Lo uno porque se embaraza, y lo otro porque, cuanto mas tiene de posesion, tanto tiene menos de perfeccion de esperanza; luego, necesario le es al alma quedarse desnuda y olvidada de formas y noticias distintas de cosas sobrenaturales, para no impedir la union, segun la memoria, en esperanza perfecta con Dios.

CAPITULO XI.

Del quinto daño que al alma se le puede seguir en las formas y aprehensiones imaginarias sobrenaturales, que es juzgar de Dios baja y impropiamente.

No es menor al alma el quinto daño que se le sigue de querer retener en la memoria imaginativa las dichas formas y imágenes de las cosas que sobrenaturalmente se le comunican, mayormente si las quiere tomar por medio para la divina union. Porque es cosa muy fácil juzgar del ser y alteza de Dios menos digna y altamente de lo que conviene á su incomprehensibilidad. Que, aunque con la razon y juicio no haga expreso concepto de que Dios será semejante á algo de aquello, todavía la misma estimacion de aquellas aprehensiones hacen en el alma un no estimar y sentir de Dios tan altamente como enseña la fe, que nos dice ser incomparable y incomprehensible; porque, demás de que todo lo que aquí el alma pone en la criatura quita de Dios, naturalmente se hace en el interior de ella, por medio de la estimacion de aquellas cosas aprehensibles, una como comparacion de ellas á Dios, que no deja juzgar ni estimar de Dios tan altamente como debe; porque, como queda dicho, todas las criaturas, ahora terrenas, ahora celestiales, y todas las formas y imágenes distintas, naturales y sobrenaturales, que pueden caer en las potencias, por altas que ellas sean, ninguna comparacion ni proporcion tienen con el ser de Dios; porque él no cabe debajo de género ni especie. Y el alma en esta vida no es capaz de recibir clara y distintamente sino lo que cae debajo de género y especie. Que por eso dice san Juan que ninguno jamás vió á Dios : *Deum nemo vidit unquam*. Isaías, que no subió en corazon de hombre cómo sea Dios : *Nec in cor hominis ascendit.* Y Dios á Moisen que no le podia ver en este estado de vida : *Non enim videbit me homo, et vivet.* Por tanto, el que embaraza la memoria y las demás potencias del alma con lo que ellas pueden comprehender, no puede estimar á Dios ni sentir de él como debe. Pongamos una baja comparacion : claro está que cuanto mas uno pusiese los ojos de la estimacion en los criados del Rey y mas reparase en ellos, que tanto menos ponderacion hacia del Rey y en tanto menos le estimaba; porque, aunque este aprecio no está formal y distintamente en el entendimiento, estálo en la obra, pues cuanto mas pone en los criados, tanto mas quita de su señor; y entonces no juzgaba este del Rey muy altamente, pues los criados le parecen algo delante de él; así acaece al alma para con su Dios cuando hace caso de las dichas cosas. Aunque esta comparacion es muy baja, porque, como habemos dicho, Dios es de otro ser que todas sus criaturas, en que infinitamente dista de todas ellas; por tanto, todas ellas han de quedar perdidas de vista, y en ninguna forma de ellas ha de poner el alma los ojos para poderlos poner en Dios por fe y esperanza perfecta. De donde los que, no solamente hacen caso de las dichas aprehensiones, sino que piensan que Dios será semejante á alguna de ellas, y que por ellas podrian ir á union de Dios, ya estos yerran mucho y no se aprovechan tanto de la luz de la fe en el entendimiento, por medio de la cual esta potencia se une con Dios, y tambien no crecerán en la alteza de la esperanza, por medio de la cual, como dijimos, la memoria se une con Dios, lo cual ha de ser desuniéndose de todo lo imaginario.

CAPITULO XII.

De los provechos que saca el alma en apartar de sí las aprehensiones de la imaginativa. Responde á cierta objecion, y declara cierta diferencia que hay entre las aprehensiones imaginarias, naturales y sobrenaturales.

Los provechos que hay en vaciar la imaginativa de las formas imaginarias, bien se echan de ver por los cinco daños ya dichos que se le causan al alma, si las quiere tener en sí, como dijimos de las formas naturales. Pero, demás de estos, hay otros provechos de harto descanso y quietud para el espíritu. Porque, dejado que naturalmente la tiene cuando está libre de imágenes y formas, está tambien libre del cuidado de si son buenas ó malas, y de cómo se ha de haber en las unas y cómo en las otras, y del trabajo y tiempo que habia de gastar con los maestros espirituales, queriendo que se las averigüen si son buenas ó malas, ó si de este género ó del otro, lo cual no ha menester saber, pues de ninguna ha de hacer pié, sino negarlas en el sentido dicho. Y así, el tiempo y caudal del alma que habia de gastar en esto, lo puede emplear en otro mejor y mas provechoso ejercicio, que es el de la voluntad para con Dios, y en cuidar de buscar la desnudez y pobreza espiritual y sensitiva, que consiste en querer de veras carecer de todo arrimo consolatorio y aprehensivo, así interior como exterior. Lo cual se ejercita bien, queriendo y procurando desarrimarse de estas formas, pues que de ahí se le seguirá un tan gran provecho como es allegarse á



Dios (que no tiene ímágen ni forma ni figura) tanto cuanto mas se enajenare de todas las formas, imágenes y figuras.

Pero dirás por ventura que por qué muchos espirituales dan por consejo que se procuren aprovechar las almas de las comunicaciones y sentimientos de Dios, y que quieran recibir de él para tener qué darle; pues si él no nos da, no le darémos nada. Y que san Pablo dice: *Spiritum nolite extinguere*; No querais apagar el espíritu. Y el Esposo á la Esposa: *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum*; Ponme como sello sobre tu corazon, como sello sobre tu brazo. Lo cual ya es alguna aprehension. Todo lo cual, segun la doctrina arriba dicha, no solo no se ha de procurar, mas, aunque Dios lo envie, se ha de desviar. Y que claro está que, pues Dios lo da, para bien lo da, y buen efecto hará. Que no habemos de arrojar las margaritas á mal. Y aun es género de soberbia no querer admitir las cosas de Dios, como que sin ellas por nosotros mismos nos podrémos valer.

Para satisfaccion de esta objecion es menester advertir lo que dijimos en el capítulo quince y diez y seis del segundo libro, donde se responde en mucha parte á esta duda; porque allí decimos que el bien que redunda en el alma de las aprehensiones sobrenaturales, cuando son de buena parte, pasivamente se obra en el alma cuando se representan al sentido, sin que las potencias hagan de suyo alguna operacion. De donde no es menester que la voluntad haga acto de admitirlas; porque, como tambien habemos dicho, si el alma entonces quiere obrar segun la habilidad de sus potencias, antes con su operacion baja natural impediria la sobrenatural que por medio de estas aprehensiones obra Dios entonces en ella, que sacase algun provecho de su ejercicio de obra. Sino que, así como se le da al alma pasivamente el espíritu de aquellas aprehensiones imaginarias, así pasivamente se ha de haber en ellas el alma, sin poner sus acciones interiores ó exteriores en nada, en el sentido arriba dicho. Y esto es guardar los sentimientos de Dios; porque de esta manera no los pierde por su manera baja de obrar. Y esto es tambien no apagar el espíritu, porque apagarle hia si el alma se quisiese haber de otra manera que Dios la lleva. Lo cual haria si, dándole Dios el espíritu pasivamente, como hace en estas aprehensiones, ella entonces se quisiese haber en ellas activamente, obrando de suyo con el entendimiento, ó queriendo algo en ellas fuera de lo que Dios le da; y esto está claro, porque si el alma entonces quiere obrar, por fuerza no ha de ser su obra mas que natural, ó á lo sumo, aunque sea sobrenatural, muy inferior á la que Dios quiere obrar en ella; porque de suyo no puede mas, pues á lo sobrenatural tan subido no se mueve ella ni se puede mover; Dios la mueve y la pone en ello, dando ella su consentimiento. Y así, si entonces el alma quiere obrar de suyo, de fuerza (en cuanto en sí es) ha de impedir con su obra lo que Dios le está comunicando, que es el espíritu; porque se pone en su propia obra, que es de otro género y mas baja que la que Dios le comunica, y esto seria apagar el espíritu. Y que sea mas baja tambien está claro; porque las potencias del alma no pueden, segun su modo ordinario y natural, hacer reflexion y operacion sino sobre alguna figura, forma ó imágen; y esta es la corteza y accidente de la sustancia y espíritu que hay debajo de la tal corteza y accidente. La cual sustancia y espíritu no se une con las potencias del ánima en esta verdadera inteligencia y amor, sino es cuando cesa esta como refleja imperfecta operacion de las potencias. Porque la pretension y fin de la tal operacion no es sino venir á recibir en el alma la sustancia entendida y amada de aquellas formas. De donde, la diferencia que hay entre la operacion activa y pasiva, y la ventaja, es la que hay entre lo que se está haciendo y lo que está ya hecho, que es como lo que se pretende conseguir y alcanzar, y entre lo que está ya conseguido y alcanzado. De donde tambien se saca que si el alma quiere emplear activamente sus potencias en las tales aprehensiones sobrenaturales, en que, como habemos dicho, le da Dios el espíritu de ellas pasivamente, no se hacia menos que dejar lo hecho para volverlo á hacer, y no gozaria lo hecho, ni con sus acciones haria nada, sino impediria lo hecho; porque, como decimos, no pueden llegar de suyo al espíritu que Dios daba al alma sin el ejercicio de ellas. Y así, derechamente seria apagar el espíritu que de las dichas aprehensiones imaginarias Dios infunde, si el alma hiciese caudal de ellas, y así las ha de dejar, habiéndose en ellas pasivamente, como decimos. Porque entonces Dios mueve al alma á mas que ella pudiera ni supiera. Que por eso dijo el Profeta: *Super custodiam meam stabo, et figam gradum super munitionem, et contemplabor, ut videam, quid dicatur mihi*; Estaré en pié sobre mi custodia y afirmaré el paso sobre mi municion, y contemplaré lo que se me dijere. Que es como si dijera: Levantado estaré sobre la guarda de mis potencias, y no daré paso adelante en mis operaciones, y así podré contemplar lo que se me dijere; esto es, entenderé y gustaré lo que se me comunicare sobrenaturalmente. Y lo que tambien se alega del Esposo; entiéndase aquello del amor que pide la Esposa, que tiene por oficio entre los amados de asimilar el uno al otro. Y por esto él dice á ella: *Pone me, ut signaculum super cor tuum*; que en su corazon le ponga por sello, donde las saetas del aljaba del amor vienen á dar, que son las acciones y motivos de amor. Porque todas dén en él, estando allí por señal de ellas, y así todas sean para él, y el alma se asemeje á él por las acciones y movimientos de amor hasta transformarse en él. Y dice tambien que le ponga como señal en el brazo; porque en él está el ejercicio de amor, pues en él se sustenta y regala el amado. Por tanto, todo lo que el alma ha de procurar en todas las aprehensiones que de arriba le vinieren, así imaginarias como de otro cualquier género, ó sean visiones, locuciones, sentimientos ó revelaciones, es, no haciendo caso de la letra y corteza (esto es, de lo que significa ó representa ó da á entender), advertir solo en tener el amor de Dios que inte-

riormente le causan en el alma. Y de esta manera ha de hacer caso de los sentimientos, no de sabor ó suavidad ni figuras, sino de los sentimientos de amor que le causan. Y para solo este efecto bien podria algunas veces acordarse de aquella imágen y aprehension que le causó el amor para poner el espíritu en motivos de amor. Porque, aunque no hace después tanto efecto cuando se acuerda, como la primera vez que se comunica, todavía cuando se acuerda se renueva el amor y hay levantamiento de la mente en Dios, mayormente cuando es la recordacion de unas imágenes, figuras ó sentimientos sobrenaturales, que suelen sellarse y imprimirse en el alma de manera, que duran mucho tiempo, y algunas apenas se quitan del alma. Y estas que así se sellan en el alma, casi cada vez que advierte en ellas le hacen divinos efectos de amor, suavidad, luz, etc., unas veces mas, otras menos; porque para esto se las imprimieron. Y así, es una gran merced á quien Dios la hace, porque es tener en sí un minero de bienes. Estas figuras que hacen los tales efectos están asentadas vivamente en el alma, segun su memoria inteligible, que no son, como las otras imágenes y formas, que se conservan en la fantasía. Y así, no ha menester el alma ir á esta potencia por ellas cuando se quiere acordar; porque ve que las tiene en sí misma, como se ve la imágen en el espejo. Cuando acaeciere á una alma tener en sí las dichas figuras formalmente, bien podrá acordarse de ellas para el efecto de amor que dije, porque no le estorbarán para la union de amor en fe, como no quiera embeberse en la figura, sino aprovecharse del amor, dejando luego la figura; y así, antes le ayudará.

Dificultosamente se puede conocer cuándo estas imágenes tocan derechamente á lo espiritual del alma, y cuándo son de la fantasía; porque las de la fantasía suelen tambien ser muy frecuentes; porque algunas personas suelen ordinariamente traer en la imaginacion y fantasía visiones imaginarias, y con grande frecuencia se les representan de una misma manera, ahora porque tienen el órgano muy aprehensivo, y por poco que piensan, luego se les representa y dibuja aquella figura ordinaria en la fantasía, ahora porque se las pone el demonio, ahora tambien porque se las pone Dios, sin que se impriman en el alma formalmente. Pero puédense conocer por los efectos; porque las que son naturales ó del demonio, aunque mas se acuerden de ellas, ningun efecto hacen bueno ni renovacion espiritual en el alma, sino secamente las miran; aunque las que son buenas, todavía acordándose de ellas, hacen algun efecto bueno, como aquel que hizo al alma la primera vez; pero las formales que se imprimen en el alma, casi siempre que advierte le hacen algun efecto. El que hubiere tenido estas conocerá fácilmente las unas y las otras; porque está muy clara la dicha diferencia al que tiene experiencia. Solo digo que las que se imprimen formalmente en el alma con duracion, mas raras veces acaecen. Pero ahora sean estas, ahora aquellas, bueno le es al alma no querer comprehender nada, sino á Dios por fe en esperanza. Y esotro que dice la objeccion, que parece soberbia desechar estas cosas si son buenas, digo que antes es humildad prudente aprovecharse de ellas en el mejor modo, como queda dicho, y guiarse por lo mas seguro.

CAPITULO XIII.

En que se trata de las noticias espirituales, en cuanto pueden caer en la memoria.

Las noticias espirituales pusimos por tercer género de aprehensiones de la memoria, no porque ellas pertenezcan al sentido corporal de la fantasía como en las demás, sino porque tambien caen debajo de la reminiscencia y memoria espiritual; pues que, después de haber caido en el alma alguna de ellas, se puede, cuando quisiere, acordar de ellas; y esto no por la figura y imágen que dejase la tal aprehension en el sentido corporal, porque por ser corporal, como decimos, no tiene capacidad para formas espirituales, sino que intelectual y espiritualmente se acuerda de ella por la forma que en el alma dejó de sí impresa, que tambien es forma ó noticia, ó imágen espiritual ó formal, por la cual se acuerda, ó por el efecto que hizo. Que por eso pongo estas aprehensiones entre las de la memoria, aunque no pertenezcan derechamente á la fantasía.

Cuáles sean estas noticias, y cómo se haya de haber el alma en ellas para ir á la union de Dios, suficientemente está dicho en el capítulo veinte y cuatro del segundo libro, donde las tratamos como aprehensiones del entendimiento. Véanse allí porqué allí dijimos cómo eran en dos maneras: unas de perfecciones increadas, y otras de criaturas. Solo en lo que toca al propósito de cómo se ha de haber la memoria acerca de ellas para ir á la union, digo que, como acabo de decir de las formales en el capítulo precedente (de cuyo género son tambien estas que son de cosas criadas), cuando le hicieren buen efecto se puede acordar de ellas, no para quererlas retener en sí, sino para avivar el amor y noticia de Dios; pero si no le causa el acordarse de ellas buen efecto, nunca quiera pasarlas por la memoria. Mas de las de cosas increadas digo que se procure acordar las veces que pudiere, porque le harán grande efecto; pues, como allí decimos, son toques y sentimientos de union de Dios, que es donde vamos encaminando al alma. Y de estos no se acuerda la memoria por alguna forma, imágen ó figura que imprimiesen en el alma, porque no la tienen aquellos toques y sentimientos de union del Criador, sino por el efecto que en ella hicieron de luz, amor, deleite, renovacion espiritual, de las cuales cada vez que se acuerda, se le renueva algo de esto.

CAPITULO XIV.

En que se pone el modo general cómo se ha de gobernar el espiritual acerca de esta potencia.

Para concluir pues con este negocio de la memoria, será bueno poner aquí al lector espiritual en una razon el modo que universalmente ha de usar para unirse con

Dios segun esta potencia; porque, aunque en lo dicho queda bien entendido, todavía, resumiéndoselo aquí, lo tomará mas fácilmente. Para lo cual ha de advertir que, pues lo que pretendemos es que el alma se una con Dios segun la memoria en esperanza, y lo que se espera es lo que no se posee, y que, cuanto menos se posee de otras cosas, mas capacidad hay y mas habilidad para esperar lo que se espera, y consiguientemente mas perfeccion de esperanza, y que, cuanto mas cosas se poseen, menos capacidad y habilidad hay para esperar, y consiguientemente menos perfeccion de esperanza. Y que, segun esto, cuanto mas el alma desaposesionare la memoria de formas y cosas memorables, que no son divinidad ó Dios humanado, cuya memoria siempre ayuda al fin, como del que es verdadero camino y guia y autor de todo bien, tanto mas pondrá la memoria en Dios, y mas vacía la tendrá para esperar de él el lleno de su memoria.

Lo que ha de hacer pues para vivir en entera y pura esperanza de Dios es, que todas las veces que le ocurrieren noticias, formas é imágenes distintas, segun habemos dicho, sin hacer asiento en ellas, vuelva luego el alma á Dios en vacío de todo aquello memorable con afecto amoroso, no pensando ni mirando en aquellas cosas mas de lo que le bastáren las memorias de ellas, para entender y hacer lo que es obligado, si ellas fueren de cosa tal; y esto sin poner en ellas afecto ni gusto, porque no dejen efecto ó estorbo de sí en el alma; y así, no ha de dejar el hombre de pensar y acordarse de lo que debe hacer y saber, que, como no haya aficiones de propiedad, no le harán daño. Aprovechan para esto los versillos del Monte que están en el capítulo trece del primer libro. Pero has de advertir aquí, oh amado lector, que no por eso convenimos ni queremos convenir en esta nuestra doctrina con la de aquellos pestíferos hombres que, persuadidos de la soberbia y envidia de Satanás, quisieron quitar de delante los ojos de los fieles el santo y necesario uso y ínclita adoracion de las imágenes de Dios y de los santos. Antes esta nuestra doctrina es muy diferente de aquella; porque aquí no tratamos que no haya imágenes, y que no sean adoradas como ellos, sino damos á entender la diferencia que hay de ellas á Dios; y que de tal manera pasen por lo pintado, que no impidan de ir á lo vivo, haciendo en ello mas presa de la que basta para ir á lo espiritual; porque, así como es bueno y necesario el medio para el fin, como son las imágenes para acordarnos de Dios y de los santos; así, cuando se toma y se repara en el medio mas que por solo medio, estorba y impide tambien; cuanto mas, que en lo que yo mas pongo la mano es en las imágenes y visiones interiores que en el alma se forman; porque acerca de estas acaecen muchos engaños y peligros. Empero acerca de la memoria y adoracion y estimacion de las imágenes que nuestra madre la Iglesia católica nos propone, ningun engaño ni peligro puede haber, ni la memoria de ellas dejará de hacer provecho al alma, pues aquella no se tiene sino con amor del que representan; que, como se ayude de ellas para esto, siempre le ayudarán á la union de Dios, como deje volar al alma (cuando Dios le hiciere merced) de lo pintado á lo vivo, en olvido de toda criatura y cosa de criatura.

CAPITULO XV.

En que se comienza á tratar de la noche oscura de la voluntad. Pónese una autoridad del *Deuteronomio* y otra de David, y la division de las aficiones de la voluntad.

No hubiéramos hecho nada en purgar al entendimiento para fundarle en la virtud de la fe, y á la memoria (en el sentido que se advirtió en el capítulo sexto del segundo libro) en la de la esperanza, si no purgásemos tambien la voluntad en órden á la caridad, que es la tercera virtud por la cual las obras hechas en fe son vivas y tienen gran valor, y sin ella no valen nada; pues como dice Santiago: *Fides sine operibus mortua est;* Sin obras de caridad la fe es muerta. Y para haber ahora de tratar de la noche y desnudez activa de esta potencia para enterarla y formarla en esta virtud de la caridad de Dios, no hallo autoridad mas conveniente que la que se escribe en el *Deuteronomio*, donde dice Moisen: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua;* Amarás á Dios de todo tu corazon y de toda tu ánima y de toda tu fortaleza. En la cual se contiene todo lo que el hombre espiritual debe hacer y lo que yo aquí le tengo de enseñar para que de veras llegue á Dios por union de voluntad por medio de la caridad; porque en ella se manda al hombre que todas las potencias y apetitos, y operaciones y aficiones de su alma emplee en Dios, de manera que toda la habilidad y fuerza del alma no sirva mas que para esto, conforme á lo que dijo David: *Fortitudinem meam ad te custodiam;* La fortaleza del alma consiste en sus potencias, pasiones, apetitos, todo lo cual es gobernado por la voluntad; pues cuando estas pasiones y potencias y apetitos endereza en Dios la voluntad y las desvía de todo lo que no es Dios, entonces guarda la fortaleza del alma para Dios; y así, viene á amar á Dios de toda su fortaleza; y para que esto el alma pueda hacer, tratarémos aquí de purgar la voluntad de todas sus aficiones desordenadas, de donde le nace tambien no guardar toda su fuerza á Dios. Estas aficiones ó pasiones son cuatro, es á saber: gozo, esperanza, dolor y temor; las cuales pasiones, poniéndolas en obra de razon en órden á Dios, de manera que el alma no se goce sino de lo que es puramente honra y gloria de Dios nuestro Señor, ni tenga esperanza de otra cosa, ni se duela sino de lo que á esto tocare, ni tema sino solo á Dios, está claro que enderezan y guardan la fortaleza del alma y su habilidad para Dios; porque cuanto mas se gozare en otra cosa el alma, tanto menos fuertemente se empleará su gozo en Dios, y cuanto mas esperare otra cosa, tanto menos esperará en Dios, y así de las demás; y para que demos mas por entero doctrina de esto, irémos (como es nuestra costumbre) tratando en particular de cada una de estas cuatro pasiones y de los apetitos de voluntad; porque

todo el negocio para venir á union de Dios está en purgar la voluntad de sus aficiones y apetitos, porque así de voluntad humana y baja venga á ser voluntad divina, hecha una misma cosa con la voluntad de Dios.

Estas cuatro pasiones, tanto mas reinan en el alma y la combaten cuanto la voluntad está menos fuerte en Dios y mas pendiente de criaturas; porque entonces con mucha facilidad se goza de cosas que no merecen gozo, y espera lo que no hay provecho, y se duele de lo que por ventura se habia de gozar, y teme donde no hay de qué temer.

De estas aficiones nacen en el alma todos los vicios y imperfecciones que tiene cuando están desenfrenadas, y tambien todas sus virtudes cuando están ordenadas y compuestas; y es de saber que, al modo que una de ellas se fuere ordenando y poniendo en razon, á ese mismo se pondrán todas las demás; porque están tan hermanadas y aunadas entre sí estas cuatro pasiones del ánimo, que donde actualmente va la una, las otras tambien van virtualmente, y si la una se recoge actualmente, las otras virtualmente á la misma medida se recogen; porque si la voluntad se goza de alguna cosa, consiguientemente á esa misma medida la ha de esperar, y virtualmente allí va incluido el dolor y temor acerca de ella, y á la medida que de ella va quitando el gusto va tambien perdiendo el dolor y temor de ella y quitando la esperanza, porque la voluntad con estas cuatro pasiones es en cierto modo significada por aquella figura de aquellos cuatro animales que vió Ecequiel en un cuerpo que tenia cuatro rostros, y las alas del uno estaban asidas á las del otro, y cada uno iba delante de su faz, y cuando caminaban no volvian atrás: *Et facies, et pennas per quatuor partes habebant. Junctaeque erant pennae eorum alterius ad alterum: non revertebantur, cum incederent: sed unumquodque ante faciem suam gradiebatur.* Y así, de tal manera están asidas las plumas de cada una de estas aficiones á las de cada una de esotras, que do quiera que actualmente lleva la una su faz, esto es, su operacion, necesariamente las otras han de caminar con ella virtualmente, y cuando se abajare la una (como allí dice), se abajarán todas, y cuando se elevare, se elevarán, donde fuere su esperanza irá su gozo y temor y dolor, y si se volviere, ellas se volverán, y así de las demás; donde se ha de advertir, oh espiritual, que donde quiera que fuere una pasion de estas irá tambien toda el alma, y la voluntad y las demás potencias, y vivirán todas cautivas en la tal pasion, y las demás tres pasiones tambien en aquella estarán vivas para afligir al alma y no la dejar volar á la libertad y descanso de la dulce contemplacion y union; que por eso te dijo Boecio que si querias con luz clara entender la verdad echases de tí los gozos y la esperanza y temor y dolor; porque en cuanto estas pasiones reinan, no dejan estar al alma con la tranquilidad y paz que se requiere para la sabiduría que natural y sobrenaturalmente puede recibir.

CAPITULO XVI.

En que se comienza á tratar de la primera aficion de la voluntad. Dícese qué cosa es gozo, y hácese distincion de las cosas de que la voluntad puede gozarse.

La primera de las pasiones del alma y aficiones de la voluntad es el gozo, el cual, en cuanto á lo que de él pensamos decir, no es otra cosa que un contentamiento en la voluntad con estimacion de alguna cosa que tiene por conveniente, porque nunca la voluntad se goza sino cuando de la cosa hace aprecio y la da contento; esto es cuanto al gozo activo, que es cuando el alma entiende distinta y claramente de lo que se goza, y está en su mano gozarse y no gozarse; porque hay otro gozo pasivo en que se puede hallar la voluntad gozando sin entender cosa clara y distinta (y á veces entendiéndola) de que sea el tal gozo, no estando por entonces en su mano tenerle ó no tenerle; y de este tratarémos después. Ahora dirémos del gozo en cuanto es activo y voluntario de cosas distintas y claras.

El gozo puede nacer de seis géneros de cosas ó bienes; conviene á saber: temporales, naturales, sensuales, morales, sobrenaturales y espirituales; acerca de los cuales habemos de ir por su órden, poniendo la voluntad en razon para que, no embarazada con ellos, deje de poner la fuerza de su gozo en Dios. Y para todo ello conviene presuponer un fundamento, que será como un báculo en que nos habemos siempre de ir arrimando, y conviene llevarle entendido, porque es la luz por donde nos habemos de guiar y entender en esta doctrina, y enderezar en todos estos bienes el gozo á Dios. Y es, que la voluntad no se debe gozar sino solo de aquello que es honra y gloria de Dios, y que la mayor honra que le podemos dar, es servirle segun la perfeccion evangélica, y lo que es fuera de esto, es de ningun valor y provecho para el hombre.

CAPITULO XVII.

Que trata del gozo acerca de los bienes temporales. Dice cómo se ha de enderezar el gozo en ellos.

El primer género de bienes que dijimos son los temporales; y por bienes temporales entendemos aquí riquezas, estados, oficios y otras pretensiones y hijos, parientes y casamientos, etc.; todas las cuales son cosas de que se puede gozar la voluntad. Pero cuán vana cosa sea gozarse los hombres de las riquezas, títulos, estados, oficios y otras cosas semejantes que suelen ellos pretender, está claro; porque, si por ser el hombre mas rico fuera mas siervo de Dios, debiérase gozar en las riquezas; pero antes le pueden ser causa que le ofenda, segun lo enseña el Sabio, diciendo: *Fili... si dives fueris, non eris immunis à delicto;* Hijo, si fueres rico no estarás libre de pecado. Que aunque es verdad que los bienes temporales de suyo necesariamente no hacen pecar, pero porque ordinariamente con flaqueza de aficion se ase el corazon del hombre á ellos y falta á Dios, lo cual es pecado, por eso dice el Sabio que no estarás libre de pecado. Que por eso Jesucristo

nuestro Señor llamó á las riquezas en el Evangelio espinas, para dar á entender que el que las manoseare con la voluntad quedará herido de algun pecado. Y aquella exclamacion que hace por san Mateo, tan para temer, diciendo: *Amen dico vobis, quia dives difficile intravit in regnum coelorum*; cuán dificultosamente entran en el reino de los cielos los que tienen riquezas, es á saber, el gozo en ellas, bien da á entender que no se debe el hombre gozar en las riquezas, pues á tanto peligro se pone; que para apartarnos de él dijo tambien David: *Divitiae si affluant, nolite cor apponere;* Si abundaren las riquezas no pongais en ellas el corazon. Y no quiero traer aquí mas testimonios en cosa tan clara, porque ¿cuándo acabaria de decir los males que de ellas dice Salomon en el *Ecclesiastes?* El cual, como hombre que, habiendo tenido muchas riquezas y sabiduría, sabiendo bien lo que eran, dijo que todo cuanto habia debajo del sol era vanidad de vanidades, afliccion de espíritu y vana solicitud del ánimo: *Vidi cuncta quae fiunt sub sole, et ecce universa vanitas et afflictio spiritus... et cassa solicitudo mentis;* y que el que ama las riquezas no sacará fruto de ellas: *Qui amat divitias fructum non capiet ex eis;* y que las riquezas se guardan para mal de su señor: *Divitiae conservatae in malum domini sui.* Segun tambien se lee en el Evangelio, donde á aquel que se gozaba porque tenia guardados muchos frutos para muchos años, se le dijo del cielo: *Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te: quae autem parasti, cujus erunt?* Necio, esta noche te pedirán el alma para que venga á cuenta; y lo que allegaste ¿cúyo será? Y finalmente, David nos enseña lo mismo, diciendo: *Ne timueris cum dives factus fuerit homo, quoniam cum interierit, non sumet omnia: neque descendet cum eo gloria ejus;* que no tengamos envidia cuando nuestro vecino se enriquece, pues no le aprovechará nada para la otra vida; dando allí á entender que antes le podriamos haber lástima. Síguese pues que el hombre, ni se ha de gozar de que tiene riquezas él ni de que las tenga su hermano, sino si con ellas sirven á Dios; porque, si por alguna via se sufre gozarse en ellas, es cuando se expenden y emplean en servicio de Dios, pues de otra manera no sacará de ellas provecho. Y lo mismo se ha de entender en los demás bienes de títulos, estados, oficios, etc.; en todo lo cual es vano el gozarse si no siente en ellos sirve mas á Dios y no llevan mas seguro el camino para la vida eterna. Y porque claramente no puede saber si esto es así, que sirve mas á Dios, vana cosa seria gozarse determinadamente de estas cosas, porque no puede ser razonable el tal gozo de ellas; pues, como dice el Señor: *Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animae verò suae detrimentum patiatur?* Aunque gane todo el mundo, poco le aprovecha al hombre si padece detrimento en su alma. No hay pues de qué se gozar, sino en si sirve á nuestro Dios.

Pues de los hijos tampoco hay qué se gozar, ni por ser muchos y ricos y arreados de dones y gracias naturales y bienes de fortuna, sino en si sirven á Dios, pues á Absalon, hijo de David, ni su hermosura ni su riqueza ni su linaje le sirvió de nada, pues no sirvió á Dios. Por tanto, vana cosa fué haberse gozado de lo tal. De donde tambien es vana cosa desear tener hijos, como hacen algunos, que hunden y alborotan al mundo con deseo de ellos, pues que no saben si serán buenos y si servirán á Dios, y si el contento que de ellos esperan será dolor, y el descanso y consuelo, trabajo y desconsuelo, y la honra, deshonra y ofender mas á Dios con ellos, como hacen muchos; de los cuales dice Cristo que cercan la mar y la tierra para enriquecerlos y hacerlos hijos de perdicion, doblado que fueron ellos: *Circuitis mare et aridam ut faciatis unum proselytum, et cum fuerit factus, facitis eum filium gehennae duplo quam vos.* Por tanto, aunque todas las cosas se lo rian al hombre y todas sucedan prósperamente, y como dicen, á pedir de boca, antes se debe recelar que gozarse, pues en aquello crece la ocasion y el peligro de olvidar á Dios y ofenderle, como habemos dicho; que por eso dice Salomon que se recataba él, diciendo en el *Ecclesiastes: Risum reputavi errorem, et gaudio dixi: Quid frustra deciperis?* A la risa juzgué por error, y al gozo dije: ¿Porqué te engañas en vano? Que es como si dijera: Cuando se me reian las cosas tuve por error y engaño gozarme en ellas, porque grande error sin duda é insipiencia es la del hombre que se goza de lo que se le muestra alegre y risueño, no sabiendo de cierto que de allí se le siga algun bien eterno. El corazon del necio, dice el Sabio, está donde está la alegría, mas el del sabio donde está la tristeza; *Cor sapientium ubi tristitia est, et cor stultorum ubi laetitia.* Porque la alegría vana ciega el corazon y no le deja considerar y ponderar las cosas, y la tristeza hace abrir los ojos y mirar el daño y provecho de ellas. Y de aquí es que, como tambien dice el mismo: *Melior est ira risu;* Es mejor la ira que la risa. Por tanto, mejor es ir á la casa del llanto que á la casa del convite, porque en ella se demuestra el fin de todos los hombres; como tambien dice el Sabio: *Melius est ire ad domum luctus quam ad domum convivii: in illa enim finis cunctorum admonetur hominum.*

Pues gozarse de la mujer ó del marido cuando claramente no saben que sirven á Dios mejor con su casamiento, tambien seria vanidad; pues antes deben tener confusion, por ser el matrimonio causa, como dice san Pablo, de que, por tener cada uno puesto el corazon en el otro, no le tengan entero con Dios. Por lo cual dice: *Solutus es ab uxore? Noli quaerere uxorem;* que si te hallas libre de mujer, no quieras buscar mujer; pero ya que se tenga, conviene que sea con tanta libertad de corazon como si no la tuviese; lo cual, juntamente con lo que habemos dicho de los bienes temporales, nos enseña él por estas palabras, diciendo: *Hoc itaque dico, fratres, tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint; et qui flent, tanquam non flentes; et qui gaudent, tanquam non gaudentes; et qui emunt, tanquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur;* Esto

cierto es, digo, hermanos, que el tiempo es breve; lo que resta es que los que tienen mujeres sean como los que no las tienen, y los que lloran como los que no lloran, y los que se gozan como los que no se gozan, y los que compran como los que no poseen, y los que usan de este mundo como los que no lo usan. Lo cual dice para dar á entender que poner el gozo en otra cosa que en lo que toca á servir á Dios es vanidad y cosa sin provecho, pues que el gozo que no es segun Dios no le puede salir bien al alma.

CAPITULO XVIII.

De los daños que se le pueden seguir al alma de poner el gozo en los bienes temporales.

Si los daños que al alma cercan por poner la aficion de la voluntad en los bienes temporales hubiésemos de decir, ni tinta ni papel bastaria, y el tiempo seria corto; porque de muy poco puede llegar á grandes males y destruir grandes bienes, así como de una centella de fuego, si no se apaga, se pueden encender grandes fuegos que abrasen el mundo. Todos estos daños tienen raíz y orígen en un daño privativo principal que hay en este gozo, que es apartarse de Dios; porque, así como llegándose á él el alma por la aficion de la voluntad, de ahí le nacen todos los bienes, así apartándose de él por esta aficion de criaturas, dan en ella todos los daños y males á la medida del gozo y aficion con que se junta con la criatura, porque eso es el apartarse de Dios. De donde, segun el apartamiento que cada uno hiciere de Dios en mas ó menos, podrá entender ser sus daños en mas ó menos extensiva ó intensivamente, y juntamente de ambas maneras por la mayor parte.

Este daño privativo, de donde decimos que nacen los demás privativos y positivos, tiene cuatro grados, uno peor que otro; y cuando el alma llegare al cuarto, habrá llegado á todos los daños y males que se pueden decir en este caso. Estos cuatro grados nota muy bien Moisen en el *Deuteronomio* por estas palabras, diciendo: *Incrassatus est dilectus, et recalcitravit: incrassatus, impinguatus, dilatatus.; dereliquit Deum factorem suum, et recessit à Deo salutari suo;* Engordó el amado y volvió, engrosóse y dilatóse; dejó á Dios su hacedor, y alejóse de Dios su salud.

El engrosarse el alma que era amada antes, es engolfarse en este gozo de criaturas; y de aquí sale el primer grado de este daño, que es volver atrás; lo cual es un embotamiento de la mente acerca de Dios, que le escurece los bienes de Dios como la niebla escurece al aire, para que no sea bien ilustrado de la luz del sol; porque, por el mismo caso que el espiritual puso su gozo en alguna cosa y da rienda al apetito para impertinencias, se entenebrece acerca de Dios y añubla la sencilla inteligencia del juicio, segun lo enseña el Espíritu divino en el libro de la *Sabiduría*, diciendo: *Fascinatio enim nugacitatis obscurat bona, et inconstantia concupiscentiae transvertit sensum sine malitia;* El aojo ó falsa apariencia de la vanidad y burla escurece los bienes, y la inconstancia del apetito trastorna y pervierte el sentido y juicio sin malicia; de donde da á entender el Espíritu Santo que, aunque no haya precedido malicia concebida en el alma, solo la concupiscencia y gozo de estas basta para hacer en ella este primer grado de este daño, que es el embotamiento de la mente y escuridad del juicio para entender la verdad y juzgar bien de cada cosa, como es; y no basta santidad ni buen juicio que tenga el hombre para que deje de caer en este daño si da lugar á la concupiscencia ó gozo en las cosas temporales; que por eso dijo Dios por Moisen, avisándonos, estas palabras: *Nec accipies munera, quae etiam excaecant prudentes;* No recibas dones, porque hasta los prudentes ciegan. Y esto era hablando particularmente con los que habian de ser jueces, porque han menester tener el juicio limpio y dispierto; lo cual no tendrán con la codicia y gozo de las dádivas; y por eso mandó Dios al mismo Moisen que pusiese por jueces á los que aborreciesen la avaricia: *Provide autem de omni Plebe... qui oderint avaritiam... qui judicent Populum omni tempore.* Porque no se les embotase el juicio con el gusto de las posesiones; y así, dice que, no solamente no la quieran, sino aun la aborrezcan; porque para defenderse uno perfectamente de la aficion de amor hase de sustentar en aborrecimiento, defendiéndose con el un contrario del otro. Y así, la causa por que el profeta Samuel fué siempre tan recto y ilustrado juez, es porque (como él dijo en el primero de los *Reyes*) no habia recibido de alguno dádiva: *Si de manu cujusquam munus accepi.*

El segundo grado de este daño privativo sale de este primero, el cual se da á entender en lo que se sigue de la autoridad alegada, es á saber, «engrosóse y dilatóse.» Y así, este segundo grado es dilatacion de la voluntad ya con mas libertad en las cosas temporales; lo cual consiste en no se le dar tanto, ni penarse, ni tener en tanto el gozar y gustar de los bienes criados; y esto le nació de haber primero dado rienda al gozo, porque dándole lugar, se vino á engrosar el alma en él, como allí dice, y aquella grosura de gozo y apetito le hizo dilatar y extender mas la voluntad en las criaturas; y esto trae consigo grandes daños, porque este segundo grado le hace apartarse de las cosas de Dios y santos ejercicios, y no gustar de ellos, porque gusta de otras cosas, y va dándose á muchas impertinencias y gozos y vanos gustos; y totalmente este segundo grado, cuando es acabado y consumado, quita al hombre los continuos ejercicios que tenia, y hace que toda su mente y codicia ande ya en lo secular. Y ya los que están en este segundo grado, no solo tienen escuro el juicio y entendimiento para conocer las verdades y la justicia, como los que están en el primero; mas aun tienen ya mucha flojedad y tibieza en saberlo y obrarlo, segun de ellos dice Isaías por estas palabras: *Omnes diligunt munera, sequuntur retributiones. Pupillo non judicant: et causa viduae non ingreditur ad illos;* Todos aman las dádivas y se dejan llevar de las retribuciones, y no juzgan al pupilo, y la causa de la viuda no llega á ellos para que de ella hagan caso; lo cual no acaece en ellos sin culpa,

mayormente cuando les incumbe de oficio; porque ya los de este grado no carecen de malicia, como los del primero carecen. Y así, se van mas apartando de la justicia y virtudes, porque van màs encendiendo la voluntad en la aficion de las criaturas. Por tanto, la propiedad de los de este grado segundo es gran tibieza en las cosas espirituales y cumplir muy mal con ellas, ejercitándolas mas por cumplimiento ó por fuerza, ó por el uso que tienen en ellas, que por razon de amor.

El tercero grado de este daño privativo es dejar á Dios del todo, no curando de cumplir su ley, por no faltar á las cosas livianas del mundo, dejándose caer en pecados mortales por la codicia. Y este tercer grado se nota en lo que se va siguiendo en la sobredicha autoridad, que dice: *Dereliquit Deum factorem suum.* Dejó á Dios su hacedor. En este grado se contienen todos aquellos que de tal manera tienen las potencias del alma engolfadas en las cosas del mundo y riquezas y tratos de él, que no se les da nada por cumplir con lo que les obliga la ley de Dios; y tienen grande olvido y torpeza acerca de lo que toca á su salvacion, y mas viveza y sutileza acerca de las cosas del mundo; tanto, que les llama Cristo en el Evangelio hijos de este siglo, y dice de ellos que son mas prudentes en sus tratos, y agudos, que los hijos de la luz en los suyos: *Filii hujus saeculi prudentiores filiis lucis... sunt.* Y así, en lo de Dios no son nada y en lo del mundo son todo. Y estos propiamente son los avarientos, los cuales tienen ya tan extendido y derramado el apetito y gozo en las cosas criadas, y tan afectadamente, que no se pueden ver hartos, sino que antes su apetito crece tanto mas, y su sed, cuanto ellos están mas apartados de la fuente que solamente los podrá hartar, que es Dios; porque de estos dice el mismo Dios por Jeremías: *Me dereliquerunt fontem aquae vivae, et foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quae continere non valent aquas;* Dejáronme á mí, que soy fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas que no pueden tener aguas. Y esto es porque en las criaturas no halla el avariento con qué apagar su sed, sino con qué aumentarla. Estos son los que caen en mil maneras de pecados por los bienes temporales; y de estos dice David: *Transierunt in affectum cordis;* Pasáronse á la aficion de su corazon.

El cuarto grado de este daño privativo se nota en lo último de nuestra autoridad, que dice: *Et recessit à Deo salutari suo*; y alejóse de Dios, su salud. A lo cual vienen del tercero, que acabamos de decir; porque, de no hacer caso, de no poner su corazon en la ley de Dios por causa de los bienes temporales, viene á alejarse mucho de Dios el alma del avariento, segun la memoria, entendimiento y voluntad, olvidándose de él como si no fuese su Dios; lo cual es porque ha hecho para sí dios al dinero y bienes temporales, como lo dice san Pablo, que la avaricia es servidumbre de ídolos: *Et avaritiam, quae est simulacrorum servitus.* Porque este cuarto grado llega hasta olvidar á Dios, y poner el corazon, que formalmente debia poner en Dios, formalmente en el dinero, como si no tuviese otro dios. De este cuarto grado son aquellos que no dudan de ordenar las cosas divinas y sobrenaturales á las temporales, como á su dios, debiéndolo hacer al contrario, ordenándolas á Dios, como era razon. De estos fué el impío Balaán, que la gracia que Dios le habia dado vendia; y tambien Simon Mago, que pensaba estimarse la gracia de Dios por dinero queriéndola comprar. En lo cual estimaban mas el dinero; pues les pareció que habia quien lo estimase en mas, dando la gracia por el dinero; y de este cuarto grado en otras muchas maneras hay muchos el dia de hoy que allá con sus razones, escurecidas con la codicia en las cosas espirituales, sirven al dinero, y no á Dios, y se mueven por el dinero, y no por Dios, poniendo delante el precio, y no el divino valor y premio, haciendo de muchas maneras al dinero su principal dios y fin, anteponiéndole al último fin, que es Dios.

De este último grado son tambien todos aquellos miserables que, estando tan enamorados de los bienes, los tienen tan por su dios, que no dudan de sacrificarles sus vidas cuando ven que este su dios recibe alguna mengua temporal, desesperándose y dándose ellos la muerte por miserables fines, mostrando ellos mismos por sus manos el desdichado galardon que de tal dios se consigue; que, como no hay que esperar en él, da desesperacion y muerte; y á los que no persigue hasta este último daño de muerte, los hace vivir muriendo en penas de solicitud y otras muchas miserias, no dejando entrar alegría en su corazon, y que no les luzca bien ninguno en la tierra, pagando siempre el tributo de su corazon á su dinero en tanto que penan por él, allegándolo para la última calamidad suya de justa perdicion, como lo advierte el Sabio, diciendo: *Divitiae conservatae in malum Domini sui;* que las riquezas están guardadas para el mal de su señor. Y de este cuarto grado son aquellos que dice san Pablo, que *tradidit illos Deus in reprobum sensum.* Porque hasta estos daños trae el hombre al gozo cuando se pone en las posesiones últimamente. Mas á los que menos daño hace es de tener harta lástima; pues, como habemos dicho, hace volver al alma mucho atrás en el camino de Dios. Por tanto, como dice David: *Ne timueris, cum dives factus fuerit homo, et cum multiplicata fuerit gloria domus ejus. Quoniam, cum interierit, non sumet omnia: neque descendet cum eo gloria ejus;* No temas cuando se enriqueciere el hombre; esto es, no le hayas envidia, pensando que te lleva ventaja; porque cuando acabare no llevará nada, ni su gloria y gozo bajará con él.

CAPITULO XIX.

De los provechos que se siguen al alma en apartar al gozo de las cosas temporales.

Ha pues el espiritual de mirar mucho que no se le comience el corazon y el gozo á asir á las cosas temporales, temiendo que de poco vendrá á mucho, creciendo de grado en grado. Pues de lo poco se viene á lo mucho, y de pequeño principio en el fin es el daño grande,

como una centella basta á quemar un monte. Y nunca se fie por ser pequeño el asimiento, si no le corta luego, pensando que adelante lo hará. Porque, si cuando es tan poco y al principio no tiene ánimo para acabarlo, cuando sea mucho y mas arraigado, ¿cómo piensa y presume que podrá? Mayormente diciendo nuestro Señor en el Evangelio que el que es fiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho: *Qui fidelis est in mínimo, et in majori fidelis est.* Porque el que lo poco evita no caerá en lo mucho; mas en lo poco hay grande daño, pues está ya entrada la cerca y muralla del corazon; y como dice el adagio: El que comienza, la mitad tiene hecho. Por lo cual nos avisa David, diciendo que, aunque abunden las riquezas, no peguemos á ellas el corazon: *Divitae si affluant, nolite cor apponere.* Lo cual, aunque el hombre no hiciese por su Dios y por lo que le obliga á la perfeccion cristiana, por los provechos que temporalmente se le siguen demás de los espirituales habia de libertar perfectamente su corazon de todo gozo acerca de lo dicho; pues no solo se libra de los pestíferos daños que habemos dicho en el precedente capítulo, pero, demás de esto, en quitar el gozo de los bienes temporales adquiere virtud de liberalidad, que es una de las principales condiciones de Dios; la cual en ninguna manera se puede tener con codicia. Demás de esto, adquiere libertad de ánimo, claridad en la razon, sosiego y tranquilidad y pacífica confianza en Dios, y culto y obsequio verdadero de la voluntad para él. Adquiere mas gozo y recreacion en las criaturas con el desapropio de ellas, el cual no se puede gozar en ellas si las mira con asimiento de propiedad; porque este es un cuidado que como lazo ata al espíritu en la tierra, y no le deja anchura de corazon. Adquiere mas en el desasimiento de las cosas clara noticia de ellas, para entender bien las verdades acerca de ellas, así naturalmente como sobrenaturalmente. Por lo cual las goza muy diferentemente que el que está asido á ellas, con grandes ventajas y mejorías; porque este las gusta segun la verdad de ellas, esotro segun la mentira de ellas; este segun lo mejor, esotro segun lo peor; este segun la sustancia, esotro, que ase su sentido á ellas segun el accidente. Porque el sentido no puede coger ni llegar mas que al accidente, y el espíritu purgado de nubes y especie de accidente penetra la verdad y valor de las cosas; porque este es su objeto. Por lo cual el gozo añubla el juicio como niebla, porque no puede haber gozo voluntario de criaturas sin propiedad voluntaria, y la negacion y purgacion del tal gozo deja el juicio claro, como el aire los vapores cuando se deshacen. Gózase pues este en todas las cosas, no teniendo el gozo apropiado de ellas, como si las tuviese todas; y esotro, en cuanto las mira con particular aplicacion de propiedad, pierde todo el gusto de todas en general. Este, en tanto que ninguna tiene en el corazon, las tiene, como dice san Pablo, todas en gran libertad: *Tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.* Esotro, en tanto que tiene de ellas algo con voluntad asida, no tiene ni posee nada; antes ellas le tienen poseido á él el corazon; por lo cual como cautivo pena. De donde, cuantos gozos en las criaturas quiere tener, de necesidad ha de tener otras tantas apreturas y penas en su asido y poseido corazon. Al desasido no le molestan cuidados, ni en oracion ni fuera de ella; y así, sin perder tiempo, con facilidad hace mucha hacienda espiritual; pero á esotro todo se le suele ir en dar vueltas y revueltas sobre el lazo á que está asido y apropiado su corazon; y con diligencia aun apenas se puede libertar por poco tiempo de este lazo del pensamiento de aquello á que está asido el corazon. Debe pues el espiritual al primer movimiento, cuando se le va el gozo á las cosas, reprimirle, acordándose del presupuesto que aquí llevamos, que no hay cosa de que el hombre se deba gozar, sino en si sirve á Dios, y en procurar su gloria y honra en todas las cosas, enderezándolas solo á esto, y desviándose en ellas de la vanidad, no mirando ellas su gusto ni consuelo.

Hay otro provecho muy grande y principal en desasir el gozo del bien de las criaturas, que es dejar el corazon libre para Dios, que es principio dispositivo para todas las mercedes que Dios le ha de hacer, sin la cual disposicion no las hace; y son tales, que aun temporalmente, por un gozo que por su amor y por la perfeccion del Evangelio deje, le dará ciento en esta vida, como en el mismo Evangelio lo prometió su Majestad. Mas, aunque no fuese ya por estos intereses, solo por el disgusto que á Dios se da en estos gozos de criaturas habia el espiritual y el cristiano de apagarlos en su alma; pues que vemos en el Evangelio que porque aquel rico se gozaba porque tenia bienes para muchos años, le enojó tanto á Dios, que le dijo que aquella noche habia de ser llevada á cuenta su alma: *Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te.* De donde podemos temer que todas las veces que vanamente nos gozamos está Dios mirando y trazando algun castigo y trago amargo segun lo merecido, siendo muchas veces mayor la pena que redunda del tal gozo que lo que se gozó; que, aunque es verdad que se dice por san Juan en el *Apocalipsi* de Babilonia: *Quantum glorificavit se, et in deliciis fuit: tantum date illi tormentum et luctum;* que cuanto se habia gozado y estado en deleites le diesen de tormento y pena; no es porque no será mas la pena que el gozo; que sí será, pues por breves placeres se dan inmensos y eternos tormentos; sino para dar á entender que no quedará cosa sin su castigo particular; porque el que la inútil palabra castigará, no perdonará el gozo vano.

CAPITULO XX.

En que se trata cómo es vanidad poner el gozo de la voluntad en los bienes naturales, y cómo se ha de enderezar á Dios por ellos.

Por bienes naturales entendemos aquí hermosura, gracia, donaire, complexion corporal y todos los demás dotes corporales, y tambien en el alma buen entendimiento, discrecion, con las demás cosas que pertenecen á la razon. En todo lo cual poner el hombre el gozo

porque él ó los que á él pertenecen tengan las tales partes, y no mas, sin dar gracias á Dios, que las da para ser por ellas mas conocido y amado, y solo por eso gozarse vanidad y engaño, es, como lo dice Salomon: *Fallax gratia, et vana est pulchritudo : mulier timens Dominum, ipsa laudabitur;* Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la que teme á Dios, esa será alabada. En lo cual se nos enseña que antes en estos dones naturales se debe el hombre recelar, pues por ellos puede fácilmente detraerse del amor de Dios y caer en vanidad, atraido de ellos, y ser engañado; que por eso dice que la gracia corporal es engañadora, porque engaña al hombre y le atrae á lo que no le conviene por vano gozo y complacencia de sí ó del que la tal gracia tiene; y que la hermosura es vana, pues al hombre hace caer de muchas maneras cuando la estima y en ella se goza, pues solo se debe gozar en si sirve á Dios en él ó en otros por él; mas antes debe temer y recelarse, no por ventura sean causa sus dones y gracias naturales que Dios sea ofendido por ellas, por su vana presuncion ó por extraña aficion, poniendo los ojos en ellas; por lo cual debe tener recato y vivir con cuidado el que tuviere las tales partes, que no dé causa á alguno por su vana ostentacion que se aparte un punto de Dios su corazon; porque estas gracias y dones de naturaleza son tan provocativos y ocasionados, así al que los posee como al que los mira, que apenas hay quien se escape de algun lazillo y liga de su corazon en ellas; de donde por este temor hahemos visto que muchas personas espirituales que tenian algunas partes de estas alcanzaron de Dios con oraciones que las desfigurase, por no ser causa y ocasion á sí ó á otras personas de alguna vana aficion ó gozo vano. Ha pues el espiritual de purgar y escurecer su voluntad en este vano gozo, advirtiendo que la hermosura y todas las demás partes naturales son tierra, y de ahí vienen y á la tierra vuelven; y que la gracia y donaire es humo y aire de esa tierra, y que para no caer en vanidad lo ha de tener por tal, y por tal estimarlo, y en estas cosas enderezar el corazon á Dios en gozo y alegría de que Dios es en sí todas esas hermosuras y gracias eminentísimamente, en infinito grado sobre todas las criaturas; y que, como dice David: *Ipsi peribunt, tu autem permanes : et omnes sicut vestimentum veterascent;* Todas ellas como la vestidura se envejecerán y pasarán, y solo él permanece inmutable para siempre. Y por eso, si en todas las cosas no enderezare á Dios su gozo, siempre será falso y engañado; porque de este tal se entiende aquel dicho de Salomon, que dice hablando con el gozo acerca de las criaturas: *Gaudio dixi : quid frustra deciperis?* Al gozo dije: ¿Por qué te dejas engañar en vano? Esto es, cuando se deja atraer de las criaturas el corazon.

CAPITULO XXI.

De los daños que se le siguen al alma de poner el gozo de la voluntad en los bienes naturales.

Aunque muchos de estos daños y provechos que voy contando en estos miembros y géneros de gozos son comunes á todos, con todo, porque derechamente siguen al gozo y desapropio de él (aunque el gozo sea de cualquier género de estas divisiones que voy tratando), por eso en cada una digo algunos daños y provechos que tambien se hallan en la otra, por ser anejos al gozo que anda por todas. Mas mi principal intento es decir los particulares daños y provechos que acerca de cada cosa, por el gozo ó no gozo de ellas, se siguen al alma. Los cuales llamo particulares, porque de tal manera primaria y inmediatamente se causan de tal género de gozo, que no se causan del otro sino segundaria y mediatamente. Ejemplo: el daño de la tibieza del espíritu, de todo y de cualquier género de gozo se causa derechamente; y así, este daño es á todos seis géneros general; pero el de sensualidad es daño particular, que solo derechamente sigue al gozo de estos bienes naturales que vamos diciendo.

Los daños pues espirituales y corporales que derecha y efectivamente se siguen al alma cuando pone el gozo en los bienes naturales, se reducen á seis daños principales.

El primero es vanagloria, presuncion, soberbia y desestima del prójimo, porque no puede uno poner los ojos de la estimacion demasiadamente en una cosa, que no los quite de las demás; de lo cual se sigue por lo menos desestima real y como negativa de las demás cosas; porque naturalmente, poniendo la estimacion en una cosa, se recoge el corazon de las demás cosas en aquella que estima; y de este desprecio real es muy fácil caer en el intencional y voluntario de algunas cosas de esotras en particular ó en general, no solo en el corazon, sino mostrándolo con la lengua, diciendo: Tal ó tal persona no es como tal ó tal.

El segundo daño es, que mueve el sentido á complacencia y deleite sensual.

El tercero daño es, hacer caer en adulacion y alabanzas vanas, en que hay engaño y vanidad, como dice Isaías: *Popule meus, qui te beatum dicunt ipsi te decipiunt;* Pueblo mio, el que te alaba te engaña. Y la razon es porque, aunque algunas veces dicen verdad, alabando gracias y hermosura, todavía por maravilla deja de ir allí envuelto algun daño, ó haciendo caer al otro en vana complacencia y gozo, ó llevando allí sus aficiones y intenciones imperfectas.

El cuarto daño es general, porque se embota mucho la razon, y el sentido del espíritu tambien, como en el gozo de los bienes temporales, y aun en cierta manera mucho mas; porque, como los bienes naturales son mas conjuntos al hombre que los temporales, con mas eficacia y presteza hace el gozo de los tales impresion y asiento en el sentido, y mas fuertemente le embelesa. Y así, la razon y juicio no queda libre, sino añublado con aquella aficion de gozo muy conjunto; y de aquí nace

El quinto daño, que es distraccion de la mente en criaturas.

Y de aquí nace y se sigue la tibieza y flojedad de espíritu, que es el sexto daño, tambien general, que suela

llegar á tanto, que tenga tedío grande y tristeza en las cosas de Dios, hasta venirlas á aborrecer. Piérdese en este gozo infaliblemente el espíritu puro, por lo menos al principio; porque, si algun espíritu se siente, será muy sensible y grosero, poco espiritual y poco interior y recogido, consistiendo mas en gusto sensitivo que en fuerza de espíritu; porque, pues el espíritu está tan bajo y flaco, que en sí no apaga el hábito del tal gozo (que para no tener el espíritu puro basta tener este hábito imperfecto, aunque cuando se ofrezca no consienta en los actos del gozo), mas vive en cierta manera en la flaqueza del sentido que en la fuerza del espíritu; lo cual en la perfeccion y fortaleza que hubiere, en las ocasiones lo verá, aunque no niego que puede haber muchas virtudes con hartas imperfecciones, mas con estos gozos no apagados, ni puro ni sabroso el espíritu interior, porque aquí casi reina la carne que milita contra el espíritu; y aunque no sienta el daño el espíritu, por lo menos se le causa oculta distraccion.

Pero volviendo á hablar en aquel segundo daño, que contiene en sí daños innumerables, no se pueden comprehender con la pluma ni significar con palabras hasta dónde llegue y cuánta sea esta desventura nacida del gozo puesto en las gracias y hermosura natural, pues que cada dia por esta causa se ven tantas muertes de hombres, tantas honras perdidas, tantos insultos hechos, tantas haciendas disipadas, tantas emulaciones y contiendas, tantos adulterios y estupros cometidos, y tantos santos caidos, que se comparan á la tercera parte de las estrellas del cielo, derribadas con la cola de aquella serpiente en la tierra, el oro fino, perdido su primor y lustre en el cieno, y los ínclitos y nobles de Sion que se vestian de oro primo, estimados como vasos de barro quebrados, hechos tiestos: *Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus, dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum? Filii Sion incliti, et amicti auro primo, quomodo reputati sunt in vasa testea opus manuum figuli?* ¿Hasta dónde no llega la ponzoña de este daño? Y ¿quién no bebe, poco ó mucho, de este cáliz dorado de la mujer babilónica del *Apocalipsi?* Que en sentarse ella sobre aquella gran bestia que tenia siete cabezas y diez coronas: *Vidi mulierem sedentem super bestiam coccineam, plenam nominibus blasphemiae, habentem capita septem et cornua decem;* se ha de entender que apenas hay alto ni bajo, ni santo ni pecador á quien no dé á beber de su vino, sujetando en algo su corazon; pues, como allí se dice de ella, fueron embriagados todos los reyes de la tierra del vino de su prostitucion; y á todos los estados coge, hasta el supremo y ínclito del santuario y divino sacerdocio, asentando su abominable vaso, como dice Daniel, en lugar santo: *Et erit in templo abominatio desolationis.* Apenas dejando fuerte que poco ó mucho no le dé á beber del vino de este cáliz, que es este vano gozo. Que por eso dice que todos los reyes de la tierra fueron embriagados de este vino, pues tan pocos se hallarán que, por santos que hayan sido, no les haya embelesado y trastornado algo esta bebida del gozo y gusto de la hermosura y gracías naturales. De donde es de notar el decir que se embriagaron; porque, si se bebe del vino de este gozo, luego al punto se ase al corazon y embelesa, y hace el daño de escurecer la razon como á los asidos del vino; y es de manera, que si luego no se toma alguna triaca contra este veneno, con que se eche fuera presto, peligro corre la vida del alma; porque, tomando fuerzas la flaqueza espiritual, le traerá á tanto mal, que, como Sanson, sacados los ojos y cortados los cabellos de su primera fortaleza, se verá moler en las atahonas, cautivo entre sus enemigos, y después por ventura morir la segunda muerte como él la primera con ellos, causándole todos estos daños la bebida de este gozo espiritualmente, como á él corporalmente se los causó y causa hoy á muchos; y después le vengan á decir sus enemigos, no sin gran confusion suya: ¿Eras tú el que rompias los lazos tres doblados, desquijarabas los leones, matabas los mil filisteos, y arrancabas los postigos y te librabas de todos tus enemigos? Concluyamos pues poniendo el documento necesario contra esta ponzoña. Y sea que luego que el corazon se sienta mover de este vano gozo de bienes naturales, se acuerde cuán vana cosa es gozarse de otra cosa que de servir á Dios, y cuán peligrosa y perniciosa, considerando cuánto daño fué para los ángeles gozarse y complacerse de su hermosura y bienes naturales, pues por eso cayeron en los abismos feos; y cuántos males se siguen á los hombres cada dia por esta misma vanidad, y por eso se animen con tiempo á tomar el remedio que dice el poeta, diciendo á los que comienzan á aficionarse á lo tal: Date priesa ahora al principio á poner el remedio, porque cuando los males han tenido tiempo de crecer en el corazon, tarde viene la medicina. No mires al vino, dice el Sabio, cuando su color está rubicundo y resplandece en el vidrio; entra blandamente, y al fin muerde como culebra y derrama veneno como el régulo: *Ne intuearis vinum quando flavescit, cum splenduerit in vitro color ejus; ingreditur blandè sed in novissimo mordebit, ut coluber et sicut Regulus venena diffundet.*

CAPITULO XXII.

De los provechos que saca el alma de no poner el gozo en los bienes naturales.

Muchos son los provechos que al alma se le siguen de apartar su corazon de semejante gozo; porque, demás que se dispone para el amor de Dios y las otras virtudes, derechamente da lugar á la humildad para sí mismo y á la caridad general para con los prójimos; porque, no aficionándose á ninguno por los bienes naturales, que son engañadores, le queda el alma libre y clara para amarlos á todos racional y espiritualmente, como Dios quiere que sean amados; en lo cual se conoce que ninguno merece amor sino por la virtud que en él hay; y cuando de esta suerte se ama, es muy segun Dios y con mucha libertad, y si es con asimiento, es con mayor asimiento de Dios; porque entonces, cuanto mas crece este amor, tanto mas crece el de Dios, y cuanto

mas el de Dios, tanto mas este del prójimo; porque del que es en Dios, es una misma la razon y una misma la causa.

Síguesele otro excelente provecho, y es, que cumple ó guarda con perfeccion lo que nuestro Salvador dice: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum;* que el que le quisiere seguir se niegue á sí mismo. Lo cual de ninguna manera podria hacer el alma si pusiese el gozo en sus dones naturales, porque el que hace algun caso de sí, ni se niega ni sigue á Cristo.

Hay otro grande provecho en negar este género de gozo; y es, que causa en el alma grande tranquilidad y evacua las digresiones, y hay recogimiento en los sentidos, mayormente en los ojos; porque, no queriendo gozarse en eso, ni quiere mirar, ni dar los demás sentidos á esas cosas, por no ser atraido de ellas ni gastar tiempo ni pensamiento en ellas; hecho semejante á la prudente serpiente, que tapa sus oidos por no oir los encantos, y porque no le hagan alguna impresion: *Secundum similitudinem serpentis: sicut aspidis surdae, et obturantis aures suas.* Porque guardando las puertas del alma, que son los sentidos, mucho se guarda y aumenta la tranquilidad y pureza de ella.

Hay otro provecho no menor en los que ya están aprovechados en la mortificacion de este género de gozo; y es, que los objetos y las noticias feas no les hacen la impresion y impureza que á los que todavía les contenta algo de esto. Y por esto, de la mortificacion y negacion de este gozo se le sigue al espiritual limpieza de alma y cuerpo, esto es, de espíritu y de sentido, y va teniendo conveniencia angelical con Dios, haciendo á su alma y cuerpo digno templo del Espíritu Santo. Lo cual no puede ser así limpio si su corazon se deja llevar algo del gozo en los bienes y gracias naturales; y para esto no es menester que haya consentimiento de cosa fea, pues aquel gozo basta para la impureza del alma y sentido con la noticia de lo tal, pues que dice el Espíritu Santo: *Auferet se à cogitationibus, quae sunt sine intellectu;* que se apartará de los pensamientos que no son de entendimiento, esto es, por la razon superior ordenados á Dios.

Otro provecho general se le sigue, y es que, demás que se libra de los daños y males arriba dichos, se excusa tambien de vanidades sin cuento y de otros muchos daños, así espirituales como temporales, y mayormente de caer en la poca estima que son tenidos todos aquellos que son vistos preciarse ó gozarse de las dichas partes naturales suyas ó ajenas. Y así, son tenidos y estimados por cuerdos y sabios, como de verdad lo son, todos aquellos que no hacen caso de estas cosas, sino de aquello que gusta Dios.

De los dichos provechos se sigue el último, que es un generoso bien del ánima, tan necesario para servir á Dios, como es la libertad del espíritu; con que fácilmente se vencen las tentaciones y se pasan bien los trabajos y crecen prósperamente las virtudes.

CAPITULO XXIII.

Que trata del tercer género de bienes en que puede la voluntad poner la aficion del gozo, que son los sensibles. Dice cuáles sean y de cuántos géneros, y cómo se ha de enderezar en ellos la voluntad á Dios, purgándose de este gozo.

Síguese tratar del gozo acerca de los bienes sensibles, que es el tercer género de bienes, en que decimos poder gozarse la voluntad. Y es de notar que por bienes sensibles entendemos aquí todo aquello que en esta vida puede caer en el sentido de la vista, del oido, del olfato, gusto y tacto, y de la fábrica interior del discurso imaginario; que todo pertenece á los sentidos corporales interiores y exteriores; y para escurecer y purgar la voluntad del gozo acerca de estos objetos sensibles, encaminándola á Dios por ellos, es necesario presuponer una verdad; y es que, como muchas veces habemos dicho, el sentido de la parte inferior del hombre, que es del que vamos tratando, no es ni puede ser capaz de conocer ni comprehender á Dios como Dios es. De manera que ni el ojo le puede ver ni cosa que se le parezca, ni el oido puede oir su voz ni sonido que se le parezca, ni el olfato puede oler olor tan suave, ni el gusto alcanzar sabor tan subido y sabroso, ni el tacto puede sentir toque tan delicado y deleitable ni cosa semejante, ni puede caer en pensamiento ni imaginacion su forma, ni figura alguna que le represente, diciendo Isaías así: *A saeculo non audierunt, neque auribus perceperunt: oculus non vidit Deus absque te, etc.;* que ni ojo le vió ni oido le oyó, ni cayó en corazon de hombre. Y es aquí de notar que los sentidos pueden recibir gusto y deleite, ó de parte del espíritu, mediante alguna comunicacion que recibe de Dios interiormente, ó de parte de las cosas exteriores comunicadas á los sentidos. Y segun lo dicho, ni por la via del espíritu ni por la del sentido puede conocer á Dios la parte sensitiva; porque, no teniendo ella habilidad que llegue á tanto, recibe lo espiritual y intelectivo sensualmente, y no mas. De donde, parar la voluntad en gozarse del gusto causado de algunas de estas aprehensiones, seria vanidad por lo menos y impedir la fuerza de la voluntad, que no se emplease en Dios, poniendo su gozo solo en él; lo cual no puede ella hacer enteramente, sino es purgándose y escureciéndose del gozo acerca de este género, como de lo demás dije, con advertencia que si parase el gozo en algo de lo dicho, seria vanidad; porque, cuando no para en eso, sino que luego que siente la voluntad gusto de lo que ve, oye y trata, etc., se levanta á gozar en Dios, y le es motivo y fuerza para eso, muy bueno es, y entonces, no solo no se han de evitar las tales mociones cuando causan esta oracion y devocion, mas antes se pueden aprovechar de ellas, y aun deben, para tan santo ejercicio, porque hay almas que se mueven mucho en Dios por los objetos sensibles; pero ha de haber mucho recato en esto, mirando los efectos que de ahí sacan, porque muchas veces muchos espirituales usan de las dichas recreaciones de sentidos con pretexto de darse á la oracion y á Dios; y es de manera, que mas se puede llamar recreacion que ora-

cion, y dase gusto á sí mismo mas que á Dios; y aunque la intencion que tienen parece que es para Dios, el efecto que causan es para la recreacion sensitiva, en que sacan mas flaqueza de imperfeccion que avivar la voluntad y entregarla á Dios. Por lo cual quiero poner aquí un documento con que se vea cuándo los dichos sabores de los sentidos hacen provecho y cuándo no; y es, que todas las veces que oyendo músicas ó otras cosas agradables, y oliendo suaves olores ó gustando algunos sabores y delicados toques, luego al primer movimiento se pone la noticia y la aficion de la voluntad en Dios, dándole mas gusto aquella noticia que el motivo sensual que se la causa, y no gusta del tal motivo sino por eso, es señal que saca provecho de lo dicho, y que le ayuda lo tal sensitivo al espíritu; y en esta manera se puede usar, porque entonces sirven los sensibles para el fin que Dios los crió y dió, que es para ser por ellos mas amado y conocido. Y es aquí de saber que aquel á quien estos sensibles hacen el puro efecto espiritual que digo, no por eso tiene apetito ni se le da casi nada por ellos, aunque cuando se le ofrecen le dan mucho gusto, por el gusto que tengo dicho que de Dios le causan; y así, no se solicita por ellos, y cuando se le ofrecen, luego pasa (como digo) la voluntad de ellos, y los deja y se pone en Dios. La causa de no dársele mucho de estos motivos, aunque le ayudan para ir á Dios, es porque, como el espíritu tiene esta prontitud de ir con todo y por todo á Dios, está tan cebado y prevenido y satisfecho con el espíritu de Dios, que no echa menos nada ni lo apetece, y si lo apetece para esto, luego se le pasa y olvida y no hace caso; pero el que no sintiere esta libertad de espíritu en las dichas cosas y gustos sensibles, sino que su voluntad se detiene en estos gustos y se ceba de ellos, daño le hacen, y debe apartarse de usarlos; porque, aunque con la razon se quiera ayudar de ellos para ir á Dios, todavía, por cuanto el apetito gusta de ellos segun lo sensual, y conforme al gusto siempre es el efecto, es mas cierto el hacerle estorbo que ayuda y mas daño que provecho; y cuando viere que reina en sí el espíritu de las tales recreaciones debe mortificarle; porque, cuanto mas fuerte fuere, tiene mas de imperfeccion y flaqueza. Debe pues el espiritual, en cualquier gusto que de parte del sentido se le ofreciere, ahora sea acaso, ahora de intento, aprovecharse de él solo para Dios, levantando el gozo del alma para que su gozo sea útil y perfecto; advirtiendo que todo gozo que no es en esta manera, en negacion y aniquilacion de otro cualquier gozo, aunque sea de cosa al parecer muy levantada, es vano y sin provecho, y estorbo para la union de la voluntad en Dios.

CAPITULO XXIV.

Que trata de los daños que el alma recibe en querer poner el gozo de la voluntad en estos bienes sensibles.

Cuanto á lo primero, si el alma no escurece y apaga el gozo que de las cosas sensibles le puede nacer, enderezando á Dios el tal gozo, todos los daños generales que habemos dicho que nacen de cualquier otro género de gozo se le siguen de este, que es de cosas sensibles, como son, escuridad en la razon, tibieza y tedio espiritual, etc.; pero en particular muchos son los daños en que derechamente puede caer por este gozo, así espirituales como corporales.

Primeramente, del gozo de las cosas visibles, no negándole para ir á Dios, se le puede seguir derechamente vanidad de ánimo y distraccion de la mente, codicia desordenada, deshonestidad, descompostura interior y exterior, y impureza de pensamientos y envidias.

Del gozo en oir cosas inútiles, derechamente nace distraccion de la imaginacion, parlería y envidia, y juicios inciertos y variedad de pensamientos, y de estos, otros muchos y perniciosos daños.

De gozarse en los olores suaves le nace asco de los pobres, que es contra la doctrina de Cristo, enemistad á la servidumbre, poco rendimiento de corazon á las cosas humildes, y insensibilidad espiritual, por lo menos segun la proporcion de su apetito.

Del gozo en el sabor de los manjares derechamente nace gula y embriaguez, ira, discordia, falta de caridad con los prójimos y pobres, como tuvo con Lázaro aquel rico comedor que comia cada dia espléndidamente; de ahí nace el destemple corporal, las enfermedades; nacen los malos movimientos, porque crecen los incentivos de la lujuria. Críase derechamente gran torpeza en el espíritu, y estrágase el apetito de las cosas espirituales, de manera que no pueda gustar de ellas ni aun estar en ellas ni tratar de ellas. Nace tambien de este gozo distraccion de los demás sentidos y del corazon, y descontento acerca de muchas cosas.

Del gozo acerca del tacto en cosas suaves, muchos mas daños nacen y mas perniciosos, y que mas en breve transvierten el sentido y dañan al espíritu, y apagan su fuerza y vigor. De aquí nace el abominable vicio de la molicies ó incentivos para ella, segun la proporcion del gozo de este género. Críase la lujuria, hace el ánimo afeminado y tímido, y el sentido halagüeño y melífluo, dispuesto para pecar y hacer daño; infunde vana alegría y gozo en el corazon, y cria soltura de lengua y libertad de ojos, y á los demás sentidos embelesa y embota segun el grado del tal apetito; empacha el juicio sustentándole en insipiencia y necedad espiritual, y moralmente cria cobardía y inconstancia, y con tiniebla en el alma y flaqueza de corazon hace temer aun donde no hay que temer. Cria este gozo espíritu de confusion algunas veces, y insensibilidad acerca de la conciencia y del espíritu; por cuanto debilita mucho la razon, y la pone de suerte, que ni sepa tomar buen consejo ni darle, y pónela incapaz para los bienes espirituales y morales, inútil como un vaso quebrado. Todos estos daños se causan de este género de gozo, en unos mas, en otros menos, mas ó menos intensamente, segun la intension del tal gozo, y segun tambien la facilidad ó flaqueza y inconstancia del sugeto en que cae; porque, naturales hay que de pequeña ocasion recibirán mas detrimento que otros de mucha. Finalmente, por este género de gozo en el tacto se puede caer en tantos males



y daños, como habemos dicho acerca de los bienes naturales, que, por estar allí ya dichos, aquí no los refiero; como tampoco digo otros muchos daños que hace, como son: mengua en los ejercicios espirituales y penitencia corporal, y tibieza y indevocion acerca del uso de los sacramentos de la penitencia y Eucaristía.

CAPITULO XXV.

De los provechos que se siguen al alma en la negacion del gozo acerca de las cosas sensibles, los cuales son espirituales y temporales.

Admirables son los provechos que el alma saca de la negacion de este gozo; de ellos son espirituales y de ellos temporales.

El primero es, que recogiendo el alma su gozo de las cosas sensibles, se restaura acerca de la distraccion en que por el demasiado ejercicio de los sentidos ha caido, recogiéndose en Dios; y consérvase el espíritu y virtudes que ha adquirido, y se aumentan.

El segundo provecho espiritual que saca en no se querer gozar acerca de lo sensible, es excelente; conviene á saber, que podemos decir con verdad que de sensual se hace espiritual, y de animal se hace racional, y aunque de hombre, camina á porcion angelical, y que de temporal y humano se hace divino y celestial; porque, así como el hombre que busca el gusto de las cosas sensuales y en ellas pone su gozo no merece ni se le debe otro nombre que estos que habemos dicho; es á saber, sensual, animal, temporal, etc.; así, cuando levanta el gozo de estas cosas sensibles, merece todos estos; conviene á saber, espiritual, celestial, etc. Y que esto sea verdad, está claro; porque, como quiera que el ejercicio de los sentidos y fuerza de la sensualidad contradiga, como dice el Apóstol, á la fuerza y ejercicio espiritual: *Caro enim concupiscit adversus spiritum; spiritus autem adversus carnem;* de aquí es que, menguando y acabando las unas de estas fuerzas, han de aumentarle y crecer las otras contrarias, por cuyo impedimento no crecian; y así, perficionándose el espíritu, que es esta porcion superior del alma, que tiene respecto y comunicacion con Dios, merece todos los dichos atributos, pues que se perficiona en bienes y dones de Dios espirituales y celestiales. Y lo uno y lo otro se prueba por san Pablo, el cual al sensual, que es el que el ejercicio de su voluntad solo trae en lo sensible, le llama animal, que no percibe las cosas de Dios, y á esotro que levanta á Dios la voluntad, llama espiritual, y que este lo penetra y juzga todo hasta los profundos de Dios: *Animalis autem homo non percipit ea, quae sunt Spiritus Dei, spiritualis autem judicat omnia... etiam profunda Dei.* Por tanto, tiene el alma aquí un admirable provecho de una grande disposicion para recibir bienes de Dios y dones espirituales.

Pero el tercer provecho es, que con grande exceso se le aumentan los gustos y el gozo de la voluntad temporalmente; pues, como dice el Salvador, en esta vida por uno le dan ciento: *Centuplum accipiet.* De manera que, si un gozo niegas, ciento tanto te dará el Señor en esta vida espiritual y temporalmente, como tambien por un gozo que de esas cosas sensibles tengas, te nacerá ciento tanto de pesar y sinsabor; porque de parte del ojo, ya purgado en los gozos de ver, se le sigue al alma gozo espiritual, enderezando á Dios en todo cuanto ve, ahora sea divino, ahora sea humano lo que ve. De parte del oido, purgado en el gozo de oir, se le sigue al alma ciento tanto de gozo muy espiritual, y enderezado á Dios todo cuanto oye, ahora sea divino, ahora humano lo que oye; y así en los demás sentidos ya purgados; porque, así como en el estado de la inocencia nuestros primeros padres todo cuanto veian y hablaban y comian, etc., en el paraíso, les servia para mayor sabor de contemplacion, por tener ellos bien sujeta y ordenada la parte sensitiva á la razon; así el que tiene el sentido purgado y sujeto al espíritu, de todas las cosas sensibles, desde el primer movimiento, saca deleite de sabrosa advertencia y contemplacion de Dios; de donde al limpio todo lo alto y lo bajo le hace mas bien, y le sirve para mas limpieza, así como el impuro de lo uno y de lo otro, mediante su impureza, suele sacar mal. Mas el que no vence el gozo del apetito, no gozará de serenidad de gozo ordinario en Dios por medio de sus criaturas y obras. El que no vive ya segun el sentido, todas las operaciones de sus sentidos y potencias son enderezadas á divina contemplacion; porque, siendo verdad en buena filosofía que cada cosa, segun el ser que tiene, es la vida que vive, el que tiene ser espiritual, mortificada la vida animal, claro está que, sin contradiccion, siendo ya todas sus acciones y afectos espirituales de vida espiritual, ha de ir con todo á Dios. De donde se sigue que este tal, ya limpio de corazon en todas las cosas, halla noticia de Dios gozosa y gustosa, casta, pura, espiritual, alegre y amorosa.

De lo dicho infiero la siguiente doctrina, y es que hasta que el hombre venga á tener tan habituado el sentido en la purgacion del gozo sensible, que saque el provecho que he dicho, que le envien luego las cosas á Dios, tiene necesidad de negar su gozo acerca de ellas, para sacar al alma de la vida sensitiva; temiendo que, pues él no es espiritual, sacará por ventura del uso de estas cosas mas jugo y fuerza para el sentido que para el espíritu, predominando en su operacion la fuerza sensual que hace mas sensualidad, y la sustenta y cria; porque, como nuestro Salvador dice: *Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est;* Lo que nace de la carne, carne es, y lo que nace de espíritu, es espíritu. Y esto se mire mucho, porque es así la verdad. Y no se atreva el que aun no tiene mortificado el gusto en las cosas sensibles, á aprovecharse mucho de la fuerza y operacion del sentido acerca de ellas, creyendo que le ayudarán al espíritu; porque mas crecerán las fuerzas del ánima sin esto sensible, esto es, apagando el gozo y apetito de ellas, que usando de él en ellas.

Pues los bienes de la gloria que en la otra vida se siguen por el negamiento de este gozo, no hay necesidad de decirlos aquí; porque, demás de que las dotes

corporales de gloria, como son agilidad y claridad, serán mucho mas excelentes que las de aquellos que no se negaron, así el aumento de la gloria esencial del alma que responde al amor de Dios, por quien dejó las dichas cosas sensibles por cada gozo que negó momentáneo y caduco, como dice san Pablo, inmenso peso de gloria obrará en él eternamente: *Id enim, quod in praesenti est momentaneum, et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate aeternum gloriae pondus operatur in nobis.* No quiero ahora referir aquí los demás provechos, así morales como temporales, y tambien espirituales, que se siguen á esta noche de gozo; pues son todos los que en los demás quedan dichos, y con mas eminente ser, por ser estos gozos que se niegan mas conjuntos al natural, y por eso adquiere este tal mas íntima pureza en la negacion de ellos.

CAPITULO XXVI.

En que se comienza á tratar del cuarto género de bienes, que son bienes morales. Dícese cuáles sean, y en qué manera sea en ellos lícito el gozo de la voluntad.

El cuarto género en que se puede gozar la voluntad son bienes morales. Entendemos aquí las virtudes y los hábitos de ellas, en cuanto morales, y el ejercicio de cualquier virtud y el ejercicio de las obras de misericordia, la guarda de la ley de Dios y la política, y todo ejercicio de buena índole y inclinacion; y estos bienes morales, cuando se poseen y ejercitan, por ventura merecen mas gozo de la voluntad que alguno de los otros tres géneros que quedan dichos; porque por una de dos causas, ó por entrambas juntas, se puede el hombre gozar de sus cosas; conviene á saber, ó por lo que ellas son en sí, ó por el bien que importan y traen consigo como medio y instrumento; y así, hallarémos que la posesion de los tres géneros de bienes ya dichos, ningun gozo de la voluntad merecen; pues, como queda dicho, de suyo al hombre ningun bien le hacen ni le tienen en sí, pues son tan caducos y deleznables; antes, como tambien dijimos, le engendran y acarrean pena y dolor y afliccion de ánimo. Que aunque algun gozo merezcan por la segunda causa, que es cuando de ellos el hombre se aprovecha para ir á Dios, es tan incierto esto, que, como vemos comunmente, mas se daña el hombre con ellos que se aprovecha; pero los bienes morales, ya por la primera causa, que es por lo que en sí son y valen, merecen algun gozo de su poseedor; porque, como consigo traen paz y tranquilidad, y recto y ordenado uso de la razon y operaciones acordadas, no puede el hombre humanamente en esta vida poseer cosa mejor; y así, porque las virtudes por sí mismas merecen ser amadas y estimadas, hablando humanamente, bien se puede el hombre gozar de tenerlas en sí, y ejercitarlas por lo que en sí son, y por lo que de bien humana y temporalmente importan al hombre; porque de esta manera los filósofos y sabios y antiguos príncipes las estimaron y alabaron, y procuraron tener y ejercitar, aunque gentiles y que solo ponian los ojos en ellas temporalmente por los bienes que temporal y corporal y naturalmente de ellas conocian seguírseles, no solo alcanzaban por ellas los bienes y nombre temporalmente que pretendian, sino, demás de esto, Dios, que ama todo lo bueno (aun en el bárbaro y gentil), y ninguna cosa buena impide que no se haga, como dice el Sabio: *Quem nihil vetat, bene faciens,* les aumentaba la vida, honra y señorío y paz; como hizo con los romanos porque usaban de justas leyes, y casi les sujetó todo el mundo, pagando temporalmente á los que eran incapaces, por su infidelidad, de premio eterno, las buenas costumbres; porque ama Dios tanto estos bienes morales, que solo porque Salomon le pidió sabiduría para enseñar á su pueblo y poderle gobernar justamente, instruyéndole en buenas costumbres, se lo agradeció mucho el mismo Dios, y le dijo que porque habia pedido sabiduría para aquel fin, que él se la daria, y mas lo que no habia pedido, que eran riquezas y honra; de manera que ningun rey en los pasados ni en los por venir fuese semejante á él: *Quia postulasti verbum hoc, et non petisti tibi dies multos, nec divitias, aut animas inimicorum tuorum, sed postulasti tibi sapientiam ad discernendum judicium: ecce feci tibi secundum sermones tuos, etc., sed et haec, quae non postulasti, dedi tibi: divitias, scilicet, et gloriam, ut nemo fuerit similis tui in regibus, cunctis retro diebus.* Pero, aunque en esta primera manera se deba gozar el cristiano sobre los bienes morales y buenas obras que temporalmente hace, por cuanto causan los bienes temporales que habemos dicho, no debe parar su gozo en esta primera manera (como habemos dicho de los gentiles, cuyos ojos del alma no trascendian mas de lo de esta vida mortal), sino que, pues tiene lumbre de fe, en que espera vida eterna, y que sin esta todo lo de acá y lo de allá no le valdrá nada; solo y principalmente debe gozarse con la posesion y ejercicio de estos bienes morales en la segunda manera, que es en cuanto, haciendo las obras por amor de Dios, le adquieren vida eterna; y así, solo debe poner los ojos y el gozo en servir y honrar á Dios con sus buenas costumbres y virtudes; porque sin este respecto no valen delante de Dios nada las virtudes, como se ve en las diez vírgenes del Evangelio, que todas habian guardado virginidad y hecho buenas obras; y porque las cinco no habian puesto su gozo en la segunda manera, esto es, enderezándole en ellas á Dios, sino antes le pusieron vanamente en la primera manera, gozándose y jactándose en la posesion de ellas, fueron despedidas del cielo sin ningun agradecimiento y galardon del Esposo. Y tambien muchos antiguos tuvieron algunas virtudes y hicieron buenas obras, y muchos cristianos el dia de hoy las hacen, y tienen y obran grandes cosas, y no les aprovecharán nada para la vida eterna, porque no pretendieron en ellas la honra y gloria, que es de solo Dios, y su amor sobre todo. Debe pues gozarse el cristiano, no en si hace buenas obras y sigue buenas costumbres, sino en si las hace solo por amor de Dios, sin otro respeto alguno; porque, cuanto son para mayor premio de gloria, hechas solo por servir á Dios, tanto para mayor confusion suya será delante de

Dios, cuanto mas le hubieren movido otros respetos. Para enderezar pues el gozo á Dios en los bienes morales, ha de advertir el cristiano que el valor de sus buenas obras, ayunos, limosnas, penitencias y oraciones, etc., que no se funda tanto en la cantidad y calidad de ellas, sino en el amor de Dios que él lleva en ellas, y que entonces van tanto mas calificadas, cuanto con mas puro y entero amor de Dios van hechas, y menos él quiere interés acá y allá de ellas, de gozo, gusto, consuelo y alabanza; y por eso ni ha de asentar el corazon en el gusto, consuelo y sabor, y los demás intereses que suelen traer consigo los buenos ejercicios y obras, sino recoger el gozo á Dios, deseando servir á Dios con ellas, y purgándose y quedándose á escuras de este gozo, querer que solo Dios sea el que se goce de ellas y guste de ellas en escondido, sin algun otro respeto y jugo que la honra y gloria de Dios; y así, recogerá en Dios toda la fuerza de la voluntad acerca de los bienes morales.

CAPITULO XXVII.

De siete daños en que se puede caer poniendo el gozo de la voluntad en los bienes morales.

Los daños principales en que puede caer el hombre por el gozo vano de sus buenas obras y costumbres, hallo que son siete, y muy perniciosos, porque son espirituales, los cuales referiré aquí brevemente.

El primer daño es vanidad, soberbia, vanagloria y presuncion; porque gozarse de sus obras no puede ser sin estimarlas; y de ahí nace la jactancia y lo demás, como se dice del fariseo en el Evangelio, que oraba con jactancia de que ayunaba, y hacia otras buenas obras.

El segundo daño comunmente va encadenado de este; y es, que juzga á los demás por malos y imperfectos comparativamente, pareciéndole que no hacen ni obran tan bien como él, estimándolos en menos en su corazon, y á veces por la palabra; y este daño tambien le tenia el fariseo; pues en su oracion decia: *Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut caeteri hominum: raptores, injusti, adulteri; velut etiam hic Publicanus; jejuno bis in Sabbato, etc.;* No soy como los demás hombres, robadores, injustos y adúlteros. De manera que en un solo acto caia en estos dos daños, estimándose á sí y despreciando á los demás, como el dia de hoy hacen muchos que dicen: No soy yo como Fulano, ni obro esto ni aquello como este ó el otro. Y aun son peores que el fariseo muchos de estos, porque él, no solamente despreció á los demás, sino tambien señaló parte, diciendo: No soy como este publicano; mas ellos, no se contentando con eso y con esotro, llegan á enojarse y á envidiar cuando ven que otros son alabados ó que hacen ó valen mas que ellos.

El tercer daño es, que, como en las obras miran á su gusto, comunmente no las hacen sino cuando ven que de ellas se les ha de seguir algun gusto y alabanza; y así, como dice Cristo, todo lo hacen *ut videantur ab hominibus,* y no obran solo por Dios.

El cuarto daño se sigue de este, y es, que no hallarán galardon en Dios, habiéndole ellos querido hallar en esta vida de gozo ó consuelo ó interés de honra, ó de otras maneras, en sus obras; en lo cual dice nuestro Salvador que en aquello recibieron la paga: *Amen dico vobis, receperunt mercedem suam.* Y así, se quedarán solo con el trabajo de la obra, y confusos sin galardon. Hay tanta miseria acerca de este daño en los hijos de los hombres, que tengo para mí que las mas de las obras que hacen públicas, ó son viciosas ó no les valdrán nada, ó son imperfectas y mancas delante de Dios, por no ir ellos desasidos de estos intereses y respetos humanos; porque, ¿qué otra cosa se puede juzgar de algunas obras y memorias que algunos hacen y instituyen, cuando no las quieren hacer sino que vayan envueltas en honras y respetos humanos de la vanidad de la vida, ó perpepetuando en ellas su nombre, linaje ó señorío, hasta poner de esto sus señales y blasones en los templos, como si ellos se quisiesen poner allí en lugar de imágen, donde todos hincan la rodilla? En las cuales obras de algunos se puede decir que se estiman á sí mas que á Dios. Pero, dejando estos que son de los peores, ¿cuántos hay que de muchas maneras caen en este daño de sus obras? De los cuales, unos quieren que se las alaben, otros que se las agradezcan, otros las cuentan, y gustan que lo sepa Fulano y Fulana, y aun todo el mundo; y á veces quieren que pase la limosna ó lo que hacen por terceros, porque se sepa mas; otros quieren lo uno y lo otro. Lo cual es el tañer de la trompeta, que dice nuestro Salvador en el *Evangelio* que hacen los vanos, que por eso no habrán de sus obras galardon de Dios. Deben pues estos, para huir este daño, esconder la obra, que solo Dios la vea, no queriendo que nadie haga caso; y no solo la ha de esconder de los demás, mas aun de sí mismo; esto es, que ni él se quiera complacer en ella, estimándola como si fuese algo, ni sacar gusto de ella. Como espiritualmente se entiende en aquello que dice nuestro Señor: *Nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua;* es á saber: No sepa tu siniestra lo que hace tu diestra. Que es como decir: No estimes con el ojo temporal y carnal la obra que haces espiritual. Y de esta manera se recoge la fuerza de la voluntad en Dios, y lleva fruto delante de él la obra; donde no, no solo la perderá, como decimos, mas muchas veces por su jactancia interior y vanidad pecará mucho delante de Dios; porque, á este propósito se entiende aquella sentencia de Job: *Si... et laetatum est in abscondito cor meum, et osculatus sum manum meam ore meo, quae est iniquitas maxima;* Si yo besé mi mano con mi boca, es iniquidad y pecado grande, y si se gozó en escondido mi corazon. Porque aquí por la mano entiende la obra, y por la boca entiende la voluntad, que se complace en ella; y porque es, como decimos, complacencia en sí mismo, dice: Si se alegró en escondido mi corazon. Lo cual es grande iniquidad y negacion contra Dios, como tambien allí dice; porque, dándose á sí y atribuyéndose aquella obra, es negarla á Dios, cuya es toda buena obra, á ejemplo de Lucifer, que en sí mis-

mo se gozó de sí, negando á Dios lo que era suyo, alzándose con ello.

El quinto daño de estos tales es, que no van adelante en el camino de perfeccion; porque, estando ellos asidos al gusto y consuelo en el obrar, cuando en sus obras y ejercicios no hallan gusto y consuelo (que es ordinariamente cuando Dios los quiere llevar adelante, dándoles el pan duro, que es el de los perfectos, y quitándoles la leche de niños, probándolos las fuerzas y purgándolos el apetito tierno, para que puedan gustar del manjar de grandes) ellos comunmente desmayan y pierden la perseverancia de que no hallan el dicho sabor en sus obras. Acerca de lo cual se entiende espiritualmente aquello que dice el Sabio: *Muscae morientes perdunt suavitatem unguenti;* Las moscas que se mueren pierden la suavidad del ungüento. Porque cuando se les ofrece á estos alguna mortificacion, mueren á sus buenas obras, dejándolas de hacer, y pierden la perseverancia en que esté la suavidad del espíritu y consuelo interior.

El sexto daño de estos es, que comunmente se engañan, teniendo por mejores las cosas y obras de que ellos gustan que aquellas de que no gustan; y alaban y estiman las unas, y reprueban y desprecian las otras, como quiera que comunmente aquellas obras en que de suyo el hombre mas se mortifica (mayormente cuando no está aprovechado en la perfeccion) sean mas aceptas y preciosas delante de Dios por causa de la negacion que en ellas el hombre lleva de sí mismo, que aquellas en que él halla su consolacion, en que muy fácilmente se puede buscar á sí mismo; y á este propósito dice Micheas de estos: *Malum manuum suarum dicunt bonum;* esto es: Lo que de sus obras es malo, dicen ellos que es bueno. Lo cual les nace de poner el gusto en sus obras, y no solo en dar gusto á Dios; y cuanto reine este daño, así en los espirituales como en los hombres comunes seria prolijo de contar. Pues que apenas hallarán uno que puramente se mueva á obrar por Dios sin arrimo de algun interés de consuelo ó gusto, ó otro respecto.

El sétimo daño es, que cuanto el hombre no apaga el gozo vano en las obras morales, está mas incapaz para recibir consejo y enseñanza razonable acerca de las obras que debe hacer; porque, el hábito de flaqueza que tiene acerca del obrar con la propiedad del vano gozo le encadena, ó para que no tenga el consejo ajeno por mejor, ó para que, aunque le tenga por tal, no le quiera seguir, no teniendo en sí ánimo para ello. Estos aflojan mucho en la caridad para con Dios y el prójimo, porque el amor propio que acerca de sus obras tienen les hace resfriar la caridad.

CAPITULO XXVIII.

De los provechos que se siguen al alma en apartar el gozo de los bienes morales.

Muy grandes son los provechos que se siguen al alma en no querer aplicar vanamente el gozo de la voluntad á este genero de bienes; porque cuanto á lo primero se libra de caer en muchas tentaciones y engaños del demonio, los cuales están encubiertos en el gozo de las tales buenas obras, como lo podrémos entender en aquello que se dice en Job: *Sub umbra dormit in secreto calami, et in locis humentibus;* Debajo de la sombra duerme en lo secreto de la caña en los lugares húmedos. Lo cual dice por el demonio, porque en la humedad del gozo y en lo vano de la caña (esto es, de la obra vana) engaña al alma, y engañarse por el demonio en este gozo escondidamente no es maravilla; porque sin esperar á su sugestion, el mismo gozo vano se es el mismo engaño, mayormonte cuando hay alguna jactancia de ellas en el corazon; segun lo dice bien Jeremías: *Arrogantia tua decepit te, et superbia cordis tui;* Tu arrogancia te engañó. Porque, ¿qué mayor engaño que la jactancia? Y de esto se libra el ánima purgándose de este gozo.

El segundo provecho es, que hace las obras mas acordada y cabalmente; á lo cual, si hay pasion de gozo y gusto en ellas, no se da lugar, porque por medio de esta pasion del gozo, la irascible y concupiscible andan tan sobradas, que no dan lugar al peso de la razon, sino que ordinariamente anda variando en las obras y propósitos, dejando unas y tomando otras, comenzando y dejando sin acabar nada; porque, como obra por el gusto, y este es variable, y en unos naturales mucho mas que en otros; acabándose esto, es acabado el obrar y el propósito, aunque sea muy importante. De estos el gozo de su obra es el ánima y fuerza de ella; apagado el gozo, muere y acaba la obra, y no perseveran; porque de estos son aquellos que dice Cristo que reciben la palabra con gozo, y luego se la quita el demonio, porque no perseveren: *Hi sunt, qui audiunt: deinde venit Diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant.* Y es porque no tenian mas fuerza y raíces que el dicho gozo. Quitar pues, y apartar la voluntad de este gozo, es excelente disposicion, para perseverar y acertar; y así, es grande este provecho, como tambien es grande el daño contrario. El Sabio pone sus ojos en la sustancia y provecho de la obra, no en el savor y placer de ella; y así, no echa lances al aire, y saca de la obra gozo estable, sin pedir el tributo de los sabores.

El tercero es divino provecho, y es, que apagando el gozo vano en estas obras, se hace pobre de espíritu, que es una de las bienaventuranzas que dice el Hijo de Dios: *Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est Regnum Coelorum;* Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos.

El cuarto provecho es, que el que negare este gozo, será en lo obrar manso, humilde y prudente, porque no obrará impetuosa y aceleradamente, llevado por lo concupiscible y irascible del gozo, ni presuntuosamente afectado por la estimacion que tiene de su obra, mediante el gozo de ella, ni incautamente cegado por el gozo.

El quinto provecho es, que se hace agradable á Dios



y á los hombres, y se libra de avaricia y gula y accidia espiritual y de envidia espiritual, y de otros mil vicios.

CAPITULO XXIX.

En que se comienza á tratar del quinto género de bienes en que se puede gozar la voluntad, que son sobrenaturales. Dícese cuáles sean y cómo se distinguen de los espirituales, y cómo se ha de enderezar el gozo de ellos á Dios.

Ahora conviene tratar del quinto género de bienes en que el alma puede gozarse, que deciamos eran sobrenaturales; por los cuales entendemos aquí todos los dones y gracias dadas de Dios, que exceden la facultad y virtud natural, que se llaman *gratis datas*, como son los dones de sabiduría y ciencia que dió á Salomon, y las gracias que dice san Pablo, conviene á saber: fe, gracia de sanidades, operacion de milagros, profecía, conocimiento y discrecion de espíritus, declaracion de las palabras, y tambien don de lenguas. Los cuales bienes, aunque es verdad que tambien son espirituales, como los del mismo género que habemos de tratar luego; todavía, porque hay mucha diferencia entre ellos, he querido hacer de ellos distincion; porque el ejercicio de estos tiene inmediato respecto al provecho de los hombres, y para ese provecho y fin los da Dios; como dice san Pablo: *Unicuique autem datur manifestatio spiritus ad utilitatem;* que á ninguno se da espíritu, sino para provecho de los demás; lo cual se entiende de estas gracias. Mas los espirituales, su ejercicio y trato es solo del alma á Dios y de Dios al alma, en comunicacion de entendimiento y voluntad, etc., como dirémos después; y así, hay diferencia en el objeto, pues que las espirituales son entre Dios y el alma, mas las otras sobrenaturales que deciamos, se ordenan á otras criaturas para el provecho de ellas, y tambien difieren en la sustancia, y por el consiguiente en la operacion; y así, tambien necesariamente en la doctrina.

Pero, hablando ahora de los dones y gracias sobrenaturales como aquí las entendemos, digo pues que para purgar el gozo vano en ellas conviene aquí notar dos provechos que hay en este género de bienes, conviene á saber, temporal y espiritual. El temporal es la sanidad de las enfermedades, recibir vista los ciegos, resucitar los muertos, lanzar los demonios, profetizar lo porvenir para que miren por sí, y los demás de este talle. El espiritual provecho y eterno es, ser Dios conocido y servido por estas obras, por el que las obra, ó por aquellos en quien y delante de quien se obran. Cuanto al primer provecho, que es temporal, las obras y milagros sobrenaturales poco ó ningun gozo del alma merecen; porque, excluido el segundo provecho, poco ó nada le importan al hombre, pues de suyo no son medio para unir al alma con Dios, sino es la caridad. Y estas obras y gracias sobrenaturales, sin estar en gracia y caridad se pueden ejercitar, ahora dando Dios los dones y gracias verdaderamente, como lo hizo al inicuo profeta Balaan, ahora obrando falsamente otras semejantes por via del demonio, como Simon Mago, ó por otros secretos de naturaleza; las cuales obras y maravillas, si algunas habian de ser al que las obra de algun provecho, eran las verdaderas que son dadas de Dios; y estas sin el segundo provecho ya enseña san Pablo lo que valen, diciendo: *Si linguis hominum loquar, et Angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tinniens; et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia, et omnem scientiam; et si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum, etc.;* Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere caridad, hecho soy como el metal ó la campana que suena; y si tuviere profecía y conociere todos los misterios y toda ciencia, y si tuviere toda la fe, tanto, que traspase los montes, y no tuviere caridad, nada soy, etc. De donde Cristo nuestro redentor dirá á muchos que habrán estimado sus obras en esta manera, cuando por ellas le pidieren gloria, diciendo: *Domine, nonne in nomine tuo prophetavimus... et virtutes multas fecimus?* Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y hicimos muchos milagros? *Discedite á me, qui operamini iniquitatem;* Apartáos de mí, obradores de maldad. Debe pues el hombre gozarse, no en si tiene las tales gracias y las ejercita, sino en si el segundo fruto espiritual saca de ellas; es á saber, sirviendo á Dios en ellas con verdadera caridad, en que está el fruto de la vida eterna; que por eso reprehendió nuestro Salvador á los discípulos, que se venian gozando porque lanzaban los demonios, diciendo: *Veruntamen in hoc nolite gaudere, quia spiritus vobis subjiciuntur; gaudete autem, quod nomina vestra scripta sunt in Coelis;* En esto no os querais gozar, porque los demonios se os sujetan, sino porque vuestros nombres están escritos en el libro de la vida. Que en buena teología es como decir: Gozáos si están escritos vuestros nombres en el libro de la vida. De donde se entiende que no se debe el hombre gozar sino en ir camino de ella, que es hacer las obras con caridad. Porque, ¿qué aprovecha y vale delante de Dios, lo que no es amor de Dios? El cual no es perfecto si no es fuerte y discreto en purgar el gozo de todas las cosas, poniéndole solo en hacer la voluntad de Dios; y de esta manera se une la voluntad con Dios por estos bienes sobrenaturales.

CAPITULO XXX.

De los daños que se pueden seguir al alma de poner el gozo de la voluntad en este género de bienes.

Tres daños principales me parece que se pueden seguir al hombre de poner el gozo en los bienes sobrenaturales; es á saber, engañar y ser engañado, detrimento en el alma acerca de la fe, vanagloria ó otra vanidad. Cuanto á lo primero, es cosa muy fácil engañar á los demás y engañarse á sí mismo, gozándose en esta manera de obras. Y la razon es porque para conocer estas obras cuáles sean falsas y cuáles verdaderas, y cómo y á qué tiempo se han de ejercitar, es menester mucho aviso y mucha luz de Dios, y lo uno y lo otro impide mucho el gozo y la estimacion de estas obras; y esto por dos cosas: lo uno, porque el gozo embota y

escurece el juicio: lo otro, porque con el gozo de aquello, no solo se acodicia el hombre á quererlo mas presto, mas aun es inclinado á que se obre sin tiempo; y dado caso que las virtudes y obras que se ejercitan sean verdaderas, bastan estos dos defectos para engañarse muchas veces en ellas, ó no entendiéndolas como se han de entender, ó no aprovechándose de ellas y usándolas como y cuando es conveniente. Porque, aunque es verdad que cuando da Dios estos dones y gracias, les da luz de ellas y el movimiento de cómo y cuándo se han de ejercitar, todavía ellos, por la propiedad y imperfeccion que pueden tener acerca de ellas, pueden errar mucho, no usando de ellas con la perfeccion que Dios quiere, y como y cuando él quiere; como se lee que queria hacer Balaan cuando contra voluntad de Dios se atrevió á ir á maldecir el pueblo de Israel; por lo cual enojándose Dios, le queria matar. Y Santiago y san Juan, llevados del celo, querian hacer bajar fuego del cielo sobre los samaritanos porque no daban posada á Cristo nuestro Señor; á los cuales reprehendió por ello. De donde se ve claro cómo á estos imperfectos de que vamos hablando, les hace determinar á hacer estas obras alguna pasion de imperfeccion, envuelta en gozo y estimacion de ellas, cuando no convenia; porque cuando no hay semejante imperfeccion, solamente se mueven y determinan á obrar estas virtudes cuando y como Dios les mueve y ello, y hasta entonces no conviene; que por eso se quejaba Dios de ciertos profetas por Jeremías, diciendo: *Non mittebam prophetas, et ipsi currebant: non loquebar ad eos, et ipsi prophetabant;* No enviaba yo á los profetas, y ellos corrian; no los hablaba, y ellos profetizaban. Y adelante dice: *Seduxerunt populum meum in mendatio suo, et in miraculis suis: cum ego non misissem eos, nec mandassem eis;* Engañaron á mi pueblo con su mentira y con sus milagros, como yo no lo hubiese mandado ni enviádolos. Y allí tambien dice de ellos que veian la vision de su corazon, y que esa decian; lo cual no pasara así si ellos no tuvieran esta abominable propiedad en estas obras; de donde por estas autoridades se da á entender que el daño de este gozo, no solamente llega á usar inicua y perversamente de estas gracias que da Dios, como Balaan y los que aquí dice que hacian milagros, con que engañaban al pueblo, mas aun hasta usarlas sin habérselas Dios dado, como estos que profetizaban sus antojos y publicaban las visiones que ellos componian ó las que el demonio les representaba; porque, como el demonio los ve aficionados á estas cosas, dales en esto largo campo y mucha materia, entremetiéndose de muchas maneras; y con esto tienden ellos las velas y cobran desvergonzada osadía, alargándose en estas prodigiosas obras. Y no para solo en esto, sino que á tanto hacen llegar el gozo de estas obras y de la codicia de ellas, que hace que, si los tales tenian antes pacto oculto con el demonio (porque muchos de estos por este oculto pacto obran estas cosas), ya vengan á atreverse á hacer con él pacto expreso y manifiesto, sujetándose por concierto por discípulos del demonio y allegados suyos; y de aquí salen los hechiceros, los encantadores, los mágicos, ariolos y brujos. Y á tanto mal llega el gozo sobre estas obras, que, no solo quieren comprar los dones y gracias por dinero, como queria Simon Mago para servir al demonio, pero aun procuran haber las cosas sagradas, y aun, lo que no se puede decir sin temblor, las divinas: alargue y muestre Dios aquí su misericordia grande. Y cuán perniciosos estos sean para sí, y perjudiciales á la cristiana república, cada uno lo podrá bien claramente entender. Donde es de notar que todos aquellos magos y ariolos que habia entre los hijos de Israel (á los cuales Saul destruyó de la tierra), por querer imitar á los verdaderos profetas de Dios, habian dado en tantas abominaciones y engaños. Debe pues el que tuviere la gracia y don sobrenatural apartar la codicia y el gozo del ejercicio de él; y Dios, que se la da sobrenaturalmente para utilidad de su iglesia ó de sus miembros, le moverá tambien sobrenaturalmente á su ejercicio como y cuando le debe ejercitar; que pues mandaba á sus discipulos que no tuviesen cuidado de lo que habian de hablar, ni cómo lo habian de hablar porque era negocio sobrenatural de fe, tambien querrá que, pues el negocio de estas obras no es menos, se aguarde el hombre á que Dios sea el obrero, moviendo el corazon, pues en su virtud se ha de obrar toda virtud. Que por esto los discípulos, en los *Actos de los apóstoles*, aunque les habia infundido estas gracias y dones, hicieron oracion á Dios, rogándole que fuese servido de extender su mano en hacer señales y obrar sanidades por ellos, para introducir en los corazones la fe de nuestro Señor Jesucristo: *Da servis tuis cum omni fiducia loqui verbum tuum, in eo quod manum tuam extendas ad sanitates, et signa, et prodigia fieri per nomen Sancti Filii tui Jesu.*

El segundo daño puede venir de este primero, que es detrimento acerca de la fe; el cual puede ser en dos maneras: la primera acerca de los otros; porque, poniéndose á hacer la maravilla ó virtud sin tiempo y necesidad, demás de que es tentar á Dios, que es gran pecado, podrá ser no salir con ello, y engendraria en los corazones menos crédito y desprecio de la fe; porque, aunque algunas veces salgan con ello por quererlo Dios por otras causas y respetos, como lo hizo con la hechicera de Saul (si es verdad que era Samuel el que apareció allí), no siempre saldrán con ello; y cuando salieren, no dejan de errar ellos y ser culpables por usar de estas gracias cuando no conviene. En la segunda manera puede recibir detrimento en sí mismo acerca del mérito de la fe; porque, haciendo él mucho caso de estos milagros, se desarrima del ejercicio sustancial de la fe, la cual es hábito oscuro; y así, donde mas señales y testimonios concurren, menos merecimiento hay en creer; de donde san Gregorio dice que la fe no tiene merecimiento cuando la razon la experimenta humana y palpablemente; y así, estas maravillas Dios las obra cuando son necesarias para creer y para otros fines de gloria suya y de sus santos. Que por eso, porque sus

discípulos no careciesen del mérito si tomaran esperiencia de su resurreccion, antes que se les mostrase hizo muchas cosas para que sin verle lo creyesen; porque á María Magdalena primero le mostró el sepulcro vacío, y despues que se lo dijesen los ángeles, porque la fe es por el oido, como dice san Pablo: *Fides ex auditu;* y oyéndolo, lo creyese primero que lo viese; y aun cuando le vió, fué como hortelano, para acabarla de instruir en la creencia que le faltaba con el calor de su presencia; y á los discípulos primero se lo envió á decir con las mujeres, y después fueron á ver el sepulcro; y á los que iban á Emaus, primero les inflamó el corazon que le viesen, yendo él disimulado con ellos; y finalmente, después los reprehendió á todos porque no habian creido á los que les habian dicho su resurreccion; y á santo Tomás, porque quiso tomar experiencia en sus llagas, cuando le dijo que eran bienaventurados los que no viéndole le creyesen; y así, no es de condicion de Dios que se hagan milagros. Por eso reprehendia él á los fariseos porque no daban crédito sino por señales, diciendo: *Nisi signa, et prodigia videritis, non creditis;* Si no viéredes señales y prodigios, no creeis. Pierden pues mucho acerca de la fe los que aman gozarse en estas obras sobrenaturales.

El tercero daño es que comunmente por el gozo de estas obras caen en vanagloria ó en alguna vanidad; porque aun el mismo gozo de estas maravillas, no siendo puramente, como habemos dicho, en Dios y para Dios, es vanidad, lo cual se ve en haber nuestro Señor reprehendido á los discípulos en haberse gozado porque se les sujetaban los demonios; el cual gozo, si no fuera vano, nunca se lo reprehendiera nuestro Salvador.

CAPITULO XXXI.

De los provechos que se sacan en la negacion del gozo acerca de las gracias sobrenaturales.

Demás de los provechos que el alma consigue en librarse de los tres dichos daños por la privacion de este gozo, adquiere dos excelentes provechos: el primero es engrandecer y ensalzar á Dios; el segundo es ensalzarse el alma á sí misma, porque de dos maneras es Dios ensalzado en el alma: la primera es apartando el corazon y gozo de la voluntad de todo lo que no es Dios, para ponerle en él solamente; lo cual quiso decir David en el lugar que habemos alegado al principio de la noche de esta potencia, es á saber: *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus;* Allegarse ha el hombre al corazon alto, y será Dios ensalzado. Porque, levantado el corazon sobre todas las cosas, se ensalza el alma sobre todas ellas; y porque de esta manera le pone en Dios solamente, se ensalza y engrandece Dios, manifestando al alma su excelencia y grandeza, porque en este levantamiento de gozo, en él le da Dios testimonio de quien él es; lo cual no se hace sin vaciar el gozo y consuelo de la voluntad acerca de todas las cosas; como tambien lo dice por David: *Vacate, et videte, quoniam ego sum Deus;* Vacad y ved que yo soy Dios. Y otra vez dice: *In terra deserta, et invia, et inaquosa: sic in sancto apparui tibi, ut viderem virtutem tuam, et gloriam tuam;* En tierra desierta, seca y sin camino parecí delante de tí para ver tu virtud y tu gloria. Y pues es verdad que se ensalza Dios poniendo el gozo en lo apartado de todas las cosas, mucho mas se ensalza apartándole de estas mas maravillosas para ponerle en solo él, pues son de mas alta entidad por ser sobrenaturales; y así, dejándolas atrás por poner el gozo en Dios solamente, es atribuir mayor gloria y excelencia á Dios que á ellas; porque, cuanto uno mas y mayores cosas desprecia por otro, tanto mas le estima y engrandece; demás de esto, es Dios ensalzado en la segunda manera, apartando la voluntad de este género de obras; porque, cuanto mas es Dios creido y servido sin testimonio y señales, tanto mas es del alma ensalzado, pues cree de Dios mas que las señales y milagros le pueden dar á entender.

El segundo provecho en que se ensalza el alma es porque, apartando la voluntad de todos los testimonios y señales aparentes, se ensalza en fe muy pura, la cual le infunde y aumenta Dios con mucha mas intension, y juntamente le aumenta las otras dos virtudes teologales, que son caridad y esperanza, en que goza de divinas noticias altísimas por medio del escuro y desnudo hábito de la fe y de grande deleite de amor por medio de la caridad; con que no se goza la voluntad en otra cosa que en Dios vivo, y de satisfaccion en la voluntad por medio de la esperanza. Todo lo cual es un admirable provecho que esencial y derechamente importa para la union perfecta del alma con Dios.

CAPITULO XXXII.

En que se comienza á tratar del sexto género de bienes de que se puede gozar la voluntad. Dice cuáles sean, y hace de ellos la primera division.

Pues el intento que llevamos en esta nuestra obra es encaminar al espíritu por los bienes espirituales hasta la divina union del alma con Dios, ahora, que en este sexto género habemos de tratar de los bienes espirituales, que son los que mas sirven para este negocio, convendrá que, así yo como el lector, pongamos aquí con particular advertencia nuestra consideracion; porque es cosa cierta que por el poco saber de algunos se sirven de las cosas espirituales solo para el sentido, dejando al espíritu vacío, que apenas habrá á quien el jugo sensual no le estrague buena parte del espíritu, bebiéndose el agua antes que llegue al espíritu, dejándole seco y vacío.

Viniendo pues al propósito, digo que por bienes espirituales entiendo todos aquellos que mueven y ayudan para las cosas divinas y el trato del alma con Dios y las comunicaciones de Dios con el alma.

Comenzando pues á hacer division por los géneros supremos, digo que los bienes espirituales son en dos maneras, conviene á saber, unos sabrosos y otros penosos, y cada uno de estos géneros es tambien en dos maneras, porque los sabrosos, unos son de cosas claras que distintamente se entienden, y otros de cosas que no

se entienden clara y distintamente. Los penosos, tambien algunos son de cosas claras y distintas, y otros son de cosas confusas y escuras. Todos estos podemos tambien distinguir segun las potencias del alma; porque unos por cuanto son inteligencias pertenecen al entendimiento, otros por cuanto son aficiones pertenecen á la voluntad, otros por cuanto son imaginarias pertenecen á la memoria; dejados pues para después los bienes penosos, por cuanto pertenecen á la noche pasiva, donde habemos de hablar de ellos, y tambien las sabrosas, que decimos ser de cosas confusas y no distintas, para tratar á la postre; por cuanto pertenecen á la noticia general, confusa, amorosa, en que se hace la union del alma con Dios, la cual dejamos en el libro segundo, difiriéndola para tratar á la postre, cuando haciamos division entre las aprehensiones del entendimiento, y lo harémos cumplidamente en el libro de la noche escura; dirémos aquí ahora de aquellos bienes sabrosos, que son de cosas claras y distintas.

CAPITULO XXXIII.

De los bienes espirituales que distintamente pueden caer en el entendimiento y memoria. Dice cómo se ha de haber la voluntad acerca del gozo de ellos.

Mucho tuviéramos aquí que hacer con la multitud de las aprehensiones de la memoria y entendimiento, enseñando á la voluntad cómo se habia de haber acerca del gozo que puede tener en ellas, si no hubiéramos tratado de ellas largamente en el segundo y tercero libro. Pero, porque allí se dijo de la manera que á aquellas dos potencias les convenia haberse acerca de ellas para encaminarse á la divina union, y de la misma manera le conviene á la voluntad haberse en el gozo acerca de ellas, no es necesario referirlas aquí, porque basta decir que donde quiera que allí dice que aquellas potencias se vacian de tales y tales aprehensiones, se entiende tambien que la voluntad se ha de vaciar del gozo de ellas; y de la misma manera que queda dicho que la memoria y entendimiento se ha de haber acerca de todas aquellas aprehensiones, se ha de haber tambien la voluntad; que pues que el entendimiento y las demás potencias no pueden admitir ni negar nada sin que venga en ello la voluntad, claro está que la misma doctrina que sirve para lo uno servirá tambien para lo otro; por tanto, véase allí lo que en este caso se requiere, porque en todos los daños y peligros que allí se dice caerá el alma si no sabe enderezar á Dios el gozo de la voluntad en todas aquellas aprehensiones.

CAPITULO XXXIV.

De los bienes espirituales sabrosos que distintamente pueden caer en la voluntad. Dice de cuántas maneras sean.

A cuatro géneros de bienes podemos reducir todos los que distintamente pueden dar gozo á la voluntad; conviene á saber: motivos, provocativos, directivos y perfectivos; de los cuales irémos diciendo por su órden, y primero de los motivos, que son imágenes y retratos de santos, oratorios y ceremonias; y cuanto á lo que toca á las imágenes y retratos de santos puede haber mucha vanidad y gozo vano. Porque, siendo ellos tan importantes para el culto divino y tan necesarios para mover la voluntad á devocion, como la aprobacion y uso que de ellos tiene nuestra madre la Iglesia muestra (por lo cual siempre conviene que nos aprovechemos de ellos para dispertar nuestra tibieza), hay muchas personas que ponen su gozo mas en la pintura y ornato de ellos que en lo que representan.

El uso de las imágenes para dos principales fines le ordena la Iglesia; es á saber, para reverenciar á los santos en ellas, y para mover la voluntad y dispertar la devocion por ellas á ellos. Y cuanto sirven de esto son de mucho provecho, y el uso de ellas necesario; y por eso, las que mas al propio y vivo están sacadas, y mas mueven la voluntad á devocion, se han de escoger, poniendo los ojos en esto mas que en el valor y curiosidad de la hechura y su ornato. Porque hay, como digo, algunas personas que miran mas en la curiosidad de la imágen y valor de ella que en lo que representa; y la devocion interior, que espiritualmente han de enderezar al santo invisible, la emplean en aficion y curiosidad exterior; de manera que se agrade y deleite el sentido, y se quede el amor y gozo de la voluntad en aquello; lo cual totalmente impide al verdadero espíritu, que requiere aniquilacion del afecto en todas las cosas particulares. Esto se verá bien por un abominable uso que en nuestros tiempos usan algunas personas, que, no teniendo ellas aborrecido el traje vano del mundo, adornan á las imágenes con el trajo que la gente vana por tiempo va inventando para el cumplimiento de sus pasatiempos y liviandades, y del traje que en ellos es reprehendido visten á las imágenes; cosa que á los santos que representan fué aborrecible y lo es; procurando esto el demonio, y ellos en el canonizar sus vanidades, poniéndolas en los santos, no sin agraviarlos mucho. Y de esta manera la honesta y grave devocion del alma, que de sí echa y arroja toda vanidad y rastro de ella, ya se les queda en poco mas que ornato y aseo curioso y superfluo de las imágenes y figuras curiosas á que están apegados y en que tienen puesto su gozo. Y así, veréis algunas personas que no se hartan de añadir imágen á imágen, y que no sea sino de tal suerte y hechura, y que no estén puestas sino de tal y tal manera, de suerte que deleite al sentido; y la devocion del corazon es muy poca, y tanto asimiento tienen á esto como Micas en sus ídolos, ó como Laban, que el uno salió de su casa dando voces porque se los llevaban; y el otro, habiendo ido mucho camino y muy enojado por ellos, trastornó todas las albajas de Jacob buscándolos. La persona devota en lo invisible principalmente pone su devocion, y pocas imágenes ha menester y de pocas usa, y de aquellas que mas se conforman con lo divino que con lo humano, conformándolas á ellas; y así, con ellas con el traje del otro siglo y su condicion, y no con este; porque, no solamente no le mueva el apetito la figura de este siglo, pero que aun no se acuerde por ellas de él, teniendo delante de los ojos cosa que á él se le parezca,

ó á alguna de sus cosas. Ni en esas de que usa tiene asido el corazon; y así, si se las quitan se pena muy poco, porque la viva imágen busca dentro de sí, que es Cristo crucificado, en el cual antes gusta de que todo se lo quiten y que todo le falte, hasta los medios que parece que llevaban mas á Dios, quitándoselos, queda quieto; porque mayor perfeccion del alma es estar con tranquilidad y gozo en la privacion de esos motivos que en la posesion con apetito y asimiento de ellos; que, aunque es bueno gustar de tener aquellas imágenes y instrumentos que ayuden al alma á mas devocion (por lo cual siempre se han de escoger los que mas mueven), pero no es perfeccion estar tan asido á ellas, que con propiedad las posea, de manera que si se las quitaren se entristezca; tenga por cierto el alma que cuanto mas asida con propiedad estuviere á la imágen ó motivo sensible, tanto menos subirá á Dios su devocion y oracion; que, aunque es verdad que por estar unas mas al propio que otras, y ejercitar mas la devocion con unas que otras, conviene aficionarse mas á unas que á otras solo por esta causa, como acabo ahora de decir, no ha de ser con la propiedad y asimiento que tengo dicho; de manera que lo que ha de llevar el espíritu, volando por allí á Dios, olvidando luego eso y esotro, se lo coma todo el sentido, estando engolfado en el gozo de los instrumentos, que habiéndome de servir solo para ayuda de esto, ya por mi imperfeccion me sirve para estorbo, tal vez no menos que el asimiento y propiedad de otra cualquier cosa.

Pero, ya que en esto de las imágenes tenga alguna réplica, por no tener bien entendida la desnudez y pobreza de espíritu que requiere la perfeccion, á lo menos no la podrá tener en la imperfeccion que comunmente tienen en los rosarios, pues apenas hallarás quien no tenga alguna flaqueza en ellos, queriendo que sea de esta hechura mas que de la otra, ó de este color ó metal mas que de aquel, ó de este ornato ó de esotro; no importando mas el uno que el otro para que Dios oiga mejor lo que se reza por este que por aquel; sino antes aquella que va con sencillo y recto corazon, no mirando mas que agradar á Dios, no dándose nada mas por este rosario que por aquel, sino fuese de indulgencias.

Es nuestra vana codicia de tal suerte y condicion, que en todas las cosas quiere hacer asiento; y es como la carcoma, que roe lo sano y en las cosas buenas y malas hace su oficio; porque, ¿qué otra cosa es gustar tú de traer el rosario curioso, y querer que sea antes de esta manera que de aquella, sino tener puesto tu gozo en el instrumento; y querer antes escoger esta imágen que la otra, no mirando si te despertará mas al amor divino, sino en si es mas preciosa ó curiosa? Cierto, si tú empleases el apetito y gozo solo en agradar á Dios, no se te daria nada por eso ni por esotro. Y es grande enfado ver algunas personas espirituales tan asidas al modo y hechura de estos instrumentos y motivos, y á la curiosidad y gusto vano en ellos; porque nunca los veréis satisfechos, sino siempre dejando unos por otros y trocando; y la devocion del espíritu, olvidada por estos modos visibles, teniendo en ellos el asimiento y propiedad, no de otro género á veces que en otras alhajas temporales; de lo cual no sacan poco daño.

CAPITULO XXXV.

Prosigue de las imágenes, y dice de la ignorancia que acerca de ellas tienen algunas personas.

Mucho habia que decir de la rudeza que muchas personas tienen acerca de las imágenes; porque llega la bobería á tanto, que algunos ponen mas confianza en unas imágenes que en otras, llevados solamente de la aficion que tienen mas á una figura que á otra. En lo cual va envuelta gran rudeza y bastardía acerca del trato con Dios y culto y honra que se le debe; el cual principalmente mira la fe y pureza del corazon del que ora; porque el hacer Dios mas mercedes á veces por medio de una imágen que por otra de aquel mismo género, es (aunque haya en la hechura mucha diferencia) porque las personas despierten mas su devocion por medio de una que por medio de otra. De donde la causa por que Dios obra milagros y hace mercedes por medio de algunas imágenes mas que por otras, es para que con aquella novedad se despierte la dormida devocion y afecto de los fieles. Y como entonces por medio de aquella imágen se enciende la devocion y se continúa la oracion (que lo uno y lo otro es medio para que oiga Dios y conceda lo que se le pide), entonces, y por medio de aquella imágen, por la oracion y afecto, continúa Dios las mercedes y milagros que, teniendo devocion y fe con ella, se tiene con el santo que representa.

En las imágenes pues no se repare en la diferencia de las hechuras para poner por esto mas confianza en unas que en otras, que esto seria una gran rudeza; y aquellas se estimen en mas que despiertan mas la devocion. Y así, Dios, para purificar mas esta devocion formal, vemos que si hace algunas mercedes y obra milagros, ordinariamente los hace por medio de algunas imágenes no muy bien talladas, ni curiosamente pintadas ó figuradas, porque los fieles no atribuyan algo de esto á la pintura ó hechura. Y muchas veces suele nuestro Señor obrar estas mercedes por medio de aquellas imágenes que están mas apartadas y solitarias; lo uno porque con aquel movimiento de ir á ellas crezca mas el afecto y sea mas intenso el acto; lo otro porque se aparten del ruido y gente á orar, como lo hácia el Señor. Por lo cual, el que hace la romería hace bien de hacerla cuando no va otra gente, aunque sea tiempo extraordinario; y cuando va mucha turba, nunca yo se lo aconsejaria, porque ordinariamente vuelven mas distraidos que fueron. Y muchos las toman y las hacen mas por recreacion que por devocion. De manera que si no hay devocion y fe no bastará la imágen; que harto viva imágen era nuestro Salvador en el mundo; y con todo, los que no tenian fe, aunque mas andaban con él y veian sus obras maravillosas, no se aprove-

chaban. Y esa era la causa por que en su tierra no hacia muchas virtudes, como dice el Evangelista.

Tambien quiero aquí decir algunos efectos sobrenaturales que causan á veces algunas imágenes en personas particulares; y es, que algunas imágenes da Dios espíritu particular en ellas, de manera que quede fijada en la mente la figura de la imágen y devocion que causó, trayéndola como presente; y cuando de presente de ella se acuerda, le hace el mismo espíritu que cuando la vió, á veces menos y á veces mas; y en otra imágen, aunque de mas perfecta hechura, no hallan aquel espíritu.

Tambien muchas personas tienen devocion mas en unas hechuras que en otras, y en algunas no será mas que aficion y gusto natural (así como á uno contentará mas el rostro de una persona que de otra), y se aficionará mas á ella naturalmente, y la traerá mas presente en su imaginacion, aunque no sea tan hermosa como las otras, porque se inclina su natural á aquella manera de forma y figura. Y así, pensarán algunas personas que la aficion que tienen á tal ó tal imágen es devocion, y no será quizá mas que gusto y aficion natural. Otras veces acaece que, mirando una imágen, la vean moverse ó hacer semblantes y muestras, ó dar á entender cosas ó hablar; esta manera y la de los efectos sobrenaturales que aquí decimos de las imágenes, aunque es verdad que muchas veces son verdaderos efectos y buenos, causando Dios aquello, ó para aumentar la devocion, ó para que el alma traiga algun arrimo á que ande asida, por ser algo flaca, y no se distraiga muchas veces; otras veces no son verdaderos, y suele hacerlos el demonio para engañar y dañar. Por tanto, para todo darémos doctrina en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXXVI.

De cómo se ha de encaminar á Dios el gozo de la voluntad por el objecto de las imágenes, de manera que no yerre ni se impida por ellas.

Así como las imágenes son de gran provecho para acordarse de Dios y de los santos, y mover la voluntad á devocion, usando de ellas por la via ordinaria, como conviene; así tambien serán para errar mucho, si cuando acaecen cosas sobrenaturales acerca de ellas no supiese el alma haberse como conviene para ir á Dios; porque uno de los medios con que el demonio coge á las almas incautas con facilidad, y las impide el camino de la verdad del espíritu, es por cosas raras y extraordinarias, de que hace muestra por las imágenes, ahora en las materiales y corporales que usa la Iglesia, ahora en las que él suele fijar en la fantasía debajo de tal ó tal santo, ó imágen suya, transfigurándose en ángel de luz para engañar; porque el astuto demonio, en esos mismos medios que tenemos para remediarnos y ayudarnos, se procura disimular, para cogernos mas incautos. Por lo cual el alma buena siempre en lo bueno se ha de recelar, porque lo malo, ello trae consigo el testimonio de sí. Por tanto, para evitar todos los daños que al alma pueden tocar en este caso, que son, ó ser impedida de volar á Dios, ó usar con bajo estilo y ignorantemente de las imágenes, ó ser engañado por ellas; las cuales cosas son las que arriba habemos notado; y tambien para purificar el gozo de la voluntad en ellas, y enderezar por ellas el alma á Dios, que es el intento que en el uso de ellas tiene la Iglesia; sola una advertencia quiero poner, que basta para todo. Y es que, pues las imágenes nos sirven para motivo de las cosas invisibles, que en ellas solamente procuremos el motivo, y aficion y gozo de la voluntad en lo vivo que representan. Por tanto, tenga el fiel este cuidado, que en viendo la imágen, no quiera embeber el sentido en ella, ahora sea corporal la imágen, ahora imaginaria, ahora de hermosa hechura, ahora de rico atavío, ahora le haga devocion sensitiva, ahora espiritual, no haciendo caso de nada de estos accidentes, no repare mas en ella; sino, hecha á la imágen la adoracion que manda la Iglesia, luego levante de ahí la mente á lo que representa, poniendo el jugo y gozo de la voluntad en Dios con la devocion y oracion de su espíritu, ó en el santo que invoca; porque, lo que se ha de llevar lo vivo y el espíritu, no se lo lleve lo pintado y el sentido. De esta manera no será engañado ni ocupará el espíritu y sentido que no vaya libremente á Dios. Y la imágen que sobrenaturalmente le diese devocion, se la dará mas copiosamente, pues que luego va á Dios con el afecto; porque Dios, siempre que hace esas y otras mercedes, las hace inclinando el afecto y gozo de la voluntad á lo invisible; y así quiere que lo hagamos, aniquilando la fuerza y jugo de las potencias acerca de todas las cosas visibles y sensibles.

CAPITULO XXXVII.

Prosigue en los bienes motivos; dice de los oratorios y lugares dedicados para oracion.

Paréceme que ya queda dado á entender cómo en los accidentes de las imágenes puede tener el espiritual tanta imperfeccion, por ventura mas peligrosa, poniendo su gusto en ellas como en las demás cosas corporales y temporales. Y digo que mas por ventura, porque con decir *cosas santas* se aseguran mas y no temen la propiedad y asimiento natural; y así, se engañan á veces harto pensando que ya están llenos de devocion, porque se sienten tener el gusto en estas cosas santas, y por ventura no es mas que condicion y apetito natural, que, como le ponen en otras cosas, le ponen en aquello. De aquí es (porque comencemos á tratar de los oratorios) que algunas personas no se hartan de añadir unas y otras imágenes en su oratorio, gustando del órden y atavío con que las ponen, á fin de que su oratorio esté bien adornado y parezca bien, y á Dios no lo quieren mas así que así; mas antes menos, pues el gusto que ponen en aquellos ornatos pintados quitan á lo vivo, como habemos dicho; que, aunque es verdad que todo ornato y atavío y reverencia que se puede hacer á las imágenes es muy poco, por lo cual los que las tienen con poca decencia y reverencia son dignos de



mucha reprehension, junto con los que hacen algunas tan mal talladas, que antes quitan devocion que la añaden; por lo cual habian de impedir á algunos oficiales que en esta arte son cortos y toscos; pero ¿qué tiene esto que ver con la propiedad y asimiento y apetito que tú tienes en esos ornatos y atavíos exteriores, cuando de tal manera te engolfan el sentido, que te impiden mucho el corazon de ir á Dios y amarle, y olvidarte de todas las cosas por su amor? Que si á esto faltas por esotro, no solo no te lo agradecerá, mas antes te castigará por no haber buscado en todas las cosas su gusto mas que el tuyo; lo cual bien podrás entender en aquella fiesta que hicieron á su Majestad cuando entró en Jerusalen, recibiéndole con tantos cantares y ramos, y lloraba el Señor porque, teniendo algunos de ellos su corazon muy léjos de él, le hacian pago con aquellas señales y ornatos exteriores: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longè est à me.* En lo cual podemos decir que mas se hacian fiesta á sí mismos que á Dios, como acaece á muchos el dia de hoy, que cuando hay solemnidad en alguna parte, mas se suelen alegrar por lo que ellos se han de holgar en ella, ahora por ver ó ser vistos, ahora por comer, ahora por otros sus respetos, que por agradar á Dios; en las cuales inclinaciones y intenciones ningun gusto dan á Dios, mayormente los mismos que celebran las fiestas, cuando inventan para interponer en ellas cosas ridículas y indevotas para incitar á risa á la gente, con que mas se distraen; y otros ponen cosas que agradan mas á la gente que la muevan á devocion. Pues ¿qué diré de otros intentos que tienen otros? Qué de intereses en las fiestas que celebran? Los cuales tienen mas el ojo y codicia á esto que al servicio de Dios. Ellos se lo saben, y Dios, que lo ve; pero en las unas maneras y en las otras, cuando así pasan, crean que mas se hacen á sí la fiesta que á Dios; porque, lo que por su gusto ó el de los hombres hacen, no lo toma Dios á su cuenta; antes muchos se estarán holgando de los que comunican en las fiestas de Dios, y Dios se estará con ellos enojando, como lo hizo con los hijos de Israel cuando hacian fiesta, cantando y danzando á su ídolo, pensando que hacian fiesta á Dios; de los cuales mató muchos millares; ó como con los sacerdotes Nadab y Abiud, hijos de Aaron, á quien mató Dios con los incensarios en las manos porque ofrecian fuego ajeno; ó como el que entró en las bodas mal vestido y compuesto, al cual mandó el Rey echar en las tinieblas exteriores, atado de piés y manos; en lo cual se conoce cuán mal sufre Dios en las juntas que se hacen para su servicio estos desacatos. Porque ¡ay, Señor Dios mio! ¿Cuántas fiestas os hacen los hijos de los hombres en que se lleva mas el demonio que vos? Y el demonio gusta de ellas, porque en ellas, como el tratante, hace él su feria. Y ¡cuántas veces diréis vos en ellas: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longè est à me;* Este pueblo con los labios solos me honra, mas su corazon está léjos de mí, porque me sirven sin causa! Que la principal causa por que Dios ha de ser servido es por ser él quien es, no interponiendo otros fines mas bajos. Pues volviendo á los oratorios, digo que algunas personas los atavian mas por su gusto que por el de Dios; y algunos hacen tan poco caso de la devocion de ellos, que no los tienen en mas que sus camarines profanos, y aun algunos no en tanto, pues tienen mas gusto en lo profano que en lo divino. Pero dejemos ahora esto, y digamos todavía de los que hilan mas delgado, es á saber, de los que se tienen por gente devota; porque muchos de estos, de tal manera dan en tener asido el apetito y gusto á su oratorio y ornato de él, que todo lo que habian de emplear en oracion de Dios y recogimiento interior se les va en esto. Y no echan de ver que, no ordenando esto para el recogimiento interior y paz del alma, se distraen tanto con ello como con las demás cosas, y se desquietarán en el tal apetito y gusto á cada paso, mayormente si se les quisiesen quitar.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo se ha de usar de los oratorios y templos, encaminando el espíritu á Dios por ellos.

Para encaminar á Dios el espíritu en este género, conviene advertir que á los principiantes bien se les permite, y aun les conviene tener algun gusto y jugo sensible acerca de las imágenes, oratorios y otras cosas devotas visibles, por cuanto no tienen aun destetado ni desarrimado el paladar de las cosas del siglo, porque con este gusto dejen el otro. Como el niño que por desembarazarle la mano de una cosa se la ocupan con otra, porque no llore dejándole las manos vacías; pero para ir adelante tambien se ha de desnudar el espiritual de todos esos gustos y apetitos en que la voluntad puede gozarse; porque el puro espíritu muy poco se ata á nada de esos objetos, sino solo en recogimiento interior y trato mental con Dios; que, aunque se aprovecha de las imágenes y oratorios, es muy de paso, y luego para su espíritu en Dios, olvidado de todo lo sensible. Por tanto, aunque es mejor orar donde mas decencia hubiere, con todo, no obstante esto, aquel lugar se ha de escoger donde menos se embarace el sentido y el espíritu de ir á Dios. En lo cual nos conviene tomar aquello que respondió nuestro Salvador á la mujer samaritana cuando le preguntó que cuál era mas acomodado lugar para orar, el templo ó el monte; que no estaba la verdadera oracion aneja al monte, sino que los oradores, de que se agradaba el Padre son los que le adoran en espíritu y verdad: *Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu, et veritate. Nam et Pater tales quaerit, qui adorent eum. Spiritus est Deus: et eos, qui adorant eum, in spiritu, et veritate oportet adorare.* De donde, aunque los templos y lugares apacibles sean dedicados y acomodados para oracion (porque el templo no se ha de usar para otra cosa), todavía para negocio de trato tan interior como este, que se hace con Dios, aquel lugar se debe escoger que menos ocupe y lleve tras sí el sentido; y así, no ha de ser lugar ameno y deleitable al sentido

(como suelen procurar algunos), porque en vez de recoger el espíritu, no pare en recreacion y gusto y sabor del sentido; y por eso es bueno lugar solitario, y aun áspero, para que el espíritu sólida y derechamente suba á Dios, no impedido ni detenido en las cosas visibles; aunque alguna vez ayudan á levantar el espíritu, mas esto es olvidándolas luego y quedándose en Dios. Por lo cual nuestro Salvador ordinariamente escogia lugares solitarios para orar, y aquellos que no ocupasen mucho los sentidos, para darnos ejemplo, sino que levantasen el alma á Dios, como eran los montes que se levantaban de la tierra y ordinariamente son pelados, sin materia de sensitiva recreacion; de donde el verdadero espiritual no mira sino solo al recogimiento interior, en olvido de eso y de esotro, escogiendo para esto el lugar mas libre de objetos y jugos sensibles, sacando la advertencia de todo eso para poder gozarse mas á solas de criaturas con su Dios; porque es cosa notable ver algunos espirituales, que todo se les va en componer oratorios y acomodar lugares agradables á su condicion ó inclinacion; y del recogimiento interior, que es el que hace mas al caso, hacen menos caudal, y tienen muy poco de él; porque, si le tuviesen, no podrian tener gusto en aquellos modos y maneras, antes les cansarian.

CAPITULO XXXIX.

Prosigue encaminando todavía el espíritu al recogimiento interior acerca de lo dicho.

La causa pues por que algunos espirituales nunca acaban de entrar en los verdaderos gozos del espíritu, es porque nunca acaban ellos de alzar el apetito del gozo de estas cosas exteriores visibles. Adviertan estos tales que aunque el lugar decente y dedicado para oracion es el templo y oratorio visible y la imágen para motivo, que no ha de ser de manera que se emplee el jugo y sabor del alma en el templo visible y en el motivo, y se olvide de orar en el templo vivo, que es el interior recogimiento del alma; porque, para advertirnos esto, dijo el apóstol san Pablo: *Nescitis, quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis?* Mirad que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que mora en vosotros. Y Cristo por san Lúcas: Que el reino de Dios está dentro de vosotros; *Ecce enim regnum Dei intra vos est.* Y á esta consideracion nos envia la autoridad que habemos alegado de Cristo, es á saber: *Qui adorant eum, in spiritu, et veritate oportet adorare;* A los verdaderos oradores conviene adorar en espíritu y en verdad; porque muy poco caso hace Dios de tus oratorios y lugares acomodados, si por tener el apetito y gusto asido á ellos, tienes algo menos de desnudez interior, que es la pobreza espiritual en negacion de todas las cosas que puedes poseer.

Debes pues, para purgar la voluntad del gozo y apetito vano en esto, y enderezarle á Dios en tu oracion, solo mirar que tu conciencia esté pura y tu voluntad entera con Dios, y la mente puesta de veras en él; y, como he dicho, escoger el lugar mas apartado y solitario que pudieres, y convertir todo el gozo y gusto de tu voluntad en invocar y glorificar á Dios; y de esotros gustillos y jugos de lo exterior no hagas caso, antes los procures negar; porque, si se hace el alma al sabor de la devocion sensible, nunca atinará á pasar á la fuerza del deleite del espíritu, que se halla en la desnudez espiritual mediante el recogimiento interior.

CAPITULO XL.

De algunos daños en que caen los que se dan al gusto sensible de las cosas y lugares devotos, de la manera que se ha dicho.

Muchos daños se le siguen, así acerca de lo interior como de lo exterior, al espiritual por quererse andar al sabor sensitivo acerca de las dichas cosas; porque acerca del espíritu nunca llegará al recogimiento interior de él, que consiste en pasar de todo eso y hacer olvidar al alma de todos esos sabores sensibles, y entrar en lo vivo del recogimiento del alma y adquirir las virtudes con fuerza. Cuanto á lo exterior, le causa no acomodarse á orar en todos lugares, sino en los que son á su gusto; y así, muchas veces faltará á la oracion, pues, como dicen, no está hecho mas que al libro de su aldea. Demás de esto, este apetito les causa muchas variedades, porque de estos son los que nunca perseveran en un lugar, ni aun á veces en un estado; que ahora los veréis en un lugar, ahora en otro; ahora tomar una ermita, ahora otra; ahora componer un oratorio, ahora otro; y de estos son tambien aquellos que se les acaba la vida en mudanzas de estado y modos de vivir; que, como solo tienen aquel fervor y gozo sensible acerca de las cosas espirituales, y nunca se han hecho fuerza para llegar al recogimiento espiritual por la negacion de su voluntad y sujecion en sufrirse en desacomodamientos, todas las veces que ven un lugar á su parecer devoto, ó alguna manera de vida ó estado que cuadre con su condicion y inclinacion, luego se van tras él y dejan el que tenian; y como se movieron por aquel gusto sensible, de aquí es que presto buscan otra cosa, porque el gusto sensible no es constante, y falta muy presto.

CAPITULO XLI.

De tres diferencias de lugares devotos, y cómo se ha de haber acerca de ellos la voluntad.

Tres maneras de lugares hallo, por medio de los cuales suele Dios mover la voluntad á devocion. La primera es, algunas disposiciones de tierras y sitios que con la agradable apariencia de sus diferencias, ahora en disposicion de tierra, ahora de árboles, ahora de solitaria quietud, naturalmente despiertan la devocion. Y de estos es cosa provechosa usar cuando luego se endereza á Dios la voluntad en olvido de los dichos lugares, así como para ir al fin conviene no detenerse en el medio y motivo mas de lo que basta; porque, si procuran recrear el apetito y sacar jugo sensitivo, antes hallarán sequedad de espíritu y distraccion espiritual, porque la satisfacion y jugo espiritual no se halla sino en el recogimiento interior. Por tanto, estando en el

tal lugar olvidados del lugar, han de procurar de estar en su interior con Dios como si no estuviesen en el tal lugar; porque si se andan al sabor y gusto del lugar, como habemos dicho, de aquí para allí, mas es buscar recreacion sensitiva y instabilidad de ánimo que sosiego espiritual. Así lo hacian los anacoretas y otros santos ermitaños, que en los anchísimos y graciosísimos desiertos escogian el menor lugar que les podia bastar, edificando estrechísimas celdas y cuevas y encerrándose allí; donde san Benito estuvo tres años, y otro se ató con una cuerda para no tomar ni andar mas de lo que alcanzase, y de esta manera muchos que no acabaríamos de contar, porque entendian muy bien aquellos santos que, si no apagaban el apetito y codicia de hallar gusto y sabor espiritual, no podian venir á él y ser espirituales.

La segunda manera es mas particular, porque es de algunos lugares (no me da mas desiertos que otros cualesquiera) donde Dios suele hacer algunas mercedes espirituales muy sabrosas á algunas particulares personas; de manera que ordinariamente queda inclinado el corazon de aquella persona que recibió allí la merced, á aquel lugar donde la recibió, y le dan algunas veces algunos grandes deseos y ansias de ir á aquel lugar, aunque cuando va no se halla como antes, porque no está en su mano; porque estas mercedes hácelas Dios cuando, como y donde quiere, sin estar asido á lugar ni á tiempo ni al albedrío de á quien las hace. Pero todavía es bueno ir, como vaya desnudo el apetito de propiedad, á orar allí algunas veces, por tres cosas: la primera, porque aunque, como decimos, Dios nó está atenido á lugar, parece que allí quiso Dios ser alabado de aquella alma, haciéndola allí aquella merced; la segunda, porque mas se acuerda el alma de agradecer á Dios lo que allí recibió; la tercera, porque todavía se despierta mas la devocion allí con aquella memoria. Por estas cosas debe ir, y no para pensar que está Dios atado á hacerle mercedes allí, de manera que no pueda donde quiera, porque mas decente lugar es el alma para Dios, y mas propio, que ningun lugar corporal. De esta manera, leemos en la divina Escritura que hizo Abrahan un altar en el mismo lugar donde le apareció Dios, y invocó allí su santo nombre, y que después, viniendo de Egipto, volvió por el mismo camino donde le habia aparecido Dios, y volvió á invocar á Dios allí en el mismo altar que habia edificado. Tambien Jacob señaló el lugar donde le apareció Dios estribando en aquella escala, levantando allí una piedra ungida con óleo; y Agar puso nombre al lugar donde le apareció el ángel, estimando en mucho aquel lugar, diciendo: *Profectò hic vidi posteriora videntis me;* Por cierto que aquí he visto las espaldas del que me ve.

La tercera manera es, algunos lugares particulares que elige Dios para ser allí invocado y servido, así como el monte Sinaí, donde Dios dió la ley á Moisen, y el lugar que señaló á Abrahan para que sacrificase á su hijo; y tambien el monte Oreb, donde mandó Dios ir á nuestro padre Elías para mostrársele allí; y el lugar que dedicó san Miguel para su servicio, que es el monte Gargano, apareciéndole al obispo Sipontino y diciendo que él era guarda de aquel lugar, para que allí se dedicase á Dios un oratorio en memoria de los ángeles. Y la gloriosa Vírgen escogió en Roma, con singular señal de nieve, lugar para el templo que quiso edificase Patricio de su nombre. La causa por que Dios escoge estos lugares mas que otros para ser alabado, él se la sabe. Lo que á nosotros nos conviene saber es, que todo es para nuestro provecho y para oir nuestras oraciones en ellos y do quiera que con entera fe le rogáremos; aunque en los que están dedicados á su servicio hay mucha mas ocasion de ser oidos en ellos, por tenerlos la Iglesia señalados y dedicados para esto.

CAPITULO XLII.

Que trata de otros motivos para orar que usan muchas personas, que son mucha variedad de ceremonias.

Los gozos inútiles y la propiedad imperfecta que acerca de las cosas que habemos dicho muchas personas tienen, por ventura son algo tolerables por ir ellas en ello algo inocentemente; pero del grande arrimo que algunos tienen á muchas maneras de ceremonias introducidas por gente poco ilustrada y falta en la sencillez de la fe, es insufrible. Dejemos ahora aquellas que en sí llevan envueltos algunos nombres extraordinarios ó términos que no significan nada, y otras cosas no sacras que gente necia y de alma ruda y sospechosa suele interponer en sus oraciones, que, por ser claramente malas y en que hay pecado, y en muchas de ellas pacto oculto con el demonio, con las cuales provocan á Dios á ira, y no á misericordia, las dejo aquí de tratar. Pero de aquellas solo quiero decir de que, por no tener esas maneras sospechosas interpuestas, muchas personas el dia de hoy con devocion indiscreta usan, poniendo tanta eficacia y fe en aquellos modos y maneras con que quieren cumplir sus devociones y oraciones, que entienden que si un punto falta y sale de aquellos límites, no aprovechará ni le oirá Dios, poniendo mas fiducia en aquellos modos y maneras que en lo vivo de la oracion, no sin grande desacato y agravio de Dios. Así como que sea la misa con tantas candelas, y no mas ni menos; y que la diga sacerdote de tal ó tal suerte, y que sea á tal ó tal hora, y no antes ni después; y que sea después de tal dia, y no antes ni después; que las oraciones ó estaciones sean tantas y tales y á tales tiempos, y con tales ó tales ceremonias ó posturas, y que no antes ó después ni de otra manera; y que la persona que las hiciere tenga tales y tales partes ó propiedades; y piensan que si falta algo de lo que ellos llevan propuesto, no se hace nada, y otras mil cosas que usan. Y lo que es peor y intolerable es, que algunos quieren sentir algun afecto en sí, ó cumplirse lo que piden, ó saber que se cumple al fin de aquellas sus oraciones ceremoniáticas, que no es menos que tentar á Dios y enojarle gravemente; tanto, que algunas veces da licencia al demonio para que los engañe, haciéndolos sentir y entender cosas harto ajenas del provecho de su alma; mereciéndolo ellos por

la propiedad que llevan en sus oraciones, no deseando mas que se haga lo que Dios quiere y lo que ellos pretenden; á los cuales, porque no ponen toda su confianza en Dios, nunca sucederá bien.

CAPITULO XLIII.

De cómo se ha de enderezár á Dios el gozo y fuerza de la voluntad por estas devociones.

Sepan pues estos que, cuanto mas estriban en estas sus ceremonias, tanto menos confianza tienen en Dios, y no alcanzarán de Dios lo que desean. Hay algunos que mas obran por su pretension que por la honra de Dios; que, aunque ellos suponen que si Dios se ha de servir se haga, y si no, no; todavía, por la propiedad y vano gozo que en ello llevan, multiplican demasiados ruegos para aquellos, que seria mejor mudarlos en cosas de mas importancia para ellos, como limpiar de veras sus conciencias y entender de hecho en cosas de su salvacion, posponiendo todas esotras peticiones que no son esto; y de esta manera, alcanzando esto que mas les importa, alcanzarán tambien todo lo que de esotro les estuviere bien, aunque no se lo pidiesen, mucho mejor, y antes que si toda la fuerza pusiesen en aquello; porque así lo tiene prometido el Señor por el Evangelista, diciendo: *Quaerite ergo primum Regnum Dei, et justitiam ejus: et haec omnia adjicientur vobis;* Pretended primero y principalmente el reino de Dios y su justicia, y todas esotras cosas se os añadirán. Porque esta es la pretension y peticion que es mas á su gusto, y para alcanzar las peticiones que tenemos en nuestro corazon no hay mejor medio que poner la fuerza en nuestra oracion en aquella cosa que es mas á gusto de Dios, porque entonces, no solo nos dará lo que le pedimos, que es la salvacion, sino aun lo que él ve que nos conviene y nos es bueno, aunque no se lo pidamos; segun lo da bien á entender David en un salmo, diciendo: *Prope est Dominus omnibus invocantibus eum: omnibus invocantibus eum in veritate;* Cerca está el Señor de los que le llaman, de los que le llaman en la verdad. Y aquellos le llaman en la verdad, que le piden las cosas que son de mas altas veras, como son las de la salvacion, porque de estos dice luego: *Voluntatem timentium se faciet, et deprecationem eorum exaudiet: et salvos faciet eos. Custodit Dominus omnes diligentes se;* La voluntad de los que le temen, cumplirá, y sus ruegos oirá, y salvarlos ha; porque es Dios guarda de los que bien le quieren; y así, este estar tan cerca que aquí dice David, no es otra cosa que estar á satisfacerlos y concederles aun lo que no les pasa por el pensamiento pedir; porque así leemos que, porque Salomon acertó á pedir á Dios una cosa que le dió gusto, que era sabiduría para acertar á regir justamente su pueblo, le respondió Dios: *Quia hoc magis placuit cordi tuo, et non postulasti divitias, et substantiam, et gloriam, neque animas eorum, qui te oderant, sed nec dies vitae plurimos: petisti autem sapientiam, et scientiam, ut judicare possis Populum meum, super quem constitui te Regem: Sapientia, et scientia data sunt tibi: divitias autem, et substantiam, et gloriam dabo tibi, ita ut nullus in Regibus, nec ante te, nec post te fuerit similis tui;* Porque te agradó mas que otra alguna cosa la sabiduría, y ni pediste la victoria con muerte de tus enemigos, ni riquezas ni larga vida, yo te doy, no solo la sabiduría que pides, para que justamente gobiernes mi pueblo, mas aun lo que no me has pedido te daré, que es riquezas y sustancia y gloria de manera que antes ni después de ti haya rey á tí semejante. Y así lo hizo, pacificándole tambien sus enemigos de manera, que, pagándole tributo todos en derredor, no le perturbasen. Lo mismo leemos en el *Génesis*, donde, prometiendo Dios á Abrahan de multiplicar la generacion del hijo legítimo como las estrellas del cielo, segun él se lo habia pedido, le dijo: *Sed et filium ancillae faciam in gentem magnam, quia semen tuum est;* Tambien multiplicaré al hijo de la esclava, porque es tu hijo. De esta manera pues se han de enderezar á Dios las fuerzas de la voluntad y el gozo de ella en las peticiones, no curando de estribar en las invenciones de ceremonias que no usa ni tiene aprobadas la Iglesia católica, dejando el modo y manera de decir la misa al sacerdote que ya allí la Iglesia tiene en su lugar, que él tiene órden de ella cómo lo ha de hacer. Y no quieran ellos usar nuevos modos, como si supiesen ellos mas que el Espíritu Santo y su Iglesia; que si por esta sencillez no los oyere Dios, crean que no los oirá aunque mas invenciones hagan. Y en las demás ceremonias acerca del rezar y otras devociones, no quieran arrimar la voluntad á otras ceremonias y modos de oraciones de las que nos enseñó Cristo y su Iglesia; que claro está que cuando sus discípulos le rogaron que les enseñase á orar, les diria todo lo que hace al caso para que nos oyese el Padre eterno, como el que tan bien conocia su voluntad; y solo les enseñó aquellas siete peticiones del *Pater noster*, en que se incluyen todas nuestras necesidades espirituales y temporales; y no les dijo otras muchas maneras de palabras y ceremonias; antes en otra parte les dijo que cuando oraban no quisiesen hablar mucho, porque bien sabia nuestro Padre celestial lo que nos convenia: *Orantes autem, nolite multum loqui... scit enim Pater vester, quid opus sit vobis.* Solo encargó con muchos encarecimientos que perseverásemos en oracion, es á saber, en la del *Pater noster*, diciendo en otra parte: *Oportet semper orare, et non deficere;* que conviene siempre orar y nunca faltar. Mas no nos enseñó variedad de peticiones, sino que estas se repitan muchas veces y con fervor y cuidado; porque, como digo, en estas se encierra todo lo que es voluntad de Dios y todo lo que nos conviene; que por eso, cuando su Majestad acudió tres veces al Padre eterno, todas tres veces oró con la palabra misma del *Pater noster*, como lo dicen los evangelistas; *Pater mi, si possibile est transeat à me Calix iste. Veruntamen non sicut ego volo, sed sicut tu;* Padre, si no puede ser sino que tengo de beber este cáliz, hágase tu voluntad. Y las ceremonias con que él nos enseñó á orar, solo es una de dos: ó que sea en el escondrijo de nuestro retrete, donde sin bullicio y sin

dar cuenta á nadie lo podemos hacer con mas entero y puro corazon, segun él lo dijo: *Tu autem, cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito;* Cuando orares, entra en tu retrete, y cerrada la puerta, ora; ó si no, á los desiertos solitarios, como él lo hacia, y en el mejor y mas quieto tiempo de la noche. Y así, no hay para qué señalar tiempo ni dias señalados, ni hay para qué usar otros modos ni retruécanos de palabras ni oraciones, sino solo las que usa la Iglesia y como las usa; porque todas se reducen á las que habemos dicho del *Pater noster*. Y no condeno por eso, sino antes apruebo, algunos dias que algunas personas á veces proponen de hacer devociones, así como algunas novenas y otras semejantes, sino el estribo que llevan en sus limitados modos y ceremonias con que las hacen; como hizo Judit con los de Betulia, que los reprehendió porque habian limitado á Dios el tiempo en que esperaban de Dios misericordia, diciendo: *Et qui estis vos, qui tentatis Dominum? Non est iste sermo, qui misericordiam provocet, sed potius, qui iram excitet, et furorem accendat;* ¿Vosotros poneis á Dios tiempo de sus misericordias? No es, dice, esto para mover á Dios á clemencia, sino para despertar su ira.

CAPITULO XLIV.

En que se trata del segundo género de bienes distintos en que se puede gozar vanamente la voluntad.

La segunda manera de bienes distintos sabrosos en que vanamente se puede gozar la voluntad, son los que provocan ó persuaden á servir al Señor, que llamábamos provocativos; estos son los predicadores, de los cuales podriamos hablar de dos maneras, es á saber, cuanto á lo que toca á los mismos predicadores, y cuanto á lo que toca á los oyentes; porque á los unos y á los otros no falta que advertir cómo han de guiar á Dios el gozo de su voluntad, así los unos como los otros, acerca de este ejercicio. Cuanto á lo primero, el predicador, para aprovechar al pueblo y no envanecerse á sí mismo con vano gozo y presuncion, conviénele advertir que aquel ejercicio mas es espiritual que vocal; porque, aunque se ejercita con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino del espíritu interior. Donde, por mas alta que sea la doctrina que predica, y por mas esmerada que sea la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hará de suyo ordinariamente mas provecho que tuviere el espíritu; porque, aunque es verdad que la palabra de Dios de suyo es eficaz, segun aquello de David que dice: *Ecce dabit voci suae vocem virtutis;* El dará á su voz voz de virtud; pero tambien el fuego tiene virtud de quemar, y no quema cuando en el sugeto no hay disposicion; y para que la doctrina pegue su fuerza, dos disposiciones ha de haber. Una del que predica y otra del que oye; porque ordinariamente es el provecho como hay la disposicion de parte del que enseña; que por eso se dice que cual es el maestro tal suele ser su discípulo; porque cuando en los *Actos de los apóstoles* aquellos siete hijos de Ecebas, príncipe de los sacerdotes de los judíos, acostumbraron á conjurar los demonios con la misma forma que san Pablo, se embraveció el demonio contra ellos, diciendo: *Jesum novi, et Paulum scio: vos autem, qui estis?* A Jesus confieso y á Pablo conozco, pero vosotros ¿quién sois? Y embistiendo con ellos, los desnudó y llagó; lo cual no fué sino porque ellos no tenian la disposicion que convenia, y no porque Cristo no quisiese que en su nombre no lo hiciesen; porque una vez hallaron los apóstoles á uno que no era discípulo echando un demonio en nombre de Cristo, y se lo estorbaron, y el Señor se lo reprehendió, diciendo: *Nolite prohibere eum: nemo est enim, qui faciat virtutem in nomine meo, et possit cito male loqui de me;* No se lo estorbeis, porque ninguno podrá decir mal de mí en breve espacio si en mi nombre hubiere hecho alguna virtud. Pero tiene ojeriza con los que, enseñando la ley de Dios, ellos no la guardan, y predicando buen espíritu, ellos no la tienen; que por eso dice por san Pablo: *Qui ergo alium doces, te ipsum non doces: qui praedicas non furandum, furaris;* Tú enseñas á otros y no te enseñas á tí; tú, que predicas que no hurten, hurtas. Y por David dice el Espíritu Santo: *Peccatori autem dixit Deus: Quare enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum? Tu veró odisti disciplinam: et projecisti sermones meos retrorsum;* Al pecador dijo Dios: ¿Por qué platicas tú mis justicias y tomas mi ley en tu boca? Y tú has aborrecido la disciplina y echado mis palabras á las espaldas. En lo cual se da á entender que tampoco les dará espíritu para que hagan fruto; que comunmente vemos que cuanto acá podemos juzgar, cuanto el predicador es de mejor vida, mayor es el fruto que hace, por bajo que sea su estilo y poca su retórica, y su doctrina comun; porque del espíritu vivo se pega el calor, pero el otro muy poco provecho hará, aunque mas subido sea su estilo y doctrina; porque, aunque es verdad que el buen estilo y acciones y subida doctrina y buen lenguaje mueven y hacen mas efecto, acompañado con buen espíritu; pero sin él, aunque da sabor y gusto al sentido y al entendimiento, muy poco ó nada de jugo ó calor pega á la voluntad; porque comunmente se queda tan floja y remisa como antes para obrar, aunque hayan dicho maravillosas cosas maravillosamente dichas, que solo sirven para deleitar el oido, como una música concertada ó sonido de campanas; mas el espíritu, como digo, no sale de sus quicios mas que antes, no teniendo la voz virtud para resucitar al muerto de su sepulcro; pues poco importa oir una música sonar mejor que otra si no me mueve mas esta que aquella á obrar; porque, aunque hayan dicho maravillas, luego se olvida, como no pegaron fuego en la voluntad; porque, demás de que de suyo no hace mucho fruto aquella presa que hace el sentido en el gusto de la tal doctrina, impide que no pase al espíritu, quedándose solo en estimacion, del modo y accidentes con que va dicho; alabando en el predicador esto ó aquello, y siguiéndole por eso mas que por la enmienda que de ahí se saca. Esta doctrina da muy

bien á entender san Pablo á los de Corinto, diciendo: *Et ego, cum venissem ad vos, fratres, veni, non in sublimitate sermonis, aut sapientiae, anuntians vobis testimonium Christi... Et sermo meus, et praedicatio mea, non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis, sed in ostentatione spiritus, et virtutis*; Yo, hermanos, cuando vine á vosotros no vine predicando á Cristo con alteza de doctrina y sabiduría, y mis palabras y mi predicacion no era en retorica de humana sabiduría, sino en manifestacion del espíritu y de la virtud. Que aun la intencion del Apóstol y la mia aquí, no es condenar el buen estilo y retórica y buen término, porque antes hace mucho al caso al predicador, como tambien á todos los negocios; pues el buen término y estilo, aun las cosas caidas y estragadas levanta y reedifica, así como el mal término suele estragar y echar á perder á las buenas.

FIN DE LA SUBIDA DEL MONTE CARMELO.

NOCHE ESCURA DEL ALMA,

Y DECLARACION DE LAS CANCIONES

QUE ENCIERRAN EL CAMINO DE LA PERFECTA UNION DE AMOR CON DIOS,

CUAL SE PUEDE EN ESTA VIDA, Y LAS PROPIEDADES ADMIRABLES DEL ALMA QUE Á ELLA HA LLEGADO;

POR EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

ARGUMENTO.

En este libro se ponen primero todas las canciones que se han de declarar, y después se declara cada una de por sí, poniendo la cancion antes de la declaracion, y luego se va declarando de por sí cada verso, poniéndole tambien al principio. En las dos primeras canciones se declaran los efectos de las dos purgaciones espirituales de la parte sensitiva del hombre y de la espiritual. En las otras seis se declaran varios y admirables efectos de la iluminacion espiritual y union de amor con Dios.

CANCIONES DEL ALMA.

1. En una noche escura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

2. A escuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A escuras, en celada,
Estando ya mi casa sosegada.

3. En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veia,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guia
Sino la que en el corazon ardia.

4. Aquesta me guiaba
Mas cierto que la luz de mediodía,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecia.

5. ¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable mas que el alborada,
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada.

6. En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire del almena,
Cuando ya sus cabellos esparcia,
Con su mano serena
En mi cuello heria,
Y todos mis sentidos suspendia.

8. Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

DECLARACION DEL INTENTO DE LAS CANCIONES.

Antes que entremos en la declaracion de estas canciones, conviene saber aquí que el alma las dice estando ya en la perfeccion, que es la union de amor con Dios, habiendo ya pasado por los estrechos trabajos y aprietos mediante el ejercicio espiritual del camino estrecho de la vida eterna, que dice nuestro Salvador en el Evangelio; por el cual ordinariamente pasó el alma para llegar á esta alta y divina union con Dios : *Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam : et pauci sunt, qui inveniunt eam!* El cual, por ser tan estrecho, y ser tan pocos los que entran por él (como tambien dice el mismo Señor), tiene el alma por gran dicha y ventura haber pasado por él á la dicha perfeccion de amor, como ella lo canta en esta primera cancion, llamando noche escura con harta propiedad á este camino estrecho, como se declara adelante en los versos de la dicha cancion. Dice pues el alma, gozosa de haber pasado por este angosto camino, de donde tanto bien se le siguió, en esta manera.

NOCHE ESCURA DEL ALMA.

LIBRO PRIMERO.

EN QUE SE TRATA DE LA NOCHE DEL SENTIDO.

CANCION PRIMERA.

En una noche escura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

DECLARACION.

Cuenta el alma en esta primera cancion el modo y manera que tuvo en salir, segun el afecto de sí y de todas las cosas, muriendo por verdadera mortificacion á todas ellas y á sí misma, para venir á vivir vida de amor dulce y sabrosa en Dios; y dice que este salir de sí y de todas las cosas fué «en una noche escura», que aquí entiende por la contemplacion purgativa, como después se dirá; la cual causa en el alma la negacion de sí misma y de todas la cosas; y esta salida, dice ella aquí que pudo hacer con la fuerza y calor que para ello le dió el amor de su esposo en la dicha contemplacion escura; en lo cual encarece la buena dicha que tuvo en caminar á Dios por esta noche con tan próspero suceso, que ninguno de los tres enemigos, que son mundo, demonio y carne (que son los que siempre estorban este camino), se lo pudiese impedir, por cuanto la dicha noche de contemplacion purificativa hizo adormecer y amortiguar en la casa de su sensualidad todas las pasiones y apetitos, segun sus movimientos contrarios.

CAPITULO PRIMERO.

Pone el primer verso, y comienza á tratar de las imperfecciones de los principiantes.

En una noche escura.

En esta noche escura comienzan á entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de principiantes, que es de los que meditan en el camino espiritual y las comienza á poner en el de los aprovechados, que es ya el de los contemplativos, para que, pasando por aquí, lleguen al estado de los perfectos, que es el de la divina union del alma con Dios; por tanto, para entender declarar y mejor qué noche sea esta por que el alma pasa, y por qué causa la pone Dios en ella, primero convendrá tocar aquí algunas propiedades de los principiantes para que entiendan la flaqueza del estado que llevan, y se animen y deseen que les ponga Dios en esta noche donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes, y para los inestimables deleites del amor de Dios. Y aunque nos detengamos en ello un poco, no será mas de lo que basta para tratar luego de esta noche escura. Es pues de saber que el alma, después que determinadamente se convierte á servir á Dios, ordinariamente la va Dios criando en espíritu y regalando, al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual calienta al calor de sus pechos, y con leche sabrosa y manjar blando y dulce le cria, y trae en sus brazos y regala; pero á la medida que va creciendo le va la madre quitando el regalo y escondiendo el tierno pecho, poniendo en él amargo acíbar, y bajándole de los brazos, le hace andar por su pié, para que, perdiendo las propiedades de niño, se dé á cosas mas grandes y sustanciales. La amorosa madre de la gracia de Dios, luego que por nuevo calor y fervor de servir á Dios reengendra el alma, eso mismo hace con ella; porque la hace hallar dulce y sabrosa leche espiritual, sin algun trabajo suyo, en todas las cosas de Dios y en los ejercicios espirituales gran gusto, porque le da Dios aquí su pecho de amor tierno, bien así como á niño tierno. Por tanto, su deleite tiene en pasarse grandes ratos en oracion, y por ventura las noches enteras; sus gustos son las penitencias, sus contentos los ayunos, y sus consuelos usar de los sacramentos y comunicar en las cosas divinas; en las cuales cosas (aunque con gran eficacia y porfía, asisten y las usan y tratan con grande cuidado los espirituales), hablando espiritualmente, comunmente se han muy flaca y imperfectamente en ellas, porque, como son movidos á estas cosas y ejercicios espirituales por el consuelo y gusto que allí hallan, y como tambien ellos no están habilitados por ejercicio de fuerte lucha en las virtudes, acerca de estas sus obras espirituales tienen muchas faltas y imperfecciones; porque, en fin, cada uno obra conforme al hábito de perfeccion que tiene. Y como estos no han tenido lugar de adquirir los dichos hábitos fuertes, de

necesidad han de obrar, como niños, flacamente; lo cual para que mas claramente se vea, y cuán flacos van estos principiantes en las virtudes acerca de lo que con el dicho gusto con facilidad obran, irémoslo notando por los siete vicios capitales, diciendo algunas de las muchas imperfecciones que en cada uno de ellos tienen. En que se verá claro cuán de niños es el obrar que estos obran; y veráse tambien cuántos bienes trae consigo la noche escura, de que luego hemos de tratar, pues de todas estas imperfecciones limpia al alma y la purifica.

CAPITULO II.

De algunas imperfecciones espirituales que tienen los principiantes acerca de la soberbia.

Como estos principiantes se sienten tan fervorosos y diligentes en las cosas espirituales y ejercicios devotos, de esta prosperidad (aunque es verdad que las cosas santas de suyo humillan), por su imperfeccion les nace muchas veces cierto ramo de soberbia oculta, de donde vienen á tener alguna satisfacion de sus obras y de sí mismos; y de aquí tambien les nace cierta gana, harto vana, de hablar cosas espirituales delante de otros, y aun á veces de enseñarlas mas que de aprenderlas; y condenan en su corazon á otros cuando no los ven con la manera de devocion que ellos querrian, y aun á veces lo dicen de palabra, pareciéndose en eso al fariseo que se jactaba, alabando á Dios sobre las cosas que hacia y despreciando al publicano. A estos muchas veces les aumenta el demonio el fervor y gana de hacer estas y otras obras, porque les vaya creciendo la soberbia y presuncion; porque sabe muy bien el demonio que todas estas obras y virtudes que obran, no solamente no les valen nada, mas antes se les vuelven en vicio; y á tanto suelen llegar algunos de estos, que no querrian que pareciese otro bueno sino ellos, y así con la obra y la palabra, cuando se ofrece, los condenan y detruen, mirando la motica en el ojo ajeno, y no considerando la viga que está en lo suyo; cuelan el mosquito ajeno y tráganse su camello: *Quid autem vides festucam in oculo fratris tui, et trabem in oculo tuo non vides?*

A veces tambien, cuando sus maestros espirituales, como son confesores y prelados, no les aprueban su espíritu y modo de proceder (porque tienen gana que alaben y estimen sus cosas), juzgan que no les entienden el espíritu, y que ellos no son espirituales, pues que no aprueban aquello y condescienden con ello; y así, luego desean y procuran tratar con otro que cuadre con su gusto, porque ordinariamente desean tratar su espíritu con aquellos que entienden que han de alabar y estimar sus cosas. Huyen como de la muerte de los que las deshacen, para ponerlos en camino seguro, y aun á veces toman ojeriza con ellos; presumiendo mucho de sí mismos, suelen proponer mucho y hacer poco. Tienen alguna vez gana que los otros entiendan su espíritu y devocion, y para esto hacen muestras exteriores de movimientos, suspiros y otras ceremonias, y á veces suelen tener algunos arrobamientos en público mas que en secreto, á los cuales ayuda el demonio, y tienen complacencia en que les entiendan aquello que ellos tanto codician. Muchos quieren privar con los confesores, y de aquí les nacen mil envidias y inquietudes. Tienen empacho de decir sus pecados desnudos, porque no los tengan los confesores en menos, y vanlos coloreando porque no parezcan tan malos; lo cual mas es irse á excusar que á acusar. A veces buscan otro confesor para decir lo malo, porque el otro no piense que tienen nada malo, sino bueno; y así, siempre gustan de decirle lo bueno, y á veces por términos que parezca mas de lo que es, á lo menos con gana de que le parezca bueno; como quiera que fuera mas humildad, como luego dirémos, deshacerlo y tener gana de que ni él ni nadie lo tuviesen en algo.

Tambien algunos de estos tienen en poco sus faltas, y otras veces se entristecen demasiado de verse caer en ellas, pensando que ya habian de ser santos, y se enojan contra sí mismos con impaciencia; lo cual es otra gran imperfeccion; tienen muchas veces ansias con Dios porque les quite sus imperfecciones y faltas, mas por verse sin la molestia de ellas en paz que por Dios, no mirando que si se las quitase, por ventura se harian mas soberbios. Son enemigos de alabar á otros y amigos que los alaben, y á veces lo pretenden; en lo cual son semejantes á las vírgenes locas, que, teniendo sus lámparas muertas, buscan óleo por defuera: *Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostrae extinguuntur.*

De estas imperfecciones algunos llegan á muchas muy intensamente y á mucho mal en ellas; pero algunos tienen menos y otros mas; y algunos solos los primeros movimientos, ó poco mas, y apenas hay algunos de estos principiantes que en tiempo de estos fervores no caigan en algo de esto. Pero los que en este tiempo van en perfeccion, muy de otra manera proceden, y con muy diferente temple de espíritu, porque se aprovechan y edifican mucho en la humildad, no solo teniendo sus propias obras en nada, mas con muy poca satisfaccion de sí; á todos los demás tienen por muy mejores y les suelen tener una santa envidia, con gana de servir á á Dios como ellos. Porque, cuanto mas fervor llevan, y cuantas mas obras hacen y gusto tienen en ellas, como van en humildad, tanto mas conocen lo mucho que Dios merece y lo poco que es todo cuanto hacen por él; y así, cuanto mas hacen, tanto menos se satisfacen; que tanto es lo que de caridad y amor querrian hacer por él, que todo lo que hacen no les parece nada; y tanto les solicita en breve y ocupa este cuidado de amor, que nunca advierten en si los demás hacen ó no hacen; y así, si advierten, todo es, como digo, creyendo que todos los demás son muy mejores que ellos. De donde, teniéndose en poco, tienen gana de que los demás tambien les tengan en poco y les deshagan y desestimen sus cosas; y tienen mas, que aunque se las quieran alabar y estimar, en ninguna manera lo pueden creer, y les parece cosa extraña decir de ellos aquellos bienes.

Estos con mucha tranquilidad y humildad tienen gran

deseo de que les enseñe cualquiera que les pueda aprovechar; harto contraria cosa de la que tienen los que hemos dicho arriba, que lo querrian ellos enseñar todo, y aun cuando parece les enseñan algo, ellos mismos toman la palabra de la boca como que ya se lo sabian. Pero estos están muy léjos de querer ser maestros de nadie; están muy prontos de caminar y echar por otro camino del que llevan si se lo mandaren, porque nunca piensan que aciertan en nada. De que alaben á los demás se gozan; solo tienen pena de que no sirven á Dios como ellos. No tienen gana de decir sus cosas, porque las tienen en tan poco, que aun á sus maestros espirituales tienen vergüenza de decirlas, pareciéndoles que no son cosas que merecen hacer lenguaje de ellas. Mas gana tienen de decir sus faltas y pecados, ó que estos entiendan no son virtudes; y así, se inclinan mas á tratar su alma con quien menos estime sus cosas y su espíritu; lo cual es propiedad de espíritu sencillo, puro y verdadero y muy agradable á Dios; porque, como mora en estas humildes almas el espíritu sabio de Dios, luego les mueve y inclina á guardar adentro sus tesoros en secreto, y echar fuera los males; porque da Dios á los humildes, junto con las demás virtudes, esta gracia, así como á los soberbios la niega.

Darán estos la sangre de su corazon á quien sirve á Dios, y ayudarán cuanto es en sí á que le sirvan. En las imperfecciones en que se ven caer, con humildad se sufren, y con blandura de espíritu y temor amoroso de Dios y esperando en él. Pero almas que en el principio caminan en esta manera de perfeccion, entiendo, como queda dicho, son las menos y muy pocas, que ya nos contentariamos que no cayesen en las cosas contrarias; que por eso, como después dirémos, pone Dios en la noche escura á los que quiere purificar de todas estas imperfecciones para llevarlas adelante.

CAPITULO III.

De las imperfecciones que suelen tener algunos principiantes acerca del segundo vicio capital, que es la avaricia, espiritualmente hablando

Tienen muchos de estos principiantes tambien á veces mucha avaricia espiritual; porque apenas los verán contentos con el espíritu que Dios les da, y muy desconsolados y quejosos porque no hallan el consuelo que querrian en las cosas espirituales. Muchos no se acaban de hartar de oir consejos y preceptos espirituales, y tener y leer muchos libros que traten de esto, y váseles mas el tiempo en esto que no en obras, sin la mortificacion y perfeccion de la pobreza interior de espíritu que deben; porque, demás de esto, se cargan de imágenes, rosarios y cruces muy curiosas y costosas, ahora dejan unas y toman otras, ahora truecan, ahora destruecan; ya las quieren de esta manera, ya destotra; aficionándose mas á esta que á aquella por ser mas curiosa ó preciosa; ya veréis otros arreados de Agnus Dei y reliquias y nóminas, como los niños con dijes. En lo cual yo condeno la propiedad del corazon y el asimiento que tienen al modo, multitud y curiosidad de estas cosas; por cuanto es muy contra la pobreza de espíritu, que solo mira en la sustancia de la devocion, aprovechándose solo de aquello que basta para ella, y cansándose de esotra multiplicidad y curiosidad; pues que la verdadera devocion ha de salir de corazon y mirar solo en la verdad y sustancia de lo que representan las cosas espirituales, y todo lo demás es asimiento y propiedad de imperfeccion, que para pasar al estado de perfeccion es necesario que se acabe el tal apetito. Yo conocí una persona que mas de diez años se aprovechó de una cruz hecha toscamente de un ramo bendito, clavada con un alfiler retorcido al derredor, y nunca la habia dejado, trayéndola consigo hasta que yo se la tomé, y no era persona de poca razon y entendimiento; y vi otra que rezaba por cuentas que eran de esos huesos de las espinas del pescado; cuya devocion es cierto que no era por eso de menos quilates delante de Dios, pues se ve claro que estas cosas no la tenian en la hechura y valor. Los que van pues bien encaminados en estos principios no se asen de los instrumentos visibles ni se cargan de estos, ni se les da nada por saber mas de lo que conviene para obrar; porque solo ponen los ojos en ponerse bien con Dios y en agradarle, y en esto tienen su codicia; y así, con gran largueza dan todo cuanto tienen, y su gusto es saberse quedar sin ello por Dios y por la caridad del prójimo, regulándolo todo con las leyes de esta virtud; porque, como digo, solo ponen los ojos en las veras de la perfeccion, dar á Dios gusto, y no á sí mismos en nada. Pero de estas imperfecciones tampoco, como de las demás, se puede el alma purificar cumplidamente, hasta que Dios la ponga en la pasiva purgacion de aquella escura noche que luego dirémos. Mas conviene al alma, en cuanto pudiere, procurar de su parte hacer por purgarse y perficionarse porque merezca que Dios la ponga en aquella divina cura, donde sana el alma de todo lo que ella no alcanza á remediarse; porque, por mas que el alma se ayude, no puede ella por su industria activamente purificarse de manera que esté dispuesta en la menor parte para la divina union de perfeccion de amor con Dios, si él no toma la mano y la purga en aquel fuego escuro para ella, de la manera que habemos de decir.

CAPITULO IV.

De otras imperfecciones que suelen tener estos principiantes acerca del tercer vicio, que es la lujuria, espiritualmente entendida.

Otras imperfecciones mas de las que acerca de cada vicio voy diciendo, tienen muchos de estos principiantes, que por evitar prolijidad dejo, tocando algunas de las mas principales, que son como orígen y causa de las otras. Y acerca del vicio de la lujuria, dejado aparte lo que es caer en este pecado, pues mi intento es tratar de las imperfecciones que se han de purgar por la noche escura, tienen muchas imperfecciones que se podrian llamar lujuria espiritual, no porque así lo sea, sino porque se siente y experimenta á veces en la carne

por su flaqueza, cuando el alma recibe cosas espirituales; que muchas veces acaece que en los mismos ejercicios espirituales, sin ser en manos de ellos, se levantan, y sienten en la sensualidad movimientos no limpios, y á veces, aun cuando el espíritu está en mucha oracion ó ejercitando los sacramentos de la penitencia y Eucaristía; los cuales, sin ser, como digo, en su mano, proceden de una de tres cosas.

La primera procede algunas veces (aunque pocas y en naturales flacos) del gusto que tiene el natural en las cosas espirituales; porque, como gusta el espíritu y sentido, con aquella recreacion se mueve cada parte del hombre á deleitarse segun su porcion y propiedad; porque entonces el espíritu se mueve á recreacion y gusto de Dios, que es la parte superior, y la sensualidad, que es la porcion interior, se mueve á gusto y deleite sensible, porque no sabe ella tomar ni tener otro; y así, acaece que el alma está en oracion con Dios segun el espíritu, y por otra parte, segun el sentido siente rebeliones y movimientos sensuales pasivamente, no sin harta desgana suya; que, como al fin estas dos partes son un supuesto, ordinariamente participan entrambas de lo que una recibe, cada una en su modo; porque, como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe está al modo del recipiente; y así, en estos principios, y aun cuando el alma está aprovechada, como está la sensualidad imperfecta, participa, con ocasion de los gustos espirituales del alma, algunas veces los propios suyos con la misma imperfeccion; pero cuando esta parte sensitiva está ya reformada por la purgacion de la noche escura que dirémos, no tiene ella estas flaquezas; porque, tan abundantemente recibe el Espíritu divino, que mas parece que es ella recibida en ese mismo espíritu; al fin como en mayor y tanto. Y así, lo tiene todo á modo del espíritu por una admirable manera, de que participa unida con Dios.

La segunda causa de adonde proceden estas rebeliones es el demonio, que, por inquietar y turbar el alma al tiempo que está en oracion ó la quiere tener, procura levantar en el natural estos movimientos torpes; con que, si al alma se le da algo de ellos, le hace harto daño; porque, no solo por temor de esto afloja en la oracion, que es lo que él pretende, por ponerse á luchar contra ellos, mas aun algunos lo dejan del todo, pareciéndoles que en aquel ejercicio les acaecen mas aquellas cosas que fuera de él, como es la verdad; porque se las pone el demonio mas en aquella que en otra cosa, para que dejen el ejercicio espiritual. Y no solo eso, sino que llega á representarles muy al vivo cosas muy feas y torpes, y á veces muy conjuntamente acerca de cualesquier cosas espirituales y personas que aprovechan sus almas, para aterrarlas y acabarlas; de manera que los que de ello hacen caso, aun no se atreven á mirar nada ni poner la consideracion en nada, porque luego tropiezan en aquello ó esto; particularmente á los que son tocados de melancolía acontece con tanta eficacia y vehemencia, que es de haberles lástima. Cuando estas cosas acaecen á los tales por medio de la melancolía, ordinariamente no se libran de ellas hasta que sanan de aquella calidad de humor, si no es que entrase la noche escura en el alma, que la va purificando de todo.

El tercer orígen de donde suelen proceder y hacer guerra estos movimientos torpes, suele ser el temor que ya tienen cobrado estos tales á estos movimientos y representaciones torpes; porque el temor que les da la súbita memoria en lo que ven ó tratan ó piensan, los hace padecer estos actos sin culpa suya.

Algunas veces en estos espirituales, así en el hablar como en el obrar cosas espirituales, se levanta cierto brío y gallardía, con memoria de las personas que tienen delante, y tratan con alguna manera de vano gusto; lo cual nace tambien de lujuria espiritual, al modo que aquí la entendemos; lo cual algunas veces viene con complacencia en la voluntad.

Cobran algunos de estos aficiones con algunas personas por via espiritual, que muchas veces nace de lujuria, y no de espíritu; lo cual se conoce ser así cuando con la memoria de aquella aficion no crece mas la memoria y amor de Dios, sino remordimiento de la conciencia; porque cuando la aficion es puramente espiritual, creciendo ella, crece la de Dios, y cuanto mas se acuerda de ella, tanto mas se acuerda de la de Dios y le da gana de Dios; creciendo en lo uno, crece en lo otro; porque eso tiene el Espíritu de Dios, que lo bueno aumenta con lo bueno, por cuanto hay semejanza y conformidad; pero cuando el tal amor nace del dicho vicio sensual, tiene los efectos contrarios; porque cuanto mas crece lo uno, tanto mas descrece lo otro, y la memoria juntamente; porque, si crece aquel amor, luego verá que se va resfriando en el de Dios, y olvidándose de él con aquella memoria y algun remordimiento en la conciencia; y por el contrario, si crece el amor de Dios en el alma, se va resfriando en el otro y olvidándole; porque, como son contrarios amores, no solo no ayuda el uno al otro, mas antes el que predomina, apaga y confunde al otro, y refortalece á sí mismo, como dicen los filósofos. Por lo cual dijo nuestro Salvador en el Evangelio: *Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est;* que lo que nace de carne es carne, y lo que nace de espíritu es espíritu; esto es, el amor que nace de sensualidad, para en sensualidad, y el que de espíritu, para en espíritu de Dios y hácele crecer. Y esta es la diferencia que hay entre los dos amores para conocerlos. Cuando el alma entrare en la noche escura, todos estos amores pone en razon; porque al uno fortalece y purifica, que es el que es segun Dios, y al otro quita ó acaba ó mortifica, y al principio á entrambos los hace perder de vista, como después se dirá.

CAPITULO V.

De las imperfecciones en que caen los principiantes acerca del vicio de la ira.

Por causa de la concupiscencia que tienen muchos principiantes en los gustos espirituales, los poseen muy de ordinario con muchas imperfecciones del vi-

cio de la ira; porque, cuando se les acaba el sabor y gusto en las cosas espirituales, naturalmente se hallan desabridos; y con aquel sinsabor que tienen, traen mala gracia consigo en las cosas que tratan, y se airan fácilmente en cualquier cosilla, y aun á veces no hay quien los sufra; lo cual muchas veces acaece después que han tenido un muy gustoso recogimiento sensible en la oracion, que, como se les acaba aquel gusto y sabor, naturalmente queda el natural desabrido y desganado. Bien así como el niño cuando le apartan del pecho de que estaba gustando á su sabor; en el cual natural, cuando no se dejan llevar de la desgana, no hay culpa, sino imperfeccion, que se ha de purgar por la sequedad y aprieto de la noche escura.

Tambien hay de estos otros espirituales que caen en otra manera de ira espiritual, y es que se airan contra los vicios ajenos con cierto celo desasosegado, notando á otros, y á veces les dan ímpetus de reprehenderlos enojosamente, y aun lo ejecutan, haciéndose ellos dueños de la virtud; todo lo cual es contra la mansedumbre espiritual.

Hay otros que cuando se ven imperfectos, con impaciencia no humilde se airan contra sí mismos, acerca de lo cual tienen tanta impaciencia, que querrian ser santos en un dia. De estos hay muchos que proponen mucho y hacen grandes propósitos; y como no son humildes y confian de sí, cuanto mas propósitos hacen tanto mas caen y tanto mas se enojan, no teniendo paciencia para esperar á que se lo dé Dios cuando fuere servido; que tambien es contra la dicha mansedumbre espiritual, que del todo no se puede remediar sino por la purgacion de la noche escura; aunque algunos tienen tanta paciencia y se van tan despacio en esto de querer aprovechar, que no querria Dios ver en ellos tanta.

CAPITULO VI.

De las imperfecciones acerca de la gula espiritual.

Acerca del cuarto vicio, que es gula espiritual, hay mucho que decir, porque apenas hay uno de los principiantes que, por bien que proceda, no caiga en algo de las muchas imperfecciones que acerca de este vicio les nacen á estos principiantes por medio del sabor que hallan al principio en los ejercicios espirituales; porque muchos de estos, engolosinados en el sabor y gusto que hallan en los tales ejercicios, procuran mas el sabor del espíritu que la pureza y devocion verdadera, que es lo que Dios mira y acepta en todo el camino espiritual; por lo cual, demás de la imperfeccion que tienen en pretender estos sabores, la golosina que ya tienen les hace salir del pié á la mano, pasando de los límites del medio, en que consisten y se granjean las virtudes; porque, atraidos del gusto que allí hallan, algunos se matan á penitencias y otros se debilitan con ayunos, haciendo mas de lo que su flaqueza sufre, sin órden ni consejo ajeno; antes procuran hurtar el cuerpo á quien deben obedecer en lo tal, y aun algunos se atreven á hacerlo aunque les hayan mandado lo contrario. Estos son imperfectísimos, gente sin razon, que posponen la sujecion y obediencia, que es penitencia de la razon y discrecion, y por eso es para Dios mas acepto y gustoso sacrificio que todos los demás de la penitencia corporal, que, dejando estotra parte, es imperfectísima, porque se mueven á ella solo por el apetito y gusto que allí hallan; en lo cual, por cuanto todos los extremos son viciosos, y en esta manera de proceder todos hacen su voluntad, antes van creciendo en vicios que en virtudes; porque, por lo menos, ya en esta manera adquieren gula espiritual y soberbia, pues no van en obediencia. Y tanto engaña el demonio á muchos de estos, atizándoles esta gula por gustos y apetitos que les acrecienta, que ya que no pueden mas, ó mudan ó añaden ó varian lo que les mandan, porque les es apretada y aceda toda obediencia; en lo cual algunos llegan á tanto mal, que por el mismo caso que van por obediencia á los tales ejercicios, se les quita la gana y devocion de hacerlos, porque sola su gana y gusto es hacer á lo que él les mueve; todo lo cual por ventura valdria mas no hacerlo.

Veréis á muchos de estos muy porfiados con sus maestros espirituales para que les concedan lo que quieren, y allá medio por fuerza lo sacan; y si no, se entristecen como niños y andan de mala gana, y les parece que no sirven á Dios cuando no les dejan hacer lo que querrian; porque, como andan arrimados al gusto y voluntad propia, luego que se lo quitan y les quieren poner en voluntad de Dios, se entristecen y aflojan y faltan. Piensan estos que el gustar ellos y estar satisfechos es servir á Dios y satisfacerle.

Hay tambien otros que por esta golosina tienen tan poco conocida su bajeza y propia miseria, y tan echado aparte el amoroso temor y respeto que deben á la grandeza de Dios, que no dudan de porfiar mucho con sus confesores sobre que les dejen confesar y comulgar muchas veces. Y lo peor es, que muchas veces se atreven á comulgar sin licencia y parecer del ministro y despensero de Cristo, solo por su parecer, y le procuran encubrir la verdad. Y á esta causa, con ojo de ir comulgando, hacen como quiera las confesiones, teniendo mas codicia en comer que en comer limpia y perfectamente; como quiera que fuera mas sano y santo, teniendo la inclinacion contraria, rogar á los confesores que no les manden llegar tan á menudo; aunque entre lo uno y lo otro mejor es la resignacion humilde. Pero los demasiados atrevimientos, cosa es para grande mal, y pueden temer el castigo de ellos sobre tal temeridad.

Estos, en comulgando, todo se les va en procurar algun sentimiento de gusto, mas que en reverenciar y alabar en sí con humildad á Dios. Y de tal manera se apropian esto, que cuando no han sacado algun gusto ó sentimiento sensible, piensan que no han hecho nada, juzgando muy bajamente de Dios, y no entendiendo que el menor de los provechos que hace este Santísimo Sacramento es el que toca al sentido y que es mayor el invisible de la gracia que da, pues porque pongan en

él los ojos de la fe, quita Dios muchas veces esotros gustos y favores sensibles; y así, quieren sentir á Dios y gustarle, como si fuese comprehensible y accesible, no solo en este, mas tambien en los demás ejercicios espirituales. Todo lo cual es muy grande imperfeccion, y muy contra la condicion de Dios, que pide purísima fe.

Lo mismo tienen estos en la oracion que ejercitan, que piensan que todo el negocio de ella está en hallar gusto y devocion sensible, y procuran sacarle, como dicen, á fuerza de brazos, cansando y fatigando las potencias y la cabeza. Y cuando no han hallado el tal gusto se desconsuelan, pensando que no han hecho nada, y y por esta pretension pierden la verdadera devocion y espíritu, que consiste en perseverar allí con paciencia y humildad, desconfiando de sí, solo por agradar á Dios. A esta causa, cuando no han hallado una vez sabor en este ó otro ejercicio, tienen mucha desgana y repugnancia de volver á él, y á veces lo dejan. Que en fin son, como habemos dicho, semejantes á los niños, que no se mueven ni obran por razon, sino por el gusto. Todo se les va á estos en buscar gusto y consuelo de espíritu, y para esto nunca se hartan de leer libros, y ahora toman una meditacion, ahora otra, andando á caza de este gusto en las cosas de Dios. A los cuales se les niega Dios muy justa, discreta y amorosamente; porque, si esto no fuese, crecerian por esta gula y golosina espiritual en muchos males. Por lo cual conviene mucho á estos entrar en la noche escura, para que se purguen de estas niñerías.

Estos que así están inclinados á estos gustos, tambien tienen otra imperfeccion muy grande, y es que son muy flojos y muy remisos en ir por el camino áspero de la cruz; porque al alma que se da al sabor, naturalmente le da en rostro todo sinsabor de negacion propia. Tienen estos otras muchas imperfecciones que de aquí les nacen, las cuales el Señor á tiempo les cura con tentaciones, sequedades y trabajos, que todo es parte de la noche escura. De las cuales, por no me alargar, no quiero tratar aquí; mas solo decir que la sobriedad y templanza espiritual lleva otro temple muy diferente de mortificacion, temor y sujecion en todas sus cosas, echando de ver que no está la perfeccion y valor de las cosas en la multitud de ellas, sino en saberse negar á sí mismo en ellas; lo cual ellos han de procurar hacer cuanto pudieren de su parte, hasta que Dios quiera purificarlos de hecho, entrándolos en la noche escura, á la cual por llegar, me voy dando priesa en la declaracion de estas imperfecciones.

CAPITULO VII.

De las imperfecciones acerca de la envidia y accidia espiritual.

Acerca tambien de los otros dos vicios, que son envidia y accidia espiritual, no dejan estos principiantes de tener hartas imperfecciones; porque acerca de la envidia muchos de estos suelen tener movimientos de pesarles del bien espiritual de los otros, dándoles alguna pena sensible de que les lleven ventaja en este camino, y no querrian verlos alabar, porque se entristecen de las virtudes ajenas, y á veces no lo pueden sufrir sin decir ellos lo contrario, deshaciendo aquellas alabanzas, como pueden y sienten mucho no hacerse con ellos otro tanto, porque querrian hallarse preferidos en todo. Lo cual es muy contrario á la caridad, que, como dice san Pablo, se goza de la verdad. Y si alguna envidia tiene, es envidia santa, pesándole de no tener las virtudes del otro, con gozo de que el otro las tenga, y holgándose de que todos le lleven la ventaja, porque sirvan á Dios, ya que él está tan falto en ello.

Tambien acerca de la accidia espiritual suelen tener tedio en las cosas que son mas espirituales, y huyen de ellas, como son aquellas que contradicen al gusto sensible; porque, como ellos están tan saboreados en las cosas espirituales, en no hallando sabor en ellas les fastidian. Porque, si una vez no hallaron en la oracion la satisfacion que pedia su gusto (que en fin conviene que se le quite Dios, para probarlos), no querrian volver á ella; otras veces la dejan ó van de mala gana; y así, por esta accidia posponen el camino de perfeccion (que es el de la negacion de su voluntad y gusto por Dios) al gusto y sabor de su voluntad, á la cual en esta manera andan ellos á satisfacer mas que á la de Dios. Y muchos de estos querrian que quisiese Dios lo que ellos quieren, y se entristecen de querer lo que quiere Dios, con repugnancia de acomodar su voluntad á la divina. De donde les nace que muchas veces en lo que ellos no hallan su voluntad y gusto, piensan que no es voluntad de Dios; y al contrario, cuando ellos se satisfacen, creen que Dios se satisface, midiendo á Dios consigo, y no á sí mismos con Dios; siendo muy al contrario lo que el mismo enseñó en el Evangelio, diciendo: *Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam;* que el que perdiese su voluntad por él, ese la ganaria, y el que la quisiese ganar, ese la perderia.

Estos tambien tienen tedio cuando les mandan lo que no tiene gusto para ellos. Y porque se andan al regalo y sabor del espíritu, son muy flojos para la fortaleza y trabajos de la perfeccion; hechos semejantes á los que se crian en regalo, que huyen con tristeza de toda cosa áspera, y ofendense con la cruz, en que están los deleites del espíritu, y en las cosas mas espirituales, mas tedio tienen; porque, como ellos pretenden andar en las cosas espirituales á sus anchuras y gusto de su voluntad, háceles gran tristeza y repugnancia entrar por el camino estrecho, que dice Cristo, de la vida.

Estas imperfecciones baste aquí haber referido de las muchas en que viven los de este primer estado de principiantes, para que se vea cuánta sea la necesidad que tienen de que Dios les ponga en estado de aprovechados; lo cual se hace metiéndolos en la noche escura, que ahora dirémos, donde, destetándolos Dios de los pechos de estos gustos y sabores en puras sequedades y tinieblas interiores, les quita todas estas imperfecciones y niñerías, y hace ganar las virtudes por medios muy diferentes. Porque, por mas que el principiante se ejercite en mortificar en sí todas estas sus acciones

y pasiones, nunca del todo, ni con mucho, puede, hasta que Dios lo hace en él por medio de la purgacion de la noche escura; en la cual, para hablar algo que sea de provecho, sea Dios servido de darme su divina luz, porque es bien menester en noche tan escura y materia tan dificultosa.

CAPITULO VIII.

En que se declara el primer verso de la primera cancion y se comienza á explicar esta noche escura.

En una noche escura.

Esta noche, que decimos ser la contemplacion, dos maneras de tinieblas ó purgaciones causa en los espirituales, segun las dos partes del hombre; conviene á saber, sensitiva y espiritual. Y así, la una noche ó purgacion sensitiva con que se purga ó desnuda un alma será segun el sentido, acomodándole al espíritu; y la otra es noche ó purgacion espiritual, con que se purga y desnuda el alma segun el espíritu, acomodándole y disponiéndole para la union de amor con Dios. La sensitiva es comun y que acaece á muchos, y estos son los principiantes, de los cuales tratarémos primero. La espiritual es de muy pocos, y estos ya de los ejercitados y aprovechados, de que tratarémos después.

La primera noche ó purgacion es amarga y terrible para el sentido. La segunda no tiene comparacion, porque es muy espantable para el espíritu, como luego dirémos; y porque en órden es primero y acaece primero la sensitiva, de ella con brevedad dirémos alguna cosa; porque de ella, como cosa mas comun, se hallan mas cosas escritas; por pasar á tratar mas de propósito de la noche espiritual, por haber de ella muy poco lenguaje, así de plática como de escritos, y aun de experiencia; pues, como el estilo que llevan estos principiantes en el camino de Dios es bajo y que frisa mucho con su propio amor y gusto, como arriba queda dado á entender, queriendo Dios llevarlos adelante y sacarlos de este bajo modo de amor á mas alto grado de amor de Dios, y librarlos del bajo ejercicio del sentido y discurso, que tan tasadamente y con tantos inconvenientes, como habemos dicho, va buscando á Dios, y ponerlos en ejercicio de espíritu, en que mas abundantemente y mas libres de imperfecciones pueden comunicarse con Dios, ya que se han ejercitado algun tiempo en el camino de la virtud, perseverando en meditacion y oracion, en que con el sabor y gusto que allí han hallado se han desaficionado de las cosas del mundo y cobrado algunas fuerzas espirituales en Dios; con que tienen algo refrenados los apetitos de las criaturas, y ya podrian sufrir por Dios un poco de carga y sequedad, sin volver atrás al mejor tiempo, cuando mas á su sabor y gusto andan en estos ejercicios espirituales; y cuando mas claro, á su parecer, les luce el sol de los divinos favores, escuréceles Dios toda esta luz, y ciérrales la puerta y manantial de la dulce agua espiritual, que andaban gustando en Dios todas las veces y todo el tiempo que ellos querian; porque, como eran flacos y tiernos, no habia puerta cerrada para ellos, como dice san Juan en el *Apocalipsi: Ecce dedi coram te ostium apertum, quod nemo potest claudere: quia modicam habes virtutem, et servasti verbum meum, et non negasti nomen meum.* Y así, les deja tan á escuras, que no saben por dónde ir con el sentido de la imaginacion y el discurso; porque no saben dar un paso en el meditar como antes solian, anegado ya el sentido interior en esta noche, y dejado tan á secas, que, no solo no hallan jugo y gusto en las cosas espirituales y buenos ejercicios, en que solian ellos hallar sus deleites y gustos, mas en lugar de esto, hallan, por el contrario, sinsabor y amargura en las dichas cosas; porque, como he dicho, sintiéndolos ya Dios aquí algo crecidillos, para que se fortalezcan y salgan de mantillas los desarrima del dulce pecho, y abajándolos de sus brazos, los muestra á andar por sus piés; en lo cual sienten ellos gran novedad, porque se les ha vuelto todo al revés.

Esto á la gente recogida comunmente acaece mas en breve, después que comienzan, que á los demás, por cuanto están mas libres de ocasiones para volver atrás, y reforman mas presto los apetitos de las cosas del siglo, que es lo que se requiere para comenzar á entrar en esta feliz noche del sentido. Y ordinariamente no pasa mucho tiempo después que comienzan antes que entren en esta noche del sentido, y todos los mas entran en ella, porque comunmente los verán caer en estas sequedades. De esta manera de purgacion sensitiva, por ser tan comun, podriamos traer aquí gran número de autoridades de la divina Escritura, donde á cada paso, particularmente en los salmos y profetas, se hallan muchas, y por evitar prolijidad, las dejarémos, aunque algunas traerémos después.

CAPITULO IX.

De las señales en que se conocerá que el espiritual va por el camino de esta noche y purgacion sensitiva.

Pero, porque estas sequedades podrian proceder muchas veces, no de la dicha noche y purgacion del apetito sensitivo, sino ó de pecados ó de imperfecciones, flojedad ó tibieza, ó de algun mal humor ó indisposicion corporal, pondré aquí algunas señales en que se conozca si es la tal sequedad de la dicha purgacion, ó si nace de algunos de los dichos vicios; para lo cual hallo que hay tres señales principales.

La primera es, si así como no halla gusto ni consuelo en las cosas de Dios, tampoco le halla en alguna de las cosas criadas; porque, como pone Dios al alma en la escura noche, á fin de enjugarle y purgarle el apetito sensitivo, en ninguna cosa la deja engolosinar ni hallar sabor; en esto se conoce probablemente que esta sequedad y sinsabor no proviene de pecados ni de imperfecciones nuevamente cometidas; porque, si esto fuese, sentirse hia en el natural alguna inclinacion ó gana de gustar de alguna otra cosa, que de las de Dios; porque, cuando quiera que se relaja el apetito en alguna imperfeccion, luego se siente quedar inclinado á ella poco ó mucho, segun el gusto y aficion que allí aplicó;

pero, porque este no gustar ni de cosa de arriba ni de abajo podria provenir de alguna indisposicion ó humor melancólico, el cual muchas veces no deja hallar gusto en nada, es menester la segunda señal y condicion.

La segunda señal y condicion de esta purgacion es, que ordinariamente trae la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no sirve á Dios, sino que vuelve atrás, como se ve sin aquel sabor en las cosas de Dios; que en esto se ve que no sale de flojedad y tibieza este sinsabor y sequedad; porque de razon de la tibieza es no se le dar mucho ni tener solicitud interior en las cosas de Dios. Por donde entre la sequedad y tibieza hay mucha diferencia; porque la que es tibieza tiene mucha remision y flojedad en la voluntad y en el ánimo, sin solicitud de servir á Dios; la que solo es sequedad purgativa tiene consigo ordinaria solicitud, con cuidado y pena, como digo, de que no sirve á Dios. Y esta, aunque algunas veces se ayuda de la melancolía ó otro humor (como otras veces lo es), no por eso deja de hacer su efecto purgativo del apetito, pues de todo gusto está privado, y solo su cuidado trae en Dios; porque cuando es puro humor todo se va en disgustos y estragos del natural, sin estos deseos de servir á Dios que tiene la sequedad purgativa, con la cual, aunque la parte sensitiva está muy caida, floja y flaca para obrar, por el poco gusto que halla, el espíritu, empero, está pronto y fuerte.

La causa de esta sequedad es, porque muda Dios los bienes y fuerzas del sentido al espíritu, de los cuales, por no ser capaz el sentido y fuerza natural, se queda ayuno, seco y vacío; porque la parte sensitiva no tiene habilidad para lo que es puro espíritu; y así, gustando el espíritu, se desabre la carne y se afloja para obrar mas el espíritu, que entonces va recibiendo el manjar; anda fuerte y mas alerta y solícito que antes en el cuidado de no faltar á Dios; el cual no siente luego al principio el sabor y deleite espiritual, sino la sequedad y sinsabores por la novedad del trueque; porque, habiendo tenido el paladar hecho á esotros gustos sensibles, todavía tiene los ojos puestos en ellos; y porque tambien el paladar espiritual no está acomodado y purgado para tan sútil gusto, hasta que sucesivamente se vaya disponiendo por medio de esta seca y escura noche no puede sentir el gusto y bien espiritual, sino la sequedad y sinsabor, á falta de lo que antes con tanta facilidad gustaba; porque estos, que comienza Dios á llevar por estas soledades del desierto, son semejantes á los hijos de Israel, que luego que en el desierto les comenzó Dios á dar el manjar del cielo tan regalado, que, como allí dice, se convertia al sabor que cada uno queria; con todo, sentian mas la falta de los gustos y sabores de las carnes y cebollas que comian antes en Egipto, por haber tenido el paladar hecho y engolosinado en ellas, que la dulzura delicada del manjar angélico, y lloraban y gemian por las carnes entre los manjares del cielo: *Recordamur piscium, quos comedebamus in Aegypto gratis; in mentem nobis veniunt cucumeres, et pepones, porrique, et cepe, et allia.* Que á tanto llega la bajeza de nuestro apetito, que nos hace desear nuestras miserias y fastidiar el bien inconmutable del cielo. Pero, como digo, cuando estas sequedades provienen de la via purgativa del apetito sensible, aunque al principio el espíritu no siente sabor por las causas que acabamos de decir, siente la fortaleza y brio para obrar en la sustancia que le da el manjar interior; el cual manjar es principio de escura y seca contemplacion para el sentido; la cual contemplacion es oculta y secreta para el mismo que la tiene ordinariamente. Junto con esta sequedad y vacío que hace al sentido, da al alma inclinacion y gana de estarse á solas y en quietud, sin poder pensar cosa particular ni tener gana de pensarla. Y entonces, si á los que esto acaece se supiesen quietar, descuidando de cualquiera obra interior y exterior que ellos por su industria y discurso pretendan hacer, estando sin solicitud de hacer allí nada mas que dejarse llevar de Dios, recibir y oir con atencion interior y amorosa, luego en aquel descuido y ocio sentirian delicadamente aquella refeccion interior, la cual es tan delicada, que ordinariamente, si tiene gana ó cuidado sobreañadido y particular en sentirla, no la siente; porque, como digo, en ella obra en el mayor ocio ó descuido del alma; que es como el aire, que en queriendo cerrar el puño se sale; y á este propósito podemos entender lo que el Esposo dijo á la Esposa en los *Cantares*, es á saber: *Averte oculos tuos à me, quia ipsi me avolare fecerunt;* Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hacen volar. Porque de tal manera pone Dios al alma en este estado, por tan diferente camino la lleva, que si ella quiere obrar de suyo y por su habilidad, antes estorba la obra que Dios en ella va haciendo, que ayude; lo cual antes era muy al revés. La causa es, porque ya en este estado de contemplacion, que es cuando sale del discurso á estado de aprovechados, ya Dios es el que obra en el alma; de manera que parece que le ata las potencias interiores, no dejándole arrimo en el entendimiento ni jugo en la voluntad ni discurso en la memoria. Porque en este tiempo, lo que de suyo puede obrar el ánima, no sirve sino, como habemos dicho, de estorbar la paz interior y la obra que en aquella sequedad del sentido hace Dios en el espíritu; la cual, como es espiritual y delicada, hace obra quieta y delicada, pacífica y muy ajena de todos esotros gustos primeros, que eran muy palpables y sensibles; porque esta paz es la que dice David que habla Dios en el alma para hacerla espiritual: *Quoniam loquetur pacem in plebem suam.* Y de aquí es la tercera.

La tercera señal que hay para que sepamos ser esta purgacion del sentido, es el no poder ya meditar ni discurrir, aprovechándose del sentido de la imaginacion, para que la mueva como solia, aunque mas haga de su parte; porque, como aquí comienza Dios á comunicársele, no ya por el sentido, como antes hacia por medio del discurso, que componia y dividia las noticias, sino por el espíritu puro, en que no hay discurso sucesivamente, comunicándosele con acto de sencilla con-

templacion, la cual no alcanzan los sentidos de la parte inferior exteriores ni interiores; de aquí es que la imaginacion y fantasía no pueden hacer arrimo ni dar principio con alguna consideracion, ni hallar en ella pié ya de ahí adelante.

En esta tercera señal se entienda que este empacho de las potencias y disgustillo de ellas no proviene de algun mal humor; porque cuando de aquí nace, en acabándose aquel humor, que nunca permanece en un ser, luego con algun cuidado que ponga el alma vuelve á poder lo que antes, y hallan sus arrimos las potencias. Lo cual en la purgacion del apetito no es así; porque, en comenzando á entrar en ella, siempre va adelante el no poder discurrir con las potencias. Que aunque es verdad que á los principios en algunos no entra con tanta continuacion, de manera que algunas veces dejen de llevar sus gustos y alivios sensibles (porque por su flaqueza no convenia destetarlos de un golpe), contodo, van entrando siempre mas en ella, y acabando con la obra sensitiva, si es que han de ir adelante; porque los que no van por camino de contemplacion, muy diferente modo llevan; en los cuales esta noche de sequedades no suele ser continua en el sentido; que, aunque algunas veces las tienen, otras no; y aunque algunas veces no pueden discurrir, otras pueden como solian, solo porque los mete Dios en esta noche á estos para ejercitarlos y humillarlos, y reformarles el apetito, para que no se vayan criando con golosina en las cosas espirituales, y no para llevarlos á la via del espíritu, que es esta contemplacion; porque no á todos los que se ejercitan de propósito en el camino del espíritu lleva Dios á contemplacion perfecta; el por qué él se lo sabe. De aquí es que á estos nunca les acaba de desarrimar el sentido de los pechos de las consideraciones y discursos, sino algunos ratos y á temporadas, como habemos dicho.

CAPITULO X.

Del modo con que se han de haber estos en esta noche escura.

En el tiempo pues de las sequedades de esta noche sensitiva (en la cual hace Dios el trueque que habemos dicho arriba, sacando al alma de la via del sentido á la del espíritu, que es de meditacion á contemplacion, donde no hay poder obrar ni discurrir en las cosas de Dios el alma de suyo con sus potencias, como queda dicho) padecen los espirituales grandes penas, no tanto por las sequedades que padecen, como por el recelo que tienen de que van perdidos por este camino, pensando que se les ha acabado el bien espiritual y que los ha dejado Dios, pues no hallan arrimo, ni gusto en cosa buena. Entonces se fatigan, y procuran (como lo han habido de costumbre) arrimar con algun gusto las potencias á algun objeto de discurso, pensando que cuando ellos no hacen esto, y se sienten obrar, no hacen nada; lo cual hacen no sin harta desgana y repugnancia interior del alma, que gustaba de estar en aquella quietud y ocio. Con lo cual, divirtiéndose en lo uno, no aprovechan en lo otro; porque, por usar su espíritu, pierden el espíritu que tenian de tranquilidad y paz; y así, son semejantes al que deja lo hecho para volverlo á hacer, ó al que se salió de la ciudad para volver á entrar en ella, ó al que deja la caza para volver á andar á caza; y esto en esta parte es excusado, porque no hallará nada y porque se vuelve á su primer estilo de proceder, como queda dicho.

Estos en este tiempo, si no hay quien los entienda, vuelven atrás, dejando el camino ó aflojando, ó á lo menos se estorban de ir adelante, por las muchas diligencias que hacen de ir por el camino primero de meditacion y discurso, fatigando y trabajando demasiadamente el natural; imaginando que queda por su negligencia ó pecados. Lo cual les es ya excusado, porque les lleva ya Dios por otro camino, que es de contemplacion, diferentísimo del primero; porque el uno es de meditacion y discurso, y el otro no cae en imaginacion ni discurso. Los que de esta manera se vieren, conviéneles que se consuelen, perseverando con paciencia, y no teniendo pena, confien en Dios, que no deja á los que con sencillo y recto corazon le buscan, ni les dejará de dar lo necesario para el camino, hasta llevarlos á la clara y pura luz de amor, que les dará por medio de la otra noche escura del espíritu, si merecieren que Dios les ponga en ella.

El estilo que han de tener en esta del sentido es, que no se dén nada por el discurso y meditacion; pues ya, como he dicho, no es tiempo de eso, sino que dejen estar al alma en sosiego y quietud, aunque les parezca que no hacen nada y que pierden tiempo y que por su flojedad no tienen gana de pensar allí en nada. Que harto harán en tener paciencia y en perseverar en la oracion con solo dejar al alma libre y desembarazada y descansada de todas las noticias y pensamientos, no teniendo cuidado allí de qué pensarán ni meditarán, contentándose solo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios, y estar sin cuidado, sin eficacia y sin gana demasiada de sentirle y de gustarle; porque todas estas pretensiones inquietan y distraen el alma de la sosegada quietud y ocio suave de contemplacion que aquí se da. Y aunque mas escrúpulos le vengan de que pierde tiempo, y que seria bueno hacer otra cosa, pues en la oracion no puede hacer ni pensar nada, súfrase y estése sosegado, como que no va allí mas que á estarse á su placer y anchura de espíritu; porque, si de suyo algo quiere obrar con las potencias interiores, seria estorbar y perder los bienes que Dios por medio de aquella paz y ocio del alma está asentando y imprimiendo en ella. Bien así como si un pintor estuviese pintando ó alcoholando un rostro, que si el rostro se menease en querer hacer algo, no dejaria hacer nada al pintor, y le turbaria lo que estaba haciendo; y así, cuando el alma está en paz y ocio interior, cualquiera operacion y aficion ó cuidadosa advertencia que ella quiera tener entonces, la distraerá y inquietará, y hacerla ha sentir sequedad y vacío del sentido; porque, cuanto mas pretendiere tener algun arrimo de afecto y noticia, tanto mas sentirá la falta, la cual no

puede ya ser suplida por aquella via. Donde á esta tal alma le conviene no hacer aquí caso que se le pierdan las operaciones de las potencias, antes ha de gustar que se le pierdan presto; porque no estorbando la operacion de la contemplacion infusa que va Dios dando con mas abundancia pacífica, la recrea, y da lugar á que arda y se encienda en el espíritu del amor que esta escura y secreta contemplacion trae consigo y pega al alma.

No querria, empero, que de aquí se hiciese regla general de dejar meditacion ó discurso; que el dejarla ha de ser siempre á mas no poder, y solo por el tiempo que, ó por via de purgacion y tormento, ó por muy perfecta contemplacion, la estorbare el Señor. Que en el demás tiempo y ocasiones siempre ha de haber este arrimo y reparo, y mas de la vida y cruz de Cristo, que para purgacion y paciencia y para seguro camino es lo mejor, y ayuda admirablemente á la subida contemplacion; la cual no es otra cosa que infusion secreta, pacífica y amorosa de Dios, que, si le dan lugar, inflama al alma en espíritu de amor, segun ella da á entender en el verso siguiente.

CAPITULO XI.

Declárase los tres versos de la cancion.

Con ansias en amores inflamada.

La inflamacion de amor comunmente á los principios no se siente, por no haber comenzado á emprenderse por la impureza del natural, ó por no le dar lugar pacífico en sí el alma, por no entenderse, como habemos dicho. Mas á veces con eso y sin eso comienza luego á sentirse alguna ansia de Dios, y cuanto mas va, mas se va sintiendo el alma aficionada y inflamada en amor de Dios, sin saber ni entender cómo y de dónde le nace el tal amor y aficion, sino que le parece crecer tanto en sí á veces esta llama y inflamacion, que con ansias de amor desea á Dios; segun David, estando en esta noche, lo dice de sí por estas palabras: *Quia inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi;* Porque se inflamó mi corazon (es á saber, en amor de contemplacion), tambien mis gustos y aficiones se mudaron, es á saber, de la via sensitiva á la espiritual, con esta santa sequedad y cesacion en todos ellos que vamos diciendo; y yo, dice, fuí resuelto en nada y aniquilado, y no supe. Porque, como habemos dicho, sin saber el alma por donde va, se ve aniquilada acerca de todas las cosas de arriba y de abajo que solia gustar, y solo se ve enamorada sin saber cómo. Y porque á veces crece mucho la inflamacion de amor en el espíritu, son las ansias por Dios tan grandes en el alma, que parece se le secan los huesos en esta sed, y se marchita el natural y estraga su calor y fuerza por la viveza de la sed de amor, y siente el alma que es viva esta sed de amor; la cual tambien David tenia y sentia, cuando dice: *Sitivit anima mea ad Deum vivum;* Mi alma tuvo sed á Dios vivo; que es tanto como decir: Viva fué la sed que tuvo mi alma. La cual sed, por ser viva, podemos decir que mata de sed; aunque la vehemencia de esta sed no es continua, sino algunas veces, sintiendo, empero, de ordinario alguna sed. Y hase de advertir que, como aquí comencé á decir, á los principios comunmente no se siente este amor, sino la sequedad y vacío que vamos diciendo; y entonces en lugar de este amor, que después se va encendiendo, lo que trae el alma en medio de aquellas sequedades y vacíos de las potencias es un ordinario cuidado y solicitud de Dios, con pena y recelo de que no se sirve; que no es para Dios poco agradable sacrificio ver andar el espíritu atribulado y solícito por su amor. Esta solicitud y cuidado pone en el alma aquella secreta contemplacion, hasta que por tiempo, habiendo purgado algo el sentido, esto es, la parte sensitiva de las fuerzas y aficiones naturales por medio de las sequedades que en ella pone, va encendiendo en el espíritu este amor divino; pero entre tanto, en fin, como el que está puesto en cura, todo es padecer en esta escura noche y seca purgacion del apetito, curándose de muchas imperfecciones, y ejercitándose en muchas virtudes para hacerse capaz del dicho amor, como ahora se dirá sobre el verso siguiente.

¡Oh dichosa ventura!

Que por cuanto pone Dios al alma en esta noche sensitiva á fin de purgar el sentido de la parte inferior, y acomodarle y sujetarle y unirle con el espíritu, escureciéndole y haciéndole cesar de los discursos, como tambien después, á fin de purificar el espíritu para unirle con Dios, le pone en la noche espiritual, gana el alma (aunque á ella no le parece) tantos provechos, que tiene por dichosa ventura haber salido del lazo y apretura del sentido de la parte inferior por esta dichosa noche, dice el presente verso, es á saber: «¡Oh dichosa ventura!» Acerca del cual nos conviene aquí notar los provechos que halla en esta noche el alma, por causa de los cuales tiene por dichosa ventura pasar por ella; todos los cuales provechos encierra en el siguiente verso:

Salí sin ser notada.

La cual salida se entiende de la sujecion que tenia el alma á la parte sensitiva, en buscar á Dios por operaciones flacas, limitadas y ocasionadas, como las de esta parte inferior son, pues á cada paso tropezaba en mil imperfecciones y ignorancias, como habemos notado arriba en los siete vicios capitales; de todos los cuales se libra, apagándole esta noche todos los gustos de arriba y de abajo, y escureciéndole todos los discursos, y haciéndole otros innumerables bienes en la ganancia de las virtudes, como ahora dirémos, que será cosa gustosa y de gran consuelo para el que por aquí camina, ver cómo cosa que tan áspera y adversa parece al alma, y tan contraria al gusto espiritual, obra tantos bienes en ella; los cuales, como decimos, se consiguen en salir el alma, segun el aficion y operacion por medio

de esta noche, de todas las cosas criadas, y caminar á las eternas, que es grande dicha y ventura. Lo uno, por el gran bien que es apagar el apetito y aficion acerca de todas las cosas; lo otro, por ser muy pocos los que sufren y perseveran en entrar por esta puerta angosta y por el camino estrecho que guia á la vida, como dice nuestro Salvador: *Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam : et pauci sunt, qui inveniunt eam!* Porque la angosta puerta es esta noche del sentido, del cual se despoja y desnuda el alma para entrar en ella, rigiéndose por fe, que es ajena de todo sentido, para caminar después por el camino estrecho de la otra noche de espíritu, en que adelante entra el alma, caminando á Dios en fe muy pura, que es el medio por donde se une con él; por el cual camino, por ser tan estrecho, escuro y terrible (tanto, que no hay comparacion de esta noche del sentido á la del espíritu en la escuridad y trabajos, como dirémos), son muchos menos los que caminan por él; pero son sus provechos tambien mucho mayores; de los cuales comenzarémos ahora á decir algo con la brevedad que se pudiere, por pasar á la otra noche.

CAPITULO XII.

De los provechos que causa en el alma esta noche del sentido.

Es esta noche y purgacion del apetito tan dichosa para el alma, por los grandes bienes y provechos que hace en ella (aunque á ella antes le parece, como habemos dicho, que se los quita), que, así como Abrahan hizo gran fiesta cuando quitó la leche á su hijo Isac, así se gozan en el cielo de que ya saque Dios á esta alma de pañales, de que la baje de sus brazos, de que la haga andar por su pié, de que tambien, quitándole el pecho de la leche, y blando y dulce manjar de niños, le haga comer pan con corteza, y que comience á gustar pan de robustos, que en estas sequedades y tinieblas del sentido se comienza á dar al espíritu vacío y seco de los jugos del sentido, que es la contemplacion infusa que habemos dicho. Y este es el primero y principal provecho que aquí el alma consigue, del cual casi todos los demás se causan.

De estos, el primer provecho es conocimiento de sí y de su miseria; porque, demás de que todas las mercedes que Dios hace al alma, ordinariamente las hace envueltas en este conocimiento, estas sequedades y vacío de las potencias acerca de la abundancia que antes sentia, y la dificultad que halla el alma en las cosas buenas, la hacen conocer de sí la bajeza y miseria que en el tiempo de su prosperidad no echaba de ver. De esto hay buena figura en el *Exodo*, donde, queriendo Dios humillar á los hijos de Israel y que se conociesen, les mandó quitar y desnudar el traje y atavío festival con que ordinariamente andaban compuestos en el desierto, diciendo: *Jam nunc depone ornatum tuum;* Ahora ya de aquí adelante desnudáos del ornamento festival, y ponéos vestidos comunes de trabajo, para que sepais el tratamiento que mereceis. Lo cual es como si dijera: Por cuanto el traje que traeis, por ser de fiesta y alegría, os ocasiona á no sentir de vosotros tan bajamente como vosotros sois, quitáos ya ese traje, para que de aquí adelante, viéndoos vestidos de vileza, conozcais que no mereceis mas y quién vosotros sois. De donde conoce la verdad el alma, que antes no conocia, de su miseria; porque en el tiempo que andaba como de fiesta, hallando en Dios mucho gusto, consuelo y arrimo, andaba algo mas satisfecha y contenta, pareciéndole que en algo servia á Dios; porque esto, aunque expresamente entonces no lo tengan en sí, á lo menos, en la satisfaccion que hallan en el gusto, se les asienta algo de ello. Pero ya puesta en esotro traje de trabajo, de sequedad y de desamparo, escurecidas sus primeras luces, posee y tiene mas de veras esta tan excelente y necesaria virtud del conocimiento propio, no teniéndose ya en nada ni teniendo satisfaccion alguna de sí, porque ve que de suyo no hace nada ni puede nada. Y esta poca satisfaccion de sí, y desconsuelo que tiene de que no sirve á Dios, tiene y estima Dios en mas que todas las obras y gustos primeros que tenia el alma y hacia, por mas que fuesen, por cuanto en ellas se le ocasionaban muchas imperfecciones y ignorancias; y de este traje de sequedad, no solo lo que habemos dicho, sino tambien los provechos que ahora dirémos, y muchos mas que se quedarán por decir, proceden, como de su orígen y fuente, del conocimiento propio.

Cuanto á lo primero, nácele al alma tratar con Dios con mas comedimiento y mas cortesía, que es lo que siempre ha de tener el trato con el Altísimo; lo cual en la prosperidad de su gusto y consuelo no hacia, porque aquel favor que sentia, hacia ser el apetito acerca de Dios algo mas atrevido y menos cortés de lo que debia. Como acaeció á Moisen cuando sintió que Dios le hablaba, que, llevado de aquel gusto y apetito, sin mas consideracion, se atrevia á llegar, si no le mandara Dios que se detuviera y descalzara: *Ne appropies, inquit, huc : solve calceamentum de pedibus tuis.* Por lo cual se denota el respeto y discrecion en desnudez de apetito, con que se ha de tratar con Dios. De donde, cuando obedeció en esto Moisen, quedó tan puesto en razon y tan advertido, que dice la Escritura que, no solo no se atrevió á llegar, mas que ni aun osaba mirar á Dios; porque, quitados los zapatos de los apetitos y gustos, conocia grandemente su miseria delante de Dios, que así le convenia para oir las palabras divinas. La disposicion tambien que dió Dios á Job para hablar con él, no fueron aquellos deleites y gloria que el mismo Job allí refiere que solia tener con su Dios, sino ponerle desnudo en un muladar, desamparado y aun perseguido de sus amigos, lleno de angustia y amargura, y sembrado de gusanos el suelo; y entonces de esta manera se preció el altísimo Dios (que levanta al pobre del estiércol) de comunicársele con mas abundancia y suavidad, descubriéndole las altezas profundas de su sabiduría, cual nunca antes habia hecho en el tiempo de la prosperidad.

Y aquí nos conviene notar otro excelente provecho que hay en esta noche y sequedad del apetito sensitivo,

pues habemos venido á dár en él, y es, que en esta noche escura del apetito, porque se verifique lo que dice el Profeta : *Orietur in tenebris lux tua;* Lucirá tu luz en las tinieblas; alumbra Dios al alma, no solo dándole conocimiento de su miseria y bajeza, como habemos dicho, sino tambien de la grandeza y excelencia de Dios; porque, demás de que apagados los apetitos y gustos y arrimos sensibles, queda libre y limpio el entendimiento para entender la verdad, porque el gusto sensible y apetito, aunque sea de cosas espirituales, ofusca y embaraza al espíritu, tambien aquel aprieto y sequedad del sentido ilustra y aviva el entendimiento, como dice Isaías : *Vexatio intellectum dabit auditui;* que la vejacion hace entender cómo Dios en el alma vacía y desembarazada, que es lo que se requiere para su divina influencia, sobrenaturalmente, por medio de esta noche escura y seca de contemplacion, la va instruyendo en su divina Sabiduría; lo cual por los jugos y gustos primeros no hacia. Esto da muy bien á entender el mismo profeta Isaías, diciendo : *Quem docebit scientiam? Et quem intelligere faciet auditum? Ablactatos à lacte, avulsos ab uberibus;* ¿A quién enseñará Dios su ciencia? Y ¿á quién hará oir su palabra? A los destetados de la leche y á los desarrimados de los pechos. En lo cual se da á entender que para esta divina influencia, no tanto es disposicion la leche primera de la suavidad espiritual, ni el arrimo del pecho de los sabrosos discursos de las potencias sensitivas que gustaba el alma, cuanto el carecer de lo uno y el desarrimo de lo otro. Por cuanto, para oir á este gran rey con la cortesía debida, le conviene al alma estar muy en pié y desarrimada, segun el afecto y sentido, como de sí lo dice Abacuc : *Super custodiam meam stabo, et figam gradum super munitionem : et contemplabor, ut videam, quid dicatur mihi ;* Estaré en pié sobre mi custodia, esto es, desarrimado del apetito; y afirmaré el paso, esto es, no discurriré con el sentido para contemplar y entender lo que de parte de Dios se me dijere; de manera que ya tenemos que de esta noche sale conocimiento de sí primeramente; de donde, como de fundamento, nace este otro conocimiento de Dios; que por eso decia san Agustin á Dios : Conózcame, Señor, á mí, y conocerte he á tí. Porque, como dicen los filósofos, un extremo se conoce bien por otro. Y para probar mas cumplidamente la eficacia que tiene esta noche sensitiva en su sequedad y desarrimo para ocasionar mas la luz que de Dios deciamos recibir aquí el alma, alegarémos aquella autoridad de David, en que da bien á entender la virtud grande que tiene esta noche para este alto conocimiento de Dios. Dice pues así : *In terra deserta, et invia, et inaquosá : sic in sancto apparui tibi, ut viderem virtutem tuam, et gloriam tuam ;* En la tierra desierta, sin agua, seca y sin camino, parecí delante de tí para poder ver tu virtud y gloria. Lo cual es cosa admirable, que no da á entender aquí David, que los deleites espirituales y gustos muchos que habia tenido fuesen disposicion y medio para conocer la gloria de Dios, sino la sequedad y desarrimo de la parte sensitiva, que se entiende aquí por la tierra seca y desierta. Y que no diga tambien que los conceptos y discursos divinos, de que habia usado mucho, fuesen camino para sentir y ver la virtud de Dios, sino el no poder fijar el concepto en Dios ni caminar con el discurso de la consideracion imaginaria, que se entiende aquí por la tierra sin camino. De manera que para conocer á Dios y á sí mismo, esta noche escura es el medio, con sus sequedades y vacío, aunque no con la plenitud y abundancia que en la otra de espíritu; porque este conocimiento es como principio del otro.

Saca tambien el alma en las sequedades y vacio de esta noche del apetito humildad espiritual, que es la virtud contraria al primer vicio capital, que dijimos ser soberbia espiritual; por la cual humildad, que adquiere por el dicho conocimiento propio, se purga de todas aquellas imperfecciones en que caia en el tiempo de su prosperidad; porque, como se ve tan seca y miserable, ni aun por primer movimiento le pasa que va mejor que los otros ni que les lleva ventaja, como antes hacia; antes, por el contrario, conoce que los otros van mejor. Y de aquí nace el amor del prójimo, porque los estima y no los juzga como antes solia, cuando se veia á sí con mucho fervor y á los otros no; solo conoce su miseria y la tiene delante de los ojos; tanto, que no le deja ni da lugar para ponerlos en nadie; lo cual admirablemente David, estando en esta noche, manifiesta, diciendo : *Obmutui et humiliatus sum, et silui à bonis, et dolor meus renovatus est ;* Enmudecí y fuí humillado, y tuve silencio en los bienes, y renovóse mi dolor. Esto dice porque le parecia que los bienes de su alma estaban tan acabados, que, no solamente no habia ni hallaba lenguaje de ellos, mas acerca de los ajenos tambien enmudeció con el dolor del conocimiento de su miseria.

Aquí tambien se hacen sujetos y obedientes en el camino espiritual, que, como se ven tan miserables, no solo oyen lo que les enseñan, mas aun desean que cualquiera los encamine y diga lo que deben hacer. Quítaseles la presuncion que en la prosperidad á veces tenian; y finalmente, de camino se les barren todas las imperfecciones que tocamos allí, hablando de la soberbia espiritual.

CAPITULO XIII.

De otros provechos que causa en el alma esta noche del sentido.

Acerca de las imperfecciones que en la avaricia espiritual tenian, en que codiciaban unas y otras cosas espirituales, y nunca se veia satisfecha el alma de unos ejercicios y otros con la codicia del apetito y gusto que hallaba en ellos, ahora en esta noche seca y escura anda bien reformada; porque, como no halla el gusto y sabor que solia, antes halla en ellas sinsabor y trabajo, con tanta templanza usa de ellas, que por ventura podria perder ya por corta, como antes perdia por larga; aunque á los que Dios pone en esta noche, comunmente les da humildad y prontitud, pero sin sabor, para que solo por Dios hagan aquello que se les manda; y

desaprópianse de muchas cosas porque no hallan gusto en ellas.

Acerca de la lujuria espiritual, tambien se ve claro que por esta sequedad y sinsabor del sentido que halla el alma en las cosas espirituales, se libra de aquellas impurezas que allí notamos, pues comunmente dijimos que procedian ocasionalmente del gusto que del espíritu redundaba en el sentido.

Pero de las imperfecciones que se libra el alma en esta noche escura acerca del cuarto vicio, que es gula espiritual, puédense ver allí, aunque no están dichas todas, porque son inumerables; y así, yo aquí no las referiré; porque querria ya concluir con esta noche para pasar á la otra, en la cual tenemos grave doctrina. Baste, para entender los inumerables provechos que, demás de los dichos, gana el alma en esta noche contra este vicio de gula espiritual, decir que de todas aquellas imperfecciones que allí quedan dichas se libra, y de otros muchos y mayores males que allí no están escritos, en que vinieron á dar muchos, de que tenemos experiencia, por no tener ellos reformado el apetito en esta golosina espiritual; porque, como Dios en esta seca y escura noche en que pone al alma tiene refrenada la concupiscencia y enfrenado el apetito, de manera que apenas se pueda cebar de sabores ni gustos sensibles de cosas de arriba ni de abajo, y esto lo va continuando de tal manera, que se va el alma reformando, mortificando y componiendo segun la concupiscencia y apetitos, que parece pierde las fuerzas de sus pasiones; síguense, demás de los dichos, por medio de esta sobriedad espiritual, admirables provechos en ella; porque, con la mortificacion de los apetitos y concupiscencias vive el alma en paz y tranquilidad espiritual; que donde no reina apetito y concupiscencia no hay perturbacion, sino paz y consuelo de Dios.

Sale de aquí otro segundo provecho, y es, que trae ordinaria memoria de Dios, con temor y recelo de volver atrás, como queda dicho, en el camino espiritual; el cual es grande provecho, y no de los menores, en esta sequedad y purgacion del apetito, porque se purifica el alma y limpia de las imperfecciones que se le pegaban por medio de los apetitos y aficiones, que de suyo embotan y ofuscan el alma.

Hay otro provecho muy grande en esta noche para el alma, y es, que se ejercita en las virtudes de por junto, como es, en la paciencia y longanimidad, que se ejercita bien en estas sequedades y vacíos, sufriendo el perseverar en los ejercicios espirituales sin consuelo y sin gusto. Ejercítase la caridad de Dios, pues ya no por el gusto y sabor que halla en la obra es movido, sino solo por Dios. Ejercita aquí tambien la virtud de la fortaleza, porque en estas dificultades y sinsabores que halla en el obrar, saca fuerzas de flaqueza, y así se hace fuerte; y finalmente, en todas las virtudes, así cardinales como teologales y morales, se ejercita el alma en estas sequedades. Y que en esta noche consiga el alma todos estos cuatro provechos que habemos aquí dicho, conviene á saber: delectacion de paz, ordinaria memoria de Dios, y limpieza y pureza del alma, y el ejercicio de virtudes, que acabamos de decir, dícelo David como lo experimentó el mismo, estando en esta noche, por estas palabras: *Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum et exercitatus sum, et defecit spiritus meus;* Mi alma desechó las consolaciones, tuve memoria de Dios, hallé consuelo y ejercitéme, y desfalleció mi espíritu. Y luego dice: Medité de noche con mi corazon, y ejercitábame, y barria y purificaba mi espíritu, conviene á saber, de todas las aficiones.

Acerca de las imperfecciones de los otros tres vicios espirituales que allí dijimos, que son envidia, ira y accidia, tambien en esta sequedad del apetito se purga el alma, y adquiere las virtudes á ellos contrarias; porque, ablandada y humillada por estas sequedades y dificultades, y otras tentaciones y trabajos en que, á vueltas de esta noche, Dios la ejercita, se hace mansa para con Dios y para consigo, y tambien para con el prójimo; de manera que ya no se enoja con alteracion sobre las faltas propias contra sí, ni sobre las ajenas contra el prójimo, ni acerca de Dios trae disgustos y querellas descomedidas porque no le hace presto bueno. Pues acerca de la envidia, tambien aquí tiene caridad con los demás; porque, si alguna envidia tiene, no es viciosa como antes solia, cuando le daba pena que otros fuesen á él preferidos y que llevasen la ventaja; porque ya aquí se la tiene dáda, viéndose tan miserable como se ve, y la envidia que tiene, si la tiene, es virtuosa, deseando imitarlos; lo cual es mucha virtud.

Las accidias y tedios que aquí tiene en las cosas espirituales, tampoco son viciosos como antes, porque aquellos procedian de los gustos espirituales que á veces tenia, y pretendia tener cuando no los hallaba. Pero estos tedios no proceden de esta flaqueza del gusto, porque se le tiene Dios quitado acerca de todas las cosas en esta purgacion del apetito.

Demás de estos provechos que están dichos, otros inumerables consigue por medio de esta seca contemplacion; porque en medio de estas sequedades y aprietos, muchas veces, cuando menos piensa, comunica Dios al alma suavidad espiritual y amor muy puro, y noticias espirituales á veces muy delicadas, cada una muy de mayor provecho y precio que cuanto antes gustaba; aunque el alma en los principios no lo piensa así, porque es muy delicada la influencia espiritual que aquí se da, y no la percibe el sentido.

Finalmente, por cuanto aquí el alma se purga de las aficiones y apetitos sensitivos, consigue libertad de espíritu, en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo. Tambien aquí admirablemente se libra de las manos de los tres enemigos, demonio, mundo y carne; porque, apagándose el sabor y gusto sensitivo acerca de las cosas, no tiene el demonio ni el mundo ni la sensualidad armas ni fuerzas contra el espíritu.

Estas sequedades pues hacen al alma andar con pureza en el amor de Dios, pues que ya no se mueve á obrar por el gusto y sabor de la obra, como por ven u-

ra lo hacia cuando gustaba, sino solo por dar gusto á Dios. Hácese no presumida ni satisfecha, como por ventura en el tiempo de la prosperidad solia, sino temerosa y recelosa de sí, no teniendo de sí satisfaccion alguna; en lo cual está el santo temor que conserva y aumenta las virtudes. Apaga tambien esta sequedad las concupiscencias y brios naturales, como queda dicho; porque aquí, sino es el gusto que de suyo Dios le infunde algunas veces, por maravilla halla gusto y consuelo sensible por su diligencia en alguna obra y ejercicio espiritual, como ya queda arriba dicho.

Créceles en esta noche seca el cuidado de Dios y las ansias por servirle; porque, como se le van enjugando los pechos de la sensualidad con que sustentaba y criaba los apetitos tras que iba, solo queda en seco y en desnudo el ansia de servir á Dios, que es cosa para él muy agradable; pues, como dice David: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus;* El espíritu atribulado es sacrificio para Dios. Como el alma pues conoce que en esta purgacion seca por donde pasó, sacó y consiguió tan preciosos provechos y tantos como aquí se han referido, no hace mucho en decir en la cancion que vamos declarando el verso: «¡Oh dichosa ventura! Salí sin ser notada.» Esto es, salí de los lazos y sujecion de los apetitos sensitivos y aficiones sin ser notada, es á saber, sin que los dichos tres enemigos me lo pudiesen impedir; los cuales (como habemos dicho) en los apetitos y gustos enlazan el alma, y la detienen que no salga de sí á la libertad del perfecto amor de Dios, sin los cuales ellos no pueden combatir al alma, como queda dicho.

De donde, en sosegándose por continua mortificacion las cuatro pasiones del alma, que son, gozo, dolor, esperanza y temor, y en adormiéndose en la sensualidad por ordinarias sequedades los apetitos naturales, y en alzando de obra la armonía de los sentidos y potencias interiores, cesando de sus operaciones discursivas, como habemos dicho, la cual es toda la gente y morada de la parte inferior del alma, ellos no pueden impedir esta espiritual libertad, y queda la casa sosegada y quieta, como lo dice el siguiente verso.

CAPITULO XIV.

En que se declara el último verso de la primera cancion.

Estando ya mi casa sosegada.

Estando ya esta casa de la sensualidad sosegada, esto es, mortificadas sus pasiones, apagadas sus codicias, y los apetitos sosegados y adormidos por medio de esta noche dichosa de la purgacion sensitiva, salió el alma á comenzar el camino y via del espíritu, que es de los aprovechados, que por otro nombre llaman la via iluminativa ó de contemplacion infusa, con que Dios de suyo anda apacentando y reficionando el alma, sin discurso ni ayuda activa, con industria de la misma alma. Tal es, como habemos dicho, la noche y purgacion del sentido; la cual en los que después han de entrar en la otra mas grave del espíritu, para pasar á la divina union de amor de Dios (por que no todos, sino los menos, pasan ordinariamente), suele ir acompañada con graves trabajos y tentaciones sensitivas, que duran mucho tiempo, aunque en unos mas que en otros; porque á algunos se les da el ángel de Satanás, que es espíritu de fornicacion, para que los azote los sentidos con abominables y fuertes tentaciones, y les atribuye el espíritu con feas advertencias y representaciones muy visibles en la imaginacion, que á veces les es mayor pena que el morir.

Otras veces se les añade á esta noche el espíritu de blasfemia, el cual en todos sus conceptos y pensamientos se anda atravesando con intolerables blasfemias, y á veces con tanta fuerza sugeridas en la imaginacion, que casi se las hace pronunciar que les es grave tormento.

Otras veces se les da otro abominable espíritu, que llama Isaías *spiritus vertiginis*, que los ejercite; el cual de tal manera les escurece el sentido, que los llena de mil escrúpulos y perplejidades tan entrincadas al juicio de ellos, que nunca pueden satisfacerse en nada ni arrimar el juicio á consejo ni concepto; el cual es uno de los mas graves estímulos y horrores de esta noche, muy vecino á lo que pasa en la noche espiritual.

Estas tempestades y trabajos ordinariamente envia Dios en esta noche y purgacion sensitiva á los que ha de poner después en la otra (aunque no todos pasan á ella), para que, castigados y abofeteados de esta manera, se vayan ejercitando y disponiendo y curtiendo los sentidos y potencias para la union de la sabiduría que allí les han de dar; porque, si el alma no es tentada, ejercitada y probada con tentaciones y trabajos, no puede arribar su sentido á la sabiduría; que por eso dijo el Eclesiástico: *Qui non est tentatus, quid scit? Qui non est expertus, pauca recognoscit;* El que no es tentado, ¿qué sabe? Y el que no es probado, ¿cuáles son las cosas que reconoce? De la cual verdad da Jeremías buen testimonio, diciendo: *Castigasti me, et eruditus sum;* Castigásteme, Señor, y fuí enseñado. Y la mas propia manera de este castigo para entrar en la sabiduría son los trabajos interiores que aquí decimos; por cuanto son de los que mas eficazmente purgan el sentido de todos los gustos y consuelos á que con flaqueza natural estaba afectado, y donde es humillada el alma de veras para el ensalzamiento que ha de tener.

Pero el tiempo que al alma tengan en este ayuno y penitencia del sentido, cuánto sea no es cosa cierta decirlo, porque no pasa en todos de una manera ni unas mismas tentaciones; que esto va medido por la voluntad de Dios, conforme á lo mas ó menos que cada uno tiene de imperfeccion que purgar; y tambien, conforme al grado de union de amor á que Dios la quiere levantar, le humillará mas ó menos intensamente ó mas ó menos tiempo. Los que tienen sugeto y mas fuerza para sufrir, con mas intension los purga, y mas presto; porque á los muy flacos con mucha remision y flacas tentaciones mucho tiempo los lleva por esta noche, dándoles ordinarias refecciones al sentido porque no vuelvan atrás, y tarde llegan á la pureza de perfeccion

en esta vida, y algunos de estos nunca; que ni bien están en la noche ni bien fuera de ella; porque, aunque no pasan adelante, para que se conserven en humildad y conocimiento propio los ejercita Dios algunos ratos y dias en aquestas sequedades y tentaciones, y les ayuda con el consuelo; otras veces á temporadas, porque, desmayando, no vuelvan á buscar el del mundo. A otras almas mas flacas anda Dios con ellas como desapareciendo y trasponiéndose, para ejercitarlas en su amor, porque sin desvíos no aprendieran á llegarse á Dios; pero las almas que han de pasar á tan dichoso y alto estado como es la union de amor, por muy aprisa que Dios las lleve, harto tiempo suelen durar en estas sequedades ordinariamente, como está visto por experiencia. Concluyendo pues con este libro, comencemos á tratar de la segunda noche.

LIBRO SEGUNDO.

TRÁTASE DE LA MAS ÍNTIMA PURGACION, QUE ES LA SEGUNDA NOCHE DEL ESPÍRITU.

CAPITULO PRIMERO.

Comiénzase á tratar de la noche segunda del espíritu. Dice á qué tiempo comienza.

Al alma que Dios ha de llevar adelante, no luego que sale de las sequedades y trabajos de la primera purgacion y noche del sentido pone su Majestad en la union de amor; antes suele pasar harto tiempo y años, en que, salida el alma del estado de principiantes, se ejercita en el de los aprovechados; en el cual (así como el que ha salido de una estrecha cárcel) anda en las cosas de Dios con mucha mas anchura y satisfaccion del alma, y con mas abundante y interior deleite que tenia á los principios, antes que entrase en la dicha noche, no trayendo ya atada la imaginacion y potencias al discurso y cuidado espiritual, como solia. Porque con gran facilidad halla luego en su espíritu muy serena y amorosa contemplacion y sabor espiritual, sin trabajo del discurso; aunque, como no está bien hecha la purgacion del alma (porque falta la principal parte, que es la del espíritu, sin lo cual, por la comunicación que hay de la una parte á la otra, por razon de ser un solo supuesto, tampoco la purgacion sensitiva, aunque mas fuerte haya sido, queda acabada y perfecta), nunca le faltan algunas sequedades, tinieblas y aprietos, á veces mucho mas intensos que los pasados, que son como presagios y mensajeros de la noche venidera del espíritu, aunque no son estos durables, como será la noche que espera; porque, habiendo pasado un rato ó ratos ó dias de esta noche ó tempestad, luego vuelve á su acostumbrada serenidad; y de esta manera va purgando Dios á algunas almas que no han de subir á tan alto grado de amor como las otras, metiéndolas á ratos interpoladamente en esta noche de contemplacion ó purgacion espiritual, haciendo anochecer y amanecer á menudo, porque se cumpla lo que dice David, que envia su cristal, esto es, su contemplacion como á bocados: *Mittit crystallum suam, sicut bucellas.* Aunque estos bocados de escura contemplacion nunca son tan intensos como lo es aquella horrenda noche de contemplacion que habemos de decir, en que de propósito pone Dios al alma para llevarla á la divina union.

Este sabor pues y gusto interior que decímos, que con abundancia y facilidad hallan y gustan estos aprovechantes en su espíritu, con mucha mas abundancia que antes se les comunica, redundando de ahí en el sentido mas que solia antes de esta sensible purgacion; que, por cuanto él está ya mas puro, con mas facilidad puede sentir los gustos del espíritu á su modo; y como en fin esta parte sensitiva del alma es flaca y incapaz para las cosas fuertes del espíritu, de aquí es que estos aprovechados, á causa de esta comunicacion espiritual que se hace en la parte sensitiva, padecen en ella muchas debilitaciones y detrimentos y flaquezas de estómago, y en el espíritu consiguientemente fatiga. Porque, como dice el Sabio: *Corpus enim, quod corrumpitur, aggravat animam;* El cuerpo que se corrompe agrava el ánima. De aquí es que las comunicaciones de estos, ni pueden ser muy fuertes ni muy intensas ni muy espirituales, cuales se requieren para la divina union con Dios, por la flaqueza y corrupcion de la sensualidad que participa en ellas. Y de aquí vienen los arrobamientos y traspasos y descoyuntamientos de huesos que siempre acaecen cuando las comunicaciones no son puramente espirituales, esto es, al espíritu solo, como son las de los perfectos, purificados ya por la noche segunda del espíritu, en los cuales cesan ya estos arrobamientos y tormentos de cuerpo, gozando ellos de la libertad del espíritu, sin que se anuble y trasponga el sentido; y para que se entienda la necesidad que estos tienen de entrar en esta noche de espíritu, notarémos aquí algunas imperfecciones y peligros que tienen estos aprovechados.

CAPITULO II.

De algunas imperfecciones que tienen estos aprovechados.

Dos maneras de imperfecciones tienen estos aprove-



chados: unas son habituales, otras actuales; las habituales son las aficiones y hábitos imperfectos, que todavía, como raíces, han quedado en el espíritu, donde la purgacion del sentido no pudo llegar. En la purgacion de los cuales, la diferencia que hay de esotra es la que de la raíz á la rama, ó sacar una mancha fresca ó una muy asentada y vieja; porque, como dijimos, la purgacion del sentido solo es puerta y principio de contemplacion para la del espíritu, y mas sirve de acomodar el sentido al espíritu que de unir el espíritu con Dios. Mas todavía se quedan en el espíritu las manchas del hombre viejo, aunque á él no se le parecen ni las echa de ver; las cuales, si no salen con el jabon y fuerte lejía de la purgacion de esta noche, no podrá el espíritu venir á pureza de union divina.

Tienen tambien estos la *hebetudo mentis* y rudeza natural que todo hombre contrae por el pecado y la distraccion y exterioridad del espíritu, la cual conviene que se ilustre, clarifique y recoja por la penalidad y aprieto de aquella noche. Estas habituales imperfecciones, todos los que no han pasado de este estado de aprovechados las tienen, las cuales no pueden estar con el estado perfecto de union por amor con Dios.

En las actuales no caen todos de una manera; mas algunos, como traen estos bienes espirituales tan afuera y tan manuales en el sentido, caen en algunos inconvenientes y peligros, que á los principios dijimos; porque, como ellos hallan á manos llenas tantas comunicaciones y aprehensiones al sentido y espíritu, donde muchas veces ven visiones imaginarias y espirituales (porque todo esto con otros sentimientos sabrosos acaece á muchos de estos en este estado, en lo cual el demonio y la propia fantasía muy ordinariamente hace trampantojos al alma); y como con tanto gusto suele imprimir y sugerir el demonio al alma las aprensiones dichas y sentimientos, con gran facilidad la embelesa y engaña, no teniendo ella cautela para resignarse y defenderse fuertemente de todas estas visiones y sentimientos; porque aquí hace el demonio creer muchas visiones vanas y profecías falsas, y les procura hacer presumir que habla Dios y los santos con ellos, y creen muchas veces á su fantasía. Aquí los suele el demonio llenar de presuncion y soberbia; y atraidos de la vanidad y arrogancia, se dejan ser vistos en actos exteriores que parezcan de santidad, como son arrobamientos y otras apariencias. Hácense así atrevidos á Dios, perdiendo el santo temor, que es llave y custodia de todas las virtudes; y tantas falsedades y engaños suelen multiplicarse en algunos de estos, y tanto se envejecen en ellos, que es muy dudosa su vuelta al camino puro de la virtud y verdadero espíritu; en las cuales miserias vienen á dar, comenzando á darse con demasiada seguridad á las aprehensiones y sentimientos espirituales, cuando comenzaban á aprovechar en el camino espiritual. Habia tanto que decir de las imperfecciones de estos y de cómo son mas incurables por tenerlas ellos por mas espirituales que las primeras, que lo quiero dejar. Solo digo, para fundar la necesidad que hay de la noche espiritual, que es la purgacion, para el que ha de pasar adelante, que á lo menos ninguno de estos aprovechados, por bien que le hayan andado las manos, deja de tener muchas de aquellas afecciones naturales y hábitos imperfectos, de que dijimos ser necesario preceder purificacion para pasar á la divina union; y demás de esto, lo que arriba dejamos dicho, es á saber, que por cuanto todavía participa la parte inferior en estas comunicaciones espirituales, no pueden ser tan intensas, puras y fuertes, como se requiere para la dicha union; por tanto, para venir á ella conviénele al alma entrar en la segunda noche del espíritu, donde, desnudando el sentido y espíritu perfectamente de todas estas aprehensiones y sabores, le han de hacer caminar en escura y pura fe, que es propio y adecuado medio por donde el alma se une con Dios, segun por Oseas lo dice: *Sponsabo te mihi in fide;* Yo te desposaré conmigo; esto es, te uniré conmigo en fe.

CAPITULO III.

Anotacion para lo que se sigue.

Han pues ya estos aprovechados, por el tiempo que hán pasado, experimentado estas dulces comunicaciones, para que así, atraida y saboreada del espiritual gusto la parte sensitiva que del espíritu dimanaba, se aunase y acomodase en uno con el espíritu, comiendo cada uno en su manera de un mismo manjar espiritual y en un mismo plato de un solo supuesto y sugeto, para que así ellos, en alguna manera juntos y conformes en uno, estén dispuestos para sufrir la áspera y dura purgacion del espíritu que les espera, en la cual se han de purgar cumplidamente estas dos partes del alma, espiritual y sensitiva; porque la una nunca se purga bien sin la otra; que la purgacion válida para el sentido es cuando de propósito comienza la del espíritu; de donde la noche que habemos dicho del sentido, mas se puede y debe llamar cierta reformacion y enfrenamiento del apetito que purgacion. La causa es porque todas las imperfecciones y desórdenes de la parte sensitiva tienen su fuerza y raíz en el espíritu; y así, hasta que se purguen los malos hábitos, las rebeliones y siniestros de él no se pueden bien purgar; de donde en esta noche que se sigue se purgan entrambas partes juntas, que este es el fin por que convenia haber pasado por la reformacion de la primera noche, y llegado á la bonanza que de ella salió, para que, aunado con el espíritu, en cierta manera se purguen y padezcan aquí con mas fortaleza; que para tan fuerte y dura purga bien es menester que, sin haber reformádose antes la flaqueza de la parte inferior y cobrado fortaleza en Dios por el dulce y sabroso trato que con él después tuvo, no tuviera fuerza ni disposicion el natural para sufrirla.

Por tanto, todavía el trato y operaciones que tienen estos aprovechados con Dios, son muy bajas, á causa de no tener purificado y ilustrado el oro del espíritu, por lo cual todavía entienden de Dios como pequeñuelos, y hablan de Dios como pequeñuelos, y saben y sienten de Dios como pequeñuelos; segun dice san Pa-

blo: *Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus*. Por no haber llegado á la perfeccion, que es la union del amor con Dios, por la cual union, ya como grandes, obran grandezas con su espíritu, siendo ya sus obras y potencias mas divinas que humanas, como despues se dirá; queriendo Dios desnudarlos de hecho de este viejo hombre y vestirlos del nuevo, que, segun Dios, es criado en la novedad del sentido, que dice el Apóstol: *Et induite novum hominem, qui secundùm Deum creatus est*. Y en otro lugar: *Reformamini in novitate sensus vestri;* Desnúdales las potencias y aficiones y sentidos, así espirituales como sensibles, así interiores como exteriores, dejando á escuras el entendimiento, y la voluntad á secas, y vacía la memoria, y las aficiones del alma en suma afliccion, amargura y aprieto, privándola del sentido y gusto que antes sentia de los bienes espirituales, para que esta privacion sea uno de los principios que se requiere en el espíritu, para que se introduzca y una en él la forma espiritual del espíritu, que es la union de amor; todo lo cual obra el Señor en ella por medio de una pura y escura contemplacion, como el alma lo da á entender en la primera cancion; la cual, aunque está declarada al principio de la primera noche del sentido, principalmente la entiende el alma por esta segunda del espíritu, por ser la principal parte de la purificacion del alma; y así, á este propósito la pondrémos y declararémos aquí otra vez.

CAPITULO IV.

Pónese la primera cancion y su declaracion.

En una noche escura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

Entendiendo ahora esta cancion á propósito de la purgacion, contemplacion, ó desnudez ó pobreza de espíritu, que todo aquí es casi una misma cosa, podémosla declarar en esta manera, y que dice el alma asi: En pobreza y desarrimo de todas las aprehensiones de mi alma; esto es, en escuridad de mi entendimiento y aprieto de mi voluntad, en afliccion y angustia de la memoria, dejándome á escuras en pura fe, la cual es noche escura para las dichas potencias naturales, sola la voluntad tocada de dolor y aflicciones y ansias de amor de Dios, salí de mí misma; esto es, de mi bajo modo de entender y de mi flaca suerte de amar, y de mi escasa y pobre manera de gustar de Dios, sin que la sensualidad ni el demonio me lo estorben. Lo cual fué grande dicha y buena ventura para mí; porque, en acabando de aniquilarse y sosegarse las potencias, pasiones y aficiones de mi alma, con que bajamente sentia y gustaba de Dios, salí del trato y escasa operacion dicha, á la operacion y trato con Dios; es á saber, mi entendimiento salió de sí, volviéndose de humano en divino; porque, uniéndose por medio de esta purgacion con Dios, ya no entiende con el modo limitado y corto que antes, sino por la divina Sabiduría, con que se unió. Y mi voluntad salió de sí, haciéndose divina; porque, unida con el divino amor, ya no ama con la fuerza y vigor limitado que antes, sino con fuerza y pureza del divino Espíritu; y así, la voluntad ya acerca de Dios no obra humanamente, y ni mas ni menos, la memoria se ha trocado en aprehensiones eternas de gloria. Y finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma, por medio de esta noche y purgacion del viejo hombre, se renuevan en temples y deleites divinos.

CAPITULO V.

Pónese el primer verso, y comienza á declarar cómo esta contemplacion escura, no solo es noche para el alma, sino tambien pena y tormento.

En una noche escura.

Esta noche escura es una influencia de Dios en el alma, que la purga de sus ignorancias y imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos contemplacion infusa ó mística teología, en que de secreto enseña Dios al alma y la instruye en perfeccion de amor, sin ella hacer nada mas que atender amorosamente á Dios, oirle y recibir su luz, sin entender cómo es esta contemplacion infusa. Por cuanto es sabiduría de Dios amorosa, la cual hace particulares efectos en el alma; porque la dispone, purgándola y iluminándola, para la union de amor con Dios, donde la misma sabiduría amorosa, que purga los espíritus bienaventurados ilustrándolos, es la que aquí purga al alma y la ilumina.

Pero es la duda, por qué á la lumbre divina, que, como decimos, ilumina y purga al alma de sus ignorancias, la llama aquí el alma noche escura. A lo cual se responde que por dos cosas es esta divina Sabiduría, no solo noche y tiniebla para el alma, mas tambien pena y tormento. La primera es por la alteza de la sabiduría divina, que excede el talento del alma, y de esta manera le es tinieblas. La segunda, por la bajeza y impureza de ella, y de esta manera le es penosa y aflictiva y tambien escura. Para probar la primera conviene suponer cierta doctrina del filósofo, que dice que, cuanto las cosas divinas son en sí mas claras y manifiestas, tanto mas son al alma escuras y ocultas naturalmente. Así como de la luz, cuanto mas clara es, mas se ciega y escurece la pupila de la lechuza, y cuanto el sol se mira mas de lleno, mas tinieblas causa en la potencia visiva, y la priva, excediéndola, por su flaqueza. De donde, cuando esta divina luz de contemplacion embiste en el alma que aun no está ilustrada totalmente, le hace tinieblas espirituales; porque, no solamente la excede, sino tambien la escurece y priva el modo de su inteligencia natural. Que por esta causa san Dionisio y otros místicos teólogos llaman á esta contemplacion infusa rayo de tiniebla; conviene á saber, para el alma no ilustrada y purgada, porque de su grande luz sobrenatural es vencida la fuerza natural intelectiva y privada de su modo

de entender natural. Por lo cual David tambien dijo: *Nubes, et caligo in circuitu ejus;* que cerca de Dios y en derredor de él está escuridad y nube, no porque ello así sea en sí, sino para nuestros entendimientos flacos, que en tan inmensa luz se ciegan y quedan ofuscados, no alcanzando tan gran alteza. Que por eso el mismo David lo declaró, diciendo: *Prae fulgore in conspectu ejus nubes transierunt;* Por el gran resplandor de su presencia se atravesaron nubes; es á saber, entre Dios y nuestro entendimiento. Y esta es la causa por que en derivando Dios de sí al alma, que aun no está transformada, este esclarecido rayo de su sabiduría secreta le causa tinieblas escuras en el entendimiento. Y que esta escura contemplacion tambien le sea al alma penosa á estos principios está claro; porque, como esta divina contemplacion infusa tiene muchas excelencias en extremo buenas, y el alma que las recibe, por no estar purgada, tiene muchas miserias, de aquí es que, no pudiendo caber dos contrarios en un sugeto, el alma de necesidad haya de penar y padecer, siendo ella el sugeto en que se hallan estos dos contrarios, haciendo los unos contra los otros, por razon de la purgacion que de las imperfecciones del alma por esta contemplacion se hace. Lo cual probarémos por induccion en esta manera. Cuanto á lo primero, porque la luz y sabiduría de esta contemplacion es muy clara y pura, y el alma en que ella embiste está escura y impura; de aquí es que le pena mucho el recibirla, así como cuando los ojos están de mal humor, enfermos y impuros, del embestimiento de la clara luz reciben pena, y esta pena en el alma, á causa de su impureza, es inmensa cuando de veras es embestida de esta divina luz, que, embistiendo en el alma esta luz pura, á fin de expeler la impureza de ella, siéntese el alma tan impura y miserable, que le parece estar Dios contra ella, y que ella está hecha contraria á Dios. Lo cual es de tanto sentimiento y pena para el alma (porque le parece aquí que la ha Dios arrojado), que uno de los trabajos que mas sentia Job, cuando Dios le tenia en este ejercicio, era este, diciendo: *Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihimetipsi gravis?* ¿Por qué me has puesto contrario á tí, y soy grave y pesado á mí mismo? Porque viendo el alma claramente aquí, por medio de esta clara y pura luz (aunque á escuras), su impureza, conoce claro que no es digna de Dios ni de criatura alguna. Y lo que mas la pena es, temer que nunca lo será y que ya se le acabaron sus bienes. Esto lo causa la profunda inmersion que tiene de la mente en el conocimiento y sentimiento de sus males y miserias. Porque aquí se las muestra todas al ojo esta divina y escura luz, y que vea claro cómo de suyo no podrá tener otra cosa. Podemos entender á este sentido aquella autoridad de David, que dice: *Propter iniquitatem corripuisti hominem: et tabescere fecisti sicut araneam animam ejus;* Por la iniquidad corregiste al hombre y hiciste deshacer su alma, como la araña se desentraña. La segunda manera en que pena el alma es á causa de su flaqueza natural y espiritual; porque, como esta divina contemplacion embiste en el alma con alguna fuerza, á fin de la ir fortaleciendo y domando, de tal manera pena en su flaqueza, que casi desfallece; particularmente algunas veces, cuando con alguna mas fuerza la embiste, porque el sentido y espíritu, así como si estuviese debajo de alguna inmensa y escura carga, está penando y agonizando tanto, que tomaria por partido y alivio el morir. Lo cual, habiendo experimentado el santo Job, decia: *Nolo multa fortitudine contendat mecum, ne magnitudinis suae mole me premat;* No quiero que trate conmigo en mucha fortaleza, porque no me oprima con el peso de su grandeza. Que en la fuerza de esta opresion y peso se siente el alma tan ajena de ser favorecida, que le parece, y así es, que aun en lo que solia hallar algun arrimo se acabó con lo demás, y que no hay quien se compadezca de ella. A cuyo propósito tambien dice Job: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me;* Compadecéos de mí, compadecéos de mí, á lo menos vosotros mis amigos, porque me ha tocado la mano del Señor. Cosa de grande maravilla y lástima que sea aquí tanta la flaqueza y impureza del ánima, que, siendo la mano de Dios de suyo tan blanda y suave, la siente el alma aquí tan grave y contraria, con no cargar ni asentarla, sino solamente tocar, y eso misericordiosamente, pues lo hace á fin de hacer mercedes al alma, y no de castigarla.

CAPITULO VI.

De otras maneras de pena que el alma padece en esta noche.

La tercera manera de pasion y pena que el alma aquí padece es á causa de otros dos extremos, conviene á saber, divino y humano, que aquí se juntan. El divino es esta contemplacion purgativa, y el humano es el sugeto del alma; que, como el divino embiste á fin de sazonarla y renovarla para hacerla divina, y desnudarla de las aficiones habituales y propiedades del hombre viejo, con que ella está muy unida, conglutinada y conformada, de tal manera la desmenuza y deshace, absorbiéndola en una profunda tiniebla, que el alma se siente estar deshaciendo y derritiendo á la faz y vista de sus miserias, con muerte de espíritu cruel, así como si tragada de una bestia, en su vientre tenebroso se sintiese estar digeriendo, padeciendo estas angustias, como Jonás en el vientre de aquella marina bestia; porque en este sepulcro de escura muerte le conviene estar para la espiritual resurreccion que espera. La manera de esta pasion y pena, aunque de verdad ella es sobre manera, descríbela David, diciendo: *Circumdederunt me dolores mortis... dolores inferni circumdederunt me... in tribulatione mea invocavi Dominum, et ad Deum meum clamavi;* Cercáronme los dolores de la muerte, los dolores del infierno me rodearon, en mi tribulacion clamé. Pero lo que esta doliente alma aquí mas siente, es parecerle claro que Dios la ha desechado y, aborreciéndola, arrojado en las tinieblas, que para ella es grave y lastimera pena creer que la ha dejado Dios; la cual tambien David, sintiéndola mucho en este caso, dice: *Sicut vulnerati dormientes in sepulchris, quo-*

rum non est memor amplius: et ipsi de manu tua repulsi sunt: posuerunt me in lacu inferiori, in tenebrosis, et in umbra mortis: super me confirmatus est furor tuus: et omnes fluctus tuos induxisti super me; De la manera que los llagados están muertos en los sepulcros, dejados ya de tu mano, de que no te acuerdas mas, así me pusieron á mí en el lago mas hondo y inferior en tenebrosidades y sombra de muerte, y está sobre mí confirmado tu furor, y todas tus olas descargaste sobre mí. Porque verdaderamente, cuando esta contemplacion purgativa aprieta, sombra de muerte y gemidos y dolores de infierno siente el alma muy á lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios y castigada y arrojada, y indignado él y que está enojado, que todo se siente aquí, y mas, que le parece en una temerosa aprehension que es para siempre. Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas y desprecio acerca de ellas, particularmente de sus amigos; que por eso prosigue luego David, diciendo: *Longè fecisti notos meos à me, prosuerunt me abominationem sibi;* Alejaste de mí mis amigos y conocidos, tuviéronme por abominable. Todo lo cual, como quien tambien la experimentó corporal y espiritualmente, testifica bien el profeta Jonás, diciendo así: *Projecisti me in profundum in corde maris et flumen circumdedit me, omnes gurgites tui et fluctus tui super me transierunt. Et ego dixi: Abjectus sum à conspectu oculorum tuorum, verumtamen rursus videbo Templum Sanctum tuum, circumdederunt me aquae usque ad animam, abyssus vallavit me, pelagus operuit caput meum. Ad extrema montium descendi, terrae vectes concluserunt me in aeternum;* Arrojásteme al profundo en el corazon de la mar, y la corriente me cercó; todos sus golfos y olas pasaron sobre mí, y dije: Arrojado estoy de la presencia de tus ojos, pero otra vez veré tu santo templo (lo cual dice porque aquí purifica Dios al alma para verlo); cercáronme las aguas hasta el alma, el abismo me ciñó, el piélago cubrió mi cabeza, á los extremos de los montes descendí, los cerrojos de la tierra me cerraron para siempre; los cuales cerrojos, aquí á este propósito, son las imperfecciones del alma, que la tienen impedida que no goce esta sabrosa contemplacion.

La cuarta manera de pena causa en el alma otra excelencia de esta escura contemplacion, que es la majestad y grandeza de Dios, de la cual nace sentir en el alma otro extremo que hay en ella de íntima pobreza y miseria, la cual es de las principales penas que padece en esta purgacion; porque siente en sí un profundo vacío y pobreza de tres maneras de bienes, que se ordenan al gusto del alma, que son, temporal, natural y espiritual, viéndose puesta en los males contrarios; conviene á saber, miserias de imperfecciones, sequedades y vacíos de las aprehensiones de las potencias y desamparo del espíritu en tiniebla; que, por cuanto purga Dios aquí al alma, segun la sustancia sensitiva y espiritual, y segun las potencias interiores y exteriores, conviene que el alma sea puesta en vacío y pobreza y desamparo de todas estas partes, dejándola seca, vacía y en tinieblas; porque la parte sensitiva se purifica en la sequedad, y las potencias en el vacío de sus aprehensiones, y el espíritu en tiniebla escura. Todo lo cual hace Dios por medio de esta escura contemplacion, en la cual, no solo padece el alma el vacío y suspension de estos arrimos naturales y aprehensiones, que es un padecer muy congojoso (como si á uno le suspendiesen ó detuviesen en el aire que no respirase), mas tambien está purgando al alma, aniquilando ó vaciando ó consumiendo en ella (así como hace el fuego al orin y moho del metal) todas las afecciones y hábitos imperfectos que ha contraido toda la vida, que por estar ellos muy arraigados en el alma, suele padecer grave deshacimiento y tormento interior, demás de la dicha pobreza y vacío natural y espiritual. Para que se verifique aquí la autoridad de Ecequiel, que dice: *Congere ossa quae igne succendam, consumentur carnes et coquetur universa compositio et ossa tabescent;* Juntaré los huesos, y encenderlos he en fuego, consumirse han las carnes, y cocerse ha toda la composicion, y deshacerse han los huesos. En lo cual se entiende la pena que se padece en el vacío y pobreza del alma á lo sensitivo y espiritual. Y sobre esto dice luego: *Pone quoque eam super prunas vacuam ut incalescat et lique fiat aes ejus; et confletur in medio ejus inquinamentum ejus et consumatur rubigo ejus;* Ponedla tambien así vacía sobre las ascuas para que se caliente y derrita su metal, y deshaga en medio de ella su inmundicia y sea consumido su moho. En lo cual se da á entender la grave pasion que aquí el alma padece en la purgacion del fuego de esta contemplacion, pues dice aquí el Profeta que para que se purifique y deshaga el orin de las aficiones que están en medio del alma, es menester en cierta manera que ella misma se aniquile y deshaga, segun está conaturalizada en estas pasiones y imperfecciones. De donde, porque en esta fragua se purifica el alma como el oro en el crisol, segun el Sabio dice: *Tanquam aurum in fornace probavit illos;* siente este grande deshacimiento en lo muy interior del alma con extremada pobreza, en que está como acabando. Como se puede ver en lo que á este propósito de sí dice David por estas palabras, clamando á Dios: *Salvum me fac Deus, quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam. Infixus sum in limo profundi et non est substantia: veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me, laboravi clamans raucae factae sunt fauces meae: defecerunt oculi mei, dum spero in Deum meum;* Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta el alma mia; fijado estoy en el limo del profundo, y no hay donde me sustente; vine hasta lo profundo de la mar, y la tempestad me anegó; trabajé clamando, enronquecióse mi garganta, desfallecieron mis ojos en tanto que espero en mi Dios. Aquí humilla Dios mucho al alma para ensalzarla mucho despues; y si él no ordenase que estos sentimientos, cuando se avivan en el alma, se adormeciesen presto, desampararia el cuerpo muy en breves dias; mas son interpolados los ratos en que se siente su íntima viveza; la cual algunas veces se siente tan á lo vivo, que le parece al al-

ma que ve abierto el infierno y la perdicion; porque de estos son los que de veras descienden al infierno viviendo, y á modo del purgatorio se purgan aquí; porque esta purgacion es la que se habia de hacer allí cuando es de culpas, aunque sean veniales; y así, el alma que por aquí pasa y queda bien purgada, ó no entra en aquel lugar ó se detiene allí poco, porque aprovecha aquí mas una hora que muchas allí.

CAPITULO VII.

Prosigue en la misma materia de otras aflicciones y aprietos de la voluntad.

Las aflicciones de la voluntad y aprietos son tambien aquí inmensos y de manera, que algunas veces traspasan al alma con la súbita memoria de los males en que se ve y con la incertidumbre del remedio. Y añádese á esto la memoria de las prosperidades pasadas, porque estos ordinariamente, cuando entran en esta noche, han tenido muchos gustos en Dios y héchole muchos servicios; y esto les causa mas dolor, ver que están ajenos de aquel bien, y que ya no pueden entrar en él. Esto dice Job tambien, como lo experimentó, por estas palabras: *Ego ille quondam opulentus, repentè contritus sum; tenuit cervicem meam, confregit me, et posuit me sibi quasi in signum. Circumdedit me lanceis suis convulneravit lumbos meos, non pepercit et effudit in terra viscera mea. Concidit me vulnere super vulnus, irruit in me quasi Gigas. Saccum consui super cutem meam et operui cinere carnem meam. Facies mea intumui à fletu, et palpebrae meae caligaverunt;* Yo, aquel que solia ser opulento y rico, de repente estoy deshecho y contrito; asióme la cerviz, quebrantóme y púsome como blanco suyo para herir en mí; cercóme con sus lanzas, llagó todos mis lomos, no perdonó, derramó en la tierra mis entrañas, rompióme y añadió llagas sobre llagas; embistió en mí como fuerte gigante; cosí un saco sobre mi piel, y cubrí con ceniza mi carne; mi rostro se ha hinchado con llanto, y cegádose mis ojos. Tantas y tan grandes son las penas de esta noche, y tantas autoridades hay en la Escritura que á este propósito se podian alegar, que nos faltaria tiempo y fuerzas escribiendo. Porque sin duda todo lo que se puede decir es menos; por las autoridades ya dichas se podrá barruntar algo de ello. Y para ir concluyendo con este verso, y dando á antender lo que en el alma es esta noche, diré lo que de ella siente Jeremías, en esta manera: *Ego vir videns paupertatem meam in virga indignationis ejus. Me minavit et adduxit in tenebras et non in lucem. Tantum in me vertit et convertit manum suam tota die. Vetustam fecit pellem meam, et carnem meam contrivit ossa mea. Aedificavit in giro meo et circumdedit me felle et labore. In tenebrosis collocavit me, quasi mortuos sempiternos. Circumaedificavit adversum me, ut non egrediar; aggravavit compedem meum. Sed et cum clamavero et rogavero exclusit orationem meam. Conclusit vias meas lapidibus quadris, semitas meas subvertit. Ursus insidians factus est mihi, leo in absconditis. Semitas meas subvertit et confregit me, posuit me desolatam. Tetendit arcum suum et posuit me quasi signum ad sagittam. Misit in renibus meis filias pharetrae suae. Factus sum in derisum omni populo meo, canticum eorum tota die. Replevit me amaritudinibus, inebriavit me absynthio, et fregit ad numerum dentes meos, cibavit me cinere. Et repulsa est à pace anima mea, oblitus sum bonorum, et dixi: Periit finis meus et spes mea à Domino. Recordare paupertatis et transgressionis meae, absynthii et fellis; Memoria memor ero, et tabescet in me anima mea;* Yo, varon, que veo mi pobreza en la vara de su indignacion, hame amenazado, y trájome á las tinieblas, y no á la luz. Ha vuelto y convertido su mano sobre mí todo el dia, hizo vieja mi piel y mi carne, desmenuzó mis huesos, en derredor de mí hizo cerca, y cercóme de hiel y trabajo; en tenebrosidades me colocó como á los muertos sempiternos. Cercó en derredor contra mí porque no salga; agravóme las prisiones. Y tambien cuando hubiere llamado y rogado ha excluido mi oracion. Cerrádome ha mis salidas y caminos con piedras cuadradas; desbarató mis pasos. Puso acechadores, hecho para mí leon en escondrijo. Trastornó y desmenuzóme, dejóme desamparada, extendió su arco, y púsome á mí como blanco de su saeta. Arrojó á mis entrañas las hijas de su aljaba. Hecho soy para escarnio de todo el pueblo, y para risa y mofa de ellos todo el dia. Llenado me ha de amarguras, embriagóme con absintio. Uno á uno me quebrantó mis dientes, apacentóme con ceniza. Arrojada está mi alma de la paz, olvidado estoy de los bienes. Y dije: Frustrado y acabado está mi fin y mi pretension y mi esperanza del Señor. Acuérdate de mi pobreza y de mi exceso, del absintio y de la hiel. Acordarme he con memoria, y mi alma en mí se deshará en penas.

Todos estos llantos hace Jeremías sobre estas penas y trabajos, en que pinta muy al vivo las pasiones del alma en que esta purgacion y noche espiritual la pone. De donde grande compasion conviene tener al alma que Dios pone en esta espantosa y horrenda noche; porque, aunque le corre muy buena dicha por los grandes bienes que de ella le han de nacer, cuando, como dice Job, levantare Dios en el alma de las tinieblas profundos bienes, y produzca en luz la sombra de muerte: *Qui revelat profunda de tenebris, et producit in lucem umbram mortis.* De manera que, como dice David, venga á ser su luz como fueron sus tinieblas: *Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus.* Con todo eso, por la inmensa pena con que anda penando, y por la grande incertidumbre que tiene de su remedio, pues le parece (como aquí dice este profeta) que no ha de acabarse su mal, pareciéndole, como tambien dice David: *Collocavit me in obscuris sicut mortuos saeculi;* que la colocó Dios en las escuridades como á los muertos del siglo; angustiando por esto en ella su espíritu y turbándose en ella su corazon, es de haberle gran dolor y lastima; porque se añade á esto, á causa de la soledad y desamparo que esta noche le causa, no hallar consuelo ni arrimo en ninguna doctrina ni en

maestro espiritual; porque, aunque por muchas vias le testifique las causas del consuelo que puede tener por los bienes que hay en estas penas, no lo puede creer; porque, como ella está tan embebida y inmersa en aquel sentimiento de males, en que ve tan claramente sus miserias, parécele que, como ellos no ven lo que ella ve y siente, no la entendiendo, dicen aquello, y en vez de consuelo, antes recibe nuevo dolor, pareciéndole que no es aquel el remedio de su mal; y á la verdad así es, porque hasta que el señor acabe de purgarla de la manera que él lo quiere hacer, ningun medio ni remedio le sirve ni aprovecha para su dolor. Cuanto mas que puede el alma tan poco en este puesto, como el que tienen aprisionado en una escura mazmorra atados piés y manos, sin poderse mover, ni ver ni sentir ningun favor de arriba ni de abajo, hasta que aquí se ablande, humille y purifique el espíritu, y se ponga tan sótil, sencillo y delgado, que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios segun el grado que su misericordia quisiere concederle de union de amor; que conforme á esto, es la purgacion mas ó menos fuerte ó de mas ó menos tiempo. Mas, si ha de ser algo de veras, por fuerte que sea, dura algunos años; puesto que en estos medios hay interpolaciones y alivios en que por dispensacion de Dios, dejando esta contemplacion escura de embestir en forma y modo purgativo, embiste iluminativa y amorosamente, en que el alma bien, como salida de tal mazmorra y tales prisiones, y puesta en recreacion de anchura y libertad, siente y gusta gran suavidad de paz y amigabilidad amorosa con Dios con abundancia fácil de comunicacion espiritual. Lo cual es al alma indicio de la salud que va en ella obrando la dicha purgacion, y prenuncio de la abundancia que espera. Y aun esto es tanto á veces, que le parece al alma que son ya acabados sus trabajos; porque de esta calidad son las cosas espirituales en el alma, cuando son mas puramente espirituales, que cuando vuelven los trabajos le parece al alma que nunca ha de salir de ellos, y que se le acabaron ya sus bienes, como se ha visto por las autoridades alegadas; y cuando son bienes espirituales tambien le parece al alma que ya se acabaron sus males y que no le faltarán ya los bienes, como David, viéndose en ellos, lo confesó, diciendo: *Ego autem dixi in abundantia mea, non movebor in aeternum;* Yo dije en mi abundancia: No me moveré para siempre. Y esto acaece porque la posesion actual de un contrario en el espíritu, de suyo remueve la actual posesion y sentimiento del otro contrario; lo cual no es tanto en la parte sensitiva del alma, por ser flaca su aprehension. Mas, como quiera que el espíritu aun no está aquí bien purgado y limpio de las aficiones que la parte inferior tiene contraidas, aunque tenga mas consistencia y firmeza; pero en cuanto está afectado con ellas, está sujeto á mas penas, como vemos que después se mudó David, sintiendo muchos males y penas, aunque en el tiempo de su abundancia le habia parecido y dicho que no se habia de mover jamás. Así el alma, como entonces se ve actuada con aquella abundancia de bienes espirituales, no echando de ver la raíz de la imperfeccion y impureza que todavía le queda, piensa que se acabaron sus trabajos. Mas este pensamiento las menos veces acaece; porque hasta que esté acabada de hacer la purificacion espiritual, muy raras veces suele ser la comunicacion suave tan abundante, que le encubra la raíz que queda, de manera que deje el alma de sentir allá en el interior un no sé qué que le falta ó que está por hacer, que no le deja cumplidamente gozar de aquel alivio, sintiendo allá dentro como un enemigo suyo, que, aunque está como sosegado y dormido, se recela que volverá á revivir y á hacer de las suyas; y así es que, cuando mas segura está, vuelve á tragar y absorber al alma en otro grado mas duro y escuro y lastimero que el pasado, el cual durará otra temporada por ventura mas larga que la primera. Y aquí el alma otra vez viene á persuadirse que todos los bienes están acabados para siempre; que no le basta la experiencia que tuvo del bien pasado que gozó después del primer trabajo, en que tambien pensaba que ya no habia mas que penar, para dejar de creer en este segundo grado de aprieto, que está ya todo acabado, y que no volverá, como la vez pasada; porque, como digo, esta creencia tan confirmada se causa en el alma de la actual aprehension del espíritu, que aniquila en ella todo lo que le puede causar gozo; y así, el alma aquí en esta purgacion, aunque le parece que quiere bien á Dios y que por él daria mil vidas (como es así la verdad, porque en estos trabajos aman con muchas veras estas almas á su Dios), con todo, no le es alivio esto, antes le causa mas pena; porque, queriéndole ella tanto, que no tiene otra cosa que le dé cuidado, como se ve tan miserable, reparando en si Dios no la quiere á ella, no asegurándose por entonces que tiene por qué ser amada, sino antes que tiene por qué ser aborrecida, no solo de él, sino de toda criatura, para siempre duélese de ver en sí causas por que merezca ser desechada de quien ella tanto quiere y desea.

CAPITULO VIII.

De otras penas que afligen al alma en esto estado.

Hay en este estado otra cosa que al alma aqueja y desconsuela mucho, y es que, como esta escura noche la tiene así impedidas las potencias y aficiones, no puede levantar, como antes, el afecto ó mente á Dios, ni le puede rogar, pareciéndole lo que á Jeremías, que ha puesto Dios una nube delante para que no pase la oracion: *Opposuisti nubem tibi, ne transeat oratio.* Porque esto quiere decir lo que en la autoridad alegada dice: *Conclusit vias meas lapidibus quadris;* Cerró mis caminos con piedras cuadradas; y si algunas veces ruega, es con tanta sequedad y sin jugo, que le parece que no le oye Dios ni hace caso de ello; como tambien este profeta da á entender en la misma autoridad, diciendo: *Sed et cum clamavero, et rogavero, exclusit orationem meam;* Cuando clamare y rogare, ha excluido mi oracion. A la verdad este es tiempo de poner, como dice Jeremías, su boca en el polvo: *Ponet in pul-*

vere os suum, sufriendo con paciencia su purgacion. Dios es el que aquí anda haciendo la obra en el alma; por eso ella no puede nada. De donde, ni rezar ni asistir con mucha advertencia á las cosas divinas puede, ni menos en las demás cosas y tratos temporales tiene solo esto, sino tambien muchas veces tales enajenamientos tan profundos olvidos en la memoria, que se le pasan muchos ratos sin saber lo que se hizo ni pensó, ni qué es lo que hace ni qué es lo que va á hacer, ni puede estar muy advertida, aunque quiera, á nada de lo que está haciendo.

Que por cuanto aquí, no solo se purga el entendimiento de su imperfecto conocimiento y la voluntad de sus aficiones, sino tambien la memoria de sus noticias y discursos, conviene tambien aniquilarla acerca de todas ellas, para que se cumpla lo que de sí dice David en esta purgacion: *Et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi;* Yo fuí aniquilado y no supe. El cual no saber se extiende á estas insipiencias y olvidos de la memoria, las cuales enajenaciones y olvidos son causados del interior recogimiento en que esta contemplacion absorbe al alma; porque, para que el alma quede dispuesta y templada á lo divino con sus potencias para la divina union de amor, convenia que primero fuese absorta con todas ellas en esta divina y escura luz espiritual de contemplacion, y así fuese abstraida de todas las aficiones y aprehensiones de criaturas. Lo cual regularmente dura segun es la intension; y así, cuanto esta divina luz embiste mas sencilla y pura en el alma, tanto mas la escurece y vacia y aniquila acerca de sus aprehensiones y aficiones particulares, así de cosas de arriba como de abajo. Y tambien, cuanto menos sencilla y pura embiste, tanto menos la priva y menos escura le es. Que es cosa que parece increible decir, que la luz sobrenatural y divina tanto mas escura es al alma, cuanto ella tiene mas de claridad y pureza, y cuanto menos, le sea menos escura. Lo cual se entiende bien si consideramos lo que arriba queda probado en la sentencia del filósofo; conviene á saber, que las cosas sobrenaturales tanto son á nuestro entendimiento mas escuras, cuanto ellas son en sí mas claras y manifiestas; y así, embistiéndole al alma con su lumbre divina el rayo de esta subida contemplacion, como excede al natural de la misma alma, con esto la escurece y priva de todas las aficiones y aprehensiones naturales que antes, mediante la luz natural, aprehendia. Con lo cual, no solo la deja escura, sino tambien vacía, segun las potencias y apetitos, así espirituales como naturales; y dejándola así vacía y á escuras, la purga y ilumina con divina luz espiritual, sin pensar el alma que la tiene, sino que está en tinieblas, como habemos dicho.

Que así como el rayo de luz, si está puro y no tiene en qué reverberar ó topar, casi no se divisa, y en la reverberacion ó reflexion se ve mejor, así esta luz espiritual de que está embestida el alma, por ser tan pura, no se divisa ni percibe tanto en sí; pero cuando tiene en qué reverberar, esto es, cuando se ofrece alguna cosa que entender particular de perfeccion ó juicio de lo que es falso ó verdadero, luego lo ve y entiende mucho mas claramente que antes que estuviese en estas escuridades. Y ni mas ni menos conoce la luz que tiene espiritual para conocer con facilidad la imperfeccion que se le ofrece; así como cuando el rayo en sí no se divisa tanto, pero si se ofrece pasar por él una mano ó cualquiera cosa, luego se ve la mano y se conoce que estaba allí aquella luz del sol; donde, por ser esta luz espiritual tan sencilla, pura y general, no afectada ni particularizada á ningun particular inteligible, natural ni divino (pues acerca de todas estas aprehensiones tiene las potencias del alma vacías y aniquiladas), con grande generalidad y facilidad conoce y penetra el alma cualquiera cosa de arriba ó de abajo que se ofrece; que por esto dijo el Apóstol: *Spiritus enim omnia scrutatur, etiam profunda Dei;* que el espiritual todas las cosas penetra, hasta los profundos de Dios. Porque de esta sabiduría general y sencilla se entiende lo que por el Sabio dice el Espíritu Santo: *Attingit autem ubique propter suam munditiam;* que toca hasta do quiera por su pureza, es á saber, porque no se particulariza á ningun particular inteligible ni aficion. Y esta es la propiedad del espíritu purgado y aniquilado acerca de todas particulares aficiones y inteligencias, que en esto no gustar nada ni entender nada en particular, morando en su vacío, escuridad y tinieblas, lo abraza todo con gran disposicion, para que se verifique en él místicamente lo de san Pablo: *Nihil habentes, et omnia possidentes.* Porque tal bienaventuranza se debia á tal pobreza de espíritu.

CAPITULO IX.

Cómo, aunque esta noche escurece al espíritu, es para ilustrarle y darle luz.

Resta pues aquí decir que esta dichosa noche, aunque escurece al espíritu, no lo hace sino por darle luz de todas las cosas, y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y libertarle, y aunque le empobrece y vacía de toda posesion y aficion natural, no es sino para que divinamente pueda extenderse á gozar y gustar de todas las cosas de arriba y de abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo; porque, así como los elementos, para que se comuniquen en todos los compuestos y entes naturales, conviene que con ninguna particularidad de color, olor ni sabor estén afectados, para poder concurrir con todos los sabores, olores y colores; así al espíritu le conviene estar sencillo, puro y desnudo de todas maneras de aficiones naturales, así actuales como habituales, para poder comunicar con libertad con la anchura del espíritu de divina sabiduría, en que por su limpieza gusta todos los sabores de todas las cosas con cierta manera de excelencia. Y sin esta purgacion en ninguna manera podrá sentir ni gustar la satisfaccion de toda esta abundancia de sabores espirituales; porque una sola aficion que tenga, ó particularidad, á que esté el espíritu asido, actual ó habitualmente, basta para no sentir ni gustar ni comunicar la delicadeza ni íntimo sabor del espíritu

de amor, que contiene en sí todos los sabores con gran eminencia.

Porque, así como los hijos de Israel, solo porque les habia quedado una sola aficion y memoria de las carnes y comidas que habian gustado en Egipto no podian gustar el delicado pan de ángeles en el desierto, que era el maná, el cual, como dice la divina Escritura, tenia suavidad de todos los gustos y se convertia al gusto que cada uno queria; así no puede llegar á gustar los deleites del espíritu de libertad, segun la voluntad desea, el espíritu que todavía estuviere afectado con alguna actual ó habitual aficion, ó con particulares inteligencias, ó cualquiera otra limitada aprehension. La razon de esto es, porque las aficiones, sentimientos y aprehensiones del espíritu perfecto, por ser tan superiores y muy particularmente divinas, son de otra suerte y género tan diferente de lo natural, que para poseer las unas actual y habitualmente, se han de aniquilar las otras. Por tanto, conviene mucho, y es necesario para que el alma haya de pasar á estas grandezas, que esta noche escura de contemplacion la aniquile y deshaga primero en sus bajezas, poniéndola á escuras, seca, apartada y vacía; porque la luz que se le ha de dar es una altísima luz divina, que excede toda luz natural y que no cabe naturalmente en el entendimiento. Y así, conviene que para que el entendimiento pueda llegar á unirse con ella y hacerse divino en el estado de perfeccion, sea primero purgado y aniquilado en su lumbre natural, poniéndolo actualmente á escuras por medio de esta escura contemplacion; la cual tiniebla conviene que le dure tanto cuanto sea menester para aniquilar el hábito que de mucho tiempo tiene en su manera de entender, en sí formado, y en su lugar quede la ilustracion y luz divina. Y así, por cuanto aquella fuerza que tenia de entender antes es natural, de aquí se sigue que las tinieblas que allí padece son profundas y horribles y muy penosas, porque se sienten y tocan en lo muy profundo del espíritu; ni mas ni menos, por cuanto la aficion de amor què se le ha de dar en la divina union es divina, y por eso muy espiritual, sútil y delicada, y muy interior, que excede á todo afecto y sentimiento natural y imperfecto de la voluntad y todo apetito de ella, conviene que, para que la voluntad pueda venir á gustar por union de amor esta divina aficion y deleite tan subido, sea primero purgada y aniquilada en todas sus aficiones y sentimientos, dejándola en seco y en aprieto tanto cuanto conviene, segun el hábito que tenia de naturales aficiones, así acerca de lo divino como de lo humano. Para que, extenuada, enjuta y privada en el fuego de esta escura contemplacion de todo género de dominio (como el corazon del pez de Tobías en las brasas), tenga disposicion pura y sencilla, y el paladar purgado y sano, para sentir los subidos y peregrinos toques del divino amor, en que se verá transformada divinamente, expelidas por entonces todas las contrariedades actuales y habituales que antes tenia. Tambien porque para la dicha union, á que la dispone esta escura noche, ha de estar el alma llena y dotada de cierta magnificencia gloriosa en la comunicacion con Dios, que encierra en sí innumerables bienes y deleites, que exceden toda la abundancia que el alma naturalmente puede poseer; porque, segun dice Isaías y san Pablo: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis, qui diligunt illum;* Ni ojo lo vió ni oido lo oyó, ni cayó en corazon humano lo que aparejó Dios á los que le aman. Conviene que primero sea puesta el alma en vacío y en pobreza de espíritu, purgándola de todo arrimo, consuelo y aprehension natural acerca de todo lo de arriba y de abajo, para que, así vacía, esté bien pobre de espíritu y desnuda del hombre viejo, para vivir aquella nueva y bienaventurada vida que por medio de esta noche escura se alcanza, que es el estado de la union con Dios.

Y porque el alma ha de venir á tener un sentido y noticia divina muy generosa y sabrosa acerca de todas las cosas divinas y humanas que no caen en el comun sentir y saber natural del alma (porque las mira con ojos tan diferentes que antes, como difiere la luz y gracia del Espíritu Santo del sentido, y lo divino de lo humano), conviene al espíritu adelgazarse y curtirse acerca del comun y natural sentir, poniéndole por medio de esta purgativa contemplacion en grande angustia y aprieto, y á la memoria remota de toda amigable y pacífica noticia con sentido muy interior y temple de peregrinacion y extrañeza de todas las cosas, en que le parece que todas son extrañas y de otra manera que lo solian ser; porque en esto va sacando esta noche al espíritu de su ordinario y comun sentir de las cosas para traerle al sentido divino, el cual es extraño y ajeno de toda manera humana; tanto, que le parece al alma que anda fuera de sí. Otras veces piensa si es encantamiento el que tiene, ó embelesamiento, y anda maravillada de las cosas que ve y oye, pareciéndole muy peregrinas y extrañas, siendo las mismas que comunmente solia tartar; de lo cual es causa el irse ya el alma haciendo ajena y remota del comun sentido y noticia acerca de las cosas, para que, aniquilada en este, quede informada en el divino, que es mas de la otra vida que de esta.

Todas estas aflictivas purgaciones del espíritu para reengendrarla en vida de espíritu por medio de esta divina influencia, las padece el alma, y con estos dolores viene á parir el espíritu de salud, porque se cumpla la sentencia de Isaías, que dice: *Sic facti sumus à facie tua, Domine. Concepimus et quasi parturivimus et peperimus spiritum;* De tu faz, Señor, concebimos, y estuvimos como con dolores de parto y parimos el espíritu de salud. Demás de esto, porque por medio de esta noche contemplativa se dispone el alma para venir á la tranquilidad y paz interior, que es tal y tan deleitable, que, como dice la Escritura, excede todo sentido, conviénele al alma que toda la paz primera, la cual, por estar envuelta con tantas imperfecciones, no era paz, aunque á ella lo parecia, porque andaba á su sabor, que era paz, paz dos veces, esto es, del senti-

do y del espíritu, sea primero purgado, y ella quitada y perturbada de esta paz imperfecta; como lo sentia y lloraba Jeremías en la autoridad que de él alegamos, para declarar los trabajos de esta noche pasada, diciendo: *Repulsa est à pace anima mea;* Quitada y despedida está mi alma de la paz. Esta es una penosa turbacion de muchos recelos, imaginaciones y combates que tiene el alma dentro de sí, en que, con la aprehension y sentimiento de las miserias en que se ve, sospecha que está perdida y acabados sus bienes para siempre. De aquí es que entró en el espíritu un dolor y gemido tan profundo, que le causa fuertes rugidos y bramidos espirituales, pronunciándolos á veces por la boca, y resolviéndose en lágrimas cuando hay fuerza y virtud para poderlo hacer; aunque las menos veces hay este alivio. El real profeta David declaró muy bien esto, como quien tan bien lo experimentó, en un salmo, diciendo: *Afflictus sum et humiliatus sum nimis: rugiebam à gemitu cordis mei;* Fuí muy afligido y humillado, rugia del gemido de mi corazon. El cual rugido es cosa de gran dolor, porque algunas veces con la súbita y aguda memoria de estas miserias en que se ve el alma, siente tanto dolor y pena, que no sé cómo se podria dar á entender, sino por la semejanza que el santo Job, estando en el mismo trabajo, dice por estas palabras: *Tanquam inundantes aquae, sic rugitus meus;* De la manera que son las avenidas de las aguas, así el rugido mio. Porque, así como algunas veces las aguas hacen tales avenidas que todo lo anegan y llenan, así este rugido y sentimiento del alma algunas veces crece tanto, que, anegándola y traspasándola toda, la llena de angustias y dolores espirituales todos sus afectos profundos y fuerzas sobre todo lo que se puede encarecer. Tal es la obra que en ella hace esta noche encubridora de las esperanzas de la luz del dia; porque á este propósito dice tambien el mismo Job: *Nocte os meum perforatur doloribus, et qui me comedunt non dormiunt;* En la noche es horadada mi boca con dolores, y los que me comen no duermen. Aquí por la boca se entiende la voluntad, la cual es traspasada con estos dolores, que en despedazar al alma no cesan ni duermen, porque las dudas y recelos que así la traspasan nunca cesan.

Profunda es esta guerra y combate, porque la paz que espera ha de ser muy profunda, y el dolor espiritual es íntimo y delgado y apurado; porque el amor que ha de poseer ha de ser tambien muy íntimo y apurado; que cuanto mas íntima y esmerada ha de ser y quedar la obra, tanto mas íntima, esmerada y pura ha de ser la labor, y tanto mas fuerte cuanto el edificio mas firme. Por eso, como dice Job, se está marchitando en sí misma el alma y hirviendo sus interiores sin alguna esperanza: *Nunc autem in memetipso marcescit anima mea, et possident me dies afflictionis.* Y ni mas ni menos, porque el alma ha de venir á poseer y gozar en el estado de perfeccion á que por medio de esta purgativa noche camina, inumerables bienes de dones y virtudes, así segun la sustancia del alma, como segun sus potencias, conviene que primero generalmente se vea y sienta ajena y privada de todos ellos, y le parezca que de ellos está tan léjos, que no se pueda persuadir que jamás ha de venir á ellos, sino que todo bien se le acabó. Como tambien lo da á entender Jeremías en la misma autoridad, cuando dice: *Oblitus sum bonorum;* Olvidado estoy de los bienes.

Pero veamos ahora cuál sea la causa por que, siendo esta luz de contemplacion tan suave y amigable para el alma, que no hay mas que desear (pues, como arriba queda dicho, es la misma con que se ha de unir el alma, y hallar en ella todos los bienes en el estado de la perfeccion que deseó), la causa con su embestimiento estos principios penosos y esquivos efectos que aquí habemos dicho. A esta duda fácilmente se responde, diciendo lo que ya en parte habemos dicho, y es, que la causa de esto es que no hay de parte de la contemplacion y infusion divina cosa que de suyo pueda dar pena, antes mucha suavidad y deleite, como después se le dará; pero la causa es la flaqueza y imperfeccion que entonces tiene el alma, y disposiciones que en sí tiene contrarias para recibir aquella suavidad; y así, embistiendo la lumbre divina, hace padecer al alma en la manera ya dicha.

CAPITULO X.

Explícase de raíz esta purgacion por una comparacion.

Para mayor claridad de lo dicho y de lo que se ha de decir, conviene aquí notar que esta purgativa y amorosa noticia ó luz divina que decimos, de la misma manera se ha en el alma, purgándola para unirla consigo perfectamente, como el fuego en el madero para trasformarlo en sí; porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarle á desecar, echándole la humedad fuera y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego le va poniendo negro, escuro y feo, y yéndole secando poco á poco, le va sacando á luz y echando afuera todos los accidentes feos y escuros que tiene contrarios al fuego. Y finalmente, comenzándole á inflamar por de fuera y calentarle, viene á transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego. En el cual término, ya de parte del madero ninguna accion ni pasion hay propia de madero, salvo la cantidad y gravedad menos sútil que la del fuego, teniendo en sí las propiedades y acciones del fuego, porque está seco, y seco está caliente, y caliente calienta; está claro y esclarece, está ligero mucho mas que antes, obrando el fuego en él estas propiedades y efectos. A este modo pues habemos de filosofar acerca de este divino fuego de amor de contemplacion, que antes que una y transforme al alma en sí, primero la purga de todos sus accidentes contrarios. Hácela salir afuera sus fealdades, y pónela negra y escura, y así parece peor que antes; porque, como esta divina purga anda removiendo todos los malos y viciosos humores, que, por estar ellos muy asentados y arraigados en el alma, no los echaba ella de ver; y así, no entendia que tenia en sí tanto mal, y ahora para echarlos fuera y aniquilarlos se

los ponen al ojo, y los ve tan claramente, alumbrada por esta escura luz de divina contemplacion (aunque no es peor que antes para sí ni para Dios), como vió en sí lo que antes no veia, parécele que está tal, que, no solo no está para que Dios la vea, sino para que la aborrezca, y que ya la tiene aborrecida. De esta comparacion podemos ahora entender muchas cosas acerca de lo que vamos diciendo y pensamos decir.

Lo primero, podemos entender cómo la misma luz y la sabiduría amorosa que se ha de unir y transformar al alma es la misma que al principio la purga y dispone, así como el mismo fuego que transforma en sí el madero, incorporándose en él, es el que primero lo estuvo disponiendo para el mismo efecto.

Lo segundo, echarémos de ver cómo estas penalidades no las siente el alma por parte de la divina Sabiduría; pues, como dice el Sabio: *Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa;* Todos los bienes juntos le vinieron al alma con ella; sino de parte de la flaqueza y imperfeccion que tiene el alma para no poder recibir sin esta purgacion la luz divina, suavidad y deleite (así como el madero, que no puede, luego que se aplica el fuego, ser transformado hasta que sea dispuesto), y por eso padece tanto. Lo cual tambien el Eclesiástico aprueba, diciendo lo que él padeció para venirse á unir con ella y gozarla, diciendo así: *Venter meus conturbatus est quaerendo illam: propterea bonam possidebo possessionem;* Mi ánima agonizó en ella, y mis entrañas se turbaron en adquirirla; por eso poseeré buena posesion.

Lo tercero, podemos sacar de aquí de camino la manera de penar de los del purgatorio; porque el fuego no tendria en ellos poder si ellos estuvieran dispuestos para reinar y unirse con Dios por gloria, y no tuviesen culpas por que padecer, que son la materia en que allí prende el fuego, la cual acabada, no hay mas que arder; como aquí, acabadas las imperfecciones, se acaba el penar del alma, y queda el gozar, de la suerte que en esta vida se puede.

Lo cuarto, sacarémos de aquí cómo, al modo que se va purgando y purificando el alma por medio de este fuego de amor, se va mas inflamando en él; así como el madero, al modo y paso que se va disponiendo, se va mas calentando. Aunque esta inflamacion de amor no siempre la siente el alma, sino algunas veces, cuando deja de embestir la contemplacion tan fuertemente; porque entonces tiene lugar el alma de ver y aun de gozar la labor que se va haciendo, porque se la descubren, pareciendo que alzan mano de la obra y sacan el hierro de la hornaza, para que parezca en alguna manera la labor que se va haciendo, y entonces hay lugar para que el alma eche de ver en sí el bien que no veia cuando andaba la obra; así tambien, cuando deja de herir la llama en el madero, se da lugar para que se vea bien cuanto le haya inflamado.

Lo quinto, sacarémos tambien de esta comparacion lo que arriba queda dicho, conviene á saber, cómo sea verdad que después de estos alivios vuelve el alma á padecer mas intensa y delgadamente que antes; porque, después de aquella muestra que se hace cuando ya se han purificado las imperfecciones mas de afuera, vuelve el fuego de amor á herir en lo que está por purificar y consumir mas adentro; en lo cual es mas íntimo, sútil y espiritual el padecer del alma, cuanto le va adelgazando las mas íntimas, delgadas y espirituales imperfecciones, y mas arraigadas en lo de mas adentro. Y esto acaece al modo que en el madero, que, cuanto el fuego va entrando mas adentro, va con mas fuerza y furor disponiéndole lo mas interior para poseerlo.

Lo sexto, sacarémos que, aunque el alma se goza muy ahincadamente en estos intervalos (tanto, que, como dijimos, á veces le parece que no han de volver mas los trabajos, aunque es cierto han de volver presto), no deja de sentir, si advierte (y á veces ella se hace advertir), una raíz que queda, que no deja tener el gozo cumplido, porque parece que está amenazando para volver á embestir, y cuando es así presto vuelve. En fin, aquello que está por purgar y ilustrar mas adentro, no se puede encubrir bien al alma cerca de lo ya purificado, así como tambien en el madero lo que mas adentro está por ilustrar, es bien sensible la diferencia que tiene de lo purgado, y cuando vuelve á embestir mas adentro esta purificacion, no hay que maravillar que le parezca al alma otra vez que todo el bien se le acabó, y que no piense volver mas á los bienes, pues que, puesta en pasiones mas interiores, todo el bien de afuera se le escondió; llevando pues delante de los ojos esta comparacion, con la noticia que ya queda dada sobre el primer verso de la primera cancion de esta escura noche, y sus propiedades terribles, será bueno salir de estas cosas tristes del alma, y comenzar ya á tratar del fruto de sus lágrimas y de sus propiedades dichosas, que se comienzan á cantar desde este segundo verso.

CAPITULO XI.

Comiénzase á explicar el segundo verso de la primera cancion; dice cómo el alma, por fruto de estos rigurosos aprietos, se halla con vehemente pasion de amor divino.

Con ansias en amores inflamada.

En este verso da á entender el alma el fuego de amor que habemos dicho que, á manera del fuego material en el madero, se va prendiendo en el alma en esta noche de contemplacion penosa; la cual inflamacion, aunque es en cierta manera como la que arriba declaramos que pasaba en la parte sensitiva del alma, es en alguna manera tan diferente de aquella esta que ahora dice, como lo es el alma del cuerpo ó la parte espiritual de la sensitiva; porque esta es una inflamacion de amor en el espíritu, en que en medio de estos escuros aprietos se siente estar herida el alma viva y agudamente en fuerte amor divino, con cierto sentimiento y barrunto de Dios, aunque sin entender cosa particular; porque, como decimos, el entendimiento está á escuras.

Siente aquí el espíritu apasionado en amor mucho,



porque esta inflamacion espiritual hace pasion de amor; que, por cuanto este amor es infuso con especial modo, concurre el alma aquí mas á lo pasivo, y así engendra en ella pasion fuerte de amor; y este amor va teniendo ya algo de la perfectísima union con Dios; y así, participa algo de sus propiedades, las cuales son mas principalmente acciones de Dios que de la misma alma recibidas en ella, dando sencilla y amorosamente su consentimiento, aunque el calor y fuerza, temple y pasion de amor ó inflamacion, como aquí la llama el alma, solo el amor de Dios que se va uniendo con ella se le pega; el cual amor, tanto mas lugar y disposicion halla en el alma para unirse con ella y herirla, cuanto mas cerrados, enajenados y inhabilitados le tiene todos los apetitos para poder gustar de cosa del cielo ni de la tierra; lo cual en esta escura purgacion, como ya queda dicho, acaece en gran manera, pues tiene Dios tan destetadas las potencias y tan recogidas, que no puedan gustar de cosa que ellas quieran. Todo lo cual hace Dios á fin de que, apartándolas todas y recogiéndolas para sí, tenga el alma mas fortaleza y habilidad para recibir esta fuerte union de amor de Dios que por este medio purgativo le comienza ya á dar, en que el alma ha de amar con todas sus fuerzas y apetitos espirituales y sensitivos, lo cual no podía ser si ellos se derramasen en gustar otra cosa; que por eso, para poder David recibir la fortaleza de amor de esta union de Dios, le decia: *Fortitudinem meam ad te custodiam*; Mi fortaleza guardaré para tí; esto es, toda la habilidad y apetitos y fuerzas de mis potencias, no queriendo emplear su operacion ni gusto fuera de tí en otra cosa.

Segun esto, en alguna manera se podria considerar cuánta y cuán fuerte será esta inflamacion de amor en el espíritu donde Dios tiene recogidas todas las fuerzas, potencias y apetitos del alma, así espirituales como sensitivos, para que toda esta armonía emplee todas sus virtudes y fuerzas en este amor, y así venga á cumplir de veras y con perfeccion con el primer precepto, que, no desechando nada del hombre ni excluyendo cosa suya de este amor, dice: Amarás á tu Dios de todo tu corazon, de toda tu mente, de toda tu alma y de todas tus fuerzas: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.*

Recogidos pues aquí en esta inflamacion de amor todos los apetitos y fuerzas del alma, estando ella herida y tocada según todos ellos, y apasionada, ¿cuáles podemos entender que serán los movimientos y aficiones de todas estas fuerzas y apetitos, viéndose inflamados y heridos de fuerte amor, y sin satisfaccion de él, en escuridad de él y duda, sin duda padeciendo mas hambre cuanto mas experimentan de Dios? Porque el toque de este amor y fuego divino, de tal manera seca el espíritu y le enciende tanto los afectos por satisfacer su sed, que da mil vueltas en sí, y desea de mil modos y maneras á Dios, con la codicia y deseo que David da muy bien á entender en su salmo, diciendo: *Sitivit in te anima mea: quàm multipliciter tibi caro mea;* Mi alma tuvo sed de tí, cuán de muchas maneras se ha mi carne á tí, esto es, en deseos. Y otra translacion dice: Mi alma tuvo sed de tí, mi alma perece por tí.

Esta es la causa por que dice el alma en el verso: «Con ansias en amores inflamada.» Porque en todas las cosas y pensamientos que en sí revuelve, y en todos los negocios y casos que se le ofrecen, ama de muchas maneras, y desea y padece el deseo tambien á este modo de muchas maneras en todos tiempos y lugáres, no sosegando en cosa, sintiendo esta ansia inflamada y herida, segun el santo Job lo da á entender, diciendo: *Sicut cervus desiderat umbram, et sicut mercenarius praestolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam, quando consurgam? Et rursum expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras;* Así como el ciervo desea la sombra y el mercenario desea el fin de su obra, así tuve yo los meses vacíos y conté las noches prolijas y trabajosas para mí. Si me recostare á dormir diré: ¿Cuándo me levantaré? Y luego esperaré la tarde y seré lleno de dolores hasta las tinieblas. Hácesele á esta alma todo angosto, no cabe en sí, no cabe en el cielo ni en la tierra, y llénase de dolores hasta las tinieblas que aquí dice Job, que hablando especialmente y á nuestro propósito, es un penar y padecer sin consuelo de esperanza cierta de alguna luz y bien espiritual; de donde su ansia y pena en esta inflamacion de amor es mayor, por cuanto es multiplicada de dos partes: lo uno de parte de las tinieblas espirituales en que se ve, que con sus dudas y recelos la afligen; lo otro de parte del amor de Dios, que la inflama y estimula con su herida amorosa, y maravillosamente la atiza; las cuales dos maneras de padecer en semejante sazon da bien á entender Isaías, diciendo: *Anima mea desideravit te in nocte;* Mi alma te deseó en la noche, esto es, en la miseria. Y esta es la una manera de padecer de parte de esta noche escura, pero con mi espíritu, dice, en mis entrañas hasta la mañana velaré á tí: *Sed et spiritu meo in praecordiis meis de manè vigilabo ad te.* Y esta es la segunda manera de padecer en deseo y ansia de parte del amor en las entrañas del espíritu, que son las aficiones espirituales; pero en medio de estas penas escuras y amorosas, siente el alma cierta compañía y fuerza en su interior, que le acompaña y esfuerza tanto, que si se le acaba este peso de apretada tiniebla, muchas veces se siente sola, vacía y floja. Y la causa es entonces que, como la fuerza y eficacia del alma era pegada y comunicada pasivamente del fuego tenebroso de amor que en ella embestia, de ahí es que, cesando de embestir en ella, cesa la tiniebla y la fuerza y calor de amor en el alma.

CAPITULO XII.

Dice cómo esta horrible noche es purgatorio, y cómo en ella ilumina la divina Sabiduría á los hombres en el suelo, con la misma iluminacion que purga y ilumina á los ángeles en el cielo.

De lo dicho echarémos de ver cómo esta escura noche de fuego amoroso, así como á escuras va purgando, así á escuras va el alma inflamándose. Echarémos de

ver tambien que, así como se purgan los predestinados en la otra vida con fuego tenebroso y material, en esta vida se purgan y limpian con fuego amoroso, tenebroso y espiritual; porque esta es la diferencia, que allá se limpian con fuego y acá se limpian y iluminan con amor. El cual amor pidió David, cuando dijo: *Cor mundum crea in me, Deus, etc.* Porque la limpieza de corazon no es menos que el amor y gracia de Dios; que los limpios de corazon son llamados por nuestro Salvador bienaventurados; lo cual es decir tanto como enamorados, pues que bienaventuranza no se da por menos que amor.

Y que se purgue, iluminándose el alma con este fuego de sabiduría amorosa (porque nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde), muéstralo bien Jeremías, diciendo: *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudivit me;* Envió fuego en mis huesos y enseñóme. Y David dice que la sabiduría de Dios es plata examinada en fuego purgativo de amor: *Eloquia Domini, Eloquia casta: argentum igne examinatum.* Porque esta escura contemplacion juntamente infunde en el alma amor y sabiduría á cada uno, segun su necesidad y capacidad, alumbrando al alma y purgándola, como dice el Sabio, de sus ignorancias; y que así lo hizo con él: *Ignorantias meas illuminavit.*

De aquí tambien inferimos que purga estas almas y las ilumina la misma sabiduría de Dios, que purga los ángeles de sus ignorancias, derivándose de Dios por las jerarquías primeras hasta las postreras, y de ahí á los hombres. Que por eso todas las obras que hacen los ángeles y inspiraciones se dice con verdad y propiedad en la Escritura hacerlas Dios y hacerlas ellos; porque de ordinario las deriva por ellos, y ellos tambien de unos en otros sin alguna dilacion; así como el rayo del sol comunicado de muchas vidrieras ordenadas entre sí; que, aunque es verdad que de suyo el rayo pasa por todas, todavía cada una le envia y infunde en la otra mas modificado, conforme al modo de aquella vidriera, algo mas abreviada y remisamente, segun ella está mas ó menos cerca del sol. De donde se sigue que los superiores espíritus y los inferiores cuanto mas cercanos están de Dios, tanto están mas purgados y clarificados con mas general purgacion, y que los postreros recibirán esta ilustracion mas tenue y remota. De donde se sigue que siendo el hombre inferior á los ángeles, cuando Dios le quiere dar esta contemplacion, la ha de recibir á su modo mas limitada y penosamente. Porque la luz de Dios, que al ángel ilumina, esclareciéndole y encendiéndole en amor, como á puro espíritu dispuesto para la tal infusion, al hombre, por ser impuro y flaco, regularmente le ilumina (como arriba queda dicho) en escuridad, pena y aprieto (como hace el sol al ojo enfermo, que le alumbra aflictivamente) hasta que este mismo fuego de amor le espiritualice y sutilice, purificándole, para que con suavidad pueda recibir la union de esta amorosa influencia á modo de los ángeles, ya purgado, como despues dirémos, mediante el Señor; porque almas hay que en esta vida recibieron mas perfecta iluminacion que los ángeles. Pero en el entre tanto esta contemplacion y noticia amorosa recíbela en el aprieto y ansia amorosa que aquí decimos.

Esta inflamacion y ansia de amor no siempre la anda el alma sintiendo; porque á los principios que comienza esta purgacion espiritual, todo se le va á este divino fuego mas en enjugar y disponer la madera del alma que en calentarla; pero ya, cuando este fuego va calentando el alma, muy de ordinario siente esta inflamacion y calor de amor. Aquí, como se va mas purgando el entendimiento por medio de esta tiniebla, acaece que algunas veces esta mística y amorosa teología, juntamente con inflamar la voluntad hiere tambien, ilustrando la otra potencia del entendimiento con alguna noticia y lumbre divina, tan sabrosa y divinamente, que, ayudada de ella la voluntad, se afervora maravillosamente, ardiendo en ella este divino fuego de amor en vivas llamas, de manera que ya al alma le parece vivo fuego con la viva inteligencia que se le da. Y de aquí es lo que dice David en un salmo: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis;* Calentóse mi corazon dentro de mí, y con tanto fuego, que yo entendia se encendia. Y este encendimiento de amor con union de estas dos potencias, entendimiento y voluntad, es cosa de gran riqueza y deleite para el alma, porque es cierto que en esta escuridad tiene ya principios de la perfeccion de la union de amor que espera. Y así, á este toque de tan subido sentir y amor de Dios no se llega sino habiendo pasado muchos trabajos y gran parte de la purgacion; mas para otros grados mas bajos que ordinariamente acaecen no es menester tanta purgacion.

CAPITULO XIII.

De otros sabrosos efectos que obra en el alma esta escura noche de contemplacion.

Por este modo de inflamacion podemos entender algunos de los sabrosos efectos que vaya obrando en el alma esta escura noche de contemplacion; porque algunas veces en medio de estas escuridades es ilustrada el alma y luce la luz en las tinieblas, derivándose derechamente esta influencia mística al entendimiento, y participando algo la voluntad con una serenidad y sencillez tan delgada y deleitable al sentido del alma, que no se le puede poner nombre, unas veces en una manera de sentir de Dios, otras en otra. Algunas veces tambien hiere juntamente en la voluntad y prende él al amor subida, tierna y fuertemente; porque ya decimos que se unen algunas veces estas dos potencias, entendimiento y voluntad, cuanto se va mas purgando el entendimiento, tanto mas perfecta y delicadamente. Pero antes de llegar aquí, mas comun es sentirse en la voluntad el toque de la inflamacion que en el entendimiento el toque de la perfecta inteligencia.

Esta inflamacion y sed de amor, por ser ya aquí del Espíritu Santo, es diferentísima de la otra que dijimos en la noche del sentido. Porque, aunque aquí el sentido tambien lleva su parte, porque no deja de participar del trabajo del espíritu, pero la raíz y el vivo de la

sed de amor siéntese en la parte superior del alma, esto es, en el espíritu, sintiendo y entendiendo de tal manera lo que siente, y la falta que le hace lo que desea, que todo el penar del sentido, aunque sin comparacion es mayor que en la primera noche sensitiva, no le tiene en nada, porque en el interior conoce una falta de un gran bien, que con nada se puede remediar.

Pero aquí conviene notar que, aunque á los principios, cuando comienza esta noche espiritual, no se siente esta inflamacion de amor, por no haber obrado este fuego de amor, en lugar de eso, da desde luego Dios al alma un amor estimativo tan grande de Dios, que, como habémos dicho, todo lo mas que padece y siente en los trabajos de esta noche es ansia de pensar si tiene perdido á Dios y está dejada de él. Y así, siempre podemos decir que, desde el principio de esta noche va el alma tocada con ansias de amor, ahora de estimacion, ahora tambien de inflamacion. Y vese que la mayor pasion que siente entre estos trabajos es este recelo; porque, si entonces se pudiera certificar que no está todo perdido y acabado, sino que aquello que pasa es por mejor, como lo es, y que Dios no está enojado, no se le daria nada de todas aquellas penas, antes se holgaria sabiendo que de ello se sirve Dios. Porque es tan grande el amor de estimacion que tiene á Dios, aun á escuras, sin sentirle ella, que, no solo eso, sino que holgaria mucho de morir muchas veces por satisfacerle. Pero, cuando ya la llama ha inflamado al alma, juntamente con la estimacion que ya tiene de Dios, suele cobrar tal fuerza y brio y tal ansia por Dios, comunicándosela el calor de amor, que con grande osadía, sin mirar en cosa alguna ni tener respeto á nada, en la fuerza y embriaguez del amor, sin mirar mucho lo que hace, haria cosas extrañas y inusitadas por cualquier modo y manera que se le ofreciese, por poder encontrar con el que ama su ánima.

Esta es la causa por que á María Magdalena, con ser tan noble, no le hizo al caso la turba de hombres principales y no principales del convite que se hacia en casa del fariseo, como dice san Lúcas, ni el mirar que no venia bien ni lo parecia ir á llorar y derramar lágrimas entre los convidados, á trueque de (sin dilatar una hora, esperando otro tiempo y razon) poder llegar ante aquel de quien estaba ya su alma herida y inflamada. Y esta es la embriaguez y osadía de amor, que, con saber que su Amado estaba encerrado en el sepulcro, con una grande piedra sellado, y cercado de soldados que le guardaban, no le dió lugar para que alguna de estas cosas se le pusiese delante para dejar de ir antes del dia con los ungüentos á ungirle. Y finalmente, esta embriaguez y ansia de amor le hizo preguntar al que, creyendo que era hortelano y le habia hurtado del sepulcro, que le dijese, si le habia él tomado, dónde le habia puesto, para que ella lo tomase: *Si tu sustulisti eum, dicito mihi ubi posuisti eum? Et ego eum tollam.* No mirando que aquella pregunta en libre juicio y razon no era tan prudente, pues que está claro que si el otro le habia hurtado, no se lo habia de decir, ni menos se lo habia de dejar tomar; porque esto tiene la vehemencia y fuerza del amor, que todo le parece posible, y todos le parece que andan en lo mismo que anda él; porque no cree que hay otra cosa en que nadie se deje emplear ni buscar otra, sino á quien ella busca y á quien ella ama; pareciéndole que no hay qué querer ni en qué se emplear sino en aquello. Que por eso, cuando la Esposa salió á buscar á su Amado por las plazas y arrabales, creyendo que los demás andaban en lo mismo, les dijo que si lo hallasen, le dijesen de ella que penaba por su amor. Tal era la fuerza del amor de esta María, que le pareció que si el hortelano le dijera dónde le habia escondido, fuera ella y le tomara aunque mas le fuera defendido. A este talle pues son las ansias de amor que va sintiendo esta alma cuando va ya aprovechada en esta espiritual purgacion. Porque de noche se levanta (esto es, en estas tinieblas purgativas) segun las afiiciones de la voluntad. Y con las ansias y fuerzas que la leona ó osa va á buscar sus cachorros cuando se los han quitado, y no los halla, anda esta herida alma á buscar á su Dios. Porque, como está en tinieblas, siéntese sin él, estando muriendo de amor por él. Y este es el amor impaciente, en que no puede durar mucho el sugeto sin recibir ó morir, segun el que tenia Raquel á los hijos cuando dijo á Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar;* Dame hijos; si no, moriré.

Pero es aquí de ver cómo el alma, sintiéndose tan miserable y tan indigna de Dios como se siente en estas tinieblas purgativas, tenga tan osada y atrevida fuerza para irse á juntar con Dios. La causa es que, como ya el amor le va dando fuerzas con que ame de veras, y la propiedad del amor sea querer unir, juntar y igualar y asimilar á la cosa amada para perficionarse en el bien de amor, de aquí es que, no estando esta alma perficionada en amor por no haber llegado á la union, la hambre y sed que tiene de lo que le falta, que es la union y las fuerzas, que ya el amor ha puesto en la voluntad con que la ha apasionado, la haga ser osada y atrevida segun la voluntad inflamada, aunque segun el entendimiento, por estar á escuras, se siente indigna y miserable.

No quiero dejar de decir aquí la causa por que, pues esta luz divina es siempre luz para el alma, no la da luego que embiste en ella, como lo hace después; antes le causa las tinieblas y trabajos que habemos dicho. Algo estaba ya dicho; pero á este particular se responde que las tinieblas y los demás males que el alma siente cuando esta divina luz embiste, no son tinieblas ni males de la luz, sino de la misma alma, y la luz la alumbra para que las vea. De donde desde luego le da luz esta luz divina, pero con ella no puede ver el alma primero sino lo que tiene mas cerca de sí, ó por mejor decir, en sí, que son sus tinieblas ó miserias, las cuales ve ya por la misericordia de Dios, y antes no las veia, porque no daba en ella esta luz sobrenatural. Y esta es la causa por que al principio no siente sino tinieblas y males. Mas después de purgada por el conocimiento y sentimiento de ellos, tendrá ojos para que se le muestren

los bienes de esta luz divina; y expelidas y quitadas todas estas tinieblas y imperfecciones del alma, ya parece que se van conociendo los provechos y bienes grandes que va consiguiendo el alma en esta dichosa noche.

Por lo dicho queda entendido cómo Dios hace mercedes aquí al alma de limpiarla con esta fuerte lejía y amarga purga, segun la parte sensitiva y espiritual de todas las aficiones y hábitos imperfectos que en sí tenia acerca de lo temporal y de lo natural, sensitivo y espiritual, escureciéndole las potencias interiores, y vaciándoselas acerca de todo esto, y apretándole y enjugándole las aficiones sensitivas y espirituales, y debilitándole y adelgazándole las fuerzas naturales del ánima acerca de todo ello (lo cual nunca el alma por sí misma pudiera conseguir, como luego dirémos), haciéndola Dios desfallecer en esta manera á todo lo que no es Dios, para irla vistiendo de nuevo, desnudada y desollada ya ella de su antigua piel; y así, se le renueva, como al águila, su juventud, quedando vestida del nuevo hombre, que es criado, como dice el Apóstol, segun Dios: *Et induitu novum hominem, qui secundùm Deum creatus est.* Lo cual no es otra cosa sino alumbrarle el entendimiento con lumbre sobrenatural, de manera que el entendimiento humano se haga divino, unido con el divino. Y ni mas ni menos inflámale la voluntad con amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la divina voluntad y amor, y la memoria ni mas ni menos, y tambien las aficiones y apetitos todos mudados segun Dios divinamente; y así, esta alma será ya alma del cielo, celestial y mas divina que humana. Todo lo cual, segun se habrá echado de ver bien por lo que habemos dicho, va Dios haciendo y obrando en ella por medio de esta noche, ilustrándola y inflamándola divinamente con ansias de solo Dios, y no de otra cosa alguna. Por lo cual muy justa y razonablemente añade luego el alma el tercer verso de la cancion, que, con los demás de ella, pondrémos y explicarémos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

En que se ponen y explican los tres versos últimos de la primera cancion.

¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

La dichosa ventura que el alma canta en el primero de estos tres versos, fué por lo que dice en los dos que se le siguen, donde toma la metáfora del que, por hacer mejor su hecho, sale de su casa de noche y á escuras, sosegados ya los de la casa, porque ninguno se lo estorbe. Que, como esta alma habia de salir á hacer un hecho tan heróico y tan raro, que era unirse con su Amado divino, sale afuera, porque el Amado no se halla sino solo afuera, en la soledad; y por eso la Esposa le deseaba hallar solo, diciendo: *Quis mihi det se fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te? etc.*; ¿Quién te me diese, hermano mio que te hallase yo afuera y comunicase contigo mi amor? Conveníale al alma enamorada, para conseguir su fin deseado, hacerlo tambien así, que saliese de noche, adormidos y sosegados todos los domésticos de su casa; esto es, las operaciones bajas, pasiones y apetitos de su alma, apagados y adormidos por medio de esta noche, que son la gente de casa, que, recordada siempre, estorba al alma estos sus bienes, enemiga de que salga libre de ellos; porque estos son los domésticos que dice nuestro Salvador en el sagrado Evangelio que son los enemigos del hombre: *Et inimici hominis domestici ejus.* Y así, convenia que las operaciones de estos con sus movimientos estuviesen dormidos en esta noche, para que no impidan al alma los bienes sobrenaturales de la union de amor de Dios, porque durante la viveza y operacion de estos no puede alcanzarse. Que toda su obra y movimiento antes estorba que ayuda á recibir los bienes espirituales de la union de amor. Por cuanto queda corta toda habilidad natural acerca de los bienes sobrenaturales, que Dios por sola infusion suya pone en el alma pasiva y secretamente y en silencio; y así, es menester que lo tengan todas las potencias para recibirle, no entremetiendo allí su baja obra y vil inclinacion.

Pero fué dichosa ventura para esta alma que Dios en esta noche le adormeciese toda la gente de su casa; esto es, todas las potencias, pasiones, aficiones y apetitos que viven en el alma sensitiva y espiritual, para que ella llegase á la union espiritual de perfecto amor de Dios, «Sin ser notada;» esto es, sin ser impedida de ellas, por quedar adormecidas y mortificadas en esta noche, como está dicho. ¡Oh cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad! No lo puede bien entender sino fuere, á mi ver, el alma que ha gustado de ello; porque verá claro cuán mísera servidumbre era la que tenia, y á cuántas miserias estaba sujeta cuando lo estaba al sabor de sus pasiones y apetitos, y conocerá cómo la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables, de los cuales irémos notando algunos en las siguientes canciones, en que se verá mas claro cuánta razon tenga el alma de contar por dichosa ventura el tránsito de esta horrenda noche.

CAPITULO XV.

Pónese la segunda cancion y su declaracion.

A escuras y segura,
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A escuras y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.

Va el alma cantando en esta cancion todavía algunas propiedades de la escuridad de esta noche, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas. Dícelas, respondiendo á cierta objeccion tácita, advirtiendo que no se piense que por haber en esta noche y escuridad pasado por tantas tormentas de angustias, dudas, recelos y



horrores como se ha dicho, corria por eso mas peligro de perderse; antes en la escuridad de esta noche se ganó, porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que le impedian siempre el paso, porque en la escuridad de la noche iba mudado el traje y disfrazada con tres libreas ó colores que después dirémos, y por una escala muy secreta, que ninguno de casa lo sabia (que, como tambien en su lugar notarémos, es la viva fe), salió tan encubierta y en celada, para poder bien hacer su hecho, que no podia dejar de ir muy segura, mayormente estando ya en esta noche purgativa los apetitos, aficiones y pasiones de su ánima adormidos, mortificados y apagados, que son los que, estando despiertos y vivos, no se lo consintieran.

CAPITULO XVI.

Pónese el primer verso, y explícase cómo yendo el alma á escuras, va segura.

A escuras y segura.

La escuridad que aquí dice el alma, ya habemos dicho que es acerca de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, que todas se escurecen de su natural lumbre en esta noche, para que, purgándose acerca de ella, puedan ser ilustradas con la sobrenatural, porque los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados, sin poder gustar sabrosamente de cosa ni divina ni humana; las aficiones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover á ella ni hallar arrimo en nada; la imaginacion atada, sin poder hacer algun discurso de bien; la memoria acabada, el entendimiento entenebrecido; y de aquí tambien la voluntad seca y apretada, y todas las potencias vacías, y sobre todo esto, una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y como ajenada de Dios. De esta manera *á escuras* dice que iba *segura*. La causa de esto está bien declarada, porque ordinariamente el alma nunca yerra sino por sus apetitos ó sus gustos, ó sus discursos ó sus inteligencias ó sus aficiones, en las cuales de ordinario excede ó falta, ó varia ó desatina, y de ahí se inclina á lo que no conviene. De donde, impedidas todas estas operaciones y movimientos, está claro que queda el alma segura de errar en ellos; porque, no solo se libra de sí, sino tambien de los otros enemigos, que son mundo y demonio; los cuales, apagadas las aficiones y operaciones del alma, no le pueden hacer guerra por otra parte ni de otra manera.

De aquí se sigue que, cuanto el alma va mas á escuras y vacía de sus operaciones naturales, tanto va mas segura. Porque, como dice el Profeta: *Perditio tua Israel: tantummodo in me auxilium tuum;* La perdicion al alma tan solamente le viene de sí misma (esto es, de sus operaciones y apetitos interiores y sensitivos no concertados), y el bien, dice Dios, solamente de mí. Por tanto, impedida ella así de sus males, resta que le vengan luego los bienes de la union con Dios en sus apetitos y potencias, que las hará divinas y celestiales. De donde en el tiempo de estas tinieblas, si el alma mira en ello, echará de ver muy bien cuán poco se le divierte el apetito y las potencias á cosas inútiles y vanas, y qué segura está de vanagloria y soberbia y presuncion, vano y falso gozo, y de otras muchas cosas. Luego bien se sigue que por ir á escuras, no solo no va perdida, sino aun muy ganada, pues aquí va ganando las virtudes.

Pero á la duda que de aquí nace luego, conviene á saber, que, pues las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la ganan y aseguran, ¿por qué en esta noche le escurece Dios los apetitos y potencias tambien acerca de estas cosas buenas, de manera que tampoco pueda gozar de ellas ni tratarlas como las demás, y aun en alguna manera menos? Respóndese que entonces la conviene mucho el vacío de su operacion y gusto, aun acerca de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos bajos y impuros; y así, aunque se les diese sabor y trato de las cosas sobrenaturales y divinas á estas potencias, no le podrian recibir sino bajamente; porque, como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe está en el recipiente al modo que la recibe; de donde, porque estas naturales potencias no tienen pureza ni fuerza ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales al modo de ellas, que es divino, sino el suyo, conviene que sean tambien escurecidas acerca de esto divino para perfecta purgacion; porque, destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel bajo modo de obrar y recibir, y así vengan á quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma para poder recibir, sentir y gustar lo divino alta y subidamente; lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo. De aquí es que todo lo espiritual, si de arriba no viene comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrío y apetito humano, aunque mas se ejercite el gusto y apetito del hombre y sus potencias con Dios, y por mucho que les parezca gustan de él, no le gustan en esta manera divina y perfectamente. Acerca de lo cual (si este fuera lugar de ello) pudiéramos declarar aquí cómo hay muchas personas que tienen muchos gustos y aficiones y operaciones de sus potencias acerca de Dios y de cosas espirituales, y por ventura pensarán ellos que aquello es sobrenatural y espiritual, no siendo quizá mas que actos y apetitos muy naturales y humanos, que, como los tienen de las demás cosas, los tienen con el mismo temple de aquellas cosas buenas por cierta facilidad natural que tienen en mover el apetito y potencias á cualquier cosa. Si por ventura tuviéremos ocasion en lo restante, lo tratarémos, diciendo algunas señales de cuando los movimientos y acciones interiores del alma sean solo naturales, y cuando solo espirituales, y cuando espirituales y naturales acerca del trato con Dios. Basta aquí saber que para que los actos y movimientos interiores del alma puedan venir á ser movidos por Dios alta y divinamente, primero han de ser adormidos y escurecidos y sosegados en lo natural acerca de toda su habilidad y operacion, hasta que desfallezcan.

Oh pues, alma espiritual, cuando vieres escurecido

tu apetito, tus aficiones secas, y apretadas y inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso; antes lo ten á buena dicha, pues que te va Dios librando de tí misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarias tan cabal, perfecta y seguramente, á causa de la impureza y torpeza de ellas, como ahora, que, tomando Dios la mano, te guia á escuras, como á ciego, adonde y por donde tú no sabes, ni jamás por tus ojos y piés, por bien que anduvieras, atinaras á caminar.

La causa tambien por que el alma, no solo va segura cuando así va á escuras, sino aun se va mas ganando y aprovechando, es porque comunmente cuando el alma va recibiendo mejoría de nuevo y aprovechando es por donde ella menos entiende, antes muy ordinario piensa que se va perdiendo. Porque, como ella nunca ha experimentado aquella novedad, que la hace deslumbrar y desatinar de su primer modo de proceder, antes piensa que se va perdiendo que acertando y ganando, como ve que se pierde acerca de lo que sabia y gustaba, y se va por donde no sabe ni gusta. Así como el caminante que para ir á nuevas tierras no sabidas va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados, por el dicho de otro, y no por lo que él se sabia, que claro está no podria venir á nuevas tierras sino por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabia; así, de la misma manera el alma, cuando va mas aprovechando, va á escuras y no sabiendo. Por tanto, siendo, como hemos dicho, Dios el maestro de este ciego del alma, bien puede ella, ya que lo ha venido á entender, con verdad alegrarse y decir: «A escuras y segura.» Otra causa tambien hay por que en estas tinieblas ha ido el alma segura, y es porque ha ido padeciendo, que el camino de padecer es mas seguro y aun mas provechoso que el de gozar y hacer. Lo uno, porque en el padecer se le añaden fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas y imperfecciones; y lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes, y purificando el alma y haciéndola mas sabia y cauta.

Pero aquí hay otra mas principal causa por que yendo el alma á escuras va segura, y es de parte de la dicha luz ó sabiduría escura; porque de tal manera la absorbe y embebe en sí esta escura noche de contemplacion, y la pone tan cerca de Dios, que la ampara y libra de todo lo que no es Dios; porque, como está aquí puesta en cura el alma, para que consiga su salud, que es el mismo Dios, tiénela su Majestad en dieta y abstinencia de todas las cosas, estragado el apetito para todas ellas; bien así como para que sane el enfermo que en su casa está estimado, le tienen tan adentro guardado, que no le dejan tocar del aire ni gozar de la luz, ni que sienta las pisadas ni aun el rumor de los de la casa, y la comida muy delicada y muy por tasa, de sustancia mas que de sabor.

Todas estas propiedades, que todas son de seguridad y guarda del alma, causa en ella esta escura contemplacion, porque ella está puesta más acerca de Dios; que á la verdad, cuanto el alma mas á él se acerca, mas escuras tinieblas siente y mas profunda escuridad por su flaqueza; así como el que mas cerca del sol llegase, mas tinieblas y pena le causaria su grande resplandor, por la flaqueza, impureza y cortedad de sus ojos; de donde, tan inmensa es la luz espiritual de Dios, y tanto excede al entendimiento, que cuando llega mas cerca le ciega y escurece. Y esta es la causa por que dice David que puso Dios por su escondrijo, y cubierto las tinieblas, y su tabernáculo en rededor de sí, tenebrosa agua en las nubes del aire: *Et posuit tenebras latibulum suum in circuitu ejus tabernaculum ejus: tenebrosa aqua in nubibus aeris.* La cual agua tenebrosa en las nubes del aire es la escura contemplacion y sabiduría divina en las almas, como vamos diciendo; lo cual ellas van sintiendo como cosa que está cerca del tabernáculo, donde él mora, cuando Dios las va juntando mas á sí. Y así, lo que en Dios es luz y claridad mas alta, es para el hombre tinieblas oscuras (como dice san Pablo), segun lo declara el real profeta David en el mismo salmo, diciendo: *Prae fulgore in conspectu ejus nubes transierunt;* Por causa del resplandor que está en su presencia salieron nubes y cataratas, conviene á saber, para el entendimiento natural; cuya luz, como dice Isaías, *Obtenebrata est in caligine ejus.* ¡Oh miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanta dificultad la verdad se conoce! Pues lo mas claro y verdadero nos es mas escuro y dudoso, y por eso huimos de ello, siendo lo que mas nos conviene; y lo que mas luce y llena nuestros ojos lo abrazamos y damos tras de ello, siendo lo que peor nos está y lo que á cada paso nos hace dar de ojos. ¡En cuánto temor y peligro vive el hombre, pues la misma lumbre de sus ojos natural, con que se guia, es la primera que le encandila y engaña para ir á Dios! ¡Y que si ha de acertar á ver por dónde va tenga necesidad de llevar cerrados los ojos y ir á escuras, para ir segura de los enemigos domésticos de su casa, que son sus sentidos y potencias! Bien está pues aquí el alma escondida y amparada en esta agua tenebrosa, que está cerca de Dios; porque, así como al mismo Dios sirve de tabernáculo y morada, le servirá de otro tanto á ella y de amparo perfecto y seguridad, aunque en tinieblas, donde está escondida y amparada de sí misma y de todos los demás daños de criaturas, como habemos dicho; porque de las tales tambien se entiende lo que dice David en otro salmo: *Abscondes eos in abscondito faciei tuae à conturbatione hominum: proteges eos in tabernaculo tuo à contradictione linguarum;* Esconderlos has en el escondrijo de tu rostro de la turbacion de los hombres; ampararlos has en tu tabernáculo de la contradiccion de las lenguas. En lo cual se entiende toda manera de amparo; porque estar escondidos en el rostro de Dios de la turbacion de los hombres es estar fortalecidos con esta escura contemplacion contra todas las ocasiones que de parte de los hombres les pueden sobrevenir, y estar amparados en su tabernáculo de la contra-

diccion de las lenguas es estar el alma engolfada en esta agua tenebrosa, que es el tabernáculo que habemos dicho de David. De donde, por tener el alma todos los apetitos y aficiones destetados y las potencias escurecidas, está libre de todas las imperfecciones que contradicen al espíritu, así de su misma carne como de las demás criaturas; de donde esta alma bien puede decir que va «á escuras y segura».

Hay tambien otra causa, no menos eficaz que la pasada, para acabar bien de entender que esta alma va bien, aunque á escuras, y es por la fortaleza que desde luego esta escura, penosa y tenebrosa agua de Dios pone en el alma; que al fin, aunque es tenebrosa, es agua, y por eso no ha de dejar de reficionar y fortalecer al alma en lo que mas le conviene, aunque á escuras y penosamente. Porque desde luego ve el alma en sí una verdadera determinacion y eficacia de no hacer cosa que entienda ser ofensa de Dios, ni dejar de hacer lo que le parece cosa de su servicio; porque aquel amor escuro se le pega con un muy vigilante cuidado y solicitud interior de lo que hará ó dejará de hacer por él, para contentarle, mirando y dando mil vueltas si ha sido causa de enojarle; y todo esto con mucho mas cuidado y solicitud que antes, como arriba queda dicho en lo de las ansias de amor. Porque aquí todos los apetitos y fuerzas y potencias del alma, como están recogidas de todas las demás cosas, emplean su conato y fuerza solo en obsequio de su Dios. De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas criadas á la dulce y deleitosa union de amor de Dios, «á escuras y segura.»

CAPITULO XVII.

Pónese el segundo verso, y explícase cómo esta escura contemplacion sea secreta.

Por la secreta escala disfrazada.

Tres propiedades conviene declarar acerca de tres vocablos que contiene el presente verso. Las dos, que son *secreta* y *escala*, pertenecen á la noche escura de contemplacion, que vamos tratando; pero la tercera, que es *disfrazada*, toca en el modo que lleva el alma en esta noche. Cuanto á lo primero, es de saber que el alma llama aquí en este verso á esta escura contemplacion, por donde ella va saliendo á la union de amor, «secreta escala», por dos propiedades que hay en ella, las cuales irémos declarando. Primeramente llama secreta á esta contemplacion tenebrosa; por cuanto, segun habemos tocado arriba, ésta es la teología mística, que llaman los teólogos sabiduría secreta, la cual dice santo Tomás que se comunica y infunde en el alma mas particularmente por amor; y esto acaece secretamente á escuras de la obra natural del entendimiento y de las demás potencias. De donde, por cuanto las dichas potencias no lo alcanzan, sino que el Espíritu Santo la infunde en el alma, como dice la Esposa en los *Cantares*, sin entender ella cómo sea, se llama secreta. Y á la verdad, no solo ella no lo entiende, pero nadie, ni el mismo demonio, por cuanto el maestro que la enseña está dentro del alma sustancialmente; y no solo por eso se puede llamar secreta, sino tambien por los efectos que causa en el alma; porque, no solamente en las tinieblas y aprietos de la purgacion, cuando esta sabiduría secreta purga el alma, es secreta para no saber decir de ella el alma nada, mas tambien después en la iluminacion, cuando mas á las claras se le comunica esta sabiduría, le es al alma tan secreta para discernir y ponerle nombre para decirlo, que, demás que ninguna gana le da al alma de decirla, no halla modo ni manera ni símil que le cuadre, para poder significar inteligencia tan subida y sentimiento espiritual tan delicado y infuso. Y así, aunque mas gana tuviese de decirlo, y mas significaciones trujese, siempre se quedaria secreto; porque, como aquella sabiduría interior es tan sencilla, tan general y espiritual, que no entró al entendimiento envuelta ni paliada con alguna especie ó imágen sujeta al sentido, segun algunas veces sucede, de aquí es que el sentido y imaginativa, cuando no entró por ellas ni sintió su traje y color, no saben dar razon ni imaginarla de manera que puedan decir bien algo de ella, aunque claramente ve el alma que entiende y gusta aquella sabrosa y peregrina sabiduría; bien así como el que viese una cosa nunca vista, cuyo semejante tampoco nunca vió, que, aunque la entendiese y gustase, no la sabria poner nombre ni decir lo que es, aunque mas hiciese, y esto con ser cosa que la percibió por los sentidos. ¿Cuánto menos pues se podrá manifestar lo que no entró por ellos? Que esto tiene el lenguaje de Dios, que cuando es muy íntimo, infuso y espiritual, que excede todo sentido, luego hace cesar y enmudecer toda la armonía y habilidad de los sentidos exteriores y interiores; de lo cual tenemos autoridades y ejemplos juntamente en la divina Escritura. Porque la cortedad del manifestarlo y hablarlo exteriormente mostró Jeremías cuando, habiendo hablado Dios con él, no supo qué decir, sino ah, ah, ah; y la cortedad del interior, esto es, del sentido interior de la imaginacion, y juntamente la del exterior acerca de esto, tambien la manifestó Moisen delante de Dios en la zarza, cuando, no solamente dijo á Dios que después que hablaba con él no sabia ni acertaba á hablar, pero ni aun, segun se dice en los *Actos de los apóstoles*, se atrevia á considerar, pareciéndole que la imaginacion estaba muy léjos y muda: *Tremefactus autem Moyses non audebat considerare.* Que, como la sabiduría de esta contemplacion es lenguaje de Dios al alma de puro espíritu, como no lo son los sentidos, no lo perciben; y así, les es secreto y no lo saben ni pueden decir.

De donde podemos sacar la causa por que algunas personas que van por este camino, que por tener almas buenas y temerosas querrian dar cuenta á quien las rige de lo que tienen, y no saben ni pueden; y así, tienen en decirlo grande repugnancia, mayormente cuando la contemplacion es algo mas sencilla, que la misma alma apenas la siente, que solo saben decir que el alma está satisfecha y quieta ó contenta, y decir que sienten á Dios y que les va bien á su parecer; mas no

hay decir lo que el alma tiene, sino por términos generales semejantes á los dichos. Otra cosa es, cuando las cosas que el alma tiene son particulares, como visiones, sentimientos, etc.; las cuales, como ordinariamente se reciben debajo de alguna especie que participa el sentido, que entonces debajo de aquella especie se puede, ó de otra semejanza, decir. Pero este poderlo decir, ya no es en razon de pura contemplacion, porque esta apenas se puede decir, y por eso se llama secreta.

Y no solo por eso se llama y es secreta, sino tambien porque esta sabiduría mística tiene propiedad de esconder al alma en sí; que, demás de lo ordinario, algunas veces de tal manera absorbe al alma y la sume en su abismo secreto, que ella echa de ver claramente que está puesta dejadísima y remotísima de toda criatura; de suerte que le parece que la colocan en una profunda y anchísima soledad, donde no puede llegar alguna humana criatura, como un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin, tanto mas deleitoso, sabroso y amoroso, cuanto mas profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta, cuanto se ve levantada sobre toda temporal criatura. Y tanto levanta y engrandece entonces este abismo de sabiduría al alma, metiéndola en las venas de la ciencia de amor, que la hace conocer, no solamente que va muy baja toda condicion de criatura acerca de este supremo saber y sentir divino, sino tambien echa de ver cuán bajos y cortos y en alguna manera impropios son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas divinas, y que no es posible por via y modo natural, aunque mas alta y sabiamente se hable en ellas, poder conocer y sentir de ellas como ellas son, sino con la iluminacion de esta mística teología. Y así, viendo el alma en la iluminacion de ella esta verdad, de que no se puede alcanzar ni menos declarar con términos humanos ni vulgares, con razon llámala secreta.

Esta propiedad de ser secreta y sobre la capacidad natural esta divina contemplacion, tiénela, no solo por ser cosa sobrenatural, sino tambien en cuanto es guia que guia al alma á las perfecciones de la union de Dios; las cuales, como son cosas no sabidas humanamente, hase de caminar á ellas no sabiendo y divinamente ignorando; porque, hablando místicamente como aquí vamos hablando, estas cosas no se conocen ni entienden como ellas son cuando las van buscando, sino cuando las tienen halladas y ejercitadas; porque á este propósito dice el profeta Baruc de esta sabiduría divina: *Non est qui possit scire vias ejus, neque qui exquirat semitas ejus;* No hay quien pueda saber sus vias ni quien pueda pensar sus sendas. Tambien el profeta real, de este camino del alma, dice de esta manera, hablando con Dios: *Illuxerunt corruscationes tuae orbi terrae: commota est et contremuit terra: in mari via tua et semitae tuae in aquis multis: et vestigia tua non cognoscentur;* Tus ilustraciones lucieron y alumbraron á la redondez de la tierra, conmovióse y tembló la tierra; en el mar está tu camino, y tus sendas en muchas aguas, y tus pisadas no serán conocidas. Todo lo cual, hablando espiritualmente, se entiende al propósito que vamos diciendo; porque, alumbrar las ilustraciones de Dios á la redondez de la tierra, es la ilustracion que hace esta divina contemplacion en las potencias del alma, y conmoverse y temer la tierra, es la purgacion penosa que en ella causa; y decir que el camino de Dios por donde el alma va á él es en el mar, y sus pisadas en muchas aguas, y que por eso no serán conocidas, es decir, que este camino de ir á Dios es tan secreto y oculto para el sentido del alma, como lo es para el del cuerpo el que se lleva por la mar, cuyas sendas y pisadas no se conocen; que esta propiedad tienen los pasos y pisadas que Dios va dando en las almas que quiere llevar á sí, haciéndolas grandes en la union de su sabiduría, que no se conocen; por lo cual en el *Libro de Job* se dicen, encareciendo este negocio, estas palabras: *Numquid nosti semitas nubium magnas et perfectas scientias?* ¿Por ventura has tú conocido las sendas de las nubes grandes ó las perfectas ciencias? Entendiendo por esto las vias y caminos por donde Dios va engrandeciendo á las almas y perficionándolas en su sabiduría, las cuales son aquí entendidas por las nubes. Queda pues que esta contemplacion que va guiando al alma á Dios es sabiduría secreta.

CAPITULO XVIII.

Declárase cómo esta sabiduría secreta sea tambien escala.

Resta de ver lo segundo, conviene á saber, cómo esta sabiduría secreta sea tambien escala; acerca de lo cual es de saber que por muchas razones podemos llamar á esta secreta contemplacion *escala*. Primeramente, porque, así como con la escala se sube y se escalan los bienes y tesoros que hay en las fortalezas, así tambien por esa secreta contemplacion, sin saberse cómo, sube el alma á escalar, conocer y poseer los bienes y tesoros del cielo; lo cual da bien á entender el real profeta David cuando dice: *Beatus vir, cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrimarum in loco quem posuit. Etenim benedictionem dabit legislator, ibunt de virtute in virtutem: videbitur Deus deorum in Sion;* Bienaventurado el que tiene tu favor y ayuda, porque en su corazon de este tal puso sus subidas en el valle de lágrimas en el lugar que puso; porque de esta manera el Señor de la ley dará bendicion, y irán de virtud en virtud, como de grado en grado, y será visto el Dios de los dioses en Sion, el cual es los tesoros de la fortaleza de Sion, que es la bienaventuranza.

Podemos tambien llamarla *escala* porque, así como la escala esos mismos pasos que tiene para subir los tiene tambien para bajar, así tambien esta secreta contemplacion, esas mismas comunicaciones que hace al alma, con que la levanta en Dios, la humilla en sí misma; porque las comunicaciones que verdaderamente son de Dios, esta propiedad tienen, que de una vez humillan y levantan al alma; porque en este camino el bajar es subir, y el subir es bajar, que aquí el que se hu-

milla es ensalzado, y el que se ensalza es humillado: *Qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.* Y demás que la virtud de la humildad es grandeza para ejercitar al alma en ella, suele Dios hacerla subir por esta escala para que baje, y hacerla bajar para que suba, porque así se cumpla lo que dice el Sabio: *Antequam conteratur exaltatur cor hominis: et antequam glorificetur humiliatur;* Antes que el alma sea ensalzada es humillada, y antes que sea humillada es ensalzada. Tambien, segun esta propiedad de escala, echará bien de ver el alma que quisiere mirar en ello, dejado aparte lo espiritual que no siente, cuántos altos y bajos padece en este camino, y como tras la prosperidad que goza, luego se sigue alguna tempestad y trabajo; tanto, que parece que le dieron aquella bonanza para prevenirla y esforzarla para la presente penalidad, como tambien después de la miseria y tormenta se sigue abundancia y bonanza; de manera que le parece al alma que para hacerla aquella fiesta la pusieron primero en aquella vigilia. Y este es el ordinario estilo y ejercicio del estado de contemplacion, que hasta llegar al estado quieto nunca permanece en un estado, sino todo es subir y bajar. La causa de esto es que, como el estado de perfeccion, que consiste en perfecto amor de Dios y desprecio de sí mismo, no puede estar sino con estas dos partes, que son, conocimiento de Dios y de sí mismo, y de necesidad ha de ser ejercitada el alma primero en lo uno y en lo otro, dándole ahora á gustar lo uno engrandeciéndola, y haciéndola tambien probar lo otro humillándola, hasta que, adquiridos los hábitos perfectos, cese ya el subir y bajar, habiendo ya llegado y unídose con Dios, que está en el fin de esta escala, en quien la escala se arrima y estriba; porque esta escala de contemplacion, que, como habemos dicho, se deriva de Dios, es figurada por aquella escala que vió durmiendo Jacob, por la cual subian y bajaban ángeles de Dios al hombre, y del hombre á Dios, el cual estaba estribando en el extremo de la escala: *Angelos quoque Dei ascendentes et descendentes per eam, et Dominum innixum scalae.* Todo lo cual dice la Escritura divina que pasaba de noche, y Jacob dormido, para dar á entender cuán secreto y diferente saber del hombre es este camino y subida para Dios; lo cual se ve bien, pues que ordinariamente lo que en él es de mas provecho, que es irse perdiendo y aniquilando, tiene por peor, y lo que menos vale, que es hallar su consuelo y gusto, en que ordinariamente antes pierde que gana, eso lo tiene per mejor.

Pero hablando ahora algo mas sustancial y propiamente de esta escala de contemplacion secreta, dirémos que la principal propiedad por que aquí se llama *escala* es, porque la contemplacion es ciencia de amor, la cual es noticia infusa de Dios amorosa, y que juntamente va ilustrando y enamorando al alma hasta subirla de grado en grado á Dios, su criador; porque solo el amor es el que une y junta al alma con Dios. De donde, para que mas claro se vea, irémos aquí apuntando los grados de esta divina escala, diciendo con brevedad las señales y efectos de cada uno, para que por allí pueda conjeturar el alma en cuál de ellos está, y así los distinguirémos por sus efectos, como hace san Bernardo y santo Tomás; y porque conocerlos en sí (por cuanto esta escala de amor es tan secreta, que solo Dios es el que la mide y pondera) no es posible por via natural.

CAPITULO XIX.

Comienza á explicar los diez grados de la escala mística de amor divino, segun san Bernardo y santo Tomás. Pónense los cinco primeros.

Decimos pues que los grados de esta escala de amor, por donde el alma de uno en otro va subiendo á Dios, son diez. El primer grado de amor hace enfermar al alma provechosamente. En este grado de amor habla la Esposa cuando dice: *Adjuro vos filiae Hierusalem, si inveneritis dilectum meum, ut renuncietis ei, quia amore langueo;* Conjúroos, hijas de Jerusalen, que si encontráredes á mi Amado, le digais que estoy enferma de amor. Pero esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, porque en ella desfallece el alma al pecado y á todas las cosas que no son Dios, por el mismo Dios; como David testifica, diciendo: *Defecit Spiritus meus;* Desfalleció mi alma; esto es, acerca de todas las cosas á tu salud, como dice en otro lugar: *Defecit in salutare tuum anima mea.* Porque, así como el enfermo pierde el apetito y gusto de todos los manjares y muda el color primero, así tambien en este grado de amor pierde el alma el gusto y apetito de todas las cosas y muda, como amante, el color. Esta enfermedad no cae en ella el alma si de arriba no le envian el exceso del calor, que es aquí la mística calentura, segun se da á entender por este verso de David, que dice: *Pluviam voluntariam segregabis, Deus, haereditati tuae: et infirmata est: tu verò perfecisti eam.* Esta enfermedad y desfallecimiento de todas las cosas, que es el principio y primer grado para ir á Dios, bien le habemos dado á entender arriba cuando dijimos la aniquilacion en que se ve el alma cuando comienza á entrar en esta escala de purgacion contemplativa, cuando en ninguna cosa puede hallar arrimo, gusto ni consuelo ni asiento. Por lo cual, de este grado luego va comenzando á subir á los demás.

El segundo grado hace al alma buscar sin cesar á Dios. De donde, cuando la Esposa dice que, buscándole de noche en su lecho (en que, segun el primer grado de amor, estaba desfallecida, y no le halló, dijo: *Surgam, et quaeram quem diligit anima mea;* Levantarme he, y buscaré al que ama mi alma. Lo cual, como decimos, el alma hace sin cesar, como lo aconseja David, diciendo: *Quaerite Dominum...quaerite faciem ejus semper;* Buscad siempre la cara de Dios, y buscándole en todas las cosas, en ninguna reparad hasta hallarle. Como la Esposa, que en preguntando por él á las guardas, luego pasó y las dejó. Y María Magdalena ni aun en los ángeles del sepulcro reparó. Aquí en este grado tan solícita anda el alma, que en todas las cosas busca al

Amado, en todo cuanto piensa, luego piensa en el Amado, en cuanto habla, en todos cuantos negocios se ofrecen, luego es tratar y hablar del Amado; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquiera cosa, todo su cuidado es en el Amado, segun arriba queda dicho en las ansias de amor. Aquí, como va ya el amor convaleciendo y cobrando fuerzas en este segundo grado, luego comienza á subir al tercero por medio de algun grado de nueva purgacion en la noche, como después dirémos, el cual hace en el alma los efectos siguientes.

El tercero grado de la escala amorosa es el que hace al alma obrar, y le pone calor para no faltar. De este dice el real profeta: *Beatus vir, qui timet Dominum: in mandatis ejus volet nimis;* Bienaventurado el varon que teme al Señor, porque en sus mandamientos codicia obrar mucho; donde si el temor, por ser hijo del amor, causa este efecto de codicia, ¿qué hará el mismo amor? En este grado las obras grandes por el Amado tiene por pequeñas, las muchas por pocas, el largo tiempo en que le sirve por corto, por el incendio de amor, que va ardiendo. Como á Jacob, que, con haberle hecho servir siete años sobre otros siete, le parecian pocos por la grandeza del amor: *Servivit ergo Jacob pro Rachel septem annis, et videbantur illi pauci dies prae amoris magnitudine.* Pues si el amor en Jacob, con ser de criatura, tanto podia, ¿qué podrá el del Criador cuando en este tercer grado se apodera del alma? Tiene el alma aquí, por el grande amor que tiene á Dios, grandes lástimas y penas de lo poco que hace por Dios; y si le fuese lícito deshacerse mil veces por él, estaria consolada. Por eso se tiene por inútil en todo cuanto hace, y le parece vive de balde; y de aquí le nace otro efecto admirable, y es, que se tiene por mas mala averiguadamente para consigo que todas las otras almas. Lo uno, porque le va el amor enseñando lo que merece Dios, y lo otro, porque, como las obras que aquí hace por Dios son muchas, y las conoce por faltas y imperfectas, de todas saca confusion y pena, conociendo que es muy baja manera de obrar la suya por un tan alto Señor. En este tercer grado, muy léjos va el alma de tener vanagloria ó presuncion, ó de condenar á los otros. Estos solícitos efectos causa en el alma, con otros muchos á este modo, este tercer grado de amor; y por eso en él cobra el ánima ánimo y fuerzas para subir hasta el cuarto, que se sigue.

El cuarto grado de esta escala de amor es, en el cual se causa en el alma, por razon del Amado, un ordinario sufrir sin fatigarse; porque, como dice san Agustin, todas las cosas grandes, graves y pesadas, casi ningunas y muy ligeras las hace el amor. En este grado hablaba la Esposa cuando, deseando ya verse en el último, dijo al Esposo: *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio; dura sicut infernus aemulatio;* Ponme como señal en tu corazon, como señal en tu brazo; porque la dileccion, esto es, el acto y obra del amor, es fuerte como la muerte, y dura la emulacion porfiada como el infierno. El espíritu aquí tiene tanta fuerza, que tiene tan sujeta á la carne, y tan en poco, como el árbol á una de sus hojas. En ninguna manera aquí el alma busca su consuelo ni gusto, ni en Dios ni en otra cosa, ni por ese motivo de consuelo ó interés propio pide mercedes á Dios; porque ya todo su cuidado es cómo podrá dar algun gusto á Dios, y servirle algo por lo que él merece y de él tiene recibido, aunque fuese muy á su costa. Dice en su corazon y espíritu: ¡Ay Dios y Señor mio! Cuán muchos hay que andan á buscar en tí su consuelo y gusto, y á que les concedas mercedes y dones; mas, los que á tí pretenden dar gusto y darte algo á su costa, pospuesto su particular, son muy pocos; porque no te falta á tí, Dios mio, voluntad de hacernos mercedes; nosotros faltamos en no emplear las recibidas en tu servicio, para obligarte á que nos las hagas de continuo! Harto levantado es este grado de amor; porque, como aquí el alma con tan verdadero amor se anda siempre tras Dios con espíritu de padecer por él, dale su Majestad muchas veces y muy ordinario el gozar, visitándola en el espíritu sabrosa y deleitablemente; porque el inmenso amor del Verbo, Cristo, no puede sufrir penas de su amante sin acudirle. Lo cual por Jeremías afirmó él, diciendo: *Recordatus sum tui, miserans adolescentiam tuam... quando secuta es me in deserto;* Acordado me he de tí, apiadado me he de tu adolescencia y ternura cuando me seguiste en el desierto. Que, hablando espiritualmente, es el desarrimo que aquí interiormente trae el alma de toda criatura, no parando ni quietándose en nada. Este cuarto grado inflama de tal manera al alma, y la enciende en tal deseo de Dios, que la hace subir al quinto, el cual es el que se sigue.

El quinto grado de esta escala de amor hace al alma apetecer y codiciar á Dios impacientemente. En este grado tanta es la vehemencia que el amante tiene por aprehender al Amado y unirse con él, que toda dilacion, por mínima que sea, se le hace muy larga, molesta y pesada, y siempre piensa que halla al Amado; y cuando ve frustrado su deseo (lo cual es casi á cada paso), desfallece en su codicia, segun, hablando en este grado, lo dice el Salmista: *Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini;* Codicia y desfallece mi alma á las moradas del Señor. En este grado el amante no puede dejar de alcanzar lo que ama ó morir; al modo que Raquel, por la gran codicia que á los hijos tenia, dijo á Jacob, su esposo: *Da mihi liberos, alioquin moriar;* Dame hijos; si no, yo moriré. Aquí se ceba el alma en amor, porque segun la hambre es la hartura; de manera que de aquí puede subir al sexto grado, que hace los efectos que se siguen.

CAPITULO XX.

Pónense los otros cinco grados de amor.

El sexto grado hace correr al alma ligeramente á Dios; y así, sin desfallecer, corre la esperanza, que aquí el amor que la ha fortificado le hace volar ligero. Del cual grado tambien dice Isaías: *Qui autem sperant*



in Domino, mutabunt fortitudinem, assument pennas sicut aquilae, current, et non laborabunt, ambulabunt, et non deficient; Los santos que esperan en Dios mudarán la fortaleza, tomarán alas como de águila, volarán y no desfallecerán. A este grado pertenece tambien aquello del salmo: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus;* Así como el ciervo desea las aguas, mi alma desea á tí, Dios; porque el ciervo con la sed corre con gran ligereza á las aguas. La causa de esa ligereza de amor que tiene el alma en este grado, es por estar ya muy dilatada la caridad en ella, y estar ya aquí el alma poco menos que purificada del todo, como se dice en el salmo: *Sine iniquitate cucurri.* Y en otro salmo: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum;* El camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste tu corazon; y así, desde este sexto grado se pone luego en el sétimo, que es el que se sigue.

El sétimo grado de esta escala hace atrever al alma con vehemencia, de la cual intensa y amorosamente llevada, no se deja llevar del juicio para esperar, ni usa del consejo para se retirar, ni con vergüenza se puede enfrenar; porque el favor que ya Dios hace aquí al alma, la hace atrever con vehemencia. De donde se sigue lo que dice el Apóstol, y es, que la caridad todo lo cree, todo lo espera y todo lo puede: *Omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.* De este grado habló Moisen cuando dijo á Dios que perdonase al pueblo, y si no, que le borrase del libro de la vida, en que le habia escrito: *Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti.* Estos alcanzan de Dios lo que con gusto le piden. De donde dice David: *Delectare in Domino: et dabit tibi petitiones cordis tui;* Deléitate en Dios, y darte ha las peticiones de tu corazon. En este grado se atrevió la Esposa, y dijo: *Osculetur me osculo oris sui.* Pero es mucho aquí de advertir que no le es lícito al alma atreverse si no sintiese el favor interior del cetro del Rey inclinado á ella, porque por ventura no caiga de los demás grados que hasta allí ha subido, en los cuales siempre se ha de conservar con humildad. De esta osadía y mano que Dios le da al alma en este sétimo grado para atreverse á Dios con vehemencia de amor, se sigue el octavo, que es hacer ella presa en el Amado y unirse con él.

El octavo grado de amor hace al alma asir y apretar sin soltar, segun la Esposa dice en esta manera: *Inveni, quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam;* Hallé al que ama mi corazon y ánima; túvele, y no le soltaré. En este grado de union satisface el alma su deseo; mas no de continuo, porque algunas llegan á poner el pié, y luego le vuelven á quitar; que, si así no fuese y durasen en este grado, tendrian cierta manera de gloria en esta vida; y así, muy pocos espacios pasa el alma en él. Al profeta Daniel, por ser varon de deseos, se le dijo de parte de Dios que permaneciese en este grado: *Daniel vir desideriorum... sta in gradu tuo;* De este grado se sigue el nono, que es de los perfectos, como dirémos.

El nono grado de amor hace arder al alma con suavidad. Este grado es el de los perfectos, los cuales arden ya en Dios suavemente; porque este ardor suave y deleitoso les causa el Espíritu Santo por razon de la union que tienen con Dios. Por eso dice san Gregorio de los apóstoles, que cuando el Espíritu Santo visiblemente vino sobre ellos, que interiormente ardieron por amor suavemente. De los bienes y riquezas de Dios que el alma goza en este grado no se puede hablar; porque, si de ello se escribiesen muchos libros, quedaria lo mas por decir; del cual, por esto y porque después dirémos alguna cosa, aquí no digo mas sino que de este se sigue el décimo y último grado de esta escala de amor, que ya no es de esta vida.

El décimo y último grado de esta escala de amor hace al alma asimilarse totalmente á Dios, por razon de la clara vision de Dios que luego posee el alma, que, habiendo llegado en esta vida al nono grado, sale de la carne. Y en estes, que son pocos, suele hacer el amor (dejándolos purgadísimos en esta vida) lo que en otros hace el purgatorio en la otra. De donde san Mateo dice: *Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt.* Y como decimos, esta vision es la causa de la similitud total del alma con Dios; que así lo dice san Juan: *Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus: quoniam videbimus eum sicuti est;* Sabemos que serémos semejantes á él; porque le verémos como es. Donde todo lo que ella es, será semejante á Dios; por lo cual se llamará, y lo será, Dios por participacion. Esta es la escala secreta que aquí dice el alma, aunque ya en estos grados de arriba no es muy secreta para el alma, porque mucho se le descubre el amor, por los grandes efectos que en ella hace. Mas en este último grado de clara vision, que es lo último de la escala, donde estriba Dios, como ya dijimos, ya no hay cosa para el alma encubierta por razon de la total asimilacion; de donde nuestro Salvador dice: *Et in illo die me non rogabitis quidquam;* En aquel dia ninguna cosa me preguntaréis; pero hasta este dia, aunque el alma mas alta vaya, le queda algo encubierto, y tanto, cuanto le falta para la asimilacion total con la divina Esencia. De esta manera, por esta teología mística y amor secreto, se va el alma saliendo de todas las cosas y de sí misma, y subiendo á Dios; porque el amor es semejante al fuego, que siempre sube hácia arriba, con apetito de engolfarse en el centro de su esfera.

CAPITULO XXI.

Declárase esta palabra disfrazada, y dícense los colores del disfraz del alma en esta noche.

Resta pues, ahora, después que habemos declarado las causas por que el alma llamaba á esta contemplacion *secreta escala*, declarar tambien acerca de la tercera palabra del verso, conviene á saber *disfrazada*, por qué causa dice el alma que ella salió por esta «secreta escala, disfrazada».

Para inteligencia de todo es necesario saber que disfrazarse no es otra cosa que disimularse y encubrirse

debajo de otro traje y figura que de suyo tenia, ó para mostrar debajo de aquella forma ó traje la voluntad y pretension que en el corazon tiene, para ganar la gracia y voluntad de quien bien quiere, ó para encubrirse de sus émulos, y así poder hacer mejor su hecho; y entonces aquellos trajes y librea toma que mas represente y signifique la aficion de su corazon, y con que mejor se pueda de sus contrarios disimular. El alma pues aquí tocada del amor de su esposo Cristo, porque le pretende caer en gracia y ganarle la voluntad, sale disfrazada con aquel disfraz que mas al vivo represente las aficiones de su espíritu, y con que mas segura vaya de sus adversarios y enemigos, que son demonio, mundo y carne; y así, la librea que lleva es de tres colores principales, que son blanco, verde y colorado; por los cuales son denotadas las tres virtudes teologales, que son, fe, esperanza y caridad, con que, no solamente ganará la gracia y voluntad de su Amado, pero irá muy amparada y segura de sus tres enemigos; porque la fe es una túnica interior de una blancura tan levantada, que disgrega la vista de todo entendimiento; y así, yendo el alma vestida de fe, no ve ni atina el demonio á empecerla, porque en la fe va muy amparada contra el demonio, que es el mas fuerte y astuto enemigo.

Que por eso san Pedro no halló otro mayor amparo que ella para librarse de él, cuando dijo: *Cui resistite fortes in Fide.* Y para conseguir la gracia y union del Amado no puede el alma ponerse mejor túnica y camisa interior para principio y fundamento de las demás vestiduras de virtudes, que es esta blancura de fe, porque sin ella, como dice el Apóstol, imposible es agradar á Dios: *Sine Fide autem impossibile est placere Deo.* Y con ella, siendo viva, le agrada y parece bien, pues él mismo dice por un profeta: *Sponsabo te mihi in Fide*, que es como decir: Si te quieres, alma, unir y desposar conmigo, has de venir interiormente vestida de fe.

Esta blancura de la fe lleva el alma en la salida de esta noche escura, cuando caminando (como habemos dicho arriba) en tinieblas y aprietos interiores, no dándole su entendimiento algun alivio de luz, ni de arriba, pues le parecia el cielo cerrado y Dios escondido, ni de abajo, pues los que le enseñaban no se satisfacian, sufrió con constancia y perseveró pasando por aquellos trabajos sin desfallecer y faltar al Amado, el cual en los trabajos y tribulaciones prueba la fe de su esposa, de manera que pueda ella después con verdad decir aquel dicho de David: *Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras;* Por las palabras de tus labios yo guardé caminos duros.

Luego sobre esta túnica blanca de fe se sobrepone aquí el alma el segundo color, que es una vestidura de verde; por el cual color es significada la virtud de la esperanza, con que lo primero el alma se libra y ampara del segundo enemigo, que es el mundo. Porque esta verdura de esperanza viva en Dios da al alma una tal viveza y animosidad y levantamiento á las cosas de la vida eterna, que, en comparacion de lo que allí espera, todo lo del mundo le parece (como es la verdad) seco, lacio y muerto y de ningun valor. Aquí se desnuda y despoja de todas estas vestiduras y trajes del mundo, no poniendo su corazon en nada ni esperando nada de lo que hay ó ha de haber en él, viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna. Por lo cual, teniendo el corazon tan levantado del mundo, no solo no le puede tocar y asir, pero ni alcanzarle de vista. Y así, con esta verde librea y disfraz va el alma muy segura del segundo enemigo, que es el mundo. Porque á la esperanza llama san Pablo yelmo de salud: *Galeam spem salutis;* que es una arma que ampara toda la cabeza y la cubre de manera que no le queda descubierto sino una visera por donde ver. Y eso tiene la esperanza, que todos los sentidos de la cabeza del alma cubre de manera que no se engolfen en cosa ninguna del mundo, ni le quede por donde les pueda herir alguna saeta de él; solo le deja una visera para que los ojos puedan mirar hácia arriba, y no mas, que es el oficio ordinario que hace la esperanza en el alma, levantar los ojos solo á mirar á Dios, como lo dice David: *Oculi mei semper ad Dominum.* No esperando bien ninguno de otra parte, sino, como él mismo dice en otro salmo: *Sicut oculi ancillae in manibus Dominae suae: ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri;* Así como los ojos de la sierva están puestos en las manos de su señora, así los nuestros en nuestro Señor Dios, hasta que se apiade de nosotros, esperando en él.

De esta librea verde (porque siempre está mirando á Dios, y no pone los ojos en otra cosa ni se paga sino solo de él) se agrada tanto el Amado, que es verdad decir que tanto alcanza de él el alma cuanto de él espera. Que por eso en los *Cantares* le dice á ella que con solo el mirar de un ojo le llagó el corazon: *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum.* Sin esta librea verde, de sola esperanza de Dios, no le convenia al alma salir á esta pretension de amor, porque no alcanzara nada, por cuanto la que mueve y vence es la esperanza porfiada. De esta librea de esperanza va disfrazada el alma por esta secreta y escura noche, pues que va tan vacía de toda posesion y arrimo, que no lleva los ojos en otra cosa, ni el cuidado sino es en Dios, poniendo en el polvo su boca si por ventura hubiera esperanza, como entonces alegamos de Jeremías.

Sobre el blanco y verde, para el remate y perfeccion de este disfraz y librea, lleva el alma aquí el tercero color, que es una excelente toga colorada; por lo cual es denotada la tercera virtud, que es caridad, con que, no solamente da gracia á los otros dos colores, pero hace levantar al alma tanto de punto, que la pone cerca de Dios, tan hermosa y agradable, que se atreve ella á decir: *Nigra sum, sed formosa, filiae Hierusalem: ideo dilexit me Rex, et introduxit me in cubiculum suum;* Aunque soy morena, oh hijas de Jerusalen, soy hermosa, y por eso me ha amado el Rey y metido en su lecho. Con esta librea de caridad, que es la del amor, no solo se ampara y encubre el alma del tercer enemigo, que es la carne (porque donde hay verdadero amor de Dios no entra amor de sí ni de sus cosas), pero aun

hace válidas á las demás virtudes, dándoles vigor y fuerza para amparar al alma, y gracia y donaire para agradar al Amado con ellas, porque sin caridad ninguna virtud es graciosa delante de Dios. Que esta es la púrpura que se dice en los *Cantares*, por donde se sube al reclinatorio sobre que se recuesta Dios: *Reclinatorium aureum, ascensum purpureum.* De esta librea colorada va el alma vestida cuando (como arriba queda declarado en la primera cancion) sale de sí en la noche escura y de todas las cosas criadas, «Con ansias en amores inflamada,» por esta secreta escala de contemplacion á la perfecta union de amor de Dios, su amada salud.

Este pues es el disfraz que el alma dice que lleva en la noche de fe por esta secreta escala, y estos son los tres colores de él; los cuales son una acomodadísima disposicion para unirse el alma con Dios, segun sus tres potencias, que son, memoria, entendimiento y voluntad; porque la fe vacia y escurece al entendimiento de todas sus inteligencias naturales, y en esto le dispone para unirle con la Sabiduría divina; y la esperanza vacia y aparta la memoria de toda posesion de criatura; porque, como dice san Pablo, la esperanza es de lo que no se posee: *Spes autem, quae videtur, non est spes.* Y así, aparta la memoria de lo que se puede poseer en esta vida, y pónela en lo que espera poseer; y por esto la esperanza de Dios solo dispone puramente á la memoria, segun el vacío que causa en ella, para unirla con él. La caridad ni mas ni menos vacia las aficiones y apetitos de la voluntad de cualquiera cosa que no es Dios, y solo los pone en él; y así, esta virtud dispone á esta potencia y la une con Dios por amor; de donde, porque estas virtudes tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos que Dios, lo tienen consiguientemente de juntarle con él; y así, sin caminar á las veras con el traje de estas tres virtudes, es imposible llegar á la perfeccion de amor con Dios; de donde, para alcanzar el alma lo que pretendia, que era esta amorosa y deleitosa union con su Amado, muy necesario y conveniente traje y disfraz fué este que tomó. Y tambien atinársele á vestir y perseverar con él hasta conseguir pretension y fin tan deseado como era la union de amor, fué gran ventura, y por eso dice luego el verso siguiente.

CAPITULO XXII.

Explícase el tercer verso de la segunda cancion.

¡Oh dichosa ventura!

Bien claro está que le fué dichosa ventura al alma salir con una tal empresa como esta, en la cual se libró del demonio y del mundo y de su misma sensualidad; y alcanzada la libertad preciosa, y deseada de todos, del espíritu, salió de lo bajo á lo alto, de terrestre se hizo celestial, de humana divina, viniendo á tener su conversacion en los cielos, como acaece en este estado de perfeccion, segun que se irá diciendo; aunque ya con alguna mas brevedad, porque lo que era de mas importancia (y por lo que principalmente me puse en esto, que fué por declarar esta noche á muchas almas, que, pasando por ella, estaban de ella ignorantes, como en el prólogo se dice) está ya medianamente declarado, y dado á entender (aunque harto menos de lo que ello es) cuántos sean los bienes que consigo trae al alma, y cuán dichosa ventura le sea al que por ella pasa, para que cuando se espantaren con el horror de tantos trabajos, se animen con la cierta esperanza de tantos y tan aventajados bienes de Dios como en ella se alcanzan; y tambien, demás de esto, le fué dichosa ventura al alma por lo que dice luego en el siguiente verso.

CAPITULO XXIII.

Declárase el cuarto verso. Dice el admirable escondrijo en que es puesta el alma en esta noche, y cómo, aunque el demonio tiene entrada en otros muy altos, no en este.

A escuras y en celada.

En celada es tanto como decir, en escondido ó en encubierto; y así, lo que aquí dice el alma, que «A escuras y en celada» salió, es mas cumplidamente dar á entender la gran seguridad que ha dicho en el primer verso de esta cancion, que lleva por medio de esta escura contemplacion en el camino de la union de amor de Dios.

Decir pues el alma «A escuras y en celada», es decir que, por cuanto iba á escuras de la manera dicha, iba encubierta y escondida del demonio y de sus cautelas y asechanzas; la causa por que el alma en la escuridad de esta contemplacion va libre y escondida de las asechanzas del demonio, es porque la contemplacion infusa que aquí lleva se infunde pasiva y secretamente en el alma á escuras de los sentidos y potencias interiores de la parte sensitiva; y de aquí es que, no solo del impedimento que con su natural y flaqueza le pueden ser estas potencias va escondida y libre, sino tambien del demonio; el cual, sino es por medio de estas potencias de la parte sensitiva, no puede alcanzar, y conocer lo que hay en el alma y lo que en ella pasa. De donde, cuanto la comunicacion es mas espiritual, interior y remota de los sentidos, tanto menos alcanza el demonio á entenderla; y así, es mucho lo que importa para la seguridad del alma que el trato interior con Dios sea de manera, que sus mismos sentidos de la parte inferior queden á escuras y ayunos de ello, y no lo alcancen. Lo uno, porque haya lugar, que la comunicacion espiritual sea mas abundante no impidiendo la flaqueza de la parte sensitiva la libertad del espíritu. Lo otro, porque va mas segura, no alcanzando el demonio tan adentro; y á este propósito podemos entender aquella autoridad del Salvador, hablando espiritualmente, conviene á saber: *Nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua;* No sepa tu siniestra lo que hace tu diestra; que es como si dijera: Lo que pasa en la parte diestra, que es la superior y espiritual del alma, no lo sepa la siniestra; esto es, sea de manera que la porcion inferior de tu alma, que es la parte sensitiva, no lo alcance, sea solo secreto entre el espíritu y Dios. Bien

es verdad que muchas veces, cuando hay en el alma estas comunicaciones espirituales muy interiores y secretas, aunque el demonio no alcanza cuáles y cómo sean, por la gran pausa y silencio que causan algunas de ellas en los sentidos y potencias de la parte sensitiva, por aquí echa de ver que las hay y que recibe el alma algun gran bien; y entonces, como ve que no puede alcanzar á contradecirlas al fondo del alma, hace cuanto puede por alborotar y turbar la parte sensitiva, que es donde alcanza, ya con dolores, ya con horrores y miedos, con intento de inquietar y turbar por este medio á la parte superior y espiritual del alma acerca de aquel bien que entonces recibe y goza; pero muchas veces, cuando la comunicacion de la tal contemplacion tiene su puro embestimiento en el espíritu y hace fuerza en él, no le aprovecha al demonio su diligencia para inquietarle; antes entonces el alma recibe nuevo provecho y amor y mas segura paz; porque en sintiendo la turbadora presencia del enemigo, ¡cosa admirable! que sin saber cómo es aquello, se entra ella mas adentro del fondo interior, sintiendo muy bien que se pone en cierto refugio, donde se ve estar mas alejada y escondida del enemigo; y así, aumentársele la paz y el gozo que el demonio le pretende quitar; y entonces todo aquel temor le cae por defuera, sintiéndolo ella claramente, y holgándose de verse tan á lo seguro gozar de aquella quieta paz y sabor del Esposo en escondido, que ni mundo ni demonio puede dar ni quitar. Sintiendo allí el alma la verdad de lo que la Esposa dice á este propósito en los *Cantares: En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt... propter timores nocturnos;* Mirad que al lecho de Salomon cercan sesenta fuertes, por los temores de la noche. Y esta fortaleza y paz siente, aunque muchas veces siente atormentar la carne y los huesos por defuera.

Otras veces, cuando la comunicacion espiritual participa con el sentido, con mas facilidad alcanza el demonio á turbar el espíritu y alborotarle por medio del sentido con estos horrores. Y entonces es grande el tormento y pena que causa en el espíritu, y algunas veces mas de lo que se puede decir; porque, como va de espíritu á espíritu, es intolerable el horror que causa el malo en el bueno, digo en el del ánima, cuando le alcanza su alboroto; lo cual tambien da á entender la Esposa en los *Cantares*, cuando dice haberle á ella acaecido así al tiempo que queria descender al interior recogimiento á gozar de estos bienes, diciendo: *Descendi in hortum nucum, ut viderem poma convallium, et inspicerem si floruisset vinea... nescivi: anima mea conturbavit me propter cuadrigas Aminadab;* Descendí al huerto de las nueces para ver las manzanas de los valles, y si habia florecido la viña no supe; conturbóse mi alma por los carros y estruendos de Aminadab, que es el demonio.

Otras veces acontece esta contradiccion del demonio cuando Dios hace mercedes al alma por medio del ángel bueno, que estas algunas veces el demonio las echa de ver, porque ordinariamente permite Dios que las entienda el adversario; lo uno, para que haga contra ellas lo que pudiere segun la proporcion de la justicia, y así no pueda el demonio alegar de su derecho, diciendo que no le dan lugar para conquistar al alma, como hizo de Job. Y así, es conveniente que Dios dé lugar á que haya cierta paridad en los dos guerreros, conviene á saber, el ángel bueno y el malo, acerca del alma, para que la vitoria sea mas estimada, y el alma vitoriosa y fiel en la tentacion sea mas premiada.

Donde nos conviene notar que esta es la causa por que algunas veces en aquel órden por donde Dios va llevando al alma da licencia al demonio para que la inquiete y tiente, como es cuando tiene visiones verdaderas por medio del ángel bueno, que tambien da Dios licencia al ángel malo para que en aquel mismo género se las pueda representar falsas; de manera que, segun son de aparentes, el alma que no es cauta fácilmente puede ser engañada, como muchas de esta manera lo han sido; de lo cual hay figura en el *Exodo*, donde se dice que todas las señales que hacia Moisen verdaderas, hacian tambien los magos de Faraon aparentes; que si él sacaba ranas, tambien ellos las sacaban; si él volvia el agua en sangre, ellos tambien la volvian; y no solo en este género de visiones corporales imita, sino tambien en las espirituales comunicaciones que son por medio del ángel, cuando las alcanza á ver; pues, como dijo Job: *Omne sublime videt;* Imita y se entremete como puede. Aunque en estas, como son sin forma y figura, porque de razon del espíritu es no tenerla, no las puede imitar y formar como las otras que debajo de alguna especie ó figura se representan. Y así, para impugnarla al modo que el alma es visitada, represéntala como puede su temeroso espíritu al tiempo que el ángel bueno va á comunicar al alma la espiritual contemplacion, con algun horror y turbacion espiritual, á veces harto penosa para el alma. Y entonces algunas veces se puede el alma despedir presto, sin que haya lugar de hacer en ella impresion el dicho horror del espíritu malo, y se recoge dentro de sí, favorecida para esto de la merced espiritual que el ángel bueno entonces le hace.

Otras veces da Dios lugar que dure mas esta turbacion y horror, lo cual es para ella de mayor pena que ningun tormento de esta vida le podia ser, y después queda la memoria, que basta para dar gran pena. Todo esto que habemos dicho pasa en el alma sin ser ella parte en hacer ni deshacer acerca de esta representacion ó sentimiento; pero es aquí de saber que cuando permite Dios al demonio este apretar al alma con este espiritual horror, hácelo para purificarla y disponerla con esta vigilia espiritual para alguna gran fiesta y merced espiritual que la quiere hacer el que nunca mortifica sino para dar vida, ni humilla sino para ensalzar; lo cual acaece de allí á poco, que el alma, conforme á la purgacion tenebrosa que padeció, goza de sabrosa contemplacion espiritual, á veces tan subida, que no hay lenguaje para ella. Lo dicho se entiende acerca de cuando Dios visita al alma por medio del ángel bueno, en lo cual no va ella segura, segun se ha dicho, totalmente,

ni tan á escuras y en celada, que no le alcance algo el enemigo. Pero cuando Dios por sí mismo la visita, entonces se verifica bien el dicho verso, porque totalmente á escuras y en celada del enemigo recibe las mercedes espirituales de Dios. La causa es, porque, como su Majestad es el supremo Señor, mora sustancialmente en el alma, donde ni el ángel ni demonio puede llegar á entender lo que pasa, ni puede conocer las intimas y secretas comunicaciones que entre ella y Dios allí pasen; que estas, por cuanto las hace el Señor por sí mismo, totalmente son divinas y soberanas, y unos como toques sustanciales de divina union entre el alma y Dios; en uno de los cuales, por ser este el mas alto grado de oracion que hay, recibe el alma mayor bien que en todo el resto; porque estos son los toques que ella le entró pidiendo en los *Cantares*, diciendo: *Osculetur me osculo oris sui*. Que, por ser cosa que tan junto pasa con Dios, donde el alma con tantas ansias codicia llegar, estima y codicia un toque de esta divinidad mas que todas las demás mercedes que Dios le hace. Por lo cual, después que en los *Cantares* le habia hecho muchas que ella allí le habia cantado, no hallándose satisfecha, pidiéndole estos toques divinos, dice: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* ¿Quién te me dará, hermano mio, que te hallase yo sola afuera mamando los pechos de mi madre, para que con la boca de mi alma te besase, y así no me despreciase ni se me atreviese ninguno? Dando por esto á entender que fuese la comunicacion que Dios le hiciese por sí solo, afuera y á escuras de todas las criaturas, que esto quiere decir «sola y afuera mamando»; lo cual es cuando, ya con libertad de espíritu, sin que la parte sensitiva alcance á impedirlo, ni el demonio por medio de ella á contradecirlo, goza el alma en sabor y paz íntima estos bienes; que entonces no se le atreveria el demonio, porque no lo alcanzaria, ni podrá llegar á entender estos divinos toques en la sustancia del alma por la noticia amorosa con la sustancia de Dios. A este bien ninguno llega sino es por íntima purgacion y desnudez y escondrijo espiritual de todo lo que es criatura; lo cual es á escuras; en el cual escondrijo se va confirmando el alma con la union con Dios por amor, y por eso lo canta ella en el dicho verso, diciendo: «A escuras y en celada.»

Cuando acaece que aquellas mercedes se le hacen al alma en celada, que es solo en espíritu, suele en algunas de ellas el alma verse, sin saber cómo es aquello, tan alejada, segun la parte superior, de la porcion inferior, que conoce en sí dos partes tan distintas entre sí, que le parece no tiene qué ver la una con la otra, pareciéndole que está muy remota y apartada de la una; y á la verdad, en cierta manera así lo está; porque, segun la operacion que entonces obra, que es toda espiritual, no comunica en la parte sensitiva; de esta suerte se va haciendo el alma toda espiritual, y en este escondrijo de contemplacion unitiva se le acaban por sus términos de quitar las pasiones y apetitos espirituales en mucho grado. Y así, hablando de la porcion superior del alma, dice luego el último verso.

CAPITULO XXIV.

Acábase de explicar la segunda cancion.

Estando ya mi casa sosegada.

Lo cual es tanto como decir: Estando ya la porcion superior de mi alma, tan bien como la inferior, sosegada segun sus apetitos y potencias, salí á la divina union de amor de Dios.

Por cuanto de dos maneras, por medio de aquella guerra de la escura noche (como queda dicho), es combatida y purgada el alma; conviene á saber, segun la parte sensitiva y la espiritual con sus sentidos, potencias y pasiones, tambien de dos maneras, segun estas dos partes, sensitiva y espiritual, con todas sus potencias y apetitos, viene el alma á conseguir paz y sosiego; que por eso (como tambien queda dicho) repite dos veces este verso en esta cancion y la pasada, por razon de estas dos porciones del alma, espiritual y sensitiva, las cuales, para poder ellas salir á la divina union de amor, conviene que estén primero reformadas, ordenadas y quietas acerca de lo sensitivo y espiritual, á modo del estado de la inocencia que habia en Adan, no obstante que no queda libre del todo de las tentaciones de la parte inferior; y así, este verso, que en la primera cancion se entendió del sosiego de la parte inferior y sensitiva, en esta segunda se entiende particularmente de la superior y espiritual, que por eso le ha repetido dos veces.

Este sosiego y quietud de esta casa espiritual viene á conseguir el alma habitual y perfectamente (segun esta condicion de vida sufre) por medio de estos actos, como sustanciales de divina union, que acabamos de decir que en celada y escondido de la turbacion del demonio y de los sentidos y pasiones ha ido recibiendo de la divinidad en que el alma se ha ido purificando, sosegando y fortaleciendo y haciéndose estable, para poder de asiento recibir la dicha union, que es el desposorio divino entre el alma y el Hijo de Dios; el cual, luego que estas dos casas del alma se acaban de sosegar y fortalecer en uno, con todos sus domésticos de potencias y apetitos, poniéndolas en sueño y silencio acerca de todas las cosas de arriba y de abajo, inmediatamente esta divina sabiduría se une en el alma con un nuevo nudo de posesion de amor, y se cumple lo que ella dice: *Cum enim quietum silentium continerent omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, Omnipotens Sermo tuus de Coelo à Regalibus sedibus prosilivit*. Lo mismo da á entender la Esposa en los *Cantares*, diciendo que, después que pasó de los que la desnudaron el manto de noche y la llagaron, halló al que deseaba su alma: *Paululum, cum pertransissem eos, inveni, quem diligit anima mea*. No se puede venir á esta union sin gran pureza, y esta pureza no se alcanza sin gran desnudez de toda cosa criada y viva mortificacion; lo cual es significado por el desnudar el manto á la Esposa

y llagarla de noche en la busca y pretension del Esposo; porque el nuevo manto que pretendia del desposorio, no se le podia vestir sin desnudar el viejo; por tanto, el que rehusare salir en la noche ya dicha á buscar al Amado, y ser desnudado de su voluntad y ser mortificado, sino que en su lecho y acomodamiento le busca, como hacia la Esposa, no llegará á hallarle, como esta alma dice de sí que lo halló saliendo á escuras y con ansias de amor.

CAPITULO XXV.

En que brevemente se declara la tercera cancion.

En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me veia,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz y guia
Sino la que en el corazon ardia.

Continuando todavia el alma la metáfora y semejanza de la noche temporal en esta suya espiritual, va todavía cantando y engrandeciendo las buenas propiedades que hay en ella, y por medio de ella halló y llevó para que breve y seguramente consiguiese su deseado fin; de las cuales pone aquí tres.

La primera dice es, que en esta dichosa noche do contemplacion lleva Dios al alma por tan solitario y secreto modo de contemplacion, y tan remoto y ajeno del sentido, que cosa ninguna ni perteneciente á él, ni toque de criatura, alcanza á llegarle al alma de manera que la estorbase y detuviese en el camino de la union de amor.

La segunda propiedad que dice, es por causa de las tinieblas espirituales de esta noche, en que todas las potencias de la parte superior del alma están á escuras, no mirando el alma ni pudiendo mirar en nada, no se detiene en nada fuera de Dios, para ir á él; por cuanto va libre de los obstáculos de formas y figuras y de las aprehensiones naturales, que son las que suelen empachar al alma para no se unir siempre con Dios.

La tercera es, que, aunque no va arrimada á alguna particular luz interior del entendimiento ni á alguna guia exterior, para recibir satisfaccion de ella en este alto camino, teniéndola privada de todo esto estas escuras tinieblas; pero el amor y fe que en este tiempo arde, solicitando el corazon por el amado, es el que mueve y guia al alma entonces, y la hace volar á su Dios por el camino de la soledad, sin ella saber cómo ni en qué manera.

FIN DE LA NOCHE ESCURA.

CÁNTICO ESPIRITUAL

ENTRE EL ALMA Y CRISTO, SU ESPOSO;

EN QUE SE DECLARAN VARIOS Y TIERNOS AFECTOS DE ORACION Y CONTEMPLACION

EN LA INTERIOR COMUNICACION CON DIOS;

POR EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

PRÓLOGO.

Por cuanto estas canciones parecen ser escritas con algun fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso, que, como se dice en el libro de la *Sabiduría*, toca desde un fin hasta otro fin, y el alma que de él es informada y movida en alguna manera, esa misma abundancia é ímpetu lleva en el su decir, no pienso yo ahora declarar toda la anchura y copia que el espíritu fecundo del amor en ellas lleva; antes seria ignorancia pensar que los dichos de amor é inteligencia mística, cuales son los de las presentes canciones, con alguna manera de palabras se pueden bien explicar; porque el Espíritu del Señor, que ayuda á nuestra flaqueza, como dice san Pablo, morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables lo que nosotros no podemos bien entender ni comprehender para lo manifestar : *Spiritus adjuvat infirmitatem nostram... ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*. Porque, ¿quién podrá escribir lo que á las almas amorosas donde él mora hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Cierto, nadie lo puede; cierto, ni aun ellas mismas, por quien pasa, lo pueden; porque esta es la causa por que con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos y misterios que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leidas con la sencillez del espíritu de amor é inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razon, segun es de ver en los divinos *Cantares* de Salomon y en otros libros de la divina Escritura, donde, no pudiéndose dar á entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla el Espíritu Santo misterios en extrañas figuras y semejanzas; de donde se sigue que los santos doctores, aunque mucho dicen y mas digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir; y así, lo que de ello se declara, ordinariamente es lo menos que contiene en sí. Por haberse pues estas canciones compuesto en amor de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo, ni mi intento será tal, sino solo dar alguna luz en general; y esto tengo por mejor, porque los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura, para que cada uno de ellos se aproveche segun su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos á un sentido á que no se acomode todo paladar; y así, aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse á la declaracion; porque la sabiduría mística, la cual es por amor, de que las presentes canciones tratan, no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto de amor y aficion en el alma, porque es á modo de la fe, en la cual amamos á Dios sin entenderle claramente. Por tanto seré bien breve, aunque no podrá ser menos de alargarme en algunas partes donde lo pidiere la materia y se ofreciere la ocasion de tratar y declarar algunos puntos y efectos de oracion, que por tocarse en las canciones muchos, no podrá ser menos de tratar algunos; pero, dejando los mas comunes, trataré brevemente los mas extraordinarios que pasan por los que con el favor de Dios han pasado de principiantes, y esto por dos cosas : la una, porque para los principiantes hay muchas cosas escritas; la otra, porque en ello hablo con personas á las cuales nuestro Señor ha hecho merced de haberlas sacado de esos principios y llevádolas mas adentro al seno de su amor divino; y así, espero que aunque se escriban aquí algunos puntos de teología escolástica acerca del trato interior del alma

con su Dios, no será en vano haber hablado algo á lo puro del espíritu en tal manera; pues, aunque á algunas les falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no les falta el de la mística, que se sabe por amor, en que, no solamente se saben, mas juntamente se gustan.

Y porque lo que dijere (lo cual quiero sujetar á mejor juicio, y totalmente al de la santa madre Iglesia) haga mas fe, no pienso afirmar cosa fiándome de experiencia que por mí haya pasado, ni de lo que en otras personas espirituales haya conocido ó de ellas haya oido, aunque de lo uno y de lo otro me pienso aprovechar, sino que con autoridades de la Escritura divina vaya confirmando, declarando á lo menos lo que fuere mas dificultoso de entender; en las cuales llevaré este estilo, que primero pondré las sentencias de su latin, y luego las declararé al propósito de lo que se trajeren. Y pondré primero juntas todas las canciones, y luego por su órden iré poniendo cada una de por sí para háberlas de declarar; de las cuales declararé cada verso, poniéndole al principio de su declaracion.

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO.

ESPOSA.

1. ¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

2. Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo mas quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

3. Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

4. Oh bosques y espesuras,
Plantadas por mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

CRIATURAS.

5. Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

6. ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy mas ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.

7. Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos mas me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

8. Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?

9. ¿Por qué, pues has llegado
A aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

10. Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y solo para tí quiero tenellos.

11. Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

12. ¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

13. Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA.

14. Mi Amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.

15. La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.

16. Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.

17. Detente, cierzo muerto,
Ven, austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.

18. Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no querais tocar nuestros umbrales.

19. Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las campañas
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO.

20. A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores.

21. Por las amenas liras
Y cantos de Sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la Esposa duerma mas seguro.

22. Entrádose ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.

23. Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA.

24. Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

25. A zaga de tu huella
Los jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

26. En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salia
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabia,
Y el ganado perdí que antes seguia.

27. Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.

28. Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal, en su servicio,
Ya no guardo ganado
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya solo en amar es mi ejercicio.

29. Pues ya si en el ejido
De hoy mas no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que, andando enamorada,
Me hice perdidiza y fuí ganada.

30. De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Harémos las guirnaldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mio entretejidas.

31. En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

32. Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimian,
Por eso me adamabas,
Y en eso merecian
Los mios adorar lo que en tí vian.

33. No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme,
Después que me miraste;
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO.

34. La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.

35. En soledad vivia,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guia
A solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido

ESPOSA.

36. Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos mas adentro en la espesura.

37. Y luego á las subidas
Cavernas de las piedras nos irémos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entrarémos,
Y el mosto de granadas gustarémos.

38. Allí me mostrarias
Aquello que mi alma pretendia,
Y luego me darias
Allí tú, vida mia,
Aquello que me diste el otro dia.

39. El aspirar del aire,
El canto de la dulce Filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.

40. Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendia.

ARGUMENTO.

El órden que llevan estas canciones es desde que un alma comienza á servir á Dios hasta que llega al último estado de perfeccion, que es matrimonio espiritual; y así, en ellas se tocan los tres estados ó vias del ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son, purgativa, iluminativa y unitiva, y se declaran acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ellas.

El principio de ellas trata de los principiantes, que es la via purgativa. Las de más adelante tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y esta es la via iluminativa. Después de estas, las que se siguen tratan de la via unitiva, que es la de los perfectos, donde se hace el matrimonio espiritual. La cual via unitiva y de perfectos se sigue á la iluminativa, que es de los aprovechados; y las últimas canciones tratan del estado beatífico, que solo ya el alma en aquel estado perfecto pretende.

CANTICO ESPIRITUAL

ENTRE EL ALMA Y CRISTO, SU ESPOSO.

COMIENZA LA DECLARACION DE LAS CANCIONES.

ANOTACION Á LA CANCION SIGUIENTE, QUE ES LA PRIMERA.

Cayendo el alma en la cuenta de lo que está obligada á hacer; viendo que la vida es breve, la senda de la vida eterna estrecha; que el justo apenas se salva, que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que todo se acaba y falta, como el agua que corre; el tiempo incierto, la cuenta estrecha, la perdicion muy fácil, la salvacion muy dificultosa. Conociendo, por otra parte, la gran deuda que á Dios debe en haberla criado solamente para sí, por lo cual le debe el servicio de toda su vida; y en haberla redimido solamente por sí mismo, por lo cual le debe todo el resto y correspondencia del amor de su voluntad, y otros mil beneficios en que se conoce obligada á Dios desde antes que naciese; y que gran parte de su vida se ha ido en el aire, y que de todo esto ha de haber cuenta y razon, así de lo primero como de lo postrero, hasta el último cuadrante, cuando escudriñará Dios á Jerusalen con candelas encendidas, y que ya es tarde y por ventura lo postrero del dia: para remediar tanto mal y daño, mayormente sintiendo á Dios muy enojado y escondido por haberse ella querido olvidar tanto de él entre las criaturas, tocada ella de dolor y pavor interior de corazon sobre tanta perdicion y peligro, renunciando todas las cosas, dando de mano á todo negocio, sin dilatar un dia ni una hora, con ansia y gemido salido del corazon, herida ya del amor de Dios, comienza á invocar á su Amado, y dice:

CANCION PRIMERA.

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando, ya eras ido.

DECLARACION.

En esta primera cancion el alma, enamorada del Verbo, Hijo de Dios, su esposo, deseando unirse con él por clara y esencial vision, propone sus ansias de amor, querellándose á él de la ausencia, mayormente que, habiéndola él herido y llagado de su amor (por el cual ha salido de todas las cosas criadas y de sí misma), todavía haya de padecer la ausencia de su Amado, no desatándola ya de la carne mortal para poder gozarle en gloria de eternidad; y así, dice:

¿Adónde te escondiste?

Y es como si dijera: Verbo, esposo mio, muéstrame el lugar donde estás escondido. En lo cual le pide la manifestacion de su divina esencia; porque el lugar adonde está escondido el Hijo de Dios es, como dice san Juan, en el seno del Padre, que es la esencia divina, la cual es ajena de todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías, hablando con Dios, dijo: *Verè tu es Deus absconditus;* Verdaderamente tú eres Dios escondido. De donde es de notar que por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias de Dios que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios ni tiene que ver con él; porque todavía á la verdad le está al alma escondido, y por eso siempre le conviene al alma, sobre todas esas grandezas, tenerle por escondido y buscarle escondido, diciendo: «¿Adónde te escondiste?» Porque ni la alta comunicacion ni presencia sensible es cierto testimonio de su graciosa presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma lo es de su ausencia en ella; lo cual el profeta Job dice: *Si venerit ad me, non videbo eum: si abierit, non intelligam;* Si viniere á mí no le veré, y si se fuere no lo entenderé. En lo cual se da á entender, que si el alma sintiere gran comunicacion ó sentimiento ó noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir á que aquello que siente es poseer ó ver clara y esencialmente á Dios, ó que aquello sea tener mas á Dios ó estar mas en Dios, aunque mas ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles y espirituales le faltaren, quedando ella en sequedad, tiniebla y desamparo, no por eso ha de pensar que le falta Dios mas así que así, pues que realmente, ni por lo uno puede saber de cierto estar en su gracia, ni por lo otro estar fuera de ella, diciendo el Sabio: *Nescit homo, utrum amore, an odio dignus sit;* Ninguno sabe si es digno de amor ó aborrecimiento delante de Dios. De ma-

mera que el intento principal del alma en este verso no es solo pedir la devocion afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesion del Esposo en esta vida, sino principalmente la clara presencia y vision de su esencia, en que desea estar certificada y satisfecha en la otra. Esto mismo quiso decir la Esposa en los *Cantares* divinos cuando, deseando unirse con la divinidad del Verbo, esposo suyo, la pidió al Padre, diciéndole: *Indica mihi... ubi pascas, ubi cubes in meridie;* Muéstrame dónde te apacientas y dónde te recuestas al mediodía. Porque pedir le mostrase adónde se apacentaba era pedir la esencia del Verbo divino, su Hijo, porque el Padre no se apacienta en otra cosa que en su unigénito Hijo, pues es la gloria del Padre; y en pedir le mostrase el lugar donde se recostaba era pedirle lo mismo, porque el Hijo solo es el deleite del Padre, el cual no se recuesta en otro lugar ni cabe en otra cosa que en su amado Hijo, en el cual todo él se recuesta, comunicándole toda su esencia, al mediodía, que es la eternidad, donde siempre le engendra y le tiene engendrado. Este pasto pues es el Verbo Esposo, donde el Padre se apacienta en infinita gloria, y es el lecho florido donde con infinito deleite de amor se recuesta escondido profundamente de todo ojo mortal y de toda criatura; y esto pide aquí el alma esposa cuando dice:

¿Adónde te escondiste?

Y para que esta sedienta alma venga á hallar á su Esposo y unirse con él por union de amor en esta vida (segun se puede), y entretenga su sed con esta gota que de él se puede gustar en esta vida, bueno será, pues lo pide á su Esposo, tomando la mano por él, le respondamos, mostrándole el lugar mas cierto donde está escondido, para que allí lo halle á lo cierto con la perfeccion y sabor que se puede en esta vida, y así no comience á vaguear en vano tras las pisadas de las compañías. Para lo cual es de notar que el Verbo, Hijo de Dios, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma. Por tanto al alma que lo ha de hallar conviénele salir de todas las cosas, segun la aficion y voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que por eso san Agustin, hablando en los *Soliloquios* con Dios, decia: No te hallaba, Señor, defuera, porque mal te buscaba fuera; que estabas dentro. Está pues Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo, diciendo:

¿Adónde te escondiste?

Oh pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado para buscarle y unirte con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora, y el retrete y escondrijo donde está escondido, que es cosa de grande contentamiento y alegría para tí ver que todo tu bien y esperanza esté tan cerca de tí, que esté en tí, ó por mejor decir, tú no puedas estar sin él: *Ecce enim regnum Dei intra vos est* (dice el Esposo); Cata que el reino de Dios está dentro de vosotros. Y su siervo san Pablo dice: *Vos enim estis templum Dei;* Vosotros sois templo de Dios. Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta del alma, aunque esté en pecado mortal, cuanto menos de la que está en gracia. ¿Qué mas quieres, oh alma, y qué mas buscas fuera de tí, pues dentro de tí tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfaccion, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, á quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le ama, ahí le desea, ahí le adora, y no le vayas á buscar fuera de tí, porque te distraerás y cansarás, y no le hallarás ni gozarás mas cierto ni mas presto ni mas cerca que dentro de tí. Solo hay una cosa, que aunque está dentro de tí, está escondido; pero gran cosa es saber el lugar donde está escondido, para buscarle allí á lo cierto, y esto es lo que tú tambien aquí, alma, pides cuando con afecto de amor dices:

¿Adónde te escondiste?

Pero todavía dices: Pues está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no lo hallo ni le siento? La causa es porque está escondido, y tú no te escondes tambien para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida tan á lo escondido, y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y cuando la halla, él tambien está escondido como ella. Como quiera pues que tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu alma, por el cual el sabio mercader dió todas sus cosas, convendrá que para que tú le halles, olvidadas todas las tuyas y alejándote de todas las criaturas, te escondas en tu retrete interior del espíritu, y cerrando la puerta sobre tí (es á saber, tu voluntad á todas las cosas), ores á tu Padre en escondido; y así, quedando escondida con él, entonces le sentirás en escondido, y le amarás y gozarás en escondido, y te deleitarás en escondido con él, es á saber, sobre todo lo que alcanza lengua y sentido. Ea pues, alma hermosa, pues ya sabes que tu deseado Amado mora escondido en tu seno, procura estar bien con él escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con aficion de amor; y mira que á ese escondrijo te llama él por Isaías, diciendo: *Vade... intra in cubicula tua, claude ostia tua super te, abscondere modicum ad momentum;* Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre tí (esto es, todas tus potencias á todas las criaturas), escóndete un poco hasta un momento; esto es, por este momento de vida temporal; porque si en esta brevedad de vida guardares, oh alma, con toda guarda tu corazon, como dice el Sabio, sin duda ninguna te dará Dios lo que él adelante dice por el mismo Isaías: *Dabo tibi thesauros absconditos, et arcana secretorum;* Daréte los tesoros escondidos, y descubriréte la sustancia y misterios de los secretos; la cual sustancia de los secretos es el mismo Dios, porque Dios es la sustancia de la fe, y el concepto de ella y la fe es el secreto y el misterio; y cuando se revelare y manifestare esto que nos tiene secreto y encubierto la fe, que

es lo perfecto de Dios, como dice san Pablo, entonces se descubrirán al alma la sustancia y misterios de los secretos; pero en esta vida mortal, aunque no llegará el alma tan á lo puro de ellos como en la otra por mas qué se esconda, todavía si se escondiere como Moisen en la caverna de piedra, que es la verdadera imitacion de la perfeccion de la vida del Hijo de Dios, esposo del alma, amparándola Dios con su diestra, merecerá que le muestren las espaldas de Dios, que es llegar en esta vida á tanta perfeccion, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios, su esposo; de manera que se sienta tan junta con él, y tan instruida y sabia en sus misterios, que cuanto á lo que toca á conocerle en esta vida no tenga necesidad de decir: «¿Adónde te escondiste?»

Dicho queda, oh alma, el modo que te conviene tener para hallar al Esposo en tu escondrijo; pero si lo quieres volver á oir, oye una palabra llena de sustancia y verdad inaccesible, y es, búscale en fe y en amor sin querer satisfacerte de cosa, ni gustarla ni entenderla mas de lo que debes saber, que esos dos son los mozos del ciego, que te guiarán por donde no sabes allá á lo escondido de Dios, porque la fe, que es el secreto que habemos dicho, son los piés con que el alma va á Dios, y el amor es la guia que la encamina, y andando ella tratando y manijando estos misterios y secretos de fe, merecerá que el amor le descubra lo que en sí encierra la fe, que es el Esposo que ella desea en esta vida por gracia espiritual y divina union con Dios, como habemos dicho, y en la otra por gloria esencial, gozándole cara á cara, ya de ninguna manera escondido; pero entre tanto, aunque el alma llegue á esta dicha union (que es el mas alto estado á que se puede llegar en esta vida), por cuanto al alma todavía le está escondido en el seno del Padre, como habemos dicho, que es como ella le desea gozar en la otra, siempre dice:

¿Adónde te escondiste?

Muy bien haces, oh alma, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas á Dios y mucho te llegas á él, teniéndole por mas alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar; y por tanto, no repares en parte ni en todo de lo que tus potencias pueden comprehender, quiero decir, que nunca te quieras satisfacer en lo que entiendes de Dios, sino en lo que no entendieres de él; y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres ó sintieres de Dios, sino ama y deleitate en lo que no puedes entender ni sentir de él; que eso es, como habemos dicho, buscarle en fe; que pues es Dios inaccesible y escondido, como tambien habemos dicho, aunque mas te parezca que le hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido, y le has de servir escondido en escondido. Y no seas como muchos insipientes, que piensan bajamente de Dios, entendiendo que cuando no le entienden ó no le gustan ó no lo sienten está Dios mas léjos y mas escondido; siendo mas verdad lo contrario, que cuanto menos le entienden mas se llegan á él; pues, como dice el profeta David: *Posuit tenebras latibulum suum;* Puso por su escondrijo las tinieblas; y así, llegando cerca de él, por fuerza has de sentir tinieblas en la flaqueza de tus ojos; bien haces pues en todo tiempo á hora de prosperidad ó adversidad espiritual ó temporal, tener á Dios por escondido; y así, clamar á él, diciendo:

Amado, y me dejaste con gemido.

Llámale amado para mas moverle é inclinarle á su ruego, porque cuando Dios es amado, con grande facilidad acude á las peticiones de su amante; y así lo dice él por san Juan, diciendo: *Si manseritis in me... Quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis;* Si permaneciéredes en mí, todo lo que quisiéredeis pediréis, y hacerse ha. De donde entonces le puede el alma de verdad llamar *amado*, cuando ella está entera con él, no teniendo su corazon asido á alguna cosa fuera de él; y así, de ordinario trae su pensamiento en él. Que por falta de esto dijo Dálida á Sanson: *Quomodo dicis quod amas me, cum animus tuus non sit mecum?* Que ¿cómo podia decir él que la amaba, pues su ánimo no estaba con ella? En el cual ánimo se incluye el pensamiento y la aficion. De donde algunos llaman al Esposo *amado*. Y no es su amado de veras, porque no tienen entero con él su corazon. Y así, su peticion no es en la presencia de Dios de tanto valor; por lo cual no alcanzan luego su peticion hasta que, continuando la oracion, vengan á tener su ánimo mas continuo con Dios y el corazon con él mas entero, con afeccion de amor, porque de Dios no se alcanza nada sino es por amor.

En lo que dice luego: «Y me dejaste con gemido,» es de notar que el ausencia del amado causa continuo gemir en el amante; porque, como fuera de él nada ama, en nada descansa ni recibe alivio; de donde, en esto se conocerá el que de veras ama á Dios, si con ninguna cosa menos que él se contenta; mas ¿qué digo, se contenta? Pues aunque todas juntas las posea no estará contento, antes cuantas mas tuviere estará menos satisfecho; porque la satisfaccion del corazon no se halla en la posesion de las cosas, sino en la desnudez de todas y pobreza de espíritu. Que por consistir en esta la perfeccion de amor en que se posee Dios, con muy conjunta y particular gracia vive en el alma en esta vida cuando ha llegado á ella con alguna satisfaccion, aunque no con hartura; pues que David con toda su perfeccion la esperaba en el cielo, diciendo: *Satiabor, cum apparuerit gloria tua;* Cuando pareciere tu gloria me hartaré. Y así, no le basta la paz y tranquilidad y satisfaccion de corazon á que puede llegar el alma en esta vida, para que deje de tener dentro de sí gemido (aunque pacífico y no penoso) en la esperanza de lo que falta. Porque el gemido es anejo á la esperanza. Como el que decia el Apóstol que tenian él y los demás, aunque perfectos, diciendo: *Nos ipsi primitias Spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes;* Nosotros mismos, que tenemos

las primicias del Espíritu dentro de nosotros mismos, gemimos, esperando la adopcion de hijos de Dios. Este gemido pues tiene aquí el alma dentro de sí en el corazon enamorado, porque donde hiere el amor, allí está el gemido de la herida, clamando siempre con el sentimiento de la ausencia; mayormente cuando, habiendo ella gustado alguna dulce y sabrosa comunicacion del Esposo, ausentándose, se quedó sola y seca de repente; que por eso dice luego:

Como el ciervo huiste.

Donde es de notar que en los *Cantares* compara la Esposa al Esposo al ciervo y cabra montañesa, diciendo: *Similis est dilectus meus capreae, binnuloque cervorum;* Semejante es mi Amado á la cabra y al hijo de los ciervos. Y esto no es solo por ser extraño y solitario, y huir de las compañías, como el ciervo, sino tambien por la presteza de esconderse y mostrarse, cual suele hacer en las visitas que hace á las devotas almas para regalarlas y animarlas, y en los desvíos y ausencias que las hace sentir después de las tales visitas, para probarlas y humillarlas y enseñarlas; por lo cual las hace sentir con mayor dolor la ausencia, segun ahora da aquí á entender en lo que se sigue, diciendo:

Habiéndome herido.

Que es como si dijera: No solo no me basta la pena y el dolor que ordinariamente padezco en tu ausencia, sino que, hiriéndome mas de amor con tu flecha, y aumentando la pasion y apetito de tu vista, huyes con ligereza de ciervo y no te dejas comprehender algun tanto.

Para mas declaracion de este verso es de saber que, allende de otras muchas diferencias de visitas que Dios hace al alma, con que la llaga de amor, suele hacer unos escondidos toques de amor, que, á manera de saeta de fuego, hieren y traspasan el alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor; y estas propiamente se llaman heridas de amor, de las cuales habla aquí el alma. Inflaman tanto estas la voluntad en aficion, que se está el alma abrasando en llamas de amor; tanto, que parece consumirse de aquella llama y la hace salir fuera de sí, y renovar toda y pasar á nueva manera de ser, así como el ave fénix, que se quema y renace de nuevo. De lo cual hablando David, dice: *Inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi;* Fué inflamado mi corazon, y las renes se mudaron, y yo me resolví en nada, y no supe. Los apetitos y afectos (que aquí entiende el Profeta por renes) todos se conmueven y mudan en divinos en aquella inflamacion del corazon, y el alma por amor se resuelve en nada, nada sabiendo sino amor. Y á este tiempo es la conmutacion de estas renes en grande manera de tormento y ansia por ver á Dios; tanto, que le parece al alma intolerable el rigor de que con ella usa el amor, no porque la hubo herido (porque antes tiene ella las tales heridas por salud suya), sino porque la dejó así penando en amor, y no la hirió mas valerosamente, acabándola de matar para unirse y juntarse con él en vida de amor perfecto. Por tanto, encareciendo ó declarando ella su dolor, dice:

Habiéndome herido.

Es á saber, dejándome así herida, muriendo con herida de amor de tí, te escondiste con tanta ligereza como ciervo. Este sentimiento acaece así tan grande porque en aquella herida de amor que hace Dios al alma levántase el afecto de la voluntad con súbita presteza á la posesion del Amado, cuyo toque sintió, y con esa misma presteza siente el ausencia y el no poder poseer aquí como desea; y así, luego juntamente siente el gemido de la tal ausencia, porque estas visitas tales no son como otras en que Dios recrea y satisface al alma, porque estas solo las hace mas para herir que para sanar, y mas para lastimar que para satisfacer, pues sirven para avivar la noticia y aumentar el apetito, y por consiguiente el dolor y ansia de ver á Dios. Estas se llaman heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables; por lo cual querria ella estar siempre muriendo mil muertes de estas lanzadas, porque la hacen salir de sí y entrar en Dios; lo cual da ella á entender en el verso siguiente, diciendo:

Salí tras ti clamando, ya eras ido.

En las heridas de amor no puede haber medicina sino de parte del que hirió. Y por eso esta herida alma salió con la fuerza del fuego, que causa la herida, tras de su Amado, que la habia herido, clamando á él para que la sanase; es á saber, que este salir espiritualmente se entiende aquí de dos maneras para ir tras Dios: la una, saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por aborrecimiento y desprecio de ellas; la otra, saliendo de sí misma por olvido de sí, lo cual se hace por el amor de Dios; porque, cuando este toca al alma con las veras que se va diciendo aquí, de tal manera la levanta, que no solo la hace salir de sí misma por el olvido de sí, pero aun de sus quicios y modos y inclinaciones naturales la saca, clamando por Dios; y así, es como si le dijera: Esposo mio, en aquel toque tuyo y herida de amor sacaste mi alma, no solo de todas las cosas, mas tambien la sacaste y hiciste salir de sí (porque á la verdad, y aun de las carnes parece la saca), y levantástela á tí clamando por tí, ya desasida de todo para asirse á tí.

Ya eras ido.

Como si dijera: Al tiempo que quise comprehender tu presencia no te hallé, y quedéme desasida de lo uno sin asir lo otro, penando en los aires de amor sin arrimo de tí ni de mí. Esto que aquí llama el alma salir para ir á buscar el Amado, llama la Esposa en los *Cantares* levantar, diciendo: *Surgam, et circuibo Civitatem: per vicos, et plateas quaeram, quem diligit anima mea: quaesivi illum, et non inveni... vulneraverunt me;* Levantaréme y buscaré al que ama mi alma, rodeando la ciudad por los arrabales y plazas; busquéle, dice, y no le hallé, y llagáronme. Levantarse el alma esposa se en-

tiende allí (hablando espiritualmente) de lo bajo á lo alto, que es lo mismo que aquí dice el alma *salir;* esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios. Pero dice allí la Esposa que quedó llagada porque no le halló. Y aquí el alma tambien dice que está herida de amor y la dejó así; y esto es porque el enamorado vive siempre penado en la ausencia, porque él está ya entregado al que ama, esperando la paga de la entrega que ha hecho, que es la entrega del Amado á él, y todavía no se le da; y estando ya perdido á todas las cosas, y asimismo por el Amado, no ha hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de la posesion del que ama su alma.

Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios suele ser tan grande á los que van llegando al estado de perfeccion, al tiempo de estas divinas heridas, que si no proveyese el Señor, moririan; porque, como tienen el paladar de la voluntad sano y el espíritu limpio y bien dispuesto para Dios, y en lo que está dicho se les da á gustar algo de la dulzura del amor divino, que ellos sobre todo modo apetecen, padecen sobre todo modo; porque, como por resquicios se les muestra un inmenso bien, y no se les concede, es inefable la pena y el tormento.

CANCION II.

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
A aquel que yo mas quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

DECLARACION.

En esta cancion el alma se quiere aprovechar de terceros y medianeros para con su Amado, pidiéndoles le dén parte de su dolor y pena; porque propiedad es del amante, ya que por la presencia no puede comunicarse con el Amado, de hacerlo con los mejores medios que puede. Y así, el alma de sus afectos, deseos y gemidos se quiere aquí aprovechar como de mensajeros que tan bien saben manifestar lo secreto del corazon á su Amado; y así, los requiere que vayan diciendo:

Pastores, los que fuerdes.

Llamando pastores á sus deseos, afectos y gemidos, por cuanto ellos apacientan al alma de bienes espirituales, porque *pastor* quiere decir apacentador; y mediante ellos se comunica Dios á ella y le da divino pasto, porque sin ellos poco se le comunica; y dice:

Los que fuerdes.

Que es como decir: Los que de puro amor saliéredes. Porque no todos los afectos y deseos van hasta él, sino los que salen de verdadero amor.

Allá por las majadas al otero.

Llama *majadas* á las jerarquías y coros de los ángeles, por los cuales de coro en coro van nuestros gemidos y oraciones á Dios. Al cual aquí llama otero, por ser él la suma alteza, y porque en él, como en el otero, se otean y ven todas las cosas y las *majadas* superiores é inferiores. Al cual van nuestras oraciones, ofreciéndoselas los ángeles, como habemos dicho, segun lo dijo el ángel á Tobías, diciendo: *Quando orabas cum lacrymis, et sepeliebas mortus... ego obtuli orationem tuam Domino;* Cuando orabas con lágrimas y enterrabas los muertos, yo ofrecia tus oraciones á Dios. Tambien se pueden entender estos pastores del alma por los mismos ángeles; porque, no solo llevan á Dios nuestros recaudos, sino tambien traen los de Dios á nuestras almas, apacentándolas, como buenos pastores, de dulces comunicaciones é inspiraciones de Dios, por cuyo medio Dios tambien las hace, y ellos nos amparan y defienden de los lobos, que son los demonios. Ahora pues entienda estos pastores por los afectos, ahora por los ángeles, todos desea el alma que le sean parte y medios para con su Amado; y así, á todos les dice:

Si por ventura vierdes.

Y es tanto como decir: Si por mi buena dicha y ventura llegáredes á su presencia, de manera que él os vea y oiga. Donde es de notar que (aunque es verdad que Dios todo lo sabe y entiende, y hasta los mismos pensamientos del alma ve y nota, como dice Moisen) entonces se dice ver nuestras necesidades y oraciones, ó oirlas, cuando las remedia ó las cumple; porque, no cualesquier necesidades y peticiones llegan al colmo que las oiga Dios para cumplirlas, hasta que en sus ojos lleguen á bastante sazon y tiempo y número, y entonces se dice verlo y oirlo, segun es de ver en el *Exodo*, que, después de cuatrocientos años que los hijos de Israel habian estado afligidos en la servidumbre de Egipto, dice Dios á Moisen: *Vidi aflictionem Populi mei... et descendi, ut liberem eum;* Vi la afliccion de mi pueblo, y he bajado para librarlos. Como quiera que siempre la hubiese visto; y tambien dijo san Gabriel á Zacarías que no temiese, porque ya Dios habia oido su oracion, de darle el hijo que muchos años le habia andado pidiendo, como quiera que siempre le hubiese oido; y así, ha de entender cualquier alma que, aunque Dios no acuda luego á su necesidad y ruego, que no por eso dejará de acudir en el tiempo oportuno; porque él es ayudador, como dice David, en las oportunidades y en la tribulacion, si ella no desmayare y cesare. Esto pues quiere decir aquí el alma cuando dice:

Si por ventura vierdes.

Es á saber: Si por ventura es llegado el tiempo en que tenga por bien de otorgar mis peticiones.

Aquel que yo mas quiero.

Es á saber, mas que á todas las cosas. Lo cual es verdad cuando al alma no se le pone nada delante que la acobarde hacer y padecer por él cualquiera cosa de su servicio; y cuando el alma tambien puede con verdad decir lo que en el verso siguiente se dice, es señal que le ama sobre todas las cosas.

Decidle que adolezco, peno y muero.

En el cual representa el alma tres necesidades, conviene á saber, dolencia, pena y muerte; porque el alma que de veras ama á Dios con amor de alguna perfeccion, en la ausencia padece ordinariamente de tres maneras, segun las tres potencias del alma, que son entendimiento, voluntad y memoria. Acerca del entendimiento, dice que adolece, porque no ve á Dios, que es la salud del entendimiento, segun él lo dice por David, diciendo: *Salus tua ego sum;* Yo soy tu salud. Acerca de la voluntad, dice que pena, porque no posee á Dios, que es el refrigerio y deleite de la voluntad, segun tambien lo dice David, diciendo: *Torrente voluptatis tuae potabis eos;* Con el torrente de tu deleite nos hartarás. Acerca de la memoria, dice que muere, porque, acordándose que carece de todos los bienes del entendimiento, que es ver á Dios, y de los deleites de la voluntad, que es poseerle, y que tambien es muy posible carecer de él para siempre entre los peligros y ocasiones de esta vida, padece en esta memoria sentimiento á manera de muerte, porque echa de ver que carece de la cierta y perfecta posesion de Dios, el cual es vida del alma, segun lo dice Moisés, diciendo: *Ipse est enim vita tua;* El ciertamente es tu vida.

Estas tres maneras de necesidades representa tambien Jeremías á Dios en los *Trenos*, diciendo: *Recordare paupertatis... absynthii, et felli;* Recuérdate de mi pobreza y del absintio y de la hiel. La pobreza se refiere al entendimiento, porque á él pertenecen las riquezas de la sabiduría del Hijo de Dios, en el cual, como dice san Pablo, están encerrados todos sus tesoros: *In quo sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi.* El absintio, que es yerba amarguísima, se refiere á la voluntad, porque á esta potencia pertenece la dulzura de la posesion de Dios, de la cual careciendo, se queda con amargura; y que la amargura pertenezca á la voluntad espiritualmente, se da á entender en el *Apocalipsi* cuando el ángel dijo á san Juan: *Accipe librum, et devora illum, et faciet amaricari ventrem tuum;* que en comiendo aquel libro le habia de amargar el vientre, entendiendo allí por vientre la voluntad. La hiel se refiere, no solo á la memoria, sino á todas las potencias y fuerzas del alma, porque la hiel significa la muerte del alma, segun da á entender Moisés, hablando con los condenados, en el *Deuteronomio*, diciendo: *Fel draconum vinum eorum, et venenum aspidum insanabile;* Hiel de dragones será el vino de ellos, y veneno de áspides insanable. Lo cual significa allí el carecer de Dios, que es muerte del alma.

Estas tres necesidades y penas están fundadas en las tres virtudes teologales, que son fe, caridad y esperanza; las cuales se refieren á las dichas tres potencias por el órden que aquí se ponen, entendimiento, voluntad y memoria; y es de notar que el alma en el dicho verso no hace mas que representar su necesidad y pena al Amado, porque el que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el amado haga lo que fuere servido, como cuando la bendita Vírgen dijo á su amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole directamente el vino, sino diciendo: *Vinum non habent;* No tienen vino. Y las hermanas de Lázaro le enviaron á decir, no que sanase á su hermano, sino que mirase que al que amaba estaba enfermo: *Domine, ecce, quem amas, infirmatur.* Y esto por tres cosas: la primera, porque mejor sabe el Señor lo que nos conviene que nosotros; la segunda, porque mas se compadece el amado viendo la necesidad del que lo ama y su resignacion; la tercera, porque mas seguridad lleva el alma acerca del amor propio y propiedad en representar la falta que en pedir lo que á su parecer le falta. Ni mas ni menos hace acá ahora el alma representando sus tres necesidades; y es como si dijera: Decid á mi Amado que adolezco y él solo es mi salud, que me dé mi salud, y que pues peno y él solo es mi gozo, que me dé mi gozo, y que pues muero y él solo es mi vida, que me dé vida.

CANCION III.

Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

DECLARACION.

Viendo el alma que para hallar al Amado no le bastaban gemidos ni oraciones, ni tampoco ayudarse de buenos terceros, como ha hecho en la primera y segunda cancion, por cuanto el deseo con que le busca es verdadero y su amor grande, no quiere dejar de hacer alguna diligencia de las que de su parte puede; porque el alma que de veras ama á Dios no empereza hacer cuanto puede por hallar al Hijo de Dios, su amado, y aun después que lo ha hecho todo no se satisface ni piensa que ha hecho nada; y así, en esta tercera cancion ella misma por la obra lo quiere buscar, y dice el modo que ha de tener en hallarlo, conviene á saber, que ha de ir ejercitándose en las virtudes y ejercicios espirituales de la vida activa y contemplativa, y que para esto no ha de admitir deleites ni regalos algunos, ni bastarán á detenerla é impedirla este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos del alma, que son mundo, demonio y carne, diciendo:

Buscando mis amores.

Esto es, mi Amado. Bien da á entender aquí el alma que para hallar á Dios de veras no basta solo orar con el corazon y con la lengua, ni tampoco ayudarse de beneficios ajenos, sino que tambien, junto con eso, es menester obrar de su parte. Lo que en sí es, porque mas suele estimar Dios una obra de la propia persona que muchas que otros hacen por ella; y por eso, acordándose aquí el alma del dicho del Amado, que dice: *Quaerite, et invenietis;* Buscad y hallaréis; ella misma se determina á salir de la manera que habemos dicho á buscarle

por la obra, por no se quedar sin hallarle, como muchos, que no querrian que les costase Dios mas que hablar, y aun eso mal, y por él no quieren hacer cosa que les cueste algo, y algunos aun no levantarse de un lugar de su gusto y contento por él, sino que así se les viniese el sabor de Dios á la boca y al corazon, sin dar paso ni mortificarse en perder alguno de sus gustos, consuelos y quereres inútiles; pero hasta que de ellos salgan á buscarle, aunque mas voces dén á Dios, no le hallarán, porque así le buscaba la Esposa en los *Cantares*, y no le halló hasta que salió á buscarle; y dícelo por estas palabras: *In lectulo meo per noctes quaesivi quem diligit anima mea: quaesivi illum, et non inveni. Surgam, et circuibo Civitatem; per vicos, et plateas quaeram quem diligit anima mea;* En mi lecho de noche busqué al que ama mi alma, busquéle y no le hallé. Levantaréme y rodearé la ciudad; por los arrabales y las plazas buscaré al que ama mi alma. Y después de haber pasado algunos trabajos, dice allí que lo halló. De donde, el que busca á Dios queriéndose estar en su gusto y descanso, de noche le busca, y así no le hallará; pero el que busca por el ejercicio y obras de las virtudes, dejado aparte el lecho de su gusto y deleites, este le busca de dia, y así le hallará; porque lo que de noche no se halla, de dia parece. Esto da bien á entender el Esposo en el libro de la *Sabiduría*, diciendo: *Clara est, et quae numquam marcescit Sapientia, et facile videtur ab his qui diligunt eam, et invenitur ab his qui quaerunt illam. Praeoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat. Qui de luce vigilaverit ad illam, non laborabit; asidentem enim illam foribus suis inveniet;* quiere decir: Clara es la sabiduría, y nunca se marchita y fácilmente es vista de los que la aman y es hallada de los que la buscan. Previene á los que la codician, para mostrarse primero á ellos. El que por la mañana madrugare á ella no trabajará, porque la hallará sentada á la puerta de su casa. En lo cual da á entender que, en saliendo el alma de la casa de su propia voluntad y del lecho de su propio gusto, acabada de salir, luego allí afuera hallará á la dicha sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, su esposo; y por eso dice el alma aquí: «Buscando mis amores.»

Iré por esos montes y riberas.

Por los montes, que son altos, entiende aquí las virtudes. Lo uno por la alteza de ellas, lo otro por la dificultad y trabajo que se pasa en subir á ellas, por las cuales dice que irá ejercitando la vida contemplativa. Por las riberas, que son bajas, entiende las mortificaciones, penitencias y ejercicios espirituales, por las cuales tambien dice que irá en ellas ejercitando la vida activa, junto con la contemplativa que ha dicho; porque para buscar á lo cierto á Dios y adquirir las virtudes, la una y la otra son menester. Es pues tanto como decir: Buscando á mí Amado, iré poniendo por obra las altas virtudes, y humillándome en las bajas mortificaciones y ejercicios humildes. Esto dice porque el camino de buscar á Dios es ir obrando en Dios el bien y mortificando en sí el mal, de la manera que va diciendo en los versos siguientes, es á saber:

Ni cogeré las flores.

Por cuanto para buscar á Dios es menester un corazon desnudo y fuerte, y libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios, dice en el presente verso y en los siguientes el alma la libertad y fortaleza que ha de tener para buscarle; y en este dice que no cogerá las flores que encontrare en este camino, por las cuales entiende todos los gustos y contentamientos y deleites que se le pueden ofrecer en esta vida, y le podrian impedir el camino si cogerlos y admitirlos quisiere.

Los cuales son en tres maneras, temporales, sensuales y espirituales; y porque los unos y los otros ocupan el corazon y le son impedimento para la desnudez espiritual cual se requiere para el derecho camino de Cristo, si reparase ó hiciese asiento en ellos, dice que para buscarle no cogerá todas estas cosas dichas; y así, es como si dijera: Ni pondré mi corazon en las riquezas y bienes que ofrece el mundo, ni admitiré los contentamientos y deleites de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu, de suerte que me detenga en buscar á mis amores por los montes de las virtudes y trabajos. Esto dice por tomar el consejo que da el profeta David á los que van por este camino, diciendo: *Divitiae si affluant, nolite cor apponere;* esto es: Si se ofrecieren abundantes riquezas, no querais aplicar el corazon á ellas. Lo cual entiende así de los gustos sensuales como de los demás bienes temporales y consuelos espirituales. Donde es de notar que, no solo los bienes temporales y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios, mas tambien los consuelos y deleites espirituales, si se tienen con propiedad ó se buscan, impiden al camino de la cruz del esposo Cristo; por tanto, el que ha de ir adelante conviene que no se detenga á coger esas flores; y no solo eso, sino que tambien tenga ánimo y fortaleza para decir:

Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

En los cuales versos pone los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, que son los que hacen guerra y dificultan el camino. Por las fieras entiende el mundo, por los fuertes el demonio, y por las fronteras la carne.

Al mundo llama fieras, porque al alma que comienza el camino de Dios le parece que se le representa en la imaginacion el mundo como á manera de fieras, haciéndole amenazas y fieros, y es principalmente en tres maneras: la primera, que le ha de faltar el favor del mundo, perder los amigos, el crédito, valer, y aun la hacienda; la segunda, que es otra fiera no menor, que ¿cómo ha de sufrir no haber ya jamás de tener contentos y deleites del mundo, y carecer de todos los regalos de él? La tercera es aun mayor, conviene á saber, que se han de levantar contra ella las lenguas y han de ha-

cer burla, y ha de haber muchos dichos y mofas, y le han de tener en poco; las cuales cosas, de tal manera se les suelen anteponer á algunas almas, que se les hace dificultosísimo, no solo el perseverar contra estas fieras, mas aun el poder comenzar el camino.

Pero á algunas almas generosas se les suelen poner otras fieras mas interiores y espirituales de dificultades y tentaciones, tribulaciones y trabajos de muchas maneras, por que les conviene pasar; cuales los envia Dios á los que quiere levantar á alta perfeccion, probándolos y examinándolos como al oro en el fuego, segun aquello de David : *Multae tribulationes justorum; et de omnibus his liberavit eos Dominus;* esto es : Las tribulaciones de los justos son muchas, mas de todas ellas nos librará el Señor. Pero el alma bien enamorada, que estima á su Amado mas que á todas las cosas, confiada en el amor y favor de él, no tiene en mucho decir : «Ni temeré las fieras.»

Y pasaré los fuertes y fronteras.

A los demonios, que es el segundo enemigo, llama fuertes, porque ellos con grande fuerza procuran tomar el paso de este camino; y tambien porque sus tentaciones y astucias son mas fuertes y duras de vencer y mas dificultosas de entender que las del mundo y carne, y porque tambien se fortalecen de estos otros dos enemigos, mundo y carne, para hacer al alma fuerte guerra. Y por tanto, hablando David de ellos, los llama fuertes, diciendo : *Fortes quaesierunt animam meam;* es á saber : Los fuertes pretendieron mi alma. De cuya fortaleza tambien dice el profeta Job : *Non est super terram potestas, quae comparetur ei, qui factus est ut nullum timeret;* que no hay poder sobre la tierra que se compare á este del demonio, que fué hecho de suerte que á ninguno temiese; esto es, ningun poder humano se podrá comparar con el suyo; y así, solo el divino basta para poderle vencer, y sola la luz divina para poderle entender sus ardides; por lo cual, el alma que hubiere de vencer su fortaleza no podrá sin su oracion, ni sus engaños podrá entender sin humildad y mortificacion; que por eso dice el apóstol san Pablo, avisando á los fieles, estas palabras : *Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli; quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem;* es á saber : Vestíos de las armas de Dios para que podais resistir á las astucias del enemigo, porque esta lucha no es como contra la carne y sangre; entendiendo por la sangre el mundo, y por las armas de Dios la oracion y la cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificacion que habemos dicho. Dice tambien el alma que pasará las fronteras, por las cuales se entienden, como habemos dicho, las repugnancias y rebeliones que naturalmente la carne tiene contra el espíritu; la cual, como dice el apóstol san Pablo, codicia contra el espíritu : *Caro enim concupiscit adversus spiritum.* Y se pone como en frontera, resistiendo al camino espiritual; y estas fronteras ha de pasar el alma rompiendo las dificultades y echando por tierra con la fuerza y determinacion del espíritu todos los apetitos sensuales y aficiones naturales; porque en tanto que los hubiere en el alma, de tal manera está el espíritu impedido debajo de ellas, que no puede pasar á verdadera vida y deleite espiritual; lo cual nos dió bien á entender san Pablo, diciendo : *Si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis;* esto es : Si mortificáredes las inclinaciones de la carne y apetitos con el espíritu, viviréis. Este pues es el estilo que dice el alma en la dicha cancion que le conviene tener para en este camino buscar á su Amado; el cual, en suma, es tener constancia y valor para no bajarse á coger las *flores*, y ánimo para no temer las *fieras*, y fortaleza para pasar los *fuertes* y *fronteras;* solo entendiendo en ir por los montes y riberas de virtudes, de la manera que está declarado.

CANCION IV.

¡Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano del Amado!
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

DECLARACION.

Después que el alma ha dado á entender la manera de disponerse para comenzar este camino, para no se andar ya á deleites y gustos, y la fortaleza que ha de tener para vencer las tentaciones y dificultades, en lo cual consiste el ejercicio del conocimiento de sí, que es lo primero que tiene de hacer el alma para ir al conocimiento de Dios, ahora en esta cancion comienza á caminar por la consideracion y conocimiento de las criaturas al conocimiento de su Amado, criador de ellas, porque, después del ejercicio del conocimiento propio, esta consideracion de las criaturas es la primera por órden en este camino espiritual para ir conociendo á Dios, considerando su grandeza y excelencia por ellas, segun aquello del Apóstol, que dice : *Invisibilia enim ipsius, à creatura mundi, per ea, quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur;* que es como si dijera : Las cosas invisibles de Dios son del alma conocidas por las cosas criadas visibles é invisibles.

Habla pues el alma en esta cancion con las criaturas, preguntándoles por su Amado. Y es de notar que, como dice san Agustin, la pregunta que el alma hace á las criaturas es la consideracion que en ellas hace del Criador de ellas. Y así, en esta cancion se contiene la consideracion de los elementos y de las demás criaturas inferiores, y la consideracion de los cielos y de las demás criaturas y cosas materiales que Dios crió en ellos; y tambien la consideracion de los espíritus celestiales, diciendo :

¡Oh bosques y espesuras!

Llama *bosques* á los elementos, que son tierra, agua, aire y fuego; porque, así como los amenísimos bosques están plantados y poblados de espesas plantas y arboledas, así lo están los elementos de espesas criaturas, á las cuales llama aquí *espesuras,* por el grande número y

mucha diferencia que hay de ellas en cada elemento: en la tierra inumerables variedades de animales y plantas, en el agua inumerables diferencias de peces, en el aire mucha diversidad de aves, y el elemento del fuego concurre con todos para la animacion y conservacion de ellos; y así, cada suerte de animales vive en su elemento, y está puesta y plantada en él como en su bosque y region, donde nace y se cria; y á la verdad, así lo mandó Dios en la creacion de ellos, mandando á la tierra que produjese las plantas y los animales, y á la mar y agua los peces, y al aire hizo morada de las aves; y por eso, viendo el alma que él así lo mandó y que así se hizo, dice el verso siguiente:

Plantadas por la mano del Amado.

En el cual es esta la consideracion, es á saber, que estas diferencias y grandezas sola la mano del *Amado*, Dios, pudo hacerlas y criarlas. Donde es de notar que advertidamente dice por la *mano* del Amado; porque, aunque otras muchas cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles y de los hombres, esta, que es criar, nunca la hizo ni hace por otra que la suya propia; y así, el alma mucho se mueve al amor de su Amado, Dios, por la consideracion de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas; y dice adelante:

¡Oh prado de verduras!

Esta es la consideracion del cielo, al cual llama *prado de verduras* porque las cosas que hay en él criadas siempre están con verdura immarcesible, que ni fenecen ni se marchitan con el tiempo, y en ellas, como en frescas verduras, se recrean los justos; en la cual consideracion tambien se comprehende toda la diferencia de las hermosas estrellas y otras plantas celestiales.

Este nombre de *verduras* pone tambien la Iglesia á las cosas celestiales cuando, rogando á Dios por las ánimas de los fieles difuntos, hablando con ellas, dice: *Constituat te Christus Filius Dei vivi intra Paradisi sui semper amoena virentia;* que quiere decir: Constitúyaos Cristo, Hijo de Dios vivo, entre las verduras siempre deleitables de su Paraíso. Tambien dice el alma que este *prado de verduras* está

De flores esmaltado.

Por las cuales *flores* entiende los ángeles y almas santas, con las cuales está adornado aquel lugar, y hermoseado como un gracioso y subido esmalte en un vaso de oro excelente.

Decid si por vosotros ha pasado.

Esta pregunta es la consideracion que arriba queda dicha, y es como si dijera: Decid qué excelencias en vosotros ha criado.

CANCION V.

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

DECLARACION.

En esta cancion responden las criaturas al alma, la cual respuesta, como tambien dice san Agustin en aquel mismo lugar, es el testimonio que dan en sí de la grandeza y excelencia de Dios al alma que por la consideracion se lo pregunta; y así, en esta cancion lo que se contiene en sustancia es, que Dios crió todas las cosas con gran facilidad y brevedad, y en ellas dejó algun rastro de quien él era, no solo dándoles el ser de nada, mas aun dotándolas de inumerables gracias y virtudes, y hermoseándolas con el admirable órden y dependencia indeficiente que tienen unas de otras, y esto todo haciéndolo con su sabiduría, por quien las crió, que es el Verbo, su unigénito Hijo. Dice pues así:

Mil gracias derramando.

Por estas *mil gracias* que dice iba derramando, se entiende la multitud de criaturas innumerable, que por eso pone aquí el número mayor, que es mil, para dar á entender la multitud de ellas, á las cuales llama gracias por las muchas gracias de que dotó á las criaturas, las cuales derramó, es á saber, todo el mundo poblando.

Pasó por estos sotos con presura.

Pasar por los *sotos* es criar los elementos, que aquí llama sotos, por los cuales dice que pasaba derramando mil gracias, porque los adornaba de todas las criaturas que son graciosas, y allende de eso, en ellas derramaba las mil gracias, dándoles virtud para poder concurrir con la generacion y conservacion de todas ellas, y dice que pasó, porque las criaturas son como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su grandeza, potencia y sabiduría, y otras virtudes divinas, y dice que este paso fué con *presura*, porque las criaturas son las obras menores de Dios, que las hizo como de paso; porque las mayores, en que mas se mostró y en que él mas reparaba, eran las de la encarnacion del Verbo y misterios de la fe cristiana, en cuya comparacion todas las mas eran hechas como de paso y con apresuramiento.

Y yéndoles mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Segun dice san Pablo, el Hijo de Dios es resplandor de su gloria y figura de su sustancia: *Qui cum sit splendor gloriae, et figura substantiae ejus.* Es pues de saber que con sola esta *figura* de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fué darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, segun se dice en el *Gé-*

nesis por estas palabras : *Vidit Deus cuncta, quae fecerat, et erant valde bona;* Miró Dios todas las cosas que habia hecho, y eran mucho buenas. El mirar las mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo, su Hijo; y no solo les comunicó el ser y gracias naturales, como habemos dicho, mirándolas, mas tambien con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural; lo cual fué cuando se hizo hombre, ensalzándole en hermosura de Dios, y por consiguiente á todas las criaturas en él, por haberse unido con la naturaleza de todas ellas en el hombre. Por lo cual dijo el mismo Hijo de Dios : *Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum;* esto es : Si yo fuere ensalzado de la tierra, levantaré á mí todas las cosas; y así, en este levantamiento de la encarnacion de su Hijo y de la gloria de su resurreccion segun la carne, no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, mas podemos decir que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Pero, demás de esto todo, hablando ahora segun el sentido y afecto de contemplacion, es de saber que en la viva contemplacion y conocimiento de las criaturas echa de ver el alma haber en ellas tanta abundancia de gracias y virtudes y hermosura, de que Dios las dotó, que le parece estar todas vestidas de admirable hermosura y virtud sobrenatural, derivada y comunicada de aquella infinita hermosura sobrenatural de la figura de Dios, cuyo mirar viste de alegría y hermosura el mundo y á todos los cielos; así como tambien con abrir su mano, como dice David, llena todo animal de bendicion : *Aperis tu manum tuam : et imples omne animal benedictione.* Y por tanto, llagada el alma de amor por este rastro que ha conocido en las criaturas de la hermosura de su Amado, con ansias de ver aquella hermosura, que es causa de estotra hermosura visible, dice la siguiente cancion :

CANCION VI.

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy mas ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.

DECLARACION.

Como las criaturas dieron al alma señas de su Amado, mostrándole en sí rastro de su hermosura y excelencia, aumentósele el amor, y por el consiguiente le creció el dolor de la ausencia; porque, cuanto mas el alma conoce á Dios, tanto mas le crece el apetito y pena por verle; y como ve que no hay cosa que pueda curar su dolencia sino la presencia y vista de su Amado, desconfiada de cualquiera otro remedio, pídele en esta cancion le entregue la posesion de su presencia, diciendo que no quiera de hoy mas entretenerla con otras cualesquier noticias y comunicaciones suyas y rastros de su excelencia, porque estas le aumentan las ansias y el dolor de carecer de la presencia, que satisface su voluntad y deseo. La cual voluntad no se contenta ni satisface con menos que con su vista; y por tanto, que sea él servido de entregarse á ella ya de veras en acabado y perfecto amor; y así, dice :

¡Ay, quien podrá sanarme!

Como si dijera : En todos los deleites del mundo y contentamiento de los sentidos y gustos, y suavidad del espíritu, cierto nada podrá sanarme, nada podrá satisfacerme; y pues así es,

Acaba de entregarte ya de vero.

Donde es de notar que cualquier alma que ama de veras no puede querer satisfacerse ni contentarse hasta poseer de veras á Dios. Porque todas las demás cosas, no solamente no la satisfacen, mas antes, como habemos dicho, la hacen crecer la hambre y apetito de verlo á él como es; y así, cada vista que el Amado recibe y el conocimiento y sentimiento ó otra cualquier comunicacion (los cuales son como mensajeros que dan al alma recaudos de noticia de quien él es), le aumentan y despiertan mas el apetito, así como hacen las migajas en grande hambre; y haciéndosele pesado entretenerse con tan poco, dice :

Acaba de entregarte ya de vero.

Porque todo lo que en esta vida de Dios se puede conocer, por mucho que sea, no es conocimiento de vero, porque es conocimiento en parte y muy remoto; mas conocerle esencialmente es conocimiento de veras, el cual aquí pide el alma, no se contentando con esotras comunicaciones; y por tanto, dice luego :

No quieras enviarme
De hoy mas ya mensajero.

Como si dijera : No quieras que de aquí adelante conozca tan á la tasa por estos mensajeros de las noticias y sentimientos que se me dan de tí, tan remotos y ajenos de lo que de tí desea mi alma, porque los mensajeros á quien pena por la presencia bien sabes tú, Esposo mio, que aumentan el dolor : lo uno, por lo que renuevan la llaga con la noticia que dan; lo otro, porque parecen dilaciones de la venida. Pues luego de hoy mas no quieras enviarme estas noticias remotas; porque, si hasta aquí podia pasar con ellas porque no te conocia ni amaba mucho, ya la grandeza del amor que te tengo no puede contentarse con estos recaudos; por tanto, acaba de entregarte. Como si mas claro dijera : Señor mio esposo, que andas dando de tí á mi alma por partes, acaba de darlo del todo; y esto que andas mostrando como por resquicios acaba de mostrarlo á la clara; y esto que andas comunicando por medios, que es comunicarte como de burlas, acaba de hacerlo de veras, comunicándote por tí mismo, que parece á veces en tus visitas que vas á dar la joya de tu posesion, y cuando mi alma bien se cata, se halla sin ella, porque

se la escondes, lo cual es como dar de burla. Entrégate pues ya de vero, dándote todo al todo de mi alma, porque toda ella te tenga á tí todo; y no quieras enviarme de hoy mas ya mensajero.

Que no saben decirme lo que quiero.

Como si dijera: Yo á tí todo quiero, y ellos no me saben ni pueden decir á tí todo, porque ninguna cosa de la tierra ni del cielo pueden darle al alma la noticia que ella desea tener de tí; y así, no saben decirme lo que quiero. En lugar pues de estos mensajeros, tú seas el mensajero y los mensajes.

CANCION VII.

Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos mas me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

DECLARACION.

En la cancion pasada ha mostrado el alma estar herida ó enferma del amor de su Esposo, á causa de la noticia que de él le dieron las criaturas irracionales; y en esta presente da á entender estar llagada de amor á causa de otra noticia mas alta que del Amado recibe por medio de las criaturas racionales, que son mas nobles que las otras, las cuales son ángeles y hombres. Y tambien dice que, no solo esto, sino que tambien está muriendo de amor á causa de una inmensidad admirable que por medio de estas criaturas se le descubre sin acabársele de descubrir, lo cual aquí llama *no sé qué*, porque no se sabe decir, porque ello es tal, que hace estar muriendo al alma. De donde podemos inferir que en este negocio de amor hay tres maneras de penar por el Amado acerca de tres maneras de noticias que de él se pueden tener. La primera se llama herida, la cual es mas remisa y mas brevemente pasa, bien así como herida, porque de la noticia que el alma recibe de las criaturas le nace, que son las mas bajas obras de Dios; y de esta herida, que aquí tambien llamamos enfermedad, habla la Esposa en los *Cantares*, diciendo: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum ut nuncietis ei, quia amore langueo;* que quiere decir: Conjúroos, hijas de Jerusalen, que si halláredes á mi Amado, le digais que estoy enferma de amor, entendiendo por las hijas de Jerusalen las criaturas. La segunda se llama llaga, la cual hace mas asiento en el alma que la herida, y por eso dura mas, porque es como herida ya vuelta en llaga, con la cual se siente el alma verdaderamente andar llagada de amor; y esta llaga se hace en el alma mediante la noticia de las obras de la encarnacion del Verbo y misterios de la Fe; los cuales, por ser mayores obras de Dios y que mayor amor en sí encierran que las de las criaturas, hacen en el alma mayor efecto de amor. De manera que si el primero es como herida, este segundo es ya como llaga hecha, que dura; de la cual hablando el Esposo en los *Cantares* con el alma, dice: *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa: vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui.* Llagásteme mi corazon, hermana mia, llagásteme mi corazon con el uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello; porque el ojo significa aquí la fe de la encarnacion del Esposo, y el cabello significa el amor de la misma encarnacion. La tercera manera de penar en el amor es como morir; lo cual es como tener ya la llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada; la cual vive muriendo hasta que, matándola el amor, la haga vivir vida de amor, transformándola en amor; y este morir de amor se causa en el alma mediante un toque de noticia suya de la Divinidad, que es el *no sé qué* que dice en esta cancion que quedan balbuciendo; el cual toque no es continuo ni mucho, porque se desataria el alma del cuerpo; mas pásase en breve; y así, queda muriendo de amor, y mas muere viendo que no sea causa de morir de amor: este se llama amor impaciente, del cual se trata en el *Génesis*, donde dice la Escritura que era tanto el amor que tenia Raquel de concebir, que dijo á su esposo Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar;* esto es: Dame hijos; si no, moriré. Y el profeta Job decia: *Quis mihi det, ut qui coepit, ipse me conterat;* que es decir: ¿Quién me dará á mí que el que me comenzó ese me acabe?

Estas dos maneras de penas de amor, es á saber, la llaga y el morir, dice en esta cancion que le causan estas criaturas racionales: la llaga, en lo que dice que le van refiriendo mil gracias del Amado en los misterios y sabiduría de Dios que le enseñan de la fe; el morir, en aquello que dice que quedan balbuciendo, que es el sentimiento y noticia de la Divinidad, que algunas veces en lo que el alma oye decir de Dios se le descubre. Dice pues:

Y todos cuantos vagan.

A las criaturas racionales, como habemos dicho, entiende aquí por los que vagan, que son los ángeles y los hombres; porque solos estos, de todas las criaturas, vacan á Dios, entendiendo en él, porque eso quiere decir este vocablo *vagan*, el cual en latin se dice *vacant*. Y así, es tanto como decir, todos cuantos vacan á Dios; lo cual hacen los unos contemplándole en el cielo y gozándole, como son los ángeles; los otros amándole y deseándole en la tierra, como son los hombres. Y porque por estas criaturas racionales mas al vivo conoce á Dios el alma, ahora por la consideracion de la excelencia que tiene sobre todas las cosas criadas, ahora por lo que ellas nos enseñan de Dios, las unas interiormente por secretas inspiraciones, como lo hacen los ángeles; las otras exteriormente, por las verdades de la Escritura, dice:

De tí me van mil gracias refiriendo.

Esto es: Dándome á entender admirables cosas de gracia y misericordia tuya en las obras de la encarnacion, y verdades de fe que de tí me declaran y siem-

pre me van mas refiriendo; porque, cuanto mas quisieren decir, mas gracias podrán descubrir de tí.

Y todos mas me llagan.

Porque cuanto los ángeles me inspiran, y los hombres de tí me enseñan, de tí mas me enamoran; y así, todas de amor mas me llagan.

Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Como si dijera: Pero allende de lo que me llagan estas criaturas en las mil gracias que me dan á entender de tí, es tal un *no sé qué* que se siente quedar por decir, y una cosa que no se conoce quedar por decir, y un subido rastro que se descubre al alma de Dios, quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios, que no se sabe decir, que por eso lo llama *no sé qué;* que si lo otro que entiendo me llaga y hiere de amor, esto que no acabo de entender, de que altamente siento, me mata. Esto acaece á veces á las almas que están ya aprovechadas, á las cuales hace Dios merced de dar en lo que oyen ó ven ó entienden, y á veces sin eso y sin esotro, una subida noticia, en que se le da á entender ó sentir alteza de Dios y grandeza; y en aquel sentir siente tan alto de Dios, que entiende claro se queda todo por entender; y en aquel entender y sentir ser tan inmensa la divinidad, que no se puede entender acabadamente, es muy subido entender. Y así, una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios á un alma por via de paso, es darle claramente á entender y sentir tan altamente de Dios, que entienda claro que no se puede entender ni sentir del todo. Porque es en alguna manera al modo de los que lo ven en el cielo, donde los que mas lo conocen, entienden mas distintamente lo infinito que les queda por entender; porque aquellos que menos lo ven son á los que no les parece tan distintamente lo que les queda por ver, como á los que mas ven. Esto entiendo que no lo acabará bien de entender el que no lo hubiere experimentado; pero el alma que lo experimenta, como ve que se le queda por entender de aquello que altamente siente, llámalo *un no sé qué;* porque, así como no se entiende, así tampoco se sabe decir, aunque, como he dicho, se sabe sentir. Por eso dice que le quedan las criaturas balbuciendo, porque no lo acaban de dar á entender, que eso quiere decir balbucir, que es el hablar de los niños, que es no acertar á decir ni dar á entender lo que hay que decir.

ANOTACION PARA LA CANCION SIGUIENTE.

Tambien acerca de las demás criaturas acaecen al alma algunas ilustraciones, al modo que habemos dicho, aunque no siempre tan subidas, cuando Dios hace merced de abrirle la noticia y sentido del espíritu de ellas, las cuales parece están dando á entender grandezas de Dios, que no acaban de dar á entender; y es como que van á dar á entender, y se quedan por entender; y así, es *un no sé qué* que quedan balbuciendo. Y así, el alma va adelante con su querella y habla con la vida de su alma, diciendo en la cancion siguiente:

CANCION VIII.

Mas ¿cómo perseveras,
¡Oh vida! no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?

DECLARACION.

Como el alma se ve morir de amor (segun acaba de decir), y que no se acaba de morir, para poder gozar del amor con libertad, quéjase de la duracion corporal, á cuya causa se le dilata la vida espiritual. Y así, en esta cancion habla con la misma vida de su alma, encareciendo el dolor que le causa. Y el sentido de la cancion es el que se sigue: Vida de mi alma, ¿cómo puedes perseverar en esta vida de carne, pues te es muerte y privacion de aquella vida verdadera espiritual de Dios, en que por esencia, amor y deseo mas verdaderamente que en el cuerpo vives? Y ya que esto no fuese causa para que salieses y librases del cuerpo de esta muerte, para vivir y gozar la vida de tu Dios, como todavía puedes perseverar en el cuerpo tan frágil; pues, demás de esto, son bastantes solo por sí para acabarte la vida las heridas que recibes de amor de las grandezas que se te comunican de parte del Amado, que todas ellas vehementemente te dejan herida de amor; y así, cuantas cosas de él sientes y entiendes, tantos toques y heridas, que de amor matan, recibes.

Mas ¿cómo perseveras,
¡Oh vida! No viviendo donde vives?

Para inteligencia de estos versos es menester saber que el alma mas vive donde ama que en el cuerpo donde anima, porque en el cuerpo ella no tiene su vida, antes ella la da al cuerpo, y ella vive por amor en lo que ama. Pero, demás de esta vida de amor, por el cual vive en Dios el alma que le ama, tiene el alma su vida radical y naturalmente en Dios, como tambien todas las cosas criadas, segun aquello de san Pablo, que dice: *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus;* En él vivimos y nos movemos y somos; que es decir: En Dios tenemos nuestra vida y nuestro movimiento y nuestro ser. Y san Juan dice que todo lo que fué hecho era vida en Dios: *Quod factum est, in ipso vita erat.* Y como el alma ve que tiene su vida natural en Dios por el ser que en él tiene, y tambien su vida espiritual por el amor con que le ama, quéjase y lastímase que pueda tanto una vida tan frágil en cuerpo mortal, que la impida gozar una vida tan fuerte, verdadera y sabrosa, como vive en Dios por naturaleza y amor. En lo cual es grande el encarecimiento que el alma hace, porque da aquí á entender que padece en dos contrarios, que son vida natural en cuerpo y vida espiritual en Dios, que son contrarios en sí, por cuanto repugna el uno al otro. Y viviendo ella en entrambos, por fuerza ha de

tener gran tormento, pues la una vida penosa le impide la otra sabrosa; tanto, que la vida natural le es á ella como muerte, pues por ella está privada de la espiritual, en que tiene todo su ser y vida por naturaleza, y todas sus operaciones y aficiones por amor. Y para dar mas á entender el rigor de esta frágil vida dice luego:

Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes.

Como si dijera: Y demás de lo dicho, ¿cómo puedes perseverar en el cuerpo, pues por sí solo bastan á quitarte la vida los toques de amor (que eso entiende por flechas) que en tu corazon hace el Amado? Los cuales toques, de tal manera fecunda el alma y el corazon de inteligencia y amor de Dios, que se puede bien decir que concibe de Dios, segun lo dice en el verso siguiente:

De lo que del Amado en tí concibes.

Es á saber: De la grandeza, hermosura, sabiduría, gracia y virtudes que de él entiendes.

ANOTACION PARA LA CANCION SIGUIENTE.

A manera de ciervo que cuando está herido con yerba no descansa ni sosiega, buscando por acá y por allá remedio, ahora engolfándose en unas aguas, ahora en otras, y siempre le va creciendo mas en todas las ocasiones y remedios que toma el toque de la yerba, hasta que se apodera bien del corazon y viene á morir; así el alma que anda tocada de la yerba del amor, cual esta de que tratamos aquí, nunca cesando de buscar remedios para su dolor, no solamente no los halla, mas antes todo cuanto piensa, dice y hace le aprovecha para mas dolor; y ella, conociéndolo así, y que no tiene otro remedio sino venirse á poner en las manos del que la hirió, para que, despenándola, la acabe ya de matar con la fuerza del amor, vuélvese á su Esposo, que es la causa de todo, y dícele la cancion siguiente:

CANCION IX.

¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

DECLARACION.

Vuelve pues el alma en esta cancion á hablar con el Amado, todavía con la querella de su dolor; porque el amor impaciente, cual aquí muestra tener el alma, no sufre ningun ocio ni da descanso á su pena, proponiendo de todas maneras sus ansias hasta hallar el remedio; y como se ve llagada y sola, no teniendo otro ni otra medicina sino á su Amado, que es el que la llagó, dícele que, pues él llagó su corazon con el amor de su noticia, que por qué no le ha sanado con la vista de su presencia. Y que, pues él tambien se lo ha robado por el amor con que la ha enamorado, sacándoselo de su propio poder, que por qué le ha dejado así; es á saber, sacado de su poder (porque el que ama ya no posee su corazon, pues lo ha dado al amado), y no le ha puesto de veras en el suyo, tomándole para sí en entera y acabada transformacion de amor, en gloria; dice pues:

¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazon, no le sanaste?

No se querella porque la haya llagado, porque el enamorado, cuanto mas herido está, mas pagado, sino que, habiendo llagado el corazon, no le sanó acabándole de matar; porque son las heridas de amor tan dulces y tan sabrosas, que, si no llegan á morir, no la pueden satisfacer; pero sonle tan sabrosas, que querria la llagasen hasta acabarla de matar, y por eso dice: «¿Por qué, pues has llagado aqueste corazon, no le sanaste?» Como si dijera: ¿Por qué, si le has herido hasta llagarle, no le sanas, acabándole de matar de amor? Pues eres tú la causa de la llaga en dolencia de amor, sé tú la causa de la salud en muerte de amor; porque de esta manera el corazon que está llagado con el dolor de tu ausencia, sanará con el deleite y gloria de tu dulce presencia. Y por eso añade:

Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste?

Robar no es otra cosa que desaposesionar lo suyo á su dueño y aposesionarse de ello el robador. Esta querella pues propone aquí el alma al Amado, diciendo que, pues él ha robado su corazon por amor, y sacádole de su poder y posesion, ¿por qué lo ha dejado así, sin ponerle de veras en la suya, tomándole para sí, como hace el robador el robo que robó, que de hecho se lleva consigo? Por eso el que está enamorado se dice tener el corazon robado, ó arrobado, de aquel á quien ama, porque le tiene fuera de sí, puesto en la cosa amada; y así, no tiene corazon para sí, sino para aquello que ama. De aquí podrá muy bien conocer el alma si ama á Dios puramente ó no; porque si le ama no tendrá corazon para sí propria ni para mirar su gusto ni provecho, sino para honra y gloria de Dios y darle á él gusto, porque cuanto mas tiene el corazon para sí, menos le tiene para Dios. Y verse ha si el corazon está bien robado de Dios en una de dos cosas, en si trae ansias de Dios y no gusta de otra cosa sino de él, como aquí muestra el alma; la razon es, porque el corazon no puede estar en paz ni sosiego sin alguna posesion, y cuando está bien aficionado ya no tiene posesion de sí ni de alguna otra cosa, como habemos dicho; y así, tampoco posee cumplidamente lo que ama; de donde no le puede faltar tanta fatiga cuanta es la falta, hasta que lo posea y se satisfaga, porque hasta entonces esta el alma como vaso vacío que espera el lleno, y como el hambriento que desea el manjar, y como el enfermo que gime por la salud, y como el que está colgado en el aire y no tiene en qué estribar, de esta manera está el corazon bien enamorado; lo cual sintiendo aquí el alma

por experiencia, dice: «¿Por qué así lo dejaste?» Es á saber, vacío, hambriento, solo, llagado, doliente de amor y suspenso en el aire.

¿Y no tomas el robo que robaste?

Conviene saber: ¿Por qué no tomas el corazon que robaste por amor, para henchirle y sanarle y hartarle, dándole asiento y reposo cumplido en tí?

No puede dejar de desear el alma enamorada, por mas conformidad que tenga con el Amado, la paga y salario de su amor, por el cual salario sirve al Amado, y de otra manera no seria verdadero Amor, porque el salario y paga del amor no es otra cosa, ni el alma puede querer otra, sino mas amor, hasta llegar á perfeccion de amor; porque el amor no se paga sino de sí mismo, segun lo dió á entender el profeta Job cuando, hablando con la misma ansia y deseo que aquí está el alma, dijo: *Sicut servus desiderat umbram, et sicut mercenarius praestolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam: quando consurgam? Et rursum expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras;* Así como el ciervo desea la sombra, y como el jornalero espera el fin de su obra, así yo tuve vacío los meses y conté las noches trabajosas para mí. Si durmiere diré: ¿Cuándo llegará el dia en que me levantaré? Y luego volveré otra vez á esperar la tarde, y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche. Así pues el alma, encendida en amor de Dios, desea el cumplimiento y perfeccion de amor, para tener allí cumplido refrigerio, como el ciervo fatigado del estío desea el refrigerio de la sombra, y como el mercenario espera el fin de su obra, espera ella el fin de la suya. Donde es de notar que no dijo Job que el mercenario esperaba el fin de su trabajo, sino el fin de su obra, para dar á entender lo que vamos diciendo, es á saber, que el alma que ama no espera el fin de su trabajo, sino el fin de su obra, porque su obra es amar, y de esta obra, que es amar, espera ella el fin y remate, que es la perfeccion y cumplimiento del amar á Dios; el cual, hasta que se le cumpla, siempre está de la figura que en la dicha autoridad se pinta Job, teniendo los dias y los meses por vacíos, y contando las noches trabajosas y prolijas para sí. En lo dicho queda dado á entender cómo el alma que ama á Dios no ha de querer ni esperar otro galardon de sus servicios sino la perfeccion de amar á Dios.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Estando pues el alma en este término de amor, está como un enfermo muy fatigado que, teniendo perdido el gusto y apetito, todos los manjares fastidia y todas las cosas le molestan y enojan; solo en todas las que se le ofrecen al pensamiento y al sentido ó á la vista tiene presente un solo apetito y deseo, que es de su salud, y todo lo que á esto no hace le es molesto y pesado. De donde esta alma, por haber llegado á esta dolencia de amor de Dios, tiene estas tres proprìedades, es á saber, que en todas las cosas que se le ofrecen y trata, siempre tiene presente aquel ay de su salud, que es su amado; y así, aunque por no poder mas ande en ellas, en él tiene siempre el corazon. Y de ahí sale la segunda propiedad, que es tener perdido el gusto á todas las cosas. Y de aquí tambien se sigue la tercera, que es serle todas ellas molestas, y cualesquier tratos pesados y enojosos. La razon de todo esto, sacándola de lo dicho, es que, como el paladar de la voluntad del alma anda tocado y saboreado con este manjar de amor de Dios, en cualquiera cosa y trato que se le ofrece, luego incontinenti, sin mirar otro gusto y respecto, se inclina la voluntad á buscar y gozar en aquello á su Amado; como hizo María Magdalena cuando con ardiente amor andaba buscándole por el huerto, que, pensando que era hortelano, sin otra razon ni acuerdo le dijo: Si tú le tomaste, dímelo y yo le tomaré; *Si tu sustulisti eum, dicito mihi ubi posuisti eum, et ego eum tollam.* Trayendo semejante ansía esta alma de hallarle en todas las cosas, y no hallándole luego como desea (antes muy al revés), no solo no las gusta, mas aun le son tormento, y á veces muy grande, porque semejantes almas padecen mucho en tratar con la gente y otros negocios, porque antes les estorban que les ayudan á su pretension.

Estas tres propiedades da bien á entender la Esposa que tenia ella cuando buscaba á su Esposo, en los *Cantares*, diciendo: *Quaesivi, et non inveni illum... invenerunt me custodes qui circumeunt civitatem: percusserunt me, et vulneraverunt me: tulerunt pallium meum mihi;* Busquéle y no le hallé; pero halláronme los que rodean la ciudad, y llagáronme, y las guardas de los muros me quitaron mi manto. Porque los que rodean la ciudad son los tratos del mundo, los cuales, cuando hallan al alma que busca á Dios, le hacen muchas llagas de dolores, penas y disgustos; porque, no solamente no halla en ellos lo que quiere, sino antes se lo impiden. Y los que defienden el muro de la contemplacion para que el alma no entre en ella, que son los demonios y negociaciones del mundo, quitan el manto de la paz y quietud de la amorosa contemplacion; de todo lo cual el alma enamorada de Dios recibe mil desabrimientos y enojos, de los cuales, viendo que en tanto que está en esta vida sin ver á su Dios no puede aliviarse en poco ó en mucho de ellos, prosigue los ruegos con su Amado, y dice en la cancion siguiente:

CANCION X.

Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y solo para tí quiero tenellos.

DECLARACION.

Prosigue pues en la presente cancion pidiendo al Amado quiera ya poner término á sus ansias y penas; pues no hay otro que baste sino solo él para hacerlo, y que sea de manera que le puedan ver los ojos de su al-

ma, pues solo él es la luz en que ellos miren, y ella no les quiere emplear en otra cosa sino solo en él, diciendo:

Apaga mis enojos.

Tiene pues esta propiedad la concupiscencia del amor, como queda dicho, que todo lo que no hace ó dice y conviene con aquello que ama la voluntad, la cansa, fatiga y enoja, y la pone desabrida, no viendo cumplirse lo que ella quiere, y á esto y á las fatigas que tiene por ver á Dios, llama aquí *enojos;* los cuales ninguna cosa basta para deshacerlos sino la posesion del Amado. Por lo cual dice que los apague él con su presencia, refrigerándolos todos, como lo hace el agua fresca al que está fatigado del calor; y por eso usa aquí de este vocablo *apaga*, para dar á entender que ella está padeciendo con fuego de amor.

Pues que ninguno basta á deshacellos.

Para mover y persuadir mas el alma á que cumpla su peticion el Amado, dice que, pues otro ninguno sino él basta á satisfacer su necesidad, que sea él quien apague sus enojos. Donde es de notar que entonces está Dios bien presto para consolar al alma y satisfacerla en sus necesidades y penas, cuando ella no tiene ni pretende otra satisfaccion ni consuelo fuera de él; y así, el alma que no tiene cosa que la entretenga fuera de Dios puede estar mucho sin visitacion del Amado.

Y ve ante mis ojos.

Esto es, véate yo cara á cara con los ojos de mi alma.

Pues eres lumbre de ellos.

Demás de que Dios es lumbre sobrenatural de los ojos del alma, sin la cual está en tinieblas, llámale ella aquí por aficion lumbre de sus ojos, al modo que el amante suele llamar al que ama lumbre de sus ojos, para mostrar la aficion que le tiene; y así, es como si dijera en los dos versos sobredichos: Pues los ojos de mi alma no tienen otra lumbre, ni por naturaleza ni por amor, sino á tí, «Ve ante mis ojos,» que de todas maneras eres lumbre de ellos. Esta lumbre echaba menos David cuando con lástima decia: La lumbre de mis ojos no está conmigo; *Et lumen oculorum meorum, et ipsum non est mecum*. Y Tobías cuando dijo: ¿Qué gozo podrá ser el mio, pues estoy sentado en las tinieblas y no veo la lumbre del cielo? *Quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo, et lumen Coeli non video?* En lo cual deseaba la clara vision de Dios, porque la lumbre del cielo es el Hijo de Dios, segun lo dice san Juan en el *Apocalipsi*, diciendo: La ciudad celestial no tiene necesidad de sol ni de luna que luzcan en ella, porque la claridad de Dios la alumbra, y la lucerna de ella es el Cordero; *Et civitas non eget sole, neque luna ut luceant ea: nam claritas Dei illuminavit eam, et lucerna ejus est agnus.*

Y solo para tí quiero tenellos.

En lo cual quiere el alma obligar al Esposo á que le deje ver esta lumbre de sus ojos, no solo porque, no teniendo otra, estará en tinieblas, sino tambien porque no los quiere tener para otra ninguna cosa que para él. Porque, así como justamente es privada de aquesta divina luz el alma que quiere poner los ojos de su voluntad en otra lumbre de propiedad de alguna cosa fuera de Dios, porque en ello ocupa la vista para recibir su lumbre; así tambien congruamente merece que se le dé al alma que á todas las cosas cierra los dichos sus ojos, para abrirlos solo á Dios.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Pero es de saber que no puede el amoroso Esposo de las almas verlas penar mucho tiempo á solas, como á esta de que vamos tratando; porque, como dice por Zacarías, sus penas y quejas le tocan á él en las niñas de sus ojos, mayormente cuando las penas de las tales almas son por su amor como las de esta; que por eso dice tambien por Isaías: *Antequam clament, ego exaudiam: adhuc illis loquentibus, ego audiam;* Antes que ellos clamen los oiré; aun estando con la palabra en la boca los oiré. Y el Sabio dice de él que si le buscare el alma como al dinero lo hallará; y así, á esta alma enamorada, que con mas codicia que al dinero le busca, pues todas las cosas tiene dejadas, y á sí misma por él, parece que á estos ruegos tan encendidos le hizo Dios alguna presencia de sí espiritual, en la cual le mostró algunos profundos visos de su divinidad y hermosura, con que le aumentó mucho mas el deseo y fervor de verle; porque, así como suelen echar agua en la fragua para que se encienda y afervore mas el fuego, así el Señor suele hacer con algunas de estas almas que andan con estas calmas de amor, dándoles algunas muestras de su excelencia para afervorarlas mas, y así irlas mas disponiendo para las mercedes que les quiere hacer después; y así como el alma echó de ver y sintió por aquella presencia obscura aquel sumo bien y hermosura allí encubierta, muriendo en deseo por verla, dice la cancion que se sigue:

CANCION XI.

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

DECLARACION.

Deseando pues el alma verse poseida de este gran Dios, de cuyo amor se siente robada, y llagado el corazon, no pudiéndole ya sufrir, pide en esta cancion determinadamente le descubra y muestre su hermosura, que es su divina esencia, y que la mate con esta vista, desatándola de la carne, pues en ella no puede verle ni gozarle como desea, poniéndole delante la dolencia y ansia de su corazon, en que persevera penando por su amor, sin poder tener remedio con menos que esta gloriosa vista de su divina esencia.

Descubre tu presencia.

Para declaracion de esto es de saber que tres mane-



ras de presencias puede haber de Dios en el alma. La primera es esencial, y de esta manera, no solo está en las buenas y santas almas, pero tambien en las malas y pecadoras y en todas las demás criaturas, porque con esta presencia les da vida y ser, y si esta presencia esencial les faltase, todas se aniquilarian y dejarian de ser, y esta nunca falta en el alma. La segunda presencia es por gracia, en la cual mora Dios en la alma, agradado y satisfecho de ella; y esta presencia no la tienen todas, porque las que caen en pecado mortal la pierden, y esta no puede el alma saber naturalmente si la tiene. La tercera es por aficion espiritual, porque en muchas almas devotas suele Dios hacer algunas presencias espirituales de muchas maneras, con que las recrea, deleita y alegra; pero, así estas presencias espirituales como las demás, todas son encubiertas, porque no se muestra Dios en ellas como es, porque no lo sufre la condicion de esta vida; y así, de cualquiera de ellas se puede entender el verso susodicho, es á saber:

Descubre tu presencia.

Que por cuanto está cierta que Dios está siempre presente en el alma, á lo menos segun la primera manera, no dice el alma que se haga presente á ella, sino que esta presencia encubierta que él hace en ella, ahora sea natural, ahora espiritual ó afectiva, que se le descubra y manifieste de manera que pueda verle en su divino ser y hermosura; porque, así como con su presente ser da ser natural al alma, y con su presente gracia la perficiona, que tambien la glorifique con su manifiesta gloria. Pero, por cuanto esta alma anda en fervores y aficiones de amor de Dios, habemos de entender que esta presencia que aquí pide al Amado que le descubra, principalmente se entiende de cierta presencia afectiva que de sí hizo el Amado al alma; la cual fué tan alta, que le pareció al alma y sintió estar allí un inmenso ser encubierto, del cual le comunicó Dios ciertos visos entreescuros de su divina hermosura, y hacen tal efecto en el alma, que le hace codiciar y desfallecer en deseo de aquello que siente encubierto allí en aquella presencia. Y es conforme á lo que sentia David cuando dijo: Codicia y desfallece mi alma en las entradas del Señor; *Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.* Porque á este tiempo desfallece el alma con deseo de engolfarse en aquel bien sumo que siente presente y encubierto; porque, aunque está encubierto, muy notablemente siente el bien y deleite que allí hay. Y por esto con mas fuerza es atraida el alma y arrebatada de esto bien que ninguna cosa natural de su centro, y con esa codicia y entrañable apetito, no pudiendo mas contenerse el alma, dice:

Descubre tu presencia.

Lo mismo le acaeció á Moisés en el monte Sinaí, que estando allí en la presencia de Dios, tan altos y profundos visos de la alteza y hermosura de la divinidad encubierta de Dios echaba de ver, que, no pudiendo sufrirlo, por dos veces le rogó le descubriese su gloria, diciéndole á Dios: *Cum dixeris: novi te ex nomine, et invenisti gratiam coram me. Si ergo inveni gratiam in conspectu tuo, ostende mihi faciem tuam, ut sciam te, et inveniam gratiam ante oculos tuos;* Tú dices que me conoces por mi propio nombre y que he hallado gracia delante de tí, pues luego, si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro para que te conozca y halle delante de tus ojos la gracia cumplida que deseo, la cual es llegar al perfecto amor de la gloria de Dios. Pero respondióle el Señor, diciendo: *Non poteris videre faciem meam: non enim videbit homo, et vivet;* No podrás tú ver mi rostro, porque no me verá hombre y vivirá. Que es como si dijera: Dificultosa cosa me pides, Moisés, porque es tanta la hermosura de mi cara y el deleite de la vista de mi ser, que no la podrá sufrir tu alma en esa suerte de vida tan flaca; y así, sabidora el alma de esta verdad, hora por las palabras que aquí respondió Dios á Moisés, hora tambien por lo que habemos dicho que siente aquí encubierto en la presencia de Dios, que no le podia ver en su hermosura en este género de vida, porque aun de solo traslucírsele desfallece, como habemos dicho, previene ella á la respuesta que se le puedo dar, como á Moisés, y dice:

Y máteme tu vista y hermosura.

Que es como si dijera: Pues tanto es el deleite de la vista de su ser y hermosura, que no la puede sufrir mi alma, sino que tengo de morir en viéndola, «máteme tú vista y hermosura.»

Dos vistas se sabe que matan al hombre por no poder sufrir la fuerza y eficacia de la vista. La una es la del basilisco, de cuya vista se dice mueren luego; otra es la vista de Dios, pero son muy diferentes las causas, porque la una vista mata con gran ponzoña y la otra con inmensa salud y gloria; por lo cual no hace mucho aquí el alma en querer morir á vista de la hermosura de Dios para gozarle para siempre; pues que si el alma tuviere un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no solo una muerte apetecerá por verla ya para siempre, como aquí desea; pero mil acerbísimas muertes pasaria muy alegre por verla un momento solo, y después de haberla visto, pediria padecer otras tantas por verla otra vez otro tanto.

Para mas declaracion de este verso, es de saber que aquí el alma habla condicionalmente, cuando dice que le mate su vista y hermosura, supuesto que no puede verla sin morir, que si sin eso pudiera ser, no pidiera que la matara, porque querer morir es imperfeccion natural; pero, supuesto que no puede estar esta vida corruptible del hombre con la otra vida immarcesible de Dios, dice:

Máteme tu vista y hermosura.

Esta doctrina da á entender san Pablo á los de Corinto, diciendo: *Nolumus expoliari, sed supervestiri, ut absorbeatur quod mortale est, à vita;* No queremos ser despojados, mas queremos ser sobrevestidos, porque lo que es mortal sea absorto de la vida. Que es decir: No

deseamos ser despojados de la carne, mas ser sobrevestidos de gloria. Pero, viendo él que no se puede vivir en gloria y en carne mortal juntamente, como decimos, dice á los filipenses que desea ser desatado y verse con Cristo: *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo.* Pero hay aquí una duda, y es, ¿por qué los hijos de Israel temian y huian antiguamente de ver á Dios por no morir, como dijo Manué á su mujer: *Morte moriemur quia vidimus Deum;* y esta alma á la vista de Dios desea morir? A lo cual se responde que por dos causas: la una porque en aquel tiempo, aunque muriesen en gracia de Dios, no le habian de ver hasta que viniese Cristo, y mucho mejor les era vivir en carne aumentando los merecimientos y gozando la vida natural, que estar en el limbo sin merecer y padeciendo tinieblas y espiritual ausencia de Dios; por lo cual tenian entonces por gran merced de Dios y beneficio suyo vivir muchos años. La segunda causa es de parte del amor; porque, como aquellos no estaban fortalecidos en amor ni tan llegados á Dios por amor, temian morir á su vista; pero ahora ya es la ley de gracia, que en muriendo el cuerpo puede ver el alma á Dios; mas sano es querer vivir poco y morir por verle. Y ya que esto no fuera amando el alma á Dios, como esta lo ama, no temiera morir á su vista, porque el amor verdadero todo lo que le viene de parte del amado, hora sea adverso, hora próspero, y los mismos castigos, como sea cosa que el quiera hacer, los recibe con la misma igualdad y de una manera, y le hace gozo y deleite; porque, como dice san Juan: *Perfecta Charitas foras mittit timorem;* La perfecta caridad echa fuera todo temor. Y así, no le puede ser al alma que ama, amarga la muerte, pues en ella halla todos sus deleites y dulzuras de amor; no le puede ser triste su memoria, pues en ella halla junta el alegría, ni le puede ser pesada y penosa, pues es el remate de todas sus pesadumbres y penas, y principio de todo su bien; tiénela por amiga y esposa, y con su memoria se goza como en el dia de su desposorio y bodas, y mas desea aquel dia y aquella hora en que ha de venir su muerte, que los reyes de la tierra desearon los reinos y principados; porque de esta suerte de muerte dice el Sabio: ¡Oh muerte! bueno es tu juicio para el hombre que se siente necesitado; *O mors! bonum est judilium tuum homini indigenti.* La cual si para el hombre que se siente necesitado de las cosas de acá es buena, no habiendo de suplirle sus necesidades, sino antes despojarlo de lo que tenia, ¿cuánto mejor será su juicio para el alma que está necesitada de amor, como esta que está clamando por mas amor? Pues que, no solo no la despojará de lo que tenia, sino que antes le será causa del cumplimiento de amor que deseaba, y satisfaccion de todas sus necesidades; razon tiene pues el alma en atreverse á decir sin temor:

Y máteme tu vista y hermosura.

Pues que sabe que en aquel mismo punto que la viese seria ella arrebatada á la misma hermosura, y absorta en la misma hermosura, y transformada en la misma hermosura, y ser ella hermosa como la misma hermosura, abastada y enriquecida como la misma hermosura. Que por eso dice David: La muerte de los santos es preciosa en la presencia del Señor; *Pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus.* Lo cual no seria si no participasen sus mismas grandezas; porque delante de Dios no hay nada precioso sino lo que él es en sí mismo; por eso el alma no teme morir cuando ama, antes lo desea; por eso el pecador siempre teme morir, porque barrunta que la muerte le ha de quitar todos los bienes y le ha de dar todos los males; porque, como David dice, la muerte de los pecadores es pésima; *Mors peccatorum pesima.* Y por eso, como dice el Sabio, le es amarga su memoria: *O mors, quam amara est memoria tua, homini pacem habenti in substantiis suis!* Porque, como aman mucho la vida de este siglo y poco la del otro, temen mucho la muerte; pero el alma que ama á Dios, mas vive en la otra vida que en esta, porque mas vive donde ama que donde anima; y así, tiene en poco esta vida corporal, y por eso dice: «Máteme tu vista, etc.»

Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

La causa por que la enfermedad de amor no tiene otra cura sino la presencia y figura del amado, como aquí dice, es porque la dolencia de amor, así como es diferente de las demás enfermedades, su medicina es tambien diferente; porque en las demás enfermedades, para seguir buena filosofía, cúranse contrarios con contrarios; pero el amor no se cura sino es con cosa conforme al amor. La razon es porque la salud del alma es el amor de Dios; y así, cuando no tiene cumplido amor, no tiene cumplida la salud, y por eso está enferma, porque la enfermedad no es otra cosa sino falta de salud; de manera que cuando ningun grado de amor tiene el alma está muerta; mas cuando tiene alguno, por mínimo que sea, ya está viva, pero muy debilitada y enferma, por el poco amor de Dios que tiene; pero cuanto mas amor se le fuere aumentando, mas salud tendrá, y cuando tuviere perfecto amor será su salud cumplida. Donde es de saber que el amor nunca llega á estar perfecto hasta que emparejan tan en uno los amantes, que se transfiguran el uno en el otro, y entónces está el amor todo sano. Y porque aquí el alma se siente con cierto dibujo de amor, que es la dolencia que aquí dice, deseando que se acabe de figurar con la figura cuyo es el dibujo, que es su esposo el Verbo, Hijo de Dios; el cual, como dice san Pablo, es resplandor de su gloria y figura de su substancia: *Splendor gloriae, et figura substantiae ejus.* Y porque esta figura es la que aquí entiende el alma, en que se desea transfigurar por amor, dice:

Mira que la dolencia
De amor; que no se cura
, Sino con la presencia y la figura.

Bien se llama dolencia el amor no perfecto, porque,



así como el enfermo está debilitado para obrar, así el alma que está flaca en amor, lo está tambien para obrar las virtudes heróicas.

Puédese tambien aquí entender que el que siente en sí dolencia de amor, esto es, falta de amor, es señal que tiene algun amor, porque por lo que tiene echa de ver lo que le falta; pero el que no la siente, es señal que no tiene ninguno ó que está perfecto en él.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

En esta sazon, sintiéndose el alma con tanta vehemencia de ir á Dios como la piedra cuando se va mas llegando á su centro; y sintiéndose tambien estar como la cera que comenzó á recibir la impresion del sello, y no se acabó de figurar; y demás de esto, conociendo que está como la imágen de la primera mano y dibujo, clamando al que la dibujó para que la acabe de dibujar y formar, teniendo aquella fe tan ilustrada, que la hace visear unos divinos semblantes muy claros de la alteza de su Dios, no sabe qué se hacer, sino volverse á la misma fe, como la que en sí encierra y encubre la figura y hermosura de su Amado, de la cual ella tambien recibe los dichos dibujos y prendas de amor, y hablando con ella, dice.

CANCION XII.

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

DECLARACION.

Como con tanto deseo desea el alma la union del Esposo; y ve que no halla medio ni remedio alguno en todas las criaturas, vuélvese á hablar con la fe, como la que mas al vivo le ha de dar de su Amado luz, tomándola por medio para esta; porque, á la verdad, no hay otro por donde se venga á la verdadera union y desposorio espiritual con Dios, segun que por Oséas lá da á entender, diciendo: *Sponsabo te mihi in fide;* Yo te desposaré conmigo en fe. Y con el deseo en que arde, le dice lo siguiente, que es el sentido de la cancion ó fe de mi esposo Cristo. Si las verdades que has infundido en mi alma, de mi Amado, encubiertas con obscuridad y tinieblas (porque la fe, como dicen los teólogos, es hábito obscuro), las manifestases con claridad, de manera que lo que me comunicas en noticias informes y oscuras lo mostrases y descubrieses en un momento, apartándote de esas verdades (porque ella es velo y cubierta de las verdades de Dios) formada y acabadamente, volviéndolas en manifestacion y gloria; dice pues el verso:

Oh cristalina fuente.

Llama *cristalina* á la fe por dos cosas: la primera, porque es de Cristo, su esposo; y la segunda, porque tiene las propiedades del cristal en ser pura en las verdades, y fuente clara y limpia de error, y formas naturales. Y llámala fuente porque de ella le manan al alma las aguas de todos los bienes espirituales. De donde Cristo nuestro Señor, hablando con la Samaritana, llamó fuente á la fe, diciendo que á los que creyesen en él les daria una fuente cuya agua saltaria hasta la vida eterna: *Fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam.* Y esta agua era el espíritu que habian de recibir en su fe los creyentes: *Hoc autem dixit de Spiritu, quem accepturi erant credentes in eum.*

Si en esos tus semblantes plateados.

A las proposiciones y artículos que nos propone la fe llama semblantes plateados; para inteligencia de lo cual y de los demás versos es de saber que la fe es comparada á la plata en las proposiciones que nos enseña; y las verdades y sustancias que en sí contiene son comparadas al oro, porque esa misma sustancia, que ahora creemos vestida y cubierta con plata de fe, habemos de ver y gozar en la otra vida al descubierto, desnudo el oro de la fe. De donde David, hablando en ella, dice así: Si durmiéredes entre los dos cleros, las plumas de la paloma serán plateadas, y las postrimerías de sus espaldas serán del color de oro; *Si dormiatis inter medios cleros, pennae columbae de argentate, et posteriora dorsi ejus in pallore auri.* Quiere decir que si cerráremos los ojos del entendimiento á las cosas de arriba y á las de abajo (á lo cual llama dormir en medio), quedarémos en fe, á la cual llama paloma, cuyas plumas, que son las verdades que nos dice, serán plateadas, porque en esta vida la fe nos las propone obscuras y encubiertas, que por eso las llama aquí semblantes plateados; pero á la postre de esta fe, que será cuando se acabe la fe por clara vision de Dios, quedará la substancia de la fe desnuda del velo de esta plata, de color como de oro; de manera que la fe nos da y comunica al mismo Dios, pero cubierto en plata de fe, y no por eso nos le deja de dar en la verdad; así como el que da un vaso plateado, y él es de oro, no porque vaya cubierto con plata deja de ser de oro. De donde, cuando la Esposa en los *Cantares* deseaba esta posesion de Dios, prometiéndosela él en lo que en esta vida se puede, dijo que le haria unos zarcillos de oro, pero esmaltados con plata; *Murenulas aureas faciemus tibi, vermiculatas argento.* En lo cual le prometió de dársele en fe encubierto. Dice pues ahora el alma á la fe: «Oh si en esos tus semblantes plateados,» que son los artículos ya dichos, con que tienes cubierto el oro de los divinos rayos, que son los ojos deseados que añade luego, diciendo:

Formases de repente
Los ojos deseados.

Por los ojos entiende, como dijimos, los rayos y verdades divinas; las cuales, como tambien habemos dicho, la fe nos las propone en sus artículos cubiertas é informes. Y así, es como si dijera: ¡Oh si estas verdades que informes y obscuramente me enseñas encubiertas en tus artículos de fe acabases ya de dármelas clara y formadamente descubiertas en ellas, como las pide mi de-

seo! Y llama aquí ojos á estas verdades, por la grande presencia que del Amado siente, que le parece que le está ya siempre mirando; por lo cual dice:

Que tengo en mis entrañas dibujados.

Dice que las tiene en sus entrañas dibujadas, es á saber, en su alma segun el entendimiento y voluntad; porque, segun el entendimiento, tiene estas verdades infundidas por fe en su alma. Y porque la noticia de ellas no es perfecta, dice que están dibujadas; porque, así como el dibujo no es perfecta pintura, así la noticia de la fe no es perfecto conocimiento. Por tanto, las verdades que se infunden en el alma por fe están como en dibujo; y cuando estén en clara vision, estarán en el alma como perfecta y acabada pintura, segun aquello del Apóstol, que dice: *Cum autem venerit quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est;* que quiere decir: Cuando viniere lo que es perfecto, que es la clara vision, acabaráse lo que es en parte, que es el conocimiento de la fe.

Pero sobre este dibujo de la fe hay otro dibujo de amor en el alma del amante, y es segun la voluntad; en la cual de tal manera se dibuja la figura del amado, y tan conjunta y vivamente se retrata en él cuando hay union de amor, que es verdad decir que el amado vive en el amante, y este amante en el amado. Y tal manera de semejanza hace el amor en la transformacion de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro, y que entrambos son uno. La razon es, porque en la union y transformacion de amor el uno da posesion de sí al otro, y cada uno se deja y da y trueca por el otro, y entrambos son uno por transformacion de amor. Esto es lo que quiso dar á entender san Pablo cuando dijo: *Vivo autem, jam non ego: vivit verò in me Christus;* que quiere decir: Vivo yo, mas ya no yo; pero vive Cristo en mí. Porque en decir vivo yo, mas ya no yo, dió á entender que, aunque vivia él, no era vida suya, porque estaba transformado en Cristo, que su vida mas era divina que humana; y por eso dice que no vive él, sino Cristo en él; de manera que, segun esta semejanza de transformacion, podemos decir que su vida y la de Cristo toda era una por union de amor; lo cual se hará perfectamente en el cielo con divina vida en todos los que merecieren verse en Dios; porque, transformados en Dios, vivirán vida de Dios y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya. Y entonces dirán de veras: Vivimos nosotros, y no nosotros, porque vive Dios en nosotros. Lo cual en esta vida, aunque puede ser, como lo era en san Pablo, pero no perfecta y acabadamente, aunque llegue el alma á tal transformacion de amor, que sea matrimonio espiritual, que es el mas alto estado á que se puede llegar en esta vida, porque todo se puede llamar dibujo de amor, en comparacion de aquella perfecta figura de transformacion de gloria; pero, cuando este dibujo de transformacion en esta vida se alcanza, es grande buena dicha, porque con eso se contenta grandemente el Amado; que por eso, deseando él que le pusiese la Esposa en su alma como dibujo, dícelé en los *Cantares*: Ponme como señal sobre tu corazon, como señal sobre tu brazo; *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum.* El corazon significa aquí el alma, en que en esta vida está Dios como señal de dibujo de fe, segun lo dijo arriba; y el brazo significa la voluntad fuerte, en que está como señal dibujado de amor, como ahora acabo de decir.

De tal manera anda el alma en este tiempo, que, aunque en breves palabras, no quiero dejar de decir algo de ello, aunque por palabras no se puede explicar; porque la substancia corporal y espiritual le parece al alma que se le seca de sed de esta fuente viva de Dios, porque es su sed semejante á aquella que tenia David cuando dijo: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea á tí, mi Dios. Estuvo mi alma sedienta de Dios fuerte vivo; ¿cuándo vendré y pareceré delante de la cara de Dios? *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum; ita desiderat anima mea ad te Deus. Sitivit anima mea ad Deum fortem vivum: quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?* Y fatígala tanto esta sed, que no tendria el alma en nada romper por medio de los filisteos, como hicieron los fuertes de David, á llenar su vaso de agua en las cisternas de Betleen, que es Cristo; porque todas las dificultades del mundo y furias de los demonios y penas infernales no tendria en nada pasar por engolfarse en esta fuente abismal de amor. Porque á este propósito se dice en los *Cantares*: Fuerte es la dileccion como la muerte, y dura es su porfía como el infierno; *Fortis est ut mors dilectio: dura sicut infernus aemulatio.* Porque no se puede creer cuán vehemente sea la codicia y pena que el alma siente cuando ve que se va llegando cerca de gustar aquel bien, y no se le da, porque, cuanto mas al ojo y á la puerta se ve lo que se desea y se niega, tanto mas pena y tormento causa. De donde á este propósito espiritual dice Job: *Antequam comedam, suspiro: et tanquam inundantes aquae, sic rugitus meus.* Antes que coma, suspiro; y como las avenidas de las aguas es el rugido y bramido de mi alma; es á saber, por la codicia de la comida entiende allí á Dios por la comida; porque, conforme á la codicia del manjar y conocimiento de él, es la pena por él.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

La causa de padecer el alma tanto á este tiempo por él, es porque, como se va juntando mas á Dios, siente en sí mas el vacío de Dios y gravísimas tinieblas en su alma, con fuego espiritual que la seca y purga, para que purificada se pueda unir con Dios; porque en tanto que Dios no deriva en ella algun rayo de luz sobrenatural de sí, esle Dios intolerables tinieblas cuando segun el espíritu está cerca de ella, porque la luz sobrenatural escurece la natural con su exceso; todo lo cual dió á entender David cuando dijo: *Nubes, et caligo in circuitu ejus... ignis ante ipsum praecedet;* Nube y obscuridad está en rededor de él, fuego precede su presencia. Y en otro salmo dice: *Et posuit tenebras latibulum suum, in*

circuitu ejus tabernaculum ejus: tenebrosa aqua in nubibus aeris. Prae fulgore in conspectu ejus nubes transierunt, grando, et carbones ignis; Puso por su cubierta y escondrijo las tinieblas, y su tabernáculo en rededor de él es agua tenebrosa en las nubes del aire, por su gran resplandor en su presencia hay nubes y granizo y carbones de fuego; es á saber, para el alma que se le va mas llegando, porque cuanto mas el alma á él se llega, siente en sí todo lo dicho, hasta que Dios entre en sus divinos resplandores para transformacion de amor. Pero, como en Dios, por su inmensa bondad, conforme á las tinieblas y vacíos del alma, son tambien las consolaciones y regalos que le hace; porque *Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus;* y porque con ensalzarlas y glorificarlas las humilla tambien y fatiga, de esta manera envió el alma entre estas fatigas ciertos rayos divinos de sí, con tal gloria y fuerza de amor, que la conmovió toda, y todo el natural lo desencasó; y así, con gran pavor y temor natural dijo al Amado el principio de la siguiente cancion, prosiguiendo el mismo Amado lo restante de ella.

CANCION XIII.

Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

DECLARACION.

En los grandes deseos y fervores de amor, cuales en las canciones pasadas ha mostrado el alma, suele el Amado visitar á su esposa alta, delicada y amorosamente y con grande fuerza de amor, porque ordinariamente, segun los grandes fervores y ansias de amor que han precedido en el alma, suelen ser tambien las mercedes y visitas que Dios hace grandes; y como ahora el alma con tantas ansias habia deseado estos divinos ojos, que en la cancion pasada acaba de decir, descubrióle el Amado algunos rayos de su grandeza y divinidad, segun ella deseaba; los cuales fueron con tanta alteza y con tanta fuerza comunicados, que la hizo salir por arrobamiento y éxtasi, lo cual acaece al principio con gran detrimento y temor del natural; y así, no pudiendo sufrir el exceso en sugeto tan flaco, dice el verso siguiente:

Apártalos, Amado.

Es á saber, esos tus ojos divinos, porque me hacen volar, saliendo de mí á suma contemplacion sobre lo que sufre el natural; lo cual dice porque le parecia volaba su alma de las carnes, que es lo que ella deseaba, que por eso le pidió que los apartase; conviene á saber, dejando de comunicárselos en la carne, en que no los puede sufrir y gozar como querria, comunicándoselos en el vuelo que ella hacia fuera de la carne; el cual deseo y vuelo le impidió luego el Esposo, diciendo: Vuélvete, paloma, que la comunicacion que ahora de mí recibes, aun no es de ese estado de gloria que tú ahora pretendes; pero vuélvete á mí, que soy á quien tú, llagada de amor, buscas; que tambien yo, como el ciervo, herido de tu amor, comienzo á mostrarme á tí por tu alta contemplacion, y tomo recreacion y refrigerio en el amor de tu contemplacion. Dice pues el alma al Esposo:

Apártalos, Amado.

Segun habemos dicho, el alma, conforme á los grandes deseos que tenia de estos divinos ojos, que significan la divinidad, recibió del Amado interiormente tal comunicacion y noticia de Dios, que la hizo decir: «Apártalos, Amado;» porque tal es la miseria del natural en esta vida, que aquello que al alma le es mas vida, y ella con tanto deseo desea, que es la comunicacion y conocimiento de su Amado, cuando se le vienen á dar, no lo puede recibir sin que casi le cueste la vida; de suerte que los ojos que con tanta solicitud y ansias y por tantas vias buscaba, venga á decir cuando los recibe:

Apártalos, Amado.

Porque es á veces tan grande el tormento que se siente en las semejantes visitas de arrobamientos, que no hay tormento que así desconcierte los huesos y ponga en estrecho al natural; tanto, que si no proveyese Dios, se acabaria la vida; y á la verdad así lo parece al alma por quien pasa, porque siente como desasirse el alma de las carnes y desamparar el cuerpo. La causa es porque semejantes mercedes no se pueden recibir muy en carne, porque el espíritu es levantado á comunicarse con el Espíritu divino, que viene al alma; y así, por fuerza ha de desamparar en alguna manera la carne. Y de aquí es que ha de padecer la carne, y por consiguiente el alma en la carne, por la unidad que tiene en un supuesto; y por tanto, el gran tormento que siente el alma al tiempo de este género de visita, y el gran pavor que la hace verse tratar por via sobrenatural, le hacen decir:

Apártalos, Amado.

Pero no se ha de entender que porque el alma diga que los aparte querria que los apartase; porque aquel es un dicho del temor natural, como habemos dicho; antes (aunque mucho mas le costase) no querria perder estas visitas y mercedes del Amado; porque, aunque padece el natural, el espíritu vuela al recogimiento sobrenatural á gozar del espíritu del Amado, que es lo que ella deseaba y pedia; pero no quisiera ella recibirlo en carne, donde no se puede gozar cumplidamente, sino poco y con pena, sino en el vuelo del espíritu fuera de la carne, donde libremente se goza; por lo cual dijo: «Apártalos, Amado;» es á saber, de comunicármelos en carne:

Que voy de vuelo.

Como si dijera: Que voy de vuelo de la carne, para que me los comuniques fuera de ella, siendo ellos la causa de hacerme volar fuera de la carne. Para que entienda-

mos mejor qué vuelo sea este, es de notar que, como habemos dicho, en aquella visitacion del Espíritu divino es arrebatado con gran fuerza el del alma á comunicarse con el divino, y destituirse al cuerpo, y dejar de sentir en él y de tener en él sus acciones, porque las tiene en Dios; que por eso dijo el apóstol san Pablo en aquel rapto suyo, no sabia si estaba su alma recibiéndole en el cuerpo ó fuera de él; y no por eso se ha de entender que destituye el alma al cuerpo y le desampara de la vida natural, sino que no tiene sus acciones en él; y esta es la causa por que en estos raptos y vuelos se queda el cuerpo sin sentido, y aunque le hagan cosas de grandísimo dolor no siente, porque no es como otros traspasos y desmayos naturales que con el dolor vuelven en sí. Y estos sentimientos tienen en estas visitas los que aun no han llegado á estado de perfeccion, sino que van camino en el estado de aprovechados, porque los que han llegado ya tienen toda la comunicacion hecha en paz y suave amor, y cesan estos arrobamientos, que eran comunicaciones que disponian para la tal comunicacion.

Lugar era este conveniente para tratar de las diferencias de raptos y éxtasis, y otros arrobamientos y sútiles vuelos de espíritu que á los espirituales suelen acaecer. Mas, porque mi intento no es sino declarar brevemente estas canciones, como en el prólogo prometí, quedarse han para quien mejor lo sepa tratar que yo; y porque tambien la bienaventurada Teresa de Jesus, nuestra madre, dejó escritas de estas cosas de espíritu admirablemente, las cuales espero en Dios saldrán presto impresas á luz. Lo que aquí pues el alma dice de vuelo se ha de entender por arrobamiento y éxtasi del espíritu á Dios; y dice luego el Amado:

Vuélvete, paloma.

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual, pensando que se le acababa ya la vida, y que pudiera gozarse con su Esposo para siempre y quedarse con él al descubierto; mas atajóle el Esposo el paso, diciendo: «Vuélvete, paloma;» como si dijera: Paloma, en el vuelo alto que llevas, y ligero de contemplacion, y en el amor con que ardes y simplicidad con que ves (porque estas tres propiedades tiene la paloma), vuélvete de ese vuelo alto en que pretendes llegar á poseerme mas de veras, que aun no es llegado ese tiempo de tan alto conocimiento, y acomódate á este mas bajo, que yo ahora te comunico en este tu exceso, y es

Que el ciervo vulnerado.

Compárase el Esposo al ciervo, porque aquí por el ciervo entiende á sí mismo; y es de saber que la propiedad del ciervo es subirse á los lugares altos, y cuando está herido vase con gran priesa á buscar refrigerio á las aguas frias, y si oye quejar á la consorte y siente que está herida, luego se va con ella y la regala y acaricia; y así hace ahora el Esposo, porque, viendo á la Esposa herida de su amor, él tambien al gemido de ella viene herido del amor de ella, porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos, y un mismo sentimiento tienen los dos; y así, es como si dijera: Vuélvete, esposa mia, á mí, que, si llagada vas de amor de mí, yo tambien, como el ciervo, vengo en esta tu llaga llagado á tí, que soy como el ciervo, y tambien en asomar por lo alto; que por eso dice:

Por el otero asoma.

Esto es, por el altura de tu contemplacion, que tienes en ese vuelo, porque la contemplacion es un puesto alto por donde Dios en esta vida se comienza á comunicar al alma y mostrársele; mas no acaba, que por eso no dice que acaba de parecer, sino que asoma; porque, por altas que sean las noticias que de Dios se le dan al alma en esta vida, todas son como unas muy desviadas asomadas; y síguese la tercera propiedad que deciamos del ciervo, y es la que se contiene en el verso siguiente:

Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Por el vuelo entiende la contemplacion de aquel éxtasi que habemos dicho, y por el aire entiende aquel espíritu de amor que causa en el alma este vuelo de contemplacion; y llama aquí á este amor causado por el vuelo aire harto apropiadamente, porque el Espíritu Santo, que es amor, tambien se compara en la divina Escritura al aire, porque es espirado del Padre y del Hijo; y así como allí es aire del vuelo, esto es, que de la contemplacion y sabiduría del Padre y del Hijo procede por la voluntad, y es aspirado; así, aquí á este amor del alma llama el Esposo aire, porque de la contemplacion y noticia que á este tiempo tiene de Dios le procede; y es de notar que no dice aquí el Esposo que viene al vuelo, sino al aire del vuelo, porque Dios no se comunica propiamente al alma por el vuelo del alma, que es, como habemos dicho, el conocimiento que tiene de Dios, sino por el amor del conocimiento; porque, así como el amor es union del Padre y del Hijo, así lo es del alma con Dios; y de aquí es que, aunque un alma tenga altísimas noticias de Dios y contemplacion, y conozca todos los misterios, si no tiene amor, no le hace nada al caso, como dice san Pablo, para unirse con Dios. Como tambien dice el mismo: *Charitatem habete quod est vinculum perfectionis;* es á saber: Tened esta caridad, que es vínculo de la perfeccion. Esta caridad pues, y amor del alma, hace venir al Esposo corriendo á beber de esta fuente de amor de su esposa, como las aguas frescas hacen venir al ciervo sediento y llagado á tomar el refrigerio; y por eso dice:

Y fresco toma.

Porque, así como el aire hace fresco y refrigerio al que está fatigado del calor, así este aire de amor refrigera y recrea al que arde con fuego de amor; porque tiene tal propiedad este fuego de amor, que el aire con que toma fresco y refrigerio es mas fuego de amor, porque al amante el amor es llama que arde con apetito de arder mas, segun hace la llama del fuego natural; por

tanto, al cumplimiento de este apetito suyo de arder mas el ardor de amor de su esposa, que es el aire del vuelo de ella, llama aquí tomar fresco; y así, es como si dijera: Al ardor de tu vuelo ardo mas, porque un amor enciende á otro amor. Donde es de notar que Dios no pone su gracia y amor en el alma, sino segun la voluntad de amor del alma; por lo cual, esto ha de procurar el buen enamorado que no falte, pues por este medio, como habemos dicho, moverá mas, si así se puede decir, á que Dios le tenga mas amor y que se recree mas en su alma. Y para conseguir esta caridad, hase de ejercitar en lo que de ella dice el Apóstol, diciéndola: La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no hace mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus mismas cosas, no se alborota, no piensa mal, no se huelga sobre la maldad, y gózase en la verdad; todas las cosas sufre que son de sufrir, cree todas las cosas (es á saber, las que se deben creer), todas las cosas espera, todas las cosas sustenta, es á saber, que convienen á la caridad; *Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.*

ANOTACION Y ARGUMENTO DE LAS DOS CANCIONES SIGUIENTES.

Pues como esta paloma del alma andaba volando por los aires de amor, sobre las aguas del diluvio de las fatigas y ansias suyas de amor que ha mostrado hasta aquí (no hallando donde descansase su pié), á este último vuelo que habemos dicho, extendió el piadoso padre Noé la mano de su misericordia y recogióla, metiéndola en el arca de su caridad y amor, y esto fué al tiempo que en la cancion que acabamos de declarar dijo: «Vuélvete, paloma;» en el cual recogimiento hallando el alma todo lo que deseaba, y mas de lo que se puede decir, comienza á cantar alabanzas de su Amado, refiriendo las grandezas que en esta union en él siente, y goza en las dos canciones siguientes, diciendo:

CANCIONES XIV Y XV.

Mi Amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada,
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora.

ANOTACION.

Antes que entremos en la declaracion de estas canciones es necesario advertir, para mas inteligencia de ellas y de las que después de ellas se siguen, que en este vuelo espiritual que acabamos de decir se denota un alto estado y union de amor, en que, después de mucho ejercicio espiritual, suele Dios poner al alma, al cual llaman desposorio espiritual con el Verbo, Hijo de Dios. Y al principio que se hace esto, que es la primera vez, comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y de virtudes, y vistiéndola de conocimiento y honra de Dios, bien así como desposada en el dia de su desposorio. Y en este dichoso dia, no solamente se le acaban al alma sus ansias vehementes y querellas de amor que antes tenia, mas, quedando adornada de los bienes que digo, comiénzale un estado de paz y deleite y de suavidad de amor, segun se da á entender en las presentes canciones, en las cuales no hace otra cosa sino contar y cantar las grandezas de su Amado, las cuales conoce y goza en él por la dicha union de desposorio; y así, en las demás canciones ya no dice cosas de ansias y penas, como antes hacia, sino comunicacion y ejercicio de dulce y pacífico amor con su Amado, porque ya en este estado todo aquello fenece. Y es de notar que en estas dos canciones se contiene lo mas que Dios suele comunicar en este tiempo á un alma; pero no se ha de entender que á todas las que llegan á este estado se les comunica todo lo que en estas dos canciones se declara, ni en una misma manera y medida de conocimiento y de sentimiento, porque á unas almas se les da mas y á otras menos, y á unas en una manera y á otras en otra, aunque lo uno y lo otro puede ser en este estado de desposorio espiritual; pero pónese aquí lo mas que puede ser, porque en ello se comprehende todo.

DECLARACION.

Y es de notar que, así como en el arca de Noé, segun dice la divina Escritura, habia muchas mansiones para muchas diferencias de animales, y todos los manjares que se podian comer, así el alma, en este vuelo que hace á esta divina arca del pecho de Dios, no solo echa de ver en ella las muchas mansiones que su Majestad dijo por san Juan que habia en la casa de su Padre, mas ve y conoce allí todos los manjares; esto es, todas las grandezas que puede gustar el alma, que son todas las cosas que se contienen en las dichas dos canciones y significadas por aquellos vocablos comunes; las cuales en sustancia son las que se siguen.

Ve el alma y gusta en esta divina union abundancia y riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreacion que ella desea, y entiende secretos é inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben, y siente en Dios un terrible poder y fuerza que todo otro poder y fuerza priva, y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, y halla verdadero sosiego y luz divina, y gusta altamente de la sabiduría de Dios que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce y siente; se llena de bienes, y ajena y vacia de males; y sobre todo, entiende y goza de inestimable refeccion de amor, que la confirma en amor. Y

esta es la sustancia de lo que se contiene en las dichas dos canciones.

En las cuales dice la esposa que todas estas cosas es su Amado en sí, y lo es para ella; porque en lo que Dios suele comunicar en semejantes éxtasis siente el alma y conoce la verdad de aquel dicho que dijo el santo Francisco, es á saber: Dios mio y todas las cosas. De donde, por ser Dios todas las cosas, y el alma y bien de todas ellas, se declara la comunicacion de este éxtasi por la semejanza de la bondad de las cosas en las dichas canciones, segun en cada verso de ellas se irá declarando; en lo cual se ha de entender que todo lo que aquí se declara está en Dios eminentemente en infinita manera, ó por mejor decir, cada una de estas grandezas que se dicen es Dios, y todas ellas juntas son Dios; que, por cuanto en este caso se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios, segun lo sintió san Juan cuando dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat;* es á saber: Lo que fué hecho en él era vida. Y así, no se ha de entender que en lo que aquí se dice que siente el alma es como ver las cosas en la luz, ver las criaturas en Dios, sino que en aquella posesion siente ser todas las cosas Dios; ni tampoco se ha de entender que, porque el alma siente tan subidamente de Dios en lo que vamos diciendo, ve á Dios esencialmente y claramente, que no es sino una fuerte y copiosa comunicacion y vislumbre de lo que él es en sí, en que siente el alma este bien de las cosas que ahora en los versos declararémos; conviene á saber:

Mi Amado, las montañas.

Las montañas tienen altura, son abundantes, anchas y hermosas, y graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí.

Los valles solitarios nemorosos.

Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreacion y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles es mi Amado para mí.

Las ínsulas extrañas.

Las ínsulas extrañas están ceñidas con la mar, y allende de los mares muy apartadas y ajenas de la comunicacion de los hombres; y así, en ellas se crian y nacen cosas muy diferentes de las de por acá, de muy extrañas maneras y virtudes nunca vistas de los hombres, que hacen grande novedad y admiracion á quien las ve. Y así, por las grandes y admirables novedades, y noticias extrañas y alejadas del conocimiento comun que el alma ve en Dios, le llama ínsulas extrañas; porque extraño llaman á uno por una de dos cosas: ó porque se anda retirando de la gente, ó porque es excelente y particular entre los demás hombres en sus obras y hechos: por estas dos cosas llama aquí el alma á Dios extraño, porque, no solamente es toda la extrañeza de las ínsulas nunca vistas, pero tambien sus vias, consejos y obras son muy extrañas y nuevas y admirables para los hombres; y no es maravilla que sea Dios extraño á los hombres, que no le han visto, pues tambien lo es á los santos ángeles y almas que le ven, pues no le pueden acabar de ver ni acabarán. Y hasta el último dia del juicio van viendo en él tantas novedades, segun sus profundos juicios, acerca de las obras de misericordia y justicia, que siempre le hacen novedad y siempre se maravillan mas. De manera que, no solamente los hombres, pero tambien los ángeles, le pueden llamar ínsulas extrañas; solo para sí no es extraño ni tampoco para sí es nuevo.

Los rios sonorosos.

Los rios tienen tres propiedades: la primera, que en todo cuanto entran lo embisten y anegan; la segunda, que hinchen todos los vasos y vacíos que hallan delante; la tercera, que tienen tal sonido, que todo otro sonido privan y ocupan. Y porque en esta comunicacion de Dios que vamos diciendo, siente el alma en él estas tres propiedades muy sabrosamente, dice que su Amado es «los rios sonorosos». Cuanto á la primera propiedad que el alma siente, es de saber que de tal manera se ve el alma embestir del torrente del Espíritu de Dios en este caso, y con tanta fuerza apoderarse de ella, que le parece que vienen sobre ella todos los rios del mundo, que la embisten, y siente ser allí anegadas todas sus acciones y pasiones en que antes estaba; y no porque es cosa de tanta fuerza es cosa de tormento, porque estos rios son rios de paz, segun por Isaías lo da Dios á entender, diciendo de este embestir en el alma: *Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam;* quiere decir: Notad y advertid que yo declinaré y embestiré sobre ella, es á saber, sobre el alma, como un rio de paz, y así como un torrente que va redundando gloria. Y así, este embestir divino que hace Dios en el alma como rios sonorosos, toda la hinche de paz y de gloria. La segunda propiedad que el alma siente es, que esta divina agua á este tiempo hinche los vasos de su humildad y llena los vacíos de sus apetitos, segun lo dice san Lúcas: *Exaltávit humiles. Esurientes implevit bonis;* que quiere decir: Ensalzó los humildes y llenó á los hambrientos de bienes. La tercera propiedad que el alma siente en estos sonorosos rios de su Amado, es un ruido y voz espiritual que es sobre todo sonido y voz, la cual priva toda otra voz, y su sonido excede á todos los sonidos del mundo; y en el declarar cómo esto sea nos habemos de detener algun tanto.

Esta voz ó este sonoroso sonido de los rios, que aquí dice el alma, es un henchimiento tan abundante, que la hinche de bienes, y un poder tan poderoso, que la posee, que no solo le parece sonidos de rios, pero aun poderosísimos truenos; pero esta voz es voz espiritual y no trae esotros sonidos corporales, ni la pena y modestia de ellos, sino grandeza y fuerza, poder, deleite y gloria; y así, es como una voz y sonido inmenso interior que viste al alma de poder y fortaleza. Esta espiritual voz y sonido hizo en el espíritu de los apóstoles al tiem-

po que el Espíritu Santo con vehemente torrente (como se dice en los *Actos de los apóstoles*) descendió sobre ellos; que para dar á entender la espiritual voz que interiormente les hacia, se oyó aquel sonido de fuera como de aire vehemente, que fuese oido de todos los que estaban dentro en Jerusalen; por el cual, como decimos, se denotaba el que dentro recibian los apóstoles, que era, como habemos dicho, henchimiento de poder y fortaleza. Y tambien cuando estaba el Señor Jesus rogando al Padre en el angustia y aprieto que recibió de sus enemigos, segun lo dijo san Juan, le vino una voz del cielo interior confortándole segun la humanidad; cuyo sonido oyeron los judíos por de fuera tan grave y vehemente, que unos decian que se habia hecho algun trueno, y otros decian que le habia hablado algun ángel del cielo; y era, que por aquella voz que se oia de fuera se denotaba y daba á entender la fortaleza y poder que segun la humanidad á Cristo se le daba de dentro; y no por eso se ha de dar á entender que deja el alma de recibir el sonido de la voz espiritual en el espíritu. Donde es de notar que la voz espiritual es efecto que ella hace en el alma, así como la corporal imprime su sonido en el oido, y la inteligencia en el espíritu. Lo cual quiso dar á entender David cuando dijo: *Ecce dabit voci suae vocem virtutis;* que quiere decir: Mirad que Dios dará á su voz voz de virtud. La cual virtud es la voz interior; porque decir David: Dará á su voz voz de virtud; es decir: A la voz exterior que se siente de fuera dará voz de virtud que se sienta de dentro. De donde es de saber que Dios es voz infinita, y comunicándose al alma en la manera dicha, hace el efecto de inmensa voz.

Esta voz oyó san Juan en el *Apocalipsi*, y dice que la oyó del cielo, y que era *Tamquam vocem aquarum multarum, et tamquam vocem tonitrui magni;* que quiere decir que era esta voz que oyó como voz de muchas aguas y como voz de un grande trueno. Y porque no se entienda que esta voz, por ser tan grande, era penosa y áspera, añade luego diciendo que esta misma voz era tan suave, que *erat sicut citharedorum citharizantium in citharis suis;* que quiere decir que era como de muchos tañedores que citarizaban en sus cítaras. Y Ecequiel dice que este sonido como de muchas aguas era *quasi sonus sublimis Dei;* es á saber, como sonido del altísimo Dios; esto es, que altísima y suavísimamente se comunicaba en él. Esta voz es infinita, porque, como deciamos, es el mismo Dios que se comunica, haciendo voz en el alma; mas cíñese á cada alma, dándole voz de virtud, segun le cuadra, limitadamente, y hace gran deleite y grandeza al alma. Que por eso dijo á la Esposa en los *Cantares: Sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis;* que quiere decir: Suene tu voz en mis oidos, porque es dulce tu voz.

El silbo de los aires amorosos.

Dos cosas dice el alma en el presente verso, es á saber, *aires* y *silbo*. Por los *aires amorosos* se entienden aquí las virtudes y gracias del Amado, las cuales, mediante la dicha union del Esposo, embisten en el alma, y amorosísimamente se comunican y tocan en la sustancia de ellas. Y al *silbo* de estos aires llama una subidísima y sabrosísima inteligencia del Dios y de sus virtudes; la cual redunda en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la sustancia del alma; y este es el mas subido deleite que hay en todos los demás que aquí gusta el alma.

Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que, así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo ó sonido, así en esta comunicacion del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite é inteligencia; y así como el toque del aire se gusta con el sentido del tacto y el silbo del mismo aire con el oido, así tambien el toque de las virtudes del Amado se sienten y gozan en el tacto de esta alma, que es en la sustancia de ella, mediante la voluntad y la inteligencia de las tales virtudes de Dios, se sienten en el oido del alma, que es en el entendimiento. Y es tambien de saber que entonces se dice venir el aire amoroso, cuando sabrosamente hiere, satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal refrigerio, porque entonces regala y recrea el sentido del tacto; y con este regalo del tacto siente el oido gran regalo y deleite en el sonido y silbo del aire, mucho mas que el tacto en el toque del aire; porque el sentido del oido es mas espiritual, ó por mejor decir, allégase mas á lo espiritual que el tacto; y así, el deleite que causa es mas espiritual que el que causa el tacto. Ni mas ni menos, porque este toque de Dios satisface grandemente y regala la sustancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito, que era de verse en tal union, llama á la dicha union ó toques *aires amorosos*; porque, como habemos dicho, amorosa y dulcemente se le comunican las virtudes del Amado en él; de lo cual se deriva en el entendimiento el silbo de la inteligencia. Y llámale *silbo* porque, así como el silbo causado del aire se entra agudamente en el vasillo del oido, así esta subtilísima y delicada inteligencia se entra con admirable sabor y deleite en lo íntimo de la sustancia del alma, que es muy mayor deleite que todos los demás. La causa es, porque se le da sustancia entendida y desnuda de accidentes y fantasmas; porque se da al entendimiento que llaman los filósofos pasivo ó pasible, porque pasivamente, sin hacer él á su modo natural nada de su parte, la recibe; lo cual es el principal deleite del alma, porque es en el entendimiento, en que consiste la *fruicion*, como dicen los teólogos, que es ver á Dios; que por significar este silbo la dicha inteligencia sustancial piensan algunos teólogos que vió nuestro padre Elías á Dios en aquel silbo delgado de aire que sintió en el monte á la boca de su cueva. Allí le llama la Escritura silbo de aire delgado, porque de la súbtil y delicada comunicacion del espíritu le nacia la inteligencia en el entendimiento; y aquí le llama el alma silbo de aires amorosos, porque de la amorosa comunicacion de las virtudes de su Amado le redunda en el entendimiento, y por eso le llama silbo de los aires amorosos.

Este divino silbo que entra por el oido del alma, no solamente es sustancia, como he dicho, entendida, sino tambien es descubrimiento de verdades de la Divinidad y revelacion de secretos suyos ocultos; porque ordinariamente todas las veces que en la Escritura divina se halla alguna comunicacion de Dios, que se dice entrar por el oido, se halla ser manifestacion de estas verdades desnudas en el entendimiento ó revelacion de secretos de Dios; las cuales son revelaciones ó visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma sin servicio ni ayuda de los sentidos; y así, es muy alto y cierto esto que dicen y comunica Dios por el oido. Que por eso, para dar á entender san Pablo la alteza de su revelacion, no dijo: *Vidi arcana verba*, ni menos: *Gustavi arcana verba*; sino: *Audivi arcana verba, quae non licet homini loqui*. Y es como si dijera: Oí palabras secretas que al hombre no es lícito hablar. En lo cual se piensa que vió á Dios tan bien como nuestro padre Elías en el silbo; porque, así como la fe (como tambien dice san Pablo) es por el oido corporal, así lo que nos dice la fe, que es la sustancia entendida, es por el oido espiritual. Lo cual dió bien á entender el profeta Job, hablando con Dios cuando se le reveló, diciendo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te;* quiere decir: Con el oido de la oreja te oí, y ahora te ve mi ojo. En lo cual se da claro á entender que el oirlo con el oido del alma es verlo con el ojo del entendimiento pasivo que dijimos; que por eso no dice, oiré con el oido de mis orejas, sino de mi oreja; ni te vi con mis ojos, sino con mi ojo del entendimiento; luego este oir del alma es ver con el entendimiento.

Y no se ha de entender que esto que el alma entiende, porque sea sustancia desnuda, como habemos dicho, sea la perfecta y clara fruicion como en el cielo; porque, aunque es desnuda de accidentes, no es clara, sino obscura, porque es contemplacion; la cual en esta vida, como dice san Dionisio, es rayo de tinieblas; y así, podemos decir que es un rayo y imágen de fruicion, por cuanto es en el entendimiento, en que consiste la fruicion. Esta sustancia entendida que aquí llama el alma *silbo* es los ojos deseados, que descubriéndoselos el Amado, dijo, porque no los podia sufrir el sentido:

Apártalos, Amado.

Y porque me parece bien á propósito una autoridad de Job, que confirma mucha parte de lo que he dicho en este arrobamiento y desposorio, referirla he aquí (aunque nos detengamos un poco mas), y declararé las partes de ella que son á nuestro propósito, y primero la pondré toda en latin y luego en romance, y luego declararé brevemente lo que de ella conviene á nuestro propósito; y acabado esto, proseguiré la declaracion de los versos de la otra cancion. Dice pues Elifaz Temanites, en Job, de esta manera: *Porro ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtivè suscepit auris mea venas susurrii ejus. In horrore visionis nocturnae, quando solet sopor occupare homines. Pavor tenuit me, et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt, et cum spiritus, me presente transiret, inhorruerunt pili carnis meae. Stetit quidam, cujus non agnoscebam vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi aurae lenis audivi;* y en romance quiere decir: De verdad á mí se me dijo una palabra escondida, y como á hurtadillas recibió mi oreja las venas de su susurro en el horror de la vision nocturna; cuando el sueño suele ocupar á los hombres ocupóme el pavor y el temblor, y todos mis huesos se alborotaron; y como el espíritu pasase en mi presencia, encogiéronseme los pelos de mi carne, púsoseme delante uno cuyo rostro no conocia, era imágen delante de mis ojos, y oí una voz de aire delgado. En la cual autoridad se contiene casi todo lo que habemos dicho aquí hasta este punto, de este rapto, desde la cancion XII, donde dice: «Apártalos, Amado;» porque en lo que aquí dice Elifaz, que se le dijo una palabra escondida, se significa aquello escondido que se le dió al alma, cuya grandeza no pudiendo sufrir, dijo:

Apártalos, Amado.

Y en decir que recibió su oreja las venas de su susurro como á hurtadillas, es decir la sustancia desnuda que habemos dicho que recibe el entendimiento; porque venas aquí denotan sustancia interior. El susurro significa aquella comunicacion y toque de virtudes de donde se comunica al entendimiento la dicha sustancia entendida. Y llámale aquí susurro, porque es muy suave la tal comunicacion, así como allí la llama aires amorosos el alma, porque amorosamente se comunica. Y dice que le recibia como á hurtadillas, porque, así como lo que se hurta es ajeno, así aquel secreto era ajeno del hombre, hablando naturalmente, porque recibió lo que no era de su natural, y así no le era lícito recibirlo, como tampoco á san Pablo le era lícito poder decir el suyo; por lo cual dijo el otro profeta dos veces: Mi secreto para mí; *Secretum meum mihi, secretum meum mihi*. Y cuando dijo: En el horror de la vision nocturna, cuando suele el sueño ocupar los hombres, me ocupó el pavor y temblor; da á entender el temor y temblor que naturalmente hace al alma aquella comunicacion de arrobamiento que deciamos no podia sufrir el natural en la comunicacion del Espíritu de Dios; porque da aquí á entender este profeta que, así como al tiempo que se van á dormir los hombres les suele oprimir y atemorizar una vision que llaman pesadilla, lo cual les acaece entre el sueño y la vigilia, que es en aquel punto que se comunica el sueño, así, al tiempo de este traspaso espiritual, entre el sueño de la ignorancia natural y la vigilia del conocimiento sobrenatural, que es el principio del arrobamiento ó éxtasi, les hace temblor y temor la vision espiritual que entonces se les comunica. Y añade mas, diciendo que todos sus huesos se asombraron ó alborotaron; que quiere tanto decir como si dijera, se conmovieron ó desencasaron de sus lugares; en lo cual se da á entender el gran descoyuntamiento de huesos que habemos dicho padecerse á este tiempo; lo cual

dió bien á entender Daniel cuando vió al ángel, diciendo: *Domine mi, in visione tua dissolutae sunt compages meae*; esto es: Señor mio, en tu vision las junturas de mis huesos se han abierto. Y en lo que dice luego: Y como el espíritu pasase en mi presencia, es á saber, haciendo pasar al mio de sus límites y vias naturales por el arrobamiento que habemos dicho, encogiéronseme los pelos de mis carnes; da á entender lo que habemos dicho del cuerpo, que en este traspaso se queda helado y encogidas las carnes como muerto. Luego se sigue: Estuvo uno cuyo rostro no conocia, era imágen delante de mis ojos. Este que dice que estuvo, era Dios, que se comunicaba en la manera dicha. Y dice que no conocia su rostro, para dar á entender que en la tal comunicacion ó vision, aunque es altísima, no se conoce ni ve el rostro y esencia de Dios; pero dice que era imágen delante de sus ojos, porque, como habemos dicho, aquella inteligencia de palabra escondida era altísima, como imágen y rostro de Dios; mas no se entiende que es ver esencialmente á Dios. Luego concluye diciendo: Y oí una voz de aire delicado, en que se entiende «el silbo de los aires amorosos», que dice aquí el alma que es su Amado. Y no se ha de entender que siempre acaecen estas visitas con estos temores y detrimentos naturales; que, como queda dicho, es á los que comienzan á entrar en estado de iluminacion y perfeccion y en este género de comunicacion, porque en otros antes acaecen con gran suavidad.

La noche sosegada.

En este sueño espiritual que el alma tiene en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego y descanso y quietud de la pacífica noche, y recibe juntamente en Dios una abismal escura inteligencia divina, y por eso dice que su Amado es para ella «la noche sosegada».

En par de los levantes del aurora.

Pero esta noche sosegada no es de manera que sea como noche obscura, sino como la noche junto ya á los levantes de la mañana; porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo obscuro como la obscura noche, sino sosiego y quietud en la luz divina y en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado á la luz divina. Y llama aquí propiamente y bien á esta luz divina *levantes del aurora*, que quiere decir la mañana; porque, así como los levantes de la mañana despiden la obscuridad de la noche y descubren la luz del dia, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural á la luz matutina del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, como dicho es, sino obscuro, como noche en par de los levantes del aurora; porque, así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche ni del todo es dia, sino, como dicen, entre dos luces; así esta soledad y sosiego divino, ni con toda claridad es informado de la luz divina, ni deja de participar algo de ella.

En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender á la divina luz; bien así como el que después de un largo sueño abre los ojos á la luz que no esperaba. Este conocimiento, entiendo, quiso dar á entender David cuando dijo: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*; que quiere decir: Recordé y fuí hecho como el pájaro solitario en el techo. Como si dijera: Abrí los ojos de mi entendimiento, y halléme sobre todas las inteligencias naturales, solitario sin ellas en el tejado; que es sobre todas las cosas de abajo. Y dice aquí que fué hecho semejante al pájaro solitario, porque en esta manera de contemplacion tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo mas alto; y así, el espíritu en este paso se pone en altísima contemplacion. La segunda, que siempre tiene vuelto el pico hácia donde viene el aire; y así, el espíritu vuelve aquí el pico del afecto hácia donde viene el Espíritu de amor, que es Dios. La tercera es, que ordinariamente está solo y no consiente otra ave alguna junto á sí, sino que en parándose alguna junto, luego se va; y así, el espíritu en esta contemplacion está en soledad de todas las cosas del mundo y huye de todas ellas, ni consiente en sí otra cosa que soledad en Dios. La cuarta propiedad es, que canta muy suavemente, y lo mismo hace á Dios el espíritu á este tiempo; porque las alabanzas que hace á Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios. La quinta es, que no es de algun determinado color; y así, es el espíritu perfecto, que no solo en este exceso no tiene algun color de afecto sensual y amor propio, mas ni aun particular consideracion en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, segun se ha dicho.

La música callada.

En aquel silencio y sosiego de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposicion de la sabiduría de Dios en las diferencias de todas sus criaturas y obras; porque todas ellas y cada una tienen una correspondencia con Dios, con que cada una en su manera de voz muestra lo que en ella es Dios; de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo; y llama á esta música *callada* porque, como habemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta sin voces de mundo; y así, se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio; y así, dice que su Amado es esta música callada, porque en él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual; y no solo eso, sino que tambien es

La soledad sonora.

Lo cual es casi lo mismo que la música callada; porque, aunque aquella música es callada cuanto á los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para

las potencias espirituales; porque, estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sentido espiritual sonorísimamente en el espíritu de la excelencia de Dios en sí y en sus criaturas, segun aquello que dijimos arriba haber visto san Juan en espíritu en el *Apocalipsi*; conviene á saber, voz de muchos citaredos que citarizaban en sus cítaras; lo cual fué en espíritu, y no de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas de los bienaventurados, que cada uno en su manera de gloria hace á Dios continuamente; lo cual es como música; porque, así como cada uno posee de diferente manera sus dones, así cada uno canta su alabanza diferentemente, y todas en una concordancia de amor, bien así como música. A este mismo modo echa de ver el alma en aquella sabiduría sosegada en todas las criaturas, no solo superiores, sino tambien inferiores, segun lo que ellas tienen en sí cada una recibido de Dios, dar cada una su voz de testimonio de lo que es Dios. Y ve que cada una en su manera engrandece á Dios, teniendo en sí á Dios segun su capacidad; y así, todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios y sabiduría y ciencia admirable; y esto es lo que quiso decir el Espíritu Santo en el libro de la *Sabiduría* cuando dijo: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum: et hoc quod continet omnia, scientiam habet vocis;* que quiere decir. El Espíritu del Señor llenó la redondez de la tierra; y este mundo que contiene todas las cosas que él hizo, tiene ciencia de voz. Que es la soledad sonora que decimos aquí conocer el alma, que es el testimonio que de Dios dan en sí todas ellas. Y por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y ajenacion de todas las cosas exteriores, las llama «la música callada y la soledad sonora»; la cual dice que es su Amado, y mas:

La cena, que recrea y enamora.

La cena á los enamorados hace recreacion, hartura y amor; y porque estas tres cosas causa el Amado en el alma en esta suave comunicacion, le llama ella aquí «la cena que recrea y enamora». Es de saber que en la divina Escritura este nombre *cena* se entiende por la vision divina; porque, así como la cena es remate del trabajo del dia y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho, sosegada, le hace sentir al alma cierto fin de males y principio de posesion de bienes, en que se enamora de Dios mas de lo que antes estaba; y por eso le es á ella la cena, que recrea en serle el fin de los males, y la enamora en serle principio de posesion de todos los bienes.

Pero, para que se entienda mejor cómo sea esta cena para el alma, la cual cena, como habemos dicho, es su Amado, conviene aquí notar lo que el mismo Esposo amado dice en el *Apocalipsi*, es á saber: Yo estoy á la puerta y llamo; si alguno me abriere entraré y cenaré con él, y él conmigo: *Ecce sto ad ostium, et pulso, si quis audierit vocem meam, et aperuerit Mihi januam, intrabo ad illum, et coenabo cum illo, et ipse mecum.* En lo cual da á entender que él se trae la cena consigo, la cual no es otra cosa sino su mismo sabor y deleites de que él mismo goza; los cuales, uniéndose él con el alma, se los comunica y goza ella tambien; que eso quiere decir, yo cenaré con él y él conmigo; y así, en estas palabras se da á entender el efecto de la divina union del alma con Dios, en la cual los mismos bienes propios de Dios se hacen comunes tambien al alma esposa, comunicándoselos él, como habemos dicho, graciosa y largamente; y así, él mismo es para ella la cena que recrea y enamora; porque, en serle largo la recrea, y en serle gracioso la enamora.

Pero antes que entremos en la declaracion de las demás *canciones*, conviene aquí advertir que no, porque habemos dicho que en aqueste estado de desposorio en que habemos dicho que goza el alma de toda tranquilidad, y que se le comunica todo lo demás que se le puede comunicar en esta vida, se ha de entender que es en toda ella, sino que esta tranquilidad es segun la parte superior; porque la sensitiva, hasta el estado de matrimonio espiritual, nunca acaba de perder sus resabios ni sujetar del todo sus fuerzas, como después se dirá; y que lo que se le comunica es lo mas que se puede en razon de desposorio; porque en el matrimonio espiritual hay grandes ventajas; porque, aunque en el desposorio en las visitas goza tanto bien el alma esposa, como se ha dicho, todavía padece ausencia y perturbaciones y molestias de parte de la porcion inferior y del demonio; todo lo cual cesa en el estado del matrimonio.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Pues como la esposa tiene ya las virtudes puestas en el alma en el punto de su perfeccion, en que está gozando de ordinaria paz en las visitas que el Amado le hace, goza algunas veces subidísimamente la suavidad y fragrancia de las dichas virtudes por el toque que el Amado hace en ellas; bien así como se gusta la suavidad y hermosura de las azucenas y flores cuando están abiertas y las tratan; porque en muchas de estas visitas ve el alma en su espíritu todas sus virtudes que Dios le ha dado, obrando él en ellas esta luz; y ella entonces con admirable deleite y sabor de amor las junta todas y las ofrece al Amado como una piña de hermosas flores, y recibiéndolas el Amado (porque entonces las recibe de veras), recibe en ello gran servicio; todo lo cual pasa dentro del alma, en que siente ella estar el Amado como en su propio lecho; porque el alma se ofrece juntamente con las virtudes, que es el mayor servicio que ella le puede hacer; y así, es uno de los mayores deleites que en el trato interior con Dios ella suele recibir en esta manera de don que hace el Amado; y conociendo el demonio esta prosperidad del alma; el cual, por su gran malicia, envidia todo el bien que en ella ve, usa á este tiempo de toda su habilidad y ejercita todas sus artes para poder perturbar en el alma siquiera una mínima parte de este bien; porque mas precia él impedir á esta alma un quilate de esta su riqueza, gloria y deleite, que hacer caer á otras

en muchos y muy graves pecados; porque las otras tienen poco ó nada que perder, y esta mucho, porque tiene mucho ganado y muy precioso; así como perder un poco de oro muy primo es mas que perder mucho de otros bajos metales. Aprevéchase aquí el demonio de los apetitos sensitivos, aunque con estos en este estado puede muy poco las mas veces, ó nada, por estar ya ellos amortiguados, y de que con esto no puede representar á la imaginacion muchas variedades; y á veces levanta en la parte sensitiva muchos movimientos (como después se dirá) y otras molestias que causa, así espirituales como sensitivas, de las cuales no es en mano del alma poderse librar hasta que el Señor envia su ángel, como se dice en el salmo, al rededor de los que le temen y los libra: *Immittet Angelus Domini in circuitu timentium eum, et eripiet eos.* Y hace paz y tranquilidad, así en la parte sensitiva como en la espiritual del alma; la cual, para denotar todo esto y pedir este favor, recelosa de la experiencia que tiene de las astucias que usa el demonio para hacerle el dicho daño, en este tiempo, hablando con los ángeles, cuyo oficio es favorecer á este tiempo, ahuyentando los demonios, dice la cancion siguiente:

CANCION XVI.

Cazadnos las raposas,
Que está ya florida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.

DECLARACION.

Deseando pues el alma que no le impidan la continuacion de este deleite interior de amor, que es la flor de la viña de su alma, ni los envidiosos y maliciosos demonios, ni los furiosos apetitos de la sensualidad, ni las varias idas y venidas de la imaginacion, ni otras cualesquier noticias y presencias de cosas, invoca á los ángeles, diciendo que cacen todas estas cosas y las impidan, de manera que no impidan el ejercicio de amor interior, en cuyo deleite y sabor se están comunicando y gozando las virtudes y gracias entre el alma y el Hijo de Dios. Y así, dice:

Cazadnos las raposas,
Que está ya florida nuestra viña.

La viña que aquí dice, es el plantel que está en esta santa alma de todas las virtudes, las cuales le dan á ella vino de dulce sabor; esta viña del alma está florida cuando segun la voluntad está unida con el Esposo, y en el mismo Esposo está deleitándose segun todas estas virtudes juntas; y algunas veces, como habemos dicho, suelen acudir á la memoria y fantasía muchas y varias formas é imaginaciones, y en la parte sensitiva se levantan muchos y varios movimientos y apetitos; los cuales, por ser de tantas maneras y tan varios, cuando David estaba bebiendo este sabroso vino de espíritu con grande sed en Dios, sintiendo el impedimento y molestia que le hacian, dijo. Mi alma tuvo sed en tí, cuan de muchas maneras sea mi carne á tí; *Sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea.* Llama el alma toda esta armonía de apetitos y movimientos sensitivos *raposas*, por la gran propiedad que tienen á este tiempo con ellas; porque, así como las raposas se hacen dormidas para hacer presa cuando sale la caza, así todos estos apetitos y fuerzas sensitivas estaban sosegadas hasta que en el alma se levantan y se abren y salen á ejercicio estas flores de las virtudes; y entonces tambien parece que despiertan y se levantan en la sensualidad sus flores de apetitos y fuerzas sensuales á querer contradecir al espíritu y reinar; hasta esto llega la codicia que dice san Pablo que tiene la carne contra el espíritu; que, por ser su inclinacion grande á lo sensitivo, gustando el espíritu, se desaborea y disgusta toda la carne; y en esto dan estos apetitos gran molestia al dulce espíritu, y por eso dice:

Cazadnos las raposas.

Pero los maliciosos demonios hacen aquí de su parte molestia al alma de dos maneras; porque ellos incitan á levantar estos apetitos con vehemencia, y con ellos y otras imaginaciones hacen guerra á este reino pacífico y florido del alma. Lo segundo, y lo que peor es, que cuando de esta manera no pueden, embisten en ella con tormentos y ruidos corporales para hacerla divertir. Y lo que es mas malo, que la combaten con temores y horrores espirituales á veces de terribles tormentos; lo cual á este tiempo, si se les da licencia, pueden ellos muy bien hacer; porque, como el alma se pone en muy desnudo espíritu para este ejercicio espiritual, puede con facilidad él hacerse presente á ella, pues tambien él es espíritu. Otras veces la hace otros embestimientos de horrores antes que ella comience á gustar estas dulces flores, á tiempo que Dios la comienza á sacar algo de la casa de sus sentidos, para que entre en el dicho ejercicio interior al huerto del Esposo; porque sabe que si una vez se entra en aquel recogimiento está tan amparada, que, por mas que haga, no puede hacerla daño. Y muchas veces, cuando aquí el demonio sale á tomarle el paso, suele el alma con gran presteza recogerse en el fondo escondrijo de su interior, donde halla gran deleite y amparo, y entonces padece aquellos terrores tan de fuera y tan á lo léjos, que, no solo no le hacen temor, mas le causan alegría y gozo. De estos terrores hace mencion la Esposa en los *Cantares*, diciendo: *Anima mea conturbavit me propter quadrigas Aminadab;* Mi alma me conturbó por causa de los carros de Aminadab. Entendiendo allí por Aminadab al demonio, llamando carros á sus embestimientos y acometimientos, por la grande vehemencia y tropel y ruidos que con ellos trae. Y lo mismo que aquí dice el alma: «Cazadnos las raposas,» dice tambien la Esposa en los *Cantares*, al mismo propósito, pero diciendo: Cazadnos las raposas pequeñas que desmenuzan las viñas, porque nuestra viña ha florecido; *Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas. Nam vinea nostra flo-*

ruit. Y no dice cazadme, sino cazadnos; porque habla de sí y del Amado, porque están en uno y gozando la flor de la viña.

La causa por que aquí dice que la viña está con flor, y no dice con fruto, es porque las virtudes en esta vida, aunque se gocen en el alma con tanta perfeccion como esta de que hablamos, es como gozarla en flor; porque solo en la otra se gozarán como en fruto. Y dice luego:

En tanto que de rosas
Hacemos una piña.

Porque á esta sazon que el alma está gozando la flor de esta viña y deleitándose en el pecho de su Amado, acaece así, que las virtudes del alma se ponen todas en pronto y claro, como habemos dicho, mostrándose al alma y dándole de sí gran suavidad y deleite; las cuales siente el alma estar en sí misma y en Dios, de manera que le parecen ser una viña muy florida y agradable de ella y de él, en que ambos se apacientan y deleitan; y entonces el alma junta todas estas virtudes, haciendo actos muy sabrosos de amor en cada una de ellas y en todas juntas; y así, juntas las ofrece ella al Amado con gran ternura de amor y suavidad, á lo cual le ayuda el mismo Amado; porque sin su favor y ayuda no podria ella hacer esta junta y ofrenda de virtudes á su Amado, que por eso dice:

Hacemos una piña.

Es á saber, el Amado y yo. Llama piña á esta junta de virtudes, porque, así como la piña es una pieza fuerte, y en sí contiene muchas piezas fuertes y en sí abrazadas fuertemente, que son los piñones; así esta piña de virtudes que hace el alma para su Amado es una sola pieza de perfeccion del alma, la cual fuerte y ordenadamente abraza y contiene en sí muchas perfecciones y virtudes muy fuertes y dones muy ricos, porque todas las perfecciones y virtudes se ordenan y contienen una sólida perfeccion del alma; la cual, en tanto que está haciéndose por el ejercicio de las virtudes, y ya hecha, se está ofreciendo de parte del alma al Amado en espíritu de amor, que vamos diciendo, conviene que se cacen las dichas raposas, para que no impidan la tal comunicacion interior de los dos. Y no solo pide esto solo la esposa en esta cancion, para poder bien hacer la piña, mas tambien lo que se sigue en el verso siguiente, es á saber:

Y no parezca nadie en la montiña.

Porque para este divino ejercicio interior es tambien necesaria soledad y ajenacion de todas las cosas que se podrian ofrecer al alma, ahora de parte de la porcion inferior, que es la sensitiva del hombre, ahora de parte de la porcion superior, que es la racional; las cuales dos porciones son en quien se encierra toda la armonía de las potencias y sentidos del hombre, á la cual armonía llama aquí montiña; porque, morando en ella y situándose en ella todas las noticias y apetitos de la naturaleza, como la caza en el monte, en ella suele el demonio hacer caza y presa en esos apetitos y noticias para mal del alma. Dice que en esta montiña no parezca nadie; es á saber, representacion y figura de cualquier objeto perteneciente á cualquiera de estas potencias ó sentidos que habemos dicho, no parezca delante el alma y el Esposo. Y así, es como si dijera: En todas las potencias espirituales del alma, como son memoria, entendimiento y voluntad, no haya noticias ni afectos particulares ni otras cualesquier advertencias. Y en todos los sentidos y potencias corporales, así interiores como exteriores, que son imaginativa, fantasía, ver, oir, etc., no haya otras digresiones y formas y imágenes y figuras, ni representaciones de objetos al alma, ni otras operaciones naturales. Esto dice aquí el alma por cuanto, para gozar perfectamente de esta comunicacion con Dios, conviene que todos los sentidos y potencias, así interiores como exteriores, estén desocupados, vacíos y ociosos de sus propias operaciones y objetos, porque en tal caso, cuando ellos de suyo mas se ponen en ejercicio, tanto mas estorban; porque, llegando el alma á alguna manera de union interior de amor, ya no obran en esto las potencias espirituales, y menos las corporales, por cuanto está ya hecha y obrada la union de amor actuada en el alma en amor; y así, acabaron de obrar las potencias, porque llegando al término, cesan todas las operaciones de los medios. Y así, lo que el alma hace entonces es asistencia de amor en Dios, la cual es amor en continuacion de amor unitivo. No parezca pues nadie en la montiña; sola la voluntad parezca, asistiendo al Amado en entrega de sí y de todas las virtudes, en la manera que está dicha.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Para mas noticia de la cancion que se sigue, conviene aquí advertir que las ausencias que padece el alma de su Amado en este estado de desposorio espiritual son muy aflictivas, y algunas son de manera, que no hay pena que se le compare. La causa de esto es que, como el amor que tiene á Dios en este estado es grande y fuerte, atorméntale fuerte y grandemente en la ausencia. Y añádese á esta pena la molestia que á este tiempo recibe en cualquiera manera de trato ó comunicacion de criaturas, que es muy grande; porque, como ella está en aquella gran fuerza de deseo, avivado por la union con Dios, cualquiera entretenimiento le es gravísimo y molesto; bien así como á la piedra, cuando con grande ímpetu y velocidad va llegando hácia su centro, cualquier cosa en que topase y la entretuviese en aquel vacío le seria muy violenta. Y como está ya el alma saboreada con estas dulces visitas, sonle mas deseables sobre el oro y toda hermosura. Y por eso, temiendo el alma mucho carecer, aun por un momento, de tan preciosa presencia, hablando con la sequedad y con el espíritu de su Esposo, dice las palabras de la cancion siguiente:

CANCION XVII.

Detente, cierzo muerto,
Vén, austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran sus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.

DECLARACION.

Demás de lo dicho en la cancion pasada, la sequedad de espíritu es tambien causa de impedir al alma el jugo de suavidad interior, de que arriba ha tratado, y temiendo ella esto, hace dos cosas en esta cancion. La primera, impedir la sequedad, cerrando la puerta por medio de la continua oracion y devocion. La segunda, invocar el Espíritu Santo, que es el que ha de ahuyentar esta sequedad del alma y el que sustenta y aumenta en ella el amor del Esposo; y tambien ponga al alma el ejercicio interior de las virtudes, todo á fin de que el Hijo de Dios, su Esposo, se goce y deleite mas en ella; porque toda su pretension es dar contento al Amado.

Detente, cierzo muerto.

El cierzo es un viento muy frio que seca y marchita las flores y plantas, y á lo menos las hace encoger y cerrar cuando en ellas hiere. Y porque la sequedad espiritual y la ausencia afectiva del Amado hacen este mismo efecto en el alma que la tiene, agotándole el jugo y sabor y fragrancia que gustaba de las virtudes, la llama *cierzo muerto*, porque todas las virtudes y ejercicio afectivo que tenia el alma, tiene amortiguado; y por eso dice aquí el alma: «Detente, cierzo muerto.» El cual dicho del alma se ha de entender que es hecho y obrado de ejercicios espirituales, para que se detenga la sequedad. Pero, porque en este estado las cosas que Dios comunica al alma son tan interiores, que con ningun ejercicio de sus potencias puede de suyo el alma ponerlas en ejercicio y gustarlas si el espíritu del Esposo no hace en ella esta mocion de amor, le invoca ella luego, diciendo:

Vén, austro, que recuerdas los amores.

El austro es otro viento que vulgarmente se llama ábrego; el cual es apacible, causa pluvias y hace germinar las yerbas y plantas, y abrir las flores y derramar su olor; y en efecto, tiene este aire los efectos contrarios del cierzo. Y así, por este aire entiende el alma el Espíritu Santo, el cual dice que recuerda los amores; porque cuando este divino aire embiste en el alma, de tal manera la inflama toda, y regala y aviva, y recuerda la voluntad y levanta los apetitos, que antes estaban caidos y dormidos al amor de Dios, que se puede bien decir que recuerda los amores de él y de ella, y lo que pide al Espíritu Santo es lo que dice en el verso siguiente:

Aspira por mi huerto.

El cual huerto es la misma alma; porque, así como arriba ha llamado á la misma alma viña florida, porque la flor de las virtudes que hay en ellas le dan vino de dulce sabor, así aquí la llama tambien huerto porque en ellas están plantadas y nacen y crecen las flores de perfeccion y virtudes que habemos dicho. Y es aquí de notar que no dice la esposa: Aspira en mi huerto; sino «Aspira por mi huerto;» porque es grande la diferencia que hay entre aspirar Dios en el alma ó por el alma; porque aspirar en el alma es infundir en ella gracia, dones y virtudes; y aspirar por ella es hacer Dios toque y mocion en las virtudes y perfecciones que ya le son dadas, renovándolas y moviéndolas de suerte, que dén de sí admirable fragrancia y suavidad; bien así como cuando menean las especies aromáticas, que al tiempo que se hace aquella mocion derraman el abundancia de su olor, el cual antes ni era tal ni se sentia en tanto grado; porque las virtudes que el alma tiene adquiridas é infusas no siempre las está sintiendo y gozando actualmente; porque, como después dirémos, en esta vida están en el alma como flores en cogollo ó en capullo cerradas, ó como especies aromáticas encubiertas, cuyo olor no se siente hasta ser abiertas y movidas, como habemos dicho.

Pero algunas veces hace Dios tales mercedes al alma esposa, que, aspirando con su Espíritu divino por este florido huerto de ella, abre todos estos cogollos de virtudes y descubre estas especies aromáticas de dones y perfecciones y riquezas del alma; y manifestando el tesoro y caudal interior, descubre toda la hermosura de ella. Y entonces es cosa admirable de ver y suave de sentir la riqueza que se descubre al alma de sus dones, y la hermosura de estas flores de virtudes, ya todas abiertas en el alma; y la suavidad de olor que cada una le da de sí, segun su propiedad, es inestimable. Y esto llama aquí correr los olores del huerto cuando en el verso siguiente dice:

Y corran sus olores.

Los cuales son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada en gloria inestimable; tanto, que no solo ella lo siente de dentro, pero aun suele redundarle tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir y les parece estar la tal alma como un deleitoso jardin lleno de deleites y riquezas de Dios. Y no solo cuando estas flores están abiertas se echa de ver esto en estas santas almas, pero ordinariamente traen en sí un no sé qué de grandeza y dignidad, que causa detenimiento y respeto á los demás, por el efecto sobrenatural que se difunde en el sugeto de la próxima y familiar comunicacion con Dios, cual se escribe en el *Exodo* de Moisés, que no podian mirarle su rostro, por la honra y gloria que quedaba en su persona por haber tratado cara á cara con Dios. En este aspirar del Espíritu Santo por el alma, que es visitacion suya, enamorado de ella, se comunica en alta manera el Esposo, Hijo de Dios; que por eso envia su Espíritu primero (como á los apóstoles), que es su aposentador, para que le prepare la posada del alma esposa, levantándola en deleite, poniéndole el huerto á gusto, abriendo sus flores, descubriendo sus dones, arreán-

dola de la tapicería de sus gracias y riquezas. Y así, con grande deseo desea el alma esposa todo esto; es á saber, que se vaya el cierzo y venga el austro, que aspire por el huerto; porque en esto gana el alma muchas cosas juntas; porque gana el gozar las virtudes puestas en el punto de sabroso ejercicio, como habemos dicho; gana el gozar al Amado en ellas, pues mediante ellas, como acabamos de decir, se le comunica á ella con mas estrecho amor, y haciéndole mas particular merced que antes; y gana que el Amado mucho mas se deleita en ella por este ejercicio actual de virtudes, que es de lo que ella mas gusta, es á saber, que guste su Amado; y gana tambien la continuacion y duracion del tal sabor y suavidad de virtudes, la cual dura en el alma todo el tiempo que el Esposo asiste en ella en la tal manera, estándole dando la esposa suavidad en las virtudes que tiene, segun en los *Cánticos* ella lo dice en esta manera: En tanto que estaba el Rey en su reclinatorio, es á saber, en el alma, mi arbolico florido y oloroso dió olor de suavidad; *Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suum.* Dando aquí á entender por este arbolico oloroso la misma alma que de las flores de virtudes que en sí tiene da olor de suavidad al Amado, que en ella mora en esta manera de union. Por tanto, mucho es de desear este divino aire del Espíritu Santo, que pida cada alma aspire por su huerto, para que corran divinos olores de Dios. Que por ser esto tan necesario y de tanta gloria y bien para el alma, la Esposa lo deseó y pidió por los mismos términos que aquí, en los *Cantares*, diciendo: *Surge Aquilo, et veni Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius;* Levántate de aquí, cierzo, y vén, ábrego, y aspira mi huerto, y correrán sus olores y preciosas especies. Y esto todo lo desea el alma, no por el deleite y gloria que de ello se le sigue, sino por lo que en esto sabe que se deleita su Esposo, y porque es todo disposicion y prenuncio para que el Hijo de Dios venga á deleitarse en ella, que por eso dice luego:

Y pacerá el Amado entre las flores.

Significa el alma este deleite que el Hijo de Dios tiene en ella en esta sazon por nombre de pasto, que muy mas al propio le da á entender, por ser el pasto ó comida cosa que, no solo da gusto, pero aun sustenta; y así, el Hijo de Dios se deleita en el alma en estos deleites de ella y se sustenta en ella; esto es, persevera en ella como lugar donde grandemente se deleita, porque el lugar se deleita de veras en él. Y eso entiendo que es lo que el mismo quiso decir por la boca de Salomon en los *Proverbios*, diciendo: Mis deleites son con los hijos de los hombres; *Delitiae meae esse cum filiis hominum;* es á saber, con sus deleites, que son estar conmigo, que soy el Hijo de Dios. Y conviene aquí notar que no dice el alma aquí que pacerá el Amado las flores, sino *entre las flores;* porque, como quiera que la comunicacion suya, es á saber, del Esposo, sea en la misma alma mediante el arreo ya dicho de las virtudes, síguese que lo que pace es la misma alma, transformándola en sí, estando ya ella guisada, salada y sazonada con las dichas flores de virtudes y dones y perfecciones, que son la salsa con que y entre que la pace; las cuales, por medio del aposentador ya dicho, están dando al Hijo de Dios sabor y suavidad en el alma para que por este medio se apaciente mas en el amor de ella; porque este es el amor del Esposo, unirse con el alma entre la fragrancia de estas flores. La cual condicion nota la Esposa en los *Cantares*, como quien tan bien la sabe, en estas palabras: *Dilectus meus descendit in hortum suum ad areolam aromatum ut pascatur in hortis, et lilia colligat;* Mi Amado descendió á su huerto, á la era y aire de las especies odoríferas para apacentarse en el huerto y coger lirios. Y otra vez dice: *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia;* Yo para mi Amado, y él para mí, que se apacienta entre los lirios; es á saber, que se apacienta y deleita en mi alma, que es el huerto suyo, entre los lirios de mis virtudes y perfecciones y gracias.

ANOTACION PARA LA CANCION SIGUIENTE.

En este estado pues de desposorio espiritual, como el alma echa de ver sus excelencias y grandes riquezas, y que no las posee y goza como querria, á causa de la morada que hace en carne, muchas veces padece mucho, mayormente cuando mas se le aviva la noticia de esto; porque echa de ver que ella está en el cuerpo como un gran señor en la cárcel, sujeto á mil miserias, confiscados sus reinos é impedido todo su señorío y riquezas, y no se le da de su hacienda, sino muy por tasa la comida; en lo cual lo que podrá sentir cada uno lo echará bien de ver, mayormente aun los domésticos de su casa, no le estando muy sujetos; sino que á cada ocasion sus siervos y esclavos sin algun respeto se enderezan contra él, hasta querer cogerle el bocado del plato. Así pues se ha el alma en el cuerpo, pues cuando Dios le hace alguna merced de darle á gustar de algun bocado de los bienes y riquezas que le tiene aparejadas, luego se levanta en la parte sensitiva algun mal siervo de apetito, ahora un esclavo de desordenado movimiento, ahora otras rebeliones de esta parte inferior, á impedirle este bien.

En lo cual se siente el alma estar como en tierra de enemigos, y tiranizada entre extraños, y como muerta entre los muertos, y sintiendo bien lo que da á entender el profeta Baruch cuando encarece esta miseria en la cautividad de Jacob, diciendo: ¿Qué es la causa, oh Israel, para que estés en la tierra de los enemigos? Envejecístete en la tierra ajena, contamináste con los muertos, y estimáronte con los que descienden al infierno. *Quid est Israel quod in terra inimicorum es? Inveterasti in terra aliena, coinquinatus es cum mortuis: deputatus es cum descendentibus in infernum.* Y hiere mas sintiendo este mísero trato que el alma padece de parte del cautiverio del cuerpo, cuando, habiando Jeremías con Israel segun el sentido espiritual, dice: *Numquid servus est Israel, aut vernaculus? Quare ergo factus est in praedam? Super eum rugierunt leones,*

et dederunt vocem suam; ¿Por ventura Israel es siervo ó esclavo, porque así esté preso? Sobre él rugieron los leones, etc. Entendiendo aquí por los leones los apetitos y rebeliones que decimos de este tirano rey de la sensualidad. De lo cual, para mostrar el alma la molestia que recibe, y el deseo que tiene de que este reino de la sensualidad con todos sus ejércitos y molestias se acabe ya ó se le sujete del todo, levantando los ojos al Esposo, como quien lo ha de hacer todo, hablando contra los dichos movimientos y rebeliones, dice la cancion siguiente:

CANCION XVIII.

¡Oh ninfas de Judea!
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no querais tocar nuestros umbrales.

DECLARACION.

En esta cancion la esposa es la que habla, la cual, viéndose puesta segun la porcion superior espiritual en tan ricos y aventajados dones y deleites de parte de su Amado, deseando conservarse en la seguridad y continua posesion de ellos, en la cual el Esposo la ha puesto en las dos canciones precedentes; viendo que de parte de la porcion inferior, que es la sensualidad, se le podria impedir, y que de hecho impide y perturba tanto bien, pide á las operaciones y movimientos de esta porcion inferior que se sosieguen en las potencias y sentidos de ella, y no pase los límites de su region la sensual á molestar é inquietar la porcion superior y espiritual del alma, porque no la impida, aun por algun mínimo movimiento, el bien y suavidad de que goza; porque los movimientos de la parte sensitiva y sus potencias, si obran cuando el espíritu goza, tanto mas le molestan é inquietan, cuanto ellos tienen de mas obra y viveza. Dice pues así:

¡Oh ninfas de Judea!

Judea llama á la parte inferior del alma, que es la sensitiva. Y llámala *Judea* porque es flaca y carnal y de suyo ciega, como lo es la gente judáica; y llama *ninfas* á todas las imaginaciones, fantasías y movimientos y aficiones de esta porcion inferior. A todas estas llama *ninfas*, porque, como las ninfas con su aficion y gracia atraen para sí á los amantes, así estas operaciones y movimientos de la sensualidad sabrosa y porfiadamente procuran atraer á sí la voluntad de la parte racional, para sacarla de lo interior, á que quiera lo exterior que ellas quieren y apetecen, moviendo tambien al entendimiento, y atrayéndole á que se case y junte con ellas en su bajo modo de sentido, procurando conformar y atraer la parte racional con la sensual. Vosotras pues, dice, oh sensuales operaciones y movimientos:

En tanto que en las flores y rosales.

Las *flores*, como habemos dicho, son las virtudes del alma, y los *rosales* son sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad; las cuales llevan en sí y crian flores de conceptos divinos y actos de amor y las dichas virtudes. En tanto pues que en estas virtudes y potencias del alma dichas

El ámbar perfumea.

Por el *ámbar* entiende aquí el divino Espíritu del Esposo, que mora en el alma. Y perfumear este divino ámbar en las flores y rosales es derramarse y comunicarse suavísimamente en las potencias y virtudes del alma, dando en ellas al alma perfume de divina suavidad. En tanto pues que este divino Espíritu está dando suavidad espiritual á mi alma,

Morá en los arrabales.

En los *arrabales* de Judea, que decimos ser la porcion inferior ó sensitiva del alma. Y los arrabales de ella son los sentidos sensitivos interiores, como son la memoria, fantasía ē imaginativa, en las cuales se colocan y recogen las formas de imágenes y fantasmas de los objetos, por medio de las cuales la sensualidad mueve sus apetitos y codicias. Y estas formas son las que aquí llama *ninfas;* las cuales quietas y sosegadas, duermen tambien los apetitos. Estas entran á estos sus arrabales de los sentidos interiores por las puertas de los sentidos exteriores, que son ver, oir, oler, etc. De manera que todas las potencias y sentidos, interiores ó exteriores, de esta parte sensitiva las podemos llamar *arrabales*, porque son los barrios que están fuera de los muros de la ciudad; porque lo que se llama ciudad en el alma es allá lo de mas adentro, conviene á saber, la parte racional, que tiene capacidad para comunicar con Dios, cuyas operaciones son contrarias á las de la sensualidad. Pero, porque hay natural comunicacion de la gente que mora en estos arrabales de la parte sensitiva (la cual gente es las ninfas que decimos) con la parte superior, que es la ciudad, de tal manera, que lo que se obra en esta parte inferior ordinariamente se siente en la otra interior, y por consiguiente la hace advertir y desquietar de la obra y asistencia espiritual que tiene en Dios; por eso les dice que moren en sus arrabales, esto es, que se quieten en sus sentidos sensitivos interiores y exteriores.

Y no querais tocar nuestros umbrales.

Esto es, ni aun por primeros movimientos toqueis á la parte superior; porque los primeros movimientos del alma son las entradas y umbrales para entrar en el alma. Y cuando pasan de primeros movimientos en la razon, ya van pasando los umbrales; pero cuando solo son primeros movimientos, solo se dice tocar á los umbrales ó llamar á la puerta; lo cual se hace cuando hay acometimientos á la razon de parte de la sensualidad para algun acto desordenado, pues no solamente dice el alma aquí que estos no le toquen, pero aun las advertencias que no hacen á la quietud y bien de que goza no ha de haber.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Está el alma tan hecha enemiga en este estado de la parte inferior y de sus operaciones, que no querria que le comunicase Dios nada de lo espiritual, cuando lo comunica á la parte superior; porque ha de ser muy poco, ó no lo ha poder sufrir, por la flaqueza de su condicion, sin que desfallezca el natural, y por consiguiente padezca y se aflija el espíritu; y así, no lo pueda gozar en paz. Porque, como dice el Sabio, el cuerpo agrava el alma, porque se corrompe: *Corpus enim quod corrumpitur aggravat animam*. Y como el alma desea las mas altas y excelentes comunicaciones de Dios, y estas no las puede recibir en compañía de la parte sensitiva, desea que Dios se las haga sin ella. Porque aquella alta vision que vió san Pablo, del tercer cielo, en que dice que vió á Dios, dice él mismo que no sabe si la recibió en el cuerpo ó fuera de él; pero, de cualquiera manera que fuese, fué sin el cuerpo, porque si él participara no lo pudiera dejar de saber, ni la vision pudiera ser tan alta como él dice, diciendo que oyó tan secretas palabras, que no es lícito al hombre hablarlas. Por eso, sabiendo tambien el alma que mercedes tan grandes no pueden recibir en vaso tan estrecho, deseando que se las haga el Esposo fuera de él, ó á lo menos sin él, hablando con el mismo, se lo pide en esta cancion.

CANCION XIX.

Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las compañas
De la que va por ínsulas extrañas.

DECLARACION.

Cuatro cosas pide el alma esposa en esta cancion al Esposo: la primera, que sea servido de comunicársele muy adentro en lo escondido de su alma; la segunda, que embista é informe sus potencias con la gloria y excelencia de su divinidad; la tercera, que sea esto tan alta y profundamente, que no se sepa ni quiera decir, ni sea de ello capaz el exterior y parte sensitiva; la cuarta, que se enamore de las muchas virtudes y gracias que él ha puesto en ella, con que va ella acompañada y sube á Dios con muy altas y levantadas noticias de la divinidad, y por excesos de amor muy extraños y extraordinarios de los que ordinariamente se suelen tener; y así, dice:

Escóndete, Carillo.

Como si dijera: Querido Esposo mio, escóndete en lo mas interior de mi alma, comunicándote á ella escondidamente y manifestándole tus escondidas maravillas, ajenas de todos los ojos mortales.

Y mira con tu haz á las montañas.

La *haz* de Dios es su divinidad, y las *montañas* son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad; y así, es como si dijera: embiste con tu divinidad en mi entendimiento dándole inteligencias divinas, y en mi voluntad dándole y comunicándole el divino amor, y en mi memoria con divina posesion de gloria. En esto pide el alma todo lo que se puede pedir; porque no anda ya contentándose en conocimiento y comunicacion de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés, que es conocerle por sus efectos y obras, sino con la haz de Dios, que es comunicacion esencial de la divinidad, sin otro algun medio en el alma, por cierto conocimiento de ella en la divinidad; lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes, por cuanto es toque de sustancias desnudas; es á saber, del alma y divinidad. Y por eso dice luego:

Y no quieras decillo.

Es á saber, que «no quieras decillo» como antes, cuando las comunicaciones que en mí hacias eran de manera, que las decias á los sentidos exteriores, por ser cosas de que ellos eran capaces, porque no eran tan altas y profundas, que no pudiesen ellos alcanzarlas; mas ahora sean tan subidas y sustanciales estas comunicaciones, y tan de adentro, que no se les diga á ellos nada, esto es, que no las puedan ellos alcanzar á saber; porque la sustancia del espíritu no se puede comunicar al sentido, y todo lo que se comunica al sentido, mayormente en esta vida, no puede ser puro espíritu, por no ser él capaz de ello. Deseando pues el alma aquí esta comunicacion de Dios tan sustancial y esencial que no cae en sentido, pide al Esposo que «no quiera decillo», que es como decir: Sea de manera la profundidad de este escondrijo de union espiritual, que el sentido ni lo acierte á decir ni á sentir, siendo como los secretos que oyó san Pablo, que no era lícito al hombre decirlos.

Mas mira las compañas.

El mirar de Dios es amar y hacer mercedes, y las compañas que aquí dice el alma que mire Dios, son la multitud de virtudes y dones y perfecciones y otras riquezas espirituales, que él ha puesto ya en ella como arras y prendas y joyas de desposado; y así, es como si dijera: Mas antes conviértete, Amado, á lo interior de mi alma, enamorándote del acompañamiento de riquezas que has puesto en ella, para que, enamorado de ellas, en ella te escondas y en ella te detengas; pues que es verdad que, aunque son tuyas, ya por habérselas tú dado tambien son

De la que va por ínsulas extrañas.

Es á saber, de mi alma, que va á tí por extrañas noticias de tí, y por modos y vias extrañas y ajenas de todos los sentidos y del comun conocimiento natural; y así, es como si dijera, queriéndole obligar: Pues va mi alma á tí por noticias espirituales, extrañas y ajenas de los sentidos, comunícate tú á ella tambien en tan interior y subido grado, que sea ajena de todos ellos.

ANOTACION PARA LAS CANCIONES SIGUIENTES.

Para llegar á tan alto estado de perfeccion como aquí el alma pretende, que es el matrimonio espiritual, no solo no le basta estar limpia y purificada de todas las imperfecciones y rebeliones y hábitos imperfectos de la parte inferior, en que, desnudado el viejo hombre, está ya sujeta y rendida á la superior, sino que tambien ha menester grande fortaleza y muy subido amor para tan fuerte y estrecho abrazo de Dios; porque, no solamente en este estado consigue el alma muy alta pureza y hermosura, sino tambien terrible fortaleza por razon del estrecho y fuerte nudo que por medio de esta union entre Dios y el alma se da. Por lo cual, para venir á él, ha menester ella estar en el punto de pureza, fortaleza y amor competente; que por eso, deseando el Espíritu Santo, que es el que interviene y hace esta junta espiritual, que el alma llegase á tener estas partes para merecello, hablando con el Padre y con el Hijo en los *Cantares*, dijo: ¿Qué harémos á nuestra hermana en el dia que ha de salir á vistas y hablar? Porque es pequeñuela y no tiene crecidos los pechos. Si ella es muro, edifiquemos sobre él fuerzas y defensas plateadas, y si es puerta, guarnezcámosla con tablas cedrinas: *Soror nostra parva et ubera non habet. Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est? Si murus est, aedificemus super eum propugnacula argentea: si ostium est, compingamus illud tabulis cedrinis.* Entendiendo aquí por las fuerzas y defensas plateadas las virtudes fuertes heróicas envueltas en fe, que por la plata es significada; las cuales virtudes heróicas son ya las del matrimonio espiritual, que asientan sobre el alma fuerte, que es aquí significada por el muro, en cuya fortaleza ha de reposar el pacífico Esposo, sin que le perturbe alguna flaqueza; y entendiendo por las tablas cedrinas las aficiones y accidentes del alto amor, el cual es significado por el cedro, y este es el amor del matrimonio espiritual; y para guarnecer con él á la esposa, es menester que ella sea puerta, es á saber, para que entre el Esposo, y teniendo ella abierta la puerta de la voluntad para él por entero y verdadero sí de amor, que es el sí del desposorio, que está dado antes del matrimonio espiritual. Entendiendo tambien por los pechos de la esposa ese mismo amor perfecto que le conviene tener, para parecer delante del Esposo, Cristo, para consumacion del tal estado.

Pero dice allí el texto que respondió luego la esposa, con el deseo que tenia de salir á estas vistas, diciendo: Yo soy muro, y mis pechos son como una torre; *Ego murus; et ubera mea sicut turris.* Que es como decir: Mi alma es fuerte y mi amor muy alto, para que no quede por eso; lo cual tambien aquí el alma esposa, en el deseo que tiene de esta perfecta union y transformacion, ha ido dando á entender en las canciones precedentes, y especialmente en la que acabamos de declarar, en que pone al Esposo delante las virtudes, riquezas y disposiciones que de él tiene recibidas, para mas le obligar. Y por eso el Esposo, queriendo concluir con este negocio, dice las dos siguientes canciones, en que acaba de purificar al alma y hacerla fuerte y disponerla, así segun la parte sensitiva como segun la espiritual, para este estado; diciéndolas contra todas las contrariedades y rebeliones, así de la parte sensitiva como de parte del demonio.

CANCION XX Y XXI.

A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos, de las noches veladores:

Por las amenas liras
Y cantos de sirenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toqueis al muro,
Porque la esposa duerma mas seguro.

DECLARACION.

En estas dos canciones pone el Esposo, Hijo de Dios, al alma esposa en posesion de paz y tranquilidad, en conformidad de la parte inferior con la superior, limpiándola de todas sus imperfecciones, poniendo en razon las potencias y razones naturales del alma, sosegando todos los demás apetitos, segun se contiene en las sobredichas dos canciones, cuyo sentido es el siguiente: primeramente, conjura el Esposo y manda á las inútiles digresiones de la fantasía é imaginativa que de aquí adelante cesen, y tambien pone en razon á las dos potencias naturales irascible y concupiscible, que antes algun tanto afligian al alma; y pone en perfeccion de sus objetos las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, segun se puede en esta vida. Demás de esto, conjura y manda á las cuatro pasiones del alma, que son gozo, esperanza, dolor y temor, que ya de aquí adelante estén mitigadas y puestas en razon; todas las cuales dichas cosas son significadas por todos aquellos nombres que se ponen en la cancion primera, cuyas molestas operaciones y movimientos hace el Esposo que ya cesen en el alma, por medio de la gran suavidad y deleite y fortaleza que ella posee en la comunicacion y entrega espiritual que Dios le hace de sí en este tiempo; en la cual, porque Dios transforma vivamente al alma en sí, todas las potencias, apetitos y movimientos del alma pierden su imperfeccion natural y se mudan en divinos. Y dice así:

A las aves ligeras.

Llama aves ligeras á las digresiones de la imaginativa, que son ligeras y sútiles en volar á una parte y á otra; las cuales, cuando la voluntad está gozando en quietud de la comunicacion sabrosa del Amado, suelen hacerle sinsabor y apagarle el gusto con sus vuelos sútiles; á las cuales dice el Esposo que las conjura por las amenas liras, etc. Esto es, que, pues ya la suavidad de deleite del alma es tan abundante y frecuente, que ellas no le podrán impedir, como antes solian, por no haber llegado á tanto que cesen sus inquietos bullicios, ímpetus y

excesos; lo cual se ha de entender así en las demás partes que habemos declarado, como son:

Leones, ciervos, gamos saltadores.

Por los leones entiende las acrimonías é ímpetus de la potencia irascible, por ser como osada y atrevida en sus actos, como los leones; y por los ciervos y gamos saltadores entiende la concupiscible, que es la potencia de apetecer, la cual tiene dos afectos: el uno de cobardía y el otro de osadía; el de cobardía ejercita cuando no halla las cosas para sí convenientes, que entonces se encoge, retira y acobarda, en lo cual es comparada á los ciervos; porque, así como tienen esta potencia mas intensa que otros muchos animales, así son muy cobardes y encogidos. El afecto de osadía ejercita cuando halla las cosas convenientes para sí; porque entonces no se encoge ni acobarda, sino atrévese á apetecerlas y admitirlas con los deseos y afectos; y en estos afectos de osadía es comparada esta potencia á los gamos, los cuales tienen tanta concupiscencia en lo que apetecen, que, no solo van á ello corriendo, mas aun saltando, y por eso los llama aquí saltadores. De manera que en conjurar aquí los leones, pone rienda á los ímpetus y excesos de la ira, y en conjurar los ciervos, fortalece la concupiscencia en las cobardías y pusilanimidades que antes la encogian, y en conjurar los gamos saltadores, la satisface y apacigua los deseos y apetitos que antes andaban inquietos, saltando como gamos de uno en otro, para satisfacer á la concupiscencia, la cual está ya satisfecha por las amenas liras, de cuya suavidad goza, y por el canto de sirenas, en cuyo deleite se apacienta. Y es de notar que no conjura el Esposo aquí á la ira y concupiscencia, porque estas potencias nunca faltan en el alma, sino á los molestos y desordenados actos de ellas, significados por los leones, ciervos y gamos saltadores; porque estos en este estado es necesario que salten.

Montes, valles, riberas.

Por estos tres nombres se denotan los actos viciosos y desordenados de las tres potencias del alma, que son memoria, entendimiento y voluntad; los cuales actos son desordenados y viciosos cuando son en extremo altos ó en extremo bajos y remisos, ó cuando no lo sean en extremo, declinan hácia uno de los dos extremos. Y así, por los montes, que son muy altos, son significados los actos extremados que son en demasía; y por los valles, que son muy bajos, se significan los actos de estas tres potencias, extremados en menos de lo que conviene. Y por las riberas, que ni son muy altas ni muy bajas, sino que, por no ser muy llanas, participan algo del un extremo y del otro, son significados los actos de las potencias cuando exceden ó faltan algo del medio y llano de lo justo; los cuales, aunque no son extremadamente desordenados, como lo serian en llegando á pecado mortal, todavía lo son en parte, tocando á venial ó imperfeccion, por mínima que sea, en el entendimiento, memoria y voluntad. A todos estos actos excesivos de lo justo conjura tambien que cesen por las amenas liras y cantos dichos; los cuales tienen puestas á las tres potencias del alma tan en su punto de efecto, que están tan empleadas en la justa operacion que les pertenece, que, no solo no es lo extremo, pero ni aun parte de él participan en ninguna cosa.

Aguas, aires, ardores,
Y miedos, de las noches veladores.

Tambien por estas cuatro cosas significa las aficiones de las cuatro pasiones, que, como dijimos, son dolor, esperanza, gozo y temor. Por las aguas se entienden las aficiones del dolor que afligen al alma, porque así como agua se entran en ella; de donde David, hablando con Dios de ellas, dice: *Salvum me fac Deus quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam;* Salvame, Dios mio, porque han entrado las aguas hasta mi alma. Por los aires entienden las afecciones de la esperanza, porque así como aire vuelan á desear lo ausente; que se espera como el mismo David lo dijo: *Os meum aperui, et attraxi Spiritum: quia mandata tua desiderabam;* como si dijera: Abrí la boca de mi esperanza y atraje el aire de mi deseo, porque esperaba y deseaba tus mandamientos. Por los ardores se entienden las afecciones de la pasion del gozo, las cuales inflaman el corazon á manera del fuego; por lo cual el mismo David dice: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis;* que quiere decir: Dentro de mí se calentó mi corazon, y en mi meditacion se encenderá fuego. Que es tanto como decir: En mi meditacion se encenderá el gozo. Por los miedos, de las noches veladores, se entienden las afecciones de la otra pasion, que es el temor, las cuales en los espirituales que aun no han llegado á este estado del matrimonio espiritual de que vamos hablando, suelen ser muy grandes á veces de parte de Dios al tiempo que les quiere hacer algunas mercedes, como habemos dicho arriba, que le suele hacer temor en el espíritu y pavor, y encogimiento de la carne y sentidos, por no tener ellos fortalecido y perficionado el natural, y habituado á aquellas mercedes, á veces tambien de parte del demonio, el cual al tiempo que Dios da al alma recogimiento y suavidad en sí, teniendo él grande envidia y pesar de aquel bien y paz del alma, procura poner horror y temor en el espíritu por impedirle aquel bien, y á veces como amenazándole allá en el espíritu; y cuando ve que no puede llegar al interior del alma, por estar muy recogida y unida con Dios, á lo menos procura por de fuera en la parte sensitiva poner distraccion y variedad, y aprietos y dolores y horror al sentido, á ver si por este medio puede inquietar á la esposa de su tálamo. Y llamólos miedos de las noches por ser de los demonios, y porque con ellos el demonio procura difundir tinieblas en el alma, por escurecerle la divina luz de que goza. Y llama veladores á estos temores porque de suyo hacen velar y recordar al alma de su suave sueño interior, y tambien porque los demonios, que los causan, están siempre velando por ponellos. Estos te-

mores que pasivamente de parte de Dios hay, ó del demonio, como he dicho, se inhieren al alma, digo en el espíritu, de los que son ya espirituales. Y no trato aquí de otros temores temporales ó naturales, porque tenerlos no es de gente espiritual, como lo es tener los otros temores ya dichos.

Pues á todas estas cuatro maneras de afecciones de las cuatro pasiones del alma conjura tambien el Amado, haciéndolas cesar y sosegar, por cuanto él da ya en este estado á su esposa caudal y fuerza y satisfaccion en las amenas liras de su suavidad y canto de sirenas de su deleite, para que, no solo no reinen en ella, pero ni en algun tanto le puedan dar sinsabor; porque es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado, que si antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquiera cosa, y aun de los pecados suyos ó ajenos, que es lo que mas suelen sentir los espirituales, aunque los estiman, no les hacen dolor ni sentimiento congojoso, y aun la compasion, que es el sentimiento de ellos, no le tienen, aunque tienen las obras y la perfeccion de ella. Porque aquí le falta al alma lo que tenia de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte, constante y perfecto de ellas. Porque, á modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas que son de dolor sin sentir dolor, y ejercitan las obras de misericordia sin sentimiento de compasion, le acaece al alma en esta transformacion de amor. Aunque algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole á sentir cosas y á padecer en ellas, porque mas merezca y se afervore en el amor, ó por otros respectos, como hizo con su madre Vírgen y con san Pablo y otros; pero el estado de suyo no lo lleva.

En los deseos de la esperanza tampoco se aflige; porque, estando ya satisfecha con esta union de Dios, cuanto en esta vida puede, ni cerca del mundo tiene qué esperar, ni acerca de lo espiritual qué desear, pues se ve y siente llena de las riquezas de Dios, aunque puede crecer en caridad; y así, en el morir y en el vivir está conforme y ajustada con la voluntad de Dios, diciendo, segun la parte sensitiva y espiritual: *Fiat voluntas tua*, sin ímpetu de otra gana y apetito; y así, el deseo que tiene de ver á Dios es sin pena. Tambien las afecciones del gozo, que en el alma solian hacer sentimiento de mas ó menos, no echa de ver mengua en ellas, ni le hace novedad la abundancia, porque es tanta la abundancia que ella ordinariamente goza, que es á manera de la mar, que ni mengua por los rios que de ella salen, ni crece por los que en ella entran; porque esta alma es en la que está hecha esta fuente de que dice Cristo, por san Juan, que su agua salta hasta la vida eterna.

Y porque he dicho que esta tal alma no recibe novedad en este estado de transformacion, en lo cual parece que le quitó los gozos accidentarios, que aun en los glorificados no faltan; es á saber, que aunque á esta alma no le faltan estos gozos y suavidades accidentarias, porque antes las que ordinariamente tiene son sin cuento, no por eso en lo que es sustancial comunicacion de espíritu se le aumenta nada de este gozo; porque, todo lo que de nuevo le puede venir, ya ella se lo tenia; y así, es mas lo que en sí tiene que lo que de nuevo le viene; de donde, todas las veces que á esta alma se le ofrecen cosas de gozo y de alegría exteriores ó espirituales interiores, luego se convierte á gozar las riquezas que ella tiene ya en sí, y se queda con mucho mayor gozo y deleite en ellas que en las que de nuevo le vienen, porque tiene en alguna manera la propiedad de Dios en esto; el cual, aunque en todas las cosas se deleita, no se deleita tanto en ellas como en sí mismo porque tiene él en sí eminente bien sobre todas ellas. Y así, todas las novedades que á esta alma acaecen de gozos y gustos, mas le sirven de recuerdos para que se deleite en lo que ya tiene y siente en sí, que en las mismas novedades; porque, como digo, es mas que ellas. Y cosa natural es que cuando una cosa da gozo y contento al alma, si tiene otra que mas estime y mas gusto le dé, luego se acuerda de aquella, y asienta su gusto y gozo en ella. Y así, es tan poco lo accidentario de estas novedades espirituales, y lo que ponen de nuevo en el alma en comparacion de lo sustancial que ella ya en sí tiene, que no podemos decir nada; porque el alma que ha llegado á este cumplimiento de transformacion en que está toda crecida, no va creciendo en cuanto al estado con las novedades espirituales, como las que no han llegado á él; pero es cosa admirable de ver que, con no recibir esta alma novedad de deleite, siempre le parece que las recibe de nuevo, y tambien que se las tenia. La razon es, porque siempre las gusta de nuevo, por ser su bien siempre nuevo; y así, le parece que recibe siempre novedades sin haber menester recibirlas.

Pero, si quisiésemos hablar de la iluminacion de gloria que en este ordinario abrazo que tiene dado al alma, algunas veces hace Dios en ella, que es cierta conversacion espiritual, en que le hace ver y gozar en junto este abismo de deleites y riquezas que ha puesto en ella, nada se podria decir que declarase algo de ello; porque, á manera del sol, cuando de lleno embiste la mar, esclarece hasta los profundos senos y cavernas, y parecen las perlas y venas riquísimas de oro y otros minerales preciosos; así este divino sol del Esposo, convirtiéndose á la esposa, saca de manera á luz las riquezas del alma, que hasta los ángeles se maravillan de ella, y dicen aquello de los *Cantares*: ¿Quién es esta que procede como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible y ordenada como las haces de los ejércitos? *Quae est ista, quae progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* En la cual iluminacion, aunque es de tanta excelencia, no se le acrecienta nada á la tal alma, sino solo sacarla á luz á que goce lo que antes tenia.

Finalmente, ni los miedos, de las noches veladores, llegan á ella, estando ya tan clara y tan fuerte, y reposando tan de asiento en Dios, que ni la pueden obscurecer los demonios con sus tinieblas ni atemorizar con sus terrores ni recordar con sus ímpetus; y así, ninguna

cosa le puede llegar ni molestar, habiéndose ella entrado de todas las cosas en su Dios, donde goza de toda paz, y de toda suavidad gusta y en todo deleite se deleita, segun sufre la condicion y estado de esta vida; porque de esta tal alma se entiende aquello que dice el Sabio: *Secura mens quasi juge convivium;* es á saber: El alma tranquila y sosegada es como un convite continuo. Porque, así como en un convite hay sabor de todos manjares y suavidad de todas las músicas, así el alma en este convite que ya tiene en el pecho de su Esposo goza de todo deleite y gusta de toda suavidad. Y es tan poco lo que habemos dicho de lo que aquí pasa, y lo que se puede decir con palabras, que siempre se diria lo menos que pasa por el alma que llega á este dichoso estado; porque, si el alma atina á dar en la paz de Dios, que, como dice san Pablo, sobrepuja todo sentido, quedara todo sentido corto y mudo para hablar en ella.

Por las amenas liras
Y canto de sirenas os conjuro.

Ya habemos dado á entender que por las *amenas liras* entiende aquí el Esposo la suavidad que de sí da al alma en este estado, por la cual hace cesar todas las molestias que habemos dicho en ella; porque, así como la música de las liras llena el alma de suavidad y recreacion, y la embebe y suspende de manera, que la tiene ajenada de sinsabores y penas, así esta suavidad tiene al alma tan en sí, que ninguna cosa penosa le llega. Y así, es como si dijera: Por la suavidad que yo pongo en el alma cesen todas las cosas no suaves al alma. Tambien se ha dicho que el canto de sirenas significa el deleite ordinario que el alma posee. Y llama á este deleite *canto de sirenas* porque, así como, segun dicen, el canto de las sirenas es tan sabroso y deleitoso, que al que lo oye, de tal manera lo arroba y enamora, que le hace, como trasportado, olvidar de todas las cosas, así el deleite de esta union de tal manera absorbe el alma en sí y la recrea, que la pone como encantada á todas las molestias y turbaciones de las cosas ya dichas, las cuales son entendidas en este verso:

Y cesen vuestras iras.

Llamando iras á las dichas turbaciones y molestias de las afecciones y operaciones desordenadas que habemos dicho; porque, así como la ira es cierto ímpetu que turba la paz saliendo de los límites de ella, así todas las afecciones ya dichas con sus movimientos exceden el límite de la paz y tranquilidad del alma, desquietándola cuando la tocan, y por eso dice:

Y no toqueis al muro.

Entendiendo por el muro el cerco de paz y vallado de virtudes y perfecciones con que la misma alma está cercada y guardada; siendo ella el huerto que arriba ha dicho, donde su Amado pasce las flores, cercado y guardado solamente para él; por lo cual la llama en los *Cantares* huerto cercado, diciendo: Mi hermana es huerto cercado; *Hortus conclusus soror mea sponsa.* Y así, dice aquí que ni aun á la cerca y muro de este su huerto le toquen,

Porque la Esposa duerma mas seguro.

Es á saber, porque mas á sabor se deleite de la quietud y suavidad que goza en el Amado. Donde es de saber que ya aquí para el alma no hay puerta cerrada, sino que en su mano está gozar cada y cuando que quiere de este suave sueño de amor; segun lo da á entender el Esposo en los *Cantares*, diciendo: Conjúroos, hijas de Jerusalen, por las cabras y los ciervos de los campos, que no recordeis ni hagais velar á la amada hasta que ella quiera; *Adjuro vos filiae Jerusalem per capreas, cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam donec ipsa velit.*

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Tanto era el deseo que el Esposo tenia de acabar de rescatar y libertar esta su esposa de las manos de la sensualidad y del demonio, que ya que hasta aquí lo ha hecho, como se ha visto, ahora tambien, de la manera que el buen pastor se goza con la oveja sobre sus hombros, que habia perdido y buscado por muchos rodeos. Y como la mujer se alegra con la dracma en las manos, que para hallarla habia encendido la candela y trastornado toda la casa, llamando á sus amigas y vecinas y regraciándose con ellas, diciendo: Alegráos conmigo, etc.; así á este amoroso Pastor y Esposo del alma es admirable cosa de ver el placer que tiene y gozo de ver al alma ya así ganada, perficionada, puesta en sus hombros y asida con sus manos en esta deseada junta y union. Y no solo en sí se goza, sino que tambien hace participantes á los ángeles y almas santas de su gloria, diciendo, como en los *Cantares*: Salid, hijas de Sion, y mirad al rey Salomon con la corona con que lo coronó su madre en el dia de su desposorio y en el dia de la alegría de su corazon; *Egredemini, et videte filiae Sion Regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die letitiae cordis ejus.* Llamando al alma en estas dichas palabras su corona, su esposa y la alegría de su corazon, trayéndola en sus brazos y procediendo con ella como esposo en su tálamo. Todo lo cual da á entender en la siguiente cancion.

CANCION XXII.

Entrádose ha la esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.

DECLARACION.

Habiendo ya la esposa puesto diligencia en que las raposas se cazasen y el cierzo se fuese y las ninfas se sosegasen, que eran estorbos y inconvenientes que impedian el deseado deleite del estado del matrimonio



espiritual, y tambien habiendo invocado y alcanzado el aire del Espíritu Santo, como ha dicho en las precedentes canciones, el cual es la propia disposicion é instrumento para la perfeccion del tal estado, resta ahora tratar de él en esta cancion, en que habla el Esposo, llamando ya esposa al alma, y dice dos cosas. La una es decir cómo, después de haber salido victoriosa, ha llegado á este estado deleitoso del matrimonio espiritual, que él y ella tanto habian deseado. Y la segunda es contar las propiedades del dicho estado, de las cuales ya el alma goza en él; como son, reposar á su sabor y tener el cuello reclinado sobre los dulces brazos del Amado, segun ahora irémos declarando.

Entrádose ha la esposa.

Para declarar el órden de estas canciones mas distintamente, y dar á entender el que ordinariamente lleva el alma hasta llegar á este estado de matrimonio espiritual, que es el mas alto de que ahora, con el favor divino, habemos de hablar, es de notar que, primero que aquí llegue el alma, se ejercita en los trabajos y amarguras de la mortificacion y en la meditacion de las cosas espirituales, que al principio dijo el alma desde la primera cancion hasta aquella que dice:

Mil gracias derramando.

Y después entra en la vida contemplativa, en que pasa por las vias y estrechos de amor que en el progreso de las canciones ha ido contando, hasta la que dice:

Apártalos, Amado.

En que se hizo el desposorio espiritual. Y demás de esto, va por la via unitiva, en la que recibe muchas y muy grandes comunicaciones, vistas, joyas y dones del Esposo, bien así como á desposada, y se va enterando y perficionando en el amor, como ha contado desde la dicha Cancion, que comienza: « Apártalos, amado; » donde se hizo el desposorio, hasta esta de ahora, que comienza:

Entrádose ha la esposa.

Donde restaba ya hacerse el matrimonio espiritual entre la dicha alma y el Hijo de Dios; el cual es mucho mas, sin comparacion, que el desposorio espiritual, porque es una transformacion total en el Amado, en que se entregan ambas partes por total posesion de la una á la otra, con cierta consumacion de union de amor, en que está el alma hecha divina, y Dios por participacion cuanto se puede en esta vida. Y así, pienso que este estado nunca acaece sin que esté el alma en él confirmada en gracia; porque se confirma la fe de ambas partes, confirmándose aquí la de Dios en el alma; de donde, este es el mas alto estado á que en esta vida se puede llegar; porque, así como en la consumacion del matrimonio carnal son dos en una carne, como dice la divina Escritura, así tambien, consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor, segun lo dice san Pablo, trayendo esta misma comparacion, diciendo: El que se junta al Señor, un espíritu se hace con él: *Qui autem adhaeret Domino, unus spiritus est.* Bien así como cuando la luz de una estrella ó de una candela se junta y une con la del sol, que ya quien luce no es la estrella ni la candela, sino el sol, teniendo en sí difundidas las otras luces. Y de este estado habla el Esposo en el presente verso, diciendo: « Entrádose ha la Esposa; » es á saber, de todo lo temporal, y de lo natural, y de las afecciones, modos y maneras espirituales; dejadas aparte y olvidadas todas las tentaciones, turbaciones, penas, solicitud y cuidados, transformada en este alto abrazo; por lo cual se sigue el verso siguiente:

En el ameno huerto deseado.

Y es como si dijera: Transformádose ha en su Dios, que es el que aquí llama *huerto ameno*, por el deleitoso y suave asiento que halla el alma en él; á este huerto de llena transformacion, el cual es ya gozo, deleite y gloria de matrimonio espiritual, no se viene sin pasar primero por el desposorio espiritual, y por el amor leal y comun de desposados; porque, después de haber sido el alma algun tiempo Esposa en entero y suave amor con el Hijo de Dios, después la llama Dios y la mete en este huerto suyo florido á consumar este estado felicísimo del matrimonio consigo; en el cual se hace tal junta de las dos naturalezas y tal comunicacion de la divina á la humana, que, no mudando alguna de ellas su ser, cada una parece Dios; aunque en esta vida no puede ser perfectamente, aunque es sobre todo lo que se puede decir ni pensar.

Esto da muy bien á entender el mismo Esposo en los *Cantares*, donde convida al alma, hecha ya esposa, á este estado, diciendo: *Veni in hortum meum soror mea sponsa, messui myrram meam cum aromatibus meis;* que quiere decir: Vén y entra en mi huerto, hermana mia, esposa, que ya he segado mi mirra con mis especies aromáticas olorosas. Llámala hermana y esposa porque ya lo era en el amor y entrega que le habia hecho de sí antes que la llamase á este estado de matrimonio espiritual donde dice que tiene ya segada su olorosa mirra y especies aromáticas, que son los frutos de las flores ya maduros y aparejados para el alma; los cuales son los deleites y grandezas que en este estado de sí le comunica, esto es, en sí mismo á ella, y por eso es el ameno y deseado huerto para ella; porque todo el deseo y fin del alma y de Dios en todas las obras de ella es la consumacion y perfeccion de este estado; por lo cual nunca descansa el alma hasta llegar á él, porque halla en él mucha mas abundancia y henchimiento de Dios, y mas segura y estable paz, y mas perfecta suavidad, sin comparacion, que en el desposorio espiritual. Bien así como ya colocada en los brazos de tal esposo, con el cual ordinariamente siente el alma tener un estrecho abrazo espiritual, que verdaderamente es abrazo, por medio del cual vive el alma

vida de Dios; porque en ella se verifica lo que dice san Pablo: *Vivo autem, jam non ego, vivit verò in me Christus;* Vivo yo, mas ya no yo, porque vive Christo en mí; por tanto, viviendo el alma aquí vida tan feliz y gloriosa como es vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, qué vida será esta tan sabrosa que vive en la cual, así como Dios no puede sentir algun sinsabor, así ella tampoco le siente; mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la sustancia del alma transformada en él; y por eso se sigue el verso siguiente:

Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado.

El cuello significa aquí la fortaleza del alma, mediante la cual, como habemos dicho, se hace esta junta y union entre ella y el Esposo; porque no podria el alma sufrir tan estrecho abrazo si no estuviese ya muy fuerte; y porque en esta fortaleza trabajó el alma y obró las virtudes y venció los vicios, justo es que en aquello que venció y trabajó repose el cuello reclinado.

Sobre los dulces brazos del Amado.

Reclinar el cuello en los brazos de Dios es tener ya unida su fortaleza, ó por mejor decir, su flaqueza en la fortaleza de Dios, en que, reclinada y transformada nuestra flaqueza, tiene ya fortaleza del mismo Dios; de donde muy cómodamente se denota este estado de matrimonio espiritual por esta reclinacion del cuello en los dulces brazos del Amado; porque ya Dios es la fortaleza y dulzura del alma, en que está guarecida y amparada de todos los males, y saboreada en todos los bienes. Por tanto, la Esposa en los *Cantares,* deseando este estado, dijo al Esposo: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* ¿Quién te me diese, hermano mio, que mamases en los pechos de mi madre de manera que te hallase yo solo afuera y te besase, y ya no me despreciase nadie? En llamarle hermano da á entender la igualdad que hay en el desposorio de amor entre los dos antes de llegar á este estado; en lo que dice, que mamases los pechos de mi madre, quiere decir, que enjugases y acabases en mí los apetitos y pasiones, que son los pechos de la leche de nuestra madre Eva en nuestra carne; los cuales son impedimento para este estado; y así, esto hecho, te hallase yo solo afuera; esto es, fuera yo de todas las cosas y de mí misma, en soledad y desnudez de espíritu, la cual viene á ser enjugados los apetitos ya dichos; y allí te besase sola á tí solo; es á saber, se uniese mi naturaleza, ya sola y desnuda de toda impureza natural, temporal y espiritual, contigo solo; esto es, con tu sola naturaleza, sin otro algun medio fuera del amor; lo cual solo es en el matrimonio espiritual, que es el beso del alma á Dios, donde no la desprecia ni se le atreve ninguno; porque en este estado, ni demonio ni carne ni mundo ni apetitos molestan; porque aquí se cumple lo que tambien se dice en los *Cantares*: Ya pasó el invierno y se fué la lluvia y parecieron las flores en nuestra tierra; *Jam enim hiems transit, imber abiit, et recesit. Flores apparuerunt in terra nostra.*

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

En este alto estado de matrimonio espiritual, con gran facilidad y frecuencia descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos, como á su fiel consorte; porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama; y así, le comunica principalmente dulces misterios de su encarnacion y los modos y maneras de la redencion humana, que es una de las mas altas obras de Dios, y así es mas sabrosa para el alma; por lo cual, aunque le comunica otros muchos misterios, solo hace mencion el Esposo en la cancion siguiente de la encarnacion, como el mas principal de todos; y así, hablando con ella, le dice estas palabras:

CANCION XXIII.

Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

DECLARACION.

Declara el Esposo al alma en esta cancion la admirable manera y traza que tuvo en redimirla y desposarla consigo, con aquellos mismos términos que la naturaleza humana fué estragada y perdida, diciendo que, así como por medio del árbol vedado en el paraíso fué perdida y estragada en la naturaleza humana por Adan, así en el árbol de la cruz fué redimida y reparada por él, dándole allí la mano de su favor y misericordia por medio de su muerte y pasion, alzando las treguas que por el pecado original habia entre el hombre y Dios. Y así, dice:

Debajo del manzano.

Esto es, debajo del favor del árbol de la cruz, que aquí es entendido por el manzano, donde el Hijo de Dios consiguió victoria, y por consiguiente desposó consigo la naturaleza humana, y consiguientemente á cada alma, dándole él gracia y prendas en la cruz; y así, dice:

Allí conmigo fuiste desposado,
Allí te dí la mano.

Conviene á saber, de mi favor y ayuda, levantándote de miserable y bajo estado en mi compañía y desposorio.

Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

Porque tu madre, la naturaleza humana, fué violada en sus primeros padres debajo del árbol, y tú allí tambien debajo del árbol de la cruz fuiste reparada; de manera que si tu madre debajo del árbol te dió muerte, yo debajo del árbol de la cruz te dí la vida; y á este modo

le va Dios descubriendo las órdenes y disposiciones de su sabiduría, como sabe él tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes, y aquello que fué causado de mal ordenallo á mayor bien. Lo que en esta cancion se contiene á la letra dice el mismo Esposo á la Esposa en los *Cantares*, diciendo : *Sub arbore malo suscitavi te : ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua;* que quiere decir : Debajo del manzano te levanté; allí fué tu madre estragada, allí la que te engendró fué violada.

Este desposorio que se hizo en la cruz no es del que ahora vamos hablando; porque aquel hízose de una vez, dando Dios al alma la primera gracia, lo cual se hace en el bautismo con cada alma; mas este es por via de perfeccion, que no se hace sino muy poco á poco por sus términos; que, aunque es todo uno, la diferencia es, que este se hace al paso del alma, y así va poco á poco; y el otro se hace al paso de Dios, y así se hace de una vez; y este de que vamos hablando es el que dió Dios á entender por Ecequiel, hablando con el alma en esta manera : Estabas arrojada sobre la tierra, en desprecio de tu ánima, el dia que naciste; y pasando por tí, te vi pisada en tu sangre, y te dije : como estuvieses en tu sangre, vive; y te puse tan multiplicada como la yerba del campo; y te multiplicaste y hicístete grande, y entraste y llegaste hasta la grandeza de mujer; y crecieron tus pechos y multiplicáronse tus cabellos, y estabas desnuda y llena de confusion; y pasé por tí y miréte, y vi que tu tiempo era tiempo de amantes; y tendí sobre tí mi mano y cubrí tu ignominia, y hícete juramento y entré contigo en pacto, y hícete mia; y lavéte con agua, y limpié la sangre que tenias; y te ungí con oleo, y te vestí de colores, y te calcé de jacinto, y ceñíte de holanda y te vestí de subtilezas; y adornéte con ornato, puse manillas en tus manos y collar en tu cuello; y sobre tu boca puse un zarcillo, y en tus orejas cerquillo, y corona de hermosura sobre tu cabeza; y fuiste adornada con oro y plata, y vestida de holanda y sedas labradas de muchos colores; pan muy esmerado y miel y óleo comiste, y te hiciste de vehemente hermosura, y llegaste hasta reinar y ser reina; y divulgóse tu nombre entre las gentes por tu hermosura; *Projecta est super faciem terrae in abjectione animae tuae, in die qua nata est. Transiens autem per te, vidi te conculcari in sanguine tuo. Et dixi tibi cum esses in sanguine tuo : vive. Dixi, inquam, tibi : in sanguine tuo vive. Multiplicatam quasi germen agri dedi te : et multiplicata es, et grandis effecta, et ingressa es, et pervenisti ad mundum muliebrem : ubera tua intumuerunt, et pilus tuus germinavit : et eras nuda et confusione plena. Et transivi per te, et vidi te : et ecce tempus tuum, tempus amantium : et expandi amictum meum super te, et operui ignominiam tuam. Et juravi tibi, et ingressus sum pactum tecum : ait Dominus Deus : et facta es mihi. Et lavi te aqua, et emundavi sanguinem tuum ex te : et unxi te oleo. Et vestivi te discoloribus, et calceavi te janthino, et cinxi te byso, et indui te subtilibus. Et ornavi te ornamento, et dedi armillas in manibus tuis, et torquem circa collum tuum. Et dedi in aurem super os tuum, et circulos auribus tuis, et coronam decoris in capite tuo. Et ornata es auro, et argento, et vestita es bysso, et polymito, et multi coloribus : similam, et mel, et oleum comedisti, et decora facta es vehementer nimis : et profecisti in regnum. Et egressum est nomen tuum in gentes propter speciem tuam.* Hasta aquí son palabras de Ecequiel. Y de este talle está el alma de que aquí vamos hablando.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Mas, después de esta sabrosa entrega de la esposa y el Amado, lo que luego inmediatamente se sigue es el lecho de entrambos; en el cual muy mas de asiento gusta ella de los dichos deleites del Esposo; y así, en la siguiente cancion trata del lecho de él y de ella; el cual es divino, puro y casto, en que el alma está pura, divina y casta; porque el lecho no es otra cosa que su mismo Esposo, el Verbo, Hijo de Dios, como luego se dirá, en el cual ella, por medio de la dicha union de amor, se recuesta, al cual lecho ella llama florido, porque su Esposo, no solo es florido, sino, como él mismo dice de sí en los *Cantares*, es la misma flor del campo y el lirio de los valles : *Ego flos campi, et lilium convalium.* Y así, el alma, no solo se acuesta en el lecho florido, sino en la misma flor, que es el Hijo de Dios, la cual en sí tiene divino olor y fragrancia y gracia y hermosura; como él tambien lo dice por David, diciendo : *Pulchritudo agri mecum est;* La hermosura del campo está conmigo. Por lo cual canta el alma las propiedades y gracias de su lecho, y dice :

CANCION XXIV.

Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

DECLARACION.

En las dos canciones pasadas, conviene saber, XIV y XV, ha cantado el alma esposa las gracias y grandezas de su Amado, el Hijo de Dios. Y en esta, no solo las va prosiguiendo, mas tambien canta el felice y alto estado en que se ve puesta, y la seguridad de él. Y lo tercero, las riquezas de dones y virtudes con que se ve dotada y arreada en el tálamo de su Esposo. Porque dice estar ya ella en union con Dios, teniendo las virtudes en fortaleza. Lo cuarto, porque tiene ya perfeccion de amor. Lo quinto, porque tiene paz espiritual cumplida, y que toda ella está hermoseada y enriquecida con dones y virtudes, como se pueden en esta vida poseer y gozar, segun se irá diciendo en los versos. Lo primero pues que canta es el deleite que goza en la union del Amado, diciendo :

Nuestro lecho florido.

Ya habemos dicho que este lecho del alma es el pe-



cho y amor del Esposo, Hijo de Dios, el cual está florido para el alma; porque, estando ella unida ya y recostada en él, hecha esposa, se le comunica el pecho y el amor del Amado; lo cual es comunicársele la sabiduría y secretos y gracias y virtudes y dones de Dios, con los cuales está ella tan hermoseada y rica y llena de deleites, que le parece estar en un lecho de variedad de suaves flores divinas, que con su toque la deleitan y con su olor la recrean. Por lo cual llama ella muy propiamente á esta junta de amor con Dios *lecho florido;* porque así le llama la Esposa hablando con el Esposo en los *Cantares: Lectulus noster floridus*. Llámale nuestro porque unas mismas virtudes y un mismo amor, conviene á saber, del Amado, son ya de entrambos, y de entrambos un mismo deleite, segun aquello que dice el Espíritu Santo en los *Proverbios*, es á saber: *Delitiae meae esse cum filiis hominum;* Mis deleites son con los hijos de los hombres. Llámale tambien florido porque en este estado están ya las virtudes en el alma perfectas y heróicas; lo cual aun no habia podido ser hasta que el lecho estuviese florido en perfecta union con Dios. Y así, canta luego lo segundo en el verso siguiente:

De cuevas de leones enlazado.

Entendiendo por cuevas de leones las virtudes que posee el alma en este estado de union con Dios. La razon es, porque las cuevas de los leones están muy seguras y amparadas de todos los demás animales; porque, temiendo ellos la osadía y fortaleza del leon que está dentro, no solo no se atreven á entrar, mas ni aun junto á ella osan pararse; y así, cada una de las virtudes, cuando ya las posee el alma en perfeccion, es como una cueva de leones para ella, en la cual mora y asiste el Esposo, Cristo, unido con el alma en aquella virtud y en cada una de las demás, como fuerte leon. Y la misma alma, unida con él en esas mismas virtudes, está tambien como fuerte leon, porque allí recibe las propiedades de Dios; y así, en este caso está el alma tan amparada y fuerte en cada virtud, y con todas juntas recostada en este florido lecho de la union con su Dios, que no solo no se atreven los demonios á acometer á la tal alma, mas ni aun osan parecer delante de ella, por el gran temor que le tienen, viéndola tan engrandecida, animada y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado; porque, estando ella unida en transformacion de amor, tanto le temen como á él mismo, y ni la osan mirar, porque teme mucho el demonio al alma que tiene perfeccion.

Dice tambien que está enlazado el lecho de estas cuevas de las virtudes; porque en este estado de tal manera están trabadas entre sí las virtudes, y unidas y fortalecidas unas con otras, y ajustadas en una acabada perfeccion del alma, sustentándose unas con otras, que no queda parte abierta ni flaca, no solo para que el demonio pueda entrar, pero ni aun para que ninguna cosa del mundo, alta ni baja, la pueda inquietar ni molestar ni aun mover; porque, estando ya libre de toda molestia de las pasiones naturales, y ajena y desnuda de la tormenta y variedad de los cuidados temporales, como aquí lo está, goza en seguridad y quietud la participacion de Dios. Esto mismo es lo que deseaba la Esposa en los *Cantares*, diciendo: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* Quiere decir: ¿Quién te me diese, hermano mio, que mamases los pechos de mi madre, de manera que te hallase yo afuera y te besase yo á tí, y no me desprecie ya nadie? Este beso es la union de que vamos hablando, en la cual en cierta manera se iguala el alma con Dios por amor, que es lo que ella desea, diciendo que quién le dará al Amado, que sea su hermano; lo cual significa y hace igualdad. Y que mame él los pechos de su madre, que es consumirle todas las imperfecciones y apetitos de su naturaleza que tiene de su madre Eva, y le halle solo afuera, esto es, se una con él solo, afuera de todas las cosas, desnuda segun la voluntad y apetito de todas ellas. Y así, no la despreciará nadie; es á saber, no se le atreverán mundo, demonio ni carne; porque, estando libre y purgada de todas estas cosas, y unida con Dios, ninguna de ellas le puede enojar. De aquí es que el alma goza ya en este estado de una ordinaria suavidad y tranquilidad, que nunca se le pierde ni le falta. Pero, allende de esta ordinaria satisfaccion y paz, de tal manera suelen abrirse en el alma y dar olor de sí las flores de las virtudes de este huerto que decimos, que le parece al alma, y así es, estar llena de deleites de Dios. Y digo que suelen abrirse las flores de virtudes que están en el alma, porque, aunque el alma está llena de virtudes en perfeccion, no siempre las está en acto gozando el alma, aunque, como he dicho, de la paz y tranquilidad que le causan, se goza ordinariamente. Porque podemos decir que están en el alma en esta vida como flores en cogollo cerradas en el huerto; las cuales, algunas veces es cosa admirable verlas abrir todas, causándolo el Espíritu Santo, y dar de sí admirable olor y fragrancia en mucha variedad; porque acaecerá que vea el alma en sí las flores de las montañas que arriba dijimos, que son la abundancia, grandeza y hermosura de Dios; y en estas entretejidos los lirios de los valles nemorosos, que son descanso, refrigerio y amparo; y luego allí entrepuestas las rosas olorosas de las ínsulas extrañas, que decimos ser las extrañas noticias de Dios; y tambien embestirla el olor de las azucenas de los rios sonorosos, que deciamos era la grandeza de Dios, que hinche toda el alma; y allí entretejido y enlazado el delicado olor del jazmin, del silbo de los aires amorosos, de que tambien dijimos gozaba el alma en este estado; y ni mas ni menos todas las otras virtudes y dones que deciamos del conocimiento sosegado, y callada música y soledad sonora, y la sabrosa y amorosa cena; y es de tal manera el gozar y sentir estas flores juntas algunas veces el alma, que puede con harta verdad decir: «Nuestro lecho florido, de cuevas de leones enlazado.» Dichosa el alma que en esta vida mereciere

gozar alguna vez el olor de estas flores divinas. Dice tambien que este lecho está

En púrpura tendido.

Por la púrpura se denota la caridad en la divina Escritura, y de ella se visten y sirven los reyes; y por eso dice el alma que este lecho florido está tendido en púrpura, porque todas las virtudes, riquezas y bienes de él se sustentan y florecen, y se gozan solo en la caridad y amor del Rey del cielo, sin el cual amor no podria el alma gozar de este lecho y de sus flores; y así todas estas virtudes están en el alma como tendidas en el amor de Dios, como sugeto en que bien se conservan y están como bañadas en amor, porque todas y cada una de ellas están siempre enamorando al alma de Dios, y en todas las cosas y obras se mueven con amor á mas amor de Dios; y esto es estar en púrpura tendido. Lo cual se da bien á entender en los *Cantares* divinos; porque allí se dice que el asiento ó lecho que hizo para sí, Salomon le hizo de maderos de Líbano, y las colunas de plata, el reclinatorio de oro y la subida de púrpura, y todo dice que lo ordenó mediante la caridad: *Ferculum fecit sibi rex Salomon de lignis Libani; columnas ejus fecit argenteas, reclinatorium aureum, ascensum purpureum: media charitate constravit.* Porque las virtudes y dones que Dios pone en el lecho del alma, que son significadas por los maderos del Líbano y las colunas de plata, tienen su reclinatorio y recuesto de oro, que es el amor; porque, como habemos dicho, en el amor se asientan y conservan las virtudes, y todas ellas, mediante la caridad de Dios y del alma, se ordenan entre sí y ejercitan como acabamos de decir. Tambien dice que está este lecho

De paz edificado.

Que es la cuarta excelencia de este lecho, que depende en órden de la tercera que acabamos de decir; porque la tercera era perfecto amor, cuya propiedad es echar fuera todo temor, como dice san Juan, y de la perfecta paz del alma, que es la cuarta propiedad del lecho, como está dicho. Para mayor inteligencia de esto es de saber que cada una de las virtudes de suyo es pacífica, mansa y fuerte, y por consiguiente, con el alma que las posee hacen estos tres efectos, paz, mansedumbre y fortaleza; y porque este lecho está florido, compuesto de flores de virtudes, como habemos dicho, y todas ellas son pacíficas, mansas y fuertes, de aquí es que está de paz edificado, y el alma pacífica, mansa y fuerte, que son tres propiedades donde no puede combatir guerra alguna de mundo, demonio ni carne; y tienen las virtudes al alma tan pacífica y segura, que le parece estar toda edificada de paz. La quinta propiedad de este florido lecho, demás de lo dicho, se declara en el verso siguiente, que dice es

De mil escudos de oro coronado.

Los cuales escudos son aquí las virtudes y dones del alma, que, aunque, como habemos dicho, son las flores, etc., de este lecho, tambien le sirven de corona y premio de su trabajo en haberlas ganado; y no solo eso, sino tambien defensa, como fuertes escudos contra los vicios que venció con el ejercicio de ellas, y por eso este lecho florido de la esposa, que son las virtudes, la corona y la defensa, está coronado de ellas en premio de la Esposa, amparado con ellas como con escudo; y dice que son de oro para denotar el valor grande de las virtudes. Esto mismo dijo en los *Cantares* la Esposa por otras palabras, diciendo: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel... uniuscujusque ensis super femur suum propter timores nocturnos;* esto es: Mirad el lecho de Salomon, que le cercan sesenta fuertes de los fortísimos de Israel, cada uno la espada sobre su muslo para la defensa de los temores nocturnos. Y dice aquí en este verso la Esposa que son mil escudos para denotar la multitud de las virtudes, gracias y dones de que Dios la dotó en este estado; porque para significar tambien el innumerable número de las virtudes que tiene, usó del mismo término en los *Cantares*, diciendo: *Sicut turris David collum tuum, quae aedificata est cum propugnaculis: mille clypei pendent ex ea;* esto es: Como la torre de David es tu cuello, la cual está edificada con defensa, mil escudos cuelgan de ella, y todas las armas de los fuertes.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

No se contenta el alma que llega á este tiempo de perfeccion de engrandecer y loar las excelencias de su Amado, el Hijo de Dios, ni de contar y agradecer las mercedes que de él recibe y deleites que en él goza, sino tambien refiere las que hace á las demás almas, porque lo uno y lo otro echa de ver el alma en esta bienaventurada union de amor; por lo cual, alabándole ella y engrandeciéndole las muchas mercedes que hace á las demás almas, dice esta cancion:

CANCION XXV.

A zaga de tu huella
Los jóvenes discurren al camino,
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

DECLARACION.

En esta cancion alaba la esposa á su Amado de tres mercedes que de él reciben las almas devotas, con las cuales se animan mas y levantan al amor de Dios; las cuales, por experimentarlas ella en este estado, hace aquí de ellas mencion. La primera dice que es la suavidad que de sí les da, la cual es tan eficaz, que les hace caminar muy apriesa al camino de la perfeccion. La segunda es una visita de amor con que súbitamente las inflama en amor. La tercera es abundancia de caridad que en ellas infunde, con que de tal manera las embriaga, que las hace levantar el espíritu, así con esta embriaguez como con la visita de amor, á enviar alaban-

zas á Dios y afectos sabrosos de amor; y así, dice:

A zaga de tu huella.

La huella es rastro de aquel cuya es la huella, por la cual se va rastreando y buscando quién la hizo; la suavidad y noticia que da Dios de sí al alma que le busca, es rastro y huella por donde se va conociendo y buscando Dios; por eso dice aquí el alma al Verbo, su esposo: «A zaga de tu huella;» esto es, tras el rastro de suavidad que de tí les imprimes é infundes, y olor que de tí derramas.

Los jóvenes discurren al camino.

Es á saber, las almas devotas con fuerzas de juventud recibidas de la suavidad de tu huella discurren; esto es, corren por muchas partes y de muchas maneras, que eso quiere decir discurrir cada una por la parte y suerte que Dios le da de espíritu y estado con muchas diferencias de ejercicios y obras espirituales al camino de la vida eterna, que es la perfeccion evangélica, con la cual encuentran con el Amado en union de amor después de la desnudez de espíritu de todas las cosas. Esta suavidad y rastro que Dios deja de sí en el alma, grandemente la aligera y hace correr tras él; porque entonces es muy poco ó nada lo que el alma trabaja de su parte para andar este camino; antes es movida y atraida de esta divina huella de Dios, no solo á que salga, sino á que corra de muchas maneras, como habemos dicho, al camino. Que por eso la Esposa en los *Cantares* pidió al Esposo esta divina atraicion; diciendo: *Trahe me post te curremus in odorem unguentorum tuorum;* esto es: Atráeme tras de tí, y correrémos al olor de tus ungüentos. Y David dice: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum;* El camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazon.

Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

En los dos versillos primeros habemos declarado, que las almas, á zaga de la huella, discurren al camino con ejercicios y obras exteriores. Y ahora en estos tres versos da á entender el alma el ejercicio que interiormente estas almas hacen con la voluntad, movidas por otras dos mercedes y visitas interiores que el Amado les hace, á las cuales llama aquí toque de centella y adobado vino, y al ejercicio interior de la voluntad que resulta y se causa de las dos visitas, llama emisiones de bálsamo divino. Cuanto á lo primero, es de saber que este toque de centella que aquí dice, es un toque sutilísimo que el Amado hace al alma á veces, aun cuando ella está mas descuidada, de manera que le enciende el corazon en fuego de amor, y no parece sino una centella de fuego que saltó y la abrasó; y entonces con grande presteza, como quien de súbito recuerda, se enciende la voluntad en amor, y desear y alabar, y agradecer y reverenciar, y estimar y rogar á Dios con sabor de amor; á las cuales cosas llama emisiones de bálsamo divino, que responden al toque de centellas salidas del divino amor abrasador que pegó la centella, que es bálsamo divino que conforta y sana al alma con su olor y sustancia.

De este divino toque dice la Esposa en los *Cantares: Dilectus meus missit manum suam per foramen, et venter meus intremuit ad tactum ejus;* que quiere decir: Mi Amado puso su mano por la manera, y mi vientre se estremeció á su tocamiento. El tocamiento del Amado es el toque de amor que aquí decimos que hace al alma, la mano es la merced que en ello hace, la manera por donde entró esta mano es la manera y modo y perfeccion, á lo menos el grado de ella, que tiene el alma; porque al modo de él suele ser el toque en mas ó menos, y en una manera ó en otra de calidad espiritual del alma. El vientre suyo que dice se estremeció, es la voluntad, en que se hace el dicho toque, y el estremecerse es levantarse en ella los apetitos y afectos á Dios de desear amar, alabar, y los demás que habemos dicho, que son las emisiones de bálsamo que de este toque redunda, segun deciamos.

Al adobado vino.

Este adobado vino es otra merced muy mayor que Dios algunas veces hace á las almas aprovechadas, en que las embriaga el Espíritu Santo con vino de amor suave, sabroso y esforzoso; por lo cual le llama vino adobado; porque, así como el tal vino está cocido con muchas y diversas especies olorosas y esforzosas, asi este amor, que es el que Dios da á los perfectos, está ya cocido y asentado en sus almas y adobado con las virtudes que el alma tiene ganadas; el cual, con estas preciosas especies abobado, tal esfuerzo y abundancia de suave embriaguez pone en el alma en las visitas que Dios le hace, que con grande eficacia y fuerza le hace enviar á Dios aquellas emisiones ó embriagamientos de alabar, amar ó reverenciar, etc., que aquí decimos; y esto con admirables deseos de hacer y padecer por él. Y es de saber que esta suave embriaguez y merced que en ella le hace no pasa tan presto como la centella, porque es mas de asiento; porque la centella toca y pasa, mas dura algo su efecto, y algunas veces el vino adobado suele algo mas durar ello y su efecto harto tiempo; lo cual es, como digo, suave amor en el alma, y algunas veces un dia ó dos, y otras hartos dias, aunque no siempre en un grado de intension; porque afloja y crece sin estar en mano del alma; porque algunas veces, sin hacer nada de su parte, siente el alma en la íntima sustancia irse embriagando suavemente su espíritu é inflamando de este divino amor; segun aquello que dice David: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis;* que quiere decir: Mi corazon se calentó dentro de mí, y en mi meditacion se encenderá fuego. Las emisiones de esta embriaguez duran todo el tiempo que ella dura, algunas veces; porque otras, aunque la haya en el alma, es sin las dichas emisiones, y son mas y menos intensas cuando las hay, cuanto es más ó menos intensa la embriaguez; mas las emisiones ó efec-

centella, ordinariamente duran mas que ella, antes ella los deja en el alma y son mas encendidos que los de la embriaguez; porque á veces esta divina centella deja al alma abrasándose y quemándose en amor.

Y porque habemos hablado de vino cocido, será bien notar aquí brevemente la diferencia del vino cocido, que llaman aniejo, y del nuevo; que será la misma que hay entre los vinos nuevos y aniejos, y servirá para un poco de doctrina para los espirituales. El vino nuevo no tiene digerida la hez ni asentada; y así, hierve por de fuera, y no se puede saber la bondad y valor de él hasta que haya digerido bien la hez y furia de ella, porque hasta entonces está en mucha contingencia de malear; tiene el sabor grueso y áspero, y estraga el sugeto beber mucho de ello. Pero el vino aniejo tiene ya la hez asentada y digerida; y así, no tiene aquellos hervores del nuevo por defuera; échase ya de ver la bondad del vino y está ya muy seguro de malearse, porque se le acabaron ya aquellos hervores y furias que le podian estragar; y así, el vino bien cocido por maravilla se malea ni se pierde; tiene el sabor suave y la fuerza en la sustancia del vino, no ya en el gusto; y así, la bebida de él hace buena disposicion y da fuerza al sugeto. Los nuevos amadores son comparados al vino nuevo: estos son los que comienzan á servir á Dios, porque traen los fervores del amor muy por defuera en el sentido, porque aun no han digerido la hez del sentido flaco é imperfecto, y tienen la fuerza del amor en el sabor de él; porque á estos ordinariamente les da la fuerza para obrar el sabor sensitivo, y por él se mueven; y así, no hay que fiar de este amor hasta que se acaben aquellos fervores y gustos gruesos del sentido; porque, así como estos fervores y calor del sentido los pueden inclinar á bueno y perfecto amor, y servirle de buen medio para él, digeriéndose bien la hez de su imperfeccion; así tambien es muy fácil en estos principios y novedad de gustos, faltar el vino del amor y perderse el fervor y sabor de nuevo. Y estos nuevos amadores siempre traen ansias y fatigas de amor sensitivas; á los cuales conviene templar la tal vida, porque si obran mucho segun la fuerza del vino, estragarse ha el natural con estas ansias y fatigas del mosto, es á saber, del vino nuevo que deciamos era áspero y grueso, y no suavizado aun en la acabada coccion, cuando se acaban esas ansias de amor, como luego dirémos.

Esta misma comparacion pone el Sabio en el *Eclesiástico*, diciendo: *Vinum novum, amicus novus; veterascet, et cum suavitate bibes illud;* que quiere decir: El amigo nuevo es como el vino nuevo, añejarse ha, y beberáslo con suavidad. Por tanto, los viejos amadores, que son ya los ejercitados y probados en el servicio del Esposo, son como el vino aniejo, que tiene ya cocida la hez y no tiene aquellos hervores sensitivos ni aquellas furias ni fuegos fervorosos de fuera, mas gusta la suavidad del vino de amor ya bien cocido en sustancia, estando ya, no en aquel sabor del sentido, como el amor de los nuevos, sino asentado allá adentro en el alma en sustancia y sabor de espíritu y verdad de obra; y no se quieren los tales asir á esos sabores y hervores sensitivos ni los quieren gustar por no tener sinsabores y fatigas, porque el que da rienda al apetito para algun gusto del sentido, tambien de necesidad ha de tener penas y disgustos en el sentido y en el espíritu; de donde, por cuanto estos amantes viejos carecen ya de la suavidad espiritual, que tiene su raíz en el sentido, no traen ya ansias ni penas de amor en el sentido ni espíritu; y así, por maravilla faltan á Dios, porque están sobre lo que les habia de hacer faltar, esto es, sobre la sensualidad; y tienen el vino de amor, no solo ya cocido y purgado de hez, mas aun adobado, como se dice en el verso, con las especies que deciamos de virtudes perfectas, que no lo dejan malear como el nuevo. Por eso el amigo viejo delante de Dios es de grande estimacion; y así, dice de él el *Eclesiástico*: *Ne derelinquas amicum antiquum; novus enim non erit similis illi;* que quiere decir: No desampares al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante á él. En este vino pues de amor, ya probado y adobado en el alma, hace el divino Amado la embriaguez divina que habemos dicho, con cuya fuerza envia el alma á Dios las dulces y sabrosas emisiones. Y así, el sentido de los dichos tres versillos es el siguiente: *Al toque de centella*, con que recuerdas mi alma, *y al adobado vino*, con que amorosamente la embriagas, ella te envia *las emisiones* de movimientos y actos de amor que en ella causas.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

¿Cuál pues entenderémos que está el alma dichosa en este florido lecho, donde todas estas dichosas cosas y muchas mas pasan, en el cual por reclinatorio tiene al Esposo, Hijo de Dios, y por cubierta y tendido la caridad y amor del mismo Esposo? De manera que de cierto puede decir las palabras de la Esposa, que dice: *Leva ejus sub capite meo;* esto es: Su siniestra debajo de mi cabeza. Por lo cual con verdad se podrá decir que esta alma está aquí vestida de Dios y bañada en divinidad, y no como por cima, sino que en los interiores de su espíritu, estando revestida con deleites divinos con hartura de aguas espirituales de vida, experimenta lo que David dice de los que así están allegados á Dios; es á saber: *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos, quoniam apud te est fons vitae;* esto es: Embriagarse han de la grosura de tu casa, y con el torrente de tu deleite darles has á beber, porque cerca de tí está la fuente de la vida. ¿Qué hartura será pues esta del alma en su ser, pues la bebida que le dan no es menos que un torrente de deleites, el cual torrente es el Espíritu Santo, que, como dice san Juan, es el rio resplandeciente que nace de la silla de Dios y del Cordero? *Et ostendit mihi fluvium aquae vitae, splendidum tanquam cristallum, procedentem de sede Dei, et Agni.* Cuyas aguas, por ser ella amor íntimo de Dios, íntimamente infunden al alma y le dan á beber el torrente de amor, que, como decimos, es el espíritu del Esposo, que se le infunde en esta union; y

por eso ella con grande abundancia de amor canta esta cancion:

CANCION XXVI.

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salia,
Por toda aquesta vega
Ya cosa no sabia,
Y el ganado perdí que antes seguia.

DECLARACION.

Cuenta el alma en esta cancion la soberana merced que Dios le hizo en recogerla en lo interior de su amor, que es la union ó transformacion de amor en Dios; y dice dos efectos que de allí sacó, que son olvido y enajenacion de todas las cosas del mundo, y mortificacion de todos sus apetitos y gustos.

En la interior bodega.

Para decir algo de esta bodega, y declarar lo que aquí quiere decir ó dar á entender el alma, era menester que el Espíritu Santo tomase la mano y moviese la pluma. Esta bodega que aquí dice el alma, es el último y mas estrecho grado de amor en que el alma puede situarse en esta vida, que por eso la llama interior bodega, es á saber, la mas interior; de donde se sigue que hay otras no tan interiores, que son los grados de amor por do se sube hasta este último. Y podemos decir que estos grados ó bodegas de amor son siete, los cuales se vienen á tener todos cuando se tienen los siete dones del Espíritu Santo en perfeccion, en la manera que es capaz de recibirlos el alma; y así, cuando el alma llega á tener en perfeccion el espíritu de temor, tiene ya en perfeccion el espíritu del amor; por cuanto aquel temor, que es el último de los siete dones, es filial, y el temor perfecto de hijo sale de amor perfecto de padre; y así, cuando la Escritura Divina quiere llamar á uno perfecto en caridad, le llama temeroso de Dios; de donde, profetizando Isaías la perfeccion de Cristo, dijo: *Replebit eum spiritus timoris Domini;* que quiere decir: Henchirle ha el espíritu del temor del Señor. Y tambien san Lúcas al santo Simeon le llamó timorato, diciendo: *Homo iste justus, et timoratus.* Y así de otros muchos.

Es de saber que muchas almas llegan y entran en la primera bodega, cada una segun la perfeccion de amor que tiene; mas á esta última y mas interior pocas llegan en esta vida, porque en ella es ya hecha la union perfecta con Dios, que llaman matrimonio espiritual, del cual habla ya el alma en este lugar; Y lo que Dios comunica á un alma en esta estrecha junta, totalmente es indecible y no se puede decir nada; así como del mismo Dios no se puede decir algo que sea como él, porque el mismo Dios es el que se le comunica con admirable gloria de transformacion de ella. Y en este estado están ambos en uno, como si dijéramos ahora la vidriera con el rayo del sol, ó el carbon con el fuego, ó la luz de las estrellas con la del sol; pero no tan esencial y acabadamente como en la otra vida. Y así, para dar á entender el alma lo que en aquella bodega de vino recibe de Dios, no dice otra cosa, ni entiendo se podrá decir algo de ello, que decir el verso siguiente:

De mi amado bebí.

Porque, así como la bebida se difunde y derrama por todos los miembros y venas del cuerpo, así se difunde esta comunicacion de Dios sustancialmente en toda el alma, ó por mejor decir, el alma se transforma en Dios; segun la cual transformacion bebe el alma de su Dios, segun la sustancia de ella y segun sus potencias espirituales; porque segun el entendimiento bebe Sabiduría y ciencia, y segun la voluntad bebe amor suavísimo, y segun la memoria bebe recreacion y deleite en recordacion y sentimiento de gloria; cuanto á lo primero, que el alma reciba y beba deleite sustancialmente, dícelo ella en los *Cantares* en esta manera: *Anima mea liquefacta est, ut loculus est;* que quiere decir: Mi alma se regaló luego que le habló el Esposo. El cual hablar aquí es comunicarse al alma.

Y que el entendimiento beba sabiduría, en el mismo libro lo dice la Esposa, donde, deseando ella llegar á este beso de union y pidiéndolo al Esposo, dijo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito;* esto es: Allí me enseñarás, es á saber, sabiduría y ciencia en amor, y yo te daré á tí una bebida de vino adobado, conviene á saber, mi amor adobado con el tuyo. Cuanto á lo tercero, que es, que la voluntad bebe allí amor, dícela tambien la Esposa en los dichos *Cantares*, diciendo: *Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem;* que quiere decir: Metióme dentro de la bodega secreta y ordenó en mí caridad; que es tanto como decir: Dióme á beber amor, metida dentro de su amor, ó mas claramente, hablando con propiedad: Ordenó en mí su caridad, acomodando y apropiando á mí su misma caridad. Lo cual es beber el alma de su Amado su mesmo amor, infundiéndolo su Amado.

Donde es de saber, acerca de lo que algunos dicen, que no puede amar la voluntad sino lo que primero entiende el entendimiento, lo cual se ha de entender naturalmente; porque por via natural es imposible amar si no se entiende primero lo que se ama; mas por via sobrenatural bien puede Dios infundir amor y augmentarle, sin infundir ni augmentar distinta inteligencia, como se da á entender en la autoridad dicha, y está así experimentado de muchos espirituales, los cuales muchas veces se ven arder en amor de Dios, sin tener distinta mas inteligencia que antes; porque pueden entender poco y amar mucho, y pueden entender mucho y amar poco; antes ordinariamente aquellos espirituales que no tienen muy aventajado entendimiento cerca de Dios, suelen aventajarse en la voluntad, y bástales la fe infusa por ciencia de entendimiento, mediante la cual les infunde Dios caridad y se le augmenta, y el acto de ella, que es amar mas, aunque no se le augmente la noticia, como habemos dicho; y así, puede la voluntad beber amor sin que el entendimiento beba de nuevo inteligencia; aunque en el caso de que vamos hablan-

do, en que dice el alma que bebió de su Amado, por cuanto es union en la interior bodega, la cual es segun todas las tres potencias del alma, como habemos dicho, todas ellas beben juntamente. Cuanto á lo cuarto, que segun la memoria, beba el alma allí de su Amado, está claro, porque está ilustrada con la luz del entendimiento en recordacion de los bienes que está poseyendo y gozando en la union de su Amado.

Y cuando salia.

Esta divina bebida tanto endiosa y levanta al alma y la embebe en Dios, que *cuando salia*, es á saber, cuando acababa esta merced de pasar; porque, aunque esté el alma siempre en este alto estado de matrimonio después que Dios le ha puesto en él, no empero siempre en actual union segun las dichas potencias, aunque segun la sustancia del alma sí. Pero en esta union sustancial del alma muy frecuentemente se unen tambien las potencias y beben en esta bodega, el entendimiento entendiendo y la voluntad amando, etc.; pues cuando ahora dice el alma *cuando salia*, no se entiende de la union esencial ó sustancial que tiene el alma ya, que es el estado dicho, sino la union de las potencias, la cual no es continua en esta vida, ni lo puede ser. De esta pues, «cuando salia por toda aquesta vega,» es á saber, por toda aquesta anchura del mundo.

Ya cosa no sabia.

La razon es, porque aquella bebida de altísima sabiduría de Dios que allí bebió le hace olvidar todas las cosas del mundo, y le parece al alma que lo que antes sabia, y aun lo que sabe todo el mundo, es pura ignorancia en comparacion de aquel saber. Para mejor entender esto, es de saber que la causa mas formal de este no saber del alma cosa del mundo, cuando está en este puesto, es quedar ella informada de la ciencia sobrenatural, delante de la cual todo el saber natural y político del mundo antes es no saber que saber. De donde, puesta el alma en este altísimo saber, conoce por él que todo estotro saber que no sabe á aquello no es saber, sino no saber, y que no hay qué saber en ello; y declara la verdad del dicho del Apóstol, que dice que lo que es sabiduría delante de los hombres es estulticia delante de Dios: *Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum.* Y por eso dice el alma que ya no sabia cosa después que bebió de aquella sabiduría divina; y no se puede conocer esta verdad, como es pura ignorancia en la sabiduría de los hombres y de todo el mundo, y cuán digno es de no ser sabido sino con esta verdad de estar Dios en el alma, comunicándole su sabiduría y confortándola con esta bebida de amor para que lo vea claro; segun lo da á entender Salomon, diciendo: *Visio, quam locutus est vir, cum quo est Deus, et qui Deo secum morante confortatus ait: stultissimus sum virorum, et sapientia hominum non est mecum;* esto es: Esta es la vision que vió y habló el varon con quien está Dios, y confortado por la morada que Dios hace en él, dijo: Insipientísimo soy sobre todos los hombres y varones, y la sabiduría de ellos no está conmigo. Lo cual es porque, estando en aquel exceso de sabiduría alta de Dios, esle ignorancia la baja de los hombres; porque las mismas ciencias naturales y las mismas obras que Dios hace, delante de lo que es no saber á Dios es como no saber, porque donde no se sabe Dios no se sabe nada. De donde lo alto de Dios es insipiencia y locura para los hombres, como tambien dice san Pablo. Por lo cual los sabios de Dios y los del mundo son insipientes los unos para los otros; porque ni los unos pueden percibir la sabiduría de Dios y su ciencia, ni los otros la del mundo; por cuanto la del mundo, como habemos dicho, es no saber acerca de la de Dios, y la de Dios acerca de la del mundo.

Pero, demás de esto, aquel endiosamiento y levantamiento de mente en Dios, en que queda el alma como robada y embebida en amor, toda hecha un Dios, no la deja advertir á cosa alguna del mundo; porque, no solo de todas las cosas, mas aun de sí queda enajenada y aniquilada, y como resumida y resuelta en amor, que consiste en pasar de sí al Amado. Y así, la Esposa en los *Cantares*, después que habia tratado de esta transformacion de amor suya en el Amado, da á entender este no saber con qué quedó por esta palabra *nescivi*, que quiere decir no supe. Está el alma en este puesto en cierta manera, como Adan en la inocencia, que no sabia qué cosa era mal; porque está tan inocente, que no entiende el mal ni juzga cosa á mal, y oirá cosas muy malas y las verá con sus ojos, y no podrá entender lo que son; porque no tiene en sí hábito de mal por donde lo juzgue, habiéndole Dios raido los hábitos imperfectos y la ignorancia en que cae el mal del pecado con el hábito perfecto de la verdadera sabiduría; y así, tambien acerca de esto ya cosa no sabia.

Esta tal alma poco se entremeterá en las cosas ajenas, porque aun de las suyas no se acuerda; porque esta propiedad tiene el Espíritu de Dios en el alma donde mora, que luego la inclina á ignorar y no querer saber las cosas ajenas, mayormente las que no son para su provecho; porque el Espíritu de Dios es recogido y convertido á la misma alma, antes para sacarla de las cosas extrañas que para ponerla en ellas; y así, se queda el alma en un no saber cosa en la manera que solia. Y no se ha de entender que, aunque el alma queda en este no saber, que pierde allí los hábitos de las ciencias adquisitos que tenia; porque antes se le perficionan con el mas perfecto hábito, que es el de la ciencia sobrenatural que se le ha infundido, aunque ya estos hábitos no reinan en el alma, de manera que tenga necesidad de saber por ellos, aunque no impide que algunas veces sea. Porque en esta union de sabiduría divina se juntan estos hábitos con la sabiduría superior de las otras ciencias, así como, juntándose una luz pequeña con otra grande, que la grande es la que priva y luce, y la pequeña no se pierde, antes se perficiona, aunque no es la que principalmente luce; así entiendo que será en el cielo, que no se corromperán los hábitos que

los justos llevaren de ciencia adquisita, y que no les harán mucho al caso, sabiendo ellos mas que eso en la sabiduría divina. Pero las noticias y formas particulares de las cosas y actos imaginarios, y cualquiera otra aprehension que tenga forma y figura, todo lo pierde é ignora en aquel absorbimiento de amor; y esto por dos causas: la primera porque, como actualmente queda absorta y embebida el alma en aquella bebida de amor, no puede estar en otra cosa actualmente ni advertir á ella; la segunda y principal, porque aquella transformacion en Dios, de tal manera la conforma con la sencillez y pureza de Dios (en la cual no cae forma ni figura imaginaria), que la deja limpia y pura, y vacía de todas formas y figuras que antes tenia, purgada é ilustrada con sencilla contemplacion; así como hace el sol en la vidriera, que infundiéndose en ella la hace clara, y se pierden de vista todas las máculas y motas que antes en ella parecian; pero vuelto á quitar el sol, luego vuelven á parecer en ella las nieblas y máculas de antes; mas el alma, como le queda y dura algun tanto el efecto de aquel acto de amor, dura tambien el no saber. De manera que no puede advertir en particular cosa ninguna hasta que pase el efecto de aquel acto de amor, el cual, como la inflamó y mudó en amor, aniquilóla y deshízola en todo lo que no era amor, segun se entiende por aquello que dijimos arriba de David: *Quia inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi;* es á saber: Porque fué inflamado mi corazon, tambien mis renes se mudaron juntamente, y yo fuí resuelto en nada y no supe. Porque mudarse las renes por causa de esta inflamacion del corazon, es mudarse el alma segun todos sus apetitos y operaciones en Dios, en una nueva manera de vida, deshecha ya y aniquilada de todo lo viejo que antes usaba; por lo cual dice el Profeta que fué resuelto en nada y que no supo; que son los dos efectos que deciamos que causaba la bebida de esta bodega de Dios; porque, no solo se aniquila todo su saber primero, pareciéndole todo nada, mas tambien toda su vida vieja é imperfecciones se aniquilan y se renueva en nuevo hombre; que es este segundo efecto, contenido en este verso:

Y el ganado perdí, que antes seguia.

Es de saber que hasta que el alma llegue á este estado de perfeccion, de que vamos hablando, aunque mas espiritual sea, siempre le queda algun ganadillo de apetitos y gustillos y otras imperfecciones suyas, hora naturales y hora espirituales, tras de que se anda, procurando apacentarlos, en seguirlos y cumplirlos. Porque acerca del entendimiento suelen quedarle algunas imperfecciones de apetitos de saber. Acerca de la voluntad se dejan llevar de algunos gustillos y apetitos propios, hora en lo temporal, como poseer algunas cosillas y asirse mas á unas que á otras, y algunas presunciones, estimaciones y puntillos en que miran, y otras cosillas que todavía güelen y saben á mundo; hora cerca de lo natural, como en la comida, bebida, gustar de esto mas que de aquello, escoger y querer lo mejor; hora tambien cerca de lo espiritual, como querer gustos de Dios, y otras impertinencias que nunca se acabarian de decir, que suelen tener los espirituales no perfectos. Y acerca de la memoria, muchas variedades y cuidados y advertencias impertinentes, las cuales llevan el alma tras sí.

Tiene tambien acerca de las cuatro pasiones del alma muchas esperanzas, gozos, dolores y temores inútiles, tras de que se va el alma; y de este ganado ya dicho, unos tienen mas y otros menos, tras de que se andan todavía, siguiéndolo hasta que, entrándose á beber en esta interior bodega, lo pierden todo, quedando, como habemos dicho, deshechos todos en amor; en la cual fácilmente se consumen estos ganados de imperfecciones del alma, de la manera que el orin y moho de los metales en el fuego. Y así, se siente libre el alma de todas niñerías de gustillos é impertinencias tras de que se andaba, de manera que pueda bien decir: «El ganado perdí que antes seguia.»

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Comunícase Dios en esta interior union al alma con tantas veras de amor, que no hay aficion de madre que con tanta ternura acaricie á su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare; porque llega á tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece á esta humilde y amorosa alma, ¡Oh cosa maravillosa y digna de todo pavor y admiracion! que se sujeta á ella verdaderamente para la engrandecer, como si él fuese su siervo y ella fuese su Señor. Y está tan solícito en la regalar como si él fuese su esclavo y ella fuese su Dios: tan profunda es la humildad y la dulzura de Dios. Porque en esta comunicacion de amor en alguna manera ejercita aquel servicio que dice en el Evangelio que hará á sus escogidos en el cielo: *Amen dico vobis, quod precinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis;* es á saber, que ciñéndose, pasándose de uno á otro, los servirá. Y así, aquí está empleado en regalar y acariciar al alma, como la madre á su niño, criándole á sus mismos pechos; en lo cual conoce el alma la verdad del dicho de Isaías, que dice: *Ad ubera portabimini, et super genua blandientur vobis;* esto es: A los pechos de Dios seréis llevados, y sobre las rodillas os halagará. ¿Qué sentirá pues el alma aquí entre tan soberanas mercedes? ¡Cómo se derretirá en amor! Como agradecerá viendo estos pechos de Dios abiertos para sí con tan soberano y largo amor! Sintiéndose puesta en tantos deleites, entrégase toda á sí misma á él, y dale tambien sus pechos de su voluntad y amor; y sintiéndolo y pasando así por ella, dice á su Amado lo que la Esposa sentia en los *Cantares*, hablando con su Esposo en esta manera: *Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus. Veni dilecte mi, egrediamur in agrum commoremur in villis. Mane surgamus ad vineas, videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt, si floruerunt mala punica: ibi dabo tibi ubera mea;* esto

es: Yo para mi Amado, y la conversion de él para mí. Vén, Amado mio, y salgamos al cámpo, moremos juntos en las granjas, levantémonos por la mañana á las viñas, y veamos si ha florecido la viña y si las flores paren frutos, si florecieron las granadas. Allí te daré mis pechos; esto es, los deleites y fuerza de mi voluntad emplearé en servicio de tu amor. Y por pasar así estas dos entregas del alma y Dios en esta union, las refiere ella, diciendo:

CANCION XXVII.

Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.

DECLARACION.

En esta cancion cuenta la esposa la entrega que hubo de ambas partes en este espiritual desposorio; conviene á saber, de ella y de Dios, diciendo que en aquella interior bodega de amor se juntaron en comunicacion él á ella, dándole el pecho ya libremente de su amor, en que le enseñó sabiduría y secretos; y ella á él, entregándosele ya toda de hecho, sin reservar nada para sí ni para otro, afirmando ser suya para siempre.

Allí me dió su pecho.

Dar el pecho uno á otro es darle su amor y amistad y descubrirle sus secretos como amigo. Y así, decir el alma que le dió allí su pecho, es decir que allí le comunicó su amor y sus secretos; lo cual hace Dios con el alma en este estado. Y mas, lo que tambien dice en el verso siguiente:

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.

Esta ciencia sabrosa es la teología mística, que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales contemplacion; la cual es muy sabrosa, porque es ciencia por amor, el cual es maestro de ella y el que todo lo hace sabroso. Y por cuanto Dios le comunica esta ciencia é inteligencia en el amor con que se comunica al alma, es sabrosa para el entendimiento, por ser ciencia que pertenece á él, y sabrosa para la voluntad, por ser en amor que le pertenece á la voluntad. Y dice luego:

Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa.

En aquella bebida de Dios suave, en que, como habemos dicho, se embebe el alma en Dios, muy voluntariamente y con grande suavidad se entrega el alma toda á Dios, queriendo ser toda suya y no tener cosa en sí ajena de él para siempre; causando Dios en ella la dicha union, la pureza y perfeccion que para esto es menester; que, por cuanto la transformacion en sí la hace toda suya, evacua en ella todo lo que tenia ajeno de Dios. De aquí es que, no solamente segun la voluntad, sino tambien segun la obra, queda ella de hecho sin dejar cosa, toda dada á Dios, así como Dios se ha dado todo libremente á ella; de manera que quedan pagadas ambas voluntades, entregadas y satisfechas entre sí; de suerte que en nada haya de faltar ya la una á la otra, con fe y firmeza de desposorio; que por eso añade ella, diciendo:

Allí le prometí de ser su esposa.

Porque, así como la desposada no pone en otro su amor ni su cuidado ni su obra fuera de su esposo, así el alma en este estado no tiene ya ni afectos de voluntad ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado ni obra alguna que todo no sea inclinado á Dios, junto con sus apetitos, porque está como embebida en Dios; y así, anda de manera que hasta los primeros movimientos aun no tiene contra lo que es la voluntad de Dios, en todo lo que ella pueda entender. Porque, así como un alma imperfecta tiene muy ordinariamente á lo menos primeros movimientos inclinados á mal, segun el entendimiento y segun la voluntad, y memoria y apetitos é imperfecciones, así el alma de este estado, segun el entendimiento, memoria y voluntad y apetitos, en los primeros movimientos de ordinario se mueve é inclina á Dios por la grande ayuda y firmeza que tiene ya en Dios y perfecta conversion al bien. Todo lo cual da bien á entender David cuando dijo, hablando de su alma en este estado: *Nonne Deo subjecta erit anima mea? Ab ipso enim salutare meum. Nam, et ipse Deus meus, et salutaris meus, susceptor meus non movebor amplius;* ¿Por ventura, dice, no estará mi alma sujeta á Dios? Sí, porque de él tengo yo mi salud, y porque él es mi Dios y mi salvador, recibidor mio, no tendré mas movimiento. En lo que dice, recibidor mio, da á entender que por estar su alma recibida en Dios y unida, como aquí deciamos, no habia de tener ya mas movimiento contra Dios.

De lo dicho queda entendido claro que el alma que ha llegado á este estado de desposorio espiritual no sabe otra cosa sino amar y andar siempre en deleites de amor con el Esposo; porque, como en esto ha llegado á la perfeccion, cuya forma y ser (como dice san Pablo) es el amor, pues cuanto un alma mas ama, tanto es mas perfecta en aquello que ama; de aquí es que esta alma, que ya está perfecta, todo es amor, si así se puede decir, y todas sus acciones son amor, y todas sus potencias y caudal emplea en amor, dando todas sus cosas, como el sabio mercader, por este tesoro de amor que halla escondido en Dios, el cual es tan precioso delante de él, que, como el alma ve que su Amado nada precia ni de nada se sirve fuera del amor, de aquí es que, deseando ella servirle perfectamente, todo lo emplea en amor puro de Dios; y no solo porque ella lo emplea así, sino tambien porque el amor en que está unida en todas las cosas y por todas ellas, la mueve en amor de Dios. Porque, así como la abeja saca de todas las yerbas la miel que allí hay, y no se sirve de ellas mas que para esto, así tambien de todas las cosas que pasan por el

alma, con grande facilidad saca ella la dulzura de amor, que es lo que hay que amar á Dios en ellas, hora sea sabroso ó desabrido; que, estando ella informada y amparada con el amor, como lo está, ni lo siente ni lo gusta ni lo sabe; porque, como habemos dicho, no sabe sino amar, y su gusto en todas las cosas y tratos siempre, como habemos dicho, es deleite de amor de Dios; y para declararlo dice ella la cancion siguiente.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Pero porque dijimos que Dios no se sirve de otra cosa sino de amor, antes que la declaremos, será bueno decir aquí la razon, y es, porque todas nuestras obras y todos nuestros trabajos, aunque sean los mas que pueden ser, no son nada delante de Dios, porque en ellos no le podemos dar nada ni cumplir su deseo, el cual solo es de engrandecer al alma, porque para sí nada de esto desea, pues no lo ha menester; y así, si de algo se sirve, es de que el alma se engrandezca; y como no hay otra cosa en que mas la pueda engrandecer que igualándola en cierta manera consigo, por eso solamente se sirve de que le ame; porque la propiedad del amor es igualar al que ama con la cosa amada. De donde porque el alma tiene aquí perfecto amor, por eso se llama esposa del Hijo de Dios, que significa igualdad con él, en la cual igualdad y amistad todas las cosas son comunes á entrambos; como el mismo Esposo lo dijo á sus discípulos, diciendo: *Vos autem dixi amicos: quia omnia quaecumque audivi à Patre meo, nota feci vobis*; esto es: Ya os he dicho mis amigos, porque todo lo que oí á mi Padre os lo he manifestado. Dice pues la cancion.

CANCION XXVIII.

Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal, en su servicio;
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya solo en amar es mi ejercicio.

DECLARACION.

Por cuanto en la cancion pasada ha dicho el alma, ó por mejor decir la esposa, que se dió toda al Esposo, sin dejar nada para sí, dice ahora en esta al Amado la manera que tiene en cumplirlo, diciendo que ya está su alma y cuerpo y potencias y toda su habilidad empleada ya, no en todas las cosas, sino en las que son del servicio de su Esposo, y que por eso ya no anda buscando su propia ganancia ni se anda tras sus gustos, ni tampoco se ocupa en otras cosas ni tratos extraños y ajenos de Dios, y que aun con el mismo Dios ya no tiene otro estilo ni manera de trato sino ejercicio de amor; porque ya ha trocado y mudado todo su primero trato en amar, segun ahora se dirá.

Mi alma se ha empleado.

El decir que el alma se ha empleado da á entender la entrega que hizo al Amado de sí en aquella union de amor, donde quedó ya su alma con todas sus potencias, entendimiento, voluntad y memoria, dedicada al servicio de él; empleado el entendimiento en entender las cosas que son mas de su servicio para hacerlas, y la voluntad en amar todo lo que á Dios agrada y aficionarla en todo á él, y la memoria en el cuidado de lo que es de su servicio y que mas le ha de agradar. Y mas dice:

Y todo mi caudal, en su servicio.

Por todo su caudal entiende aquí todo lo que pertenece á la parte sensitiva del alma; en la cual parte se incluye el cuerpo con todas sus potencias interiores y exteriores, y toda la habilidad natural, conviene á saber, las cuatro pasiones, los apetitos naturales y el demás caudal del alma, todo lo cual dice que se ha tornado en servicio de su Amado tan bien como la parte racional y espiritual del alma, como acabamos de decir en el verso pasado. Porque el cuerpo ya le trata segun Dios en los sentidos interiores y exteriores, enderezando á él las operaciones de ellos; y las cuatro pasiones del alma todas las tiene ceñidas tambien á Dios, porque no se goza sino de Dios, ni tiene esperanza en otra cosa sino en Dios, ni teme sino solo á Dios, ni se duele sino segun Dios, y tambien todos sus apetitos y cuidados van solo á Dios; y todo este caudal de esta manera está ya empleado y enderezado á Dios, que aun sin advertencia del alma todas las partes que habemos dicho de este caudal, en los primeros movimientos se inclinan á obrar en Dios y por Dios; porque el entendimiento, la voluntad y la memoria se van luego á Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos, los apetitos, la esperanza, el gozo y todo el caudal luego de primera instancia se inclina á Dios, aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios. De donde esta tal alma muy frecuentemente obra por Dios y entiende en él y en sus cosas, sin pensar ni acordarse que lo hace por él, porque el uso y hábito que en tal manera de proceder ya tiene, le hace carecer de la advertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que á los principios del obrar solia tener. Y porque ya está todo este caudal empleado en Dios de la manera dicha, de necesidad ha de tener el alma tambien lo que dice en el verso siguiente:

Ya no guardo ganado.

Que es tanto como decir: Ya no me ando tras mis gustos y apetitos. Porque, habiéndolos puesto en Dios y dádolos á él, ya no los apacienta ni guarda para sí el alma; y no solo dice que no lo guarda ya, pero que ni tiene otro oficio.

Ni ya tengo otro oficio.

Muchos oficios suele tener el alma no provechosos antes que llegue á hacer esta donacion y entrega de sí y de su caudal al Amado, con los cuales procuraba servir á su propio apetito y al ajeno, porque todos cuantos hábitos de imperfecciones tenia, tantos oficios podemos decir que tenia. Los cuales hábitos pueden ser como propiedad y oficio que tiene de hablar cosas inútiles y

pensarlas y obrarlas. Y tambien no usando de esto conforme á la perfeccion del alma. Suele tener otros apetitos con que sirve al apetito ajeno, así como ostentaciones y cumplimientos, adulaciones, respetos, procurar parecer bien, y dar gusto con sus cosas á las gentes, y otras cosas muchas inútiles, con que procura agradarlas, empleando en ellas el cuidado del apetito y la obra, y finalmente el caudal del alma. Todos estos oficios dice que ya no los tiene, porque ya todas sus palabras, pensamientos y obras son de Dios y endrezadas á Dios, no llevando en ellas las imperfecciones que solia; y así, es como si dijera : Ya no ando á dar gusto á mi apetito ni al ajeno, ni me ocupo ni entretengo en otros pasatiempos inútiles ni cosas del mundo.

Que ya solo en amar es mi ejercicio.

Como si dijera que ya todos estos oficios están puestos en ejercicio de amor de Dios, es á saber, que toda la habilidad de mi alma y cuerpo, memoria, entendimiento y voluntad, sentidos exteriores é interiores y apetitos de la parte sensitiva y espiritual, todo se mueve por amor y en amor, haciendo todo lo que hago con amor y padeciendo todo lo que padezco con sabor de amor; que es lo que quiso dar á entender David cuando dijo : *Fortitudinem meam ad te custodiam;* Mi fortaleza guardaré para tí.

Aquí es de notar que cuando el alma llega á este estado, todo el ejercicio de la parte espiritual y de la sensitiva, hora sea en hacer, hora en padecer, de cualquiera manera que sea, siempre le causa mas amor y regalo en Dios, como habemos dicho, y hasta el mismo ejercicio de oracion y trato con Dios que antes solia tener en otras consideraciones y modos, ya todo es ejercicio de amor; de manera que, hora sea su trato cerca de lo temporal, hora sea su ejercicio cerca de lo espiritual, siempre puede decir esta alma «que ya solo en amar es su ejercicio». Dichosa vida y dichoso estado, y dichosa el alma que á él llega, donde todo le es ya sustancia de amor y regalo de deleite de desposorio, en que de veras puede la Esposa decir al divino Esposo aquellas palabras que de puro amor le dice en los *Cantares*, diciendo : *Omnia poma nova, et vetera, dilecte mi, servavi tibi;* esto es : Todas las manzanas viejas y nuevas guardé para tí; que es como si dijera : Amado mio, todo lo áspero y trabajoso quiero por tí, y todo lo suave y sabroso quiero para tí. Pero el acomodado sentido de este verso es decir que el alma en este estado de desposorio espiritual ordinariamente anda en union de amor, que es comun y ordinaria asistencia de voluntad amorosa en Dios.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Verdaderamente esta alma está perdida en todas las cosas, y solo está ganada en amor, no empleando ya el espíritu en otra cosa. Por lo cual aun á lo que es vida activa y otros ejercicios exteriores desfallece, por cumplir de veras con la una cosa sola que dijo el Esposo era necesaria, que es la asistencia y continuo ejercicio de amor en Dios; lo cual él precia y estima en tanto, que, así como reprehendió á Marta porque queria apartar á María de sus piés por ocuparla en otras cosas activas en servicio del Señor, entendiendo que ella se lo hacia todo y que María no hacia nada, pues se estaba holgando con el Señor, siendo ello muy al revés, pues no hay obra mejor ni mas necesaria que el amor; así tambien en los *Cantares* defiende á la Esposa, conjurando á todas las criaturas del mundo, que se entienden allí por las hijas de Jerusalen, que no impidan á la Esposa el sueño espiritual de amor, ni la hagan velar ni abrir los ojos á otra cosa hasta que ella quiera : *Adjuro vos filiae Jerusalem... ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit.* Donde es de notar que, en tanto que el alma no llega á este estado de union de amor, le conviene ejercitar el amor, así en la vida activa como en la contemplativa; pero cuando ya llegase á él, no le es conveniente ocuparse en otras obras y ejercicios exteriores, no siendo de obligacion, que le pueden impedir un punto de aquella existencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio suyo, porque es mas precioso delante de él y del alma un poquito de esto puro amor, y mas provecho hace á la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esotras obras juntas. Que por eso María Magdalena, aunque con su predicacion hacia gran provecho, y le hiciera muy grande después, por el gran deseo que tenia de agradar á su Esposo y aprovechar á la Iglesia, se escondió en el desierto treinta años, para entregarse de veras á este amor, pareciéndole que en todas maneras ganaria mucho mas de esta manera, por lo mucho que aprovecha é importa á la Iglesia un poquito de este amor.

De donde, cuando un alma tuviese algo de este grado de solitario amor, grande agravio se le haria á ella y á la Iglesia si, aunque fuese por poco espacio, la quisiesen ocupar en cosas exteriores ó activas, aunque fuesen de mucho caudal; porque, pues Dios conjura que no la recuerden de este amor, ¿quién se atreverá y quedará sin reprehension? Al fin, para este fin de amor fuimos criados. Y adviertan aquí los que son muy activos que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho mas provecho harian á la Iglesia y mucho mas agradarian á Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daria) si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oracion, aunque no hubiesen llegado á tan alta como esta. Cierto entonces harian mas y con menos trabajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oracion y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco mas que nada, y aun á veces nada, y aun á veces daño; porque, Dios os libre que se comience á envanecer *la tal alma*, que aunque mas parezca que hace algo por defuera, en sustancia no será nada; porque, cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios. ¡Oh cuánto se pudiera escribir aquí de esto! Mas no es de este lugar. Esto he dicho para dar á entender esta cancion; porque en ella el alma responde por sí á

los que impugnan este santo ocio de ella, y quieren que todo sea obrar, que luzca y hincha el ojo por defuera, no entendiendo ellos la vena y raíz oculta de donde nace el agua y se hace todo fruto.

CANCION XXIX.

Pues ya si en el ejido
De hoy mas no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que, andando enamorada,
Me hice perdidiza y fui ganada.

DECLARACION.

Respondé el alma en esta cancion á una tácita reprehension de parte de los del mundo, los cuales han de costumbre notar á los que de veras se dan á Dios, teniéndolos por demasiados en su extrañeza y retraimiento y en su manera de proceder, diciendo tambien que son inútiles para las cosas importantes, y perdidos en lo que el mundo precia y estima; á la cual reprehension de muy buena manera satisface aquí el alma, haciendo rostro muy osado y atrevido á esto y á todo lo demás que el mundo le puede imponer; porque, habiendo ella llegado á lo vivo del amor de Dios, todo lo tiene en poco; y no solo eso, sino que ella misma lo confiesa en esta cancion, y se precia y gloria de haber dado en tales cosas, y perdídose al mundo y á sí misma por su Amado. Y así, lo que ahora quiere decir, hablando con los del mundo, es, que si ya no la vieren en las cosas de sus primeros tratos y otros pasatiempos que solia tener en el mundo, que digan y crean que se ha perdido y ajenado de ellos, y que ella misma se quiso perder andando á buscar á su Amado, enamorada mucho de él. Y porque vean la ganancia de su pérdida y no la tengan por insipiencia y engaño, dice que esta pérdida fué su ganancia, y que por eso de industria se hizo perdidiza.

Pues ya si en el ejido,
De hoy mas no fuere vista ni hallada.

Ejido comunmente se llama un lugar comun, donde la gente se suele juntar á tomar solaz y recreacion, y donde tambien los pastores apacientan sus ganados; y así, por el ejido entiende aquí el alma al mundo, donde los mundanos tienen sus pasatiempos y tratos y apacientan los ganados de sus apetitos; en lo cual dice el alma á los del mundo que si no fuere vista ni hallada, como solia antes que fuera toda de Dios, que la tengan por perdida en eso mismo, y que así lo digan; porque de ello se goza ella, queriendo que lo digan; y por eso dice:

Diréis que me he perdido.

No se afrenta delante del mundo el que ama de las obras que hace por Dios, ni las esconde con vergüenza, aunque todo el mundo se las haya de condenar; porque, el que tuviere vergüenza delante de los hombres de confesar al Hijo de Dios, dejando de hacer sus obras, el mismo, como él dice por san Mateo, tendrá vergüenza de confesarle delante de su Padre: *Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo.* Y por tanto, el alma con ánimo de amor, antes se precia de que se vea, para gloria de su Amado, haber hecho una tal obra por él, que se haya perdido á todas las cosas del mundo.

Esta tan perfecta osadía y determinacion en las obras, pocos espirituales la alcanzan; porque, aunque algunos tratan y usan este trato, y áunque se tienen algunos por los de muy allá, nunca se acaban de perder en algunos puntos, ó del mundo ó de naturaleza, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando al qué dirán ni qué parecerá; los cuales no podrán decir: «Diréis que me he perdido,» pues no están á sí mismos perdidos en el obrar, y todavía tienen vergüenza de confesar á Cristo por la obra delante de los hombres, teniendo respeto á cosas; por lo cual no viven en Cristo de veras.

Que andando enamorada.

Conviene á saber, andando obrando las virtudes, enamorada de Dios.

Me hice perdidiza y fuí ganada.

Sabiendo el alma el dicho del Esposo en el Evangelio, que ninguno puede servir á dos señores, sino que por fuerza ha de faltar al uno; *Nemo potest duobus dominis servire; aut enim unum odio habebit, et alterum diligét;* dice ella aquí que por no faltar á Dios faltó á todo lo que no es Dios, que es á todas las demás cosas y á sí misma, perdiéndose á todo ello por su amor. El que anda de veras enamorado luego se deja perder á todo lo demás por ganarse mas en aquello que ama, y por eso dice aquí que se hizo perdidiza ella misma, que es dejarse perder de industria. Y es en dos maneras; conviene á saber, á sí misma, no haciendo caso de sí en ninguna cosa, sino del Amado, entregándose á él de gracia, sin ningun interese, haciéndose perdidiza, no queriendo ganar en nada para sí; lo segundo, haciéndose perdidiza á todas las cosas, no haciendo caso de ningunas, sino de las que tocan al Amado; y esto es hacerse perdidiza, que es tener gana que la ganen. Tal es el que anda enamorado de Dios, que no pretende ganancia ni premio, sino solo perderlo todo y á sí mismo en su voluntad por Dios, y esa tiene por su ganancia. Y así lo es, segun dice san Pablo: *Mori lucrum;* esto es: Mi morir es granjería espiritualmente y ganancia por Cristo. Por eso dice el alma *fuí ganada*, porque el que así no se sabe perder no se gana, antes se pierde, segun dice nuestro Señor en el Evangelio, diciendo: *Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam; qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam;* El que quisiere ganar para sí su alma, ese la perderá; y el que la perdiere para consigo por mí, ese la ganará. Y si queremos entender el dicho verso mas espiritualmente y mas á propósito de lo que aquí se trata, es de saber que cuando un alma en el

camino espiritual ha llegado á tanto, que se ha perdido á todos los caminos y vias naturales de proceder en el trato con Dios, que ya no le busca por consideraciones ni formas ni sentimientos ni otros modos algunos de criaturas ni sentidos, sino que solamente, pasando sobre todo eso y sobre todo modo suyo y sobre toda manera, trata y goza á Dios en fe y amor, entonces se dice haberse de veras ganado á Dios, porque de veras se ha perdido á todo lo que no es Dios y á lo que ella es en sí.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Estando pues el alma ganada de esta manera, todo lo obra es ganancia, porque toda la fuerza de sus potencias está convertida en trato espiritual cón el Amado de muy sabroso amor interior; en el cual, las comunicaciones interiores que pasan entre Dios y el alma son de tan delicado y subido deleite, que no hay lengua mortal que lo pueda decir ni entendimiento humano que lo pueda entender; porque, así como la desposada en el dia de su desposorio no entiende en otra cosa sino en lo que es fiesta y deleite de amor, y en sacar todas sus joyas y gracias á luz para con ellas deleitar y agradar al esposo, y el esposo, ni mas ni menos, todas sus riquezas y excelencias le muestra para hacerle á ella fiesta y solaz; así, aquí en este espiritual desposorio, donde el alma siente de veras lo que la Esposa dice en los *Cantares*, es á saber: *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi;* Yo para mi amado, y mi amado para mí; las virtudes y gracias de la esposa alma, y las magnificencias y grandezas del Esposo, Hijo de Dios, salen á luz y se ponen en plato para que se celebren las bodas de este desposorio, comunicándose los bienes y deleites el uno al otro con vino de sabroso amor en el Espíritu Santo; para muestra de lo cual, hablando con el Esposo, dice el alma esta cancion:

CANCION XXX.

De flores y esmeraldas,
En las frescas mañanas escogidas,
Harémos las guirnaldas,
En tu amor floridas,
Y en un cabello mio entretejidas.

DECLARACION.

En esta cancion vuelve el alma esposa á hablar con el Esposo en comunicacion y recreacion de amor, y lo que en ella hace es tratar del solaz y deleite que el alma esposa y el Hijo de Dios tienen en la posesion de las riquezas de las virtudes y dones de entrambos, y el ejercicio de ellas que hay del uno al otro, gozándolas entre sí en comunicacion de amor; y por eso dice ella, hablando con él, que harán guirnaldas ricas de dones y virtudes adquiridas y ganadas en tiempo agradable y conveniente, hermoseadas y graciosas en el amor que tiene él á ella, y sustentadas y conservadas en el amor que ella le tiene á él; por eso llama á este gozar las virtudes hacer guirnaldas de ellas, porque todas juntas, como flores en guirnaldas, las gozan entrambos en el amor comun que el uno tiene al otro.

De flores y esmeraldas.

Las flores son las virtudes del alma, y las esmeraldas son los dones que tiene en Dios, pues de estas flores y esmeraldas,

En las frescas mañanas escogidas.

Es á saber, ganadas y adquiridas en las juventudes, que son las frescas mañanas de las edades; y dice *escogidas* porque las virtudes que se adquieren en este tiempo de juventud son escogidas y muy aceptas á Dios, por ser el tiempo que hay mas contradiccion de parte de los vicios para adquirirlas, y de parte del natural mas inclinacion y prontitud para perderlas; y tambien porque, comenzándolas á coger desde este tiempo de juventud, se adquieren mas perfectas; y llama á estas juventudes *frescas mañanas* porque, así como es agradable la frescura de la mañana en la primavera mas que las otras partes del dia, así lo es la virtud de la juventud delante de Dios; y aun puédense entender estas frescas mañanas por los actos de amor en que se adquieren las virtudes, los cuales son mas agradables á Dios que las frescas mañanas á los hijos de los hombres. Tambien se entiende aquí por las frescas mañanas las obras hechas en sequedad y dificultad de espíritu, las cuales son denotadas por el fresco de las mañanas del invierno; y estas obras hechas por Dios en sequedad de espíritu y dificultad, son muy preciadas de Dios, porque en ella grandemente se adquieren las virtudes y dones; y las que se adquieren de esta suerte y cón trabajo, por la mayor parte son mas escogidas y esmeradas y mas firmes que si se adquiriesen con el sabor y regalo del espíritu; porque la virtud en la sequedad y dificultad y trabajo echa raices, segun lo dijo san Pablo, diciendo: *Virtus in infirmitate perficitur;* esto es: La virtud en la flaqueza se hace perfecta. Y por tanto, para encarecer la excelencia de las virtudes de que se han de hacer las guirnaldas para el Amado, bien está dicho:

En las frescas mañanas escogidas.

Porque de solas estas flores y esmeraldas de virtudes y dones escogidas y perfectas, y no de las imperfectas, goza bien el Amado; y por eso dice aquí el alma esposa que de ellas para él

Harémos las guirnaldas.

Para cuya inteligencia es de saber que todas las virtudes y dones que el alma y Dios adquieren en ella son como una guirnalda de varias flores, con que está admirablemente hermoseada, así como de una vestidura de preciosa variedad. Y para mejor entenderlo, es de saber que, así como las flores materiales se van cogiendo y componiendo con ellas la guirnalda que de ellas se hace, de la misma manera, así como las flores espirituales de virtudes y dones se van adquiriendo, se van

asentando en el alma, y acabadas de adquirir, está ya la guirnalda de perfeccion acabada de hacer en el alma, donde ella y el Esposo se deleitan hermoseados y adornados con esta guirnalda, bien así como en estado de perfeccion. Estas son las guirnaldas que dice han de hacer, que es ceñirse y cercarse de variedad de flores y esmeraldas de virtudes y dones perfectos, para parecer dignamente con este precioso y hermoso adorno delante de la cara del Rey, y merezca la iguale consigo, poniéndola como reina á su lado, pues ella lo merece con la hermosura de su variedad. De donde, hablando David con Cristo en este caso, dice : *Astitit Regina à dextris tuis in vestitu deaurato; circumdata varietate;* que quiere decir : Estuvo la Reina á tu diestra en vestidura de oro, cercada de variedad; que es tanto como decir : Estuvo á tu diestra vestida de perfecto amor y cercada de variedad de dones y virtudes perfectas. Y no dice haré yo ni harás tú á solas las guirnaldas, sino ambos juntos; porque las virtudes no las puede obrar el alma ni alcanzarlas á solas sin ayuda de Dios, ni tampoco las obra Dios á solas en el alma sin ella; porque, aunque es verdad que todo dado bueno y todo don perfecto sea de arriba descendido del Padre de las lumbres, como dice Santiago : *Omne datum optimum, et omne donum perfectum, desursum est; descendens à Patre luminum;* todavía eso mismo no se recibe sin la habilidad y ayuda del alma que la recibe. De donde, hablando la Esposa en los *Cantares* con el Esposo, dijo : *Trahe me post te curremus;* Tráeme después de tí, correrémos. De manera que el movimiento para el bien, de Dios ha de venir solamente, segun aquí da á entender; mas el correr, que es el obrar, Dios y el alma juntamente; y por eso no dice que él solo ni ella correrian, sino ambos correrémos.

Este versillo se entiende harto propiamente de la Iglesia y de Cristo, en el cual la Iglesia, esposa suya, habla con él, diciendo : «Harémos las guirnaldas.» Entendiendo por ellas todas las almas santas engendradas por Cristo en la Iglesia, que cada una de ellas es como una guirnalda arreada de flores de virtudes y de dones, y todas ellas juntas son una guirnalda para la cabeza del Esposo, Cristo. Tambien se puede entender por las hermosas guirnaldas las que por otro nombre se llaman laureolas, hechas tambien en Cristo y la Iglesia, las cuales son en tres maneras : la primera de hermosura y blancas flores de todas las vírgines, cada una con su laureola de virginidad, y todas ellas juntas serán una laureola para poner en la cabeza del Esposo, Cristo; la segunda laureola de las resplandecientes flores de los santos doctores, cada uno con su laureola de doctor, y todas juntas serán una laureola para sobreponer en la de las vírgines en la cabeza de Cristo; la tercera de los encarnados claveles de los mártires, cada uno tambien con su laureola de mártir, y todos ellos juntos serán una laureola para remate de la del Esposo, Cristo. Con las cuales tres guirnaldas estará él tan hermoseado y tan gracioso de ver, que se dirá en el cielo aquello que dice la Esposa en los *Cantares*, y es : *Egredimini, et videte filiae Sion regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum Mater sua in die desponsationis illius, et in die laetitiae cordis ejus;* Salid, hijas de Sion, y mirad al rey Salomon con la corona con que le coronó su madre en el dia de su desposorio y en el dia de la alegría de su corazon. Harémos pues, dice, estas guirnaldas.

En tu amor floridas.

La flor que tienen las obras y virtudes es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin el cual, no solamente no estarán floridas, pero todas ellas serian secas y sin valor delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas; pero, porque él da su gracia y amor, son las obras floridas en su amor.

Y en un cabello mio entretejidas.

Este cabello suyo es la voluntad de ella y el amor que tiene al Amado, el cual amor tiene y hace el oficio que el hilo en la guirnalda; porque, así como en ella enlaza y ase las flores, así el amor del alma enlaza y ase las virtudes en ella, y allí las sustenta; porque, como dice san Pablo, es la caridad el vínculo y atadura de la perfeccion. De manera que en este amor del alma están las virtudes y dones sobrenaturales tan necesariamente asidos, que si se quebrase, faltando á Dios, luego se desatarian todas las virtudes y faltarian del alma, así como quebrando el hilo de la guirnalda se caerian las flores. De manera que no basta que Dios nos tenga amor para darnos virtudes, sino que tambien nosotros se le tengamos á él para recibirlas y conservarlas. Dice un cabello solo, y no muchos, para dar á entender que ya su voluntad está sola en él, desasida de todos los demás cabellos, que son los extraños y ajenos amores; en lo cual encarece bien el valor y precío de estas guirnaldas de virtudes, porque cuando el amor está único y sólido en Dios, cual aquí ella dice, tambien las virtudes están perfectas y acabadas y florecidas mucho en el amor de Dios, porque entonces es el amor que él tiene al alma inestimable, segun el alma tambien lo siente.

Pero si yo quisiese, para entender la hermosura del entretejimiento que tienen estas flores de virtudes y esmeraldas entre sí, ó decir algo de la fortaleza y majestad que el órden y compostura de ellas ponen en el alma, y del primor y gracia con que la atavía esta vestidura de variedad, no hallaria palabras ni términos con que darlo á entender. Porque si del demonio dice Dios en el *Libro de Job* : *Corpus illius quasi scuta fusilia, compactum squamis se praementibus, una uni conjungitur, et nec spiraculum quidem incendit per eas;* esto es : Su cuerpo es como escudos de metal colado, guarnecido con escamas tan apretadas entre sí, que de tal manera se junta una á otra, que no puede entrar el aire por ellas. Pues si el demonio tiene tanta fortaleza entre sí por estar vestido de malicias asidas y ordenadas unas de otras, las cuales son de notar por las escamas de su cuerpo, que se dice ser como escudos de metal colado, siendo todas las malicias en sí flaque-

za, ¿cuánta será la fortaleza de esta alma vestida toda de fuertes virtudes, tan asidas y entretejidas entre sí, que no puede caber entre ellas fealdad ninguna ni imperfeccion, añadiendo cada una con su fortaleza fortaleza al alma, y con su hermosura hermosura al alma, y con su valor y precio haciéndola rica, y con su majestad añadiéndole señorío y grandeza? ¡Cuán maravillosa pues será á la vista espiritual esta alma esposa en la apostura de estos dones á la diestra del Rey, su esposo! Hermosos son tus pasos en los calzados, hija del Príncipe, dice el Esposo de ella en los *Cantares* : *Quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia Principis!* Dícele hija del Príncipe, para denotar el principado que aquí tiene; y cuando la llama hermosa en el calzado, ¡cuál será en el vestido! Y porque no solo admira la hermosura que ella tiene con la vestidura de estas flores, sino que tambien espanta la fortaleza y poder que con la compostura y órden de ellas juntó con la interposicion de las esmeraldas que de inumerables dones tiene, dice tambien de ella el Esposo en los *Cantares* : *Terribilis ut castrorum acies ordinata;* esto es : Terrible eres, ordenada como las huestes de los reales. Porque estas virtudes y dones de Dios, así como con su olor espiritual recrean, así tambien, cuando están unidas en el alma con su sustancia, dan fuerza. Que por eso, cuando la Esposa estaba flaca y enferma de amor, en los *Cantares*, por no haber llegado á unir y entretejer estas flores y esmeraldas en el cabello de su amor, deseando ella fortalecerse con la dicha union y junta de ellas, la pedia por estas palabras, diciendo : *Fulcite me floribus, stipate me malis : quia amore langueo ;* esto es : Fortalecedme con flores y aprostadme con manzanas, porque estoy desflaquecida de amor. Entendiendó por las flores las virtudes, y por las manzanas los demás dones.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Creo que está dando á entender cómo, por el entretejimiento de estas guirnaldas y asiento de ellas en el alma, quiere dar á entender en esta cancion pasada la Esposa la divina union de amor que hay entre Dios y ella en este estado, pues el Esposo en las flores es la flor del campo y el lirio de los valles, como él dice : *Ego flos campi, et lilium convallium.* Y el cabello del amor del alma es, como habemos dicho, el que ase y une con ella esta flor de las flores; pues, como dice el Apóstol, el amor se ha de tener sobre todas las cosas, porque es la atadura de la perfeccion, la cual es la union con Dios, y el alma el hacecico donde se asientan estas guirnaldas; pues ella es el sugeto de esta gloria, no pareciendo el alma ya lo que antes era, sino la misma flor perfecta con la perfeccion y hermosura de todas las flores; porque, con tanta fuerza los ase á Dios y al alma este hilo de amor, y los junta, que los transforma y hace uno por amor. De manera que, aunque en sustancia son diferentes, en gloria y parecer el almà parece Dios, y Dios el alma. Tal es esta junta admirable sobre todo lo que se puede decir; y de ella se da algo á entender por lo que dice en la Escritura, en el primer libro de los *Reyes*, del amor que Jonatás tenia á David, que era tan estrecho, que conglutinó el alma del uno con el otro : *Anima Jonatae conglutinata est animae David.* Pues si el amor de un hombre para con otro fué tan fuerte, que pudo conglutinar las almas, ¿que será la conglutinacion que hará del alma con su Esposo, Dios, el amor que el alma tiene al mismo Dios, siendo Dios aquí el principal amante, que con la omnipotencia de su abismal amor absorbe al alma en sí con mas eficacia y fuerza que un torrente de fuego á una gota del rocío de la mañana, que suele volar resuelta en el aire? De donde, en el cabello que tal obra de juntura hace, sin duda conviene que sea muy fuerte y sútil, pues con tanta fuerza penetra las partes que ase; y por eso el alma declara en la cancion siguiente las propiedades de este hermoso cabello, diciendo :

CANCION XXXI.

En solo aquel cabello,
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

DECLARACION.

Tres cosas quiere decir el alma en esta cancion. La primera es dar á entender que aquel amor en que están asidas las virtudes no es otro sino solo el amor fuerte; porque á la verdad él ha de ser tal para conservarlas. La segunda, dice que Dios se prendó mucho de este su cabello de amor, viéndolo solo y fuerte. La tercera, dice que estrechamente se enamoró Dios de ella, viendo la pureza y entereza de su fe.

En solo aquel cabello,
Que en mi cuello volar consideraste.

El cuello significa la fortaleza, en la cual dice que volaba el cabello del amor, en que están entretejidas las virtudes, que es amor en fortaleza; porque no basta que sea solo para conservar las virtudes, sino que tambien sea fuerte, para que ningun vicio contrario le pueda quebrar por ningun lado de la perfeccion de la guirnalda, porque por tal órden están asidas en este cabello del amor del alma las virtudes, que si en alguna quebrase, luego, como habemos dicho, faltarian todas; porque las virtudes, así como donde está una están todas, así tambien donde una falta faltan todas. Dice que volaba en el cuello, porque en la fortaleza del alma vuela este amor de Dios con gran fortaleza y ligereza, sin detenerse en cosa alguna; y así como en el cuello el aire menea y hace volar el cabello, así tambien el aire del Espíritu Santo mueve y altera el amor fuerte para que haga vuelos á Dios, porque sin este divino viento, que mueve las potencias á ejercicio de amor divino, no obran ni hacen sus efectos las virtudes, aunque las haya en el alma; y en lo que dice que el Amado consideró en el cuello volar este cabello, da á entender cuánto ama Dios al amor fuerte; porque considerar, es mirar muy particularmente con atencion y estimacion de aquello

que se mira, y el amor fuerte hace mucho á Dios volver los ojos á mirarle.

Mirástele en mi cuello.

Lo cual dice, para dar á entender el alma que, no solo preció y estimó Dios este amor viéndole solo, sino que tambien le amó viéndole fuerte; porque mirar Dios es amar, así como el considerar Dios es, como habemos dicho, estimar lo que considera; y vuelve á repetir en este verso el cuello, diciendo del cabello: «Mirástele en mi cuello;» porque, como está dicho, es esta la causa por que le amó mucho, es á saber, verle en fortaleza; y así, es como si dijera: Amástele, viéndole fuerte sin pusilanimidad ni temor, y solo sin otro amor, y volar con ligereza y fervor. Hasta aquí no habia Dios mirado este cabello para prenderse de él, porque no le habia visto solo y desasido de los demás cabellos, esto es, de otros amores, aficiones y gustos, con los cuales no volaba solo en el cuello de la fortaleza; mas, después que por las mortificaciones y trabajos y tentaciones y penitencia se vino á desasir y á hacer fuerte, de manera que ni por cualquier fuerza ni ocasion quiebra, entonces ya le mira Dios, y prende y ase en él las flores de estas guirnaldas, pues tiene fortaleza para tenerlas asidas en el alma. Mas cuáles y cómo sean estas tentaciones y trabajos, y hasta dónde llegan al alma para poder venir á esta fortaleza de amor, en que Dios se une con el alma, se ha hecho en la noche escura, y en la declaracion de las cuatro canciones que comienzan: «¡Oh llama de amor viva!» se dice algo de ello; por lo cual, habiendo pasado esta alma, ha llegado á tal grado de amor de Dios, que ha merecido ya la divina union; y así, dice luego:

Y en él preso quedaste.

¡Oh cosa digna de toda estimacion y gozo, quedar Dios preso en un cabello! La causa de esta prision tan preciosa es el haber Dios querido pararse á mirar el vuelo del cabello en el cuello, como dicen los versos precedentes; porque, como habemos dicho, el mirar de Dios es amar; porque si él por su gracia y misericordia no nos mirara y amara primero, como dice san Juan, y se abajara, ninguna presa hiciera en él el vuelo del cabello de nuestro bajo amor, porque no tenia él tan bajo vuelo que llegase á prender nuestro amor á esta divina ave de las alturas, y provocarla á mirarnos, y provocar y levantar el vuelo de nuestro amor, dándole valor y fuerza para ella si él no mirara; pero él mismo se prendó en el vuelo del cabello, esto es, él mismo se pagó y se agradó; por lo cual se prendó; y eso quiere decir «mirástele en mi cuello, y en él preso quedaste». Porque cosa muy creible es que el ave de bajo vuelo pueda prender al águila real muy subida, si ella se viene á lo bajo, queriendo ser presa. Y síguese:

Y en uno de mis ojos te llagaste.

Entiéndese aquí por el ojo la fe; y dice uno solo, y que en él se llagó, porque si la fe y fidelidad del alma para con Dios no fuese sola, sino mezclada con otro algun respecto ó cumplimiento, no llegaria á efecto de llagar á Dios de amor; y así, solo un ojo ha de ser en que se llaga, así como un solo cabello en que se prenda el Amado. Y es tan estrecho el amor con que el Esposo se prenda de la esposa en esta fidelidad única, que ve en ella, que si en el cabello de su amor se prenda, en el ojo de la fe aprieta con estrecho nudo la prision, que le hace llaga de amor por la gran ternura del afecto con que está aficionado á ella; lo cual es entrarla mas en su amor.

Esto mismo del cabello y del ojo dice el Esposo en los *Cantares* á su esposa: *Vulnerasti cor meum soror mea sponsa, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui;* Llagaste mi corazon, hermana y esposa mia; llagaste mi corazon en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello. En lo cual dos veces repite haberle llagado el corazon, es á saber, en el ojo y en el cabello, y por eso el alma hace relacion en esta cancion del ojo y del cabello, porque en ello denota la union que tiene con Dios, segun el entendimiento y segun la voluntad; porque á la fe, significada por el ojo, se sujeta el entendimiento y la voluntad por amor. De la cual union se gloria aquí el alma, y regracia esta merced á su Esposo, como recibida de su mano, estimando en mucho haberse querido pagar y prendar de su amor; en lo cual se podria considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal prisionero, pues tanto tiempo habia que lo era ella de él, andando de él enamorada.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Grande es el poder y la porfía del amor, pues al mismo Dios prenda y liga; dichosa el alma que ama, pues tiene á Dios por prisionero, rendido á todo lo que ella quisiere; porque tiene tal condicion, que, si le llevan por amor y por bien, le harán hacer cuanto quisieren, y si de otra manera, no hay hablarle ni poder con él, aunque hagan extremos; pero por amor en un cabello le ligarán. Lo cual conociendo el alma, y que muy fuera de sus méritos le ha hecho tan grandes mercedes de levantarla á tan alto amor con tan ricas prendas de dones y virtudes, se lo atribuye todo á él en la cancion siguiente.

CANCION XXXII.

Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimian;
Por eso me adamabas,
Y en eso merecian
Los mios adorar lo que en tí vian.

DECLARACION.

Es propiedad del amor perfecto no querer admitir ni tomar nada para sí, ni atribuirse á sí nada, sino todo al Amado; que esto aun en los amores bajos lo hay, cuanto mas en el de Dios, donde tanto obliga la razon. Y por tanto, porque en las dos canciones pasadas parece se atribuia á sí alguna cosa la esposa, tal como decir



que ella juntamente con el Esposo haria las guirnaldas tejidas con el cabello de ella, lo cual es obra no de poco momento y estima, y después decir y gloriarse que el Esposo se hàbia prendado en su cabello y llagado en su ojo, en lo cual parece tambien atribuirse á sí misma gran merecimiento, quiere ahora en la presente cancion declarar su intencion y deshacer el engaño que en esto se puede entender, con cuidado y temor no se le atribuya á ella algun valor y merecimiento, y por eso se le atribuya á Dios menos de lo que se le debe y ella desea, atribuyéndolo todo á él; y regraciándoselo juntamente, le dice que la causa de prenderse él del cabello de su amor y llagarse del ojo de su fe fué por haberle hecho él la merced de mirarla con amor, con que la hizo graciosa y agradable á sí mismo; y que por esa gracia y valor que de él recibió, mereció su amor y tener valor ella en sí para adorar agradablemente á su Amado y hacer obras dignas de su gracia y amor; y así, dice:

Cuando tú me mirabas.

Es á saber, con afecto de amor; porque ya dijimos que aquí el mirar de Dios es amar.

Su gracia en mí tus ojos imprimian.

Por los ojos del Esposo entiende aquí su divinidad misericordiosa; la cual, inclinándose al alma con misericordia, imprime é infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto, que la hace consorte de la misma Divinidad; y dice el alma, viendo la dignidad y alteza en que Dios la ha puesto:

Por eso me adamabas.

Adamar es amar mucho, es mas que amar simplemente, es como amar duplicadamente, esto es, por dos títulos ó causas; y así, en este verso da á entender el alma los dos motivos y causas del amor que el Esposo le tiene, por los cuales, no solo la amaba, prendado en su cabello, mas que la adamaba, llagado en su ojo. La causa por que la adamó de esta manera tan estrecha, dice ella en este verso que era porque él quiso con mirarla darle gracia para agradarse de ella, dándole el amor de su cabello, informando con su caridad la fe de su ojo; y así, dice: «Por eso me adamabas.» Porque poner Dios en el alma su gracia es hacerla digna y capaz de su amor; y así, es tanto como decir: porque habias puesto en mí tu gracia, que eran prendas dignas de tu amor, por eso me adamabas, esto es, por eso me dabas mas gracia. Que es lo que dice san Juan: *Dat gratiam pro gratia;* que quiere decir, da gracia por la gracia que ha dado, que es dar mas gracia; porque sin gracia no se puede merecer su gracia.

Es de notar, para inteligencia de esto, que Dios, así como no ama cosa fuera de sí, así ninguna cosa ama mas altamente que á sí, porque todo lo ama por sí; y así, el amor tiene la razon del fin, de donde no ama las cosas por lo que ellas son en sí. Por tanto, amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo; y así, ama al alma en sí consigo con el mismo amor que él se ama; y por eso en cada obra, por cuanto la hace en Dios, merece el alma el amor de Dios; porque, puesta en esta gracia y alteza, en cada obra merece al mismo Dios. Y por eso dice luego:

Y en eso merecian.

Es á saber, en este favor y gracia que los ojos de tu misericordia me hicieron cuando me mirabas, haciéndome agradable á tus ojos y digna de ser vista de tí, merecieron

Los mios adorar lo que en ti vian.

Que es como decir, las potencias de mi alma, Esposo mio, que son los ojos con que de mí puedes ser visto, merecieron levantarse á mirarte, las cuales antes con la miseria de su baja operacion y caudal natural estaban caidas y bajas; porque poder mirar el alma á Dios es hacer obras en gracia de Dios; y así, merecian las potencias del alma en el adorar, porque adoraban en gracia de su Dios, en la cual toda operacion es meritoria. Adoraban pues alumbrados y levantados con su gracia y favor lo que en él ya veian, lo cual antes por su ceguera y bajeza no veian. ¿Qué era pues lo que ya veian? Era grandeza de virtudes, abundancia de suavidad, bondad inmensa, amor y misericordia en Dios, y beneficios inumerables que de él habia recibido, así en este estado tan allegado á Dios como cuando no lo estaba; todo esto merecian adorar ya con merécimiento los ojos del alma, porque estaban ya graciosos y agradables al Esposo; lo cual antes, no solo no merecian adorar ni ver, pero ni aun considerar de Dios algo; porque es grande la rudeza y ceguera del alma que está sin su gracia.

Mucho hay aquí que notar y mucho de que se doler, ver cuán fuera está de hacer lo que es obligada el alma que no está ilustrada con el amor de Dios; porque, estando ella obligada á conocer estas y otras cosas é innumerables mercedes, así temporales como espirituales, que de él ha recibido y á cada paso recibe, y adorar y servir con todas sus potencias á Dios por ellas sin cesar, no solo no lo hace, mas aun ni mirarlo y conocerlo merece, ni cae en la cuenta de ello; que hasta aquí llega la miseria de los que viven, ó por mejor decir, que están muertos en pecado.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE

Para mas inteligencia de lo dicho y de lo que se sigue, es de saber que la mirada de Dios hace cuatro bienes en el alma, que son limpiarla, agraciarla, enriquecerla y alumbrarla; así como el sol cuando envia sus rayos, que enjuga, calienta, hermosea y resplandece. Y después que Dios pone en el alma estos tres bienes postreros, por cuanto por ellos le es el alma muy agradable, nunca mas se acuerda de la fealdad y pecado que antes tenia, segun lo dice por Ecequiel: *Omnium iniquitatum ejus, quas operatus est, non recordabor.* Y así, habiéndole quitado una vez el pecado y fealdad, nunca mas le da en cara con ello, ni por eso le deja de

hacer mas mercedes; porque él no juzga dos veces una cosa: *Non vindicavit bis in idipsum in tribulatione.* Pero, aunque Dios se olvida de la maldad y pecado después de perdonado una vez, no por eso le conviene olvidar sus pecados primeros al alma, pues dice el Sabio: *De propiciato peccato, noli esse sine metu;* Del pecado perdonado no quieras estar sin miedo; y esto por tres cosas: la primera, para tener siempre ocasion de no presumir; la segunda, para tener materia de siempre agradecer; la tercera, para que le sirva de mas confiar para mas recibir; porque, si estando en pecado recibió de Dios tanto bien, cuando está puesta en tanto bien en amor de Dios y fuera de pecado, ¿cuánto mayores mercedes podrá esperar?

Acordándose pues el alma aquí de todas estas misericordias recibidas, y viéndose puesta junto al Esposo con tánta dignidad, gózase grandemente con deleite y agradecimiento y amor, ayudándole mucho para esto la memoria de aquel su primer estado tan bajo y tan feo, que, no solo no merecia ni estaba para que la mirara Dios, mas ni aun para que tomara en su boca su nombre, segun lo dice por su profeta David: *Nec memor ero nominum eorum per labia mea.* De donde, viendo que de su parte ninguna razon hay, ni la puede haber, para que Dios la mirase y engrandeciese, sino solo de parte de Dios, que es su bella gracia y la mera voluntad suya, atribuyéndose á sí su miseria, y al Amado todos los bienes que posee; viendo que por ellos ya merece lo que no merecia, toma ánimo y osadía para pedir continuacion de la divina union espiritual, en la cual le vaya multiplicando las mercedes de todo lo que ella da á entender en la cancion siguiente.

CANCION XXXIII.

No quieras despreciarme;
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

DECLARACION.

Animándose ya la esposa, y preciándose á sí misma en las prendas y precio que de su Amado tiene, viendo que por ser cosas de él, aunque ella de suyo sea de bajo precio y no merezca alguna estima, á lo menos por ellas la merece, atrévese á su Amado y dícele que ya no la quiera tener en poco ni despreciarla; porque, si antes merecia esto por la fealdad de su culpa y bajeza de su naturaleza, ya después que él la miró la primera vez, en que la arreó con su gracia y la vistió con su hermosura, que bien la puede ya mirar la segunda y mas veces, augmentándole la gracia y hermosura, pues hay ya razon y causa bastante para ello en haberla mirado cuando no lo merecia ni tenia partes para ello.

No quieras despreciarme.

No dice esto por querer el alma ser tenida en algo, porque antes los desprecios y vituperios son de grande estima y gozo para el alma que de veras ama á Dios, y porque ve que de su cosecha no merece otra cosa; sino por la gracia y dones que tiene de Dios, segun ella va dando á entender, diciendo:

Que si color moreno en mí hallaste.

Es á saber, que antes que me miraras graciosamente, hallaste en mí fealdad y negrura de culpas é imperfecciones y bajeza de condicion natural:

Ya bien puedes mirarme,
Después que me miraste.

Después que me miraste, quitando de mí este color moreno y desgraciado de culpa, con que no estaba de ver, en que me diste la primera vez gracia, ya bien puedes mirarme; esto es, ya bien puedo yo y merezco ser vista, recibiendo mas gracias de tus ojos; pues con ellos, no solo la primera vez me quitaste el color moreno, pero tambien me hiciste digna de ser vista, pues con tu vista de amor

Gracia y hermosura en mí dejaste.

Lo que ha dicho el alma en los dos versos antecedentes es para dar á entender lo que dice san Juan en el Evangelio; es á saber, que Dios da gracia por gracia; porque cuando ve al alma graciosa en sus ojos, se mueve mucho á hacerle mas gracia, por cuanto mora en ella bien agradado. Lo cual conociendo Moisés, pidió á Dios mas gracia, queriéndolo obligar por la que ya de él tenia, diciéndole: *Cum dixeris novi te ex nomine, et invenisti gratiam coram me. Si ergo inveni gratiam in conspectu tuo, ostende mihi faciem tuam. Ut sciam te, et inveniam gratiam ante oculos tuos;* esto es: Tú dices que me conoces de nombre y que he hallado gracia delante de tu presencia; muéstrame tu cara para que te conozca y halle gracia delante de tus ojos. Y porque con esta gracia está el alma delante de Dios engrandecida, honrada y hermoseada, como habemos dicho, por eso es amada de él inefablemente. De manera que, si antes que estuviese en su gracia por sí solo la amaba, ahora que ya está en su gracia, no solo la ama por sí, sino tambien por ella; y así, enamorado él de su hermosura, mediante los afectos y obras de ella, ahora que no está sin ellos, siempre le va él comunicando mas amor y gracias; y como la va honrando y engrandeciendo mas, siempre se va mas prendando y enamorando de ella; porque así lo da á entender Dios, hablando con su amigo Jacob por Isaías, diciendo: *Ex quo honorabilis factus est in oculis meis, et gloriosus: ego dilexi te;* esto es: Después que en mis ojos eres hecho honrado y glorioso, yo te he amado. Lo cual es tanto como decir: Después que mis ojos te dieron gracia con su vista, por lo cual te hiciste glorioso y digno de honra en mi presencia, has merecido mas gracia de mercedes mias; porque amar Dios mas, es hacer mas mercedes. Esto mismo da á entender la Esposa en los *Cantares*, diciendo á las otras almas: *Nigra sum, sed formosa, filiae Jerusalem;* y añade la Iglesia en su nombre: *Ideo dilexit me Rex, et introduxit me in cubiculum suum;* Mo-

rena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalen; por tanto me ha amado el Rey y entrádome en lo interior de su lecho. Lo cual es decir: Almas que no sabeis ni conoceis de estas mercedes, no os maravilleis porque el Rey celestial me las haya hecho á mí tan grandes, que haya llegado á meterme en lo interior de su amor; porque, aunque soy morena de mio, puso él tanto en mí sus ojos después de haberme mirado la primera vez, que no se contentó hasta desposarme consigo y llamarme hasta el interior lecho de su amor.

¿Quién podrá decir adónde llega lo que Dios engrandece un alma cuando da en agradarse de ella? No hay poderlo decir ni aun imaginar; porque al fin lo hace como Dios, para mostrar que él es. Solo se puede dar algo á entender la condicion que Dios tiene de ir dando mas á quien mas tiene, y lo que le va dando es multiplicadamente segun la proporcion de lo que antes el alma tiene; como el Evangelio lo da á entender, diciendo: *Qui enim habet dabitur ei, et abundabit: qui autem non habet, et quod habet auferetur ab eo;* esto es: A cualquiera que tuviere, se le dará mas, hasta que llegue á abundar, y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Y así, el dinero que tenia el siervo no en gracia de su señor, le fué quitado, y dado al que tenia mas dineros, para que todos juntos los tuviese en gracia de su señor; de donde, los mejores y principales bienes de su casa, esto es, de su Iglesia, así militante como triunfante, acumula Dios en el que es mas amigo suyo, y le ordena para mas honrarle y glorificarle; así como una luz grande absorbe en sí muchas luces pequeñas; como tambien lo dió Dios á entender en la sobredicha autoridad de Isaías, segun el sentido espiritual, hablando con Jacob, diciendo: *Ego Dominus Deus tuus, Sanctus Israel, et Salvator tuus, dedi propiciationem tuam Aegiptum, Aetiopiam, et Saba pro te... et dabo homines pro te, et Populos pro anima tua;* esto es: Yo soy tu Señor, Dios santo de Israel, tu Salvador; á Egipto he dado por tu propiciacion á Etiopia y Saba por tí, y daré hombres por tí y pueblos por tu alma.

Bien puedes ya, Dios, mirar y preciar mucho al alma que miras, pues con tu vista pones en ella precio y prendas de que tú te precias y prendas; y por eso, no ya una vez sola, sino muchas, merece que la mires después que la miraste; pues, como se dice en el libro de *Ester* por el Espíritu Santo: Digno es de tal honra á quien quiere honrar el Rey; *Hoc honore condignus est, quemcumque Rex voluerit honorare.*

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Los amigables regalos que el Esposo hace al alma en este estado son inestimables, y las alabanzas y requiebros de divino amor que con gran frecuencia pasan entre los dos son inefables. Ella se emplea en alabarlo y regraciarlo á él, y él en engrandecerla y alabarla y regraciarla á ella, segun es de ver en los *Cantares*, donde, hablando él con ella, dice: *Ecce tu pulchra es amica mea, ecce tu pulchra es, oculi tui columbarum.. Ecce tu pulcher es dilecte mi, et decorus;* esto es: Cata que eres hermosa, amiga mia; cata que eres hermosa y tus ojos son de paloma. Y ella responde y dice: Cata que eres hermoso, Amado mio, y bello, y otras muchas gracias y alabanzas que el uno al otro se dicen en los *Cantares;* y así, ella en la cancion pasada acaba de despreciarse á sí, llamándose morena y fea, y de alabarlo á él de hermoso y gracioso, pues con su mirada le dió gracia y hermosura. Y él, porque tiene de costumbre de ensalzar al que se humilla, poniendo en ella sus ojos, como ella se lo ha pedido en la cancion que se sigue, se emplea en alabarla, llamándola, no morena, como ella se llama, sino blanca paloma, alabándola de las buenas propiedades que tiene como paloma y tórtola; y así, dice:

CANCION XXXIV.

La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.

DECLARACION.

El Esposo es el que habla en esta cancion, cantando la pureza que ella tiene ya en este estado, y las riquezas y premio que ha conseguido por haberse dispuesto y trabajado por venir á él. Y tambien canta la buena dicha que ha tenido en hallar á su Esposo en esta union, y da á entender el cumplimiento de los deseos suyos y deleite y refrigerio que en él posee, acabados ya los trabajos de la vida y tiempo pasado. Y así, dice:

La blanca palomica.

Llama al alma blanca palomica, por la blancura y limpieza que ha recibido de la gracia que ha hallado en Dios. Y llámala paloma, porque así la llama en los *Cantares*, para denotar la sencillez y mansedumbre de condicion y amorosa contemplacion que tiene; porque la paloma, no solo es sencilla y mansa sin hiel, mas tambien tiene los ojos claros y amorosos; y por eso, para denotar el Esposo en ella esta propiedad de contemplacion amorosa con que mira á Dios, dijo allí tambien que tenia los ojos de paloma, á la cual le dice aquí que

Al arca con el ramo se ha tornado.

Aquí compara al alma el Esposo á la paloma del arca de Noé, tomando por figura aquel ir y venir de la paloma al arca, de lo que al alma en este caso le ha acaecido; porque, así como la paloma iba y venia al arca porque no hallaba donde descansar su pié entre las aguas del diluvio, hasta que después se volvió á ella con un ramo de oliva en el pico, en señal de la misericordia de Dios en la cesacion de las aguas que tenian anegada la tierra; así esta alma, que salió de la arca de la omnipotencia de Dios cuando la crió, habiendo andado por las aguas del diluvio de los pecados y de las imperfecciones, no hallando donde descansase su apetito, andaba yendo y viniendo por los aires de las ansias de amor al arca del pecho de su Criador, sin que de hecho

la acabase de recoger en él, hasta que ya, habiendo Dios hecho cesar las dichas aguas de imperfecciones sobre la tierra de su alma, ha vuelto con el ramo de oliva, que es la victoria que por la clemencia y misericordia de Dios tiene de todas las cosas, á este dichoso y acabado recogimiento del pecho de su Amado, no solo con victoria de todos sus contrarios, sino con premio de sus merecimientos; porque lo uno y lo otro es denotado por el ramo de oliva. Y así, la palomica del alma, no solo vuelve ahora al arca de su Dios blanca y limpia, como salió de ella cuando la crió, mas aun con aumento del ramo del premio y paz conseguida en la victoria de sí misma.

Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.

Tambien llama aquí el Esposo al alma tortolica; porque en este caso de buscar al Esposo, ha sido como la tortolica cuando no halla al consorte que desea. Para cuya inteligencia es de saber lo que de la tortolica se dice, que cuando no halla á su consorte, ni se asienta en ramo verde, ni bebe el agua clara ni fria, ni se pone debajo de la sombra, ni se junta con otra compañía; pero en juntándose con él ya goza de todo esto. Todas estas propiedades tiene el alma, y es necesario que las tenga para haber de llegar á esta union y junta de su Esposo; porque, con tanto amor y solicitud le conviene andar, que no siente el pié del apetito en ramo verde de algun deleite, ni quiera beber el agua clara de alguna honra y gloria del mundo, ni la quiera gustar fria de algun refrigerio ó consuelo temporal, ni se quiera poner debajo de la sombra de algun favor y amparo de criaturas; no queriendo reposar nada en nada, ni acompañarse de otras aficiones, gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta hallar á su Esposo con cumplida satisfaccion.

Y porque esta tal alma, antes que llegase á este estado, anduvo con grande amor buscando á su Amado, no se satisfaciendo de cosa sin él, canta aquí el mismo Esposo el fin de sus fatigas y el cumplimiento de los deseos de ella, diciendo que ya la «tortolica ha hallado en las riberas verdes al socio deseado», que es tanto como decir: Ya el alma esposa se sienta en ramo verde, deleitándose en su Amado; y ya bebe el agua clara de muy alta contemplacion y sabiduría de Dios, y fria del refrigerio y regalo que tiene en Dios; y tambien se pone debajo de la sombra de su amparo y favor, que tanto ella habia deseado; donde es consolada y apacentada, y refeccionada sabrosa y divinamente; segun ella de ello se alegra en los *Cantares*, diciendo: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo;* esto es: Debajo de la sombra de aquel que habia deseado me asenté, y su fruto es dulce á mi garganta.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Va prosiguiendo el Esposo dando á entender el contento que tiene del bien que ha conseguido la esposa por medio de la soledad en que antes quiso vivir, que es una estabilidad de paz y bien inmutable; porque, cuando el alma llega á confirmarse en la quietud del único y solitario amor del Esposo, como ha hecho esta de quien hablamos aquí, hace tan sabroso asiento de amor en Dios, y Dios en ella, que no tiene necesidad de otro medio ni maestros que la encaminen á Dios, porque es ya Dios su guia y luz; cumpliendo en ella lo que prometió por Oséas, diciendo: *Ducam eam in solitudinem: et loquar ad cor ejus;* esto es: Yo la llevaré á la soledad, y allí hablaré á su corazon. En lo cual da á entender que en la soledad se comunica y une en el alma, porque hablarle al corazon es satisfacerle el corazon, el cual no se satisface con menos que Dios; y así, dice el Esposo:

CANCION XXXV.

En soledad vivia,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guia
A solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido.

DECLARACION.

Dos cosas hace en esta cancion el Esposo: la primera, alabar la soledad en que antes el alma quiso vivir, diciendo cómo fué medio para en ella hallar y gozar á su Amado á solas de todas las penas y fatigas que antes tenia; porque, como ella se quiso sustentar en soledad de todo gusto y consuelo y arrimo de las criaturas por llegar á la compañía y junta de su Amado, mereció hallar la posesion de la paz de la soledad en su Amado, en que reposa ajena y sola de todas las dichas molestias. La segunda es, decir que, por cuanto ella se ha querido quedar á solas de todas las cosas criadas por su Querido, él mismo, enamorado de ella por esta su soledad, se ha hecho cuidado de ella, recibiéndola en sus brazos, apacentándola en sí de todos los bienes, guiando su espíritu á las cosas altas de Dios; y no solo dice que él es ya su guia, sino que á solas lo hace sin otros medios, ni de ángeles ni de hombres, ni de formas ni de figuras; por cuanto ella, por medio de esta soledad, tiene ya verdadera libertad de espíritu y no se ata á ninguno de estos medios.

En soledad vivia.

La dicha tortolica, que es el alma, vivia en soledad antes que hallase al Amado en este estado de union; porque el alma que desea á Dios, la compañía de ninguna cosa le hace consuelo; antes, hasta hallarle, todo le hace y causa mas soledad.

Y en soledad ha puesto ya su nido.

La soledad en que antes vivia era querer carecer por su Esposo de todas las cosas y bienes del mundo, segun habemos dicho de la tortolica, procurando hacerse perfecta, adquiriendo perfecta soledad, en que se viene á la union del Verbo, y por consiguiente, á todo



refrigerio y descanso, lo cual es aquí significado por el nido que dice. Y así, es como si dijera: En esta soledad que antes vivia, ejercitándose en ella con trabajo y angustia, porque no estaba perfecta, en ella ha puesto ya su descanso y refrigerio, por haberla ya adquirido perfectamente en Dios. De donde, hablando espiritualmente David, dice: *Etenim passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos;* esto es: De verdad que el pájaro halló para sí casa, y la tórtola nido donde criar sus pollicos; esto es, asiento en Dios, donde satisfacer sus apetitos y potencias.

Y en soledad la guia.

Quiere decir: En esta soledad que el alma tiene de todas las cosas, en que está sola con Dios, él la guia, mueve y levanta á las cosas divinas; conviene á saber, su entendimiento en las divinas inteligencias, porque ya está desnudo y solo de otras contrarias y peregrinas integencias. Y su voluntad mueve libremente al amor de Dios, porque ya está sola y libre de otras aficiones, y llena su memoria de divinas noticias, porque tambien está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasías; porque luego que el alma desembaraza estas potencias, y las vacia de todo lo inferior y de la propiedad de lo superior, dejándolas á solas sin ellos, inmediatamente se las emplea Dios en lo invisible y divino, y es Dios el que la guia en esta soledad, que es lo que dice san Pablo de los perfectos: *Spiritu Dei aguntur, etç.;* que son movidos del espíritu de Dios; que es lo mismo que decir: «En soledad la guia.»

A solas su querido.

Quiere decir que, no solo la guia en la soledad de ella, mas que él mismo es el que á solas obra en ella sin otro algun medio, porque esta es la propiedad de esta union del alma con Dios en matrimonio espiritual, hacer Dios en ella y comunicársele por sí solo, y no ya por medio de ángeles ni por medio de la habilidad natural; porque los sentidos exteriores é interiores y todas las criaturas, y aun la misma alma muy poco hacen al caso, para ser parte para recibir estas grandes mercedes sobrenaturales que Dios hace en este estado; antes, porque no caben en habilidad y obra natural y diligencia del alma, él á solas las hace en ella; y la causa es, porque la halla á solas, como está dicho ya; y por eso no le quiere dar otra compañía, fiándolo de otro que de sí solo; y tambien es cosa conveniente que, pues el alma ya lo ha dejado todo, y pasado por todos los medios, subiéndose sobre todo á Dios, que el mismo Dios sea la guia y el medio para sí mismo; y habiéndose el alma ya subido en soledad de todo, sobre todo, ya todo no le aprovecha ni sirve para mas subir, sino el mismo Verbo Esposo; el cual, por estar tan enamorado de ella, él á solas es el que la quiere hacer las dichas mercedes; y así, dice luego:

Tambien en soledad de amor herido.

Es á saber, de la esposa; porque, demás de amar mucho el Esposo la soledad del alma, está mucho mas herido del amor de ella, por haberse ella querido quedar á solas de todas las cosas, por cuanto estaba herida de amor de él; y así, él no quiso dejarla sola, sino que, herido de ella por la soledad que por él tiene, viendo que no se contenta con otra cosa, él solo la guia á sí trayéndola y absorbiéndola en sí; lo cual no hiciera él en ella si no la hubiera hallado en la soledad espiritual.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Es extraña esta propiedad que tienen los amados en gustar mucho mas de gozarse á solas de toda criatura que con alguna compañia; porque, aunque estén juntos, si tienen alguna extraña compañía que haga allí presencia, aunque no hayan de tratar ni de hablar mas á excusas de ella que delante de ella, y la misma compañía extraña no hable ni trate nada, basta estar allí para que no se gocen á su sabor. La razon es, porque el amor, como es unidad de dos solos, á solas se quieren comunicar ellos. Puesta pues el alma en esta cumbre de perfeccion y libertad de espíritu en Dios, acabadas todas las repugnancias y contrariedades de la sensualidad, ya no tiene otra cosa en que entender ni otro ejercicio en que se emplear, sino en darse á deleite y gozos de íntimo amor con el Esposo; como se escribe del santo Tobías, que, después que habia pasado por los trabajos de su pobreza y tentaciones, le alumbró Dios, y que todo lo restante de su vida pasó en gozo; como ya lo pasa esta alma de que vamos hablando, por ser los bienes que en sí ve, de tanto gozo y deleite, como lo da á entender Isaías del alma que, habiéndose ejercitado en las obras de perfeccion, ha llegado al punto de perfeccion que vamos tratando.

Dice pues así, hablando con el alma perfecta: *Orietur in tenebris lux tua, et tenebrae tuae erunt sicut meridies. Et requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et ossa liberabit, et eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum, cujus non deficient aquae. Et aedificabuntur in te deserta saeculorum: fundamenta generationis, et generationis suscitabis: et vocaberis aedificator sepium, avertens semitas in quietem. Si averteris à Sabbato pedem tuum, facere voluntatem tuam in die Sancto meo, et vocaberis Sabbatum delicatum, et Sanctum Domini gloriosum, et glorificaveris eum dum non facis vias tuas, et non invenitur voluntas tua, ut loquaris sermonem: tunc delectaberis super Domino et sustollam te super altitudines terrae, et cibabo te haereditate Jacob;* esto es: Entonces nacerá en la tiniebla tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía. Y darte ha tu Señor Dios descanso siempre, y llenará de resplandores tu alma, y librará tus huesos, y serás como un huerto de regadío y como una fuente de aguas, cuyas aguas no faltarán. Edificarse han en tí las soledades de los siglos y los principios y fundamentos de una y otra generacion; resucitarás y serás

llamado edificador de los setos, apartando tus sendas y veredas á la quietud. Si apartares el trabajo tuyo de holganza y de hacer tu voluntad en mi santo dia, y te llamares holganza delicada y santa gloriosa del Señor, y le glorificares, no haciendo tus vias y no cumpliendo tu voluntad, entonces te deleitarás sobre el Señor, y ensalzarte he sobre las alturas de la tierra, y apacentarte he en la heredad de Jacob, que es el mismo Dios. Y por eso, como habemos dicho, esta alma ya no entiende sino en andar gozando de los deleites de este pasto, y solo le queda una cosa que desear, que es gozarle perfectamente en la vida eterna. Y así, en la siguiente cancion y en las demás que se siguen se emplea en pedir al Amado este beatífico pasto en manifiesta vision de Dios. Y así, dice:

CANCION XXXVI.

Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos mas adentro en la espesura.

DECLARACION.

Como está ya hecha la perfecta union de amor entre el alma y Dios, quiérese emplear y ejercitar el alma en las propiedades que tiene el amor; y así, ella es la que habla en esta cancion con el Esposo, pidiendo las tres cosas que son propias del amor: la primera: quiere recibir el gozo y sabor del amor, y esa es la que pide cuando dice: «Gocémonos, Amado;» la segunda es desear hacerse semejante al Amado, y esa es la que pide cuando dice: «Vámonos á ver en tu hermosura;» y la tercera es escudriñar y saber las cosas y secretos del mismo Amado, y esta le pide cuando dice: «Entremos mas adentro en la espesura.»

Gocémonos, Amado.

Es á saber, en la comunicacion de dulzura de amor, no solo en la que ya tenemos en la ordinaria junta y union de los dos, mas en la que redunda en ejercicio de amor efectiva y actualmente, ahora con la voluntad en acto de aficion, ahora exteriormente, haciendo obras pertenecientes al servicio del Amado; porque, como habemos dicho, esto tiene el amor donde hace asiento, que siempre se quiere andar saboreando en sus gozos y dulzuras, que son el ejercicio de amar interior y exteriormente, como habemos dicho; todo lo cual hace por hacerse mas semejante al Amado; y así, dice luego:

Y vámonos á ver en tu hermosura.

Que quiere decir: Hagamos de manera que por medio de este ejercicio de amor ya dicho lleguemos hasta vernos en tu hermosura en la vida eterna; esto es, que de tal manera yo esté transformada en tu hermosura, que, siendo semejante en hermosura, nos veamos entrambos en tu hermosura, teniendo ya tu misma hermosura; de manera que, mirando el uno al otro, vea cada uno en el otro su hermosura, siendo la del uno y la del otro tu hermosura sola, absorta en ella; y así veré yo á tí en tu hermosura y á mí en tu hermosura, y tú á mí en tu hermosura, y yo me veré en tí en tu hermosura, y tú en mí en tu hermosura; y así parezca yo tú en tu hermosura, y tú parezcas yo en tu hermosura, y mi hermosura sea la tuya, y la tuya la mia; y así seré yo tú en ella, y tú yo en la misma tu hermosura, porque tu misma hermosura será mi hermosura; y así nos verémos el uno al otro en tu hermosura. Esta es la adopcion de los hijos de Dios, que de veras dirán á Dios lo que su Hijo mismo dijo por san Juan á su eterno Padre, diciendo: *Mea omnia tua sunt, et tua mea sunt;* que quiere decir: Padre, todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mias; él por esencia por ser hijo natural, y nosotros por participacion por ser hijos adoptivos. Y así lo dijo él, no solo por sí, que es la cabeza, sino por todo el cuerpo místico, que es la Iglesia. La cual participará la misma hermosura del Esposo en el dia de su triunfo, y será cuando vea á Dios cara á cara; que por eso pide aquí el alma que ella y el Esposo se vayan á ver en su hermosura.

Al monte y al collado.

Esto es, á la noticia matutina y esencial de Dios, que es conocimiento en el Verbo divino; el cual por su alteza es aquí significado por el monte, como dice Isaías, provocando á que conozcan al Hijo de Dios, diciendo: *Venite, et ascendamus ad montem Domini;* esto es: Venid, subamos al monte del Señor. Y otra vez: *Et erit in novissimis diebus praeparatus mons domus Domini;* esto es: Estará aparejado el monte de la casa del Señor. *Y al collado;* esto es: A la noticia vespertina de Dios, que es sabiduría de él en sus criaturas y obras y ordenaciones admirables; la cual es aquí significada por el collado, por cuanto es mas baja sabiduría que la matutina; pero la una y la otra pide aquí el alma cuando dice: «Al monte y al collado.»

En decir pues el alma al Esposo: Vámonos á ver en tu hermosura al monte, es decir: Transfórmame y asemejame en la hermosura de la sabiduría divina, que, como deciamos, es el Verbo Hijo de Dios. Y en decir, al collado, es decirle tambien que le informe en la hermosura de esta otra sabiduría menor, que es en sus criaturas y misteriosas obras; la cual tambien es hermosura del Hijo de Dios, en que desea el alma ser ilustrada.

No puede verse en la hermosura de Dios el alma sino es transformándose en la sabiduría de Dios, en que se ve y posee lo de arriba y lo de abajo. A este monte y collado deseaba venir la Esposa, cuando dijo: *Vadam ad montem myrrhae, et ad collem thuris;* esto es: Iré al monte de la mirra y al collado del incienso; entendiendo por el monte de la mirra la vision clara de Dios, y por el collado del incienso la noticia en las criaturas; porque la mirra en el monte es de mas alta especie que el incienso en el collado.

Do mana el agua pura.

Quiere decir, donde se da la noticia y sabiduría de



Dios, que aquí llama agua pura; porque limpia y desnuda el entendimiento de accidentes y fantasías, y lo aclara sin nieblas de ignorancia. Este apetito tiene siempre el alma de entender pura y claramente las verdades divinas; y cuanto mas ama, mas adentro de ellas apetece entrar; y por eso pide lo tercero, diciendo:

Entremos mas adentro en la espesura.

En la espesura de tus maravillosas obras y profundos juicios, cuya multitud es tanta y de tantas diferencias, que se puede llamar espesura; porque en ellas hay sabiduría abundante y tan llena de misterios, que no solo la podemos llamar espesura, mas aun cuajada; segun lo dice David, diciendo: *Mons Dei, mons pinguis. Mons coagulatus, mons pinguis;* que quiere decir: El monte de Dios es monte grueso y monte cuajado. Y esta espesura de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda é inmensa, que, aunque mas el alma sepa de ella, siempre puede entrar mas adentro, por cuanto es inmensa, y sus riquezas incomprehensibles, segun lo exclama san Pablo, diciendo: *O altitudo divitiarum sapientiae, et scientiae Dei: quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viae ejus!* ¡Oh alteza de riquezas de sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprehensibles son sus juicios é incomprehensibles sus vias! Pero el alma en esta espesura é incomprehensibilidad de juicios desea entrar, porque le mueve el deseo de entrar muy adentro del conocimiento de ellos; porque el conocer en ellos es deleite inestimable, que excede todo sentido. De donde, hablando David del sabor de ellos, dijo: *Judicia Domini vera, justificata in semetipsa. Desiderabilia super aurum, et lapidem praetiosum multum: et dulciora super mel, et favum. Etenim servus tuus custodit ea;* que quiere decir: Los juicios del Señor son verdaderos, y en sí mismos tienen justicia. Son mas agradables y codiciados que el oro y que la preciosa piedra de grande estima, y son dulces sobre la miel y el panal; tanto, que tu siervo los amó y guardó. Por lo cual desea el alma en gran manera engolfarse en estos juicios y conocer mas adentro en ellos; y á trueque de esto le seria gran consuelo y alegría entrar por todos los aprietos y trabajos del mundo y por todo aquello que le pudiese ser medio para esto, por dificultoso y penoso que fuese, y por las angustias y trances de la muerte, por verse mas dentro en su Dios.

De donde, tambien por esta espesura en que aquí el alma desea entrarse, se entiende harto propiamente la espesura y multitud de los trabajos y tribulaciones en que desea esta alma entrar, por cuanto le es sabrosísimo y provechosísimo el padecer, porque ello es medio para entrar mas adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios; porque el mas puro padecer trae mas puro é íntimo entender, y por consiguiente mas puro y subido gozar, porque es de mas adentro saber. Por tanto, no se contentando con cualquier manera de padecer, dice: «Entremos mas adentro en la espesura;» es á saber, hasta los aprietos de la muerte por ver á Dios. De donde, deseando el profeta Job este padecer por ver á Dios, dijo: *Quis detur veniat petitio mea: et quod expecto, tribuat mihi Deus? Et qui coepit, ipse me conterat: solvat manum suam, et succidat me? Et haec mihi sit consolatio, ut affigens me dolore, non parcat;* que quiere decir: ¿Quién me dará que mi peticion se cumpla y que Dios me dé lo que espero, y que el que me comenzó ese me desmenuce, y desate su mano y me acabe, y tenga yo esta consolacion, que, afligiéndome con dolor, no me perdone? ¡Oh si se acabase ya de entender cómo no se puede llegar á la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios, que son de muchas maneras, sino es entrando en la espesura del padecer de muchas maneras, poniendo en esto el alma su consolacion y deseo, y cómo el alma que de veras desea sabiduría divina, desea primero el padecer en la espesura de la cruz para entrar en ella! Que por eso san Pablo amonestaba á los de Efeso que no desfalleciesen en las tribulaciones, que estuviesen fuertes y arraigados en la caridad, para que pudiesen comprehender con todos los santos qué cosa sea la anchura y la longura y la altura y la profundidad, y para saber tambien la supereminente caridad de la ciencia de Cristo: *In charitate radicati, et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus Sanctis, quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum: scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi;* y para ser llenos de todo henchimiento de Dios; *Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei.* Porque para entrar en estas riquezas de sabiduría la puerta es la cruz, que es angosta. Y desear entrar por ella es de pocos, mas desear los deleites á que se viene por ella es de muchos.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Una de las cosas mas principales por que desea el alma ser desatada y verse con Cristo, es por verle ella cara á cara y entender allí de raíz las profundas vias y misterios eternos de su encarnacion, que no es la menor parte de su bienaventuranza; porque, como dice el mismo Cristo por san Juan, hablando con el Padre: *Haec est autem vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum;* esto es: Esta es la vida eterna que te conozcan á tí, un solo Dios verdadero, y á tu Hijo Jesucristo, que enviaste. Por lo cual, así como cuando una persona ha llegado de léjos lo primero que hace es tratar y ver á quien bien quiere; así el alma lo primero que desea hacer, en llegando á la vista de Dios, es conocer y gozar los profundos secretos y misterios de la encarnacion, y las vias antiguas de Dios que de ellos dependen. Por tanto, acabado de decir el alma que desea verse en la hermosura de Dios, dice luego esta cancion:

CANCION XXXVII.

Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos irémos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entrarémos,
Y el mosto de granadas gustarémos.

DECLARACION.

Una de las cosas que mas mueven al alma á desear entrar en esta espesura de sabiduría de Dios y conocer muy adentro la hermosura de su sabiduría divina, es, como habemos dicho, por venir á unir su entendimiento en Dios, segun la noticia de los misterios de la encarnacion, como mas alta y sabrosa sabiduría de todas sus obras. Y así, dice la esposa en esta cancion que, después de haber entrado mas adentro en la sabiduría divina, esto es, «mas adentro del matrimonio espiritual que ahora posee, que será en la gloria, viendo á Dios cara á cara;» unida una alma con esta sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, conocerá el alma los subidos misterios de Dios y Hombre, que están muy subidos en sabiduría, escondidos en Dios; y que en la noticia de ellos se entrarán, engolfándose é infundiéndose el alma en ellos, y gustarán ella y el Esposo el sabor y deleite que causa el conocimiento de ellos, y de las virtudes y atributos de Dios, que por los dichos misterios se conocen en Dios, como son: justicia, misericordia, sabiduría, potencia y caridad.

Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos irémos.

La piedra que aquí dice, segun dijo san Pablo, es Cristo: *Petra autem erat Christus.* Las subidas cavernas de esta piedra son los subidos y altos y profundos misterios de sabiduría de Dios que hay en Cristo sobre la union hipostática de la naturaleza humana con el Verbo divino, y en la correspondencia que hay á esta de la union de los hombres en Dios; y en las conveniencias de justicia y misericordia de Dios sobre la salud del género humano en manifestacion de sus juicios, los cuales, por ser tan altos y profundos, bien propiamente los llama *subidas cavernas;* subidas, por la alteza de los misterios, y cavernas, por la hondura y profundidad de la sabiduría de Dios en ellos; porque, así como las cavernas son profundas y de muchos senos, así cada misterio de los que hay en Cristo es profundísimo en sabiduría y tiene muchos senos de juicios suyos ocultos, de predestinacion y presciencia en los hijos de los hombres, por lo cual dice luego:

Que están bien escondidas.

Tanto, que, por mas misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo mas por decir y aun por entender; y así, hay mucho que ahondar en Cristo, porque es una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por mas que ahonden, nunca le hallan fin ni término; antes van hallando en cada seno nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá; que por eso dijo san Pablo del mismo Cristo: *In quo sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi;* esto es: En Cristo moran todos los tesoros y sabidurías escondidas, en las cuales el alma no puede entrar ni puede llegar á ellos si, como habemos dicho, no pasa primero por la espesura del padecer interior y exterior. Porque, aun á lo que en esta vida se puede alcanzar de estos misterios de Cristo, no se puede llegar sin haber padecido mucho y recibido muchas mercedes intelectuales y sensitivas de Dios, y habiendo precedido mucho ejercicio espiritual; porque todas estas mercedes son muy mas bajas que la sabiduría de los misterios de Cristo; porque todas son como disposiciones para venir á ella. De donde, pidiendo Moisés á Dios que le mostrase su gloria, le respondió que no podia verla en esta vida; mas que él le mostraria todo el bien, es á saber, que en esta vida se puede. Y fué que, metiéndole en la caverna de la piedra, que, como habemos dicho, es Cristo, le mostró sus espaldas, que fué darle conocimiento de los misterios de la humanidad de Cristo.

En estas cavernas pues de Cristo desea entrarse bien de hecho el alma para absorberse y transformarse y embriagarse bien en el amor de la sabiduría de ellos, escondiéndose en el pecho de su Amado; porque á estos ahujeros la convida él en los *Cantares*, diciendo: *Surge amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae;* que quiere decir: Levántate y date prisa, amiga mia, hermosa mia, y vén en los ahujeros de la piedra y en la caverna de la cerca. Los cuales ahujeros son las cavernas que aquí vamos diciendo; á las cuales dice luego el alma:

Y allí nos entrarémos.

Allí, conviene á saber, en aquellas noticias y misterios divinos, nos entrarémos; y no dice entraré yo sola, que parecia mas conveniente, pues el Esposo no ha menester entrar de nuevo; sino entrarémos, es á saber, yo y el Amado, para dar á entender que esta obra no la hace ella, sino el Esposo con ella; y demás de esto, por cuanto ya están Dios y el alma unidos en este estado de matrimonio espiritual en que vamos hablando, no hace el alma obra ninguna á solas sin Dios. Y decir, allí nos entrarémos, es decir, allí nos transformarémos; es á saber, yo en tí por el amor de estos dichos juicios divinos y sabrosos; porque en el conocimiento de la predestinacion de los justos y presciencia de los malos, en que previno el Padre á los justos en las bendiciones de su dulzura en su Hijo Jesucristo, subidísima y estrechísimamente se transforma el alma en amor de Dios segun estas noticias, agradeciendo y amando al Padre de nuevo con grande sabor y deleite por su Hijo Jesucristo; y esto hace ella unida con Cristo, juntamente con Cristo; y el sabor de esta alabanza es tan delicado, que totalmente es inefable; pero dícelo el alma en el verso siguiente, diciendo:

Y el mosto de granadas gustarémos.



Las granadas significan aquí los misterios de Cristo y los juicios de la sabiduría de Dios, y las virtudes y atributos de Dios que del conocimiento de estos misterios y juicios se conocen en Dios, que son inumerables; porque, así como las granadas tienen muchos granicos, nacidos y sustentados en aquel seno circular, así cada uno de los atributos y juicios y virtudes de Dios contiene en sí gran multitud de ordenaciones maravillosas y admirables efectos de Dios, contenidos y sustentados en el seno esférico de virtud y misterio, etc., que pertenecen á aquellos tales efectos. Y notamos aquí la figura circular (O), esférica, de la granada, porque cada granada entendemos aquí por cualquiera virtud y atributo de Dios, el cual atributo ó virtud de Dios es el mismo Dios, el cual es significado por la figura circular (O), esférica, porque no tiene principio ni fin. Que, por haber en la sabiduría de Dios tan inumerables juicios y misterios, dijo la Esposa al Esposo en los *Cantares: Venter ejus eburneus, distinctus sapphiris;* que quiere decir: Tu vientre es de marfil, distinto en zafiros. Por los cuales zafiros son significados los dichos misterios y juicios de la divina Sabiduría, que allí es significada por el vientre, porque zafiro es una piedra preciosa de color de cielo cuando está claro y sereno.

El mosto pues que dice aquí la esposa que gustarán ella y el Esposo, de estas granadas, es la fruicion y deleite de amor de Dios que en la noticia y conocimiento de ellos redunda en el alma; porque, así como de muchos granos de las granadas sale un solo mosto cuando se comen, así de todas estas maravillas y grandezas de Dios en el alma infundidas, redunda en ella una fruicion y deleite de amor, que es bebida del Espíritu Santo, la cual ella luego ofrece á su Dios, el Verbo, esposo suyo, con grande ternura de amor, porque esta bebida divina la tenia ella prometida en los *Cantares* si él la entrara en estas altas noticias, diciendo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito, et mustum molarum granatorum meorum;* que quiere decir: Allí me enseñarás y daréte yo á tí la bebida del vino adobado y el mosto de mis granadas; llamándolas suyas, esto es, las divinas noticias, aunque son de Dios, por habérselas él á ella dado, y ella, como propias, las vuelve al mismo Dios; y eso quiere decir «El mosto de granadas gustarémos». Porque, gustándolo él, lo da á gustar á ella, y gustándolo ella, lo vuelve á dar á gustar á él; y así, es gusto comun de entrambos.

ANOTACION PARA LA SIGUIENTE CANCION.

En estas dos canciones pasadas ha ido cantando la esposa los bienes que le ha de dar el Esposo en aquella felicidad eterna; conviene á saber, que le ha de transformar de hecho el Esposo en la hermosura de su sabiduría creada é increada, y que allí la transformará tambien en la hermosura de la union del Verbo con la humanidad, en que le conocerá, así por la faz como por las espaldas. Y ahora en la cancion siguiente dice dos cosas: en la primera la manera en que ella ha de gustar aquel divino mosto de las granadas que ha dicho; en la segunda trae por delante al Esposo la gloria que le ha de dar de su predestinacion. Y conviene aquí notar que, aunque estos bienes del alma los va diciendo por partes succesivamente, todos ellos se contienen en una gloria esencial del alma. Dice pues así:

CANCION XXXVIII.

> Allí me mostrarias
> Aquello que mi alma pretendia,
> Y luego me darias
> Allí tú, vida mia,
> Aquello que me diste el otro dia.

DECLARACION.

El fin por que el alma deseaba entrar en aquellas cavernas era por llegar á la consumacion de amor de Dios que ella siempre habia pretendido, que es venir á amar á Dios con la pureza y perfeccion con que ella es amada de él, para pagarse en esto la vez; y así, le dice en esta cancion al Esposo que allí le mostrará él esto que tanto ha siempre pretendido en todos sus actos y ejercicios, que es mostrarla á amar al Esposo con la perfeccion que él la ama; y lo segundo que dice que allí se dará, es la gloria esencial para que él la predestinó desde el dia de su eternidad; y así, dice:

> *Allí me mostrarias*
> *Aquello que mi alma pretendia.*

Esta pretension del alma es la igualdad de amor con Dios, que siempre ella natural y sobrenaturalmente apetece; porque el amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado; y como el alma ve que con la transformacion que tiene en Dios en esta vida, aunque es inmenso el amor, no puede llegar á igualar á la perfeccion de amor con que de Dios es amada, desea la clara transformacion de gloria, en que llegará á igualar con la perfeccion de amor con que de Dios es amada; desea la clara transformacion de gloria, en que llegará á igualar con el dicho amor. Porque, aunque en este alto estado que aquí tiene hay union verdadera de voluntad, no puede llegar á los quilates y fuerza de amor que en aquella fuerte union de gloria tendrá; porque, así como, segun dice san Pablo, conocerá el alma entonces como es conocida de Dios: *Tunc autem cognoscam, sicut et cognitus sum;* así entonces amará tambien como es amada de Dios. Porque, así como entonces su entendimiento será entendimiento de Dios, y su voluntad será voluntad de Dios, así su amor será amor de Dios; porque, aunque allí no está perdida la voluntad del alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de él es amada, que le ama tan fuerte y perfectamente como de él es amada, estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios; y así, ama el alma á Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la fuerza misma de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es en el Espíritu Santo, en quien está allí el alma transformada; que, siendo él dado al alma para la fuerza de este amor, supone y suple en ella, por razon de la tal transformacion de gloria, lo que

falta en ella; lo cual, aun en la transformacion perfecta de este estado matrimonial á que en esta vida el alma llega, en que está toda revestida en gracia, en alguna manera ama tanto por el Espíritu Santo, que le es dado en la tal transformacion.

Por tanto, es de notar que no dice aquí el alma que le dará allí su amor, aunque de verdad se lo da, porque en esto no daba á entender sino que Dios la amaria á ella; sino que allí le mostrará cómo lo ha de amar ella con la perfeccion que pretende, por cuanto él allí le da su amor, y en el mismo le muestra á amarle como de él es amada; porque, demás de enseñar Dios allí á amar al alma pura y libremente sin interese, como él nos ama, la hace amar con la fuerza que él la ama, transformándola en su amor, como habemos dicho, en lo cual le da su misma fuerza con que puede amarle; que es como ponerle el instrumento en las manos y decirle cómo lo ha de hacer, haciéndolo juntamente con ella; lo cual es mostrarle á amar y darle la habilidad para ello. Hasta llegar á esto no está el alma contenta, ni en la otra vida lo estaria si (como dice santo Tomás, in opusculo *De Beatitudine*) no sintiese que ama á Dios tanto cuanto de él es amada. Y como queda dicho, en este estado de matrimonio espiritual, de que vamos hablando en esta sazon, aunque no haya aquella perfeccion de amor glorioso, hay, empero, un vivo viso ó imágen de aquella perfeccion, que totalmente es inefable.

Y luego me darias
Allí tú, vida mia,
Aquello que me diste el otro dia.

Lo que aquí dice el alma que le daria luego, es la gloria esencial, que consiste en ver el ser de Dios. De donde, antes que pasemos adelante, conviene desatar aquí una duda, y es: ¿por qué, pues la gloria esencial consiste en ver á Dios, y no en amar, dice aquí el alma que su pretension es este amor, y no lo dice de la gloria esencial, y lo pone al principio de la cancion; y después, como cosa de que menos caso hace, pone la peticion de lo que es gloria esencial? Es por dos razones. La primera, porque, así como el fin de todo es el amor, que se sujeta en la voluntad, cuya propiedad es dar, y no recibir; y la propiedad del entendimiento, que es sujeto de la gloria esencial, es recibir, y no dar, estando el alma aquí embriagada de amor, no se le pone delante la gloria que Dios le ha de dar, sino darse ella á él en entrega de verdadero amor, sin algun respeto de su provecho. La segunda razon es, porque en la primera pretension se incluye la segunda, y ya queda presupuesta en las precedentes canciones; porque es imposible venir á perfecto amor de Dios sin perfecta vision de Dios. Y así, la fuerza de esta duda se desata en la primera razon, porque con el amor paga el alma á Dios lo que le debe, y con el entendimiento antes recibe de Dios.

Pero, viniendo á la declaracion, veamos qué dia sea aquel otro que aquí dice, y qué es aquel aquello que en él le dió Dios, y se lo pide para después en la gloria. Por aquel otro dia entiende el dia de la eternidad de Dios, que es otro que este dia temporal; en el cual dia de la eternidad predestinó Dios al alma para la gloria, y en ese determinó la gloria que le habia de dar, y se la tuvo dada libremente sin principio antes que la criara. Y de tal manera es ya aquello propio de la tal alma, que ningun caso ni contraste alto ni bajo bastará á quitárselo para siempre, sino que aquello para que Dios la predestinó sin principio, vendrá ella á poseer sin fin. Y esto es aquello que dice le dió el otro dia, lo cual desea ella poseer ya manifiestamente en gloria. Y ¿qué será aquello que allí le dió? Ni ojo lo vió, ni oido lo oyó, ni en corazon de hombre cayó, como dice el Apóstol: *Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit.* Y otra vez dice Isaías: *Oculus non vidit, Deus, absque te, quae praeparasti expectantibus te;* esto es: No vió, Señor, fuera de tí lo que aparejaste, etc. Que, por no tener ello nombre, dice aquí el alma *aquello*. Ello, en fin, es ver á Dios; pero qué le sea al alma ver á Dios no tiene nombre mas que *aquello*.

Pero, porque no se deje de decir algo de aquello, digamos lo que dijo de ello Cristo á san Juan en el *Apocalipsi*, por muchos términos y vocablos y comparaciones, en siete veces, por no poder ser aquello comprehendido en un vocablo ni una vez, porque aun en todas aquellas se quedó por decir. Dice pues allí Cristo: *Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in Paradiso Dei mei;* esto es: Al que venciere daréle de comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios. Mas, porque este término no declara bien aquello, dice luego otro, y es: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae;* esto es: Sé fiel hasta la muerte y daréte la corona de la vida. Pero, porque tampoco este término lo dice, luego dice otro mas obscuro y que mas lo da á entender, diciendo: *Vincenti dabo manna absconditum, et dabo illi calculum candidum: et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit, nisi qui accipit;* esto es: Al que venciere le daré maná escondido y un cálculo blanco, y en el cálculo un nombre nuevo escrito, que ninguno lo sabe sino el que lo recibe. Y porque tampoco este término basta para decir aquello, dice luego otro el Hijo de Dios, de grande poder y alegría: *Et qui vicerit, et custodierit usque in finem opera mea, dabo illi potestatem super gentes, et reget eas in virga ferrea, et tamquam vas figuli confringentur, sicut et ego accepi à Patre meo: et dabo illi stellam matutinam;* esto es: Al que venciere, dice, y guardare mis obras hasta el fin, darle he potestad sobre las gentes, y regirlas ha en vara de hierro, y como un vaso de barro se desmenuzarán, así como yo tambien recibí de mi Padre, y daréle la estrella matutina. Y no se contentando con estos términos, para declarar aquello dice luego: *Qui vicerit, sic vestietur vestimentis albis, et non delebo nomen ejus de libro vitae, et confitebor nomen ejus coram Patre meo;* esto es: El que venciere de esta manera, será vestido con vestidu-

ras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre.

Mas, porque todo lo dicho queda corto, dice luego muchos términos para declarar aquello, los cuales encierran en sí majestad inefable y grandeza: *Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et foras non egredietur amplius: et scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei novae Jerusalem, quae descendit de coelo à Deo meo, et nomen meum novum*; esto es: El que venciere harélo columna en el templo de mi Dios y no saldrá fuera jamás, y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad nueva de Jerusalen de mi Dios, que desciende del cielo de mi Dios, y tambien mi nombre nuevo. Y dice luego lo sétimo para declarar aquello: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo: sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus. Qui habet aurem, audiat, etc.*; esto es: Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tiene oidos para oir, oiga, etc. Hasta aquí son palabras del Hijo de Dios, todas para dar á entender aquello, las cuales cuadran á aquello muy perfectamente; pero aun no lo declaran, porque las cosas inmensas esto tienen, que todos los términos excelentes y de calidad y grandeza y bien les cuadran, mas ninguno de ellos las declara, ni todos juntos.

Pues veamos ahora si dice David algo de aquel *aquello*. En un salmo dice: *Quam magna multitudo dulcedinis tuae Domine, quam abscondisti timentibus te!* Esto es: ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, que escondiste, para los que te temen! Y por otra parte llama á aquello torrente de deleite, y dice: *Et torrente voluptatis tuae potabis eos*; esto es: Del torrente de tu deleite les darás de beber. Y porque tampoco halla David igualdad en este nombre, llámalo en otra parte prevencion de las bendiciones de la dulzura de Dios: *Quoniam prevenisti eum in benedictionibus dulcedinis*. De manera que nombre que al justo cuadre á *aquello* que aquí dice el alma, que es la felicidad para que Dios la predestinó, no se halla; pues quedémonos con el nombre que aquí le pone el alma de *aquello*, y declaremos el verso de esta manera: Aquello que me diste, esto es, aquel peso de gloria en que me predestinaste, oh Esposo mio, en el dia de tu eternidad, cuando tuviste por bien de determinar de criarme, me darás luego allí en el mi dia de mi desposorio y mis bodas, en el dia mio de la alegría de mi corazon, cuando desatándome de la carne y entrándome en las subidas cavernas de tu tálamo, transformándome en tí gloriosamente, bebamos el mosto de las suaves granadas.

ANOTACION DE LA CANCION SIGUIENTE.

Pero por cuanto el alma en este estado de matrimonio espiritual que aquí tratamos no deja de saber algo de aquello, pues por estar transformada en Dios pasa por ella algo de ello, no quiere dejar de decir algo de aquello, cuyas prendas y rastro siente ya en sí; porque, como se dice en el *Libro de Job*: *Conceptum sermonem tenere quis poterit?* ¿Quién podrá contener la palabra que en sí tiene concebida sin decilla? Y así, en la siguiente cancion se emplea en decir algo de aquella fruicion que entonces gozará en la vista beatífica, declarando ella, en cuanto le es posible, qué sea y cómo sea aquello que allí será.

CANCION XXXIX.

El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire
En la noche serena,
Con llama que consume y no da pena.

DECLARACION.

En esta cancion dice el alma y declara aquello que dice le ha de dar el Esposo en aquella beatífica transformacion, declarándolo con cinco términos. El primero dice que es la aspiracion del Espíritu Santo de Dios á ella, y de ella á Dios. El segundo, la jubilacion á Dios en la fruicion de Dios. El tercero, el conocimiento de las criaturas y de la ordenacion de ellas. El cuarto, pura y clara contemplacion de la Esencia divina. El quinto, transformacion total en el inmenso amor de Dios. Dice pues el verso:

El aspirar del aire.

Este aspirar del aire es una habilidad que el alma dice que le dará Dios allí en la comunicacion del Espíritu Santo; el cual, á manera de aspirar con aquella su aspiracion divina muy subidamente, levanta al alma y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiracion de amor que el Padre aspira con el Hijo, y el Hijo con el Padre, que es el mismo Espíritu Santo que á ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformacion, para unirla consigo; porque no seria verdadera y total transformacion si no se transformará el alma en las tres personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado. Y esta tal aspiracion del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en sí, le es á ella de tan subido, delicado y profundo deleite, que no hay decirlo lengua mortal, ni el entendimiento humano, en cuanto tal, puede alcanzar algo de ello; porque aun lo que en esta transformacion temporal pasa acerca de esta comunicacion en el alma, no se puede hablar; porque, el alma unida y transformada en Dios aspira en Dios á Dios la misma aspiracion divina que Dios, estando ella en él transformado, aspira en sí mismo á ella.

Y en la transformacion que el alma tiene en esta vida pasa esta misma aspiracion de Dios al alma, y del alma á Dios con mucha frecuencia, con subidísimo deleite de amor en el alma, aunque no en revelado y manifiesto grado, como en la otra vida. Porque esto es lo que entiendo que quiso decir san Pablo cuando dijo: *Quoniam autem estis Filii, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater*; esto es: Por cuanto sois hijos de Dios, envió Dios en vuestros cora-

zones el espíritu de su Hijo, clamando al Padre. Lo cual en los beatíficos de la otra vida y en los perfectos de esta es las dichas maneras. Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta; que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado. Porque, dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que el alma le hace deiforme y Dios por participacion, ¿qué increible cosa es que obre ella tambien su obra de entendimiento, noticia y amor, ó por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad? Pero por modo comunicado y participado obrándolo Dios en la misma alma, porque esto es estar transformada en las tres personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma á Dios, y para que pudiese venir ó esto la crió á su imágen y semejanza. Y como esto sea, no hay mas saber ni poder para decirlo, sino dar á entender cómo el Hijo de Dios nos alcanzó este alto estado y nos mereció este subido puesto de poder ser hijos de Dios; y así lo pidió al Padre él mismo por san Juan, diciendo: *Pater quos dedisti mihi, volo, ut ubi sum ego, et illi sint mecum ut videant claritatem meam quam dedisti mihi;* que quiere decir: Padre, quiero que los que me has dado, que donde yo estoy, ellos tambien estén conmigo para que vean la claridad que me diste; es á saber, que hagan por participacion en nosotros la misma obra que yo por naturaleza, que es aspirar el Espíritu Santo. Y dice mas: *Non pro eis autem rogo tantum, sed, et pro eis, qui credituri sunt per verbum eorum in me: ut omnes unum sunt, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint: ut credat mundus, quia tu me misisti. Et ego claritatem quam dedisti mihi, dedi eis, ut sint unum sicut et nos unum sumus. Ego in eis, et tu in me: ut sint consummati in unum: et cognoscat mundus quia tu me misisti, et dilexisti eos, sicut et me dilexisti;* esto es: Mas no ruego, Padre, solamente por estos presentes, sino tambien por aquellos que han de creer por su doctrina en mí; que todos ellos sean una misma cosa de la manera que tú, Padre, estás en mí y yo en tí, así ellos en nosotros sean una misma cosa. Y yo la claridad que me has dado he dado á ellos para que sean una misma cosa, como nosotros somos una misma cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en uno; porque conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste como me amaste á mí. Que es comunicándoles el mismo amor que al Hijo, aunque no naturalmente como al Hijo, sino, como habemos dicho, por unidad y transformacion de amor; como tampoco se entiende aquí quiere decir el Hijo al Padre que sean los santos una cosa esencial y naturalmente, como lo son el Padre y el Hijo, sino que lo sean por union de amor como el Padre y el Hijo están en unidad de amor. De donde las almas estos mismos bienes poseen por participacion que él por naturaleza; por lo cual verdaderamente son dioses por participacion semejantes y compañeros suyos de Dios. De donde san Pedro dijo: *Gratia vobis, et pax adimpleatur in cognitione Dei, et Christi Jesu Domini Nostri: quomodo omnia nobis Divinae virtutis suae, quae ad vitam, et pietatem donata sunt, per cognitionem ejus, qui vocavit nos propria gloria, et virtute, per quem maxima, et pretiosa nobis promissa donavit; ut per haec efficiamini Divinae consortes naturae;* que quiere decir: Gracia y paz sea cumplida y perfecta en vosotros en el conocimiento de Dios y de Jesucristo nuestro Señor, de la manera que nos son dadas todas las cosas de su divina virtud para la vida, y la piedad por el conocimiento de aquel que nos llamó con su propia gloria y virtud, por el cual muy grandes y preciosas promesas nos dió, para que por estas cosas seamos hechos compañeros de la divina naturaleza. Hasta aquí son palabras de san Pedro, en que claramente da á entender que el alma participará al mismo Dios, que será obrando en él acompañadamente con él la obra de la Santísima Trinidad de la manera que habemos dicho, por causa de la union sustancial entre el alma y Dios; lo cual, aunque se cumple perfectamente en la otra vida todavía, en esta, cuando se llega el estado perfecto, como decimos ha llegado aquí el alma, se alcanza gran rastro y sabor de ello al modo que vamos diciendo; aunque, como habemos dicho, no se pueda decir. Oh almas criadas para estas grandezas, y para ellas llamadas, ¿qué haceis? En qué os entreteneis? Vuestras pretensiones son bajezas, y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los hijos de Adan, pues para tanta luz estais ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscais grandezas y gloria, os quedais miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes é indignos! Síguese lo segundo que el alma dice para dar á entender aquello, es á saber:

El canto de la dulce filomena.

Lo que nace en el alma de aquel aspirar del aire es la dulce voz de su Amado á ella, en la cual ella hace á él su sabrosa jubilacion; y lo uno y lo otro llama aquí *Canto de filomena.* Porque, así como el canto de filomena, que es el ruiseñor, se oye en la primavera, pasados ya los frios, lluvias y variedades del invierno, y hace melodía al oido, y al espíritu recreacion, así en esta actual comunicacion y transformacion de amor que tiene ya la esposa en esta vida, amparada ya, y libre de todas las turbaciones y variedades temporales, y desnuda y purgada de las imperfecciones, penalidades y nieblas, así del sentido como del espíritu, siente nueva primavera en libertad y anchura y alegría de espíritu, en la cual siente la dulce voz del Esposo, que es su dulce filomena, con la cual voz renovando y refrigerando la sustancia de su alma, como alma ya bien dispuesta para caminar á la vida eterna, la llama dulce y sabrosamente, sintiendo ella la sabrosa voz que dice: *Surge, propera amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. Jam enim hiems transiit, imber abiit, et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit: vox turturis audita est in terra nostra;* esto es: Levántate, date priesa, amiga

mia, paloma mia, hermosa mia, y vén; porque ya ha pasado el invierno, la lluvia se ha ya ido muy léjos. Las flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo de podar es llegado, y la voz de la tórtola se oye en nuestra tierra; con la cual voz del Esposo, que se la habla en lo interior del alma, siente la esposa fin de males y principio de bienes, en cuyo refrigerio y amparo y sentimiento sabroso, ella tambien, como dulce filomena, da su voz con nuevo canto de jubilacion á Dios, juntamente con Dios, que la mueve á ello. Que por eso él da su voz á ella, para que ella en uno la dé junto con él á Dios; porque esa es la pretension y deseo de él, que el alma entone su voz espiritual en jubilacion á Dios, segun tambien el mismo Esposo se lo pide á ella en los *Cantares*, diciendo: *Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis;* que quiere decir: Levántate, date priesa, amiga mia, paloma mia, en los ahujeros de la piedra, en la caverna de la cerca, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oidos. Los oidos de Dios significan aquí los deseos que tiene Dios de que el alma le dé esta voz de jubilacion perfecta; la cual voz, para que sea perfecta, pide el Esposo que la dé y suene en las cavernas de la piedra, esto es, en la transformacion que dijimos de los misterios de Cristo; que, porque en esta union del alma jubila y alaba á Dios con el mismo Dios, como deciamos del amor, es alabanza muy perfecta, y agradable á Dios, hace las obras muy perfectas; y así, esta voz de jubilacion es dulce para Dios y dulce para el alma. Que por eso dijo el Esposo: *Vox enim tua dulcis;* Tu voz es dulce; es á saber, no solo para tí, sino tambien para mí, porque estando conmigo en uno, das tu voz en uno de dulce filomena para mí conmigo. En esta manera es el canto que pasa en el alma en la transformacion que tiene en esta vida del sabor de él, la cual es sobre todo encarecimiento. Pero, por cuanto no es tan perfecto como el cantar nuevo de la vida gloriosa, saboreada el alma por este que aquí siente, rastreando por el alteza de este canto la excelencia que tendrá en la gloria, cuya ventaja es mayor sin comparacion, hace memoria de él, y dice que aquello que le dará será canto de la dulce filomena, y dice luego:

El soto y su donaire.

Esta es la tercera cosa que dice el alma ha de dar el Esposo. Por el soto, por cuanto cria en sí muchas plantas y animales, entiende aquí á Dios, en cuanto cria y da ser á todas las criaturas. Las cuales en él tienen su vida y raíz, lo cual es mostrarle Dios y dársele á conocer en cuanto es criador. Por el donaire de este soto, que tambien pide al Esposo el alma aquí para entonces, pide la gracia y sabiduría y la belleza que de Dios tiene, no solo cada una de las criaturas, así terrestres como celestes, sino tambien la que hacen entre sí en la correspondencia sabia, ordenada, grandiosa y amigable de unas á otras, así de las inferiores entre sí, como de las superiores tambien entre sí, y entre las superiores y las inferiores; que es cosa que hace al alma gran donaire y deleite conocerla. Síguesele lo cuarto, y es:

En la noche serena.

Esta noche es la contemplacion en que el alma desea ver estas cosas; llámala *noche* porque la contemplacion es obscura, que por eso se llama por otro nombre mística teología, que quiere decir sabiduría de Dios secreta ó escondida, en la cual, sin ruido de palabras y sin ayuda de algun sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, á escuras de tódo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma, sin ella saber cómo, lo cual algunos espirituales llaman entender no entendiendo; porque esto no se hace en el entendimiento que llaman los filósofos activo, cuya obra es en las formas y fantasías y aprehensiones de las potencias corporales; mas hácese en el entendimiento en cuanto posible y pasivo; el cual, sin recibir las tales formas, solo pasivamente recibe inteligencia sustancial, desnuda de imágen, la cual le es dada sin ninguna obra ni oficio suyo activo, y por eso llama á esta contemplacion *noche*, con la cual en esta vida conoce el alma, por medio de la transformacion, que ya tiene altísimamente este divino soto y su donaire. Pero, por mas alta que sea esta noticia, todavía es noche obscura en comparacion de la beatífica que aquí pide; y por eso dice, pidiendo clara contemplacion, que es este gozar del soto y su donaire y las demás cosas, que ha dicho sea en la noche ya serena, esto es, en la contemplacion ya clara y beatífica; de manera que deje ya de ser noche en la contemplacion obscura acá, y se vuelva en contemplacion de vista clara y serena de Dios allá. Y así, decir en la noche serena es decir en contemplacion clara y serena de la vista de Dios. De donde David, de esta noche de contemplacion dice: *Et nox illuminatio mea in deliciis meis;* esto es: La noche serena es mi iluminacion en mis deleites; que es como si dijera: Cuando esté en mi deleite de vista esencial de Dios, ya la noche de contemplacion habrá amanecido en dia y luz de mi entendimiento. Síguese:

Con llama que consume y no da pena.

Por la llama entiende aquí el amor del Espíritu Santo. El consumir significa aquí acabar y perficionar. El decir pues el alma que todas las cosas que ha dicho en esta cancion se las ha de dar el Amado, y las ha ella de poseer con amor consumado y perfecto, absortas todas, y ella con ellas, en amor perfecto y que no da pena, es para dar á entender la perfeccion entera de este amor; porque, para que lo sea, estas dos propiedades ha de tener; conviene á saber, que consuma y trasforme el alma en Dios, y que no dé pena la inflamacion y transformacion de esta llama en el alma. Lo cual no puede ser sino en el estado beatífico y donde ya esta llama es amor suave; porque en la transformacion del alma en ella hay conformidad y satisfaccion

beatífica de ambas partes; y por tanto no da pena de variedad en mas ó menos, como hacia antes que el alma llegase á la capacidad de este perfecto amor; porque, habiendo llegado á él, está el alma en tan conforme y suave amor con Dios, que, con ser Dios (como dice Moisés) fuego consumidor: *Dominus Deus tuus ignis consumens est;* ya no le sea sino consumador y reficionador, que no es ya como la transformacion que tenia en esta vida el alma, que, aunque era muy perfecta y consumadora en amor, todavía le era algo consumidora y detractiva, á manera del fuego en la ascua, que, aunque está transformada y conforme con ella, sin aquel restallar y humear que hacia antes que en sí la transformase, todavía, aunque la consumaba en fuego, la consumia y resolvia en ceniza. Lo cual acaece en el alma que en esta vida está transformada con perfeccion de amor, que, aunque hay conformidad, todavía padece alguna manera de pena y detrimento; lo uno, por la transformacion beatífica que siempre echa menos en el espíritu; lo otro, por el detrimento que padece el sentido flaco y corruptible con la fortaleza y alteza de tanto amor; porque cualquiera cosa excelente es detrimento y pena á la flaqueza natural; porque, segun está escrito: *Corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam.* Pero en aquella vida beatífica ningun detrimento ni pena sentirá, aunque su entender será profundísimo y su amor muy inmenso; porque, para lo uno le dará Dios habilidad, y para lo otro fortaleza, consumando Dios su entendimiento con su sabiduría, y su voluntad con su amor.

Y porque la Esposa ha pedido en las precedentes *canciones* y en la que vamos declarando, inmensas comunicaciones y noticias de Dios, con que ha menester fortísimo y altísimo amor para amar segun la grandeza y alteza de ellas, pide aquí que todas ellas sean en este amor consumado, perfectivo y fuerte.

CANCION XL.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendia.

DECLARACION Y ANOTACION.

Conociendo pues aquí la esposa que ya el apetito de su voluntad está desasido de todas las cosas y arrimado á su Dios con estrechísimo amor, y que la parte sensitiva del alma con todas sus fuerzas, potencias y apetitos está conformada con el espíritu, acabadas ya y sujetadas sus rebeldías; y que el demonio, por el vario y largo ejercicio y lucha espiritual, está ya vencido y apartado muy léjos; y que su alma está unida y transformada con abundancia de riquezas y dones celestiales; y que, segun esto, ya está bien dispuesta, aparejada y fuerte, arrimada á su Esposo, para subir por el desierto de la muerte, abundando en deleites, á los asientos y sillas gloriosas de sus esposas, con deseo que el Esposo concluya ya este negocio, pónele delante, para mas moverlo á ello, todas estas cosas en esta última cancion, en la cual dice cinco cosas: la primera, que ya su alma está desasida y ajenada de todas las cosas; la segunda, que ya está vencido y ahuyentado el demonio; la tercera, que ya están sujetas las pasiones y mortificados los apetitos naturales; la cuarta y la quinta, que ya está la parte sensitiva é inferior reformada y purificada, y que está conformada con la parte espiritual; de manera que, no solo no estorbará para recibir aquellos bienes espirituales, antes se acomodará á ellos; porque aun de los que ahora tiene participa segun su capacidad. Y dice así:

Que nadie lo miraba.

Lo cual es como si dijera: Mi alma está ya tan desnuda, desasida, sola y ajenada de todas las cosas criadas de arriba y de abajo, y tan adentro entrada en el interior recogimiento contigo, que ninguna de ellas alcanza ya de vista el íntimo deleite que en tí poseo; es á saber, á mover mi alma á gusto con su suavidad, ni á disgusto ni molestia con su miseria y bajeza; porque, estando mi alma tan léjos de ella y en tan profundo deleite contigo, ninguna de ellas lo alcanza de vista; y no solo eso, pero

Aminadab tampoco parecia.

El cual Aminadab en la Escritura divina significa el demonio, hablando espiritualmente, adversario del alma; el cual la combatia y turbaba siempre con la inumerable municion de su artillería, porque ella no se entrase en esta fortaleza y escondrijo del interior recogimiento con el Esposo, donde ella estando ya puesta, está ya tan favorecida, tan fuerte y tan victoriosa con las virtudes que allí tiene y con el favor del brazo de Dios, que el demonio, no solamente no osa llegar, pero con grande pavor huye muy léjos y no osa parecer; porque tambien por el ejercicio de las virtudes y por razon del estado perfecto que ya tiene, de tal manera le tiene ya ahuyentado y vencido el alma, que no parece mas delante de ella. Y así, Aminadab tampoco parecia, con algun derecho para impedirme este bien que pretendo.

El cerco sosegaba.

Por el cual cerco entiende aquí el alma sus pasiones y apetitos; los cuales, cuando no están vencidos y amortiguados, la cercan en rededor, combatiéndola de una parte y de otra, por lo cual los llama *cerco*; el cual dice que tambien está ya sosegado, esto es, las pasiones ordenadas en razon, y los apetitos mortificados; que, pues así es, no deje de comunicarle las mercedes que le ha pedido, pues el dicho cerco ya no es parte para impedirlo; esto dice, porque hasta que el alma tiene ordenadas sus cuatro pasiones á Dios y tiene mortificados y purgados los apetitos, no está capaz de ver á Dios. Y síguese:

Y la caballería
A vista de las aguas descendia.



Por las aguas entiende aquí los bienes y deleites espirituales que en este estado goza el alma en este interior con Dios. Por la caballería entiende aquí los sentidos corporales de la parte sensitiva, así interiores como exteriores, porque ellos traen en sí las fantasías y figuras de sus objetos; los cuales en este estado, dice aquí la Esposa que descienden á vista de las aguas espirituales; porque de tal manera está ya en este estado de matrimonio espiritual purificada, y en alguna manera espiritualizada la parte sensitiva é inferior del alma, que ella con sus potencias sensitivas y fuerzas naturales se recogen á participar y gozar en su manera de las grandezas espirituales que Dios está comunicando al alma en el interior del espíritu, segun lo dió á entender David cuando dijo: *Cor meum, et caro mea, exultaverunt in Deum vivum;* esto es: Mi corazon y mi carne se gozaron en Dios vivo.

Y es de notar que no dice aquí la Esposa que la caballería descendia á gustar las aguas, sino á vista de ellas, porque esta parte sensitiva con sus potencias no tiene capacidad para gustar esencial y propiamente los bienes espirituales, no solo en esta vida, pero ni aun en la otra, sino por cierta redundancia del espíritu recibe sensitivamente recreacion y deleite de ellos, por el cual deleite estos sentidos y potencias corporales son atraidos á recogimiento interior, donde está bebiendo el alma las aguas de los bienes espirituales; lo cual mas es descender á la vista de ellas que á verlas y gustarlas como ellas son. Y dice aquí el alma que descendian, y no dice que iban, ni otro vocablo, para dar á entender que en esta comunicacion de la parte sensitiva á la espiritual, cuando se gusta la dicha bebida de las aguas espirituales, las bajan de sus operaciones naturales, cesando de ellas, al recogimiento espiritual.

Todas estas perfecciones y disposiciones antepone la esposa á su Amado, Hijo de Dios, con deseo de ser por él trasladada del matrimonio espiritual á que Dios la ha querido llegar en esta iglesia militante, al glorioso matrimonio de la triunfante, al cual sea servido llevar á todos los que invocan su nombre dulcísimo de Jesus, esposo de las fieles almas, al cual es honra y gloria, juntamente con el Padre y Espíritu Santo, *in saecula saeculorum.*

FIN DEL CÁNTICO ESPIRITUAL.

LLAMA DE AMOR VIVA,

Y DECLARACION DE LAS CANCIONES

QUE TRATAN DE LA MAS INTIMA UNION Y TRANSFORMACION DEL ALMA CON DIOS;

POR EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

PRÓLOGO.

Alguna repugnancia he tenido en declarar estas cuatro canciones que me han pedido, por ser de cosas tan interiores y espirituales, para las cuales comunmente falta lenguaje, porque lo espiritual excede al sentido, y háblase mal de las entrañas del espíritu si no es con entrañable espíritu. Y así, por el poco que hay en mí lo he diferido hasta ahora. Pero ahora, que parece que el Señor ha abierto un poco la noticia y dado algun calor de espíritu, me he animado á hacerlo; sabiendo cierto que de mi cosecha, nada que haga al caso diré en nada, cuanto mas en cosas tan subidas y sustanciales. Por eso no será mio sino lo malo y errado que en ello hubiere; y así, lo sujeto todo á mejor parecer y al juicio de nuestra santa madre la Iglesia católica romana, con cuya regla nadie yerra. Y con este presupuesto, arrimándome á la divina Escritura (advirtiendo que todo lo que se dijere es mucho menos de lo que pasa en aquella íntima union con Dios), me atreveré á decir lo que supiere.

Y no hay que maravillar que haga Dios tan altas y tan extrañas mercedes á las almas que él da en regalar; porque, si consideramos que es Dios, y que las hace como Dios y con infinito amor y bondad, no nos parecerá fuera de razon; pues él dijo que en el que amase vendrian el Padre y Hijo y Espíritu Santo, y harian morada en él; lo cual habia de ser haciéndole á él vivir y morar en el Padre, Hijo y Espíritu Santo en vida de Dios, como da á entender el alma en estas canciones. Porque, aunque en las canciones que arriba declaramos, hablamos del mas perfecto grado de perfeccion á que en esta vida se puede llegar, que es la transformacion en Dios, todavía estas canciones tratan del amor ya mas calificado y perficionado en ese mismo estado de transformacion. Porque aunque es verdad que lo que estas y aquellas dicen, todo es un estado de transformacion, y no se puede pasar de allí en cuanto tal, pero puede con el tiempo y ejercicio calificarse y sustanciarse mucho mas en el amor. Bien así como, aunque habiendo entrado el fuego en el madero, le tenga transformado en sí y esté ya unido con él, todavía, afervorándose mas el fuego y dando mas tiempo en él, se pone mucho mas candente y inflamado, hasta centellear fuego de sí y llamear. Y en este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí ya transformada y calificada interiormente en fuego de amor, que, no solo está unida con este divino fuego, sino que hace ya viva llama en ella, y ella así lo siente y así lo dice en estas canciones con íntima y delicada dulzura de amor, ardiendo en su llama; ponderando aquí algunos efectos maravillosos que hace en ellas, los cuales iré declarando por el órden que en las demás, poniéndolas primero juntas, y luego cada cancion la declararé brevemente; y después, poniendo cada verso, le declararé de por sí.

CANCIONES.

I.

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el mas profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

II.

¡Oh cauterio suave!
Oh regalada llaga!
Oh mano blanda! Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

III.

¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba escuro y ciego,
Con extraños primores,
Calor y luz dan junto á su querido!

IV.

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

LLAMA DE AMOR VIVA.

DECLARACION DE LA PRIMERA CANCION.

Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina union, y sintiendo correr de su vientre los rios de agua viva que dijo Cristo nuestro Señor que saldrian de semejantes almas, parécele que, pues con tanta fuerza está transformada en Dios, y tan altamente de él poseida, y con tan grandes riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide sino una leve y delicada tela. Y como ve que aquella llama delicada de amor que en ella arde, cada vez que la está embistiendo la está como glorificando con suaves premisas de gloria; tanto, que cada vez que la absorbe y embiste le parece que le va á dar la vida eterna y á romper la tela de la vida mortal, dice con gran deseo á la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal en aquel dulce encuentro, en que de veras le acabe de comunicar lo que parece que se le va á dar, que es glorificarla entera y perfectamente; y así, dice: «¡Oh llama de amor viva!»

VERSO PRIMERO.

¡Oh llama de amor viva!

Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas estos términos, *oh* y *cuán*, que significan encarecimiento afectuoso; los cuales cada vez que se dicen dan á entender del interior mas de lo que se expresa por la lengua, y sirve el *oh* para mucho desear y para mucho rogar, persuadiendo; y para entrambos efectos usa el alma de él en esta cancion, porque en ella encarece y intima su gran deseo, persuadiendo al amor que la desate del nudo de esta vida. Esta llama de amor es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, al cual siente ya el alma en sí, no solo como fuego que la tiene consumida y transformada en suave amor, sino como fuego que, ardiendo en ella, echa llama, y aquella llama baña al alma en gloria y la refresca con temple de vida eterna. Y esta es la operacion del Espíritu Santo en el alma transformada en su amor, que los actos interiores que hace es arder y llamear, que son inflamaciones de amor; con que unida la voluntad, ama subidísimamente, hecha una cosa por amor con aquella llama. Y así, estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece mas en uno que en otros muchos que haya hecho sin esta transformacion. Y la diferencia que hay entre el hábito y el acto hay entre la transformacion en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflamado y su llama, que la llama es efecto del fuego que allí está.

De donde el alma que está en estado de transformacion de amor, podemos decir que su ordinario hábito es como el madero, que siempre está embestido en el fuego, y los actos de esta alma son llama, que nacen del fuego de amor que tan vehemente sale, cuanto es mas intenso el fuego de la union y cuanto mas arrebatada y absorta está la voluntad en la llama del Espíritu Santo, como el angel que subió á Dios en la llama del sacrificio de Manué. Y así, en este estado actual no puede el alma hacer estos actos sin que el Espíritu Santo le mueva á ellos muy particularmente, y por esto todos los actos de ella son divinos en cuanto con esta particularídad es movida por Dios. De donde le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, la están dando vida eterna, que la levanta á operacion divina en Dios.

Este es el lenguaje que habla y trata Dios en las almas purgadas y limpias, que son palabras todas encendidas, como dijo David: *Ignitum eloquium tuum vehementer;* Tu palabra es encendida vehementemente. Y el profeta Jeremías: *Nunquid non verba mea sunt quasi ignis?* ¿Por ventura mis palabras no son como fuego? ¿Las cuales, como el mismo Señor dice por san Juan, son espíritu y vida, cuya virtud y eficacia sienten las almas que tienen oidos para oirlas, que son limpias y enamoradas. Que las que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar el espíritu y vida de ellas. Y por eso, cuanto mas altas palabras decia el Hijo de Dios, tanto mas algunos las hallaban desabridas por la impureza de los que las oian, como fué cuando predicó aquella tan sabrosa y amorosa doctrina de la sagrada Eucaristía, que muchos de ellos volvieron atrás: *Multi discipulorum ejus abierunt retro.* Y no porque los tales no gusten este lenguaje de Dios, que habla tan en lo interior, han de pensar que no le gustarán otros, como lo gustó san Pedro cuando dijo á Cristo: *Domine, ad quem ibimus? Verba vitae aeternae habes.* ¿Dónde irémos, Señor? Que tienes palabras de vida eterna. Y la Samaritana olvidó el agua y el cántaro por la dulzura de las palabras de Dios. Y así, estando esta alma tan cerca de Dios, que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre, Hijo y Espíritu Santo, ¿qué in-

creible cosa se dice en decir que en este llamear del Espíritu Santo gusta un rastro de vida eterna, aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condicion de esta vida? Por eso llama *viva* á esta llama, no porque no sea siempre viva, sino porque la hace tal efecto, que la hace vivir en Dios espiritualmente y sentir vida de Dios, al modo que dice David: *Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* No porque sea menester decir *vivo*, que siempre lo está Dios, sino para dar á entender que el espíritu y sentido vivamente gustaban á Dios, y eso es alegrarse en Dios vivo. Y así, en esta llama siente el alma tan vivamente á Dios, y le gusta con tanto sabor y suavidad, que dice: «¡Oh llama de amor viva!»

VERSO II.

Que tiernamente hieres.

Esto es, con tu amor tiernamente me tocas. Porque cuando esta llama de vida divina hiere al alma con ternura de vida de Dios, tan entrañablemente la hiere y enternece, que la derrite en amor, porque se cumpla en ella lo que en la Esposa en los *Cantares*, que se enterneció tanto, que se derritió; y así, dice ella allí: *Anima mea liquefacta est, ut locutus est;* Luego que el Esposo habló se derritió mi alma. Porque la habla de Dios ese es el efecto que hace en el alma.

Mas ¿cómo se puede decir que la hiere, pues en el alma no hay cosa por herir, estando ya toda cauterizada con fuego de amor? Es cosa maravillosa que, como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, está echando siempre llamaradas acá y allá; y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estála arrojando sus heridas como llamaradas ternísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivalmente las artes y trazas del amor, como en el palacio de sus bodas; como Asuero con la hermosa Ester, mostrando allí sus riquezas y la gloria de su grandeza, para que se cumpla en esta alma lo que él dijo en los *Proverbios: Et delectabar per singulos dies... ludens in orbe terrarum: delitiae meae esse cum filiis hominum;* Deleitábame yo por todos los dias, jugando en la redondez de la tierra, y mi deleite es estar con los hijos de los hombres, es á saber, dándoselos á ellos. Por lo cual estas heridas, que son los juegos del divino saber, son llamaradas de tiernos toques, que al alma tocan por momentos, de parte del fuego de amor, que no está ocioso; los cuales dice acaecen y hieren «de su alma en el mas profundo centro».

VERSO III.

De mi alma en el mas profundo centro.

Porque en la sustancia del alma, donde ni el demonio ni el mundo ni el sentido puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo; y por tanto, tanto mas segura, sustancial y deleitable es, cuanto mas interior ella es; porque cuanto mas interior es mas pura, y cuanto hay mas de pureza, tanto mas abundante y frecuente y generalmente se comunica Dios; y así, es tanto mas el deleite y el gozar del alma y del espíritu, porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga nada de suyo en el sentido que luego dirémos. Y por cuanto el alma no puede obrar conaturalmente y por su industria nada, sino por el sentido corporal, ayudada de él, del cual en este caso está ella muy libre y muy léjos, su negocio es ya solo recibir de Dios, el cual solo puede en el fondo del alma, sin ayuda de los sentidos, hacer y mover al alma y obrar en ella; y así, todos estos movimientos de la tal alma son divinos, y aunque son de Dios, tambien lo son de ella; porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento.

Y porque decir que hiere en el mas profundo centro de su alma da á entender que tiene el alma otros centros no tan profundos, conviene advertir cómo sea esto. Cuanto á lo primero, es de saber que el alma, en cuanto espíritu, no tiene alto ni bajo, ni mas profundo ni menos profundo en su ser, como tienen los cuerpos cuantitativos; que, pues en ella no hay partes, ni mas diferencia dentro que fuera, pues toda es de una manera, no tiene centro de mas ni menos hondo, ni puede estar en una parte mas ilustrada que en otra, como los cuerpos físicos, sino todo de una manera. Pero, dejada esta acepcion de centro y profundidad material y cuantitativa, aquello llamamos centro mas profundo que es á lo que mas puede llegar su ser y virtud y la fuerza de su operacion y movimiento, y no puede pasar de allí; así como el fuego ó la piedra que tienen virtud y movimiento natural y fuerza para llegar al centro de su esfera, y no pueden pasar de allí ni dejar de estar allí sino es por algun impedimento contrario. Segun esto, dirémos que la piedra cuando está del centro de la tierra está como en su centro, porque está dentro de la esfera de su actividad y movimiento, que es el elemento de la tierra; pero no está en lo mas profundo de ella, que es el medio de la tierra, porque todavía le queda virtud y fuerza para bajar y llegar hasta allí si se le quita el impedimento de delante; y cuando llegare y no tuviere de suyo mas virtud para movimiento, dirémos que está en el mas profundo centro.

El centro del alma Dios es; al cual habiendo ella llegado segun su ser y segun toda la fuerza de su operacion, habrá llegado á lo último y mas profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas ame y entienda y goce á Dios; y cuando no ha llegado á tanto como esto, aunque esté en Dios, que es su centro por gracia y por la comunicacion suya, si todavía tiene movimiento y fuerza para mas y no está satisfecha, aunque está en el centro, no está en el mas profundo, pues puede ir á mas. El amor une el alma con Dios; y así, cuantos mas grados de amor tuviere, mas profundamente entra en Dios y se concentra con él. Y así, segun este modo de hablar que llevamos, podemos decir que cuantos grados hay de amor de Dios, tantos mas centros hay del alma en Dios, que son las muchas mansiones que dijo él que habia en la casa de su Padre; y así, si tiene un grado de amor, ya está en Dios, que

es su centro, porque un grado de amor basta para estar en Dios por gracia; si tuviere dos grados, habrá concentrádose con Dios otro centro mas adentro, y si llegare á tres, concentrarse ha como tres; y si llegare á muy profundo grado de amor, llegará á herir el amor de Dios, á lo que aquí llamamos mas profundo centro del alma, la cual será transformada y esclarecida en un muy alto grado, segun su ser, potencia y virtud, hasta ponerla muy semejante á Dios; bien así como en el cristal que está limpio y puro, que cuantos mas grados de luz va recibiendo, tanto mas se va en él reconcentrando la luz y tanto mas se va esclareciendo, hasta llegar á tanto, que se concentre en él tan copiosamente la luz, que venga él á parecer todo luz y no se divise entre la luz, estando él esclarecido en ella todo lo que puede, que es parecer como ella.

Y así, decir el alma que la llama hiere en el mas profundo centro, es decir que, tocando profundísimamente la sustancia, virtud y fuerza del alma, la hiere. Lo cual dice para dar á entender la abundancia de su gloria y deleite, que es tanto mayor y mas tierno, cuanto mas fuerte y sustancialmente está transformada y reconcentrada con Dios; lo cual es mucho mas que en la comun union de amor pasa, segun el mayor afervoramiento del fuego, que aquí, como decimos, echa llama viva; porque esta alma que goza ya de gloria tan suave, y el alma que solo goza de la comun union de amor, son en cierta manera comparadas al fuego de Dios, que dice Isaías que está en Sion, que significa la iglesia militante, y al horno de Dios, que estaba en Jerusalen, que significa vision de paz; porque aquí está el alma como en horno encendido, en union tanto mas pacífica, gloriosa y tierna, como decimos, cuanto mas encendida es la llama de este horno que el comun fuego. Y así, sintiendo el alma que esta viva llama vivamente la está comunicando todos los bienes, porque este divino amor todo lo trae consigo, dice: «¡Oh llama de amor viva, que tiernamente hieres!» Como si dijera: ¡Oh encendido amor, que tiernamente estás glorificándome con tus amorosos movimientos en la mayor capacidad y fuerza de mi ánima! Es á saber, dándome inteligencia divina segun toda habilidad de mi entendimiento, y comunicándome el amor segun la mayor anchura de mi voluntad; esto es, levantando altísimamente con inteligencia divina la habilidad de mi entendimiento, en un fervor intensísimo de mi voluntad, y junta sustancial ya declarada. Y esto acaece así mas de lo que se puede y alcanza decir al tiempo que se levanta esta llama en el alma; que, por cuanto el alma toda está purgada y purísima, profunda y sútil y subidísimamente la absorbe en sí la sabiduría con su llama, la cual sabiduría toca, como dice el Sabio, en todas partes por su limpieza; y en aquel absorbimiento de sabiduría el Espíritu Santo ejercita los vibramientos gloriosos de su llama que habemos dicho; la cual, por ser tan suave, dice el alma luego: «Pues ya no eres esquiva.»

VERSO IV.

Pues ya no eres esquiva.

Es á saber, pues ya no afliges ni aprietas ni fatigas, como antes hacias; porque esta llama, cuando el alma estaba en estado de purgacion espiritual, que es cuando iba entrando en contemplacion, no le era tan apacible y suave como ahora le es en este estado de union. Para lo cual es de saber que antes que este divino fuego de amor se introduzca y una en lo mas íntimo del alma por perfecta purgacion y pureza, esta llama está hiriendo en el alma, gastándole y consumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos. Y esta es la operacion del Espíritu Santo, en la cual la dispone para la divina union y transformacion en Dios por amor; porque el mismo fuego de amor que después se une con ella en esta gloria de amor, es el que antes le embiste purgándola. Bien así como el mismo fuego que entra en el madero es el que primero le está embistiendo y hiriendo con su llama, enjugándole y desnudándole de sus frios accidentes, hasta disponerle con su calor para poder entrar en él y transformarle en sí. En el cual ejercicio el alma padece mucho detrimento y siente graves penas en el espíritu, y á veces redundan en el sentido, siéndole esta llama muy esquiva, segun que largamente dijimos en el *Tratado de la Noche Escura* y *Subida del Monte Carmelo*; y por eso aquí no digo mas. Basta saber ahora que el mismo Dios, que quiere entrar en el alma por union y transformacion de amor, es el que antes estaba embistiendo en ella y purgándola con la luz y calor de su divina llama; y así, la misma que ahora le es suave, le era antes esquiva. Y por tanto, es como si dijera: Pues ya no solamente no me eres escura, como antes, pero eres divina lumbre de mi entendimiento, con que te puedo mirar; y no solamente no haces ya desfallecer mi flaqueza, mas antes eres la fortaleza de mi voluntad, con que te puedo amar y gozar, estando toda convertida en amor divino; y ya no eres pesadumbre ni aprieto para mi alma, mas antes la gloria y deleites y anchura de ella; pues que de mí se puede decir lo que se dice en los *Cantares*: ¿Quién es esta que sube del desierto, abundante en deleites, estribando sobre su Amado, acá y allá vertiendo amor? «Acaba ya si quieres.»

VERSO V.

Acaba ya si quieres.

Es á saber, acaba ya de consumar conmigo perfectamente el matrimonio espiritual con tu vista beatífica, que, aunque es verdad que en este estado tan alto está el alma tanto mas conforme cuanto mas transformada, porque ninguna cosa sabe ni acierta pedir buscándose á sí, sino á su Amado en todo (que la caridad no pretende sino el bien y gloria del amado), todavía, porque aun vive en esperanza en que no se puede dejar de sentir vacío, tiene tanto de gemido, aunque suave y regalado, cuanto le falta para la posesion cumplida de la adopcion de Hijo de Dios, donde consumándose su gloria, se

quietará su apetito; el cual, aunque acá mas esté junto con Dios, nunca se harta hasta que parezca esta gloria, mayormente teniendo ya el sabor y las premisas de ella, como aquí se tiene; que es tal, que si Dios no tuviese tan bien favorecido y amparado el natural con su diestra (como hizo con Moisen en la piedra, para que sin morir pudiese ver su gloria, con la cual diestra, antes el natural recibe refeccion y deleite que detrimento), á cada llamarada de estas parece que se acabaria, no teniendo la parte inferior fuerzas para sufrir tanto fuego y tan subido. Y por eso este apetito no es aquí con pena, pues no está aquí el alma en estado de ella, antes con gran suavidad y deleite y conformidad lo pide. Que por eso dice: «Si quieres;» porque la voluntad y apetito están tan hechos en uno con Dios, cada uno á su modo, que tienen por gloria que se cumpla lo que Dios quiere. Pero son tales las asomadas de gloria y el amor que se trasluce, que antes seria poco amor no pedir entrada en aquella perfeccion y cumplimiento de amor.

Porque, demás de esto, ve allí el alma que en aquella fuerza de deleitable comunicacion la está el Espíritu Santo provocando y convidando con maravillosos modos y afectos suaves á aquella inmensa gloria que la está proponiendo delante de los ojos; diciendo lo que en los *Cantares* á la Esposa: *Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni; jam enim hiems transiit; imber abiit, et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra... Ficus protulit grossos suos; vineae florentes dederunt odorem suum. Surge, amica mea, speciosa mea, et veni; columba mea, in foraminibus petrae, in caverna maceriae, ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis, et facies tua decora;* Levántate y date priesa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y vén, pues que ha pasado ya el invierno, y la lluvia pasó y se desvió, y las flores han parecido en nuestra tierra, y la higuera ha echado sus higos, y las floridas viñas han dado su olor. Levántate, amiga mia, graciosa mia; y vén, paloma mia, en los horados de la piedra, en la caverna de la cerca muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es dulce y tu cara hermosa. Todas estas cosas siente el alma que la está diciendo el Espíritu Santo en aquella suave y tierna llama. Y por eso ella aquí responde: «Acaba ya si quieres;» en lo cual le pide aquellas dos peticiones que Cristo nuestro Señor mandó pedir por san Mateo: *Adveniat Regnum tuum. Fiat voluntas tua;* como si dijera: Acaba ya de darme este reino, como tú lo quieres. Y para que así sea, «rompe la tela de este dulce encuentro.»

VERSO VI.

Rompe la tela de este dulce encuentro.

Que es lo que impide este tan grande negocio; porque es fácil cosa llegar á Dios, quitados los impedimentos y telas que dividen, las cuales se reducen á tres telas, que se han de romper para poseer á Dios perfectamente; conviene á saber: temporal, en que se comprehende toda criatura; natural, en que se comprehenden todas las operaciones y inclinaciones puramente naturales; sensitiva, en que solo se comprehende la union del alma con el cuerpo, que es vida sensitiva y animal, de que dice san Pablo: *Scimus enim, quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, quod aedificationem ex Deo habemus, domum non manufactam, aeternam in coelis;* Sabemos que si esta nuestra casa terrestre se desata, tenemos habitacion de Dios en los cielos. Las dos primeras telas de necesidad se han de haber rompido para llegar á esta posesion de Dios por union de amor, en que todas las cosas del mundo están negadas y renunciadas, y los apetitos y afectos mortificados, y las operaciones del alma hechas divinas; todo lo cual se rompió por los encuentros de esta llama cuando era esquiva; porque en la purgacion espiritual acaba el alma de romper con estas dos telas y unirse como aquí está, y no queda por romper mas que la tercera de la vida sensitiva; que por eso dice aquí *tela*, y no *telas*, porque no hay mas de esta, á la cual no la encuentra esta llama rigurosa y esquivamente como á las otras hacia, sino sabrosa y dulcemente. Y así, la muerte de las semejantes almas es muy suave y dulce, mas que les fué la vida espiritual toda su vida; porque mueren con ímpetus y encuentros sabrosos de amor, como el cisne, que canta mas dulcemente cuando se quiere morir. Que por esto dijo David que la muerte de los justos es preciosa, porque allí van á entrar los rios del amor del alma en la mar del amor, y están allí tan anchos y represados, que parecen ya mares, juntándose allí el principio y el fin, lo primero y lo postrero, para acompañar al justo, que va y parte á su reino; oyéndose, como dice Isaías, las alabanzas de los fines de la tierra, que son gloria del justo, y sintiéndose el alma en esta sazon con estos gloriosos encuentros muy á punto de salir en abundancias á poseer el reino perfectamente, porque se ve pura y rica, cuanto se compadece con la fe y el estado de esta vida, y dispuesta para ello; que ya en este estado déjalos Dios ver su hermosura y fiales los dones y virtudes que les ha dado; porque todo se les vuelve en amor y alabanzas, sin toque de presuncion ni vanidad, no habiendo ya levadura de imperfeccion que corrompa la masa.

Y como ve que no le falta mas que romper la tela flaca de esta humana condicion de vida natural, en que está enredada y presa, impedida su libertad, con deseo de ser desatada y verse con Cristo, deshaciéndose ya esta urdiembre de espíritu y carne, que son de muy diferente ser, y recibiendo cada una de por sí su suerte, que la carne se quede en su tierra y el espíritu vuelva á Dios, que le dió, pues la carne mortal no aprovecha nada, como dice san Juan: *Non prodest quidquam;* antes estorba este bien de espíritu, haciéndole lástima que una vida tan baja la impida otra tan alta, pide que se rompa. Y llámala *tela* por tres razones: la primera, por la trabazon que hay entre el espíritu y la carne; la segunda, porque divide entre Dios

y el alma; la tercera, porque, así como la tela no es tan opaca y condensa que no se pueda traslucir lo claro por ella, así en este estado parece esta trabazon tan delgada tela, por estar ya muy espiritualizada, ilustrada y adelgazada, que no se deja de traslucir la divinidad en ella; y como siente el alma la fortaleza de la otra vida, echa de ver la flaqueza de estotra, y parécele muy delgada tela, y aun tela de araña, como dice David: *Anni nostri sicut aranea meditabuntur*. Y aun es mucho menor delante del alma que así está engrandecida; porque, como está puesta en el sentir de Dios, siente las cosas como Dios, delante del cual, como tambien dice David, mil años son como el dia de ayer que pasó: *Mille anni ante oculos tuos, tamquam dies hesterna, quae praeteriit*. Y segun Isaías: *Omnes gentes quasi non sint;* Todas las gentes son como si no fuesen. Y ese mismo tomo tienen delante del alma, que todas las cosas le son nada, y ella es para sus ojos nada; solo su Dios para ella es el todo.

Pero hay aquí que notar por qué razon pide mas que rompa la tela que la corte ó que la acabe, pues todo parece una cosa. Podemos decir que por cuatro razones: la primera, por hablar con mas propiedad, porque mas propio es del encuentro romper que cortar ó que acabar; la segunda, porque el amor es amigo de fuerza y de toque fuerte y impetuoso, lo cual se ejercita mas en el romper que en el cortar y acabar; la tercera, porque, como tiene tanto amor, apetece que sea brevísimo aquel acto de romperse la tela, para que se cumpla presto, y tiene tanta fuerza y valor, cuanto es mas breve y mas espiritual, porque la virtud de amor aquí está mas unida, mas fuerte; introdúcese lo perfecto de transformativo amor, al modo que la forma en la materia, que se introduce en un instante, que hasta entonces no habia acto de informacion transformativa, sino disposiciones para ella de deseos y afectos succesivamente repetidos, que en muy pocos llegan al acto perfecto de transformacion; de donde el alma dispuesta muchos mas actos y mas intensos puede hacer en breve tiempo que la que no está dispuesta en mucho; porque á esta todo se le va en disponer el espíritu, y aun después se suele quedar el fuego sin penetrar el madero del todo; mas en la dispuesta por momentos entra el amor, y la centella prende al primer toque en la seca yesca. Y así, el alma enamorada mas quiere la brevedad del romper que el espacio del cortar y el esperar á acabar; la cuarta es porque se acabe mas presto la tela de la vida, que el cortar y acabar hácese de mas acuerdo cuando la cosa está ya mas sazonada, y parece que pide mas espacio y madurez, y el romper no es para madurez ni nada de eso. Y esta alma quisiera que no se esperara á que se acabara la vida naturalmente, porque la fuerza del amor y la disposicion que en sí ve, la inclina con resignacion á que se rompa con algun encuentro y ímpetu sobrenatural de amor; porque sabe aquí muy bien el alma que es condicion de Dios llevar á las tales almas antes de tiempo por darles los bienes y sacarlas de los males, consumándolas en breve tiempo y dándolas por medio de aquel amor lo que en mucho tiempo pudieran ir ganando, como dice el Sabio por estas palabras: *Placens Deo factus est dilectus, et vivens inter peccatores translatus est: raptus est, ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius. Consummatus in brevi, explevit tempora multa: placita enim erat Deo anima illius: propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum;* El que agrada á Dios es hecho amado, y viviendo entre los pecadores, fué trasladado y arrebatado, porque la malicia no mudase su entendimiento ó la ficcion no engañase su alma. Consumado en breve, cumplió muchos tiempos; porque su alma era agradable á Dios, y por eso se apresuró á sacarle del mundo. Por eso es grande negocio ejercitar mucho el amor; porque, consumándose el alma en él, no se detenga mucho acá ó allá sin verle cara á cara.

Pero veamos ahora por qué á este embestimiento interior del Espíritu Santo llama el alma *encuentro*. La razon es, porque, aunque siente el alma gran gana de que se le acabe la vida, mas como no ha llegado el tiempo, no se hace; y así, Dios, para consumarla y elevarla mas de la carne, hace en ella unos embestimientos divinos y gloriosos á manera de encuentros, que verdaderamente son encuentros, con que siempre penetra, endiosando la sustancia del alma y haciéndola como divina; en lo cual absorbe al alma el ser de Dios, porque la encontró y traspasó vivamente en el Espíritu Santo, cuyas comunicaciones son impetuosas cuando son afervoradas, como esta lo es. En el cual, porque el alma vivamente gusta de Dios, le llama dulce; no porque otros toques muchos y encuentros que en este estado recibe dejen de ser dulces y sabrosos, sino por la eminencia que tiene sobre todos los demás; porque lo hace Dios á fin de perfectamente desatarla y de glorificarla. De donde á ella le nacen alas para decir: «Rompe la tela de este dulce encuentro.»

Y así, toda la cancion es como si dijera: Oh llama del Espíritu Santo, que tan íntima y tiernamente traspasas la sustancia de mi alma y la cauterizas con tu ardor, pues ya estás tan amigable, que te muestras con gana de dárteme en vida eterna cumplida, si antes mis peticiones no llegaban á tus oidos cuando con ansias y fatigas de amor, en que penaba la flaqueza de mi sentido y espíritu por la mucha flaqueza, impureza y poca fuerza de amor que tenian, te rogaba me desatases; porque con deseo te deseaba mi alma cuando el amor impaciente no me dejaba conformar tanto con esta condicion de vida que tú querias que viviese, y los pasados ímpetus de amor no eran bastantes delante de tí, porque no eran de tanta sustancia; ahora, que estoy fortalecida en amor, que, no solo no desfallece mi espíritu y sentido á tí, mas antes, fortalecidos de tí mi corazon y mi carne, se gozan en Dios vivo con grande conformidad de las partes, donde lo que tú quieres que pida pido, y lo que no quieres no lo quiero, ni aun parece que puedo ni pasa por mi pensamiento pedirlo; y pues son ya delante de tus ojos mas válidas y razonables mis

peticiones, pues salen de tí, y tú las quieres, y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido, saliendo ya mi juicio de tu rostro, que es cuando los ruegos precias y oyes, rompe la tela delgada de esta vida para que te pueda amar desde luego con la plenitud y hartura que desea mi alma, sin término y sin fin.

CANCION II.

¡Oh cauterio suave!
Oh regalada llaga!
Oh mano blanda! Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

DECLARACION.

En esta cancion da entender el alma cómo las tres personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son las que hacen en ella esta divina obra de union; y así, la *mano* y el *cauterio* y el *toque* en sustancia son una misma cosa, y pónelos estos nombres por cuanto por el efecto que hace cada una en proporcion les conviene. El *cauterio* es el Espíritu Santo, la *mano* es el Padre, y el *toque* es el Hijo; y así, engrandece aquí el alma al Padre, Hijo y Espíritu Santo, encareciendo tres grandes mercedes y bienes que en ella hacen por haber ya trocado su muerte en vida, transformándola en sí. La primera es *llaga regalada*, y esta atribuye al Espíritu Santo, y por eso la llama *cauterio;* la segunda es *gusto de vida eterna*, y esta atribuye al Hijo, y por eso le llama *toque delicado;* la tercera es *dádiva* con que queda muy bien pagada el ánima, y esta atribuye al Padre, y por eso le llama *mano blanda*. Y aunque aquí nombre las tres persónas por causa de las propiedades de los efectos, solo con una esencia habla, diciendo: «En vida la has trocado;» porque todas ellas obran en uno, y todo lo atribuye á uno y todo á todas.

VERSO PRIMERO.

¡Oh cauterio suave!

En el libro del *Deuteronomio* dice Moisen que nuestro Señor Dios es fuego consumidor, es á saber, fuego de amor; el cual, como sea de infinita fuerza, inestimablemente puede consumir, y con grande fuerza abrasando, transformar en sí lo que tocare; pero á cada uno abrasa como le halla dispuesto, á unos mas y á otros menos, y tambien cuanto él quiere y como y cuando quiere; y como él sea infinito fuego de amor, cuando él quiere tocar al alma algo apretadamente es el ardor de ella en tan sumo grado, que le parece al alma que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo; que por eso á este toque llama *cauterio*, porque es donde el fuego está mas intenso y reconcentrado y hace mayor efecto de ardor que los demás ignitos; y como quiera que este fuego divino tenga transformada en sí el alma, no solamente siente cauterio, mas toda ella está hecha un cauterio de vehemente fuego. Y es cosa admirable que, con ser este fuego de Dios tan vehemente y consumidor, que con mayor facilidad consumiria mil mundos que el fuego de acá una paja, no consuma y acabe los espíritus en que arde, sino que á la medida de su fuerza y ardor los deleite y endiose, ardiendo en ellos suavemente, segun la fuerza que les ha dado; como acaeció en los *Actos de los apóstoles*, donde, viniendo este fuego con grande vehemencia, abrasó á los discípulos, y estos, como dice san Gregorio, interiormente ardieron con suavidad, y eso es lo que dice la Iglesia: *Advenit ignis divinus non consumens, sed illuminans;* Vino fuego del cielo, no quemando, sino resplandeciendo; no consumiendo, sino alumbrando; porque en estas comunicaciones, como su fin es engrandecer al alma, no la aprieta, sino ensánchala; no la fatiga, sino deléitala y clarifícala y enriquécela; que por eso la llama *suave*.

Y así, la dichosa alma que por grande ventura llega á este cauterio, todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere, hace y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella ni la toca, porque esta es de quien dice el Apóstal: *Spiritualis autem judicat omnia : et ipse à nemine judicatur;* El espiritual todo lo juzga y él de ninguno es juzgado. Y en otro lugar: *Omnia scrutatur, etiam profunda Dei;* Todo lo penetra, hasta los profundos de Dios. Porque esta es la propiedad del amor, escudriñar todos los bienes del Amado. ¡Oh gran gloria de las almas, que mereceis llegar á este sumo fuego! En el cual, pues hay infinita fuerza para os consumir y aniquilar, no os consumiendo, inmensamente os consuma en gloria. No os maravilleis que á algunas almas las llegue Dios hasta aquí, pues el sol en algunas cosas se singulariza en hacer mas maravillosos efectos. Siendo pues este cauterio tan suave como aquí se ha dado á entender, ¡cuán regalada creemos que será el alma que de tal fuego fuere tocada! Y así, queriéndolo decir el alma, no lo dice, sino quedase con el encarecimiento y estimacion por este término, ó diciendo: «¡Oh regalada llaga!»

VERSO II.

¡Oh regalada llaga!

La cual llaga el mismo que la hace la cura, y haciéndola la sana, que es en alguna manera semejante al cauterio del fuego natural, que cuando le ponen sobre la llaga hace mayor llaga, y hace que la que antes era llaga causada por hierro ó por otra alguna manera, ya venga á ser llaga de fuego, y si mas veces asentase sobre ella el cauterio, mayor llaga de fuego haria, hasta venir á resolver el sugeto. Así este cauterio divino de amor, la llaga que él hizo de amor en el alma, él mismo la cura, y cada vez que asienta la hace mayor; que la cura del amor es llagar y herir sobre lo llagado, y herido, hasta tanto que venga el alma á resolverse todo en llama de amor. Y de esta manera, ya hecha toda una llaga de amor, está toda sana, transformada en amor y llagada en amor; porque en este caso el que está mas llagado está mas sano, y el que está todo llagado, está todo sano. Y no porque esté esta alma ya toda llagada y toda sana, deja el cauterio de hacer su

oficio, que es herir de amor; pero entonces ya es regalar la llaga sana de la manera que está dicho. Y por esto dice: «¡Oh regalada llaga!» Y tanto mas regalada cuanto ella es hecha por mas alto y subido fuego de amor; porque, habiéndola hecho el Espíritu Santo á fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar sea grande, grande será la llaga, porque grandemente sea regalada el alma que la recibe. ¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar! Oh venturosa y muy dichosa llaga, pues no fuiste hecha sino para regalo y deleite del alma! Grande es la llaga, porque grande es el que la hizo, y grande es su regalo, pues el fuego de amor es infinito. ¡Oh pues, regalada llaga, y tanto mas subídamente regalada, cuanto mas en el centro íntimo del alma toca el cauterio de amor, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar! Este cauterio y esta llaga es á mi ver el mas alto grado que en este estado puede ser. Mas hay otras muchas maneras, que ni llegan aquí ni son como esta; porque esto es de toque de divinidad en el alma, sin forma ni figura alguna, natural, formal ni imaginaria.

Mas otra manera de cauterizar al alma suele haber tambien muy subida, y es en esta manera. Acaecerá que estando el alma inflamada en este amor, aunque no está tan cauterizada como aquí habemos dicho (aunque harto conviene lo esté para lo que quiero decir), y es, que acaecerá que sienta embestir en ella un serafin con un dardo enarbolado de amor encendidísimo, traspasando á esta alma encendida ya como ascua, ó por mejor decir, como llama, y la cauteriza subidamente, y entonces en este cauterizar traspasándola, apresúrase la llama y sube de punto con vehemencia, al modo que en un encendidísimo horno ó fragua, cuando menean ó revuelven la leña, se afervora la llama y se aviva el fuego, y entonces al herir de este encendido dardo siente esta llaga el alma en deleite sobre todo encarecimiento; porque, demás de ser toda removida al tiempo que la revuelven, ya la mocion impetuosa causada por aquel serafin, en que es grande el ardor y derretimiento de amor, siente la herida fina, y eficaz la yerba con que vivamente iba templado el hierro, siente el alma lo profundo del espíritu traspasado y lo fino del deleite, de que nadie podrá hablar como conviene. Siente el alma allí como un grano de mostaza muy mínimo, vivísimo y encendidísimo en lo muy íntimo del corazon del espíritu, que es el punto de la herida, donde está la sustancia y virtud de la yerba, y difundirse sutilmente por todas las espirituales venas del alma, segun la potencia y fuerza del ardor; y siente crecer tanto y convalecer y afinarse el amor, que parecen en ella mares de fuego, llenándolo todo de amor. Y lo que aquí goza el alma, no hay mas que decir sino que allí siente cuán bien comparado está el reino de los cielos al grano de mostaza en el Evangelio, que por su gran calor, siendo tan pequeño, crece en árbol grande: *Simile est Regnum Coelorum grano sinapis, quod accipiens homo seminavit in agro suo; quod minimum quidem est omnibus seminibus: cum autem creverit, majus est omnibus oleribus, et sit arbor, ita ut volucres Coeli veniant, et habitent in ramis ejus.* Porque el alma se ve hecha como un inmenso fuego de amor. Pocas almas llegan á esto, mas algunas han llegado, mayormente las de aquellos cuya virtud y espíritu se habia de difundir en la sucesion de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor á la cabeza, segun habia de ser la succesion de la casa en las primicias del espíritu.

Pero volvamos á la obra que hacia aquel serafin, que verdaderamente es llagar y herir; y así, si alguna vez se da licencia para que salga algun efecto afuera al sentido corporal, al modo que hirió dentro, sale fuera la herida y la llaga; como acaeció cuando el Serafin llagó al santo Francisco, que, llagándole en el alma de amor, con aquella manera salió el efecto de las llagas afuera; porque Dios ninguna merced hace al cuerpo que principalmente no la haga primero en el alma; y entonces, cuanto mayor es el deleite y fuerza de amor que causa la llaga de adentro, tanto mayor es el dolor de la llaga de fuera, y creciendo lo uno crece lo otro; lo cual acaece así, que por estar estas almas purgadas y fuertes en Dios, les es deleite en el espíritu fuerte y sano, el espíritu fuerte y dulce de Dios, que á su flaqueza y corruptible carne causa dolor y tormento. Y así, es cosa maravillosa sentir crecer el dolor con el sabor. La cual maravilla echó bien de ver Job en sus llagas cuando dijo á Dios: *Reversusque mirabiliter me crucias;* Volviéndote á mí, maravillosamente me atormentas. Porque maravilla grande es, y cosa digna de la abundancia de Dios y de la dulzura que tiene escondida para los que le temen hacer tanto mas sabor y deleite, cuanto mas dolor y tormento se siente.

¡Oh grandeza inmensa, que en todo te muestras omnipotente! ¡Quién pudiera, Señor, hacer dulzura en medio de lo amargo, y en el tormento sabor! ¡Oh, regalada llaga, pues tanto mas te regalan cuanto mas crece tu herida! Pero, cuando el llagar es en el alma, sin que se comunique afuera, puede ser muy mas intenso y mas subido; porque, como quiera que la carne sea freno del espíritu, cuando los bienes de él se comunican á ella, tira la rienda á ella y enfrena la boca á este ligero caballo del espíritu, y apágale su gran brio; porque el cuerpo que se corrompe agrava al alma, y el uso de la vida en él oprime el sentido espiritual cuando comprehende muchas cosas: *Corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam, et terrena inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem.* Por tanto, el que se quiere arrimar mucho al sentido corporal no será muy espiritual. Esto digo para los que piensan que á pura fuerza y operacion del sentido bajo pueden venir y llegar á las fuerzas y á la alteza del espíritu. Aquí no se llega sino cuando el sentido corporal queda fuera; porque otra cosa es cuando del espíritu se deriva afecto de sentimiento en el sentido; porque en esto puede haber mucho espíritu, como en san Pablo, que, del gran sentimiento que tenia de los dolores de Cristo, le redundaba en el cuerpo; como él da á entender á los de Galacia, diciendo: *Ego enim stigmata Domini Jesu in*

corpore meo porto; Yo en mi cuerpo traigo las heridas de mi Señor Jesucristo. Y así, cual es la llaga y el cauterio, tal será la mano que entienda en esta obra, y cual el toque, el que la causa. Esto muestra el alma en el verso siguiente, diciendo: «¡Oh mano blanda! Oh toque delicado!»

VERSO III.

¡Oh mano blanda! Oh toque delicado!

¡Oh mano, que, siendo tú tan generosa cuanto poderosa y rica, poderosamente me das las dádivas! Oh mano blanda, tanto mas blanda para esta alma, asentándola blandamente, cuanto si la asentaras algo pesada hundiera todo el mundo, pues de solo tu mirar la tierra se estremece, tiemblan las gentes, los montes se desmenuzan! Oh pues otra vez blanda mano, que, así como fuiste dura y rigurosa para Job, porque le tocaste tan ásperamente, asentándola tú sobre mi alma muy de asiento, muy amigable y graciosamente, me eres tanto mas blanda y suave, que fuiste para él dura, cuanto mas de asiento me tocas con amor dulce que á él le tocaste con rigor! Porque tú matas y das vida, y no hay quien rehuya de tu mano. Mas tú, oh divina vida, nunca matas sino para dar vida, así como nunca llagas sino es para sanar. Llagásteme para sanarme, oh divina mano. Mataste en mí lo que me tenia muerta sin la vida de Dios, en que ahora me veo vivir. Y esto que hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia para conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria y figura de tu sustancia, que es tu unigénito Hijo; en el cual, siendo él tu sabiduría, tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin. ¡Oh pues, toque delicado! Verbo Hijo de Dios, que por la delicadeza de tu ser divino penetras sutilmente en la sustancia de mi alma, y tocándola tú delicadamente, la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oidas en la tierra de Canaan ni vistas en Teman. ¡Oh pues mucho y en grande manera delicado toque del Verbo! Para mí tanto mas cuanto, habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb, con la sombra de tu poder y fuerza, que iba delante, te diste á sentir al Profeta en silbo de aire delgado y delicado. ¡Oh aire delgado! Di, ¿cómo tocas delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh, dichosa y muy dichosa el alma á quien tocares delgadamente, siendo tan terrible y poderoso! Dilo al mundo, alma. Mas no lo digas, porque no sabe de aire delgado, y no te sentirá, porque no puede recibir estas altezas.

¡Oh Dios mio y vida mia! Aquellos te sentirán y verán en tu toque que, enajenándose del mundo, se pusieren en delgado, conviniendo delgado con delgado, á quien tanto mas delgadamente tocas cuanto, estando tú escondido en la adelgazada alma, enajenados ellos de toda criatura y de todo rastro de ella, los escondes en lo escondido de tu rostro, de la conturbacion de los hombres: *Abscondes eas in abscondito faciei tuae à conturbatione hominum*. ¡Oh pues otra vez y muchas veces delicado toque! Que con la fuerza de tu delicadeza deshaces al alma y la apartas de todos los demás toques y adjudicas solo para tí, y tan delicado efecto y dejo dejas en ella, que todo toque de todas las demás cosas altas y bajas le parezca grosero y bastardo, y la ofende aun en mirarle, y le es pena y grave tormento tratarle y tocarle. Y es de saber que tanto mas ancha y capaz es la cosa cuanto mas delgada, y tanto mas difusa y comunicativa es cuanto es mas delicada. ¡Oh pues toque delicado, que tanto mas te infundes cuanto tú eres mas delicado! Ya el vaso de mi alma por tu toque está sencillo, puro y capaz de tí. ¡Oh pues toque delicado, que, no sintiéndose cosa material en tí, tocas tanto mas al alma y tanto mas adentro, trocándola de humana en divina, cuanto tu ser divino, con que tocas, está ajeno de modo y manera, y libre de toda corteza de forma y figura. ¡Oh pues, finalmente, toque delicado y muy delicado, pues tocas en el alma con tu simplicísimo y sencillísimo ser, que, como es infinito, infinitamente es delicado! Y por tanto, tan sútil, amorosa y eminente y delicadamente toca.

VERSO IV.

Que á vida eterna sabe.

Que, aunque no en perfecto grado, es en efecto cierto favor de vida eterna, como arriba queda dicho, que se gusta en este toque de Dios. Y no es increible que ello así sea, creyendo, como se ha de creer, que este toque es substancialísimo y toca la sustancia de Dios en la sustancia del alma; al cual en esta vida han llegado muchos santos. De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente es imposible decirse; ni yo querria hablar en ello, porque no se entienda que aquello no es mas de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar y nombrar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan; de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí y sentirlo y gozarlo, y callarlo el que lo tiene. Porque echa de ver el alma aquí, en cierta manera, ser estas como el cálculo que dice san Juan que se daria al que venciese, y en el cálculo un nombre escrito, que ninguno le sabe sino el que le recibe: *Vincenti dabo... calculum candidum, et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit, nisi qui accipit.* Y así, solo se puede decir y con verdad: «Que á vida eterna sabe.» Que, aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque, como es de Dios, á vida eterna sabe. Y así, gusta aquí el alma por una admirable manera y participacion de todas las cosas de Dios, comunicándosele fortaleza, sabiduría y amor, hermosura, gracia y bondad. Que, como Dios sea todas estas cosas, gústalas todas el alma en un solo toque de Dios con cierta eminencia. Y de este bien del alma á veces redunda en el cuerpo algo de la uncion del espíritu, que parece penetra hasta los huesos, y en su manera engrandece á Dios, conforme á aquello que David dice: *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?* Todos mis huesos dirán: Dios, ¿quién habrá semejante á tí? Y porque todo lo que en

esto se puede decir es menos, basta decir: «Que á vida eterna sabe.»

VERSO V.

Y toda deuda paga.

Aquí nos conviene declarar qué deudas son estas de que el alma aquí se siente pagada. Y es de saber que las almas que á este alto estado y reino del desposorio espiritual llegan, comunmente han pasado por muchos trabajos y tribulaciones; porque por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos, las cuales ya son pasadas en este estado.

Los que padecen los que han de llegar á la union de Dios son trabajos y tentaciones de muchas maneras en el sentido, y trabajos y tribulaciones y tentaciones, tinieblas y aprietos en el espíritu, para que se haga la purgacion de entrambas estas dos partes, segun lo dijimos en la *Subida del Monte Carmelo* y en la *Noche Escura*. Y la razon de estos trabajos es, porque los deleites y noticia de Dios no pueden asentar bien en el alma, sino es el sentido y el espíritu bien purgado y adelgazado. Y porque los trabajos y penitencias purifican y adelgazan el sentido, y las tribulaciones, tentaciones, tinieblas y aprietos adelgazan y disponen el espíritu, por ellos conviene pasar para transformarse en Dios (como los que allá lo han de ver por el purgatorio), unos mas intensamente, otros menos; unos mas tiempo, otros menos, segun los grados de union á que Dios los quiere levantar y lo que ellos tuvieren que purgar. Por estos trabajos en que Dios al alma y sentido pone, va ella cobrando virtudes y fuerza y perfeccion con amargura, como dice el Apóstol: *Virtus in infirmitate perficitur*. Porque la virtud en la flaqueza se perficiona y en el ejercicio de pasiones se labra. Que no puede servir el hierro á la traza del artífice sino es por fuego y martillo, en lo cual el hierro padece detrimento acerca de lo que antes era. Que de esa manera dice Jeremías que le enseñó Dios: Envió fuego en mis huesos y enseñóme; *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudivit me*. Y tambien dice del martillo: *Castigasti me, et eruditus sum;* Castigásteme, Señor, y quedé enseñado y docto. Por lo cual dice el *Eclesiástico: Qui non est tentatus quid scit?* El que no es tentado ¿qué sabe y qué cosa puede conocer?

Aquí se ha de notar por qué son tan pocos los que llegan á este alto estado. La razon es, porque en esta tan alta y subida obra que Dios comienza, hay muchos flacos que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo ni mortificacion, ni obrar con maciza paciencia. De aquí es que, no hallándolos fuertes en la merced que les hacia, comenzando á labrarlos, no vaya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra, para lo cual era menester mayor fortaleza y constancia. Y así, á estos que quieren pasar adelante, no sufriendo lo que es menos ni sujetándose á ello, se les puede decir con Jeremías: *Si cum pedatibus currens laborasti: quomodo contendere poteris cum equis? Cum autem in terra pacis securus fueris, quid facies in superbia Jordanis?* Si corriendo tú con los que iban á pié, trabajaste, ¿cómo podrás atener con los caballos? Y como hayas tenido quietud en la tierra de paz, ¿qué harás en la soberbia del Jordan? Lo cual es como si dijera: Si con los trabajos que á pié llano, ordinaria y humanamente acaecen á todos los vivientes, tenias tú tan corto paso, que corrias y lo tuviste por trabajo, ¿cómo podrás igualar con el paso del caballo? Que es ya salir de ordinarios trabajos y comunes á otros de mayor fuerza y ligereza. Y si tú no has querido armar guerra contra la paz y gusto de tu tierra, que es tu sensualidad, sino que te quieres estar quieto y consolado en ella, ¿qué harás en la soberbia del Jordan? Esto es, ¿cómo llevarias las impetuosas aguas de tribulaciones y trabajos del espíritu, que son de mas adentro?

¡Oh almas, que os quereis andar seguras y consoladas! si supiésedes cuánto os conviene padecer, sufriendo, para venir á eso, y de cuánto provecho es el padecer y la mortificacion para venir á altos bienes, en ninguna manera buscaríades consuelo en cosa alguna, mas antes llevaríades la cruz en hiel y vinagre pura, y lo habríades á gran dicha, viendo que muriendo así al mundo y á vosotras mismas, viviríades á Dios en deleites de espíritu; y sufriendo con paciencia lo exterior, mereceríades que pusiese Dios los ojos en vosotras para limpiaros y purgaros mas adentro con trabajos espirituales. Porque muchos servicios han de haber hecho á Dios, y tenido mucha paciencia y constancia, y muy aceptos ante él en la vida, á los que él ha de hacer semejante merced. Y así, el ángel dijo al santo Tobías: *Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te;* que porque habia sido acepto á Dios lo habia hecho aquella merced de enviarle la tribulacion, para que le probase mas y hacerle mayores mercedes. Y así, todo lo que le quedó de vida después, dice la Escritura que lo tuvo de gozo. Y ni mas ni menos vemos que en Job, que en aceptándole, que le aceptó delante de los espíritus buenos y malos por siervo suyo, luego le hizo merced de enviarle aquellos duros trabajos para engrandecerle después, como lo hizo mucho mas que antes en lo espiritual y temporal. Así hace Dios con los que quiere aventajar segun la mejora mas principal, que los deja tentar, afligir, atormentar y apurar interior y exteriormente hasta donde se puede llegar, para endiosarlos, dándoles la union en su sabiduría, que es el mas alto estado, y purgándolos primero en esta misma sabiduría, segun lo nota David, diciendo: *Eloquia Domini eloquia casta: argentum igne examinatum: probatum terrae, purgatum septuplum;* que la sabiduría del Señor es plata examinada con fuego, probada en la tierra de nuestra carne, y purgada siete veces, esto es, muy purgada. Y no hay aquí para qué detenernos mas, diciendo cómo es cada purgacion de estas para venir á esta sabiduría divina, que acá es como plata, que, aunque mas alta sea, no será como el oro precioso, que para la gloria se guarda.

Pero conviénele al alma mucho estar con grande constancia y paciencia en estas tribulaciones y trabajos de afuera y de adentro, espirituales y corporales, mayores y menores, tomándolo todo como de mano de Dios para su bien y remedio; no huyendo de ellos, pues son sanidad para el alma, como se lo aconseja el Sabio, diciendo: *Si spiritus potestatem habentis ascenderit super te, locum tuum ne dimiseris: quia curatio faciet cesare peccata maxima;* Si el espíritu del que es poderoso descendiere sobre tí, no dejes tu lugar (esto es, el lugar y puesto de tu probacion, que es aquel trabajo), porque la curacion hará cesar grandes pecados, esto es, cortarte ha el hilo de tus pecados y imperfecciones, que es el mal hábito, para que no vayan adelante. Y así, los aprietos interiores y trabajos apagan y purifican los hábitos imperfectos y malos del alma. Por lo cual ha de tenerlo en mucho cuando el Señor enviare trabajos interiores y exteriores, entendiendo que son pocos los que merecen ser consumados por pasiones, padeciendo á fin de tan alto estado.

Volviendo pues á nuestra declaracion. Como el alma aquí se acuerda que se le pagan aquí muy bien todos sus pasados trabajos, porque ya *Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus;* y que como fué participante de las tribulaciones, lo es ahora de las consolaciones, y que á todos los trabajos interiores y exteriores la han muy bien respondido con bienes divinos, sin haber trabajo que no tenga su correspondencia de gran galardon, confiésalo, como ya bien satisfecha, en este verso, diciendo: «Y toda deuda paga.» Como hizo tambien David en el suyo, diciendo: *Cuantas ostendisti mihi tribulationes multas, et malas: et conversus vivificasti me: et de abyssis terrae iterum reduxisti me: multiplicasti magnificentiam tuam, et conversus consolatus es me;* ¡Cuántas tribulaciones me mostraste, muchas y malas! Y de todas ellas me libraste, y de los abismos de la tierra otra vez me sacaste, multiplicaste tu magnificencia, y volviéndote á mí, me consolaste. Y así, esta alma que antes estaba fuera á las puertas del palacio de Dios (como Mardoqueo llorando en las plazas de Susan el peligro de su vida, vestido de cilicio, no queriendo recibir la vestidura de la reina Ester, ni habiendo recibido ninguna merced ni galardon por los servicios que habia hecho al Rey y la fe que habia tenido en mirar por la honra y vida del Rey), en un dia, como al mismo Mardoqueo, le pagan sus trabajos y servicios haciéndola, no solamente entrar en el palacio y que esté delante del Rey vestida de vestiduras reales, sino que tambien se le ponga diadema en la cabeza y tenga cetro y silla real con posesion del anillo del Rey, para que todo lo que quisiere haga en el reino de su Esposo. Porque los de este estado todo lo que quieren alcanzan, y toda la deuda queda bien pagada, muertos ya los enemigos de sus apetitos, que les querian quitar la vida, y ya viviendo en Dios; que por eso dice luego: «Matando, muerte, en vida la has trocado.»

VERSO VI.

Matando, muerte, en vida la has trocado.

La muerte no es otra cosa sino privacion de la vida; porque en viniendo la vida, no queda rastro de muerte acerca de lo espiritual. Dos maneras hay de vida: una es beatífica, que consiste en ver á Dios, y para esta ha de preceder muerte natural y corporal, como dice San Pablo: *Scimus enim, quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis disolvatur, quod aedificationem ex Deo habemus, domum non manufactam, aeternam in Coelis;* Sabemos que si esta casa de barro se desatare, tenemos morada de Dios en los cielos. La otra es vida espiritual perfecta, que es posesion de Dios por union de amor, y esta se alcanza por la mortificacion de todos los vicios y apetitos. Y hasta tanto que esto se haga, no se puede llegar á la perfeccion de esta vida espiritual de union con Dios; segun tambien dice el Apóstol por estas palabras: *Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis;* Si viviéredes segun la carne, moriréis; pero si con el espíritu mortificáredes los hechos de la carne, viviréis.

De donde es de saber que lo que aquí el alma llama muerte, es todo el hombre viejo, que es el uso de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, ocupado y empleado en cosas del siglo, y los apetitos en gusto de criaturas. Todo lo cual es ejercicio de vida vieja, la cual es muerte de la nueva, que es la espiritual. En la cual no podrá vivir el alma perfectamente, si no muriere tambien perfectamente al hombre viejo, como el Apóstol lo amonesta, diciendo que se desnuden del hombre viejo y se vistan de nuevo, que segun Dios es criado en justicia y santidad: *Deponere vos secundum pristinam conversationem veterem hominem... et induite novum hominem, qui secundum Deum creatus est in justitia, et sanctitate veritatis.* En la cual vida nueva, cuando ha llegado á perfeccion de union con Dios, como aquí vamos tratando, todos los afectos del alma, sus potencias y operaciones, de suyo imperfectas y bajas, se vuelven como divinas. Y como quiera que cada viviente viva por su operacion, como dicen los filósofos, teniendo sus operaciones en Dios por la union que tienen con Dios, el alma vive vida de Dios, y se ha trocado su muerte en vida. Porque el entendimiento, que antes de esta union cortamente entendia con la fuerza y vigor de su lumbre natural, ya es movido y informado de otro principio y lumbre mas superior de Dios. Y la voluntad, que antes amaba tibiamente, ahora ya se ha trocado en vida de amor divino; porque ama altamente con afecto de amor divino, movida del Espíritu Santo, en que ya vive. Y la memoria, que de suyo percibia solas las formas y figuras de criaturas, es trocada en tener en la mente los años eternos que David dice. Y el apetito, que antes estaba inclinado al manjar de las criaturas, ahora tiene gusto y sabor de manjar divino, movido ya de otro principio, donde está mas á lo vivo, que es el gusto de Dios. Y finalmente, todos

los movimientos y operaciones que antes tenia el alma del principio de su vida natural y imperfecta, ya en esta union son trocados en movimientos de Dios; porque el alma, como ya era verdadera hija de Dios, es movida del espíritu de Dios, como dice san Pablo: *Quicumque enim Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei;* que los que son movidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y la sustancia de su alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede convertirse en él, pero estando unida con él y absorta en él, es Dios por participacion. Lo cual acaece en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra, y de esta manera dice bien: «Matando, muerte en vida la has trocado.» De donde puede decir aquí el alma con mucha razon, con san Pablo: *Vivo, autem, jam non ego: vivit vero in me Christus;* Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo. Y así, se trueca lo muerto y frio de esta alma en vida de Dios, absorbida el alma en la vida, para que en ella se cumpla el dicho del Apóstol: *Absorpta est mors in victoria;* Absorta está la muerte en vitoria. Y lo de Oséas: *Ero mors tua, o mors!* ¡Oh muerte! yo seré tu muerte, dice Dios.

De esta manera absorta el alma en vida, enajenada de todo lo que es secular y temporal, y libre de lo natural desordenado, es introducida en las celdas del Rey, donde se goza y alegra en su Amado, acordándose de sus pechos sobre el vino, y diciendo: *Nigra sum, sed formosa, filiae Jerusalem;* Morena soy, mas hermosa, hijas de Jerusalen; porque mi negregura natural se trocó en hermosura del Rey celestial. ¡Oh pues, *cauterio de fuego*, que abrasas infinitamente sobre todos los fuegos, y cuanto mas me abrasas, mas suave me eres! *Oh regalada llaga*, mas regalada para mí que todas las saludes y deleites del mundo! *Oh mano blanda,* infinitamente sobre todas las blanduras, tanto para mí mas blanda, cuanto mas la asientas y aprietas! *Oh toque delicado,* cuya delicadez es mas sútil y mas curiosa que todas las sutilezas y hermosuras de las criaturas, con infinito exceso, y mas dulce y mas sabroso que la miel y que el panal, pues que sabes á vida eterna; que tanto me la das á gustar, cuanto mas íntimamente me tocas; y mas precioso infinitamente que el oro y las piedras preciosas, pues pagas deudas que con todo el resto no se pagarian, porque tú vuelves la muerte en vida admirablemente!

En este estado de vida tan perfecta, siempre el alma anda como de fiesta y trae en su paladar un júbilo grande de Dios, y como un cantar siempre nuevo envuelto en alegría y amor y en conocimiento de su alto estado. A veces anda con gozo, diciendo en su espíritu aquellas palabras de Job: *Gloria mea semper innovabitur;* Mi gloria siempre se innovará, como palma multiplicaré los dias. Esto es, mi gloria no la dejará Dios volver á vieja, como antes lo era; y él multiplicará mis dias (esto es, mis merecimientos hasta el cielo) como la palma sus cogollos. Y todo lo que David dice en el salmo 29 anda cantando á Dios entre sí, particularmente aquellos dos versos postreros, que dicen: *Convertisti planctum meum in gaudium mihi: conscidisti saccum meum, et circumdedisti me laetitia. Ut cantet tibi gloria mea, et non compungar: Domine Deus meus, in aeternum confitebor tibi;* Convertiste mi llanto en gozo para mí, rompiste mi saco y cercásteme de alegría para que te cante mi gloria y ya no sea compungida, porque aquí ninguna pena le llega; Señor Dios mio, para siempre te alabaré. Porque el alma siente á Dios aquí tan solícito en regalarla, y con tan preciosas y delicadas y encarecidas palabras, engrandeciéndola y haciéndola una y otras mercedes, que le parece que no tiene otra en el mundo á quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo es para ella sola. Y así lo confiesa en los *Cantares*: *Dilectus meus mihi, et ego illi;* Yo toda para mi Amado, y mi Amado todo para mí.

CANCION III.

¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba escuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su Querido!

DECLARACION.

Grandemente es menester el favor de Dios para declarar la profundidad de esta cancion, y mucha advertencia del que la fuere leyendo; que, si no tiene experiencia, le será harto escuro lo que en ella se trata, como si por ventura la tuviese le seria claro y gustoso.

En esta cancion íntimamente agradece el alma á su Esposo las grandes mercedes que de la union con él ha recibido, dándole por medio de ella muchas y muy subidas noticias de sí mismo, con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentidos de su alma, que antes de esta union estaba escuro y ciego, están esclarecidas con calor de amor para corresponder, ofreciendo esa misma luz y amor al que las encendió y enamoró, infundiendo en ella dones tan divinos; porque el amante verdadero entonces está contento cuando todo lo que él es y vale y puede valer, y lo que tiene y puede tener, lo emplea en el Amado, y cuanto ello mas es, mas gusto recibe en darlo, y de eso se goza aquí el alma, porque de los resplandores y amor que recibe pueda ella resplandecer delante de su Amado y amarle.

VERSO PRIMERO.

¡Oh lámparas de fuego!

Suponiendo primero que las lámparas tienen dos propiedades, que son lucir y arder, para entender este verso es de saber que Dios, en su único y simple ser, es todas las virtudes y grandezas de sus atributos; porque es omnipotente, es sabio, es bueno, es misericordioso, es justo, es fuerte, es amoroso, y otros atributos y virtudes que de él no conocemos acá. Y siendo

él todas estas cosas, estando unido con el alma, cuando él tiene por bien de descubrírsele en muy particular noticia, echa ella de ver en él estas virtudes y grandezas todas en único y simple ser perfecta y profundamente conocidas, segun se compadece con la fe. Y como cada una de estas sea el mismo ser de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, siendo cada atributo de estos el mismo Dios, y siendo Dios infinita luz y infinito fuego divino, como arriba queda dicho, de aquí es que segun cada uno de estos atributos luzca y arda como verdadero Dios. Y así, segun estas notas que el alma allí tiene de Dios conocidas en unidad, le es al alma el mismo Dios muchas lámparas, pues de cada una tiene noticia, y le dan calor de amor cada una en su manera, y todas ellas en un simple ser, y todas ellas una lámpara; la cual lámpara es todas estas lámparas, porque luce y arde de todas maneras. Lo cual echando de ver el alma, esta sola le es muchas lámparas; porque, aunque ella es una, todas las cosas puede y todas las virtudes tiene y todos espíritus coge; y así, podemos decir que luce y arde de muchas maneras en una manera, porque luce y arde como omnipotente, y luce y arde como sabio, y luce y arde como bueno, etc.; dando al alma inteligencia y amor, y descubriéndosele de la manera que es capaz segun todas ellas. Porque el resplandor que le da esta lámpara en cuanto es omnipotencia, le hace al alma luz y calor de amor de Dios en cuanto es omnipotente; y segun esto, ya Dios le es lámpara de omnipotencia, que le luce y arde segun este atributo. Y el resplandor que le da esta lámpara en cuanto es sabiduría, le hace calor de amor de Dios en cuanto es sabio. Y así de los demás atributos; porque la luz que le da de cada uno de estos atributos y de todos los demás, hace al alma juntamente calor de amor de Dios en cuanto es tal; y así, Dios le es al alma en esta alta comunicacion y muestras (que á mi ver es de las mayores que le puede hacer en esta vida) inumerables lámparas, que le dan luz y amor.

Estas lámparas le hicieron ver á Moisen en el monte Sinaí; donde, pasando Dios delante de él, apresuradamente se postró en la tierra y dijo algunas grandezas de las que en él vió, y amándole segun aquellas cosas que habia visto, las dijo distintamente por estas palabras: *Dominator Domine Deus, misericors, et clemens, patiens, et multae miserationis, ac verax, qui custodis misericordiam in millia: qui aufers iniquitatem, et scelera, atque peccata, nullusque apud te per se innocens est;* Emperador, Señor Dios mio, misericordioso, clemente, paciente, de mucha miseracion, verdadero; que guardas misericordia en millares, que quitas los pecados y maldades y delitos; que eres tan justo, que ninguno hay inocente delante de tí. En lo cual se ve que Moisen los mas atributos y virtudes que allí conoció y amó fueron los de la omnipotencia, señorío y misericordia, justicia y verdad de Dios, que fué altísimo conocimiento y subidísimo deleite de amor.

De donde es de notar que el deleite y arrobamiento de amor que el alma recibe en el fuego de la luz de estas lámparas es admirable, es inmenso, es tan copioso como de muchas lámparas, que cada una quema de amor, ayudando el ardor de la una al ardor de la otra, y la llama de la una á la llama de la otra; así como la luz de la una á la otra, y todas hechas una luz y fuego, y cada una un fuego, y el alma inmensamente absorta en delicadas llamas, llagada sutilmente en cada una de ellas, y en todas ellas mas llagada y mas sutilmente llagada en amor de vida; echando ella muy bien de ver que aquel amor es vida eterna, la cual es junta de todos los bienes; conociendo bien allí el alma la verdad del dicho del Esposo en los *Cantares*, que dijo: *Lampades ejus, lampades ignis, atque flammarum;* que las lámparas de amor eran lámparas de fuego y de llamas. Porque, si una sola lámpara de estas que pasó delante de Abrahan le causó grande horror, pasando Dios por una noticia de justicia rigurosa que habia de hacer de los cananeos, todas estas lámparas de noticias de Dios que amigable y amorosamente lucen aquí, ¿cuánta mas luz y deleite de amor causarán que causó aquella sola de tiniebla y horror en Abrahan? Y ¡cuánta y cuán aventajada y de cuántas maneras será, alma, tu luz y deleite; pues en todas y de todas estas sientes que te da su gozo y amor, amándote segun sus virtudes y atributos y condiciones! Porque el que ama y hace bien á otro segun su condicion y sus propiedades, le honra y hace bien. Y así, tu Esposo, estando en tí, siendo omnipotente, te da y ama con omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te ama con sabiduría; siendo él bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama con santidad; y así en los demás. Y como él sea liberal, sientes tambien que te ama con liberalidad, sin algun interés, no mas de por hacerte bien, mostrándote alegremente este su rostro lleno de gracias, y diciéndote: Yo soy tuyo y para tí, y gusto de ser tal cual yo soy para darme á tí y ser tuyo.

¿Quién dirá pues lo que tú sientes, oh dichosa alma, viéndote así amada y con tal estimacion engrandecida? *Venter tuus, sicut acervus tritici vallatus liliis;* Tu vientre, que es tu voluntad, dirémos que es como el monton de trigo que está cubierto y cercado de lirios; porque en esos granos de pan de vida que tú juntamente estás gustando, los lirios de virtudes que te cercan te están deleitando. Porque estas hijas del Rey, que son estas virtudes, de la fragrancia de sus especies aromáticas, que son las noticias que te da, te están deleitando admirablemente, y en ellas estás tú tan engolfada y infundida, que eres tambien el pozo de las aguas vivas que corren con ímpetu del monte Líbano, que es Dios: *Puteus aquarum viventium, quae fluunt impetu de Libano.* En lo cual eres maravillosamente letificada segun toda la armonía de tu alma, porque se cumpla tambien en tí el dicho del salmo que dice: *Fluminis impetus laetificat civitatem Dei;* El ímpetu del rio letifica la ciudad de Dios.

¡Oh admirable cosa, que á este tiempo está el alma rebosando aguas divinas, y salen de ella como una abundante fuente que mira á la vida eterna! Porque,

aunque es verdad que esta comunicacion es luz y fuego de estas lámparas de Dios, es este fuego aquí tan suave, que, con ser fuego inmenso, es como aguas de vida, que hartan y quitan la sed con el ímpetu que el espíritu desea. Y así, aunque son lámparas de fuego, son aguas vivas de espíritu. Como tambien las que vinieron sobre los apóstoles, que, aunque eran lámparas de fuego, tambien eran aguas puras y limpias. Que así las llamó el profeta Ecequiel cuando profetizó aquella venida del Espíritu Santo, diciendo: *Effundam super vos aquam mundam... Et Spiritum novum ponam in medio vestri;* Infundiré, dice Dios, sobre vosotros agua limpia, y pondré mi Espíritu en medio de vosotros. Y así, aunque es fuego, tambien es agua; porque es figurado por el fuego del sacrificio, que escondió Jeremías, el cual, en cuanto estuvo escondido era agua, y cuando de fuera servia de sacrificar era fuego. Y así, este Espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma, está como agua suave y deleitable, hartando la sed del espíritu; y en cuanto se ejercita en sacrificio de amar es llamas vivas de fuego, que son las lámparas del acto de la dileccion que decíamos, que dice la Esposa en los *Cantares:* Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas. Las cuales el alma aquí así las llama, porque, no solo las gusta como aguas de sabiduría en sí, sino tambien como fuego de amor en acto de amor, diciendo: «¡Oh lámparas de fuego!» Y todo lo que se puede en este caso decir es menos de lo que hay. Si se advierte que el alma está transformada en Dios, se entenderá en alguna manera cómo es verdad que está hecha fuente de aguas vivas ardientes y fervientes en fuego de amor, que es Dios.

VERSO II.

En cuyos resplandores.

Ya he dado á entender que estos resplandores son las comunicaciones de estas divinas lámparas, en las cuales el alma unida resplandece con sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad, ya esclarecidas y unidas en estas noticias amorosas. Lo cual se ha de entender que esta ilustracion de resplandores no es como hace la llama material, cuando con sus llamaradas alumbra y calienta las cosas que están fuera de ella; sino como hace con las que están dentro de ella, como lo está aquí el alma, que por eso dice: «En cuyos resplandores.» Que es decir, dentro, no cerca, sino dentro de sus resplandores en las llamas de las lámparas, transformada el alma en llama. Y así, dirémos que es como el aire que está dentro de la llama encendido y transformado en fuego; porque la llama no es otra cosa sino aire inflamado, y los movimientos que hace aquella llama, ni son solo de aire ni son solo de fuego, sino junto de aire y fuego, y el fuego le hace arder al aire que tiene en sí inflamado. Y á este talle entenderémos que el alma con sus potencias está esclarecida dentro de los resplandores de Dios; y los movimientos de esta llama, que son vibramientos y llamear, como habemos dicho, no los hace solo el alma que está transformada en llama del Espíritu Santo, ni los hace solo él, sino él y el alma juntos, moviendo él al alma, como hace el fuego al aire inflamado. Y así, estos movimientos de Dios y del alma juntos son como glorificaciones de Dios que hace al alma. Porque estos vibramientos y movimientos son los juegos y fiestas alegres que en el segundo verso de la primera cancion decíamos que hacia el Espíritu Santo en el alma, en los cuales parece que siempre le está queriendo acabar de dar la vida eterna. Y así, aquellos movimientos y llamaradas son como provocaciones que está haciendo al alma para acabarla de trasladar á su perfecta gloria, entrándola ya de veras en sí. Bien así como el fuego, que todos los movimientos y meneos que hace en el aire que en sí tiene inflamado, son á fin de llevarle á lo alto de su esfera; y todos aquellos vibramientos es porfiar por llevarlo mas presto; mas porque el aire está en su esfera no se hace. Y así, aunque estos movimientos del Espíritu Santo son aquí encendidísimos y eficacísimos en absorber al alma en mucha gloria, todavía no acaba hasta que llegue el tiempo en que salga de la esfera del aire de esta vida de carne, y pueda entrar en el centro de su espíritu de la vida perfecta en Cristo. Estos visos que aquí se dan al alma de gloria en Dios, son ya mas continuos que solian y mas perfectos y estables; pero en la otra vida serán perfectísimos sin alteracion de mas y menos, y sin interpolacion de movimientos. Y entonces verá el alma claro cómo, aunque acá parecia que se movia Dios en ella, en sí no se mueve, como el fuego no se mueve en su esfera. Pero estos resplandores son inestimables mercedes y favores que Dios hace al alma; los cuales se llaman por otro nombre obumbraciones. Y estas aquí, á mi ver, son de las mayores y mas altas que acá pueden ser en via de transformacion.

Para inteligencia de lo cual es de advertir que obumbramiento quiere decir hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar y hacer favores; porque, llegando á tocar la sombra es señal que la persona cuya es está cerca para favorecer y amparar, y por eso se le dijo á la Vírgen que la virtud del Altísimo la haria sombra; porque habia de llegar tan cerca de ella el Espíritu Santo, que habia de venir sobre ella. Y es de notar que cada cosa tiene y hace la sombra como tiene la propiedad y el talle. Si la cosa es condensa y opaca, hará sombra escura y condensa, y si es mas rara y clara, hará sombra mas clara; como es de ver en el madero y en el cristal, que, porque el uno es opaco la hace escura, y porque el otro es claro la hace clara. Tambien en las cosas espirituales la muerte es privacion de todas las cosas; será pues la sombra de la muerte tinieblas, que tambien privan en alguna manera de todas las cosas. Así la llama el Salmista, diciendo: *Sedentes in tenebris, et in umbra mortis;* ahora sean espirituales de muerte espiritual, ahora corporales de muerte corporal. La sombra de la vida será luz; si divina, luz divina; si humana, luz natural; y así, la sombra de la hermosura será como otra hermosura al talle y propiedad de aquella hermosura cuya sombra es. Y la sombra de la

fortaleza será como otra fortaleza á su talle y condicion. Y la sombra de la sabiduría será otra sabiduría, ó por mejor decir, será la misma hermosura y la misma fortaleza y la misma sabiduría en sombra, en la cual se conoce el talle y propiedad cuya es la sombra. Segun esto, ¿cuál será la sombra que hace el Espíritu Santo al alma de todas las grandezas, de sus virtudes y atributos, estando tan cerca de ella? Que no como quiera la toca en sombra, mas está unida con ella en sombra, entendiendo y gustando el talle y las propiedades de Dios en sombra de Dios; es á saber, entendiendo y gustando la propiedad de la potencia divina en sombra de omnipotencia; y entendiendo y gustando la sabiduría divina en sombra de sabiduría divina; y finalmente, gustando la gloria de Dios en sombra de gloria, que hace saber y gustar la propiedad y talle de la gloria de Dios, pasando todo esto en claras y encendidas sombras; pues los atributos de Dios y sus virtudes son lámparas, que, como quiera que sean resplandecientes y encendidas á su talle y propiedad, han de hacer sombras resplandecientes y encendidas, y multitud de ellas en un solo ser.

¡Oh, qué será de ver aquí al alma experimentando la virtud de aquella figura que vió Ecequiel en aquel animal de cuatro formas y figuras, y en aquella rueda de cuatro ruedas, viendo su aspecto, que era como de carbones encendidos y como aspecto de lámparas; y viendo la rueda, que es la sabiduría de Dios, llena de ojos de adentro y de fuera, que son admirables noticias de sabiduría; y sintiendo aquel sonido que hacian en su paso, que era sonido como de multitud de ejércitos, que significan muchas cosas en uno (que aquí el alma en un solo sonido de un paso de Dios por ella conoce); y finalmente, gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice era como sonido de muchas aguas, y como sonido del altísimo Dios, que significan el ímpetu de las aguas divinas que al caer el Espíritu Santo embiste al alma en llama de amor! Gozando aquí la gloria de Dios en su amparo y favor de su sombra, como allí tambien dice este Profeta, que aquella vision era semejanza de la gloria del Señor: *Haec visio similitudinis gloriae Domini*. ¡Oh cuán elevada está aquí esta dichosa alma! Oh cuán engrandecida! ¡Cuán admirada de lo que ve aun dentro de los límites de fe! ¿Quién lo podrá decir? Infundida con tanta copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores, donde el Padre eterno da con larga mano el regadío superior y inferior, pues estas aguas, regando alma y cuerpo, penetran.

¡Oh admirable cosa! que, con ser estas lámparas de los atributos divinos un simple ser, en él se conciba y entienda la distincion de ellas, tan encendida la una como la otra, siendo la una sustancialmente la otra. ¡Oh abismo de deleites! tanto mas abundantes cuanto están tus riquezas mas recogidas en unidad y simplicidad infinita; donde de tal manera se conozca y guste lo uno, no se impida el conocimiento y gusto de lo otro; antes cada cosa en tí es luz que no estorba á la otra; y por tu limpieza ó sabiduría divina muchas cosas se conocen en tí en una, porque tú eres el depósito de los tesoros del eterno Padre, el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla é imágen de su bondad; «en cuyos resplandores.»

VERSO III.

Las profundas cavernas del sentido.

§. I.

Estas cavernas son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad; las cuales son tan profundas, cuanto de grandes bienes son capaces, pues no se llenan menos que con lo infinito; las cuales, por lo que padecen cuando están vacías, echamos en alguna manera de ver lo que gozan y se deleitan cuando de su Dios están llenas, pues que por un contrario se da luz del otro. Cuanto á lo primero, es de notar que estas cavernas de las potencias, cuando no están purgadas y limpias de toda aficion de criatura, no sientan el vacío grande de su profunda capacidad; porque en esta vida cualquier cosilla que á ellas se pegue basta para tenerlas tan embarazadas y embelesadas, que no sientan su daño ni echen menos sus inmensos bienes, ni conozcan su capacidad; y es cosa admirable que, con ser capaces de infinitos bienes, baste el menor de ellos á embarazarlas; de manera que no los puedan perfectamente recibir hasta que de todo punto se vacien, como luego dirémos. Pero cuando están vacías y limpias es intolerable la sed y hambre y ansia del sentido espiritual; porque, como son profundos los estómagos de estas cavernas, profundamente penan; porque el manjar que echan menos tambien es profundo, que (como digo) es Dios; y este tan grande sentimiento comunmente acaece hácia los fines de la iluminacion y purificacion del alma, antes que llegue á union perfecta, donde ya se satisfacen; porque, como el apetito espiritual está vacío y purgado de toda criatura y aficion de ella, perdiendo el temple natural, y está templado á lo divino, y tiene ya el vacío dispuesto, y todavía no se le comunica lo divino en union de Dios, llega el penar de este vacío y sed mas que á morir, mayormente cuando por algunos visos ó resquicios se le trasluce algun rayo divino y no se le comunica; y estos son los que penan con amor impaciente, que no pueden estar mucho sin recibir ó morir.

§. II.

Cuanto á la primera caverna que aquí ponemos, que es el entendimiento, su vacío es sed de Dios; y esta es tan grande, que la compara David á la del ciervo, no hallando otra mayor á que compararla, cuando dijo: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum; ita desiderat anima mea ad te Deus;* Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma desea á tí, Dios. Y esta sed es de las aguas de la sabiduría divina, que es el objeto del entendimiento. La segunda caverna es la voluntad, y el vacío de esta es hambre de Dios tan grande, que hace desfallecer al alma, segun lo dice David: *Concupiscit, et deficit anima mea*

in atria Domini; Codicia y desfallece mi alma en los tabernáculos del Señor. Y esta hambre es de la perfeccion de amor que al alma pretende. La tercera caverna es la memoria, y el vacío de esta es deshacimiento y derretimiento del alma por la posesion de Dios, como lo nota Jeremías, diciendo: *Memoria memor ero, et tabescet in me anima mea; haec recolens in corde meo, ideo sperabo;* Con memoria me acordaré (esto es, mucho me acordaré), y derretirse ha mi alma en mí; revolviendo estas cosas en mi corazon, viviré en esperanza de Dios. Es pues profunda la capacidad de estas cavernas, porque lo que en ellas puede caber, que es Dios, es profundo y infinito; y así, será su capacidad en cierta manera infinita, su sed infinita, su hambre tambien infinita y profunda, y su deshacimiento y pena en su manera infinita. Y así, cuando padece, aunque no se padece tan intensamente como en la otra vida, pero parécese una viva imágen de allá por estar el alma en cierta disposicion para recibir su lleno, que la privacion de él le es pena grandísima; aunque este penar es de otro temple, porque es en los senos del amor de la voluntad; y aquí el amor no alivia la pena, pues cuanto mayor, tanto es mas impaciente por la posesion de su Dios, á quien espera por momentos con intensa codicia.

§. III.

¡Pero válgame Dios! Pues que es cierto que cuando el alma desea á Dios con entera verdad, tiene ya al que ama, como dice san Gregorio, ¿cómo pena por lo que ya tiene? Y si en el deseo que dice san Pedro que tienen los ángeles de ver al Hijo de Dios, no hay alguna pena ni ansia, porque ya le poseen, parece que si el alma cuanto mas desea á Dios mas le posee, y la posesion de Dios da deleite y hartura, tanto mas de hartura y deleite habia el alma de sentir aquí en este deseo cuanto mayor es el deseo, pues tanto mas tiene de Dios. Y así, de razon no habia de sentir dolor ni pena.

En esta cuestion se ha de notar la diferencia que hay de tener á Dios por gracia solamente, y en tenerle tambien por union; que lo uno es quererse bien, y lo otro dice una muy particular comunicacion; la cual diferencia la podemos entender al modo que hay entre el desposorio y el matrimonio; que en el desposorio solo hay un concierto y una voluntad de ambas partes, algunas joyas y adorno de la desposada, que el desposado graciosamente la da. Mas en el matrimonio hay tambien union y comunicacion de las personas. En el desposorio, aunque algunas veces hay vistas del esposo á la esposa, y la da dádivas, como decimos; pero no hay union de las personas que es el fin del desposorio. Así, cuando el alma ha llegado á tanta pureza en sí y en sus potencias, que esté la voluntad muy purgada de otros gustos y apetitos extraños, segun la parte inferior y superior, y enteramente dado el sí acerca de todo esto á Dios, siendo ya la voluntad de Dios y del alma una en un consentimiento pronto y libre, ha llegado á tener á Dios por gracia en desposorio y conformidad de voluntad. En el cual estado de desposorio espiritual del alma con el Verbo, el Esposo la hace grandes mercedes y la visita amorosísimamente muchas veces, en que ella recibe grandes favores y deleites; pero no tienen que ver con los del matrimonio espiritual; que, aunque es verdad que esto pasa en el alma que está purgadísima de toda aficion de criatura (pues no se hace el desposorio espiritual hasta esto), todavía para la union y matrimonio ha menester el alma otras disposiciones positivas de Dios, de sus visitas y mayores dones con que la va mas purificando y hermoseando y adelgazando, para estar decentemente dispuesta para tan alta union; y en esto pasa tiempo, en unas mas y en otras menos; fué esto figurado en aquellas doncellas escogidas para el rey Asuero, que, aunque las habian ya sacado de sus tierras y de la casa de sus padres, todavía antes que llegasen al lecho del Rey las tenian un año, aunque en palacio, encerradas; de manera que el medio año se estaban disponiendo con ciertos ungüentos de mirra y otras especies aromáticas, y el otro medio año con otros ungüentos mas subidos, y después de esto iban al lecho del Rey.

En el tiempo pues de este desposorio y espera del matrimonio espiritual en las unciones del Espíritu Santo, cuando ya son mas altos los ungüentos de disposiciones para la union de Dios, suelen ser las ansias de las cavernas del alma extremadas y delicadas; porque como aquellos ungüentos son ya mas próximamente dispositivos para la union de Dios, porque son mas allegados á Dios, por esto saborean al alma y la engolosinan mas delicadamente de él; y así, es el deseo mucho mas delicado y profundo; porque el deseo de Dios es disposicion para unirse con Dios.

§. IV.

¡Oh qué buen lugar era este para avisar á las almas que Dios llega á estas delicadas unciones, que miren lo que hacen y en cúyas manos se ponen, porque no vuelvan atrás! Sino que es fuera del propósito de que vamos hablando. Mas es tanta la mancilla y lástima que hay en mi corazon de ver volver algunas almas atrás, no solamente no se dejando ungir de manera que pase la uncion adelante, sino aun perdiendo los efectos de ella, que no tengo de dejar de avisarlas aquí lo que acerca de esto, para evitar tanto daño, deben hacer, aunque nos detengamos un poco en volver al propósito; que yo volveré presto á él. Y á la verdad todo hace á la inteligencia de la propiedad de estas cavernas; y por ser tan necesario, no solo por estas almas que van tan prósperas, sino tambien para todas las demás que buscan á su Amado, lo quiero decir.

Cuanto á lo primero, es de saber que si el alma busca á Dios, mucho mas la busca su Amado á ella; y si ella le envia á él sus amorosos deseos, que le son tan olorosos como la virgulita del humo que sale de las especies aromáticas de la mirra y del incienso, él á ella le envia el olor de sus ungüentos, con que la trae y hace correr hácia él, que son sus divinas inspiraciones y toques; los cuales siempre que son suyos van ceñidos

y regulados con los motivos de la perfeccion de la ley de Dios y de la fe; por cuya perfeccion ha de ir el alma siempre llegándose mas á Dios; y así, debe entender que el deseo de Dios en todas las mercedes que la hace con estas unciones y olores de sus ungüentos, es disponerla para otros mas subidos y delicados ungüentos, y mas al temple de Dios hasta que venga en tan delicada y pura disposicion, que merezca la union en Dios y transformacion en todas sus potencias. Advirtiendo pues el alma que en este negocio es Dios el principal agente que la ha de guiar y llevar de la mano adonde ella no supiera ir, que es á las cosas sobrenaturales, que no pueden su entendimiento ni voluntad ni memoria saber cómo son, todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo á la guia, que es el Espíritu Santo, segun el camino por donde la lleva Dios, ordenado en la ley de Dios y fe, como decimos. Este impedimento le puede venir si se deja guiar de otro ciego; y los ciegos que la podrian sacar del camino son tres, conviene á saber: el maestro espiritual, el demonio y la misma alma. Cuanto á lo primero, conviénele pues grandemente al alma que quiere aprovechar y no volver atrás, mirar en cúyas manos se pone; porque, cual fuere el maestro tal será el discípulo, y cual el padre tal el hijo. Y para este camino, á lo menos para lo mas subido de él, y aun para lo mediano, apenas hallará una guia cabal segun todas las partes que ha menester; porque ha menester ser sabio, discreto y experimentado. Que para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discrecion, si no hay esperiencia de lo mas subido; no atinarán á encaminar al alma en ello cuando Dios se lo da, y podríanla hacer harto daño; porque, no entendiendo ellos los caminos del espíritu, muchas veces hacen perder á las almas la uncion de estos delicados ungüentos con que el Espíritu Santo las va disponiendo para sí, gobernándolas por otros modos rateros que ellos han leido, que no sirven sino para principiantes. Que no sabiendo ellos mas que para principiantes (y aun eso plegue á Dios), no quieren dejar las almas pasar (aunque Dios las quiera llevar á mas) de aquellos principios y modos discursivos y imaginarios, con que ellos pueden hacer muy poca hacienda.

§. V.

Y para que mejor entendamos esta condicion de principiantes, es de saber que el estado de principiantes es meditar y hacer actos discursivos. En este estado, necesario le es alma que se le dé materia para que discurra de suyo y haga estos actos interiores y se aproveche del fuego y fervor espiritual sensible; porque así le conviene para habituar los sentidos y apetitos á cosas buenas; y cebándolos con este sabor, se desarraigan del siglo. Mas cuando esto en alguna manera ya está hecho, luego los comienza Dios á poner en este estado de contemplacion; lo cual suele ser muy en breve, mayormente en gente religiosa, porque mas en breve, negadas las cosas del siglo, acomodan á Dios el sentido y el apetito, y luego no hay sino pasar de meditacion á contemplacion; lo cual es ya cuando cesan los actos discursivos y meditacion de la propia alma y los jugos y fervores primeros sensitivos, no pudiendo ya discurrir como antes ni hallar nada de arrimo por el sentido, quedando en sequedad, por cuanto le mudan el caudal al espíritu que no cae en sentido. Y como quiera que naturalmente todas las operaciones que de suyo puede hacer el alma no sean sino por el sentido, de aquí es que Dios en este estado es el agente con particularidad que infunde y enseña, y el alma la que recibe, dándole bienes muy espirituales en la contemplacion, que son noticia y amor divino junto; esto es, noticia amorosa sin que el alma use de sus actos y discursos, porque no puede ya entrar en ellos como antes.

§. VI.

De donde en este tiempo totalmente se ha de llevar al alma por modo contrario del primero; que si antes la daban materia para meditar y meditaba, ahora antes se la quiten y que no medite; porque, como digo, no podrá aunque quiera, y distraerse ha. Y si antes buscaba jugo y fervor y le hallaba, ya no le quiera ni le busque; que no solo no le hallará por su diligencia, mas antes sacará sequedad. Porque se divierte del bien pacífico y quieto que secretamente le están dando en el espíritu por la obra que ella quiere hacer por el sentido; y así, perdiendo lo uno, no hace lo otro, pues ya los bienes no se los dan por el sentido, como antes. Y por eso en este estado en ninguna manera la han de imponer en que medite ni se ejercite en actos sacados á fuerza de discurso, ni procure con asimiento, sabor ni fervor, porque seria poner obstáculo al principal agente, que es Dios; el cual oculta y quietamente anda poniendo en el alma sabiduría y noticia amorosa, sin mucha diferencia, expresion ó multiplicacion de actos; aunque algunas veces los hace especificar en el alma con alguna duracion; y entonces el alma tambien se ha de andar solo con advertencia amorosa á Dios, sin especificar otros actos mas de aquellos á que se siente inclinada por él, habiéndose como pasivamente, sin hacer de suyo diligencia con la advertencia amorosa, simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor. Que, pues Dios entonces trata con el alma en modo de dar con noticia sencilla y amorosa, tambien el alma trate con él en modo de recibir con noticia y advertencia sencilla y amorosa, para que así se junten noticia con noticia y amor con amor. Porque conviene aquí que el que recibe se haya al modo de lo que recibe, y no de otro, para poderlo recibir y retener como se lo dan.

De donde está claro que si el alma entonces no dejase su modo ordinario de discurrir, no recibiria aquel bien sino escasa y imperfectamente; y así, no lo recibiria con aquella perfeccion con que se lo dan; pues siendo tan superior y infuso, no cabe en modo tan escaso y imperfecto. Y así, totalmente si el alma quiere entonces obrar de suyo, habiéndose de otra manera mas que con la advertencia pasiva amorosa, muy pasi-

va y tranquilamente, sin discurrir como antes, pondria impedimento á los bienes que le está Dios comunicando en la noticia amorosa. Lo cual es en el principio en ejercicio de purgacion, como habemos dicho; y después en mas suavidad de amor. La cual (como digo, y es así la verdad), si se anda recibiendo en el alma pasivamente y al modo natural de Dios, y no al modo sobrenatural del alma, síguese que para recibirla ha de estar el alma muy desembarazada y ociosa, pacífica y serena, al modo de Dios; como el aire, que cuanto mas limpio está, y sencillo y quieto, mas le ilustra y calienta el sol. Y así, no ha de estar asida á nada, ni á cosa de meditacion ni sabor, ahora sensitivo, ahora espiritual; porque requiere el espíritu tan libre y aniquilado, que cualquiera cosa que el alma entonces quisiese hacer de pensamiento particular ó disgusto ó gusto á que se quiere arrimar, la impedirá y inquietará y hará ruido en el profundo silencio que conviene que haya en el alma, segun el sentido y el espíritu, para que oiga tan profunda y delicada audicion de Dios, que habla al corazon en esta soledad, como lo dijo por Oséas; y en suma paz y tranquilidad escuchando y oyendo el alma, como David, lo que habla el Señor Dios, porque habla esta paz en ella. Lo cual, cuando así acaeciere, que se sienta el alma ponerse en silencio y escucha, aun la advertencia amorosa que dije, ha de ser sencillísima, sin cuidado ni reflexion alguna, de manera que casi la olvide, para estar toda en el oir; porque así el alma se quede libre para lo que entonces la quiere el Señor.

§. VII.

Esta manera de ociosidad y olvido siempre viene con algun absorbimiento interior. Por tanto, en ninguna sazon ni tiempo, ya que el alma ha comenzado á entrar en este sencillo y ocioso estado de contemplacion, ha de querer traer delante de sí meditaciones ni arrimarse á jugos ni sabores espirituales (como queda dicho largamente en el capítulo décimo del libro primero de la *Noche Escura*, y antes en el capítulo último del segundo libro, y en el capítulo primero del libro tercero de la *Subida del Monte Carmelo*), sino estar desarrimada y en pié sobre tobre todo esto, el espíritu desasido; como dijo el profeta Abacuc que habia de hacer, diciendo: *Super custodiam meam stabo, et figam gradum super munitionem: et contemplabor, ut videam quid dicatur mihi;* Estaré en pie sobre la guarda de mis sentidos (esto es, dejándolos abajo), y afirmaré el paso sobre la municion de mis potencias (esto es, no dejándolas dar paso de pensamiento de suyo), y contemplaré lo que se me dijere (esto es, recibiré lo que se me comunicare pasivamente). Porque ya habemos dicho que la contemplacion es recibir, y no es posible que esta altísima sabiduría y linaje de contemplacion se pueda recibir sino en espíritu callado y desarrimado de jugos y noticias particulares; porque así lo dice Isaías: ¿A quién enseñará la ciencia y á quién hará entender el oido? A los destetados de leche (esto es, de los jugos y gustos) y á los desarraigados de los pechos (esto es, de los arrimos de noticias particulares). Quita, oh espiritual, la mota y la niebla y los pelos, y limpia el ojo, y lucirte ha el sol claro, y verás. Pon el alma en libertad de serena paz, y sácala del yugo y servidumbre de la flaca operacion de su capacidad, que es el cautiverio de Egipto, que todo es poco mas que juntar pajas para cocer tierra; y llévala á la tierra de promision, que lleva leche y miel.

¡Oh maestro espiritual! mira que á esta libertad y ociosidad santa de hijos llama Dios al desierto, en que ande vestida de fiesta y con joyas de oro y plata, habiendo ya despojado á Egipto y tomádole sus riquezas; y no solo eso, sino aun ahogado á sus enemigos en el mar de la contemplacion, donde el gitano del sentido no halla pié ni arrimo, y deja libre al Hijo de Dios, que es el espíritu salido de los límites y quicios angostos de su operacion, que es de su bajo entender, su tosco sentir, su pobre gustar; porque Dios le dé el suave maná, cuyo sabor, aunque tiene todos estos sabores y gustos en que tú quieres traer trabajando al alma, con todo eso, por ser tan delicado, que se deshace en la boca, no se sentirá si otro gusto en otra cosa quisiere sentir, porque no le recibirá. Procura desarraigar al alma de todas las codicias de jugos, gustos y meditaciones, y no la inquietes con cuidado y solicitud alguna de arriba, y menos de abajo, poniéndola en toda enajenacion y soledad posible. Porque, cuanto mas esto alcanzare, y mas presto llegare á esta ociosa tranquilidad, con tanta mas abundancia se le va infundiendo el espíritu de la divina Sabiduría, amoroso, tranquilo, solitario, pacífico, suave, robador del espíritu; sintiéndose á veces robado y llagado serena y blandamente, sin saber de quién ni de dónde ni cómo; porque se comunicó sin operacion propia, en el sentido dicho. Y un poquito de esto que Dios obra en el alma en este santo ocio y soledad es inestimable bien, mas que el alma puede pensar, ni el que la trata; y aunque entonces no se echa de ver, ello lucirá en su tiempo. A lo menos lo que de presente el alma podrá alcanzar á sentir es un enajenamiento y extrañez, unas veces mas que otras, acerca de todas las cosas, con un respiro suave del amor y vida del espíritu, y con inclinacion á soledad y tedio en las criaturas y con el siglo. Porque, como se gusta en el espíritu, desabrido es todo lo que es de carne; pero los bienes interiores que esta callada contemplacion deja impresos en el alma sin ella sentirlo, son inestimables, porque, en fin, son unciones secretísimas y delicadísimas del Espíritu Santo, en que secretamente llena al alma de riquezas, dones y gracias; porque, siendo Dios, hace como Dios y obra como Dios.

§. VIII.

Estos bienes pues y estas grandes riquezas, estas subidas y delicadas unciones y noticias del Espíritu Santo, que por su delgadez y sútil pureza, ni el alma ni el que las trata las entiende, sino solo el que las pone, para agradarse mas del alma con grandísima facilidad, no mas que con tantica obra que el alma quiera hacer de apli-

car el sentido ó apetito, de querer asir alguna noticia ó jugo, se turban y impiden; lo cual es grave daño y gran dolor y lástima. ¡Oh grave caso y mucho para admirar! que no pareciendo el daño ni casi nada lo que se interpuso, es entonces mayor y de mayor dolor y mancilla que otro, que pareciera mucho mayor en llamas comunes, que no están en aquel puesto de tan subido esmalte y matiz; como si en un rostro de extremada pintura tocase otra mano muy tosca con ajenos y bajos colores, seria el daño mayor y mas notable, y de mas lástima y dolor, que si borrase otras muchas mas comunes. Y con ser este daño tan grande, mas que se puede encarecer, es tan comun, que apenas se hallará un maestro espiritual que no le haga en las almas que de esta manera comienza Dios á recoger en contemplacion. Porque cuantas veces está Dios ungiendo al alma con alguna uncion muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria y muy ajena del sentido y de lo que se puede pensar, y la tiene sin poder gustar ni meditar cosa de arriba ni de abajo, porque la trae Dios ocupada en aquella uncion solitaria, inclinada á soledad y ocio, y vendrá uno que no sabe sino martillar y macear como herrero, y porque él no enseña mas que aquello, dirá: Andá, dejáos de eso, que es perder tiempo y ociosidad; sino tomá y meditá y hacé actos, que es menester que hagais de vuestra parte actos y diligencias; que esotros son alumbramientos y cosas de bausanes. Y así, no entendiendo estos los grados de oracion ni vias del espíritu, no echan de ver que aquellos actos que ellos dicen que haga el alma, y aquel caminar con discurso, está ya hecho; pues ya aquella alma ha llegado á la negacion sensitiva, y que cuando ya se ha llegado al término y está andando el camino, ya no hay caminar, porque seria volver á alejarse del término; y así, no entendiendo que aquella alma está ya en la vida del espíritu, en la cual no hay ya discurso, y el sentido cesa, y es Dios con particularidad el agente y el que habla secretamente al alma solitaria, sobreponen otros ungüentos en el alma de groseras noticias y jugos, en que la imponen y quitan la soledad y recogimiento, y por el consiguiente, la subida obra que en ella Dios pintaba. Y así, el alma ni hace lo uno ni aprovecha tampoco en lo otro.

§. IX.

Adviertan estos tales y consideren que el Espíritu Santo es el principal agente y movedor de las almas, que nunca pierde el cuidado de ellas y de lo que las importa, para que aprovechen y lleguen á Dios con mas brevedad y mejor modo y estilo; y que ellos no son los agentes, sino instrumentos solamente para enderezar las almas por la regla de la fe y ley de Dios, segun el espíritu que Dios va dando á cada uno. Y así, su cuidado sea, no acomodar al alma á su moda y condicion propia de ellos, sino mirando si saben por dónde Dios las lleva; y si no lo saben, déjenlas y no las perturben, y conforme á esto, procuren enderezar el alma en mayor soledad y libertad y tranquilidad, dándoles anchura para que no aten el espíritu á nada cuando Dios las lleva por aquí. Y no se penen ni soliciten, pensando que no se hace nada que, como el alma esté desasida de toda noticia propia y de todo apetito y aficiones de la parte sensitiva, y con negacion pura de pobreza de espíritu, en el vacío de toda tiniebla y jugo, despegada de todo pecho y leche, que es lo que el alma ha de tener cuidado de ir haciendo de su parte, y ellos en ello ayudándola á negarse segun todo esto, es imposible, segun el modo de proceder de la bondad y misericordia divina, que no haga Dios lo que es de la suya, y mas imposible que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado. Porque, así como el sol está madrugando y da en tu casa para entrar si le abres la puerta, así Dios, que guardando á Israel no duerme, entrará en el alma vacía y la llenará de bienes. Dios está, como el sol, sobre las almas para entrar; conténtense los que las guian con disponerlas segun las leyes de la perfeccion evangelica, que consiste en la desnudez y vacío del sentido y espíritu, y no quieran pasar adelante en el edificar, que ese oficio solo es del Señor, de donde deciende todo dado excelente. Porque si el Señor no edificare la casa, en vano trabaja quien la edifica; y pues él es el artífice sobrenatural, él edificará en cada alma, como él quisiere, edificio sobrenatural. Dispon tú ese natural, aniquilando sus operaciones: eso es tu oficio, y el de Dios, como dice el Sabio, es enderezar su camino, conviene á saber, á los bienes sobrenaturales, por modos y maneras que ni tú ni el alma no sabes; y así, no digas: ¡Oh que no va adelante! Oh que no hace nada! Porque si el alma entonces no gusta de otras inteligencias mas que antes, adelante va caminando á lo sobrenatural. ¡Oh que no entiende nada distintamente! Antes si entendiese por entonces distintamente, no iria adelante; porque Dios es incomprehensible y excede al entendimiento. Y así, cuanto mas va, mas se ha de ir alejando de sí mismo, caminando en fe, creyendo y no viendo; y así, á Dios mas se llega no entendiendo que entendiendo, en el sentido dicho. Y por tanto, no tengas de eso pena, que si el entendimiento no vuelve atrás, queriendo emplearse en noticias distintas y otros entenderes de por acá, adelante va, y el ir adelante es ir mas en fe. Y el entendimiento, como no sabe ni puede comprehender cómo es Dios, camina á él no entendiendo. Y así, antes para bien ser, le conviene eso que tú le condenas, que no se embarace con inteligencias distintas, sino que camine en perfecta fe.

§. X.

Oh, dirás que la voluntad, si el entendimiento no entiende distintamente, á lo menos estará ociosa y no amará, porque no se puede amar sino lo que se entiende. Verdad es esto, mayormente en las operaciones y actos naturales del alma, que la voluntad no ama sino lo que distintamente conoce el entendimiento; pero en el trato de contemplacion de que vamos hablando, en que Dios infunde en el alma, no es menester que haya noticia distinta ni que el alma haga muchos discursos; porque entonces le está Dios comuni-

cando noticia amorosa, que es juntamente como luz caliente sin distincion, y entonces al modo que es la inteligencia, es tambien el amor en la voluntad; que, como la noticia es general y escura, no acabando el entendimiento de entender distintamente lo que entiende, tambien la voluntad ama en general sin distincion alguna. Que, como quiera que Dios sea luz y amor en esta comunicacion delicada, igualmente informa estas dos potencias, aunque algunas veces hiere mas en la una que en la otra. Y así, algunas veces se siente mas inteligencia que amor; otras mas intenso amor que inteligencia. Y por eso no hay que temer de la ociosidad de la voluntad en este puesto, que si cesa de hacer actos regidos por particulares noticias cuanto eran de su parte, embriágala, empero, en amor infuso por medio de la noticia de contemplacion, como acabamos de decir. Y son tanto mejores los que siguiendo esta contemplacion infusa se hacen, y tanto mas meritorios y sabrosos, cuanto es mejor el movedor que infunde este amor, el cual le pega al alma; porque la voluntad está cerca de Dios y desasida de otros gustos. Por eso téngase cuidado que la voluntad esté vacía y desasida de sus aficiones; que, si no vuelve atrás queriendo gustar algun jugo ó gusto, aunque particularmente no le sienta en Dios, adelante va subiendo sobre todas las cosas á Dios, pues de ninguna gusta. Y aunque no guste á Dios muy particular ni distintamente, ni le ame con tan distinto acto, gústale en aquella infusion general escura y secretamente, mas que si se rigiera por noticias distintas, pues entonces ve ella claro que ninguna le da tanto gusto como aquella quieta y solitaria; y ámale sobre todas las cosas amables, pues que todos los otros jugos y gustos de todas ellas tiene desechados y le son desabridos. Y así, no hay que tener pena, que si la voluntad no puede reparar en jugos y gustos de actos particulares, adelante va; pues el no volver atrás, abrazando algo sensible, es ir adelante en lo inaccesible, que es Dios; y así, la voluntad para ir á Dios, mas ha de ser desarrimándose de toda cosa deleitosa y sabrosa que arrimándose. Con esto cumple bien el precepto de amor, que es amar sobre todas las cosas; lo cual, para ser con toda perfeccion, ha de ser con esta desnudez y vacío especial de todas.

§. XI.

Tampoco hay que temer en que la memoria vaya vacía de sus formas y figuras; que, pues Dios no tiene forma ni figura segura, va vacía de forma y figura y mas acercándose á Dios; porque, cuanto mas se arrimare á la imaginacion, mas se aleja de Dios y en mas peligro va; pues que Dios, siendo, como es, incogitable, no cae en la imaginacion. No entendiendo pues estos maestros espirituales á las almas que van ya en esta contemplacion quieta y solitaria, por no haber ellos pasado, ni aun quizá llegado, de un modo ordinario de discursos y actos, pensando que están ociosos (porque el hombre animal, esto es, que no pasa del sentido animal de la parte sensitiva, no percibe las cosas que son de Dios, como dice san Pablo: *Animalis autem homo non percipit, ea, quae sunt Spiritus Dei*), les turban la paz de la contemplacion sosegada y quieta que les daba Dios, y les hacen meditar y discurrir y hacer actos, no sin grande desgana y repugnancia y sequedad y distraccion de las mismas almas, que se querrian estar en su quieto y pacífico recogimiento; y persuádenlas á que procuren jugos y fervores, como quiera que les habian de aconsejar lo contrario; lo cual no pudiendo ellos hacer ni entrar en ello, como antes, porque ya pasó ese tiempo y no es ese su camino, desasosiéganse doblado, pensando que van perdidas; y aun ellos se lo ayudan á creer, y sécanlas el espíritu, y quítanlas las unciones preciosas que en la soledad y tranquilidad Dios las ponia (que, como dije, es grande daño), y ponen las del duelo y del lobo, pues en lo uno pierden y en lo otro sin provecho penan. No saben bien estos qué cosa es espíritu. Hacen á Dios grande injuria y desacato, metiendo su tosca mano donde Dios obra; porque le ha costado mucho á Dios llegar á estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado á esta soledad y vacío de sus potencias y operaciones, para poderlas hablar al corazon, que es lo que él siempre desea; tomando ya él la mano, siendo ya el que en el alma reina con abundancia de paz y sosiego; haciendo desfallecer los actos discursivos de las potencias, con que trabajando toda la noche, no hacia nada; apacentándolas ya en espíritu, y no en operacion de sentido, porque el sentido ni su obra de él no es capaz del espíritu. Y cuanto él precia esta tranquilidad ó adormecimiento ó aniquilacion de sentido échase bien de ver en aquella conjuracion tan notable y eficaz que hizo en los *Cantares*, diciendo: *Adjuro vos, filiae Hierusalem, per capreas, cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit;* Conjúroos, hijas de Jerusalen, por las cabras y ciervos campesinos, que no recordeis ni hagais velar á la amada hasta que ella quiera. En lo cual da á entender cuánto ama el adormecimiento y olvido solitario, pues interpone estos animales solitarios y retirados. Pero estos espirituales no quieren que el alma repose ni quiete, sino que siempre trabaje y obre de manera que no dé lugar á que Dios obre, y que lo que él va obrando se deshaga y borre con la operacion del alma, no echando las raposillas que destruyen esta florida viña. Y por eso se queja por Isaías, diciendo: *Vos enim depasti estis vineam;* Vosotros habeis destruido mi viña. Pero estos por ventura yerran con buen celo, porque no llega á mas su saber; pero no por eso quedan excusados en los consejos que temerariamente dan sin entender primero el camino y espíritu que lleva el alma, y si no lo entienden, entremeter su tosca mano en cosa que no saben, no dejándola para quien mejor lo entienda. Que no es cosa de pequeño peso y culpa hacer á una alma perder inestimables bienes por consejo fuera de camino, y dejarla bien por el suelo. Y así, el que temerariamente

yerra, estando obligado á acertar (como cada uno lo está en su oficio), no pasará sin castigo segun el daño que hizo; porque los negocios de Dios con mucho tiento y muy á ojos abiertos se han de tratar, mayormente en cosa tan delicada y subida, donde se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinito en errar.

XII.

Pero ya que quieras decir que todavía tienes alguna excusa, aunque yo no la veo, á lo menos no me podrás decir que la tiene el que, tratando un alma, jamás la deja salir de su poder, por los respetos é intentos vanos que él sabe que no quedarán sin castigo. Pues es cierto que, habiendo de ir aquella alma adelante, aprovechando en el camino espiritual, á que siempre Dios la ayuda, ha de mudar estilo y modo de oracion y ha de tener necesidad de otra doctrina ya mas alta que la suya, y otro espíritu. Porque no todos saben para todos los sucesos y casos que hay en el camino espiritual, ni tienen espíritu tan cabal, que conozcan cómo en cualquier estado de la vida espiritual ha de ser el alma llevada y regida; á lo menos no ha de pensar que lo tiene él todo, ni que Dios querrá dejar de llevar aquella alma mas adelante. Así como no cualquiera que sabe desbastar el madero sabe entallar la imágen, ni cualquiera que sabe entallarla sabe perfilarla y pulirla, ni el que sabe pulir sabrá pintarla, ni cualquiera que sepa pintarla sabrá poner la última mano y perfeccion; porque cada uno de estos no puede hacer mas en la imágen de lo que sabe, y si quisiese pasar adelante seria echarla á perder. Pues veamos tú, si siendo solamente desbastador, que es poner el alma en el desprecio del mundo y mortificacion de sus apetitos, ó cuando mucho, entallador, que será imponerla en santas meditaciones, y no sabes mas, ¿cómo llegarás á esa alma hasta la última perfeccion de delicada pintura, que ya ni consiste en desbastar ni entallar ni aun en perfilar, sino en la obra que Dios ha de ir en ella haciendo? Y así, cierto está que si en tu doctrina, que siempre es de una manera, la haces siempre estar atada, que, ó ha de volver atrás, ó á lo menos no irá adelante; porque ¿en qué parará, te ruego, la imágen si siempre has de ejecutar en ella no mas que el martillar y desbastar? Que en el alma es el ejercicio de las potencias. ¿Cuándo se ha de acabar esta imágen? Cuándo ó cómo se ha de dejar para que la pinte Dios? ¿Es posible que tú tienes todos estos oficios; que te tienes por tan consumado, que nunca esa alma habrá menester mas que á tí? Y dado caso que tengas para alguna alma, porque quizá no tendrá talento para pasar mas adelante, es como imposible que tú tengas para todas las que no dejas salir de tus manos; porque á cada una lleva Dios por diferentes caminos; que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva, convenga con el modo del otro. Porque ¿quién habrá, como san Pablo, que tenga para hacerse todo á todos, para ganarlos á todos? Y tú de tal manera tiranizas las almas, y de suerte las quitas la libertad, y adjudicas para tí la anchura y libertad de la doctrina evangélica, que, no solo procuras que no te dejen, mas, lo que peor es, que si acaso alguna vez sabes que alguna fué á pedir algun consejo á otro, ó á tratar alguna cosa que no convendria tratar contigo, ó la llevaria Dios para que la enseñase lo que tú no la enseñas, te hayas con ella (que no lo digo sin vergüenza) con las contiendas de celos que hay entre los casados; los cuales no son celos que tienes de la honra de Dios, sino celos de tu soberbia y presuncion; porque ¿cómo puedes tú saber que aquella alma no tuvo necesidad de ir á otro? Indígnase Dios de estos grandemente, y promételes castigo por el profeta Ecequiel, diciendo: *Vae pastoribus Israel... lac comedebatis, et lanis operiebamini... gregem autem meum non pascebatis... Requiram gregem meum de manu eorum;* No apacentábades mi ganado, sino cubríadesos con la lana y comíades su leche; yo pediré mi ganado de vuestra mano. Deben pues estos tales dar libertad á estas almas, y están obligados á dejarlas ir á otros y mostrarlas buen rostro, que no saben ellos por dónde aquella alma la quiere Dios aprovechar, mayormente cuando ya no gusta de su doctrina, que es señal que la lleva Dios adelante por otro camino y que ha menester otro maestro, y ellos mismos se lo han de aconsejar; y lo demás nace de necia soberbia y presuncion.

§. XIII.

Pero dejemos ahora esta manera, y digamos otra pestífera que estos ó otros peores que ellos usan. Acaecerá que ande Dios ungiendo algunas almas con santos deseos y motivos de dejar el mundo y mudar la vida y estado, y servir á Dios, despreciando el siglo (lo cual tiene Dios en mucho haberlos llegado hasta allí; porque las cosas del siglo no son del corazon de Dios), y ellos con unas razones humanas ó respetos harto contrarios á la doctrina de Cristo y su mortificacion y desprecio de todas las cosas, estribando en su interés ó gusto, ó por temer donde no habia que temer, se lo dilatan ó se lo dificultan, ó lo que peor es, andan por quitárselo del corazon; que teniendo ellos mal espíritu y poco devoto, y muy vestido de mundo y poco ablandado en Cristo, como ellos no entran por la puerta estrecha de la vida, no dejan entrar á otros. A los cuales amenaza nuestro Salvador por san Lúcas, diciendo: *Vae vobis Legisperitis, quia tulistis clavem scientiae, ipsi non introistis, et eos qui introibant, prohibuistis.* ¡Ay de vosotros, que tomásteis la llave de la ciencia, y no entrais ni dejais entrar á otros! Porque estos á la verdad están puestos como tropiezo y tranca á la puerta del cielo, no advirtiendo que los tiene Dios allí para que compelan á entrar á los que Dios llama, como se lo tiene mandado en su Evangelio; y ellos, por el contrario, están compeliendo á que no entren por la puerta angosta que guia á la vida. De esta manera es él un ciego que puede estorbar la guia del Espíritu Santo en el alma. Lo cual acaece de muchas maneras, como he-

mos dicho: unos sabiendo y otros no sabiendo; mas los unos y los otros no quedarán sin castigo, pues teniéndolo por oficio, están obligados á saber y mirar lo que hacen.

§. XIV.

El otro ciego que dijimos que podía estorbar al alma en este género de recogimiento, es el demonio, que quiere que, como él es ciego, tambien el alma lo sea. El cual en estas altísimas soledades en que se infunden las delicadas unciones del Espíritu Santo (de que él tiene gran pesar y envidia, porque se le va el alma de vuelo y no la puede coger, y ve que se enriquece mucho) procura ponerle en esta desnudez y enajenamiento algunas cataratas de noticias y tinieblas de jugos sensibles, á veces buenos por cebar mas al alma y hacerla volver al trato del sentido, y que mire en aquello y lo abrace á fin de ir á Dios, arrimada á aquellas noticias buenas y jugos sensibles. Y en esto la distrae y saca fácilmente de aquella soledad y recogimiento, en que el Espíritu Santo está obrando aquellas grandezas secretamente. Y entonces el alma, como es inclinada á sentir y gustar (mayormente si lo anda pretendiendo), facilísimamente se pega á aquellas noticias y jugos, y se quita de la soledad en que Dios obraba. Porque, como ella, á su parecer, no hacia nada, parécele esto otro mejor, pues aquí es algo y allí no. Es gran lástima que no entendiéndose, por comer ella un bocadillo, se quita que la coma Dios á ella toda, absorbiéndola en unciones de su paladar espirituales y solitarias. Y de esta manera hace el demonio, por poco mas que nada, grandísimos males y daños, haciendo al alma perder grandes riquezas y sacándola con un poquito de cebo como al pez del golfo de las aguas sencillas del espíritu, donde estaba engolfada y anegada en Dios, sin hallar pié ni arrimo. Y en esto la saca á la orilla, dándola estribo y arrimo, y que halle pié y vaya por su pié por tierra y con trabajo, y no nade por las aguas de Siloe, que van con silencio, bañada en las unciones de Dios. Y hace el demonio tanto caso de esto, que es para admirar; y con ser mayor un poco de daño que en esta parte hace á muchas almas, apenas hay alma que vaya por este camino que no le haga grandes daños y caer en grandes pérdidas. Porque este maligno se pone aquí con grande aviso en el paso que hay del sentido al espíritu, engañando y cebando al alma con el mismo sentido, atravesando cosas sensibles para que se detenga con ellas y no se le escape... Y el alma con grandísima facilidad luego se detiene, como no sabe mas que aquello, y no piensa que hay en aquello pérdida; antes lo tiene á buena dicha y lo toma de buena gana, pensando que la viene Dios á ver; y así, deja de entrar en lo interior del Esposo, quedándose á la puerta á ver lo que pasa afuera en la parte sensitiva: *Omne sublime videt;* Todo lo alto ojea el demonio, dice Job (es á saber de las almas), para impugnarlo; y si acaso alguna se le entra en el recogimiento, él con horrores, temores ó dolores corporales, ó con ruidos ó sonidos exteriores, trabaja por perderla, haciéndola divertir al sonido para sacarla fuera y divertirla del interior espíritu, hasta que, no pudiendo mas, la deja. Y con tanta facilidad estorba tantas riquezas y estraga estas preciosas almas, que, con preciarlo él mas que derribar muchas de otras, no lo tienen en mucho, por la facilidad con que lo hace y lo poco que le cuesta.

§. XV.

A este propósito podemos entender lo que de él dijo Dios al mismo Job: *Ecce absorbebit fluvium, et non mirabitur: et habet fiduciam, quod influat Jordanis in os ejus! In oculis ejus quasi hamo capiet eum, et insudibus perfurabit nares ejus;* Sorberá un rio, y no se maravillará; tiene confianza que el Jordan caerá en su boca (que se entiende por lo mas alto de la perfeccion); en sus mismos ojos le cazará como con un anzuelo, y con alesnas le horadará las narices. Esto es, con las puntas de las noticias con que le está hiriendo, la divertirá el espíritu; porque el aire que por las narices sale recogido, estando horadadas, se divierte por muchas partes. Y mas adelante dice: *Sub ipso erunt radii solis, et sternet sibi aurum quasi lutum;* Debajo de él estarán los rayos del sol, y derramará el oro debajo de sí. Porque admirables rayos de divinas noticias hace perder á las almas ilustradas, y precioso oro de matices divinos quita y derrama de las almas ricas.

¡Oh pues almas! cuando Dios os va haciendo tan soberanas mercedes, que os lleva por estado de soledad y recogimiento, apartándoos de vuestro trabajoso sentido, no os volvais á él. Dejad vuestras operaciones, que si antes os ayudaban para negar al mundo y á vosotros mismos cuando érades principiantes, ahora que os hace Dios merced de ser él obrero, os serán obstáculo grande y embarazo. Que, como tengais cuidado de no poner vuestras operaciones en cosa ninguna, desasiéndolas de todo y no embarazándolas, que es lo que de vuestra parte habeis de hacer en este estado, juntamente con la advertencia amorosa y sencilla, sin hacer ninguna fuerza al alma, sino fuere en desasirla de todo y libertarla, para que no la turbeis y altereis la paz y tranquilidad; que con eso Dios os la cebará de refeccion celestial, pues que no se la embarazais.

§. XVI.

El tercer ciego es la misma alma, la cual, no entendiéndose, ella misma se perturba y se hace el daño; porque, como no sabe sino obrar por el sentido, cuando Dios la quiere poner en aquel vacío y soledad, donde no puede usar de las potencias ni hacer actos, como está dicho; como le parece que ella no hace nada, procura mas á lo sensible y expreso hacerlo; y así, se distrae y se llena de sequedad y disgusto la que antes estaba gozando de la ociosidad de la paz y silencio espiritual, en que Dios le estaba de secreto poniendo gusto. Y acaecerá que este Dios, porfiando por tenerla en aquella quietud callada, y ella porfiando por vocear con la imaginacion y por caminar con el entendimiento, como á

los muchachos, que llevándolos sus madres en brazos, sin que ellos dén paso, van gritando y pateando por irse por su pié; y así, ni andan ellos ni dejan andar á las madres. O como cuando el pintor está pintando una imágen, que si ella está meneándose no le deja hacer nada. Ha de advertir el alma que, aunque entonces ella no se siente caminar, mucho mas camina que por sus piés; porque la lleva Dios en sus brazos, y así ella no siente el paso. Y aunque ella parece que no hace nada, mucho mas se hace que si ella lo hiciera, porque Dios es el obrero. Y si ella no lo echa de ver no es maravilla; porque lo que Dios obra en el alma no lo alcanza el sentido, porque es en silencio, en el cual (como dice el Sabio) se oyen las palabras de la sabiduría. Déjese en las manos de Dios y fíese de él; que, como esto sea, segura irá, que no hay peligro sino cuando ella quiere de suyo ó por su traza obrar en las potencias.

§. XVII.

Volvamos pues al propósito de estas cavernas profundas de las potencias, en que decimos que el padecer del alma suele ser grande cuando la anda Dios ungiendo y disponiendo para unirla consigo con estos sútiles y delicados ungüentos. Los cuales son ya tan sútiles y subidos, que, penetrando lo íntimo del alma, la disponen y saborean de manera, que el padecer y desfallecer en deseo con inmenso vacío de estas cavernas es inmenso. Adonde habemos de notar que, si los ungüentos que disponian estas cavernas para la union del matrimonio espiritual son tan subidos como habemos dicho, ¿cuál será la posesion que ahora tienen? Cierto es que, conforme á la sed y hambre y pasion de las cavernas será la satisfaccion y hartura y deleite de ellas, y conforme á la delicadez de las disposiciones será el primor de la fruicion y posesion del sentido del alma, que es el vigor y virtud que tiene la sustancia del alma para sentir y gozar los objetos de las potencias. A estas potencias llama aquí el alma cavernas harto propiamente; porque, como siente que caben en ellas las profundas inteligencias y resplandores de estas lámparas, echa de ver claramente que tienen tanta profundidad cuanto es profunda la inteligencia y el amor, y que tienen tanta capacidad y senos cuantas causas distintas recibe de inteligencias de sabores y gozos; todas las cuales cosas se asientan y reciben en esta caverna del sentido del alma, que es la virtud capaz que tiene para poseerlo, sentirlo y gustarlo como digo. Así como el sentido comun de la fantasía es receptáculo de todos los objetos de los sentidos exteriores, así este sentido comun del alma está ilustrado y rico con tan alta y esclarecida posesion.

VERSO IV.

Que estaba escuro y ciego.

Por dos cosas puede el ojo dejar de ver. O porque está á escuras ó porque está ciego. Dios es la luz y el verdadero objeto del alma; y cuando esta no le alumbra está á escuras, aunque la vista tenga muy subida. Cuando está en pecado ó emplea el apetito en otra cosa está ciega; y aunque entonces no falta la luz de Dios, como está ciega, no la ve, por la escuridad del alma, que es la ignorancia práctica que tiene. La cual, antes que Dios la alumbrase por esta transformacion, estaba escura y ignorante de tantos bienes de Dios, como dice el Sabio que lo estaba él antes que Dios le alumbrase, por estas palabras: *Ignorantias meas illuminavit;* Mis ignorancias alumbró. Y hablando espiritualmente, una cosa es estar á escuras, otra estar en tinieblas. Porque estar en tinieblas es estar ciego en pecado; pero el estar á escuras puédelo estar sin pecado. Y esto es de dos maneras, conviene á saber, acerca de lo natural, no teniendo luz de algunas cosas naturales; y acerca de lo sobrenatural, no teniendo luz de muchas cosas sobrenaturales. Y acerca de estas dos cosas dice aquí el alma que estaba escuro su entendimiento sin Dios; porque hasta que el Señor dijo: *Fiat lux;* estaban las tinieblas sobre la faz del abismo de la caverna del sentido del alma. El cual, cuanto mas es abismal y de mas profundas cavernas cuando Dios, que es lumbre, no las alumbra, tanto mas abismales y profundas tinieblas hay en él. Y así, esle imposible alzar los ojos á la divina luz ni caer en su pensamiento, porque nunca la ha visto ni sabe cómo es; por eso no la podrá apetecer; antes apetecerá las tinieblas, y irá de una tiniebla en otra, guiado por aquella tiniebla, porque no puede guiar una tiniebla sino á otra tiniebla; pues, como dice David: *Dies diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam;* El dia rebosa en el dia y la noche enseña su noche á la noche. Y así, un abismo de tinieblas llama á otro, y un abismo de luz á otro de luz, llamando cada semejante á su semejante; y así, á la luz de gracia que Dios habia dado á esta alma antes, con que la habia abierto los ojos de su abismo á la divina luz, y héchola en esto agradable, llama otro abismo de gracia, que es esta transformacion divina del alma en Dios, con que el ojo del sentido queda muy esclarecido y agradable.

Tambien estaba ciego en tanto que gustaba de otra cosa. Porque la ceguedad del sentido superior y racional cáusala el apetito, que como catarata y nube se atraviesa y se pone sobre el ojo de la razon para que no vea las cosas que están delante. Y así, en tanto que se seguia el gusto del sentido, estaba ciego para ver las grandezas de riquezas y hermosuras divinas, que estaban detrás. Porque, así como poniendo una cosa sobre el ojo, por pequeña que sea, basta para tapar la vista que no vea otras cosas que están delante, por grandes que sean; así un apetito que tenga el alma basta por entonces para impedirla todas estas grandezas divinas que están después de los gustos y apetitos que el alma quiere. ¿Quién pudiera decir aquí cuán imposible es al alma que tiene apetitos juzgar de las cosas de Dios como ellas son? Porque para acertar á juzgar las cosas de Dios, totalmente se ha de echar el apetito y el gusto afuera, y no las ha de juzgar con él; porque vendrá á tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios por de Dios. Porque, estando aquella catarata y nube

sobre el ojo del juicio, no ve sino nube, unas veces de un color y otras de otro, como ellas se ponen; y piensan que la nube es Dios, porque no ven mas que la nube que está sobre el sentido, y Dios no cae en sentido. Y así, el apetito y gustos sensitivos impiden el conocimiento de las cosas altas, como lo da á entender el Sabio, diciendo: *Fascinatio enim nugacitatis obscurat bona, et inconstantia concupiscentiae transvertit sensum sine malitia;* El engaño de la vanidad escurece los bienes, y la inconstancia del apetito trastorna el sentido aunque no haya malicia. Por lo cual, los que no son tan espirituales que estén purgados de los apetitos y gustos, sino que todavía están algo animales en ellos, crean que las cosas viles y bajas del espíritu, que son las que mas se llegan al sentido, en que ellos todavía viven, las tendrán por gran cosa; y las que fueren altas del espíritu, que son las que mas se apartan del sentido, las tendrán en poco y no las estimarán, y aun á veces las tendrán por locura, como lo da bien á entender san Pablo, diciendo: *Animalis autem homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei: stultitia enim est illi, et non potest intelligere;* esto es: El hombre animal no percibe las cosas de Dios; son para él locura y no las puede entender. Hombre animal es aquel que todavía vive con apetitos de su naturaleza, que, aunque alguna vez toquen en cosas de espíritu, si se quiere asir á ellas con su natural apetito, ya son apetitos naturales. Que poco hace al caso que el objeto sea espiritual si el apetito sale de sí mismo y tiene su raíz y fuerza en el natural. Dirásme: Pues cuando se apetece á Dios, ¿no es sobrenatural? Digo que no siempre lo es, sino cuando lo es el motivo y Dios da la fuerza del tal apetito; y esto es muy diferente. Mas cuando tú de tuyo le quieres tener en el modo, no es mas que natural. Y así, cuando de tuyo te quieres pegar á los gustos espirituales y ejercitas el apetito tuyo natural, ya pones catarata y eres animal, y no podrás entender ni juzgar lo espiritual, que es sobre todo sentido y apetito natural. Y si aun tienes mas duda, no sé qué te diga, sino que lo vuelvas á leer, y quizá no la tendrás; que dicha está la sustancia de la verdad, y no se sufre aquí alargarme mas. Este sentido pues del alma, que antes estaba escuro sin esta divina luz, y ciego con sus apetitos, ya está de manera que sus profundas cavernas, por medio de esta divina union, «con extraños primores calor y luz dan junto á su Querido.»

VERSO V Y VI.

Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su Querido.

Porque, estando ya estas cavernas de las potencias tan mirífica y maravillosamente metidas en los admirables resplandores de aquellas lámparas que en ellas están ardiendo, estando clarificadas y encendidas en Dios, demás de la entrega que de sí hacen á él, están enviando ellas á Dios en Dios esos mismos resplandores que tienen recibidos con amorosa gloria, inclinadas ellas á Dios en Dios, hechas ellas tambien lámparas encendidas en los resplandores de las lámparas divinas, volviendo á su Amado la misma luz y calor de amor que reciben. Porque aquí, de la misma manera que lo reciben, lo están dando al que lo da, con los mismos primores que él se lo da, como el vidrio hace cuando lo embiste el sol, que echa tambien resplandores. Aunque estotro es en mas subida manera, por intervenir en ello el ejercicio de la voluntad: «Con extraños primores.» Es á saber, extraños y ajenos de todo comun pensar y de todo encarecimiento. Porque, conforme al primor con que el entendimiento recibió la divina sabiduría, hecho el entendimiento uno con el de Dios, es el primor con que lo da el alma. Y conforme al primor con que la voluntad está unida con la voluntad divina, es el primor con que ella da á Dios en Dios la misma bondad, porque no lo recibe sino para darlo. Y ni mas ni menos, segun el primor con que en la grandeza de Dios conoce, estando unida en ella, luce y da calor de amor. Y segun los primores de los demás atributos divinos, que comunica allí al alma de fortaleza, hermosura, justicia, etc., son los primores con que el sentido espiritual, gozando, está dando á su Querido en su Querido esa misma luz y calor que está recibiendo de él. Porque, estando ella aquí hecha una misma cosa con él, es ella Dios por participacion; y aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es, como dijimos, como en sombra Dios. Y á este talle, siendo ella por medio de esta transformacion sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo; porque la voluntad de los dos es una. Y así como Dios se la está dando con libre y graciosa voluntad, así ella tambien, teniendo la voluntad tanto mas libre y generosa cuanto mas unida con Dios en Dios, está como dando á Dios el mismo Dios por amorosa complacencia que del divino ser y perfecciones tiene. Y es una mística y afectiva dádiva del alma á Dios; porque allí verdaderamente al alma le parece que Dios es suyo, y que ella le posee como Hijo adoptivo de Dios, con propiedad de derecho, por la gracia que Dios de sí mismo le hizo. Dale pues á su Querido, que es el mismo Dios, que se le dió á ella. Y en esto paga todo lo que debe; porque de voluntad le da otro tanto con deleite y gozo inestimable, dando al Espíritu Santo como cosa suya, con entrega voluntaria, para que se ame como él merece.

Y en esto está el inestimable deleite del alma, en ver que ella da á Dios cosa que le cuadre á Dios, segun su infinito ser. Que, aunque es verdad que el alma no puede dar de nuevo al mismo Dios á sí mismo, pues él en sí es siempre el mismo; pero el alma perfecta y cuerdamente lo hace, dando todo lo que le habia dado para pagar el amor, que es dar tanto como le dan; y Dios se paga con aquella dádiva del alma, que con menos no se pagara, y la toma con agradecimiento, como cosa suya del alma que en el sentido dicho se le da, y en esa misma dádiva la ama de nuevo, y de nuevo libremente se entrega al alma, y en eso ama el alma tambien como de nuevo; y así, está actualmente entre Dios y el alma

formado un amor recíproco en la conformidad de la union y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos, que son la divina esencia, los poseen entrambos juntos en la entrega voluntaria del uno al otro, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre por san Juan, es á saber: *Mea omnia tua sunt; et tua mea sunt: et clarificatus sum in eis;* esto es: Todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mias, y clarificado estoy en ellas. Lo cual en la otra vida es sin intermision en la fruicion, y en este estado de union cuando se pone en acto y ejercicio de amor la comunicacion del alma y Dios. Y que pueda hacer el alma aquella dádiva, aunque es de mas entidad que su capacidad y su ser, está claro, porque el que tiene muchos reinos y gentes por suyas, aunque sean de mucha mas entidad que él, las puede él dar muy bien á quien quisiere. Esta es la gran satisfaccion y contento del alma, ver que da á Dios mas que ella en sí vale, dando con tanta liberalidad á Dios á sí mismo, como cosa suya, con aquella luz divina y calor de amor que se lo da; lo cual en la otra vida es por medio de la lumbre de gloria y del amor, y en esta por medio de la fe ilustradísima y encendidísimo amor. Y de esta manera alas profundas cavernas del sentido con extraños primores calor y luz dan junto á su Querido». *Junto* dice porque junta es la comunicacion del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en el alma, que son luz y fuego de amor en ella.

Pero los primores con que el alma le hace esta entrega habemos aquí de notar brevemente. Acerca de lo cual es de advertir que en el acto de esta union, como quiera que el alma goce cierta imágen de fruicion que se causa de la union del entendimiento y del afecto en Dios; deleitada ella en sí y obligada, hace á Dios la entrega de Dios y de sí misma á Dios con maravillosos modos; porque acerca del amor se ha el alma acerca de Dios *con extraños primores,* y acerca de este rastro de fruicion ni mas ni menos, y acerca de la alabanza, tambien por el semejante acerca del agradecimiento. Y cuanto á lo primero, que es el amor, tiene tres primores principales de amor. El primero es que aquí ama el alma á Dios por el mismo Dios; lo cual es admirable primor, porque ama inflamada por el Espíritu Santo, y teniendo en sí misma al Espíritu Santo como el Padre ama al Hijo, segun se dice por san Juan: *Ut dilectio, quia dilexisti me, in ipsis sit, et ego in ipsis;* La dileccion con que me amaste (dice el Hijo al Padre) esté en ellos, y yo en ellos. El segundo primor es amar á Dios en Dios; porque en esta union vehementemente se absorbe el alma en amor de Dios, y Dios con grande vehemencia se entrega al alma. El tercero primor de amor principal es amarle allí por quien él es; porque no le ama solo porque para sí misma es largo, bueno y liberal, etc., sino mucho mas fuertemente, porque en sí es todo esto esencialmente. Y acerca de esta imágen de fruicion tiene otros tres primores principales maravillosos. El primero, que el alma goza allí á Dios unida con el mismo Dios. Porque, como el alma une aquí el entendimiento con la sabiduría y bondad, etc., que tan ilustradamente conoce (aunque no claramente, como será en la otra vida), grandemente se deleita en todas estas cosas entendidas distintamente, como arriba dijimos. El segundo primor principal de esta dileccion es deleitarse ordenadamente solo en Dios, sin otra alguna mezcla de criatura. El tercero deleite es gozarle solo por quien él es, sin otra mezcla de gusto propio ni de otra ninguna cosa criada. Acerca de la alabanza que el alma hace á Dios con esta union hay otros tres primores. El primero, hacerlo de oficio, porque ve el alma que para su alabanza la crió Dios, como dice por Isaías: *Populum istum formavi mihi, laudem meam narrabit;* Este pueblo formé para mí, cantará mis alabanzas. El segundo primor es hacerla por los bienes que recibe y deleite que tiene en el alabar á este gran Señor. El tercero es por lo que Dios es en sí; porque, aunque el alma no recibiese algun deleite, le alabaria por quien él es. Acerca del agradecimiento tiene otros tres primores principales. El primero, agradecer los bienes naturales y espirituales que ha recibido, y todos los beneficios. El segundo es la delectacion grande que tiene en alabar á Dios por via de agradecimiento, porque con grande vehemencia se absorbe en esta alabanza. El tercero es alabanza de agradecimiento solo por lo que Dios es; lo cual es mucho mas fuerte y deleitable.

CANCION IV.

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

DECLARACION.

Conviértese el alma aquí á su Esposo con mucho amor, estimándole y agradeciéndole dos efectos admirables que él á veces en ella hace por medio de esta union; notando tambien el modo con que los hace y el efecto que en ella redunda de esto. El primer efecto es recuerdo de Dios en el alma, y el modo con que este se hace es mansedumbre y amor. El segundo es aspiracion de Dios en el alma, y el modo de este es de bien y gloria que se le comunica en la aspiracion. Y lo que de aquí en el alma redunda es enamorarla delicada y tiernamente; y así, es como si dijera: El recuerdo que haces, oh Verbo Esposo, en el centro y fondo de mi alma, en que secreta y calladamente solo, como solo Señor de ella, mora, no solo como en tu casa ni solo como en tu mismo lecho, sino tambien como en mi propio seno íntima y estrechamente unido, ¡cuán mansa y amorosamente le haces! (esto es, grandemente manso y amoroso). Y es la sabrosa aspiracion que en este recuerdo tuyo haces sabrosa para mí, que está llena de bien y gloria; ¡con cuánta delicadeza me enamoras y aficionas de ti! En lo cual toma el alma la semejanza del que cuando recuerda de su sueño respira; porque á la verdad ella así lo siente.

VERSO I Y II.

Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno.

Muchas maneras de recuerdos hace Dios al alma; tantas, que si las hubiésemos de contar, nunca acabaríamos. Pero este recuerdo que aquí quiere dar el alma á entender que hace el Hijo de Dios es, á mi ver, de los mas levantados y que mas bien la hace al alma; porque este recuerdo es un movimiento que hace el Verbo en lo profundo del alma de tanta grandeza, señorío y gloria y de tan íntima suavidad, que le parece que todos los bálsamos y especies odoríferas y flores del mundo se trabucan y menean, revolviéndose para dar su suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo y todas los potestades y virtudes del cielo se mueven; y no solo eso, sino que tambien todas las virtudes, sustancias y perfecciones y gracias de todas las cosas criadas relucen y hacen el mismo movimiento, todo á una y en uno; porque, como dice san Juan : *Quod factum est, in ipso vita erat;* Todas las cosas en él son vida. Y en él viven y son y se mueven, como tambien dice el Apóstol : *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus.* De aquí es que, queriéndose descubrir este gran Emperador al alma, y moviéndose por esta manera de ilustracion, sin moverse en ella el que, como dice Isaías, *Factus est principatus super humerum ejus;* Trae su principado sobre su hombro; que son las tres máquinas, celeste, terrestre y infernal, y las cosas que hay en ellas, sustentándolas todas, como dice san Pablo : *Verbo virtutis suae;* En el Verbo de su virtud todas á una parezcan moverse. Al modo que si se moviese la tierra se moverian todas las cosas naturales que hay en ella, así es cuando se mueve este Príncipe en el sentido dicho, que trae sobre sí su corte, y no la corte á él. Aunque esta comparacion es harto impropia, porque acá, no solo parecen moverse, sino que tambien todas descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura y gracias, y la raíz de su duracion y vida en él. Porque allí conoce el alma cómo todas las criaturas inferiores y superiores tienen su vida, duracion y fuerza en él; y entiende lo que dice en el libro de la *Sabiduría : Per me Reges regnant... per me Principes imperant, et potentes decernunt Justitiam;* Por mí reinan los Reyes, por mí gobiernan los príncipes, y los poderosos ejercitan justicia y la entienden.

Y aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios en cuanto tienen ser criado, y las conoce allí en él con su fuerza, raíz y vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita eminencia todas estas cosas, que las conoce mejor en este su principio que en ellas mismas. Y este es el deleite grande de este recuerdo, que es conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas á Dios, que es conocer los efectos por su causa, y no la causa por los efectos. Y el cómo sea este movimiento en el alma, siendo Dios inmoble, es cosa maravillosa; porque, sin moverse Dios, es ella inovada y movida por él, y se le descubre con admirable novedad aquella divina vida y el ser y armonía de toda criatura, tomando la causa el nombre del efecto que hace; segun el cual efecto, se puede decir que Dios se mueve; como el Sabio dice que la sabiduría es mas movible que todas las cosas movibles, no porque ella se mueva, sino porque es el principio y raíz de todo movimiento, y permaneciendo en sí estable, como dice luego, todas las cosas inova; y así, lo que allí quiere decir es, que la sabiduría es mas activa que todas las cosas activas. Y así, debemos aquí decir que el alma en este movimiento es la movida y la recordada, y por eso la pone bien propiamente nombre de recuerdo. Pero Dios siempre se está así, como el alma lo echó de ver, moviendo, rigiendo y dando ser, virtud, gracias y dones á todas las criaturas, teniéndolas todas en sí virtual y presencial y eminentísimamente, viendo el alma lo que Dios es en sí y lo que es en las criaturas; así como quien, abriéndole un palacio, ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro, y ve juntamente lo que está haciendo. Y así, lo que yo entiendo cómo se haga este recuerdo y vista del alma, es que la quita Dios algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poder ver lo que él es, y entonces traslúcese y divísase (aunque algo escuramente, porque no se quitan todos los velos, pues queda el de la fe) aquel rostro divino lleno de gracias; el cual, como todas las cosas está moviendo con su virtud, parece juntamente con él lo que está haciendo, y este es el recuerdo del alma.

Aunque tambien, á la verdad, como quiera que todo el bien del hombre venga de Dios, y el hombre de suyo ninguna cosa puede que sea buena, con verdad se dice que nuestro recuerdo es recuerdo de Dios y nuestro levantamiento es levantamiento de Dios. Y así, cuando dijo David : *Exurge, quáre obdormis, Domine?* Levántate, Señor, ¿por qué duermes? es como si dijera : Levántanos y recuérdanos, porque estamos caidos y dormidos; de donde, porque el alma estaba dormida en sueño de que ella jamás pudiera por sí misma recordar, y solo Dios es el que le pudo abrir los ojos y hacer este recuerdo, muy propiamente le llama recuerdo de Dios, diciendo : « Recuerdas en mi seno. »

VERSO II.

Recuerdas en mi seno.

Recuérdanos tú y alúmbranos, Señor mio, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conocerémos que te moviste á hacernos mercedes y que te acordaste de nosotros. Totalmente indecible lo que el alma conoce y siente en este recuerdo de la excelencia de Dios en lo íntimo de su ser, que es el seno suyo que aquí dice; porque suena en el alma una potencia inmensa en voz de multitud de excelencias de millares de millares de virtudes; en las cuales parando el alma y deteniéndose, queda ella terrible y sólidamente ordenada como huestes de ejércitos, y suavizada y agraciada en aquel que encierra todas las suavidades y gracias de las criaturas.

Pero será la duda, ¿cómo puede sufrir el alma tan fuerte comunicacion en la carne? Que en efecto no hay sugeto y fuerza en ella para sufrir tanto sin desfallecer; pues que de solamente ver la reina Ester al rey Asuero en su trono con vestiduras reales y resplandeciendo el oro y piedras preciosas, temió tanto de verle tan terrible en su aspecto, que desfalleció, como ella lo confiesa allí, diciendo: *Vidi te, Domine, quasi angelum Dei, et conturbatum est cor meum prae timore gloriae tuae;* que por el temor que le hizo su gran gloria, porque le pareció como un ángel, y su rostro lleno de gracias, desfalleció; porque la gloria oprime al que la mira, cuando no le glorifica. Pues ¿cuánto mas habia el alma de desfallecer aquí, pues no es ángel al que conoce, sino al mismo Dios y Señor de los ángeles, como su rostro lleno de gracias de todas las criaturas, y de terrible poder y gloria y voz de multitud de excelencias? De la cual dice Job: *Cum vix parvam stillam sermonis ejus audierimus, quis poterit tonitruum magnitudinis illius intueri?* Si apenas podemos oir un pequeño silbo de ella, ¿cómo se podrá sufrir la grandeza de su trueno? Y en otra parte dice: *Nolo multa fortitudine contendat mecum, ne magnitudinis suae mole me premat;* No quiero que entienda y trate conmigo con mucha fortaleza, porque por ventura no me oprima con el peso de su grandeza.

Pero la causa por que el alma no desfallece y teme en aqueste recuerdo tan poderoso y glorioso es por dos cosas. La primera, porque estando ya el alma en estado de perfeccion, como aquí está, en el cual está la parte inferior muy purgada y conforme con el espíritu, no siente el detrimento y pena que en las comunicaciones espirituales suele tener el espíritu y sentido no purgado y dispuesto para recibirlas. La segunda y mas principal causa es la que se dice en el primer verso, que es mostrarse Dios manso y amoroso; porque, así como él muestra al alma esta grandeza y gloria para regalarla y engrandecerla, así la favorece y conforta, amparando al natural, mostrando el espíritu su grandeza con blandura y amor; lo cual puede muy bien hacer el que con su diestra amparó á Moisen para que viese su gloria. Y así, tanta mansedumbre y amor siente el alma en él, cuanto poder y señorío y grandeza; porque en Dios es todo una misma cosa; con lo cual es el deleite fuerte, y el amparo fuerte en mansedumbre y amor para sufrir fuerte deleite; de donde el alma queda poderosa y fuerte antes que desfallecida. Que si la reina Ester se desmayó, fué porque al principio el Rey se le mostró no favorable, sino, como allí dice, con los ojos ardientes y encendidos le mostró el furor de su pecho; pero luego que la favoreció, y extendió su cetro tocándola con él, y abrazándola, volvió sobre sí, habiéndola dicho que él era su hermano, que no temiese. Y así, habiéndose aquí el Rey del cielo desde luego con el alma como su esposo y hermano, no teme el alma; porque, en mostrándole en mansedumbre, y no en furor, la fortaleza de su poder y el amor de su bondad, la comunica la fortaleza y amor de su pecho, saliendo á ella de su trono como esposo de su tálamo, donde estaba escondido y inclinado á ella, tocándola con el cetro de su majestad y abrazándola como hermano; y allí las vestiduras reales y fragrancias de ellas, que son las virtudes admirables de Dios; allí el resplandor de oro, que es la caridad, y lucir las piedras preciosas de las noticias sobrenaturales; y allí el rostro del Verbo lleno de gracias que embisten y visten á la reina del alma; de manera que, transformada ella en estas virtudes del Rey del cielo, se ve hecha Reina, y que se puede con verdad decir de ella lo que dice David: *Astitit Regina à dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate;* La Reina estuvo á tu diestra con vestiduras de oro, cercada de variedad. Y porque todo esto pasa en lo profundo del alma, dice ella luego: «Donde secretamente solo moras.»

VERSO III.

Donde secretamente solo moras.

Dice que en su seno mora secretamente, porque, como habemos dicho, en el fondo de la sustancia del alma y potencias se hace este dulce abrazo. Es pues de saber que Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la sustancia de ellas; porque, si esto no fuese, no podrian ellas durar. Pero hay mucha diferencia en este morar; porque en unas mora solo y en otras no mora solo, en unas mora agradado y en otras mora desagradado, en unas mora como en su casa, mandando y rigiéndolo todo, y en otras mora como extraño en casa ajena, donde no le dejan mandar ni hacer nada. Donde menos apetitos y gustos propios moran, es donde él mas solo, mas agradado y mas como en casa propia mora, rigiéndola y gobernándola; y mora tanto mas secreto cuanto mas solo. Y así, en esta alma, en que ya ningun apetito mora, ni otras imágenes ni formas de otras cosas criadas, secretísimamente mora el Amado, con tanto mas íntimo, interior y estrecho abrazo, cuanto ella está mas pura y sola de otra cosa que Dios; y así está secreto, porque á este puesto y abrazo no puede llegar el demonio, ni entendimiento alguno alcanzar bien á saber como es. Pero á la misma alma en esta perfeccion no le está secreto, que siempre le siente en sí, sino es segun estos recuerdos, que cuando los hace le parece al alma que recuerda el que estaba dormido antes en su seno, que, aunque le sentia y gustaba, era como el Amado dormido en el seno.

¡Oh cuán dichosa es esta alma, que siempre siente estar Dios reposando y descansando en su seno! Oh cuánto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios, vivir con inmensa tranquilidad! Porque una motica no inquiete ni remueva el seno del Amado. Allí está de ordinario como dormido en este abrazo con el alma, al cual ella muy bien siente, y de ordinario muy bien goza. Porque, si estuviese en ella como recordado, que seria comunicándole las noticias y los amores, ya seria estar en gloria; porque si una vez que recuerda, tan solamente abriendo el ojo pone tal al alma, ¿qué seria si de ordinario estuviese en ella bien dispierto? En otras

almas que no han llegado á esta union, aunque no está desagradado, por cuanto aun no están bien dispuestas para ella, mora secreto, porque no le sienten de ordinario, sino es cuando él las hace algunós recuerdos sabrosos, aunque no son del género de este ni tienen que ver con él. Pero al demonio y al entendimiento no le está tan secreto como estotro, porque todavía podria entender algo por los movimientos del sentido, por cuanto hasta la union no está bien aniquilado, que todavía tiene algunas acciones, por no ser él totalmente espiritual. Mas en este recuerdo que aquí el Esposo hace en esta alma perfecta, todo es perfectò, porque él lo hace todo en el sentido dicho. Y entonces en aquel excitar y recordar, al modo de cuando uno recuerda y respira, siente el alma la respiracion de Dios, y por eso dice: «Y en tu aspirar sabroso.»

VERSO IV, V Y VI.

Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

En aquel aspirar de Dios yo no querria hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no le tengo de saber decir, y pareceria menos si lo dijese, porque es una aspiracion que Dios hace al alma, en que en aquel recuerdo del alto conocimiento de la Deidad la aspira el Espíritu Santo con la misma proporcion, que es la noticia que la absorbe profundísimamente, enamorándola delicadísimamente segun aquello que vió. Porque, siendo la aspiracion llena de bien y gloria, la llenó de bondad y gloria el Espíritu Santo, en que la enamora de sí sobre toda gloria y sentido; y por eso lo dejo.

FIN DE LA LLAMA DE AMOR VIVA.

INSTRUCCION Y CAUTELAS

QUE HA MENESTER TRAER SIEMPRE DELANTE DE SÍ EL QUE QUISIERE SER VERDADERO RELIGIOSO Y LLEGAR EN BREVE Á MUCHA PERFECCION;

POR EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

Si algun religioso quisiere llegar en breve al santo recogimiento, silencio espiritual, desnudez y pobreza de espíritu, donde se goza el pacífico refrigerio de espíritu y se alcanza unidad con Dios, y librarse de todos los impedimentos de toda criatura, y defenderse de todas las astucias y falacias del demonio, y librarse de sí mismo, tiene necesidad al pié de la letra de ejercitarse en los ejercicios siguientes:

Con ordinario cuidado, y sin otro trabajo ni otra manera de ejercicio, no faltando de suyo á lo que le obliga su estado, irá á gran perfeccion á mucha priesa ganando todas las virtudes por punto y llegando á la santa paz. Todos los daños que el alma puede recibir nacen de las tres cosas dichas, que son tres enemigos, mundo, demonio y carne. Escondiéndose de estos, ni hay mas guerra. El mundo es menos dificultoso, el demonio mas obscuro de entender; pero la carne es mas tenaz que todas, y que á la postre se acaba de vencer, junto con el hombre viejo. Pero si no se vencen todos, nunca se acaba de vencer el uno; que á la medida que á uno vencieres, los irás venciendo á todos en cierta manera.

Para librarte perfectamente del daño que te puede hacer el mundo has de tener tres cautelas.

Primera cautela.

La primera cautela contra el mundo es, que acerca de todas las personas tengas igualdad de amor, igualdad de olvido, ahora sean deudos, ahora no; quitando el corazon de estos tanto como desotros, y aun en alguna manera mas, por el temor que la carne y sangre no se avive á causa del amor natural que entre los deudos siempre vive, el cual conviene mortificar para la perfeccion espiritual; y tenlos como por extraños, y de esta manera cumples mejor con la obligacion que les tienes; porque, no faltando tu corazon á Dios por ellos, mejor cumples con ellos que poniendo la aficion que debes á Dios en ellos. No ames mas á una persona que á otra, porque errarás; que aquel es digno de mas amor que Dios ama mas, y no sabes tú á cuál ama Dios mas; pero, como los procures olvidar á todos igualmente, segun te conviene para el santo recogimiento, te libras del yerro de mas y menos en ellos; no pienses nada de ellos, no trates nada de ellos, ni bienes ni males, y huye de ellos cuanto buenamente pudieres; y si esto no guardas como aquí va, no sabrás ser religioso ni podrás llegar al santo recogimiento ni librarte de las imperfecciones; porque si en esto te quieres dar alguna licencia, en uno ó en otro te engaña el demonio, ó tú á tí mismo con algun color de bien ó de mal; y en esto hay seguridad, porque no te podrás librar de las imperfecciones y daños que saca el alma acerca de la gente, sino de esta manera.

Segunda cautela.

La segunda cautela contra el mundo es de los bienes temporales, en lo cual es menester, para librarse de veras de los daños de este género y templar la demasía del apetito, aborrecer toda manera de poseer; y ningun cuidado le dejes tener acerca de esto, no de comida, no de bebida, no de vestido, ni de otra cosa criada, ni del dia de mañana, empleando ese cuidado en otras cosas mas altas, que es el reino de Dios, que es el no faltar á Dios; que lo demás, como su Majestad dice en el Evangelio, ello se añadirá, pues no ha de olvidarse de tí, el que tiene cuidado de las bestias; y en esto adquirirás silencio y paz sensitiva en el sentido.

Tercera cautela.

La tercera cautela es muy necesaria para que te sepas guardar en el convento de todo daño acerca de los religiosos, la cual por no la tener muchos, no solamente perdieron la paz y bien de su alma, pero vinieron y vienen ordinariamente á dar en grandes males y pecados. Y es, que te guardes con toda guarda de poner el pensamiento, y menos la palabra, en lo que pasa en la comunidad, que sea ó haya sido, ni de algun religioso en particular; no de su condicion, no de su trato, no de sus cosas, aunque mas graves sean, ni con color de celo ni de remedio, sino á quien conviene de derecho decirlo á su tiempo; y jamás te escandalices ó maravilles de cosas que veas ni entiendas, procurando tú guardar tu alma en olvido de todo aquello; porque si quieres mirar en algo, aunque vivas entre ángeles, te parecerán muchas cosas no bien, por no entender tú la sustancia de ellas. Y para esto toma ejemplo de la mujer de Lot, que porque se alteró en la perdicion de los sodomitas «volviendo la cabeza», la castigó Dios «volviéndola en estatua de sal»; para que entiendas que, aunque vivas entre demonios, quiere Dios que de tal manera vivas entre ellos, que no vuelvas la cabeza del pensamiento á

sus cosas, sino que las dejes totalmente, procurando tú traer para tí tu alma entera en Dios, sin que un pensamiento de eso ó de esotro te lo estorbe; y para eso ten por averiguado que en los conventos nunca ha de faltar algo que tropezar, pues nunca faltan demonios que procuren derribar los santos, y Dios lo permite para ejercitallos y proballos; y si tú de la manera que está dicho no te guardas, no sabrás ser religioso aunque mas hagas, ni llegar á la santa desnudez y recogimiento, ni librarte de los daños; porque de otra manera, aunque mas buen fin y celo lleves, en uno ó en otro te cogerá el demonio, y harto cogido estás cuando ya das lugar á distraer el alma en algo de ello. Y acuérdate de lo que dice el apóstol Sántiago: «Si alguno piensa que es religioso no refrenando su lengua, la religion de este vana es.» Lo cual se entiende no menos de la lengua interior que de la exterior.

DE OTRAS TRES CAUTELAS QUE SON NECESARIAS PARA LIBRARSE DEL DEMONIO EN LA RELIGION.

Para librarte del demonio en la religion, otras tres cautelas has menester, sin las cuales no te podrás librar de sus astucias. Y primero te quiero dar un aviso general, que no se te ha de olvidar, y es, que á los que van camino de perfeccion, ordinario estilo es engañarlos so especie de bien, y no los tienta so especie de mal; porque sabe que el mal conocido apenas lo tomarán; y así, siempre te has de recelar de lo que parece bueno, y mayormente cuando no interviene obediencia. La sanidad de esto es el consejo de quien le debes tomar. Por tantó, sea esta la primera cautela.

Primera cautela.

Jamás te muevas á cosa, por buena que parezca y llena de caridad, ahora para tí, ahora para cualquier otro de dentro ó fuera de casa, sin órden de obediencia, fuera de lo que de órden estás obligado; y aquí ganas mérito y seguridad y te excusas de propiedad, y huyes el daño y daños que no sabes y te pedirá Dios á su tiempo; y si esto no guardas con cuidado en lo poco y en lo mucho, aunque mas te parezca que aciertas, no podrás dejar de ser engañado del demonio en poco ó en mucho; aunque no sea mas que no regirte en todo por obediencia ya yerras palpablemente, pues Dios mas quiere obediencia que sacrificio, y las acciones del religioso no son suyas, sino de la obediencia, y si las sacare de ella se las pedirán como perdidas.

Segunda cautela.

La segunda cautela es necesaria en gran manera, porque el demonio mete mucho aquí la mano, y con ella será grande la ganancia y aprovechamiento, y sin ella muy grande la pérdida y el daño.

Jamás mires al prelado con menos ojos que á Dios, sea el que fuere, pues le tiene en su lugar. Y así, con grande vigilancia vela en que no mires su condicion ni en su modo ni en su traza, ni otras maneras suyas; porque te harás tanto daño, que vendrás á trocar la obediencia de divina en humana, ó te moviendo por los modos que ves visibles en el prelado, y no por Dios invisible, á quien sirves en él; y será tu obediencia vana, ó tanto mas infructuosa, cuanto mas tú por la adversa condicion del prelado te agravas, ó por la buena condicion te alegras. Porque, dígote que mirar en estos modos á grande multitud de religiosos tiene arruinados en la perfeccion, y sus obediencias son de muy poco valor delante los ojos de Dios, por haberlos puesto ellos en estas cosas acerca de la obediencia. Y si esto no haces con fuerza, de manera que vengas á que no se te dé mas que sea prelado mas uno que otro, por lo que á tu particular sentimiento toca, en ninguna manera podrás ser espiritual ni guardar bien tus votos.

Tercera cautela.

La tercera cautela derecha contra el demonio es que de corazon procures siempre humillarte en el pensamiento, en la palabra y en la obra, holgándote mas de los otros que de tí mismo, y queriendo que los antepongan á tí en todas las cosas, haciéndolo tú como pudieres, y con verdadero corazon. Y de esta manera vencerás en el bien el mal, y echarás léjos el demonio, y traerás alegría de corazon; y esto procura de ejercitar mas en los que menos te caen en gracia. Y sábete que si así no lo ejercitas no llegas á la verdadera caridad ni aprovecharás en ella. Y seas siempre mas amigo de ser enseñado de todos que querer enseñar al menor de todos.

DE OTRAS TRES CAUTELAS PARA VENCER Á SÍ MISMO Y Á LA SAGACIDAD DE SU SENSUALIDAD.

Primera cautela.

La primera cautela. Para librarte de todas las turbaciones é imperfecciones que se te pueden ofrecer acerca de las condiciones y trato de los religiosos, y sacar provecho de todo acaecimiento, conviene que entiendas que no has venido al convento sino para que todos te labren y ejerciten, y que todos son oficiales que están en el convento para eso, como á la verdad sí lo son, y que unos te han de labrar de palabra y otros de obra, otros de pensamientos contra tí, y que en todo esto tú has de estar sujeto, como la imágen al que la labra y al que la pinta y al que la dora; y si esto no guardas, ni te sabrás haber bien con los religiosos en el convento, ni alcanzarás la santa paz, ni te librarás de muchos males.

Segunda cautela.

Jamás dejes de hacer las obras por el sinsabor que en ellas hallares, si conviene que se hagan, ni las hagas por el sabor que te dieren, si no conviene tanto como las desabridas; porque sin esto es imposible que ganes constancia y que venzas tu flaqueza.

Tercera cautela.

La tercera cautela que has de advertir es, que nunca en los ejercicios espirituales pongas los ojos en lo sabroso de ellos para asirte á él, sino en lo desabrido y trabajoso de ellos para abrazarlo; porque de otra manera ni perderás amor propio ni ganarás amor de Dios.



FIN DE LAS CAUTELAS.

AVISOS Y SENTENCIAS ESPIRITUALES,

POR EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

PROLOGO.

¡Oh Dios mio, dulzura y alegría de mi corazon! mirad cómo mi alma pretende por vuestro amor ocuparse en estas máximas de amor y de luz. Porque, aunque tengo palabras, virtud no ni obras, que son las que os agradan mas que los términos y la noticia de ellos; sin embargo, puede ser, Señor, que los demás, movidos por este medio á servir y amaros, sacarán frutos donde yo hago mas faltas; y tendré algun consuelo de que pueda ser causa ú ocasion que halleis en los otros lo que en mí no hay. Amas tú, oh Señor mio, la discrecion, amas la luz, amas el amor sobre todas las demás operaciones del ánima; y así, estas sentencias y máximas darán discrecion al caminante, le alumbrarán en su camino y le proveerán de motivos de amor para su viaje. Apártese pues de aquí la retórica del mundo, quédense léjos las parlerías y elocuencia seca de la humana sabiduría, flaca y engañosa, que nunca habeis aprobado; hablemos palabras al corazon, bañadas en dulzor y amor, de que tú bien gustas. En esto, Dios mio, tomaréis sin duda gusto, y puede ser que por este medio quiteis los obstáculos y las piedras del tropiezo de muchas almas que caen por ignorancia y que por falta de luz se apartan de la senda verdadera, aunque creen andar por ella; y de seguir en todo las pisadas de tu dulcísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y hacerse semejante á él en vida, condicion y virtudes, segun la regla de la desnudez y pobreza de espíritu. Mas vos, oh Padre de misericordia, concédenos esta gracia; porque sin vos no haremos nada, Señor.

§. I.

1. El aprovechar no se halla sino imitando á Cristo, que es el camino, la verdad y la vida, y la puerta por donde ha de entrar el que quisiere salvarse. De donde todo espíritu que quiere ir por dulzuras y facilidad, y huye de imitar á Cristo, yo no lo tendria por bueno.

2. El primer cuidado que se halle en tí, procura sea una ansia ardiente y afecto de imitar á Cristo en todas tus obras, estudiando de haberte en cada una de ellas con el mismo modo que el Señor se hubiera.

3. Cualquier gusto que se te ofreciere á los sentidos, como no sea puramente para honra y gloria de Dios, renúncialo y quédate vacío de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni lo quiso, que hacer la voluntad de su Padre; lo cual llamaba él su comida y manjar.

4. Nunca tomes por ejemplar al hombre en lo que hubieres de hacer, por santo que sea; porque te pondrá el demonio delante sus imperfecciones; sino imita á Jesucristo, que es sumamente perfecto y sumamente santo, y nunca errarás.

5. En el interior y exterior siempre vivas crucificado con Cristo, y alcanzarás paz y satisfaccion del alma, y por la paciencia llegarás á poseerla.

6. Bástete Cristo crucificado, sin otras cosas; con él padece y descansa; sin él ni descanses ni penes; procurando estudiar en quitar de tí todas las propiedades é inclinaciones, y deshacerte á tí mismo.

7. El que hace algun caso de sí, ni se niega ni sigue á Cristo.

8. Ama sobre todo bien los trabajos, y no juzgues hacer algo en padecerlos por dar gusto á aquel Señor que no dudó morir por tí.

9. Si quieres llegar á poseer á Cristo, jamás le busques sin la cruz.

10. El que no busca la cruz de Cristo, no busca la gloria de Cristo.

11. Desea hacerte algo semejante en el padecer á este gran Dios nuestro, humillado y crucificado, pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena.

12. ¿Qué sabe el que por Cristo no sabe padecer? Cuando se trata de trabajos, cuanto mayores y mas graves son, tanto mejor es la suerte del que los padece.

13. Desear entrar en las riquezas y regalos de Dios es de todos; mas desear entrar en los trabajos y dolores por el Hijo de Dios es de pocos.

14. Es conocido muy poco Jesucristo de los que se tienen por sus amigos, pues los vemos andar buscando en él sus consolaciones, y no sus amarguras.

§. II.

15. Porque las virtudes teologales tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos de Dios, lo tienen consiguientemente de juntarla con Dios.

16. Sin caminar de veras por el ejercicio de estas tres virtudes, es imposible llegar á la perfeccion de amor con Dios.

17. El camino de la fe es el sano y seguro, y por

este han de caminar las almas para ir adelante en la virtud, cerrando los ojos á todo lo que es del sentido é inteligencia clara y particular.

18. Cuando las inspiraciones son de Dios, siempre van reguladas por motivos de la ley de Dios y de la fe, por cuya perfeccion ha de ir el alma siempre allegándose mas á Dios.

19. El alma que camina arrimada á las luces y verdades de la fe va segura de errar; porque de ordinario nunca yerra sino por sus apetitos ó gustos, discursos ó inteligencias propias; en las cuales de ordinario excede ó falta, y de ahí se inclina á lo que no conviene.

20. Con la fe camina el alma muy amparada contra el demonio, que es el mas fuerte y astuto enemigo; que por eso san Pedro no halló otro mayor amparo contra el demonio cuando dijo: Resistidles fuertes en la fe.

21. Para que el alma vaya á Dios y se una con él, antes ha de ir no comprehendiendo que comprehendiendo, en olvido total de criaturas; porque se ha de trocar lo commutable y comprehensible de ellas por lo incommutable é incomprehensible, que es Dios.

22. La luz que aprovecha en lo exterior para no caer, es al revés en las cosas de Dios; de manera que es mejor no ver, y tiene el alma mas seguridad.

23. Siendo cierto que en esta vida mas conocemos á Dios por lo que no es que por lo que es, de necesidad para caminar á él ha de ir negando el alma hasta lo último que pueda negar de sus aprehensiones, así naturales como sobrenaturales.

24. Todas las aprehensiones y noticias de cosas sobrenaturales no pueden ayudar al amor de Dios tanto, cuanto el menor acto de fe viva y esperanza que se hace en desnudez de todo eso.

25. Como en la generacion natural no se puede introducir una forma sin que primero se expela del sugeto la forma contraria, que es impedimento á la otra; así, en tanto que el alma se sujeta al espíritu sensible y animal, no puede entrar en ella el espíritu puro espiritual.

26. No te hagas presente á las criaturas si quieres guardar el rostro de Dios claro y sencillo en tu alma; mas vacia y enajena tu espíritu de ellas, y andarás en divinas luces, porque Dios no es semejante á ellas.

27. El mayor recogimiento que puede tener el alma es la fe, en la cual le alumbra el Espíritu Santo; porque, cuanto mas pura y esmerada está el alma en perfeccion de viva fe, mas tiene de caridad infusa de Dios y mas participa de luces y dones sobrenaturales.

28. Una de las grandezas y mercedes que en esta vida hace Dios á un alma, aunque no de asiento, sino por via de paso, es darle claramente á entender y sentir tan altamente de Dios, que entiende claro que no se puede entender ni sentir del todo.

29. El alma que estriba en algun saber suyo, gustar ó sentir, siendo todo esto muy poco y disímil de lo que es Dios, para ir por este camino fácilmente yerra ó se detiene, por no se quedar bien ciega en fe, que es su verdadera guia.

30. Cosa es digna de espanto lo que pasa en nuestros tiempos, que cualquier alma de por ahí, con cuatro maravedises de consideracion, si sienten algunas hablas en algun recogimiento, luego lo bautizan todo por de Dios y suponen que es así, diciendo: Díjome Dios, respondióme Dios; y no es así, sino que ellas mismas se lo dicen y ellas mismas se lo responden, con la gana que tienen de ello.

31. El que en este tiempo quisiera preguntar á Dios y tener alguna vision ó revelacion, parece que haria agravio á Dios no poniendo totalmente los ojos en Cristo; porque le podia Dios responder diciendo: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me complací; oid á él, sin buscar nuevas maneras de enseñanzas; porque en él lo he dicho y revelado todo cuanto se puede desear y pedir, dándole por vuestro hermano, maestro, compañero, precio y premio.

32. En todo nos habemos de guiar por la doctrina de Cristo y de su Iglesia, y por esa via remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales; que para todo hallarémos por este camino abundante medicina; y lo que de él se apartare, no solo es curiosidad, sino mucho atrevimiento.

33. No se ha de creer cosa por via sobrenatural, sino solo lo que dijere con la enseñanza de Cristo y sus ministros.

34. El alma que pretende revelaciones peca venialmente por lo menos, y quien lo manda y consiente, tambien, aunque mas fines buenos tenga; porque no hay necesidad en nada de eso, habiendo razon natural y ley evangélica por donde regirse en todas las cosas.

35. El alma que apetece revelaciones de Dios va disminuyendo la perfeccion de regirse por la fe, y abre la puerta al demonio para que la engañe en otras semejantes, que él sabe bien disfrazar para que parezcan las buenas.

36. La sabiduría de los santos es saber enderezar la voluntad con fortaleza á Dios, obrando con perfeccion su ley y sus santos consejos.

§. III.

37. Quien mueve y vence á Dios es la esperanza porfiada; y así, para conseguir la union de amor le conviene al alma caminar con la esperanza solo de Dios, y sin ella no alcanzará nada.

38. La esperanza viva en Dios da al alma tal animosidad y levantamiento á las cosas de la vida eterna, que en comparacion de lo que allí se espera, todo lo del mundo le parece (como es la verdad) seco, lacio y muerto y de ningun valor.

39. Con la esperanza se desnuda y despoja el alma de todas las vestiduras y trajes del mundo; no poniendo su corazon en nada ni esperando en nada de lo que hay ó ha de haber en él; viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna.

40. Con la esperanza viva de Dios tiene el alma tan levantado su corazon del mundo, y tan libre de sus



asechanzas, que, no solo no le puede tocar y asir, pero ni alcanzarle de vista.

41. En las tribulaciones acude luego á Dios confiadamente, y serás esforzado, alumbrado y enseñado.

42. Mas indecencia é impureza lleva el alma para ir á Dios, si lleva en sí el menor apetito de cosa del mundo, que si fuese cargada de todas las feas y molestas tentaciones y tinieblas que se pueden decir, con tal que su voluntad racional no las quiera admitir; antes el tal entonces puede confiadamente llegar á Dios, por hacer la voluntad de su majestad,[1] que dice: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os recrearé.

43. Trae íntimo deseo de que su Majestad te dé todo lo que sabe que te falta para su honra y gloria.

44. Trae ordinaria confianza en Dios, estimando en tí y en los hermanos lo que Dios mas estima, que son los bienes espirituales.

45. Cuanto Dios mas quiere dar, tanto mas hace desear, hasta dejarnos vacíos para llenarnos de bienes.

46. Tanto se agrada Dios de la esperanza con que el alma siempre le está mirando sin poner en otra cosa los ojos, que es verdad decir que tanto alcanza cuanto espera.

47. En los gozos y gustos acude luego á Dios con temor y verdad, y no serás engañado ni envuelto en vanidad.

48. No te goces en las prosperidades temporales, pues no sabes de cierto que te aseguren la vida eterna.

49. Aunque todas las cosas sucedan al hombre prósperamente, y como dicen, á pedir de boca, antes se debe recelar que gozarse; pues en aquello crece la ocasion de olvidar á Dios y peligro de ofenderle.

50. No quieras desvanecerte con alegría vana, pues sabes cuántos y cuán grandes pecados has cometido, ignorando si á Dios eres grato; mas siempre teme y espera en él.

51. ¿Cómo te atreves á holgarte tan sin temor, pues has de parecer delante de Dios á dar cuenta de la menor palabra y pensamiento?

52. Mira que son muchos los llamados y pocos los escogidos; y que si tú de tí no tienes cuidado, mas cierta es tu perdicion que tu remedio; mayormente siendo la senda que guia á la vida eterna tan estrecha.

53. Pues que en la hora de la muerte te ha de pesar de no haber empleado este tiempo en servicio de Dios, ¿por qué no le ordenas y empleas ahora, como lo querrias haber hecho cuando te estés muriendo?

§. IV.

54. La fortaleza del alma consiste en sus potencias, pasiones y apetitos; las cuales, si la voluntad endereza en Dios, y las desvia de todo lo que no es Dios, entonces guarda el alma su fortaleza para Dios, y ama á Dios de toda su fortaleza, como el mismo Señor manda.

55. La caridad es á manera de una excelente toga colorada, que, no solo da gracia, hermosura y vigor á lo blanco de la fe y verde de la esperanza, sino á todas las virtudes; porque sin caridad ninguna virtud es graciosa delante de Dios.

56. El valor del amor no consiste en que el hombre sienta grandes cosas, mas en una desnudez y paciencia en todos los trabajos por su Amado, Dios.

57. Mayor estimacion tiene Dios del menor grado de pureza en tu conciencia que de otra cualquier obra grande con que le puedas servir.

58. Buscar á Dios en sí es carecer de todá consolacion por Dios; inclinarse á escoger todo lo mas desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo, esto es amor de Dios.

59. No pienses que el agradar á Dios está tanto en obrar mucho como el obrarlo con buena voluntad, sin propiedad y respectos.

60. En esto se conoce el que de veras ama á Dios, si no se contenta con alguna cosa menos que Dios.

61. El cabello que se peina á menudo estará muy esclarecido y no tendrá dificultad de peinarse cuantas veces se quisiere; así el alma que á menudo examina sus pensamientos, palabras y obras, obrando por el amor de Dios todas las cosas.

62. El cabello se ha de comenzar á peinar desde lo alto de la cabeza si queremos que esté esclarecido; y todas nuestras obras se han de comenzar de lo mas alto del amor de Dios si queremos que sean puras y claras.

63. Refrenar la lengua y pensamiento, y traer de ordinario el afecto en Dios, presto calienta el espíritu divinamente.

64. Siempre procura agradar á Dios, pídele se haga en tí su voluntad; ámale mucho, que se lo debes.

65. Toda la bondad que tenemos es prestada, y Dios la tiene propia; obra Dios, y su obra es Dios.

66. Mas se granjea en los bienes de Dios en una hora que en los nuestros toda la vida.

67. Siempre el Señor descubrió los tesoros de su sabiduría y espíritu á los mortales; mas ahora, que la malicia va descubriendo mas su cara, mucho los descubre.

68. Mas hace Dios en cierta manera en purificar á un alma de las contrariedades de los apetitos, que en criarla de nada; porque esta no resiste á su Majestad, y el apetito de criaturas sí.

69. Lo que pretende Dios es hacernos dioses por participacion, siéndolo él por naturaleza; como el fuego convierte todas las cosas en fuego.

70. A la tarde de esta vida te examinarán en el amor; aprende á amar como Dios quiere ser amado, y deja tu condicion.

71. El alma, que quiere á Dios todo, hásele de entregar toda.

72. Los nuevos é imperfectos amadores son como el vino nuevo, que fácilmente se malean hasta que cuezan las heces de las imperfecciones y se acaben los hervores y gustos gruesos del sentido.

73. Las pasiones tanto reinan en el alma y la combaten, cuanto la voluntad está menos fuerte en Dios y

mas pendiente de criaturas; porque entonces con mucha facilidad se goza de cosas que no merecen gozo; espera lo que no trae provecho, se duele de lo que por ventura se habia de gozar, y teme donde no hay que temer.

74. Enojan mucho á la Majestad divina los que, pretendiendo el manjar de espíritu, no se contentan con solo Dios, sino que quieren entremeter el apetito y aficion de otras cosas.

75. El que quiere amar otra cosa con Dios, sin duda tiene en poco á Dios, pues que pone en una balanza con Dios lo que sumamente dista de él.

76. Como el enfermo está debilitado para obrar, así el alma que está flaca en el amor de Dios le está para obrar virtudes perfectas.

77. Buscarse á sí mismo en Dios es buscar los regalos y recreaciones en Dios; lo cual es contrario al amor puro de Dios.

78. Grande mal es tener mas ojo á los bienes de Dios que al mismo Dios.

79. Muchos hay que andan á buscar en Dios su consuelo y gusto, y á que les conceda su Majestad mercedes y dones; mas los que pretenden agradar y darle algo á su costa (pospuesto su particular interese) son muy pocos.

80. Pocos espirituales (aun de los que se tienen por muy levantados en virtud) alcanzan la perfecta determinacion en el bien obrar; porque nunca se acaban de perder en algunos puntos de mundo ó de su natural, no mirando al qué dirán ó qué parecerá, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo.

81. Tanto reina, así en los espirituales como en los hombres comunes, el apetito de la propia voluntad y gusto en las obras que hacen, que apenas hallarán uno que puramente se mueva á obrar por Dios, sin arrimo de algun interés de consuelo ó gusto ú otro respeto.

82. Algunas almas llaman á Dios su esposo y su amado; y no es su amado de veras, porque no tienen con él entero su corazon.

83. ¿Qué aprovecha dar tú á Dios una cosa, si él te pide otra? Considera lo que Dios querrá, y hazlo; que por ahí satisfarás mejor tu corazon que con aquello á que tú te inclinas.

84. Para hallar en Dios todo contento se ha de poner el ánimo en contentarse solo con él; porque, aunque el alma esté en el cielo, si no acomoda la voluntad á quererlo, no estará contenta; y así nos acaece con Dios si tenemos el corazon aficionado á otra cosa.

85. Como las especies aromáticas desenvueltas van disminuyendo la fragrancia y fuerza de su olor; así el alma no recogida en un solo afecto de Dios, pierde el calor y vigor en la virtud.

86. Quien no quiere á otra cosa sino á Dios, no anda en tiniebias, aunque mas obscuro y pobre se vea en su estimacion.

87. El que anda penado por Dios, señal es de que se ha dado á Dios y que le ama.

88. El alma que en medio de las sequedades y desamparos trae un ordinario cuidado y solicitud de Dios, con pena y recelo de que no le sirve, ofrece un sacrificio muy agradable á Dios.

89. Cuando Dios es amado de veras por un alma, con grande facilidad oye los ruegos de su amante.

90. Con la caridad se ampara el alma de la carne, su enemiga; porque donde hay verdadero amor de Dios no entra amor de sí ni de sus cosas.

91. El alma enamorada es alma blanda, mansa, humilde y paciente; el alma dura, en su amor propio se endurece. Si tú en tu amor ¡oh buen Jesus! no suavizas al alma, persevera en su natural dureza.

92. El alma que anda enamorada no se cansa ni cansa.

93. Mira aquel infinito saber, aquel secreto escondido; qué paz, qué amor, qué silencio está en aquel pecho divino; qué ciencia tan levantada es la que Dios allí enseña; que es lo que llamamos actos anagógicos (ú oraciones jaculatorias), que tanto encienden el corazon.

94. El perfecto amor de Dios no puede estar sin conocimiento de Dios y de sí mismo.

95. Es propiedad del amor perfecto no querer nada para sí ni atribuirse cosa, sino todo al amado; y si esto hay en el amor bajo, ¿cuánto mas en el de Dios?

96. Los amigos viejos de Dios, por maravilla faltan á Dios; porque están ya sobre todo lo que les puede hacer falta.

97. El verdadero amor todo lo próspero y adverso recibe con igualdad, y de una manera le hace deleite y gozo.

98. El alma que trabaja en desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios, luego queda esclarecida y transformada en Dios; de tal manera, que parece al mismo Dios y tiene lo que tiene el mismo Dios.

99. El alma que está unida con Dios, el demonio la teme como al mismo Dios.

100. El alma que está en union de amor, hasta los primeros movimientos no tiene.

101. La limpieza de corazon no es menos que el amor y gracia de Dios; y así, los limpios de corazon son llamados por nuestro Salvador bienaventurados, lo cual es decir tanto enamorados; pues bienaventuranza no se da por menos que amor.

102. El que ama de veras á Dios no se afrenta delante del mundo de las obras que hace por Dios, ni las esconde con vergüenza aunque todo el mundo se las haya de condenar.

103. El que ama de veras á Dios tiene por ganancia y premio perder todas las cosas y á sí mismo por Dios.

104. Si el alma tuviese un solo barrunto de la hermosura de Dios, no solo una muerte apeteciera por verla para siempre, pero mil acerbísimas muertes pasaria muy alegre por verla solo un momento.

105. El que con purísimo amor obra por Dios, no solamente no se le da nada de que le vean los hombres, pero ni lo hace porque lo sepa el mismo Dios; el cual,



aunque llegase á conocer ser posible dejar Dios de conocer sus obras, no cesaria de hacer los mismos servicios con la misma alegría y pureza de amor.

106. Gran negocio es ejercitar mucho el amor; porque, estando el alma perfecta y consumada en él, no se detenga mucho en esta vida ú en la otra sin ver la cara de Dios.

107. La obra pura y entera hecha por Dios en el seno puro, hace reino entero para su dueño.

108. Al limpio de corazon, todo lo alto y lo bajo le hace mas bien y le sirve para mas limpieza; así como el impuro, de lo uno y de lo otro, mediante su impureza, saca mal.

109. El limpio de corazon en todas las cosas halla noticia de Dios gustosa, casta, pura, espiritual, alegre y amorosa.

110. Guardando los sentidos, que son las puertas del alma, mucho se guarda y aumenta la tranquilidad y pureza de ello.

111. Nunca el hombre perderia la paz si olvidase noticias y dejase pensamientos, y se apartase de oir, ver y tratar cuanto buenamente pueda.

112. Olvidadas todas las cosas criadas, no hay quien perturbe la paz ni quien mueva los apetitos que la perturban; pues, como dice el proverbio, lo que el ojo no ve, el corazon no lo desea.

113. El alma inquieta y perturbada que no está fundada en la mortificacion de los apetitos y pasiones, no es capaz, en cuanto tal, del bien espiritual; el cual no se imprime sino en el alma moderada y puesta en paz.

114. Mira que no reina Dios sino en el alma pacífica y desinteresada.

115. Entrégate al sosiego, quitando de tí cuidados superfluos y desestimando cualquiera suceso; y servirás á Dios á su gusto y holgarás en él.

116. Procura conservar el corazon en paz; no le desasosiegue ningun suceso de este mundo; mira que todo se ha de acabar.

117. Mira que no te entristezcas de repente de los casos adversos del siglo; pues no sabes el bien que traen consigo, ordenado en los juicios de Dios para el gozo sempiterno de los escogidos.

118. En todos los casos, por adversos que sean, antes nos habemos de alegrar que turbar, por no perder mayor bien, que es la paz y tranquilidad del alma.

119. Aunque todo se hunda y todas las cosas sucedan al revés, vano es el turbarse; pues por esa turbacion antes se dañan mas que se aprovechan.

120. Llevarlo todo con igualdad pacífica, no solo aprovecha al alma para muchos bienes, sino tambien para que en esas mismas adversidades se acierte mejor á juzgar de ellas y ponerles remedio conveniente.

121. No es voluntad de Dios que el alma se turbe de nada ni que padezca trabajos; que si los padece en los adversos casos del mundo, es por la flaqueza de su virtud; porque el alma del perfecto se goza en lo que se pena la imperfecta.

122. El cielo es firme y no está sujeto á generacion, y las almas que son de naturaleza celestial son firmes y no están sujetas á engendrar apetitos ni otra cualquiera cosa, porque parecen á Dios en su manera, que no se mueve para siempre.

123. La sabiduría entra por el amor, silencio y mortificacion. Gran sabiduría es saber callar y sufrir, y no mirar dichos y hechos ni vidas ajenas.

124. Mira que no te entremetas en cosas ajenas ni aun las pases por tu memoria; porque quiza no podrás tú cumplir con tu tarea.

125. No sospeches mal contra tu hermano; porque este pensamiento quita la pureza del corazon.

126. Nunca oigas flaquezas ajenas; y si alguno se quejare á tí del otro, le podrás decir con humildad no te diga nada.

127. No rehuses el trabajo, aunque te parezca que no lo puedes hacer. Hallen todos en tí piedad.

128. Ninguno merece amor sino por la virtud que en él hay; y cuando de esta suerte se ama es muy segun Dios y con mucha libertad.

129. Cuando el amor y aficion que se tiene á la criatura es puramente espiritual y fundado en Dios, creciendo ella, crece la de Dios; y cuanto mas se acuerda de ella, tanto mas se acuerda de Dios y le da gana de Dios, creciendo lo uno al paso de lo otro.

130. Cuando el amor á la criatura nace de vicio sensual ó de inclinacion puramente natural, al paso que aqueste crece, se va resfriando en el amor de Dios y olvidándose de él; sintiendo remordimiento de la conciencia con la memoria de la criatura.

131. Lo que nace de carne es carne, y lo que nace de espíritu es espíritu, dice nuestro Salvador en su Evangelio. Y así, el amor que nace de sensualidad, para en sensualidad, y el que de espíritu, para en espíritu de Dios y le hace crecer. Y esta es la diferencia que hay para conocer estos dos amores.

§. V.

132. El que ama desordenadamente á una criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y en alguna manera mas bajo; porque el amor no solo iguala, mas aun sujeta al amante á lo que ama.

133. De las pasiones y apetitos nacen todas la virtudes cuando están dichas pasiones ordenadas y compuestas; y tambien todos los vicios é imperfecciones que tiene el alma, cuando están desenfrenadas.

134. Cinco daños causa cualquier apetito en el alma, demás de privarla del espíritu de Dios. El primero, que la cansan; segundo, que la atormentan; tercero, que la escurecen; cuarto, que la ensucian; quinto, que la enflaquecen.

135. Todas las criaturas son miajas que cayeron de la mesa de Dios; y así, justamente es llamado can el que anda apacentándose en las criaturas. Y por eso justamente como perros siempre andan hambreando; porque las miajas mas sirven de avivar el apetito que de satisfacer la hambre.

136. Los apetitos son como unos hijuelos inquietos y de mal contento, que siempre andan pidiendo á su madre uno y otro, y nunca se contentan. Y como el enfermo de calentura, que no halla bien hasta que se le quite la fiebre, y cada rato le crece la sed.

137. Como el que tira el carro la cuesta arriba, así camina para Dios el alma que no sacude el cuidado de las cosas del mundo y niega sus apetitos.

138. De la manera que es atormentado el que cae en manos de sus enemigos, así es atormentada y afligida el alma que se deja llevar de sus apetitos.

139. De la misma manera que se atormenta y aflige el que desnudo se acuesta sobre espinas y puntas, así se atormenta el alma y aflige cuando se acuesta sobre sus apetitos; porque á manera de espinas hieren, lastiman, asen y dejan dolor.

140. Como los vapores escurecen el aire y no dejan lucir el sol, así el alma que está tomada de los apetitos, segun el entendimiento está entenebrecida, y no da lugar para que ni el sol de la razon natural ni de la sabiduría de Dios sobrenatural la embistan é ilustren de claro.

141. El que se ceba del apetito es como la mariposilla y como el pez encandilado, al cual aquella luz antes le sirve de tinieblas para que no vea los daños que los pescadores le aparejan.

142. ¡Oh quién pudiera decir cuán imposible es al alma que tiene apetitos juzgar de las cosas de Dios como ellas son! Porque, estando aquella catarata y nube del apetito sobre el ojo del juicio, no ve sino nube, unas veces de un color y otras de otro; y así, viene á tener las cosas de Dios por no de Dios, y las que no son de Dios, por de Dios.

143. Dos veces trabaja el pájaro que se sentó en la liga; es á saber, en desasirse y en limpiarse de ella; y de dos maneras pena el que cumple su apetito, en desasirse, y después de desasirse, en purgarse de lo que de él se le pega.

144. De la manera que pararian los rasgos de tizne á un rostro muy hermoso y acabado, de esa misma manera afean y ensucian los apetitos desordenados al alma que los tiene; la cual en sí es una hermosísima acabada imágen de Dios.

145. El que tocare á la pez, dice el Espíritu Santo, ensuciarse ha de ella; y entonces toca uno la pez, cuando en alguna criatura cumple el apetito de su voluntad.

146. Si hubiésemos de hablar de propósito de la fea y sucia figura que pueden poner los apetitos al alma, no hallariamos cosa, por llena de telarañas y sabandijas que esté, ni fealdad á que le pudiésemos comparar.

147. Los apetitos son como los renuevos que nacen en derredor del árbol y le quitan la virtud para que no lleve tanto fruto.

148. No hay mal humor que tan pesado ponga á un enfermo para caminar, ni tan lleno de astío para comer, cuanto el apetito de criaturas hace al alma pesada y triste para seguir la virtud.

149. Muchas almas no tienen gana de obrar virtudes porque tienen apetitos no puros y fuera de Dios.

150. Como los hijuelos de la víbora, cuando van creciendo en el vientre, comen á la madre y la matan, quedándose ellos vivos á costa de ella, así los apetitos no mortificados llegan á enflaquecer tanto, que matan al alma en Dios, y solo lo que en ella vive son ellos, porque ella primero no los mató.

151. Así como es necesario á la tierra la labor para que lleve fruto, y sin ella no lleva sino malas yerbas, así es necesaria la mortificacion de los apetitos para que haya pureza en el alma.

152. Como el madero no se transforma en el fuego por un solo grado de calor que le falta en su disposicion, así no se transforma el alma en Dios perfectamente por una imperfeccion que tenga.

153. Igualmente está detenida el ave para sus vuelos con los lazos de alambre recio ó del mas sútil y delicado hilo; pues mientras no rompe el uno y otro estorbo no puede ejercitarse en el vuelo; así tambien el alma que está presa por aficion á las cosas humanas, por pequeñas que sean, mientras duran los lazos no puede caminar á Dios.

154. El apetito y asimiento del alma tiene la propiedad que dicen tiene la rémora con la nave; que, con ser un pez muy pequeño, si acierta á pegarse á la nave la tiene tan queda, que no la deja caminar.

155. ¡Oh, si supiesen los espirituales qué bienes pierden y abundancia de espíritu por no querer ellos acabar de levantar el apetito de niñerías! Y ¡cómo hallarian en este sencillo manjar de espíritu, significado por el maná, el gusto de todas las cosas si ellos no quisiesen gustar cosa!

156. No dejaban los hijos de Israel de hallar en el maná todo el gusto y fortaleza que ellos pudieran querer, porque el maná no la tuviese, sino porque ellos querian otra cosa.

157. De solo una centella se aumenta el fuego, y una imperfeccion basta á traer otras. Y así, nunca verémos un alma que es negligente en vencer un apetito, que no tenga otros muchos, que nacen de la misma flaqueza é imperfeccion que tiene en aquel.

158. Los apetitos voluntarios y enteramente advertidos, por mínimos que sean, siendo de hábito y costumbre, son los que principalmente impiden en el camino de la perfeccion.

159. Cualquiera imperfeccion en que tenga el alma asimiento y hábito, es mayor daño para crecer en la virtud que si cada dia cayese en otras muchas imperfecciones, aunque fuesen mayores, que no proceden de ordinaria costumbre de alguna mala propiedad.

160. Justamente se enoja Dios con algunas almas porque habiéndolas con mano poderosa sacado del mundo y de ocasiones de graves pecados, son flojas y descuidadas en mortificar algunas imperfecciones; y por eso las deja ir cayendo en sus apetitos de mal en peor.

§. VI.

161. Entra en cuenta con tu razon para hacer lo que ella te dice en el camino de Dios, y valdráte mas para



con tu Dios que todas las obras que sin esta advertencia haces, y que todos los sabores espirituales que pretendes.

162. Bienaventurado el que, dejado aparte su gusto é inclinacion, mira las cosas en razon y justicia para hacerlas.

163. El que obra segun razon es semejante al que usa de alimento sustancial y fuerte; mas el que procura en las obras dar satisfaccion al gusto de su voluntad, será parecido al que se alimenta de frutos mal sazonados y tenues.

164. A ninguna criatura le es conveniente salir fuera de los términos que Dios le tiene naturalmente ordenados; y habiendo puesto al hombre términos naturales y racionales para su gobierno salir de ellos, queriendo saber algunas cosas por via sobrenatural, no es santo ni conveniente; y por tanto, no gusta Dios de este término, y si alguna vez responde, es por la flaqueza del alma.

165. No sabe el hombre gobernar el gozo y dolor con la razon y prudencia, porque ignora la distancia que entre el bien y el mal se halla.

166. No sabemos lo que hay en la diestra y siniestra; porque á cada paso tenemos lo malo por bueno y lo bueno por malo; y si esto es de nuestra cosecha, ¿qué será si se añade apetito á nuestra natural tiniebla?

167. El apetito, en cuanto apetito, ciego es; porque de suyo no mira la razon, que es la que siempre derechamente guia y encamina al alma en sus operaciones; y así, todas las veces que el alma se guia por su apetito se ciega.

168. Los ángeles son nuestros pastores; porque, no solo llevan á Dios nuestros recados, sino tambien los de Dios á nuestras almas, apacentándolas de dulces inspiraciones y comunicaciones de Dios; y como buenos pastores, nos amparan y defienden de los lobos, que son los demonios.

169. Los ángeles, mediante sus secretas inspiraciones que hacen al alma, le dan mas alto conocimiento de Dios; y así, la enamoran mas de Dios hasta dejarla llagada de amor.

170. La misma Sabiduría divina, que en el cielo ilumina á los ángeles y purga de sus ignorancias, esa ilumina á los hombres en el suelo y los purga de sus errores é imperfecciones, derivándose de Dios por las jerarquías primeras hasta las postreras, y de ahí á los hombres.

171. La luz de Dios que al ángel ilumina esclareciéndole y encendiéndole en amor, como á puro espíritu dispuesto para la tal infusion, al hombre, por ser impuro y flaco, regularmente le ilumina en obscuridad, pena y aprieto; como hace el sol al ojo enfermo, que le alumbra aflictivamente.

172. Cuando el hombre llega á estar espiritualizado y subtilizado mediante el fuego del divino amor que le purifica, entonces recibe la union é influencia de la amorosa iluminacion con suavidad á modo de los ángeles, porque almas hay en esta vida que recibieron mas perfecta iluminacion que los ángeles.

173. Cuando Dios hace mercedes al alma por medio del ángel bueno, ordinariamente permite que las entienda el demonio y que haga contra ella lo que pudiere, segun la proporcion de la justicia, para que la victoria sea mas estimada, y el alma victoriosa y fiel en la tentacion sea mas premiada.

174. Considera que tu ángel de guarda no siempre mueve tu apetito á obrar, aunque siempre ilustra la razon; y por esto, no siempre te prometas la suavidad sensible en el obrar, pues la razon y entendimiento te basta.

175. Cuando los apetitos del hombre se emplean en algo fuera de Dios, impiden sienta el alma, y cierran la puerta á la luz con que el ángel la mueve á la virtud.

176. Acuérdate cuán vana cosa es gozarse de otra cosa que de servir á Dios, y cuán peligrosa y perniciosa, considerando cuánto daño fué para los ángeles gozarse y complacerse de su hermosura y bienes naturales, pues por eso cayeron feos en los abismos.

177. Alma sin maestro es como el carbon encendido que está solo, que antes se irá enfriando que encendiendo.

178. El que solo se quiere estar, sin arrimo de maestro y guia, será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que, por mas fruta que tenga, los viadores se la cogerán, y no llegará á sazon.

179. El árbol cultivado y guardado con el beneficio de su dueño da la fruta en el tiempo que de él se espera.

180. El que á solas cae, á solas está caido y tiene en poco su alma, pues de sí solo la fia.

181. El que cargado cae, dificultosamente se levantará cargado.

182. El que cae ciego, no se levantará ciego solo; y si se levantare solo, caminará por donde no conviene.

183. Pues no temes el caer á solas, ¿cómo presumes de levantarte á solas? Mira que mas pueden dos juntos que uno solo.

184. No dijo Cristo en su Evangelio: Donde estuviere uno solo, allí estoy, sino por lo menos dos; para darnos á entender que ninguno por sí solo crea y se afirme en las cosas que tiene por de Dios, sin el consejo y gobierno de la Iglesia y sus ministros.

185. ¡Ay del solo! dice el Espíritu Santo. Por tanto le conviene al alma la direccion del maestro, porque los dos resistirán mas fácilmente al demonio, juntándose á saber y obrar la verdad.

186. Es Dios tan amigo que el gobierno del hombre sea por otro hombre, que totalmente quiere no demos entero crédito á las cosas que sobrenaturalmente comunica, hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre.

187. Cuando Dios revela al alma alguna cosa, la inclina á decirlo á su ministro de la Iglesia, que tiene puesto en su lugar.

188. Las almas no las ha de tratar cualquiera, pues es cosa de tanta importancia acertar ó errar en tan grave negocio.

189. El alma que quiere aprovechar y no volver atrás, mire en cúyas manos se pone; porque, cual fuere el maestro tal será el discípulo, y cual el padre tal el hijo.

190. Las inclinaciones y afectos del maestro fácilmente se imprimen en el discípulo.

191. El principal cuidado que han de tener los maestros espirituales es mortificar á los discípulos de cualquier apetito, haciéndolos quedar en vacío de lo que apetecian, por dejarlos libres de tanta miseria.

192. Por mas alta que sea la doctrina, y por mas esmerada que sea la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hará de suyo ordinariamente mas provecho que tuviere el espíritu de quien la enseña.

193. El buen estilo y acciones, y subida doctrina y buen lenguaje, mueve y hace mas efecto acompañado con buen espíritu; pero sin él poco ó ningun calor pega á la voluntad, aunque dé sabor y gusto al sentido y entendimiento.

194. Dios tiene ojeriza con los que, enseñando su ley, ellos no la guardan; y predicando buen espíritu, ellos no le tienen.

195. Para lo mas subido en el camino de la perfeccion, y aun para lo mas mediano de él, apenas se hallará una guia cabal segun todas las partes que ha menester; porque ha de ser sabio, discreto y experimentado.

196. Para guiar al espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discrecion, si no hay experiencia, no atinarán á encaminar al alma por donde Dios la lleva; y la harán volver atrás, gobernándola por otros modos rateros que ellos han leido.

197. El que temerariamente yerra, estando obligado á acertar (como cada uno lo está en su oficio), no pasará sin castigo segun el daño que hizo; porque los negocios de Dios, cual es la direccion de las almas, con mucho tiento y consejo se han de tratar.

198. ¿Quién habrá, como san Pablo, que tenga para hacerse todo á todos, para ganarlos á todos? Conociendo todos los caminos por donde Dios lleva á las almas, que son tan diferentes, que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva convenga con el modo del otro.

199. La mayor honra que podemos dar á Dios es servirle segun la perfeccion evangélica; y lo que es fuera de esto es de ningun valor y provecho para el hombre.

200. Mas vale un pensamiento del hombre que todo el mundo, y por eso, solo Dios es digno de él, y á él se le debe; y así, cualquier pensamiento del hombre que no se tenga en Dios, se lo hurtamos.

201. En cualquier cosa ha de haber proporcion de naturalezas, y por esto para las insensibles basta lo que no se siente, y en las sensibles el sentido, y para el Espíritu de Dios el pensamiento.

202. Nunca dejes derramar tu corazon, aunque sea por un credo.

203. No podrá el alma sin oracion vencer la fortaleza del demonio ni entender sus engaños sin humildad y mortificacion; porque las armas de Dios son la oracion y cruz de Cristo.

204. En todas nuestras necesidades, trabajos, dificultades, no nos queda otro remedio mejor ni mas seguro que la oracion y esperanza de que Dios proveerá por los medios que él quisiere.

205. Sea el esposo y amigo de tu alma Dios, teniéndole en todo presente; con esta vista evitarás pecados, aprenderás á amar, y todo te sucederá prósperamente.

206. Entra en lo interior de tu seno, y trabaja en presencia del Esposo de tu alma, Dios, que siempre está presente haciéndote bien.

207. Siempre procure traer á Dios presente y conservar en sí la pureza que Dios le enseña.

208. Con la oracion se ahuyenta la sequedad, se aumenta la devocion y pone el alma las virtudes en ejercicio interior.

209. No mirar defectos ajenos, guardar silencio y continuo trato con Dios, desarraigan grandes imperfecciones del alma, y la hacen señora de grandes virtudes.

210. Cuando la oracion se hace en inteligencia pura y sencilla de Dios, es muy breve para el alma, aunque dure mucho tiempo; y esta es la oracion breve de quien se dice que penetra los cielos.

211. Las potencias y los sentidos no se han de emplear todos en las cosas, sino en lo que no se puede excusar; y lo demás dejarlo desocupado para Dios.

212. Traiga advertencia amorosa en Dios, sin apetito de querer sentir ni entender cosa particular de él.

213. Procura llegar á estado que todas las cosas sean para tí de ninguna importancia, ni tú á ellas; para que, olvidado de todas, estés con tu Dios en el secreto de tu retiro.

214. El que de sus apetitos no se deja llevar, volará ligero como el ave que no le falta pluma.

215. No apacientes el espíritu en otra cosa que en Dios; desecha las advertencias de las cosas, trae paz y recogimiento en el corazon.

216. Si quieres venir al santo recogimiento, no has de venir admitiendo, sino negando.

217. Buscad leyendo, y hallaréis meditando; llamad orando y abriros han contemplando.

218. La verdadera devocion y espíritu consiste en perseverar en la oracion con paciencia y humildad; desconfiando de sí, solo por agradar á Dios.

219. Aquellos llaman de veras á Dios, que le piden las cosas que son de mas altas veras, como son las de la salvacion.

220. Para alcanzar las peticiones que tenemos en nuestro corazon, no hay mejor medio que poner la fuerza de nuestra oracion en aquella cosa que es mas á gusto de Dios; porque entonces, no solo nos dará la salvacion que pedimos, sino lo demás que ve que nos conviene, aunque no se lo pidamos ni nos pase por el pensamiento el pedirlo.

221. Ha de entender cualquiera alma que, aunque Dios no acuda luego á su necesidad y ruego, que no por eso dejará de acudir en el tiempo oportuno si ella no desmayare y cesare.



222. Cuando la voluntad luego que siente gusto en lo que percibe por los sentidos se levanta á gozar en Dios y le sirve de motivo para tener oracion, no ha de evitar esos motivos; antes puede y debe aprovecharse de ellos para tan santo ejercicio, porque entonces sirven las cosas sensibles para el fin que Dios las crió, que es para ser mas amado y conocido por ellas.

223. El que tiene el sentido purgado y sujeto al espíritu de todas las cosas sensibles, desde el primer movimiento saca deleites de la sabrosa advertencia y contemplacion de Dios.

224. Siendo verdad en buena filosofía que cada cosa, segun el ser que tiene, es la vida que vive, el que tiene ser espiritual, mortificada la vida animal, claro es que sin contradiccion ha de ir con todo á Dios.

225. La persona devota, en lo invisible pone su voluntad principalmente, y pocas imágenes ha menester y de pocas usa, y de aquellas que mas se conforman con lo divino que con lo humano, conformando á ellas; y así, con el traje y condicion del otro siglo, y no con este.

326. Lo que principalmente se ha de mirar en las imágenes es la devocion y fe; porque, si esto falta, no bastará la imágen; que harto viva imágen era nuestro Salvador en el mundo, y con todo eso, los que no tenian fe, aunque mas andaban con él y veian sus obras maravillosas, no se aprovechaban.

227. Apártate á una sola cosa, que lo trae todo consigo, que es la soledad acompañada con oracion y divina leccion; y allí persevera en olvido de todas las cosas, que si de obligacion no te incumben, mas agradarás á Dios en saberte guardar y perficionar á tí mismo que en granjearlas todas juntas. Porque, ¿qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si deja perder su alma?

228. El espíritu bien puro no se mezcla con extrañas advertencias ni humanos respetos, sino solo en soledad de todas las formas criadas, interiormente con sosiego sabroso se comunica con Dios, porque su conocimiento es en silencio divino.

229. Para tener oracion aquel lugar se ha de escoger donde menos se embaraza el sentido y espíritu de ir á Dios.

230. El lugar para la oracion no ha de ser ameno y deleitable al sentido (como suelen procurar algunos) porque en vez de recoger el espíritu, no pare en recreacion del sentido.

231. El que hace la romería, sea cuando no va otra gente, aunque sea tiempo extraordinario. Cuando va mucha turba, nunca yo lo aconsejara; porque ordinariamente vuelven mas distraidos que fueron. Y muchos son los que hacen estas romerías mas por recreacion que por devocion.

232. El que interrumpe los ejercicios y curso de la oracion es como el que, teniendo el pájaro en la mano, lo echa á volar, que con dificultad le coge.

233. Siendo Dios, como es, inaccesible, no descanse tu consideracion en aquella manera de objetos que pueden las potencias comprehender y percibir el sentido; no sea que, satisfecho con lo que es menos, pierda tu ánima aquella agilidad que para caminar á Dios se requiere.

234. Sea enemigo de admitir en su alma cosa que no tenga en sí sustancia espiritual; porque harán perder el gusto de la devocion y recogimiento.

235. El que se quiere arrimar mucho al sentido corporal no será muy espiritual; y así, se engañan los que piensan que á pura fuerza del sentido bajo pueden llegar á la fuerza del espíritu.

336. Por la pretension del gozo sensible en la oracion pierden los imperfectos la verdadera devocion.

237. La mosca que á la miel se arrima impide su vuelo; y el alma que se quiere estar asida al sabor del espíritu, impide su libertad y contemplacion.

238. El que no se acomoda á orar en todos los lugares, sino en los que son á su gusto, muchas veces faltará á la oracion; pues, como dicen, no está hecho sino al libro de su aldea.

239. El que no sintiere libertad de espíritu en las cosas y gustos sensibles, de suerte que le sirvan de motivo para la oracion, sino que la voluntad se detiene y ceba en ellos, daño le hacen para ir á Dios, y se debe apartar de usarlos.

240. Muy insipiente seria el que, faltándole la suavidad y deleite espiritual, pensase que por eso le faltaba Dios; y cuando la tuviese se deleitase, pensando que por eso tenia á Dios.

241. Muchas veces muchos espirituales emplean los sentidos en los bienes sensibles, con pretexto de darse á la oracion y levantar su corazon á Dios; y es de manera, que mas se puede llamar recreacion que oracion, y darse gusto á sí mismo mas que á Dios.

242. La meditacion se ordena á la contemplacion, como á su fin. Y así como conseguido el fin cesan los medios, y llegado al término del camino se descansa; así en llegando al estado de contemplacion ha de cesar la meditacion.

243. Así como conviene para ir á Dios dejar á su tiempo la obra del discurso y meditacion, porque no impida, así tambien es necesario no dejarla antes de tiempo para no volver atrás.

244. Tres cosas muestra la contemplacion y recoleccion interior del alma. La primera, si no halla gusto en cosas transitorias. La segunda, si le tiene en la soledad y silencio, procurando aquello que es mas perfeccion. La tercera, si la meditacion ó discurso de que antes le ayudaba, ahora le es estorbo. Las cuales señales todas deben concurrir juntas.

245. A los principios de este estado de contemplacion casi no se echa de ver esta noticia amorosa. Lo uno, porque suele ser muy sútil, delicada y casi insensible; lo otro, por haber estado el alma habituada al otro ejercicio de meditacion, que es mas sensible.

246. Cuanto mas se fuere habilitando el alma á dejarse sosegar, crecerá mas la noticia amorosa de la contemplacion, la sentirá mas, y gustará de ella mas

que de todas las cosas, porque le causa paz, descanso, sabor y deleite sin trabajo.

247. Los que han pasado al estado de contemplacion no por eso entiendan que nunca han de usar de la meditacion ni procurarla; porque á los principios que van aprovechando, no está tan perfecto el hábito, que luego que ellos quieren se pueden poner en acto, ni están tan remotos de la meditacion, que no puedan ejercitarla algunas veces como solian.

248. Fuera del tiempo de la contemplacion, en todos los ejercicios, actos y obras se ha de valer el alma de las memorias y meditaciones buenas, de la manera que sintiere mas devocion y provecho; particularísimamente de la vida, pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, para conformar sus acciones, ejercicios y vida con la suya.

249. Las condiciones del pájaro solitario son cinco. La primera, que se va á lo mas alto; la segunda, que no sufre compañía, aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene color determinado; la quinta, que canta suavemente; las cuales ha de tener el alma contemplativa. Que se ha de subir sobre las cosas transitorias, no haciendo mas caso de ellas que si no fuesen; y ha de ser tan amiga de la soledad y silencio, que no sufra compañía ninguna de otra criatura; ha de poner el pico al aire del Espíritu Santo, correspondiendo á sus inspiraciones y deseos, para que, haciéndolo así, se haga mas digna de su compañía; no ha de tener determinado color, no teniendo determinacion en ninguna cosa, sino en lo que es mas voluntad de Dios; ha de cantar suavemente en la contemplacion y amor de Dios.

250. Aunque alguna vez en lo subido de la contemplacion y vista sencilla de la divinidad no se acuerde el alma de la santísima humanidad de Cristo, porque Dios de su mano levantó al espíritu á este muy sobrenatural conocimiento; pero hacer estudio de olvidarle, en ninguna manera conviene, pues por su vista y meditacion amorosa se subirá mas fácilmente á lo muy levantado de la union, porque Cristo, Señor nuestro, es verdad, puerta, camino y guia para los bienes todos.

§. VII.

251. El camino de la vida poca negociacion y solicitud requiere, y mas pide negacion de la propia voluntad que mucho saber. El que se inclinare al gusto y suavidad de las cosas, menos podrá caminar por él.

252. Quien no anda en gustos propios ni de Dios ni de las criaturas, ni hace su voluntad propia en cosa alguna, no tiene en qué tropezar.

253. Aunque emprendas grandes cosas, si no aprendes á negar tu voluntad y á sujetarte, olvidando el cuidado de tí y de tus cosas, no te adelantarás en el camino de la perfeccion.

254. Déjate enseñar, déjate mandar, déjate sujetar, y serás perfecto.

255. Mas satisfecho está Dios de ver una alma que con sequedad y trabajo de su espíritu se sujeta y rinde, que no aquella que, faltando en esta obediencia, se ejercita en todas sus obras con grande suavidad de espíritu.

256. Mas quiere Dios en tí el menor grado de obediencia y sujecion que todos esos servicios que le pretendes hacer.

257. La sujecion y obediencia es penitencia de la razon y discrecion, y por eso es para Dios mas acepto y gustoso sacrificio que todos los demás de penitencia corporal.

258. La penitencia corporal sin obediencia es imperfectísima, porque se mueven á ella los principiantes solo por el apetito y gusto que allí hallan; en lo cual, por hacer su voluntad, antes van creciendo en vicios que en virtudes.

259. Pues se te ha de seguir doblada amargura en cumplir tu voluntad, no la quieras cumplir, aunque te quedes en amargura.

260. Fácilmente prevalece el demonio con los que á solas y por su voluntad se guian en las cosas de Dios.

§. VIII.

261. Mas vale estar cargado junto al fuerte que aliviado junto al flaco: cuando estás cargado de aflicciones, estás junto á Dios, que es tu fortaleza, el cual está con los atribulados. Cuando estás aliviado, estás junto á tí, que eres tu misma flaqueza, porque la virtud y fortaleza del alma en los trabajos crece y se confirma.

262. Mira que tu carne es flaca, y que ninguna cosa del mundo puede dar á tu espíritu fortaleza ni consuelo; que lo que nace del mundo, mundo es, y lo que nace de la carne, carne es; y el buen espíritu solo nace del espíritu de Dios, que se comunica no por mundo ni por carne.

263. Mira que la flor mas delicada mas presto se marchita y pierde su olor; por tanto, guárdate de caminar por espíritu de sabor, porque no serás constante; mas escoge para tí un espíritu robusto, no asido á nada, y hallarás dulzura y paz en abundancia; porque la sabrosa, dulce y durable fruta en la tierra fria y seca se coge.

264. Aunque el camino es llano y suave para los hombres de buena voluntad, el que camina, caminará poco y con trabajo si no tiene buenos piés y ánimo y porfía en eso mismo animosamente.

265. No comas en pastos vedados, que son los de esta vida presente; porque, bienaventurados son los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

266. Verdaderamente aquel tiene vencidas todas las cosas, que ni el gusto de ellas le mueve á gozo, ni el desabrimiento le causa tristeza.

267. Con la fortaleza trabaja el ánima, obra las virtudes y vence los vicios.

268. Ten fortaleza en el corazon contra todas las cosas que te movieren á todo lo que no es Dios, y sé amigo de las pasiones de Cristo.

269. Continuamente te goces en Dios, que es tu salud, y considera cuán bueno es padecer lo que viniere por aquel que verdaderamente es bueno.



270. Mas estima Dios en ti el inclinarte á la sequedad y al padecer por su amor, que todas las consolaciones y visiones espirituales y meditaciones que puedes tener.

271. Nunca por bueno ni malo dejes de quietar tu corazon con entrañas de amor, para padecer en todas las cosas que se ofrecieren.

272. No habemos de medir los trabajos á nosotros; mas nosotros á los trabajos.

273. Si supiesen las almas de cuánto provecho es el padecer y la mortificacion para venir á los altos bienes, en ninguna manera buscarian consuelo en cosa alguna.

274. Si un alma tiene mas paciencia para sufrir y mas tolerancia para carecer de gustos, es señal que tiene mas aprovechamiento en la virtud.

275. El camino de padecer es mas seguro y aun mas provechoso que el gozar y hacer. Lo uno, porque en el padecer se le añaden al alma fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas é imperfecciones. Lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes y purificando el alma y haciendo mas sabia y cauta.

276. El alma que no es tentada y ejercitada y probada con tentaciones y trabajos, no puede arribar su sentido á la sabiduría; porque, como dice el *Eclesiástico*, el que no es tentado ¿qué sabe?

277. El mas puro padecer, trae y acarrea el mas puro entender.

§. IX.

278. Recogiendo el alma su gozo de las cosas sensibles, se restaura acerca de la distraccion en que por el demasiado ejercicio de los sentidos ha caido, recogiéndose en Dios; y consérvanse y se aumentan el espíritu y virtudes que ha adquirido.

279. Así como el hombre que busca el gusto de las cosas sensuales y en ellas pone su gozo no merece ni se le debe otro nombre que de sensual, animal y temporal, así, cuando levanta el gozo de estas cosas sensibles merece todos estos atributos de espiritual, celestial y divino.

280. Si un gozo niegas en las cosas sensibles, ciento tanto te dará el Señor en esta vida, espiritual y temporalmente; como tambien por un gozo que de esas cosas sensibles tengas, te nacerá ciento tanto de pesar y sinsabor.

281. El que no vive ya segun el sentido, todas las operaciones de sus sentidos y potencias son enderezadas á divina contemplacion.

282. Aunque los bienes sensibles se merezcan algun gozo cuando de ellos el hombre se aprovecha para ir á Dios, es tan incierto esto, que, como vemos, comunmente mas se daña el hombre con ellos que se aprovecha.

283. Hasta que el hombre venga á tener tan habituado el sentido en la purgacion del gozo sensible, de suerte que le envien luego las cosas á Dios, tiene necesidad de negar su gozo acerca de ellas para sacar al alma de la vida sensitiva.

284. Una palabra habló el Padre, que fué su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oida del alma.

285. La mayor necesidad que tenemos para aprovechar, es de callar á este gran Dios con el apetito y con la lengua, cuyo lenguaje, que él mas oye, es el callado amor.

286. Hable poco, y en cosas que no es preguntado no se meta.

287. Nunca oiga flaquezas ajenas; y si alguno se quejare á él de otro, podrále decir con humildad no le diga nada.

288. No se queje de nadie, no pregunte cosa alguna; y si fuere necesario preguntar, sea con pocas palabras.

289. No contradiga. En ninguna manera hable palabras que no vayan limpias.

290. Lo que hablare sea de manera que nadie sea ofendido, y que sea en cosas que no le pueda pesar que lo sepan todos.

291. Traiga sosiego espiritual en advertencia amorosa de Dios, y cuando sea necesario hablar, sea con el mismo sosiego y paz.

292. Calle lo que Dios le diere. Y acuérdese de aquel dicho de la Escritura : Mi secreto para mí.

293. No se olvide que de cualquiera palabra dicha sin la direccion de la obediencia le ha de pedir Dios estrecha cuenta.

294. Tratar con las gentes mas de lo que puramente es necesario y la razon pide, á ninguno, por santo que fuese, le fué bien.

295. Es imposible ir aprovechando sino es haciendo y padeciendo, todo envuelto en silencio.

296. Para aprovechar en las virtudes lo que importa es callar y obrar; porque el hablar distrae y el callar y obrar recoge.

297. Luego que la persona sabe lo que le han dicho para su aprovechamiento, ya no es menester andar pidiendo que le digan mas ni hablar mas, sino obrarlo de veras con silencio y cuidado en humildad y caridad y desprecio de sí.

298. Esto he entendido : que el alma que presto advierte en hablar y tratar, poco advertida está en Dios; porque, cuando lo está, luego con fuerza le tiran de adentro á callar y huir de cualquiera conversacion.

299. Mas quiere Dios que el alma se goce con él que con criatura alguna, por mas aventajada que sea y por mas al caso que le haga.

§. X.

300. Lo primero que ha de tener el alma para ir al conocimiento de Dios es el conocimiento de sí propio.

301. Mayor agrado tiene Dios en una suerte de obras, por pequeñas que sean, hechas en secreto y retiro, sin deseo de que aparezcan á los hombres, que no millares de otras grandes emprendidas con la intencion de que las vean los hombres.

302. Destrúyese el secreto de la conciencia siempre que el hombre manifiesta á otros los bienes que en ella

tiene, recibiendo por premio de sus obras la gloria humana.

303. El espíritu sabio de Dios, que mora en las almas humildes, las inclina á guardar en secreto sus tesoros y echar fuera los males.

304. La perfeccion no consiste en las virtudes que cada uno en sí conoce, sino en aquellas que Dios aprueba. Y siendo esto tan retirado á los ojos del hombre, nada tiene por que presuma, y mucho de que siempre tema.

305. Para enamorarse Dios del alma no pone los ojos en su grandeza, mas en la grandeza de desprecio y humildad.

306. Aquello que mas procuras y con mayores ansias deseas, no lo hallarás si por tí lo buscas, ni por lo levantado de la contemplacion, sino en la humildad profunda y rendimiento del corazon.

307. Si te quieres gloriar de tí, aparta de tí lo que no es tuyo; mas lo que queda será nada, y de nada te debes gloriar.

308. No desprecies á otro por parecerte no hallas en él las virtudes que tú juzgabas tenia; que puede ser agradable á Dios por otras cosas que tú no alcanzas.

309. No te disculpes. Oye con rostro sereno la reprehension, pensando que te lo dice Dios.

310. Ten por misericordia de Dios que alguna vez te digan alguna palabra buena, pues no la mereces.

311. No pares mucho ni poco en quien es contra tí, y siempre procura agradar á Dios. Pídele que se haga su voluntad. Amale mucho, que se lo debes.

312. Ama el no ser conocido de tí ni de los otros. Nunca mires los bienes ni los males ajenos.

313. Nunca te olvides de la vida eterna. Y considera cuántos allí son grandes y gozan de mayor gloria, que en sus ojos fueron desestimados, humildes y pobres.

314. Para mortificar de veras el apetito de la honra, de que se originan otros muchos, lo primero, procurará obrar en su desprecio, y deseará que los otros lo hagan; lo segundo, procurará hablar en su desprecio, y procurará que los otros lo hagan; lo tercero, procurará pensar bajamente de sí en su desprecio, y deseará que los demás le hagan.

315. La humildad y sujecion al maestro espiritual, comunicándole todo cuanto le pasa en el trato de Dios, causa luz, sosiego, satisfaccion y seguridad.

316. La virtud no está en las aprehensiones y sentimientos de Dios, por subidos que sean, ni en nada de lo que á este talle se puede sentir; sino, por el contrario, en lo que no se siente en sí, que es mucha humildad y desprecio de sí y de todas sus cosas muy formado en el alma.

317. Todas las visiones, revelaciones y sentimientos del cielo, por mas que las estime el espiritual, no valen tanto como el menor acto de humildad, la cual tiene los efectos de la caridad, que no estima ni piensa bien de sus cosas, sino de las ajenas.

318. Las comunicaciones que verdaderamente son de Dios, esta propiedad tienen: que de una vez humillan y levantan al alma. Porque en este camino el bajar es subir, y el subir es bajar.

319. Cuando las mercedes y comunicaciones son de Dios dejan repugnancia en el alma á cosas de mayorías y de su propia excelencia, y en las cosas de humildad y bajeza le ponen mas facilidad y prontitud.

320. Aborrece Dios tanto ver las almas inclinadas á mayorías, que, aun cuando su Majestad se lo manda, no quiere que tengan prontitud y gana de mandar.

321. Cuando son las mercedes y comunicaciones del demonio, en las cosas de mas valor pone facilidad y prontitud, y en las bajas y humildes repugnancia.

322. El alma que se enamora de mayorías y de otros tales oficios, ó de las libertades de su apetito, delante de Dios es tenida y tratada, no como hijo libre, sino como persona baja, cautiva de sus pasiones.

323. Al alma que no es humilde la engaña el demonio fácilmente, haciéndola creer mil mentiras.

324. Muchos cristianos el dia de hoy tienen algunas virtudes y obran grandes cosas, y no los aprovechará nada para la vida eterna, porque no pretendieron en ellas la honra y gloria, que es solo de Dios, sino el gozo vano de su voluntad.

325. El gozarse vanamente de las obras buenas no puede ser sin estimarlas. Y de ahí nace la jactancia y lo demás que se dice del fariseo en el Evangelio.

326. Hay tanta miseria en los hijos de los hombres, que tengo para mí que las mas de las obras que hacen públicas, ó son viciosas ó no les valdrán nada, ó son imperfectas y mancas delante de Dios, por no ir ellos desasidos de intereses y respetos humanos.

327. ¡Oh almas criadas para tantas grandezas y para ellas llamadas! ¿qué haceis? ¿En qué os entreteneis? ¡Oh miserable ceguera de los hijos de Adan! Pues en tanta luz están ciegos y á tan grandes voces sordos; pues en tanto que buscan grandeza y gloria, se quedan miserables y bajos, y de tantos bienes indignos.

§. XI.

328. Si por alguna via se sufre gozarse en las riquezas, es cuando se expenden y emplean en servicio de Dios; pues de otra manera no se sacará de ellas provecho. Y lo mismo se ha de entender de los demás bienes temporales de títulos, estados, oficios, etc.

329. Ha el espiritual de mirar mucho que no se le comience el corazon y el gozo á asir á las cosas temporales, temiendo que de poco vendrá á mucho, creciendo de grado en grado; pues de pequeño principio en el fin es el daño grande. Como una centella basta para quemar un monte.

330. Nunca se fie por ser pequeño el asimiento si no le corta luego, pensando que adelante lo hará; porque si cuando es tan poco y al principio no tiene ánimo para acabarlo, cuando sea mucho y muy arraigado, ¿cómo piensa y presume que podrá?

331. El que lo poco evita no caerá en lo mucho; mas en lo poco hay gran daño, pues está ya entrada la cerca



y muralla del corazon. Y como dice el adagio: «El que comienza, la mitad tiene hecho.»

332. El gozo anubla el juicio como niebla; porque no puede haber gozo voluntario de criatura sin propriedad voluntaria, y la negacion y purgacion del tal gozo deja el juicio claro, como el aire los vapores cuando se deshacen.

333. Al desasido no le molestan cuidados ni en oracion ni fuera de ella; y así, sin perder tiempo, con facilidad hace mucha hacienda espiritual.

334. Aunque los bienes temporales de suyo necesariamente no hacen pecar; pero porque ordinariamente con flaqueza de aficion se ase el corazon del hombre á ello y falta á Dios, lo cual es pecado, por eso dice el Sabio que el rico no estará libre de pecado.

335. No ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entran en ella; sino la voluntad y apetito de ellas, que moran en ella.

336. Jesucristo nuestro Señor llamó á las riquezas en el Evangelio espinas, para dar á entender que el que las manoseare con la voluntad quedará herido con algun pecado.

337. Es vana cosa desear tener hijos, como hacen algunos, que hunden y alborotan el mundo con deseo de ellos; pues no saben si serán buenos y si servirán á Dios, y si el contento que de ellos esperan será dolor, trabajo y desconsuelo.

338. Al codicioso todo se le suele ir en dar vueltas y revueltas sobre el lazo á que está asido y apropiado su corazon, y con diligencia aun apenas se puede librar por poco tiempo de este lazo del pensamiento, á que está asido el corazon.

339. Considera que es en gran manera necesario el ser contrario á tí mismo y caminar por via penitente si pretendes alcanzar la perfeccion.

340. Si alguno te persuadiere doctrina de anchura, aunque la confirme con milagros no le creas, sino mas penitencia y mas desasimiento de todas las cosas.

341. Mandaba Dios en su ley que el altar donde se habian de ofrecer los sacrificios estuviese dentro vacío, para que entienda el alma cuán vacía la quiere Dios de todas las cosas para que sea digno altar donde esté su Majestad.

342. Solo un apetito consiente y quiere Dios que haya en el alma donde está, que es de guardar la ley de Dios perfectamente y llevar la cruz de Cristo sobre sí. Y así, no se dice en la Escritura divina que mandase Dios poner en el arca donde estaba el maná otra cosa sino el libro de la Ley y la vara de Moisen, que significa la cruz.

343. El alma que otra cosa no pretendiere sino guardar perfectamente la ley del Señor y llevar la cruz de Cristo, será arca verdadera, que tendrá en sí el verdadero maná, que es Dios.

344. Si quieres que en tu espíritu nazca la devocion y crezca el amor de Dios y apetito de las cosas divinas, limpia el alma de todo apetito y pretension, de manera que no te se dé nada por nada; porque, así como el enfermo, echado fuera el mal humor, luego siente el bien de la salud y le nace gana de comer, así tú convalecerás en Dios si en lo dicho te curas; y sin ello, aunque mas hagas, no aprovecharás.

345. Vive en este mundo como si no hubiera mas en él que Dios y tu alma, para que no pueda tu corazon ser detenido por cosa humana.

346. No quieras fatigarte en vano, ni pretendas entrar en los gozos y suavidades del espíritu sino es abrazando la negacion de aquello mismo que pretendes.

347. Si quieres venir al santo recogimiento, no has de venir admitiendo, sino negando.

348. Traiga interior desasimiento de todas las cosas, y no ponga el gusto en alguna temporalidad, y recogerá su alma á los bienes que no sabe.

349. Los bienes inmensos de Dios no caben sino en corazon vacío y solitario.

350. Cuanto estuviere de su parte no niegue cosa que tenga, aunque la haya menester.

351. No puede llegar á la perfeccion el que no procura satisfacerse á sí mismo, de manera que todo el órden de apetitos naturales y espirituales se satisfagan con el vacío de todo aquello que no fuere de Dios. Lo cual es forzosamente necesario para la continua paz y tranquilidad del espíritu.

352. Reine en tu alma siempre un estudio de inclinarse, no á lo fácil, sino á lo mas dificultoso; no á lo mas gustoso, sino á lo mas desabrido; no á lo mas alto y precioso, sino á lo mas bajo y despreciado; no á lo mas, sino á lo que es menos; no á lo que es querer algo, sino á no querer nada; no á andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor. Deseando entrar por el amor de Jesucristo en la desnudez, vacío y pobreza de cuanto hay en el mundo.

353. Si purificas tu alma de extrañas posesiones y apetitos, entenderás en espíritu las cosas; y si negares el apetito en ellas, gozarás de la verdad de ellas, entendiendo de ellas lo cierto.

354. Sin trabajo sujetarás las gentes y te servirán las cosas si te olvidares de ellas y de tí mismo.

355. No sentirás mas necesidades que á las que quisieres sujetar el corazon, porque el pobre de espíritu en las menguas está mas contento y alegre, y el que ha puesto su corazon en la nada, en todo halla anchura.

356. Los pobres de espíritu con gran largueza dan todo cuanto tienen, y su gusto es saber quedarse sin ello por Dios y por la caridad del prójimo, regulándolo todo con las leyes de esta virtud.

357. La pobreza de espíritu solo mira á la sustancia de la devocion, y aprovechándose solo de aquello que basta para ella, se cansa de la multiplicidad y curiosidad de instrumentos visibles.

358. El ánimo abstraido de lo exterior, desnudo de la propiedad y posesion de cosas divinas, ni las cosas prósperas le detienen, ni le sujetan las adversas.

359. El pobre que está desnudo, le vestirán, y el alma que se desnuda de los apetitos y quereres y no

quereres, la vestirá Dios de su pureza, gusto y voluntad.

360. El amor de Dios en el alma pura y sencilla y desnuda de todo apetito, casi frecuentemente está en acto.

361. Niega tus deseos, y hallarás lo que desea tu corazon. ¿Qué sabes tú si tu apetito es segun Dios?

362. Si deseas hallar la paz y consuelo de tu alma, y servir á Dios de veras, no te contentes con eso que has dejado; porque por ventura te estás en lo que de nuevo andas tan impedido, ó mas que antes; mas deja todas esotras cosas que te quedan.

363. Si del ejercicio de negacion hay falta, que es el total y la raíz de las virtudes, todas esotras maneras es andar por las ramas y no aprovechar, aunque tengan muy altas consideraciones y comunicaciones.

364. No solo los bienes temporales y gustos y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios; mas tambien los consuelos y deleites espirituales, si se tienen ó buscan con propiedad, estorban el camino de las virtudes.

365. Es nuestra vana codicia de tal suerte y condicion, que en todas las cosas quiere hacer asiento. Y es como la carcoma, que roe lo sano y en las cosas buenas y malas hace su oficio.

§. XII.

Oracion del alma enamorada.

Señor Dios, amado mio, si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que ando pidiendo, haz en ellos, Dios mio, tu voluntad, que es lo que yo mas quiero; y ejercita tu bondad y misericordia, y serás conocido en ellos. Y si es que esperas á mis obras para por este medio concederme mi ruego, dámelas tú y óbramelas, y las penas que tú quisieres aceptar, y hágase. Y si á las obras mias no esperas, ¿qué esperas, clementísimo Señor mio? ¿Por qué te tardas? Porque, si en fin ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi cornadillo, pues le quieres, y dame este bien, pues que tú tambien lo quieres. ¡Oh poderoso Señor, secádose ha mi espíritu porque se olvida de apacentarse en tí! No te conocia yo, Señor mio, porque todavía queria saber y gustar cosas.

¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos si no le levantas tú á tí en pureza de amor, Dios mio? Tú, Señor, vuelves con alegría y amor á levantar al que te ofende, y yo no vuelvo á levantar y honrar al que me enoja á mí. ¿Cómo se levantará á tí el hombre engendrado y criado en bajezas, si no lo levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste? ¡Oh poderoso Señor, si una centella del imperio de tu justicia tanto hace en el príncipe mortal que gobierna y mueve las gentes, ¿qué no hará tu omnipotente justicia sobre el justo y el pecador?

Señor Dios mio, no eres tú extraño á quien no se extraña contigo; ¿cómo dicen que te ausentas tú? Señor Dios mio, ¿quién te buscará con amor puro y sencillo, que te deje de hallar muy á su gusto y voluntad, pues que tú te muestras primero y sales al encuentro á los que te desean? No me quitarás, Dios mio, lo que una vez me diste en tu unigénito Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero; por eso me holgaré que no te tardarás si yo te espero. ¡Con qué dilaciones esperas, oh alma mia, pues desde luego puedes amar á Dios en tu corazon!

Mios son los cielos y mia es la tierra, mias son las gentes, los justos son mios, y mios los pecadores, los ángeles son mios, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mias, y el mismo Dios es mio y para mí; porque Cristo es mio y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas, alma mia? Tuyo es todo esto, y todo es para tí; no te pongas en menos, ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera, y gloríate en tu gloria, escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazon.

¡Oh dulcísimo amor de Dios, mal conocido! El que halló sus venas descansó. Múdese todo muy en hora buena, Señor Dios mio, porque hagamos asiento en tí. Yéndome yo, Dios mio, por do quiera contigo, por do quiera me irá como yo quiero para tí. Amado mio, todo para tí, y nada para mí; nada para tí, y todo para mí; todo lo suave y sabroso quiero para tí, y nada para mí; todo lo áspero y trabajoso quiero para mí, y nada para tí. ¡Oh Dios mio, cuán dulce será á mí la presencia tuya, que eres sumo bien! Allegarme he yo con silencio á tí y descubrirte he los piés, porque tengas por bien de ajuntarme contigo, tomando á mi alma por esposa; y no me holgaré hasta que me goce en tus brazos. Y ahora te ruego, Señor, que no me dejes en ningun tiempo porque soy despreciador de mi alma.

FIN DE LAS SENTENCIAS.

DEVOTAS POESIAS,

HECHAS Á DIFERENTES ASUNTOS

POR EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER Á DIOS.

Vivo sin vivir en mí,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios vivir no puedo;
Pues sin él y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo porque no muero.
Esta vida que yo vivo
Es privacion de vivir;
Y así, es continuo morir
Hasta que viva contigo;
Oye, mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero,
Que muero porque no muero.
Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
Pues de suerte persevero,
Que muero porque no muero.
El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece,
Que la muerte que padece,
Al fin la muerte le vale;
¿Que muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
Pues si mas vivo más muero?
Cuando me empiezo aliviar
De verte en el Sacramento,
Háceme mas sentimiento
El no te poder gozar;
Todo es para mas penar,
Y mi mal es tan entero,
Que muero porque no muero.
Y si mi gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
En ver que puedo perderte
Se me dobla mi dolor,
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será?
Cuando yo diga de vero:
Vivo ya porque no muero.

COPLAS SOBRE UN ÉXTASI DE ALTA CONTEMPLACION.

Entréme donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia transcendiendo.

Yo no supe dónde entraba,
Porque, cuando allí me vi,
Sin saber dónde me estaba,
Grandes cosas entendí,
No diré lo que sentí,
Que me quedé no sabiendo,
Toda ciencia transcendiendo.
De paz y de piedad
Era la ciencia perfecta,
En profunda soledad,
Entendida via recta;
Era cosa tan secreta,
Que me quedé balbuciendo,
Toda ciencia transcendiendo.
Estaba tan embebido,
Tan absorto y ajenado,
Que se quedó mi sentido
De todo sentir privado;
Y el espíritu dotado
De un entender no entendiendo,
Toda ciencia transcendiendo.
Cuanto mas alto se sube,

Tanto menos entendia
Qué es la tenebrosa nube
Que á la noche esclarecia;
Por eso quien la sabia
Queda siempre no sabiendo,
Toda ciencia transcendiendo.
El que allí llega de vero,
De sí mismo desfallece,
Cuanto sabia primero
Mucho bajo le parece;
Y su ciencia tanto crece,
Que se queda no sabiendo,
Toda ciencia transcendiendo.
Este saber no sabiendo
Es de tan alto poder,
Que los sabios arguyendo
Jamás le pueden vencer;
Que no llega su saber
A no entender entendiendo,
Toda ciencia transcendiendo.
Y es de tan alta excelencia
Aqueste sumo saber,
Que no hay facultad ni ciencia
Que le puedan emprender;
Quien se supiere vencer
Con un no saber sabiendo,
Irá siempre transcendiendo.
Y si lo quereis oir,
Consiste esta suma ciencia
En un subido sentir
De la divinal Esencia;
Es obra de su clemencia
Hacer quedar no entendiendo,
Toda ciencia transcendiendo.

OTRAS AL MISMO INTENTO.

Tras un amoroso lance,
Y no de esperanza falto,
Subí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.

Para que yo alcance diese
A aqueste lance divino,
Tanto volar me convino,
Que de vista me perdiese;
Y con todo, en este trance
En el vuelo quedé falto;
Mas el amor fué tan alto,
Que le dí á la caza alcance.
Cuando mas alto subia,
Deslumbróseme la vista,
Y la mas fuerte conquista
En obscuro se hacia;
Mas por ser de amor el lance
Dí un ciego y obscuro salto,
Y fuí tan alto, tan alto,
Qué le dí á la caza alcance.
Por una extraña manera
Mil vuelos pasé de un vuelo,
Porque esperanza del cielo
Tanto alcanza cuanto espera;
Esperé solo este lance,
Y en esperar no fuí falto,
Pues fuí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.
Cuando mas cerca llegaba
De este lance tan subido,
Tanto mas bajo y rendido
Y abatido me hallaba;
Dije: No habrá quien lo alcance;
Y abatíme tanto, tanto,
Que fuí tan alto, tan alto,
Que le dí á la caza alcance.

GLOSA Á LO DIVINO.

Sin arrimo y con arrimo,
Sin luz y ascuras viviendo,
Todo me voy consumiendo.

Mi alma está desasida
De toda cosa criada,
Y sobre sí levantada,
Y en una sabrosa vida,
Solo en su Dios arrimada.
Por eso ya se dirá
La cosa que mas estimo,
Que mi alma se ve ya
Sin arrimo y con arrimo.
Y aunque tinieblas padezco
En esta vida mortal,
No es tan crecido mi mal;
porque, si de luz carezco,
Tengo vida celestial;
Porque el amor de tal vida,
Cuando mas ciego va siendo,
Que tiene el alma rendida,
Sin luz y ascuras viviendo.
Hace tal obra el amor,
Despues que le conocí,
Que, si hay bien ó mal en mí,
Todo lo hace de un sabor,
Y al alma transforma en sí;
Y así, en su llama sabrosa,
La cual en mí estoy sintiendo,
Apriesa, sin quedar cosa,
Todo me voy consumiendo.

OTRA GLOSA A LO DIVINO.

Por toda la hermosura
Nunca yo me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se alcanza por ventura.

Sabor de bien que es finito,
Lo mas que puede llegar,
Es cansar el apetito
Y estragar el paladar;
Y así, por toda dulzura
Nunca yo me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.
El corazon generoso
Nunca cura de parar
Donde se puede pasar,
Sino en mas dificultoso;
Nada le causa hartura,
Y sube tanto su fe,
Que gusta de un no sé qué
Que se halla por ventura.
El que de amor adolece,

Del divino Ser tocado,
Tiene el gusto tan trocado,
Que á los gustos desfallece;
Como el que con calentura
Fastidia el manjar que ve,
Y apetece un no sé qué
Que se halla por ventura.
No os maravilleis de aquesto,
Que el gusto se quede tal,
Porque es la causa del mal
Ajena de todo el resto;
Y así, toda criatura
Enajenada se ve,
Y gusta de un no sé qué
Que se halla por ventura.
Que estando la voluntad
De divinidad tocada,
No puede quedar pagada
Sino con divinidad;
Mas, por ser tal su hermosura,
Que solo se ve por fe,
Gústale en un no sé qué
Que se halla por ventura.
Pues de tal enamorado,
Decidme si habeis dolor,
Pues que no tiene sabor
Entre todo lo criado;
Solo sin forma y figura,
Sin hallar arrimo y pié,
Gustando allá un no sé qué
Que se halla por ventura.
No penseis que el interior,
Que es de mucha mas valía,
Halla gozo y alegría
En lo que acá da sabor;
Mas sobre toda hermosura,
Y lo que es y será y fué,
Gusta de allá un no sé qué
Que se halla por ventura.
Mas emplea su cuidado
Quien se quiere aventajar,
En lo que está por ganar,
Que en lo que tiene ganado;
Y así, para mas altura
Yo siempre mi inclinaré
Sobre todo á un no sé qué
Que se halla por ventura.
Por lo que por el sentido
Puede acá comprehenderse,
Y todo lo que entenderse,
Aunque sea muy subido,
Ni por gracia y hermosura
Yo nunca me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.

CANTAR DEL ALMA QUE SE GOZA DE CONOCER Á DIOS POR FE.

Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
Aunque es de noche,
Aquella eterna fuente está escondida,
Que bien sé yo do tiene su manida,
Aunque es de noche.
Su orígen no lo sé, pues no le tiene,
Mas sé que todo orígen de ella viene,
Aunque es de noche.
Sé que no puede ser cosa tan bella,
Y que cielos y tierra beben de ella,
Aunque es de noche.
Bien sé que suelo en ella no se halla,
Y que ninguno puede vadealla,
Aunque es de noche.
Su claridad nunca es oscurecida,
Y sé que toda luz de ella es venida,
Aunque es de noche.
Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
Que infiernos, cielos riegan, y á las gentes,
Aunque es de noche.
El corriente que nace de esta fuente,
Bien sé que es tan capaz y tan potente,
Aunque es de noche.
Aquesta eterna fuente está escondida
En este vivo pan por darnos vida,
Aunque es de noche.
Aquí se está llamando á las criaturas,
Porque desta agua se harten, aunque ascuras,
Aunque es de noche.
Aquesta viva fuente, que deseo,
En este pan de vida yo la veo,
Aunque es de noche.

CANCION DE CRISTO Y EL ALMA.

Un pastorcico solo está penado,
Ajeno de placer y de contento,
Y en su pastora firme el pensamiento,
Y el pecho del amor muy lastimado.
No llora por haberle amor llagado,
Que no se pena en verse así afligido,
Aunque en el corazon está herido;
Mas llora por pensar que está olvidado.
Que solo de pensar que está olvidado
De su bella pastora, con gran pena
Se deja maltratar en tierra ajena,
El pecho del amor muy lastimado.
Y dice el pastorcico: ¡Ay desdichado
De aquel que de mi amor ha hecho ausencia,
Y no quiere gozar de mi presencia,
Y el pecho por su amor muy lastimado!
Y á cabo de un gran rato se ha encumbrado
Sobre un árbol do abrió sus brazos bellos,
Y muerto se ha quedado, asido de ellos,
El pecho del amor muy lastimado.

ROMANCE PRIMERO.

SOBRE EL EVANGELIO *In principio erat Verbum* DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

En el principio moraba
El Verbo, y en Dios vivia,
En quien su felicidad
Infinita poseia.
El mismo Verbo Dios era,
Que el principio se decia;
Él moraba en el principio,
Y principio no tenia.
Él era el mismo principio;
Por eso de él carecia.
El Verbo se llama Hijo,
Que del principio nacia.
Hale siempre concebido,
Y siempre le concebia,

Dale siempre su sustancia,
Y siempre se la tenia.
Y así, la gloria del Hijo
Es la que en el Padre habia,
Y toda su gloria el Padre
En el Hijo poseia.
Como amado en el amante
Uno en otro residia,
Y aquese amor que los une,
En lo mismo convenia.
Con el uno y con el otro
En igualdad y valía,
Tres personas y un amado
Entre todos tres habia.
Y un amor en todas ellas
Un amante los hacia,
Y el amante es el amado
En que cada cual vivia;
Que el ser que los tres poseen,
Cada cual le poseia,
Y cada cual de ellos ama
A la que este ser tenia.
Este ser es cada una,
Y este solo las unia
En un inefable modo
Que decirse no sabia.
Por lo cual era infinito
El amor que los unia,
Porque un solo amor tres tiene,
Que su esencia se decia;
Que el amor, cuanto mas une,
Tanto mas amor hacia.

—

ROMANCE II.

DE LA COMUNICACION DE LAS TRES PERSONAS.

En aquel amor inmenso
Que de los dos procedia,
Palabras de gran regalo
El Padre á el Hijo decia,
De tan profundo deleite,
Que nadie las entendia;
Solo el Hijo lo gozaba,
Que es á quien pertenecia.
Pero aquello que se entiende,
De esta manera decia:
Nada me contenta, Hijo,
Fuera de tu compañía.
Y si algo me contenta,
En tí mismo lo queria;
El que á tí mas se parece,
A mí mas satisfacía.
Y el que nada te semeja,
En mí nada hallaria;
En tí solo me he agradado,
¡Oh vida de vida mia!
Eres lumbre de mi lumbre,
Eres mi sabiduría,
Figura de mi sustancia,
En quien bien me complacía.
Al que á tí te amare, Hijo,
A mí mismo le daria,
Y el amor que yo te tengo,
Ese mismo en él pondria,
En razon de haber amado
A quien yo tanto queria.

—

ROMANCE III.

DE LA CREACION.

Una esposa que te ame,
Mi Hijo, darte queria,
Que por tu valor merezca
Tener nuestra compañía.
Y comer pan á una mesa,
Del mismo que yo comia,
Porque conozca los bienes
Que en tal Hijo yo tenia,
Y se congracie conmigo
De tu gracia y lozanía.—
Mucho lo agradezco, Padre,
El Hijo le respondia;
A la esposa que me dieres,
Yo mi claridad daria,
Para que por ella vea
Cuánto mi Padre valia,
Y como el ser que poseo,
De su ser lo recibia.
Reclinarla he yo en mi brazo,
Y en tu amor se abrasaria,
Y con eterno deleite
Tu bondad sublimaria.

—

ROMANCE IV.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

Hágase pues, dijo el Padre,
Que tu amor lo merecia.
Y en este dicho que dijo,
El mundo criado habia.
Palacio para la esposa,
Hecho en gran sabiduría;
El cual, en dos aposentos,
Alto y bajo, dividia.
El bajo de diferencias
Infinitas componia;
Mas el alto hermoseaba
De admirable pedrería.
Porque conozca la esposa
El Esposo que tenia,
En el alto colocaba
La angélica jerarquía;
Pero la natura humana
En el bajo la ponia,
Por ser en su ser compuesta
Algo de menor valía.
Y aunque el ser y los lugares
De esta suerte los ponia,
Pero todos son un cuerpo
De la esposa, que decia
Que el amor de un mismo Esposo
Una esposa los hacia,
Los de arriba poseyendo
A el Esposo en alegría;
Los de abajo en esperanza
De fe que les infundia,
Diciéndoles que algun tiempo
Él los engrandeceria.
Y que aquella su bajeza
Él se la levantaria,
De manera que ninguno
Ya la vituperaria.
Porque en todo semejante
Él á ellos se haria,

Y se vendria con ellos,
Y con ellos moraria.
  Y que Dios seria hombre,
Y que el hombre Dios seria,
Y trataria con ellos,
Comeria y beberia.
  Y que con ellos continuo
Él mismo se quedaria,
Hasta que se consumase
Este siglo que corria.
  Cuando se gozaran junto
En eterna melodía,
Porque él era la cabeza
De la esposa que tenia.
  A la cual todos los miembros
De los justos juntaria,
Que son cuerpo de la esposa,
A la cual él tomaria
  En sus brazos tiernamente,
Y allí su amor le daria,
Y que así juntos en uno
A el Padre la llevaria,
  Donde del mismo deleite
Que Dios goza, gozaria;
Que, como el Padre y el Hijo,
Y el que de ellos procedia,
  El uno vive en el otro,
Así la esposa seria,
Que, dentro de Dios absorta,
Vida de Dios viviria.

—

ROMANCE V.

DE LOS DESEOS DE LOS SANTOS PADRES.

  Con esta buena esperanza
Que de arriba les venia,
El tedio de sus trabajos
Mas leve se les hacia;
  Pero la esperanza larga
Y el deseo que crecia
De gozarle con su Esposo,
Continuo les affigia.
  Por lo cual con oraciones,
Con suspiros y agonía,
Con lágrimas y gemidos
Le rogaban noche y dia
  Que ya se determinase
A les dar su compañía.
Unos dicen: ¡Oh si fuese
En mi tiempo la alegría!
  Otros: Acaba, Señor;
A el que has de enviar envia.
Otros: Oh si ya rompiese
Esos cielos, y veria
  Con mis ojos que bajases,
Y mi llanto cesaria;
Regad, nubes, de lo alto,
Que la tierra lo pedia,
  Y ábrase la tierra ya,
Que espinas nos producia,
Y produzca aquella flor
Con que ella floreceria.
  Otros dicen: ¡Oh dichoso
El que en tal tiempo seria,
Que merezca ver á Dios
Con los ojos que tenia,
  Y tratarle con sus manos,
Y andar en su compañía,
Y gozar de los misterios
Que entonçes ordenaria!

—

ROMANCE VI.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

  En aquestos y otros ruegos
Gran tiempo pasado habia;
Pero en los postreros años
El fervor mucho crecia.
  Cuando el viejo Simeon
En deseo se encendia,
Rogando á Dios que quisiese
Dejalle ver este dia.
  Y así, el Espíritu Santo
A el buen viejo respondia
Que le daba su palabra
Que la muerte no veria
  Hasta que la vida viese,
Que de arriba descendia,
Y que él en sus mismas manos
A el mismo Dios tomaria,
  Y lo tendria en sus brazos,
Y consigo abrazaria.

—

ROMANCE VII.

DE LA ENCARNACION.

  Ya que el tiempo era llegado
En que hacerse convenia
El rescate de la esposa
Que en duro yugo servia
  Debajo de aquella ley
Que Moisés dado le hábia,
El Padre con amor tierno
De esta manera decia:
  Ya ves, Hijo, que á tu esposa
A tu imágen hecho habia,
Y en lo que á tí se parece
Contigo bien convenia.
  Pero difiere en la carne,
Que en tu simple ser no habia;
En los amores perfectos
Esta ley se requeria,
  Que se haga semejante
El amante á quien queria,
Que la mayor semejanza
Mas deleite contenia.
  El cual sin duda en tu esposa
Grandemente creceria
Si te viere semejante
En la carne que tenia. —
  Mi voluntad es la tuya,
El Hijo le respondia,
Y la gloria que yo tengo,
Es tu voluntad ser mia.
  Y á mí me conviene, Padre,
Lo que tu Alteza decia,
Porque por esta manera
Tu bondad mas se veria.
  Veráse tu gran potencia,
Justicia y sabiduría,
Irélo á decir al mundo,
Y noticia le daria
De tu belleza y dulzura

Y de tu soberanía.
Iré á buscar á mi esposa,
Y sobre mí tomaria
Sus fatigas y trabajos,
En que tanto padecia.
Y porque ella vida tenga,
Yo por ella moriria,
Y sacándola del lago,
A tí te la volveria.

—

ROMANCE VIII.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA.

Entonces llamó un arcángel,
Que san Gabriel se decia,
Y envióle á una doncella
Que se llamaba María,
De cuyo consentimiento
El misterio se hacia;
En la cual la Trinidad
De carne á el Verbo vestia.
Y aunque tres hacen la obra,
En el uno se hacia,
Y quedó el Verbo encarnado
En el vientre de María.
Y el que tiene solo Padre,
Ya tambien Madre tenia,
Aunque no como cualquiera,
Que de varon concebia;
Que de las entrañas de ella
Él su carne recibia,
Por lo cual Hijo de Dios
Y del hombre se decia.

—

ROMANCE IX.

DEL NACIMIENTO.

Ya que era llegado el tiempo
En que de nacer habia,
Así como desposado
De su tálamo salia,
Abrazado con su esposa,
Que en sus brazos la traia,
Al cual la graciosa Madre
En un pesebre ponia,
Entre unos animales
Que á la sazon allí habia:
Los hombres decian cantares,
Los ángeles melodía,
Festejando el desposorio
Que entre tales dos habia;
Pero Dios en el pesebre
Allí lloraba y gemia.
Que eran joyas que la esposa
Al desposorio traia;
Y la Madre estaba en pasmo
De que tal trueque veia;
El llanto del hombre en Dios,
Y en el hombre el alegría;
Lo cual del uno y del otro
Tan ajeno ser solia.

—

ROMANCE X.

SOBRE EL SALMO *Super flumina Babilonis.*

Encima de las corrientes
Que en Babilonia hallaba,
Allí me senté llorando,
Allí la tierra regaba,
Acordándome de tí,
Oh Sion, á quien amaba.
Era dulce tu memoria,
Y con ella mas lloraba.
Dejé los trajes de fiesta,
Los de trabajo tomaba,
Y colgué en los verdes sauces
La música que llevaba,
Poniéndola en esperanza
De aquello que en tí esperaba;
Allí me hirió el amor,
Y el corazon me sacaba.
Díjele que me matase,
Pues de tal suerte llagaba;
Yo me metia en su fuego,
Sabiendo que me abrasaba,
Disculpando al avecica
Que en el fuego se acababa;
Estábame en mí muriendo,
Y en tí solo respiraba.
En mí por tí me moria,
Y por tí resucitaba,
Que la memoria de tí
Daba vida y la quitaba.
Gozábanse los extraños
Entre quien cautivo estaba;
Preguntábanme cantares
De lo que en Sion cantaba.
Canta de Sion un himno,
Veamos cómo sonaba;
Decid: ¿cómo en tierra ajena,
Donde por Sion lloraba,
Cantaré yo la alegría
Que en Sion se me quedaba?
Echaríala en olvido
Si en la ajena me gozaba.
Con mi paladar se junte
La lengua con que hablaba,
Si de tí yo me olvidare,
En la tierra do moraba.
Sion, por los verdes ramos
Que Babilonia me daba,
De mí se olvide mi diestra,
Que es lo que en tí mas amaba,
Si de tí no me acordare,
En lo que mas me gozaba,
Y si yo tuviere fiesta,
Y sin tí la festejare.
¡Oh hija de Babilonia,
Mísera y desventurada!
Bienaventurado era
Aquel en quien confiaba,
Que te ha de dar el castigo
Que de tu mano llevaba.
Y juntará sus pequeños,
Y á mí, porque en tí lloraba,
A la piedra que era Cristo,
Por el cual yo te dejaba.

FIN DE LAS POESIAS DEVOTAS.

CARTAS ESPIRITUALES,

ESCRITAS Á DIFERENTES PERSONAS

POR EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

CARTA PRIMERA.

A la madre Catalina de Jesus, carmelita descalza, compañera de santa Teresa de Jesus.

Jesus sea en su alma, mi hija Catalina. Aunque no sé dónde está, la quiero escribir estos renglones, confiando se los enviará nuestra madre, si no anda con ella; y si es así que no anda, consuélese conmigo, que mas desterrado estoy yo y solo por acá. Que después que me tragó aquella ballena [1] y vomitó en este extraño puerto, nunca mas merecí verla, ni á los santos de por allá. Dios lo hizo bien, pues en fin es lima el desamparo, y para gran luz el padecer tinieblas. Plega á Dios no andemos en ellas. ¡Oh, qué de cosas la quisiera decir! Mas escribo muy á escuras, no pensando la ha de recibir; por eso ceso sin acabar. Encomiéndeme á Dios. Y no la quiero decir de por acá mas, porque no tengo gana. De Baeza y julio 6 de 1581.—Su siervo en Cristo, *Fray Juan de la Cruz.*

CARTA II.

A las religiosas de Veas, de algunos avisos espirituales que las dió, tan llenos de celestial doctrina cuanto dignos de memoria eterna.

Jesus, María, sean en sus almas, hijas mias en Cristo. Mucho me consolé con su carta; págueselo nuestro Señor. El no haber escrito no ha sido falta de voluntad; porque de veras deseo su gran bien, sino parecerme que harto está ya dicho para obrar lo que importa; y que lo que falta (si algo falta) no es el escribir ó el hablar (que esto antes ordinariamente sobra), sino el callar y obrar. Porque, demás de esto, el hablar distrae, y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu; y así, luego que la persona sabe lo que le han dicho para su aprovechamiento, ya no ha menester oir ni hablar mas; sino obrarlo de veras con silencio y cuidado, en humildad y caridad y desprecio de sí; y no andar luego á buscar nuevas cosas, que no sirve sino de satisfacer el apetito en lo de fuera (y aun sin poderle satisfacer) y dejar el apetito flaco y vacío, sin virtud interior. Y de aquí es que ni lo primero ni lo postrero aprovecha, como el que come sobre lo indigesto, que porque el calor natural se reparte en lo uno y en lo otro, no tiene fuerza para todo convertirlo en sustancia, y engéndrase enfermedad. Mucho es menester, hijas mias, saber hurtar el cuerpo del espíritu al demonio y á nuestra sensualidad; porque si no, sin entender, nos hallarémos muy desaprovechados y muy ajenos de las virtudes de Cristo, y después amanecerémos con nuestro trabajo y obra hecha del revés; y pensando que llevamos la lámpara encendida, parecerá muerta; porque los soplos que á nuestro parecer dábamos para encenderla, quizá era mas para apagarla. Digo pues que para que esto no sea, y para guardar el espíritu (como he dicho), no hay mejor remedio que padecer y hacer y callar, y cerrar los sentidos con uso é inclinacion de soledad y olvido de toda criatura y de todos los acaecimientos, aunque se hunda el mundo. Nunca por bueno ni malo dejar de quietar su corazon con entrañas de amor, para padecer en todas las cosas que se ofrecieren. Porque la perfeccion es de tan alto momento, y el deleite del espíritu de tan rico precio, que aun todo esto quiera Dios que baste; porque es imposible ir aprovechando, sino es haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio. Esto he entendido, hijas, «que el alma que presto advierte en hablar y tratar, muy poco advertida está en Dios; porque, cuando lo está, luego con fuerza la tiran de dentro á callar y huir de cualquiera conversacion; porque mas quiere Dios que el alma se goce con él que con otra alguna criatura, por mas aventajada que sea y por mas al caso que le haga.» En las oraciones de vuestras caridades me encomiendo; y tengan por cierto que, con ser mi caridad tan poca, está tan recogida hácia allá, que no me olvido de á quien tanto debo en el Señor; el cual sea con todos nosotros, Amen. De Granada á 22 de noviembre de 1587.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA III.

A la madre Leonor Bautista, priora del convento de Veas, en la que el beato padre la consuela en un trabajo.

Jesus sea en su alma. No piense, hija en Cristo, que

[1] Habla de su prision.

me he dejado de doler en sus trabajos y de las que son participantes; pero, acordándome que, así como Dios la llamó para que hiciese vida apostólica, que es vida de desprecio, la lleva por el camino de ella, me consuelo. En fin, el religioso, de tal manera quiere Dios que sea religioso, que haya acabado con todo, y que todo se haya acabado para él; porque él mismo es el que quiere ser su riqueza, consuelo y gloria deleitable. Harta merced le ha hecho Dios á vuestra reverencia, porque ahora, bien olvidada de todas las cosas, podrá á su salvo gozar bien de Dios, no se le dando nada que hagan en ella lo que quisieren por amor de Dios, pues no es suya, sino de Dios. Hágame saber si es cierta su partida á Madrid, y si viene la madre priora; y encomiéndeme mucho á mis hijas Magdalena y Ana, y á todas, que no me dan lugar para escribirlas. De Granada á 8 de febrero de 1588.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA IV.

A la madre Ana de San Alberto, priora de las carmelitas descalzas de Caravaca, en que el beato padre con espíritu profético le descubre el estado de su alma y deshace sus escrúpulos.

Jesus sea en su alma. ¿Hasta cuándo, hija, ha de andar en brazos ajenos? Ya deseo verla con una gran desnudez de espíritu, y tan sin arrimo de criaturas, que todo el infierno no baste á turbarla. ¿Qué lágrimas tan impertinentes son esas que derrama estos dias? ¿Cuánto tiempo bueno piensa que ha perdido con esos escrúpulos? Si desea comunicar conmigo sus trabajos, váyase á aquel espejo sin mancilla del eterno Padre, que es su Hijo, que allí miro yo su alma cada dia; y sin duda saldrá consolada, y no tendrá necesidad de mendigar á puertas de gente pobre. De Granada.—Su siervo en Cristo, *Fray Juan de la Cruz.*

CARTA V.

Para la misma religiosa.

Jesus sea en su alma, carísima hija en Cristo. Pues ella no me dice nada, yo quiero decirla algo, y sea que no dé lugar en su alma á esos temores impertinentes que acobardan el espíritu. Deje á Dios lo que le ha dado y le da cada dia, que parece quiere ella medir á Dios á la medida de su capacidad; pues no ha de ser así. Aparéjese, que la quiere hacer una gran merced. De Granada.—Su siervo en Cristo, *Fray Juan de la Cruz.*

CARTA VI.

Para la misma religiosa, en que el beato padre le da cuenta de la fundacion del convento de religiosos de Córdoba, y de la translacion del de las religiosas de Sevilla.

Jesus sea en su alma. Al tiempo que me partia de Granada á la fundacion de Córdoba la dejé escrito depriesa. Y despues acá, estando en Córdoba, recibí las cartas suyas y de esos señores que iban á Madrid, que debieron pensar me cogerian en la junta; pues sepa que nunca se ha hecho, por esperar á que se acaben estas visitas y fundaciones; que se da el Señor estos dias tanta priesa, que no nos damos vado. Acabóse de hacer la de Córdoba de frailes con el mayor aplauso y solemnidad de toda la ciudad que se ha hecho allí con religion alguna; porque toda la clerecía de Córdoba y cofradías se juntaron, y se trajo el Santísimo Sacramento con gran solemnidad de la iglesia mayor, todas las calles muy bien colgadas y la gente como el dia de *Corpus Christi*. Esto fué el domingo después de la Ascension, y vino el señor Obispo, y predicó alabándonos mucho. Está la casa en la mejor parte de la ciudad, que es en la collacion de la iglesia mayor. Ya estoy en Sevilla en la translacion de nuestras monjas, que han comprado unas casas principalísimas, que, aunque costaron casi catorce mil ducados, valen mas de veinte mil. Ya están en ellas, y el dia de San Bernabé pone el señor Cardenal el Santísimo Sacramento con mucha solemnidad. Y entiendo dejar aquí otro convento de frailes antes que me vaya, y habrá dos en Sevilla de frailes. Y de aquí á San Juan me parto á Ecija, donde, con el favor de Dios, fundarémos otro, y luego á Málaga, y desde allí á la junta. Ojalá tuviera yo comision para esa fundacion, como la tengo para estas, que no esperara yo muchas andulencias; mas espero en Dios que se hará, y en la junta haré cuanto pudiere; así lo diga á esos señores (á los cuales escribo). El librito de las *Canciones de la Esposa* querria que me enviase, que ya á buena razon lo tendrá sacado Madre de Dios[1]. Mire que me dé un gran recaudo al señor Gonzalo Muñoz, que por no cansar á su merced no le escribo, y porque vuestra reverencia le dirá lo que ahí digo. De Sevilla y junio año de 1586.—Carísima hija en Cristo.—Su siervo, *Fray Juan de la Cruz.*

CARTA VII.

Al padre fray Ambrosio Mariano de San Benito, prior de Madrid: contiene doctrina saludable para la crianza de los novicios.

Jesus sea en vuestra reverencia. La necesidad que hay de religiosos, como vuestra reverencia sabe, segun la multitud de fundaciones que hay, es muy grande; por eso es menester que vuestra reverencia tenga paciencia en que vaya de ahí el padre fray Miguel á esperar en Pastrana al padre Provincial, porque tiene luego de acabar de fundar aquel convento de Molina. Tambien les pareció á los padres convenir dar luego á vuestra reverencia subprior; y así, le dieron al padre fray Angel, por entender se conformará bien con su prior, que es lo que mas conviene en un convento. Y déles vuestra reverencia á cada uno sus patentes. Y convendrá que no pierda vuestra reverencia cuidado en que ningun sacerdote se le entremeta en tratar con los novicios; pues, como sabe vuestra reverencia, no hay cosa mas perniciosa que pasar por muchas manos y que otros anden traqueando á los novicios; y pues tiene tantos, es razon ayudar y aliviar al padre fray Angel, y aun darle autoridad, como ahora se le ha dado, de subprior, para que en casa le tengan mas respeto.

[1] Sobrenombre de una religiosa.



El padre fray Miguel parece no era menester mucho ahí ahora, y que podrá mas servir á la religion en otra parte. Acerca del padre Gracian no se ofrece cosa de nuevo, sino que el padre fray Antonio está ya aquí. De Segovia y noviembre 9 de 1588.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA VIII.

A una doncella de Madrid que deseaba ser religiosa descalza, y después lo fué en el convento fundado en un lugar de Castilla la Nueva, llamado Arenas, que con el tiempo se trasladó á Guadalajara.

Jesus sea en su alma. El mensajero me ha topado en tiempo que no podia responder cuando él pasaba de camino, y aun ahora está esperando. Déle Dios, hija mia, siempre su santa gracia, para que toda en todo se emplee en su santo amor, como tiene la obligacion, pues solo para esto la crió y redimió. Los tres puntos que me pregunta, habia mucho que decir en ellos, mas que la presente brevedad y carta pide; pero diréle otros tres, con que podrá algo aprovecharse con ellos. Acerca de los pecados, que Dios tanto aborrece, que le obligaron á muerte, le conviene para bien llevarlos y no caer en ellos, tener el menor trato que pudiere con gentes, huyendo de ellos, y nunca hablar mas de lo necesario en cada cosa; porque de tratar con las gentes mas de lo que puramente es necesario y la razon pide, nunca á ninguno, por santo que fuese, le fué bien; y con esto, guardar la ley de Dios con grande puntualidad y amor. Acerca de la pasion del Señor, procure el rigor de su cuerpo con discrecion, el aborrecimiento de sí misma y mortificacion, y no querer hacer su voluntad y gusto en nada, pues ella fué la causa de su muerte y pasion; y lo que hiciere todo sea por consejo de su Maestro. Lo tercero, que es la gloria, para bien pensar en ella y amarla, tenga toda la riqueza del mundo y los deleites de ella por lodo, vanidad y cansancio, como de verdad lo es, y no estime en nada cosa alguna, por grande y preciosa que sea, sino estar bien con Dios, pues que todo lo mejor de acá, comparado con aquellos bienes eternos, para que somos criados, es feo y amargo; y aunque breve su amargura y fealdad, dura para siempre en el alma del que lo estimare. De su negocio yo no me olvido; mas ahora no se puede mas, que harta voluntad tengo. Encomiéndelo mucho á Dios, y tome por abogada á nuestra Señora y á san Josef en ello. A su madre me encomiendo mucho, y que haya esta por suya, y entrambas me encomienden á Dios, y á sus amigas pidan lo hagan por caridad. Dios la dé su espíritu. De Segovia y febrero de 1589.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA IX.

A un religioso, hijo espiritual suyo, en que le enseña cómo ha de emplear toda su voluntad en Dios, apartándola del gozo y gustos de las criaturas.

La paz de Jesucristo sea, hijo, siempre en su alma. La carta de vuestra reverencia recibí, en que me dice los grandes deseos que le da nuestro Señor de ocupar su voluntad en solo él, amándole sobre todas las cosas; y pídeme que, en órden á conseguir aquesto, le dé algunos avisos. Huélgome de que Dios le haya dado tan santos deseos, y mucho mas me holgaré que los ponga en ejecucion; para lo cual le conviene advertir cómo todos los gustos, gozos y aficciones se causan siempre en el alma mediante la voluntad y querer de las cosas que se le ofrecen como buenas, convenientes y deleitables, por ser ellas á su parecer gustosas y preciosas; y segun esto, se mueven los apetitos de la voluntad á ellas, y las espera, y en ellas se goza cuando las tiene, y teme perderlas; y así, segun las aficiones y gozos de las cosas, está el alma alterada é inquieta. Pues para aniquilar y mortificar estas aficiones de gustos acerca de todo lo que no es Dios, debe vuestra reverencia notar que todo aquello de que se puede la voluntad gozar distintamente es lo que es suave y deleitable, por ser ello á su parecer gustoso, y ninguna cosa deleitable y suave en que ella puede gozar y deleitarse de Dios; porque, como Dios no puede caer debajo de las aprehensiones de las demás potencias, tampoco puede caer debajo de los apetitos y gustos de la voluntad; porque en esta vida, así como el alma no puede gustar á Dios esencialmente, así toda la suavidad y deleite que gustare, por subido que sea, no puede ser Dios; porque tambien todo lo que la voluntad puede gustar y apetecer distintamente es en cuanto lo conoce por tal ó tal objeto. Pues como la voluntad nunca haya gustado á Dios cómo es, ni conocídolo debajo de alguna aprehension de apetito, y por el consiguiente no sabe cuál sea Dios, no lo puede saber su gusto cuál sea, ni puede su ser y apetito y gusto llegar á saber apetecer á Dios, pues es sobre toda su capacidad; y así, está claro que ninguna cosa distinta de cuantas puede gustar la voluntad es Dios; y por eso, para unirse con él se ha de vaciar y despegar de cualquier afecto desordenado de apetito y gusto de todo lo que distintamente puede gozarse, así de arriba como de abajo, temporal ó espiritual, para que, purgada y limpia de cualesquiera gustos, gozos y apetitos desordenados, toda ella con sus afectos se emplee en amar á Dios; porque, si en alguna manera la voluntad puede comprehender á Dios y unirse con él, no es por algun medio aprehensivo del apetito, sino por el amor; y como el deleite y suavidad y cualquier gusto que puede caer en la voluntad no sea amor, síguese que ninguno de los sentimientos sabrosos puede ser medio proporcionado para que la voluntad se una con Dios, sino la operacion de la voluntad; y porque es muy distinta la operacion de la voluntad de su sentimiento, por la operacion se une con Dios y se termina en él, que es amor, y no por el sentimiento y aprehension de su apetito, que se asienta en el alma como fin y remate. Solo pueden servir los sentimientos de motivos para amar, si la voluntad quiere pasar adelante, y no mas; y así, los sentimientos sabrosos de suyo no encaminan al alma á Dios, antes la hacen asentar en sí mismos; pero la operacion de la voluntad, que es amar á Dios, solo en él

pone el alma su aficion, gozo, gusto, contento y amor, dejadas atrás todas las cosas y amándole sobre todas ellas; de donde, si alguno se mueve á amar á Dios por la suavidad que siente, ya deja atrás esta suavidad, y pone el amor en Dios, á quien no siente; porque si le pusiese en la suavidad y gusto que siente, reparando y deteniéndose en él, eso ya seria ponerle en criatura ó cosa de ella, y hacer del motivo fin y término, y por consiguiente, la obra de la voluntad seria viciosa; que, pues Dios es incomprehensible é inaccesible, la voluntad no ha de poner su operacion de amor, para ponerla en Dios, en lo que ella puede tocar y aprehender en el apetito, sino en lo que no puede comprehender ni llegar con él; y de esta manera queda la voluntad amando á lo cierto y de veras al gusto de la fe, tambien en vacío y á escuras de sus sentimientos sobre todos los que ella puede sentir con el entendimiento de sus inteligencias, creyendo y amando sobre todo lo que puede entender. Y así, muy insipiente seria el que, faltándole la suavidad y deleite espiritual, pensase que por eso le falta Dios, y cuando le tuviese, se gozase y deleitase, pensando que por eso tenia á Dios; y mas insipiente seria si anduviese á buscar esta suavidad en Dios, y se gozase y detuviese en ella; porque de esa manera ya no andaria á buscar á Dios con la voluntad fundada en vacío de fe y caridad, sino en el gusto y suavidad espiritual, que es criatura, siguiendo su gusto y apetito; y así, ya no amaria á Dios puramente sobre todas las cosas, lo cual es poner toda la fuerza de la voluntad en él; porque, asiéndose y arrimándose en aquella criatura con el apetito, no sube la voluntad sobre ella á Dios, que es inaccesible; porque es cosa imposible que la voluntad pueda llegar á la suavidad y deleite de la divina union, ni abrazar ni sentir los dulces y amorosos abrazos de Dios, sino es que sea en desnudez y vacío de apetito en todo gusto particular, así de arriba como de abajo; porque esto quiso decir David cuando dijo: *Dilata os tuum, et implebo illud.* Conviene pues saber que el apetito es la boca de la voluntad, la cual se dilata cuando con algun bocado de algun gusto no se embaraza ni se ocupa, porque cuando el apetito se pone en alguna cosa, en eso mismo se estrecha, pues fuera de Dios todo es estrechura; y así, para acertar el alma á ir á Dios y juntarse con él, ha de tener la boca de la voluntad abierta solamente al mismo Dios y desapropiada de todo bocado de apetito, para que Dios la hincha y llene de su amor y dulzura; y estarse con esa hambre y sed de solo Dios, sin quererse satisfacer de otra cosa, pues á Dios aquí no le puede gustar como es, y lo que se puede gustar, si hay apetito digo, tambien lo impide. Esto enseñó Isaías cuando dijo: Todos los que teneis sed, venid á las aguas, etc. Donde convida á los que de solo Dios tienen sed á la hartura de las aguas divinas de la union de Dios, y no tienen plata de apetito. Mucho pues le conviene á vuestra reverencia, si quiere gozar de grande paz en su alma y llegar á la perfeccion, entregar toda su voluntad á Dios, para que así se una con él, y no ocupársela en las cosas viles y bajas de la tierra. Su Majestad le haga tan espiritual y santo como yo deseo. De Segovia y 14 de abril de 1589. —*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA X.

A la madre Leonor de San Gabriel, religiosa carmelita descalza que estaba en Sevilla, y la mandó el beato padre, con la consulta, ir á la fundacion del convento de Córdoba.

Jesus sea en su alma. Mi hija en Cristo, agradézcola su letra, y á Dios el haberse querido aprovechar de ella en esa fundacion, pues lo ha su Majestad hecho para aprovecharla mas; porque cuanto mas quiere dar, tanto mas se hace desear, hasta dejarnos vacíos para llenarnos de bienes. Bien pagados irán los que ahora deja en Sevilla, del amor de las hermanas; que, por cuanto los bienes inmensos de Dios no caben ni caen sino en corazon vacío y solitario, por eso la quiere el Señor (porque la quiere bien) bien sola, con gana de hacerle él toda compañía. Y será menester que vuestra reverencia advierta en poner ánimo en contentarse solo con ella, para que en ella halle todo contento; porque, aunque el alma esté en el cielo, si no acomoda la voluntad á quererlo, no estará contenta; y así nos acaece con Dios, aunque siempre está Dios con nosotros, si tenemos el corazon aficionado en otra cosa, y no solo en él. Bien creo sentirán las de Sevilla allí soledad sin vuestra reverencia; mas por ventura habia ya vuestra reverencia aprovechado allí lo que pudo, y querrá Dios que aproveche ahí, porque esa fundacion ha de ser principal; y así, vuestra reverencia procure ayudar mucho á la madre priora con gran conformidad y amor en todas las cosas, aunque bien veo no tengo que encargarle esto, pues, como tan antigua y experimentada, sabe ya lo que se suele pasar en esas fundaciones; y por eso escogimos á vuestra reverencia, porque para monjas, hartas habia por acá, que no caben. A la hermana María de la Visitacion dé vuestra reverencia un gran recado, y á la hermana Juana de San Gabriel que le agradezco el suyo. Dé Dios á vuestra reverencia su espíritu. De Segovia y julio 8 de 1589.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA XI.

A la madre María de Jesus, priora del convento de carmelitas descalzas de Córdoba. Contiene muy buena doctrina para los religiosos que de nuevo fundan algun convento y son las primeras piedras de él.

Jesus sea en su alma. Obligadas están á responder al Señor conforme el aplauso con que ahí las han recibido, que cierto me he consolado de ver la relacion; y que hayan entrado en casas tan pobres y con tantos calores ha sido ordenacion de Dios, porque hagan alguna edificacion y dén á entender lo que profesan, que es á Cristo desnudamente, para que las que se movieren sepan con qué espíritu han de venir. Ahí le envio todas las licencias; miren mucho lo que reciben al principio, porque conforme á eso será lo demás; y miren que conserven el espíritu de pobreza y desprecio de todo; si no, sepan que caerán en mil necesidades espirituales y tem-

porales, queriéndose contentar con solo Dios; y sepan que no tendrán ni sentirán mas necesidades que á las que quisieren sujetar el corazon; porque el pobre de espíritu en las menguas está mas contento y alegre, porque ha puesto su todo en no nada y nada; y así, halla en todo anchura. Dichosa nada y dichoso escondrijo de corazon, que tiene tanto valor, que lo sujeta todo, no queriendo sujetar nada para sí, y perdiendo cuidados por poder arder mas en amor. A todas las hermanas de mi parte salud en el Señor; dígales que, pues nuestro Señor las ha tomado por primeras piedras, que miren cuáles deben ser, pues como en mas fuertes han de fundar las otras; que se aprovechen de este primer espíritu que da Dios en estos principios para tomar muy de nuevo el camino de perfeccion en toda humildad y desasimiento de dentro y de fuera, no con ánimo aniñado, mas con voluntad robusta, segun la mortificacion y penitencia; queriendo que les cueste algo este Cristo, y no siendo como las que buscan su acomodamiento y consuelo ó en Dios ó fuera de él, sino el padecer en Dios ó fuera de él por el silencio y esperanza y amorosa memoria. Diga á Gabriela esto y á las hijas de Málaga, que á las demás escribo. Déle Dios su gracia, amen. De Segovia y julio 28 de 1589.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA XII.

A la madre Magdalena del Espíritu Santo, religiosa del mismo convento de Córdoba.

Jesus sea en su alma, mi hija en Cristo. Holgado me he de ver sus buenas determinaciones, que muestra por su carta. Alabo á Dios, que provee en todas las cosas; porque bien las habra menester en estos principios de fundaciones, para calores, estrechuras, pobrezas, y trabajar en todo, de manera que no se advierta si duele ó no duele. Mire que en estos principios quiere Dios almas no haraganas ni delicadas, ni menos amigas de sí; y para esto ayuda su Majestad mas en estos principios; de manera que con un poco de diligencia pueden ir adelante en toda virtud; y ha sido grande dicha y signo de Dios dejar otras y traerla á ella. Y aunque mas le costara lo que deja, no es nada, que eso presto se habia de dejar, así como así; y para tener á Dios en todo, conviene no tener en todo nada, porque el corazon que es de uno, ¿cómo puede ser del todo de otro? A la hermana Juana, que digo lo mismo, y que me encomiende á Dios; el cual sea en su alma, amen. De Segovia y julio 28 de 1589.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA XIII.

Para una señora de Granada, llamada doña Juana de Pedraza, á quien el beato padre confesaba en aquella ciudad. Contiene doctrina muy provechosa.

Jesus sea en su alma. Y gracias á él, que me le ha dado para que (como ella dice) no me olvide de los pobres, y no coma á la sombra (como ella dice), que harta pena me da pensar si como lo dice lo cree. Harto malo seria, á cabo de tantas muestras, aun cuando menos lo merecia. No me falta ahora mas sino olvidarla; mire cómo puede ser lo que está en el alma, como ella está. Como ella anda en esas tinieblas y vacíos de pobreza espiritual, piensa que todos le faltan y todas; mas no es maravilla, pues en eso tambien le parece le falta Dios; mas no le falta nada, ni tiene ninguna necesidad de tratar nada, ni tiene qué, ni lo sabe ni lo hallará; que todo es sospecha sin causa. Quien no quiere otra cosa sino á Dios, no anda en tinieblas, aunque mas escuro y pobre se vea; y quien no anda en presunciones y gustos propios, ni de Dios ni de las criaturas, ni hace voluntad propia en eso ni en esotro, no tiene en qué tropezar ni en qué tratar. Buena va; déjese y huélguese. ¿Quién es ella, para tener cuidado de sí? Buena se pararia. Nunca mejor estuvo que ahora, porque nunca estuvo tan humilde ni tan sujeta ni teniéndose en tan poco, ni á todas las cosas del mundo, ni se conocia por tan mala, ni á Dios por tan bueno, ni servia á Dios tan pura y desinteresadamente como ahora, ni se va tras las imperfecciones de su voluntad é interés, como quizá solia. ¿Qué quiere? Qué vida ó modo de proceder se pinta ella en esta vida? ¿Qué piensa que es servir á Dios, sino no hacer males, guardando sus mandamientos, y andar en sus cosas como pudiéremos? Como esto haya, ¿qué necesidad hay de otras aprehensiones ni otras luces, ni jugos de acá ó de allá, en que ordinariamente nunca faltan tropiezos y peligros al alma, que con sus entenderes y apetitos se engaña y se embelesa, y sus mismas potencias le hacen errar? Y así, es gran merced de Dios cuando la escurece y empobrece al alma, de manera que no pueda errar con ellas; y como esto no se yerre, ¿qué hay que acertar, sino ir por el camino llano de la ley de Dios y de la Iglesia, y solo vivir en fe escura y verdadera, y esperanza cierta y caridad entera, y esperar allí nuestros bienes, viviendo acá como peregrinos, pobres, desterrados, huérfanos, secos, sin camino y sin nada, esperándolo allá todo? Alégrese y fíese de Dios, que muestras le tiene dadas que puede muy bien, y aun lo debe hacer; y si no, no será mucho que se enoje viéndola andar tan boba, llevándola él por donde mas le conviene, habiéndole puesto en puerto tan seguro; no quiera nada sino ese modo, y allane el alma, que buena está, y comulgue, como suele; el confesar, cuando tuviere cosa clara y no tiene qué tratar; cuando sintiere algo, á mí me lo escriba, y escríbame presto y mas veces, que por via de doña Ana podrá, cuando no pudiere con las monjas. Algo malo he estado, ya estoy bueno; mas fray Juan Evangelista está malo: encomiéndelo á Dios, y á mí, hija mia en el Señor. De Segovia y octubre 12 de 1589.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA XIV.

A la madre María de Jesus, priora de Córdoba. Contiene algunos documentos muy provechosos para quien tiene á cargo la provision y gobierno de alguna comunidad.

Jesus sea en su alma. Mi hija en Cristo, la causa de no haber escrito en todo ese tiempo que dice, mas es haber

estado tan á trasmano, como es Segovia, que poca voluntad, porque esta siempre es una misma, y espero en Dios lo será. De sus males me he compadecido; de lo temporal de esa casa no querria que tuviese tanto cuidado, porque se irá Dios olvidando de ella, y vendrán á tener mucha necesidad temporal y espiritualmente; porque nuestra solicitud es la que nos necesita. Arroje, hija, en Dios su cuidado, y él la criará; que el que da y quiere dar lo mas, no puede faltar en lo menos; cate que no la falte el deseo de que la falte y ser pobre, porque en esa misma hora le faltará el espíritu y irá aflojando en las virtudes; y si antes deseaba ser pobre, ahora, que es prelada, lo ha de ser y amar mucho mas; porque la casa mas la ha de gobernar y proveer con virtudes y deseos del cielo que con cuidados y trazas de lo temporal y de la tierra; pues nos dice el Señor que ni de comida ni de vestido ni del dia de mañana nos acordemos. Lo que ha de hacer, es procurar traer su alma y las de sus monjas en toda perfeccion y religion, unidas con Dios y alegres con solo él, que yo le aseguro todo lo demás; que pensar que ahora ya las casas le darán algo, estando en un tan buen lugar como ese y recibiendo tan buenas monjas, téngolo por dificultoso, aunque si hubiere algun portillo por dónde, no dejaré de hacer lo que pudiere. A la madre subpriora deseo mucho consuelo, y espero en el Señor se le dará, animándose ella á llevar su peregrinacion y destierro en amor por él; ahí la escribo. A las hijas Magdalena y San Gabriel, y María de San Pablo, María de la Visitacion y San Francisco muchas saludes en nuestro bien, el cual sea siempre en su espíritu, mi hija, amen. De Madrid, junio 20 de 1590.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA XV.

A la madre Ana de Jesus, religiosa carmelita descalza del convento de Segovia, en que el beato padre la consuela de que á él no le hubiesen hecho prelado.

Jesus sea en su alma. El haberme escrito le agradezco mucho, y me obliga á mucho mas de lo que yo me estaba. De no haber sucedido las cosas como ella deseaba, antes debe consolarse y dar muchas gracias á Dios; pues, habiéndolo su Majestad ordenado así, es lo que á todos mas nos conviene; solo resta aplicar á ello la voluntad, para que, así como es verdad, nos lo parezca; porque las cosas que no dan gusto, por buenas y convenientes que sean, parecen malas y adversas; y esta vese bien que no lo es ni para mí ni para ninguno; pues en cuanto para mí es muy próspera, porque con la libertad y descargo de almas puedo, si quiero (mediante el divino favor), gozar de la paz de la soledad y del fruto deleitable del olvido de sí y de todas las cosas; y á los demás tambien les está bien tenerme aparte, pues así estarán libres de las faltas que habian de hacer á cuenta de mi miseria. Lo que la ruego, hija, es, que ruegue al Señor que de todas maneras me lleve esta merced adelante, porque todavía temo si me han de hacer ir á Segovia, y no dejarme tan libre del todo. Aunque yo haré por librarme cuanto pudiere tambien de esto; mas, si no puede ser, tampoco se habrá librado la madre Ana de Jesus de mis manos, como ella piensa; y así, no se morirá con esta lástima de que se acabó la ocasion, á su parecer, de ser muy santa. Pero, ahora sea yendo, ahora quedando, do quiera y como quiera que sea, no la olvidaré ni quitaré de la cuenta que dice; porque con veras deseo su bien para siempre. Ahora, en tanto que Dios nos le da en el cielo, entreténgase ejercitando las virtudes de mortificacion y paciencia, deseando hacerse en el padecer algo semejante á este gran Dios nuestro, humillado y crucificado; pues que esta vida, si no es para imitarle, no es buena. Su Majestad la conserve y aumente en su amor, amen, como á santa amada suya. De Madrid y julio 6 de 1591.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA XVI.

A la madre María de la Encarnacion, priora del mismo convento de Segovia, sobre el mismo contenido de la antecedente.

Jesus sea en su alma. De lo que á mí toca, hija, no le dé pena; que ninguna á mí me da. De lo que la tengo muy grande es de que se eche culpa á quien no la tiene; porque estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios, que sabe lo que nos conviene y las ordena para nuestro bien. No piense otra cosa, sino que todo lo ordena Dios; y adonde no hay amor, ponga amor, y sacará amor. Su Majestad la conserve y aumente en su amor, amen. De Madrid y julio 6 de 1591.—*Fray Juan de la Cruz.*

CARTA XVII.

A doña Ana de Peñalosa, en que el beato padre le da cuenta de su última enfermedad.

Jesus sea en su alma, hija. Yo recibí aquí en la Peñuela el pliego de cartas que me trajo el criado; tengo en mucho el cuidado que ha tenido; mañana me voy á Ubeda á curar unas calenturillas, que, como há mas de ocho dias que me dan cada dia, paréceme habré menester ayuda de medicina; pero con deseo de volverme luego aquí, que cierto en esta santa soledad me hallo muy bien; y así, de lo que me dice que me guarde de andar con el padre fray Antonio, esté segura que de eso y de todo lo demás que pidiere cuidado me guardaré. He holgado mucho que el señor don Luis sea ya sacerdote del Señor. Ello sea por muchos años, y su Majestad le cumpla los deseos de su alma. ¡Oh qué buen estado era ese para dejar ya cuidados y enriquecer apriesa el alma con él! Déle el parabien de mi parte; que no me atrevo á pedirle que algun dia cuando esté en el sacrificio se acuerde de mí; que yo, como el deudor, lo haré siempre; por cuanto, aunque yo sea descordado, por ser él tan conjunto á su hermana, á quien yo siempre tengo en mi memoria, no me podré dejar de acordar de él. A mi hija doña Inés dé mis muchas saludes en el Señor, y entrambas le rueguen sea servido de disponerme para llevarme consigo. Ahora no me acuerdo mas que escribir, y por amor de la calentura tambien lo dejo; que bien me quisiera alargar. De la Pe-

ñuela y septiembre 21 de 1591. — *Fray Juan de la Cruz.*

CENSURA Y PARECER QUE DIÓ EL BEATO PADRE SOBRE EL ESPÍRITU Y MODO DE PROCEDER EN LA ORACION DE UNA RELIGIOSA DE SU ÓRDEN, Y ES COMO SE SIGUE.

En este modo afectivo que lleva esta alma, parece que hay cinco defectos para juzgarle por verdadero espíritu. Lo primero, que parece lleva en él mucha golosina de propiedad, y el espíritu verdadero lleva siempre gran desnudez en el apetito. Lo segundo, que tiene demasiada seguridad y poco recelo de errar interiormente; sin el cual nunca anda el Espíritu de Dios para guardar al alma de mal, como dice el Sabio. Lo tercero, parece que tiene gana de persuadir que crean que esto que tiene es bueno y mucho; lo cual no tiene el verdadero espíritu, sino, por el contrario, gana que lo tengan en poco y se lo desprecien, y él mismo lo hace. Lo cuarto y principal, que en este modo que llevan no parecen efectos de humildad, los cuales cuando las mercedes son, como ella aquí dice, verdaderas, nunca se comunican de ordinario al alma sin deshacerla y aniquilarla primero en abatimiento interior de humildad; y si este efecto le hicieran, no dejara ella de escribir aquí algo y aun mucho de ello, porque lo primero que ocurre al alma, para decirlo y estimarlo, son efectos de humildad, que cierto son de tanta operacion, que no los puede disimular; que aunque no en todas las aprehensiones de Dios acaezcan tan notables, pero estas que ella aquí llama union nunca andan sin ellos: *Quoniam antequam exaltetur anima humiliatur, et bonum mihi quia humiliasti me.* Lo quinto, que el estilo y lenguaje que aquí lleva no parece del espíritu que ella aquí significa, porque el mismo espíritu enseña estilo mas sencillo y sin afectaciones ni encarecimientos, como este lleva, y todo esto que dice dijo ella á Dios, y Dios á ella, parece disparate. Lo que yo diria es, que no le manden ni dejen escribir nada de esto, ni le dé muestra el confesor de oírselo de buena gana, sino para desestimarlo y deshacerlo; y prúebenla en el ejercicio de las virtudes á secas, mayormente en el desprecio, humildad y obediencia, y en el sonido del toque saldrá la blandura del alma, en que han causado tantas mercedes; y las pruebas han de ser buenas, porque no hay demonio que por su honra no sufra algo.

FIN DE LAS OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

LA CONVERSION
DE LA MADALENA,

EN QUE SE PONEN LOS TRES ESTADOS QUE TUVO,

DE PECADORA, DE PENITENTE Y DE GRACIA;

POR

EL MAESTRO FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE,

de la órden de San Agustin.

A LA ILUSTRE SEÑORA DOÑA BEATRIZ CERDAN Y DE HEREDIA,

religiosa en el monasterio de Santa María de Casvas, en Aragon.

El glorioso dotor san Jerónimo, en el prólogo que hace sobre la *Exposicion del profeta Sofonías* (el cual dedica á sus santas devotas, Paula y Eustoquio), dice así: «Antes que comience á interpretar á Sofonías (el cual es el noveno en la órden de los doce profetas), me parece, oh Paula y Eustoquio, que será bien responder á los que se rien de mí porque, dejando de escrebir á los varones, á quien podria dedicar mis trabajos y estudios, huelgo mas de enviallos y encaminallos á vuestras manos y en vuestro nombre; los cuales se ahorrarian la murmuracion si mirasen que Holda en tiempo del glorioso rey Josías profetiza, callando los varones, como se cuenta en el segundo del *Paralipomenon*, en el capítulo 34. Y que Debora, que fué profetisa y juez de Israel juntamente, ella salió á la batalla y fué la capitana y caudillo del pueblo de Dios para dar la batalla contra aquel poderoso capitan de los cananeos llamado Sisara, y contra un innumerable ejército que traia; y esto á tiempo que Barac, el capitan de Israel, estaba amilanado de miedo, y no osó ir á la guerra sin ella, por lo cual Debora le dijo: Yo iré contigo á la batalla, mas esta vez no será tuya la gloria del vencimiento, pues una mujer les ha de rendir; como se escribe en el capítulo 4.° del libro de los *Jueces*. Tampoco ladrarian mis adversarios si mirasen que Judit, castísima y santísima, y Ester, en figura de la Iglesia, mataron los enemigos y libraron á Israel de gran peligro, como se cuenta en sus historias. Callo de Ana y Elisabet, y de las otras santas mujeres, cuyos resplandores, como de estrellas, los escondió y encubrió la clara luz del sol de María. Quiero venir á hablar de las mujeres gentiles, para que conozcan estos que acerca de los filósofos del siglo se buscaban las diferencias de los ánimos, no las de los cuerpos. Platon introduce á Aspasia disputando con los mas sabios filósofos; Safo compite con Píndaro en la poesía; Temisto fué tenida en tanto como los mas famosos de los sabios de Grecia; Cornelia, la madre de los Gracos, por su mucha elocuencia aprovechó mucho á que sus hijos fuesen famosos oradores; no se corrió Carneades, el mas elocuente de los filósofos, de disputar cosas altísimas de filosofía delante de una matrona y en una casa particular, con ser el mas agudo de los oradores, y que cuando oraba en las academias y delante de los cónsules y principales hombres, los movia á dar voces con la fuerza de su retórica. ¿Qué diré de Porcia, la hija de Caton y mujer de Bruto, cuya fortaleza nos hace que no nos admire la de su padre y marido? Llenas están las historias griegas y latinas de las virtudes de las mujeres, y que pedian libros enteros para sus alabanzas. A mí, que camino á otras cosas, bástame para remate deste mi prólogo, decir que, resucitando el Señor, apareció primero á las mujeres y las hizo apóstolas de los apóstoles, porque se afrenta-

sen los varones de no buscar al que ya el flaco linaje de las mujeres habia hallado.» Hasta aquí son palabras del bienaventurado dotor san Jerónimo. Yo, Señora, las he querido traer aquí, por responder con ellas á los que les podria parecer de mis borrones y niñerías lo que aquellos por quien se excusa san Jerónimo. Y aunque los ejemplos de mujeres ilustres que trae sean bastantes para mostrar que no son menos dignas de estima y de que se les dedique los trabajos santos y buenos y de hombres mas doctos que yo; con todo eso, pudiera traer por mi parte mil otros en todo género de virtudes, en que las mujeres han resplandecido y pasado tan adelante como el que mas alta hizo la raya; de suerte que, con no caminalles nadie adelante, ellas dejan muchos atrás. Pero helo dejado porque no pareciese querer emendar lo que san Jerónimo dejó por bastante; y tambien porque, cuando los ejemplos no sobraran, bastara conocer la bondad y valor y partes de vuesamerced y su claro entendimiento, para que este mi librillo, y otro que de mas delgada y subida materia fuera, estuviera bien puesto en manos de vuesamerced y dedicado á su nombre. A una cosa sola quiero responder, que se me podria preguntar: ¿por qué razon, después de mis estudios acabados y habiendo tenido por tiempo de algunos años tan continuos ejercicios, así de letura de la sagrada Escritura en diversas universidades, como de sermones en muchos púlpitos, y por la misericordia del Señor con algun aplauso y acepcion acerca de los que me han oido, agora, que los que me conocen aguardaban algun gran parto de la preñez de tantos estudios, al cabo se han resumido en estos tratadillos en lenguaje ordinario, que en la lengua son comunes, en el estilo nada limados, en la materia no muy aventajados, y en la cantidad son tan pequeños? A esto respondo que tienen razon de ser deste parecer y pedirme esa cuenta, porque menos daño es no escribir que mal escrebir, ó escrebir lo que menos se esperaba. Si no hubiera yo de contar con mi salud tan quebrada y corta, que me fuerza á aflojar el rigor del estudio cuando con mas alientos le tomo, y me derrueca de suerte, que son menester grandes palancas de medicinas y apoyos de médicos para levantarme; y que si, llevado de mi natural inclinacion, que es leer siempre y estudiar, quiero complacer á mi deseo, no me tuviese tan maestro la experiencia, que no supiese que cuanto he adelantado en mil meses de cuidado y cura de mi salud, lo desando y vuelvo atrás en cuatro dias de descuido y olvido en ella, tendrian razon de dar su censura en mis desinios; y si no contara yo con lo mucho que á vuesamerced debo, y que, so pena de ingrato grosero, estoy obligado á buscar cómo desquitar algo desta deuda, ya que pagalla toda, ni mi caudal lo sufre por ser poco, ni el valor de vuesamerced lo consiente por ser mucho, y que he visto siempre que ha sido aficionada á las lágrimas, penitencia, amor y regalo de la gloriosa Madalena, y á aquella rica vivienda de la celestial Jerusalen, y al trato de aquellos cortesanos del cielo y pajes de la gran casa de Dios. Si con nada desto hubiera de meterme en cuentas, quizá escribiera alguna otra materia en otro lenguaje, de la cual tampoco les faltara que cortar á los censores del cielo y de la tierra, que por su solo gusto quieren medir los ajenos, y que su antojo sea nivel de voluntades libres y ajenas; pero, como no me atengo á sus pareceres, sigo el mio y mi obligacion en esto, dejándoles el campo libre para que en lo que ellos escribieren suplan lo que yo falto y en mí reconocen; que á mí bástame contar con el gusto de vuesamerced y dalle materia con que cebe el buen espíritu que el Señor le ha dado; de suerte que estos tratadillos sirvan de yesca con que se prenda en su corazon el fuego del amor que el Hijo de Dios dijo que traia del cielo y venia á derramalle en la tierra; porque no podemos negar que la leccion de cosas santas no dé calor al alma y pecho de quien con deseo las oye. «Son las palabras mias como fuego (dice el Señor por Jeremías) y como almadena, que rompe y desmenuza las peñas y guijarros duros.» Quéjase en aquel capítulo 23 de que muchos predicadores y ruines profetas vendian al pueblo sus sueños y mentiras por palabras de Dios, diciendo que Dios se las revelaba. Pone el Señor una galana diferencia entre sus palabras y las que no lo son; que las de los hombres tan helado se dejan un corazon como le hallan, y tan entero como antes que á él entrasen; mas las de Dios, cuando llegan al alma derriten sus hielos, consumen lo terreno y cenagoso de sus deseos, abrásanla en amor, y arde sin quemarse hasta echar llamaradas por la boca y ojos, con que aun á los otros enciende. Por esto los dos dicípulos que iban á Emaus la mañana venturosa de la resurreccion, después de habelles desaparecido el Redentor, dijeron el uno al otro: «¿Ora no vistes cómo se nos abrasaba y ardia nuestro corazon, cuando nuestro buen Maestro nos hablaba en el camino y nos declaraba las Escrituras?» Lo segundo, dice que son sus palabras como martillo que rompe las piedras. No hay corazon tan de guijarro, ni pecho tan berroqueño ni de diamante, que la fuerza de la palabra de Dios no le desmenuce, si el alma le

da entrada. De suerte que destas palabras se saca que la culpa de no hacernos provecho todo cuanto leemos de Dios y cuantos sermones oimos, y lo que de su parte se nos dice, solo está de la nuestra, y no de la de las palabras; pero, pues sé que de la de vuesamerced no hay esa resistencia, sin miedo puedo enviar este librillo en que se entretenga, leyéndole en ratos desocupados. Podria parecer á alguno que es menos gravedad en materia santa mezclar versos y cosas de poesía, que parece que desautoriza en alguna manera, así la escritura donde se ponen como la persona que los hace, principalmente que no hay cosa tan fria como cosas devotas en verso, cuando no es muy escogido y limado: razon tienen, y aun yo soy enemigo dello si no es muy aventajado, y suelo decir que menos buen verso se sufre en las cosas profanas que en las santas. La razon desto es, porque ya por nuestros pecados tenemos tan estragado el gusto para todo lo que es Dios y virtud, que para poder tragar lo que desta materia se nos dice es menester dárnoslo con mil salsillas y sainetes, y muy bien guisado, y aun Dios y ayuda que así lo podamos comer; pero, como las cosas del mundo y terrenas, de suyo se tienen la lima y gusto con que se comen (por el estrago de nuestro apetito que nos quedó para el bien después del pecado), aunque no nos las dén guisadas de tan buena mano, las tragamos sin oro con facilidad. Digo pues que para solo desempalagar el gusto, cansado de la prosa, he encajado cosillas de verso; porque, aunque no es curioso, haga la variedad del estilo lo que habia de hacer la bondad de la poesía. Decir que es poca gravedad es engaño, salvo si no llamamos menos grave al regalado rey David, que tantos sonetos y canciones compuso y cantó á la arpa divina, en alabanza del gran Gobernador del universo. El mismo hizo las endechas tristes y romances, no de cuando don Alonso de Aguilar murió en Sierra Nevada, ni de los zamoranos, sino de cuando Saul y sus hijos murieron en los montes de Gelboe; y mandó que se cantasen en Israel como agora se cantan los romances viejos de Castilla. Tambien habemos de decir que el santo Job, tan alabado de Dios, ó el gran Moisen (que dicen que escribió su libro), se desdoró mucho porque desde el capítulo 3.°, que comienza á hablar el santo Job, diciendo: «Perezca el dia en que nací y la noche en que mi madre me concibió;» hasta el capítulo 42, donde dice el santo Job á Dios: «Por tanto, Señor, yo me reprehendo y hago penitencia en cilicio y ceniza;» todo esto está en verso exámetro, como lo dice el bienaventurado san Jerónimo en el prólogo sobre Job. Y ¿quién será tan desatinado, que ponga nota en el gran profeta Jeremías, el llorador de los duelos de Israel, porque hizo endechas y canciones tristes á la muerte del glorioso rey Josías, como parece en el capítulo 32 del segundo del *Paralipomenon*, y mandó que los músicos y cantoras las cantasen en todo el pueblo? Y aun añade la Escritura que quedó como ley en Israel el cantar sus lamentables sonetos. Dejo las lamentaciones que compuso cuando la destruicion de Jerusalen, hecha por Nabucodonosor, y otras muchas cosas que el Espíritu Santo dijo en la Escritura en verso; y los niños del horno de Babilonia, que en verso convidaban á todas las criaturas á alabar al Hacedor de todas ellas; y dejo los demás cánticos que los famosos santos de los dos Testamentos cantaron en reconocimiento de las vitorias y otras particulares mercedes recebidas de mano de Dios; y vengo á los muchos santos que escribieron en verso gran parte de sus obras. El gran teólogo Gregorio Nacianceno, maestro de san Jerónimo y dotor griego, fué extremado poeta. Los santos dotores de la iglesia Ambrosio y Gregorio, el grande san Hilario, obispo de Pitavia, muchos himnos escribieron, con los cuales adorna la santa Iglesia los oficios divinos que canta á Dios y á sus santos. Al gran obispo de Roma san Dámaso, por cuyo mandado y ruego el glorioso san Jerónimo dividió las epístolas y evangelios del año, no le embotó la lanza el escribir muchas obras en verso para ser sumo pontífice de la Iglesia. El excelentísimo dotor san Tomás de Aquino poco se embarazó para ser santo y supremo teólogo por haber hecho los himnos y prosa que se cantan al Santísimo Sacramento. Callo á los claros poetas cristianos Prudencio, Sedulio, Teodulfo, Fortunato, Paulo, diácono cardenal, y á Elpis, mujer del mártir Severino Boecio; los cuales todos con diversos linajes de versos cantaron las grandezas de Dios y de sus santos. Y pues tales y tan grandes varones no se desdeñaron de hacer versos, no tengo yo por qué correrme de mezclallos en lo que escribo; solo me queda agora el dar á vuesamerced cuenta del proceder en este *Tratado de la Madalena*, para que con mas gusto se lea. Es pues la órden que se divide en cuatro partes; porque, puesto que, siguiendo la cuenta del Evangelio, bastaban solas tres, conforme á los tres estados que de la Madalena nos pinta, que el primero es de pecadora, el segundo de penitente, el tercero de gracia y amistad de Dios; con todo eso, yo he antepuesto otra parte á estas tres, que es el primer estado del alma antes del pecado, por parecerme necesario de saber cómo va

cayendo del estado de gracia en el de pecado, y para que desta manera le hiciésemos la cama al Evangelio y á sus primeras palabras. Bien sé que tendrán este y los demás tratados muchas faltas, así en la corta materia (que la llamo corta porque la trato yo cortamente) como en el pobre y desnudo estilo mio, que jamás supe otro mejor, y que solo terná de bueno el deseo de acertar á decir algo en honra de Dios, que de grandes pecadores sabe hacer muy grandes santos; y en gloria de la Madalena, que nos fué ejemplo de penitencia á los que estamos cargados de pecados; y á gusto de vuesamerced, que ha despertado mi pereza para que me ensaye en las cosas pequeñas, para después podella bien servir en las grandes, y junto con estas, tendrán otros muchos defetos, que descubrirán en ellos otros mejores ojos que los mios, casi ciegos; mas al fin, tan malo es temello todo como no temer nada. Solo ruego á los que los leyeren, emienden sus faltas y mias con caridad cristiana, mas por celo del bien comun que por odio del autor y su escritura. Y si alguna cosa hallaren que les dé gusto y parezca bien, dén las gracias á nuestro Dios, de quien viene todo el bien; pero si cosa toparen menos buena y no tan bien puesta (que será lo mas cierto) esa culpa déseme á mí, que mia es y por hija propria la conozco. A vuesamerced suplico que, en pago deste mi deseo, me encomiende á Dios para que me dé su espíritu y me alumbre el entendimiento, que no yerre, y me encienda la voluntad para que siempre le ame; y á vuesamerced la haga tan suya y le dé tanta parte de su amor, cuanta suele dar á sus mas regaladas esposas. Amen.

PRÓLOGO DEL AUTOR Á LOS LETORES.

Aunque es verdad que en cosa tan poca como es la materia de que en este librillo se trata, que la llamo así, no porque el sugeto dél no sea muy alto, y que para habello de tratar conforme á lo que pide su grandeza fuera menester un Demóstenes para la prosa y otro Homero para el verso, y después de haber gastado muchos años en pensallo y hinchido muchos libros en escrebillo, dijeran lo que pudieran, y no lo que la materia pedia, eran menester pocos preámbulos, pues él por sí se deja entender fácilmente; pero con todo eso, porque no vaya tan desnudo de la compostura y atavío que suelen llevar otros de su talle, y tambien por descubrir algo del motivo que tuve para dar lugar á que se mandase á la imprenta, he querido, demás de la carta que precede, donde digo algo deste mi intento, anteponer este prólogo á la obra, para que mas despacio puedan los que lo leyeren quedar satisfechos de que mi deseo ha sido bueno, si ya el efeto no le gasta. Y tambien huelgo de dar mas ancha cuenta del provecho que á mi parecer se puede sacar de que salgan á luz semejantes libros; y por qué escogí yo mas esta materia que otras infinitas de que pudiera echar mano, y por ventura me hiciera con ellas mas honra, si ya la pretendiera, y que quizá me salieran mas acertadas que esta, que no sé qué acogimiento le harán los que la vieren. Digo pues que, acordándome de lo que Salomon dice en las últimas palabras de aquel libro de sus experiencias y de sus enfados, donde, aunque en todo cuanto escribió anduvo discretísimo, como aquel cuya pluma la gobernaba el espíritu de Dios, pero en el *Ecclesiastes* parece que lo estuvo con una particular destreza; tanto, que no falta quien crea que fué este libro su Benjamin, nacido en su vejez, y que le escribió después de la desdichada caida de su idolatría, habiendo hecho penitencia de sus pecados; y así, parece de un hombre muy caido en la cuenta, ya maduro y viejo, y escarmentado en proprios daños; de suerte que, queriendo rematar con su libro, dice, hablando con su hijo: *His amplius, fili mi, ne requiras;* Hijo, por tu vida, que te contentes con lo que yo aquí te dejo escrito; no busques mas, que no sacarás sino cansancio; no te vayas tras cada novedad ni vueles tras cada libro que saliere, que nunca acabarás; porque, *faciendi plures libros nullus est finis.* Es el ingenio humano tan amigo de rastrear y sacar cosas nuevas, que jamás descansa ni halla término adonde pare; y así, ó procura de buscar cosas nuevas, ó si no lo son, hace que el estilo de decillas lo sea, y con esto, cada cual quiere hacer un libro. Y de los que escriben, unos se mueven por deseo de eternizar su nombre y celebralle con viva memoria de que fueron en otro tiempo, y supieron y escribieron; estos por la mayor parte tratan de materias que ganan con ellas mas aplauso entre los hombres que provecho ó edificacion de los fieles. Otros van por otro camino, que, viendo que el mundo tiene ya tan cansado el gusto



para las cosas santas y de virtud, y tras eso, tan vivo el apetito para todo lo que es vicio y estrago de buenas costumbres, y que, como si no bastáran los ruines siniestros con que nacemos y los que mamamos en la leche, y los que se nos pegan en la niñez con el regalo que en aquella edad se nos hace, y como si nuestra gastada naturaleza, que de suyo corre desapoderada al mal, tuviera necesidad de espuela y de incentivos para despertar el gusto del pecado, así la ceban con libros lacivos y profanos, adonde y en cuyas rocas se rompen los frágiles navíos de los mal avisados mozos, y las buenas costumbres (si algunas aprendieron de sus maestros) padecen naufragios, y van á fondo y se pierden y malogran; porque, ¿qué otra cosa son libros de amores, y las *Dianas* y Boscanes y Garcilasos, y los monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras de los *Amadíses*, *Floriseles* y *Don Belianís*, y una flota de semejantes portentos como hay escritos, puestos en manos de pocos años, sino cuchillo en poder del hombre furioso? Pero responden los autores de los primeros, que son amores tratados con limpieza y mucha honestidad, como si por eso dejasen de mover el efeto de la voluntad poderosísimamente, y como si lentamente no se fuese esparciendo su mortal veneno por las venas del corazon; hasta prender en lo mas puro y vivo del alma; adonde con aquel ardor furioso seca y agota todo lo mas florido y verde de nuestras obras. «Hallaréis (dice Plutarco) unos animalejos tan pequeños, como son los mosquitos de una cierta especie, que apenas se dejan ver, y con ser tan nonada, pican tan blandamente, que, aunque entonces no os lastima la picadura, de allí á un rato os hallaréis hinchada la parte donde os picó, y os da dolor.» Así son estos libros de tales materias, que, sin sentir cuando os hicieron el daño, os hallais herido y perdido.

¿Qué ha de hacer la doncellita que apenas sabe andar, y ya trae una *Diana* en la faldriquera? Si (como dijo el otro poeta) el vaso nuevo se empapa y conserva mucho tiempo el sabor del primer licor que en él se echare; siendo un niño y una niña vasos nuevos, y echando en ellos vino tan venenoso, ¿no es cosa clara que guardarán aquel sabor largo tiempo? Y ¿cómo cabrán allí el vino del Espíritu Santo y el de las viñas de Sodoma (que dijo allá Moisen)? Cómo dirá *Pater noster* en las *Horas* la que acaba de sepultar á Piramo y Tisbe en *Diana*? Cómo se recogerá á pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso? Cómo? Y ¿honesto se llama el libro que enseña á decir una razon y responder á otra, y á saber por qué término se han de tratar los amores? Allí se aprenden las desenvolturas y las solturas y las bachillerías, y náceles un deseo de ser servidas y recuestadas, como lo fueron aquellas que han leido estos sus *Flos Sanctorum*; y de ahí vienen á ruines y torpes imaginaciones, y destas á los conciertos, ó desconciertos, con que se pierden á sí y afrentan las casas de sus padres y les dan desventurada vejez; y la merecen los malos padres y las infames madres que no supieron criar sus hijas, ni fueron para quemalles tales libros en las manos. Los *Cantares* que hizo Salomon, mas honestos son que sus *Dianas*; el Espíritu Santo los compuso, el mas sabio de los hombres los escribió; entre esposo y esposa son las razones, todo lo que hay allí es casto, limpio, santo, divino y celestial y lleno de misterios; y con todo eso, no daban licencias los hebreos á los mozos para que los leyesen hasta que fuesen de mas madura edad. Pues ¿qué hicieran de los que son faltos de tantas circunstancias de abonos, como tienen los *Cantares* en su favor? Esto es para desengañar á los que se toman licencia de leer en tales libros con decir que son honestos. Otros leen aquellos prodigios y fabulosos sueños y quimeras sin piés ni cabeza, de que están llenos los libros de caballerías, que así los llaman, á los que, si la honestidad del término lo supiera, con trastrocar pocas letras se llamaran mejor de bellaquerías que de caballerías. Y si á los que estudian y aprenden á ser cristianos en estos catecismos les preguntais que por qué los leen, y cuál es el fruto que sacan de su licion, respondero os han que allí aprenden osadía y valor para las armas, crianza y cortesía para con las damas, fidelidad y verdad en sus tratos, y magnanimidad y nobleza de ánimo en perdonar á sus enemigos; de suerte que os persuadirán que *Don Florisel* es el libro de los *Macabeos*, y *Don Belianís* los *Morales* de san Gregorio, y *Amadís* los *Oficios* de san Ambrosio, y *Lisuarte* los libros de *Clemencia* de Séneca (por no traer la historia de David, que á tantos enemigos perdonó). Como si en la sagrada Escritura y en los libros que los santos dotores han escrito faltaran puras verdades, sin ir á mendigar mentiras; y como si no tuviéramos abundancia de ejemplos famosos en todo linaje de virtud que quisiéremos, sin andar á fingir mónstruos increibles y prodigiosos. Y ¿qué efeto ha de hacer en un mediano entendimiento un disparate compuesto á la chimenea en invierno por el juicio del otro que lo soñó? Pues para reparo de los muchos daños que destos libros nacen, muchos celosos de la honra de Dios y amigos del bien y medra de los fieles han tomado la pluma y

han escrito libros llenos de santa dotrina, de maravillosos ejemplos, de gravísimas sentencias y de dulce y deleitoso estilo, con los cuales han hecho mucho provecho á todos cuantos se han querido aprovechar de sus trabajos. Viendo pues yo que cuanto á esta parte ya la república cristiana está bien pertrechada y tiene bastantísimo reparo contra este daño general que aquí digo, y tan á costa de muchas almas y conciencias lo experimentamos; y tambien por no entrar yo en el número de los deseosos de escribir libros (que dice Salomon); y considerando que lo que yo podia sacar á luz era de tan poco momento, que muy bien se podia pasar sin ello la Iglesia de Dios, habia determinado de no dar que censurar á los juicios libres de los que el dia de hoy piensan que tienen voto en todo, y que todo lo saben y nada se les va por alto ni dejan de ver, por bajo que sea. Y quien los vea dar su decreto en todo linaje de libros que á sus manos llegan, pensará que ha tornado al mundo otro Carneades, que se gloriaba en los juegos olímpicos que sabria razonar indiferentemente de cualquier cosa que se le preguntase. Parece que cada uno dellos sea un Hipias sofista, el cual se persuadió que sabia todas las ciencias y todas las artes, y mostraba para esto los zapatos y calzas y un anillo que traia, hechos por su mano, y una piedra preciosa, y una copa de vidrio y un vaso de madera, y otras que él mismo habia hecho, y hablando y dando razon de cada cosa á los que lo oian, como si fuera un dios de la tierra y de todas las diciplinas; ó como si fuesen otro Gorgias Leontino, tan usado, que se jataba de que sin otra prevencion ni estudio responderia y disputaria de repente de cualquiera cuestion que cualquiera de los circunstantes le quisiese preguntar. Como si cada cual dellos hubiese visto tanto como un Plinio ó mas que Teofrasto Paracelso; y así, ni mas ni menos les parece que pueden juzgar de todo, y hablar con tanta liberalidad de lo que les viene á las manos, como si en filosofía fueran unos Aristóteles y en la moral unos Platones, en teología unos Agustinos, en escritura unos Naciancenos, y en lenguas unos Jerónimos; y mirado lo que son y lo que saben, y para cuánto son ellos, y qué es lo que hacen, son nada, sin virtud, mofadores, murmuradores, vicio vil y para hombres infames, y tienen una nativa arrogancia, ingerta y nacida consigo mismos, que crece con ellos á la sombra del favor de Hiponace y Teon y de la cuadrilla de Timagenes, Gratino y Arquiloco, Staterio y Aristofanes, que con los furiosos rayos de sus palabras y con la mordacidad y aspereza de Anaxarco, y con el impetuoso curso de decir de Teócrito, dieron ancha puerta al murmurar y roer sudores ajenos, y pusieron escuela de mal decir, adonde aprendiesen estos sus honrados dicípulos. Así yo, temiendo esto que digo, habia dejado á un rincon estos papeles que de la gloriosa Madalena habia escrito á peticion de una señora religiosa; y como cosa dina de olvido, se han dormido muchos años en mi escritorio, sin hacer de ellos otra cuenta que la que se suele hacer de ratos perdidos. Sucedió que, sin pensallo, vinieron á manos de mi prelado; viólos y leyólos, y mandóme que los sacase en público; obedecí, porque tenia obligacion, y aventuré todo lo que podria perder con los censores de quien he hablado: harto será si con los prudentes no pierdo, que de los demás bien me consolaré. De aquí nace una cosa que alguno (no entendiéndola) podria acusármela, y es, que cuando yo comencé á hacer esta niñería no faltó á quien le pareció mal que fuese en nuestra lengua española, y tuve necesidad de responder á esta acusacion que se me ponia, y entonces hice en un prólogo lo que tambien pondré en este. Como después, por las razones que he dicho, lo dejase todo á un rincon, y se han pasado algunos años, he visto que en un librito impreso de tres años, y aun de menos á esta parte, puesto por un muy curioso y levantado estilo, y con términos tan polidos y limados y asentados con extremado artificio, en quien se verá la grandeza y majestad de palabras de que nuestra lengua castellana está como preñada, y que tiene gran riqueza y copia y mineros, que no se pueden acabar, de luces y flores y gala y rodeos en el decir, y que en aquel libro está el adorno que los celosos del lenguaje español pueden desear (el libro de *Los nombres de Dios*, del padre maestro Fray Luis de Leon, de quien digo), habiéndole sucedido con él y su divulgacion lo que á mí con este antes de publicalle, tuvo necesidad de oponerse á la afrenta y sinjusticia que á la lengua se le hacia; y así, constreñido deste agravio, añadió otro tercero libro á los dos que habia impreso, en cuyo principio hallé casi las mismas palabras que muchos años antes yo habia escrito á ese mismo propósito. Y aunque aquí pudiera yo dejar de poner las mias y remitir á los letores á que allá las lean; con todo eso, pues esto es cierto que las escribí yo años antes, no dejaré de ponellas. Y nadie tenga á mucho que nos hayamos topado en esto; pues siendo verdad la que tratamos, y tan fundada en buena razon, no es milagro que topen dos con ella y con los fundamentos en que apoya y estriba.



Digo pues que hay hombres que, con no ser ellos para nada y levantarse á cosa de virtud su pensamiento, toman por oficio decir mal de todo aquello que no va medido con su grosero juicio. Tienen otra cosa rara, digna de tales sugetos, y es, que si oyen algo fuera de lo que ellos han leido en cuatro autores de gramática, lo asquean tanto, y lo burlan y mofan de tal suerte, como si solo aquello con que ellos han desayunado su entendimiento fuese lo cierto y de fe, y lo demás fuese patraña y sueño. Bien sé que el ingenio humano no se contenta de una manera ni con las mismas cosas; y así, de lo que á unos parece bien, de eso mesmo murmuramos otros, y aquellos admiran y engrandecen lo que estos abominan y burlan. Mas á lo menos podrian dejar pasar con modestia cristiana lo que no viene tan pegado con su gusto como ellos desean, y ensayarse ellos en cosas semejantes para que cuando vean que no es tan fácil como ellos lo soñaron, con esto, ya que no tengan en mucho los ajenos trabajos, dejaran siquiera de murmurar dellos y de sus autores. Habiendo yo comenzado esta niñería en nuestro lenguaje vulgar, con propósito de que quien me la pidió, pues no ha llegado á la noticia de la lengua latina, no por eso quedase privada de la dotrina y conocimiento de las cosas divinas, he tenido tanta contradicion y resistencia para que no pasase adelante; como si el hacerlo fuera sacrilegio ó por ello se destruyeran todas las buenas letras, y de ahí resultara algun grave daño y perdicion á la república cristiana. Unos me dicen que es bajeza escribir en nuestra lengua cosas graves; otros que es leyenda para hilanderuelas y mujercitas; otros que las dotrinas graves y de importancia no han de andar en manos del vulgo liviano, despreciador de los misterios sagrados, movidos por aquel dicho de Platon, que «no era lícito profanar los misterios ocultos de la filosofía», que así lo hizo él mismo; y Aristóteles escribió con tanta escuridad como si no escribiera. Y el Redentor dijo: «No arrojeis las piedras preciosas á los puercos;» y que Hermes Trismegisto fué deste parecer; y así escribieron los mas graves y antiguos de los filósofos su dotrina debajo enigmas y figuras. Finalmente, cada uno ha dado su decreto y dicho su alcaldada. Podria responder á todos juntos que, como dice mi padre san Agustin, huelgo que me reprehenda el gramático á trueque de que todos me entiendan; así yo quiero, si pudiese, hacer algun provecho á los que poco saben de lenguas extranjeras, aunque por ello me murmure el bachiller de estómago, mofador de trabajos ajenos. A los que dicen que es poca autoridad escribir cosas graves en nuestro vulgar, les pregunto: ¿La ley de Dios era grave? La sagrada Escritura que reveló y entregó á su pueblo, adonde encerró tantos y tan soberanos misterios y sacramentos, y adonde puso todo el tesoro de las promesas de nuestra reparacion, su encarnacion, vida, predicacion, dotrina, milagros, muerte y lo que su Majestad hizo y padeció por nosotros; todo esto junto, y lo demás que con esto iba, pregunto á estos tales, ¿en qué lengua lo habló Dios, y por qué palabras lo escribieron Moisen y los profetas? Cierto está que en la lengua materna en que hablaba el zapatero y el sastre y el tejedor, y el cava-tierra y el pastor, y todo el vulgo entero. El santo profeta Amós, pastor era, criado en varear bellota, en apacentar ganado por los montes y sierras, y profetizó y dejó su profecía escrita; pues cierto es que no aprendió en Aténas ni en Roma otro lenguaje que el que se hablaba en su tierra. Pues si misterios tan altos, y secretos tan divinos se escribian en la lengua vulgar con que todos á la sazon hablaban, ¿por qué razon quieren estos invidiosos de nuestro lenguaje que busquemos lenguas peregrinas para escribir lo curioso y bueno que saben y podrian divulgar los hombres sabios? Que yo no trato de mí (pues ni lo soy, ni importaria mucho que lo que puedo sacar á luz se sepultase en silencio olvidado); mas dígolo por otros muchos y muy sabios que podrian dar luz con su dotrina y ilustrar nuestra lengua con su buen estilo. Si dicen que aquella lengua hebrea era muy misteriosa, y que por eso la Escritura sagrada se escribió en ella, pregunto, ¿no se tradujo en griego por muchos tradutores? Y después ¿no se escribió en latin; que era la lengua ordinaria en Roma, como ahora lo es para nosotros la castellana? Sí. Pues si nuestro español es tan bueno como su griego y como el lenguaje romano, y se sabe mejor hablar que aquellas lenguas peregrinas, y por poco bien que se escriba en el nuestro, se escribirá con mas propriedad que en el ajeno, ¿por cuál razon les ha de parecer á estos que es bajeza escribir en él cosas curiosas y graves? Escribió Tulio en la lengua que aprendió en la leche, y Marco Varron y Séneca y Plutarco, y los santos Crisóstomo, Cirilo, Atanasio, Gregorio Nacianceno y san Basilio, y todos los de aquel tiempo, cada uno en la suya y materna, y hicieron bien y estúvoles bien, y pareció á todos bien; y Platon, Aristóteles, Pitágoras y todos los filósofos escribieron su filosofía en su castellano, porque lo digamos así; de suerte que la moza de cántaro y el cocinero, sin estudiar mas que los términos que oyeron y aprendieron de sus ma-

dres, los entendian y hablaban de ello; y agora les parece á estos tales que es poca gravedad escribir y saber cosa buena en nuestra lengua; de suerte que quieren mas hablar bárbaramente la ajena y con mil impropriedades y solecismos y idiotismos, que en la natural y materna con propriedad y pureza, dando en esto qué reir y burlar y mofar á los extranjeros que ven nuestro desatino. No se puede sufrir que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves; pues ¿cómo? Tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nacion y gente de España, pues no hay lenguaje ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, y en ser blando, suave, regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frásis ni rodeos galanos, ni que esté mas sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello; esta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso. Y por salirme ya desto, digo que espero, en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España, y en su buena industria, que, con el favor de Dios, habemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfecion, sin que tenga invidia á alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo; de donde se siguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto, se la quitemos, como lo habemos hecho en lo de las armas. Y hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habrémos de tener paciencia con los murmuradores los que somos de los primeros en el dar la mano á nuestro lenguaje prostrado. Volviendo pues á mi propósito primero, digo que por expreso mandamiento de mi prelado he habido de hacer imprimir este librillo, cuyo título le parecerá al letor que va errado; pues digo que es *Tratado primero de la Madalena*, no sucediéndole segundo de la misma ni de otra materia. Razon tienen; mas tuve intento de imprimir, junto con este, otro que tengo hecho de San Pedro y San Juan, que creo que, aunque es menor, no es menos dulce, y á aquel llamaba yo *segundo*; y como en el discurso de la impresion pareció que el de la Madalena crecia mas de lo que los impresores, y aun yo, pensábamos, he habido de dejar el *Tratado de San Pedro* por no hacer este libro de demasiado volúmen, que lo fuera con aquel, poniéndolo todo junto. Dije al principio deste prólogo que hacian gran daño á muchos los libros de poesía profana; y por si pudiese yo reparar alguna parte deste daño, he querido probarme á hacer algunos versos, y salir *velut anser inter olores*, que suelen decir. Bien sé que no son los mas escogidos ni mas bien trabajados del mundo; mas lo que les falta de curiosidad en la compostura les sobra de bondad en la materia y de grandeza en el sugeto. Podria ser que, hecho el gusto á estos salmos y canciones divinas, vengan algunos á desgustar de las profanas.

DEL MAESTRO FRAY ANTONIO CAMOS,

AGUSTINO.

SONETO.

Madalena, famosa pecadora,
A los piés de la vida derrocada,
Con la madeja de oro desatada,
Que al sol hizo envidioso en algun hora;
Con llanto lava, enjuga, besa, adora
El lodo de los piés, do perdonada,
De red y lazo de almas, fué trocada
En vivo templo, adonde Cristo mora.
Ungióle la cabeza en otra cena
Al mismo, y prometió premialla tanto,
Que fuese celebrada en todo el mundo.
Cumplióle ya, pues vos y Madalena
Haceis con su llorar y vuestro canto
Que ella no tenga igual ni vos segundo.

DEL PADRE FRAY LORENZO SIERRA,

AGUSTINO.

SONETO.

Perdido el nombre, del pecado esclava,
El cuerpo y ánima envueltos en torpeza,
Olvidada de Dios y de la alteza
De sangre, que á lo honesto la llamaba,
El nombre cobra y el pecado lava,
Del cuerpo y alma alimpia la bruteza,
A Dios acude, y torna á la nobleza
De sangre, que lo torpe la enturbiaba.
Amor, cabello y ojos no, mas fuentes,
Que cristal á los piés de Dios vertieron,
Lavaron alma y cuerpo, culpa y pena.
Dióle cielo el amor, y las ardientes
Lágrimas el perdon que merecieron,
Y hoy da el nombre Malon á Madalena.

TRATADO

DE LA

CONVERSION DE LA GLORIOSA MARÍA MADALENA,

SOBRE EL EVANGELIO QUE SE PONE EN SU FIESTA,

QUE ES:

Rogabat Jesum quidam Pharisæus, ut manducaret cum illo, etc. (Lucæ, 7.)

Antes que comience á tratar la historia de la bienaventurada María Madalena, quiero pedir licencia para no guardar en este tratado ó sermon el estilo acostumbrado de predicar, que es ir declarando cada palabra del Evangelio y mostrando sus misterios particulares; porque, pues la Madalena fué santa tan sin guardar Dios el órden y regalo ordinario que acostumbra en las conversaciones de los demás santos, haciéndola tan grande de tan grande, tan poderosa santa de tan poderosa pecadora, mostrándose Dios absoluto señor de leyes de conversion, pues de la primera tijera y mano quedó tan acabada, que dejó muy atrás á muchos de los muy aventajados santos; no será mucho que tampoco yo siga el estilo comun que suelo en predicar en los santos ordinarios. Y así, pretendo despedirme de este mi sermon de las leyes y preceptos que dan los mas acertados predicadores, y gozar de la voluntad de mi gusto en el proceder; y prevéngome en esto para los demás que en este mi libro escribiere, por salirme de una vez de todo ello y por rematar con los censores que quieren reglar el querer ajeno conforme á su antojo. Y quédese esto dicho de una vez para las demás que se pudiere ofrecer ocasion de excusa.

Para que por mejor órden procedamos será menester considerar en la Madalena tres estados; los cuales se deben pensar en todos los que de pecadores (por la gran misericordia del Señor, que los trae á su conocimiento) pasan á ser justos. El primero es de pecadores cuando están apartados de Dios y de su gracia y amor; el segundo es de penitentes, cuando, prevenidos con la dulzura de las misericordias del Señor muy alto, comienzan á caer en la cuenta de su mal estado, y corridos de su daño y perdicion, avergonzados de la torpeza de sus obras, se vuelven á Dios y hacen verdadera penitencia; el tercero es cuando ya el alma, vuelta en gracia y amistad de su clementísimo Padre y Señor, goza de la paz que dice san Pablo que sobra todo sentido; del cual estado solo tienen licencia de hablar los que en él se ven; porque los que no han llegado á sentir aquella gran dulzura y suavidad que á sus regaladas esposas les comunica el celestial Esposo, de quien decia la Esposa en el primero de los *Cantares:* Metióme el Rey en el aposento de sus regalos y conservas, donde tiene lo mas precioso de sus olores y vinos. Allí me regocijé y alegré en mi Amado, que me dió mas suave licor que los mas estimados vinos de Candía ni de otras partes. Así que, quien no ha llegado á tener estos gustos, no puede hablar de ellos, sino con el poco mas ó menos con que suelen hablar los que tratan lo que no entienden; y lo menos que dejan es lo mas que ellos saben entender. Tratemos pues del primero destos estados, invocando para ello y para todo lo demás que hobiéramos de decir, la gracia y favor del Espíritu Santo y la intercesion de la gloriosa Vírgen María y de todos los santos del cielo.

PARTE PRIMERA.

§. I.

Del tratado de la Madalena.

Cuando el gran Monarca y Padre del cielo quiso comunicar su belleza y gloria en tiempo, siendo infinitamente sabio, y siendo fuente de amor, de donde nace todo el bien á las criaturas, para hacerlas bienaventuradas á cada una en su tanto; viendo que fuera dél no podia haber felicidad alguna, determinó de hacerse fin de todas ellas, y que, así como nacian de Diós, así tambien fuesen á parar en Dios, y hasta llegar á este punto ninguna de todas ellas tuviese perfecion, y por el mismo caso ni reposo ni bienaventuranza: *Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec revertamur ad te;* son palabras del glorioso dotor y padre nuestro san Agustin: Hicístesnos, Señor, para vos, para gozar de vos, para amaros á vos; y así, nuestro corazon jamás halla descanso hasta que volvamos á vos. La figura esférica ó circular es tenida en geometría por la mas perfeta, porque acaba en el punto donde comenzó; y por eso el Señor se llama principio y fin en el primer capítulo del *Apocalipsi.* Para alcan-

zar este fin dió Dios el cargo al amor, el cual, como al gran artífice poniendo las manos en la obra, y mirando las criaturas que Dios habia criado, vió entre ellas dos que eran las mas nobles y excelentes. La una era espiritual del todo, y la otra metalada, que es el hombre. Las primeras son los espíritus angélicos de todas las bienaventuradas jerarquías, los cuales los habia Dios criado para pajes de su casa; las segundas son los hombres, para que, después de una larga guerra de dias y años vividos en Dios, recibiesen el triunfo y corona entre los ángeles en la gloria. Vió tambien que así los ángeles como los hombres tenian dos piezas de gran valor por donde él podia salir con lo que se le habia encomendado, que son entendimiento y voluntad. Por el entendimiento conocemos, por la voluntad amamos. El amor está en duda por cuál destos caminos guiará este negocio; y halla por su cuenta que si por el entendimiento lo lleva no sale con lo que pretende; porque esta es la diferencia que hay, entre otras, entre estas dos potencias, que la voluntad es potencia unitiva, esto es, que hace uno al amante con el amado; lo cual no tiene el entendimiento. Esto hace la voluntad; saliendo fuera de sí, y pasando á lo que ama y dejando su propio ser, toma el del amado. El entendimiento ejercita sus actos, recibiendo dentro de sí las especies ó semejanzas de lo que ha de entender, y ajustándolo á su talle. De aquí es que las cosas que valen mas que nosotros, mejor es amarlas que entenderlas; porque amándolas cobramos ser mas perfecto, pues el amor nos uñe con lo amado; y entendiéndolas, parece que ellas pierden de su ser y valor, pues las ajustamos y entallamos conforme á nuestro entendimiento; pero si son de menos valor que nosotros, mejor es entendellas que amallas; porque con amallas nos hacemos de mas bajo ser, pues cobramos el que tienen y perdemos el nuestro, y entendiéndolas las mejoramos por la razon ya dicha. Por esto dijo el glorioso padre san Agustin: Si tierra amas, tierra eres; si cielo amas, cielo eres; y si á Dios amas, Dios eres; conforme á lo que dice el Apóstol: *Qui adhaeret Deo, unos spiritus est cum eo;* El que se uñe con el Señor, hácese una cosa con él y vive una vida misma y del mismo espíritu; así como vuestro brazo vive la misma vida de vuestro cuerpo, porque la vivifica el mismo espíritu que á vuestro cuerpo. Tambien se entenderá de aquí un estilo de hablar que tenemos, y es que Dios nos ama en sí y por sí. Es muy gran verdad, porque no puede amarnos en nosotros conforme á lo que habemos dicho, que el amado es fin del amante. Dios no puede tener alguna criatura por fin suyo, porque al fin es mas noble; y como el que ama pasa en lo amado y cobra aquel nuevo ser, seria cobrar Dios vida y ser imperfecto; cosa que no puede ser. Amamos, empero, por sí y en sí, adonde todos estamos y vivimos; y constitúyese por fin de su mismo amor, no amando cosa fuera de sí. Volviendo pues á nuestro propósito, quédese el entendimiento, dice el amor, pues por él no puedo yo unir las criaturas con su fin, què es Dios, y aferra y apodérase de la voluntad. Y porque, como dicen los filósofos, ninguna cosa puede amarse sin que preceda primero el conocella; porque la voluntad, aunque es señora, empero es ciega, y el entendimiento es su gomecillo y paje que la adiestra; y así, el conocimiento ha de preceder al amor. Por esto el amor representa el fin, que es Dios, á los espíritus celestiales, que, vueltos á mirar aquella fuente de amor dulcísima, arden con un sabroso fuego; adonde, ¿quién podrá decir lo menos de lo que gozan? Están rendidos á aquella divina, pura, antiquísima hermosura de Dios; llévalos el amor enlazados y presos de un dulce y libre lazo de amor, para que tornen á la fuente y principio donde salieron; y como ven aquel sol de infinita belleza, amante eterno de sí mismo, vanse aquellas mentes angélicas, atónitas, enajenadas de sí, libres sin libertad, presas sin prision, como las mariposas á la llama. Allí se encienden y no se queman, arden y no se consumen, apúranse y no se gastan. ¡Oh sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! ¿quién podrá decir lo que sienten los que te gozan? ¡Oh ricas moradas de la celestial Jerusalen, adonde no se sabe qué cosa es noche, porque el Cordero es tu sol que jamás se traspone! *Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! concupiscit, et deficit amima mea in atria Domini;* ¡Qué hermosas son, Señor, vuestras moradas, qué dignas de ser amadas y deseadas de todos! Desmaya, Señor, mi alma con el deseo de verme en ellas. *Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum;* Mi corazon y mi cuerpo salen de sí de contento, y se alegran en Dios vivo. Es tanta la alegría que mi alma siente en acordarse de mi Dios, que, como el corazon sea su principal asiento, y el cuerpo se gobierne por el corazon; al alegrarse el alma, el corazon no cabe en el pecho, de contento; y así, es fuerza que se dilate el alegría por el cuerpo; no queda potencia en mi alma ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria. *O Israel, quàm magna est domus Domini, et ingens locus possessionis ejus!* Dice Baruch profeta: «¡Oh pueblo, oh alma, que deseais la casa de Dios, ensancha ese deseo, abrid ese corazon, que casa rica tiene Dios para hinchiros de bienes; y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas ni con el espacioso mar Océano, ni confina con reinos extraños! Oh casa, oh ciudad, adonde todos aman, adonde el amor jamás tiene fin, porque el amado, Dios, carece de fin!» Y como dice Plotino, el amor es infinito, la hermosura es de otro linaje, la belleza ante toda belleza es flor y fuerza de toda hermosura, principio y fin de toda belleza, que hermosea todo aquello de quien es principio. De aquí desciende el amor á mezclarse entre los espíritus bienaventurados, y anda de pecho en pecho, tomando la posesion de todos ellos, y hace que se amen unos á otros; y no pueden dejar de amarse; porque, así como muchas piedras preciosas puestas al rayo del sol, cada una representa otro sol que deslumbra poco menos que el del cielo; así en cada serafin y en los demás espíritus bienaventurados, heridos y rayados con aquella inmensa fuerza del amado eterno,

Dios, se parece otra fragua de amor divino, y cada uno parece un dios digno de ser amado. Por esto, mirándose unos á otros, y viendo en cada uno aquel Dios que tan dulcemente aman, no pueden dejar de amarse entre sí. ¡Oh ciudad enamorada, quién se viese en tí!

SALMO LXXXIII.

Quàm dilecta tabernacula tua, etc.

¡Qué amables tus moradas,
Señor de los ejércitos del cielo,
Del alma deseadas,
Que desmaya en pensallas desde el suelo!
Y tal dulzura siente
Cuando el Señor piensa en los umbrales,
Que al alma de impaciente
La dejan los espíritus vitales.
Alégranse en Dios vivo
Mi corazon, mi carne, que, movidos
De aquel ardor nativo
De estar contigo, dan por tí gemidos.
Allí halla casilla
A do descanso el simple pajarillo,
Allí la tortolilla,
Ejemplo de un amor casto y sencillo,
Hace su nido amado,
A do guarda sus polluelos,
Y cabe tu sagrado
Altar descansa libre de recelos.
Allí la golondrina
Parlera, con el pico artificiosa,
Junto á la ara divina
Edifica su casa presurosa.
A mí solo se cierra,
Oh Rey de las virtudes, este paso,
Y acá en ajena tierra
Lloró en destierro el infelice caso.
¡Oh, bienaventurados
Los que viven, Señor, allá en tu casa,
Y en tus techos dorados,
A do jamás la gloria y bien se pasa!
Que con un dulce canto,
Cual de los serafines, desde el suelo
Te cantan: «Santo, santo,
Señor de los ejércitos del cielo.»
¡Oh, felice y dichoso
El varon que tiene á tí por muro!
Que el pecho generoso
Lo tiene en el peligro mas seguro,
Y en el corazon hace
Caminos por do vienen las divinas
Fuerzas, do el alma yace,
De tí bajadas por secretas minas.
Todos los deste valle
Andan como entre muchas limpias fuentes
De un deleitoso valle,
Apagando la sed en sus corrientes.
¡Oh, bienaventurado
El que en su corazon la escala arrima!
Por do del estrellado
Cielo se alcanza la suprema cima;
Mientras en este suelo
De lágrimas, do vive en su destierro,
Sospira por el cielo,
Perdido por aquel primero yerro.
Que el legislador Cristo
Le vestirá de bienes, con que halague
A su pueblo, que visto
Le servirá, porque con gloria pague.
Y contino mas fuertes
Crecerán en virtud, hasta aquel punto
Que se truequen las suertes
Y vean todo el bien de Dios por junto.
Señor de las virtudes,
Oyeme agora y atiende á mi gemido;
Y para que me ayudes,
Dios de Jacob, inclina á mí tu oido.
¡Oh defensor y amparo
Nuestro! Pues mi destierro, Dios, has visto,
Vuelve tu rayo claro,
Y asiéntale en el rostro de tu Cristo.
De tu David te acuerda,
Que le ungiste en rey, y desterrado
Se ve; Dios, no se pierda;
Confírmale tú el reino que le has dado;
Que mejor es un dia
De los que allá se gozan en tu casa
Que mil de la alegría
Que da el mundo á los suyos, corta, escasa;
Mas quiero con trabajo
Ser en tu santa casa barrendero,
O si hay otro mas bajo,
Que aquel me será á mí mas placentero,
Que estar en las moradas,
Ni en las soberbias casas de señores,
De jaspe fabricadas,
Gozando sus privanzas y favores.
Que la misericordia
Es la que Dios mas ama y encarece,
Y la paz y concordia,
Con quien lo pequeñuelo en alto crece;
Y la verdad nacida
De aquella celestial y eterna fuente,
Y de allá decendida
Para enderezar acá la humana gente.
Y así, por la primera
Dará gracia el Señor al limosnero;
Tambien por la postrera
Lo colmará de gloria al verdadero,
Y al justo é inocente
No privará del bien que se le debe;
Antes en la luciente
Region de donde todo el bien nos llueve,
De resplandor cercado,
Entre las jerarquías de la gloria
Gozará descuidado
Del fruto que tendrá de su vitoria.
Señor de las virtudes,
Defensa de los hombres verdadera,
Que en llamándote acudes,
Dichoso aquel que en tu bondad espera.

Hasta agora habemos tratado cómo se ha el amor con las criaturas intelectuales, que son los ángeles; bajemos agora á ver cómo se aviene con las racionales, que son los hombres. La raíz de todas nuestras afecciones es el amor, porque todo lo que tenemos, aborrecemos ó deseamos, es por la conveniencia ó desconveniencia que tiene con nosotros. Y tanto es el temor que teneis de perder alguna cosa, cuanto es el amor que la teneis. De aquí es que el gobierno de nuestra vida, los jefes en que se revuelve es el amor. Por esto decia el gran padre san Agustin: *Amor meus, pondus meum, illò feror, quocumque feror*. Todas las cosas tienen su peso y

gravedad, que las lleva tras sí; pues mi peso, dice Agustino, es mi amor, «este me lleva do quiera que voy.» De aquí es que en acertar á entablar bien la voluntad y amor consiste todo el juego de la vida; porque, si este va errado, todo va errado, y si se acierta, todo se acierta; y así, el mismo Agustino dice que el amor proprio hasta despreciar el de Dios edifica la ciudad de Babilonia, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo edifica la ciudad de Jerusalen; que Babilonia es la ciudad del infierno, y Jerusalen la del cielo. Y con irnos tanto en acertar á asentar el amor, es una potencia que no puede estar parada. De aquí nacen nuestros males, de no saber enfrenar este potentísimo apetito; y así, de amor le volvemos en furor.

Hieroteo y el gran Dionisio Areopagita, en aquel himno divino que cantaron del amor, dicen: *Amor circulus est bonus, à bono in bonum perpetuò revolutis;* Es el amor un círculo bueno, que perpetuamente se revuelve del bien al bien. Necesariamente ha de ser bueno el amor, pues naciendo del bien, vuelve otra vez á parar en el mismo bien donde nació; porque el mismo Dios es aquel cuya hermosura desean todas las criaturas, y en cuya posesion hallan su descanso. La razon desto es, porque lo que nace de la hermosura de Dios se dice *amor*, que imposible es que aquella infinita belleza no cause amor. Cuando viene á nosotros enciende el *apetito* y llamase *deseo*. Cuando, sacando al alma de sí, la arrebata y la lleva y uñe con Dios, se llama *deleite;* de suerte que todo el círculo consta de amor en la hermosura de Dios, de deseo en nuestro apetito, de deleite en la union divina. Y cuando decimos *amor*, todas estas tres cosas encerramos en su nombre. Por esto se llama perfectísimo, porque por sí solo encierra los efetos de todas las virtudes y los frutos dellas, y sin él ninguna merece el nombre de virtud; si no, pregúntaselo á aquel gran amador san Pablo que dice: *Adhuc excellentiorem viam vobis demonstro;* Quiero, dice, enseñaros un camino mas cierto y un atajo mas alto, por donde podais llegar mas presto á la cumbre de la perfeccion cristiana. ¿Cuál es? *Si linguis hominum loquar et Angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tiniens.* Es el atajo del amor (dice san Pablo); porque si yo tuviese mas suelta lengua que los ángeles del Cielo, y entendiese cuantos lenguajes se hablaban en la torre de Babilonia, y fuese mas mi facundia y destreza en el hablallos que la de Tulio en latin, y Platon y Demóstenes en griego; si con esto me falta amor, seré un bacin de barbero, ó campana que retiñe en el aire;» mas os digo, que si me diera Dios cuanto espíritu de profeta dió á Moisen y á David y á todos los santos profetas juntos, y conociera todos los misterios y secretos de la Trinidad y toda la ciencia qué saben los querubines, y tuviera tanta fe que mandara arrancar los montes de su asiento, y lo hiciese así; si con todas estas grandezas me falta el amor, no soy nada. Poco digo: si fuese mas rico que Creso y mas liberal que Alejandro, y en hacer hospitales y edificar iglesias, y en casar huérfanas y mantener pobres gastase toda mi riqueza, y cuanta tienen y han tenido los emperadores de Roma y los reyes del Perú y de toda la India, y mas, que es poco esto; si me hiciesen mas martirios que á todos los mártires juntos, que me apedreasen como á san Estévan, me asasen como á san Lorenzo, me aspasen como á san Andres y me desollasen como á san Bartolomé; si me falta el amor, nada me aprovecha. Pues volved agora á mirar lo que hace, y cómo él solo es toda virtud y excluye por sí todo mal. Añade el Apóstol: *Charitas non aemulatur, non inflatur, non est ambitiosa, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate;* El Amor, dice, no es envidioso, no es hinchado ni entonado y altivo, no es ambicioso, no es enojadizo, jamás piensa mal, no le dan contento los dobleces y malicias de los malos. Veis aquí cómo excluye todo mal; pues mirá cómo encierra todo bien. Síguese luego en el Apóstol: «La caridad y amor es sufrido, es benigno, huélgase con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo lleva bien.» Hé aquí cómo encierra en sí todas las virtudes. Si uno ama, cree á quien ama, fíale las cosas de precio, perdónale los hierros de buena gana, no le envidia sus buenos sucesos, no le roba la hacienda, no le quita la honra. Dadme que ame, que yo os daré que cumpla todo cuanto dice san Pablo. Y así, no halló el Sabio con quien igualarlo sino con la muerte; *Fortis est ut mors dilectio;* El amor es fuerte como la muerte; y aun mucho mas, pues venció á la muerte; que por amar tanto el Señor á María y Marta, resucitó á Lázaro. ¡Oh amor, que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences! *Omnia vincit amor, et nos cedamus amori.* Eres lo mas fuerte, pues no vences ejércitos armados, no sujetas reinos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes; mas rindes los corazones humanos, no con hierro y mano armada, mas con dulzura, con regalos, con suavidad, con blandura. Eres ¡oh amor! lo mejor del Cielo y tierra, y lo mejor que Dios puede dar. Pida sabiduría el necio, pídate honra el ambicioso soberbio, pida hacienda el avariento cruel, pida deleites el hombre sensual; que yo, Señor, tu amor te pido. *Nolo tua, sed te,* dice san Agustin; No quiero Señor, á tus cosas, sino á tí. Si tu amor me niegas, á tí te me niegas, y si tu amor me das, á tí te me das; todas las otras cosas que tienes, comunes son á buenos y á malos; pero tu amor solo es para los buenos, solo para tus amigos; con el amor lo tengo todo, sin el amor no tengo nada; pero mirá que el amor puede ser bueno y malo, y para esto supongamos que ninguna cosa hay en nosotros que sea verdaderamente nuestra ni esté en nuestra mano, sino solo el amor. De aquí es que si nuestro amor es bueno, somos del todo buenos, y si este es malo, somos del todo malos. Síguese mas de lo dicho: que á quien damos el amor, damos cuanto podemos y somos, y ninguna otra cosa nos queda que le podamos dar, que nuestra sea. Y si perdemos el amor, perdemos cuanto tenemos, y somos perdidos. Hay mas: que el amor es don y no se puede forzar, y por esto se llama «don dado liberalmente». El don que vos dais, pasa en poder de aquel á quien le dais, de suerte que os desnudais del

señorío que teníades; y el que recibe el don, se enviste en él, y hace á su voluntad de lo que le distes. El amor consiste en la voluntad, porque es efeto y acto proprio suyo; la voluntad es la señora que manda á las demás potencias; el amor llámase potencia unitiva, que une el amante con el amado, sacándole de sí y llevándole á lo que ama, y allí le transforma y hace uno con él. Pues como el amor lleve la voluntad tras sí, y ella, por ser señora, lleve las demás potencias consigo, síguese que el amado es señor de todo el amante, y el amante se transforma en el Amado. Pero descubramos mas de qué suerte se hace esta transformacion, y para esto es de saber que un estilo de hablar que tienen los mundanos en sus profanos amores, de llamar *vida* y *alma* á la persona que aman, es tomada y se funda en una verdad averiguada, aunque aplicada á mal uso. Lo mas excelente y estimado que los hombres, ángeles y el mismo Dios tienen, es la vida. Y de aquí es que todos los miembros se ponen á peligro á trueque de que se conserve la vida, y por esto nació aquel dicho castellano: «viva la gallina,» etc. La razon desto es, porque perder una mano no es perdello todo; aunque me corten un pié puedo vivir; pero la muerte es un perder por junto, donde se pierde mano y pié, ojos, lengua y los demás sentidos. Sabia bien el demonio cuán dulce le era al hombre la vida, cuando, habiéndole quitado al santo Job la hacienda, los criados, el ganado, los hijos y cuanto tenia, alabándole el Señor porque todo lo habia llevado bien, respondió el demonio: *Pellem pro pelle, et cuncta quae habet homo, dabit pro anima sua;* Señor, no os maravilleis de eso, dice Satanás, que á trueque de guardar el hombre su piel, dará de buena gana las ajenas, aunque sean de sus hijos. Así que, esta vida tan dulce hace temer tanto la muerte. Pues mirá agora el artificio de Dios, que, para obligar á todas las cosas á que le amasen, hizo que ninguna dellas tuviese vida de suyo, sino que el cuerpo la tuviese en el alma, y el alma en Dios, el cual solo es vida por esencia; de suerte que si habeis vos de tener vida ha de ser en Dios. ¿Cómo? ¿Entendiéndole? No, sino amándole; porque, como habemos dicho, el amor uñe al amante con el amado, y hácele comunicar la vida de quien ama, y que el amado sea alma del amante. Y así, no es metáfora ni solo estilo de hablar, cuando al amado le llamamos «nuestra vida, nuestra alma». Pruébase claro; porque la razon que hay para que cuando el alma está triste el cuerpo desmaye y se pare flaco y pierda el color, como lo dice el Sabio, que «el espíritu triste seca los huesos», es porque el alma da vida al cuerpo; y así, cual ella le diere la vida, tal la tendrá y la mostrará el cuerpo; pues así tambien, si el amado padece alguna cosa triste, se entristece el amante. Por eso san Pablo, como buen amador, decia: *Mihi vivere Christus est;* A mí Cristo me es vida. Y por esto, viendo á su vida crucificada, decia: *Christo confixus sum cruci;* Estoy yo cosido con mi Cristo en la cruz. David llamaba á Dios *mi salud*: *Dominus illuminatio mea, et salus mea;* El Señor es mi luz, sol mio, resplandor mio, salud de mi alma. Salud, luego vida; porque donde hay salud, hay vida. La esposa llama al esposo *corazon mio: Ego dormio, et cor meum vigilat;* Yo duermo, y mi corazon vela. Y porque el lugar es muy curioso, quiérole declarar de asiento, y probar que sea este su verdadero sentido. Y porque los *Cantares* de Salomon son un égloga pastoril, en la cual se introducen un *pastor*, que es *Cristo*, y una *pastora*, que es la *Iglesia*, es menester tomar la proporcion de lo que acá en los amores humanos suele pasar, á lo que pasa en los divinos. Muchas veces acaece que el que ama y sirve una doncella con quien pretende casarse, la rua de dia la calle, róndasela de noche, y aguarda arrimado á una esquina si verá abrir alguna ventana, ó por algun resquicio descubrirá luz, ó si acaso su dama se asoma á parte donde la pueda ver ó hablar. Y á esa sazon acaecerá que ella, aunque le quiera mucho, esté durmiendo con todo el descuido del mundo. Si acaso él le da música ó hace algun ruido por donde ella despierte en conociéndole, pues tanto le ama, ¿quién duda que no dirá: Yo estoy durmiendo á sueño suelto, y mi corazon y el que amo mas que á la vida está desviado y en la calle? Así finge Salomon, que una noche el esposo, rondando la puerta de su esposa, comenzó á llamarla y decille: «Abridme, hermana mia, amiga mia, paloma mia; mirad que es pasada la mayor parte de la noche, y ya cae el rocío del alba.» A la voz del esposo recordó la esposa de su sueño, y como conoció á su esposo, dijo: *Ego dormio, et cor meum vigilat;* Mira mi descuido (dice la esposa), y el cuidado de mi corazon y mi amado; que yo estoy durmiendo y acostada, y mi esposo en la calle desvelado. Así que los santos, porque viven en Dios, le llaman su vida; san Pablo lo dijo bien, como todo lo demás, en el capítulo 3.º á los colosenses: *Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Cum autem Christus apparuerit vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria;* Estáis muertos (dice el Apóstol), porque no vivís en vosotros ni al mundo; y donde el alma no obra, no se dice que habita; y pues el amor ha llevado á Dios, síguese que estáis muertos. Pues ¿dónde viven, san Pablo? En Dios, adonde está escondida su vida, porque el mundo no llegue á descubrir con sus turbios ojos la vida espiritual de los justos, y por eso la llamó escondida; pero no está sola, sino con Cristo, que está escondido en Dios, porque está en el seno del Padre, y dijo de sí mismo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre.» Dícese tambien estar Cristo escondido en Dios, porque hasta el dia del juicio universal no es conocido de muchos gentiles, judíos y bárbaros; pero entonces le conocerán, como lo dijo David: «Será conocido el Señor cuando tomare las cuentas al mundo.» Entonces, dice san Pablo, cuando apareciere Cristo, vuestra vida aparecerá; esto es, se descubrirá y conocerá el mundo que viviades. Llamó á Cristo *nuestra vida*, porque él nos la da. De aquí se sigue que conforme al amor, sube ó baja de valor el hombre; porque no es mas bueno de cuanto lo fuere la vida, y esta la da el amor; luego no será mas buena de cuanto lo fuere lo que ama. Por esto dijo mi padre san Agustin:

«Si tierra amas, tierra eres; si cielo, cielo eres; si á Dios, Dios eres;» porque, *Qui adhaeret Deo, unus spiritus est cum eo;* El que se allega á Dios, hácese un espíritu con él. Luego si de un espíritu vive, tendrá la misma vida, y se llamará Dios en su tanto, conforme á lo del salmo alegado por el Redentor en san Juan, en el capítulo 10: «Yo dije: Dioses sois, y todos los buenos sois hijos del Altísimo.» Conocia bien David que lo que amase le daria vida cual ello fuese; y así, decia: *Mihi autem adhaerere Deo bonum est, et ponere in Domino Deo spem meam;* Muy buena cosa me es á mí allegarme á Dios y poner en él toda mi esperanza. Y porque sin vida poco aprovecha la riqueza ni aun el cielo, y con ella (digo la verdadera) no hace falta la gloria, decia: *Mihi autem quid est in coelo? Et à te quid volui super terram?* ¿Qué quiero yo, Dios mio, bien mio, gloria mia, sin vos en el cielo? Si vos, esperanza mia, no estáis allí, todo me será noche, todo tristeza, todo infierno; y si á vos, vida de mi alma, os tuviese en el infierno, me seria dulce paraíso, allí tendria yo gloria. ¿Qué quiero yo de vos sobre la tierra? Nada por cierto, pues sin vos no tengo vida, y el muerto nada ha menester de cuanto el mundo tiene. Pues decidme, David, ¿qué os daria contento? *Defecit caro mea, et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum.* ¡Ah, que desmaya el alma mia y se enflaquece el corazon acordándome de lo que quiero! Dios mio, corazon mio, ¿qué puedo yo querer sino á vos? Que vos seais mi heredad, de quien me viene todo el fruto de mi gloria: *Quia ecce, qui elongant se à te, peribunt;* Porque los que de Vos ¡oh fuente de vida! se apartan, perecen y mueren; porque, dejando la vida, ¿qué esperan sino topar con la muerte? Huyen de la fuente; ¿qué les queda sino morir de sed en el calor del infierno? Apártanse de su alma; luego serán una sombra vana. De lo dicho inferimos que, pues lo mejor y mas dulce que el hombre tiene es la vida, y conforme á recta razon ha de desear para sí la mejor y mas perfecta, y esta es Dios, y pues no la podemos alcanzar sino es amándole, que lo primero que habemos de amar es Dios, pues él solo es superior á nuestra voluntad. Esto mismo nos enseña toda la órden de naturaleza; porque las cosas inferiores y menos dignas se mudan en las superiores y mas dignas. Así se convierten los elementos en las plantas; estas, por sus frutos, en naturaleza de animales, que los comen; los animales se convierten en el hombre, comiéndolos y manteniéndose de su carne; y allí se perficionan y ennoblecen. Luego, para que todo el hombre se mude en mejor, ha de amar primero á Dios. Toda la naturaleza da voces que la cosa que primero se ha de amar es Dios, y cuando falta esta órden, es mal amor y desordenado. Esto es lo de *diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua, et ex omnibus viribus tuis.* Mándanos el Señor que le amemos de todo corazon, con todas nuestras fuerzas, así del alma como del cuerpo, con todas nuestras potencias interiores y exteriores, y con todo lo que somos, para que nosotros todos nos mudemos en él, y no haya parte en nosotros que no se ennoblezca, cobrando mas noble vida en él, amándole con todas ellas. Hé aquí agora la gran fuerza del amor, y de qué suerte uñe á los ángeles y á los hombres con Dios. Resta agora que digamos cómo va un hombre cayendo de tan alto estado, y viene á morir por el pecado, y á destruir y borrar la imágen de Dios, y á imprimir en su alma la del demonio.

PARTE II.

§. I.

Estado primero de pecadora.

Para pintar el estado de pecadora en que se vió la Madalena, será bien tomar el Evangelio por guia, para que nos adiestre y no nos perdamos de nuestro intento. Y lo primero, supongamos que el Espíritu de Dios nos pone delante los ojos á la Madalena como un raro y admirable ejemplo de penitencia. Suelen los grandes pecadores, á quien sus muchos pecados han traido á cegalles la luz del entendimiento, desconfiar de poder alcanzar perdon; porque, cuando entran en cuentas con su conciencia, á sí mismos se aborrecen y son intolerables. Y cuando les dicen: Hermano, ¿por qué no haceis penitencia? Por qué no acabais ya de determinaros á salir de vuestro pecado? Responden: ¿Cómo quereis que salga si ya para mí no hay cielo ni misericordia? Un hombre como yo, que toda su vida la ha gastado en ofensas contra Dios, ¿qué esperanzas podrá tener de su remedio? Y así, dejan de volverse á Dios, como lo dice Jeremías: *Prohibe pedem tuum à nuditate, et guttur tuum à siti. Et dixisti: desperavi, nequaquam faciam; adamavi quippe alienos, et post eos ambulabo.* Mira la locura de mi pueblo (dice el Señor), que diciéndole yo: Pueblo mio, ¿por qué, pudiendo andar calzado en el invierno, quereis andar descalzo? Por qué, pudiendo tener refresco en el verano y beber frio, quereis perecer de sed? Mas claro: ¿Por qué, alma, pudiendo andar vestida de gracia, que es ropa que os tendrá el frio de la desnudez del pecado, quereis andar desnuda de virtud y sufrir los hielos de los vicios? ¿Y por qué, pudiendo hallar refresco contra el calor desordenado de vuestras pasiones en mí, que soy fuente de vida eterna, quereis mas secaros al ardor de vuestros pecados, para haceros madero seco para arder para siempre en el infierno? Y Señor, ¿qué os respondió vuestro pueblo á tan justa querella? *Desperavi, nequaquam faciam.* La respuesta fué: «Ya es tarde, que he desesperado del remedio.» No lo haré, porque toda la vida he amado á los extranjeros, esto es, á los vicios y pecados, que se llaman *extranjeros* porque no eran de nuestra cosecha ni era lo que Dios habia sembrado en el alma; porque el Señor solas virtudes habia sembrado. Lo mismo dice en el capítulo 28 del mismo profeta. Díceles el Señor: *Revertatur unusquisque à via sua mala, et dirigite vias vestras, et studia vestra.* Aconsejéles yo que torciesen la rienda del camino que llevaban, que se volviesen á mí, que dejasen ya de pecar.

Respondiéronme : *Desperavimus : post cogitationes nostras ibimus, et unusquisque pravitatem cordis sui mali faciemus;* Desesperado habemos; ya no hay mas de seguir tras nuestro deseo y hacer cada uno su mal intento. Otros hay que se excusan con decir que desean hacer penitencia, pero que no saben cómo la hagan. Y á las veces el pecado los ha traido á tal estado, que, aunque á ellos y á los hombres les parezca que hacen penitencia, no la hacen á los ojos de Dios, porque no lloran por él, sino por sí mismos. Lloraba Esaú, dice la Escritura, *Genesis*, 27, y refiérelo san Pablo á los hebreos en el capítulo 12: *Esau propter unam escam vendidit primitiva sua; scitote enim quoniam et postea cupiens haereditare benedictionem, reprobatus est: non enim invenit poenitentiae locum, quanquam cum lacrymis inquisisset eam;* No seais profanos como Esaú (dice el Apóstol), el cual por una comida vendió el derecho de su mayorazgo. Que sabed que, después arrepentido, y deseando heredar la bendicion de su padre Isaac, se halló burlado y llegó tarde su arrepentimiento; tanto, que no le aprovechó la penitencia, aunque la buscó con lágrimas. Pecó Esaú en vender la herencia de primogénito, porque era el derecho que tenian al sacerdocio, que iba entonces por los mayorazgos; y así, cometió simonía. Jacob no, porque no compró propriamente, sino solo redimió su vejacion; pues que, conforme á la ordenacion divina, á él se le debia el mayorazgo y la bendicion. Lloró Esaú, no por su pecado, mas por el interés que perdia; y así, no fué verdadera penitencia, que á serlo no le negara el clementísimo Señor el perdon. Así fueron tambien las lágrimas del rey Antíoco, que, habiendo robado el templo de Jerusalen, le castigó Dios con una espantosa enfermedad; y siendo el dolor que le causaba vehementísimo, dice la Escritura: *Orabat scelestus Dominum, à quo non esset misericordiam consecuturus;* Oraba el malvado rey al Señor, de quien no habia de recebir ni alcanzar misericordia. Pero la divina bondad á nadie desecha si de corazon se vuelven á él. Y así, dice el Sabio: *Quis enim invocavit Deum, et despexit eum?* ¿Quién hay que pueda decir con verdad que, habiendo llamado á Dios como debe, le haya Dios desechado y dado con la puerta en los ojos? Nadie por cierto. Así que, volviendo á nuestro propósito, unos desesperando del perdon por la grandeza de sus pecados, no hacen penitencia; otros dicen que no saben cómo la han de hacer; y ya que hacen algo, no es verdadera penitencia. Pues para que ni los unos ni los otros tengan excusa de su pecado, pone la Sabiduría divina un raro ejemplo de penitencia. Una Madalena cargada de pecados de piés á cabeza, que, con sus lágrimas y dolor, y amor que al Redentor tuvo, llegó á oir de la boca del mismo Dios aquel «bien te quiero», con que hace bienaventurados. Dice pues nuestro Evangelio:

§. II.

Rogaba á Jesus un cierto fariseo que comiese con él. Convidando uno á comer á Diógenes el Cínico, no quiso ir ni acetar el convite. Y preguntándole la causa, respondió: «Porque el otro dia me convidaron y no me dieron gracias por ello.» Parecíale á este filósofo que le habian de agradecer el querer ir convidado, y cierto tenia razon; porque, cuando vos llevais un hombre sabio á vuestra casa y le sentais á la mesa, mayor merced os hace él en ir que vos en llevalle. La razon es, porque lo que él en vuestra mesa come vale pocos maravedís, y lo que él allí os enseña no tiene precio. Dice el Sabio: *Narratio fatui quasi sarcina in via: nam in labiis sensati invenietur gratia. Os prudentis quaeritur in Ecclesia, et verba illius cogitabunt in cordibus suis;* ¡Qué pesado es un necio en entenderse (dice el Sabio), y cómo muele si os habla! Qué torpe es en declararse! Qué cabezudo en sus porfías! No hay carga que tanto pese al que va á pié como la conversacion cansada de un necio; lo que es al contrario en un discreto. Luego bien decia Diógenes, «que se le habian de dar gracias, porque acetaba el convite.» Pues si las merece un hombre sabio por el interés que trae su conversacion, ¿cuántas se deben de dar á Dios, que quiera comer con los hombres y honrarles su mesa? «Yo estoy á la puerta y llamo (dice el Señor); si alguno me abriere, entraré y cenaré con él.» ¡Oh gran Dios, que porque no sea menester buscarte estás á la puerta y no quieres mas de que te la dén, que tú te entrarás! No dices, Señor, si alguno me rogare, sino si alguno me abriere; porque entienda el pecador que tiene un Dios tan pegajoso, que ha menester pocos achaques para entrar y quedársele en casa: *Deliciae meae esse cum filiis hominum*, decías tú, Señor. Pues ¿qué mucho que convidándote y rogándote este fariseo comas con él? Pero aun aquí, Dios mio, hallo nueva razon de alabar tu bondad, tu clemencia y mansedumbre. No me espantaria yo de que Diógenes acetase la mesa ajena; porque al fin, ya que no le daban buenas gracias, no se las daban malas; mas, espántome mucho ver que admite Cristo convite de fariseo; porque no solo no le agradecian el acetallo, mas aun mirábanle á las manos y contábanle los bocados para calumniallo. Y así, dice el Evangelista que entró un dia de fiesta el Señor en casa de un fariseo á comer, y él y los demás le tenian ojo para ver si se desmandaba en algo para acusalle. Y así, le llamaban «gloton, destemplado, amigo del vino», y otras graves blasfemias. Pues Señor, ¿qué novedad es esta? ¿Vos no sois el que teneis nombre de comer con los publicanos y pecadores? En el capítulo 23 de san Mateo nos pintais las costumbres de los fariseos de tal manera, que entendemos que no es gente de quien vos gustais. Gente que se pica de santa en lo exterior; vos, Señor, comeis corazones. Gente pagada de sí; vos, Señor, quereis los hombres descontentos de sí mismos. Gente ambiciosa, codiciosa, gran pregonera de sus cosas; vos, Señor, abominais todo esto. Finalmente, por el mismo caso que gustais tanto de comer con sus contrarios los publicanos, entendemos que estotra gente no es á vuestro sabor. Convidaisos á comer con un Zaqueo, pero era príncipe de los publicanos. Vaisos con Mateo, pero

era un alcabalero pecador. Pues ¿qué quiere decir agora mudar costumbre? Y aun por eso dice el Evangelista: *Rogabat;* Rogado va, y muy rogado. A los otros él se convida, pero con estos rogado y casi por fuerza. Y entiendo que mas le lleva la pecadora que sabe que ha de ganar allí. En casa del otro fariseo sanó un hidrópico, y por eso fué; aquí sana una gran pecadora, y por eso va. Mas ¿cómo no quereis que vaya si dice *Rogabat?* ¡Oh fuerza del ruego é importunacion, que traes á Dios á casa de un pecador! *Et si ille perseveraverit pulsans, dico vobis, propter improbitatem ejus surget, et dabit illi*, dice el Señor. Quien tiene un amigo que si acaso de noche y á deshora le viene un huésped y se halla desproveido de lo que ha menester para dalle de cenar; este vase á casa de su amigo, y dícele: «Un huésped me ha venido, prestadme tanto pan y vino para dalle.» Si estando ya acostado, se le excusa que no es ya hora de abrir la puerta y que no hay quien se lo dé; si el que tiene la necesidad insiste llamando, y ruega, «En verdad os digo (dice Cristo) que, cuando no lo haga por su amigo, por la importunacion y por echallo de sí se levantará y le dará lo que pide y aun mas de lo que pide.» ¡Poderosa fuerza la de la oracion, que va cautivo Dios, va atadas las manos, va rendido! ¿Cómo quereis que vaya adonde este fuerte Jacob, este vitorioso luchador de la oracion le lleva? Por eso va á comer. Esmérase Dios en pagar bien la posada; porque no cabe en ley de buena crianza posar en una casa y dejar al huésped descontento. Elías pagó la posada á la pobre Sunamites con dalle harina y aceite para el tiempo de la gran hambre, y después le resucitó el hijo que era muerto. Su dicípulo Eliseo por sus oraciones alcanzó que tuviese hijo su huéspeda, y después, habiéndosele muerto, le volvió á la vida. Pues si entre gente de bien se tiene esto por falta, ¿cuánta razon será que entendamos que pagará bien Dios la posada que le diéremos? El bienaventurado san Ambrosio pondera mucho aquella diligencia con que Zaqueo hospedó á Cristo. ¡Qué priesa es esta! *Sciebat uberem esse hospitii mercedem;* Habia oido decir Zaqueo á otros huéspedes cuán bien pagaba Cristo, y por eso se mostraba tan diligente. Comia con pecadores, y perdonábales sus pecados; con los gentiles, y traíalos á la fe; con sus amigos, por acrecentallos en su amor; con los fariseos, para humillarlos; y así, no quedó este sin galardon, pues fué alumbrado del error en que vivia, y en su casa se celebró tan alto sacramento como el de la Penitencia.

§. III.

Et ingressus domum pharisaei discubuit. No es el Señor de los que «mientras mas lo ruegan mas se extienden». No os turbe el haberos dicho que le rogaba y que á fuerza de ruegos se va con el que le convida; que no es esto porque él os quiera negar lo que pedis, sino por gozar de vuestro ruego, que es lenguaje que á él mismo agrada. Tiene un padre un hijo pequeñuelo, y el niño viendo al padre con una manzana en la mano, pídesela; no se la da luego, cierto es que huelga de dársela; pero por gozar de los halagos y lisonjas del niño se la detiene. Iba la Cananea en pos del Redentor, lloraba, llamábale, pedíale misericordia para una hija que tenia; la necesidad era grande, sus lágrimas muchas, su fe extremada, su trabajo digno de compasion, y con todo eso: *Non respondit ei verbum;* dice el Evangelio que «no le respondió palabra». Sobre lo cual dice san Crisóstomo, espantado que no le respondió palabra: ¡Oh cosa nunca vista! Oh caso jamás esperado de Dios, que le ruegue una mujer, que le suplique, que le importune, que llore su causa, que cuente su pasion y acreciente la tragedia con llantos, y que el Amador de los hombres no le responda! ¡Que calle la palabra! Que esté cerrada la fuente! Que el médico detenga las medicinas! ¿Qué es esto, espejo de los santos, resplandor de la gloria? Qué novedad es esta, oh guarda de los hombres? Vos provocais á otros á que os sigan, ¿y á esta miserable mujer, que os sigue, la desechais? ¡Qué esperanza me queda, oh Padre del cielo, á mí, tibio, si á tanta fe cerrais la puerta! ¿Adónde está lo de *pulsate, et aperietur vobis;* Llamad y os abrirán? Vos, Señor, en naciendo trujistes de Oriente á los reyes, y resucitando mandais á vuestros dicípulos que vayan por el mundo á convertir gentes; ¿y agora, que viene esta desdichada mujer á rogaros por su hija, llorando su desventura, no le respondeis? Al Centurion, que os rogó por su paje, le dijistes: «Yo iré y le curaré;» á un ladron, por una palabra le dais el cielo; al paralítico, sin pedíroslo, le mandais que se levante sano; á Lázaro le volveis de allá del infierno; vos, que curais los leprosos, resucitais los muertos, alumbrais los ciegos, salvais los ladrones, perdonais las rameras, ¿no respondeis á esta desventurada? Era porque se holgaba del sufrimiento y paciencia de la Cananea, y por acrecentalla en la fe, y porque la mas alta alabanza que damos á Dios es tener siempre grandes esperanzas de su misericordia: *Ego autem semper sperabo, et adjiciam super omnem laudem tuam*, dice David; Yo, Señor, siempre esperaré, aunque me vea el agua hasta la boca, siempre tendré esperanza que me ha de llegar á sazon vuestro socorro, y con esto acrecentaré sobre toda vuestra alabanza, porque huelga mucho el Señor que esperemos de su Majestad grandes cosas. Así, en nuestro propósito, si se hace de rogar algunas veces, no es por no concedernos la merced que le pedimos, siendo justa, mas por el contento que recibe de que le roguemos. Si no, miradlo en la facilidad con que en entrando se sentó á la mesa; parece que temia no le desconvidase. Parece esto á lo del hijo pródigo, que en viéndole de léjos corrió, los brazos abiertos, á recibirle, como si temiera que se le habia de volver. ¡Oh entrañas de misericordia! Y ¿adónde con tanta priesa? ¿Para dónde correis, Dios mio? Dejadme, que voy á recebir á mi hijo. Pues Señor, ¿no veis que os ha gastado la hacienda? No veis que os ha ofendido? ¿Que es un perdulario? ¡Ah! que es mi hijo, dice el buen Padre Dios, y voy muy alegre para recebille. Luego en entrando se asentó el Señor; luego quiere posesion, y de tal manera, que, después de entrado,

no se os irá hasta que le echeis de casa, y aun despues se os arrimará á la puerta, esperando si le quereis abrir: *En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos*, decia la esposa; ¿No veis á mi esposo, á mi amado, que está tras la puerta, mirando por los resquicios del cancel y acechando por las rendijas de las ventanas? Es que está mirando qué es lo que hace la esposa, el alma, con deseo de hallar por donde entrar. Por esto se llama sol; porque, así como el sol entra por cualquier agujerito de la ventana, por pequeño que sea, así tambien Dios, por cualquiera entrada que le deis, por cualquiera ocasioncita, por un oido que dejeis abierto, por una palabrita, por un sospiro dado con deseo, al fin se aprovecha de cualquier ocasioncilla que halla para nuestro remedio. Por agua se lanzó para entrar á una samaritana, por pesca para un san Pedro, y le hace decir: *Exi à me Domine, quia homo peccator ego sum;* Señor, salí de tan pobre barca como la mia, que soy un hombre pecador que no merece tanto bien. ¡Oh san Pedro! Y ¿qué decis? El anda por quedárseos en casa, y vos por echarle della. ¿Y si sois pecador? Y aun por eso es bien detenerle, que á la presencia de la gracia necesario será que huya el pecado; paréceles á los hombres que es negocio de cumplimiento, y que es metáfora y manera de hablar que inventan los predicadores, sacada de sus cabezas; porque dicen ellos que no ven á Dios tras la puerta. Esto es de entendimientos muy carnales. ¿Y no miras una buena inspiracion que Dios te envia? ¿Un castigo, un no enviarte agua, una enfermedad? Que sea esto así; que llame, y para ello envie estos castigos, pruébase en muchos lugares de la Escritura, particularmente en el capítulo 4.° del profeta Amós; y porque el lugar es galan lo diré aquí todo: «Oid, vacas gordas, los que os apacentais en los fértiles montes de Samaria, los que á los pobrecillos los armais lazos y los calumniais, hechos acusadores de lo que no cometieron, por pelalles la poca hacenduela que tienen. Jurado ha el Señor por vida de su Hijo, que es su santo, y ha puesto la mano en el ara consagrada, que han de venir dias en que, hechos tasajos, os han de asar vuestros enemigos en lanzas y hinchirán sus ollas de vuestras carnes, y que harán ollas podridas de vosotros. ¿Por qué, Señor, tal estrago en ellos? Porque yo, por vuestros graves pecados, os dí tanta falta de pan, que se os olvidaba el comer y se os mohecian los dientes; y con todo eso, no os volvistes á mí, dice el Señor. Yo tambien os quité la lluvia y cerré el arca del agua; llovi sobre una ciudad, y no sobre otra, y los campos que no se llovieron se secaron; y venian dos pueblos y tres á buscar agua á otro, donde sabian que habia alguna fuente; y les daban el agua por tasa, de suerte que no se hartaban; y no os habeis vuelto á mí, dice el Señor. Envié arañuela en vuestros frutales, helé las viñas, añublé vuestras huertas, comióse el gusano las aceitunas, y ni aun así os volvistes á mí, dice el Señor. Envié muerte y cuchillo en vosotros, camino de Egito, cuando os salieron los enemigos con mano armada, y cayeron en la guerra los mas floridos y robustos de vuestros soldados; los enemigos apañaron la presa y cautivaron vuestros caballos, y fué tanta la carnicería, que llegaba el hedor de los muertos á vuestras narices; y no os volvisteis á mí, dice el Señor. Mas, que os derroqué las casas y poblados, como á Sodoma y Gomorra, y salistes del fuego como tizones medio quemados; y con todo eso, no habeis vuelto á mí, dice el Señor.» De manera que en todo este capítulo va probando remedios para entrarse en casa, y si los castigaba, era no mas que llamarlos para que se volviesen á él. Y porque vi este capítulo 4.° del profeta Amós traducido á la letra, he querido ponerlo aquí para desempalagar el gusto á los que esto leyeren.

Oidme, vacas gordas
Del monte de Samaria,
A do paceis las yerbas regaladas,
Y las orejas sordas
Volved ya voluntaria-
Mente, del verde pasto descuidadas:
Por vos son quebrantadas
Las fuerzas á los pobres,
Robando sus alhajas,
Hasta las pocas pajas
Del pobre lecho; que aun los duros robres
Lloran sus sinrazones,
Con no habelles Dios dado corazones.

Pues ya Dios ha jurado
Por vida de su Hijo,
Con la mano en el ara consagrada,
Que el enemigo airado,
Con grita y regocijo,
Le vengará esta injuria con la espada,
Y que despedazada
Vuestra carne, allí luego
Harán los asadores
De las lanzas mayores,
Y asarán los tasajos en el fuego;
Y para sus comidas
Harán de lo que queda ollas podridas.

En Betel adorastes,
Do está el becerro de oro,
Y en Galgala, lugar de idolatría;
Y pues ya comenzastes,
Gastá el rico tesoro
En tales sacrificios noche y dia.
Y de la hacienda mia
Les ofreced primicia,
Y al pan con levadura
Llamad ofrenda pura.
Oh hijos de Israel, tanta malicia
¿Cómo será posible
Que no se vengue con furor terrible?

Pensando de emendaros,
Por pan os dí gran hambre,
De suerte que el comer se os olvidaba.
No me bastó cortaros
De la vida el estambre
Cuando en lo mas florido y verde estaba.
Y puesto que os llamaba,
Jamás á mí os volvistes;
Yo, faltando tres meses

Para coger las mieses,
Mandé que no lloviese, como vistes,
Y el agua cayó de arte,
Que á vuestras mieses no les cupo parte.

Los rios desmayaron,
Secáronse las fuentes,
La gente se caía, de sedienta.
Dos pueblos se juntaron
Por buscar las corrientes,
De quien acaso alguno les da cuenta.
Mas aun el agua lenta
En viéndolos huía;
Y así, no se hartaban,
Aunque lo procuraban;
Mas esto no venció vuestra porfía,
Ni quisistes volveros
A mí, que me dolia solo en veros.

Pasó mas el castigo,
Porque os envié langosta,
Y vuestros huertos todos se añublaron;
Y al gusano enemigo
Mantuve en vuestra costa,
Cuyos dientes las viñas os talaron;
Tampoco perdonaron
Al olivo aceitoso,
Ni á la higuera verde,
Que el dulce fruto pierde;
Mas no os bastó un castigo tan furioso.
Ni quisiste volveros
A mí, que me dolia solo el veros.

Salió la muerte airada,
Y camino de Egito
Degolló vuestros mozos mas valientes;
La juventud prostrada
Quedó en aquel conflito,
Para mayor espanto de las gentes.
Los caballos dolientes
Y tristes van cautivos,
Y el hedor de los muertos
Llega de los desiertos
A dar en las narices de los vivos;
Mas no basta volveros
A mí, que me dolia solo el veros.

No contento con eso,
Por sola vuestra emienda
Derroqué vuestras casas por el suelo,
Y de Sodoma el peso
Os cargué, porque entienda
Vuestra maldad la tierra y todo el cielo.
Quedastes deste duelo
Como tizon quemados.
Cielos, seime testigos
Que, tras tantos castigos,
Los hijos de Israel me han olvidado:
Ni se han vuelto, con ellos,
A mí, que me dolia solo el vellos.

Yo haré, Israel,
Estas cosas contigo,
Y á lo menos, después de ya pasadas,
Seime siquiera fiel
Y tenme por amigo,
Y disponte á seguir tras mis pisadas.
Quien crió las peladas
Montañas, y el que cria
Este viento que vuela,
Y al hombre le revela
Su querer, y la noche vuelve en dia,
Tiene, porque te asombre,
Señor de los ejércitos por nombre.

De lo que el Señor dice en este capítulo del santo Profeta, se colige evidentemente cuánta verdad sea lo que íbamos tratando del deseo que tiene de estar con nosotros, y que los castigos que envia, las amenazas, y todo lo que á nosotros nos parece aspereza y desamor, no es otra cosa sino un llamar á la puerta y estar arrimado á ella, aguardando que le abramos. Al otro le levanta los ojos al cielo para que vea las grandes obras de Dios, y de allí se mueva á recogerse y á ver que ha ofendido á Dios. A unos amenaza, á otros halaga; á estos pide celos, á aquellos se muestra enojado. Pues ¿qué otra cosa es tan vario modo de atraer, sino estar mirando Dios tras la puerta para atalayar si vos descubris en vos algun portillo por donde él pueda entrar á vivir con vos? Si no tuviéramos palabra de Dios firmada con el sello del su Espíritu en la sagrada Escritura, que nos dijera que es el gusto que Dios toma con el hombre y con su trato, no lo dijera yo. Después de criado el hombre, que fué lo último con que Dios alzó de obra, dice la Escritura: *Requievit Dominus ab universo opere, quod patrarat;* esto es, cuando Dios en el primero dia hizo la luz no quedaba del todo contento; y así, al segundo dia hizo el cielo estrellado; y puesto que le dió contento su belleza, como tambien se lo habia dado la luz, aun le faltaba algo para su regalo; por eso al tercero dia descubrió la tierra y poblóla de yerbas y plantas y de árboles de fruta; parecióle bien á Dios, pero aun quedaba lo mejor. Llega el cuarto dia, y cria esas dos lumbreras del cielo: el sol, que es fuente de luz, alegría del mundo, espejo purísimo y resplandeciente, ojo del cielo; y la luna, caudillo y princesa de las estrellas; para que el uno alumbrase el dia, y la otra presidiese de noche á las obras de los mortales. ¿Quién pensara que habia mas que desear ni que quisiera Dios pasar mas adelante, viendo aquella hermosura que tanto lleva tras sí los ojos? Pues, aunque le pareció muy rebien á Dios, dice que no lo ha por eso; y al quinto dia hinche esos senos del mar inmenso de diversidad de pescados que jueguen á su placer en las espaciosas aguas; y los rios y estanques, fuentes, manda que se pueblen de peces; cosa que, aunque la belleza del sol y luna y estrellas es mucha, al fin no viven ni sienten ni tienen actos vitales, como los peces, y por eso son mas nobles. Manda tambien que en ese mismo dia del agua se produzgan las aves, para que con libre vuelo, rompiendo el delicado viento con las vagas alas, jueguen en el abierto cielo, y que con las doradas plumas, pintadas de mil colores, retocadas con los rayos del sol, hagan millares de vislumbres, pareciendo mas hermosas de lo que son en su ser natural. Ni aun aquí cansó la poderosa y liberal mano del gran Padre del cielo; y así, por no dejar la tierra mas pobre y despoblada de lo que habia hecho al aire, manda que al sexto dia salgan en nuevo ser todas las especies de animales

de que tan llenos vemos hoy los campos y los montes y toda la tierra, con tanta variedad de propiedades y condiciones, que lo mas que dellas sabemos es lo menos que ellas tienen. ¿Hay mas que desear, gran Dios? ¿Falta aun algo para vuestro contento? ¿Queda cosa que sea de nuestro gusto que no esté ya hecha? Bien estáis en la cuenta; aun falta lo mejor y no ha llegado á su punto el descanso mio, dice Dios. Y para que mejor se entienda, nota lo que Abdalá, sarraceno, dijo: preguntado cual era la cosa de mayor admiracion que en esta mundana farsa se hallaba, respondió que el hombre. Lo mismo dijo Hermes Trismegisto, hablando con su hijo Asclepio: *Magnum, oh Asclepi, miraculum est homo!* ¡Por cierto, oh Asclepio, gran milagro es el hombre! No es la razon las alabanzas que del hombre se dicen, que es lengua de todas las criaturas, pariente de los ángeles, intérprete de naturaleza, medio entre la eternidad y el tiempo, y como dicen los persas, lazo del mundo, poco menor que los del cielo; grandes cosas son estas, pero no tales, que con derecho se alcen con el nombre de admirables, pues los ángeles les hacen mil ventajas. La razon principal es: habia el soberano Maestro compuesto esta mundana casa á la traza de su sabiduría; habia hermoseado de espíritus la sobrecelestial region, las esferas de estrellas y planetas, todo este mundo inferior le habia poblado de animales; faltaba quien conociese la grandeza del Hacedor y la ilustre obra; por esto, acabando ya todo lo demás, comenzó á tratar de producir al hombre. Pero ¿cómo será eso, que en los archivos divinos no hay de donde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con qué heredalle, ni en las sillas del mundo no hay lugar adonde este contemplador del universo se asiente? Pero decidme, sabio moro: ¿cómo decis que en los archivos divinos no hay donde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con qué heredalle, ni en las sillas del mundo no hay alguna vacía donde se asiente? Bien digo, responde Abdalá, porque el hijo ha de ser intelectual ó no. Si ha de serlo, ya en el cielo los hay, y la region suprema está llena de espíritus intelectuales; si no ha de tener entendimiento, ha de ser bruto; ya la tierra está llena dellos; y mas, que si de sus tesoros se le ha de dar gloria, ya la tienen los ángeles; si tierra, ya la poseen los brutos. Y esto es lo que dice la Escritura: *Igitur perfecti sunt coeli, et terra, et omnis ornatus eorum; sed homo non erat, qui operaretur terram;* Acabó (dice Moisen) el Señor de dar perfecion á los cielos, hinchéndolos de ángeles, á la tierra poblándola de animales, crió todo lo que para el ornato y hermosura del cielo y tierra era menester; pero no habia criado al hombre, que pudiese trabajar y labrar el paraíso. Mas no era cosa decente que Dios no pudiese tener otro nuevo hijo, siendo de poder infinito, ni le estaba bien á su gran sabiduría ni á su paterno amor. Determinó pues el supremo Artífice que aquel á quien no se le podia dar alguna cosa nueva, le fuese comun todo lo que á los demás animales les era propio. Toma pues al hombre, que aun no tenia propia imágen, y puesto en medio, hablóle así: Ni te damos cierto asiento ni propio rostro ni don particular; porque la silla que conforme á tu albedrío y el rostro y los dones que tú te deseares y quisieres escoger, esos tengas; todas las demás criaturas tienen limitadas leyes y naturalezas; á tí ningunas te estrechan. Por tu albedrío, en cuya mano te he puesto, has de hacerte ley; púsete en medio del mundo para que de allí mirases mejor lo que hay en él; ni te hicimos celestial ni eterno, mortal ni inmortal; tú has de ser como árbitro y nuevo entallador de ti mismo; podrás degenerar en las cosas inferiores que son los brutos, y podrás transformarte en las superiores y divinas, segun te pareciere.» ¡Oh suma liberalidad del Padre celestial! Oh admirable felicidad del hombre, á quien fué dado tener lo que desea, ser lo que quisiere! Los brutos desde su nacimiento sacan consigo lo que han de ser; los ángeles en siendo criados se hallaron perfetos, y en eso no se gastó tiempo; mas en el hombre sembró Dios todo linaje de semillas de virtud, y conforme á lo que cada uno labrare, aquello cogerá; si regalos del cuerpo, haráse planta, que solo se aumenta y crece; si las cosas sensuales, será bruto; si las racionales, saldrá animal celestial; si las cosas intelectuales amare, será ángel; y si con ninguna destas suertes se contenta, si se volviere á su centro y se uniere con él, haráse un espíritu, y endiosarse ha; porque quien se allega á Dios hácese un espíritu con Dios. Hé aquí al hombre criado, y compuesto el mundo. En acabando Dios de criar al hombre, dice la sagrada Escritura: *Et requievit Deus die septimo ab universo opere quod patrarat;* Descansó Dios de las obras que habia hecho; esto es, no habia descansado en la creacion de todas las cosas hasta que formó al hombre. Entonces dijo: «Agora sí estoy contento, que he hecho casa para mí; ya tengo donde reposar, en el hombre estará mi descanso de aquí adelante.» Diréismo que no es tan literal ese lugar, y que querríades que os diese alguno que os convenciese, pues es cosa en que tanto os va, y de que recibiréis mucho gusto y aun mucha confianza si os lo persuadiésemos. Pues mirá: Dios quiso tanto al hombre, que primero le aderezó casa acá en la tierra, y después le tomó posada allá en el cielo, como á gran señor; que cierto está que Dios no la habia menester para sí. En el capítulo 8.° de los *Proverbios* pinta la Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, la creacion de todas las cosas; que por pintalla David galanamente, la pondré aquí en verso, explicando el salmo; porque el capítulo 8.° de los *Proverbios* de su hijo, y este salmo del padre, dicen una misma cosa.

SALMO CIII.

Las obras contemplando
De aquella mano, dina
Del gran Padre y artífice divino,
Mi alma va faltando,
Porque á luz tan vecina
No ve seguro paso ni hay camino;
Mas á ciegas y á tino
Canta, alma, alguna cosa,
Y alaba como quiera

La gloria verdadera.
Del que en la inacesible lumbre posa;
Pues mostró en lo criado
Que grandemente se ha magnificado.

Cubierto de hermosura,
Cercado de alabanza,
De claro resplandor estás vestido.
Y en la mayor altura,
Do humano ser no alcanza,
Los cielos como piel has extendido;
Y porque el encendido
Planeta acá enviase
Su fuerza, con que al mundo
Le da ser tan fecundo,
Porque á la superior parte no pase,
Un cristalino cielo
Pusiste encima de aguas hechas hielo.

Cual nube en el oriente,
Bañada del tesoro
De Febo, con mil luces hermoseas;
Así en resplandeciente
Nube bordada de oro
Subes, do el cielo mides y rodeas;
Y á veces te paseas
En las plumas del viento.
Los pajes de tu casa,
Como fuego que abrasa,
Ligeros mas que humano pensamiento,
Que del mas alto cielo
En un punto por ti bajan al suelo.

Sobre fuertes colunas
La tierra has asentado,
Que en sí misma está firme, eterna, estable.
A do jamás algunas
Fuerzas de brazo airado
La mudarán; que el centro no es mudable.
¿Qué lengua habrá que hable
Cómo el inmenso abismo
Con sus aguas la viste?
A quien tú le dijiste:
Vos encerrá mil montes en vos mismo,
Y de ondas coronados,
Sepulta el mar mil cerros empinados.

A la voz poderosa
Que diste antiguamente,
Cuando todo de nada lo criaste,
Huyó la mar, medrosa,
Y encogió la corriente,
A do en sus anchos senos la encerraste,
Y sus ondas turbaste
Con un horrendo trueno.
¡Oh traza soberana,
Pues en la tierra llana,
El valle de menuda yerba lleno,
Fundaste, y de allí subes
Los montes que compiten con las nubes!

¡Oh fuerza, oh poderío,
Oh valor verdadero
De tu brazo, que el bravo mar enfrena;
Y quebrantas su brio,
No en montañas de acero,
Sino en una menuda y floja arena!
Y cuando brama y suena,
Porque con cruda guerra
Los vientos forcejando,
Y en las aguas luchando,
Con ellas piensan anegar la tierra;
Aquellas ondas bravas,
Aun sin cubrir la arena las desbravas.

Tú por secretas minas
Y venas de la tierra,
En los valles amenos rompes fuentes;
Los rios encaminas
Por entre sierra y sierra,
Y entre montes das paso á sus corrientes.
En sus aguas lucientes
Bebe el leon; y el oso,
El gamo, el ciervo juegan,
Cuando á las fuentes llegan,
En medio del estío caluroso;
Y mientras su vez viene,
Al salvaje asno su gran sed detiene,

Sobre las altas breñas
Diste á las aves nido,
Do sin recelo libres anidasen;
Y en medio de las peñas,
Con canto no aprendido,
Con sus harpadas lenguas te alabasen,
Y que cuando callasen,
Por el escuro velo
De la noche serena,
Sola la filomena,
Por dulce garganta en triste duelo,
Despida sus querellas,
Moviendo á compasion á las estrellas.

Y de la rueda helada
Que tira el eje frio
Del nocturno planeta, va asentado;
De yerba aljofarada
Con el fresco rocío
Las cumbres de los montes has pintado;
Con paso apresurado
Bajan de allá las fuentes,
Porque le quepa parte
A la tierra y se harte,
Y pueda producir á los vivientes
Brutos el heno y yerba,
Cuyo ser para el hombre se conserva.

Que el bruto la trabaja,
Y la cerviz cerdosa
Del buey la rompa; adonde el pan se esconde.
Y después con ventaja
Rinde el fruto gozosa,
Y al labrador á veinte le responde,
Riegas las viñas, donde
Nace el licor que alegra
El corazon humano,
Y quita con su mano
La vil melancolía escura y negra.
Y el aceite le diste,
Que torna alegre el rostro del mas triste.

Porque nada faltase,
Le diste el pan al hombre,
Que el corazon confirma desmayado;
Ni aun un árbol quedase
Ni cedro que se nombre,
Que no sea de tu mano sustentado.
Hacen el nido amado
Las aves en las ramas
De los bosques sombrosos;

Mas en los poderosos
Arboles las cigüeñas encaramas,
Do en su nido presidan
A las aves que mas abajo anidan.

Al ciervo temeroso
Le diste su vivienda
Sobre los altos montes, do se esconde;
Y al erizo espinoso,
Para que se defienda,
La piedra (que es tu Cristo, á quien responde).
La blanca luna, donde
Del tiempo la mudanza
Conocemos, se viste
De luz, porque quisiste
Que ella y el sol guardasen alianza,
Saliendo á tiempo cierto,
Y poniéndose el sol por su concierto.

Y cuando el encendido
Planeta al occidente
Fenece la jornada, le sucede
La noche, do adormido
El mísero doliente,
Afloja su cuidado en cuanto puede.
No habiendo quien lo vede,
Los ligeros venados,
Sin miedo de los perros,
Dejan los altos cerros
A do entre dia estaban emboscados;
Y juegan sin recelo,
Corriendo por el prado y verde suelo.

El leoncillo hambriento
Se sale de la cueva,
A cuya voz los otros animales,
Mas ligeros que el viento,
Buscan guarida nueva,
Porque son en la fuerza desiguales.
A Dios piden los tales
Con la voz temerosa
Y con la cerviz alta
La presa que les falta,
Forzados de la hambre congojosa.
Que á cuanto tú heciste
De sustento bastante proveiste.

Mas cuando el rubio Apolo
Los rayos de oro muestra,
Huyen, y se retiran á sus cuevas;
No queda ni uno solo;
El tigre y onza diestra
Se encovan á pensar en cazas nuevas;
Levántase á sus pruebas
El hombre, y deja el lecho,
Y sale á su ejercicio,
Hasta que, del oficio
Cansado, ve que el sol camina derecho,
Y llega al occidente
A dar luz á la ya hallada gente.

¡Qué grandes son tus obras,
Señor de lo criado!
Altas, perfetas, sabias, acabadas.
Por tales hechos cobras
Un nombre, que loado
Serás en mil edades prolongadas.
En tu saber fundadas
Todas las cosas haces;
Y la tierra poblaste
De lo que tú criaste,
Porque en tus criaturas te complaces.
Y tú te sirves dellas
Desde el íntimo centro á las estrellas.

Tú diste al mar furioso
Sus aguas espaciosas,
Y senos que le sirven como manos;
Allí el pece escamoso
Rompe las espumosas
Ondas, con los lacivos juegos vanos.
No pueden los humanos
Contar la diferencia
De peces que allí viven,
Porque solo se escriben
En tu eterna memoria y alta ciencia.
Y en esas ondas tales
Navegan con sus naves los mortales.

El mar para su juego
Le diste, por mostrarte
A aquel fiero dragon que al mundo espanta,
Que con sus cejas ciego,
Las grandes aguas parte;
Mas no le vale ser de fuerza tanta,
Que el lazo á la garganta,
Como con avecilla
Juegas con la ballena;
Y de tu mano llena
Espera cada cual su partecilla,
Que á su tiempo repartes
A todo lo criado iguales partes.

Tú, como la gallina,
Que á sus tiernos hijuelos
El granillo señala con el pico,
Con tu mano divina
Desde los altos cielos
Repartes su manjar al grande y chico.
De bienes queda rico
El mundo si la mano
Abres; pero si escondes
El rostro, y no respondes
Al gemido del hombre ciego y vano,
Se turba y desvanece;
Que adonde tú no estás, todo perece.

Está de ti colgado
El ser, sustento y vida,
Pues que de ti y por ti y en ti vivimos;
Mas si tú el aire amado
Nos quitas, es perdida
La vida, y en el polvo nos pudrimos.
Mas luego revivimos
Si tu Espíritu envias,
Que la muerte destierra;
Y el rostro de la tierra
Renuevas con el sol y claros dias,
Que al fin esos tus ojos,
Del corazon destierran los enojos.

Dure, Señor, tu gloria
Por siglos prolongados,
Y alégrate, gran Dios, en tu hechura;
Y en eterna memoria
tus hechos celebrados
Sean de toda humana criatura.
Cuando Dios de la altura
Mira, tiembla la tierra;
Y los altos collados,

Siendo por él tocados,
Humean, que su fuerza los atierra;
Y como cera al fuego,
Si tú los miras, se derriten luego.

Cantarte he, Señor mio,
Mientras no desampara
El alma este terreno y mortal velo;
Y cuando el cuerpo frio
Diere á la muerte avara
Su tributo y quedare envuelto en hielo,
Ora en la tierra, ¡oh cielo!
O en la region desierta
De luz y de alegría,
Ora en la jerarquía
Me pongas mas subida, á do la cierta
Gloria se goza con el verte,
Que allí te alabaré con vida ó muerte.

Séale mi alabanza
Suave á sus oidos,
Y en su fuego amoroso arda mi pecho;
Que en mí no habrá mudanza,
Y con alma y sentidos
Me deleitaré en Dios; y allí deshecho,
Con un nuevo provecho
Me gozaré contento.
Mueran los pecadores
Si no han de ser mejores,
Y acaben como humo al recio viento.
Y vos, ánima mia,
Bendecid al Señor la noche y dia.

De manera que David nos ha pintado en este salmo la creacion del mundo por galan artificio, y lo mismo cuenta su hijo Salomon en el capítulo 8.°, el cual introduce á la Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, que habla de cuando todas las cosas se hicieron, y dice: Yo estaba con mi Padre componiéndolo todo. Tenia cada dia mis juegos y recreaciones diversas en ver las obras tan perfectas que mi Padre hacia; pero entre ellas hizo una tan de mi gusto y tan acabada, que me dió mas contento que las demás: esta fué el hombre. En este puse todo mi regalo y deleite; este fué siempre mi jardin de recreacion. Y así, ama tanto Dios á este hombre, que por gozar de su amor, en convidándole se le entra por las puertas y se le sienta á la mesa. Y si quereis ver qué tan gustoso manjar es para Dios el hombre, y qué fué lo que en este banquete le supo mejor, oid.

§. IV.

Et ecce mulier quae erat in civitate peccatrix. Atencion, pecadores, que entra el manjar: «Mirad que viene una mujer.» Pues ¿para eso tanta atencion? Creo que la pide el sagrado evangelista para confusion de muchos hombres que, aunque se ven en graves pecados, aunque sienten mil aldabadas y llamamientos de Dios, nada basta para volverlos al verdadero camino de su remedio. Esta mujer pecadora era, pero con celo, y acude á la fuente á limpiar sus culpas. Pero veamos, santo evangelista, y esta mujer ¿no tiene nombre? Si tendria, que *María* se llamaba. Pues ¿por qué no la nombra? Bien os acordais de lo que atrás se dijo, que el amor hace unos y transforma al amante con el amado; esto es, que por aficion y amor parece que en alguna manera sale de sí y se pasa en lo que ama; porque allí tiene sus pensamientos, sus deseos, su descanso, su deleite, y todo lo que quiere y entiende. Por esto decimos «que el amante muere en sí y vive en su amado», porque todos estos son efetos de vida; pues, como lo que da vida y ser á alguna cosa lo llamamos forma de tal cosa (como al *hombre* llamamos *racional* porque le da la vida y ser el alma racional, y al caballo le llamamos *animal sensitivo* porque le vivifica un alma sensitiva), así tambien al amante le damos nombre de lo que ama; y por esto á los que aman á Dios los llama la Escritura dioses. Pues, como el pecador ame al pecado, ha de tomar el nombre suyo; luego si la Madalena ama los vicios y torpezas y pecados, llámese pecadora, y diga el Evangelista: *Mulier in civitate peccatrix;* Una mujer habia en la ciudad gran pecadora. Pasemos mas adelante. ¿Por qué no tiene nombre? Dicho habemos que Dios es vida del alma, como tambien el alma lo es del cuerpo; y así como en apartándose el alma decimos que muere ó es muerto el hombre, así en ausencia de Dios decimos que es muerta el alma, y mientras Dios está con ella decimos que tiene vida. El estar y vivir es por amor; que así lo dice san Juan: «En esto, hermanos, conocemos que habemos pasado de muerte á vida, en que amamos.» Amor y pecado son contrarios y no pueden estar juntos, que así dicen los teólogos, que la caridad y amor alanzan y destierran el pecado. Tampoco vida y muerte; luego en pecando el hombre se va Dios de su alma, y con él la vida, y por el mismo caso queda muerto el pecador. Así lo dice el mismo apóstol: «El que no ama está en muerte.» Luego si la Madalena era pecadora, bien se infiere que estaba muerta. El muerto no tiene nombre: *Non est priorum memoria,* dice el Predicador, *sed nec eorum quidem, quae postea futura sunt, erit recordatio apud eos, qui futuri sunt in novissimo;* no hay ya memoria de los que murieron hoy há cien años. Si no, preguntá cómo se llamaron los que murieron en la conquista de Granada ó en la de Cánas por mano de los africanos, ó decidme cómo tuvieron nombre los vecinos de Numancia. Pues tampoco la habrá de los que hoy vivimos de aquí á cien años. Pues si los muertos no tienen nombres, conforme á lo de los *Proverbios*: *Nomen impiorum putrescet;* que el nombre de los pecadores se pudrirá; siendo la Madalena pecadora, estaba muerta; y si muerta, luego sin nombre, pues no la nombra el Evangelista. Extraño es el odio que Dios tiene al pecado; y si esto considerásemos, no hay infierno que tanto nos espantase como el pecado. Es tan grave cosa, que dice san Anselmo en el *Libro de las semejanzas*, que si fuese posible, antes querria ir á padecer todas las penas del infierno sin pecado que ir al paraiso con él. Pero ¿qué mucho, pues al santo Moisen le dió tanto dolor, fuéle tan horrible, que decia á Dios: «Señor, una de dos habeis de hacer: ó borradme

del libro de vuestros privados, ó perdonad este pecado á vuestro pueblo?» Que parece que mas queria que Dios le echase en las penas del infierno que ver un pecado sin perdon. ¿Parais mientes qué mal tan grande es el pecado? San Pablo jura en su conciencia, por Jesucristo vivo y por el Espíritu Santo, que deseaba ser maldito y apartado de Cristo sin culpa porque los judíos no pecasen: *Veritatem dico vobis in Christo Jesu, non mentior, testimonium mihi perhibente conscientia mea in Spiritu Sancto: quoniam tristitia mihi magna est, et continuus dolor. Optabam ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis. Ego ipse*, dice; «yo, que lo he visto; yo, que he visto la divina Esencia; yo, que subí al cielo, deseaba lo que os he dicho.» De esta manera estiman el pecado los que conocen y tienen ojos para saberlo mirar. ¿Ofensa de Dios? ¿Injuria de Dios infinita? ¿Que sola ella, y no otra cosa, nos aparta de Dios y nos hace sus enemigos? *Nihil odisti eorum, quae fecisti*, dice el Sabio; Sois tan bueno, Señor, que no aborreceis cosa de cuantas hicisteis. Y con ser así, que el lugar del infierno y los fuegos infernales, donde están los demonios y los malos, quiere Dios, bien concluye luego: *Odio est Deo impius, et impietas ejus*; A mí, si estoy en pecado, me aborrece y huye de mí. Así dice Isaías: «Vuestras maldades han hecho divorcio entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados hicieron que escondiese de vosotros su rostro.» Aun los gentiles conocieron esta verdad, que tenia Dios gran odio al pecado. Así lo dijo un amonita á Holoférnes: *Deus enim illorum odit iniquitatem*. Sabed, Señor, antes que á los hebreos les movais guerra, si acaso su Dios está mal con ellos, si le han ofendido, si le sirven bien; porque si han pecado, tendréis cierta la vitoria, que sin duda estará su Dios mal con ellos, porque aborrece en extremo la maldad; pero si no le han ofendido, imposible será conquistarlos. Y para que mejor se pondere lo que es pecado, es de saber que las cosas espirituales exceden mucho á las corporales en sus operaciones, porque obran mas poderosamente y mas prestamente. Si miramos las naturales, verémos que si las quiere alguno violentar, rompen en efetos espantosos. ¿Quién habrá que pudiese tener en la region del aire los Alpes? ¿Qué apoyos, qué fuerzas bastarian? Romperíanlo todo por volver á su centro, y con su inmenso peso desharian todas las máquinas que el seso humano podria inventar. Vemos que por ser la naturaleza del fuego de subir á su esfera, si acaso le encierran, como lo hacen para minar los muros y fortalezas, lo vuela todo, y levanta las torres por el aire, por sola la inclinacion natural de tirar á su centro. Pues la fuerza de un espíritu es tanta, que puede tomar monte y tenelle sobre las nubes, luego menos posible será que haya cosa criada que á un ángel, ni á un alma la detenga de tirar á Dios. Esto es tanta verdad, que si le cargase Dios con su poder todo el mundo junto, con todo ello daria al través, y tiraria á su centro, que es Dios. Pues de aquí se conoce el inmenso peso del pecado, y que pesa mas que el mundo entero; pues cargado sobre un alma, la detiene de suerte, que la derrueca hasta el infierno; lo que no pudieran hacer todos los elementos juntos. Poco digo: un ángel, por ser de mas noble naturaleza que el alma, puede mucho mas, y con todo eso, un pecado le derriba del cielo. Aun no lo dicho: solo un pecado se cargaron todos los espíritus que cayeron, entre los cuales habia de todos los coros, y aquel supremo y tan hermoso y aventajado serafin; y con ser casi innumerables, fué tanto el peso de solo aquel pecado, que los despeñó mas desapoderados y furiosos que un rayo. Así dijo el Señor: «Yo vi á Satanás que caia del cielo como rayo arrebatado.» Aun quedo corto: una vez que el Hijo de Dios se cargó á cuestas, no las culpas, que esas no las pudo tomar, sino las penas de los pecados, le hizo sudar gotas de sangre el peso de ellas, y arrodillar con la carga y reventar con ella, hasta morir en una cruz. Porque, ¿qué otro mató al Hijo de Dios sino el peso de nuestros pecados? *Propter scelus populi mei percussi eum*, dice el Señor; Por las maldades de mi pueblo he herido yo un solo Hijo que tenia. Y san Pedro, hablando de esta materia, dice: «Cristo tomó nuestros pecados sobre sus hombros, y murió con ellos en una cruz.» Desto se queja el mismo Señor por Isaías, hablando con su pueblo: *Servire me fecisti in peccatis tuis, praebuisti mihi laborem in iniquitatibus tuis;* Hicístesme servir en vuestros pecados como si yo fuera un esclavo, y con llevar vuestras maldades me hicistes cansar. Y como si le preguntaran: «Decidme, Señor; y siendo vos el descanso de los ángeles, ¿quién os podia cansar?» Siendo vos á quien todas las criaturas sirven, de quien tiembla la tierra y á cuya voz se encogen los cielos; y siendo la misma libertad, ¿quién os pudo hacer servir ni sudar? ¿Cuándo llegó vuestro cansancio á tal término, que la carga os hiciese gemir? Responde luego: *Ego sum, ego sum ipse, qui deleo iniquitates tuas propter me;* Yo soy el que tomé tus pecados, y por descargarte á tí me cargué á mí, y en esos, y en pagar por ellos, me cansé tanto. Agora creo que está bien ponderado lo que es pecado. Pues si tan odioso le es á Dios, ¿qué mucho que no quiera que el pecador tenga nombre en su Evangelio? Mirad: aunque acá en el mundo tengais mas títulos que una provision real, y parezcais milagroso y santo, si tras eso hay pecado, no teneis nombre con Dios. No os conoce el que os crió, el que os redimió con su sangre, y tanto aborrece al pecador, que antes se niega á sí que conocelle; pues con saber todas las cosas, y cuántos cabellos teneis en la cabeza, con todo eso, dice que á vos pecador no os conoce. ¡Grande encarecimiento del odio del pecado, pues así desconoce Dios al malo, que niega saber de él ni jamás haberle conocido, que es negarse á sí! A las vírgines locas les dice: «En verdad que no os conozco ni sé cómo os llamais.» Sabe cuántas estrellas tiene el cielo, y las llama por sus nombres: *Qui numerat multitudinem stellarum: et omnibus eis nomina vocat*, dice David; y tras eso no conoce al pecador miserable. Conoce á los santos: *Honorabile nomen eorum coram illo;* Honrado nombre tienen los buenos para con Dios,

dice David. Gran consuelo es este por cierto para el corazon del humilde y del pobrecillo, que, aunque el mundo no le conozca, ni los reyes de la tierra tengan memoria de él, el alto y poderoso Dios le conoce, sabe su nombre, le tiene escrito en los cielos! Cuando los dicípulos volvieron de la predicacion, adonde los habia enviado el Señor, dijéronle con mucho regocijo: «Señor, venimos los mas alegres del mundo, de ver que aun hasta los demonios se nos rinden en vuestro nombre.» Respondióles Cristo: «No hagais mucho caudal de eso, ni pongais en cosa de tan poco cimiento vuestra alegría. ¿Sabeis de qué os habeis de regocijar? De que vuestros nombres están escritos en el cielo. ¡Qué ufano y engreido anda el cortesano y el otro privado que el Rey le mandó poner en el memorial, para mejorarlo en la consulta, en la encomienda, ó en el oficio ó en el obispado! Y ¡qué desesperado cuando sabe que no está allí escrito! Y estarlo ó dejarlo de estar es todo sueño y aire; pero tener nombre en la casa de Dios, como el pobrecillo Lázaro, llagado y hambriento, que en muriendo, luego son los ángeles con él y le llevan en hombros al eterno descanso, esto sí que es gloria y bienaventuranza. Al otro desdichado ricazo, regalon, harto y enjoyado, no le sabe el nombre en el Evangelio; y así, en muriendo es sepultado en el infierno, para mostrarnos el infeliz y desdichado estado en que está el pecador, que primero arderá su desventurada alma en el fuego eterno del infierno que su cuerpo se enfrie en la tierra. Pues por esto no la nombra, porque el pecador no tiene nombre. Pero creo que tambien el santo evangelista guarda este punto de crianza, aprendido en la escuela de Cristo, que cuando cuenta el ruin estado de alguno, no quiere nombrallo; pero si nos dice su enmienda, dice tambien su nombre. Así lo hace el mismo san Lúcas, que cuando habla de que san Mateo era cambiador ó trampeador ó portazguero, le llama Leví, nombre suyo, pero poco conocido; mas cuando en el capítulo 6.° le cuenta apóstol, llámale Mateo, que era su comun nombre, porque ya seguia á Dios y era estado honroso el que tenia. No se olvidó aquí de su propria crianza; porque, aunque el pecado desta mujer era público, no la nombra, porque va contando su mal estado; mas en el capítulo 8.°, cuando cuenta las santas mujeres que seguian á Cristo, la nombra entre ellas. Esto hace por enseñarnos los puntos de cortesanía de la casa de Cristo, que son los que debemos guardar con las famas de nuestros prójimos. ¿Por qué, siendo los pecados de esta mujer tan públicos, calla su nombre el Evangelista? ¿Cuánta mayor razon tenemos de encubrir los nombres de los pecadores secretos? Grande fué el pecado de Júdas; mas antes permitió Cristo ser vendido, antes ser entregado en manos de sus enemigos, que no que se descubriese su nombre, aunque fué rogado; y estando ya el demonio envestido en él, con todo eso, por no descubrirlo, le dió su santísimo cuerpo. ¡Ah, Señor, y cuán pocos dicípulos teneis hoy! Hallaré yo muchos que dén cuerpo y sangre al diablo, y tendrán por bien que Satanás se les revista en el cuerpo, á trueque de hallar algun pecado que descubrir en su prójimo. Unas bocas peores que las del infierno, porque aquella mala es, pero traga solos los malos; mas las de estos tragan malos y buenos. Por mas santo que seais no os escaparéis de sus lenguas. ¡Qué contento estaba el santo profeta Jonás con la hiedra que le habia hecho un toldo ó choza para defendelle del calor; ó segun otros dicen, era una mata de calabazas que se enredó y lo cubria, y hacia sombra con sus anchas hojas! Y en medio de su contento no faltó un gusanillo que royó la mata, y dejólo al sol, que le quemaba. No os ha de faltar una mala lengua que os abrase la honra y fama. Sentia tanto esto el buen David, que parece que tomaba el cielo con las manos en aquel salmo 119, que parece que no hubo cosa en la vida, ni persecucion de enemigo ni aprieto de batalla tan sangrienta, que así le hiciese dar voces y bramar, ni tan alcanzado le trajese como una mala lengua. Dice el salmo así:

SALMO CXIX.

Cuando mas fatigado
Me vi, llamé al Señor, y respondióme,
Que en mi mayor cuidado
Siempre acudió y valióme;
Que no hay pena en sus siervos que él no tome.
Díjele: Fuerte muro
Del alma que te llama en su defensa,
Sin quien, el mas seguro
Y mas libre de ofensa
Salta mas presto adonde menos piensa;
Libra aquesta alma mia
De los labios inicuos y la boca,
Do la ponzoña fria
Que el cuerpo y alma apoca,
Con la engañosa lengua hiere y toca.
Tú del gigante fiero,
Con una honda sola y un cayado
Me libraste; y de acero
El grande cuerpo armado,
Le derroqué, en su sangre revolcado.
Tú de los escuadrones
De bravos enemigos me libraste,
Y en bárbaras naciones
Con mi espada triunfaste,
Y en medio de las armas me guardaste.
Mas nunca tan medroso
Me vi jamás, en todo lo que cuento,
Como cuando el furioso
Enemigo sangriento
Con su lengua tocó mi sufrimiento. —
Pues decí, generoso
David, vos, que al leon y oso fiero
En el monte fragoso
Quitastes el cordero,
Desquijarando al lobo carnicero;
Una engañosa lengua
¿Qué daño os puede hacer que os cause pena?
No os puede venir mengua,
Pues la palabra ajena
Es solo un eco que en el aire suena. —
Mal estáis en la cuenta,
Pues no hay robusto brazo que despida
La saeta sangrienta

Con furia desmedida,
Que haga mas estrago en alma y vida.
No hay encendida brasa,
Ni algun carbon de enebro en fragua ardiente,
Que al fuego en fuerza pasa,
Que abrase así el doliente
Leño como la lengua maldiciente.
La flecha mas aguda
La resiste un arnés y un flaco muro,
Y de la llama cruda
Lo ausente está seguro;
Mas de una lengua no lo está el mas puro.
Que ni al santo perdona,
Ni al que descansa ya en la fria tierra;
Y al que en la ardiente zona
Huyendo se destierra,
Allí con su veneno le da guerra.
¡Ay me! que mi destierro,
Se alarga cada punto, y yo cativo,
Atado al duro hierro,
Estoy muriendo vivo
Entre los de Cedar, linaje esquivo.
Dura y larga vivienda
Ha tenido mi alma entre esta gente;
Que no hay quien los entienda,
Pues cuando mas paciente,
Menos quiere mi paz y la consiente.
Si de paz les hablaba,
Con la espada en la mano respondian;
Y si les enseñaba
El bien que no sabian,
De balde y sin razon me aborrecian.

Por la sentencia deste salmo se entenderá el mal que hace una mala lengua, que, como si á David le dijeran: Por cierto, pues no son lanzadas esas, que no son sino palabras; y siendo así, no hay por qué mostrar tanto sentimiento; porque, ¿qué os puede dar ni quitar una mala lengua? Responde en el cuarto verso: ¿Cómo decis que qué me puede hacer de mal? Bueno es eso; ¿y hay por ventura saeta tan aguda, despedida con tanta fuerza de algun robusto brazo del mas valiente parto? ¿Hay por dicha carbon de enebro encendido, que es el que con mayor estrago y fuerza quema, que tanto daño haga como una lengua venenosa? Porque á media legua estaré seguro de la flecha y del fuego, por mucho que sea; pero de una mala boca no lo estaré en el cielo al lado de Dios, ni en el infierno entre su fuego, ni en las entrañas de la ballena, sepultado en el abismo con Jonas; ni, al fin, habrá rincon tan escondido, ni círculo boreal tan helado, ni zona tan abrasada, ni montañas tan cerradas y sin paso, adonde una mala lengua no llegue y no halle puerta para entrar. Por esto pues, nuestro evangelista, como buen cortesano del cielo, calla el nombre desta pecadora; y lo que mas me espanta es, que el mismo, contando la desastrada muerte del rico gloton, ¿por qué habia de decir él: *Mortuus est, et sepultus est in inferno*; que murió, y le dieron á la sepultura en lo mas hondo del infierno? Con ser así que nos le pintan condenado, no nos quiere descubrir su nombre. Y lo que tras esto me admira, es el gran cuidado que tuvo de que no se quedase en el tintero el nombre del mendigo probrecito Lázaro, porque contaba alabanzas suyas. Pero, ¿qué mucho, pues su gran maestro y nuestro, Cristo, con ser Dios, Señor de las honras y vidas, pudiendo usar de todo lo que crió como quisiere, la noche de la cena, habiéndole preguntado san Juan quién habia de ser el traidor; cuando volvió la cabeza para descubrillo á san Pedro se cayó dormido sobre el pecho de Cristo; que antes os habeis de caer muerto que descubrir el pecado de vuestro vecino. Así que, á esta no la nombra; tiempo vendrá que seguirá al Señor, y entonces le dará nombre; agora solo pide atencion, que entra en la representacion una pecadora. Y creo que la pide porque es gran obra la conversion de un pecador, y mayor que criar cielos y tierra, como dice mi padre san Agustin; porque al criar el mundo no hubo resistencia en las criaturas; y así, solo fué menester que de parte de Dios hubiese tanta fuerza, que llegase con ella, de no ser, á ser; de nada, á algo; mas en la conversion de un alma hay resistencia de parte del pecador, porque tiene la voluntad contraria á la de Dios. Y claro está que un hombre como Sanson mas fácilmente envainará una espada que pesara un quintal, que una culebra, que no pesa una libra. Porque para lo primero bastaba que su fuerza pudiese levantar el peso de un quintal; mas para lo segundo no bastaba eso, sino que era menester mucha maña y arte para desenroscar la culebra. Así es en la creacion y conversion; parece que no le falta para ser el mayor de los milagros sino ser cada dia. Mas milagro es que hacer de bueno bienaventurado, porque mayor distancia hay de malo á bueno que de bueno á bienaventurado. Pues que á un hombre encarnizado en sus pecados, sin torcello ni forzarle la voluntad, sin sacalla de los términos de libre, le vuelva á que quiera la que no queria, y desquiera lo que poco antes adoraba, esta es fuerza no menos que de Dios. Es el hombre tan libre, cerrero, es tan exento y tan sobre sí, tan señorejo de su querer, que puede no querer cuando Dios quiere. Y así, le puede ir á la mano á Dios y decille: Señor, estáos en vuestra gloria mucho en hora buena, que yo no quiero ir allá. Y por esto se llama «obra de la mano derecha de Dios», dice David. *Et dixi: nunc coepi: haec mutatio dexterae excelsi;* Caí, dice, en la cuenta, y dije: «Ahora comienzo á seguir á Dios;» al fin bien parece esta mudanza que en mí siento obra de la mano del Altísimo. Todas las obras que Dios hizo, parece que las hizo con la izquierda, á quien se atribuyen las cosas menos perfetas, porque parece que le costaron poco y le quedó el brazo sano; mas la reparacion del hombre, el redemir pecados, el justificar y salvar pecadores, aquí parece que se le cansó el brazo, y que lo puso todo de su casa. Digo que en lo primero le quedó el brazo sano, á nuestro estilo de hablar; porque el brazo ó virtud del Padre es el Verbo divino, y así nos le llama la Escritura en el salmo 97: *Cantate Domino canticum novum: quia mirabilia fecit. Salvavit sibi dextera ejus: et brachium sanctum ejus. Notum fecit Dominus salutare suum: in conspectu gentium revelavit justitiam suam.* Es este salmo de la gloriosa resurreccion de nuestro Príncipe; imagínale

David la mañana de la resurreccion, que sale glorioso, resplandeciente, lleno de mil luces, mas hermoso que el sol, y que acaba de triunfar de muerte, infierno y pecado; y viéndole tan hermoso, convida á todo lo criado para que canten un nuevo canto, pues todo lo ha renovado en este dia, y dice:

SALMO XCVII.

Cantad con voz suave y dulce acento
Al Señor del ejército del cielo
Una nueva cancion, pues desde el suelo
Os ganó de la gloria el rico asiento.
Pensaba aquel cruel pueblo sangriento
Vencelle con romperle el mortal velo;
Mas salvóle su diestra, y quebró el hielo
Del pecado, y quedó de muerte exento.
Su santo brazo fué el todo y la parte
De tan famosa hazaña, que, cayendo,
Se levantó fuerte nuestro Anteo.
Solo tuvo sus fuerzas de su parte,
Su salud nos mostró en matar muriendo,
Y en ser por nuestro amor mostró el deseo.
De tí, gran corifeo,
Nos dice el Padre Dios que eres su diestra,
Su brazo, su salud, su gloria y nuestra.

De manera que Cristo es el brazo santo. En la creacion de las cosas quedóse el Verbo divino, este brazo santo, sano, no cansado; esto es, no le costó mas de un *hágase*, y se hizo todo. Pero en la reparacion, en la justificacion, hubo de venir la «diestra de Dios», que es el Hijo, y hízose hombre, y encogió la manga para descubrir la vena del brazo, de donde le sangrasen, que fué recoger hácia arriba, que es al alma, la ropa de la gloria, para que quedase pasible, y se dijese que muere Dios, que sufre azotes Dios, que padece Dios; pues, como era el Hijo, el cual se dice «diestra del Padre», y en la justificacion del pecador concurre la sangre y muerte y méritos suyos, con los cuales nos ganó la justicia que no teniamos, segun aquello del Apóstol: *Factus est nobis à Deo justitia, sanctificatio, et redemptio;* Cristo, dice san Pablo, se hizo nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion; esto es, mereció para nosotros todo esto, porque el principio de nuestra justificacion es de Dios, que nos justifica; por esto se llama la conversion «obra de la derecha de Dios», de Cristo; y aquí decimos que parece que se cansó y que le costó sudor de sangre, como dice san Juan en el capítulo 4.°, que, fatigado del camino, se asentó, por descansar, sobre el brocal de un pozo. Y en la Pasion decimos, hablando conforme á la metáfora de arriba, que no le quedó tan sano el brazo deste golpe como del de la creacion; no porque el Verbo divino haya padecido algun detrimento, que esto no podia ser, mas porque padecia Cristo segun la humanidad, y él era Dios y brazo del Padre; por eso lo que decimos de Cristo lo decimos tambien de Dios. Volvamos agora á nuestro Evangelio, que dice que habia una mujer pecadora.

§. V.

Cuatro cosas agravan los pecados de la Madalena: la primera, que eran pecados de sensualidad, que, aunque no son de mayor culpa, son de mayor afrenta; y aun si miramos, son pecados que Dios castiga gravísimamente. Por estos vino el diluvio: *Videntes filii Dei filias hominum, quòd essent pulcrhae, acceperunt sibi uxores ex omnibus, quas elegerant,* dice la sagrada Escritura; Viendo los hijos de Set, que son los que aquí llama hijos de Dios, á las hijas de los hombres, esto es, las que descendian de Cain; y los de Set se dicen hijos de Dios, porque eran en quien entonces estaba el conocimiento de Dios; porque en el capítulo 4.° se dice que Set engendró á Enós: *Iste coepit invocare nomen Domini;* que este comenzó á llamar el nombre del Señor, alumbrado de aquel sol eterno de Dios, de quien dice David: *Illuminans Tu mirabiliter à montibus aeternis: turbati sunt omnes insipientes corde;* Alumbrando Vos, que sois luz no criada, y resplandeciendo maravillosamente, desde esos montes eternos, de allá desde el cielo, con la fuerza de vuestro soberano resplandor, con que dábades luz á los mortales, encandiláronse con ella los ojos de los necios de corazon, que fueron aquellos tan celebrados sabios del mundo, los filósofos antiguos. Y dijolo galanamente en llamarlos «necios de corazon», y no de entendimiento; porque el asiento de la voluntad y reino y silla del amor le ponemos en el corazon, y la ciencia en el entendimiento; pues llamarlos «ciegos de corazon», es decirlos ciegos ó necios de voluntad. Y que sea bien dicho de aquellos, pruébalo san Pablo, hablando de los sabios del mundo, y dice: «Lo que de Dios se puede conocer acá en la vida, les fué á ellos manifiesto, y el mismo Dios se les descubrió.» Porque lo que en Dios invisible no veian, lo conocian por esta hermosura visible del mundo, de suerte que son inexcusables, porque conociendo á Dios, no le dieron gloria cual merece Dios, ni le hicieron gracias por aquella luz con que los alumbraba entre sus tinieblas. Hé aquí cómo no fueron «necios de entendimiento». Pasa adelante el Apóstol, exponiendo lo de David, y dice: *Sed obscuratum est insipiens cor eorum: dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt;* Pero quedó ciego y encandilado su necio corazon; y creyendo que eran sabios, quedaron para necios. De manera que porque los hijos de Set tenian esta luz del conocimiento celestial, los llama la Escritura «hijos de Dios»; á los de Cain, malos y idólatras, «hijos de los hombres».

§. VI.

De suerte que, porque Set engendró á Enós, que fué bueno y santo, y sus descendientes le imitaron, por eso los llama la Escritura hijos de Dios. Dicen los hebreos que en tiempo de Enós comenzó la idolatría y adoracion de los dioses fingidos, y que solo Enós retuvo en sí y en sus descendientes el verdadero culto de Dios, heredado de sus padres, y restauró y reparó la

piedad que los descendientes de Cain habian derrocado. En esto de quién fué el primer inventor de los ídolos hay diversas opiniones: los hebreos dicen que Tubal Cain, porque fué muy ingenioso en cosas de metal, y porque esto le parece á Filon que debió de ser así verdad, y lo afirma en el libro de las *Antigüedades de la Biblia*, y lo mismo piensa Genebrardo en su Cronografía; y san Cirilo en el libro 1.º *Contra Juliano* y la *Historia escolástica* tienen lo contrario; Lactancio Firmiano dice que Meliso, rey de Creta, la inventó; san Jerónimo mas cree que Júpiter la introdujo, y que se mandó hacer templos por el mundo, donde fuese adorado; así lo dice en el prólogo sobre la epístola de san Pablo á Tito. Fulgencio y otros dicen que Sirofanes, egipcio, inventó el primer ídolo del mundo por memoria de su hijo, que se le habia muerto; y esta opinion tiene gran fundamento en el capítulo 14 del libro de la *Sabiduría*, donde á la letra cuenta que por habérsele muerto á alguno su hijo, que mucho amaba, y siendo hombre principal, hizo hacer una estatua que se le pareciese, y mandó á sus criados que le sacrificasen y lo honrasen como á dios; y que, creciendo la maldad y la malicia de los hombres, vinieron muchos á dar en aquel desatino y hacer estatuas de sus reyes, y á lisonjearlos y granjear su favor con ofrecelles incienso y sacrificios; y así, concluye diciendo : *Et haec fuit vitae humanae deceptio;* Este fué el engaño de la vida humana. De donde casi se colige claramente que de allí tomó principio la idolatría; y en el mismo capítulo da á entender que antes del diluvio no habia ídolos ni idolatría. Y si el gran averiguador de verdades divinas, san Jerónimo, no dió en esto, pienso que fué porque en su tiempo aun no estaba recebido el libro de la *Sabiduría*, donde se cuenta lo que habemos dicho. Tambien favorece mucho á los que dicen que Belo, rey de Babilonia, la inventó, el ver que en la Escritura santa todos los nombres de los ídolos comienzan por Bel ó Baal. Mas, dejado esto, si es verdad que desde Adan á Enós no hubo cultos de demonios, como lo dice san Cirilo en el principio del libro 1.º *Contra Juliano*, porque no vemos que en la Escritura sea notado alguno de idólatra ni que haya jamás adorado á los demonios (que pienso que no lo pasara en silencio el Espíritu Santo si hubieran sido idólatras), siendo todos católicos, como dice la Escritura que Enós fué el que comenzó á invocar el nombre de Dios, pienso que debió de establecer algun culto de Dios mas solemne que el que hasta allí se tenia entre los hombres. De suerte que la Escritura sagrada usa de una galana antítesi y contraposicion en el capítulo 4.º del *Génesis*, contraponiendo los hijos y casta de Cain á la de Set; porque, cuando cuenta que los de Cain se ocupaban en formar armas, labrar metales, edificar casas, y en casarse y darse á músicas y buscar pasatiempos, entonces cuenta y pone en contra de toda esta flota á Enós, el cual puso tanto cuidado en ampliar el culto divino, dándose á religion y al ejercicio de las cosas sagradas, cuanto pusieron los otros en las cosas caducas, y buscó un culto mas solemne, levantando el ánimo á mas sublime vida; de suerte que buscaba las cosas útiles para la vida del cielo, cuando los de Cain buscaban las provechosas para la de la tierra. En hebreo se lee así : *Hic speravit vocari nomine Domini Dei;* Este esperó ser llamado con el nombre ó en el nombre del Señor Dios. Y Aquila en su traduccion dice : Entonces este comenzó el llamamiento en nombre del Señor. Que parece que da á entender que Enós, con su mucha piedad y por su gran religion, fué el primero que alcanzó nombre divino; de suerte que fuese llamado dios de sus parientes y de otros muchos, y sus hijos se nombrasen hijos de Dios; como quien dice, los descendientes de aquel famoso Enós, que era como un dios entre los hombres. Hé aquí por qué dice : «Viendo los hijos de Dios á las hijas de los hombres;» esto es, viendo los hijos de Set y Enós á las hijas de Cain, que eran hermosas. Dejo que (segun otros) los que dice hijos de Dios son los grandes y poderosos, que entonces tiranizaban y mandaban la tierra; porque las cosas grandes las atribuimos á Dios, llevados y guiados de la fuerza de su divinidad, que nos mueve á que pensemos cosas grandes de Dios; y así, todo lo que vemos grande lo llamamos y atribuimos á Dios; y la sagrada Escritura guarda esto mismo, porque se acomoda á nuestro lenguaje. Y así, David á los cedros, porque son altísimos, los llama cedros de Dios. Hablando de su pueblo debajo de la metáfora de la viña que trasplantó de Egipto, dice : *Operuit montes umbra ejus, et arbusta ejus cedros Dei;* Creció tanto mi viña, que con sus hojas cubria de sombra los montes, y sus cepas y pámpanos vencian en altura los empinados cedros. Y en otro salmo : «El monte del Señor Dios es monte fértil, monte grueso, de abundantes pastos;» porque, como habla del monte Basan, donde se apacentaba mucho ganado, y por esto se hacian muchos quesos, y como se hace de leche cuajada y apretada, llamóle *coagulatus*, apretado ó cuajado. San Jerónimo traduce monte excelso, encumbrado, y por esta razon le llama monte de Dios; y así, en lo hebreo hay una dicion que significa *alto*. Tambien á los grandes rios llama rios de Dios : *Flumen Dei repletum est aquis;* El rio de Dios se hinchió de aguas, y era el Jordan; aunque tambien por los milagros que Dios obró en él le llama *suyo*. Hinchióse de aguas cuando al pasar de los de Israel por él para entrar en la tierra de promision, entrando los sacerdotes delante con el arca del Señor, se dividieron las aguas; y las que venian por su natural corriente, detenidas con la presencia de Dios, hacian un muro altísimo, que con su movible curso amenazaban y espantaban á quien las veia. Así que, porque las cosas grandes se llaman de Dios, como habemos probado, por esto los hombres poderosos y de grandes estados, y aun aquellos que en aquel tiempo eran gigantes, se llamaban hijos de Dios, y á los flacos y de poco poder los llama hijos de hombres. Vieron pues estos á las hijas de los pobres, y por fuerza, por ser poderosos, se las quitaban y se enviciaban con ellas, porque eran hermosas; ó segun el sentido primero, viendo los buenos y que conocian á Dios

que las hijas de los idólatras eran hermosas, casábanse con ellas; y de aquí, por este vicio de torpeza vinieron á que *Omnis caro corruperat viam suam*; que todos habian dado en maldades abominables. Y fué porque las mujeres eran idólatras; ellos, por complacellas, dejaban al verdadero Dios y adoraban lo que no lo era; y este es el mas verdadero sentido de aquel lugar, por qué dice que las tomaban por mujeres. Pues si quiere decir que los poderosos y grandes se casaban con las hijas de los pobres, no solo no les hacian agravio, mas aun era su provecho dellas y de sus padres, y veníales muy ancho, y no tenia Dios por qué indignarse; pero el primer sentido es conforme á la Escritura. Mandaba Dios en la ley: «Mirad que cuando entráredes en la tierra que el Señor Dios vuestro os ha de dar, que paseis á cuchillo todos los moradores que halláredes en ella. No hagais paces con ellos ni trateis de amistades, y guardáos de tomar sus hijas para vuestros hijos, ni darles las vuestras para los suyos.» Y dando la razon, dice: *Quia seducent filium tuum, ne sequatur me, et ut magis serviat diis alienis: irasceturque furor Domini, et delebit te cito;* Porque sin falta ninguna os engañarán para que no me sigais, y os llevarán tras sus dioses; y mostrará Dios su saña contra tí, y deceparte ha en breve y destruirte ha. He aquí cómo dice bien claro nuestro primer sentido. Y lo que dice, que, con ser sus mismas mujeres, los pervertirán, eso mismo es lo que hicieron antes del diluvio; y lo que dice, que los borrará ó raerá Dios de la tierra, es lo mismo que allá dijo: *Delebo hominem, quem formavi de superficie terrae.* Aunque, si es verdad lo de san Cirilo, que no hubo idolatría antes del diluvio, habemos de decir que por qué, siendo ellas viciosas, hijas de malos padres y dados á vicios, y ellas criadas en ellos, habian de pervertir á los maridos con sus blanduras y regalos y hacellos malos y pecadores. Confírmase mas porque Balaan dió por consejo á los madianitas que para vencer á Israel los hiciesen pecar; y que para esto el atajo mas corto era, que cuando llegasen, enviasen fuera de la ciudad las mas hermosas doncellas de Madian, y los convidasen á sus sacrificios y á pecados de torpeza. Hiciéronlo, y salióles tan bien, que mandó Dios ahorcar á todos los capitanes y príncipes del pueblo porque habian permitido á sus soldados tratar con los madianitas, y por eso habian idolatrado. Gravemente ofende á Dios y mucho daño hace, pues los que no pudieron ser vencidos con armas, lo fueron con este vicio. De aquí nacen todos los demás pecados: el ladron hurta para traer á la otra con quien trata; el homicida mata por no tener competidor en su pretension y torpeza; el otro no da limosna y es cruel con el pobre, y mata de hambre á su mujer y hijos por traer bien tratada y proveida la manceba. Gente de quien se puede decir lo de Cristo á la Cananea: *Non est bonum tollere panem filiorum, et dare canibus.* Grave delito es que, habiendo de atesorar los padres para los hijos, no solo no lo hagan, mas aun les falten en el sustento necesario; y cruel es el padre que ve á su hijuelo que muere de hambre, y teniendo el pan en la mano, huelga mas de arrojallo á un perro que dallo á su hijo que lo pide. ¿Quién hizo homicida á David, á Sanson ciego, á Salomon idólatra? Solo este torpe vicio, que por esto se llama así; porque á los que mucho se envician en él se les engendra una torpeza de entendimiento, que, á trueque de no salir de sus contentos, holgarian que los dejase Dios allí para siempre. Son pecados con que mas enreda el demonio y mas detiene. Santo era David, y habiendo caido en este maldito vicio, quedó tan olvidado de Dios, que ya el niño era nacido, y él no volvia de su sueño hasta que le fué á despertar el profeta Natan. ¿Quién en estos nuestros desdichados tiempos ha derrocado tantas letras y santidad, y de grandes defensores de la fe ha hecho grandes perseguidores della, sino la libertad para gozar deste vicio? Quién hizo al rey Enrico hereje, y destruyó á Inglaterra, á Alemania, á Hungría y á Flándes? Y ¿quién ha hecho perder á Francia el nombre de cristianísima, sino la licencia y soltura que prometen los falsos predicadores de Satanás? Quién ha derrocado el culto divino, abrasado los templos, asolado los monasterios, quemado los altares, profanado los lugares santos, regado el suelo con sangre de católicos, sino solo el deseo de libertad en este vicio? Finalmente, apenas hallarémos que haya habido hereje en la Iglesia de Dios que el principio de su perdicion no haya sido este maldito vicio. No sé que en la Escritura haya pecado mas ásperamente reprehendido ni castigado con tanto rigor como este. San Pablo á los corintos, porque habia un incestuoso entre ellos, les escribe mil lástimas. «¿Qué es esto (dice) que se suena, que hay entre vosotros un fornicario, y tal, que ni entre gentiles le ha habido jamás? Y ¿vosotros muy ufanos y hinchados, y no os habeis puesto luto, y no llorais ni habeis quitado tan mal hombre de entre vosotros? Pues yo, por la autoridad que tengo, y de parte del Señor nuestro Jesucristo, desde aquí le entrego en manos de Satanás, para que lo pague el cuerpo, á trueque de que se salve el alma. Tenéos por desdichados, que hay un fornicario en vuestro lugar. ¿Qué teneis bueno, pues esto teneis? ¿De qué os gloriais, pues esto sufris? ¿No sabeis que un poco de levadura corrompe toda la masa? Mirad que os aviso que no trateis con los adúlteros, que mas os valdria ser muertos; no me comais con ellos, ni me hableis con ellos ni los mireis, que ni aun esto merecen.» ¡Oh santísimo apóstol! y ¿qué dijérades si viérades en este tiempo tan perdido el freno de la vergüenza, los estados tan estragados, que ya lo santo y lo profano es uno, las ciudades y repúblicas hechas unas Sodomas en lujuria, las madres profanas, las hijas deshonestas? Cumplido aquel refran de Ecequiel: *Omnis qui dicit vulgò proverbium, in te assumet illud: Qualis mater, talis filia ejus. Filia matris tuae es tu, quae projecit virum suum.* Ya se puede decir con verdad aquel proverbio castellano, que nació de este de Ecequiel: «Ruin la madre, ruin la hija, y ruin la manta que las cobija.» Bien parecen el dia de hoy hijas de tales madres, que dan cantonada á sus maridos. Pues ¿qué dijérades, oh gran apóstol, viendo que ya

ha llegado la perdicion á tanto, que no se tiene por afrenta el pecar? Y si un fornicario os daba tanta pena, que deciades que le llorase todo Corinto, ¿cuál os la diera agora, no uno, sino un millon, no de un estado, sino de todos? Creo que cegárades llorando la destruicion y estrago de la república cristiana. ¡Oh vicio, que estragas todas las virtudes del alma; vicio, que escureces el entendimiento, estragas la voluntad, entorpeces los sentidos, consumes lo mas fresco de la vida, enturbias la razon, corrompes la naturaleza, embruteces el alma, derruecas lo fuerte, tornas necio al mas sabio! Tú hiciste hilar á Hércules, moler á Sanson, huir á Aníbal, á Marco Antonio ser vencido, y haces ser menos que hombre á quien te sigue. Dice Valerio, hablando á este propósito, en la carta que escribe á Rufino: Aquel sol de los hombres, Salomon, tesoro de los deleites de Dios, casa propria de la sabiduría, escurecido el entendimiento, perdió por el amor de las mujeres la luz del alma, el olor de la fama y la gloria de su casa; y al cabo, derrocado delante del ídolo de Baal, de amado de Dios, fué hecho miembro del demonio. Todos los otros vicios parece que se pueden esperar, mas este solo se vence con huir; espera David y cae, huye Josef y vence. Por esto decia San Pablo: *Fugite fornicationem;* Huid la fornicacion; que es liga que cuanto el ave mas se revuelve en ella, mas se prende. Esto pues es lo primero que agrava los pecados de la Madalena.

§. VII.

Lo segundo era el ser públicos: *In Civitate peccatrix.* Tanto, que tenia perdido el nombre y la llamaban la *cantonera*, ó por otro nombre mas disimulado, la *cortesana*. A algunos les parece que la Madalena no era pública pecadora, como las que agora llamamos *rameras*, porque parece que no se puede creer de una mujer principal que llegase á tanta rotura de vida y á tanto estrago de costumbres, que se olvidase tan del todo de su honra, que diese en tan abominable bajeza. Principalmente que vemos de ordinario que los deudos, corridos de la disolucion de sus parientes, procuran remediallo por fuerza, cuando de otra arte no pueden. Pues teniendo la Madalena hermano y caballero y deudos nobles, no es de creer que consintiesen que una su hermana viviese tan disolutamente, que, de infame, tuviese ya perdido el nombre. Paréceles que, habiendo sido casada con un marido principal en Magdalo, ora por habello dejado, ora por ser muerto, comenzó á dejarse llevar de sus apetitos, y dió en las libertades que suelen traer consigo las riquezas y la exencion de superior, cuando este falta. Y así, comenzó á gustar del billete y de la guitarrilla y del sarao y conversacion, del paseo y fiestas y músicas, y de cosas semejantes, que, puesto que no llegan á la persona, manchan al fin la fama y nombre, y ponen nota en la vida; que no se puede negar aquel dicho, que «la conciencia es para nosotros, mas la fama es para nuestros prójimos». ¿Quién no verá que una desenvoltura demasiada, un poco recato en la vida, una libertad en el trato, un cerrar con lo que los hombres pueden decir, que todo esto junto es ocasion á que las lenguas libres se desmanden, y que encaramen y aseguren sus sospechas y las tengan por certezas? Y allende desto, hacen gran daño en las repúblicas con el ruin ejemplo. No piense nadie que la compostura exterior, la modestia y reposo y las ceremonias cristianas, y andar un hombre ó una mujer con un honesto vestido, los ojos recogidos, el paso reposado, las palabras contadas y pesadas y medidas, y que en su trato y meneo y ademanes, y en el revolver de los ojos y en todo lo demás; que mirar en eso y procurallo hace poco al caso para conservar lo esencial de la virtud; porque, antes es de tanto peso y tan importante, que tengo casi por imposible que la bondad interior se conserve sin estas muestras exteriores; porque naturaleza nos enseña lo que valen, pues son como el seto ó valladar que guarda la viña, son las hojas de la fruta del alma; y vemos que jamás naturaleza produce fruto que no le dé hojas que le conserven y amparen y defiendan de la inclemencia y del rigor de los tiempos; antes bien guarda un primor particular en esto, y es, que cuanto la fruta es mas tierna y delicada, tanto le da hoja mas fuerte y dura; y por el contrario, al higo, que es fruta sabrosísima y de hollejo muy delgado y que se puede dañar fácilmente, dióle en defensa una hoja áspera y recia con que se adargase de los turbiones que suelen acudir en el estío y de la fuerza del granizo. Esto mismo hizo con el racimo y con otras frutas semejantes; mas al almendra, á la nuez y á otras tales frutas, que casi por sí son bastantes á defenderse, proveyólas de pequeñas hojas. Así son las ceremonias exteriores y la composicion de que hablamos, que nos conservan el fruto de las buenas obras. Y de la suerte que en una viña deshojada necesariamente se ha de dañar y perder el fruto; así, ni mas ni menos, el alma sin la compostura exterior no puede conservar mucho tiempo la virtud. De lo dicho se saca que, aunque la Madalena no tuviera otro pecado de obra sino las muestras exteriores, con las cuales tenia escandalizada toda la ciudad, pecaba gravísimamente y merecia ser llamada la *pecadora* ó la *cortesana*. Pues vemos agora; si el Espíritu Santo, que movia la pluma al santo evangelista, hizo tanto caudal de solas unas muestras de pecado, ¿qué tanto hará dellas si van juntas con las obras? Si así pondera un parecer mala, no siéndolo, ¿cómo ponderará el serlo y parecerlo? Llega á tanto el aborrecimiento que Dios tiene al pecado, que aun no puede ver lo que os fué instrumento del pecado. Pecan los hijos de Israel en el desierto, hacen un becerro de oro; estaba á esta sazon Moisen con Dios sobre el monte Sinaí, recibiendo de su mano la ley para aquel pueblo ingrato, y ellos idolatrando. Dios les labraba las tablas para escribirles la ley, y ellos labraban el becerro para adorarle por Dios; que al fin tales suelen ser los servicios de los hombres para las mercedes de Dios. Y porque lo digamos de paso, hicieron el becerro de los zarcillos de oro de sus mujeres y de las ajorcas y manillas y joyas que les pidieron, que no fué poco darlas tan

fácilmente, siendo de su naturaleza tan avarientas. De suerte que se quitaron los zarcillos que adornan las orejas, y hacen un becerro que les hincha los ojos. Pide Dios orejas, y ellos no, sino ojos. Dios el oido, porque allí entra la fe, y ellos no, sino evidencia; un Dios que se vea y toque, que al Dios de Moisen no le ven; gente que no cree sino lo que ve. Pero, dejado esto para su lugar, sintió mucho Dios tal ofensa y á tal tiempo hecha. Quiso destruirlos y decepar aquella mala casta, y estórbaselo Moisen; que, ganado ya el perdon para aquella ruin gente, bajó hecho un leon, y llega adonde está el becerro y echa mano dél, hácele polvos, toma gran cantidad de agua, mézclalos con ella, llama al pueblo, y háceles beber aquella agua y polvos. Este fué el paradero de su dios hecho en casa. Tomad, bebéosle, dice Moisen; tragáos el dios que hecistes, y veréis qué operacion os hace vuestro dios bebido. Bien sé que acerca deste lugar dicen diversas cosas, porque no falta quien diga que en mofa y escarnio de su desatino se les hizo beber para que después le purgasen y saliesen con el excremento del cuerpo, y esto en abominacion y burla del dios que querian; porque, ¿qué cosa mas infame y afrentosa que purgar su dios? Otros dicen que tal fuerza puso Dios en aquella agua, que, bebiéndola los tocados de la idolatría, se hinchaban y reventaban con ella, como con la agua de la *celotipia*, que llamaban, que era la prueba de los celosos, como se dice en el libro de los *Números;* mas á los que no estaban untados de aquel pecado dejábalos libres. A Filon, doctísimo y contemporáneo de los apóstoles, le parece, y lo tiene por cierto, que, bebiendo los delincuentes idólatras el agua, se les hendia la lengua, y á los no culpados les resplandecia el rostro. Sea lo que fuere, que para nuestro propósito bien basta que no haya querido Dios que ni aun el polvo del ídolo quedase, por haber sido el que adoró y en quien pecó el pueblo incrédulo de Israel. No quede rastro del pecado ni de su ocasion. Así mandó tambien que dejasen aquel lugar donde habian pecado; que aun el suelo que pisastes pecando lo aborrece Dios. Así que no era poco daño la desenvoltura de la Madalena, cuando los suyos no fueran pecados de obra, sino de solas apariencias y exteriores muestras. Mas, siguiendo la comun opinion y la que mas pegada va con el Evangelio, creo que, no solo paraba el daño de María en donaires y libertades de dama, sino que llegaba á obras infames, escandalosas y de mal olor y ejemplo. Así entiende san Gregorio lo que el mismo evangelista san Lúcas dice della en el capítulo 8.°, que «seguian al Señor algunas santas mujeres», entre las cuales era una María, que era llamada Madalena, de la cual habia alanzado el Señor siete demonios. Este número de demonios, dice este glorioso dotor que son todos los pecados mortales; que el número de siete es perfeto, y en siete dias diferentes se revuelve todo el año, y por el mismo caso todo el tiempo y siglos del mundo; y así, se toma por todo el monton de los pecados; de manera que, segun san Gregorio, no fueron verdaderos demonios los que alanzó de la Madalena, ni ella estuvo algun tiempo endemoniada, sino que el pecado se dice *demonio*, porque hace efetos de demonio, y torna tal á una ánima, y la transforma en eso, y el pecador se llama *endemoniado*. Esta dotrina es bonísima y verdaderísima, pero no muy pegada al Evangelio respeto de la Madalena; antes bien me parece que apenas se puede negar que aquella María Madalena que dice en el capítulo 8.° san Lúcas, haya sido de veras endemoniada, porque dicen así puntualmente las palabras, acabando de contar la conversion de la pecadora, con que remata el capítulo 7.°; y luego comienza el octavo así: «Y sucedió después de esto, que él caminaba por las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, y los doce con él, y ciertas mujeres que habian sido curadas de los espíritus malignos y de enfermedades: María, que se llama Madalena, de la cual habian salido siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Heródes, etc.» Hasta aquí dice el Evangelista. Pues que de aquí se colija llanamente que esta tuvo demonios verdaderos, podemos proballo así: dice que le seguian algunas mujeres que habian sido curadas de los espíritus malignos, y cuenta entre ellas á María. O todas eran torpes y malas, ó sola María; si sola María, pues en unas mismas palabras y contexto las encierra á todas, agravio se les hace á las demás en contallas en el número de las ruines. Si lo eran todas, ó por espíritus malignos entiende el vicio sensual y los demás, ó los verdaderos demonios; si lo primero, no parece que lleva camino; porque, ni esto es frasi de los evangelistas, ni se hallará en toda la sagrada Escritura, si yo no me engaño, dónde diga que alanzar demonios es sanar de pecados; lo segundo, no suelen los escritores sagrados tratar los milagros y obras de Dios por esas metafísicas ni rodeos; y como á la pecadora le dijo delante de Simon el Señor: «Tus pecados te son perdonados,» y no tus demonios te son alanzados; y así lo escribió san Lúcas; tambien lo dijera en el capítulo siguiente, que en solas cuatro líneas que hay de lo uno á lo otro no se habia de haber olvidado tanto san Lúcas de sí mismo, que lo que el Señor llamó pecados, acá se le pareciesen *demonios;* principalmente que jamás dijo que el Redentor alanzaba demonios que no fuesen verdaderos, y siempre que era perdonar pecados, usaba el Señor y sus evangelistas del término de *pecados*, como al otro paralítico que le guindaron por el techo de la Sinagoga, que le dijo: «Confía, hijo, que tus pecados te son perdonados;» y al otro de la picina: «Mira que ya estás sano, no quieras mas pecar;» y á la adúltera le dijo: «¿Qué se han hecho los que te acusaban, mujer? ¿Nadie te ha condenado?» Respondió ella: «Nadie, Señor.—Pues tampoco te condenaré yo, le dijo Cristo; véte, y de aquí adelante no quieras mas pecar.» Hé aquí á la Madalena; hé aquí cómo llanamente habla la Escritura, y hace diferencia del sanar las enfermedades del alma ó perdonar pecados, y del alanzar demonios; lo tercero, seguiríase que todas aquellas mujeres habian sido como la Madalena, pues de una misma suerte hablaba de las unas y de las otras, y esto

no se puede creer fácilmente; lo cuarto, dice que le seguian las que el Señor habia librado del demonio y sanado de sus enfermedades. O por el «sanallas de sus enfermedades» entienden de sus *pecados*, como dicen los que siguen á san Gregorio, y que sea todo uno el alanzar los demonios y curalles las enfermedades, ó no. Si dicen que es todo uno, será repeticion por demás, pues no se declara mas lo que quiere decir por el un término que por el otro, y no hay donde los evangelistas señalen que curar Cristo las enfermedades quieran decir las del alma; antes los teólogos sacan por conjeturas y por ser conforme á la gran bondad de Dios, y porque principalmente vino á sanar almas, que á todos cuantos sanó en el cuerpo, los sanó tambien en el alma, y esto lo deducen por razones aparentes y que van muy parejas con el entendimiento; y no porque lo diga abiertamente el Evangelio, ni se sepa con mas certeza de la que un buen discurso pueda sacar de algunos lugares de la Escritura. Y así, dicen muchos dotores que aquel de la picina que, no sabiendo quién le habia sanado ni cómo se llamaba el que le habia mandado tomar su lecho á cuestas y irse á su casa con ser dia de fiesta, cosa que al parecer de los judíos, que eran muy ceremoniáticos, les era pecado mortal. Y dice san Juan que, haciéndosele el Señor encontradizo, le dijo: «Ya estás sano; guárdate no peques, porque no te acaezca otra cosa peor.» Este buen hombre conoció que quien se lo habia mandado era Jesus, y fuélo á decir á los fariseos y sacerdotes. Digo que aunque hay algunos á quien les parece que fué ingrato este contra el Salvador, pues parece que por hacer placer á los fariseos fué á acusar al Señor, con todo eso, por la mayor parte le excusan, por la razon de arriba, diciendo que ya este era bueno, pues siempre Cristo sanaba primero el alma que el cuerpo; y así, no lo hizo por ingrato ni por acusar á su bienhechor, sino por solo publicar la maravilla y grandeza de Cristo. Y parece que se saca bien de lo que el Señor le dijo: «Ya estás sano; no quieras mas pecar.» Luego, si la enfermedad habia nacido de pecados, pues le dice que ya está sano, da á entender que ya no tiene pecados. Y pues le dice: «Ya no peques mas, porque no te acaezca otra cosa peor,» síguese que ya habia dejado de pecar. Si dice alguno que no es todo uno, y que cuando dice san Lúcas que «las curó, alanzando los espíritus malignos», se entiende de los pecados, y cuando dice que las sanó de sus enfermedades, entiéndese de las corporales; esta es diferencia voluntaria y sin fundamento en la Escritura. Así que, por estas y otras muchas razones se prueba que estas mujeres que seguian á Cristo fueron verdaderamente endemoniadas y tuvieron verdaderos demonios. Y pues entre ellas es contada la Madalena, luego tuvo los siete que dice san Lúcas, como el otro que tenia una legion. Y por ventura no seria mal argumento este con otros para en favor de los que tienen que la Madalena que aquí cuenta san Lúcas no es una con la pecadora ni con la hermana de Lázaro; porque muchos santos ponen tres, otros dos. Mas, como en esto va poco, y ya la comun opinion tiene que no fué mas que una, aunque en las cosas que no son de fe ni contra toda la corriente de los dotores tenga cada uno licencia de sentir como le pareciere; con todo eso, en el hablar es bien que se conforme con los más, principalmente en cosas que ni edifican á la Iglesia ni hacen para la emienda de las costumbres, y que ya el pueblo está empapado y embebido en ellas, y que las mamó en la leche. Volviendo pues adonde nos apartamos, decíamos que los pecados de la Madalena tenian mucha gravedad y peso, por ser públicos, etc. Grandemente aborrece nuestro Dios al fanfarron de sus proprios pecados; que aquello de que os habíades de afrentar lo tomeis por blason y timbre de vuestras armas; que hagais gala y bizarría de vuestras maldades; que os jateis dellas. Esto da muy en rostro á Dios. Concibe la hija mayor de Lot un hijo, y al nacer pónele nombre Moab, que quiere decir *de padre;* dando á entender que era hijo de su mismo padre. Pues ¿cómo? ¿No os basta el haber cometido el pecado, embriagado á vuestro padre, concebido del mismo; sino que el hijo tambien lleve escrito en la frente vuestro pecado en el nombre para que no se olvide, que siempre que lo llamaren os refresque vuestra torpeza? Así dice: «Llamámele Moab, de mi padre.» *Peccatum suum sicut Sodoma praedicaverunt, nec absconderunt,* dice Dios por Isaías; Mira la maldad de los de mi pueblo, que á voz de pregonero publican sus pecados; que no hacia mas Sodoma, cuyas maldades llegaban hasta el cielo. Y que si tienen una fealdad natural en el rostro ó en otra parte, procuran disimularla y la encubren con afeites y con aderezos galanos; y sus pecados, que es la fealdad verdadera, ¿esos descubran y los apregonen? A lo menos escondiéranlos, ya que no se avergüenzan de hacellos, que menos mal fuera este. Siempre la jatancia del mal y la publicidad dél pareció mal á Dios y á sus siervos. Habia muerto Joab, capitan general de David, á Abner, príncipe de la caballería de Saul, y después mató á Amasa, otro capitan famoso, á quien David queria dar el cargo del ejército, y habíalos muerto á entrambos á traicion; y al tiempo que David se moria, llama á su hijo Salomon y dícele: «Bien sabes, hijo, lo que hizo Joab, hijo de Sarvia, conmigo, que contra mi voluntad y sin yo sabello mató dos príncipes mejores que él, que fueron Abner y Amasa, y con color de paz derramó su sangre como si fuera en la batalla, y tiñó el talabí con que colgaba del hombro izquierdo la espada con la sangre de los muertos, para fiereza de soldado y jatándose de valiente; pues mira, hijo, que te mando que no dejes llegar sus canas con paz á la sepultura, sino que le mates, pues mató á otros mejores que él.» Mas pena parece que le dió al buen David el blasonar Joab de su pecado y teñir el cinto en la sangre, como quien mata la caza y pone la cabeza á la puerta, que lo principal del hecho, que fué el homicidio. Y aunque sea lo que suelen decir, *Miscere sacra profanis;* Mezclar lo santo con lo profano, diré una cosa que viene muy á pelo. El poeta latino, contando cómo en una batalla habia muerto Turno el Laurento á Palante, hi-

jo de Evandro, y quitándole un hermoso cinto ó tahalí, se lo habia echado al hombro, dice estas palabras:

Quo nunc Turnus ovat spolio, gaudetque potitus.
Nescia mens hominum fati, sortisque futurae,
Nec servare modum rebus sublata secundis.
Turno tempus erit, magno cum optaverit emtum
Intactum Pallanta.

«¡Oh ignorancia, dice, del juicio humano, y ciego para su hado y suerte, y que no sabe guardar el medio en las cosas prósperas, y se desvanece en ellas! Agora está Turno alegre con los despojos que ha quitado á Palante, y triunfa de la vitoria; pues tiempo le vendrá á Turno, cuando deseará haber comprado aquel cinto por muy caro precio, sin haber tocado al príncipe Palante.» Esto dice porque aquel cinto le fué hado mortal á Turno; que habiéndole desafiado Enéas, amigo de Palante, y teniéndole rendido, pidiéndole Turno merced de la vida con muchas palabras tristes, estando Enéas movido para perdonalle, y teniendo la espada sin ejecutar el golpe, alzó los ojos y vióle el cinto al hombro, y movido á saña, díjole: «¡Oh fiero enemigo! ¿qué misericordia puedo yo haber de tí, viéndote adornado con los despojos de mi amigo? Y pues tú no la tuviste del mal logrado jóven Palante, no es razon que la haya de tí;» y diciendo esto, le mató.

La tercera, que mucho agrava los pecados en la Madalena, es que eran escandalosos. Hay pecados que, aunque lo son, no escandalizan á nuestros vecinos, como son los que vos solo cometeis y á vuestras solas; mas poner tienda de mal vivir, estos son muy aborrecibles. Perdonado habia Dios á David su pecado; pero con todo eso, le dice Natan: «El Señor te ha traspasado tu pecado (que abajo lo declararémos mas) porque has sido ocasion de que muchos ruines blasfemen el nombre de Dios; no quedarás sin castigo, que el hijo que te ha nacido morirá. Dice esto porque muchos del reino, sabiendo lo que habia hecho David, cargaban la culpa á Dios, diciendo: «Oid por vuestra vida qué buen rey nos ha dado Dios. Quitónos á Saul, que nos conservaba en paz, y hanos dado uno que nos mata y se nos alza con nuestras mujeres y con nuestras hijas.» Mas daño hizo Jeroboan con los becerros de oro que hizo en Israel, que con cuantos pecados habia cometido en su vida. Pecados de mal ejemplo parece que los perdona Dios de mala gana. Y es porque cuando yo peco en secreto, parece que va solo por mí, que va de mí á Dios; yo daré cuenta por mí solo, pagaré por mí solo, y castigarme ha Dios á mi solo y al fin, si me condeno, condénome yo solo, no llevo gente tras mí, ni le quito á Dios mas que á mí, ni tengo que restituille sino solo á mí; mas cuando peco con escándalo ajeno; cuando, por verme pecar, muevo á otros á que pequen y les quito ya el freno de la vergüenza y pierden el miedo á Dios, entonces no solo he de pagar por mí ni dar cuenta de mí ni restituirme solo á mí, mas á los que le quité á Dios; y castigarme ha por los pecados de aquellos, como á hombre que pecó por las manos de aquellos, y como á culpado en todos los pecados de aquellos. En el *Libro de Ester* cuenta la sagrada Escritura que, habiendo hecho el rey Asuero un famoso banquete en una huerta, donde se hallaron todos los príncipes y señores de los persas y medos y de todos los reinos y señoríos del Rey, que eran ciento y veinte y siete; y la reina Vasti, que era hermosísima, habia convidado á las damas persianas y medas, que eran en grandísimo número. Sucedió que, estando regocijado y alegre el Rey al cabo del banquete, que no habia bebido poco en la fiesta, parecióle que era bien que el último plato que se habia de servir á los convidados fuese la vista de la reina Vasti, para que todos ellos conociesen su mucha hermosura. Para esto envióle un recado con ciertos eunucos (que era la gente de quien en aquel tiempo mas se servian los reyes de Persia, principalmente en recados de mujeres y guarda de damas). Mandábale que, vistiéndose lo mas vistoso y costoso que pudiese, y poniéndose en la cabeza una riquísima corona, cual á tan alta reina convenia, viniese á la huerta, donde le esperaba con mucho deseo de todos aquellos príncipes y señores, para que conociesen cuán bien empleada estaba la corona de reina en hermosura tan extraña. Fué este recado de mucha pena y enfado para Vasti; y no se puede negar sino que, si no se atravesara la sujecion y obediencia que deben las mujeres á sus maridos, que la Reina anduvo harto mas discreta en no ir que el Rey en mandarla llamar; porque para la gravedad y honestidad de tan gran señora no le decia bien de ir á una huerta á ser terrero de los ojos de tantos hombres y criados suyos. Al fin determinó de no cumplir en esto la voluntad del Rey, de lo que quedó sentidísimo y estomagado contra la pobre de la Reina. Y como la cólera y el vino y la afrenta que á su parecer le habia hecho, todas estas cosas juntas ocupasen á un tiempo el entendimiento de Asuero; dejándose llevar de la ira, vuelto á los príncipes, les preguntó con qué pena debia ser castigada tal culpa como la Reina habia cometido delante de tantos caballeros. Ellos, que no estaban menos bien bebidos ni se tenian por menos injuriados que el Rey, respondiéronle: «No solo, poderosísimo Señor, la reina Vasti ha injuriado á vuestra majestad en no haber obedecido á su mandamiento, mas á todos los estados y reinos de vuestra majestad y á los príncipes y gentes de todas suertes que están en su señorío; porque no hay que dudar sino que la Reina ha hecho daño á todas las mujeres del reino, y que con este hecho tan escandaloso ha levantado los bríos y las crestas á cuantas lo oyeren, y oiránlo todas, para que en ninguna cosa obedezcan á sus maridos, y la razon es llana; porque si, siendo Vasti reina, y por eso persona pública, con mucha mas obligacion de dar ejemplo que todas las demás; y siendo mujer de un tan poderoso rey como vuestra majestad, á quien como á señor debia servicio, como á marido sujecion, y como á quien la habia levantado en tanta alteza, fuera bien que mostrara agradecimiento; con todo eso, llamada, rogada y mandada, ha salido con su teson, y no curando de las muchas obli-

gaciones que tenia, cerrando con ellas y con los daños que al reino podian resultar, no ha querido venir á vuestro mandamiento. Cuando por todos los estados de vuestra majestad se entienda este caso, claro está que dirán nuestras mujeres y todas las demás que no tienen obligacion de obedecernos ni de atenerse á nuestra voluntad y querer, pues la Reina no obedece al Rey; y que pues hubo un no para el sí del Rey, ¿por qué no le ha de haber para su vasallo? Y si la Reina se salió con ello, ¿por qué la de menor estado y obligacion ha de ser castigada? Finalmente, con este ejemplo de la Reina resultará que habrémos de dejar nuestras mujeres, ó no mandallas, ó matallas. Parecióles á todos los príncipes y señores del reino que decia muy gran verdad el que dió este primer voto; y así, todos, con aprobacion y voluntad del rey Asuero, depusieron á la pobre de la Reina y la privaron de la corona y título real.» De suerte que la razon con que dió torcedor á los entendimientos del Rey y de sus grandes, y con que llevó todos sus votos tras sí, fué ser de mal ejemplo el delito de la Reina; porque, mirándolo por sí solo, no merecia tan riguroso castigo; sola la circunstancia del escándalo le hizo de tanta gravedad. Y entre los escandalosos, los que mas lo son y mas daño hacen son los pecados sensuales. De aquí se entenderá la poca licencia que tienen las mujeres para andar muy galanas y afeitadas, hechas señuelo de livianos; porque con sus aderezos y cabellos y compostura andan hechas redes de Satanás para derrocar almas en el infierno. Bien sé que me responderán que no se aderezan con ese intento ni es esa su intencion; que cada uno tenga cuenta con su conciencia y enfrene su deseo. Pluguiese á Dios que las cuentas que acá se hacen los hombres á sus solas se las pasasen allá; y que los seguros de conciencia que acá se finge cada uno, asegurasen aquel espantoso y terrible dia; mas yo he miedo que muchas de las partidas que acá las tenemos nosotros por llanas, las borrará el Señor de la hacienda y no las querrá pasar en cuenta. Dime, desatinada: tú que te amartirizas el rostro y le sacas de sus naturales, y con artificios procuras de parecer otra de la que eres, si Dios quisiera que con otro rostro le sirvieras, ¿no te supiera hacer otro mejor que el que tú te haces? Demás desto, ¿cómo puedes decir que no deseas parecer bien á nadie? ¿Por ventura, cuándo has de salir de tu casa, no gastas muchos ratos en afeitarte, que no los gastarias si no hubieses de salir al sarao, á los toros, á las huertas y á tus paseos? Pues luego, porque te han de ver te aderezas. ¿Y piensas dar á entender á Dios que no es así? Dime mas: si vieses tu basquiña ó tus almirantes ó tu ropa bordada por el lodo, y que un puerco se revuelca sobre ella y la trae entre los piés, ¿no procurarias de quitarla con mucha priesa, y te pesaria de verla tratar así? Pues si una ropa, que con pocos dineros puedes sacar otra, te pesa de verla traer por el lodo, ¿no será mas razon que te pese de verte revolcar en un muladar de muy sucios y torpes pensamientos de un liviano, que por verte compuesta y afeitada ocupa el pensamiento en mil imaginaciones torpes, haciendo en su desenfrenado apetito mas potajes de tí que los que sufriria la mas vil y profana mujercilla de la tierra?

§. VIII.

Y porque no piensen las amigas de las galas y trajes que debe de ser cosa de poca importancia, será bien desengañarlas y decir algo de las invenciones, y de su orígen y antigüedad, y de lo mucho que desagradan á nuestro Dios, para que las tales y las que en esto se toman tan larga licencia, cuanto le parece á su apetito, no puedan alegar ignorancia para disculpa y descuento de sus excesos y vanidad y gastos desordenados; y si miramos al principio y orígen del mundo, hallarémos que Dios crió á nuestros primeros padres desnudos de ropas y vestido, y no mas adornados del aparato y galas exteriores que á los demás animales; antes bien menos compuestos y aun casi honestos que á los brutos; pues á una oveja le dió que se sacase la lana consigo, que le cubre y calienta el cuerpo, y al leon su pelo y guedellas, y al javalí sus cerdas, y á la ave la pluma, y así de todos los demás animales; y solo al hombre, con ser el señor, el del entendimiento, el de la libertad y el mejorado en todos los bienes y herencia del Padre Dios, á este solo se le dejó sin pluma (como suelen decir), porque le dió una piel lisa, blanda, tersa, delgada y tierna; y ni aun hizo con él lo que con un racimo, que, con darle cuero, y algo recio, le dió tambien hojas, y bien anchas, con que se cubriese. Pero no anduvo Dios tan escaso con el hombre como parece, ni le trató con aspereza y rigor, ni tan como padrastro, que le dejase razon de queja, y que pareciese Dios de manos cortas y escaso con él; porque le sacó vestido de la justicia original (dejemos aparte el sayo de la gracia, que este es aderezo y gala del alma). Esta justicia tocaba al cuerpo y le hermoseaba y cubria todo, y le suplia las veces del vestido; porque, así como agora no nos corremos de que se vea la mano ni el ojo ni la oreja, así, ni mas ni menos, entonces de ninguna parte ni miembro del cuerpo nos corriéramos, ni nuestros padres Adan y Eva se afrentaban. Y así como cuando yo quiero muevo la mano para obrar y el pié para andar, así tambien en aquel estado no hubiera parte en nosotros nuestra, que saliera por solo un punto de nuestro querer y voluntad. Y aun hay una gran diferencia: que agora, aunque no se moverá mi mano si yo no quiero; pero con todo eso la muevo á la obra desordenada y de pecado, porque no puedo medir ni detener mis pasiones que no pasen del punto y tasa que yo quiero; como decir: Quiero enojarme tanto y no mas; quiero que la irascible llegue á este grado y no á estotro. Esto no está sujeto á mi querer y albedrío; mas estábalo en Cristo Señor nuestro, que era señor de sus pasiones, que mas propiamente se llamaron en él propasiones; porque cuando queria, y cuanto y como queria, se enojaba y se alegraba y se entristecia; y no era como en mí ni en vos, que nuestras pasiones nos llevan y mueven á nosotros, y por eso se llaman propriamente pa-

siones; mas en Cristo, él las movia á ellas; y así se llamaban propasiones, esto es, en vez de pasiones. Pues digo que eso mismo y de esa misma suerte pasaba y pasara en la justicia original si Adan no pecara. Y en cuanto á esto, Cristo tuvo los efetos del estado de Adan antes del pecado. Y pudiera Adan tomar la cólera y saña que quisiera, y la tristeza que viera que le era menester, sin que llegara á ser pecado; y mandar á todos los miembros que, como ó cuando quisiera él hicieran sus operaciones, y todos sus movimientos fueran honestos y los ordenara al bien y actos y obras meritorias y de virtud. Por esta razon no tuvo necesidad de salir vestido como los demás animales en cuanto á la parte que toca á la honestidad. Hay otra segunda causa por donde el vestido no es necesario; esta es, para defendernos de las impresiones del cielo y de la inclemencia y destemple de los elementos; como del frio, de la agua, del calor, del sol y de la helada, y de las demás cosas semejantes á estas. Mas tampoco por esta razon ni para defensa destas miserias teniamos necesidad de vestido; porque con tal temple fuimos criados, que, á no estar el pecado de por medio, no se nos atrevieran los elementos, y todas las cosas nos respetaran y sirvieran como quisiéramos; de suerte que por demás fuera el vestido donde no habia de qué defendernos con él. Fué pues el caso que en pecando Adan y dar consigo en un piélago de miserias y desventuras y descomedírsele todo lo criado, todo fué uno; entonces cargaron las dos razones que habemos dicho, por las cuales no tenia necesidad de vestido, y volviéronse contra el miserable del hombre; y luego comenzó á correrse de su desnudez, y afrentóse mas de las partes que llamamos vergonzosas que de las otras; y pienso que la razon desto fué porque, como pecando él, pecamos todos en él y nos perdió en él, y todos habiamos de salir dél, y en virtud y semilla estamos todos en él, y por el acto de aquella generacion y de aquellas partes habiamos de ser derivados y producidos; parece que acudió la vergüenza á la parte por donde nos habia de comunicar el daño, como corriéndose y avergonzándose del mal que habia hecho á toda su posteridad y decendencia. Así dió Dios á su pueblo la circuncision en aquella parte, que era como prenda y arra de la promesa que habia hecho á Abrahan. Porque (como dice Ruperto) tres conciertos ó pactos y alianzas, ó tres señales dellos, dió Dios á los hombres: el primero fué con Noé, el segundo con Abrahan, el tercero con su decendiente ó el sémen, que dijo Dios en que se habian de bendecir las gentes, que lo declaró san Pablo de Cristo nuestro Dios. Y yo lo he explicado en el *Tratado de todos los santos*. Y segun la fe de cada uno de los que recibieron las señales, ó segun lo que queria confirmar con ellas, así las diferenció; y como mas se iba acercando su venida y el cumplimiento de la promesa principal, así iba acercando, y como entrañando y engiriendo en los hombres la señal mas propria y mas significadora del efeto y del concierto que se significaba por la tal señal. Dícele Dios á Noé que quiere enviar el diluvio al mundo; créelo, hace aquella famosísima carraca, en que se salvó con su mujer, hijos y nueras; sale della, pasada la tempestad y enjuta la tierra; conciértase Dios con él que no desbaratará mas el mundo por agua; para este pacto y alianza dale por señal el arco del cielo que vemos en las nubes. De suerte que le dió señal en aquello que mas natural era al negocio de que trataba; de esa misma naturaleza tomó la señal para quitar el temor del diluvio; porque, siendo cosa que se ve muchas veces, se consolasen los hombres y perdiesen el miedo de ser anegados como la otra vez. La razon es llana, porque el *arco* que llamamos *íris*, se hace en las nubes de la refraccion y quebrantamiento de los rayos del sol, que hieren la nube de la parte contraria; y como ella está mojada y espesa, rómpense allí los rayos, y quebrántanse y multiplícanse aquellas varias y hermosas colores. Luego si este galan arco no se puede hacer sino cuando el sol retoca la nube por la parte contraria y baja, síguese necesariamente que en la tierra por donde entonces pasa el sol, no solo no llueve, mas aun que el cielo está sereno. Luego no habrá diluvio general; y así, no hay que temer otro como el pasado cuando vemos el arco. Digo tambien que esta señal en sí no fué nueva; que, pues es cosa natural, ya otras muchas veces se habria visto; mas fué nueva en cuanto entonces el Señor la estableció y la ordenó para esta seguridad y alianza y concierto que hacia con los hombres.

§. IX.

Llega el patriarca Abrahan, quiere Dios hacer otro nuevo contrato, y tomar pueblo y casa particular y avecindarse con los hombres; prométele de nacer de su linaje, y para esto dale señal en aquella parte donde se hace la generacion. Por esto solo he traido estas dos señales; y así, dejo la tercera por no detenerme. Decimos arriba que porque por aquella via habiamos de decender, por esto luego que pecó, se corrió y afrentó el hombre de ver aquellas partes desnudas, por la razon ya dicha. Pienso tambien que luego sintieron rebeldía y desórden en sí mismos, y entendieron que en pecando habian quitado el freno á la sensualidad, y echaron de ver movimientos y barruntos sensuales en aquellas partes; y así, comenzaron á correrse de lo que sentian, que hasta en aquel punto no habian experimentado. Viéndose así, determinaron de remediar su daño con un medio harto ruin, que fué con hacerse sastres; y mirando por el jardin, pareciòles que la higuera era la que mas anchas hojas tenia, y quizá debia de estar mas á la mano. Hilvanaron algunas dellas, y hicieron sendas cintas, con que se cubrieron como quiera. ¡Mirá qué gentil ropa y á qué miseria los trujo su pecado, y cómo los entonteció! Hé aquí agora nacida la necesidad del vestido y su orígen, y cómo son las vendas con que nos tomaron la sangre de las heridas del pecado. Hecho este ruin remiendo, habiendo Dios penitenciado al hombre y á la mujer, determinó de hacerse sastre, é hízoles sendos vestidos de pellejos de animales. Ora fuese que, con cólera que contra nuestros padres tuvo, arrebatase de

de aquellos animales y los matase delante dellos, para representalles la muerte en que habian incurrido pecando, como algunos dicen; ora fuesen membranas de algunos árboles vellosos, como le parece á Teodoreto; porque la palabra hebrea quiere decir *pellejos* y *membranas*, y no cree que mató animales para ello; pues (segun el mismo) no crió de cada especie mas que dos, macho y hembra, y no habia de destruir una especie para solo aquello, que esto seria quedar imperfeto el mundo. Y tampoco quiere creer que crió allí algunas pieles para vestillos. Sea lo que fuere, al fin aquel fué el primero vestido del mundo, y Dios el sastre que le hizo, cortó y cosió.

§. X.

Ha sido después tanta la vanidad de los hombres, y ha crecido tan por extremo su malicia, que han llegado á hacer golosina del pecado, y que lo que se dió por sambenito y afrenta, eso sirva de gala y honra; porque preciarse del vestido es como si uno se preciara de traer mas galan y costoso el sambenito que por sus culpas le puso la Inquisicion. Plinio dice que los antiguos frigios fueron los primeros inventores de coser el vestido con hilo y aguja. Atalo, rey de Pérgamo, en Asia, se preció de tejer ropas, y fué el que inventó mezclar el oro entre el paño al tiempo de tejelle. El rey Aralio, que lo fué de los asirios, fué (segun dice Beroso) el que comenzó á dar suelta y á alargar la mano en los trajes y galas mujeriles, concediéndoles perlas y pompas, y otras superfluidades. Es mucho de culpar este rey, porque parte es de buen gobierno la tasa y moderacion en los trajes; y si con las mujeres no tratais de tasa y de buenas costumbres, diráos Aristóteles (y con mucha razon) que la mitad del regimiento falta. Y el mismo dice que la mujer se ha de contentar con menos costoso traje de lo que la ley le concede, pues está claro serle mas honroso el decoro de su honestidad que el de las galas costosas. Y porque se vea lo que sintieron los santos destos excesos y trajes, san Clemente Alejandrino dice que es mayor falta en la mujer darse mucho á lo de sus atavíos que el ser borracha. Ponderacion es esta que, á no ser del glorioso san Clemente, no sé si le consintiera decilla á alguno que él no fuera. Pues llegando san Ambrosio á esta consideracion, no dice menos de que los chapines les sirven de grillos que traen echados á los piés, las cadenas de oro á los cuellos muestran su condicion servil y de esclavas. Muchos autores hay que tienen que los obispos pueden mandar, so pena de descomunion, que las mujeres no se vistan suntuosa ni superfluamente ni como provoquen á ser deseadas, y que no se afeiten, y que les obligará el tal mandamiento, por ser en favor de la honestidad. Pues si miramos á la policía romana y antigua, sola media onza de oro se concedia á las matronas nobles para adorno de su vestido y ropas. Lo que mucho espanta es, que Cristo nuestro Dios en el Evangelio pone aquel terrible caso que cuenta san Lúcas de aquel rico gloton, impío y cruel, con el pobre de Lázaro el mendigo, y el primer delito que se le prueba, y de lo primero que lo carga el Espíritu Santo, que fué el que le sustanció el proceso, es que se vestía costosamente y que traia ropas de púrpura y camisas de holanda. Era este desventurado como el gusano de la seda, que él mismo se hace la sepultura, y de seda, á do muere. ¿Quién vió la ceniza cubierta de seda, el estiércol dorado, el muladar con púrpura? Veamos, ¿no le era lícito á este traerse y comer conforme á quien era? No le estaba bien comer mas y vestir algo mas costosamente que á los demás, pues tenia mas hacienda y era mas noble, y no lo hurtaba ni robaba á nadie? No dice que tomaba la hacienda ajena, ni que dejaba de pagar al labrador que sudaba en labrar sus heredades, ni que detenia el salario de sus criados, ni que gastaba su hacienda con mujercillas; no que era homicida, blasfemo, jugador, ni enemistado; sino que vestia, comia y se traia algo mas costosamente; y por esto, y porque no dió limosna, le condenan. Lícito le era tener alguna mas larga y suelta en estas cosas; mas excedia mucho á su estado, y del exceso en vestir y en comer vino á tener poca misericordia con los pobres; y así, aunque el pecado principal de su condenacion fué por ser crudo y sin misericordia, pero el Evangelista nota esotros; porque siendo él hombre demasiado en trajes y en el comer y beber, puestos estos principios, no está en su mano no caer en otros pecados, principalmente en falta de piedad y caridad con los pobres. De aquí les nace á muchos señores que, siendo muy ricos y teniendo á ochenta y á cien mil ducados de renta, andan siempre empeñados, y que no pagan jamás al criado que les sirve y se envejece en sus palacios encantados, ni el sastre puede sacar el salario de su trabajo, ni el calcetero es señor de pedir lo que se le debe, ni el jubetero ni el labrador que les vendió su pan, ni nadie puede sacalles un real, y mas fácil fuera «sacar la clava de las manos de Alcides» (como se dice en el proverbio); y se aprovechan de los sudores y trabajos ajenos, y dejan sus estados empeñados y gastados y consumidos, y ellos se mueren sin pagar, y permite Dios nuestro Señor que les suceda un heredero que los deje á mejor librar en un purgatorio, adonde salgan por sus cabales, por no pagar él las deudas de sus antecesores. Todos estos y otros muchos daños trae á un hombre la demasía y exceso en el vestido. Así, el Espíritu Santo le nota estos pecados, porque no se pueden negar; sino que hay algunos que, puestos en el alma son como menores, que no pueden dejar de inferir otros y, como parirlos, que les son como hijos. Pues si haciéndose proceso contra el rico, le cargan y alegan los trajes, ¿qué será, y qué se alegará contra vos, que profesois la pobreza de Cristo y su Evangelio? ¿Vos, á quien os han predicado los paños pobres y las pajas de Belen, delante de cuyos ojos nació Dios en un establo? Vos, á quien os han dicho el *Vulpes foveas habent, etc.*; que las raposas tienen sus covezuelas y los pajarillos sus nidos, adonde criar sus hijos, y el hijo del hombre no tiene una teja propria con que cubrir la ca-

beza? Vos, á quien os han predicado que le dieron al Hijo de Dios una mortaja de limosna, con que le envolviesen, y un sepulcro prestado por tres dias, adonde descansase, y que de puro pobre comia él y sus discípulos pan de cebada, y que aun para pagar la moneda de la alcabala á los alcabaleros del César no se halló con una blanca, y hubo san Pedro de ir á pescar al mar, y al primer lance la sacó de entre las agallas de un pez? Y finalmente, ¿con qué rigor será condenado el cristiano, viendo que su Señor, su capitan, su príncipe, su Dios, nace pobre, vive pobre, muere pobre y se precia de pobre; si predica, es pobreza; si busca discípulos, son los mas pobres; si les manda algo, es dejar la hacienda? Pues ¿qué espera el que va rico delante del juez pobre? El que se pone de galan para oir sentencia del corregidor roto, desharapado, sabiendo que porque abomina las galas anda él tan sin ellas? ¡Oh locos, vanos, sin seso! Decidme: ¿no seria desatino que, habiendo el juez ahorcado á uno por solo que le topó con espada de noche, topásedes otro con espada y daga y con una cota? «Señor, ¿dónde vais á tal hora, hecho un san Jorge? Voy á rogar al Corregidor que saque á Fulano de la cárcel, que le tiene allí por una muerte.» Señor, no vais allá ni os vea con armas, que por mucho menos que esas que vos llevais, ahorcó ayer á Fulano; mirá que ese pleito ya está sentenciado en contra, por eso no asomeis por allá. ¡Oh pecadora, loca, sin juicio! Que por solo que aquel rico traia un vestido de púrpura le dan un garrote en el calabozo del infierno, y vas tú á la presencia del tal juez cargada de seda y oro, y con mucha de la perla y del diamante y del rubí, á rogalle que perdone, no á tu vecino, sino á tí misma, y no de la muerte de algun *desuella-caras* que mataste, sino de tu misma alma que metiste en el infierno, y de otras muchas que con tus galas y dijes y afeites y cocos, y desenvolturas y señas hiciste morir en el pecado; y lo que es mucho mas grave, le pides perdon de la muerte del Hijo de Dios, á quien, en cuanto es de tu parte, quitaste la vida pecando, y le volviste á crucificar (como dice san Pablo). Luego no debe ser tan ligera cosa ni de tan poco momento lo de los trajes y galas, como se fingen algunas, que hallan consuelo en sus deseos, y ellas se pintan un dios bien acondicionado y que no mira ni repara en estas menudencias y niñerías (que ellas llaman); unas dicen que siguen el hilo de la gente, otras, que no las ha de condenar Dios á todas; otras, que no lo piden á nadie ni lo toman de la hacienda ajena; como si la compañía en el pecado quitase la culpa dél, y como si, por condenar á todo el mundo, perdiese Dios algo de su casa y de su reputacion, y como si el rico de san Lúcas no fuera tan rico como ellas, ó lo robara para echárselo á cuestas y comérselo y bebérselo. ¡Ay de vosotros (dice el Señor por Amós) los ricos y gordos de Sion, los puestos aparte y señalados para el dia malo, para el matadero y rastro del infierno; los que gozais de los mejores cabritos y comeis las terneras escogidas y mas tiernas de toda la vacada, Los que comeis al son de las guitarrillas y los loquillos os dan musica en la mesa! Ay de los que dormís en marfil sobre colchones de pluma y de algodon, con las cortinas de brocado, las colchas bordadas y con recamos, y allí son vuestras torpezas y lascivia; los que bebeis en oro y comeis en plata, los afeminados, los de los olores, ungüentos y los ambares! «Yo he jurado por vida mia (dice el Señor de la caballería del cielo), y á fe de quien soy, que tengo aborrecida la soberbia de Jacob, y que no puedo ver sus casas entapizadas.» ¿Qué mayor maldad se puede decir que esta delicadez? Que duerman en camas de marfil. ¿Por ventura la cama mas costosa hace el sueño mas suave? ¡Oh engaño y ceguedad de los hijos de Adan! Y ¿no te contentarias con las de un rey, y no de cualquiera, sino de los mas poderosos? ¿De aquel que decia: «Lavaré cada noche con lágrimas mi lecho»? No era todo de brocados, mas de lágrimas, y no una sola noche, mas todas lo lavaba con ellas. ¡Cuántos pobrecitos duermen por esos portales, sin tener siquiera un pedazo de estera en que recostarse! Pero volvamos á las galas, donde nos salimos. El vestido costoso ¿caliéntate quizá mas en invierno ó es mas fresco de verano? ¡Oh santo Job, y qué diferente era el vuestro de los que agora traen los hombres vanos y livianos del mundo! «Cosíme un saco sobre las carnes (dice Job), y cubrí mi cuerpo con ceniza; vestíme de jerga, y el cilicio era mi gala, porque conocia bien lo mucho que desagrada á Dios la pompa y exceso del vestido.» Y allá por Sofonías: «Hará el Señor visita (dice el Profeta) sobre los varones que visten á lo extranjero.» Habia dado el pueblo de Dios en mudar de trajes y hacer el vestido al talle de las naciones bárbaras y extranjeras; enfermedad propria de señores y de gente de palacio; porque solos los que poco pueden y los labradores y gente plebeya, esos son los que guardan el traje paterno y el antiguo de sus abuelos; los de la corte y casas reales son los de las invenciones; y así lo hacian entonces el Rey y los caballeros en aquel pueblo de Dios. Sintiólo tanto, que dice que «hará una visita general», y castigará asperísimamente á todos los que, dejado su ordinario y antiguo traje, se visten á lo extranjero, como se hace agora á la italiana y á la tudesca. Luego no debe de ser de tan poco momento, pues la visita que les hizo fué, que salió el rey Joaquin y la Reina, sus hijos y criados, y los príncipes del reino, á entregarse en manos del rey de Babilonia, y él llevólos cautivos á su tierra, y con ellos toda la flor de la gente de guerra, y casi despobló á Jerusalen, sin dejalle sino la gente plebeya y pobre. Y adviértase de camino que, queriendo castigar Dios los muchos pecados que aquel su pueblo cometia, envió á Nabuco, rey de Babilonia, que en venganza de sus yerros, lo volviese á la tierra de sus padres. De allí los habia sacado. Gran merced habia sido tomar de la mano á su padre Abrahan y decirle él: *Egredere de terra tua*. Y pues sus hijos no conocieron ni sirvieron ni agradecieron merced tan extremada, sea su castigo que los vuelvan á do salieron. Debe de serlo sin falta, y muy grande, que, habiéndoos Dios sacado de un peligro;

pues, como ruin y desagradecido, no lo supistes conocer ni servir, que os deje caer y tornar otra vez á él, y que allí murais y acabeis. Alababa un dia Jesucristo á su gran amigo y privado el Bautista, y dice á un gran auditorio que tenia á la sazon que predicaba: ¿Qué pensais que salíades á ver al desierto cuando dejábades vuestras casas y ciudades, y íbades en busca de Juan el Bautizador? ¿Pensábades que era algun cortesano de los que rozan seda y arrastran brecado, de los que traen la holanda ó la felpa, y las martas cebellinas y los raposos ferreres? Estos allá viven en los palacios y cortes de los reyes del mundo. Anda Juan con una piel de camello mas áspera que cilicio, los miembros desnudos, quemados del sol, el rostro tostado, que apenas tiene talle de hombre, que este es el traje de que se agrada Dios. Paréceme que cuando el ángel dijo á Zacarías, el padre de san Juan, que «iria delante del Señor en espíritu y virtud de Elías», pudiera tambien añadir, y aun en traje, y todo; porque ese era puntualmente el que traia aquel famoso Elías, y estas eran las señas por donde le conoció Josías, el rey de Israel. Estas eran las sedas y las galas de los amigos de Dios. A vos no os conocerán por Elías, sino por liviano y sin seso. «El vestido del cuerpo y la risa de los dientes y el movimiento del cuerpo, dice el Sabio que descubre quien es cada uno.» Vuestro traje, vuestra risa demasiada y descompuesta y vuestro meneo y pasos lacivos y muelles os apregonan, y dicen vuestra disoluta vida. Que estemos cargados de pecados, y que nos llame Dios á penitencia, y que nos diga que si no la hacemos pereceremos todos, y que muestre el cómo se ha de hacer, y que dé voces Isaías y diga: «Llamó el Señor Dios de los ejércitos en aquel dia á los hombres á llanto, á lloro, á cilicio, á saco, y á que se rayesen las cabezas, en señal de duelo y tristeza; y los locos, en vez de acudir á estas cosas, dávanse á galas y regocijos y á comer y beber.» Pues yo oí una voz de Dios que me hizo zumbar las orejas diciendo: «No les perdonaré esta maldad hasta que mueran.» ¡Qué! ¿En tiempo de penitencia, gala? En tiempo de cilicio, seda? En tiempo de ceniza, guirnaldas? ¡Oh locas! Peca Israel en el desierto y adora un becerro, y dícele Dios: «Andad, desnudáos, dejad las galas; que quiero pensar cómo os tengo de castigar.» No puede ver Dios al pecador galan. Pues si para hacer penitencia los manda Dios desnudar y dejar las galas, ¿cómo tú te las pones para ir á la presencia de Dios? ¿Dios airado, y tú enjoyada? Dios amenazando, y tú afeitada? Dios bravo, y tú con sedas? ¿No seria desatino que para llevar al otro á la hoguera se hiciese hacer librea y un vestido bordado? Pues ¿cómo? ¿Que te lleven á tí á la hoguera del infierno, y que te vistas y engalanes para eso? Siempre las galas fueron aborrecidas y despreciadas de las mujeres santas. Cuando la tan famosa como hermosa Judit se determinó de poner en ventura su vida por remediar la de sus ciudadanos, dice la sagrada historia suya que sacó todas las mejores galas y joyas de su cofre, y se compuso con mucho cuidado; y segun dice el texto, no eran pocas. Quedó con una hermosura incomparable y que llevaba tras sí los ojos de cuantos la miraban; mas advierte la Escritura que sobre la hermosura natural que ella se tenia, y era mucha, le puso Dios cierto resplandor y una gracia mas particular, y le dió no sé qué luces y lustre, y un particular espíritu en los ojos y en todo el rostro, que la hacia mas admirable y amable á los ojos de todos; y dando la razon de por qué Dios la paró tan linda y bella, dice: Porque toda esta compostura y atavío dependia, no de lujuria ni liviandad, sino de una verdadera virtud y necesidad, nacida del peligro y tiempo en que se veia. De suerte que en tiempo de la necesidad, y cuando ha de nacer algun bien del prójimo ó se ha de hacer servicio á Dios, licencia y vez propria tiene la gala y el cuidado de la basquiña y de la suya; mas tanto, que haga olvidar lo del alma y conciencia, eso es lo malo y lo que es culpa. Cuando la delicadísima Ester, que por la terneza de las plantas apenas podia andar sin arrimar la mano sobre el hombro de alguna de sus criadas, hubo de entrar á vistas á los ojos del gran rey Asuero Artajérjes, dice su historia que no curó de la compostura y adorno mujeril, sino que se contentó con solo lo que el eunuco Egeo, guarda de las damas, le quiso dar. Y después, en aquella oracion que hizo, rogando á Dios por el remedio de su pueblo, entre otras cosas que de su parte alega en favor de su demanda, una es que le dice á Dios: «Bien sabes tú, Señor, la necesidad y aprieto en que me veo, y tambien entiendes cuánto abomino las señales de mi soberbia y gloria que traigo sobre la cabeza los dias que soy forzada á salir donde me vean los ojos humanos, y que me es detestable mas que lo sabria encarecer; y sabes, Dios mio, que cuando vuelvo al rincon de mi silencio, y adonde no me obliga el contento del marido, que lo dejo y desprecio, contenta con solo parecer bien á tus divinos ojos.» De suerte que esta santa y hermosísima reina mas queria agradar á Dios que á los hombres, y mas se preciaba de buena que de galana, y mas queria adornar el alma que afeitar el cuerpo. Sabia cuánto aborrece Dios el exceso del vestido, y qué tales habia prometido Dios de parar las damas y doncellas de Sion por esta misma culpa de los trajes. Pone espanto la invectiva que hace Isaías contra ellas; cuyas palabras espantosas pondré aquí para que las de nuestro tiempo y tierra se confundan y teman y esperen otro tanto por su casa, como aquí dice Isaías que haria Dios con aquellas. Dice pues así: «Porque se me han engreido las hijas de Sion, y andan cuellierguidas con los ojos halconeros deshollinando ventanas, y porque se van cantoneando por la calle, componiendo los piés, por esto Dios las hará calvas y les pelará el cabello. En aquel dia las descompondrá el Señor, quitándoles los botines argentados y los zapatillos de carmesí y de raso azul cairelados de oro, y prendidas las cuchilladas con lazos de perlas, y los chapines bordados. Quitalles ha tambien los collares de diamantes y rubís, las manillas, las ajorcas, las guirnaldas y almirantes, el escarpidor de oro, las plumas y los airones, los zarcillos y perlas

de las orejas, los anillos y la argentería y fulletería y piedras de oriente, que les andan brillando delante de la frente; los arrojadillos y pañizuelos labrados de cadeneta, los alfileres de plata y los espejos de cristal, las pomas de ámbar gris y los guantes adobados.» Hasta aquí son palabras de Isaías. Pues si el Espíritu Santo dice que ha de hacer un auto público contra las hijas de Sion por las galas y dijes que ha contado que traian, con no les estar aun publicado el Evangelio, con no haber muerto aun Dios desnudo en una cruz, con no haberles aun predicado el infierno ni la sentencia del rico gloton condenado por sus trajes, decidme, ¿qué esperais los que, tras tanta dotrina de Dios, tantos ejemplos de santos, tanto cilicio y jerga de vírgines, tanto derramamiento de sangre de mártires; y finalmente, después de tantas amenazas del Evangelio, vestis y os traeis tan costosa y soberbiamente? Pero pasemos adelante, al trueque que dice el Profeta que hará Dios, y al vestido que les dará á las damas mas regaladas. «Entonces (dice Isaías), les dará Dios hedor intolerable por las pomas y olor suave en que se deleitaron; por la cinta de oro y piedras las ceñirá con una soga de esparto; y por los rizos y encrespados, y por el cabello encarrujado con hierros calientes, las hará calvas; y en vez de los jubones recamados y de telillas de oro, les dará cilicio negro y feo.» Esto hará Dios con las locas vanas que mostraron la liviandad de la cabeza en las gaiterías del vestido del cuerpo. Pues considera agora tú, que te llamas cristiana, que profesas la ley de Dios, que dices que crees el Evangelio, y haz cuenta que te sacan á una gran plaza adonde caen muchos ventanajes, y todos llenos de gente, y que no cabiendo en la plaza, se suben por los terrados y tejados, y otros se cuelgan de las rejas, y que los tablados están cargados de miradores, y que en medio de aquel teatro y á vista de tantos ojos te sacan á tí muy vestida y enjoyada, con todos los aderezos que ha pintado Isaías, y te suben sobre un tablado adonde puedas mejor ser vista; y subido un ministro de la justicia de un púlpito, como se suele hacer en los autos de la Inquisicion, te lee el proceso de tu vida tan alto y claro, que todos lo entiendan; adonde se descubren tus pensamientos abominables, tus muchas liviandades, tus deseos deshonestos y torpes y tus palabras afrentosas, tus torres y castillos de viento, los testimonios que levantaste, las mentiras que dijiste, las quimeras que soñaste, las obras que hiciste, los pecados y maldades que cometiste contra Dios y contra tu prójimo, las cosas que en las tinieblas de la noche hacias con vergüenza de la luz del cielo, que huias por no ser vista, y que quisieras mas que se rompiera la tierra y te tragara viva antes que ser vista aun de tu lacayo; y cuando veas que lo que pensaste que no lo sabia la tierra, se publica delante del cielo, y veas que todos los que lo oyen se miran unos á otros, pasmados de que fueses tan otra de lo que de tí pensaban; y que te silban y mofan y burlan de la hipocresía con que los engañabas, y que, leido el proceso, manda el Juez con gran severidad y gravedad de palabras y semblante, que seas desnudada delante de toda aquella gente; y que luego llegan á tí y te comienzan á quitar la guirnaldilla y perlas y prendedero y todo el tocado, y te dejan en cabello. Tras esto (y estándolo mirando todos con grandísimo silencio) te quitan la saya de raso encarnado bordada de cañutillo, la basquiña, jubon, gorguera y faldellin y manteo, hasta la camisa, y que allí te descalzan y se comienzan á parecer tus carnes, y tú á confundirte y desmayar de vergüenza, y á salir arroyos de agua de tus ojos; y no contento con esto, manda el juez que suba un barbero al tablado y que con una navaja te raya la cabeza sin dejarte cabello en ella, y que haciéndolo así, te reluce el cuero y la calva, y quedas tan abominable, que apenas te pueden mirar los presentes; y que luego te ponen en lugar de camisa un pedazo de jerga atada con una cinta de esparto, pareciéndosete los brazos y carnes desnudas. Dime agora, yo te ruego: si tal paradero tienen las galas, y esta confusion sucede tras la gloria vana del vestido, ¿cuál será razon de escoger primero, aquella gala con esta afrenta, ó un moderado vestido sin ella? Y dime mas: si desta manera te vieses tratar, ¿no desearias que el cielo se te cayese encima y te matase, ó que se hundiese la tierra y te sepultase en los abismos, antes que esperar tan brava afrenta? Pues ¿no ves que lo dice Dios? No ves que es fe que ha de pasar así, que te has de ver en esto? Pues ¿cómo osas vestirte de seda? Cómo no abominas el oro? Cómo no aborreces las galas? Cómo no te espanta el curioso traje? Cómo no tiemblas y miras á lo que ha de ser? Cuando este auto de Inquisicion no fuera delante de Dios y de sus ángeles y santos, sino delante de la corte del Rey, en una plaza de Madrid, era bastante razon para que (á no estar de por medio Dios y su Evangelio) tú misma te mataras y fueras verdugo de tí misma; cuanto mas que ha de ser delante de todo el mundo junto de los del cielo y de los de la tierra, de los ángeles y de los hombres. ¿Qué sentirá una doncella honesta y vergonzosa que se viese tratar así? Cuenta Plutarco que vino sobre las doncellas milesias una pasion y mal monstruoso, sin tener causa ninguna manifiesta de do naciese, mas de que pareceria ser una enfermedad pestilencial y contagiosa que provenia del aire; era tan furiosa y desatinada, que les sacaba fuera de su juicio, de suerte que las hacia tomar codicia de matarse; muchas dellas se ahogaron sin que se supiese. Vínose á entender este daño, porque las hallaban á las riberas de los rios, que el agua las lanzaba á la orilla; otras se ahorcaban, otras se daban con cuchillo por los pechos. No aprovechaban para esto las razones y lágrimas de los padres, ni ver á sus madres derrocadas á sus piés mostrándoles los pechos con que las criaron, ni que rompian el cabello y se deshacian en lágrimas, diciéndoles palabras llenas de dolor y tristeza, ni los ruegos y consuelos de los amigos, ni alguno de cuantos medios los miserables de los padres podian buscar para remedio de tanto mal como veian por sus casas; y que los viejos desdichados, que aparejaban las hachas nupciales y las guirnaldas

para celebrar las bodas de sus hijas, eran forzados á volverlas en los duelos y fuegos fúnebres de sus sepulturas; y los que pensaron que sus hijas les cerraran los ojos en su muerte, y que partieran contentos deste mundo dejándolas con sus maridos, agora veian trocada la suerte, y que eran reservadas para ver las heridas y desastradas muertes de las hijas que amaban mas que á la propia vida. Finalmente, era tal esta dolencia, que la fuerza del mal y pasion vencia á todo el cuidado y diligencia de las guardas que les ponian para estorbar este daño, hasta tanto que, por consejo de un hombre sabio, se mandó apregonar un edito que los cuerpos de las que se matasen fuesen traidos desnudos á la vergüenza por todas las plazas y calles públicas á vista de todos los de la ciudad. Fué señal lo que hicieron ellas de ánimos virtuosos y ahidalgados, pues la opinion y miedo de aquella infamia valió tanto acerca dellas, que aquellas á quien la muerte, que es el mayor mal de los humanos, y lo que mas horrendo y espantoso nos es, y lo mas terrible y que mas rehuye nuestra naturaleza, ni el dolor y trabajo della ni las lágrimas de sus padres, ni todo lo demás que se hacia, no bastó para detenellas que no se matasen; solo el pensamiento que se les representaba de la fealdad é ignominia de que las habian de ver desnudas, las movió á no querer sufrir en ninguna manera la vergüenza que aun después de muertas veian que tenian de padecer. Ejemplo es este digno de celebrarse, y mucho son de alabar aquellas honestísimas doncellas; pues es de creer que, si por solo ser vistas de unos pocos hombres, y aun eso ya muertas, cuando no podian sentir la afrenta de su desnudez, se avergonzaron tanto, que dejaron de matarse, cosa que con ningun medio se habia podido acabar con ellas, ¿qué mas hazañosos hechos hicieran estas si fueran cristianas y creyeran el Evangelio y supieran que vivas y á vista de Dios y de los ángeles y de los hombres las habia de desnudar y descomponer y raer la cabeza, y tras eso les habia de dar un infierno? Pues tú, cristiano, que lo crees, que dices que eso creyeron tus abuelos, y que por esa verdad morirás, ¿cómo no te corres, ni temes aquella general afrenta que te espera en aquel dia? ¿Qué sentirás cuando te digan: ¿qué fruto os trajo el mal que os avergüenza? que dice san Pablo; el fin del pecado es muerte y muerte eterna, y de cuerpo y alma? Siempre y en todos tiempos, y á todos los hombres prudentes y amigos de la virtud, pareció bien la honestidad y moderacion en el vestido. Así, cuenta Macrobio que, habiendo salido un dia Julia Augusta, la hija del emperador Octavio, á unas fiestas con un vestido severo y grave, por emendar otra salida que el dia antes habia hecho con otro lacivo y licencioso y de galas y colores, viéndola su padre, dijo á los que estaban presentes: «¿Cuánto mas honrado y alabado traje es esto para la hija de Augusto que el de ayer?» Así que en la Madalena el traerse galana, el preciarse dello, el gustar de ser celebrada por muy dama, la trujo á tanta perdicion, que ya, como á pública infame, la llamasen la *pecadora*.

§. XI.

Lo cuarto, que hacia muy graves los pecados desta mujer, era ser muchos: no quiero yo decir, ni Dios lo mande, que la misericordia suya tiene tasa, ni quiero estrechar aquella rica y liberal mano de mi Dios. David, como hombre necesitado y que habia mucho menester un Dios muy manirroto, no se harta de alabarle de clemente, misericordioso, lleno de misericordias: *Misericordia ejus super omnia opera ejus;* Es su misericordia sobre todas sus obras. Dice esto David porque, puesto que en Dios todo es uno, y la justicia es tan grande como la misericordia, como acá somos tan pecadores, que si Dios anduviese siempre con la vara del alcalde entre nosótros, en dos dias acabaria el mundo; tiene necesidad de sufrir nuestras miserias, y hacer del que no ve, y aun anda sembrando siempre misericordias, que nacen en todas partes y en cada rincon. Y por eso dijo en otro lugar: *Misericordiâ Domini plena est terra;* La tierra está llena de las misericordias del Señor. Y en otra parte dice que sus misericordias no tienen fin: así es por cierto. Pero, puesto caso que no puede pecar un hombre tanto que agote la paciencia y sufrimiento de Dios; con todo eso, me pone espanto un estilo que veo en las divinas letras, y es, que dan á entender que algunas veces suelen los pecados llegar á un cierto colmo ó número, que de allí adelante cierra Dios la puerta al pecador y le endurece el corazon, con lo cual se condena. Y porque esta materia peligrosa será bien declararla de asiento y como todos la entiendan, muchos lugares se hallan en la Escritura que parecen atribuir á Dios la causa de nuestras penas, y aun de los males. Así dijo Dios á David por el profeta Natan: *Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis, et dabo proximo tuo;* Yo (dice el Señor), porque me fuiste ingrato á los muchos beneficios que de mí has recebido, pues de pastor te hice rey, levantaré de tu casa un mal, que «del monte salga quien el monte queme»; esto dijo por Absalon, que fué hijo de David. Y pues tú tomaste la mujer ajena, yo tomaré las tuyas y las entregaré á tu enemigo. Claro está que Absalon fué malo y pecó con las mujeres de su padre; y con todo eso, le dice Dios que él hará ese mal. Y por Isaías, hablando de Egipto, el Señor les mezcló un vaso de adormideras y les dió vaguidos de cabeza, y hicieron errar á Egipto en todo cuanto puso mano, como hace el harto de vino. Y por Josué, dice el Espíritu Santo, fué decreto del Señor que se endureciesen sus corazones, y así no mereciesen alguna clemencia, segun lo habia mandado Dios á Moisen. Y mas claro en el salmo: *Convertit cor eorum ut odirent populum ejus: et dolum facerent in servos ejus;* Trastornóles el Señor el corazon para que aborreciesen su pueblo, y para que engañasen á sus siervos. Luego Dios parece que tiene la culpa de nuestros males y pecados. Y lo que parece que echa el sello es lo que dijo Dios á Faraon: «Para esto te hice, porque en ti mostrase la gran fuerza de mi poder.» Que da á

entender que le puso por blanco, como quien juega á la ballesta, y que se holgaba de la dureza del Rey, y aun que él mismo le habia dado un corazon berroqueño y de un guijarro para que no se supiese ablandar aunque quisiese. Así lo dijo al parecer en el *Exodo* en muchos lugares, hablando con Moisen: «Yo endureceré el corazon de Faraon, y así ni te oirá ni dejará mi pueblo.» Pues luego, Señor, vos teneis la culpa, si culpa es, y no el rey gitano. Y mas, cuando Semeí maldecia á David, que salia huyendo de su mal hijo, queriéndole matar los criados de David, les dijo: «Dejadle; que el Señor le ha mandado que maldiga.» Sale san Pablo, y parece nos enreda mas, diciendo: *Deus quem vult indurat, et cui vult miseretur;* Dios tiene misericordia de quien es servido, y endurece á quien le agrada. Luego no tiene culpa el hombre; porque, como añade san Pablo: *Voluntati ejus quis resistit?* ¿Quién le podrá ir á Dios á la mano? Pues si manda al otro que maldiga á David, y endurece á Faraon, y vuelve y trastorna los corazones para que persigan á sus siervos, síguese que él mismo es causa de nuestros males, así de pena como de culpa. Para mejor entendernos, es menester saber que los santos, y entre ellos mi padre san Agustin, responden á esto que Dios solo se ha de entender que permite; y que en los modos de hablar de la Escritura, siempre que la letra suena que Dios hace ó manda algo que desdice de su infinita bondad, se ha de entender que solo es permision, y no mandamiento ni accion. Como lo que dijo el Señor á Júdas la noche de la Cena: «Haz presto lo que has de hacer.» Como si dijera: En mi mano está mi muerte y mi vida; y si no es queriendo yo dejarla, nadie me la puede quitar (que es lo que, en otro tiempo, antes habia dicho); pues agora que es llegada la hora en que quiero morir, yo permito que dés órden en la maldad que tú por tu malicia propia hâs fabricado en tu deseo. De suerte que dice mi padre san Agustin que cegar Dios, es no alumbrar, y endurecer alguno, es no ablandarle. Pero, aunque es así que es esto verdad, y lo que responden él mismo y otros, que en los males que nos vienen, hay el hacerlos y hay el padecerlos, y que la obra se ha de atribuir á la invidia del demonio, como en los de Job, y á la codicia de los sabeos en llevársele el ganado; pero lo que en ellos es pasion, que es sufrirlos para mérito ó satisfacion de nuestras culpas, ó para gloria de Dios, eso al Señor se atribuye; digo que esto no agota del todo nuestra dificultad; porque, aunque en muchos ejemplos venga bien, en otros parece que tiene alguna aspereza. La razon es, porque es dotrina de san Pablo, que por pècados de los sabios del mundo y filósofos hinchados, los cuales viniendo en conocimiento de Dios por el rastro de las criaturas, ayudados con el rayo de la luz divina, de quien dice David, muchos se espantan y dicen: «¿Quién nos enseñó el bien y á seguirle?» Y no miran que tenemos impresa en nuestras almas la luz de tu rostro, que nos enseña y adiestra en el bien. Dice pues el Apóstol que porque estos filósofos, conociendo á Dios, no le honraron ni le dieron glòria sirviéndole, los castigó Dios entregándolos en manos de sus deseos, y que de ahí viniesen á dar en mil errores y pecados. Pues siendo verdad aquel dicho de mi padre san Agustin, que «ningun sabio es autor de que alguno se haga peor de lo que es», Dios, que es suma sabiduría, ¿cómo será causa que el pecador, en castigo de sus pecados, venga á ser peor, cayendo en otros mas graves? Porque aquí ya en el pecado siguiente la accion y la pasion son malas; y así, no hay razon de algun bien. Pues decir que endurecer es no alumbrar ó no ablandar, seguiríase que todos los que mueren en pecado mortal fueron cegados, pues no los alumbró; y los endureció, pues no los ablandó; y vemos que la sagrada Escritura por particular castigo de algunos, y por muestra del rigor de su justicia, dice que los cegó ó endureció; y si no fuera mas que no alumbrar ó no ablandar, no nos lo contara por cosa rara, por castigo particular. Digo pues que, hablando propriamente, Dios no se dice que endurece ni ciega ni engaña, ni que mueve á los corazones á odio, ni que hace lo que al parecer suena la letra de la Escritura; porque todas estas cosas desdicen mucho de la naturaleza de Dios; y si dél se dicen, es impropriamente y por figura. Las razones que tenemos para hablar así son, que como, quitada aquella soberana luz, ninguna otra cosa queda sino tinieblas y escuridad, y quitada la suavidad y regalo de su espíritu, nuestros corazones se tornan de mármol, y en dejando de adestrarnos se tuerce todo el edificio de nuestras obras; de aquí es que se dice que ciega, endurece y hace errar á los que quita la facultad del ver, del ablandarse y del caminar derechos. Hay mas; que cuando decimos que quita esta facultad, no entendemos que quita el libre albedrío para ver ni para ablandarse ni para encaminar bien sus obras; mas hase de entender así, que porque sin luz nadie puedê ver y sin la suavidad del Espíritu Santo ningun corazon se puede ablandar, y porque si Dios no guia un alma, todos sus pasos van desacertados; por esto, cuando por justo juicio de Dios quita á los hombres estas ayudas y favores, se dice que en alguna manera les quita el poder de ver y ablandarse. Pero mejor se entenderá por otra razon, y es, que Dios usa de los demonios como de verdugos de justicia y ejecutores de sus castigos. Así lo dice el real profeta David: *Misit in eos iram indignationis suae, indignationem, et iram, et tribulationem; immissiones per angelos malos.* Cuando el pueblo de Dios estaba en Egipto, y quiso sacallos á la tierra de promision, por estorballo Faraon, envió Dios muchas plagas, con que castigó á los gitanos; que envió contra ellos la ira de su saña, ira é indignacion y tribulacion; y estas cosas las envió por manos de los ángeles malos. Pues como estos son los ejecutores de la justicia divina, dícese que hace lo que ellos hacen; como decimos acá que el Rey cortó la cabeza á Fulano, y no se la cortó sino el verdugo. Añade el glorioso san Jerónimo otra razon, escribiendo á Hedibia: Así como con ser uno el calor del sol, con todo eso, por la diversidad de las naturalezas que las cosas inferiores tienen, vemos que hace

diversos efetos, que á unas ablanda como á la cera, y á otras endurece como al lodo y barro; y con ser así, no es mas que una naturaleza sola del calor; así Dios nuestro Señor, con la misma luz se dice que ciega al que tiene enfermos los ojos del alma (que son el deseo y la intencion), y que alumbra al bien inclinado, y que con el mismo beneficio ablanda y atrae á sí á este; y al otro endurece y le retira, como lo tenemos en el santo y sagrado Evangelio, que con el milagro de Lázaro unos creyeron, otros fueron á dar cuenta dél á los fariseos, para que se remediase. Lo mismo cuando alanzó el demonio del hombre sordo, mudo y ciego, unos dijeron: «En virtud de Belzebub lo hace.» La hilanderuela vejecita salió de acullá con el *Beatus venter, etc.* Esto nace de que, puesto que de su naturaleza la luz divina es para ver, pero habiendo de por medio ocasion, causa accidentalmente ceguera én el que tiene enfermos los ojos, y dureza en el que tiene dañado el ánimo; hé aquí agora cómo Dios queda disculpado siempre, y cómo se entenderá lo que dice el Señor por san Mateo y san Lúcas, que hablando muchas parábolas á los que le seguian, y habiendo dicho la del labrador que salió á sembrar su pan, le rogaron los discípulos que les declarase la parábola, y respondióles: «Á vosotros os es dado saber los misterios del reino de Dios, á los otros en parábolas; porque viendo y teniendo ojos no vean, y oyendo no oyan.» La aspereza y rigor que parece que tiene el decir el Señor: «Hablóles en parábolas porque viendo no vean, etc.;» que parece que da por causa de hablalles así el querer que ni vean ni oyan, y con esto no se aprovechen de su dotrina; quitóla por san Mateo en la misma parábola, diciendo: «Hablóles así porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.» De suerte que lo que en san Lúcas está áspero al parecer, en san Mateo está templado, y muestra que es culpa suya de los oyentes. Y añade luego: Con esto se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: «Oiréis con vuestras orejas, y no le entenderéis; y viendo vereis, y no lo veréis;» y añade el Profeta la razon: «El corazon deste pueblo está muy graso y pesado, y oyen con gran pesadumbre, y de industria cerraron los ojos; porque algun tiempo no vean con sus ojos y oyan con sus oidos y entiendan con su corazon, y se conviertan, y los sane.» Y puesto que en el Profeta está de otra suerte, pues el Señor de los profetas lo tradujo y citó así, no hay que reparar en ello. Allegándonos agora al propósito por el cual habemos traido esta dotrina, digo que en algunas partes de la Escritura parece que se pone número de pecados que tiene determinado el Señor de esperar al pecador; hasta cien pecados (pongamos este caso), y no ciento y uno; al otro mil, y no mil y uno. Hablando Dios con el gran patriarca Abrahan, y capitulando entre los dos el salario, que aun acá temporalmente le habia de dar, por el buen servicio que Abrahan le hacia, le dice el Señor: «Quejáisosme de que no os he dado hijos, y que el vuestro mayordomo habrá de ser el heredero de vuestra hacienda y casa; no será así, que yo os daré hijo heredero, y será su sucesion tan innumerable como lo son las estrellas del cielo. Mas haré; que les daré la tierra en que vos estáis, y cuanta habitan los amorreos; pero eso será en la cuarta generacion.» *Necdum enim completae sunt iniquitates amorrhaeorum usque ad praesens tempus;* y es como si dijera: «No les daré luego la posesion de la tierra á tus sucesores, porque las maldades de los amorreos aun no han llegado al colmo que yo he determinado de sufrilles.» Luego suele haber tasa, no en la misericordia divina, pero en la malicia del hombre, que llegando allí no le da Dios el auxilio y favor particularísimo que suele á los que él es servido. Y como la virtud en el pecador está prostrada por el uso que tiene de pecar, de aquí es que, quitándole, esto es, no dándole los favores especialísimos que su Majestad suele dar á aquellos que dice san Pablo que tiene misericordia dellos, porque los previene con mas favores y socorros, dejándolos con los especiales y con su libre albedrío, con lo cual se podrian volver á Dios si quisiesen admitir este auxilio, no lo hacen; porque, hechos á seguir sus pasiones, se van tras ellas, y están tan metidos en sus pecados, que con solo aquel auxilio no se salvarán sino muy á fuerza de brazos; y como ven la dificultad, dejan de volverse á Dios. Así que, es culpa suya que no admiten este llamamiento; y llegar á este punto de no acudilles Dios con mayores y especialísimos socorros, es lo que aquí llamo llegar al período ó colmo de los pecados. Y esto es lo que se suele decir: «Guárdeos Dios que alce la mano de vos y os deje;» y esto mismo es el endurecer á alguno. Este favor particular lo deja de dar porque á nadie lo debe; y así, de su hacienda puede hacer lo que fuere servido; y puesto que es infinitamente misericordioso, suelen ser tales los pecados de un hombre, que no merece que Dios le espere mas compases, y castigalle con no acudir con socorros particularísimos por sus deméritos. Llama la Escritura endurecer; y esto sucede cuando los pecados han llegado á la medida que Dios en su divino acuerdo tenia determinado de esperar. Y así, dice Nicolao de Lira sobre el capítulo 15 del *Génesis:* Dios espera en los pecados y pecadores la medida de su juicio; no que en su misericordia esté la tasa, sino en la malicia del pecador, que le cierra á Dios la puerta con sus deméritos; porque, si él hiciese verdadera penitencia, misericordia hay en Dios para perdonalle infinitos pecados; pero no la hace, y así se condena. De suerte que tengo por cierto que el pecado de Júdas fué el postrero que Dios habia determinado de esperalle, en Cain el fratricidio, y así en Saúl y los demás; en uno mas número, en otro menos, conforme á su divino y secreto consejo. Quiero decir que, llegando á aquellos pecados, alzó Dios las manos, conforme al sentido que habemos dicho. A esto parece que aludió el Señor cuando, hablando con los escribas y fariseos, que decian: «Si nosotros fuéramos en los tiempos de nuestros padres, que mataban á los profetas de Dios, no consintiéramos en sus muertes;» el Señor les dijo: «Hipócritas, henchid la medida de vuestros padres.» Esto dijo porque el cel-

mo y el último pecado con que se hinchió fué con quitar la vida al Señor de los profetas. Pues si con tantos pecados pasados no los destruyó, y llegando á este les asoló la ciudad y los llevaron cautivos hasta hoy; y si en Asia sufrió muchos pecados, y al cabo abrasó ó dejó abrasar los templos, derrocar los altares, quemar las imágenes sagradas, desollar los inocentes, violando tantas vírgines, y haciendo tantas crueldades como cuentan las historias que los moros y turcos ejercitaron en los miserables moradores de aquella tierra; lo que, sin ir á buscar ejemplos prestados, podemos ya de los de nuestras casas hinchir los libros ajenos, pues vemos, por nuestros pecados, á Hungría, Bohemia, Alemaña, Flándes, Ingalaterra y Francia casi perdidas; luego, pues nuestro justísimo Dios no las ha sufrido mas, señal es que llegaron al colmo de las maldades adonde tenia determinado que la misericordia suya diese el lugar á la justicia. El profeta Amós, en el capítulo 2.°, me parece que dijo esto divinamente: *Super tribus sceleribus Israel, et super quatuor non convertam eum: pro eo quod vendiderit pro argento justum, et pauperem pro calceamentis;* Sobre tres maldades de Israel y sobre cuatro no lo convertiré, porque vendieron al Justo por dinero y al pobre por un par de zapatos. Es como si dijera: Convertirlos he y volverlos he á mí á los dos pecados y á los tres, pero no á los cuatro. Tres y cuatro son siete, y siete es número perfeto, pues tómase ese número por el colmo de pecados, y dices: «Habré misericordia de Israel mientras no llegare á la medida que yo tengo determinado de esperalle; mas cuando llegaren al colmo, que será vender á mi Justo por treinta dineros, castigalles he, echallos he de mí, y no los convertiré á mí;» como lo están el dia de hoy, desperdiciados por todo el mundo, que parece que los tiene Dios olvidados y duerme: *In utramque aurem,* que suelen decir. A este lugar aludió el Señor cuando dijo por san Mateo á los fariseos: «Acabad vosotros de hinchir y colmar la medida de vuestros padres.» Esto hicieron con matar á Cristo, y tras esto los destruyó. Pruébase tambien esto porque cuando el Señor de la viña envió á coger la renta, y los villanos mataron á algunos de los criados, y á otros maltrataron, no los castigó el Señor, antes los aguardó con paciencia y envió otros, hiciéronles el mismo tratamiento y esperólos. Ultimamente envió á su Hijo, diciendo: Tendrán quizá respeto á que es mi Hijo. Pero echáronle de la viña y matáronsele; entonces ya no los quiso mas esperar, como á gente que habia llegado al colmo y habia hinchido la medida, y quitóles la viña y castigóles. Todos estos lugares hacen alusion entre sí y dicen una misma cosa, y esto llamo el tener número los pecados, conforme al secreto consejo de Dios, que quiere dar mas favores á este y menos á aquel, que es lo de san Pablo, que no es del que corre ni quiere, sino de aquel de quien Dios tiene misericordia, que solemos decir: «Mas vale á quien Dios ayuda que quien mucho madruga.» Creo que he sido pesado en esta materia; pero (como dije al principio) es dificultosa y espantosa; y así, ha sido menester tratalla mas de asiento; y si acaso esta no fuere la mas verdadera resolucion, remítome al parecer de los doctos, pues soy mas amigo de errar con los sabios que acertar con los necios. Supuesta pues esta dotrina, digo que los pecados de la Madalena eran muy graves, porque eran muchos. Que vos seais un dia malo, y pecador un mes, pase; malo es, mas al fin no nos espanta mucho; mas que lo seais un dia y otro, y un mes y un año, y cuatro y diez, y toda la vida, esto es lo que cansa mucho á Dios. Que useis mal de la espera y misericordia divina, y que en vez de emendaros os hagais peor, y que, habiendo de reconocer los beneficios de Dios y agradecellos y salir del pecado, de su paciencia tomeis vos ocasion de ser peor; esto es lo que espanta. El bueno, viendo que Dios le sufre, vuélvese á él y dícele: ¡Ah Señor, que no es razon que no salga de mi pecado! Vos, Padre de misericordia, me habeis esperado con infinita paciencia, llamástesme con vuestros regalos, rogástesme que os abriese el corazon; yo á ofenderos, y vos á perdonarme; yo á esconderme, y vos á buscarme; yo, mi Dios, á huiros y vos á seguirme, á atajarme, á cerrarme los pasos; yo á saltar el soto y paredes. Pues ya no mas, mi buen Dios, ya no mas, todo seré vuestro; veisme rendido, venza vuestra bondad á mi malicia. Basta, basta ya, gran Señor, lo ofendido; á vos me vuelvo; yo os prometo, Redentor de mi alma, de poner tasa en mi vida y de enfrenar mis deseos, y serviros de aquí adelante con vuestro favor y gracia. ¡Oh, cómo se queja Dios de su pueblo ingrato! Dice por el profeta Isaías: *Vae genti peccatrici, populo gravi iniquitate, semini nequam, filiis sceleratis.* Y luego: *Super quo percutiam vos ultra, addentes praevaricationem?* ¡Ay (dice Dios) de la gente pecadora! Ay del pueblo pesado en maldades, mala casta, hijos malvados! ¿En qué parte os castigaré, y añadiendo siempre pecados á pecados? Es el lugar divino para nuestro propósito; dice pues: ¡Ay de la gente pecadoriza! Llamamos enfermizo un hombre que está sujeto á muchas enfermedades, que cualquier aire le destempla, con cualquier pequeño exceso da consigo en la cama; á este tal mejor le llamamos enfermizo que enfermo. Así dice el Profeta: ¡Ay desta gente tan dispuesta y pronta para pecar, que con cada ocasioncita peca! Es lo que nuestro evangelista dice de la Madalena: *In Civitate peccatrix;* que era pecadoriza, ocasionada para pecar. Pues, porque los judíos, del buen tratamiento y del malo, del rigor y del regalo, de todo sacaban materia de ofensa, los llama gente pecadoriza. ¡Ay de unos hombres que por la gran costumbre de pecar, de todo lo que les habia de ser materia de virtud sacan ellos veneno y ponzoña! Gente que tienen las fuerzas del alma tan gastadas, y tan prostrada la virtud, que ni con beneficios ni con maleficios podréis curalles su dañado corazon. Dice mas: «¡Ay del pueblo pesado con maldades!» Eran llenos de pecados. El pecado es pesado; por esto los pecadores se llaman pesados. Sentia David esta carga cuando, llorando sus pecados, decia: *Quoniam iniquitates meae supergressae sunt caput meum; et sicut onus grave gravatae sunt*

super me. Miser factus sum, et curvatus; Son tantas mis maldades (dice David), que me cubren la cabeza. Tomó la metáfora del que lleva una gran carga que le cubre de piés á cabeza. Y sonme tan pesada carga, que me derruecan y no puedo con ella. Háceme andar como ganapan, inclinado el cuerpo con el peso de la carga. Por eso dice Zacarías que vió por el aire volar un gran cántaro de alambre, y que le llevaban á Babilonia, y iba dentro un talento de plomo, y le dijo el ángel: «Esta es la maldad.» Quísoles dar á entender la cautividad de Babilonia, y que por sus pecados los llevaban allá; y por el plomo que iba dentro, que es metal pesadísimo, les mostró la gran carga y peso de sus pecados. Por eso dice el bienaventurado san Gregorio que el pecado que no se alimpia con penitencia, con su peso nos derrueca en otros. Dice mas Isaías: «¡Ay de la mala casta!» Porque *semen* en la Escritura se toma por la succesion y descendencia. *Mala casta*, que parecen á sus padres en las maldades, que las mamaron en la leche y saben á la pega. Oséas dice, hablando del pueblo: *Ephraim quasi avis avolavit, gloria eorum à partu, et ab utero, et à conceptu;* Efrain voló de las manos de su Dios. El ave una vez suelta, mal se prende. Así lo ha hecho mi pueblo, cuya gloria y jactancia les viene desde las entrañas, que mamaron en la leche el ser malos. Bien sé que tiene este lugar otro sentido, y es: Gloriábanse que sus mujeres eran fecundas y fáciles en parir; pues yo les quitaré esa gloria. Y corresponde á lo que añade luego: «Pues si criaren hijos, yo los privaré dellos.» Y mas abajo dice el Profeta: «Dadles, Señor, ¿qué les daréis? Dadles vientre estéril sin hijos, y pechos secos sin leche.» Pero tambien es buen sentido el primero. Dice más el Profeta: *Filiis sceleratis;* ¡Ay de los malvados hijos! Hales dicho *mala casta*, y agora les dice *peores hijos;* como si les dijera: Sois tales como vuestros padres, que es lo que les dijo David: *Quemadmodum patres eorum conversi sunt in arcum pravum;* Son estos, dice, como arco torcido, como lo fueron sus padres; que por dar á la caza os da en la mano. Y el Redentor por san Mateo: Sois hijos de los que mataron á los profetas; pues colmad vosotros su medida. ¡Ah serpientes, casta de víboras! Como motejándoles de que salian inficionados de las entrañas. Prosigue Isaías, y dice: *Super quo percutiam vos ultra, addentes praevaricationem?* Hé aquí por qué habemos traido este lugar. Deciamos de los pecados de la Madalena que eran muchos, y hallaréis pecadores que jamás se cansan de pecar, y que no bastan castigos ni todos los pertrechos y máquinas que Dios levanta para atajarles la corriente de sus maldades. Dice pues Isaías: «Grandes han sido vuestros pecados, y muy grande mi sufrimiento y espera que en disimularlos he tenido. Castigado os he muchas veces, cansado estoy de andar á los palos con vosotros, y siempre malos; ya no sé qué me haga, dónde os azotaré, pues no hay parte sana en vosotros; y tras eso ¿siempre malos, siempre pecadores, siempre pecando de nuevo; hechos pedazos, y no cansados, y no emendados? Tantas veces me habeis provocado á saña con vuestros pecados, que os he desollado de piés á cabeza, de suerte que ya no hay parte que no esté bañada en sangre, y siempre tijeretas.» Que lo dijo en una palabra David: *Dissipati sunt, nec compuncti;* Despedazados están, y no emendados. Toma Dios la metáfora de un padre que tiene un hijo travieso, y con deseo de emendarle le castiga, azótale y no hay género de castigo que no lo ejecute con él; pero es tan malo el muchacho, que no siente ya los azotes. Viéndole el padre siempre peor, dice: «¿Qué haré con este bellaco?» Ya no sé dónde castigarle. Hele abierto á azotes, tráyole siempre vendado y quebrados los cascos, ya con la pierna desconcertada, ya quebrado el brazo, y él siempre peor. Así dice Dios: ¿Dónde os castigaré ya? Que *omne caput languidum, et omne cor moerens. A planta pedis, etc.* No veo en vosotros lugar sin herida; pues ¿dónde os castigaré en venganza de las nuevas maldades que cada dia cometeis? ¿Si en la cabeza? *Omne caput languidum;* No hay ninguna que no esté descalabrada. ¿Si con males interiores y con mal de corazon? No hay corazon sin tristeza. Pues ¿si en el cuerpo? *A planta pedis;* y del cabello á la planta estáis hechos sangre; y tan recientes son las heridas, que aun no os han tomado la sangre dellas. Pues ¿qué os haré? El remedio mas corto será dejaros: *Terra vestra deserta, etc.;* Yo asolaré vuestras ciudades, etc. Hé aquí, pecador, el estado á que te traen tus muchos pecados, á que haga Dios del cansado y que ya no te pueda sufrir, y que te deje y se vaya. Pues si tu Dios te deja, ¿quién te recibirá? Si se te va, ¿adónde irás tú sin Dios? *Curavimus Babylonem, et non est sanata: derelinquamus eam, et eamus, unusquisque in terram suam.* Cuando un hombre principal está enfermo suélense llamar médicos de muchas partes; entran en consulta cada dia, hacen mil remedios, púrganle, sángranle, dánle unciones, baños, fomentaciones, dietas, sudores y todo cuanto mandaron Hipócrates y Galeno, y tan malo siempre como de primero. Háblanse: Señores, ya habemos hecho cuanto en nosotros ha sido, habemos agotado las medicinas, los boticarios están cansados de hacer purgas y mezclar jarabes, los remedios de la medicina se nos han acabado, no habemos dejado cosa por intentar de cuantas hallamos en los libros, y el señor don Fulano siempre peor; lo mejor será dejalle á naturaleza, volvamos nosotros á nuestras casas. ¡Ah, pecador desventurado! Que esto mesmo hace y dice Dios: Curado he tu alma, ya te he purgado con mi sangre, te he dado jarabes de trabajos, unciones de amor y gracia; hanse agotado los remedios á poder de curarte, los predicadores están roncos, los confesores cansados, mis sacramentos y medicinas ya no te hacen provecho; quiérome ir y dejarte. Esto es lo que arriba llamamos «endurecer y cegar, y llegar los pecados á colmo»; porque, como no quiere aprovecharse de la misericordia de Dios ni hace verdadera penitencia, muere en su pecado. Pues dime, pecador, ¿cómo no te espanta el pecar cada dia de nuevo? ¿Qué sabes si ese pecado que vas á hacer es el último que Dios querrá sufrirte? Qué sa-

bes si te cerrará la puerta por indigno de su misericordia, ingrato á sus beneficios? Qué sabes si quien te ha esperado un año te querrá esperar año y hora? *An divitias bonitatis ejus contemnis? Ignoras quod benignitas Dei ad poenitentiam te adducit?* ¿No sabes, hombre pecador, que la paciencia y benignidad de Dios te provoca á penitencia? ¿O acaso desprecias las riquezas de su bondad y atesoras ira para tí con tu dureza y con tu corazon no arrepentido? Esto dice el Apóstol, escribiendo á los romanos. Pues mirad á qué estado traen sus pecados á un hombre; cuando son muchos, que le vuelven insensible á los tocamientos de Dios, y el pecar se le convierte como en naturaleza. Daniel cuenta que soñó Nabucodonoser, rey de Babilonia, un sueño que le trajo muy fatigado, y fué, que veia una estatua grande y espantosa; tenia la cabeza de finísimo oro, los brazos y pechos de plata, el vientre y muslos de bronce, las piernas de hierro, y los piés parte de hierro y parte de barro. Hé aquí cómo va el pecador de bien á mal, y de mal en peor. Es propria figura y traza suya esta imágen; que, puesto que allí le quisiese Dios declarar la succesion y mudanza de los reinos que le habian de suceder; con todo esto, se trae y viene muy á pelo para los pecadores. Tiene el hombre la cabeza de oro, porque allí recibió el bautismo, y su principio espiritual y regeneracion fué divina. Diéronle la fe, la esperanza, la caridad, que es la señora y el oro puro y resplandeciente que enriquece el alma. Allí le infundieron los hábitos de todas las virtudes, y quedó riquísima; pero comienza á entibiarse en el amor de Dios, enfríase la caridad, descúidase un poco, y admite algunas ocasioncillas, y viene á perder el lustre del oro de aquel hervor que solia tener; siente el corazon menos casto, la devocion mas caida, el gusto de las cosas de Dios prostrado; cánsale la confesion, la comunion sin lágrimas; finalmente, se ve con barruntos de caer en alguna grave enfermedad. Así viene á dar en plata, que, aunque es de estima, no como oró; así tú ni mas ni menos, aunque por esta tibieza no se pierde la gracia y la amistad de Dios, y aun el hombre tiene valor; mas al fin no es de oro ni las obras le son de tanto mérito ni son tan perfetas como las que solia hacer. Con este descuido y flojedad viene de plata á cobre, porque se descuida y cae en pecado, por donde ya ni sus obras valen ni son de estima, y no le queda mas que el sonido del lenguaje cristiano, con que habla de la virtud y retiñe aun á lo que fué; porque un hombre recien pecador, no tan del todo se olvida de la virtud y del buen estado que tuvo, que no le queden á manera de unos cariños de lo que ha perdido. Por eso decimos «que viene á cobre», que es metal sonoroso. Dije que, con aquella flojedad y relajamiento que tiene de la virtud, viene á caer en pecado; porque seria milagro que, entibiándose el hombre en la caridad y descuidándose en el ejercicio de las obras de virtud, no venga á caer poco á poco en las graves. Y por esto está Dios tan mal con las almas tibias, que dice que le revuelven el estómago y que le provocan á vómito. Dícele Dios á san Juan: Escribe una carta al ángel de Laodicea (esto es, al obispo de aquella iglesia), y díle: «Yo sé muy bien tus obras, y las tanteo »y peso, y les miro los quilates que tienen, y veo que »no eres frio ni caliente; y ojalá fueses una destas dos »cosas; mas porque eres tibio te vomitaré y lanzaré de »la boca.» Aludió á lo que suelen hacer para vomitar, que es beber agua tibia, y con aquel disgusto que causa en el estómago le mueve y revuelve y hace vomitar. De manera que deseaba Dios que le sirviese, ora fuese por amor (que es ser cálido), ora por temor (que es ser frio). Y pienso que la razon desto es, porque cuando de gran frialdad se pasa á calor, se hace y produce mas vehemente calor, y queda el agua mas ardiente que cuando estando tibia se calienta. Siendo pues ya venida el alma del oro á la plata, y de la plata al cobre, esto es, del hervor del amor á la tibieza de la caridad, y desta al cobre del pecado, si no se vuelve luego á Dios y se descuida de la penitencia, viene á perder el sentimiento de los tocamientos divinos y á estar sorda á todas sus palabras, como el hierro, que es un metal sordo y muy terrestre, y el mas bajo y de menos valor y estima de todos los que cria la tierra. Tenia la estatua de Nabuco los piés de hierro mezclado con barro, y por cierto muy bien; porque, cuando llega un pecador á este punto, ya todos sus deseos, sus pensamientos, sus tratos, todo cuanto hace, dice, piensa y halla, todo es tierra y polvo, y eso ama y busca, y en eso está encerrado, olvidado de Dios y de su cielo y de su gloria, hasta decir David: «Declinaron los ojos á la tierra.» Y estos tales, ya el pecado le tienen tan casero y como vecino y tan familiar, que casi se les vuelve en naturaleza. Y ya acaece á muchos estar tan envejecidos en la costumbre del pecar, que pecan, no por deleite, sino por uso, que suelo yo llamarlos «pecadores de balde», que casi sin pensar en lo que hacen, sin gusto, sin otro interés, forzados de la mala costumbre, pecan; que es lo que dijo el que hizo este soneto, hecho á este mismo propósito. Y por parecerme que lo concluyó bien, he querido ponello aquí.

SONETO.

¡Oh paciencia, infinita en esperarme!
Oh duro corazon en no quereros!
¿Que esté yo ya cansado de ofenderos,
Y que no lo estéis vos de perdonarme?
¿Cuántas veces volvistes á mirarme,
Esos divinos ojos, y á doleros,
Al tiempo que os rompia vuestros fueros;
Y vos, mi Dios, callar, sufrir y amarme?
¡Oh guarda de los hombres! vuestra saña
No mostreis contra mí, que soy de tierra;
Mirad á lo que es vuestro, y levantalde;
Que no es deleite ya lo que me engaña,
Sino costumbre que me vence en guerra;
Pues por solo pecar, peco de balde.

§. XII.

Estas cuatro cosas hacian muy graves los pecados de la Madalena; y así, no es mucho que diga el Evangelista: *Ecce mulier, quae erat in civitate peccatrix;* Veis una mujer pecadora en la ciudad. Hora no

me parece que habemos aun desentrañado del todo lo que hay en estas palabras. Dos *Ecce* hallo en la sagrada Escritura, que parecen contrapuestos el uno del otro; el uno es este *Ecce mulier*, y el otro el *Ecce homo*, que se dijo del Hijo de Dios. Cuenta el evangelista san Juan que, queriendo Pilato librar al Redentor de las manos de los judíos, sabiendo que por envidia le buscaban la muerte, por moverlos á lástima mandó azotar al Redentor; sácale desnudo con una corona de espinas en su sagrada cabeza y cubierto con una ropa vieja de púrpura; y al tiempo que salió, vuelto á los judíos, que pedian con grande instancia su muerte, les dijo: *Ecce homo;* Veis aquí al hombre; como si les dijera: Acusais á este hombre por alborotador y revolvedor del pueblo, decis que tiene humos de rey; pues veisle aquí, que lo menos que tiene es talle de hombre, cuanto mas de príncipe. Poned pues á una parte á Cristo, llagado, atado, espinado, el rostro lleno de cardenales y salivas, el cuerpo cubierto de sangre de los azotes, y aquellos divinos ojos llenos de lágrimas; poned á otra parte á la Madalena, suelta, profana, llena de pecados, infame, sin nombre, hecha una añagaza del demonio, un despeñadero de almas. Oid á Pilato, que dice *Ecce homo;* y volved á san Lúcas que le contrapone *Ecce mulier;* y mirad agora el misterio tan galan que ahí está: *Ecce homo*, pues *Ecce mulier;* para que haya un *Ecce mulier* es menester que haya un *Ecce homo;* que si este no hay, no habrá aquel. *Ecce homo*, que se hizo hombre por gracia; *Ecce mulier*, que es mujer por flaca naturaleza. *Ecce homo*, que es justo; *Ecce mulier*, que es pecadora. *Ecce mulier*, que peca; pues *Ecce homo*, que lo paga. *Ecce mulier* culpada; pues *Ecce homo* penado. *Ecce mulier*, que merece el castigo; pues *Ecce homo*, que es el azotado. *Ecce mulier* suelta; pues *Ecce homo* atado. *Ecce homo*, que siendo Dios se hizo hombre; pues *Ecce mulier*, que siendo pecadora queda santa. *Ecce homo*, que muere porque esta viva; pues *Ecce mulier*, que vive porque este muere. *Ecce homo*, que le presentan por esta mujer á Pilato; pues *Ecce mulier*, que la presentan por este hombre al Padre. Pilato da este *Ecce homo* á los hombres para su rescate; Cristo da esta *Ecce mulier* al Padre para su regalo. ¡Oh trueque soberano! ¡Dulce bien nuestro, que te pones en competencia de una pecadora porque tu amor te fuerza, y tu Padre te lo manda! Mirá, hombres, el gran amor de vuestro Dios, que dice: «Tomad un Dios y dadme un hombre; tomad mi Hijo y dadme una pecadora. Pues dime, gran Señor, ¿y este es trueque que se puede sufrir? ¿No ves que te engañan mas que en la mitad? Dar un Dios por un hombre ¿quién tal vió? ¿El justo por un homicida, el inocente por el culpado, el señor por el siervo, el hijo por el esclavo, el Hacedor universal por su misma hechura? ¿Quién vió trocar la gloria por el polvo? La riqueza suma por la suma pobreza? La alteza de Dios por la bajeza del hombre? *Ecce homo*, remedio de mis males, hombre que paga mis deudas, sangre con que se lavan mis culpas, precio con que se redime mi ofensa. Pilato te me muestra, Redentor de mi alma; tu Padre te me da; tú mueres por mí, tú dices: «Esta es mi sangre, que derramo por vosotros;» tu Padre dice: «Así amé al mundo, que le dí un solo Hijo que tenia.» Pilato me dice: Pues veis al hombre que todo eso hace; *Ecce homo;* él me dice: *Ecce homo;* mas yo digo: *Ecce Deus.* Hombre te me muestran, mas Dios te conozco; *Ecce homo*, que muere por mí; *Ecce Deus*, que resucita por sí. *Ecce homo*, que muestra mi flaqueza padeciendo; *Ecce Deus*, que me da su fortaleza venciendo. Dulce retrato de mi remedio, que así te habia yo menester para mí, que te perdieses á tí para hallarme á mí! De manera que lo primero que tenemos es esta contraposicion.

§. XIII.

In civitate peccatrix. Extraña cosa es ver que por menudo nos cuenta el evangelista san Lúcas las circunstancias desta conversion. Pecadora y en la ciudad, que era la de Nain, donde el dia antes habia resucitado el Señor al hijo de la viuda. Pues, ¿hace mas al caso ser uno pecador en la ciudad ó sello en la aldea? ¿Qué importa irse uno al infierno desde su lugar ó irse desde Sevilla? Creo que fué encarecimiento de los pecados de la Madalena. Mucho va, señores, de ser uno ruin en Roma ó en una aldea de Sayago; que en el lugarejo do no se sabe qué cosa es sermon en mil años, y que el cura no sabe leer aun en su breviario; que no hay uno que os dé un consejo ni quien os retraiga de un vicio ni os adiestre á la virtud; que allí seais vos pecador no es milagro; mas que en la ciudad donde están los prelados de la Iglesia, los dotores y predicadores de la fe, la luz del Evangelio; donde tantos monasterios y tan llenos de religiosos se ocupan en los divinos oficios, adonde se predica tan continua la palabra de Dios, donde hay tantos ejemplos de siervos del Señor, tantos confesores tan doctos, tanta frecuencia de sacramentos, y que todo huele á santo y bulle en devocion, y que allí seais malo y jamás salgais de vuestra ruin vida; eso es lo que cansa á Dios y lo que encarece el Evangelista en la Madalena. Mayor fué el pecado de Júdas, siendo malo entre los apóstoles, que el de san Pedro negando entre los verdugos de maldad. Esto aun cotejando los pecados que en sustancia fueran iguales, decia Isaías: *Misereamur impio, et non discet justitiam facere; in terra Sanctorum iniqua gessit, et non videbit gloriam Domini.* «Andáos (dice) á tener misericordia y á hacer bien al malo, y no hayais miedo que por eso sea mejor.» Entre los santos y en tierra santa ha hecho maldades, que á ser en la plaza ó en la lonja ó en las gradas de Sevilla ó el sarmental de Búrgos, donde se trata de cambios y logros, y donde se engaña al prójimo y se roban las haciendas y trampean los mercaderes, no fuera mucho; mas que estando en una cartuja entre santos sea diablo, entre los buenos sea malo, esto no se puede sufrir. Pues ¿qué merece este tal? Que *non videbit gloriam Dei;* no se quedará sin castigo, y será que no verá la gloria de Dios. «Habia (dice en el capítulo primero

de *Job*) un varon en tierra de Hus, que era de gentiles, y él era bueno y sencillo.» Parece que lo cuenta como por milagro, que entre malos fuese bueno. Y el santo Lot es tan alabado porque, con ser tales los de Sodoma y viviendo entre ellos, él fuese justo. Mas claro lo dice la Escritura en el capítulo 26 de los *Números;* y es que, contando cómo Coré y muchos con él fueron tragados de la tierra porque se rebelaron contra Moisen y Aaron; dice: Hizo Dios un milagro en aquel dia, que pereciendo Coré, no murieron sus hijos, y es porque no estaban envueltos en los pecados de su padre. Y cuéntalo por milagro, que siendo malos los padres y viviendo con ellos, sus hijos fuesen buenos y no les hubiesen pegado los ruines siniestros de sus padres. Pues por esto pone el sagrado evangelista que era la Madalena pecadora y en la ciudad.

§. XIV.

Pero, Señor, ¿qué quiere decir, que ya que haceis tal merced á esta mujer, quereis que sea tan á costa suya? Bien vendeis vuestra mercadería. Y ya que en un banquete la perdonastes, ¿por qué quisistes que os pagase tan caro el escote, que á trueque desto quereis que cada año por esos púlpitos se publiquen sus pecados á voz de pregonero, y que vuestro evangelista le escriba el proceso de su ruin vida, y lo deje firmado de su nombre? Cierto, si tomásemos el voto de muchos, que dijesen que es caro perdon. ¿Hay aquí quien, si le dijesen que le perdonarian sus pecados si desde un púlpito los apregonase todos delante de la gente que hay en un mediano auditorio, que no le pareciese caro perdon? Hora mirad, señores; los siervos de Dios muy de otra arte sienten de la honra que los del mundo; porque á trueque de que el Señor sea honrado, huelgan que todos sepan que fueron unos grandes pecadores. ¿Qué mas honra puede ser para el médico, que el enfermo, después de ya sano, publique sus enfermedades, las cuales mientras mas y mas mortales fueron, mas gloria es para el médico que le dió sano? San Pablo, escribiendo á su dicípulo Timoteo, le dice: *Gratias ago ei, qui me confortavit, Christo Jesu, quia fidelem me existimavit, ponens in ministerio; qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus;* Gracias muchas doy (dice el Apóstol) á mi Señor Jesucristo, que me esperó, y le pareció que seria fiel y de algun provecho si me empleaba en su servicio, con ser antes un blasfemo de su nombre, perseguidor de su Iglesia, injuriador de sus santos. No dice esto san Pablo por jactarse de sus pecados, mas por engrandecer la cura que el Médico celestial hizo en él, haciéndole de lobo oveja, de perseguidor predicador, de tirano apóstol. Así el santo rey David, en quien y en cuya dotrina quiso Dios que nada faltase para nuestro provecho, en el salmo de la penitencia, rogando con mil requiebros á Dios que le perdonase su pecado, le dice: «Habed misericordia de mí, Dios mio; y pues mi pecado es grande, séalo tambien vuestra clemencia. Y si me decis, Señor, que ya otras veces me habeis alimpiado, y que basta lo sufrido, lavadme, Señor, aun otra vez, y alimpiad esta nueva mancha de mi pecado; y si me notais de importuno, no es maravilla que lo sea, pues conozco mi maldad y traigo siempre mi pecado delante de los ojos. A tí solo pequé (oh gran Señor), y lo que mas me lastima es, que no me espantó tu presencia; pequé contra tí, porque á tí solo toca castigar los pecados.» Y si Adan pecó y escondió su pecado y le castigaste, yo le descubro, que mal se cura la llaga cuando del médico se esconde. Perdóname, Médico del cielo, porque quedes por justo; y de tu palabra dijiste en el *Deuteronomio* á tu pueblo: «Si cuando pecares, arrepentido hicieres penitencia y te volvieres á mí, yo, que soy misericordioso, te perdonaré.» Pues mira, Dios mio, que muchos han oido los grandes bienes que me has prometido; y si agora ven que me desechas de tus ojos, no sabiendo la causa, se quejarán de tu justicia. Pues haz, Señor, que cumpliendo tu palabra en perdonar á mí, que te llamo, salgas verdadero y vencedor cuando los hombres quisieren juzgar tus consejos; y si no basta, buen Dios, para que me perdones, conocer yo mi pecado y ser tú tenido por fiel en tus promesas, baste ver mi flaqueza y el ruin metal de que soy hecho; bien lo saben tus manos, pues ellas me amasaron de barro y flaca tierra, compusieron mis huesos y mis nervios, saben que el barro no es metal de muchas pruebas; pues ¿qué mucho que se quiebre y salte al fuego de la tentacion? Mamé mis defetos en la leche; con pecados me concibió mi madre, con ellos me engendró mi padre, y en ellos nací yo. Y pues ves, Señor, que soy lodo, compadécete de tu hechura y halle lugar en tu misericordia el que conoce su miseria. No te maravilles, gran Señor, que peque quien nació con el pecado; y si me dices, Dios y señor de mi alma, que los ángeles pecaron y no los perdonaste, es verdad; pero no se visten de tierra ni están tapiados ni emparedados en barro, como el miserable del hombre. No te alego, Señor, mi flaqueza por excusar mi malicia; mas solo muestro la razon que puedes tener de perdonarme. Finalmente, después de haberle dicho grandes ternuras para moverle á perdonarle, le dice: *Docebo iniquos vias tuas; et impii ad te convertentur;* Señor y Redentor, si me perdonais, si me sanais desta tan grave dolencia, oh Médico del cielo, «yo mostraré á otros dolientes el camino de vuestra santa casa, y todos los enfermos acudirán á vos. «De manera que diré al mundo cuán al cabo estuve, y vos me sanaste, y os tendrán por el mas famoso médico de la tierra; hé aquí para qué cuentan los santos sus pecados y defetos. Aquel venturoso ciego que cuenta san Juan, habiéndole sanado el Señor, con haber bandos y cisma entre los judíos, unos decian: ¿Es él? No es él, mas parécele; otros: Él es, que bien le conocemos; sale él y dice: «Yo soy, yo soy, y Jesus me sanó;» y á todos contaba su enfermedad. Si á la Madalena le preguntasen en el cielo, si le pesa que sus pecados se publiquen en las iglesias cada año, diria que no, pues saca Cristo gloria de su conversion. No piense nadie que los pecados que los santos cometieron en la vida, los afean; porque

acaece que la otra dama que salió con una ropa galana, y al atravesar por un cancel se dió un desgarron, y viendo su ropa rota, échale unos vivos de otro color y hace labor de lo roto y queda mucho mas hermosa. Así es en las faltas de los santos, que echaron unos vivos de penitencia en las ropas de sus vidas, con que quedaron mucho mas hermosos; y no solo no los afean, mas aun muchos que antes de la caida servian á Dios tibia y flojamente, después de haberse conocido y corrido de sus culpas, y haciendo penitencia, se levantan con tanto hervor de amor de Dios, que dejan atrás á los que antes iban primeros; porque, como dicen los teólogos, algunas veces el pecador se levanta á mayor gracia que la que tenia antes que cayese; porque, así como nunca un elemento se fortifica tanto como cuando topa con su contrario, que entonces para resistirle se une y ayunta toda su virtud y fuerza, porque desea rendir y vencer á su enemigo; así ni mas ni menos suele suceder en algunos corazones generosos y escogidos y santos, que mientras no caen en las manos del pecado no muestran aquellos hervores y deseos encendidos de la caridad que vemos en otros particulares; mas cuando topan con el pecado y se ven caidos y derrocados á los piés de sus enemigos, sintiendo la gracia divina que los llama, sin la cual no puede un hombre, después de caido, levantarse, conócenla y danle entrada en el alma; y con ella y con su libre albedrío y con una generosa fuerza, ayuntando y recogiendo toda su virtud, expelen el pecado y todos los rastros dél, y quedan con doblado espíritu, y viven con mas cautela y recato, y andan mas sobre sí, por no verse otra vez rendidos; y aunque les quedan las señales de las heridas, estánles entonces muy bien; como al soldado que peleando en la batalla cayó, y herido y corrido se levanta y mata á su enemigo, después le veréis preciarse en las plazas de que tiene medio cortada la pierna y una lanzada por el muslo; no se jacta de las heridas, sino de que parándole tal su contrario, con todo eso, pudo mas que él, y le venció y mató; así los santos cuentan en el cielo las vitorias que ganaron del demonio, y cómo, aunque heridos y derramando sangre, al fin se levantaron y vencieron. Yo (dirá la Madalena en el cielo) me vi derrocada y vencida, porque las habia con el espíritu inmundo que preside á la torpeza y vicios sensuales. Teníame tan ahogada y tan medrosa y sin fuerzas, que siempre que queria me heria en descubierto y á su salvo; mas como llegó á mí el aliento y soplo de la divina gracia de mi capitan Jesucristo, cobré fuerza y coraje, y levantéme y coceéle muy bien; de suerte que jamás se volvió á descomedir conmigo. Así, tambien cuenta san Pedro su negacion y san Pablo la persecucion que levantó contra la santa Iglesia en sus principios. Por esto pues cuenta el glorioso evangelista los pecados de la Madalena, y por esto se cuentan las caidas de los otros santos.

Tambien quiere Dios que se publiquen para nuestra confianza, y que nos sirvan de ejemplo, que no desconfiemos de alcanzar perdon, pues vemos grandes pecadores perdonados; y de allí nos nace una santa osadía para presentarnos delante de Dios y pedille perdon de nuestros pecados. Por esto me ponen á un Aaron, gran pontífice, caido y levantado, para que si el Papa pecó, no piense que ya todo es acabado, y que no hay remedio para él, pues le hubo para Aaron. Leo un David adúltero y homicida, pero perdonado y puesto en cabecera de linaje de Dios, porque no diga el rey en pecando que ya se cerró la puerta para pecados de reyes; y á un Zaqueo, para espuela del mercader, á un san Mateo para el escribano, y á una Madalena para las rameras y mujeres erradas; y finalmente, pocos estados hay en la república, de quien no haya ejemplos de pecadores perdonados en la Escritura, y esto para nuestra informacion y ejemplo. Así lo decia el Apóstol, y para esto decia que se escribian estas cosas. «Todo lo que está escrito (dice san Pablo), sabed que se escribió para nuestra dotrina, para que con la paciencia y consolacion de las escrituras tengamos esperanza.» Hé aquí por qué quiere Dios que los pecados de la Madalena se prediquen y apregonen cada año por los púlpitos, y no por afrentalla; y para esto quiere que los escriba su historiador, porque con esto la hace mas famosa en el mundo, y cumple la palabra que le dio allá, cenando en casa de Simon leproso, cuando murmurando los discípulos porque María habia ungido al Señor con aquel ungüento extremado, y porque no se habia vendido, dándolo por mal gastado, díjoles el Redentor que no le fuesen molestos, que él haria que su nombre y hechos se celebrasen por todo el mundo. Y es así, que cuanto mas se predican los pecados, penitencia y obras y amor admirable, y la remision de las culpas de la Madalena, tanto mas famosa y celebrada y engrandecida queda.

PARTE III.

Del libro de la Madalena, y el estado segundo que tuvo de penitente, conforme á la letra del sagrado Evangelio.

Dicho habemos el estado primero de la Madalena, que es el que tuvo de pecadora, y á qué término la trujo la hermosura, libertad, riqueza y pocos años; resta agora que veamos cómo salió del pecado y hizo penitencia, para que entendamos que el Evangelista no nos contó su ruin vida para no mas que decilla, sino para alabanza suya, y para gloria del Hijo de Dios, que la perdonó, la lavó, y la amó tanto. Dice san Lúcas,

§. XV.

Ut cognovit quod Jesus, etc. Antes que pasemos adelante, será bien que veamos algo de los secretos maravillosos de la predestinacion de Dios, y esto en una palabra. Espanta ver cómo Dios llama y atrae á uno á sí, y á otro lo deja y aparta de sí; á uno saca de su pecado, y á otro le deja revolcar en él; á uno, de grandísimo pecador, lo hace santo; al otro de muchas virtudes y buena vida, al fin le deja y se condena; á un san Pablo, de corchete y porquerón de la justicia, le hace

apóstol; y á Júdas, de apóstol, permite que pare en porqueron para prender á Cristo, y al cabo se ahorque. Pues diréisme que hay mas méritos en el uno para ser amado, y mas deméritos en el otro para ser aborrecido. Podría llevar eso algun camino si la predestinacion ó reprobacion la aguardase Dios para después de nacidos estos hombres, y mirando á sus obras, los predestinase; mas sale san Pablo escribiendo á los romanos, y dice: «Aun estaban Esaú y Jacob en las entrañas de Rebeca, aun no eran nacidos, aun no habian obrado mal ni bien; y con todo eso, porque se cumpliese el intento de Dios y la eleccion que habia hecho, no por sus obras, sino por sola la voluntad del que llama, que es Dios, se dijo: «El mayor servirá al menor, como está escrito: A Jacob amé, y Esaú aborrecí.» Añade luego san Pablo: «¿Qué dirémos á esto? ¿Por ventura que se muestra Dios apasionado? ¿Que hay maldad en Dios? No, no, á Moisen le dijo: Tendré misericordia del que me apiadare, y seré clemente para quien me pareciere. Luego no es del que corre ni del que quiere esta presa de la gloria, sino de aquel de quien Dios tiene misericordia.» El Apóstol teje una larga disputa con los romanos sobre averiguar este punto de honra, y abonar á Dios porque, desechando á su pueblo, habia admitido la gentilidad á su Iglesia. Y disputa galanamente cómo en hacello así, ni Dios queda por injusto, ni su pueblo puede quejarse de que se le hace agravio. A este propósito trae lo del ollero, á quien le es lícito hacer de su masa el vaso que le parece, y de una pellada hace un plato que sirva á la mesa y esté limpio en el aparador, y de la misma masa hace una olla que se entizne y queme al fuego en la cocina. Cierto está que esta masa toda es una; no vió el ollero mas méritos en el pedazo de que hizo el plato que en el que gastó en la olla, sino solo que quiso hacello así. Pues ¿podráse quejar la olla y acusar al alfaharero porque la hizo para la cocina? Por cierto no. Luego mucho menos podrá quejarse el hombre de Dios porque no lo predestinó para el cielo. Y viéndose metido en este golfo y abismo, ya que le parece que ha perdido el pié y llega el agua al cielo, exclama: «¡Oh alteza de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprehensibles son sus juicios y qué dificultosos de hallar sus caminos!» Vánsenos de vuelo los juicios de Dios. De manera que se remite san Pablo á los consejos escuros de Dios, cuya ciencia cerró para sí, y se nos alzó con la llave. Muchas pecadoras habia en Judea sin la Madalena, y á ninguna hizo la merced que á ella. Es lo que el Señor dijo á los judíos de Naaman Siro: «Muchos leprosos habia en Israel; mas ninguno sanó sino un gentil, y muchas viudas habia en tiempo de Elías, y á ninguna dellas fué enviado sino á la pobre Saretana.» Así que, espanta ver cuántos señores, cuántos ilustres habia en Jerusalen, cuántos dotores en la Sinagoga, cuantos pontífices en el templo, cuántos poderosos y ricos se paseaban por las plazas; qué de reyes, emperadores y príncipes tenia el mundo cuando nuestro Redentor se hizo hombre; y dejándolos á todos por lo que su Majestad se sabe, escoge doce pobres pescadores desharrapados, las heces y la vasura y escoria del mundo. Y destos doce, «escogidos á tajador» (que suelen decir), dados por su mano, criados á sus pechos, hechos á su dotrina, mantenidos á su mesa; el uno de ellos se lo vendimia el demonio en agraz, y dice el Señor: *Nonne duodecim vos elegi, et unus vestrum diabolus est?* Yo (dice) ¿no soy el que os escogí, y con todo eso, el uno de vosotros es un diablo? ¡Oh secretos grandes de tu profunda sabiduría, Dios mio y Señor mio, cómo hacen temblar al mas confiado y acobardan al mas animoso! Veo, Señor, que llamas á Salomon *tu regalo*, háceslo tesorero; tú de sabiduría mandas que te edifique un templo; y no lo llevas cuando te hace tales servicios, y llévasle cuando adora ídolos, cuando les edifica templos, cuando se casa con mujeres idólatras. Veo, Señor, á Júdas, que vuelve alegre con los demás discípulos, y dice: «Señor, en vuestro nombre aun los demonios nos obedecen;» y no le llevas cuando hace milagros, cuando dice con san Pedro: «¿Adónde irémos, Señor, que tienes palabras de vida?» Y aguardas y le arrebatas cuando te ha vendido y se ha echado en el infierno. Júdas cae del apostolado y se condena; y el ladron, boqueando en la horca, con la candela en la mano para dar el alma, diciendo ya el «credo en este que tengo al lado», salva; Saul, que no habia mejor alma en todo el pueblo de Dios, elegido en rey de Israel, de pobre hijo de labrador, es desechado, y un Mateo, cambiador ó trampeador, es el escogido. ¿Qué son estos, Señor, sino piélagos inmensos de tu sabiduría, á do no es menester entrar si no nos queremos anegar? Es tu secreta predestinacion de las ovejas que tú dices por san Juan que nadie te las quitará de la mano. Acuérdome que me contó un religioso siervo de Dios, que habia estado en la Nueva-España, un caso en que mucho se descubre la certeza de la predestinacion divina; y fué, que estando en un monasterio de nuestra sagrada religion, á dos ó tres leguas de allí, estaba una hija de un cacique, que es como un caballero que acá llamamos. Esta habia estado amancebada ocho ó nueve años; y como allá los religiosos son los curas, y andan á visitar los lugares y predican en ellos, fué nuestro Señor servido de mover el corazon desta perdida moza. Y á cabo de pocos dias, que debió de tardar en hacer memoria de sus pecados, concierta con otras doncellas amigas suyas que se vayan holgando y tañendo sus adufes y panderos por una ribera abajo; y desta manera las llevó dos leguas que habia de donde partieron, hasta el monasterio donde este religioso vivia. Llegando allí, pide que se quiere confesar; y para esto sale este religioso. La mujer confesó muy por entero y con muchas lágrimas todos sus pecados; y habiéndola amonestado y corregido el confesor, y dádole penitencia y acetádola, acabando de absolvella, reclinó la cabeza sobre las rodillas del confesor, y da el alma á Dios y quédase muerta. ¡Oh buen Dios! y ¿qué secretos son estos tuyos? Dime, espantoso Dios, ¿qué te iba á tí en esta alma, que la esperaste ocho años, disimulabas sus pecados, dejábasla revolcar en un cieno de torpezas abominables, y haciaste ciego?

Y tú, Dios mio, con tu sabiduría aguardabas á poner tu mano en la cura; á sazon que fuese de mas provecho. Y al cabo, cuando á tí (Médico soberano) te pareció que era tiempo, la llevaste presa con un lazo de tu amor; y en oyendo el *Ego te absolvo*, como si tuvieras miedo de perdella otra vez, la arrebatas y das con ella en tu santa gloria; y veo por otra parte, Señor, que otros, después de muchos años de yermo, después de muchos ayunos y penitencias y soledad, los dejas por lo que tú, mi Dios, te sabes, y al cabo se condenan. ¡Qué diremos á esto, sino dar voces con san Pablo y decir: «Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprehensibles son sus juicios, y qué dificultosos de hallar son sus cáminos»! He dicho esto á propósito de la conversion de la gloriosa Madalena, que tuvo Dios por bien de hacelle esta merced tan particular, y dejó á otras muchas pecadoras en sus pecados; y desto lo mejor es, no buscar razon, sino reverenciar y adorar sus juicios. Una sola cosa diré, y es, que hallo una diferencia en los pecadores, que me parece que no puede nacer sino de la predestinacion; esto es, de ser el uno predestinado y el otro reprobado. Hallaréis unos pecadores que, aunque lo son, pero en medio de su mala vida, tienen un no sé qué, un resabio, un semblante de predestinados y de hijos de Dios, un respeto á la virtud, un asco al vicio, un pecar con miedo y andar amilanado, un aquesta vida no es para mí, no me crié yo en esto; al fin no parece que se les pega esto del pecar. Veréis otros pecadores tan de asiento, que pecan tan sin cuidado como si les fuese natural, gente que pecan á sueño suelto, tan desmedrosos para los vicios, que no aguardan á que los vicios los acometan á ellos; antes ellos les salen al camino y los acometen. Estos son de quien dijo Elifaz Temanites, el amigo del santo Job: *Qui bibunt quasi aquam iniquitatem;* que beben las maldades como si fuesen agua. Dijo muy bien. No dice que comen, porque parece que lo que se come cuesta algo de mascarse, y á lo menos repárase en el bocado; mas lo que se bebe pásase fácilmente y sin sentirlo. Pues esto quiere decir Elifaz, que hay unos pecadores que pecan comiendo los pecados, esto es, reparan en ellos y rumian en el mal que hacen y reparan en él; estos son los que decimos que se les trasluce en el rostro que deben de ser de los predestinados; mas hay otros que pecan tan sin asco y que se tragan los pecados sin mascar, como quien no hace nada, que parece que ya dan muestra de su perdicion. Acaece que un hijo de un noble se va de su tierra, y por algun desastre viene en tanta necesidad, que ha menester asentar con un villano para no morir de hambre; estará arando, y allí entre el arado y la azada y las herramientas del oficio bajo le echaréis de ver en el semblante que nació para mas de lo que tiene; y el otro hijo del villano, entre ellas mismas se halla tan bien que le conoceréis que se nació allí; y por el contrario, vestí de seda y bordados á un zafio, y parece que no le asientan los vestidos, ni nació para ello. Pues lo mismo que hallamos en la naturaleza, esto es, la misma diferencia se halla en las cosas de la gracia. Esto se echó de ver muy bien en san Pedro, que aun entre los ministros de maldad tiene unos resabios del apostolado, donde se habia criado, que, negando que no conoce al Señor, jurando y perjurando, no halla en qué le crean. Oia la Madalena sermones de Cristo, que tenia palabras vivas, gustaba de seguirle, y por allí la saca Dios. No hay ninguno, por perdido que sea, que no le quede un resquicio por donde Dios le saque de la boca del demonio, si él quiere ayudarse. Quedóle á la Madalena, en medio de la perdicion, esto solo de aficionarse al predicar de Cristo, que tenia palabras encendidas: *Nonne verba mea sunt quasi ignis comburens, et quasi malleus conterens petras?* Dice el Señor por Jeremías: Mis palabras son como fuego, porque encienden los corazones, consumen todo lo terreno que tienen, y renuevan y apartan una alma y la acrisolan, y le gastan las heces y escoria de los vicios, «y son como maza de hierro, con que se desmenuzan y quebrantan los peñascos;» porque rompen los corazones de guijarro y berroqueños, y los deshacen en penitencia.

§. XVI.

Mas, aunque me parece que para materia tan alta, y que el juicio humano barrunta tan poco della, bien bastaba lo dicho; con todo eso, son los gustos humanos tan mal contentadizos, que huelgan de escarvar, y si pudiesen llegar al cabo en las cosas en que ven mayor dificultad. Y no miran lo que allá dijo el otro:

Dum petit infirmis nimium sublimia pennis
Icarus, Icarias nomine fecit aquas.

Que vuelto á nuestro lenguaje dice así:

Mientras con flacas alas alza el vuelo
El mal regido jóven en su daño,
Y con lacivo juego rompe el viento,
Gozoso de cortar el trasparente
Y lucido elemento de las aves;
Algo mas confiado que debiera,
Pasaba con un curso presuroso
Sobre las puras ondas cristalinas,
Que á la sazon estaban sosegadas.
Y mientras menos cauto se levanta,
Imitando á la armígera guerrera
Aguila, que los rayos le ministra
A Júpiter airado allá en el cielo,
A la region ardiente se acercaba,
No hecha para trato de mortales.
El fuego comenzó á hacer su oficio,
Y á derretir la cera mal segura;
Y las ajenas plumas, desatadas,
Cayeron esparcidas por las ondas.
Ya el miserable jóven sacudía
Con desplumados brazos el delgado
Elemento, y en vano procuraba
Sustentar el pesado cuerpo en alto.
Al fin, cayendo en las profundas aguas,
De ninfas y nereides recebido,
Bajando á sus moradas cristalinas,
En colunas de hielo sustentadas,
Dió nuevo nombre al mar, y fué llamado
Icario, por ser *Icaro* su nombre
Del mal logrado mozo.

Así les acaece á muchos, que, queriendo levantarse á la especulacion de las cosas soberanas, caen en muchos inconvenientes. Por eso aconsejaba Salomon: *Altiora te ne quaesieris, et fortiora te ne scrutatus fueris: sed quae praecepit tibi Deus, illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus ne fueris curiosus;* No busques, hijo, ni te canses en escudriñar las cosas altas y que son mas fuertes que tú. Díjolo bien; porque, como dice Aristóteles, el sentido y lo sensible se han de proporcionar, y *excellens sensibile laedit sensum.* Si el objeto es fuerte, daña la potencia del sentido, como lo suele hacer el estruendo y furia de la artillería y los poderosos truenos, que dejan á un hombre sordo; tambien el sol deslumbra y daña la vista con la vehemencia de su resplandor. Así lo hace la gran luz divina, que encandila los ojos de nuestro entendimiento con la pujanza de sus rayos; y por eso dice el Sabio que no escudriñemos las cosas mas fuertes que nosotros; porque, *Qui scrutator est majestatis, opprimetur à gloria;* El que escudriña la majestad de Dios será oprimido con la demasiada gloria. Y con todo eso, los que han leido esto que hasta aquí he dicho de la predestinacion, no quedan contentos, y dícenme que diga esto mismo algo mas extendido y claro, de suerte que tengan algun consuelo los escrupulosos, que dan en un desatino de si están predestinados ó no. Y como nos dice san Pablo: *Graecis ac barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum;* Soy deudor, dice, á griegos y á bárbaros, á sabios y á ignorantes, para enseñarles á todos. Así, ya que no soy san Pablo ni tal que pueda enseñar á nadie, con todo eso, quiero condecender con lo que se me pide, y decir esto mas de propósito; aunque sé que después de muy dicho y muy pensado, tampoco quedarán contentos. Comencémoslo pues así: veamos qué razon hay para que á una Madalena pecadora, infame, perdida y sin nombre, la traya Dios á sí, la llame, la lave, la alabe y justifique, le dé la gracia y la salve, y deje á otras mujeres, que habria entonces y hay agora, menos ruines, no tan profanas, mas honestas, y que han pecado harto menos. Porque, siendo las unas y las otras pecadoras, y por la misma razon todas enemigas, y que la justificacion no se puede merecer por algunas obras; porque, como dice san Pablo: «Si por las obras se justificase alguno, ya entonces la gracia dejaria de serlo;» y en otro lugar: «Al que obra, dice san Pablo, el salario que se le da por la tal obra, no decimos que se lo dan de gracia, sino de justicia, y que es deuda que se le debe.» Usó aquí el Apóstol de la fuerza deste término, *gracia*, como si dijera de balde y sin merecello. Como decimos: «Hanme dado esta pieza de balde, porque no me han llevado nada por ella.» Y no toma este término por alguna calidad positiva que se llama *gracia*. Pues si la gracia con que se habian de justificar las pecadoras de quien hablamos no se puede merecer, y tan poco mérito tenia la Madalena como las otras, y por ventura menos, antes ninguno y muchos mas deméritos, ¿qué es la razon que la atrae y la justifica Dios, y se deja á las otras? Y ¿por qué salva á un ladron que está ya boqueando para espirar y con la candela en la mano, diciendo el «credo en este que tengo al lado», y de la horca da consigo de piés en la gloria, y á Júdas le condena, y de la mesa da en la horca, y del apostolado para en el infierno?

Para este secreto tan alto digo que lo pudiera tratar como lo platican los teólogos en las escuelas; mas fuera cosa prolija y escura, y no buena para andar en manos del vulgo. Y así, no trataré aquí de la predestinacion ni reprobacion que Dios hace de los hombres, sino solo de la justificacion y del dejar á uno en su pecado; y esto, con la modestia que se debe á misterios que con su carga han hecho gemir á bravos gigantes debajo de su peso, y muchos sabios y dotores famosos han sudado con la gran carga; y en pocas ó en ninguna parte se yerra con mas peligro. Digo pues que todos los santos dotores concuerdan en que Dios por su mera y libre voluntad determinó de salvar hombres y de dalles los medios necesarios para conseguir este tal fin de salvarse. Y para esto no tuvo respeto á los méritos ni á las obras de alguno dellos, sino que por eso dijo san Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven;» porque no es envidioso, y no parece que era conforme á la buena condicion y gran piedad de Dios criar algunos, no á fin de salvarlos, sino de reprobarlos, sin haber en los unos mas méritos ó deméritos que en los otros, y dar ser á quien no lo tiene para de intento condenarle; con que dice el mismo Señor en el Evangelio que «le fuera mejor á Júdas nunca haber nacido, que ser y condenarse». Parece crueldad, y que puede decir á Dios: Señor, ¿qué os habia yo hecho para que antes que viésedes pecados en mí, dijésedes: Este quiero para el infierno? Lo cual no se ha de pensar de la infinita bondad y piedad suya, que es mas pronto para perdonar que para castigar, aun después de ofendido, cuanto mas antes de ofendelle. Ahí pecaréis uno y muchos pecados, un año y otro, y hay paciencia en Dios y espera para eso y esotro; pues ¿cómo me querrá señalar para el fuego, sin habérselo merecido? Y si determina de condenarme, es porque ve en mí una final impenitencia que yo le pondré, con la cual le impediré la infusion de la gracia final que me habia de dar para salvarme. Porque, como dice mi padre san Agustin: «Dios no mira cuáles somos agora, sino cuáles serémos al fin de la vida; porque, cuáles entonces nos hallare, tales nos juzgará;» como dice la regla de las leyes, que si al fraile le hallan en hábito de soldado, por soldado lo cuenta la ley. Anteviendo Dios que Júdas al cabo de la vida no habia de admitir la gracia ni ablandarse con aquella dulcísima y quejosa palabra del mansísimo cordero la noche de su pasion, cuando, besándole en el rostro, le dijo: «Amigo, ¿á qué viniste?» Y luego á Júdas: «¡Qué! ¿Con un beso de paz vendes al Hijo del hombre?» Viendo Dios esta su final impenitencia, y que habia de morir en ella y de su voluntad, escogiendo una horca en que acabase, por esto le reprobó; porque, como habemos dicho, mira solamente á lo que serémos al cabo de la vida. Por esto en el Evangelio nos manda con tanto cuidado «que

velemos, que no nos durmamos, que estemos faldas en ciuta». Así nos lo aconseja y aun manda por san Lúcas, diciendo : «Mirá que andeis ceñidos, ponéos los cintos;» como si nos dijera mas claro : «Mirá que es tiempo de guerra,» y que *militia est vita hominis super terram.* La vida del hombre no es otra cosa sino una continua batalla que tenemos mientras vivimos, y se acaba con la muerte; el campo donde se da es este mundo, los soldados son todos los hombres, los enemigos son los vicios y el demonio, mundo y carne; lo que se conquista es el cielo, y quien le gana es el que pelea como valiente. Pues el soldado no peleará bien con faldas largas; por eso mandaba el Señor dejar la hacienda, la honra, los hijos, la mujer, el padre, madre, hermanos y aun á nosotros mismos; porque, ¿qué otra cosa son las que habemos nombrado, sino faldas que nos vamos pisando, y que nos arrastran y embarazan para la batalla? Y de aquí nace que, así como el soldado que mas larga ropa llevase menos bien pelearia y menos correria, y mas ligeramente tropezaria y caeria, y le matarian sus enemigos, y por el contrario, el mas faldicorto estaria mas desembarazado y suelto, y pelearia mejor y venceria con mayor presteza; así, ni mas ni menos, los ricos y poderosos, como van cargados de faldas de hacienda, de estados, de honra y ambicion y de muchos contentos, cuando quieren arremeter á la batalla písanse la falda larga de la hacienda, y háceles *dar de narices* en la avaricia; y el otro tropieza en la falda de los hijos, y cae de ojos en la tiranía por dejar á sus hijos en estado y grandeza, y así de todo lo demás; pero el pobre tiene cercenadas las faldas, sin hacienda, sin amigos, sin ambicion y sin estado; corre, pelea, vuela y pasa por las cosas de la vida, triunfando del mundo y de cuantos hay en él. Por esto dice Cristo : *Sint lumbi vestri praecincti;* Mirá que andeis bien ceñidos. Y es lo mismo que si dijera : Mirá que profeseis la milicia, pues el soldado no ha de dejar las armas mientras dura la batalla. Tomó el Señor la metáfora de lo que entonces se acostumbraba en la guerra, que los que se asentaban debajo de bandera, así como agora los españoles traen la banda de carmesí y los franceses la blanca, y conocemos en su traje que son soldados, así entonces se echaban ó ceñian el *balteo militar*, que llamamos el cinto ó tahelí, en señal que profesaban las armas y tiraban sueldo del emperador romano ó de otro rey. Y cuando ya cansados de la milicia, que se habian envejecido en ella, querian retirarse en su rincon y descansar en su vejez, desceñíanse el cinto ó tahelí en señal que renunciaban á la milicia y armas, y quedaban libres del homenaje que prometian al capitan cuando se ceñian. A este talle dice Cristo que nos ciñamos, esto es, que profesemos la guerra. Y así como seria traicion que estándose dando la batalla el soldado se sentase muy despacio y arrollase las armas y se echase á dormir sobre ellas; así, lo es mucho mayor que mientras dura la guerra desta vida, el cristiano arroje las armas de su pelea y se duerma en el camino de la penitencia. Y como merecia gran castigo el soldado que á lo mejor y mas fuerte de la batalla, y cuando mas sangre se derrama y mas gente cae de entrambas partes, entonces llegase él al capitan que está lleno de sudor y polvo y sangre, y se desciñese el cinto y le dijese : Señor, tomad vuestro tahelí que me distes, que no le quiero, y levantadme el homenaje que os hice; y diciendo y haciendo se desciñese; así tambien el que, viendo á su capitan Cristo en una cruz, sudando, cansado, sangriento y muriendo, llegase á no querer pelear y se desciñese, esto es, no siguiese á Cristo, este tal es digno de grandísimo castigo. Pues porque no se llegue á tan descuidado término nos manda el Señor estar siempre ceñidos, y da la razon, diciendo : Bienaventurado el soldado que cuando el capitan mandare tocar á retirar, que ya es acabada la batalla, le hallare ceñido, esto es, peleando y con armas en las manos; porque, como le ha de juzgar como le hallare al punto último, si le hallare ceñido darle ha el triunfo y el premio del vencimiento; pero si dormido y desceñido, castigalle ha como á mal soldado, porque dejó el cinto antes de acabar la guerra. En el tercero libro de los *Reyes* se descubre cómo ceñir y desceñir el tahelí ó cinto, que en latin se llama *balteus militaris*, era proprio de soldados, y que el ceñille era profesar la milicia, y el desceñile era después de acabada la guerra. Cuenta la Escritura que Benadab, rey de Siria, determinado de hacer guerra á Acab el maldito, rey de Israel, hizo un poderosísimo ejército; llevaba consigo otros treinta y dos reyes, que no se ha de entender que lo fuesen como lo son los de agora, pues poca tierra era la que tenian para tanto rey, y allende deso, no es conforme á razon que tantos reyes se moviesen de sus reinos á acompañar á uno solo; sino que eran señores libres, como son los de Alemania y Italia. Y desta manera se entienden los treinta y uno que mató Josué en la conquista de la tierra de promision; porque toda ella junta, cuanta todos los treinta y uno señoreaban, apenas hacia un buen reino. Pues dice fray Brocardo, teutónico, el cual paseó la tierra de promision diez años y escribió en ella el año de 1583, que su anchura es desde el Jordan al mar Mediterráneo, por veinte y seis leguas; su largura desde Dan, junto á las raíces del monte Líbano, cabe Cesárea de Filipo, hasta Bersabé, que es Giblin, hácia el ábrego, tiene ciento y veinte leguas; esta es la que se llama «tierra de Canaan». Verdad es que las dos tribus, la de Ruben y la de Gad y la media de Manasés, que fueron las que rogaron á Moisen que les diese en suerte la tierra que estaba antes de pasar el Jordan, por ser buena para ganados y por tener ellos muchos; esta tierra que estas dos tribus y media ocupaban no entra en la que habemos dicho de las ciento y veinte leguas ni en lo que se llamaba tierra de Canaan, y tenia de largo veinte y siete leguas. Y dice fray Brocardo que no sabia que tan ancha fuese. De suerte que, ayuntado lo largo de toda junta, eran ciento y cuarenta y siete leguas, que apenas hacen un mediano reino; y así, se entenderá que eran señorcetes, y no reyes como los de agora, sino como los duques y condes y marqueses de agora. Tam-

bien habemos de decir lo mismo de los santos reyes Magos, los cuales, segun la larga tradicion que tenemos, y segun lo que los santos antiguos y la Iglesia canta y los pintores señalan, los llamamos *reyes*. Digo que no lo fueron, sino señores libres, que los persas, donde por ventura habia muchos así, y los caldeos llamaban *sátrapas*. Y no es menester tomar tan en su rigor este nombre de *rey* para los Magos, ni matarse mucho para averiguar si lo fueron ó no. Volvamos agora á nuestro primer propósito. Digo que el rey de Siria vino sobre la ciudad de Samaria, cabeza del reino de Israel, con un grueso ejército y con treinta y dos señores que le acompañaban. Llegado y asentado su real, despachó un trompeta á Acab, rey de Israel, que llegando le dijo: «El rey de Siria, mi señor, dice que bien sabeis que el oro y plata y dinero que teneis en vuestra casa, y vuestras mujeres y hijos y todo lo demás es suyo y se lo debeis de derecho; y así, quiere que sepais que mañana enviará sus criados, y entregaldes vos todo lo que teneis en vuestra casa para que ellos escojan lo que mejor les pareciere, y lo lleven al Rey mi señor.» Turbóse bravamente el pobre de Acab, volvióse á los caballeros que allí estaban, y díjoles: «Mirad, por vuestra vida, qué achaques busca el rey Benadab contra mí, que envia por mis hijos y mujeres y por mi hacienda. Ved qué os parece que le responda.» Concluyóse entre todos los del consejo que la respuesta fuese así: «Andad, decid al Rey que se acuerde del refran que dice: No se jacte tanto el que se ciñe el tahelí como el que se le desciñe. Hé aquí lo que buscábamos.» Quiso decille: No cante la gala antes de la vitoria, no se glorie el que ha de dar la batalla como lo haria el que ya la hubiese vencido; porque los sucesos de la guerra son inciertos, y podria sucedelle «el sueño del perro». Hé aquí cómo por el *ceñido* se entiende el que pelea, y por el *desceñido* el que ya ha alzado la mano de las armas. Y hé aquí cómo nos quiere dar á entender Cristo que, pues en este mundo siempre hay guerra, que siempre peleemos y trayamos las armas en las manos.

§. XVII.

Bien sé que tambien quiere decir que nos pongamos en traje de caminantes, pues es así que no tenemos aquí ciudad cuya vivienda sea perpétua, antes vamos buscando la del cielo, como lo dice el Apóstol. Y así, dice el mismo de los padres antiguos que los traia Dios peregrinando en señal de que eran huéspedes y peregrinos sobre la tierra, que caminaban á la patria verdadera. Así, cuando quiso sacar Dios á los hijos de Israel de Egipto, mandóles aquella noche, antes de la salida, que comiesen el cordero en pié, con báculos en las manos, las faldas en la cinta, calzados y puestos á punto, como gente que se habia de partir y caminar á la tierra de promision; pues este mismo apercibimiento quiere Cristo que tenga el cristiano, y que siempre esté en vela, porque no sabe en qué punto le tocarán al arma y á la puerta y vendrá el Señor á pedirle cuenta de la vida. Y dícelo por esta metáfora «de estar ceñidos», como si dijese: Mirá que no os durmais, no os echeis á dormir, estad siempre en vela. Y que quiere decir esto vese porque el que tiene puesta la pretina, vestido está del todo. Y dice luego: «Dichoso aquel á quien hallare el Señor velando, que así lo juzgará cual lo hallare en aquel punto.»

§. XVIII.

Volviendo pues á nuestro propósito, deciamos que Dios, sin tener respeto á méritos, quiso salvar hombres y darles su gracia y su gloria; mas á nadie condenar sin culpa. Así de nuestra perdicion á nosotros nos carga Dios la culpa por el profeta Oséas, diciendo: «Tu perdicion, Israel, solamente te nace de tí mismo, tú te tomas el daño por tu mano, tú vuelves contra tí el cuchillo; mas el favor y socorro y la salvacion, de mí te ha de venir.» Y si sin culpa me condenase, no podria decirnos que de nosotros nos viene; antes le pudiéramos decir: Por cierto, Señor, que no nos viene sino de vos, pues sin ocasion non hecistes para el infierno. Así dicen muchos de los teólogos, preguntando que cuál es la causa verdadera de nuestra condenacion y reprobacion, por la cual nos desecha Dios. Responden que no es solo el pecado original; porque, segun eso, pues todos nacen con él, todos serian reprobados y se condenarian; ni tampoco los pecados contraidos con el original; porque, á ser esa la causa, no fuera predestinado san Pedro ni David ni san Pablo, pues nacieron con el pecado original y tuvieron otros actuales, sin él; sino dicen que los pecados, juntamente con la voluntad de Dios, esa es la verdadera causa de nuestro infierno. Y decláranlo así: Peca Júdas, y Cain y Esaú y san Pedro y David y Aaron; todos estos seis están en pecado y son iguales en ser deudores á un mismo señor y acreedor, que es Dios; ya estos merecen el infierno por sus pecados. Dios, como señor y como á quien todos deben, y como quien de su hacienda puede hacer lo que fuere servido, sin que nadie le pida cuenta de las obras de su voluntad, y sin que su majestad esté obligado á darla, dice: Yo quiero destos seis, que los tres me paguen, y á los otros tres les quiero remitir la deuda. Yo quiero hacer misericordia con los unos, y no con los otros, pues á nadie la debo. Dios entonces con los unos se muestra misericordioso, con los otros justiciero, y con ninguno apasionado; así como vos con vuestros deudores lo podríades hacer, que aunque perdoneis á los unos y cobreis de los otros, no se pueden quejar de vos, pues al fin os deben vuestra hacienda, y della podeis hacer vuestro gusto. Hé aquí cómo este no acudir Dios á hacer misericordia con Júdas, juntamente con sus pecados, dicen los teólogos que es la total y verdadera causa de su reprobacion ó condenacion; y si alguno dijere que en alguna manera parece Dios aceptador de personas, pues siendo todos obligados á la misma deuda, la perdona á los unos y tiene misericordia dellos, y la ejecuta en los otros hasta la última blanca; á este tal respóndale san Pablo por mí, que, escribiendo á los romanos, dice: «Oh hombre, y ¿quién eres tú, que te atreves á respon-

der á Dios? ¿Por ventura dirá la olla al alfarero: Por qué me hicistes olla, y no fuente?» ¿No tiene por ventura poder el ollero de hacer de su barro un vaso para honra y para que sirva á la mesa, y otro para afrenta, esto es para que se queme en la cocina, y sirva de oficios viles? Sí por cierto; pues ¿cuánto mas lo podrá hacer Dios? Añade luego el Apóstol: «Y queriendo Dios mostrar su ira (que aquí se toma por venganza) y manifestar su gran potencia, sufrió en mucha paciencia los vasos de ira acomodados para la perdicion, por mostrar así las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia que preparó para la gloria, etc.» Deste lugar de san Pablo se nos pone entredicho para disputar semejantes cuestiones; porque, ¿quién eres tú, que te pongas en cuentas con Dios? ¿Ha partido por ventura contigo el imperio? Hate hecho su consultor? Calla, teme, reverencia los profundos secretos de Dios. Solo te digo, para tu consuelo, que adviertas este lugar, en el cual de callada san Pablo nos da gran ánimo para esperar nuestra salvacion, que por sola nuestra culpa nos condenarémos; porque dice que, queriendo mostrar su ira, que se toma por venganza, y en Dios al efeto llamamos con el nombre de su causa. Y así como cuando tenemos ira contra quien nos injurió, nos vengamos si podemos, y la venganza es el efeto de la pasion de la ira que tenemos; así ni mas ni menos, cuando Dios castiga y venga en nosotros las ofensas hechas á su majestad, decimos que se enoja y que tiene ira, con no haber en Dios estas pasiones. De manera que dice que quiso mostrar el rigor de su castigo. Luego síguese que presupone culpa en el castigado; y esta culpa es el pecado, que decimos que se supone para la condenacion de Júdas. Dice mas, que sufre con gran paciencia los vasos dispuestos para perdicion; no dice que Dios los dispuso, sino que ellos por sus pecados se hicieron aptos para ello. Que parece que siempre san Pablo va sacando á Dios de sospecha de apasionado por alguno, y que siempre va cargando la culpa en el que se condena; y por eso lo espera con tan larga paciencia, como para mostralle que hace Dios lo que es de su parte para que el pecador se vuelva y se convierta, se emiende y haga penitencia, y no lo obligue á que ejecute en él el rigor de su justicia. Por esto esperó á Faraon tantos compases, le dió tan de espacio las plagas y los azotes, que comenzaron en junio (segun los hebreos) y se acabaron en marzo, que son diez meses, cada mes la suya; y dicen que esto fué porque solo otros diez meses duró el ahogar los egipcios á los niños hebreos; y así, los azotó diez meses, dándoles la pena del talion; y que desde Moisen ninguno fue ahogado después de allí adelante. Y lleva mucho camino, que duró muy poco y murieron pocos, pues tan crecidos y numerosos estaban cuando salieron de Egipto, y iban bien cargados de hijos. Y cuando san Pablo en el lugar de arriba habla de los vasos escogidos con quien usó de misericordia, dice que Dios los dispuso y aparejó, que parece que clarísimamente nos advierte que para salvar y predestinar á los que quiso y á aquellos con quien le pareció hacer misericordia, no tuvo cuenta con méritos, sino él lo quiso y lo hizo y lo trazó así, sin que el hombre pusiese nada de su parte; mas cuando habla de los malos, no dice que Dios los dispuso ni dedicó para el infierno, sino que ellos por sus pecados y con sus ruines obras se fueron secando y tostando para arder en el fuego. Llama tambien á los buenos «muestra de las riquezas de la gloria de Dios», y que en ellos la manifiesta, y toma aquí *gloria* por *misericordia;* porque la mayor alabanza de Dios le nace de las misericordias que hace con los miserables de los hombres.

§. XIX.

Todavía queda una manera de escrúpulo acerca de lo dicho, y es, que si el ollero puede hacer de su barro lo que quiere, y mucho mejor Dios de sus criaturas, al fin la olla no es capaz de honra ni le duele el quemarse, ni fué jamás ordenada para otro mas honrado oficio, ni podia servir para otra cosa, y al fin, que se pierda ó se gane importa poco; mas el hombre es capaz de honra, y puede hacerse dél lo que Dios quisiere; y si lo quiere para el cielo, es proprio para allá; si para que le alabe, hacerlo ha bien; si para que le ame, hállaselo hecho; pues ¿por qué querrá sin mas, echar á perder á este tan noble y tan honrado animal? Que, segun san Pablo, parece que porque quiere los hace ollas para la cocina del infierno, y tras esto, os pone una mordaza en la lengua, con que os quita la licencia de quejaros. A esto digo que no hay por qué desanimarnos por lo que aquí dice san Pablo, que podria ser que el Apóstol hiciese aquí esta consecuencia: Si el vaso, que no es capaz de honra ni de afrenta, no siendo racional, ni es sujeto de deleite ni de pena ó tristeza, pues carece de todo sentido, no se puede quejar que lo haya hecho el ollero vaso para el fuego, ¿de qué manera se podrá quejar el hombre, que tiene el uso del entendimiento y de la razon, y le ha hecho Dios señor de sus acciones y con franco albedrío, y le ha dado los medios para alcanzar la gracia y para con ella salvarse, si pudiendo no quiso usar bien de todo esto que Dios le dió, y por su mera y libre voluntad se condena? ¿Cómo podrá este tal decille á Dios: «Señor ¿por qué me hecistes para que me condenase?» pues estuvo en su mano el salvarse y no quiso; si ni aun el vaso lo puede decir, con habello hecho determinadamente para el fuego, sin tener libertad para escapar dél? De manera que, resumiendo toda la razon, es esta: si el vaso, que, hecho una vez olla, no puede mas hacerse fuente, no se puede quejar del que le hizo, ¿cómo se podrá quejar el hombre, que está en su mano, de vaso de afrenta, hacerse de honra, admitiendo la gracia y llamamientos divinos? Pienso que este sentido y declaracion es pegadísima á este lugar y al intento de san Pablo, que no se puede quejar el pecador de que le condenan; pues no lo hizo Dios para que se condenase, sino para que se salvase; sino que él por su culpa se condenó y se hizo vaso de ira.

Y si así no se entendiese este lugar, el Apóstol se contradiria á sí mismo, á lo menos parece que es esto contra lo que dice en la segunda que escribió á su Timoteo: «En una gran casa, dice, no solamente se hacen vasos de plata y oro, mas tambien los hay de barro y de madera, y destos, unos son para honrar la mesa del señor de la casa, otros para que sirvan allá en lugares afrentosos y viles. Pero si alguno se alimpiare de los pecados y vicios que le ensucian y le hacen vaso de afrenta, este tal será vaso de honra, santificado y escogido, y provechoso al Señor, aparejado para toda obra buena.» Hasta aquí dice san Pablo. Si aquí dice que en la gran casa hay vasos de honra y otros de afrenta, síguese que expone ó es lo mismo que aquello que habia dicho á los romanos, que el ollero hace y puede hacer unos y otros vasos. Esta gran casa es el mundo, cuyo poderoso señor es Dios; los vasos son los hombres, que unos son de oro, otros de plata, otros de madera, otros de lodo; que es decir que unos son malos y para el fuego y afrenta, como son los pecadores; los otros para honra, como son los justos. Mas, porque nadie piense que para afrentosos los hizo del primer intento, dice aquí que «puede el vaso sucio hacerse limpio y santo»; porque habló de vasos de razon y libres, como lo son los hombres; lo cual no pueden los de barro. Luego si en manos del vaso está ser escogido, síguese que no lo crió Dios reprobado de primer intento; porque si para eso lo crió, no estaria en su mano el hacerse vaso de honor; y así, si lo condena, es por su culpa y por su final impenitencia. Y á esto pienso que aludió el Señor cuando del mismo san Pablo dijo á Ananías: «Vaso escogido es Saulo para mí.» Primero habia sido «vaso de ira», afrentoso, blasfemo, perseguidor, como lo dice él mismo de sí; después le hicieron «vaso escogido», como lo dijo Cristo. Y así, habló como experimentado cuando dijo, que se podia uno hacer «vaso de honra» de «vaso de ira». La Iglesia ayuda tambien á esto, que en el oficio que canta de la Madalena dice así en un himno:

Post fluxae carnis scandala
Fit ex lebete phiala,
In vas translata gloriae,
De base contumeliae.

Que, vuelto en nuestra lengua, dice así:

Después de la caida
Del miserable cuerpo, fué trocada
En copa aventajada,
De caldera de fuego denegrida,
Y de vaso de afrenta y vil escoria,
La hizo vaso Dios de honor y gloria.

§. XX.

He aquí cómo se puede hacer este trueque, admitiendo un alma el llamamiento y la gracia divina, como lo hizo esta bienaventurada mujer. Luego ¿qué queja os puede quedar, alma, contra vuestro Dios, pues dejó en vuestra mano ser mala ó buena? Es lo que dice el Sabio, sacando á Dios de culpa: «Dios al principio crió al hombre, y dejóle en las manos de su consejo.» Dióle mandamientos y preceptos suyos, que le ayudasen á ganar el cielo. Si quisieres guardallos, ellos te guardarán. «Púsote delante el fuego y agua; echa mano de lo que mas quisieres.» Y declarándose él mismo qué era lo que entendia por agua y fuego, dice: «Delante del hombre está la vida y la muerte, el bien y el mal; desto le darán lo que mas le agradare.» No sé si pudiera decir mas claro lo que pretendemos. Dejó (dice) Dios al hombre en manos de su albedrío, que pudiese hacer de sí lo que quisiese; lo que no hizo con alguno de los otros animales, sino que á cada uno le determinó para lo que habia de ser, sin que pudiese dejar de ser aquello. Dióle mandamientos que guardase, y dice que «si quisiese guardallos, que viviria en ellos»; luego en su voluntad está guardallos, mediante el favor y gracia que le da Dios siempre. Y esto á nadie lo niega; porque «pues sin él no podemos hacer nada» (como dijo Cristo á sus dicípulos), si no nos diese el favor para cumplir sus mandamientos, ¿para qué nos los daba y nos mandaba guardallos. Donaire seria que el Rey me mandase dar una batalla, si me quitaba los soldados con que la habia de dar. Dice mas, «que me puso Dios delante la vida y la muerte; que eche yo mano de lo que mas me agradare.» Síguese que en mi mano está vivir ó morir; luego por mi culpa y porque quiero, muero. Y si no, ¿para qué me convida, diciendo: «Si alguno me abriere entraré á él»? Señor, ¿cómo os he de abrir, le podriamos decir, si no está en nuestra mano? «Y para que, dice por san Mateo, si alguno quisiere venir en pos de mí, etc.;» y por Isaías: «Convertíos á mí de todo vuestro corazon.» Señor convertíme vos; que yo necesariamente sigo por donde vos me guiais ó llevais. Así que, si no estuviese en nuestra mano el condenarnos ó salvarnos mediante la gracia divina, por demás era el convidarnos y el llamarnos, y el darnos mandamientos, y ponernos premios si los guardáremos, y castigo si los quebrantáremos.

§. XXI.

Quiero traer un lugar que por ventura no vendrá mal á nuestro propósito. Tratando el Redentor de aquel espantoso y triste dia del juicio universal, cuando será la averiguacion de las cuentas del alma y cuando hará capítulo general de culpas al mundo, adonde al de mejores cuentas y al mas valiente le temblará la barba, dice que dirá á los desventurados pecadores: «Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Lucifer y sus ángeles.» Para entender el propósito á que traemos este lugar, es de advertir que esta diferencia (entre otras muchas) hay del ángel al hombre, ora el ángel sea de los buenos, ora de los malos, que llamamos demonios; y es, que el demonio no entiende por discursos de silogismos, adivinando y infiriendo unas cosas de otras; esto es, no saca las conclusiones de las premisas, diciendo: «El hombre es animal racional, y veo que Pedro es hombre; luego sin duda Pedro es animal racio-

nal;» sino que, juntamente en viendo una cosa ve todas las razones que él puede conocer en la tal cosa, y después no le queda facultad para conocer otras de nuevo. Y así, dicen los teólogos que el ángel es determinado á una sola cosa. Quiere decir que, si una vez afierra con el bien, jamás lo dejará, ni puede; y si con el mal, lo mismo; porque cuando mira y conoce un bien, juntamente ve todas las razones que él puede alcanzar para amalle ó aborrecelle; y como si le aborrece no puede formar nuevas razones que le muevan á amallo, porque ya vió todas las que pudo, queda imposibilitado para volver atrás de lo que una vez le pareció y escogió. De aquí es que los ángeles buenos que una vez amaron á Dios y escogieron lo bueno, no pudieron desquerello jamás, y quedaron santos; y al contrario, los malos que aferraron con el mal y con el pecado se quedaron siempre con él, y jamás lo dejarán ni se arrepentirán eternamente. De donde se siguen dos cosas: la primera, que no fué menester aguardar muchos actos y á que obrasen muchas obras para dar Dios la gloria á los unos y el infierno á los otros, pues ni los buenos habian de dejar el bien que escogieron, ni los malos el mal que aceptaron; y aquella fué su muerte y su juicio, sin esperallos á la penitencia, que no podian hacer. Síguese, lo segundo, que su pecado no fué reparable; porque, como no podian tener conocimiento de su culpa ni dolor de haber ofendido, no eran capaces de la misericordia divina. Mas desto ya lo decimos largamente en el libro que con el favor de Dios saldrá presto de *Todos santos*. El hombre, que es de una naturaleza mas grosera y no tan pura y tan espejada como los ángeles, va por otro camino; y es que crió Dios al alma encerrada en un mason de barro, empanada en lodo, y crióla (como dijo Aristóteles) «como una tabla rasa», sin pintura alguna de especies de cosas, bozal, sin noticia de criatura alguna. Fué menester que le abriese las ventanas de los sentidos, por donde pudiesen entrar al alma las especies y semejanzas de las cosas que habia de conocer. De aquí le viene que tenga menos noticia de lo que entiende que los ángeles, y que no pueda calar ni penetrar los objetos que se le presentan á los sentidos, sino que ha de ir poco á poco y como haciendo pinitos, como niño que se comienza á soltar; así ha de hacerlos el alma con el entendimiento. Y como no está al cabo de las cosas, y el conocimiento dellas depende y se ha de registrar por los sentidos, entra enterrado y hace mil trampantojos al entendimiento, y muchas veces entiende lo verdadero por lo falso, y ama lo que habia de aborrecer, y al contrario. Y como no puede entender de un golpe las razones que hay en cada cosa para ser amada ó aborrecida, si al principio descubrió algo por donde le pareciese que Pedro era digno de ser amado, andando el tiempo suele descubrir faltas que le persuaden á aborrecelle; y de aquí nace que se mude el hombre, lo cual no es en el conocimiento del ángel. Y por esto se dice del hombre que es voltizo y mudable, y que jamás está en un ser. Y esto quiso decir el Redentor cuando, queriendo volver á Judea á resucitar á Lázaro, le dijeron sus discípulos: «En verdad, Señor, que nos espantamos de vos; ¿ayer os quisieron apedrear, y agora os volveis allá?» Respondióles el Señor: «Andá, que doce horas hay en el dia.» Como si les dijera: «Andá, que el hombre es mudable y puede dar vuelta; y los que ayer me quisieron apedrear, mañana me pueden recebir.» Hé aquí cómo difiere del ángel; y á éste propósito dijo Jeremías: «¿Por ventura el que cae no se levantará, ó el que está apartado y foragido no se convertirá?» No pudiera decir esto de los ángeles ni de los demonios, pues caidos una vez, no se levantan jamás. Desta propriedad que habemos dicho de los hombres se siguen tres cosas contrarias á las que dijimos de los demonios. La primera es, que pudo Dios nuestro Señor esperar á mas obras y á ver en el hombre mas experiencias de su pertinacia en el mal ó de su conversion para el bien; y así, no luego le mató en el cuerpo, dado caso que murió luego en el alma. Lo segundo, que su pecado fué reparable, porque pudo conocelle y llorarlo y dolerse del, aunque no podia satisfacello. Y así, la caida del hombre fué reparable por Jesucristo, nuestro redentor, y el hombre es sugeto acomodado de misericordia, lo que no es el demonio. Y aun hay alguna tercera cosa que de lo dicho se sigue; que el pecado del hombre no fué de tanta malicia como el del demonio, antes hubo en él mas de ignorancia y pecó de necio. Y David á ignorancia lo echó, diciendo: «Vióse el hombre en zancos y cargado de honra, y no lo entendió.» Y san Pablo dice que Eva fué engañada luego, como ignorante. Y si dice que Adan no fué engañado, quiere decir por ventura que no lo engañó á él la serpiente, pues no fué él el tentado. Mas ya en otra parte tratamos este lugar de espacio; aquí esto basta. El pecado del demonio tuvo mucho de malicia y poco de ignorancia, porque pecó y supo que pecaba y quiso pecar; y aun tiene mas gravedad el pecado del demonio que el del hombre, porque el hombre es imposible apartarse de Dios con tanta fuerza ni tan del todo como el demonio; y es, porque sus obras, ora sean en el mal, ora en el bien, no las puede hacer segun todo el conato y ímpetu de su virtud, porque el cuerpo, de tierra, grosero, pesado y torpe, le retarda y detiene; así, en lo que obra de bien ó mal no puede aplicar toda la fuerza de su virtud; luego no puede haber en su pecado total malicia, y así tuvo lugar de entrar de por medio la misericordia, y cupo allí con ella su reparo. Mas el demonio, porque es espíritu ajeno de cuerpo, y que no tiene quien le hable á la mano en sus obras ni quien le detenga ni retarde, asienta toda la fuerza de su voluntad en el objeto que aprehende y quiere ó aborrece. Y por esto su pecado fué de suma malicia y cerró la puerta al perdon; no tuvo vez allí la misericordia, y así quedó irreparable. De donde se saca que el mayor enemigo de Dios es el demonio; y por mucho que el hombre lo sea, no lo puede ser tanto en cuanto á esto, ni puede estar tan apartado de Dios ni tan sin remedio; y digo en cuanto á esto de la malicia, porque por otros respetos, como por ser muchos los pecados de un hombre, podria ser que fuese mas

odioso que alguno de los demonios. Tambien nace de aquí la razon por donde no podemos cumplir en esta vida aquel gran mandamiento, que dice Dios que es el primero en dignidad y en obligacion, de amar á Dios sobre todas las cosas, con todas nuestras fuerzas y sentidos y potencias; mas cumplirlo hemos en el cielo, adonde el cuerpo no impedirá á la alma, y ella verá claramente el objeto amable sumamente bueno, que es Dios, y lo entenderá como suma y primera verdad.

§. XXII.

Pues de la dotrina que habemos dicho entenderémos ágora la sentencia que Dios dice que dará á los malos: «Id, malditos (les dirá), al fuego eterno, que estaba aparejado para el demonio y sus ángeles.» Dice para el demonio, y no para los hombres, porque (como habemos dicho) en el punto que el demonio pecó quedó sin remedio; y así, como aquel de quien no se esperaba emienda, condenóle luego al fuego, y hiciéronse para él aquellas simas y calabozos del infierno, con un fuego hecho á temple de espíritus angélicos y á prueba de almas; por eso dice: «Id al fuego que se aparejó para el demonio.» Mas, como el hombre es mudable y puede arrepentirse, y su pecado no fué de tanta malicia, y podia conocerle y emendarse, y esto era contingente, no dice que aquel fuego lo hizo para los hombres. Y es como si dijera Dios: «Andá, malditos, que yo no hice el fuego para vosotros; que, aunque pecastes, os llamé, os rogué, os esperé, os dí medios con que saliésedes del pecado, y no quisistes, y escogistes la compañía de los demonios, para cuyo castigo habia yo hecho el infierno; pues id adonde escogisteis y tomá lo que ganastes.» Hé aquí cómo deste lugar parece que Dios á nadie crió para que se condenase, sino para que se salvase y gozase de Dios. Pues ¿qué mayor consuelo puede tener un alma que ver que su Dios desea salvarla, y que la crió para gozarle, amarle, servirle y siempre alabarle? Que si algunas hubiera criado de propósito para el infierno, sin ver en ellas deméritos, no dijera bien mi padre san Agustin: «Hicístesnos, Señor, para vos,» si sin causa ni pecados nos reprobara. Y ¿para qué nos daba aquel deseo de volvernos á él? Y ¿de qué nos servia aquella inclinacion de unirnos con Dios, si nos hizo para no darnos gloria? Y si por no poner una inclinacion supérflua y por demás, como en tal caso lo seria la que tiene el condenado, se la quitamos y decimos que no la tiene; la experiencia nos desmiente, pues todos los hombres, por desalmados, desuella-caras que sean, querrian salvarse y gozar de Dios. Y allende de esto, seguiríase que en el tal la carencia de la vista de Dios no seria pena; porque no tener lo que no apetezco no me da pena. Y pregunto: si Adan no pecara ¿nacieran mas de los predestinados? Dicen que no. Luego, nacer algunos que se condenen, el pecado lo hizo; luego él es al que mira Dios para condenalle.

Y á nadie espante el haber dicho arriba que nuestra reprobacion nos viene de nuestros pecados, junto con la voluntad de Dios, que quiere tener misericordia de unos y no de otros, como se lo dijo á Moisen; porque, aunque eso es así, jamás deja de dar todo aquel favor que á cada uno le baste para poderse volver á Dios; y con él y con su voluntad puede hacer lo que Dios le manda y salvarse; porque, á no ser así, ¿cómo le dice á Faraon: «Hasta cuándo quieres no obedecerme y sujetárteme»? Podria responderle: «Señor, ¿cómo quereis que os obedezca pues no está en mi mano?» Luego culpa fué de Faraon, y no de Dios, el ahogarse y condenarse; y vos en vos mismo lo experimentais cada dia, que porque quereis pecais, y veis que haceis mal y que podeis no hacerlo y que está en vuestra mano; y con todo eso, lo quereis hacer y cerrais con ello. Bien es verdad que en esto de llamar Dios y atraellos á sí á los hombres hay alguna diferencia, que á unos trae y llama con mas eficaz llamamiento y fuerza que á otros. A un san Pedro y san Andrés, en diciéndoles una palabra lo dejaron todo y se fueron en pos del Redentor. Lo mismo hicieron san Juan y Santiago, su hermano. Pues ¿qué dirémos de san Mateo, que con un solo mirar le movió y atrajo? Adonde se descubrió bien la gran fuerza del mirar de Cristo cuando de veras y con atencion miraba; y pienso que fué una de las mas galanas pruebas que hizo de su divinidad el mirar y convertir con él á san Mateo. Y dado caso que todas las obras de Cristo tenian ojo á mostralle Dios, con todo eso, unas lo descubrian mas que otras. Una de las que mas fué el mirar. Son los ojos la muestra del alma, y son el sobrescrito donde se lee lo que está en el corazon; y como en Cristo el alma era divina, el mirar es celestial y los ojos soberanos. Pues como cuando Dios hizo al hombre lo crió á su imágen, y parece que se estampó como en un espejo, salió con el rostro levantado y mirando á su causa y principio. Pecó y quedó derrocado, y inclinados los ojos á la tierra, imposibilitado de poderlos levantar por sí mismo. «Todos declinaron y se derrocaron,» dice David, y quedaron tullidos, sin fuerzas para levantarse. Y en otra parte dice: «Determináronse los pecadores de derrocar sus ojos en tierra.» Cierta cosa es que si vos os estáis mirando á un espejo y teneis los ojos bajos, vuestra imágen tambien los tendrá así; que, aunque vengan ciento y se miren y los levanten, nunca vuestra imágen los levantará si vos no la miráredes y los levantáredes; la razon es porque no es imágen de aquellos que la miran; mas si vos los levantais á miralla, miraros ha ella y levantará á vos los ojos, porque es imágen vuestra. Así ni mas ni menos, muchos habrian mirado á san Mateo, que estaba derrocado en una aduana; mas nunca él los habia mirado, ni levantado los ojos del conocimiento para ver su peligroso estado, porque no era imágen de alguno dellos. Mas, en llegando el Hijo de Dios, y levantando los ojos para mirar á san Mateo, luego él los levantó y se levantó, y siguió á Cristo, porque era imágen ó hecho á la imágen de aquel Dios que se encubria debajo de aquel cuerpo humano que se veia. Estos llamamientos de Dios, y el de un san Pablo, que le aguardó en un camino, como quien sale á saltear y á robar, y le derrueca y ciega, y habla y le sube al

cielo y le enseña de su mano; y el de un san Agustin, que le espera y le va dando soga, y le da un grito en una huerta, donde estaba al tronco de un árbol solo y llorando, y casi de los cabellos lo hace venir á su fe y á su conocimiento, como quien dice: «Habeis de ser mio;» digo que estos tales favores y llamamientos, pocas veces y con pocos lo usa Dios. Son mercedes que su Majestad á nadie las debe y á pocos las hace. Mas, bien basta que con los llamamientos generales y favores ordinarios siempre nos convida y nos ruega, y esto es mucho. De los primeros por ventura se entiende lo que dijo Dios á Moisen: «Yo tendré misericordia de quien me pareciere; y de quien no, no la tendré.» Y lo que dice san Pablo: «No es del que quiere ni del que corre, sino de quien Dios tuviere misericordia.» Y no porque no la haga con los otros, como habemos dicho, dándoles el auxilio que les basta, sino porque no es tan especial el favor. Así que, gran consuelo es este que tenemos de que Dios nos da bastante favor y medios para salvarnos, y por eso nos pone preceptos y leyes, para que las guardemos, y premio y castigo, y nos pedirá cuenta de nuestras obras, pues estuvo en nuestra mano el hacellas.

§. XXIII.

Quédanos agora de responder una palabra á lo que preguntamos al principio; que por qué atrae Dios á una Madalena cargada de pecados y á un Mateo cambiador ó trampeador, que todo es uno, y á un Zaqueo publicano, y se deja otros muchos que tendrian menos pecados que estos. A esto respondo lo que dice mi padre san Agustin: ¿Por qué Dios traia á este y no aquel? No lo quieras escudriñar si no lo quieres errar. Veo que dice Cristo en el Evangelio, hablando con los fariseos: «Los que son de Dios oyen la palabra de Dios; mas vosotros no la ois, porque no sois suyos.» Aquí el entendimiento humano se agota y se pierde, y no se sabe dar á manos. Y siendo san Agustin gran averiguador de verdades escuras y dificultosas, y que á él como á la fuente solemos acudir en lo que no entendemos, para que nos adiestre con el resplandor de su dotrina, veo que si aquí vamos á él, se nos descabulle y desliza de entre las manos, acogiéndose á la predestinacion divina. Oyendo dos sermon, el uno se convierte, el otro se condena; ¿por qué? Porque el uno es de Dios, el otro no. Esto es gran verdad, llevándolo á las causas eternas. Mas es Dios causa suprema y remota, de cuyo efeto nos aconseja san Agustin que no lo escudriñemos, que nos perderémos, y que esto es quedarnos en la misma dificultad que antes. Dame la causa próxima y cercana por la cual á este determinó de atraello y á la Madalena de llamarla interiormente y moverla, y que viniese á los piés de Cristo, y de dalle después el cielo, y no á otras pecadoras que vivian en Judea en tiempo de la Madalena. Porque, así como en los niños este alcanza gloria porque por el bautismo renació de agua y de Espíritu Santo, y el otro no, porque murió sin bautismo; así en los adultos habemos de dar causa próxima porque, pues Dios está siempre prontísimo para convertir estos dos, y esto igualmente, y está inspirándoles á entrambos con su gran misericordia, trae para sí al uno y no al otro. Confieso, sin correrme dello, que no lo entiendo. Bien sé que dicen algunos que no se puede dar otra causa, sino que el uno da cabida y consentimiento á la palabra ó á la inspiracion de Dios, y estotro no; y que por esto da á este mayor gracia, porque con mayor conato y con mayor ímpetu y fuerza de amor se convierte y vuelve á Dios. Bien estaba esto si no se atravesara de por medio la sentencia de Cristo, que dijo á los fariseos que el que es de Dios oye su palabra; para cuya respuesta esto no hace ni deshace. Dice Cristo: «Porque no sois de Dios, no ois la palabra de Dios.» Aquí da el Señor por causa del oir la palabra (que es lo mismo que obedecella y disponerse y dalle cabida) el ser de Dios; de manera que la admitió porque era de Dios; ellos dicen, al revés, que es de Dios ó viene á Dios, ó le atrae Dios (que todo es uno), porque admite su palabra. Hé aquí cómo se queda la mesma dificultad. No sé si querrá decir el Señor lo que agora diré: «No ois vosotros mis palabras, porque no sois de Dios;» y el no serlo culpa vuestra es, que por vuestros pecados habeis venido á hacer asiento y callos en la maldad, y á cerrar el corazon á Dios y á su dotrina, de tal suerte, que ya no halla paso su dotrina para vuestras orejas. Que hable aquí de los obstinados y duros en el pecado, y que tienen ojeriza contra la virtud y con Dios y con su dotrina, y que no trate de la predestinacion, y que ponga dos maneras de pecados: los unos, que no son del todo malos, que pecan, mas con una manera de miedo y cobardía que se les echa de ver que no pecan desvergonzadamente; es verdad que están enemistados con Dios por el pecado, mas quedan con un enfado y desabrimiento contra él y con una cierta acedia del vicio, que consigo mismos se corren y avergüenzan. Estos tales presto dan la vuelta, no tienen desamor á la virtud ni á Dios; esto es, no tienen odio formado contra ella; mas antes lloran, sospiran, ruegan y desean remedio; y si les hablais, se enternecen y procuran disponerse á salir del pecado. Destos podria ser que entendiese el Señor cuando dice: «El que es de Dios oye su palabra;» y que llame no ser de Dios al otro linaje de pecadores, del todo malos, duros y tercos, que lo son y lo quieren ser, y son del todo contrarios á los primeros. O que hable de los que, siendo buenos en el judaismo, admitian su predicacion y se pasaban al Evangelio; y de los que, por ser pecadores, soberbios, avarientos, hipócritas, como lo eran los fariseos, no querian recebir á Cristo ni les agradaba su dotrina; y así, mofaban y burlaban della. Y si nada desto fuere, yo lo dejo á los mayores ingenios, que ellos lo descubran; y confieso que no sé mas de lo que aquí digo, y me alegro y me regocijo en tener tan gran Dios, que sus misterios no quepan en mi entendimiento; y eso es gloria de nuestra ley; y lo que della no entiendo, lo creo y lo adoro y lo reverencio, y cautivo mi entendimiento en la obediencia de la fe. Y si acaso es algo de lo que aquí he dicho, respondo á la cuestion

principal que arriba preguntábamos; y es, que ¿por qué Dios llamó y trajo á la Madalena, dejando otras menos pecadoras en sus pecados? Digo que, ó porque vió que habia de admitir su llamamiento y dar cabida á las inspiraciones de Dios, lo cual no hicieran las otras, y que esta sea la causa próxima y cercana; ó porque era de las pecadoras que deciamos poco antes, que en medio de los pecados tenia un no sé qué de buen natural para la virtud, y que allí gustaba de la palabra de Dios y se le aficionaba; y siendo aquella dotrina celestial de Cristo de tanta eficacia, no podia dejar de hacer gran efeto en el corazon de la Madalena, hallando en él la entrada y puerta que halló.

§. XXIV.

Ut cognovit; Estando en este punto la gloriosa Madalena, *conoció*. Metió Dios la hacha de su divina luz en el alma desta mujer para que viese la fealdad de sus pecados. Hace Dios en la conversion de una alma de la manera que se hubo en la creacion del mundo. Lo primero que entonces hizo fué criar la luz. Dijo el Señor: «Hágase la luz,» y luego fué hecha. Así, para criar ó reengendrar de pecadores, hijos de gracia, lo primero que hace es alumbrallos, dalles conocimiento de Dios y de sus pecados. Siempre ha usado Dios deste artificio con ellos. A Adan allá le va á buscar al mediodía; á san Pablo, dice san Lúcas en los *Actos* que le cercó un grande resplandor. El mismo Dios se sube en la cruz al mediodía, y allí alumbra al ladron. El pecado es tinieblas. «Erades (dice el Apóstol) otro tiempo tinieblas, agora sois luz en el Señor.» En viniendo la luz de arriba conocen su mal estado. ¿Qué es esto? ¿Dónde estaba yo? ¿Qué ceguera era la mia? Todo lo echamos á que estamos ciegos hasta que nos alumbra Dios; que esta era la luz que deseaba David, y díjolo galanamente: *Quoniam Tu illuminas lucernam meam Domine: Deus meus, illumina tenebras meas;* Tú, Señor, enciendes y alumbras mi vela, porque de tu soberana luz se ceba la que pusiste en nuestros entendimientos; y pues esta sola no basta, alumbra, Dios mio, mis tinieblas, porque sin tu luz divina, tinieblas son para mí la luz natural de acá bajo. Y esta misma queria hallar la esposa cuando le decia á su esposo: «Díme, amado de mi alma, ¿adónde apacientas tu ganado, y á qué parte te recuestas y tienes la siesta del mediodía, que es la mas clara luz?» Es pues el primer escalon para la penitencia el conocer sus pecados. Y esto no piense nadie que es tenerlos en la memoria, porque muchos hay que se acuerdan dellos; ni conocerse por gran pecador, que Cain dijo: «Tan grande es mi maldad, que no merece perdon;» y Júdas: «Pequé vendiendo la sangre del Justo;» ni es solo llorarlos, porque Antíoco y Esaú los lloraron, mas no alcanzaron perdon; ni es rogar á los santos que sean vuestros intercesores para alcanzar perdon, que Faraon rogó á Moisen que orase por él, y al fin se ahogó. Pues ¿qué es conocer sus pecados? El pesarlos con la dotrina del Evangelio.

Tres balanzas hay para pesar: la primera es de la razon entenebrecida. Esta dice san Pablo á los romanos que tenian los sabios hinchados del mundo. Es peso falso, que engaña. Con esta pesan su vida los que dilatan su emienda allá para la vejez, los que dicen: «Señor, andá, que aun soy mozo; tiempo tengo, no he de hacerme viejo antes de serlo; la misericordia de Dios es grande.» ¡Ah desatinado loco! y ¿qué sabes si alcanzarás esta misericordia? Qué sabes si habrá mañana para tí, como no le hubo para el otro ricazo del Evangelio? Es peso falso, de quien dice el Sabio: *Statera dolosa abominatio est apud Deum;* El peso falso es abominable acerca del Señor. Pide Dios en nuestras obras la libertad, no la necesidad. No le sabe bien (en cuanto creo) la conversion teniendo el alma á los dientes, ni le agradan las restituciones cuando el médico no os da mas que dos horas de vida; lo que quiere es, que por su amor se haga la penitencia; y cuando hay fuerzas han de ser las devociones, los ayunos y las buenas obras.

La segunda balanza es la razon, alumbrada con la luz natural. Esta tienen los que conocen qué cosa es pecado, y que es mal hecho lo que hacen; pero ciégalos la pasion ó deleite para que no dejen de pecar.

La tercera es cuando se miden los pecados con la ley evangélica, y se mira lo que desdice della; porque el Evangelio es la plomada que se ha de echar sobre nuestras vidas, y la regla y nivel con que se ha de medir. Así, dice el glorioso padre san Agustin, y lo traen los teólogos para difinir qué cosa sea pecado, que es «cosa dicha ó hecha ó deseada contra la ley divina». Oyó la Madalena la palabra de Cristo, cotejó lo que habia hecho con lo que habia oido, y conoció que iba errada. Hora, suso, mal vamos por aquí. Esto es el *ut cognovit*.

§. XXV.

Ut cognovit. Dijimos arriba cómo por el pecado venia un hombre á perder el nombre para con Dios y con el mundo; pues veamos agora cómo le vuelve á cobrar por la penitencia. Y preguntémosle á esta santa mujer: decíme, Madalena, y ¿cómo así os habeis mudado? Cómo ha sido esto? ¿Quién os ha trasegado el corazon? Por cierto, *Haec mutatio dexterae Excelsi;* Esta ha sido mudanza de la mano derecha de Dios; porque las obras famosas y de misericordia se atribuyen á la mano derecha de Dios, como ya creo que lo dijimos arriba. Pues volverse un alma á Dios, es sola y única hazaña deste mismo Dios; porque, *Perditio tua ex te Israel: tantum ex me auxilium tuum;* El perderte, oh Israel, eso es de tu cosecha, y el caer para no levantarte, cosa es que está en tu mano; porque no hay cosa mas fácil que poderte echar en un pozo, ni cosa mas dificultosa que, después de echado, poder salir sin favor ajeno; y así, este es siempre de mi parte, y nadie sino yo te lo puede dar. Está el pecador en un profundísimo pozo, hundido hasta los ojos en el cieno, y allí le va el Señor á buscarlo y requerirlo y convidarlo. Esto era lo que rogaba David: *Non me demergat tempestas aquae, neque absorbeat me profundum: neque urgeat super me pu-*

teus os suum; ¡Ah Señor! por quien vos sois, no déis lugar que me anegue el aguaducho de mis pecados, ni me sorba y trague el golfo de mis maldades; y si acaso me viere caido en el pozo profundo de las ofensas vuestras, os suplico, mi Dios, que no permitais que se cierre la boca sobre mí, no se eche encima del brocal la piedra pesada de vuestra justicia, que es el cerrarme la puerta de vuestra misericordia, mereciéndolo así mis pecados. Dice David esto por una metáfora bien espantosa, y aun por dos. La una es de cuando se levanta en el mar alguna gran borrasca y tempestad. ¡Qué cosa tan triste y tan espantosa es de ver cerrarse el cielo con unas nubes gruesas y negras, rasgarse el aire con truenos y relámpagos y despeñarse los rayos, y hacer hervir las aguas donde caen; oir bramar aquel mónstruo terrible del mar, que amenaza á los desventurados pasajeros; ver luchar los vientos y forcejar en aquel extendido piélago de las ondas, y que prueban sus fuerzas á costa de las vidas de los miserables hombres! Aquel levantarse la mar por el cielo, hacerse sierras de aguas, que vienen á cubrir los que navegan, y se ven á veces sepultados en las ondas. Otras que se abren las arenas del abismo, y parece que el regolfo se traga la rota nave. Allí son los gritos de los que piden misericordia, porque pelean la vida y la muerte. Abrese la nave, y no se pueden dar á manos con la bomba; los pilotos turbados, no hacen sino ir y venir al aguja. El cielo está tan airado, que no le osan mirar; el dia, convertido en una ciega noche, solamente se conoce en el contar de las horas. El otro, que está atento al gobernalle, una grupada que viene se lo lleva abrazado con él. Pues ya cuando ven que se zume el navío y regolfa, y que el que puede alcanzar una tabla con que arrojarse al agua, piensa que tiene un tesoro, y huyendo de una muerte, dan en otra mas espantosa y la hallan mas presto. Andan lidiando miserablemente con las aguas; que el poeta castellano lo dijo muy bien, cantando la muerte del conde de Niebla sobre Gibraltar:

> Los míseros cuerpos ya no respiraban,
> Mas so las azas andaban ocultos,
> Dando y tragando mortales singultos
> De aguas al tiempo que mas anhelaban;
> Las vidas de todos allí litigaban,
> Que aguas entraban do almas salian;
> La pérfida entrada las aguas pedian,
> La dura salida las almas negaban.

Pues esta es la primera metáfora de que usa David, que el otro miserable que por huir de la muerte, ó á lo menos por alargar un poco mas la vida, se arrojó al agua, veréisle unas veces que no se parece, y ya pensais que es ahogado, y otra onda le vuelve arriba un gran trecho de allí, y estándole vos mirando, veis que se hace un remolino espantoso y se lo sorbe, y nunca mas parece; por esto dice David: «No me anegue, Señor, la tempestad y muchedumbre de las aguas, ni me sorba el profundo.» La segunda la pone en el fin del verso, diciendo: «No cierre el pozo sobre mí su boca.» ¡Qué tristísima cosa seria que, habiendo caido un pobre hombre en un pozo de diez estados de hondo, antes que tornase en sí del golpe de la caida, le cerrasen con una peña la boca del pozo, y cuando tornase en su acuerdo y se viese en aquella escuridad, sin ver luz ni señal della, y sin saber en qué lugar está, y que tentase las paredes, y no hallase puerta por do salir ni escalera por do subir, y diese voces, y nadie le oyese; decidme, ¿qué sentiria este hombre miserable? ¿No se ahogaria de rabia y de congoja, de verse sepultado en vida? No leemos de algunos que, teniéndolos por muertos, los han enterrado vivos en carneros; y después, vueltos del paroxismo, como no han podido salir, y se han hallado sepultados en vida, los han hallado á cabo de dias comidas y mordidas las manos, de rabia y de gran dolor? Pues esto es lo segundo que dice el real profeta David, y ruega á Dios que si algun dia cayere en el pozo de los pecados, no cierre su boca; esto es, no le cierre su misericordia por sus muchas maldades, y se quede después sin remedio. Pues allí muestra el Señor dónde está el alma, y esto es comenzar á salir del pecado, considerando dónde está, dónde la ha derribado y hundido el pecado. Este era el consejo que daba el Señor á su pueblo (por el profeta Jeremías) para que mas presto saliese del pecado: *Leva oculos tuos in directum, et vide, ubi non prostrata sis.* Levanta los ojos, oh pueblo mio ciego, y mira dónde te han derrocado tus pecados; lee, alma, en el libro de tu conciencia; mira qué pensaste, qué hiciste, qué dijiste, qué deseaste; porque por aquí va la penitencia. ¡Oh! cómo se quejaba Dios nuestro Señor por Jeremías: *Attendi, et auscultavi: nemo quod bonum est loquitur, nullus est qui agat poenitentiam de peccato suo, dicens: Quid feci?* Atento he estado (dice Dios nuestro Señor) por ver si hallaria alguno que hiciese penitencia de su pecado, y no le he hallado. ¿Por qué Señor? Porque nadie dice delante de sus ojos: *Quid feci?* ¿Qué hice? Lo que no osara pensar ante los ojos de un muchacho. ¿Qué hice contra la voluntad de Dios? Lo que no osara contra la de otro como yo. *Quid feci?* Cuando pequé, injurié á mi Criador, hollé al unigénito Hijo de Dios, que murió en una cruz por mí; entreguéme á sus enemigos los demonios para siempre, irrité contra mí aquella gran majestad é infinito poder de Dios, hícome terrero de su ira y saña. *Quid feci* de todas las riquezas divinas y del mismo Dios? ¿Qué? Lo dí por un puntillo de honra, por un interese de una paja, por un vilísimo y asqueroso deleite. *Quid feci?* ¿Qué? Me arrojé y metí en un cenagal y hediondez, de donde solo Dios me puede sacar, admitiendo yo su divina ayuda; herí mi alma de una herida mortal, que no puede ser curada ni puede ya sanar sino con la sangre y vida de un solo Hijo de Dios, azotado, escupido, crucificado y muerto por mí. *Quid feci?* ¿Qué? Me hice compañera de los demonios, dime la muerte, y avecindéme en los infiernos con ellos para siempre; desterréme de los cielos á fuego sin fin. Tras este *Quid feci?* viene luego el *Surgam, et ibo ad patrem meum*, que dijo aquel perdulario del hijo pródigo: Levantaréme y volveréme á mi padre, derrocaréme á sus piés, y allí llo-

raré; diréle que le he ofendido, y al cielo, en que Dios está; que ya no merezco aquel regalado nombre de hijo, perdido por mis maldades. ¡Oh padre de misericordia! recíbeme en tu casa. ¡Oh, cuántos jornaleros trabajan en tu hacienda, hartos de mantenimiento; y yo, hijo, otro tiempo regalado, muerto de hambre en tierra ajena! Pues ¿será posible (oh padre de clemencia) que no me querrás recibir si voy á tí; que me volverás el rostro, que me cerrarás la puerta, que no te acordarás de aquel dichoso tiempo cuando me tenias por hijo, y yo á tí por padre; cuando me sentabas á tu mesa, me dabas aquel pan sabroso de tu cuerpo y el vino celestial de tu sangre? Pues ya yo voy á tí (¡oh fuente de vida!), ya me contentaré con las migajas que de tu santa mesa sobren. Y si me huyeres, bien sé que no podrás apartárteme mucho; ya sé dónde te hallaré: sobre un monte te alcanzaré; allí me esperarás, los piés enclavados porque no me huyas, y cosidas las manos porque no me castigues. Allí me abrirás esa sagrada puerta de tu costado, adonde yo ponga y esconda mi alma y la guarde de tu castigo. Esta es la vuelta del hijo perdulario, que conoció el estado vil de porquerizo y gañan en que le habian traido sus pecados; como nos lo dijo bien uno en los versos siguientes:

SONETO.

De padre y de consejo despedido
Aquel mozo avisado en proprios daños,
Do libertad, riqueza y pocos años
Hicieron siervo al que ante era servido;
Viéndose por su culpa tan perdido,
Dice allá donde está en reinos extraños
«¡Qué tarde llegan seso y desengaños,
Pues tras guarda de puercos han venido!
«Quiérome ir á mi padre, á do primero
Gocé el nombre de hijo mal guardado;
Quizá querrá por siervo recogerme.
»¿Si huye? No hará, que en un madero
Me espera el buen Jesus, por mí enclavado,
Y el corazon rasgado, á do esconderme.»

§. XXVI.

Tras esto viene lo de Oséas: *Vadam, et revertar ad virum meum priorem, quia melius mihi erat tunc, quam nunc;* que dice que dirá el alma perdida cuando llegue al conocimiento del *quid feci* que tuvo la Madalena: «Quiérome ir, y volver á mi primer marido, que mejor me iba entonces cuando estaba con él que agora.» Lo primero dice *Vadam;* Quiérome ir; porque, así como por el pecado se va un alma de Dios, y se aparta y aleja dél, así tambien se acerca y avecinda al demonio; porque, cuanto mas nos alejamos del un extremo, tanto mas nos allegamos al otro. Y por esto se dice del hijo pródigo que se fué á una region muy apartada; porque siempre el pecador está lejos de Dios, que es nuestra salud. Y así, dijo el real profeta David: *Longè à peccatoribus salus;* Léjos está, Señor, tu salud de los pecadores. Y es así por cierto, que no hay cosa mas léjos que cielo y infierno, ni extremos mas apartados que Dios y el demonio; pues luego, estando el pecador en un infierno de pecados, y vecino y hecho uno con el demonio, bien se sigue que está muy léjos. Dice pues nuestro profeta que el primer paso es *Vadam;* Iréme; porque, así como por el pecado se apartó de Dios y se acercó al demonio, así por la penitencia se aparta del demonio y se acerca á Dios. Tras el *Vadam*, se sigue en Oséas el *Revertar;* Volverme quiero; que es la conversion que Dios pide á los de su pueblo, y en ellos á todos los pecadores, diciendo por el profeta Isaías la huida y la vuelta. *Convertimini sicut in profundum recesseratis filii Israel;* Volvéos á mí, hijos de Israel, pues os habeis apartado; y sea tanta la vuelta, cuanta fué la huida. Volveréme (dije) á mi primer marido. Habla el Señor con el alma debajo de metáfora de matrimonio, y llama al alma su esposa, y él se dice nuestro esposo. Y deste lenguaje y estilo de hablar está llena la Escritura sagrada, principalmente los cánticos y los profetas. Y la razon es, porque en el bautismo nos desposamos con Cristo por fe, como dijo Dios por Oséas: *Sponsabo te mihi in fide;* Desposarte he conmigo por la fe. Que no me detengo aquí á declararlo, porque mas de asiento lo trataré en otra parte, con el favor divino. Por esto tambien al pecar llama *fornicar ó adulterar*, principalmente al pecado de la idolatría; porque es quitar la fe al primer esposo y marido, y dalla al rufian del demonio. Dice pues: «Volveréme á mi marido primero;» porque parece que se adelanta Dios á tomar la mano al alma, y desde la cuna se la quiere criar á sus condiciones; que es el *Visitas eum diluculò*, que dice el santo Job: Madrugais, Señor, á visitar al hombre tan de mañana, que apenas es de dia, apenas ha amanecido, ni es venida el alba de la concepcion, y ya vos estáis á la puerta y le dais un ángel que os le guarde; y en naciendo quereis hacer el casamiento, y que el cura os tome las manos. Porque para esto mandaba en la ley que á los ocho dias le circuncidasen el niño. En pudiendo sufrir dolor, y en estando un tantico reforzado el niño (dice Dios), circuncidádmele; porque, como agora por el bautismo se perdona el pecado, así entonces por la circuncision, obrando la fe que profesaban del Mesías que les estaba prometido; aunque agora es por la fuerza del sacramento, y allá por la profesion de la fe del Mesías. Da luego la razon de la vuelta que hace á casa de su marido: *Quia melius mihi erat tunc, quàm nunc;* Porque mucho mejor me iba entonces á mí con el primer marido que agora con este tirano. Tomó el Señor la metáfora de una mujer perdida que, saliéndose de casa de su marido, que la trata muy bien, tráela muy enjoyada y vestida, y su boca es la medida de cuanto quiere; ella, liviana, ingrata, dale cantonada y vase con un rufian, cásase á media carta, y él llévala perdida de feria en feria, con una vida infame, arrastrada, rota y hambrienta. Vuelve en sí, con la mala vida que le da; porque, como dice Dios por Isaías: *Vexatio intellectum dabit auditui;* El trabajo os hará abrir los ojos del entendimiento; que es donde nació el refran castellano, que dice: «El loco por la pena es cuerdo.» Y dice:

¡Desventurada de mí! ¿Quién me ha traido á tan mal estado? ¿Qué se hicieron mis buenos dias? Qué son de los regalos que me hacia mi primer marido? ¿Do mis joyas y mis vestidos? ¿Cómo ando desnuda y descalza? Quiérome volver á mi primer marido, y dejar este rufian que me maltrata. Esto mismo es lo que nos pinta Dios por Oséas que dice el alma: Mejor me iba á mí entonces que agora, cuando yo no era galana, cuando yo no sabia si habia ventanas en casa, cuando yo no miraba sino á la tierra, que me habia de comer, y al cielo, de donde el Hijo de Dios vino á me salvar; cuando yo ayuraba y oraba y trabajaba y callaba, ¡oh, qué descanso traia en mi alma! Oh, qué paz! Oh, qué sosiego en mi corazon! Oh, cómo entonces no temia la muerte ni me espantaba el infierno ni me asombraba la hora de la cuenta! Oh, qué regalo y qué dulzura sentia en mi alma, en acordándome de Dios, en alabarle, en llamarle, en darle gracias por las mercedes que me hacia! *Vadam*, pues, *et revertar ad virum meum priorem;* que este no es sino rufian tirano. Alma mia adúltera, alma mia traidora, desleal, fementida, mira que estás en poder del demonio, esclava de un tan gran tacaño y pesado dueño. Mira, alma mia, que estás sin Dios, tu vida, tu padre, tu esposo, tu amado; llagado por tí, muerto por tí, abogando ante el Padre por tí. Este es el *ut cognovit*. Pero veámoslo en la Madalena.

§. XXVII.

Ut cognovit. En cayendo en la cuenta, en comenzando la luz divina á deshacer aquellas tinieblas de su entendimiento, comienza á pensar en su mal estado, en la mala vida pasada, y avergonzarse y afrentarse de sí misma. Mira la justicia divina, ve á Dios airado, cerrado el cielo, el infierno abierto, y arder aquel fuego sempiterno que la esperaba. Comienza á entrar en cuenta consigo. ¿Qué es esto, desventurada mujer? ¿Quién me ha puesto tal? ¿Qué son de tantos años tan mal gastados? Qué se han hecho mis pasados contentamientos? ¿En qué van á parar todas mis esperanzas? ¡Oh mujer engañada! ¿Cómo he vivido con tanto descuido? Cómo no me acordé, desacordada, que pasaban los dias como viento? Véome en un abismo de maldades, de donde no puedo salir. ¿A quién me volveré, que me remedie? ¿Quién me socorrerá en tanta desventura? Si me vuelvo á los hombres, esos me han traido á tan desdichado estado; si á Dios me vuelvo, téngole ofendido; diráme que basta lo que ha esperado, y que teniéndole por enemigo, ¿cómo me atrevo á ponerme en su presencia? Si al cielo me vuelvo, no le osaré mirar con estos torpes ojos, empleados en mirar maldades y torpezas; si á los ángeles, que me ayuden, siendo tan puros, ¿cómo querrán mirar tan mala y pecadora mujer como yo? Pues ¿qué haré en tanta desventura, ó quién me dará consejo en esta perdicion? Tu misericordia, Señor, me esfuerza, y mis maldades me desmayan; sé que eres clementísimo, pero yo gran pecadora. Si tu santísimo Job decia: *A facie ejus turbatus sum, et considerans eum, timore solicitor: Deus mollivit cor meum, et Omnipotens conturbavit me;* Espántame tanto la grandeza de Dios nuestro Señor (dice tu santo amigo), que en acordarme que me he de ver en su presencia, me turbo y no sé de mí. Pues cuando me paro á considerar quién es, los huesos me tiemblan, y de miedo no puedo sustentarme. Dios y este espantoso nombre suyo me muelen y quebrantan el corazon, y el Omnipotente me asombra y turba. Pues díme, Dios espantoso, ¿qué haré yo siendo tan gran pecadora, cuanto Job gran santo? *Usquequò, Domine, oblivisceris me in finem? Usquequò avertis faciem tuam à me?* ¿Hasta cuándo me tendrás olvidada para siempre? Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? Hasta cuándo, Señor, me dejarás en el cieno de mis maldades? Hasta cuándo tardarás en dolerte y haber misericordia desta mujer desventurada? *Quamdiu ponam consilia in anima mea, dolorem in corde meo per diem?* ¿Hasta cuándo, Dios y Señor mio, diré, mañana, mañana? ¿Cuándo me acabaré de determinar? ¿Hasta cuándo tardaré en pensarlo, y alargaré la consulta de mi vuelta, y estaré con este dolor en el corazon? *Usquequò exaltabitur inimicus meus super me? Respice, et exaudi me Domine Deus meus.* ¿Hasta cuándo se alabará mi enemigo de mí, y me tendrá vencida? ¡Ah, Dios y Señor mio, vuelve esos tus piadosos ojos á mirarme, y oye mi llanto, Señor mio! *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte: nequando dicat inimicus meus: Praevalui adversus eum;* Alumbra mis ojos, y desbarata con tu soberana luz las tinieblas de mi alma, porque no duerman el sueño de la muerte, y diga mi enemigo: Prevalecido he contra ella.

SALMO XII.

¿Hasta cuándo, Dios mio,
Te olvidarás de mí, para valerme
Con tu gran poderío,
Sin quien he de perderme,
Y apartarás tu rostro por no verme?

¿Hasta cuándo ¡ay! perdida,
Tardaré el consultar el emendarme,
Y de tan triste vida
Podré desenredarme,
Y á tu manada, oh gran Señor, tornarme?

¿Cuándo será aquel dia
Que el corazon descanse de su duelo,
Y el alma tibia y fria,
Deshecho ya su hielo,
Se abrase en amor tuyo, oh Rey del cielo?

¿Hasta cuándo conmigo,
¡Ay alma desdichada! en mi despecho,
Mi sangriento enemigo
Se ensalzará en su hecho,
Robando los despojos de mi pecho?

Vuelve esos claros ojos,
Y rompe este ñublado con tu lumbre,
Y arranca los abrojos
De la vieja costumbre
Del vicio, tú, que moras en la cumbre.

Oyeme, Señor mio,
Dios mio, pues te llamo; y de tu cielo

Quebranta el brazo y brio
Del príncipe del suelo,
Que esparce del pecado el mortal hielo.

Alumbra los mis ojos,
Porque jamás la sombra de la muerte
Apañe mis despojos,
Y el enemigo fuerte
Diga: «Prevalecí, no hay defenderte.»

No tengan tal contento
Los que traen mi alma atribulada,
Ni salgan con su intento;
Que esta gente malvada
Se alegrará con verme derrocada.

Mas yo, mi Dios, espero
En tu misericordia, que es el puerto
Do el roto marinero
Halla el remedio cierto;
Piedad, Señor; socorre un pecho muerto.

¿Qué te haré, oh Padre de misericordia? Y pues que en las criaturas no hallo remedio, sino mayor perdicion mia, quiérome ir á tí, clementísimo Dios. Tú, que eres fidelísimo, y no te puedes negar á tí mismo, quizá me querrás recebir. Oido he, Señor, que tú dijiste: «No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores á penitencia.» Hé aquí la mayor pecadora de cuantas viste. Si dices, Dios de mi alma: «No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos,» hé aquí la mayor de las enfermas: *Quia non est sanitas in carne mea à facie irae tuae;* No hay parte sana en mi cuerpo y alma delante el rostro de tu saña. Si me dices que basta lo que me has sufrido, y que ya muchos años me has esperado, y yo, desconocida, ingrata, jamás me he movido á penitencia; espérame esta vez (misericordia inmensa), y toma de mí la emienda que quisieres. A tí voy, fuente de vida eterna; yo me pondré en tus manos, y pues ellas me hicieron, ellas me remediarán. Espérame, dulce Jesus, no huyas de tan gran pecadora; espérame, que ya voy á tí; y si aquel pecador David quiso mas ponerse en tus manos que en las de los hombres, yo tambien me pondré en ellas. Y si por mis grandes maldades me mandares vender, como á los de diez mil talentos, cómprame tú, clementísimo Señor, y yo serviré en tu casa; que en las casas de los señores hay hijos y esclavos. Toma por el tanto esta tu esclava, para servir y lavar los piés de tus santos. Sé, Señor, que saliste á recebir al hijo pródigo, y le echaste los brazos á cuestas, llorando de contento. No pido yo tanto, Padre de misericordia; no que me salgas á recebir, sino que me esperes solamente. No me huyas, oh amador de los hombres, detente un poco, aguárdame, que ya voy á tí. Ayer resucitaste aquel mozo, hijo único de su madre, y sus lágrimas te movieron á misericordia; no tengo madre viuda que me llore, ni quien ruegue por mí; mas tu misericordia será mi abogada, y ella hará mis partes, y yo lloraré tanto mi alma muerta en pecados, que merezca oir de tu boca: *Mulier, noli flere*, que dijiste á la viuda; y mi alma saldrá de la sepultura donde por mis maldades está sepultada en el infierno.

§. XXVIII.

Pero dame licencia, oh buen Jesus, para descansar á mis solas un rato contigo, y entremos en cuentas los dos, y pon tu misericordia de mi parte, para que pueda yo quedar con vitoria. Dime, Señor de las misericordias, ¿quién podrá contar, ó cómo se sabrá encarecer, ó quién se acabará de espantar de aquel famoso banquete que haces á los ángeles del cielo por la conversion de un pecador; adonde aquellas beatísimas mentes angélicas, aquellos soberanos príncipes de tu casa y corte comen con un gozo inefable, y se regocijan y hacen sarao, como tú, Señor, lo dices por tu sacratísima boca? Luego, misericordioso Dios, mas te agradan á tí las penas de la penitencia que las del fuego del abismo. Dime, Dios mio, ¿y tú no eres tan justo como misericordioso; ó por ventura usas así de tu misericordia, que te olvidas de tu justicia? Pues siendo misericordioso, ¿querrás que el pecador no satisfaga y se queje de tí tu justicia? O siendo justo, ¿querrás que se castigue, y no haya lugar tu misericordia? Pero si yo he de ser castigada, y tu justicia satisfecha y tu misericordia desagraviada, pregúntote, Juez justo, ¿con qué penas se cumple mejor con esto, con las del infierno ó con las de la penitencia? No me puedes negar sino que con las de la penitencia; porque estas justifican á los penitentes, las otras endurecen á los impenitentes; con estas los penitentes se hacen mejores, con las otras los dañados se tornan peores. Luego, pues eres justo, guarda justicia; y pues con la penitencia se paga tu ofensa, suplícote que te agraden mas estas mis penas que las del infierno; porque con estas quitarás y vengarás lo que te desagrada en mí, y me harás agradable á tí. Dulcísimo Hacedor de misericordia, ¿ya no sabes tú que nadie puede venir á tí si tú no lo sacares de sí? ¿Tú no convidas á que vengan á tí, y les das el favor para salir de sí y venirse á tí? Pues luego razon es que al que con tu favor, y segun que tú le das aliento se esfuerza para seguirte (perdóname, Rey mio, que me atrevo á decirlo), que quedas obligado á ayudarle con tu gracia; y pues te llama, obligado estás, conforme á como te obliga tu gran misericordia, á oirlo. Esta palabra nos dió tu profeta: *Non confundar, quoniam invocavi te;* No seré avergonzado por haberte llamado. Pues mira que sin falta, los que piden y no alcanzan quedan afrentados. Héme aquí que te llamo, que te pido, que invoco tu misericordia, que te pido la palabra; no consientas que me vuelva avergonzada si soy de tu rostro desechada. Y si me reprehendes, Dios de misericordia, de atrevida, pues oso entrar en razones contigo, reconoce cúyas son las palabras que hablo en tu presencia, y verás que está de mi parte la justicia. Tuyas son, Señor, tú las dijiste, tú me las dijiste en mi defensa, para que yo quedase libre de ofensa. ¡Alto Dios! ¿qué esclavo hay que si vuelve á su Señor, y pide castigo de su yerro porque huyó cuando le tuvo en su casa, le cierre la puerta cuando vuelve á ella? Hé aquí una esclava peor que

Agar, pues que huyó aquella de casa de una mujer que tenia por señora, y quizá que la trataba muy mal; mas yo huí de casa de mi Dios y Padre clementísimo, donde era regalada, y me vuelvo; mi Dios, castigo demando, pero con él pido que me recibas en tu casa. Tú, que no me desamparaste huida, ¿cómo no me recebirás vuelta y emendada? No me desamparaste ni dejaste de llamarme, ni aun agora cesas. Si no, ¿cúyos son estos mis deseos, con que muero, por reconciliarme contigo, con que deseo volver en tu gracia y amistad? ¿Dónde son estas acusaciones contra mí misma en favor de tu justicia, sino que son dones de tu misericordia, con los cuales me previenes, como con bendiciones de dulzura? ¿Cuáles son las obras preciadas de tu grandeza, sino quitar nuestra miseria, perdonarnos, librarnos, salvarnos, prevenirnos aun cuando no podemos venir á tí? Pues si tu justicia no te estorba para que obre estas cosas tu misericordia en los pecadores, aun cuando están mas apartados y olvidados de tí, ¿cuánto menos te estorbarán cuando con tu favor se vuelven á tí? Si me dices, Señor, que, así como te sirvo flojamente, así tambien alego por mí tibiamente, razon tienes, Dios mio; mas ¿tú no sabes y conoces nuestra flaqueza? pues ¿qué mucho es que el enfermo haga á su señor servicios enfermos? Y ¿qué señor hay que del siervo flaco pida servicios fuertes, del procurador ó abogado ignorante quiera alegaciones eficaces? Pues ¿qué maravilla es que de poco ofrezca poco, y que tú te contentes con poco? Y si me dices que culpa mia es el ser pocos, pues aun esos no merezco, respóndote, Señor, que bien sabes que si el deudor ha llegado á tanta pobreza, que del todo le falta el caudal, nadie será tan cruel, que quiera que en tanta pobreza le pague; porque á nadie se le pide lo que se tiene por imposible, principalmente si la tal pobreza le desplace. Bien sabes tú, justísimo Juez, cuánto me desagrada el verme tan pobre, que no te pueda hacer servicios ricos y dignos á tus ojos. Y si alguno por su culpa cayó enfermo, cuando ya lo está nadie le pedirá las fuerzas de gigante; luego no debes, Señor, pedirme las obras fuertes, estando enferma, que hiciera con tu gracia y estando sana. Respóndeme, oh amador de los hombres, ¿no miras que si no perdonas á esta pecadora, siendo hacienda tuya, que conservas á tus enemigos en la posesion de lo que es tuyo? Pues ¿hay alguno tan cruel para consigo, que, pudiendo sacar la heredad de manos de su enemigo, que se la desfruta y se la tiene usurpada, que la deje perder? Oh hermosura de justicia, y ¿cómo sufres perderme en poder de mis enemigos? Y si pudiendo socorrerme, me desprecias, ¿no ves, Señor, que ayudas á tus enemigos, no desposeyéndolos de lo que es tuyo? Pues, *Numquid bonum tibi videtur, si calumnieris me, et opprimas me opus manuum tuarum, et consilium impiorum adjuves?* ¿Parecerá bueno á tus ojos, Señor, que, siendo yo obra de tus manos, me oprimas y me acuses, y ayudes al consejo de los malos? Pues quiero agora (Dios de misericordia) alegar en mi favor tu justicia, pues en tu presencia me falta la mia. Digo pues, Señor, que soy hacienda tuya; lo primero por el derecho de la creacion, porque por cierto tú me criaste, Señor Jesú, Dios mio, Señor mio, único, verdadero y solo. Soy tuya por el derecho de la herencia, porque á tí te constituyó el Padre por heredero universal, por quien hizo los siglos, como lo dice tu apóstol. Tuya soy, Señor, por el derecho de la compra que hiciste de mí, comprándome con el rico precio de tu sangre, como el mismo apóstol lo dice. Tuya soy, dulce Jesú, por derecho de galardon y jornal que tu Padre te debia por el servicio que con morir en la cruz le hiciste; como lo dijo tu Padre por Isaías: «Porque se entregó en manos de la muerte, y no se despreció de ser contado entre los pecadores, verá una larga sucesion de hijos, y dividirá los despojos que quitará á los valientes, que son los demonios. Tuya soy, mi Dios, por el derecho de justísima guerra, cuando decias: *Obumbrasti super caput meum in die belli*; Sobre tu cabeza te puso el Padre un tirasol el dia de la batalla de tu pasion, porque no te asolease el calor, y te estorbase en el gloriosísimo dia de tu vitoria, cuando venciste las potestades aéreas, y triunfaste dellas públicamente en una cruz; tuya soy, buen Jesus, por el derecho con que tu Padre te me adjudicó en aquel pleito, cuando alegabas en mi favor delante de tu Padre, cuando *fecisti judicium meum, et causam meam;* y allí venciste por mí. El demonio alegaba mis pecados que yo cometí contra tí; tú alegabas la sangre que derramaste por mí. Tú dijiste: *Nunc judicium est mundi: nunc princeps mundi hujus ejicietur foràs;* Agora entro en los estrados con el mundo; desta vez será lanzado de su posesion el príncipe de las tinieblas. Al fin, soy tuya por el derecho de la donacion que tu Padre tiene de mí. Tú dices: «Padre, no ruego por el mundo, sino por los que han de creer en mí.» Yo soy una de las que creen tu palabra; luego por mí rogaste tambien. Y nadie viene á tí (que es creer en tí) si tu Padre no le trajere á tí; luego, pues yo creo, tu Padre me ha traido. El traer es dar; luego por donacion soy tuya. Pues recíbeme, oh Pastor eterno de las almas, como á tuya, para que á tí viva y por tí viva, y fructifique para tí, haciendo obras dignas de tus ojos; y pues por tantos títulos te me debo, y tienes derecho en mí, á tí te toca cobrar lo que es tuyo, salvarlo de manos de tus enemigos, defendello y amparallo. Si me dices, Dios de mi alma, que he disipado la heredad que me entregaste, que guardase, y que la labrase y velase, dices, Dios mio, mucha verdad; no solamente no la guardé, mas dí á tus enemigos (¡ay perdida!) lugar y entrada para que se alzasen con ella; de allí te han hecho guerra, con mis despojos han muerto muchos de los tuyos, con mis ocasiones han triunfado de muchas almas tuyas, que sino por mis liviandades fueran santas; y aun eso es lo que agora me atormenta. Esto he hecho: confiésolo, Señor, y así es. Pues ¿será posible, oh amante eterno, que ya que perdiste la parte, quieras perdello todo? ¿Será posible que no te dés por satis-

fecho con que el pecador haga lo que puede con tu gracia? Vuelve, Señor, vuelve á mí, que te llamo; socorre esta alma perdida, toma en descuento las lágrimas y sospiros que te envio, y borra mis pecados con tu misericordia. Súfreme, buen Jesus, aun hablar otro poco contigo, y perdona al polvo y vil gusano; que presume de responder á su Dios. Ya, Señor, ¿no sabes que es imposible venir alguno á tí, ni moverse para tí si no fuere traido de tí? Pues si solo á tí es posible, luego á todos los demás es imposible; y si á tí solo es posible, luego nadie está obligado á hacello sino tú, á quien solo le es posible. Luego, si alguno debe traernos, tú solo eres, y por eso de tí solo y á tí solo lo pedimos. Bien es verdad, mi Dios, que los hombres, ingratos á tanto bien, no conociendo la soberana bondad tuya, se van de tí, rompiendo los lazos del regaladísimo amor con que á tí los atas; pero el tener los pecadores contigo y volverlos á tí, no es posible á otro sino á tí; y así como es proprio de su cosecha el ser flacos, por lo cual se apartan de tí, así, y mucho mas, es de tu naturaleza ser fortísimo, para tenellos contigo y revocarlos á tí. Pues venza, Señor, tu fortaleza á nuestra flaqueza, tu virtud á nuestra malicia, tu paciencia á nuestra pertinacia, y llévame á tí, y sácame de mí, para tenerme siempre contigo. Señor y Cristo mio, ¿tú no dices que vienes á salvar pecadores? ¿No veniste á salvar y buscar lo que habia perecido? Pues ¿yo no soy la pieza y drama perdida por ese suelo? Luego, Señor, búscasme y búscote; luego quieres que yo te halle á tí, y tú quieres hallarme á mí. Pues ocúrreme, Señor, tú á mí, pues sabes el camino para venir á mí, y no le sé para irme á tí, ni hallaré á tí si tú, camino verdadero, no me le enseñas á mí. Señor y Jesus mio, ¿no dices que eres médico que vienes á curar el enfermo? ¿Yo no estoy enferma? Luego para mí vienes y por mi remedio vienes. Pues dime, oh Médico del cielo, ¿cuál es mas decente? ¿Que el médico baje al enfermo que está tullido, sin poderse rodear en la cama, ó que el enfermo vaya al médico? Tomaste, salud eterna, este oficio por sola tu piedad inefable; oficio antiguo es tuyo sanar nuestras enfermedades. Esto te pedia un enfermo diciendo: *Miserere mei Domine, quoniam infirmus sum: sana animam meam, quia peccavi tibi;* Habed lástima de mí, Señor, que estoy enfermo; sanad mi alma, que ha pecado contra vos.» En vos solo hallaba salud vuestro profeta Jeremías cuando decia: «Sanadme, Señor, y quedaré sano.» Pues ya vos sabeis, mi Dios, que cuando uno toma un oficio, jura de socorrer con él en siendo requerido; y pues vos, poderoso Médico, tomaste este de sanar almas, yo, enferma, invoco vuestro oficio; sanad la mia, y quedará sana. Y si me dijeres, buen Señor, que flojamente y con tibieza pido el ser socorrida y deseo salir de mi pecado, respóndote que esto no nace sino de la pesadumbre de mi enfermedad y flaqueza, la cual, cuanto es mayor en sí, tanto mas necesidad tengo yo de la medicina y su remedio. Pues ¿cuál de los médicos corporales alegó por achaque para no curar al enfermo decille que tenía mucha necesidad de ser curado? Antes bien por eso pone mas cuidado en su cura. Pues ¿cuánto mas tú, famoso Médico de los hombres, socorrerás mi enfermedad, cuanto es mayor mi necesidad? Porque, ¿quién de los médicos puso tanto cuidado jamás en curar algun cuerpo enfermo, como tú pones, Señor, en curar las almas? Tú heciste jarabe de tu sangre para templar y refrenar el calor de la fiebre del pecado; tú, de tu vivífica y sacrosanta carne, heciste triaca para contra la ponzoña y veneno mortífero de los vicios; tú heciste de tus llagas emplasto para las nuestras, de tu muerte sacaste remedio contra la nuestra; y al fin, Señor, todo tú eres medicina de nuestras llagas; y no solo veniste del cielo á la tierra á sanarnos de las enfermedades del alma, que son los pecados, mas aun de las del cuerpo, que nacieron de las primeras y se consiguen á ellas. Porque si te miro bien, oh Médico soberano, véote en todo milagroso. Si naces, alborozas al mundo; si huyes, derruecas los ídolos; si disputas, confundes las sinagogas; si ayunas, desarmas al demonio; si duermes, turbas el mar; si despiertas, mandas los vientos; si caminas, ladrillas las aguas; si bendices, multiplicas los panes; si maldices, abrasas los árboles; si escupes, alumbras los ciegos; si hablas, enciendes los hombres; si das voces, resucitas los muertos; si alzas la mano, sanas los enfermos; si te tocan la ropa, restañas la sangre; si miras, conviertes á san Pedro. ¡Oh hombre maravilloso! Oh Dios espantoso! Oh dulcísimo, oh potentísimo, pues tu evangelista dice de tí: *Virtus de illo exibat, et sanabat omnes;* que sale virtud de tí, y los sanas á todos! Pues si á todos los sanas, sáname á mí tambien, salud eterna. Que si aquel tu enfermo David te daba voces: *Accelera ut eruas me;* Date priesa, Señor, porque llegues á tiempo de remediarme; y otra vez: *Domine ad adjuvandum me festina;* Señor, apresura el paso para ayudarme; y *velociter exaudi me;* Oyeme en un vuelo, Dios mio; que si te detienes un poco, será tarde cuando vengas, segun el aprieto en que estoy. Y tú, mi Dios, dijiste por Salomon: *Ne dicas amico tuo, cras dabo, cum statim possis.* Si puedes remediar la necesidad de tu amigo, dándele luego lo que pide, no le hagais ir y venir, con decir: «Mañana os lo daré.» Pues tú pusiste la ley, guárdala, Señor; que *Propter legem tuam sustinui te, Domine;* Por la ley de amor que tienes puesta, te espero y aguardo, Dios mio. Y pues yo tengo mas necesidad de tu socorro que David, date priesa, Señor, en ayudarme. Si me opones, justísimo Juez, la muchedumbre de mis pecados, responderte ha por mí la muchedumbre de tu misericordia; y si son muchas mis maldades, mayor es el valor de tu sangre; y si dices que es mi deuda mucha, mucho mas copiosa es tu paga: *Et copiosa apud eum redemptio.* Mucho es, buen Jesus, lo que yo debo; pero mucho mas es lo que tú pagas por mí, y aun yo pago por amor de tí. Por amor de tí, digo, porque me das tú con qué pague; por amor de tí, pues que te me das tú á mí, para

que pague contigo; y así, eres ya mio, dulce Jesus, mios son tus méritos, mios tus ayunos, mios tus trabajos, mia es ya tu sangre y mia tu pasion, pues tú eres mio. Luego paga, Señor, por mí; si no, ¿cómo será lo que tú dices: *Quae non rapui, tunc exolvebam?* Cuando yo moria, cuando yo daba mi sangre y perdia la vida, cuando como á ladron me azotaban, y me escupian como á infame, me coronaban como á rey tirano, me abofeteaban como á blasfemo, me desnudaban como á loco; entonces pagaba yo lo que no habia robado. Pues si Adan hizo el hurto, y tú, Señor, llevas los azotes; si él comió la manzana, y tú sufres la dentera; si al fin el hombre debe la deuda, y en tu persona y bienes se manda hacer la ejecucion; luego por mí pagas, Señor, y tambien se ahogan mis pecados en el piélago de tu sangre; y si yo debo la muerte, tú la tomaste por mí; porque, *Si unus pro omnibus mortuus est, ergo omnes mortui sunt;* Si uno (que eres tú) murió por todos, luego todos murieron en tí; pues, Dios mio, si muerte debia, muerte pagué cuando morí en tí, pues tú morias por mí. Y ¿por qué ha de ser mas eficaz Adan para matarnos, que tú, Señor, para resucitarnos? Antes bien, *Si unius delicto multi mortui sunt: multò magis gratia Dei, et donum in gratia unius hominis Jesu Christi in plures abundavit;* Si por el pecado de un hombre, Adan, murieron muchos, no hay por qué desmayar, pues la gracia de Dios, y el rico don que nos dió por el otro hombre, Jesucristo, en muchos mas abundó. Luego, *Non sicut delictum ita et donum.* Adan mortal y terrenal; Cristo inmortal y Dios. Al pecado de Adan se le sigue la muerte; á tu gracia, Señor, se le sigue la vida. El delito fué condenacion de muerte en todos los hombres; la gracia es justificacion de todos los hombres para vida. Pues si todos murieron en tí para vivir por tí, da vida, oh dulce Rey mio, á esta alma mia muerta, y vivifícala con tu gracia para que siempre te alabe y engrandezca. Tú, Señor, que dices: «No desecharé al que á mí viniere;» recíbeme á mí, que me voy para tí. Tú, que quitas los pecados del mundo, quita, buen Señor, los mios, pues dijiste por Isaías: «Yo soy el que quito tus maldades, por amor de quien yo soy.» Borra mis pecados, pues dijiste por el mismo: «Yo borré y deshice tus pecados, como la nube con el cierzo, que la barre de la cara del cielo, y los deshice como niebla al rayo del sol. Anega mis pecados, tú, que anegaste á Faraon y su gente en el profundo de las aguas; y cumple la palabra que me diste por tu santo profeta Miquéas: «Yo os descargaré de todas vuestras maldades, y arrojaré en el mar todos vuestros pecados.» Y dame licencia, Señor, que te pida perdon con las palabras de tu santísimo amigo Job, y diga:

JOB, VII.

Parce mihi Domine.

Perdóname, Señor, que te he ofendido;
Perdona al miserable que te llama;
Perdona el desamor que te he tenido.
No me condenes á la eterna llama,
Mas vuelve esos tus ojos á mirarme;
Sufre al que por amarte se desama.
Valga para contigo confesarme,
Y válgame ante tí llorar mi ofensa,
Y plégate hora un poco de escucharme;
Que si tu gracia en esto me dispensa,
Y me ayudas, Señor, en lo que digo,
Servirá el acusarme de defensa.
Pecador soy, Señor, tú eres testigo;
Que á tus divinos ojos no hay negarlo,
Pues desde mi niñez andas conmigo.
Y aunque via que á tí el disimularlo
Era tiempo perdido, no por eso
Dejé de amar mi mal y ejecutarlo.
¿Quién te podrá contar aquel proceso
Y aquella larga historia de mis males,
Que el corazon me ahogan con su peso?
Vergüenza hé de pensar en los mortales
Pecados que en tus ojos cometia,
Con que dejaba atrás los animales.
¿Quién duda pues que cuando te ofendia
Tu gran misericordia me miraba,
Y al fin callaba, amaba y me sufria?
Tu gran paciencia allí disimulaba;
Que antiguo oficio tuyo es el tenella,
Y yo, perverso, tanto mas pecaba.
Apagado se habia la centella
De la luz que en el alma me pusiste,
Participada de tu lumbre bella.
Quedóse el alma en noche escura y triste,
Traspuesto el sol de tu conocimiento,
Que de tu resplandor se cubre y viste.
Así, de la virtud perdido el tiento,
Me vine despeñando en tal estado,
Que me trajo á perder el sentimiento.
Vine pues de un pecado á otro pecado,
Y un abismo llamó á un otro abismo,
Que así van siempre cuantos te han dejado.
Al fin, estando ajeno de mí mismo,
Entregado del todo á mi deseo,
Llegado ya al postrero parasismo;
Vuelto del ser humano en mónstruo feo,
Habiendo hecho en mí tan fiero estrago,
Que apenas me conozco, aunque me veo;
Viéndome estar en tan profundo lago,
Aun allí no acababa de volverme
A tí, de ciego, que era un justo pago.
¡Oh gran Señor, que tú, por no perderme,
Me fuiste allí á buscar y á despertarme
Del sueño, de que yo no sé valerme!
Comenzaste á llamar y mas llamarme,
Y movido á piedad, tu santa mano
Me diste, con que pude levantarme.
Pues ¿qué me queda ya, bien soberano,
Sino pedir perdon de lo ofendido,
Y alabar mi salud, pues estoy sano?

Nihil enim sunt dies mei.

Y si dices, Señor, que me has sufrido,
Acuérdate que nada son mis dias,
Y es nada todo cuanto he yo vivido.
Pues tú, Señor, me amabas y sufrias,
¿Siendo tú ser eterno y yo nonada,
Reparas en las miserias mias?

Quid est homo quia magnificas eum?

Alto Dios, pues teniendo esa manada
De espíritus angélicos del cielo,
A tu servicio no te falta nada,
¿Qué hallas en el hombre acá en el suelo?
Qué tiene bueno el hombre? ¿De qué vale
El que tiene de lodo el mortal velo?
Pues ¿qué quiere decir que nos le iguale
Tu grandeza con esos de tu casa,
Cosa que sobre el ser humano sale?

Aut quid apponis erga eum cor tuum?

Levántasle, Dios mio, tan sin tasa,
Que el corazon le das. ¡Oh rica prenda!
¡Qué piedra para engaste de vil masa!
¡Que porque el hombre miserable entienda
Que te ha de amar, le das lo que decillo
No oso, que el temor tira la rienda!

Visitas eum in diluculo.

No se contenta, no, tu amor sencillo
Con dalle el corazon, aunque esto sobra,
Mas tu bondad no quiere consentillo;
Que de mañana vas á ver tu obra,
Y luego la visitas en naciendo,
Con que nueva virtud y alientos cobra.
Allí le está tu gracia previniendo,
Allí le guardas, miras y rodeas;
Y tú le velas si él está durmiendo.
¿Qué es esto, gran Señor? ¿Y tú te empleas
En visitar un vil gusano, y haces
Como que por amigo le deseas,
Y si está mal contigo, te deshaces
Por volvelle á tu gracia; y si no quiere,
Le buscas, ruegas, hasta hacer las paces?

Et subito probas illum.

Y como el buen amigo, que se muere
Por tener de quien ama la certeza,
Que no la cree si él mismo no la viere;
Y busca en que proballe la entereza
Que le tiene de amor; así, Dios bueno,
Del alma pruebas luego la firmeza.

Usquequo non parcis mihi?

Alto Dios, de bondad y gracia lleno,
¿Hasta cuándo estarás sin perdonarme,
Y me tendrás de tu clemencia ajeno?
Hasta cuándo, Señor, querrás dejarme
Revolcar en el cieno de mis males
Y no querrás volver á levantarme?
No sabes tú, Señor, que los mortales,
Y que tienen de tierra el fundamento,
No pueden ser á los del cielo iguales?
Pues si en los que les diste el rico asiento
Del cielo por vivienda hallaste falta,
¿Qué hallarás en mí, que soy de viento?
Pues ¿es razon que majestad tan alta
Se ponga con el lodo en rigurosa
Cuenta, si en algo sobra ó llega ó falta?

Nec dimittis me ut glutiam salivam meam?

¡Qué priesa que me das tan espantosa,
Que aun tragar no me dejas la saliva,
Y el alma se ahoga de medrosa!
Vuelve, Señor, tus ojos de allá arriba,
Y verás si este débil pecho mio
Podrá esperar batalla tan esquiva.
Tú muestras contra mí tu poderío,
Dándome los trabajos á montones,
Y no ves que me falta fuerza y brio;
Y parece que buscas ocasiones;
Acaba ya, Señor, y si te cansa
Mi vida miserable y mis pasiones,
Mátame de una vez, Dios, y descansa;
No tan despacio; vesme aquí rendido;
O perdóname y tu furor amansa.

Peccavi.

Pequé, Señor, pequé, y hete ofendido,
Pequé á tu majestad, pequé á tu cielo,
Pecado he todo el tiempo que he vivido;
Pequé á mi alma y he ofendido al suelo,
Pequé á cuanto criaste, ¡oh luz divina!
Y de solo ofenderte al fin me duelo.
¡Oh llaga que al mas sabio desatina!
¿Que el siervo á su Señor y Dios se atreva?
Que el enfermo acocee la medicina?
¿Qué vi, Señor, en tí? ¿Cuándo en la prueba
De tu piedad hallé yo alguna falta?
Cuándo no me ofreciste gracia nueva?
Cuándo no me llamaste, y de aquella alta
Region do el cielo mides y paseas,
Que de mil lazos de oro allá se esmalta,
Dejaste de mirarme? Y yo en mis feas
Torpezas revolcado no te oia;
Y tú acabando allí lo que deseas.
Yo, pecador ingrato, noche y dia
Olvidado de tí y de mí, pecando,
Sin mirar cuánto en ello te ofendia.
Estabas allí tú disimulando,
Y estábate yo allí mas ofendiendo,
Tu amor y mi maldad allí luchando.
Estábasme, Dios mio, tú sufriendo,
Y estaba yo cerrándote el oido,
Y estabas tú á mí bien solo atendiendo.
Yo soy el que te ofendí, tú el ofendido;
Y tú eres el Señor, yo criatura;
Yo soy mal siervo, y tú el mas mal servido.
Eres tú mi hacedor, yo tu hechura;
Yo soy el barro, tú eres el ollero;
Tú el poderoso, yo una vil basura.
Yo soy, Señor, quien te dejó el primero,
Y eres tú quien primero me buscaste,
Y yo el que hora se vuelve á tí postrero.
Tú eres quien mil veces me llamaste,
Yo soy quien te cerró otras mil la puerta,
Y tú eres quien tras ella te quedaste.
Yo soy, Señor, quien tiene el alma muerta,
Tú eres vida en quien podrá valerse,
Soy yo el dormido, y tú quien le despierta.
¡Oh, si un pequé bastase y un dolerse
Para que me perdonases mi pecado!
¡Qué gloria á quien en tal pudiese verse!
¡Dios mio, héme aquí, que yo he pecado!
¡Señor, con tu gran ira no me asombres,
Levanta al que á tus piés se ha derrocado.

Quid faciam tibi, o custos hominum?

¿Qué te haré, oh guarda de los hombres?
Qué ofrenda puedo darte ó sacrificio,
Para que entre tus siervos tú me nombres?
Solo invoco, oh mi Dios, ese tu oficio;
Y, pues eres pastor, busca tu oveja,
Que se descarrió por solo vicio.
Llegue, Pastor, tu silbo hasta su oreja,
Vuélvela, guarda fiel, á tu manada,
Haz que deje la mala yerba vieja.

Quare posuisti me contrarium tibi?

Pregúntote, Señor: ¿y una nonada
Tomas por tu contrario, en que se pruebe
Tu brazo y los aceros de tu espada?
Hasme puesto por campo, adonde llueve
El cielo los trabajos tan sin tasa,
Que no hay pecho de acero que los lleve.
Quitásteme, Señor, hijos y casa,
Heredades, hacienda y el ganado,
Salud, honra y estado que se pasa.
Solamente la vida me has dejado,
Porque me sea mas grave el sentimiento,
Y viva así muriendo en tal estado.

Et factus sum mihi metipsi gravis.

Confieso que me falta el sufrimiento,
No para no esperar en ti, que el seso
No perderá jamás en esto el tiento;
Mas esme tan cansado este mi peso,
Que he vergüenza yo mismo de sufrirme,
Y esto es lo que ante ti, Señor, confieso.

Cur non tollis peccatum meum, et quare non aufers iniquitatem meam?

Y pues que ves que no puedo estar firme
Mientras que á mi pecado estoy sujeto,
¿Por qué tardas, Señor, tanto en oirme?
Por qué no me le quitas, y el defeto
Que agora de tu rostro me destierra,
Cesará, y seré yo ante ti perfeto?

Ecce nunc in pulvere dormiam.

Mira que presto, envuelto en fria tierra,
Dormiré de la muerte el sueño helado,
Y el polvo acabará esta cruda guerra.

Et si mane me quaesieris non subsistam.

Y allí, de los gusanos rodeado,
Acabarás, Señor, de fatigarme,
Y si mañana soy de ti buscado,
Excusado será pensar de hallarme.

---

§. XXIX.

Con tales palabras, ó con otras semejantes y mucho mas eficaces, pedia la gloriosa Madalena perdon al Señor. Al fin, determinada ya de dejar su mala vida y de rematar cuentas con el mundo, cuenta nuestro santo Evangelio que, tomando un vaso de ungüento precioso, se fué á casa de Simon el fariseo, adonde sabia que estaba el Redentor convidado. Hé aquí, cristianos, de dónde nace nuestro daño, y es de que jamás nos acabamos de determinar. Toda la vida se nos pasa en buenos propósitos, y no tenemos mas que unos tibios deseos de salir de nuestros pecados; y así, ya somos de Dios, ya del demonio, ya buenos, ya malos. Cuenta la divina Escritura, en el tercero libro de los *Reyes*, que el pueblo de Israel dejaba muchas veces á Dios y seguia á Baal. Habia entonces en el reino un famoso amigo de Dios, celosísimo de su honra, y viendo que ni promesas, ni amenazas, ni regalos, ni castigos aprovechaban para emendarse, determina de quitarles el agua, y no llovió en tres años y medio en tierra de Israel. Queriéndoles después dar agua por mandado de Dios, hizo ayuntar todo el pueblo en el monte Carmelo, y díjoles: *Usquequò claudicatis in duas partes? Si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini illum;* ¿Hasta cuándo habeis de andar cojeando, dejando un dios y tomando otro? Si el Señor es Dios, seguidle; y si Baal lo fuere, dejad al Señor y seguid á Baal. Mucha razon tenia Elías de quejarse, de parte de Dios, de que tomaban y dejaban dioses, y los mudaban cada semana, como si fueran camisas; porque, demás de que en materia de fe la mudanza es tan dañosa, que mata al alma, aun en ley de hombres discretos es notable defeto la poca firmeza en un parecer cuando es bueno. Gran cosa es determinarse de veras un hombre de hecho á servir á Dios. Convirtióse nuestro glorioso padre san Agustin á la fe, y fué tan de veras su vuelta y con tanto pecho, que desde aquel punto tuvo bandos rompidos con los vicios, sin hacer jamás amistad con ellos. Pero nosotros, tibios, jamás nos acabamos de determinar, y por eso no se acaba nuestro pecar. Todo es juego de esgrima. Veréis dos que esgrimen con tanta cólera, que parece que se han de hacer tajadas, y al cabo maldito el golpe se dan. ¿Qué es aquello? Señor, es juego de esgrima; que no hacen sino señalar, sin ejecutar el golpe. ¡Oh cuántos de nosotros hay que quien nos viere acometer al vicio, pensará que lo habemos de dejarretar y que no ha de levantar mas cabeza contra nosotros! Y si bien se mira, no fué mas que señalar, sin sacar sangre. Somos tapices de Flándes, que pintan en un paño un Aquíles de una parte y un Héctor de la otra, armados de punta en blanco, en sendos poderosos caballos, que parece que vuelan, llevan los cuellos tendidos, las crines engrifadas, las manos juntas, abalanzadas, una lanza de los piés, los caballeros dos lanzas como sendas antenas, unos anchos hierros en ellas puestas en el ristre, y ellos con un semblante que parece que ya, ya, ya se llegan á encontrar, y casi ponen miedo á los que los miran, que no esperan sino cuando se pasarán una braza de lanza el uno al otro por el pecho; y si volveis al cabo de un año, hallaréis que aun se están de la misma postura, y no se han movido un solo paso adelante. ¿Qué es aquello? Señor, ¿no veis que es pintura?

Imago depicta, per varios colores, insensato dat concupiscentiam, dice el sapientísimo Salomon; La imágen pintada de varios colores, mueve al necio y rudo á deseo. Somos nosotros pintura de Flándes, somos espanta-villanos. La gloriosa Madalena no así, mas determinóse de dejar su ruin vida, y púsolo luego en ejecucion. En llamándola Dios con su gracia, en tocándole el corazon, en abriéndole la oreja, luego se fué tras su Dios y Señor. ¡Oh, cuántos hay que oyen el silbo del soberano Pastor del cielo, sienten su llamamiento, conocen la inspiracion que les envia, y tras eso, hácense sordos, cierran el oido y cósenle con la tierra! Como dice allá el real profeta David: *Sicut aspidis surdae, et obturantis aures suas, quae non exaudiet vocem incantantium;* Son los malos como áspides sordas que tapan las orejas por no oir la voz del encantador, que con sus versos las encanta. El áspide dicen que pone la una oreja en la tierra y la pega con ella, y con el extremo de la cola cierra la otra. Así hacen los pecadores, que para que la fuerza de la palabra de Dios no les desencante los corazones del encantamiento en que el mundo los tiene, y se los encante ó decante á Dios, se pegan con la tierra; esto es, hurtan el cuerpo á los sermones, á las palabras santas, á los buenos consejos, y ábrenlos á las cosas de la tierra; gente que hace rostro y pecho á Dios y resiste á sus palabras. De quien rogaba David á Dios que lo guardase: *A resistentibus dexterae tuae custodi me, ut pupillam oculi;* Señor, guárdame de una gente que resiste á vuestra derecha. Y porque, segun ya arriba dijimos, la conversion de un pecador se llama «obra de su derecha mano de Dios»; quiere decir David que le guarde Dios de una gente pertinaz, que queriéndolos Dios convertir, ellos no quieren, y forcejan y muerden al Pastor por desasírsele. Preciábase mucho el santo profeta Isaías, que no era destos tales: *Dominus mane erigit mihi aurem, ut audiam quasi magistrum. Dominus Deus aperuit mihi aurem; ego autem non contradico, retrorsum non abii.* Dice el Profeta: Por la mañana me levanta el Señor la oreja, para que le oya como á maestro. Y explica luego qué llama levantarle la oreja, y dice: El Señor Dios me abrió á mí la oreja; pero yo no lo contradigo ni me vuelvo atrás. Usó Isaías de una graciosa metáfora, que es de los niños que los envian sus madres á la escuela por la mañanita, y tómalos el maestro entre las rodillas para darles licion; y cuando no la traen bien sabida, tírales de los viejos ó de la oreja: «Mal rapaz, ¿y no estudiaréis? Tomá, porque otro dia sepais la licion; y ¿no estudiaréis? Unos justos hay bien inclinados, que se enmiendan, estudian y aprovechan; otros travesuelos y regalones que lloran con sus madres y no quieren volver á la escuela, y si los traen huyen della. Yo (dice Isaías) me levanto por la mañana, madrugo para ir á la licion á la escuela de mi Dios; y el Señor me tira de la oreja, porque sepa bien la licion de su divina y sagrada dotrina, y me enmiende de mis faltillas que tengo. Porque, *Septies in die cadit justus;* Siete veces, esto es, muchas veces peca aun el mas justo. Y qué quiera decir *tirar de la oreja*, pruébase por otra traducion, que dice: *Dominus villacat mihi aurem;* El Señor me da de orejones, me tira de la oreja, me varea las orejas, y yo no soy como los otros muchachos travesuelos, que no huyo de la escuela, antes bien sigo tras su silbo y le obedezco. Esta presteza tuvo la Madalena; y así, en tocándole el corazon, en tirándole el Señor de la oreja, luego que supo que comia en casa de Simon, se partió para allá; creo sin falta que le traia espiado, y por no perder sazon, y como temerosa que se le fuese, se partió luego. Siguió el consejo del Sabio, que dice: *Ne tardes converti ad Dominum; et ne differas de die in diem. Subitò enim veniet ira illius, et in tempore vindictae disperdet te;* Mira (dice el Sabio) que no tardes en volverte al Señor, y no lo alargues de dia en dia; porque súbitamente vendrá sobre tí su ira, y en el dia de la venganza te destruirá. Llama dia de venganza, de iras y saña de Dios nuestro Señor el dia del juicio; que este nombre tiene aquel espantoso dia en las divinas letras, como consta por Joel, profeta, en el capítulo 2.°, Isaías, capítulo 13, y por otros muchos lugares. Tambien el dia de la muerte de cada uno se llama «dia de ira de Dios contra el pecador», porque entonces venga sus injurias; y alude á lo del *Deuteronomio*, donde dice el Señor: *Si acuero ut fulgur gladium meum, et arripuerit judicium manus mea; reddam ultionem hostibus meis, et his, qui oderunt me, retribuam;* A fe de quien soy (dice Dios), que si yo acecalo mi espada y le doy un filo, con que la haré que haga mas estrago que un rayo, y que si á mi mano me alzo con la vara de alcalde, que yo les dé en caperuza á mis enemigos, y les dé su merecido á los que me aborrecen, que son los pecadores. Y quiero que noteis de paso un estilo de hablar de Dios en esto del vengarse, que es muy particular y extraño. Llama Dios á la venganza, *consuelo;* y al vengarse, *consolarse*. En el capítulo 1.° de Isaías, contando los males y ofensas que el pueblo habia cometido, dice: *Heu, consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis!* ¡Ay, que yo me consolaré sobre mis enemigos! Y declarándose qué llama *consolarse*, añade: «Yo me vengaré dellos.» Y la razon de llamarse *consuelo* á la venganza, es porque parece que el que se venga queda contento y descansado, y tiene á manera de consuelo aquel decir: «He vuelto por mi honra, he satisfecho mi injuria.» Por esto pues la Madalena, en viendo su mal estado, se parte para donde está el Señor.

§. XXX.

Pero decíme, Madalena, ¿no será bueno que aguardeis que el Señor salga del convite? Que no es buena sazon de derramar lágrimas entre los manjares, ni es bien aguarles el contento con vuestro llanto. ¡Ay de mí, dice María, que cada momento de tardanza me es á mí mil años de infierno! Sé que las he con Dios, y no con algun hombre. No se me importunará con mi penitencia el que no se ha cansado con mi malicia. Tiene aquel mi amado, á quien yo voy, otra mas sabrosa comida que la que le da el fariseo, que es hacer la vo-

luntad de su Padre. El lo dice así: *Meus cibus est, facere voluntatem Patris mei;* Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre. La voluntad de su Padre, dice él mismo que es, no perder nada de lo que su Padre le envia; luego no me querrá perder. Pues si soy manjar suyo, ¿á qué tiempo puedo yo ir mejor que cuando está comiendo? Quiero llegar antes que se levante de la mesa; que tarde llega el plato cuando son levantados los manteles. Pues ¿no veis, Madalena, que está en casa del fariseo mofador, que se pica de santo y murmurador de vuestra penitencia? ¡Ah, quo me veo á mí, y no he vergüenza de nadie! Veme mi Dios y los ángeles, ¿qué se me da á mí que me vean los hombres? Y ya que me conocen por enemiga y pecadora, conózcanme por penitente y arrepentida. Pues á lo menos, ya que vais, ¿no iríades como moza rica y noble? Enrizad ese cabello, apretadlo con un rico prendedero de oro, enlazadlo con perlas orientales, ponéos unos zarcillos con dos finas esmeraldas, un collar de oro de galanos esmaltes, y mas, seis vueltas de cadenilla sobre los hombros, de quien cuelgue un águila de soberano artificio, con un resplandeciente diamante en las uñas, que caya sobre el pecho; una saya de raso estampado, con muchos follajes de oro; un jubon de raso con cordoncillo, que relumbre de cien pasos. Ponéos muchas puntas y ojales de perlas y piedras, una cinta que no tenga precio, y una poma de ámbar gris que se huela á cuatro calles. Ponéos mas anillos que dedos; hacéos de dijes una tablilla de platero, que así se componen las damas de nuestro tiempo para salir á oir misa, con mas colores en el rostro que el arco del cielo, á adorar el escupido, azotado, desnudo, coronado de espinas y enclavado en una cruz, Jesucristo, único Hijo de Dios; y ¿por cristianas se tienen? ¡Ay, que esa gala, donaire y hermosura es engañadora! *Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Deum, ipsa laudabitur;* Engañosa es la gracia y vana la hermosura, y sola la mujer que teme á Dios será la alabada. ¡Oh desdicha de nuestro siglo, perdicion y castigo del nombre de cristianos! ¿Quién vió tan gran desventura como la que pasa en nuestras repúblicas? Entrá por esas iglesias y templos sagrados, veréis los retablos llenos de las historias de los santos; veréis á una parte pintado un san Lorenzo, atado, tendido sobre unas parrillas, y que debajo salen unas llamas que le ciñen el cuerpo; las ascuas parecen vivas, las llamas cárdenas, que parece que aun de verlas pintadas ponen miedo; los verdugos con unas horcas de hierro que las atizan, otro soplando con unos fuelles para avivarlas; parécese aquella generosa carne quemada y tostada con el fuego, y que se entreabren las entrañas y anda la llama devastando y buscando los senos de aquel pecho, jamás rendido; está cayendo la grosura, que apaga parte del fuego en que se quema. Veréis en otro tablero pintado un san Bartolomé, desnudo, atado, tendido sobre una mesa y que le están desollando vivo. A otro lado un san Estévan, que le apedrean; tópanse las piedras en el camino, el rostro sangriento, la cabeza abierta, que mueve á compasion á quien lo mira, y él arrodillado, orando por los verdugos que le matan. Veréis en otra parte un san Pedro colgado de una cruz, un Bautista descabezado, y al fin muchas muertes de santos, y por remate en lo alto un Cristo en una cruz, desnudo, hecho un piélago de sangre, abierto el cuerpo á azotes, el rostro hinchado, los ojos quebrados, la boca denegrida, las entrañas alanceadas, hecho un retrato de muerte. Pues decíme, cristianos, ¿para qué nos pintan estas figuras en los retablos? ¿Por qué no nos ponen á Cristo lleno de gloria, sentado sobre las coronillas de los ángeles, y á los santos vestidos de resplandor y llenos de alegría? ¿Para qué nos los representan muriendo y padeciendo trabajos? Yo creo que es porque entendamos que por los tormentos que sufrieron en la tierra llegaron á la gloria que tienen en el cielo; y así, los sigamos en los trabajos si queremos ser sus compañeros en el descanso. Siendo pues esto así, ¿qué desatino es que os arrodilleis vos á orar delante de un crucificado, de otro desollado, delante del apedreado, del despedazado entre los dientes de los leones, y que delante de los que están tales llegueis vos mas enjoyada y pintada que si fuérades á algunas bodas? ¿Cómo no os avergonzais de poneros delante en tal traje? Y ¿con qué ojos miraréis á los que allí veis tan lastimados? Y ¿con qué lengua les pediréis que sean vuestros abogados con Dios, que tendrán asco de volver los ojos á vos? No cura la Madalena de otro adorno ni de otras galas para ir delante los ojos de Dios, sino de solo el del alma; con ese va abrasada y hecha un horno de amor. ¡Oh, quién viera ir á esta santa mujer por la calle, tan olvidada de sí, que aun un paño no llevó para alimpiar los piés del Rey de la gloria! No va ya con la pompa pasada, no lleva el acompañamiento que solia, no se detiene por las calles para ser vista; antes, los ojos derrocados en el suelo y puesto el corazon en su bien y Señor, derramando tantas lágrimas, que apenas via la calle por do pasaba, iba apriesa con ansia, diciendo entre sí: ¡Oh nuevo y celestial Esposo de mi alma, Médico divino de mis enfermedades, detente un poco y espera á esta desventurada pecadora, que se va á derrocar á tus sagrados piés! Oh hermosura antigua y nueva, qué tarde te conocí y qué tarde te amé! Oh piés perezosos para llegar adonde desea mi alma! ¿Por qué sois mas pesados en llevarme á mi remedio que lo fuisteis para mi perdicion? Dáos priesa, piés mios, y llevádme á la fuente de mi gloria, para que allí temple el ardor que me abrasa las entrañas. Mirá, piés mios, que si tardais se os irá vuestro remedio, y solo os quedará el fuego del infierno que os espera. ¡Oh resplandor de la gloria, y cómo te desea mi alma!

SALMO XLI.

Como la cierva en medio del estío,
De los crudos lebreles perseguida,
Que lleva atravesada
La flecha enhervolada,
Desea de la fuente el licor frio
Por dar algun refresco á la herida,

Y ardiendo con la fuerza del veneno,
No para en verde prado ó en valle ameno.

Así mi alma enferma te desea,
Eterno Dios, y de tu amor sedienta,
Ardiendo en fuego puro,
Por tí su fuerte muro
Suspira, porque tu favor le sea
Refresco, con el cual su sed no sienta;
¿Cuándo me veré yo ante Dios presente,
Bebiendo de la eterna y clara fuente?

Cuándo me veré yo en esas moradas,
Que para tí fundó tu diestra mano
De piedras del Oriente,
A dó el resplandeciente
Diamante y esmeralda, y las labradas
Colunas que el alcázar soberano
Sustentan de tu gloria y rico asiento
Exceden todo humano entendimiento?

Que, como de tu gloria estoy ausente,
Y no hay bien que consuele al alma mia,
Baña de noche el lecho
Con lágrimas que el pecho
Envia, y de suspiros juntamente
Se amasa el pan que como noche y dia,
Porque mofando dice mi enemigo:
«¿Adónde está tu Dios, tu bien, tu abrigo?

»¿Dó está el que te formó? Dó aquel que adoras,
Que no te favorece ni te esfuerza?
Quizá que se ha dormido,
O que en eterno olvido
Te tiene, oh alma, puesta.» En estas horas
Es de tanto momento en mí esta fuerza,
Que el alma me desmaya, y en el pecho
Ni vive ni me es ya de algun provecho.

Pues tiempo me vendrá de que yo vaya
Al admirable templo y casa tuya,
¡Oh Dios! y mi alegría
Será tal aquel dia
Como la de las fiestas, do se traia
La costosa comida, y en la ara suya,
Sacrificando á Dios rojos novillos,
Le dan gloria los ánimos sencillos.

Alma, decí, ¿por qué tan derrocada
Os tiene este dolor, y á mí con ello
Me turbais de tal suerte,
Que estoy casi á la muerte?
Esperad, alma, en Dios, que, aunque cansada,
Os librará; ni aun un solo cabello
No perderéis, y entonces, bueno y sano,
Cantaré mi salud, que es de su mano.

Cuando pienso á solas en mis males,
El alma, de cansada, se derrama;
Mas vuélveme allí luego
A tí, do está el sosiego,
Y ofrécenseme luego las señales
Que en el Jordan hiciste, cuya fama
Dura en siglos eternos, do mostraste
A tu pueblo lo mucho que lo amaste.

En el monte de Hermon, el pequeñuelo,
Hiciste grandes cosas en defensa
De los padres antiguos,
Y ellos fueron testigos
Que con sangre enemiga el duro suelo
Les regaste en venganza de la ofensa
Que á tu pueblo hicieron. Yo, con esto,
Espero en tí que me has de librar presto.

Del patrio suelo ajeno y desterrado,
Por la ribera del Jordan voy solo,
Y los bosques y cumbre
De Hermon miró la lumbre
Del sol, y con las fieras encerrado
Estoy, hasta que esconde el rojo Apolo
A los mortales su cabello de oro,
Yo desterrado el dia y noche lloro.

En tanto ¡oh venturoso! el pueblo sube
Al alto monte Moria, do tú moras,
Y allí te sacrifica,
Y en tí se glorifica,
Y de oloroso incienso una gran nube
Se esparce y sube á tí todas las horas;
Yo en un monte pequeño, en mi destierro,
Huyo del enemigo el crudo hierro.

¡Ay de mí, que un abismo á un otro abismo
Llama, y una tristeza á otra tristeza!
No hay tregua en mi tormento,
Ni en mis males hay cuento;
Y la voz de tus aguas en mí mismo
Las descargas, Señor, con tal crueza,
Que pasa sobre mí tan gran tormenta,
Que se me ahoga el alma en esta afrenta.

Como allá, en el estío caluroso,
Sube de escuro valle negra nube,
Y enturbia el sol sereno,
Y con horrendo trueno
El Olimpo se rasga, y el furioso
Rayo baja á la tierra, el humo sube,
Y con granizo y agua, mas que nieve,
Espanta los mortales lo que llueve;

Cuando para mostrar tu ardiente saña
Arrojas estos rayos desde el cielo,
Las mieses nos derruecas,
Las verdes vides truecas,
Que la furia del agua nos las daña,
Y las arranca de su proprio suelo;
Así la tempestad, Dios, me derriba,
Que sobre mí descargas desde arriba.

Mas ¡qué cosa mas dulce ó regalada
Que el Señor, que á la luz del claro dia
Envia á los mortales
Alivio de sus males,
Y su misericordia es alabada!
Cantarle ha dia y noche el alma mia,
Y en mí hallará siempre su alabanza
Mi Dios, vida, salud y mi esperanza.

Diréle á Dios: «¿No sois mi amparo cierto?
Pues ¿por qué, Señor mio, me olvidaste?
¿No me veis andar triste,
Que mi enemigo embiste
Su saña contra mí; yo casi muerto,
Molidos ya los huesos me dejastes,
Y mofando con burlas lastimeras,
Dicen: ¿Dó esta tu Dios, en quien esperas?

»Si es tu Dios, segun dices, ¿cómo tarda
En librarte? ¿Por qué te deja tanto?
¿Ya no te ve afligido?
Quizá que se ha dormido;
Y si acaso lo mira, ¿á cuándo aguarda?»
¡Oh alma mia! No os affija el llanto.

¿Por qué os entristeceis, y á mí con veros
Me turbais, pues no puedo valeros?

Esperad, alma, en Dios, pues que yo espero
Que tengo de alaballe en mar bonanza;
Diréle: «Salud mia,
Mi Dios y mi alegría,
Mi rey y mi refugio verdadero,
Solo descanso mio y mi esperanza,
Vuelve esos claros ojos á mirarme;
Plégate, buen Señor, de remediarme.»

§. XXXI.

He querido poner aquí este salmo entero; porque, puesto que solo el principio hace mas á nuestro propósito, no va lo demás tan fuera dél, que no se pueda aplicar á una alma afligida y que, ausente de su Dios, desea volverse á él; y tambien porque, como ya he dicho en el prólogo, están los gustos tan estragados con los muchos vicios, que para que puedan comer algo que les sea de provecho, es menester dárseles guisado con mil salsillas, y aun plega á Dios que desta suerte lo detengan y no lo vomiten como comida indigesta. Y no sé si me engaño, pero pienso que con los versos se desempalagarán, para tragar mejor la prosa. Volviendo pues á nuestro propósito, salió la Madalena de su casa para ir á la de Simon. Llevaba consigo un vaso de licor preciosísimo para ungir los piés del Redentor; debia de ser del que ella tenia para bañarse el cabello y la cabeza. Parecíale á esta santa penitente que á las narices de Dios le olian muy mal los pecados, y que yendo allá con tantos, la aborreceria y desecharia como á cosa abominable. Veis aquí cristianos una maravillosa muestra del amor de nuestro Dios para con los pecadores. ¡Qué mayor amor quereis, hombres! que muchas veces el hermano, la hermana, el padre y la madre, que aman mucho á su hijo, por verlo tan malo y tan fuera de su voluntad, lo aborrecen, á lo menos se les pierde el amor que le tenian; y muchas veces vos á vos mismo no os podeis sufrir y os pareceis y oleis mal, y de ver vuestras maldades habeis vergüenza de vos. Y dice el Padre eterno á su Hijo: «Amad y mirad á los hombres.—Oh Padre, que huelen peor que perros muertos. —Aunque eso sea, amémoslos.» Así es por cierto, que peor huele el pecador á las narices de Dios, que á vos mil perros llenos de gusanos. Pues ¿cómo nos puede sufrir? El amor lo hace. Está uno veinte y treinta años en pecado mortal, y hay tanto amor en Dios, que no le hace esta hediondez tapar las narices, y porque este es un gran consuelo para los que somos pecadores, probémoslo con algun ejemplo que nos anime á esperar en su misericordia, y que nos sea reclamo para irnos á nuestro buen Dios. Todos los santos concuerdan en que Lázaro en su enfermedad fué figura del pecador que comienza á caer y enfermar por el pecado, y que poco á poco en ausencia de Dios viene á morir en el alma por el consentimiento; y no para ahí, sino que por su sepultura, cerrada con la piedra pesada, y por los cuatro dias que tenia de sepultado, se entiende la obstinacion en el vicio. Y no es de maravillar cómo Lázaro, siendo santo, le hacen los dotores figura del pecador; porque las enfermedades del cuerpo tienen gran símbolo y proporcion con las del alma, y la muerte corporal nos representa al vivo la espiritual. Así como lo ordinario es enfermar un hombre antes que venga á morir, puesto que alguna vez acaezca que muere de solo un golpe y de súbito; pero comunmente tiene primero sus accidentes, que son mensajeros de su enfermedad; porque no de un golpe se cae la casa, sino poco á poco; vase desmoronando la pared, cómese el cimiento, despéganse las vigas, caen algunos yesones, y va dando señal y avisando, hasta que viene á caerse del todo. Así, cuando uno quiere estar malo, que camina para estar muy enfermo, veréisle con unos mensajeros de enfermedad, un cortamiento de piernas, dolor en los brazos, perdida la gana del comer, el color quebrado. Tópase con el médico: «Señor, ¿qué será esto, que los dias pasados comia de tan buena gana que todo me sabia bien, en todo hallaba gusto, un tasajo que me dieran me parecia faisan, la cebolla, la miga y un pedazo de pan seco me sabia como azúcar; andaba gordo, colorado, contento; agora, Señor, no hay comer; en ponerme el plato delante se me alborota el estómago, la perdiz me parece estopa en la boca. Y mas, Señor, que solia correr y caminar á pié y cazar tres dias sin cansarme, y subia una cuesta como si paseara por mi sala, jugaba á la pelota seis horas sin pesadumbre; agora no tengo fuerzas para nada, á dos pasos he menester sentarme, con tantico ejercicio no valgo un maravedí; parece que me han dejarretado, cada pié me pesa un quintal; si me asiento, no me querria levantar; los brazos se me caen, que no puedo hacer nada con ellos. Dígame, señor dotor, ¿qué puede ser esto?—A la fe, hermano, que quereis estar muy enfermo.» A este mismo tono van los males del alma: entran poco á poco, comienza á admitir unas ocasioncillas, que aun de suyo no son pecados, pero son resquicios por donde barrena el pecado; un ratillo de conversacion, un mirar, un descuidillo en la palabrilla algo suelta. ¡Oh! dice el otro, que un rato de parla con tal persona de quien gusto, no es pecado; y aunque siento un no sé qué cuando le hablo, yo tendré fuerte, yo estaré sobre aviso, no me descuidaré. Oh hermana, cierra las puertas del alma, no te fies en eso, mira que muchos se han hallado burlados. *Intravit mors per fenestras nostras*, dice el profeta Jeremías; La muerte entró por nuestras ventanas. Hablaba el santo Profeta ó el Señor de los profetas por Jeremías, y cuenta en todo el capítulo muchos males y pecados que cometia su pueblo; comienza á amenazarlos y espantarlos, diciendo qué ha de hacer un castigo famoso y sonado en todo el mundo. Llama (dice Jeremías) á las lamentadoras y lloraderas. Esto dice conforme á la costumbre antigua de aquel pueblo, que habia mujeres que vivian dello y tenian por oficio llorar y alquilarse para lamentar los casos tristes y las muertes de los otros, y habia cantores que con instrumentos roncos hacian un triste son; y estos y ellas iban cantando endechas detrás del ataud donde

iba el muerto; y para que estos cantasen cosas con que moviesen á los oyentes á lágrimas, componian canciones y sonetos tristes; así lo dice en el segundo de los *Reyes*, en el capítulo 1.°, que habiendo muerto Saul y Jonatás en los montes de Gelboé, súpolo David y llorólos, y hizo romances de *La guerra de Gelboé*, como acá decimos *la de Granada*, y mandó que enseñasen aquellas *endechas* á los hijos de Israel, y llámalas *llanto;* y en el segundo del *Paralipomenon*, capítulo 35, contando la desastrada muerte del glorioso rey Josías, dice que le lloró todo el reino, principalmente Jeremías, cuyos romances y canciones cantaban las lamentadoras y cantores perpetuamente, y que habia quedado en Israel como ley inviolable el cantarlas. Esta misma costumbre duraba en tiempo de nuestro Redentor, el cual, yendo á resucitar á la hija del Príncipe, dice san Mateo que halló los menestriles y llora-duelos que daban gritos, y mandólos echar de allí. A estas, dice Jeremías, que llamen para lamentar el mal que les ha de venir á los de su pueblo. «Enviad, dice, á las lamentadoras, vengan presto, dénse priesa, y lamenten sobre nosotros.»

Ayudémosles tambien y desháganse en lágrimas nuestros ojos, salgan fuentes de aguas dellos; porque yo he oido una voz lamentable de allá de Sion, y decia: «¡Ay, cómo nos han desolado y hundido por el suelo! ¡cómo quedan yermas nuestras casas! Oid pues, mujeres, la palabra de Dios y enseñad á llorar vuestras hijas, y llamad á lamentar á vuestras vecinas, porque ha escalado y entrado la muerte por vuestras ventanas y hase apoderado de vuestras casas.» Hasta aquí son palabras del santo Jeremías, aunque la letra desto es, que usa de la metáfora que vemos en la guerra, porque hablaba della; y es, que los soldados cuando dan el asalto á una fuerza y arremeten á los muros y arriman las lanzas, y otros arrojan escalas y trepan por ellas hasta entrar por las ventanas y ponerse sobre las almenas, y en entrando degüellan cuantos hallan dentro, cierto está que los soldados entraron por las ventanas; pero porque mataron á los de la fortaleza, se dice que fué la muerte la que escaló y entró; que aun acá solemos usar de ese término que llamámos á lo que nos hace mal, del nombre del efeto que hace; y así, decimos: «No comais eso, que es la muerte; tomá esta purga, que es vida.» Pero llevándolo al sentido espiritual, que es el que principalmente pretende el Espíritu Santo, manda que busquemos quien nos ayude á llorar un caso tan desastrado, como es que haya entrado la muerte, esto es, el pecado, que con mucha propriedad se dice muerte, pues nos mata de muerte eterna, y que haya pasado á cuchillo cuanto halló dentro de nuestro corazon, porque dejarreta el pecado todos los buenos deseos del alma, y mata todos los hijos de nuestras buenas obras, como lo hacia Faraon, que mandaba matar todos los hijos varones del pueblo de Dios, esto es, las obras varoniles y perfetas, y hacia guardar las hijas, que son las afeminadas y viciosas. Pues esto hace el pecado cuando entra en la casa del alma, que ahoga nuestros buenos propósitos porque no crezcan y salgan á luz, córtalos en agraz, en yerba, para que ni maduren ni granen ni lleguen á sazon. En figura desto, cuenta la divina Escritura que cuando los hijos de Israel, por sus pecados, estaban sujetos á los de Madian, que eran como alárabes, que los miserables israelitas sembraban sus panes, y cuando ya estaban en yerba, subian los de Madian y los de Amalech y las otras naciones bárbaras, y con sus camellos y ganado se lo pacian todo y lo destruian y atalaban en yerba; esta es la risa que hace el pecado, que se nos pace en yerba cuanto bueno nace en nosotros. Y si preguntais á Jeremías por dónde nos viene tanto daño, por dónde entra nuestra muerte, dirá que por las ventanas. Las ventanas del alma son los sentidos; porque, así como para dar luz á la pieza de vuestra casa y para que vos os veais, es menester abrirse ventanas; así, habiendo Dios criado el alma en la casa de barro del cuerpo, por quien dijo san Pablo que traemos un tesoro en vasos de barro, que lo ponderó galanamente, para mostrarnos el cuidado que habemos de tener de nuestras almas, pues andan tan peligrosas como tesoro en barro, que con un papirote se quiebra; y es lo mismo que quiso decir David en un salmo: *Anima mea in manibus meis semper: et legem tuam non sum oblitus;* Traigo, Señor, siempre el alma en las manos (esto es, en gran peligro), y para no perdella, el mejor medio es no olvidarme de tu ley y de tus mandamientos; por esto, como quien no se fia de sus manos, se la encomendaba en las de Dios: «En vuestras manos, Señor, encomiendo está mi alma;» guardadla vos, Señor, pues la comprastes; que parece que le acuerda la razon que tiene de guardalla como cosa suya, y que no es razon que deje perder lo que tan caro le costó. Y queríala David ver en las manos de Dios porque le tenia por gran guardador de almas, como se lo dijo el santo Job: *Et non est qui de manu tua possit eruere;* No hay quien baste á quitaros de las manos lo que una vez asis con ellas. Y á esto aludió Cristo nuestro redentor cuando, hablando de sus ovejas, dijo: *Non rapiet eas quisquam de manu mea;* Nadie me las arrebatará de la mano. Así que, crió Dios el alma metida en el cuerpo de lodo y no sabiendo nada; porque es falsa la opinion de Platon, que dijo que Dios habia criado las almas todas de una vez, y que las tiene allá en las estrellas, de suerte que ya allí saben cuanto han de saber, y cuando es engendrado un cuerpo acá bajo envia Dios un alma y la condena á cárcel hasta que, purgada con esta prision del cuerpo, está apta y se hace digna de entrar en el cielo; y que, como la empana Dios en barro, se le olvida lo que allá sabia, por estar absorta y como embelesada; pero después, con las cosas que ve y oye y le entran por los sentidos, viene á caer en la cuenta y acordarse que aquello es lo que ya se sabia antes de venir al cuerpo; y por esto decia Platon que *Nostrum scire est quoddam reminisci;* Nuestro saber y lo que acá nos parece que aprendemos, no es mas que un acordarnos de lo que ya sabiamos y se nos habia olvidado. Esta opinion deshace Aristóteles, y mucho mejor nuestra fe, que nos enseña que, estando el corpezuelo formado y organizado de suerte que sea

capaz para recebir ánima racional, allí dentro del mismo la crió Dios, y en ese punto comienza á informarle y vivificarle, y se llama «hijo de Adan». Por eso dijo bien Aristóteles, que cuando el alma comienza á animar un cuerpo es como una tabla rasa, sin pintura alguna; y nosotros después la vamos pintando con las especies de cosas que vemos y nos entran por los sentidos; y por esta razon, como quien está en casa tan escura y á ciegas, fué menester que le abriese Dios ventanas por donde entrase la luz al alma y ella viese. Estos son los sentidos, que son como cinco puertas ó cinco ventanas, y son las aduanas por donde y en donde se registra todo cuanto entra al alma. Dióle Dios estas, y no mas ni menos, porque en estas cinco diferencias se encierra todo lo que el mundo tiene que nos sea provechoso para siguillo ó dañoso para desechallo. Porque, si es cosa que tiene color, entra por los ojos; si sonido, entra por el oido; si sabor, por el gusto; si olor, por las narices; y porque todo el cuerpo nuestro puede tener peligro, y en todo él nos puede venir daño, repartió el tacto para todas las partes del cuerpo, para que si en la planta tuviere la picadura, allí le duela, y acuda la mano y el ojo y la lengua á ponelle remedio. De lo dicho se entenderá qué es la razon que, por mucho que un alma quiera adelgazar el pensamiento y imaginar á Dios y su gloria, y lo que tiene allá de sus puertas adentro, no puede pensar sino un dios con cuerpo, con rostro, con piés y cabeza, y que hay oro, piedras preciosas, plata, ciudades, rios, fuentes, jardines y cosas desta talle, que ni las hay allá ni aun valieran mucho para allá. La razon es porque, como no sabe el alma mas de lo que pasa por los sentidos, que es lo que dijo Aristóteles, «que el que algo quiere entender ha menester especular, y volverse á ver las especies ó semejanzas de las cosas que tiene en la memoria;» y otra vez dijo que «ninguna cosa puede llegar al entendimiento, que primero no haya estado y hecho pausa en el sentido». Pues como los sentidos son corporales, todo cuanto por ellos entrare ha de serlo, so pena que, como mercadería vedada, no la dejarán pasar; y como quiere pensar en el cielo, finge solamente las cosas que tiene noticia, que son las que ha visto acá en la tierra; pero nada de esto hay allá; ca, á haberlo, no dijera Isaías, ni lo alegara el Apostol, que «no vieron otros ojos sino los de Dios lo que tiene guardado para sus siervos». Y cierto es que á ser oro, visto le habemos, y á ser perlas y lo demás que tiene el mundo. Hora pues, «las ventanas por donde entra nuestra muerte, dice Jeremías que son los sentidos». Ventanas son los ojos, por donde el pecado es escala el corazon, mirando la mujer ajena para desearla. Y ellos fueron por donde entró la muerte á David, cuando vió bañar á Bersabé, y pecó; y así, como hombre bien escarmentado, rogaba despues á Dios: *Averte oculos meos, ne videant vanitatem;* Señor, tapáme estos ojos, vendámelos, cerrámelos á piedra y lodo, no vean la vanidad; esto es, no se me vayan tras las cosas vanas desta vida, y lleven tras sí mi deseo y me despeñen en pecados, como ya lo hicieron otra vez. Y su hijo Salomon daba por consejo: Aparta los ojos de la mujer compuesta y afeitada, porque muchos cayeron y perecieron por su hermosura. Consejo dado, y no tomado, pues por no apartarlos él, nos puso en opinion su salvacion. Mejor lo hizo Job, que decia: *Pepigi fœdus cum oculis meis ut ne cogitarem quidem de virgine;* Heme concertado con mis ojos, para que ni aun por pensamiento no les pasase de pensar en alguna mujer. Ventana es el oido, por donde entra la muerte envuelta en la murmuracion del prójimo, y en el cuento deshonesto y torpe; y tambien lo es la lengua y los demás sentidos, y estos son menester guardar. Y como comenzamos á decir arriba, cuando hablamos de la proporcion que hay de las enfermedades del cuerpo á las del alma, no basta guardarlos de las cosas que de suyo se está claro que son pecados, mas aun de lo que nos puede traer á sombra de pecado. El alcaide prudente y cauto, no solo guarda la fortaleza de los que son enemigos descubiertos, mas aun de los que se sospecha que pueden traer el billete ó la carta para los de dentro. Así que, de una conversacioncilla, de un poco de familiaridad, que á vos os parece que importa poco, suele nacer un daño que mata un alma. El ave presa en la liga, cuanto mas se revuelve, mas se prende, hasta que llega el cazador y la mata. Ni piense nadie que, aunque los pecados veniales son fáciles de perdonar, que por eso no son malos; que no le hay tan pequeño, que no da pena á un alma de buena conciencia. Pequeña es una mosca, y si sois limpio, os pone asco toda una comida; y muy mas pequeña es una pulga, y os da una mala noche. Esto era lo que comenzamos á decir atrás, antes desta larga digresion; y así, volviendo á ello, digo que lo primero que tiene el enfermo es, que pierde el gusto, un hastío que no hay comer ni verlo, una desgana que no la entiende. Así, cuando un alma quiere estar muy mala: Padre, ¿qué será esto, que no hallo sabor en lo que como? Otro tiempo me eran tan dulces las cosas de Dios, hallaba tanto gusto en ellas, que cuando oia hablar una palabra de Dios, luego tenia los ojos llenos de lágrimas, el corazon tan tierno, confesaba á tercero dia, comulgaba cada fiesta, con tantos sospiros, tantas lágrimas, tanta terneza, tanto amor; agora, Padre, no tengo favor en cosa; tanta sequedad, que me espanta; el confesar de año á año, oir misa por fuerza, y esa la mas breve; hablarme de Dios es algarabía para mí, el sermon me cansa; ¿qué será esto?—A la fe, hermano, que vais estando malo, que quereis dar en una gran dolencia: *Omnem escam abominata est anima eorum, et appropinquaverunt usque ad portas mortis*, dice el real profeta David; Porque vinieron á tener hastío de todos los manjares y perdieron la gana del comer, por eso llegaron al hilo de la muerte. Otra señal es, cuando se apocan las fuerzas. Si sentis descaecimiento, si se os caen los brazos para obrar, si sentis mucho la afrenta, la palabrilla que el otro os dijo; si sentis el corazon no tan casto, si se os bambalean las piernas para caer, mensajeros son esos de muerte. Tras esto viene el descui-

do, y muere Lázaro, muere el pecador, que es cuando comete el pecado, entiérranle por la vieja costumbre. Hé aquí por qué Lázaro, con ser santo y amigo del Señor y hermano de sus grandes amigas María y Marta, tiene figura del pecador obstinado. Hora pues, lo que al principio quisimos probar con el ejemplo de Lázaro fué el grande amor que Dios tiene á los pecadores, y que á todos cansan, sino es á Dios. Muere Lázaro en ausencia del Señor, y no podia ser menos sino que entrase la muerte en la casa donde faltaba la vida. Díceles el Señor á sus dicípulos: «Vamos otra vez á Judea.» Salen ellos, y dícenle: «Catad, Señor, que nos espantamos de vos; ¿ayer os quisieron apedrear y hoy os volveis allá?» Con todo eso, se va. Llega al sepulcro, van con él las hermanas. Dice Cristo: «Quitad esa piedra.» Sale María: «Ay, Señor, que huele mal; no se quite.» ¡Oh gran Dios, y qué contradicion hallais para resucitar un pecador! Todos parece que nos acusan, sino vos que nos excusais. ¿Qué dice Cristo? «Vamos á Judea.» ¿Qué dicen los apóstoles? «Catad, Señor, que os apedrearán.» ¿Qué responde Cristo? «Andad, que doce horas hay en el dia; no todos los tiempos son unos, mil propósitos puede tener el hombre; y los que ayer me quisieron apedrear, hoy me pueden honrar.» ¿Qué dice Cristo? «Quitad esa piedra.» ¿Qué dice Marta? «Tate, Señor, que hiede.» ¿Qué responde Cristo? «Andad, Marta, que en eso quiero yo que veais el amor que yo tengo á los hombres, que con oleros á vos mal, que sois su hermana, no me huelen á mí mal, porque me huelen al bálsamo de mi sangre, que por ellos tengo de derramar.» ¡Oh santo Dios, y quién creyera tal, si tu misericordia no nos dejara tan vivos y ciertos ejemplos para nuestro consuelo! Que yo á mí mismo me desame, y tú no solo me sufras y me ames, mas aun me ruegues y me requieras y me busques, como si yo valiese algo y te hiciese mucho al caso para tu contento. Verdaderamente, Dios de mi alma, que cuando esto pienso, que me toma gran sospecha de que valgo mucho, pues tú me amas mucho; y así es ello, pues tengo conmigo tu imágen y tú sangre y tus méritos, y al fin toda tu riqueza, que tú me la diste y por mí naciste y para mí moriste; y tanto valgo, por ser tuyo, que aun dando por mí la vida y comprándome con la sangre del corazon, decias que te salia de balde y dado. «Padre santo, decias, oh buen Jesú, la noche de la Cena, guarda los que me diste, tuyos eran y tú me los diste.» Pues dime, ternísimo y regalado enamorado de los hombres, ¿no dice tu apóstol san Pedro: «Mirá, hermanos, que no os han comprado con oro ó con plata, ni costais diamantes ó esmeraldas, sino sangre de aquel cordero sin defeto, Jesucristo, Hijo de Dios»? Y el gran dotor de las gentes, san Pablo, ¿no dice: «Mirá que os han comprado con gran precio, por eso traed á Dios, que es el comprador, siempre en vuestro pecho»? Pues siendo esto así, ¿cómo le dices á tu Padre que te salen los hombres tan baratos, que los llamas dados? A la fe dulce, Jesus, es el amor que me tienes, que soy tu Raquel, y tú el gran enamorado Jacob. Catorce años sirvió por su amado: *Et videbantur ei pauci dies præ amoris magnitudine*; Parecíanle pocos dias, dice la Escritura; no dice pocos años, sino dias, con ser catorce; y aun pocos dias. No solo los años le hacia el extremo de amor parecer dias, mas aun esos pocos. Mas ¿qué tiene que ver, Señor, Jacob contigo? Él hombre, tú Dios; él siervo, tú Señor; él sirvió catorce años, tú treinta y tres; el salió rico de casa de su suegro, tú crucificado de casa de la Sinagoga; él sudó agua sirviendo, tú sangre muriendo; y con todo eso, te parecia poco: *Præ amoris magnitudine*; Por el demasiado amor que me tienes. Pero volvamos á la Magdalena, que lleva un guisado, un manjar sabrosísimo al convidado Cristo, que le sabrá mejor que toda la comida del fariseo. Llévale entre dos platos un corazon abrasado en amor, y entra con el servicio á la mesa.

§. XXXII.

Et stans retro secus pedes ejus; Llegó, y puesta en pié á las espaldas del Redentor, comenzó á regalle los piés con lágrimas de sus ojos. Es de saber que no pudiera hacer esto la Madalena si los convidados y los que comian á la mesa estuvieran sentados en sillas, como lo hacen agora, porque así tienen los piés adelante y debajo de la mesa; y estando la Madalena á las espaldas del Señor, no era posible que las lágrimas que derramaba cayesen sobre sus piés; pero comian recostados en aquel tiempo, como agora los moros; ponian la mesa baja, y sobre unos tapetes echaban almohadas, y recodados sobre el brazo izquierdo, comian con la mano derecha; de suerte que tenian los piés tendidos, y con esto pudo muy bien ser lo que dice nuestro Evangelio. Entra pues, y no se atreve á ponerse delante del rostro y ojos del Señor, sino á las espaldas. ¡Qué cosa es conocer bien un hombre la fealdad de sus pecados! Qué avergonzado y afrentado queda! El publicano del Evangelio no osaba levantar los ojos al cielo; antes, hiriéndose los pechos, decia en silencio allá apartado tras la pila del agua bendita: «Dios, perdonad á mí, gran pecador.» Mala señal cuando el pecador no se afrenta de su pecado. Parecíale á David que la vergüenza haria á los que se volviesen y buscasen á Dios: *Imple facies eorum ignominiâ, et quaerent nomen tuum, Domine;* Señor, dadles vergüenza, afrentadlos en su cara, y veréis cómo os buscarán. No sé cómo lo diga ni qué me diga de la perdicion de nuestros tiempos; que ha llegado ya nuestro daño á hacer honra de los pecados, que es la verdadera afrenta, y hacen afrenta de lo que es honra. El uno funda su honor en ser amancebado toda la vida; y porque engañó á la hija del hombre de bien, lo blasona como si hiciera un hecho romano. El otro dice que su honra está en vengar la injuria que le hicieron; y en hecho de verdad no lo es, sino que el demonio le hace entender que es agravio, para que jamás salgan de pecado. Decidles á estos que miren el Evangelio que professaron; que miren que dice Dios que si no perdonan que no los perdonará; decidles que les va no menos que

el alma en ello; que miren que la verdadera honra es el servir á Dios y en ser buenos cristianos; decidles que Dios se lo ruega desde una cruz, donde está él mismo rogando por los que le quitan la vida; tomad aquella sangre que derrama, y así caliente como sale, dadles con ella en el rostro, y decidles: Esta sangre sea testigo de tu condenacion el dia de tu muerte, pues ni por ella quisiste perdonar á tu hermano; que, aunque hagais todo esto, no hayais miedo que persuadais á uno destos honrados cristianos, y que por tales se tienen, ú que perdonen una injuria; y si en ello les tratais, os dirán que les trateis primero de que son caballeros; después les acordaréis que son cristianos. ¡Oh mónstruos infernales! ¿Quién os ha hecho tanto mal, que hayais llegado á hacer leyes contra las de Dios? Quién os ha dado osadía para romper las divinas por guardar las humanas? Decid, burladores del cristianismo, tizones del infierno, vasos de ira y saña de Dios, ¿cómo es posible que hagais Evangelio y enseñeis dotrina y tengais libro contrario al de Jesucristo? Leed en el de Dios, y veréis que si no perdonais no hay cielo para vosotros; leed en el vuestro, que decis que si no vengais no hay honra para vosotros. Y ¿que hagais arancel desto y que públicamente lo trateis, y haya consulta si, conforme á vuestro evangelio, queda bien vengado vuestro agravio y bastantemente satisfecha vuestra honra? Y ¿que en la república donde se adora Cristo, donde se predica su dotrina, donde se confiesa su fe, ahí, en esa, haya foragidos contra Cristo, herejes contra su dotrina, pervertidores de su fe? Decíme, tizones del infierno, si diez de vuestros ciudadanos se concertasen y hiciesen leyes entre sí contra las de vuestra república, y las escribiesen y divulgasen, y en despecho de vuestra ciudad y de sus gobernadores las guardasen públicamente, y persuadiesen á los demás que negasen la obediencia á sus jueces y ministros de la justicia, ¿no se levantaria el pueblo todo, y de comun consentimiento los apedrearian? Los viejos cansados y que tienen helada la sangre cobrarian fuerzas nuevas, los mozos emplearian las suyas, los niños, las mujeres, y al fin, todo el pueblo se pondria en armas contra los tales, como contra comunes enemigos de la patria; derrocaríanles las casas, sembraríanselas de sal, como á traidores, borrarian sus nombres de todos los lugares y oficios públicos, y les negarian sepulturas en el suelo, que quisieron violar con su tiranía; y como á mónstruos, parricidas y tiranos y proditores de su patria y suelo, les darian particulares y nuevos tormentos; porque de tantas muertes es merecedor el que á su república hace traicion, cuantos ciudadanos pone en riesgo de perder la vida. ¡Oh cielos, oh tierra, oh ángeles y hombres, y todo cuanto Dios tiene criado! Y ¿cómo lo diré? Y ¿qué orejas podrán oir con paciencia que, no diez ciudadanos, sino diez millones; no de las heces y escoria del pueblo, sino de los mas granados del mundo; no allá por los rincones, sino en la mitad de las plazas, se hayan conjurado y concertado, ó desconcertado, de hacer leyes, no contra las del Rey, sino contra las de Dios, y que las publiquen y defiendan y persuadan al mundo, y tengan dicípulos desta honrada seta estos traidores á Dios, al cielo, á las leyes, á los hombres y á las buenas costumbres, y que tras eso vivan? ¿Que no los apedreen, que no los hayan ya quemado, que paseen por las calles, que los sustente la tierra, que los sufra la república, que no haya manos para quitarles vidas tan indignas, que aun vean la luz del sol, testigo fiel de sus maldades? Oh furias infernales, que soleis ser verdugos y ministros de la justicia de Dios, ¿quién os detiene agora que, desamparando esas tristes y escuras moradas, no salis á vengar tan horrendas maldades? *Conjuratio, conjuratio inventa est in viris Juda, et in habitatoribus Jerusalem. Reversi sunt ad iniquitates patrum suorum priores, qui noluerunt audire verba mea.* En todo este capítulo va Dios hecho un leon contra su pueblo. Mándale á Jeremías que dé voces en la plaza y diga: «Maldito sea el varon que no guardare el concierto y ley que hice y dí á vuestros padres cuando los saqué de Egipto, y les prometí de ser su Dios y que ellos fuesen mi pueblo. Llamado los he siempre, á eso me levantaba por la mañana y madrugaba y les daba voces: ¡Oidme! ¡Y jamás me han querido escuchar, antes cada uno ha tirado tras la maldad de su corazon. Y díjome el Señor: Una conjuracion se ha descubierto en los varones de Judá y en los vecinos de Jerusalen, y es que se han vuelto peores que sus padres y se han ido tras dioses ajenos. Pues por eso, dice Dios, yo les daré tanto mal, que no puedan salir dél ni se dén á manos con él, y entonces me darán voces y llamarán, y no los oiré; y irán á los dioses que adoraron, y no los salvarán ni podrán. Y mira tú, Jeremías, que te aviso que no me ruegues por ellos ni me ofrezcas sacrificio de alabanza, aunque los veas degollar en esas plazas, y aunque te dén voces en su angustia para que los socorras y ores por ellos; porque no te oiré, y haré del sordo.» Hasta aquí son palabras de Dios por Jeremías. Castigo bien merecido por cierto, y que parece que hablaba con los deste tiempo. Díceles Dios á sus profetas, que son los predicadores: «Dad voces por esos púlpitos y apregoná por esas plazas, avisá á los hombres que será maldito el hombre que no guardare mi Evangelio, que yo les daré mi maldicion el último dia cuando les diga: Apartáos de mí, malditos de mi Padre, obreros de maldad. Por eso, que guarden el concierto que hice con ellos en el bautismo cuando me dieron la fe de tenerme por su Dios y yo á ellos por mi pueblo; y que guarden el pacto que hice con sus padres cuando los saqué de la cautividad del pecado, ahogando sus enemigos, los demonios, en el mar Bermejo de mi sangre. Muchas veces los he llamado, madrugado he á buscarlos, porque en naciendo los he prevenido; mucha dotrina les he dado, muchos sermones han oido, pero jamás me han querido escuchar; y lo peor es que han hecho conjuracion contra mí y contra mi Evangelio. Todos se han concertado de vivir conforme á sus leyes, contrarias á las mias.» Y los que entran en la conjuracion son los varones de Judá, los grandes y los que se llaman caballeros; esos, que son

los prehombres de Judá, que es confesion, los que tienen nombre de que me confiesan y me llaman Señor, y dicen en las plazas que nadie se ha de atrever á competir con ellos en virtud y bondad, y se confiesan por cristianos. Y no son solos ellos los conjurados, porque los siguen todos los vecinos de Jerusalen, como á cabezas, todos los que habian de ser hijos de vision de paz; estos se me han rebelado, se me han hecho hijos de guerra, soldados del demonio. No ha parado ahí, que, aunque sus padres fueron malos, ellos son mucho peores y se han ido tras dioses ajenos; porque cada uno tiene un dios particular: el uno adora su avaricia, el otro tiene otro dios de torpeza, estotro otro de honra y de venganza. Pues yo les daré tanto mal, que no se déa á manos con él; porque haré que todo cuanto pretendieren se les vuelva y convierta en pena y tormento; yo los enredaré en guerras, en bandos y muertes, que ni puedan ni sepan salir de ellas, y entonces me darán voces cuando se vean cercados de muerte; yo no los socorreré ni remediaré, porque no lo merecerán sus maldades. Yo los haré desdichados, sus hijos morirán ante sus ojos, sus enemigos se los degollarán en su presencia y no los podrán remediar. Querrán acudir á los dioses que adoraron á pedilles socorro, esto es, á su dinero y hacienda y amigos, y todo les faltará. Y mirad vosotros, que sois mis santos, que os aviso que no me rogueis por ellos, como por gente descomulgada; privámelos de los sufragios y participacion de mi Iglesia, que no es razon que valga mi casa á los traidores contra mí, ni la Iglesia es bien que socorra á los foragidos y que se me rebelan. ¡Oh castigo espantoso, y que os habia de hacer temblar y meter debajo de tierra! ¿Que diga Dios que no os oirá cuando le llamáredes en vuestras angustias? Que tapará los oidos á vuestros gritos? Que cerrará los ojos á vuestros llantos? Que oya Dios á los demonios, que le piden licencia para entrar en los puercos? Que oya á Satanás y le conceda lo que le demanda, que es tentar á Job? Que haga el ruego del diablo, que pidió el juéves de la Cena poder para acribar los discípulos, y que á estos tales oya Dios, y á vos, pecador malo, perverso, peor que mil demonios, jure que no os oirá? Que á su mortal enemigo le dé lo que le pide, y á vos, vengativo, os niegue aun la vista? Que el que se arde en un infierno tenga alguna vez un sí de la boca de Dios, y vos no alcanceis que os escuche? ¿Murió por el demonio? ¿Derramó sangre por Satanás? ¿Dió la vida por el diablo? No, sino por vos; y sois tan malo, que menos aborrece á los del infierno que á vos. Decíme, locos, malvados, sin Dios, sin ley, sin virtud, sin bien, leña para el fuego, que jamás se acaba, ¿cómo no os espanta que no manda Dios á su Iglesia que deje de rogar por los herejes, no por los moros, no por los turcos ni paganos ni judíos, comunes enemigos y perseguidores de la Iglesia y de sus hijos, y que mande que no ruegue por vosotros? Decidme mas, ¿cuáles son mas dañosas, las obras malas y públicas, ó las palabras malas? Cierto está que las obras. Pues ¿qué Dios, qué ley, qué razon consiente que haya fuego para mis palabras si hablo lo que no debo, y que no le haya para vuestras obras haciendo lo que no debeis? Que lo haya para mí, muy justo es, porque es razon que yo mire lo que digo; pero mucho mas justo que lo haya tambien para vosotros, pues no mirais lo que haceis. Hé aquí cómo hay pecadores que hacen honra y gala de la afrenta, esto es, del pecado, y blasonan dél como si el pecar fuera acto de virtud. Estos tales poca señal tienen de predestinados; no digo que no lo son, que este secreto guardóselo Dios para sí; pero digo que se les echa poco de ver el serlo si lo son. Hallaréis otros que se afrentan y avergüenzan tanto, que no osan llegar á los piés del confesor. Llega el otro desuella-caras, homicida, robador de los pobres, con mil pecados mortales que el menor dellos escandaliza el aire, dice que se quiere confesar y que viene de priesa, que no se puede detener; es menester que se despidan los que há un mes que no hallan vez para confesarse, porque llega el señor don Fulano. Veréis la priesa del tejer de los pajes por los confesionarios en busca del padre maestro Fulano, el ir y venir de los recados, el menudear de las embajadas; el ir en persona el Prior ó el Guardian que se desembarace y lo deje todo, aunque esté á media confesion, que otro dia la acabará; y si no, que «no importa, que está esperando el señor don Fulano». Veréis al confesor echar gente menuda abajo, levantarse y salir del confesionario mas hinchado que algun privado necio, que apenas cabe por la iglesia, y el claustro se le hace angosto. En tanto vuestro penitente se está paseando, renegando del confesor y de su tardanza. Al fin sale el padre maestro á acompañar á su penitente, llévale á la celda, porque son pecados de cámara los que trae, llega el paje descaperuzado y pone la almohada de terciopelo, porque no se lastime. Hinca la una rodilla, como ballestero, persígnase á media vuelta, que ni sabréis si hace cruz ó garabato, y comienza á dar de dedo y á desgarrar pecados, que hace temblar las paredes de la celda con ellos; y si el confesor se los afea, sale con mil bachillerías, y dice «que un hombre de sus prendas no ha de vivir como vive el fraile», y parécele que todo le está bien. Al fin, sálese tan seco y tan sin jugo como entró, y el desventurado muy contento, como si Dios tuviese cuenta con que desciende de los godos. Veréis llegar al otro pobrecillo temblando, y antes que ose pedir por el confesor se derrueca allá tras la pila de bautizar, y allí llora sus pecados y los gime. Después, cuando ya le quieren admitir, llega temblando y tragando saliva y añúdansele las palabras en la garganta, que de miedo no las puede sacar del pecho, y no osa levantar los ojos á mirar al confesor. Pues ya si lo que confiesa le dice que es pecado mortal, veréisle perdido el color y temblar, que piensa que allí donde está se lo ha de tragar la tierra, y llora y pide perdon con miedo y humildad. Destos era la Madalena cuando llegó á los piés del Señor.

§. XXXIII.

Stans retro secus pedes ejus. Como ya el Espíritu Santo tenia en sus manos el corazon desta mujer, ninguna cosa hacia que no fuese instruida y movida por el mismo. Pues no vaca de gran misterio que, llegando al Redentor, se pusiese á las espaldas, y no delante del rostro. Cuando el padre no tiene mucha gana de castigar á su hijo, que hace alguna travesura, hace como que no le ve, y vuelve las espaldas porque no le obligue á castigalle; que cierto está que muchos hombres cuerdos hay que disimulan cosas que las saben, pero por no ponerse á vengarlas se hacen ciegos y sordos, y que no oyeron la palabra descomedida que el otro les dijo, porque no quieren ponerse en ocasion de perderse. Así, leemos de algunos reyes que, con oir decir mal de sí mismos, han hecho como que no lo oian; y destos fué Saul, rey de Israel, que, habiéndole Dios hecho rey, y estando en cortes el pueblo para jurarle, dice la sagrada Escritura que algunos hijos de maldad le tuvieron en poco, y dijeron : *Num salvare nos poterit iste?* Y este ¿nos podrá defender y amparar de nuestros enemigos? Y dice que no le trajeron presentes como los demás, y concluye el capítulo con decir : *Ille verò dissimulabat se audire;* que disimulaba Saul y hacia como que no lo oia. Pues aunque es verdad que á los ojos de Dios no hay cosa escondida, como él lo dice por Jeremías : Por vida mia, que no hay tan secreto rincon, ni sótano tan oscuro, donde se pueda meter un hombre que yo no le vea. Y David le dice : *Quò ibo à spiritu tuo, et quò à facie tua fugiam? etc.;* ¿Adónde huiré yo de vuestro rostro? Que si me subo al cielo, allí estáis hinchiendo de gloria á los de allá ; si diere conmigo en el infierno, allí os hallaré castigando á los malos; pues si me levantase antes del dia y me prestase el cierzo sus alas para huir, ¿adónde iria? Que no hay Perú tan apartado ni China ni isla tan secreta ni tórrida zona tan ardiente ni círculo boreal ó brumal tan helado, donde no alcance vuestra poderosa mano y me saque á plaza. Y dije : «Hora quizá que las tinieblas me escaparán que no me vean.» Pero fué dislate, porque, *Nox illuminatio meo in deliciis meis;* No ven tan poco vuestros ojos, que los ciegue la noche, y ella sirve de luz para vos *en mis deleites.* Este fin deste verso tengo gran sospecha que ha de decir *en mis delitos* y no *en mis deleites*, porque va tratando de cómo no puede esconderse de Dios, y dice : «Si yo quisiera ampararme con la escuridad de la noche, esa me será luz para que me vean.» Cierto está que el que obra bien ama la luz; y así, no tiene por qué temer de salir á lo claro ni para qué esconderse de los ojos de Dios; pero el malo y que obra maldades, este tal ama las tinieblas, porque no se vean sus torpezas y malas obras. Esto dijo el Señor, hablando con Nicodémus : «Vino la luz al mundo (que soy yo), y amaron mas los hombres las tinieblas que la luz,» porque eran por cierto malas sus obras; ca todos los que hacen mal aborrecen la luz y no salen á ella, porque sus obras no sean reprehendidas; pero el que hace verdad y la trata, huélgase con la luz, y saca sus obras á plaza para que se vean, porque son hechas en Dios. Pues, como vemos que donde da la luz descubre cuanto halla, y donde hay escuridad todo se nos esconde, y aunque lo tengamos delante de los ojos y traigamos entre los piés no lo vemos ni topamos con ello, los pecadores que no acaban de caer en que Dios es clarísimo sol que todo lo alumbra, piensan que no verá los pecados que ellos cometen en tinieblas. Y pues David va probando que es por demás ampararse de la noche, y Cristo dice «que los malos y que mal obran se esconden y aman las tinieblas»; bien se sigue que nuestro verso ha de decir: Dije «quizá que las tinieblas me esconderán; pero la noche me será dia para descubrir mis delitos»; y no ha de decir *mis deleites*; que en lo hebreo está : *Nox quoque lux erit circa me;* y Simaco lee : *Nox, lux circa me sedet;* y otros : *Et nox illuminabit circa me;* que todo es uno, y quieren decir : «La noche es como luz que me rodea.» Bien es verdad que no me desagrada lo de Nicolao de Lira, que dice, conforme á nuestra traducion : «La noche me es luz y mi alumbramiento en mis deleites.» De suerte que toma *deleites* en mala parte, esto es, por los vicios sensuales, en que ordinariamente ofenden los hombres de noche. Y este sentido es conforme á lo que habemos dicho aquí. Digo pues que, aunque todo esto es verdad que al Señor nada le es oculto, con todo eso, los hombres tratamos con él como con otro hombre; y así, le rogamos que aparte sus ojos de nuestros pecados, que disimule y haga como que no los ve, para que así no nos castigue; que es lo que le suplicaba David : *Averte faciem tuam à peccatis meis;* Señor, apartá vuestro rostro de mis pecados. Este mismo aviso guardó aquí la Madalena, llegando por las espaldas, hurtando el cuerpo al rostro del Redentor.

§. XXXIV.

Pero entiendo que hay aun mas misterio en llegar por las espaldas. Y para esto es de saber que, como dijimos al principio ponderando el pecado, es de tanto peso, que no hay jayan á quien no derrueque si le toma á cuestas. Probámoslo; pues cargado sobre las espaldas de los mas valientes de los serafines y los demás ángeles que siguieron al Supremo, no pudiendo sufrir su inmenso peso, cayeron con toda la carga en el centro del abismo. Y por saber bien lo que pesa, decia David: *Sicut onus grave gravatæ sunt super me*; Hánseme cargado mis maldades á cuestas, como carga muy pesada. Cargó nuestro primer padre un solo pecado sobre todos los hombres, y pesó tanto la carga, que á todos los mató. Y por eso decia san Pablo: «Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado pasó la muerte á cuchillo á todos los hombres.» Era pues menester que se buscase alguno de tan buenas fuerzas, que, aunque tomase á cuestas los pecados de todos, no le derrocasen y los pudiese llevar; uno de tan buenas espaldas, que no cayese con la carga. No le habia en la tierra; pues venga del cielo. ¡Oh! que hay

ángeles y Dios; pues no vengan ángeles, que ya han probado que no pueden con la carga; venga el mismo Dios, que aunque caiga por la muerte de lo humano que tomó, se podrá levantar con lo divino que tiene; y así, fué menester que el Hijo de Dios viniese al mundo y tomase nuestros pecados sobre sus espaldas y llevase nuestra carga. Y esto quiso decir el Señor cuando dijo: «No ha enviado Dios á su Hijo para que condene al mundo, sino para que por él se salve el mundo, pagando y tomando á cuestas su pecado.» Esto es lo que nos pronosticó aquella hazaña de Abrahan, cuando, llevando á sacrificar á su hijo Isaac, clara figura del Hijo de Dios, le cargó la leña á cuestas, y el hijo, cargado así con ella, la subió al monte donde habia de ser degollado. Donde hay muchas cosas que considerar. La una, que al mandalle Dios que le sacrifique su hijo, dice que es de noche, por mostrar las tinieblas del pecado en que estaba sepultado el mundo, y que para alumbrallas era menester el sacrificio de nuestro verdadero Isaac, Cristo; y así, le sacrificó de dia, porque fué la luz de aquellas tinieblas y la verdad y el cuerpo de aquella sombra. Dícele mas: «Toma á tu hijo unigénito que amas, Isaac.» Y no quiere Dios que tenga mas de aquel, para que aun en esto nos represente al Hijo de Dios, que es unigénito del Padre eterno. Dice mas la Escritura santa, que el padre mismo puso la leña sobre las espaldas de Isaac, porque Dios puso en las de su Hijo todos nuestros pecados. Y á este hecho del gran patriarca aludió el profeta Isaías, diciendo: «El fué herido por nuestras maldades, y fué quebrantado y molido por nuestros pecados.» Todos nosotros éramos como ovejas, y el Señor puso en él las maldades de todos nosotros. Usó del mismo término Isaías que allá en el *Génesis*, porque dice: «Tomó Abrahan la leña del sacrificio y púsola sobre Isaac;» y aquí dice el Profeta: «Tomó Dios los pecados de todos los hombres, que son la leña que quemó, esto es, que mató á Cristo; y así decimos que nuestros pecados le mataron, y púsolos sobre su Hijo.» Y á esto de Isaac y al dicho de Isaías aludió san Pedro, hablando á este mismo propósito: «Cristo (dice) tomó todos nuestros pecados y cargóselos á cuestas, y subióse con ellos en una cruz para matallos y despeñallos allí abajo.» De manera que fué artificio divino, que viendo que los hombres no podian mas con la carga, tómala el Padre y cargósela á su Hijo. Como cuando hacen leña los leñadores, y tienen una acémila de carga allí, que los haces de leña que han hecho los toman á cuestas, y porque ellos no los podrian traer tanto trecho, cárganlos sobre la acémila, y ella los trae á casa todos juntos. Así hizo Dios, que llegó Adan con su hacecillo de pecados, y dícele: «Señor, en verdad que yo no puedo mas, por eso tomadme esta carga;» y tómala el Padre y arrójala sobre las espaldas de su Hijo. Viene Abel con su carguilla, y hace otro tanto. Llegó Abrahan, David, Moisen, Aaron con su becerro, Salomon con su idolatría, su padre con su adulterio y homicidio, María, la hermana de Moisen, con su murmuracion; y al fin, llegan todos los hombres con sus hacecillos de pecados, cual mas, cual menos; tómalos el Padre todos y cárgalos sobre aquellas fortísimas espaldas de su Hijo, como quien carga una bestia; y era tanta la carga, que le hacia gemir, y le hizo arrodillar y reventar con ella y morir en una cruz; aunque, como bravo elefante, se tornó á levantar en su resurreccion. No ofenda á nadie el haber comparado aquí á nuestro Redentor á bestia cargada, porque él mismo hizo la comparacion por David, diciendo: *Ut jumentum factus sum apud te: et ego semper tecum. Tenuisti manum dexteram meam: et in voluntate tua deduxisti me;* Sirvió mi humanidad en vuestra presencia de bestia de carga, dice el Hijo al Padre, porque le cargastes á cuestas cuantos pecados tenian los hombres, y yo lo pagué por todos. Llevábadesme vos de la mano, como quien guia del cabestro una bestia cargada, porque no tropiece con la carga; y yo, Señor, seguia tras vuestra voluntad. Sabiendo esto el real profeta David, dijo en persona del Redentor: *Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores: prolongaverunt iniquitatem suam.* Sobre mis cervices fabricaron los pecadores sus maldades, esto es, las cargaron como en quien habia de pagar por ellas. Bien sé que este verso se puede interpretar de la persecucion que los judíos hicieron á Cristo hasta quitarle la vida; y tambien de la Iglesia católica, que ha sido siempre perseguida de los malos; pero muy bien cabe el sentido que le habemos dado. Este tomar Cristo nuestros pecados sobre sus espaldas, nos lo dijo san Pablo en extremo bien: *Vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruatur corpus peccati, et ultrà non serviamus peccato.* Abrazóse Cristo (dice el Apóstol) con nuestro hombre viejo, con el viejo Adan, con el hombre exterior, con el cuerpo de pecado, con nuestras pasiones y deseos; que todos estos nombres y muchos mas le da san Pablo al hombre que heredamos de nuestro Adan terrenal; y dió con él en una cruz, para alancealle en ella y destruille y quitalle la vida; porque, muerto ya nuestro cuerpo de pecados, que son un monton que hacen cuerpo, como á muchos soldados juntos llamamos *cuerpo de batalla*, ya no sirvamos al pecado ni seamos sus esclavos; y aunque sea *miscere sacra prophanis*, que suelen decir, quiero traer aquí una historia que viene muy á pelo. Cuenta Valerio Máximo, en el tercer libro, que habiéndose alzado con el reino de Persia ciertos tiranos, que llamaban los *magos*, conjuráronse algunos de los nobles de matallos y poner en libertad la tierra. Uno de los conjurados fué un caballero llamado Gobrias, valerosísimo persiano. Entrando pues una noche en palacio á matar los tiranos, acaeció que, echando mano á las espadas contra ellos, y poniéndose los magos en defensa, Gobrias se abrazó con uno de ellos, y andando así á los brazos, forcejando cada uno por derribar á su contrario, entrambos vinieron al suelo en un lugar escuro. Fué tan buena la ventura de Gobrias, que pudo coger á su enemigo debajo; mas el mago, viéndose en peligro de muerte, apretó de tal suerte á Gobrias, que no le dió lugar de

aprovecharse de la daga. Acudió á aquella parte uno de los caballeros conjurados, y dudando de herir al mago por no matar á su compañero Gobrias, por la gran escuridad del lugar adonde estaban, él le dió voces diciendo: «¿Qué dudais de libertar nuestra patria? Pasad la espada por mi cuerpo á trueque de que este tirano muera.» El otro caballero, oyendo esto, tiró una estocada, y fué Gobrias tan venturoso, que sin daño suyo murió el mago con ella. Pocas cosas toparémos en las historias que vengan mas á pelo para lo que vamos tratando, que esta, ni que mejor nos declare el lugar de san Pablo. Habíase alzado con el hombre el pecado y teníale tiranizado; quiere el Hijo de Dios ponerle en libertad, y abrázase con él, que es el «hombre viejo» que llama san Pablo; y andando á los brazos, dan entrambos en una cruz, y *vetus homo noster simul crucifixus est cum eo*. El Padre no las ha con el Hijo, sino con el pecado; dale voces el Hijo, y dice: *Corpus adaptasti mihi, tunc dixi, Ecce venio*. Ya, Señor, me distes cuerpo con que pueda pagar; pues veisme aquí que vengo á eso. Pasad la espada por mi cuerpo á trueque de que *destruatur corpus peccati*; que el cuerpo del pecado muera y se acabe este tirano. Hácelo así el Padre, y muere el viejo Adan y queda libre Cristo, porque *Inter mortuos liber*, que dijo David; Es libre entre los muertos. Esto mismo nos dijo Isaías, aunque por otro lenguaje y con otra metáfora: *Et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium medullatorum, convivium vindemiae defecatae: et praecipitabit in monte isto faciem vinculi colligati super omnes populos: et praecipitabit mortem in sempiternum*. Este lugar es divino para nuestro propósito, y tambien le traerémos para cuando hablarémos del admirable y suavísimo sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, en su Tratado. Dice pues el Profeta: «Hará el Señor en este monte (que fué en el Calvario) un convite á todas las gentes y á todos los pueblos, porque por todos murió.» Será la comida y el vino riquísimo y cual conviene para tal mesa. Porque serán los que se darán á la mesa manjares gruesos, sustancialísimos, de grandísimo nutrimento, serán cañas de vaca; que parece que hizo alusion el Redentor á este convite, y en especial á esta palabra, cuando dijo por san Mateo que «un rey casó á su hijo y hizo un famoso banquete, y enviando á llamar á los convidados, mandó á los pajes que les dijesen: Señores, ya la comida está á punto, las vacas están muertas, y las cañas en los pasteles reales, los capones cebados, y las demás aves gordas están de sazon, y la comida aguarda en la mesa y el Rey mi señor os espera; por eso no es razon de hacerle detener». Hablaba el Señor en esta parábola de la encarnacion suya y de su muerte, y de la rica comida que les habia aparejado á los judíos con sus méritos y sangre; y siendo ellos los convidados, no quisieron venir. Dice pues nuestro profeta: «Allí sobre el monte hará el banquete, donde dará su cuerpo sacrificado por comida, y su sangre derramada por los hombres y ofrecida al Padre en bebida.» Vino sin heces, vino fortísimo, vino nuevo, de quien dijo él mismo: «Nadie echa el vino nuevo en cueros viejos;» esto es, en corazones envejecidos en vicios y pecados, cuales eran los de los judíos, hechos vinc viejo y flojo de la ley de Moisen, que la llamaba el Apóstol «enferma y flaca», vino de flacos estómagos; mas el vino que en esta comida nos da, es nuevo, fuerte de vigor, para buenos estómagos, sin madre, sin heces, apurado; al fin es la sangre de Dios, la gracia y sus méritos. Dice que «será convite general», porque á todo el mundo convida el Señor con el mérito de su pasion. Y de suyo bastante fué para todo el mundo y aun para otros mil que hubiera; culpa es de los malos que no quieren ir á las bodas, como los otros convidados. «Despeñará (dice) sobre este monte el lazo enredado;» que, declarándose mas, dice luego: «Despeñará la muerte para siempre.» Llámase *lazo*, y aun «muy bien atado», mas malo de deshacer que el de Gordio, que cortó Alejandro, cuando dijo el «tanto monta»; porque todos estábamos enredados y enlazados en la muerte, como dijo David: *Quis est homo, qui vivet, et non videbit mortem?* ¿Qué hombre entró jamás en el mundo y pisó alguna vez la tierra, que se escapase de las uñas de la muerte? Pues este lazo, esta obligacion que tenian el demonio y la muerte sobre nosotros, rompió el Señor y la borró en la cruz, que es el triunfo que dice san Pablo á los colosenses: «Y siendo vosotros muertos en vuestros pecados,» os convivificó Dios con Cristo, haciéndoos donacion y dejándoos de balde todos vuestros delitos, «cancelando la carta de obligacion que contra vosotros tenian el demonio y la muerte,» por aquel antiguo decreto que se dió en el paraíso, del *in qua hora comederis, morte morieris*, que fué sentencia de muerte; y arrancóle del registro y original del proceso, y pególo y enclavólo en la cruz. Pues á esto se subió el Hijo de Dios en una cruz, y esta es la hazaña que hizo, y para esto tomó nuestros pecados, para que, subido en lo alto, los despeñase de allí abajo. Esta teología le habia asombrado Dios á David, y tuvo como un relámpago de ella allí, después de su pecado. Cuenta la Escritura que, habiendo David quedádose en Jerusalen un verano, estándose paseando una siesta por un corredor, vió á Bersabé que se bañaba en una solana á otra parte, quizá bien descuidada de que el Rey la miraba. Parecióle bien á David, y sin mas reparar en ello, envióle un recado y mandó que se la trajesen; que ya no está en mas el no tener vos mujer que en acertar á parecer bien al rey ó al grande. Así, cuando entró el buen Abrahan en Egipto, dice el *Génesis*, capítulo 12, que la vieron los señores de la corte y alabáronla delante del rey Faraon, y en volandillas se la llevaron á palacio; «que al rey su voluntad le es ley,» y lo que le da gusto, esto se hace, y todos procuran agradalle, aunque sea á costa de la honra de Dios. Guste el rey, que todo lo demás poco importa á su parecer. Otro tanto hizo Abimelech, rey de Gerara, con el mismo Abrahan, y le tomó á Sara, como se cuenta á los veinte capítulos del *Génesis*; y porque ya este caso

está tan predicado, que hasta los niños le saben, no me detengo á contalle. Digo pues, en suma, que, habiendo hecho matar al buen Urías, y después de haber parido un hijo Bersabé, David se estaba aun en su sueño, hasta que Dios envió al profeta Natan para que le despertase. Al fin, siempre nuestro Dios y Señor, que es el primero, nos acude y llama; y en esto se verá el daño que hace el pecado, pues á un tan gran amigo de Dios, y tan cuidadoso y recatado, le hizo olvidarse tantos dias y meses. Llegando pues el Profeta, y descubriendo y alegrando la llaga vieja, medio infistolada, pónele una venda delante de los ojos, porque no le espantase ni alborotase el hierro del cirujano; porque las reprehensiones de los reyes y grandes, para que les hagan provecho y no los empeoren, es menester que vayan con gran tiento y muy arrebozadas, so pena que, no solo no curarán, mas se volverán contra los médicos que los curan. El buen profeta usó de tal máscara, que, no entendiendo David el lazo, dió de piés en él y sentenció contra sí; como lo hizo el Señor con los fariseos en la parábola de la viña, que les propuso, del padre de familias que la arrendó á unos malos villanos, y no solo no le pagaron el fruto, mas aun maltrataron á los criados que le fueron á cobrar y al hijo que envió. Preguntóles el Señor: ¿Qué hará el dueño de la heredad á tales arrendadores? Respondiéronle los fariseos, bien ajenos de la celada: *Malos malè perdet, etc.;* Señor, á los malos tratallos ha mal y destruillos ha, y arrendará su viña á otra mejor gente, que le paguen su tributo á sus tiempos, como es debido y es razon le acudan con él. Quitó Cristo la máscara entonces y dijo: «Pues así hará mi Padre con vosotros, que por malos os destruirá y quitará el templo y sacrificios, etc.» Así hizo aquí Natan con el Rey. Dice el Rey: «Vive Dios que quien al pobre le quita su oveja, que le ha de pagar muchas por ella.» ¡Ah David! que vos sois este que matastes á Urías, quitástesle la mujer y teneis escandalizado el pueblo. Cae el Rey en la cuenta de su pecado y dice: «Pecado he; yo lo conozco, y me confieso por pecador.» En ese mismo punto dícele el Profeta: «Pues el Señor ha traspasado tu pecado; pero tu hijo lo pagará, que ha de morir, y tú quedarás libre.» Hé aquí lo que buscábamos. Peca David, perdónale Dios. No dice que borra el pecado ni que le rae ni le quita del todo, sino que le pasa de una parte á otra. Como si le dijera: Bien veo que no son tus fuerzas para sustentar un pecado tan grave y pesado como el que tú heciste, y que son menester otras mas robustas espaldas que las tuyas; pues dámele acá, que yo le pasaré de las tuyas á otros que lo lleven. ¿Adónde, Señor? Pasaréle á las de tu hijo. ¿Quién es ese? preguntó Cristo á los fariseos una vez; decidme, «¿cúyo hijo es Cristo?» Dijéronle de David, porque, *De fructu ventris tui ponam super sedem tuam;* Del fruto de tu vientre haré que haya uno que reine en tu casa para siempre. Donde de paso es de notar que dice «del fruto de tu vientre», como quiera que eso es propio de la mujer, concebir en el vientre, y no del varon. Pero quiso dar á entender que Cristo no habia de tener padre, sino madre sóla, de la sangre y casta de David, que le concibiese en sus entrañas. De manera que el hijo de David era Cristo, y por esto le llamaban Jesus, hijo de David. Pues dice: «Dios ha traspasado tu pecado á las espaldas de su hijo Cristo.» ¿Cómo? Que tu hijo morirá. ¿Por qué? *Mortuus est propter delicta nostra*, dice san Pablo; Murió por nuestros pecados, como ya habemos dicho. Y por esto creo, cuando san Mateo tomó la pluma para escribir la decendencia y linaje de Cristo, comenzó: «Libro de la generacion de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahan,» que puso primero que era hijo de David, con ser mucho mas antiguo Abrahan, y estarle hecha mucho antes la promesa de Cristo que á David. Y esto, porque como la total razon de su venida era á quitar los pecados y tomallos á cuestas, y de David se leen pecados, y no de Abrahan, y á David le dijeron: El Señor ha pasado ó traspasado tu pecado; parece que quiso el Evangelista, ó el Espíritu Santo por él, dar ese alegron al mundo, como quien les dice: «Ya es venido el que prometió de tomar á cuestas el pecado de David,» y por consiguiente el de todo el mundo. Y barruntó que cuando los que á Cristo le demandaban socorro y misericordia le llamaban «hijo de David», puesto que ellos no tan en particular cayesen en esta cuenta; empero el Espíritu Santo, que les movia las lenguas, esto pretendia; como quien le pide que cumpla su palabra y comience á tomar pecados ajenos á cuestas. Bien sé que los santos dotores dan otras muchas razones por que san Mateo puso primero á Cristo por hijo de David que de Abrahan, y todas son muy buenas; pero quiero yo poner una imaginacion mia, que si no me engaña lo que á muchos, que los ciega el amor de sus propios hijos, que son sus obras, y les parecen mas hermosos que los hijos ajenos; podria ser que fuese la que mas se allega á razon, y es esta: aunque á muchos reveló Dios el remedio de los hombres y de su pecado, y aun al mismo Adan allá en el paraíso, cuando viendo á Eva dijo: *Hoc nunc os ex ossibus meis, etc.;* Este es hueso que ha salido de los mios, y carne que se ha formado de la mia. Y sale san Pablo y contrapuntéalo, diciendo: «Este es un gran sacramento y muy escondido;» pero yo lo entiendo de Cristo y de su Iglesia, y allí le reveló á Adan la encarnacion del Hijo de Dios, y tambien á otros muchos santos antiguos; pero á los que mas claramente y mas en particular les hizo la promesa fueron á Abrahan y David. Hubo entre estos dos una diferencia, y es, que á Abrahan le prometió á su Hijo antes que se circuncidase, como lo dice en el capítulo 17 del *Génesis*, adonde le promete de dalle hijo á quien ha de bendecir, y que en el que llama allí *semen* han de ser multiplicados los pueblos y gentes. Y donde quiera que esta esta palabra *semen* la entiende san Pablo de Cristo. Esta promesa se la confirmó despues en el capítulo 22 del *Génesis,* cuando quiso sacrificar á su hijo. Pero al fin en el prepucio, esto es, antes que se circuncidase, le hizo la promesa, y en señal que le tendrá la palabra, le dió la circuncision, que se hacia solo en el pueblo de

los judíos. A David la promesa se le hizo siendo circundidado. Sale agora el Apóstol, y dice: Digo que «Jesucristo fué ministro de la circuncision»; esto es, vino por apóstol, por dotor, por ministro de la gente circuncidada; que es decir mas claro lo que respondió Cristo á los dicípulos cuando le rogaban por la Cananea: «No soy enviado yo por mi persona á predicar ni hacer milagros, sino á los judíos;» que es lo que por otras palabras dijo san Juan: *Salus ex Judaeis est;* La salud (esto es, la redencion) es de los judíos, porque á ellos se prometió. Dice mas: Digo que Cristo fué ministro de la circuncision, y esto por la verdad de Dios, para sacalle verdadero en sus promesas, pues así lo habia prometido; para confirmar las promesas hechas á los padres, que en particular habemos dicho que fueron á Abrahan y á David. Y digo que las gentes, que es la gentilidad, que honren á Dios por la misericordia que con ellos ha usado. De suerte que es de ponderar mucho lo que aquí da á entender san Pablo, que dice que los gentiles honren y dén gloria á Dios porque usó de misericordia con ellos en darles parte de su redencion; mas el venir á los judíos y el ser ministro suyo por su misma persona, no lo llama *misericordia*, ni dice que alaben á Dios por ello. La razon desto es, porque venir á los judíos fué justicia, pero admitir á los gentiles fué misericordia. Cierto está que si el Rey prometiese que daria la encomienda de Segura al que en una justa hiciese mejor golpe, y la corriese mejor Pedro, que el cumplir el Rey su palabra no era liberalidad, sino justicia. El prometer la encomienda por cosa tan poca fué liberalidad; pero el cumplillo y dalla, esto ya fué justicia. Así digo en nuestro propósito; el prometer Dios de venir por su misma persona á predicar á los judíos y á ser Hijo suyo, esto misericordia fué; pero el cumplirlo después de prometido fué justicia. Y san Pablo en este lugar habla de la venida, y no de la promesa; y así, no trata de que alaben ni dén honra á Dios por ello, aunque se le debe por eso y por todo. Mas, como el enviar los apóstoles á la gentilidad y quererlos llamar á su Iglesia fué mera misericordia, y no tenian promesa particular hecha á alguna cabeza suya; mándales que engrandezcan y honren á quien tan gran misericordia usó con ellos. Y esta es la razon por que cuando san Pedro fué á enseñar á Cornelio la fe, el cual era gentil, habiendo ido algunos de los judíos ya fieles y convertidos á acompañarle, dice en los *Hechos de los apóstoles* que estando predicando san Pedro, y oyéndole los gentiles qué se hallaron con Cornelio con gran atencion, cayó de repente sobre ellos el Espíritu Santo, y los fieles circuncidados dice que se espantaron de ver que la gracia de Dios se comunicaba tambien en las otras naciones, porque les oian hablar diversas lenguas y magnificar á Dios. Pareciales á estos que Dios no habia venido ni muerto sino para solos ellos, y esta es la cuestion de san Pablo y la larga disputa que tiene escribiendo á los romanos: «¿Por ventura (dice) es Dios solamente Dios de los judíos? No por cierto, que tambien lo es de los gentiles.» Hora pues ya tenemos que á Abrahan se le hizo la promesa antes que se circuncidase, y á David después de circuncidado; tenemos tambien que á los gentiles ninguna promesa se les habia hecho, y que Cristo vino particularmente á los judíos, y como de recudida, á los gentiles. Hay dos pueblos, el uno circuncidado, que es el de Israel; el otro no circuncidado, que es el de los gentiles: dos padres ó cabezas hay de la promesa, Abrahan y David. A Abrahan se le hizo en el prepucio; ¿por qué? Eso os lo dirá san Pablo. «Nuestro Abrahan, decidme, ¿en qué fué justificado? ¿En la circuncision ó en el prepucio? Esto es, ¿cuándo lo admitieron por justo, antes ó después de la circuncision? Antes, porque fuese padre de los que habian de creer sin circuncidarse, que es el pueblo gentílico; y pues estos fueron los postreros llamados, y Abrahan fué su padre, no se nombre primero en el linaje del Redentor. Y pues vino primero para la gente circuncidada, y á David se le hizo la promesa en la circuncision, póngase primero y diga san Mateo: «Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahan;» porque, pues san Mateo escribia su Evangelio en hebreo y para los hebreos, viesen en cabeza do linaje á aquel que, circuncidado como ellos, habia recebido la promesa de Cristo. Y aun entiendo que no estaria mal dicho que por esto solo se llama el Redentor «hijo de David», y jamás de Abrahan.

§. XXXV.

Volviendo pues á nuestro propósito, discretísima estuvo la Madalena en llegar por las espaldas del Redentor, y no por el rostro. Como si dijera: Yo, Señor, vengo con una pesada carga de pecados, no puedo con ellos, y pesan infinito; veislos aquí, Señor, que los cargo sobre vuestras espaldas; llevadlos vos, y descargaréisme á mí. Oh alma, llegad vos tambien, y arrojad allí vuestra gran carga; ponéos á las espaldas de vuestro buen Jesú, y allí conoceréis lo que son vuestros pecados; mirad aquellas espaldas azotadas y abiertas por nuestras maldades, mirad los azotes que allí se descargaron por lo que vos debíades: *Et fui flagellatus tota die, et castigatio mea in matutinis;* Azotáronme (dice aquel mansísimo cordero) todo el dia, y castigábanme desde el amanecer. Y si quereis, alma, saber qué tantos azotes fueron, mirad lo que dice David: *Multa flagella pecatoris;* Muchos azotes le darán al pecador. Y pues tomó la voz de todos los pecadores, ha de llevar los azotes de todos los pecadores. Y por eso andaba siempre aparejado á diciplina; como cuando un religioso comete una culpa, que le manda el prelado aparejarse á diciplina, desnuda las espaldas, á do la recibe. Y esta dicen los hebreos que era ceremonia entre ellos, cuando hacian penitencia, andar así y ir delante de Dios, como quien se muestra aparejado para recebir los azotes y el castigo que merece, si el Señor se lo quisiere dar. Y por esto dice: *Quoniam ego in flagella paratus sum;* Yo siempre ando aparejado á diciplina. Y así era menester que anduviese quien tantos azotes y por tantos culpados habia de llevar. Porque, *Disci-*

plina pacis nostrae super eum, et livore ejus sanati sumus; La diciplina de nuestra paz sobre él, y con sus llagas y hinchazon y sangre sanamos. Díjolo galanamente Isaías: «La diciplina de nuestra paz sobre él. Cuando el padre está enojado con el hijuelo, azótalo, y los azotes son los que hacen las amistades, y parece que el muchacho queda contento con que ya ha pagado á su padre el enojo que le habia hecho, y han hecho las paces. Así, dice: «Los azotes que hicieron nuestras paces con el padre, cayeron sobre él.» Que san Pablo lo dijo mas en romance: «Plugo (dice) al Padre hacer un perdon general, y reconciliar á sí todas las cosas, pacificando por su sangre y cruz al cielo con la tierra, y á Dios con los hombres.

§. XXXVI.

Et stans retro secus pedes ejus, lacrymis coepit rigare, etc. Veis aquí, señores, dónde se descubre un vehemente dolor que esta mujer llevaba de sus pecados. En pié estaba, y mujer era de buen cuerpo; y con todo eso, fueron tantas las lágrimas, que bastaron á regar su pecho y ropa en que caian, y á correr y llegar á los piés del Redentor. ¡Oh dolor incomparable, el que esta penitente padecia! ¡oh fuego poderoso, el que te derretia el pecho, que le hacia salir el corazon deshecho por los ojos! Dice san Gregorio: «Cuando yo considero la penitencia de María Madalena, la lengua se me enmudece, las palabras se me atajan, el alma me desmaya; solos los ojos se hacen fuentes.» ¡Oh prodigio jamás oido! ¡Oh cosa nunca vista! ¿Quién tal creyera? Visto hemos muchas veces el cielo regar la tierra; pero ¿quién jamás oyó que la tierra riegue el cielo? Aquel que pisa el cielo, que se pasea por sobre las estrellas, ¿es llovido y regado con lágrimas de una pecadora? *Magna est velut mare contritio tua: quis medebitur tui;* Tan grande es el mar de tus ojos como el del Océano. Oh María, ¿quién te consolará? ¿Cómo recebirás consuelo en medio de tanto dolor? ¿Quién curará tu llaga y remediará tu llanto, desconsolada mujer? Oh alma mia, acompañad vos á María, y llorad mas que ella, pues son mas vuestros pecados que los suyos; llegad á aquellas espaldas del Hijo de Dios, haced escudo dellas contra la ira del Padre; que bien sabeis que si el esclavo ha ofendido á su señor, y le ve airado, acógese á las espaldas del hijo y escúdase con ellas, porque el padre no ejecute el golpe, viendo á su hijo delante y puesto de por medio! Oh, qué buen escudo vuestro Cristo en una cruz! Atravesadle entre Dios y vos, y escondéos tras de sus espaldas; que no será posible que cuando el Padre vea al Hijo en medio, los brazos extendidos hácia su Padre, y que os ampara, que no detenga la mano para no castigaros. No se contenta con esto María, mas derruécase á los piés del Redentor, y ásese con ellos, comiénzalos á lavar con lágrimas y á limpiar con sus cabellos, y á besarlos y ungirlos. Decia en su corazon, porque tenia ahogadas las palabras en el pecho: ¡Oh piés sagrados, que venistes del cielo por buscarme! ¿quién me dará que muera aquí asida con vosotros? ¡Oh piés enlodados y cansados en mi remedio! ¿cuántos pasos habeis dado en mi busca, y yo, desventurada, huyendo de vosotros por no ser hallada? Piés de mi remedio, y ¿será posible que me querréis perdonar? Piés divinos, ¿que os habeis de ver enclavados por mí, y es verdad que os tengo entre mis manos, y que lo sufris y que me esperais? ¿Qué no huis de tan abominable mónstruo como teneis delante? ¡Oh Maestro dulcísimo! ya me veo á tus piés; hé aquí la esclava huida que tanto tiempo buscaste; véngate, oh buen Señor, en esta malvada mujer. Pequé, Señor, y son mas mis pecados que las arenas del mar; no soy digna de mirar al cielo, por la muchedumbre de mis maldades: *Putruerunt, et corruptae sunt cicatrices meae, à facie insipientiae meae;* Mis llagas se han podrido, y se corrompieron con mis torpezas, y yo, siempre desventurada y necia, mas y mas pecando. Miserable soy tornada, y el peso de mis maldades me trae quebrantada, si tú, poderoso Señor, no me descargas. «¿Adónde están, Señor, tus antiguas misericordias?» Adónde aquel piélago de clemencia de que antiguamente usabas? *Numquid oblivisceris misereri Deus? Aut continebis in ira tua misericordias tuas?* ¿Por ventura, Dios mio, se te ha olvidado el oficio de hacer misericordias, y la detendrá tu ira para que no llegue tu clemencia hasta esta pecadora? Soylo, Señor: bien lo sabes tú, y bien lo sé yo. Pero pecador era el que te llamaba y decia: «Dios, sey propicio á este pecador.» Pues tú por tu sagrada boca dijiste que fué oido y quedó justificado; óyeme á mí, que tambien te llamo, y justifícame con tu gracia. Tú, oh buen Jesú, nos enseñaste á orar y decir: «Perdónanos, Señor, nuestras deudas.» Pues ¿será posible que, teniendo á tus piés la deudora que te demanda perdon, no la querrás oir ni perdonar? Al de los diez mil talentos perdonaste toda la deuda por solo que te lo rogó, perdona pues, oh dulce Jesú, á esta gran pecadora, que prostrada á tus piés te lo suplica. No puedes negar, Dios mio, lo que te suplico. Tu voluntad es la que deseo; que me justifique te pido: *Et haec est voluntas Dei, sanctificatio nostra;* La voluntad de Dios es nuestra justificacion. Tú dices que veniste á hacer la voluntad de Dios; pues cumple, Señor, con su voluntad y con tu oficio. No te pido, buen Jesú, sino tu deleite; este dices que es estar con los hijos de los hombres; pues tenme siempre contigo, y estáte, Señor, conmigo, para que tu regalo dure mas tiempo. ¡Oh inestimable misericordia! Oh inefable caridad! Oh amor suavísimo! mira que eres ajeno, mira que eres esclavo de tu misericordia, y como á tal te trata. El señorío del dueño sobre su esclavo es para bien; y mal tratalle para ahorcalle, para atormentalle y para quitalle la vida. Dime pues, Señor benignísimo, ¿quién te ha de atar sino tu misericordia? Quién te ha de poner en una cruz? Quién te ha de derramar la sangre y quitar la vida, sino esta gracia santa de tu misericordia, que tiene entero mando en ti? *Propter nimiam charitatem suam, quâ dilexit nos Deus, cum essemus mortui pec-*

calis, convivificavit nos in Christo; Por aquel exceso de caridad que nos tienes y con que nos amas, quisiste antes morir que dejarnos perder. Pues muévate, Señor, esa misma á que me perdones á mí, como te mueve á morir por mí. Dado te me ha tu Padre, mio eres ya; pues dame lo que es mio, y dáteme á tí, que eres todo mio. Diérontenos por medicina para nuestra salvacion, por sacrificio para nuestra reconciliacion, por sacramento para nuestra santificacion, por amparo para nuestra defension, por abogado para nuestra alegacion, por precio para nuestra redencion, por premio para nuestra glorificacion; pues si eres medicina, sana esta tu enferma; si eres nuestro sacrificio reconcíliame con tu padre; si eres nuestro sacramento, santifícame y seré santa; si eres nuestro amparo, defiéndeme de mis enemigos y de mí misma; si eres nuestro abogado, alega en mi favor delante de tu Padre, porque no venzan mis enemigos y sea yo confundida; si eres nuestro precio, paga mis deudas, porque no sea yo entregada en la cárcel perpetua del infierno; y si eres nuestro premio, dame tú el mérito, para que merezca la gloria del gozarte. Mira, Señor de las misericordias, que si tú no quitas mis miserias, por demás habrás aparejado en buscar á esta pecadora. Pues, *Quae utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem?* ¿Qué provecho te viene á tí, Señor, de mi sangre y de que yo baje al abismo del infierno? *Quoniam non infernus confitebitur tibi, neque mors laudabit te, neque omnes qui descendunt in lacum;* No te confesará el infierno ni te alabará la muerte, ni los que deciendeu en el espantoso lago del abismo. Antes, Señor, *Vivens, vivens confitebitur tibi, sicut et ego hodie;* Los vivos, los vivos, Señor, son los que te alabarán, como yo lo haré agora; y de los pecadores sacarás, Dios mio, tu alabanza; que poca le viene al médico de la salud de los sanos, sino de la cura de los enfermos. ¡Oh fuente de misericordia! lava mis miserias; no consientas, Señor, que se pierda la que se acoge al amparo de tu sombra. Allá á Rut, que se acogió al tabernáculo de Booz, con ir harta y bien cenada, la recibió por su esposa. Pues mira, regalo de mi alma, que es uno de tus abuelos; no me deseches á mí, que, hambrienta de tu gracia, he huido al sagrario de tu misericordia. No quiero yo, hermosura de los ángeles, resplandor de la gloria, que me recibas por esposa, como á Rut, mas solo que me admitas por esclava, como á Agar. ¿Qué bien te vendrá á tí, oh espejo de los santos, de dejarme abrasar en los infiernos? ¿Tú no aborreces tanto el pecado, que darás la vida y morirás por matallo? Pues quita, Señor, y mata los mios, y no verás lo que tanto ofende á tus ojos. ¡Oh socorro único desta alma desamparada! socórreme, pues te llamo; deten la corrida que lleva, con que me voy á despeñar en el fuego del infierno. Deten, deten, Señor, la furia de mis pecados; manda á la tempestad que cese y á los vientos que no soplen, y di á las ondas de mi perdicion que estén quedas, y luego se hará gran bonanza en mi alma. Ayer, oh vida de los hombres, dijiste á los que llevaban las andas de aquel mozo difunto que se detuviesen, y se pararon, y le resucitaste. Manda pues agora á mis vicios, que me llevan á la sepultura del infierno, que se detengan, y lo harán; y da, Rey mio, un grito á mi alma, y se levantará de la ataud de mis pecados. ¿Qué te haré, solo descanso mio? ¿Cómo te podré mover á misericordia, sino mostrándote mi miseria? Héme aquí rendida, piadoso Juez mio; hé aquí tu enemiga, que se te entra por las puertas de tu clemencia; hé aquí la que te ha hecho guerra, la que te ha derrocado mil almas en el infierno. Yo, ingrata, mala, desconocida, yéndome por los anchos prados del pecado, corria á rienda suelta tras mis contentos, como caballo sin freno, sin curar de que me llamabas y que ibas en pos de mí, y yo huyendo siempre de tí. ¡Oh cuántos dias y meses y años me he revolcado en mis torpezas, contenta con el cieno de mis viles y asquerosos deleites! ¡Cuántas veces comia y me deseaba hartar del manjar que comian los puercos, que son los demonios, hecha mucho peor que el hijo pródigo. Y lo peor es, que allí estaba yo muy contenta. ¡Dejé tu casa y compañía, oh hermosura eterna, dejé la conversacion de los ángeles, apartéme de tu gracia, perdí el regalo que gozan tus hijos; y siéndolo yo tuya, no mirando á tí, que eras mi padre, ni á lo que que á mi sangre y linaje debia, como vil y mala ramera, y adúltera del demonio, te afrenté á tí, oh Padre bonísimo, injurié á mis hermanos los ángeles, destruíme á mi y perdíte á tí. Confiésome, oh solo descanso mio, y descúbrote yo todas mis llagas, para que tú me apliques la medicina. Delante de tí me acuso, Señor Dios mio, y no lo callaré, mas diré mis flaquezas en tus oidos; quizá tendrás por bien de haber lástima de mí. Y lo que ante tí digo, Señor Dios, es afrenta mia grandísima; mas diréla para gloria tuya: cegada me ha tenido mi enemigo hasta agora, que ni te conocia á tí ni me via á mí. Verdaderamente cuando el demonio engañó á nuestros padres, aunque les mintió en parte, pero creo que no en todo: «Serán, les dijo, vuestros ojos abiertos si comeis de la fruta vedada.» Cierto es que abiertos tenian los ojos, bien se vian á sí mismos y á la serpiente y á cuanto estaba en el paraíso. Tampoco eran nuestros padres tan ignorantes, que no entendiesen que el demonio no podia hablar de los ojos corporales, pues los tenian abiertos. Y grandísima verdad les dijo, aunque no en el sentido que ellos lo entendieron. ¡Oh, qué ciego está un hombre en algunas cosas antes del pecado! ¡Qué léjos de saber mal alguno! No ve infierno, no se acuerda que hay fuego allá; no teme pena, porque no tiene culpa; no ve que hay juez, porque solo conoce padre; nada le espanta, no ve el pecado, no sabe que hay deleite; anda seguro y confiado. Solo mira al cielo, solo ve la gloria de los bienaventurados, solo conoce á su Padre celestial, que le regala y le trata como á hijo. Con él habla, en él piensa, á él ama, para aquello tiene ojos de lince; ciego al mundo, no ve las vidas ajenas, no juzga de nadie; á todos ama, de todos dice bien; todo cuanto ve le parece bueno, todo se le torna luz; así como el que ha mirado al sol, que

donde quiera que vuelve los ojos le parece que ve solos, así tambien el bueno, que tiene hechos los ojos á la luz en que andan y viven los hijos de Dios, todo lo que miran se les hace luz; y metidos dentro de las tinieblas deste mundo, como tienen los ojos encandilados con el resplandor de la virtud, no ven nada de lo que hay acá. Y por esto los pecadores y los hijos de las tinieblas les engañan; como cuando algunos están en una pieza no muy clara, que ven cuanto está dentro, y dan con los dedos en los ojos al que viene del sol, y no los ve. Y por eso, Señor, dijiste por san Lúcas: *Prudentiores sunt filii hujus saeculi filiis lucis in generatione sua;* Mas prudentes, mas astutos, mas diestros son para sus negocios los hijos deste siglo que los de la luz. Porque, como no ven nada en lo escuro de los tratos y negocios mundanos, fácilmente los engañan los malos, que tienen hechos los ojos á las tinieblas del mundo. Así que, aunque tienen ojos, como los tenia Adan, solo los tienen para lo bueno. Mas si tu gracia los desampara alguna vez, si tú escondes la luz de tu rostro, y los dejas de la mano, ¡oh, cómo se les abren entonces, y qué de cosas ven que no vian! Ya ven infierno, ya los calienta aquel espantoso fuego, ya los espanta la pena, porque se ven con la culpa; ya ven el juez airado, que les amenaza. Todo les espanta; ya ven el pecado, ya conocen el mal que les trujo su deleite; andan medrosos, desconfiados, de todo se temen. ¡Oh, qué de cosas se les descubren á la hora, que antes no las vian y les estaban escondidas! Luego verdad les dijo en esta parte aquel padre de mentiras, que se les abririan los ojos, y sabrian el bien que perdieron y el mal que ganaron; y de aquí tomó orígen el refran que decimos: «Que el bien no es conocido hasta que es perdido.» Esto, Dios mio, sélo yo de experiencia y muy á costa mia. Amábate otro tiempo mi alma, en tí tenia todo regalo y contento, á tí solo te deseaba; tú eras la fuente de su vida, sin tí ni tenia bien ni le queria, en tí gastaba sus pensamientos, contigo tenia sus ratos y pasaba sus conversaciones. No sabia entonces de mal, y porque «un contrario se conoce por su contrario», apenas tampoco conocia este mi bien que tenia, y de que entonces gozaba. Pequé (¡ay desventurada de mí!) abriéronseme los ojos, comencé á perder de vista esta mi gloria, descubrí mi perdicion, vi mi caida en un infierno, apartada de tí, Dios mio, y hecha esclava de mis pecados. Entonces comencé á ver lo que antes no via; parecíame el vicio digno de ser amado; las tinieblas se me antojaban luz; amaba yo, cuitada, lo que habia de aborrecer; moria por alcanzar lo que me mataba. Ya el cielo me parecia feo, y el sol sin hermosura; solo me agradaban las criaturas y me deleitaban las cosas de la tierra. La hermosura me parecia que estaba en el cieno de mis torpezas y abominables pecados, y esta sola buscaba, y dejábate á tí, belleza infinita. Comia y bebia de la fuente de los deleites humanos, y parecíale á esta mala sierva tuya que no habia otra gloria que se pudiese desear. Envolvíame mas y mas, y enredábame en la liga de mis maldades, y para mi mal tenia ojos de lince. Al fin, en medio de mi perdicion, contenta con mi daño, me espantaba cómo antes no habia caido en la cuenta de aquella felicidad ponzoñosa, de que entonces gozaba; y pesábame grandemente por el tiempo que sin ella habia pasado. Pues ¿qué hacias tú, oh bien de mi alma, al tiempo que esta perdida oveja tuya andaba paciendo la mala yerba en los ejidos del demonio, y cuando bebia las turbias aguas del rio de la muerte? Dábasme voces, oh buen pastor mio, y decias: *Quid tibi vis in via Aegypti, ut bibas aquam turbidam? Et quid tibi cum via Assyriorum, ut bibas aquam fluminis?* ¿Qué buscas, alma perdida, camino de Egipto? ¿Dónde vas, que beben de balsas y es el agua turbia, que te matará? ¿Qué tienes tú que ver con el camino de los asirios, que tienen malos rios y peores aguas? ¡Oh alma! ¿por qué vas camino de tinieblas? que eso quiere decir *Egipto;* ¿camino donde no hallarás sino angustias? que tambien significa esto. Mira que no hallarás contentos verdaderos, sino aguas turbias y cenagales de pecados. Y ¿por qué te vas por el camino de los asirios, los pecadores, donde no hallarás sino las aguas del Eufrates, que riega á Babilonia, que son los deleites mundanos, con que se aumenta la ciudad de los pecadores? *Onager assuetus in solitudine, in desiderio animae suae attraxit ventum amoris sui: nullus avertet eam;* ¡Oh mas bruta que el asno salvaje torpe, que de léjos huele el aire de sus amores, eso es, de la hembra, y va con ímpetu, sin haber quien le detenga; así sigues tú tras tus contentos y te vas tras las ocasiones á rienda suelta. *Prohibe pedem tuum à nuditate, et guttur tuum à siti;* Guarda, alma, que el camino es áspero y espinoso, y llevas desnudas las plantas. Vuelve, vuelve á mí; no te me vayas, que te ahogarás de sed. Así me dabas grandes voces y me llamabas, Dios mio, Rey mio, misericordia mia; mas yo, cuitada, no curaba de responderte, alejándome siempre mas de tí. Tú, amador de mi alma, no cansado por eso, me rogabas: *Revertere, virgo Israel, revertere ad civitates tuas istas. Usquequò deliciis dissolveris, filia vaga? Quia creavit Dominus novum super terram: femina circundabit virum;* Vuelve, vuelve, hija de Israel, vuelve á tus ciudades, hija del fuerte, del que ve á Dios; mira que son tuyas y para tí; vuélvete á Jerusalen la celestial, á la ciudad del cielo, á tus vecinos los ángeles, que solian ser; mira, alma, que te desean, que te llaman, que te ruegan, que te esperan. «¿Hasta cuándo te irás tras los deleites, hija vagabunda? Pues el Señor hará una cosa nueva jamás oida, que una hembra cerque á un varon.» Hé aquí, Dios mio, hé aquí tu misericordia, que aun en medio de mi olvido y de tu ofensa, me llamaba y me despertaba; pues ya por tu sola bondad me vuelvo á buscarte. Ya se cumple esta novedad que dices. Cosa nueva por cierto, pues las mujeres son las servidas, las requeridas; los varones son los que las sirven, las festejan, las requieren y dan vueltas, y los que les pasean la calle y les rondan la casa; cosa nueva seria que la mujer recuestase al hombre, lo requiriese y le rusae la calle;

que esto es «cercar la mujer al varon». Pues, ¡oh varon perfetísimo! tú, que por mí te heciste hombre, hé aquí cumplida esta novedad. Yo soy la mujer que te busco, yo la que te requiero, te rondo la casa de Simon, te cerco y abrazo los piés porque no te me vayas; no me deseches de tu presencia, Señor; déjame morir aquí á tus piés, para que encamine los mios *in viam pacis*.

§. XXXVII.

Lavaba Madalena los piés del Redentor con sus lágrimas, alimpiábalos con los cabellos, besábalos y ungíalos, y en todo este tiempo no se oia palabra de su boca, solo se derrite en fuego de amor; y así como un leño verde puesto al fuego, en calentándole por esta parte comienza á distilar el humor que tiene por la otra; así, en calentando el amor divino aquel corazon verde y mundano de la Madalena, comienza á salir el humor por sus ojos en tanta abundancia, que *Stans retrò secus pedes, etc.*; que aun estando en pié bastó para regar los del Redentor. Y es de suerte que, desmayada de amor, da consigo á los piés del Redentor. Pues María, ¿todo ha de ser llorar? ¿No hablaríades algo? No diríades alguna palabra? Calla María, y solo hablan los ojos y el corazon. Pues vos, Redentor de la vida, ¿no le diríades algo? Mirá que esa triste mujer se convertirá en fuente, como otra Biblis ó Aretusa. Mirá, Señor, que aquellas lágrimas ya no son de agua, sino de fuego; mirá que es el humor vital que sale por los ojos, y deben de salir á vueltas dél las entrañas derretidas con el fuego de amor que le abrasa el pecho. ¿Quereis, buen Dios, que se le acabe la vida y se despida el alma de su cuerpo antes que vos la despidais de vuestros piés?

§. XXXVIII.

¡Oh lágrimas derramadas por Dios, y cuánto valeis y cuánto podeis y cuánto acabais! Acabais cosas que al parecer humano son imposibles. Es el agua de la picina, que sanaba de todas las enfermedades. Mas aquella de Jerusalen sanaba á uno solo; vosotras sanais á cuantos lloran como deben. ¿Quién dió la salud á María sino el baño que hizo de vosotras, con que lavó los piés de Cristo y desenlodó los lodos de su conciencia? Quién vió salir de Jerusalen al pueblo de los judíos? Quién vió llevar á Babilonia los pocos que habian quedado vivos y escapado de las llamas que abrasaron aquel famoso templo y soberbias torres, y suntuosas casas de aquella miserable ciudad, ejemplo del furor y saña del airado Dios del cielo? Iban atadas las manos blandas de las doncellas tiernas, hinchadas con los ásperos y apretados ñudos de los cordeles, descalzos los delicados piés, regando con la roja sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia; los inocentes niños, asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor y á quedar tendidos en aquellos campos para ser comidos de las fieras y de los perros; los viejos ancianos, reservados por algun hado cruel para ver tan desastrados casos, iban atadas las sagradas gargantas, ahogados del dolor, dando mortales suspiros; quedaban degollados los mas valientes y toda la flor y fuerza de su ejército, y los sacerdotes muertos; porque en medio de las sagradas víctimas que ofrecian á Dios en su santo templo, llegando á deshora el bárbaro enemigo, no respetando al cielo ni á las venerables canas, ni á las consagradas estolas con que estaban adornados, los degollaban entre los sacrificios, y salia la sangre junta á mezclarse con la de los novillos que sacrificaban por aplacar la gran majestad de Dios airado. Iban pues cautivos aquellos desdichados; y puesto que con el miedo que llevaban no osaban hablar palabra, porque ni aun para quejarse se les daba licencia, á lo menos los ojos, que, como tan libres, no podian ser impedidos, hacian su oficio derramando lágrimas, y regando con ellas los caminos y campos por donde pasaban. Dice la Escritura sagrada que iban y lloraban, y sembraban su semilla. Y llama *semilla* á las lágrimas; de suerte que iban sembrando lágrimas, que verlos quebraban el corazon. Eran la semilla del infinito gozo que habian de coger del cautiverio: *Venientes autem venient cum exultatione*, dice el salmo. Es verdad que iban llorando y sembrando lágrimas, pero volverán con gozo y regocijo, trayendo los manojos que habrán nacido de las lágrimas que sembraron. Y porque dos salmos nos dicen así la cautividad y lágrimas que derramaron y sembraron, como tambien la vuelta alegre, y el grande y copioso fruto que dellas cogieron, quiero ponellos aquí entrambos, primero el que habla de su cautiverio y de la destruicion de su ciudad y templo, y después el que pinta la vuelta que hicieron cuando, por mandamiento de Ciro y Dario, volvieron á reedificar el templo de Dios, y á poblar y habitar otra vez la ciudad asolada. Dice pues así el primero:

SALMO CXXXVI.

Super flumina Babilonis.

Ya de Asia la cabeza,
Señora de las gentes,
Del gran Dios de Israel sacra morada;
Deshecha pieza á pieza,
Muertos los mas valientes,
Pasados por los filos de la espada;
Quedaba derrocada,
Sus torres por el suelo;
Y sus soberbias casas
Ardiendo en vivas brasas,
Subia el humo y llamas hásta el cielo,
Y las tiernas doncellas
Con su llanto apagaban parte dellas.

Las madres miserables,
Pasadas de mil hierros,
Con sus dulces hijuelos abrazadas,
Aquellos intratables
En presa de sus perros
Las daban, adonde eran sepultadas.
Las damas regaladas,
El blanco pié por tierra,
De su sangre esmaltado,

Iban como ganado,
Siguiendo al vencedor por valle ó sierra;
El brocado y arreo
Trocado en un cilicio negro y feo.

El bárbaro enemigo,
Con un crudo semblante,
Lleva puesta la espada á sus gargantas;
No reconoce amigo;
Los viejos van delante,
Atadas en prision las manos santas;
Y desnudas las plantas,
Llagadas con abrojos,
Caminaban cautivos
Los que quedaron vivos,
Regando con las fuentes de sus ojos
El áspera carrera
Que guia á Babilonia y su ribera.

Mas, ya que se apartaban
De su ciudad sagrada
Para no poder mas tornar á vella,
Los llantos renovaban,
Viéndola despoblada,
Desnuda de su gloria antigua y bella;
Y vuelto el rostro á ella,
Levantados los ojos,
Suspenso el sentimiento,
Robado el pensamiento,
Con el mortal dolor de sus enojos,
Ya que se despidian,
Con voz ronca y mortal así decian:

«¡Oh patria lagrimosa!
Oh templo sacrosanto,
Del espantoso Dios alta morada!
»¿Qué's de la vitoriosa
Mano que pudo tanto,
Domando mil naciones á tu espada?
»Agora derrocada
Te vemos por el suelo,
Y tus soberbias puertas
En negro carbon vueltas;
Castigo del airado Dios del cielo.
»¡Oh madre Sion triste!
Cautivos van los hijos que pariste.

»Adios, monte de gloria,
Adios, templo sagrado,
Adios, Jerusalen, sola, desierta;
»Olvida la memoria
Del contento pasado,
Y ya de hoy mas al bien cierra la puerta;
»Y pues es cosa cierta
Que nuestros tristes ojos
No volverán á verte,
Adios, hasta la muerte;
Que el enemigo apaña los despojos,
»Y manda que partamos
A Babilonia, á do sin ti muramos.

»De léjos descubrimos
En un llano espacioso
A la gran Babilonia levantada;
»Sus altos muros vimos,
Y el alcázar costoso
Do yace Semíramis sepultada;
»De torres rodeada,
Que amenazan al cielo,
Y del Eufrates ceñida,
De quien es defendida,
Que con sus aguas riega el fértil suelo;
»Y vimos la ribera,
Cual la pinta la dulce primavera.

»Cansados del camino,
Sobre la alta corriente
Con un ansia mortal nos asentamos;
»Llorando el hado indino
De nuestro suelo y gente,
De ti, madre Sion, nos acordamos,
»Y al alto cielo alzámos
Los ojos á miralle;
Mas ¡ay! que al fin no era
Aquella la ribera,
Ni aquel el sol ni cielo, sierra ó valle,
»Ni aquel el claro dia
Que en ti, Jerusalen, resplandecia.

»Las arpas y vihuela,
Los instrumentos santos
A tu gran majestad, Dios, consagrados;
»¿Quién hay que no se duela?
Pues que con nuestros llantos
Están del sentimiento destemplados,
»Y en los sauces colgados,
Oyendo nuestros pechos
Otra música, llena
De lágrimas y pena,
Con instrumentos de los ojos hechos,
»Y las voces que suenan,
Sospiros son que á Babilonia atruenan.

»A mirarnos salian
Los bárbaros paganos,
Y burlando de nuestra dura suerte,
»Palabras nos decian
Los fieros inhumanos
Mucho mas dolorosas que la muerte:
»—Cantadnos de la suerte
Que en Sion la famosa
Cantábades canciones
Con acordados sones,
Ora en salmos, en himnos, verso ó prosa;
»Templad un instrumento,
Y desplegad la voz al blando viento.—

»Bien es hablar al viento
¡Oh gente cruda y fiera!
Pedir á un lastimado alegre cara.
»No da un triste contento,
Mal cantará el que fuera
Mejor que vida y alma le dejara.
»Y pues la suerte avara
Nos trujo á tierra ajena,
¿Cómo podrá la lengua,
Cantar, sin hacer mengua,
Cantares del Señor? ¡Ay dura pena!
»Dejadnos llorar tanto,
Que se acabe la vida con el llanto.»

Muera yo en triste llanto,
Y mi mano me olvide,
Jerusalen, si acaso te olvidare.
Y si alguna vez canto
Lo que el bárbaro pide,
Mientras que de ti ausente me hallare;
Y si jamas callare
Tu gloria y alabanza,
Mi lengua quede helada

Y al paladar pegada,
De tan grave maldad justa venganza;
Pues mal pareceria
Poder tener sin ti bien ni alegría.

Y si bien, si alegría
Algun tiempo tuviere,
De quien Jerusalen no tenga parte,
No goce el claro dia,
Y el bien que Dios le diere
Le pierda, y se reparta en otra parte.
Véame de tal arte,
Que el airado enemigo
De mi mal se enternezca
El dia que acaezca
Tener sin ti contento. Sey testigo,
Señor, desto que juro;
Porque esté de cumplillo mas seguro.

Fuerte amparo y seguro,
Defensa valerosa
Del alma, que en servirte á ti se emplea
Pues eres nuestro muro,
Vuelve tu poderosa
Mano á aquel que te ama y te desea;
Y mira que Idumea,
Cuando el duro enemigo
Los muros derrocaba,
Era la que llamaba
Con voz horrenda al bárbaro su amigo:
«Derrocad los cimientos,
No quede de Sion ni aun fundamentos.»

¡Oh, ciudad miserable,
Babilonia sangrienta!
No tengas otro canto mas sabroso;
Y un caso lamentable
Te pague en igual cuenta
Con castigo que al mundo sea famoso.
¡Oh felice y dichoso
El que, en venganza fiera
Del mal que nos has hecho,
Pasare pecho á pecho
Tu gente con la espada carnicera,
Tus viejos desdichados,
Para morir mil muertes reservados!

¡Oh bienaventurado
Quien tus tiernos hijuelos
De las cuitadas madres arrancare;
Y en alto levantado
El brazo, por los suelos
Sus celebros en piedras quebrantare;
Y el que no se ablandare
Al llanto y las querellas
De las mas regaladas,
Pasando las espadas
Por las gargantas tiernas, blancas, bellas,
Y el que tus torreados
Muros deje en mil llamas abrasados!

§. XXXIX.

Hé aquí cómo en este salmo se nos pinta la sembrada de lágrimas que hicieron, yendo cautivos, los del pueblo de Dios; veamos agora el regocijo que tuvieron á la vuelta, que fué el fruto de aquella semilla. Dice pues así el salmo:

SALMO CXXV.

Cuando al Señor del cielo
Le plugo levantarnos el destierro,
Se nos volvió en consuelo
La pena, cárcel, grillos y su hierro.
Y tal fué la alegría
Que nos vino tras tanta desventura,
Que, puesto que se via,
Mas nos pareció sueño que soltura.
El rostro señalaba
La risa que nacia del contento,
Y la lengua cantaba,
Desplegando la voz al blando viento.
Cuando volver nos vieron
Los que de nuestro mal fueron testigos,
Espantados dijeron:
«Tratado los ha Dios bien como amigos.
»Con gloria, con grandeza,
Con abundantes bienes, con despojos
Los vuelve á tanta alteza,
Cuanto vieron jamás humanos ojos.»
Decis verdad en esto,
Que el ínclito Señor nos ha mirado
Con apacible gesto,
Y en contento el dolor nos ha trocado.
Señor, nuestros cautivos
Vuélvelos como arroyo en seca tierra,
Y suple con los vivos
La mengua de los muertos en la guerra.
Como en la ardiente Libia,
Cuando el rojo Leon le abrasa el suelo,
Si el labrador la alivia,
Torciéndole del agua el grato hielo;
Así será templada
La fuerza del dolor del cautiverio,
Si por tí es reparada
Volviéndones á nuestro antiguo imperio.
Y como cuando mueve
El ábrego lluvioso, que desata
De las sierras la nieve,
Y las nubes condensa, aprieta y ata,
Y las revuelve en lluvia,
Hinchendo los rios, las canales,
Y deja el agua turbia
La señal de sus fuerzas desiguales;
Así tal crecimiento
Nos da, Señor, y fuerzas tan pujantes,
Que este contentamiento
A envidia mueva al que á dolor movió antes.
Renueva Dios agora
La salida que hiciste en el desierto,
Del pueblo que te adora,
Y acuérdate, Señor, de aquel concierto.
Y así como rompiste
De un peñasco pelado agua copiosa,
Y en la austral tierra diste
Estanques de agua mas que miel sabrosa;
Así en esta salida
De Babilonia acude y nos consuela,
Y da refresco y vida
Al pueblo que en servirte se desvela;
Porque entonces, volviendo
Con el bien que tu mano rica encierra,
Será volver cogiendo
Lo que sembramos yendo en seca tierra.
Cual labrador que mira
El campo estéril, siembra descontento

Su pan, gime y sospira;
Mas, si le acude, coge de uno ciento;
Así los que sembraron
Lágrimas entre espinas y entre abrojos,
Después cuando tornaron
Cogieron de alegría mil manojos.

Hasta aquí es el salmo, donde se descubre el gran fruto que traen las lágrimas al que las derrama. Parece que quiere decir el autor deste salmo que para que el que siembra en secano coja fruto ha menester aguardar buen tempero, cuando la tierra está llovida y bien calada de agua del cielo, entonces hace buen sembrar; pues así los judíos iban regando con lágrimas la tierra donde sembraban sus trabajos y cautiverio, para que naciese bien el fruto del consuelo y vuelta que esperaban. Así, ni mas ni menos, los santos no se hartaban de llorar y derramar lágrimas; porque, como vian que esta tierra maldita de nuestro cuerpo es seca y estéril, y que le habian dicho allá en el paraíso: «Espinas y abrojos te producirá;» parecíales que para hacella fértil y de mucho fruto el remedio mejor era regalla á menudo, como á tierra delgada y flaca, y por eso lloraban tanto. Y por lo mismo dijo nuestro Redentor: «Bienaventurados los que lloran, porque sacarán fruto de consuelo.» ¿Qué otra cosa pensais que son las lágrimas que lloramos, haciendo penitencia, sino una semilla que sembramos, que por cada grano nos han de dar ciento de gloria? No es lágrima que se llora, sino grano de trigo que se siembra. En el capítulo 31 de Jeremías va Dios diciéndoles á los de su pueblo palabras de gran regalo; y habla de cómo los habia de volver de la cautividad, adonde por sus pecados los llevaron los enemigos; y dice el Profeta, ó Dios por el Profeta: «Ya mi pueblo me parece bien; ya ha hallado gracia delante de mí; ámole y no le puedo negar, y este mi amor no está prendido con alfileres que se caiga así como quiera, que es perpetuo el amor que le tengo; y así lo he vuelto á mí, apiadándome de velle tan lastimado. Otra vez volveré á reedificar tus muros, vírgen de Israel. Aun bailarás al son de los adufes y panderos, y te hallarás en los coros de las danzas. Mira que yo traeré á mis siervos de allá del setentrion, y los ayuntaré y volveré de los rincones mas apartados de la tierra; las lágrimas que al ir derramaron por el sobrado dolor, al venir las derramarán por la demasiada alegría. Traerémelos yo por las riberas de las aguas, y vendrán camino derecho, no por rodeos, como lo hice con sus padres allá en el desierto; regalallos he, ninguno se me cansará; porque soy padre de Efrain, y mi primogénito es Israel.» Hasta aquí dice Dios. Con cuánta terneza consuela á los que lloraron, con que por ventura las lágrimas de aquellos fueron, no tanto por sus pecados, como por los males que de allí les nacieron. Pues ¿cómo consolará el Señor y cómo enjugará los ojos que lloran porque le ofendieron? No es tesoro este de las lágrimas que se sufra derramar y que no vaya perdido, sino cuando se derrama por pecados. Solo por haber ofendido á Dios se puede y debe llorar. Dios ofendido, ¿quién no llora? ¡Oh alma, si supieses qué cosa es Dios, y ese ofendido, y qué poca agua tiene el mar para pagar llorando una sola ofensa de Dios! Por menos ocasion que esta dice Jeremías: «Hija de mi pueblo, deja las galas y vestidos de fiesta; cúbrete de cilicio y esparce ceniza sobre la cabeza; llora como quien ha perdido un solo hijo, y sea el llanto amargo y doloroso.» Llanto de unigénito quiere Dios que haga su pueblo, por el sentimiento del castigo que le ha de venir. Si una persona principal no tuviese mas de un solo hijo, del cual cuelgan todas sus esperanzas, y que en él y con él se acabase su nombre y casa, y ese le viese ya difunto delante de sus ojos, ¿qué palabras bastarian para consolalle? ¿Qué ejemplos se le podrian traer que fuesen parte para aplacalle su dolor? Un solo hijo, y ese malo, se le murió á David, y tal, que se le rebeló y alzó con el reino, y le persiguió para quitalle la vida, como de hecho se la quitara si Dios, que guardaba al buen viejo de David, no desbaratara el consejo de Aquitofel; y cayendo en la batalla, y alanceándole Joab, y oyéndolo David, fueron tales los extremos que hizo, tantas las lágrimas que derramó, tan dolorosas las palabras y tan tristes las lamentaciones que dijo, que todo el ejército, que venia con la alegría con que suelen volver los vencedores, cuando oyó decir el sentimiento que el Rey mostraba, y las lástimas que hacia por la muerte de un parricida de pensamiento, se turbó y no osó llegar adonde estaba llorando el Rey. Pues malo era, pues otros le quedaban, pues no era digno de tales lágrimas; traidor era á su padre, pecador á Dios, alborotador al reino, condenado por la ley, violador de las divinas, naturales y humanas; ¿y tras todo esto, llorado, tan suspirado, tan lamentado? ¿Qué hiciera si fuera santo y pio para Dios, obediente y humilde para su padre, provechoso y justo para el reino, solo y unigénito para la casa real? Y si el santo rey David no se podia consolar de la muerte de tal mónstruo, furia del infierno, infamia de hombres, afrenta de hijos, ¿cómo se consolara si fuera tal que mereciera tal llanto? ¿Quién vió los sentimientos del buen patriarca Jacob cuando oyó la falsa nueva de la fingida muerte del muchacho Josef? Mostráronle la ropa galana que le habia hecho; porque le amaba ternísimamente y traíale muy polido; tomóla, miróla, vuelve y revuélvela, vela rota, despedazada, bañada de sangre, medio seca y denegrida; conócela, aunque tan mal parada; levántase el santo viejo de la silla, rasga sus vestiduras, comienza á derramar lágrimas y á dar voces, diciendo: «¡Ay de mí, que alguna mala fiera ha devorado á mi hijo Josef! ¡Oh fiera cruel, que has encerrado en tus entrañas las de mi hijo y las mias, abrasada te vea de mal fuego, que por tí se acabó para mí el contento en esta vida!» Vistióse Jacob de cilicio, derrocóse en tierra, salian dos fuentes de sus ojos, que regaban aquellas venerables canas, y ni su dolor tenia modo ni su llanto tregua, ni su descanso recebia consolacion. Oyéronlo decir sus diez hijos, vinieron todos cargados de luto, los semblantes tristísimos, comienzan á consolarle lo mejor que cada uno sabia; mas el santo viejo no quiso

ni pudo tomar consuelo, pues once hijos le quedaban, nietos, y muchos tenia dellos; no era Josef solo ni el primogénito, y con todo eso, le llora así. Pues no quiere Dios que sea como este el llanto de su pueblo, ni como las *endechas* con que lamentaba David; sino mucho mayor, como de cosa mas cara, cómo de cosa que tocó mas en lo vivo, mas sentible y mas apreciada; en fin, como de unigénito. Pues considerád agora, hombres, no á Absalon alanceado, no á Josef muerto, no á Tobías ausente ni Jerusalen abrasada; sino vuestra alma en pecado, y que por él está muerta, y que es sola, que no teneis dos, y que la muerte es eterna, el ofendido es Dios, lo que se pierde es el cielo, lo que se gana es un infierno; y ¿qué tal será razon que sea el llanto que ha de bastar á igualar á tantos daños? Si la Vírgen benditísima lloró con tanto dolor la pérdida corporal de solos tres dias del niño, ¿cómo se podrá llorar la eterna de Dios y sin esperanza de gozalle jamás, si su misericordia no se pone de por medio? «¡Ah Señor (decia el santo rey David á Dios), que una noche os ofendí, y quedó tan sucio mi lecho, que no hago sino jabonalle cada noche con lágrimas de mis ojos, y nunca acabo de lavarle!» Son las lágrimas una picina turbada, que tiene Dios vinculado en ella su consuelo. Y por esto decia el Señor: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» ¡Qué consolado, qué alegre queda uno cuando ha llorado sus pecados, cuando ha hecho una confesion general! Como uno que ha acabado de pagar sus deudas, ¡qué ligero, qué aliviado se halla, qué carga desecha de sí! «Señor (dice el otro), ¡bendito sea Dios! Que no debo nada á nadie; que me parece que me he quitado un Moncayo de encima.» Así, los que lloran, ¡qué contento tienen, y qué ánimo toman para pedir á Dios y para acabar con él todo cuanto quisieren! Lloraba Esaú á voz en grita porque su hermano Jacob le habia hurtado la bendicion, y porque su padre no le daba á él ninguna. Dícele Isaac: «Ya la he dado á tu hermano, hele fortificado con pan y vino, héchole señor de sus hermanos; pues tras esto, hijo mio, ¿qué te puedo dar á ti?» Fueron tantas las lágrimas, y tanto lo que lloró, y tan grande su importunacion y molestia, que al fin sacó bendicion donde no la habia. Pues si las lágrimas de Esaú movieron á Isaac para que no dejase desconsolado á su hijo, y sacaron lo que parecia imposible, ¿qué os parece que sacarán las lágrimas de un penitente, de un corazon ternísimo, de Cristo herido y alanceado por amor del pecador? Son las lágrimas la moneda con que se pagan y desquitan los pecados; de manera que entre Dios y el hombre hay libro de gasto y recibo. El gasto del pecador son los pecados, y el recibo de Dios son las lágrimas. Y así como para averiguar las cuentas con vuestro tesorero haceis que os trayan delante los libros del gasto y del recibo para ver quién alcanza al otro; así Dios, para ver lo que cada uno paga ó debe, pone delante los pecados que el pecador cometió y las lágrimas que lloró por ellos. «Pusistes, Señor (dice David), nuestras maldades en vuestra presencia.» Y cierto está que por este libro del gasto, condenado quedaba el pecador; porque, «¿quién hay que no peque?» dice la Escritura; mas es Dios tan bueno, es tan dulce y tan enemigo de castigarnos, que saca luego el otro libro para ver por allí lo que su majestad ha recibido en desquite de nuestras deudas. Y así, dice en otro salmo: «Pusistes, Señor, mis lágrimas en vuestra presencia.» Como si dijera: Cuando abristes, Señor, el libro donde teníades asentado el gasto de mis pecados, y leistes allí mis muchas maldades, las grandes mercedes que de vuestra santa mano he recibido, y el mal barato que dellas y de cuanta riqueza me habeis entregado he hecho, y que he gastado mal vuestra sangre, tantos sacramentos, tanta palabra divina, tantas buenas inspiraciones, tanto tiempo de espera que me habeis esperado y sufrido; y que de todo esto, y mucho mas que no cuento, he abusado, lo he gastado, lo he perdido y despreciado; cuando vi, Dios mio, que andábades sumando las planas y qué multiplicábades las partidas, yo me dí por perdido, y no me quedaba ya que esperar sino solo el infierno. Mas, cuando tras esto os vi abrir el libro de las lágrimas que he llorado por haberos ofendido, y que mirábades aquel *peccavi* que dije en vuestra presencia, y el dolor y penitencia que en medio de mis maldades hice; confieso, Señor, que me parece que resucité como del sepulcro, y revivió mi confianza y extendí la cabeza á ver lo que teníades en los libros, y vi que adrede dejábades caer las lágrimas del recibo sobre la suma del gasto de mis pecados, y que mirábades cómo con las lágrimas que caian se borraban las partidas; y vos, buen Señor, muy contento de aquello, como si fuera interese vuestro lo que solo era provecho mio. ¡Bendito seais, Señor y Padre de infinita misericordia, que tanto quereis mi bien, y tanto lo procurais y lo deseais, de suerte que en alguna manera os mostrais apasionado por mí, y quizá mas que yo mismo! Los ángeles y los espíritus bienaventurados, y todos los del cielo, y cuántas criaturas tiene la tierra, os alaben y bendigan, y engrandezcan vuestra misericordia y os dén infinitas gracias, porque sois tan bueno que me perdonais, tan dulce que me llamais, tan piadoso que me sufris, tan blando que me recebis, tan justo que me santificais, tan rico que me dais un reino, y ese del cielo cuando menos. ¡Oh buen Señor, que no sé cómo os alabe, cómo os engrandezca, ni con qué palabras encarezca vuestra soberana paciencia y vuestra misericordia infinita! Deséalo el alma mia, mas falta en vuestra alabanza; querria ser todo lenguas, mas no tengo sino una; habian de ser de fuego, mas es de carne; yo entiendo poco, mas debo mucho; habia de ser ángel, mas soy hombre, y ese pecador y gran pecador; pues ¿cómo, Señor dulcísimo, podré decir lo que siento é sentir lo que os debo? No, buen Señor, no puede ser; y el no poder es gloria vuestra, y honra mia que tenga yo un Dios que lo menos que hay en él es lo mas que puede alcanzar el humano pensamiento. Padre piadoso, diez mil talentos os debia aquel miserable que cuenta vuestro santo evangelista Mateo; mandábadesle vender, no cierto (Dios clementísimo) por acaballe, mas por es-

pantalle; comenzó el cuitado á llorar, postróse, lanzóse en tierra, derrocóse á vuestros piés; rogaba, no que le perdonásedes, sino solo que le esperásedes; no os pedia remision de la deuda, sino dilacion de la paga; debíaos pecados y presentábaos lágrimas. Y ¿qué haciades vos entonces, dulce Señor, Dios bonísimo, Dios amabilísimo, qué haciades viendo aquel pecador que lloraba y os rogaba, y esperaba con miedo vuestra sentencia? ¡Quién viera vuestras piadosas entrañas, que se os entristecian y ablandaban y regalaban al dulce son de las lágrimas con que regaba vuestros sagrados piés! Al fin, Señor, dijístesle unas palabras como salidas de tal pecho: «Yo te perdono la deuda.» Dios liberal, Dios maniroto, Dios que en el dar no tienes tasa, pídete espera, y ¿perdónasle la deuda, y deuda de seis millones? Contentárase aquel miserable con que le esperaras algun tiempo, y no te contentaste tú con menos que remitille el dinero. Acuérdaseme, Señor, que, pidiéndole Perilo á Alejandro que le socorriese para casar tres hijas que tenia, le mandó dar cincuenta mil ducados. Parecióle mucho á Perilo, y díjole: «Señor, diez mil me bastan.» Respondióle el generoso Rey: «A tí sí para recebir; mas á mí no para dar.» ¡Oh infinitas veces mas liberal que Alejandro! Y ¿quién podrá ponderar tu liberalidad como debe? ¿Qué tiene, Señor, que hacer su hazaña con la tuya? El dió dineros, tú perdonas pecados; él pocos, tú infinitos; él los sacó de la bolsa, mas tú sacaste mi perdon de tus entrañas. El remedió la miseria de Perilo con dineros ajenos, robados á los persas y de los tesoros de Dario; mas tú remediaste mis pecados con sangre propia, sacada del tesoro de tus venas y cuerpo sacrosanto. Y cuando el pecador, derrocado á tus piés, te dice: *Patientiam habe in me, et omnia reddam Tibi;* entonces le dices tú: Pues *omne debitum dimitto tibi*. Y cuando él te dice: «Señor, con menos me contento, y menos merezco;» entonces tú le respondes: «Tú sí para recebir; pero yo no me contento con menos para dar.» Créolo, Señor, créolo, que la rica y liberal mano tuya jamás supo dar poco; y aun (á decirte la verdad), á no ser esto, todo lo demás era poco para mí, y ni bastara menos para pagarte á tí ni para librarme de la deuda á mí. Pues si tanta fuerza tienen las lágrimas, que la hacen al mismo Dios, María, que debe tanto, bien es que llore tanto; y pues tiene mucho que lavar, bien es que el Señor la deje llorar mucho; que el paño que está muy sucio hase de lavar mucho y estregar mucho y jabonallo mucho, para que salgan bien las manchas y quede blanco, y pueda servir á la mesa. Pero mira, alma, que si se jabona con agua fria no saldrán las manchas viejas y que están muy encorporadas y empapadas en el paño; así, ni mas ni menos, si llorais friamente vuestros pecados no saldrán las manchas viejas dellos ni quedará el alma limpia; menester es hacer una colada de lejía y echalla hirviendo sobre ellos para que queden limpios. Ardientes han de salir las lágrimas del corazon si han de parecer bien á Dios. Pero ¿cómo saldrán ardiendo si el corazon que las envia está frio? Y ¿cómo no estará frio si no tiene amor, que es fuego? Abrasadas salian las de María, *Quoniam dilexit multum;* Porque amaba mucho, ardia mucho y por eso lloraba mucho; y como las lágrimas salian encendidas y daban en los piés del Señor, tocóle el fuego y encendióse en el amor del alma de María, y amóla y lavóla y perdonóla; de suerte que ella á él le lavaba los piés con lágrimas; y él á ella el alma con su gracia. Mucho hacia María, pero mas hacia Cristo; hacia mucho ella llorando y lavándole, pero mas hacia Cristo sufriéndola y perdonándola. Y todo esto, y mucho mas, hacen las lágrimas. ¿Quién podrá decir sus provechos, sus fuerzas, su valor, lo que alcanzan, lo que acaban con Dios y lo que le agradan al mismo Dios? Mil alabanzas dicen della los santos. Gregorio Nacianceno la llama *bautismo;* porque, así como cuando uno se bautiza se cubre de agua y sale limpio de pecados, así, ni mas ni menos, en estotro bautismo de lágrimas sale perdonado y limpio de sus culpas. Dice san Crisóstomo: «Si fué grande tu caida, sea mayor el aguaducho de tus lágrimas; porque, así como los grandes turbiones y crecientes de los rios suelen llevar tras sí cuanta rama y broza y pajas hallan cerca, y suelen apesturar y engrasar y fertilizar ó fecundar la tierra por donde pasan; así, ni mas ni menos, la avenida de las lágrimas arrebata y lleva tras sí toda la broza y basura que halla de nuestros pecados en el alma por donde pasan, y la dejan fértil y engrasada para llevar mucho fruto de buenas obras.» Eusebio Emiseno dice: «Necesario es mucho llanto, muchos gemidos y mucho dolor de corazon si se ha de sanar el mal del corazon.» De manera que, aunque la principal parte de nuestra penitencia es el dolor de haber ofendido á Dios, con todo eso, las lágrimas tienen allí su parte, y muy grande, y hacen allí su personaje, y son la verdadera muestra del dolor que tenemos de nuestros pecados; porque con ninguna otra probamos tan al cierto que nos pesa y que nos dolemos como cuando de veras los lloramos, pues son dignos de llorar; y la ley natural nos dice que los pecados son malos, y que de las cosas mal hechas habemos de corrernos y arrepentirnos. Y esta misma les dijo esto mismo á los gentiles, que no conocian á Dios ni sabian su ley. Así dijo el otro poeta desterrado:

> *Poenitet ô (si quid miserorum creditur ulli),*
> *Poenitet, et facto torqueor ipse meo!*
> *Cumque sit exilium: magis est mihi culpa dolori:*
> *Estque pati poenas, quàm meruisse, minus.*
>
> (Ovidio, de Ponto.)

Que, vuelto en nuestro lenguaje, dice así:

> Pésame, y ¡oh! si cosa á un miserable
> Se cree, yo lo confieso;
> Pésame, y mi verdugo es el exceso
> Del mal que cometí, pues de intratable
> Rigor ocurre armado al pensamiento,
> Y dame tal tormento,
> Que el alma, que lo mira,
> Teme, llora, se encoge y se retira.
>
> Y aunque es así que peno en mi destierro,
> Mas me duele la pena

Que el verme desterrado en tierra ajena,
Cargada la cerviz de grave hierro;
Y el padecer la pena no me es tanto,
Aunque es grave mi llanto,
Que en mucho menos grado
No sienta yo la pena que el pecado.

Y Juvenal dice:

Evasisse putas, quos diri conscia facti
Mens habet attonitos, et surdo verbere caedit?

¿Piensas tú que se escapan los que el alma,
Sabidora del hecho abominable,
Atónitos los trae y espantados,
Y con un duro azote los aflige?

Así que, mucho vale la penitencia y mucho valen las lágrimas, pues ablandan la ira y saña de Dios y aun las de los príncipes de la tierra, como lo dijo aquel que después en su caso le salió al revés, pues las suyas no pudieron mover á Augusto para que le alzase el destierro,

Et lacrymae prosunt, lacrymis adamanta movebis,
Saepe per has flecti principis ira potest.
(Ovidio.)

Y tal vez el llorar nos aprovecha,
Que las lágrimas mueven á un diamante,
Y por ellas á veces ablandarse
Del Príncipe se ha visto la aspereza.

Para alcanzar perdon mas valen las lágrimas que las palabras; de lo cual dice san Máximo: «Las lágrimas son ruegos callados, no piden perdon, sino que le merecen;» no proponen la causa, mas alcanzan la misericordia: mas provechosos son los ruegos de las lágrimas que de las palabras, porque las palabras puédense engañar en el ruego, mas no las lágrimas; y es, porque las palabras no todas veces declaran todo el negocio, mas las lágrimas siempre descubren todo el efeto. Y así, san Pedro no usó de palabras, con las cuales habia negado, habia pecado, habia mentido y habia blasfemado y perjurado y aun renegado, porque no le dejasen de creer, confesando con las palabras, boca y lengua con que había pecado; mas lloró, y mucho, y con un amargo llanto, y fué harto mas creido llorando que lo habia sido prometiendo sobremesa. Son las lágrimas moneda que no se puede falsar, único refugio nuestro; lavan las manchas de nuestros pecados, aplacan la ira de Dios, alcanzan el perdon, alegran el alma, pagan las deudas, ahuyentan los demonios, fortifican la fe, aumentan la esperanza, encienden la caridad, abren los cielos; y finalmente, las lágrimas ungen, ablandan, punzan, mueven y fuerzan. Y como dicen san Gregorio y Juan Clímaco: «Son las lágrimas un holocausto grueso, madre de las virtudes, lavatorio de las culpas, mantenimiento del alma y vino de los ángeles.» ¡Oh dulce bebida la de las lágrimas, rico don de Dios! Quien no le tiene, pídalo, ruéguelo, importúnelo; que de sola la mano divina puede venir al alma. Y para moveros á llorar, hombres de guijarro, mirad con atencion cuanto lloraron los santos; un san Pedro, un Jerónimo, Francisco, Nicolás de Tolentino, y otros grandes varones que tenian aradas y arrambladas las mejillas, y resueltos y gastados y ciegos los ojos, de lo mucho que lloraban. ¿Quién no llorará si mira que está desterrado en un valle de lágrimas entre cruelísimos enemigos, que ni por un solo momento le dan reposo? Pues ya, si considera que de balde, que sin por qué ha ofendido tantas veces á Dios, y á tal Dios, Dios suyo, padre suyo, criador suyo, y á Cristo, su buen hermano, su redentor, que lo compró, y no con oro ni con plata ni piedras preciosas, que para eso valian poco y eran viles y bajas; mas con su divina y preciosísima sangre, bastante y solo precio de nuestras deudas, y á la santísima Vírgen, madre suya y abogada nuestra, y á los santos y santas, y aun á todas las criaturas; porque á todos ofende el que ofende al Señor de todos. Moverse ha á lágrimas tambien si se considera como culpado en innumerables maldades, y que está delante del justísimo y severísimo Juez, desamparado de todo favor, solo, esperando la rigurosa y horrenda sentencia que le dicen: «Vé, maldito, al fuego eterno, en compañía del demonio, á quien serviste;» y que, acabada de promulgar esta sentencia, llegan á ponella en ejecucion con voces, con gritas, diciendo:

Camina, miserable, date priesa,
A la tiniebla espesa, á llanto, á fuego,
A las furias sin ruego, á las culebras,
A las hermanas negras, mal peinadas,
A las tristes moradas, á tormento,
A dolor sin cuento, á los temblores
De dientes, y á mayores desventuras,
A terribles figuras y espantosas,
A voces dolorosas, horcas, lazos.

Pero de las penas del infierno y á su tiempo, en el libro de *Todos santos*, que saldrá tras deste, digo harto; así, no habrá que pintar aquí aquellos acerbos y vehementísimos tormentos que padecen las almas miserables, condenadas por sus pecados á sufrillos. Y así, dejándolo para allá, volvamos á nuestra Madalena, que se está deshaciendo en llanto á los piés del Señor. Tampoco le habla el Redentor. Calla María y calla Cristo; porque las almas hablando, las lenguas hacen callar. ¡Oh, quien viera ese tu corazon, oh Rey de gloria, al tiempo que aquella pecadora te lavaba tus sagrados piés! ¡Cómo se debian de derretir esas entrañas en regalo y contento, y qué elevado debias de estar oyendo los gemidos de su corazon? Acaece que un hombre muy aficionado á música pasa de noche por la calle con otros amigos, oye tañer y cantar divinamente, y quédase con el pié que iba á asentar levantado, por no perder un solo punto de la música, y está tan elevado, que no se le acuerda ni mira qué se van sus compañeros. Dícenle: «Señor, andá, que nos vamos.» ¡Oh, válgame Dios! Callá por vuestra vida, no me estorbeis; que gusto mucho desta música. ¡Oh Redentor de mi alma, y qué amigo eres de música, y qué dulce á tus orejas la que te da un pecador cuando te llama! ¡Cómo te eleva y parece que te saca de tí! Estabas un dia en el campo con tus sagrados amigos, comienza á darte mú-

sica una cananea y á cantar aquel *Miserere mei, fili David;* Hijo de David, habed lástima de mí, que mi hija es mal atormentada del demonio. *Ipse autem non respondit ei verbum;* Tú, Señor, no le respondiste palabra. Duraba la música; dicente tus discípulos: Dejadla, Señor, que *clamat post nos;* que da voces en pos de nosotros; decidle que harto ha cantado. Respóndesles tú: «Callad, que me estorbais, y gusto desta música.» Y como cuando en el canto suele callar la una voz; Señor, ¿por qué no canta aquel, pues es cantor? ¡Oh! Es que no entendeis el artificio de la música, aguardad ciertos compases, y él entrará cuando haga mejor consonancia que si agora cantase. Así Cristo, nuestro redentor, no responde á la cananea, aguarda compases de acrecentamiento de fe, y después sale con aquel *O mulier, magna est fides tua;* con un punto que lo pone en el cielo, y dice: «Oh mujer, grandísima es tu fe;» hágase como quieres. Así hacias aquí, oh buen Jesu; dábate música la Madalena, porque los señores no comen sin ella. Agradábate tanto, que se te olvidó el comer; quedaste con la mano en el plato, suspenso, elevado con la dulzura de la música; y así, por no estorbarla ni quebralle el hilo, no le decias palabra. Pero veamos mas, y oyamos á María, que prosigue en su música. A los piés está, allí se regala, allí halla su descanso, su gloria, y allí está su vida. Canta, hecha una mar de lágrimas, y dice: *In lectulo meo per noctem quaesivi, quem diligit anima mea; quaesivi illum, et non inveni. Surgam, et circuibo civitatem, per vicos et plateas quaeram, quem diligit anima mea; quaesivi illum, et non inveni;* En mi lecho y en la cama de mis contentos, de noche buscaba yo al que ama á mi alma; busquéle, mas no le hallé. ¡Ay ciega de mí, que pensaba yo que en la noche de mis pecados y en el descanso de mis placeres y vicios, allí le habia de hallar! Al fin vi mi desengaño, pues fué trabajo perdido. Quiérome levantar, dije yo entonces, y ver si el mi amado anda paseando la ciudad de noche. Dí vuelta por las calles, miré las plazas buscándole, mas tampoco le hallé. Creia yo, mujer perdida, que en los tratos de la ciudad, en la trulla y herrería del mundo, allí estaba, y que por sola mi diligencia y cuidado toparia con él. Y no sabia que el bien de mi alma estaba fuera de todas las criaturas y sobre todas ellas, y que todo es menester dejarlo atrás pará hallarle, que se han de pasar los elementos, las plantas, los brutos, los hombres, cielos, ángeles, serafines y todo lo criado para hallar al mi Esposo celestial. Andando yo rondando de noche, topéme con la guarda de la ciudad, dí en manos de la justicia: *Invenerunt me vigiles, qui custodiunt civitatem;* y preguntéles: *Num, quem diligit anima mea, vidistis?* ¿Por ventura habeis visto por aquí al que ama mi alma? Esto preguntaba yo á los veladores que rondaban la ciudad, á los buenos y á los santos que amparaban la república con sus oraciones; *vigiles*, que velan y oran en el silencio de la noche. Decidme vosotras, almas santas, esposas del Cordero, que velais y sabeis hácia dónde anda, si acaso le habeis visto, ¿adónde le hallaré? Preguntábalo tambien á las guardas supremas, á los ángeles, de quien dice Dios: *Super muros tuos, Jerusalem, constitui custodes, tota die et nocte non tacebunt laudare nomen Domini;* Sobre tus muros, Jerusalen, he puesto centinelas; no cesarán de guardarte dia y noche, y á todas horas alabarán el nombre del Señor. Dijéronme las guardas que era menester pasar mas adelante; y así, entonces, con la ansia de hallarte, dulce Esposo mio, *quae retrò sunt oblitus, ad ea quae ante me sunt curro, ad bravium supernae vocationis Dei in Christo Jesu;* Olvidada de todo lo que atrás queda, pasando las cosas mundanas y á las guardas y á los santos ángeles, comencé á correr con mayor ansia y priesa: *Et paululum cum pertransissem eos, inveni, quem diligit anima mea;* Y en despreciando y no haciendo caudal de los ángeles, y en levantando los deseos sobre los serafines, luego de allí á un poco (porque todo lo sensible es menester sobrepujar) hallé al que ama mi alma; porque, luego sobre la suprema jerarquía está Dios: *Tenui eum, nec dimittam;* Ya, amigo mio, os he hallado, ya os tengo, ya os prometo de no dejaros, porque no os me perdais otra vez. Héme aquí, Rey mio, Esposo mio, bien y descanso mio, ya tengo vuestros piés, dejadme aquí con ellos abrazada, que ya no quiero mas gloria; ténganse los ángeles la suya; que yo esta quiero, esta me basta, con esta me contento, que es tenerte á tí presente, Dios de mi alma. ¡Oh, qué ternuras y regalos pasaban del corazon de María al de Cristo, y del de Cristo al de María!

§. XI.

Entró Dios en el corazon de la Madalena con su gracia, y refrescóle, que se le abrasaba, y levantóse un ábrego, un aire de mediodía, que desata las nubes y las derrite; así María, derretida toda en lágrimas, deshecha en llanto, hizo dos rios de sus ojos. ¡Oh qué horno de amor era esta pecadora, cuyo fuego de amor profano habia abrasado y quemado y muerto y hecho carbon muchas almas en el infierno! Horno de Babilonia, lleno de confusion, de pecado, encendido siete veces con todos los siete vicios capitales. Si esta no era horno, si no era Babilonia, ¿cuál quereis que lo sea? *Babylon, Babylon posita est in miraculum,* dice Isaías. ¿Quién vió jamás mayor milagro? Poco antes ardia la Madalena en fuego, agora se resuelve en agua; poco antes adoraba al mundo y su vanidad, ahora la desprecia y se transforma en Dios; poco antes tenia helado el corazon con su infame vida, ahora están quebrados los hielos y despedazada la piedra y corren los rios. Hé aquí el fuego trocado en agua. ¡Oh milagro sobre todo milagro! Babilonia es puesta en milagro, en prodigio, en espanto del mundo. «¿No es esta aquella famosa Babilonia (dijo Nabucodonosor) que yo la he edificado para casa mia real y de estado, y para que se viese la grandeza y la fuerza de mi poder, y para gloria y hermosura del mundo?» No es esta (decia el demonio) aquella famosa Madalena que yo escogí para mi recámara, la que yo de

mi mano fortalecí para con ella conquistar mil almas? No es aquella con cuyos ojos y cabellos y con cuya hermosura ganaba yo grandes triunfos y vitorias? Pues ¿quién me podrá sacar de sus muros ni alanzar de su corazon? *Babylon posita est mihi in miraculum* (dice Dios); Babilonia es puesta por milagro. Babilonia, mi querida, es la de la mudanza, la del trasiego. Será Babilonia, aquella gloriosa entre los reinos, la ínclita en la estimacion de los caldeos, derrocada y puesta por tierra. Veis aquí derrocada y prostrada por el suelo á la torre del homenaje del pecado: María á los piés de Cristo. ¡Oh gran Dios, Señor del cielo y de la tierra, que solo con un torcer las cejas lo gobierna y rige todo, cuyas obras son espanto y maravilla del entendimiento! Entre tantas maravillas y metamorfosis que hizo en el tiempo felice de su pueblo venturoso para mostrar su gran poder, de la mujer de Lot en sal, de la vara de Moisen en serpiente, de los rios de Egipto en sangre, del polvo en moscas, de la agua en ranas, del mar en seco, del soberbio rey en bestia, del dia en noche, y de la noche en dia, y de otras obras semejantes y estupendas, mira si hizo jamás alguna mayor, alguna mas maravillosa, mas rara que esta, cuando aquel durísimo pedernal, aquella sequísima piedra, el estéril guijarro y ajeno de todo humor, lo trocó en copiosísimo estanque, en anchísimo lago, en venas corrientes de agua viva, y la hizo fuente y mar espacioso. Volvió la piedra seca en estanques de agua, y el peñasco en fuentes de copiosa y dulce bebida. Este es el milagro. «El Señor ha hecho esto, y es maravilloso á nuestros ojos,» dice David; aquel Dios solo, eterno, excelso, infinito, glorioso, inmenso y inmortal; aquel Dios que como sabio dispone el mundo, como justo juzga á los hombres, como poderoso guerrea á los malos, como benigno acompaña á los buenos, como piadoso consuela á los afligidos, y como monarca hace cuanto le place en el universo. Aquel Dios solo, digo, que de nada crió las piedras y las aguas, ha trocado la piedra en agua; no criada virtud de naturaleza ni humana industria de arte podia hacer tan maravillosa trasformacion. El solo Dios, que es á quien como prontas esclavas sirven y obedecen la naturaleza y la arte, es el que ha convertido el peñasco en fuente, en fuente de agua: *Quoniam percussit petram, et fluxerunt aquae, et torrentes inundaverunt;* Porque hirió la piedra corrieron las aguas; hirióla Moisen, hirióla Dios. *Percussit virgâ bis silicem;* Hirió dos veces la piedra con la vara, con el temor del mal y el amor del bien, con el miedo del infierno y con el deseo del cielo, con el odio del pecado y con la aficion de la virtud; y corrieron las aguas larguísimas tanto, que bebió todo el pueblo y sus bestias. ¡Oh piedra sagrada, primero inmovible y dura, impenetrable y seca, rígida, grave, fria, estéril, infecunda, que mereciste hoy con tan espantosa mudanza ser trocada en agua dulce, amorosa, virtuosa, deleitable, copiosa y llena de gracia! Déstas tus aguas beberán los hombres, las bestias; los hombres varoniles, sabios y de conocimiento, y tambien los brutales; los unos perseverando, los otros arrepintiéndose: *Quoniam percussit petram.* ¿No os parece que esta pecadora, que de sus ojos, ojos no ya, sino dos fuentes, distila tanta lluvia, que riega los piés de Cristo por dolor, por amor, por devocion, por congoja de la vida pasada, sea aquella piedra resuelta en agua, dura por obstinacion? «Endurecieron su frente mas que piedra,» dice Jeremías; «Endurecerse ha su corazon como guijarro,» dice Job. Seca por crueldad: «Cayó, dice Cristo, la semilla sobre la piedra, nació y secóse, porque le faltó el humor.» Fria por indevocion: «¿Por ventura correrán bien los caballos por lo empedrado?» dice Amós. Pesada por malicia: «¿Por ventura de las peñas mas empinadas de la cima del Líbano faltará la nieve?» dice Jeremías. Infrutuosa en las buenas obras: «Queden inmovibles como piedras,» dijo Moisen; esto es, no dén fruto. ¡Infelice y miserable mujer! que por la poca guarda de la vergüenza mujeril, rompiendo el freno del temor de Dios, habiendo vivido licenciosamente, dejándose llevar de la mocedad, de la belleza, del ocio, de los deleites, fidelísimos pajes de Vénus, de mujer se habia trastrocado en piedra, y á los ánimos castos dañosa, y á los ojos limpios caida y despeñadero; tanto, que encendia el deseo desordenado á amarla con aquel mirar lacivo, y al talle de otra nueva Medusa, de hombres los volvia en piedras. Una de las propriedades de la piedra es que tiene el fuego encerrado en el seno, y no se parece ni lo echais de ver si no heris el pedernal; frio parece, en la mano le tomais, no os quema; mas en, tocadlo con un eslabon, saltarán centellas, enciende la yesca, resplandece el fuego, quema la mano; luego fuego habia escondido, sino que no se echaba de ver. ¿No os parece que cada mujer profana es un pedernal, que enciende el secreto fuego de la insaciable lujuria y de la torpeza? Fuego que no se apaga con agua, como lo hace esto nuestro natural; con el vinagre, con la amargura y con la aspereza de la penitencia, con esto se apaga el fuego de la lujuria. Las aguas dulces lo encienden, las salobres de las lágrimas lo apagan. Era cosa de ver y digna de espanto, dice Salomon, que cuando castigaba Dios aquel rey porfiado y cabezudo, uno de los tormentos y azotes que le dió fué, que llovió Dios con grandes truenos, que se rasgaban los cielos, corrian arrebatados rayos por medio de las espesas y negras nubes, y se vian los cárdenos fuegos venir por el aire, rodeados de humo, y con un estampido mortal abrian los adarves y derrocaban las torres y daban espantosas muertes á aquellos miserables, sepultándolos en las ruinas de sus proprias casas, hallando juntamente muerte y sepultura. Bajaban, á pesar y despecho del curso de naturaleza, y contra su calidad y condicion, mezclados agua y fuego, y el fuego se tenia fuerte contra el agua, su enemiga, y contra su propria virtud, y el agua se olvidaba de la facultad y naturaleza que tiene de apagar; y como conjuradas y confederadas en el daño y mal comun de aquella gente, caian juntas y hechas un cuerpo la llama, la agua y el granizo. Así, ni mas ni menos, las mujeres profanas, las rameras y revolcaderas del infierno, tienen juntos en sí el fuego de la lujuria y las aguas de

sus contentos, y tienen en ellas alianza el fuego y el agua. ¿Qué pecado no tienen las desventuradas, falaces y mentirosas? Dice Salomon: «Traen la miel en los labios, mas los fines y el remate, el dejo que tienen es àmargo; su lengua mas delgada que cuchillo de dos cortes.» ¿Quién entregó á Sanson en manos de sus enemigos, sino una ramera, Dalila? Hácense parleras, chocarreras y aun blasfemas. Si no, mira lo que dijo el santo Job á su mujer: «Hablas como una de las locas mujeres;» y allí vale tanto como una de las profanas mujeres, que ni tienen miedo ni vergüenza á Dios ni al mundo. Tórnanse importunas, enfadosas, intolerables. «Hallé, dice Salomon, una mujer mas amarga que la muerte.» Es la mujer lazo de cazadores, su corazon es red barredera, sus manos son cadenas que lo atan todo. Si no, mira aquella famosa cortesana de Egipto, que por fuerza queria robar la castidad del santo mozo Josef; asióse á la ropa, y no pudo desembarazarse de sus manos hasta que le dejó la capa en ellas. Quedan infames: «La mujer fornicaria, dice Salomon, es como estiércol en la calle, que la huellan cuantos pasan.» Si no, mira como tiznó su honra aquella mala hembra Jezabel, con ser de linaje y sangre real, por tener una vida de ramera, que es una metáfora que dijo Cristo á san Juan en el *Apocalipsi*, diciendo: «Escribe al obispo de Tiatira, y dile que ya conozco yo sus buenas obras, su fe y caridad, su paciencia y sufrimiento; mas que tengo contra él algunas cosillas, que, aunque no son muchas, no dejan de ser dignas de reprehension: veo que consiento que viva Jezabel, aquella profana mujer, que engaña á muchos de mis siervos y los enseña á fornicar.» Tomó la metáfora y el nombre de aquella mala reina Jezabel, mujer del rey Acab, que hizo matar muchos profetas de Dios porque le reprehendian sus ruines y profanas costumbres; persiguió al santo profeta Elías, afeitóse para parecer bien á Jehú. Son astutas y maliciosas, saben aprovecharse del tiempo y la ocasion para ejecutar sus ruines intentos. Si no, mira si lo supo hacer así aquella rapaza, hija de la ramera Herodías, amancebada con su mismo cuñado. «Corta es toda la malicia que quisiéredes buscar, dice Salomon, cotejada con la de una mujer.» Y porque no nos alarguemos tanto, son livianas de seso, voltizas, inconstantes, soberbias, pomposas, importunas, desdeñosas, ajenas de amor, de fe, de consejo; crueles, que hacen homicidios tan horrendos, que mas parecen furias del infierno que mujeres de la tierra. Tal era la Madalena, como puerco sucia, vil como el lodo, insaciable como el fuego, como el viento mudable, como hoja ligera, pomposa como pavon, cruel como tigre, apretada como lazo, y fogosa como pedernal; y con todo eso, se volvió en agua. ¿No la veis, que tiene en los ojos un Nilo? Azudas de agua y aun cauces y aun rios abundantes vierten mis ojos porque no guardaron tu ley, oh buen Señor, dice María. ¡Oh, qué dos Marías cristianas, María vírgen y María penitente! Las dos lumbreras de nuestro cielo terreno. María vírgen la mayor es nuestro sol, el sol jamás pierde su luz. María madre de Dios jamás padeció tinieblas de pecado, no supo qué cosa era noche de culpa, toda fué clara: *Gratiâ plena*, le dice el ángel; toda llena de gracia, toda de resplandor, de méritos, de santidad, trasparente, lucida: *Mulier amicta sole*, dice san Juan en su *Apocalipsi*; Vi una mujer vestida del sol, cubierta de resplandores, cercada de rayos puros y lumbrosos. Es el sol, es la mayor lumbrera; nunca pasó de pecado á gracia. Esta alumbra y gobierna el dia á los hijos de la luz, á los que sirven al Hijo y á esta Señora y gran Señora, y nuestra Señora y Madre suya. Mas hay otra lumbrera menor, la luna: *Ut praesset nocti*; que preside á la noche, que da luz á las tinieblas; Madalena, que padece eclipsi, que pasa de tinieblas á luz, de pecado á gracia, de enemiga á amiga, de piedra á fuente: *Ut praesset nocti*; Preside á la noche, á los pecadores; á estos da luz para que sepan hacer penitencia. María preside á los inocentes como el sol al dia, Madalena á los pecadores como la luna á la noche. ¡Oh almas, las que con nombres fingidos y de alguna honestidad encubris vuestra desventurada vida! ¿Qué es esto? Qué pensais hacer? ¿Cómo no mirais que todas las cosas desta vida corren, vuelan y se pasan como sueño? Cómo no os acordais del miserable fin de las que conocistes otro tiempo gallardas, amadas, servidas, hermosas y miradas y estimadas de todos? Llegó la vejez, pasáronse los buenos dias, deslustróse la tez del rostro, aróse la frente tersa, nevóse el dorado cabello, la boca se tornó negra, y acabóse aquel buen parecer exterior; marchitóse aquella frágil florecilla de la hermosura, y dejáronlas sus amadores. No les quedó á las desventuradas sino la afrenta de su torpe vida, la hediondez de sus vicios, el cuerpo cargado de enfermedades incurables, rodeadas de pobreza, vestidas de infinita miseria, colmadas de ajes, aborrecibles á todo el mundo, odiosas aun á sí mismas; y nadie se duele dellas ni les tiene compasion, antes las escupen y asquean todos; y lo que es el remate de todas sus desdichas, que dan consigo en un infierno, de donde no salen jamás. ¡Desdichadas mujeres, pensad la vida vuestra y acabad de mudalla! *Quem fructum habuistis tunc in illis, in quibus nunc erubescitis? Nam finis illorum mors est*; ¿Qué fruto os trajo el mal, que os avergüenza? Muerte, muerte, infierno, infierno; para siempre, para siempre, es el fruto, el salario del pecado, el galardon de vuestra rota vida. Volvé, volvé en vosotras, pecadoras, acábese ya el pecar, salgan las lágrimas que laven vuestras culpas; mirad que el pecar es de hombres, mas el perseverar es de demonios. Tomad un espejo en las manos y miráos en él. Mirad esta pecadora, tan moza como vosotras, tan lozana, tan gallarda, tan servida, tan dama, de noble sangre, de padres ilustres, rica y con cien buenas partes, y con todas ellas infame, profana, deshonesta, sin nombre, llena de afrenta; mas al fin esta no dilató la conversion ni esperó la penitencia para la vejez, sino luego, y las horas se le hacian años, los momentos meses y los puntos dias. ¿A cuándo aguardais? Decí. Vos, miserable, que decis que agora sois moza; que es tiempo de holgaros y de gozar de vos y de la flor de vuestros

años; que allá cuando seais vieja os volveréis á nuestro Señor Dios y haréis penitencia, ¿qué sabeis si viviréis mañana? Qué es de la firma que teneis de Dios, que no os llevará sin penitencia? ¿Quién os asegura que viviréis un año ni un mes ni un dia ni una sola hora? ¿Cuántas habeis conocido tan mozas como vos, tan gallardas como vos, y tan damas y servidas y ricas como vos, y que se prometian largos años de vida, y que con esas vanas esperanzas vivieron descuidadas sin mirar á lo que les podia suceder, y en su mayor soltura, y cuando menos lo pensaban y esperaban, les llamó la muerte á la puerta y las vendimió en agraz, y las vistes morir mozas, hermosas y mal logradas, pues no supieron aprovecharse del tiempo que tuvieron? Pues ¿cómo no considerais que puede venir por vos lo que vino por aquellas, y que podeis morir vos, pues murieron ellas, y que por ventura os irá peor á vos de lo que les fué á ellas? Mas sea así, que con vos se rompan las leyes de la muerte y que la parca os perdone y detenga el cuchillo y no corte el estambre de la vida, sino que llegueis á igualar á Nestor en los años; decidme, mujer engañada, y ¿quién os ha dado certeza de que entonces haréis penitencia? ¿No sabeis que la costumbre en el pecado hace á un hombre insensible para los tocamientos de Dios, y aquel mal hábito del vicio se vuelve en los grandes pecadores en naturaleza; y así, ya casi quedan inhábiles para el bien y para volverse á Dios? Y parece que ya ni son suyos ni son ellos los que mandan, ni hacen lo que quieren, sino que sus pecados los han traido á tal estado, que los llevan como arrastrados y atados adonde menos querrian, y cautivos y esclavos; rendidos á sus pasiones, mal de su grado quieren lo que su larga costumbre les manda; y como esta es mala, quieren el mal, y aunque vean el bien y conozcan que lo es, y que seria razon seguillo, porque esto les muestra la lumbrecilla medio muerta y ahumada del candil de su entendimiento, con todo eso, no tiene fuerza la voluntad para seguir tras el bien, ni le dan licencia mas de para solo vello y no gozallo. Y todo esto le viene á la miserable del alma de que está tan entregada al vicio, y ha ganado tanto dominio y superioridad el demonio, crudelísimo tirano, sobre ella, que la guia y lleva por donde y adonde quiere y manda, y veda y hace y deshace en la casa y sentidos y potencias de un pecador, sin que halle contradicion ni resistencia en nada de cuanto él quiere. Dice el Apóstol, hablando de los tiempos cuando el demonio mandaba y era servido y obedecido en el mundo, en la primera que escribió á los de Corinto: *Scitis quoniam cum gentes essetis, ad simulachra muta prout ducebamini euntes;* Bien sabeis, hermanos, dice san Pablo, que cuando érades gentiles, cuando aun no habíades venido á la fe del Evangelio ni á la obediencia de Cristo, érades llevados al culto de los simulacros mudos. Es mucho de advertir que dice: *Prout ducebamini euntes;* como si dijera: Ibades adonde quiera que os querian llevar; que toma la metáfora de una bestia que la llevan de cabestro, que sigue donde quiera que quiere el que la guia; así, ni mas ni menos, dice san Pablo, vosotros seguíades á cuantos os querian llevar á los ídolos, y no habia simulacro que no adorásedes ni desechábades algun dios á quien no hiciésedes reverencia; y como si fuérades bestias que os llevaran del cabestro, así camínábades por donde el demonio os queria llevar, sin hacer mas resistencia que la hace un bruto. Desta misma suerte son los que han hecho mucho asiento en los vicios; que ya no se llevan ellos, sino que son llevados, y no resisten á la tentacion que los acomete, sino que antes le ayudan contra sí mismos. Pues siendo esto así, decidme, mujeres perdidas, sin seso, ¿cómo sabeis vosotras que vuestros pecados no os traerán á este mismo estado á que á otros muchos los han traido los suyos? ¿Quién os asegura de la penitencia entonces? ¿Por qué quereis poner en duda lo que agora podríades tener de cierto? Por qué quereis ser esclavas, pudiendo ser libres? Por qué vasos de ira, pudiendo ser de gracia? Por qué tizones del infierno, pudiendo ser estrellas del cielo? ¿No sois libres, no sois hijas, no sois compradas con sangre, no sois herederas, no sois escogidas para Dios, llamadas, buscadas, rogadas, esperadas? No sois las esposas? Pues ¿por qué os haceis esclavas del demonio, por qué siervas del pecado, por qué enemigas de Dios, odiosas, adúlteras, condenadas, desechadas de los ángeles, desterradas del cielo, vecinas del infierno? Por qué quereis ser presas de los demonios? Por qué trocais la gloria por tormento, la honra por afrenta, el descanso por pena, el sumo bien por el extremo mal, á Dios por el demonio? *Numquid servus est Israel, aut vernaculus? quare ergo factus est in praedam? Super eum rugierunt leones, et dederunt vocem suam.* Oh alma, mira que dice Dios: ¿Por ventura es esclavo Israel? ¿No le hice yo libre? Pues ¿por qué me le tienen cautivo? Por qué le veo en las uñas de sangrientos leones, que braman y le despedazan? Alma, decid, ¿para esclava os hice yo? ¿No os crie libre? Pues ¿quién se ha alzado con vos? ¿No érades mia? Sí. Pues ¿cómo os veo en poder de los demonios, leones ferocísimos? Volvé, volvé, alma, sobre vos; volvéos á mí, que ese tirano no os tratará sino como á esclava. ¡Oh gran Señor, oh misericordia infinita, bondad sin término! Y ¿qué te va á tí en mi remedio? Qué pierdes tú, buen Dios, porque yo me condene, ó qué ganas en que yo me salve? ¿Dejarás tú de ser Dios porque yo esté en el infierno, ó crecerá tu gloria si me tienes en el cielo? ¿Menguará tu riqueza sin mí, ó será mayor conmigo? Antes que criases el cielo, los ángeles, la tierra, los hombres, y todo lo demás, ¿faltábate cosa para tu descanso y gloria? ¿No eras tan bienaventurado como agora y como siempre? No estaba en tu mano criar lo que tú quisieses y te pluguiese? Pues si todas tus criaturas, cuantas son, no te acrecientan un solo pelo de gloria, y sin ellas no tienes un adarme menos, dime, Amante eterno, dime, Dios milagroso, dime, sol de infinito resplandor, espejo de incomparable belleza, ¿qué es esto, que tan apasionado te muestras por mí como si te fuese la vida á tí? Oíte decir, Señor, un dia: *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum so-*

lum manet; En verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, que se quedará solo. ¿Qué decís, oh regalo de los hombres, qué es lo que dices? ¿Que si no mueres, que te quedarás solo? ¿Por ventura Daniel, que, arrebatado y fuera de sí ó sobre sí, te vió en tu casa lleno de majestad y gloria, y vió tu deseada presencia y miró la silla de estado y sitial y las almohadas que te pusieron en que te asentases, admirado y lleno de pasmo de lo que via, tendiendo los ojos por aquellas espaciosas y resplandecientes salas de la gloria, y mirando los pajes de tu casa, los continos que te estaban siempre delante mirando tu rostro celestial y tu semblante divino, atentos á ver lo que les mandas, y viendo los de la cámara y los de la llave dorada, los que entran en tu riquísima recámara sin llamar á la puerta, y viendo los de la boca, los pajes y los demás que te cantan, sirven y alaban siempre sin hacer pausa, queriéndolos contar, y viendo que siendo tantos no podia, echando seso á monton, no dijo: *Millia millium ministrabant ei, et decies millies centena millia assistebant ei?* Vi, dice Daniel, que mil millones de pajes servian al que estaba en el rico trono; y no paraba en esto, sino que diez mil veces cien millones de ángeles estaban en su presencia. Pues si tantos millares te acompañan, ¿cómo dices, buen Señor, que si no mueres, que te quedarás solo? Y antes que criases aquellos innumerables espíritus celestiales, ¿faltábate compañía? ¿No hay en tu divina esencia ese inefable terno de personas sacratísimas? No hay el Padre, fuente y manantial y orígen de toda la divinidad? No está ahí el Hijo, espejo sin mancilla, resplandor y retrato del ser y de la hermosura del Padre? No se halla ahí aquel dulce mar de amor, aquel suave fuego que enciende los ángeles, los apura y alimpia y enamora, que es el Espíritu Santísimo, que procede del Padre y del Hijo como de un solo principio? Pues ¿cómo dices *Ipsum solum manet?* Confiésote, gran Dios, que no te entiendo, no sé lo que quieres decir; oigo el sonido de las palabras, mas no alcanzo el secreto de la sentencia. Dices que «si no mueres que te quedarás solo»; créolo, Señor, porque tú lo dices, y sabes cómo lo dices y por qué lo dices, y eres verdad que no pudo faltar; mas yo no sé quién te mueve á decillo. Veamos, Señor, y ¿por quién has de morir? ¿Es quizá por mí? ¿Soy yo por quien has de caer en tierra, por quien has de perder la vida? Dirásme que sí. Pues veamos mas, Dios mio; ¿por qué has de morir? ¿Es para que yo viva? Es porque yo no muera? Mas me espanta eso. Tu vida ¿no es mejor que todas juntas cuantas tienen los hombres y los ángeles? Sí. Pues, Dios pródigo (si en este nombre no te ofendo), Dios maniroto, ¿qué es esto? ¡Que dés tal vida por tal muerte! Que así se llama mejor la mia. Si te fuera de algun provecho mi persona, pasara; mas *Servi inutiles sumus;* Somos siervos sin provecho. Si la dieras por algun amigo no fuera tan prodigioso; mas *Cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem filii ejus.* ¿Siendo enemigos? eso espanta. ¡Oh! si ni fuéramos amigos ni enemigos, mas al fin éramos buena gente, y siquiera ya, Señor, que morias, moriste por los buenos; eso menos: *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis: quoniam cum adhuc peccatores essemus, secundum tempus, Christus pro nobis mortuus est.* Pecadores éramos; luego malos, y por malos murió Dios. *Quis audivit unquam talia horribilia?* Que muere el santo y vive el malo, que paga el bueno y se escapa el pecador; ¿quién oyó caso tan horrendo jamás? Quién le pensó, quién lo esperó, quién le soñó? Ni ¿quién lo pudiera creer si de tu santísima boca no lo oyéramos, y no nos dijeras que *Nisi granum frumenti mortuum fuerit, ipsum solum manet?* Y es, porque yo no me salvara ni hubiera cielo para mí si no hubiera muerte para tí. Porque *A quo quis superatus est, hujus servus est.* Luego, pues el pecado nos venció y rindió, siervos suyos somos: *Servi estis ejus cui obeditis, sive peccati ad mortem, sive obeditionis ad justitiam,* dice el bienaventurado san Pablo; Si obedecemos al pecador, esclavos suyos somos. Eramos todos pecadores, porque *Omnes in Adam peccaverunt;* Todos pecaron en Adan; luego todos éramos esclavos del pecado, siervos del demonio. Mas *Servus non manet in domo in aeternum, filius autem manet,* dices tú, Señor; El esclavo no hereda la casa ni se introduce en la hacienda y mayorazgo ni queda en él el nombre, sino en el hijo, que es el heredero forzoso, el del nombre, el querido y el que representa la persona del padre. Luego si todos somos esclavos no heredarémos el cielo; tú, Señor, eres solo Hijo, luego solo heredero; si no nos haces hijos, tú te quedarás en la casa de tu Padre y en tu gloria, como heredero forzoso, y nosotros quedarémos excluidos de la herencia y aherrojados en los calabozos y simas del infierno, como esclavos. Luego grandísima verdad dices, Señor, en el *Ipsum solum manet;* que te quedarás solo en tu gloria si con tu muerte no me haces hijo. Mueres tú, porque sembrándote en la tierra salgan de tí infinitas espigas con innumerables granos de fieles que se te parezcan; porque *Quaecumque seminaverit homo, haec et metet. Quoniam qui seminat in carne sua, de carne metet corruptionem; qui autem seminat in spiritu, de spiritu metet vitam aeternam;* Cada uno coge conforme á la semilla que siembra. El que siembra centeno no se puede quejar de que no cogió trigo; parecerse tienen la semilla y el fruto. El que siembra en su carne cogerá corrupcion, porque la semilla fué corruptible y carnal. Así le acaeció al hombre, que sembró en la tierra de su cuerpo pecado y ofensa de Dios; quiso contra su mandamiento coger divinidad, y cogió mortalidad y corrupcion, porque era árbol y semilla de muerte. Y así, le dijeron después: *Spinas, et tribulos germinabit tibi;* El fruto que cogerás desta sembrada será cardos y abrojos de trabajos; que, no solamente se cumplió á la letra de la tierra, que se alzó á mayores, y si no es á palos, no hay sacalle el tributo que debe al hombre; mas aun de la tierra de nuestros cuerpos se entiende mejor y se cumple mas á nuestra costa, y con nuestro daño lo experimentamos. Siembran los malos en pecado y cogen muerte: *Nam finis illorum mors*

est. Y así, buen Señor, decias á Nicodémus: *Quod natum est ex carne, caro est.* El leon necesariamente ha de engendrar leon, y el caballo caballo, y el hombre animal ha de engendrar hombre animal. Por eso, *Genuit Adam filios ad imaginem, et similitudinem suam;* Engendró Adan hijos tales como él; él carnal, ellos carnales; él mortal, ellos mortales; él amigo de excusar su pecado, ellos de jamás confesallo. Al fin, engendrólos tales, que se le pareciesen: *Sicut et patres vestri, ita et vos*, dijo san Estévan á los fariseos; Sois hijos de tales padres. Mas tú, Señor, que eres celestial, sembrándote, era fuerza que naciesen de tí hijos espirituales; porque *Quod natum est ex spiritu, spiritus est;* Lo que nace de espíritu, espíritu ha de ser. Y así, lo que de nuestro padre terreno se nos pegó, que muriendo él, morimos todos en él y cogimos todos el fruto de la muerte, que sembró en la tierra de toda su posteridad y decendencia; porque *Primus homo de terra terrenus; qualis terrenus tales terreni.* Esto, Señor Dios, en tí se remedió, y se reparó la quiebra y el defeto que allá se nos pegó, y renunciando y aun muriendo á aquel padre de tierra, renacimos en tí y fuímos engendrados en hijos espirituales, dándonos de tu Espíritu; porque, así como el sarmiento vive del espíritu y vida de la cepa y de la raíz donde se sustenta, y tal es la vida del ramo cual lo fuere la de su tronco; así, Señor Jesucristo, siendo tú vida espiritual y divina, y estando nosotros asidos y arraigados y unidos en tí como en nuestra cepa y tronco, de fuerza habemos de vivir de tu vida y tener de tu Espíritu: *Qui spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei.* Tu apóstol bienaventurado san Pablo, como enseñado de tu mano, lo dijo muy bien, como todo lo demás: *Si quis spiritum Christi non habet hic non est ejus;* es cosa llana que, si no tenemos el espíritu de Jesucristo, que no somos suyos, porque no estamos en él ni vivimos por él, ni nos alimentamos de su vida ni le somos hijos espirituales, y él no vino á tener hijos de carne y sangre: *Qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* Dió potestad á los creyentes para hacerse hijos de Dios. ¡Gran liberalidad! Estos son hijos de espíritu y de gracia; luego bien dice el apóstol san Pablo que el que no tiene el Espíritu de Dios, este tal no es suyo: *Si autem Christus in nobis est, corpus quidem mortuum est propter peccatum, spiritus vero vivit propter justificationem.* Hizo una galana consecuencia: Si Jesucristo está en nosotros, siendo vida y vida espiritual, teneis en vosotros mismos la raíz y el fundamento de la vida verdadera; luego, aunque el cuerpo muere por el pecado, que así se lo tasaron allá: *In quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris;* Y en comiendo, quedó el cuerpo condenado á que muriese; con todo eso, el espíritu, la parte mejor y mas noble, vive por la justificacion, porque está ajustado y arraigado en Jesucristo. Y si vive en él y de la vida dél, síguese que el espíritu vivo resucitará y levantará consigo á vida inmortal al cuerpo muerto, que cayó por el pecado. O que quiera decir: Si vive Cristo en vosotros, aunque en tanta vida se ahogue y anegue el hombre viejo, el nuevo vivirá y lo consumirá y se lo sorberá, que no quede nada dél; digo de aquel que muere por el pecado, cuya vida no es otra sino pecar. Dice luego el Apóstol: *Si secundum carnem vixeritis moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveritis vivetis.* Luego si como hijos de carne os tratáredes, si viviéredes al apetito y gustos de vuestro cuerpo, si como tales sembráredes en la tierra de vuestro cuerpo vicios y pecados, sabed que moriréis; porque *Quaecumque seminaverit homo, haec et metet. Et qui seminat in carne sua, de carne metet corruptionem.* Mas si con el espíritu mortificáredes los apetitos y deseos carnales, sabed que viviréis. Tiene razon; porque esa vida nos viene y se deriva del segundo Adan, Cristo, y *Secundus homo de coelo coelestis;* El segundo hombre del cielo celestial. Luego tiene vida de allá, allá hay vida sin muerte, luego tiene vida eterna, y estando nosotros en él, habemos de vivir de su vida; luego tendrémos vida eterna. Porque *Qualis coelestis, tales coelestes.* Hanse de parecer la semilla y el fruto.

§. XLI.

Hé aquí, Señor, por qué dijistes: *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, etc.* Pero volvamos á haberlas con las que les parece que les queda harto tiempo para hacer penitencia, y que mientras son mozas tienen licencia de darse buena vida, que ellas llaman; esto es, de pecar sin miedo, con las vanas esperanzas de los largos dias que ellas se prometen á sí mismas. Y pues hablábamos con ellas, prosigamos así, porque en alguna manera mueve mas cuando se habla con cada uno en particular que no cuando se habla en general y en tercera persona. Decidme (mujeres engañadas), ¿qué certeza teneis de que á la vejez se os dará lugar para hacer penitencia? ¿Cuántos hay hoy en el infierno que tuvieron grandes propósitos de hacer emienda de la vida al cabo de ella, y no les dió Dios ese lugar, y se hallaron burlados en el infierno? Oh locas, desatinadas, ¿no sabeis que muchas veces los grandes pecados endurecen á un hombre de suerte, que no le hacen mella los tocamientos de Dios mas que lo hace una ayunque? *Cor ejus indurabitur tanquam lapis, et stringetur quasi malleatoris incus;* Apretarse ha el corazon del malo, como se condensa y aprieta la piedra; y endurecerse ha, como lo hace la ayunque del herrero con los golpes. Y es cosa admirable ver aquella lucha que traen consigo dentro de un pecador el entendimiento y la voluntad, y aquel pleito formado, y los altibajos que siente el desventurado en su mismo querer; porque entonces el entendimiento le yerra á veces el objeto á la voluntad; ella, ciega y mal regida de su paje, quiere lo peor; otras veces con la lumbrecilla y centella que le queda en medio de las ahumadas del pecado, adiestra al bien y atina á presentallo á la voluntad; y ella, forzada de la verdad presente, quiere por un breve tiempo lo que antes le desplacía; mas no puede perseverar, porque luego de las lagunas de los vicios se levantan tantas nieblas y vapores tan espesos, que le

turban los ojos del entendimiento, y mira con torcida vista lo que poco antes vió libremente; y así revuelve á disuadir á la voluntad lo que le habia persuadido hasta allí. Ella tira como ciega tras su paje, y con esto hace mil mudanzas en un punto. Desto se quejaba el santo Job en aquella invectiva que hizo de la miseria y calamidad del hombre: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis, qui quasi flos egreditur, et conteritur, et fugit velut umbra, et nunquam in eodem statu permanet;* La primera calamidad y miseria del hombre es, que nace de mujer, de la mas mudable sabandija de la tierra, de suerte que allí se le pega la mudanza y poco asiento y la flaqueza en el bien; mámalo en la leche, y sabe á la ruin pega del vaso donde se envasó. Y ya que nace con tantos defetos, quizá que vive alguna larga hilera de años; *Brevi vivens tempore.* Es tan corta la carrera de los años de este animalejo del hombre, que apenas la comienza cuando ya se halla al cabo della, que parece que nacer y morir entrambos llegan juntos. Y aun esto seria tolerable si ya que los dias son cortos y pocos, á lo menos fuesen descansados; mas *Repletur multis miseriis;* Son mas los desastres que en ellos nos suceden que las horas que vivimos. ¡Qué de persecuciones de enemigos, qué de fingimientos de amigos, qué de muertes de deudos, qué de pérdidas de hacienda, qué de malos tragos de afrenta, qué de contingencias de la honra, qué de enfermedades del cuerpo, qué de congojas del alma, qué de recelos de malos sucesos, qué de peligros de caminos; y finalmente, qué de miedos, temores, asombros, espantos, tristezas, lágrimas, caidas y reveses de fortuna que experimentamos en la tragedia de la vida! que, aunque para vivir es muy corta, para padecer es muy larga; y al fin, es la vida del hombre tan llena de trabajos y miserias, que lo menos que hay en ella es el serlo, y mejor se llama larga muerte que breve vida; cuyas experiencias nos desengañan, y muestran que esos que llamamos *largos años* son para ver largos trabajos, y que los cuerpos ancianos son una materia de anatomías de fortuna, donde hace las pruebas de lo mucho que un cuerpo y corazon humano puede sufrir; y así, es merced que le hace á quien ataja la corriente de las desventuras que en la vejez suele descargar sin duelo y á manos llenas. Pero ya que es el hombre un juego de fortuna, y que lo trae como los muchachos al trompo con el azote, debe de ser de bronce ó de algun diámetro ó de otra materia firme para resistir, y hecho á prueba de arcabuz, sino que *Quasi flos egreditur;* que no hay azahar ni jazmin mas tierno, ni florecilla del campo mas delicada, que un rayo de sol la marchita y una gota de agua la enlacia y un cierzo la hiela y un airecillo la derrueca. ¿Hay vidrio mas frágil, mas deleznable anguilla ni mas quebradizo hielo, que este gusanillo? Hoy está fresco y sano, mañana en la sepultura; y si preguntais quién le derrocó; Señor, una gota de agua que le dió en el celebro, una pedrezuela que se arrancó del riñon, un airecillo que le tocó en la ijada, un calorcillo que se le asentó en el costado; veis ahí acabada vuestra florecilla. Y así, como es tan tierno, con que quiera, *conteritur*. Y no corre ni va en postas, sino que *fugit velut umbra;* Huye y vuela la vida de los hombres; vase y se desvanece como sombra. Vemos á la puesta del sol las sombras de los montes tendidas por los llanos, y las de los árboles larguísimas; y así, aun las de cada matilla, que parece que son de algunos altísimos cedros; y si volvemos á mirar quién hace tan larga sombra, verémos que es un tomillo ó un romero, y luego dentro de un momento desparece y se acaba, y no sabréis qué se hizo. Así, ni mas ni menos, veréis un hombre levantado sobre las estrellas y empinado en la privanza de los reyes, lleno de oficios de cargos y mando y señorío, y que á su sombra viven muchos pretendientes, que esperan que les dé la mano para subir donde él está; y si volveis á ver cúya es tan larga sombra, hallaréis que es de un hombrecillo que ayer, de bajo, no se via entre el polvo, y cuando mas encumbrado, entonces desvanece mas presto, y en un punto se os va de los ojos: *Vidi impium superexaltatum* (decia David) *et elevatum sicut cedros Libani; transivi, et ecce non erat: quaesivi eum, et non est inventus locus ejus.* Habla David de la brevedad y poca dura de la prosperidad de los malos, y dice:

> Al malo vi encumbrado,
> Y puesto en tanta estima,
> Que era baja del Líbano la cima,
> Mirada con su estado.
> Pasé, y volví á miralle,
> Y de bajo no pude devisalle.
>
> Acabóse en un punto;
> Busquéle, mas no era,
> Que se secó su fresca primavera;
> Y él y su estado junto,
> Y su lugar y asiento,
> Todo desvaneció cual humo al viento.

Pues desta manera huyen nuestros breves y cansados dias, y pasamos nosotros con ellos, como nave cargada de manzanas, que lleva viento en popa, las velas hinchadas, que pasan con gran ligereza, y deja un breve olor de la fruta que lleva, y en un punto se disipó y desvaneció por el aire; como lo dijo Job: «Oh vida miserable, frágil, deleznable y quebradiza, y ¿cuál es el necio sin entendimiento que se fia en tí?» Oh pecadores ciegos, engañados, y ¿en qué poneis las esperanzas? Tiene el miserable del hombre por colmo de sus miserias que con que él vive los dias tasados, cortos y llenos de calamidad y desventura, y él mismo en sí es mas frágil que una florecilla, y que huye mas ligero que la sombra á la puesta del sol, con todo esto, *Numquam in eodem statu permanet;* Jamás está en un estado; no hay camaleon que tantos colores tome, ni Proteo que en tantas formas se mude como esta sabandija del hombre. ¡Qué querer y desquerer en un punto! Qué amar y aborrecer en un momento! Qué cansalle hoy lo que ayer le daba gusto! Qué mudar de parecer y dejar amigos y amistades y buscar otros nuevos, pensando que ha de hallar en aquellos lo que echaba menos en los

otros, y á cuatro dias está tan cansado de los postreros como de los primeros! Qué proponer una cósa y luego arrepentirse! ¿Quién podrá decir ni entender sus vueltas y mudanzas, pues él mismo á sí mismo no se entiende? *Et factus sum mihi metipsi gravis*, decia Job; A mí mismo me soy intolerable y pesado. Y tiene razon, que se viene á cansar y enfadar un hombre tanto consigo y con sus mudanzas, que aun él no se puede sufrir á sí mismo. Qué bien lo pintó el sabio Salomon en aquel libro que hizo de los *Enfados:* «Esto me daba gusto, esto me cansaba, esto probé y luego me hartó;» y de todo dice lo mismo. Pues si aun estando un hombre en los términos de su naturaleza, y dejado á ella, jamás está en un ser; si le cargais á cuestas la molestia del pecado, ¿qué tal estará? ¿Cómo se podrá dar á manos con sus apetitos? Y ¿de qué manera podrá hacer penitencia si á su inconstancia la ha ayudado y fortalecido con la larga costumbre del pecado de tantos años? ¿De dónde pensais que le nacia á Faraon que, en viendo la plaga que le daba Dios, acudia á Moisen que rogase por él, y que daria libertad á los de Israel, y en viendo que habia cesado, luego se arrepentia y se volvia atrás, olvidado del buen proposito pasado? Yo creo, sin falta, que entonces caia en la cuenta de que hacia mal y que el entendimiento le representaba á la voluntad que era bueno sujetarse á Dios, y la voluntad por aquel rato lo queria; mas no tenia fuerza para llevarlo adelante, y tampoco el entendimiento la tenia, ni bastante luz para conocer siempre lo mejor; y así, ni él siempre representaba á la voluntad el bien que no conocia descubiertamente, ni ella, ciega, podia amar lo mal conocido; y así, andaba con aquellas veces de *quiero* y *desquiero*, sin tener firmeza en nada. ¿Quién duda sino que no hay hombre tan perdido ni de tan rota vida y estragada conciencia, que algunas veces no le venga pensamiento de dejar su mal estado, y que no se enfade y le pese de sus pecados, y propone de hacer emienda de la vida; mas pásansele luego los buenos propósitos que tuvo, y quédase en sus mismos pecados, y esto le nace del gran uso que tiene de vivir mal, que «la costumbre se le ha vuelto ya en naturaleza». Pues siendo esto así, y viendo cada dia las experiencias al ojo, decidme, pecadores y pecadoras confiadas en vuestro daño, ¿quién os asegura que hará Dios con vosotras lo que ha dejado de hacer con otras muchas? ¿Tendráos mas respeto á vosotras que lo ha tenido á las otras? ¿Esle á Dios de mas provecho vuestra vida, para dárosla mas larga, que lo fué la de aquellas, para tasársela mas corta? Pero sea así que os dé Dios la vida larga (la cual no la mereceis por vuestros largos pecados), decid, ¿cómo sabeis que entonces haréis penitencia? ¿No sabeis que «de ordinario tras mala vida se sigue mala muerte», y que por la mayor parte «como vive el hombre, así muere»? Cuando se rompiese con vosotras aquella sentencia de David que dice: *Viri sanguinum et dolosi non dimidiabunt dies suos:*

> El varon engañoso y homicida
> Morirá en medio el curso de su vida.

¿Qué haréis de la otra, que dice en otro salmo: *Virum injustum mala capient in interitu?*

> Sepa el varon injusto
> Que el mal que cometiere,
> Ese le alcanzará cuando muriere;
> Y el Juez severo y justo
> Lo entregará á sus males,
> Que le serán verdugos infernales.

Porque mucha razon es que, pues viviendo y pudiendo, no quisistes hacer penitencia, ni emendar la vida ni dejar vuestros pecados y ruin trato, que esos mismos pecados sean los alguaciles y porquerones de vuestra prision, y los ejecutores de vuestra pena y de la justicia divina, y os sean testigos de vuestra mala vida, y que os entregue Dios en sus manos, que no es ligero castigo. ¿Cómo, y que habiendo sido vos comunera toda la vida, y andado foragida apartada del camino de Dios, siguiendo las banderas del demonio, os parezca que os ha de aguardar Dios y dar lugar de penitencia? Cuéntase en el fin del *Paralipomenon* la razon grande que tuvo Dios para dejar que Nabuco, rey de los caldeos, destruyese á Jerusalen y á su templo, y para que llevasen cautivos á los judíos á Babilonia, y dice: «Reinó Sedecías en Jerusalen, y hizo malas obras en los ojos de su Dios y Señor, y no tuvo respeto ni vergüenza al rostro de Jeremías, profeta del Señor, que le hablaba de su parte. Endureció su corazon, y determinó de no obedecer ni volverse á su Dios.» Y no solamente el Rey era tal y tan malo, mas aun los príncipes de los sacerdotes y todo el pueblo ofendieron malamente á Dios, y hicieron todas las abominaciones y pecados, sacrilegios y maldades de todas las demás gentes, y violaron el templo y casa del Señor, que habia edificado en Jerusalen para su vivienda, y la habia consagrado y santificado con su soberana presencia, haciendo aquella ciudad cámara real de su majestad, y asentando allí su casa y corte, y los consejos del Rey y sus chancillerías. Enviaba el Señor Dios de sus padres profetas á estas gentes, despachaba correos, mensajeros y criados, madrugando á media noche para despedir los recados y las cartas, amonestándoles cada dia que mirasen que le ofendian, que dejasen de pecar, que no se le rebelasen ni le alzasen la obediencia; acordábales la fidelidad y la jura que le habian hecho en las Cortes, y todo esto, y esta espera y largas eran, porque tenia el Señor gana de perdonar al pueblo, y tenia respeto á su casa, que estaba en aquella ciudad. Mas ellos mofaban y hacian burla de los correos y mensajeros de Dios nuestro Señor, y jugaban con las vidas de los predicadores y profetas que los amonestaban. Aserraron á Isaías, apedrearon á Jeremías, á Amós le atravesaron un clavo por las sienes; y finalmente, regaron las calles de Jerusalen con sangre santa de los amigos de Dios, hasta que llegó el aguaducho, la creciente del furor de Dios y de su saña, y subió á anegar á su pueblo, sin que bastase ya cura ni reparo, ni se hallase remedio. Trajo Dios ardiendo en saña al rey de los caldeos, y pasó á cuchillo los mas robustos y gallardos mozos de su pueblo dentro de la casa de su santuario, degolló á los viejos y

sagrados sacerdotes sobre las aras sacrosantas de su templo; no tuvo respeto á linaje ni á edad, sino que igualmente segaba las gargantas del niño inocente y de la tierna doncella, del viejo cánsado y del jóven orgulloso, llevándolo todo á hecho, entregándolo todo en manos del cruel enemigo y bárbaro tirano. No perdonó á su templo; hizo llevar á Babilonia los vasos consagrados de oro y plata y de otros preciosos metales, y todos los tesoros y riquezas del Rey y de los príncipes, y todo cuanto bueno tenian. Ni aun así cesó la saña del airado Dios, sino que los enemigos quemaron las puertas del templo, allanaron los muros de la soberbia ciudad, abrasaron todas las hermosas torres, que era lástima de ver arder tan suntuosos edificios; y al fin no quedó casa costosa, ni cosa preciosa ni de valor y estima, que no la destruyese el enemigo; y si alguno por gran dicha se escapó del cruel cuchillo del fiero tirano, la mas venturosa suerte que tuvo fué ser cautivo en Babilonia setenta años; hasta aquí son palabras de la divina y sagrada Escritura. No sé si se pudiera traer cosa donde mas claramente se descubriera cómo el perseverar mucho tiempo en el pecado provoca y irrita la saña de Dios para vengarse al cabo, y para no disimular siempre con el pecador, y aun para quitar las vanas esperanzas del hacer penitencia á la vejez; pues vemos que á estos miserables del pueblo de Dios, que no quisieron oir á sus predicadores, y que les pareció que aun tenian tiempo de hacer penitencia, al cabo los trató Dios con tan terrible rigor y aspereza, que los destruyó y asoló.

§. XLII.

Este lugar es el cumplimiento de lo que Dios habia dicho por Jeremías: Yo entregaré esta ciudad en manos del rey de Babilonia y de los caldeos, y la quemarán y abrasarán toda, y asolarán las casas en las cuales sacrificaban á Baal y á los demás ídolos; porque los hijos de Israel y Judá estaban hechos á pecar y hacer mal desde su niñez; los hijos de Israel, que hasta agora me exasperan y acedan con las obras de sus manos, dice el Señor. Y dice luego: *Quia in furore, et in indignatione mea facta est mihi civitas haec, à die qua aedificaverunt eam, usque ad diem istam, qua auferetur de conspectu meo. Propter malitiam filiorum Israel, quam fecerunt ad iracundiam me provocantes. Et verterunt ad me tergum, et non faciem, etc.* Esta fué la amenaza; y allá en el *Paralipomenon* se cuenta el cumplimiento. Esta ciudad fué edificada en algun mal planeta. «Hízose (dice Dios) para furor y saña mia desde su fundacion, y para terrero de mi enojo y castigos,» que parece á lo que dijo allá á Faraon: «Para esto te he puesto, para mostrar en tí mi fortaleza, y para que se cuente y celebre mi nombre en toda la tierra.» Que es como si le dijera: Hete puesto para que en los castigos que en tí haré se eche de ver tu dureza y mi potencia, y que seas como blanco adonde asiente mi saña, y tomen ejemplo en tí los que no quieren sujetárseme. Destos lugares se muestra claro el gran engaño de las que piensan que las ha de esperar nuestro Dios largo tiempo. Decidme, desventuradas: si dice que destruyó á Jerusalen porque enviándole predicadores no los quisieron oir, y que por sus muchos pecados y por la perseverancia en ellos se encendió su saña y los paró tales, ¿qué esperais vosotras que ni sermones de predicadores ni reprehensiones de confesores, ni honra de vuestros deudos ni infamia de vuestras personas, ni amor del cielo ni temor del infierno, ni vergüenza de Dios ni respeto de los hombres, ni todo esto junto jamás han bastado á sacaros de vuestra torpe y desvergonzada vida ni á volveros al camino de virtud? Dice que aquella ciudad se fundó en mal pié y para furor y saña suya, porque desde su primera piedra hasta que se asoló fué traidora y rebelde á la corona real de Dios nuestro Señor, y como á tal la derrocó por el suelo. Pues decidme, ¿qué hará de vosotras, cuyos cuerpos desde los primeros años han sido casas de mucha abominacion y moradas abominables y sucias, llenas de hediondez, y habitacion de demonios, revolcadero de torpezas, muladares jalbegados en asco de los ojos humanos, ejidos de sucios deseos y vergonzosos pensamientos; cuyas almas han sido siempre traidoras y rebeldes á Dios, sin oir sus amonestaciones y suaves llamamientos, siendo comuneras toda la vida? Y ¡qué! ¿Pensais vosotras con vuestras manos sucias entrar en palacio, y que oseis esperar el cielo de aquel á quien tomastes á destajo de ofendelle desde que nacistes? ¿Qué es esto, pecadoras? Qué Dios os soñais? ¿Será bueno que, habiéndeos vendimiado el demonio en flor, y dádole lo mas fresco y sazonado de la vida, y habiéndose llevado la fruta, le deis á Dios los salvados de vuestras obras y lo podrido y desazonado de vuestra edad, y que querais que con aquello se contente y pase, y que aquello coma y le agrade y le sepa bien? *Vae mihi, quia factus sum sicut qui colligit in autumno racemos vindemiae: non est botrus ad comedendum, praecoquas ficus desideravit anima mea!* ¡Ay de mí (dice Dios), que ando como los que van á racimar pasada la vendimia, que, como pasaron primero los vendimiadores por la viña y eran cuidadosos, no dejaron ni aun un cencerron al cabo de un sarmiento, con que me pueda mojar la boca! Deseaba unos higos tempranos (que es fruta tierna y regalada, y de cuyo sabor gusto mucho), mas no los he podido hallar, «y heme quedado con mi deseo.» Habla Dios con los que guardan el servilte para la vejez. ¡Ah pecadora profana, que le acaecé á Dios contigo como con viña vendimiada, que te ha desfrutado el demonio y llevado lo bueno de tus años, y después quieres que ande Dios á la rebusca de tus salvados! «Higos tempranos deseaba yo,» dice el Señor, unas obras tempranas que me sirvieran desde los primeros años; mas hasme burlado mi deseo, y no hallo en tí cosa que pueda llegar á la boca. Aconsejaba el predicador á los hombres y decia: *Memento Creatoris tui in diebus juventutis tuae, antequam veniat tempus afflictionis, et appropinquent anni, de quibus dicas: Non mihi placent;* Acuérdate de tu Criador en los dias de tu mocedad, en los dias cuando puedes servirle y tienes fuerza para ello, antes que venga el tiempo de tus trabajos y los cansa-

dos años de la vejez, y antes que se acerquen los dias de los cuales digas: «No me agradan.» Dícelo por la edad anciana cuando ya faltan las fuerzas y se cansan los brazos, bambalean las piernas, y ha menester el hombre un báculo en que sostenerse. Cuando se acorta la vista y lloran los ojos, cáense los dientes y falta la gana del comer; porque, como no tiene la boca con que moler bien el manjar y al estomago le falta el calor, corrómpese en él, y no se hace bien la digestion. Dícelo Salomon esto por galanas metáforas: *Antequam tenebrescat sol, et lumen, et luna et stellae, et revertantur nubes post pluviam. Quando commovebuntur custodes domus, et nutabunt viri fortissimi, et otiosae erunt molentes in minuto numero, et tenebrescent videntes per foramina: Et claudent ostia in platea, in humilitate vocis molentis, et consurgent ad vocem volucris, et obsurdescent omnes filiae carminis. Excelsa quoque timebunt, et formidabunt in via, florebit amygdalus, impinguabitur locusta, et dissipabitur capparis: quoniam ibit homo in domum aeternitatis suae;* Dice así, pintando de qué manera se va el hombre consumiendo y acabando: Vuélvete á Dios antes que se te añuble el sol y te falte la lumbre de la luna y las estrellas. Dícelo porque á los viejos, como les falta la fuerza de la vista, paréceles que ni el sol alumbra claro para ellos como solia, ni la luna da luz, ni las estrellas resplandor. Dice que «vuelven las nubes tras la lluvia», y es que, como tienen los ojos flacos y debilitados, y con los humores y vapores crasos y mal digeridos y cocidos que suben del estómago, hácenseles cataratas y llóranles los ojos, y tantas mas nubes parece que se les ponen delante, cuanto mas les lloran. A las manos llama «guardas de la casa», porque con ellas nos amparamos y defendemos y ganamos la vida. A los piés llámalos «varones fortísimos». Por «los que muelen» entiende las muelas. Y «los que ven por los agujeros» son la potencia y virtud visiva que tenemos. Dice que «cerrarán las puertas en la plaza», que es, que perderá el gusto del comer, y la boca y la garganta, que son las puertas por donde entra la comida, parece que se van secando y olvidando de su oficio, y ya al moler el manjar no suena el molino, porque se caen los dientes y las muelas. Dice tambien que «se levantan á la voz de la ave»; esto es, que sienten el canto del gallo, porque duermen poco y cualquier cosa los despierta, y por la mayor parte los viejos son grandes madrugadores, como no pueden dormir, y están siempre hechos centinelas de la luz, aguardando cuándo asomará, para dejar ellos la cama. «Ensordecerse han las hijas del canto;» esto es, las orejas, que son por donde entra la música, que en los viejos siempre crece la sordera; y tambien lo dicen porque no gustan de la suavidad de las voces. Así lo dijo aquel buen viejo Berzelay, gran amigo del real profeta David. Pedíale el Rey que se fuese con él á Jerusalen para tenelle consigo y regalalle. Respondióle Berzelay: «Ochenta años há que veo el sol y que piso este suelo; pues tras tantos años, ¿qué vivez puedo yo tener en los sentidos para hacer diferencia entre lo dulce y lo amargo, ó qué deleite puedo hallar ya tu siervo en los guisados suaves y vinos preciosos, ó puedo ya oir las voces de los músicos y de sus instrumentos? Pasa adelante el predicador en su descripcion de la vejez, y dice: *Antequam rumpatur funiculus argenteus, et recurrat vitta aurea, et conteratur hydria super fontem, et confringatur rota super cisternam, et revertatur pulvis in terram suam, etc.* Acuérdate de tu Dios mientras tienes fuerzas y vigor para servilla, «antes que se rompa la cuerda de plata;» esto es, antes que se encoja y enarque la espina que va por medio de las espaldas y la médula que está en su hueco; porque con la vejez se debilita y mengua y se encoge, y ansí andan los viejos encorvados. Llámala de plata porque es blanca. Antes que se adelgace la banda de oro tanto, que se rompa. A la tela ó membrana que ciñe y contiene el celebro dentro de sí, llama «venda dorada», porque es amarilla y como de color de oro, que creo que es la que los médicos llaman «red admirable». «Antes que se quiebre el cántaro sobre la fuente;» por esto entiende los senillos y vasos donde se recibe la sangre, y por la fuente el hígado, que es el que con su calor convierte la masa que llaman *quilo* en *sangre*. «Y antes que se desconcierte la noria sobre el pozo y se deshaga la rueda del azuda; esto es, antes que se desbarate el concierto de la cabeza; porque, así como con la rueda sacamos el agua de los pozos, así, ni mas ni menos, con la cabeza, donde viven los sentidos, se sacan los espíritus vitales del corazon, que es el pozo que aquí dice. La cabeza atrae las fuerzas de la vida del corazon, como si sacara agua de alguna noria.

He querido poner aquí tan extendido este lugar, porque se entienda con qué metáfora nos pinta el predicador la vejez; pues veamos agora por junto todo lo dicho. El que cuando tiene fuerzas y salud, y está en lo mas florido y fuerte de sus años, no hace penitencia, ¿cómo lo hará cuando ya le falten las fuerzas y le lloren los ojos, y de flacos, no pueda ver la luz del sol con ellos; las manos le tiemblen, le bambaleen las piernas por la falta del calor natural, los dientes le falten para mascar la comida, y los rayos visuales, que parece que miran de las covezuelas de los cóncavos, donde están los ojos escondidos, se enflaquezcan y debiliten; cuando se cierre la gana del comer y se pierda el sueño y se ensordezca el oido, y cuando aun en una paja tropezare y cayere, de puro viejo; y cuando floreciere el almendro, y se viere lleno y nevado de canas la barba y cabeza, que parece que le va naturaleza amortajando en vida; y cuando aun una langosta lo atruena, y le es pesada, y no tiene fuerzas para echalla de sí; y ya tenga la virtud apetitiva prostruda? Cuando en estos años se vea, decidme, ¿cómo hará penitencia? Es la vejez un hospital de enfermedades: allí la reuma le ahoga, la distilacion le da tos, la melancolía le seca, la gota le pone grillos, la ijada le enclava, el riñon le hace dar gritos, y tiene harto que curar de sus ajes; pues ¿cómo podrá ayunar si apenas puede comer? Si aun la ave no puede tragar, ¿cómo digerirá el pescado? Si aun de lo que hizo ayer no se acuerda, ¿cómo tendrá

memoria de los pecados de cuando mozo? Si no puede tenerse, ¿cómo andará romerías? Si el dolor le aprieta, ¿cómo estará atento á la oracion? ¡Oh locos, sin seso, los que para tal tiempo guardan la penitencia! Rogaba David á Dios, y decia: *Ne projicias me in tempore senectutis; cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me;* No me deseches, Señor, en los años de mi vejez, y no me desampares cuando me faltare la virtud. Sabia que entonces habia menester mayores favores de Dios, y que aquel era el tiempo de la mayor necesidad; y así, rogaba cuando mozo que le amparase Dios cuando viejo, porque menester es ganarle la boca con tiempo, para que no nos diga lo que dijo Isaac á Abimelech y á sus amigos. Habia venido Isaac á vivir á Gerara, donde tenia su casa el rey Abimelech, sembró y acudióle ciento por uno: vino á estar tan poderoso dentro de pocos años, que el Rey y los de su corte le tenian invidia. Fueron á él, y dijéronle: *Recede à nobis, quia potentior nobis factus est;* Véte de nuestra tierra, que ya eres mas poderoso que nosotros, y busca otra tierra donde vivir. Húbolo de hacer así: sucedióle tan bien la partida, que le fué mucho mejor que hasta allí. Oyólo decir el Rey, y fuése allá con algunos de su casa á visitarle. Díjoles el buen patriarca Isaac: *Quid venistis ad me hominem quem odistis, et expulistis à vobis?* ¿A qué venís á mí, á un hombre que le aborrecistes y echastes de vosotros? ¡Oh! cómo podrá decir Dios á las pecadoras de quien hablamos, cuando, habiendo vivido mal toda la vida, allá al cabo della acudan á Dios á que las perdone: ¿A qué venís á mí, á un Dios á quien habeis ofendido y aborrecido toda la vida? ¿Qué quereis de mí, ó qué os debo yo, para que agora os reciba? Andad, que no os conozco.

§. XLIII.

El daño principal que tienen estas desventuradas es, que pierden el freno del temor de Dios, y faltándoles este, pecan sin miedo y sin vergüenza: *Dixit injustus, ut delinquat in semetipso: Non est timor Dei ante oculos ejus.* Esto dijo David del malo y pecador; y viénesles nacido á estas miserables de quien hablamos, y parece que las habia con ellas aquí. Para poder pecar mas á su salvo, lo que hizo el hombre malo fué quitarse de la presencia de sus ojos el temor de Dios, que parece que mientras lo tenia delante no osaba pecar; mas echólo á las espaldas, remató cuentas con Dios, y luego quedó desmedroso para el pecado. Así lo hacen estas, que olvidan tan del todo á Dios como si no le hubiese, y pecan tan desvergonzadamente como si el pecar fuera virtud. Habia dicho Salomon en el *Ecclesiastes* que todo cuanto habia experimentado en el mundo era vanidad; y después de habello pintado muy despacio, remata todo el libro con decir: *Finem loquendi pariter omnes audiamus. Deum time, et mandata ejus observa: hoc est, omnis homo;* Oyamos todos (dice) el remate de nuestra plática, y lo que después de dicho, no queda mas que decir; teme á Dios y guarda sus mandamientos, que esto es todo el hombre. Como si dijera: El temor á Dios es guardalle sus preceptos, y el que teme á Dios, este los guarda. Y esto es todo el hombre; porque en eso solo consiste toda la perfecion del hombre. Dadme que tema á Dios, que yo os le daré que no le falte hebilla para ser del todo bueno; y dadme que no le tema, que yo os le daré que no tiene cosa buena. Es tal, que no hay mas sabiduría que temer á Dios. Mil alabanzas dice el santo Job de la sabiduría. Dice que no la conoce el necio del hombre, y por eso no sabe su precio y estima, con ser á los hombres mas necesaria que todo lo demás que tiene la vida. Mas la verdadera, y de la que aquí tratamos, no es de la tierra, mas del cielo; y así, el santo Job dice que el hombre no la halla en las cosas de esta vida. No daban los poetas (que son los teólogos de los gentiles) muy léjos desta verdad cuando fingieron que Prometeo, no pudiendo hallar fuego en la tierra con que apurar y perfecionar á los hombres, subió á buscarle al cielo, ayudándole en la sabida Minerva. Llegando allí, encendió una hacha en el sol; y así bajó con un poco de fuego á la tierra, para poner la última mano en los hombres, que habia hecho de lodo. Platon, en el diálogo que intituló *Protágoras*, expone esta fábula muy despacio; y en el de *Menon* dice que de lo que mas necesidad tiene el mundo, y de la facultad que él querria que hubiese mas maestros, era de sabiduría. Esta es la lumbre con la cual se ilustra y resplandece el ánimo, y con quien los hombres terrenos y de lodo se informan y apuran, y quedan perfetos. Vino del cielo, porque si de allá no la buscamos, es imposible topar con ella en la tierra. Y puesto que Platon así como habemos dicho interprete la fábula, no desdice otra cosa que me parece que podemos añadir, y es: Habia criado Dios nuestro Señor al hombre de lodo, y hecho aquella estatua del cuerpo, pero sin ánima, para dársela: *Insufflavit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem;* Sopló Dios al hombre en el rostro, y embistióle un alma casi divina, que es el principio y orígen por quien vivimos, y tenemos el movimiento. Y aunque se vió el hombre lleno de ciencia y que sabia mucho, no contento con tan venturosa suerte, quiso serlo mas; y como no miró que el fuego habia de bajar del cielo, como lo trajo Prometeo, buscóle en la tierra, donde dice Job que no se halla. Echó mano de no sé qué fruta, que le persuadió el demonio que era buena para hacer sabios, para hacer dioses, para sacar fuego y apurarse (porque vamos siempre en la fábula); y como no era aquel el bocado, hízole mal provecho, y opilóse y opilónos, y matóse y matónos consigo. Vino el Hijo de Dios, que es la sabiduría inmensa del Padre, y dicen muy bien que Minerva ayudó á traer el fuego del cielo; porque fingen los poetas que Minerva nació del celebro de Júpiter, y es la diosa de la sabiduría. Así confesamos que el Hijo de Dios es la sabiduría del Padre; y porque la sabiduría tiene su asiento en el entendimiento, decimos que el Hijo es engendrado de la cabeza ó entendimiento del Padre.



Vino pues á la tierra, y bajónos el fuego que nos faltaba para perficionarnos; porque el hombre sin sabiduría, *Comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis;* Es semejante á una bestia sin discurso y sin entendimiento. Y para eso, *Factus est nobis à Deo sapientia* (dice el apóstol san Pablo); Hízose sabiduría nuestra, que como á carne desabrida nos vino á salar, para que supiésemos bien al gusto de Dios, y con ella quedamos sabios y sabrosos; que claro está que al necio con la conversacion de los sabios algo se le ha de pegar de discrecion. Y por esto decian de los feaces que no era posible que fuesen necios, porque trataban mucho con los dioses, que son sabios; y decíanlo porque eran grandes cultores de los dioses. Así que esta verdad viene bien á la mentira y ficcion de Prometeo. Y si queremos llevarlo mas al cabo, Cristo, nuestro redentor, parece que lo dijo bien claro en el evangelio de san Lúcas: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi, ut accendatur?* He hallado la tierra fria, los hombres helados; pues ¿á qué pensais que he venido y bajado del cielo con el fuego en las manos, hecho un Prometeo, sino á pegarle fuego y á abrasarlo todo? Y siendo así, ¿qué quiero, sino que se encienda y arda y se queme todo?

§. XLIV.

Volvamos agora á lo que comezamos del santo Job. En todo este capítulo 18 va probando que la sabiduría no es de la cosecha de la tierra, sino de allá del cielo; luego los que buscan la de acá bajo y se contentan con esa, y son «bachilleres de estomago», graduados por las universidades del mundo, necios son, y no se cuentan entre los verdaderos sabios. Son estos de quien dice Baruch el profeta: *Filii quoque Agar, qui exquirunt prudentiam, quae de terra est, negotiatores Merrhae, et Theman, et fabulatores, et exquisitores prudentiae, et intelligentiae : viam autem sapientiae nescierunt, neque commemorati sunt semitas ejus;* Los hijos de la esclava Agar (los esclavos de sus pasiones) buscaron la sabiduría de la tierra, y pusieron su cuidado en los negocios del polvo; mas no hallaron la verdadera, ni supieron su casa ni atinaron á sus caminos, ni los mercaderes de Merrhan y Theman (aunque muy discretos para sus tratos), ni los intérpretes de las fábulas, ni todos juntos los escudriñadores de las ciencias, jamás se acordaron ni hicieron mencion della ni le conocieron su morada. Y dice antes desto el Profeta : «¿Quién le halló la casa, ó quién entró á ver sus tesoros? ¿Adónde están los príncipes y reyes y grandes que mandan á los hombres y á las bestias de los campos, los que juegan con las aves que lleva el viento, los que atesoran oro y plata y acuñan moneda, en la cual confian los hombres, y jamás se hartan de amontonar hacienda? Digan todos estos si acaso toparon con la sabiduría; pues al cabo de sus diligencias y de la industria y prudencia humana que tuvieron, bajaron desbaratados á la sepultura, y dieron consigo en la muerte y perdicion, y se levantaron otros en su lugar, que poseyeron sus casas y heredades y estados. Los mozos vieron el sol y vivieron sobre la tierra, mas ignoraron el camino de la sabiduría, y no atinaron á hallarle la casa. Ni sus hijos la recibieron, dieron muy léjos della, y huyóles sin que la viesen. Hé aquí cómo el Profeta dice que «ni se halla en la tierra ni la conocen los malos». Job dice que *Non invenitur in terra suaviter viventium;* que no se acompaña la sabiduría con los regalados y que viven á su gusto. Pues si ya no se halla en la tierra, bajáredes á los profundos senos del abismo, y buscáredes las cavernas del inmenso mar Océano, y le preguntáredes si la ha visto : *Abyssus dicit : Non est in me; et mare loquitur : Non est mecum;* El abismo dice que no la ha visto, y el mar responde que no está allí. Y después de haber dicho que no tiene cosa tan rica la tierra que pueda venir á parangon y cotejo con la sabiduría, dice luego: «Pues ¿de dónde viene la sabiduría, y cuál es el lugar de la inteligencia?» Y como quien no lo sabe, responde : *Abscondita est ab oculis omnium viventium, volucres quoque coeli latet;* Escondida está á los ojos de todos los mortales. Y si pensais que habita en la region del aire, sabed que las aves del cielo la ignoran. Pues ¿quién nos dará noticia della? Que si preguntamos á aquellos monstruosos gigantes, potentísimos guerreros, que vivieron en los primeros siglos del mundo, *Non hos elegit Dominus, neque viam disciplinae invenerunt; propterea perierunt, et quoniam non habuerunt sapientiam, interierunt propter suam insipientiam ;* No escogió Dios nuestro Señor á estos, ni hallaron el camino de la sabiduría; y por eso perecieron en su ignorancia. Pues preguntémoselo á ella misma, y quizá que nos dirá donde hace su nido. Responde en el libro del *Eclesiástico*, y dice : *Ego in altissimis habitavi, et thronus meus in columna nubis. Gyrum coeli circuivi sola, etc.* Yo (dice la sabiduría) vivo en los altísimos cielos, y mi silla es una coluna de nube resplandeciente. Yo sola he rodeado y medido á piés las bóvedas de cristal de los cielos, y me paseo sobre las ondas del mar, y á veces penetro á lo mas profundo del abismo, y no tiene rincon la tierra que yo no lo haya hollado; soy la princesa, la reina, la que tengo la cabecera y el primer lugar en todos los reinos y naciones y gentes del mundo; soy tan señora, que huello y pongo el piè sobre el cuello de los mas empinados y encumbrados del mundo, derrueco y atropello y arrollo en los rincones á las señorías, á las excelencias, altezas y majestades. De manera que dice la sabiduría que «tiene la casa en el cielo, y allá vive y gobierna todo lo criado»; luego síguese que solo la conocerá el que allá vive. Sí, dice el sabio, que *Qui scit universa, novit eam prudentiâ suâ, etc.;* El que sabe todas las cosas, este la conoce, y él la halló con su prudencia. Si quereis saber (dice Job) quién es este, sabed que *Deus intelligit viam ejus, et ipse novit locum illius, etc.;* Dios es el que entiende sus caminos y sabe dónde se retira, y la conoce, y por ella hizo todas las cosas, y vióla y preparóla y la escudriñó, y dijo al hombre : *Ecce timor Domini, ipsa est sapientia : et recedere à malo, intelligentia.* Porque pudiera decir el hombre: Si solo Dios

verdadero sabe dónde vive la sabiduría, ¿cómo la hallaré yo para gobernarme por ella? Dice el sapientísimo Job: Pues no quede por eso; que Dios os la mostrará y os dirá cuál es, y os la señalará con el dedo: *Ecce timor Domini, ipsa est sapientia;* Veis ahí la verdadera sabiduría, el temor de Dios. El santo, el que teme á Dios y guarda sus mandamientos, ese es el verdadero sabio; luego el pecador es verdaderamente necio, pues no teme á quien puede condenalle el cuerpo y el alma. Si los altísimos gigantes fueron aborrecidos de Dios, porque les faltó la sabiduría, y perecieron en su ignorancia, y la sabiduría es el temor de Dios; luego faltóles este, perdieron el freno, y furiosos como caballos desbocados, corrieron por las breñas y riscos de la vida, y al cabo se despeñaron y dieron consigo en un infierno. Pues locos, pecadores sin seso, ¿cómo pensais vosotros tener mejor paradero que el que aquellos tuvieron? Si los bravos jayanes cayeron en la presencia y saña de nuestro Señor Dios, ¿cómo le resistirás tú, hombrecillo, y sabandija de la tierra? ¡Oh terrible y espantoso Dios! *Ecce gigantes gemunt sub aquis, et qui habitant cum eis: Nudus est infernus coram illo, et nullum est operimentum perditioni.* Va Job encareciendo en todo este capítulo la gran potencia de nuestro Señor Dios, y cuán espantoso y fuerte es, y cuán digno de ser temido y reverenciado. Mira (dice) que aquellos desmesurados gigantes y de robustos y desproporcionados cuerpos, que se quisieron alzar con el mundo y rebelar contra Dios, con un cataclismo y turbion de agua que dejó caer de las nubes los sepultó en las ondas, y allí gimen debajo del peso de las aguas, porque allí los envolvió y los encarceló y los aherrojó (que lo dice así, aunque murieron todos en el diluvio). El infierno le está patente y desnudo á sus ojos, y la perdicion y lo que hay en aquellas simas y grutas espantosas; desea esconderse de su presencia y no halla con qué cubrirse; pues ¿cómo se esconderá el pecador? Sabia este santo que si Dios no le escondia, que no podia huir de su presencia; y así, le decia su deseo: *Quis mihi det, ut in inferno protegas me, et abscondas me, donec pertranseat furor tuus?* ¡Ah! quién me diese, Señor, que me escondiese allá en la sepultura mientras pasa la furia de tu saña; que bien sé que á tus ojos todo es manifiesto si tú no haces del que no ves: *Columnae coeli contremiscunt, et pavent ad nutum ejus;* Las colunas del orbe bambalean y tiemblan de miedo si Dios las mira airado; el mar á un grito suyo se retira y huye, y se encoge y se envuelve en sí mismo, y toda la naturaleza se pasma de miedo, y solo el hombrecillo es el que de nada se espanta. ¡Oh, cómo se queja Dios de la dureza y terquería de los mortales! *Audi populo stulte, qui non habes cor: qui habentes oculos, non videtis, et aures, et non auditis. Me ergo non timebitis, ait Dominus, et à facie mea non dolebitis? Qui posui arenam terminum mari, praeceptum sempiternum, quod non praeteribit, et commovebuntur, et non poterunt, et intumescent fluctus ejus, et non transibunt illud: populo autem huic factum est cor incredulum, et recesserunt, et abierunt. Et non dixerunt in corde suo: Metuamus Dominum Deum nostrum;* Oyeme, pueblo loco (dice Dios); oye tú, que no tienes corazon, que tienes perdido el seso, que teniendo ojos no ves, y orejas, no oyes. ¿A mí no me temerás (dice el Señor), y no tendrás miedo y dolor en mi presencia? A mí, que tengo puesto un freno al mar, que le dí un eterno mandamiento y le dije: Vos llegad aquí, y no me paseis adelante; y lo hace, y jamás osó pasar un dedo sin mi licencia; y que cuando se revuelve y brama y crecen las ondas hasta las estrellas, y con un sordo ruido se levantan montes de aguas espumosas, y vienen amenazando á la tierra para anegarla, todo aquel ímpetu y furia lo detiene y enfrena un poco de arena menuda y floja, adonde declaraba ese inmenso mónstruo; y que siendo esto así, este mi pueblo tenga un corazon incrédulo y se haya hecho insensible á mis amenazas, y me ha vuelto las espaldas, y se me ha ido? Y no ha habido entre todos ellos quien dijese: «Temamos al Señor Dios nuestro, que tan espantoso es.» ¿Pasais por tal maldad? ¿Habeis visto tal desatino y ceguera, que teman las cosas sin alma y sin razon; que aquel que tiene cuerpo y alma, que pueden arder juntamente en el infierno, este solo sea tan osado, tan desmedroso, tan absoluto y disoluto, que se burle y mofe de la ley y de cuanto Dios le manda? ¿Qué es esto? ¿En qué confiais? ¿Qué Dios os soñais, hombres miserables? ¿Quién os librará de sus manos en tiempo de la venganza? *Quid facietis in die visitationis, et calamitatis de longe venientis? Ad cujus confugietis auxilium?* ¿Qué hareis, malvados, en el dia de la visita general de Dios, en el dia de la calamidad y desventura que os vendrá de léjos? ¿A quién os acogeréis, que os vala y os ampare? Dice que le vendrá de léjos la desventura y el azote, porque piensa el pecador que siempre Dios está léjos y que no se acuerda dél ni de sus grandes y enormes maldades. Así lo decia el otro mal siervo del Evangelio: *Moram facit Dominus meus venire;* Mucho tarda mi amo en venir; léjos debió de hacer la jornada. Y con esta confianza de que tardaria mucho, comenzó á maltratar á los otros criados de su señor, y á gastar largo y banquetear y darse buena vida; y cuando menos lo pensó y lo esperó, llegó su señor; y bien informado, y hallándole con el hurto en las manos, castigólo y tratólo como á un esclavo. Pues esto ¿no es Evangelio? Esta ¿no es fe, no es verdad infalible, no ha de pasar así? Pues ¿cómo no tememos? Cómo osamos pecar? Cómo ofender á Dios? Cómo mirar al cielo, ni levantar la cabeza, ni abrir la boca para hablar? *Non est similis tui, Domine: magnus es tu, et magnum nomen tuum in fortitudine. Quis non timebit te, ò Rex gentium?* No tienes, oh gran Señor, semejante, ni le hay igual á tu grandeza. Famoso es tu nombre, y has ganado fama y renombre de fuerte. Pues ¿quién es tan sin seso, que no teme, oh Rey de todas las gentes? Tú nos dices que no temamos al hombre mortal, que lo mas que puede hacer es quitarnos la vida corporal; cosa que de fuerza la habemos de dejar, ya que los verdugos no nos la quiten; y mándasnos que temamos á aquel cuyo castigo no repara solo en el cuerpo, mas pasa á matar

al alma.» ¿Qué pudieron hacer los tiranos? (dice mi padre san Agustin) Pudieron matar el cuerpo, pero no tocar al alma.» Pudo san Pablo perder la cabeza, pudo ser aserrado Isaías, Jeremías apedreado, asado san Lorenzo, desollado san Bartolomé, san Ignacio ser ahogado de los leones, san Andrés pudo morir aspado, y pudieron crucificar á un san Pedro; mas no pudieron estorbar el libre y suelto vuelo de sus almas bienaventuradas para que no saliesen á la region celestial á gozar de los placeres y riquezas de la gloria. ¿Quién lo hacia, que los amparaba Dios y los defendia de los malos? *Protexisti me Deus à conventu malignantium: à multitudine operantium iniquitatem;* Defendístesme Señor, y me amparastes de la cuadrilla de los malos y de la muchedumbre de los que obran maldades. Estaba Dios rodeándolos, haciéndoles la escolta, amparándolos, y defendiendo que no les hiciesen mal: *Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.* Porque los confesores de mi fe, y los que por gloria de mi nombre se vieren en trabajes, no desmayen ni pierdan el animo, sepan que cuando mi justo es atribulado, yo estoy á su lado, yo soy el que llevo mi parte; no lo dejo jamás padecer á solas, á mi me afligen con sus persecuciones. Si él está en grillos, yo pongo allí con él un pié: *Descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant.* Yo bajé con Josef á Egipto, y cuando estuvo preso, á mí prendieron, porque entré con él en la carcel y fuí el atado; y jamás lo desamparé hasta que lo saqué para señor y le puse el reino en las manos, y le derroqué á sus piés, y le rendí y entregué á los que lo quisieron matar. Aquí dice que bajó con él á la cárcel. El real profeta David dice: *Cum ipso sum in tribulatione;* que está con el justo entre sus trabajos. El sabio Salomon dice que lo hizo triunfar de sus enemigos; David, que lo libra dellos. Salomon dice que le dió el gobierno del reino; David, que le hinche de gloria; que el *Glorificabo eum* quiere decir: Harélo ilustre, grande, y con mando y señorío, y glorioso y lleno de majestad delante de todos los hombres. Asimismo hacia á los mártires, que los amparaba y defendia, y se ponia delante dellos para que diesen primero en él los golpes, y allí se embotasen las lanzas y se gastasen los aceros de las espadas, y se torciesen los filos para que no pudiesen penetrar de suerte que cortasen la paciencia de aquellos Anteos del Evangelio. Era dar cuchilladas en hombre armado, y dar lanzada en rodela de acero. Así se lo dijo Dios á su amigo Abraham: *Ego protector tuus;* ó segun otra letra: *Ego scutum tuum.* No temerás, Abraham, «que yo soy tu amparo, tu rodela acerada;» para herirte á tí, menester es pasarme primero á mí; porque, así como un hombre diestro y que juega bien de una rodela tiene seguro el pecho; así tambien los amigos de Dios, como son diestros en las armas espirituales, tomando á Dios por escudo, se cubren todos con él, y no hayais miedo que les alcanceis golpes en descubierto, porque juegan bien del escudo. Si les tirais á la honra, atraviesan un Dios en una cruz entre dos ladrones y afrentado; si á la hacienda, cúbrense con un *Vulpes foveas habent, et volucres coeli nidos, etc.*, con un Cristo desnudo y pobre; si los quereis herir en la templanza y gusto, ampáranse con un *Dederunt in escam meam fel, etc.*, con un Cristo que le dan á beber hiel y vinagre; si con una punta de soberbia, abroquélanse con un *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde*, con un Cristo humilde; si les tirais á la penitencia, repáranse con un *Qui cum malediceretur, non maledicebat*, con un Cristo que tenia tanta paciencia, que lo maldecian y decíanle: «Mal te haga Dios;» mas no se les volvia. Padecia tormentos, mas aunque podia vengarse, no los amenazaba; finalmente, ningun golpe tiraréis á un santo que le alcanceis sin rodela. Esto mismo nos dijo el real profeta David: *Scuto circumdabit te veritas ejus: non timebis à timore nocturno. A sagitta volante in die, etc.*

SALMO XC.

Rodearte ha su verdad como un escudo;
No temerás al crudo asalto fiero,
Que el infernal guerrero en noche escura
Al alma mas segura da á deshora.
Las larvas que á tal hora del infierno,
Dejando el lago averno y reino escuro,
Rompen el aire puro, y con visiones
Mueven los corazones mas osados
A temor, espantados con el miedo,
No moverán un dedo tu firmeza.
La flecha, con destreza despedida,
No tocará tu vida en un cabello.
Tampoco cuando el bello Apolo cierra
Sus rayos á la tierra, y truena el cielo,
Amenazando el suelo, y el ñublado
Negro, de agua cargado, se desata,
Y el rayo rompe y mata, y abre y hiende
Cuanto topa y emprende; tú, seguro,
Tendrás á Dios por muro y firme amparo.
Él te será reparo, que la lengua
Del malo, que con mengua á veces brama,
No te toque en la fama.
A la dolencia
Y cruda pestilencia pondrá un freno,
Que no toque á tu seno ni se atreva.
Al fin no hay cosa nueva que suceda,
Que contra el justo pueda.
Si en la guerra,
A do la muerte atierra tantas vidas,
Entrares, con heridas destrozado,
Cabe tu izquierdo lado caerá un ciento,
Y á tu derecha sin cuento; mas contigo
No topará enemigo que te hiera.
Verás volar la fiera artillería,
El ruido, y vocería y triste llanto,
Estos muertos d'espanto de la bala,
Que por su lado cala, á aquellos mata,
A otros arrebata el brazo y pecho,
A cuál deja contrecho, á cuál sin mano.
Otro que en aire vano desplegaba
La voz, y amenazaba á su contrario,
Llegando el golpe vario, le arrebata
La cabeza, y le mata y le enmudece.
Cuando esta furia crece, tú, amparado
Del uno y otro lado, irás seguro,
Llevando á Dios por muro, y el castigo

Verás que al enemigo le descarga
El Señor, que con larga y gran paciencia
Le esperó á penitencia.
Tú, Dios mio,
Eres en quien confio y mi esperanza,
Do no cabe mudanza.
¡Oh tú, afligido,
Asienta en Dios tu nido, en Dios tan alto,
Que no teme el asalto de los males,
Ni azote á los umbrales de su casa
Llegó jamás.

Hé aquí de qué manera está el justo firme y constante en medio de los males que le vienen, y cómo Dios ampara y cubre á sus amigos, como se vió en los mártires, y por eso no temian á los hombres: *Dominus mihi adjutor non timebo, quid faciat mihi homo?* El Señor me ayuda, no temeré lo que puede hacer contra mí el hombre. Como si dijera: «Si Dios es de mi parte, ¿qué daño me puede hacer un hombre?» Dios es fortísimo, es el poderoso, el invencible, fuente de todo el ser, el manantial de la vida, el hacedor y padre de la naturaleza, por quien todo tiene ser y se conserva, el que todo lo gobierna, y sin él se desbarata; el que lo sustenta todo, y sin él todo se desata y cae; es el hombre flaquísimo, el que nada puede, el que de un mosquito es vencido, fuente de toda corrupcion, el manantial de enfermedades, el juego y farsa de la naturaleza, por quien todo se desconcierta, todo lo turba; y finalmente, son todas sus máquinas telas de araña, sus lanzadas picaduras de mosquitos, sus grandezas espuma del mar, su ser la misma vanidad (como lo dijo David); pues siendo Dios tan poderoso, y conmigo y á mi lado, y mi contrario, el hombre, tan flaco, tan nonada y tan gallina, ¿qué tengo que temer? Qué puede hacer contra mí, que me dañe? El demonio es tanto mas robusto y fuerte que todos los hombres juntos, que *non est potestas quae comparetur ei super terram.* Si todos los nacidos se ayuntasen contra un solo demonio, de todos juntos se burlaria y á todos los traeria como quisiese; y si Dios no le atase las manos, lo asolaria todo. Y es Dios de tanta valentía, que al supremo serafin, con todos los de su parcialidad, á coces los despeñó de sobre las estrellas, y dió con ellos en los abismos. Luego si á mí me apadrina y ayuda Dios, ¿cómo temeré al hombre, que tiembla como un azogado en ver uno de aquellos que mi padrino con un puntapié los derrocó del cielo hasta el infierno? *Non timebo quid faciat mihi homo.* Y mas, si pudiera (ya que poco); mas esa nonada que pudiera, fuera en cosa de calidad, y que el daño que hiciera fuera de algun momento, no fuera mucho temerle; mas *Quis es tu, ut timeres ab homine mortali, et à filio hominis, qui quasi foenum ita arescet? Et oblitus es Domini factoris tui, qui tetendit coelos et fundavit terram;* ¿Quién eres tú, que temiste de un hombre mortal? Que este epíteto dice su poca fuerza; ¿qué hay que temer de uno que al fin se muere? *Cujus spiritus est in naribus ejus;* Que tiene el alma en un soplo, que si le tapais las narices, le ahogaréis; y dejais de temer al Señor que os hizo, que desplegó los cielos y puso los cimientos á la tierra. *Dico autem vobis amicis meis: Ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post haec non habent amplius quid faciant.* Aquí lo dijo bien: A vosotros, amigos mios, lo digo, que, por ser amigos, estoy obligado á haceros lado cuando salgais al desafío con los hombres. No me los temais; que el daño que os pueden hacer es romperos el cuero, y aun solo el sayo, y no pasarán de allí sus lanzadas; pues reparan en el cuerpo, que es el sayo del alma. Todo cuanto os pueden quitar es cosa de poco momento. *Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam: ita dico vobis, hunc timete;* Quiero mostraros á quien habeis de temer: temed á aquel que, despues de haber muerto el cuerpo, que tras quitaros la vida corporal, tiene poder de dar con el alma en el infierno; así os lo digo á vosotros, que temais á este. Temed á este espantoso Dios. A este Señor temia el santo profeta Jonás, y así lo dijo á los marineros: Yo soy hebreo, y temo al Señor Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra. Y es cosa de ponderar lo que dice luego el sagrado texto: *Et timuerunt viri timore magno;* que aquellos bárbaros, en oyendo el nombre del Dios del cielo, temieron bravamente, y no osaban tocar al Profeta, hasta que él les dijo que se cansaban en vano en procurar de volver á la orilla; porque no cesaria la tempestad si á él no le lanzaban en el mar. Extraño caso este, que unos idólatras, sin conocimiento de Dios, con verse en ventura de perder las vidas en las ondas, con oir al Profeta que perecerian si no le arrojaban á él, con verlo por la experiencia, y que los vientos se embravecian mas de cada punto, y que se levantaban los montes de aguas que querian sepultar la nave entre las ondas; con todo eso, en oir el nombre de Dios temieron, y procuraban de forcejar contra la tempestad y volver al puerto donde habian salido; y que un hombre que se llama cristiano, que profesa la fe, que está señalado con el hierro de Cristo y enalmagrado con su sangre, que cree su Evangelio, que conoce á Dios por juez y espera el infierno ó el cielo, y que dice que morirá por esa verdad, y que esa creyeron sus padres y en ella vivieron sus pasados; este tal no tema á Dios y viva como si no le hubiese, y obre como pagano, sin miedo, sin vergüenza, sin virtud, sin respeto, y no un dia ni un mes ni un año, sino cuatro y diez y veinte y toda la vida, y llegue con sus maldades y pecados y abominaciones hasta la sepultura, y que con ellas le entierre; esto ¿puédese sufrir? ¡Oh mónstruos infernales! Y ¿hasta cuándo os ha de durar el pecar? Hasta cuándo no temeréis á Dios? Hasta cuándo seréis peores que los demonios? *Daemones credunt, et contremiscunt,* dice Santiago; los demonios al nombre de Cristo temen y tiemblan y se espantan, y creen su gran potencia y los asombra su majestad; y vosotros y vosotras, peores que demonios, creeis y no temeis; luego sois peores que ellos. ¡Oh temor santo, que quien te tiene te conoce! Contigo se tiene todo el bien, y el que te pierde, pierde por junto cuanto bueno tiene el

mundo; y sin tí no le queda cosa que valga ni que sea de provecho. De tí nace el respeto á la virtud, el odio al pecado, la vergüenza del vicio y el amor á Dios. Eres padre y engendrador de toda buena obra, gobernalle de nuestra vida y el freno que corrige la fuerza de nuestros ruines deseos. Finalmente, eres la llave de nuestra vida, y aun la del cielo y la de toda nuestra medra y bien. *Timete Dominum omnes Sancti ejus: quoniam nihil deest timentibus eum;* Temed al Señor, oh santos y escogidos suyos; que sabed que jamás tuvieron mengua de cosa necesaria los que le temieron; porque con su temor lo tienen todo, y los que no le temen no tienen nada. Este traian siempre delante de los ojos los grandes amigos de Dios, Abrahan, Isaac y Jacob; tanto, que á Dios le llamaban su temor. Cuando huyendo Jacob de casa de Laban, su suegro, con sus mujeres, hijos, ganado y toda su casa, siguiéndole Laban, le alcanzó, y el uno al otro se dieron las quejas que tenian y las razones de estar cada uno sentido del otro; contando Jacob las suyas, dijo á su suegro: *Nisi Deus patris mei Abraham, et timor Isaac affuisset mihi, forsan nudum me dimisisses;* Si el Dios de mi padre Abrahan y el temor de Isaac no me amparara de tí, por ventura me enviaras desnudo á mi tierra. Llamó temor de su padre Isaac al que habia llamado Dios de su abuelo Abrahan, que traian tan en las manos el temor de Dios y tan delante de los ojos, que por decir mi Dios, decian mi temor, que todo era uno; con eso eran tales y tan santos, y vivian tan recatados y remirados, y espulgaban tanto sus obras. Así decia Job: *Verebar omnia opera mea;* Obraba yo con tanto miedo, que de cada cosita y de cada palabra y aun del menor pensamiento tenia recelo. ¿Si acaso va bien lo que hago? Si agradará á Dios lo que pienso? Si me pedirá cuenta de lo que digo? Y así, siempre andaba cargado de mil miedos. ¡Oh pecadoras! Venid vosotras las de sin miedo y sin vergüenza, y cotejad vuestras obras con las de Job, y si él, siendo tales las suyas que dijo el *Non peccavi*, que no dijera mas un cartujo, y alabado por la boca del mismo Dios, y que era el mejor que á la sazon tenia el mundo; y con todo eso, tenia miedo si acaso agradarian á Dios ó no; ¿qué será de las vuestras, infames, abominables, asquerosas, indignas de parecer delante de los ojos de los hombres, cuanto mas de los de Dios? El decia: *Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine;* Heme concertado con mis ojos para que no miren ni piensen en alguna doncella. Vosotras teneis todo vuestro cuidado en vuestras torpezas y sucios deleites, que eso traeis en el pensamiento, con eso os despertais y eso hablais, y todos vuestros deseos, tratos y palabras son torpes y un piélago de cieno de lujuria. El santo Job decia: *Si deceptum est cor meum super muliere, et si ad ostium amici mei insidiatus sum, etc.;* Si acaso se me fué alguna vez el deseo tras la mujer ajena, ó si rondé y rué la casa de mi amigo con intento de quitalle la honra, otro me la quite á mí, y mi propia mujer me afrente y no me guarde la fe. Vosotras sois revolcadero de lujuria, que convidais á todo linaje de gentes; y cansadas de pecar, y nunca hartas, se os pasan los dias y los años y se os acaba la vida; decidme, miserables, ¿qué tales serán vuestras obras para ponellas delante los limpísimos y puros ojos de Dios? Y ¿cómo, después de cansadas de vuestras abominaciones, osais dormir tan á sueño suelto y tan sin cuidado como si cada cual fuere una santa Catalina ó hiciera la penitencia de la Madalena? Y ¿cómo osais aguardar vuestra conversion para la vejez, como si la tuviérades cierta, ó ya que la tengais, como si entonces la hubiérades de hacer, ó si ya que la hiciérades, estuviésedes ciertas que será verdadera, para que os la acepte Dios? Volved, volved sobre vosotras, mirad vuestro peligro, el escándalo de la república, la infamia de vuestras personas, la sangre de Dios derramada, la muerte cierta, la penitencia dudosa; y mirad al ejemplo desta pecadora y arrepentida, perdonada y santificada; que, pues para ella hubo remedio, tambien le habrá para vosotras; y si ella se vió absuelta y en gracia y amistad de Dios, tambien habrá entrañas de piedad para recebiros á vosotras, y cielo para trocallo por el infierno, en que os habeis despeñado. Pero dejemos esto para que se contemple y guste allá en el corazon, que mas vale para contemplado que para escrito, y pasemos á tratar de lo que el fariseo pensaba en su corazon en este medio.

Y porque me he alargado en esta *tercera parte* mas de lo que creí, y me llama la última, que ha de ser del amor de la Madalena, por el cual dice el Señor que mereció ser perdonada, y esta corresponde al estado del alma en gracia, correré este pedazo de Evangelio hasta llegar á nuestro intento.

§. XLV.

Pero antes quiero decir solas dos palabras, que aquí las callaba, porque todos los que predican esta conversion las advierten en este lugar; y así, como cosas comunes las pasaba; pero agora me parece ponellas para que este tratado quede tan cumplido, que no tenga necesidad de salir á casa de sus vecinos á buscar nada, aunque sea de lo muy comun. Digo pues que la Iglesia católica, no sin sobra de razon, nos da á la Madalena por ejemplo de penitencia, por donde los que no sabemos salir ni desenredarnos de nuestros pecados, ni por qué pasos va la penitencia, con tan buen guion no la podamos errar. Para cuando uno ha errado el camino y va perdido, el mas cierto remedio es volver á desandar lo andado; y aun en los animales lo vemos, que un toro que le están lidiando en coso, ordinariamente acude á la puerta por donde entró, que parece que naturaleza le enseña que por allí ha de escaparse, por donde se metió en el peligro; pues así el pecador que se ve perdido y que ha caminado mucha tierra y dado muchísimos pasos hácia el infierno, el remedio que le queda es desandar lo andado y volver atrás, como Teseo, que ató el hilo á la puerta del laberinto de Creta por atinar á salir otra vez. Es menester, pecador, que desandeis lo andado; que si arrojais hácia arriba una pie-

dra, para volver á su centro tanto baja como subió. Si subistes por soberbia, y os parecia que estábades alto, que érades algo, que podiades y valíades, y no se podia vivir con vos; que de aquí adelante bajeis otro tanto por humildad, hasta dar con vos en tierra, y conocer que sois polvo y que valeis nada y menos que nada, y entonces sanaréis de la ceguera de vuestro entendimiento. Nunca el otro ciego del Evangelio vió, hasta que el Señor le enlodó los ojos. ¡Oh, cómo os abre los ojos del entendimiento el poneros muy del lodo! El acordaros que sois lodo y que en lodo vais á parar, y que en eso para todo cuanto acá buscais, y en lodo pararán vuestros placeres, y en polvo acabaréis vos. Cuenta la sagrada Escritura que el polvo que echó Moisen en alto causó las vejigas y hinchazones en Egipto. Por levantarse el pecador en alto, siendo polvo, se le hacen hinchazones y llagas de pecados y soberbia. La Madalena, por los mismos pasos por donde se perdió, por esos mismos buscó su remedio. Habia hecho guerra á Dios con boca y ojos y cabello, con olores y blanduras y regalos; pues con todo eso le sirve, y eso que habia sacrificado al demonio y con que le habia servido, eso mismo le sacrifica y dedica á Dios; que es el consejo del Apóstol: *Sicut exhibuistis membra vestra servire immunditiae, et iniquitati ad iniquitatem; ita nunc exhibete membra vestra servire justitiae in sanctificationem;* Así como con vuestros miembros, como con instrumentos de pecado, os determinastes de servir á vuestras torpezas é inmundicias, y pasábades de maldad á maldad; así tambien agora con todos ellos procurad de servir á la justicia y vivir conforme á ella, para vuestra santificacion. Para decir esto el Apóstol, dice unas palabras galanas antes destas: *Humanum dico propter infirmitatem carnis vestrae.* Y entra luego con el *Sicut exhibuistis, etc.* Una cosa humana os digo, una cosa llana y no nada dificultosa, que puesto que os pidiera cosa mas ardua, no os hiciera agravio; pero con todo eso, no os pido sino una muy puesta en razon. ¿Qué es esa, bienaventurado Apóstol? Que hagais otro tanto por Dios como habeis hecho por el demonio; que trabajeis tanto por salvaros cuanto trabajastes por condenaros. Pues ¿qué menos os puede pedir Dios, decid, pecador, de que, siendo él quien es, hagais otro tanto en su servicio como hicistes en el del demonio? Esto nos enseña aquí la Madalena, empleando en servir á Cristo todo cuanto otro tiempo habia empleado en servir al mundo y á su vanidad. Allí emplea los ojos en llorar sus pecados y se deshace en lágrimas; allí arrastra aquel cabello que tan estimado tenia; allí enloda aquella boca, besando el lodo de los piés de su Señor; allí gasta los ungüentos tan preciados que ella solia traer sobre su cabeza, allí le falta la vida, allí se le acaba el alma de dolor. Aunque la Madalena callaba con la lengua estando derrocada á los piés de Cristo, y el Evangelista no cuenta que dijese alguna palabra que se oyese; con todo eso, es de creer que hablaba con el corazon. Y si hablaba, no va muy léjos de razon que dijese las palabras que don Gabriel Fiamma, canónigo regular lateranense, dice en un soneto que hace de la Madalena, en sus *Rimas espirituales*, que por ser bueno y muy á nuestro propósito, le pondré aquí en su lengua para que los que la entienden vean su curioso pensamiento y el artificio de decillo; y tambien en la nuestra, para que los que no saben la italiana vean lo que quiso decir, pues yo no supe emparejalle el estilo, ni nuestra lengua puede decir en iguales versos lo que aquella, que tiene los términos mas cortos. Dice pues así la Madalena:

SONETO DEL FIAMMA.

Chiome, di mille cor reti e catene,
E del mio vannegiar travaglio eterno,
Sciolte, sparse, confuse, il duol interno
Mostrate fuori, e l' aspre altre mie pene.
Luci, sol per l' altrui danno serenne,
Onde già mille palme heve l' inferno;
De l' alma il tempestoso horrido verno
Scoprite altrui, di pianto amare piene;
Membra, d' ogni gran mal focile et esca,
Mani, a rapir l' altrui salute pronte,
Siate preste à cangiar costumi e vita.
E tu, sommo Signor, se l' età fresca
Vissi nel fango, hor, ch' io cerco il tuo fonte,
Per lavar l' error mio porgimi aita.

Quiere decir este soneto:

Cabello, de almas mil red y cadena,
De mi devanear trabajo eterno,
Suelto y confuso, mi dolor interno
Mostrá fuera, y mi alta, áspera pena.
Vista en ajeno mal solo serena,
Por quien mil triunfos ya ganó el infierno;
Del alma el tempestuoso hórrido invierno
Descubrí á Dios, de amargo llanto lleno.
Miembros, de males eslabon y yesca,
Manos, que hurtais salud de ajena gente,
Sed prontas á mudar costumbre y vida.
Y tú, sumo Señor, si la edad fresca
Viví en el lodo, ya busco tu fuente:
Lava y sana, gran Dios, mi alma perdida.

¡Oh María, oh mar de lágrimas, oh fuego y horno de amor! Y ¿hasta cuándo acabarás de llorar? Y ¿baste de deshacer ahí en llanto? ¿De qué Océano acarreas los rios que salen de tus ojos? ¿Das á la bomba á tus entrañas para sacar el agua que derramas? Pues mira, mujer espantosa, que un aljibe estuviera ya seco con la que tú has derramado, y ¿aun tú no te das por contenta? ¿Quieres por ventura anegar en lágrimas á los que comen á la mesa? ¡Oh Sol divino, Rey de gloria! Secad con vuestros rayos aquellas fuentes, enjugad aquellos ojos de María, deshaced los ñublados de su corazon, mandad á las aguas que cesen, decid á las nubes que no lluevan ya, que ya está anegado el mundo viejo y los pecados de María; cese el gran diluvio de su llanto, no se acabe de ahogar aquel pecho que tanto os ama. Abrid esa boca divina, y habladle y decidle alguna palabra de consuelo antes que muera á vuestros piés. Decidle: *Quiescat vox tua à ploratu, et oculi tui à lacrymis: quia est merces operi tuo, et est spes in novissimis tuis, ait Dominus;* Cese ya la voz de tu llanto

no vea yo mas turbios esos ojos; enjúguense, oh María, tus lágrimas; baste lo llorado, que yo me doy por contento; que galardon hay para tal obra, y grandes esperanzas te quedan de premio de tanto amor. Esto es hacer penitencia, esto es aplacar á Dios. ¡Oh, si tuviésemos vergüenza de nuestra mala vida, y qué poca agua es toda la de la mar para llorar solo un pecado! Hizo la Madalena lo que de aquella santa reina Ester cuenta la divina Escritura, que oyendo decir que el Rey tenia condenado á muerte á su pueblo, se desnudó los vestidos ricos y reales que tenia, y se vistió de cilicio y de un saco; y en lugar de los ungüentos olorosos que solia poner sobre la cabeza, y en vez del aceite de azahar y de jazmin con que mojaba el cabello, puso sobre él ceniza y polvo, y humilló su cuerpo con ayunos: *Et universa loca in quibus lætari consueverat, crinium laceratione complevit;* Y con el dolor y congoja del daño de su pueblo, hinchió de manojos de cabellos todos los lugares donde otras veces solia holgarse. Tal ha de ser la penitencia, que laveis con lágrimas todos los lugares que ensuciastes con vuestros pecados, que no es justo que sea mayor la ofensa que el dolor y la penitencia; antes bien ha de ser mucho mas el arrepentimiento de vuestros pecados que lo fué el contento de cometellos, como lo dice el profeta Baruch: *Sicut enim fuit sensus vester, ut erraretis à Deo: decies tantùm iterum convertentes requiretis eum;* Así como siguiendo vuestro sentido y apartados de la razon os fuistes léjos de Dios y del camino de la virtud; así diez tanto con mayor ansia volvéos á buscalle; que claro está que en el apartarse un alma de Dios y en el ofendelle no hace un solo daño, sino muchos. Quita á Dios lo que es suyo y lo que crió para sí, á la Iglesia un hijo, á la república un justo, al cielo un heredero, á los ángeles un amigo, á la ciudad de Jerusalen la celestial un ciudadano. Hace mas, que acrecienta el bando del demonio, tan aborrecido de Dios; ayuda á hacer daño á su república, que por los muchos malos la destruye Dios mas presto; puebla el infierno, que es gran afrenta para los justos, así como lo es que en la guerra los soldados de un príncipe se pasen al campo de su enemigo. Demás desto, cuando se reduce y vuelve á Dios, ha de rehacelle la pérdida del tiempo que ha estado fuera de su servicio; porque, quien ha tenido usurpada alguna heredad, no cumple con solo volvella, sino que ha de restituir los frutos corridos de todo el tiempo que pudiera fructificar para su señor. Así tambien, siendo el hombre heredad de su Dios, y dejándose desfrutar del demonio por el pecado, no piense que cumple con solo volver á Dios lo que es suyo, sino que le ha de satisfacer el tiempo que ha dejado de servílle y le ha defraudado de todo aquello; pues debe un hombre á Dios en servicio por cada uno de los beneficios que de su santa mano ha recibido, todas sus obras, todas sus palabras y todos sus deseos y pensamientos; y por esto dice el Señor que de todo esto han de dar cuenta. Y este es el verdadero y legítimo sentido del lugar que habemos alegado del profeta Baruch. Entiendan esto los que há un año y cuatro y diez que están amancebados, y los que de sesenta años de vida, los cuarenta se les han pasado en pecado, y miren cuándo restituirán al Señor el servicio que de tantos años le deben; porque los servicios que en lo que les queda de vida le podrian hacer á Dios, ya se los deben por el título de Señor, cuyo es todo lo que trabaja y afana el esclavo. Pasemos agora á lo que del Evangelio nos queda hasta llegar á nuestro paradero.

§. XLVI.

Estando pues la Madalena á los piés del Señor, callando, lavando, alimpiando, besando y ungiéndolos, y estando el Redentor á todo ello quedo y sin hablar palabra, Simon el fariseo, que le habia convidado, que, segun dice mi padre san Agustin, era de aquellos que se picaban de santos y decian lo de Isaías: *Recede à me, noli me tangere, quia mundus sum;* Tenéos allá, no me toqueis, que me ensuciaréis, y yo soy limpio, conocia á la Madalena; y espantado de que el Señor se dejase tocar de mujer tan pecadora á su parecer, que si á él se llegara la echara á coces de sí, y no comiera aquellos ocho dias, de puro asco, y habia poca agua en Ebro para lavarse, comenzó á decir entre sí: «¿Este es el que me decian que era tan santo y tan gran profeta? Yo creí que habia convidado á otro Eliseo, que desde Samaria sabia cuanto hacia el rey de Siria en su cámara; pero paréceme que me he engañado, porque si fuera profeta supiera qué pieza es la que le toca, porque es una gran pecadora.» No decia verdad Simon en decir que á aquella hora era pecadora la Madalena, puesto que lo hubiese sido; que no era sino justa, y harto mas que él: hé aquí los juicios de los hombres. Terrible cosa, señores, que porque uno haya sido pecador un año, lo ha de ser cuatro y toda la vida; y que os parezca á vos que porque aquel cayó, que ya no hay que aguardalle emienda; pues yo os prometo que suele á veces el caido levantarse con tal ánimo, que pelea mejor que el que no cayó. Veréis una pobrecilla mujer que tuvo alguna flaqueza, y si, vuelta della por la misericordia de Dios, trata de servirle, de confesarse á menudo, de ir al templo y de oir misa y recogerse, sale el otro fariseo y la otra mofadora murmurando: «Sí por cierto, mejor le estaria á Fulana trabajar y estarse en su casa que andar arrastrando confesionarios y royendo santos, hecha santera.» Pues en verdad, que podria muy bien ser que os haga á vos con vuestra doncellería á cuestas mucha ventaja en bondad y santidad, y en lugar mas aventajado en el cielo. Este es el pleito de Marta y María, su hermana; Marta era doncella, María habia sido gran pecadora; estaba el Redentor en su casa con todos sus dicípulos, llegaba cansadísimo, habia de comer, y María muy sin cuidado á los piés del Señor, teniéndole conversacion y entreteniéndole, y Marta muy congojada, que no se daba á manos entendiendo en la comida. Como vió así á María, parecióle que mejor le estaba á ella el llorar y contemplar, pues era doncella, que á su hermana, que no lo era, y que podia trabajar y servir en casa. Y así, dijo al Redentor: «Señor,

¿no veis el descuido de mi hermana, qué tal se está mano sobre mano y no mira que tenemos tal huésped? Mandadle que se levante y me ayude.» Mas el Redentor respondió por ella, y al fin María fué la mas amada, la de la contemplacion, la de los favores, y la regalada del Señor. Y no leemos que cuando el Redentor resucitó á Lázaro llorase, aunque salió Marta á él llorando; mas cuando vió llorar á María, turbóse y bramó y derramó lagrimas. El fariseo era destos. Cuéntase en el primero de los *Reyes* que la santa mujer Ana, madre de Samuel, no teniendo hijos, y estando lastimada de las palabras que Fenena, la otra mujer de su marido, le decia, afrentándola porque no tenia hijos, habiendo subido un dia Elcana, que era el marido, y las dos mujeres á sacrificar á Silo, donde á la sazon estaba el arca del Señor y el tabernáculo que hizo Moisen, porque no habia templo edificado en aquel tiempo; habiendo sacrificado por la mañana al Señor, estando comiendo del sacrificio, dice el texto que Elcana dió á Fenena y á sus hijos á cada uno su parte; y como Ana no los tenia, dióle una sola parte, y diósela muy triste, porque la amaba mucho y era su Raquel. Dábale en rostro su combleza de que Dios la habia esterilizado y quitado el fruto de su vientre, y Ana lloraba y no queria comer; esto le acaecia siempre que subian al tabernáculo del Señor. Tan fatigada se halló un dia, que se fué sin comer al tabernáculo, y allí, prostrada delante del Señor, comenzó á orar y á llorar, y solamente se le vian menear los labios, pero no se le oia palabra; era después de comer, aunque ella estaba ayuna. El sumo sacerdote Helí estaba sentado á la puerta del tabernáculo y mirábala; y viendo que tardaba mucho y movia los labios, creyó que estaba embriaga, y díjole: «¿Hasta cuándo estarás borracha? Digiere primero el vino que has envasado, y después orarás.» Hé aquí otro Simon fariseo y otra María Madalena. Parecíale á Helí que, siendo después de comer, debia estar Ana llena de vino, y trátala de embriaga. Parecíale á Simon que, siendo María tan pecadora, debia de serlo aun, y hace ascos della; y la una y la otra eran harto mejores que entrambos.

§. XLVII.

El Redentor, que no queria comer de balde en casa de Simon, sino pagalle el escote, y sanalle á él tambien y alumbralle, dícele: «Simon, quiéroos preguntar una cuestion, un qués cosa y cosa.» Responde Simon: «Maestro, decidlo en buen hora.—Pues habeis de saber que un hombre de bien y rico tenia dos deudores, aunque las deudas no eran iguales, porque el uno le debia quinientos ducados, el otro cincuenta; pero el uno y el otro eran tan pobres, que no tenian de qué pagar. Fué tan liberal, que hizo una cosa poco usada en el mundo, y fué que á entrambos les perdonó la deuda. Decidme, Simon, pues sois dotor graduado, ¿cuál destos deudores os parece que ama mas al acreedor?» Responde Simon: «En verdad, Maestro, que á mi ruin parecer yo diria que aquel á quien mas perdonó.» Díjole el Señor: «Muy bien habeis juzgado.» Desta cuestion del Redentor nace una duda harto grande, porque parece que no se infiere bien ni se sigue lo que Simon dice y el Señor afirma. La razon es, porque bien puede ser que yo por ser liberal perdone al que me debe mucho y al que menos, y con todo eso me ame mas y me sea mas amigo el que menos me debia; y así, no sigue bien lo que dice Cristo, que habia juzgado bien Simon. Demás de eso, si habla de deuda de pecados y dice que al que menos ama menos se le perdona, ó es que tiene menos pecados ó tantos; pero no se le perdonan todos, si tantos, y por amar menos se le perdona menor parte dellos, esto no se puede decir, porque allá dicen los teólogos «que es impía cosa esperar de Dios medio perdon de pecados; porque, ó no perdona ninguno, ó los perdona todos». Si tiene menos pecados, porque pecó menos, no se sigue bien que ama menos, porque tuvo por poca deuda que le perdonasen; ca seguiríase deso que la Vírgen María y el Bautista amaron poco, porque el uno tuvo poco que le perdonasen, y el otro nonada. Item, que cuando propone la cuestion, parece que el perdonalle mayor deuda al uno da por razon del mayor amor; en la resolucion della, da el amor por causa del perdonalle. Pues á esta dificultad, digo que no puede el Señor hablar sino de deuda de pecados, y esto es cierto; pero en esta hay dos, la una es de culpa, la otra es de pena. Digo que tampoco habla de la deuda de culpa; porque desta, ó no perdona nada ó la perdona toda; y así, no hay que inferir que á quien menos ama se le perdona menos; porque, si el amor llega á ser sobrenatural, que sale de la contricion y dolor de los pecados y ofensas de Dios, este es bastante para perdonar toda la culpa; y así, en esto no hay ninguna diferencia entre el que pecó mucho ó el que poco. Quédanos agora la pena que corresponde á la ofensa; porque, dado caso que por la contricion se remite y perdona toda la culpa, queda, empero, la pena que merecia el pecador; como cuando un caballero ha hecho una injuria á la persona real, cierto está que ha enojado al Rey, y allende deso ha incurrido en la pena de la ley; y aunque, conociendo su yerro, el Rey le admita en su gracia y le perdone la injuria y el enojo que le hizo, porque robó algo de la renta real, quédale de satisfacer á la ley y pagar lo robado, ó la pena que está puesta. Así es en el pecado, que con él injuriamos á Dios y somos transgresores de su ley, y por habernos atrevido á injuriar persona divina é infinita, somos condenados á privacion eterna de Dios y á pena infinita; pero cuando nos dolemos con verdadero arrepentimiento, perdónansenos las culpas y volvemos en amistad de Dios; mas no se nos perdona toda la pena que corresponde á la culpa, aunque se muda de eterna en el infierno á temporal; y si no la pagamos, guárdasenos para el purgatorio. Dije que no se nos perdona toda la pena, porque cierto está que la contricion, «que es verdadero dolor de la ofensa por solo Dios,» no solo quita la culpa, mas aun algo de la pena. Y que haya estas dos cosas en el pecado, vese de lo que hizo Dios con David, que con decille Natan: «El Señor ha perdonado tu pecado,» y

esto fue cuanto á la culpa, le dijo luego: «Pero el hijo que te ha nacido morirá,» que es cuanto á la pena; que al fin, como dice san Pablo: «Toda prevaricacion y culpa ha de pagarse al justo;» pero harta merced es de nuestro liberalísimo Dios que lo que se habia de penar en fuego sin fin, lo trueque y mude en nuestro ayuno ó limosna, ó en otras obras penales que presto se acaban. Es tambien de saber que la contricion no puede estar sin amor de Dios, y que por ella y por los actos que hay en ella se perdona parte de la pena, como por el dolor que un hombre siente de haber ofendido á tan alta Majestad y á un tan buen Señor, y por la vergüenza que pasa consigo mismo, y por el humillarse y afrentarse á los piés de un confesor diciendo sus pecados; pues aquí entra la respuesta de nuestra duda; que el Señor habla de deuda de pecados, no cuanto á la culpa, sino cuanto á la pena; y el exceso no es ya de los pecados, que uno deba quinientos y otro cincuenta, sino de la pena, que debiendo entrambos igual pena, amó el uno tanto, que, no solo le relajaron parte, mas aun toda ella; el otro que amó lo que bastaba para que le perdonasen la culpa, no llegó su dolor y amor á ser tan vehemente, que le perdonasen mas que una parte, y por esto concluyó el Señor: «A quien menos le perdonan menos ama,» que es lo mismo que si dijera al contrario: «A quien menos ama, menos se le perdona.» Y segun la dotrina dicha, es clara esta consecuencia y bonísima. Y cuando al proponer de la cuestion, dijo el Señor que el uno debia quinientos y el otro cincuenta, y que á entrambos les perdonaron la deuda, bien entendió Simon que por la amistad que tenian con el acreedor, y porque le amaban, se les habia perdonado; que á ser enemigos no lo hiciera; y por eso respondió «que amaba mas aquel á quien mas se habia perdonado».

§. XLVIII.

Acabando de sentenciar Simon contra sí mismo sin entendello, que es lo que cita el Apóstol del santo Job: «Cazaré yo, dice Dios, á los que presumen de sabios, y enredallos he en su astucia;» vuélvese el Señor á la Madalena, y dícele á Simon: «¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para mis piés (que es un refresco que se hace á los que llegan cansados), esta con lágrimas de sus ojos me los ha lavado y limpiádomeles con su cabello; no allegaste tu carrillo al mio en señal de paz, y esta desde que entró no hace sino besarme los piés; no me ungiste la cabeza, esta me ha ungido los piés con agua de ángeles.» ¡Oh Dios agradecidísimo! y ¿quién no te sirve? Hombres, ¿habeis visto tal Dios, que apenas le habeis hecho el servicio, cuando le veréis hecho un pregonero de vuestras niñerías? Acullá san Martin, que le habia dado media capa, dice que vió aquella noche á Cristo con su media capa á cuestas, mostrándola á los ángeles y diciendo: «Mirad qué me ha dado Martin.» Que el sayo roto que diste al pobre y el zapato viejo y el regojo de pan lo sacará Dios á plaza el dia del juicio delante de todo el mundo, y dirá: «Esto me dió Fulano.» ¡Oh locos avarientos, malditos! Que vuestros tesoros se pudrirán y vuestra plata se comerá de orin y vuestras sedas se gastarán de polilla en vuestras arcas, y el sayo remendado del pobre parecerá bordado de oro y perlas; y vosotros os comeréis las manos de rabia, como os lo avisa Santiago: Y atesorastes ira para vosotros y contra vosotros en el dia de vuestra muerte; ¡Oh pecadores, que jamás os acordastes de volveros á Dios ni de hacer penitencia! ¿Qué sentiréis cuando viéredes hacer alarde de los servicios que hizo la Madalena á Dios, y de su penitencia; y vosotros, avergonzados, no oseis parecer, viendo que no tiene Dios una obra buena vuestra de que preciarse? Aun no habia acabado de lavalle ni ungille, y ya le cuenta á Simon los servicios tan por menudo como si él no tuviera ojos y no se los viera. ¡Qué afrenta para Simon, para el fariseo, para el sacerdote! Qué confusion ver lágrimas en uno que se llega á sus piés, y en él no! No me diste agua para mis piés, y esta, desde que entró, no ha cesado de lavármelos con lágrimas de sus ojos. Fué tan grande el regalo que sintió Cristo de verse lavar los piés de un alma pecadora, que se las pone delante al sacerdote y eclesiástico para confundille. Gran confusion que diga Dios: «Entré en tu casa, no una vez, sino muchas, y nunca te acordaste de lavarme siquiera una vez con tus lágrimas, y ¿que una pecadora no cese de regalarme con boca y ojos, manos y cabello? Que comulgues cada dia tan seco y con tan poca devocion, y que la pobrecita, un dia en el año que comulga, sea con tantos sollozos, lágrimas y gemidos.» Terrible afrenta para el de la Iglesia y para el religioso es la que á Simon le hizo Cristo; ¿quién te hizo, Señor, procurador, de juez? Abogado se torna Dios del pecador que se convierte de su mala vida: *Sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum*, dice san Juan; No pequeis, hijuelos; pero si alguno (lo que Dios no mande) pecare, no desconfie, tenga ánimo y vuélvase á Dios, porque tenemos un abogado acerca del Padre, que nos alcanzará perdon, y este es Jesucristo justo; que le llamó *justo* por animarnos á que, si por ser nosotros pecadores no nos atrevemos á ponernos delante de un justo Dios, que sepamos que es Padre, y que allá en las cortes del cielo tenemos un procurador justísimo, á quien el Padre tiene mucho respeto. Así que, blasona Cristo de los servicios que le hace la Madalena, y vuelve por ella; volvió tambien por María cuando Marta la acusaba de descuidada; volvió tambien por ella cuando los dicípulos la notaban de pródiga pocos dias antes de su muerte; y María siempre callaba. Callad vos, que Dios responderá por vuestra causa, como hizo por los dicípulos contra los fariseos, cuando le dijeron: «¿Por qué vuestros dicípulos no se lavan las manos cuando se sientan á comer?» *Vos tacebitis, et Dominus pugnabit pro vobis*, dijo Moisen al pueblo cuando vieron ante sí el mar, y á los enemigos á las espaldas: No temais, callad, y el Señor peleará por vosotros. Y allá David: *Dominus retribuet pro me;* El Señor pagará por mí su merecido á mis enemigos. Concluye el Señor

y dice á Simon: «Pues en verdad te digo que á esta mujer le son perdonados muchos pecados porque amó mucho.» Esto es en el sentido que habemos ya dicho; «porque á quien menos se le perdona, menos ama.» Llegados somos á la *cuarta parte*, que es el amor de la Madalena y del estado de un alma en gracia; y porque yo pueda entrar con mas alientos á tratar desta materia, será bien hacer aquí pausa y descansar de la corrida larga que hasta aquí habemos traido, pues no solo yo estoy cansado de haber hablado, pero imagino que tambien los que me han oido. En tanto roguemos á la Fuente de vida que nos alumbre, para saber tratar dignamente de su amor divino, y de suerte que haga provecho en nuestras almas.

PRÓLOGO

DEL TERCER ESTADO DE LA MADALENA.

Á LA ILUSTRE Y MUY CRISTIANA SEÑORA

DOÑA BEATRIZ CERDAN,

religiosa del monasterio de Santa María de Casvas de Aragon.

Porque (como dijimos al principio deste tratado) tres estados se pueden considerar en la Madalena y en cualquier otro que pasa de pecado á gracia, y ya con el favor divino habemos tratado de los dos, que son del que el *pecador* tiene en su pecado y apartado de Dios; y del estado de *penitente*, cuando, con el auxilio divino saliendo de sus vicios, hace penitencia y se vuelve á Dios; y en la gloriosa Madalena los habemos pintado entrambos; agora en esta *cuarta parte* solo nos queda haber de tratar del tercero, que es de aquel regalo y dulzura de que goza el alma que, dejando la vieja piel de la serpiente antigua, que es el hombre viejo, sale del pecado con otra nueva vestidura de *gracia*, y renovada, se goza con su amado, adonde experimenta otros nuevos gustos y otras ternezas mas suaves que las que en el estado del pecado gustó. Pues porque esta parte va fundada en estas palabras que dijo Cristo á la Madalena ó á Simon, hablando della: «Muchos pecados le son perdonados porque amó mucho;» y conforme á esto será menester hablar del amor, quiero antes de comenzar á hablar de sus grandezas prevenir á vuesamerced y quitalle el escrúpulo que sé yo que su bondad y honestidad le podria traer. Esto haré tratando dos palabras del nombre del *amor*, para que, abonando este término, y mostrando cuán alto es y cuán digno de estima, y que es santísimo y divino, vuesamerced, como muy enamorada de Dios, goce de los secretos que aquel mar inmenso de amor encierra en sí y comunica á sus santas esposas, que corren tras el Cordero, atraidas con el olor suavísimo de sus ungüentos, como lo dice una esposa que lo habia bien experimentado. Y porque se vea que los profanos amadores del mundo tienen infamado este divino nombre, llamaré en mi abono al gran dicípulo de san Pablo, el divino Dionisio, el cual en el libro de *Los nombres divinos*, dice así: Muchos hay que llevan mal y les parece fuerte que el nombre del *amor* se atribuya á Dios y á las cosas divinas; los cuales piensan que este nombre solo se puede usar para tratar de los amores profanos y sensuales, que mejor se llamarian brutales y furiosos. Pues no piense nadie que es estilo nuevo que nosotros usamos, ni alguna nueva introducion contra la santa y divina Escritura, cuando damos á Dios este nombre; porque por cierto es cosa absurda y muy fuera de razon que se rija alguno por solo el sonido de los términos y lenguaje, y no por la significacion y sustancia que importan en sí. Esto es de hombres que no calan los misterios divinos, sino que solo tragan el sonido desnudo de las palabras; y es que no quieren saber lo que los tales significan, y cómo es menester en las cosas arduas explicar un término algo escuro por otro mas claro; y si les quereis persuadir esta verdad alborótanse, como si no fuese lícito explicar el cuaternario por *dos veces dos*, ó llamar *nuestra patria* á la tierra do nacimos. Y porque nadie piense que lo que habemos dicho es torcer la interpretacion de la divina Escritura, oyan los murmuradores del nombre del *amor* al Espíritu sobrecelestial lo que dice, y con qué lenguaje habla: «Ama la sabiduría, y ella te guardará; cércate della y vístetela, y te ensalzará; hónrala, porque te abrace;» y las demás palabras y cantares amorosos que en la Escritura se hallan, adonde usa muchas veces del nombre del *amor*. Y puesto caso, Señora, que en nuestro lenguaje castellano no se hallen términos diferentes que signifiquen esto que llamamos *amor*, como se hallan en el latin; con todo eso, pondré las palabras que añade á estas el mismo divino padre san Dionisio, que, aunque en castellano no se sufran bien, por la pobreza de la lengua, y sean medio latinas, con todo eso, con el claro entendimiento y buen juicio que el Señor ha dado á vuesamerced, entenderá algo de la diferencia que se halla en los términos latinos. Dice pues: Antes bien á algunos de los sagrados intérpretes y tratadores de las cosas divinas, les ha parecido mas sagrado y divino el nombre del *amor* que el de *dileccion*; porque el divino Ignacio, mártir, dice en la epístola que escribió á los de Roma: *Amor meus crucifixus est;* Mi amor Jesus fué crucificado. Y allá en las primeras instituciones y libros introdutorios de las santas Escrituras, se introduce uno que, hablando de la sabiduría divina, dice: *Amator factus sum formae illius*; esto dice por los libros de la *Sabiduría*. De manera que, aunque á algunos les parecia que para con Dios no se habia de usar el nombre de *amor*, como cosa ya aplicada á lo profano, sino el de *dileccion*, que, aunque quiere decir lo mismo, parece que dice el afecto de la voluntad con algo de mas moderacion que el nombre de *amor* (que yo no sé darle término en castellano á la *dileccion*, que es latino); con todo eso, dice san Dionisio: «Nadie se turbe con el nombre de *amor*, ni le quite del lenguaje de Dios como si fuese indigno de su grandeza; porque los deílocos padres, esto es, los que hablan de Dios, como son los profetas y santos apóstoles, por lo mismo toman *amor* que *dileccion*.» Y así,

con tan buen padrino quiero yo comenzar á declarar algo de lo mucho que el divino amor obró en la Madalena, y sus admirables efetos, puesto caso que al principio deste tratado comenzamos esta materia. Y los profanos y torpes: *Procul hinc, procul este prophani;* Huyan léjos de nuestra conversacion, ni se alleguen ni ensucien mis palabras con su torpe ingenio, que se correrá la muy enamorada Madalena, y aun creo que se me destemplará la pluma si acaso los veo delante. No se atrevan á tratar con manos torpes y sacrílegas este mi libro. Y vuesamerced por un rato desnúdese del cuerpo, y suba sola el alma á la region del sobrecelestial resplandor; y pasando todo lo sensible y lo inteligible, entre con Moisen en la niebla y *caligine* divina (que huelgo de decillo por este término latino), adonde vió Moisen á Dios, y le mostró todo el bien que dice la divina Escritura, cuando le dijo en el monte: *Ego ostendam tibi omne bonum;* que fué mostralle las ideas ó semejanzas ó ejemplares de todo lo criado, de quien dice en el *Génesis*: «Vió el Señor todo lo que habia hecho, y era muy bueno.» Entre vuesamerced con él en aquella niebla, y allí absorta y embelesada, deslumbrada del resplandor inmenso, ciega á todo lo de acá bajo, descubrirá los admirables efectos y grandezas del gran Dios de amor, adonde ardiendo con aquellas mentes angélicas, hecha divina mariposa, apurada en la llama y rayo de la luz soberana, y con el fuego del Amante eterno, consumirá todo lo terreno que acá en esta mortal region y escuro suelo se nos pega.

—

PARTE IV.

Y ESTADO TERCERO DEL ALMA EN GRACIA DESPUÉS DEL PECADO.

Con harto miedo de no acabar tan presto como querria, comienzo este tratado ó última parte; pero dame ánimo el pensar que la dulzura de la materia entretendrá el enfado de la prolijidad. Yo seguiré en lo que dijere á los que mejor hablaron desta materia, que son Hermes Trismegisto, Orfeo, Platon y Plotino, y al gran Dionisio Areopagita y á algunos de los antiquísimos filósofos, mezclando lo que en la sagrada Escritura hallare que no pueda levantar la materia; porque es la verdadera fuente donde nace todo lo dulce y soberano que del amor podemos decir, y aun donde los que he nombrado tomaron lo que dijeron bueno del amor y sus grandezas.

Tres cosas son las que hacen una cosa digna de ser estimada en mucho, y las que se miran para alabarla. Estas son la nobleza y antigüedad, la grandeza y el provecho que trae consigo. De suerte que, si del amor probáremos nosotros estas tres cosas, habemos salido con harta parte de nuestro designio. Hesiodo, Mercurio, Orfeo y Acusileo, llaman al amor antiquísimo, «perfeto por sí mismo, prudentísimo y de gran consejo.» Platon, en el libro que llaman *Timeo*, donde trata de las cosas naturales, pinta el *cáos*, que para mejor entendello llaman *cáos* un mundo informe, esto es, una masa sin particular talle, como la que hace el ollero, que allí está el plato, la escudilla, la olla, la cazuela y lo demás que ha de hacer de la masa de barro que tiene al lado del torno donde labra. No tiene allí el plato forma de plato, ni la escudilla forma de escudilla, ni lo demás que ha de hacer; mas en potencia ó en virtud se dice que hay allí todo eso, porque de aquel barro lo ha de labrar todo. Cuando Dios crió al mundo, dicen que lo primero hizo el *cáos* ó masa de que hablamos, informe, ruda, sin forma particular; y allí estaban envueltas todas las cosas, como si estuvieran en el vientre encerradas; porque de aquella materia se hicieron después. Y así dijo el otro poeta:

Ante mare, et tellus, et quod tegit omnia, coelum,
Unus erat toto naturae vultus in orbe,
Quem dixere Chaos; rudis, indigestaque moles.

Y luego:

.... *Quia corpore in uno*
Frigida pugnabant calidis, humentia siccis,
Mollia cum duris, sine pondere habentia pondus.

«Antes que criase Dios el mar inmenso, antes que descubriese las tierras y provincias, antes que hiciese algo de todo cuanto cubre el cielo, no habia mas que un bulto y masa, á quien llamaron *cáos*, que era una grandeza ruda é indigesta. Y allí, en aquel desemejado cuerpo peleaban todas las cosas mezcladas unas con otras; porque las húmidas hacian guerra á las secas, las frias á las calientes, las blandas contrastaban á las duras, las ligeras á las pesadas; y así de todas las demás.» Como este tenia falta de luz divina, por ser gentil y profano, aunque quiso atinar, desbarató; porque no podian estar allí dos cosas contrarias juntas, y con su ser y calidades y formas. Y si no lo estaban, mal dice que peleaban, porque lo cálido no contraria á lo frio sino por sus calidades, que son contrarias las unas á las otras; pues «quien no tiene ser, no puede tener contrariedad actual con alguna cosa»; y el pelear es hacer algun efeto; y «de lo que no es sino solo en virtud y potencia no puede resultar efeto en acto». Como, aunque nosotros estábamos en Adan por potencia cuando comió, y virtualmente pecamos en su voluntad; pero no se dirá bien que actualmente comimos nosotros; y por esto su *pecado* se llama *actual*, y el nuestro *original*. Aludió aquí Ovidio, porque habiendo leido el *Génesis*, vió que, tratando Moisen de la creacion, dice: *Terra autem erat inanis, et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi;* que la tierra estaba vacía y sin ornato ni compostura y sin talle. Erró tambien Ovidio en poner lid y discordia en el *cáos;* antes Platon en él asentó el amor, como artífice universal de todas las cosas; porque, como dirémos, por amor se crian todas. Y por eso le llaman «mas antiguo que el mundo y que el cáos» y que cuanto Dios crió; pues «primero es la causa motiva que nos impele y mueve al efeto, que el efeto que de allí resulta». Digamos esto algo mas claro: Dios al principio crió una sustancia ó esencia, la cual en el primer momento de su creacion era informe y escura, co-

mo habemos dicho. Esta, pór haber nacido de Dios, se convierte á él con un apetito nacido con ella misma. Vuelta á Dios, es ilustrada con su rayo y resplandor divino. Alumbrada así, se enciende con la refulgencia y reverberacion de aquel rayo. Encendido el apetito, se ayunta todo á Dios; y ayuntado, se informa. Porque Dios, que todo lo puede, parece que pinta en sí las ideas ó ejemplares de todas las cosas, y allá por un modo espiritual están entalladas las perfeciones que vemos en las cosas corporales; y estas especies de todas las cosas concebidas en la superna mente, llama Platon *ideas;* pero algunos de los platónicos declaran á su maestro desta manera: Que fingen allá una mente ó entendimiento que es supremo, y esta mente la ponen allegada y unida á Dios, y que en ella, por un modo espiritual, pintó todas las perfeciones de las cosas que después crió; pero que á la pintura de las ideas y á su conocimiento precedió la union y aproximacion de la mente que dijimos á Dios. De suerte que primero fué el unirse con Dios que el formar Dios en ella las ideas; y antes que el unirse fué el incendio del apetito; y antes deste precedió la infusion del rayo divino; á esta le precedió aquella primera conversion y vuelta del apetito; y á esta precedió la esencia informe é imperfeta de aquella *mente* que llaman; y á esta esencia aun no formada ni perfeta llaman *cáos*. La primera conversion suya en Dios llaman «nacimiento del amor»; la infusion del rayo divino que alumbra llaman «mantenimiento y cebo del amor»; el ardor é incendio que luego se sigue le llaman «aumento del amor»; la apropincuacion y junta llaman «el ímpetu del amor»; y la formacion llaman *perfecion;* y todas las ideas juntas y las formas de las cosas llaman ellos *mundo*, que quiere decir ornamento y compostura. La gracia deste ornamento se llama *hermosura;* á la cual el amor, luego en naciendo, atrajo la mente informe, esto es, no formada, imperfeta, para que se hermosease y perficionase. Y de aquí nace la condicion del amor, que arrebata y lleva á la hermosura, y ayunta lo feo con lo hermoso. Estos sueños destos dicípulos de Platon tienen mil escuridades y cosas que no se dejan entender; porque decir que en la mente que está unida á Dios pintó las ideas, es un desatino sin piés ni cabeza. Y la razon es que, ó aquella mente es el mismo Dios ó no: si lo es, siendo el mismo Dios, siempre es perfetísima, y es desatino decir que se perfeciona, y que le precede la esencia imperfeta ó informe. Si no es el mismo Dios (como no lo es, segun ellos), ó es «el alma del mundo», que ellos llaman, la cual dicen que vivifica toda esta máquina inmensa de los cielos y elementos, sol, estrellas y lo demás. Que Virgilio lo dijo en los versos siguientes:

Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem, et magno se corpore miscet.

Anda dentro el espíritu alentando
Toda esta inmensa máquina del mundo,
Acá y allá sus miembros avivando,
Y el alma, desde el centro del profundo
Por secretas arterias enviando
La vida, el movimiento y ser fecundo,
Se mezcla en el gran cuerpo, y desde el cielo
Hace vivir á cuantos tiene el suelo.

Digo que si esta gran *alma* que llaman *del mundo* (que no es lugar este de disputar la verdad desta opinion), por agora digo que se tiene por mas que falso; y así, no hay que hacer caso dello. Si no es el alma del mundo, ¿qué otra puede ser, que tenga las ideas de todas las cosas? Y así, los teólogos, dejada esta imaginacion, las ponen en el mismo Dios; y así lo dice mi padre san Agustin, de quien ellos lo tomaron, y el de Plotino, que lo dijo divinamente. Son las ideas (dice Plotino) las fuerzas infinitas é inefables de la sabiduría divina, inmensas fuentes fecundísimas, formas primeras que concurren en una divinidad; esto es, que son una cosa con Dios; porque, aunque se llaman por diversos nombres y en el nombrallas nos parezcan muchas; pero en hecho de verdad no lo son, porque Dios es simplicísimo y son el mismo Dios. Y así, las llamamos muchas y una, como decimos: la misericordia, la bondad, justicia, sabiduría, omnipotencia, y los demás atributos, que aunque á nosotros nos parecen muchos, por los diversos efetos que vemos en Dios, pero no son sino una cosa sola que hace diversos efetos, segun los diversos sugetos que halla. Como el sol, que con un mismo rayo calienta con el fuego y enfria con la nieve, y endurece el lodo y derrite la cera, y engendra con el caballo y produce con la tierra; y finalmente, hace diversísimos efetos. Pues al fin, sea uno ó sea el otro, que muy bien dijo Orfeo que es antiquísimo. Pues en aquel *cáos* (que dice la sagrada Escritura) anduvo el *amor* como gran artífice, formando y hermoseando lo que allí estaba sin talle ni hermosura. Dijo mas, que era perfeto por sí mismo, esto es, que se perficiona siempre; porque cuando es el amor puro y verdadero, cuanto mas va, se va mas cendrando y apurando; y aunque en Dios no puede crecer, pero fuése descubriendo mas y mas. Primero crió el mundo y crió al hombre; parecióle poco darle los bienes naturales; dióle gracia y los del cielo. Y porque aun le quedaba mas que dar, dióle un solo Hijo que tenia, que es él; *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret;* que dijo Cristo á Nicodémus, y son palabras de ponderacion y como de hombre espantado, que, considerando el exceso del amor de Dios para con el hombre, rompió en una admiracion y pasmo, diciendo: «Así amó Dios al mundo; tanto le quiso, que le dió á su Hijo.» No paró en esto su amor, sino que porque le quedaba aun el Espíritu Santo, determinó tambien de dárselo; y así, vino el dia de Pentecostés sobre los discípulos. Por ventura es esto lo que dice san Juan del Redentor: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos;* Como hubiese amado los suyos que estaban en el mundo, amólos en el fin, esto es, mostróles mas ardiente y eficaz amor al fin de la vida; porque (como dice Orfeo) «el amor se va perficionando siempre» Llamóle tambien *consultísimo*, porque por esto se dio la sabiduría (cuyo es propiamente el consejo) al alma:

porque, vuelta por amor á Dios, resplandeció y fué alumbrada con su rayo; y de la misma suerte se vuelve el alma á Dios que los ojos al sol.

§. XLIX.

Probada como quiera la antigüedad y nobleza del amor, probemos su grandeza y poder. Dice Platon: *Magnus Deus amoris diis hominibusque mirandus;* Grande es el Dios del amor, y maravilloso á los hombres y á los dioses. Llaman los antiguos *dioses* á los que nosotros *ángeles*. «Es pues (dice) maravilloso, porque de aquello nos maravillamos que tenemos por grande.» Grande es por cierto, pues á su señorío se rinden los hombres y los ángeles, y aun el mismo Señor de los ángeles. Admirable es tambien, porque aquello ama cada uno de cuya hermosura se admira. Admíranse los dioses ó los ángeles de la divina hermosura, y ámanla. Que es lo que dijo san Pedro: *In quem desiderant Angeli prospicere;* que los ángeles desean mirar aquel espejo resplandeciente de belleza. No lo pudo mejor decir san Pedro. Pues ya ¿no lo ven? Sí. ¿No dice Cristo: «Los ángeles siempre ven el rostro de mi Padre celestial?» Sí. Pues ¿cómo dice san Pedro «que lo desean mirar»? En las cosas sobrenaturales y en las honestas, como son las de virtud, el amor consiste en el deseo y tambien en la posesion, como dirémos en el *Tratado del Santísimo Sacramento*, con el favor divino. Esto no es así en las cosas útiles, en las cuales consiste el amor en sola su posesion, mas no en el deseo ni en las deleitables, que está solo en desearlas, y cuando se desean y no se tienen se aman, y en teniéndolas se resfria y pierde el amor, como le aconteció á Amon cuando forzó á Tamar, que luego la aborreció hasta no poderla ver. Pues como el ver á Dios sea de las cosas honestas la mas alta, y su amor consista en el deseo y en la posesion, de aquí viene que, creciendo la experiencia de la dulzura del gozalle, crezca tambien el deseo de mas y mas gozalle; y como el gozalle y miralle ó el entendelle todo sea uno en los ángeles, dijo san Pedro que «los ángeles desean miralle». Y es que siempre se les parece nuevo y que agora comienzan á velle; y aun acá solemos decir de una cosa que mucho nos agrada, que «no nos hartamos de miralla». Y el otro dice: «Deseo mirar bien esta pintura;» y estála siempre mirando: creo que está bien declarado el lugar de san Pedro. Así como los ángeles se admiran de la belleza espiritual y la aman, así tambien los hombres aman y se admiran de la corporal, y por ella suben gateando á rastrear la espiritual, no criada. Como lo dijo san Pablo: «Las cosas invisibles por las visibles se conocen;» y la sempiterna virtud y divinidad de Dios tambien se conoce por la huella de las criaturas. Esto mismo dijo David: «Los cielos muestran la gloria de Dios, y las estrellas descubren su hermosura.»

§. L.

Réstanos agora de probar el provecho del amor, y estas tres cosas, que son, la antigüedad y nobleza, la grandeza y la utilidad del amor. Tratámoslas así en suma porque adelante dirémos mas extendidamente dellas. Todos los provechos que el amor nos trae, aunque son muchos, se resumen en que, evitando y huyendo los males, sigamos los bienes. Tomamos aquí *malo* por torpe y feo, y *bueno* por honesto. Para solo esto se han ordenado tantas leyes, se predica tanta dotrina, para solo que los hombres eviten lo malo y sigan lo bueno. Esto nos enseñó David diciendo: *Declina à malo;* Huye del mal. Porque primero habemos de desmontar el campo y quitar las malas yerbas, y después sembrarle el buen pan. Así, primero es el apartarnos del mal, que, por estar nuestra naturaleza tan estragada y hecha al mal, y haberlo mamado en la leche, nos es mas dificultoso; y así, dice el Señor en el *Génesis*: «Todos los deseos del hombre son inclinados al mal desde su niñez.» Añade David: Desque te hayas apartado del mal, no te contentes con eso, sino *Fac bonum;* Obra bien, date á la virtud y bondad. Y como cosa de gran importancia, nos la dice en otro salmo: *Declina à malo, et fac bonitatem;* Desvíate del mal, que es lo primero y lo mas arduo, y haz bondad. Paréceme que mejor que todos lo dijo Dios á Jeremías: «Mira (le dice el Señor) que te he hecho hoy sobrestante y presidente de las gentes y reinos, para que arranques y destruyas, y desperdicies y disipes, y para que edifiques y plantes.» En este lugar dijo que primero desmontase y arrancase los vicios, y después plantase las virtudes; y porque (como habemos dicho) lo mas dificultoso es quitar los vicios, así puso cuatro términos ó palabras que significan decepar ó arrancar, y solas dos para lo que es plantar; porque menos hay que hacer en seguir el bien que en huir del mal. Pues esta es cosa maravillosa del amor, que lo que las leyes y premáticas, y fueros y aranceles, y tantos volúmenes de derechos, que son innumerables, jamás han podido acabar, lo acaba el amor en brevísimo momento de tiempo; porque la vergüenza nos abstiene y retrae de las cosas torpes, y el deseo de la excelencia nos provoca al estudio de las cosas honestas.

§. LI.

Descubramos agora algo mas lo que encierra el amor, y pongamos primero la difinicion que le dan. Dicen los filósofos morales que es un deseo de hermosura; que por esto arriba dijimos que estaba en el deseo. *Hermosura* llamamos una gracia que consiste y nace de la consonancia y armonía de muchas cosas juntas. Esta es en tres maneras, porque por la consonancia y proporcion de las virtudes nace una cierta gracia en el alma, y por esto dicen los teólogos que «las virtudes andan eslabonadas, y que quien tiene la una tiene todas las demás, y á quien una falta le faltan todas», que es lo que dice Santiago. El que peca contra un mandamiento, haga cuenta que los quiebra todos; porque quien dijo: «No mates,» tambien dijo: «No cometas adulterio.» No quiere decir que será tan culpado ni castigado como si los quebrantara todos, que eso no puede ser, sino que tampoco se salva como si los quebrase todos. Y eso es

lo que dice Aristóteles: *Bonum consurgit ex integra causa, malum autem ex quocumque;* que el bien nace de todas las causas enteras y el mal do cualquiera; que, diciéndolo mas en romance, quiere decir que para que el bien lo sea «no le ha de faltar hebilleta»; como para salvarse uno ha menester guardar toda la ley, mas para ser malo y condenarse basta que quiera uno quebrar un mandamiento. Nace tambien otra gracia de la consonancia de las colores y líneas del cuerpo. La tercera es en el sonido por la proporcion de diversas voces, y pues esta gracia llamamos *hermosura*, síguese que hay tres, que son: de los *ánimos*, de los *cuerpos* y de las *voces*. La de los ánimos se goza y conoce con el entendimiento, la de los cuerpos con los ojos, la de las voces con el oido. Pues si el entendimiento, la vista y el oido solo son con los que podemos gozar de la hermosura, y el amor es un deseo de gozalla, síguese que el amor solamente se contenta con el entendimiento y con los ojos y con el oido. Decidme pues vosotros profanos, los que afrentais el divino nombre del *amor*, ¿de qué sirve aquí el olfato? De qué el gusto? ¿Qué hace aquí el acto? ¿De qué aprovechan los olores, los sabores, las cosas frias ó calientes, las duras ó blandas que se reciben por los demás sentidos? Ninguna destas cosas es hermosura, porque son formas simples; y (como habemos dicho) la hermosura requiere diversidad y concordia ó consonancia en ella. Luego el apetito que sigue los demás sentidos, no se llama amor, sino lujuria y torpeza y furia desenfrenada. Y mas, que lo que llamamos *consonancia* es un temple que hay en las virtudes y en los colores y en las voces. Este es lo mismo que *templanza;* luego el *amor* solo sigue las cosas que son modestas, templadas y hermosas y compuestas. De aquí se sigue que, no solamente el *amor* no desea el deleite del gusto ni del tacto, que son tan vehementes y furiosos, que sacan de sí al entendimiento y le turban, mas antes las huye y aborrece como cosas contrarias á la hermosura; porque estas tales traen un hombre á intemperancia, luego á disonancia y desacordancia, y pues la hermosura consiste en concordancia y consonancia, síguese que atraen á fealdad y torpeza, que consiste en la disonancia. De aquí se entenderá por qué san Dionisio, Hieroteo, san Ignacio y los santos dan este divino nombre á Dios, y es, porque dél nace todo lo honesto, templado, hermoso y de virtud; por esto se dice que «todo amor es honesto, y todo amador justo». Deciamos pues que del *amor* nacia la *vergüenza*, que nos retraia del mal, y el cuidado, que nos impelia para el bien; porque cuando dos se aman, guárdanse el uno al otro, míranse, desean aplacerse. Guardándose el uno al otro, huyen las cosas torpes como quien siempre tiene testigos de sus obras; deseando agradar el uno al otro, acometen las cosas arduas y magníficas con gran ardor, porque no vengan en desprecio al amado, y porque parezcan dignos de ser amados con igual amor. Esto hacia David cuando decia: *Providebam Dominum in conspectu meo semper, quoniam à dextris est mihi, ne commovear;* Traia yo siempre al Señor delante de mis ojos como testigo de mis obras; y así, estándo siempre á mi lado, no me dejará tropezar en los vicios. Y no sé si seria muy fuera del propósito lo que dice el Sabio: «Mejor es ser dos de compañía que uno solo,» porque tienen mucho provecho de su compañía y amistad. «Y hay del solo, que si cae no tiene quien le dé la mano.» Digo que habla bien á nuestro propósito; porque la fuerza del amor y el ver que cayó delante del amado, y que quizá le perderá el amor ó se le entibiará, le hace levantar de su caida. Dícele Dios á Abrahan: *Ambula coram me, et esto perfectus;* Abrahan, mirad que andais siempre delante de mí, esto es, haced cuenta que os miro yo siempre, y «seréis perfeto»; porque por esto los mártires acometieron hazañas espantosas, y cosas tan arduas, que á los que no aman les parecen imposibles. ¿Quién hizo á nuestro bravo y cortés español san Laurencio, en cuya vigilia y en cuya ciudad yo escribo agora estás palabras, dar aquella voz que sonó en el cielo y encantó á los ángeles, y salieron corriendo á esas ventanas del cielo á ver lo que habia sido; voz que atronó el mundo y hizo bambalear los cimientos de la tierra con el peso de tan bravo jayan, voz que hizo temblar á todo el infierno y escónderse los demonios, de miedo que bajase á echarlos de sus casas; que, estando tendido en las parrillas, tostándose aquella generosa carne, teniendo abrasado el cuerpo, pero mucho mas el alma, venciendo el fuego divino al sentimiento del humano, vuelto al tirano, le dijo: «Ya de este lado estoy asado, vuélveme y come»? ¿Quién hizo á un san Pablo que, no solo sufriese las persecuciones y llevase con paciencia los trabajos, mas aun que se gloriase y hiciese gala dellos? *Non solùm autem, sed et gloriamur in tribulationibus,* dice él mismo. ¿Quién hace morir con alegría, siendo la muerte la cosa mas espantosa y horrenda de las de acá? De la que dijo Aristóteles: *Omnium terribilium, terribilis est mors.* Y con todo eso, se halla quien la tome de buena gana. Todo esto lo hace el amor, que todo se le parece fácil y suave, á trueque de complacer á quien ama.

§. LII.

Vamos subiendo algo mas esta materia. El gran Padre del mundo, Dios, causa universal donde nacen todos los efetos, lo primero que hace es criar todas las cosas; lo segundo, las arrebata y tira para sí; lo tercero, perfeciónalas. Por esto llamamos á Dios «principio, medio y fin de todas las cosas». *Principio* en cuanto las produce y cria; *medio* en cuanto atrae á sí las cosas criadas; *fin* en cuanto perfeciona lo que á sí lleva. Tambien por esta razon á este Rey de todas las cosas le llamamos «bueno, hermoso y justo». *Bueno* cuando cria, *hermoso* cuando atrae, *justo* cuando á cada uno premia conforme á su merecido. De manera que la *hermosura*, cuyo oficio es atraer, se pone entre la *bondad* y la *justicia*, porque nace de la *bondad* y corre hasta la *justicia*. Por esto san Pablo, cuando habla de que Dios le habia de premiar, le llama *juez justo*, porque á la *justicia* toca dar á cada uno lo que se le

debe. «Darme ha la corona el justo juez,» dice á Timoteo. Estos tres nombres de Dios, que son llamarse «principio, medio y fin», los experimentaron los dicípulos con el Redentor, porque como *principio* los crió; y así, dice san Juan: «En el principio era la palabra;» esto es, antes de todo tiempo, antes que las cosas tuviesen principio, ya entonces era el Verbo ó palabra divina, y aquella palabra *principio* no quiere decir el Padre, de suerte que diga, en el *principio*, que es el Padre, estaba el Hijo, porque sería repeticion viciosa de una misma cosa, pues añade luego: *Et Verbum erat apud Deum;* El Verbo estaba cerca de Dios. Y *Dios* se toma allí por el *Padre*, y así fuera repetir lo dicho. Crió pues las cosas como *principio*; y así, añade san Juan: «Todas las cosas fueron hechas por él;» luego crióIas él, que es lo mismo. Y él es *principio*, que así lo dijo cuando los fariseos le preguntaron: «¿Quién eres tú?» Respondió: «Soy el principio, qué os hablo.» Y en el *Apocalipsi* en muchas partes se llama *principio* y *fin*. Fué *medio* tambien de atraerlos al Padre, y esto en muchas maneras; llamándolos, purificándolos con su dotrina, que así se les dijo en la cena: *Jam vos mundi estis propter sermonem, quem locutus sum vobis;* Ya vosotros estáis limpios por la dotrina que yo os he dado; y por eso se llama *medianero*. Y san Pablo: *Mediator Dei, et hominum, homo Christus Jesus;* El medianero de entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesú. Y díjolo galanamente, porque el *medio* ha de participar de los extremos; los extremos son Dios y los hombres; pues sea el medio Dios y hombre Jesucristo, que Cristo encierra todo eso junto. Así tambien, como el medio nos lleva al fin, Cristo nos lleva al Padre; díjolo él mismo: *Nemo venit ad Patrem, nisi per me;* Nadie viene á mi Padre si no es por mí, que soy el medio. Por esto se llama *puerta* por do se ha de entrar á Dios: *Ego sum ostium: per me, si quis introierit, salvabitur;* Yo soy la puerta; el que entrare por mí (esto es, por mi fe, formada con caridad) salvarse ha; que es llegar al fin, que es Dios. Atrae tambien con la hermosura, y con ella los atrajo. Donde el bienaventurado san Jerónimo, respondiendo á la calumnia de los malditos Juliano apóstata y Porfirio, que decian que ó los apóstoles habian sido muy livianos en irse en pos de Cristo por solo llamarlos él, ó los evangelistas mentian en escribir que al primer llamamiento, dejándolo todo, le siguieron; responde el glorioso dotor que la virtud de la divinidad que habitaba en Cristo hacia fuerza en los corazones de los dicípulos. Y el resplandor y majestad de aquel rostro, mas hermoso que todos los hijos de los hombres, bastaba á atraer á los que le vian; porque si el ámbar atrae las pajas á sí, y el iman el hierro, ¿qué mucho que el Hacedor de todas las cosas atrajese á sí á sus criaturas? *Ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum,* decia él mismo. Yo soy como el ámbar, que si le levantais en alto lleva las pajas tras sí: «Si me levantáredes en una cruz, todo me lo llevaré en pos de mí.» Así que los atrajo con la hermosura; si no, miradlo por el apóstol san Pedro en el monte, que con solas unas migajas de gloria y unos dijes de hermosura que vió en Jesucristo, no habia quien le hiciese bajar de allí. Como *fin* perfecionó á sus dicípulos, porque los unió á sí con particularísimo lazo de amor, y el *fin* es donde está la perfecion; de suerte que cuanto una cosa está mas allegada á su fin, tanto mas perfeta se hace. Y como Jesucristo es el fin por quien todas las cosas se criaron, y los dicípulos fueron los mas cercanos, síguese que fueron los mas perfetos. Por esto el glorioso san Pablo, cuando cuenta los diversos grados de la Iglesia que Dios puso para su provision y ornato, cuenta en primer lugar á los apóstoles como á suprema jerarquía. Hé aquí cómo Dios es principio, medio y fin; bueno, hermoso y justo.

§. LIII.

Es menester agora que veamos cómo de la divina hermosura nace el amor, que nos lleva á Dios. En el principio deste Tratado, y en la primera parte dél, pusimos aquel círculo divino de Hieroteo y de san Dionisio, adonde mostramos cómo el *amor*, en cuanto comienza y nace de Dios, se llama *hermosura;* en cuanto llegando al alma, la arrebata, se llama *amor;* y en cuanto la uñe con su Hacedor, se llama *deleite*. Dionisio, y antes que él Platon, compara al sol con Dios, y dice que se parecen mucho; y es porque, así como el sol alumbra los cuerpos y los calienta, así Dios con su rayo divino da á los ánimos el resplandor y luz de la verdad y el ardor y calor de la caridad; y así como el sol todo lo vivifica, todo lo actúa y le da ser, todo lo ilustra: da luz á los ojos para que vean, colores á los cuerpos para que sean vistos, claridad al aire, que es el medio, para que se forme el acto del ver; así Dios es acto de todas las cosas, y el que á todas ellas les da fuerza y vigor, y en cuanto á esto se dice *bueno*. Vivificalas, regálalas, trátalas con ternura y las levanta; y en cuanto á esto se dice *hermoso*. En cuanto aplica y alumbra la potencia para que conozca, se llama *verdad;* y así, conforme á los diversos efetos, le damos diferentes nombres. No querria que el curioso letor deste mi tratado se enfadase, pareciéndole que para hablar del amor de la Madalena no fuera menester tomar de tan léjos la corrida; porque, puesto que esta materia parece escabrosa, y que quisieran los que la leen que juntamente fuera descubriendo y aplicando todo lo que decimos á nuestro propósito, no se tardará mucho en llegar á ese punto. Y por no quebrar el hilo cada punto con las aplicaciones, lo dejo para por junto; y entonces se verá á qué propósito trajimos estas cosas del amor. En tanto volvamos á nuestra materia.

§. LIV.

Habemos dicho de Dios que es la suma bondad y que es *hermosura*. Es pues agora de saber que los filósofos antiguos pintaban un círculo, y en el centro ó punto del medio, que es indivisible, ponian la bondad, y en la circunferencia, que es el círculo, pusieron la her-

mosura. El centro es un punto estable, fijo, que no se muda y es indivisible. Del centro salen líneas divisibles, movibles é innumerables, que tiran hasta topar con la circunferencia, como lo vemos en los rayos de una rueda, que son una cosa con su centro, y allí todos entre sí son uno, porque se topan en un punto, y el punto es indivisible, y así los rayos en el centro son indivisibles; pero cuanto mas se apartan del centro, tanto mas se alejan entre sí y se dividen, y la circunferencia divisible anda siempre volteando y moviéndose sobre él, como la rueda sobre el eje. ¡Oh, si fuese nuestro Señor servido que yo acertase agora á decir una dotrina admirable que de aquí sale! Pero diréla como supiere y lo mas claro que yo pudiere. «Dios es centro universal de todas las cosas; es uno simplicísimo, impartible, estable.» *Ego Deus, et non mutor;* Yo soy Dios, que jamás me mudo. *Non est Deus quasi homo, ut mentiatur; nec ut filius hominis ut mutetur;* No es Dios (dijo Balan) como el hombre, que miente, ni como el hijo del hombre, que se muda. Toda la rueda da vueltas y se mueve; solo el centro está quedo. Toda la máquina criada se muda y mueve; los ángeles, porque *Ecce qui serviunt ei non sunt stabiles.* Los hombres jamás saben estar en un ser: *Nunquam in eodem statu permanent.* Las demás criaturas tienen sus veces; los cielos, la tierra, los elementos y cuanto está hecho dellos, se envejecen y mudan; solo el Hacedor universal de toda ella no sabe qué cosa es mudanza, como se lo dijo bien David, cuyo verso cita san Pablo: *Et tu in principio Domine terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt coeli. Ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes ut vestimentum veterascent, etc.;* Tú, Señor, al principio fundaste la tierra, y los cielos son obras de tus manos. Pues ellos perecerán; pero tú, Señor, permanecerás; ellos se envejecerán y los mudarás como vestido, que nos le quitamos y le ponemos á un rincon; mas tú siempre perseveras el mismo que fuiste. Puesto caso que el centro es inmobible é indivisible, pero hallarémos una cosa cierta, que tirando dél hácia la circunferencias, se hace una línea; y si por todas partes tiran, por todas se harán líneas diferentes; y como la línea conste de puntos, y en cualquier parte que me señaláredes de la línea, allí haréis punto, aunque difieren línea y punto; así hallaréis que las criaturas (que son las líneas) todas salen del centro divino, que es Dios; y como si tirásedes de Dios, esto es, que saliese Dios en obras exteriores fuera de sí, hallaréis que en cualquier parte de sus obras está, porque las cria, las sustenta; y como dice mi padre san Agustin, «está sobre sus obras, para gobernallas; debajo dellas, para sustentallas; dentro dellas, para conservallas; ante ellas, para guiallas; detrás dellas, para ampararllas.» Y por esto decimos que «está Dios en todo el hombre y en todas las criaturas, así como el punto en todas las líneas». Demás desto, las líneas, apartándose de su centro, se hacen diferentes; así las criaturas, saliendo de Dios, son diferentes, porque se apartan de su centro. Mas así como las líneas, volviendo desde la circunferencia á su centro, se hacen uno con él y entre sí, porque tocan todas en un punto indivisible, que es el que llamamos *centro*; y así, lo que allí llega y toca queda indivisible; de la misma forma cuando las criaturas vuelven á su primera causa donde salieron, que es Dios, se hacen una cosa, no solo con Dios, mas aun entre sí. Y la razon es, porque Dios no es capaz de composicion ni de accidentes; y así, lo que está en él, pues no puede ser accidente, ha de ser sustancia; esta es sencillísima, luego es el mismo Dios. Esta altísima teología nos enseñó aquel grande y supremo teólogo san Juan, que mostrando cómo de Dios, que es el centro, nacen cosas que saliendo, son entre sí diversas, dijo: *Omnia per ipsum facta sunt; et sine ipso factum est nihil, etc.* No dijo: «Una cosa fué hecha por Dios, sino todas;» por mostrar que, saliendo de Dios, se multiplican y cobran número y son distintas entre sí; pero porque se entienda que volviéndolas á mirar en Dios son una cosa sola con él, dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat;* Lo que se hizo en él es vida. No dijo las cosas que se hicieron, sino lo que se hizo; ni dijo eran vidas, sino *es vida*. La vida es Dios. *Ego sum via, et veritas et vita;* Yo, dice el Señor, soy la vida; y no hay otra vida sino la suya; luego las cosas en Dios son el mismo Dios. No queremos decir que yo como me estoy, si me uniera con Dios por fe y caridad, seré uno con Dios y seré Dios; sino que si yo, que soy hombre y un solo hombre, me miraran en cuanto me estoy en Dios, esto es, que me tiene en sí como me tenia antes que me criase (porque, aunque yo por la creacion he salido de Dios en acto y estoy separado, como la línea del centro, no por eso dejo de estarme en él, como lo estaba antes de la creacion del mundo), mirándome, así digo que soy uno con Dios y con cuanto tiene Dios. No solo son uno con el centro, que es Dios, mas tambien entre sí. Digo, para declararme mas, que esto que es ser una cosa con Dios se dice en dos maneras. La una es, que en hecho de verdad todo lo criado é infinito, mas que Dios con su infinito poder puede criar, no es mas que retrato de las perfeciones que en sí tiene; porque, si en sí no tuviera perfecion de ángel, no le pudiera criar; y si no tuviera perfecion de sol y estrella y hombre y de lo demás, mal pudiera criar el sol, las estrellas, el hombre y lo demás que está criado; de suerte que en sí tiene las ideas ó perfeciones que decimos; y porque él es infinito, por eso tiene infinitas, y porque conforme á aquellas cria las cosas, por eso puede hacer infinitas. Hase como si vos tuviésedes un sello ochavado de oro, que en la una parte tuviese un leon esculpido, en la otra un caballo, en otra un águila, y así de las demás, y en un pedazo de cera imprimiésedes el leon, en otro el águila, en otra el caballo; cierto está que todo lo que está en la cera, está en el oro, y no podeis vos imprimir sino lo que allí teneis esculpido. Mas hay una diferencia: que en la cera, al fin es cera y vale poco; mas en el oro es oro y vale mucho; así digo que tomó Dios la perfecion de ángel que en sí via, y estampó un ángel; otra de sol, y imprimióla en una pellada de bar-

ro y hizo un sol; otra de hombre, y sellóla en un poco de lodo bermejo. En las criaturas están estas perfeciones finitas y de poco valor; en Dios son de oro, son el mismo Dios. Una diferencia hay en esta semejanza del sello y la cera con Dios y las criaturas: que el sello de oro ó de esmeralda ha menester tener distintas figuras y sellos para imprimir diversas ceras y imágenes; mas en Dios no hay ese número, que con una sola perfecion ó idea (que eminentísimamente contiene todas las cosas) estampa diversas perfeciones; y así, en Dios todas no son mas que una, y son el mismo Dios; y esto llamamos «estar todas las cosas en Dios, y que en él son una cosa, porque no recibe composicion». Y cuando en esta primera manera de union decimos que vuelven de la circunferencia al centro, y allí no son mas que una cosa y son el mismo centro, hase de entender cuando, consideradas en el círculo, que es el mundo, nos parecen muchas y lo son; y después volvemos á verlas en el centro, que es Dios, y allí no vemos mas que una cosa, que es á Dios con infinitas perfeciones. Y por ventura de esto se entenderá cómo en Dios no hay nada pasado ni por venir, sino que todo le está presente; porque en sí mismo se lo tiene todo, y todas las cosas se las ve en sí. Tambien se declara con esto cómo ve todo cuanto se hace en el cielo y en la tierra, y cala los pensamientos de los ángeles y de los hombres; porque (como habemos dicho) es como el centro, y el centro es punto, este está en todas las partes de las líneas; pues si fuese un ojo que viese, claro cosa es que estando en todas las partes de las líneas, las veria todas, y si en mil líneas estuviese, mil veria, y todas las partes de todas ellas. Así pues es Dios, que está en todas las criaturas y las ve todas; y porque ellas están en él, y él se ve á sí mismo, síguese tambien que por esto las ve.

Hay otro modo de unirse y hacerse una cosa con Dios, que es por gracia y amor; y deste dijo san Pablo que «el que se allega á Dios, se hace una cosa con él». Tambien en este hay su misterio, que las líneas se unen con su centro, esto es, por el amor se unen las almas con Dios, no que se hagan Dios ni que sean un solo Dios, como habemos dicho de la primera suerte de unidad, sino que por amistad, por gracia, por voluntad, amándole, decimos «que son unos con Dios, esto es, confórmanse en todo con él, y tienen una voluntad y un querer». Esto hacen, porque saliendo de Dios, que es su centro, como líneas, y llegando á la circunferencia (que dijimos que en ella ponian los filósofos la hermosura), esto es, considerando la hermosura del Hacedor, la cual, como círculo ó circunferencia, ciñe todas las cosas, conocen que aquella *hermosura* es el rayo, que sale de la infinita *bondad*, que está en el centro, que es Dios, como habemos dicho; y vuelven á mirar de dónde nace aquel rayo de hermosura que las enamora y lleva tras sí, y ven que sale del centro, que es Dios; y así, le aman, y se hacen una cosa por amor con él y aun entre sí; porque, como ven que todas las cosas tiran á su centro, amando á Dios, necesariamente han de amar lo que hallan en el mismo Dios; de aquí nace el artículo de nuestra fe que dice: *Sanctorum Communionem;* Creo la comunion y participacion de los santos; esto es, creo que, como los santos, por el lazo de la caridad y amor, son unos entre sí y hacen un cuerpo místico (que dice san Pablo); «así tambien viven de un espíritu y participan una misma vida;» y siendo esto así, creo tambien que, así como por ser una sola vida la que en un cuerpo humano vivifica el pié y la mano y el ojo, por eso hay comunicacion de virtud entre ellos, y goza el pié del bien de la mano, y la mano del ojo; y así tambien porque los santos viven una misma vida y de un mismo espíritu, se comunican entre sí sus méritos y bienes, y el uno ama en el otro la virtud que ve. Esto nos dijo David á la letra: *Particeps ego sum omnium timentium te;* Yo participo (dice) el bien de todos cuantos os temen, y el mérito de cuantos guardan vuestros mandamientos. Esta unidad se prueba por aquel axioma de filosofía: *Quae sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se;* Las cosas que son unas con una tercera, serán unas entre sí. Como si midiendo vos una cinta, hallais que viene bien con la vara, si yo mido otra, y viene igual con la misma vara con que vos medistes la vuestra, necesariamente las dos cintas han de ser iguales entre sí, pues fueron iguales á una tercera, que fué la vara. Así es pues, que siendo san Pedro uno con Dios por amor, y siéndolo tambien san Juan, de fuerza san Pedro y san Juan serán unos por amor entre sí. Rogaba el Redentor á su Padre celestial que hiciese unos á sus fieles: «Padre santo, guárdalos tú para que sean unos, como tú y yo lo somos.» Y David, con deseo de tener una ciudad llena de paz y amor, decia; *Rogate quae ad pacem sunt Jerusalem;* Desead y procurad para Jerusalen lo que ha de ser su paz y union. Desta divina grandeza goza aquella bienaventurada ciudad del cielo, de que dice David: «Alaba, Jerusalen, al Señor, y tú, Sion, engrandece cuanto pudieres á tu Dios, que te amojonó los términos con paz, que te tiene cercada con muros de amor, que ha desterrado de tí la guerra y division y bandos; porque todos tus ciudadanos se aman, tienen un querer y una voluntad, una sola cosa desean todos.» Que lo dijo en otra parte: «Jerusalen, que te vas edificando como ciudad principal y famosa, adonde tus ciudadanos tienen su contratacion en conformidad y amor.» Por ser el salmo tan galan le pondré aquí, y dice así:

SALMO CXLVII.

Dichosos ciudadanos, que en la santa
Jerusalen haceis vuestra morada,
Cantad alegres al Señor del cielo;
Y los que de Sion la sublimada
Cumbre pisais con venturosa planta,
Load á Dios, que os dió tan fértil suelo.
No Pafo, Cipro, Idea, Creta ni Delo,
Moradas fabulosas
De las soñadas diosas
Y de fingidos dioses tan cantados,

Contigo cotejados,
Merecen nombre ya ni son de estima;
Que en tu sublime cima,
Con envidia del cielo, se pasea
El que los ejes de cristal rodea.

Una ciudad fundó para su corte,
Que no teme las armas enemigas,
Ni recela espantosa artillería;
A do no llegará espada que corte,
Forjada de Vulcano en las antiguas
Fraguas de su ahumada herrería.
Del mas fuerte metal que Libia cria
Le fabricó las puertas,
Que no las verá abiertas
El bárbaro enemigo; pues rompellas
Es romper las estrellas.
Y bendijo el Señor con llena mano
A cada ciudadano,
Con hijos, con hacienda y larga vida;
Que en dar no guarda Dios tasa ó medida.

Ciudad gloriosa, do tu pueblo y gente
Goza de una alta paz dentro tus muros,
Sin sentir de vil pecho los engaños.
Amor hace la vela, que los puros
Pechos les baña en dulce fuego ardiente,
Viviendo alegre vida en largos años.
La paz te ha puesto Dios por aledaños,
Y desterró la guerra,
Porque en toda tu tierra
El enemigo pié no estampe planta.
Y dióte copia tanta
De pan, que te produce el fértil suelo,
Y tan clemente el cielo,
Que la mas pura flor de la harina
Comas, y dés á Dios ofrenda dina.

Del estrellado asiento á do preside
Como rey á la máquina criada,
Que de nada fundó su diestra mano,
Cuando á su santa Majestad le agrada,
Un paje de su cámara despide,
Mas ligero que el pensamiento humano;
Y es este su palabra, que el liviano
Viento sacude y mueve,
Y la cándida nieve,
Cuajada como lana, baja á tierra,
Y desgaja en la sierra
Con su peso la mas robusta encina;
Y de la mas vecina
Parte del aire hace que la helada
Caya como ceniza derramada.

En medio del ardiente y seco estío,
En la region del aire mas helado,
Cuando sube del mar la nube escura,
Si acaso se levanta reforzado
El céfiro, y la embiste con el frio,
Le cuaja el agua en piedra clara y dura.
Cae el cristal del cielo en forma pura,
Y bocadillos hecho,
Con lazo tan estrecho
Se condensó su hielo, que á su vista
No hay calor que resista;
Mas con un soplo Dios, y aun con mandallo,
Comienza á desatallo,
O con soplar el ábrego encendido
Corre el granizo en agua convertido.

Así como Señor del agua y nieve,
De la helada y granizo y de los vientos,
A sus tiempos reparte cada cosa;
Y da á Jerusalen, que en sus cimientos
Y paredes y peñas, donde pruebe
A sembrar pan, le dén mies abundosa.
¡Oh ciudad rica! Oh gente venturosa
La de Jacob, que tanto
La estima el Señor santo,
Que les descubre el pecho y sus secretos,
Y enseña sus precetos;
Grandeza jamás hecha á las naciones
Del mundo y sus regiones;
Antes bien, despreciando todo el resto
De los hijos de Adan, les escondió esto.

§. LV.

Pero porque mas brevemente digamos lo que llamamos «bondad, ó bueno en Dios», y lo que *hermosura*, digo que *bondad* se llama la sobre excelentísima existencia de Dios, *hermosura* es el acto ó rayo que de allí nace, y se derrama y penetra por todas las cosas. Este se derrama primero en los ángeles, y los ilustra de allí en las almas racionales, después en toda la naturaleza; y últimamente, en la materia de que son hechas todas las cosas. A los ángeles los hermosea con las ideas ó especies de las cosas que les imprimió cuando los crió; porque les produjo con el conocimiento y ciencia dellas; al alma la hinche con la razon y discurso; á la naturaleza la sustenta con las semillas que en cada cosa puso para que volviesen á reproducirse. Finalmente, adorna y atavía la materia con diversas formas; así como el alfaharero que tiene delante una masa de barro sin talle ni forma, la va hermoseando con hacer della una *fuente*, de otro pedazo un plato, de otro un jarro á la romana; desta suerte hermosea Dios la materia de todas las cosas, vistiéndola de forma de planta, de leon, de caballo, de hombre, y así de las demás. De aquí es que el que contempla y ama la *hermosura* en estas cuatro cosas, en las cuales se encierra todo lo criado, amando el resplandor de Dios, y por él conocido en estas cosas, venga á conocer y amar al mismo Dios.

Nace de aquí que el ímpetu del que ama no se puede apagar ni aun templar con la vista ni tacto de alguna cosa corpórea; porque no ama este ó aquel cuerpo; mas solo se admira y desea y se espanta del resplandor de la soberana luz que resplandece por el cuerpo, como luz encerrada en vaso de cristal. Por esto los que aman, ni saben lo que buscan ni entienden lo que quieren ni conocen lo que desean. Ignoran á Dios, cuyo sabor escondido mezcló en sus obras un olor dulcísimo de sí mismo, con el cual olor nos despertamos cada dia; porque este sentímosle, pero el sabor ignorámosle. Esto rogaba una enamorada esposa al celestial Esposo, que la «arrebatase en pos de sí, y correria al olor de su bálsamo y suavísimo ámbar». Pues como, engolosinados con el olor, deseamos el sabor, que nos está escondido (porque no hay palabra

en este corruptible estado para tanta dulzura y sabor), con razon no entendemos lo que deseamos ni lo que pedimos.

§. LVI.

Todo lo que hasta aquí habemos dicho por ventura está bien, sino lo que de la difinicion dijimos, sacado de la opinion y parecer de Platon, que quiere que «sea el amor un ardiente deseo de gozar con union perfeta aquello que juzga por hermoso en cuerpo y en alma». A esta opinion se acercan mucho los que dicen que «el amor es un lazo, una atadura, mediante la cual el amante desea ayuntarse y unirse con la cosa amada». Esta difinicion tiene sus dificultades, porque el amor no parece que puede ser *apetito ó deseo*, antes bien el *apetito* es accidente del amor; y así, solo vemos el deseo en los que carecen de aquello que aman, y cuando lo gozan, ya no queda el apetito ó deseo, aunque sí queda el amor. Luego si hay amor sin el deseo, síguese que no son una misma cosa, antes bien parece que el deseo nace y se causa del amor cuando está ausente el amado, y si está presente, se causa el gozo ó deleite y quietud, porque en él quiete y se deleita y goza. Parece que podriamos decir del deseo lo mismo que el Apóstol dijo hablando de la esperanza: «La esperanza que se ve (dice él) no lo es, porque lo que ve ya alguno, ¿para qué lo espera?» Habla allí san Pablo de la fruicion de la vision beatífica; y como esta consiste en ver á Dios, tomó el ver por gozar y poseer; y es lo mismo que si dijera: «Lo que ya posee, lo que ya goza y es suyo y está en su poder, ¿para qué lo espera?» Pues así, ni mas ni menos, si vemos por experiencia que cuando se goza de la cosa amada llega el amante á la quiete, al descanso y sosiego, y deléitase y gózase con la fruicion del amado; si entonces durase el deseo, le podiamos decir á este tal: «Hermano, ¿para qué deseais lo que ya gozais?» Esto vemos en los bienaventurados. Decía san Pablo, estando aun desterrado en esta vida: «¡Oh, cómo deseo verme suelto y desenlazado de los lazos deste cuerpo, y verme ya con Cristo!» Clara cosa es que el deseo no paraba ni era solo de verse desatado y morir, porque este, si aquí en esto, que es morir, se acaba y para, y no tiene mas fin que dejar la vida, nadie lo puede desear; antes es cosa que la aborrece nuestra naturaleza, como cosa odiosa y contraría y dañosa, y como amarga y contra nuestro bien; porque el bien y la medra y todo lo dulce y deleitable, y cuanto de gusto y de contento podemos tener, ha de cargar sobre la vida y habemos de vivir para gozallos, y con la muerte se nos acaba y desbarata, y nos acabamos y deshacemos, y perdemos por junto todo cuanto con la vida gozábamos. Y así, decia el Sabio: *O mors quàm amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis: viro quieto, et cujus viae directae sunt in omnibus, et adhuc valenti accipere cibum!* ¡Oh muerte! (dice Salomon) que no solo tus hechos son amargos y los aceros de tu espada son lastimosos, mas aun eslo tu memoria, principalmente al hombre que tiene de comer y que no está reñido con su hacienda, como lo están los santos, que traen bandos con las riquezas, despreciándolas y huyendo dellas como de veneno; mas á los que les saben bien, y á quien las goza con sosiego y á quien todo le sucede al sabor de su querer, y que le da Dios salud para comer dellas. Y así, dijo Aristóteles que *Omnium terribilium terribilis est mors;* que de las cosas que el mundo llama *terribles*, la que mas lo es y mas se teme, y la que mas huimos y nos espanta, es la muerte. Y el mismo dice: *Melius est esse, quam non esse;* Mejor es ser que no ser. Habló absolutamente, cotejando al ser con el no ser, cercenadas todas las demás circunstancias, sin otra consideracion mas deso, que es ser ó no ser; porque «mejor es no ser que mal ser»; que tales circunstancias podria haber, que desease uno el dejar de ser, como los que están en el infierno. Y porque tal puede ser la vida que la haga aborrecible, dice Jeremías, hablando del rey de Judea: «Todos los que se escaparen del cuchillo, que fueren deudos del Rey y de los príncipes del reino, verán tantos males y desastres por sus personas y casas, que desearán la muerte, y la vida les será odiosa.» Y en el *Apocalipsi* dice san Juan que «vendrá un tiempo cuando buscarán los hombres la muerte y no la hallarán, y desearán acabar, y huirá la muerte dellos». Confirma esto mismo nuestro Redentor hablando de Júdas, que le fué traidor: «¡Ay de aquel por quien yo seré vendido, que mejor le fuera nunca haber nacido que nacer y venderme!» Volviendo pues á lo de san Pablo, deciamos que deseaba ser «desatado y libre de su cuerpo»; mas que esto no lo deseaba por no mas que morir, sino porque sabia que sin eso no podia gozar de Cristo, pues *Statutum est hominibus semel mori;* Está así tasado á cada uno de los hombres, que, pues entraron en el mundo, que salgan dél muriendo. Y que sea así, que san Pablo no deseaba la muerte en cuanto muerte, sino por el respeto que habemos dicho, dícelo él mismo: *Nam et in hoc ingemiscimus, habitationem nostram, quae de coelo est, superindui cupientes; si tamen vestiti, non nudi inveniamur. Nam et qui sumus in hoc tabernaculo, ingemiscimus gravati: eo quod nolumus expoliari, sed supervestiri, etc.*; Sospiramos (dice san Pablo) con deseo de sobrevestirnos aquella vivienda nuestra, que es la de allá del cielo, si ya nos hallare Dios vestidos de gracia, y no desnudos de buenas obras. Porque los que estamos en este tabernáculo del cuerpo, gemimos con la carga, porque no queremos despojarnos del cuerpo, sino que, sin dejarle y sin pasar por la muerte, nos envistiesen el sayo de la gloria. Ora pues si dice que «desea verse desatado por estar con Cristo», luego en estando con él cesará el deseo. Luego señal es que el amor no es deseo, pues en estando en el cielo, y poseyendo y gozando y amando á Dios, cesa, y con todo eso, dura el amor. Y así, si agora que está san Pablo en el cielo, le dijesen si deseaba estar con Cristo, responderia: «¿Qué he de desear, si ya le gozo?» Porque lo que tiene alguno, ¿para qué lo desea? Antes bien el deseo es inquietud del ánimo, y da pena

porque le falta lo que ama; y así, no reposa ni tiene contento; pues en el cielo no puede haber inquietud ni pena, síguese que no hay deseo, porque este atormenta hasta que se cumple, y allí cesa; y como en la gloria se hinchen todos los senos de nuestro apetito, exclúyese y lánzase fuera el deséo.

Y cuando se porfiase de que allá hay deseo de estar siempre con Cristo, digo que aquel tal no es *deseo* de amarlo ni de gozarlo de presente, sino de no perderlo jamás, y de verlo mañana y esotro y siempre; de suerte que el apetito vaya siempre delante á desear lo que aun no tiene, que es el gozar de Dios, y de aquí á un año y de aquí á mil y siempre. Y llamar á esto con nombre de *deseo* es impropria manera de hablar, porque los santos saben que jamás perderán la vision de Dios, y que siempre le han de ver; y así, no cae allí propriamente el nombre del *deseo*, sino en las cosas que pueden ser y dejar de ser. Finalmente, á mi parecer, siempre el deseo dice congoja y defeto. Y así, muchos santos entienden aquel lugar que dice san Juan en el *Apocalipsi*: «Vi debajo del altar las almas de los mártires que habian sido muertos por la confesion de la palabra de Dios, y daban grandes voces diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y no vengas nuestra sangre, haciendo castigo en esa mala gente que vive allá bajo en la tierra?» Dicen que en estas palabras piden que se abrevie el juicio final, porque entonces se hará general venganza de las injurias que los tiranos y los poderosos del mundo hicieron á los santos; y que esto lo desean por volver á tomar sus cuerpos, á los que aman como á fidelísimos compañeros. Y aquel quejido les nace de que no están enteros en el cielo, pues solo esta allá el alma; y aunque no pueden tener pena, porque ven á Dios, en quien inefablemente se gozan, con todo eso, parece que no están del todo contentos. Estarlo han cuando se vistieren de sus propios cuerpos, porque cesará la potencia que agora tienen las almas, y aquella inclinacion y propension de volver á informar sus cuerpos, pues son forma dellos. Luego el deseo les da una cierta manera de inquietud (si así se sufre llamar), y esta no la tendrán cuando tuvieren los cuerpos; y si les nace del deseo, síguese que él tambien cesará, mas no cesará el amor; y así, se colige que amor y deseo no es todo uno. Hé aquí cómo parece que el deseo mas es accidente del amor, en ausencia del amor, que el mismo amor. Lucrecio y Aristofanes parece que sintieron lo mismo que Platon, porque dijeron que «el amor no es otra cosa sino un ardiente deseo que tiene el amante de transformarse en el amado». Teofrasto quiere que sea «una concupiscencia del ánimo, la cual, así como nace presto, así tambien se apaga presto». Mas Plutarco fué de parecer que era «un movimiento de la sangre, que poco á poco va alentándose, y cobrando vigor y fuerzas, y que dura después mucho por una cierta persuasion nuestra, con que nos damos á entender que merecemos ser amados». Tulio dice que es *benevolencia;* Séneca, que es «un gran vigor de la mente, que por respeto del calor se inflama suavemente en ella». Los estóicos siguieron otro camino, diciendo que es «una aficion que nace en nosotros por causa de la belleza»; mas qué aficion sea esta no lo dicen. Plotino dice que «es un acto del ánimo, con el cual desea el bien para el amado». Y este pensamiento no se desvia mucho de lo que dice mi padre san Agustin en estas palabras: «Es el amor una cierta vida que ayunta dos cosas, ó á lo menos lo desea; esto es, al amante con el amado.» Quien dijo que «el amor es un principio, mediante el cual el apetito tira á un fin, que no es otro que la cosa amada», por ventura lo acertó mas, ó á lo menos tocó mas cerca de la verdad; y si no le dió, la asombró. De manera que aquel movimiento con el cual el apetito es movido y llevado del objeto apetible y digno de ser deseado llamamos *amor* en general; que no es, finalmente, otra cosa sino una complacencia que se tiene de lo que se desea, y desta nace el movimiento del que así desea, con que es llevado á la casa que ama; y este es el *deseo*, y á este le sigue la *quiete y descanso* en la cosa que desea, que es lo mismo que la *alegría*. De suerte que allí está el fin del movimiento, adonde fué y estuvo su principio; porque lo apetible, que es lo mismo que la cosa deseada, primeramente mueve el apetito, el cual no atiende á otra cosa sino á ella; y cuando la ha alcanzado, allí repara y se afirma y reposa, y se alegra y se regocija y goza, como lo dice santo Tomás en diversos lugares.

§. LVII.

Hénos aquí adonde deseábamos; llegados somos á los efetos del amor divino. ¿Qué dice Cristo de la Madalena? Qué dice el Amante eterno de María? *Quoniam dilexit multum;* que amó mucho. ¿A quién? A Dios. ¡Oh María! Oh mujer milagrosa! Oh hembra que fuiste pasmo del mundo! ¿Quién te mudó tan presto? Quién te enseñó á amar con tal extremo? ¿En qué fragua se derritió tu hielo? ¿Qué horno te abrasó el pecho? *Quoniam dilexit multum;* Amó mucho, no poco, no con tibieza, no como quiera. Mucho dice. ¿Qué tanto? ¿Quién lo sabrá decir? Sabráse pensar, pero no decir; podráse sentir, pero no hablar. Ya se ve María con su Amado; ya está hecha aquella union y lazo de amor entre Dios y el alma; y el rayo de la hermosura soberana la ha arrebatado á su centro, que es Dios. Contenta está María, ya ama María, ya arde, ya goza, ya sale de sí, ya no vive en sí, ya vive en su Amado, ya vive y muere, ya descansa y pena, ya teme y espera, ya llegó el *Inveni quem dilexit anima mea, tenui eum nec dimittam.* Halládole ha María: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo;* A la sombra del deseado de mi alma me asenté, á los piés de mi Señor me veo, al tronco del árbol de la vida estoy, «dulce fruto es el suyo para mi garganta.» Fruto de vida es el que he cogido. *Cum esses in sanguine tuo dixi tibi, vive. Cum adhuc, inquam, esses in sanguine tuo, dixi tibi, vive;* díceme mi amado: Estando en medio de tus pecados, revolcada en tu sangre y abominaciones, muer-

ta en tus torpezas y fealdades, pasé yo, vi que te acoceaban y hollaban cuantos pasaban, y movido á compasion y lástima, te dije: Vive, alma muerta. Digo que, estándote aun en tus maldades, te dije: Alma perdida, vuelve, levántate y vive. Héme aquí que vivo, Dios mio, vida mia, bien mio, ya tengo fruto de vida, ya se acabó la muerte, agora descansa en tí mi alma. ¡Oh, que no sé yo, tibio, hablar de tanto fuego, no sé yo descubrir los efetos del amor! El que ama suele despreciarlo todo por el amado, porque nada le contenta, con nada se harta, y todo lo trueca fácilmente. No hace caso de las dignidades, porque hecho uno con su amado, tiene y goza de aquella; desecha las honras, porque bástale la que tiene en amar; desprecia la hacienda, porque de buena gana trueca lo terreno por lo divino. No teme el peligro, porque es el amor fortísimo: *Fortis est ut mors dilectio, et dura ut infernus aemulatio: lampades ejus, lampades ignis, atque flammarum. Si dederit homo omnem substantiam domus suae pro dilectione, quasi nihil despicit eam.* Es el amor tan fuerte como la muerte, y mucho mas, pues vence á la muerte. Amaba Cristo á María y Marta, y Lázaro (dice san Juan) enferma, y muere Lázaro; escriben las hermanas, viene el Redentor, ve llorar á María, llora y resucita á su hermano. ¿Quién pudo mas aquí? Peleaban la muerte y el amor; acomete la muerte y mata á Lázaro, acude el amor y dale la vida y resucítale; luego mas fuerte es el amor que la muerte. «¿Quién nos apartará del amor de Jesus? (dice san Pablo) ¿El trabajo ó vernos en angustia? ¿La hambre? La desnudez? ¿El peligro? ¿La persecucion del enemigo? ¿El cuchillo del tirano?» De todo esto salimos vencedores por amor del que primero nos amó. «Cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni todo el poder del cielo, ni lo presente ni lo que está por venir, ni lo mas fuerte ni lo mas alto, ni todo el profundo y cuantos en él viven; finalmente, ni criatura alguna, nos podrá apartar del amor de Dios.» ¡Oh fuerza de amor divino, que hieres y desmayas, y robas un corazon y le sacas de sí, que le abrasas en fuego de amor divino! ¿Quién apartará á María de Jesus? ¿Los tiranos? La muerte? Los verdugos? ¡Oh, quién viera tu corazon al tiempo que vias llevar á tu Amado atado para crucificalle! Oh verdugos, que llevais cautiva mi gloria! ¿no sabeis que llevais junto con él mi alma? Si llevais á crucificar mi Amado, llevad juntamente mi cuerpo, que á do muere mi Dios no hay para qué viva yo. ¿Quién apartará esta alma de Jesus? ¿Las persecuciones? Allí se halla María con Jesus. ¿Los verdugos? Entre ellos va María con Jesus. ¿Las armas? Por medio pasa María á ver á Jesus. ¿La cruz? Al pié della está María salpicada con la sangre de Jesus. ¿La muerte? Tambien muere María con Jesus. ¿El sepulcro? Allá va María á ungir á Jesus. ¿Las tinieblas? Aun era de noche cuando salió al monumento. ¿Los ángeles? Dos vió en el sepulcro; háblanle, dícenle: *Noli flere;* No llores, mujer; mas María no cura de los ángeles, porque busca al Señor de los ángeles; luego mas fuerte es el amor que la muerte. Su ardor y llamas son mas vivas que las del fuego, porque el fuego quema el cuerpo, mas el amor abrasa el alma. Si diere un hombre toda su hacienda por ser amado, tendránla en poco, porque el amor ni se compra ni vende; libre es y libremente se da. Suelen los que aman sospirar y alegrarse; sospiran porque se pierden á sí mismos, dejando de ser suyos; gózanse porque se pasan en otra cosa mejor, que es en Dios. Arden y hiélanse en un punto, como los que tienen cicion de terciana; y hiélanse porque los desampara el calor proprio, arden porque son encendidos con el calor del soberano rayo; y porque á la frialdad se le sigue el temor, y al calor la osadía, por esto son cobardes y animosos. Temen perder lo que aman, y tienen ánimo para acometer grandes cosas por el amado. «El amor hace discretos á los necios y de aguda vista á los cegajosos;» mas ¿qué mucho que vea mucho aquel á quien alumbra el resplandor y rayo celestial, y que sepa mucho el que enseña el amor divino, y que sea fuerte el que cobra las fuerzas de su amado, pues son fuerzas de Dios? Llamaba Cenon al amor «Dios de amistad, de libertad y concordia»; porque, poca amistad puedo yo tener con vos si el amor no nos toma las manos. Es suma libertad, porque no hay cosa á que se rinda sino solo á lo que ama, porque en esto está su gloria. Es causa de concordia, porque por él la tienen los elementos, las repúblicas; por él viven en paz los hombres y los animales. Pintaban antiguamente la imágen del amor entre la de Mercurio y Hércules; Mercurio era el Dios de la elocuencia, y Hércules el de la fortaleza; porque donde hay aviso y prudencia juntamente con fortaleza, allí hay amor y concordia.

§. LVIII.

Pasemos mas adelante. Platon llama al amor *amargo*, y no sin razon, porque muere el que ama; y por ello le llamó Orfeo *agridulce* ó *dulce amargo;* porque, como el amor es una muerte voluntaria, en cuanto es muerte se dice *amargo* y *acedo*, mas en cuanto es voluntária se dice *dulce*. Y que muera el que ama está claro, porque su pensamiento, olvidado de sí mismo, se revuelve siempre en su amado; pues, si no piensa de sí, luego no piensa en sí, y por esto el alma así aficionada no obra en sí, pues que la principal operacion suya es el pensamiento; el que no obra en sí síguese que no está en sí, porque estas dos cosas son siempre iguales, el ser y el obrar; ni hay ser sin que haya operacion, ni hay obrar do no hay ser; ni nadie obra donde no está, y do quiera que está allí obra. Luego el alma del que ama no está en sí, pues no obra en sí, y si no está en sí, claro está que no vive en sí; pues el que no vive muerto es; y por esto decimos que el que ama está muerto en sí. Y de aquí nació aquel dicho: «Que el alma mas está donde ama que donde anima.»

Pero veamos: ¿vive siquiera en otro? Sí por cierto, en su amado. ¡Oh cosa maravillosa que el amado vive en el amante, y el amante en el amado! Ama María á su Cristo, Cristo á su María. «Juegan al trocado», y el uno se da al otro, y el otro al otro, para que cada uno tenga

al otro. Antes que pasemos mas adelante quiero advertir que estos afectos de amor impropiamente se dicen de Dios, porque ni puede vivir sino en sí ni puede amar sino á sí, ni sentir esa muerte que decimos, pues es vida por esencia, y la vida no puede morir; y siendo fin de todas las cosas y teniendo la perfecion de todas ellas, no puede amar cosa fuera de sí. Por esto decimos que nos ama Dios en sí mismo, y no en nosotros. De parte del hombre vienen bien todos esos afectos y estilos de hablar; pero, no obstante eso, aplicamos á Dios este lenguaje y decimos «que ama y que se pasa á vivir en el amado, y que siente sus pasiones»; y esto porque habla Dios con los hombres como si fuese otro hombre. Así, dice en los *Cantares*: «Herido me habeis el corazon, esposa mia, herido me le habeis con un volver de ojos vuestro. Enlazástemele con la madeja de oro de vuestro cabello;» que no pudiera decir mas el hombre mas enamorado del mundo. Y el vivir en el amado dice por san Juan: «Si alguno me amare, amalle ha mi Padre, y vendrémos á él y vivirémos con él.» Y finalmente, la sagrada Escritura está llena deste lenguaje.

Volviendo pues á lo que íbamos diciendo: Cristo, que es el amante y el amado, y el alma, que es amada y amante, se truecan y se tienen el uno al otro. De qué suerte se dan el uno al otro bien se ve, pues cada uno se olvida de sí; mas cómo sea esto, que cada uno tenga al otro, eso no parece que puede ser ni se deja ver; porque, quien no se tiene á sí ¿cómo puede tener á otro? Ese es el milagro del amor, que, perdiéndose á sí mismo cada uno, se tenga á sí y al otro. Es esta la *ganapierde* del Evangelio, que dijo Cristo: «El que pierde su vida, la gana, y el que la gana, ese la pierde.» No me parece que nos pudiera decir cosa que mas nos declarara lo que vamos tratando que este «¿Qués cosi-cosa?» El que ama su vida, la pierde. Puede tener dos sentidos: el primero es que, si desea y ama tener vida, ha de perder la propia, porque así morirá en sí y vivirá en su amado, y la vida que en sí pierde hallarla ha en su amado; de suerte que en lugar de la vida que en sí pierde gana dos: la suya, pues la halla allí en quien ama; y la del amado, pues goza tambien de aquella. Y por esto añade el Señor: «El que la gana, ese la pierde;» esto es, no pudo ganalla sin que primero la perdiese. Este es el *Vivo autem, jam non ego: sed vivit in me Christus*, que dijo san Pablo; Vivo yo, mas ya no yo, sino que vive en mí Cristo. Dijo lo uno y lo otro; la vida de Cristo en Pablo, y la de Pablo en Cristo. El *vivo yo*, que dice al principio, es por la vida que tiene en Cristo, que la cuenta por suya. El *ya no yo*, es por la muerte que en sí mismo murió para vivir en su amado. El «vive en mí Cristo, es por la vida que á nuestro modo de hablar decimos que tiene el que ama en el amado. Este es el un sentido de las palabras del Redentor; el otro es «el que ama su vida», esto es, que se ama á sí mismo y quiere mas vivir en sí que en mí; este tal perderála, porque es vida finita y corruptible la que en sí puede vivir; mas el que la aborreciere y muriere en sí, no cuidando de sí ni pensando ni amando ni obrando en sí, sino en mí, este tal la gana, porque cobrará la vida que yo tengo; y pues es eterna, tendrála él eterna, que jamás se le acabe ni le falte. Hé aquí cómo este se tiene á sí, pero en el otro; y el otro se posee, pero en estotro. Cierto está que, amándoos yo á vos, que me amais, y por el mismo caso pensais en mí (como habemos dicho), pues me amais, que cuando yo os amo y pienso en vos me hallo á mí mismo en vos; y en vos me cobro yo á mí, que me perdí por mi descuido, y vos haceis otro tanto en mí. Hay otra cosa maravillosa, y es, que después que me perdí á mí mismo, si por vos me redimo, por vos me hallo y tengo; y si por vos me tengo á mí, mas os tengo á vos, y primero os he de tener á vos que á mí, y mas cercano os estoy á vos que á mí, pues que á mí no me tengo sino por vos. Por esto decimos que los que se aman mueren en sí y viven en otro; de suerte que hay sola una muerte y dos vidas: una muerte, cuando se desprecia á sí mismo y no cura de sí; dos vidas, la una cuando se halla en el amado, la otra la del mismo amado. Y porque no parezca que hablamos sueños, probémoslo de la Escritura. San Pablo dice: «Muertos estáis, y vuestra vida está escondida en Dios con Cristo.» Pues cuando apareciere Cristo (que es vuestra vida), entonces apareceréis vosotros con él, entonces se echará de ver que teneis vida, y no cualquiera, sino la de Cristo. Habla de los que aman á Cristo. *Muertos*, dice, *estáis*, porque morís amando; pero la vida que en vosotros perdistes cobraisla en Dios; allí está escondida con Cristo, allí os la tiene Dios guardada porque nadie os la toque. Está con Cristo porque Cristo está en Dios, y Dios en Cristo; Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo en él, dice san Pablo. Está Cristo tambien escondido en Dios, porque hasta que venga el último tiempo no está del todo Cristo conocido ni manifiesto al mundo. A esto parece que aludió san Pablo cuando dijo, escribiendo á los hebreos y citando el verso de David: *Omnia subjecisti sub pedibus ejus*; habla con el Padre, y dícele: Señor, todas las cosas sujetastes y pusistes debajo los piés de vuestro Hijo. Sale san Pablo, y dice: En esto que dice que todas las cosas le sujetó, nada sacó ni dejó por sujetar; mas aun no vemos que le están sujetas todas las cosas. Pues cuándo lo estarán, dícelo en la primera que escribió á los de Corinto, que será cuando del todo haya destruido la muerte enemiga, que será en la resurreccion general; cuando ya la muerte haya perdido los aceros y no tenga á quien matar; cuando la haya aherrojado en el calabozo del infierno, adonde estarán los malos: *Et mors depascet eos*; Y se apacentará en las vidas miserables de aquella desdichada gente. Estaránle sujetos los malos, porque los castigará con su justicia; los buenos tambien, porque los premiará con su misericordia; los ángeles, porque es su cabeza y príncipe. Ya tenemos de la Escritura que mueren los que aman á Dios; probemos agora que tienen vida. Dice el Redentor, hablando de aquella admirable union de su cuerpo con el que le come dignamente: «Mi cuerpo es verdadero manjar, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, este tal

está en mí, y yo en él.» Hasta aquí va diciendo cómo en este enamorado sacramento se hace lo que habemos dicho de los dos que se aman, que ninguno dellos está en sí, sino en el otro. Dice luego: «Así como me envió mi Padre, que vive, y yo vivo por mi Padre, así el que me come vivirá por mí.» Hé aquí cómo, hecha ya aquella union de amor, el que ama á Dios vive vida de Dios. Pues que viva dos vidas por una muerte, díjolo en otra parte, hablando de sus ovejas: «Yo vine para que tengan vida, y mas abundante vida;» que el replicar dos veces el tener vida muestra que la tienen doblada, esto es, la de Dios y la suya. A esto parece que aludió san Pablo á los romanos, cuando dice: «Si por el delito de un hombre reinó la muerte, mucho mas reinarán en vida por Jesucristo los que recibieren la donacion abundantísima de la justicia y gracia.» Hé aquí cómo de la misma Escritura sacamos los efetos del amor en los que se aman.

§. LIX.

¡Oh, quién viera á María hecha ya amadora de Jesus! *Quoniam dilexit multum;* Amó mucho. Ya María se deja á sí, ya se olvida de sí, ya no vive en sí, ya muere á sí, ya la suma bondad, que es centro que dijimos de que salen todas las cosas, la mueve sin moverse; ya la hermosura eterna la tira á su centro, la uñe con él, la endiosa, y la descuida de sí y de todo lo que es interese suyo. ¿Quereis ver cómo trata el amor á María? Llega un dia el Redentor con sus dicípulos, cansado de predicar por aquellos lugares; entra en casa de Marta y María; asiéntase, y asiéntase á los piés María; andaba á esa sazon Marta muy hacendada en hospedar al Redentor, y parecíanle poco todos los de casa para servirle. Ve á su hermana, que se está mano sobre mano, oyendo las razones del Señor; párase Marta, y dícele: Señor, ¿no echais de ver el olvido de mi hermana? ¡Cómo! ¿Y con tal huésped tal descuido? Tiempo es este de poner la mesa, no de oir dotrina. No consideraba María que venia cansado, olvidósele que no habia comido. ¡Qué queja mas justa! ¡Qué descortesía mayor! ¡Qué mujer mas indiscreta! ¿Qué es esto, María? Y vuestra cortesanía, ¿dó está? Dó vuestro aviso? Quien os ha trocado? ¡Oh amor! que eres impacientísimo, que no sabes modo ni razon. Tu razon es no tenerla, tu modo jamás guardarle, que no es mucho amor el que se deja gobernar por razon. El amor no guarda reglas de crianza ni está atenido á leyes de palacio. ¡Oh amor seguro! Quéjese Marta, venga cansado mi bien y mi Amado, siquiera coma, siquiera no; que yo no curo de eso. Amo, y en él está puesto mi cuidado. Murmure el fariseo, que yo á los piés de mi Amado me estaré segura. ¡Oh amor, mas impaciente á las cosas del Amado que á las propias! ¿qué vuelta ha sido esta? Veis aquí á María, mi-radia, en el pecado fea, negra mas que el carbon: *Denigrata est facies ejus super carbones, et non est cognita in plateis.* Esto dijo Jeremías, llorando la cautividad de su pueblo, pero viene muy bien para María cuando era pecadora. Mas negro se le paró el rostro que el carbon; porque, así como con la gran fuerza del fuego se le torna negro, así el alma, con la vehemente malicia del pecado, queda tan mudada del calor, que no la conoce Dios. Pero agora; *Candidiores Nazaraei ejus nive, nitidiores lacte, rubicundiores ebore antiquo, sapphiro pulchriores.* Hame dado ya mi Esposo celestial un resplandor, un aderezo de rostro, que me le ha puesto mas blanco que la nieve; esta es la fe que me ha dado. Soy mas colorada que el rubí y que el marfil antiguo, porque el calor del amor me enciende el rostro, avivando mis esperanzas, muertas por el pecado. Era yo otro tiempo tienda de demonios. *Et occurrent daemonia onocentauris, et pilosus clamabit alter ad alterum: ibi cubavit lamia, et invenit sibi requiem. Ibi habuit foveam ericius, et enutrivit catulos.* Todos estos animales que pone aquí el Profeta, muestran los diversos vicios en que cae un alma, y los muchos y feos pecados á que está sujeta. Allí ocurren los demonios, porque en el alma vacía viven siete, como dice el Señor en el Evangelio; allí los onocentauros, los sátiros y faunos, que llama pilosos ó vellosos, dan voces unos á otros; esto es, habrá gran abundancia de animales espantosos, lamias y otros muchos, porque un alma en pecado es ejido y dehesa de demonios y vicios, y viven allí, así como en las ruinas de casas antiguas, en medio de los desiertos; porque los demonios se huelgan de vivir en lugares inmundos y sucios, cual es el alma en pecado. Esto era en el tiempo cuando yo estaba apartada de mi Dios, cuando era muladar del demonio, cuando no amaba, cuando estaba muerta, desierta y hecha vivienda de demonios; mas agora que ya me miró el sol, agora que mi Esposo vive en mi alma, y yo vivo en él, *In cubilibus, in quibus prius dracones habitabant, orietur viror calami, et junci. Et erit ibi semita, et via, et via sancta vocabitur. Non erit ibi leo, et mala bestia non ascendet per eam.* Ya en las cuevas donde antes estaban encovados los dragones nacen verdes juncos y otras frescas yerbas; ya en el alma desierta, seca, sin agua de gracia, nacen virtudes y verdes esperanzas de gloria. El alma sin camino ha hallado carrera para la gloria, y llamarse ha camino santo; las bestias fieras, que antes hacian en mí su vivienda, los demonios y vicios, ya mi Amado los ha desterrado de mi alma. *Maria quae vocatur Magdalene, de qua septem daemonia exierant,* dicen los santos y sagrados evangelistas; Yo era de quien habia alanzado el Señor siete demonios, esto es, todos los vicios juntos; ya no moran en mí, soy aposento de la gloria, porque vive mi Amado, y se aposenta en mi alma: *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* Prometiólo y cumpliólo.

§. LX.

Murmura el fariseo de María, murmura de Cristo, que se deja tocar de una pecadora. Allá en el libro de los *Números* cuenta la Escritura sagrada que Aaron y su hermana María murmuraron de Moisen porque es-

taba casado con una negra, con una de Etiopía. Este casamiento de Moisen con la etiopisa tiene mucha variedad de pareceres. Josefo, *De antiquitatibus*, á quien siguen muchos expositores católicos, dice que en el tiempo que Moisen se criaba en palacio, en casa del rey Faraon, siendo ya mozo robusto, se movieron los etíopes, que están de la otra parte de Egipto, en lo interior de Africa, á hacer guerra á Faraon, contra los cuales envió un grueso ejército, y á Moisen por capitan general. Llegado, los venció en muchas batallas, y en ellas murió el rey de Etiopía. Una su hija, que habia quedado, muerto el padre, oyendo decir de la hermosura de Moisen (que, segun dice Josefo, era mucha), envióle á rogar que dejase la guerra y se casase con ella: acetólo Moisen, y esta fué su mujer. A mí se me hace dificultoso, porque cuando volvió estaba en gracia y muy amado de Faraon; y siendo ella mujer tan principal, tendríala en palacio el Rey, pues tenia á su marido; y así, al huir Moisen por la muerte del gitano que mató, sabemos que no la llevó consigo, ni después nos consta que la llevase cuando salieron todos los hijos de Israel de Egipto; ni tampoco trajera él la madianita con quien se casó en Madian, cuando volvia á Egipto á hablar á Faraon, si tuviera en Egipto otra mujer tan principal. Y dice el texto que cuando le mandó Dios que volviese á Egipto y hablase á Faraon, que tomó Moisen su mujer y sus dos hijos, y se partió con ellos para Egipto; aunque cuando el ángel lo quiso matar en el campo porque llevaba un hijo sin circuncidar, la volvió á enviar con sus hijos á casa de su padre; así que parece que lo deste casamiento no lleva camino. Los que esto dicen, piensan que la razon de la rencilla ó murmuracion de Aaron y María contra Moisen fué por haberse casado con mujer alienígena ó extranjera. Yerran tambien en esto, porque tambien pudieran murmurar de la de Madian, que era estranjera, y de Josef, el patriarca, que se casó con Asenet, hija de Putifar, sacerdote de Heliópolis. Digo pues, con mi padre san Agustin, que esta era la hija de Jetró, sacerdote de Madian; y en Arabia, cerca del mar Bermejo, hay otra Etiopía, y de aquí era Sofora, mujer de Moisen; esta no era tán negra como lo son las de la otra Etiopía. Y que se llamase así aquella tierra, sacólo mi padre san Agustin del segundo libro del *Paralipomenon*, donde dice la divina Escritura que Zara, etíope, vino á hacer guerra á Asa, rey de Judea, y vino con un millon de soldados, que son diez veces cien mil, y venciólos Asa porque confió en el Señor. Dice pues el glorioso san Agustin que los etíopes que aquí dice son los madianitas, porque la Escritura dice que los persiguió Asa en aquella tierra; pero, con licencia de tan gran padre y dotor de la Iglesia, no para contradecir su dotrina, sino para solo decir mi duda, por si acaso hubiere quien me sacare de mi ignorancia; digo que me parece que los etíopes que allí dice, no pueden ser los de Madian, ni se puede colegir del lugar que alega mi padre. La razon desto es, porque en el capítulo 16 del mismo libro se dice que Baasa, rey de Israel, subió á Rama, y la comenzó á cercar de muro y barbacana y torres, porque nadie pudiese entrar ni salir de Judea con seguridad; como si dijésemos que el turco hiciese una fuerza en Sanlúcar de Barrameda, que es el paso para las Indias, para estorbar la embarcacion de España. Viendo el rey de Judea (que era Asa) que pasaba adelante la obra, envió mucho oro y plata de lo que habia en el templo y en los tesoros de su casa, á Benadab, rey de Siria, para que, rompidas las paces que tenia con el rey de Israel, le hiciese guerra porque dejase de edificar á Rama. Hízolo así Benadab, y sucedióle bien á Asa; pero, porque habia fiado mas del rey de Siria que de Dios, envióle un profeta que le dijo: Porque pusiste tus esperanzas en el rey de Siria, y no en el Señor Dios tuyo, por eso se te ha escapado de las manos el ejército del rey de los de Siria, que lo hubieras vencido. ¿Por ventura los de Etiopía y los de Libia no eran muchos mas, y los venciste por solo que confiaste en Dios? Hé aquí lo que buscábamos. Dice los de Libia y Etiopía, que fueron los que venció Asa. Libia claro está que es parte de Africa, y que los etíopes verdaderos están á las espaldas. Luego era de Africa, luego no de Madian; y así, de allí no se puede tomar argumento que los de Madian se llamaban etíopes, ni la mujer de Moisen etiopisa por esa razon. Otro lugar me parece á mí que nos lo dice mas claro, y es del profeta Habacuc en el capítulo 3.° Dice así: *Pro iniquitate vidi tentoria Aethiopiae, turbabuntur pelles terrae Madian.* Va tratando el Profeta de la destruicion de Babilonia, en retorno de que ellos habian destruido á Jerusalen, y dice: Porque los etíopes favorecieron á los caldeos, que son los babilonios, por esta maldad vi las tiendas de los etíopes confusas, y las pieles de los de Madian. De suerte que los ayunta á los etíopes con los de Madian, que da á entender que son unos. Podria ser, y quizá es lo mas cierto, llamar etiopisa á la mujer de Moisén porque era morena, como lo son los de Madian, que son como alárabes en Africa, que viven en tiendas cubiertas de pellejos; y por eso dijo el profeta Habacuc: Turbarse han las pieles de Madian. Y los que andan y viven por los campos debajo de tiendas siempre están tostados, como los gitanos que vemos en España; y á la que vemos muy morena, llamámosla que anda hecha gitana, y decimos: Mirad qué negra de Guinea. Cuanto mas que dice la Escritura que las hijas de Jetró guardaban ganado por aquellos desiertos, y una destas fué la mujer de Moisen; y de creer es que, guardando el ganado por aquellos soles, no debia de reventar de blanca, y por esto la llamaban la etiopisa, y creo que esto es lo mas cierto y lo mas allegado á razon. La razon de la murmuracion que dan los dotores es diversa; porque unos dicen que Moisen, como hablaba tan á menudo con Dios, se abstenia de su mujer, y ella debiólo de tratar con su cuñada María, y María con Aaron, y parecióles mal. Parece que es conforme al texto, porque dice al principio del capítulo: Hablaron María y Aaron contra Moisen por su mujer la etiopisa, y dijeron: ¿Por ventura por solo

Moisen habló Dios? ¿No nos ha hablado á nosotros tan bien como á él? Como si dijeran: No tiene necesidad nuestro hermano de descasarse de su mujer, por la privanza y trato que tiene con Dios; que tambien nos habla á nosotros, y no nos apartamos ni descasamos. Otros dicen que María y su cuñada debieron de tener algunas cuestioncillas, que al fin eran mujeres y cuñadas. María se debió de quejar á Aaron, su hermano y de Moisen, y Moisen volveria por la razon de su mujer, y con esto murmuraron, diciendo: Muy bueno es que no se corra nuestro hermano de volver por una negra de Guinea ni de verse casado con ella. Sea lo que fuere desto; que para nuestro propósito bien nos basta que Moisen estuviese casado con una negra, y Aaron y María murmurasen. ¡Oh gran Dios! ¿cuál amor te trajo del cielo á casarte acá en la tierra? Tú, mas hermoso que todos los hijos de los hombres; tú, que tienes mil gracias esparcidas en tu boca; tú, de cuya belleza se pasma el sol, los ángeles quedan embelesados mirándote. ¡Oh fuente de resplandor eterno! Tú, que eres espejo de la hermosura del Padre. ¡Oh Dios amabilísimo! ¡Dios bellísimo! Dios bonísimo! Dios carísimo! ¿Qué belleza hay en el mundo, en el cielo, en la tierra, en la luz, en las estrellas, en los animales, en las plantas; finalmente, en toda otra cosa, que no se halle en tí con suma excelencia y perfeccion, Dios mio? ¿Quién podrá explicar esta tu belleza? Las estrellas, los ángeles, la luna, el sol, toda la naturaleza, toda alma, todo sentido, todo entendimiento, en tí y de tí solo se espantan, porque en tí hallan luz, claridad, hermosusa, compostura, deleite, gracia, resplandor y suavidad de mil maneras. No te pueden ver ojos algunos, que no se alegren, ni algunos te ven, que por reverencia no teman. El verte es ser bienaventurado en el paraíso; el no poder verte jamás es ser mísero y en mil infiernos. Tú eres fuente de todas las cosas hermosas por naturaleza, por gracia, por gloria. ¡Oh Dios bellísimo! ¿Quién podrá decir tus bellezas? Tu cabeza es toda de oro, tus cabellos lana blanca, tus ojos como dos soles, tu voz es un blando ruido de agua que cae de alto, tus manos hechas á torno, tus piés son de ámbar, y tu rostro es la misma gracia. Dios hermosísimo, tu cabeza es tu divina esencia, tus cabellos son los ángeles, tus ojos la providencia, tus narices las inspiraciones, tu boca es Cristo, tus labios los dos testamentos, tu lengua el Espíritu Santo, tus dedos los profetas, tus piés la humanidad que tomaste, tus espaldas las criaturas, tu rostro invisible es la inaccesible luz de tu majestad. ¡Oh hermosura sobre toda hermosura, y ¿quién será aquel que de tanta belleza no se enamore? Pues ¿quién podrá agora decillo, que este tan hermoso, tan rico, tan grande, y tan alto Dios se case con una negra de Guinea, con una etiopisa, con el pueblo de los gentiles, negro, tiznado, hecho un hollin por el pecado? *Eratis enim aliquando tenebrae, nunc autem lux in Domino;* Erades (dice san Pablo) negros, érades otro tiempo tinieblas, que es lo mismo, porque las tinieblas son negras; érades pecadores, agora ya sois Juanes blancos en el Señor; ya sois luz, hijos de luz, porque se ha casado Dios con vosotros: *Aethiopia praeveniet manus ejus Deo.* La etiopisa gentilidad ganará por la mano á la dormida Sinagoga; y así, se adelantó en el nacimiento. Envió los legados, que fueron los reyes; trajeron las arras, dieron la fe: *Venient Legati ex Aegipto;* Vendrán los legados de Egipto en nombre de la gentilidad. La cláusula de los conciertos: *Quoniam hic est Deus, Deus noster in aeternum, et in saeculum saeculi, ipse reget nos in saecula;* Este es nuestro Dios para siempre, él nos regirá por todos los siglos. Murmura María, la Sinagoga y el sumo sacerdote Aaron: *Quod ad hominem peccatorem divertisset.* Entra el Señor en casa de Zaqueo el publicano, allí se hospeda, y murmuraban los fariseos que se habia acogido á casa de un pecador. Murmura el pueblo judáico que se casa Moisen, Cristo, con la Iglesia etiopisa, que es negra: *Nigra sum, sed formosa, filiae Jerusalem, sicut tabernacula Cedar, sicut pelles Salomonis;* Soy morena (dice la esposa), pero á la fe, hijas de Jerusalem, no por esto dejo de ser hermosa. Soy un poco negrilla, como las tiendas de los alárabes, que están negras del sol y el agua; mas soy hermosa, como los aforros de las ropas de Salomon, que son de armiños y de raposos ferreres y de martas cebellinas. Mucho me espanta ese casamiento, pero mas me espanta que el Hijo de Dios se case con María. Señor, mirad lo que haceis, que murmurarán María y Aaron, y dirán que os habeis casado con la negra, con la negrilla de Etiopía, con una gran pecadora; que se correrán las damas de la corte, esas mentes angélicas, de ver que *Nusquam Angelos apprehendit, sed semen Abrahae apprehendit;* No se casó con la naturaleza angélica, sino con el linaje de Abrahan. Ni dijo san Pablo á los ángeles el *Despondi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo;* Mirad que os he desposado con un hombre de bien, con un hombre de honra, que es menester que os deis, vírgenes castas, á Cristo. Aludió el Apóstol á lo que acá se acostumbra, que un hombre de honra antes se casará con una pobre y doncella que con otra que no lo sea, aunque tenga veinte mil ducados. ¡Oh, qué pasmo debió de tener el cielo cuando vió á su Dios tomar por esposa á María! Murmura el fariseo, y dice: Si este supiese qué pieza es la que le toca, la que toma por esposa, no se casaria con ella; y con todo eso, nuestro Moisen muy contento con su negrilla. Pues Señor, ¿qué la hallais bueno? Qué os ha enamorado en María? ¿Por qué os casais con ella? *Quoniam dilexit multùm;* Porque amó mucho. ¡Oh fuerza de amor, que haces hacer cosas á Dios que, á no ser él quien las hace, las tendrian los hombres por desatino! ¡Qué, siendo Dios tan alto, que los mas estirados de los ángeles, para alcanzar á hablalle, arrimaban una escala, como lo vió allá Jacob una noche; y que este tan alto, enamorado del amor de una Madalena, quiera tomalla por esposa, y decir que la quiere mucho, que le parece muy bien, que la quiere para suya; y que dé por razon que ella le ama mucho! Pues, alto Dios, dime, ¿y qué mucho

que María te ame mucho? Eres tú fuente de amor eterno; eres principio, medio y fin de toda la hermosura; eres tú solo el hermoso; pues ¿qué mucho que la fea ame la belleza? Ámante los cielos, los ángeles, las plantas, toda la naturaleza; el sol, la luna, las estrellas, todo cuanto vive, cuanto se mueve, cuanto tiene ser; pues ¿cómo no te ha de amar María? Eres luz que jamás falta, sol que no se traspone, resplandor que alegra, claridad que alumbra y hinche de alegría el cielo; es María noche, es tinieblas y escuridad; pues ¿cómo no ha de amar la luz? Cómo la noche no ha de desear el dia? Cómo el hielo no amará el rayo del sol? Cómo el invierno no sospirará por la primavera? Eres tú, Dios mio, vida; eres el que das el espíritu á los hombres; eres en quien y por quien vivimos, nos movemos y somos. María está muerta; pues ¿cómo la muerte no ha de amar la vida? Cómo la sepultada no deseará salir de la sepultura? Eres, mi Dios, fuente de agua dulce, eres el rio que con su corriente alegra la ciudad de Dios, eres mar dulce de infinita gracia, eres el refresco del alma sedienta, eres el que brindas á los ángeles y santos, y los embriagas con la abundancia de tus deleites; salen de tu pecho rios caudales de sabiduría, de gloria, de gracia, de bienes y de infinita riqueza. María está seca: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi;* Mi alma (dice María) cuando está sin tí, Dios mio, es como la tierra sin agua. María está sedienta: *Sitivit anima mea ad Deum fontem vivum;* Sedienta está mi alma hasta verse contigo, oh fuente de vida eterna, dice María. María está enferma: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis quem diligit anima mea, ut nuncietis ei, quia amore langueo;* Yo os conjuro, zagalas y pastoras de Jerusalen, por los corcillos del campo y por las cabrillas y gamos ligeros de los bosques, que si viéredes por allá al mi Amado, que le digais que estoy enferma de amor. Pues los enfermos sed tienen. Si María está seca, ¿qué mucho que ame la fuente? Si María tiene sed, ¿cómo no deseará el agua? Si la abrasa la calor, ¿cómo no sospirará por la sombra del árbol de la vida? Eres (alto Dios mio) salud que no se destempla, fortaleza que no se cansa, amparo que nunca falta, guarida que asegura, puerto que jamás se altera, esperanza que nunca burla, virtud que siempre sustenta, y médico que sana nuestras enfermedades. Es María la enferma: *Quia non est sanitas in carne mea*, dice María; No hay sanidad en toda mi persona. Está María flaca con la dolencia del pecado, es la desamparada, está en las ondas del mundo; pues ¿qué mucho que el enfermo desee la salud? que la flaca pida fuerzas, que la desamparada busque amparo, que la perseguida busque guarida, que la que pelea en las ondas huya al puerto. Y finalmente, ¿qué gran cosa es que el enfermo desee la presencia del médico? Dices, Señor: *Quoniam dilexit multùm.* Y ¿por ventura amástela tú poco? Tú, buen Señor, ¿no la amaste primero? No la llamaste primero? No la buscaste primero? No la preveniste, no le rondaste la puerta, no la convidaste, no la rogaste, no la aficionaste? Pues ¿qué mucho que María ame amada, que responda llamada, que se deje hallar buscada, que convidada, acete tu amistad? *Quoniam dilexit multùm.* Dime, espejo de los santos, ¿quién te amó sin que le amases? Quién te buscó sin que tú le llamases? Quién vino á tí sin que tú le trajeses? Nadie por cierto; porque de tí y por tí se comienza todo nuestro bien; luego don tuyo es que te amemos, y deuda es que te debemos, y que te la pagamos cuando te amamos. Y aun mas: te confieso, Dios mio, que, pues sin tu gracia no te puedo amar, y mucho menos pagar, cuando me das favor para que te ame, es que me adeudas de nuevo, porque cuanto mas te amo, tanto mas te debo el don con que te amo. Pues luego, que María te ame mucho no le es de agradecer mucho; y mas te debe á tí porque le diste que te amase mucho, que tú á ella, aunque te ama mucho: *Quoniam dilexit multùm.* Dios milagroso, dime: ¿tu amor no hace bienaventurados, y tu desamor no hace malaventurados? Tu amor no hace ángeles, y tu desamor demonios? Estar en tu amor ¿no es gloria? y estar en tu desamor ¿no es infierno? Pues luego amar tú á María es hacella bienaventurada, es hacella santa, es hinchilla de gloria. Jamás te he oido decir (Dios mio) que te aman mucho los ángeles, no los arcángeles, no que se mueren por tí los querubines ni que se abrasan los serafines; y ¿préciaste de que te ama mucho María? No haces caudal de los jayanes, no de los bravos gigantes, no de los empinados cedros, no de los altos cipreses ni de los árboles encumbrados del paraíso; y ¿haces caso del junco, de la malva, de la amapola, de la hojarasca, del polvo que lleva el viento, de la florecilla que un rayo del sol la marchita y enlacia? *Quoniam dilexit multùm.* Pues ama María de balde, ¿qué le dices? ¿Cómo se lo pagas? ¿Cuál es el premio de tanto amor? A mucho amor, mucho favor ha de correspondelle. Si el amor es mucho, no es bien que el galardon sea poco. Mas ¿qué digo yo, poco? Tú, Señor, no sabes dar sino mucho. Eres un maniroto; y así, te rompieron las manos en una cruz porque nada te quedase en ellas. Todo se te cae de las manos, porque nosotros, mendigos, nos hagamos ricos con lo que á tí se te derrama. Pídete un ladron en la horca que te acuerdes dél, y tú, Dios maniroto, dasle un reino. Alejandro dió á Abdolomino, hortelano, el reino de Sidon, y cobró nombre de liberal; pero ¿qué tiene que ver, Señor, contigo? Alejandro dióle á un hortelano, tú á un ladron; Alejandro dió un reino terreno, tú uno del cielo; Alejandro lo dió á uno que, aunque hortelano, era de linaje real, tú á uno que quizá era hijo de ladrones. A san Juan, que está al pie de la cruz y no te pide nada, le das á tu Madre. Acuérdaseme que, hablando un dia con tu santo profeta Ecequiel, le dijiste: Hijo del hombre, Nabucodonoser me prestó su ejército para hacer guerra á Tiro, que me tenia mal enojado, y no les dí paga á los soldados; y pues me sirvió bien, no es razon que se quede sin salario; quiérole dar á Egipto. Pues si con un bárbaro te muestras tan libe-

ral, que dices que te sirvió, y le das en salario un reino; á María que te ama, y mucho te ama, que dices della: *Quoniam dilexit multùm*, ¿qué le das en premio de tanto amor?

§. LXI.

Remittuntur ei peccata multa. El premio de tanto amor es, que le son perdonados muchos pecados. ¡Oh alma! Si supiésedes bien qué cosa son pecados y qué cosa es oir del confesor un «yo te absuelvo», moriríades de contento cuando ois á sus piés aquella palabra. Espántome cómo María no dejó el alma de sola alegría cuando oyó de la boca del mismo Dios «yo te perdono». ¡Oh dulce palabra á las orejas de un pecador, cuando le dice Dios un «bien te quiero»! Pensadlo, cristianos, de espacio, porque no sé yo cómo encarecerlo ni cómo dároslo á entender. Que vea un hombre abrirse el cielo sobre su cabeza, que vea hechas las amistades con Dios, que vea que le espera la gloria, que quede amigo de los ángeles, recibido por ciudadano del cielo, por hijo y heredero de Dios; que sepa que ha de pisar las estrellas, que tiene por compañeros á los santos, ¿hay grandeza que á esta llegue? Hay favor que á este iguale? Hay premio que tanto valga? Hay servicio que tal merezca? Hay amor que á esto suba? Luego bien pagada queda María: de esclava del demonio queda hija de Dios, de tizon del infierno queda vaso de gloria, de miembro de Satanás es ya esposa de Cristo. Pues ¿qué le queda ya mas que desear á María? Dícele dos palabras, que dicen y hacen allá en el alma y en el cielo mil grandezas: la una es el *remittuntur tibi peccata tua*, la otra, *vade in pace;* Véte en paz. Veis aquí el cielo en la tierra; ya María goza de aquella paz que dice san Pablo que sobra á todo sentido, ya el corazon de María tiene gloria antes que el cuerpo de Cristo; ¡oh milagro de verdadera penitencia! Y ¿esto para aquí? No; adelante van los favores, pasan y crecen las gracias y mercedes. Aquí es defendida del fariseo, después lo es de Marta, seis dias antes de la pasion lo es de Júdas. Desde hoy se anda con el Señor hecha su pagadora y tesorera, como lo cuenta el mismo evangélista san Lúcas; hoy le unge los piés, y antes que Cristo muera, la cabeza, y tiene ánimo para ungirle todo el cuerpo después de muerto. Preguntémosle á María qué hace después de perdonada, después de aquella indulgencia plenaria y después de aquel jubileo plenísimo en que el sumo sacerdote Cristo la absolvió á culpa y á pena, después de haber oido de la boca de Dios el «yo te perdono, véte en paz»; veamos qué es lo que hace María, si se asegura, si vive descuidada. ¿Qué haceis, santa mujer, después de tantos títulos y ditados como teneis, después de tan gran privanza?— ¿Que hago? Grandísima penitencia, no me doy á los contentos pasados; ya no quiero mas vanidades, no quiero mas aplacer al mundo; lo que hago es llorar la vida pasada, treinta años escondida en una cueva, sin cama ni abrigo, llorando, ayunando, orando, sospirando, contemplando. Pues decidme, gloriosa mujer, ¿para qué tanta penitencia? ¿Ya no estáis absuelta? Pues ¿no dice el otro profeta que «Dios no castiga dos veces un pecado»?—Es verdad, y ya mi Dios me ha perdonado; pero dice el Sabio: *De propitiato peccato noli esse sine metu;* No te asegures mucho ni pierdas el miedo del pecado que se te ha perdonado. Esto dice porque la seguridad y confianza no te descuide, y guardándote poco, vengas á caer en otros pecados. Así que, dice María: «Perdonado me ha mi Dios, y aunque estoy cierta del perdon, tambien lo estoy de que le ofendí;» y así, siempre me aborrezco y sacrifico, y quiero decir y hacer lo que me enseñó el santo rey David, que decia á Dios: *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper;* Conozco mis maldades, sé la gravedad dellas y lo mucho que pesan, y trayo siempre mi pecado delante los ojos para llorarle. Y el buen rey Ecequías decia, hablando con Dios: «Contarte he, Señor, todos mis dias y años pasados, y esto con dolor y amargura de mi alma.» Andaba con tanta cautela, que dice san Ireneo que desde este dia del perdon de Cristo, sino fué á él, jamás miró lo cara á algun hombre. ¡Oh descomunion de nuestra vida! Oh condenacion de nuestra presuntuosa confianza! María, absuelta por la boca de Dios, hecha ya su amiga, perdonados sus pecados con firma del mismo Dios; no contenta con eso, llora, ayuna, hace penitencia, y no se harta de lavar sus pecados pasados con hacer fuentes de sus ojos; y vos, pecador, no teniendo cédula de Dios de que os ha perdonado, habiendo hecho mas y mayores pecados que la Madalena, no teniendo mas blando Dios que ella, ni teniendo mas ciertas esperanzas de vuestro perdon, estéis tan olvidado de hacer penitencia, andeis con tanto descuido como si ya estuviérades confirmado en gracia, trateis tan sin cuidado como si tuviérades el cielo por vuestro. ¿Qué es esto? ¿En qué estriba vuestra confianza? ¿De dónde os viene tanta seguridad? San Pablo habia subido al cielo, visto habia la esencia de Dios, firma tenia suya de su salvacion, y con todo eso, decia: «No me reprehende mi conciencia de cosa alguna, no sé pecado mio que no me esté perdonado; pero con todo eso, no me tengo por justo; » y dando la razon, dice: «Porque el que me juzga es el Señor;» como si dijera: «A ser mi juez algun hombre como yo, aviniérame con él; y pues no podia él saber mas de mí que yo mismo, y yo no sé pecado mio, tampoco lo supiera él, y pudiera estar seguro y sin miedo; mas, como mi juez es Dios, que escudriña los corazones y ni un solo pensamiento se le pasa de trascuenta, y sé yo el *delicta quis intelligit*, que dice David, que los pecados son tan delgados que apenas los saben conocer los hombres; con eso, *non in hoc justificatus sum;* No me aseguro en mi justicia.» Y en otro lugar dice: «Yo corro la carrera de la vida, no como quien camina sin saber dónde le lleva su camino; peleo, pero no en el aire; mas castigo mi cuerpo y dómole y ríndole á que sirva al espíritu y á la razon; porque por ventura mientras predico á los otros y les enseño el camino del cielo, no sea que le pierda yo.» Pues decid-

me, pecadores, si tal apóstol «andaba siempre con la barba sobre el hombro», si el vaso escogido traia tal miedo, si el que decia, «mas que todos he trabajado con la gracia de Dios,» estaba con recelo; vosotros, no apóstoles, sino apóstatas de la virtud; vosotros, no vasos de eleccion, sino de ira y condenacion; vosotros, no cansados en trabajos por Dios, sino por el diablo, ¿cómo estáis tan seguros? Cómo no haceis penitencia? Dice Cristo nuestro Señor: «Si no hiciéredes penitencia, todos juntos pereceréis;» vosotros no la haceis, luego sois perdidos. ¿O es por ventura que no teneis pecados de que hacer penitencia? San Juan os desmiente, que dice: Si dijéremos que no tenemos pecados, nosotros engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros; porque nadie hay limpio de pecado, dice Job, ni aun el niño recien nacido.» Pues si teneis pecados, si sin penitencia no os podeis salvar, si no hay cielo sino para los penitentes, ¿cómo dormis vosotros tan á sueño suelto? Cómo pecáis tan sin rienda? Sois vosotros de los que dice Isaías: «Oid lo que dice Dios, gente burladora; dijistes: Concertado nos habemos con la muerte y tenemos puestas treguas con la sepultura; y así, cuando viniere algun azote no descargará sobre nosotros, porque habemos puesto en mentira nuestras esperanzas, y la mentira nos sirve de escudo y amparo. Pues esperad lo que dice Dios: Un granizo os derrocará vuestras esperanzas mentirosas, y un turbion espantoso os anegará vuestros reparos y baluartes, yo romperé vuestras alianzas que hicistes con la muerte sin mí, y no pasaré por los conciertos que teneis con la sepultura. Cuando pasare el azote os atropellará y arrancará de sobre la tierra, porque pasará muy de mañana y á la tarde y á la noche y á todas horas, de suerte que no os dé lugar aun para tragar la saliva, y entonces solo el trabajo os abrirá el entendimiento.» Hasta aquí son palabras del Profeta, y destas últimas nació el refran castellano que dice: «El loco por la pena es cuerdo.» Dice pues Dios: «Oid los que teneis hecho concierto con la muerte.» Esto dice porque hallaréis unos hombres que jamás piensan que se han de morir, que no les parece que son del metal de los otros; que es lo que dijo allá David: *In labore hominum non sunt, et cum hominibus non flagellabuntur;* No entran en la particion de los trabajos que les vienen á los demás hombres, ni tampoco son azotados con los demás; que parece que los desastres no vienen por sus casas ni los males les saben la posada; antes la enfermedad les huye de miedo y los trata con respeto. Y lo que nace de ahí es, que *ideò tenuit eos superbia, etc.;* que no hay quien viva con ellos, de puro soberbios; y con esto, ni conocen á Dios ni á sí.

§. LXII.

Pues María, aunque perdonada, habiéndose subido el Señor á los cielos, y venido con sus hermanos, Lázaro y Marta, á Marsella, dándole en rostro todas las cosas de la vida, y cansándole todo lo de acá abajo, determina de apartarse á un desierto, adonde á sus solas pudiese gozar de la contemplacion de su Amado. ¡Oh, qué dulces ratos tenia entre aquellos riscos y por aquellas breñas! arrebatábase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente, dejando la tierra, se subia donde vive su Amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalen; víala llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervian de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música que su dulzura desmaya, causada de la suavidad de las voces angélicas que alaban al gran Príncipe del mundo, sin cesar un punto. Cuando consideraba los edificios, no hechos por humanas manos, sino por solo el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenia ojos para tanta belleza; via la ciudad puesta en cuadros de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conoemos, como lo dice san Juan en el *Apocalipsi;* porque estaban hechos de jaspe y zafiros, calcedonias y esmeraldas, jacintos y topacios, y de otras muchas que allí se nombran; los muros resplandecian como el sol, que no se dejaban mirar á los ojos humanos. Habia en cada cuadro tres puertas, de suerte que venian á hacer doce, y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de cristal, que con los lazos que se hacian en ellas de las esmeraldas y rubíes engazados en oro purísimo y retocados de la luz y resplandor del verdadero Sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas desta bienaventurada ciudad son de oro limpísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno; no la furia de los vientos combaten los empinados árboles ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas; aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las verdes arboledas de sus hojas, porque allí se cumple el *folium ejus non defluet*, que dijo David; antes dura una apacible templanza que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfeto ser. Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas, y de mil maneras, vencen en resplandor á las esmeraldas y rubíes y claras perlas y piedras del Oriente. Aquí las rosas son mas hermosas y de olor mas suave que las de los jardines de Jericó, las fuentes mas que cristal deshecho; el agua es mas dulce, el gusto de las frutas mas suave. ¡Oh vida verdaderamente vida! Oh gloria que sola eres gloria! Oh soberana ciudad, en quien tus ciudadanos se gozan! No se sabe qué cosa es dolor, no hay enfermedad; no llega á tí muerte, porque todo es vida; no hay dolor, porque todo es contento; no hay enfermedad, porque Dios es la verdadera salud. Ciudad bienaventurada, donde tus leyes son de amor, tus vecinos son enamorados; en tí todos aman, su oficio es amar, y no saben mas que amar; tienen un querer, una voluntad, un parecer; aman una cosa, desean una cosa, contemplan una cosa y únense con una cosa: *Unum est necessarium, unum est necessarium.* Dice el gran Corifeo del cielo: Acá,

turbaris ergo plurima; allí, *unum est necessarium.* Cuando María trataba de mundo, cuando andaba con el mundo, cuando seguia el hilo del mundo, turbábanla muchas cosas, porque el mundo, como mendigo, da siempre cinco de corto, son menester muchas cosas, por eso se buscan y siguen; pero, porque en ninguna de las de acá se hallan todas las que nos faltan, por eso buscamos y amamos muchas cosas; porque en unas y con unas hallo lo uno y remedio una necesidad, y con otras otra; de suerte que con muchas remedio algunas necesidades, y con ninguna todas, que eso no lo saben hacer las cosas del mundo. Este, si da hacienda, no da honra; si hacienda y honra, no da salud; si hacienda, honra y salud, no da contento; de suerte que cuanto tiene es poco y cuanto da es escaso; y así, nos turbamos entre tantas cosas; pero *unum est necessarium;* Una sola cosa es necesaria, en uno se hallará sobrado lo que en muchos falta. Esta deseaba el profeta David, esta buscaba y por una sola cosa sospiraba cuando decia: *Unam petii à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae;* Una sola cosa he pedido al Señor, y yo la buscaré, que es vivir en su casa todos los dias de mi vida. Es el *unum est necessarium*, porque allí en la casa de Dios se halla todo el bien, nada falta; y en uno, que es en Dios, se tienen todas las cosas; y así, alcanzado este uno, se tiene todo lo que desea el alma, y no es menester distraerse en amar mas que á Dios, porque, lo que buscamos, ó es vida, pues *ego sum vita*, dice este gran Dios, ó que esta vida sea eterna, pues «el que me come tiene vida», dice por san Juan, y que esta vida no tenga enfermedad ni dolor; porque, donde esto hay no puede ser eterno, pues «el Señor es mi luz y mi salud», dice David; y que esta vida sea rica para que no ande mendigando el alma, pues gloria y riquezas hay en su casa. Si ha menester contento y alegría esta vida, *Exultabunt sancti in gloria, laetabuntur in cubilibus suis;* Alegrarse han los santos en la gloria y regocijarse han, y harán saraos en sus moradas. Pues si se busca paz y union, en paz en él mismo holgaré y descansaré, dice David. De suerte que ninguna cosa nos dejó que desear que no la hallásemos por junto en Dios, porque la muchedumbre no nos turbase y distrajese. Pues á esta celestial Jerusalen se subia la Madalena con el pensamiento; y puesta en aquel desierto, arrebatada en espíritu, se entraba por aquellas moradas y palacios de la gloria, adonde via lo que ni los ojos vieron, ni oyeron las orejas humanas, ni cupo jamás en terreno pensamiento lo que tiene Dios aparejado para los que viven allá sobre las estrellas. Oia resonar toda aquella celestial ciudad con las voces angélicas que cantaban dulces sonetos de gloria al gran Príncipe y Padre de la naturaleza; pero, sobre todo, via salir aquel Cordero divino, la lana mas blanca que la nieve por hollar, que, repastado por los prados de la gloria, va cercado con mil coros de vírgines bellas, coronadas de flores que jamás se marchitan, que con danzas y *canciones* siguen:

Al cordero que mueve
Con el cándido pié el dorado asiento,
La lana mas que nieve,
Cuajada allá en el viento,
En cuya mano va el pendon sangriento.

Hablo de aquel cordero,
En celestiales prados repastado,
Que al lobo horrendo y fiero,
De duro diente armado,
De la garganta le quitó el bocado.

De aquel que abrió los sellos,
Que fué muerto, mas vive eterna vida;
Y los misterios dellos
Con su luz sin medida
Mostró, su cerradura ya rompida.

Cércante las esposas,
Con hermosas guirnaldas coronadas
De jazmines y rosas,
Y á coros concertadas,
Siguen, dulce cordero, tus pisadas.

En esa luz inmensa,
Hechas unas divinas mariposas,
Arden libres de ofensa;
Y el fuego mas hermosas
Vuelve esas almas santas tus esposas.

Y cuando al mediodía
Tienes la siesta junto á las corrientes
Del agua clara y fria,
Del amor impacientes
Ciñen en derredor las claras fuentes.

Porque las arrebata
El dulce olor quel ámbar tuyo espira,
Y el blando amor las ata,
Que en sus pechos aspira,
Pues siempre te ama el que una vez te mira.

Allí tú les repartes
A los esposos premio muy subido,
Y das tambien sus partes,
Conforme á lo servido,
A las esposas que acá te han seguido.

Andas en medio dellas,
Dando mil resplandores y vislumbres
Como el sol entre estrellas;
Y en las subidas cumbres
De los montes eternos das tus lumbres.

Digo en los serafines,
Que son de la mas alta jerarquía;
De allí á los querubines
Tu resplandor envia
El alta ciencia por oculta via.

Y en los tronos sentado,
Como supremo rey, riges el cielo;
No es asiento estrellado
De cristalino hielo,
Que ese le guarda para los del suelo;

Mas es vivo y estable,
Lleno de resplandor y de hermosura,
Y el ser invariable
De la silla segura
Del gran Padre del cielo es la figura.

Que con su entendimiento
De infinita virtud, con que se entiende
Preñado el pensamiento,
Un resplandor enciende
De aquella luz eterna que en sí atiende.

Y un espejo produce
Sin marcha, que es el Hijo y su cordero,
Imágen do reluce
Todo su ser entero,
Que no le negó el Padre un solo cero.

Y porque al engendralle
Tuvo el Padre á sí mismo por objeto,
Se nos manda llamalle,
No con nombre de efeto;
Mas su Hijo, su Verbo ó su conceto.

Al Hijo le responden
Los querubines, que de ciencia llenos,
Antel Hijo la esconden,
Como bienes ajenos,
Que de su inmenso mas tienen lo menos.

Miranse el Padre y Hijo,
Y siendo sumo bien, suma belleza,
Con gloria y regocijo,
Amando su pureza,
Producen del amor la suma alteza.

El Espíritu Santo,
Aliento, vida, ser, fuente, gobierno
De cuanto cubre el manto
Del cielo, es dulce, es tierno,
Blando, amoroso, al fin es bien eterno.

Lazo del Padre y Hijo,
A quien los serafines amorosos,
Con sumo regocijo,
De tanto bien gozosos,
Representan amando temerosos.

De un temor de respeto,
Y así, cuando acallá los vió Isaías,
Con ser lo mas perfeto
Entre las jerarquías,
Segun nos consta por diversas vias,

De seis alas ceñidos,
Cantaban aquel Santo, Santo, Santo,
Los rostros escondidos;
Que, aunque es divino el canto,
No igualaba á aquel Dios de tanto espanto.

Ni yo en mi canto digo
De esotras jerarquías que le alaban;
María es buen testigo,
Pues á verla bajaban,
Y allá en la soledad la acompañaban.

Y ella á veces subia,
De la fuerza de amor arrebatada,
Al cielo, adonde via
Aquella alta morada,
A do de amor quedaba desmayada.

Mas el cuerpo terreno
Le quitaba de presto este reposo;
Y al fin tenia por bueno
Lo que queria su esposo,
Sufriendo este destierro congojoso.

Y aguardaba la muerte,
Que deshaciendo el lazo y cerradura
Del cuerpo, en mejor suerte
Trocase la ventura
De tan larga vivienda, esquiva y dura.

Estos eran los sonetos de gloria que María oia cantar en aquella ciudad celestial de Jerusalem; allí seguia ella á su dulce Esposo; hablábale, acompañábale, estábase con él. ¡Oh dulce descanso y glorioso paraíso el que tiene María en la soledad! Cuando volvia á bajar con el pensamiento y se hallaba en aquella soledad, ajena de su gloria, allí eran las lágrimas, allí el sospirar y romper el aire con querellas, allí el quejarse tiernamente porque su Amado no la llevaba consigo; allí era el importunar á los ángeles y el conjurarlos por los cervatillos de los bosques, que cuando viesen al que amaba su alma que le dijesen que estaba enferma de amor. Pues preguntemos agora á María, á esta etiopisa en el cuerpo, á esta mujer tostada de la fuerza del sol: Decidme, santa, ¿no sois vos aquella Madalena que en otro tiempo derrocábades tantos en el infierno? No sois aquella famosa mujer que con vuestros ojos robábades mil corazones? No sois vos la de los trajes, la de las invenciones y galas, la de los paseos y saraos, la de los servidores y billetes, la acompañada y servida y celebrada por tan dama? Sí. Pues ¿dó la vida pasada, dó los galanes? ¿Son por ventura las fieras y robles deste desierto? ¿Dó las galas y trajes? ¿Son este cilicio de que andais vestida? ¿Dó las suntuosas casas, las salas y aposentos colgados? ¿Son esa cueva escura? ¿Dó las camas de seda y los colchones de pluma? ¿Son por ventura ese suelo duro? ¿Dó las músicas y sonetos y letrillas nuevas? ¿Son quizá esas lágrimas y sospiros con que rompeis el aire? *Nolite me considerare quod fusca sim quia decoloravit me sol*, dice María; No mireis á que soy morena, porque me ha asoleado y teñido el rostro el sol; no este que alumbra el suelo, sino el Dios de mi alma, el sol de inaccesible claridad, cuyo amor me abrasa, con cuyo resplandor me enciendo; este me ha asoleado, este me tiene tal. Pues decidme, pecadores, si tras tal perdon hace María tal penitencia, ¿qué esperais los que no habeis oido de la boca de Dios el *Remittuntur tibi peccata tua?* Y si María se trata así, ¿quién osará alegar flaqueza ni ternura para no hacer penitencia? Quién dirá que no tiene fuerzas? ¿Veis aquí esta mujer criada en regalo? Santa era, rica era, moza, hermosa, libre, poco hecha á asperezas, y tiene fuerzas para vivir en un desierto, para sufrir el rigor del sol y la aspereza del invierno. Pásase con raíces de yerbas, sin vestido, sin cama, sin regalo, sin compañía, sin trato ni conversacion humana; pues vos, pecador, ¿qué excusa os será buena para delante de Dios? *Ideo ipsi judices vestri erunt*, dijo Cristo á los judíos; Los de Nínive y los de las Indias y vuestros mismos hijos serán jueces de vuestro pecado; las niñas, una santa Inés, una santa Agueda y una santa Catalina, serán vuestros jueces en el juicio; que, siendo niñas y flacas, pudieron hacer penitencia, y sin tener vuestros pecados, y al cabo pudieron dar la vida por

Dios y esperar los tormentos y derramar sangre; y vos, pecador abominable, lleno de pecados y maldades, ¿haceis del regalado y tierno, y pensais que os ha de dar Dios el cielo de balde? Al fin, habiendo la gloriosa Madalena pasado muchos años de soledad y penitencia, determinando el celestial Esposo de dar el premio de tanto amor á esta su amadora, llevóla para sí. Llegó aquella bienaventurada hora, tanto tiempo deseada de María; y yo tengo por cierto que á aquella sazon bajó el celestial Esposo vestido de fiesta, alegre y dando vida á cuanto miraba, y que vino acompañado de millares de ángeles; y llegando á aquel desierto, haciendo paraíso aquellas montañas, comenzó á decir con una voz tan dulce, que bastaba á resucitar los muertos: *Surge, propera, amica mea, et veni;* Ea levantáos, amiga mia, y dejad ya ese cuerpo mortal; ya es pasado el invierno, ya son acabados los trabajos de la vida, ya es llegada la primavera de la gloria, ya comienzan á florecer las viñas y á dar olor, ya se oye la voz de la tortolilla, que gime sobre el olmo. Vení pues, amiga mia, y seréis coronada; mirad que os espero, dáos prisa. Oyendo María la voz tan deseada y tan conocida del Príncipe del cielo, deshecha en amor y ternura, respóndele: «Oh Rey de gloria, dulce Amado mio, conozco la deseada presencia tuya; ya el alma desea ir á tí. Veo ese hermoso rostro y oyo tu voz mas suave que la de los espíritus celestiales; mi espíritu ha resucitado como de un profundo sueño; mucho há que te aguardaba para gozarme contigo en tu gloria; ya veo cumplido mi deseo, ya te veo, ya te oigo, ya te tengo, ya no te dejaré jamás. Agora, dulce Señor mio, cesará mi miedo de perderte; ya no te lloraré difunto ni te buscaré hurtado. Siempre, Rey mio, te tendré comigo y yo estaré contigo. Pues recíbeme en tus brazos, Señor, que para tí me voy; encomiéndote mi alma, que se va para tí.» Y diciendo esto, sale aquella alma gloriosa y recíbela y abrázala consigo, y comienza á cantar toda la capilla del cielo, y con música y pompa sube á triunfar y reinar en aquel eterno reino de la gloria, adonde se goza con su Amado y Dios y Señor, que vive por todos los siglos sin fin. Amen.

LAUS DEO ET VIRGINI.

Pidióme vuesamerced que le expusiese algunos versos del salmo 88, que comienza: *Misericordias Domini cantabo*, aplicándolo á las muchas mercedes que de mano del Señor ha recebido. Parecióme el deseo muy santo, y la peticion justa; porque tengo entendido que muchas mercedes nos deja de hacer nuestro buen Dios por serle desagradecidos á las ya hechas; y el pecado de la ingratitud es muy vil, y que lo castiga Dios con mucho rigor, como parece de los muchos ejemplos de que está llena la Escritura sagrada; pero parecióme que el salmo no era muy apropósito para acomodalle al intento de vuesamerced, y que otros habia que eran mas abundantes en esa materia. Todavía, por no burlar el buen deseo de vuesamerced, he querido probarme á decir algo sobre el primer verso, poniéndole en el mismo latin por remate de algunas octavas, en las cuales se pinta un hombre apartado del ruido del mundo y que ha dado consigo en la soledad, adonde hace alarde de las mercedes que de la mano de Dios ha recebido. Después al cabo habla algo de lo que la Esposa dice en los *Cantares*. Bien sé que viniera bien que lo dijera la Madàlena cuando estaba en el desierto; pero he querido yo decírmelo, pues aunque no estoy en los campos, estoy en la soledad de la religion, y no me ha hecho Dios á mí menos mercedes ni me ha perdonado menos ni menores pecados que á la Madalena; antes muy mayores. Y así, como mas obligado, he querido alzarme con el cantar las misericordias del Señor, á quien plega de llevar adelante en mí las que ha hecho conmigo desde que nací hasta hoy.

Hermoso sol, que en medio de ese cielo
La vida vas midiendo á los mortales;
Bóvedas de cristal, que á los del suelo
Dais ser con vuestros cursos celestiales;
Luna, quel eje, frio mas que hielo,
Gobiernas en las noches desiguales;
Fieras deste desierto, estadme atentas,
Así quedeis de flecha y arco exentas;

Sedme testigos fieles de mi canto,
No tañido en la dulce arpa de Orfeo,
Mas en la de aquel rey ilustre y santo,
Del cielo nuevo Píndaro y Alceo:
No de algun dios fingido es de quien canto,
Ni de su fabuloso devaneo;
Mas, pues me hizo hijo, siendo esclavo,
Misericordias Domini cantabo.

¿Por do comenzaré, bondad inmensa,
Este mar de mercedes que me diste,
Pues es el comenzalle hacerte ofensa,
Siendo infinito lo que en mí hiciste?
Yerra por ciertò quien contallo piensa.
Pues ¿callaré? No, no, que amor resiste,
Y dice el alma: Puesto que no hay cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Tú, sol de luz eterna, por quien viene
El claro resplandor al alma mia,
En el sagrado pecho que en sí tiene
Del mundo y cielo el lazo y armonía,
Viste al principio cuanto se contiene
Del suelo á la mas alta jerarquía,
Y allí me viste á mí, que hora te alabo,
Misericordias Domini cantabo.

Mirando el claro espejo de tu esencia,
Adonde tiene vida lo que es hecho,
Sacando del tesoro y rica ciencia
La imágen entallada allá en tu pecho,
Hiciste al hombre, porque en tu presencia
Esté, como si fuera de provecho;
Y pues que tal merced no tiene cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Hicísteme á tu imágen ¡oh grandeza;
No dicha de los ángeles del cielo!
¿En tan bajo sugeto tanta alteza?
¿De cielo el alma? ¿El cuerpo de vil suelo?
¿Que es posible que pudo tu destreza
Engastar un espíritu en tal velo?
Mas, pues que de tus obras soy yo el cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Por mí, Señor, la máquina criaste
Del mundo, y cuanto el ancho cielo encierra;
Y en medio de tus obras me asentaste,
Como rey y cabeza de la tierra;
Cuanto hiciste, á mí lo sujetaste,
Sin reservarte cosa en valle ó sierra;
Y pues que tanto debo, diré al cabo
Misericordias Domini cantabo.

Bastaba esto, mi Dios; mas tu amor puro
No quiso consentillo, y dijo, es poco;
Y así, me diste un ángel que seguro
Me guarde en cuanto hago, digo y toco.
Y aun tú mismo, Señor, eres mi muro,
Que tú me engrandeciste y yo me apoco;
Mas, porque sepa el mundo en qué te alabo,
Misericordias Domini cantabo.

No fué merecimiento de mi parte,
Mas fué misericordia sola, y tuya
El darme de tu gracia aquella parte,
Que la gloria le da al alma, que es suya.
Pues di, gran Dios, ¿quién bastará alabarte
Sin que de miedo el corazon le huya?
Pues no bastó David, y dijo al cabo:
Misericordias Domini cantabo.

Vida del alma, que en tu amor se apura,
Dulce descanso del cansado y pobre,
Dísteme vida, y vida que asegura,
Porque si en mí la pierdo, en tí la cobre.
¡Triste de mí, que el alma seca y dura
Pecó, y trocó su rubio oro por cobre,
Y al fin, la hermosura que le diste
Se tornó en una noche escura y triste!

Y lo que en mi pecado mas me espanta
Es que, perdido el rayo de tu lumbre,
Con tenerme el infierno en su garganta,
Vuelta en naturaleza la costumbre,
Previniéndome allí tu gracia santa,
Que me miraba desde la alta cumbre,
Me era tan dulce el mal en que me via,
Que, aunque tú me llamabas, no te oia.

Mi ofensa despeñado me llevaba,
Ciegos los ojos del conocimiento;
Yo, miserable y pobre, no hallaba
Sino era en el pecar contentamiento.
Padre piadoso, allí disimulaba,
Tu bondad, que miraba de su asiento
Esta oveja perdida, que á la muerte
Corria, á do jamás pudiera verte.

Ya estaba cerca del escuro lago,
Ya el fuego me esperaba que allí ardia,
Ya se via el horrendo y grave estrago
De los que allí padecen noche y dia;
Ya estaba de mis males cerca el pago;
Yo, ciego, ni aun mi daño conocia,
Como hace el frenético que canta
Cuando está con la muerte á la garganta.

Tú, Padre piadoso, en aquel punto
Con profundo consejo me esperabas;
Amábasme, y sufrias allí junto,
Aunque á aquella sazon disimulabas;
Como en Nain hiciste, que al difunto
Mozo á la misma puerta le aguardabas;
Que sabes, Señor, cuando conviene,
Dar tu socorro á aquel que no le tiene.

Así, cuando mi alma, mas dormida,
De tí y de sí olvidada, en su carrera
Corria á rienda suelta, á do la vida
De cuerpo y alma junta se perdiera,
Diste un grito: «¿Dó vas, alma perdida?
Detente, vuelve á mí, espera, espera;
Que no te hice yo para el infierno,
Sino para gozar de un bien eterno.

»¿Por qué dejas la fuente de agua clara,
Y bebes de la turbia agua de Egito?
¿De balsas cenagosas, alma cara,
Gustas, dejando á mí, mar infinito?
En esas beberás la muerte avara,
En las mias un bien, que no está escrito,
Y una fuente tendrás en tí escondida,
Que llegará hasta darte eterna vida.»

Dijiste así, y en ese punto el cielo
Se rompió, y una luz alegre y pura
Desbarató de mi tiniebla el velo,
Y ahuyentó mi noche negra, escura.
El rayo de tu amor deshizo el hielo
Que en mi pecho causó mi desventura;
Cesó el curso mortal, y paré luego,
Escapando por tí de eterno fuego.

Ya soy tuyo, mi Dios, ya tú eres mio,
Ya yo te me dí á tí, y tú te me diste,
Y en tu bondad, oh Rey de gloria, fio
Que no me veré ya en el estado triste;
Ya del invierno se ha pasado el frio,
La primavera alegre es quien me viste,
Y el alma de mil flores hermosea,
Que en solo arder y amarte á tí se emplea.

Vén pues, Amado mio, que las flores
De mil colores pintan la ribera,
La tortolilla llama á sus amores,
Y nuestras viñas dan la flor primera;
¿No sientes ya, mi Amado, los olores
De las silvestres yerbas? Sal pues fuera,
Vámonos al aldea, y cogerémos
Las rosas y azucenas que querrémos.

Allí, cuando el jardin del rico oriente
Abra la clara aurora, y enfrenando
Los caballos del sol, saque el luciente
Carro, tú y yo, mi amigo, madrugando,
Saldrémos á la huerta, á do la ardiente
Siesta, en alguna fuente conversando,
La pasarémos bajo algun aliso,
Y no habrá para mí mas paraíso.

Y cuando el rubio Apolo, ya cansado,
Los sudados caballos zabullere
En el hispano mar, y algun delgado
Céfiro entre las ramas rebullere,
Y el dulce ruiseñor del nido amado
Al aire con querellas le rompiere;
Entonces mano á mano nos irémos,
Cantando del amor que nos tenemos.

Allí me enseñarás, ¡oh dulce Esposo!
Allí me gozaré á solas contigo,
Allí, en aquel silencio, alto reposo,
Tendré, mi Amado, en verte allí conmigo;
Allí en fuego de amor ¡oh mas hermoso
Que el sol! me abrasaré, y serás testigo
De que te amo así, que por tí solo
El dia me es escuro, y negro Apolo.

Allí te alabaré, y en dulce canto
Contaré las grandezas que me has hecho,
Y contaré cómo tu brazo santo
Con celestial poder rompió mi pecho,
Y me libró del reino del espanto,
Movido por amor de mi provecho;
Y será de mi canto el fin y cabo,
Misericordias Domini cantabo.

SERMON

QUE HACE ORIGENES EN LA RESURRECCION DEL SEÑOR,

SOBRE AQUELLAS PALABRAS DEL CAPÍTULO XX DE SAN JUAN, QUE DICE:

María estaba cerca del monumento llorando.

A LA ILUSTRE SEÑORA DOÑA BEATRIZ CERDAN.

Habiendo concluido ya, con el favor y gracia del Señor, el *Tratado de la gloriosa Madalena*, porque vuesamerced quedase con buena boca y perdiese la acedía que con mi grosero estilo habrá tomado, por ser menos bueno de lo que agora se escribe en los libros que en nuestro lenguaje castellano se imprimen; he querido rehacer esta mi falta con aprovecharme del dulce y sabroso estilo del gran viejo Adamancio Orígenes, el cual sobre aquellas palabras del evangelista san Juan en el capítulo 20, que dice que «María estaba la mañana de la resurrecion llorando cerca del monumento», hace un tratadillo dulcísimo, aunque breve, y digno de que se traya entre las manos; porque está tan requebrado con el Señor, y dice razones tan tiernas y tan enamoradas volviendo por la Madalena, que á mi corto juicio debia de estar fuera de sí y muy dentro de Dios cuando las escribió, y pienso que tenia algun horno de fuego en el pecho á aquella sazon; porque palabras tan encendidas y razones tan azucaradas y con tanta miel no las pudiera decir sino una lengua que otro serafin, como el de Isaías, la hubiera caldeado con fuego venido del cielo. Está este tratado mirado y leido en su fuente, tan bien puesto y por términos tan escogidos y con tan levantado estilo, que temo que lo he de gastar al traducillo; pero, pues vuesamerced no lo puede gozar en su propia lengua, donde yo lo saco, que es la latina, recompensarse ha el daño de la traducion menos buena con el provecho del entendelle en el castellano. Podrá ser que añada algunas cosas que me parecerá que no desdicen del propósito y frasi de Orígenes, que no será cortar el hilo á la materia que va tratando, y esto haré porque vuesamerced tenga algo mas en que entretenerse; porque, como ya he dicho, el tratadito es muy breve; y siendo vuesamerced tan aficionada á esta gloriosa santa, á quien su gran Enamorado la hizo igual á los apóstoles, y aun la hizo apóstola de los apóstoles, pues la envió á ellos para que les diese las alegres nuevas de su resurrecion; halle en ella mas razones de regalarse en amalla, y se aficione mas á imitalla y parecelle en el amor que tuvo al Hijo de Dios. Y si en lo que dijere se hallare menos gusto de lo que prometo, ó cosa alguna que no haga tanta consonancia á la oreja, no quiero que se entienda que es falta de Orígenes, ni que en el latin disuena alguna palabra, sino que solo ha sido defecto de no sabello yo traducir por términos tan dulces y tan proprios como lo son los latinos; no por mengua de nuestro lenguaje español, pues es tan abundante, que ni en sello ni en tener galanos frasis y suavidad, y muy cortados y propísimos términos para todo cuanto ha de decir, tiene envidia á la lengua griega ni latina ni italiana, ni tiene necesidad de mendigar estilo ni términos ni compostura ni gala, ni otra cosa de sus vecinos, pues ella por sí sola basta y sobra; sino que la falta que en esto se hallare, si acaso la hubiere, que sí hará, pues hay tantas en mí, es mia, y es bien que á mí se me cargue; pues siendo mas corto que vizcaino, quiero correr tras el caudal y elocuencia de Orígenes. Vuesamerced me ayude con sus oraciones para que el Señor me alumbre el entendimiento y me dé su Espíritu para siempre servílle; y el mismo Señor dé á vuesamerced su santa gracia y la conserve en su santo servicio. Amen.

SERMON.

María estaba cerca del monumento llorando, á la parte de fuera.
Joann., cap. 20.

Habiendo de hablar, hermanos muy amados, de la presente solemnidad en presencia de vuestra caridad, lo primero que á la memoria me ocurre es el amor que pide el primer lugar en este tratado (y con razon), y quiere que digamos cómo María Madalena, que sobre todas las cosas amaba al Señor, le seguia cuando iba á dejar la vida en un palo, habiéndole desamparado y huido los dicípulos, y ardiendo en vivo fuego de amor, encendida el alma en un excesivo deseo, deshaciéndose en lágrimas, no queriendo poner treguas al llanto, no sabia, ni queria ni aun podia apartarse del monumento. Oido habemos á María que estaba fuera del monumento, oido habemos que lloraba; pues veamos (si podemos) por qué estaba y veamos por qué lloraba. Aprovechémonos de su estar y saquemos fruto de su llorar. Estaba y miraba por si acaso hallase al que amaba, pero lloraba porque creia que le habian hurtado al que buscaba. Habíase renovado su dolor, pues un dia antes lo habia llorado difunto y agora lo llora hurtado. Era este dolor segundo mas grave que el primero, pues no le quedaba con qué se consolar. La primera causa de su dolor fué haber perdido á su Maestro vivo, mas quedábale alguna manera de consuelo, con pensar que le tendria consigo muerto; mas agora es imposible consolarse, pues no hallaba el cuerpo del difunto. Temia María que no se resfriase en su pecho el amor de su Maestro si no hallaba su cuerpo, con cuya vista se encendiese. Habia venido María al monumento; habia traido consigo preciosos ungüentos, para que, así como en otro tiempo habia ungido los piés de su Maestro vivo, así agora embalsamase todo el cuerpo de su Señor difunto; y así, como otro tiempo habia lavado sus piés con lágrimas de sus ojos por la muerte de su alma, así venia agora al monumento á regallos otra vez por la muerte de su Maestro; pero, como no le hallase en el monumento, acabóse el trabajo de ungillo y creció la ocasion de llorallo; faltó al servicio la que sobró al dolor; faltó á quien ungiese, mas no por quien llorase. Lloraba grandemente María porque le habian añadido dolor sobre dolor y traía dos grandes dolores en un solo y flaco corazon; queria ablandallos con lágrimas, mas no podia; y así, toda ocupada del dolor, desmayaba su cuerpo y alma; y aunque sabia llorar y dolerse, pero no sabia qué hacerse. ¿Qué podia hacer esta mujer sino llorar, pues tenia un intolerable dolor y no hallaba consolador? Venido habian Pedro y Juan al monumento con ella, mas en no hallando el cuerpo se volvieron; pero María estaba llorando fuera del monumento, estaba, y casi desesperando esperaba, y esperando perseveraba. Pedro y Juan temieron, y por eso no esperaron; mas no temia María, y por eso estaba, porque ya le parecia que no le quedaba que temer pues no le quedaba mas que perder; habia perdido á su Maestro, á quien amaba tan tiernamente, que fuera dél no le quedaba qué amar ni tenia ya qué esperar. Perdido habia María á la vida de su alma; y así, le parecia que le estaba mucho mejor el morir que el buscar la vida; porque por ventura hallaria muriendo al que habia perdido viviendo, sin el cual era por demás la vida. Es el amor mas fuerte que la muerte. ¿Qué mayor estrago pudiera hacer la muerte en María? Estaba sin alma, sin sentido, sintiendo no sentia, viendo no via, oyendo no oia, ni aun estaba donde estaba, porque toda estaba donde su Maestro estaba, del cual empero no sabia donde estaba. Buscábale y no le hallaba, y por eso estaba y lloraba. ¡Oh María! qué esperanza, ¿qué consejo, qué corazon tenias, para que, yéndose los discípulos te quedases tú sola en el monumento? Veniste antes que ellos y volviste con ellos, y al fin te quedas sin ellos. Dime (oh mujer admirable) ¿por qué lo hiciste? ¿Sabias mas que ellos ó amabas mas que ellos, que no temias como ellos? Por cierto entonces ninguna otra cosa sabia María sino amar y dolerse de su Amado. Olvidado se le habia el temor, olvidada estaba del contento, y olvidada estaba de todas las cosas, sino de aquel que amaba sobre todas las cosas; y lo que es mas maravilloso, que estaba tan olvidada, que aun al mismo no conocia. Creedme, que si María lo conociera, nunca lo buscara en el monumento; y si guardara sus palabras en el corazon no se doliera del muerto mas alegrárase del vivo, ni llorara por el hurtado, mas regocijárase del resucitado. Habia dicho el Señor que así habia de morir, y que al tercero dia habia de resucitar; mas el mucho dolor le habia hinchido el corazon y borrado dél estas palabras; ningun sentido habia quedado en ella, habia perecido todo su consejo, habíanle faltado y burlado á su parecer sus esperanzas, solo le habian quedado lágrimas que derramar por los ojos, y sospiros con que abrasar su pecho; lloraba pues, porque podia llorar, y llorando, volvió á mirar el monumento, y vió dos ángeles vestidos de blanco, con el rostro hermoso y alegre, con una librea de fiesta, que en el traje mostraban el contentamiento interior y la ocasion que de solemnizalle tenian, y dícenle á María: «Mujer ¿por qué lloras?» Oh María venturosa, mujer de gran dicha! Agora á lo menos contenta estaréis con tan buen consuelo; hallado habeis mas de lo que buscábades, mejor os sucede de lo que vos creíades; buscábades uno, y hallais dos, un muerto buscábades, y topais dos vivos; hallástedes dos, que (á lo que muestran) tienen cuidado de vos y quie-

ren ablandar vuestro dolor y llanto. El que vos buscais parece que no cura de vuestro sentimiento ni hace caudal de vuestras lágrimas; llamaisle y no os oye, rogaisle y no acude, buscáisle y no le hallais, dais golpes y no os abre, vos le seguis y él os huye. ¿Qué es esto, María? Qué gran mudanza es esta? Este Jesus que agora se ha apartado de vos y por ventura no sabeis si agora os ama, otro tiempo os amaba, otro tiempo os defendia del fariseo, excusábaos con vuestra hermana, alabábaos cuando le ungíades los piés, cuando se los regábades con vuestras lágrimas, alimpiábadeslos con vuestro cabello, aplacaba vuestro duelo y perdonábaos vuestros pecados. Otro tiempo os buscaba estando ausente, os llamaba no estando presente. Una vez (oh buen Jesú) que le enviaste á decir con su hermana: «el maestro está aquí y os llama;» qué presto se levantó, dejó la visita no hizo caso de los principales que le habian venido á consolar, no se despidió dellos, no curó de nadie, porqué tú, Dios mío, la llamabas. Y mas, Señor, que lloraste tú cuando la viste llorar á ella; consolástela blandamente, diciendo: «¿Adónde pusistes el muerto?» Finalmente, por el mucho amor de María resucitaste á su hermano Lázaro y convertiste en alegría el llanto desta gran enamorada tuya. Pues (dulcísimo Jesus) en ¿qué ha pecado después acá esta dicípula tuya, que así huyes della? O ¿en qué ha ofendido tu tierno corazon esta amante tuya, buscándote como te busca? Nosotros, por cierto, después desto, ningun pecado oimos della, sino que cuando á tí Dios mio te sepultaron, ella madrugó mas que todos, y vino al monumento antes que todos y te lloró mas que todos, y trajo mas ungüentos para ungirte que todos, y agora te busca mas que todos pues que se queda sola yéndose todos. Tus dicípulos vinieron y vieron, y se fueron; ésta, empero, está y te busca y llora. Si esto es pecado no lo podemos negar; pero si no lo es, y es amor, y amor tuyo, y si es deseo que tiene de tí, ¿por qué, Señor, te le escondes así? Por qué te ausentas della tú, que amas á los que te aman y te dejas hallar de cuantos te buscan? Tú Dios mio, dices por el Sabio: «Yo amo á los que me aman, y me dejó hallar de los que madrugan á buscarme.» Luego, Señor, esta mujer que te ama, ¿por qué no te halla? Esta mujer que madruga, ¿por qué no te topa? Por qué no miras las lágrimas que derrama por tí, su Señor, pues consolaste las que derramó por su hermano? Y si la amas como sueles, ¿porqué, Señor, alargas tanto su deseo? ¡Oh verdad infalible! Acuérdate del testimonio que diste de María á su hermana Marta: «María escogió la mejor parte, que jamás le será quitada.» Verdaderamente escogió la mejor parte María, pues escogió estar á tus piés y oir tus palabras; verdaderamente escogió la mejor parte, pues escogió de amarte; escogió la mejor para sí, pues te escogió á tí; pero ¿cómo, Señor, es verdad que no le será quitada si tú le faltas á ella? Y si no le es quitada la mejor parte que escogió, ¿por qué llora María, que es lo que busca María? Por cierto, María no busca otra cosa sino lo que escogió, y por eso no deja de llorar, porque ha perdido la parte escogida que amaba. Pues (¡oh guarda de los hombres!) ó guarda tú en ella la parte que escogió, ó yo no sé cómo será verdad el, «no le será quitada,» si no es que se entienda que, aunque te hayan quitado de sus ojos, tú no te has apartado de su corazon. Pero, María, ¿qué os deteneis ya? Qué os turbais? ¿Por qué llorais? Ya teneis ángeles, básteos el habellos visto; que por ventura aquel que vos buscais y por quien llorais ve algo en vos, y por eso no quiere ser visto de vos. Cese ya vuestro llanto, poned término á vuestro dolor; acordáos de lo que él mismo os dijo á vos y á las demás mujeres: «No querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras mismas.» Pues, María, ¿qué es lo que haceis? El os dice: «No me querais llorar,» y vos no cesais de llorar ni os acabais de consolar. Temo María, que ofendais en llorar al que no dejais de llorar; porque si él (como otro tiempo) amara vuestras lágrimas, por ventura no pudiera detener las suyas. Pues tomad agora mi consejo y contentáos con el consuelo de los ángeles; quedáos aquí con ellos, habladles, preguntadles, y quizá sabrán qué se ha hecho de lo que vos buscais, y adónde está aquel por quien llorais; cuanto yo por cierto tengo que ellos han venido para daros razon del que buscais; y tambien creo, que aquel por quien llorais los ha enviado por sí y por vos, para que publiquen su resurrecion y consuelen vuestro dolor. Mirad, María, que es mucha entonacion esa, no querer hablar á dos ángeles; allá Moisen temblaba á la presencia de uno que bajó sobre el monte Sinaí; y dijo: «Espantado estoy y atónito de miedo, y casi no podia echar la palabra de la boca; Daniel, en viendo otro, dió consigo en tierra y se le descoyuntaron todos los huesos, y san Juan se derrocó á adorar á uno que vió una vez; y ¿vos no haceis caso de dos? Pues en verdad que son gente de cuenta y cortesanos del cielo, vecinos de la gloria, y que donde los conocen, que les dicen *merced*; no se yo cómo vos haceis tan poco caudal de gente tan granada. Habladles, María; mirad que se correrán; y vuestra cortesanía ¿dó la? ¿Qué se ha hecho vuestro aviso? Vuestra discrecion y comedimiento ¿dó se ha ido? Mirad que aguardan respuesta; mirad que os dicen: «Mujer ¿á quién buscas? No encubras de nosotros tus lágrimas, descúbrenos tu corazon y nosotros te mostrarémos tu mayor deseo.» Esto le dicen los ángeles; mas María, deshecha en llanto, consumida de dolor, puesta toda en exceso de entendimiento, ni recibe consolacion ni cura de algun consolador, antes dice allá en su pecho; ¡Ah dolor cruel! y ¿qué consuelo es este? qué visita es esta? Cansados consoladores me son estos; atorméntanme, que no me alivian; busco yo al Criador; y así, me es pesada toda criatura. No quiero ver ángeles ni quiero quedarme con los ángeles, porque (aunque lo sean) pueden acrecentar mi dolor, mas no pueden aliviar mi sentimiento. Si me comenzaren á contar muchas cosas, y si yo quisiere respondelles á todas ellas, temo que antes entibiarán que encenderán el amor que tengo en mi pecho. No busco yo á los ángeles, mas al que hizo á mí y á los ángeles; no busco los ángeles, sino á mi Señor y de los

ángeles. A tí busco, Señor mio, y tú envíasme los pajes de tu casa, hánteme llevado Rey mio, y no sé dónde te me habrán puesto. A tí solo busco, pues tu solo, bien mio, puedes consolarme; mas no se adónde te han llevado; miro á todas partes por si acaso te veré, oh dulce Maestro mio, mas no te veo; deseo hallar el lugar donde te han puesto, y no lo hallo. ¡Ay de mí miserable! Y ¿que haré? ¿Adónde iré? Adónde te me fuiste, Amado mio? Hete buscado en el sepulcro y no te hallo, llámote y no me respondes; dulce Jesus mio, ¿qué es de tí? ¿Por qué te fuistes de mí? Y ¿cómo quedaré yo sin tí? Ay de mí! Y ¿adónde te buscaré? Y adónde te hallaré? Quiérome levantar y cercar todos los lugares que pudiere, no daré sueño á mis cansados ojos, no tendrán sosiego mis piés hasta que halle al que ama mi alma. Llorad ojos mios, y salgan las entrañas deshechas por vosotros; no canseis, oh piés flacos, de caminar; huid del reposo; y pues otro tiempo distes tantos pasos en vuestra perdicion, dadlos agora en busca de vuestro remedio. ¡Ay de mí! Y ¿adónde estás, esperanza de mi vida? ¿Por qué me has desamparado salud del alma mia? ¡Oh dolor! Oh angustia intolerable! Cercada estoy de angustias, y no sé lo que escoja. Si me quedo en el monumento, no lo halle; si me voy del monumento, no sé (desdichada) adónde vaya ni tampoco sé á dó le busque; apartarme del sepulcro de mi bien, me es muerte, y estarme en el monumento me es dolor irremediable. Pues mejor me será guardar el sepulcro de mi Señor que ausentarme léjos dél; porque por ventura mientras me voy se me le habrán llevado y habrán destruido el sepulcro; aquí pues estaré, aquí quieto morir, porque pueda mi cuerpo quedar junto al sepulcro de mi Señor. ¡Oh, qué venturoso seria este mi cuerpo, si mereciese ser sepultado al lado de mi Maestro! Oh, qué dichosa seria entonces mi alma, pues saliendo deste frágil vaso mio de tierra, se entraria en el glorioso sepulcro de mi Señor! Siempre mi cuerpo fué pesada carga para mi alma, mas el sepulcro de mi Señor le seria alegre descanso. No desampararé este sepulcro, pues morir así me será consuelo, y en esta muerte hallaré mi descanso. Mientras viviere estaré cerca dél, muerta me quedaré cabe él, ni viva ni muerta me apartaré dél. ¡Ay descuidada de mí! ¿Cómo no caí en la cuenta cuando vi enterrar á mi Señor y redentor Jesucristo? Cómo no me quedé con él? Cómo entonces no guardé con mas cuidado el santo sepulcro? No le llorara agora hurtado, porque ó estorbára el hurto ó siguiera los robadores. ¡Mas ay dolor! que yo quise guardar la ley y dejé al Señor de la ley, obedecí á la léy y no guardé al que obedece y manda á la ley. Cuanto mas, que quedar con Cristo no fuera quebrar la ley, sino guardalla, porque este difunto renuévala; que no la contamina este muerto, no ensucia los limpios; mas alimpia los sucios, sana los que le tocan y alumbra á los que á él se allegan. Mas ¿para qué cuento mi dolor? Fuíme, volví, hallé abierto el sepulcro, pero no al que buscaba en él; pues aquí estaré, aquí esperaré por si acaso pareciere en alguna parte. Mas ¿cómo estaré sola? Fuéronse los dicípulos y dejáronme sola y llorando, y no veo nadie que conmigo se duela, ni hay quien á mi Señor le busque. Han venido los ángeles, mas no sé la causa de su venida; si ellos vinieran á consolarme, no ignoraran la causa de mis lágrimas, y si la saben, ¿cómo me la preguntan? ¿Pregúntanmela por ventura por estorbarme mi llanto? Yo les ruego que no lo hagan, no lo intenten, antes me quiten la vida que el descanso de mis lágrimas. ¿Para qué es gastar palabras? Yo no los obedeceré y antes se me acabará la vida que se acabe mi llanto. Llorad, ojos mios, y salgan las entrañas deshechas por vosotros; quede yo vuelta en fuente, porque aun muerta haga el débil cuerpo mio el oficio que el alma le enseñó viviendo; y si acaso faltare el humor para el llanto, pedidlo á la triste de mi alma allá donde estuviere, que ella os proveerá, pues le sobrará la razon del sentimiento, mientras no dejare de ser. ¡Ah! ¿dónde estás, dulce Rey mio? ¿Quién me dirá de tí ó á quien preguntaré por tí? Quién se apiadará de mí y quién me dirá de tí? Quién me consolará, ó quién te me descubrirá? Dime (oh Amado de mi alma), ¿adónde estás? Adónde descansas al mediodía? ¡Oh ángeles del cielo! yo os ruego mucho que si halláredes al mi Amado, si por allá le viéredes, le digais que estoy enferma de amor y que me consume y desmaya el dolor, pues *non est dolor sicut dolor meus*. ¡Oh amable! Oh deseable! Oh admirable! vuélveme el alegría de tu deseada presencia, muéstrame tu rostro sereno. «Suene tu voz en mis oidos, porque tu voz me es dulce y tu rostro muy hermoso.» ¡Oh esperanza mia, no confundas ni burles lo que de tí espero! Muéstrame tu presencia, véante una sola vez mis ojos, y bástame y acábese luego la vida, que no habrá jamás muerte tan dichosa y bienaventurada.

Oyeme, dulce Esposo,
Vida del alma que en la tuya vive,
Y alienta el congojoso
Pecho, do se recibe
La pena que el amor en l'alma escribe.

Perdite yo ¡ay perdida!
Perdí mi corazon junto contigo:
Pues di, bien de mi vida,
No estando acá conmigo,
¿Cómo podré vivir si no te sigo?

Vuélveme, dulce Amado,
El alma que me llevas con la tuya,
O lleva el cuerpo helado
Con ella, pues es suya,
O haz que tu presencia no me huya.

¿Por qué, mi bien, te escondes?
Vuelve á mí, que te llamo y te deseo,
Mas ¡ay! que no respondes,
Y como no te veo,
El dia me es escuro y el sol feo.

¡Oh luz serena y pura!
Oh sol de resplandor, que alegra el cielo!
Oh fuente de hermosura!
Si pisas nuestro suelo,
Véate, y de mis ojos quita el velo;

Pero si las estrellas
Con inmortales piés mides agora,
Atiende á mis querellas,
Y al alma, que te adora,
La lleva para tí, pues en tí mora.

Y á mi cuerpo cansado
Cerca de tu sepulcro da reposo,
Pues si no está á tu lado,
El cielo mas hermoso
Le será escuro, triste y congojoso.

¡Oh fuerte piedra, dura,
Do se depositó el rico tesoro
De la carne mas pura
Que vió el sol, por quien lloro!
¿Cómo tan mal guardaste tan fino oro?

¿No viste, mármol crudo,
Que cuando te tocó aquel sacrosanto
Cuerpo, de alma desnudo,
Pusiste al cielo espanto,
Viendo en tí lo que él mismo estima en tanto?

Que si á Dios tiene el cielo,
Tú tambien en tu seno le encerraste;
Pues di, mármol de hielo,
¿Cómo no te abrasaste
Cuando con tanto fuego te abrazaste?

Y ya que le tenias,
¿Cómo á tan mal recado le pusiste,
Que aun apenas tres dias
Guardar no le supiste,
Para no ver jamás el bien que viste?

Mas ¡ay! ¿De quién me quejo,
Debiéndome quejar de mi cuidado?
Yo soy la que le dejo,
Yo la que á mal recado
Dejé á mi bien, y así me le han robado.

Dejé á mi bien, y así me le han robado.
¡Ay ojos! Llorad tanto,
Que se ajuste la pena con la causa;
Guardá no hagais pausa,
Si no la hace la causa de mi llanto.

Si no la hace la causa de mi llanto,
No la hagais, mis ojos;
Y vos, alma cansada, encendé el viento
Hasta que el sentimiento
Acabe de la vida los despojos?

Acabe de la vida los despojos
Quien acabó mi gloria;
Muerte, ¿por qué detienes el cuchillo?
Que menos es sufrillo,
Pues mas que tú me mata esta memoria.

Pues mas que tú me mata esta memoria,
Deshaz esta lazada,
Irá el alma á buscar su dulce Esposo.
¡Ay rato congojoso!
¿Qué hará sin su bien l'alma cansada?

¡Qué hará sin su bien l'alma cansada,
Sino morir viviendo?
¡Oh ángeles! si veis mi dulce Amado,
Ora esté recostado
Junto á las claras fuentes, ó durmiendo
La siesta al mediodía,
Allá en la jerarquía
Suprema de la gloria,
Gozando la vitoria
Que en este escuro suelo ha merecido,
Ora esté de los ángeles ceñido,

Ora en aquellos prados celestiales,
De lirios coronado,
Veais que las hermosas flores pisa,
Cuando por la devisa
Echeis de ver quel es mi dulce Amado;
Contadle paso á paso
El fuego en que me abraso,
Que nace de su ausencia,
Y sola su presencia
Puede curar mi mal;
Que no me huya;
Si no quiere que el alma se destruya.

Mientras que así lloraba y se lamentaba María diciendo estas cosas, volvió el rostro á mirar atrás, ora fuese porque vió levantar á los ángeles y hacer cortesía al que venia, ora porque sintió pasos de alguno que venia hácia donde ella estaba, y vió á Jesus, pero no le conoció. Díjole el Señor : «Mujer, ¿por qué lloras, y á quién buscas? ¡Oh deseo de su alma! Y ¿por qué preguntas á esta mujer el por qué llora y á quién busca? Ella poco antes, muy á costa de su contento y con gran dolor de su corazon, habia visto colgada de un madero su esperanza, y ¿dícesle tú agora por qué lloras? Ella tres dias antes habia visto tus manos sagradas, con las cuales muchas veces tú la bendecias, y tus santos piés, los cuales otro tiempo habia besado y ungido, y en los cuales habia hallado el remedio de sus culpas, cosidos á un palo, y tú, que eres su dolor, ¿le preguntas por qué llora? Habíate visto espirar en una cruz y dar el alma á tu Padre, y ¿dícesle tú por qué lloras? Y aun agora piensa que han hurtado tu cuerpo, que venia á ungille por tener ese poco de consuelo, y ¿dícesle tú por qué lloras y á quién buscas? Bien sabes tú, Rey de gloria, que á tí solo busca, á tí solo ama, por tí solo aborrece cuanto cubre el cielo, por tí se derraman aquellas lágrimas, que bastan ablandar las peñas. Tú, Señor, eres por quien resuenan aquellos sospiros que van rompiendo el cielo y encienden el aire con su fuego, y ¿pregúntasle por qué llora? Dulce Maestro, ¿á qué fin provocas el alma desta mujer? A qué le alborotas y mueves el corazon? Toda ella está colgada de tí, toda está en tí, toda espera en tí, y toda desespera de sí; así te busca á tí, que nada busca fuera de tí, ni piensa en otro sino en tí, y aun por ventura por eso no te conoce á tí, porque no está en sí, antes por tí está fuera de sí; pues ¿por qué le dices por qué lloras y á quién buscas? ¿Piensas, por ventura, que te dirá á tí busco y por tí lloro, si tú primero no le dijeres á su corazon, yo soy por quien lloras, yo soy el que buscas? ¿O piensas, Señor, que te conocerá á tí mientras tú te le encubras así?

Pensando pues María que el Señor fuese el dueño de la huerta, vuelta á él, le dijo : «Señor, si tú le has tomado, dime (yo te ruego) adónde le pusiste, y yo le tomaré de allí. ¡Oh dolor miserable! Oh amor inefable! Esta mujer, como estaba cubierta de una espesa nube

de dolor, no via el sol que, levantándose por la mañana, rayaba por sus ventanas y entraba por los resquicios de sus oidos. Ya que el sol resplandeciente de la gloria entraba por la casa del corazon de María; pero, como estaba enferma de amor, esta misma enfermedad le tenia tan encandilados los ojos, que no via al que via. Via á Jesus, mas no sabia que era Jesus. ¡Oh María! Si buscais á Jesus, ¿por qué no conoceis á Jesus? Y si conoceis á Jesus, ¿por qué buscais á Jesus, y cómo llorais por Jesus? Mirad que viene á vos Jesus; y el que vos buscais os busca y os pregunta: «Mujer, ¿por qué llorais?» Y vos pensais que es hortelano para no conocelle. María, mirad que es Jesus, y hortelano es tambien, que siembra en vuestra alma mil semillas de virtud, y en los corazones de los fieles planta este celestial labrador nuevas plantas de santos deseos. Pero por ventura vos no le conoceis porque habla con vos: vos le buscais muerto, y por eso no le conoceis vivo. Verdaderamente, María, esta es la razon por la cual se va de vos y no se os descubre á vos. ¿Por qué se os ha de mostrar el que vos no buscais? Buscais vos lo que no es, y no buscais lo que es; buscais á Jesus, y no buscais á Jesus; y así, viendo á Jesus, no veis á Jesus. ¡Oh dulce y piadoso Jesus! No puedo excusar del todo esta dicípula tuya; no puedo defender libremente este error suyo; y al fin erraba, porque tal te buscaba cual te habia visto y cual en el monumento te habia dejado. Habia visto ese difunto cuerpo tuyo descolgalle de la cruz y ponelle en el sepulcro; y tanto fué el dolor que la ocupó en tu muerte, que no dejó lugar vacío para esperar de tu vida; y tanto dolor le dió tu sepultura, que no pudo pensar nada de tu resurreccion. Puso Josef en el sepulcro tu cuerpo, y María sepultó contigo su espíritu; y con tal lazo le enlazó y le encadenó con tu cuerpo, que mas presto se pudiera apartar su alma de su cuerpo, que animaba vivo, que del tuyo, que amaba difunto. El alma de María mas estaba en tu cuerpo que en el suyo; luego, cuando buscaba el cuerpo tuyo, buscaba tambien el espíritu suyo, y adonde perdió tu cuerpo, allí perdió juntamente su espíritu. Pues ¿qué mucho que no tenga sentido la que tiene el espíritu perdido? Y ¿qué maravilla que no te conozca la que le falta el alma con que habia de conocerte? Vuélvele pues, Señor, el espíritu que le tiene tu cuerpo, y así cobrará el sentido que le falta al suyo, y dejará el engaño que agora tiene del tuyo. Pero ¿cómo erraba la que por tí se dolia y tan de veras te amaba? Por cierto que si erraba, que creo que ella lo ignoraba; y así, su error no procedia de yerro, sino de amor y dolor. Pues, misericordioso y justo Juez, si por ventura yerra en tí, excúsela el amor que te tiene á tí y el dolor que tiene por tí. No mires á su error, sino solo á su amor, pues no por error llora, sino por amor y dolor, y te dice: Señor, si tú le has llevado, dime adónde le pusiste, y yo le tomaré de allí. ¡Oh, qué sabiamente ignora, y con cuánta discrecion yerra! A los ángeles dijo: «Llevaron á mi Señor, y no sé dónde le pusieron.» No les dijo llevastes y pusistes, porque ni los ángeles te sacaron del monumento, ni te pusieron en otra parte; mas á tí te dice: Dime si tú le llevaste y á dónde le pusiste, porque tú á tí mismo te resucitaste y te sacaste del monumento, y te pusiste donde agora estás. No les dice á los ángeles, decidme, por qué no pudieran decir el órden por entero de lo que de tí y por tí se hizo; mas pregúntatelo á tí, á quien le será posible decir lo que le fué tan fácil de hacer. ¿Qué es esto, Señor, que tan á menudo repite María esta palabra, ¿adónde le pusiste?» Primero habia dicho á los apóstoles á dónde le pusieron; después á los ángeles, «no sé dónde le pusieron;» agora te dice á tí de tí, «adónde le pusiste.» Muy dulce le debe ser esta palabra al corazon de María, pues tan ordinaria la trae en la boca. Cierto, Señor, que tu dulzura la hace mas dulce, y tu amor le hace que no se le caya de la boca, pues jamás se le parte del corazon. Acordábase que, hablando de su hermano, dijiste: «¿Adónde le pusiste?» Y así, desde que oyó esta palabra de tu boca, jamás se le cayó del corazon, y deléitase de mezclalla en sus palabras. ¡Oh, cuánto debe de amar tu persona la que así ama tus palabras! Oh, cuánto desea ver tu rostro la que con tanta dulzura pronuncia tus dichos! Y ¿qué es esto, dulcísimo Jesus, que te dice á tí de tí, yo le tomaré? Temió Josef, y no se atrevió á descolgar tu santo cuerpo de la cruz sin licencia de Pilato, y aun aguardó á hacerlo entre dos luces; y María no aguarda á la noche, no cura de Pilato, no teme la justicia ni la detiene el ser mujer flaca; y dice con ánimo desmedroso «yo le tomaré». Pues veamos, María: y si el cuerpo de vuestro Maestro estuviese en la sala del sumo Sacerdote, adonde el príncipe de los apóstoles, san Pedro, se calentaba al fuego, ¿qué haríades vos entonces? De allí le tomaré. ¡Oh admirable ánimo de mujer! Oh mujer no mujer! Y si la criada y portera de la casa os preguntase, ¿qué haríades vos? De allí le tomaré. ¡Oh inefable amor el desta mujer! Oh maravillosa osadía! Oh mujer mas que mujer! Ningun lugar saca, ninguna diferencia pone, sin temor lo dice, sin condicion promete; dime dónde le pusiste, que yo le tomaré de allí. ¡Oh mujer, qué grande es tu fe, y no es menos tu firmeza! Pues ¿por qué tú, oh buen Señor, te olvidas de decir el *fiat tibi sicut vis?* Por qué no le dices el *confide, quia fides tua te salvam fecit?* ¿Por ventura, Dios de misericordia, haste olvidado de tenella desta miserable que te llora y te desea? Pues ¿cómo no le dices á dó te pusiste, para que ella te ponga sobre su corazon y dé la buena nueva á tus dicípulos? No alargues mas, oh dulce Maestro, su deseo, mira que há tres dias que te espera, y ni tiene qué comer ni con qué matar la hambre de su alma, sino que, manifestándotele tú, le dés el pan de tu sacrosanto cuerpo, y hinchas el vacío de su corazon. Luego, si no quieres que desmaye y se acabe en el camino, refresca tú las entrañas de su alma con la dulzura de tu presencia. Eres tú, Señor, pan vivo, en quien se encierran todos los sabores dulces que puede desear el alma; pues ¿cómo vivirá sin tí la que no puede gustar sino de tí? Habla á tu amada, oh buen Jesus; mira que se le derriten las entrañas en agua, y el corazon se deshace en llanto, y

se ciegan llorando aquellos ojos que tenian su gloria en solo mirarte. A esta sazon díjole el Redentor: *María*; y volviendo ella en sí, díjole, conociéndole: *Maestro.* Diciéndole esto, con la no esperada alegría, dejándose llenar de la fuerza del amor que le abrasaba el pecho, fuese para el Señor; mas él, deteniéndola, le dijo: «No me toques, no me toques.» ¡Oh mudanza de la diestra del Altísimo! Volvióse el gran dolor en gran contento; cesó la tristeza y acudió en su lugar la alegría; cesó la ocasion de las lágrimas, mas no cesó el derramallas; porque aunque se mudó la razon del llanto, pero no mudaron el oficio los ojos, las lágrimas de dolor se mudaron en lágrimas de amor. Cuando oyó llamarse por este nombre de *María* (que así la solia llamar el Señor), sintió un sonido de gloria, que llegó de la oreja al corazon; hinchióse de dulzura y terneza el alma, que hasta aquel punto habia estado tan léjos de contento; desmayóse de regalo y sentimiento amoroso el pecho, que el ñublado del pasado dolor le tenia turbio, y conoció que quien la llamaba era su Señor y su Amado. Entonces alentó su espíritu, recibió su esperanza, y cobró el cuerpo sus perdidos sentidos, que el dolor se los habia robado. Y así como el amor es mal sufrido, no curó María que el Señor pasase adelante en hablalla, porque le parecia que al Verbo ó palabra divina mejor era tenella que escuchalla, ni le parecia que tenia necesidad de oir palabra la que la habia hallado tras tanto buscalla. ¡Oh amor fuerte, amor impaciente! Antes se contentara María con saber á do estaba Jesus; mas ya no se contenta con vello, sino llega á tocalle. ¡Oh piadosísimo Señor! Oh dulce Jesus, qué bueno eres para los de buenos corazones, qué suave para los sencillos y de humildes pensamientos! Oh venturosos los que te buscan con sencillos corazones, y dichosos los que en tí ponen sus esperanzas! Es verdad que no falta certeza que no miente; que tú, mi Dios, amas á todos los que te aman, y que jamás dejas á los que no te dejan, y que siempre acudes á los que te esperan. Hé aquí que tu amadora te buscaba con ánimo sencillo, y hállate con verdad y alegría; esperaba en tí, y no fué desamparada de tí; antes alcanzó mas por tí que ella esperaba de tí.

Sigamos pues, hermanos, el afecto de esta mujer para que lleguemos al efeto. Lloremos por Jesus, y busquemos con fe pura á Jesus; pues que no se escondió á una pecadora, no hay por qué desconfiar que se descubra á nosotros, aunque seamos pecadores. ¡Oh hombre pecador! Y ¿por qué te ha de hacer ventaja una flaca mujer en el amor y en buscar á Dios? Si pecaste, tambien pecó María; si fuiste desagradecido á tu Dios, tambien lo fué esta pecadora; mas lloró, amó, buscó y halló á Dios. Tambien le puedes hallar tú si le buscas. Y si me dices: ¿Cómo puedo yo hallar á Dios? cómo puedo yo conocer á mi Padre celestial? Si le busco fuera de mí, veo que me produjo á mí su hechura interiormente, si solo le busco dentro de mí, veo que es mayor que yo; pues el que está dentro de mí sin falta es menor que yo. El que yo busco es sobre todas las cosas, y mayor y mejor que todas ellas; pues ¿cómo puede ser que sea fuera de mí y esté dentro de mí, que sea mayor que todo y menor que lo mas pequeño? Esto querria yo, Dios mio, que me enseñásedes de vuestra mano, para que yo sepa cómo os tengo de buscar y adónde os he de hallar. Soy contento, alma, dice Dios; sabed que estoy presente á vos, porque estoy en vos, porque vos estáis en mí; que á no estar en mí, no estuviérades en vos, ni aun fuérades vos. Cuanto yo soy en cantidad menor que todas las cosas, tanto en virtud soy mayor que todas ellas; y porque soy angostísimo, estoy dentro de todas las cosas, y porque soy anchísimo estoy fuera de todas ellas. Hé aquí, alma, dónde os estoy presente fuera de vos y dentro de vos, y soy anchísima angostura y angostísima anchura. Híncholo, pero no soy hinchido, porque soy la misma plenitud; penétrolo y no soy penetrado, porque soy la mesma potestad de penetrar; conténgolo, pero no soy contenido, porque soy la mesma potestad de contener y encerrar. No soy hinchido, por no ser pobre, pues soy la misma abundancia; no soy penetrado, por no dejar de ser, porque soy el mismo ser; no soy contenido de nadie, por no dejar de ser Dios, pues soy la misma infinidad. Entro por todas las cosas sin mezclarme con ellas, porque puedo andar sobre todas ellas, pues soy la misma excelencia. Ando sobre todas las cosas, no apartado dellas, porque pueda entrar en ellas y unirlas, pues soy la misma union, por la cual se hacen y por quien constan, y la cual apetecen todas las cosas. Pues ¿por qué, alma, desconfiais de hallar vuestro Dios y Padre? No es muy dificultoso de hallar adonde estoy, pues por mí tienen ser y por mí se conservan, y en mí están todas las cosas. Antes, alma, no hallaréis parte donde yo no esté, porque aun ese preguntar de mí nace y es de mí; y por mí, que soy luz, y por mí, que soy guia, obra y busca cualquiera que pregunta adónde estoy: jamás se desea sino bien, nunca se halla sino verdad; yo soy todo bien, yo toda y suma verdad; pues buscad mi rostro y viviréis. Pero no os movais á tocarme, que soy la misma estabilidad; no os derraméis por diversas cosas para comprehenderme, que soy la suma unidad; cese el movimiento, recoged la muchedumbre de Marta, buscad una cosa con María, y luego toparéis conmigo. Pues, Dios mio, suplícoos que me deis algunas mas señas para que mas claro os pueda conocer, y dadme licencia para que yo me atreva á preguntaros qué es lo que no soy, quizá que así podré tener algunos mas barruntos de vuestra grandeza, y vivirá esta alma prostrada con vuestras palabras. Soy contento, alma, y sabed que no es vuestro Padre alguraleza corpórea; tanto mejor sois, cuanto mejor obedeceis á vuestro Padre; y tanto sois mas noble, cuanto mas contraria os mostrais de lo que es cuerpo. Bueno os es estar con vuestro Padre, y malo estar con el cuerpo; luego no es vuestro Padre cosa corpórea. Tampoco, alma, os engendró algun ánimo; porque, á ser así, ninguna otra cosa pensárades sino aquel ánimo, y con su mutabilidad os contentárades sin buscar otra naturaleza estable. Tampoco os crió algun entendimiento vacío, porque jamás alcanzárades la suma sencilleza, y bastá-

mos alcanzalle á él; mas veis, alma, que amando y entendiendo subís á la misma vida, á la misma esencia y al mismo ser absoluto, y esto sobre todo entendimiento; ni os contentais con solo saber, sino entendeis lo bueno, y eso bien entendido. Pero lo que es verdadero bien, eso es lo que os basta sin falta; porque no por otra razon buscais algo, sino por solo que es bueno; luego síguese, alma, que ese sumo bien es vuestro sumo progenitor. No el buen cuerpo, no el buen ánimo, no el buen entendimiento, sino lo absolutamente bueno. Bueno, que consiste en sí mismo, infinito fuera de los límites y términos del sugeto, y que os da vida infinita, y que os durará para siempre. ¿Deseais ver el rostro deste bueno? Pues mirad todo este mundo lleno de la luz del sol; mirad la lumbre mudable en esta materia del universo, lleno de las formas de todas las cosas; quitad pues la materia y dejad lo demás, y tendréis el alma, que es luz incorpórea, mudable, y que tiene todas las formas en sí. Quitad agora lo que queda, que es la mutacion, esto que es ser mudable, y tendréis el entendimiento angélico, luz incorpórea, que contiene todas las formas; porque el ánima y el ángel las forman en su entendimiento, y son como monas mias, que, así como yo hago un caballo, un leon, un sol y lo demás, así ellos los forman en el entendimiento, aunque yo produzgo sustancia, y ellos solos accidentes; pues digo que tendréis el entendimiento angélico, luz incorpórea, que tiene todas las formas, y ajeno de mudanza, en lo cual difiere del alma. Quita agora á este entendimiento aquella diversidad, por la cual cada forma es diversa en luz, y esa luz la tiene de otra parte, de suerte que lo que queda sea esencia de todas las formas y de sus luces; y esta lumbre se forma á sí misma, y por sus formas forma todas las cosas. Esta tal luz resplandece infinitamente, porque resplandece por su misma naturaleza, ni es inficionada por mezcla de otra cosa alguna, ni estrechada por alguna cosa; antes está y anda por todas las cosas, porque no está en ninguna, y en ninguna está propiamente; porque resplandezca en todas vive de sí misma y da vida á todo lo que vive, porque su sombra, que es la luz deste sol, solo en las cosas corporales es luz vivífica que da vida. Si su sombra despierta los sentidos, siente cada cosa; y finalmente, ama cada cosa si cada cosa procura de ser suya. Pues ¿qué es la luz del sol? Sombra de Dios. Y ¿qué es Dios? Sol del sol. Dios es luz del sol en el cuerpo del mundo. Dios es lumbre del sol sobre los entendimientos angélicos. Tal es, oh alma mia, mi sombra, que es la mas hermosa de las cosas corporales; y si tal es mi sombra, ¿cuál pensais que será mi luz? Si así resplandece mi sombra, ¿cómo resplandecerá mi lumbre? Pues decidme, alma, ¿amais mas la luz que todo lo demás? Y ¿amais solamente la luz? Pues amadme á mí solo, que soy luz infinita; amadme infinitamente, y resplandeceréis vos, y os deleitaréis infinitamente.

¡Oh Dios dulce, Dios amable, Dios admirable! Y ¡qué maravilloso es lo que de vos me decís! ¿Qué nuevo fuego de amor me abrasa? Qué es esto que agora siento en mí? ¿Dónde es este nuevo sol que ahora resplandece en mi entendimiento? Qué dulce y no acostumbrado espíritu penetra y halaga mis entrañas? Qué amarga dulzura es la que ahora siento? Amarga, porque me desentraña, me derrite el corazon; pero dulcísima, porque do puro regalo y ternura desmaya y pierde las fuerzas de mi espíritu, en cuya comparacion todo lo que parece dulce me es amargo. Dulcísima, pues con esto lo muy acedo se me hace dulce. ¡Oh, qué necesaria voluntad es esta, pues no puedo no querer el bien, y antes puedo excusar y no querer la vida que deje de querer esto uno y bueno! Porque si quisiese no quererlo, seria porque ese mismo no querer creeria que es bueno. ¡Oh, qué voluntaria necesidad es esta! Pues no hay cosa mas voluntaria que el mismo bien, por quien son todas las cosas, y al que quiero y busco en todas las cosas; y así lo quiero, que querria no poder no quererle! Oh, qué viva muerte es esta por quien muero en mí y vivo en Dios, por quien muero á la muerte y vivo á la vida, y vivo con vida y me gozo con gozo! Muero en mí porque no me amo á mí, y mi alma está donde ama, y ama á su bien, luego vive en él; este es Dios, luego vive en Dios; Dios es vida, luego vive en su vida; es riqueza eterna, y lo que desea el alma es ser rica; lo que la enriquece le da gozo, el gozo alegría, luego gózase con gozo inefable. ¡Oh deleite sobre todo sentido! Oh alegría sobre todo entendimiento! Oh gozo que no cabe en el alma! Agora, mi Dios, estoy fuera de sentido; pero no loca, porque sobrepujo al entendimiento; véome furiosa, pero no me despeño, porque antes me levanto á lo alto. Alégrome toda y derrámome por mil partes; pero no me desperdicio porque me recoge consigo, y me da vida y vive conmigo mi Dios, que es unidad de unidades. Alegráos pues ahora conmigo los que poneis en Dios vuestra alegría. Mi Dios se me ha hecho encontradizo, el Dios de todas las cosas me ha abrazado, el Dios de los dioses se ha infundido en mis entrañas; ya mi Dios me mantiene toda, y el que me engendró me reengendra; engendróme el alma, refórmame en ángel, conviérteme en Dios. Pues ¿qué gracias te daré, oh gracia sobre toda gracia? Enséñame tú á amarte, á alabarte, á hacerte gracias; enséñame y dame el poder, pues sin ti ni sé lo que debo ni puedo lo que quiero. Dáteme á tí, Señor, pues todo lo que tú no eres es menos que tú y es poco para mí y no me harta sin tí. Deseo vida, y sin tí, que lo eres de mi alma, todo me es muerte. Huyo la muerte, y sino en tí, que en tu infinita vida anegaste la muerte, en nada hallo vida. Pues ya, mi Amado, te tengo, ya te veo, porque tú, por tu misericordia, te me has descubierto. Troquemos, Señor, y tómame á mí y dáteme á tí, á mí para que te sirva, y á tí para que te goce.

FIN DE LA CONVERSION DE LA MADALENA.

DISCURSOS

DE LA

PACIENCIA CRISTIANA,

MUY PROVECHOSOS PARA EL CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS EN CUALQUIERA ADVERSIDAD Y PARA LOS PREDICADORES DE LA PALABRA DE DIOS;

COMPUESTOS

POR EL MAESTRO FRAY HERNANDO DE ZÁRATE,

de la órden de San Agustin, de la provincia del Andalucía,

DIRIGIDOS A DON PEDRO FERNANDEZ DE CORDOBA, MARQUÉS DE PRIEGO Y SEÑOR DE MONTILLA, ETC.

DISCURSOS DE LA PACIENCIA CRISTIANA.

PARTE PRIMERA.

LIBRO PRIMERO.

EN QUE SE TRATA DE LA NATURALEZA, CALIDADES Y CONDICIONES DE LA PACIENCIA.

PRÓLOGO.

Tres cosas dice el príncipe de los filósofos, Aristóteles, que se han de tratar para alcanzar el perfeto conocimiento de una cosa, por este órden: la primera, si hay la tal cosa en el mundo, esto es, si tiene ser entre las demás cosas que le tienen; porque de lo que no es ¿qué se puede tratar ni conocer? La segunda es, averiguar qué cosa es aquello de que se trata, qué es de su esencia y naturaleza. Y la tercera, qué tal es, esto es, qué calidades y condiciones tiene; las cuales por buen discurso se sacan, sabida su naturaleza y difinicion. Habiendo pues de tratar en este libro de la paciencia cristiana, y queriendo en él seguir este órden del filósofo, sabiendo que aun en las cosas naturales y al parecer menudas y de poca importancia, ninguna hizo Dios sin gran por qué, como en el libro de *Job* se dice, que ninguna se hace en la tierra sin causa, menos creerémos que en las espirituales la hará sin ella. De donde nace que lo mismo es averiguar de la paciencia si tiene ser, que tratar si es necesaria; y así, será esto lo primero que della se trate en este primero discurso. Lo segundo, en el segundo. Lo tercero, en lo restante de todo el libro primero y en los demás que se siguen.

DISCURSO PRIMERO.

De la necesidad de la paciencia.

De cuánta dignidad y de cuánta excelencia fuese el primer hombre antes del pecado, y de cuántos y cuán soberanos privilegios gozase, fácil es de conocer á quien con atencion trata las divinas letras; porque, después de haberle criado Dios inmortal y hecho á su imágen y semejanza, ataviado de muchas gracias y dones, le puso para mas felicidad en el paraíso terrenal, donde las cosas necesarias á aquel estado tenia sobradas. El (como san Agustin dice) vivia en todo á su contento, en amistad de Dios y sin mengua de cosa alguna; el vivir tenia en su mano, el comer y beber presente y sin trabajo, un árbol de la vida para defensa contra la vejez, libre de corrupcion en el cuerpo; ninguna cosa le daba molestia ni pesadumbre á sus sentidos, sin temor ni sobresalto dentro del alma, ni herida, ni dolor en el cuerpo; la carne sana y el alma sosegada. Porque, así como en aquella region no habia calor ni frio que ofendiese al cuerpo, así en el alma no habia codicia que ofendiese á la buena voluntad del dueño. Finalmente, no habia cosa que fuese ni triste ni vanamente alegre, sino un verdadero gozo que procedia del cielo, cual se puede pensar de la caridad, gracia y justicia de donde nacia. La compañía querida con amor honesto, la conformidad constante, el cuerpo lo era en la castidad y el alma en la obediencia de su Dios, sin trabajo ni fatiga. El cansancio no fatigaba al ocioso, ni el sueño molestaba al que no le queria, y todo lo demás de la vida iba á este paso. Habiendo pues el demonio envidia á vida tan dichosa y fácil, persuadió á la mujer que comiese de lo vedado, y mediante ella al marido; el cual, vencido de la impaciencia, comió (no sin gran daño suyo y nuestro) del árbol que Dios habia acotado. Perdió entonces, por la envidia del demonio, no solo el don inestimable de la inmortalidad, mas cayó en tan innumerables miserias y calamidades, que no hay lengua humana que pueda contarlas; pues después acá, no solo ha sido y es el hombre atormentado en lo exterior de varias adversidades, mas aun en lo interior siente insufribles batallas, persecuciones y trabajos, por la rebelion de los sentidos contra la razon, y de las pasiones que la contradicen, y otros muchos trabajos de cuerpo y alma; tanto, que puede el hombre ser juzgado de quien bien lo considerare, por el mas miserable animal de cuantos hay en la tierra.

Pero, aunque son muchas las pasiones que le fatigan y estorban el bien de la razon, y le apartan el camino derecho del cielo, sobre todas tiene muy aventajada fuerza la tristeza, que nace de las adversidades que cada hora suceden. Esta nace de una de dos cosas: ó del mal presente que tenemos sin querer, ó del bien que quisiéramos no perder y hemos perdido. Destas nace la tristeza, que es una pasion que hace aprehender estas

cosas, de donde nace, como contrarias suyas; la cual, por provenir de varias ocasiones y causas, tiene en la Escritura varios nombres. Llámase tristeza, fatiga, pasion, angustia, contricion, tormento, llanto, gemido, enfermedad, lloro, desabrimiento, descontento, contrariedad, tribulacion, enojo, aborrecimiento, desasosiego, dolor y otros semejantes; la cual de tal arte pone impedimento á lo bueno, que si no es con tiempo remediada ó refrenada, el alma quedaria rendida y deshonradamente vencida, y daria de ojos en muchos y muy graves pecados; como san Fulgencio dice, que de un gran dolor de un hijo muerto tuvo principio el abominable vicio de la idolatría; y esto mismo se da á entender en el libro de la *Sabiduría*, y Celio Panonio, sobre el capítulo 9.° del *Apocalipsi*, siente lo de Fulgencio. Y tambien, cuando para esto fuese impedida, podria fácilmente quedar consumida el alma de pesar, que es lo que el Sabio dice, que el alma triste seca los huesos. Y en otra parte dice que á muchos acabó la tristeza; porque, como los médicos dicen, mata al que la tiene, aunque poco á poco. Y san Pablo dice que la tristeza del siglo causa muerte; aunque la que es segun Dios, antes se ha de procurar, porque nos acarrea salud y vida para el alma. Y pues esto es así, claro está que es necesario (mayormente al hombre cristiano y que quiere andar por el camino de la virtud) proveerse de una contrayerba, que es una virtud contraria, que resista á tanto daño como esta pasion le puede causar, y esta es la paciencia, mediante la cual todo se sufre.

Todo lo dicho se colige de la dotrina del bienaventurado san Cipriano, que, hablando de la necesidad desta virtud, dice estas palabras: Cuán necesaria y cuán provechosa sea la paciencia, hermanos muy amados, para que pueda clara y cumplidamente conocerse, acordémonos de la sentencia de Dios, que en el principio del mundo y del género humano fué dada á nuestro padre Adan, cuando quebrantó la ley recebida; que entonces entenderémos cuán sufridos hemos de ser en esta miserable vida, pues nacemos de tal condicion para luchar con trabajos y apreturas. Porque oiste, dice, la voz de tu mujer, y comiste del árbol que yo te habia mandado que no comieses, maldita será la tierra en todas tus obras, con tristeza y con gemido comerás della todos los dias que vivieres; ella te criará espinas y abrojos y tendrás sustento del campo; comerás pan con sudor hasta que vuelvas á la tierra, de que fuiste formado; porque tierra eres y en tierra te has de volver. Todos quedamos condenados y obligados en esta sentencia, hasta que, mediante la muerte, partamos desta vida. En tristeza y gemido nos es forzoso vivir todos los dias que viviéremos, y asimismo mantenernos con nuestro sudor y trabajo. De aquí es que, cada uno de nosotros, cuando nace y es recebido en el hospedaje deste mundo, la primera cosa que hace es llorar; y aunque nace ignorante de las cosas dél, ninguna cosa conoce primero que lágrimas, con que, con la natural providencia comienza á celebrar llorando las congojas, trabajos y tempestades deste mundo, que comienza á experimentar, como dando testimonio el alma dellas, con aquellos rudos gemidos; porque con ellos confiesa que toda la vida que vivimos es sudores y trabajos. Pues á tantos males ningun remedio ni solaz se halla sino la paciencia; la cual, como quiera que sea para todos los nacidos necesaria, mucho mas para nosotros, que, por tener al diablo por particular enemigo, somos mas combatidos; que, estando de contino en la estacada, somos de las escaramuzas de tan diestro y fuerte enemigo fatigados; que, demás de las ordinarias peleas, en la de las persecuciones conviene dejar aun los patrimonios, padecer las cárceles, traer cadenas, ofrecer las vidas, sufrir las espadas, las bestias, los fuegos, las cruces y todo género de tormentos y penas, mediante la fe y la virtud de la paciencia, conforme á la dotrina y instruccion del Señor, cuando dice: Estas cosas os he dicho para que en mí tengais paz. En el mundo os veréis apretados; pero tened esfuerzo y confianza que yo he vencido el mundo. Pues si los que hemos negado y renunciado al demonio y al mundo padecemos trabajos y violencias y persecuciones del mundo, mas que los demás que viven en él, ¿cuánta mas paciencia y sufrimiento conviene que tengamos para adargarnos contra todas las que padeciéremos? Mandamiento es de nuestro Señor y Maestro: El que sufriere, dice, hasta el fin, este será salvo. Y en otra parte: Si permaneciéredes en mi palabra, seréis de veras mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os librará. Así que, hermanos mios, conviene sufrir con paciencia y perseverar, para que, admitidos á la esperanza de la verdad y libertad, podamos alcanzar la una y la otra; pues que esto, que es ser cristianos, es negocio de fe y esperanza; y estas, para que alcancen lo que creen y esperan, tienen necesidad de paciencia. Hasta aquí son palabras de san Cipriano.

Entre las cuales no son las menos dignas de consideracion cuando dice que los cristianos tenemos desta virtud tanta mas necesidad cuanto vivimos mas ofrecidos á los trabajos, y cuanto mas somos del enemigo combatidos y perseguidos, como quien nos avisa de la propia y particular insignia del cristiano, á que el *Eclesiástico* nos apercibe cuando dice: Hijo, la hora que te determinares á servir á Dios, desde ella apercibe tu ánima á padecer tentaciones y trabajos, humilla tu corazon y sufre, no te apresures en el tiempo de la tristeza y calamidad, espera el esfuerzo de Dios, para que por ese camino al cabo crezca tu vida con el aumento de la eternidad. Y dando la razon, añade: Porque, como en el fuego se prueba el oro y la plata, así en el fuego de la tribulacion y humillacion se afinan los hombres que han de ser vueltos á recebir á la amistad de su Dios; aludiendo al ángel que los echó del paraíso, despedidos de la gracia y amistad de Dios. Y esto es lo que san Pablo dice, apercibiendo á los cristianos para padecer: Ninguno, dice, se albórote con las tribulaciones y trabajos, sino piense y entienda que esa es nuestra profesion, y en eso estamos puestos á ellos y ofrecidos, como peñascos en medio del mar, combatidos y azotados de las ondas de todas partes, sin hacer mudanza ni movimiento. Estas son las injurias, empellones, malos tratamientos de los demonios y sus ministros, los hombres malos. Y si preguntares la razon por que el demonio persigue tan cruelmente los hombres, señalándose especialmente contra los cristianos y siervos de Dios, fácil es de conocer, aunque en él no hay razon, sino envidia y

malicia. Lo primero, porque la hora que tratamos de seguir y servir á Dios nos hacemos desemejantes y contrarios del demonio. El siervo de Dios se desparece al demonio en ser verdadero, y él, mentiroso y padre de mentira; el siervo de Dios, obediente; él, desobediente á Dios; el santo, humilde; él, soberbio. Finalmente, el que sirve á Dios es bueno, y él, perverso y malo. Pues, así como en todas las cosas criadas las que tienen contrariedad de calidades son enemigas y siempre procuran destruirse unas á otras, como parece en el fuego y el agua; así este perverso, contrario y enemigo de toda bondad y virtud, toda la vida procura destruir al que la tiene. Dotrina es esta de san Gregorio, declarando aquellas palabras del Sabio, que agora deciamos: Hijo, cuando te allegares á servir á Dios, etc.; dice este santo: No dice, apareja tu ánima para quietud y regalo, sino á tentacion y trabajo; porque nuestro enemigo, mientras mas dura esta vida, cuanto mas ve que le resistimos, tanto mas procura combatirnos y destruirnos; porque no gasta su tiempo en fatigar á los que siente ser suyos por recta y pacífica posesion. Hasta aquí san Gregorio.

Lo segundo, así como cuando Saul comenzó á perseguir á David perseguia á los declarados por su parte, y les procuraba su muerte y perdicion solo porque acudian y servian á quien él, por su malicia, aborrecía; así este príncipe de tinieblas aborrece, persigue y procura matar y destruir á los que siguen á la luz, que alumbra á todo hombre que vive en este mundo.

Y para que mejor se descubra la necesidad de la paciencia, es bien advertir que, aunque todos estamos sujetos á trabajos, y especialmente los cristianos, como queda dicho; pero ningun tiempo ni lugar está el cristiano seguro dellos. Mucho dijo el santo Job en decir que la vida del hombre no es sino una guerra sobre la tierra, porque la guerra es una de las mas graves tribulaciones della; lo cual saben bien los que andan en ella; de donde vino á decir el refran que es dulce vida la de la guerra para los bisoños, que no la han probado ó no saben della; queriendo decir que es dulce sabida por oidas, en comparacion de lo que en ella se padece; porque, con ser la hambre un mal tan trabajoso, que sacó á Jacob de Canaan y hizo comer á la otra á su propio hijo, con todo eso, á siete años de hambre igualó Dios tres meses de guerra, cuando dió á escoger á David entre los tres castigos. Pues ¿cuál debe ser la guerra, pues en el juicio y balanza de Dios, que no puede ser engañado, tres meses se igualan á siete años de hambre de castigo, que con todo rigor se habia de ejecutar? Pero mas al vivo pinta san Pablo las peleas del cristiano cuando las compara ó nombra con título de lucha, diciendo que no piense el cristiano que lucha contra carne y sangre, sino contra los demonios, príncipes y rectores desta escuridad. Donde en llamarlas lucha, dice cuán sin descanso ni tregua son nuestros trabajos y tentaciones; porque en eso se diferencia la lucha de la guerra, que en la guerra no siempre andan los hombres al pelo: á tiempos descansan, comen y duermen; sus treguas tienen para descansar, para rehacerse, para recorrer las armas y curar las heridas; pero los que luchan ningun momento cesan ni descansan, ni para eso se les da lugar de parte del enemigo. Y en esto quiso declarar san Pablo las palabras del Señor, cuando dijo: El que determinare de seguirme, niéguese á sí mismo y tome á cuestas su cruz cada dia; en las cuales, cuando dice su cruz, enseña que ninguno vive sin ella; y en el cada dia, cuán pocos ratos se vive sin cruz. Como el mismo san Pablo, cuando decia que cada dia moria por los cristianos, queria significar el poco sosiego que le daban las tribulaciones que padecia por ellos.

Lo segundo, se ha de advertir que de tal manera quiso Dios que viviésemos en este mundo sujetos á trabajos y adversidades, que pocas veces ó ninguna quiere quitarlos ni librarnos de todo punto dellos, por mas que se lo roguemos. Esto es llamar al Espíritu Santo consolador, y no librador de trabajos ni quitador de penas; lo cual pareció claramente en lo que el Apóstol dice de sí, que rogó á Dios con instancia le quitase un ángel de Satanás que afrentosamente le maltrataba. Ora este ángel malo fuese un gran dolor de cabeza, como unos dicen; ora de ijada, como quieren otros; ora fuesen sus émulos que le perseguian, como Himeneo y Filete y Alejandro Erario; ora fuese que el mismo demonio le afligiese la persona, como les parece á otros santos; ora fuese, como comunmente se dice, algun estímulo ó tentacion de carne: lo cierto es que debia ser cosa muy grave y de mucha pesadumbre, y dice que tres veces rogó al Señor se la quitase; y la respuesta fué que le bastaba su gracia y favor. Así que, no siempre quiere sacarnos del trabajo, sino favorecernos para sufrirle. Esto ha dado á entender en muchos lugares por diversas maneras de decir: unas veces dice que á sus ovejas nadie, por mas que tire, podrá sacárselas de sus manos, pero no dice que faltará quien tire. Del justo dice que si cayere no se lisiará, porque él pondrá su mano por almohada. No dice que no caerá, esto es, en tribulaciones. De la Iglesia dice que las puertas del infierno, esto es, todo el consejo y poder de los demonios, no prevalecerán contra ella; pero no dice que no pelearán. A Jeremías, dice: No temas si te acometieren; que yo soy contigo para librarte. En el mundo tendréis trabajos, dice á los dicipulos, en aprieto os habeis de ver; confiad que yo vencí al mundo; como quien dice: No os tengo de quitar los trabajos y persecuciones, sino comunicaros el esfuerzo y virtud con que yo los vencí. Y á este tono hay muchos lugares en las divinas letras; aunque en diversos sugetos vienen los trabajos por diversos fines, como adelante se dirá. Y Hugo de San Victor dice que por una de cuatro causas son los hombres atribulados. Unos para su ruina, como Faraon; otros para su enseñamiento, como David; otros para su guarda, como san Pablo; otros para su corona, como Job. Pero pongamos ejemplo en una de las adversidades, do especialmente mostró esta su voluntad, que es en la enfermedad del cuerpo, que, aunque pudiera hacer su omnipotencia y cupiera en su justicia, y era digno de su misericordia que no las hobiera en el mundo, no quiso; pero ofreció su ayuda y favor, criando juntamente médicos y medicinas, yerbas, flores, raíces, piedras, licores y otros remedios; como el Sabio dice: Honra al médico, porque para remedio de las necesidades le crió el Altísimo. Y en otra parte dice: El

Altísimo crió de la tierra la medicina; y por eso ningun hombre discreto la desechará ni tendrá en poco. Fuera desto, es grande delante de Dios el premio de los enfermeros, que con caridad y cuidado curan á los enfermos y miserables. Y el mismo Señor nos tiene avisado que el cargo que el dia de la cuenta se ha de hacer á los buenos y malos, que han de ser juzgados, es si visitaron á los enfermos y encarcelados, etc. Así que, no quiere Dios que nos sacudamos del todo de las tribulaciones, ni que le pidamos favor para eso, que él sabe lo que conviene al atribulado; sino que las padezcamos y suframos, renunciando nuestro regalo y contento en su santa voluntad, esperando y confiando en su ayuda y favor, y no salgamos dellas hasta que su santa voluntad nos saque; lo cual fué figurado en el arca de Noé cuando, estando dentro ya sus siervos, cerró por defuera, sinificándoles que no habian de salir de allí sino por su mano y su voluntad; y así como el arca, aunque por una parte sinificaba el estado seguro de los justos, pero por otra era figura de sus trabajos, por la angostura y nueva manera de vivir que allí se tenia; y así, el cerrar por de fuera sinificaba que de los trabajos y afliciones hemos de salir por mano de Dios cuando fuere su voluntad, y á esto ha de estar ofrecido el corazon del afligido. Como tambien mandó el ángel al santo Josef que llevase el niño Jesus huyendo á Egipto, tierra extraña y bárbara, y que estuviese allí hasta que del cielo le fuese mandada otra cosa. Y san Lúcas dice que, acabadas todas las tentaciones del desierto, se volvió el Señor á Galilea por virtud del Espíritu Santo, como habia venido á él guiado del mismo Espíritu, porque por su mano habemos de entrar y salir en los trabajos; tesoro tan importante, pues él tiene la llave para entrar y salir en ellos, no obstante que, para salir de algun trabajo, no es vedado poner los medios lícitos con la preparacion dicha, cuando no se conoce voluntad de Dios en contrario; la cual entonces se conoce cuando en los tales medios se atraviesa alguna ofensa de Dios; en lo cual se aventajan los mas perfectos, cuando aunque no haya la tal ofensa, aun sufren y esperan la poderosa mano del que á su tiempo y sazon, y cuando mas es gloria suya, confian los librará de su trabajo. Así que, en el entre tanto que de una ó de otra manera el tiempo dura del padecer, necesaria es al siervo de Dios la paciencia y cristiano sufrimiento.

Por otra parte, se dicen las cosas ser necesarias cuando lo son para el fin que el hombre pretende; como se dice ser necesario el navío para pasar en Indias, y la purga ó sangría para la salud; el cual fin, como no sea otro en la vida de los hombres sino la bienaventuranza, claro se sigue ser necesaria la paciencia para alcanzarle, pues el Señor, que es el dador della, la tiene librada en la paciencia, cuando dice á sus dicípulos: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas ó vidas, como lo entienden comunmente los doctores santos; porque, aun los que por nombre de paciencia entienden en aquel lugar la perseverancia, no es ajeno sentido del de los demás, pues la perseverancia en esta miserable vida (la cual no puede pasarse sin muchos trabajos) no puede alcanzarse sin la paciencia cristiana, con que todos se padezcan. Esta libranza del Señor declaró un poco mas san Pablo cuando dijo: Mirad que teneis necesidad de paciencia para llevar el fruto de la repromision de Dios, haciendo su voluntad. Para declaracion destas palabras y de toda esta dotrina será necesario entender que la vida eterna se ha de conquistar con obras penales y trabajosas. Lo primero, porque han de ser obras de virtud, la cual de su condicion, dice aun Aristóteles que pelea contra cosas difíciles y arduas; y por esta razon no se pone en el ánima virtud para obrar las obras que la naturaleza nos inclina, porque en esas ni hay qué vencer ni qué padecer ni pelear; como para criar los hijos, amarlos á ellos y á los padres, y á nosotros mismos con amor natural (aunque para amarlos en Dios y por Dios, que ya pone alguna dificultad, sirve la virtud altísima de la caridad); y por eso dijo Séneca: Ninguna ley nos manda amar á los padres ni tener cuidado de los hijos, que seria por demás compelernos á lo que por la naturaleza nos vamos; ninguno se ha de amonestar que se tenga amor á sí mismo, pues le trae consigo desde que nace, cosido al corazon. Hasta aquí Séneca. Así que, la virtud solo se pone en el alma para facilitarle, venciendo la dificultad de aquellas obras de que huye la flaqueza de nuestra naturaleza; para lo cual, entre tanto que se acomete y vence la tal dificultad, es la paciencia en toda obra de virtud necesaria. Y esta es la razon por que el bienaventurado san Juan Crisóstomo la llama madre ó madrina de todas las virtudes, porque sin su ayuda no puede ninguna dellas alcanzar su fin; y Tertuliano dice que sin ella no hay mandamiento guardado. Y por esa mesma razon es comparada la paciencia al pan respeto de los demás manjares que sustentan el cuerpo; porque, así como ellos por sí son buenos, pero no hacen bien el sustento del hombre sin pan, de manera que para que sustente la fruta es necesario pan y fruta, y para que la verdura, pan y verdura, y para que la carne, pan y carne, y así los demás manjares; así las virtudes, aunque de sí son buenas y sustentan el alma, pero su pan es la paciencia, que para ser templado es menester templanza y paciencia; para ser justo, justicia y paciencia; y así en las demás virtudes.

Pero, levantando mas el pensamiento de lo que Aristóteles, Séneca y otros filósofos alcanzaron, y levantando juntamente el ser desas mismas virtudes al mérito de la vida eterna, se conoce mas distinta y claramente la necesidad de la paciencia en quien está librada. Lo primero, esta celestial bienaventuranza es un don de Dios, ni conocido ni proporcionado con nuestra naturaleza, sino sobrenatural y divino; comienza aquí por la gracia, que es un don que nos hace semejantes á Dios, sacándonos y como desnaturalizándonos de la vida y condiciones que de nuestros padres heredamos; lo cual dijo el evangelista san Juan en aquellas palabras que por virtud de aquel altísimo misterio de Dios Hombre se dió á los hombres poder y licencia para ser hijos de Dios si creyesen en su santo nombre, y borrada y olvidada la generacion natural de carne y sangre, naciesen de solo Dios. Esto es, no que pueda ser que no hayamos nacido de padres carnales, trayendo la decendencia del primero, sino que, naciendo de Dios por el bautismo y gracia que en él se da, de tal arte se rematen cuentas con el nacimiento primero, que neguemos inclinacio-

nes, deseos de la carne y otras cosas que del nacimiento della se nos pegaron, que no parezca que nacimos della, sino de solo Dios. Así que, para alcanzar y merecer gloria sobrenatural, la vida ha de ser sobrenatural. A lo cual, añadiendo que la vida del espíritu y la de la carne son perpetuas enemigas y contrarias, es imposible ganar la una sin echar la otra de casa; así como quien de un establo quisiese edificar un palacio dorado es necesario primero echar del todo el estiércol, telarañas y basuras; así el que de su corazon carnal y lleno de pecados y vilezas quiere hacer templo de Dios, es necesario primero limpiarle de las inmundicias y malezas, y echar de allí todas las fieras y otros animales asquerosos y ponzoñosos y derribar las paredes, lo cual no se puede hacer sin grandes gastos y trabajos; porque primeramente se ha de desterrar de allí el amor propio, que con nosotros nace fuertemente cosido, los deseos y apetitos que deste amor mesmo tienen su nacimiento; hase de affigir y enflaquecer el cuerpo, porque no se engria contra el espíritu y le derribe de su silla, mortificarse los deleites de los sentidos, enfrenarse la lengua, reprimirse la libertad de los ojos, ponerse guarda al corazon, evitarse y huirse las ocasiones del mal, apartar las malas compañías, continuarse la oracion, en que siempre pidamos con instancia la divina gracia y favor; finalmente, se han de mortificar todas las inclinaciones y domarse esta fiera de nuestra carne.

Pues ya, si se ha hecho fuerte en el mal con la costumbre de algunos dias ó años, con esta se dobla la pelea, pues es ya contra dos enemigos. Pues ¿qué trabajo será necesario para salir con vitoria de semejante pelea? Por esto decia san Pablo: Hermanos, no nos hagamos flojos y para poco, sino imitemos á los que con fe y paciencia han de heredar la gloria prometida. Por lo mesmo dicen los buenos en el salmo: Señor, pasamos por fuegos y aguas cuando nos guiabas al refrigerio y descanso. Por eso se dice el reino de los cielos que ha de ganarse á fuerza de armas; y que no tendrá corona sino el que peleare conforme á la ley. Por eso se dice á los mártires que piden venganza en el *Apocalipsi* de sus matadores, que aguarden un poco, hasta que sea cumplido el número de sus hermanos, que son los predestinados, los cuales no han de ser todos mártires; sino para dar á entender esta perpetua muerte y martirio que padecen, para ganar la gloria los que para ella están predestinados; el cual dió á entender san Pablo cuando dijo que los que son del bando de Cristo traen crucificada su carne con los vicios y concupiscencias. Y porque esta cruz de los buenos se ha de padecer á imitacion del Redentor, que padeció la suya para nuestro ejemplo y dotrina, se entienden de aquí aquellas palabras que él dijo á sus dicípulos algunas veces, especialmente después de su santa resurrecion; convenia que Cristo padeciese y así entrase en su gloria, reprehendiendo á veces ásperamente á los que trataban ó pensaban estorbarle su pasion. La razon era porque, no solo padecia para hacer pagada y satisfecha la justicia del Padre por nuestros pecados, sino para guiarnos tambien al cielo por su ejemplo y dotrina; el cual camino, como forzosamente se haya de andar por las virtudes, como por pasos de escalera ásperos y dificultosos, padeciendo y venciendo sus dificultades, convino que Cristo así padeciese y fuese delante, enseñando y allanando el camino de los trabajos, sin los cuales no hay virtud ni guarda de mandamientos.

Pues si así es que nuestra naturaleza quedó tan sujeta y pechera á trabajos de dentro y de fuera ocasionados, si con ser Dios tan piadoso y misericordioso no quiere todas veces, pudiendo librarnos dellos, porque conviene así para nuestro bien y para ganar la gloria, de que san Pablo dice que todos tenemos necesidad; claro queda cuánta tenemos de proveernos y apercebirnos de paciencia, para poder llevar con nuestras pocas fuerzas los que nos vinieren, mayormente siendo tan ordinarios, que apenas se van ó se alivian unos cuando vienen otros, especialmente á los que procuran andar por el camino de la virtud, de la cual se dice que aborrece á los holgazanes, por refran entre los filósofos. Y san Bernardo se rie de la esposa que buscaba al esposo en el regalo de la cama; y así, viene á decir ella que le buscó y no le halló, y después de haber trabajado en buscarle y padecido muchas contradiciones, le vino á hallar.

DISCURSO II.

De dos maneras que hay de paciencia, y cuál es la cristiana.

No todo sufrimiento de los que tienen imágen de paciencia y nombre della es necesario, porque muchos son paciencias vanas y impertinentes. San Agustin enseña dos maneras de paciencias, á imitacion de las dos de sabidurías que Santiago pone en su *Canónica*: una celestial, otra terrena, animal y diabólica: así la paciencia, que es parte de la sabiduría, admite esta division, y san Agustin la pone; porque para todas sus pretensiones tienen los hombres mundanos paciencia increible en grandes trabajos y contrariedades. San Agustin dice allí que pongamos los ojos en los que los hombres padecen por lo que vana y viciosamente aman; los cuales, cuanto por mas dichosos se tienen en alcanzarlas, tanto mas infelices son en desearlas. ¿Cuántas son las cosas que sufren por las falsas riquezas? Cuántas por las honras vanas? Cuántas por los deleites sucios, aunque molestas y peligrosas? Vemos á los codiciosos de riquezas, por alcanzar lo que desean y conservar lo que alcanzaron, sufrir porfiadamente (no forzados con necesidad, sino por su culpada y mala voluntad) soles, lluvias, hielos, nieves, ondas, tempestades, trabajos de guerras dudosas, golpes, heridas, destierros y otros trabajos, que es bien que aquí se pongan mas particularizados, y se diga su paciencia para confusion de la poca que los cristianos tenemos en los pequeños, que pide la pretension de tan inestimables bienes como nos esperan. No puede decirse lo que un hombre pasa cuando ve los oidores, alcaldes, presidentes, obispos, inquisidores y otros perlados y magistrados encumbrados en la terrena felicidad, y pretende alcanzar alguno destos oficios, plazas ó dignidades. La pobreza que en el estudio pasa, el encerrarse en la universidad, el volar y trasnochar, la pretension del colegio, el cuidado y congoja del cumplir con las obligaciones de los actos y ejercicios, y de salir dellas con opinion; los gastos en los grados, los que se hacen en la corte, las malas res-

puestas de los que proveen estas cosas, el mal tratamiento de los criados y oficiales, las malas comidas y peores camas, los gastos de las posadas, el esperar meses y años, la perpetua congoja del mejorarse, mayormente cuando sus iguales en estudios ó sus conterráneos los dejan muy atrás, esta, paciencia es y gran sufrimiento, pero mundana.

Pues ¿qué dirémos del que pretende ser rico? Qué no aventura por salir con esta pretension? Lo menos que hace es lo que en el camino del cielo mas espanta, que es dejar su tierra, padre y madre y hermanos, y despedirse dellos como para morir. Cuando hace viaje para Indias gasta su caudal en fletes, carguíos y matalotajes, pónese al manifiesto peligro de la navegacion de dos ó tres mil leguas de mar peligroso, encomendado á los vientos y á un triste navío, dos dedos de la muerte, que no tiene mas de grueso la tabla dél, con perpetuo mal olor y peor mantenimiento, bebiendo el agua tapadas las narices, durmiendo sin cama y en continuo sobresalto. Pues ya llegado á Indias, tierra de bárbaros, lo que se pasa y se trabaja, ellos lo digan, que lo saben, y sí dicen. Pues cuando vuelven de tan largo destierro, digan lo que pasan hasta asegurar en su casa dos reales que traen. Dejo los escrúpulos de conciencia, la inquietud del alma, los ímpetus de la codicia con que viven desde la hora que al viaje se determinan hasta que le acaban. Y juntando con esto, que es cifra oirlo para lo que es el padecerlo, gran sufrimiento y paciencia es, pero mundana.

Pues el que sirve á un señor, ¿con cuánto trabajo, mal tratamiento, mala comida, sin sosiego, sin dormir, las reprehensiones y mohinas ordinarias, las descortesías y quemazones y otras pesadumbres, por pretension de una corta merced ó beneficio eclesiástico? La mesma cuenta corre del que para salir con un pleito sale de su casa, vendida su hacienda, desamparada su casa, mujer y hijos y sosiego, sujetándose al tratamiento que el oidor, alcalde, secretario y otros oficiales le quisieren hacer, y á la sentencia, buena ó mala, que por ignorancia ó malicia de alguno le cupiere. Y la mesma del que por codicia de un poco de honra y un escudo de armas gasta su mocedad en guerras; pero al fin, como el bienaventurado san Agustin dice, semejantes paciencias y sufrimientos, no solo escapan la murmuracion y reprehension del pueblo, pero aun suelen ser aprobadas y alabadas dél y de las leyes permitidas. Pues estos vicios de ambicion y avaricia, juegos y pasatiempos, cuando no son causa de ofensa de las leyes divinas ni humanas, no suelen ser reprehendidas, antes estimadas. Pero ¿qué dirémos de un carnal? Qué congojas padece en sus torpes pretensiones, qué peligros, qué deshonras, que remordimientos de conciencias, qué malos dias, qué peores noches, que sobresaltos, qué gastos y perdiciones de su casa? Paciencia es menester; pero esta, que es para pecar, no es solo mundana, sino diabólica y infernal; como lo es tambien la que tiene el vengativo y el miserable del hereje, que por su sola porfía, ayudado ó engañado del demonio, se deja quemar y atenazar vivo. ¿Qué puede llegar á esta paciencia ó pertinacia? ¡Cuánta mas es la que tiene el que, persuadido del demonio, tiene sufrimiento para poner en su propia persona las manos, como nota el bienaventurado san Juan Crisóstomo. Esta es la paciencia que Tertuliano, capítulo 16 *De patientia*, dice: Que el demonio inventó la suya á imitacion de la de Dios, para que los suyos no desmayasen en sus vanidades.

Destas paciencias semejantes dice el bienaventurado san Agustin que en ellas no hay que imitar, sino que admirarnos; antes dice que en ellas no hay paciencia de que maravillarnos ni que imitemos; porque ninguna hay, sino una dureza digna de admiracion y no de alabanza; para lo cual alega lo que padecia de hambre, calor, frio, ayunos, etc., un parricida de su patria, notando á Catilina, de quien Salustio habla copiosamente al principio de su *Catilinario*, que por su dañada pretension padeció mucha hambre, sed, frios, calores, trasnochadas increibles y otros trabajos. Trae tambien este santo doctor á este propósito lo que unos ladrones de su tiempo padecian de frios y serenos, y otras mil inclemencias del cielo, pasando las noches sin dormir; y de algunos dellos dice que usaban atormentarse los unos á los otros con tormentos de cuerda y los demás que suelen los jueces usar cuando quieren descubrir la verdad de los delitos, á fin de que cuando viniesen á manos de los mismos jueces no les compeliese el dolor de los tormentos á descubrirse unos á otros, ni sus delitos. Y dice allí este santo doctor que muchas veces eran mayores los tormentos en que se ejercitaban y ensayaban, que los que después de mano de los jueces padecian. Esta paciencia (dice el mismo) no es paciencia, ni loable el que la tiene; antes es mas digno de castigo, cuanto mas mal usa del instrumento de la virtud. Semejante es á esta sentencia la que Agesilao, rey de Lacedemonia, dijo, oyendo decir que un malhechor, hombre malvado y facinoroso, habia sufrido con esfuerzo los tormentos, diciendo: ¡Oh cuán miserable es el hombre que emplea la paciencia y sufrimiento en cosas torpes y malas! Lo cual cuenta Plutarco en las *Apophtegmas lacónicas*; el cual añade, declarando las palabras: Doliale al bueno y valiente capitan que tanta fuerza y valentía de ánimo, y el valor de la naturaleza, se gastase en cosa torpe; la cual, ofrecida y empleada en cosas honestas, pudiera ser de mucha importancia á la república. Y concluye san Agustin diciendo: Pues cuando vieres á alguno padecer algun trabajo con sufrimiento, no luego has de alabar su paciencia, porque no le da este nombre sino la causa del padecer; y á esta cuenta, la paciencia por cosas del mundo es paciencia vana, como él y sus cosas lo son, aunque á veces el mundo la alabe. Y á esta misma cuenta, la que tuviere por fin al pecado, es paciencia diabólica, infernal, pues su fin es infierno.

De lo dicho se entiende qué cosa sea paciencia cristiana, que es el propio sugeto deste libro; la cual difine san Agustin diciendo que la paciencia es un sufrimiento con que sufrimos con buen ánimo los males por no perder los bienes que nos acarrean otros mejores; que es decir en suma, una virtud con que sufrimos toda adversidad por amor de Dios y de la vida eterna; así que, el fin ó causa de la paciencia cristiana es Dios y la vida eterna, en que de los demas sufrimientos dichos

se distingue; la cual dió á entender el bienaventurado apóstol y evangelista san Juan en aquellas palabras con que comienza la narracion de su libro del *Apocalipsi*, cuando dice: «Yo, Juan, vuestro hermano y particionero en las tribulaciones, y ciudadano del mismo reino y en la paciencia en Cristo Jesú, esto es por Cristo, que esta es la paciencia apostólica y cristiana, cuando por él y por su amor se padece el trabajo y adversidad; porque las demás, cuando son por amor del mundo, son mundanas; así cristiana cuando es por el de Cristo.»

De lo que en este discurso queda dicho colige san Agustin con cuánta razon hemos de tener esta paciencia en las adversidades; porque, si por cosas vanas, si por las sensuales y torpes, y por pecados y feas ofensas de Dios, y por la salud y vida temporal, padecen á veces los hombres de gana cosas increibles y horrendas, estos mesmos nos enseñan cuán grandes cosas es justo sufrir por la buena vida, y por hacerla después eterna y segura, sin término ni detrimentos de cosa buena. El Señor (dice este santo) dijo: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas; no dijo vuestras haciendas, ni vuestras villas, ni vuestras locuras ni alabanzas vanas; ni dijo poseeréis vuestras lujurias, sino vuestras ánimas. Pues si tantas cosas padece un alma por alcanzar por donde perezca y se pierda, ¿cuánto debe sufrir por no perecer y perderse? Y porque hablemos de lo que no es culpable, si tanto sufre uno por la salud de su carne entre las manos del médico y cirujano, que le están haciendo tajadas y abrasándole con fuegos y cauterios, ¿cuánto debe sufrir entre la furia de sus enemigos, que asisten á cuerpo y alma amenazando al cuerpo? Y los médicos tratan de la salud del cuerpo con tormentos y penas del mismo cuerpo. Quiere decir el santo, que con poco trabajo, bien sufrido por la vida eterna, la alcanzamos para cuerpo y alma, padeciendo otros muchos por la incierta y breve salud del cuerpo.

En conclusion, la diferencia destas dos paciencias consiste en el fin por el cual se tienen, porque ambas comunican en el nombre de paciencia (aunque la mundana, segun san Agustin dice, no la merece, y menos la diabólica); solo difieren en el fin, por el cual el trabajo se padece. Pues ¿qué locura es, habiendo de padecer sin excusarse esto, no escoger el fin, que es Dios, y no dejar los mundanos y vanos fines? El profeta Esaías dice que los que esperan en Dios mudarán la fortaleza: quiere decir que la que tenian para sufrir por lo temporal y vano tendrán para sufrir por Dios, que es mudar paciencia mundana por cristiana; y así, se ve cuando un pecador se convierte, que el ánimo que antes tenia para vanidades y ofensas de Dios, le cobra para las obras de virtud; y por el contrario, el temor y flaqueza que para la virtud tenia, le muda para las cosas del mundo. San Ambrosio dice que el elefante, que con ser animal tan robusto y de tanta fortaleza, que sufre á cuestas un castillo de hombres armados y se tiene con un ejército entero, no temiendo la artillería ni otros instrumentos depantosos de guerra, al cabo teme un raton, y da cuando le ve mil bramidos; así los hombres, que no temen ni se espantan de trabajos increibles y espantables, se espantan de un ayuno y una confesion y un perdonar de una injuria. Pero cuando á Dios se convierten, mudan esta fortaleza que tenian para el mal ó la vanidad, y la cobran para el bien. Y esto es decir que la paciencia ó fortaleza diabólica ó mundana la mudan en cristiana. ¡Oh cuánta razon tiene Dios de quejarse de la mala condicion del cristiano, que por poco interés sufre tan malos tratamientos como cada hora del demonio recibe, y del mundo y de su carne, con tanta disimulacion, que no acaba el mundo de desengañarse, y de la mano del Señor poderoso, en la cual está toda nuestra vida y felicidad, apenas puede sufrir un pequeño trabajo! Acaece á una mujer sujeta á sus pasiones sensuales, y por ellas á algun hombre como ella perdido, que porque él la vió á una ventana ó por otra liviana ocasion padece muchos golpes, coces y puñadas, hasta salir señalada en el rostro, con tanta disimulacion y sufrimiento, que, aun preguntada de su madre, no declara ni descubre lo que ha pasado, fingiendo alguna caida ó enfermedad; y si acaso su marido, con ser el dueño y señor de su cuerpo, á quien ella tiene natural y conjugal sujecion, aun habiendo justa razon le da un papirote ó le dice alguna palabrita desabrida, falta el sufrimiento, levántase de la mesa, alborota la casa y vecindad, que no estará una hora con aquel hombre; que se llame al proviser, que se trate de divorcio, sin haber remedio de apaciguarla. Desta suerte nos habemos con Dios, Señor de la vida y de la muerte, á quien tenemos natural sujecion; que, sufriendo, como sufrimos, el continuo mal tratamiento del demonio, mundo y carne, con quien andamos amancebados, que, si bien se mira, no hay hora que no recibamos mil trabajos y turbaciones por su ocasion, teniendo puestos los ojos en un liviano interese, que el demonio procura que sea corto, por el cual nos pisa la boca y cada credo nos pone á peligro de honra y vida; no hay cosa buena en nosotros ni querida en que no nos lastime, ya en la salud, ya en la honra, ya en la hacienda, ya en el desasosiego de los padres naturales, ya en el recebir de los sacramentos, sin sueño, sin reposo ni quietud; y de todo no hacemos caso, todo nos parece poco á trueque de no perder su miserable amistad y los vanos y sucios intereses que della se nos siguen; y si acaso Dios, que es Señor de nuestro cuerpo, alma y vida, con justas causas y por nuestro bien y interese nos envia una tribulacion, por pequeña que sea, luego nos alborotamos, luego son las quejas, lágrimas y el sacudirnos de amistad tan pesada como la suya nos parece; tenemos su ley por pesadísima, siendo, aunque yugo, suave, manso y dulce. Sufriendo tan continua y pesada vida (si vida puede llamarse) como la que nuestros enemigos nos dan, de quien dice el profeta Jeremías: Serviréis á los dioses ajenos, los cuales no os darán un punto de descanso de dia ni de noche; lo cual al cabo confiesan en el infierno los malos cuando dicen: Anduvimos caminos dificultosos, llenos de cuestas y barrancos, porque el demonio, y por el consiguiente el mundo, son regatones con el triste y miserable hombre; que si pudiesen, con menos deleite y con mas tormento le tratarian, si con eso pudiesen hacer que pecase; pero el hombre miserable cobra ánimo y fuerzas para sufrir su mal tratamiento, y piérdelas para sufrir los pequeños trabajos que para su bien le envia Dios; el cual por su misericordia sea servido de trocarnos esta

fortaleza y darnos su favor y gracia, para que los trabajos que para nuestra salud nos envia suframos con paciencia cristiana por su nombre, y para los que con engaño de nuestros enemigos padecemos nos abra los ojos para sentir cuán grandes y perjudiciales son á nuestra salud, que será trocar la paciencia y fortaleza mundana por la cristiana.

DISCURSO III.

De las excelencias y prerogativas de la paciencia.

Muchos dias he dilatado la prosecucion deste librillo, por verme como azoluado y embarazado pensando por dónde comenzaria las excelencias desta virtud, que á este capítulo caben (tantas son y tan admirables); hasta que por cumplir con este órden, y excusar de pesadumbre á los lectores, me pareció poner en él algunas sumariamente, remitiéndolos á las que, leyendo con atencion, podrán ir por sí sacando del discurso de todo el libro; y para cumplir con el título deste discurso, bien se satisficiera con una excelencia que san Agustin pone, comenzando della y contentándose con ella, y es, que basta tener Dios esta virtud; lo cual, como él mesmo brevemente declara, se ha entender al sentido que en Dios ponemos ira, enojo, cólera, arrepentimiento; cuyos efetos se entienden tener, sin tener nuestras pasiones, cuyos son estos nombres; como declara Crisóstomo, que por nuestro provecho habla como nosotros hablamos; que nos acomodamos con el bárbaro á hablar como bárbaros, y con el niño como niños, y fingimos por su provecho que nos mordemos las manos para mostrar ira, aunque no la tengamos, sino porque ellos la merecen; así, sin tener Dios pasion ni padecer trabajo, espora los pecadores que hagan penitencia, como adelante se dirá. De manera que, así como el Redentor nos persuade al amor de los enemigos con esta razon, Porque nos parezcamos á nuestro Padre celestial, que envia su sol y sus temporales para el bien y sustento de sus enemigos y ofensores; así esta razon habia de bastar á hacernos muy mansos y sufridos, porque nos parezcamos á nuestro Padre y Señor en la paciencia, aunque la suya es tan inmensa y grande, que, por mucha que tengamos, con infinitas leguas, no podrémos llegar á igualar con lo que él nos sufre; pero desto adelante se tratará mas de propósito.

La misma pone por primera excelencia san Cipriano. Pero una de las grandes que aquí podemos poner desta virtud, es que en parte no hay dignidad criada en el cielo ni en la tierra que se iguale con el padecer por el hombre y amor de Dios, á que las ánimas y ángeles bienaventurados, si fueran capaces de envidia, la tuvieran muy grande á los hombres que vivimos en carne pasible, solo de que podemos en ella gozar desta tan alta dignidad y excelencia. El apóstol san Pablo la dió á entender en que, habiendo, para autorizar su dotrina, puesto siempre al principio de sus cartas la dignidad de apóstol, diciendo, Paulo, apóstol de Jesucristo, etc., calló en viéndose en cadenas el título de apóstol, y puso el de preso y encadenado; como suelen hacer los hombres que crecen en dignidades y excelencias, que crecen tambien en títulos, usando de los mayores y callando los menores. Y así, dice en la carta que escribió á Filemon: Paulo, preso y encadenado de Jesucristo; donde parece haber hallado algo en las cadenas muy alto y muy excelente con el apostolado; lo cual, por ser lenguaje que los hombres, amigos de cosas temporales y favores del mundo, enemigos de trabajos y deshonras, no acaban de entender, no quiero yo proseguir á probarlo con mis razones, sino con las del bienaventurado san Juan Crisóstomo, que, alumbrado del espíritu de verdad sobre aquellas palabras que el Apóstol dice á los de Efeso: Ruégoos yo, preso en el Señor; dice las que se siguen: Estar preso y atado por Cristo, cosa es mas ilustre que ser apóstol. Si hay alguno que ame de veras á Cristo, ese entenderá lo que digo. El que en el amor de Cristo se abrasa, y á manera de decir pierde el seso de amor y desatina, ese entenderá la virtud de las cadenas. Este tal, cuando le dieren á escoger, tendrá por mejor suerte sufrir las cadenas por Cristo que morar en los cielos con Cristo; esto es quizá tambien mas ilustre cosa que estar sentado á su diestra, mas honesto que sentarse en una de las doce sillas. Esta virtud, cuando no tuviera otro premio, este lo es muy grande, padecer estos males por su amado. Y si quieres (dice el santo) saber lo que de mí siento, es que si alguno me diese á escoger una de dos, ó todo el cielo ó esta cadena, sin duda esta escogeria; y mas: si fuese necesario estar ó en el cielo con los ángeles, ó en la cárcel preso con san Pablo, sin duda esto desearia; y aun si me pusiesen en el número de los espíritus celestiales, sin duda escogeria antes estar encadenado. No se engañe nadie, que no hay cosa mas gloriosa y bienaventurada que esta cadena. No lo es tanto san Pablo por haber sido arrebatado al tercero cielo como por haberlo sido á las cadenas. No lo fué tanto por haber oido secretos inefables, cuanto en haber sufrido con paciencia las prisiones y cepos; y que él lo haya sentido así, mirad lo que dice: Yo os amonesto, hermanos; no dice, yo, que fuí arrebatado al tercero cielo, ni yo, que oí palabras inefables, etc. Pues ¿qué dice? Amonéstoos yo, encadenado en el Señor. ¡Oh bienaventuradas cadenas! Oh dichosas manos, cuyas galas fueron aquellas cadenas! No estaban tan hermosas las manos de Pablo cuando levantaban en Listris sano al cojo, como cuando estaban con las sogas y cadenas atadas. Si mucho te espanta, Pablo, cuando sus manos mordidas de la víbora no reciben detrimento, no te maravilles que tuvo la víbora miedo á las cadenas; y no solo ella, mas el mesmo mar, tan inmenso, tuvo este respeto, que entonces atado iba. Y si yo (dice este santo) me hallara en aquel tiempo, me abrazara con las cadenas y lazos, y las pusiera en mi seno y las besara por momentos; lazos con que por mi Dios y Señor estuvo atado. Y si tuviera libertad y licencia de los cuidados de mi Iglesia, y fuerzas en este cuerpo flaco, no reparara ni dudara de ir á solo ver aquellas santas cadenas, y el lugar donde estuvo preso y atado con ellas. Y luego mas abajo dice: Tambien Pedro fué honrado con la cadena, porque con estar atado y entregado á las guardas, era con tanta paciencia, que dormia profundamente sin cuidado ni turbacion, hasta que el ángel, hiriéndole en el lado, le despertó. Si aquí me dijese alguno, cuál quisiera mas ser, Pedro preso ó el ángel



que le recordó, yo digo que Pedro mas que el ángel que decendió, por poder gozar de las prisiones. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo, en que se descubre y da bien á entender la excelencia y dignidad desta virtud.

La segunda excelencia es, que es á veces mas poderosa que los milagros; esto puede entenderse de dos maneras : la una, que sea mas poderosa para con Dios, ó que lo sea para con los hombres. El primer sentido es, porque los milagros son don de Dios, por el cual quedamos de todo en todo obligados á aquel de cuya mano le recebimos; pero la paciencia, aunque vino tambien de su mano, deja á Dios obligado con lo que por su nombre padece el que la tiene; mayormente que (como en el libro siguiente dirémos) es gloria de Dios el padecer por su nombre; y aun de aquí es, que lo es tambien del mismo que padece, porque ve en sí la gloria del amigo, que es, como los filósofos dicen, otro yo, y de ahí redunda la gloria en el que padece. De manera que en este sentido es la paciencia mas que los milagros; que es decir que mas querria yo de mano de Dios trabajos y paciencia para sufrirlos por él, que gracia y poder de hacer milagros, aunque lo uno y lo otro es y sea para gloria suya; y mas querria parecer delante de su divina Majestad habiendo padecido por su amor muchos trabajos, que habiendo en esta vida resplandecido por muchos milagros.

El segundo sentido sea, que tiene la paciencia para con los hombres mas fuerza á veces que los mismos milagros : tan grande lo es ella en sus ojos. De aquí decia san Pablo que las señales de su apostolado, esto es, de su predicacion, con que persuadia á los infieles al Evangelio, eran mucha paciencia y milagros, donde pone en primer lugar la paciencia, como la que con mas fuerza convertia á los oyentes. Y conforma con esto lo que Salomon dice, que la dotrina del varon se conoce qué tal es y cuán verdadera, por la paciencia del que la enseña. En este sentido declara Beda este lugar, cuyas palabras son : La dotrina eclesiástica cuán perfeta sea, la paciencia del que la enseña lo muestra; porque en estimar menos el morir que el dejar de predicarla, mostraba cuán saludable era la dotrina que á tanta costa y riesgo defendia. Y en el mesmo sentido lo entienden otros muchos. El mejor ejemplo que para esto se puede traer es el del maestro de la paciencia, Jesucristo, nuestro redentor, de quien san Agustin dice que por esta razon, requerido estando en la cruz que bajase della, prometiéndole si lo hiciese que creerian en él, que era lo que desde su nacimiento pretendió con su dotrina y ejemplo, milagros y pasiones, y con la misma cruz, nunca quiso; porque en aquel paso (dice este santo) hacia mas haciendo para alcanzar este fin padeciendo que bajando aun milagrosamente. Y dice san Agustin estas palabras : Porque allí enseñaba la paciencia, por eso dilataba la omnipotencia. Y fué este medio de tanta fuerza, que por él, ó principalmente por él, se convirtió el buen Ladron, con ser tan gran pecador, por ver al Redentor padecer con tanta paciencia siendo tan inocente; el cual ejemplo es admirable para que todo el mundo mire con atencion y se convierta, pues un hombre tan malo, como aquel habia sido, se convirtió con él, no habiéndose convertido antes con tantos y tan poderosos milagros como de Cristo habia visto y oido. Justino mártir, preguntando en su martirio cuál habia sido el mayor milagro que Cristo hizo, respondió : La paciencia con que sufrió lo que yo sufro. De aquí es lo que Tertuliano dice, hablando con los fariseos de la paciencia del Redentor : En esto, ó principalmente en ello, debiérades, oh fariseos, de conocer al Señor, porque tal y tanta paciencia como aquella ningun hombre puro la pudiera tener. Así que era, segun este doctor, argumento la paciencia de su divinidad, como lo fué al demonio la que le vió tener la noche de la pasion, juzgándole por ella por mas que hombre, cuando procuró con la mujer de Pilato estorbar la prosecucion de la redencion, y atajar las pasiones que él habia puesto en los corazones de los que la causaban; lo cual él no suele hacer en semejantes casos, sino antes atizalla. Y está claro que lo que la dotrina, inocencia y santidad ni los milagros no habian podido persuadirle, sola la increible paciencia en tantos y tan grandes males bastó para persuadirle que era verdadero Dios; en lo cual se ve la razon que Tertuliano tiene contra los fariseos, pues se convence ser mas ciegos y duros que el mismo demonio. Y aun san Juan Crisóstomo dice á este propósito que cuando lanzó el Señor el demonio, y quiso persuadir al principio que por virtud divina, y no por pacto del demonio, habiendo dado tantas razones para esto, dice que la mas fuerte de todas fué la paciencia con que sufria tan graves injurias y enseñaba la verdad de aquel milagro.

La tercera excelencia desta virtud celestial es un efeto maravilloso que, entre otros, tiene, que es tan grande alquimista, que con divina y secreta virtud, no solo es fuego que purifica el oro de las buenas obras, pero muda la injuria en beneficio y gloria, la infamia en honra, los trabajos y penas en consolacion y contento. Buen ejemplo es la que tuvieron los mancebos de Babilonia, que, como san Crisóstomo dice, en comenzando á padecer desbarató Dios el fuego, que, no pudiendo sufrir la fuerza de su paciencia, salió con gran violencia del horno y abrasó á los caldeos que le atizaban; de manera que, por virtud de la paciencia de los siervos de Dios, el horno se hizo templo en que le alabasen todas las criaturas, y en su nombre aquellos santos mozos; los cuales, convidándolas, comenzaron á entonar aquel cántico glorioso : Bendecid todas sus obras al Señor, alabadle y ensalzadle para siempre. El fuego se convirtió en suave rocío; del tirano hizo un predicador del poder y bondad de Dios, que por sus editos mandó que todo el mundo confesase, que ninguno puede librar de trabajos y peligros, sino el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, y que ninguno dijese palabra contra él. Grande alquimista es la paciencia, pues hace tan maravillosas transmutaciones; lo cual dejó dicho el Redentor á sus apóstoles : El mundo se alegrará, vosotros os melancolizaréis; pero vuestra tristeza se volverá en gozo. No dice que se acabará la tristeza, y que tras della vendrá el gozo, ni que dará órden con que se acaben los trabajos solamente, sino que se convertirá en gozo, que es una de las mas maravillosas alquimias que se pueden pensar. El salmo dice que convierte la piedra sequísi-

ma (que tal es la quo allí dice) en estanques de agua; que no solo la sacó della, sino que en ella convirtió su sequedad; porque dos veces acaeció el milagro, una en Rafidin y otra en Cades. Y pues tan natural cosa es amar los hombres sus contentos, y desechar penas y trabajos y melancolías, ¿cómo no hacen un gran caudal de paciencia para vivir siempre contentos y con descanso, pues en esta convierte ella aun los trabajos mismos? Y pues son tambien tan amigos de su interese, ¿cómo no procuran esta virtud, que las injurias y daños de los adversarios convierte en inestimables beneficios? Destos cuenta algunos san Juan Crisóstomo sobre san Mateo, después de haber dicho, que está en nuestra mano hacer de injurias y agravios pena y dolor para el que los hace, y para nosotros provecho y gloria si sabemos tener paciencia, y al revés si no la tenemos; concluye diciendo así: No digas, deshonróme, ha usado contra mí de calunias, hízome otros muchos males y daños, porque cuanto mas dijeres tanto mas le publicas por bienhechor, pues te dió ocasion de lavar tus pecados. Luego, cuanto mayores injurias y daños te hizo, tanto de mayor remision de pecados fué autor; porque, si queremos, en nuestra mano está que nadie nos pueda injuriar, antes nos será de gran provecho los enemigos. Y ¿que digo hombres? Qué cosa peor que el diablo? Y deste tenemos gran ocasion de provecho y de caridad, como Job lo muestra, á quien el diablo fué ocasion de tantas coronas. ¿Por qué te espanta el hombre, tu enemigo? Ruégote que mires cuánto ganas sufriendo con paciencia las insolencias de los que te quieren hacer mal. Lo primero y principal, absolucion de pecados; lo segundo, paciencia y sufrimiento; lo tercero, mansedumbre y clemencia; porque quien contra sus perseguidores no sabe enojarse, mucho mas será manso y fácil para los que le aman; lo cuarto, un alma sincera y libre de ira y furor, cosa que no tiene igual en la tierra; porque el que vive libre de ira, sin duda lo vive de la tristeza que della suele nacer, y así no gasta su vida en vanos trabajos y dolores; porque el que no sabe tener enemistades, tampoco sabe qué cosa son melancolías; antes goza de infinitos bienes y perpetua paz y contentamiento. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo.

La cuarta excelencia desta virtud es que el premio y gloria que se da por la virtud se mide por la paciencia y con el trabajo padecido con ella, que la virtud trae consigo. Bien bastará para ensalzar esta virtud con nueva excelencia decir lo que atrás della se dijo, que es madre ó madrina de las virtudes; pero pasa adelante san Juan Crisóstomo en una carta que escribe á Olimpia, donde dice que se atreve á decir una cosa, que, aunque exceda á la opinion de muchos, no excede á la verdad; y esta es, que aunque uno haga una obra magnífica y excelente, si la hace sin trabajo ni peligro, no llevará por ella mucho galardon; porque este se pesa conforme á la dificultad y trabajo con que la obra se hizo, pues que está escrito que cada uno llevará y recibirá el galardon, segun la medida de su trabajo. Trae este santo dos ejemplos, que declaran esta dotrina: el uno es de san Pablo, que se gloria no de haber hecho milagros ni cosas grandes y convertido muchas gentes, sino del trabajo y contradicion con que las hizo y que en ellas padeció. Son ministros (dice) de Cristo (hablo como menos sabio), mas lo soy yo. Y para probar esto, no dice que predicó muchos sermones ni á muchos pueblos, ni que convirtió, ni que bautizó ni que gobernó; solo comienza á contar los males que sufrió, diciendo: En muchos trabajos, en plagas sobre manera, mucho padecí de cárceles y mazmorras; cada dia peligros de muerte, cinco veces fuí azotado de los judíos con el mayor rigor de la ley, tres veces fuí azotado con varas, otras tres padecí naufragio en la mar, un dia natural estuve en el golfo del mar; en los caminos padecí muchos peligros de rios y de ladrones; peligros de judíos y de gentiles, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros en la mar, peligros de falsos cristianos, padeciendo siempre hambre, sed, frio y desnudez; y sobre todo esto, que cae por de fuera, padecia el cuidado y congoja que continuamente traia en el alma por el bien de todas las iglesias. No dice el gobierno ni la correcion, sino el cuidado, congoja y solicitud, y mas lo que se sigue; que todo es contar, no obras admirables, como eran las que san Pablo hacia, sino penas trabajosas y aflicciones interiores y exteriores, y destas se gloria; y acaba con que, si conviene ó tiene licencia ó necesidad de preciarse ó gloriarse, lo hará de sus flaquezas y enfermedad. Y el otro ejemplo que trae es del rey Nabucodonosor, que después de haber visto aquel famoso milagro con que Dios libró á aquellos tres mozos de su fuego, se hizo predicador del gran poder de Dios, y mandó por sus editos públicos y generales, que nadie pusiese lengua en el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, so pena de muerte y perdimiento de bienes; porque solo él es todopoderoso y él solo es Dios, que tan poderosamente puede librar á los suyos. Dice ahora san Juan Crisóstomo: Este es oficio de apóstoles; ¿no veis la doctrina, las letras y provisiones repartidas á todas partes, la alteza de la predicacion? Pues veamos: ¿ha de tener Nabucodonosor igual galardon que los apóstoles, pues ha predicado la virtud de Dios como ellos? No por cierto, sino mucho menor. Verdad es que el mesmo oficio hizo que ellos hicieran, mas no veo en este rey trabajos ni contradiciones, sino poder y seguridad con que esta obra hizo; pero ellos con resistencias, contradiciones, con empellones, sufriendo miserias, trabajos, azotes, hambres y persecuciones, despeñados, ahogados, muriendo mil muertes cada dia, sintiendo en el alma el escándalo de los nuevos y flacos, aunque no faltaban en retorno consuelos y esfuerzos del cielo; pero era necesario predicarse por este camino, porque cada uno segun su trabajo ha de ser premiado. Y añade: ¿Qué es la causa que, rogando san Pablo á Dios le quitase aquel mal ángel que le fatigaba, no quiso sino esta? ¿Cómo pudiera tener ni alcanzar la gloria que ahora tiene, si aquel oficio de la predicacion de las gentes le hiciera holgando y con regalo y contento? Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo.

De aquí se entiende cuán descaminados andan y engañados, no solo los que huyen los trabajos buscando vida regalada, y en buscarla la gastan toda, que ese ciego es quien no lo ve, y aun no hay ciego que no lo vea, y ellos mismos, aunque ciegos, no pueden negar-

lo, aunque no quieren dejarlo, sino aun los que tratan de servir á Dios y ser gente virtuosa y espiritual, guardando sus mandamientos, y procurando allende dellos hacer alguna obra de virtud; cuando procuran hacer esto, salvo cuanto pueden su descanso y regalo, y huyendo cuanto es posible del trabajo; y así, hacen limosna de lo que no les de pena ni les ha de hacer falta, lo podrido y lo que no es de provecho, para que no les duela el darlo; oyen misa tarde, y en iglesia vecina, fresca y regalada, y la mas breve misa que se puede hallar; el ayuno sin lumbre ni pena, previniendo el estómago del dia antes, comiendo de suerte que menos se sienta; truecan las obras penales que ó por precepto ó consejo son encomendadas, como oracion, ayuno y disciplina, en cosas que menos lo sean. Porque, si es verdad lo que san Juan Crisóstomo dice, todo esto no es sino buscar aquí por dónde lo que de suyo vale mucho, valga menos delante de Dios, pues se ha de medir su valor con lo que en ello se padece, y ellos padecen poco y lo procuran. San Ambrosio dice sobre un salmo: No es grande cosa si entonces no te desvies ni tuerzas de la ley de Dios, cuando ninguno te aflige, ninguno te persigue; porque ¿quién hay que sin ofensa sea ingrato, cuando las cosas suceden prósperamente? Quién hay que cuando anda sobrado en riquezas, cuando goza de robusta salud, se olvide de dar gracias á quien le ha hecho estos beneficios? Hasta aquí san Ambrosio. San Agustin, sobre aquellas palabras del Apóstol, *Humanum dico*, *etc.*, trata cómo la perfeccion de la virtud es el no temer, sino sufrir por ella.

Lo segundo se sigue de lo dicho que si eres casto, hermano mio, mires si lo hace que eres enfermo ó viejo, y que por eso tienes poca tentacion y pelea; y si no sientes el ayuno, no lo haga tu complexion; si no tienes con tu hermano enojo ni enemistad, no lo haga la falta de ocasiones, y de aquí sea menos el merecimiento. Porque si esa facilidad te nace de buena y antigua costumbre, como al religioso que peleando y sufriendo venció la mala, todo su valor se tiene la obra, en virtud de la dificultad pasada y la paciencia con que se padeció, y padeciendo se venció; y así se ha de entender san Juan Crisóstomo. Pero cuando no viene sino de tu flojedad y regalo (como está dicho), por el cual huyen el trabajo de la virtud, conviene, no solo no sacudirte del trabajo de las buenas obras, mas buscar las dificultosas y ásperas y pedirlas á Dios con su favor, para vencer su dificultad, y llorar y gemir cuando Dios no las envia; porque aunque Dios es tan bueno, que no aflige al hombre mas de conforme á sus fuerzas (como adelante se dirá); pero, pues estas mesmas reparte Dios como es su voluntad, eso mesmo has de llorar y gemir, que seas tan para poco y tan indigno, que te dé Dios tan cortamente las fuerzas y en qué emplearlas; pues esto no nace de ser Dios envidioso ni avariento de lo que tan rico es, sino de tu tibieza y flojedad, con que sabe que usarás mal de lo uno y de lo otro, y te perderás. Y por el consiguiente se sigue cuán consolado debe vivir y cuántas gracias debe dar á su Dios el que de fuertes enemigos se ve combatido interiores y exteriores, pues con el favor de Dios, el cual debe por momentos pedir y esperar con hacimiento de gracias, tiene dentro en su casa y en su alma una tan rica mina de gloria y galardon, de donde en tan breve tiempo como el desta vida puede hacer muy gran caudal de bienaventuranza, agradando á su Dios y imitando á Jesucristo su cabeza. En confirmacion de lo dicho, dice el bienaventurado san Gregorio, en los *Morales*, que los prescitos muchas veces desean lo bueno, pero vuélvense á los males de su costumbre; quieren ser humildes, pero sin que los desprecien; pobres, pero sin que les falte nada; castos sin macerar la carne; pacientes sin injurias; así que cuando quieren alcanzar las virtudes huyen sus trabajos. Y estos, ¿qué otra cosa desean sino el triunfo de la guerra en las ciudades, no habiendo experimentado su trabajo en las campañas? Y san Jerónimo en las epístolas: Ojalá (dice) todo el mundo me huelle, solo porque merezca ser loado de Cristo, y juntamente el premio que él promete. Y escribiendo á Eustoquio dice: ¿Cuál de los santos fué coronado sin batalla? Solo Salomon pasó en deleites su vida, y quizá por eso cayó.

DISCURSO IV.

De otras excelencias desta virtud.

Son tantas las excelencias con que esta virtud convida y enamora los corazones de los hombres, que, aunque mas queremos abreviarlas y encogerlas, nos fuerzan á repartirlas en mas de un discurso, contra el intento que llevaba de no hacerlos ni largos ni dos que de una mesma cosa tratasen; pero aquí la grandeza desta virtud y la fecundidad de su materia me hacen trocar intento y mudar las trazas deste libro.

Una de las mayores destas excelencias desta soberana y celestial virtud es, que sola ella es el toque del hombre virtuoso y siervo de Dios, y del que se puede llamar devoto y buen cristiano; de suerte que, aunque un hombre de sí ó de otro tenga las prendas que quisiere, no se puede prometer ni asegurar que es virtuoso, hasta que la experiencia le enseñe que es sufrido. El Sabio dice que ninguno sabe si es digno del amor y gracia de Dios, que es decirnos lo que la santa fe católica nos enseña y manda creer, que ninguna certeza podemos tener mas que humana, si estamos en gracia de Dios; lo cual ordenó nuestro Dios por traernos recatados, y con cuidado de obrar nuestra salud con temor y temblor, como el Apóstol dice; pero para nuestro consuelo y para que con alegría le sirvamos, quiso dejarnos algunas señales ó conjeturas, con que sepamos, ya que no con certeza, á lo menos con algunas vislumbres ó conjeturas si estamos en su gracia; y aunque pudiéramos decir aquí todas las que son; pero, por no ser á propósito, solo digo, que la mayor ó una de las mayores y mas ciertas es la paciencia en las adversidades y trabajos; porque, aunque un hombre sea ayunador, rezador, limosnero, recogido, compuesto y mortificado, todas estas cosas juntas no hacen tanta fe de la virtud del alma como la paciencia en un trabajo. Decia Moisés al pueblo: Hate Dios traido por el desierto cuarenta años para afligirte, y mediante la afliccion, tentarte y probarte, para descubrir todo lo que hay en el secreto de tu corazon, si guardabas ley ó no. Así se prueba la espada, cuando la doblan juntando la punta con la guarnicion, si

luego torna á la primera derechura; si no, no vale nada; así se prueba el oro en el fuego, y el mesmo fuego con el viento, que el pequeño con un soplo se apaga, y el grande con mucho viento se sustenta y se esfuerza mas; así se prueban en el horno los vasos de barro, que el malo se quiebra y el bueno se esfuerza; y á esto compara el Sabio la tribulacion, diciendo : Los vasos del ollero el fuego los prueba; pero á los hombres justos, cuáles los son, sola la tentacion de la tribulacion. Y de aquí es lo que san Pablo dice : Yo me glorio y me recreo con las tribulaciones, porque la tribulacion es causa de paciencia, y esta es prueba del buen cristiano, y la prueba ó probacion es causa de la esperanza, y tal esperanza que no deja burlados ni avergonzados. El ayuno, pobreza de vestidos, la mortificacion, la oracion, la limosna, la disciplina, buenas obras son y señales de hombre virtuoso y buen cristiano; pero no son tan ciertas como cuando llega el sufrimiento en las injurias y trabajos, que no puede falsarse tan fácilmente como esotras obras, y muchas veces se halla quien fácilmente y con liberalidad las obra; y estos, llegados al parecer, descubren el pelo que estaba escondido en el corazon. Sentencia es de san Juan Crisóstomo en el libro de *Sacerdocio*, cuyas palabras son : Comer, beber, cama blanda; muchas vemos dejar estas cosas sin dificultad ni trabajo; pero el daño, la fuerza, la mala palabra, la injuria no todos la pueden sufrir, sino cuál ó cuál. Y es cosa de notar que los que son en otras virtudes poderosos, en esta sean tan flecos, que con cualquiera adversidad se tornen bravos mas fácilmente, y con menos ocasion que las bestias y fieras. Hasta aquí son palabras de san Crisóstomo. Semejante sentencia pone san Gregorio, diciendo : Qué tal sea el corazon escondido, la injuria presente lo descubre.

Cosa maravillosa es ver en una ventana un papagayo las cosas que dice, lo que habla, lo que rie, lo que llora, lo que canta, con cuánto primor, con cuán buena pronunciacion, con cuánta ventaja de muchos hombres; no les falta sino responder á propósito : tales son sus palabras y razones, tan bien pronunciadas y con tales afectos; pero si en medio dellas le picais ó pisais el pié, súbitamente deja lo que habla, y saca la voz natural con gritos y graznidos desentonados, que es argumento que todo lo demas era estudiado y aprendido, y esto lo natural. Así acaece hablar algun hombre santas palabras y espirituales razones, mostrar profunda humildad y mortificacion, pobreza de espíritu y ardentísima caridad, y en tocándole, por poco que sea, en la honra ó hacienda, ó contento ó persona, dejar aquellas muestras de espíritu, y convertirse súbitamente á palabras coléricas, furiosas y impacientes; argumento que lo demás era postizo, fingido y estudiado, y esto lo natural y ordinario y asentado en su corazon; de manera, que aquel pequeño trabajo fué la prueba y el toque de quién era y de los quilates de su virtud y espíritu; lo cual no habia sido con certeza entendido por las demás virtudes y buenas obras, por muchas y buenas que hubiesen sido. Esto entendia bien Satanás, cuando oyendo alabar á Job por boca del mesmo Dios, de sencillo, recto y temeroso de su Dios y apartado de todo mal, respondió el demonio: Ni grado ni gracias que tenga todo eso, pues vive sin adversidad ni trabajo; si no, tocadle un poco, y veréis como con una blasfemia descubre lo que hay en el corazon, y se os atreverá á las barbas; así que, este tuvo el demonio por el principal toque del corazon. Lo mesmo se colige de Tobías, á quien dice el ángel : Y porque eras acepto y amigo de Dios, fué necesario que el trabajo de tu ceguera te probase, esto es, para que fueses conocido y te conocieses. Podíasele decir á Rafael: Veamos, ángel de Dios, ¿no basta para prueba de la santidad deste siervo de Dios ser tan limosnero con vivos y muertos; tan recatado y temeroso; que el cabrito que oia en su casa balar, temia no fuese hurtado; tan medido en sus palabras, tan recto en sus obras, tan piadoso con los defuntos, á quien con tanto peligro de su persona y casa enterraba en la cautividad; tan buen padre para con su hijo, á quien tan ordinariamente predicaba y aconsejaba la virtud y religion con su Dios y caridad con los pobres? Pero con todo, le ciega (dirá el ángel), para dar á entender que todo no era bastante, hasta que tuvo paciencia en tan gran tentacion y adversidad como fué quitarle Dios la vista de los ojos en mitad de tan piadosas obras como hacia.

Y si me dijeres que hay hombres, y no pocos, que con igualdad de ánimo padecen cualquier injuria y trabajo, eso es lo que decimos, que en eso quedan diferenciados de los hipócritas, porque es el toque con que se examinan y prueban ser siervos de Dios y virtuosos con sus quilates. San Gregorio dice : Nadie puede conocer cuánto ha aprovechado sino entre las adversidades y trabajos; porque, aunque las gracias y dones se reciban en la quietud y paz del alma; pero cuánto aprovecha con ella, en sola la tribulacion se conoce. Desta dotrina, aunque podriamos poner muchos ejemplos, el mas claro y mas á propósito es el de Abraham, á quien Dios tenia por gran amigo, y le hizo muchos y muy grandes favores y mercedes; y para darlo á conocer al mundo, le mandó matar su hijo con las circunstancias que bastaban á derribar un roble, cuanto mas un padre viejo como él era, cuya historia ponderaré aquí, para que se vea la gran paciencia deste gran patriarca, como la pondera Orígenes sobre el capítulo 22 del *Génesi* sobre aquellas palabras : Después destas cosas tentó Dios á Abraham, etc. Sus palabras son : Advierte cada cosa por sí, porque en cada una quien cavare hondo, á pocas azadonadas hallará tesoro; y comenzando del nombre, por qué se le haya dado Dios llamándole Abraham, él mesmo lo declara, diciendo : Porque te he dado por padre de muchas gentes; la cual promesa habia de cumplirse en Isaac. Así que, le tenia Dios encendida el alma con amor de su hijo, no solo por el deseo de la decendencia, sino por la esperanza de las promesas; pero este mesmo hijo, en cuya cabeza estaban puestas estas promesas tan admirables y grandes; este por quien se puso el nombre de Abraham á su padre, manda que luego se le sacrifique y ofrezca, diciendo : Toma ese tu hijo muy tiernamente amado, á quien tanto amas, Isaac. Que, aunque bastaba decir tu hijo, no se contentó sin decir muy amado. Y sobre esto, ¿para qué añade á quien amas? Pero mira el peso de la tentacion : los afectos paternos despierta Dios con los dulces y suaves nombres, una vez y otra, de una manera otra repetidos, para retirar con la memoria del amor la

y mano del padre del sacrificio del hijo, y para que así la carne hiciese mayor resistencia contra la fe de su alma. Dice pues : Toma á tu hijo carísimo, Isaac, á quien tú amas tiernamente. Sea, Señor, como tú mandas, que le llames hijo y añadas amantísimo; baste ya para tormento de su padre; pero añades luego: á quien amas; Pase tambien esto, aunque es tres doblado el tormento. ¿Qué necesidad hay luego de nombrarle, diciendo Isaac? ¿Por ventura no sabia Abraham que su hijo único y carísimo se llamaba Isaac? Pues ¿para qué se añade á esta coyuntura este nombre? Para que se acordase Abraham que le habias dicho: En Isaac se ha de contar tu decendencia. Lo segundo, se hace memoria deste nombre de Isaac para ofrecerle, por donde desespere de las promesas que debajo deste nombre le habian sido hechas; lo cual todo se hizo así, porque tentaba Dios á Abraham. ¿Qué se sigue? Véte á lo mas alto desta tierra. Veamos : ¿no pudiera llevarle primero á esa tierra y decirle allí lo que queria? ¿Qué secreto es este? Para que en el camino, mientras le anda, por todo él fuese atormentado y despedazado su corazon de dolorosos pensamientos, cuando por una parte le apretase el mandamiento de Dios, y por otra el amor regalado de su hijo; por eso se le manda ir camino largo y subida de alto monte, para que sirva de campo desta pelea entre la fe y el aficion, el amor de Dios y el de la carne, entre el gozo del bien presente y el amor de lo porvenir. Pues ¿qué respondes, Abraham, á estas cosas? Qué tales son los pensamientos de tu corazon? Ya te ha dicho Dios palabra que examine y pruebe tu fe, ¿qué dices á ella? Qué piensas? ¿En qué te resuelves? ¿Dices por ventura: En Isaac se me hicieron las promesas; si le degüello, ¿en quién se vendrán á cumplir? Ninguna destas cosas dice, no discurre ni piensa en esto; antes obedece con sinceridad y presteza, porque madruga de mañana; apareja su asna, hace la leña, llama á su hijo; no delibera, no rehusa, no consulta con nadie el caso, antes luego toma el camino con la mano, y al tercero dia (dice el texto) llegó, etc. Dejemos agora qué misterio tenga el tercero dia; solo trato del consejo y prudencia de la tentacion. No faltaba algun monte mas cerca, pues toda era tierra alta y montuosa; pero no obstante esto, le alargan el camino de tres dias, para que en ellos los cuidados, unos idos y otros venidos, se remudasen para atormentar las entrañas paternales del viejo padre, para que por camino tan largo y prolijo mirase al hijo muchas veces, el padre comiese con él, tres noches durmiese colgado de sus brazos, apretado con sus pechos, y durmiese en su regazo; considera cuánto va creciendo la tentacion. Pues con estas razones prueba el Señor la fe y el amor de sus escogidos; la cual probada, merecen oir lo que este patriarca oyó, acabada su tentacion y trabajo: Ahora conocí que temes á Dios, porque esta es la verdadera prueba del amor y del temor, cuando todo lo que se ama con regalo y ternura se pospone á la caridad y amor de Dios. Hasta aquí son palabras de Orígenes.

En las cuales parece lo que en este capítulo ó discurso se dice; pues habiendo hecho Abraham muchas obras buenas y de gran perfecion, dejado su tierra, obedecido en muchas cosas, y dado clara muestra de ser gran siervo de Dios y temerle y amarle; en esta quiso Dios que se conociese y él lo conociese, que eso quiere decir, cuando dice que ahora lo conocí; no porque el Señor, que es sabiduría infinita, antes lo ignorase, sino porque en este punto y obra lo descubrió, para que todo el mundo y el mesmo Abraham lo conociese, y hiciese experiencia de su amor, temor y fidelidad; que es una cosa que á los otros desengaña de falsas opiniones, y al tentado consuela y esfuerza, y despierta á servir mas á Dios y á hacerle gracias; porque, si llegado el fin de la tentacion, enflaqueció, cobra humildad, y si venció, hace gracias á quien le dió la fuerza y el vencimiento; al fin, de una manera ó de otra saca la experiencia de sí, tan provechosa de cualquier manera. Séneca introduce á Lucillo su amigo, alegrándose por haberse puesto á peligro de muerte por la lealtad de la amistad, y dice: Por mis amigos todas las cosas temia y por mí ninguna, sino solo que hubiese sido poco amigo. Nunca de mis ojos salieron lágrimas mujeriles, nunca me arrodillé rogando á nadie, nunca hice cosa indigna de hombre de bien; siempre vencí mis peligros, siempre presto á ir donde las amenazas me llevaban; agradecí á la fortuna que quisiese, mediante los trabajos, hacer de mi experiencia cuánto estimaba la fidelidad, que es cosa tan grande, que no me habia de costar poco trabajo. Hasta aquí son palabras de Séneca.

Pues si tan alegre estaba un gentil por haber hecho experiencia de su fidelidad, y alcanzado ocasion para hacerla, ¿qué ha de hacer un cristiano para alcanzar otra, en que, ó conozca su flaqueza para esforzarla, ó su fuerza para agradecerla á quien se la dió? Pues esto es el oficio de la paciencia y dignidad y excelencia della.

Otras muchas se podian aquí tratar, pues san Crisóstomo dice que es el principio y raíz de todos los bienes; ella hace mártires sin sangre, pues san Juan lo fué sin ella, y este nombre le dió el Señor cuando á él y á su hermano dijo que habian de beber su cáliz. Y entre las alabanzas desta virtud no es la menor la que Tertuliano dice, que los filósofos, tan discordes en otras cosas, concuerdan en decir bien della, aunque no conocieron sino la imágen y sombra de la paciencia cristiana. Al fin no hay que gastar tiempo en recoger en un capítulo lo que de todos los deste libro podrá advertir el prudente y atento lector.

DISCURSO V.

De las condiciones que ha de tener la paciencia cristiana.

Porque no se engañe nadie con la apariencia de cualquier sufrimiento en su trabajo, pensando que ya tiene esta virtud, será bien poner aquí sus condiciones, para que por ellas la examine el que la hubiere menester, para que saque della el fruto que se promete á quien la tiene, y no se engañe con la apariencia de virtud; para lo cual, en el párrafo segundo deste discurso se pondrá pintada con sus figuras y colores, como la pinta Tertuliano, y en este primero algunas de sus condiciones que pone el apóstol san Pablo, hablando con los de Corinto, donde dice estas palabras : Hermanos, en todas las cosas nos ofrezcamos y entreguemos como oficiales, siervos y ministros de Dios, con mucha paciencia en los trabajos, en las angustias, en las heridas, en las

cárceles, en la hambre y sed, en el frio y desnudez, etc. Cada palabra tiene su misterio. La primera dice que en todas las cosas tengamos paciencia, que es la primera condicion; que el ánimo esté presto y aparejado para sufrir todo lo que se ofreciere de adversidad y trabajo; que no es paciencia cristiana sufrir y padecer solo lo que queremos, y lo que no nos está bien no sufrirlo; porque esa es señal que no lo sufres, hermano, por Dios y por la vida eterna, sino por tu gusto y voluntad. Con este argumento prueba Santiago en su canónica, que el que quebranta uno de los mandamientos de Dios, le pueden convencer que no guarda ninguno; en lo cual no quiere decir que el deshonesto luego sea por el mesmo caso ladron, y el homicida luego adúltero, y el gloton luego blasfemo; antes hay pecados tan contrarios, que huyen el uno del otro como el pródigo del avariento, y así otros semejantes; sino dice que le podrán convencer de los demás en este sentido, que si es ladron y no adúltero, no lo deja de ser, porque Dios le manda que no lo sea, sino por su inclinacion ó gusto, que lo fué de ser lo uno y no lo otro; que si la mesma ocasion y deleite se le ofreciera para ser adúltero que para ser ladron se le ofreció, tambien lo fuera. Y prueba esto el Apóstol, porque el que te mandó que no adulterases, ese mesmo te mandó que no hurtases; quiere decir, si el no adulterar es por hacer la voluntad del que hizo la ley, tambien lo es no hurtar. Luego si esto no dejaste, no dejas esotro por su gusto, sino por el tuyo. El mesmo argumento hacen los teólogos para probar que el hereje, aunque no descrea mas que un artículo de fe, no le queda fe divina y infusa de los demás (que es buen ejemplo para declarar á Santiago y lo que vamos diciendo), porque la sustancia y ser de la fe católica que profesamos es creer lo que la Iglesia nos enseña, por solo que Dios lo dijo. Y pues aquella verdad que el hereje niega, la dijo Dios como las demás, señal es que si las otras creyera, porque Dios las dice, que esta tambien que niega creyera, pues tambien la dijo Dios; y pues esta no cree, argumento es que las demás cree por su humor ó gusto, ó por otras razones que no son Dios; y así, no tiene dellas fe cristiana, sino adquisita ó de otra condicion y calidad. Desta manera es el discurso ó argumento del apóstol Santiago. Semejante es el de la paciencia cristiana, que consiste en padecer por el amor de Dios y de la vida eterna; y si tú padeces de buena gana la enfermedad y la melancolía, y no puedes sufrir la pérdida de la hacienda, y si esta sufres y no puedes con una injuria, señal es que eso que sufres y padeces, no lo sufres por Dios (pues Dios quiere que lo sufras todo), sino por solo tu parecer ó particular humor, que sientes mas unas cosas que otras ó por otro propio interese. No es esa paciencia cristiana, cuya primera condicion es que se extienda á todo trabajo y adversidad, cuyo vivo ejemplo fué la paciencia de Job, que con un ánimo y semblante sufrió tan diversos golpes del enemigo, la repentina muerte de todos sus hijos, la pérdida de su hacienda, la ruina de las casas, el fuego que abrasó los ganados, la miseria y asco de la enfermedad, las injurias de los amigos y las befas de la mujer. Pues no es menos la del apóstol san Pablo, que cuenta tanta variedad de sus trabajos, cárceles, peligros, naufragios, traiciones, robos, azotes y persecuciones, dando á entender ser general y nunca vencida paciencia en todos ellos, y para los que por el nombre de Dios le sucediesen, como parece en el espíritu con que respondió á la profecía de Agabo, que atándose con la cinta de san Pablo piés y manos, dijo que al dueño de aquella cinta habian de atar así en Jerusalen los judíos y entregará los gentiles, que así lo decia el Espíritu Santo; por lo cual rogaban los cristianos á san Pablo que no fuese á Jerusalen, y él respondió: ¿Qué haceis con vuestras lágrimas, que me quebrais el corazon? Que yo aparejado estoy, no solo á dejarme atar y encadenar, pero á morir por el nombre de Cristo. A los trabajos todos desafía en la carta que escribe á los romanos, diciendo que ninguno dellos será bastante á hacerle perder pié en la caridad y amor de Jesucristo; pues ese mesmo nos aconseja aquí que en todas las cosas tengamos paciencia para tenerla buena.

La segunda condicion es que ofrezcamos y entreguemos, no solo las palabras, sino tambien las personas y el corazon, cuando dice (á nosotros mesmos) que no mostremos solo en la lengua la paciencia, sino que en toda la persona interior y exteriormente resplandezca, que es lo que en otra parte dijo el Apóstol por otras palabras: Vestíos y ataviáos como escogidos de Dios, santos y amados suyos, de unas entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos unos á otros, y mostrándoos señores de vosotros mismos, perdonándoos las quejas que tuviéredes unos de otros, como el Señor á vosotros os ha perdonado. Todas estas virtudes dice que traigamos vestidas, que, como los vestidos, se parezcan y cubran todo el cuerpo; y á la postre, como cerradera ó sobreropa, la paciencia; que andemos todos vestidos della, no solo la lengua, que es muy fácil hablar palabras de sufrimiento, sino toda la persona, la cual ande presta y diestra en el padecer, como la lengua en hablar della. La paciencia de solas palabras no es verdadera paciencia; cuando por no tener posibilidad ó no poder por entonces mas, guardas la impaciencia ó venganza para otro tiempo de mas comodidad, y por entonces calla, sufre, publica, y aun predica paciencia; como hizo Esaú cuando dijo: «Vendrán los dias de las lágrimas y lutos de mi padre, y mataré á mi hermano Jacob.» La buena es la que dice san Gregorio. La buena paciencia es aquella que ama lo que sufre; lo demás no es paciencia, sino un velo del furor escondido; de quien habla Salomon, diciendo: El impaciente con la pasion hace locuras; pero el hombre prudente, al parecer, y el sagaz y redomado, que es el que disimula y la guarda, como dicen, es peor, porque es aborrecible; que el primero, de sus locuras se rien, y luego se acaba todo. Así que, no solo en la lengua y mansas razones ha de parecer la paciencia, sino en el corazon; y no solo en este, sino en palabras y muestras de fuera; en los ojos, en la boca, en las manos, en las obras; vistiéndonos desta librea, como criados de la casa de quien siempre anduvo vestido della y á su costa nos vistió. Dice aun mas, ofrezcamos á nosotros mismos, que es á nuestras personas propias, y no solo á las de los otros, que hay algunos que fácilmente predican y persuaden la paciencia á los cristia-

nos, y les ponen en ella, peró no la tienen ellos en sus trabajos; que es lo que el refran dice y reprehende: buenos consejos solemos dar á los enfermos cuando estamos sanos. No quiere san Pablo ese solo, aunque eso es bueno; sino que á nosotros mesmos nos apercibamos y entreguemos, para cuando la ocasion nos pidiere y nos llamare.

La tercera condicion es que la paciencia sea mucha. Con mucha paciencia, dice el Apóstol; porque los trabajos desta vida son muchos y muy prolijos y pesados; que hay algunos que en el discurso de un trabajo, aunque al principio comienzan bien á sufrir, se cansan presto y comienza su impaciencia antes que el trabajo se acabe; cuyo lenguaje es, que se les acaba la paciencia. Por eso dice el Apóstol que la paciencia sea mucha, no para un trabajo solo, sino para muchos; no para la mitad del trabajo, sino para todo, dure lo que durare, ni para solo un dia ni un mes, sino para mientras la vida durare, que es un mar de trabajos; por eso dice que hagamos una grande provision de paciencia, no aguardando á pedirla ni buscarla al punto de la adversidad, sino que se tenga mucho de respecto para lo que sucediere y para el tiempo que durare la necesidad della: así la tenia Job, que después de tantos y tan largos trabajos aun le sobraba paciencia, pues decía: «Aunque Dios me mate, tengo de esperar en él;» como quien dice: Paciencia me queda para cuanto me puede venir de trabajos. Esta virtud, así ganada, se llama longanimidad, cuando para mucho tiempo y muchos trabajos y muy prolijos tenemos con mucha oracion y larga y profunda consideracion apercebida provision, y hecho, como dicen, el año de paciencia; parecida á aquella paciencia de Dios, de quien san Ambrosio dice: La paciencia copiosa, que tantos y tan grandes pecadores sufre sin castigarlos luego, esta es longanimidad, que no es virtud de una hora sola, sino esperada por muy largos tiempos. Cuando llega el siervo de Dios á tener esta virtud, su lenguaje es en cualquier trabajo, venga lo que viniere, dure lo que quisiere el que lo envia, que después de la tempestad dará serenidad, después de las tinieblas espero su santa luz. Dará Dios tambien fin á estos trabajos. Otros no desean el fin dellos, otros piden á su Dios que no le tengan los suyos; y cuando parece descuidarse en enviarlos, se lo acuerdan. ¡Bienaventurado estado, que tal granero tiene para sustento de su alma! Tal era el Apóstol cuando decia en mucha paciencia que hay muchos trabajos, que hay necesidades, angustias, cárceles, hambre y sed, frio y desnudez, agravios, injurias y persecuciones.

La cuarta condicion es, que la paciencia sea mucha, como siervos de Dios. Con mucha paciencia, dice (como siervos de Dios y ministros suyos), porque los siervos del mundo y del demonio ninguna paciencia tienen, sino para vanidad los unos y para pecados y maldades los otros. Mucha paciencia tiene el marinero y los que pasan el mar á traer el oro y perlas de las Indias; mucha tiene uno que trae un largo y porfiado pleito; mucha un pretendiente en la corte, y mucha mas tiene el que sirve de dia y de noche á un señor muchos años; sufre de grandes necesidades y muchas injurias y desagradecimientos; pero estos sufren por cosas terrenas y temporales, que son vanas y presto se acaban. Mucho sufre un sensual, que el mundo en su lenguaje llama enamorado, y mucho una mujer adúltera y otros pecadores por su contento; pero estos sufren como ministros y siervos del demonio y del pecado, como los primeros sufren como siervos del mundo vano; pero la verdadera paciencia es sufrir mucho como siervos de Dios; lo cual se echa de ver en que los siervos del demonio, mundo y carne, cuando cesa el interés que el que padece pretendia, por poco que sea, no tiene una ni otra paciencia; lo cual parece en los que la *Sabiduría* dice que de verse tan impacientes en los trabajos los que adoraban los ídolos, entendian claramente que aquellos eran falsos dioses; pero los que sirven á Dios verdadero padecen sin interés solo por servirle. Y eso quiere decir el Apóstol cuando dice: Como ministros y siervos de Dios, que le sirven y padecen sin interés solo por le servir y agradar.

La quinta condicion nace de las dos pasadas, y es que la mucha paciencia se tenga, como siervos de Dios, en otro sentido, que es sufrir aun sin culpa, con que está en su punto esta virtud; porque, como en su *Canónica* dice el apóstol san Pedro: No estéis solo dispuestos á padecer como padecen los malhechores, maldicientes y los ladrones, que eso no es mucho; pues el mismo delito está predicando paciencia y persuadiéndola, ¿por qué no la habeis de tener en el trabajo que vos merecistes y quisistes? Pero cuando por bueno y cristiano padeceis, no os confundais ni avergonceis; antes dad mil gracias á Dios por solo el padecer sin culpa por su amor; porque estamos en tiempo que las afliciones y trabajos han de comenzar de la casa de Dios; esto es, de sus siervos; para que todos entiendan que, si esto pasá en sus amigos, ¿en qué pararán los que no creen á su Evangelio? Y si el justo apenas se salvará (como la Escritura dice), ¿dónde osará parecer el malo y pecador? Y en otra parte dice el mesmo apóstol: Los esclavos sed obedientes á vuestros amos, no solo á los buenos y suaves, sino á los duros y ásperos y mal acondicionados, porque esto es lo que á Dios agrada; el sufrir las molestias por lo que Dios sabe que no teneis culpa, cuando sufris penas y castigos sin justicia; porque, ¿qué mucho si padeceis con culpa los castigos della? Pero si por hacer bien sufris, esto es lo que Dios estima y tiene en mucho; porque en esto consiste la cristiandad y esta es nuestra vocacion, seguir á Cristo, el cual padeció por nosotros, dejándonos dechado y ejemplo para que sigais sus pisadas en el padecer, y como él padeció, que fué lo primero, sin culpa suya; porque ni él hizo pecado ni en su boca se halló mentira ni engaño. Lo segundo con gran paciencia y mansedumbre; maldecíanle y no maldecia él, padecia injurias y tormentos, y no amenazaba á nadie ni se la juraba; antes se entregaba de voluntad al juez que injustamente le juzgaba y condenaba. Hasta aquí son palabras del apóstol san Pedro, en que se muestran bien las gracias que acerca de Dios gana el que sin culpa padece á ejemplo de su maestro y señor; para lo cual es necesario mucho caudal de paciencia, más que para padecer con culpa; pues cuando esta hay, la conciencia della reprime la ira en el padecer; pero cuando sin ella se padece, necesario es poner los ojos en Jesucristo, que padeció por las nuestras, de cuyo so-

berano caudal nos ha de venir nuestra paciencia á los que, como siervos y ministros suyos, nos disponemos á padecer, á su imitacion, tantos y tan grandes males como en esta miserable vida se padecen, y muchas veces sin culpa, antes en retorno de bien hacer.

§. II.

De las condiciones de la paciencia cristiana, segun la pintura de Tertuliano.

Aunque san Pablo en el discurso pasado nos haya dicho lo principal de las condiciones desta virtud, será bien poner aquí las demás como en una imágen, para examinar en ella nuestra paciencia, cuando nos pareciere que la tenemos ó quisiéremos tenerla en su perfecion; la cual nos pinta el gran Tertuliano, diciendo que el verdadero retrato de la paciencia es este que se sigue. Dice que tiene el semblante sosegado y gracioso, la frente pura y lisa sin arruga de tristeza ni enojo, las cejas remisas igualmente, con una alegre postura, los ojos bajos, no por infelicidad, sino por modestia y humildad, la boca cerrada por causa de honorífico silencio, el color como de aquellos que están con inocencia seguros y sin culpa; mueve la cabeza á menudo contra el diablo, la risa que amenaza, el vestido á los pechos es blanco, muy justo y apretado al cuerpo, como quien nunca se ha de hinchar ni inquietar, porque su asiento tiene en el treno de aquel mansuetísimo y suavísimo espíritu, que ni se alborota con torbellinos ni con nublados se escurece; antes sereno y sencillo goza de una blanda serenidad, el cual vió Elías la tercera vez; porque donde Dios se halla, allí está con él su amiga la paciencia. Pues cuando su espíritu deciende, allí viene siempre de la paciencia, sin faltarle, acompañado. Si nosotros le admitiésemos con el espíritu, morará siempre con nosotros, antes no aseguro que durará mucho sin su compañera y ministra. Necesario es que siempre, y en todo lugar, haya combate, y él no podrá solo sufrir todo lo adverso, si carece del instrumento para sufrir. Hasta aquí son palabras de Tertuliano. Son sin duda necesarias las condiciones que en ellas pone al que desea ser verdadero paciente. Lo primero conviene que tenga el rostro sosegado y agradable, que es decir, que tenga el corazon libre de dolor y enojo contra el que le hace la injuria; porque por la vecindad y correspondencia que el rostro tiene con la imaginativa, de la mudanza que en él hay se conocen claramente las pasiones del corazon, como por el pulso se conocen las enfermedades y pasiones del alma; de donde dijo el otro que era dificultuso disimular y no publicar en el rostro el crímen secreto y escondido en el alma. La lisura de la frente es, que tenga fortaleza en su ánimo, sin dejarse vencer de alguna pasion, cuyo principio está en el corazon, y sus señales parecen en el asiento de la vergüenza, que es la frente. De ahí dice el Profeta: Yo te he dado una frente mas dura que las frentes dellos, esto es fortaleza. Las cejas en igualdad sinifican que aun la paciencia ha de llegar á la prosperidad, en la cual no se engria el hombre ni se levante en soberbia, porque las cejas, cuando esta hay, se levantan y desigualan; de donde viene en latin á tener la soberbia nombre de supercilio. Los ojos bajos, él se declara que son la humildad, porque la soberbia, cuya contraria es la humildad, es la madre de la ira, que turba al hombre y le alborota, principalmente cerca del corazon, cuyos pregoneros son los ojos; porque en ellos se declara la turbacion del corazon cuando la hay en él. La boca cerrada no dice otra cosa sino que el injuriado, no solo con las manos, mas ni con la lengua, se debe vengar del que le injurió, como el salmo dice: Yo me determiné de guardar mis caminos no pecando con mi lengua; puse un candado á mi boca, y puertas que la cerrasen al rededor. Y luego dice que de palabras, aun de las buenas, se guardó, que es un consejo muy santo y muy propio de la cristiana paciencia; porque tiempos hay que consejos, alabanzas y otras buenas razones no son sanas; lo cual decia David de aquel trabajo en que se vió cuando Semeí le maldecia y deshonraba; porque muchas veces con cualquier palabra, aunque sea buena, de solo abrir la boca, se enciende mas la ira del injuriador, y se abre la puerta á mas y mayores pecados. El color, cual allí le pinta, sinifica la inocencia, que no está amarilla de temor, ni de vergüenza colorada, de haber cometido algun delito. El movimiento de la cabeza contra el diablo es causado de la memoria, de los engaños y astucias suyas, segun aquello que san Pedro dice: Vuestro adversario el diablo, como leon bramando, busca por todos lados á quien tragar; y así, mueve la cabeza para sacudir sus engaños, porque no seamos ofendidos y engañados dellos; que el entendimiento reside mas principalmente en la cabeza, tomando de allí las especies y instrumentos para sus obras, y allí es necesario acudir para no ser ilusos y engañados. La risa sinifica el alegría con que despedimos sus engaños, y la tristeza, de la cual suelen venir muchos daños cuando della se deja un hombre vencer; y así, es buen consejo y propio desta virtud, mostrarnos siempre alegres, dando á entender la poca impresion que en nosotros hacen las injurias y otras aficiones y trabajos. Finalmente, el vestido blanco al pecho sinifica que el verdadero paciente conviene vivir sin mancilla y apretado, porque no se deje hinchar de viento ni cosas vanas del mundo por alguna prosperidad ó buena fortuna, ni inquietar su corazon por alguna adversidad que le sobrevenga, mas antes estar firme y constante para toda fortuna, mala ó buena que le suceda.

De aquí dice santo Tomás que son necesarias dos cosas en las tribulaciones. Paciencia para no perder la fe, y alegría porque no nos derribe la tristeza; y así, san Pablo en una parte decia: Sed sufridos y pacientes en las tribulaciones; y en otra decia: Estoy muy alegre en mis tribulaciones por vosotros. Y Cristo en el Evangelio, en unas amonestaba á paciencia y en otras á alegría. Alegráos cuando os aborrecen los hombres, cuando os descomulgaren, cuando os desterraren, etc. Y así la hacian ellos, que Santiago lo aconseja: Cuando cayéredes en grandes y varias tentaciones, tenedlo por gran ocasion de gozo. Y san Pablo dice á los hebreos: Con alegría recibistes el robo que os hicieron de vuestros bienes. Y al fin todos los apóstoles iban alegres y gozosos por verse dignos de padecer deshonras y afrentas por el nombre de Jesú, señor y maestro suyo. Estas condiciones de la paciencia iba pintando despacio Prudencio en estos versos:

Ecce modesta gravi stabat patientia vultu,
Per medias immota acies, variosque tumultus,
Vulneraque, et rigidis vitalia pervia pilis
Spectabat defixa oculos, et lenta manebat.

Donde parece pintada la modestia, gravedad y sosiego y otras partes de la paciencia. El espíritu donde dice Tertuliano que la paciencia mora, es el Espíritu Santo, á quien Elías vió la tercera vez en la transfiguracion, donde se trataba de la pasion y cruz del hijo de Dios, que sufrió con ejemplo de paciencia increible, al cual habia visto antes dos veces. Una cuando mostró á su criado la nubecilla pequeña; la segunda cuando en una nube de fuego fué arrebatado al cielo; la tercera en la transfiguracion, cuando se oyó la voz de la nube, y que ella es el instrumento del padecer, porque no podrá el hombre, sin él, sufrir las injurias y adversidades que continuamente se ofrecen.

DISCURSO VI.

Que la verdadera paciencia es don de Dios.

De las excelencias desta virtud se colige claramente que no es ella cosa de nuestras fuerzas ni cosecha, sino don del cielo nacido de aquellas manos y entrañas piadosas de donde mana todo bien, como dice Santiago en su *Canónica*; que todo bien excelente y perfecto viene de arriba, del Padre de la luz. Y san Juan Bautista, hablando generalmente deste y los demás bienes, decia á los que le vinieron con la chisme, que Cristo bautizaba y hacia gente. No os mateis, que de arriba le viene, que nadie pudo ni puede tener cosa buena sino es por ese camino. Y así, siendo esta virtud tan excelente, como queda arriba dicho, no puede nacer de nuestra miserable cosecha, sino del mesmo Dios, fuente de todos los bienes, que la obra en nosotros sin merecerlo. Así lo advirtió san Pablo á los filipenses: Hermanos, advertid que se os ha hecho del cielo una merced por los méritos de Cristo, no solo que creais, sino tambien que padezcais por él. Lo cual agradeciendo David, decia á su alma: Alma mia, humíllate á tu Dios y sírvele; porque la paciencia que en tus trabajos tienes, de su mano te viene. Y de aquí entiende Teofilacto aquella palabra de san Pablo: El Dios de toda paciencia y consolacion os dé que en paz, sin altercaciones ni desensiones, tengais un mesmo sentido y parecer. Dice el Dios de la paciencia y consuelo, porque solo él la da y reparte, etc.

Pero no deja de haber algunos, no solo los muy inconsiderados, sino otros muchos, que de ver á los pecadores y facinorosos padecer por sus deleites, y á los mundanos por sus vanidades, muchos trabajos y tormentos de voluntad, coligen que la paciencia nace della y del libre albedrío; porque dicen que si el mundano y el pecador tiene fortaleza para sufrir y paciencia para perseverar en trabajos y en tormentos de justicias por escapar la muerte debida á los delitos que niegan, ¿por qué el justo no tendrá tambien esa mesma fortaleza y paciencia para defender la virtud y la verdad? Dice á esto san Agustin que estas son razones de los abundantes, que dice el salmo, que piensan que todo el bien les sobra, sin que tengan necesidad de pedir á Dios; y que la paciencia cristiana es paciencia de pobres, como el salmista dice en otra parte. Y para declaracion desto dice que, así como el apóstol Santiago pone dos maneras de sabiduría, una que es terrena, animal y diabólica, y que esta no deciende de arriba, sino la otra, que es celestial, espiritual y divina, así es la paciencia en estas dos maneras. La falsa, que es terrena, animal y diabólica, y esta no baja del cielo; pero la verdadera que es celestial, espiritual y divina, de allá ha de bajar por fuerza. Así que, la de los mundanos, pecadores y sensuales, cuando muestran aquella dureza y pertinacia en padecer, no es don de Dios, sino instrumento del demonio; y no es otra cosa sino la codicia y amor propio qué sufre, por haber lo que desea y por huir lo que aborrece, muchos trabajos, cuales vemos sufrir á los amadores del mundo y de sus propios intereses y deleites; lo cual ni es virtud ni tiene que ver con ella, ni don de Dios, ni de ahí se saca que aquel esfuerzo lo podrá emplear en cosa buena; porque la enfermedad de la naturaleza y el propio amor da aquella fuerza á la codicia de las cosas del mundo que dél sale; y así, cuanto mayor y peor es la tal codicia y el tal amor, tanto mas crece la pertinacia en el sufrir.

Pero la paciencia de que aquí hablamos, que es la verdadera paciencia, nace de la caridad, y así no anda sin ella; de quien san Pablo dice que todo lo sufre, y que es paciente y sufrida; que es decir que en todo lo que con paciencia se sufre entra la caridad; antes la tal paciencia sale della, porque todo se sufre mientras la hay. De aquí es lo que en su lugar verémos, que uno de los mayores remedios contra la impaciencia en los trabajos es procurar el amor de Dios, porque, como fuente de donde nace la paciencia, con él se va y con él se viene, no solo por ser virtud, que eso es comun á todas las virtudes; pero segun su naturaleza, depende de la caridad; porque, así como por tener la fe su razon formal, sin dependencia de la caridad en razon de fe, aunque no en razon de virtud; por eso puede hallarse y se halla en los pecadores, segun nos enseña la fe, y pone casa aparte de la caridad, pues ella pertenece al entendimiento, y la caridad á sola la voluntad. Así, por la contraria razon, la paciencia no se puede hallar sin caridad, porque nace della, y della depende su fin y su razon formal; porque para ser paciencia cristiana se requiere que por amor de Dios, que es la caridad, padezca todos los trabajos y la pérdida de todo lo criado, y en faltando esta caridad falta esta virtud, sin poder volver hasta que ella vuelva; y si estando en pecado experimentares la paciencia y sufrimiento en algunos trabajos, aunque te parezca que es por amor de Dios, puedes engañarte, y te engañas de hecho, pues amor de Dios y pecado mortal, que claramente experimentas, no pueden ni por un instante morar juntos en un alma; y así, la paciencia que sientes, ni es virtud, ni meritoria ni verdadera naturaleza de paciencia cristiana, porque esta ha de ser, para serlo, infusa del cielo; pero la que tienes en pecado será adquisita (que llama el teólogo); no mala, sino buena y loable, pues excusa de nuevos pecados, como el Sabio dice; y tiene otras loables condiciones, aunque para merecer el cielo por ella no lo sea.

Será tambien esta don de Dios; lo cual se sigue de lo

dicho, porque, como ella sea buena, no puede hallarse sin Dios en nuestra naturaleza después del pecado; y así lo dice san Agustin, poniendo ejemplo en un cismático, que, perseverando en su cisma, se le ofreciese un tirano que le hiciese negar á Cristo, y en esta demanda sufriese hambres, cárceles y tormentos, solo á fin de no ir al infierno. Dice este santo que esta paciencia es loable, pues no se puede decir que seria mejor negar á Cristo por escapar estas cosas; y que, cuando menos, pues no lo aprovecha para el cielo, segun aquello de san Pablo: Si entregare mi cuerpo para ser abrasado y no tengo caridad, no me aprovecha nada; entiende para la gloria; aprovecharle ha empero para tener menos pena en los infiernos y menor rigor el dia del juicio. Y lo segundo, dice que aquella paciencia es don de Dios, que es buena; pero que, como hay hijos legítimos y hijos espurios, los primeros llevan lo mejor y la heredad, así á los segundos les cabe algo de lo que sobra; que fueron significados unos y otros por Isaac, y los demás á quien Abraham repartió dones, hijos de las concubinas, y los apartó de Isaac; así los hijos de Cristo y de la Iglesia, que son los que tienen la fe con caridad y son legítimos herederos del cielo, estos llevarán los mejores bienes y la heredad de su padre; y los judíos, herejes, cismáticos y malos, reciben dones tambien, pero diferentes, y se comparan á los hijos espurios de las concubinas. Toda esta dotrina y la deste discurso es dotrina del bienaventurado doctor san Agustin, de la cual sacamos en limpio que la paciencia (así como la misma caridad de donde nace) es don de Dios, y aunque la del mundano y pecador nazca de su voluntad y crezca del deleite terreno y se endurezca con la fuerza de la costumbre; pero la caridad, como dice san Pablo, nos infunde Dios en los corazones por el Espíritu Santo, que se nos da. Y así, dice san Juan en su *Canónica:* Hermanos, no querais amar al mundo ni las cosas que hay en él, porque todo lo que hay en el mundo, ó es amor de carne ó amor y deseo de riquezas ó soberbia y ambicion de la vida, la cual no es de Dios, sino del mundo; por el cual entiende el hombre ó la voluntad mundana. Pues el que dijere que la paciencia no es de Dios, señal es que tiene para sus trabajos puesta la confianza en el hombre; y así, incurrirá en la maldicion del Profeta, que dice: Maldito el hombre que confía en el hombre. Estos son los que san Agustin dice que de hartos, abundantes y lozanos, no piensan que han menester á Dios; pero el que atentamente leyere este discurso, hallará que de Dios ha de venir la paciencia en sus trabajos, para salir dellos sin lesion y con provecho, y de ahí nacerá procurar de agradarle, pues tan ordinaria tiene la necesidad del socorro de su paciencia para tantos y tan ordinarios trabajos, que por su nombre y por su mandado se han de sufrir; y de ahí será tambien el temor de ofender á tan poderosa majestad; y por eso decia bien David á su alma: Alma, calla á Dios; solamente le sirve y agrada; porque la paciencia, de que tienes necesidad cada hora, de su mano te ha de venir.

DISCURSO VII.

Del vicio de la impaciencia.

Para que mas claro se vea cuánto bien es la paciencia, bien será tratar brevemente cuán gran mal es su contraria la impaciencia, no solo porque (como el filósofo dice) los contrarios puestos uno cabe otro salen mas con sus calidades y condiciones, como lo blanco puesto delante de lo negro y lo frio junto al calor; de donde entienden algunos aquellas palabras de Job, que dice de los condenados que pasarán de las aguas de la nieve al calor intolerable, y que este será su ejercicio, para significar cuán excesivamente atormentarán allí estas dos calidades, frio y calor; no solo digo por esta razon, sino porque el que pierde en el trabajo la paciencia, ó no la tiene, comunmente ha de dar en el otro extremo de impaciencia; y así, sabiendo cuán grande mal es este, y ayudado del pensamiento de las virtudes y excelencias de la paciencia dichas, y de las que quedan por decir en este libro, procure valerse della y de no dar en tan grande mal como la impaciencia. La cual, cuando no tuviera otro sino ser el demonio su inventor primero, bastaba para entender cuánto mal es; así como al contrario decia san Agustin que la primera loa de la paciencia es tenella Dios. Y atrás deciamos que es don y beneficio suyo, y él mesmo por el consiguiente, el inventor y dador della. Pero lo peor que la impaciencia tiene, es haber sido causa y principio de todos los pecados, y especialmente del primero, que los ángeles y los hombres hicieron, que por esta razon ha de ser á Dios señaladamente aborrecible.

Para entender esto, es necesario suponer que los inventores de las cosas buenas ó malas suelen ser mas particularmente y con mas favores y ventajas premiados, ó con mas rigor castigados en todo género de repúblicas, como parece en las artes mecánicas, que cuando algun oficial inventa alguna cosa útil y provechosa para la república, es della premiado y con muchos privilegios favorecido; y es muy justo que la república favorezca y anime con particulares favores al que particularmente la sirve, porque la virtud quede premiada y los demás animados á servirla; y por el contrario, el que en general ó en particular es causa de algun daño en la república, es particularmente y con mas rigor castigado; y aun en el daño particular de alguna pendencia ó quistion, es mas cargado el agresor, como inventor y despertador de aquel escándalo; lo cual es tambien muy justo, porque los delitos se castiguen y á los delincuentes sea el castigo escarmiento, y á los demás ejemplo de no ser causa de tan grande y perjudicial daño, como es el de una entera república. Pero mas claro parece esto en Dios, en quien resplandece mas, y sin paño reluce la justicia y el poder para ejecutarla; el cual á los inventores de cosas santas, religiosas y virtuosas, suele premiar con particular gloria y honra. Comenzó á mostrar esto en Aminadab, por haber sido el que primero tuvo ánimo para entrar en el mar Bermejo al tiempo que todos temian de entrar por las calles que Dios les habia abierto. Y por eso dicen los hebreos que eligió Dios al tribu de Judá para el reino de su pueblo. Pues á los que inventaron las religiones, donde él se sirve con tanta limpieza y santidad y con tanto artificio y primor, tiene Dios coronados en el cielo con particular gloria, por haber san Francisco y santo Domingo y san Agustin haber inventado sus órdenes, y así hace á los demás

que comenzaren alguna obra santa, y fueren causa que otros la lleven adelante. Por el consiguiente, los que han sido inventores de pecados y nuevas maneras y ocasiones de ofenderle, tienen particulares castigos señalados; como que todos aquellos pecados que por su causa se hacen, son á cargo y caen sobre las cuestas del que las inventó, y el mesmo enojo que Dios con él tiene, le queda contra la mesma invencion. De donde viene san Agustin á decir que Arrio no tiene en el infierno aun toda la pena que ha de tener hasta que se acabe el mundo, y todo el mal que ha de causar aquella mala semilla que en el mundo dejó sembrada; y lo mesmo podemos decir del perverso Lutero y de otros heresiarcas, y de los inventores de las leyes del duelo, y otras cosas que son y han sido ocasion de ofensas de Dios, como dice el apóstol san Pedro en su Canónica. Los que introducen sectas perniciosas granjean para sí apriesa la perdicion, y su condenacion no duerme. Aunque no con esto quedan excusados, los que después los imitan usando de semejantes invenciones, antes Dios quiere que aun en esta vida entiendan los hombres cuánto se enoja de los semejantes, y que, como su pecado fué ejemplo malo de culpas, así su castigo lo sea de que Dios lo castigará en todos. No faltan ejemplos desto en las divinas letras: uno dellos es de uno que hallaron haciendo leña ó cogiendo astillas en sábado, que fué mandado apedrear, siendo tan ligero pecado, solo porque fué el primero que quebrantó el mandamiento de la observancia del sábado después que se puso. Tambien fué riguroso castigo el de Ananías y Safira, su mujer, por haber reservado y escondido para sí parte de su hacienda al tiempo que se convirtieron, porque fueron los primeros que introdujeron propiedad. Aunque san Gregorio dice que habian hecho voto de pobreza, y por haberle por ese hecho quebrantado, fueron con muerte repentina castigados. Pero, aunque sea así, ¿cuántos quebrantan votos y aun de pobreza? Cuántos no perseveran en el estado que profesaron de religion, con daño de sus conciencias y ofensa de Dios? Y no son luego castigados, sino por ser los primeros en este pecado; como los que ofrecieron fuego ajeno en el altar contra la ley, fueron abrasados con fuego del Señor, y muertos allí delante de su presencia; y esto da á entender cuando les sentencia, diciendo: ¿Por qué hiciste este pecado? etc. Por esta razon se dice particularmente de Cristo en el salmo que ha de quebrantar las cabezas de muchos, que son los que con dotrina ó ejemplos enseñan á pecar. Y en otro salmo pide David justicia y venganza contra los que dicen: Destruilda hasta los fundamentos. Y san Pedro, hablando del pecado principal de Júdas, dice que fué capitan y caudillo de los que prendieron á Jesú; que todo es descubrir la gravedad del pecado de los que son causa que otros pequen.

Pues á esta cuenta el vicio de la impaciencia ha de ser á Dios muy aborrecible, por haber sido causa del primer pecado que el hombre hizo y aun del de los ángeles; porque Lucifer, por no poder ó no querer sufrir que el Hijo de Dios encarnado fuese mas que él adorado y estimado, vino á ofender tan gravemente á su Criador; asimesmo, como Tertuliano dice, como Dios hubiese criado todas las cosas y sujetádolas al hombre, que á su imágen y semejanza habia criado, para que fuese dueño dellas, no lo pudo el demonio sufrir, y desta impaciencia nació el dolor, y deste nació la envidia, y desta se determinó á engañarle y tentarle; así que el engañarle nació de la envidia, y esta del dolor, el cual nació de la impaciencia; y así como Dios aborrece al demonio por haber engañado al hombre, induciéndole á pecar, así aborrece al instrumento con que se determinó. Y este fué el nacimiento y niñez deste perverso vicio, y no sabe este dotor decir cuál fué primero, la impaciencia ó la malicia del demonio; solo dice que se dieron las manos y se conjuraron de andar siempre juntas como ahora andan; y así han andado desde entonces, de suerte que ni se halla impaciencia sin pecado, ni pecado sin impaciencia; lo cual pusieron luego por obra, pues Eva, armada con la impaciencia y poco sufrimiento de callar lo que á la serpiente habia oido, antes aun que Adan le fuese marido (dice este doctor), quiere decir por consumacion del matrimonio, antes que debiese oirla, le hizo caer en tan gran pecado; y él, que por la impaciencia della habia caido, cayó tambien por la propia impaciencia y poco sufrimiento, así de guardar el mandamiento de Dios como de guardarse del engaño del enemigo. Y destos principios nacieron todos nuestros males y suyos, y echarle del paraíso y de la amistad de Dios, y condenarle á perpetuo trabajo y á las penalidades que todos ahora sufrimos. Luego nació Cain con la impaciencia heredada, que con el linaje de los hombres se iba criando por arte y astucia del demonio; mató á su hermano, no pudiendo ó no queriendo sufrir que las ofrendas de Abel fuesen recebidas y aceptas á Dios, y no las suyas. Y así como esta mala semilla fué causa del homicidio, lo fué de allí adelante de todos los pecados que se han hecho contra Dios. Del homicidio dicho está, de la ira tambien se entiende, que, ora nazca de avaricia, ora de aborrecimiento, ora de otra cualquier raíz, á la impaciencia se reduce, con que no podeis sufrir que os tome nadie vuestra hacienda, ó el impulso de la avaricia, que os manda tomar la ajena. El adúltero, por no sufrir la castidad, y si esta vende alguna mujer, esta es la que peca, por no sufrir la falta de aquella torpe ganancia. En suma, todos los pecados nacen y se acompañan con esta mala madre, como todas las virtudes con la paciencia, por traer ellas consigo trabajo y dificultad, que la paciencia abraza y vence, y la impaciencia huye y aborrece; y así, se ofende la virtud y el Señor della. Andando los tiempos, todos los pecados del pueblo de Israel nacian de impaciencia; cuando, olvidado de aquella soberana merced, en que fué librado de la sujecion y servidumbre de Egipto y de otras muchas, pidió con tanta instancia que Aaron le hiciese dioses que le guiasen, dando de buena gana las joyas de sus mujeres, solo por no poder sufrir la breve tardanza que Moisés hacia en el monte, negociando con Dios sus negocios dellos. Pues al caer del maná, al agua de la piedra, desconfian de Dios y no lo sufren tres dias de sed, como el Señor se lo reprehende allí, y así en lo demás. Y el poner las manos en los profetas fué de impaciencia de oirlos, y el ponerlas en el mesmo Dios fué de la que tuvieron de verle y oirle. Y así son los pecados que ahora se cometen si bien los

examinamos; pues de aquí se entiende cuán perniciosa y cruel es esta fiera de la impaciencia.

Allende desto, della dice san Juan Crisóstomo que es madre de la blasfemia, vicio tan asqueroso y abominable, porque en teniendo, dice, un trabajo, ora sea enfermedad, ora injuria, aunque sea burlando, hay algunos que se acogen luego á la blasfemia; y aunque al fin les parece que pasan con esto su mal, pierden el mérito y aun el alma, volviéndose contra el Señor, contra el bienhechor, contra el que cuida de su bien y le solicita, como si con eso se aliviase el dolor, y no antes se aumentase; porque el demonio, que lo causa ó puede causar, viendo cuán bien le va para su dañado intento con el tal dolor, se le aumenta para coger blasfemias; porque, tanto mas y mayores las dices, cuanto mayor es el dolor, que si, añadiéndose el dolor, añadieses paciencia y gracias al Criador, el demonio se cansaria, como quien, en lugar de sacar fruto, le pierde; porque, así como el perro que está al pié de la mesa cuantos mas huesos le echan tanto mas diligente anda y mas presto y con mas gana vuelve á pedir, pero si ve que, en lugar de darle otro hueso, le amenaza el que antes se le daba y le despide, luego se aparta de allí; así hace el demonio, goloso de blasfemias, que son los huesos de su comida, muy sabrosos, cuando las hay, vuelve á sacar mas cuantas puede, lo cual deja, y huye cuando ve dar á Dios gracias por el dolor ó trabajo. Esta es dotrina de san Juan Crisóstomo, la cual es bastante para hacernos aborrecer el vicio de la impaciencia, juntando con ella la sentencia de Séneca, que dice que el iracundo, que es hijo legítimo del impaciente, no difiere del loco y furioso sino en solo el tiempo, porque el loco lo es largo tiempo, y el impaciente y airado solo mientras le dura la impaciencia, que en lo demás tan loco es el uno como el otro; la diferencia por aquel breve tiempo será ser loco con pecado ó sin él. Pues ¿qué tal vicio será el que por sus manos y con ofensa de Dios vuelve á un hombre loco y furioso? De manera que tanto tienes de cuerdo y prudente cuanto de paciencia, y tanto de loco desatinado, cuanto tuvieres de impaciente; pues esto se gana ó pierde quien en el trabajo y adversidad huye desta fiera de la impaciencia y se abraza con el celestial don de la paciencia, que, demás de aquel rato que la tribulacion le dura, deja el ánimo para otros tiempos y negocios cuerdo y reposado. Y en todos casos la impaciencia causa locura y necedad, pues, por tenerla, se comete el pecado. Y Aristóteles dice que todo hombre que peca es ignorante, y sale la ignorancia de aquella impaciencia que la pasion con que peca le causó.

DISCURSO VIII.

De los diversos efectos de la paciencia y de la impaciencia.

Por mil partes que queramos descubrir las virtudes de la paciencia y las ventajas que tiene, y los daños de la impaciencia, siempre saldrá mas lo uno y lo otro. Y aunque de lo dicho atrás se puedan fácilmente entender las obras de la una y de la otra, no será fuera de propósito referirlas en suma y con brevedad, para que unas á par de otras mas nos enamoren las de la paciencia y mas se muestren las de la impaciencia feas y aborrecibles; pues todo va encaminado á un fin, que es declarar el bien de la paciencia, que es el argumento de todo este libro; lo cual aprendí de Tertuliano, que en el suyo hizo esta recapitulacion, movido por la razon que he dicho; por la cual, si no fuera mucha prolijidad, se habia de tratar de cada uno dellos mas difusamente. El primer efecto general de la paciencia es que ella es causa de todos los bienes; porque, como lo sea de toda virtud, ella asienta los firmes fundamentos de la fe, y la fortifica de todas partes, y nos hace ejercitar en ella. Ella despierta la esperanza, porque pocas veces se nos encomienda que no se haga memoria del premio della, y lleva con buen ánimo la dilacion de aquellos bienes prometidos. Ella prueba la caridad, descubre la prudencia, hace al hombre templado, humilde, obediente, enseña la humildad, guarda la paz, humilla, purifica, afina y fortalece el corazon y alma del que es atribulado; gobierna el seso, rige la disciplina, acocea las tentaciones, despide los escándalos, rige la carne, guarda el espíritu, ayuda al amor, anima á la penitencia, ordena y señala la confesion, perficiona el martirio, encamina las obras para poder imitar la vida de Cristo, mientras caminamos por su camino; danos perseverancia en ser hijos de Dios, pues por ella imitamos la paciencia de nuestro Padre celestial; hace el corazon manso y sujeto á Dios, rígelo, gobiérnalo, defiéndelo, con el escudo de la buena voluntad, del apetito de la venganza; prueba los siervos de Cristo, como el fuego al oro en el crisol. Si lo son los probados, bien, y si no, hace que lo sean. Por ella somos soldados de Cristo, por ella vencemos al demonio, por ella sube el bueno al reino del cielo, ella nos acredita con Dios y nos hace semejantes á él, y con él nos hace hablar con dulzura; si pecamos, nos hace pedir mil veces perdon y favor para mas no pecar; ella nos hace compasivos con el prójimo y nos da luz para conocerla á ella; si la tenemos en los trabajos, ella nos hace poseer nuestras almas, y nos retiene y conserva debajo de la proteccion del Señor; ella aparta del hombre los vicios y le ayunta con Dios; hácele alegre en la adversidad, cuidadoso y recatado en la prosperidad, ayuda á ganar la vida eterna, pelea con las tentaciones y sufre las persecuciones, refrena la lengua de las injurias y murmuraciones, detiene la mano de las heridas, los ojos de malas y deshonestas vistas, los piés de malos pasos; hace al alma sosegada, libre de contrarios vientos de tentaciones y de las ondas y tempestades de las tribulaciones; vence todos los contrarios, no altercando, sino sufriendo; no murmurando, sino dando gracias; vence la ira y tiémplala; destierra la envidia destruidora del humanal linaje, pone mansedumbre, limpia el alma, rompe el ímpetu de la lujuria, reprime la hinchazon de la soberbia y violencia, humilla la potencia de los ricos, hace humildes en la prosperidad, fuertes y esforzados en la adversidad y apacibles en las injurias, conserva la virginidad en las doncellas, la castidad en las viudas, la caridad y amor en las casadas, enseña al pecador el presto conocimiento de sus culpas, consuela y recrea la necesidad de los pobres, no alarga la dolencia del enfermo ni consume la salud y buena disposicion del

sano; deleita al cristiano, convida al gentil, pone bien al siervo con el señor, y al señor con Dios y con el siervo; atavia á la mujer y honra al varon. Esta virtud es amada en el niño, alabada en el mancebo, reverenciada en el anciano, en todo sexo y edad, en todo tiempo y lugar, parece y se descubre su hermosura; por ella el justo recibe corona, y el pecador perdon y misericordia: en suma, ella es la fatora y solicitadora de la voluntad de Dios y compañera de sus mandamientos, y en fin, ella nos acarrea todo bien, no solo en este mundo, sino en el otro. Todo este párrafo son palabras de los santos Crisóstomo y Cipriano, y tambien de Tertuliano; los cuales, allende destas, dicen otras, y otros muchos ponen otros efectos, pero san Crisóstomo los ciñe todos con decir que es raíz de todos los bienes; lo cual se saca bien de lo dicho, y se declara parte dello en todo el discurso deste libro; de manera que, así como en la moneda se encierran todos los bienes desta vida, así los desta y de la venidera en la paciencia; porque, mediante ella, se alcanzan todos.

§. II.

De los efectos de la impaciencia.

Así como la paciencia es causa y ocasion de todo bien, así lo es la impaciencia de todo mal y de toda nuestra desdicha, que tan contrarias son como esto. El Sabio dice: ¡Ay de aquellos que han perdido la paciencia! Y no dice por qué; y la razon por que calla el daño es, porque todos los males y daños nacen de allí; y así como el primer hombre perdió por la impaciencia todo bien, así con la paciencia torhamos á cobrar la vida. Dice el Sabio que el hombre impaciente se vuelve loco, y que sus obras serán locuras; y así, será risa de los muchachos; y á la verdad esto alcanzó el que dijo que el loco y el impaciente solo difieren en el tiempo, que dura menos la ira que la locura. Así se dice, el enojado que se ensaña, que en latin quiere decir enloquecer. En lo demás, el oficio desta furia infernal no es otro que impedir el corazon que no juzgue rectamente, ni pueda discernir lo malo de lo bueno, lo falso de lo verdadero; y por eso dice allí el mesmo Salomon: El impaciente levanta su locura. En que dice dos cosas: la una, que hace la locura muy grande; la segunda, que la publica, porque cuando queremos publicar una cosa la levantamos en alto. Y para decir sus efectos bastaba decir lo que san Crisóstomo dice della, que es un vehemente y furioso fuego que todo lo abrasa, pues corrompe el cuerpo, ensucia el alma y ofrece triste y amarga vista, y que es un género de embriaguez, pero mas mala que ella; lo cual el profeta Esaías habia dicho, diciendo: Emborracharos heis, y no de vino. Peor y mas fea la pinta san Basilio, diciendo que el impaciente es un retrato del hombre endemoniado; y la experiencia lo enseña, que el que semejante vicio tiene, cuando está impaciente, aparecen en su pecho las mesmas bascas, porque la sangre se llega y recoge al corazon, y allí bulle y hierve, cúbrese el hombre de sudor, tiembla todo el cuerpo, arrúgase la frente, patea á menudo, tuerce las manos y echa fuego por los ojos; finalmente, tanta es su fealdad y ferocidad, que san Juan Crisóstomo dice que, si se pudiese mirar, no tendría necesidad de otro consejo para evitar la causa della. Y aun Séneca da por remedio contra la impaciencia, mirarse, cuando la tiene, el rostro al espejo. Y si es verdad lo que Plutarco dice, que aquella enfermedad dice Hipócrates ser gravísima, que altera mucho el rostro del enfermo; así este filósofo entendia la gravedad de la impaciencia, de ver los impacientes mudados de rostro, encendido el color, mudada la voz y el tono y otras señales. ¿Cuán gran mal debe de ser esta fiera, pues tales mudanzas causa?

Pero, descendiendo mas en particular, de muchos males ha sido causa; y discurriendo por la sagrada Escritura desde el principio, después de haberlo sido de la caida de los ángeles y de los hombres, como arriba queda dicho, ella hizo que Cain matase á su hermano Abel por la insufrible envidia que tuvo de su prosperidad. Ella hizo huir á Agar, esclava de Abrahan, por no poder sufrir por su soberbia á su ama y señora; y así, el ángel la mandó volver y humillarse á ella; hizo que Esaú vendiese el mayorazgo tan barato; ella hizo que el pueblo mil veces murmurase contra Dios, y Moisen fuese castigado por ello; ella hizo que Architofel, por no haberle sucedido bien el consejo, se ahorcase; ella, que Holofernes, oyendo que se apercibian los israelitas á la defensa, y oyendo las razones de Achior, fuese muerto por mano de una mujer; y que Aman parase en lo que paró, por no poder sufrir que Mardoqueo no le quitase la gorra, y todo vino á llover sobre su cabeza; lo mismo, finalmente, de todos los pecados de que se hace mencion en el viejo y nuevo Testamento. Pues contraponiendo sus males á los bienes de la paciencia, tampoco se pueden contar; porque, por cualquier ocasion que vengan, ó por enemistad ó soberbia ó avaricia ó por deleite, todos nacen de impaciencia. De aquí nace la herejía, por no poder el hereje sufrir el estar sujeto á la obediencia del Papa y de la Iglesia católica y sus prelados; y así, inventan errores para ser estimados por ese camino, sustentándoles la mala vida que les predican, de quien dice Salomon: Él que es impaciente, por su casa verá el daño que recibe, y recebido uno, vendrá otro mayor, mientras este vicio le durare. Finalmente, la impaciencia es perjudicialísima, porque todo lo que la paciencia edifica, ella lo destruye y lo arranca de cuajo. Esta hace al hombre semejante á las bestias, y no á cualesquiera, sino á las fieras, que cuando se apodera del corazon le priva, no solo del juicio, sino del nombre, de que es indigno; porque el hacer mal á otros no es de hombres, sino de fieras, las cuales, en siendo provocadas por cualquier parte, luego se valen de las herraduras, dientes, cuernos ó uñas, ó de otras armas ó instrumentos que naturaleza les dió, sin mirar ni tener mas respeto á otra cosa; así son los que, sin mas consideracion ni freno, vengan luego cualquier injuria, por pequeña que sea. De aquí es que en ninguna cosa se conoce mas claramente la diferencia del sabio y bueno al ignorante y malo, que en estas dos, paciencia y impaciencia; porque, el que con la paciencia sabe enfrenar su ira, este es el sabio, y el que no lo es, no acierta á enfrenar la suya.

El bienaventurado san Juan Crisóstomo se espanta

de los hombres sujetos á su impaciencia, diciendo: ¡Cómo! ¿que tengas habilidad y maña para amansar un leon y hacerle doméstico y tratable, y el furor y impaciencia de tu alma la tienes mas sañudo y cruel que el mismo leon? Cosa maravillosa es que, habiendo dos tan dificultosos impedimentos para amansar un leon, el uno ser animal sin razon, y el otro ser el mas fiero de todos los animales, con todo eso, repartió Dios á los hombres arte y habilidad para vencer estas dos cosas y amansarle, y que el que tiene saber y maña para vencer tan fiera naturaleza, como la de semejantes fieras, no pueda ó no se amañe á vencer la fiera que dentro de sí mismo tiene; antes escurezca para consigo el bien que Dios le comunicó, con que vence la fiereza de las bestias. Así que si emprendieses amansar otro hombre bravo, no podrias poner otra excusa sino que no está en tu mano ni eres señor de su voluntad, pues es ajena, y ahora, siendo la tuya la fiera que se ha de amansar, tú, que tienes poder de subir las fieras á la dignidad de la mansedumbre, te derribas de la que tú puedes gozar, arrojándote al furor y braveza de las bestias irracionales. Finge que tu impaciencia es una fiera, pues pon tu la diligencia para domarla, que otros ponen para domar un leon, y vuelve tu pensamiento blando y manso, pues sabes que no le faltan dientes ni uñas con que, si te descuidas y no la amansas, á tí y á tus cosas un dia te despedazará; porque, no hay leon, no hay víbora que así procure desmenuzar las entrañas de un hombre, como su propia impaciencia, destruidora de cuanto hay en el hombre. Algunos hombres hay que crian en el cuerpo gusanos que no les dejan respirar, porque les comen y roen las entrañas; y nosotros criamos esta ponzoñosa vívora de la impaciencia, que roe y despedaza las entrañas de nuestros hermanos. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo, el cual en otra homilía nos dice otro gravísimo daño que hace, que es hacer que las cosas pequeñas, en tiempo que del hombre se apodera, parezcan grandes; porque, así como mientras dura la buena y verdadera amistad, las cosas que de sí son graves y molestas parecen á los ojos del amigo ligeras, así, en tiempo del enojo, las que de suyo son livianas y ligeras son tenidas por gravísimas. Y así como una centella pequeña de fuego, si le poneis mucha cantidad de leña, no por eso la quema luego, por su poca fuerza y virtud; pero cuando el fuego es muy crecido y la llama ha tomado fuerza, no solo la leña, por mucha que sea, sino las piedras abrasa, y aun todas las cosas que suelen apagarle sirven de encenderle mas, pues en este estado, no solo la estopa y pajas y otras cosas semejantes enciende, sino tambien el agua, aunque con mayor ímpetu se le eche, la enciende; así hace el airado, que cualquiera palabra que se le diga, la hace materia de impaciencia y furor.

Pues si esto es así, ¿quién no huirá tan mala compañía, por quien la buena se pierde, y todo lo ganado en muchos años, que, cuando no puede alcanzar la venganza que desea, ni poner las manos en su contrario, las pone en sí mesmo? Por lo cual en el libro de *Job* es comparado el impaciente al tigre, animal ligerísimo y ferocísimo, del cual cuenta Plinio que cuando le toman los hijos vuela tras el que se los llevó, y cuando ya no puede mas, se despedaza á sí mesma. Séneca la compara á una muralla que cae de alto, que se desmenuza, y destruye la casa que coge debajo. Y aun David en un salmo, diciendo: ¿Hasta cuándo fatigais á un hombre y le matais y acabais todos juntos, como una pared que va á caer y una muralla rempujada? Y la version caldea dice: ¿Hasta cuándo bramais contra el misericordioso, hasta cuándo cometeréis este homicidio todos vosotros, como un lienzo de muralla inclinado para caer, que se mata á sí y á los demás? Desta manera es la impaciencia, y esta es la obra que hace al que della se acompaña.

LIBRO SEGUNDO.

DE LOS TRABAJOS Y ADVERSIDADES QUE SON MATERIA DE LA PACIENCIA, Y DE LAS RAZONES POR QUE QUISO DIOS AFLIGIR Á LOS HOMBRES CON ELLAS.

PRÓLOGO.

Todas las cosas (dice la *Sabiduría*) hizo Dios con su cuenta y razon; en su peso y medida las hizo todas; todas tienen su por qué tan ajustado, que no queda lugar de ponelles tacha ni descubrirles pelo, como salidas de aquel abismo de infinita sabiduría; pero las obras suyas en esto se diferencian de sus mandamientos, que las obras no truen tan descubierta la razon por que las hizo, y la justificacion, como las que manda hacer á los hombres, de quien dice David que los juicios de Dios son verdaderos y su justificacion está en ellos mesmos. Hase Dios con los hombres como un mercader con sus amigos: á uno dice, cuando le da el paño ó la mercadería. Tomadla, y veis ahí esa vara ó peso; medildo vos allá ó pesadlo; á otro amigo dice: No teneis que medir, que medido va. Del primer amigo se fia el mercader, y el segundo quiere que se fie dél. Las cosas que Dios nos manda nos dice que las midamos nosotros, y para esto nos da el juicio y entendimiento con que las midamos, porque ninguna nos manda que no sea muy conforme á razon; y así, las hallamos conformes á ella, que ninguna cosa falta ni sobra; dentro en sí se traen su razon y su justificacion; pero sus obras dice que están medidas, que no tenemos que medir, porque hemos de cerrar los ojos de la razon y abrir los de la fe; esto es lo que el Profeta dice: «Si no creyéredes, no lo entenderéis.» Y asimesmo lo que san Agustin y san Basilio dicen sobre aquel verso del salmo: *Rectum esse verbum Domini, et omnia opera ejus in fide*, dice san Agustin;



La palabra de Dios es recta, que no la hallaréis falta ni nada torcido. San Basilio, que todas sus obras en la fe, que con ella se han de creer, y no medirse ni apearse como las que nos manda. Tal es la conversion del Ladron y la perdicion de Júdas, tal la facilidad de la vocacion de Mateo y la dificultad del paralítico que descolgaron por el tejado. Estos secretos, dice el mesmo san Agustin, no quieras juzgar, por qué trae Dios á sí á uno y deja al otro, si no quieres errar; como quien dice: No es esa de las obras que se han de medir con tu juicio, sino con el de Dios; pero dice san Anselmo que, así como es locura buscar razones de la fe antes que creamos, así es gran negligencia no buscarlas después de haber creido, para esfuerzo, consuelo y ejemplo de los creyentes. Uno de los secretos, cuya medida y razon reservó Dios para sí, es porque quiso llevar los hombres por el camino áspero de los trabajos y adversidades, mayormente á sus siervos y amigos; cuya razon descubrirá en el dia de la revelacion, que san Pablo dice que será el último dia. Pero con la licencia que nos da san Anselmo, y por mejor decir, el mesmo Dios, de buscar, después de haber creido, las razones en las divinas letras y en los santos, sirve este segundo libro de poner aquí las que hemos podido recoger que vengan aquí mas á propósito, porque envia Dios trabajos á los hombres, siendo él tan dulce y piadoso; lo cual se hará cuanto diga primero dos ó tres consideraciones cerca de los mesmos trabajos.

DISCURSO PRIMERO.

De cuántos y cuán generales son los trabajos desta vida.

Una de las razones por que al principio dijimos que era de general provecho este libro, fué por serlo tanto los trabajos y aflicciones desta vida miserable, que ningun estado hay, por pintado que sea, que del todo sea dellas reservado; lo cual, aunque tiene poca necesidad de probarse, pues todos nos quejamos dellos, en una palabra nos lo dice el libro de *Job*, cuando dice que la vida del hombre sobre la tierra no es otra cosa sino una perpetua guerra. Y aunque hay algunas Biblias que donde dice *militia* dice *malitia*, lo mesmo se es; porque ese vocablo sinifica penas y trabajos en la sagrada Escritura, y después de otros muchos lugares, se ve claro en el evangelista san Mateo cuando el Señor dice: Bástale al dia su malicia, que es su trabajo. Y así lo nota san Jerónimo en este y otros muchos lugares, y aun en griego y latin tiene esta sinificacion, como parece en Homero, en muchos lugares de la *Odisea*; y la razon desta sinificacion es porque, como hay mal de pena y de culpa, así malicia de pena y malicia de culpa. Así que, por cualquier manera que se entienda, el santo Job dice que no es otra cosa esta nuestra vida sino un perpetuo pelear con los trabajos y aflicciones. Y el mismo en otra parte decia: Todos los dias de mi pelea espero el dia de mi muerte, pues nadie vive sin ellas, aunque sea rey ó papa; detrás de aquellas vestiduras que resplandecen hay dos mil géneros de pesadumbres y tormentos. No mires, dice Crisóstomo, la púrpura, sino al alma muy sangrienta y colorada mas que la púrpura, ni mires la corona, sino los cuidados que rodean su cabeza y corazon, los sobresaltos de dia y de noche, los vuelcos en la cama, los peligros de la vida y de la honra. Y pone allí algunos ejemplos, á los cuales se puede añadir el de aquel rey que arrojó de sí la corona, diciendo que nadie sabia cuánto pesaba; que quien lo supiese no se espantaria de vérsela desechar de sí: Levántela quien no la conoce.

Pues si esto se dice de los cetros, coronas y tiaras donde parece que se vive sin trabajo ni cuidado, ¿qué dirémos del pobre y del que es menos que el Rey? ¡Qué de trabajos se representan en las comedias de los reyes, y príncipes del mundo! Y todos ó los mas, ó otros semejantes, han pasado así. Son estos grandes del mundo semejantes á aquellas grandes figuras de gigantes, que el dia del Santísimo Sacramento salen en la procesion, que por su grandeza se divisan desde léjos sobre las cabezas de la gente, y traen á los mochachos y á los simples abobados; y sabido lo que es lo que así espanta, viene allí debajo sustentando aquella máquina un pobre hombre, cansado y sudando, salariado por una miseria por todo el dia, que cuando á la noche se acaba la fiesta se deja caer sobre una pobre cama ó suelo, ó lo primero que halla, hecho pedazos, y á veces arrepentido, aunque sin provecho, de haber traido con tanto trabajo y tan poco fruto aquella carga tan grande, aunque por ella era mirado y respetado en la procesion. Tales son estos personajes grandes del mundo, que en esta procesion dél son los mas altos, ilustres y señalados con el dedo, levantados sobre todos, mirados de los niños, que no estiman mas de lo que parece; y bien mirado, son unos hombres flacos como los demás, y por ventura de menos fuerzas y quilates, que por una liviana paga traen á cuestas aquella pesada carga del oficio ó dignidad, sudando y cansados, que así lo confesarian si les apretasen los cordeles y tomasen su confesion; y cuando se acaba la procesion y la fiesta desta vida, si por su desdicha no les cabe buena suerte, se arrojan en aquella dura cama del infierno, cansados y quebrantados, como ellos lo confiesan en el libro de la *Sabiduría*, diciendo: Cansados venimos del camino de maldad, ¡oh qué calles tan ásperas y dificultosas hemos andado! Y lo que dellas sacamos, ¿qué fué sino soberbia? Y esta ¿de qué nos sirvió? Y ¿qué provecho nos dieron las riquezas? Qué nos aprovechó tan triste y trabajoso sueldo de tanto trabajo?

Y si esta comparacion de los gigantes no basta, ó dijéredes que otro la dijo primero (aunque no por eso es peor), tomemos un gigante de bronce, que dura mas que el de palo y cañas, y sea el Coloso de Ródas, que á cabo de muchos años se cayó, y cuando cayó, se dice que apenas habia hombre que con los brazos pudiese abarcar el dedo pulgar, y dentro tenia grandes cavernas, y pinos y travesaños de hierro, culebras, lagartos y sabandijas. Esta es la figura destos oficios y dignidades. Unos señorazos que parecen de bronce, inmortales y perpetuos, y que relucen cuando les da el sol, y dentro están llenos de barras que les atraviesan el alma, y de maderas con que se sustenta aquella grandeza, y sabandijas y culebras que roen el corazon; desta manera viven, cuando tristes y cuando alegres, en tiempo de adversidad y de prosperidad. David decia: Señor,

apiadáos de mí, que me acocea el hombre, esto es, la carne, y no hay hora en el dia que no me aflija; y no solo ella, sino mis enemigos, porque tengo muchos que pelean contra mí, y estoy temblando, no solo dellos, sino del dia que mas favorable tengo á la fortuna, que ni ese dia tengo hora segura de traiciones y zancadillas.

Pues si esto pasa en la vida de los príncipes, ¿qué dirémos de los que poco valen y de los pobres, que, con no ser libres de congojas y cuidados del corazon, andan acosados de otras ordinarias, para pasar su vida y defenderla de infinitos contrarios que tienen; sujetos unos á hambre, otros á frio, otros á calor, otros al continuo trabajo corporal; otros, aunque desto no tengan cuidado, le tienen de la honra, del cumplimiento, de la venganza, de la injuria, etc.? Que, así como en una sala de armas tienen los reyes arma para chicos y para grandes y medianos, así tiene Dios en el mundo trabajos para todas gentes, edades y estados; y la razon desto es, entre otras, que, como seamos los hombres de cuerpo y espíritu, y sean muchas cosas necesarias para sustentar la vida del cuerpo, demás y allende del poco saber que para conocerlas tenemos, se alcanzan con mucho trabajo; lo cual fué parte de la sentencia que fué dada contra nuestro padre Adan cuando Dios le dijo: Tu sudor te ha de costar sacar de la tierra el sustento todos los dias que vivieres; porque ¿quién es tan ciego, que no vea con cuánto trabajo se ganan las riquezas, y con cuánto mayor se guardan y conservan? Como el Sabio dice: Donde hay muchas riquezas, tambien hay muchos que las coman, y que la hartura del rico no le deja dormir; lo cual dió á entender aquel rico del Evangelio, que, requebrándose con su alma y dándola licencia para holgarse, pues tenia trigo y vino y otros bienes para muchos años, dice: Alma mia huélgate, come, bebe, brinda, banquetea, que tienes riquezas y bienes para muchos años; pero no dijo duerme, por lo que el Sabio dice que la hartura del rico no le deja dormir; que las espinas y abrojos, cuales dice el Señor que son las riquezas, no dejan dormir al que sobre ellas está acostado. Pues ¿qué si consideramos que el hombre nace y vive necesitado de muchas cosas, para las cuales ha menester ayuda de vecinos, y no amigos, sino enemigos y contrarios suyos? Qué mayor miseria puede imaginarse? Sentía mucho este trabajo Salomon, cuando decia, tratando de los trabajos desta vida: Buscaba en todas las cosas algun descanso (dice); volvíme á otras cosas donde pensaba hallar paz y reposo, y vi las calunias que unos hombres hacen á otros debajo del sol, y las lágrimas de los inocentes, sin tener quien los consuele, y las pócas fuerzas para resistir á los agravios y violencias que padecian, desamparados de todo socorro ni ayuda; y entonces tuve por mas dichosos á los muertos que á los vivos, y por mucho mas dichoso al que nunca nació, pues se escapó de ver tantos trabajos y males. Lo segundo, cuanto toca al espíritu, harta miseria y trabajo es, siendo imágen de Dios y pariente de los ángeles, andar atado á servir, como sirve, de buscar las cosas necesarias para el cuerpo, fuera de que se ocupa en defenderse con gran trabajo de su carne, que perpetuamente pelea por alzarse con el mundo, siendo criada para obedecer, sabiéndo que si el fin desta pelea pára en ser vencido, no puede ser mayor miseria para una tan noble criatura: Y cuando venza y reine mientras vive, no alcanzó mas de ser reina de una fiera; la cual con sus pasiones conviene tener presa y encadenada, y vivir con congoja y cuidado de que no rompan las prisiones y le quiten la vida; la cuál cuan grave y pesada sea en este ejercicio, san Pablo lo declara con aquel encendido sospiro que sacó, estando en esta consideracion: ¡Ah, desdichado de mí! ¿Quién me librará deste cuerpo mortal? Pero porque no parezca negocio tan escuro, que sea necesario sacarle de la escritura, bien será traer algunos dichos de filósofos, qué, aunque sin lumbre de fe, con mediana consideracion nos dejaron sentencias graves y doctísimas para despertar la nuestra.

Lo primero un poeta griego de los cínicos lo dijo breve y compendiosamente. No sé (dice) qué modo de vivir me pueda seguir; en la plaza hallo pleitos y otras cosas llenas de aspereza y dificultad, en la mar temores; si caminas y llevas algo contigo, es cosa temerosa; si nada, pesada y miserable; si te casas, sobran cuidados; si no te casas, soledad; si tienes hijos, no faltarán trabajos; si no los tienes, careces del mayor contento. La mocedad es loca, la vejez enferma; no sé para qué es buena esta vida. Mejor fuera ó nunca haber nacido, ó morir luego en naciendo. Semejante sentencia es la de Eurípides, diciendo: Como nos habemos al revés en nuestros contentos, mejor parecerá (dice) la hora que uno nace juntarnos en su casa á llorar, reconociendo los varios males de esta vida que aquel comienza, y al que con la muerte acaba los grandes trabajos desta vida celebrarle y regocijarle todos sus amigos. Ciceron dice de los de Tracia, que hacian esto, y alega á Herodoto por autor, lloraban al nacido y regocijaban al muerto. Plutarco, en una carta consolatoria á su mujer de la muerte de una su hija, le dice una sentencia de Sileno, que dijo á un rey Midas, y refiérela tambien Ciceron, y él usa tambien della, que el mayor bien que podia tener el hombre era no nacer, y tras este, el morir luego que nace; la cual sentencia tambien cita Eurípides. Platon, mas copiosa y tan elocuentemente trata desta materia con estas palabras. Pregunto, ¿qué parte de la edad del hombre es libre de calamidades y trabajos? Decidme: luego que el niño cae á los piés de su madre, ¿no comienza la vida con lágrimas? Pues procediendo la vida, ¿qué molestia le falta? Siempre le veó apretado, ora de pobreza, ora de frio, ora de calor, ora de azotes. Pues antes que sepa hablar, ¿cuánto padece llorando, no teniendo otra manera de quejarse sino esta? Pues cuando llega á edad de siete años, despues de pasados muchos trabajos, allí comienzan otros nuevos. El ayo, el maestro de las letras, el de otros ejercicios; pues ya el de geometría, el de la esgrima, el del caballo, el de la soldadesca, grande y pesada multitud de dómines. Después desto, cuando sale de niño, allí lo salen tambien los trabajos y suceden otros mas crecidos: el estudio, la universidad, los propósitos de las letras, los azotes y castigos, y otros males sin cuento; porque han de vivir debajo del gobierno de los que los tienen á cargo. Pues salido deste trabajo, comienzan los verdaderos cuidados y la congoja, qué manera escogerá de vivir, y los demás trabajos y molestias

en cuya comparacion todos los pasados son pueriles y unos espanta-niños; porque hay guerras, heridas y perpetuas peleas, y otros cuidados de cosas graves. Pues ya cuando viene la vejez engañosa, adonde se viene á juntar todo lo que es miseria, enfermedad y flaqueza de naturaleza; y si luego no paga el triste hombre la vida á cuya es, como hacienda ajena, luego está sobre la cabeza la naturaleza, pidiendo logro de la muerte, que espera; al uno le lleva la vista, al otro el oir, y á veces ambas á uno, y si todavía alarga los plazos, le lleva las fuerzas y le atormenta, y le quita poco á poco los miembros; otros hay que en el ánimo son mas que mozos, remozándose de puro viejos; por lo cual los dioses, que penetran mas las cosas humanas, á los que estiman en mucho los sacan presto desta vida. Así lo hicieron con Agamedes y Trofonio; los cuales, habiendo edificado un templo en honra de Apolo, rogáronle que en pago desta obra se les diese lo mejor que se les pudiese dar. Quedáronse dormidos y nunca mas se levantaron. Así acaeció á los sacerdotes de Juno, que, rogando su madre á la diosa que les hiciese alguna gracia por la religion con que le servian, murieron aquella noche, que ella lo habia pedido. Hasta aquí son palabras de Platon. Y aquí nadie se engañe, pensando ser estos dos casos verdaderos milagros, pues los dioses no lo eran.

Prosigue adelante Platon, trayendo excelentes dichos de poetas y filósofos, y discurriendo por todos los oficios y estados, en los cuales todos halla incomportables trabajos, y muchos mas en los que parece al vulgo vivirse con mas contento y descanso; porque, después de haber dicho los trabajos y miserias que padece el oficial, y las lágrimas que derrama cuando se ve obligado á cumplir y remediar tantas necesidades como la vida tiene, con el trabajo de sus manos tan continuo, y los peligros de los que navegan los mares por pasar la suya, y las inclemencias del cielo y varias mudanzas de fortuna á que el labrador está sujeto, viene á tratar de los estados mas pretendidos en la república, que son los magistrados y los que tienen el gobierno del mundo, de quien solo dice la congoja con que viven, comparando su vida á la del ladron, que siempre vive con sobresalto, picados de mil puntas y aguijones que no les dejan dormir ni reposar, sujetos á mil desvíos, mas intolerables que la misma muerte; porque ¿quién (dice) puede ser bienaventurado, como el vulgo piensa que estos son, viviendo sujeto al mismo vulgo, aunque dél reciba mas aplausos y aclamaciones, siendo juguete y ludibrio del pueblo, arrojados, silbados y juzgados, condenados y muertos, y finalmente, miserable y lastimoso espectáculo á los ojos de los que los miran? Y al cabo pregunta este filósofo, ¿dónde está el mesmo Axioco? ¿Con quién habla? ¿Dónde Melciades? Dónde Temístocles? Dónde Efialfes? Y ¿dónde todos los demás que fueron gobernadores y capitanes de la república famosos y señalados?

§. II.

Prosigue la materia deste discurso con la sentencia de Ciceron.

Entre las sentencias destos antiguos filósofos no quiero callar la que escogió el mesmo Ciceron, semejante á esta, para consolarse de la muerte de su hija Tulia, la cual dice haber sacado de un libro que Crantor, filósofo, hizo del llanto, del cual dijo Panecio que merecia ser encomendado á la memoria sin dejar palabra dél; en el cual pone aquel autor con tanto primor todas las calamidades del mundo, que parece que no nacieron los hombres para mas que para pagar delitos y pecados; porque en naciendo el hombre, luego pensarás que nace, no el señor y gobernador de todas las cosas, sino el siervo de todas las miserias; porque en la niñez luego le salen á recebir lágrimas, gemidos y flaqueza, sin uso ni del cuerpo ni de la razon, dolores y molestias sin cuento. A la juventud unos ardores de la sangre nueva, sin prudencia ni juicio, un desprecio de las cosas útiles y loables, un apetito de deleites perpetuo y de torpezas muy ordinario, una ignominia de los verdaderos bienes, un furor para con sus iguales, una soberbia contra sus mayores, y no menor arrogancia para con los menores. De aquí nacen las pendencias, las enemistades, las injurias, y un tropel de otras mil molestias, una infelicidad del menosprecio de lo honesto, y una infamia de las torpezas seguidas sin rienda, lágrimas y enfermedades, y muchas veces un aborrecimiento de sí mesmos, nacido del conocimiento del infame sueldo de los pasos torpes; tras esto la perdicion del gastar sin juicio ni duelo, sin cuidado de lo porvenir, de la pobreza, de los hijos, de la decendencia y de la familia; que si alguno dijere que son cosas nacidas del vicio de la edad, y no miserias del hombre, solo mudará el nombre; pero no negará ni quitará las miserias dichas, ni puede decir nadie que no sean naturales, porque algunos no las tengan, como si negase que el airarse sea natural, porque hay alguno, cuál y cuál, que no se enoje, ó el vivir en compañía porque alguno haya hecho vida solitaria. Así que naturales son estas miserias, que aunque no se hallen todas en uno, pero todas en todos y algunas en muchos, y aun muchas en uno, se conocen á cada paso.

Pues ¿qué dirémos de la edad perfecta de varon? No será difícil entender las miserias; pero serálo contarlas, pues es una edad que entre todas mas anda entre peligros de la vida, de la honra y hacienda y de sobresaltos del alma; porque, así como es entre todas las edades la mas cómoda para negocios públicos y particulares, así es la mas sujeta á las miserias, que del gobierno público y particular suelen tener nacimiento; porque, así como tiene cargo y administracion de los negocios de la patria, amigos, etc., y de ahí la gloria cuando suceden con felicidad, así las miserias y melancolías. Aquí asestan las quejas del pueblo, aquí la culpa de los malos, la envidia de lo bueno, los peligros, calumnias y asechanzas. Una edad es siempre para sí enojosa, nunca sosegada, siempre trabajada, siempre solícita y congojada; la cual, si no fuese alguna vez con algun deleite ó interés entretenida, en ninguna manera podria sustentarse; pero es tan grande el número de las miserias y la gravedad dellas, que ninguno hay tan fuerte que no baste á derriballe del cuidado de negocios públicos; y pone ejemplo en sí Ciceron de las calamidades y peligros que en servicio y defensa del pueblo romano habia padecido.

Luego dice: Pues los trabajos de la edad que queda, que es la vejez, ¿qué necesidad hay de decir nada, pues el nombre mesmo de enfermedades y flaquezas las pregona y el aspecto de los viejos las publica? ¿Qué otra cosa es ver un viejo temblando, acorvado, caño, sin fuerzas, enfermo, que ver un muerto vivo ó un vivo muerto? Y si alguno tuviere por consuelo de los viejos la prudencia ganada con tan larga experiencia, antes de ahí se toma nuevo desconsuelo, porque el que sabe lo que se ha de hacer, ¿cómo no tendrá dolor de no poderlo poner por obra por falta de fuerzas? Cómo no sentirá no poder ayudar con la obra al que ayuda con el consejo, mayormente entendiendo que para la obra es necesario tanta prudencia como para el consejo?

Tras esto, trata de los estados, que divide en tres partes: mayores, menores y medianos; de los mayores, los peligros en cosas graves y guerras, expuestos y ofrecidos á temores, cuidados y congojas, cuales Dionisio dió á entender á Damócles, su amigo, cuando le puso en el convite la espada sobre la cabeza; qué pocas vitorias, qué grandes daños cuando las alcanzan, que cuestan mas que valen. Pues cuando sucede desbaratarse el ejército no hay mas miserable estado, pues se junta con pobreza, captividad, lágrimas y menosprecios.

Dirásme que hay reyes ó tiempos sin guerras ni alborotos, y libres de polvareda y estruendo de soldados, y que á lo menos esos vivirán en pacífica posesion de sus reinos, gozando de los deleites y regalos dellos, sin tener quien se los inquiete. Antes te digo que, como la naturaleza humana no puede sufrir ociosidad, el mesmo rey cual tú le pintas, cuando otro no le moleste, se molestará á sí mesmo, porque siempre le fatigará el pensamiento, ó de adelantar imposiciones, ó de dilatar sus tierras y ganar ciudades, emparentar con los mas poderosos ó trabar amistad con ellos. Y quien desto trata, ni puede juzgarse por libre de molestias ni dejará á los demás libres dellas. Y por no tratar de la avaricia, que suele combatir fuertemente los ánimos de los tales, pasemos á la ínfima suerte de los hombres, que va por otra vereda; porque, como tiene el nombre de ínfimo, así tiene la sujecion á todo género de calamidades y miserias. Allí aporta la pobreza, la hambre, las afrentas, las injurias, los pechos y tributos, las molestias de los soldados, y finalmente todos los males; y uno dellos, y el peor, es que los demás, cuando alguna calamidad viene por su casa, tienen muchas cosas con que della pueden consolarse; pero á esta gente la misma naturaleza les cerró las puertas todas por donde pudiese entrarle alguna consolacion. Pues los medianos no se escapan de miserias, porque participan de las de los mayores y padecen con los menores; porque, puestos en este medio, obedecen con los ínfimos á los mayores, y padecen con los supremos de los menores.

Y dejando estos, pasa al sexo de las mujeres, las cuales padecen en su tanto las miserias que se han dicho de los hombres; las cuales son tanto mas intolerables, cuanto es el sexo mas flaco para llevarlas. ¿Cuántos trabajos y cuán graves padecen con las muertes de maridos, padres, hijos y hermanos? Pues cuando casan con un marido que sale loco ó flojo, y descuidado del gobierno y provision de su casa, otros son jugadores y pródigos de lo que no ganaron, de donde vienen en casa la pobreza y las lágrimas, que tanto mas tristes son cuanto menos pueden valerse de otros hombres que remedien sus daños. Aquí comienza Ciceron á lamentar á su hija del dolor que recibió del destierro de su padre, de las adversidades de sus maridos, y cuántas lágrimas le costaron, y aunque no le faltaron algunos bienes á su vida; pero que sentencia es de los mas sabios que el dolor de pocos males suele ser tan grande cuanto el gozo de muchos bienes; lo cual es sentencia de Aristóteles, que sentimos mas el dolor que la mesma cantidad de gozo nos da de contento. Prosigue Ciceron diciendo que, aunque pudiera en este punto decir muchas cosas, no las quiere callar; pero que esto no calla, que una de las grandes miserias de las mujeres es, que cuanto la vida les dura, siempre es forzado ser sujetas; cuando están por casar, á sus padres y á sus deudos lo son; cuando casadas, á sus maridos, á quien obedecen y sirven; así que, cuanto menos libres, tanto mas miserables, y nunca están libres sino al salir desta vida; de manera que solo después de muertas se pueden decir felices y dichosas; y no sé cierto (dice) qué mas se puede decir. Pues hablando de nosotros, dice Tulio: El casado, fuera de las comunes calamidades, es atormentado desta particular: que es combatido, fuera de sus cuidados propios, ahora de los de mujer, hijos y familia, sin poderse apartar un punto, ni con el pensamiento solo, de la que por matrimonio juntó á sí. Y concluye este filósofo que un ánimo de un hombre tan cercado de calamidades ¿qué cosa podrá hacer ni pensar que loable sea? Y que es milagro que no se deje caer, y como desesperado, se esté en tierra sin quererse levantar.

Pero, aunque el testimonio destos filósofos sea tan grave, mas lo es el del Espíritu Santo, que por Job prosigue con mas autoridad este argumento; donde, viendo las miserias desta vida y los trabajos que en ella se pasan, maldice al dia en que nació, por ser principio della. Y prosigue pintando con muchos encarecimientos la mala suerte de los que la viven. Y en lugar de lo que Platon dice, alegando al primero que lo dijo, que llore en buena hora el que nace, porque entra en poder de tantos males como la vida tiene, dice Job que mejor fuera no nacer, ni tener vida ni ojos, para ver tantos males como la del hombre tiene; y semejante sentencia dice Salomon viendo los trabajos y calunias de los inocentes.

De aquí se entiende cuán engañados andan los hombres que, pensando escapar de duelos y trabajos, gastan toda la vida en pretensiones y en procurar mejorar estado, pensando hallar en el que no tienen mas descanso; pues donde quiera que vayan, han de hallar trabajos y fortunas, quizá mayores que los que procuran dejar, á costa de nuevos sudores y trabajos, que son como los que de noche se hallasen dentro de un grande lago de agua y cieno atollados hasta la cintura, que, procurando para salir dél mudarse de los lugares donde están ó mejorarse, suelen dar en lugar mas hondo y quedar mas dificultosa la salida, y sentirse mas los cepos de lodo; porque todo el suelo está cenagoso do quiera que fueren, y mucho mas donde menos piensan. A los cuales

viene muy á propósito lo que Amós, amenazando al pueblo, decia, que no podrian huir la persecucion que Dios les habia de enviar. Así como si un hombre huiga de un leon, y huyendo le salga un oso al camino, y huyendo deste entre en su casa, y asiéndose de un agujero de una pared le muerda una culebra, etc. Así son los que, por huir del trabajo de un estado, se procuran poner en otro, mayormente cuando el que de bajo y humilde estado procura alcanzar el alto, pensando escapar del trabajo que en el que ahora tiene padece, como los de Babilonia, que á gran costa y sudor edificaron una torre, en cuya altura se asegurasen de las aguas del diluvio si acaso otra vez viniese; como si allí les faltaran trabajos si vivieran, ó le faltara á Dios con qué castigarlos ó afligirlos. Así que, cuando la fortuna se te mostrare favorable para salir de los trabajos de los pobres, en esa mesma hora entras sujeto á los de los ricos; y al revés, que muchos hay que, pensando escapar de los que tienen, dejan estados, mitras y prelacías, y se recogen á vida mas pobre y solitaria, donde se prometen mas descanso, aunque estos mas aciertan; porque lo mas seguro, segun dice Aristóles, es la mediana fortuna; y Séneca, restituido por Claudio á Roma, de Córcega, donde estaba desterrado, hallándose en Roma peor por el mal tratamiento de Neron, se lamenta, quejándose de la fortuna en los versos, que se siguen:

Quid me potens fortuna, fallaci mihi
Blandita vultu, Sorte contentum mea
Altè extulisti, gravius ut ruerem, aedita
Receptus arce totque; prospicerem metus?
Melius latebam procul ab invidiae malis
Remotus inter Corsicae rupes maris
Ubi liber animus et sui juris, et mihi
Semper vacabat, studia recolenti mea:

¿Por qué quisiste, poderosa fortuna, viviendo yo contento con mi suerte, levantarme en alto, mostrándome un rostro blando, pero falso, para que fuese mas grave mi caida, puesto en un alcázar para que de allí, como desde atalaya, descubriese tantos temores? Mejor me estaba yo retirado entre los peñascos del mar de Córcega, léjos de los daños de la envidia, donde gozaba de un ánimo libre y todo mio, y con sobra de tiempo y quietud recorria la memoria de mis estudios.

Así que siempre, y en cualquier lugar y estado hay trabajos, y la razon dello es, que á cualquier parte que vamos y en cualquier negocio que entendamos, llevamos siempre con nosotros la principal razon dellos, que es á nosotros mismos; como á san Gregorio dice san Basilio, que los que navegan al principio llevan revuelto el estómago, y eso se me da en la nao, que saliendo al batel, que quedando en el agua, que saltando en tierra, siempre vomitan y la razon es, porque el estómago revuelto y provocado, va siempre con ellos. Lo mismo acaece á los enfermos, que apetecen siempre camas frescas, y aunque en ellas luego luego sientan algun alivio, pero presto tornan á pedir otra cama, y aun la mesma que dejaron, y la causa es, porque llevan siempre consigo la calentura, que les inquieta y atormenta. Lo mismo es cuando en el invierno deseamos al verano; y al revés, en el verano al invierno, que en uno y en otro tiempo se siente trabajo. Tan verdadera es aquella sentencia de Eurípides: Loco y sin juicio eres si piensas poder vivir sin trabajos, siendo mortal, como eres.

Pues si esto es así que do quiera hay trabajos, ¿por qué no harás tú, que lo entiendes, de fuerza virtud, y los padecerás con fruto? ¿Qué mas miel hallas en los del diablo ó mundo que en los que padeces por Dios? Pues estos son frutuosos y se alivian con la fe, esperanza y caridad; pues la causa del padecer dice san Agustin que es la que hace mártires, y no lo que se padece; y estos son semilla de la vida y holganza eterna, y los otros de penas infernales multiplicadas, como dice Job. Y pues se quema tu casa, caliéntate al fuego, como los discretos dicen, y saca de poco mal y daño bien y provecho infinito.

DISCURSO II.

Que no es regla cierta para juzgar del hombre, si es amigo ó enemigo de Dios, el trabajo ó la prosperidad en que vive.

De lo dicho en el discurso pasado, especialmente de la generalidad de los trabajos, se colige clara y manifiestamente cuán errado anda el vulgo de los que piensan que todos los trabajos y calamidades vienen á los hombres en castigo de alguno ó algunos pecados; lo cual, aunque se tenga por cosa cierta en los trabajos comunes, grande error es pensar que siempre sea lo mesmo en los particulares. De lo primero tenemos muchos lugares y ejemplos en las sagradas letras, que en el *Deuteronomio* lo manda avisar Dios á Moisen, diciendo: Y sabrás que tu Dios y Señor es fuerte, poderoso y verdadero, misericordioso para mil años y generaciones con los que le aman y obedecen, y castigador riguroso y apresurado con los que le ofenden, de tal suerte que luego y sin dilacion, les da el castigo que merecen. Cuando castigó el mundo con el diluvio, da la razon de tanto enojo porque la tierra estaba llena de pecados y maldades; y así, pensaba destruir los que las obraban con la mesma tierra. La esterilidad de los años dijo un profeta que venia por esta misma razon: Oid el recado de Dios, hijos de Israel, que entra en cuenta con los que viven en la tierra; porque en ella no hay verdad ni misericordia, ni conocimiento de Dios, sino avenidas de pecados, de murmuraciones, mentiras, homicidios, hurtos, adulterios en tanta abundancia, que se alcanzan unos á otros; por esta razon yo haré que la tierra llore y enviaré enfermedad sobre todo lo que vive en ella, de suerte que no quede bestia del campo ni ave en el cielo, y aun los peces de la mar diré que se alboroten y se recojan, que es decir que les vendrá su calamidad. Y dando á entender que le pesa á Dios destos castigos, dice Hieremías: ¿Hasta cuando ha de llorar la tierra, y se ha de secar y abrasar toda la yerba della por los pecados de sus moradores? Esta fué tambien la causa de aquella larga esterilidad de tres años y medio, como parece en la razon de Elías cuando la pidió. Pero mas claro se ve en aquel razonamiento que Achior hizo al capitan Holoférnes, que, estando sobre la ciudad de Betulia, se mostraba muy espantado y despechado de la resistencia que el pueblo hacia con tanta porfía al gran poder de Nabucodonosór, que, declarándole Achior el suceso de su privanza con Dios, y las mercedes que les habia hecho desde que salieron de Caldea, y la salida de

Egipto, donde vivian oprimidos, dejando ahogados los enemigos, sin quedar uno que llevase la nueva; habiendo ellos pasado á pié enjuto el mar, apartándose las aguas dél, y haciendo calle ancha por donde pasasen, le dice que estos y otros semejantes favores sentian todo el tiempo que no le ofendian; pero que la hora que se apartaban de sus leyes y mandamientos eran entregados en las manos de los enemigos, con grande oprobrio y afrenta. De donde le aconsejaba que supiese si los cercados estaban bien con su Dios; porque así, seria locura acometellos, y que si no lo estaban y le habian ofendido, que seria cierta la victoria. Lo mesmo aconsejó Balaan á Balac, que procurase que ofendiesen á Dios los de su pueblo, y que por aquí alcanzaria su intento. Así que, lo que es castigo y trabajo comun, comunmente suele venir por pecados de aquella comunidad.

Podria ser que el juicio errado de los trabajos particulares haya nacido de la verdad ya dicha, y del consejo que toman los buenos en semejantes calamidades, de atribuir con humildad á sus proprias culpas el trabajo que Dios envia; pero el error de los trabajos particulares ha sido muy recebido en el mundo, y ha durado tanto, que, dejado aparte lo que los hermanos de Josef luego coligieron cuando se vieron en Egipto en tantos aprietos, mas claro es lo de los amigos de Job, que le afligian dándole á entender, que todas sus calamidades le habian sucedido por sus pecados. Y hasta el tiempo de los apóstoles hubo quien juzgase, que san Pablo era homiciano, por verse mordido de la víbora, que el juicio de los hados no consentia que viviese. Y lo que es peor y mas grave, el inocentísimo cordero Jesucristo, nuestro redentor, fué contado con los malhechores y malvados, segun lo profetizó Esaías y lo alega san Lucas; aunque aquí el juicio no fuera errado, si se juzgara que era por pecados, como no pensaran y juzgaran por las penas, que eran propios suyos, pues por los de todo el mundo que fueron tantos y tan graves, fué puesto en tanta aflicion el hijo de Dios. Y hasta los tiempos de agora ha durado en muchos este mal juicio, que, cuando ven á alguno en alguna grande tribulacion ó trabajo, se les ofrece luego que debe de tener á Dios enojado; y así lo platican, siendo por otra parte, personas sabias y discretas. Y á la verdad no me espanto que se les ofrezca esta consideracion, pues la naturaleza de los bienes y prosperidad es, ser premio de la virtud; y la de los males y penas, ser castigo de los viciosos y malos. Y algunos tomaron ocasion de las palabras que el Señor dijo al paralítico: Anda en paz y no quieras mas pecar, porque no te acaezca otra peor que la pasada.

No se puede negar que muchas veces, no solo al malo pero al bueno, envia Dios trabajos por sus pecados; que del inocentísimo Job lo siente aun san Augustin, hablando dél por estas palabras; dice Job del Señor: Muchos golpes me ha enviado sin causa; no dice, ningunos me ha enviado con causa, sino muchos sin ella; porque no sufrió lo mucho que sufrió por pecados, sino para prueba de su paciencia, que por los pecados, sin los cuales él mesmo confiesa no haber vivido, el mesmo juzga que merecia padecer algunos trabajos de los que padeció; hasta aquí son palabras de san Agustin. Así que no se niega que algunos trabajos envie Dios por pecados, sino niégase que sea esa la señal de ser pecador; lo cual dice el mesmo doctor del mismo Job, en otro lugar, diciendo: Cuán grande haya sido el santo Job, confieso que lo ignoramos; pero esto se sabe que fué justo, esto tambien se sabe que en sufrir grandes y horrendas tentaciones fué grande; sabemos que todo lo sufrió, no por pecados, sino para mostrar su justicia. De suerte que san Agustin siente que ni todo por pecados, ni todo lo sufrió sin ellos, como parece juntando estos dos lugares dichos. El bienaventurado san Juan Crisóstomo declarando aquel paso del apóstol y evangelista san Mateo: Quien pecare contra el Espíritu Santo no le será perdonado en este siglo ni en el venidero; dice: Si no hiciéredes penitencia, ni en esta vida ni en la venidera podréis escapar del castigo, porque todos los hombres del mundo son en cuatro maneras: unos pagarán en esta vida y en la otra, otros en esta vida solamente, otros solo en la otra, otros ni en esta ni en la otra. En esta y en la venidera, como los de que va hablando aquel texto, que, demás de lo que de los romanos padecieron, les aguardaron allá graves tormentos en el infierno, y asimesmo los de Sodoma y Gomorra, que comenzó desta vida el fuego que agora padecen; en la otra vida solamente, como el rico avariento de quien habla san Lúcas; en esta solamente, como el fornicario de quien habla el apóstol á los corintios; y los cuartos son los apóstoles y profetas, que no tuvieron que pagar, y el santo Job y los semejantes; los cuales, si tuvieron en esta vida trabajos y afliciones, no fueron en castigo de pecados, sino para que su vitoria y esfuerzo fuese conocido.

Pero para mayor claridad desta dotrina, no hará poco al propósito traer otra muy provechosa del bienaventurado san Agustin en los libros de la ciudad de Dios, donde distingue dos maneras de bienes y de males. Unos bienes son proprios de los buenos y premio de su virtud, y los males proprios de los malos y castigo de sus vicios y pecados; y estos no los hay agora en el mundo, hasta el dia del juicio, que vendrá Dios á repartillos tan puros y sin mezcla, que ni los bienes tendrán rastro de pena, ni las penas de los malos le tendrán de consuelo; lo que no tienen los bienes y males desta vida, que ningun bien hay que no tenga alguna mezcla de mal, ni mal que no tenga alguna de consuelo; que si las riquezas son bienes desta vida, no las hay tan cumplidas, que dén cumplido contento al poseedor, ni hay pobreza ni tribulacion que no tenga consigo algun contento; pero en la otra vida el bien del cielo será sin pesar ninguno, y el mal del infierno sin consuelo. Lo cual dice mas en particular Teodoreto, explicando á este propósito aquel verso del salmo: La voz del Señor corta por medio la llama del fuego. Dice que esta division que la voz de Dios ha de hacer de la llama el dia del juicio, será de dos calidades que tiene, que son quemar y alumbrar, que la primera dejará en el infierno para abrasar aquellos miserables, y la segunda, enviará al cielo para que tengan alegre claridad los bienaventurados. Y aun siguiendo esta dotrina podemos decir con san Gregorio en los *Morales*, que aun la del quemar divide Dios, como lo hizo en el horno de

Babilonia, donde le dejó esta virtud para quemar las ataduras de sus siervos, y se la quitó para que no les pudiese lastimar. Y lo mesmo podemos decir de la luz del fuego, que la dividió, dejando la parte sin pesar á los santos bienaventurados, y apartando parte della para que los condenados vean visiones de demonios y á otros condenados, que por haberlo sido por su ocasion ó causa, ó por otras razones, serán atormentados con lo que vieren. Y asimesmo la calidad del quemar dividirá, porque esta tiene dos efetos: el uno consumir, el otro atormentar; y este segundo quedará en el infierno, y el primero se les negará; porque eso se querrian los malaventurados, acabarse y consumirse, por no perpetuarse en aquellos tormentos; pero esta irá al cielo para bien de los bienaventurados, que aunque ellos no serán ni pueden ser consumidos ni acabados, pues ya en la perpetuidad han de correr á las parejas con Dios, como á la criatura es concedido, sin mudanza ninguna en gracia ni en naturaleza; pero consumirse ha el pesar y descontento de suerte, que ni con sentidos ni con entendimiento ni memoria ni pensamiento puedan padecer una sombra de pesar. Y, sí como la luz que dijimos que se apartó del fuego, no es con que ellos se han de alumbrar; porque la luz de aquella region ha de salir del mesmo cordero Hijo de Dios, y así se dice aquello por una semejanza; así, el consumir del pesar se dice por otra, aplicándose al fuego, no habiendo de salir sino del mesmo Señor, en cuya vista consiste la gloria que consume todo pesar y tristeza. Aun otra manera de division alcanzó san Augustin en el fuego por la virtud de Dios, en otro lugar, que es en el libro segundo de *Las maravillas de la sagrada Escritura*, donde va probando que no hace Dios desde que crió las cosas ningun milagro, criando alguna de nuevo, sino mandando como quiere á las que entonces crió, y juntando y apartando sus calidades. Y hablando del fuego de Babilonia, cómo abrasó á los atizadores no tocando á los siervos de Dios que estaban dentro del horno, dice, que el milagro fué, que dividió Dios de la llama la humedad que tiene mientras dura, como tenemos experiencia, que en acabándose esta ya no hay fuego ni llama, sino ceniza; así que, no hay sustentarse la llama sin aquella humedad. Y esta dice este santo doctor que apartó Dios, y la volvió en rocío suave para recrear los mozos, y dejó aparte la llama para abrasar los ministros atizadores del fuego.

Todas estas delgadezas destos santos cifró la sabiduría de Dios en aquella sentencia de su libro, diciendo, cuando cuenta que bajaba en Egipto junto fuego y granizo ó hielo: El fuego abrasaba los ganados de los egipcianos, como parece en el libro del *Exodo*. Y tanto mas, dice la *Sabiduría*, ardia el fuego, cuanto mas venia mezclado con agua y granizo; que es cosa maravillosa. Y en la tierra de los hebreos no caia el granizo, sino el fuego solo; y olvidado, como allí dice, de su propria virtud para no dañar los ganados, árboles y sembrados de los del pueblo de Dios, que á esta cuenta mas venia para abrigallos que para abrasallos con los de los egipcios. Dando pues la *Sabiduría* la razon destas maravillas, dice luego: Porque la criatura, sirviendo á tí, Señor, que eres su criador, y obedeciéndote, se encruelece para atormentar los malos, y se ablanda para hacer bien y regalo á los que en tí confian; pues esta obediencia que á su Dios y Criador tienen las criaturas, tendrán en el dia que él mesmo las armará para vengarse de sus enemigos; y esto será, segun lo que estos santos dicen, escondiendo sus calidades buenas y favorables, para que no lo sean á los malos, y apartándolas para comunicar á los buenos y bienaventurados, para que por este camino los unos gocen puros los bienes en premio de sus virtudes, y los otros puros y sin mezcla los males en castigo de sus pecados. Otros bienes y males dice este doctor santo que son mezclados; y estos quiso Dios que fuesen comunes en esta vida á los buenos y á los malos, para que entiendan los unos y los otros que ha de venir tiempo en que á cada uno se le dé el premio ó castigo cual sus obras merecen, y que no se engañen cuando vean los bienes ó males de esta vida, pensando que estos han de ser los que les están aparejados; sino que, viendo el malo las penas en el bueno, entienda que no son aquellas las que le han de caber en castigo por sus pecados, pues el bueno inocente las padece; y así mesmo entienda el bueno, viendo los bienes desta vida, en los malos; que otros de mas quilates tiene Dios guardados con que premiarle sus obras, pues el malo, que no las ha hecho, goza en esta vida dellos. De donde se entiende aquel lugar de la *Sabiduría*, que dice: El justo que muere es condenacion del malo que vive; y la juventud que en agraz se corta, condena la vida larga del malo; porque cuando al bueno le quitan temprano la vida sin tener pecados que merezcan sacarle della, ¿cómo no temerá el malo, que con muchos pecados ha merecido muchas veces la muerte? Que es en sentencia lo que el Señor dijo á las mujeres desconsoladas que le acompañaban yendo á morir camino del Calvario: Si en el madero verde hacen lo que veis; esto es, en el que está tan léjos de merecer el fuego de los trabajos, por no haberlos merecido, ¿qué será en el seco, que á puros pecados está cerca y como llamando al fuego?

Y pues estos trabajos se hallan en buenos y malos tan sin diferencia, señal es que no lo debe ser cierta de ser el que los padece enemigo de Dios. Buen argumento es desto ver la Madre de Dios, inocentísima, llena de angustias, tan afligida con trabajos. A san Juan Bautista, antes santo que nacido, con mucha penitencia y trabajos, y al fin muerto por ocasion de pecados ajenos. Ver á los apóstoles y muchos mártires y confesores, de cuya sangre, persecuciones y trabajos está enriquecido el inmenso tesoro de la Iglesia, que el Redentor quiso que así fuese, aunque la riqueza de su sangre que le fundó era infinita; pero con eso, poniendo san Pablo los ojos en sus trabajos grandes, reconoció este favor de su Señor y Maestro, cuando dijo: Estoy cumpliendo lo que falta de las pasiones de Cristo para servir con las mias á su cuerpo, que es la Iglesia. No porque faltasen pasiones en Cristo, que fueron muchas, y en valor infinitas, siendo, como era, Hijo de Dios, que aquí nadie tenia que cumplir ni añadir á lo infinito; sino cumpliendo lo que el Señor de los suyos tenia determinado, que de sus obras, esto es, de las penas que sin merecerlas por pecados padecian, se añadiese por virtud y méritos del mesmo Señor, á aquel divino tesoro en favor de quien

las padecia; y resultando dello primeramente gloria al Señor, que todo lo mereció, resultase tambien favor y gloria para los que las padecian; para que, así como imitaba á su Señor y Maestro en el padecer, le imitasen en padecer sin culpas propias para remedio de las ajenas; y por esto aconsejaba el Sabio á su hijo: No tengas, hijo, en poco la correccion de tu padre, ni desmayes cuando te envia trabajos, porque al que él ama los envia, y en él tiene puesto su contentamiento. Y esta misma sentencia repite el Espíritu Santo en *Job* y en el *Apocalipsi* y en la epístola de san Pablo á los hebreos. De manera que se saca en limpio de todo lo dicho que, aunque alguna vez los trabajos vengan al hombre en castigo de sus pecados, mas no todas veces; y que es atrevido y temerario juicio pensar que el atribulado de la mano de Dios por el mesmo caso es pecador, y por tal castigado. Y aunque en el lugar ya dicho del Sabio, llame castigo al trabajo del bueno, no arguye pecados hechos, sino evitar los por hacer; que así llama san Pablo á su penitencia cuando dice: Castigo mi cuerpo y le sujeto, porque no me haga yo malo cuando predico á los otros.

Pero como los hombres muchas veces andan como niños por los extremos, hay algunos que, convencidos con estas razones y con otras que á cada paso leen en las santas escrituras, y oyen á los predicadores en los púlpitos y á los que consuelan los afligidos, que dicen que á quien Dios quiere bien envia penas y trabajos; y por otra parte, son los malos prosperados y favorecidos con riquezas y bienes de esta vida, y con salirles todo lo que pretenden al sabor de su paladar; sobre lo cual oyen grandes discursos de lo uno y de lo otro; y que al fin desta vida se han de trocar las manos, para lo cual traen muchas figuras y ejemplos, especialmente el del rico avariento y Lázaro pobre; y lo que en presencia del pobre respondió Abrahan al rico, que la causa de tan mala suerte suya y de tan buena del pobre, habia sido por haberlas tenido en el mundo trocadas; con estas y otras razones dan en otro error intolerable, pensando que por el mesmo caso que es uno afligido es santificado; y por el mesmo que es prosperado, le condenan al infierno sin mas proceso, habiendo Dios criado las riquezas al principio y dádolas á sus amigos; y por otra parte, aunque los trabajos y aflicciones se envien á los buenos á veces sin culpa, como está dicho atrás, tambien lo está que otras vienen por castigo de pecados, aun en los mesmos buenos, repartiéndolos la divina Providencia, como ve con su infinita sabiduría que conviene á la gloria suya y al bien y provecho de los hombres; y no ven que tambien condena este error lo que san Augustin decia de los bienes y males desta vida, que son comunes á buenos y malos; que, así como los males lo son sin dejar licencia para condenar á quien los padece ni canonizar al que posee los bienes; así no la hay para santificar á quien padece, ni para condenar al rico y prosperado; porque mientras en esta vida estamos, los unos y los otros tenemos libertad para usar de lo uno y lo otro bien y mal; y el que bien usare, ora sea de prosperidad, ora de adversidad, ese se ha de juzgar por bueno; y el que mal, por malo: Lo cual, como san Pablo nos aconseja y manda, no han de hacer los hombres que no saben enteramente cuál usa bien, sino solo Dios, que lo sabe; y pues de sí mismo no hay ninguno que pueda saberlo con certeza y seguridad, mucho menos lo sabrá ni podrá juzgar de su hermano, cuyos pensamientos y intenciones de dónde nace el bien ó el mal solo Dios entiende. Lo cual nos enseña el Sabio agudísimamente, diciendo: Hay algunos sabios y justos que sus obras están guardadas en las manos de Dios, y con todo, no hay nadie que sepa si un hombre es digno de la amistad de Dios, ó indigno, sino que todo está incierto, hasta la vida que está por venir; lo cual se colige de que todas las cosas suceden de una mesma suerte al bueno y al malo, al justo y al impío, al limpio y al sucio, al que ofrece sacrificio y al que no hace caso de ofrecerle; así pasa el bueno como el pecador, el perjuro como el que jura la verdad. Y añade el Sabio: Esto es una cosa trabajosísima de las muchas desta vida, de tejados abajo, pensar que lo mesmo sucede á todos; de donde nace andar los hombres melancólicos y despreciados y llegar con este trabajo hasta la sepultura; aunque otro doctor de otra manera lo declara, diciendo que de ahí toman ocasion los hombres de sus malicias y del poco caso que hacen de la otra vida, viendo cuán sin diferencia sucede todo en esta; y así, sus pasos contados van á parar al infierno. Así que, no hay tomar de lo que pasa argumento de la amistad ó enemistad de Dios: unas veces veréis los malos acosados y trabajados en castigo de sus pecados; otras los justos sin tenerlos, como Job, Tobías y otros santos; otras veréis los malos en prosperidad, como los veia David cuando decia que le comian los piés viendo los malos prosperados; otras en la mesma á los buenos, pues Dios les promete que si le obedecieren comerán los bienes de la tierra. Por otra parte, dice por un profeta: Si los que no tenian qué condenar, bebieron el cáliz del Señor, ¿cómo quedarás tú sin bebelle? En otra dice que tiene el cáliz en la mano que da á beber á todos. Y por este significan las divinas letras, los trabajos y aflicciones, porque nunca Dios las da sino por medida conforme á las fuerzas que el mesmo Dios ha comunicado para bebellas; otras veces dice que es tiempo que comience el juicio de la casa del Señor; esto es, que comience el trabajo de sus siervos; así que, no hay que tomar el pulso de los amigos de Dios en los trabajos ni en los favores desta vida. Y esto vió Esaías cuando vió á Dios cubierta la cabeza y los piés, que para el juicio del hombre en este caso no hay ver en Dios piés ni cabeza. Y el mismo Señor dice del ciego en el Evangelio: Ni este pecó ni sus padres, ni vienen siempre á ese propósito los trabajos.

DISCURSO III.

Que los trabajos que Dios envia á los hombres los envia de mala gana.

§. I.

Que todos los trabajos vienen al hombre de la mano de Dios.

A cuatro géneros se reducen todos los trabajos desta vida, segun cuatro raíces ó fuentes diversas de donde proceden. Unos procedieron del pecado por el cual se perdió aquel don soberano de la justicia original; que,

así como era un freno que tenia sujetas las fuerzas inferiores del hombre á la razon, de donde no se sentian las interiores peleas, que agora sentimos con la repugnancia y guerra continua que traen estos dos mandones carne y espíritu, de quien san Pablo dice que sentian dos leyes en sí repugnantes; así en aquel dichoso estado en que este don se poseia, todas las criaturas eran tan sujetas al hombre para cuyo servicio fueron criadas, que ninguna le podia ofender ni hacer mal alguno. Y de aquí es que ningun trabajo, ni de enfermedad, ni de frio, ni calor, ni dolor habia en el mundo. Este don se perdió por el pecado, y en el bautismo, donde somos limpios de toda culpa, no se restituye esta justicia original, aunque somos reparados de otros daños del pecado, y la gracia se nos da que es mas excelente don; y así quedamos sujetos á todos aquellos daños y miserias tantos y tan ordinarios como la experiencia nos enseña.

Otros nacen de la mala voluntad que el demonio nos tiene, y el mal tratamiento que nos hace por divina permision, mostrándose enemigo comun del linaje de los hombres, que, como sabemos de muchas historias sagradas y profanas, procura destruirlos en cuerpo y alma sin piedad, para cuyo ejemplo, después de la general riza que hizo en nuestros primeros padres, es bastante el de Job de quien no se satisfizo hasta acaballe haciendas, ganados, salud, hijos y amigos. Deseó con vehemencia para zarandarlos á los apóstoles; maltrató los genesarenos, haciéndolos vivir entre los muertos en sus sepulcros, y salir desnudos y deshonrados con mucha furia á matar los caminantes; afligió á muchos, como á la hija de la Cananea, que tenia mal atormentada. Y al que Cristo curó, que tenia sordo, mudo, ciego y endemoniado, y segun Teofilacto, insensato; el cual, aunque ninguna cosa hace con razon, entendemos que hace este mal á los hombres por muchas; unas de parte del hombre, otras de parte de Dios. La primera de parte del hombre es por envidia que tiene de que haya el hombre sucedido en su silla, que es uno de los mayores tormentos que los dañados tienen y tendrán en los infiernos; lo cual se ve en los niños, que, como no tienen uso de razon para refrenar sus pasiones, ni fingir ni disimular sus deseos ni injurias, representan al vivo las condiciones de Adan, sus soberbias, sus codicias, sus envidias y pasiones; en los cuales vemos que cuando pierden alguna cosa para ellos gustosa ó se la quitan, aunque sienten pena; pero ninguna es comparada con la que sienten si á otro niño se la dan. Y con esto amenazaba Cristo á los fariseos, que san Pablo llama niños, con que les quitarian el reino y se les daria á los gentiles que acudiesen á sus tiempos con los frutos. Y al obispo de Filadelfia le mandan avisar que guarde con cuidado el bien que tiene, porque otro no haya su corona. Así el demonio siente que su silla la herede el hombre, y procura vengarse dél en cuanto puede, y hacelle mal.

La segunda razon es de parte de Dios, que le tiene atravesado con la lanza de su justicia, y como en él dura la obstinacion y soberbia, como el salmo dice, querria hacer mal á Dios y vengarse dél si pudiese; y viendo que no puede, procura vengarse haciendo mal á su imágen, que es el hombre. Porque, así como á los ausentes honramos en las suyas, así en las mismas los afrentamos y deshonramos y maltratamos, de donde nace quemarse, ahorcarse y afrentarse las estatuas de los delincuentes, que en proprias personas no pueden ser habidos. Así hace el demonio y los demás que á Dios tienen poco respeto ó enemistad, cuando ven que en su persona no pueden ejecutar el enojo y venganza de su corazon, como los judíos la enemiga que tienen con Jesucristo Señor nuestro y salvador del mundo; de los cuales cuenta el bienaventurado san Atanasio, obispo de Alejandría, un caso milagroso que acaeció en la ciudad de Berito, que es en Siria; el cual se refiere en el concilio segundo niceno, que es sétimo sínodo general, y se celebró siendo emperadores de Constantinopla Constantino el Junior, y su madre Irene, y fué en una imágen del Salvador del mundo, que á caso un cristiano habia dejado por olvido en una casa, de que se pasó á otra; que, sucediendo en ella un judío de la ciudad, fué reprehendido de los judíos que allí la hallaron, y hicieron en ella todos los insultos que sus pasados habian hecho en la persona de Jesucristo, en aquella santa imágen representada con tanta rabia, cuanta sus pasados le deshonraron y crucificaron, y cuánta fué la clemencia que el mismo Señor usó con estos, pues con la sangre que desta imágen santa sacaron con los clavos y lanza, sanaron cuantos enfermos se pudieron hallar de todas enfermedades en la ciudad, y de la que sobró se enviaron reliquias por todas las iglesias de la cristiandad; y los judíos que en esta maldad sacrílega habian entendido fueron convertidos, y mandada celebrar una solemnísima fiesta en su memoria, como parece en el dicho concilio. Así que, con la rabia que estos judíos se quisieron vengar en la imágen del Señor, que tanto aborrecian, por no poder, como sus pasados, haberle á las manos en persona; con esa el demonio pretende la venganza de Dios, á quien para siempre aborrece en su imágen, que es el hombre, y por eso le hace cuanto mal puede, y el que no hace es porque no se le da mas licencia. Semejantes ejemplos vimos en la guerra de Granada pocos años há, donde los moriscos ó moros del Alpujarra, se vieron con la mesma rabia maltratar las imágines del Señor y de su santa Madre, por vengarse de los cristianos y del Señor y redentor dellos, á quien no podian haber en su persona, por ser imágines suyas; así, el demonio del mesmo Señor en los hombres que lo son, y especialmente en los buenos, que lo son mas, de los cuales es tambien enemigo por la desemejanza que con él tienen.

Por estas y otras razones son los hombres maltratados deste enemigo; y mucho mas y con mas diligencia y rabia, mientras mas nos llegamos á los fines del mundo, como la experiencia lo muestra, después que el Hijo de Dios anduvo en él tomando el consejo para hacernos mal, que el apóstol san Pablo nos da á los cristianos para ser diligentes en el bien, diciendo que le hagamos, atento que el tiempo de la vida es corto. Y esta es la nueva furia deste enemigo. Ay de la tierra y de la mar; esto es, de los habitadores dél y della, dice el ángel del *Apocalipsi*, porque ha bajado á vosotros el diablo con grande furia, sabiendo que le queda poco tiempo.

Otros trabajos vienen á los hombres por la malicia de otros hombres, sus perseguidores, que los inquietan; aunque estos podrian reducirse á los pasados, mayormente en algunos pecados, que en ellos se parece que no pudieron nacer de pecho menos malo que el demonio, plantados en el del tal perseguidor. Porque, así como entre las yerbas del campo hay unas que se nacen ellas sin sembrallas, como el espárrago, la chicoria y otras yerbas campesinas; otras hay, que si no las siembran y curan no nacerán, como la lechuga, el rábano y el perejil. Así, hay unos pecados y malicias que de la mala inclinacion que de Adan heredamos por nuestro descuido, se nacen ellos en el corazon; pero otras no nacerian ni llegaria á tanto la maleza de la tierra, si el demonio no las sembrase en ella, como fué la del traidor de Júdas, que vendió á su Señor y Maestro y Redentor de quien tanto bien habia recebido, donde no pudiera llegar malicia del hombre por malo que fuera, aunque suele llegar á hacer mal á quien se le hace. Y por eso, cuando el evangelista trata desta traicion dice: Como el diablo hubiese puesto y plantado en el corazon de Júdas Escariote, que vendiese á Jesus, etc. Así que, cuando semejantes persecuciones y daños se hallan en unos hombres contra otros, mas se pueden reducir al género de trabajos pasado, pues por las razones dichas, la fuente dellas es el demonio mesmo; pero hay otras que tambien salen de la malicia del perseguidor; y destas se entiende este tercero género de trabajos para que se proceda con mas distincion.

Otros trabajos vienen á los hombres de la divina Providencia y gobierno, que toma por instrumento, ora unas criaturas, ora otras; lo cual hace, como luego se dirá, por santos y saludables fines; y, no obstante la division ya dicha, ninguno hay de los trabajos dichos, que no venga de la mano del mismo Dios, ordenándolo ó permitiéndolo para nuestro bien; porque, los que son penas del pecado, permitiéndolo su divina Majestad, se quedaron en el mundo, y ordenándolo su divina bondad, se reparten en unos mas y en otros menos, conforme á la medida de su divina Providencia; porque es tan buen alquimista, que de todos los males saca para el que los padece, bien, y no es mucho sacarle de los de pena que salieren de su mano, pues de los de culpa lo saca; que, así como el demonio tiene tan mala mano, que no hay bien de que no saque por su malicia mal para el hombre, aunque sea del sumo bien; así la tiene Dios tan buena, que no hay mal tan mal, aunque sea el sumo, que es el pecado, de que por su bondad no saque bien, y aun contra el mismo mal, como del alacran y la víbora se suele sacar medicina contra sus picaduras. Y esto es lo que san Pablo decia, que todas las cosas son nuestras; y en otra parte, que á los amigos de Dios todas las cosas sin sacar ninguna, les ayudan para el bien. Pues el segundo género de trabajos que del demonio padecemos, claro se ve en los de Job que fueron con voluntad y beneplácito de Dios; y asimesmo aquel daño de los animales, en cuyos cuerpos entraron los demonios, dice san Juan Damasceno, que con licencia y permision suya fué, que es gran consuelo paro el cristiano entender, que el enemigo no puede quitarle un cabello sin la voluntad de Dios, que con tanto amor y providencia nos gobierna. Lo mesmo es de los terceros que de mano de los hombres se padecen; los cuales dependen tanto de la providencia y voluntad de Dios, que decia David del que le injuriaba, que Dios se lo mandaba. Déjale (dice), maldígame, injúrieme, que Dios se lo manda; lo cual entiende tú, que lo permite, como siempre se ha de entender cuando hay pecado en lo que se dice que Dios hace ó manda. Finalmente, de todos los trabajos se dice generalmente que no hay mal en la ciudad que no haya hecho el Señor; lo cual se entiende del mal de pena. Y en otra parte, que Dios es el que da la muerte y la vida, el que llega al hombre hasta la sepultura y le saca della; porque de ahí entendamos cómo se han de recebir los trabajos, viniendo de tan piadosa mano, y con qué voluntad y ánimo se han de sufrir, y á quien se ha de acudir por el remedio y el esfuerzo cuando se hubieren de sufrir ó remediar semejantes necesidades.

De aquí se entiende cuán grande y cuán dañosa es una ceguedad muy usada en el mundo, que muchos ó los mas trabajos que en él se padecen, ora sean los generales, ora los particulares, no se tienen por enviados de la mano de Dios y su providencia, sino por obras ó defetos de la naturaleza ó acaecidos por malicia sola de los hombres, ó acaso por virtud de las estrellas y movimiento de los cielos, como juzgan todo lo demás, donde no ven milagro, y muchas veces, aunque lo vean, como aquel general diluvio del tiempo de Noé, no faltó quien lo ahijase á las estrellas ó planetas. Y comunmente las enfermedades se atribuyen á excesos pasados del que las padece, y otras cosas á este tono. Lo cual cuán dañoso haya sido, parece por lo poco que obran en nuestras almas los castigos de Dios y las medicinas que envia para remedio de los males dellas; de lo cual nace desconfianza de su salud, como nace la de la corporal cuando no obran las corporales medicinas; así nosotros cuando con la de los trabajos y afliciones no nos emendamos, de que el Señor se queja muchas veces por los profetas: Mucho se ha trabajado y sudado, dice uno dellos, y no ha bastado á quitarle el orin ni aun con fuego. Y otro dice: Por demás ha sido castigar vuestros hijos, pues no se les pega la correccion y disciplina. La razon pues es que no pensamos en la fuente de los trabajos y el fin con que se envian, sino que son acaso y sin providencia, que es uno de los mayores castigos que Dios puede enviarnos que vengan á tiempo que, ó por ser ya pasado el pecado ó por nuestra ceguedad, pensemos ser caso lo que es cuidado y providencia de Dios, que gobierna todas las cosas, por menudas que sean, desde el supremo ángel hasta el menor arador; lo cual no ignoró Platon, sin lumbre de fe, cuando emendó á Eurípides, que decia que las cosas altas y grandes Dios las curaba y gobernaba, pero que de las pequeñas no hacia caso. Este verso dijo Platon que se habia de corregir; porque ninguna cosa hay, grande ni pequeña, próspera ni adversa, que no venga de la mano de Dios, aun las que mas parece que vienen acaso y sin pensar, que cuando así venga respeto de los hombres, no lo pueden ser respeto de Dios; lo cual prueba elegantísimamente el bienaventurado doctor san Augustin de aquel caso que en el tercero libro de

los *Reyes* se cuenta en el sagrado texto, que un soldado disparó una saeta desmandada, y acaso hirió al rey de Israel. ¿Qué cosa puede ser al parecer mas casual que este tiro del soldado, pues el mismo Espíritu Santo en el texto usa destos vocablos, que tanto lo sinifican? Pero despues en el mesmo texto parece claro cómo fué providencia de Dios; porque dice que, llevado el Rey á la ciudad, fué sepultado, y lavadas las riendas y el carro, que todo estaba bañado de la sangre del Rey, la cual lamieron los perros, como el Señor lo habia dicho; y esto alega el texto, y habíalo dicho el Señor en el capítulo antes de aquel. Luego bien se entiende que lo que para el soldado y el Rey fué caso no lo fué para Dios, sino providencia y castigo ejemplar por sus inobediencias. Y de aquí dice el glorioso y bienaventurado san Augustin: Ninguno hay que atribuya lo que padece á sus culpas, mas antes lo atribuye á la costumbre que al pecado; y por eso no creen los hombres que Dios castiga, porque cuando castiga no lo echan de ver. Contra estos que atribuyen á la fortuna los castigos se muestra Dios enojado por Jeremías, diciendo ¿Quién es el que dice que esto se hiciese sin mandarlo el Señor y que de la boca del Altísimo ni sale mal ni bien? Y lo mesmo por Sofonías: Yo tomaré cuenta á los hombres atollados en sus suciedades y torpezas, que dicen no hará Dios mal ni bien. Y sobre todo dice Job: Ninguna cosa se hace en la tierra sin su por qué.

§. II.

Que todos los trabajos envia Dios forzado y de mala gana.

Gran consuelo es el del afligido entender que Dios es el que le envia la aflicion, pues de su gran misericordia, y de lo mucho que de su santa mano ha recebido para bien de su cuerpo y alma, entiende que no será para perderla; pero mucho añade á este consuelo entender que ni unos ni otros trabajos de los que en el párrafo antes deste queda dicho que vienen de su mano, los envia de corazon, pues se precia de rico en misericordias; sino como forzado y compelido de nuestra necesidad. Así como el buen padre que tiernamente ama á su hijo no se huelga de verle padecer azotes del ayo ni cauterios, sangrías ni purgas del médico ó cirujano, pero con todo su dolor procuralo uno y lo otro, lo primero por el bien de sus costumbres, y lo segundo por el de su salud; así Dios con los trabajos que nos procura y permite; lo cual sinificó Jeremías en los que por castigo envió á su pueblo, de quien dice, porque no de corazon humilla y castiga los hijos de los hombres. Y un dia que quiso castigar su pueblo y que el pueblo conociese su enojo, dice Esaías: En aquel dia tomará el Señor una navaja alquilada (que es la gente de los asirios, que están de la otra parte del rio, y su rey) y raerá toda la cabeza y barba y los pelos de los piés de su pueblo; que es decir que con aquella gente habia de destruir los de su pueblo todos, desde el mayor, que es el Rey y cabeza, y desde los nobles, que allí sinifica por los pelos de la barba, por ser el ornato de la cabeza, hasta los del pueblo y canalla, que son los pelos de los piés, lo mas bajo y desechado de aquel cuerpo que el pueblo hace, porque todo quedará arruinado y por el suelo. Dice que la navaja será alquilada, no sin gran misterio; porque ¿qué cosa hay de que Dios pueda usar que no la tenga en su poder infinito, sino que haya de alquilarla de fuera de sí? Y ¿quién hay, fuera de Dios, que tenga en el suyo cosa que Dios no tenga, que pueda alquilársela á Dios ó prestársela, pues todo hombre criado y todas las cosas son mas propiamente de Dios que suyas? Sino que habla al estilo de lo que entre los hombres pasa, que entre ellos el que es rico y alquila una cosa, señal es que no gusta de tenella ordinariamente en su casa, sino alquilarla al tiempo de la necesidad y volverla, acabada esta, á su dueño; así, Dios es tan enemigo de castigos y penas, que da á entender que no hay en su casa instrumentos para darlas mientras esta vida dura, sino que las alquila para echarlas luego de su casa cuando hubiere acabado el castigo. Al revés dice san Pablo de las misericordias, que Dios es padre dellas; como diciendo que ellas son sus hijas, y que nacieron como tales en su casa y nunca faltan della, y los rigores y penas son extrañas y peregrinas de la casa de Dios; lo cual dijo Esaías por este mesmo término: Para hacer Dios su hecho usa de hechos peregrinos y extraños y ajenos de su condicion; esto es, que para hacer misericordia, que es obra propia suya, como la Iglesia lo canta en una oracion, usa de obras ajenas de su condicion, que son castigar y afligir; porque los castigos que agora hace y envia son avisos misericordiosos, son golpes de su espada con vaina y todo, como dicen; que son de la justicia envuelta y detenidos los filos con la misericordia, como los hombres hacen cuando con la espada pretenden avisar, y no matar ni herir. Así lo hace Dios, reservando la herida y rigurosa justicia sin misericordia para el dia del juicio, de quien dice por un profeta: Yo sacaré mi espada de su vaina, y entonces sin estorbo ni impedimento, herirá de agudo por sus enemigos; de manera que quedará la espada en la mano derecha fuerte, desnuda de misericordia, y en la izquierda la vaina. Como pintan las pinturas antiguas de la Iglesia al Hijo de Dios cuando viene á juicio, en la una mano la espada desnuda y sola, que sinifica la justicia, y en la otra un ramo verde apartado al otro lado, que es la misericordia, y encogidos los piés, para quitar las esperanzas al pecador para echarse á ellos á pedir perdon ni misericordia; pero mientras duráremos en esta vida no es la justicia para herir ni matar, sino para avisar blandamente con trabajos y afliciones, por no haber los pecadores á quien se envian dado lugar ni admitido otro suave remedio. Esta mala gana con que el Señor castiga dió á entender por un profeta, amenazando al pueblo: Yo haré en tí un castigo cual nunca le hice. Pues, Señor, ¿no fué mayor el del diluvio y el de Sodoma y el de Egipto? Sí; pero hácesele á Dios tan de mal el castigar, que cada pena, por pequeña que sea, le parece grandísima y la mayor que ha enviado, y por eso dice que nunca le habrá enviado tan grande. Esto mesmo dió á entender en todos los castigos con el espacio con que los hacia. El primero de todos vino á hacer paseándose al mediodía y echando delante muchas preguntas, y una dellas á Adan, que dónde estaba. Cuando hubo de destruir el mundo por el diluvio dice que le dió dolor de corazon, que quisiera mas no haber hecho al hombre que castigarle; y esperó ciento y veinte años, en que veian ha-

cer el arca y oian predicar al patriarca Noé, amenazándoles de parte de Dios. ¿Qué de diligencias para emendar los de Sodoma? ¿A qué partidos tan baratos salia con Abrahan para perdonarlos? Teniendo de su parte tan clara justicia y infinito el poder para contentarla; y siendo no menos infinita su sabiduría, que en el libro della dice que todo lo alcanza y penetra de cabo á cabo, dice que quiere, primero que castigue, bajar á ver por sus ojos si es verdad lo que de los sodomitas claman sus pecados; y si lo es, los perdonará por solos diez justos que entre ellos haya. Y dejando de discurrir por los demás castigos, ¿qué dirémos del último que se ejecutará el dia del juicio, donde, aunque sola la justicia, como agora deciamos, hará su hecho? Para mostrar Dios su poca gana de la condenacion de los malos precederán tantas señales que vengan avisando, segun la comun exposicion de los doctores y los avisos que dejó por los profetas, que, como atalayas que ven venir la avenida del rio, avisan con señas y voces á los que pueden correr peligro; y fuera destas, los avisos son grandes del mesmo Señor en el Evangelio, en que gastan los evangelistas muchas hojas á fin de que huigamos de la ira de Dios. Y al cabo, en el mesmo juicio muestra su mala gana de pronunciar contra los malos sentencia de condenacion, en que, estando ellos y los buenos presentes, comenzarán de los buenos, porque tarde mas un poco la condenacion de los malos; y aun esto quiso sinificar en la diligencia y varios medios con que quiso reducir al traidor de Júdas la tarde antes de su pasion, haciéndole favores, dándole su cuerpo, encubriéndole de los demás apóstoles, lavándole los piés, que tan malditos pasos habian luego de dar para venderle. A este fin dice san Juan Crisóstomo que secó Cristo con sola su maldicion la higuera cuando la halló sin higos, por hacer un castigo delante deste miserable, en que entendiese que, con ser Cristo bueno y manso, era tambien justiciero y riguroso, como lo pareció en aquel hecho; ¿cuánto mas lo seria contra tan gran pecado como venderle? Y no hizo esta demonstracion en algun hombre, porque nunca quiso castigar á ninguno; que no venia á juzgar el mundo, sino á darle vida. Y aunque sabia que nada desto habia de aprovecharle para su emienda, pero quiso en estas cosas mostrar su inclinacion y deseo de su salvacion, y la pena que tenia de su dureza; como el que juega á los bolos, que, viendo ir torcida á una parte la bola, se tuerce hácia la contraria, por discreto que sea y por mas que entienda que ella no ha de torcer el camino, sino ir por donde primero la guiaron; ó como la madre que quiere tiernamente al niño enfermo y desafiuciado de los médicos, y con él trabaja y se cansa, con él gasta sus dineros, y muerto, le llora. Decid, mujer, ¿por qué trabajais con este niño de dia y de noche á tanta costa de vuestra hacienda y salud, pues sabeis que así como así ha de morir? Responderá que lo hace porque es su hijo y tiene esa inclinacion y deseo que sane. Así el Señor con este traidor, sabiendo sertísimamente, y sin esperanza de suceder lo contrario, que no habia de emendarse. Y lo que como en muestra usó con este malo y traidor discípulo, dice san Pablo que hizo con los condenados precitos, sufriendo con mucha paciencia los vasos de ira, que son los que se han de condenar, aparados para el fuego, para mostrar las riquezas de su misericordia en los predestinados.

Estos sentimientos, diligencias y significaciones nos dice Dios en su Escritura para acordarnos la mala gana con que nos castiga y envia trabajos, como el bienaventurado san Juan Crisóstomo dice, por desarraigar la mala opinion que algunos tienen de su misericordia, pensando que se huelga Dios de enviarlos, juzgando el corazon de Dios por el suyo, que no tienen dia mas alegre y próspero que cuando el que les ofendió viene á caer en sus manos; siendo tan al contrario como en la Escritura parece, por la cual consta que primero llama, primero provoca con beneficios generales y particulares, primero avisa, primero amenaza, primero espera, primero envia sus profetas y predicadores, sus interiores inspiraciones, y otros medios, y no deja piedra que no mueva; desto sirven las amenazas, los nombres de los instrumentos de su ira y castigo, como este santo dice en otra parte, que cierta cosa es que en el cielo ni hay espada ni arco ni saetas ni fuego con que enderezallas, ni otros vasos ó instrumentos de muerte; no las nombra para usar dellas, sino para no usallas; porque quien tiene en su mano todos los fines de la tierra, y quien crió todo lo que vive y no vive en ella, poca necesidad tenia de esas armas, y quien con moscas, ranas y mosquitos destruyó los egipcios no tiene para qué amolar espadas ni blandear lanzas. Pues ¿por qué lo dice? dice este santo: Por ponernos miedo como á groseros, y no usados á tenelle sino destas armas y instrumentos, para que, mediante él, haya enmienda, y mediante esta cese la necesidad de las mesmas armas. Y por eso no dice, hirió, tiró, mató, disparó; sino que, flecha el arco, blandea la lanza. De manera que con la variedad y multitud de armas pone miedo, y con la manera del decir pone confianza y muestra su paciencia; lo cual no hace el enemigo cuando pretende hacer herida ó matar, que en tal caso no amenaza ni se descubre; pero Dios sí, porque no gusta de matar, sino de la emienda, por donde no mate; como los padres cuando la quieren en sus hijos, y no lastimarlos, alzan voces que sinifiquen ira y enojo; así Dios con el pecador. Todo esto, con otras cosas, dice allí este santo, y añade que por esta razon hay mas en la Escritura de amenazas que de regalos y promesas, porque los hombres mas se mueven á seguir la virtud y dejar los vicios por temores y amenazas que por regalos: tan groseros y villanos somos, especialmente los que menos sienten de su bien y mal. Así que, todos son medios para reducir al pecador, hasta que, vencida su clemencia con la dureza del hombre, procede al castigo con grandes sinificaciones de dolor, como lo hizo en el del diluvio general y el de Sodoma.

Pero mucho lo sinificó por un profeta cuando dió la sentencia contra Samaria y se determinó de destruirla y asolarla, poniéndola, como allí dice, hecha un monton de piedras en el campo; lo cual ejecutó después por mano de los asirios. Dice luego en dando la sentencia: Sobre lo cual lloraré y plantearé con aullidos, despojado de mis vestiduras; desnudo iré haciendo llanto como de dragones y de avestruces, porque su llaga es incurable y desahuciada. Y aunque se podria pensar que el profeta dice esto en su persona, llorando

y sintiendo este mal de aquel su pueblo, como otros profetas suelen otras veces lamentar otros males y castigos como él; y así, no se prueba, al parecer, con eso el sentimiento de Dios que le castiga, sino del Profeta; pero san Jerónimo dice que el Profeta en estas palabras habla haciendo una representacion de la persona de Dios, que llora y lamenta la perdicion de aquel pueblo con tanto encarecimiento, todo á fin de que entendamos cuán contra su inclinacion y voluntad nos castiga; de que el mesmo Dios, no solo saca provecho para los hombres, sino para sí mesmo, unos honrosísimos títulos que los profetas le dan, y de que siempre, después que con los hombres trata, se ha preciado y quiere ser así llamado y invocado por ellos, como él enseñó á Moisés, y de allí lo aprendieron los demás. Los títulos son: misericordioso, sufrido, perdonador, y al que le pesa cuando aflige á los hombres. Así se le da el profeta Joel cuando convida á los hombres que acudan á su misericordia: Convertíos (dice) á mí de todo vuestro corazon con ayunos, lágrimas, llantos y sollozos; despedazad vuestro corazon y dejad vuestras ropas, y convertíos á vuestro Señor Dios, que es benigno y misericordioso y le pesa cuando castiga; que esto es en hebreo: *Praestabilis super malitia*, segun dice san Jerónimo y todos los que tratan la lengua hebrea; lo cual parece tomado de la oracion del rey Manasés, que está al fin del segundo libro del *Paralipomenon*, que, por ser tan devota y á propósito de los pecadores que se sienten cargados y afligidos con muchos y muy torpes pecados, la quiero poner aquí en romance, para que en sus oraciones cristianas imiten las palabras y espíritu deste rey; y á pocas palabras desde el principio están las que nos vienen aquí al propósito y nos hicieron acordar de ponerla en este lugar.

§ III.

La oracion del rey Manasés.

Señor todopoderoso, Dios de nuestros padres, Abrahan, Isaac y Jacob, y de su justa descendencia, que hiciste el cielo y la tierra, con todos sus atavíos, que encadenaste al mar con sola la palabra de tu mandamiento, que encerraste el abismo y le sellaste con tu loable y terrible nombre, de quien todas las cosas tienen pavor y tiemblan delante de tu poder, por ser soberana la manificencia de tu gloria, y la ira de tus amenazas sobre los pecadores insufrible; pero la misericordia de tus promesas inmensa y incomparable; porque tú, Señor, eres altísimo, benignísimo, esperas con grande longanimidad y misericordia, y duéleste y te pesa cuando trabajas y afliges á los hombres; tú, Señor, segun la muchedumbre de tu bondad prometiste penitencia y perdon á los que te ofendieron, y entre tus innumerables misericordias, concediste la penitencia, saludable á los pecadores. Pues tú, Señor, Dios de los justos, no pusiste la penitencia por los justos Abrahan, Isaac y Jacob, que no te ofendieron; por mí, pecador, la concediste, Señor, porque te he ofendido mas veces que arenas tiene la mar. Multiplicado se han mis maldades, Señor, multiplicado se han mis maldades, y no soy digno ni merezco alzar mis ojos para mirar la altura del cielo por ser tantos mis pecados; acorvado me tienen muchas cadenas de hierro, en tanta manera, que no puedo alzar la cabeza ni echar el aliento, porque he provocado, Señor, tu ira y obrado mal delante de tu acatamiento; no hice tu voluntad ni guardé tus mandamientos; determinéme en las abominaciones y multipliqué tus ofensas. Agora, Señor, hinco las rodillas de mi corazon á pedirte tu misericordia. Pequé, Señor, pequé, y conozco mis maldades; por tanto, lo que en esta oracion te pido húmilmente es, perdóname, Señor, perdóname, y no me destruyas junto con mis maldades, ni me la guarde para siempre tu ira, ni me condenes á las cárceles que están en lo mas hondo de la tierra; porque tú, Señor, eres Dios, digo Dios de los que hacen penitencia; y sin buscar otro, en mí podrás mostrar toda tu bondad, porque habrás librado un indigno, segun tu gran misericordia, y en solo alabarte emplearé todos los dias de mi vida, porque todas las virtudes de los cielos te alaban, y tuya es la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

DISCURSO IV.

De la razon por que envia Dios trabajos á los hombres.

Ya parece que revienta el deseo del cristiano curioso por saber la causa por que Dios envia trabajos á los hombres y los lleva por el camino dellos, siendo padre piadoso y amándolos tanto como los ama, pudiendo llevarlos por otra mas suave y menos áspera vereda. Claro está que si convidase un rey á un amigo suyo á comer y quisiese festejarle; y venido el convidado, puestas las mesas, y los manjares ya aderezados, y todo á punto, mandase delante de sus ojos alzar las mesas sin comenzar á comer, cortar los árboles, abrasar las flores, detener ó enturbiar los arroyos, agotar los estanques, espantar la caza, derribar las casas, y que los preciosos manjares se perdiesen y el convidado se quedase sin comer, pareceria mas haberle querido burlar y afrentar que regalarle. Y si á este ó á otro amigo quisiese hacer una fiesta en un hermoso bosque ó en alguna casa de placer, y en eso entendiese con muchas veras, haciendo muchas demostraciones de quererle festejar y regalar muy de propósito, y después le mandase llevar al bosque por un camino áspero, barrancoso y peligroso, lleno de peñascos y de ladrones, y seco, sin agua ni verdura, y muy gran número de fieras, donde peligrase su vida á cada paso, claro es que daria qué pensar al convidado y le tendria perplejo aquella traza de su amigo, mayormente habiendo otro camino por donde encaminarle, llano, fresco, apacible, seguro y deleitoso. Pues eso mesmo hace Dios con el hombre, que, teniendo puesta para él en este mundo la mesa con tanta diversidad de manjares, tantas florestas, frescuras, estanques, y otros deleites para su servicio y regalo, con tanto oro, plata y piedras preciosas, y todo el mundo ordenado y aderezado, no con otro fin sino para que él lo goce y sea señor de todo lo que en él hay á su voluntad, al tiempo que lo ha de comer y gozar manda que no toque con desórden á cosa criada, á riqueza ni contento, ni coma ni vista preciosamente, y gusta de que todo lo deje, sin haber para quién sea cuanto para su regalo está ade-

rezado; pues los ángeles no lo han menester, y las bestias ni lo precian ni lo alcanzan. Asimesmo, habiendo el mesmo Señor criádole para gozar eternamente con él la bienaventuranza, y encaminándole desde que nace para ella, pudiéndole encaminar por vida contenta y regalada, sin penas, trabajos ni enfermedades, y aun habiendo comenzado á ponerle cuando le crió en este camino, le manda agora ir por caminos ásperos, de trabajos, lágrimas y aflicciones, gustando mas cuando mas desto se padece; andando á gran peligro de la vida eterna por tierra de ladrones, que pretenden con mucha rabia despojarle del caudal que lleva, por abundancia de fieras, que procuran con gran furia estorbar este camino. Pues, siendo esto así, no es mucho que el hombre á quien le toca desee saber la razon deste secreto; lo cual se hará con el favor de Dios en todo el discurso deste segundo libro, comenzando deste en que vamos.

Lo primero se presupone que, no porque se ignoren las razones deste misterio, se concluye que no las hay; porque, como en el prólogo deste segundo libro queda dicho, muchas cosas quiso Dios que fiásemos de su amistad, aunque para averiguallas, después de creidas, nos quedó licencia. Y así como cuando se levanta algun grande y costoso edificio, preguntado el cantero que labra una piedra de la traza dél y del asiento que aquella piedra que allí labra ha de tener y la figura que ha de hacer en el edificio con las demás, responde el oficial que él no sabe mas de aquello que le encomendaron; que el fin y la traza el maestro mayor la sabe. Y así como si un cirujano famosísimo tuviese atado de piés y manos á un hijo suyo que muy tiernamente ama, y le aparejase cauterios, echando chispas para abrasarle, el que lo viese de léjos entenderia que no sin causa lo hacia; así nos manda Dios caminar por trabajos y tribulaciones, que, como es maestro mayor deste edificio espiritual de aquella Iglesia triunfante, no hemos de pensar que manda con adversidades labrar las piedras sin gran por qué, ni que los cauterios que nos manda recebir á todos con la obediencia de su voluntad son sin causa, aunque viéndola de léjos no la entendamos, pues es padre nuestro piadoso, y tan excelente médico y cirujano. Ni seria muy cuerdo el que, viendo á otro danzar desde léjos, pensase que aquello era locura, por no oir en aquella distancia el son, con quien conforma el danzante los meneos de sus piés. Pero, con todo eso, no faltan razones sacadas de las entrañas de la Escritura y de la dotrina de los santos doctores, para que dellas saque el hombre gloria para Dios y consuelo para sí en sus adversidades y trabajos.

Supuesto lo dicho, la duda deste discurso se parece con otra que muchos tienen, y aun se incluye en ella: por qué Dios, habiendo tan liberalmente y con tanta misericordia perdonado al hombre su pecado, y por un sacrificio de tanto valor y tan acepto á su divina Majestad, como fué la vida y sangre de su unigénito Hijo, en cuyos méritos y satisfacion se confiesa la justicia de Dios por satisfecha á su contento y con gran descanso, volviéndole en su gracia y amistad, no le volvió á poner en el estado á cuya privacion le habia condenado, ni le quitó el rigor de los capítulos de su sentencia, que fueron condenarles á destierro perpetuo del paraíso terrenal, poniendo á la puerta dél un ángel con una espada de fuego para defenderle la entrada; asimesmo á ganar la comida con su sudor y trabajo, y á Eva á dolores terribles en sus partos; y finalmente, al mayor y mas terrible de los males, que es la muerte. Duda es esta que ha hecho reparar á muchos, y sabida la respuesta della, quedará entendida la deste discurso. Respóndese pues á esta que en habernos dejado Dios las penas del pecado, á que fuimos sentenciados por él, nos hizo mucho mas bien que nos hiciera si nos las quitara; lo cual otra sabiduría que la suya no pudiera alcanzar. De manera que, miradas bien todas las cosas, no usó solamente de oficio de juez, sino usando el de padre y el de médico, no pudiera hacernos mayor bien ni aplicarnos mejores ni mas saludables medicinas que las mesmas cosas á que nos condenó; porque, sin quitar un punto dellas, mudó su propiedad la misericordia, y todo el rigor que la justicia miró en ellas le volvió en blandura y provecho su misericordia para nuestro remedio. En este sentido declara el bienaventurado san Jerónimo aquel salmo, que comienza *Confitebimur*, en aquel verso: El cáliz en la mano del Señor, etc. Pinta á Dios con dos vasos en la mano, uno de justicia, otro de misericordia; y cuando da á beber el de rigor de justicia echa dulce de su misericordia, para que, bebiendo penas, bebamos medicinas; y si la justicia de Dios desnuda la espada para matarnos, la misericordia la adelgaza la punta para que sirva de lanceta con que nos saque la mala sangre; y si la justicia nos pone en el potro de los trabajos para atormentarnos, la misericordia hace que los cordeles que nos aprietan sirvan de despertarnos del sueño y apoplejía del pecado en que estamos; y si las malas inclinaciones, que fueron tambien penas de aquel pecado, nos quieren derribar al infierno, la misericordia de Dios hace que nos sirvan de ejercicio con que luchemos para merecer el cielo, que se ha de ganar peleando.

Veamos esto mas en particular. La primera pena que Dios nos condenó fué destierro: echó á Adan del mas hermoso jardin, de los aires mas cordiales, de las fuentes mas frescas, de las frutas mas sabrosas, de los olores y músicas mas excelentes que jamás la imaginacion ha podido alcanzar; rigor parece, pero la enfermedad era tal y de tal calidad, que, vista por Dios, halló que nos convenia venirnos á vivir á los aires naturales de nuestra tierra basta; y que si allí curáramos, se hiciera incurable; porque si la de la fruta baladí que acá tenemos se encarniza tanto la gula, que nos hace quebrantar tantos ayunos, ¿qué hiciéramos con aquellas dulcísimas frutas del paraíso? Con una manzana vedada, con su sabor hizo á Adan, con tanta gracia de Dios, dar de ojos y perderla con tantos bienes, ¿qué hiciéramos nosotros, flacos y sin gracia? Si en esta tierra, donde el mas fino paño es de lana de ovejas, el mas delgado lienzo de viles yerbas, y la mas fina seda de unas babas de gusanos; si por cosas tan viles hay tantas codicias, enemistades, tantos pleitos y marañas, que están las audiencias llenas y los abogados cansados, enfadados los jueces, los unos y los otros perdida la atencion; de donde han venido tantos perjuros, falsarios, desterrados,

galeotes, ahorcados, ¿cómo nos sufriéramos y nos sufriera Dios en el paraíso terrenal, donde de solas hojas de higuera y de pieles de animales se hacian preciosísimos vestidos, y lo menos que los rios dejaran las orillas fueran diamantes y carbuncos preciosos y estimados? Si con deleites tan breves y tan ligeros, y con mujeres tan bastas se encienden los hombres tan á menudo y tan sin rienda, ¿quién se la pusiera en el paraíso, donde todo fuera de mucho mas gusto y hermosura? Si con tantos trabajos el segador en la hoz, el galeote en el remo y el casado con las cargas del matrimonio, todos nos hallamos bien en esta vida, ¿quién nos despegara del árbol de la que tanta diferencia le hacia, y nos arrancara de aquel fresco vergel y perpetua primavera? Luego misericordia paternal y medicina fué sacarnos de allí.

La segunda pena fué poner el querubin para defender la puerta con espada de fuego. Ni este querubin con su espada es el calor que el otro dijo de la tórrida zona, que hace inhabitable aquella parte donde está el paraíso; ni es el purgatorio, que defiende la entrada del cielo por algun tiempo, que verdaderamente y á la letra hubo allí querubin en figura humana, y significó que en todos los paraísos del mundo y temporales puso Dios el querubin que nos defendiese el gozarlo; de manera que no hay estado, ni hay dia ni república ni entretenimiento que goce de entero descanso y cumplida felicidad y paraíso; sino que siempre hay un querubin que nos agua con desgustos el sabor y nos defiende con azares las buenas suertes. Dice la Escritura que el primer dia del mundo se hizo de noche y dia, que basta aquel hubo de tener sus tinieblas. Hasta el colegio apostólico hubo de tener su Júdas; La Iglesia querida de Cristo sus miembros podridos; la república romana, cuando mas dichosa con Caton, hubo de tener á Catilina; y como dijo Crates, filósofo: No hay granada que no tenga un grano podrido; no hay alma tan justa que goce con tanto sosiego de la virtud, que es su paraíso, que no tenga sus tinieblas de pecados. No hay justo, dice el *Ecclesiastes*, no hay justo tan justo en la tierra, que no tenga algun pecado; ninguna cosa es feliz de todos lados. Homero dice que el ejercicio de Júpiter en el cielo es mezclar pesares y contentos con la vida del hombre, que es lo que dijo mejor el Espíritu Santo: La risa se mezclará con dolor, y los cabos del contento toma el llanto; no hay nacion tan bárbara que esto no alcance. Los romanos hicieron honra á dos diosas, Angeronia y Volupia, que de lo que significaban les dieron los nombres: Angeronia, diosa de las angustias; y Volupia, de los deleites; y en mitad de la capilla y altar de Volupia tenian la imágen de Angeronia; porque en mitad de los gustos se ha de esperar la amargura, y en mitad del paraíso la espada del querubin. Cuando mas devota misa quereis decir, hay disgusto y ocasion que os divierte; cuando mejor huelga, teneis concertada la mala nueva que la enturbia; y finalmente, no hay paraíso cumplido, grave rigor de pena; pero con todo eso, antes da esperanza de salud que condenacion de muerte; como cuando el médico veda al enfermo el vino y algunas comidas y se las quita de la boca, esperanza tiene que sanará; pero cuando le desveda el prado y le da que coma de todo, desafuciada está la enfermedad, como san Gregorio dice. Luego, misericordia fué del médico celestial vedarnos la entrada de los paraísos.

Las otras penas fueron mas claras. A la mujer, dolores de parto, y sujecion al varon; al hombre condenó al azadon y sudor; y esto fué tambien medicina. Serpientes mordieron y lastimaron á los israelitas; ¿qué remedio? Levantar en alto hácia el cielo una serpiente, y desta manera la serpiente que hizo la llaga se tornó medicina; así los trabajos y dolores que nos lastiman, ofrecidos hácia el cielo, medicinas son que nos curan, esa es la paciencia cristiana. Los filisteos, azotados de Dios con ratones, que todas sus haciendas les roian, y con unos higos de carne ó diviesos ó nacidos, dolorosos y enconosos, que en lo secreto de su cuerpo les nacian, no dejándoles sentarse, preguntaron á sus sabios qué medicina tendrian para esta plaga de ratones, y dijéronles: Haced unos ratones y diviesos de oro y ofreceldos al Dios de Israel, que os lastima; y esos así ofrecidos os serán medicina. Vergonzosa cosa es que supiesen los sabios hechiceros de los filisteos esta filosofía, y los grandes sabios cristianos nunca acaben de entender que los trabajos y dolores, aunque á solas y á secas son terribles penas, pero levantados y ofrecidos á Dios son medicina.

Ultimamente condenó Dios al hombre al mas terrible mal, que es la muerte, de quien los demás son como ministros y oficiales, y mensajeros ó aposentadores, y en ella se encierran todos juntos, pues ella es un no general de todos los bienes desta vida, pues ella es pobreza, privacion de salud, de vista, de sentidos, de contentos, de oficios de amigos, de hijos y mujer, de haciendas, de casas, de criados, de mandos al fin de la vida, que es con que todo se goza. Y por eso dijo bien Aristóteles que es lo mas terrible de todas las cosas terribles; rigurosa parece la condenacion mas que las pasadas, y no parece que hay pasar mas adelante en razon de naturaleza; pero bien mirado, es sin duda eficacísima medicina de todos los males, tan léjos está de acarrearlos y agravarlos todos. La razon es porque con sola la muerte se atajan todos ellos. Si muerte no hubiera, ¿quién dejara la mujer ajena? Quién restituyera? Quién cumplirá lo prometido? Si desde Adan acá nadie hubiera muerto, ¡qué abominables maldades se hubieran cometido y se cometieran! Si estando seguros de morir pudiera haber palos y cuchilladas, ¡qué de hombres hubiera ya sin piernas y sin brazos y sin ojos, cruzadas las caras! En asegurando el demonio á Eva no moriréis, luego acabó con ella que pecase y acabara cuanto quisiera. Y por otra parte, en nombrándole Natan la muerte á David: Tú eres, rey, el que mereces la muerte. ¿Muerte dijistes? No se la hubo bien mentado cuando dejó el pecado y le limpió con penitencia. Pues purga que con sola su memoria lanza el mal humor, ¿no es eficacísima medicina? Pero dejemos agora los males del alma, que todos los purga la muerte. Vengamos á los del cuerpo de que tratamos, que tambien los ahoga y acaba; y así, con razon la llamarémos descanso y quietud en los trabajos. Donde dice Job que en un punto los ricos bajan al infierno, la palabra hebrea dice: En el descanso, que es la muerte. Y la misma está en otra

parte donde dice que visita Dios al hombre de mañana, y le prueba y castiga súbitamente, está el mesmo vocablo en el descanso. Resucitó la otra fitonisa ó hechicera á Samuel, por mandado de Saul, y díjole en resucitando: ¿Por qué me inquietaste, haciendo que me resucitasen? Pues ¿cómo el alma en el limbo y el cuerpo en la sepultura no desean resucitar? En parte gustan de estar allí descansando de tantos trabajos de la vida. De manera que, aunque la muerte del justo no fuera entrada de su gloria, bastábale para ser dichosa medecina lo que san Juan dice que le mandaron escribir, que de aquí adelante, esto es, desde la hora que muere el justo en el Señor, dice el Espíritu Santo que descansen de sus trabajos. Cuanto mas que, allende de ser fin de males de alma y del cuerpo, es tambien principio de todos los bienes, porque es la que nos mete en posesion de la bienaventuranza. Fácilmente se consuela el hijo mayorazgo, que andaba en desgracia de su padre á pleitos por los alimentos, arrastrado y trampeando cuando se muere su padre, porque entonces entra en posesion del mayorazgo. Así el bueno perseguido, sin alimentos, con trabajos y necesidades, ¿qué otro consuelo ni remedio puede tener sino la muerte, para entrar á gozar del mayorazgo del cielo?

Pues si el destierro del paraíso, si el acíbar de los contentos, si los dolores y los sudores, si los trabajos, todos cuantos hay en la vida, que son ministros y mensajeros de la muerte misma, son medicina de nuestros males, y ella los acaba y comienza los bienes; respondido sea está el por qué, siendo Dios padre piadoso y amigo de los hijos de los hombres, dado por contento de la paga de su ofensa por su Hijo, nos deja en esta vida con trabajos y de la manera que en el discurso pasado queda dicho, él mesmo nos los envia, pues con ellos mesmos nos libra dellos, y nos cabe mas bien con estos males que si nos librara dellos. Esta sea pues la primera razon y mas general; las demás serán mas particulares, que nos digan los fines de Dios mas particulares y mas repartidos.

§. II.

De otra razon por que envia Dios trabajos á los hombres.

No se contenta la bondad de Dios con comunicarnos su gloria, con que el mesmo de su cosecha es bienaventurado, y aquel reino sin fin, cuyo descanso y bienaventuranza no cayó jamás en pensamiento criado, donde quiere que cada uno sea rey, sin que el serlo estorbe á los demás, sino que se goce con mas gusto y contento, y sea del que lo goza mas estimado, como lo es el que un rey ganó á punta de lanza y por fuerza de armas, mas que el que posee por herencia y sucesion de sus pasados; y este bien hace Dios á los hombres cuando les envia trabajos y ofrece ocasiones de pelear, aunque las fuerzas, armas y municiones con que este reino se ha de conquistar todas vienen de su mano; lo cual declara san Juan Crisóstomo, comparándole al rey que quiere que su hijo, aunque sea mochacho, vaya á la guerra con él, y salga y pelee y sea visto en el real, y por otra parte el padre gobierna la guerra y hace la costa della, solo á fin de hacer al hijo compañero suyo en el triunfo. Bien pudiera Dios darnos este reino y bienaventuranza sin méritos; pero quiso que no careciésemos deste gusto de haberle ganado peleando; lo cual el Redentor mesmo nos notificó en su Evangelio, cuando dijo que el reino de los cielos por fuerza de armas ha de ser conquistado, y que los valientes y esforzados se lo arrebatan, y los que con mas violencia le conquistaren, su trabajo les ha de costar, y las armas ha de tomar el que quisiere reinar en él. Esta pelea se ha de hacer con nosotros mesmos, á lo menos sin esta no se puede alcanzar el reino. Porque, como san Ambrosio dice: Acometemos este reino, no con espadas, palos ni piedras, sino con mansedumbre, buenas obras y castidad. Estas son las armas de nuestra fe con que peleamos en este asalto; pero para poder usar bien dellas, para hacer esta fuerza al cielo, primero es necesario hacella á nuestros cuerpos y vencer los vicios de nuestra carne, para alcanzar el premio de las virtudes; porque primero hemos de reinar en nosotros para alcanzar el reino del Salvador. Hasta aquí son palabras de san Ambrosio. Así que, por pelea se ha de haber este reino, y esta se ha de hacer primero á nosotros mesmos; así lo decia y hacia san Pablo: Yo corro este camino no sin saber donde voy; peleo no como quien azota el aire, que, como san Augustin dice, declarando estas palabras: Bien sabia san Pablo que peleaba con el demonio; que así lo dice él en otra parte: No luchamos con carne y sangre sino con los príncipes destas tinieblas; pues dice agora: Cuando peleo no tiro los golpes al demonio, que, como no tiene cuerpo, dirá alguno que ando azotando el aire. Esto es, no me contento con querer mal al demonio, ni con decir mal dél, ni con borrarle la cara cuando le hallo pintado, sino doy los golpes en mi propria carne, castigo mi cuerpo y hágole servir con sujecion; lo cual aprendió el santo Apóstol de su Maestro, que, como el mesmo Apóstol dice en otra parte: Triunfó del demonio y sacóle á la vergüenza, afrentándole públicamente, matando en sí mesmo, en su propia persona, las enemistades. De aquí es que no te ha de parecer á ti, que pretendes y conquistas este reino, que, por haber de padecer te cuesta caro, pues no lo suele ser la mercaduría que el mercader que la vende jura que le costó lo que pide por ella; pues Cristo puede jurar que le costó mas á él, pues fueron azotes, afrentas, injurias, trabajos y muerte de Dios, cuando la compró para nosotros. Luego los golpes deste combate se han de dar en su propio cuerpo del que le hace; en lo cual se ve ser mas dificultosa pelea que la de los conquistadores de los reinos de la tierra, porque estos solo tienen trabajo en el caminar, sudar, el trasnochar, el cuidado de lo que conviene hacer, el menear las armas y recebir los golpes del enemigo; pero aquí sobre eso hay que los propios golpes que el conquistador diere han de caer y descargar en su propia persona; y esto es lo que san Ambrosio decia en las palabras arriba dichas. Y porque esta pelea ha de ser ordinaria, que, cuando menos pensamos, tocan al arma nuestros enemigos, es necesario andar siempre las armas á cuestas y con destreza de pelear; la cual se gana con el ejercicio del padecer, porque en la guerra cualquier descuido es muy dañoso y perjudicial. Por esto daba aquel famoso y valeroso capitan, Julio César, muchos sobresaltos y rebatos falsos á sus

soldados, haciéndoles encreyente unas veces que el enemigo estaba media legua y á punto de pelear, otras les publicaba rebato á media noche y á deshora, porque anduviesen siempre apercebidos; otras veces les mandaba tomar las azadas para hacer las trincheas, otras caminar; vez hubo que les hizo caminar trece leguas, con fama que le esperaba el enemigo, y llegados al puesto, decia: Huido nos han. Así, si nosotros nos apercibiésemos con ayunos extraordinarios, con romper la costumbre de los vicios, del jugar, de la conversacion y el gusto del hablar con personas sospechosas, seria de gran importancia para la pelea tan ardua y peligrosa como tenemos; pero Dios lo hace así con los hombres, porque cualquier descuido nos dañaria mucho; y vemos que las armas lucias y acecaladas se toman de orin si no las ejercitan; y se manca un caballo de estar mucho sin andar, y aun los hombres por falta de ejercicio pierden el andar y las fuerzas, por grandes que sean, como parece en las religiones, que hombres que entran en ellas de grandes fuerzas, si acaso no les cabe algun oficio en que las ejerciten, las pierden en poco tiempo; así nos quiere Dios tener ejercitados en pelear, porque al tiempo del menester no nos hallemos torpes. La ventaja que lleva, entre otras, el ardid de Dios al de César es, que los rebatos en que Dios nos pone no son falsos ni fingidos, ni tienen solo ese fin de ejercitarnos; sino que son verdaderos asaltos y pelea verdadera, donde se ejercita, no solo las fuerzas y el cuidado, sino tambien la paciencia; siempre se despierta el dormido, siempre se pelea y se gana, no tierra, como acá dicen, sino cielo, que es el que se conquista, y este es el intento de Dios.

En esta guerra habiamos, como el César hacia, y nuestro Dios con tanta ventaja hace, de sacar estas peleas de nuestro cuidado y voluntad, buscando y escogiendo las ocasiones, ejercitando las armas, inventando ardides para vencer á nuestros enemigos, mortificando cada hora nuestra carne, presentando nosotros la batalla, porque el acometer suele despertar el esfuerzo y coger al enemigo á veces desapercebido y con esta ventaja menos; pero, como somos los hombres flacos, amigos de nuestra carne, como san Pablo dice, que ninguno hay que aborrezca la suya, huimos los trabajos y afliciones, y las virtudes por venir cargadas con ellos; y á esta cuenta muchos de nosotros nos pasáramos de buena gana sin el reino del cielo, por el contento desta vida y la poca estimacion que hacemos de la venidera; fácilmente nos quedáramos desta parte del Jordan sin pasalle de esotra parte, por muchos bienes que allí se prometan, ¿cuánto mas habiéndose de conquistar con tan prolija y trabajosa pelea? Por eso nuestro Padre piadosísimo, Dios, provee que del cielo nos saquen desta pereza, y de allí vengan los trabajos que no buscamos ni preciamos, con los cuales, bien padecidos, conquistemos este reino; de que le habiamos de dar gracias infinitas y alabanzas, como el enfermo necesitado de perder una pierna ó brazo, porque su mano naturalmente huye de cortarse la parte enferma y cancerada, agradece y aun se lo paga al cirujano que le ata y le corta, aunque con gran dolor, el brazo ó pierna. De manera que con los trabajos conquistamos el reino y vencemos los enemigos, cuando de nuestra voluntad los tomamos; y si no, cuando con igual ánimo los padecemos; lo cual es á las veces y en parte mas seguro, porque cesa la sospecha de que padecemos en lo que por nuestra voluntad escogemos; y así, menos difíciles y trabajosas se sospecha que son, cual es todo lo que por própria voluntad se hace; y así, no tenemos en lo voluntario la seguridad que en los trabajos que Dios nos envia, ni de la prontitud de ánimo para padecer por Dios todo lo que él quisiere, tendrémos tanta experiencia y certidumbre.

DISCURSO V.

De otra razon por que envia Dios trabajos al hombre, que es el amor celoso que tiene á quien los envia.

Cuando un amador llega á tener celos de lo que ama, es argumento de su grande y encarecido amor; y no hay amor en las criaturas que pueda compararse con el que Dios tiene á los hombres, de quien el apóstol Santiago, en su *Canonica*, dice que ama hasta tener celos; y mas claro lo dijo san Pablo cuando dice á los de Corinto: Esto os digo porque os amo con celos de Dios; lo cual dijo ó porque pedia los celos de parte de Dios, con quien espiritualmente los tenia desposados; como quien dice: No os pido celos del amor que me teneis á mí, sino del que debeis á Dios, con quien os tengo desposados; ó quiere decir, con celos de Dios, como él los suele tener, así los tengo yo con amor limpio y encarecido; de manera que pone san Pablo este afecto en Dios para nuestra manera de entender, como ponemos los demás; ira, enojo, cólera y penitencia para solo significarnos que hará Dios con los hombres lo que suelen ellos hacer cuando tienen estas pasiones, como vengarse los enojados, castigar, etc. Y si entre los hombres hay alguna ocasion de tener celos, que es el correrse un hombre que quiten dél el amor para ponerle en otro, y así le tengan en poco, aunque sea su igual y aun de menos calidad, y mucho mas cuando él en todo hace ventaja al nuevamente amado; mas razon tiene Dios, que es sumo bien, de correrse cuando le dejan por esa sombra de bien que el mesmo puso en sus criaturas. Gran desvergüenza seria de una mujer, y mucha ocasion de enojo daria á un príncipe que la recuestase, si se enamorase del paje que lleva los recados y billetes de su amo, movida por unas calzas viejas que su amo le dió de las desechadas, y que en quitándoselas quedaria desnudo y asqueroso. Esa vileza hace el alma que de cualquier criatura se enamora, que, cuanto en ella parece precioso ó hermoso, no es mas que un desecho de la riqueza y hermosura de Dios; el cual para eso se la dió y la envia con ese aderezo á recuestalla, para que vea y saque por su cuenta cuánto bien hay en Dios, pues aquello que ella precia salió de su mano, y nadie da lo que no tiene. Eso pretende cuando se nos pone delante un pajarito de mil colores, hermoso, alegre, cantando y gorjeando, que si le preguntais: Vén acá, avecita, ¿quién te dió esa hermosura? Dirá: Diómela Dios, que me crió. ¿Quién te dió esa alegria y esa libertad? Dios me la dió. ¿Quién te sustenta? Dios, que es la hartura de todas las cosas, hasta las pequeñitas como yo. Eso

dice el cielo con su grandeza, eso el sol con su resplandor; eso dice el rio cuando estáis á su ribera, considerando aquella perpetuidad de su corriente, la frescura del agua, la verdura de las riberas, la hartura de los campos, la variedad y condiciones de los animales, la hermosura de las flores, la verdura de las yerbas, el color del oro y de las piedras preciosas, y todo cuanto parece bien á los ojos mas codiciosos de los hombres, pues la hora que el alma se enamora, aunque sea de la mejor dellas, con injuria del amor de su Criador, ¿cuánta razon tendrá él de tener celos? Por eso mandaba en la ley que cuando quisiese un soldado casar con la cautiva, que primero la cortasen los cabellos y la desnudasen de los vestidos que le dieron sus padres, y llorase ella allí delante del que habia de ser su marido. Esto hacia Dios porque le pareciese fea y no se casase, que era cosa que Dios aborrecia el casarse ninguno de su pueblo fuera dél; y que si así le parecia casarse, se casase. Bien pudiera mandarle sin tanta ceremonia que no se casase con ella; pero quiso mandarlo por este término porque le saliese de voluntad; en figura de lo que vamos diciendo, que en esta peregrinacion y guerra en que vivimos, cuando nos aficionáremos á cosa temporal y quisiéremos casar con ella, que la desnudemos de todo lo que Dios le tiene dado, porque parezca su fealdad y poquedad; que, si bien la desnudamos, ninguna cosa quedará buena, sino quizá alguna mala y fea, que es el pecado, fealdades, afrentas y ocasiones de mal; y si así quisiéremos amarla, nos da licencia; no porque él lo quiera, mayormente para dejarle á él por ella, sino porque sin duda aborrecerémos tan mal casamiento con tanto daño, y por significar nuestra libertad del alma con que nos crió para amarle ó dejarle; que su intencion y deseo no es otro sino el que, viviendo con nosotros en carne, nos dejó declarado y encargado que le demos todo el corazon, sin amar cosa ninguna, aunque sea padre ó madre, hermanos, hijos, mujer ó hacienda, mas que á él; antes lo dejemos todo por amarle mejor y mas desocupadamente á él; pues cuanto podemos amar sin él no es digno en sí que se ame, y todo lo que en las criaturas nos puede aficionar está en él con mas primor y prefeccion; y porque nuestro corazon es corto y angosto, y no suficiente para él, sino es porque no somos mas de como él nos crió, todo el corazon quiere, como por un profeta dice: La cama es angosta y no pueden caber dos; aludiendo á las adúlteras que fuera del legítimo marido admiten al amigo; lo cual, si el marido no quiere ó no puede sufrir, menos quiere Dios, que merece mejor la fidelidad de sus almas; y bien mirado, aunque nosotros no merezcamos la suya ni él tenga esa obligacion, pues eso es ser Dios, no tener á nadie ninguna; con todo eso, queremos á Dios de manera que, aunque nos dé riquezas y bienes de la tierra y aun el mismo cielo, y nos haga señores dél y de los ángeles, no se contentaria el alma si no le diese á sí mesmo; y así lo hace él: ni estorba ni embaraza, ni agravia á este su amor el comunicarse á muchos, porque es infinito bien y hay para todos, aunque sean tambien infinitos, sin que se estorben unos á otros, antes se ayudan á gozarle cada uno mas, en cuya significacion se convidan unos á otros en la tierra con la bienaventuranza.

Pues agora queda clara la razon que este discurso pretende declarar; porque Dios envia trabajos á los hombres, que es los celos que tiene de su amor, que son los efetos que hay en Dios, correspondientes á los que hacen los celos en los hombres; lo que hace pues el que los tiene es matar la mujer y el adúltero cuando los halla juntos; pues eso hace Dios. Y si el hombre quiere mucho á la mujer, mátale á él, y á ella perdona y escarmienta; pero tanto puede ser el enojo, ó tantas veces ella perdonada, que la mate á ella sola. Así hace Dios, que muchas veces mata al hombre y destruye lo que ama; y otras toma tanto enojo con el alma, que á sola ella mata, como hizo á aquel rico loco, de quien dice el Evangelio que se requebraba con sus talegones, trojes de trigo y bodegas de vino: Alma mia, alégrate, come y bebe, huelga y brinda á tu placer, que tienes con qué para muchos años; y oyó al punto una voz que le dijo: Necio, ah necio, ¿qué cuentas son esas sin el dueño? Esta noche te quitarán la vida, veamos quién gozará de lo que has allegado. Aquí parece cómo mató al poseedor, que es la esposa, y dejó los bienes para que con otro los gozase, como cada dia vemos gozar los extraños los que con tanto afan y á tanta costa de su alma allegan los ricos, como lo lamenta por uno de los mayores desastres del mundo el Sabio en el *Eclesiastes*, diciendo que, andando tomando el pulso á todas las cosas del mundo, vió una muy trabajosa y muy usada entre los hombres; que haya hombres á quien Dios ha dado riquezas, hacienda y honra, sin faltar cosa á su deseo de cuantas puede pedir, y que no tenga ánimo ni poder para comer destos bienes ni gozallos, sino que un extraño lo venga todo á engullir, para que entienda que lo que él en muchos años allega con tanto cuidado y espacio lo gastará otro superfluamente muy apriesa; que es significado por aquel vocablo de engullir. Y así concluye: Y esto es vanidad y grande miseria. Esto mesmo hace Dios con aquel rico y con el alma que le deja cuando se enoja; pero lo mas ordinario es guardar el alma, y perdonarla muchas veces y escarmentarla, pues la redimió y compró por su preciosa sangre, y la limpió y la recogió, habiéndola hallado echada á mal; y él se precia deste estilo y condicion cuando dice por Jeremías: Cosa cierta es, y que nadie, por vulgar que sea, hay que lo ignore, que no hay hombre tan vil y de poca honra que perdone á su mujer cuando la halla cometiéndole traicion; pero esto dice el Señor al alma traidora y adúltera: A tí te he yo tomado á manos con muchos adúlteros; pero vuélvete á mí que yo te acogeré. ¡Oh gran clemencia de tan gran Señor! Esto dice Dios al alma traidora; pero al adúltero mátale, que es quitarnos aquello que mas amamos, y por ello le dejamos. Y de aquí es el quitarte el hijo ó el marido ó la hacienda, que mas amas que á él; lo mesmo la honra, el deleite y el oficio, y por eso viene el trabajo y adversidad con daño de alguna destas cosas ó de todas. Así lo hace el buen hortolano con el árbol, que, porque suba la virtud á lo alto dél, le corta los hijos ó renuevos, tan verdes, frescos y hermosos, que se vienen á los ojos; porque estorban y se llevan lo mejor del árbol; así quita Dios el hijo que parece hermoso, virtuoso y amable, el marido, la hacienda y lo demás, porque suba arriba tu amor; y si

dijeres que no te acuerdas haber ofendido á Dios con esa ocasion, entonces lo hace porque no lo sea ninguna cosa destas para dejalle á él, si no lo ha sido; y cuando ni aun desto hay temor es para que entiendas cuán frágil es eso que los hombres estiman; y cuán poderoso es Dios, pues puede quitarlo y desaparecello, y de ahí entiendas cuánto mas firme y seguro es poner tu amor en Dios que en la criatura, y con esto resistas y respondas á las tentaciones que lo contrario te quisieren persuadir; á la manera del que pretende los amores de una dama, que con palabras y con su capa y espada procura que entienda ella que en linaje, riqueza, valor y valentía hace ventaja á su competidor; y cuando ve que no aprovecha con menos que quitalle la vida, se la quita, para que con eso se pierda el cuidado del muerto y se estime el valor del vivo.

Pues esta es la causa destos nuestros males, el amor celoso de nuestro Dios, que, no solo cuando hemos ofendido á su grandeza con demasiado amor de alguna criatura, pero cuando podriamos ofendelle, tiene este cuidado por no verse ofendido, y á nosotros perdidos y léjos de su amor. Y así como el celoso de su esposa, que mucho quiere, no solo se ofende y anda con cuidado cuando ve en casa el adúltero, pero cuando ve el billete y la que trae el recaudo, y el paje que le lleva, y el ir y venir della á la ventana, se recela, y lo remedia excusando recaudos, despidiendo el paje, cerrando ventanas, y con otros semejantes recatos; así hace Dios por el alma que cela, que toda ocasion le quita de delante. Por eso dió la enfermedad al siervo del Centurion, porque el texto dice, que le amaba su amo mucho. A Adan le quitó luego á Abel, á Abrahan le manda sacrificar á su hijo, á Jacob le dilata á Raquel, y le hace esperar catorce años, porque la amaba mucho. Todos estos son celos por escusar pecados; al bueno porque no le deje, y al malo porque se venga á él. Lo del bueno dice san Pablo en dos partes: en la una dice que pensemos y repensemos en los trabajos que Cristo padeció por nosotros, para que no nos congojemos con los nuestros y enflaquezcamos, y parezca que son muchos y grandes, pues que no hemos resistido hasta derramar sangre en la pelea contra los pecados. En el otro lugar dice que le entregó Dios á un ángel de Satanás, que le diese bofetadas, esto es, que afrentosamente le persiguiese, porque no viniese á engreirse con la grandeza de las revelaciones. De lo segundo de los malos dirémos en el discurso siguiente; pero conviene advertir aquí que, así como el bien de la tierra no lo es en comparacion del bien, que es Dios; así los celos de los hombres no llegan con mucha parte á los suyos y á la ejecucion del remedio dellos. Si un hombre fuese tan celoso de su esposa, que, no solo de las ocasiones claras se recelase, ni de la gente extraña de su casa, pero tuviese celos de su mesma madre de la desposada, aunque fuese de mucha honra y virtud, de quien ella ha recebido toda la modestia, recogimiento, vergüenza, virtud y honestidad, y todo el bien que tiene; este hombre ¿no seria celosísimo? Sí por cierto. ¿Cómo que de su mesma madre, cuya compañía suele ser el remedio de los celos, con su presencia, con su autoridad, con su amor y buen respecto, venga agora á tener de sola ella celos? ¿De quién no los tendrá este hombre? Pues aquí llegan, y aun de aquí pasan los de Dios; que lo que por otra parte parece bueno, lícito y santo y loable, tiene por otra parte celos dello, porque sus ojos son agudísimos y su amor extremadísimo. ¿Qué cosa mas loable que la presencia de Jesucristo nuestro Señor con los apóstoles? Erales mas que padre y madre; el les enseñó con dotrina y ejemplo lo bueno que tenian, la humildad, la modestia, la abstinencia, la caridad, la paciencia, el predicar, el hacer milagros, el amor de Dios y del prójimo; y se lo mereció todo en la cruz á tanta costa, y lo conservaba con su santa presencia; lo cual él dijo claramente á los fariseos, que le preguntaban cómo sus discípulos no ayunaban, ayunando los de san Juan; á los cuales respondió, dándoles dos razones. La primera fué: No es necesario que los hijos del Esposo ayunen, mientras con ellos estuviere el Esposo; en quitándosele de delante entonces ayunarán; que quiere decir, segun la exposicion del bienaventurado santo Tomas: El ayuno se ordenó para mortificar las pasiones y macerar la carne y sujetarla al espíritu, y hacer á un hombre espiritual y agradable á Dios, modesto, humilde, callado, devoto, caritativo, sufrido, etc. Todas estas cosas, mejor las obra en ellos mi presencia corporal que el ayuno. Porque era de tanta virtud y fuerza la presencia de Cristo, que causaba en quien trataba con él, cuanto era de su parte, todas estas gracias y virtudes; y así lo dice el mesmo Señor, rogando por los discípulos á su eterno Padre: Padre mio, el tiempo que yo he estado con ellos yo los he guardado; agora, que me voy á vos y me parto dellos, guardaldos de todo mal. Y claro está que hablaba de la presencia y partida cuanto á la humanidad; porque en cuanto á Dios el padre tambien los guardaba, y el hijo los habia tambien de guardar, y segun Dios, no se partia dellos, y especialmente los encomienda hasta la venida del Espíritu Santo, que les dió fuerzas y los confirmó en su gracia. Pues dice agora el Señor á los fariseos: Mientras el Esposo está con ellos no tienen para qué ayunar, porque todo lo que el ayuno habia de hacer en ellos, hace la presencia del Esposo; cuando se van sin él, entonces ayunarán; pero Juan el Bautista no tiene esta virtud; por eso ayunen sus discípulos. Y así fué, que en subiendo el Señor á los cielos, comenzaron con frecuentacion los ayunos, abstinencias, penitencias y trabajos de los apóstoles. Entonces para todos los fieles se comenzó la cuaresma, los ayunos, no solos los eclesiásticos, sino los naturales tambien; entonces los yermos, las peregrinaciones, etc. Pues agora con tener los apóstoles esta presencia del Señor de tanta virtud, no bajara el Espíritu Santo, que es infinito amor de Dios sobre ellos, si Cristo en cuanto hombre no se ausentara; como el mesmo lo dijo: Si yo no me fuere, no vendrá á vosotros el consolador; conviéneos luego que yo me vaya. Así declaran todos los santos doctores este lugar. Pues si la persona de Cristo en carne era estorbo para venir en ellos el Espíritu Santo, con haber aderezado sus almas para que fuesen capaces de su venida, y habérles enseñado toda virtud y perfeccion por tiempo de tres años, y habersela merecido por su sagrada pasion, y de habérsela conservado con la misma presencia corporal que agora les quitan, con todo eso,

tiene celos della, celosísimo debe de ser. Y el secreto dello era, porque estaban aficionados demasiado á estar con Cristo en carne, de suerte que la demasía consistia que no pasaban adelante ni subian al cielo con sus deseos. ¿Qué será del que por cosas viles y de poco precio; qué será del que por cosas torpes y sucias, se detiene en este mundo sin pensar en el otro, olvidando á Dios y á sus infinitos bienes? Y pues al cabo no fué aquello género de encarecimiento, sino que en realidad de verdad les quitaron de delante aquella limpísima presencia de su Maestro; no se espante nadie que á los hombres, por su bien y provecho, se les quiten de delante unas cosas tan viles y de poco momento como son haciendas, honras, oficios, hijos y aun salud y vida, cuando son ó pueden ser ocasion para que el corazon vano y miserable caiga en tanta ceguera, que por ellas deje á Dios, que se las dió, y puede y vale tanto mas que ellas, cuanto quien lo bueno tiene de su cosecha y por naturaleza, y ellas por cortísima participacion, porque no cupo en ellas otra mas cumplida; pues es oficio de buen amador, mayormente de padre y esposo cual es Dios, encaminar al hijo ó al que ama á lo mejor y mas cierto y verdadero, aunque sea quitándole con desgusto lo que no lo es, ó no tanto; y así, la madre quita al inocente y bobito niño el cuchillo de las manos, que el tiene por dijecillo, aunque mas lágrimas derrame y gritos dé, porque sabe el peligro què corre en dejárselo tener; y asimesmo le quita la mala comida y el jarro de agua aunque perezca de sed, no teniendo cuenta con su gusto y deleite, sino con el peligro que el sabio médico dijo que corria.

DISCURSO VI.

De la razon por que envia Dios trabajos y adversidades á los malos.

Mucho enternece á un alma, que atenta la multitud de sus pecados, oye por sus oidos lo que con juramento afirma Dios, que él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; pero no para aquí su misericordia, sin cansarse á la puerta de la que no quiere convertirse ni vivir, llamando y rogando que le deje entrar y cenarán juntos; y que aunque ella ha de abrir y poner la mesa, pero que él ha de hacer la costa; y con ser esta merced tan inestimable, el andar de alma en alma rogando, haciendo fuerza á nuestro comedimiento, aunque no á nuestra voluntad, aunque la esfuerza; antes despedido, no se despide, porque sabe que no tenemos palabra de ángeles, sino que mientras los unos se ablandan acude á los otros; no solo siete, mas siete mil veces por innumerables caminos va y viene para negociar nuestras voluntades; y cuán importante es el negocio, tan grande es nuestro descuido. Con siete vueltas del pueblo cayeron los muros de Hiericó y eran piedras; y tantas como da Cristo, arca del Testamento, que son infinitas, para derribar esa voluntad de su mala determinacion, no aprovecha, y esto porque es libre y él dispone todas las cosas suavemente, segun su naturaleza. Al fuego manda que queme aunque no quiera, y otras veces que no queme cuando él quiere; pero á la voluntad, que quiera si quisiere. Lucha con Jacob toda la noche de su pertinacia, y como no le hace fuerza, no le derriba, ni Jacob á Dios, por ser misericordia, á quien nunca derriba nuestra malicia ni le vence; mas tiénese él con nuestra voluntad, y hácele sudar y andar tantos caminos y aplicar tantos remedios para rendirla sin fuerza; y así, todo lo criado negocia la gana de nuestra voluntad. Y porque mas se descubra nuestra dureza, discurramos por los medios que pone Dios para ganarnos, y el órden dellos.

Lo primero, nos lleva por bien, haciéndonos innumerables beneficios; pues siendo nosotros pecadores, en lugar de azotes nos regala, en lugar de tormentos y infierno nos envia beneficios y abundancia de lo temporal para que el alma diga: Sirvamos á Dios, tan bueno y piadoso, que nos trata con tanto regalo; como decia el profeta Jeremías: Nunca dijeron en su corazon, temamos á Dios, nuestro Señor, que nos envia á sus tiempos las lluvias tempranas y tardías, y nos guarda para el agosto cada año colmados los panes; lo cual significa la ingratitud de los hombres, que es peor que la de las bestias, porque las fieras aun sienten el beneficio que se les hace, y con él se amansan y se hacen tratables. Un leon, ferocísimo animal, se burla y juega con el leonero; y asimismo el oso se torna manso con el que le da de comer, con ser tan indómita bestia; el elefante va hecho un cordero á la voluntad del que va en él caballero; y así son todas las bestias, por feroces que sean; solo el hombre se empeora con los beneficios, antes como víbora y basilisco muerde á quien se los hace. Todas las criaturas, dice san Agustin, ¿qué son sino unas voces de Dios? Esas da el cielo, diciendo: Mira, hombre, cuántos años há que doy vueltas para tu provecho. El sol dice: Yo te sustento y abrigo, y tras eso, te alumbro; yo te pinto la tierra de varios colores de yerbas y flores para tu regalo y recreacion. La tierra dice: Yo te doy la yerba verde, la mies granada, la fruta madura, los árboles crecidos y las frescas legumbres. La mar: Yo te crio los pescados regalados. Pero á todas las voces somos como los puercos, que comen sin alzar la cabeza á mirar quién les da la comida; de que se queja Dios por Esaías: El buey, animal basto y grosero, y el asno, torpe, agradecen y reconocen á sus dueños y lo que de su mano reciben para su sustento, y mi pueblo no me reconoce á mí, que tantos y tan innumerables beneficios le hago.

Pero no por esta ingratitud y ceguedad deja Dios de tentar otros caminos para llamarnos á sí; y porque estas voces son escuras para los hombres, que tan ciegos y sordos están á ellas, llámanos con la predicacion de todas las criaturas, que, segun dice David, á todas las naciones, por bárbaras que sean, predican la gloria de Dios. Y san Pablo dice que lo que de Dios no se ve por vista de ojos, se conoce por sus criaturas; para esto fueron criados los cielos, la tierra y la mar, los elementos, el infierno, la vida, la muerte, salud, enfermedad; para eso es toda la Biblia, desde la primera palabra, que dice que en el principio crió Dios el cielo y la tierra; y en aquella palabra Dios dice en el hebreo, los jueces; y al cabo del *Apocalipsi* diçe que viene con priesa á tomar cuenta. En el cuerpo della hay voces para todos: para reyes, para príncipes, para cortesanos Esaías, para prelados Ecequiel, para pastores Amós, Jeremías para

vasallos, Daniel para reyes, Jonás para pertinaces, Josías para desobedientes, David para nobles, san Pedro para desconocidos, san Pablo para atrevidos á la Iglesia, la Madalena para deshonestos, san Mateo para trampistas. En ella hay tanta variedad de figuras, metáforas, parábolas, versos, prosas, todo para conquistar un alma libre; porque, como san Pablo dice, todas las cosas que están escritas, para nuestra doctrina están escritas; para esto ordenó Dios los estados en las repúblicas tan diversos; para eso hay reyes, prelados, grandes, medianos y pequeños, ricos y pobres; para eso cortes, concilios, audiencias, consejos, justicias, gobiernos; para eso guerras, motines, paces, victorias, sucesos prósperos y adversos; para eso son los predicadores que con tiempo y cuidado dice Dios que envia por Jeremías, madrugando para enviallos; para eso misas, sermones, iglesias, sacramentos, papa, obispos, imágines, clérigos, frailes, monjas, casados y viudas; finalmente, todo lo criado es municion para conquistar con suavidad un alma. Todas las cosas, decia san Pablo, son vuestras, ora sea Pablo, ora Apolo, el cielo, ángeles, infierno, porque todo lo endereza Dios para llamarte y traerte á sí; porque, fuera de las criaturas mudas, que quiso que nos hablasen cada una en su manera, ordenó los ángeles; de quien dice san Pablo que son ministros de los que han de salvarse, y para eso enviados al mundo; á los hombres encargó que llamasen al pecador con la correcion fraterna, con el buen consejo, con el beneficio y con perdonarle la injuria; los demonios y el infierno sirven de llamarnos; todas son diligencias de Dios para negociar nuestra voluntad. No hay David tan diligente para aplacar á Saul y negociarle su voluntad con arpa y cabezas de filisteos. Cuando le pudo matar, cortóle la ropa, para que Saul se acordase que ya le debia la vida á David, pudiéndole matar á su salvo, y importunado de su gente que lo hiciese. Ningun medio deja este divino David y celestial para ganarnos, ni cabezas de turcos ni vidas de herejes; otras veces, cuando teniamos bien merecida la muerte, envia una enfermedad, que es cortar un poco de la ropa. Llévase de un pueblo siete ó ocho mil hombres, corta de Sevilla un pedazo, de Toledo otro, de Granada otro, otro de Inglaterra, otro de Flándes, para que le agradezcamos que no nos desposee del todo, como lo merece nuestra dureza y pertinacia; y para quitar ó templar esta melancolía nos tañe con arpa la consonancia de su justicia, clemencia, celo, religion, valor y real presencia de nuestro Rey y Señor; y así, con todo lo que él es y sus criaturas procura negociarnos.

Cuando el pecador cierra los ojos y las orejas á tantos bienes y voces, usa Dios de mas fuertes inspiraciones dentro del alma, que son, como dice Jeremías, un vivo fuego; unas veces enciende en amor el corazon y le regala, otras le amenaza y le espanta con sus pecados y con las penas que por ellos le tiene aparejadas; y desta manera anda con él mudando medios, y el pecador mas endurecido cada dia. Pues cuando nada aprovecha, ni beneficios soberanos de cuerpo y alma, que á las fieras suelen amansar, ni la hermosura de lo criado y las maravillas del mundo, ni lo que ellas predican, ni los profetas y predicadores, ni las inspiraciones interiores, que por bien y por mal convidan al alma; en este caso viene Dios á los trabajos como último remedio, aunque contra su voluntad, por desengañar la nuestra. Estas son las plagas, enfermedades, pobrezas, destierros, deshonras y otros trabajos; que así hacemos los hombres, cuando uno está tan dormido, que á voces no podemos despertarle, le despertamos á golpes; así despertó y trujo á conocimiento á los hermanos del patriarca Josef, con las aflicciones que en Egipto padecieron, hasta decir: Justo juicio de Dios son estos trabajos por lo que ofendimos á Dios y á nuestro hermano; veis aquí nos toman cuenta de su aflicion y de su sangre, él nos rogaba con lágrimas, y no le oimos; por eso nos aflige Dios. Los que no oyen á Dios, ó hacen como si no le oyesen, con estas cosas les despierta. Grande es el ruido que trae un hombre en sus oidos cuando anda metido en el del mundo; mucho hace andar á Dios para atraelle, y este es el mas eficaz camino. Job decia: Señor, hasta agora os conocia de oidas, no llegaban á mí mas de las nuevas (con ser tan justo, solo por la mucha riqueza que tenia); agora os ven, Señor, mis ojos, y por eso me reprehendo y hago penitencia con ceniza y cilicio. Hace Dios esta diligencia como piadoso padre de los hombres; porque, no solo vamos á él como quiera, sino con codicia, como el padre que tiene un hijo pequeño y desea que le cobre amor y se venga á él, no se contenta con llamarle, mas manda á los criados que lo espanten y aun le azoten; y así, gusta de verle venir llorando y abre los brazos y le regala; así lo manda Dios á sus criaturas, que aflijan al hombre despegado de su amor; para este fin dice san Gregorio que para que saliesen los hijos de Israel con mas gana de Egipto, no se contentaban con que Moisen los llamase, sino que los egipcios los echasen. Así no se contenta el Señor con llamarnos y convidarnos con el cielo, sino con afligirnos en esta vida, porque de mejor voluntad procuremos la otra; porque nuestra torpeza y el poco sentimiento de los verdaderos bienes llega á hacernos de la condicion de algunas bestias de camino, que para que salgan, como dicen, de haron, es necesario llamarlas de delante con la comida y darlas de palos y aun avivarlas con la espuela; así ordena Dios que, demás de que él nos convida, nos eche el mundo de sí con malos tratamientos; dícelo san Gregorio: Los males que aquí nos aprietan nos compelen á ir á Dios; dícelo san Ponciano por estas palabras: Obra es maravillosa de la divina dispensacion que los buenos sean fatigados con tribulaciones, para que al tiempo que la verdad los llama por amor, el mundo por su parte con tribulaciones los arroje de sí, y que tanto mas fácil y ligeramente salga y se aparte del amor deste mundo, cuanto mas le arrojan adonde le llaman. Deste medio usó Absalon cuando, no queriendo Joab venir á su llamado, le mandó pegar fuego á su trigo, para que con este trabajo viniese; así hace Dios cuando no venimos á su amor, pegar fuego á nuestra hacienda y contentos; lo cual vemos por experiencia que suele en algunos aprovechar, como lo declara san Gregorio en la homilía de los convidados á la cena; cuando el Rey manda que traigan los convidados por fuerza, dice este santo: Después que en el mundo no podemos alcanzar lo que queremos, después que de

la imposibilidad quedamos cansados en los deseos terrenos, entonces nos volvemos á Dios, entonces comienza á agradarnos lo que nos enfadaba, y á parecernos dulces en la memoria los mandamientos que antes en ella nos amargaban; porque aquella alma que, procurando hacer á Dios traicion con todas sus fuerzas, no pudo salir con ello, determina de serle fiel esposa; luego los que, quebrantados con las adversidades de este mundo, vuelven al amor de Dios corregidos de los deseos de esta vida, ¿qué son sino los compelidos á entrar en la cena? Hasta aquí san Gregorio. Esta fué la causa por que quiso que fuese esta vida trabajosa; porque, con ser tal cual es, la amamos tanto y fácilmente le olvidamos, ¿qué hiciera si no lo fuera? En los *Números* se quejaban los del pueblo que el desierto era tierra estéril y de mala vista; pues si fuera fresca y deleitosa, allí se quedaran; por eso la hacia Dios trabajosa; así hace á esta, porque con mas priesa y codicia pasemos á la otra; la cual si tuviésemos por último fin respeto de la presente, todo nos pareceria poco y vil lo que acá perdemos; cuando vamos á Sevilla con deseo y amor, y parecen en el camino las torres de Osuna ó de Marchena, ¡qué bien nos parecen! No por ellas, sino porque son camino para Sevilla; mas en llegando á ellas, cuanto era el deseo de llegar cuando las descubrimos, tan grande lo es después de perdellas de vista y dejallas muy atrás; porque, cuanto mas nos apartamos, tanto nos acercamos mas donde deseamos; así las cosas desta vida, salud y honra y bienes temporales, cuando se desean por Dios, bien parecen en el deseo; pero en teniéndolas, desea el justo salir dellas y perderlas de vista, porque el paradero donde va es Dios, y todo lo demás era camino, y tanto cuanto ello queda mas atrás y léjos de nuestra memoria y deseo, tanto mas nos acercamos á Dios.

Este pues es el fin que nuestro Dios tiene, cuando al malo envia trabajos en esta vida, que es todo amor y misericordia, y tanto mayor cuanto mas indigno es el pecador de tantas maneras como Dios tiene de llamarle y esperarle, cuantas ha usado antes del trabajo, que es la última que por su bondad quiso que lo fuese, y la mas eficaz para abrir los ojos y despertar al amigo de su cama y regalo. Por este camino entraron siempre muchos y muy obstinados pecadores á la penitencia y se volvieron á Dios; por aquí entró David, que decia: Habed misericordia de mí Señor, porque estoy muy atribulado; por aquí aquel rey soberbio Nabucodonosor, que se queria alzar contra Dios, diciendo que él habia con su poder edificado á la gran ciudad de Babilonia; y no habia acabado las soberbias palabras, cuando le fué notificada aquella brava sentencia en que fué condenado á ser bestia con las del campo, después de quitado el reino, desterrado del poblado, á comer heno con las demás bestias por siete años, hasta que reconociese que Dios era el Señor de todos los reinos, y el Rey que puede darlos y quitarlos cuando quisiere; la cual luego se ejecutó á la mesma hora; y al cabo del tiempo reconoció, volviéndole sus sentidos, el poder y majestad de Dios, como el texto dice; y concluye el capítulo con las palabras de su confesion, diciendo: Agora yo, Nabucodonosor, alabo y engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas y fieles y todos sus caminos son juicio, y confieso que no hay hombre tan soberbio, que no le pueda Dios humillar y abatir. ¿Quién humilló á aquel rey Antioco, tan soberbio enemigo del pueblo de Dios, y le hizo venir á desengañarse y decir aquellas palabras: Bueno es sujetarse á Dios, y que el hombre mortal no se ponga á tú por tú con Dios, ni se iguale con él, sino el trabajo que le envió? A Manases, que habia regado á Hierusalen con sangre de profetas, ¿quién le hizo volver á Dios sino verse cautivo? Pues á Naaman Siro, ¿quién sino su lepra? Al régulo del Evangelio, la enfermedad de su hijo? Por esta puerta entró san Francisco por una enfermedad, y por la mesma infinitos pecadores que sabemos y otros que no sabemos. Porque, como la experiencia aun nos lo enseña, lo que no puede acabar contigo un sermon del mejor predicador del mundo, acaba una enfermedad y un trabajo, una viudez, una muerte de un hijo, ó cualquiera otro semejante; entonces parecen las cosas de otra color, allí se mudan los pensamientos y se tiemplan los deseos, allí se comienzan á descolgar las tapicerías, se moderan las comidas y los vestidos son mas honestos; entonces se abaja la voz, se cierran las ventanas y se acaban las locas conversaciones, y se dicen sentencias graves; entonces se comienza la verdadera filosofía, se estima todo lo mundano en lo que es; entonces se piensa cuán breve es esta vida, cuán mudable su gloria, cuán engañosos sus contentos, cuán locos los que se andan tras el mundo vano; y si hacen algunos de los valientes y disimulados, no es culpa del trabajo, sino de su mal corazon, á los cuales compara san Juan Crisóstomo á los que vuelven la purga y truecan lo que han comido; lo cual no es culpa de la purga, sino del mal estómago; así es acá culpa del corazon, y no del trabajo, que esta virtud tiene para sanar la locura del mundo y sacar dél á los hombres y traellos á su Dios; así lo decia David: Hinche, Señor, sus caras de ignominia y afrenta, y andarán á buscar tu nombre. Y en otra parte, cuando los mataba y maltrataba, le buscaban, iban y venian, y madrugaban para venir á él. Este remedio daba el mesmo Dios á la esposa que dejaba su cama y se le iba á buscar otros contentos: Yo te atajaré tus caminos con espinas y abrojos; como quien dice: Mis punzaduras te harán volver á mí; y si no, dígalo cada uno y meta la mano en su pecho, si ha habido cosa que mas de veras le haga volverse á Dios que el trabajo en que se ha visto.

Pero llega á tanto la dureza y obstinacion de algunos, que, así como no sienten los bienes ni los recaudos que Dios envia por todas las criaturas, por los profetas y predicadores, así no les hace el trabajo mella en sus pecados, discípulos de aquel mal rey Faraon, que todo se probó con él, y así murió proterbo y duro en mitad de los trabajos y plagas, que es uno de los mayores dolores que puede haber en la tierra. San Crisóstomo no puede acordarse dello, sino con lágrimas en los ojos: ¡Ay dolor! (dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo) que esto me tiene en perpetuo llanto y lágrimas, que ni esto aprovecha para ablandar la dureza del pecador. Dime, ¿qué no ha hecho Dios para que le ames? ¿Qué invencion ha dejado? Nosotros le ofendemos sin merecerlo él;

antes, habiéndonos hecho millones de secretos beneficios y mercedes, volvímosle las espaldas; estándonos llamando y convidando, antes rogando, y aun así no nos castiga; antes el acudió y se llegó, y en medio de nuestra atrevida resistencia nos detuvo, y nosotros le dejamos la palabra en la boca, y escapados de sus manos, nos pasamos huyendo al demonio, y no por esto dejó él la impresa; antes nos envió seiscientos profetas, ángeles y patriarcas; pero nosotros, no solo no admitimos la embajada, antes injuriamos los embajadores cuando la daban; él todavía no por eso nos despidió; antes, como los que aman mucho y son despreciados, anduvo cercando cielo y tierra y quejándose á todos y ayudándose de todos, y aun yendo él mesmo con los profetas, y diciendo que le tomasen cuenta, que queria ser examinado cerca de su negocio dellos, y trabando pláticas y razones con los mesmos, aunque duros y sordos, diciendo: Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo? ¿En qué te he ofendido? ¿En qué te he dado pena? Respóndeme. En todo esto matamos los profetas, apedreámoslos y hicimos otros infinitos males. Pues dime, ¿qué hizo él en retorno de todas estas cosas? ¿Qué? Que envió, no ya profetas ni ángeles ni patriarcas, sino su mesmo Hijo unigénito, y á este en llegando quitaron la vida. Hecho esto, no se apagó su amor, antes quedó mas encendido; porque aun el Hijo muerto, todavía persevera amonestando, rogando y como puesto de rodillas, pidiendo que nos volvamos á él; y sobre esto san Pablo da gritos con estas palabras suavísimas: Mirad que somos embajadores de Cristo, con poderes tan cumplidos como si el proprio en persona os amonestase; así lo hace por la nuestra, pues como legados suyos y en su nombre os rogamos de rodillas que seais sus amigos, y con todo eso, no aprovecha con nosotros; pero ni aun él nos desampara por eso, mas antes persevera, ora amenazando con los infiernos, ora convidándonos y prometiendo su gloria y reino de los cielos, para que siquiera por aquí nos ablandemos, pero ni por esas lo hacemos, sino como unos hombres fuera de sí, ni una palabra ni un pensamiento le volvemos de amor; ¿qué mayor bestialidad? Porque si de un hombre como nosotros hubiéramos recibido estas cosas, ¿qué agradecimiento le tuvieramos? Qué de ofertas le hicieramos? Qué de veces le ofreciéramos honra, vida y hacienda? ¡Oh Señor Dios inmortal, cuánta es nuestra flojedad, y cuánta nuestra ingratitud? Cada hora pecamos, siempre nadando en pecados; y si alguna vez hacemos alguna cosa poca del deber (á fuer de malos esclavos ingratos), no hay mercader que hasta la última blanca cuente lo que le deben, como nosotros examinamos esa miseria de bien que hacemos, congojados y cuidadosos de la paga, cuanto nos dabas por lo que por ti hicimos. Hasta aquí son palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo, el cual ponderara mas nuestra dureza si contara haber Dios puesto al pecador en el potro de los trabajos; que á este fin dice Esaías que nos pone Dios en el tormento para quitarnos el estaño y la escoria del pecado, y todavía duros y rebeldes como muchos lo están, semejantes á las bestias que poco antes deciamos que ni bastan silbos ni espuelas ni palos para hacerlas mudar de un lugar, algunas se dejan allí hacer pedazos y moler á palos. Y si preguntáre alguno de qué sirven en estos tales los trabajos que Dios les envia, se responde que sirvan de principio de las penas que para siempre por ellos han de padecer en el infierno. San Gregorio dice: La pena presente, si convierte el alma del afligido, es fin de la culpa pasada, pero si no la convierte al temor de Dios, antes es principio de la pena que se ha de seguir; lo mismo dice Crisóstomo, y que es aun doblada pena; lo mismo dice san Hierónimo que no castiga Dios dos veces un pecado; entiende cuando hay conversion de otra manera, si estos tales son los que Dios arroja de sí, porque no le queda medio ni misericordia que usar con ellos. Por estas palabras lo dice claro el profeta Jeremías: Ya se han quebrado los fuelles y el plomo se consumió en el fuego; por demás ha sido y perdido el trabajo del fundidor, porque las malicias destos no se quisieron consumir; llamaldos plata falsa y reprobada, porque el Señor los arrojó de sí. Esta es una de las señales de reprobacion, cuando uno no se ablanda viniendo Dios al postrer remedio, que es los trabajos. Esto llama el profeta Jeremías plaga de enemigo, porque el castigo comienza desde acá. San Agustin dice sobre el *Deuteronomio*, declarando aquellas palabras: El fuego se encendió en mi furor y arderá hasta lo último del infierno; dice el Santo: La venganza aquí comenzará, y arderá hasta la extrema condenacion. Y el santo Job dice: Vi los que hablan maldad, siembran trabajos y dolores, y al cabo los vienen á segar; de aquí comienzan sus tormentos, y los siegan en la otra vida; y es muy propria la metáfora que, aunque acá sean pocos como en sementera, son allá multiplicados como en siega. Ejemplo desto fué Antíoco rey, que, después de tanta soberbia, vino á morir comido de gusanos, que el mesmo no podia sufrir su hedor. Lo mesmo Heródes el que mató á los inocentes, y el otro Heródes que mató á Santiago; y en nuestros tiempos hay muchos que mueren así, impacientes, blasfemando de los trabajos y del Señor, que selos envia, hasta que despiertan en las penas del infierno, que con sus impaciencias y blasfemias comenzaron desde acá á padecer; y esta es la causa en estos de enviarles Dios los trabajos, cuando para su conversion, por su culpa, no les fueren de provecho.

DISCURSO VII.

De las razones por que aflige Dios con trabajos en esta vida á los buenos.

Llegado hemos á uno de los puntos principales que este libro pretende, que tanto cuidado dió siempre á todas las naciones y tanto ha espantado al mundo; y aun David queda en un salmo desconfiado de poderlo entender hasta ver el fin, llegado al santuario de Dios, donde tiene su morada, que es en el cielo; aunque otros entienden por el santuario la Iglesia católica, donde reside la verdad de Dios; y lo uno y lo otro es verdad, porque en la gloria se sabrá esta dificultad perfetamente en el Verbo divino con las demás verdades, y entre tanto se entiende en la iglesia militante, en el punto que es necesario para informacion de los fieles que han de salvarse, y es la dificultad por qué razones aflige Dios en esta vida á los buenos, pues no por pecados, pues son buenos, ni por atraellos á sí como á los malos,

pues están ya con él. Una de las razones por que tiene esta dificultad á los hombres perplejos, es por parecerles que en la sagrada Escriptura los tiene Dios privilegiados de toda adversidad y trabajo (á lo menos así lo muestra), porque cuando manda hacer por Ecequiel la matanza general del pueblo, manda que se toque á los que estuvieren señalados con el Tau, que, segun la comun y ordinaria opinion, sinifica la cruz de Cristo; la cual los buenos traen en la frente por la fe viva, y por la memoria y la continua consideracion de su pasion; aunque, segun otros, como la letra Tau en la lengua hebrea no tiene forma de cruz, como en la griega, quiere decir los que traen en la frente ó en su memoria el fin, que es ó la muerte ó juicio ó gloria. Como el Tau es la última letra del a, b, c hebreo, y la Escritura suele usar en estas dos lenguas, así como para su cuenta de las letras por su órden, así de las primeras para sinificar el principio y de las últimas para sinificar el fin, como de la griega parece en el *Apocalipsi*, cuando para decir Dios que él es el principio y el fin dice que es alfa y omega, que son primera y última letra del abecedario griego. Sea como fuere, que en aquel lugar son sinificados los buenos y amigos de Dios por los señalados con el Tau. Lo mesmo se colige del libro del *Apocalipsi*, donde vió el apóstol san Juan un ángel que subia del oriente con la señal de Dios vivo, y dió voces á los cuatro ángeles á quien estaba encargado de hacer daño al mar y á la tierra, esto es, á los habitadores della, y díjoles: No comenceis á hacer mal á la tierra ni al mar hasta que en las frentes señalemos á los siervos de nuestro Dios; donde parece el cuidado que tiene Dios de que en esta vida los suyos no sean afligidos á vueltas de los malos; lo cual en muchas partes dice David, ora diciendo, que hace Dios señas á sus amigos para que huigan de los castigos que envia; á los cuales promete en otro salmo otras cosas muchas como esta; que ninguna cosa les dañará; que aunque caiga no se lastimará, porque él pondrá debajo su mano; en otro salmo es cosa maravillosa las cosas que promete al que viviere confiado debajo de su sombra y amparo, y le recibiere por su protector, que él será su refugio y guarida; que por haberle puesto en Dios no llegarán á él trabajos ni azotes; que le librará de los lazos de los cazadores, que son las ocultas trampas de los enemigos invisibles, ora sean hombres, ora, como san Augustin dice, los demonios, y de la palabra áspera, que es la injuria ó deshonra, y cualquier otra adversidad áspera de sufrir; que con sus alas le amparará y hará sombra, y que él se hallará seguro debajo dellas; como un pavés le cubrirá su fidelidad, sin que tema ni males ocultos, ni espantos de noche, ni males súbitos y inopinados, que es la saeta que vuela de dia, ni pestes ni contagiones de dia ni noche; que aunque de guerras y pestes caigan mil y diez mil á sus piés, no tendrá que temer de sí; antes verá la ira de Dios sobre los malos y los castigos de sus culpas, sin que mal ninguno le alcance á él ni á su casa, porque le tiene encomendado á sus ángeles, que le guarden en todos sus caminos y que le traigan en palmas, sin que padezca el menor tropezoncico; y que á todo género de serpientes, que son los demonios, traerá debajo de los piés, porque se paga mucho de que haya puesto en él sus esperanzas, y en su santo nombre y autoridad haya confiado, y será con él á su lado cuando haya en el mundo tribulaciones; y que en esta vida le dará largos años, y después la gloria, donde le muestre para siempre al Salvador. El cual salmo y las promesas dél tiene dichas y declaradas, y primero prometidas en Job, de donde el mesmo David se espanta, y tiene á Dios por dormido en otro salmo, donde habiéndole repetido al mesmo Dios los beneficios que á sus pasados hizo en otros tiempos, en prosecucion de lo que tenia prometido, siendo el mesmo agora que solia, sin mudarse; la mesma verdad, la mesma fidelidad y el mesmo el pueblo suyo, parece que le trata mal. Tú eres (dice) el mesmo Señor y el mesmo Rey, él el mesmo Jacob, y tú le sueles hacer el bien que recibe, y agora nos has desechado y fatigado por mano de nuestros enemigos; pareciéndole cosa nueva y desusada del mesmo Dios el afligir los suyos. Los malos echan su cuenta contra el justo, diciendo: Salteemos al justo, porque es contrario á nuestras obras. Y luego añade: Si él es hijo de Dios, él le librará de mano de sus contrarios. Y el mesmo lenguaje usaron al pié de la cruz condenando su vida, dando á entender que no era hijo de Dios; si es hijo de Dios, líbrele agora si quiere. Elifaz decia á Job: Ninguna cosa se hace en la tierra sin causa; dando á entender que no hay trabajos sin culpa, y de la tierra no sale dolor, no le tiene sino quien le merece. De aquí fué que, oyendo los apóstoles al Señor hablar de su pasion, no le entendieron; no viene bien inocente y hijo de Dios, y padecer ignominias y afrentas. Y así dice el Evangelio: Ellos no entendieron nada destas cosas. Pues si esto es así, ¿qué razon puede haber para mostrarse Dios mudada la condicion antigua y afligir á los buenos, pues pasados aquellos tiempos, se muestra en todo mejorado en misericordia? Parece que podemos decir lo que David: Señor, con estos oidos hemos oido la fama de vuestra misericordia, y de nuestros padres la oimos y en vuestras santas historias lo leemos, y predicamos las mercedes que hicistes á aquel pueblo y á todos los pasados, y sois el mismo que entonces; antes os habeis mostrado mas piadoso en darnos vuestro Hijo unigénito, en quien descargasen los golpes de vuestra justicia. Pues ¿qué será, esto que vuestros amigos, á quien tanto habeis prometido vuestro amparo, y de quien todo el mundo piensa que habeis de ser su escudo y defensa, anden tan fatigados con trabajos, y tan perseguidos de los enemigos vuestros y suyos?

A esto se responde que hay muchas y muy importantes razones de tratarlos con trabajos y adversidades, de que en los lugares dichos les promete que les librará y que de ninguna dellas recibirán daño; y aunque no hubiera otra sino traellos ejercitados para la virtud, con cuyo ejercicio y dificultad se conquista y merece el cielo, y para ejercitar su fe y paciencia, y para hacerlos venir á sí por socorro y fuerzas contra la tiranía de la carne y sus codicias y deleites, y otras malas yerbas que de la ociosidad suelen nacer, ¿era bastante razon, cuanto mas las que luego se pondrán? De donde vino á decir Séneca, aunque gentil, que Dios no ama á los buenos con amor de madre, sino con amor de padre; y no contradice esto á los lugares de la Escritura, en que

dice que nos ama como madre y como ama, criándonos á sus pechos y regalándonos, porque en ellos solo se dice la ternura con que nos ama; pero con esto se compadece lo que este filósofo dice, que nos ama como el padre al hijo, mirando mas su provecho que su contento y regalo. ¿No ves (dice Séneca) cuán de otra manera regalan los padres á sus hijos que las madres? Ellos mandan á sus hijos madrugar y despertar de mañana para entender en los ejercicios necesarios de la vida, y no los dejan estar un dia ociosos, como sea dia de trabajo; y en esto les sacan á veces, no solo el sudor, sino aun las lágrimas; pero las madres los quieren tener siempre á la sombra, al regalo y á los pechos, excusalles las lágrimas, la tristeza y el trabajar. Así Dios (dice este filósofo) con los buenos tiene el ánimo de padre y los ama con mas fuerte amor; empléalos en trabajos, fatígalos con dolores y daños para que cobren verdadera fuerza; todas las cosas regaladas desmayan de flojedad, y por eso desfallecen, no solo del trabajo, sino de su mesma naturaleza, peso y carga. La felicidad no ejercitada no sufre golpe ninguno; pero después que tuviere, con los daños ordinarios pelea, hace callos contra ellos. Hasta aquí son palabras de Séneca, por las cuales se entiende cuánta razon tiene Dios de no dejar ociosos y follones á sus amigos. Que esto quieren decir los filósofos cuando hablan de Dios, á quien no conocen; solo dicen lo que la razon les dice que debe hacer el que fuere verdadero Dios. Y sobre esto sabemos los cristianos del nuestro cuán sabio es y cuán amigo de sus amigos. Pues ¿qué nos espantamos que los ejercite con trabajos, mayormente habiendo de librarlos y pudiéndolo hacer á sus tiempos, como dice san Pedro, que sabe librar á los buenos de la tentacion; y el salmo, que muchas tribulaciones tienen los justos, y que de todas los librará el Señor, etc.

DISCURSO VIII.

De la segunda razon por que trabaja Dios á los buenos, porque es gloria suya.

Pues que todas las cosas fueron criadas para gloria de su Criador, y este fué el último y mas principal fin de su creacion, bien es que comencemos las razones de los trabajos y adversidades de los buenos por esta, que para gloria suya los envia, lo cual el mesmo Señor declaró, cuando tuvo nueva de la enfermedad de Lázaro, diciendo que no era la muerte su intento de quien se la envió, sino para gloria de Dios, que en las enfermedades y otros trabajos resplandece mucho; en lo cual el bienaventurado san Juan Crisóstomo se la ganó á san Jerónimo, cuando quiso ponderar el bien que hay en el padecer, diciendo que el subir á las montañas (por lo cual entiende el padecer) es reinar. Pero añade san Juan Crisóstomo que es mas que reinar; y la razon es, porque el reinar es gloria del que reina, y el padecer es gloria de Dios; que así lo dió á entender el mesmo Señor cuando dijo á san Pedro: Cuando eras mozo tú te ceñias y ibas libremente adonde querías; pero ahora otro te ceñirá y te llevará donde tú no gustarás. Y dice el Evangelista: Y esto le dijo dándole á entender con qué manera de muerte habia de dar gloria á Dios. Pero parece que por salir de una dificultad hemos dado en otra mas profunda y prolija; tan léjos parece que vamos de salir con lo que en este discurso se pretende; porque antes parece pertenecer á la gloria y honra de Dios mirar por sus amigos, librarlos, favorecerlos y regalarlos, que de aquí salia la congoja que Moisés traia cuando salió el pueblo de Egipto, todas las veces que queria Dios castigarle: Mirad, Señor, por vuestra honra, no digan ¿dónde está su Dios, que los habia de librar? Al fin nuestra mano y fuerza es grande; no deis, Señor, qué decir al mundo; que dirán que los sacastes al desierto, no para librarlos, sino para matarlos y destruirlos; que parece cosa indigna de quien vos sois, que se diga que tratais mal á los vuestros. Pero, bien mirado, una de las cosas que mas gloria dan á Dios en esta vida, son los trabajos que sus amigos en ella padecen; lo cual tiene verdad, entendidas cuatro maneras, y todas diferentes, en que damos con ellos gloria á Dios: la primera, porque en ninguna muestra él tanto su poder infinito como en librar al hombre del trabajo en que está; y este es uno de los argumentos, y no el menor, que el mesmo Señor hace por el profeta Baruch, para probar que los ídolos no son dioses: ¿Cómo quereis (dice) que crea nadie que son dioses, pues no pueden librar al hombre de la muerte, ni al que poco puede del poderoso; no pueden dar vista al ciego ni remediar la necesidad del pobre; no pueden apiadarse de la miseria de la viuda ni del huérfano? Por otra parte, aquel soberbio rey Nabucodonosor, después de haber estado tan pertinaz y cruel en la afliccion de aquellos tres mozos, Sidrac, Misac y Abenago, viendo que tan poderosamente los habia Dios librado de su poder, la razon que puso en su edito, que por todo el mundo mandó publicar, para que todos adorasen y tuviesen por Dios al Dios destos mozos, y nadie pusiese lengua en él, fué porque solo él es poderoso para librar de las tribulaciones á sus amigos.

Para mayor declaracion desta verdad es de advertir que de dos maneras acostumbra Dios librar á sus amigos de trabajos: la una apartándoselos que no lleguen, impidiendo sus causas; otra, después que el trabajo está en casa, quitándoselos y dejándolos libres de aquella afliccion maravillosamente. La primera destas dos maneras tienen los imperfectos y poco aprovechados en el camino de Dios por mas suave; esa desean y esa piden; ahí se encaminan sus oraciones, misas, sacrificios y devociones, rogando que Dios encamine su vida con quietud y descanso, desviando toda enfermedad y trabajo; esto se desean unos á otros los parientes y amigos, con esto hacen sus salutaciones y cortesías; y á la verdad, mirado solo lo de esta vida, ellos escogen lo mejor que el mundo juzga y estima; pues donde hay menos de trabajo, hay menos de mal y mas de apetecible de la voluntad, y esto nace de las pocas fuerzas que han cobrado contra las adversidades; y así, no es maravilla que en esta navegacion peligrosa deseen el mar sosegado, el cielo sereno, y sano el navío, y que teman las ordinarias borrascas y tempestades. Pero los que de la misericordia y poder de Dios tienen mas experiencia, por mejor camino de ser librados tienen la segunda manera, y aun el mesmo Dios la usa mas de ordinario, porque es la que mas gloria da al mesmo Dios, y á los que la padecen mas provecho; porque, como en el discurso

deste libro se ve, muy provechoso es al hombre ser en esta vida atribulado, así para plantar las virtudes en el alma como para conservarlas plantadas y avivarlas, que se van durmiendo y amortiguando; y para Dios es mas honroso camino, pues por él se muestra poderoso para acabar los males, de que por ninguna humana industria pueden los hombres salir, y para librar á sus amigos de las manos de sus enemigos, que con gente, riqueza y ardides se muestran invencibles y poderosos para los destruir y acabar; lo cual resulta en inestimable gloria de Dios, que así de los amigos como de los enemigos queda conocido por poderoso y buen amigo, y amado de los unos y temido de los otros; lo cual, si de la primera manera los librara, no tuviera tanto lugar, por ser ello encubierto y los hombres de poca consideracion. Ejemplo sea lo que hizo con su pueblo á la salida de Egipto, de que el pueblo quedó tan conocido y agradecido, que con adufes, panderetes y otros instrumentos de alegría, cantaron aquel cántico que Moisen compuso: Cantemos á Dios la gala, porque glorioso se ha mostrado y engrandecido, ahogando en la mar los caballos y caballeros de nuestros enemigos; Dios es mi fortaleza y el blanco de mis alabanzas y el autor de mi salud; este es mi Dios, y á este he de dar la gloria; Dios de mis padres, y á él tengo de ensalzar con alabanzas. El Señor es como un valeroso capitan, el Señor se ha mostrado como varon guerreador, pues aventó mis enemigos, á quien hizo sentir su valor, cuando dicen: Huigamos, que el Señor pelea por ellos; su nombre es el Omnipotente; á Faraon y á sus carros deja en el agua, los mas pintados de sus príncipes quedan zabullidos en el mar Bermejo; cubiertos quedan con las aguas, en cuya hondura decendieron ligeros como piedras; la mano fuerte del Señor ha mostrado su grandeza; ella deja herido el enemigo, y con la muchedumbre de tu fortaleza derribaste, Señor, los enemigos, no tanto nuestros como tuyos. Enviaste, Señor, del cielo tu venganza, que los tragó como si fueran una paja, y con un viento que envió tu justicia, las aguas, que para el paso de tu pueblo se habian apartado, se juntaron; porque el agua, de su naturaleza líquida y corriente, se habia recogido en medio del mar, dejando paso á los de tu pueblo. Dijo entonces el enemigo, viendo el paso: Yo los perseguiré y los prenderé; yo repartiré los despojos y cumpliré mis deseos, porque yo sacaré mi espada y no quedará dellos hombre á vida. Pero tú, Señor, mandaste á tu viento que soplase las aguas y cubriólos el mar, y sumiéronse como un plomo entre las furiosas aguas. ¿Quién, Señor, quién puede compararse contigo entre los valientes del cielo y de la tierra, glorioso en santidad, terrible y digno de alabanza y obrador de milagros? Extendiste tu mano poderosa, y tragólos la mar, como si se abriera la tierra y los tragara; y por otra parte guiaste á tu pueblo, que habias librado y redemido, y con gran fortaleza los llevaste á la tierra prometida. Y lo demás que queda del cántico celebra otras dificultades de que Dios libró al mismo pueblo en el camino, repitiendo antes del fin lo que al principio ha celebrado.

Así que, librar Dios á un hombre de un trabajo, desviándoselo antes que venga, gran beneficio es y gran misericordia; pero para lo que toca al testimonio de la bondad y poder de Dios, no lo es tanto cerca de los hombres por ser tan obscuro, pues las mas de las veces los hombres no lo saben ó no lo advierten por no haber comenzado á sentir el trabajo, y muchas veces ó no lo creen ó no lo saben; antes, cuando le temen ó barruntan, y ellos se procuran remediar, aunque su diligencia no sea de provecho, se persuaden haberlo sido, y fácilmente atribuyen el escapar á su diligencia, y dello se jactan, no consintiendo que se les quite aquella gloria y se dé á Dios, de cuya providencia viene todo el bien que nos viene y todo el mal que se nos quita; y por esta razon pocas veces quiere él usar desta manera de librarnos, aunque por ello es á veces tenido por poco cuidadoso de la salud de sus amigos y por quien se le da poco de verlos afligir de sus adversarios, dejando y permitiendo que los aflijan con crueldad, á fin de que, libres por su mano de tanta apretura milagrosamente, tengan presente y mas clara la ocasion de atribuirle este beneficio, y de agradecérsele con perpetuas alabanzas. Y esto es lo que él decia: Faraon ha de decir de los hijos de Israel: Ellos están acorralados, el mar los tiene cercados, yo le endureceré el corazon y os perseguirá, y quedaré yo glorioso con Faraon y con todo su ejército. Y ello sucedió como lo dijo, que es un ejemplo el mas á propósito de muchos que de la Escritura se podrian traer para lo que vamos diciendo en este discurso. Porque, como el pueblo, saliendo de Egipto, camino de la tierra tan deseada de promision, cayó en muchos peligros, permitiéndolo y aun ordenándolo Dios, el cual estaba siempre á su lado para sacalle dellos; tanto, que de aquel tan largo caracol que anduvieron, tenemos noticia casi de todo él por las maravillas que Dios obró con ellos; porque al primer paso, en saliendo, los comenzó con gran rabia Faraon á seguir con grande ejército, de suerte que se vieron en grandísimo aprieto, porque ellos iban desarmados y desapercebidos; pues pensar que podian huir la persecucion era imposible, porque de todas partes estaba tomado el paso; de los lados estaban unos montes desiertos y bravos, delante estaba la mar, y á las espaldas la furia y fuerza del enemigo; y estando en esta apretura, cuando el enemigo estaba glorioso, como Dios habia dicho, y el pueblo sin esperanza de remedio humano, súbitamente abrió Dios en el mar camino, por el cual entrando el pueblo, pasó sin lision á la otra parte. Y siguiendo por los mismos caminos los egipcios, tornaron á juntarse las aguas y quedaron en ellas todos ahogados. Apenas habia el pueblo pasado el mar, cuando comenzó á padecer grande hambre de pan y falta de vituallas, de la cual le libró Dios milagrosamente enviándoles pan milagroso del cielo, sabrosísimo, con que mucho tiempo se sustentaron. Poco después perecian de sed, y de una peña les hizo sacar agua, con que la apagaron. Y adelante, pasando por un lugar de muchas serpientes, fueron mordidos muchos, y cada dia lo eran mas con unas heridas mortales que les abrasaban de dolor, y mandóles poner una serpiente de metal en un palo, con que de solo verla sanaban. Muchos otros males y muy continuos padecieron en aquel camino, que seria largo de contar, cuales se pueden imaginar de quien peregrinaba por un desierto tantos años: enemigos, guerras, contradiciones, traiciones



y otros males; por los cuales, mirados de léjos, podian ser juzgados por gente miserabilísima; pero, mirado el favor que del cielo tenian, lo eran por gente dichosísima por todo el mundo. Esaías, espantado desto, decia cuando trataba del pueblo: Al fin Dios se hizo su salvador, y en todas sus tribulaciones y trabajos nunca fué atribulado. Bien pudiera Dios, y fácil era á su omnipotencia, llevar su pueblo á la tierra de promision sin rodeos, sin caracoles, sin trabajos y sin peligros; pero no quiso, sino por do los llevó, porque en eso miró por su bien dellos y por la gloria suya, que lo uno y lo otro encamina para nuestro bien el que de ninguna cosa tiene necesidad; por que la hora que, por el bien y libertad de los mesmos, mostró su poder y providencia en hacer tantos y tan grandes milagros y maravillas, quedaron tan obligados, agradecidos y confiados, que de allí adelante le tuvieron mas y mas crecido amor como á padre y protector, que es una de las cosas que él pretendia.

De donde cobran los buenos ánimo y confianza para no solo esperar de Dios el remedio en sus trabajos y persecuciones y ponerlos en sus manos; pero, cuanto mas afligidos se ven, tanto mas alegres y confiados se hallan, y aun tanto mas prontos á dejar la venganza y olvidar las injurias de sus enemigos, aunque tengan en las manos las fuerzas y el favor para poderlas vengar, antes las armas, fuerzas, poder y favores de que usa el enemigo, tienen ellos por especial defensa y armas suyas; sabiendo lo que san Pablo dice, que la tribulacion obra en nosotros paciencia, la paciencia esperanza, y esta no queda burlada. Y con David dicen á este punto: Si me viere cercado de escuadrones de enmigos no temerá mi corazon; y si se levantare alguna guerra contra mí, en esa misma guerra pondré yo la esperanza de mi salud.

Pero si Dios los llevara por camino llano, próspero y seguro, no quedaran tan conocidos, ni le amaran tan de veras, ni le agradecieran este favor por no ser tan claro de conocer como el que usa cuando libra del trabajo comenzado á padecer y desconfiado del favor de los hombres. Un lugar hay en el Evangelio que, aunque es escuro, se declara con esta doctrina, y ella con él, que es aquellas palabras que el Redentor dijo al fariseo en favor de María Madalena, después que le habia dicho la comparacion ó parábola de los dos deudores del mercader, que al tiempo de aplicarla al propósito de la Santa, le dijo: Dígote de verdad que le son perdonados muchos pecados porque amó mucho, pero al que menos le perdonan menos ama; lo cual suele causar no poca perplejidad en algunos que desean entender este paso, y no poco letrados. ¿Como se puede entender esto postrero? Porque de ahí se siguiria que la Madre de Dios amaba menos que todos los santos á Dios, porque se le perdonó tanto menos que á ellos, que no tuvo culpa que se le perdonase; y á esta cuenta, mientras menos pecaron san Juan Bautista y los apóstoles, menos amarian; y por el consiguiente, cuanto menos uno fué pecador tanto menos tendria de amor, y casi vendria alguno á entender ser buen consejo pecar mucho, porque de ahí viniesen perdonados á amar mucho. Pero el bienaventurado san Augustin lo declara muy agudamente, diciendo que ella fué perdonada de muchos pecados porque amó mucho; lo cual nació de conocer que debia mucho, y eso no hacia el fariseo con quien la comparó, y los servicios que le hizo; y que por eso, al que menos le perdonan por pensar que tiene menos que perdonar, como él, menos ama. De donde da á entender san Augustin esta doctrina, que, aunque es mayor beneficio el que Dios hace al hombre en desviarle la ocasion de pecar que no en dejarle caer y perdonarle después de caído, pero no es tan conocido como el perdonarle cuando cayó; que si los hombres entendiésemos que, no solo lo que Dios nos perdona es merced y beneficio suyo, pero tambien lo que nos desvia que no pequemos, gran motivo nos seria para siempre alabarle. Esto dice de sí y de todos el Apóstol cuando dice, gracia de Dios es todo lo que soy, si soy hombre, si soy vivo, si apóstol, etc. Por la gracia de Dios lo soy. Y dice este santo doctor: Dejóse la negativa; por la gracia de Dios no soy lo que no soy; por ella no soy adúltero, por ella no soy ládron, salteador, hereje, homicida; porque, ¿qué flaqueza hay en los que lo son que no la haya en mí? Yo hombre, yo flaco, yo hijo de Adan, yo mal inclinado, soberbio, ambicioso, carnal, etc., y ¿qué hay en mí que no haya en el otro? ¿Libre albedrío? El otro le tiene. ¿Yo cristiano? El otro tambien. ¿Yo favor de Dios para no pecar cuando le quiero? El otro tambien. Pues si yo no soy lo que el otro, gracia de Dios es, y no hacienda ni caudal mio; eso es, por la gracia de Dios no soy lo que no soy. Pues si así lo entendiésemos los hombres, dariamos á Dios gracias continuas y le amariamos tiernamente, no solo por los pecados que nos perdona, sino por los que por secretos caminos nos desvia apartándonos las ocasiones dellos; como san Augustin dice allí, que cuando se ofrece ocasion de un adulterio, apártalo Dios con ocuparme en aquella hora; y cuando no, con hacerle dificultoso, con quitar el tiempo y lugar antes que consintamos, como lo hizo con Abimelech, cuando quitó la mujer á Abraham; pero como esto no se ve ni siente por experiencia, pocas gracias damos á Dios por los pecados que nos desvia, y mas le damos por los perdonados. Con esto respondió y condenó Cristo al fariseo cuando le comparó con la Madalena, que quien menos piensa que debe, como él, que no consideraba de lo que Dios le habia librado porque no pecase, ese ama menos y da menos gracias á Dios, como él hacia; pero la Madalena, conociendo lo mucho que debia y se le perdonaba, amaba mucho; en que le hacia á él mucha ventaja, que amaba poco. Pero la Madre de Dios y los apóstoles, así como ella estaba agradecida de la preservacion del original, así lo estaba de los actuales, que no tuvo, cuanto mas que el Señor no hablaba della, sino solo del fariseo. Pues lo que se ha dicho de los pecados decimos de los trabajos; ¿cuántos nos desvia Dios por su misericordia sin que lo queramos pensar ni entender? Y ¿de cuán pocos le damos gracias ni le glorificamos por el poder y bondad con que nos libra dellos? Pudiendo decir con san Pablo: Por la gracia de Dios no soy lo que no soy; esto es, no soy ciego, pobre, desterrado, enfermo, enfermizo, desafiuciado, deshonrado, tullido, como otros muchos. ¿Qué merecí yo para que una teja no cayese y me quebrase la cabeza como al otro se la

quebró? Qué diligencia puse yo para no caerme muerto de mi estado como el otro cayó, para no estar preso, para no ser perseguido, etc., y así otros trabajos, como los otros tienen? Y con todo no soy agradecido á estas mercedes. Pero bien caemos en la deuda de mil trabajos, enfermedades, pleitos, deudas, afrentas, de que nos ha sacado, y algunas de que era imposible salir por fuerzas humanas; de que no solo sentimos obligacion de amarle y servirle, pero un ánimo fuerte y confiado para sufrir otros trabajos y para salir dellos por su mano. Pues para esto los envia Dios á sus amigos, para que él quede con la gloria del poder con que los libró, y ellos conocidos, confiados y agradecidos por la libertad dellos.

§. II.

Del segundo sentido en que saca Dios gloria de los trabajos del bueno.

Otra gloria saca Dios destos trabajos, que es la que el mismo Señor dijo por san Juan cuando dió vista al ciego, que ni era por sus pecados la ceguera, ni por los de sus padres, ni tenia otro fin este mal sino para que las obras de Dios se manifestasen en él; esta obra que se habia de manifestar era principal y radicalmente su gloriosa encarnacion, que con este nombre se nombra muchas veces en la Escritura, obra de Dios, la cual se declara y manifiesta por los trabajos; porque en el remedio dellos se declara que Jesucristo es verdadero Dios, pues repara las obras que solo él hizo y pudo hacer; de manera que el mesmo es el que crió al hombre y el que le repara con el mismo brazo y poder, como lo declara san Ireneo, diciendo que el milagro del ciego que el Señor sanó, se hizo á fin de mostrar que aquella mano de Cristo que curó al ciego, fué la que al principio del mundo crió al hombre. Y poco mas adelante dice que, así como al primer hombre hizo ó amasó de lodo ó cieno de la tierra, así con la mesma masa le restituyó la vista. Como el oficial que dejase comenzada una imágen de alquimia, y él solo supiese labrar aquella materia y acabar la forma de la imágen, diriamos que él fué el que la comenzó. Lo mismo que san Ireneo dice san Agustin, hablando de la oreja que el Señor restituyó á Malco, donde dice, que en tanto quiso mostrar que era el mesmo que siempre, que deteniéndose restituyó la oreja que Pedro habia cortado, no como médico carnal, sino como el Criador de los cuerpos, tornó á componer su obra, que estaba destroncada. Buen ejemplo es á este propósito el que pasó al poeta Virgilio con Otaviano Augusto, que, habiendo hecho dos versos que al Emperador dieron mucho contento, mandó buscar al autor para honrarle, y no pareciendo este, porque Virgilio quiso disimular, salió un mal poeta, llamado Batilo, haciéndose autor de los versos de Virgilio, y fué por ellos premiado del Emperador. Arrepentido pues Virgilio, que era el verdadero autor dellos, hizo unos versos comenzados, quejándose en ellos que otro hubiese llevado el premio de su ingenio y trabajo, y el Emperador mandó llamar los poetas para que el que acabase estos versos fuese tenido y honrado por verdadero autor de los primeros, que tanto gusto le habian á él dado. Entonces, como ni el Batilo ni otro supiese acabarlos, sino Virgilio, fué él tenido por autor, y Batilo quedó por burlador. Así aconteció á Dios, que, habiendo criado este universo con tanta sabiduría, y gobernándole con tanta providencia, los filósofos y los hombres de buen ingenio y consideracion, pagados y contentos de tan excelente traza y gobierno, buscaban el autor para darle la honra debida, que era la de Dios; y como Dios no quiso por entonces descubrirse mas que hasta allí, salió el demonio, diciendo que era el autor del mundo, y fácilmente los hombres le dieron la honra de Dios en aquellos ídolos de piedra y palo; después vino el Hijo de Dios al mundo, y para desengañarle hizo unos hombres comenzados y imperfectos, unos sin ojos, otros sin piés, etc.; y no siendo poderoso el demonio ni toda la naturaleza á remediarlos, el Redentor del mundo los libró fácilmente de aquellos males y los suplió milagrosamente aquellas faltas corporales, y por aquí quedó conocido por Dios y echado el demonio del mundo por burlador. Y esto es lo que san Ireneo dice, que fué conocida en él la mesma mano en remediar los trabajos del hombre que al principio le habia criado; y este es el argumento que los ídolos no eran dioses; porque, acudiendo ellos, como Baruch dice, no podian remediar los hombres; en cuya señal se ha echado ver lo que Esaías habia profetizado, que después que el Verbo encarnó, en todas las partes que su Evangelio ha sido predicado fueron desterrados los falsos dioses, de tal arte, que ninguna gente, por perdida y viciosa que fuese, ha vuelto á dar en este vicio; y así, nunca se ha visto entre judíos, con ser antiguamente tan infamados en el vicio de la idolatría, ni entre moros ni entre herejes. Esaías lo profetizó diciendo que subirá el Señor sobre una nube ligera y entrará en Egipto, y se alborotarán todos los ídolos; lo cual pedia David en un salmo, diciendo: Levántese el Señor, y desbarátense todos sus enemigos, etc. Así que, esta gloria reservó para sí, y por ella se da á conocer hecho hombre, que es sanar las faltas corporales de los hombres, y muchas veces de sus amigos por este fin.

§. III.

De otra tercera razon por que los trabajos de los buenos son gloria de Dios.

Mucho se honra á Dios de tener en esta vida verdaderos y perfectos amigos, y que esto entienda el cielo, la tierra y el infierno. Tales son los que no son interesales, que los que lo son, mas son amigos de sí mismos que del amigo; de manera que, aunque es muy grande interese el servir á Dios, pues es reinar, y este es loable cosa esperarle y pretenderle; pero son todos sus amigos tan desasidos de todo interese, que aunque nunca hubiese ninguno ni se esperase, lo serian suyos de muy buena gana; esta gloria saca Dios de atribular y fatigar á sus amigos; porque ese es argumento que no se puede falsar, que no le sirven por interese. El que leyere los principios de la historia del santo Job, gran pobreza le parecerá que tiene Dios de amigos, pues en contrapeso de tantos millares dellos como el demonio tenia y tiene, le opone Dios uno solo; y es la razon, que un verdadero amigo, como Job lo era de Dios, pesa mas que toda la tierra de los que el demonio dió á en-

tender que era suya, y como á tal la acababa de pasear; porque, si á cada uno de los mas perdidos del mundo y mas amigos del demonio le apretasen las cordeles, llanamente confesaria que la amistad no la conservaba por amor ni aficion, sino por el miserable interés que del pecado le parece que saca, que si este se quitase de por medio, ninguno habria tan ciego ni perdido, que un punto durase en su trato ni amistad; y así, andan algunos tan causados con él, que fácilmente le suelen dejar sin otra ocasion; y que esta sea la causa parece claro en no haber replicado el demonio á la razon de Dios, y lo que replicó fué á este propósito, dando á entender que si era tan bien servido de Job, era por su interese; porque dice, irónicamente hablando: No va mal pagada la amistad, mal le va á Job con ella por cierto, pues vos le habeis hecho rico y le guardais la persona y la hacienda; habeisle hecho el hombre mas rico y poderoso de la tierra, de dinero, casas, ganados, camellos, posesiones, criados, hijos, etc., y andais vos al derredor hecho su guarda, para que ninguna cosa le falte ni perezca, ni alguna persona le ofenda; ¿qué mucho que sea vuestro amigo? Si no, tocalde un poco en la menor cosa destas, y veréis cómo se os arremete á las barbas. Entonces quiso Dios que entendiese el demonio y todo el mundo cuán poco caso hacia su amigo destas cosas, y cuán poco colgaba dellas su amistad. Y es mucho de notar que no quiso el mesmo Señor quitarle cosa alguna, sino dióle licencia para que él á su voluntad se las quitase todas, sin dejarle hijo ni casa ni hacienda, mas que una teja con que se rayese la lepra, desnudo y pobre, sentado en un muladar, sin un trapo viejo con que pudiese limpialla; y dice el texto que ni en este tan riguroso trance ni en todas las cosas que en él pasaron no pecó Job ni dijo una palabra demasiada; antes rompió sus vestiduras, no de enojo ni rabia ni de impaciencia, sino dando á entender por estas señas, que aun lo que quedaba estaba ofrecido á la voluntad de Dios, y después dijo que, aunque le quitase la vida, seria amigo de Dios y esperaria en su amistad; con que el demonio quedó confuso y convencido de lo que Dios pretendia, que era preciarse de los amigos verdaderos, fieles y constantes, que es lo que san Juan Crisóstomo dice que pretendió Dios en este hecho, lo cual dió á entender cuando la segunda vez le preguntó: ¿No has topado por esa tierra que has andado á mi siervo Job, justo, recto y temeroso de Dios, y que con todos los males que le han venido, aun retiene la inocencia? Esto es, no peca, no pierde mi amistad. Así que, la verdadera caridad y amor de Dios no es interesal cuando es perfecta caridad; porque, así como no hay mayor pecado que aborrecer á Dios sin ocasion, así no hay mas perfecta obra que amarle sin interese.

Otro ejemplo hay en las sagradas letras que da aun mas claro á entender esta verdad, cuando salió aquella sentencia del rey Nabucodonosor, que mandaba que todos en oyendo el sonido de los menestriles se prostrasen por tierra y adorasen la estatua de oro que él para ese fin habia mandado hacer; y acusados los tres mozos hebreos, Sydrac, Missac y Abdenago, que no habian cumplido lo mandado, antes burlado dél y de la estatua, el Rey, lleno de ira y de diabólico furor, mandó traer ante sí á los mancebos, y díjoles: ¿Es verdad que no quereis adorar mis dioses ni la estatua de oro que yo mandé adorar? Pues esta vez os lo digo y mando por último término perentorio, que, oida la música que para señal se ha de tocar, al punto os prostreis y adoreis la estatua que yo hice; y si no lo hiciéredes, luego seréis puestos en un horno de fuego, como la sentencia pronuncio; veamos si hay algun Dios que pueda libraros de mis manos. Entonces aquellos santos mozos respondieron con santo ánimo y libertad: Rey, no hay para qué ponernos contigo sobre el poder de nuestro Dios en disputa, ni gastar en esto palabras; porque el Dios que nosotros adoramos, poder tiene para librar á sus siervos del horno y de tus manos; pero si no quisiere librarnos, sábete, Rey, que desde aquí decimos que no queremos honrar tus dioses ni adorar la estatua que para eso has levantado; lo cual encendió al Rey en tanto enojo y alteracion, que mandó luego con mucha priesa encender el horno y echarlos en él vestidos y calzados, atados de piés y manos, como se hizo. De donde se entiende cuán sin interés servian y amaban estos mancebos á Dios, y cómo le tenian por muy grande; el solo padecer por su nombre, como después lo hacian los apóstoles cuando iban muy alegres de la presencia de los jueces y concilios, por verse dignos, no de la gloria que esperaban, prometida á los que por Cristo padecen, sino de que se sirviese Dios de los trabajos y afrentas que padecian por su nombre, y por la predicacion del Evangelio que se les habia cometido; porque cuando uno es amigo de Dios fiel y verdadero, no deja de serlo ni de hacer obras de amigo porque el poder del tirano, ni toda la persecucion del mundo, ni el demonio, hagan cuanto pudieren y quisieren por estorbarlo. Así como el primer cielo de los que se mueven, se arrebata á los demás cielos, y los lleva perpetuamente á su paso con gran violencia y velocidad; pero no por eso los planetas pierden de seguir y acabar puntualmente sus movimientos y las influencias que les caben y para que fueron criados, ni guardan la violencia que el primero cielo les hace por excusa, para dejarlo de hacer; así los buenos, aunque padezcan violencias de los tiranos poderosos que traen el mundo tras sí, no pierden punto de lo que Dios les tiene mandado y encargado, ó lo que ven ser su voluntad. Salomon dice: Cuando la ira del que mas puede que tú viniere sobre tí, mira no dejes tu puesto, esto es, el oficio en que Dios te puso, ó la gracia, etc.; porque ahorrarás de muchos pecados. San Pablo, estando en cadenas, dice: el gran cuidado que le daba la solicitud de todas las iglesias que estaban á su cargo; lo cual nota san Gregorio, y dice que es proprio de los santos, estando en sus proprios trabajos, cuidar del provecho ajeno; que poco trabajo es enseñar no padeciendo, ó padecer no enseñando, y otras cosas muchas. Lo mismo dice san Juan Crisóstomo, comparando al que padece, al marinero que en medio de la tempestad no desampara la silla del gobierno, antes desde allí procura salvar la nao; y trae aquel lugar del Evangelio: El que oye mis sermones y obra lo que aquí he dicho, será semejante al que edifica su casa sobre la piedra, que vienen las tempestades y no la derriban.

Así cumplió san Pablo con su oficio y san Juan Bautista con el suyo, sin cuenta con los tiranos. Desde la mazmorra escribia y predicaba san Pablo, diciendo que, aunque él estaba en prisiones, la palabra de Dios no lo estaba. San Pedro respondia con ánimo á los que pretendian traelle tras sí, diciendo que juzgasen si era justo desobedecer á Dios por obedecer á los hombres. Y ansí, andaban perseguidos y arrastrados, fatigados, de tribunal en tribunal, sin pensar de faltar un punto á su oficio, ni tomar por excusa el poco cómodo y oportunidad que entre los hombres hallaban. Bien se deja entender que no es lenguaje que todos entienden. Y san Crisóstomo lo sabia cuando dijo, hablando de las cadenas de san Pablo y encareciendo su valor, hasta venir á decir que es mas y mejor estar atado por Cristo que á su lado en la bienaventuranza, y otras semejantes ponderaciones; dice luego: Si alguno ama á Cristo, si alguno por su amor, á manera de decir, pierde el seso, ese sabe cuánta sea la fuerza y virtud de las cadenas, ese es el que sabe cuánta sea esta dignidad, ese sabe qué cosa sea padecer afrentas por el dulcísimo nombre de Jesus. Semejantes palabras con aquella dulzura escribió san Dionisio á san Juan Evangelista en el destierro de Pathmos. Semejantes son las que el gran Tertuliano dice en nombre de los mártires de aquel tiempo. Los cristianos (dice) mas alegres estamos con los tormentos que con la libertad; mas es nuestro contento que vuestra crueldad, el cual nos sale de voluntad; vuestra crueldad es nuestra gloria, nuestra fe entonces se edifica y crece mas cuando padece. Viniendo al propósito del poco interese que el amigo de Dios tiene en su amistad, dice san Bernardo estas palabras: El verdadero amor (esto es, el perfecto) no se esfuerza con esperanzas, aunque no siente el daño de la falta dellas. Lo cual dió á entender David cuando dijo: De voluntad, Señor, sacrificaré á tí, y alabaré á tu santo nombre, porque es bueno; sola la consideracion de cuán bueno es, dejada aparte la merced que me haces, aunque no hobiese interés ninguno: esta es la perfecta caridad, de la cual dice en los *Cantares* que es fuerte como la muerte, y mas lo es que la muerte, pues que infinitas aguas no pudieron apagar este amor, que son los trabajos; y aun encontrándose con la mesma muerte, que es el mayor de todos, no pudo matarla la muerte, antes quedó vencida y muerta á sus manos. Esta es la que san Pablo decia que no habia cosa criada que le apartase della, ni hambre ni espadas, ni persecuciones ni males presentes, ni amenazas de los que están por venir; esta es la que condena nuestro amor flojo y frio; que no digo yo espadas ni persecuciones, pero un solo deleite vil basta para quitárnosle del corazon que se puede bien decir por nosotros lo que el Sabio dice, que el interés de los niños bastará para matarlos, esto es, con muerte de pecado y privacion de la vida de gracia y caridad.

§. IV.

De otro sentido en que son los buenos trabajados para gloria de Dios.

Otro sentido tiene el ser estos trabajos de los buenos para gloria de Dios, porque la tiene él en librarnos dellos, aunque sea á gran costa suya. San Pablo dice que todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios; donde no habla de la gloria con que él es infinitamente bienaventurado, y aunque entendiese de la participada que los hombres han de gozar, ya estaran entonces los pecados perdonados y olvidados; no habla sino de la pasion y muerte del Hijo de Dios, que llama gloria, porque lo es muy grande para él padecer por remediar nuestros males. El reino de Cristo tiene esta diferencia á los de la tierra, que su gloria y contento del rey terreno sale de las costillas á los vasallos, y la de Cristo sale del remedio de los trabajos de los suyos. Aquella porfiada demanda que los del pueblo hacian á Dios sobre que les diese rey, no bastó el profeta Samuel á reprimirla, hasta que les dijo si entendian lo que pedian en pedir rey á Dios; el cual se lo declaró diciendo: Sabed que el derecho del rey que pedís, y la vida que con él habeis de tener, es que os tomará vuestros hijos para sus lacayos, cocheros y labradores; vuestras hijas para sus panaderas, cocineras, molleteras y boticarias; vuestras haciendas para darlas á quien él quisiere, y de las que ganáredes con vuestro sudor y trabajo, los diezmos y alcabalas; finalmente, la gloria y autoridad de vuestro rey ha de cargar sobre vuestros hombros, personas, haciendas y honras; y así, parece que á este propósito les dió al cabo á Saul por rey, hombre membrudo, fuerte y valiente de cuerpo, para significarles las cargas que con él habian de sustentar. Pero el reino de Cristo fué al revés, que todo el remedio, contento y gloria de los vasallos habia de cargar sobre los hombros y espaldas de Cristo; lo cual significó Esaías cuando dijo: Un niño nos ha nacido y un hijo se nos ha dado, que su imperio trae sobre sus hombros. Otros se hacen llevar en hombros de sus vasallos, y Cristo carga todas las miserias dellos en los suyos proprios. No se espante nadie que el Hijo de Dios arrodille con la cruz en el camino del monte Calvario, que pesaba mucho aquel sceptro de cruz, donde cargó Dios y cosió todas las pesadas miserias de los hombres; ni menos se espante que abra la corona de espinas la santa y delicada cabeza del Redentor, porque es corona deste reino; que si las coronas terrenas dan particular gloria á los que se las ponen, la de Cristo le saca la sangre del celebro, en señal de cuán penoso es su reino; pero no deja de ser corona y gloria, que para este fin la recibe el Redentor. Así que el librar al hombre de sus miserias tiene Dios por gloria y por blason, porque en eso se parece ser Dios y sumo bien, pues que las riquezas infinitas de su bondad comunica para remediar miserias de gente miserable. Los serafines de Esaías decian: Llena está toda la tierra de su gloria, esto es, de los beneficios que cada dia, en todo lugar, hace á las criaturas pobres y menesterosas. Y de aquí tambien colige el profeta Baruch que los dioses falsos no eran dioses; porque, no solo no podian, pero no querian, aunque pudieran, librar á los adoradores de sus trabajos y tribulaciones. Esto es lo que David decia al mesmo Dios: Señor, ¿quereis hacer vuestras maravillas entre los muertos en la tierra del olvido? ¿Cómo se conocerá allí en las tinieblas quién vos sois, y vuestras maravillas, que haceis librando á los hombres,

si no me librais; ni la verdad y fidelidad de vuestra palabra, que dello teneis dada? Y en otra parte: Señor, vos sois el que me levantais de las puertas de la muerte para que yo predique vuestras grandezas en las plazas de la ciudad. Lo cual se entiende en dos maneras: una, que el mesmo David las publicase para gloria de Dios; otra, que sin hablar él palabra, resultaba esa mesma gloria de haberle librado. Deste oficio se precia el mesmo Dios, y quiere ser conocido por este camino, aunque hay otros muchos por donde lo sea; y así, preguntado un dia de Moisés cuál era su nombre, aunque pudiera responder: Soy el Señor del cielo y de la tiera y de los ángeles, criador de todo lo que tiene ser, etc., no dice sino: Soy Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y este es mi nombre para siempre, y por esto quiero ser conocido y traido en la memoria de los hombres para siempre jamás. De aquí es tambien que los milagros que Jesucristo obraba en la tierra eran librar de enfermedades y trabajos á los hombres, y no se pudo un dia acabar con él que los hiciese del cielo, pudiendo convencer con ellos aquella gran dureza de los fariseos, porque en el milagro que hacia mostraba ser el Mesías, pues del que lo habia de ser estaba profetizado que los habia de hacer; y en el remediar las miserias mostraba ser Dios, que en esto tiene puesta su gloria, como lo dice por un salmo: Llámame en tu trabajo y en el dia de tu tribulacion, y tú quedarás della libre, y yo glorioso y honrado.

Conclusion deste discurso.

Y pues de tantas maneras nuestros trabajos son gloria de Dios, bienaventurado el que en esta vida padeciere por esta razon; bienaventurado aquel á quien Dios toma por instrumento de su gloria y contento, y norabuena nació en el mundo. La vara de Moises ¿qué era sino un pobre cayado como los de los demás pastores, cosa de poca cuenta y valor? Pero por haberla Dios tomado por instrumento de los milagros de Moisés, que resultaron en gloria de Dios, fué después tan estimada, honrada y reverenciada, que no habia cosa mas en el pueblo de Dios. Nadie la osaba mirar, ni se le daba licencia; guardada estaba en aquel riquísimo y suntuosísimo templo hecho por Salomon á tanta costa por mandado y traza de Dios, con oro, plata, piedras preciosas, jaspes, mármoles y maderas preciosísimas, puesta en el *sancta-santorum*, donde el sumo sacerdote entraba solo, y no todas veces, dentro del arca del Testamento, que guardaban dos serafines, donde Dios daba sus respuestas, en compañía de la ley de Dios en las tablas, y del maná que del cielo habia Dios enviado. Pues si una vara de palo, por solo haber sido instrumento de unos milagros que para gloria de Dios hizo Moisen, fué tan estimada, ¿qué será el hombre, criado á imágen y semejanza de Dios para gozar para siempre de su gloria, para quien Dios crió todas las cosas, y por quien ofreció su vida y sangre, cuando fuere instrumento, no de cualquier milagro, sino de aquel tan gran prodigio con que Dios convirtió al mundo, que es la paciencia en los trabajos del Señor y de sus apóstoles, pues dice san Pablo que los milagros y señas de su apostolado son mucha paciencia y milagros; y cuando juntamente fuere instrumento de la gloria y honra de Dios, que es lo que todo cristiano debe procurar en la tierra con todas sus fuerzas? Con ese pensamiento y con gran espíritu y devocion decia san Pablo: Sea Dios engrandecido y glorificado en mi cuerpo, viviendo yo ó muriendo; como quien dice: Si Dios se honra y glorifica con mi vida, sea en hora buena; si con que yo padezca en ella, vengan trabajos; si con mis persecuciones, vengan en buen hora; si con mi muerte recibe gloria venga en hora buena. ¡Oh, qué gran consuelo es este para el atribulado! No lo es tanto el ser libre de su tribulacion, ni llega á este contento pensar que el trabajo es provechoso para el cuerpo ni para el alma; nada llega á pensar un cristiano que tiene cosa dentro de sí, que sea gloria de Dios, y que por esa padece; porque, aunque de todo lo bueno recibe Dios gloria, pues para ella lo crió todo, y no se pudo engañar ni quedar burlado; pero yo no quiero tanto dársela con mi gloria en el cielo, cuanto con mis aflicciones y trabajos en la tierra. Esto es lo que san Juan Crisóstomo dice que solo entiende quien de veras ama á Cristo y se pierde por él, si se puede decir perder lo que es tanta ganancia como amar y dar la gloria á Dios.

DISCURSO IX.

De otra razon de los trabajos de los buenos, que es para conservar la humildad tambien para gloria suya.

Es Dios tan celoso de su honra, que no sufre en ella compañero, ni en caso della se ahorra con nadie; este partido saca por un profeta: A nadie daré mi gloria. De aquí nacen dos condiciones suyas: la primera, que no consiente que nadie piense de sí mas de lo que es; la segunda, que, aunque él no lo piense, no consienté que nadie se engañe en pensarlo de otro; tanto es lo que quiere ser solo estimado por Dios, y que la criatura sea tenida por criatura y flaca, y de aquí nacen los trabajos, enfermedades y aflicciones en los buenos, y á veces tanto mas abundantes en ellos, cuanto por la virtud y gracias pueden ser estimados por mas que hombres. Hablando pues, cuanto á lo primero, de la propria estimacion, es tan agradable á su Majestad el conocimiento de la propria bajeza y flaqueza, y por otro lado, la soberbia y vanagloria tan aborrecible ante sus ojos, que hasta, para serle agradables las aflicciones de los buenos en esta vida, el ser ellas remedio contra estos vicios, de quien san Bernardo dicé que la vanagloria es ligera en su vuelo, ligera y sútil en penetrar el alma; pero que la herida que en ella hace no es ligera. Tras el castigo de Lucifer y del primer hombre, á quien la serpiente prometió que serian como dioses, y el lamentable suceso de Nabucodonosor, que quiso ser dios, buen ejemplo es el de Heródes, de quien cuenta san Lúcas que, acabando de predicar á los sidonios que para ese fin habia juntado, lisonjeóle el pueblo, diciendo haber sido sus palabras palabras de Dios y no de hombre; él se engrió vanamente y se alegró demasiado, por lo cual fué luego muerto de un ángel y entregado á los gusanos, no habiendo recebido este ni otro castigo (que es mucho de notar) por haber poco antes muerto al apóstol Santiago el mayor, y preso á san Pedro con intencion de hacer dél otro tanto, y haber escarnecido del

mesmo Dios poco antes, y otras maldades: tanto siente Dios, ó se muestra sentido, cuando se toma un hombrecillo la honra que, de todas las cosas, solo reservó él para sí solo; lo cual quiso dar á entender cuando otro tiempo mandó que el timiama, que por órden del mesmo Dios se conficionaba, ninguno se perfumase con él sino Dios, porque era cosa indigna y atrevida que nadie usase de lo que para solo él era consagrado; y tal es la gloria y honra que, como desposada con Dios, quien se la quita ó usurpa comete hurto y sacrilegio y adulterio contra su divina Majestad, que es tan gran pecado, que san Agustin, particularmente en sus *Meditaciones*, le ruega con gran fervor que no le permita caer en tan gran ofensa, que le hurte la honra en lo que hiciere. Este vicio pelea con un hombre en todo tiempo y ocasion; en tiempo de riquezas, que están muy sujetas á este vicio, y por eso apercibe san Pablo á los ricos que no sean soberbios ni confien en una cosa tan incierta como ellas son. Tambien las ciencias están sujetas al mesmo vicio, de quien el mesmo Pablo dice que la ciencia hincha á un hombre, lo cual no es vicio de la ciencia, sino del mismo hombre; y la causa es la nobleza que da á la mejor parte del hombre, que es la razon, y por esa mesma engrien y ensoberbecen tanto mas, cuanto exceden las ciencias á las riquezas, como el mas noble de todos los bienes naturales. Preguntado Sócrates qué era lo que mas hermoso le pareció en las cosas, dijo que un hombre sabio. Y Salomon dijo que, después de visto bien y considerado de espacio todo el mundo, halló que la sabiduría hacia tanta ventaja á la ignorancia (esto es, el hombre sabio al ignorante), cuanta hace la luz á las tinieblas, y cuánto mayores son estas ventajas, tanto en mayor peligro vive el sabio, si no se va á la mano en su propia estimacion; pero mayor peligro corren en esta parte los que profesan la virtud por ser el mayor de los bienes; lo uno, porque conocen cuánta ventaja hace la virtud á los demás; lo otro, porque ese vicio hace guerra á las mismas virtudes; la que no hace á las ciencias y á las riquezas, como san Agustin dice, que los otros vicios trabajan porque se pongan por obra los pecados, pero este de la soberbia anda no contento con eso, acechando siempre las buenas obras para que perezcan. Esto tiene verdad en toda virtud y en todo estado y toda obra; porque, ora hablemos, ora callemos, ora comamos, ora ayunemos, comamos para disimular la abstinencia, hablemos para edificacion, ora nos vistamos de preciosas vestiduras, ora de cilicios ó sayal ó de remiendos, ora andemos solos, ora con criados, donde quiera se ofrece donde prenda esta yerba. Esto es lo que san Jerónimo dice: La soberbia de casta del cielo mora siempre en las almas de los altos, descansando muy ordinario en la ceniza y el cilicio, y por eso decimos que andan los buenos á mas peligro de su bien, si Dios no le guarda de la vanagloria; y no solo de un bien, sino de todos.

Esta pues es la causa de haber el mesmo Señor proveido de medicina contra ella, que es los trabajos y flaquezas, que tienen por oficio de tirar de la falda al bueno y bien considerado, acordándole de su miseria y flaqueza, y que cuanto bien tiene en su alma y en sus obras es de Dios, y nada proprio suyo ni de su cosecha, sino flaqueza y miseria; antes tiene necesidad de rogar al Señor de todo su bien que se le conserve y libre del daño que en él le puede hacer el vicio de la vanagloria. San Crisóstomo da esta causa. San Bernardo dice que la humillacion (que es el trabajo) es el camino para la humildad; y al contrario, la prosperidad para la soberbia, que así lo dijo David; después que habia dicho la prosperidad de los malos, añade; Por eso les trabó la soberbia y fueron llenos de maldad. Y san Gregorio dice que cuando con la tentacion queda la humildad aprovechada, entonces próspera es aquella adversidad, pues guarda el alma de soberbia. Ha se Dios con los buenos trabajados como los romanos antiguos en sus triunfos, en los cuales iba un pregonero junto al que triunfaba, diciendo que era mortal; porque con aquella tan grande honra como en el triunfo recebia no se desvaneciese; á lo cual tambien alude el uso de las universidades, cuando gradúan á uno de doctor en alguna facultad, que es como dia del triunfo que se les da de los largos trabajos de los estudios, que entre la honra y títulos le dan un vejámen, diciendo las faltas del que se gradúa, porque en aquella hora de tanta honra, tenga templados y enfrenados sus pensamientos; así puso Dios dentro de los buenos tantos pregoneros de lo poco que somos. ¡Cuántas flaquezas, dolores y trabajos tenemos heredados con la mortalidad! Lo cual consideraba el bienaventurado san Agustin al principio de sus *Confesiones*, que comienza por estas palabras; alabarte quiere, Señor, el hombre, una partecica de tus criaturas; el hombre, que anda por todas partes cargado de su mortalidad y del testimonio de su pecado, y del testimonio que resistes á los soberbios. Donde declara que estas penalidades y las demás son testimonios y voces que condenan la soberbia del hombre. Buen despertador le dieron á san Pablo cuando habia sido llevado al tercero cielo, y en medicina preservativo en tiempo de las grandes revelaciones, cuando decia que le habia dado un aguijon de su carne; que san Juan Crisóstomo dice que eran hombres ministros de Satanás, que le perseguian. Sea lo que fuere, ella era una afliccion grande, que Pablo sufria con trabajo, pues tres veces pidió ahincadamente se le quitase; lo que no hizo de otras persecuciones y tormentos; y era porque, como él dice era la contrayerba contra la soberbia que peligraba de las revelaciones. De manera que poner los ojos en estos males, que con nosotros nacieron y se crian, y otros cualesquiera, es la triaca contra esta ponzoña; de la cual dice el Profeta; Tu humillacion, esto es, tu trabajo, que tiene virtud de obrar en tí humildad, está enmedio de tí; quiere decir clara y manifiesta, que no se te puede esconder, que es gran misericordia de Dios que tan cerca tengamos el remedio, dentro de nosotros, en nuestro cuerpo, lleno de miserias, sujeto á mil dolores y enfermedades y á la misma muerte, que es un monton de todas ellas, no criado de agua, como los peces, ni de buena tierra, como los árboles, sino de lo peor della, que es el cieno, como el salmo nos humilla, diciendo: Para que no piense engrandecerse ni engreirse el hombre sobre la tierra, donde san Jerónimo lee, el hombre de tierra, que es el baldon que en otra

parte nos da la Escritura: ¿Por qué te engríes, tierra y ceniza? Tras esto los trabajos de la mesma alma, la inquietud y inconstancia de la imaginacion, los movimientos de la carne, los deseos feos y sucios del apetito sensitivo á que un hombre está sujeto, como en perpetuas secretas, que son como unos pregoneros que te dicen y unos doctores que te enseñan quién eres (para que reprimas los pensamientos de soberbia y vanagloria los cuales, como dice san Gregorio, dejó Dios dentro en nosotros para este efecto); y en el cuarto libro de los *Morales* dice á este propósito: Por eso los cananeos pudieron ser vencidos del pueblo y no pudieron ser echados de la tierra, pero quedaron tributarios al pueblo; para sinificar que sirven estas penas á la humildad; y por eso dice dellos la Escritura: Estas son las gentes que dejó Dios para enseñar á Israel, porque siempre se han de recelar de ser vencidos. Hasta aquí son palabras de san Gregorio. Luego estos son los que dejó Dios para nuestros maestros y predicadores de humildad; y si á esto añadimos la muerte, adonde van á parar nuestras torres de viento, con mas razon nos humillarémos con tan buen maestro.

De aquí nace el acudir el atribulado á la oracion, que es otra virtud que mucho agrada á Dios; lo cual nace de la poca confianza que de sí tiene el bueno, viéndose flaco y conociéndose por menesteroso, y de ponerla toda en Dios; lo que los ricos y prosperados no hacen, porque les dura la confianza en su dinero y otros socorros temporales; como dijo el mesmo Dios por Esaías á un rico y próspero: Porque hallaste la vida en tus manos por eso no rogaste: pero los humillados con trabajos luego conocen á Dios y acuden á él. San Pablo era uno dellos, que, viéndose atribulado, dice á los de Corinto: No queremos que ignoreis, hermanos, nuestra tribulacion que tuve en Asia, que sobre fuerzas humanas fuí atribulado tanto, que ni me parecia poder vivir ni lo deseaba con tanto trabajo, porque á juicio de todos y mio, ninguna cosa habia que no fuese señal de muerte; esto es lo que dice: Oimos la respuesta de la muerte como desafiuciados, que del médico y de todos no oyen otras nuevas ni otra respuesta. O habla metafóricamente, como quien oia ya los pasos y las palabras de la muerte, tan cerca la tenia como eso, ó que no se hablaba ya dél en otra cosa; y el trabajo dice que le vino para que no fiemos en nosotros sino en Dios, que resucita los muertos y nos libra de tantos peligros, y esperamos que siempre nos librará, si nos ayudais á rogárselo y pedírselo con vuestras oraciones; donde se ve la humildad de san Pablo, que se cuenta con los flacos y con los necesitados deste remedio para tener humildad; que ni se contenta con sus oraciones proprias, y en que luego dice que por lo que piensa ser librado es por el provecho de muchos; y así, espera que de su libertad nacerá hacimiento de gracias tambien de muchos. San Agustin, entendiendo esta dotrina, dice, declarando aquel verso del salmo: Llámame á mí en el dia de tu tribulacion, y yo te libraré á tí y tú me honrarás á mí. Dice este santo: No presumas de tus fuerzas, que todos tus socorros vanos son; llámame á mí en tu trabajo, yo te libraré á tí, y tú á mí me honrarás, que para eso permití yo el dia de tu tribulacion, porque si no te vieras atribulado, quizá no me llamaras. Y añade, contando este santo que uno se habia entibiado y entorpecido en la oracion, y dijo: Hallé la tribulacion y el dolor, y luego llamé y me encomendé al nombre del Señor. Hasta aquí son palabras del bienaventurado san Augustin.

§. II.

De otra razon por que Dios envia trabajos á los buenos, porque no se piense dellos ser mas que hombres, que es celo de su gloria.

La segunda razon que asímesmo, procede del celo que Dios tiene de su honra, pone tambien el bienaventurado san Juan Crisóstomo en dos lugares; tratando en el uno desta mesma materia, y en el otro tratando contra los que adoraban dioses falsos, contra los cuales concluye ser ignorancia y malicia suya, y no la razon que ellos decian, que era ver el mundo tan hermoso y perfeto, y el sol y las estrellas diciendo que su hermosura les era ocasion de adorarlos por dioses; y san Juan díceles que la mesma hermosura vemos nosotros y no la adoramos; y que tambien ellos adoraban gatos y perros y lagartos y monas, que ¿qué hermosura hallaban en estos y otros vilísimos y sucísimos animalejos? Así que, les concluye con esta razon, que se desvanecieron y escurecieron su corazon; y que, pensando y diciendo que eran sabios, se volvieron necios y locos, como dellos dice san Pablo. Y añade san Juan Crisóstomo otra razon mas fuerte que la primera, de la cual sacamos la dotrina desta parte del discurso: Que, si bien miraran estos idólatras el artificio de Dios y su sabiduría infinita que usó en sus criaturas corporales, no se dejaran engañar de su hermosura y primor; porque las mas bellas que hizo y que menos léjos estaban de su perfecion del mesmo Criador, sujetó á mas notables y mas claras flaquezas y miserias, porque los hombres con mediana consideracion no las tuviesen por mas que criaturas, ni las adorasen por dioses, perdiendo por este camino la sospecha que lo eran; y así, vemos que crió esta criatura del universo tan hermosa, tan perfeta y acabada, que pudo con razon admirar á los mas sabios que la contemplaron; mas, porque no sospechasen ni creyesen en ella imaginacion ni rastro de divinidad, la hizo sujeta á perpetua corrupcion y mudanza; de suerte que, quedándose ella entera, parece que van sus partes cada dia á menos, y no hay en él cosa que no sea mudable y corruptible; asimesmo crió este sol tan hermoso como cada dia le vemos y como le pinta David, diciendo dél en un salmo: A la manera que sale el esposo adornado de ricas joyas, así sale el sol en la mañana hecho un esposo del mundo, adornado de sus claros rayos, matizando los cielos y bordando las nubes, dándoles su lindo rosado. Demás desto, le dotó tambien de una velocísima ligereza, lisa y sin tropiezo; y lo que mas es, le dió una eminente y celestial virtud, haciéndole compañero suyo, de todas las plantas, árboles y animales que en la tierra se producen; de donde vino á decir Aristóteles, que el sol y el hombre engendran al hombre, y muchas que produce sin compañía criada, como muchos animales y otras cosas, que la filosofía nos enseña no tener causa unívoca sino al sol, no excluyendo la primera, que es el mismo Dios; pues

mucha disculpa tuviera el hombre que le adorara si no le criara Dios con manifiestas pensiones y flaquezas, que declaran cuán léjos está desta dignidad, que nunca comunicó Dios fuera de la Santísima Trinidad, sino es por una tan corta y pequeña participacion, que, por serlo tanto, apenas se conoce la ventaja della entre las criaturas, por ser en todas ellas infinita la distancia al ser de Dios: son estas flaquezas del sol, que muera y nazca cada dia, y que, no solo la sombra de la tierra cause la noche, y que tenga necesidad para producir en la tierra lo que se le encomendó, de andar sin parar al derredor della; sino que una pequeña nubecilla, con tan poco ser y fuerza como alcanza, sea bastante á impedirle y escurecer sus rayos, y atajar sus influencias, y acortar su virtud, por lo cual decia el sabio: ¿Qué cosa hay mas hermosa y mas resplandeciente que el sol? y al fin se pone y hay quien le estorbe. Si dijeres que al fin produce yerbas y frutos de la tierra, esto ya se ve que solo no puede nada sin la misma tierra, y sin lluvias, vientos y otros temporales. Pues esto ¿es ser Dios? No por cierto; que uno de los blasones de la divinidad es no tener para nada de lo que alcanza su omnipotencia, que es todo lo que es posible necesidad de nadie; y no digo solo para producir frutos, sino para sí mesmo; y su movimiento tiene necesidad del cielo en que está, como de aposento del aire claro para comunicar su lumbre, y para no ser intolerable á los que le gozan; ora sean plantas, ora hombres ó otros animales, tiene necesidad de rocío, de marea, de sombra; y si esta es de paredes ó murallas, ya queda vencido, pues no tiene poder para vencer este impedimento y los demás de nubes y rocíos, etc.; aunque algunas veces puede vencerlos, pero al fin son cosas que corrigen sus demasías. Pues ¿cómo caerá en pensamiento de hombres que tal cosa sea Dios, pues Dios dice una naturaleza que no puede ser impedida ni corregida ni necesitada; como David dice, que en esto le conoce, entre otras señales, por Dios, en que no tiene necesidad de nuestros bienes. Y san Pablo dice: Dios hizo el cielo y la tierra y todo lo que se encierra entre el uno y el otro, y no tiene necesidad de nada; antes él da vida, espíritu y ser á todas las cosas que le tienen. Todo esto es dotrina de san Juan Crisóstomo, la cual pudiéramos extender á todas las demás criaturas que Dios crió, hermosas ó de mucha virtud, mostrando las flaquezas y miserias que todas publican, para que nadie tenga excusa de haberlas adorado por Dios; lo cual tambien publica la Escritura en muchas partes, especialmente san Pablo, cuando dice que mientras los hombres somos corruptibles todas las criaturas lo son y sujetas á vanidad, y así en otros lugares; pero baste verlo por los ojos. Así, que, cuando el gentil viere al sol tan hermoso, resplandeciente y poderoso, y cuando le ve nacer, ponga los ojos en el poder, saber y hermosura de su Criador; y cuando le viere poner y escurecerse la tierra, considere la flaqueza de su naturaleza, y así no le adorará por Dios; que por esta razon la crió con ella; y no solo eso, sino sujeta á que el hombre la mandase, aunque sea tan hermosa, alta y poderosa como el sol, pues con tanta autoridad le manda Josué que se detenga, y obedece, y en Esaías le mandan volver atrás. Moisés mandaba al mar y á la tierra y á las piedras. Eliseo mudó la naturaleza de las aguas, y los mozos de Babilonia vencieron la propriedad del fuego, todo fuera del órden y inclinacion de sus naturalezas, porque mejor se entendiese la sujecion que al hombre tenian. Así que, de aquí se entiende que no eran dioses, y esto pretendia su Criador en estas faltas y flaquezas que crió en ellas.

Pues por esta mesma razon, á los varones justos envia Dios tribulaciones, que son flaquezas y argumentos que no se pueden falsar; porque cuando viesen la virtud de su ánimo y la alteza de la dotrina y el poder de los milagros que algunos hacian, no pensase el mundo que eran dioses, porque en Dios no puede haber miseria, flaqueza, enfermedad, persecucion ni dolor; y así lo dice el mesmo san Juan Crisóstomo en el otro lugar. De aquí se admiraban todos de ver al dicípulo de san Pablo Timoteo, que por una parte estaba resucitando el muerto y por otra estaba la mano en el estómago, quejándose de gravísimos dolores dél. Lo mesmo acaecia al apóstol san Pedro, que por una parte su sombra sanaba al tullido y por otra tenia su propia hija tullida en la cama, sin poderla quizá sanar; porque de lo primero se coligiese ser dicípulos y comisarios del poderoso Dios; y de lo segundo, que ellos no eran dioses, pues no lo podian todo y estaban sujetos á trabajos y enfermedades á que no lo está él, que es verdadero Dios; y de aquí es el cuidado que ellos tenian cuando les faltaban trabajos, ó los que tenian no alcanzaban á desengañar la opinion del pueblo, de publicar ellos mesmos que no eran dioses, ó disimulando cuanto podian la virtud, ó diciendo claro que eran hombres flacos como los que lo pensaban. San Pablo, cuando dice á los corintios de su rapto al tercero cielo, cuéntale en tercera persona, y luego dice la razon desto, y es, porque si él quisiese preciarse y gloriarse que no seria loco ni mentiroso, porque con mucha verdad podria decir de sí esta y otras grandezas y milagros; pero que no lo hace por no dar ocasion á que alguien juzgue mas de lo que ve en él ó oye decir dél; esto es, porque el que lo oyere y supiere que suele siempre decir verdad, no piense que es mas hombre ó que es Dios. Lo mesmo hizo san Pedro cuando hubo levantado al tullido, estuvo como riñéndose á sí mismo; como san Juan Crisóstomo dice: Quizá por no haber hecho mas demostracion de que habia sido virtud de Dios, y no suya; estando todos admirados, dijo: Hermanos, ¿qué nos mirais como si en nuestra virtud y poder hubiésemos dado piés á este hombre? Lo mesmo san Pablo y san Bernabé cuando en Listris, no solo el pueblo estaba espantado, pero ya aderezaban y traian dos toros coronados para sacrificarlos á los dos apóstoles como á dioses; lo cual hacia el demonio con su astucia, por hacer que por el camino que Dios queria desterrar el abominable vicio de la idolatría, por ese mesmo se introdujese, que era por la predicacion de los mesmos apóstoles, persuadiendo que eran dioses, como lo hizo de otros cuando él la comenzó; como san Juan Crisóstomo dice, que la idolatría nació de estimar mas de lo que convenia á los hombres, y los romanos hicieron á Alejandre 13.° dios.

Pues porque aquí no acaeciese lo mismo, envia Dios

á los apóstoles y á todos los buenos cristianos llenos de enfermedades y de trabajos, sujetos á cárceles, á grillos y mazmorras. Aquí los desterraban y allí los azotaban, acullá los desgarraban las carnes, para que, viendo estas cosas en ellos, se persuadiesen los que los veian hacer milagros, que no era virtud de su cosecha, sino gracia de Dios, que obraba aquella dotrina y maravillas por medio dellos. Porque, como dice san Juan Crisóstomo, si con andar tan perseguidos y acosados eran tenidos por dioses; que aun los bárbaros que habian dicho, cuando vieron mordido á san Pablo de la víbora, que su hado no dejaba vivir en el mundo á tan mal hombre, cuando le vieron sin lesion y volvieron sobre sí le tuvieron por dios, ¿qué hicieran los unos y los otros si con tanta grandeza de virtudes y milagros no les vieran padecer trabajos ni adversidades? Este mesmo recelo tuvo el santo patriarca Josef cuando mandó, al tiempo de su muerte, que llevasen los israelitas sus huesos consigo cuando saliesen de Egipto. La causa fué, como dice san Agustin, que vió que los egipcios le habian de adorar por Dios si allí quedaba su cuerpo, inclinados á ese vicio de la idolatría; así que, aun para después de su muerte quiso no ser ocasion de tanta ofensa como Dios desto recibe; no quedando después dél muerto á su cargo, sino al de Dios el estorbar este pecado pero, sabiendo cuánto Dios se ofende dél, quiso prevenirlo mandando llevar sus huesos, porque así no fuesen enculpados en él; y así lo hicieron, que le adoraron, aunque no sus huesos, porque como el mismo san Agustin dice, pusieron un buey junto á la sepultura de Josef y le adoraron por dios, y que á ese ejemplo hicieron el becerro los del pueblo en el desierto. Y porque viene á propósito, será bien declarar un paso dificultoso que pone en cuidado á los curiosos estudiantes de la sagrada Escritura, y es, qué culpa fué la del rey Ecechías cuando mostró sus tesoros y riquezas á los príncipes de Babilonia, por la cual Dios la amenazó por Esaías con un castigo riguroso, que los mismos babilonios vendrian sobre él y se harian señores de los mismos tesoros que les habia mostrado, y que eso podria haber sacado del mostrárselos, ponerles codicia dellos, con que con mas brevedad y de mejor gana viniesen; y que lo mesmo harian de todo cuanto sus padres le habian dejado, y que los hijos que dél naciesen serian llevados por eunucos del palacio del rey de Babilonia, que es castigo tan grave, que no lo parece tanto la culpa que es mostrar unos tesoros á unos extranjeros. La respuesta desto se colige de la historia del *Paralipómenon*, de donde se colige que la culpa de Ecequías fué, que habiendo venido los príncipes de Babilonia á informarse del Rey sobre el milagro que Dios habia hecho en su enfermedad, en señal que escaparia della, haciendo que el sol se volviese doce grados atrás, en lugar de informarles deste y de otros secretos de su omnipotencia, y darle gloria delante de los infieles para que temiesen y creyesen á Dios, les quiso mostrar su potencia y gloria, enseñándoles los tesoros que alcanzaba y dar á entender al mundo que por solo saberla se habian movido aquellas gentes á venir á él; y que hubiesen venido á saber del milagro del sol, claramente lo dice el lugar citado del libro del *Paralipómenon*, y da á entender que pecó en no hacerlo, para que de aquí se entienda cuán celoso es Dios de su honra y gloria, y que al tiempo que esta se ha de publicar ha de callar cualquier honra de la criatura. Pues este es el fin de Dios en enviar los trabajos, que publiquen que él es el autor de todo lo bueno, y que á semejantes males están sujetos todos los hombres, y aunque parezcan mas que hombres no lo son. Solo Cristo nuestro redentor, que, como era Dios y hombre quiso parecerlo todo; y así, para no parecer una cosa sola, porque en eso quiso fundar su dotrina en la fe, que era Dios y hombre; cuando queria mostrarse Dios, juntamente mostraba alguna flaqueza, que le mostrase hombre; y al contrario, cuando las flaquezas lo mostraban hombre, allí estaba presente el fiador y abono que era Dios. Pero en los santos no queria estos abonos, pues no lo eran; pero al revés sí, cuando parecia en ellos algo divino. Porque, aun en algunos puso Dios un resplandor sobrenatural, que así como san Hierónimo dice, que mostraba Cristo un no sé qué resplandor, y que por eso le siguió luego san Mateo, así lo comunicó á algunos santos cuando queria, que era con una vislumbre de la gloria del alma, que dice el salmo que está dentro della; así la tenia la Madre de Dios cuando la vió san Dionisio, y dijo que si no creyera haber en el cielo otra deidad, pensara que ella era Dios; así lo tuvo Moises y otros. Pues, para que nadie pensase con algunas de esas ocasiones que eran dioses, fueron llenos de trabajos, fatigas y enfermedades, porque la divinidad no admite compañero ni quiere dar á nadie su gloria. Pues á solo él lo sea para siempre jamás, amen.

DISCURSO X.

De otras razones porque son los buenos fatigados en esta vida.

Aunque, como san Gregorio dice sobre Job, no es tanto de maravillar que los malos en esta vida sean prosperados, y los buenos afligidos, como lo seria maravilla si los ciudadanos desta Babilonia y los hijos deste siglo en su tierra y ciudad tengan vida próspera y contenta, y los peregrinos y desterrados de la suya la tengan afligida. Si del mundo fuérades (dice el Señor á sus dicípulos), claro está que el mundo amara y acariciara á los suyos; por eso os aborrece el mundo, porque no sois de su bando. Así, que, aunque no es de maravillar este repartimiento de bienes y males, pero á los no tan santos ni tan considerados como san Gregorio se les hace dificultoso; y por eso, aunque bastaban las razones dichas, se pondrán aquí en este discurso algunas, aunque mas breves, dejando al considerado lector el campo abierto para extenderlas. La primera sea que por este camino quiere Dios que entiendan los hombres que, después deste hay otro mundo, donde se han de poner todas las cosas en razon; las cuales andan agora por la mayor parte fuera della, permitiéndolo Dios por sus secretos juicios; y se castiguen los malos y se premien los buenos con digna remuneracion. Esta razon es de san Juan Crisóstomo. Este argumento hacia san Pablo cuando decia: Si solo esperamos en esta vida de Cristo el premio de nuestros trabajos, no hay hombres en el mundo mas miserables y de tan desdichada suerte; y lo mesmo sentia cuando dijo: Si yo he pelea-

do en Efeso con las bestias, ¿qué me aprovecha sino hubiese resurreccion? Pero mas declara el Sabio lo que vamos hablando, que de los trabajos del inocente se colige que ha de haber otra vida, cuando dice, viendo los desconciertos del mundo y las calunias de los hombres, y las tiranías de los poderosos, y cuanto padecen los buenos por esta desenvoltura de los malos. Vi (dice) en el lugar del juicio, impiedad que es atreverse á Dios á las barbas, y en el lugar deputado para administrar justicia, vi agravios y maldad; esto es, que debajo del sobreescrito de la justicia vió él atreverse á Dios los de las varas, y en lugar de hacer justicia y desagraviar á los pobres, los veia agraviados de nuevo y oprimidos; la poca rectitud de los jueces, la falsa representacion de las varas, los nombres mentidos de abogados y procuradores, y otros desconciertos en el mundo; y dije (dice) en mi corazon: Que me maten si no ha de haber juicio de buenos y malos, y entonces se pondrá cada cosa en su lugar. El mesmo argumento hacemos acá cuando vemos los buenos afligidos; no se hicieron los trabajos para los inocentes y buenos, sino para castigar los malos; y pues vemos los malos contentos, y á los buenos cargados de males, sin duda otra vida y otro juicio nos espera, y entonces los bienes y los males se pondrán en sus lugares, pues de otra manera la justicia de Dios no consintiera la suerte de los hombres con este repartimiento, dando los bienes á los que merecen castigo y los males á los que merecen gloria. Esta es la razon que san Agustin ponia en los libros de la *Ciudad de Dios*, porque los males y los bienes desta vida son comunes á buenos y á malos, porque los unos y los otros entiendan, que son otros muy diferentes bienes y males los que por premios de la virtud y para castigo de los vicios se esperan en la otra vida. Los hombres malos y desalmados de otra manera hacen sus cuentas y argumentos, que aquí los ciega su malicia para inferir mal, como en el libro de la *Sabiduría*, donde de la brevedad de la vida infieren que se debe pasar y emplear toda ella en comer y beber y en otros regalos, diciendo: Comamos y bebamos, que mañana morirémos, y eso hemos de llevar desta vida. Y semejantes argumentos que este, hay muchos en la sagrada Escritura que ellos suelen hacer con su ceguedad; así lo hacen en nuestro propósito, diciendo, como dicen, que Dios es justo y que nos asienta y apunta nuestros pecados para castigarnos; vemos que los malos se huelgan y los buenos andan afligidos; luego ó no es justo ó no se cura de los unos ni los otros. Pero el bueno infiere al revés: Dios es justo; que esta es verdad certísima de nuestra fe que no puede negarse, y vemos, que acá no castiga Dios los pecados como merecen ni premia buenas obras; antes andan trocados á lo menos comunes los males y bienes; luego otra vida, otro tiempo queda donde á cada uno reparte lo que merece. Y así hizo el argumento Salomon, así san Pablo y así san Agustin, y así quiere Dios que todos le hagamos, para que tema el malo, y el bueno se sufra y confie y viva alegre, esperando aquel dia en que recibirá aquellos grandes y seguros bienes de la bienaventuranza.

La segunda razon deste discurso sea, que el afligir Dios al bueno es para limpiarle y purificarle de algunos pecadillos, que, aunque no quitan la gracia, no hay duda que enojan á Dios, y asimismo, de algunas aficiones por las cuales no está tan despegado del mundo como Dios querria; para lo cual es de entender una dotrina de san Gregorio y san Juan Crisóstomo, que, así como no hay en este mundo hombre tan malo que no tenga algo bueno y loable; porque ¿qué mas malo que aquel juez de quien dice el Evangelio que ni tenia temor á Dios ni vergüenza de los hombres, en quien se cifra toda la semilla de maldad; y con todo eso, tuvo algo bueno, que fué, desagraviar aquella viuda y hacerle justicia, librándola de los que la injuriaban? Y así vemos que acaece que un malo no lo sea en todos los vicios; sino que si es homicida, será casto, y si esto no es, será perdonador de injurias ó limosnero, y si es adúltero, aunque juntamente sea cruel y otros vicios tenga, tendrá alguna cosa buena ó la habrá hecho en el discurso de su vida; y así, nadie se engria de haber hecho alguna buena obra, pues con esto se compadecen muchas malas; así pues acaece en los buenos, que ninguno lo es tanto, que no tenga alguna cosa mala, ó en el discurso de su vida la haya tenido; porque, como dice el Sabio, ¿quién se podrá alabar que tenga el corazon limpio, ó tendrá seguridad que está libre de pecado? David decia: Señor, si reparais en pecados, ¿quién lo podrá sufrir? Y san Pablo, con ser san Pablo, decia: De ninguna cosa me acusa la conciencia, pero no me tengo por eso por justo, porque me ha de juzgar Dios, que tiene los ojos mas claros que yo. Pero mucho dice san Agustin, rogando á Dios por su madre Mónica, recien muerta: Señor, santa era, devota era, etc.; pero hay de la vida de los hombres, aunque mas loable sea, si la examinas sin misericordia! Así que, no hay seguridad de buena vida, de que no hay ó haya habido algo malo. Pues esta es la razon deste discurso (la cual es de san Juan Crisóstomo) ¿por qué los malos son afligidos en esta vida? Por limpiarlos Dios aquí de eso malo que tienen poco ó mucho? De manera que la prosperidad en los malos es premio de eso bueno que tienen, como la del rico avariento á quien se dijo: Recebiste tus bienes, esto es, los que se te debian por lo bueno que hiciste en tu vida, que eso significa aquella palabra *recebiste*; y por el semejante Lázaro recibió sus males que por lo malo merecia; ahora te cabe á tí de recebir el castigo de tus males, y á él el premio de sus virtudes. Y san Agustin en los libros de la *Ciudad de Dios* dice que á los romanos hizo Dios bien en esta vida por las virtudes que tuvieron. De donde se saca en limpio, que el que poco bien hizo en esta vida, y mucho se holgó y regaló, allá tendrá la pena sin alivio ó con muy poco; y al revés, el bueno que acá padeció mucho y tuvo poco malo, tendrá allá gloria sin pena; y de aquí es que algunos se van derechos á ella sin purgatorio; antes les sobra qué comunicar á los que acá quedamos, poniéndose las sobras en el tesoro de la Iglesia; y otros van, por el contrario, al infierno sin esperanza de aliviarse sus penas, como parece en aquel rico del Evangelio, que para alivio de las suyas no podia alcanzar sola una gota de agua, dándole por razon que ya se habia en la vida holgado. De aquí sacó san Juan Crisóstomo, que es

bienaventurado el que es bueno y padece siempre, y tras él, no es bienaventurado el que en esta vida se huelga, y padece en la otra, sino el que padece algo acá, aunque se condene allá, y tanto mas buena suerte, ó menos mala, cuanto mas padece acá, porque al menos lleva eso menos que penar; como dice el Señor en el Evangelio, que menos penarian y mejor les iria en el juicio á los sodomitas que á aquellos de aquella ciudad. Pero pecados y todo deleites es el mas infelice estado, como el del rico avariento, que todo lo pagó allá, el holgarse y el pecar; así el bueno todo lo goza allá, el bien que hizo y el padecer. San Gregorio dice á este propósito que por eso andan los buenos tristes y turbados cuando tienen alguna prosperidad, pensando si con ella les paga Dios algo bueno, aunque ellos juzgan ser poco lo que han hecho en su vida.

Y si alguno le pareciere que para tan liviana culpa como es la venial, es mucho lo que algunos buenos padecen, cuando no tienen otra por pagar, mire no lo haga el poco caso que el que esto piensa debe de hacer de los veniales; porque, demás de que disponen para los mortales, por donde enojan tambien á Dios, pero en sí son tambien graves y dignos de castigo tan grande como se colige por esta razon: Si vieses á un hombre buen cristiano y virtuoso, manso y piadoso con todos, y mas con un hijo que quiere como á la lumbre de sus ojos, y con todo eso, le vieses que á este hijo un dia le tiene atado y azotándole cruelmente, que corriese la sangre á arroyos por el suelo, aunque quien no conoce á este hombre le tendria quizá por cruel, el que le conoce diria que el hijo le ha enojado gravemente, y por eso le trata así. De esa manera se ha de juzgar que Dios, con ser tan justo, manso y piadoso, especialmente con los que por gracia son sus hijos, viendo las terribles penas que en purgatorio tiene para pecados veniales, no podemos echarlo á crueldad suya, sino á la gravedad de los pecados que en aquellas penas se pagan; y claro es que son para solos veniales, cuando no hay deuda de la pena de los mortales. Pues ¿qué tiene que ver cuanto acá se padece con los fuegos del purgatorio, sino es por la diferencia de los estados? Pues esta es la causa, el limpiarlos destas culpas ligeras, castigándolas; que castigos los llama el Sabio cuando dice: Hijo, no deseches de tí la diciplina del Señor, ni te pese cuando te reprehende y corrige; porque al que Dios ama le castiga y se huelga con él como padre con su hijo, adonde en llamar castigo á la tribulacion se da á entender que en los buenos hay que castigar, y esto es solo pecados, de los cuales con la diciplina y aflicion de Dios quedan limpios los buenos. Y lo que aquí llama castigo, llama san Pablo azote. Y san Agustin, sobre los salmos, dice: Con aquel está Dios enojado y airado, á quien no castiga y azota cuando peca. Por este camino los tiene Dios ordinariamente limpios y hechos ángeles en la tierra. Tambien se limpian de las aficiones de las criaturas y de otras imperfeciones, como parece en los que padecen una recia enfermedad, que tienen olvidado todo cuanto es contento y regalo del mundo: honras, oficios, haciendas, deleites, etc. Esto prometia Dios por el Profeta: Yo te pondré mi mano y te consumiré hasta el cabo toda la escoria, y te quitaré todo el extraño; tomando la metáfora de los plateros, que mediante el fuego limpian y purifican el oro y plata. Y que este horno sea la tribulacion dícelo tambien el Sabio claramente: Hijo, ten paciencia con humildad en los trabajos; porque, así como el oro se afina en el fuego, sin quedar en él cosa que le baje de quilates, así el bueno y acepto á Dios se afina y purifica en el crisol y fragua del trabajo. ¡Oh qué limpios, lucios, claros, lisos y resplandecientes deja á los buenos el trabajo, y cuántas gracias debe dar á Dios el bueno que le padece, como se las daria un vaso sucio de oro al platero que en el fuego le purifica y hermosea! Pues esta sea la segunda razon deste discurso.

De aquí nace otro bien con que mucho medran los buenos en las adversidades, que es ser agradecidos á quien se las envia, así por el trabajo como por la libertad dél, que es uno de los sacrificios que Dios mas ama y con que mas se recrea, y de que al bueno mas provecho le viene. Porque, como el agradecimiento sea la llave que abre el arca de la misericordia y de las mercedes y beneficios, aun entre los hombres, que tan cortos y tasados suelen ser, y al contrario la ingratitud es la que la cierra aun en los mas liberales, nuestro Señor Dios, que tan rico es en misericordias, huélgase cuando los hombres le enviamos la primera llave y no parece la segunda, por tener siempre abierta el arca de los tesoros y nuevas ocasiones cada dia de repartir los bienes con nosotros, ganando cada vez que hacemos gracias nuevos beneficios; y como los santos estiman los trabajos por uno de los mayores y mas ricos, hácenle gracias por ellos; las cuales son por sí gran beneficio y merced. Pregunta el bienaventurado san Gregorio qué es la causa que el santo Job fué con tantos trabajos afligido, pues vivió una vida tan santa y sin reprehension? Qué virtud le faltaba, ó qué pecados merecieron que Dios le tratase con tanto rigor? ¿Por ventura era soberbio? No; que él dice que con el menor de su casa se ponia á juicio para satisfacerle si estaba agraviado. ¿Era escaso con los pobres ó peregrinos? No; que él dice que á ningun peregrino tuvo cerrada puerta. ¿Fué avariento, enemigo de limosnas? No; que él dice que jamás comió bocado á solas sin que tuviese parte el pobre y el huérfano. ¿Era por ventura hombre sensual ó deshonesto? No; que él dice que tenia capitulado con sus ojos que ni aun pensamiento malo tuviese de mujer. Pues ¿qué fué la causa de tan terrible trabajo? Responde san Gregorio que porque no le faltase esta virtud entre todas las que tenia, que era dar gracias á Dios por las tribulaciones, como las daba por la prosperidad, para que pudiese decir: El Señor me dió estos bienes, él mesmo me los quitó; sea su nombre para siempre bendito. Y así, concluido queda, segun esto, que esta es una de las razones por que Dios envia trabajos á los buenos, cual lo era Job, y cuando menos se dan estas gracias por la libertad de los trabajos. Llena está la Escritura de ejemplos, y cuando se ven dentro de la aficion, por verse libres prometen este servicio del agradecimiento; así lo hizo el rey Ecequías en su enfermedad: Señor, librame, y yo os prometo de os cantar salmos de alabanza todos los dias de mi vida en vuestro santo templo. David pedia que le sacase del profundo,

y Cristo, sinificado allí por él, diciendo que en la sepultura no se podian predicar sus misericordias; lo mismo prometió Jonás desde el vientre de la ballena, y Manasés en la oracion que hizo estando cautivo, y Antíoco, aunque con falso dolor, porque sabia la condicion de Dios. Y aprendiéndolo de aquí, lo usa la Iglesia en la oracion que hace por los enfermos, pidiéndoles la salud para que puedan en su templo hacerle gracias.

Pues si así es, que tanto Dios se agrada y tanto bien nos viene, hagámosle gracias por los trabajos; lo primero y principal por ser gloria suya y tanto provecho nuestro, y luego por la libertad dellos, dejando lo uno y lo otro á su voluntad; pues ninguna cosa podemos escoger mejor que con la que Dios mas se sirve, y esta él solo la sabe; solo sabemos que gusta de ver nuestra lengua y corazon llenos de hacimiento de gracias. Estas le demos por todo lo que de nosotros ordena, rogándole para adelante que ordene en nosotros, mande y disponga lo que sea mas gloria suya, aunque sea mas trabajo y tormento nuestro. Otras muchas razones hay por que aflige Dios sus amigos; el real profeta David las aguardó á saber en el santuario del cielo. Job dice que le afligia Dios sin causa, no quiere decir sin razon ó justicia; sino, ó dice sin culpa, ó como muchos entienden, sin causa que el mundo entienda ni alcance hasta que Dios al fin dél la declare. Entre tanto el siervo de Dios, no solo se satisface, pero se alegra y contenta con las dichas; y cuando no, basta ser los trabajos de muchos y muy grandes provechos para los que padecen, para que Dios, que tanto cuidado tiene de nuestro bien, los envie; los cuales, aunque no todos se alcanzan, se tratarán solos en el siguiente libro.

LIBRO TERCERO.

DE LOS PROVECHOS DE LAS ADVERSIDADES.

PRÓLOGO.

Preguntado un sabio filósofo cuál cosa le parecia la mas dulce de las humanas, respondió que el adquirir. Bien sabia este sabio las tres diferencias de bienes que todos los filósofos morales ponen del bien: honesto, útil y deleitable; y sabia la ventaja de dulzura que causa el honesto en el ánimo y al sentido los deleites; pero quiso sinificar la fuerza que el interés tiene entre los hombres, que solo él basta, y sin él ninguna cosa, á sustentar las repúblicas del mundo; porque este es el que le gobierna todo, y por quien todos despiertan su pereza y dejan su regalo, así los magistrados como los populares, y todos los oficios y artes se ejercitan con este fin; de manera que, cesando él, todo se veria presto caido y arruinado; con este aventura el labrador el trigo y el trabajo á la tierra, el soldado no siente sus heridas y necesidades, con ojo á la vitoria; el mercader los caminos, navegaciones y peligros; como el poeta dijo:

Impiger extremos pergit mercator ad Indos,
Per mare pauperiem fugiens, per saxa, per ignes.

El mercader no empereza de navegar hasta las últimas Indias huyendo la pobreza por mares, peligros y fuegos.

Y esta fué la causa que el Redentor, sabiendo bien el ingenio de los hombres, predicaba su Evangelio á veces amenazando y á veces prometiendo, y en el dia de su maravillosa transfiguracion sacó la muestra de su gloria y de la que los obedientes á su ley habian de recibir en premio, para animar á todos con lo que tanta fuerza tiene como el interés. Y porque el fin deste libro es persuadir á los hombres, tan enemigos de trabajos, que tengan en ellos paciencia; aunque habrá tenido buenas razones della el que los dos pasados hubiere leido con atencion, por haberse dicho en ellos hartas cosas en alabanza de los trabajos; pero, atento á la fuerza que en el corazon hace el interese, el cual busca el hombre en todas las cosas, me pareció venir en este tercero libro mas en particular á los provechos que de las adversidades nos vienen; que, aunque por ser ellos muchos, no podrán decirse todos, pero son ellos tan de codicia, que bastará decir los que en este tercero libro brevemente cupieren.

DISCURSO PRIMERO.

De cuán provechosos son los trabajos, hablando en general, y cuánta estima hacian dellos los amigos de Dios.

La divina Providencia, que todas las cosas crió con peso y medida, no repartió algunas de las naturales igualmente, ni de las de fortuna, como el oro, plata, ganados, posesiones, heredades y vasallos, por no ser de las necesarias para la vida humana, de suerte que ó sin ellas ó sin abundancia dellas no se pueda bien pasar; pero las que lo son, proveyólas Dios á todos igualmente y con grande abundancia: tal es la luz, el agua, que tan necesaria es y provechosa para muchas cosas; la tierra que pisamos, el aire que respiramos; porque, ¿qué fuera de los pobres si destas cosas carecieran ó se hubieran de haber á dinero ó á cortesía de los ricos? Este mesmo estilo guardó por la mesma razon en los bienes espirituales, que los sacramentos mas necesarios instituyó en materias mas comunes y abundantes, porque á nadie faltase el necesario remedio para su salvacion; como el bautismo en el agua, la penitencia en el dolor y confesion, el Santísimo Sacramento del altar en pan, y este el mas comun, que es el de trigo; la dotrina en palabras, que todo es fácil de haber en todas partes y á poca costa y trabajo; y aun el mesmo Cristo y su gracia quiso que estuviese tan á mano, que do quiera podemos hallarle, y quien quiera y cuando quiera; por eso se comparó á la flor del campo, que es muy abundante y poco costosa y comun de todos; porque, aunque las flores de los jardines estén debajo de llave, y con dificultad se deje entrar á ellos y con recato y tasadamente las dejan



coger los dueños ó sus jardineros, y sea esto mucho favor, y sean reprehendidos los que en cogerlas son demasiados ó las cogen sin licencia; pero las flores del campo ni son pocas ni tienen llave, ni se dan por favor ni respectos, ni por dinero ni por red ni con dificultad, ni estorbó nadie jamás al mas desdichado pastorcillo que cogiese á su voluntad las que quisiese ni á la hora que quisiese; así Jesucristo, nuestro Redentor y Señor, comun para todos, como le quisieres, cuando quisieres, donde quisieres, de dia, de noche, en el templo, en la calle, en tu casa, en el camino, en la cama, en la mesa, en la adversidad, en la prosperidad le hallarás, sin que lo pueda nadie estorbar, con la abundancia de gracia que tú mesmo quisieres, por ser tan necesario y útil á la vida del alma que le buscare. Por esta cuenta se colige cuán necesarias y provechosas sean las adversidades y tribulaciones, pues ni valen caras ni hay dellas esterilidad, ni están mal ni desigualmente repartidas; antes en cualquier estado hay gran abundancia dellas en pobres, en ricos, en príncipes y gente comun, en señores y vasallos, en eclesiásticos y seglares, en la milicia, en la religion. Y puso Dios en ellas la salud, y no fué poca misericordia suya librarla en cosa que, no solo es abundante, pero no hay quien se pueda escapar della, aunque mas lo procure; y en esto se parecen tambien con los sacramentos, que, aunque de diferente manera y no como ellos, pero dan gracia al que los padece por pacto que Dios tiene con él, ora sean trabajos venidos por propias culpas, ora por otro camino; no hay que desechar ninguno, sino tenellos por riquísimo caudal, que Dios envia para granjear el hombre la vida eterna, que es gran merced y beneficio suyo. Por lo cual decia san Pablo á los filipenses: Amigos, en esto habeis recebido gran merced de Dios, no solo en daros que creais en él, sino tambien en que padezcais por su nombre. Y el mesmo Apóstol, cuando quiere preciarse y gloriarse, aunque pudiera con muchos y muy honrados títulos, como apóstol y predicador de las gentes, no echa mano sino de una lista de grandes trabajos, peligros y peregrinaciones. Y en otra parte dice que cuando él quisiere gloriarse, que se precien y glorien otros de buenas fortunas, de buena opinion y fama y de buen tratamiento de los hombres y de otras cosas semejantes; pero que él en sus flaquezas todas ellas, en su deshonra y persecucion, y de andar de cárcel en cárcel y de tribunal en tribunal se gloriará. Este era general deseo en aquellos tiempos dichosos de la primitiva iglesia, donde la cruz y sangre de Cristo estaba tan fresca, donde por este camino de prisiones, trabajos y persecuciones hacia Dios tantas maravillas. De aquí es lo que Eusebio dice en la *Historia eclesiástica*, que cuando los mártires estaban presos, estaban alegrísimos cuando les parecia que habian de ser los primeros que habian de sacar á martirizar, y cuando no lo eran quedaban desconsolados. De aquí son aquellas palabras del bienaventurado mártir san Ignacio, que san Jerónimo refiere que decia poco antes de su martirio, en una carta que escribió á Roma desde Siria: «Peleo con las »fieras en la mar y en la tierra, de noche y de dia, apri»sionado con diez tigres, esto es, diez soldados que me »guardan, los cuales con los beneficios se vuelven peo»res; pero su maldad es dotrina para mí, aunque no por »esto me tengo por justificado; plega á Dios me dejo »gozar de las bestias que me esperan; las cuales ruego »á Dios no sean perezosas en acabarme y atormentar»me, y que lleguen azoradas á comerme y que no ten»gan temor de llegarse, como á otros mártires han he»cho; y si veo que no se atreven yo las haré fuerza y »las asomaré para que me traguen; perdonadme, hijue»los, que yo sé lo que me conviene.» De aquí son tambien las que san Sixto dijo á san Lorenzo, que, como desconsolado de quedar en la vida, viendo dejar la suya por Cristo á san Sixto, le dijo, yendo á ser martirizado: No me desampares, santo padre, que si lo has porque quede á repartir á los pobres los tesoros de la Iglesia, ya los he repartido. Y respondió el santo papa: No os desconsoleis, hijo, ni os tengais por desamparado, que esto que ahora yo padezco es cosa poca y conforme con las pocas fuerzas que como viejo tengo; cosas de mas importancia y de mas merecimiento os quedan que padecer, como á mas esforzado; dentro de tres dias seréis conmigo. Pues ¿qué diré de las palabras que san Jerónimo dice al papa Dámaso, pidiéndole cierta gracia? Haz esto que te ruego, así te ciña Dios como ciñó á san Pedro; que, como ahora se usa decir, haced esto por mí, así Dios os haga bien, así os libre de enfermedad y trabajo; así se saludaban entonces con trabajos y muertes, por ser la cosa del mundo que entre los cristianos mas se estimaba y deseaba. Ahora este lenguaje ni se usa ni se entiende; antes seria ocasion de risa y mofa si se usase, si viese el mundo un hombre muriéndose y llorándole sus hijos y hijas, que los deja desamparados y desconsolados, que respondiese, como san Sixto á san Lorenzo: No quedais, hijos, desconsolados ni desamparados; que dentro de tres dias vendrá por aquí una compañía de soldados que os deje sin hacienda, honra ni vida; y mas ridículo seria el que á un príncipe fuese á pedir una merced, diciendo: Señor, hacedme esta merced, así yo os vea encarcelado y descabezado con san Pablo ó asaeteado con san Sebastian; pero ser cosa de risa este lenguaje hácelo nuestra tibieza y la fuerza que el mundo ha tenido con los hombres, y el amor propio, que tanto y tan continuamente y por tantos caminos huye los trabajos, y procura solo su propio regalo.

El bienaventurado san Juan Crisóstomo quedó tan enamorado de las cadenas de san Pablo, cuando iba declarando aquellas palabras suyas: Ruégoos yo, preso y encadenado del Señor; dice sobre ellas lo que en el primer libro se dijo; y en otra parte dice otras semejantes con el mesmo espíritu y encarecimiento; porque, después de decir que es en parte mas alto título que apóstol y evangelista, y que llevado al tercero cielo, á quien se dijeron palabras en él inefables, y que por eso lo deja todo y pone este solo título, declárase y dice la razon por que todo aquello era dones y mercedes del Señor; y esto, que es cadenas, aunque tambien es don y gracia suya, es paciencia y trabajos del siervo por él, y es costumbre de los amigos alegrarse mas por lo que ellos padecen por el amigo que por lo que de su mano reciben. Mas ilustre cosa, dice, es la cadena que la corona real, porque esta solo adorna y atavia la cabeza,

y la cadena todo el cuerpo atavia y defiende; porque la corona real, cuando el Rey sale con ella, levanta los piés á la envidia y convida los quietos á tiranía, y anda en tanto peligro con ella, que en la guerra se la quita y la esconde, para poder mas al seguro pelear con el enemigo; mas la cadena al revés, antes ella es la guerra y fortaleza contra los demonios y todos los poderes del infierno, y solo con enseñársela desbarará todas sus máquinas y traidoras asechanzas; los príncipes, no solo al tiempo que mandan, pero después, conservan sus títulos y renombres; veis allí al emperador, al príncipe, etc. San Pablo, en lugar de todos esos nombres, dice: Pablo, preso y atado con grillos y cadenas, y con mas razon se precia, porque los imperios y principados no son virtudes del ánimo ni cosas que suelen mostrarlas; cosas son que se venden dependientes de las lisonjas del vulgo; pero este principado de prisiones es señal de un gran valor de ánimo y del deseo de ganar mas á Cristo, y tiene esta ventaja á los principados del mundo, que estos brevemente se acaban y conocen sucesor, este nunca huye ni le conoce; si no, mira cuántos años há que le dura á Pablo este nombre de preso y cuán fresco y honrado se está entre cristianos, entre bárbaros, entre scitas, entre indios; do quiera que vais hasta el fin de la tierra verás este nombre celebrado, y el nombre de Pablo en boca de todos; y ¡qué mucho si lo es en la tierra y en la mar el nombre que tanto lo es entre los ángeles, arcángeles y potestades del cielo, y su rey, que es el mesmo Dios! Y dime, ¿de qué eran aquellas cadenas que tanta gloria dieron á san Pablo? ¿Eran por ventura mas que de hierro? No, dice, pero tenian mucha gracia del Espíritu Santo, porque por Cristo habia sido atado con ellas. ¡Oh grande milagro! Los siervos atados y encarcelados y el Señor crucificado, y la predicacion del Evangelio crecia cada dia mas; y por donde pensaban estorbarla del todo, por ahí se encendia y crecia mas y con mas fuerza se multiplicaba; y la cruz, cadenas y mazmorras, que se tenian por deshonra y abominacion, son ahora señales de salud; y que el duro hierro viniese, sin perder su naturaleza, á valer mas que todo el oro de las Indias, no por estimacion ni premática de los hombres, sino por la causa porque en él se padecia. Hasta aquí san Crisóstomo, que, aunque no pasáramos adelante en este discurso, bastaban estas palabras para lo que en él se pretende, que es sacar en limpio el valor de los trabajos, hablando en general; pero tráense para decir cuán extraño lenguaje se ha vuelto entre los cristianos deste miserable tiempo, y la causa dello, que es cuán léjos andamos de la perfecion cristiana.

Lo cual declara mas la historia que pasó en los *Actos de los apóstoles*, cuando ante el presidente Festo salió san Pablo á visita delante del rey Agripa, y salió como suelen salir los presos, como él lo estaba, con sus grillos y cadena, como malhechor; y respondiendo á los delitos de que era acusado de los judíos, comenzó á decir altísimos misterios de nuestra fe: cómo vió á Jesucristo y oyó su voz, cómo por la ceguedad corporal que le envió vino á la verdadera luz, cómo cayó en tierra en el camino y se levantó, cómo vino á Damasco preso y cautivo, aunque sin cadenas de hierro. Y de aquí comenzó á tratar de la ley y de los profetas, y cómo tantos años antes habia dicho el misterio de Jesucristo; con lo cual se comenzó á rendir el Rey y quedó casi persuadido á ser cristiano, que, como el bienaventurado san Juan Crisóstomo dice, tales son las almas de los santos en las persecuciones, que en ellas no tienen cuidado cómo escaparse dellas, sino cómo ganarán á sus perseguidores, y á esto encaminan sus cuidados, palabras y diligencias, como aquí acaeció, que cuando entró á visitarse, le llamaron para que se defendiese, y él dejó cautivo y preso al rey Agripa; como él mesmo dió á entender cuando dijo: Poco te falta para persuadirme que sea cristiano; entonces respondió el Apóstol: Señor, pluguiese á Dios que, aunque me costase á mí mucho, os viese yo y á todos los presentes como á mí me veo, excepto estas prisiones (quiso decir cristiano). Aquí está ahora en esta respuesta lo que pretendemos, que es un pleito con san Juan Crisóstomo; venid acá, santo doctor, ¿qué son de las grandezas, valor y títulos que con tanto encarecimiento nos habeis dicho de las prisiones del Apóstol? Qué es de aquella estimacion y comparacion que hicistes, diciendo que mas quisiérades estar allí atado y preso con Pablo que ser ángel bienaventurado, y otras ponderaciones como estas? Si el Apóstol dice aquellas palabras con caridad cristiana que los queria ver á todos cristianos, ¿cómo les quiere privar de tanta grandeza como vos decis que son las cadenas y grillos que les excepta? Cómo quiere cercenar san Pablo tan grandes bienes á estos que desea ver en la fe y amor de Jesucristo? ¿Hay cosa buena en la Iglesia que no pueda ser comun? ¿O hay alguna tan tasada que no pueda ser para todos? O hay alguna que lo sea tanto como el trabajo? O es lícito tener envidia un santo apóstol de los bienes que otro tenga con ventaja, ó esconderlos á quien puede aprovecharse dellos? ¿Qué quiere decir exceptas estas prisiones? Si ellas son buenas, ¿para qué las exceptó el Apóstol? Si malas, ¿para qué las encareceis vos y las preciais tanto? Y ¿para qué las padece san Pablo? Bien se entiende el aprieto en que parece poner esta dificultad á san Juan Crisóstomo, pero él se sacude bien dél con las palabras que en diferentes lugares sabe del Apóstol con muchos encarecimientos, de donde él sacó los suyos, y de la luz del Espíritu Santo, que los da y los envia, y revela el provecho de los trabajos, porque después de ponerlos en las cartas por principal título de su persona, callando los que antes ponia, como parece en las que escribió á Timoteo y á Filemon, dice á los filipenses que muchos de los hermanos, que eran los cristianos, estribando en las cadenas en que él estaba cuando escribia aquella carta, con mas ánimo y espíritu predicaban, y con mas provecho, la dotrina del Evangelio. Pues aquí aprieta san Juan Crisóstomo á san Pablo con nuestro argumento: Dad acá, Pablo, do quiera que vais, cadenas; do quiera que hablais nos predicais prisiones y nos decis de las vuestras su virtud, su valor, su honra, etc.; y ahora, al tiempo del menester, delante de un rey medio comenzado á convertir, cuando mas necesario era mostrar libertad en la predicacion, y hacer menos caso de las cadenas vuestras y predicar su virtud al pueblo, ¿salis con sacadas estas prisiones? Y si á los cristianos dan vuestras cadenas ánimo y fortaleza, ¿cómo decis, cómo dais aquí

á entender que pueden menos? Pero el santo doctor responde por sí y por el Apóstol, antes alumbrado y enseñado del Apóstol, como otras veces suele, y dice que el rematar el Apóstol sus razones con aquellas palabras no fué de miedo ni congoja, sino de soberana y altísima sabiduría y providencia del cielo; porque hablaba con un infiel, ignorante del todo de los caminos de Jesucristo, y por eso no queria traerlo á la fe por cuestas ni breñas, sino llevarle por otra parte mas llana, como el mesmo Apóstol dice que hacia con los demás: Hágome con los judíos como judío, por ganar á los judíos: y con los que no conocen ley como si yo no la tuviese, por ganar tambien á estos; pues esto mismo guarda aquí y hace su cuenta: Si este oye luego á la puerta prisiones y trabajos, luego se me huirá por no saber qué cosa son. Venga una por una á la fe por la predicacion, guste de la dotrina y gracia de Jesucristo, que, cuando esté dentro, él mesmo se buscará las prisiones. Esta traza parece que aprendió san Pablo en su mesma conversion, donde el mesmo Cristo, que le apareció, le libró para después los trabajos, cuando respondió á Ananías: Anda, que le he escogido por instrumento para que lleve mi nombre delante de los gentiles y de los reyes y de los hijos de Israel, que de lo demás yo le mostraré á él cuántas y cuán grandes cosas le conviene sufrir por mi nombre; así hace el mesmo Pablo por no espantar la caza, si presentara luego trabajos y prisiones. De aquí aprenden los discretos predicadores, confesores y perlados de no espantar á sus súbditos con la aspereza del camino del cielo, presentándoles luego la batalla con que se gana, y esconden á veces algo del rigor necesario de la penitencia hasta su tiempo; porque, no solo estos suelen espantarse dél, mas aun los que han comenzado el camino de su conversion suelen fácilmente volver las espaldas y tornarse á la primera vida regalada, con menos esperanza de salir tan presto della; porque, aunque en la fe se diferencian de los gentiles y paganos, pero en la consideracion y ejercicio della algunas veces no difieren. Muchos andan, decia San Pablo, de quien muchas veces os he hablado (y ahora no lo digo solo hablando sino llorando) encontrados y enemigos de la cruz y trabajos de Cristo, esto es, de los que por él se padecen y en su ley se predican, cuyo fin es muerte; y su Dios es su vientre y su gloria, para confusion y vergüenza suya; y en otra parte dice que la plática de la cruz á los que perecen es plática de locura; pero para los que se salvan, que son ya mas pláticos en el Evangelio, es valor y fuerza; y como en el mesmo lugar dice él mismo, que la predicacion de Cristo crucificado era locura á los gentiles y escándalo á los judíos, claro está que predicarles cruz y trabajos mientras eran gentiles, era predicarles para ellos locura y á los judíos escándalo; y así, era por demás el predicárselos luego á la entrada, y consejo santo y prudentísimo esconderles las prisiones y no deseárselas desde luego.

De aquí es lo que pretendemos, que no todos entienden el santo lenguaje de los trabajos y persecuciones usado entre los santos, que unos á otros se deseaban tribulaciones y muertes; y el estilo que en nuestros tiempos con los tales se guarda, y san Pablo usó con Agripa y con los demás gentiles, es dotrina del Redentor cuando los fariseos vinieron á poner ante él acusacion á los dicípulos, diciendo que no ayunaban como los dicípulos del Bautista; y entre otras razones que el Señor dió allí en su defensa, fué una, que ninguno envasa vino nuevo en vasos viejos ni cueros gastados, porque se romperán fácilmente con la fuerza del vino, y el vino se pierde, que son dos daños; y asimesmo, ninguno remienda el sayo viejo y podrido con paño nuevo, porque hay otros dos daños, que son dos agujeros; el uno nuevo en el paño nuevo, y el otro mayor que antes era en el viejo; y que así es en la predicacion del Evangelio, cuando á los dicípulos ó á los recien convertidos se proponen cosas duras y fuertes, que el un daño es desacreditarse para con ellos la dotrina, y el otro es aventarse y perderse, á lo menos espantarse el convertido, entendiendo por el vino nuevo la dotrina nueva con aspereza, y el vaso viejo y sin fuerza, la flaqueza de los que se comienzan á convertir; y asimesmo las mesmas cosas por el paño nuevo y sayo viejo.

Este mismo estilo que el Señor guardó con sus dicípulos, guardó después con san Pablo, y este guarda ahora con los que, dejado el mundo, se convierten á la vida perfecta, que luego luego no les espanta con desconsuelos ni asperezas, antes á los principios les atrae con grande regalo y dulzura, con unos abrazos apretadísimos de amor, con que el recien amigo pasa muchos dias y noches con grande suavidad, y á veces con tanta avenida della, que es necesario esconderle ó esconderse para que no vean los hombres los traspasos y arrobamientos que padece; pero cuando ya están algo aprovechados, los hace el Señor comer, como dicen, el pan con corteza, en que el Señor sigue el camino que él puso en los padres naturales, que todos ellos y sus hijos y criados se ocupan en regalar al hijo chiquito que se cria, y quitar de las manos lo que los mayores tienen á su gusto en ellas, para contentar al niño; y con ser el hijo mayorazgo el mas querido y estimado, es á veces mal tratado de palabra, y otras no admitido á la presencia de su padre, otras se le niegan cosas de su gusto y aun de su necesidad, otras es castigado y afligido; pero al niño tierno ninguna cosa se le niega, aunque sea costosa y con disgusto y desabrimiento de todo el resto de la casa; lo cual naturalmente se hace porque son niños y se crien, después que los grandes están ya criados; así dice Crisóstomo que hace Dios con sus hijos nuevos y tiernos, que todo lo que con ellos pasa es regalo y dulzura, con verse claro que otros mas antiguos y mas perfectos y privados suyos lo pasan con grandes trabajos y tribulaciones; y hácelo el Señor porque aquellos tiernos y nuevos en su amor se crien y crezcan, y porque no se le vuelvan á la vida libre y regalada que dejaron, si, entrando á la del amor de Cristo, viesen tanta mudanza, que súbitamente faltasen del mucho regalo pasado á la trabajosa pelea con trabajos y tribulaciones; lo cual dió á entender el mesmo Señor en el mesmo lugar, cuando dijo la comparacion del vino y paño, añadiendo otra tercera, diciendo: Ninguno hay que, estando acostumbrado al vino añejo y blando, pida ni quiera beber el nuevo y fuerte, antes se vuelve al añejo, diciendo que es mejor; y después poco á poco va olvidando con la costumbre el añejo, y

se hace á beber el nuevo; así pasa en la dotrina evangélica y vida perfecta; ninguno propone de un golpe la fortaleza de la dotrina y su rigor, porque se volverán á la vida pasada, mas blanda al gusto y mas regalada, sino poco á poco van dejando la costumbre del regalo, y haciéndose, mediante el regalo y favor del cielo, á la vida perfecta, porque los hábitos ó mañas de la pasada, demás de ser antiguas, son muy á propósito del humano apetito y del amor propio inclinado al regalo de la carne y á huir todo trabajo y aspereza, y es necesario acabarlos con mucho tiento y poco á poco; pero después que están hechos al trabajo y rigor y perdidos los hábitos viejos, reciben bien con los nuevos el trabajo; antes se les hace mal de dejarlo. Así que con gran prudencia el Apóstol, enseñado con esta dotrina de su Maestro, respondió con esta moderacion al Rey, exceptándole las cadenas; no porque él tenia en menos la merced que Dios le hacia con ellas, ni porque por la monarquía del mundo las trocara, sino por no ser sazon ni tiempo para predicárselas; y por esta misma razon decia san Agustin, hablando de los malos deste mundo, y de los trabajos que por la persecucion dellos padecian los buenos, que llama ejercicio dellos: Ojalá se convirtiesen y fuesen con nosotros ejercitados. Primero los desea ver convertidos, y luego cuando sean capaces y tengan conocimiento de cuánto bien son y causan á los atribulados les desea el ejercicio, que es la persecucion por mano de otros malos que quedan en el mundo. Luego sin contradicion ninguna quedan los trabajos y cadenas bien y legítimamente alabados con los encarecimientos de san Juan Crisóstomo, y por el consiguiente declarados por mas honrosos y provechosos, y de mayor interese para el que los padece, que cuantas riquezas y dignidades pueden pretender los hombres en la tierra, pues segun este santo, para él hay cosas aun en el cielo que no lo son de tanto.

DISCURSO II.

Que ni es igual ni aun general en todos, el provecho de las tribulaciones.

No contradicen á lo dicho en el discurso pasado, ni á los demás que en este libro se pondrá, lo que la divina Escritura dice y la experiencia nos enseña, que los trabajos y adversidades que Dios nos envia, no solo no son á todos de interés ni provecho, mas son para algunos tan dañosos, que les han por su culpa aderezado y ocasionado su propia condenacion; cuyo ejemplo fué aquel malaventurado rey Faraon que de nuevas plagas del cielo sacaba nueva y diabólica dureza; lo mismo era el pueblo de los indios en tiempo del profeta Esaías cuando en nombre de Dios les decia: No hallo ya en qué ni dónde afligiros y maltrataros, no hay enfermedad que no os haya enviado, no hay cabeza que no duela entre vosotros; llenos y cargados estáis de tristezas y melancolías de corazon; todos lastimados y llagados, desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza; y esta plaga es tan general, que por falta de quien os cure se han hecho hinchazones y llagas podridas, sin haber quien siquiera tome la sangre. Todas son palabras que representan los graves azotes que Dios les habia enviado, y dice que no hay para qué enviarles mas, pues en lugar de emienda halla cada dia nuevos pecados. De manera que á estos no fueron provechosos los trabajos, antes fueron ocasion de su mayor perdicion; pero la culpa desto no está en el trabajo, sino en la persona que le recibe; porque, así como Aristóteles dice que las obras de naturaleza son buenas ó malas, mas ó menos, segun la disposicion del sugeto en que se reciben, así son las de la gracia y así son los trabajos, que en los buenos son todo gracia y gloria, salud y provecho; y en los malos, blasfemia y condenacion, y quedan con ellos mas duros y obstinados.

Para lo cual es necesario advertir que aquí no llamamos buenos ni malos á los que tienen gracia de Dios ó no la tienen, porque muchos hay destos malos que con los trabajos se hacen buenos, y muchos destos buenos podria haber que con ellos viniesen á hacerse malos, esto es, por la impaciencia perdiesen la gracia. Llamamos aquí buenos los que tratan de serlo, y tienen (como dicen) puesta la proa en la virtud y en salvarse, aunque alguna vez caigan y aun esten en pecado mortal; y por el contrario, llamamos malos á los descuidados de su salud, aunque alguna vez acaezca estar en gracia; pero no van con la intencion ordinaria encaminados al bien, ni consideran ni buscan el camino alcanzarle. Estos malos viven en grandísimo peligro; porque, como arriba se dijo, á estos envia Dios el trabajo para atraerlos á sí, y son como el último remedio después de muchas y muy piadosas diligencias; y cuando este no aprovecha, poca esperanza queda de salud; porque, como acá en las enfermedades del cuerpo, dice Hipócrates en un aforismo, que las medicinas que suelen aprovechar, si al mesmo tiempo que suelen se aplican, y no aprovechan, antes dañan, es señal de muerte, porque el enfermo á quien las medicinas enferman ¿en qué puede tener esperanza? Así en las enfermedades espirituales, si las medicinas no sanan, y las últimas, que son los trabajos, antes dañan; esto es, cuando de la misa, del sermon, de los piés del confesor, os partis como os venistes; así, tan frio y tan duro os salis del sermon como sino le oyerades, y así del fuego de la tribulacion. A la manera de una piedra que los naturales llaman calacia, que por mucho que esté en un horno de fuego, es de suyo tan fria, que no recibe en sí calor ninguno. Así hay algunos que, puestos en un sermon, que es como un fuego y como un martillo que quebranta las piedras, como el Profeta dice, ni con regalos ni con promesas, ni amenazas ni beneficios, ni con ponerles delante lo que el Hijo de Dios padeció por ellos, ni la gloria que les tiene guardada, ni el infierno, y sobre todo esto, los trabajos que les envia, no tratan de emienda, antes con ellos se vuelven peores; luego á gran peligro viven los tales. El enfermo que el jarabe, la purga, las unciones, las sangrías le dañasen, ¡qué triste estaria y temeroso! ¿Cuánto mas lo debe estar el malo de verse enfermar con los remedios de su alma?

Es el mal destos tan dañoso, que, no solo tienen quebrada y pérdida la salud y la esperanza della, mas aun el sentido con que debian de sentir su perdida. Y así les dice Dios por el Profeta: Oye, pueblo loco, sin corazon, que tienes ojos y no ves, orejas y no oyes. Llámalos así, porque con los pecados salen de sentido, y

cuanto mayores son, menos lo sienten. Porque esta es la diferencia de las enfermedades espirituales á las corporales, que las del cuerpo, cuanto mayores son, mas se sienten y mas duelen, y cuanto menores, menos, y de algunas, por pequeñas, no se hace caso; las del alma son al revés; por que las pequeñas se sienten mucho, como parece en los que no tienen otras, sino veniales, ó pequeños mortales, que los sienten mucho, como de santa Paula dice san Jerónimo, cuando llega á tratar de su cama; dice que era la tierra desnuda, sobre unos cilicios pequeños, en que todas las noches casi enteras pasaba sin dormir, en oracion, juntándolas con los dias sin descansar, en que creyeras que habia fuentes de lágrimas, con que los pecados ligerísimos de tal manera lloraba, que nadie la juzgara menos que por gran pecadora, cargada de feísimos y gravísimos pecados. Y amonestándola san Jerónimo que no perdiese los ojos llorando, sino que los guardase para leer el Evangelio y otros libros santos, respondia: Quiero afear el rostro que tantas veces, contra el mandamiento de Dios, me puse á pintar; quiero afligir el cuerpo que tanto se dió á deleites; quiero desquitar con lágrimas, las demasiadas risas, y las holandas y blandas sedas con aspereza de cilicios; porque quiero emplearme en agradar á Cristo por lo que me empleé en amar á mi marido y al mundo. Otro tanto experimentamos cada dia en muchas personas temerosas de Dios, congojadas con escrúpulos de niñerías. Pero los pecados grandes no se sienten tanto comunmente, ni se echan de ver, no porque de su condicion no congojen y saquen de sentido, sino porque le tienen quitado á quien los tiene. Y de aquí es lo que dice el Sabio, que el malo cuando viene al profundo de los pecados, que es cuando los comete grandes y sin congoja, entonces hace poco caso dellos y no los tiene en nada, aunque sean como son, dañosos y pestilenciales, ni los trabajos que para curarlos vienen. Esta dotrina frisa con la de san Gregorio Niseno, en la exposicion de las bienaventuranzas, donde dice que no hay peor señal de condenacion que cuando el hombre no siente lo agro de los remedios que por sus pecados le aplican; porque, así como el enfermo de una pierna ó brazo, cuando le cortan carne y no lo siente causa en su casa gran tristeza, y en el médico poca confianza de su salud; pero luego que comienza á sentir el dolor de la navaja, entonces comienza el placer de todos, porque es señal de vida y mejoría; así en las enfermedades del alma es gran dolor cuando ninguno se siente con la navaja de Dios, que son los trabajos con que las cura (así lo dice tambien Bernardo); pero es gran bien y principio de salud cuando los siente. Conforma esta comparacion con la dotrina de san Pablo, que dice de algunos pecadores que desesperados se entregaron á los vicios con avaricia, esto es, con codicia, como el avariento, nunca viéndose hartos de pecados, como él de dinero; y pesándoles de los insultos que no cometen, y á este miserable estado aportan desesperando; y el vocablo griego que allí está, quiere decir amortiguados, que no sienten dolor; y así lo traduce san Crisóstomo; los cuales traduce nuestro intérprete, desesperados porque tales son los que no sienten la cura, pues no queda esperanza de su salud.

Pues volviendo á nuestro propósito, no es la culpa del trabajo, pues en otra parte hace provecho, sino del que le recibe, sí no usa bien dél; porque el bueno aprovechase para lo que Dios se le envía, y se ablanda y reconoce; pero el malo mas se endurece con él por su locura y ceguedad; del cual dice el Espíritu Santo que al loco, aunque en un almirez ó mortero le muelan muy molido, como á cebada mondada y tostada, que es cosa durísima de quebrantar, ó hacer polvos, no se le quitará su locura; y con el mismo estilo dice á los malos por el Profeta: Aullad los que teneis vuestra morada en el almirez, quiere decir, los que; después de molidos y trabajados, estáis todavía tan duros, hechos masa dura, que no hay para qué sacaros de allí. De suerte que la disposicion con que se recibe el trabajo es la que le hace provechoso ó dañoso, en que se parece con los sacramentos y con el mismo Dios, de que vino á decir san Pablo que quien le recibe indignamente, recibe juicio y condenacion; pero el bueno, así en Dios como en los sacramentos, como en los trabajos, cuando le vienen, recibe su bien y su salvacion, su conversion, su buena consideracion, su medicina y su remedio; y por eso son comparados al fuego, que, recibido en el leño verde, saca agua de lo interior, y al seco abrasa y consume; así el bueno, comparado por el Señor al leño verde, cuando viene el trabajo, conociendo sus faltas, y acordándose que suele ser castigo de pecados, y con la memoria juntamente de los beneficios de Dios y de su grandeza y misericordia, y de su poco retorno, saca lágrimas de sus ojos y de lo interior del corazon. Pero el malo, con su ceguedad y sequedad, se abrasa y consume con ellos. San Agustin dice que, así como con un mismo fuego el oro se afina y la paja se quema, y como con un mismo trillo el trigo se limpia y apura, y la paja se quebranta, y con la misma rueda y viga apretado el aceite, no se mezcla con el alpechin; así la mesma fuerza de la tribulacion afina y purifica los buenos y los clarifica, y destruye, condena y destierra los malos; y de aquí nace que con una mesma tribulacion y afliccion los malos aborrecen y blasfeman á Dios y los buenos le alaban y ruegan: tanto va en cuál está un hombre ó cuál es el que padece, y no en que es lo que padece; porque, movido el cieno y el bálsamo de un mesmo movimiento, el cieno corrompe el aire, y el bálsamo le alegra y sana. Hasta aquí son palabras de san Agustin. Semejantes son las de san Gregorio, y que en esto se diferencian los trabajos del réprobo y del predestinado; y semejantes son las de Crisóstomo, que el oro en el agua no se daña, y en el fuego se afina. Pero el barro y el heno en ambas partes se corrompe presto. Así son los buenos y los malos en el trabajo. En figura desto, el fuego del horno de Babilonia abrasó á los malos ministros que le atizaban, y no dañó á los buenos, para quien se encendió. Y los leones no tocaron á Daniel, y comieron á los que allí los pusieron. Las aguas del mar Bermejo, que á los buenos, no solo no dañaron, mas les abrieron camino y paso para la tierra de promision, á los malos se le cerraron, y perecieron allí en su obstinacion; de los cuales dice la *Sabiduría* que, teniéndose aun las lágrimas en los ojos y las endechas en la boca, con que lloraban los muertos á sus

sepulcros, inventaron otro pensamiento de locura, que á los que rogándolos y compeliéndolos, habian echado de su tierra y compañía, con gran fiereza dieron en perseguirlos como á fugitivos. Y porque no falte tambien comparacion del Evangelio, muy á propósito es la que á Cristo dice de las dos casas fundadas, la una sobre arena, la otra sobre una peña, que, viniendo los vientos del invierno, cayó la primera, quedando fuerte y en pié la segunda, siendo el mesmo viento, y con la misma fuerza, el que las combatió; la diferencia estuvo en el fundamento de las casas. Así, porque los buenos están bien fundados y apercebidos no son derribados, aunque son combatidos de la tribulacion y tempestad, como son los malos, que traen fundados en el arena muerta sus pensamientos.

De todo lo dicho se sigue que, así como los malos pierden y desmedran con el trabajo, así con el mesmo ganan los buenos, porque merecen, avisan, consideran y resplandecen á gloria de quien se los envia; y por esto compara san Bernardo los buenos al cielo, que, aunque á todas horas luce, resplandece y está hermoso á la vista; pero mucho mas es esto de noche, cuando parecen las estrellas; así el bueno, aunque siempre y en todo tiempo parece bien; pero mucho mas luce en la noche, que es el tiempo de la tribulacion, y se parece quien es. Probaste, Señor, mi corazon (decia David) y visitástele de noche, esto es en el tiempo de la tribulacion, que es la que luego llama fuego; y por esta luz que, en ella cobra el bueno, la llama el Espíritu Santo por el Sabio y por el Apóstol, diciplina; la cual difiere de la dotrina, aunque son en efeto una misma cosa; que en el maestro la misma licion es dotrina, porque sale del doctor que la enseña; y la misma en el dicípulo es diciplina, porque mediante ella es enseñado y dicípulo. Y porque con la tribulacion el bueno aprende y queda alumbrado y enseñado, porque allí aprende humildad, paciencia, agradecimiento, recato y otras virtudes, por eso la llama en él diciplina; y de ahí vino á tomar este nombre él castigo entre los religiosos, porque se les da no tanto para castigo y venganza, cuanto por que aprendan lo que les falta de virtud; pero en los malos y obstinados no es diciplina, sino castigo y tormento, y principio de los que eternamente han de padecer; como lo fué en Faraon y Antíoco, que en medio del trabajo se pasaron á continuarle y mejorarle á los infiernos; pero Nabucodonosor aprendió á humillarse, y confesar el poder infinito de quien le habia enviado el trabajo; lo mesmo hizo el Centurion del Evangelio, que de sola la enfermedad del siervo aprendió la fe y humildad, de que del mismo Cristo mereció ser alabado.

DISCURSO III.

De los daños que vienen al hombre con la prosperidad.

El príncipe de los filósofos, Aristóteles, dice (como arriba dijimos) que la mesma ciencia y razon se halla de los contrarios, quiere decir, que para saber perfectamente una cosa es necesario entender su contraria; mayormente cuando se trata del provecho della es necesario saber los daños de su contraria, porque por ahí se descubre mas el provecho que se pretende saber. Y pues vamos tratando en este libro tercero del provecho de la adversidad, no ayudará poco saber el daño de su enemiga, la prosperidad; para lo cual fuera necesario, no un breve discurso, sino muchos libros enteros, si se hobieran de decir todos los que della se nos causan; pero por cumplir con la brevedad que el argumento deste libro requiere (pues no entra la prosperidad en él sino como de lado), brevemente pasaré por los daños temporales, y no con prolijidad del que es verdadero y temeroso daño, que es el de la conciencia; porque decir aquí los trabajos que se pasan en desearla, ganarla y sustentarla, la inquietud, el desasosiego, los sobresaltos, el engaño de los lisonjeros, y otros semejantes daños, que en ninguna persona se excusan, por próspera que sea, antes cuanto mas próspera, mas sujeta á todos ellos, seria nunca acabar; porque, como ella de su naturaleza sea frágil y fundada en cosas engañosas, perecederas y mudables (como lo son las riquezas, las privanzas y estimacion, que todas dependen, unas del juicio, otras de voluntad de los hombres, que de su condicion son tan ligeramente mudables), no es posible poderse gozar sin gran sobresalto. Lo cual dió á entender Dionisio el tirano, segun lo cuenta Ciceron, á un hombre llamado Damócles, que, diciéndole un dia al Dionisio cuánta envidia le tenia á su vida próspera, á sus riquezas, á su mesa, á su imperio, etc. Respondióle: Yo te haré experimentar la vida de que tienes envidia; y mandóle aderezar un suntuoso banquete, y sentar solo á Damócles á la mesa, y servirle como al mesmo Dionisio, con gran limpieza y aparato, músicas, etc. y que él estuviese toda la comida descubierta la cabeza, y encima della colgada de un hilo una espada con una punta agudísima; y después que duró un gran espacio la comida, preguntóle Dionisio qué le parecia de aquella vida; respondió que en toda la suya habia tenido tan mal rato, y que no daria señas de lo que habia comido ni de la música, ni de otra cosa que allí hubiese pasado, que á cada momento le parecia que se quebraba el hilo y le atravesaba la espada la cabeza. Entonces respondió él: Pues esa vida paso yo, con perpetuo temor que vendrá la muerte, que me prive de todo esto. Pues ¿cuánto mas debe de temer el cristiano, que, demás del sobresalto de la muerte, queda el del juicio universal y particular, que el tirano no creia; y allende desto, cuelgan otras mil espadas agudísimas sobre la cabeza del que goza las prosperidades desta vida? Porque, cuántos sobresaltos se padecen, y á cuántos peligros viven sujetos los que el mundo llama prósperos y bienaventurados, no se puede bien decir; porque probándose la fortuna buena por todas partes, por ninguna le asienta bien y con descanso; porque, así como al que se descalzase los zapatos y quisiese con ellos cubrir y adornar su cabeza, y porfiase hasta salir con este disparate, él se fatigaria y se moleria, y al cabo no saldria con su intencion, y la causa es, porque lo que se hizo para traer debajo de los piés mal puede venir á la cabeza, por ser de diferente hechura y dignidad; así es el que con las riquezas y otras mundanas prosperidades (las cuales, como dice el salmo, crió Dios para poner debajo de los piés del hombre y servirse dellas cuanto á la parte inferior de su alma) quiere adornarla y con-

tentarla á ella, contentándose con ese contento; cuanto mas viendo claramente que no es posible, porque los bienes que Dios tiene guardados para el alma no podrán caber debajo de un tejado, con estos que el mundo llama bienes. ¿Qué tiene que ver la bienaventuranza con esta miseria, y aquella paz perpetua con esta turbacion? y la caridad con tanta envidia y avaricia, y otros males que andan acompañados con estos bienes de la tierra? Al fin ellos son de condicion que no pueden dar entero descanso, ni que dure mucho ni valga nada; y con todo, los buscan los hombres con ansias increibles.

Por lo cual tomaba el cielo con las manos el Profeta; y no es manera de decir, pues decia: Pasmáos, cielos, y asuélense vuestras puertas. Como quien dice, que no hay para qué las haya, pues ni el mundo admite las verdades del cielo, ni los hombres quieren ni merecen entrar en él. Veamos, Profeta, ¿qué hay de nuevo, que tanto lo sentís? Dos males ha hecho mi pueblo, dice el Señor: el uno fué dejarme á mí, que soy fuente de agua viva, de bienes y contentos que nunca desfallecen; y el segundo, cavar con gran trabajo y sudor unos pozos ó cisternas rotas, que no pueden detener las aguas, que es decir que me dejaron á mí, que soy fuente de bienes verdaderos, limpios, alegres, durables y perpetuos, y con su trabajo han querido beber aguas turbias, hediondas, pestilenciales y emponzoñadas, en unas cisternas llenas de agujeros, donde aun esos bienes, con esas tachas que ellos tienen por bienes, no les pueden durar, ni el contento dellos. Tales son en realidad de verdad las riquezas, honras, deleites y toda otra prosperidad; que, demás de las espinas con que atormentan cuando se poseen, brevemente desamparan al dueño; dos dias dan contento, y al tercero enfadan. ¡Cuánto suda uno, cuánto camina, cuánto gasta, cuánto sufre, cuánto pierde por alcanzar una plaza ó dignidad; y apenas la ha alcanzado, ya desea salir della! Cuánto se pasa en alcanzar una mujercilla, y qué brevemente cansa á quien la alcanzó! Las haciendas procuradas con trabajos increibles, y compradas por grandes precios, ¡cuán presto son de muy poco en los ojos de su dueño! Porque, como san Gregorio dice, esto tienen los bienes desta vida, que cuando no los tenemos los deseamos, y alcanzados, nos enfadan; solo aquel infinito bien, que es Dios, tiene la condicion contraria, que en teniéndole da mas hambre, pero es hambre con hartura, y hartura que no empalaga. Los que comen, dice la *Sabiduría*, aun quedarán con hambre, y los que me beben no pierden la sed. Pero todo lo temporal presto se acaba, como el que lo experimentó lo decia, que con atencion habia mirado sus contentos, y que lo que sacaba en limpio era, que todo era vanidad y aflicion de espíritu, y que ninguna cosa permanece debajo del sol. Con todo eso, es amado y buscado lo temporal; y la causa dello da san Bernardo, que es una rabiosa hambre que el alma tiene, y juntamente ignorancia y ceguedad de su propio manjar; como un hombre hambriento, que, olvidado ó imposibilitado del propio manjar del hombre, que es el pan, si se diese á comer yerbas del campo no diriamos que gusta ni se sustenta; y así, no consigue su intento y el fin que el comer tiene. El manjar propio del alma son las cosas espirituales: con esas se sustenta y esas solas la pueden hartar; las cuales son sin comparacion mas gustosas y sabrosas que las temporales. Nunca Dios tal quiera, dice san Bernardo, que la ponzoña de esas cosas temporales y viles entre en comparacion con aquel preciosísimo bálsamo y purísimo vino de las espirituales consolaciones; porque, cuanto va del alma al cuerpo, tanto va del gusto de lo uno al de lo otro. El mesmo san Bernardo dice en sus declamaciones, que nace el sustentarse de lo temporal de una rabiosa hambre de la codicia humana, lo cual declara por una hieroglífica. Dice que vió cinco hombres que juzgó con razon por locos: el primero, que á dos carrillos estaba mascando el arena de la mar; el segundo á la orilla de un gran lago de azufre cogia todo el vapor ó humo y se lo bebia; el tercero estaba á la boca de un horno muy ardiendo, cogiendo y tragando las centellas que salian del fuego; el cuarto, puesto sobre el zimborio de un templo, tragaba todo el aire que podia, y cuando le parecia que era poco, allegaba lo mas que podia con un ventalle, como que queria tragarse toda la region del aire; el quinto estaba algo apartado de los cuatro riéndose dellos, digno de que todos se riesen mas dél, porque con increible trabajo estaba chupando la sangre de sus propias carnes, unas veces mordiendo las manos, otras los brazos, otras lo que de su cuerpo alcanzaba. Y que apiadándose dellos, se llegó y preguntó á cada uno la causa de su ejercicio tan peregrino, y halló que era una la mesma de todos, que era una grande y rabiosa hambre, y que, mirando sus rostros con atencion, se acordaba de aquel dicho del Profeta: Mi corazon se secó porque me olvidé de comer mi propio manjar. Hasta aquí son palabras del mesmo Bernardo, que son una hieroglífica ó representacion de lo que en el mundo pasa; cuya sinificacion está muy clara, porque el que comia la arena era el avariento, que no se harta de oro y plata, á quien el Profeta llama barro espeso y apretado. El que cogia el hediondo vapor del azufre era el carnal, que se deleita en sucios y hediondos abrazos. El que tragaba las centellas es el airado, que se mantiene del fuego del furor. Y el que engullia con tanta hambre el aire, es el soberbio y ambicioso, de quien el Profeta dice: Efrain se mantiene de viento. Y juntamente el que, apartado, se burlaba de todos, mordiendo y chupando sus carnes, es el envidioso que, de ver á los otros con prosperidad, cualquiera que sea, se hace pedazos á sí mesmo. Y era, como dice el Santo, la causa de todo este desconcierto su hambre rabiosa, la cual no padecieran si de su propio y legítimo manjar no se hubieran privado; porque, como san Gregorio dice, el alma en cuanto en este mortal cuerpo vive no puede pasar sin consolacion; y como no ha probado la propia y sustancial, que es la del espíritu, es forzoso que busque las de la carne, y así queda burlada la flaqueza del hombre miserable; y la que tiene parentesco con los ángeles y debria mantenerse de su manjar, viene al sustento de los puercos; y lo que peor es, con tanto gusto y satisfaccion con él, como si no hobiese para él otro ninguno de que no quiere ser (hasta que los ojos del alma se le abren con la muerte, que los cierra) desengañado. Esta locura se ve, como en una imágen debujada, en lo que acaeció á un hombre que

perdió el seso, que al tiempo que volvió en sí dijo que un dia que se metió en un cieno estando loco le parecia que andaba entre tapetes de seda, y que cuando los mochachos le daban grita y le tiraban piedras, le parecia que eran sus criados que le servian de rodillas. Esta es representacion de la locura de los ricos deste mundo, que están metidos en el cieno de sus vicios, y de los hombres terrenales, hechizados en las reverencias y lisonjas de sus criados y de otros conocidos y lisonjeros, que aunque les parezcan cortesias, son verdaderas pedradas que descalabran el alma, y lo que es certísimo, solos ellos están engañados, y otros faltos de juicio como ellos; porque los demás, que son los discretos y bien considerados, bien los ven sucios del cieno y descalabrados con muchas pedradas, y burlados de los que ellos estiman por niños y menospreciados en el mundo. A estos dice san Pablo: Reformáos con la renovacion de vuestros sentidos, dejada la locura y estimacion loca de las cosas desta vida.

§. II.

Del daño que la prosperidad hace en la conciencia.

Dejados estos y otros muchos daños temporales por muchos y por los menores, tratemos del que á boca llena se puede llamar daño, el cual es el que causa la prosperidad en la conciencia, que es el perder á Dios por ella, ó á lo menos andar continuamente á peligro de perderle á él y á su propia alma, para la cual es la prosperidad tan fuerte y poderosa ponzoña, que en un punto le causa mil males y la trueca en otros diferentísimos pensamientos; porque lo primero la hace olvidar del todo á su Dios; hace á un hombre soberbio como un Lucifer, liviano, mundano, flojo, vicioso; hácele menospreciador de sus prójimos y cruel con ellos; hácele insensato y bruto, olvidado de la muerte, de la gloria y del infierno, y lleno de toda suerte de pecados. Y si no finge un hombre, por bueno y virtuoso que lo quieras pintar, truéquese la fortuna, comiencen á sucederle todas las cosas á su voluntad, y en brevísimo tiempo le verás á él trocado y vuelto un demonio. David confiesa en un salmo, que es tanta la fuerza de la prosperidad, que en solo ver que la gozaban los malos, le comian los piés para pasarse á ellos, y que por ella estaban ellos tomados de la soberbia, cubiertos de maldad y de impiedad. Y declarando estas dos cosas, dice que chorreaban dellos maldades y agravios de prójimos, como suele la pringue de la manteca, poniendo por la obra todos los deseos de su corazon; andaba ligera la maldad del corazon á la lengua y de la lengua al corazon, hablaban palabras de gran hinchazon, desde la altura adonde se soñaban, en daño y menosprecio de los pobres; y no contentándose con poner sus dañadas lenguas en la tierra, ni olvidándose desta maldad, las ponian tambien en el cielo, hablando atrevida y desvergonzadamente contra el mesmo Dios. De manera que todo este monton de males y todo este raudal de pecados y abominaciones les nació de la prosperidad. Ejemplo sea el mesmo rey David cuando se vió en ella, cuánto mas olvidado se vió de Dios y cuán ocasionado para ofenderle; mas cuando andaba perseguido de cueva en cueva sin sosiego, entonces de los montes y valles hacia templos para orar á Dios; tan humilde, tan casto, tan perdonador de enemigos, tan predicador de las grandezas y misericordias de Dios, componia muchos salmos en sus alabanzas y de los misterios de Jesucristo; nunca (como san Agustin advierte sobre uno dellos) cuando andaba perseguido cometió adulterio ni homicidio, sino en el tiempo de la prosperidad del reino, entonces mandó contar el pueblo con altivez para ufanarse de su poder, entonces cometió aquel adulterio y homicidio tan feo, en pena de lo cual fué de Dios ásperamente castigado. Lo mismo advierte san Crisóstomo, considerándole en prosperidad, cuando dice: Yo dije: Estando en prosperidad, no habrá quien pueda torcer mi brazo á que haga sino lo que yo quisiere; y puesto después en aprieto de tribulacion, dice: Si Dios me dijere, no me agradas, estoy presto de hacer lo que mas le agradare: tanta era su modestia, obediencia y humildad. A Saul le dice: Señor, ofrézcase sacrificio si el Señor te incita y provoca contra mí, etc. Entonces perdonaba los enemigos, y en prosperidad ni aun á los amigos. Sea tambien ejemplo Salomon, su hijo, de quien san Agustin y san Bernardo y san Jerónimo dicen que le dañó la prosperidad para condenarse; ¿qué mas santo y sabio que él en su mocedad? Que con la sabiduría que Dios le dió por especial favor y gracia escribió aquel libro de los *Cantares* empapado en espíritu, donde están los mas espirituales requiebros y misterios que Dios tiene con su Iglesia y con el alma que tiene por esposa. Este tan santo y tan espiritual hombre, lleno de sabiduría del cielo, sucediendo las cosas prósperamente, como estos santos dicen vino á poner mas que en duda su salvacion, vino á ser el mas sucio y carnal de todos los hombres, pues tenia en su casa manadas de mujeres herradas, como otros las tienen de cabras; y vino á tanta ceguedad y torpeza, que adoró dioses falsos, y hizo un templo suntuoso á Moloch, que era uno dellos, y le ofreció encienso y sacrificios. Aunque san Jerónimo dice que al cabo, á poder de trabajos, vino á desengañarse á sí y á nosotros, componiendo el libro ó sermon del *Eclesiastes*. Sea tambien ejemplo Saul, que en tiempo de pobreza y baja fortuna fué el mejor del pueblo, digno de ser electo el primero rey dél; y todo el mundo sabe en qué paró con la prosperidad del reino. Seránlo tambien muchos de los tiempos presentes, y muchos de los que van leyendo con atencion este discurso, y digan ellos cuán diferentes almas tienen para con Dios cuando se ven prósperos, y cómo abren los ojos cuando se ven privados de los bienes mundanos. El santo Job decia en tiempo de su trabajo: Señor, hasta agora en tiempo de mi prosperidad y buena fortuna conocíaos, pero de oidas y de léjos; quiere decir, andaba léjos de vos como olvidado de vuestro poder, como ignorante de vuestra bondad y sabiduría y justicia y rigor; agora os veo con mis ojos, esto es, desde cerca, y por eso agora me reprehendo y hago penitencia del olvido pasado; porque esto hace, entre otros males, la prosperidad, que es arrebatar á un hombre su sentido y atencion á las cosas terrenas, y quitarle de las de Dios y de sus obras, y entorpecerle para ellas.

El profeta Esaías se puso un dia á llorar á los ricos y que viven en prosperidad y deleites, diciendo: ¡Ay de



los que madrugais en las mañanas á comer y beber, y el primer paso que dais es á buscar vuestros contentamientos; que comeis con músicas y placeres, y no poneis los ojos en la obra de Dios, ni considerais las demás obras suyas! Donde es regla de los teólogos que tratan la divina Escritura, que donde quiera que en ella se ponga aquel ay, es señal de gran castigo y no menos que eterna condenacion. El mundo de otra manera llora los hombres, que no se duele dellos ni los tiene por miserables sino cuando los ve pobres, afligidos, olvidados y desfavorecidos; pero el espíritu de los profetas á esos tiene santa envidia, y pónese á llorar á los prósperos y ricos, de que este profeta santo entiende esta su lamentacion; y aun el bienaventurado san Ireneo dice que tenia el Profeta delante de los ojos al rico avariento de que san Lúcas trata, estando en el infierno, y cotejando la prosperidad que en esta vida tuvo con las terribles penas que padecia cuando esto dijo, y que lo dijo el Profeta por él y para que fuese escarmiento de los hombres que después habian de venir, para que oyesen sermones y estimasen y considerasen las obras de Dios. Y para este fin dice san Ireneo que dijo el Señor la parábola del rico, para que supiésemos el paradero suyo y de los demás que viven en prosperidad y deleites, olvidados de las obras de su Criador. Finalmente, porque se entienda el peligro en que andan, pondré aquí una carta que san Agustin envió á uno dellos, llamado Largo, cuyas últimas palabras temerosas son de notar. La carta dice así:

«Recebí vuestra carta, en que pedis que os escriba; lo cual no hiciérades si no gustárades de lo que entendeis que os puedo escribir; y esto en esta ocasion no es otra cosa sino que las vanidades del mundo, que, por no haber tenido experiencia de lo que son, antes deseábades, agora que la teneis, las menosprecieis, porque en ellas aun la suavidad es engañosa, el trabajo sin fruto, el temor continuo y la alteza peligrosa, su principio sin prudencia y su fin dolor y penitencia. Desta manera son las cosas que en esta miseria de nuestra mortalidad con mas codicia que prudencia se desean. Pero diferente es la esperanza del bueno, otro el fruto del trabajo y otro el premio de los peligros, porque en este mundo ni es posible carecer de temores, de dolores, de trabajos ni de peligros; pero mucho va en la causa, en la esperanza y en el fin por que padece cada uno. A lo menos yo, cuando veo los amadores deste siglo, no veo sazon ni coyuntura de su salud, porque cuando están en prosperidad rechaza su soberbia los saludables consejos y amonestaciones, y las tienen por patrañas y cuentos de viejas; cuando en alguna adversidad, mas piensan en cómo escaparán de lo que al presente les fatiga, que en enmendarse y tratar de cómo vengan adonde vivan libres de toda pena. A veces hay quien dé oidos á la verdad, aunque pocas en la vida próspera hay algunos y mas son los que en la adversa; pero en una y en otra pocos se hallan que los dén de gana.

»Pero una dificultad se ofrece cuando aquí se llega, y especialmente á los ricos y prósperos del mundo, que buscan excusas para no desasirse de lo que tanto les tiene trabado y poseido el corazon. ¿Cómo es posible que tanto daño cause en los hombres cosa que salió de las manos del mismo Dios, criada para el servicio y bien de los hombres, como es la riqueza y prosperidad y abundancia de cosas, ora sea de honras, ora de títulos, amigos, favores, oficios, etc.? Todo lo crió para entretenimiento del hombre, porque todo lo que no es pecado, salió de sus santas manos y providencia para este fin. Y si esto es así, ó no lo criara ó no fuera con estos tropiezos para ofenderle y perderle. A esto se responde que todo lo que Dios crió es en sí bueno, y así lo juzgaba el mismo Señor cuando lo iba criando. Crió Dios la luz, y vió que era buena, y así de las demás cosas; como hace acá un oficial cuando acaba una obra, que la mira y la remira para ver si tiene alguna falta. Y al cabo de todo, lo tornó á examinar otra vez junto, para ver si junto era bueno, y halló que todo lo criado era, no bueno, sino muy bueno. Pues si miramos todo lo criado para lo que es salud del hombre, todo es bonísimo, porque todo es un libro en que se ve la grandeza del poder, sabiduría y bondad de Dios, y tras eso, es grande ocasion para alabarle y servirle con ello y por ello. Solo está el daño en el mal uso que el hombre tiene de estas cosas, el cual, parte nace de la maldad del demonio, y parte del amor propio y el deseo desordenado que heredamos, dañado y corrupto de nuestros padres. Lo primero es que el demonio no nos deja gozar limpias las cosas que Dios crió, sino como en el trigo que aquel padre de familias del Evangelio habia sembrado, su enemigo le sembró neguilla; así en estas cosas que de suyo eran buenas, sembró el demonio ponzoña, porque en las riquezas sembró soberbia y avaricia, en la honra ambicion y envidia, y en los deleites carnalidad y torpeza, y así en las demás. San Pablo decia á Timoteo: *Dirás á los ricos que no sean soberbios*; no dice que dejen las riquezas, que ellas no son malas, sino la soberbia que con ellas anda mezclada. De aquí se entiende la causa por que los santos huyen la prosperidad, que es por no topar con estas semillas malas, como de los berros dice el refran: *Tú, que comes el berro, guarte del anapelo*; por ser yerba mezclada con el berro, pero ponzoñosa. De aquí se inventaron las religiones, en que arrojan lo uno y lo otro de sí. Por eso Jacob los echó delante, solo iba atrás su querida Raquel; sálvese el alma, piérdase lo demás. El Apóstol decia que castigaba su cuerpo solo porque no dañe el deleite. David, ¿quién me dará alas para el desierto? No por la compañía, que buena es, sino porque vió maldad en la ciudad.

»Y aunque estas malas semillas no sembrara este enemigo, son los hombres tan amigos de sí mismos y tan ignorantes y mal acertados en poner el amor derechamente en lo que le han de poner, que, aunque el demonio no venga con su mala semilla, le sacan ellos de seso para que venga, y con su inquietud no dejan cosa que no prueben para sus desordenados deleites; lo uno y lo otro, dice el libro de la *Sabiduría*: El hechizo de la burlería y vanidad escurece los verdaderos bienes, y la inquietud é inconstancia de la concupiscencia y desordenado deseo trastorna los sentidos, por simples y sencillos que sean y sin malicia. Donde se ha de notar lo que dice, que trae los hombres hechizados y aojados como niños, para que no vean los verdaderos bienes,

que, aunque ellos con la lumbre de la fe se dan bien á conocer á los hombres, pero tiénelos el demonio ciegos y hechizados con los deleites que salen de la prosperidad, á quien llama mentira y burlería; porque, aunque prometen por de fuera descanso, no paran sino en afliccion y dolor. Lo segundo dice que la inconstancia de nuestra concupiscencia nos trastorna el sentido, por bueno y sencillo que sea; lo cual nace de ser los bienes terrenos tan cortos y burladores, que nuestro amor propio no se satisface, aunque los posea á su voluntad, y siempre busca otros nuevos. Porque esto tienen estos bienes, que, vistos de cerca, que es cuando los alcanzamos, ellos mesmos nos desengañan, cuando no hallamos en ellos el descanso que desde léjos nos prometian; y de aquí es que procura el demonio que los veamos siempre de léjos, y cuando nos los da, es á deseo y con tanta avaricia, que si pudiese alcanzar su intento sin darnos ninguno, lo haria; y en señal desto los mostró al Redentor desde el monte alto encumbrado, porque su mentira, conocida y vista desde cerca, no nos desengañe; lo cual causa la inquietud perpetua de nuestros deseos, que el Sabio dice: Y aun el tiempo que los poseemos, esconde cuanto puede el demonio sus engaños, porque no nos desengañemos dellos, haciendo con sus hechizos que se nos escondan, ó por mejor decir, que no los echemos de ver, aunque ellos están bien descubiertos; cuyo ejemplo fué el de los israelitas, que se acordaban de las buenas ollas que comian en Egipto, olvidados de la afliccion que habian padecido de los de la tierra; pero al tiempo de la muerte, cuando abren los malos los ojos en el infierno, allí parece el desengaño, cuando ya el demonio no puede ni tiene para qué engañarlos; y así lo confiesan ellos: Cansados venimos del camino de maldad y perdicion, caminado hemos por caminos ásperos, por cuestas y piedras, sin haber acertado el de la virtud ni habernos salido el sol de justicia. En lo cual mienten, sino que ellos traian los ojos cerrados, sin quererlos jamás abrir.

»De suerte que este es el oficio de la prosperidad, cegar los ojos á los hombres, no quitándolos de la fe, sino cerrándolos á la consideracion della para no ver sus daños, dejándola á ella en su fuerza que para con los hombres y su apetito tiene para derriballos en grandes pecados; la cual nos declaró el Sabio, diciendo: Bienventurado el rico que fuere hallado sin mácula; que lo que dice de la riqueza entiende de los demás bienes, entre los cuales hay aun otros mas poderosos que ellas para lo que aquí dice, pues se ponen los hombres á mayores peligros, y cometen mayores pecados, y aventuran las mesmas riquezas para alcanzarlas. Dice pues: Bienaventurado el rico que fuere hallado sin pecado, y el que no se deja llevar tras el oro, ni sus esperanzas tras el dinero atesorado. Y cuando dice bienaventurado, no dice por la bienaventuranza del cielo, aunque bien puede decillo, pues el que estuviere sin pecado la poseerá; ni quiere decir, como en otros lugares, solo dichoso, sino tambien es manera de hablar para decir que es raro, no solo en aquella lengua, mas en la latina, castellana y en la italiana, como quien dijo en alguna calamidad, bienaventurado el que tenia piés ligeros para huir, para decir que era raro en aquella persecucion, y que era tan urgente que nadie podia huir; así acá nos quiere decir que es raro el rico sin pecado, la cual sentencia se confirma en un raro dicho de san Jerónimo: Todo hombre rico, ó es malo ó heredero de algun malo; y no menos con la dificultad que enseñó el Señor en el Evangelio, con que los ricos entrarán en el reino de los cielos; y el mesmo Sabio lo declara luego, diciendo: ¿Quién será este, y le alabarémos porque hizo milagros en su vida? Que es como acá decimos: ¿Quién será este, y le besarémos la ropa porque hace milagros? Que el milagro no es otra cosa sino una obra rara, que se hace fuera del curso comun de la naturaleza; y con esto da á entender que el camino real y ordinario de los hombres es, que las riquezas tienen fuerza de hacer al hombre pecador, y cuando no lo es, es caso tan raro, que parece milagro. Y pone luego en qué está el milagro, en que, como las riquezas sean un toque de la santidad y perfeccion, es milagro que alguno tocado ó probado con ellas se halle perfecto y sin habérsele pegado alguna mancha; y luego da la razon por que sean las riquezas el toque de la santidad, diciendo porque son fortísima ocasion de cometer muchos males, y eso quiere decir que pudo traspasar la ley de Dios y no lo hizo. Aquel pudo dice la gran fuerza de la ocasion y lo mesmo que es toda uno, que pudo hacer males y no los hizo; que si sola la libertad significara, tambien la tiene el pobre para pecar y traspasar la ley; ó quiere decir (y todo sale á una cosa) que pudo sin estorbo hacer mal; lo cual mas se halla en el rico que en el pobre; pero todo es uno, que ese poder es la ocasion fuerte que deciamos; y la mesma fuerza significó la mesma *Sabiduría* en otra parte, cuando Salomon pidió á Dios con instancia dos cosas: la una, que no le diese riquezas, porque, despues de harto y regalado con ellas no fuese provocado del regalo á negar su santo nombre. Donde da á entender la violencia de la ocasion, como dijo el poeta Virgilio, que su deleite lleva como por fuerza á cada uno, aunque siempre queda el hombre con su libre albedrío y bastantes fuerzas del cielo para resistir y vencer; pero combatido con vehementes tentaciones, ofrecidas y esforzadas de la misma prosperidad.

»Para declaracion desto, se ha de notar que el peligro desta guerra que estos falsos bienes hacen al alma, procede de dos razones, por las cuales en parte es mas dificultosa y recia que la que le hacen las adversidades de que usa el demonio para derribarnos. La una es porque nos toma mas descuidados, que ese bien tiene la tribulacion y afliccion, que aunque combate fuertemente al corazon, hállale mas apercebido, cual lo anda el atribulado ordinariamente delante de la presencia de Dios, pidiéndole favor; pero la prosperidad coge al hombre descuidado y olvidado de su alma, por entender en muchas cosas de que su contento depende, como san Pablo dice de la mujer casada, que no está pensando cómo contente á Dios, como lo está la doncella, sino en cómo contente á su marido; así podemos decir del que vive en prosperidad, que está ocupado en conservarla, y en esta gasta muchos ratos de los que habia de ocupar en Dios y en apercebirse. La segunda razon es, porque la prosperidad halla, cuando viene á hacer la guerra dentro de nosotros, muchos amigos de su parte; y así,

es la guerra mas peligrosa, cual lo es todas las veces que entre los cercados y combatidos se hallan algunos amigos de los cercadores, por lo cual procuran de echarlos de sí, cuando los hay, con tiempo, como cosa muy dañosa, como se han visto en muchas guerras de nuestros tiempos y leido en las historias de los pasados; pues ahora como muchas cosas que están dentro en nosotros tienen amistad con la prosperidad, y estas no pueden ser echadas fuera, hácese su guerra muy peligrosa; los ojos son amigos de hermosura y de curiosidad, los oidos se pierden por música, nuestra sensualidad busca por todos los caminos el deleite, toda es gente que la prosperidad trae consigo; de temer es que algunas veces abran las puertas del corazon al enemigo, y le dén las llaves de la fortaleza; pues estas dos son las razones en que se funda el dicho del Sabio.

Y pues esto es así, ¿qué ceguedad es la de los hombres? ¿Cómo no abren los ojos para ver tantos daños? Si hacen caso de su alma, ¿cómo la dejan á tanto peligro? Si de la mesma prosperidad y deleites, ¿cómo no se guardan de lo que della y dellos sale? De ahí nace la inquietud, la falta de sueño, la aflicion de espíritu, de ahi la mala conciencia, el gusano della, el olvido de Dios, las cargas de pecados y otros mil males; ¿cómo no dan gracias á Dios cuando no la alcanzan, pues de tales y tantos peligros les excusa, y antes andan procurándola con gran riesgo de su paz, vida y alma, y de perder al mesmo Dios? ¿Cuánto mas descansada lleva su vida el que, con solo lo necesario para ella, se contenta con que agrade á su Dios y gane el cielo, sin andar contentando al mundo vano á tanto peligro y costa suya, aun después de alcanzado lo que con tanto afan procuró? Porque, como Séneca dice, el hombre rico y próspero tiene necesidad de andar siempre con gran tiento, mirando dónde pone los piés, como quien va por una calle helada por no resbalar; pues ¿con qué puede compararse este cuidado? Pues dejar perder su alma por lo que es pura vanidad y aflicion de espíritu, y no permanece dello sino solo lo que hay de tormento, ¿qué mayor locura? Qué le aprovecha al hombre que gane todo el mundo, y sea señor de todos los reinos dél, y encierre debajo de su llave todo el oro de las Indias, y gane las voluntades de cuantos viven, y goce con salud de todos los contentos que los hombres buscan y inventan, si por ello padece detrimento en su alma? O ¿qué cosa hay que importe ni pese tanto, puesta en la balanza, como el alma de un hombre, como dice el Redentor del mundo? Pues no busque nadie ni llame la prosperidad, si no viniere ella, y viva con cuidado si viniere, poniendo los ojos en Dios, que todo lo crió, y en su alma, para quien todo fué criado; y si todavía hay ciego que dice que es bienaventurado el pueblo que la tiene, yo con David digo que bienaventurado el pueblo que, aunque el Señor llueva sobre él trabajos, siempre le tiene por Señor.»

DISCURSO IV.

De la primera utilidad de los trabajos, que es merecer la gloria.

La gloria del cielo que Dios tiene guardada para sus amigos, no hay lengua humana que pueda decir cuál es; antes dice san Pablo que ni ojos vieron ni orejas oyeron, ni jamás cayó en pensamiento de hombres, lo que Dios tiene allí aparejado para los que le temen. Pero segun lo que de la fe y los libros santos sabemos, algunos rastros alcanzamos, de donde lo demás se pueda conjeturar. Pero cuánta gloria será ver á Dios rostro á rostro, en que consiste esencialmente nuestra bienaventuranza, no puede caer debajo de nuestra imaginacion, pues ni sabemos cuál es el rostro de Dios, que es su esencia y sustancia, ni todos alcanzan el cómo y con qué lumbre se ha de ver. Y por eso contentarémonos con sacarlo por conjeturas; como hizo un pintor, segun cuenta Plinio, que, mandado hacer un gran jayan en una pequeña tabla, pintó en ella una figura de un hombre, pequeña como la tabla era, pero á los piés de la figura pintó un sátiro que le estaba con una vara de medir midiendo el dedo pulgar. De donde el discreto que la mirase coligiese, multiplicando en proporcion, las varas que tendria en todo el cuerpo por las del dedo, y hallaria que era grandísimo gigante. Y así hizo el Señor cuando quiso darles á los apóstoles una vislumbre de su gloria, para que entendiesen cuál ha de ser la suya, y les mostró en el monte Tabor un rascuño della, pues fué sola la gloria del cuerpo, y desta sola la claridad, y desta una pequeña parte, cuanta bastaba para aquel monte; porque de otra manera estando él tan claro como el sol, no fuera tan secreta la claridad como él quiso que fuese y como al cabo fué; mayormente que no falta quien diga que fué este misterio de noche. Pues así será en este discurso, donde no pretendemos dar sino una vislumbre de la gloria, pues no se trata della de propósito, sino cuanto della se conjeture su grandeza, cuanto cupiere entre gente que vive en este cuerpo mortal, para que de ahí se saque el valor y excelencia de los trabajos, mediante los cuales se merece.

Pues para este fin consideremos que cada ángel, aunque sea el menor de todos, es mejor y mas perfeta criatura en su naturaleza que todas las corporales. Lo segundo, que toda la multitud de ángeles que Dios crió, se exceden unos á otros en perfecion, pues no hay dos de una misma especie y naturaleza, como los hombres son, sino que así como no hay dos números que sean iguales, sino todos, aunque son infinitos, se exceden unos á otros, y tanto mayores son cuanto mas se apartan de la unidad, así son los ángeles, y tanto mas perfetos cuanto menos se apartan del sumo bien y perfecion, que es Dios, aunque con infinita distancia ninguno puede llegar á él; y por eso su perfecion se mide por lo que menos léjos está dél, y no por el cuanto está mas cerca. Pues á esta cuenta, si en las cosas corporales hay tantas cosas buenas que ver y entender, ¿qué será ver el mas perfecto ángel que está mas cerca ó menos léjos de Dios? Y si deste á la naturaleza infinita y perfecion de Dios hay infinita distancia en perfecion, ¿qué será ver la mesma esencia de Dios? Verdaderamente no sin causa es menester nueva y mas alta lumbre y nuevas y soberanas fuerzas, pues para imaginarlo son menester bien grandes; y si siendo el Bautista tan santo, que algunos le cuentan luego después de la Madre de Dios, y después de haber gastado Cristo un buen rato en sus alabanzas, dice al cabo que el menor

de los bienaventurados es mayor que él, ¿qué tanto bien será uno de los que en aquel dichoso reino son mayores? No hay que ponderar mas de lo que el Evangelista dice, que serémos semejantes á Dios, porque le verémos tal cual él es. Pues cuanto á este punto no hay mas que encarecer de la gloria del alma, pues que por ella serémos dioses por participacion, que es el ser semejantes á Dios.

Pues si consideramos los relieves que della se derivarán al cuerpo, el cual quedará con aquellos cuatro dotes: lo primero impasible, sin que pueda por ninguna ocasion recebir dolor ni pesar; lo segundo, hermosísimo y resplandeciente con el dote de claridad, con que el sol delante de los bienaventurados parezca un pobre candil, aunque dellos dice la Escritura que serán resplandecientes como el sol, porque no hay otra mayor claridad con que compararlos en la tierra; lo tercero, la ligereza que, como un pensamiento, pasarán cualquier distancia de lugar, por larga que sea, en un punto; lo cuarto, la subtilidad con que podrán pasar, entrar y salir por cualquier parte, sin que puertas lo impidan ni paredes le detengan; los cuales dotes san Pablo pone juntos tratando de la resurrecion de los muertos, diciendo, debajo de la metáfora que prosigue de lo que se siembra : Sembraráse en la muerte cuerpo corruptible, y resucitará incorruptible; esta es la dote de la impasibilidad, siémbrase con deshonra, y resucitará con gloria; esta es la claridad, sembraráse con enfermedad, resucitará con virtud y fuerza; esta es la ligereza, sembraráse un cuerpo animal, que es un cuerpo grosero y denso, y resucitará un cuerpo espiritual, que es cuerpo sútil como espíritu, que sin estorbo penetra todos los cuerpos, por densos y tupidos que sean. Estos dotes se vieron representados en el cuerpo glorioso del Redentor del mundo después de su santa resurreccion, y aun antes que muriese, sin tener cuerpo glorificado, porque pudiese caber pasion en él, dió unas muestras destos cuatro dotes que su santo cuerpo y el nuestro habian de tener después de la resurreccion; que la impasibilidad del morir, aunque no como de gloria, mostró en el desierto, ayunando cuarenta dias y noches, á todo no comer y á todo no beber, sin que peligrase su vida, lo cual sin milagro no pudiera; la claridad en el monte el dia de su santa transfiguracion; la ligereza en el mar, cuando sin zabullirse anduvo por él hácia el navío donde iban sus dicípulos; la subtilidad cuando nació de madre vírgen, quedándolo antes y después del parto; pero, por ser cosa que tanto nos habia de enamorar la esperanza de vernos con estos cuatro dotes, nos los dejé en una imágen todos juntos, y que cada dia los viésemos, aunque en ella no se nos representan con tanta perfeccion y primor como ellos entonces serán; y esta imágen ó pintura es el sol, la impasibilidad en que en cinco mil años no le vemos faltar, enflaquecer ni venir á menos, pues la claridad ella misma se descubre y encomienda su grandeza y hermosura; la ligereza no menos, pues tanta distancia corre y pasa en veinte y cuatro horas; pues la subtilidad en que en saliendo por la mañana y dando en una puerta ó ventana, por mas ajustada que sea, siempre halla por donde entrar su claridad. Pues ¿qué mas gloria se puede imaginar para un cuerpo de barro, lleno de correpcion, como agora es el del príncipe mas pintado en el mundo, que tener aun mejoradas estas propriedades tan preciosas del sol? Qué será entonces ver tantos soles discurrir por aquella region, sin estorbarse ni escurecerse, y los ojos sin flaqueza para verlos? Si acá tanto bien parecen veinte caballeros aderezados para un juego de cañas, jugando á ellas en una plaza, con sola la hermosura de sedas y brocados y con la ligereza de unos pesados caballos, ¿qué serán tantos bienaventurados con aquella librea de gloria? Pues la region, ¿qué tal será, cuando tan hermoso es el envés que vemos? ¿Y la ciudad que á nuestro grosero modo nos pinta san Juan en el *Apocalipsi?* Las plazas y muros de oro purísimo, las puertas cada una de una piedra preciosa, alumbrada la ciudad con el mesmo Hijo de Dios; los árboles llevan fruto doce veces al año, regados y refrescados con un rio que sale de la silla del Eterno Padre; pues si las puertas, plazas y muros, que suele ser lo mas comun de las ciudades, y por eso lo menos curioso, son de tan preciosa y excelente materia, ¿qué serán las casas, los jardines, los aposentos, las mesas y camas? Y es al fin todo esto material, porque los hombres, que lo somos, por esto que así no es, entendamos algo de lo que en sí es esta gloria celestial.

Y con todo, nos andamos por los derredores sin decir la vida que allí se pasa, que no hay pluma ni aun pensamiento que se atreva á comenzar; porque, así como del condenado dice el salmo : Rodeáronme males de que no hay número ni cuenta; así puede decir el bienaventurado: Rodeáronme bienes sin cuenta ni número. A lo menos, lo primero, de los infinitos males y trabajos de acá nos verémos allí libres: acá la soberbia nos trae hinchados y el deseo de honra nos aflige, allí nos verémos tan grandes, que ninguno desee ser mayor; acá nos carcome la codicia, allá no habrá qué desear, porque todos los deseos verémos cumplidos; que esto es lo del salmo: Entonces me veré harto y descansado cuando apareciere tu gloria. Otra traducion dice : Habrá hartura de deleites con tu rostro. Acá los buenos son fatigados con tentaciones de la sensualidad, allí habrá perfecta libertad desta sucia pestilencia, porque se cumplirá lo prometido por el Espíritu Santo : Habrá sanidad de tu concupiscencia, y regarse han tus huesos, que serán como unas cañas de azúcar, con el deleite que saldrá del alma gloriosa; acá nos turban los ímpetus de la ira, allá será todo sosiego y paz: Estará mi pueblo en descanso y paz hermosísimo, en moradas de confianza segura, y en holganza y descanso con riqueza; acá son los cuerpos moradas y tabernáculos de las almas, pero no de confianza ni seguridad, que cada dia se corrompen, y al fin se acaban, hoy los ojos, mañana los dientes, etc.; pero allá se cobra todo en la resurrecion, sin temor de perderse ya mas; aquí la gula nos fatiga, allá serémos sustentados de la flor de la harina, que es el mesmo manjar de la mesa de Dios; acá la envidia nos despedaza, deseando uno lo que el otro tiene, y no él, ó porque el otro toma lo que él ha menester; allá no hay necesidad ni tasa; todos tienen sobrado zabullidos en aquella profundidad de bienes. Bienaventurado es, dice san

Agustin, el que tiene todo lo que quiere, y no quiere cosa mala. Y así como muchos cántaros en un rio caudaloso no tendrian envidia el uno del otro, porque todos van llenos y llevan lo que quieren; así entran muchos bienaventurados en aquel piélago de gloria y divinidad, y hinchen las capacidades segun sus merecimientos. Las medidas acá, aunque desiguales, no se tienen envidia, estando todas llenas; así allá los hijos de un padre, aunque desiguales, vestidos de un mesmo brocado, aunque el menor lleva menos de aquella rica tela, no trocará su sayo por el del mayor, aunque este vale mas, porque el que cortaron á su medida le asienta y parece mejor; así allá, donde á todos, mayores y menores, les cortan la bienaventuranza del mismo paño que á Dios, como la parábola dice: Entra en el gozo de tu Señor. En el cuerpo natural no vemos quejarse un miembro de otro, ni tenelle envidia porque le honren, vistan ó curen; menos allá, porque son mas unos con Cristo y entre sí por el perfecto amor que se tienen; porque, aunque dice el mesmo que en casa de su Padre hay muchos aposentos, ninguno tiene envidia del aposento del otro, como la ostrea ó el caracol aunque sea la otra mayor ó mejor concha. Acá la pereza causa melancolía, allá el amor hace diligentes á los moradores; y así como cuando hay una grande obra los obreros se huelgan que haya muchos otros, así es allí, do la obra es amar y alabar á Dios, y sin fin.

No digamos desto mas, que no acabarémos; que es materia que arrebata los sentidos, y aun solo hablar en ella trae consigo esta gloria, y sin tocar en el principal plato, que no puede nuestro entendimiento alcanzar mientras vivimos, que aun de las frutas y cosas de menos cuenta se ofrecen millares de consideraciones sabrosísimas de lo que allí se goza; ¿qué cosa será saber cuántas cosas hoy hay en el mundo por sus propias causas, que da tan gran gusto, aunque sean de cosas corporales y viles? Pero acá son altísimas y inteligibles; ¿de qué naturaleza es el cielo y el sol, cómo produce las cosas de acá bajo, cómo alumbra á la luna y estrellas, y cómo modera los tiempos, de qué materia es el fuego, cuánto hay de polo á polo, cómo se tiene la tierra pendiente sin tener á qué arrimarse en cosa firme de ningun lado, cómo crecen los montes, cómo se hacen los lagos, qué cosa es aquella materia que fué en tantas cosas dividida? Pues ¿qué será entrar en aquellos secretos de las cosas divinas y espirituales, los misterios de la Santísima Trinidad, cómo procede del Padre el Hijo, y el Espíritu Santo de ambos, siendo todas tres personas un mesmo Dios? Aquellos atributos divinos que tanto resplandecen en lo criado, ¿qué serán en sí mesmos? Pues ¿las obras de la redencion, junta tanta bajeza con tanta infinidad? Al fin, cuanto precioso buscamos y estimamos en la tierra, que lo mas es el cielo y estrellas, traen los bienaventurados debajo de los piés, libres de pesar y de congoja, de mudanzas de cometas, de tempestades, de inviernos y veranos, de calor y frio, de congoja de abril y mayo, de guerras, de pestes, de hambres; y lo que mucho confirma todo este contento, tan abreviado en este papel, es ser allá tan perpetuo, tan eterno y sin mudanza. ¡Oh, qué gloria es tender un bienaventurado los ojos por aquellos campos de la eternidad, donde toda la gloria que ha de tener para siempre la goza toda junta; porque, así como uno de los grandes tormentos que los dañados tienen en el infierno es cuando tienden los ojos de la consideracion por la eternidad de las penas que padecen, y el pensar que nunca, mientras Dios fuere Dios, se les ha de acabar; de donde les nace aquel temor y aquel temblar y crujir de dientes que el Señor dice en el Evangelio; así los bienaventurados redoblan su gozo con el pensamiento de que, para mientras Dios fuere Dios no se les acabará, ni será bastante ninguna cosa, por poderosa que sea, á turbarles ni aguarles su contento, como el Señor lo dijo á sus discípulos: Otra vez vendré á vosotros y os llevaré conmigo, y alegrarse ha vuestro corazon y descansará ya; y vuestro descanso y alegría ninguno será bastante para quitárosle. Por esto decia David, pensando en esta felicidad: Alaba, Jerusalen, al Señor; alaba, Sion celestial, á tu Dios; y dando la causa, dice: Porque ha arrancado fuertemente las puertas de tu morada, de tal arte, que nadie bastará á estorbar ni despintar los bienes de gloria, que en tí comunica á sus hijos. Acá en esta vida ningun hombre hay tan dichoso, que no tenga su fiscal; ningun contento, que no tenga su azar, uno ó muchos; unos deshace la envidia, otros la enfermedad, otros la pobreza, otros el dolor, otros la traicion, otros el sobresalto, otros la ambicion y avaricia del contrario, otros la mala conciencia; allá en aquella santa ciudad no hay nada desto; los bienes se gozan seguramente, sin sobresalto ni enemigo; porque ni hay pobreza, que es todo riqueza y abundancia; no hay enfermedad, sino perpetua salud; no hay envidia, que la caridad es confirmada y general; no hay dolor ni pesar, que todo es gloria y contento; no hay avaricia, donde todos tienen lo que quieren, y no quieren cosa mala; no hay sobresalto, porque hay perpetua seguridad y el campo seguro de todas partes; y por eso, porque no dijese alguno que, bien que dentro de la ciudad no haya enemigos, pero que podria estar cercada dellos, de donde se seguiria aguarse algo el contento, añade el Profeta: Y alábale tambien porque puso paz en tu comarca; antes dice que la comarca es la mesma paz, porque en todas esas anchuras de cielo y cielos, y fuera dellos, no hay cosa que temer; todo está seguro, todo es paz y amor; no tienen término las últimas murallas y no falta mantenimiento, porque de la flor de la harina se sustentan, que es el mesmo Hijo de Dios, que acá dentro en especies les sustentaba. Así que, por todas partes queda el entendimiento corto (aunque parece que la pluma se alarga) para entender cuánta sea la grandeza y cuán inestimable el interese de la gloria que esperamos.

De aquí se entiende que, así como es tan desproporcionada la ventaja que este bien de la gloria hace á todos los de acá, que en su comparacion son menos que pintados; así los medios para alcanzar este bien son, y se pueden decir á boca llena, provechosos; y uno de los que mas justamente merecen este nombre, es la tribulacion que en esta vida padecemos por Dios; por lá cual se dijo especialmente: Por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos. Esto significó la subida colorada y sangrienta del coche, que hizo Sa-

lomon tan famoso; esto la subida al monte Tabor de los discípulos, tan áspera, para haber de ver la gloria de Cristo; y esto quiso él mesmo decir cuando con reprehension dijo á los de Emaus que convinó que padeciese Cristo, y por ese camino entrase en su gloria. Lo cual se entiende de dos maneras, y ambas verdaderas: la primera, que donde hay merecimiento de vida eterna necesariamente hay trabajos, y porque las obras de virtud andan y se ejercitan con dificultad, con que la gloria se merece; por donde dijo el Redentor que una parte de la semilla cayó en buena tierra, que son los que con buen corazon retienen la palabra de Dios, y mediante ella, llevan fruto con paciencia; porque siempre hay trabajos en que tenella, para llevar el fruto digno de vida eterna; lo segundo, porque los mesmos trabajos puros, padecidos con paciencia por Dios, son meritorios della. Para entender esta distincion, se advierte que todas las obras con que la gloria se merece tienen algo de trabajo, aunque alguno sacará desta regla la mas excelente dellas, que es el puro amor de Dios; pero esta tiene tambien en esta vida su dificultad, pues para facilitarla se pone virtud en el alma; pero, cuando alguna hobiera libre de toda dificultad, toda la vida del cristiano está llena de trabajos y adversidades; por donde vino á darse aquella general sentencia: Por muchas tribulaciones conviene que entremos en el reino de los cielos. Y el consejo que el Señor dió á sus dicípulos: Porfiad de entrar por la puerta angosta y caminar por el estrecho camino, que tal es el que guia al reino de los cielos, y pocos dan en él. Y de aquí particularmente se atribuye á los trabajos y á la tolerancia dellos el reino de los cielos; y aun, como decia el bienaventurado san Juan Crisóstomo, á la medida dellos se mide el galardon, segun aquello de san Pablo: Cada uno recibirá el premio segun su trabajo. De aquí es lo que san Juan dice en el *Apocalipsi*, que vió una multitud, que nadie pudiera contar, de santos de todas naciones y lenguas, vestidos de vestiduras blancas y palmas en sus manos, alabando á Dios, y que uno de los ancianos le preguntó al mesmo apóstol qué gente seria aquella; y que él respondió: Señor, vos lo sabréis, que yo no lo sé; y díjole: Hágote saber que estos son los que vinieron de la gran tribulacion, y lavaron sus vestiduras y las pararon blancas en la sangre del Cordero. Que fué tanto como decirle: Hágote saber, Juan, que ninguno hay, de cuantos ves aquí, que la gloria que tiene no la haya ganado con grandes tribulaciones y trabajos, juntándolos con la sangre del Cordero, esto es, con los que él padeció; y pues dice que habia de todos, posible seria que no fuesen todos mártires; y así, no solos ellos van por ese camino; lo cual parece por lo que la Iglesia usa, que, segun un doctor advierte, al principio no celebraba fiesta sino á solos los mártires, y después, atento al martirio que las vírgines padecen, de quien san Ambrosio dice que la virginidad hace mártires, se les hizo fiesta, y después por la misma razon á los doctores y obispos por lo que padecen en su gobierno, predicacion y celo; de donde nacieron las armas de un obispo de aquellos tiempos, que era un corazon pasado con tres saetas, y decia la letra:

Quòd sit dissimilis nostra haec ecclesia priscae;
Ferrea, transfixo pectore, tela gero.

Con estas flechas de hierro traigo atravesado el corazon, de ver cuán diferente ha venido á ser la Iglesia de lo que solia.

Y san Juan Crisóstomo dice que el buen pastor ó perlado pelea con infinitos martirios. Y de aquí es que estos tres estados de santos tienen aureola en el cielo, y todos los que decimos del *Apocalipsi*, tenian palmas en las manos, que son señales de victoria; pues los confesores y ermitaños bien se sabe con cuántos y cuán graves enemigos pelearon. De los cuales dice san Cipriano que no son solos los Nerones ó Diocleciano los que martirizan, sino la consideracion de los vicios y vanidades del mundo; lo cual dice hablando de los ermitaños, que se fueron á vivir entre las fieras.

Así que, por esta razon es propio á la tribulacion el merecer el reino de los cielos, y esa es la violencia ó valentía con que el Señor dijo que se conquistaba desde los dias de san Juan Bautista, y por esa razon subió él mesmo á él con sus llagas, y las tendrá allí para siempre, como armas y blason del amor que tuvo al Padre y á los hombres, y para dar á entender que aquellas son las armas de los conquistadores de aquel reino; y á los que padecen dice especialmente: Bienaventurados los que padecen persecuciones por la virtud; porque suyo es el reino de los cielos. Y vuelto á los discípulos, les dice en sentencia las mismas palabras, por ser ellos los que habian de comenzar la imitacion de su vida en los trabajos. Y hablando en general, la vida trabajosa es la que merece el reino del cielo, mediante la paciencia, como san Gregorio dice: Si fueres exceptado de los azotes y trabajos, no tendrás herencia del reino de los cielos. Y el mesmo en otra parte dice que Salomon vino á caer en idolatría por haber tenido la vida sin trabajos; y tráelo de san Pablo: Cuando entra Dios en cuenta con nosotros, nos castiga para que no entremos en condenacion con el mundo; y que, por el contrario, la vida trabajosa aseguró á David la salvacion. Pero desto se dijo mucho en el primer libro; y por eso, allende desta razon, pasemos brevemente á la otra, que, sin este respecto, las tribulaciones de suyo, bien padecidas, merecen el reino de los cielos, aunque no sean ayuda de otra virtud sino la mesma paciencia. Esto es lo de san Pablo. La tribulacion obra paciencia y esta probacion, y la probacion esperanza, que no deja burlados.

Pues si advertimos que ningun bien de los baladíes, que tales son todos los de la tierra, se alcanza jamás sin trabajo; sin este no se aumenta la hacienda, no se alcanzan las virtudes, las letras requieren largos y grandes trabajos; por lo cual aquel elegante y elocuente filósofo Demóstenes, preguntado cómo habia llegado á la cumbre de tanta elocuencia, respondió que solo gastando mas de aceite que de vino; por lo cual significó mas de vigilias y trabajos que de deleite y regalos. Pues los reinos y las demás vitorias ¿con cuánta dificultad, gastos y sangre se alcanzan? No menos los que pretenden alcanzar honra y estimacion; los hijos que nacen, aunque dan gusto á sus padres después de criados, pero grandes dolores dan cuando nacen, y grandes cuidados

y trabajos cuando se crian. ¿Qué dirémos del oro y la plata? ¿Con cuánto trabajo se va adonde lo hay, con cuánto sudor se cava y labra, y con cuánto peligro se trae y se guarda? Pues si ningun bien hay destos que tan mezclados andan con males, que no cueste mucho trabajo, y por ellos se estima el trabajo por provechoso y bien empleado, ¿cuánto mas lo será el que saca y merece, no plata ni oro, ni letras llenas de errores y cortas, ni cosa temporal y perecedera, sino el verdadero bien, que es la bienaventuranza, bien á boca llena, bien, bien harto, bien seguro y duradero? Pues bien empleados los trabajos que en su conquista se emplean; y cuando no haya otro interese ni provecho, este es bastante para sufrirlos con paciencia.

San Agustin, considerando en el *Manual* el bien que es la gloria, y lo poco que para alcanzarle se trabaja, dice, declarando el deseo della: Oh ánima mia, si cada dia fuese necesario sufrir tormentos, aunque fuesen los del infierno por largo tiempo, á trueque de ver á Jesucristo en su gloria, y á sus santos en su compañía, ¿no te parece que seria bien padecido todo trabajo por participar tantos bienes y tanta gloria? Pues si así es, acechen los demonios y salgan con sus tentaciones, quebranten los ayunos el cuerpo, fatiguen la carne las vestiduras, cánsenla los trabajos, séquenla las vigilias, injúrieme el uno, inquiéteme el otro, encójame el frio, murmure la conciencia, abráseme el calor, duela la cabeza, hiérvame el pecho, hínchese el estómago, párese el rostro amarillo, enferme todo mi cuerpo, desfallezca mi vida con dolor y mis años con gemidos, penetre la podre hasta los huesos y mane en arroyos hasta mis piés, á trueque de que yo huelgue y descanse en el dia de la tribulacion y suba al pueblo ceñido. Porque ¿qué tal es la gloria de los santos? ¿Cuán grande la alegría dellos, cuando la cara de cada uno resplandecerá como el sol, cuando comenzará á contarlos el Señor por su órden en el reino de su Padre, y comenzará á pagar á cada uno, segun lo prometido á sus obras, por lo terreno lo celestial, lo eterno por lo temporal, lo grande por lo pequeño? Sin duda gran monton de felicidad será cuando traiga este Señor á todos á la vision de la gloria de su Padre, y los haga sentar consigo en los cielos para serles todo en todas las cosas. ¡Oh dichoso contento, oh alegre ventura, ver los santos, estar con los santos y ser santo; ver á Dios, tener á Dios para siempre y sin fin! Hasta aquí son palabras de san Agustin, con otras muchas que añade antes y después á este propósito, con que confirma lo dicho en este discurso.

DISCURSO V.

Del segundo provecho de las adversidades, que es ser satisfactorias por los pecados.

Dotrina es de los doctores teólogos que, después que al hombre por los sacramentos, en virtud de la sangre preciosa y méritos de Jesucristo, se le perdonan las culpas mortales, no todas veces se le perdona toda la pena que por ellas debia; y dicen no todas veces, porque algunas sí, como en el sacramento del bautismo. Y podria haber tan poca deuda y tanta contricion dellas, que tambien se perdonase toda en el de la penitencia; pero lo ordinario es quedar mucha deuda de pena temporal, en la cual se comutó y convertió la eterna que se debia en el infierno, por virtud del sacramento; lo cual fué figurado en Absalon cuando fué cuanto á la vida perdonado por su padre; pero no le dió luego entrada á su presencia, antes se la vedó, en lo cual comutó la pena mayor que por sus culpas habia merecido. Y mas claro se conoce y aun sin figura en el mesmo David, que cuando delante del Profeta hizo penitencia de su pecado, le dijo el Profeta: Tambien Dios ha traspasado de tí tu pecado (esto dijo porque la pena dél se pasó al Redentor del mundo); pero el hijo que te nació deste adulterio, quiere Dios que muera, que fué la pena en que la eterna, librada ya en la persona de Cristo, se comutó. Así que, aunque la culpa se nos perdone, la pena eterna, por virtud de la pasion del Hijo de Dios, se nos comuta en otra temporal; la cual pagamos en obras penales y trabajosas, volviendo á Dios la honra y respecto que con nuestro pecado de nuestra parte le quitamos, y castigando en nosotros el gusto desordenado de nuestra voluntad. Para esto impone el confesor en penitencia semejantes obras, como ayunos, oraciones, limosnas, diciplinas, y otras obras pias y penales, encargando que, fuera dellas, hagamos otras; aunque fuera de mas provecho encargallas todas, por ser parte del sacramento; y aun antiguamente, cuando habia mas espíritu en los fieles y mas cuidaban de su salud, solian estas penitencias imponerse y cumplirse antes que recibiese el penitente el beneficio de la absolucion, como lo cuenta Nicéforo, famoso historiador de la Iglesia. Y estas obras, hechas por esta órden y respecto, llama la Iglesia satisfacion, bien diferente del vulgo, que pone ese nombre á la restitucion de hacienda ó fama mal quitada de su prójimo. Y lo que por esta satisfacion no se paga en esta vida, se paga sin remision en los fuegos del purgatorio antes que el alma entre en el cielo, donde no entra nadie con mancha ni deuda, ó en el infierno eternamente, como al fin deste discurso se declara.

Y para llevar pagada esta deuda, se dice en este discurso que es útil la adversidad y trabajo padecido en esta vida. Segun aquello que san Gregorio dice: La carne, contenta, nos trajo á la culpa, y la misma, afligida, nos vuelve al perdon. Sácase esta verdad de muchos lugares de la divina Escritura, en que el Eclesiástico dice: Piadoso es el Señor y misericordioso, que perdona en el dia de la tribulacion los pecados. Y lo mismo alegó Sara, la mujer de Tobías el mozo, en su oracion, cuando dijo, entre otras cosas: Bendito es tu nombre, Señor Dios de nuestros padres, que al tiempo que estás enojado no te olvidas de hacer misericordia, y en el tiempo de la tribulacion perdonas los pecados á los que en ella te llaman. En las vidas de aquellos padres del yermo se lee que uno de los siete que fueron á los desiertos de Egipto á ver aquellos santos monjes enfermó de recias calenturas; y pidiendo remedio á Juan, egipcio, uno de aquellos santos ermitaños le respondió: ¿No miras que procuras echar de tí una cosa que te es de mucha importancia? Porque, así como los cuerpos se lavan y limpian con jabon, así las almas se limpian y purifican en las enfermedades. Dejo aparte algun género de trabajos, con que queda un hombre á culpa y á pena limpio, como el del mártir; de quien san

Agustin dice que le hace injuria quien se pone á rogar por él.

Para entendimiento mas distinto desto, es necesario entender que las adversidades ó penas desta vida son en cuatro maneras, segun á este propósito pertenecen: unas son naturales, que se llaman así, aunque fueron pena del pecado, porque nos vienen con la naturaleza, que es compuesta de humores contrarios, y son pena tambien del pecado, porque lo fué quitarnos la justicia original, que sanaba de tal manera la naturaleza, que no habia ni hubiera ningun trabajo dellos; deste género son: frio, calor, enfermedad, melancolías, y otros semejantes. Otros hay que nos vienen por mano de los perlados y justicias, que son castigos que dan los que gobiernan por sus delictos á los delincuentes, como son: tormentos, azotes, destierros, grillos, cárceles, horcas, garrotes y fuegos; otros vienen por mano de unos hombres particulares á otros, sin justicia ni autoridad, como heridas, pleitos, hurtos, infamias y muertes; otros son castigos que Dios envia por pecados, como son los generales, por pecados de un pueblo ó provincia ó de todo el mundo, que comunmente vienen en castigo dellos, como atrás queda dicho y adelante se dirá; y algunas veces por los pecados particulares á particulares personas; porque, aunque esto no es todas veces en castigo de pecados, sino por otros respectos, como parece en los inestimables trabajos de la Madre de Dios, y en los de Tobías y Job; pero muchos los envia por castigo de pecados propios ó ajenos, sino que no siempre se entiende; pero siempre el que es atribulado con ellos se ha de recelar que son castigo de sus pecados, y procurar de salir dellos, si no ha salido; y si lo ha, procure por recebillos en castigo misericordioso de la piadosa mano del Señor. Y aunque todo esto se entienda de todas cuatro maneras de trabajos, pero los de la cuarta vienen en castigo con nuevo y particular respecto, con que Dios los envia y á que los ordena. Y aunque esta suele venir á una comunidad en general, pero muchas viene á particulares personas por sus pecados, como parece en la muerte del hijo que del adulterio nació á David, y el castigo de Ecequías porque mostró los tesoros, la muerte de Ochocías porque consultó al dios de Acaron sobre su enfermedad, y otras mil desta manera, y otros que agora nos envia, sino que, ó pensamos que son acaso, ó no sabemos discernir para qué fin los envia. Pues, esto presupuesto, si hablamos destos trabajos de la cuarta manera, son certísimamente satisfactorios. Y asimesmo los primeros y segundos y terceros, si en paciencia se reciben y se sufren; pero hay diferencia, que los que Dios envia para castigo, que son estos cuartos, si se reciben en paciencia, no solo satisfacen por virtud della, sino por ser trabajos enviados á este fin, como satisfacen las penas de purgatorio, solo por haberse ordenado para esto, y estar las almas de los que los padecen en caridad; y como satisfacen las penitencias que el confesor impone, por esta razon de haberse impuesto para este fin, allende de lo que fuera del sacramento satisficieran; así son los trabajos que para fin de castigo Dios impone en general ó particular; y aun hay doctores que digan que, aunque se reciban los tales trabajos sin haber positiva aceptacion, solo que esté en gracia y no murmure del trabajo, tambien entonces es satisfactorio; y aun otra cosa dicen, que, aunque se reciban murmurando y de mala gana, con tal que la murmuracion no pase de pecado venial, el cual no quita ni impide la gracia, todavía lo es satisfactorio, porque solo requiere ser sufridos y en estado de gracia; como vemos los del purgatorio, donde no se requiere ni hay meritoria aceptacion. De donde colige uno destos doctores que si un hombre está en estado de gracia y muere súbitamente de apoplejía ó de otra ocasion, si la muerte viene en castigo de sus pecados pasados ó de alguno dellos, aunque aquella muerte no tuvo lugar de ser aceptada con paciencia ni sin ella, será sin duda satisfatoria. Y lo segundo, colige que el castigo que Dios envió á Nabucodonosor, cuando por su soberbia repentinamente le quitó el juicio y le tornó bestia con las demás en el campo, si al tiempo que se ejecutó estaba en gracia, podia satisfacer con ella, lo cual no pudiera si naturalmente perdiera el seso.

Pero las demás maneras de trabajos requieren, para ser satisfactorios, la virtud positiva de la paciencia y caridad; donde no, no lo serán. Y de aquí se sigue otra diferencia, que los que Dios envia para este efecto en castigo de pecados, que son de la cuarta manera, satisfacen, no segun la cantidad de la paciencia con que se reciben y sufren, sino con cualquiera paciencia ó sin ella positivamente, segun la medida del trabajo. De manera que si la paciencia es como diez y el trabajo grave como ciento, la satisfacion será, no solo como diez, sino como ciento, aunque á los diez mas ó menos de la paciencia corresponde tambien su satisfacion fuera de los ciento; pero los demás trabajos que no son para este fin enviados, sino naturales ó de la segunda y tercera manera, satisfacen segun la medida sola de la paciencia, aunque sea el trabajo grande ó pequeño; de manera que, si es una enfermedad ó golpe de fortuna gravísimo como ciento, y la paciencia es como diez, diez grados tiene de satisfacion; así que, en la una cuenta y en la otra, siempre corresponde á la paciencia su medida, pero no en ambas la del trabajo sin ella. De aquí han de quedar advertidos los que padecen adversidades, ó naturales ó de la justicia, ó agravios ó injurias ó daños de prójimos enemigos suyos; y si no, adviértanlos sus confesores ó predicadores que, cuando se vieren en semejantes trances, tengan mucha paciencia, ofreciéndolos á Dios por sus pecados; porque con esto serán meritorios de la vida eterna, y sastisfarán por las penas que por ellos deben; y si acaso fueren de los de la cuarta manera, esto es, enviados de Dios para este efecto, segun lo dicho, tendrán por dos razones satisfacion. Y porque desto tengamos alguna autoridad de doctor sagrado, bástenos la del bienaventurado san Jerónimo, que dice: Con la oracion se sanan las pestes del cuerpo; y aun los azotes con que Dios con particular providencia castiga á los hombres, como fué la inundacion del mundo en el diluvio y el incendio de los de Sodoma, si los hombres que los reciben se corrigen con ellos y se enmiendan, por razon de satisfacion se les aplican, porque no habrá sobre un pecado dos castigos ni vengará Dios una mesma cosa dos veces con tribulacion. Hasta aquí son palabras de san Jerónimo.

De aquí nace lo que este discurso pretende, que es descubrir el provecho de la satisfacion con que, recibiendo estos trabajos como de la piadosa mano de Dios, hacemos dellos manso y tolerable purgatorio de nuestros pecados en esta vida, y si son de los primeros, segundos y terceros, que tienen tambien el mesmo provecho de satisfacion, mediante la paciencia con que se padecen; de los cuales se entiende lo que san Pablo dice, que se huelga con la tribulacion, porque ella obra la paciencia y esta obra probacion; donde la glosa declara purgacion de pecados. Y este pensamiento ha de tener el cristiano que los tiene, poniendo los ojos en los intolerables que le excusa en el infierno, tomando ocasion para huir dél, no muriendo en pecados enmendando la vida; y en el purgatorio, los que aun muriendo en gracia es necesario padecer. Y este es el sentido de aquel lugar del *Apocalipsi*, después que dice que vió al tercer ángel que publicaba que los que adorasen la bestia y trajesen su imágen, beberian el cáliz de la ira de Dios, y que serian atormentados con fuego y azufre delante de los santos ángeles y en presencia del cordero; y que el humo del fuego de sus tormentos subirá al cielo como perfume para todos los siglos sin fin, sin tener descanso para siempre de dia ni de noche; que es pintar las penas del infierno. Dice san Juan: Aquí está la paciencia de los santos, que guardan la ley de Dios, la fe de Jesucristo. Quiere decir que de la consideracion de aquellas infernales penas que allí decia el ángel, sacan los santos la paciencia en sus trabajos; porque, cotejados con los que allí se padecen por los pecados, eternamente y sin provecho, parecen los de acá brevísimos y ligerísimos; y pues (aunque temporales) los del purgatorio son tambien temerosísimos y gravísimos, gran locura es librar en ellos nuestra satisfacion, teniendo en nuestra mano un suave y manso purgatorio, y dándonos Dios á escoger este ó aquel, que tan diferentes son de sufrir. Y con gran razon serémos en el otro atormentados con penas incomparables, pues no quisimos padecer las que acá podriamos escoger ligeras. Lo cual dió á entender por el profeta Esaías, cuando después de la division de los diez tribus, algunos de los que quedaban en el de Judá no estaban contentos con su rey y reino, ni estimaban el particular cuidado y gobierno de Dios, con que los tenia en paz y sosegados, pareciéndoles que los reyes de Samaria eran mas poderosos. Porque en todas las comunidades hay gente inquieta y bulliciosa que desea siempre mudanzas en el gobierno; porque, con su condicion inquieta, no pueden vivir ni conservarse sino con bandos y revueltas, con que se encubre su mala vida, y tienen siempre un bando que la favorezca; á lo menos los que mandan, ocupados con las disensiones, no echan de ver tanto, ó si lo ven, no pueden tan cumplidamente remediar los delictos y desórdenes de los tales. Así eran estos de quien el Profeta habla cuando dice: Porque este pueblo no estima ni tiene en precio las aguas de Siloe, que corren con silencio; por las cuales entiende el reino de Judá y sus suaves leyes, como lo era el arroyo y fuente de Siloe (que estaba en ella y nacia de la halda del monte de Sion, y corria con poca agua y por lo llano suavemente), sino escogió antes á Rasin y á Face, hijo de Romelia, reyes de Samaría; por eso el Señor les enviará aguas de un rio, muchas y muy furiosas, que será al rey de los asirios, y toda su gloria y ejército, y crecerá este rio sobre todos los arroyos de Judá y sobre todas sus riberas, y irá cundiendo y anegando por toda ella, y llegará hasta la garganta, que, segun por el suceso parece, se entiende que habia de venir la gente de los asirios y destruir toda la tierra, excepto la ciudad de Jerusalen, que era cabeza; porque no quiso Dios acabarlo todo de una vez. En este castigo se avisa generalmente á los que por mano de Dios están puestos en algun estado de sosiego, que no busquen otro de ruido á su voluntad porque no les acaezca lo que á estos, que les envie Dios ruido, y no el que ellos buscan ó piensan. Así acaece á los que, descontentos con la ley de Dios, quieren mas servir al demonio ó al mundo y guardar las suyas, así á la doncella que inspiró Dios que fuese monja, y su padre y madre, no solo no se lo estorban, mas antes se lo aconsejan, y ella no quiere aquella vida quieta y con su Dios. Pues así, ¿ruido quereis? Espera. Dale un marido que le juegue la dote, y sobre eso no le deje tener un dia bueno y en paz. Así, al que inspira Dios que una tarde se vaya á una iglesia, y allí considera lo que hay en ella, aquella merced tan inestimable del Santísimo Sacramento del altar, aquella imágen del santo Crucifijo y las de la Madre de Dios y los santos, aquellas sepulturas de sus pasados, y al fin, mil cosas juntas que allí están, que suelen sacar mil suspiros y trocar los pensamientos y propósitos al mas derramado del mundo; y él no quiere gastar la tarde sino en la comedia, en la casa del juego, en el paseo de calles, y permite Dios que en medio destos contentos le acaezca una desgracia. Todo esto se ha dicho para que el lugar del profeta Esaías no parezca que viene de lado en sentido místico; porque parece que habla el Profeta poniendo los ojos en lo que vamos hablando; para lo cual es necesario saber que muy ordinario es entenderse en la Escritura por las aguas los trabajos y por Siloe el Redentor del mundo, segun lo advirtió san Juan en su Evangelio, y junto lo dice el salmo: Sálvame, Señor, porque han llegado las aguas á mi ánima. Puesto el Señor en la cruz, cerca del espirar, dice: Señor y Padre mio, valedme, que las aguas, los trabajos y dolores han entrado hasta mi ánima, dejando mi cuerpo traspasado; ninguna cosa hay en él sin gravísimos tormentos: mis piés y manos desgarrados de los clavos, mi cabeza barrenada con agudas espinas, los cabellos sangrientos, el rostro escupido y afeado, las barbas mesadas, el cuerpo azotado cruelmente, los huesos desencasados, todo el cuerpo bañado en sangre; hasta el alma llegan ya los dolores y tormentos, pues la fatigan y dan priesa que salga. Atollado estoy en ellos, y no hallo pié, como el que no puede salir dellos, ni hallo en qué estribar. Pues estos trabajos, empapados en la pasion y sangre de Cristo, perdieron allí su amargor. Así como un limon cubierto de azúcar sabe á ella, sin rastro del agro ó amargo que antes tenia, porque todo lo consumió el azúcar, así aquella dulzura de la caridad de Cristo endulzó los trabajos y tormentos de suerte, que después acá no son ya acedos ni amargos, sino suaves, como tambien la mesma muerte. Y en significacion desto, salió del sagrado

costado juntamente sangre y agua, que es los trabajos con sangre de Cristo, con los méritos de su pasion, con que quedaron dulces y suaves y no solo fáciles de llevar. Pues dice agora el Profeta: Por no haber estimado ni querido este mi pueblo las aguas de Siloe, los trabajos de Cristo, los que él preparó quitándoles la amargura, el estado y remedio quieto y sosegado sin alboroto ni rigor, las penitencias, los remedios de los pecados después de confesados, que son fáciles, regalados y sin pesadumbre, y de los veniales por el semejante, que pasan sin ruido, con silencio y suavidad. ¿Qué mas silencio que una gota de agua bendita, un Pater noster, un golpe de pechos para veniales? Qué menos ruido que un ayuno, que Cristo con el suyo dejó fácil y dulce para la pena de los mortales; un rato de oracion, hablar con su Dios y Criador, pidiéndole remedio de sus necesidades; una limosna, siendo tan suave cosa de suyo el dar, y habiéndose endulzado mas en la caridad de Cristo, Dios y hombre? Y cuando esto no lo sea, ¿qué mas fácil cosa que sufrir los trabajos que Dios envia, canonizados por su dotrina y ejemplo, facilitados y endulzados en su divina persona, breves, manses, proporcionados, ayudados de su divina gracia? Pues por no querer el pueblo, de cristiano, sufrir estas aguas, estos trabajos para satisfaccion y paga de sus pecados, sino librarlo para el purgatorio. Así dice Dios: ¿Ruido queréis? Yo os le daré; un rio de trabajos y tormentos en el purgatorio: que así como el rio se hace de muchos arroyos, así aquel monton de tormentos de muchas penas, como dice san Cirilo escribiendo á san Agustin de la muerte de san Jerónimo, que por sus méritos resucitaron el dia que él murió tres muertos, y que con uno dellos habló san Cirilo, que no le podia hablar de lágrimas. Y preguntando por qué lloraba, respondió que ningun hombre habia que hobiese visto lo que él, que dejase de llorar. Y preguntado lo que habia visto, dijo que si se juntasen cuantos trabajos, penas y dolores hay en esta vida, y cuantos ha habido después que el mundo comenzó, y cuanto padecieron los mártires, y lo que se ha de padecer de aquí á que el mundo se acabe, y se hiciese todo un tormento, holgaria mas cualquiera que hobiese visto lo de allá, de padecello todo de aquí al dia del juicio, que la menor pena de las de purgatorio. Pues este es rio de tormentos, que tiene Dios aparejado y prometido para los que libran su paga en ellos. Y dice que hasta el cuello, porque el alma es inmortal, y la que allí está (aunque en tormentos), está confirmada en gracia para siempre; y así, no puede ser ahogada en los tormentos, ni cuanto al ser natural ni cuanto al de gracia; pero imaginad de ahí abajo cuanto podeis, y es cifra comparado con lo que es el purgatorio; pues á esta cuenta, bien decimos que es locura guardarlos para allá. Y pues nosotros buscamos tan pocas cosas, y por nuestra voluntad hacemos tan pocas obras penales en satisfacion de lo que debemos por nuestros pecados, siendo mucho, porque pecamos mucho y trabajamos poco, y los veniales son sin número, y con descuido de emendarlos ni pagarlos, á lo menos suframos lo que Dios para este fin nos envia para satisfacer por ellos, y tengamos por suerte venturosa el padecer.

Y para que se entienda que de cualquiera suerte que salgamos desta vida es este saludable consejo, advierta el lector que aun para aliviar las penas del infierno es provechosísimo el padecer los trabajos dichos en satisfacion de los pecados. Porque, aunque la pena eterna, que por los pecados se debia, por la penitencia se habia trocado en temporal; pero cuando un hombre va al infierno condenado, vuelve, aunque acidentalmente, á ser eterna; quiero decir, no porque Dios se haya vuelto atrás, ni su misericordia ni su sacramento ni su perdon, sino porque aquella pena temporal se ha de pagar estando en gracia y caridad de Dios; y como esta ni la hay ni la habrá en el infierno en toda la eternidad de Dios, de aquí es que, aunque es finita y temporal la pena que se debe, respecto de estos pecados que una vez cuanto á la culpa fueron perdonados, nunca se acabará de pagar allí; porque la pena que por ellos se recibe, nunca tiene nombre ni razon de paga ni satisfacion, sino solo de castigo. Y si acá se paga estando en gracia de Dios, eso lleva el pecador menos que pagar cuando por otros pecados no llorados fuere á los infiernos condenado. De manera que, por haber acá pagado aquella parte con pocos y fáciles trabajos, no la pagará eternamente allá. Y en este sentido se entiende que los trabajos acá bien y en gracia padecidos, alivian las penas del infierno, que es decir que se hallan ser menos. Y aunque las que quedan son increibles y eternas, pero diferente cosa es pagar de censo perpetuo mil ducados ó pagar un real en cada un año. Esta dotrina es del bienaventurado san Juan Crisóstomo en algunas partes de sus obras. Así que, de cualquier manera, ó para la gloria, ó para excusar las penas del purgatorio, ó para que sean menos las del infierno, gran provecho hacen las tribulaciones bien padecidas, y gran merced hace Dios á quien las envia; y así queda llana la verdad del Espíritu Santo, que no dejar á los pecadores mucho tiempo hacer su voluntad, sino enviarles luego el castigo de sus pecados, es indicio de gran beneficio y merced.

DISCURSO VI.

De otra utilidad de los trabajos que es la fortaleza que en ellos se gana.

Una de las virtudes mas necesarias al cristiano y siervo de Dios es la fortaleza, por cuya falta se dejan los hombres caer en grandes pecados vilísimamente. Porque el Evangelio conoce á algunos que, oida la palabra de Dios y lo que la fe nos enseña de la creacion del mundo, de su reparacion por la encarnacion del Hijo de Dios, de la fealdad del pecado, de la facilidad del remedio dél, de la multitud de beneficios que cada hora recebimos de la mano de Dios, de la gloria que nos espera, y de la terribilidad del juicio, y de las penas del infierno; y finalmente, de cualquier misterio de nuestra fe, conciben unos deseos encendidos de la virtud y de ser hombres espirituales; mas por no tener echadas raíces en el corazon, que causa la fortaleza para pelear con la dificultad de la virtud y con la costumbre y deleite del vicio, se dejan con gran flaqueza caer en muchos pecados con flaquísimas ocasiones. Dice Salomon destos que, así como la puerta se rodea sobre un quicial, así se revuelca el perezoso en su cama. La puerta, aun-

que mas sea rodeada, todavía se está en un mesmo lugar; así el perezoso, aunque mil veces se mueva su deseo á salir de la mala vida; pero, como no tiene fortaleza, estáse todavía en el mismo vicio y en la cama de sus deleites. Lo mesmo dice el mismo Sabio en otro lugar. Dice el perezoso: El leon está en el camino, en medio de la plaza me han de matar. Estos leones son los trabajos y las luchas de la carne y espíritu, las cuales se han de vencer. Así que, visto por una parte el deseo y por otra los miedos, acaece lo que en otra parte del mesmo libro dice, que el perezoso quiere y no quiere; quiere cuando piensa en el premio, y cuando en el trabajo, no quiere. Acaece estar un mozo con devocion en un sermon, proponiendo mudar la vida, dejar el mundo vano y sus locuras y ser hombre espiritual; sale de allí con propósito de irse á un monesterio y poner por obra su deseo, y vivir allí santamente toda su vida; y saliendo de la iglesia, encuentra con otro liviano, y á media palabra se deja llevar sin resistencia á las liviandades y vanidades acostumbradas, por solo no haber echado raíces y apercebídose de fortaleza para pelear un poco en las ocasiones, y resistir á los vicios y á la fuerza de los deleites. Así le acaece por el semejante al otro vengativo, que, oida la paciencia del Salvador, con que sufrió sus afrentas, y conocidos los daños y los peligros en que vive, y la rigurosa cuenta que le espera, y la poca y miserable ganancia que llevará después de haberse vengado á su voluntad, y el poco caso que ha hecho del juez que le ha de juzgar, y que con su dotrina y ejemplo y por otros mil caminos tantas veces le enseñó, le persuadió, y aun le rogó y amenazó que no tomase venganza, sino que se la dejase á él como á señor y juez universal; sale con buen propósito de la iglesia, y encontrando con quién le injurió, como no hay raíces, fácilmente se vuelve al primer pensamiento; y lo mismo es cuando de ayuno, oracion, recogimiento, ó de otra cualquier obra de virtud le vienen deseos ó pensamientos. Desta condicion fué Faraon, y desta mesma Saul; á los cuales y á otros sus semejantes compara san Pablo á niños tiernos de los ojos, que fácilmente son aojados, diciendo: ¡Oh galatas insensatos! ¿Quién os ha aojado para no obedecer á la verdad, que habiendo comenzado á seguir el camino del espíritu, habeis venido al cabo á dar en leyes de carne? Así hay agora unos hombres tan tiernos de corazon, que la mas liviana ocasion del mundo les hace rendir á los mas feos pecados. Son como unos hombres que llamamos enfermizos, que no ha venido la conjuncion de la luna ó su oposicion á las dos de la noche, ó cualquier otra influencia secreta de las estrellas, que luego no sientan la impresion que hizo en su salud, perdido el sueño en la cama y dando mil vuelcos en ella. Así los hay pecadorizos, como si dijésemos fáciles en pecados, enfermizos del alma, que apenas asoma desde una legua una liviana ocasion de pecado cuando le tienen ya consentido; y esta es falta de raíz de la virtud y de fortaleza, para seguir su partido, como de la raíz del árbol sale la fortaleza, de donde todo él toma fuerzas y se sustenta; y desta decia el Apóstol á los de Efeso: No os desmayen mis trabajos, que por esto hinco las rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo, de donde deciende y se deriva toda nacion y generacion, así de los ángeles como de los hombres en el cielo y en la tierra, rogándole que segun las riquezas de su gloria os dé fuerza y virtud, para que en el alma la tengais, de su santo Espíritu, para que, estando fundados y bien arraigados en la caridad, more Jesucristo en vuestros corazones por fe y amor. Esto dice el Apóstol, porque donde faltan estas raíces no tiene morada Cristo sino de paso. Es tan grande esta merced que san Pablo les pide á los efesianos, que por eso la pide de rodillas, como suelen pedirse las grandes mercedes; porque con ella se vuelve el camino del cielo fácil, dulce y sabroso; porque, vencido una vez y quitado de enmedio el trabajo de la virtud, lo cual se hace mediante esta fortaleza, todo lo que en ella queda es suavísimo, sin que quede en qué tropezar en todo el camino; y por el contrario, el que sin ella vive, forzosamente se ha de ver cada ocasion en gran trabajo y pelea con los enemigos de su alma y con las fieras que salen al camino, hallándose desarmado para las resistir y vencer.

Viniendo á nuestro propósito, es una cosa maravillosa que esta soberana virtud con que se vencen las dificultades de toda virtud y las adversidades que en el mundo se padecen, se gana y granjea, y aun crece con las mesmas adversidades y la pelea que con ellas se tiene; y la maravilla consiste en que en buena filosofía se sabe que cuando dos contrarios pelean, ora sean cosas naturales, ora artificiales, de tal manera quedan después de acabada la pelea, que aunque el uno queda vencido, no queda el otro sin daño; antes le lleva tanto mas grande cuanto el vencido era mas fuerte; y ninguno es tan flaco, que no deje flaco á su contrario, poco ó mucho; lo cual parece muy claro en las guerras de los reyes, que después de la vitoria quedan gastados, cansados, muertos muchos soldados, otros muchos mas heridos y destrozados, y menoscabada la fuerza de su campo. Asimismo en lo natural, el fuego cuando ha calentado alguna cosa fria, el horno queda frio cuando ha cocido el pan, la nieve derretida cuando artificialmente ha enfriado el agua que se bebe, los filos del cuchillo cuando ha cortado, aunque sea cosa tierna y sin resistencia, el calor del estómago cuando ha comido muchas cosas, ó frias como parece á la vejez, las herramientas del cantero ó de cualquier otro oficial cuando ha debastado ó labrado la piedra; finalmente, todo aquello que natural ó artificialmente obra, dice Aristóteles que desmedra obrando y padece; sola la fortaleza que fué criada para vencer las dificultades y tribulaciones, no solo no se gasta, mas peleando y venciendo se mejora y fortalece; lo cual parece claro en las virtudes que obra; que cuanta mas contradicion y trabajo, tanta mas fortaleza se gana, como dice Crisóstomo, para obrarlas. Esto nos dió á entender el Redentor, que habiendo en el discurso de su vida obrado tantas maravillas y obras heróicas de toda virtud, las hizo mas y mas excelentes en el tiempo de su pasion; lo que en los hombres comunmente suele ser al contrario: cuando alguno dellos está en algun trabajo padecido por su mundo, no se le ha de hablar en otros negocios, porque aquella adversidad le tiene flaco el valor y ocupado el pensamiento; pero Cristo al revés, que aquella noche fué cuando hizo grandes ma-

ravillas: instituyó el Santísimo Sacramento y dióle al que le vendia, y sabia que le habian de recebir los que con sus pecados agora le venden; que fué una obra que san Pablo pondera mucho, diciendo que en la misma noche que fué vendido le instituyó y se le comunicó para remedio de la vida de los que le trataban la muerte. En su prendimiento vuelve milagrosamente la oreja á Malco, y estando delante de un juez atadas las manos, vuelve los ojos á Pedro y le reduce; en que el mesmo Señor fué significado por el arca del Testamento, que, estando presa, hacia grandes maravillas. Va llevado de jueces en jueces, de Heródes á Pilato, y allí hace las paces, que sin él no pudieran hacerse. En la cruz consuela y remedia á su Madre y al dicípulo, ruega por los que allí les deshonran y atormentan, y promete la gloria á un ladron, para significar la fortaleza que dan los trabajos bien padecidos para hacer bien, y vencidos con ella; y especialmente nos enseña la experiencia, después de vencidos los trabajos, con cuánta facilidad se vencen los que suceden y se obran las virtudes, y cuántas fuerzas cobra con este ejercicio la fortaleza. Lo primero viendo padecer á otros, comenzando de los trabajos de Cristo, que á Josef de Arimatia dieron tanto esfuerzo para entrar á Pilato á pedirle el santo cuerpo sin temor ninguno. Y después causaron tanto esfuerzo en los mártires para padecer tanta diversidad de tormentos y muertes, que con esa fuerza de espíritu, privados de las corporales por la mucha abstinencia, cárceles, ayunos y tormentos, se entraban por las puntas de las lanzas y saltaban en las hogueras. Requebrábase con la cruz el santo viejo Andrés; los niños y niñas denostaban en nombre de Jesucristo á los tiranos, por cuyas manos y mandado eran atormentados; las madres llevaban á cuestas á los hijos al martirio, temblando de que les faltase fortaleza y perseverancia, por la mucha que ellas tenian: tanta es la fuerza que los trabajos ponen en quien bien los considera, aunque sean en tercera persona. Y porque no piense nadie que solo por ser trabajos de Dios tenian esta virtud en su persona padecidos, san Pablo cuenta de los suyos que, de solo oir que él estaba en la mazmorra y en cadenas, habian cobrado tanto ánimo y esfuerzo los fieles, que con mas brio y atrevimiento predicaban la palabra de Dios.

Esta virtud que tienen los trabajos puestos en tercera persona, no menos, sino mucho mas, la tienen en la persona que los padece; la cual queda para los de allí adelante mas fortalecida para padecer. Esto puédese entender que nazca de la costumbre y de los callos que con ella, como dicen, se suelen criar. Y de aquí decian aquellos filósofos morales que desde mozo habia de elegir el hombre la vida mas loable y virtuosa, que, aunque á la primera vista ofrece dificultad, pero que la costumbre la vuelve sabrosa. Plutarco comparó la vida virtuosa al que del sol entra en alguna pieza escura, que luego luego no ve nada; mas perseverando un poco, todo lo ve, y mejor cuando torna á salir á lo claro; así el que pasa de la mala á la honesta vida, al principio le ofende la nueva manera de vivir, pero andando un poco por ella y acostumbrándose á aquella vida, presto topan con la facilidad y deleite en todo lo que antes les parecia molesto. David no se hallaba con las armas de Saul la primera vez que se las puso; pero después venció con armas muchas batallas. Lo mismo acaece en el vestido y calzado nuevo, que á los principios viene molesto y apretado, hasta que con la costumbre se amolda y no se siente pesadumbre. De aquí nace que el demonio, aunque con los mas acostumbrados á la virtud usa de mas y mayores mañas en sus tentaciones; pero antes que entren en esa costumbre pone mas diligencia, porque aun no tienen echadas raíces en el bien. Sabe que el arbolito recien plantado fácilmente se arranca, y no tanto cuando ha echado raíces, donde es necesario juntarse muchos hombres con mucha fuerza y maña para arrancarle. Sabe que una pared recien hecha es fácil de derribar el mismo dia antes que fragüe la obra; sabe que la candela recien muerta puede y suele encenderse con un soplo; y así, que la virtud antes que tenga raíces, se puede fácilmente quitar del corazon. Y esto se figuró en el dragon del *Apocalipsi*, que se tragaba lo recien nacido. Y así san Crisólogo dice: Siempre el diablo tienta los principios del bien, tienta el a, b, c de la virtud, y viene con priesa y diligencia á apagar en su principio la santidad, sabiendo que si hace asiento y fundamento, no la podrá destruir. Así que, esta razon es buena de la fuerza que la fortaleza cobra con el padecer para los trabajos venideros.

Pero no es sola esta; porque esa, como quiera y por quien quiera que el trabajo se padezca, tiene esa naturaleza la costumbre del padecer, que fortalece y hace callos para no sentir tanto otra vez semejantes trabajos, como el galeote, que al principio con solo un azote parece que quiere reventar, y después que con el uso del rebenque se endurecen las espaldas, casi no lo siente aunque le abren las carnes. Y á este propósito dice san Agustin de unos ladrones de su tiempo, que se daban unos á otros crudelísimos tormentos, mas terribles que los que de mano de las justicias reciben; porque cuando los recibiesen dellas no los sintiesen de tal manera, que fuesen forzados á descubrirse unos á otros. Y un varon pio dijo estas palabras, aunque á propósito de la costumbre mala: Muchos ha habido que aquello que por su amargura aborrecian, con el uso se les volvió en dulzura y suavidad; porque lo que al principio te pareciere intolerable, si á ello te acostumbrares, con el proceso del tiempo vendrás á juzgar que no es tan grave como parecia; poco después no lo sentirás, poco después aun te dará gusto. Desta manera, poco á poco se camina á la dureza de corazon, y desta á la aversion. Digo que, aunque la costumbre en los trabajos mejora la fortaleza, que no es esta la principal razon, sino la particular virtud que para este efecto puso Dios en ellos cuando se sufren por su amor; porque, así como los árboles cuanto son mas combatidos de los vientos, aguas y soles tanto cobran mas fuerzas, y los mesmos cuando son cortados ó comidos de bestias ó ganados, como no reciban daño en las raíces, quedan mejorados y para mas fruto; así los trabajos que en esto temporal se padecen, como en la caridad, que es la raíz, no se toque, siempre acarrean mejoría al que los padece. Y como esta raíz tienen los buenos puesta en el cielo, ninguna cosa hay tan fuerte ni poderosa en la tierra que pueda hacerles daño en ella; y así, quedan siempre mejorados. La una

y la otra comparacion es de san Juan Crisóstomo, aunque no en un mesmo lugar. Y esta razon decia tambien David: Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, nuestro favorecedor en los trabajos, que con abundancia nos han hallado; por tanto, no temerémos aunque se trastorne la tierra y aunque los montes se arranquen y se hundan dentro del mar. Y alude á lo que decimos de las raíces, por tenellas en tan seguro lugar como el cielo; lo cual, con el mesmo vocablo, *refugio*, declara en otro salmo, diciendo al justo: Pusiste al Altísimo por tu refugio; no llegará allá trabajo ninguno ni azote, ni persecucion llega por aquellas moradas. La mesma metáfora sigue el profeta Jeremías diciendo: Bendito y bienaventurado es el baron que confía en el Señor, que será como un árbol trasplantado en tierra de muchas y muy frescas aguas. El que se trasplanta de la tierra al cielo, y de la raíz que allá tiene recibe su virtud, aunque las ramas queden acá en poder de los tiranos, poco mal reciben dellos en los cuerpos. Bien pensaban los que vinieron por David que llevaban algo, y era la estatua, que él ya estaba en salvo. Así los tiranos bien pueden hacer presa en el cuerpo del bueno; pero lo principal, que es el alma y el corazon, en salvo está. No tengais temor, dice el Señor, á los que matan el cuerpo; el alma es lo principal, el cuerpo estatua es. Nuestra alma, dicen los buenos, se escapó de los lazos de los cazadores, como el pájaro deja allí solas las plumas y burlado al cazador. Y dícenlo cuando han dejado la vida, pero no el alma ni la fortaleza mientras ella dura; antes por virtud della se precian y dicen que lo escaparon todo; de donde se sigue que no puede haber daño en él, que arriba en el cielo tiene su raíz; y que, como las viñas podadas, ganan mas fortaleza y llevan mas fruto. Lo cual sentia en sí el apóstol san Pablo cuando decia: Cuando estoy flaco y enfermo, perseguido y afrentado, entonces me siento con mas fuerza, porque esta en los trabajos se afina y perficiona. Lo mismo dice san Agustin, que la Iglesia, la hora que aprendió á no temer las afrentas de la cruz, cada dia cobraba mas y mas fuerzas, no resistiendo, sino sufriendo.

Esta maravilla hace Dios con los atribulados, viendo que la tribulacion es tan necesaria, porque para otros no quedemos amedrentados y cobardes, antes cebados y engolosinados de la pasada, como hace el cazador á su halcon ó azor, que, después del trabajo que ha tomado en la presa que hizo, al cabo le ceba con ella, para dejalle goloso para otra. Así nos quiere Dios dejar cebados con el esfuerzo y gusto de un trabajo, para que cuando otro venga, no solo no le rehusemos, mas antes le recibamos con deseo. Confesaba yo un mocito estudiante muy virtuoso, y díjome un dia, confesándose, con grande espíritu: ¡Oh padre, qué gran deleite es vencer una tentacion! Y á lo que entonces sentí de su fervor, estaba poco menos que desafiando á todas las que le pudiesen venir. Así que esta es una de las cosas de la gracia, que á la naturaleza tiene mas espantada; que la fortaleza con que contra los trabajos y tribulaciones se pelea, esté tan lejos de sacar sus filos rebotados, que antes queda mas aguda y con mas valor para los demás. Esta verdad dió expresamente á entender san Pablo en dos lugares de sus epístolas. El uno cuando dijo que, no solamente padecia y sufria, mas que se holgaba y gloriaba en las tribulaciones. Quiere decir: No solo no me rindo á su fuerza, por grande que sea; no solo no me afrento con ellas, no solo no me son molestas y cansadas, antes me alegro con ellas y me precio dellas, y descanso cuando las tengo, porque sé que la tribulacion causa paciencia, que es una cosa que parecerá contrahecha; porque antes suele ser ocasion y causa de impaciencia donde la hay, que, si no hubiese trabajos, no habria de qué tener impaciencia; y contra ellos se arman los cuerdos de paciencia, como de contraria, y della se proveen por otra via; y san Pablo dice que ellos causan la paciencia. Hase de entender, lo uno, que los trabajos presentes son ocasion de la presente paciencia; y por eso se huelga el apóstol con ellos, por ser ocasion de tan excelente y fructuoso ejercicio de virtud. Lo segundo, que para los venideros trabajos, que nunca han de faltar, estos presentes causan paciencia para sufrirlos; porque esta virtud les quiso dar Dios cuando son por su nombre padecidos. El segundo lugar de san Pablo es tambien á los romanos, cuando, después de haber padecido tantas persecuciones, cárceles, cepos y cadenas, se halló tan rico de esfuerzo y fortaleza, que sin ningun género de miedo ni cobardía comenzó á desafiar á todos cuantos géneros de adversidades puede haber debajo del cielo, diciendo: ¿Quién me apartará del amor de Cristo? Quién será bastante á despegarme de su caridad? Vengan hambres, vengan persecuciones, vengan espadas, tribulaciones, angustias, pobreza, desnudez, peligros y la mesma muerte, que ya sé que está escrito de sus siervos: Por tí morimos cada dia; y todo el dia, como si fuésemos ovejas de matadero, así nos sacan cada dia á degollar; pero valor tenemos, dice el Apóstol, para vencer todo esto por el amor de aquel que nos amó. Y estoy cierto que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni virtudes, ni todo cuanto ahora hay en el mundo, ni fuera dél, ni lo que está por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni criatura ninguna, nos podrá desviar del amor de Dios, por Jesucristo. El cómo hacen esto los trabajos dice el bienaventurado Crisóstomo, que es, despabilando los ojos, desterrando la pereza, juntando las fuerzas del alma, y haciendo al hombre mas templado.

A esta fuerza nueva se añade otra que da la confianza, que nace de vernos librados del trabajo por la poderosa mano de Dios, que esfuerza para los trabajos siguientes, de que confiamos ser defendidos y librados por la mesma mano. Y esto es lo del salmo: Por eso no temerémos cuando temblare la tierra; que los justos poco há decian por boca de David. Y de los que desta consideracion no cobran esfuerzo, se muestra Dios enojado; pues que uno de los fines del librarlos es para que confien en él y se esfuercen; y estos se parecen á los que dijeron: ¡Cómo! Porque nos dió el agua en el desierto, ¿por eso ha de poder darnos aquí en el mesmo desierto de comer? Y á los asirios, que pensaban que en la guerra les podia favorecer en los valles, y no en los montes. Pero al revés los buenos con David: El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es protector de mi vida, ¿de quién temblaré? Pues quien esta

fuerza y confianza ha alcanzado, ¿qué le falta, pues todo lo demás es dulzura y sabor para entrarse por las puertas del cielo? Y por otra parte, si con la tolerancia de los trabajos y dificultades se gana el facilitarlas, ¿qué piensa de sí el regalado, que todo su estudio pone en huirlos y excusarlos? Con que hace el camino del cielo mas angosto pa sí, y á los enemigos mas poderosos, bravos y atrevidos, y á sí mesmo mas flaco y miserable. Pero, porque esta es una dotrina tan sabrosa y provechosa, no dejaré de decir lo que el bienaventurado san Juan Crisóstomo siente della, solo traduciendo lo que dice, porque se goce algo de la elocuencia con que lo dice.

§. II.

De lo que san Crisóstomo dice cerca de la dotrina dicha en este discurso.

El bienaventurado san Juan Crisóstomo, declarando aquellas palabras del apóstol san Pablo que escribió á los de Corinto, cuando dijo: Aunque el hombre nuestro exterior se va corrompiendo á mas andar, pero el interior se va renovando cada dia mas. En que el Apóstol pone ánimo á los flacos, que, aunque saben que ha de haber resurrecion, no les aprovecha para no desmayar, viendo que está léjos su remedio. Y el ánimo que les da se funda en que, aunque no está muy léjos, pero la piedad de Dios no quiere que hasta ella esperen ni se dilate todo el premio de sus trabajos, porque parte dél les libra en esta vida. Dice este santo, hombre exterior llama al cuerpo, y al alma, interior. Y lo que en este lugar dice, á este fin lo dice, para que entiendas que antes que resucitemos y antes que gocemos de la gloria que nos espera, aun en esta vida se nos da no pequeña parte de galardon de nuestros trabajos, cuando en ellos, entre las aflicciones y angustias, nuestra alma se remoza y se mejora en sabiduría, queda con mayor paciencia, y persevera con mas valor y constancia; porque, así como aquellos que en las luchas corporales pelean antes que lleven la joya, en la mesma estacada reciben gran premio, pues hacen peleando sus cuerpos mas valientes y firmes con el ejercicio, y sacuden de sí toda flojedad y flaqueza; así, cuando nosotros peleamos las luchas de la virtud, antes que el cielo se abra, antes que aparezca el Hijo de Dios, antes que recibamos el principal galardon, vamos recibiendo no poco premio, pues que el alma sale de allí mas enamorada y requebrada de la sabiduría. Y asimesmo como los que salen de una larga navegacion, y en ella han padecido muchas tormentas y naufragios, y en tierras léjos pelearon con muchas fieras, antes que vengan á gozar su premio, traen no poca remuneracion de su peregrinacion y trabajos en verse con ellos mas confiados y briosos, y haber perdido el miedo al mar y á sus espantos y amenazas; con que de allí adelante emprenden sin temor y alegremente otras mas peligrosas navegaciones. De esa propia manera, aquel que en esta vida por Jesucristo sufre muchas aflicciones y adversidades, aun antes que por ellas reciba aquella grande remuneracion del reino de los cielos, goza en esta vida de grande confianza, y hace á su alma llena de grandeza y valor, para que adelante, no solo sufra cosas graves, sino como desde talanquera, se ria dellas. Y para que esto que decimos quede mas claro y manifiesto, quiero usar de un ejemplo. Aquel Pablo, después de vencidos infinitos males, ¿no te parece que recibió aquí mucho premio de su vencimiento cuando burlaba de los tiranos, cuando movia los pueblos, cuando tenia en poco todas las penas, cuando sin temor ni herida quedaba de pelear con las bestias con el hierro, en la mar, en los despeñaderos, en las sediciones, en las asechanzas, finalmente, en todos los males y trabajos? ¿Qué puede con esto compararse? Porque el hombre no ejercitado y sin experiencia, á la hora que acaso se levanta una borrasca, aunque no sea verdadera, sino alguna nueva falsa y opinion loca, y sombras, que solo espantan, luego le atemoricen y le hacen temblar; pero el que ha tenido algun ejercicio y entra en la pelea, habiendo pasado antes por muchos males y sufrídolos, este es superior á cuantos suceden, y ríese de amenazas; lo cual no es poca corona y galardon que haya cobrado tanto ánimo y valor, que ninguna cosa de las humanas bastasen para descomponerle ni espantarle; porque las que á otros ponian pavor y espanto, deste eran menospreciadas; y lo que á otros hace temblar, él se reia dellas; porque por medio de la excelente paciencia habia alcanzado la filosofía de las virtudes de los ángeles; porque si llamamos, sin errar, bienaventurado y dichoso un cuerpo que sin recebir daño alguno puede sufrir frios, calores, hambres, pobreza y todas otras dificultades y miserias desta vida, ¿cuánto con mas razon podemos llamar dichosa una alma, que con ánimo esforzado y varonil puede sufrir todos los asaltos y acometimientos de todas las molestias que en ella se ofrecen, y guardar su corazon de sujetarle á toda servidumbre? Sin duda este es Rey de los reyes, y mucho mas que rey; porque al rey sus criados, sus soldados, sus amigos, sus enemigos, ora acechando, ora públicamente por fuerza rebelándosele, pueden fácilmente ofendelle; pero á este, que tiene el ánimo que decimos, ni el rey, ni los de su guarda, ni el criado, ni el amigo, ni el enemigo, ni el mesmo diablo, le puede hacer daño ni ofender por alguna parte; mas ¿cómo podria ser, pues el tal pone todo su estudio y cuidado en no tener por males y trabajos los que el vulgo tiene por tales? Tal era el bienaventurado Pablo, y por eso decia él: ¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿La tribulacion, ó la angustia, ó la persecucion, ó la hambre, ó la desnudez, ó la espada, ó el peligro? Como está escrito: Porque por tí nos da la muerte cada dia, tenidos y contados como ovejas de matadero. Pero en todas estas cosas varonilmente vencemos por amor de aquel que nos amó. Esto mismo da á entender en este lugar que tratamos, cuando dice: Aunque nuestro hombre exterior se vaya corrompiendo, pero el interior cada dia se renueva. Lo que dice es: El cuerpo bien que enferma y se hace flaco; pero el ánimo se vuelve mas poderoso y aun mucho mas alegre y ligero. Y así como un soldado que trae el arnés pesado á cuestas, aunque por otra parte sea muy diestro y en el arte de la milicia ejercitado, no pone temor ni espanto al enemigo, que sabe cuánto estorba el peso de las armas á la ligereza de los piés, y á la destreza del pelear; pero si va con armas ligeras, como una ave se ar-

roja á pelear; así el que no apesgare su carne con comer y beber, con deleites y regalos, sino con ayunos, oraciones y con continuo sufrimiento de afliciones la hiciere ligera, como una ave que vuela de lo alto, así se arrojará con un fuerte ímpetu entre los escuadrones de los demonios, y fácilmente acometerá todas las potestades que le salieren al camino, y las rendirá. Desta manera, Pablo, muy lleno de trabajos y plagas, echado en prisiones y mazmorras, con grillos de madera, duros y pesados, tenia, aunque el cuerpo enfermo y consumido con trabajos, pero el alma teníala fuerte y nunca vencida; y estando aun atado y preso, tenia tanto valor y fuerzas, que á una sola palabra suya los cimientos de la cárcel se abrieron, y él se puso libre de las prisiones y cepos, en pié, y las puertas cerradas fueron abiertas. Así, que, no poca consolacion nos ha dado san Pablo, la cual tambien se nos concede antes que venga nuestra resurrecion. Y el consuelo es, que quedamos de las tentaciones y tribulaciones con mas sabiduría. Y por eso dice él en otra parte: La aflicion obra en nosotros paciencia, la paciencia probacion, la probacion esperanza, y esta no queda burlada ni avergonzada. Y otro dice: El hombre que no es tentado no está probado, y el que no está probado, ¿de qué sirve? Así que, no poco provecho nos traen las afliciones antes de la resurrecion, pues el alma queda con ellas probada, y en la sabiduría y inteligencia mejorada y libre de todo temor y cobardía; y por eso dice: Aunque el hombre exterior nuestro se corrompa, pero el interior se remoza cada dia mas con esa corrupcion y flaqueza. Estas son todas palabras de san Juan Crisóstomo, y otras muchas que tras estas se siguen, donde prosigue tambien el provecho de las tribulaciones.

DISCURSO VII.

De otro provecho de las tribulaciones, que es la alegría con que quedan los librados dellas por la poderosa mano de Dios.

Aunque los trabajos no tuvieran otro bien sino el que el hombre recibe con su paz y quietud cuando le faltan, fueran de muy grande codicia: esto hacen fácilmente mediante la alegría que el hombre cobra cuando de alguno dellos, por la poderosa mano de Dios, se ve librado, mayormente con algun milagro. Nunca el hombre echa tanto de ver qué tanto bien es la salud del cuerpo, hasta que con alguna grave enfermedad la echa menos; ni advierte cuánto bien es un aposento fresco y quieto de su casa, hasta que en un áspero camino le coge á pié el resistero del sol, pues entonces un pedazo de sombra que halla debajo de una peña le parece mejor que las casas y palacios reales que están ausentes; ni le sabe tan bien un jarro de agua, aunque en su casa la tenga clara y fresca, como después de una gran sed; como lo siente la Escritura cuando dice que para su pueblo sacó el Señor milagrosamente miel de una piedra, como no se halle que haya sacado miel, sino agua, la cual les supo tan bien, por la gran sed en que estaban, que la llama por eso miel, como san Juan Crisóstomo lo declara. Así es la merced que Dios hace al atribulado con la serenidad, y después de la tempestad del trabajo, que el deseo y falta que della tenia le hace estimar y reconocer el bien que antes no preciaba con la nueva alegría con que le goza. Hermosa es y sabrosa (dice el Sabio) la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulacion, como un grande aguaceró ó turbion de agua en tiempo de sequedad; porque, así como á las primeras aguas del otoño, cuando el campo está agostado, la tierra abierta, llena de grietas, que parecen bocas (con que significa su sed), y toda hecha polvo y ceniza; cuando llueve la primera agua, parece que la recibe la tierra con tanto sabor, que se la está bebiendo y chupando sin perder gota; lo cual da á entender con aquel olor que echa de sí; y todo el campo se muestra alegre y regocijado, reviven los árboles, ríense los prados, las yerbas viejas dan lugar á que salgan las nuevas, y todo se enriquece y toma vida y da su fruto, con el reparo alegre que la tierra á buen tiempo recibió; así la gracia y misericordia de Dios, después de una gran tribulacion, es tanta la alegría que suele causar en el alma, que la saca algunas veces de sí, estimando con la consideracion cuánto bien es la serenidad y paz que se goza cuando faltan los trabajos. Y porque de raíz se sepa de dónde nace á esta ocasion la alegría, es de notar que especialmente nace de la admiracion que causa el verse libre el hombre del trabajo, mayormente cuando ni las causas naturales ni la humana industria, ó no bastan, ó no se entiende que basten, á librar un hombre dél; y como la admiracion, segun Aristóteles causa delectacion, de allí se les causa parte de su alegría, y parte de ver su deseo cumplido, que de la privacion de aquel bien se causaba; y juntamente de verse en su gusto y provecho fuera della. Con este contento decia David: Mas yo tengo puestas mis esperanzas en el Señor, yo me alegraré y regocijaré en tu misericordia, porque pusiste, Señor, tus ojos piadosos en mi miseria y aflicion, y libraste de sus trabajos y aprietos á mi ánima. Y desta alegría es una de las mayores señales el hacimiento de gracias que de verse librado por su mano da á Dios el afligido, las cuales no se suelen dar; y si sí, no con tanto espíritu y devocion por el mesmo bien, cuando no ha precedido la adversidad que se le turbaba ó quitaba, pues todos nos vemos tan enriquecidos y cargados de los bienes de Dios corporales y espirituales, que ninguna cosa vemos, oimos ni pensamos, que no lo sea, y se pasan con todo eso muchos dias y años sin acordarnos del bienhechor que los envia. Pero los santos, en toda ocasion y sin ocasion, antes hacen de cada cosa ocasion, con mas alegría y espíritu andan dando gracias á Dios al tiempo que son librados, como entendiendo que los reciben segunda vez ó de nuevo, de su piadosa y liberal mano. Y así, decia uno de ellos, después que habia dicho de la ingratitud y murmuracion de sus enemigos, cuando les parece, que no están hartos á su voluntad. Dice: Empero yo alabaré cantando tu poder y fortaleza, y cada mañana lo primero que hiciere será ensalzar con gran alegría tu misericordia, porque te has hecho mi protector y defensor, mi refugio y guarida en el tiempo de mi tribulacion. ¡Oh, Señor, ayuda mia, á tí enderezaré mis salmos y alabanzas, porque eres mi Dios y mi defensor! Oh Dios mio y misericordia mia! El mesmo intento y argumento tienen todos

los cánticos que de la Escritura ha escogido la Iglesia, nuestra madre, para rezar y cantar en el oficio divino por toda la semana, que fueron compuestos en muestra de alegría y hacimiento de gracias por la libertad que Dios daba á su pueblo de muchos trabajos; principalmente miran á la libertad que poderosamente nos dió (mediante la encarnacion de su unigénito Hijo, y su cruz y pasion) de nuestros enemigos, y de las penas y trabajos merecidas por nuestros pecados; la cual libertad cumplida y colmadamente gozarémos en la general resurrecion de los cuerpos, que por los mesmos méritos del Hijo de Dios se hará en fin del mundo; figurada esta libertad en la que el mesmo Señor dió á su pueblo en diversos trances y trabajos. Pero los cánticos de la Madre de Dios, de Zacarías y de Simeon, que cada dia se cantan, se hicieron para este fin de alegrar el mundo, y mostrar por este medio el alegría del alma cristiana por este beneficio, porque esta se muestra mas cuando se muestra cantando. Lo mesmo fué del cántico *Te Deum laudamus*, que san Ambrosio y san Agustin compusieron en la conversion de Agustino, por haber Dios librado á su Iglesia de tan fuerte enemigo como era antes della, como el mesmo san Ambrosio lo confiesa; y haciendo gracias á Dios (sin las dichas) en el cántico, y convidando á su iglesia y pueblo de Milan á hacer lo mismo, en un sermon que intitula del *Bautismo de Agustino*, donde, entre otras cosas, dice dél que era tanta la violencia de su ingenio y argumentos, que fué forzado á poner en la letanía y á rogar á Dios en ella que le librase dellos. Pero David, aunque en diversas ocasiones destas hizo muchos salmos y cánticos, una vez se vió tan admirado y agradecido, que no se tuvo por contento con dar gracias y alabar por ello á Dios como quiera, sino que dijo que no deseaba otra cosa en esta vida sino gastarla de asiento en la casa y templo de Dios, donde para siempre le alabase. Y no contento con eso, levantó el espíritu al otro templo de la gloria, donde perfectamente se alaba diciendo: Una cosa he pedido á Dios, y téngola de procurar, que me dé un rincon en su casa para todos los dias de mi vida, para que vea yo sus deleites y su gloria, y pueda siempre asistir en su templo. Y dando la razon deste deseo, dice: Porque me escondió en su recámara el dia de mis trabajos, y me amparó y cubrió en lo mas escondido de su casa. Donde usa de una manera de hablar que la Escritura tiene, para significarnos cuando Dios libra y defiende con cuidado y aun regalo á los suyos, diciendo que los esconde; tomando, segun algunos, la semejanza ó metáfora de los reyes ó grandes señores, cuando quieren amparar á algun privado suyo, no se contentan con admitirle en su casa, por fuerte que sea, aunque allí estaria seguro, sino traerle á su recámara, donde segurísimamente, y aun con muestra de gran favor y regalo, está defendido y amparado; y fuera desta allusion, lo podrémos comparar á la madre que recoge á su niño (que viene huyendo, medroso ó espantado de alguno que le quiere hacer mal) en sus brazos, y le cubre con ellos y con sus ropas, donde el niño está muy seguro, favorecido y regalado de su madre. Así Dios, cuando nos defiende, muchas veces es con tanto favor y regalo, que parece que nos esconde dentro de sus entrañas; y así, llama la Escritura á los amigos de Dios, los escondidos, que todo es uno, por el cuidado que tiene Dios de los suyos, como en el salmo que dice: Entraron en consulta contra tus santos; en el hebreo dice contra tus escondidos. Y todo es uno en sentençia, y así lo trasladó el intérprete, y no el vocablo. Y por el mesmo camino se entiende lo que el Apóstol dice, que nuestra vida está escondida en Dios con Cristo. Quiere decir que está guardada y á buen recaudo. Así aquí David. Porque me escondió en su recámara en el dia de mis trabajos. El cómo los esconde, y con cuánto amor y regalo, se dirá en el discurso siguiente.

Pero, porque veamos esta alegría y las gracias que á Dios se dan por ella en alguna persona mas cerca, demás de la experiencia que cada uno tiene de sí, que á nadie podrá faltar, pues á nadie faltan trabajos en abundancia, ni menos en ellos falta la misericordia de Dios para favorecerle y sacarle dellos. Esta alegría es tan natural, que dudo que haya nadie que no la haya experimentado; pero para verla al vivo quiero poner aquí unas palabras de Crisóstomo en un sermon que predicó á su iglesia y pueblo el dia que vino á él, restituido por la mano de Dios de un destierro; que son de gran dotrina y consuelo, y de mucha fuerza para declarar y probar lo que vamos diciendo, consideradas las palabras y el afecto en un hombre tan grave y elocuente en los demás sermones. Comienza (como los retóricos dicen) *ex abrupto*, diciendo: ¿Qué diré? Qué hablaré? Bendito sea Dios. Esta palabra dije cuando salí, esta digo cuando vuelvo, y estando allá la tenia siempre en la boca; creo que os acordais, cuando antes desto traia al bienaventurado Job, que decia: El nombre del Señor sea bendito. Esta historia os dije, estas gracias repetiré volviendo: Sea el nombre de Dios bendito para siempre. Diversas causas, pero una alabanza. Cuando me desterraban bendecia á Dios, agora otra vez le bendigo; una bendicion y dos causas. Sobre el invierno y verano, un fin es de los dos, que es la fertilidad del campo labrado; bendito sea Dios que me dió el salir; bendito sea él, que me manda volver; bendito Dios, que permitió el invierno; bendito Dios, que desbarató la tormenta y envió bonanza. Esto os digo para amonestaros que siempre le bendigais. Si vinieren trabajos, bendecilde, y acabarse han; si viniere prosperidad y serenidad, bendecilde, y durará; pues que Job, cuando estaba próspero bendecia, y cuando pobre glorificaba. De manera que ni fué cuando rico ingrato, ni cuando pobre blasfemo; el tiempo diferente, mas una voluntad á todo para gobernar el navío. De suerte que ni la bonanza le cegó ni la tempestad le anegó. Bendito sea Dios por el tiempo que me apartaron de vosotros, y bendito cuando otra vez os cobré, que en lo uno y en lo otro obra su providencia. Y así va diciendo en este sermon, amonestándoles á recebir las tentaciones y adversidades sin temor, y al cabo se admira con gran alegría de la proteccion que Dios hizo en aquella iglesia, y cómo huyeron los persiguidores. Y acaba diciendo: ¿Dónde están ellos? Sin duda en confusion. ¿Dónde nosotros? En alegría. ¿Dónde están ellos? Perdidos de confusion de conciencia. ¿Dónde nosotros? En

gran alegría glorificando á Dios. ¿Qué diré? Qué hablaré? Añada el Señor, sobre vosotros y sobre vuestros hijos, y aclare su rostro y haya merced de nosotros, amen. Hasta aquí son palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo; donde parece la alegría de espíritu que tenia tras el trabajo, el cual se significa bien por la repeticion de las gracias que á Dios se dan, como en el dia de la santa resurreccion lo usó nuestra madre la Iglesia, que cortando de pura alegría las razones, entremete alabanzas de Dios en el aleluya, que quiere decir, alabado sea el Señor. Resucitó el Señor del sepulcro, aleluya, que por nosotros habia poco ha estado colgado del madero, aleluya. Levantóse verdaderamente, alabado sea el Señor, y apareció á san Pedro, alabado sea el Señor. Y así lo hace aquel dia y octava y temporada con la grande y súbita alegría que, con las lágrimas en los ojos de la pasion y muerte de su Esposo, tiene de su santa resurreccion.

Todo lo hasta aquí dicho en este discurso pintó el real profeta en un salmo en que con espíritu de profecía estaba mirando la cautividad que el pueblo había de padecer en Babilonia, y su libertad, y principalmente la que de nuestros pecados habíamos de tener, mediante su muerte y resurreccion, y dice: Cuando redujere el Señor los cautivos de Sion quedamos como los consolados. Acaece que tiene una mujer nueva de la muerte desastrada de algun hijo suyo, y estándose ella mesando y dando gritos, derramando el corazon en lágrimas, ve entrar al hijo por la puerta, y hállase con la risa súbitamente en la boca, la alegría en el corazon, las manos juntamente en los cabellos, y las lágrimas en los ojos. ¿Qué es esto, Señora? Señor, bendito sea Dios, tenia nueva que mi hijo era muerto, bendito sea Dios, estábame lastimando su muerte, bendito sea Dios, y véole agora vivo, bendito sea Dios. Así dice David: Estará el pueblo cautivo con la imprevisa y súbita libertad; así estará la Iglesia con la súbita alegría por la resurreccion de su Esposo, el Hijo de Dios. Y donde dice, como consolados, dice otra letra, como quien está soñando. Lo cual se refiere, ó á la gran alegría con que despierta un hombre de un sueño de pesadilla, donde soñaba que le ahorcaban, que le encorozaban, que se veia en una gran afrenta, ó que salia condenado del juicio de Dios, y no acaba de darle gracias por verse libre de tan gran priesa; ó se refiere á la maravilla grande de verse librado el pueblo de la cautividad, y la Iglesia del poder de sus enemigos. Porque si las cosas que Dios hace por milagro causan en los hombres maravilla, mucho mas las que hace para librarlos de alguna adversidad grande; porque la pena presente que les fatiga, no les da lugar para pensar que pueden por entonces ser librados, ni para imaginar el camino por dónde; y así, cuando la libertad viene parece que lo soñamos, y que apenas podemos creer tanto bien. Esta manera de hablar y encarecer usó Tito Livio, contando de los griegos cuando oyeron la voz del pregonero que echaba bando que les hacia el pueblo romano esta merced, que retuviesen su libertad y viviesen con sus leyes. Dice Livio: Mayor fué el alegría que los griegos concibieron que pudiese caber en corazones de hombres, apenas creia ninguno que habia oido el pregon; unos á otros se miraban espantados y maravillados, como una vana esperanza de sueño. San Pedro no entendia ser verdad lo que el ángel hacia cuando le desató de las cadenas; pensaba que era alguna vision. La paráfrasi caldea deste salmo, donde leemos, como los consolados, dice, como convalecientes. Como quien acaba de sanar de una enfermedad. Todo dice una grande y súbita alegría, la cual pinta en los versos que quedan del salmo, y dice: Entonces estará llena de risa nuestra boca, y la lengua de cantares de alegría; la cual oyendo los gentiles comarcanos, ó los que vivieren mezclados con el pueblo, dirán (viendo el alegría): Alguna gran merced les ha hecho su Señor. Y así es, que ha hecho el Señor magnificencias con nosotros, y por eso andamos tan alegres. Y vuélvese á Dios y dice: Señor, enviad á que vuelva nuestra cautividad, que será como un gran arroyo que venga de avenida con viento ábrego, por una tierra seca y sedienta, que con esta alegría será recebida esta merced. De aquí se vuelve el Profeta á predicar á todo el mundo la misericordia de Dios y el camino por donde lleva á los suyos, y el paradero de los trabajos y adversidades, y dice: Los que siembran lágrimas, ora sean de penitencia, ora de trabajos y afliciones, cogerán alegría; porque los del pueblo de Dios iban mas que de paso sembrando su semilla de lágrimas y aflicion á la captividad, y vendrán della de pura alegría muy apriesa, trayendo de la mesma aflicion los contentos á manojos, y dice trayendo, porque la mesma aflicion se les volvió en alegría; suyos, por haberlos ellos sembrado y haber sido suya la semilla, que es una maravillosa merced que el mesmo Señor promete á sus discípulos en el Evangelio, y en ellos á todos los cristianos, que, no solo tras el trabajo sucederá el contento, si no que el mesmo trabajo se les volverá en contento; porque es Dios tan buen alquimista, que lo puede y sabe y suele hacer así con sus amigos. Y declaróselo el Señor con una semejanza de la mujer parida, que la hora que pare padece gran tristeza con los dolores; allí es el mudar el color, allí los gemidos y sospiros, allí el cruzar de las manos sin consuelo; pero después que el niño ha nacido, se le olvida del aprieto en que se vió, con el placer de ver nacido el niño. De manera que el mesmo niño que causaba el dolor y la tristeza, convirtió la misma tristeza en contento y alegría. Y para lo que vamos diciendo es mejor comparacion lo que en esta pretendia el Salvador declarar, que es, que el mesmo Señor que con su muerte (que estaba ya cerca) tenia á sus discípulos en tanta pena y congoja, él mesmo con su santa resurreccion, que era como un nuevo nacimiento, les habia de volver en gozo su pena; y así fué, que lo que antes para ellos era pena y lágrimas, que era la muerte de su Maestro, eso les fué después contento; porque, si no fuera mediante la muerte, no hobiera la alegre resurreccion y redencion. Y esta condicion de Dios le hacia decir á David en un salmo, no solo el contento que tenia de tener á Dios por lumbre y por guarida, con que no temia á sus enemigos ni las máquinas que contra él inventasen, sino que viene á decir: Si armaren contra mí batalla, en esa mesma batalla pondré mis esperan-

zas, porque él me volverá la mesma en provecho, contento y vencimiento.

De manera que ningun tiempo ni ocasion se pierde en el trabajo, pues todo él se vuelve después en gloria y contento; lo cual, aunque en cualquier trabajo se entiende y aun experimenta, pero mucho mas y con mas contento se entenderá con experiencia en el cielo, donde acabado, no un trabajo, sino un monton, ó por mejor decir, una vida entera dellos, sucederá la gloria, que no se puede pensar cuán grande sea, antes se convertirán todos los trabajos en ella, los cuales parecerán entonces tan pocos y ligeros, que si allí pudiera haber pena ó pesar, de solo esto la hobiera, de no haber padecido mas por tan cumplido y tan soberano galardon. Pero en este caso se habla allí, no con pesar, sino con alegría incomparable, cuando dicen aquellos bienaventurados: Oh, qué alegres estamos, Señor, por los dias (que así llaman, y les parece que fueron, aunque fuesen años, el tiempo de su trabajo) en que nos abatiste y afligiste, y por los años en que vimos los males y penas. Y este cantar tendrán en la boca todos los dias de su vida, que será por toda la eternidad. Luego, aunque no siempre ni todo se alcance en esta vida, gran provecho es el que por esta parte nos traen las adversidades.

DISCURSO VIII.

Que los trabajos bien recebidos y padecidos son, no solo útiles y provechosos, sino gustosos y sabrosos.

¡Quién tuviera alguna parte del espíritu de alguno de los santos nombrados en este discurso, para poder declararse mejor en la materia dél, y dar á entender á los hombres amigos de su regalo, cuán grande le hallarian en padecer por Dios, si una vez quisiese dejarse persuadir desta verdad! Porque, así como Epicuro, que desatinada y viciosamente vino á poner en los deleites la bienaventuranza del hombre, y andaba buscando los mayores, engañado con este error, no creyendo la inmortalidad del alma, al cabo vino á enseñar á sus dicípulos que para alcanzar este fin fuesen virtuosos. ¿Qué es esto, Epicuro? Qué novedad es la que dices? Qué tiene que ver la virtud con lo que tú buscas y enseñas? Porque no hallo (dice) en lo criado mayor ni mas seguro deleite que en la virtud, ni menos deleite que en el mesmo deleite; pues así, aunque parece paradoja y cosa contrahecha á prima faz, podriamos persuadir á estos dicípulos que Epicuro tiene aun en el mundo, que en ninguna cosa se halla mayor sabor ni deleite que en el trabajo y adversidad bien padecida y sufrida; porque en él puso Dios grandísimo gusto. Y no debe esto parecer dificultoso, porque si una buena hambre (dice Crisóstomo) basta para hacer sabroso un mendrugo de mal pan, y una buena sed á dar tal sabor á un poco de agua, que de suyo no le tiene, que sepa á panales de miel, como la sagrada Escritura dice; y lo que mas es, si el hambriento que come cosas amargas, como dice el Sabio, le parecen dulces y sabrosas, sin mudar ninguna destas cosas su naturaleza, ¿qué mucho que el infinito poder de Dios ponga sabor y deleite en la amargura de los trabajos? Lo cual, aunque en todo tiempo tuvo su verdad en los que por Dios se han padecido; pero muy mayor y mas declarado efecto tienen después que Jesucristo padeció; porque, así como las aguas, sin perder su naturaleza, solo por pasar por buena tierra y minerales pierden su amargor y corren después sanas y dulces; así los trabajos, por haber pasado por la persona divina de Jesucristo, nuestro redentor, verdadero Dios y hombre, salieron dulces y sabrosos, quedándose en ella la amargura dellos; la cual quiso padecer junta, porque nosotros no la gustásemos. Y esto quiso decir san Pablo cuando dijo: Porque la gracia de Dios gustase por todos la muerte; donde se encierran los demás trabajos, que son menos que muerte. Y este es el enigma de Sanson cuando preguntó: ¿Qué es cosa y cosa? Del comedor salió el manjar, y del fuerte salió la dulzura. Porque los azotes, tormentos y muerte, deshonras y otros trabajos, suelen tragarse los hombres y consumirlos, y entonces son leones bravos; pero después que aquel gran Sanson los mató, los puso en la boca un panal de miel, por donde se comen dulcemente; porque la cruz, que solia espantar con sola su memoria, agora san Andrés se requiebra con ella, y los niños y niñas y doncellas con los tormentos y amenazas, y él se quedó con la amargura toda; de suerte que solo el pensamiento le hacia sudar en el huerto de gotas de sangre. Pues de aquí quedaron los trabajos tan autorizados y ennoblecidos, por haber pasado por su santo cuerpo, que sufrió los palos y azotes y salivas, y dió su sangre, y por su santa alma, que se vió triste y afligida; y aunque en su santa divinidad no puede caber nada desto, pero cuanto era de parte de los hombres fué afrentada y deshonrada. Pues de tan ricos minerales como estos, quedó tan sabrosa la muerte, con los demás trabajos que antes della se reciben, y tan apetecidos de los amigos de Dios. Con semejante argumento prueba Séneca que las riquezas no se habian de estimar por bienes, porque las tienen muchos malos; y por el contrario, los trabajos sí, porque Caton (á quien él tenia por hombre divino) los habia tenido; pues si solo haberlos tenido Caton bastaba para ser estimados y buscados, ¿cuánto mas habiéndolos padecido el Hijo de Dios, no hombre divino, sino el mesmo Dios, y habiéndolos predicado por buenos y provechosos? Pero mejor lo prueba san Basilio, diciendo lo que decimos en este discurso, que después que el Señor de todas las cosas, por la salud del mundo bebió el cális de la pasion, y consagró y ennobleció los trabajos y dolores en su santo cuerpo, y enseñó que eran el camino por donde se hallan abiertas las puertas del cielo, sucedió que los hombres buenos y piadosos hallasen en las melancolías alegría, en los trabajos solaz, en la pobreza riquezas, y en las afrentas honra y gloria. Y añade este santo, cuyas son todas las palabras dichas: ¿por ventura no dan testimonio desto las palabras del Apóstol: En todas las cosas padecemos tribulacion, pero no nos afligimos; vémonos apretados y perplejos, pero no somos desamparados; padecemos persecuciones, pero no caemos; somos humillados, pero no avergonzados ni confusos; somos derribados, pero no acabados? ¿De dónde pudo manar tanta virtud sino de la cruz de Cristo? Por esa razon no sin ella se gloria el mesmo Apóstol en ella, porque por ella él se tenia por muerto al mundo, y el mundo á él; porque, así como el mundo con todo su poder no puede

dañar al hombre muerto, aunque le dé mil lanzadas y le arroje mil saetas; así al Apóstol ninguna cosa podia hacerle mal, porque la cruz de Cristo le habia hecho á prueba de trabajos los mayores que el mundo tiene; porque el que en plagas, azotes, cárceles y en grillos, tan léjos estaba de afligirse ni congojarse, que antes como en solemnes triunfos se gloriaba, no se entiende que era tanto mas que el mundo, pues no se ofendia con sus armas; esta excelencia se debe á la cruz de Cristo, y de aquí queda ella mas estimada, pues que es mucho mas excelente no recebir ofensa de los males del mundo, que ser del todo librado dellos; porque el librarse de trabajos muchas veces lo pueden los reyes de la tierra, pero el no sentirlos, don y beneficio es de sola la divina Omnipotencia. Hasta aquí san Basilio; de donde parece ser dotrina suya toda la dicha, especialmente que en el disgusto haya sabor y en el trabajo descanso.

Pero, porque todavía parece dificultoso, será bien declarar este argumento mas. Lo primero y mas comun que aquí se dice es, que todos los trabajos, con el pensamiento y esperanza de la gloria se hacen dulces, que ha de ser su premio y galardon; lo cual dice san Juan Crisóstomo, que comienza desde el mesmo trabajo á gozarse, y esta le hace glorioso y sabroso solo con poner los ojos en ella y contemplarla. Lo cual tambien dice san Pablo expresamente: Ese trabajo momentáneo y ligero que padecemos, obra en nosotros un gran peso de gloria y contento cuando contemplamos, no lo que parece, sino lo que no vemos; porque lo que parece es cosa que con el tiempo se acaba, y lo que no vemos es eterno; y esto nos declara mas qué cosa es la gloria y contento de los malos. Porque, así como en medio della comienzan estos á sentir y experimentar los tormentos en que han de venir á parar, de solo pensarlos y tenerlos por infalibles, como lo es la palabra y juicio de quien los tiene publicados (lo cual ellos confesarian si les apretasen los cordeles, y lo confesarán al fin de la vida, donde han de ser manifiestos los secretos de los corazones, y aun en ella no pueden dejar de confesarlo cuando la justicia de Dios y su providencia lo manda, como pareció en aquel mal rey Baltasar, que, en medio de su espléndido banquete y sus contentos vió un brazo de Dios dándole garrote con pronunciar aquella severa y rigurosa sentencia), así los buenos, en medio de sus trabajos comienzan á sentir la gloria que por ellos les espera, no solo no sintiendo el amargor ni picadura dellos, mas sintiéndolos convertidos en la mesma gloria.

Y para mejor entender este enigma es de notar que aquella palabra que san Pedro dice para consuelo de los buenos, que sabe Dios librar á los suyos del trabajo y tentacion, es de grandísimo consuelo y no de menos misterio. El consuelo es pensar el que padece que su libertad y remedio está á cargo de tan liberales y piadosas manos como las de Dios; el misterio es, que esta libertad envia Dios al atribulado de una de tres maneras: las dos solas dijimos en el libro pasado, donde venian á propósito, y la tercera lo viene en este lugar. La primera previniendo los trabajos, que no vengan, como muchas veces lo hace en general y en particular, atento á que por nuestras pocas fuerzas ó poca maña antes dañarian que aprovecharian, ó por otras secretas causas, que solo su divino saber y providencia alcanza. De cuántos males corporales y espirituales nos libra Dios, y con cuánto cuidado vela sobre esto el Angel de nuestra guarda, solo sabe cuántos y cuán graves son el que nos libra dellos por su misericordia. Desta primera manera dijimos que, aunque es la mas deseada, y en ella miran nuestros deseos y oraciones, pero no es la de mas gloria para Dios ni de mas provecho para nosotros, porque ni della, por nuestra poca consideracion, salimos aprovechados ni agradecidos, ni mas informados del poder y bondad de Dios. La segunda manera de librarnos es, reprimiendo la fuerza del trabajo para que no fatigue tanto al que le padece, ó quitándole y acabándole del todo; en que, aunque cesan los inconvenientes de la primera manera, porque del trabajo se siguen los provechos dichos en este tercero libro, y otros que aquí no caben, y dellos y de su libertad resulta gloria para Dios, y se la da el que los padece, y se ve después dellos libre; pero no es esta la mas excelente manera, ni la que mas descubre y publica el gran poder y bondad de Dios, como la tercera, que es, cuando á los amigos ni les detiene ni les quita y amansa los trabajos, sino cuando, dejándolos en su fuerza, les muda la eficacia dándoles virtud, que la que suelen tener en apretar y atormentar á los hombres, á estos amigos deleiten y recreen, mediante una celestial dulzura y suavidad que en sus almas les comunica, de tanta fuerza, que no sientan los trabajos ni afliciones, antes con ellos y en ellos sientan la misma dulzura. Y esto hace, no enajenando ni embotando su sentido, ni mudando la naturaleza del trabajo, sino mudando la eficacia dél; porque, así como un horno de gran fuego, no solo no se apaga ó resfria con una gota de agua que caiga en medio dél, antes se enciende mas tomando aquella gota por materia de su aumento y convirtiéndola en sí mesma, así la divina dulzura que Dios envia con su caridad en el corazon del que ama, no se apaga con el trabajo y dolor del cuerpo ni del alma, antes se vuelve materia de mas amor y dulzura, y se convierte en ella aunque sea dolor, y este no pierda su naturaleza. Esto quiso decir la Esposa en los *Cantares*: Las muchas aguas, esto es, los trabajos, aunque muchos, no pudieron apagar la caridad. Y en otra parte: El amor es fuerte como la muerte. Lo cual se entiende así, que como la muerte es tan poderosa, que, no solo vence todas las cosas y las rinde, pero hácelas de su bando y vístelas de su librea, porque las para tristes, obscuras y amarillas, como parece en la persona y casa de un príncipe recien difunto; á manera del rey que, acabado de ganar un reino de gente extraña, le viste de su traje, á lo menos le pone sus leyes. Así tiene el amor esa misma fuerza, que, no solo lo rinde todo, pero hácelo de su bando y vístelo de su librea; que, como él es manso, blando, suave, dulce y sabroso, así comunica todas estas buenas condiciones á los que deja vencidos, y no se deja vencer de trabajos, como la Esposa decia. De aquí venian alegres los apóstoles de las audiencias, de las cárceles y deshonras; de aquí san Tiburcio, andando sobre brasas de fuego, decia que le parecia andar sobre rosas; de aquí dice la Iglesia que á san Estévan eran dulces las piedras con que fué apedreado; pero aun gánasela el amor á la muerte, que

cuando se encuentran, rinde el amor á la muerte, pues la hace mansa, dulce y sabrosa, pues como á tal los mártires la buscaban y deseaban; y de todos los buenos, cuando vienen á sus manos, dice la *Sabiduría* que están en las manos de Dios; y á sus almas (¿qué mejor cama y descanso que tan amorosas manos?), y que los tormentos de la muerte no les tocarán, y que los bobos y tontos (que tales son los que no juzgan sino por lo que parece) les parece que mueren y padecen, y piensan que su partida desta triste y miserable vida es aflicion, porque los ven gemir y apretar las cejas y arrugar la frente con el dolor de la enfermedad, siendo solo salida de trabajos y calamidades; pero es muy léjos su pensamiento de la verdad, porque ellos están en paz y sosiego en medio de aquellos dolores y trabajos; de donde se entiende que, sin perder su fuerza y virtud natural, el trabajo es al siervo de Dios sabrosísimo y descansado; que aunque san Lorenzo daba grita á los que atizaban el fuego de su martirio, no dejaba de dolerle el tormento; y las rosas que san Tiburcio decia, sin duda le atormentaban y le abrasaban los piés; pero la divina dulzura y suavidad que Dios habia puesto en su alma, lo convertia todo en contento y regalo, mayormente que con aquellas penas aflojaban un poco la gran sed que tenian de padecer algo por Dios, á quien amaban mas que á sí mismos. De los apóstoles dice la Escritura en el *Deuteronomio*: Albricias, Zabulon y Isacar (que son las dos tierras de que salieron algunos ó los mas de los apóstoles); alégrate que llamarán los pueblos al monte, que es Cristo, y sacrificarán ofrendas de justicia, y chuparán como leche las olas de la mar y los tesoros escondidos de las arenas, los trabajos y tempestades. Dice que serán tan dulces como leche, y que las arenas estériles y despreciadas volverán en tesoros, que es sacar contentos de trabajos. A este estado han llegado muchos, que no les cabia dentro, en tan pequeño vaso como el corazon, la dulzura. Uno dellos decia, casi fuera de sí, dando gritos al Señor: Detené, Señor, la avenida de vuestra gracia, y apartáos un poco; que no puedo sufrir la fuerza de vuestra dulzura. Y á esta cuenta, antes falta el hombre á los deleites espirituales y su grandeza, que ellos á él, como á la viuda de Eliseo los vasos de aceite antes que el mesmo aceite. Y de aquí san Pablo decia: Lleno y relleno estoy de consolacion, y revierte en mí el gozo en toda tribulacion. Y si Filipo, padre de Alejandro, cuando le vino la nueva de la vitoria y del nacimiento del hijo juntamente, decia: ¡Oh dioses, fatigadme con alguna ligera adversidad! no pudiendo sufrir tanta alegría junta, y queriendo templarla con alguna desgracia! ¿qué será la dulzura destos bienaventurados santos, la cual no se tiempla ó mengua, ántes se aumenta con los nuevos trabajos?

San Agustin decia, llorando un dia por sus pecados: Señor, si tan dulces son las lágrimas derramadas por tí, ¿qué será tu gloria? ¡Oh dichoso y bienaventurado estado cuando llega un alma á estos términos, cuando se halla en un retrato ó principio de la bienaventuranza, donde ninguna cosa le puede dar pena ni dolor, con la suavidad de la gloria celestial, aunque sea la memoria de lo que fuera de aquel trance suele atormentar un alma! En este sentido declaran algunos doctores, cuando se dice en la Escritura que la ciudad santa de Jerusalen deciende del cielo á la tierra, que es bajar su gloria á las almas de los santos que para siempre han de vivir y reinar en ella; que es tanto el deseo que aquella gloria tiene de verse poseida y gozada dellos, que mientras la providencia de Dios no los lleva á gozarla ni pueden ir allá, ella se viene á ellos para que acá la gocen como pudieren y como acá es posible gozarse. Y de aquí se han visto muchos santos, como el bienaventurado san Nicolás de Tolentino, llenos y pintados de estrellas, y él con una muy grande guiado hasta su oratorio al tiempo de la oracion, para dar á entender que mientras es la voluntad de Dios que estén en la tierra para gloria suya y provecho de su Iglesia, que el cielo se viene á ellos á la tierra. Y juntando esto con lo que san Agustin dice en su sermon, que si una sola gota de la gloria cayese en el infierno de los condenados, es tanta su dulzura, que no se sentiria allí dolor ni tormento, ¿qué será cuando la Escritura dice que toda la mesma ciudad se bajó á la tierra al alma del Santo, en medio de su penitencia y tribulaciones?

De muchos ejemplos que en las divinas letras hay desta dotrina dulcísima, y de tan gran consuelo para los siervos de Dios, á quien el Espíritu Santo por muchos caminos quiere tener apercebidos á trabajos y tentaciones, desde la hora que se determinaron á lo ser, el uno es de aquellos benditos mozos de Babilonia, Sidrac, Misac y Abdenago, que, echados por el nombre y honra de Dios en el horno espantoso y terrible de fuego que el Rey habia mandado encender con gran crueldad para los que no adorasen la estatua que para esto habia levantado, tan léjos estuvieron de ser abrasados como el Rey habia pensado, que antes el fuego se volvió de su bando y les recreó, quemando y desatando sus ataduras, con que de piés y manos entraron atados, á fin de que del fuego no pudiesen defenderse; y allí dentro tuvieron marea, música y compañía, allí dentro alabaron á Dios y compusieron un himno en su alabanza, que todo fué un retrato y semejanza, ó por mejor decir, un como principio de la gloria celestial; y pusieron de tal manera espanto al Rey y á su gente, que, admirado de la omnipotencia de Dios, mandó que todo el mundo adorase á quien de tales trabajos podia y sabia librar. El segundo ejemplo sea de fuera de la Escritura, el cual cuenta Teodoreto, que en Antioquía un cristiano mancebo por mandado del perverso Juliano fué mandado azotar en la plaza públicamente con grandísima crueldad, cual el solia tenella con los cristianos, con vergas delante de infinita gente, el cual no mostraba mas sentimiento que si fuera azotado con un cerro de lino; de suerte que ni grito ni gemido se le oia, ni se le conocia semblante de dolor. Admirábanse los presentes de tal novedad; y preguntado por uno dellos cómo podia sufrir tan desiguales dolores con ánimo tan alegre y sosegado, respondió que ningun dolor sentia; y replicándole qué fuese la causa desta maravilla, dijo que desde que los azotes comenzaron tenia delante de sus ojos un mancebo de divina y celestial hermosura que le consolaba y totalmente le quitaba el dolor. Y dice mas este santo, que, quitado él mesmo de aquel tormento y

dejándole ir libremente, comenzó á llorar á grandes gritos y á hacer grandes lástimas; y preguntado por qué, dijo que por la ausencia de aquel mancebo; que mas queria tornar á ser mil veces azotado y padecer mil muertes que apartarse de tan dulce compañía. Así explican algunos aquel verso de la Sabiduría, en que dice que estarán con gran denuedo los justos contra los que los angustiaron y les quitaron sus trabajos y tormentos. El primer ejemplo destos dos fué figura, y el segundo una muestra y dechado con que el Señor da á entender cuán pertrechados y cuán defendidos tiene á los suyos cuando quiere, y cuán poco aprovecha y cuán perdido trabajo es el inventar medios para afligirlos ni inquietarlos, pues todas las máquinas, embustes, iras, furias, y cuanto la envidia y la mala voluntad puede contra ellos inventar ni imaginar, tan léjos está de poder dañarles, estando su defensa á cargo de quien tanto sabe y puede, que antes todo el mal que se les ordenare será para acrecentamiento de su contento y gloria.

Y si alguno pusiere por objecion las palabras del Evangelio en que el Señor dice que el camino que guia á la vida es estrecho; que parece contradecir á lo que en este discurso se dice; porque decir que es estrecho aquel camino, es metáfora con que se descubre su trabajo y amargura; y por el contrario, el de la perdicion es ancho, que quiere decir alegre, llano y sin tropiezos ni trabajos; pero lo dicho son verdades aechadas, averiguadas y por muchos experimentadas; y la que el Redentor dice del camino del cielo, no contradice á ellas, porque habla conforme al pensamiento y plática de la gente del mundo, que juzga por amargo el camino de la virtud, especialmente porque en realidad de verdad lo es á los principios de la conversion de un hombre, cuando le comienza á andar, porque es dura cosa para la carne dejar el de su inclinacion y las mañas de su mala costumbre, y comenzar una vida tan diferente de la que hasta allí ha llevado; pero, pasados de aquella primera entrada, es el camino dulcísimo y suavísimo mas que cuantos deleites tiene el mundo, como lo decia David cuando decia: Cuán dulces son á mi garganta tus palabras, Señor, mas que la miel y el panal, y tu ley y mandamientos mas estimadas y preciosas á mis ojos que el oro y las piedras de valor. Y ¿cómo habia de decir el Espíritu Santo que las calles de la sabiduría son hermosas, si son estrechas, pues que la hermosura de una ciudad consiste, segun Homero, en tener anchas y holgadas calles? Y así parecen ser las de la sabiduría, pues David dice que corria por ellas, dilatándole Dios y alegrándole el corazon. Así que, habla Cristo con gente nueva y metida en sus contentos mundanos, desde los cuales hasta los espirituales, de que hablamos, han de pasar un camino muy angosto y trabajoso, á lo menos en la opinion de los hombres para quien se dice. Y esta no es nueva ni rara manera de hablar en la Escritura, que san Pablo la usa cuando dice á los de Corinto que, si sirviésemos á Dios por solo lo que dél podemos esperar en este mundo, seriamos los mas miserables de todos los hombres, y mas mal afortunados los cristianos; lo cual dijo conforme á lo que el mundo siente; porque el mesmo Pablo, que lo dice, no se tuviera por mal afortunado en servir á Jesucristo sin paga de interés temporal ni aun celestial, aunque padeciera por su servicio y amor intolerables trabajos. Pues en otra parte dice que por amor y bien de sus hermanos deseara verse apartado de Cristo, como no fuera perderle. Y esto era por la caridad del mesmo Cristo, por quien amaba los prójimos. Y á este talle es lo que decia á los filipenses, de un dicípulo que habia llegado á la muerte; y hablando de que Dios le habia sanado, dícelo por estas palabras: Pero el Señor hubo dél misericordia. Y esto no lo dijo por su parecer, pues no tenia él para sí por la mayor misericordia escapar de la muerte, mediante la cual habia de estar con Cristo, que es lo que él continuamente con suspiros deseaba, sino acomodando el estilo de hablar á la flaqueza de aquellos con quien hablaba; los cuales y los demás que no alcanzan el espíritu de san Pablo, comunmente tienen por mas misericordia de Dios y se alegran mas cuando escapan de alguna peligrosa enfermedad, que cuando la tienen. Así Cristo, cuando dice que es estrecho el camino del cielo, dícelo porque así parece al sentimiento de nuestra carne; pero los que la tienen ya crucificada con los vicios y concupiscencias, de otra manera le juzgan; porque ¿qué mas ancho y alegre camino puede ser que aquel donde no hay en qué tropezar, como deste lo dice el Sabio: El camino de los justos es sin tropiezo ninguno? Y el profeta Esaías: La senda del justo es derecha, y llana la calle del justo para andar; la otra de los deleites llena es de espinas y tropiezos, como en muchos lugares lo dice la Escritura. Pues si esto es así, ¿qué hombre hay tan mundano, que, si es amigo de sus deleites, no busque los verdaderos y que de nada pueden recebir estorbo, cuales son la vida virtuosa, aunque para ellos se haya de entrar por la puerta angosta de la penitencia y mudanza de vida, siendo lo de dentro reino y contentos, gustos y deleites incomparables? Mayormente cuando la mesma angostura, que suele poner el miedo, y los mesmos trabajos se tornan de la condicion del mesmo reino; de que mostró una figura Dios á Ecequiel cuando le dió á comer un libro muy dulce al gusto, y estaban escritos en él todo género de trabajos y lamentaciones; de manera que, aunque el bien está distinguido entre los filósofos en tres maneras de bien, honesto, útil y deleitable, son los hombres tan amigos del deleite, que para ellos el deleitable es provechoso, y por eso se ha puesto este discurso entre los provechos de la tribulacion.

DISCURSO IX.

De otros muchos provechos que nos vienen con los trabajos.

Muchos otros provechos puso Dios en esta merced que con las adversidades nos hace, que, después de haber dicho tantos, seria prolijo y demasiado contarlos de espacio; pero con brevedad se dirán los que con ella cupieren en este discurso, para encaminar á los que quisieren pensarlos. Lo primero, comenzando por lo mas natural. La tribulacion causa en el hombre un claro conocimiento de sí mismo, de quién es Dios y quién es él; de do manan otros muchos bienes; porque, como los trabajos nacieron del pecado, como penas y castigos dél, la hora que el hombre se ve trabajado y afligido, conoce haber ofendido á Dios, y la misericordia que

Dios le hace en enviarle este despertador; de donde gana una profunda humildad, cual suele causarla el pensamiento del ser pecador y rebelde á su Dios; porque si esta suele nacer de solo considerar la bajeza de nuestra condicion, cotejándola con la majestad y grandeza de Dios, siendo, como somos, algo por ella, aunque poco, ¿qué tal nacerá de conocer en nuestra alma cosa tan vil y fea como el pecado, que nos hace menos que nada? Pero acaécenos como al villano ó esclavo (que tales somos mientras en este mal estado perseveramos), que mientras están en el tormento confiesa la verdad y conoce el delicto de que se le acusa; pero quitado de allí y pedido que ratifique su confesion, no lo hace, antes la niega, diciendo que por temor del tormento lo confesó. Tales somos los de la casta de Adan, parecidos á él en el poco conocimiento, que, estando en el tormento de la enfermedad ó trabajo, fácilmente conocemos quién somos, y la mala cuenta que de la obediencia que á Dios y á sus leyes debemos, hemos dado; y en cobrando libertad de aquella presente molestia, fácilmente tornamos á olvidarnos de Dios y de lo que antes con el temor villano de las penas confesábamos.

Desta humildad y propio conocimiento que de las adversidades nos viene, resulta quedar fáciles mientras nos duran para la correccion de nuestra vida y costumbres; la cual falta de ordinario en los que llevan la vida próspera y regalada, á quien llama el Sabio perversos, y dice que con gran dificultad reciben la correccion, y por consiguiente la pierden, pues en tal caso no hay ley que á ella nos obligue; y así, quedan á gran peligro de su salud, pues ni ven con la ceguedad que la prosperidad les causa (como dice el Sabio, que los bienes mentirosos hechizan los hombres y les escurecen los bienes que verdaderamente lo son), ni por otra parte hay quien se atreva á ponerlos en camino, por la dificultad que sienten de salir con ello; lo cual les aconseja el Espíritu Santo, diciendo: No quieras resistir al poderoso ni contra la furia de un rico; porque así parece que va el poderoso despeñándose de pecados en pecados; no te le pongas delante, que, demás de no aprovechar, te llevará su furia y te perderás; aunque luego dice, que pelee por la justicia, que es cuando tiene uno por oficio la correccion, que entonces de justicia corre la obligacion á corregirle con todo riesgo, y aun de la vida. En esta demanda la perdieron los profetas y mártires; esta costó á san Juan Bautista la cabeza, y á Jesucristo puso en la cruz, y á sus apóstoles quitó la vida; y por esta dificultad que los poderosos ofrecen para ser corregidos, usaban los profetas poner los pecados en terceras personas, para que en ellos se diese y recibiese mejor sentencia, como hizo Natan á David. Por el contrario, el afligido, el sujeto, el pobre y el atribulado, se van con suavidad el agua abajo por los mandamientos de Dios, y si en algo faltan, fácilmente se dejan corregir y se enmiendan y quedan para adelante con recato; por lo cual el mesmo David, que en prosperidad habia tenido esta dificultad, dice, después de afligido: Bien me está, Señor, que me hayas humillado para que aprenda tu ley y la guarde. En tanto es esto verdad, que la afliccion tiene á veces tan dispuestos sus afligidos, que se tiene por demasía el corregirlos y por buen consejo el consolarlos, porque llega muchas veces la disposicion á estar sin tercera persona, corregidos y conocidos, á lo menos si sin ella son advertidos y avisados de lo que con la enmienda han de trocar.

Deste mesmo conocimiento de las cosas, como desta escuela queda tan claro, nace en los afligidos una perfecta prudencia con que juzga un hombre rectamente de todas las cosas; de manera que la hora que es trabajado se halla prudente y grave; lo cual se ve ser certísimo si lo careamos con la liviandad y locura del que vive alegre y próspero, que experimentamos lo mucho que habla, el poco reposo, los semblantes tan varios, las impertinencias que dice y hace, y el poco juicio que muestra; lo cual es tan natural, que Aristóteles habló dello y dió la causa; porque no piense nadie que podrá él con mas asiento y gravedad usar de la prosperidad que los que ha visto, si no se vale de algun remedio; y para verlo con los ojos, no hay mejor ejemplo que considerar con san Juan Crisóstomo dos casas, una de placer y otra de aflicion y trabajo, y sean las que este bienaventurado santo dice: Consideremos, dice él, si os parece, dos casas: una de un recien difunto, y otra de unas bodas; veréis la primera llena de sabiduría y la otra llena de confusion, palabras sucias, risadas descompuestas, y mas descompuestas razones y vestidos; el andar feo y deshonesto, palabras necias y locas, y ninguna cosa cuerda ni concertada, sino todo locura y mofa. No toco, dice san Juan, en el matrimonio, que es santo y bueno, sino en la indecencia con que se celebra, donde anda la naturaleza fuera de sí, donde parece que hay brutos en lugar de hombres; unos relinchan como caballos, otros dan en tirar coces como asnos, mucho derramamiento y licencia, ninguna cosa de virtud ni honra ni cortesanía; pompa del diablo, música y cantares llenos de fornicacion y carnalidades. Pero cuan diferente hallaréis la casa del llanto: en entrando en ella, todas las cosas compuestas y en órden, mucha quietud, mucho silencio, mucha reformacion, ninguna cosa sin concierto, sin compostura; si alguno habla, todo es sentencias filosóficas; y es cosa maravillosa que en aquel tiempo, no solo los ancianos y letrados son sabios, sino los mozos, los siervos y las mujeres, todos dicen sentencias, de cuán cierta es la muerte, cuan incierta su hora, y como todo se acaba, sino el bien hacer y el servir á Dios, y que todo cuanto el mundo adora es una grande y señalada vanidad, y cuán ciegos y sin conocimiento andan los hombres, y otras razones semejantes. Hasta aquí es todo lo dicho de san Juan Crisóstomo, de donde parece cuánto asiento, cuánta prudencia y gravedad traiga consigo un trabajo y aflicion.

Despierta tambien un deseo encendido de la otra vida y la memoria della, viendo esta tan amarga y engañosa y con tanta inconstancia y variedad; y desea salir della, que es una de las cosas que con mas veras nos hace poner los hombros á la virtud, con que se alcanza. Por aquí se pierde el temor á la muerte, antes se desea por ser paso para dejar tan mala vida y gozar la venidera; de donde nacieron los suspiros de Elías, cuando pedia á Dios con instancia que le sacase della; y cada dia lo vemos en los que padecen alguna grande adver-

sidad; y aun los que tienen alguna experiencia de los trabajos desta vida en sí ó en otras personas, suelen perder el miedo al morir y templan el deseo de larga vida; lo cual deben á los trabajos que ordena Dios que en ella se padezcan, como quien los desteta con este género de acíbar para que levanten el pensamiento á cosas mas sólidas y perpetuas.

Otro provecho es despertar los dormidos en esta peregrinacion y con los deleites del mundo detenidos, y con estas cosas que no son mas que figuras de bienes; que hay hombres tan zabullidos en las cosas deste mundo, tan dormidos y amodorridos en las almohadas y plumas de sus contentamientos, que ni los gritos del predicador ni los consejos del confesor, ni las secretas amenazas que Dios interiormente les hace, los despiertan, ni los ajenos trabajos les avisan, si no baja la mano de Dios cargada sobre sus haciendas, honras ó personas, y para esto se la envia. Como si un caminante que va con priesa á negocios importantes á la corte se parase en el camino, recostado al fresco de un arroyo, mirando la suavidad con que corre el agua, haciendo trenzas, las yerbecitas á los lados tiernas y frescas, los árboles que se miran en el agua, y en ella retratado el cielo con su variedad de colores, el regocijo con que en el suelo se mueven las piedrecitas, aquel dulce ruido con que pasa murmurando el agua, y allí se estuviese de reposo, olvidado de la importancia del negocio que le movió á salir de su casa; si acaso alguno le quiere avisar que camine con mas cuidado y diligencia, para ahorrar de razones y alcanzar este fin con mas seguridad, le tira una piedra, con que turba el agua del arroyo, y con ella aquel su vano contentamiento; entonces levanta la cabeza y mira al cielo, buscando por todas partes al que tiró, y vuelve en sí, prosiguiendo su camino: Así hace Dios cuando el hombre está parado, deteniendo las esperanzas del cielo, cebado con los deleites desta vida y sus vanos bienes; que, aunque haciendo trenzas y dando á la vista entretenimiento, al fin pasan, y todos ellos no son mas que figura del cielo y de sus bienes, aunque sola figura y mudable, como lo es el mundo y la gente dél, envíale Dios un trabajo y túrbale la hacienda ó la honra ó el deleite ó la salud; entonces levanta al cielo los ojos de la consideracion, entiende que Dios es el que tiró, y le avisa que siga el camino del cielo, para donde nació, y deje los presentes y breves contentamientos; y los que bien despiertan, echan de ver el tiempo perdido, y el precio y valor del que no se puede cobrar, y lo mucho que es necesario caminar para igualar con lo perdido; lo cual todo debe á quien le despertó y volvió en sí con medio tan eficaz como fué el turbarle los contentos de que fuera quizá dificultoso despegarle con otro, quedándose ellos en su fuerza.

Lo otro de que nos aprovecha la tribulacion es, andar siempre limpios y purificados de vicios, malos deseos y vanas codicias, que sin sentir, como polvo en la ropa se nos pegan; que así como estas de cuando en cuando se limpian del polvo con una vara, que con haber estado guardadas habian cogido, con que poco á poco y casi sin sentir vinieran á perderse; así toma Dios la vara de la aflicion, y envia al hombre sus azotes de cuando en cuando, para sacudir dellos el polvo, los gusanos y las inmundicias, que de esta miserable carne se nos pegan con la ociosidad y regalo, porque por descuido no vengamos á perdernos; pues no hay cosa en este mundo, que así limpie y preserve destas malezas á un hombre en carnes, como la tribulacion y trabajo; si no, considerad un hombre afligido cuán limpio anda, no para en él vanidad, no da lugar á deleite ni hace en él manida mal pensamiento; apenas halla que reprehender en su conciencia, aunque con todo eso, siempre se tiene por pecador. Por el contrario, el regalado, el que nunca vo trabajo por su casa, ¡qué poco escrúpulo, cómo se traga los pecados, las codicias desordenadas, vistas livianas, palabras y pensamientos; qué poca lumbre hace en ellos la buena consideracion! Pero entre otras cosas, limpia mucho el trabajo los pensamientos lascivos y sensuales; porque, demás de los ojos que abre en el alma para ver su torpeza, se afrenta de parecer delante de Dios (que siempre tiene presente, como á quien le envia aquel alguacil) y de las criaturas con tanta suciedad y bestialidad. Fuera de eso, son los pensamientos torpes hijos legítimos de la carne regalada, la cual, como esté sin blandura y regalo, como en la aflicion lo está, no puede nacer della tan mala casta. El Sabio dice que el trabajo de la hora hace olvidar grandes deleites y demasías; algunos entienden por la hora, la de la muerte, que en cualquiera tiempo de la vida que se traiga á la memoria reprime los pensamientos de la carne, otros la del trabajo. Gran ejemplo es el de la arca de Noe, que en no haber hombres ni animales multiplicado en tiempo de un año, que á la mas cierta cuenta estuvieron dentro, es argumento que la aflicion del fin del mundo los hacia apartarse de los ayuntamientos aun lícitos, como lo eran los de los casados y de los animales. Y pues tantos provechos y tan importantes traen las tribulaciones, si el hombre es amigo del verdadero provecho, lo será dellas, no solo sufriendo las que vienen, sino deseando las que no vienen.

LIBRO CUARTO.

DE LAS RAZONES QUE TENEMOS PARA TENER PACIENCIA Y CONSOLARNOS EN LOS TRABAJOS.

PRÓLOGO.

Bastante fuera lo dicho en los libros y discursos pasados para quedar cualquiera discreto y cristiano entendimiento persuadido á tener paciencia en sus adversidades, pues eso pueden la naturaleza y excelencias desta inestimable virtud; eso mesmo la divina bondad, justicia y providencia, con que envia y reparte los trabajos, y eso mismo el gran interese que se nos sigue á



gente que tan amiga es de hallarle en todas las cosas; pero, porque el amor que tenemos á nosotros mismos llega á estimar y sentir mas lo presente que con las manos toca que aquello que no se ve, aunque en sí sea mas precioso y aventajado, y por otra parte, como Aristóteles dice y la experiencia nos enseña, hace tanto por tanto en nosotros mas impresion los trabajos que los contentos, que es decir que mas pena y dolor se recibe con la mesma medida de adversidad que contento con otra tanta prosperidad; me pareció emplear este cuarto libro y el siguiente en aficionar al cristiano lector á esta virtud excelente, con razones y ejemplos que, sin respecto á otro interese, convidan y convencen á tenerla en los trabajos, quitando ó amansándoles el miedo que suelen causar con el rigor que desde fuera prometen; antes prometiéndoles de parte de Dios, mediante los consuelos que se pondrán, mucha facilidad para sufrirlos; para que el que los temiere, quede para los que vinieren apercibidos, y de la paciencia de los bien padecidos contento y satisfecho.

DISCURSO PRIMERO.

De la primera razon que nos ha de mover á paciencia, tomada de la pequeñez de nuestros trabajos.

Es tan grande el regalo con que los hombres desean y procuran pasar esta vida, y el amor que tienen á su propia carne y contentamiento della, y la fuerza y cuidado con que la potencia irascible rebate los daños y trabajos que le acometen, que ninguno se persuade que los puede haber pequeños, especialmente los que en sí mesmo padece cada uno; pero los santos y amigos de Dios, ninguno tienen por grande ni pesado. La razon desta diferencia (demás de la dicha del amor propio) nace de las comparaciones que cada uno hace dellos; porque comunmente la envidia, que del mesmo amor nace, siempre los compara con los menores que ve en otros padecerse; y por el contrario, á la prosperidad mide y compara siempre con la mayor. De aquí nace que pocos hombres se hallan que quieran confesar que son ó están ricos, porque siempre se comparan con otros aventajados en riquezas; y así, procuran acrecentar las suyas hasta igualar con los que van delante dellos, aunque con ventaja de nobleza y merecimientos; que si se comparasen con un trabajador ó una vejecita que con un pedazo de pan y una sardina pasa su vida, conocerian claramente que son ricos; así en los trabajos, como no los miden sino con su deseo y el regalo que en todo procuran, siempre, aunque sean pequeños, les parecen desmedidos. Pero los santos van por diferente camino, por las prudentes y cristianas comparaciones que dellos hacen, unas veces comparándolos con la vida eterna que por ellos se promete, como san Pablo, que dice que las pasiones ó trabajos que en esta vida se padecen no igualan con la gloria venidera, que se ha de declarar y descubrir en nosotros. Y en otra parte, cuando dice que lo que es momentáneo y ligero de nuestras tribulaciones, obra y merece grande peso de gloria, cuando contemplamos para cotejar con ellos, no lo que se ve, sino lo que no parece; porque lo que se ve agora todo es breve y perecedero; y las cosas que no se ven son eternas, donde deshace y desmenuza los trabajos comparados con tan grande peso y medida de eterna gloria. Otras veces los comparan los santos con los del infierno, de que por ellos nos libramos; de donde vienen á decir algunos, como san Agustin y otros, que el fuego material de que usamos, comparado con el del infierno, es fuego pintado; y así por consiguiente todos los demás dolores y tormentos que en esta vida se pasan. Y sobre el salmo 48 dice que no son trabajos los desta vida, sino semejanza dellos; y trae á propósito aquel lugar de san Pablo, como y á manera de tristes, y siempre regocijados como pobres; pero enriqueciendo á muchos, como gente que carece de todos los bienes desta vida, pero que todos los posee. Donde nota san Agustin que el casi que es una pintura imperfecta y que desminuye lo que se va diciendo, se pone en los trabajos que san Pablo cuenta, y no en los bienes; porque estos son verdaderos, y los trabajos tan pequeños, que son como pintados y figurados y diminuidos. Algo desto da á entender lo que Orígenes dice, que los trabajos y penas desta vida, comparados con los del infierno, son como azotes dados sobre la ropa, comparados á los que se dan en la carne desnuda; porque, cuando en lo demás fuesen iguales, los humores gruesos hacen en esta vida menos sensible la carne de lo que estará cuando resucite para el infierno, que en comparacion de lo que agora es, será como desnuda, y así mucho mas sentible que agora. Y esto se entiende deste género de penas corporales, que las que allá son principales penas ni tienen proporcion con las de acá ni comparacion; porque no se pueden alcanzar del mas vivo y agudo entendimiento. Esta es la que los teólogos llaman pena de daño, que, así como los hombres no entienden mientras dura esta manera de conocimiento que agora tenemos cuán gran bien y gozo sea ver á Dios cara á cara, así no pueden alcanzar cuánto mal sea carecer de su vista perpetuamente por sus pecados, y así no es de las penas que mas les atemorizan. Sobre lo cual dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo. Los que saben poco, solo tienen por infierno el en que se padecen penas sensibles, y este es el que desean evitar de su principal intento. Pero yo digo con toda aseveracion que serán mayores tormentos que los del infierno los que una alma padecerá en verse apartar y desechar de la gloria de Dios. Y en suma, te digo que esto es lo mas grave que allí se padece, y lo que sobrepuja al mesmo infierno. Lo mismo dice en otros lugares, donde por nombre de infierno entiende las penas sensibles. Porque si por infierno se entienden todas las penas del condenado, las principales son de las que hablo.

Otras veces comparan y cotejan los santos los trabajos con los que el Hijo de Dios padeció sin culpa por las nuestras, que con el agradecimiento que ellos tenian á tan inestimable beneficio, como el de la redencion, y con la profunda consideracion de la grandeza de las penas del Salvador en sí, y de las circunstancias que las hacian mas insufribles, les parecia que las suyas dellos y las nuestras no eran penas. A este propósito y con esta consideracion decia san Pablo: Considerad, hermanos, una vez y otra aquel que tal contradicion padeció de los pecadores contra sí, porque no desma-

yeis en vuestros trabajos, pues en ellos no habeis llegado hasta derramar sangre. En que da á entender y á considerar cuán pequeños son los que padecemos comparados con la grandeza de los de Cristo, á quien de pura ternura y agradecimiento no nombra por su nombre; y añade á este pensamiento aquella palabra de los pecadores, para que, acordándonos que fuimos causa de aquellas penas, tengamos en las nuestras, no solo paciencia, sino vergüenza y confusion; pues todas aquellas, cuán graves fueron, se padecieron por nuestros pecados. Otras veces los cotejan los santos con las que trae consigo el estado de la prosperidad, que son gravísimas, como lo afirma el que le probó; y hizo, como quien podia, anatomía dél, que fué Salomon sapientísimo, riquísimo, y habló por su boca el Espíritu Santo, y dijo que todo era vanidad y aflicion de espíritu, mayormente cuando con la prosperidad viene daño de conciencia, que entonces es estado de gran tormento; cuya figura fué Cain, que de todos temia la muerte; y por el contrario se dice en la sagrada Escritura, segun el caldeo, que cuando alguno se quiere consagrar á Dios, ningun espanto subirá sobre su cabeza; dando á entender que los que andan apartados de Dios andan en perpetuos espantos. Y esto es lo que san Pablo dice, que los que desean riquezas demasiadamente erraron en la fe y se envolvieron en muchos dolores, de los cuales libra Dios á los buenos y libres de pecado; pues comparados los trabajos que por Dios se padecen con estos perpetuos desasosiegos, son como si no fuesen trabajos.

Pero dado que, con estas comparaciones ó sin ellas, fuesen los trabajos del cristianismo en sí muy grandes, la fidelidad de Dios los vuelve pequeños; de quien dice san Pablo que no permitirá que seamos tentados ni trabajados mas de lo que nuestras fuerzas pudieren, antes con el trabajo las dará mayores para que le podamos llevar. Lo cual san Dionisio en el libro de la celestial hierarquía declara con una comparacion: que así como el bueno y piadoso padre, sabiendo las fuerzas de sus hijos, ni los trabaja demasiado, porque no desfallezcan, ni los deja holgar, porque no aflojen; así nuestro padre piadoso, Dios, que tiene conocidas y medidas nuestras fuerzas, ni nos quita los trabajos, porque merezcamos, ni los da desmesurados, porque no desfallezcamos. San Juan Crisóstomo lo declara por otra comparacion del músico, que las cuerdas flojas las aprieta, hasta que estén en proporcion, y afloja las muy tiradas porque no quiebren. Así hace Dios. De manera que, así como de la flojedad y remision nace el apretarlas, así del haberlas apretado nace el aflojarlas; que es gran consuelo para los que de la mano de Dios se ven en esta vida apretados y afligidos. Pero la comparacion que mas lo declara puso el mesmo Dios por el profeta Esaías, donde dice á este propósito para que el Profeta consolase á los afligidos con trabajos, y aun á los que desean padecerlos grandes por su nombre, dice que no de una mesma manera se han de trillar todas las semillas. Que el trigo que es recio se ha de trillar con trillos y con carros, y los cominos y otras semillas delicadas no así, porque todo se desmenuzaria y haria polvos, sino basta con una vara, que de tal manera trilla, que no la mueve; y que así hará su divina Providencia repartiendo los trabajos, que á los flacos los enviará pequeños, y á los mas fuertes los mayores. De aquí mandaba en la ley no arasen con buey y asno, porque al paso del asno era mal empleada la fuerza del buey, y al del buey era fatigar las del asno, y en el Evangelio á unos despedia con aspereza, buscándole ellos como á la Cananea; á otros buscaba él y atraia con regalos y les convidaba con la salud del cuerpo y del alma; porque los unos eran fuertes y los otros flacos. Y á los apóstoles, antes de la venida del Espíritu Santo, no consintió que fuesen muy afligidos, por ser flacos; y por esto dijo que no podian ayunar mientras el Esposo estuviese presente, que en ausentándoseles ayunarian. Y así fué, que después que él subió á los cielos, y el Espíritu Santo vino sobre ellos (que fué confirmarles y fortificarles para padecer), comenzaron de veras sus ayunos, sus trabajos, sus destierros, peregrinaciones y persecuciones. De aquí nació tambien que dos mozos que quisieron seguir al Redentor, al uno mandó que volviese á sus padres, y al otro no le dió licencia para ir á despedirse dellos. Porque, como declara san Gregorio, el uno tenia fuerzas para resistir á los ruegos de sus parientes, y el otro quizá por las pocas que tenia no volveria. Así que, al que mas fuerzas tiene, mayores trabajos le dan, y al que menos menores; que es lo que san Sixto dijo á san Lorenzo, llevándole al martirio; quejándosele san Lorenzo porque le dejaba desamparado, yendo sin él á padecer, respondió: No te dejo, hijo, ni te desamparo, sino que para de aquí á tres dias te están guardadas mayores peleas: yo, como viejo, recibo mas ligera pelea; pero á tí, como á esforzado mancebo, te aguarda mas famoso triunfo del tirano. Esta es la medida con que dice David que Dios mide las lágrimas, y esta es la razon por que los trabajos se llaman cáliz, y por otro nombre se llaman juicio en la sagrada Escritura; porque no hay médico ni boticario que tan en fil y con tanto tiento pese ni mida una purga, conforme á la necesidad y fuerzas del enfermo, como mide con las nuestras el trabajo nuestro buen padre y médico de nuestras almas; el cual oficio de nadie le quiso fiar sino de sus propias manos, ni el demonio se ha atrevido á decir que él reparte y da los trabajos á quien quiere ni como quiere, como lo dijo de los bienes y reinos del mundo al Redentor, ni osó tocar en la persona ni hacienda de Job, sino dejólo á Dios, á quien está reservado, diciendo: Tocalde un poco. Tócale tú, Satanás, pues tan poderoso eres y tanta gana tienes de hacerle mal. No tengo licencia ni aun tiento para saber cuánto le tengo de afligir; porque Dios no le toca para hacerle mal, sino lo necesario para gloria suya y bien del atribulado, y eso no sé yo cuánto es; y por eso no tengo licencia.

Pero aquí se ha de advertir que cuando tantas veces y por tantas comparaciones decimos que Dios mide nuestros trabajos con nuestras fuerzas, de manera que al flaco aflige poco, y al de mas fuerzas carga la mano en su aflicion, no se ha de entender de las fuerzas naturales, porque con estas solas ni aun un buen pensamiento podemos tener, como san Pablo dice, cuanto mas sufrir trabajos; sino entiéndese de las fuerzas de la gracia y favor de Dios, que nos da para sufrirlos por

su nombre. Así como cuando el Evangelio dice que un hombre noble, habiendo de partirse á una peregrinacion, llamó sus criados y repartió entre ellos sus bienes, para que entre tanto della negociasen; dió á uno cinco talentos, á otro dos, á otro uno, repartiendo á cada uno segun su propria virtud y valor, que fueron los oficios, cargos y gracias de su Iglesia; no se entiende segun la virtud natural de cada uno, que seria contra lo que la santa fe católica nos enseña, sino segun la que tienen los perlados y los demás que entran en este repartimiento por la gracia y favor del mesmo Dios, segun en otra parte lo declara san Pablo, diciendo: A cada uno de nosotros fué dada la gracia segun la medida del don de Cristo. Habla de los perlados, pastores y doctores y otras personas apostólicas de la Iglesia, y á los oficios llama gracia. Pues ¿cómo dice en la parábola, segun su propia virtud? Todo es uno; porque la propia virtud, que quiere decir la virtud particular de cada uno, fué gracia y don de Jesucristo nuestro Señor; porque, segun la natural, ningun oficio destos pudiera ninguno dellos hacer. Así se ha de entender acá que mide Dios los trabajos que por gracia y misericordia suya nos envia, como acullá los oficios, segun las fuerzas de cada uno, no naturales, sino las que su majestad comunica para padecer aquel trabajo, sin las cuales y muy bastantes nunca le envia. Y esta es la fidelidad que san Pablo dice, que nunca consentirá que seamos tentados mas de lo que pudiéremos. Estas son las dos alas que en el *Apocalipsi* se dieron á la mujer perseguida del dragon para que pudiese volar y escaparse de él. Esto es tambien el trono de Salomon, donde habia leones y manos; leones para afligirnos y despedazarnos, y manos para socorrernos y librarnos dellos, igualando la fuerza y socorro con su braveza. Gran espanto pone al que está á la orilla de la mar ver cómo se traga un poderoso rio que parece que allí es su fin para nunca correr mas; pero por las secretas vias de la tierra y por donde no alcanza á ver el que ve rio cómo le sorbe la mar, la mesma mar envía agua bastante para que no desfallezca el rio. Así lo dice el Sabio; porque, así como conviene para un fin que el rio sea tragado, así para otro conviene que nunca falte en el agua. Así Dios, cuando para los fines de su divina providencia parece que con trabajos se traga los hombres, entonces provee secretamente de interiores fuerzas para llevarlos; porque lo uno y lo otro conviene para gloria suya y provecho nuestro, y así lo promete por el salmo, diciendo del justo: Cuando cayere no se lastimará. Y dice otra traducion: Cuando comenzare á caer no caerá, porque Dios tiene su mano debajo. Así como cuando uno está hincando un clavo en una pared, con la una mano le da el golpe, y con la otra le tiene porque no caiga; así hace Dios, figurado por la zarza de Moisen, que, ardia y no se quemaba ni consumia porque estaba Dios en medio della. En que significó Dios á Moisen, que aunque los de su pueblo se habian de arder en trabajos, malos tratamientos y persecuciones, pero que no perecerian, porque el mesmo Señor estaba y andaba en medio dellos. Por lo mesmo figuró que por estar en medio del justo, por su gracia y favor no podrá ser consumido con trabajos, por graves y fuertes que sean.

Y es mucho de notar, para mayor consuelo de los que padecen, que no se contenta Dios con prometer y dar fidelísimamente fuerzas iguales al trabajo, sino que, para que el pelear y vencer sea mas fácil, las da mayores que el mesmo trabajo, con mucha ventaja. De suerte que á esta cuenta, cuanto mayor es el trabajo que nos envia, tanto es por esta parte mayor la merced, por la gracia y favor que en las fuerzas se sienten mas aventajadas que para los pequeños; y siempre se declara esta ventaja en el esfuerzo de los santos. El santo Job, después de tantos daños y adversidades que sabia y confesaba venir de mano de Dios, no contento con haberlos padecido y padecerlos con tan ejemplar y admirable paciencia, dijo: Aunque me mate no perderé la esperanza que tengo de su misericordia. Y esto mesmo se da á entender en aquel gran esfuerzo que tenia puesto en san Pablo, cuando aquel profeta Agabo le dijo que le habian de prender y echar en cadenas en Jerusalen; por lo cual con lágrimas le rogaban los presentes cristianos que no fuese por entonces á la ciudad. Respondió con grande espíritu, diciendo: ¿Qué haceis, hermanos, que llorando me quebrantais y afligis el corazon? Sabed que estoy presto, no solo á ser preso y encadenado en Jerusalen, sino á morir por el nombre de Jesucristo. Claro parece de la historia que no murió en aquella ocasion; y pues este esfuerzo no podia venir sino del cielo, luego de ahí se saca que tenia esfuerzo mayor que para el trabajo presente. Y de aquí podemos sacar que siempre y en todos será así. Y así, con su hecho en este lugar se declara san Pablo en el que primero dijimos, que no consentirá Dios que sea nadie tentado mas de lo que puede; y no solo esto, sino que en la tentacion proveeria ganancia en las fuerzas, para que mejor se pueda llevar; lo cual, en decir ganancia entiende que no se contenta con darlas iguales, sino darlas sobradas y aventajadas, como dice en otra parte: Así como crecen las pasiones por Cristo en nosotros, así por el mesmo Cristo y por sus méritos se nos da con sobra y abundancia nuestra consolacion. La cual se entiende, no que vaya creciendo el esfuerzo y consuelo á la medida del trabajo, antes sobra mucha fuerza para vencer fácilmente el presente, y queda en abundancia para los que vinieren. Y así vemos que, mientras uno está mas trabajado, mas rico está de esfuerzo y mas fuerte en vencer los trabajos que sobrevienen, saliendo siempre con ganancia de la pelea, no solo por la condicion de los trabajos, de que en el libro pasado se dijo, sino por la gracia y favor de Dios, que hace mayor á los que mas padecen.

De aquí pueden los que persiguen á los buenos tomar escarmiento; porque, no solo (aunque mas en este oficio trabajen) no saldrán con su pretension, mas saldrán cada vez los buenos con mas ganancia. Y como dice David, no permitirá Dios que dure mucho la dura vara y el poder de los malos para afligir á los justos y turbarles su paz. De suerte que no vendrá el justo á desfallecer y echar mano y extenderla á cometer algun pecado. Y este consejo dió el Sabio á los tales que tratan de inquietar y afligir á los justos, por ver el cuidado que Dios tiene de defenderlos y sustentarlos en sus fuerzas. No andes, dice, acechando, ni pienses hallar pecado en casa del justo, ni le alteres su paz y quietud, pensando

enflaquecer sus fuerzas con mucha persecucion y trabajo; porque, aunque caiga infinitas veces al dia en él, luego se levanta; que si fuera malo, cayera para su mal; agora que no lo es, cae y se levanta con mas fuerzas. Y la causa original desto, dice David, es que guarda Dios y tiene cuidado de los huesos de los justos, que son la fuerza del cuerpo; para que de ahí entendamos que les da y guarda la del espíritu para padecer por su nombre y para que no caigan en el trabajo, y cuando fueren perseguidos y inquietados.

Y pues ansí es que la grandeza ó pequeñez del trabajo nunca se mide sino conforme á las fuerzas del que le padece; que no habrá quien diga que para un valiente y robusto soldado es trabajo llevar en la mano una espada cual lo seria para un niño de tres años ó cuatro. Y vemos que, por la gracia de Dios, son las fuerzas que para padecer nos envia, no solo iguales con el trabajo cuanto se ha de sufrir, sino sobradas y aventajadas; claro parece que los trabajos, no solo comparados con los del infierno, ni solo puestos delante de la gloria, que por padecerlos está prometida, ni con otro respecto ninguno de los dichos, aunque con ellos se amansan mucho; sino en sí y para las fuerzas que para ellos tenemos, son pequeños y desiguales á ellas. Lo cual es gran consuelo, pues ellos son necesarios, y quitándose lo que sobra á las fuerzas ó recibiéndolas sobradas, si no se quita dellos (que siempre Dios hace la una de estas dos cosas), quedan para cualquier afligido facilitadas. Porque, así como la madre por el regalo y salud de su niño le viste y envuelve á la lumbre, y cuando esta es demasiada para las carnecitas tiernas pone la mano delante para defenderlas del demasiado calor; así hace Dios, que para nuestro bien y salud nos viste al fuego de la tribulacion, y cuando esta es recia pone delante la mano de su favor; el cual es tan grande, que con ventajas vence al trabajo; y templado lo uno con lo otro, resulta en regalo del que padece. Lo segundo se sigue cuán engañados viven los que con instancia piden á Dios les quite ó alivie los trabajos; pues con quitárselos se privan del favor y gracia que de su mano habian de haber para sufrirlos, allende del mérito que por padecerlos pierden. Por lo cual decia san Pablo: De buena gana me holgaré y preciaré en mis flaquezas y trabajos á trueque de que more en mí la virtud de Cristo. Y aunque el vivir con pocos parece consuelo, y dello dan los imperfectos gracias á nuestro Señor; pero en tener los pocos, segun lo dicho, se parece y descubre su imperfeccion y estado de muy principiantes en la virtud y servicio de Dios. De donde nacian aquellas hervorosas oraciones de aquellos grandes santos, que continuamente pedian á Dios trabajos y tribulaciones para padecer por su nombre, confiados en él que con su gracia habian de salir dellos, no solo sin pérdida, mas con gran ganancia y mérito de la vida eterna.

DISCURSO II.

De la segunda razon que consuela al afligido, que es que los trabajos se mudan y pasan brevemente.

Pocos años es necesario haber vivido, y leido pocos libros y andado menos tierras, para entender cuán mudables son todas las cosas desta vida, así prósperas como adversas, y cuán poco duran; porque todas ellas juntas y cada una por sí son un libro que nos enseña esta verdad. Porque, así como todo el mundo anda en perpetuo movimiento, así lo andan sus partes; y así como el tiempo se muda, antes es una perpetua mudanza, segun su difinicion, fundado en el primer cielo, que nunca para, antes en el no parar del cielo; no es mucho que así lo sean todas las cosas á él sujetas. Con esta consideracion nos amonesta el Sabio que en el tiempo de la prosperidad (que allí llama tiempo de pecados por las ocasiones dellos, que entonces hay muchas) no nos durmamos; porque, así como desde la mañana á la tarde se muda el tiempo, así se mudan las cosas; cuya mudanza es muy súbita y apresurada delante de los ojos de Dios, que es el que con su poder y sabiduría las muda. Esta mudanza nos quiso significar el profeta Zacarías en aquella variedad que vió de caballos, unos bermejos, otros negros, otros blancos, otros de varios colores. Dando á entender que está el hombre unas veces contento, ora triste, ora rico, ora pobre, ora sano, ora enfermo; así, los caballos rufos ó bermejos significan gran riqueza y contento; los negros, luto y tristeza de la pérdida de aquella; los blancos, negros, morcillos y alazanes, la variedad del mundo, que no hay cosa en él firme ni constante. Esto mesmo nos enseñan las cosas todas, naturales y artificiales: el sol, que cada dia nace y muere; este mesmo dia, á quien sucede la noche; este dia y noche, una vez grandes, otros pequeños; la luna, cada dia de su figura, la tierra, que parece la mas constante, en verano hermosa, en estío seca; los árboles, una vez verdes y floridos, otra desnudos y deshonrados; las aguas de los rios corriendo, la de la mar volteando á una y otra parte; los edificios, unos viejos y otros nuevos, otros caidos, otros renovados; los hombres, ayer niños, hoy viejos, mañana muertos. Por el mesmo rasero van las fortunas de los hombres, la salud, los linajes, los estados, los señoríos, los imperios; todo como arcaduces de noria, unos llenos otros vacíos; unos suben, otros bajan; unos se quiebran, otros se renuevan, y al cabo todos se hunden y acaban; sino que, como no tenemos presente mas de nuestro siglo y pocas leguas de tierra que alcanzamos á contratar, no lo consideramos como ello es; aunque para tenerlo bien entendido esto bastará, pues en todo tiempo y lugar dan las mesmas cosas priesa á la consideracion. Ni es necesario para este efecto traer en las manos las historias antiguas ni al tirano Dionisio, que, después de haber vivido en tanta grandeza, fué deshonradamente echado de los siracusanos y desterrado á Corinto, donde vino á tanta miseria, que vivia de tener escuela de mochachos; ni á Belisario, que, después de tan famosas hazañas, y haber sujetado á los vándalos y librado á Roma de los bárbaros valerosamente, al fin le fueron sacados los ojos y vivia de limosna, pidiéndola, como los demás pobres, por las calles y caminos; ni á Mitridates, que tan poderosamente puso en aprieto cuarenta años á Roma, vino al cabo á matarse á sí mesmo; ni es necesario traer á Julio César, que, después de vencido Pompeyo, habiendo triunfado tan gloriosamente de franceses, alejandrinos, griegos, africanos y españoles; en medio de su gloria fué muerto de sus amigos fingidos. Y desta suerte se podian traer

millares de casos desastrados y mudanzas de fortuna, aun mas acercados á nuestros tiempos. Pero bastan los que cada dia vemos en ellos. Y de los unos y de los otros fué expresa pintura la estatua de Nabucodonosor, cuyo cuerpo, aunque todo él era compuesto de reinos, imperios, poderíos y riqueza de oro y plata; pero todo estribaba en piés de barro, que decia la sujecion á inconstancia y variedad. Así que, todas las cosas están sujetas á esta, ora prósperas, ora adversas, que es gran consuelo para los buenos y siervos de Dios, en que hacen gran ventaja á los malos que de la mudanza de las cosas se desconsuelan, por la poca firmeza que ven en los bienes en que adoran; pero los buenos se consuelan della, porque no los quieren, y de la de los males porque no les duran. De aquí es que, aunque Dios antiguamente muchas veces castigaba á su pueblo por sus pecados, muchas les consolaba con esta razon de sus castigos; como parece especialmente en Jeremías, donde se cuenta que, teniendo el rey Sedequías preso al Profeta porque predicaba públicamente y á voces que todos habian de ir cautivos á Babilonia, dícele Dios: Mira, Jeremías, tú tienes un pariente muy cercano que se llama Anamael; envíale á llamar y cómprale una heredad que tiene aquí en el término de Jerusalen, y haz tu carta de venta con testigos y firmeza, y después de cerrada y sellada, métela en un cántaro de barro, donde se pueda guardar. Hízolo así el Profeta. ¡Quién le viera por una parte predicar la cautividad general de todo el pueblo, y por otra comprar heredades! Santo Dios, ¿estos hombres no han de ir cautivos, y llevar sus mujeres y hijos y las haciendas y riquezas? ¿Cómo hay compras y ventas? ¿Quién ha de dar un real por las tierras y heredades pues han de salir tan presto dellas? Lo segundo, ya que, Señor, mandais hacer escritura firme, ¿para qué la mandais guardar en cántaro de barro, sino en cosa mas firme que la conserve? Respóndese que quiso Dios consolar al pueblo con que la cautividad no duraria mucho tiempo, y que así, se podian hacer de las haciendas raíces compras y ventas; y asimesmo que la hacienda comprada y el derecho della se ponia en un cántaro de barro quebradizo, porque así son los bienes y cosas desta vida, sin seguridad ni firmeza; hoy las vemos levantadas á lo alto, mañana por el suelo, y así sujetas á las demás mudanzas.

Poniendo los antiguos los ojos en esta consideracion, pintaban la fortuna sobre una piedra redonda, que nunca cesaba ni paraba de andar, ya lo alto estaba abajo, ya lo bajo en lo alto. A lo cual aludiendo Ciceron en el libro de *Natura Deorum*, dice que no hay cosa en el mundo mas contraria á otra que los bienes deste mundo á la firmeza dellos. Y Boecio, en los libros de consolacion, dice que pensar estorbar esta mudanza es ponerse á detener una rueda que con ímpetu se mueve al rededor. Gran locura seria de el que fuese á un molino ó aceña y quisiese probar á detener la rueda que con tanta fuerza y velocidad se mueve. Así es el que piensa tener en esta vida alguna cosa firme, porque todas caminan y se mudan con grande ímpetu y ligereza, ora sea próspera ora adversa. Y á esto alude el apóstol Santiago cuando hablando en su *Canónica* de los males que la lengua causa, dice que inflama y enciende la rueda del nacimiento, que es de la vida del hombre, que es ni dejar roso (como dicen) ni velloso, bueno ni malo, todo lo muda y destruye la lengua, y le pega fuego. Donde se ve que á la vida del hombre llama rueda por su inconstancia, la cual causa el movimiento del cielo, que, como un torno, está siempre hilando los dias della, sino diga cada uno las mudanzas que después que se acuerda han pasado por la suya; no hay Proteo mudado en tantas figuras, ya enfermo, ya sano, ya contento, ya triste, ya enojado, ya sosegado y pacífico, ya temeroso, ya esforzado y animoso; de donde algunos filósofos vinieron á pensar y á afirmar que fuimos todos criados de agua, que siempre está en perpetuo movimiento, como parece en los flujos y reflujos del Océano. Y por esto aquellas dos mujeres que en diversas ocasiones quisieron persuadir á David; la una, la reconciliacion de su hijo Absalon; la otra, el desenojo contra Nabal Carmelo, su marido; echaron mano desta razon, que todas las cosas se mudan, y que tiempo tras tiempo viene, y que podria venir alguno en que el Rey se viese con necesidad, como agora la tenian otros dél, que para esta y otras muchas cosas es gran remedio esta consideracion, porque con ella se estiman las cosas en lo que son, y se descubre qué valor tenga. Entre otras cosas buenas que en defensa de su inocencia decia el santo Job, decia: Plega á Dios que esto y esto me venga, si tomé jamás contento con mis riquezas, aunque tenia muchas ganadas por mis manos; y si miré al sol cuando mas resplandecia, y la luna cuando se movia con su claridad blanca y hermosa, plateando toda la tierra; lo cual, aunque comunmente lo entienden de la idolatría, de que se lava este santo las manos, como parece en el contexto de la letra; pero san Juan Crisóstomo lo declara á nuestro propósito, que quiere decir Job: Si tuve jamás contento con mis riquezas, entendiendo y considerando qué poca firmeza tenian y cuán perecederas eran y caducas, haciendo cuenta que si el sol y la luna y las estrellas, con ser tan perpetuas en su ser y su luz, las veo mudarse, nacer y ponerse cada dia, gran locura seria tener las cosas terrenas por firmes y constantes; así que, por esta razon, ni cuando las tenia recebia contento, ni cuando las perdia me congojaba, porque sabia bien que esta era su naturaleza. Todas estas palabras son de san Juan Crisóstomo y otras á este propósito, de gran dotrina y consideracion.

Sirve, por el consiguiente, esta consideracion para consuelo en los trabajos, sabiendo que, estando la vida en perpetua mudanza, no le faltará la suya al trabajo; la cual no puede ser sino para el descanso, y en el mayor trabajo está mayor y mas cierto este remedio. De aquí consolaba el otro á uno que tenia un gravísimo dolor de ijada, diciéndole que esto tenia de consuelo, que no podia mudarse en otro mayor, presuponiendo que habia de mudarse. De aquí llamaba san Pablo momentánea á la tribulacion, y san Pedro en su *Canónica*, decia: Y agora si fuere necesario padecer de tristeza un poquito de tiempo, para probar y afinar vuestra paciencia como el oro, para que parezca y se conozca para gloria y honra de nuestro Señor Jesucristo, etc. Por lo mesmo, un mal tan largo como la cautividad de Babilonia lo llama Dios mal de un punto, diciendo: Por un punto te

desamparé, al parecer de los hombres, pero yo te tornaré á juntar y reducir con grandes y largas misericordias; otra vez llama poquito y momento, por Esaías, al tiempo de la indignacion, especialmente cuando le pasamos en nuestro oratorio recogidos, como allí dice: Desta brevedad en los trabajos que nos envia, dice Dios en muchas partes que tiene gran cuidado y providencia de un linaje dellos; dice que no dejará el poder y vara de los malos mucho tiempo sobre los buenos, porque, con esta sujecion y tristeza ocasionados, no vengan los buenos á extender las manos á los pecados. Esto dió tambien á entender cuando envió á Esaías á anunciar la muerte al rey Ecequías, que estaba enfermo, que al salir no habia llegado bien á la escalera, cuando le manda volver á consolarle. Pues si comparamos los trabajos con los tormentos del infierno, allí se ve mas claro cómo los de acá son presurosos y ligeros, que se nos dan para excusar aquellos. En las divinas letras son los desta vida comparados á arroyo que pasa presto, como en el salmo que dice que Jesucristo, viviendo entre nosotros en cuanto era caminante, bebió del arroyo, esto es, de los trabajos, que pasan como arroyo; pero los del infierno son comparados, en el libro del *Apocalipsi*, á estanque, diciendo que la muerte y el infierno fueron echados en el estanque de fuego, que es el infierno; porque, así como el agua del estanque nunca pasa ni corre, ni se muda ni falta gota, así aquellos tormentos en toda la eternidad ni pasan ni menguan, siempre se están en un mismo ser, en que la eternidad dellos se da á entender que es una de las mayores penas y tormentos que ellos tienen, cuando tienden los ojos por aquella inmensa eternidad, sin hallar ni topar fin ni remate ni alivio en faltarles una gota dellos; y en los de acá, al contrario, el pensar que se han de acabar y presto, como pasa la avenida de un arroyo en tiempo de una tempestad, es gran consuelo para el trabajado y afligido, aunque no fuese sino como san Juan Crisóstomo dice: Los trabajos de acá ellos mesmos se van acabando, y cuando menos, se acaban con la muerte que causan en el que los padece, que lo acaba todo. Allá (dice este bienaventurado santo), en el infierno, no hay muerte ni fin, sino los dolores y la prolijidad corren á las parejas; y aun en los de acá hay otro consuelo, que la prolijidad, cuando duran algo, endurece y hace callos; y así, son siempre menores, como parece en los hechos á enfermedades, á cuartanas, á poca vista ó pocos dientes y muelas, que el mucho tiempo les alivia la pena; y asimesmo los galeotes, que al principio sienten tanto el rebenque, á cabo de algunos años aun salen de mala gana de aquella vida, tan mudados están de parecer y sentimiento; pero en el infierno siempre tiernos, siempre nuevos, siempre sentibles y nunca aliviados ni consolados; de manera que por todas partes queda el consuelo de nuestro trabajo en pié, con el pensamiento de acabarse presto, y si no le tenemos, es por nuestra impaciencia y poco sufrimiento, y menos consideracion de la naturaleza de las cosas, que por su inconstancia las gustosas lo son menos y las penosas no lo son tanto, y á veces lo son nada.

§. II.

De otra razon por que los trabajos son breves, porque la vida lo es.

De las palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo, cuando dijo que á lo menos eran los trabajos desta vida breves, porque ella lo es, tomé ocasion para tratar esta razon, considerando en esta segunda parte del discurso cuán breve es esta vida, para que, cuando los trabajos no tuvieran otro consuelo, se vea cuán grande es este para los que los padecen; del cual san Agustin usa para consolar de los trabajos. Para averiguar pues cuán corta es nuestra vida y cuán sin pensar se pasa, ni son menester libros ni mirar lo que los autores dellos desto sintieron, ni preguntar en qué pararon los príncipes y reyes que mas larga se la prometian y procuraban, ni qué se hicieron los filósofos, los sabios, los poetas famosos, los capitanes y soldados que tantas batallas ganaron, allanaron los montes, abrieron los caminos, sujetaron las gentes, ni qué se hicieron las armas, municiones y letras, ninguna cosa es necesaria; sino después de haber considerado sola la mudanza que nuestra propria muerte ha hecho en tan breve tiempo en nuestras mesmas personas, las cuales va desde el principio comiendo y acabando, remitiendo la virtud y aflojando las fuerzas, señalando el rostro con canas y rugas y falta de dientes y de vista; porque lo que da de espera para acabarnos no lo quiere dar sin logro, cobrando de nosotros poco á poco cada año, y muchas veces á mas cortos plazos, las cosas dichas; de manera que cuando ya viene por nosotros, apenas halla que llevar, sino la triste vida. Así que, después de considerado esto, pase adelante la consideracion y eche de ver cuán en breve nos ha llevado de delante de los ojos á nuestros padres y hijos, hermanos y tantos amigos, y á nuestros conocidos, que con su florida edad parecian inmortales. Cada uno cuente en su pensamiento y memoria los que le tocan y los que ha conocido, y dirá: ¿Qué se hizo mi padre, mi madre, mis hermanos, mis vecinos, Fulano y Fulano que yo conocí, Fulano que gobernaba, etc.? Y hallará que, sin pasar por Salamanca ni Paris, ni abrir libros ni aguardar para ello mas predicadores, los mesmos defuntos, las mesmas mudanzas lo serán desta verdad, que la vida es breve; y de quien dice Job, que el hombre nacido de mujer vive poco tiempo, y ese lleno de miserias, y que huye ligero como una sombra, y nunca, mientras vive, permanece en un mesmo ser. Ni se le hará dificultoso de entender á David cuando dice que puso Dios sus dias medidos, esto es, tasados y breves; ni para lo que es persuadirse una vez esta verdad es necesario saber leer ni revolver libros santos ni profanos, porque no hay nacion, por bárbara que sea, que, sin haberlos leido ni visto, no la confiese y la predique con varias sentencias y comparaciones: unos dijeron que somos como fábula, otros como gorgorita de agua cuando llueve, otros heno, otros hojas de árbol; lo cual dijo Homero con tanta propriedad, que contentó mucho á un filósofo, porque cuadra por muchas razones. La primera, porque no hay cosa mas mudable que la hoja del árbol, de donde se dijo que no se mueve una hoja de un árbol sin la voluntad de Dios, por ser la cosa que mas fácilmente se mueve con cual-

quier vientecito, por pequeño que sea; así es la vida del hombre, que con cada nonada próspera ó adversa luego se turba y mueve de su quietud de corazon. El salmo dice: Ciertamente el hombre que vive es un monton de toda vanidad, y todo se pasa en farsa ó figura; y así, sin propósito se turba. Otra traducion dice: Ciertamente livianísima y vanísima cosa es el hombre, y mas vana que la misma vanidad; porque, como una imágen vana y una sombra, sin cosa firme ni estable anda en este angostísimo carril desta vida. Tras esto viene la comparacion por la propiedad del suceder las hojas unas á otras, y la poca memoria que queda de las pasadas, y el nacer y crecer y caer las presentes, como los hombres tan apriesa, quedando siempre poco mas ó menos el mesmo número; y así en ellos como en ellas hay variedad que no caen todas juntas, unas presto otras tarde; así hay entre los hombres muertos en diversas edades. Otros dicen que nuestra vida es humo, otros sombra. Los malos, que suelen reirse desta sentencia, por parecerles que tienen experiencia de lo contrario, la vienen á confesar en el infierno; allí la comparan á sombra, que en un instante nace y en otro muere; y su vida y ser es no ser; compáranla los mesmos á correo, que pasa con gran priesa, y aun á decir las nuevas no quiere parar; á águila, que no deja rastro en el aire; á navío, que no le deja en el agua; al fin, viene á decir que antes se vieron muertos que nacidos; así que, juzgan no haber vivido por la brevedad con que vivieron. Los santos y la Escritura usan de otras muchas comparaciones para significar esta brevedad: compáranla á ceniza, que con un soplo desparece; á imágen, que no tiene mas de apariencia; humo, que el viento brevemente le deshace; agua, que corre y nunca vuelve; telas de araña, que con un soplo se deshacen; rastro de nube, que el sol consume en un punto; flores del campo, que á la tarde están marchitas; heno, que presto se seca; espuma de la mar, que la tempestad prestamente junta y aparta; tela, que se corta; navíos que llevan fruta, que van apriesa á todas velas, porque la fruta no se pudra ó porque en pasando no dejan mas que solo un olor della; á gota de agua comparada con la mar; á sueño breve de las guardias ó centinelas en quien la noche se reparte. Al fin, la sagrada Escritura dice á los mártires que claman pidiendo venganza de su sangre: Esperad un poquito hasta que el número de vuestros hermanos esté cumplido. Pues si lo que hay desde entonces al dia del juicio es poquito, ¿qué será la miserable vida de un hombre? Así que, por una parte la experiencia, por otra la confesion de los malos, por otra la de los filósofos, por otra la de los santos y la Escritura, convienen en que la vida del hombre es brevísima y miserable.

La razon desta tan encarecida brevedad parece que da en diversas partes la misma Escritura sagrada, porque en una parte della nos dice que todos vamos corriendo y con grande priesa á la muerte; y en otra que ella viene con grande priesa en nuestra demanda. Si un caminante quiere alcanzar á otro en un camino, todavía tarda en alcanzarle, porque el otro va como huyendo, porque no le alcance; y aunque se da priesa el que va en el alcance del otro, tarda en ganar lo que el delantero va ganando de ventaja; pero si lo que ha de alcanzar el primero es cosa fija, como una ventana ó torre, no tarda tanto, porque la ventana no huye ni gana tierra; pero para juntarse este caminante con otro que viene contra él por el mesmo camino, menos tiempo es menester, porque ambos ayudan á la priesa del juntarse, y mucho menos sería necesario si ambos caminasen apriesa y corriendo, como acaece en los correos de á caballo que se encuentran, que apenas se descubren el uno al otro en el camino, cuando están juntos y desparecen; y en los justadores, que apenas hecha la señal han partido del puesto, cuando se han encontrado. Pues la divina Escritura nos pinta como justadores con la muerte con gran velocidad; porque de nosotros dice que partimos para ella como un arroyo de agua ó rio, el cual vemos que corre con tanta velocidad, que apenas se conoce en la tierra otra mayor; porque, aunque un rio vaya manso al parecer (en que tambien es semejante á nuestra vida, porque acaece estarle mirando y asomar por la parte alta del rio un corcho sobre el agua, y caminar al parecer tan despacio, que no llega á nosotros en media hora, ni se desparece en otra media), pero el agua sin duda va con gran velocidad; lo cual se verifica en una rueda de molino que ella mueve, la cual se pierde casi de vista de pura ligereza; y del otro de grandes fuerzas se dice que las probó en quererla detener, y le reventó la sangre por los oidos. Y esta velocidad es claro que le viene del agua, y no de sola la que allí cerca baja por la canal del molino, que luego cesaria, sino del agua, que parece venir mansa, pues de donde se continúa el agua se continúa la fuerza, con la cual suele un rio llevarse los árboles y los peñascos que delante se le ponen, y arruinar casas y barrios enteros de las ciudades y las presas ó pesqueras de las aceñas, dejando espantados á los que miran desde las riberas; así es la vida del hombre, que mirada á lo que parece, va de espacio; de manera que se pasan diez, veinte, cuarenta años sin que en la vida de un mancebo se eche de ver mudanza; pero en realidad de verdad va corriendo velocísima como el rio. Por otra parte, nos pinta la Escritura á la muerte en un caballo que viene posteando hácia nosotros, que da á entender dos cosas: la primera, cuán descansada anda la muerte, ora mate pocos, ora muchos, ora poderosos, ora plebeyos, ora flacos y enfermos, ora fuertes; lo que no acaece en otras vitorias entre los hombres. Lo segundo, que entendamos que viene la muerte á nosotros por la posta, y aun mas apriesa que nosotros á ella, porque viene descansada y á caballo, y nosotros á ella cansados, fatigados y llenos de cuidados, de honra, hacienda, mujeres y hijos, etc.; y con todo eso, vamos á encontrarnos con ella ligeros y veloces como un rio, cuanto mas viniendo ella descargada y en piés ajenos.

Pues si comparamos la mesma vida con la eternidad, no queda comparacion, porque todas cuantas se han dicho quedan mancas; lo cual se echa de ver en un salmo donde David la quiere comparar con ella, y no halla cómo ni en qué, sino con decir que es como el dia de ayer, que pasó ya, aunque la vida sea de mil años, donde ninguna hasta hoy ha llegado, porque á la de Matusalen le faltaron treinta para llegar á ellos. Pues dice David: Señor, mil años delante de vuestros ojos (por-

que habla con Dios, que así habla con las mesmas palabras san Pedro en su *Canónica*), como el dia pasado de ayer; que, aunque este ya no es, así son todas las cosas finitas, comparadas con las infinitas, como los hombres todos comparados con Dios son como si no fuesen; que así lo dijo Esaías, aunque sean los monarcas, porque siempre es la distancia infinita, como desde un pobre á Dios ó desde una hormiga; así son los muchos años y los pocos respeto de la eternidad; así está bien dicho, que mil años como un dia, no el de hoy, que es, sino el de ayer, que ya no es. Sobre lo cual se espanta mucho san Agustin: ¡Válgame Dios! Ya que los compara á un solo dia ¿no dijera como el dia de mañana? Responde él mesmo; No, porque las cosas que se rematan y tienen fin se han de estimar como ya pasadas, como lo ya pasado, como si no fuesen. Dificultoso es, pero hácelo; que nuestra cabeza no alcanza la eternidad; y aunque no sea de la Escritura ni de san Agustin, traeré aquí aquella sentencia que entre otras santísimas dijo aquel caballero español, por dar con ella á la de san Agustin legítimo sentido y su proprio romance.

Y pues vemos lo presente,
Cuán en un punto se es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente,
Darémos lo no venido
Por pasado.

Así que, lo no venido porque aun no es, lo presente porque es tan breve como si no fuese, se juzga por ya pasado, aunque lo pasado no es. Lo cual el sabio en aquel sermon que hizo de los desengaños, dice por otras palabras; Si alguno viviere muchos años, y estos en mucho contento y prosperidad, acuérdesele del tiempo escuro y de los dias muchos, los cuales cuando vinieren, entenderá el hombre que todo lo vivido, por mucho que en la vida le pareciese, fué un poco de vanidad. Bien se entiende la causa por que el hombre, aun puesto á considerar esta verdad, no la entiende ó no le mueve, porque el demonio, como gran pintor, pinta las cosas que están cerca que parezcan léjos; y así, pinta léjos la muerte y la otra vida, aunque realmente están muy cerca, y por esto parece la vida larga, aunque otras veces nos la pinta corta y la muerte cerca; cuando es necesaria diligencia para la dejar al hijo veintecuatría ó escribanía ó colar el beneficio ó coadjutoría al sobrino, porque no salga la renta de casa, aunque no haya méritos ni suficiencia; otras veces parece larga, cuando persuade que haga casas que nunca se acaben, ó cuando hay un importuno trabajo, para hacer que desespere el trabajado; asimesmo, cuando uno quiere hacer penitencia, para que la dilate; que san Agustin confiesa que cuando se convirtió le parecia que iban sus contentos á sus oidos tras él, quejándose y diciendo: Pues ¿cómo y para siempre nos has de dejar? Llamando para siempre eso que le quedaba de vida. Al contrario, en una prosperidad la suele pintar breve para persuadir que se goce con mas vicio y mas deleite. Desta manera se aconsejaban unos á otros los malos, de quien habla el libro de la *Sabiduría*: Gocemos de los bienes, como mozos, apriesa. Y la Escritura en otra parte: Comamos y bebamos, que mañana nos morirémos, y esto hemos de llevar desta vida. Sobre lo cual dice Séneca una sentencia admirable, como quien tenia bien conocida y considerada la condicion de los hombres. Tememos (dice) todas las cosas como mortales, y codiciámoslas como inmortales; lo cual parece en una enfermedad peligrosa y en el olvido cuando pretendemos algo temporal. Pero aunque el demonio ande en nuestro pensamiento, haciendo de la vida tantas ensaladas, ella brevísima es, como está dicho.

Pues si tan corta y tan breve es la vida, y tan presto se pasa y desparece, ¿cuánto mas cortos y breves serán los trabajos, pues son mas breves que ella? ¿Que no toda la vida entera está el alma afligida, ni siempre es el uso de la paciencia necesaria, aunque siempre lo es andar apercebidos della? Pues por cosa que tan poco dura no hay necesidad de fatigar el corazon cuando la padeciere, sabiendo cuán presto saldrá de aquel aprieto; y para tener en él el consuelo sin mucha dificultad, se dijo aquella sentencia: Instantáneo es lo que atormenta y eterno lo que deleita; de donde se mueve el corazon á desear lo segundo por su eternidad, y á no temer, antes pasar con alegría por su brevedad lo primero. Con esta razon persuadia y aun mandaba Dios en la ley (cuando habia mandado que todas las heredades se volviesen á sus dueños, el año del jubileo) que, cuando las vendiesen ó comprasen no fuesen tiranos con su hermano, que si quedaban dos ó tres años hasta el del jubileo, que no vendiesen en tanto precio la heredad como cuando quedaban muchos, pues la heredad que habia de durar poco, no valia tanto como si durara mucho. De aquí sale nuestro consuelo para cuando alguna cosa temporal se pierde, ora sea salud, ora hacienda, ora honra, que pues ha de durar tan poco como la vida es, no la estimemos sino en poco, y así nos desconsolará menos su falta, porque no es mas el dolor de cuanto el amor ó estimacion que la tenemos; de manera que de la brevedad de la vida nace la poca estimacion de las cosas della, y de aquí el poco dolor que su pérdida debe dar al que la padece, y de aquí el alivio y consuelo en su trabajo. Deste usó David en aquel tan grande en que se vió cuando se paró el mal siervo Semei á deshonrarle, y él sufrió las injurias con este pensamiento, como parece en el salmo que entonces compuso: Dije y determinéme de guardar mis caminos, esto es, de la ley de Dios para no pecar con mi lengua; eche un candado á mi boca y una puerta á mis labios; estando el pecador con denuedo contra mí, encolorizóse mi corazon dentro de mí, y abrasábame en mis pensamientos, reventando por responder y al fin hablé, no injurias sino rogándoos á vos, Señor, que me acordeis que tengo de morir y el número de mis dias, para tener delante de los ojos que son pocos los que me faltan; ecce ya, Señor, que breves me señalastes los dias, y todo mi fundamento es como nada delante de vos. Y cierto, todo hombre viviente es un poco de vanidad, y todo se pasa en farsa; y así, sin por qué ni para qué se turba en los trabajos, ni se coloriza por grandes que le vengan; que poca cuenta hace un caminante de la mala posada, cama, comida ni tratamiento de una venta, solo porque ha de estar poco en ella, aunque el mozo le dé

el topeton y el ventero le llame vos, y le dé para sentarse un mal banquillo, todo porque ha de durar poco; antes lo toma á veces por entretenimiento para contarlo en su tierra; así, el virtuoso y bien considerado para tratarlo con Dios, por quien anda con cuidado por este camino; y pues que ha de durar poco, padezcamos con buen ánimo lo que sucediere de adversidad, comunicándolo con Dios y considerando que luego se acaba esta vida, y se ha de pagar con la eterna.

DISCURSO III.

De la tercera razon que tenemos para consuelo de los trabajos, que es el poco daño que nos hacen.

Natural cosa es en todos los sucesos adversos y repentinos, antes de hacer sentimiento ni lastimarse dellos, sacar en limpio los hombres el daño que en ellos han recebido, para no hallarse después engañados. Esto parece en una gran tempestad de agua, granizo y pedrisco, que al tiempo de madurar los frutos suele caer en las heredades y en las avenidas, que suelen llevarse las pesqueras y aun las haceñas; y en los aguaduchos, que suelen llevarse las casas y los frutos de los campos; y asimesmo, en un rayo que en alguna casa ha caido, que suelen todos los interesados acudir á ver el daño; y en una batalla, así los vencedores como los vencidos huelgan y procuran saber la gente que han perdido. Y en todos estos y en otros semejantes casos es tanto mayor el consuelo ó menor, cuanto lo es el daño; y cuando este es poco, casi no se siente dolor con el trabajo. Este consuelo ha de tener el que en esta vida padece alguna borrasca de adversidad: considerar el daño que le resulta della. Y si bien se considera, aunque á nuestro parecer (y ello es así), son unas mas dañosas que otras, como las que dañan en la honra se hacen mas sentir que las que en la hacienda, y en cada una dellas hay mas y menos; pero en solo un caso se puede y debe llamar el trabajo dañoso, y se ha de sentir y llorar, sin buscar ni esperar consuelo sin remedio hasta reparar el daño, y es, cuando por nuestro descuido ó malicia nos quita del alma á Dios, que es el mayor de los males, antes ninguno puede á boca llena llamarse mal fuera dél, sino mal de pena; porque, como el mismo Señor dice, ¿qué le aprovecha al hombre ganar y hacerse dueño y señor de todo el mundo la hora que en su alma padece daño y detrimento? O ¿qué se puede hallar en él que sea equivalente trueco por su alma, ni pueda ser bastante precio por lo que ella vale? Y en otra parte: No querais temer á los que matan el cuerpo, y no pueden hacer mas mal; temed al que tras esto puede enviar el alma al infierno. Por esto, así como es cosa natural que los hombres aventuren lo que es menos á que se pierda por defender y conservar lo que es mas, como sin advertir á lo que hacemos, ofrecemos el brazo á la espada para defender la cabeza cuando vemos venir el golpe mortal; así, es natural cosa aventurar toda la hacienda, honra, salud y vida, y todo lo que no es alma por salvarla; cuya figura fué lo que hizo Jacob habiendo de encontrarse con su hermano Esaú, á quien temia mucho, que envió adelante los ganados, hacienda y criados, quedándose atrás con su amada Raquel; porque si peligro hubiese, lo padeciese la hacienda, y no su querida mujer; así, es necesario ofrecer todo lo que en este mundo se llama bienes por salvar el alma, para cuyo servicio, defensa y salud fueron criados; lo cual no es mucho, pues toda la tierra es un punto, comparado con Dios, que es el que se pierde cuando se pierde el alma.

Y para que se entienda cuán poco es lo que por este tan importante fin se aventura, solo es necesario considerar la naturaleza y condiciones de cada cosa destas que el mundo tanto codicia y teme perder; porque la honra es una opinion del vulgo ignorante; porque, como Aristóteles dice, la honra está en el que la hace: y ya se ve la ignorancia, la liviandad y inconstancia del vulgo, y con cuán pocas y livianas causas da y quita la honra, sin merecimientos. Las riquezas no son sino, como el Profeta dice, un poco de barro apretado, las letras llenas de errores, los amigos dudosos ó falsos ó mudables, la hermosura sujeta á la enfermedad ó trabajo, la salud quebradiza, y los deleites, que son los mas servidos y defendidos, breves, torpes, sobresaltados de mil contrarios, despertadores de la cólera, que no sale sino para defender el deleite de quien le quiere ó pretende estorbar. Porque, como los filósofos dicen, la ira no es otra cosa sino un defensor y vengador de la concupiscencia enojada ó agraviada. Y Platon daba por remedio contra la ira hacerse el hombre á pasar su vida con medianía y sin deleites, sin tener apetito ni necesidad de muchas ni muy curiosas cosas, porque esto es quitar la raíz de la cólera, curándola en esto como el docto médico que tiene ojo á quitar la raíz del mal aunque parezca léjos del blanco, como cuando sangra el brazo para sanar el mal de ojos, y los lavatorios de los piés para el dolor de cabeza, así acá excusar los deleites, por ser raíz de la ira, para sanarla; pues, mirados los remordimientos de la conciencia, no hay ninguno de los que el mundo llama bienes que tan roida la tenga, porque el malo que usa dellos, aunque no quiera acordarse de Dios ni de su infierno ni gloria ni beneficios, no puede dejar de temer la muerte y verla á cada paso cabe sí; porque, así como los santos tienen siempre la muerte en deseo y la vida en paciencia; así los malos al revés, como viven en deleite, tienen la vida en deseo y han miedo á la muerte; como una mujer buena desea ver venir á su marido, lo cual teme la mala; así que seria nunca acabar querer contar los daños del deleite, que es uno de los bienes que mas se buscan y desean en la vida; y aunque no todos, pero algunos, juntó un sabio elegantemente en estos versos.

Nulla, voluptate, res est perniciosior, aufert
Consilium, mentemque; premet virtutibus obstat,
Corrumpit mores, vitiorum maxima nutrix
Debilitat corpus, sensus obtundit, amaro
Fine nocens, homini multorum causa malorum est.

No hay cosa hoy mas perniciosa que el deleite: quita el consejo, aprieta el alma, estorba las virtudes, corrompe las costumbres, cria y sustenta los vicios, debilita el cuerpo, embota los sentidos, y tras acarrear amargo fin al hombre, le causa en la vida muchos males.

Pues si todos los bienes tienen tanta ijada, y en sí mesmos son tan poco bien; ¿qué tanto será el mal de la

adversidad que los turba, aunque fuese esta tan grande que los turbase todos?

Pero porque lo mas dificultoso deste discurso consiste en averiguar cuán poco bien son estos bienes, será bien, ya que la experiencia no la pueden ó no la saben tomar los hombres, probarlo mas con dos lugares famosos de la sagrada Escritura. El primero sea el caso que en el libro de *Ester*, acaeció á Aman con su competidor Mardoqueo, donde se cuenta que, siendo Aman la segunda persona después del rey Asuero, el cual fué tan poderoso, que reinó sobre ciento y veinte y siete provincias; pasando el Aman por donde Mardoqueo estaba, viendo que no se le levantó ni hizo cortesía, fué tanta la ira y enojo que recibió, que fué luego á su casa y llamó á su mujer y á sus parientes y amigos, y hízoles un razonamiento, en que lo primero les refirió los bienes desta vida que alcanzaba, haciendo por partidas crecidas inventario de su hacienda, de casas, viñas, campos, heredades y posesiones, y de los hijos y de la honra y estimacion en que en el reino estaba; tanto, que, después de la Reina no habia quien mas adelante, estuviese con el rey; y añadió que no habia hombre mas favorecido que él en el mundo, porque otro dia siguiente estaba convidado á comer con la Reina, y que el otro convidado era el Rey. Entonces añadió, diciendo: Pues ¿veis toda esta gloria, hacienda, hijos, contentos, favores y autoridad, que no hay mas que desear en esta vida? Pues hago cuenta que no tengo bien ninguno el dia que paso por donde está aquel Mardoqueo y no se levanta ni me quita la gorra. No me parece que hay paso en la sagrada Escritura que mas encarecidamente declare cuán poco son todos los bienes desta vida, como este de Aman, pues una cosa tan poca y tan vana como el quitar ó no quitar una gorra basta para deshacerlos y escurecerlos; que si ellos fueran firmes y sustanciales, ninguna cosa bastara á derribarlos, á lo menos estando juntos, como allí estaban. Cuando en la mano ó en la frente tenemos un mosquito, por poco que le toquemos con la yema del dedo, aunque es suave y blanda, luego cae muerto en el suelo. Válgame Dios, ¿tan ponzoñoso es el dedo del hombre, ó tanta herida hace, que tan presto cayó el mosquito? Es porque es animalejo tan frágil y miserable, que, aunque el dedo sea tan blando y amoroso, basta para que él muera luego; así me parece que se puede colegir la fragilidad y vanidad y poco ser de los bienes desta vida; porque, aunque un quitar ó no quitar de gorra sea en sí de poca fuerza, pero en ver que agota y escurece el contento de todos los bienes juntos, y entristece tanto al que los posee, se ve de cuán fragil y miserable naturaleza son ellos, pues contra una cosa tan frágil no pudieron hacer resistencia ninguna.

El segundo lugar, que para lo que pretendemos hace mucho al caso, es la diligencia que el rey Salomon dice en su *Ecclesiastes*, que hizo para averiguar el valor de todas las cosas que los hombres con tanta sed procuran; porque, como entre ellos ninguno hay que todos los haya gozado juntos (como vemos, porque si uno goza la riqueza, pero no la salud, y si otros esta, pero no la honra; otros esta y no los oficios y magistrados; otros estos, y no los deleites; otros ni unos ni otros, ó porque no los quieren ó porque no los alcanzan), siempre debe quedar sospecha de que el que los llama vanos se lo levanta ó habla adivinando, y que lo dice por la poca experiencia que dellos tiene. Y por ser cosa tan dura de persuadir al mundo, no se contentó Dios con que su mismo Espíritu lo diga muchas veces y por muchas maneras en su sagrada Escritura, aunque su palabra y escritura es mas cierta y firme que lo que por los ojos vemos; pero porque no nos mueve tanto como lo que se experimenta; de do nace que, aunque oimos muchos y muy altos sermones, y muchos y grandes milagros que el Redentor hizo en el mundo cuando andaba por él, no nos mueven ni espeluzan, como los que vemos ó nos cuentan personas discretas y de verdad haber ellos visto; así que, no contento con haberlo él mesmo dicho en su Escritura, ni con que el escriptor della fuese Salomon, el mas sabio hombre que hubo ni habrá (aunque el que no se mueve por el dicho de Dios, menos se moverá por el de un hombre por sabio que sea), sino quiso que á estas dos circunstancias se juntase la experiencia, que para este solo fin quiso tomar un hombre tan rico, poderoso y sabio como él, para que acabasemos de entender cuánta verdad es que todo es vano, y cuanto lo son los que otra cosa creen. Dice pues este rey que, siéndolo él de Jerusalen y estando en paz con todos los comarcanos, y teniendo tiempo y posibilidad, como otros gastan el suyo y sus riquezas en guerras ó cazas ó edificios, la primera cosa que determinó de hacer fué una anatomía de todos los bienes del mundo, para ver qué ser tenian para ser codiciados de los hombres; y lo primero hizo para sí muchas casas excelentes y de muy hermosa traza y edificio, plantó viñas y heredades, huertas y jardines, trayendo de toda la redondez de la tierra las mas hermosas y curiosas plantas y frescuras, flores olorosas y frutas admirables y sabrosas. Y porque para conservar lo que habia plantado era menester agua en abundancia, dice que la trajo á mucha costa, y hizo fuentes y estanques. Y porque para tener cuenta con estas haciendas, y para la pompa y felicidad deste mundo, era menester mucha familia de criados y criadas, dice que tuvo gran cantidad dellos y poseyó muchos esclavos y esclavas. Tambien dice que se hizo señor de mucho ganado, mas que cuantos hasta él fueron en Jerusalen, porque tuvo grandes rebaños de ovejas, y manadas de vacas, y gran multitud de cabezas de otros ganados. Y porque ni esto se puede conservar, ni se dice un hombre rico en el mundo sin cantidad de oro y plata, dice que amontonó y atesoró mucho oro y mucha plata, no como otros ricos, que se llaman tales por tener talegones llenos de moneda de estos dos metales, sino montones dice que eran los suyos y gozaba de la hacienda de todos los reinos y provincias, de quien cada año recibia tributos crecidos, sin los presentes muy ricos y muy ordinarios que de todas partes le traian, con ser tantos los reinos y reyes que desto servian, desde el rio Eufrates hasta el término de Egipto y Filistea. Dice mas, que tuvo cantores y cantoras en abundancia, y todo lo demás que suele ser el deleite y entretenimiento de los hombres: aparadores, vasos, vajillas, frascos para tener y enfriar los vinos, y que vino á ser el mas rico de cuantos hasta

él habian sido en Jerusalen; y no lo encarece mucho, pues la mesma escritura de su historia cuenta parte de su riqueza, de donde se puede colegir la demás; porque en su historia dice que tenia cincuenta y dos mil caballos, los cuarenta mil de coches y los doce mil de rua, y que la comida de dentro de sus puertas era cada dia treinta coros de flor de harina, y sesenta de harina comun, que á la cuenta de los que saben y escriben de las medidas de la sagrada Escritura, montan mas de seiscientas fanegas. Y parece haber sido la gente de su casa de buena suerte y estofa, pues comian mucha della pan floreado, pues no podia comer el Rey á solas treinta coros dello. De carne dice que se gastaban cada dia treinta vacas y cien carneros, sin la caza, que era mucha, de conejos, perdices, venados, búfalos y otras cazas. Y dice allí que tenia de renta seiscientos y sesenta y seis talentos de oro, que acá montan muchos millones; sin lo que los negociantes de las provincias traian, y sin otras cosas que en otra parte dice, repitiendo muchas destas, y que los presentes eran cada año muchos vasos de oro y plata, vestidos preciosísimos, armas, perfumes, especiería, caballos y mulas y acémilas, y sobre esto iba cada tres años su armada á Ofir (que algunos dicen que era el Pirú), y volvia llena de oro, plata, marfil, gatos y micos y pavos; y que hizo un trono de marfil, donde él se sentaba, muy grande y todo guarnecido de oro finísimo, con seis gradas, por donde él subia á sentarse, y la tabla de los piés era de oro, y dos brazos á los lados, y dos leones junto á ellos sin otros doce leones que estaban en las gradas de ambos lados; de suerte que en todos los reinos del mundo no se hallaba semejante silla que aquella. Dice mas, que todos los vasos, platos y saleros y otras cosas de la mesa eran todas de oro, y no solo los de la mesa de la ciudad, sino los de la casa del bosque eran de oro purísimo; y que en su tiempo era tanta la riqueza, que la plata no la estimaban en nada. Y luego allí poco mas abajo dice que habia por Jerusalen tanta plata como piedras por las calles. Docientas lanzas de oro á seiscientos ducados cada una, trecientos paveses guarnecidos con trecientos ducados de oro cada uno. Al fin dice que fué la grandeza de Salomon en riquezas y gloria mas que la de todos los reyes de la tierra; con que se atrevió á edificar un tan famoso y rico templo, cuanto la sagrada Escritura lo encarece. Pues de la sabiduría que alcanzó, que todos los reyes deseaban ver su cara y todo el mundo oir la gran sabiduría que tenía. No se dice todo lo que hay ni se pondera, pero basta lo dicho para el intento, pues aunque viviese un hombre muchos años con mucha industria y fortuna, no podia llegar á ser tan rico de todos los bienes como Salomon. Y tras eso, porque no pensase alguno que le faltó algo de lo que desea la codicia de los hombres, dice que ninguna cosa le pidió el deseo de sus ojos que no se la otorgase y se la diese, y porque no se pensase que después de vista y poseida esta felicidad, no habia querido gozar della, y así no sabria á qué sabia, añade que nunca quitó á su corazon la licencia, ni le vedó que no gozase de todo lo que habia allegado, ni que se holgase con ello, pareciéndole particular derecho y deleite gozar de lo que él habia ganado y trabajado. Y para que nadie entendiese que no tendrá por la mucha abundancia y prosperidad, acuerdo ni tanteo de las cosas que convenia, especialmente para el fin que llevaba, advierte que siempre la sabiduría perseveró con él, y la halló siempre á su lado, para ponderar cada cosa qué tal era. Viniendo pues ya al juicio de las cosas que habia probado y gozado, y á dar la difinitiva sentencia de lo que de cada una sentia, dice que como se volviese á las obras de sus manos y á los trabajos en que habia trabajado, halló en todas vanidad y afliccion de espíritu, y que ninguna dellas permanece debajo del sol. Las cuales tres cosas, aunque agora los hombres ó no las conocen ó las niegan, por la ceguedad de su codicia, y por tenerles el demonio tapados los ojos, al cabo las vienen á confesar en el infierno: la afliccion del espíritu, cuando dicen que anduvieron caminos dificultosos; la vanidad, cuando todo dicen que lo hallaron inútil y sin provecho, comparándolas á la sombra vana y sin ser; la poca constancia, cuando dicen que todas pasaron como sombra, y tan ligeramente, que apenas habian nacido cuando al punto las dejaron con la vida.

Luego á lo menos (que es lo que al propósito hace deste discurso) todo es vanidad cuanto bien puede acá gozarse; que es decir, que todo es nada. Y la Escritura en el *Eclesiástico* dice que todo es visiones de sueño; y lo mesmo dice en el libro de Job, lo cual confirma el real profeta David diciendo que sus lomos están llenos de ilusiones, llamando con este nombre á los deleites, porque no lo son sino imágines dellos. Cosa es con todo eso, dificultosa de creer para los hombres del mundo, que se admiran de las cosas dél, y por otra parte estiman en poco las de la otra vida que esperamos; y la razon es, porque estas de acá por eso les parecen grandes, porque están cerca, como á los rústicos, que ni tienen ciencia ni experiencia de algunas cosas, y así, juzgan dellas, por lo que el sentido engañado les dice, al cual no saben corregir con el entendimiento. Que preguntados qué tan grande será el sol, dicen (cuando mucho se alargan) que será como una rueda de carreta; y si les preguntan cuál es mayor una estrella ó una ciudad, dirán que una ciudad; porque juzgan conforme al sentido, y este muchas veces se engaña, pareciéndole pequeñas las cosas que están léjos, aunque no lo sean, y las de cerca mayores, aunque sean menores; de donde nace lo que la perspectiva enseña á los oficiales de talla, que en un retablo grande hagan las figuras altas de mayor estatura que las bajas, porque al sentido de los que miran vengan á parecer iguales; así, las cosas de esta vida, así prósperas como adversas, á los que miran como rústicos les parecen grandes por estar cerca de nosotros, y las de la otra parecen pequeñas por estar léjos. Pues si las cosas desta vida, aun miradas desde acá de cerca son tan pequeñas como Salomon dice, y en tantas partes nos enseña la verdad, que aun no merecen nombre de pequeñas, sino de vanidad y nada, ¿qué parecerán desde la otra vida, donde se verán de léjos, y mas léjos que agora están las de allá, aunque parece una mesma distancia, pero no lo es, sino diferente; porque desde esta vida á la otra no hay mas distancia de una calentura ó dolor de costado ó landre ó apoplejía; y desde la otra á esta estarán tan léjos las de acá,

que para mientras Dios fuere Dios no habrá esperanza ni camino para volver á ellas.

Visto pues cuán poco ser tiene todo lo criado, claro queda cuán poco daño nos hace la adversidad cuando lo quita, como no nos quite á Dios, sino algo y muy poco de lo que es nada y mucho menos que nada, comparado con lo que se nos promete, trocándolo con paciencia y sufrimiento. Lo segundo, aunque ello en sí fuera mucho, cuando el trabajo se lo quita al verdadero siervo de Dios, ningun daño le hace, porque es muerto al mundo y á las cosas dél. Y así como á un muerto nadie puede hacerle ofensa ni daño aunque lo procure, porque no siente el daño, ora le hieran ó le azoten ó afrenten ó le roben; así el muerto al mundo y vivo á Jesucristo no siente los daños del mundo. Y desto se preciaba san Pablo cuando decia que se gloriaba en la cruz de nuestro Señor Jesucristo por quien él estaba muerto al mundo, y el mundo á él; esto es, que ni él hacia mas caudal de las cosas del mundo que si no hobiera mundo, ni el mundo le hacia de las suyas como si él fuera muerto y no fuera del mundo. Y esto debemos todos á la cruz de Cristo, como dice san Basilio. Y como dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo, tan léjos están los trabajos de hacer daño al siervo de Dios, que antes le hacen provecho; porque, si es muerte, eso dice san Pablo que es ganancia; si desierto, sabemos que toda la tierra es del Señor; si pérdida de hacienda, ninguna cosa metemos en el mundo ni la hemos de sacar dél. Ningun espanto del mundo (dice) me espanta, de todo su deleite me rio, no deseo riquezas ni me parece mal la pobreza; no temo la muerte, ni la vida estimo, sino por vosotros; pero cuando fuere necesario nadie, me la podrá apartar de vuestro amor; porque los que Dios junta con el suyo, nadie los podrá apartar. Hasta aquí son palabras deste santo cuando le desterraban de su iglesia. Y en otra parte dice que en lo que es necesario para la vida Dios nos hizo iguales con los ricos, como es luz, agua, aire, fuego y sol, etc. Que destas y de otras sus semejantes, no goza mas, sino á veces menos, el rico que el pobre, ni quiso dejar á su cortesía del rico que las gozásemos por su mano y á su voluntad como el oro y la plata, porque ya fuéramos ahogados; y que si lo demás fué desigual, fué para que ellos ganasen el cielo dando, y los pobres padeciendo y llevando con humildad el sustento, y con paciencia la necesidad. Y pues lo necesario á nadie falta, álcense los ricos con lo demás; que pues que no es necesario, poco bien nos quitan y mucho nos dan, en dejarnos con la materia de paciencia en las manos; la cual tendrémos fácilmente, considerando cuán poco bien nos falta, y con cuán poco se nos alzan ellos, y cuánto menos nos quitan los trabajos si sabemos (aprovechándonos de buena consideracion) trocarlo de buena gana por los grandes bienes que nos acarrean.

DISCURSO IV.

De la cuarta razon para tener paciencia en los trabajos, que es que son enviados y repartidos de la mano de Dios.

Los que á la fortuna ó caso atribuyen sus trabajos y tribulaciones, ora sea por carecer de fe cristiana, ora por no considerar lo que ella enseña, aunque los culpo de no tener en ellos paciencia, así porque es cordura hacer con ella de necesidad virtud, como porque tienen á Dios en poco, pensando que no entiende en repartir bienes y males, como lo hacian los idólatras, que adoraban dioses de piedra y palo (de quien decia Jeremías: No los querais temer, que ni os pueden hacer bien ni mal. Así hablan ellos ó piensan de nuestro Dios, de que él no poco se muestra á veces enojado, especialmente por Sofonías, diciendo que ha de visitar, esto es, tomar rigurosa cuenta á los hombres atollados en sus torpezas, que dicen que Dios ni hará bien ni mal); aunque en esto (digo) tienen grandísima culpa; pero no se la pongo tanta, supuesto que se fundan en este tan grave error, cuando tienen en sus trabajos poca paciencia, cuanto á los cristianos que por fe certísima tienen que todo trabajo, por do quiera que se levante, viene enviado de la mano de Dios; lo cual dice la sagrada Escritura en cada renglon della; unas veces que él es el que da la muerte y la vida, otras que no hay mal en la ciudad que él no haya causado, y así otras muchas sentencias. Y porque los hombres lo vean por los ojos, y así lo tengan mas en la memoria, suele sacar una mano, como cuando con ella escribió y firmó la sentencia de Baltasar, rey de Babilonia, y asimismo para dar el libro de las amarguras y lamentaciones á Ezequiel. Tambien se pinta en muchos lugares con arco y saetas y con espada, para que se entienda que con la espada aflige á los que están cerca (aunque todos lo estamos, como san Pablo dice, que no está léjos de cada uno de nosotros, pues en él y por él vivimos y tenemos ser y movimiento), y con las saetas alcanza á los que piensan que están léjos destos golpes, como son mozos ricos, regalados y poderosos; de las cuales saetas dice David que le alcanzaron algunas, cuando en un salmo pide salud de su enfermedad; y lo mesmo dice Job en sus trabajos, que las saetas del Señor estaban en él.

Desta verdad está mucho dicho atrás, y mucho por decir. Agora solo digo que es uno de los mayores consuelos que puede tener el afligido, pensar que su afliccion viene de tan justas, sabias y piadosas manos. Y esta es la respuesta que Eliu daba al santo Job (cuando él alegaba su inocencia en medio de tantos males), y decia: Bien tengo que responder á eso, que Dios es mas que el hombre. En que quiso decir que las grandezas y maravillas de Dios son tan grandes, que el hombre no podrá ni aun entenderlas. Lo cual por otras palabras dijo David: Señor, grande sois y haceis grandes maravillas; y así, solo vos sois Dios. De aquí salen todas las razones por donde debemos consolarnos con el trabajo que Dios nos envia: la una es, cuando otra no hobiera, que es tan grande y poderoso, que no podemos resistir á su omnipotencia y voluntad. Como el mesmo Job dice en otra parte: Es Dios sabio de corazon y valiente de fuerzas; ¿quién le resistirá y quedará con el brazo sano? De manera que, no pudiendo mas, trabajó sin paciencia y trabajó con paciencia: gran cordura es pasarle con paciencia. La segunda razon que de allí se saca, es la sabiduría con que reparte los bienes y males de acá abajo, que, como sea infinita, ¿quién se ha de poner á disputar con él? Que cuando él quisiese descubrir á un hombre sus consejos secretísimos, no tiene el hom-

bre capacidad para percebirlos todos. La tercera es, la bondad y la justicia con que los envia; porque cuando los envia en castigo, los tiene el castigado muy bien merecidos; porque es Dios tan justo, que ni sabe ni quiere ni puede hacer á nadie agravio; antes es cosa que desdice del ser de Dios, como él mesmo lo dice en el libro de la *Sabiduría:* Como seas, Señor, justo, con justicia dispones y repartes todas las cosas, y tienes por extraño de tu virtud y poder condenar al que no lo debe. Que así se ha de leer conforme á las Biblias mas emendadas; porque el error de los impresores hizo en las mas antiguas parecer el sentido contrario, como podrá ver el que desto entiende, cotejando la edicion latina con la griega de do salió, y con algunas impresiones de cuidado; pero cuando envia los trabajos á los justos ó inocentes, nunca para esta providencia en menos que en dichesísimos fines, como vemos en Abraham, Josef y Job, y en la Madre Dios, el Bautista y otros muchos.

La otra razon es, porque como él sea Señor y Criador de todas las cosas, puede hacer de ellas á su voluntad, pues cuando nos las da no nos debia nada, y cuando las quita no quita lo nuestro; y así, puede quitar la vida, los padres, la hacienda, el hijo, la honra, la vida, la salud, que todo es suyo, y recebido de gracia de su santa mano. Por esto pudieron pedir los del pueblo de Israel las joyas á los de Egipto, cuando de allí salian, y quedarse con ellas, pues esta licencia les dió su verdadero dueño, que era Dios. Por esto pudiera matar á su hijo Abraham, y lo hiciera sin pecado si no le estorbara el ángel, no porque dispensaba Dios en la ley que veda el homicidio, sino porque la vida de Isaac era suya, y así podia mandársela quitar, como un hombre á su vaca ó su carnero; por esto pudo matar los niños inocentes del diluvio y de Sodoma, aunque no tenian culpa; y por lo mesmo, á los niños en los vientres de sus madres, aunque la tengan, sin aguardar á quitársela por el bautismo; donde se condena la blasfema herejía de los marcionistas y otros herejes, sus secuaces, que en semejantes casos como los dichos se atrevieron á poner lengua en la justicia Dios; y plega á su Majestad que no haya alguno de tan mala intencion, ó tan ignorante ó blasfemo, que con la pasion de la tribulacion se tenga por justo y por indigno de padecerla, y á Dios por injusto en el enviarla, ó ponga lengua en su providencia; pero los buenos y bien considerados antes le dan infinitas gracias por lo que no les quita, pues todo es suyo; y aun por lo que les quita, teniendo por imperfeccion y ingratitud dárselas solamente por lo que de su bendita mano reciben, y no por lo que les aflige, siendo lo uno y lo otro beneficio de un mesmo Señor y Padre, nacido de la mesma sabiduría, bondad y caridad, que no sabe hacer mal, sino bien á todos. Esta licion aprendemos de uno dellos, que fué el santo Job, que á la nueva mas lastimosa de cuantas le vinieron, se levantó y rasgó sus vestiduras y cortó sus cabellos, no de despecho y enojo, sino ofreciendo, como san Crisóstomo dice, al dueño de todo, que era el mesmo Dios, lo que quedaba, en significacion del buen ánimo con que sufria lo quitado; y dijo á la mujer que tan mal consejo le daba como era maldecir á Dios: Has hablado como una mujer loca; si tenemos manos para recebir bienes de mano de Dios, ¿por qué no las tendrémos, y sufrimiento, para dejarlos y sufrir males, esto es, trabajos y afliciones; los cuales llama, como la sagrada Escritura usa, con término y nombre de males, por hablar como se habla dellos en el mundo, que Dios nunca hace á nadie mal; pero habla como entiende de las cosas aquel con quien habla, como otras veces suele. Y añade luego el santo Job: Yo salí desnudo del vientre de mi madre, y al de la madre vieja (que es la tierra) tengo de volver desnudo: así le ha placido á su dueño, y así se ha hecho como á él le agradó; sea su nombre para siempre bendito. La misma manera de hablar aprendimos de Heli, aunque con mas brevedad, que, oyendo del profeta Samuel el castigo de Dios con que en su nombre le amenazaba, respondió: Señor es y dueño de todo; haga dello como mejor á sus ojos pareciere.

Desta y de las demás razones juntas salia la prontitud con que en aquellos tiempos era Dios servido de sus amigos, hasta de los soldados (que suelen ser la gente mas desalmada, blasfema y menospreciadora de los mandamientos de Dios); que, como se cuenta en el libro de los *Reyes*, cuando los israelitas se apartaron del rey Roboan y obedecieron á Hieroboan, envió el rey de Judea ciento y ochenta mil hombres contra ellos, á los cuales salió al camino el profeta Semeías y díjoles de parte de Dios que no pasasen adelante con la guerra, porque él habia sido el autor de aquella division; el cual recaudo se dió á Roboan y á los principales y á todo el pueblo, el cual oido, luego se volvieron. Lo mesmo sentia el rey Ecequías cuando, pidiendo á Dios remedio de su enfermedad, se responde él mesmo á sí, diciendo: ¿Qué digo, ó qué respuesta espero, habiéndolo hecho él mesmo, esto es, habiendo venido de su mano la enfermedad? Pero el mejor ejemplo y mas á propósito es el del rey David, cuando yendo muy afligido huyendo de su hijo, se vió deshonrado y escarnecido de un hombre vil; y queriendo darle su pago uno de los que iban con David, le respondió: Tate, déjale, maldígame, deshónreme, que Dios se lo manda; déjale cumplir el mandamiento de Dios. Y repitiéndolo David en un salmo, donde hace mencion desta historia, dice que de palabras, aun de las buenas, se habia guardado, porque aun las buenas suelen ser en tiempo de enojo malas; y da la causa abajo, diciendo: Señor, tornéme mudo y no abrí mi boca, porque tú eras el autor de aquel hecho; esto es, tuyas eran, Señor, aquellas palabras por boca de aquel Semei. Como quien dice: No salian dél, sino de tí, que le mandaste ser instrumento de mi correccion.

Conforme á esta dotrina y ejemplo, tendrémos fácilmente paciencia y consuelo en nuestros trabajos, entendiendo que vienen enviados de la mano de Dios, ó por nuestras culpas ó por nuestro bien; él sabe lo que hace mejor que nosotros, mira mas por nuestro bien, no hay fuerza que le resista, él es Señor de todo; haga de lo que es suyo como señor. Y pues en una enfermedad y en una tempestad fácilmente tenemos paciencia, por solo saber que es negocio y obra de Dios, y acudimos á él por el remedio, lo mesmo hagamos en todo género de trabajos, especialmente en las injurias, volviéndonos á Dios como principal autor, y dejando al que las

dice, que no es mas que instrumento de Dios. Bueno seria que el enfermo se volviese airado contra el sangrador ni contra la purga, porque es amarga, aunque fuese errada por el médico; no hay ninguno tan fuera de sí que tal haga, antes se melancolizaria si la purga no fuese amarga y el barbero no sacase la sangre, porque considera que son medios (aunque desabridos) para su salud por el médico, de cuyas letras, fidelidad y amistad está confiado. Así, el buen cristiano no se vuelva contra los instrumentos de tan sabio y piadoso médico, como Dios es de su alma, sino páguele, cuando en otra caso no pueda (pues es Señor de todo), en hacerle infinitas gracias, dejando al injuriador, que, como san Juan Crisóstomo dice, no es mas que instrumento de Dios. Y aun David dice: Señor, libra mi ánima de mi enemigo, que es tu espada. Así lo traslada san Jérónimo, diciendo que así está en el hebreo. Y cuando esta oracion no oyere Dios, entienda que el ser perseguido es mayor bien suyo; y así como el que vence una batalla no quiebra ni hunde ni deshace los tiros de artillería, ni otras armas con que fué ofendido, antes procura de haberlas y guardarlas para honra suya y de su rey y memoria de su vencimiento, así procure lo primero, vencer con paciencia sus persecuciones, y guardar y estimar en mucho el instrumento de que Dios usó, que es el hombre, que le hizo la injuria para gloria de Dios y suya, y memoria de la merced que Dios le hizo con la vitoria. Así lo hizo el Señor en la cruz para nuestro ejemplo, que, dejados los que le atormentaban y deshonraban, se volvió al Padre á quejarse y rogó por ellos. De un ermitaño se lee, que habiendo padecido grandes pesadumbres con un monjecillo mozo, que le servia en su vejez y enfermedad, tomándole muchas cosas de las necesarias para sus trabajos, y otras con que él tenia santo regalo, cuando vino á morir le mandó llamar y le pidió las manos al mozo, y se las besó con ojos y boca por la ocasion que le habian dado para merecer con su mal tratamiento. Pues ¿con cuánta mas razon besarémos en nuestras aflicciones las del mesmo Dios, que con tanto interés nuestro nos aflige? Y cuando no fuera mas de ser los trabajos embajadores de Dios, con quien nos envia á avisar y acordar quién somos, debriamos recebirlos con paciencia y alegría, y sufrirlos y regalarlos; pues aun entre bárbaros guardan con sus legados ó embajadores esa fidelidad, y cuando no se guarda, se indigna mucho el que los envia, como hizo David, que se indignó contra Amon, y se vengó dél por haberle hecho esta injuria; y mas respeto se ha de tener á los embajadores de Dios, como lo tuvo aquel rey de quien cuenta san Juan Damasceno, que yendo en su carroza con gran aparato y majestad, salió della y se arrodilló á dos pobres rotos y macilentos, y dijo después que eran mensajeros de Dios, que le enviaba á acordar su muerte.

DISCURSO V.

De la quinta razon que nos mueve á tener paciencia en los trabajos, que es que nos mira Dios padecerlos.

Ninguna cosa hay en el mundo ni mas generalmente sabida, aun entre la gente bárbara y gentil, ni mas repetida en las escrituras de los cristianos, aunque ninguna menos considerada, que la presencia de Dios á todas nuestras obras, palabras y pensamientos; á todo está, como á todas las demás cosas, mas presente que nosotros mesmos; de suerte que ni puede imaginarse lugar, ni tiempo, ni artificio, ni invencion para esconder de Dios un pensamiento siquiera; porque, so pena de no ser Dios, no puede faltar de todo lugar y tiempo, ni puede su infinita sabiduría ser engañada de nadie, porque todos saben que está presente en todo lugar; y mejor lo dicen los que mas saben, que todo lugar y tiempo está en Dios, y todas las cosas sujetas á tiempo y lugar por el consiguiente, so pena de no tener ser; lo cual, aunque en infinitos lugares de la divina Escritura se declara, solo diré uno de David, donde mas por menudo dice esta filosofía. Finge David, para declararlo, que quiere huir ó esconderse de Dios, y dice: Señor, ¿dónde iré para esconderme de tu espíritu, ó dónde huiré de tu presencia? Porque si voy al cielo, allí estás mas particularmente que en otra parte, porque allí haces obras mas maravillosas; si voy al infierno, que es lugar de penas, ajenas de tu naturaleza y de tu gloria, allí tambien estás, so pena que el infierno no tendria ser. Pues si quiero echar por lo llano, y tomare alas tan ligeras como las del alba, la cual es tan ligera que apenas ha parecido por el oriente cuando en un instante está de la otra parte del mundo; si yo con unas alas como estas quisiere escapar volando á lo último de las Indias, es tan impertinente traza para huir de tí, que antes, si tú no me llevas en tus manos ese camino, no podré mudarme de un lugar ni caminar; de suerte que do quiera que aporte me has de hallar, que te llevo conmigo, antes me llevas contigo. Y porque dije que entre los gentiles era cosa sabida, así se lo predicaban sus teólogos, que eran los poetas.

El uno dijo:

Jovis omnia plena.

Todo está lleno de Júpiter.

Otro dijo:

Quò fugis Encelade? Quascumque abcesseris oras,
Sub Jove semper eris.

Encelado fué el mayor de los gigantes, á quien Júpiter mató con un rayo. Dícele luego el poeta: ¿Dónde piensas huir encelado? Porque do quiera que aportares, allí estarás sujeto á Dios.

Volviendo pues á David, prosigue su pensamiento diciendo: Ya que por piés no puedo escaparme de tí, Señor, tentemos otro camino, quizá estando á escuras, aunque estés presente no me verás. Ni por esas, porque la noche será para tí luz y día contra mí; pues para tí no hay tinieblas, que la noche para tí tan clara es como el dia; ni importa qne sea noche ni dia para tu vista, á quien ninguna cosa hay oculta ni escondida; porque, así como si el sol tuviera vista, ó el hombre en la suya tuviera la luz del sol ó otra como ella, no habia que temer noche, que todo fuera dia, así los ojos de Dios, que de suyo tienen infinita luz, sin otra prestada, todas las cosas descubren. Prosigue David: No tengo hueso que no veas, aunque todos los criaste escondidos á los hombres; tú me criaste, Señor, y formaste mis entrañas, que son la parte mas oculta que hay en mí, y donde los mas ocultos pensamientos se forman; y al fin toda mi

sustancia, y aun antes que fuese bien formada en lo mas oculto de la tierra, como si fuera debajo della, que es el vientre de mi madre; pues quien tales ojos tiene y vista tan aguda, que penetran tal secreto y obscuridad, que para criarme no pudo ser menos, ¿qué noche habrá en esta vida que le esconda cosa alguna? Especialmente que tienes un libro de memoria, que es tu infinita sabiduría, donde todos los hombres, hasta el menor cabello del menor dellos están escritos, y allí se reparten los dias, á unos muchos, á otros pocos, á unos alegres, á otros tristes, sin que nadie de cuantos son ni serán nacidos falte de ese libro. De aquí se llama con este nombre Dios, que viene de un verbo griego que quiere decir ver, porque Dios todo lo ve y alcanza.

Si los hombres advirtiesen esta verdad, no es posible que no hiciesen una vida no menos que de ángeles. Un filósofo aconsejaba á un hombre que deseaba ser virtuoso, que siempre en su imaginacion anduviese acompañado de un hombre grave á su lado que le estuviese y anduviese mirando, que con esto no se dejaria caer en cosa fea, y andaria alegre en las buenas obras que hiciese. ¡Cuánto mas efecto haria traer á Dios, no con la imaginacion sola, sino advirtiendo que en realidad de verdad está presente, el cual es sabio, grave y el ofendido de nuestros pecados, y el que ha de ser juez para castigarlos! ¿Quién seria tan atrevido y desatinado que, puesto delante de un riguroso alcalde, se atreviese á ofenderle feamente en sus barbas, sabiendo que de otros semejantes ó mas graves atrevimientos suyos ha de ser el juez, cometidos contra el mesmo? ¿Cuánto lo seria mas si delante de Dios, que en el juicio ha de ser la parte ofendida, el testigo y el juez? Pero la misericordia de Dios, que disimula los pecados, es ocasion, y el demonio, que sabe cuánto importa no mirar cosa tan importante, es causa que los hombres se cieguen de tal manera, que en cosas de que de un niño se recatan para cometerlas delante dél, no se recatan de Dios, que está presente. Afea esta locura el *Eclesiástico*, diciendo: El adúltero hace su cuenta, y dice: Ninguno me ve, la noche me cubre, las paredes me defienden, ninguno me está mirando; ¿á quién temo, pues el Altísimo no tiene cuenta con estas cosas de acá? Y no entiende que sus ojos ven todas las cosas, y el temor que tiene á solos los hombres destierra al temor de Dios, y no considera que los ojos de Dios son mas claros y resplandecientes que el sol, pues conoce todos los caminos de los hombres, y sus corazones y pensamientos, que están ocultos en lugares secretos, y ven el profundo, do no llega la vista del sol; este tiene sus tiempos de ausencia, y no Dios; y Dios conoce y ve las cosas antes que sean y después que son, y el sol no las ve. Esto dice el *Eclesiástico* de la ignorancia y ceguedad ó descuido de los hombres, que, aunque lo saben y creen, no lo echan de ver. A este propósito reprehendió un ermitaño á una mujer errada, yendo á su casa, fingiendo, en figura de hombre seglar, que queria ofender á Dios, á fin de reducirla díjole que queria hablar con ella en lugar secreto; ella le llevó á un aposento que lo parecia; él se mostró descontento, y preguntó si habia otro mas secreto; ella le llevó á otro, y él todavía dijo que quisiera estar mas escondido; entonces le dijo ella: Mira, Señor, no puede ser mas secreto que este cuanto á los hombres, ni ninguno dellos puede vernos, ni otro que Dios, del cual, aunque mas andemos, no podemos estar escondidos. Entonces le dijo el ermitaño: ¡Miserable de ti! Sabiendo que Dios te ve do quiera que te escondas, ¿cómo te atreves á ser tan sucia pecadora delante de sus ojos? Entonces ella, confusa y avergonzada, se convirtió y emendó su vida.

No hay materia de que mas copiosamente y con tanta claridad se pueda hablar como desta, por ser tan llena y tan sabida, y por esto baste lo dicho hasta otro lugar; resumiéndola en que en ningun tiempo ni lugar podemos escapar ni huir de los ojos y presencia de Dios. Y si él mesmo alguna vez dice en el Evangelio que se ausenta á tierras léjos, y que se va y que ha de volver, y que los hombres negocien entre tanto, y que tomará cuando venga cuenta de cómo hobiere cada uno negociado, no lo dice porque realmente se ausenta, sino porque de tal manera está delante de nosotros y nuestras obras, como si estuviese ausente, que sufre y calla y nos deja obrar con libertad. Bendito sea, Señor, vuestra bondad y sufrimiento, que permitis por nuestro bien que os ofendamos delante de vuestras barbas. El demonio con esto nos persuade que está léjos, para que con mas desvergüenza nos atrevamos á ofender al que en presencia de la ofensa está disimulado. Esta es una dotrina de grandísimo desconsuelo y tormento para el malo, pensar que de todas sus maldades y pecados tiene por testigo de vista no menos que al mismo Dios, contra quien se atreve; y es no menor tormento y garrote para su conciencia, cuando está pecando, pensar que le está mirando el Todopoderoso; pero cuanto desconsuelo es para el malo que peca, tan gran esfuerzo y consuelo es para el bueno que padece, mayormente por su nombre: lo primero, porque es tan misericordioso y piadoso para con los pobres y afligidos, que siente en el alma que nadie padezca estándolo él mirando. Esta condicion dió á entender antiguamente muchas veces, y mucho mas después que tomó nuestra carne, que, como dice san Pablo: No tenemos pontífice duro ni cruel ni de secas entrañas, sino piadosas, que se compadece de todos nuestros males, habiendo en su santa carne pasado por todos, salvo por el pecado. Pero en el tiempo pasado, cuando solia mostrarse mas riguroso, declaró mil veces esta condicion; especialmente en el *Exodo*, cuando manda á Moisés que vaya á librar su pueblo de la afliccion en que está en Egipto, le dice estas palabras: Visto he la afliccion de mi pueblo, y he oido sus quejas por la crueldad y dureza de los sobrestantes á las obras, y entendiendo su dolor, he bajado á librarle de las manos de los egipcios, y llevarle de allí á otra tierra buena y espaciosa que mana leche y miel. Donde se ve que mira los trabajos de los suyos, y del mirarlos se compadece dellos y baja á remediarlos; lo cual dice, no porque mude lugar ni desampare el cielo, ni ve de nuevo lo que antes no via, sino por el especial cuidado y providencia que tiene desde el punto que él dice que lo ve. Lo mesmo se saca en el Evangelio, cuando tuvo nueva que su amigo Lázaro era muerto, que dice á los dicípulos: Mucho me huelgo de no haber estado allí presente al tiempo que murió, porque creais, esto es, cuando lo

viéredes resucitado; lo cual dice porque si estuviera presente y le viera con los ojos corporales morir, no pudiera dejar, con su clemencia, á lo menos por los circunstantes, de estorbarle la muerte; lo cual no fuera tan conveniente, porque se perdiera la ocasion de ver tan grande y poderoso milagro como la resurrecion del mesmo. Y esto le quiso Marta decir cuando dijo: Señor, si vos estuviérades aquí no muriera mi hermano; no porque no creia que ausente sabia de su muerte y enfermedad, y que sin estar presente podia remediarla, solo se da á entender en la una y en la otra parte, que los piadosos ojos de Dios no pueden acabar consigo ver padecer á nadie; lo cual es grande consuelo para el que padece. Esto significó, cuando hablando un dia del juicio y condenacion de los malos, dice que serán echados á las tinieblas exteriores, esto es, al infierno, donde no sean en los palacios de la gloria oidos sus alaridos. Señor, ya que nos condenais á tormentos, no nos lleven léjos de vos, sino aquí delante nos atormenten. No, sino allá fuera, donde yo no os vea y oiga. No porque Dios no los vea ni nadie pueda escaparse de sus ojos, antes pertenece á su gloria ver ejecutar su justicia, ni porque Dios los oiga han de ser aliviados de sus tormentos, sino por ser Dios tan piadoso, que solo mirar á uno cómo padece es para el paciente grandísimo alivio y consuelo, y no quiere que aun tengan ese los dañados. Eso mesmo nos enseñó por la obra en lo que hizo con sus mártires. La noche que prendieron á san Pablo en Jerusalen afrentosamente á puñadas y empujones, esa noche le aparece consolándole, esforzándole y prometiéndole que en Roma le hará su predicador para que dé testimonio de su divinidad. Y cuando en Filipos fué azotado con Silla, á media noche fueron sueltos y alababan á Dios, y lo mesmo después en una tempestad; y del Angel fué desatado san Pedro, y san Estéban consolado desde las ventanas del cielo, de donde le estaba mirando pelear el Señor contra las piedras; y lo mismo otros santos mártires de que recibian gran consolacion, como de san Antonio Abad cuenta san Atanasio, que fatigado un dia de una tentacion de muchos demonios que habia vencido, desafiándolos, vió que se abria lo alto de donde él estaba y entraba un rayo de luz y venia hácia él; el cual después que entró y no quedó demonio ninguno allí de los que le afligian, y tornóse á reparar lo caido de la cumbre de la pieza, y fué luego libre de los dolores que de los golpes aun tenia de los demonios; en lo cual entendió el santo varon que el Señor estaba presente, y con grandes y encendidos suspiros comenzó á hablar con aquella vision, y dijo: ¿Dónde estabas, buen Jesú? ¿Adónde estabas? ¿Por qué no veniste al principio, para que sanaras mis heridas? Y oyó una respuesta que le dijo: Antonio, aquí estaba yo, pero esperaba á ver tu pelea, cómo peleabas; y pues tan valerosamente peleaste y no te rendiste, yo te ayudaré siempre y te haré famoso en todo el mundo. Esta es la razon porque Dios no nos libra luego, aunque está presente; esto pretende cuando los santos, que saben su condicion con que prestamente libra los afligidos, le dicen que duerme, y no es dormir; que prometido lo tiene por un salmo: No dormirá ni aun cabeceará el que guarda á su pueblo. Cosa es el dormir que á Dios verdadero no conviene. De los falsos burlaba Elías con eso, diciendo á sus profetas: Llamad mas alto, alzá la voz, que quizá no está en casa, quizá va camino ó quizá duerme; que si nuestro Dios hace del dormido ó del ausente ó del que no ve, es por nuestro bien, que avisados estamos que no hay nacion tan grande ó poderosa que alcance dioses tan cerca de sí, ó tan presentes como lo está el nuestro á todas nuestras peticiones y necesidades, no solo porque Dios está dentro de nosotros, y los falsos no, sino porque nuestras necesidades en un punto las quiere y puede remediar cuando conviene, y ellos no; antes tienen ellos necesidad de los hombres, que los guarden y defiendan. Pero está en el templo una viejecita pidiendo á Dios remedio para su dolor ó para su hambre, y está junto á ella ó dentro della con el pan en la mano, con que se ha de remediar, esperando el tiempo que mas conviene, no porque se duerma ó se olvide, sino porque sabe el tiempo en que ha de dar el remedio. Pues esta es la primera razon del consuelo de su presencia, pensar que el afligido le tiene tan cerca á un padre tan piadoso y poderoso.

Lo segundo que consuela al que padece en la presencia de Dios, es pensar que aquel Señor, por quien padece, le está mirando padecer; que, así como fuera sin duda gran desconsuelo entender que no lo miraba ni sabia, así, por el contrario, es tan gran consuelo pensar que aquel por quien se padece lo está mirando, que suele el afligido tenerlo por muy principal parte del galardon. Este consuelo suele dar el Señor á sus mártires y á á otros siervos suyos, como á san Antonio y á san Estévan. Y aun el mesmo Señor la noche de su pasion, en el huerto, recordaba á sus dicípulos que dormian, y estas eran sus idas y venidas á ellos, y esas eran sus quejas porque dormian; porque, como ellos estaban allí en nombre de todo el resto de los hombres, consolábase que le viesen padecer por ellos. Y esta es la causa que nos persuade y agradece el gastar un rato en pensar en su pasion, y cuando asistimos al sacrificio santo de la misa, donde su pasion sagrada se representa, por ser ejercicios en que le miramos cómo padece por nosotros. Y como san Pablo era apóstol y habia de servir con pasiones, trabajos y martirios, y en su tiempo habia muchas ocasiones dellos, dice en una de sus epístolas con grande espíritu: Hermanos, bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha hecho á montones los beneficios y mercedes del cielo, y nos escogió antes de la creacion del mundo para que fuésemos santos y sin mancilla delante de su presencia; por lo cual da especiales gracias, porque ser buenos y santos delante de sus ojos es especialísima merced y gloria, que vea él que somos santos y obramos y padecemos por él, en que consiste la santidad. Por este respecto suelen hallarse los reyes personalmente en las guerras, aunque sean flacos y poco valientes y no hayan de hacer mas con su persona de como un soldado; porque delante de su presencia pelea el caballero y el soldado con mas ánimo y alegría; por el mesmo no se contentó el católico rey don Fernando y la católica reina doña Isabel de hallarse presentes en la guerra de Granada, sino llevar sus damas al real; lo cual fué causa de grandes y señaladas hazañas en los

caballeros dél, por estar delante de sus reyes, á quien servian y de quien esperaban recebir mercedes y alguna gloria temporal, que es la fama. ¿Cuánto mas padecerá el siervo de Dios peleando delante de aquel y por aquel de quien ha de recebir en premio amor y gloria verdadera? Sin duda ninguna es tan grande el alivio para él, bien considerado, que apenas le queda que desear consuelo; y no solo en caso deste santo amor, sino los enamorados del mundo sienten esto, cuando su pasion ó trabajo es conocido y entendido de quien es la causa dél. Así que, donde quiera, el que por otro padece se tiene por bien pagado cuando padece con verdadero amor, de solo que su amado lo entienda; y así, queda, no solo consolado, pero aun satisfecho, el que considera á Dios mirándole padecer, y juntando con esto la paga eterna y lo dicho de la condicion de Dios, que en un salmo explicó, diciendo: Con él estoy en la tribulacion, donde dice la presencia, y añade: Yo le libraré y le daré honra y gloria; no hay duda sino que durará en el trabajo con alegrísima paciencia y vivas esperanzas.

DISCURSO VI.

De la sexta razon de la paciencia en los trabajos; que es los consuelos interiores que el afligido recibe.

Los que ya están, como dicen, de piés en la tribulacion, si cristianamente y con humildad y paciencia la padecen, poca necesidad tienen de saber lo que en este discurso dice por via de dotrina, pues sin duda la experiencia habrá sido su maestra dello; pero pónese aquí para animar á los que con temor entran en la pelea de los trabajos, para que, no solamente pierdan el temor á su amargura, pero codicien la suavidad que quiso Dios poner en ellos, porque de aquí entendamos en cuánto los estima, pues por ellos da gloria en esta vida y en la venidera; que es un argumento que el apóstol san Pablo hace para probar cuánto estima el mismo Señor la piedad. Y bien mirado, fué cosa muy conforme á la disposicion que su sabiduría tuvo en las cosas que no pueden (á lo menos las que tienen vida y capacidad de deleite) conservarse sin él, ni obrar sus operaciones para que fueron criadas, y recibir el sustento con que su ser ha de conservarse en la vida corporal. En todo lo que sirve de conservarla puso Dios algun deleite, como en los manjares con que el cuerpo se sustenta; en la generacion, mediante la cual el mundo se ha de continuar; el gobierno con que está en pié la república; y así en las demás cosas, de las cuales, especialmente algunas, no podria el hombre arrostrarlas, por mas convenientes que le fuesen, si no hallase allí el deleite; el cual puso Dios en ellas, tanto mayor ó menor, cuanto menos ó mas, sin él, serian desamparadas. Y pues el cristiano afligido, mientras lo está, vive despedido de los deleites de la tierra, conveniente cosa fué que proveyese Dios de los celestiales (y tanto mayores cuanto mas son los trabajos, naturalmente aborrecibles por una parte, y por otra necesarios), los cuales hacen á los del cuerpo tanta ventaja, cuanta al mesmo cuerpo hace el alma, que es de natuleza de ángeles; que, como dijo uno dellos á Tobías, se sustentan de manjar del cielo; y son tan dulces y suaves, que, como un contemplativo dice, todos los deleites de acá juntos no son tan dulces como el menor dellos; y el bienaventurado san Agustín dice: Aquel es verdadero gozo que no se toma de la criatura, sino del Criador, á quien si comparamos toda la suavidad de la tierra, todo es melancolía, toda la alegría es un poco de tristeza, y toda la abundancia pobreza; y por eso no es maravilla que los que hallaron esta preciosa margarita vendan todas las cosas; esto es, desprecien todos los bienes terrenos para que merezcan gozarla. Hasta aquí son palabras de san Agustín. Y no son menos dulces las que san Gregorio dice en un sermon: El que la dulzura del cielo supiere á qué sabe, como puede saberse en esta vida, liberal y alegremente desampara todo lo que en ella amaba, todo es en sus ojos vilísimo delante della, deja lo que tiene, derrama lo que habia allegado, ninguna cosa terrena le agrada, abrásase el alma por lo celestial, todo le parece feo cuanto le parecia antes hermoso; porque sola la claridad y hermosura desta piedra preciosa resplandece en su alma.

Esta dulzura, tan encarecida de los santos, es la que sienten los atribulados en su alma, nacida de los favores interiores que del Señor reciben para padecer su tribulacion; y aunque á algunos parece que esa dulzura no se les echa de ver, pues por defuera parecen tristes, lóbregos, abatidos y huérfanos de todo contento, ellos son la causa que la encubren cuanto pueden, temiendo perderla; pero, por mas que disimulen, es imposible á veces encubrirla, porque el corazon del hombre es pequeño vaso para tanta grandeza y abundancia de suavidad; y así, no puede dejar de parecerse. Esto quiso el salmista decir, hablando de los santos, cuando, entre otras cosas, dice dellos: Regoldarán la memoria de la abundancia de tu suavidad; y es la metáfora tomada de los que han comido mucho mas de lo que su estómago puede cocer ó digerir, que truecan parte de la comida, porque el estómago no puede con tanto; así es nuestra alma cuando se ve llena de la suavidad de Dios. Y por eso decia uno: Señor, retirad un poco la avenida de vuestra gracia y apartáos un poco de mí, que no puedo sufrir el ímpetu de vuestra dulzura; lo cual fué sinificado en los vasos de la viuda de Eliseo, que quedaron llenos y sobró el aceite; y así, faltará antes el corazon para recebir el suavísimo licor de la dulzura del cielo, que ella falte. Y aun san Pablo decia: Estoy relleno de consolacion, y rebosa el gozo de mi alma en cualquiera de mis trabajos. Así que, por un camino ó por otro, ellos lo publican, y cuando mucho lo quieren esconder y callar, los gestos, el levantar el alma tras de sí al cuerpo en la oracion de la tierra, como que no es lugar conveniente para tanta gloria y tan suave gozo, y otras cosas extraordinarias y casi milagrosas, lo dan á entender; y los hombres, como juzgan ordinariamente por lo que ven de fuera, se engañan en sus juicios, en esta como en otras cosas. San Bernardo decia á los seglares de su tiempo que se dolian de ver los monjes encerrados, afligidos, pobres, flacos, desvelados y trabajados: Los hombres, decia, juzgan por lo que ven, y lo que ven es cruz y trabajo, y no ven las consolaciones que tenemos en el alma. En

nuestros tiempos es al revés, que los seglares piensan que tenemos los religiosos muy buena vida, y así nos tienen envidia y no compasion; y los religiosos publicamos tenerla triste y trabajosa, y quejámonos de que ven y consideran lo que parece vida contenta, que es tener casa, cama y mesa segura y el vestido, aunque pobre, y no ven lo trabajoso que se padece en la vida de la religion. Hácelo que ni frailes ni seglares no somos tan buenos como en tiempo de san Bernardo, aunque siempre hay en cada casa grandísimos siervos de Dios, y todos juntos, al fin, hacen gran ventaja en la vida á aquellos de quien son temerariamente juzgados y envidiados. Volviendo al propósito, aunque no se les parezca el alegría del espíritu á los afligidos siervos de Dios, la tienen muy grande dentro de su alma, en que son figurados por las tiendas de los alárabes, de quien dice la Esposa: Aunque me veis morena y negra, soy hermosa como los tendejones de los alárabes de Cedar y como las tiendas de Salomon; y dícelo porque de fuera estaban gastadas y groseras, como parte que estaba siempre sujeta al sol, aire y agua y á otras inclemencias del cielo; pero de dentro era todo oro, seda y piedras preciosas, como agora los coches, carrozas y literas, aunque por defuera parezcan solamente enceradas; y lo mismo eran las tiendas del pueblo de Dios, de quien, bendiciéndolas Balaam, dijo: ¡Cuán hermosas son las tiendas y tabernáculos de Jacob! Y claro está que de tan largo camino vendrian gastadas y estragadas, sino porque dentro estaban, no oros ni sedas ni piedras, que no es eso lo que parece á Dios hermoso, sino los del pueblo de Dios, que en los ojos del mesmo eran tan preciosos. Así juzgan todos los que de fuera ven á los siervos de Dios pobres, atribulados y afligidos, que con los ojos, aunque no proféticos, pero con los de fe, miran lo que el salmo dice de la esposa de Cristo, que es el alma del buen cristiano: Toda su gloria está dentro, con cintas y apretadores de oro y con grande variedad de colores, que son las virtudes; y no es sin misterio el comparar á su Iglesia y al alma, su esposa, en ambos Testamentos muchas veces á viña, porque en invierno, que es el tiempo desta vida, como en los *Cantares* y en otras partes se dice, está combatida de los vientos, desnuda, sola, y parece que desamparada de la mesma naturaleza y despreciada; y no solo hay esperanzas de reverdecer para el verano y pararse verde, hermosa, llena de pámpanos y uvas, pero dentro tiene una invisible virtud, mediante la cual ha de alcanzar eso que della se espera; así el alma, al parecer afligida, y al mesmo parecer del mundo olvidada y sin consuelo, tiene dentro de sí una virtud y suavidad que solo entiende el alma que la goza y el Señor que se la envia, mediante la cual, en el invierno de sus trabajos y en el combate de sus contrarios, regala todas sus potencias y va obrando lo que merece, las esperanzas de verse el verano, que es después desta vida, verde, fresca y hermosa y llena de fruto de gloria.

El cuidado que Dios tiene de sustentar con esta suavidad y dulzura á los que padecen por su nombre ó por su ley, nos sinificó el mesmo Señor por el que tuvo de la comida de su siervo Daniel al tiempo que, por estar en la leonera, pensaba el mundo que el lo habia sido de los leones, que mandó á un ángel que llevase desde Judea al profeta Abacuc con la comida que llevaba á los segadores, y le llevó por esos aires asido de los cabellos. Bien tenia Dios comida que dar á su siervo sin quitársela á quien la tenia tan bien merecida, como unos pobres trabajadores; pero quiso dar á entender que se tiene por tan bien servido del que algo padece por él, que, cuando no lo hubiese de otra parte, lo quitaria á los que para otro fin lo trabajan, aunque sea bueno; porque lo merece mas quien padece por él en su presencia. Y en aquella comida dentro del lago de los leones, comida en secreto, se entiende el refrigerio interior que en su alma tienen los afligidos con paciencia por su nombre, y juntamente la compañía y beneficio y regalo que el ángel le hacia; como él mesmo lo dijo al Rey, cuando otra vez en otra prision le vino á ver en la mañana, habiendo dejado cerrada y sellada la boca del lago; porque, para consolar, sustentar y acompañar Dios al que padece, no hay puertas ni cerraduras ni otro impedimento: allí entró el ángel á cerrar las bocas á los leones y á entretener y acompañar á Daniel. Y así, no hay agora trabajos tan cerrados ni impedidos, donde no pueda entrar el ángel de la divina consolacion. Lo mesmo nos enseñan los mozos de Babilonia, que en medio de tan grande fuego como allí encarece la divina Escritura, los vieron paseando y cantando, desatados de las ataduras con que fuertemente habian sido atados, á fin de que muriesen mas presto y mas atormentados; y sobre esto se vió con ellos otro mancebo semejante al Hijo de Dios, paseándose con ellos, que sinifica que el mesmo Hijo de Dios viene á traer la marea y suaves vientos á los que están entregados á los fuegos de la tribulacion por el nombre de Dios; lo cual san Agustin en algunos lugares llama gota destilada de la gloria de los bienaventurados, de la cual dice en una parte, que si una gota de la gloria cayese en el infierno, que no se sentirian allí los tormentos. Pues tan graves tormentos callarian con una gota de aquella gloria, ¿qué serán los trabajos desta vida, que no lo son sino pintados en comparacion de aquellos, con tantas gotas della como por mano del Hijo de Dios y de los ángeles se comunican al afligido por Dios? Lo cual han experimentado Pedro y Pablo y otros muchos, y san Estévan, cuyas piedras dice la Iglesia, por esta razon, haberle sido dulces, y era por la gracia y consuelo que de Cristo, á quien veia en pié para ayudarle, tenia en medio dellas. No estaban léjos desta dotrina los gentiles, pues cuenta Plinio que en su vanidad celebraban dos diosas, Volupia y Angerona, de que atrás queda hecha memoria en este libro. La Volupia era diosa de los deleites, la Angerona de los trabajos, y esta tenia cerrada la boca con una puerta y estaba dentro del templo de la otra de los deleites, como refiere Macrobio, para dar á entender que el que cerrare la boca á las injurias, alcanzará gozo y deleite por el beneficio de la paciencia, y convertirá la tristeza en alegría. Esta razon da allí Macrobio en aquel lugar, cuanto mas los que tienen fe y saben que los amigos de Dios cierran su boca y se hacen mudos á las injurias y á los trabajos; como David dice que él lo hacia cuando las injurias de Semei, que ni aun buenas palabras no decia. Y en otro salmo á otras: Yo, co-

mo sordo, no oia, y como mudo, que no abre su boca. Y porque desta materia se habla muchas veces en este libro, baste lo dicho para lo que le cabe á este discurso.

DISCURSO VII.

De la séttima razon para tener paciencia en los trabajos, que es, ser ellos señal de predestinacion.

Muchos misterios tocantes á nuestra salud (que ningun entendimiento pudiera con sus fuerzas alcanzar) nos ha Dios revelado en esta vida, y algunos otros reservó para sí solo, sin querer fiar de nadie la llave de su secreto; y entre estos, el mas escondido, ó uno de los mas, es, quién y cuántos sean los que se han de salvar; aunque fuera desta ley han tenido algunos de su salud particulares revelaciones. Y aunque harto secreto negocio es el saber si está uno en gracia y amistad de Dios (en tanto grado, que ni por ciencia ni por fe nadie puede estar cierto que lo está), pero hay algunas conjeturas muy probables, y tanto, que á veces basta para que uno se consuele y tenga algun seguro de la amistad de Dios; como si, habiendo, á su desapasionado parecer, hecho lo que es de su parte, se ha confesado enteramente con dolor de sus pecados y propósito firme de nunca mas ofender á Dios; digo que se puede tener muy gran satisfacion y confianza que tiene la gracia de Dios; de la cual se ha de entender la que san Gregorio escribe á Teorisa, hermana del Emperador, que de sí tenia siendo monje. Vivia, dice, sin deseo de cosa deste mundo y sin temor de nadie dél, y me parecia que estaba en una altura sobre todas las cosas; tanto, que me parecia ver cumplido en mí lo que Dios promete por el Profeta: Yo te levantaré sobre las alturas de la tierra. Y porque no se piense que habria perdido esta opinion en el oficio y cuidado pastoral, luego añade: Pero súbitamente arrojado desta altura con la tempestad desta tentacion (que así llama el pontificado), caí en grandes temores y temblores; porque, aunque de mí no temo nada, pero mucho temo de los que en ella tengo á mi cargo; pero de los demás, dice en otra parte, no hay que dudar ni dudemos haber alcanzado la misericordia de Dios, á quien vemos lavar con lágrimas sus pecados. Semejante es la sentencia de Casiano cuando dice: Cuando hacemos penitencia y la memoria de los pecados nos muerde, necesario es que una avenida de lágrimas, nacida de la confesion dellos, apague el fuego de la conciencia; pero cuando en esta humildad de corazon y contricion del espíritu dura el penitente en gemido y dolor, y por este camino la memoria de los vicios se adormeciere y la espina de la conciencia fuere, por la gracia de Dios, arrancada, cierto es que ha llegado al fin de la satisfacion y á los méritos del perdon, y que queda de la mancha de la culpa limpio y purificado. Así que, dentro de los límites de la conjetura, gran seguro puede tenerse de la presente gracia y amistad de Dios.

Pero de su salvacion ó predestinacion es el negocio tanto mas secreto, que aun los ángeles, que ven la hermosura del alma, no pueden ver señal ninguna de predestinado, que depende de la perseverancia en la gracia al tiempo de la muerte, que, como es cosa por venir, solo Dios lo puede saber; en tanto grado, que cuando un hombre tuviese revelacion que hoy domingo está en gracia, y así estuviese certísimo que lo está, no puede estarlo de que al fin se haya de salvar, porque, para la salud, no solo no basta haber estado un dia en gracia, pero ni haber vivido cien años en ella tan limpio y sin pecado como un ángel, ni, por el contrario, daña para eso haber vivido otros tantos como un salteador, para juzgar de sí ni de nadie, que es del número de los predestinados ni de los reprobados, pues ha habido muchos buenos que al cabo se condenaron; de quien dice san Agustin que conoció algunos varones excelentes en santidad, de cuya virtud no dudaba mas que de Ambrosio ó Jerónimo, los cuales, después de tan santa vida, acabaron envueltos en el cieno de las torpezas de la carne. Y lo mesmo ha habido en muchos malos, por el contrario, que, después de mala vida, acabaron santamente, como el buen ladron. De los unos y de los otros dice san Agustin: Todas las cosas están llenas de juicios temerarios: de quien estábamos sin esperanza, súbitamente se convierte y se hace muy bueno; de quien mucho pensamos, súbitamente cae y se torna malísimo. Así que, ni nuestro temor cierto ni nuestro amor, el mesmo hombre apenas sabe qué tal es hoy, pero de hoy como quiera lo sabe; mas qué tal será mañana, ni él mesmo lo puede alcanzar; lo mesmo dice san Bernardo: Esto es lo que nos ha de traer solícitos y humillados en todo tiempo debajo de la poderosa mano de Dios; porque, qué tales seamos, bien lo podemos conocer, á lo menos en parte; pero qué tales serémos es imposible. Así que, el que está en pié no caiga, antes persevere y procure de aprovechar en aquel estado y forma, que es señal de salud y argumento de predestinacion.

Así que, escurísimo negocio es y muy engañoso al juicio de los hombres, el saber quien se salvará, de que pudiéramos traer de las divinas letras infinitos ejemplos. ¿Quién dijera, viendo al buen ladron en los bosques, quitando las haciendas y las vidas á los hombres, y en el mesmo tiempo á Júdas apóstol á los piés de Cristo, oyendo su dotrina y haciendo milagros, que no tuviera por cierta la salvacion del apóstol y la condenacion del ladron? Y tenemos por fe que fueron trocadas estas suertes. Esto es lo que el Sabio dice: ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adan sube á lo alto, y el espíritu de los jumentos baja á lo bajo? No llama aquí jumentos á los animales brutos, que ya sabemos que su alma no vive después de su muerte, que con el cuerpo muere. Llama jumentos á los que viven vida de bestias, y dice que, con ser tal su vida, nadie sabe si al cabo della bajarán al infierno, ni los que viven como hombres sabèmos si subirán al cielo; porque ni de unos ni de otros sabemos en que parará su vida. Y en otra parte dice: Hay justos y sabios, y sus obras están en la mano de Dios, y con todo eso, ninguno sabe de si está en gracia ó en aborrecimiento y desgracia de Dios; que todo se guarda incierto para el tiempo venidero. Esto fué figurado, como san Bernardo dice, en aquella figura que Esaías vió de los serafines que decian: *Sanctus, sanctus, sanctus*; que con dos alas tenian cubierta la cabeza y con otras dos los piés y con dos volaban, que es, que el principio y fin del hombre nadie le ve sino Dios; el medio, que es el cuerpo, que en el volar de las

alas se descubre, este se ve que es esta vida. Tambien se dice claramente este secreto cuán grande sea y cuán reservado á Dios en aquel libro con los siete sellos, que nadie fué poderoso para abrirle, sino el cordero que puso Dios por juez de los muertos y de los vivos; solo él es el que sabe quién y cuántos son los predestinados, como la Iglesia canta: Señor, tú, que solo conoces el número de los escogidos que ha de ser colocado en la soberana felicidad, etc. Así dice que solo él es el que cuenta el número de las estrellas y las llama á cada una por su nombre, que son los bienaventurados, que han de resplandecer en el cielo como estrellas.

De cuán gran temor sea vivir siempre con esta perpetua duda, y juntamente el consuelo della, se tratará en este libro antes que se acabe. Lo que este discurso pretende es, declarar cómo los doctores sagrados (aunque es negocio tan oculto el de la predestinacion, conocen, y aun del Evangelio sacan, algunas señales ó conjecturas, enseñados del Redentor, que, segun la exposicion de algunos, puso algunas juntas en el evangelio de san Juan. Y por llegar á nuestro intento, dejando para otro tiempo las demás, una dellas es padecer el hombre en esta vida muchos trabajos y tribulaciones; así como, por el contrario, dice san Gregorio que el ordinario y continuo buen suceso de las cosas temporales es señal y conjectura de la eterna condenacion. De aquí es lo que un doctor devotísimo y espiritual dice, que ninguna señal hay mas cierta que trabajos bien padecidos, y que con el frio, calor, enfermedad y otras calamidades atavia Dios un alma para su casa, y á la que no es capaz de tanto atavío, con flores y guirnaldas, que son mas ligeros trabajos, y que nunca él permitirá que el mas ligero viento del mundo le tocase, si no supiese que conviene á su salud; y parece sacado del *Eclesiástico*, que dice: Hijo, todo cuanto de trabajos te fuere aplicado, recíbelo y sufre, y con humildad ten paciencia, porque en el fuego se afina el oro y la plata, y los hombres predestinados y aceptos á Dios y que han de ser recebidos en la gloria, se afinan y preparan y aderezan con el fuego de la tribulacion y humillacion. Y en otra parte dice el Espíritu Santo: Hijo, no arrojes de tí la diciplina del Señor, que es el trabajo, etc.; porque en ella muestra su contento con el atribulado, como con hijo; lo cual, como un doctor declara, es la eleccion eterna. Los que juntamente sufrimos, dice san Pablo, juntamente reinarémos. Y en otra parte: Si en los trabajos fuerémos á la parte, serémos en el consuelo, que es la gloria. Y en otra dice que de lance en lance la tribulacion, mediante la paciencia y probacion, es causa de la esperanza, que no queda burlada. Otros lugares muchos trae un doctor á este propósito; solo digamos algunos. Esto dió á entender en Ecequiel aquel ángel, cuando, queriendo por mandado de Dios hacer aquella general matanza, mandó apartar á los tristes y afligidos y á los que lloraban los pecados de los malos, y señalarlos con el Tau, para que no fuesen muertos con los demás; esto es lo que para el consuelo de los afligidos y temor de los muy prosperados suelen los doctores repetir en sus libros, y los predicadores en sus púlpitos; esto dice el glorioso san Jerónimo: Hermano, imposible es hinchir aquí el vientre y allí el entendimiento; que es decir que no es posible acá y allá gloria. San Gregorio dice: Si las penas desta vida no excusasen á algunos las eternas, no dijera san Pablo: Cuando en esta vida viene sobre nosotros el juicio de Dios, no es otra cosa sino una correccion para que no seamos con este mundo condenados. Lo mesmo dice en sentencia en muchos lugares. Y mas claro lo dice el bienaventurado san Cipriano, hablando de las alabanzas del santo martirio: El ofrecer el cuerpo á las fieras y el no temer la espada del tirano es mostrar manifiestamente la eleccion que Dios ha hecho del mártir.

Esto es en lo que para la vida del afligido y la del prosperado, para cuya declaracion dicen comunmente los doctores que ha de trocar Dios las manos al fin de la vida; y si ellos mucho lo dicen y repiten, mas repetido lo hallan en las sagradas letras de mil maneras y con mil comparaciones; á lo menos esta es la razon que al rico avariento dió el patriarca Abrahan para despedirle de todo consuelo: Acuérdate, hijo, que en la vida recebiste tus bienes y prosperidad, y Lázaro asimesmo sus trabajos, y agora él es el que recibe el consuelo y abrigo, y tú el tormento; como quien dice: ¿No sabes que es regla muy general que todos los que en el mundo viven prósperos y alegres han de ser después dél afligidos y atormentados, y al revés? Y pues sabes cuán á tu gusto poseiste los bienes de la tierra, ¿qué consuelo pides en esta, cuanto mas de mano de Lázaro, á quien tú mal supiste granjear cuando pudiste y él tuvo necesidad de tu socorro? Esto mesmo habia dicho Esaías, hablando de lo que en la otra vida ha de ser de los unos y de los otros; que los malos han de estar tendidos delante de los ojos de los buenos, y los impíos á la puerta de los justos; aludiendo á la mala respuesta que ellos reciben acá á las puertas de los malos en sus necesidades, dice que allá la recibirán ellos peor de los buenos cuando las suertes estarán trocadas. Muchas veces vemos que para una fiesta de justas ó cañas llevan de un pueblo á otro un caballo enmantado; llévale un vil esclavo y gobiérnale, hácele el tratamiento que él quiere, así en el trabajo del camino como en la comida, como en darle muchas sofrenadas y palos, y cansarle subiendo en él y echándole carga; y después sale el caballo á la fiesta muy limpio, lindo, enjaezado ricamente, con su mochila bordada, lleno de campanillas de oro y plata, plumas y otros aderezos, que dan á la vista de la plaza gran contentamiento, y el esclavo, que poco antes le trataba mal, anda por el suelo, atravesado entre los piés de los caballos, cogiendo cañas, tragando polvo y sufriendo empellones, atropellado del mesmo caballo á quien él antes en el camino sojuzgaba y maltrataba. ¡Qué de cosas destas se ven ahora entre los hombres, que después se verán trocadas! Qué de buenos, de quien Dios en sus fiestas se sirve, andan sujetos á los malos desta vida, esclavos del demonio! Qué de malos tratamientos, qué de fuerzas, qué de agravios y cargas reciben dellos sin piedad, y al cabo serán sin ella atropellados para siempre de los mesmos á quien atropellaron! Esto es lo que decian las vírgines locas: Dadnos de vuestro aceite, que se apagan nuestras lámparas, que al cabo han de venir á entrarse por sus puertas y haberlos menester. Por ellas se entraron los

hermanos de Josef á rogarle. A los amigos de Job manda Dios que vayan á rogarle que ruegue por ellos, que desta manera les perdonará lo que le ofendieron. El salmo dice que anda el malo amaitinando al justo, pretendiendo matarle, pero que Dios está burlando de sus intentos, porque tiene los ojos en su dia, que ha de venir. Su dia, ó se entiende del malo para que pague, ó se entiende que vendrá el dia del bueno, en que se vengue, ó se entiende el dia de Dios, que lo está mirando; que tambien se llama su dia el del juicio por los profetas, porque tambien vengará sus ofensas y las del bueno, que basta que sea dia del bueno para llamarle Dios tambien suyo; el cual será de gran fiesta para él y para ellos; porque, así como en esta vida los dias festivos y alegres de los hombres se celebran con comidas, así la gloria del cielo se llama cena y banquete para declarar su contento. Y asimesmo la venganza de los malos por el que el mesmo Dios y los buenos recebirán, se llama tambien banquete; de quien dice el Señor en el Evangelio que adonde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas; en que significa por las águilas los buenos, y por el cuerpo el manjar con que ellos hacen fiesta; de suerte que quiere decir que hará Cristo, nuestro Redentor, á los buenos un banquete real y regocijado de la condenacion de los malos, que será gloria para ellos, pues lo ha de ser del mesmo Dios en ver ejecutada su justicia, con cuya voluntad estarán tan conformes, que será la mesma la suya. Con esta dotrina se entiende un paso del *Apocalipsi*, que de otra manera tiene dificultad, donde dice san Juan que vió un ángel que estaba de piés en el sol y convidó con grandes voces á todas las aves que volaban por medio del cielo, diciéndoles: Venid y juntáos á la grande cena de Dios, cuyos platos han de ser carnes de reyes, carnes de tribunos, carnes de valientes, carnes de caballos y de caballeros, carnes de todos los esclavos y libres, y carnes de grandes y chicos. Y claro está que aquel dia no se comerán carnes, y mucho menos carnes humanas, de tantos estados, sino la condenacion dellos, que, como dicen los santos, son parte de su gloria.

Este trocar de manos les decia el Redentor muchas veces á los unos y á los otros. A los ricos: ¡Ay de vosotros, ricos, que habeis escogido aquí vuestra consolacion! A los pobres: Bienaventurados los pobres y perseguidos, que vuestro es el reino de Dios. Y con razon se duele de los unos y da el parabien á los otros; porque si el tiempo del gozar fuera todo igual y los bienes y los males tambien iguales, poca era la diferencia (aunque era alguna), tener aquí cien años de contento, y después otros ciento de pena, ó al revés; todo era comenzar por lo uno y por lo otro, aunque todavía era ventaja comenzar por lo malo, como san Crisóstomo dice, reprehendiendo en un sermon cierto refran del vulgo que se usaba en su tiempo; porque el que comienza de lo trabajoso, goza desde luego el bien con la esperanza, lo cual tiene al revés el que comienza del bien. Así gozaba san Pablo cuando decia que lo que es momentáneo y ligero de la tribulacion, causa aquí eterno peso de gloria en el que padece, poniendo los ojos, no en lo que se ve, que es poco y temporal, sino en lo que no se ve, que es eterno. Cristo, nuestro Redentor, esforzaba á sus dicípulos, diciendo: Bienaventurados, no dice seréis, sino sois, desde agora, cuando os dijeren los hombres mal y os maltrataren, cuando os descomulgaren, desterraren, etc. Holgáos y alegráos en aquel dia, que desde aquel comienza el gozo de entender que vuestro galardon es muy copioso en el cielo.

Con estas y otras razones dispone y esfuerza Dios á los suyos á la vida trabajosa, para llevarla con alegría. Compara san Juan Crisóstomo á Dios á un padre, y al demonio á los cosarios que andan buscando gente que llevar cautiva por las costas; que estos, en topando un niño, no le azotan ni amenazan, antes le regalan y le dan confites y golosinas hasta cogerlos, que allá en su tierra les azotarán y molerán con trabajos y les harán sudar; pero el padre al hijo nunca le regala en la niñez, sino ora el azote, ora el grito, ora el ayo le amenaza, porque por aquí le encamina á la vida rica, honrosa y descansada. Así, el mundo y el demonio al principio, para echar á perder un hombre, le tratan con regalo, escondiéndole los trabajos y adversidades, porque dulcemente se encamine á tenerlos eternos y intolerables en el infierno; pero Dios desde acá envia la reprehension, la enfermedad, la pobreza y otros trabajos, porque este es el camino para vivir después descansadamente, reinando en el cielo. ¡Qué diferente es el tratamiento que tienen en vida un azor y una gallina, y cuán trocada suerte tienen después de muertos en casa de un señor! La gallina en un corral sucio y hediondo, sacando con su trabajo su comida de entre el estiércol, excarvando, y el sustento de cosas sucias y hediondas y el sueño en un sucio lugar; el azor servido de los cazadores, sustentado y cebado de perdices, guardado del sol y serenos, ataviado con capirote y piguelas galanas y costosas, y lo mas del tiempo en la mano del mesmo príncipe; y cuando el azor muere, que es ordinario de su muerte natural, con pesar del señor y de los cazadores, al fin le echan en el muladar á los perros; pero la gallina, que hasta la muerte tiene violenta y cruel, á veces en fuentes y platos de plata se sirve á la mesa de su señor, y della gusta y tiene el mejor sustento. ¿Qué mucho que haya esa diferencia entre los que viven pobres y afligidos en los muladares, sacando su pobre sustento del sudor, desechados de la presencia de los poderosos, y los que viven siempre á su lado dellos, y gozan de los favores, regalos y entretenimientos desta vida; los cuales, muertos descansadamente, sin violencia ni dolor (que hasta eso han sido favorecidos de la fortuna, como dice el santo Job, quejándose de su buena suerte á la justicia y providencia de Dios, cuando dice, después de otras cosas en que gozan de su prosperidad, que al tiempo que habian de tener dolor en esta vida, que es al de la muerte, salvan aquel amargo paso excusándoseles las penas, y reservados dellas, mueren en un instante sin dolor), después ¿qué mucho que carezcan de buen lugar, y le tengan los primeros en la mesa eterna de Dios? Este es pues el consuelo, y no de los menores del trabajado, pensar que va encaminado para su salvacion con una prenda tan cierta, aunque, como atrás queda dicho, no infalible; por lo cual dice san Gregorio que puso Salomon duda en su salvacion, y que cayó en el vicio abominable de la idolatría, por no haber alcanzado trabajos en su vida.

DISCURSO VIII.

De otras ocho razones de consuelo, las cuales pone juntas el apóstol san Pablo en un capítulo, el cual se declara.

El apóstol san Pablo, viendo por una parte cuán necesarios son los trabajos del cristiano para la salud, y cuánto la paciencia para sufrirlos, y por otra, cuánta flaqueza se tiene para llevarlos, procura en el capítulo 8.° de la epístola á los romanos (donde nos declara las misericordias de Dios, y cuán á boca llena podemos llamarle padre) de juntar muchas razones para consolarnos en los trabajos, porque por ignorancia ó inadvertencia no desmayemos en ellos, y perdamos tantos bienes como tenemos por ser hijos de Dios. Comienza en la segunda parte del capítulo, diciendo: De lo dicho se saca, hermanos, que quedamos en deuda, no á la carne para vivir segun su voluntad, porque si viviéredes segun esta, perdidos vais; pero si, por el contrario, viviendo segun el espíritu, mortificáredes las obras de la carne, viviréis; porque los que se dejan llevar y guiar como antecogidos del espíritu de Dios, esos son hijos de Dios; porque no habeis de pensar que el espíritu que agora habeis recebido es, como el pasado, espíritu de temor, como de siervos, sino el que habeis recebido es espíritu de hijos adoptivos y prohijados, por el cual llamamos á Dios á boca llena padre; el cual espíritu nos da testimonio que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, ¿quién quita que seamos herederos, herederos de Dios y á la parte de la herencia con Jesucristo, con tal que padezcamos con él para ser herederos con el de la gloria? Hasta aquí san Pablo.

Este es el primer consuelo de nuestros trabajos, que si los padecemos, no es á solas, sino en compañía del Hijo de Dios, á quien el Padre eterno puso en la cruz y le libró della; y así, si padecemos con él, lo mismo hará con nosotros; solo es necesario que nos hagamos hijos de Dios. Los malos tambien padecen como los buenos; pero, como no tienen á Dios por padre, no pueden esperar del padecer tan dichoso fin. Porque, como dice san Gregorio, esta es la diferencia de los trabajos del reprobado á los del predestinado ó del malo y el bueno, que el bueno conoce que son de su padre y justo juez, y por eso los recibe con alegría, á lo menos no sin paciencia; y si siente en sí pecado, por este camino se enmienda, y si no, anda mas recatado y procura mas cada dia aprovechar. El malo ni reconoce en sí por dónde merezca castigo, ni se ablanda ni mueve á penitencia; y así, no solo no se enmienda, antes toma de allí ocasion para ser peor cada dia. De aquí saca san Gregorio una conclusion, que los que entre los trabajos se hacen peores, en ellos el castigo temporal se les vuelve principio del eterno. Y en otra parte dice: A solos aquellos libra la pena del castigo, á los que trueca la vida; porque á quien los males presentes no enmiendan, antes los guian á los eternos; por eso consuélese el que padece, que no padece con ellos, sino con Cristo; que siendo él hijo natural, y nosotros adoptivos, todos padecerémos como hijos, y como tales serémos librados. Otro consuelo está aquí encerrado, que si juntamos nuestros trabajos con los de Cristo y padecemos con él, ó sin duda vencerémos, ó si somos vencidos, tambien él lo ha de ser. Pues ¿quién duda que Cristo invencible está en la gloria? Pues así estarémos los que con él padeciéremos. Por esto decia él á los suyos, hablando de los trabajos que les esperaban: Confiad y esforzáos, que yo he vencido el mundo. Como quien dice: Vosotros tambien venceréis. Y lo que Sofonías dice: El Señor está en medio de tí, no quieras temer. Y por lo mesmo quiso llamarse Emanuel, que es Dios con nosotros. Allende desto, padeciendo juntos con Cristo, se parece cuán pocas son nuestras pasiones, cotejadas con las suyas, que no es pequeña razon de consuelo.

La segunda consideracion de san Pablo, que luego se sigue, es que no son dignas las pasiones y trabajos deste tiempo de ponerse en balanza con la gloria que después ha de ser en nosotros revelada. Porque, cuando menos, lo que aquí se padece es momentáneo y breve, y la gloria es eterna y perdurable. De la cual hablando el bienaventurado doctor san Agustin, dice: En aquella gloria el que es menor sin duda tendrá mayor gloria que el que fuese rey de todo el mundo, aunque su reino fuese eterno. Porque vilísima cosa es gozar á todo su contento de solos elementos (comparado con gozar del mesmo Dios y alegrarse con él) y deleitarse con cosas corporales y visibles; porque es tanta la hermosura de la justicia y tanta la alegría de la luz eterna (esto es, de la verdad y sabiduría incomutable), que, aunque no se hobiera de estar con ella mas que por solo un dia, por ese solo se despreciarian con razon innumerables años desta vida presente, llenos de deleites y afluencia de bienes temporales; que no falsa ni friamente se dijo aquello del salmo: Mejor es un solo dia en tus palacios que otros mil. Ninguna cosa se puede comparar con el gozo que de cosas espirituales y invisibles se recibe, y de la compañía de todos los ángeles y santos, y de la infalible ciencia de la divina naturaleza y de la vision clara del mesmo Dios, de cuya hermosura están los ángeles maravillados; á cuyo mandado se levantan los muertos, cuya sabiduría es sin cuento ni medida, cuya gloria no sabe qué es mudanza, cuya luz escurece la del sol en tanto grado, que, comparado con ella el sol, no tiene luz; cuya dulzura es tanto mayor que la miel, que, comparada con ella, parece amarguísimos asensios; cuyo rostro, si viesen cuantos hay en los infiernos, ninguna pena sentirian ni tristeza ni dolor; cuya presencia, si con sus santos en el infierno pareciese, no seria ya infierno, sino deleitoso paraíso; sin voluntad de quien no se mueve una hoja del árbol, cuyos ojos encendidos penetran el profundo del infierno, cuyas orejas oyen la secreta voz del corazon, esto es, el pensamiento; cuyos ojos no menos oyen que ven, cuya oreja no menos ve que oye, porque ni uno ni otro es cuerpo, sino suma sabiduría y cierta noticia; cuyos deleites hartan sin hastío, los cuales, aunque los bienaventurados los poseen, pero siempre los desean, y perpetua hambre y sed sin pena en ellos causan, esto es, que siempre les deleitan con deseo; cuyos secretos misterios y maravillas siempre parecen á los que las ven nuevas y maravillosas, y no causan menos espanto al cabo de mil años ni de millones dellos que al principio. Hasta aquí son palabras de san Agustin, con otras muchas que á este propósito va allí diciendo, de las cuales se entiende la diferencia de aque-

lla gloria á la que acá los trabajos y pasiones nos quitan, que por ganarla se padecen. Tras esto, no hay vida tan triste y trabajada, que no tenga sus intervalos de descanso; que al fin no siempre hay que padecer en esta vida, ni se alcanzan ordinariamente unos ú otros los trabajos; sus consuelos y entretenimientos tiene el mas corrido y afligido en ella; pero la gloria es eterna y siempre corre á un paso, sin que haya pesar ni intervalo alguno que pueda quebrar el hilo della; que es lo que el Salvador decia: Y vuestro gozo ninguno será bastante á le estorbar. Otra diferencia hay, que los trabajos vienen al hombre de mano de alguna criatura, pero el gozo y gloria del mesmo Criador; el cual tiene mas fuerza para premiar y glorificarle que la criatura para ofenderle ni afligirle. Deste consuelo usaba Cristo muchas veces: Vuestra tristeza se volverá en gozo; quien me sirviere y fuere ministro mio (entiende en los trabajos), mi Padre, que está en los cielos, le honrará. Y en otros lugares semejantes, en que promete la gloria al que por él padeciere.

El tercero consuelo que san Pablo pone, es poniendo ejemplo en todas las criaturas que padecen con nosotros; y aquí algunos entienden por toda criatura á todo hombre, como la Escritura suele usarlo: Predicad el Evangelio á toda criatura; y quiere decir, segun esto: Pues que no hay hombre, de cualquier estado ó condicion que sea, que no padezca trabajos, ora sea cristiano, ora gentil ó bárbaro, y esté sujeto á muchos males, sin sacar el infiel fruto dese padecer, porque no conoce á Dios; pues no es mucho, dice el Apóstol, que padezcas con paciencia, pues tienes por la paciencia fruto no menos que de gloria. Otros mas comunmente entienden en el nombre de criaturas lo que suena, todo el universo dellas, las cuales fueron criadas para servir á Cristo y á sus miembros místicos, que son los fieles, como dice san Pablo: Convenia que aquel por quien todas las cosas fueron criadas, que tantos hijos habia traido á la gloria, fuese autor de su salud dellos; y pues ellas para esto solo fueron criadas, desconsuélanse y padecen cuando los malos usan dellas á su voluntad y en ofensa de Dios. Lo segundo quiere decir que ninguna criatura corporal hay que haya alcanzado su fin y perfecion, como tampoco el hombre, y que todas naturalmente la desean; y por eso se dice que gimen y esperan, por una figura llamada prosopopeya, como se dice tambien de las mesmas que alaban á Dios y se alegran. Así que, toda criatura sirve, padece, y á veces la maldicen por los pecados del hombre; de la cual servidumbre será libre cuando el hombre sea glorificado. De que se dice que ha de criar Dios un cielo nuevo y tierra nueva, porque entonces alcanzará toda su libertad y perfecion y el fin que desea. Pues resumidos los consuelos que desta sentencia se sacan, es este el sentido del Apóstol.

Si todas las criaturas esperan su perfecion y el dia en que han de ser libres, ¿por qué no harémos nosotros lo mesmo? Ninguna criatura corporal ha alcanzado ni ha de alcanzar aquí su perfeccion; pues ¿por qué queremos aquí el descanso y bienaventuranza? Todas las criaturas padecen aquí lo que los malos quieren hacer dellas y que padezcan; padece tú tambien si los mesmos te maltrataren. Todas las criaturas te conocen á tí por señor, conoce tú tambien al tuyo; todas las criaturas trabajan sirviendo para que el hombre alcance su fin, trabaja tú tambien, sirve y padece para alcanzarle; todas las criaturas (aunque mas quisieran estar libres y descansar) sirven y trabajan, porque saben que esta es la voluntad de su Criador; ¿cuánto, con mas razon, has tú de padecer por agradarle, aunque te veas inclinado al descanso?

La cuarta consolacion es que, no solamente las criaturas todas insensibles, pero los apóstoles, teniendo la nata del espíritu y siendo tan privados del mismo Dios, gimen, padecen, y tanto mayor llevan la cruz cuanto mas cerca están de Dios y mas en gracia suya; y asimesmo todos los santos, como parece en Abel, Noé, Abraham, Jacob, Josef, Job, David, y otros muchos que el Apóstol nombra á los hebreos y los apóstoles. De lo cual hablando en otra parte, dice: Parece que nos tiene Dios sentenciados á muerte de fieras como á hombres infames y facinerosos, porque parece que se hace fiesta de nosotros, como se suele hacer de los tales, para que el pueblo se regocije; porque el mundo, ángeles y hombres se huelgan de vernos padecer. Entre los hombres y entre los ángeles hay buenos y malos, los unos y los otros se huelgan; el hombre bueno por ver la gloria de Dios en el que padece, el ángel bueno por lo mesmo, y para ayudarnos y favorecernos; los malos para vengarse de nosotros como de nosotros; y luego comienza á contar lo que padecen por menudo, hasta decir que están hechos los apóstoles una basura ó estiércol, que antes pone asco que contento á la vista. Y san Anselmo dice que quiere decir san Pablo: Hemos venido á tanta bajeza y ignominia, tanto blasfeman de nosotros los malos, y por tan viles nos juzgan y estiman, como si para limpiar el mundo fuese solo el remedio echarnos dél. Pues si de tal manera dejó Dios que tratase el mundo á sus mayores amigos, consuélense los que lo son, y no tanto como ellos, ni sirven ni valen tanto.

El quinto consuelo es tomado del lugar y tiempo y modo de salvarnos; porque, como el Apóstol en otra parte dice: Por fe caminamos y vivimos, y no por vista; esto es, no nos han prometido cosas terrenas, que luego se ven y se gozan, sino espirituales que no se ven, pero espéranse; por eso dice: Lo que tú ves, ¿para qué lo has de esperar? Esto es, que la bienaventuranza prometida nos está, pero no en el estado que agora vivimos. Entonces, dice, Cristo pagará á cada uno segun sus obras, entonces dirá á los buenos: Venid, benditos de mi Padre, recebid el reino que os está aparejado desde el principio del mundo. Luego, segun esto, esperar conviene; y así lo dice el mesmo: Vosotros seréis como hombres que esperan á su señor de vuelta de las bodas. El salmo: Espera al Señor y pelea como varon. Abacuc: Si se tardare, espérale; que aprisa vendrá, y no tardará. Así lo hacia Job: Todos los dias que en esta vida peleo, me sustento de esperar. Y otros muchos lugares lo dicen. Luego la esperanza es nuestro consuelo, y á quien esta le falta, le faltará el bien y el consuelo, como el Sabio dice: ¡Ay de aquellos que han perdido el sufrimiento y se pasaron al camino de los pecados! ¿Quién consuela al labrador de tan importuno

y pesado trabajo, hasta madrugadas y frios del riguroso invierno, sino la esperanza de un poco de cosecha? Quién al marinero de tantos peligros y tempestades, sino la esperanza de sus ganancias en llegando al puerto? Quién al soldado, al mercader, finalmente á todo hombre que pretende alguna cosa, sino la esperanza de salir con ella? Pues ¿por qué no se consolará y entretendrá el afligido con la suya de salir de su trabajo y alcanzar tan ricos tesoros como le esperan?

La sexta consolacion se funda en el favor del Espíritu Santo en medio de los trabajos, como le tuvo Susana en medio de sus angustias, que de todas partes le cercaban; y al fin con este favor se determinó de padecer, antes que ofender á su Dios con el mesmo Cristo en cuanto hombre, estando diciendo: Señor, pase de mí este cáliz. Dice luego: Hágase, Señor, tu voluntad. Y añade luego san Pablo que el mismo Espíritu Santo pide por nosotros lo que nosotros no alcanzamos á pedir ni á saber lo que nos conviene; y que el mismo Espíritu está gimiendo, esto es, que nos hace pedir con su lumbre y favor, y nos hace gemir con increibles gemidos. Tambien gimen los malos, pero no con este gemido del Espíritu Santo. Y así, aunque á veces son oidos unos y otros, á veces ni unos ni otros, pero diferentemente; porque los hijos del Zebedeo oyeron: No sabeis lo que pedis. San Pablo no fué oido cuando pide ser libre del ángel de Satanás, porque la oracion de la carne no es oida en los buenos, porque ella no sabe lo que se pide; la de los malos algunas veces es oida, pero para su mal, como cuando los del pueblo pidieron en el desierto carnes para comer. La oracion del espíritu siempre es oida, porque es conforme á la voluntad de Dios, cuyo es el espíritu que pide.

La sétima consolacion saca san Pablo del provecho de las tribulaciones, porque siempre ellas y todo lo demás al buen cristiano se le convierten en bien y le ayudan á obrar bien; dellas y de todo saca materia y ocasion de bien, que es una de las dignidades mayores que se le pudo dar ni él pudiera imaginar. Pensaba Mídas que habia alcanzado gran felicidad cuando fingen los poetas que cuanto tocaba se convertia en oro (hasta aquí llega la codicia de un hombre sensual); pero fué tan léjos de serlo, que antes le costó la vida, pues lo que comia, antes que llegase á la boca se convertia en oro; y asi, murió de no comer por falta de manjar; pero esta gracia que Dios hace á sus amigos no puede suceder sino en bien; porque todas cuantas cosas hay criadas y cuantos sucesos acaecen se les convierten, no en oro, sino en bien y provecho de su alma, que es mas que el oro, las riquezas, los trabajos, las angustias, los pecados suyos, los de los otros, las penas del infierno, la cruz, el mesmo Dios, que es el sumo bien; el pecado, que es sumo mal, todo se le convierte en bien; y esta buena ventura nació de la eleccion de la predestinacion, que por eso añade á los que, segun el propósito de la divina predestinacion, tienen vocacion de santos. Y pues así es, que al cabo todo ha de salir á bien, y esto está en nuestra mano, ¿qué mayor consuelo para él, que del mesmo trabajo puede sacar á su voluntad tanto provecho? Solo se requiere que se haga amigo de Dios para tener esta gracia.

La otava consolacion saca san Pablo del amor que Dios nos tiene, con cuyo pensamiento debemos en la afliccion estar consoladísimos, así como dobla la pena del trabajo pensar que Dios está contra nosotros enojado. Pues lo que quiere decir el Apostol es, la cruz y la afliccion en los escogidos no es señal ni de ira ni de enojo de Dios, sino de gracia y amistad; lo cual entendemos en Cristo, á quien quiso el Padre que padeciese, no por enojo que con él tenia, sino por mostrarnos el camino de la gloria, que son los trabajos y pasion. El que salvarse quisiere, ha de parecerse á Cristo. Como nos parecemos (dice en otra parte san Pablo) y fuimos imágen del terreno, así hemos de parecer al celestial. Dos formas tiene Cristo: forma de Dios y forma de siervo; segun la de Dios, es el Hijo verbo, verdad y sabiduría de Dios. A esta imágen nos parecemos cuando lo que el Hijo de Dios es por naturaleza lo procuramos ser por gracia. Segun la forma de siervo, se desmenuzó y se deshizo y anonadó. A esta imágen es necesario parecerte si quieres salvarte; esto es, haberlos predestinado para ser conformes á la imágen de su Hijo; y á estos llamó y justificó y glorificó aquí por esperanza, y allá por posesion de gloria.

Concluye san Pablo diciendo: No sé qué mas consuelos me diga; mas ¿qué puede mas añadirse á lo dicho? Quien con esto no se consuela y trata de ser hijo y amigo de Dios, ¿qué le consolará? Tanta experiencia de su amor, y todavía dudamos si Dios es de nuestra parte y nos ama; lo cual parece en tantos y tan soberanos bienes, como son: predestinacion, vocacion, gracia, justificacion, gloria; ¿quién será contra nosotros? Quien nos hiciere guerra estando nosotros de su bando, se la hace á él; quien nos quisiere vencer, con Dios lo ha de haber primero; y ¿quién vencerá al Todopoderoso? No será mas que dar coces contra el aguijon; quien tanto nos amó, que de su propio Hijo unigénito no fué avariento, pudiendo condenar al hombre, y quedarse tan Dios y tan glorioso; quien de nadie tenia ni tiene necesidad, nos dió, no un hombre ni un ángel, sino á su propio Hijo, que parece que se desnudó de padre en no solo darle, sino no perdonarle, y esto siendo indignos y pecadores, y por todos nosotros, que á todos alcanza el beneficio de su pasion; pues ¿qué nos negará? Qué no hará? Pues aunque te ardas en trabajos y afliciones, no hay que desconfiar de quien tanto bien te hizo; y pues Dios es el que nos justifica y defiende, ¿quién tiene poder para condenarnos? ¿Jesucristo? Sí por cierto: Jesucristo, salvador, ungido rey y sacerdote, que murió por nosotros, y con su muerte pagó nuestra deuda; el que resucitó, y resucitando venció todos los enemigos; el que está á la diestra de Dios, en que se ve que es Señor de todo; el que terció por nosotros aquí, y le oyeron en la cruz por su respecto y ser quien era; y agora en el cielo es nuestro solicitador delante del rostro de Dios, y nuestro abogado para con el Padre. ¿Este ha de ser contra nosotros? ¡Bueno! Gran confianza pone al bueno; al malo no así, antes tiene de qué temer; porque, si por el bueno ruega, del malo se queja; si cruz, llagas, oracion, predicacion favorecen y ayudan al bueno, al malo doblan la condenacion. Pues alégrese el bueno, pues los trabajos que Dios le envia son señales

de su amor, y haberle dado á su Hijo es señal que ninguna cosa le negará.

De aquí saca san Pablo para sí y para todos un esfuerzo grande, desafiando á cuantos trabajos pueden venirle, que ninguno será poderoso para hacerle perder el amor de Cristo; como quien dice: Grandes enemigos parecen tribulaciones, hambres, desnudez, pobreza, etc.; pero ¿qué tienen que ver con la caridad de Dios ni con la consolacion que de su mano tenemos? ¿Estás en aflicion? Por eso tienes de dentro consolacion, porque si no hay pecado que te acuse, el espíritu da testimonio que eres Hijo de Dios. ¿En angustia vives? La conciencia está segura si te llegas á Cristo con verdadera piedad. ¿Perseguido eres? Pero tienes promesas. ¿Tienes hambre? Pan tienes del cielo, que es el mesmo Cristo. ¿Desnudo te hallas? Mírate bien, que á Cristo tienes vestido, y con esta vestidura puedes seguramente llegar á Dios. ¿Veste en peligros? Seguro puedes decir lo del salmo: Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo. ¿Temes la espada? ¿No ves que tienes otra mas aguda, que es la del espíritu? Y pues todas estas armas y remedios se hallan en Cristo, ¿quién nos apartará del amor y caridad de Cristo? Aunque está escrito que por él andamos cada dia entre los tiranos padeciendo, y que los mundanos nos juzgan por ovejas en matadero; pero al fin Cristo como oveja fué muerto sin abrir su boca; no es mucho que sus hijos y amigos muramos, cuanto mas que no morimos, sino piensan que morimos; antes por eso que llaman muerte entramos á la vida. Los malos son los del matadero, como dice Hieremías, que los mate Dios como ovejas de sacrificio; pero los buenos con la muerte descansan, muriendo por Cristo, con Cristo y en Cristo.

PARTE SEGUNDA.

—

LIBRO QUINTO.

DE LOS EJEMPLOS DE PACIENCIA QUE DIOS NOS DEJÓ PARA MOVERNOS Á TENELLA.

PRÓLOGO.

Grande fuerza conocieron los antiguos para mover los ánimos de los hombres en la elocuencia; de donde salieron muchas pinturas della, como la de Hércules, que traia tras sí mucha gente atraillada con cadenas subtilísimas que de la lengua le salian; de donde hubo quien pensase que las fuerzas suyas, por quien es en el mundo tan famoso, no fueron corporales, sino las de su elocuencia, y que los trabajos que dél se escriben en las historias, tienen sola la significacion de lo que mediante esta peleaba. De aquí nació la fábula de Orfeo, que movia con su música las piedras, significando la elocuencia, que, cuanto quiera fuesen duros, movia con su fuerza á los corazones; la cual por esta razon llamó Eurípides reina, y otro filósofo la llamó *flexamma*, por la fuerza que tiene de doblar los ánimos, como cuenta Valerio Máximo. De aquí salió tambien aquel medio verso de Ciceron:

Cedant arma togae,

que Quintiliano cita y Salustio, que quiere decir: Reconozca la fuerza de las armas á la elocuencia; como quien por experiencia sabia la fuerza del biendecir; porque lo que ningun género de armas suele poder con los hombres, lo puede y acaba con facilidad una concertada y elocuente oracion. Esta verdad es mas cierta y conocida en la doctrina del cielo, donde la fuerza de toda la elocuencia humana es como ninguna, comparada con la que consigo trae la palabra de Dios, como san Pablo dice á los hebreos. Por esta razon llama san Augustin á los salmos de David encantaciones, y aun Esaías llama al predicador de la palabra de Dios encantador cuando dice que alzará Dios todos los adivinos de su pueblo, que en hebreo dice encantadores, entendiendo que en castigo les quitará los predicadores; y aun David cuando es mucha la dureza de los oyentes, porque nadie la eche á flaqueza de la palabra que se predica, dice que los tales son semejantes á las serpientes, que se tapan las orejas para no oir la voz del encantador.

Hasta aquí se ha llevado por sola doctrina y razones el discurso deste libro; pero, aunque sea tanta la fuerza della, como está dicho, mayormente siendo doctrina sagrada, que de ninguna fuerza criada puede ser vencido; mas porque generalmente la flaqueza de los hombres suele moverse mas con los ejemplos de otros hombres, en que descubre mas su animal naturaleza, en que comunica con los brutos que, con ejemplo de otros sus semejantes, suelen con mas facilidad moverse á aquello á que su dueño les encamina; de donde viene á ser tantas veces y con tanto encarecimiento encomendado á los predicadores el ejemplo de la buena vida, de suerte que el oyente vea lo que oye puesto por la obra; porque, como el poeta dice:

Segnius irritant animos demissa per aures,
Quàm quae sunt oculis subjecta fidelibus.

Que quiere decir que lo que se aprende por los oidos, mas de espacio y con menos fuerza mueve los ánimos que lo que por los ojos se ve puesto por obra; y esta es de tanta fuerza, que, aun oida ó leida en las historias, mueve dulcemente al oyente á seguir aquel camino, como á todos enseña la experiencia, y mucho mas que cuando aquella virtud, así obrada, se enseña por razones y doctrina; por donde se encomienda mucho esta manera de enseñar á los predicadores.

Por esta razon, pretendiendo yo en este libro como fin principal mover á la virtud de la paciencia al lector afligido, me pareció que fuera gran falta contentarnos con la doctrina de los libros pasados, olvidando lo que para este fin tiene la mayor fuerza, que son los ejemplos, con que, poniendo los ojos en ellos, tengamos sufrimiento en nuestras adversidades, especialmente los que para este fin escogió Dios y con este mesmo nos encomendó; los cuales serán aquí pocos, y todos de las sagradas letras, dejando á la diligencia del lector otros muchos que en las historias, así sagradas como profanas, podrá hallar á este propósito. Fué significado el provecho que los ejemplos hacen en todos, especialmente para el alivio y consuelo de los trabajos, en la diligencia que Abdemelech hizo cuando por mandado del Rey sacó al profeta Jeremías del lago, que le puso en la soga unos trapos viejos para que saliese sin lastimarse las manos y con mas alivio; y los trapos eran de vestidos viejos del palacio del Rey, para significarnos el grande alivio que el afligido recibe, teniéndose á los ejemplos de los santos, para salir presto, descansadamente y con provecho del trabajo en que está. Deste provecho y esfuerzo gozará el que atentamente leyere los que aquí se pondrán, que son primero, generalmente, de todos los santos y amigos de Dios, tras esta generalidad los trabajos y paciencia del santo Job, tras él los de Tobías, luego los del patriarca Josef, y luego los mártires y apóstoles; tras estos la paciencia y trabajos de Lázaro mendigo, y luego los que la Madre de Dios padeció, y luego los que su santísimo Hijo; y al fin, la paciencia que Dios tiene sufriendo y esperando los pecadores. En los cuales ejemplos, mirado con atencion quien son los que padecen, la poca necesidad que casi todos tenian de padecer, el fin por qué padecieron la gravedad de los trabajos, son estas cosas de tanta fuerza en un corazon considerado, que causarán, no solo paciencia en sus trabajos, pero vergüenza y confusion de ver con cuánta impaciencia los lleva, y deseo para adelante de mayores peleas, por parecerse en algo con el que dellos menos padeció. Y para que se tenga atencion á las circunstancias dichas, pues son de tanta importancia, se le irán acordando al lector en cada discurso deste libro; antes en eso se ha de emplear lo mas principal de su argumento.

DISCURSO PRIMERO.

Del ejemplo que para nuestra paciencia tenemos en la que en sus muchos trabajos tuvo cada uno de los santos y amigos de Dios en esta vida.

Aunque arriba queda copiosamente dicho que los trabajos son en esta vida generales, y tanto, que á ningun estado, sexo ni edad perdonan; pero mas ciertos y mas graves, y á veces, sin la especial gracia de Dios con que se llevan, mas intolerables son los que caben á los buenos y amigos de Dios; de manera que los demás, comparados con ellos, apenas merecen nombre de trabajos; lo cual nos quedó á los cristianos en las historias y en las dotrinas y pláticas que hasta nuestros tiempos han venido de mano en mano para nuestro esfuerzo y consuelo, el cual los pasados no tuvieron, ó tanto menos cuanto mas se acercaban á los principios del padecer; y con esto consuela á los de su tiempo el apóstol san Pedro: Amigos, no os maravilléis ni alboroteis en los trabajos y tribulaciones que os vienen apriesa, ni los extrañeis como cosa nueva ó nunca oida, pues desde que hay amigos de Dios se platican y padecen; lo que habeis de hacer es entrar á la parte con los demás santos y con Jesucristo en sus pasiones, para que tambien lo entreis en su gloria. Los demás apóstoles así consuelan á los cristianos como san Pablo, que, escribiendo á los de Macedonia, les dice que se parecen á los cristianos de la iglesia de Judea en que han padecido de sus ciudadanos las afliciones que ellos de sus judíos; en que alaba á los que en la una y en la otra parte padecian, anunciándoles el desastrado fin de los que hacian la persecucion, que era la condenacion eterna. El bienaventurado apóstol Santiago dice en su *Canónica:* Tomad, hermanos, en vuestros trabajos ejemplo en la paciencia con que los profetas padecieron los suyos, que hablaban en nombre del Señor; advertid que predicamos por dichosos y bienaventurados á los que sufrieron. Ya habeis oido la paciencia de Job y el fin que Dios dió á sus trabajos, en que se mostró tan misericordioso. Con esta mesma razon fueron ellos esforzados y consolados del mesmo Señor y maestro suyo cuando les dijo, al cerrar de las bienaventuranzas: Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrecieren, persiguieren y dijeren mal de vosotros; gozáos y alegráos, que el premio y galardon de vuestra paciencia será colmada en los cielos, porque así persiguieron á los profetas, que fueron primero que vosotros. Y es gran ocasion de paciencia, no tanto el tener por compañeros á los buenos en el trabajo, que esto entre los siervos de Dios antes es desconsuelo, porque su caridad antes se duele del mal de los otros, cuanto por pensar que este es el camino por donde lleva Dios á los suyos para su gloria.

Esta es la puerta angosta y el camino estrecho y áspero por donde conviene entrar y procurallo y porfiallo; es gran consuelo verse un hombre dentro en él en compañía de los pocos que han sido dichosos en hallarle, que aunque lo son en respeto de los que no dan con él, pero muchos son en número; porque, si discurrimos por los buenos que han sido desde el principio del mundo, hallarémos que ninguno ha escapado de grandes afliciones y tribulaciones. Desde Abel, muerto por envidia de su proprio hermano; Noé, Abraham, Isaac, Jacob, ¿qué de trabajos, qué de destierros, qué de peregrinaciones? Abraham fué desterrado de su tierra y parientes; ¿cuánta hambre padeció en tierra ajena, como un hombre sin casa. Anduvo de Caldea á Mesopotamia, de Mesopotamia á Palestina, de Palestina á Egipto; ¿qué de sobresaltos y peligros padeció, por causa de la mujer, con aquellos bárbaros; qué de guerras para redimir la captividad de sus parientes? Pues ¿aquel tártago que recibió cuando le fué mandado sacrificar su hijo, la lumbre de sus ojos, y en cuya cabeza estaban puestas las esperanzas de toda cuanta honra y felicidad Dios le habia prometido? Este le mandan salir á matar con tantas circunstancias, que cada una traspasaba el corazon del santo viejo.

Pues si miramos á los demás patriarcas, el mesmo Isaac, que en tanto aprieto se vió en el sacrificio, ¿cuántas pesadumbres y vejaciones padeció de sus convecinos y comarcanos? Tanto, que tambien fué, como su padre, despojado de su mujer. Pues ¿qué padeció Jacob, criado en casa de su padre? No acabaríamos de decir sus trabajos, destierros, persecuciones, trampas de su suegro en trocalle la mujer, y diez veces mudarle los salarios. Todo lo dice el mesmo en una palabra: Mis dias pocos y acosados y trabajados, y no llegaron á los dias de mis padres. No olvidándose, por ver á su hijo, que tenia por muerto, y sentado en trono, segundo después del Rey, de las calamidades de su vida, por ser tantas y tan grandes, de que tenia ya hechos callos. ¿Qué dirémos de David, de quien leemos tantas tragedias, tanta guerra, tanta persecucion de Saul, de su hijo, tantos baldones de un vil vasallo? Pues Esaías aserrado, Jeremías maldice su dia por los males que habia padecido en la vida que dél comenzó. Moisés, ¿qué padeció con aquel pueblo, pues pide á Dios que le saque desta vida? Elías, después de tantos milagros, pide á Dios lo mismo. Pues ¿qué diré de los amigos que Dios tuvo tantos años en la captividad? Qué padeció Daniel, los mozos del horno? Pues ¿Tobías, el santo Job, san Juan Baptista, los apóstoles, mártires, confesores, ermitaños, vírgines y viudas, la Madre de Dios y su bendito Hijo? No hay santo ninguno que si su historia se contase no fuese un monton de trabajos y martirios. Esta es la multitud que vió san Juan, en el *Apocalipsi*, de todos los pueblos, lenguas y naciones, que estaban delante del trono del Cordero, vestidos de vestiduras blancas y palmas en sus manos, señal de vitoria, y le fué dicho á san Juan que todos habian venido de gran tribulacion. Entre los cuales habia de todos estados, y no solos mártires, porque cada santo en el suyo tuvo que vencer grandes dificultades y grandes fieras que le salian al camino del cielo para hacérsele dejar y echar por otra parte: unos peleaban con la avaricia, otros con la ambicion, otros con su carne, y todos con los trabajos que Dios les enviaba; y por eso dice que todos venian de la gran tribulacion. Y porque nadie se engañe, pensando que muchos santos se deben de ir en paz, sin haber padecido trabajos en esta vida, por haber al principio dejado el mundo con facilidad y después haberse criado con quietud en la vida contemplativa, sin peleas ni encuentros, y así se pasaron á la otra; entienda que para estos tiene Dios un género de trabajos invisible, pero de los mas trabajosos, y tanto mas intolerables cuanto menos se dejan entender sino de quien los padece; que ningun género hay para ellos de martirio que tan áspero y riguroso le parezca.

Para entender bien este tormento, es necesario advertir que la vida ordinaria de los que viven en soledad del mundo es suavísima, por la ordinaria y continua conversacion interior que con su amado tienen; y por eso le da el Señor nombre de cena, como á la gloria de los bienaventurados, por ser un traslado y principio della; y la gloria se llama así, porque no hay cosa en la tierra en que mas se represente una alegría con limpieza y honestidad como en una cena ó convite; y por esta mesma razon se llama cena esta vida y el rato que el Esposo particularmente está en el alma. El lo dice: Yo estoy á la puerta llamando; si alguna alma me abriere, entraré y cenaré con ella, y ella comigo. Lo cual dice por el contento que él tambien recibe, y porque trae consigo la cena, que son los regalos de que el alma se ceba con aquella inestimable dulzura; la cual estimaba David cuando decia: ¡Cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, Señor, la cual escondiste para los que temen! Y san Lúcas cuenta que andaban en aquellos tiempos primeros de la Iglesia los cristianos llenos de consolacion del Espíritu Santo. Y ¿qué se puede pensar menos de un convite donde el mesmo Señor de la consolacion hace el plato y la costa? Venid á mí todos los que vivís trabajados y cargados de penas y afliciones, que yo os regalaré; yo, dice, mesmo os regalaré, sin encomendallo á otras manos que á las mias; que para que reparásemos en aquel yo, le repite por un profeta, diciendo: Yo, yo mesmo os consolaré. Para que por ahí entendamos los quilates y dulzura deste consuelo y alegría; así como cuando de la majestad del que hace una cosa entendemos la grandeza y primor della, como cuando dicen de una imágen de la Madre de Dios que la pintó san Lúcas ó san Gabriel, cuando se dice en la Escritura que el rey Asuero, señor de ciento y veinte y siete provincias, hizo un convite; que Alejandro hizo una merced á un privado suyo; así, cuando oigo que el Hijo de Dios, amigo de la salud y consuelo de los hombres, hace una cena ó consuela y recrea un alma y la regala, no puede el entendimiento alcanzar la grandeza deste regalo. Y así, bien se dice que cuando este se goza no hay sentir penas ni trabajos del mundo, por grandes que sean ó parezcan, como parece en los mártires y en los ermitaños y en todos los santos. De aquí se entiende la gravedad de los trabajos de los siervos de Dios cuando el Señor, por secretos juicios suyos, para gloria suya y provecho del alma (como en su lugar se dirá), alza la mesa desta cena y esconde su rostro y su dulzura; porque, como ellos han renunciado los placeres del mundo por hacerse hábiles para gozar de los del cielo, pues dice el que destos sabia mucho, el glorioso san Bernardo, que la divina consolacion es delicada y que no se da á los que buscan ó quieren ó tienen otra, no los conocen ya ni los estiman ni quieren, como si no viviesen en el mundo; tanto, que aun la memoria dellos tienen por aflicion. Cuando por algun tiempo, segun su voluntad, segun la providencia que de sus privados tiene, les esconde aquellas sabrosísimas gotas de su gloria, vienen á quedar sin el un contento y sin el otro. Pues dime, ¿cuál quedará aquella alma sin hallar ninguno do quiera que se vuelva? Pues los del mundo no los precia ni quiere, antes los tiene aborrecidos y por tormentos; y cuando no, no puede ya fácilmente tornar á ellos. Decia Moisés á aquel pueblo, hablando de la tierra de promision: La tierra que vas á poseer no es de regadío, sino montuosa, que ha de aguardar el agua del cielo; no es como la tierra de Egipto, de donde vienes, que son unas vegas frescas, que en echando en ella la semilla le sueltan una acequia de agua, hartándola de ella á su voluntad y del que la siembra; pero esta es montuosa, donde no pueden subir las aguas para regalla; y así, está atenida á solo la que llueve del

cielo. Hablaba en figura de lo que vamos hablando, que los contentos del siervo de Dios se han de esperar del cielo para refrescar el alma; no son como los del mundano, que tiene los suyos á su voluntad; que la hora que quiere jugar no faltan jugadores con quién; cuando murmurar, hay mil murmuradores que dirán y oirán de lo que él quisiere; cuando quiere tratar de sensualidad no le faltan mujeres perdidas y deshonestas, y dineros para todo; y así, de todo lo demás de que quiera sacar su contento vano. Pero el siervo de Dios ha de esperar el consuelo y regalo del cielo, y este vendrá á los tiempos que quisiere quien le ha de enviar. Pues dime, cuando faltare esta lluvia, ¿cuál quedará el corazon, de quien dice san Gregorio que es imposible que pase sin deleite y contento, ora sea del cielo, ora de la tierra, porque eso es su sustento? Por lo cual dijo la sagrada Escriptura: Yo la llevaré á la soledad y la hablaré al corazon. Quiere decir, cosas dulces y de contento; porque nunca el corazon gusta de oir otras ni tratar dellas. Pues ¿qué hará el alma, como viuda y huérfana, con tanta necesidad? Qué perplejidad será esta tan trabajosa? Mayormente que luego nace della el temor de verse sin consuelo del cielo para adelante, que suele ser la guarda del alma, segun aquello del santo Job: Y tu visitacion guardó á mi ánima. El cual trabajo suele ser mas grave á los mas buenos, por estar mas usados á esta consolacion y mas léjos de volver á la terrena. De los cuales era el rey David, que tenia apercebido á Dios, rogándole que no le escondiese su respuesta en la oracion, diciendo: Señor, cuando te llamare y te hablare no calles, porque será hacer que me cuenten con los muertos. Destos era san Bernardo, el cual sobre aquellas palabras *Modicum, et non videbitis*, dice: O poquito, poquito, ó poquito mucho. Señor piadoso, ¿poquito llamas á lo que estamos sin verte? Hablando con perdon de mi Señor, que lo dice, mucho es, y mas que mucho. Pero todo es verdad, que es poco y mucho: poco para lo que merecemos, y mucho para lo que deseamos; porque lo que es poco cuanto á los méritos es mucho para la sed del alma que desea, la cual toda la priesa, por mucha que sea, de su Esposo tiene por tardanza; porque al alma que ama los deseos la llevan, y los ojos que tiene cerrados á la majestad tiene abiertos á la dulzura. Hasta aquí son palabras de san Bernardo. Pues aunque el malo no alcanza cuán gran trabajo sea este, por tener poco amor á Dios y por tener sus contentos en el mundo, el siervo de Dios le tiene por intolerable. En figura ó como cabeza de los buenos, afligidos con semejante desamparo, habla el Redentor en un salmo, diciendo: En aquel terrible aprieto y desamparo que por nuestros pecados tuvo en la cruz, sálvame, Señor, socórreme, que las aguas de los trabajos me han penetrado en demanda de mi alma; atollado estoy en el profundo de las afliciones y no hallo pié; llegado he á lo hondo del mar y véome anegado de una gran tempestad de angustias; cansado estoy, Señor, de llamarte hasta enronquecer este pecho, y mis ojos están flacos y debilitados en esperar del cielo el favor de mi Dios. Y luego cuenta sus trabajos por menudo. Pero de lo que hace cabeza en su oracion es del no hallar á Dios en ellos por consuelo; lo cual fué significado en el sueño que el mesmo Señor llevaba en la navecilla cuando padecian sus dicípulos aquella tempestad grande que san Mateo cuenta.

Pues si así es, que á todos sus amigos pone el Señor en grande estrecho y apretura de trabajos y afliciones, y mas á los mas privados suyos, ¿por qué no llevarémos con buen ánimo los pocos y moderados que padecemos, repartidos con tanta sabiduría y por nuestro bien de su santísima mano, habiéndolos ellos sufrido con tanta paciencia y amor, y hecho dellos una escala firme, por donde subieron á la gloria que agora poseen? Por cierto, confusion es del que se precia de cristiano y fiel amigo de Jesucristo y de sus siervos y amigos, dejarlos padecer á solas, y querer, sin parecerles en ningun género de pelea y ser su compañero y venir á la parte en el premio de la victoria. Esta consideracion daba congoja á muchos santos, y della salia lo que dice san Juan Crisóstomo sobre aquellas palabras de san Pablo á los hebreos, donde nombra los santos antiguos y lo que padecieron y el valor que tuvieron en sus trabajos y afliciones y muertes. Dice el bienaventurado santo que cada vez que se pone á pensar la virtud y los trabajos de los santos se le representa un pensamiento de desesperacion, viendo que, siquiera por sueños, no vemos en nosotros aquella virtud de unos hombres que padecian, y no por sus pecados, antes siempre era santa su vida y siempre afligida. Donde el mesmo santo nota que, después de los apóstoles, torna san Pablo á Elías, quizá porque era mas conocido de los hebreos, á quien escribia; y con razon encarece sus trabajos, pues todo el mundo se admiraba dél, y habia sido favorecido en no morir. De todos dice que andaban sin vestido, con pieles de cabras y de otros animales, que de puro perseguidos no tenian casa donde meterse, parecidos al Redentor, que no tenia donde recogerse ni reclinar su cabeza; cosa que ni á las aves falta ni á las zorras, y lo que es mas, ni aun parar los dejaban en una tierra, ni aun en los montes y desiertos los dejaban; que por eso no dice que reposaban ó sosegaban en la soledad, antes de allí los aventaban y los hacian andar huyendo, no solo de lo poblado, sino de lo inhabitable. Ya á los cristianos acúsanlos y persíguenlos por Cristo; pero á Elías ¿qué culpa le cargaban? Pues no es mucho, dice san Juan Crisóstomo, que á vosotros, teniendo alguna ocasion, os hagan huir y pelear con la hambre; y aun hay otra diferencia, que ellos en aquel tiempo no recibian luego el galardon, esperando á los mas favorecidos, que somos los del tiempo de Cristo. Y concluye san Juan Crisóstomo con san Pablo. Así que, teniendo tanta nube de mártires y testigos (llámalos nube porque la consideracion de sus trabajos refrigeran á los que agora padecemos, como nube que se pone delante y tiempla el demasiado calor del sol), dejando toda carga de pensamientos, cuidados y congojas que nacen del proprio amor de nuestra carne, corramos á la pelea que nos ofrece Dios, poniendo los ojos en el autor de la fe y fin della, que es Jesucristo; el cual, no habiendo hecho por qué, y pudiendo escoger vida contenta y sin trabajos, sufrió la cruz, no haciendo caso de la afrenta que era entonces morir en ella. Pues si él sin pecado y sin necesidad sufrió tan penosa y afrentosa muerte, y los santos

antes y después dél, poniendo los ojos en su pasion, padecieron tanto, sin merecerlo como nosotros, ¿qué mucho que nosotros padezcamos? Por cierto, no digo yo paciencia, sino gran confusion habia de causar en nosotros esta tan tierna consideracion, pues queremos sus coronas, rehusando padecer sus peleas, comparados con los niños y mujeres que están en los teatros, como dice el mesmo santo, que están dando palmadas y gritos cuando uno pelea bien, sin bajar ellos á pelear. ¿Con qué vergüenza al fin del dia pedirian la corona los que solo se contentaron con estar mirando? Lo cual por otras palabras dice san Pablo: Si andais fuera de la diciplina de Dios, que es la vida trabajosa, de la cual todos la padecen, sin escapar ninguno de los hijos, claro está que no lo sois, sino adulterinos. Que es decir mas claro: Todos los hijos de Dios pasan por afliciones y trabajos; pues si salis de la lista de los trabajados, claro está que salis de la de los hijos legítimos y sois adulterinos; pues ¿con qué derecho pedis la heredad como si fuérades hijos? Así que, este es el camino derecho por donde Dios lleva á sus amigos; y por tanto, mas graves trabajos cuanto mas amigos. Y con cuánta paciencia los hayan sufrido, y cuánto mayores eran los dolores de lo que el mundo piensa, el mismo san Juan Crisóstomo lo saca de aquellas palabras que el santo Job dijo en medio de su aflicion, maldiciendo el dia en que nació. Lo mismo hacia (cuanto al mostrar su dolor) Jeremías, quejándose de su madre, que le habia engendrado; lo mesmo Moisés, deseando y pidiendo á Dios la muerte; lo mesmo Abacuc, mostrando el sentimiento de los trabajos en que Dios le habia puesto. Y todo esto (dice este santo) está escripto para que veais por cuántas tribulaciones y cuán graves pasaron estos amigos de Dios, y para que los imiteis en sufrirlos, no en significarlos; que los que han de ser ejemplo y dechado de lo que has de imitar son los que, después de la ley de gracia, que son los apóstoles, que no mostraban en sus trabajos dolor, sino alegría, cuando iban con ella delante de los jueces y tiranos, porque eran dignos de padecer por el nombre de Jesú. Así que, unos sirven de avergonzar nuestro sentimiento de cosas pocas, otros de enseñarnos alegría en el padecer pocas ó muchas.

DISCURSO II.

De los trabajos del santo Job, y de la paciencia con que los sufrió.

Cuando los oradores tienen entre manos algun argumento que tratar de grande excelencia, eminente sobre los que ordinariamente se les ofrece, suelen, por mas elocuentes que sean, mostrarse cortos y atajados, considerando las ventajas que á su talento hace la grandeza de la materia; y esto está puesto en razon, porque, como aquel gran filósofo Séneca dice: El alabar cortamente una cosa es un cortés género de vituperio. Y así, no solo no sale el que pretende alabarle con su intento, pero aun déjala agraviada con su cortedad, y con sospecha que no se levanta su valor sobre lo que della se ha tratado. Así acaece á los predicadores del Evangelio cuando se ofrece tratar del misterio de la encarnacion del Hijo de Dios, ó de su pasion, ó de la Santísima Trinidad, ó del último dia del mundo, cuándo será el juicio de todo él, ó del Santísimo Sacramento, donde la materia requiere grandes cosas y al auditorio las espera; de donde nace que en semejantes sermones pocas veces quedan unos ni otros satisfechos; de donde vino á decir san Jerónimo, consolando á Heliodoro de la muerte de Nepociano: Los ingenios cortos no pueden sufrir materias de mucha grandeza, porque en medio de la fuerza que ponen allí, suelen arrodillar cuando acometen cosa sobre sus fuerzas; y cuanto mayor es lo que se ha de decir, tanto mas desfallece el que no puede con palabras explicar la grandeza del negocio. Esto dice san Jerónimo de su ingenio, para solo hablar de un buen sacerdote: Cuando el mio fuera tal, ó yo fuera de los mas elocuentes oradores, tuviera temor en esta ocasion, por hallarme á la puerta de una de las mas dificultosas materias por su grandeza y excelencia, que es de los trabajos y paciencia del santo Job, de que no falta quien dice que, después de sola la de Jesucristo, no ha habido, á lo menos no se ha escrito, otra que se le pueda igualar; aunque en esto no puedo dejar de exceptar tambien á la Madre de Dios, así por el largo tiempo que padeció, que fué casi toda su vida, como por la calidad y circunstancias de lo que padeció en ella, como en su lugar se dirá. Sacado esto, es el santo Job, con sus trabajos, uno de los grandes portentos que el mundo ha tenido. De suerte que en todas las lenguas y naciones donde este gran varon es conocido, ha quedado en refran y manera de hablar con encarecimiento la paciencia de Job, y por excelencia se llama un Job el bien sufrido. De aquí es que el bienaventurado san Juan Crisóstomo, con ser llamado por su grande elocuencia boca de oro (que eso suena en lengua griega Crisóstomo), no se contenta, cuando de propósito comienza á hablar deste santo con tan rica boca como tenia, antes pide á Dios una lengua de evangelista para hablar de un ángel, cual dice que es este santo varon; porque dice que sus hazañas exceden á todo humano entendimiento y sabiduría, y su victoria toda humana corona, por grande y autorizada que sea; así que, lengua pide de evangelista, para que, como él dice, tocando siquiera con las puntas de los dedos un vaso de divino licuor, se perfume toda la Iglesia con la fragancia deste divino bálsamo; porque es de tanta suavidad, que solo el tocarle y moverle, por poco que sea, es bastante para consolar con él todo el mundo. Esta es la causa por que ponemos á este santo al principio de los ejemplos, por la gran fuerza que el suyo tiene, para que cada uno tenga paciencia en sus trabajos pequeños, que tales le parecerian puestos á vista de los suyos. De aquí coligirá cada uno mi atrevimiento en querer emprender cosa sobre mis fuerzas; pero la desculpa dél es el haber de ser tratada sucintamente, como un breve discurso lo requiere, aunque esto no carece de su dificultad, que no lo es pequeña ni menor el recoger las materias tan copiosas como esta, que el dilatar las cortas.

El bienaventurado san Crisóstomo dice deste excelente varon que fué mártir, y aun mas que algunos mártires; porque, aunque no padeció cárceles ni mazmorras, ni fué traido y llevado delante del tirano, ni vió cabe sí al verdugo, ni padeció azotes ni escorpiones;

pero mas duras cosas padeció que algunos dellos; lo cual se ha de entender haber sido mas que algunos mártires, no en dignidad y excelencia (pues, como san Agustin dice, no hace la pena al mártir, sino la causa della, que es el morir por la confesion de la fe); pero entiéndese cuanto á la grandeza de las penas, en la duracion, y del sufrimiento y paciencia en ellas, en que á muchos de los mártires excedió. Y con esta glosa y salva se pueden añadir aquí otros dos encarecimientos que allí y en otra parte pone él mesmo, diciendo que fué mas que muchos mártires juntos, y en otra, que mas que infinitos; porque no hubo cosa en que no padeciese, y en todas juntas padeció, hacienda, posesiones, ganados, hijos, en su propio cuerpo, en mujer, amigos, enemigos, criados, que, como él mesmo dice, le escupian; padeció en hambre, sueño, dolores, hedor intolerable, tentaciones de impaciencia de sus amigos, y en otras muchas cosas, y esto antes de la ley de gracia y aun de la de Moisés; y estos trabajos, sufridos muchos meses, todos rigurosos y en su punto, y todos juntos, con ser cada uno por sí intolerable. Por esto dice que fué mas que muchos mártires juntos, en los cuales estaban estos trabajos repartidos. El segundo encarecimiento es grande, porque pide licencia para decirle, y es que si no es mas que apóstol, que no es menos; lo cual, en sentido ya dicho del padecer, es mucha verdad, mayormente que á este santo varon no le tenia Dios prevenido como á los apóstoles, de quien dijo el Señor á san Pedro: Simon, mira que Satanás os tiene pedidos para zarandaros como á trigo; por eso estad fuertes, que yo he rogado por tí, porque no faltes en la fe, y entonces podrás confirmar en ella á tus hermanos; y otros avisos y prevenciones como esta. Pero á este santo nunca tal le dijo. De donde nacian aquellas pláticas y argumentos con Dios, que en el discurso de su libro están escritas; y la causa desto da san Juan Crisóstomo, porque los apóstoles habian de predicar el Evangelio y padecer mucho, y aunque no les faltaba provision de esfuerzo para que padeciesen sin se lo haber advertido; pero habíanles de suceder otros muchos ministros en el oficio, y no todos son Pedro y Paulo. Pero en Job quiso Dios mostrar una extremada virtud de paciencia, la cual resplandece mas no estando prevenidos con el aviso; pues dice san Gregorio que menos se sienten los golpes y heridas prevenidas; y el refran castellano, ser el hombre apercebido medio combatido.

Viniendo pues á lo que deste santo varon se ha de hablar, para sacar el fruto que pretendemos, con la suma brevedad se dirán dos cosas: la primera sus trabajos, la segunda su paciencia y sufrimiento en ellos. Lo primero es forzoso hacerse de corrida, porque para poco mas que esto seria necesario, no un libro, sino muchos, si se hobiesen de contar y encarecer, aun con moderacion, sus trabajos; porque el menor dellos fué la pérdida de la hacienda, que suele en otros ser tan grave, que padecen de mejor gana detrimento en la persona; y muchas veces della se sigue no poca en el juicio y en la salud, y no pocas se pone á riesgo la vida por ganarla, y mucho mas por no perderla; pero está bien encarecida su pena en el órden con que el demonio quiso que lo fuese sabiendo, aunque fué todo tan junto y los mensajeros venian tan á menudo; pero quiso que supiese primero la pérdida de la hacienda y del ganado. Lo primero por la razon general de su escaseza y astucia, que prueba á tentar con las mas livianas ocasiones, porque goce el tentado menos y peque mas; y así, si no por una tentacion, por otras le derribase, como san Agustin dice, que por esta razon dan muchos tormentos al delincuente, porque no los podrá sufrir todos, si uno, no otro, y así confesará. Así á Job el demonio, comenzando del menor, para que á este no le faltase su dolor, porque si primero matara los hijos para quien la hacienda era, poca pena le diera haberla después perdido; y aun con esto, si fuera hombre criado con pobreza en casa de sus padres ó en la suya, no la sintiera tanto cuando vino ni la hambre cuando la tuvo; á la cual, aunque naturalmente con poco sustento se remedia, le sobrevino otra calamidad de perder el comer de puro hedor grande que de sus carnes salia. Tras desto, uno de los mensajeros le dijo que fuego del cielo habia bajado y le habia abrasado los ganados, lo cual ordenó el demonio para quitarle, si pudiera, el refugio que tenia para su paciencia en acudir á Dios y hacerle blasfemar del mesmo Dios, viéndole su contrario, y que como tal, le hacia, sin culpa suya, guerra extraordinaria y visible desde el cielo.

Pero cuando llegó la nueva de los hijos, fué la mas cruel saeta que llegó á su corazon, por haber perdido hijos tantos y tan virtuosos; que porque sabia que, habiendo dos hermanos un tiempo solos en el mundo en tiempo de Abel, habia crecido la envidia hasta que el uno mató al otro, andaba él ofreciendo sacrificios (que eran como agora las misas), rogando á Dios los conservase en paz y en virtud. Y porque por la poca comunicacion no se engendrase entre ellos algun rancorcillo ó desamor ó mal pensamiento, con que Dios se ofendiese, los hacia comer juntos cada dia, porque el amor fraternal con esto se conservase. Y viénele la nueva que todos juntos murieron de repente, y en una casa que solia ser posada y hospital abierto de todos los pobres y peregrinos. Porque, si cada uno por sí muriera en su cama y de su enfermedad, aunque fuera grande y prolijo dolor, pero fuera tolerable y repartido, porque la enfermedad comenzara en un dolor manso, y fuera con él creciendo el de su padre, y viérale morir, cerrárale los ojos, pasara su tristeza y lágrimas, quedando los demás para su consuelo; y así fuera del segundo. Pero todos juntos y en un punto, fué cosa que hace aquí perder al bienaventurado san Juan Crisóstomo los estribos; el cual dice que tiene vergüenza y turbacion de conciencia de verle aquí tan fuerte á este santo varon. Pero no me espanto, especialmente considerado el paso como él lo considera; porque el perder los hijos, como quiera, es gran dolor, y el ofrecer Abraham el suyo tan liberalmente y de buena gana fué hecho heróico y excelente, y digno de la fama y loa que en la sagrada Escritura por él alcanzó y tiene; pero nunca le vió muerto, aunque se vió determinado y manos en la obra para matarle. Los que los suyos ven morir, gran consuelo tienen en estar á su cabecera y en hacer sus diligencias para volverlos á la vida; cuando no pueden mas, al fin se consuelan con verlos morir, oyen aquellas últimas

palabras tiernas y regaladas, consuélanse con ver el consuelo que el hijo tiene de verse morir junto á su padre y en sus brazos, tómanles las manecitas, bésanselas para declarar su pena, báñanlos con sus lágrimas, amonéstanles lo que conviene para bien morir, llevan aquel beso de amor que su padre con tantas lágrimas les da cuando el alma se despide, como que el padre la recibe con su aliento para no olvidarse jamás del hijo; consuélase su padre de que en su presencia, y ayudándolo sus manos, se haga lo que conviene para la sepultura, compone los piés y manos, cierra los ojos y boca, lavan y componen el cuerpo, recibe los consuelos del pariente y del amigo, llenos de alabanzas del defunto tan querido, y de bendiciones y oraciones en que alaban al padre de tan buen hijo, y piden á Dios (que es el padre principal) salud para los que quedan. Al fin hacen sus obsequias y entierro honrada y sosegadamente. Y por este camino la mesma calamidad trae consigo su consuelo.

Pero este santo varon ninguna cosa destas vió; mas, oida la triste nueva, fué á la casa, que juntamente fué casa y sepultura, convite y alboroto, fiesta y lágrimas, comienza á cavar buscando los pedazos de sus hijos y hijas entre la tierra, tejas y ladrillos; sacaba junto sangre, vino, pan, manos y piés y polvo; apartaba una vez una mano, otra un pié, otra un casco lleno de tierra, apartándola de piedras y maderos quebrados; otras veces un pedazo de tripas y entrañas envueltas en tierra y cal. Después que le pareció haber sacado lo que habia, siéntase el fuerte luchador á apartar los miembrecillos y poner cada uno en su lugar: el brazo junto á la cabeza, la mano en el brazo, las rodillas á los muslos, el pié á la pierna, con atencion de no poner hombros del hijo varon con cabeza de la hembra. ¿Qué mayor dolor puede pensarse que tomar un pedazo de brazo de su hijo, una cabeza sin narices, otra sin cascos, una mano apretado el plato, otra envuelta en la servilleta, quebrados los ojos, despedazado el celebro, sin poder conocer, por el gran estrago, á ninguno dellos por el rostro? Bien concluye san Juan Crisóstomo esta consideracion, si después de tantos años, con ser ya él bienaventurado y ser ajeno el trabajo, apenas podemos oir el caso sin lágrimas y compasion, ¿qué seria deste santo siendo suyo, y viéndolo repentinamente con sus ojos y tocándolo con sus propias manos? Ciertamente parece bien haber sido este de los mas vivos dechados que entre las puras criaturas quiso Dios que tuviesen los hombres, para que en sus pequeños trabajos se avergonzasen de no tener paciencia, por ser tantos y en tantas circunstancias, y tan claras y entendidas. San Agustin dice que es finísimo ejemplo, porque fué antes de la ley, y cumplióla por la obra, y fué ejemplo de todas, sin haberlo él tenido en otro antes ni visto ni leido. Pues entonces á esta coyuntura dice el texto que se levantó el santo varon, y rompió sus vestiduras y cortó sus cabellos, protestando en este hecho que de buena gana daria lo que quedaba cuando su dueño quisiese; el cual confesaba que era Dios, Señor de todo, dándole gracias porque se servia de su hacienda y hijos.

§. II.

En que se prosiguen los trabajos del santo Job, y se declara brevemente la paciencia que en ellos tuvo.

Hasta aquí se ha contado solo lo que el demonio procuró con la primera licencia que Dios le habia dado, hasta lo que pudo con todas sus fuerzas, para hacerle perder la paciencia; que, como no pudo, tornó á pedir le alargasen la licencia, atento á que todo aquello que no es vida y salud de la persona, cualquier hombre cuerdo no siente mucho en perderlo ni sufre de mala gana que se lo quiten, á trueque de salvar la persona; y que si Dios tocase en la de Job, veria que no tenia en él tan fiel y constante amigo como pensaba. Y aunque él no pidió licencia expresamente para hacerle en la persona mal, contentándose con que el mesmo Dios solo le tocase en ella; pero para que el demonio quedase confuso, y el mundo satisfecho de su valor, le dió licencia que él mesmo le hiciese el mal que pudiese, á su voluntad, con que no tocase á la vida; la cual cobrada, él le cubrió todo el cuerpo de una llaga que le tomaba desde las uñas de los piés hasta la coronilla de la cabeza, de que salia tan abominable hedor, que él mesmo no podia sufrirse; y aunque habia sido de su pueblo tan amado, como él dice, y de sus criados, no se halló casa en toda la ciudad donde pudiesen sufrirle; y así, le hubieron de echar fuera de la ciudad. No fué como quiera esta llaga ó enfermedad, sino como quien le dejó la vida monda y en el aire, sin haber en el cuerpo, tan adelgazado y podrido, en qué sustentarse; que por eso lo pondera el texto, diciendo que le hirió el demonio de una llaga malísima y pestilencial, que de la planta del pié le tomaba hasta encima de la cabeza, la cual, no solo causaba mal olor, sino gravísimos y intensísimos dolores. Y segun algunos dicen, eran bubas, no cualesquiera ni traidas de las Indias ni del reino de Nápoles, sino del mesmo infierno y pegadas por el mesmo demonio. Y por eso viene á decir Orígenes que no era un solo mal ni un solo dolor y tormento el que este santo padecia, sino un tropel de agudísimos dolores que el demonio puso en todos sus miembros y en cada uno dellos, cuales y cuantos podian en ellos caber; de suerte que en la mano le dió todos los martirios y dolencia que en ella cabian, y en el pié y en el ojo y en el brazo hizo lo mesmo; y así, por este órden y traza, le hizo un hospital de males y dolores, no dejando en su cuerpo miembro que no dejase cuajado dellos. Porque, así como el demonio no puede hacernos una tilde de mal sin licencia expresa y permision de Dios para el dónde y cuándo y cuánto ha de hacer de mal, así cuando la tiene no perdona ni pierde una tilde de aquello á que la licencia puede extenderse. Y así como en la hacienda, cuando la licencia no se extendia mas que á ella, hizo tanto estrago y daño, que no le dejó, de tan grueso caudal, mas que un muradal de ceniza y un casco de teja con que rayese la podre; así en la salud hizo tanta riza, que apenas quedó con la vida, la cual habia Dios reservado.

Así quedó el santo varon muy parecido, en cosas, al Redentor del mundo, en que fué figura suya; porque lo primero padeció fuera de poblado, como Cristo, de quien dice san Pablo á los hebreos que para santificar el pueblo padeció fuera de la puerta de la ciudad, y en

un muladar de huesos y carne podrida de los justiciados. Asimesmo el Redentor fué tenido por malhechor y abominado del pueblo suyo, de quien habia sido antes amado, como el Profeta dice: Desta manera fuí llagado en la casa de aquellos que antes me amaban. Y á sus mesmos familiares, que eran los apóstoles, les olia mal, como el salmo dice, que le pusieron y estimaron por abominacion. Fué tambien el Señor provocado y perseguido de su mesma mujer, que fué la Sinagoga, desnudo de sus vestiduras, y el santo Job de los bienes desta vida. Fué llagado después de piés á cabeza, tanto, que dice Esaías que le vió como leproso y humillado, y tanto, que sus amigos y profetas no le conocian. Y lo mesmo se dice deste bienaventurado santo y sus amigos cuando le vieron de léjos. Al fin se sentó este valeroso soldado en su muladar fuera de la ciudad, todo llagado y corriendo materia, hirviendo de gusanos, cuyas mordeduras eran mas que á otros saetas; rayendo lo uno y lo otro con una teja, que de cuanta hacienda tuvo y cuantos pobres vistió, no alcanzó en esta hora un trapo viejo en aquel muladar, con que limpiarse. Allí estaba solo en aquel estiércol, de donde él habia sacado á muchos, esperando en el que levanta del estiércol al pobre y los sabe sentar con los príncipes de su reino. La mujer, que en buena razon cabia pensar que habia quedado para su consuelo y regalo de su enfermedad, tenia asco de su aliento, y en lúgar de consolarle, le provocaba á impaciencia para que dijese mal á Dios; por lo cual dicen los doctores que no se la llevó de delante el demonio con los hijos, de manera que sin ella tuviera menos trabajo. Los criados llegaban á escupirle, unos de asco de su hedor, otros por escarnio de su fortuna.

La cual, estando en este estado tan miserable, llegó la fama á sus amigos, los cuales vinieron luego á consolarle; y fué la venida para mas desconsuelo, pues fué para echarle la culpa de los males que padecia, que es uno de los mayores trabajos que á un afligido le puede venir, que piense el mundo, y mayormente sus amigos, que son los que mas piadoso suelen echar el juicio, que las penas que padece son castigos de las culpas cometidas. Y este fué uno de los mayores martirios que los mártires padecian, consolados solamente con la buena respuesta de su conciencia, y es el martirio entre los demás, que padecian á título de gente perdida y facinerosa, como Cornelio Tácito dice, y Suetonio Tranquilo, en la *Vida de Neron;* porque cuando padece sin culpa, si el mundo lo sabe, demás y allende del testimonio y consuelo de la buena conciencia, que le es gran alivio, tanto mayor le lleva de fuera cuantos son mas los que saben su inocencia; que no solo estos, sino el sol, el cielo, las piedras y las paredes parece que se van condoliendo de su pena, y consolándole y esforzándole, sin perder con ellos opinion. Y por eso les dice san Pedro que en eso está el merecer, cuando se padece sin culpa, por lo que solo Dios sabe; que quiere decir que cuando él solo sabe que no la hay, y los hombres piensan que sí. No querais, dice, padecer solo cuando teneis culpa, como padecen los ladrones ó malhechores, que en eso pocas gracias; la gracia y el merecer es cuando por lo que Dios sabe que no debeis, padeceis. Y aun el mesmo Redentor dice á sus dicípulos, de donde lo aprendió san Pedro: Bienaventurados vosotros cuando los hombres os maldijeren y os persiguieren y dijeren mal contra vosotros mintiendo, porque tendréis grande y copioso galardon en los cielos; el cual mérito particular nace de lo que un hombre siente que se piense que padece con culpa. Pues volviendo á los amigos de Job, estuvieron siete dias que no le osaron hablar, habiendo venido á eso solo, que es argumento de la gravedad del trabajo y de la razon con que un hombre lo siente; como lo acostumbran los discretos, que agora van á consolar un amigo recien viudo ó afligido con otro trabajo, los unos y los otros lo hacen por no mostrarse bachilleres y habladores, que es cosa que en aquel tiempo de la aflicion se nota mucho, y se echa de ver mas que en otro, y por no mostrarse de poco sentimiento del trabajo, como á quien no les toca; y porque, como el refran dice, cuando estamos con salud solemos dar buenos consejos á los que no la tienen. Así lo dice el texto, que no le hablaron palabra, viendo que era vehemente el dolor; y así, callaron hasta oirle hablar primero alguna palabra, con que ellos perdiesen el miedo y cobrasen licencia para hablar.

Esto es lo que en suma y con la brevedad que este discurso pide, podemos decir de la pena deste santo; y aunque no menos se requeria de tiempo y palabras para encarecer, y aun para decir algo de su paciencia, no dirémos mas de lo que el sagrado texto advierte en una palabra diciendo: En todas estas cosas (que son las dichas, y otras muchas y muy graves) no pecó Job con sus labios, ni habló palabra ninguna indiscreta ni desconcertada contra Dios. Esta es la cifra por donde se entiende y conoce la paciencia verdadera, pasar de tal manera los trabajos, que al cabo dellos, en ninguna cosa, grande ni pequeña, quede Dios ofendido; lo cual fué un milagro espantoso en tantos trabajos, mayormente al cabo dellos, cuando fué provocado de su mujer á blasfemia. La primera palabra que se lee haber hablado para dar licencia y ocasion á sus amigos, parece un poco áspera y argumento de alguna impaciencia; pero no lo es, sino de muy grande aprieto, pues á este tiempo el Espíritu Santo le abona de no haber perdido la paciencia; de donde se arguye haber sido entonces grande el trabajo y la ocasion, y por el consiguiente la paciencia. Las palabras fueron: Mal haya el dia en que nací; que es: Pluguiera á Dios que nunca yo naciera. Donde la fuerza de la pena le hacia echar mano del dia en que por el pecado que él no consintió, se halló en la vida, sujeto á tanta misería. Compara san Juan Crisóstomo este sentimiento á un herido ó llagado de una postema muy enconada, al tiempo que el cirujano la está cortando ó cauterizando con gran dolor del paciente, que él, por no estorbar la cura que el cirujano está haciendo para su bien, y por detener sus proprias manos, que naturalmente irian derechas á estorbarle por excusar el dolor, echa mano de lo que alcanza, de la ropa, de la cama, de la silla, del vestido ó del cabello del que está á su lado, y muerde ó brazo ó manta, con que se ayuda con engaño á pasar su dolor y tormento, sin que para amansarle aproveche lo que hace. Así, viéndose el santo Job curar de la mano de Dios, temiendo la vehemente ocasion de tan gran pecado como la

blasfemia, echó mano y mordió de su mesmo dia, y no del Criador ni creacion dél, sino de su mesmo nacimiento, en cuanto del pecado en que en él nació fué causada tanta miseria, cuanta él experimentaba que cabia en un hombre flaco, dejando y guardando en su corazon el amor y reverencia que á tan universal Señor de su persona y bienes siempre se debe.

Todas las demás palabras fueron llenas de prudencia y humildad; de manera que, no solo el demonio no salió con su intento, como nota san Agustin, antes le dejó mas aprovechado, y á nosotros enseñados con su ejemplo; que eso es lo que saca de tentar á los buenos, daño para sí, provecho y acrecentamiento para el tentado, y licion y ejemplo para los demás. Dice allí san Agustin que, viendo que no aprovechaba, se acordó del ardid del paraíso terrenal, que habia derribado con la mujer á Adan; y así, tomó por instrumento á su atrevida mujer, cuando della fué provocado á que dijese mal de Dios y blasfemase; en lo cual no quiso ser dicípulo, antes emendó el yerro de su primer padre, que, en diciéndole su mujer Eva que comiese, comió luego, habiendo mandado Dios que no comiese. Pero este santo varon, aunque la mujer le decia que blasfemase, no volvió las espaldas á Dios, antes se volvió contra ella, diciendo: Por cierto vos habeis hablado como una de las mujeres locas y sin juicio, que no miran ni consideran que si de buena gana y con alegría recibimos de la mano de Dios bienes mundanos y del cuerpo, es justo que recibamos de la mesma los trabajos con paciencia; y pues estas nacieron de la mano de Dios, de la cual yo habia recebido esto que he perdido, y él es verdadero dueño de todo ello, hágase su voluntad, y sea por ello bendito para siempre. En que se parece de cuántos quilates es la paciencia, pues no solamente sufre, sino alaba á Dios por el trabajo, que es la prueba que san Gregorio pone de la verdadera y perfecta paciencia: Bendito sea el que tal sufrió, y el que le dió el sufrimiento y lo sufrido.

No quiero acabar con mis palabras discurso tan importante, sino con las del gran Tertuliano, en que de su boca ó pluma se resuma todo lo dicho, con su elocuencia, autoridad y brevedad; el cual, habiendo tratado de la virtud de la paciencia, dice: Con estas fuerzas de paciencia fué Esaías aserrado, y no por eso calló las grandezas de Dios; con estas fué san Estévan apedreado, y pide perdon para sus enemigos. ¡Oh dichoso aquel tambien (entiende por Job) que toda la vista y hermosura de la paciencia opuso á toda la fuerza de Satanás, á quien ni los ganados aventados y consumidos, ni las riquezas empleadas en manadas dellos, ni los hijos lastimosamente de un golpe llevados, ni los dolores terribles de las llagas de su cuerpo, pudieron sacar de la paciencia que Dios le habia encargado, á quien el diablo con todas sus fuerzas maltrató! Porque no fué posible, con tantos dolores, hacerle perder respeto á Dios; antes estuvo fuerte para nuestro ejemplo y testimonio, así en el espíritu como en la carne, en ánima y en cuerpo, como hemos de tener paciencia en nuestros trabajos, en tal manera y con tal fortaleza, que ni por daño de haciendas, ni por pérdida de amigos carísimos, ni por calamidades ni enfermedades del cuerpo, desfallezcamos. ¿Qué tal atand hizo Dios para el diablo en aquel hombre? Qué tal trofeo levantó de su gloria, cuando á ninguno de aquellos mensajeros habló palabra, ni abrió su boca sino para dar gracias á Dios; al tiempo que á la mujer, cansada ya de tanto trabajo, maldijo, porque le persuadia ilícitos y malos remedios? Qué diré? Reíase Dios. ¿Qué? Deshacíase el malo cuando Job estaba con gran contento, exprimiendo la hedionda materia de sus llagas, y cuando volvia los gusanos que dellas manaban, como jugando con ellos, á los mesmos hoyos de su carne, de donde habian nacido. En conclusion, aquel obrero de la vitoria de Dios, rebatidos todos los dardos y saetas de las tentaciones con la loriga y celada de la paciencia, al fin recobró entera sanidad y entereza de su persona de mano de Dios, y doblados cuantos bienes habia perdido; y si quisiera recobrar los hijos, desde luego se pudiera llamar otra vez padre dellos; pero no quiso verse restituido en tanto gozo junto, y fiándose en el Señor, lo dilató y quedó con sufrimiento de tan voluntaria orfandad, por no pasar sin paciencia el resto de la vida. Hasta aquí son palabras de Tertuliano.

DISCURSO III.

De la paciencia en los trabajos á imitacion y ejemplo de Tobías.

El que no hubiere con atencion leido la historia del santo viejo Tobías, por ventura le parecerá fuera de propósito haberle escogido entre los pocos ejemplos que se ponen en este libro para informacion de nuestra paciencia; porque los trabajos suyos todos se resumen en su cautividad, que fué general trabajo de todo el pueblo de Dios; y en la ceguedad que le vino estando en ella, que es un solo mal, y en la edad que él tenia mal no muy raro, y la pobreza, que suele ser tambien general, que san Agustin no le conoce mas trabajos, queriendo alabarle de su paciencia y virtud. De donde parece que de otros, aun de aquel tiempo, se pudiera mejor ó tan bien hacer este discurso, y mucho mas de millares de los santos del tiempo del Evangelio, desde ha habido tantos mártires con largos y prolijos tormentos, y otros santos ejercitados de la mano de Dios con mayores trabajos; poro solas unas palabras que en su historia dice el sagrado texto me hicieron reparar en la paciencia deste santo y ponerle junto al santo Job, porque en ellas parece igualarlos para este fin el Espíritu Santo; porque, después de habernos contado la calamidad que con la ceguedad le vino, dice el texto que esta tentacion permitió Dios que le viniese para que á los venideros se diese ejemplo de su paciencia, como la del santo Job, del cual tambien dice san Agustin, como declarando estas palabras, que, así como el santo Job fué ejemplo de paciencia antes de la ley escrita, como una ley viva en que se veia lo que la ley después habia de mandar; así Tobías lo fué para después de dada la ley, porque el Autor de la vida (que, por serlo, no quiere ver su hechura obligada á la muerte) quiso en todos tiempos que, demás de la ley, tuviésemos por escrito y por ejemplo maestros de la virtud, y especialmente de la paciencia, para que de lo que conviene hacer se tuviese mayor noticia.

Pues para entender la razon deste misterio, por qué echó mano el Espíritu Santo de los trabajos deste santo

siendo al parecer no tan aventajados como otros, he gastado algunos ratos, y lo principal que hallo para salir de su dificultad es haberle venido este trabajo en tiempo que él se ocupaba y entendia en obras de misericordia, que era, no solo aconsejar y amonestar á los fieles vivos con consejos de salud, y dar sus bienes á los pobres; pero dar sepultura á los defuntos que el mal rey Senaquerib en odio de Dios y de su pueblo mandaba matar, que era una de las obras mas aceptas á Dios, y mas encargadas y agradecidas y encomendadas por el apóstol san Pablo, prometiendo en esta y en la otra vida por ellas cumplida remuneracion, mayormente esta en que á los defuntos se hacia tanto beneficio como entonces era la sepultura, que el carecer della era gran venganza; y por gran castigo lo sentenció Dios contra Hieroboan. Y habiendo enviado su Hijo unigénito á padecer muerte y oprobrios, no quiso que padeciese este mal de carecer de sepultura; antes lo dijo el Profeta: Y será su sepulcro glorioso; como después lo fué por mano de Josef de Arimatia. Pues venir la tribulacion de privacion de vista corporal y la pobreza en tiempo que el santo varon andaba con mucha caridad y devocion, y con no menos peligro, entendiendo en tan buenas obras, que otra vez habia sido mandado prender y matar por ellas; era, cierto, menester gran caudal de paciencia, viendo que Dios á tanta y tan buena y perseverante gana de servirle respondia con no menos que quitarle la cosa mas estimada que tiene el hombre entre las corporales, que es la vista; y para exagerar mas este negocio es de notar que, aunque dice la Escritura que procedió el mal del estiércol de una golondrina, estando él durmiendo y descansando de lo que aquel dia en este santo ejercicio habia trabajado; pero créese que no fué la calamidad sino milagrosa, y así lo dice Nicolao de Lira en aquel lugar, y ayuda á creerlo que los médicos dicen que el estiércol de la golondrina y de otras aves que tienen la mesma virtud, antes es provechoso para la vista, porque gasta las superfluidades del ojo y le limpia de las mas fáciles; y aun ayuda á esto una conjetura razonable, que, estando durmiendo cerrados los ojos, poco ó nada podia entrar dentro que dañase sin milagro, especialmente para dos ojos juntos, no podia caer tan á compás sin que otro lo encaminase. Pero sea ó no sea milagro, á lo menos (como atrás en su lugar queda dicho) ningun trabajo viene á los hombres que Dios no le envie, ó causándolo ó ordenándolo ó permitiéndolo, como el texto dice, deste que esta tentacion permitió Dios que le viniese para que á los venideros fuese ejemplo de paciencia; todo se reduce á lo mesmo, que la mesma queja y sentimiento pudiera tener del trabajo así como así. Pues si dijeres que quizá, aunque estas obras de misericordia son aceptas á Dios, pero á estas faltaria algo por donde no le fuesen, el ángel nos quita desa duda cuando se descubre á padre y á hijo, diciendo cuán buena obra es la limosna, y que cuando enterraba los muertos, el mismo ángel presentaba las obras á Dios, que allí llama oraciones. No hay duda sino que la tentacion es gravísima para un hombre flaco, y que solo el amor de Dios, que tan poco parece agradecerlo, le mueve á hacer aquella obra. Semejante tentacion fué la que se cuenta en la vida del emperador Justiniano, que, dando una batalla los católicos por la honra de Dios, la perdieron (dice la historia) porque el dia que se dió era vigilia de la santa Resurreccion, y ayunaban todos y les faltaron las fuerzas por no haber comido, para lo cual fué tambien necesaria harta paciencia.

San Pablo nos aconseja á los cristianos que no demos mal por mal; y es para ellos sentencia templada y no rigurosa, porque tienen ley de su Redentor de dar bien por mal, desagradándose que el cristiano viva con las leyes del gentil. Tres leyes hay de tres legisladores cerca deste punto. La una es del mundo, que da bien por bien y mal por mal, y su blason es amigo de amigos y enemigo de enemigos. Y desta dice Cristo que no tiene galardon delante de Dios, porque lo segundo tiene allá pena y lo otro no merece premio de Dios, cuando por respecto del mundo y del interese se ama el amigo, ó con ánimo de no amarle sino mientras lo fuere. La segunda ley es del demonio, que es el dar mal por bien, como todos los suyos lo hacen; y esta guardó Júdas con su Señor y Maestro y todos los que en aquel tiempo le persiguieron, como él se queja por un salmo, diciendo: Pagáronme mal por bien, y odio en pago de mi amor. Y finalmente esta guardan todos los que á Dios ofenden, pues dan feas y torpes ofensas por innumerables y inestimables beneficios. La tercera ley es de Dios, que manda dar bien por mal, de manera que esta ley á todos hace bien; esta guarda el mesmo primero y mejor que todos, que alumbra su sol á buenos y á malos, envia su agua y temporales sobre la viña y heredad de los justos y de los injustos. En lo cual es de ponderar que, no solo cuando le han enojado les perdona y les hace bien, pero estando actualmente ofendiéndole, como parece, cuando conserva la vida envia su luz, mantenimiento y resuello, y todo lo demás necesario á los que torpemente están pecando y sin vergüenza delante de los limpios ojos de su Majestad; y no solo bienes de la tierra les envia, sino el bien que para los mas amigos tiene, que es su gracia y el derecho de su gloria, como se la envió á san Pablo, yendo camino, con cartas y con cargas de cadenas y grillos á prender á los cristianos que vivian en Damasco. Lo cual es de tanta nobleza de condicion y grandeza de bondad, que sin particular prevencion no cabia en el pecho de David, aunque manso y perdonador y hecho al talle del corazon de Dios, pues que dice en un salmo: Señor, ocupáos un poco en visitar todas las gentes, y no tengais piedad ni misericordia de los que obran maldad. No quiere decir que no los perdone si se convirtieren á él con debida penitencia, sino, segun algunos, que los que actualmente están pecando y obrando maldad, que mientras en este propósito malo están y no salen del pecado, que no los perdone. Y todavía es Dios tan misericordioso, que los saca del mal camino, y á algunos con grande fuerza, y les hace bien, no solo temporal, sino espiritual.

Pues agora, siendo Dios desta condicion, y enseñándola y encargándola tanto á los suyos, ¿qué paciencia bastará á un hombre afligido para verla tan trocada, que el que suele dar bien por mal á sus enemigos, que actualmente le están ofendiendo delante de sus barbas, le vea hacer mal á sus siervos y amigos, que en cosas que él muestra gustar mucho le están actualmente sirvien-

do con gran deseo de su alma y peligro de su vida? Cosa es que aun el mesmo Dios, con ser tan sufrido como él publica en su Escritura, y tener no menos que infinita paciencia, como él es todo infinito, se muestra quejoso y sentido cuando en aquel salmo dice, echando maldiciones á los perseguidores: Dábanme malas obras en retorno de otras buenas, y aborrecimiento por amor. Y la cuenta que Tobias podia hacer para formar su razon y queja, la dice David en otro salmo: Si mi enemigo me maldijera, sufriéralo yo de buena gana, que ya se me entiende que de tal árbol no puede salir sino esa fruta; y si el que me tiene aborrecido dijese de mí grandes males, no me espantaria, aunque procuraria de huirle el rostro por ventura y ponerle tierra en medio; pero mi amigo, que tenia conmigo una sola alma, mi guiador, mi conocido, mi compañero de mesa y de un plato, comiendo de un mismo manjar, que andábamos en una casa y siempre de una voluntad y de un parecer. Como quien dice, ¿á quién no espantara que me dé una zancadilla? Y es queja que por boca de David tiene Cristo de su mal dicípulo y de cualquier falso cristiano; pues la misma podia al parecer tener Tobías: Si Dios fuera mi enemigo y si tuviera condicion de tratar mal á los que lo son, no me espantara dél; pero condicion de hacer bien á todos, aunque sean enemigos, y siendo los dos amigos de un alma y un corazon con él, que ni quiero ni pienso sino su voluntad para hacerla con los ojos y con la vida, mi Dios, mi capitan, mi conocido de un pueblo y casa (como el mesmo lo confiesa que tiene en Judea, su pueblo, casa y hogar), y todos de un parecer, que es el suyo, ¿cómo se compadece que á la mesma hora que le estoy sirviendo me haga mal, y que apenas haya cerrado los ojos para descansar del trabajo que por servirle he tomado, cuando me quite la vista dellos?

Ayudábale á esto lo que los parientes le reprehendian y burlaban dél, y la mujer, que, cuanto mas cercana, mas sentia sus palabras que le decia de hipócrita, y que en el pago se echaba de ver que sus limosnas no agradaban á Dios, pues así le respondia á ellas. Y aunque la mujer de Job fué mas mala, porque, perdiendo el juicio y la consideracion, vino á decir á su marido que trataba con un Dios que á mayores y mas servicios enviaba peores respuestas y mas trabajos, como entiende el bienaventurado santo Tomás de Aquino aquellas palabras locas que para hacerle blasfemar le dijo: ¿Aun te estás en tu simplicidad, esto es, sin entender la condicion de Dios, á cabo de tanto trabajo? Pues yo te la diré y es, que tú á sufrirle y á servirle, y él á hacerte mal; y cuanto mas tú vas sirviéndole con lo que tienes, tanto te va él quitando mas; pues si quieres que se acabe todo, una cosa te queda que ofrecerle (pues ya no hay hijos, hacienda, casa ni salud), que es la lengua con que alabarle, y él no tiene ya mas que la vida que quitarte; pues acábese ya este negocio: alábale y morirás. Este mesmo error quiso el demonio poner en Tobías, mediante la mujer, y para eso iba la tentacion enderezada, y éralo para él muy grande, que peligraba la gloria de Dios que le habia de dar á él gran pena; porque entre gentiles y bárbaros, cuales eran los caldeos, y entre los hebreos, que de Dios esperaban bienes temporales en premio de sus obras y felicidad desta vida, viendo el pago que Dios le daba por las suyas, peligraba, ó bien la opinion y abono dellas, como hizo en el juicio de la mujer y de los deudos, ó la de Dios, que no acudia al favor de quien los hacia, que es una cosa que á los verdaderos siervos de Dios da gran pena; la cual le ponian siempre delante cuando le rogaban los librase de algun aprieto: Señor, no vengan á decir los gentiles, ¿dónde está este su Dios? Y Moisés decia: Señor, no digan los enemigos que nos sacaste al desierto á matarnos ó desampararnos. Y el rey David acaba un salmo en que pide favor contra una persecucion desde una cueva do estaba escondido, y dice: Los justos y amigos tuyos están á la mira á ver cómo me libras. ¡Cuánto mas cuidado pondria al santo ver á Dios en juicio de gente bárbara y poco entendida!

De la gravedad del trabajo se entiende cuánta fué su paciencia, pues la tuvo tan grande, y tanta humildad, que antes le parecia que quedaba deudor, pues despues de todo el trabajo y las ofensas que su mujer y deudos le decian, se volvió á Dios y le pidió perdon de sus pecados, confesando que mas y mayores trabajos merecia por ellos, con tener tan pocos; que, como dice el primero y segundo capítulo de su historia, desde niño comenzó á huir los pecados y malas compañías, y á entender en la observancia de la ley y en las obras de misericordia, repartiendo de sus bienes á los pobres, aconsejando consejos de salud y de consuelo á los de la cautividad, y en otras muchas obras, amando tanto á Dios y á sus prójimos, que, de solo saber que estaba uno muerto en la calle, como solia haber otros muchos, dice el texto que un convite que tenia aderezado para unos convidados se le volvió acíbar hasta tenerle enterrado. Semejante á esta fué la paciencia de san Pablo, aunque de mas y mayores trabajos, cuando, andando predicando el Evangelio y gastando el tiempo y la vida en el altísimo oficio, y de gran perfecion y merecimiento, que Dios le habia encomendado, nunca salia de prisiones, audiencias, naufragios, necesidades y persecuciones, como él mesmo lo cuenta muy largo en la carta á los corintios y en otras partes, especialmente que un dia y una noche estuvo debajo del agua, y otros muchos trabajos que se cuentan en el libro de los *Actos de los apóstoles* (especialmente del capítulo 24 hasta el fin), de prisiones, peligros de mar, peregrinaciones. Y todo lo sufria, siendo persecucion de casi todas las criaturas, con buen corazon, porque el alma que de veras sirve á Dios, sabiendo que se sirve de la paciencia en los trabajos, como está dispuesta á hacer la voluntad de Dios, y no la suya, y escoger en qué servirle lo que él quisiere, y no su propia voluntad y parecer; eso se le da gastar la vida en padecer, que en predicar, que en ayunar; tanto se huelga cuando Dios le da la calentura como cuando le manda rezar, tanto cuando le llevan la hacienda hurtada y tiranizada como cuando la da en limosna; porque sabe cuánta es la sabiduría de Dios en el repartir las tareas á los siervos que trabajan. Y así lo hacia el buen Tobías, que, si mucho se holgaba en enterrar el muerto, no menos en perder los ojos. Y así hace y ha de hacer el siervo de Dios, que tan contento ande en la adversidad como en la prosperidad; y al revés, tanto huelgue de servir al enfermo, cuando Dios lo manda

como de contemplar con suavidad los misterios de Dios; tanto de padecer como de gozar, tan mortificada ha de tener la voluntad y tan amiga de saber y poner por obra la voluntad de Dios, y tan enemiga de su propio gusto y parecer, aunque sea en bien, que desee por lo que á sí toca padecer en un infierno mil años, y si necesario fuere, toda la eternidad, por adelantar un paso en el servicio y voluntad de Dios, ¿cuánto mas padecer un trabajo? Y mucho mas cuanto mas adelante se sintiere en el servicio suyo; porque, demás que en esto delante de su acatamiento se merece mucho, el mesmo padecer es suficiente paga en esta vida de las buenas obras y de lo que se padece. Y así se lo dió á entender á Ananías, cuando de san Pablo dijo: Yo le mostraré cuántas cosas le conviene padecer por mi nombre, después de haber dicho que era su vaso escogido. Especialmente que de Tobías dice san Agustin que llevó de su paciencia y obras dos premios en esta vida y en la otra, porque, como á Job, se lo volvió Dios todo, y que llevó de los que obran por su ejemplo parte de galardon; cual todos llevarémos de los que por nuestro ejemplo obraron y padecieron. Hasta aquí san Agustin.

DISCURSO IV.

De la paciencia en los trabajos á ejemplo del santo patriarca Josef.

Todos los trabajos que suceden en esta miserable vida, comparados con los que un verdadero siervo de Dios padece por no ofender á su Señor en una recia tentacion, son como trabajos pintados, porque en los que acá llamamos trabajos solo se arriesgan ó aventuran bienes temporales, que son caducos y de muy poco ser y valor, comparados con la amistad y gracia de Dios y la salud eterna del alma, que en una fuerte tentacion se aventura y corre peligro; esta diferencia se colige de los temores de lo uno y de lo otro, que el de los pecados se llama filial, que quiere decir temor de hijos, que tambien suele llamarse temor de esposa; porque ningun temor llega en una esposa que á su esposo ama tiernamente, al que tiene de ofenderle, especialmente en la fidelidad del matrimonio. Así, el siervo de Dios, cuya alma está con él desposada, ninguna cosa teme tanto como ofender á su Esposo y Señor con un pecado mortal. El otro temor se llama servil, porque es de siervos y procede, no del amor de Dios, sino del propio, que, aunque tema el mesmo pecado, no es sino por las penas y daños que de haberle cometido se le siguen; lo cual con razon se llama temor de siervos. El uno y el otro temor heredamos de nuestros padres; el servil, de Adan, que nos enseñó á temer y huir las penas, y no las culpas; pues, después de haber tan sin escrúpulo pecado, se andaba escondiendo de Dios. Y el segundo Adan, que fué Jesucristo, nos enseñó á temer las culpas y menospreciar las penas y trabajos; y así, puso en la oracion con que nos enseñó á rezar: No nos dejes, Señor, caer en la tentacion, mas líbranos del malo. De donde se colige que el trabajo que un siervo de Dios padece en resistir á una tentacion es incomparable con los otros trabajos, aunque no entiendan esto los que fácilmente se quieren dejar vencer de sus tentaciones, y no consideran profundamente la pelea fortísima que los buenos pasan en las suyas; antes hay algunos que viven tan léjos de temer esta pelea, y de parecerles trabajosa y dificultosa, que antes ellos la procuran, desafiando y provocando las tentaciones por el deleite que hallan en quedar cautivos en la pelea; pero los buenos la temen mas que al mesmo infierno, y andan siempre contra ellas apercebidos, por el gran daño que de ser vencidos se les sigue, que es perder á Dios. Así que, los demás que llamamos trabajos que vienen, ó sin esta pérdida ó sin peligro della, sino de cosas que no son Dios, no se pueden llamar trabajos comparados con este. Pues porque conviene en semejante trabajo armarse de paciencia y fortaleza, y pelear contra las tentaciones valientemente, se pone en este lugar el ejemplo del patriarca Josef, que desde niño se vió en todo género de trabajos y aflicciones, pero señaladamente de los que ahora hablamos, para que en el discurso dellos se vea cómo se ha de haber el cristiano en semejantes trances, mayormente cuando peligra la virtud de la castidad. De lo cual el bienaventurado san Juan Crisóstomo, como tiene de costumbre, habla elocuentísimamente en una carta que escribe á Olimpia, dueña visitada del Señor, segun parece, con muchos trabajos; y por no quitar á sus palabras y sentencias la suavidad y elocuencia, no haré mas de traducir lo que deste santo dice, y solo lo que á este punto toca, pasando de ligero por los que desde niño padeció.

Dice pues este santo doctor que ninguna cosa hizo á este santo mancebo ilustre y bienaventurado, sino las calumnias, cárcel y cadenas y la miseria que padeció, aunque se comparen con el vencer la torpe codicia de su ama; porque, aunque esto sea cosa incestimable, pero es lo menos, comparado con lo que padeció por su causa. ¿Qué mucho es, dice, no ser adúltero ni turbar la paz de los casados ni corromper la cama que no es suya? Qué mucho no ofender al que le habia hecho bien, y no deshonrar la casa de su amo, que le habia á él honrado? Lo que hay que engrandecer y alabar es el peligro, las asechanzas, la furia de una esclava de la lujuria, la violencia que se le hacia, las redes de la acusacion por todas partes, la calumnia, la cárcel, las prisiones y el nunca alcanzar cosa que pidió, aunque eran juntas todas, después de tantas peleas, por las cuales merecia mil coronas, y el ser preso como si fuera verdadero malhechor, y encerrado con los malos que habian cometido graves delitos. Así que, lo que le hizo grande y señalado fué el hedor, los hierros y la miserable vida de las prisiones; porque entonces le veo mas resplandecer que cuando en la silla y oficio de Egipto repartia el trigo á los del reino; y siendo puerto seguro para todo el mundo, mataba toda la hambre dél; mas resplandecé con esposas y grillos que cuando con gran pompa y ricas vestiduras era adorado; porque el tiempo del padecer lo era de mucha ganancia y granjería en el de los deleites, honras y libertad, aunque los habia muchos, pero poco interés se ganabá; cómo no le estimó en tanto cuando el padre le honraba como cuando los hermanos, de envidia, le persiguen, y se hacen domésticos enemigos, peores que su ama la de Egipto, que fué enemiga de su esclavo y extraño, y ellos de su propio hermano. Esta fué la primera persecucion deste santo, que llegó á tanto la envidia y mala voluntad de sus hermanos,

que, hallándose con él en una soledad solos, le vendieron por esclavo; y de libre, noble y regalado y querido de su padre, le pusieron en una durísima y amarga servidumbre, pues le vendieron, no á sus ciudadanos, sino á unos bárbaros de diferente y extraña lengua y costumbres, que pasaban á léjas tierras; y en fin, antes se podian decir bestias que hombres; privado de ciudad, hecho peregrino y desterrado; y el que tan descansada vida tenia, súbitamente fué entregado á la mayor miseria, esclavo de unos amos bárbaros y mal acondicionados, y que habian de vivir en tierra bárbara y apartada de todo consuelo. Y porque siempre le iban sucediendo las cosas peor, estos sus amos no le tuvieron mucho tiempo, vendiéndole á otros peores; que es un género intolerable de calamidad andar el esclavo de malos en peores dueños, que solo el ser nuevos les hace para el pobre del esclavo peores.

Finalmente, vino á parar en casa de aquella loca y desatinada mujer egipcia y enemiga de Dios; en aquella mala tierra y perversa, donde nacen las caras sin vergüenza; aquella tierra de los egipcios, de los cuales uno solo bastó á hacer huir á Moisés; donde el santo mancebo estuvo pocos dias en su casa, ayudándole Dios maravillosamente y amansando aquella fiera que le habia comprado, y tornándola como una oveja. Allí se le aparejaba nueva pelea, nuevas luchas, nuevos sudores y trabajos, mas fuertes y recios que los pasados. Porque, viéndole con ojos malos aquella que le habia comprado, y quedando presa de la hermosura de su rostro, y poseida de los vicios, con esta codicia, súbitamente de mujer se volvió en leona y enemigo de casa para con Josef, con peor tratamiento que los primeros; porque ellos le aborrecieron y le echaron de su compañía, y esta le amaba, encendida de la hermosura del mancebo; lo cual fué para él doblada y tresdoblada guerra. Porque, no por haber salido della brevemente y rompido los lazos se ha de pensar que costó poco trabajo, porque no le costó sino muchos sudores. Lo primero, piensa cuán gran pelea es esta para un mozo en la flor de su juventud, cuando la naturaleza mas encendida, la tempestad de la concupiscencia mas furiosa, los consejos de la razon mas flacos; porque los ánimos de los mancebos andan poco apercebidos de prudencia y discrecion, y menos acomodados y aplicados al deseo de la virtud; antes mas recia la tempestad de las pasiones y la razon, que ha de gobernar los vicios, mas flaca. A esto se juntó la rabia de la mujer; que, así como los persas encendian apriesa el horno con mucha leña, con gran diligencia y deseo, así esta malvada añadia á su fuego nuevo cebo de olores, afeites, alcoholes, arracadas ricas, vestiduras blandas y otras invenciones, queriendo atraerle como por encantamento. Y así como el codicioso cazador de una fiera pone todos los medios posibles por la dificultad, así esta por la que sentia en este mancebo, que bien tenia ya entendida la fuerza de su castidad, usó de cuantas armas pudo para haberle á las manos; y no contenta con esto, buscaba tiempo y sazon para tender las redes; y por esto, no luego que se sintió herida se declaró, antes esperó mucho tiempo, como preñada deste pensamiento y deseo, y apercibiéndose porque por la ligereza y poca madurez de su consejo no se le escapase.

Vino el tiempo cuando se halló sola con él en casa, y entonces, como cosa hecha y segura, se declaró, tendidas las alas del deleite, y sola acometió al solo. ¿Qué digo sola, pues consigo tenia la poca edad y los lazos de sus atavíos que la ayudaban? Y así, presentó la batalla del acto torpe al esforzado mancebo. ¿Qué cosa puede ser mas temerosa que esta tentacion? Qué horno de fuego hay que contra una paja tenga mas fuerza? Un mancebo hermoso, esclavo, desamparado, desconsolado, peregrino, desterrado, acometido de una mujer tan lasciva, tan loca, tan rica, en tanta soledad y secreto; forzado, asido con blanduras y requiebros, llevado á la cama rica y blanda de su señor; y hallándose á la puerta de esta ocasion, después de tantos trabajos y persecuciones, que es el tiempo cuando con mas hambre se buscan los deleites y se abrazan y gozan los hallados, cuando sale uno de grandes aflicciones. Yo hallo por mi cuenta que aquella cama en aquella ocasion, y la leonera de Daniel, el horno de Babilonia y el vientre de la ballena de Jonás, era una mesma cosa; antes esta es peor que todas tres. Porque allí solo habia peligro de la vida corporal, aquí del alma, muerte no menos que inmortal y calamidad irremediable. Y junto con esto, lleno este peligro de otros muchos, y de fuegos que abrasan y consumen el alma, y no el cuerpo. Lo cual dijo Salomon: ¿Quién esconderá el fuego en su seno sin quemarse los vestidos, ó quién andará sobre las brasas que no se abrase los piés? Así es el que entra á la mujer casada y el que á ella toca. Pero este santo mozo mas hizo aquí, que, no solamente no entró á ella, pero asido fuertemente della, no se abrasó. Cosa maravillosa que, viéndose enlazado en tantas redes, asido y detenido de una fiera tan cortesana, acometido por cien lados, por el tacto, por las palabras blandas, los ojos lascivos, las colores vivas, el oro y riquezas de su atavío, el aderezo de su rostro, los olores y perfumes, vestidos blandos, el amor que le mostraba, los tocados, el secreto, la soledad, las riquezas, el poder; y de su parte la edad, servidumbre, peregrinacion; con todo eso, salió maravillosa y esforzadamente con la vitoria. Esta llamo yo tentacion y trabajo mayor que el que la envidia de sus hermanos le causó y el aborrecimiento de los suyos, y que los amos bárbaros, y que el destierro tan apartado, y que tan largo y trabajoso camino, y que la diversa lengua y contratacion, y que las cárceles y cadenas, y cuanto mal tuvo en tan largo tiempo, porque aun destos últimos males se le tramaba allí la ocasion y peligro; pero Dios le envió gracia y fuerzas con que, no solo venció la batalla huyendo, pero fué tanta la abundancia de su modestia y castidad, que aun deseó y pretendió dejarla allí libre y sana de su locura. Todas son á la letra palabras de san Juan Crisóstomo, en que nos dice el esfuerzo deste mancebo en todo género de trabajos, y la paciencia y fortaleza en tan grave tentacion.

§. II.

En qué se pone el suceso de los vencimientos de Josef, y cuál fué su corona.

Agora pues el santo mozo salió libre sin mancilla, como después lo salieron del horno de Persia los tres mancebos (de quien dice la historia que ni aun un olor-

cito de fuego no quedó en ellos) y quedó por valiente soldado de la castidad, imitando la fuerza del diamante. Veamos qué fué el galardon y la corona deste vencimiento. Lo que fué, era nuevas asechanzas, confusion, muerte y peligro, calumnias y aborrecimientos. Porque aquella miserable, desatinada, con una furiosa locura, no tuvo otra cosa con que consolar su ánimo sino con terrible enojo, y tras una pasion sucedió otra peor, llamándola concupiscencia á la ira, y haciéndose homicida, después que tentó y no pudo ser adúltera; y para este oficio, echando chispas, escoge un juez interesado y apasionado, que fué su marido; y pone su demanda sin testigos y sin dar audiencia á la parte; antes la acusacion se hace en ausencia del reo, ante el juez furioso y mal informado, bastándole á su enojo la autoridad de quien acusaba y el estado miserable de la servidumbre del acusado. Y tanto le supo decir y tanta fué su confianza, que le hizo, como vencedora, pronunciar sentencia que condenase al inocente, y cruelmente ejecutarla; viérades prisiones, cárceles, cadenas, y fué condenado por adúltero el que no conoce quién es el acusador, como hombre violador de la casa y cama de su señor y corrompedor de las bodas ajenas, como si en fragante fuera hallado, confesado y convencido del delito. Porque el juez y la acusadora hacian creer lo que realmente era fábula y mentira, junto con la venganza que dél comenzaba á tomarse. Pero él no mostró turbacion ni murmuró, quejándose de su fortuna; no dijo: ¡Ah, Señor! ¿Estos son los sueños tan felices? Este es el paradero de las visiones? Este es el pago de la castidad? ¿Averiguar mi causa sin juicio, sin sentenciarla, sin justicia, y al cabo quedar infamado de malhechor? Como fornicario fuí echado poco há de casa de mi padre, agora como adúltero y como corrompedor de la castidad de mi ama voy á la cárcel, en conformidad de todos cuantos lo ven y lo saben; y aquellos mis hermanos, que eran los que me habian de adorar (que esto decian los sueños), viven con libertad, abundancia y deleites en su tierra y descansan en casa de su padre. Yo, que habia de ser entre ellos el aventajado, soy preso entre los ladrones y salteadores en una triste y miserable prision. Ni la fortuna se contentó con sacarme de mi casa y tierra, sino que en la ajena, do quiera, me aguardan unos despeñaderos tras otros, unas muertes tras otras; y aquella que me tiene aquí, que debia de padecer por sus culpas lo que yo padezco sin ella, descansa y huelga como quien ha alcanzado vitoria de sus enemigos y contrarios, coronada por ella; y yo, sin saber por qué pecados, pago la última pena dellos.

Ninguna cosa destas dijo, antes andaba en medio de las penas y trabajos como si fueran coronas, ni quiso mas admitir dolor ni queja, ni memoria de lo que sus hermanos ni aquella mala mujer le habian injuriado y ofendido. Lo cual se sabe certísimamente de las palabras que él dijo á uno de los presos que con él estaban, porque tan léjos estaba de andar triste por sus males, que no entendia sino en consolar los presos. Porque, viendo allí en su cárcel á muchos turbados, confusos y desmayados, se llegó á ellos, y entendiendo que su turbacion nacia de visiones de sueños que habian visto, se los declaró. Y rogando al uno, á quien dijo que habia de ser restituido á la gracia del Rey, que le alcanzase dél su libertad (que, aunque era hombre esforzado, era al fin hombre, y deseaba que se le acabase el tormento de las cadenas), y siendo necesario decirle por qué estaba en ellas para que el Rey fuese informado de su causa, no quiso nombrar los que le habian hecho el mal, sino solo decir su inocencia, sabiendo cuán malos habian sido sus acusadores y malhechores. Solo dijo: Porque yo fuí sacado por hurto y engaño de tierra de los hebreos, y sin culpa fuí metido en este lugar de tormentos. Y ¿por qué no lo decís todo, Josef? Por qué callais aquella mujer deshonesta y adúltera? Por qué callais los hermanos vuestros matadores? Y ¿la envidia, la muerte, el destierro, la furia de vuestra ama, los lazos, las máquinas, las calumnias, el mal proceso de vuestra prision, el juez interesado, la injusta sentencia, la venganza y castigo sin causa? ¿Por qué callais y encubrís cosas como estas? No sé guardar los enojos, ni acordarme de ofensas, que son para mí coronas, joyas y ocasion de gloria.

¿Vistes el alma llena de altísima filosofía, corazon sin rancor ni enojo, y mas alto y mas señor que los peligros grandes? Y así, por no nombrar las personas de aquella mujer abominable ni los hermanos, se contenta con decir que le hurtaron sin culpa, callando personas y la cisterna y los ismaelitas y todos los demás. Pero aun aquí le halló una no pequeña tentacion, y fué, que el que dél habia sido consolado y alumbrado, después de restituido en su honra, lugar y oficio, se olvidó de su bienhechor y le faltó la fe que le habia dado; y estando él en el palacio real en gran prosperidad, se quedó como antes el que resplandecia mas que el sol, en las prisiones, sin tener quien por él ni por su causa y libertad pareciese ante el Rey. Y esto ordenaba Dios, porque le andaba ordenando muchas coronas, y así le multiplicaba las peleas y le hacia venir por rodeos y dilaciones la libertad. Convenia que se le aparejasen las peleas, permitiéndolo Dios, pero no desamparándole, sino dando licencia para que sus enemigos le ejercitasen, pero no mas de cuanto pudiese sin derribarle. Que es decir, que igualaba y compasaba la batalla con las fuerzas, y estas con la batalla; porque nunca consintió que le matasen donde tan cruel era el enojo contra él. Permitió que le echasen en la cisterna, no consintió que le matasen; y aunque pareció consejo de su hermano Júdas, pero no fué sino ordenacion y consejo de Dios. Lo mesmo fué en casa de su amo; si no, pregunto: ¿qué es la causa que aquel furioso de su amo, egipcio de nacion, injurioso y iracundo, y por eso no bueno para juez, en creyendo, como creyó, que su siervo le habia cometido traicion y fuerza á su propia mujer, no le mató luego ó le quemó? ¿Cómo se compadece que, siendo tan arrebatado juez, que sin oir el descargo procede á la sentencia, no lo fué, antes se mostró manso y reportado en el ejecutar la sentencia; que viendo (que es mas de ponderar) la mujer rabiosa, furiosa y llorosa, con las vestiduras rasgadas y con otras muestras de justicia, no se movió luego á tratar la muerte del mancebo? Cierto es que aquel que puso freno y bozal á los leones en el lago de Daniel, y envió al horno de Babilonia una helada, él mesmo templó el furor

desatinado desta bestia, y la ira como un fuego de su corazon, para que la venganza se templase; lo cual tambien pareció haber hecho en la cárcel, donde le permitió encerrar, atar y aprisionar; pero libróle de la crueldad del carcelero, qué todos sabemos cuánto es su poder; hízole Dios manso de tal arte, que, no solo no le injurió, antes le hizo sobrestante de todos los presos de su cárcel; y habiéndosele entregado por malhechor y adúltero, y adúltero no como quiera, sino de una casa noble y principal, ninguna cosa destas le turbó ni espantó ni puso en cuidado para tratarle con crueldad; solo se andaban enlazando las coronas destas pasiones y trabajos, ayudado con particular favor y gracia de Dios, el cual no queria que con la muerte se atajase. Hasta aquí son palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo.

De donde parece la gran virtud y excelente paciencia desde santo y casto mancebo, que, aunque (como san Ambrosio dice) por sí sola la castidad hace mártires, por los trabajos con que se guarda y defiende, aun domésticos y caseros; no solo padeció estos en tan violentas ocasiones este mancebo, pero tan encarecidas persecuciones de fuera no pudieron hacer que la perdiese, ni la paciencia con que los sufria, siendo tantos y tan extraordinarios, semejantes á los de san Pablo, destierros, cárceles, mazmorras, peligros de hermanos, no de religion sola, sino carnales. Tras esto, la servidumbre, los tribunales, perseguido de extraños, de infieles, de mujeres, de celosos, sin otro favor que el de Dios, en quien confiaba y á quien servia en lo mejor de sus dias y tan á largos años. Verdaderamente es un ejemplo tan raro, que él solo podia confortar y esforzar al hombre mas perseguido y afligido del mundo, si su historia es por menudo y con atencion considerada.

DISCURSO V.

De la paciencia en los trabajos, á ejemplo de los apóstoles y mártires.

Uno de los mas principales y mas eficaces ejemplos y mas claros que el Señor dejó á los cristianos en su iglesia de paciencia, fueron los trabajos que los santos apóstoles y mártires por su nombre padecieron, siendo, como eran, hombres como nosotros y de naturaleza de carne flaca como nosotros. Y de aquí nació la razon por que la Iglesia, nuestra madre, celebra sus fiestas, que son sus memorias y martirios, porque la tengamos dellos y de su paciencia y procuremos imitarla, como dice san Agustin, que todas las veces que celebramos fiestas de los santos mártires, de tal arte esperemos de mano de Dios los beneficios temporales, que por la imitacion de los mesmos mártires merezcamos con ellos recebir los eternos. Porque aquellos se pueden decir celebrar de veras las fiestas de los mártires, que siguen las pisadas de los mesmos mártires cuyas son; porque las solemnidades de los mártires no son otra cosa que unas amonestaciones y sermones de martirios, para que no nos enfademos de imitar lo que gustamos de celebrar. Hasta aquí son palabras de san Agustin, semejantes á las que san Crisóstomo dice al mesmo propósito en un sermon de los mártires: Ninguno hay que ignore que las glorias y triunfos de los mártires se celebran de los pueblos de Dios con la frecuencia que se celebran; lo uno para que se les ofresca la honra que se les debe, lo otro para que con el favor de Jesucristo se nos muestren sus ejemplos de virtud y paciencia; porque, viendo con cuánta honra se celebran, entendamos cuánta gloria ganaron en los cielos los que con tanta honra son celebrados y honrados en la tierra; y que provocados con este ejemplo, con igual virtud y semejante fe y devocion podamos, con ayuda de Dios, vencer nuestros trabajos, y alcanzada la victoria, triunfar con los mesmos santos en el reino de los cielos. El uno y el otro santo parece que tomaron esta consideracion, de quien la tuvo primero que ellos profundísima, que fué el apóstol san Pablo, que de sus trabajos, no solo daba gracias á Dios, por ser de su mano, y á él tan provechosos; pero dábalas por el provecho que de su paciencia y de su consuelo, que venian del cielo, les cabia á los de Corinto, con quien á este propósito hablaba, diciéndoles: Bendito sea Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos envia el consuelo y paciencia en todas nuestras tribulaciones, sin dejar ninguna, para que podamos con ella consolar y esforzar á todos los que estuvieren puestos en aprieto con la mesma tribulacion con que Dios nos avisa. Porque, así como crecen las pasiones en nosotros de Cristo, así crece por el mesmo Cristo la consolacion. Porque, ora tengamos tribulacion, es por vuestra dotrina y salud; si tenemos paciencia y consuelo, es por vuestra dotrina y salud; si somos amonestados, es por vuestro aviso y salud; porque todas estas cosas obran en los fieles la tolerancia y sufrimiento en los mesmos trabajos y pasiones que nosotros padecemos, para que la firmeza de nuestra esperanza se extienda á vosotros, sabiendo que, como sois compañeros nuestros en las pasiones, lo seréis en las consolaciones. Hasta aquí son palabras del Apóstol; de las cuales se colige bien cuán grande es el consuelo y el fruto de paciencia que causa el poner los ojos de la consideracion en los trabajos de los santos mártires, para padecer con ella los nuestros. Y á este propósito es aquello que se cuenta en figura en el libro de los *Macabeos*, que mostrando al elefante la sangre de las uvas y de las moras cobraba ánimo y esfuerzo. Así lo hace el cristiano mostrándole la de los mártires.

Y para decir sumariamente cuán graves fueron los trabajos que los apóstoles padecieron y los mártires, será bien saber lo que el bienaventurado san Juan Crisóstomo dice sobre aquellas palabras del Apóstol, que agora referimos, que decia á los corintos: Porque, como las pasiones de Cristo son abundantes en nosotros, así lo son por sus méritos las consolaciones. Sobre las cuales dice san Juan Crisóstomo unas razones, con recelo de que causen escándalo en los oyentes; y es su conclusion que de aquí se sigue que los apóstoles y mártires padecieron mas pasiones que el Redentor. Las palabras deste santo son estas á la letra: Porque no desmayasen los ánimos de los dicípulos con la exageracion de los trabajos y calamidades, les pone por contrapeso delante de los ojos la abundancia tambien de la consolacion; y así los levanta el corazon, no solo haciendo memoria de las consolaciones, mas tambien con la que hace de la persona de Cristo, diciendo que sus aflicciones

son de Cristo. De manera que antes del mentar la consolacion, la tiene ya sacada y publicada de las mesmas aflicciones. ¿Qué cosa hay mas noble (dice) que verme á la parte con Cristo en los trabajos y padecerlos con su gracia? Qué consuelo puede igualarse á este? Y no solo con esto les pone ánimo y esfuerzo, sino con aquella palabra, *abundan*. Porque no dijo: Así como acaece tener trabajos y aflicciones de Cristo, etc., sino así, como abundan. Dando á entender que no padecian ellos solo lo que Cristo padeció de tribulaciones, sino mucho mas. No solo sufrimos, dice, las cosas que él padeció, sino muchas mas. ¿Padeció vejaciones, persecuciones, azotes, muerte? Pero nosotros mas padecemos; que, aunque no hubiera mas, bastaba para consuelo. Y no hay para qué (dice este santo doctor) tenga nadie esta sentencia por atrevida ni temeraria; porque en otra parte dice el mesmo: Agora me alegro en mis aflicciones, y suplo las cosas que faltan á las de Cristo, en mi carne. Y pues en esto no hay arrogancia ni atrevimiento, tampoco la hay aquí, como es cierto que ellos hicieron mas milagros que el mesmo Cristo, como él lo dice por san Juan: El que en mí creyere hará mayores obras que estas. Verdad es que todo esto redunda en gloria del que obra en ellos; así ellos sufrieron y padecieron mas que él, y asimesmo todo se le debe agradecer á él, que los consuela y apercibe para las calamidades que se les ofrecieren. Y de aquí es que el mesmo Pablo, reparando en que habia dicho una cosa muy grande, moderó su palabra, diciendo: Así por Cristo abunda nuestra consolacion; dando al Señor las gracias, y refiriendo á él todo este negocio, y de ahí publicando la divina bondad y benignidad, porque no dijo que á la tasa y medida de la afliccion recebian la consolacion, sino, sobrepuja la consolacion, para que en el mesmo tiempo de la pelea quepa la ocasion de otras coronas. Hasta aquí son las palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo. Y luego da las razones de donde sale esta grande abundancia de consolacion.

En las cuales palabras, guardando el rostro á las letras, dotrina, espíritu y santidad deste glorioso santo, me atrevo á decir que no le faltó razon de recelarse de alguna nota de atrevimiento; porque, aunque en lo que es el tiempo que duró la pasion del Señor no excedió al de muchos mártires; porque, dejadas las persecuciones, befas y calumnias de los fariseos, y contando desde el tiempo desde donde decimos que comenzó la pasion, que es desde la oracion del huerto, no duró veinte y cuatro horas cabales; como sea verdad que muchos mártires padeciesen muchos dias y meses en cárceles, mazmorras, azotes, idas y venidas á los tribunales, etc. Pero lo que el Señor padeció en estas pocas horas fué tan terrible cada cosa por sí, que ninguno, creo yo que después dél ni antes lo haya padecido, ni aun pudiese (durándoles la vida) padecerlo. Tambien podrá, como da á entender san Juan Crisóstomo, entender de la variedad de martirios que ellos padecieron; pero poco adelante quedará claro cuando tratarémos de la pasion y tormentos del Señor en su propio discurso, y volverémos á san Juan Crisóstomo. Agora solo sirva lo dicho, de que las penas y trabajos de los apóstoles y mártires fueron tantos y tan grandes, que vinieron á hacer que san Juan Crisóstomo hablase dellos con este encarecimiento. San Pablo, para gloria de Dios, cuenta los suyos, sus cárceles, sus peregrinaciones, sus cadenas, sus peligros por mar y por tierra, peligros de ladrones, peligros de rios, peligros de falsos cristianos, etc.; sin los interiores, la congoja y cuidado de todas las iglesias, el cuidado de los flacos y enfermos, etc. De manera que dos géneros de trabajos cuenta de sí san Pablo, unos corporales, como hambre, sed, ayunos, cárceles, persecuciones; otros del alma, que son cuidados y congojas de su oficio en las mesmas cadenas, y al fin la muerte, la cual dice en otra parte que cada dia padecia. ¿Qué diré de los demás apóstoles? San Bartolomé desollado vivo con tan terribles dolores, san Pedro perseguido, preso, encadenado, y al fin puesto en una cruz; Santiago con sus peregrinaciones, y santo Tomás con las suyas, san Andrés, etc. Que, como dice san Pablo de los santos del viejo Testamento: El tiempo me faltaria si pensase decir lo menos que sé y siento de lo que estos santos amigos y ministros de Dios padecieron per su nombre de mano de los tiranos.

Mucho menos me atreveria á decir los tormentos y martirios que los mártires padecieron, aun en genera hablando, porque aun todo lo que dellos está escrito en las historias es mucho menos que lo que fué; pero por cumplir con el intento deste discurso, diré algo; aunque, como Eusebio dice, ninguno puede creer cuán graves tormentos padecieron, sino los que los vieron padecer, porque mucho mas graves fueron y mas terribles que los que se cuentan: rabiaba el mundo de ira y enojo contra ellos, y todo su estudio era echar la gente cristiana de sí, y arrancarla del todo, como rebelde, supersticiosa, sacrílega encantadora, pestilencial y aborrecible á sus ídolos; y porque esto era el gusto y contento de aquellos falsos dioses y de los príncipes de la tierra, de ahí nacia que los gobernadores y magistrados y toda la demás gente del vulgo, eso pensaba, que era santo y bueno y honroso el inventar géneros de ludibrios, vejaciones y tormentos con que fatigarlos. Así se lo habia el Señor profetizado á los apóstoles: Tiempo ha de venir, cuando todo aquel que tratare vuestra muerte piense que con eso sirve á Dios y gana el cielo. Pues todo su cuidado (como el mesmo Eusebio dice) era inventar nuevos géneros de castigos contra ellos, y ese era tenido por buen juez el que mas nuevos, exquisitos y crueles los inventaba. La crueldad se ejercitaba en ellos sin castigo, á solo albedrío del que queria matarlos, afligirlos, afrentarlos, atormentarlos; todo le era lícito al que queria hacer en ellos suertes y ensayos, y á cualquier hora podia probar sus invenciones en ellos: este era el cuidado que tenian los jueces principalmente, y deste se encargaban con diligencia, ó darles la muerte ó compelelles á sacrificar, y para esto se desnudaban de toda piedad y humano afecto que la naturaleza habia en ellos puesto; y vueltos mas crueles que fieras, les pesaba que la naturaleza del hombre fuese tan flaca, que no pudiese sufrir mas crueles y atroces tormentos sin morir; y por eso no trataban de sacarlos luego del mundo con espadas ó con fuegos, antes con una piedad infernal y diabólica sustentaban la dolorosa vida del mártir, para que con mas crueldad y

tormento la perdiese; porque primero los azotaban fuertemente con palos, varas, riendas, escorpiones, plomadas, muy grande parte del dia ó de la noche atados con correas ó colgados con sogas; tras esto los araban el cuerpo con uñas de hierro, y les punzaban con lancetas de acero agudas, quemaban estas llagas con hachas ardiendo, estropeábanlos con cuerdas fuertes y polcas, y con peines de hierro los despedazaban; tras estas crueldades, para mas dolor, les fregaban las llagas sangrientas con sal y vinagre, y al cabo los volvian á la cárcel, para que, convalecidos, comenzasen otros nuevos géneros de martirios, los cuales entre tanto inventaban y aparejaban; á otros sacaban los ojos cruelmente, á otros con gran deshonra y fealdad cortaban las narices, á otros arrancaban las uñas, á otros cortaban las manos, á otros los piés, á otros metian en grandes calderas ó tinas de pez, resina y plomo derretido; y cuando ya se cansaban y faltaban todos estos crueles instrumentos, no faltaba la crueldad de los atormentadores; venian las cruces, los fuegos, las bestias, las flechas, las espadas; á otros despeñaban, á otros quebrantaban las piernas, y otros géneros de dolores y muertes, cansados y no hartos de atormentar, como refiere el mesmo Eusebio.

De aquí nacia aquella diabólica invencion de martirio, que donde se hallaban dos árboles juntos, bajaban las puntas de dos ramas con gran violencia al suelo, y atando á cada una una pierna del mártir, las tornaban á soltar en un punto, y con la fuerza de la naturaleza llevaba cada una su medio cuerpo, aventando las tripas y asaduras por los aires; y no contentos con la crueldad contra los vivos, algunas veces mas crueles se mostraban contra los muertos, poniendo sus cuerpos (como el salmista se lo representa á Dios en un salmo) por manjar á las aves y á las bestias de la tierra; ni escapaba su castigo el que de noche ó en secreto pensaba de enterrar alguno dellos, movido por religion ó piedad. De aquí se veian por todo el mundo crudelísimos espectáculos, habiendo por todo él tantos muertos echados al campo y en lo poblado, sin haber quien se atreviese á enterrar ninguno. Habia otro género de tormento que los mártires padecian, que á quien tenia tan firme su corazon con Dios no era menos grave, el cual recebian de sus propios deudos y amigos, de sus queridas mujeres, de sus tiernos hijos, de sus padres, madres, hermanos, cuñados, parientes, cuando con muchas lágrimas y grandes aullidos se llegaban á ellos, rogándoles que tuviesen piedad dellos, de tantos niños por criar, de las mujeres desamparadas, de los padres viejos, que lo uno quedaban solos, y lo otro á grande peligro de pasar todos por aquella crueldad, de que con solo adorar los dioses podian librarlos, y que si después tuviesen desto algun escrúpulo, que todo se perdonaria por la penitencia; que condecendiesen con los emperadores y con sus jueces y adelantados; que sacrificasen á los dioses, que ellos recibian sobre sí aquel pecado que en eso se cometiese. Pues ¿qué tormento puede ser mas cruel y qué mayor priesa que esta, por una parte ruegos, lágrimas y ternura, las mujeres llorando, los niños, de ver llorar las madres, los viejos las lágrimas por las canas corriendo, y por otra penas intolerables? Esto es una cifra de lo que brevemente y en general puede decirse, lo cual parece cuando se lee una historia particular de un mártir, como un Estévan, Lorenzo y otros, especialmente cuanto mas va el mundo estragándose, como parece en los crudelísimos martirios que los siervos de Dios han padecido de los herejes, y los que casi en nuestros tiempos padecieron aquellos bienaventurados monjes de la Cartuja en el reino de Inglaterra, y otros muchos de quien cuenta la historia de aquel reino, donde el demonio parece haber descubierto todas sus artes y herramientas que tiene y sabe, para afligir á los siervos de Dios y defensores de su fe, como ve que queda poco tiempo para desahogar, si pudiese, su furia y mala voluntad que á Dios y á sus siervos tiene.

La paciencia destos santos no parece que se puede tratar por este nombre, sino por nombre de alegría y deseo con que padecian; porque, no solo no se movian ni vacilaban por dichos ni lágrimas de sus deudos y amigos, ni temian amenazas ni estimaban promesas; antes, puestos los ojos en el cielo y el corazon en Dios, como unas piedras fuertes y constantes, no querian oir lo que del suelo se les decia, sino lo que Jesucristo, á quien amaban y por quien morian, habia enseñado; considerando lo que él padeció por ellos, y la gloria que les estaba aderezando si padecian constante y valerosamente, no solamente esto, sino que con gran alegría padecian, la cual heredaron de su buen padre Cristo, y de la que él tuvo padeciendo sin culpa por los pecadores, con ser tan graves sus tormentos del Hijo de Dios, que á los que pasaban pedia el Profeta en su nombre que parasen y advirtiesen si habia dolor semejante á los que él padecia; pero aquel amor infinito con que nos amó y los padeció hacia apacibles y dulces los dolores; y advirtiendo esto los mártires, no solo con paciencia sufrian los suyos, sino con alegría y con esfuerzo incomparable, que el Redentor les dejó y ganó por su pasion, trocando en ella su esfuerzo por nuestra flaqueza, que recibió en sí; lo cual fué figurado en la costilla que del lado de Adan sacó para formar á Eva, pudiendo criarla de nada, y si quisiera, de algo, como al hombre, no le faltara barro de que pudiera; pero quiso quitarle del lado la costilla. Y dice el santo texto que aquel vacío de donde la sacó, llenó de carne en su lugar. Y dice san Pablo que está allí un gran secreto y misterio, cumplido en Cristo y su Iglesia, porque significó que el sueño que el segundo Adan durmió en la cruz sacó de su lado nuestra fortaleza, significada por la costilla de hueso, y en lugar della puso nuestra flaqueza, significada por la carne flaca. Y de aquí le vino al Señor el temor que en el huerto tuvo cuando, como haciendo el memento de la misa que otro dia habia de celebrar en el altar de la cruz, se le representaron los trabajos que otro dia siguiente habia de padecer, y del temor vino á sudar gotas de sangre. Y por otra parte, los apóstoles y mártires iban, no solo con paciencia, sino con fortaleza y alegría, á sus martirios, en lo cual se les parecia lo que del trueque con su Señor les habia cabido; porque, así como el Redentor como oveja dice el Profeta que se dejó llevar á la muerte sin hablar palabra, así los mártires; que es decir que morian con tanta paciencia y alegría, que con el mesmo semblante

y alegría iban á la muerte como al contento, así como va la oveja con el mesmo al matadero que iba á la dehesa; y así como la oveja se vende barato para sustento de los pobres, así Cristo se dió con liberalidad para el de los pecadores; y los mártires, por el consiguiente, para servir y dar contento á Cristo, pobre por nosotros, y á sus pobres de la Iglesia, comunicando con ellos las riquezas que les sobran para el tesoro de sus pasiones; y esto es lo que canta la Iglesia: Murieron á cuchillo á manera de ovejas; no suena murmuracion ni queja, sino con corazon callado su alma prudente conserva la paciencia.

Para sentir mas este punto, por ser tan útil para celebrar las fiestas de los mártires y sacar el fruto dellas, así como en la crueldad de los tormentos he remitido al cristiano á las historias dellos, así les remito en este punto de la paciencia y alegría con que padecieron. Esta es la grita que san Lorenzo daba á los que atizaban el fuego de su martirio, que, aunque de otros mártires dice san Pablo que apagaron la fuerza del fuego y rebotaron los filos de las espadas, etc.; pero san Lorenzo no quiso el fuego sin fuerza ni apagado, sino dejarse asar y mandar que le volviesen del otro lado, venciendo con sola paciencia el ímpetu de aquel bravo fuego. Esta es la miel que san Estévan hallaba en sus piedras, y este el temor de san Ignacio de que sus leones se tornasen mansos y amigos, como á Daniel y á otros mártires, y que, reconociendo al siervo de Dios, cerrasen sus bocas ó bajase el ángel á cerrárselas, encogiesen las uñas y olvidasen su natural ferocidad. De aquí eran los requiebros del santo viejo san Andrés con la cruz en que habia de padecer, pareciéndole muy hermosa, considerando las joyas que la habian hermoseado, que eran los santísimos miembros de Jesucristo, y rogar al pueblo que no impidiese su martirio; de aquí la alegría y deseo de los mártires presos cuando venia el dia de sacar á algunos á martirizar, y la porfía santa y los pleitos sobre quién saldria primero de los compañeros de san Mauricio y de otros mártires, porque no se les despintase ocasion tan deseada; así lo pedia santa Prisca, alegando su nobleza, por la cual debia ser preferida en el martirio á los que no la tenian como ella. De aquí la respuesta del otro que entre gravísimos tormentos no se quejaba, cuando, preguntada la causa, dijo que era costumbre entre los cristianos el silencio cuando oraban, y su oracion era requebrarse con Dios y darle gracias por los tormentos; de aquí las niñas con valeroso esfuerzo, mas que de capitanes, respondiendo con cristiano y santo denuedo á las preguntas y razones de los tiranos, menospreciaban sus amenazas y tormentos, porque tenian dentro de sí la costilla del celestial y divino Adan, Jesucristo, de que fué formada su esposa la Iglesia, y á trueque della habian puesto en él la flaqueza de su carne y sexo. Pues esto es el clarísimo ejemplo que el mismo Redentor nos dejó de paciencia y alegría para el tiempo de nuestros trabajos.

Pero, para mas exageracion deste valor, es mucho de notar una grandeza que se halla en estos bienaventurados santos que después del Redentor padecieron, y es la ventaja que hacen á los antiguos que por Dios y su ley padecieron; que, como aquellos estaban hechos á recebir en premio de sus obras bienes temporales, al fin colmadamente fueron en ellos restituidos, como fué el santo Job, que recibió todo lo que habia perdido doblado, y aun tambien los hijos, segun san Agustin, que dice que los primeros siete no los habia perdido, sino enviándolos adelante, donde para siempre los habia de gozar. De Tobías dice el mesmo san Agustin y san Crisóstomo que recibió dos premios de su paciencia, en esta vida y en la otra, porque le sacó y libró de la ceguedad del cuerpo y le hizo rico, y después le llevó á su gloria; para que veamos cuán bien sabe Dios pagar lo que por él se padece y hace. Y de Josef cuenta la sagrada Historia que después de sus trabajos fué subido á tan alta cumbre de honra y riquezas. Pero los mártires no quisieron acá paga ninguna con estar prometida, sino solo en la bienaventuranza, y aun la principal que tenian por paga era el mesmo padecer hasta la muerte sin cosa que pareciese interese, si era menos que el mismo Dios, por quien padecian.

Pues ¿quién no sale avergonzado y confuso deste discurso, viendo tal valor de unos hombres de carne como nosotros, sin dechado de tantos ejemplos como nosotros tenemos? ¿Qué es nuestra vida y nuestro pensamiento? Qué es nuestro cristianismo ó nuestra religion? Cuando hallamos á la noche que ni hemos muerto ni agraviado á nadie, cuando creemos firmemente lo que la Iglesia, y no nos acusa la conciencia de pecado, ¿pensamos que hemos hecho algo? En aquel tiempo no se probaba con cualesquier obras la fe, sino con la vida y la sangre, pudiendo Dios sin tanto riesgo salvar los hombres y acabar los tiranos, como comenzó á hacer de hecho en tiempo del emperador Constantino, eso pudiera hacer en tiempo de Neron y Calígula, y Trajano y Domiciano, y de otros semejantes tiranos; no quiso por no quitar á la Iglesia tanta honra como de los triunfos de aquellos santos se le recreció, y para que á gente tan flaca y tibia como los que agora vivimos quedasen tan vivos y eficaces ejemplos de virtud y paciencia; porque, viendo en ellos la gracia de Dios, que levantaba á tan alta cumbre nuestra flaqueza, los que pudiesen los imitasen; y los que no, se admirasen y humillasen viendo delante de tanto esfuerzo su tibieza y flojedad.

DISCURSO VI.

De la paciencia en las adversidades, á ejemplo de Lázaro pobre.

Al tiempo que llegaba ya á tratar del clarísimo ejemplo que tenemos en la Madre de Dios se me representó que hacia no poco agravio á Lázaro mendigo, y á los que con su ejemplo podrán consolarse, ó por mejor decir, avergonzarse en sus trabajos, si no le hacia su discurso en este libro; pues la condicion de los demás no le falta á Lázaro, que es habérsenos dado por dechado y ejemplo de paciencia, como el santo Job y los demás; y que esto sea así afírmalo san Juan Crisóstomo, y que para ese fin nos dejó el Señor la Parábola que de su fin y del rico avariento trata, porque cuando en alguna triste aflicion nos viéremos caidos nos consolemos, considerando cuánta ventaja nos hizo en sufrir, por mucho que nos parezca lo que sufrimos. De manera que fué puesto por doctor, maestro y predicador de todo el

mundo para los que tuvieren que padecer, y muestra clara su dotrina en vencer á todos en grandeza de paciencia y en insufribles trabajos. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo. Y aunque tan tarde se me ofreció tratar dél, no le mudé lugar, antes le pongo en este, después de los dichos, aunque parece puesto mas honrado, por voto del mesmo san Juan, que en la mesma homilía viene á decir que no se puede hallar otro que tantos y tan graves males haya padecido, con traer este santo siempre al santo Job y á san Pablo en la boca y en el tintero, que apenas hay homilía en que no salgan; y así parece que lo sentia en la manera del decir. No puede (dice) hallarse otro, no puede, digo, digo que no puede; que parece que el santo Job se le atravesaba en los dientes, estorbándole el pronunciar esta sentencia tan general, y repítela, diciendo: Digo que no podrás hallar ni nombrarme otro que tales, tan pesados y tantos males haya padecido; lo cual dice este santo con tanto encarecimiento, así por ser ellos muchos y graves, como por haberlos padecido el pobre todos juntos, que es una circunstancia que hacía mas graves sus penas. Y para entender cuántas, cuán graves y cuán juntas, digamos primero su historia, por ser menos comunmente sabida que las pasadas, como el Redentor la cuenta por san Lúcas, donde para declarar dos sentencias escuras que habia dicho encomendando la limosna, de que mofaban los fariseos, que eran avarientos, juzgando que el Señor por ser pobre, como lo era y parecia, cargaba la mano en alabar esta virtud por su interés; y lo segundo por enseñarnos, como san Juan Crisóstomo dice, que cuanto en el mundo pasa no es mas que una farsa ó comedia, ni los personajes dél, por mas pintados que sean, son mas que unos farsantes, que uno representa persona de rico, otro de pobre; uno de santo, otro de pecador; uno de señor, otro de vasallo; y que hasta el dia del juicio ó de la muerte, cuando se desnudarán los vestidos de la comedia, no se conocerá quién es cada uno, y entonces serán todos conocidos; y verá el mundo que alguno que parecia santo no lo era, y así el rico y el pobre, etc.; como san Pablo dice, que en el dia último se descubrirán los pensamientos de los corazones; lo tercero, pretende enseñarnos la mudanza que ha de haber de las suertes de todos, con que responde á las maravillas de los santos y amigos suyos cerca del tratamiento de buenos y malos, y asimesmo á las perpetuas quejas de los pobres cuando se ven en esta vida tan mal tratados, á vista de los que sin merecerlo viven en ella con mucha prosperidad.

Dice pues el Redentor: Érase un hombre rico, y érase un pobre mendigo. Antes que de aquí pasemos, porque decimos érase, que es vocablo con que se comienzan las consejas ó fábulas que las viejas suelen fingir ó contar, es necesario averiguar brevemente si este cuento que el Señor aquí cuenta haya sido historia verdadera ó cuento fingido, como algunas parábolas que para declarar alguna dotrina suelen fingirse, como la que en el libro de los *Jueces* se dice, que fueron todos los árboles á la viña, higuera, etc., para que fuese su rey. Y claro está que entonces no hablaban mas que agora los árboles, ni andaban ni elegian rey, ni se gobernaban por él, sino para declarar el misterio ó dotrina que allí pretende; ni por eso es ni puede decirse mentira, aunque sea ficcion y no haya pasado ni pueda pasar así como se cuenta; porque, como san Agustin dice, no todo lo que fingimos es luego mentira, sino cuando lo que se finge no se encamina á alguna significacion; y porque él dice que las parábolas de Cristo no hay necesidad que sean verdaderas, quieren de ahí colegir algunos que siente que no lo son. Por otra parte, san Juan Damasceno dice lo contrario, que todas cuantas Cristo dijo son verdaderas historias, y trae por ejemplo esta del rico y el pobre. Ambas estas dos sentencias no tienen probabilidad; solo tiene verdad la de Damasceno en el ejemplo que pone, que esta de que hablamos fué verdadera, en que todos los doctores convienen, excepto Teofilato sobre san Lúcas en aquel lugar; así que, la comun sentencia de todos es que fué historia verdadera, y lo son todas las que nombran las personas, lugares ó tiempos. Y esta es regla de san Juan Crisóstomo, donde dice: En las parábolas no se han de nombrar ó decir los nombres. Y conformando Orígenes con este su parecer, dice que forzosamente nombró Moisés á Job en su libro cuando le compuso, so pena que se pensara que era argumento ó historia fingida. Luego de aquí sale la diferencia entre parábola y verdadera historia: que en la historia se suelen decir los nombres, y en la parábola fingida no; y de lo que es pura parábola entiendo yo á san Agustin, sin que niegue esta dotrina de san Juan Crisóstomo, segun la cual Teofilato parece haberse engañado en decir que esta era ficcion, como tambien algunos hebreos se engañaron en pensar lo mismo del libro de Job. En esta parábola del rico avariento pone el Evangelio el nombre del pobre. Eutimio pone tambien el del rico, diciendo que por haber sido mal hombre no le pone el Evangelista, segun aquello del salmo: No tomaré en mi boca sus nombres para acordarme dellos, y que por bueno y digno de amor fué nombrado el pobre; pero que de mano en mano, de la dotrina de los hebreos, mirados y distinguidos los tiempos, se halla que aquel rico se llamaba Nineusis, y el pobre Lázaro. Esto es lo que Eutimio dice.

Agora, supuesto que la historia es verdadera, dice así el Evangelio: Érase un rico tan rico, que vestia de púrpura y holanda, y comia cada dia de banquete; y érase un pobre que tenia por nombre Lázaro, que cada dia le hallaban echado á la puerta del rico, lleno de llagas, deseando matar su hambre de los mendrugos y migajas que caian de la mesa del rico, y ninguno se las daba; sucedió morir el pobre en esta pobreza, y fué llevado en manos de los ángeles al seno de Abraham; murió tambien el rico y fué enterrado, y el alma en el infierno. Desde allí, levantando los ojos, vió á Abraham y á Lázaro, y comenzó á dar voces llamando á Abraham: Padre Abraham, envíame á Lázaro que moje mi lengua con su dedo, que me abraso en estas llamas. Respondió Abraham: Acordáos, hijo, que recebistes vuestros bienes en vuestra vida, y Lázaro por el semejante sus males; agora él se huelga, y vos sois atormentado; tras eso, ya veis que entre nosotros y vosotros hay esta hoya ó paredon, que estorba á que pase nadie de una parte á otra. Replicó el rico: Pues ruégote, padre, que le envies en casa de mi padre, porque tengo cinco

hermanos á quien predique y les dé aviso para que no vengan á este lugar de tormentos. Respondió Abraham: Allá tienen la escritura de Moisen y predicadores, oigan sermones. Él respondió : No, padre Abraham, mejor harán penitencia si alguien fuere á ellos desta vida. Respondió Abraham : Si á Moisés y á los profetas no oyen, aunque resucite un muerto y le vean no creerán. Esta es la historia.

De la cual se saca, lo primero, que este discurso pretende cuántas y cuán graves cosas padeció este pobre, y cuán juntas. Lo primero era gran pobreza, que es gravísimo mal, cual lo conoce quien le ha padecido, mayormente cuando la pobreza es de lo necesario para la vida, que la que es de lo superfluo para conservar el fausto y vanidad del mundo, él la llama pobreza, que yo no. Este pobre la tenia tan grande, que aun mendrugos y migajas que se perdian, como allí da á entender, y nadie los codiciaba ni guardaba, no podia alcanzar con deseos ni con ruegos ni con voces. Lo segundo era enfermedad, no solo de llagas y dolores, de que el Evangelio dice que estaba lleno, sino de tanta flaqueza y enfermedad, que, viniendo los perros á lamerle las llagas, llamados y convidados de la hediondez que dellas, como de cuerpo muerto, salia (no para hacerle bien, sino, como san Crisóstomo dice, para hartar su hambre, sintiendo desto gran dolor, porque las lenguas de los perros y sus golpes se le despertaban en aquellas llagas enconadas, y es de creer que no con solo lamer se contentaban), no tenia salud ni fuerza para aventarlos de sí. Cada trabajo destos dos, por sí y sin el otro, es tan intolerable, ¿qué serian ambos juntos? Porque por la experiencia vemos que, por pobre que uno sea, si tiene salud, ya pasa su trabajo con algun consuelo, y asimesmo, cuando uno está enfermo, por mucho que lo esté, como no haya pobreza pasa con buen servicio, regalos, médico docto, medicinas, el bufete lleno de olores, aguas, ramilletes, la fuente, la buena cama, las muchas visitas, que no le faltan al rico, y otras muchas cosas que alivian mucho el rigor de la enfermedad; pero cuando estas dos se juntan, pobreza y enfermedad, cada una dellas hace mayor dolor y herida en el alma. Pues de aquí se comience á sentir la gravedad de los trabajos de Lázaro por ser juntos, pues estos dos primeros tanto se ayudaban para su tormento. Pasando adelante, ya podria ser estar uno enfermo y tan pobre, que no tuviese de su cosecha ni hacienda con qué curarse ó pasar ó aliviar su enfermedad; pero, tendido en la calle ó en otro lugar público, en aquel suelo podria ser remediado con favor ó limosna de los que le viesen, movidos á compasion.

Este fué el tercer trabajo deste pobre, que hace insufribles los demás, ver que de su miseria nadie tenia compasion, ni le socorria aun con lo que se habia de echar al muladar, y estando á la puerta por do pasaban, que no les habia de costar trabajo el llevárselo á su casa; á lo cual se añadia ser á la puerta del rico tan próspero; que si fuera en un desierto donde le sucediera la enfermedad ó la hambre no sintièra tanta pena; como nos acaece en un camino ó desierto, cuando á todos falta el mantenimiento en una venta, ó en la mar cuando falta el mesmo ó agua para beber, que la comun necesidad, aunque á solas se padezca, se pasa con alegría, á lo menos sin mucho disgusto, antes se pasa tiempo en pensar cómo se contará después á los amigos; pero no así cuando falta en lugar abundante, mayormente si hay gente que pueda fácilmente socorrer y no quiere. De donde los santos y los teólogos coligen que á lo menos antes del juicio, como san Agustin advierte, los condenados en el infierno para mas tormento suyo ven (como es allí posible) la gloria de los bienaventurados; porque, cotejada con sus penas, salen estas mas intolerables. Así parece tenerlo san Gregorio. Y al revés : verán los bienaventurados las penas de los condenados para mas gloria; y compáralo á las colores contrarias puestas una á par de otra, que salen mas. Lo mesmo dice san Juan Crisóstomo, y pone ejemplo del hambriento que le apartan de la mesa, y dice que por eso puso Dios á Adan enfrente del Paraíso, para labrar la tierra. Esto entiende este santo del mismo dia del juicio; y los que menos dicen es, que la memoria de lo que allí vieren les durará para siempre para su tormento, y que por eso puso al rico en el infierno, enfrente y á vista de Lázaro y Abraham, para que, pidiendo la gota de agua, viese á Lázaro en holganza, para mas pena y tormento. Y aun los poetas fingen á Tántalo junto á las frutas y las aguas frescas sin poder gozar uno ni otro, para significar los tormentos de su infierno, cual ellos lo alcanzaban. Al fin, ó por vista ó revelacion ó memoria, ellos lo ven para mayor tormento suyo. Tal era la necesidad y aflicion deste pobre á la puerta de un hombre rico, á vista de tantos criados, de los cuales ninguno le socorria, ninguno le consolaba, ninguno siquiera le miraba ni echaba de ver su necesidad para remediarla, mayormente donde tanta abundancia se despreciaba. Fuera desto, le daba nueva pena que aquella riqueza cayese en aquel hombre de malas costumbres, viendo tales y tan buenas él las suyas, que sin arrogancia ni soberbia podia hacer esta comparacion; y por otra parte, tan diferentes de los méritos las suertes de cada uno, que viviendo el otro en sumo contento y riqueza, viviese él en extrema miseria y necesidad donde habia tanta impiedad, tanta inhumanidad y, como san Juan Crisóstomo la llama, tanta desvergüenza, que, estando á la puerta por donde el rico pasaba, no hiciese caso de su necesidad mas que si fuera una piedra, ó traido allí para ser testimonio de su demasía y superfluidad. ¡Cuál estaba aquel santo mendigo, y qué afligido, viendo pasar junto á sí tantos criados que entraban y salian, subian y descendian; tanto ruido, tantos truanes y lisonjeros, tantos convidados, maestresalas, pajes, tantos hartos, embriagados, tantos deshonestos, burladores, saltadores, músicos, tantos pícaros y mozos de cocina y de caballos, y otra gente perdida que suele llegarse á semejantes casas, reventando de hartos y dándose con las sobras de la comida, ahogándose el pobre en el puerto, y secándose de sed á par de la fuente!

Tras esto, tenia otra aflicion, ó por decir mejor, falta de un alivio que suelen tener otros afligidos, que solo él lo era en aquel género de adversidad, que no habia otro pobre como él con cuya aflicion se consolase, ni habia pasado antes otro Lázaro como él (con quien los que agora padecemos, nos consolamos y esforzamos á pa-

decer, y aun nos confundimos oyendo su historia), ni ninguno de los mártires, ni habia padecido Jesucristo, que todo lo añubla cuanto padecemos puesto delante de lo menos que él padeció; pero él ni nueva ni historia no tuvo de quien tal como él hobiese padecido, con quien se consolase; que es un género de desconsuelo ó necesidad con que, no solo se nota su trabajo deste pobre, pero el del santo Job, como en su discurso se dijo, y aun puede advertirse en todos los que comenzaron á padecer. Y sobre todas estas cosas juntas, se pareció en otra con Job, que allí dél se dijo, que es padecer en la honra y estimacion (como san Crisóstomo advierte), que es una cosa harto triste, porque en aquel tiempo no juzgaban ni estimaban mas á los hombres de cuanto los veian prósperos ó afligidos con adversidades; la cual opinion vulgar aun en estos tiempos no está acabada de extirpar. Como los amigos de Job le fatigaban, especialmente Elifaz, cuyas razones y argumentos se encaminaban á convencerle que porque era malo padecia todos aquellos trabajos; lo cual no era el menor que él padecia, como allí se dijo. Y lo mesmo le acaeció á san Pablo cuando le mordió la víbora, que dijeron los bárbaros: Este escapó de la tormenta y la justicia de Dios no le dejó vivir. Que, como atrás queda dicho, es una cosa que suele afligir mucho al que padece, por humilde que sea.

Estas son las adversidades, sin otras muchas, que padeció juntas este pobre Lázaro. No es muy dificultoso de averiguar si las padeció con paciencia, pues del texto del Evangelio se colige, donde dice que murió tambien el pobre y fué llevado al seno de Abraham, que es al lugar donde Abraham estaba, donde se recogian y abrigaban los amigos de Dios á esperar que por la muerte del Salvador en la cruz se abriesen las puertas de los cielos, donde habian de vivir para siempre. Y no es sin misterio el decir que los ángeles, y muchos, le llevasen; porque, aunque el alma no tiene peso, y el ángel es de tantas fuerzas, que uno solo mueve todos los cielos, alude al aplauso que hacen los que miran al vencedor en cualquiera pelea, especialmente los estudiantes en las universidades, que todos llevan en peso al nuevo catedrático; y así los ángeles (que, como de la pelea del Señor en el desierto y de las del Apóstol, sabemos asisten á nuestras peleas), viendo vencedor al pobre Lázaro, le llevaban en palmas al lugar de los vencedores, celebrando su vencimiento; ó son semejantes á los indios, que, después que un español desembarca acabada su trabajosa navegacion, le llevan en hombros á gozar de aquella tierra, que, comparada con el trabajo pasado, es un paraíso. Así hacen los ángeles después que el justo ha acabado las tempestades y peligros desta miserable vida, si no tiene que purgar en el purgatorio, como este no tenia, por haberle tenido en esta vida tan riguroso, y por la gran paciencia con que sufrió sus trabajos; como da á entender san Basilio cuando dice que por eso repartió Dios á unos la abundancia, á otros la pobreza, para que el rico gane el cielo con la buena dispensacion y el pobre con la paciencia.

Agora veamos, sabida en breve la historia y los contentos de ambos, que ambos los tuvieron, aunque no juntos, y las necesidades de ambos, que el uno deseaba una migaja de pan y no la alcanzó, y el otro una gota de agua y no la alcanzó; el rico harto y abundante, y el pobre después abrigado en el seno del que buscaba los pobres por los caminos; dime agora, ¿cuál de las dos suertes quisieras mas si te dieran á escoger? ¿La del rico ó la del pobre? No sé qué responderas. Yo, á lo menos, mas quisiera estar arrojado en aquel suelo con el pobre, deseando las migajas y careciendo dellas, con toda su lepra y enfermedad, maltratado de la inhumanidad de aquella gente, que no á la mesa con la abastanza del rico. ¿Qué le aprovechó á este su púrpura, sus holandas, sus banquetes, sus criados, sus músicas, sus burladores, sus lisonjeros, sus caballos, sus cocineros y despenseros y mayordomos? Y al pobre Lázaro, ¿qué le dañó la falta de todo esto, hasta faltarle el sustento, cama y salud? Creo que habrá pocos tan ciegos y enemigos de su alma, que no sean de mi parecer. Y pues escogieras, hermano, tanto mal á trueque de tanto bien, conténtate, hermano, y alaba al Señor, que premió su paciencia, por haberte dado tan ligera ocasion como tu trabajo, y tanto favor para tenerla. Y cuando por obra del demonio, de las púrpuras, coronas, tiaras, riquezas y contentos y deleites te tomare codicia, pon los ojos en este miserable rico y en el paradero adonde por estas cosas aportó, y con la buena eleccion que agora destas dos suertes haciamos, abrázate con tus trabajos para que con los buenos temas (como san Gregorio dice) de cualquier prosperidad que te venga, y poniendo al pobre Lázaro con su paciencia y premio della delante de los ojos, te confortes y consueles en cualquiera adversidad, por grande y intolerable que te parezca, pues padeciendo lo que della te cupiere con el sufrimiento que él padeció, gozarás al cabo de la gloria y descanso de que él para siempre goza. Amen.

DISCURSO VII.

De la paciencia en los trabajos á ejemplo de la Madre de Dios.

Aunque en este quinto libro, donde se trata de solos los ejemplos de paciencia, no propusimos de tratar de todos los que lo podian ser, que son infinitos y admirables, sino solo de aquellos que especial y señaladamente nos señaló Dios por dechado de la que habiamos de tener en nuestros trabajos, para estudiar de imitarla, no viene fuera de propósito tratar de la que en los suyos tuvo la Madre de Dios, pues no solo en esta virtud, pero en todas las demás nos fué dada por especial ejemplo y dechado, pues después de su precioso Hijo, que fué el medio y fuente de todas ellas, ninguno las ha tenido tan grandes y perfectas, que con las suyas puedan con muchas leguas compararse. Y en este sentido canta la Iglesia cuando en su fiesta pone aquel verso del salmo: Sus fundamentos están en los mas altos montes. Que á este propósito quiere decir que lo que es menos de virtud en la Vírgen, excede en perfeccion á lo mas alto de los otros santos; lo cual pareceria claro discurriendo por todas las virtudes, porque en comparacion de su humildad la nuestra parece soberbia; y si es verdad que á la medida de la humildad y caridad sube la bienaventuranza ó baja, como parece en Cristo, de quien dice san Pablo que por haberse humillado hasta la muerte de

cruz fué ensalzado y recibió honra y nombre sobre todo nombre, y la Iglesia nos dice que la Madre de Dios es bienaventurada sobre toda criatura pura, señal es que la humildad fué sobre toda pura criatura, y así podriamos discurrir en todas las demás virtudes si todas vinieran aquí á propósito; y porque no vienen, sino sola la paciencia, de sola ella se ha de tratar, que, por ser la mayor que en el mundo se ha visto después de la del Redentor, se debe tener legítimamente por dechado de los que della en sus trabajos tienen necesidad.

Los desta Señora fueran de todo punto increibles si la fe no nos lo dijera, y tan continuos y perpetuos, que toda su vida se puede llamar un perpetuo trabajo y dolor; porque, dejados aparte los que no sabemos por revelacion, sino solo barruntamos y sacamos por los demás, que son los de antes de casada y del tiempo que nos callan los evangelistas de la vida del Señor, desde que de doce años disputaba en el templo con los doctores hasta que fué bautizado en el Jordan, que tampoco sabemos de la de su santa Madre, lo demás que de su vida sabemos todo fué trabajos gravísimos, y tan ordinarios, que unos á otros se alcanzaban, y algunos nunca cesaban; porque, comenzando de la salutacion del ángel, allí padeció gran turbacion, así en verse saludar con tanta cortesía, lo cual procedia de su profunda humildad, pues donde la hay verdadera son tan insufribles las alabanzas como en el soberbio los desprecios, y mucho mas. Fuera de eso, antes que alcanzase el misterio de su entereza que habia de tener después del parto, le daba increible pena y sobresalto el pensar si habia de perder su limpia virginidad aun con tan alto y aventajado interese como era quedar madre de Dios. Después desto, ¿quién podrá encarecer la afrenta en que se vió todo el tiempo, hasta que el ángel vino á desengañar á su esposo, de verse preñada delante de su presencia del santo Josef, que sabia clara y evidentemente que no era suyo el preñado? Que fué menester ser él tan santo como era para que ella no le fuese acusada de adulterio, solo por no descubrir el secreto de la encarnacion del Hijo de Dios hasta el tiempo que fuese Dios servido de descubrirlo; pero entre tanto piense cada uno en qué afrenta se veria, viendo que, aunque no habia culpa, era evidente el hecho, y tan raro, que nunca hubo ni ha de haber otro al cual, por santo y bien intencionado que fuese su esposo, pudiese pensar que podia ser semejante. No sé yo trabajo como este, ni se halla escrito en historias sagradas ni profanas; solo tiene con él alguna semejanza (y quizá se la puso el Espíritu Santo para figurar el de la Vírgen) el de Benjamin, cuando los ministros y criados de Josef, después del buen tratamiento que habia hecho á sus hermanos, fueron á voces tras ellos al salir de la ciudad, diciendo qué mal pago habian dado al Gobernador por su buen tratamiento, pues le llevaban su taza, en que solia él adivinar, hurtada. Ellos, agraviados de que de gente tan honrada y de buenos padres se pensase cosa tal, alegremente se desnudaron y ofrecieron los costales de trigo para que en todo su hato se buscase la taza, consintiendo en que aquel en cuyo poder se hallase fuese por ello muerto, y todos ellos, allende de eso, esclavos del Gobernador: tan seguros estaban que ninguno se hallaria en tal cosa culpado. Llegando pues á desenvolver la carga de Benjamin, y hallada la taza dentro, ¿quién podrá decir la vergüenza y la pena y turbacion del pobre mozo, que veia la evidencia del hecho, aunque tambien la tenia de su inocencia? Y ¿quién podrá encarecer la confusion de los hermanos cuando parecieron delante de Josef, sabiendo que no tenian culpa, y por otra parte se veian convencidos? Pues deste género era la pena de la Vírgen con su preñado delante de su Josef, que, aunque tenia de su limpieza, fidelidad y inocencia evidencia clara, la tenia tambien su esposo del preñado y de no ser de su cama, pues nunca la tuvo con ella comun. Pero, aunque aquel caso de Benjamin se parece algo con este, y creo que le figuró; pero, consideradas las personas y el caso, mayor fué sin comparacion la turbacion que la Vírgen tuvo, aunque con tanta prudencia y silencio como el texto significa.

Pues llegado el tiempo del parto, no se puede decir la pobreza con que parió en un vil establo, en casa ajena, en lugar extraño, sin criadas, sin cama, sin fuego, sin servicio, sin regalo ninguno. ¿Qué diré de cuando la mandan salir de su casa, tierra y parientes, y caminar á Egipto? Salen de noche en invierno por desiertos, caminos arenosos, que apenas pasaban camellos por ellos, acompañada con solo su esposo, una doncella tan tierna. Y puesta allá, ¿qué vida seria la suya seis años entre bárbaros, crueles, idólatras? Y si san Pablo se deshacia cuando llegó á Aténas, viendo quitar á Dios la honra que se le debia, y darla á palos y piedras, ¿qué haria la Vírgen, con mas conocimiento y amor de Dios que san Pablo? Ganaba la Vírgen la comida á puro trabajo, con la mayor pobreza que jamás se pensó; lo cual parece algo en que la mandan salir al destierro, de su casa antes que amanezca, y así lo hizo, y es alguna señal del poco ajuar que en ella tenia de qué disponer, y menos raíces y posesiones; que cuando del reino de Granada mandaron salir los moriscos, con ser gente tan pobre, les daban tres ó cuatro dias de término para vender una olla y cuatro platos y un cenacho; menos alhaja seria la de la Vírgen, pues tan fácilmente y tan presto la mandan salir, aunque eso que habria dejó ella con prestísima voluntad; que, como ni ello debia de ser tanto que se notase la brevedad de la huida, así aunque fuera mucho, no reparara ella sino en solo obedecer. Pues después de vuelta, considérala cuando pierde á su Hijo, las ansias y dolores que padeció hasta que lo halló, y de allí adelante con qué trabajo le criaba, con cuánta necesidad, cómo sentiria ver al que todo lo viste, las carnecitas defuera, cómo le servia, los temores de perderle, los caminos que anduvo á pié esta tierna doncella siguiendo á su Hijo por caminos, por ciudades, por villas y castillos, de dia y de noche, do quiera que predicaba. ¿Qué dirémos de las congojas y cuidados, mayormente entre tantas contradiciones y asechanzas, tanta ingratitud de los que recebian salud y otros beneficios de sus manos? Y desde que Simeon le dijo en el templo aquellas palabras, que una espada de dolor habia de atravesar su santa ánima, siempre la tuvo atravesada, andando con perpetuo temor de lo que sucedió, fuera de que ella lo tenia por revelacion y por relacion de su santísimo Hijo, y ella sabia que su encarnacion

habia sido para padecer tormentos y derramar sangre, y sufrir oprobrios y muerte para redencion del linaje humano, sabiéndolo tambien por la ordinaria y atenta licion y por boca de su Hijo, el cual, no menos que á sus discípulos, le abrió su sentido para entender las escrituras; á ellos dijo muchas veces su pasion antes de padecerla, y ella meditaba en ella como en cosa que á su Hijo agradaba que se pensase y traia él siempre en su pensamiento; de donde decia que andaba apretado y congojado hasta ponerla por la obra; de que á ella le nacia, por una parte gran admiracion, y por otra gran amor. Consideraba la majestad de Dios y la vileza de los hombres, la fealdad y gravedad del pecado, la aspereza de las penas, el gran beneficio y la gran ingratitud; pero el dolor era acerbísimo cada vez que miraba ó trataba aquellas manecitas, que habian de ser traspasadas con clavos; aquella santa cabeza, donde encerró Dios los tesoros de su sabiduría, que había de ser barrenada con espinas; las espalditas, que habian de ser, hasta descubrir los huesos, cruelmente azotadas; y así de todos los demás miembros del santo cuerpecito que envolvia.

De manera que lo que al cabo habia de padecer, con su continua consideracion lo tenia siempre presente, que es uno de los grandes tormentos que Cristo padeció cuando en el huerto se le representaron los suyos; y tal dicen los doctores que le tienen los condenados con el pensamiento de lo que en la eternidad les queda de padecer. Pues viniendo á los azotes que su Hijo recibió y á la corona de espinas y á los demás tormentos y afrentas de aquella noche, no hay lengua humana que llegue á poder decir lo menos que hay que ponderar; porque, si es verdad lo que Simon Metafraste dice, que se halló esta Señora presente á los crueles azotes de su Hijo (como es muy posible y fácil de creerse semejante crueldad de los verdugos, que tan fiera la usaron en el número de los azotes, y su furia contra un inocente Cordero), ¿qué lengua hay que acierte á contar ni decir lo que la Madre sentiria en ver los crueles verdugos remudados y cansados, antes que hartos de atormentar á un Hijo que ella tanto amaba, delante de sus ojos desnudo y amarrado, callando su boca, sin quejarse, y al cabo tendido en aquel suelo, despedazado? Porque si en la ley se mandaba que los azotes del malhechor no llegasen á cuarenta, y da la razon, porque no quedase allí aquel hombre, que era su hermano de los castigadores, despedazado delante de sus ojos; y así dice san Pablo que cinco veces se ejecutó en su persona; pues si este temor muestra la ley de solos cuarenta azotes, ¿qué tal quedaria este inocentísimo y tierno mancebo con mas de cinco mil, dados con tanta crueldad? Verdaderamente es cosa que agota todo humano entendimiento. Pero cuando el dicho del Metafraste no sea cierto, bien sabia esta Señora los tormentos que su Hijo habia de padecer esta noche; porque, demás de otros caminos por donde lo tenia sabido, lo habia oido muchas veces de la mesma boca de su Hijo cuando á sus discípulos decia, especialmente en el sermon de la cena, en el cual, segun el mesmo Metafraste dice, se halló ella presente, aunque no á la mesma cena; y en parte le era mas penoso pensarlo con tanto dolor y no poderse hallar presente; porque, aunque dice el refran que ojos que no ven corazon que no llora, del cual usó san Bernardo; pero, atento á la crueldad de los ánimos que los fariseos tenian embravecidos contra su Hijo, y la mansedumbre y gana con qué él se ofrecia á los tormentos, no es mucho que ella entendiese y temiese que serian tan grandes como ellos fueron, de manera que aquí no tuviese lugar aquel refran, mayormente que con su buen entendimiento y mediante las revelaciones que tenia del cielo y con la continua licion de las santas escrituras sabia la rabia qué en su Hijo habian de ejecutar los enemigos, y que aquella no podia faltar; hasta decir Esaías que el Padre Eterno por manos de aquella gente cruel le habia de moler y desmenuzar.

Y si por ventura esta consideracion de los trabajos de su Hijo le fué ó habia de ser ocasion del alivio que naturalmente tienen los hombres que están prevenidos de lo que les ha de acaecer, y así no tendria tanto sobresalto al tiempo que le viese salir azotado y afligido, con ojeras, sin color, las barbas mesadas y lleno de cardenales de los palos, bofetadas y torniscones, á lo menos seria doblado el dolor y tormento de su alma cuando le viese salir coronado con aquella cruel invencion de corona de espinas, para el cual dolor, ni con escritura, que sepamos, ni con historias ni con costumbre de la mas cruel y bárbara gente del mundo y mas enemiga del linaje humano, pudo estar muy prevenida, porque ni en imaginacion de ningun tirano se lee ni cree haber caido. Y así, entiendo que cuando la vió, el dolor fué tan repentino, tan grande y desmesurado, que le atravesó el corazon, y se le tuvo apretado todo el dia hasta que su Hijo espiró. Porque, como sus dolores corrian á las parejas con los de su Hijo cuanto al tiempo que duraban, aunque no eran todos iguales, porque, pasado el azote, poco después se acababa el rigor de su dolor, aunque el siguiente le refrescaba la bofetada, luego se acababa, aunque otra le seguia, y asimesmo los palos, ó duraba poco el dolor dellos, ó íbase remitiendo; de suerte que, aunque ningun tiempo ni punto dél estuvo sin muchos y muy graves dolores, qué causaban los golpes, heridas y llagas que apriesa recebia; pero la corona, como perseveraba en su santísimo celebro, dividiendo la carne, tocando en el hueso, despegando el niervo y no dejando cerrar los agujeros ni dando lugar á que la naturaleza los cerrase, siempre conservaba aquel primer dolor, creciendo cada vez que la santa cabeza con palos ó cañas era herida, ó requerida la corona y apretada porque no se cayese della; y así, este dolor, como fué continuo y sin cesar en el Redentor, así lo fué en su santa Madre, hasta que con su muerte se trocó con los demás dolores, y hasta la resurreccion, que todos los que eran de pasion se acabaron del todo, etc.

§. II.

De los dolores de la Vírgen en todo el viérnes de la Cruz.

Sola la Vírgen pudiera bien contar lo que padeció el viérnes de la Pasion; en el cual, aunque se podia presumir que se halló á todas las cosas, y no falta quien lo afirma que le vió, con todo el pueblo, cuando Pilato se le enseñó y dijo: *Ecce homo;* y tal, que el mesmo Pilato

le tenia compasion, y oyó la grita y vocería de aquella canalla incitada de aquella gente hipócrita, y que vió allí la cruz aparejada y aun cargarla sobre los tiernos hombros de su Hijo; pero yo entiendo que cuando el Redentor salió del cenáculo para mas no volver, ella se fué á su casa, y él se despidió allí para ir á padecer. Cuando salieron al huerto (y él se lo diria), ¿cuáles serian las lágrimas de aquellos últimos abrazos, cuando para una partida tan amarga se despedia de un Hijo tan bueno, solo y su descanso, con quien, fuera del amor natural y el infuso, habia vivido y adquirido otro por espacio de treinta y tres años, representándosele lo que aquel dia habia de padecer? Pues él no se apartaria sin lágrimas; él, que lloró con Marta y María. Mucho sentimiento fué el de Jonatás cuando de David se apartó, y la mujer de Tobías á la partida de su hijo, y las madres de los niños inocentes cuando para matarlos se los quitaban de sus brazos; ¿cuánto mayor seria el de esta Señora á la partida de tal Hijo, y para padecer? ¿Cuántas veces y con cuánta mas razon diria la Vírgen con lágrimas y sollozos lo que David decia del mal hijo Absalon: ¿Quién me diera, hijo mio, que muriera yo por tí, para que tú vivieras y no viera yo tu muerte? ¿Cuál quedaria esta Señora con soledad de tal Hijo? Muchos cristianos, á cabo de tantos años, con grandes afectos de admiracion, tristeza, compasion y amor rompen las telas del corazon con este pensamiento, ¿cuánto mas, quedando su Madre esperando la nueva de lo que entonces se hacia y ella sabia? Que, aunque la Escritura lo calla aquí, muchos santos dicen que por mensajeros sabia muy á menudo cuanto se hacia. Mientras oraba estaba cada credo con nuevos sobresaltos; venian san Juan y otros huyendo. Considera tú agora su corazon cada vez que llamaban á la puerta, hasta la hora de sexta: unos le decian la negacion de san Pedro, otros la bofetada, otros los azotes, salivas y burlas toda la noche en casa de Caifás; otros la sentencia, otros las sogas con que le llevaban de Caifás á Pilato, otros á Júdas ahorcado, otros la vestidura blanca con que fué remitido de Heródes, otros la peticion de Barrabás para la vida y al Señor para la muerte, otros los segundos azotes y espinas, otros cubierto de sangre, salivas, polvo, púrpura, caña, atadas las manos, y que así habia salido delante del pueblo, do no se esperaba mas que la sentencia de muerte. ¿Cuál estaba el corazon que tantos cuchillos partian cuantos mensajeros venian? Con solos cuatro rompió Job sus vestiduras; esta Vírgen ninguna cosa destas hizo.

Oida la sentencia que se habia pronunciado, fué esta Señora á mas andar al lugar de la justicia, procurando primero verle pasar desde algun lugar alto, desde donde vió, lo primero, los ministros con escaleras, martillos, clavos, sogas y con otros instrumentos, que con mucha priesa iban delante; tras ellos gran tropel de gente con mucha priesa á tomar lugar, como suele hacerse, unos riendo, otros gritando, otros mofando; tras ellos el escuadron de soldados, y en medio dellos dos ladrones atados con sogas, y junto á ellos su Hijo Jesus, arrodillando con el peso de una grande cruz, herido de los ministros cruelmente, sacado de paso con sogas y con golpes, con piés, con puñadas, con palos, con correas, moviéndole con empujones de una parte á otra, y no pocas veces caia en tierra; el rostro enconado, cubierto de salivas, de sangre y de polvo; las manos y los piés no descubrian otra cosa sino sangre ó carne sangrienta; la corona de espinas barrenaba la cabeza y le cubria el rostro. La Vírgen, cuando le vió así, dijo: ¿Este es mi hijo Jesus y mi Dios? La túnica conozco, el rostro no le veo; y otras palabras como estas. Al Hijo, aun yendo así, no se le escondió la Madre; que, aunque por la distancia no podian hablarse, con la vista se consolaban dulcemente. Pasando la gente adelante, seguia atrás la Madre con las otras mujeres, contemplando las gotas de sangre que del cuerpo de su Hijo habia corrido. Y aunque le era de gran consuelo oir la voz de su Hijo, pero gran temblor le causó oirle hablar consolando las mujeres; pero mucho mas cuando, acabándolas de hablar, acudieron los ministros con nuevos empellones, pareciéndoles que se detenia lo que tanto deseaban, como era ponerlo en la cruz.

Pues llegados al monte, vistos los amargos instrumentos de su muerte, fué tanta la gente que cargó al rededor del Señor y de la cruz, que no podia la Vírgen ver por menudo lo que contra su Hijo se hacia; pero de la grita de los ministros y de la demás gente entendia poco mas ó menos lo que se iba haciendo, y en cada cosa se renovaba su dolor. Pero cuando sonaron los golpes de los clavos, ¿quién duda que los sentiria en el corazon mas agudos y dolorosos que si en sus propios piés y manos los recibiera? Pero, levantada en alto la cruz, ¿con cuáles ojos miraba la Madre al Hijo que tanto amaba puesto en alto para oprobrio de los presentes, corriendo de su cuerpo innocente arroyos de sangre? ¿Quién duda que correrian otros tantos de lágrimas de sus ojos? Lloraban aquellas santas mujeres y los demás amigos y conocidos, y con sus lágrimas se renovaba y crecia el dolor de la Madre. ¿Qué pensamiento tendria en su corazon cuando viese aquel santo cuerpo, limpio mas que el cielo, despedazado y desfigurado con tantos azotes, cuando le vió puesto en alto, sacudido y herido, procurando que entrase la cruz en un pequeño agujero? Y entre tanto que los malvados ministros la alzaban no cesaban de herirle con manos y palos, no oia palabra ni queja de su Hijo; porque, sufriendo con mansedumbre todos los tormentos, callando, rogaba al Padre por los que se los causaban.

Entre tanto la Madre con Juan y la hermana y María Madalena, procuraron, rompiendo por entre la gente, pasar donde estaba la cruz, por ver si podian ser de provecho al servicio ó consuelo de su Hijo. A lo primero estorbaba la altura de la cruz, á lo segundo el dolor y las lágrimas. Mirábanse á la Madre y el Hijo; procuraba hablar la Madre, y el dolor atajaba la voz; pero, aunque con ella ni con la obra no podia ayudar al Hijo, quedóse en pié junto á la cruz; desde allí contemplaba las llagas por menudo, allí las recebia en su corazon, cumpliéndose lo que Simeon le habia dicho de la espada de dolor que habia de traspasar su alma. De manera que la Reina de los mártires vino á serlo con llagas y heridas, no suyas, sino de su Hijo; el cuál, aunque á algunos santos hizo tanto favor, que imprimió en su carne algunas de sus llagas, pero el que hizo á su Madre fué

imprimirlas todas en su corazon, y que en él las sintiese. Contemplaba primero que el peso grave de su cuerpo colgaba de los dos clavos de las manos, y los brazos estirados y todo el cuerpo extendido con violencia, la cabeza barrenada con espinas, el rostro enconado de golpes, el cuerpo abierto de llagas; finalmente, ninguna cosa, por menuda que fuese, dejaba la Madre de advertir y en que no ponderase los dolores increibles de su Hijo. ¿Quién creerá las lágrimas que entonces derramó, pues que muchos cristianos de solo oir esta historia con mediano amor de Cristo se resuelven en ellas? ¿Qué seria la Madre, y teniendo la historia presente? Aumentábansele los dolores con lo que veia á los judíos hacer y á los carniceros: unos mofaban moviendo la cabeza, otros repartian las vestiduras hechas por su mano, otros con desvergüenza le ofrecian hiel y vinagre, bañando con ello su pecho y sus llagas, con que se aumentaban los dolores; los demás no perdonaban cosa que fuese burla, injuria ó tormento. ¿Cuál estaria el alma de la Vírgen oyendo tantas blasfemias, injurias, mofas, calumnias de fariseos, judíos, soldados y ladrones? Unos ponian dolencia en los milagros y les daban al demonio por autor, otros calumniaban la dotrina, otros burlaban de la vida; finalmente, no habia quien no hiciese suertes en aquel manso Cordero, y aun á la misma Vírgen (por ventura) no faltaba quien injuriase y deshonrase. Las palabras del Hijo, aunque pocas y breves, penetraban el alma de la Madre, así por el trabajo con que se decian como por el amor con que se hablaban, como por los sollozos con que se mezclaban, como por la dificultad con que por la sed salian; porque el mesmo Cristo dijo antes en un salmo: Pegóseme la lengua al paladar. Crecia en la Madre la pena por la caridad con que el Hijo hablaba, y tan mal agradecida, porque hasta allí en la vieja ley nunca se vió rogar por los enemigos; antes Eliseo rogó contra los muchachos que le mofaban, y David, bien que perdonó á Semei cuanto le duró la vida, pero en la muerte dejó mandado á Salomon que vengase aquella injuria. Pero Cristo á los que le crucificaban, no solamente perdona cuando vive, pero muriendo ruega al Padre que los perdone. Otro tiempo vengó Dios un desacato ligero cuando Oza llegó con menos reverencia á su arca; los betseemitas, porque la miraron con curiosidad; al pobrecillo, porque hizo un haz de leña el dia del sábado, le manda el mismo Dios apedrear. Pero el Hijo de Dios, no solo cuando le miran sin reverencia ni cuando le tocan con las manos, pero cuando le tratan cruelmente con penas y tormentos, azotado, despedazado, no solamente no da mal por mal, pero, sin ser rogado, pide con instancia al Padre que no lo demande. Maravillábase la Madre de la mansedumbre y misericordia del Hijo, que á un ladron tan pecador y facineroso por una sola palabra le perdonase tantos pecados y le prometiese el paraíso. La tercera palabra sacó grande abundancia de lágrimas á la Madre, considerando, lo uno, la grande piedad con su madre, de quien entre tantos tormentos se acordaba; lo otro, por la desigualdad del trueque de un Hijo santísimo y Hijo de Dios por un pescador, hijo de otro pescador. En la cuarta palabra tambien entendia las interiores ansias de su Hijo, á quien el Padre con ningun socorro acudia; antes estaba blandeando la espada, como Abraham, sobre su hijo. En la quinta palabra entendia la gran sequedad de humores de su cuerpo, la sangre agotada y las generales penas de todos sus miembros. En la sexta entendió la perfecta resignacion de su Hijo en la voluntad del Padre, y el amoroso deseo y la prontitud de padecer aun mas, si menester fuese, por los hombres; y todas estas palabras, aunque las asentaba y repetia en el corazon, y aprendia dellas y del ejemplo de su Hijo, pero causaban en su alma increible tristeza y ternura; pero en la última palabra, en que entendió haberse partido su Hijo al Padre y quedar ella desamparada de su presencia y compañía, aunque atento al bien del mundo y estar ya cumplidos y acabados los tormentos increibles de su Hijo, pero afligíale la ausencia de aquel Señor, de cuya suavísima conversacion habia gozado treinta y tres años; así que, dolíase de su suerte, aunque se holgaba de la de su Hijo.

El sentimiento que esta Señora tuvo cuando vió á su Hijo muerto no nos lo dicen los evangelistas, no porque uno de los que escriben la historia no se hallase presente y participase de la amargura, de la muerte de su Señor y Maestro, sino porque el entendimiento humano no es capaz de tan profundo y altísimo pensamiento; pero dicen los evangelistas el que las criaturas insensibles tuvieron, para que de ahí entendamos algo del que tuvo y padeció la Madre de Dios; como hizo aquel famoso pintor Timántes, que, pintando la lastimosa muerte de Ifigenia, hija del rey Agamenon, habiendo pintado al derredor mucha gente lastimada, unos alzados los ojos y las manos al cielo, las mujeres rotos los tocados, los viejos bañadas las barbas canas con arroyos de lágrimas, y otros con otros semblantes de compasion, cuando llegó á pintar al padre de la doncella, que estaba presente, no llegó el arte á saber pintar su tristeza y dolor, porque todo el encarecimiento que él alcanzaba con su arte habia puesto en los extraños, que no le habian nada á la defunta, y á pena de mala pintura, habia de exceder la tristeza del padre tanto á la de los demás, cuanto va del amor de padre al del que no lo es. Así, no se atreven los evangelistas, después de haber dicho que la Vírgen estaba presente en pié, á decir cuánta era su pena, así porque por su prudencia no la mostraba toda, como por haber puesto en la historia el sentimiento de tanto extremo de las demás criaturas; porque el sol se puso luto, escureciendo su luz fuera del tiempo y órden de naturaleza, porque no lo era de eclipsi del sol, pues, segun la cuenta del Evangelio, eran quince dias de luna, ni habia nublado, ni cuando le hubiera, ninguno era bastante á causar tanta obscuridad; las piedras se quebrantaron, dándose unas con otras, para denotar que ninguna cosa, por dura que fuese, podria imaginarse que con aquel tan doloroso espectáculo no se quebrantase; el velo del templo se partió en dos partes; algunos de los mesmos enemigos de Cristo que á ver este espectáculo habian venido, como el Evangelio dice, quizá para hartar sus ojos de lo que tanto habian deseado y no les habia sido lícito hacer por sus manos, volvieron lastimados, dándose golpes en los pechos, de puro dolor y compasion. Pues si esto habia en las cosas insensibles, en

l sol, sin tener conocimiento, que echase la capa encima de tanta crueldad como indigna que con ojos humanos fuese vista; si en las piedras hay compasion, si n los enemigos, mas duros que piedras y mas ciegos ue las mesmas tinieblas, que con hambre y sed insaiable de la sangre habian allí venido, ¿qué queda pa- decir? ¿Cuál seria el sentimiento de su mesma Madre, sola, sin padre, santa, tierna, amorosa, en muerte in cruel de Hijo tal y tan santo, tan obediente, tan ıocente, tan bienhechor, tan caritativo, tan manso, al fin Dios? Verdaderamente excede tanto á todo criao entendimiento, que el mas agudo y desocupado puee tender las velas sin temor de llegar al cabo esta coniderarion.

Pero para encaminar á los que no saben considerar ıs penas que esta Señora padeció, pues es necesario ara conocer cuánto son menores la suyas y para exaerar la paciencia que ella tuvo en ellas, de cuántos quiıtes era, será bien poner aquí alguna breve consideraion. Lo primero, considera qué tal quedaria la Madre ı hora que vió dar el espíritu á su Hijo, diciendo: ¿Des- manera aparta los hombres la muerte amarga? ¡Ay e mí, Hijo mio y Dios mio! ¿Dónde vais? ¿Por qué vais in vuestra amada? Dejaisla sola, viuda y desconsolada, ¿os vais solo sin ella? Llevais con vos un ladron por aberos confesado con sola una palabra, y á la Madre, ue tantos años y con tanto trabajo fué vuestra compaiera, ¿la dejais sola y desacompañada? Estas y otras ıalabras decia la Madre, pero toda conforme con la voıntad del Hijo; porque, si el Apóstol deseaba morir y erse con Cristo, ¿cuánto mas y con mas tiernas entraıas lo desearia la Madre, pues tanto va de Madre á siero? Pues cuando viese el terremoto y el quebranto de as piedras, abrirse los monumentos, y los demás miagros que muriendo y padeciendo su Hijo se vieron, ;ómo enternecieron al centurion y á los soldados y judíos presentes, ¿cuánto mas á su mesma Madre? No de spanto ni temor como ellos, sino de amor, tristeza y everencia. Doliase de ver tratado tan cruelmente de os judíos aquel cuyo advenimiento hizo temblar el nundo, á cuya muerte mudaba la luna su curso, escondia el sol su luz; encendíase en amor del Señor, que, iendo Dios tan poderoso, holgase de padecer por hom- res vilísimos tanto tormento y castigo tan afrentoso, y on grande humildad y reverencia, en nombre suyo y le todo el linaje humano, le daba infinitas gracias. Una le las cosas que mas tormento le daban era pensar cuántos millares de hombres habia de haber que no se provechasen de tan inestimable caridad y beneficio; pero en el párrafo siguiente tratarémos un poco mas de spacio de lo que sucedió.

§. III.

De lo que la Virgen padeció desde el punto de la muerte de su Hijo hasta la saya.

Acabada de salir aquella alma santísima de aquel cuerpo despedazado, quedó en él impresa la triste figura de la muerte; así como la ausencia del sol y de la luna deja la noche escura y tristea. Aquí se cumplió lo que los profetas dicen cuando en el Redentor hallan fealdad, y lo que Esaías dijo: Vímosle como leproso, como maltratado de la mano del mesmo Dios y humillado, y no le conocimos ni tenia figura de hombre. ¡Oh Señor, que criastes hermosos y de buena gracia á los ángeles y á todo lo criado! ¿qué es de vuestra hermosura? Hermosísimo Absalon, colgado del árbol de la cruz, no por vuestra traicion, sino por la mia, ¡cuán otro parecer es el vuestro agora de aquel que teníades en el monte Tabor! ¡Oh árbol de la vida, donde se coge la fruta madura con grandes trabajos, que ha de quitar la dentera que causó al principio la fruta verde y mal sazonada! Al pié de la cruz estaba la Madre de Dios affigida, acompañada de unas pocas mujeres tristes, que con sus lágrimas la lastimaban mas el corazon; pero, como una tortolica, gimiendo con unos suspiros que encendian el aire, que, alcanzándose unos á otros, salian de aquel pecho afligido, con aquella modestia y gravedad que á Madre de Dios convenía, diciendo dentro de sí las palabras dichas y otras, y saliendo algunas fuera con la fuerza del dolor. ¿Qué culpas cometistes, bondad inmensa, para que tal os haya parado la justicia del Padre eterno? ¡Oh figura de la serpiente, levantada en alto en este desierto! Oh arpa de David, estirada con las clavijas de hierro, cuán acordada música haceis en las orejas de Dios, que aplaca su ira contra los hombres! Oh amado de mis entrañas! ¿cómo puedo decir que os amo estando viva, teniéndoos muerto delante de mis ojos?

Pero destos dulces sentimientos la retiraba la solicitud cerca de la sepultura del Hijo, aunque habia leido que seria gloriosa; pero, porque el cumplimiento de aquella profecía requeria manos de hombres, no faltaba cuidado hasta verla cumplida. Pues cuando los carniceros allegaron, enviados de Pilato, á quebrantar las piernas á los ladrones, con escaleras y tenazas, martillos y destrales, toda tembló la Vírgen, temiendo y rogando á su Hijo que no permitiese en su santo cuerpo tal carnicería; pero, mientras ellos entendian en acabar con crueldad aquellos hombres, Longínos, centurion, á quien, segun el Metafraste, se habia encomendado la guarda del cuerpo de Cristo, llegóse cerca y abrió el lado derecho con una lanza hasta el corazon. Esta herida no la sintió el Señor, por estar ya muerto, pero bajó al corazon de la Madre á dar el golpe, el cual ella sintió mas que otros, por haber quedado sola á lo sentir; y entonces vió puesto al sol de justicia, y escurecido con los nublados de la muerte, volver á llover, al poner de la luna de su vida, aquella poca de agua y sangre, y luego comenzó á dar fruto en la tierra, pues los ojos secos de Longinos, segun se dice, regados con aquella agua, reverdecieron y vieron la luz del cielo. La gloriosa Madre, deseosa de abrazarse con aquel santísimo cuerpo, que habia salido de sus entrañas, y viendo que no le era posible ni tenia licencia ni escalera para bajarle, temiendo no la hallase la noche con este deseo, con una santa envidia que al santo árbol de la cruz tenia, le decia que bastase el tesoro que habia alcanzado en verse bañada en sangre de su Hijo; que abajase los brazos y se olvidase un rato de la dureza y rigor que la naturaleza le habia dado, para que ella pudiese alcanzar á gozar siquiera de aquel cuerpo des-

figurado. De donde la Iglesia parece haber tomado un verso de los devotísimos himnos de la cruz.

A este tiempo, idos ya los soldados, llegan dos hombres nobles, Josef y Nicodémus, con el remedio, cargados de escalera, tenazas y otros instrumentos para bajar el cuerpo santo, y de ungüentos y sábana y otras cosas para darle honrada sepultura; y podria ser que al principio fuesen causa de temor á la sagrada Vírgen antes de conocer á la gente, aunque, después de conocida, se esforzó. En todo se hubieron con gran reverencia, ayudando la Vírgen con gran dolor á aquellos últimos oficios y servicios del cuerpo que parió, pues ella habia entendido en los primeros sola. Hacen primero adoracion á la cruz, suben con una escalera, quitan la corona, cuyas espinas habian penetrado la santa cabeza, pegada en ella y en los cabellos con la sangre cuajada y llena de polvo, y al redoblar de los clavos causaban los golpes gran sentimiento; quitan el de los piés, y luego el de la una y otra mano; dieron clavos y corona á los que estaban abajo esperando para recebir los despojos; guardábalos la Vírgen encomendándoselos, bañándolo todo con lágrimas. ¡Oh clavos, que habeis atravesado mi corazon! ¿cómo os atrevistes á romper la carne de vuestro Criador? ¡Oh clavos, que habeis sustentado al que sustenta los cielos, de vosotros ha estado pendiente el fiel peso de la justicia divina y el contrapeso del pecado del mundo! Oh corona de todas las coronas, que merecistes estar en la cabeza de la iglesia! Oh espinas, que, entrando por la santa cabeza, habeis llegado á lastimar mi corazon! Oh juncos, criados en el agua de la mar, y agora regados con la sangre y mar de misericordia de mi Hijo! Oh corona, que eres gloria y honra de los pecadores y verdugo de mi alma! Oh corona, esmaltada con esmalte de la sangre de que una gota vale mas que el cielo! etc.

Luego con la sábana bajan con reverencia el santo cuerpo, el cual á esta sazon espera la Vírgen con los brazos abiertos para recebir aquella santa reliquia: cógela entre los brazos, haciendo con ellos un ñudo ciego; siéntase en tierra y mete su rostro virginal entre las espinas que de la corona se habian despegado y quedaron fijas en la cabeza, juntando boca con boca, y mezclando las lágrimas con la sangre, comienza á lavar aquel rostro empañado. ¡Oh vida mia muerta, lumbre de mis ojos escurecida! Oh sol de alegría eclipsado! Oh rosa divina! ¿cuáles han sido las manos que así os han sobajado y marchitado vuestra hermosura? ¡Oh espejo claro y resplandeciente, en quien se miran los ángeles! ¿quién os ha empañado? Cercan todos el cuerpo, bañándole en lágrimas; llega la Madalena, abrázase con los piés: ¡Oh piés de mi Redentor, que por andar á buscar esta oveja perdida os habeis lastimado con clavos! Llega san Juan, pone su boca en el costado: ¡Oh pecho divino y sagrado, archivo de los tesoros de Dios, de otra manera estáis agora que ayer cuando me recosté yo aquí! Oh cámara real, de donde yo fuí secretario, que agora estais abierta, sin puertas ni cerraduras! Las Marías se entregan de aquellas manos de su querido sobrino, de quien tantas bendiciones habian recebido: ¡Oh manos, que con todo daban vista á los ciegos! Oh manos, que en tocando los leprosos luego quedaban limpios! Oh manos, que de cinco panes de cebada sacaron hartura para tantos millares de hombres! Pero la Madre, abrazada con todo el cuerpo y ánima, le contemplaba mas en particular que todos. ¡Oh boca de mil gracias, de donde tanta suavidad de dotrina ha procedido! ¿quién os ha hollado? ¡Oh ojos piadosos, que con tanta misericordia mirábades á los afligidos! ¿quién os ha quebrado? ¡Oh pecho divino, tan tierno para los pecadores! ¿quién os alanceó? ¿Tanto os apretó el amor de los hombres, que, no cabiendo en el pecho, fué menester desabrocharlo con tan grande herida? ¡Oh lanzada y puerta de paraíso, por do se da entrada para el cielo! Oh ventana del arca de Noé, por do se ha de salvar el linaje humano! Oh manos largas para hacer mercedes al mundo, rasgadas con clavos, que hasta en esto quisistes ser maniroto con los hombres! Oh hermosísimo Josef! esta es la ropa inconsútil que sacastes de mis entrañas, ¿cómo la veo rota y ensangrentada? La fiera pésima de la envidia la despedazó. Con estas y otras palabras mostraba la Vírgen el sentimiento del corazon, contemplando y mirando lo que no habia tenido licencia de ver cuando se padecia: miraba cada llaga por sí, la sangre y cardenales, las puñadas, azotes, punzadas de las cañas y corona; las salivas, el polvo, los cuajarones de sangre, y principalmente contemplaba la llaga del costado, por donde veia lo que nunca habia visto: las entrañas y corazon de su Hijo. Pero, porque venia la noche del mundo sobre la que tenía la Madre y las devotas mujeres en el corazon, llorando sin descansar, que les fuerza á despedirse del Amado y darle sepultura, tiéndenlo aquellos varones en una sábana y cargan en sus hombros aquel racimo de la tierra de promision, caminan adonde estaba el sepulcro con un *Ne recorderis* de los pecados del mundo. Seguia la cansada Madre, acompañada con aquellas santas mujeres; los suspiros y sollozos se respondian unos á otros. Ponen al Señor en el sepulcro y encima una piedra pesada, que cargó sobre el corazon de la Madre.

Muchas otras cosas pasaron, y ellas y estas tienen mucho que considerar para entender el desconsuelo que poseyó el corazon desta Señora; y aunque ninguna de las que en toda la vida la trabajaron fué semejante á las deste dia, pero al fin se habian de trocar dentro del tercero, y en esto les hizo ventaja el dia (aunque por otra parte alegre) de su gloriosa ascension, desde el cual quedó por muchos años del todo sola del Hijo que tanto amaba, y ya glorioso y sin sobresalto de verle padecer como antes; y si al pié de la cruz habia tanto sentido el trueque de tal Hijo natural con san Juan Evangelista, que tanto le era diferente y no le habia parido, pero hasta el dia que subió el Señor á los cielos, no tuvo por qué echar de ver la baja deste trueque, porque allí se tenia cuarenta dias á su hijo glorioso, que cada rato la visitaba y consolaba; pero desde este dia hasta su muerte le sintió, careciendo de la suave presencia corporal de su Hijo. San Agustin confiesa entre sus pecados que, muriéndosele un amigo, no se podia consolar mas que si su alma fuera divisible en dos partes, y le quedara sola una en las carnes y la otra le hubiera desamparado, y lloraba esto con tanta perplejidad, que no sabia si le pesaba con la vida, ó si se hol-

;aria con la muerte hallando en todo inconvenientes ıacidos de la pérdida del amigo. Cuando Elías subió al ielo, comenzó Eliseo á dar grandes voces: Padre mio, 'adre mío, carro y carretero de Israel; que el sentiniento no le dejaba decir las razones enteras. ¿Qué ienen que ver Eliseo ni Agustino con la Madre de Dios ıi los que ellos perdian, con su Hijo, que era su alma, ida y consuelo, su cabeza, su corazon, su luz, su rey señor? No puedo entender sino que esta consideraion á solas le daba gravísimo dolor. Pues, si juntamos l que recebia cuando los apóstoles eran perseguidos, y ɔs que confesaban la fe de su Hijo, martirizados con raves tormentos, ¿cuál seria el que sentia en su alma cuando vió que los apóstoles quedaban aun con muhas rudezas y imperfecciones? Pues la larga ausencia ue, segun el que menos cuenta, fueron doce años hasa su santa muerte, y otros mil trabajos que no se cuenan. No hay duda sino que ninguna persona fué tan traajada en los hijos de los hombres después de su benitísimo Hijo.

§. IV.

De cuán graves fueron los trabajos de la Vírgen.

Suelen algunos devotos de la Vírgen, cuando tratan e sus virtudes y alabanzas, usar de muchos encareciıientos con poco fundamento, como si ellas tuviesen neesidad de sus quimeras para ser con ponderacion alabaas; con lo cual, y con muchos superlativos desacompaıados de razones, antes hacen las orejas de los oyentes creer que todo aquello es no otra cosa sino devocion reverencia que se debe y tiene á la Madre de Dios, ıas que rigor de verdad; y esta falta no está todas vees en el encarecimiento, que muchas dellas cabe todo l por grande que sea, y mucho mas en la alabanza desta eñora, sino en dejársela sin probarla con alguna buena ızon ó conjectura. Agora en este párrafo quiero usar e una exageracion que lo parece y no lo es; lo cual se a de probar con razones, y es una cosa que suele decirse e los trabajos de la Vírgen, que fueron mayores que ›dos cuantos padecieron todos los mártires juntos; lo ıal sin mas razon ó declaracion solo parece manera de ıcarecimiento, y que, venido al rigor de la verdad será ificultoso de averiguar y creer, por ver que los torıentos, especialmente de algunos mártires, espeluzan s cabellos con solo el pensamiento, como son muchos ; los que en los discursos pasados se refieren; y tras ito, la muerte violenta que recibieron, que es la últia de las terribilidades, como Aristóteles dice, la cual) padeció la Vírgen, antes murió sin sentir los dolores ; la muerte, como parió sin sentir los del parto. Pero, › obstante esto, está tan léjos de ser demasiado enırecimiento, que no igualan con mucho los trabajos ; los mártires con los de la Madre de Dios, ni cuantos han padecido en el mundo entre cristianos y gentis y todas otras naciones; y hablamos aquí de la fuerdel dolor ó trabajo; que claro está que muchos otros ıdecieron muchos trabajos y dolores, los cuales no pa:ció esta Señora. Y esto verifica lo que san Juan Cristomo dice de los apóstoles y mártires, que padecien mas cosas que el Redentor; entiéndese de algunos :neros de trabajos y tormentos, como tormentos de cuerda, el fuego de san Lorenzo y otras cosas muchas que leemos haber los tiranos inventado para atormentar los cristianos, los cuales no padeció Cristo; pero, no obstante esto (como adelante se dirá, en el discurso que se sigue á este), ninguno llegó con muchas leguas á igualar con su santísima pasion, por las razones que allí se dirán. Así decimos de la Vírgen, que, aunque otros padecieron muchos géneros de tormentos y dolores que ella no padeció, y esto por especial providencia de su Hijo, porque no convenia á su honestidad ni á la honra del Hijo que fuese azotada ni desnuda, como otras santas lo fueron, ni que fuese afligida con las torpezas y deshonestidades que á otras santas fueron ofrecidas, ni que los sayones tocasen á aquel limpísimo y santísimo templo de Dios; pero que en los dolores que padeció, especialmente en el dia de la pasion de su Hijo, fué mas atormentada que los mas señalados mártires en los suyos. Esto es lo que en este párrafo se pretende decir.

Y esto está claro, presuponiendo que tanto y no mas es el dolor que de una cosa tenemos, cuanto es el amor de la que se pierde ó lastima; de donde nace que los hombres no hacen tanto caso de la pérdida de la hacienda, cuanto de la honra ó la vida; y entre lo que es hacienda, lo que es menos sienten con mucho menos dolor que se pierda que lo que es mas; y cosa puede ser que la tengan en tan poco que poco ó ningun dolor sientan en perderla; y si acaso por alguna via tienen á lo que se pierde algun aborrecimiento, como á la sentencia en favor del contrario, en el pleito que traen, ó á la enfermedad, etc., antes reciben con la pérdida della mucho contento. Agora está clara la diferencia de los mártires á la Madre de Dios, porque ellos padecian en la cosa que mas aborrecian, que era su propia carne, á quien por el amor de su Dios tenian siempre perpetua y mortal enemistad y en perpetua penitencia y sujecion; por eso ninguna cosa podia en ellos hacer el tirano, que ellos infinitas veces no hubiesen deseado y procurado. ¿Qué quereis? ¿Cárcel? Como en estos encerramientos he yo tenido á esta enemiga. ¿Qué? ¿Azotes? Yo me los he dado y doy cada dia. ¿Qué? ¿Hambre? ¿Qué es lo que yo he deseado y procurado, sino que mediante ella no se levante esta carne contra mí por estar regalada? Qué es? ¿Tormentos y muerte? No hay cosa para mí mas deseada; porque en los tormentos el ser cosa mia me templaba la mano para dárselos, y la muerte no tuvo licencia de su dueño y señor para dársela; bendito sea Dios, que he hallado el cumplimiento de mi deseo. Así como cuando tiene uno un brazo podrido, que le va la vida en cortarle y no se atreve por no quedarse al medio camino, porque rehuye como es cosa suya. Y san Pablo dice que nadie tiene aborrecida á su carne; lo cual entiende de amor natural; y así, la mesma naturaleza le detiene la mano, le quita la fuerza, le escurece la vista y le enflaquece el ánimo; y así, para cortarse el brazo se hace atar, ruega, paga, y sobre eso agradece á un cirujano porque se le corte. Así hacia el mártir cuando hallaba quien le afligiese su carne, como para la vida y salud de su alma era menester, y para gloria de Dios; lo cual no solo no merecia nombre de tormento para ellos, mas antes gran contento; como

no podríamos creer de nuestro rey que, trayendo guerra con un rey infiel le pesase del mal suceso de su enemigo, pues ayudaba á la vitoria que él pretendia. Así los mártires, en la perpetua guerra que traen con tan importuna y perjudicial enemiga como es la carne.

Pero la Madre de Dios padecia, no en lo que aborrecia, sino en lo que mas que á las lumbres de sus ojos amaba, que era la persona de su benditísimo Hijo; y así, era el dolor sin excusa ni consuelo; y por eso, en lo menos que padecia eran mas graves los dolores, que en lo mas que los mártires sufrieron. Una cosa advierte un doctor digna de consideracion, y es que los que no se hallaron presentes á la compasion del Señor en su pasion, pasaron al cielo por martirio, como los apóstoles; pero los que allí se hallaron se les contó por martirio el dolor que allí recibieron, y murieron sin otro, como parece en san Juan, Santa Marta, la Madalena y san Joséf, esposo de la Vírgen, que san Agustin dice que entonces era aun vivo, y san Jerónimo lo da á entender y otros; ¿cuánto mas la Vírgen, que con mas razon padeció allí mas que todos? Porque era hijo suyo muy amado con mil maneras de amor el que padecia. De aquí es lo que otro doctor devoto dice que, así como los santos mártires traen en las manos la causa ó instrumento de su martirio: santa Catalina la rueda de navajas, santa Apolonia las tenazas, san Lorenzo las parrillas, y así los demás mártires; así trae la santísima Vírgen en sus imágines el cuchillo de su dolor en los brazos, que es á su Hijo benditísimo, que fué toda la causa de su tormento y martirio, allende de otras razones.

Agora resta una duda sobre lo que añadimos, que no igualaban con sus dolores de la Vírgen, los trabajos que ha habido en el mundo de los gentiles y otras naciones; la cual nace de la razon con que averiguamos que los de los mártires no igualaban, porque ya que ellos, por lo que amaban á su Dios, aborrecian á sí mismos y á su propia carne; pero los gentiles, moros y malos cristianos vienen á quererse á sí mismos y á su carne propia tanto, que llegan por ella á aborrecer á Dios y á tener en poco sus hijos y haciendas, porque son ciudadanos de aquella ciudad de Babilonia de quien habla san Agustin, cuyos ciudadanos aman á sí mismos tanto, que llega este amor hasta despreciar á Dios. Y pues vemos que entre estos ha habido grandes trabajos y dolores, á lo menos no corre aquí la razon de los mártires, porque los sentian como cosa padecida en lo que mas aman en el cielo y en la tierra, mayormente que ha habido algunos riquísimos, poderosísimos y regaladísimos, que así de parte de lo padecido como del que padece, habrán sido gravísimos sus dolores. A esto se responde que, dado que haya habido y haya hombres que quieran tanto á sí mismos, que vengan por este amor á tener en poco á Dios, y con esto hayan padecido muchos trabajos, no ha llegado el amor que todos ellos han tenido á sí mismos con muchas leguas, aunque mayor haya sido, al amor que la Madre de Dios tuvo á su Hijo, como mas largo se verá en el párrafo siguiente; lo cual los que tibia y cortamente amamos á Dios, no podemos entender del todo; pero los que saben qué cosa es amarle con muchas veras y con fervor, saben cuánta verdad es esta; pues si la medida del dolor es la mesma del amor que se tiene á lo que se pierde y lastima, claro está que ninguno llegó á los dolores que la Vírgen tuvo en la pasion de su Hijo, como ningun amor llegó al que ella le tuvo. Y así, queda siquiera abierto el camino para entender algo de la gravedad de las penas y dolores desta Señora, dado que cuales y cuántas ellas fueron no podamos alcanzar ni apear del todo.

Aquí desea saber el contemplativo qué es la causa que, siendo la Madre de Dios tan querida de su Hijo sagrado, consintió el piadoso Señor que ella se hallase presente á su pasion y á los dolores particulares della. Como sea tan natural el amor y piedad de nuestras propias cosas, que muchas veces guardan los discretos dellas mas que de sus propias personas las ocasiones de algun fuerte dolor, como hizo un hombre noble que mucho amaba á su mujer, que, habiendo de recebir una dolorosa cura con fuego en cierta enfermedad suya, dió órden como se hiciese, no solo en ausencia de la mujer, pero que no lo supiese ni entendiese; porque, no siendo necesaria la presencia no es justo que reciba un dolor tan grave, que no seria tanto si ella lo padeciese. Fuera desto, aun cuando sangran á un enfermo, vuelve los ojos á otra parte por no ver herida aun tan ligera. Pues ¿por qué sin ser necesaria la presencia de la Vírgen ordenó el Señor que no faltase á cosa ninguna de las mas dolorosas de su pasion, de donde habia de resultar tan grave tormento á un alma que tan sin culpa habia nacido y vivido como la de la Vírgen? Respóndese que en esto se ve cuánto mas cuidado tiene Dios del bien del alma que del cuerpo de sus amigos, y como una de las cosas en que mas se esmera y muestra su amistad y amor paternal, es en enviarnos trabajos y ocasion de paciencia, á la cual responde tanto peso de gloria. Lo cual si supieran los que otro tiempo á esta palabra, el Señor sea con vosotros, respondieron, no preguntaran por respuesta: Si el Señor es con nosotros, ¿cómo nos han venido estos males? Porque antes por eso les habian venido. El bienaventurado san Juan Evangelista comienza su *Apocalipsi* con estas palabras: Yo Juan, vuestro hermano, compañero en la tribulacion y en el reino y paciencia de Jesucristo; porque el que quisiere reinar ha de pasar por tribulacion, y el que dellas huye en esta vida, entienda que pierde no solo del fruto, sino de la semilla. Y si esto es así, justo era que donde habia mas amor que era con su Madre, se señalase en darle mas y mayores ocasiones de paciencia, cuales fueron las que tuvo en la pasion de su Hijo.

§. V.

De la paciencia que la Vírgen tuvo en tan graves dolores y trabajos.

Declarado que son mayores los trabajos que la Vírgen padeció que puede alcanzar nuestro entendimiento (pues fué un piélago dellos, derivado y nacido de otro infinito de los de nuestro Redentor, porque pensar que en un libro entero podrian recogerse los que en su vida padeció seria querer recoger el agua de todo el Océano en una escudilla, y para el intento deste libro, así como no es posible, así no es necesario ni seria muy

á propósito decirse todos, cuanto mas, que es de mucho mas provecho sacar algunos de los que no se escriben con la devota diligencia del propio pensamiento, fundado y guiado de la verdad del Evangelio y de los santos que escribieron algo á este propósito, agora resta ver lo principal deste discurso en esta última parte dél, que es la paciencia con que los sufrió, pues esta ha de ser la labor qne pretendemos sacar deste dechado. Y pues la señal de la verdadera paciencia en los trabajos es salir dellos sin ofensa de Dios, bien probada quedará la de la Vírgen, aunque no se considere mas de lo que la santa Iglesia nos enseña y manda creer, que desde el dia que nació esta Señora, hasta el dia de su muerte no se halló en ella un pecado mortal ni venial; de donde queda llano que en todos sus trabajos tuvo perfectísima paciencia, que con este argumento probamos en su discurso la del santo Job, por lo que la sagrada Escriptura dice, después de haber contado los mayores trabajos y lo que á ellos respondia, que en todas aquellas cosas no pecó Job, ni habló cosa desconcertada ni desatinada contra Dios.

Pero es bien considerar una cosa tan milagrosa como la que se ha dicho de la Vírgen, que en tantos trabajos desde niña, en tantas ocasiones de ira, de melancolía, tantos disfavores del cielo, que á cualquier persona de su edad y de su sexo pudieran provocar siquiera á alguna palabrita ó pensamiento descaminado. Tengamos por fe que no le hubo en ella; porque, dejada aparte la pobreza en que se vió en el parto y para criar al niño, siendo Dios tan rico y comunicando sus riquezas con las bestias y con los bárbaros y pecadores, que hubiese ella de ganar por sus manos lo que el niño Dios habia de comer y vestir, era menester mucha fe y mucha paciencia; dejada tambien aquella confusion en que se vió preñada delante de su esposo, que podia ocasionar á demasiada melancolía y quejas contra Dios; dejada la huida á Egipto, teniendo Dios poder para remediarla sin tanto trabajo ni sobresalto, y otras cosas semejantes, que parece cosa milagrosa no perder la paciencia, y asimesmo otras ocasiones; solo hablemos de la que fué verse al pié de la cruz donde su Hijo estaba colgado con tanta afrenta, donde todos, como cada uno podia, le atormentaban con befas, mofas, con afrentas, hasta los que con él padecian; y ver el cielo cerrado para lo que era dar favor á su Hijo, y el suelo indignado contra él, los apóstoles huidos, los judíos y soldados desgarrando sus carnes, y la Madre presente á todo. ¿Cómo tuvo paciencia para no hablar siquiera una palabra en su favor? ¿Qué mujer hobiera que, viendo maltratar á su hijo, no arremetiera como una leona á defenderle y á morir por su defensa, y sacar los ojos á quien le hiciese mal? Y de la Vírgen no se lee sino que estaba allí en pié, ni se dice que habló palabra á todas cuantas cosas vió por sus ojos y oyó por sus oidos, tan inhumanas y crueles. Cuentan los historiadores que entrando de vitoria el rey Ciro en una ciudad del rey Creso, vencido de su gente y cautivo, un soldado, no conociendo al rey vencido, alzó la mano y alfange para matarle, y un hijo del Creso, mudo desde su nacimiento, viendo en su presencia alzar el alfange al soldado para matar á su padre, fué tanta la alteracion y la fuerza del amor que á su padre tenia, que antes que el soldado descargase el golpe, como reventando, alzó la voz que la naturaleza le dió en aquella tan súbita y justa ocasion, y dijo: No mates á mi padre. Tanta es la fuerza del amor, que hace milagros, da habla á los mudos, á quien la naturaleza, madre de todos, la habia negado.

Este caso hace mas milagrosa la paciencia de nuestra Señora, porque, comparado el amor de aquel mudo, que con su padre tenia con el que la Madre de Dios tenia á su Hijo, es comparar un grano de trigo con un monte, porque no hubo cosa en el cielo ni en la tierra tan amada de ninguna criatura cuanto lo fué el Hijo de Dios de su Madre. Lo cual parece claro si consideramos tres maneras que hay de amor, que en ella fueron halladas en supremo grado cerca de su Hijo. El primero es amor natural, el segundo se llama adquisito, que con la continua costumbre y conversacion adquirimos; el tercero es infuso de Dios en las almas, para amarle á él y al prójimo por él, segun aquello que san Pablo dice: La caridad de Dios se infundió en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fué comunicado. Con el primer amor, que es natural, aman todas las criaturas á su Dios mas que á sí mesmas, porque, como es natural á todas las criaturas animadas y no animadas (como Ciceron advierte y la experiencia enseña) conservarse en el ser, mayor y mas natural es en todas ellas la inclinacion á amar aquel ser divino que todas las crió y todas las sustenta y conserva, y de quien dependen, que el estudio y diligencia de conservarse á sí mesmas; en tanto que, si Dios pudiese padecer algun daño ó detrimento, todo el mundo permitiria antes acabarse que consentir semejante caso, como vemos que el brazo naturalmente se pone delante de la cabeza cuando ve venir algun golpe sobre ella, á recebirlo en sí, porque de la conservacion de la cabeza depende la del brazo, y todas las cosas se ponen á la conservacion del universo, aunque ellas se pongan á peligro. Así lo hacen las criaturas por su cabeza, que es Dios. Por lo cual se lee, que en el fin del mundo todas las criaturas se armarán para tomar venganza de los malos que en esta vida ofendieron al Criador de todo. Tambien es amor natural el que todos los animales tienen á sus hijos, aunque sean las fieras, que no parece que cabe en ellas amor. El amor adquisito que tenemos á Dios ó á las criaturas, se despierta y se cria y crece con el trato y conversacion y otros ejercicios de amistad; y el infuso viene del cielo, segun aquello que san Pablo decia.

Agora veamos cuánta ventaja haga la Vírgen á todo el mundo en estos tres amores. En el primero (fuera de aquella general razon, que es ser su Hijo Dios, á quien todas las cosas aman mas que á sí), tiene con excelencia la otra particular, que es ser Dios su Hijo, la cual ninguna criatura en el cielo ni en la tierra tuvo ni pudo tener sino ella; porque, ¿cuál de los ángeles pudo decir á Cristo: Tú eres mi hijo, como lo pudo decir ella? Pues cuán poderoso y fuerte sea este amor para con los hijos en todos los que los tienen, poca necesidad hay de probarlo, pues no hay animal tan fiero que, aunque tenga al hijo feo, torpe y ponzoñoso, no

le ame más que á todo el resto del mundo, y ponga su vida á mil riesgos y peligros por su amor. ¿Qué hace una ave á trueque de no perder los que en el nido tiene? Déjanse tomar de los cazadores de su voluntad y hácense mansas. Las mujeres, por feos, sucios y monstruosos que crien los hijos, se tornan locas, brincándolos, cantándolos, chillándolos, sin haber de todas ellas quien con su hijo en los brazos tenga juicio; porque, aunque en ellos no parezca hermosura ni gentileza ni señal ni ocasion de ser queridos, los bailan, les dicen príncipes, arzobispos, emperadores, sin seso, sin recato de quien las oye, sin respecto á quien son ni á quien deben ser, ni á la gravedad y peso que deben á sus personas. Pues ¿qué se puede pensar de la Madre de Dios con su Hijo, hermoso, gracioso, santificador de los hombres, sabio, obedientísimo, lleno de dones y gracias y perfecciones cuantas pueden en un niño desearse ni imaginarse? Y sobre todo, sabiendo que aquel niño no tenia otro padre sino á Dios, segun la naturaleza divina, por donde era Dios verdadero, y que segun la humana no tenia padre en la tierra, que es causa y argumento de mayor amor. Porque el amor paternal que los hijos tienen, repartiólo la naturaleza entre padre y madre; pero aquí no habia entre quien partirse, porque sola ella le engendró en cuanto hombre; y lo mesmo se colige por ser solo hijo suyo; porque, cuando hay muchos el amor de la madre se reparte entre todos, aunque no siempre en iguales partes; pero cuando es uno solo, todo el amor se lleva, y el dolor de su muerte es el mayor de los naturales. Y así, compara el Profeta el dolor del Redentor que habia de causar en su pueblo, al dolor de la muerte que suele haber del hijo que era unigénito y solo en su casa. Así que, en sustancia ni en circunstancias no se puede imaginar mayor amor natural que el que la Vírgen tenia á su Hijo, porque ni hay mayor ni mas fuerte causa, ni por el consiguiente mayor amor.

Pues el amor adquisito, ¿qué mayor pudo ser que el que la Madre de Dios, adquirido en treinta y tres años de tan suave, dulce y santa conversacion con un mancebo hermoso y sabio, á sus solas, á quien naturalmente tanto amaba, sin haber tenido ocasion de quiebra, y siendo ella tan santa, y él el autor de los santos? ¿Qué palabra, qué obra saldria del uno y del otro que no abrasase el corazon de ambos en ardentísimo amor? Qué mas amor que aquel á quien parió, dió leche en la niñez; á quien crió y gobernó cuando mayorcito de edad, á quien sustentó del trabajo de sus manos, y trató y conversó cuando mancebo; á quien siguió y sirvió, sin apartarse de su lado, todos los dias de su vida; con quien siempre trató los secretos de su corazon? Pues dime: de tan larga conversacion, de tan frecuente y ordinario trato, de tan continua compañía, ¿cuánto amor se criaria en tantos años? Pues si hablamos del amor infuso, ¿en cuánta gracia fué criada desde el primero instante de su concepcion en el vientre de santa Ana? ¿Cuánto aumentó cuando vino el ángel con la embajada? Cuánto cuando parió al Hijo de Dios? Pues en sesenta y dos años que á lo menos se halla que vivió, como nunca perdió la gracia y amor de Dios, claro está que todas las obras que hizo fueron en caridad y fuertes para aumentarla; y ¿qué diremos de la plenitud de gracia con que el ángel la saludó? Y ¿qué de la sombra que el Espíritu Santo le hizo para que concibiese y pariese al Hijo de Dios, y al cabo la plenitud como una avenida del dia de Pentecostés, que bajó visiblemente sobre ella y los apóstoles? Pues siendo la caridad ó amor de Dios ó lo mesmo que la gracia ó otra joya á su medida; teniendo tanta plenitud de gracia, claro está que és inefable la caridad con que á su Hijo Dios amaba; y aun todo parece poco cuanto se dice, cuando se ponen los ojos en los nueve meses que tuvo encerrado en sus entrañas al Sol de justicia, que enciende los corazones en amor y reparte la caridad y dones como quiere y el cuerpo santo y carne divina y la humanidad, en la cual aceptó lo que después padeció por medio, para comunicar á los hombres su caridad y amor. Pues si con tantas ventajas excedia á todo amor de padres á hijos, y de hijos á padres, ¿cuánta maravilla es que el hijo mudo hablase con la fuerza del amor, para que el otro no matase á su padre, y la Vírgen, no siendo muda por defecto ni faltándole amor de su Hijo, estando presente, antes le tenia con tantas ventajas mayor, no solo no habla ni dice, no mateis á mi Hijo, viéndole maltratar de mil muertes; antes, al contrario, se hizo muda, que no se lee que hablase palabra? A esto se responde que esta es la prueba de su paciencia, de su prudencia y gravedad; porque esto tiene la paciencia, como un santo varon decia, que es ser muda que no sabe hablar, y menos al tiempo y punto del trabajo. De donde David decia que cuando se vió en el trabajo de Semei, ni aun buenas palabras no hablaba. Y de aquí se conoce otra excelencia de la paciencia de la Madre de Dios, que es el trabajo que padeció en volver las lágrimas al corazon y las palabras al pensamiento, con que suele el alma desahogarse y aliviar sus penas y dolores, á trueque de mostrar la paciencia que su Hijo queria que tuviese. Buen lugar era este para acabar este discurso con una exhortacion á paciencia, con ejemplo tan poderoso; pero cáese y avergüénzase la pluma cuando piensa poner delante de tan increibles trabajos nuestras niñerías, de que nos quejamos, y la poca paciencia que tenemos en ellas, rodeada de cien mil imperfecciones y faltas; así que, sola la vergüenza que nos causare la meditacion de los trabajos y paciencia de la Vírgen, basta para esforzarnos, no solo á padecer, sino á desear que Dios nos envie mas y mayores trabajos para gloria suya.

DISCURSO VIII.

Del ejemplo que de paciencia tenemos en Jesucristo nuestro Señor, para sufrir con ella nuestros trabajos.

Entre todos los ejemplos propuestos y los que en esta vida puede haber de paciencia, ninguno merece este nombre, comparado con la que el Redentor tuvo en sus trabajos, porque este fué ejemplo de los demás ejemplos que della ha habido y ha de haber entre cristianos. Y cuando decimos que es ejemplo de paciencia, no es para que piense nadie que puede llegar, aunque mas le parezca que tira la barra, con la suya y sus trabajos á igualar con la que el Redentor tuvo, sino para que, puesto delante de los ojos lo que padeció, y con cuánta paciencia, la tenga todo hombre en sus trabajos, reco-

noc iendo siempre la ventaja que en ellos y en ella tuvo á todo el mundo, como la tuvo en todas las virtudes, en las cuales se nos fué dado por dechado. Porque los ejemplos de hasta aquí no han salido de hombres puros; pero agora se comparan con los nuestros los trabajos de Dios, que son por sola esta razon infinitamente mayores, mayormente los de las injurias y afrentas; los cuales suelen tanto ser mayores, cuanto el que las padece tiene mas dignidad, y ninguna puede imaginarse que llegue á la del mesmo Dios. Y de aquí se entiende lo que el Señor decia á sus dicípulos cuando les daba esta razon para sufrir los trabajos que les esperaban: Si el mundo os aborrece, sabed y acordáos que á mí, que soy mas que vosotros, me aborreció primero; que esto quiere decir á mí primero que vosotros, mas principal que vosotros, como san Agustin declara aquello que del mesmo Señor dijo san Juan Bautista: El que vino después de mí, fué hecho primero que yo; esto es, mejor y mas excelente que yo. Así hace Cristo el argumento aquí, no comparando igual con igual, sino argumentando de mayor á menor, como los dialécticos dicen; así como cuando dijo á los mesmos dicípulos en la cena: Vosotros me llamais señor y maestro, y decis bien, porque lo soy; pues si yo, siendo señor que lo puedo todo, y maestro que lo sé todo, os he lavado los piés, así os habeis de lavar los unos á los otros, que sois menos que yo. Así aquí dice: No os espanteis que os aborrezca el mundo, pues á mí me aborrece que soy mas. Y en otra parte hace el mesmo argumento, diciendo: Si al señor de la casa llamaron Belcebub, ¿cuánto mas lo llamarán á los de su casa?

Desta manera pues se entiende el decir que la paciencia del Señor se nos dió por ejemplo de la nuestra todas las veces que en la Sagrada Escritura se dice, de las cuales un lugar es muy señalado en la primera epístola de san Pedro: Hermanos, Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigais por sus pisadas. Parece que enderezaba estas palabras el Apóstol á unos hombres que, viendo á Jesucristo haber padecido tantos males, no por sus culpas, sino por las ajenas, les parecia que, estando ya padecido lo que tanto era por las suyas, podian descuidadamente darse á todo regalo. Y díceles san Pedro: Amigos, nadie haga mangas de la pasion de Cristo, que no padeció lo que padeció para que vos holgueis del todo y volvais las espaldas á los trabajos, sino para daros ejemplo y ánimo para lo que habeis de padecer por vuestras culpas, pues él padeció tanto por las ajenas, y para que lo padezcais con paciencia como él, que cuando le decian malas palabras no las volvia él, y cuando padecia, no estaba colérico ni amenazaba á nadie ni se la juraba. De manera que esta es una de las dos principales razones por que Cristo padeció, como dice san Leon, papa, cuyas palabras son estas: Del omnipotente Médico dos remedios tenemos aparados: el uno consiste en el sacramento ó misterio, el otro en el ejemplo, para que por el uno recibamos lo divino y en el otro paguemos lo humano. Porque, como Dios es el autor de la justificacion, así el hombre queda deudor de la devocion; que es decir que de dos maneras nos remedia el Señor con su pasion: la una redimiéndonos y perdonando nuestras culpas con su sangre, la otra enseñándonos con este ejemplo á padecer trabajos con paciencia, con que merezcamos la gloria. Y de aquí es que, aunque por ser la persona de Cristo que padeció infinita, cualquiera gota de sangre era bastante á redimir mil mundos, por ser de infinito valor, como lo dice la Extravagante; y así pudiera con un solo suspiro redimir el mundo tan bastante y colmadamente como en su muerte; pero no quiso sino pasar toda la vida trabajos y fatigas, y morir afrentosamente en una cruz, porque no pretendia sola la redencion, sino dejarnos ejemplo de paciencia para padecer, como quien deja una planta donde vaya el oficial de la obra mirando y compasando el edificio; y á este ejemplo alude san Pablo cuando dice, escribiendo á los hebreos, después de haber nombrado los santos que padecieron: Por tanto (dice) teniendo tantos testigos como llovidos, dejando la carga de todo cuidado y congoja y las ocasiones de pecados que nos rodean, corramos á la pelea que nos está propuesta, sin poder excusarla, puestos los ojos en el autor y consumador de la fe, Jesucristo, el cual, aunque le dieron á escoger y pudiera desviar de sí los trabajos y muerte, y vivir con gloria y contento, sufrió y escogió la cruz, teniendo en poco la afrenta y deshonra que en ella padeció. Como quien dice: Si Cristo, sin tener para qué ni forzarle nadie, padeció y tuvo en poco la honra del mundo, que pues bastaba morir sin deshonra para su intento, murió deshonradamente, claro está que no hizo caso de las deshonras del mundo. Y por eso nota san Juan Crisóstomo allí que no dice, despreciando la tristeza, porque no murió con ella, pero, despreciando la deshonra con que murió. Pues si él pudiendo excusar esta muerte y deshonra, murió de voluntad, ¿cuánto mas los que no podemos excusarla la habemos de padecer alegremente?

Esto mesmo repetia el Señor á sus dicípulos muchas veces, diciendo: ¿No es el dicípulo mas que el maestro? Si al señor llaman Belcebú, y lo sufre, ¿cuánto mas á sus criados y domésticos? Así que, una de las mas fuertes razones que tenemos para nuestro sufrimiento es poner los ojos de la consideracion en el que Jesucristo tuvo, con el cual esforzaba san Pablo á los hebreos á padecer, diciendo: Pensad y repensad en aquel que tal contradicion recibió contra sí de los pecadores, para que no desmayeis en las vuestras, porque aun no habeis llegado peleando hasta derramar sangre como él. Y por eso padeció tanta variedad de trabajos, porque la habia de haber en muchos hombres, para que tuviesen todos en qué mirar para llevar sus penas y dolores, y no nos asombrásemos della; como san Agustin dice, que, así como el Señor, porque no codiciásemos ni amásemos el oro enseñó á menospreciar los dones ofrecidos, ayunó cuarenta dias por quitarnos el temor de la hambre, y porque no temiésemos la desnudez mandó que no tuviesen sus dicípulos mas que un vestido; así, porque perdiésemos el miedo á las tribulaciones, él las sufrió priprimero todas. Y en otra parte dice, hablando de su hambre y de la tentacion del demonio: Cuando el Señor hubo hambre, cierto la tuvo el mesmo pan; como faltó el camino, como fué la sanidad herida y la vida muerta, entonces llega el tentador: Di que estas piedras se hagan pan. Respondió el Señor: Para enseñarte á tí á ven-

cer, porque para esto pelea el emperador, para que aprenda el soldado.

Gran temor tengo de comenzar en este discurso á tratar de los trabajos del Redentor, porque para decirlos enteramente seria necesario que el mesmo Señor los contase y decir toda su vida, pues toda ella fué trabajos desde su niñez; así lo dice él en un salmo: Yo soy pobre y criado en trabajos desde mi niñez. Lo cual fué figurado en el profeta Moisés, que en muchas cosas, le figuró y en esta entre ellas, que desde niño recien nacido fué perseguido y echado en las aguas del rio; así el Redentor desde niño en los trabajos que entre los otros hombres están repartidos: unos nacen de padres bajos y obscuros, y por aquí son tenidos por menos; el padre de Cristo, segun la estimacion de los hombres, fué un pobre oficial; luego que nació el pesebre le recibió por cama, el establo por casa, la madre pobre, el odio de Heródes, el destierro de Egipto, tierra ajena fuera de su natural; y si es pena ser ocasion della á sus deudos y amigos (como lo es), ¿cuánta sintió en dársela á su madre y ayo en el destierro, y después en perdérseles, donde no quiso carecer de la mayor pena que los niños tienen cuando se pierden de sus madres? Venido á la edad de varon, ¿quién podrá decir sus trabajos? ¿Qué de ayunos, caminos, injurias, blasfemias, cuánta pobreza, cuántas calumnias de enemigos? Que el Sabio dice que turban al hombre sabio y quebrantan la fuerza de su corazon, porque vienen á traicion, y no descubiertas, como el enemigo conocido. Pues el consuelo que suele haber destos trabajos, que es el buen suceso dellos, ¿cuán al contrario le salió? De sus grandes sudores lo que cogió fueron dolores y persecuciones y afrentas; del amor sacó desamor, y del bien hacer padecer, de los beneficios desagradecimiento, de la doctrina calumnias y reprehension, del negociarnos vida gloriosa sacó muy afrentosa y deshonrada muerte, que es un dolor que los renueva todos. Y solo esta queja y sentimiento tiene, hablando con su Padre por Esaías, el poco provecho. Y dije (dice luego): Al fin trabajado he en vano, y por demás he consumido mi fortaleza, por donde mi pleito es con el Señor, etc. Esto es ir ligeramente salpicando por los trabajos de la vida; vengamos al remate de todos, que es la muerte, y á lo que cerca della se padeció con la mesma brevedad.

§. II.

De una breve suma y recapitulacion de los trabajos del Señor al tiempo de su pasion.

A cuatro maneras de trabajos se pueden por agora reducir los que en esta vida padecen los hombres: ó son por el daño de la hacienda ó de la honra y fama, ó son dolores del cuerpo ó del alma; y ninguna destas hubo que el Señor antes de su muerte no padeciese colmadísimamente. Porque, dejada aparte la pobreza (que por haberla tenido tan grande desde la hora que nació, aunque en la de la muerte no fué menos, pues en ella no se le conoció heredad ni posesion, ni mas mueble ni raíz que una pobre vestidura, de que antes que muriese fué despojado y desposeido, ni aun casa ni cama ni palmo de tierra donde cayese muerto, pues vino á morir en el aire y á ser sepultado en sepultura ajena, y por no ser de los trabajos que este discurso por agora pretende), los demás no se sabe encarecimiento que baste para decir los que en aquellos dias de pasion padeció; pero decirse ha lo que con la brevedad que aquí se lleva bastará; que, aunque ninguna cosa basta para agotar el mar de afliciones que en este tiempo padeció, cualquier cosa basta que dellas se diga para el intento, que es desbravar nuestros trabajos y padecerlos con buen ánimo y voluntad: diránse, no por el órden que se propusieron, sino por el que el Señor los padeció.

Lo primero, ¿quién podrá encarecer cuánta fué la deshonra que el Señor padeció, la cual llegaba á la divinidad, y por eso era infinita? Porque, aunque ella no es pasible, pero cuanto fué de parte de los que le deshonraban, era infinita; y si juntamos con esto el haberla puesto el Señor á vista de la mayor honra que á nadie se hizo en el mundo, cual fué la entrada del dia de Ramos, sube la deshonra, bajando la opinion con los que poco después le vieron tan humillado y despreciado; como cuando á un sacerdote le visten, para degradarle, vestimentos de brocado, y desnudándole poco á poco, le dejan en jaqueta como á un pícaro; y cuando prenden á un perlado ó grande y afamado predicador, y hacen justicia dél, tanto crece mas la infamia cuanto era antes mayor la fama y estimacion; como en el libro primero de los *Macabeos* en aquella destruicion que cuenta de Jerusalen, dice que cuanto mayor habia sido la gloria del templo, tanto se multiplicó la ignominia y deshonra; pero aun del mesmo Señor en esta coyuntura lo dijo mas claro Esaías con estas palabras: Levantarse ha mi siervo, y será ensalzado y sublimado; y así como muchos de ver tu grandeza quedarán pasmados, así será su vista deshonrada. Y aun en lo de los *Macabeos* parece que da á entender, que era mayor la deshonra puesta junto á la gloria, que no fuera si pareciera sola, porque dice que se multiplicó la ignominia; porque así entiende el bienaventurado san Crisóstomo á san Pablo cuando dice á los corintos: Como van creciendo las pasiones de Cristo en nosotros, así por el mesmo Cristo abunda nuestra consolacion, que entiende que crece en mayor proporcion. Y así parece en el mundo, que como los hombres son mas amigos de pensar y decir mal que bien, nunca llega la fama de un hombre ni se extiende tanto en el bien cuanto en el mal, que es la deshonra. De donde nació el refran castellano: El bien suena y el mal vuela; lo cual aun parece en la honra y deshonra del mesmo Señor, que la fama no se derramó en mucha tierra, porque ella era casi á solas para derramarse, y el mesmo Señor muchas veces lo estorbaba, mandando á los demonios que callasen sus milagros, y á los enfermos la salud que recibian; pero el mal que le impusieron, muy presto se vió la tierra llena dél, con testigos que decian ser de vista y otros que lo fueron de su deshonrada muerte, poniendo los judíos diligencia increible para que su deshonra y las falsedades que le impusieron, se publicasen por todo el mundo, sacando de duda á cuantos lo oian; por lo cual fué hecho el Redentor infamia del mundo, locura á los gentiles, que luego despareció, y escándalo á los judíos; por lo cual, donde quiera que estaban, hicieron á Dios grandes gracias y ofrecieron sacrificios por haber qui-

tado de entre ellos aquel que tenian por escándalo, con tanta vitoria y con muerte tan deshonrada, que en oyéndola entendiesen todos quién habia sido aquel Jesú Nazareno; lo cual fué una de las graves penas que Jesucristo nuestro Redentor padeció, el mal nombre que habia de quedar de su persona y dotrina por el mundo. Porque, si se dolia tanto el rey David del gozo que las provincias comarcanas á su reino habian de recebir de la muerte de Saul, ¿cuánto mas se podria doler Cristo en la cruz, conociendo el gozo que habian de recebir de su deshonrada muerte todos los judíos que estaban derramados por el mundo? Y tanto suele ser mayor este sentimiento, cuanto menos son los que quedan que sepan la virtud ó inocencia del disfamado; y Cristo solo tuvo á su bendita Madre y á cuál ó cuál que de su santa vida quedasen informados sin falsedad, quedando tanto de los demás, de los cuales muchos habian luego de volver á sus tierras, que habian solo venido á la fiesta de la Pascua.

Y no parezca esta infamia que Cristo padeció de los menores vituperios, porque fué el mayor que en esta vida recibió; lo cual parece porque todos los demás desde á tres dias se remediaron, y este solo fué el mas dificultoso de remediar. En tanto, que cuantas cosas obró y agora obra Cristo después de resucitado, cuantos milagros, maravillas y cosas nuevas se hacen, todas tienen este fin, y no el menos principal, que es quitar la infamia del santo nombre de Jesucristo; y por solo este fué permitido á los apóstoles bautizar al principío en su nombre, por forma, aunque les habia sido mandado bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y para esto fué elegido san Pablo, para que llevase el nombre de Jesucristo á los gentiles y á los hijos de Israel. Para esto se repartieron los apóstoles por todo el mundo, para que el nombre de Jesucristo, que por todo él estaba disfamado, tornase á cobrar su fama, y apenas todos ellos pudieron quitarle la infamia que los judíos le habian causado, ni creo que se ha de acabar de quitar hasta los tiempos del juicio final, cuando el mesmo Señor y su cruz aparecerán gloriosos y con poderes de tomar de sus enemigos y disfamadores entera venganza.

Y porque aquí se diga todo lo que toca á la deshonra, ¿qué mayor puede ser de un hombre de la autoridad y opinion del Señor, que fuese llevado por aquellas calles de tribunales en tribunales, y al cabo salir sentenciado á muerte de cruz? ¿Qué dijéramos de un hombre cuya causa fuera acusada por los religiosos, y vista por ambos tribunales, eclesiástico y seglar, con asesoría de la Inquisicion y de la Audiencia real, y vista por los ojos del mesmo Rey, con pareceres de muchos frailes y letrados? ¿Quién dijera que iba aquel proceso mal sustanciado y sentenciado? Pues desa manera salió Cristo al monte Calvario, acusado por los religiosos de aquel tiempo, que eran los fariseos; relajado ante Pilato por los pontífices y príncipes de los sacerdotes, remitido al rey Heródes, y pedida su muerte á voces de todo el pueblo; sentenciado á morir en la cruz afrentosamente entre dos famosos ladrones, y trocado por otro mas famoso ladron y homicida; sabiendo él, como sabia, que habia sido entregado de su mesmo dicípulo y la calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos y la mesma codicia de su muerte asentada por juez en el tribunal; la forma del juicio tan apresurada, el color de religion donde era todo impiedad y blasfemia contra Dios, el aborrecimiento de Dios disimulado con apariencias falsas de su honra y amor; ¿qué piensas que sentiria él, que tal sabia y tal padecia?

Tras esto, ¿qué pena le seria aquella noche en la cena despedirse de sus dicípulos, que tanto queria y habia traido en su compañía? Qué, demás que su tristeza de cada uno dellos era un clavo que le atravesaba el corazon, por haberlos de dejar aquel poco de tiempo solos y desconsolados; pero con su ignorancia sentirian haber dejado sus hacendillas, negado á sus padres, rompido con sus deudos y conocidos, por andarse tres años tras un hombre que al cabo venia á morir tan deshonrado y á dejarlos descarriados, silbados y mofados en el pueblo y en el mundo, herederos de tanta ignominia como de su muerte les habia de quedar, con gran desconsuelo y soledad.

Pues lo que en el huerto padeció después desta cena, ¿cómo se podrá contar, pues excede en parte á lo que padeció en el monte? Porque á cada paso parece que ponia el pié en un clavo, ó por mejor decir, el corazon, pensando cuán apriesa se le acercaba tan cruel y deshonrada prision. Y llegado al huerto, escogió tres de sus dicípulos para su compañía, de que se vió necesitado, y estos le faltaron por el sueño. Derribado en oracion delante del Padre, pidiendo que pasase dél aquel cáliz, dejó su alma desamparada, y ofrecióle juntos todos los tormentos, afrentas y dolores que otro dia habia de padecer, que fué uno de los mayores, ó el mayor que tuvo en todo el siguiente dia; porque de solo el pensamiento de la muerte otros suelen desmayarse. Tal hubo que la noche antes en nuestros tiempos, estando sentenciado á muerte, de solo el pensamiento encaneció, no siendo la muerte cierta, pues al fin no murió de aquella vez; ¿qué seria teniendo el Redentor la suya tan certísima cuanto era su ciencia divina y la sentencia del cielo? Y no solo la muerte, pero todos los demás trabajos y dolores que antes della habia otro dia de padecer. Dije que no me parecia mas intolerable aflicion que la del dia siguiente, porque no hay muerte tan amarga ni dolorosa que traiga juntos tantos dolores como él allí padeció, que es una cosa que agrava mucho los trabajos padecerlos juntos, como del santo Job y del pobre Lázaro dijimos en sus lugares. Fuera deso, la misma muerte en sí no fué tan poderosa y fuerte como el pensamiento que Cristo aquí tuvo della; porque la muerte real ni se atrevió ni pudo sacar al Señor sangre de su cuerpo, sino fué mediante los instrumentos de azotes, espinas y clavos, pero aquí sin ninguno dellos le sacó sudor de sangre por todo el cuerpo; lo cual procedió lo uno del desamparo que el sentido del Señor tuvo de todo favor en aquella hora, porque ni rindió al temor que tuvo sus fuerzas para que no pelease con ellas, ni causó en su carne y alma insensibilidad, como pudiera, para no sentir mucho las cosas que tenia en su aprehension; ni se valió de su divinidad, como pudiera, antes hizo que desamparase en aquella hora á su santa humanidad; ni puso los ojos en la gloria de su cuerpo que por allí merecia, que, como atrás

queda dicho, suele dar gran esfuerzo al que padece, apartando su pensamiento destos tormentos que temia, y poniéndolos en la gloria, ó siquiera repartiéndolos, para templar con el uno al de los tormentos. Lo segundo procedió del gran valor y fuerza con que peleó en aquella agonía; el cual llamó afuera los espíritus y la sangre, como acaece algun valiente que quiere probar sus fuerzas en una rara prueba dellas, que suele por los oidos y narices reventar la sangre; pero eso es cosa no rara, como la del verterla por todos los poros del cuerpo con solo el valor del ánima, que peleaba contra el temor de tan increibles dolores que otro dia esperaba.

Y pues tratamos de los trabajos en que siempre Jesucristo vivió, y este parece encerrarlos todos juntos con tanta fuerza, es bien notar que esta aprehension que el Señor en el huerto tuvo de todos ellos juntos, no la tuvo solamente en el huerto de Getsemaní, ni una vez sola, sino todos los dias de su vida, desde la hora que en el vientre de su madre fué concebido; desde el cual comenzó á decir aquel verso del salmo: Aparejado está, Señor, mi corazon, aparejado está mi corazon; lo cual repite dos veces porque se entienda cuán aparejado estaba: Aparejado estoy en el cuerpo, aparejado estoy en el alma, aparejado con la razon, aparejado con los sentidos, aparejado para oir, y aparejado para obedecer; aparejado en mí, que soy cabeza, y aparejado en mis miembros, que se llegaron á mí, que tambien sentia este por gran trabajo. Para entender esto es necesario advertir que desde aquel primero instante que fué concebido el Señor fué tan perfecto hombre como agora; y en siéndolo, le fué revelada la perdicion del mundo, los males y pecados, el destierro de los justos del paraíso, y la necesidad que para el remedio destos males habia de su persona, por ser de infinita justicia y limpieza, y juntamente la grandeza y causa de los tormentos, para que se viese si podiá ó queria ponerse á tanto riesgo y trabajo por la gloria del Padre y el provecho y remedio de los hombres. A lo cual él respondió desde aquel punto por toda su vida con aquel verso: Aparejado está, Señor, mi corazon. Y de aquí se entiende el verso de san Agustin en el cántico: *Tu ad liberandum, etc., non horruisti virginis uterum*, porque allí se le representó la pasion. Y de aquí es que, así por su perfecto conocimiento y memoria como por la voluntad con que los aceptó y habia de padecer, tenia siempre sus penas, trabajos y persecuciones de enemigos delante de los ojos, como él dice en un salmo: Porque yo estoy presto y aparejado para los azotes, y mi dolor está siempre delante de mí. Y dice del dolor de los azotes, por el mayor y mas afrentoso y donde los judíos cargaron mas la mano, encomendándolo á los sayones mas inhumanos y groseros. Y nota lo que dice luego, que su dolor es de todos los dolores hecho uno, el cual estaba, no una vez, sino siempre, delante de su alma. Pues considera tú agora aquel corazon pequeñito recien criado, que apenas tenia ser, y ya estaba bañado de tristezas tales, que á veces da mayor tormento el esperar una adversidad que el padecerla. De aquí se entiende cómo toda la vida del Salvador fué como el dia de su pasion, pues siempre la tenia delante de los ojos, con todos los demás trabajos y tormentos que en la vida padeció. Muchas veces acontece que estamos reconciliados con el que nos hizo una injuria y hechas las amistades, y cuando le vemos, naturalmente nos apartamos y huimos, porque el corazon huye del que le ofendió. Aquí verás la mansedumbre del Redentor, que, siendo todo su trato con sus enemigos, cuyos pechos él conocia ser dañados y deseosos de le beber la sangre, no huía, antes los enseñaba, curaba y predicaba; pero no es posible que, viendo el daño y traicion que le trataban, no tuviese alguna tristeza natural; pero á lo menos todas las veces que se acordase de las cosas que se la habian de dar después, la habia de tener mayor, y él mesmo se las acordaria, por el deseo que tenia de nuestra salud.

Este tan grave y tan porfiado dolor que en lo interior el Señor padecia, tiene á los que profundamente lo contemplan espantados cómo por momentos no le quitaba la vida sin tiempo, siendo tantos y tan contrarios los torbellinos del dolor y tan altas las ondas de la tristeza en tan revuelto mar; cómo podia comer bocado que bien le supiese; qué sueño podian tomar ojos que tanta razon tenian para llorar; cómo no abrasaba tan gran cuidado su corazon; cómo no turbaba el juicio tan crecida turbacion; cómo tanta variedad de pensamientos de tristeza le dejaban entender en otra cosa; cómo no le venia siempre á la boca cosa que tanto tenia en el corazon; cómo pudo vivir tanto, pues dice el Sabio que, así como la polilla gasta la ropa y el gusano carcome la madera, así la tristeza daña al corazon y los grandes cuidados acortan los dias. Y en otra parte dice que á muchos mató la tristeza; porque como la experiencia enseña, las fuerzas del alma superiores, y las inferiores, las interiores y exteriores son entre sí tan hermanadas, que se comunican todo lo que sienten, y las unas dan parte á las otras; vemos que si el corazon tiene algun pensamiento de gozo, luego nos mostramos alegres en el rostro y fácilmente reimos; si pensamos alguna cosa de temor y espanto, súbitamente se nos erizan los cabellos y habemos miedo; si alguna cosa triste, ó lloramos ó mostramos el rostro escuro. De suerte que cualquier mudanza ó alteracion que hay en lo interior se muestra luego en lo exterior, por la gran vecindad y amistad que el cuerpo y alma se tienen. Y de aquí es que tanta tristeza se podria causar en una persona que muriese della; y pues en ninguno de los hombres se ha hallado tanta como en Cristo, él habia de vivir y sosegar menos que todos los hombres.

A esto se responde que, así como en cada uno de sus trabajos por sí fué necesario valerse de la divinidad ó de otros remedios para no morir, tales eran y tan rigurosos y intolerables, como en el siguiente párrafo se dirá; de manera que sin milagro ninguno otro viviera ni saliera vivo de sus manos; así que, la divinidad lo que allí obraba no era no sentirlos, sino que el excesivo dolor y sentimiento no acabase la vida en ninguno dellos fué necesario usar deste remedio, mas que en el trabajo y tormento de que agora hablamos. Esto dice el Señor en un salmo: Si no fuera porque el Señor era mi favorecedor, poco menos estuviera ya en la sepultura; pero no habia resbalado tantico, cuando me daba la mano tu misericordia; y así, en todos los dolores sentia tu consolacion tan grande cuanto lo eran ellos. Verdad

es que no mostraba defuera tanto dolor cuanto dentro tenia tristeza en el alma, cuya figura eran las ventanas del templo, que á la parte de dentro eran mas rasgadas y mayores. Esto era providencia del Padre, y él lo obraba en sí y lo consentia porque no muriese sin tiempo, y antes de poner en obra puntualmente todo á lo que vino del cielo; pero ya que se llegaba el tiempo del padecer, escondió los consuelos y los efectos acostumbrados de la divinidad, y dejó á su humanidad santísima desamparada dellos, peleando con mas trabajo, contra lo cual despertó y azoró los trabajos de su muerte y pasion, que tan cercanos estaban, y el temor dellos para que en esta hora peleasen con ellos y gustase de espacio á qué sabia la muerte y los ministros que consigo trae, que son los dolores, como haciendo vigilia ó ensayo de todos ellos.

Tras esto, las desacatadas manos de los que vinieron á prenderle, la priesa de la ejecucion de lo que poco antes habia aprehendido, el haber de acudir á la libertad de los dicípulos, la traicion del uno dellos, la priesa de los tribunales, la negacion de san Pedro, aquella noche tan larga gastada en atormentarle, la crueldad y multitud de los azotes, las burlas y mofas cuando le visten, ora de andrajos de púrpura, como á rey de burla, ora de blanco, como á loco, cuando le escupen; de lo cual dice un doctor que el paño que en los ojos le ponian en achaque de jugar con él á adevina quién te dió, no era sino porque el rostro suyo era tan grave y venerable, que no tenian brazos para hacerle mal, y con todo eso, le escupian en él. ¿Qué diré de cuál le paró Pilato para sacar alguna compasion de aquella dura canalla? Qué de las buenas esperanzas que apenas nacian cuando se secaban? Que es uno de los grandes dolores que se pueden decir de un hombre desdichado, cuyas cuitas él quiso tambien padecer; porque, así como la deshonra deciamos que sale mas puesta á par de la honra, como todas las colores y otras cosas á par de sus contrarías, así el temor se dobla puesto junto á una esperanza, que presto se marchita, aunque en naciendo estaba verde. ¿Qué tuvo destas el Redentor? Lo primero, cuando temiendo Pilato su condenacion por haber oido que era Hijo de Dios, y se encerró á tratar con el Señor deste punto, en que resplandecia una luz y cierta esperanza de libertad y salud, y cuando remitió el conocimiento de la causa Pilato á Heródes, que por oidas tenia divino concepto de Cristo, ¿quién no esperara breve y favorable conclusion? Pues cuando puso Pilato la libertad de Cristo en manos y eleccion de aquel pueblo, á quien con tantas y tan piadosas obras tenia Cristo obligado; cuando les dió poder que librasen al homicida que quitaba la vida á los hombres, ó al que se la daba tan maravillosamente á los muertos; cuando avisó su mujer al juez de lo que en vision habia visto, y le amonestó que no condenase á aquel justo, ¿qué fué todo esto sino llegar el negocio á las puertas del buen suceso? Pues este subir de esperanzas y bajar tan súbitamente á temores, este tener casi asida la libertad y buen suceso de negocio tan peligroso y despintarse de improviso, ¿qué cosa hay mas triste ni amarga? Pues no quiso el Señor privarse deste trabajo de andar entre esperanzas y temores con tan repentinos sobresaltos, aunque para quien tan bien sabia en lo que habia de parar, y los medios, ninguno puede decirse sobresalto, ni podia tenerle sino es por su voluntad y eleccion; pero destas súbitas mudanzas solo tomó lo que era penoso, por no pasar sin toda pena. Pero pues este párrafo no ha sido posible acortarle, bien será al menos cortarle.

§. III.

De lo que el Señor padeció desde la sentencia hasta la ejecucion de su muerte.

El presidente Pilato, después de hechas las diligencias, á su parecer todas, lavadas sus manos de la muerte del Señor, al fin vino á pronunciar sentencia de muerte contra él, entregándole, para ser crucificado, á sus enemigos; la cual oida, levantó aquel ingrato y ciego pueblo grandes voces y gritos de placer. Tenian á punto ya la cruz, la cual luego le cargaron sobre sus hombros; cosa la mas inhumana y cruel que el mundo jamás usó, pues no hay condenado tan triste y desfavorecido á quien la natural piedad no esconda los instrumentos de su muerte y procure hacerla cuanto puede mas fácil y tolerable. Aquí le cargan la cruz para que desde luego la sienta; y si el sentimiento era grande, no es de espantar, pues el apóstol san Pablo dice que trae allí cosidos los pecados del mundo, que pesan tanto, que ni el cielo ni la tierra ni el agua pudieron sufrir su peso. Lo primero en los ángeles que cayeron, lo segundo en el caso de Coré y Dátan, lo tercero en Jonás cuando se hundió en la mar por la inobediencia; y así, no es maravilla que el Redentor fuese con ella arrodillando, con sus hombros flacosdel mal tratamiento de la noche y su delicada complexion, á lo cual se añadió la maldicion en que caia por la ley, no solo el que en ella moria, pero el que á ella tocaba; por lo cual con tanto cuidado advierte el Evangelista que Simon Cireneo, que le fué dado al Señor por ayuda para llevar la cruz (porque toda tardanza les parecia larga hasta verle puesto en ella), era padre de Alejandro y de Rufo, para que se entendiese que era gentil de nacion, porque ningun judío osaba llegar á ella. Íbase el Señor por aquel amargo camino, crucificándose en la cruz que llevaba; no preguntaba, como Isaac, dónde estaba el sacrificio para aquella leña, porque él sabia que no habia otro sino él. Llegados al Calvario, mándanle desnudar con mucha priesa, para mas no se vestir. El Señor lo hizo como sus fuerzas podian, que eran pocas, por tener lastimados y enconados todos los nervios y coyunturas, y así, no podia como queria mandar los brazos; y pensando los ministros de su muerte que se desnudaba de mala gana, como los otros condenados suelen, echan mano de sus vestiduras con fuerza rabiosa, y consiéntese desnudar de grado por vestir la desnudez de los pecadores y de los primeros padres, acordándose de aquellas primeras vestiduras de pieles del paraíso terrenal, que significaban este despejo; porque, no solo fué desnudo, sino desollado este Cordero de Dios, por haber salido con las vestiduras la carne y cuero que los azotes habian levantado, y manaba la sangre que con las vestiduras habia sido detenida; así que no suda ya sangre, como en el huerto, sino hilos de sangre manan de las fuentes del Salvador.

Tras esto, como la muerte se le iba á mas andar acercando, sus ministros, que eran los tormentos, se iban mas incrueleciendo; porque, como aquella pasion era paga en recompensa de la que en el infierno habia el pecador de padecer, pareciásele en que todos los sentidos del Redentor fueron allí atormentados. La vista lo fué, porque ninguna cosa miraba que no le causase pena y tormento: si miraba delante de sí, veia los clavos, martillo, los cordeles y otros instrumentos con que luego habia de ser crucificado; si miraba atrás, veia á su madre lastimadísima de sus tormentos, y á las mujeres que le lloraban con gran desconsuelo; si miraba al un lado, veia á los sayones; si al otro, los ladrones; si miraba á lo alto, veia una cruz levantada, donde habia de ser luego puesto; si recogia á su pecho la vista por no ver estas cosas, veia su desnudez, que para una persona grave es áspera y vergonzosa, no por sus pecados, sino por los nuestros. El olfacto recebia pena del mal olor del estiércol y de la carne podrida de los cuerpos muertos de los que allí eran ajusticiados; los oidos la recebian de la vocería de la gente: unos daban gritos de compasion, otros de mofa, y otrosí, de las blasfemias que contra él y contra el Padre eterno se decian. El gusto era atormentado de grandísima sed, que los tormentos y la mala noche, el polvo, el sudor y cansancio del camino habian causado, y mucho mas con el remedio della, que fué la hiel y vinagre. El sentido del tacto, demás de las heridas y azotes con que fué por mil partes rasgado, fué allí atormentado al tiempo que le quitaron la ropa, que con el calor y sudor venia pegada á los azotes, y cuando le quitaron la corona para desnudarle, y luego se la volvieron á poner, que aunque siempre, desde que se la pusieron al principio, iba continuando el dolor que causaba, pero allí se renovó, y con tanta mas crueldad, cuanto tenia ya enconados los agujeros de las espinas, y por hacerse en la carne enconada otros nuevos al tornársela á poner, pues no acertaron ni estudiaron de ponerla como venia; y no hay duda sino que estos fueron gravísimos dolores, así por haberse puesto las llagas mas dolorosas al tirar de la ropa pegada (por lo cual los zurujanos suelen con gran tiento despegar de las heridas y llagas que han de curar los pañitos y las hilas, por no causar dolor al herido), como tambien porque el viento que en el monte corria, por poco que fuese, habia de enconar con mas dolor cada una de aquellas llagas.

Pues la inhumanidad con que fué puesto en la cruz, donde le mandan los ministros de maldad tender para ver cómo le viene la nueva ropa de dolores que en aquel tablero le quieren cortar. El manso Cordero, como si le pidieran alguna de las mercedes acostumbradas, se echa de espaldas en la cruz, echando á ellas todas las injurias pasadas y presentes, abre los ojos y ofrécese á su Padre; hacen ellos señales donde se dén los barrenos, y pensando que el Salvador se encogia adrede, porque la cruz era grande y quedaba mucho vacío y sobrado, barrenaron con mayor distancia, con intencion que diesen de sí los niervos de Cristo encogidos, y echando mano á uno de los clavos, asiéntanlo sobre la mano izquierda del Señor, porque está mas cercana del corazon y siente mas pena; y como acudiesen allí todos los niervos y sangre por los golpes crueles que con el grueso clavo abrian la mano (aunque detenida dél, no corria sangre, que después corrió en abundancia), quedó el otro lado como amortecido. Viendo los ministros del infierno que el cuerpo se habia encogido mucho, temieron no se desgarrase la mano al tiempo de alzar al otro barreno, por esto inventaron una diligencia, que fué atarle el brazo fuertemente por la muñeca á la cruz, con ciertas vueltas de recio cordel, porque de la otra parte pudiesen tirar á su placer sobre seguro; y porque el sayon que habia de tirar del otro brazo diese lugar al que habia de hincar el clavo en la mano derecha, ató otro cordel junto con aquella mano, tirando con toda su fuerza; sonó el descoyuntamiento de los huesos, y extendidos los niervos de ambos brazos, hicieron cumplidamente llegar la mano al barreno distante, y sirviéronse de la primera industria, atando la muñeca á la cruz, porque al atar de los piés no desgarrase alguna de las manos, porque tampoco ellos llegaban al lugar señalado. Alzando la cruz, se renovaron los gritos de aquella gente, y dejando caer la cruz en el agujero que habian cavado en una peña, dando un grande golpe, lloraban amargamente los devotos, gritaban los incrédulos, y la Madre, que tan martillado tenia el corazon, se postró en tierra cuando vió á su Hijo levantado en el aire; entonces, para que mas presto clavasen los piés, y para eso tirasen dellos, átanlos con otro recio cordel, concertándolos primero cómo habian de ser enclavados, y colgándose dellos el verdugo, que tiraba, asientan otro clavo mas recio, que para ellos tenian guardado: desta manera fué estirado el santo Cordero en el asador de la cruz, que, aunque sus huesos no fueron quebrados, pero fueron tan desgobernados, que no solo fueron contados, como él dice en un salmo, mas aun desparcidos, como se dice en otro.

Entre tanto procuran poner el título para deshonrarle, y quitan los cordeles de las muñecas porque ya no colgase el cuerpo dellas, sino de los clavos, que dolian mucho mas; y desta manera quedaron estiradas las cuerdas, que son los miembros del Señor, en aquella verdadera arpa, que es la cruz. ¡Oh Señor mio! Peor os veo y mas doloroso que si fuéredes despedazado; porque cuando despedazan á uno, aunque no muera, la parte cortada no duele ya; mas en tí, Señor, ninguna parte hay que no duela, ni queda ninguna junta con otra ni sin dolor inmenso; no quisiste, Señor, ni aun este consuelo; todos tus miembros te quedan juntos y con dolor, significándonos que todos nosotros, que somos tus miembros juntos, te dimos tormento en la cruz, y que todos debriamos de dolernos contigo en ella, como miembros tuyos. Y no se acabó aquí el dolor ni su crecimiento, porque se le dieron muy grandes los golpes que en las cuñas daban los ministros, porque la gente no derribase la cruz, los cuales eran renuevos de los que recibió cuando le crucificaban. Estas diligencias, industrias y invenciones para atormentar al Señor no son invenciones ni imaginaciones mias, sino sacadas de los doctores que la pasion y dolores del Señor traen continuamente en la consideracion; y aunque no estén tan en particular en la historia del Evangelio, muchas han recebido por revelacion muchas personas

santas y devotas, y cuando no, de la rabiosa envidia de los fariseos y de otras cosas que el Evangelio dice, donde se declara su inhumanidad, se coligen en buena razon; porque, así como entre cristianos y aun entre gentiles no hay gente tan bárbara que no se duela de ver atormentar á uno, aunque segun leyes humanas lo tenga merecido, y así suelen rogar y aun pagar á los ministros de la justicia para que con suavidad ó sin rigor ni mal tratamiento la ejecuten; así se puede creer de aquella gente tan indigna y rabiosa contra el Redentor, que, demás de la inhumanidad que los ministros de la muerte del Señor tenian, les rogarian y aun pagarian para que inventasen nuevas invenciones de tormentos con que ellos hartasen la rabiosa hambre de la enemistad que le tenian; y esta licencia de pensar nos dió el Espíritu Santo cuando dijo: Hicieron con él cuantas cosas quisieron, y cierto es que quisieron muchas.

Lo cual tambien se colige de que, aunque muchas personas de todos estados han sido muertos crucificados, pero no se lee que fuesen enclavados. Fuélo el rey de Hay, fuélo Aman, del palacio de Asuero, siete hijos del rey Saul y otros muchos; pero sin clavos, lo cual inventaron para atormentar al Señor, que aun los ladrones no lo padecieron; que aunque el salmo no dice sino que le clavaron las manos, pero evidente es el testimonio de san Juan y de santo Tomás, que dijo que para creer habia de entrar el dedo en los lugares de los clavos; de do se saca cuán gruesos eran, pues por los agujeros que dejaron cupo el dedo grosero del Apóstol; lo cual da á entender el tormento grande que al Señor aparejaron, como es el de la cruz y clavos, porque es muerte prolija que se tiene por gran tormento, no como cuando ahorcan ó degüellan, que se estudia á ruego del mesmo condenado que se abrevie; lo cual cuenta Job entre la buena fortuna de los malos que viven en esta vida prosperados, diciendo que después de haber pasado sus dias no padecen en el morir, porque mueren en un punto; pero la muerte de cruz es prolija, donde viven siempre los dolores en las partes mas sensibles del cuerpo, que son piés y manos, llenos de niervos y venas, que son los órganos del mesmo sentido del tacto que allí se atormenta; demás deso, los dolores crecen cada credo mas con el peso del cuerpo, que siempre carga hácia bajo, y así está siempre desgarrando y ensanchando las heridas y acrecentando continuamente el dolor, y de ahí vino á ser el martirio tan fuerte, que solo de la grandeza del dolor, sin otra llaga mortal, se vino á arrancar aquella santa ánima del cuerpo. Así que, donde tan nueva invencion hubo, allende de la corona de espinas, de que no hallo memoria en las historias, y de otras que para tormento del Señor usaron, no es encarecimiento ni imaginacion lo que los doctores dicen que usaron con él.

Puesto pues el Señor en alto con tantos dolores, le sobrevino otro, no de los menores, que fué tener al pié de la cruz á su santa Madre tan dolorosa y desconsolada. En el discurso pasado preguntamos por qué habia el Señor consentido que su Madre se hallase presente á sus dolores y afrentas, y respondimos con una razon de san Agustin á ella; agora respondemos con otra del mismo, y es, porque quiso el Redentor que la redencion de los hombres fuese tan copiosa, que no quiso dejar dolor que no gustase por los hombres; y así, no quiso partir del mundo sin este dolor; el cual cuán grande haya sido, entenderlo ha quien considerare cómo por momentos iba creciendo en el Hijo y en la Madre; porque al Hijo, allende de sus dolores, se le allegaba el que tenia de ver el de la Madre, y á la Madre se le añadia el que el Hijo tenia de verla á ella dolorosa. Luego al Hijo se le doblaba por ver á la Madre, no solo desconsolada por verle tan llagado en el cuerpo, pero por pensar la llaga de su alma, de verla á ella llagada de pensar que su pena acrecentaba la del Hijo, y así se iban multiplicando los dolores en el uno y en el otro: así como si uno se está mirando en un espejo, si tiene otro espejo en el pecho enfrente del otro, allí se representa la figura del primero con la del que se está mirando, y en el primero se torna á representar el del pecho con la representacion del primero que está en las manos, que tiene del segundo y su figura, y así se van las figuras y espejos multiplicando; así eran aquí el Hijo y la Madre con la multiplicacion de sus dolores. Solo en una cosa hay diferencia, que los espejos envian sus especies cada vez mas flacas, y vienen á tanta flaqueza, que apenas pueden percebirse, y aun la imaginacion nuestra cerca de los espejos y de la reflexion de los dolores del Señor y de su madre se va tambien enflaqueciendo, de suerte que á pocos lances no alcanza su conocimiento distinto; pero los dolores destas dos lumbreras antes iban cada vez tanto mas creciendo, cuanto se iban mas multiplicando; y así, no hay poder recoger ni apear que tanto fuese este dolor, sino dejallo al que lo padeció, y contentarnos con solo entender que corre mas que nuestra corta imaginacion.

En medio destos dolores se le ofreció al Señor una ocasion para no sentir ninguno, que tuviera otro por dichosísima á tal tiempo, y fué una piedad que usaba la justicia entonces con los ajusticiados; que era darle una cierta bebida de cierto vino, conficionado con mirra y encienso, que tiene virtud de adormecer el sentido y como embotarle para que no se sienta el dolor; pero el Señor, aunque lo gustó por no carecer de aquella amargura, pero dice el santo texto que no lo quiso beber; y así, como desafiando al dolor y desechando de sí todo aquello con que pudiera defenderse en aquel desafío, esperó la muerte, y así comenzó, después de sus dolores, á sentir los frios tristísimos de la muerte; y diciendo que todo era ya cumplido y acabado, bajando la cabeza, sintió á la mesma muerte y espiró. Este es, cristiano, el paso donde no puede tu alma sin grande y vergonzosa nota dejar de sentir los intensos trabajos de tu Dios y Señor, y llorar tus pecados que los causaron, y agradecer el inmenso beneficio que de allí te resultó, y admirarte de la gran misericordia y piedad que Dios usó contigo en padecer tantos dolores y muerte tan á solas por tí tantos años antes que nacieses y pecases, y juntamente de la ceguedad y ingratitud de aquella gente, de que, sin tener sentido ni conocimiento, se alteraron las criaturas en aquella hora. El velo del templo se abrió, como diciendo que el arca del Señor, que antes solia salir á las batallas, si pudiera, saliera á

favorecer al desamparado, y para que Dios todopoderoso desde su silla viese lo que pasaba; el sol se escureció, alludiendo á lo que en tiempo de Josué se detuvo, porque no se cumpliese la vitoria del demonio contra el Señor; la tierra tembló, no pudiendo sufrir tan grande agravio, y temblando, mostró que sufria contra su voluntad tanto mal, y no pudo hacer mas de sacudirse de lo tener en sí colgado; las piedras se herian, para mostrar que los corazones empedernidos son los que merecen ser heridos, y no el Señor justo; los monumentos se abrieron para que á los muertos no fuese escondido este negocio, y ellos, como nuevos jueces, se levantaron á ver cosa tan extraña.

§. IV.

De cuán graves fueron los trabajos y dolores del Redentor.

Porque la caridad de Jesucristo vence tanto nuestra tibieza, que se cansa la lengua de decir y la pluma de escrebir y el lector de leer lo que Cristo nunca se cansó de padecer; dejando la parte de sus trabajos por decir que tocan el alma sola, aunque en parte quedan dichos cuando se trataba de los del cuerpo, y quedaba por decir de la pena que le daban los pecados del mundo por el celo que tenia de la honra de su Padre, pues solo uno bastaria á darle mayor tormento que los corporales, ¿cuánto mas los de todo el mundo? Lo segundo, la condenacion y ingratitud de muchos hombres que habian de despreciar su sangre, y el castigo que sabia que presto habia de enviar Dios sobre aquel pueblo presente que tanto estrago habia de hacer en él; solo emplearémos este párrafo en advertir la gravedad destas pasiones dichas y las que no se dicen, aunque ellas sean tan graves en sí, que no tiene necesidad de ser advertida otra ninguna. Lo primero se ha de tratar de lo que en el libro cuarto remitimos para este lugar, que san Juan Crisóstomo, aunque con recelo de nota de atrevimiento, decia sobre la carta que escribió á los de Corinto san Pablo, que los apóstoles habian padecido mas que Cristo, cuyas palabras entonces referimos por entero, y agora, por ser muchas, no se tornan á referir; que, aunque se puede entender haber entendido este santo doctor de las muchas maneras de trabajos y invenciones de nuevos tormentos y la prolijidad de sus prisiones y martirios; pero el recato con que lo dice y el recelo que le noten de atrevido, me hace pensar que entendió mas advertidamente, mayormente que parece querer ese los lugares del Evangelio que allí trae. Pero, sea ó no sea, guardando el rostro á las letras y santidad deste santo, me atrevo yo á decir que no le faltó razon de recelarse de alguna demasía ó atrevimiento; porque, aunque, como digo, en lo que toca al tiempo de sus trabajos fué mas largo, pues el de Cristo, contando desde la oracion del huerto, no duró cabales veinte y cuatro horas, como muchos mártires padeciesen muchos meses y aun años; pero lo que el Señor en estas pocas horas padeció, y las que en su vida y cada una por sí, fué muy aventajado en rigor á todo lo que ellos padecieron.

Lo primero, se ve claro que eran tan rigurosos los trabajos y dolores de Cristo, que ninguno otro pudiera vivir con ellos sin milagro que le conservase la vida, lo cual de ninguno se dice ni lee fuera dél; porque, aunque habia en sus martirios milagros que apagaban el fuego, que abrian la mar, quebraban las cadenas, abrian las cárceles y desbarataban los potros de los tormentos; pero, quedando estas cosas en su fuerza y virtud, no leemos que quedasen con vida, y así con ella se acababan; pero en Cristo, con ser los tormentos de tanta fuerza, sin quitársela ni aflojársela, quedaba el Señor con la vida para padecerlos. Ejemplo sea la hambre del desierto y el ayuno, pues no hay quien sin milagro pueda pasar cuarenta dias sin comer; pues la aprehension del huerto bien pudiera matar á otro, pues le sacó al Señor la sangre por los poros; los azotes, tantos y tan crueles, pues la ley se temia de la muerte del azotado con cuarenta azotes, ¿qué vida quedara con cinco mil? Pues los tormentos de la cruz, de quien dice Esaías que le vió como un leproso, llagado de piés á cabeza, y humillado y herido de la mano de Dios, como quien dice que parece que no se fió Dios de mano de hombres ni de demonios para herirle, sino que él mesmo, con toda su fuerza, quiso hacer este oficio; y así parece, pues estando así, tenia tan gran fuerza y virtud, que de verle morir con tan recia voz se convirtió el Centurion, diciendo que era verdaderamente Hijo de Dios. Y para mayor declaracion de lo que este discurso pretende, es de notar lo que la *Sabiduría* dice de Dios, que todas las cosas hizo en su cuenta y medida, y con hallarse esta razon, peso y medida en todas las cosas criadas, sola la pasion y tormentos de su Hijo se quedó fuera. Parecerále á alguno que, siendo el cuerpo de Cristo tan pequeño, que, segun se dice, no excedia de ocho palmos, no podian ser sin medida los dolores de azotes y otros tormentos; pero el mesmo Señor que los padeció puede decir al que tal pensare lo que otro tiempo dijo á Abraham: Cuenta si puedes las estrellas del cielo; que aquí son las llagas y dolores del cuerpo de Cristo. Y es porque, aunque cabian en el cuerpo pocos azotes, eran tan repetidas y apeñuscadas las llagas, que cada vez que llegaba el azote señalaba nueva estrella sobre las que estaban, mudando la primera figura, como él dice en un salmo: Añadieron sobre el dolor de mis llagas; y no dice cuánto añadieron, porque carece de número, y todas juntas carecen mucho mas dél. Tambien carecen de peso, segun aquello de Job: Ojalá se pusiesen en balanza los pecados por que padezco y los dolores y calamidad que padezco, que sin comparacion seria mucho mas el dolor que los pecados; porque, aunque ellos son innumerables, convenia que lo que redimia excediese á lo redemido. Y así como en otro salmo dice que le rodearon males sin cuento, así pudo decir sin peso ni medida.

La segunda causa desta gravedad es la delicadísima complexion del Hijo de Dios; porque, como fué aquel cuerpo santo formado de la sangre purísima y virginal de nuestra Señora y milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y todas las cosas que nacen por milagro son mas primas y perfectas, como san Juan Crisóstomo dice, que no las que por naturaleza, síguese que aquel cuerpo era mas delicado y mas bien acomplexionado que los otros; así que, por ser de materia tan delicada, por ser concebido por milagro, tiene ser mas delicado, y por el consiguiente, mas sensible, como san Buena-

ventura dice; así que, por esta parte tambien era mayor su tormento que el de los apóstoles y mártires.

Lo otro que los tormentos del Señor hace mas graves y dolorosos es aquel desamparo que tuvo, no solo en el huerto, sino en la cruz, donde fué su santa ánima desamparada para padecer sin ningun género de consuelo al tiempo que dió sus quejas á al Padre, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Porque, por satisfacer á la divina justicia y mostrar el amor con que padecia, cerró las puertas por todas partes á todo género de alivio y consolacion, así del cielo como de la tierra, en que fué desamparado, no solo de sus amigos y dicípulos, sino tambien de su propio Padre. Y desta generalidad decia en otro salmo: Soy hecho como hombre sin favor y ayuda, siendo yo solo el que entre los muertos estaba libre del pecado y de merecer muerte ni pena. Esto mesmo dió á entender en otro salmo cuando dice: Atollado estoy en el cieno y no hallo pié sobre que estribar; porque estaba en la cruz y veia cerrados los corredores y ventanas del cielo, sin haber quien se asomase ni quien mostrase un pequeño consuelo. Antiguamente en una afliccion que tuvo Jacob, con que se quedó dormido en el campo, al fin vió entre sueños una escalera que llegaba de la tierra al cielo, y á Dios arrimado á la escalera, parado á una ventana, enviándole ángeles que subian sus deseos y oraciones y bajaban con respuestas y favores; pero agora en este trance del Hijo de Dios no parece ventana en todo el cielo. Dios calla, los ángeles ni bajan ni suben ni se ven, no hay mas de una escalera en este monte, y esta no llega mas que desde la tierra hasta el brazo de la cruz, de donde ni aun un jarro de agua no le envian ni consuelo ninguno, sino befas y blasfemias; en que tambien fué figurado en aquellos dos animales que mandaba Dios ofrecer por los pecados del pueblo, de los cuales el uno era degollado, ofrecido en sacrificio, y el otro desaparecia y era enviado á la soledad, dejando al compañero solo en el tormento. Pues así fué en este celestial sacrificio que Cristo, Dios y hombre, ofreció por los pecadores de todo el mundo: la una de las dos naturalezas era sacrificada y padecia, y la divinidad, que es la otra, desapareció, dejando á la compañera sola en el tormento; porque, aunque cuanto á la union hipostática nunca la desamparó á ella ó á sus partes, pero cuanto al favor y consuelo y alivio de sus trabajos, del todo la desamparó. En esto pues hizo tambien ventaja su pasion á todos cuantos han padecido martirio, porque en medio dél eran todos particularmente favorecidos y consolados: san Estévan tenia delante de los ojos al Hijo de Dios en pié para favorecerle, y otros santos fueron así favorecidos; lo cual se les echaba de ver en el maravilloso valor y esfuerzo con que padecian desmesurados tormentos.

Todo esto se colige de lo que san Pablo dice en otra parte, que aquel que no sabia á qué sabia el pecado fué hecho de Dios pecado por nosotros; lo cual comunmente declaran los doctores, diciendo que fué hecho por nosotros sacrificio por pecados, que ese quiere decir muchas veces *pecado* en la divina Escritura; pero los que mas quieren ponderar este negocio, dejando el vocablo *pecado* en el rigor de su significacion, declaran aquel lugar diciendo que hizo Dios á su Hijo, que nunca habia pecado, una estatua ó imágen de pecado para vengarse dél á su placer. Quiere decir que nunca Dios ha castigado al pecado cuanto merece, porque nunca le ha topado solo para castigarle, sino en el pecador; el cual, como es hechura suya, por no hacer mucho mal al hombre que crió y ama como á criatura suya, no toma entera venganza del pecado cuanta merece; de donde dicen los teólogos que aun hasta en el infierno tiene su jurisdicion la misericordia de Dios, no para que pueda tener fin ni para que ninguna pena de las que merecen segun la ley se les alivie ó perdone, sino que esa ley de tormentos, cuando Dios la hizo, la pudiera hacer mucho mas rigurosa y de mas tormento. Y esto quiere decir el teólogo en decir que castiga Dios menos de lo que merece el pecador; pero si pudiera ser que por sí topara Dios con el pecado, sin misericordia se vengara y á su placer, pues dice agora san Pablo: Ya que no puede Dios hallar al pecado aparte, hizo á su Hijo una como estatua del pecado para vengarse dél; de donde se entiende cuán rigurosa fué la venganza que, mediante la pasion de su Hijo, tomó de tanta multitud de pecados como en el mundo se han hecho y se harán.

Otra razon de la gravedad destos trabajos y tormentos da el bienaventurado san Juan Damasceno, sacada de la inocencia del Señor, con un pensamiento muy hidalgo y digno de su buen ingenio y dotrina, diciendo que á todos los trabajos de Cristo agrava mucho la inocencia con que padeció. Dice pues este santo que si viese todas las penas de los condenados y cada una por sí distintamente, y sus procesos y causas, y por otra parte, sola una penita, la menor, de Cristo inocente, mas le mueve esta sola que todas las otras juntas, á lo cual ayuda lo que dijo el buen ladron (que para esto no alegamos Jerónimos ni Agustinos, sino un salteador alumbrado y convertido) cuando reprehende al compañero, añade: Y nosotros, aun bien, que pagamos lo que merecemos; pero este nuestro compañero es de tener compasion y espanto de su paciencia, porque no ha hecho por qué padecer. Pues si así es, mucho debia de ayudar á la pena de Cristo su santa inocencia.

De todo lo dicho se entiende lo que Salomon dice en aquel paso: Tres cosas me son dificultosas, y la cuarta ignoro mas que todas, el camino del águila en el cielo, el de la culebra sobre la piedra, el camino de la nave en medio de la mar, y el camino del varon en la doncella, segun la mas recebida explicacion. En las cuales palabras, segun los que mejor entienden, nos descubre los cuatro mas principales misterios de Jesucristo nuestro Redentor. En el camino del varon con la doncella, su santa encarnacion salva la virginidad de su Madre. En el camino de la culebra sobre la piedra, su santa Resurreccion; porque habiendo estado poco antes colgado de un palo (como la serpiente que colgó Moisés en su figura) después salió del monumento, y subió sobre la piedra que le cubria. En el camino del águila en el cielo significa su admirable Ascension. Y en el camino de la nave en medio de la mar nos significa su acerbísima pasion. Y dice que confiesa que no puede entender cómo pudo salir aquel navío de entre

tantas tempestades y tormentas, y tan terribles como en el mar deste mundo padeció; porque los que bien lo miran, por todas partes les parece que era imposible durar en ellas ningun navío sin hundirse y anegarse. La mesma ó semejante admiracion cayó en Esaías cuando habia de tratar de la pasion del Señor, que comienza con un gran preámbulo, temiendo que no habia de ser creida cosa tan difícil como la pasion del Señor, habiendo pasado en el sexto capítulo, sin preámbulo, misterio tan alto como ver á Dios en su majestad, con ser cosa tan grave, y de que algunos doctores afirman haber sido la ocasion que el rey Manasés le hiciese con tanta crueldad quitar la vida, aserrándole por medio y diciendo que era blasfemo, porque decia que habia visto á Dios, siendo, como es, invisible, como se dice en el *Exodo*. Con todo, no usa de proemio, pero en el capítulo 53 usa dél, por la gravedad de la pasion que en él trata.

De donde se saca cuán poca razon tuvo san Juan Crisóstomo si quiso decir que mayores tormentos habian padecido que Cristo sus apóstoles, porque lo que de san Pablo trae, que estaba cumpliendo lo que faltaba á las pasiones de Cristo en su carne por el cuerpo místico, que es la Iglesia, este lugar tiene muchas declaraciones acerca de los santos: unos entienden de la predicacion del Evangelio, en que san Pablo entendia, la cual era necesaria para que la mesma pasion nos aprovechase; otros que del cuerpo místico de Cristo faltaba lo que habian de padecer los miembros, lo uno porque no nos quiso librar del todo de nuestras pasiones por nuestro bien, lo otro porque queria que su pasion, aunque copiosa y infinita, fuese ayudada de la de los santos para el tesoro de la Iglesia, para su dignidad dellos, aunque todo redundaba en gloria del mesmo Señor. Así como cuando un príncipe vestido llanamente no va menos honrado, sino mas, porque sus criados vayan en su compañía vestidos de oro, perlas y recamados, porque todo aquello sale de la hacienda del mesmo príncipe, así los santos, que hacen mayores milagros, dan con ellos gloria á Dios, por cuya virtud y con cuyo caudal se hacen. Y aunque esto tiene tambien verdad en los trabajos que ellos padecian, pues con favor y ayuda de costa del cielo se padecian, no me parece que es tan acertado sentir de los trabajos que fueron mayores, como de los milagros; porque siempre escogió el Redentor para sí los trabajos, y para nosotros el descanso, á lo menos el alivio en los que se padecen, y antes quiso sacarnos afuera dellos que salirse él, aun dándonos tanto favor y consuelo, en que se muestra mas la fuerza de su amor. Y así, padeció él porque nosotros no padeciésemos, á lo menos cuanto mereciamos. De donde parece que san Juan Crisóstomo, ó no se debe seguir aquí, ó lo que mas creo es que solo quiso decir que ellos padecieron mas cosas en número y en tiempo que el Redentor; y el recelo que tuvo de ser notado fué porque, aun así, parece sentencia atrevida para decirse, por la reverencia que á la pasion del Redentor se debe.

§. V.

De la paciencia con que el Redentor padeció sus trabajos y tormentos.

En todos los trabajos que el Redentor del mundo padeció, como eran para ejemplo nuestro, puso al pié de cada uno el testimonio de su paciencia y mansedumbre, como cada uno podrá hallar fácilmente, si con atencion y con deseo de imitarle los leyere. Porque no solo callaba en algunos dellos, mas aun daba señales de alegría, respondiendo con algun nuevo beneficio al injuriador, como fué cuando en sus santas barbas le dijeron que mentia; á lo cual respondió con enseñarles la verdad, y declarándoles lo que habia dicho. Gran descortesía fué la que los de Samaria le hicieron cuando, llegando de camino y cansado, no le quisieron dar posada ni abrir la puerta; de que los discípulos tomaron tanto enojo, que le pidieron que bajase fuego del cielo y los abrasase, como á gente de poca caridad y descomedida; pero su respuesta fué clementísima, diciendo: No sabeis con quién vivis ni con quién andais; el Hijo del hombre no vino á matar las almas, sino á salvarlas de la muerte. Y aun san Jerónimo pasa adelante. Todo es argumento de lo que decimos. Dice que el negar los samaritanos á Cristo la posada, aunque fué descortesía, y grande, pero fué providencia particular del mesmo Señor, que iba de camino á padecer, y permitió que no le diesen posada, porque con ocasion de detenerse en ella no se dilatase su muerte, que de buena gana iba á padecer. Tambien es gran señal de su paciencia llamar amigo al traidor y restituir la oreja á Malco, siervo de los ministros de su prendimiento, y la reprension que sobre habérsela cortado dió á san Pedro, y la sentencia dada en aquella coyuntura contra los que ponen mano á la espada y matan con ella en medio de tantas injurias y malos tratamientos como en aquella hora recebia de mano de aquellos á quien hacia este favor. Pues al mal siervo que delante del Pontífice le dió la bofetada se volvió mansísimamente y le hizo como juez suyo y de sus palabras; que aun á la mas fina paciencia de los santos hace ventaja la suya, en que, como no hay agua tan clara que meneando el cántaro no levante el suelo, así es el hombre. Pero Cristo no tenia asiento; y así, por mas que le provocasen, siempre el agua era clara. Cuando fué coronado de espinas dió un raro ejemplo de paciencia á los que somos, cuando nos hacen mal, inclinados á ver ó saber quién nos le hace, escondiéndonos por otra parte y olvidándonos de los bienhechores: cosa que á Dios enoja mucho. Y por esto, cuando dice en el libro del *Génesis*: Yo sé que ha de ser este pueblo peregrino en tierra ajena, no le dice cuál es la tierra, porque no comience desde luego á cobrar la enemistad; y de aquí es la que él tiene con el que siembra discordia entre los hermanos, que es avisalles con verdad ó sin ella de quién trata de hacerles mal, con que suelen indignarse y cobrar contra ellos odio y rancor; pero el Redentor del mundo, al tiempo que con diabólico atrevimiento y con manos sacrílegas le han de dar de bofetadas, segun nota y advierte el bienaventurado doctor san Buenaventura, ordena que le pongan un paño delante de los ojos para no ver ni co-

nocer á quien le daba. No porque así como así no lo viese y conociese, pues era Dios verdadero y su juez, que habia de juzgar aquel pecado con los demás, sino para nuestro ejemplo, que con semejante paciencia suframos nuestras injurias y afrentas, que no queramos ver de quién las recebimos. Por estas podemos sacar y conjeturar otras que el Señor, no solo con paciencia sufrió, mas las pagó luego con buenas obras; pero en las demás y en estas, bien se entiende cuánta tuvo, pues el Profeta nos dice que estuvo á todas como un cordero cuando le trasquilan, sin abrir su boca; lo cual dice tambien el apóstol san Pedro, y es una de las mayores señales de paciencia; porque, como dicho queda, tiene esta virtud por condicion ser muda cuando recibe injurias.

Y lo que mas prueba la grandeza desta paciencia, es el recebir los trabajos y injurias, no solo con ella, sino con alegría y agradecimiento, como suelen acá los hombres recebir un gran beneficio, por lo cual los hacia él grandes en retorno dellas, como á quien no parecia hacerle injuria, sino ayudarle y servirle á su pretension, que es lo que el bienaventurado san Leon papa dice, hablando á este propósito: Admitió el Señor las manos impías y sacrílegas de aquellos furiosos enemigos contra sí; las cuales por el mesmo caso y al tiempo que obran su maldad sacrílega, ayudaban y servian al Redentor, y llegaba á tanto esta alegría y buena voluntad con que sufria los trabajos, que con ser tanto el dolor que en su santa cabeza causaban las espinas de la corona, le parecen goticas de rocío en el libro de los *Cantares*, cuando llama á la puerta del alma su requebrada, y dice: Abreme, hermana, que vengo con la cabeza llena de rocío, y mis cabellos goteando con las gotas de la noche. No llevaba el Señor la cabeza hasta la cruz con rocío, sino con mucha sangre y dolor; si no significa la gana y amor con que lo padeció, y que aquel era un pequeño trabajo para él, como lo suele ser á un enamorado un pequeño sereno y unas gotas de rocío, á trueque de hablar á sus queridas desposadas.

Pero el mayor encarecimiento de todos, con que se muestra adónde llega la paciencia del Señor, es en la que san Agustin, san Crisóstomo y Tertuliano convienen, que es decir que fué tanta, que otro que Dios no la podia tener tan grande. San Agustin dice que cuando, estando en la cruz, le decian que bajase della, y que le daban su fe y palabra de creerle toda su dotrina; y con serle tan fácil el bajar, y ser la cosa que él mas deseaba el ser creido de aquella gente, y por quien habia hecho tantos milagros tan poderosos, y por quien padecia muerte tan ignominiosa, nunca lo quiso hacer, por parecerle, y ser ello así, que tan gran paciencia como la suya, en tan grandes dolores y afrentas, era mas poderosa para convertir un alma bien considerada que aquel milagro que ellos pedian ni otros mayores. Y así dice esta razon san Agustin en estas breves palabras: Porque queria enseñar la paciencia dilataba la omnipotencia. Y así sucedió: que ningun milagro vió el buen ladron que mas fuerza le hiciese ni mas apretado garrote diese á su infidelidad como la paciencia de Cristo inocente en tantos males. Esta convirtió tambien al Centurion, que entonces, cuando dió Cristo la gran voz con que espiró, entendió ó echó de ver la grandeza de sus tormentos y dolores; y esta mesma convirtió á los que, dándose golpes en los pechos, se volvieron á la ciudad llorando sus pecados. De manera que desto y de lo que el demonio entendió cuando quiso espantar á la mujer de Pilato, se entiende lo que estos santos dicen, que de la paciencia de Cristo (por ser tan grande) se entendia su divinidad; pues ningun hombre puro pudiera llegar á tenerla, como Tertuliano dice.

Pero esta mesma verdad se colige del viejo Testamente cuando el ángel luchó una noche con el patriarca Jacob, y quedó vencido; del cual dice el profeta Oseas que acabando de vencer al ángel cobró esfuerzo y lloró y le pidió mercedes, y se las hizo, que le bendijo. Es paso dificultoso de entender por qué razon lloró Jacob en esta ocasion. Pero sácanos desta dificultad el bienaventurado san Isidoro, diciendo que aquella lucha de Jacob y el ángel era expresa figura de la lucha entre Cristo y los judíos, en la cual aquella gente prevaleció contra Cristo (y así lo dice el texto, que estando pidiendo á voces la muerte ante Pilato, dice que prevalecieron sus clamores). Y que viendo esta lucha el patriarca por espíritu de profecía, lloró, y con razon, viendo que sus descendientes habian de tener contra Dios encarnado tanto atrevimiento. Y habiendo llorado este caso, rogó al ángel que con todo eso no negase á aquel atrevido y desconocido pueblo su bendicion. Lo cual alcanzó, pues á la Vírgen, apóstoles y á los mártires y otros santos de la primitiva iglesia que dél decendian, enriqueció de tantas riquezas. Esto dice san Isidoro, y es certísimo, que el ángel con quien Jacob allí luchó era el Hijo de Dios, y allí se dice ángel porque, allende de que en muchas partes aparecia el mesmo Hijo de Dios ángel del Testamento en la figura que solian aparecer los ángeles, como es comun sentencia de los santos; y así habla en persona de Dios primera muchas veces, y no tercera, como lo hizo en la zarza y en el monte de Sina. Pero en este lugar dícelo expresamente el concilio Sirmiense, determinándolo debajo de anatema. Y el haber alcanzado este beneficio y bendicion figuró el haberle Dios asegurado y favorecido en la guerra que hizo contra los sichimitas, matándolos por el pecado que hizo el príncipe dellos contra su hija Dina, donde, por ser ellos pocos y en tierra de los mesmos enemigos, se vió él y sus hijos en grandísimo peligro. Ahora á nuestro propósito dice el texto en el *Génesis* que entonces, alcanzada esta merced, dice Jacob que vió á Dios. Quiere decir que le conoció; y las señas fueron en que, acabado de recebir tanto daño, ofensas y muerte afrentosa de sus descendientes, hace luego mercedes eu pidiéndoselas. Que así como el Jacob era figura de los judíos, sus descendientes, y su vitoria lo era de la que ellos, permitiéndolo Dios, habian de tener contra su Hijo, así las mercedes que el ángel le hace, quedando vencido de Jacob, es figura de las que el Redentor hizo ó habia de hacer á los mesmos judíos, que contra él prevalecieron; y así como él conoció en esto á Dios, así conocemos serlo el que á esta coyuntura hace tantas mercedes á los que le maltratan.

Pues si así es que Cristo nuestro Redentor en sus trabajos y afrentas nos fué dado por dechado y ejemplo de paciencia, y él la tuvo tan por el cabo; volviendo al principio, hagamos lo que san Pablo dice, que dejando la carga de congojas y cuidados que apesgan el corazon y lo detienen su camino, corramos á la pelea, poniendo los ojos en Cristo, autor y perficionador de la fe, que, haciendo poco caso de las afrentas, sufrió la cruz. Donde allude san Pablo, ó á los que sacan alguna letra ó pintura, y son aprendices, que tienen la pluma en la mano y los ojos en la materia ó dechado, ó alude á los que, teniendo la cabeza flaca, pasan algun rio, que ponen los ojos en alguna cosa firme de la otra parte, no mirando al agua por no desvanecerse y caer. Así ha de hacer el cristiano en las aguas deste mundo, que son los trabajos dél; que si mira á la variedad dellos y cómo suceden unos á otros, y á la inconstancia del mundo, se desvanecerá la cabeza flaca y caerá. Por eso conviene poner los ojos en la firmeza que el Señor tuvo en sus trabajos toda la vida, para que así pueda salir sin daño de los suyos, cuanto mas que cuando no hubiera mas bien que tener en ellos por compañero á Cristo, estaban bien pagados. De Alejandro, rey de Macedonia, se cuenta que, viniendo muy altivo de conquistar y ganar muchos reinos de Oriente, le enviaron los de Corinto á ofrecer la vecindad de su ciudad, y sonriéndose él y despreciando aquel presente, le replicó uno de los embajadores: Pues no lo tengais, Señor, en poco; que á solo Hércules se ha dado, y á vos agora ofrecido. El Rey entonces, como era ambicioso y amigo de gloria, viendo que no lo era poca ser en algo compañero solo con Hércules, que tenian entonces por medio dios, lo aceptó de buena gana. Así, aunque en el mundo la paciencia en los trabajos sea menospreciada, y aun huida y condenada dél, no la condenes tú, sino abrázala como cosa muy preciosa y honrosa, por tener en ella por compañero no menos que á Jesucristo, verdadero Dios. Semejante fué lo que Plutarco en sus *Apophtegmas* cuenta de Focion, hombre griego, estimado y valiente, que, llevándole por malicia de sus émulos condenado á muerte, dijo á otro que con él iba condenado, consolándole: ¿No te basta, Tudippo (que este era el nombre del compañero), que mueres con Focion? ¿Cuánto con mas razon puede decir el cristiano: Bástame padecer y morir en compañía de Jesucristo? Lo cual por otras palabras nos dice el *Eclesiástico:* Gran gloria es seguir al Señor. Cuanto mas que el que envia el trabajo es, no solo compañero, sino autor de la mesma paciencia; de manera que á los hombres impacientes y mal sufridos podriamos decir aquellas palabras que san Pablo dice á los de Galacia, aunque en otro sentido: Oh locos cristianos, ¿quién os ha hechizado ó aojado, ante cuyos ojos Cristo Jesus está crucificado? Como quien dice: Ciegos estáis ó hechizados, pues viendo al Hijo de Dios cosido en una cruz, sin parte de su cuerpo que no esté lastimada, y con tanta paciencia como un cordero, y puesto así para reprimir vuestra impaciencia y cólera, no la tengais con todo eso. ¿Quién hay que, considerando bien la paciencia de Cristo, tenga brio ni atrevimiento para osar chistar en sus trabajos? Pues esta fué tanta, que las piedras se corrieron de su propia dureza, y como fué tan sobrenatural, se corrió la mesma naturaleza, y escureciéndose el sol, se cubrió su rostro.

No quiero cerrar este discurso con otras palabras sino con las que della dice el gran Tertuliano, hablando del Señor: ¿Qué diré (dice) de aquella paciencia de Dios, que en la tierra tocamos como con las manos? Sufrió nacer del vientre de una mujer, espera la edad y crece, después de grande no desea ni procura ser conocido, para sí solo fué injurioso, déjase bautizar de su siervo, y cuando se ofrece pelear con el tentador, con solas palabras se contenta vencerle; cuando siendo Señor se hizo Maestro, enseñando al hombre á escapar la muerte por alcanzar salud, aunque ofendida la paciencia, no fué porfiado ni vocinglero; no oyó nadie sus voces en las plazas, no acabó de quebrar la caña cascada ni apagó la pavesa que tuviese algun humito, porque no habia mentido el Profeta, ó por mejor decir, el testimonio del mismo Dios, cuando puso en él su espíritu con toda paciencia; á ninguno despidió ni desechó, que quisiese seguirle; no negó su presencia á nadie que le convidase á su mesa ó casa, antes él se humilló á lavar los piés de sus discípulos; no despreció publicanos ni pecadores, ni aun con aquella ciudad se enojó, que no quiso recebirle, aunque los discípulos quisieran poner fuego á pueblo tan mal mirado; curó á los ingratos, perdonó á los calumniadores y acechadores de su vida, y esto es poco, pues que al traidor que le vendió tuvo consigo y no le descubrió. Pues cuando le venden, cuando le prenden, va como una oveja al sacrificio, que no abrió su boca mas que un cordero en manos del trasquilador; él, que si quisiera pudiera traer del cielo ángeles á legiones en su ayuda, no quiso consentir ni aprobar ni aun un cuchillo de un discípulo en su favor; en Malco fué herida la paciencia del Señor, de manera que para adelante maldijo los hechos de la espada; y él satisfizo con la paciencia, madre de la misericordia, al que no habia herido, restituyéndole la sanidad. No digo que fué enclavado en la cruz, que á eso habia venido; pero ¿qué tiene que ver muerte con afrentas, pues podia morir sin ellas? Pero quiso tener á la partida tan buen sainete como el de la paciencia. Escúpenle, azótanle, burlan dél, vístenle de andrajos, y después, como á loco, con vestiduras feas y con mas feas le coronan: ¡Oh gran testimonio dé igualdad de ánimo. Él, que vino á esconderse debajo de la figura de hombre, ninguna impaciencia del hombre quiso imitar. En esto, ó á lo menos principalmente, ¡oh fariseos! debiérades de haber conocido al Señor, en que tal paciencia como la suya ningun hombre puro pudiera tenerla. Tales documentos como estos y tan grandes (la grandeza de los cuales suele ser acerca de los infieles mengua de nuestra fe, y para nosotros los cristianos, instruccion y doctrina) manifiestamente prueban, no solo enseñando por palabra, sino en el padecer del Señor, á los que es dado el creer que la paciencia de Dios es una cierta naturaleza y grandeza de divina y natural propriedad. Hasta aquí Tertuliano.

DISCURSO IX.

De la paciencia en los trabajos, á imitacion de la que con los pecadores tiene el mesmo Dios.

Para cerrar este quinto libro y concluir los ejemplos dél, no hay mas donde subir sino á mirar la paciencia jue segun la divina naturaleza tiene Dios con los pecadores, de quien dice san Agustin que la mayor alabanza desta virtud es que la tiene el mesmo Dios, aunque se ha de entender, como él mesmo allí declara, como cuando en Dios ponemos nuestros afectos; pero quitadas las imperfecciones que en nosotros tienen, solo considerados los efectos que en nosotros suelen causar; porque, así como Dios tiene cólera sin imperfeccion cuando castiga como el colérico y airado, y tiene celos sin envidia cuando se venga como el celoso, y misericordia sin dolor cuando se apiada de nuestras miserias, así tiene paciencia sin pasion y sin poder tenerla; pero hay aquí una maravilla: que se compadezca con su justicia y sus enojos el tener paciencia y esperar, y esto en tanto grado, que estando delante de los pecadores cuando le ofenden, no solo los sufre, pero los sustenta; y no solo eso, sino en los mesmos pecados los alumbra con su sol, y tras esto, por dejallos mas libertad, dice mil veces que se ausenta, quedando allí tan presente, que ni el pecador podria vivir sin él ni cometer aquel acto feo del pecado si él no estuviese presente. Por eso dice Tertuliano que la paciencia en Dios es una propriedad natural de su naturaleza.

Esta paciencia de Dios nos da á entender en muchas partes la Escritura: unas veces se llama tardo y perezoso para enojarse, otras dice que tiene Dios largas narices, para decir que tarda mucho en subírsele la cólera ó mostaza dellas. Y esto dió á entender cuando dice que venia despacio y paseándose cuando vino á castigar á Adan. En un salmo dice que Dios es juez justo, fuerte y sufrido: juez, porque es Señor de todo; justo, porque ninguna cosa torcerá la vara de su justicia; fuerte, porque nadie le puede ir á la mano para que no la haga; pero, con todo esto, es sufrido. Y da la razon Lactancio, diciendo que si luego nos castigase cuando le ofendemos, ya se habria acabado el mundo, porque apenas hay hora que no pecamos; y así, ninguno hobiera llegado á vivir veinte años. Esta mesma razon da san Juan Crisóstomo en muchos lugares, y el uno es en la homilía 49 de las que al pueblo de Antioquía hizo, en la cual lo dice dos veces, y en la segunda dice que si luego tras el pecado enviase el castigo, ¿cómo se salvara san Pablo, cómo tambien san Pedro, que fueron los maestros y predicadores de toda la redondez del mundo, cómo se salvara David por la penitencia? Cómo se salvaran los de Galacia, y otros muchos? Así quedice: No todos los pecados castiga en esta vida ni todos en la otra, sino parte castiga aquí para despertar los flojos y dormidos. Léese que castigó á los que cogió la torre de Siloe y á los que Pilato mató, mezclando su sangre con la de los sacrificios; y á Faraon y á otros, agora y entonces; y que á otros dejó como al rico avariento, y á otros muchos hácelo para despertar los que no creen las penas que están por venir, y avivar á los que creen y son algo perezosos; pero que si usamos mal de la paciencia, ni una hora nos esperará con el castigo. Lo mesmo dice en otra parte, que espera y sufre Dios á los pecadores, si nó por ellos, por lo que dellos ha de nacer: Idólatra era Taré, siervo y autor de los ídolos, pero sufrióle por Abraham, que dél habia de nacer. ¿Qué cosa mas mala y sin vergüenza y mas aborrecible á Dios que Esaú, como san Pablo dice, y sufrióle Dios porque á la tercera ó cuarta generacion habia de nacer dél Job? Y asimismo sufrió á los egipcios, siendo tan abominables idólatras, por los monesterios de santos ermitaños que allí habia de haber. Y trae allí una comparacion, que las leyes de los romanos mandaban guardar las preñadas aunque fuesen grandes sus delitos, hasta que pariesen, por no matar con la delincuente al inocente. Pues si hacen esto las leyes humanas (dice este santo), ¿por qué no lo hará Dios para aguardar en los frutos la penitencia? Y torna allí á decir que si se diera Dios priesa á castigar no tuviera su Iglesia á san Pablo, si luego que pecó le castigara; por eso, dice, le sufrió y esperó, siendo blasfemo, para que su paciencia nos le diese penitente. De lobo ¿quién le hizo pastor? La paciencia de Dios; ¿quién hizo de un publicano un evangelista? La paciencia de Dios, que tuvo piedad de nosotros y los convirtió á todos. Así lo hace agora. Cuando vieres un hombre vicioso, bebedor, que agora ayuna; ó al que era blasfemo, agora teólogo y predicador; si al que antes no dejaba de la boca cantares sucios y deshonestos vieres empleado en salmos y alabanzas divinas, no te maravilles sino de la gran paciencia de Dios, y di: Esta es mudanza de la mano de Dios, porque Dios para todos es bueno; pero su paciéncia en los pecadores se señala. Lo mesmo dice en otra parte, comparando á Dios al médico, que no aplica siempre tan fuerte medicina cuanto requiere la fuerza del mal, sino cuanto puede sufrir el sugeto que le padece; así Dios cuanto basta para sanar, y no para destruir, al pecador.

Esta paciencia comenzó Dios á usar desde el punto que hubo pecadores á quien sufriese ó perdonase. La primera usó con los ángeles que pecaron, pues siendo tan grave su pecado, que fueron los que inventaron el pecar y lo enseñaron á los hombres, como dice el Espíritu Santo, que desde el principio peca el diablo; y á los judíos pecadores llamó hijos del diablo, diciendo: Vosotros teneis por padre al diablo. Con ser tan grave el pecado del demonio, tuvo Dios paciencia, que aunque le castigó echándole al infierno, harta paciencia tuvo, pues no le aniquiló. Luego la tuvo con nuestro padre Adan; y cuando menos parece que la tuvo, fué en el general castigo del diluvio, y entonces le dolió el corazon por haber de castigar al hombre, y esperó ciento y veinte años. Desde allí ¿cuántas ofensas, cuántas idolatrías y abominaciones sufrió á su pueblo hasta la venida de Cristo? Cuántas desde su nacimiento hasta su pasion, y de allí hasta la destruicion de Jerusalen? Y ¿cuál halló san Pablo al mundo? ¿Qué de pecados cuenta dél porque no quisieron tener á Dios en su consideracion! Y ¿cuánto ha sufrido desde allí hasta nuestros tiempos? De donde podemos tener mayor experiencia de la paciencia de Dios, pues los pecados están en su punto con tanta desvergüenza, y con tanta obligacion de no

haber ninguno, por los raros y admirables ejemplos que desde que el unigénito Hijo de Dios vino al mundo se nos han propuesto, y los beneficios que de su mano hemos recebido, y las amenazas que nos ha hecho con las mudanzas, novedades y juicios suyos que hemos visto y leemos. ¿Cuánto es el olvido? Cuánto el desprecio y el poco temor de la ley de Dios? ¿Qué mandamiento hay en ella contra quien no haya cada dia nuevas invenciones de pecados? ¿Quién hay que pueda decir: Yo amo á Dios con todo mi corazon, sino cuál ó cuál? ¿Qué ocasion hay tan ligera, que no se lleve sin respecto ni castigo millones de juramentos? Qué modo es el nuestro de honrar y celebrar las fiestas? ¿Cuáles dos están en paz con verdadero amor y caridad, sin propio interese y amor fingido, ó á lo menos frágil? ¿Qué pueblo hay donde parezca mal ni se castigue la deshonestidad? ¿Dónde no se arde todo de adulterios, homicidios, venganzas, avaricias, rancores, envidias, ambiciones? ¿Cuándo menos frecuentados los templos, los sermones y los sacramentos? Cuándo menos plática y memoria de Dios? Cuándo mas priesa á lo terreno, á las haciendas, á los oficios, á los favores? Pues cuando un solo pecado hubiera, es de tanta malicia y ponzoña y enoja tanto á Dios, que con justicia, y sin ser riguroso, bastaba para acabar el mundo, ¿cuánto mas habiendo tanta desvergüenza en el pecar? Pues si juntamos con esto la multitud de la infidelidad extendida por ese mundo: tanto moro, tanto turco, idólatras, herejes, ¿qué hallarémos en que estribar para que Dios no nos acabe?

Cierto no la hay mas que la paciencia de Dios, que tanto mas se conoce su grandeza cuanto mas la consideracion descubre los pecados que la provocan; y juntamente cuán al revés se ha Dios con nosotros de lo que los pecadores merecemos, que en lugar de acabarnos, dice por Jeremías que con cuidado envió á su pueblo sus siervos, los profetas, á predicarlos, levantándose de noche á enviarlos. Y por otro profeta dice que envió muchos profetas y multiplicó las visiones y profecías, en que da á entender la paciencia y sufrimiento, y la gana y deseo de que el pueblo se convirtiese, y esto es para ejemplo nuestro; que si á cada ofensa pudiésemos y nos fuese lícito tomar la venganza, ya no habria mundo, acabándole nuestra cólera, sino para que probemos primero todos los medios para reducir nuestros hermanos á buen camino, pues que Dios, que no debe á nadie nada ni de nadie espera nada, ni tiene precepto ó consejo de nadie, lo hace así. ¿No ves con cuánta paciencia y bondad envia (como él nos advierte) su sol sobre los que le ofenden, su luz sobre los idólatras que le quitan la honra, para darla á piedras y palos; sobre los judíos que mataron á su Hijo, sobre los turcos, que tienen ocupada la Tierra Santa, donde su Hijo nació, anduvo y padeció, y obró tan inestimables maravillas; sobre los herejes que persiguen y blasfeman su santa Iglesia católica; el agua, el rocío, las influencias del cielo, los ministros de los elementos, los oficios de los tiempos, el calor del sol, la humidad del aire, el frescor del agua, la fecundidad y fertilidad de la tierra? ¿No les da haciendas, hijos, contentos, reinos, vasallos, fuerzas, vida y salud? Todo esto ¿no lo comunica Dios á todos los ingratos? ¿Quién podrá decir, ó para qué se ha de advertir, siendo tan claro, cuántos pecados enormísimos y maldades se cometen cada hora delante de sus limpísimos ojos, de todas gentes, aun de los que profesan su fe, servicio y amistad sin vergüenza ni respecto ninguno?

Verdaderamente dice muy bien Tertuliano que llega su paciencia á que tomen ocasion los gentiles y digan no tiene cuidado del mundo ni cura ni hace caso de lo que en él se hace. De manera que esta su paciencia, por la malicia de los hombres, es perjudicial á su honra, que le tienen por ciego, sordo y dormido. Que venga uno á decir que no hay Dios, otro que ha desamparado los hombres, otro que se anda por los quiciales del cielo, no curando de la tierra; como no sea ninguna destas la verdad ni la causa, sino la paciencia de Dios, nacida del deseo que tiene que nos salvemos, segun aquello que san Pedro dice: Usa de paciencia por vosotros, deseando que ninguno perezca, sino que todos se conviertan; la cual tanto mejor se entiende cuanto los hombres somos mas coléricos cuando nos hacen algun enojo, que apenas esperamos al segundo, y casi nunca al tercero. Y cuando en alguna historia leemos que algun hombre ó pueblo ha quebrantado la fe dada, ó sido ingrato á quien le perdonó, no podemos sufrir que mas sea perdonado.

San Juan Crisóstomo, hablando desta paciencia de Dios, dice que Dios la tiene con los hombres, no para que, puestos los ojos en ella, añadamos pecados nuevos; porque antes, así como nosotros los vamos añadiendo, va Dios tambien añadiendo mayores castigos para ellos y para los pasados; porque, si alguno pecó como Faraon, y no se ahogó como él en la mar, queda otro mar de infierno donde ahogarle; y si otro tiene pecados de Sodoma y no envia Dios fuego del cielo para abrasarle, es porque, si no hace penitencia, se le tiene aparejado mayor en el infierno; y así, de los que no fueron mordidos de las serpientes en el desierto queda el gusano que perpetuamente les ha de roer, y para los perjuros el temblor de dientes, porque no falta quien con esta confianza peque, como David decia: ¿Por qué pensais que está el impío pecador haciendo cocos á Dios, esto es, pecando delante de sus barbas? Y responde él y dice: La causa es, porque en su corazon está diciendo que no tratará Dios dello ni tomará cuenta. Pues eso dice san Juan Crisóstomo, que muy buena cuenta tiene y muy estrecha la ha de tomar, pues va haciendo sus partidas de penas eternas, conforme á las de las culpas, y tanto mas graves las penas cuanto las culpas son mas y con mas desagradecimiento repetidas. Esto es lo que san Pablo decia á los romanos con tanto espíritu y celo. ¿Piensas tú, hombre que juzgas á los que pecan, que cuando los imitares huirás y escaparás el juicio de Dios? ¿O es que desprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad? ¿No sabes que la paciencia y bondad de Dios con que te espera, te va convidando y moviendo á penitencia? Pero tú eres tan duro y tan impenitente, que con tu dureza atesoras ira y enojo contra tí para el dia de la ira y justo juicio de Dios que ha de pagar á cada uno segun sus obras; así que, no nos descuidemos ni aseguremos, pecando y dilatando la conversion, con-

fiados desta paciencia, pues no se tiene para que peques, sino para acabar pecados; que lo que se ordena para perdonarlos no ha de ser para cometerlos (como dice el derecho); que si hubo un ladron bueno á quien Dios esperó y sufrió toda su vida, y le salvó al cabo della por esforzar los pecadores grandes y animarlos á su conversion, tambien quiso que fuese solo para que no nos atrevamos á usar mal de su paciencia, esperando á salir de pecado hasta aquella hora. Gran loco seria el que por haber visto una vez en Valladolid que por pasar un ahorcado por las casas reales y haberle visto llevar una persona real, y por eso haber escapado la muerte, hiciese él muchos delictos que la mereciesen, confiado de que quizá escaparia como el otro escapó, no habiendo sucedido cincuenta años mas que una vez; pues así es el que con descuido y á placer peca, confiado de la paciencia que Dios suele tener con los grandes pecadores toda la vida, y con el buen ladron en la cruz. El Sabio dice: No digas: La misericordia de Dios es grande, el habrá merced de mis pecados. Pues ¿por qué no lo tengo de decir? ¿Es caso de inquisicion decir que es Dios misericordioso y confiar en su misericordia? El mesmo responde luego: No añadas pecados á pecados, porque tan buenos piés tiene la justicia de Dios como su misericordia, y tan presto llegará la una como la otra, y aun la ira de Dios está asestando y mirando para tirar á los pecadores; pues esto dice san Crisóstomo, que no nos sirva la paciencia de Dios para pecar con mas licencia. De lo que nos ha de servir es de imitarla y tenerla á su imitacion con quien nos ofende y en nuestros trabajos; porque si el que no teme á nadie ni debe á nadie ni está sujeto á nadie tiene paciencia y espera y perdona á quien le ofende, ¿qué mucho que un gusanillo miserable, que todo lo que padece debe, y mucho mas (y sin que debiese mas que el pecado original, está sujeto á miserias y trabajos), los padezca con paciencia y sufrimiento, mayormente agradando en eso á quien tanto debe, como á Dios, y que tan largamente le ha de pagar este sufrimiento?

Pero porque hemos dicho tan encarecidamente de la paciencia y sufrimiento de Dios, con que espera que los pecadores se conviertan, es bien advertir que hay algunos pecados que, por justos juicios suyos y por lo que él se sabe, le suelen acabar mas en breve la paciencia, segun de las divinas letras se colige, para que el pecador esté advertido que en ellos (y quizá hay otros que yo no sé ó no digo) ha de andar mas recatado delante de Dios y menos seguro. El primero, el pecado de los murmuradores que ponen lengua en los sacerdotes y siervos de Dios, y hacen desto risa y conversacion, cuyo castigo repentino está en el cuarto libro de los *Reyes*, á los capitanes quincuaginarios á quien el fuego del cielo mató repentinamente. El segundo, de unos padres y madres que enseñan á sus hijos y hijas á pecar, como los que porque oian decir malas palabras á sus padres fueron comidos y despedazados de los osos del bosque. El tercero, de los que tratan sin reverencia los sacramentos y profanan los lugares donde se honra la sangre de Cristo, como Oza, y lo que san Pablo dice, que por la poca reverencia del Sacramento del altar habia muchas muertes y enfermedades entre los de Corinto. Los avarientos que ponen sus esperanzas en los bienes de la tierra, olvidados de quien se los dió y de los pobres, como aquel rico del Evangelio que se requebraba con sus talegones y su trigo, etc. Los que no castigan sus hijos, como Hellí, que murió cayendo de la silla. Los glotones, de quien el salmo dice que vino sobre ellos la ira de Dios estando con el bocado en la boca; ¿qué será de una mesa profana donde, sin temor de Dios, se comen en demasía carnes vivas y muertas? Como aquel mal rey Baltasar, que desde la mesa leyó su sentencia y aquel dia se ejecutó; pero lo ordinario es tener Dios gran paciencia con los pecadores.

LIBRO SEXTO.

DE LOS REMEDIOS CONTRA LA IMPACIENCIA CUANDO EL TRABAJO ESTÁ YA PRESENTE.

PROLOGO.

Aunque va todo este libro encaminado á persuadir la paciencia á los afligidos y trabajados, como por el discurso dél ha parecido; pero, porque muchas veces asaltan á un hombre las adversidades tan repentinamente, que podrian llegar tarde las consideraciones pasadas, y emperezar el que padece con la afliccion de leer el libro en que para remedio del presente trabajo seria necesario leer muchas hojas y en ellas consuelos generales, y hacer algun discurso para aplicarlas á la presente necesidad; sirve aqueste sexto libro de dar otros algunos remedios mas breves, y como preparativos que con mas fuerza y brevedad esfuercen los ánimos en cualquier priesa de tribulacion y asalto repentino del corazon, como acaece al que después de media noche ha de recebir algunas píldoras, que, como son para el estómago manjar extraño y contrario al apetito, no obstante que vayan doradas y pequeñas por el temor de las bascas que suele el estómago padecer, se apercibe de parte de noche de un paño que se moje en vinagre fuerte en que huela, una aceituna en que muerda, y un membrillo en que haga lo uno y lo otro, ó otras cosas de semejante fuerza y virtud para detener lo que así se recibe, y á veces se usa de todas juntas cuando el olfato ó el gusto se ofende mucho de aquel mal olor ó amargura. Así nuestro apetito, tan enemigo de aficiones, sabiendo que aun con muy livianas ocasiones suele tener algunas muy repentinas, conviene tener algunos remedios á mano para poder reprimir fácilmente sus bascas, que en este caso son la impaciencia, cuales son los que en este sexto libro se contienen, que son unas

consideraciones y otras diligencias aplicadas para este mal; las cuales tendria yo por buen consejo tenerlas prevenidas todas, como el que agora deciamos de la purga, sus defensivos; y como el que ha de pasar por lugar de mal olor, y como el médico que cura enfermedades contagiosas que va prevenido de preparativos, y como el que va camino con temor que faltará en la venta lo necesario, que va proveido de muchas cosas por remediarse en las necesidades que barrunta, porque seria remedio tardío acudir á su casa después que el mal que se temia está presente ó ha llegado la necesidad. Todos estos remedios se reducen á uno que es Dios, de quien David decia: Dios es nuestro refugio y guarida y nuestro esfuerzo en las tribulaciones que nos hallan; en que se significa que son tantas y tan repentinas, que parece que nos cogen descuidados andándonos á buscar. Y deste remedio, que todos los encierra, andaba David proveido, pues decia: Andaba yo siempre con mucha provision de Dios para tenerle á mano y hallarle á mi lado para no caer; ó como el Caldeo dice: Porque mi contrario no me pierda. Pues esta es la provision que este sexto libro hace contra cualquier trabajo y contrario que es del mismo Dios, sin el cual no hay que esperar remedio ni consuelo en los trabajos, aunque va considerado variamente y para el mesmo efecto que David; porque el remedio que en cada discurso se pone, es el mesmo Dios, diferentemente considerado; ya como justo juez, ya como padre misericordioso, ya como padeciendo, ya como bienhechor, ya como en sacramento, ya como en manjar de dotrina, segun que mas conviene con el que la adversidad padece.

DISCURSO PRIMERO.

Del primero remedio contra la impaciencia, que es humillarse delante de Dios.

El primer remedio y el mas general, mas fácil y mas á mano contra la impaciencia, cuando alguna grande aflicion nos acomete, es la humildad, la cual no consiste en bajar la cabeza ó andar mal vestido ó remendado, sino en lo que san Bernardino dice, que es reconocer la grandeza de Dios y nuestra miseria y poquedad, y presentársela al mismo Dios, que está mirando nuestro corazon, y tener por bien y desear que todo el mundo la entienda. Dije que es el mas fácil remedio y mas á mano, porque no hay necesidad de salir fuera de nosotros para tener estos pensamientos, pues de la fábrica de nuestro cuerpo y de la naturaleza y potencias de nuestra alma podemos conocer la grandeza de Dios. Y sin abrir los ojos se nos representan dentro de nosotros sus innumerables beneficios y nuestro desagradecimiento; y nuestros pecados, ellos se descubren, y la fragilidad y flaqueza de nuestras fuerzas aun la misma tribulacion nos la acuerda; pero que esta sea remedio, es muy conforme á la naturaleza, como en tiempo de gran ventisca, el que se halla en un cerro alto, porque no le lleve la fuerza de la tempestad, se postra y se iguala con el suelo; y lo mesmo hace el que va huyendo de un toro bravo, que, faltándole ya los piés, por no venir á sus cuernos, se deja caer en tierra sin movimiento alguno ni resuello, conque muchos se han escapado de aquel temeroso peligro, dando á entender al toro que aquello que allí está arrojado, que parece hombre, ni lo es ni cosa viva, ni le importa hacerle mal. Todo esto dice el que se humilla en el peligro de la tribulacion delante de Dios airado, y mediante la humildad sale con bien de todo peligro. El *Eclesiástico* dice que la humildad presentada al cielo penetra las nubes, y no para hasta llegar á Dios, ni reposa hasta que el Altísimo mira á cuya es con ojos de piedad, y que no lo dilatará Dios hasta juzgar su causa y castigar á sus enemigos. De donde parece que, no solamente por ser la humildad madre de todas las virtudes, como san Bernardo dice, y por el consiguiente de la paciencia, que, segun esta consideracion, no podiamos decir que la humildad lo hace, sino la paciencia, la cual sin esta virtud no la hay verdadera, como el abad Pyamon decia, preguntando cómo se podria la verdadera paciencia adquirir y conservar, y respondió que sin humildad era imposible lo uno y lo otro; pero este remedio tiene de su cosecha el conocimiento de sí mesmo con el de la grandeza del poder de Dios. Y aunque David usó deste remedio para con el rey Saul, su enemigo, diciéndole: ¿A quién persigues, rey de Israel? A quién persigues? ¿A un perro muerto persigues? Esto es, á un hombrecillo hediondo como yo persigues (que eso se entiende en la divina Escritura por el perro, un hombre abyecto y desechado, y esta es la ponderacion del *Eclesiástico* cuando dice: Mas vale un perro vivo que un leon muerto, que el leon es el mas principal de los animales, y el perro el mas desechado. Y deaquí, para mostrar en cuán poco se estima al moro, le llaman perro, y el moro al cristiano por lo mesmo). Pues dice David: ¿A un perro muerto te pones á perseguir, siendo tú rey de Israel? ¿Esa es la grandeza y majestad real? Digo que, aunque David usó deste remedio, no todas veces, sino muy raras, lo es para aplacar á los hombres, solo cuando el rogado es muy valiente y esforzado, que tiene por cosa indigna de su valor mostrar su valentía contra un rendido. Lo cual se halla tambien en las fieras, que del leon y de otras se dice que suelen perdonar á quien ven humillado y sin hacer resistencia. Pero cuando falta este ánimo generoso entre gente flaca y cobarde, no es este buen remedio para escaparse de sus manos, como cuando á las de una mujer, por su desdicha, viene un enemigo suyo, no hay crueldad que se le compare. De donde dice el Sabio: No hay furia como la de la mujer; lo cual les nace de ser animal y sexo tan cobarde y medroso. Porque siempre á la cobardía es certísima y fidelísima compañera la crueldad, la cual usa el cobarde por asegurarse del valor de su enemigo. De aquí nace que, como Dios sea todopoderoso, tambien sea su clemencia infinita, con lo cual no suele hacer presa en un corazon humilde y rendido. Esta razon da la *Sabiduría*, diciendo: De todos te apiadas, porque todo lo puedes. Esta razon alegaba Job para ser consolado y librado en sus trabajos cuando decia: Señor, ¿quereis vos ser como el viento, que muestra sus fuerzas en voltear una hoja de un árbol, y quereis mostrar la vuestra en perseguir una paja seca, que la fuerza flaca de un niño la hace pedazos fácilmente? Con esto mesmo, en el capítulo siguiente pide lo mesmo, diciendo: ¿Qué fuerzas ni qué valor



puede tener una cosa que vive tan poco tiempo, lleno de miserias, que como flor nace y se marchita, y huye como sombra, que, tras no tener ser, se desparece en un instante, porque no tarda mas que eso la luz en nacer; y eso poco que dura tiene tan poca constancia, que nunca permanece un punto en un mesmo ser ni estado? Pues vos, Señor, que no nacistes de mujer ni teneis el ser de nadie; vos, que sois eterno y siempre sois; vos, que careceis de toda miseria, pues sois infinitamente bienaventurado, teniendo la gloria infinita de vuestra cosecha dentro de vos; vos, que en la hermosura sois mas que flor, pues la criais en las flores, flor que nunca se marchita ni perece; vos, que sois verdad de quien todo lo que es es sola sombra; vos, que por ser el mesmo ser nunca desfalleceis; vos, Señor, en quien nunca puede ni pudo caber mudanza, ¿no veis que es cosa indigna de tanta grandeza poner los ojos de vuestra indignacion en criatura tan vil como el hombre, y poneros á cuenta y á juicio con él? De la mesma razon usan en Esaías los del pueblo, comparándose á hojas de árboles, y sus obras á sangres menstruas de las mujeres, que era lo mas asqueroso que aquel pueblo conocia.

De cuánto fruto sea esta diligencia para el afligido sábenlo los que con Dios la usan, y mas los que mas se humillan; porque, así como el médico famoso que desea acrecentar su opinion y fama huelga tanto mas de ser llamado y de curar al enfermo cuanto es la enfermedad mas peligrosa; y así como, á esta mesma cuenta, cuanto es mayor el pecador tanto mas se demuestra la misericordia de Dios en perdonarle y se acrecienta en nosotros su gloria, lo cual mostró cuando en el tiempo del diluvio usó de la clemencia y omnipotencia, diciendo: Nunca mas tengo de maldecir la tierra, por enojo que tenga contra el hombre; y da la razon, porque tiene una inclinacion tan flaca y miserable, que desde la cuna es inclinado á mal, y al fin es de carne. Así, cuanto mas humilde y rendido se presenta el afligido delante de la presencia de Dios, tanto mas fácil y mas breve remedio alcanza de sus trabajos. El blason de los romanos harto mejor le conviene á Dios, cuando dicen que perdonan á los rendidos y hacen guerra á los soberbios; y así, se le atribuye san Pedro á Dios en su *Canónica*, diciendo: Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da gracia y favor, como el rayo que sale de su mano, que no hace herida en lo flaco que encuentran, sino en los castillos y alcázares torreados y fuertes, en los huesos, dejando la carne sin lision, y en la espada, dejando sana la vaina. Y por eso concluye san Pedro: Y pues ansí es, humillaos debajo de la poderosa mano de Dios, para que os la dé y os levante en el dia de la visitacion, esto es, del trabajo y calamidad; que eso llama visitacion, como cuando dice en el salmo: Yo visitaré con un azote sus maldades; y en otra parte dice que es Dios celoso, que visita las maldades de los padres en los hijos, esto es, que los castiga. Esto que san Pedro dice, hizo el Señor cuando á David, en diciendo *Peccavi*, le pasó las penas y castigo de su pecado á la persona de su hijo encarnado, y á Saul no perdonó por ser vano y soberbio. Y pues muchas veces es el trabajo en castigo de nuestros pecados, claro está que la humildad nos librará dél. Pero por cualquier fin que Dios le envie, es la humildad cierto remedio, ó para consolarse el hombre y recebirle en paciencia, ó para presto salir dél. No hallo yo mejor lugar en la sagrada Escritura, ni que mas claro nos enseñe esta verdad, como lo que pasó el Señor con la Cananea, tan fatigada y angustiada con el tormento que el demonio daba á su hija, que al cabo de razones (con que prueba el Señor su paciencia, fe y perseverancia), le vino á decir que no parecia bien quitar el pan á los hijos y darlo á los perros; y con la humildad que Dios le daba, consentió ser llamada perra y reconoció no ser merecedora de la merced que pedia, y dijo: Bien conozco, Señor, que soy perra; pero los perros en casa de sus señores no se quedan sin sustento, siquiera de las migajas ó mendrugos que se caen de la mesa de sus mozos, segun san Márcos dice. Entonces, dice el mesmo san Márcos que dijo el Señor: Por esta palabra que agora dijiste, anda, vé, que el demonio ha salido de tu hija.

Otra razon desta verdad se colige de lo que atrás dijimos, que una de las que tiene Dios para enviar trabajos á los buenos y amigos suyos es para sacar dellos humildad de corazon, porque son para este efecto muy eficaces, como allí se dijo copiosamente, y así parece en los que envió á Nabucodonosor, hombre soberbio y feroz, á quien humilló con aquel tan largo trabajo de hacerle bestia tantos años, del cual salió tan humilde y con tanto conocimiento de la grandeza y poder de Dios y de su propia miseria, que se tiene por cierta su salvacion; y la Escritura nos dice la vuelta que dió en lo restante de su vida. Tambien parece en lo que san Pablo dice de sí mesmo, que aquel gran trabajo, que él llama ángel de Satanás, que le daba continuamente bofetadas (sea cual fuere), le fué dado por contrayerba do la soberbia que la grandeza de sus revelaciones podia ocasionarle. Pues si este es muchas veces el fin de Dios, el hacer á los hombres humildes cuando envia trabajos y afliciones, claro está que, habiendo ya esta humildad, ó cesará el trabajo ó se mitigará. Como pareció en el rey Acab, que, diciendo el Profeta y esperando un gran castigo por la muerte injusta de Nabot, dice el texto que rompió Acab sus vestiduras, y ayunó y vistióse de un saco y andaba cabizbajo, y díjole Dios á Elías: ¿No has visto á Acab, qué humilde se ha puesto delante de mí? Pues por haberse humillado por mi respecto no le haré mal en sus dias, aunque no dejaré de enviarle trabajos á su casa en tiempo de su hijo. Lo mesmo se colige de los ninivitas, que, aunque bárbaros, supieron usar deste remedio, humillándose delante de Dios, y fueron perdonados. De aquí nace cuán errados andan los que en sus adversidades el postrer remedio ponen en Dios y en humillarse en su presencia, confiados primero en su poder, fuerzas, amigos, favores y riquezas. Pues basta conocer la flaqueza de todo esto, y reconocer que en solo Dios está el remedio y consuelo de nuestros males, y en nada de todo lo criado sin él; por lo cual él ordena muchas veces que lo que en la tierra suele ser remedio no lo sea en algunas coyunturas, para que tengamos este conocimiento. En la *Sabiduría* dice de las llagas y enfermedades del pueblo que no las curaba cierto la yerba ni el emplasto, sino la palabra

de Dios; y lo mesmo decia David, despertando á su alma para alabar á Dios, que es el principal y solo remedio de sus males; pues solo puede, y solo, sin ayuda de criaturas, remediarlos, y todas ellas sin él no pueden. Bendecid ánima mia al Señor, que perdona vuestros pecados, que sana vuestras enfermedades, que os libra de los peligros. Bien se deja entender que no le faltaban á David médicos ni medicinas en sus enfermedades, y que no los despedia queriendo á Dios solo por médico y sin medicinas, sino que entendia que, aunque el médico tomase el pulso y ordenase los jarabes, Dios era el que principalmente sanaba, no solo dando letras al médico y virtud á las yerbas y raíces, sino porque era su voluntad que aprovechasen. Y pues así es, lo primero que se ha de hacer es acudir humilmente á Dios, que todo lo puede.

Esta humildad que aquí se pone por remedio del trabajo contra la impaciencia requiere muchas cosas, porque requiere ser verdadera y perfecta, para lo cual se procuren las condiciones que de lo que el humildísimo Bernardo siente se sacan en limpio, que, segun ellas, aquel es verdadero humilde que se estima en nada y menos que nada, y esa cuenta huelga y desea que el mundo haga dél; el que, contento y convencido con el testimonio de su conciencia, no solo no busca favores del pueblo ignorante y vano, pero ofrecidos los tiene en poco; el que no se engrie, antes le pesa, cuando le alaban; el que así se deleita con la injuria y ofensa como el soberbio con la honra; el que, teniéndose por el menor de todos, á nadie se antepone, reconocido á los mayores, sujeto á los iguales, igual con los menores. De buena gana baja y de mala sube. Avergüénzase de ser loado, ama ser corregido. El primero á la obediencia, el postrero en el hablar. A nadie hace injuria, á todos las perdona, y no tiene por ninguna el precederle quien quiera. Finalmente, el que se tiene, como David, por vaso quebrado y perdido, esto es, sin provecho ni valor cuando oye los baldones de sus vecinos. Y en otra parte dice: ¿Quién soy yo, Señor, que tales favores recibo de vuestra mano? La cual palabra pondera san Juan Crisóstomo, diciendo muchas cosas. Lo primero, que allí está la plenitud de la gracia en conocerse uno en todas las cosas. Lo segundo, que aquí se conoció David por mortal, Lo tercero, que esta vida está sujeta á mil casos desastrados, y que halló en este siglo muchas tribulaciones. Lo cuarto, que la paciencia del pobre nunca perecerá. Lo quinto, que la perseverancia lleva los hombres á Dios. Lo sexto, que cuanto mayor fueres y te humillares, tanto mayor gracia hallarás ante Dios. Lo sétimo, que ninguno hay sin pecado, aunque sea un niño de un dia nacido. Lo octavo, que conviene siempre orar contra las mañas del demonio. Lo nono, que en la oracion no nos dejemos trabar de pensamientos terrenos. Lo décimo, que no desmaye nuestra esperanza. Lo undécimo, que esperemos la proteccion de Dios. Lo duodécimo, que no cesemos en aquellas tres palabras de los querubines: *sanctus, sanctus, sanctus*, y que el que se conoce en estas cosas está en el camino de la verdadera humildad.

Pues amoldarse con esta regla destos santos (para lo cual ninguno hay tan estirado, que para humillarse no halle bastante y sobrado recaudo dentro de sí) es el primero remedio y mas fácil contra los trabajos y su impaciencia. Esta humildad, y de cómo es tal remedio, les dijo el mesmo Señor á sus dicípulos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, no de apariencias solas, no de bonetadas, no de inclinaciones de cabeza, no de exteriores mortificaciones y ceremonias, sino humilde de corazon. Y no dice, daros han ó ganaréis ó esperaréis, sino al punto hallaréis paz y quietud en vuestras almas, quitados de enojos, iras, pesadumbres y alborotos. ¡Oh, cuánta paz gozan los que en esto quieren ser vuestros dicípulos, Señor; cuánto ahorran de inquietud, de carga de cuidados! Como, al contrario ¡cuánto cargan desto los soberbios! No en balde decia el Sabio: Al soberbio le va siempre persiguiendo la humildad, que es la bajeza, el desprecio y el trabajo; que eso quiere decir el vocablo que allí está, que es el que está en el cántico de la Madre de Dios, cuando dice que puso Dios los ojos en su humildad, que es su vileza y bajeza, que por tal se conocia ella delante de Dios. Pero mejor y mas breve lo dijo el Señor en el Evangelio: El que se engrie será humillado. Quiere decir abatido y despreciado; y al contrario, el que se humilla será levantado de cualquier trabajo. Solo dice el Sabio con mas claridad que los trabajos buscan al soberbio y no cesan hasta hallarle. Si no, dime: ¿de dónde hay tan poca paz y sosiego en el mundo, y tantos males y calamidades en los reinos, en las ciudades, en las casas mesmas y personas, sino de la soberbia? ¿Unos por mandar á otros, otros por tener mas, otros por saber mas que otros. De donde se puede decir aquello del salmo: Quebranto y infelicidad son todos sus caminos; que, buscando los miserables descanso y sosiego, andan trabajados y quebrantados, y nunca tuvieron ni saben qué cosa es un dia bueno. El cual tiene siempre el humilde, que de buena gana respecta á todos, á todos obedece, á todos ama, á todos teme hacer ofensa; las injurias, ó no las siente ó fácilmente las sufre y perdona; quieto para sí, manso y pacífico para el prójimo, á todos agradecido, á todos sin daño, á todos amable; con nadie pesado, á todos sujeto; con nadie porfía, á nadie desprecia; y así, al mesmo Dios agrada y obliga á que en todo le acuda, y mas particularmente en sus aflicciones y trabajos.

DISCURSO II.

Del segundo remedio contra la impaciencia en los trabajos, que es atribuirlos á propias culpas.

Todos los consuelos y remedios de que en este libro sexto se trata, tienen entre sí tal parentesco y trabazon, que se van llamando unos á otros, lo cual ayuda mucho á que en el tiempo que son menester se hallan todos presentes, hallándose la memoria con menos dificultad para recogerlos al tiempo que la turbacion del trabajo podria habérsela ocasionado. Y así, despues de dicho en el discurso pasado del remedio de la humildad, se ofrece luego tras dél tratar de este segundo, que es atribuir aquel trabajo á sus propias culpas el que lo padece, cuya memoria es gran parte para despertar y perficionar esta virtud excelente, pues no hay cosa que tanto humille á un hombre como entrar dentro en su conciencia y considerar cuántos y cuán grandes pecados, y

con cuánta fragilidad y flaqueza y malicia ha cometido contra su Dios; cuyo número apenas podrá alcanzar, acordándose de la vida pasada, discurriendo por las edades cuánto ha pasado, por los oficios que ha tenido y por las personas que ha tratado; porque así se conocerá por el mayor pecador de cuantos conoce. Que, aunque puede ser que haya otros mayores, y él conozca algun pecado en otros mayor que los suyos; pero, tomando la conciencia dellos junta, ninguno hay que conozca otro mayor pecador que á sí mesmo. Conocido pues el innumerable número de sus pecados y la gravedad del menor dellos (que es tanta cuanta ningun humano ni angélico entendimiento puede apear ni medir, por ser ofensas contra Dios infinito, de cuya infinidad se sigue y nace la del pecado), ningun trabajo que en castigo dellos padezca le podrá parecer insufrible; pues (como san Agustin dice) el pecador no merece el pan que come; y los doctores teólogos concuerdan que aun en las penas que por ellos se padecen en el infierno hay mezclada mucha misericordia, no porque se les perdone dellas un cuadrante (como el Evangelio dice) de lo que está determinado y tasado que padezcan, sino en que haya allí puesta tasa á la pena, siendo sin ella la malicia de la culpa. Pues piensa que razon tendria de impaciencia el que á traicion hubiese muerto al hijo de su rey, si fuese por ello condenado á solos ocho dias de destierro; que mucha menos tendrá uno que se conoce por pecador, siendo afligido con un trabajo, por grande que sea, si considera la gravedad de sus pecados y lo que por ellos merece, conforme á las leyes y aranceles de Dios, y el poder y rigurosa justicia de su juez para ejecutarlo.

Podrá decir el que va leyendo este discurso y ha leido otro del segundo libro, que no concuerdan los dos, por haberse dicho allí que no es regla cierta que envie Dios los trabajos y aflicciones en castigo de pecados, y que allí dejamos condenado este juicio; pero acuérdese que, como dijimos que era error grande decir que los trabajos todas veces venian por pecados (pues la Vírgen Santísima los padeció en tanta abundancia como en el libro pasado queda dicho, y otros muchos santos padecieron mas de lo que, segun la piadosa ley de Dios, merecian por los suyos), así es error pensar que nunca ó muchas veces no venga por razon dellos, y lo mas ordinario, pues la naturaleza de las penas y trabajos es ser castigo de pecados, y para eso se inventaron y ordenaron. Cierta cosa es, como allí dijimos, á lo menos por tal la tienen comunmente los santos, que los trabajos comunes que vienen á los reinos, provincias, pueblos, congregaciones y otras comunidades, vienen comunmente por pecados dellas; lo cual se colige clarísimamente de muchos lugares de la sagrada Escritura, de los cuales muchos se dijeron allí; y fuera dellos, es claro que el generalísimo castigo del mundo con el diluvio fué por pecados, pues que el texto lo declara; y el que á los ninivitas se amenazó fué por pecados, de que luego hicieron penitencia. El profeta Baruc, hablando con el pueblo, le pregunta qué es la causa que vivia en tierra de sus enemigos y se habia envejecido en tierra ajena, con tan amarga vida, que podia ser contado con los muertos; y respóndese el mesmo Profeta que porque habia dejado la fuente de la sabiduría; porque si hubieras andado, dice, en los caminos de la ley de Dios, sin duda hubieras vivido en paz sobre la tierra; lo mesmo se colige del profeta Malaquías, donde con el pueblo tiene Dios su coloquio, diciendo que se conviertan á él, y él se convertirá á ellos con mil favores; y responde el pueblo: ¿Cómo nos convertirémos? Responde Dios: ¿Cuándo se oyó que nadie enclavase á Dios como vosotros me habeis enclavado? Dicen ellos: ¿En qué os habemos enclavado? Dice él: En los diezmos y primicias (que por cierta ocasion daban en no pagarlas, y perecian de hambre los sacerdotes); y así, les dice que estos pecados son la causa de su amenaza que allí pone, y que él cesará del castigo la hora que se emendaren.

Así que, en estos y otros castigos públicos bien se declara Dios que castiga por pecados; pero aunque muchas veces, y mas quizá de las que pensamos, hace lo mesmo en los trabajos particulares, no se declara todas veces, sino muy pocas, por no descubrir los pecadores. Y por la mesma razon no quiere que juzguemos mal de nuestro hermano cuando le viéremos afligido de su mano. Pero el hombre cuerdo y bien considerado siempre atribuye sus trabajos á sus pecados, y es consejo de hombres santos y hechos á entender la condicion de Dios, que los envia. Así lo hicieron los hermanos de Josef cuando padecian aquellas vejaciones en Egipto, y decian: Nuestro merecido tenemos en estas tribulaciones, porque no quisimos oir á nuestro hermano cuando con lágrimas nos rogaba; veis aquí nos demandan aquel pecado. Y Tobías en su afliccion decia con muchas lágrimas: Justo eres, Señor, y justos tus juicios, y todos tus caminos son misericordia y verdad; acuérdate, Señor, de mí, y no de mis pecados ni de los de mis padres, que porque no hemos obedecido á tus mandamientos fuimos entregados en esta captividad, y á trabajos y muertes y en fábula y en baldon delante de todas las naciones, donde nos has desterrado y esparcido; y agora, Señor, grandes son tus juicios y castigos, porque no hemos obrado segun tu ley ni hemos andado con sinceridad delante de tus ojos. Agora, Señor, cúmplase en mí tu voluntad, y mandad que muera yo en paz, que mas me conviene morir que vivir en tanto trabajo. Y este es el fundamento en que fundaba Job sus razones con Dios cuando le decia que le habia afligido no teniendo pecado. De donde se entiende que cada uno le buscaba luego en su ánima cuando le venia la tribulacion, y esto tienen todos los siervos de Dios por consejo santo y saludable. Deste mismo usó David cuando, viéndose amenazado de Dios por el pecado que cometió del adulterio contra Urías, diciendo: Tú lo cometiste secretamente, yo lo sacaré á la plaza; y viendo ejecutado el castigo desta amenaza cuando huyó, con tan gran trabajo y afrenta, de su hijo Absalon, por un monte arriba descalzo y destocado, deshonrado por un vil vasallo Semei, y diciéndole Abisaí: ¿Por qué, Señor, este vil ha de atreverse al rey mi señor? Acordándose el rey que era aquel azote de Dios por su pecado, sufrió las injurias con mucha paciencia, diciendo: Déjale; maldígame, que Dios se lo manda; no es sino verdugo de Dios, que por su mandado me aflige. Y así, fué el suceso tan bueno como de mano de Dios, pues le volvió el reino y

le mató á su hijo y perseguidor, á quien Dios habia tomado por azote para castigarle.

Pero cuando la conciencia no le acusare al afligido, entienda que es castigo de pecados pasados y olvidados con el tiempo, y que es gran misericordia de Dios que agora se abra el proceso dellos, porque esta consideracion es de gran fruto para la enmienda de la vida; pues acaece muchas veces venir tan de espacio la venganza y castigo de los pecados por la misericordia de Dios, que va esperando el pecador que de esa tardanza toma ocasion el miserable para serlo mas, habiendo de tomarla de ser mas agradecido por ella, como el Sabio dice: Porque no sentencia Dios luego al pecador tras el pecado, se atreven los hijos de los hombres sin temor ninguno á cometer grandes males; lo cual es de malos y perversos ingenios. Como si un hijo mesase cada hora las barbas á su padre, viejo y bueno, y no diese otra desculpa sino decir que él lo sufria y lo perdonaba todo, á lo menos lo disimulaba; ¡qué mayor impiedad y desvergüenza! De donde nace que para estos es de gran daño lo que Dios les espera; porque, demás de que, como dice Valerio Máximo, recompensa los plazos que ha esperado con la gravedad del castigo, suele esto llegar á tiempo que no se persuade el castigado que lo es por aquellos pecados que ya él tiene olvidados, y piensa que Dios tambien los tiene. Lo cual es uno de los mayores castigos que Dios le puede enviar; porque á esta cuenta, demás del poco ó ningun recato y escarmiento que saca del castigo, eslo muy grande, porque le castiga con permitir que sin miedo ni recelo cometa pecados nuevos y mas atrevidos, engañado de que aquel trabajo no es castigo, sino venido acaso por desgracia ó por el tiempo, ó por culpa ó descuido de quien le causó; como los que comen ó beben cosas dañosas nunca se persuaden que de allí les vino el daño ó enfermedad, y así no se guardan dellas. Porque, si luego al pié del pecado castigase Dios al pecador, luego se veria la justicia de Dios al ojo, y él se guardaria de caer en sus manos, como lo hacen de la justicia de los hombres, que luego ejecuta sus castigos. Pues de que haya tenido Dios memoria de pecados muy antiguos para castigarlos, la divina Escritura está llena de ejemplos, no solo en la otra vida, sino en esta, y uno dellos es muy notable, el cual está en el capítulo 17 del *Exodo*, donde el pueblo de Dios, saliendo de Egipto, padeció de los amalequitas cierto agravio, del cual enojado Dios, le mandó escribir en un libro, y pasados cuarenta años mandó á Saul que lo vengase, no dejando hombre á vida de los amalequitas; como parece en el libro de los *Reyes*. Y aun san Agustin, espantado del castigo de Oza por pecado tan liviano al parecer como solo llegar al arca, dice que tiene por cierto que fué castigo de pecados pasados; sobre lo cual dice estas palabras: Porque muchas veces sucede que las culpas menores llaman las penas de los pecados pasados. Y esta mesma condicion de Dios apunta Job, cuando dice á Dios: ¿Quereisme, Señor, acabar por los pecados de mi mocedad? Los hermanos de Josef, que habia muchos años que habian maltratado y vendido á su hermano, tuvieron su aflicion por castigo de aquel pecado viejo. Tobías tambien ruega á Dios que no se acuerde de sus pecados viejos ni de sus padres. Lo mesmo hace David en un salmo: No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades antiguas. Y así, no hay que asegurarse el que los ha tenido, como el Sabio aconseja: Nunca vivas sin recelo del perdon de tus pecados. Que eso quiere decir allí del pecado perdonado, porque deste no hay que temer cuando ya lo está del todo á culpa y á pena; pero cuando se hallase uno del todo inocente y sin pecado, ó por no le haber cometido, ó no muchos ni graves, ó por haber hecho á su parecer bastante penitencia, siempre ha de pensar que debe algunos pecados ocultos, ó que ignorantemente ó con pasion los carga sobre las conciencias ajenas, que en esto son ciegos los ojos de los hombres, mayormente en caso de su propio amor, cuando no tienen la conciencia muy recatada y temerosa; de donde viene á decir san Agustin, volviendo por la justicia de Dios en el castigo que hizo en su pueblo por el pecado del rey David, matando tantos millares de hombres, que fueron pecados del pueblo los que merecieron este castigo.

De todo lo dicho el mejor ejemplo que tenemos es el del Redentor del mundo, que para dárnosle, con ser cordero inocentísimo, y no tener ni poder tener pecados de que acordarse entre aquellos crueles tormentos de la cruz, con todo, se acordó de los nuestros, por los cuales padecia, cuando dijo: Dios, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? ¡Cuán léjos están de librarme de estos tormentos los gemidos que doy por mis pecados, mios, no porque los cometí, sino porque salí á pagar la deuda y penas dellos por los hombres que los cometieron! Como esto dió á entender por Esaías, donde en un solo capítulo se dice diez veces que el Salvador hizo suyos y pagó los pecados ajenos, y esto hizo y dijo el Redentor, entre otros fines, para que cuando tú quisieres imitarle en la cruz y trabajos, sufriendo los que te cupieren, le imites en acordarte que los padeces por tus pecados. Porque con eso, lo primero, cualquier trabajo te parecerá ligero, pues ellos son tan graves; lo segundo, se acabará el trabajo con brevedad, pues lo que Dios con ellos busca es limpiar tu alma de pecados, que ese es el oficio del trabajo y aflicion. Y aun de la del infierno lo dice Eusebio Emiseno por estas palabras, tratando de la inmortalidad del dañado, entre tanto fuego y tormentos viene, al cabo de muchas palabras, á decir la razon, y es porque aquellas llamas, no casuales, sino racionales, esto es, encaminadas á buen fin, porque no les mandan mas que buscar la culpa, no saben consumir ni acabar la sustancia del que allí padece; porque, así como dicen los naturales de un lienzo llamado asbeston, que quiere decir inextinguible, que no se limpia con agua, sino con fuego, que, dejando la tela dél blanca y limpia, consume toda la grasa y cualquier otra suciedad; y por eso hacian dello las torcidas de los candiles, que por esto eran perpetuas, pues el fuego quemaba y gastaba solo el aceite; y aun yo oí decir á un doctísimo y santo varon que conoció él en Toledo un boticario que tenia para heridos unas hilas deste lienzo, las cuales quemaba después de sucias, y así las limpiaba. Pues por esta comparacion se entiende lo que Eusebio dice, que así como porque el fuego del candil no tiene fuerza sino sobre el aceite, de manera que, no faltando este, no dejará de arder sin consumir la torcida; así el fuego

del infierno, porque le mandan buscar y abrasar los pecados, no toca en la substancia de los dañados; y así como, habiendo siempre aceite, siempre dura la lumbre en el candil, y aunque no consume la torcida, si ella tuviese sentido viviria atormentada, porque el fuego la está siempre calentando y abrasando, aunque no consumiendo; así, porque en el infierno siempre dura el pecado en el condenado, siempre está el fuego abrasando pecados y atormentando sin consumir á los pecadores. Otro ejemplo mas manual podemos poner en las ollas viejas y grasientas, que en algunas partes renuevan abrasándolas, que, como el barro no es materia de fuego, la llama consume sola la grasa, dejando el casco de la olla sin lesion y limpia, y cada vez mas perpetua; lo mesmo es cuando en el fuego se afina el oro, que no es materia dél sino lo que para purificarle se consume; así, no quiere Dios que los cuerpos ó almas de los dañados sean materia del fuego para ser consumidas, sino solos los pecados, que, porque estos nunca cesan, siempre hay qué quemar. Y concluye Eusebio diciendo: ¡Ay de aquellos que agora tienen por risa estas cosas que para siempre han de llorar! Ay de aquellos que antes experimentarán estas cosas que las crean!

Viniendo á nuestro propósito, los trabajos y dolores tienen este oficio encomendado de Dios, que es consumir y acabar pecados; y como en el infierno siempre los hay, nunca se acaba el fuego. Acá no busca Dios consumirnos ni acabarnos con el de los trabajos, sino limpiarnos de los pecados, acabándolos y consumiéndolos á ellos; y como en esta vida estamos en tiempo y estado de poder salir dellos mediante la penitencia, fácilmente los consume el fuego de la tribulacion. De una manera consumiendo la pena temporal que por los ya perdonados se debe, y de otra solicitando al pecador que salga dellos, y acordándole que no ha salido y que está su Dios todavía ofendido y enojado. Cuentan los naturales de un animal llamado castor, que perseguido de los cazadores y entendiendo ser la pretension dellos cierta parte de su cuerpo, que es medicina de gran precio para muchas enfermedades, cuando ya se ve acosado de perros y cazadores corta con sus propios dientes lo que ellos pretenden, y déjalo en el camino, y así se libra desta persecucion, porque cesó la causa della. Así ha de hacer el afligido cuando ve que Dios viene en su alcance con alguna repentina tribulacion, pensar y entender que viene Dios en demanda de sus pecados, y con su misma boca quitarlos de sí, confesándolos y pidiendo dellos perdon y misericordia; que así cesará sin duda la persecucion ó la fuerza della, si para su bien durare algun tiempo, si por ese fin Dios la ha enviado; y si ese no fué, á lo menos aprovecha siempre, y nunca daña esta diligencia, no solo para otras mil cosas, sino para esta mesma; porque el trabajo que quizá no vino por pecados, no persevere en castigo dellos, ó vuelva él ó otro de nuevo, como lo hace el médico prudente, cuando sabe ó no sabe la raíz de la enfermedad, lo primero que hace es descansar la naturaleza con evacuaciones de sangre y humores y otras dañosas repleciones, porque cuando esa no sea la ocasion del mal, á lo menos no daña, antes aprovecha para curar la que lo es, y que ni ella persevere ni suceda otra de nuevo.

DISCURSO III.

Del tercero remedio contra la impaciencia, que es la licion de las santas Escrituras y otros libros santos.

Bastaba entender de la sagrada Escritura, que es la fuente de todos los remedios deste libro, para entender cuánto lo es contra la impaciencia de los trabajos; de la cual, si ahora quisiésemos ponernos á decir y sacar en limpio su grandeza, su majestad, su limpieza, sus gracias y sus frutos, no bastara, no digo yo un discurso tan breve como este, pero ni un libro ni muchos, por grandes que fueran; porque, así como de las obras y vida del Redentor dice san Juan que no cupieran en el mundo los que pudieran escribirse, así de los misterios, misericordias, consuelos y otros tesoros que en las divinas letras se encierran, no cupieran los libros en el mismo mundo. Bien es verdad que parecerá este encarecimiento al que con familiaridad no las hubiere tratado; porque, si no es á los tales, no suele ella descubrirse del todo. Compara san Gregorio, escribiendo sobre el libro primero de los *Reyes*, la divina Escritura á una sierra; lo cual yo entiendo considerando la Morena, que, mirada desde léjos, no hay cosa mas inculta ni estéril ni que menos contento dé á los ojos. Unos montes pelados, secos, ásperos y descaminados; muchos cerros, tan juntos, que parece que de uno á otro no hay mas que un pequeño salto; pero llegando cerca ninguna cosa hay de mas contento á la vista, los caminos llanos, á lo menos andaderos, las piedras muy hermosas, las fuentes claras, las aguas dulces, los aires frescos, las vegas, los sembrados, las huertas, jardines, álamos, naranjos, flores, arboledas; y donde parece estar los cerros á un paso, en subiendo al uno se descubre un valle hermosísimo, lleno de gran verdura y variedad de matas y de yerbas, gravado de árboles vistosísimos, esmaltado de varias flores, con un arroyo en medio del valle, que baja culebreando, que parece una cinta de plata, que va corrigiendo y desculpando el silencio de aquella soledad con un murmullo suave y con las quejas que parece que va dando en los barrancos donde se despeña, perfumado el valle con una ensalada de olores que de la variedad de las flores se junta, donde hay á un lado y á otro pastores con su ganado, gozando muy gruesos y suaves pastos; el aire lleno de muy hermosas aves silvestres, gozando de su pacífica libertad y dando á entender este gozo con sus alegres cantos, y á par de alguna fuente, alguna venta ó casa de pastores, donde el caminante se recrea descansando y tomando noticia y razon de lo que ha visto; así que, todo lo que parecia estéril y sin jugo ni fruto, parece en viéndolo de cerca muy gustoso y alegre.

Otro tanto acaece al que los divinos libros mira por de fuera; ¿qué cosa mas estéril que una historia seca, un salmo escabroso, unas dotrinas breves y cortas, unas listas de nombres extraños, como se hallan en algunas partes del *Génesis*, en el libro primero del *Paralipomenon*, en el primer capítulo de san Mateo? Zorobabel engendró á Abiud, Abiud á Eliaquin, este engendró á Azor, que parece que no hay que considerar, sino saltar brevemente del uno al otro; pero llegándose cerca y abriéndolos con atenta lecion, no hay cosa de mas gusto y consuelo para el alma. Allí se descubren fuentes, rios

de elocuencia inestimable, allí jardines, prados frescos y hermosos, vegas fertilísimas y pastos de vida eterna, que dejan al alma confortada, harta y satisfecha; allí música y consonancia divina, caminos llanísimos para nuestra peregrinacion, descansos verdaderos donde se toma aliento y esfuerzo para pasar adelante; variedad de flores y yerbas medicinales para cualesquier enfermedades del alma, y entre aquellos riscos de nombres incógnitos, donde no parece que habia mas misterio que nombrarlos, hay hermosísimos valles, mucho que ver y considerar en ellos. De manera que no es falta en la Escritura el no sentir ni gozar destos bienes, sino del que se retira de su trato y familiaridad. Algo desto quiso sentir aquel famoso filósofo hebreo Filon, diciendo: ¿Quereis ver cuán profundo sea el sentido de la Escritura? Tomad las primeras cinco palabras con que comienza: En el principio crió Dios el cielo y la tierra; ¿qué cosa mas estéril al parecer del juicio humano? Qué mas brevedad? Qué mayor sequedad? Pues allí se incluyen gravísimos y importantísimos misterios. Lo primero, de aquellas palabras se condenan y convencen cinco gravísimos errores; y por el contrario, allí se encierran otras tantas importantísimas y certísimas verdades. Lo primero, de allí se saca que hay Dios, verdad tan importante contra los bárbaros ateos, que afirmaban que no le habia, y así vivian como moros sin dueño. Lo segundo, se colige de allí que Dios es uno solo, lo cual condena el general error de toda la gentilidad, que adora locamente muchos dioses. Lo tercero, se dice allí que el mundo fué criado de nada, lo cual confunde la opinion falsa de Aristóteles y de otros que decian que el mundo era eterno y sin principio, como Dios, porque todas las cosas era necesario que se hiciesen de otras, y aquellas de otras; y así, no podia darse principio de las criaturas. Lo cuarto, se dice allí que hay un solo cielo y una tierra, en que se condena Heraclio, filósofo, que afirmaba que habia fuera deste otros muchos mundos. Lo quinto, que este mundo tiene á Dios por autor y gobernador contra los que negaban su providencia. Hasta aquí son palabras de Filon, el cual fué en ellas harto estéril, pues son inumerables misterios los que calló ó no consideró en aquellas pocas palabras; pues que dice el Evangelio que una jota ni una tilde no dejará de cumplirse de toda la ley. Donde se da á entender que en las tildes hay gravísimos misterios; porque, así como en las minas no hay puño de tierra que tornado á lavar no torne á dar oro ó plata, mucho mas la divina Escritura, en que no hay palabra tan estéril ni tan apurada de misterios y consideraciones, que quede vacía del todo, antes mas llena que antes de grandes riquezas, aunque la cortedad del humano entendimiento no las pueda agotar de una ni muchas veces; porque el autor de lo uno y de lo otro quiso que hubiese mas de misterios que de oro; si no, mirad cuántas veces y cuántos años y en cuántas partes se predica un Evangelio, y nunca se agota; siempre hay cosas nuevas, preciosas y admirables.

Bien es verdad que este llegarse á la Escritura desde cerca no ha de ser solo abrir el libro della, y leer como quien lee una historia profana ó otro cualquier libro ordinario, sino leer con buen espíritu y deseo, y como suelen decir de su leccion, que ha de ser como el beber de la gallina, que tras cada gota ó sorbito levanta los ojos al cielo; así se ha de leer, poco á poco y con reposo y meditacion; y quien esto alcanza en esta vida tiene en ella un ensayo de bienaventuranza, que consiste en ver, amar y gozar de Dios. Y esto quiso decir el Sabio: Bienaventurado el que gasta su vida en meditacion de la sabiduría del cielo, y en el que piensa en el camino de la virtud, y por este mesmo tiene delante de los ojos la providencia de Dios, que todo lo mira y provee; el que con cuidado deletrea sus caminos en lo escondido de su corazon, andándose en pos della, como quien la busca, y no saliendo de sus sendas; el que tiene los ojos puestos en sus ventanas y escucha siempre á sus puertas; el que hace su manida y descanso junto á su casa, y arma su choza junto á sus paredes. En las cuales palabras da á entender que la sabiduría no la podemos alcanzar acá perfectamente, sino seguirla y asomarnos á mirar por las ventanas, que son las Escrituras santas, por donde vemos lo que hay dentro del cielo, donde ella mora; y en la choza que para esto hemos de hacer, significa que no hay aquí casa de asiento, sino que andamos buscando la que para siempre ha de durar, como san Pablo dice. Y luego dice los provechos que desta amistad con la sabiduría sacará. No se despida dellos el que no entiende las divinas letras ni el que no sabe leer, ni desta bienaventuranza, ni con esto se excuse ni desculpe para no seguir sus pisadas, pues la sabiduría, no solo en los libros, sino en las plazas, en los cantones y en los caminos está enseñando á gritos y voces, y desto sirven las pinturas, los predicadores y las buenas y santas pláticas; porque el que fuese á ver un jardin del Rey y se volviese sin verle, no daria buena desculpa con decir que no llevaba llave para abrir, si consigo, á cualquier tiempo y en cualquiera puerta tenia muchos porteros con las llaves á punto; así es el que por su estado no tiene encomendada llave de la Escritura, si cada dia y en cada iglesia, y en cada confesionario y en cada rincon, tiene los porteros á quien dió su dueño las llaves della, que se la declaren. San Gregorio cuenta de un Sérvulo que, estando paralítico, pobre de hacienda y rico de espíritu, tan enfermo, que no podia llegar la mano á la boca, y esto le duró hasta la muerte, y era idiota, que no sabia leer; habia comprado libros y hacíalos leer á los que le visitaban, y con esto, de idiota que era, vino á saber mucha Escritura, y daba cada dia gracias á Dios, y en medio de los dolores recitaba himnos y salmos, y vino á acabar paciente y dichosamente.

Otra cosa dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo que prueba mas lo que aquí se dice de la virtud de los buenos y santos libros, que de solo mirarlos, aun cerrados y en su estante, se saca mucho fruto, porque son unos ayos que suelen corregirnos y enseñarnos; y de aquí dice que, así como el oficial herrero ó carpintero ó otro mecánico, por gran necesidad que tenga, no vende los instrumentos de su arte, yunque, tenazas, martillos, etc., antes toma á logro y se empeña para suplir aquella necesidad, porque con los instrumentos lo podrá reparar todo; así los libros de los apóstoles y profetas y salmos, etc., son instrumentos de nuestra alma, con que la sustentamos y reparamos, y aun mas

y con mas verdad que los artífices, porque ellos solo mudan la figura y forma del hierro ó palo, sin llegar á la materia; porque el palo se queda palo, y el oro oro, y el hierro hierro; pero el alma de palo se hace oro, y la de hierro blanda cera, como san Pablo dice, que en una casa grande hay vasos honrados, como fuentes y vasos de oro y plata, en que se bebe, etc., y otros vasos de afrenta, como ollas, y otros para viles oficios, que son de barro, y que si alguno quisiere (limpiándose de lo que allí dice), se volverá de vaso de barro afrentoso en otro de oro y honrado; así que, con estos instrumentos se alcanza la obra de arte tan milagrosa, y como este santo dice, aun sin tocar á los libros, de sola la memoria de lo que en ellos está encerrado.

Entre las grandezas desta divina Escritura, no es la menor ni la menos estimable y preciosa el gran consuelo que da á los afligidos; lo cual dice claramente el Apóstol cuando dice : Todo lo que está escripto, para nuestro enseñamiento se escribió, para que, mediante la paciencia y consolacion que de las escrituras se nos pega, tengamos firme esperanza, á la cual esperanza el mesmo apóstol llama áncora firme; porque, así como el áncora tiene firme el navío en una gran tempestad, que nunca muda lugar, aunque sea de vientos y ondas mas combatido, así la esperanza, que por el consuelo de las escrituras se esfuerza, nos detiene para no perecer entre las tempestades del inquieto mar desta miserable vida. Y este consuelo, si á los experimentados creemos, no nace solo de entender y saber las cosas que en la sagrada Escritura se nos enseñan, sino aun de solo leerla y tratarla con atencion y devocion, como el bienaventurado san Agustin dice en sus confesiones hablando con Dios, que otros sentimientos tenia y otros vuelcos le daba antes el corazon, cuando leia los libros sagrados que cuando leia los de Platon. Aquellos soldados de Dios de quien se cuenta en los libros de los *Macabeos*, escribiendo á los lacedemonios, con quien tenia trabada amistad, dicen en su carta que no la escriben por necesidad alguna ó aprieto en que se vean, sino por continuar y refrescar su amistad, porque en lo demás pasan su vida muy consolada y alegre en mitad de sus trabajos, con la leccion de los libros sagrados que de ordinario tenian. Cosa es maravillosa que unos soldados con las armas siempre á cuestas, en tan grandes conflitos y trabajos como en aquel libro se lee que tenian los del pueblo de Dios, consolarse tanto con la lecion de libros; pero al fin eran soldados de Dios, que los de agora no se consuelan sino con nuevas ofensas y pecados. Lo que mas me espanta á mí es que aquellos capitanes hallasen descanso ó consuelo en aquellos libros que entonces habia, que eran todos de castigos, de venganzas y amenazas que Dios habia hecho á su pueblo, de que antes suele engendrarse temor que consuelo. Y lo mismo se me ofrece cuando oigo decir á David : Acordéme, Señor, de tus juicios desde el principio del mundo, y consoléme mucho; porque debajo de nombre de juicios se entienden en los profetas grandes trabajos y castigos, como parece por Ecequiel y otros profetas; y que con todo eso, sea la Escritura de tanta virtud para consolar un hombre, que se consuele con ella David y los macabeos. ¿Qué hará la Escritura, donde no se dicen castigos? Qué hicieran si alcanzaran el libro que con la venida del Hijo de Dios se añadió después, lleno de tanta misericordia y consuelo? Cosa es maravillosa lo que se saca de un libro, aun perdido, de quien se dice en el de los *Números* que como lo hizo Dios en el mar Bermejo, así lo hará en los montes de Arnon, como está escripto en el libro de las guerras del Señor; el cual libro, por órden del cielo, se perdió todo entero, no habiéndose perdido una tilde de los que quedaron, aun siendo tan antiguos, que algunos duran desde Moisen, que los hizo, que segun Eusebio dice, fué cuatrocientos años antes de la destruicion de Troya, aunque basta la antigüedad que en la mesma Escriptura parece. Y habiendo todos estos libros estado desde entonces en poder de los judíos, como dice san Pablo á los romanos, haberse perdido aquel; habiendo tenido Dios tanto cuidado de conservarlos, que de los herejes (cuyo cuchillo son los mesmos libros santos y sus verdades) los ha librado; de manera que, no solo libro entero, pero una letra, no han podido añadir ni quitar. Pero á esta maravilla se responde que porque aquel libro trataba de las guerras de Dios, que por su pueblo y por su defensa tenia, cuyas hazañas queria que estuviesen escriptas por sus añales, para que se entendiese su poder, y así fuese temido de los hombres, por eso permitió que se perdiese cuando se comenzó el libro de las hazañas de su Hijo; que esto quiere decir, libro de la generacion de Jesucristo, hijo de David, etc.; libro de su siglo, vida y hazañas, en que se muestra Dios hombre, blando, dulce, amoroso y suave. Pues si estos siervos de Dios leyeran este libro lleno de amor, de dotrina del cielo, de milagros, de consuelos, de perdon de pecados, y del trato y amistad entre cielo y tierra, ¿qué consuelo tuvieran, habiéndose perdido el de las guerras y venganzas de Dios? Pues esto se colige de aquí, que solo leer estos libros y los demás santos y devotos, y las pláticas y sermones santos de la Iglesia católica, que son arroyos desta fuente, aunque no se buscase consuelo sacado de historia ni otra cosa, basta para traer una alma consolada y sustentada; pues ella es su manjar y sustento, y por el consiguiente su esfuerzo y consuelo, como el pan lo es de la vida del cuerpo; antes sin ella no hay vida ni sustento, como dice y confiesa David, diciendo : Si no fuera por la ordinaria meditacion que tengo en tu ley, ya quizá fuera muerto en mi humildad; esto es, segun san Jerónimo, en mis aprietos y trabajos; y en el hebreo no está aquella palabra, *quizá*.

Pero, demás y allende desto, leyendo cualquier palabra destos santos libros con atencion de su sentido, llanamente se saca consuelo della para cualquier género de trabajo, porque ninguna dellas hay que no nos declare ó quién es Dios, ó su amor, ó su misericordia, ó su providencia, ó sus beneficios, ó su deseo de nuestro bien y salud, ó su poder, ó su sabiduría, ó sus promesas fieles y cumplidas, ó su paciencia y sufrimiento, ó la que con su gracia tuvieron en sus trabajos aquellos excelentes varones, patriarcas y profetas que con él trataron, y otros siervos suyos. Cuánto padeció Noé por su nombre; cuánto Abraham, Moisés, David; cuántas persecuciones de Saul; los profetas trabajaban y predicaban hasta perder la vida en la demanda; pues después

que él la puso por nosotros con tanta paciencia, cuántos la padecieron, apóstoles y mártires, de que la Escritura nos da cuenta con tanta certeza y fidelidad. San Pablo, hablando de sí mesmo, dice la causa desto á los corintios : Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos consuela en toda tribulacion para que podamos consolar á los que se ven en cualquier aprieto. La manera como san Pablo nos da este consuelo es, no de boca á boca, que así no podria consolar á todos, como él dice, pues no alcanzó su vida á los que agora padecemos, sino entiéndese que quedando escriptos sus trabajos en la divina Escritura, y sus consuelos, que fueron por Cristo, como el dice, mayores; el afligido que los leyere queda consolado, entendiendo y persuadiéndose que el que consuela á los humildes y afligidos, como él mesmo dice, y le consoló á él y le sacó de tantos trabajos, nos consolará cuando en los nuestros le llamáremos, aludiendo en esto á lo que en otra parte dice, que siendo el mas primo de los pecadores, alcanzó misericordia para que en él, que era tan gran pecador, mostrase Dios su inmensa misericordia para informar y animar á los que habian de creer cuando hubiesen pecado. Así aque, siendo él tan perseguido y trabajado, le consoló Dios para ejemplo y informacion de los que habian de ser afligidos, mostrando su misericordia y consuelo. Así que, todo esto, y mas lo que no hay lengua que pueda decir, se saca de la licion de las divinas letras. De donde se entiende lo que el Sabio añade en el lugar que alegamos, entre los frutos del seguir la sabiduría, que el que la siguiere estará debajo de sus ramas defendido del estío. Que es decir que en sus atentas liciones y consideraciones tendrá sombra y refrigerio en sus trabajos. Y porque de algunas dellas serán algunos de los discursos deste libro sexto, porque este no se alargue mas de lo justo, solo diré lo que el bienaventurado san Juan Crisóstomo y san Jerónimo dicen en confirmacion de lo dicho.

El primero destos dos santos, en la homilía 29 sobre el *Génesis*, dice que la Escritura suele ponernos delante de los ojos para nuestro provecho, no solo las obras heróicas de los antiguos, mas los pecados de muchos pecadores, porque aun de esos podemos sacar medicina. El mesmo santo dice que dejó Dios la Escritura por medicina de nuestras llagas, que sanan poniendo encima dellas aquellas historias y dotrinas de santos, y pone casi la misma dotrina que en la 29. De donde se sigue que el libro de la Biblia no es otra cosa sino una botica rica, donde se hallan medicinas fuertes y prestas para toda enfermedad, y que solo se requiere no despreciarlas, sino sacarlas y agradecerlas; y luego discurre por todos los males del cuerpo y del alma para probar lo dicho, diciendo que ninguna hay para la cual no se halle presto remedio. Porque si entra uno en el sermon atropellado de fatigas, tristísimo y melancólico, en oyendo aquel verso del salmo; Anima mia, ¿por qué estás triste? ¿Y por qué me fatigas y turbas? Pon tu esperanza en Dios, porque aunque te vea de esa suerte, tengo de confesarle y alabarle, que es mi salud y mi Dios; luego vuelve consolado á su casa y sin tristeza. Otro viene y no deja en su casa una blanca ni qué comer, lleno de mil obligaciones, no puede llevar que viva él con este trabajo, viendo á otros hinchados, ricos, servidos, acompañados; y en medio de este pensamiento oye con atencion en el oficio : Arroja tu pensamiento en el Señor, y él te sustentará y sacará de necesidad. Y luego oye : No te carcomas cuando vieres á uno rico y prosperado y que la gloria de su casa se ha multiplicado, porque el dia que muriere se acaba todo, que ni de todo eso que ves llevará consigo nada, ni la gloria y aparato, aunque parece que llega con él á la sepultura, asegúrate que no bajará con él á ella. Viene otro que vive muy amargo, por ser de los hombres caluniado y perseguido, lo cual padece á solas sin tener socorro de nadie, halla en el tesoro de la divina Escriptura consuelo que le dice que ni eche menos ni busque humanos favores y socorros, cuando oye : Ellos me calumniaban y murmuraban, pero yo arremetíame á la oracion, que es el mas cierto de los socorros, y castillo y fortaleza donde todo lo áspero se me vuelve blando y suave. Hay otro que de sus amigos y de sus criados recibe injurias y agravios, que es una cosa que sufre mal un corazon humano; tómale devocion de venir al sermon, oye lo que dice David, que sus amigos y sus prójimos eran todos contra él, y que los que mas cercanos le eran en obligacion los halló mas léjos y mas contrarios, y ponian fuerza y le buscaban la muerte los que solian defenderle y mirar por él, y que hablaban mentiras y forjaban y trazaban todo el dia engaños. Aguarda el remedio de que usó David, y oye : Mas yo, como un sordo, no queria oir, y no abria mi boca mas que un mudo, hecho un sordo, que no tiene réplicas ni porfías cuando le dicen mal. Y da luego la razon de por qué usaba deste remedio con tanto cuidado, y dice : Porque yo, Señor, en tí solo tengo puestas mis esperanzas, y tú oirás los gemidos de mi tribulacion, y puedes, si quieres, deshacer todas sus trazas y calumnias. Y concluye san Juan Crisóstomo exhortando á su auditorio que, pues ven los remedios tan eficaces y de tanta virtud contra sus males, que traten á menudo las divinas letras, no solo cuando oyen sermones, sino tambien cuando están en sus casas gastando el tiempo en leer la Biblia y otros libros santos; porque, fuera del provecho ya dicho, se sacan otros muchos desta ocupacion, que se reforma la lengua, que el alma toma alas y se levanta á lo alto, y queda alumbrada con el resplandor del sol de justicia, libre por aquel rato de sucios y malos pensamientos del mundo, y que lo que el manjar corporal obra para el sustento del cuerpo, otro tanto hace este ejercicio para el sustento del alma, que la hace fuerte, valerosa, constante, filosófica; no permite que se pegue ni aficione á cosas bajas ni sucias, indignas de su excelente naturaleza, antes haciéndola ligera y criándole alas, la traspone al mesmo cielo y á la compañía y conversacion de los ángeles. Hasta aquí es lo que dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo, y son casi todas las dichas palabras suyas.

Esto mesmo que este santo persuade que todos hagan, es lo que el bienaventurado san Jerónimo dice en el epitafio de Paula que ella hacia : En sus trabajos (dice este santo) Paula repetia las palabras de Esaías : Los que estáis ya destetados apercebíos á una tribulacion tras otra, una esperanza y otra, porque propio es de

los que han salido, como dicen, de pañales, padecer una y otra tribulacion, y mediante ellas, ganar una esperanza y otra; porque la tribulacion causa paciencia, y esta probacion, y esta la esperanza, que no deja burlados; y lo que san Pablo dice: Aunque el hombre exterior se vaya corrompiendo, pero el interior se renueva cada dia. Y aquello que el mesmo Pablo dice: Lo momentáneo y ligero de nuestra tribulacion en esta vida obra eterno peso de gloria en nosotros. En la enfermedad decia: Cuando estoy enferma, estoy mas poderosa y fuerte. En los peligros decia: El que quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mesmo y tome su cruz y sígame; y el que quisiere guarecer su alma la perderá; porque, ¿de qué sirve granjear todo el tesoro del mundo, si el alma padece detrimento? Y aquello: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á la primera madre, que es la tierra; el Señor lo dió, y el mesmo Señor lo quitó; como fué su voluntad del dueño, así se hizo; sea para siempre su nombre bendito. Cuando un hablador le vino á decir que por ser tan fervorosa en las virtudes la tenian por loca, dijo: Espectáculo estamos hechos al mundo ángeles y hombres, y lo que es menos cuerdo en las cosas de Dios y los hombres llaman loco, es mas sabio que todos los hombres; y vos, Señor, sabeis y conoceis mi locura, y á muchos estoy hecho como pródigo, y delante de tí, Señor, estoy como un jumento. Y que en el Evangelio dijeron á Cristo samaritano y que tenia demonio y que en su virtud lanzaba los que lanzaba. Y que san Pablo decia: Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia. Y desta se ha de hacer cuenta, y no del dicho de los hombres. En todo lo cual el bienaventurado san Jerónimo da bien á entender cuánto consuelo hallaba esta santa en las divinas letras, que continuamente trataba para todas sus aflicciones y trabajos.

DISCURSO IV.

Del cuarto remedio, que es pensar en los beneficios recebidos de la mano de Dios.

Del poderoso remedio del discurso pasado nace el presente, que es la memoria de los innumerables beneficios que de la mano de Dios hemos recebido y recebimos, porque de la sagrada Escriptura sale un saludable consejo con que usamos bien desta memoria, y asimismo nos cuenta y acuerda ser ellos infinitos, y nos relata parte dellos, aunque para esto todas las cosas criadas son libros nuestros, porque todas ellas son para cada uno de nosotros beneficios y mercedes. El consejo nos da el Sabio en el *Eclesiástico*, diciendo que en el tiempo de la prosperidad y contento nos acordemos de los trabajos y adversidades, porque no nos acometa la soberbia y liviandad. Y asimismo en el tiempo del trabajo nos acordemos del dia que otro tiempo hemos tenido de descanso, y del que después nos espera para que no desmayemos. De donde parece que es gran esfuerzo el que esta memoria da, el cual es cierto, aunque no fuese sino por entender que aquel trabajo, séase cual se fuere, no viene por nuestro mal, pues viene de aquellas piadosas manos de Dios, de quien nos han venido tan grandes y tan inestimables beneficios. Esto parece haber significado el santo Job cuando, teniendo y juzgando lo demás por simpleza y locura, dijo á su mujer: Si hemos recebido bienes de mano del Señor, ¿por qué no recebirémos los males de buena gana? Como quien dice: No es posible que sean males que dañen, pues vienen de tales manos. De la cual consideracion se valió este santo para remedio de tan incomparables trabajos como padecia al tiempo que dijo estas palabras, que era en la mayor fuerza dellos. Pero antes que digamos desta dotrina las principales razones, conviene primero resumir como pudiéremos el infinito número de los beneficios que de la mano de Dios hemos recebido y recebimos, aunque es un piélago que no se puede vadear, por ser tan varios y tan innumerables como parecerá en comenzándolos á desplegar; pero á lo menos como en una cifra se ceñirá, donde se declare cuánto vencen á todo entendimiento y á toda memoria para poder ser contados.

El bienaventurado san Gregorio Niseno, en un tratado que hace de la oracion, al principio dél, hablando desta materia, á fin de condenar la dureza y el olvido de los hombres, en lo que es agradecer lo que á Dios deben en ella, dice una cosa que á la primera vista parece ponderacion y demasiado encarecimiento, y no lo es. Dice que si los hombres gastásemos todo el tiempo de la vida, dias y noches, horas y momentos sin hacer otra hacienda ni pensar en otra cosa sino en dar gracias á Dios por los beneficios que de su santa mano recibimos, seria como no haber hecho nada, comparado con lo que ellos son. Y aun mas ponderado lo dice él, que seria como si no nos hubiese pasado por pensamiento hacerle gracias: tanto es lo que le debemos. Gran encarecimiento parece; pero ni lo es ni iguala, ni aun llega á la verdad con muchas leguas. Y para que esto parezca así, no hay necesidad de otra prueba sino la que el mesmo santo da. El tiempo, dice él, se parte en tres diferencias: presente, pasado y por venir, y en todas tres nunca cesa de manar aquella rica fuente y correr aquel caudaloso rio de las misericordias de Dios. Porque si miramos el tiempo pasado, antes que naciésemos nos tenia criados los cielos, que son como unos entresuelos reales; el sol, luna y estrellas, que son las lumbreras y antorchas con que nos alumbramos; tenia criada la hartura de los campos, puesto término á las mares, ceñidos los rios á sus madres de suerte, que ni se desmanden tanto que vengan á anegar la tierra, ni sean tan escasos que le nieguen el refresco. ¿Quién puso, sino él, las cosas en el estado que cuando nacimos las hallamos? Quién allanó los montes, recogió las aguas, abrió los caminos? Quién hizo la salva á los manjares? Quién inventó las lenguas, facilitó las artes, pobló los campos, asentó las leyes? ¿Qué trabajo fuera tan incomportable que todo lo dicho y los mantenimientos, los manjares, los vestidos, etc., se hobieran de inventar y comenzar á pura traza y manos de los hombres después de nacidos? Pues cuando nacemos, ¿cuánto cuidado, cuánta providencia al formarnos en el vientre de nuestras madres, sin sentir el cómo ó de dónde, cuántas cosas necesarias para nuestro nacimiento, la cama, el aposento abrigado, el ama que comienza á criarnos, la compañía y servicio necesario para ayudar á la madre en el parto? Después de nacidos debemos á este Señor

el ser, la vida, las obras, los sentidos, los movimientos; pues en él somos (dice Pablo), vivimos y nos movemos; debémosle el entendimiento, donde cabe todo lo criado y hasta al mesmo Dios alcanza; debémosle la memoria, la voluntad, todo el artificio y compostura de nuestro cuerpo y el gobierno dél, de donde depende por momentos nuestra vida; debémosle el sustento della, el vestido, los poblados, las casas, los aposentos, las camas, el sueño, lo que entendemos, lo que hablamos, la vida que vivimos, el aire que respiramos. Abrid una ventana ó subíos á una torre; todo lo que desde ella viéredes arriba, abajo, á los lados, todo es beneficio suyo. Salí de casa; cuanto viéredes, ora sea en el templo, ora en las calles, ora en la plaza, todo es beneficio suyo; y si saliéredes al campo, cuanto viéredes en las hazas, en las viñas, huertas, caminos, ventas, todo es bien para vos. Tornáos á recoger, eso es beneficio. Cerrad los ojos cuanto pensáredes, y el pensarlo entre dentro de vos; cuanto allí halláredes, todo es beneficio; los animales que os parecen sin provecho, los asquerosos, los enfadosos, los perjudiciales, todo es beneficio; las penas, las necesidades, los trabajos, la enfermedad, la melancolía, todo es beneficio; cuanto veis, cuanto ois, cuanto tocais, el paraíso, el purgatorio, el diablo, el infierno, los ángeles, todo lo crió Dios y lo encaminó para vuestro bien, y desde la gloria del mesmo Dios hasta los mas graves y feos pecados que permite (como dice san Agustin), todo lo tiene ordenado para beneficio vuestro. De manera que viene san Pablo á decir con esta generalidad que todas las cosas son nuestras, ora sean apóstoles, mártires, confesores, etc. Y en esto se dice todo lo que para el tiempo presente y por venir dice san Gregorio Niseno.

Pues entrando por lo espiritual, que él no dice, ¿quién dirá lo que antes que naciésemos tenia aparejado? La Iglesia, los concilios, averiguados los dogmas de la fe, hechas las traduciones de los libros sagrados, averiguado cuáles lo eran, derramada la sangre de los apóstoles y mártires, predicado á costa della el Evangelio, edificados los templos, instruidos los perlados. Pues si entramos en los secretos de la eterna predestinacion, y el haber nacido tú dentro en la nata de la Iglesia, la vocacion, las escrituras, las promesas. ¿Qué diré de la paciencia de Dios en tus pecados, la dotrina, los sermones, los consejos, los ejemplos, las absoluciones y perdones de pecados? Verdaderamente no hay lengua humana que pueda pasar adelante, ni recoger aun esto poco, ni contar lo menos de lo que se queda en cada cosa destas dichas, por no poderlo abarcar la cortedad y flaqueza del entendimiento; porque, así como en las otras cuentas cuanto mas se cuenta tanto menos falta por contar, aquí parece que cada beneficio que se cuenta descubre un millon dellos que es imposible contarse, y el contarle, y la memoria, y el descubrirle, y el agradarle, todos son beneficios nuevos que parece que van dando caza al que huyese de pensarlos; que do quiera que huiga ó se esconda, haya escuadrones de beneficios; de manera que por fuerza ha de quedar vencido de su multitud, por desagradecido que sea, y con gran ventaja si fuere muy agradecido. Para lo cual no puede haber otro remedio sino el de David cuando dice que alabemos á Dios según la multitud de su grandeza; lo cual no dice él porque pueda hacerse así, pues ella es infinita, y nosotros flacos y el tiempo corto; sino que, después de haber hecho lo posible en alabarle por quien es, y desfalleciéremos por las pocas fuerzas y lo infinito que resta, que conozcamos solamente que no puede criatura alguna igualar á lo que debe en aquellas alabanzas. Lo mesmo hace Job cuando comienza á contar la grandeza de Dios, que, después de haber dicho muchas cosas della: Que el infierno delante de sus ojos está descubierto y todos los defuntos en sus sepulturas; que extiende los vientos en ese vacío del cielo á la tierra, y á esta sustenta sin arrimarla á cosa firme; que detiene tanta inmensidad de agua como tienen las nubes, para que no caiga junta y anegue el mundo; que vive retirado y encubierto en su trono, y le cubre con una niebla celestial; que tiene puesta raya á las aguas del mar, para que no salgan hasta el fin de los tiempos; que ante su acatamiento tiemblan las columnas del cielo; que su fuerza hizo recogerse al mar, y con su prudencia reprime los soberbios, aquel cuyo espíritu atavió los cielos, y la variedad que en ellos parece es obra de sus manos. Acabado de decir estas cosas, porque se le puso delante la infinidad de las que quedaban, dice luego: Esto que está dicho es una partecita de lo que hay que decir, y añade: Pues si nos parece esto algo, habiendo apenas oido una gotilla de lo que dél se dice, ¿quién bastará á mirar ni oir aquel tronido de su grandeza? Así nosotros cuando hobiéremos dicho á nuestro parecer mucho de los beneficios de su mano, todo es una pequeña gotilla en comparacion de aquel piélago grande que solo él mesmo puede vadear. Luego bien dice san Gregorio que, comparadas las gracias que podemos darle con los beneficios porque se han de dar, todo es nada; porque, como él dice, solo de presente se las podemos dar por todas tres diferencias de tiempo llenas dellos, que es solo un instante, que para dárselas por las mesmas gracias (que es nuevo beneficio), no hay tiempo bastante, y por eso la Iglesia canta: Verdaderamente es digna y justa cosa que te demos, Señor, siempre y en todo lugar gracias. Y esto era lo justo, aunque no ajustará con lo que se debe. Y san Pablo decia, en quien hablaba el mesmo espíritu que en la Iglesia: Hinchíos de Espíritu Santo, habláos á vosotros mesmos con salmos, himnos, cánticos espirituales, cantando en vuestros corazones, haciendo siempre gracias á Dios por todas las cosas. Que, segun esto que san Pablo quiere, nos habiamos de encontrar por esas calles cantando y dando gracias á Dios. Siempre, dice, de dia y de noche, mañana y tarde, en la iglesia y fuera della, por todas las cosas, por la prosperidad, por el trabajo, por la enfermedad, por la salud, por la cortesía, por la injuria, por la pobreza, por la riqueza, por la melancolía y por el contento. ¿Qué diré? Por el infierno, dice allí en aquel lugar san Juan Crisóstomo, porque le crió para tí, si fueres malo, le has de dar infinitas gracias.

Pues dejados aparte otros beneficios, en llegando á aquel inestimable de la redencion, se agotan los entendimientos y se avergüenzan las fuerzas en el hacimiento de gracias, atento á quién es Dios y la hazaña que hizo, y por cuán vil criatura y tan ingrata, á tanta costa suya,

nos habiamos de congojar, pensando en cómo y en qué agradeceríamos tanto bien. Que congojado estaba Tobías, diciendo á su hijo, al despedir del ángel Rafael, que le habia llevado y traido y casado : Hijo, ¿qué darémos á este hombre? Padre mio, él me llevó y me volvió sano, él cobró la partida del dinero del Gabelo, él me casó con Sara, él aventó al demonio de su casa, él dió incomparable gozo á sus padres, á mí me libró de la boca de aquel gran pez que no me tragase; á vos, padre, os dió la vista, y por él tenemos tanta abundancia de bienes; ¿qué le podemos dar á un hombre como este? Pero rogalde, padre mio, si se contentase con la mitad de nuestra hacienda que trajimos. ¡Qué congojados, qué agradecidos el padre y el hijo! Pues ¿qué tiene que ver lo que el ángel hizo por Tobías con lo que el Señor de los ángeles hizo por tí? Él nos lleva y nos trae do quiera que vamos, él nos acompaña, él nos cobró de mano del demonio y le echa de nuestra carne y alma; él nos libra del infierno porque no nos trague, él nos da la vista del alma, que por el pecado habiamos perdido, y por él tenemos grandes riquezas, no destas perecederas solo, aunque estas tambien las tenemos de su mano, y el no tenerlas es mayor bien que el tenerlas de sobra. Pues ¿qué le darémos á este Señor? ¿Cómo no nos congojamos por el poco caudal que tenemos, aun para solo darle gracias? Pues cuando le van á ofrecer tan buen partido como la mitad de la hacienda, y él se descubre que era uno de los siete ángeles que estaban delante de Dios, fué tanta la admiracion de ver la dignidad de la persona y la gran bondad de Dios, que mediante ella les hizo tanto bien, que, prostrados en tierra, estuvieron tres horas, como el texto dice, atónitos, espantados, sin poderse menear de un lugar; ¿qué tiene que ver la persona del ángel con la del Señor de los ángeles? Y ¿qué tiene que ver beneficio con beneficio? ¿Cómo no andamos atónitos y maravillados? Cómo no gastamos la vida en perpetuo agradecimiento de tantos y tan incomparables bienes? El hombre ingrato, dice Séneca, que por ser tan abominable vicio no le castigan las leyes humanas, porque reservó Dios para su sala el castigo por castigarle como él merece. Pues si escapamos de ser ingratos, ¿cómo y con qué serémos agradecidos á tantos y tan grandes beneficios, que aun tiempo no tenemos para pensarlos ni contarlos? Mayormente que con ninguna cosa podemos pagar que el mesmo pago no sea nueva deuda; y así, siempre quedamos mas deudores.

Desta dificultad salió David, estando con esta congoja, diciendo : ¿Qué daré yo al Señor en retorno de tantas cosas como me ha dado? Y respóndese él diciendo, que no hay otro mejor que padecer por su nombre. Hizo aquel salmo viéndose obligado por haberle Dios sacado de un trabajo con su poderosa mano; hállase confuso, y responde que beberá el cáliz de la salud, por el cual entiende los trabajos, segun san Cipriano y otros doctores. Y así se toma el cáliz en otros muchos lugares de la sagrada Escritura, y bien parece consejo del Espíritu Santo, porque una de las cosas de que Dios se muestra mas servido es que padezcan los hombres por él, aunque tambien es beneficio suyo el padecer. Y esta fué la prueba con que probó al demonio que no habia en la tierra hombre semejante á su amigo Job; y esta la razon que dió Ananías por que habia escogido á Pablo para predicador de su nombre en todo el mundo, y su apóstol, diciendo que él le mostraria cuántas cosas le convenia padecer por su nombre. Y este consejo tome el cristiano que quisiere mostrarse á Dios devoto y agradecido, y este mesmo tome aquella santa madre de los siete macabeos, para esforzar á sus hijos á padecer tan crueles tormentos y muerte como padecian, solo acordarles cuánto debian ser á Dios por tantos bienes agradecidos. Hijos, catad que aunque yo soy vuestra madre y os engendré, Dios es el que es vuestro verdadero padre; yo no sé cómo aparecistes en mi vientre, ni yo os dí ni os pude dar vida, espíritu ni alma, ni yo pegué vuestros huesos ni coyunturas, sino el Criador del mundo que formó el nacimiento del hombre y halló el orígen de todo lo criado. Esforzáos, hijos, á morir por él, que aunque le deis la vida y los miembros ofrezcais al tormento, menos le dais que recebistes. ¡Oh dichosa y sabia mujer, sin acordarles mas de esta breve cifra de beneficios, se esfuerza ella á padecer, y á sus hijos á que padezcan tan desmesurados tormentos! ¿Cuánto mas has tú recebido y recibes sobre aquello que allí con tanta brevedad se cuenta? Cuánto bien debes á Dios, que te ha hecho sin saber tú el cómo? ¿Quién gobierna tantos miembros, huesos y niervos, con tantos y tan diversos oficios como hay en tu cuerpo? ¿Quién obra tu digestion mientras tú duermes? ¿Por qué cuando despiertas te hallas tan suelto y ligero, habiéndote acostado tan pesado y harto, sino porque anda este Señor por los rincones de tu cuerpo, mirando lo que es necesario para tu salud? Y callo, que quizá te acostaste con propósito y voluntad de ofenderle. ¿Cuántas mercedes te ha hecho, fuera de las que tú sabes, sin tú entenderlas, y cuántas entiendes sin reparar en ellas? ¿De cuántos peligros te ha librado? De cuántas deshonras, de cuántos pecados? San Pablo dice que todo lo que tiene bueno lo tiene por la gracia y merced de Dios; y añade declarando san Agustin que lo malo que no tiene es por la mesma gracia.

Pues dime, ¿qué volverás á Dios por tanta merced? Padece pues ese trabajo que de su mano te envia, por su santo nombre, que eso es lo que te aconseja David, y lo que la Macabea te enseña en el remedio que busca esta para aliviar los tormentos de sus hijos, y David para satisfacer á Dios algo de lo que le debe. Y si el otro filósofo dice, que halló grillos y esposas el que halló beneficios, tente por cautivo y aherrojado por tanto como debes á Dios; pues el filósofo lo dice, por esa miseria que los hombres llaman beneficios; y pues el cautivo sufre sin abrir su boca los azotes y otros trabajos la hora que se acuerda que es todo del que le compró, no la abras tú, que tantas veces y por tantos títulos lo eres del que te envia este trabajo. Y si Salomon dice que gana vitoria y honra el que hace bien á otro, y que se lleva el alma del que le recibe; date por vencido y padece esa aflicion en tu alma por quien tan liberal y suavemente hizo bien y te la ganó.

Otra consideracion nos esforzará en los trabajos, teniendo los beneficios de Dios delante de los ojos; y es que, buscando remedio ó consuelo para ellos, á ninguno mejor podemos acudir que al que siempre, y en todo y

á menudo nos ha remediado. Lo cual quiso tambien decir el santo Job cuando dijo: Si recebimos bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recebiremos males de la mesma? Esto es, el que mucho bien nos ha hecho y poco mal, cuando fuere tiempo no nos privará deste bien que es el remedio del mal y del trabajo. Desta consideracion se valió Jacob, cuando se vió en el peligro que temia de su hermano, volviéndose á Dios acordándole las mercedes pasadas y diciéndole: Señor, menor soy mucho que vuestras misericordias, y que las promesas que con tanta verdad y fidelidad me cumpliste; yo pasé este rio pobre con solo un palo en la mano; agora por tu gracia y favor vuelvo rico con dos compañías de familia; líbrame, Señor, de las manos de mi hermano Esaú, que le tengo mucho miedo que no venga y me haga viudo y huérfano de la mujer y hijos que tú me diste, y con todo, trazó del medio que habia de poner de su parte; y al cabo le libró Dios de lo que tanta congoja y temor le daba. Lo cual todo se funda en la grandeza de la riqueza y liberalidad de Dios. Que aun acá entre los hombres, cuando se pide alguna merced, se suelen alegar los beneficios pasados para recebir los nuevos; aunque entre gente miserable es al revés, que antes alegan injurias recebidas y servicios hechos para alcanzar lo que piden; pero con Dios con este conocimiento y agradecimiento de larguezas pasadas se negocia para recebir las nuevas, y mas para librar á los miserables del trabajo, en que se reconoce mas la grandeza de Dios y su miseria dellos. Desta materia tratarémos mas largo en el discurso de la confianza, por no alargar mas este.

DISCURSO V.

Del quinto remedio contra la impaciencia, que es procurar el amor de Dios.

Como los remedios de que en este sexto libro se trata sean de dos maneras, unos ordenados para salir del trabajo principalmente, otros no, sino para sufrirlos en paciencia, este que agora se nos ofrece es de los segundos, aunque cada uno de ellos sirve de ambos provechos; pero los que no tratan tanto de librar de la afliccion, sino de dar fuerzas para sufrirla, son los que á Dios mas agradan y á las almas aprovechan. Y supuesto lo que arriba queda dicho, es esta mas misericordia y mas amistad que él usa con sus amigos, y lo que ellos que saben su voluntad le suelen pedir en sus trabajos, que es que no se los quite, antes se los envie con fuerzas para llevarlos, y refrigerio en el rigor que pareciere sobrepujar las flacas fuerzas de un hombre. Este efecto en ninguno de los remedios que aquí se tratan se halla tan cierto como en el amor de Dios, del cual dice san Pablo que es muy sufrido; que es decir que el alma que posee el amor de Dios es una yunque para sufrir cualquier golpe y adversidad. Y para declaracion desta verdad, solo es necesario entender un paso dificultoso de los *Cantares*, con cuya claridad quedará bien entendida. Dice allí, que el amor es fuerte como la muerte; en que compara estas dos cosas en la fuerza, y corre esta comparacion en tres condiciones que ambas cosas tienen. La primera, que ansí como á la muerte todas las cosas se le rinden y están sujetas, todo lo vence, porque ninguna cosa hay que no venga á las manos de la muerte, y se acabe, no solo de las que tienen en vida, en cuya pérdida consiste la verdadera muerte, sino las que no la tienen, en su tanto vienen á parar en la muerte, que es su fin segun su naturaleza. Así todas las cosas son sujetas al amor, no solo las que usan de razon y tienen voluntad que es su proprio asiento, sino las que no la tienen cada una en su tanto, pues el amor es una obra de la voluntad, que aunque esta no se halle sino en las cosas que alcanzan entendimiento, pues segun el filósofo dice, ninguna cosa puede ser querida que no sea primero entendida. Pero las que tienen conocimiento, aunque no sea tan subido, tienen todavía su amor proporcionado con el conocimiento que alcanzan, nacido del apetito que tienen, al cual llaman animal, y este responde á la voluntad de los que alcanzan entendimiento, y las demás cosas insensibles tienen sin conocimiento su apetito natural, mediante el cual en su manera aman y se sustentan del amor de su fin, por el cual se mueven y hacen todas sus obras aunque con diferencia de los primeros en solo el no conocer el fin que aman, en lo cual salen ya de la verdadera naturaleza de amor. Pero en esto no se la gana la muerte; porque, así como el amor no puede en estas cosas, que no sienten ni conocen decirse amor, así la muerte en las que no tienen vida, aunque se acaben no puede decirse muerte, pues la muerte no es otra cosa sino privacion de vida; pero dícense morir porque se acaba su ser, el cual en las cosas que viven es la vida, como lo dice Aristóteles. De manera, que en esto son primeramente semejantes amor y muerte, aunque en ello se la gana el amor á la muerte, que cuando el amor es verdadero y ambos vienen á los brazos, la muerte queda rendida, porque aun despues de acabada la muerte en esta lucha, queda el amor sin lesion y con mas fuerzas, como parecerá en la gloria de los bienaventurados, donde, olvidada la muerte, quedará el amor por siglos eternos mas fuerte que agora, que es lo que dice san Pablo, que el amor no caerá ni tiene ni tendrá fin.

Lo segundo en que se parecen amor y muerte es, en que, así como la muerte cuando vence, en la casa que entra luego pone sus blasones y armas, levanta sus banderas y todo lo viste de su librea, que al defunto pone amarillo, flaco y de su figura, de mal olor; soledad, dolor, desconsuelos, suspiros en la viuda, hijos y parientes, que son los soldados que trae para dejar en los castillos que gana, la casa descolgada, todos con luto, tristes y llorando. Y así como todas las cosas, por dulces y alegres que sean, la flor de la juventud de la desposada, las galas y atavíos de casa, las músicas, los saraos, los contentos, las campanas y oficios de la Iglesia, todo lo vuelve triste y sin consuelo; así el amor, que es sabroso, blando, suave y deleitoso, todas las cosas vuelve de su humor y librea, por ásperas que sean y desgustadas: la fealdad, la pobreza, la conversacion, los trabajos, los dolores y aficiones; cómo san Agustin dice, que todas las cosas por fieras que sean y crueles, las vuelve el amor del todo fáciles y casi de ninguna dificultad. Si no, dime, ¿por qué padece una madre con su niño tan intolerable vida? Sin dormir, sin



reposar, sin visitar sus deudos y amigos, aquella inquietud tan perpetua del mochacho, aquellas condiciones de Adan tan sin cubierta, aquel haber de corresponder á todos sus antojos, tantos y tan desatinados, á sus golosinas, á sus envidias de otros niños, sin haber rastro de razon que los reprima, aquella tan ordinaria suciedad del niño, aquel satisfacer á tan perpetua ignorancia, sin haber juicio ni memoria para agradecer el beneficio que se le hace, sino el amor maternal, que todas las cosas fieras y crueles las hace del todo fáciles y casi de ningun trabajo. Lo cual dió aun mas á entender el de las aves, que, como de su Hacedor no recibieron pechos para criar sus hijuelos, ha de ser por fuerza el sustento, quitándose de su boca el suyo, afligiéndose, consumiéndose para sacar sus polluelos y otras cosas que en ellos y en otras madres puso su Criador, que parecen imposibles; entrarse por las ventanas y ponerse á peligro de muerte en las manos de los hombres que les han cogido el nido de sus hijuelos, ¿qué lo hace sino el amor que toda dificultad y peligro del todo lo amansa y hace casi ninguno? ¿Quién hizo que Jacob sirviese siete años y luego otros siete, con tantos soles, tantos trabajos como él cuenta, con tantos agravios y engaños, y que le pareciesen, no muchos años, sino muy pocos dias, sino el amor que hace todas las cosas del todo fáciles y casi de ninguna dificultad? Así discurre san Agustin por todos los que padecen por cosas caducas, por el soldado, el cazador, el mercader, el enfermo y apostemado, el muchacho que estudia, etc.; y concluye con que lo que es duro al que trabaja es manso al que ama. Los bienaventurados no se acuerdan de lo que aquí padecieron por su Dios. De manera que si quisieres saber lo que un mártir padeció, míralo por esos retablos de sus imágines ó léelo en sus historias; que si á ellos se lo preguntas no lo sabrán decir, como parece en lo que responderán el dia del juicio cuando oyeren aquella dichosa palabra: Venid, benditos de mi Padre, tomad el reino, porque tuve hambre y me distes de comer, etc. Y responden: Señor, ¿cuándo te vimos por nuestras puertas y te dimos de comer, desnudo y te vestimos? etc. Así están olvidados en el cielo de cuanto acá por su Dios padecieron; ¿qué lo hace sino que el amor, que allí está perfecto y en su punto, todas las cosas hace fáciles y casi de ningun trabajo? Y porque todo lo andemos, ¿qué es la causa que el dia de la resurreccion, caminando el Señor con los dos dicípulos que iban camino de Emaus, habiendo apenas tres dias que habia padecido tan crueles tormentos y afrentas, preguntado si sabia dellas, dice que ¿qué cosas son esas? Pues ¿cómo, Señor? ¿Apenas ha habido lugar de enjugarse la sangre en el Calvario ni de quitárseos los dolores de vuestro cuerpo, si no estuviera ya glorificado, ¿y preguntais qué cosas? Es porque el amor con que las padeció es tan grande, que, aunque bien se acordaba, quiso dar á entender que no. Y fuera de otras razones, porque se entienda que el amor todo lo hace fácil y casi de ningun trabajo. De donde se entiende claro, cuán poco es el amor que á Dios tenemos, pues tanto sentimos un ayuno, injuria ó aflicion que por él padecemos; y al contrario, cuánto amor tenemos al mundo y á nuestra propria carne, pues por cualquiera destos padecemos, sin sentir tantos trabajos, gastos, caminos, sudores, quebrantos, cuidados, y otros que no podemos dejar de llamar tormentos.

Lo tercero en que el amor se puede comparar á la muerte, es que, así como la muerte tiene tan rendido al que una vez sujeta, que no le deja sentido para gozar ni mirar sus contentos pasados, ni se los deja tener presentes en lo que suele tenerlos, porque no se acuerda de haciendas, oficios, dignidades ni respectos como vemos que, presente el dueño muerto, con facilidad y sin contradicion le hurtan su hacienda, le hacen injurias, le hieren sus carnes, y ni á estas ni á otras cosas que en su presencia se hagan se mueve, porque la muerte le ha privado de sus sentidos; así el amor, cuando es verdadero, enajena al amador, haciéndolo olvidar de todo lo que no es lo que ama, que ni repara en hacienda ni en honra ni en vida, ni en oficio ni en injuria ni en afrenta; todo lo atranca y lo sufre, porque el amor le ha tomado las puertas y embebido los sentidos con que habia de advertir á defenderse.

Agora se entenderá lo que en este discurso se pretende, que es ser el amor de Dios el mas fuerte remedio contra los trabajos y la impaciencia dellos, y que sentirá poco dellos el que procurare y tuviere el amor de Dios, por las propiedades dichas. Lo primero, porque si el amor es tan fuerte, que todo lo rinde, gran esfuerzo dará al que le tiene, y si la fortaleza es madre de la paciencia no puede dejar el que ama á Dios de tener dentro de las puertas de su alma muy grande caudal y provision della que es lo que aquí se pretende. ¿Quién ve una gallina (animal tan cobarde y medroso, que pudo dar nombre á cuantos lo son) cuando el amor de sus hijuelos está de por medio, salir á la batalla contra milanos, hombres, grifos, leones y otros como estos, sino que en tan flaco sujeto quiso el Criador de todo mostrar el esfuerzo del amor? Y después con este ejemplo, el que la santísima humanidad suya tuvo con los hombres, comparándose con la gallina cuando recoge sus pollitos y pelea por su defensa. Pero entre los hombres puros, buen pregonero tuvo esta virtud en san Pablo, que queriendo mostrar al mundo el valor que el amor de Dios causa en el alma donde reposa, comenzó á desafiar á las criaturas mas fuertes y que mas suelen desmayar á los mas valientes diciendo: ¿Quién me apartará del amor de Cristo? Paréceme san Pablo como un soldado en un campo ó en un corrillo de esgrima, cuando quiere hacer muestra de su valentía y fuerzas, toma una espada en la mano y pónese blandeándola en medio del campo, diciendo: Ea, soldados, ¿quién será bastante á quitarme ó hacerme soltar esta espada de la mano? Así, san Pablo, con el amor de Dios en la suya, desafía á los trabajos y persecuciones, á las espadas, á los fuegos, á los tormentos de los tiranos y á la mesma muerte, para que cuando viniese, como ello pasó, no fuese poderosa, con ser de todas las terribilidades la mas terrible (como Aristóteles dice), á quitarle el amor de Dios del corazon, antes pasó con él á la otra vida, donde él habia dicho que pasa sin lesion ni estorbo de la muerte, diciendo que la caridad nunca cae.

San Agustin dice y afirma, que es tanta la fuerza del alma limpia y purgada de pecados (que es la que

posee el amor de Dios), que es imposible, si ella no afloja, ser vencida de ningun poder de Satanás; la cual fué tambien antigua sentencia de los platónicos. Y porque eso el Esposo en los *Cantares*, á su esposa y amiga el alma, para darle á conocer y á considerar esta fortaleza, la compara á su caballería, que es el ejército de los ángeles con que destruyó el ejército de Faraon y sus carros en el mar Bermejo, y el de Senacherib, porque con la mesma facilidad vencerá el alma que ama á Dios al mundo, que contra los siervos de Dios está armado y á punto de guerra con caballos, carros y gente de á pié y de á caballo; lo cual hace con la fortaleza de su ánimo, cuando por ser la voluntad de Dios llegado el tiempo que padezca, le parece al mundo que la deja derribada y vencida. Por el contrario, cuando la miserable alma desampara á Dios y se aparta de su amor es muy grande su flaqueza para pelear, y por el consiguiente grande su sentimiento y trabajo en las adversidades, como el santo Job dió á entender claramente en aquellas palabras: Afloja Dios la pretina ó talabarte de los reyes y ciñe su cintura con una soga. Para entender este paso es de notar que, como dice Varron, el balteo ó talabarte era una cinta militar, la cual cuando estaba uno con ella ceñido y apretado, era señal de honra, porque significaba esfuerzo y valentía; y al revés el aflojarle ó quitarle. De donde vinieron sus contrarios á decir por baldon á Scipion Africano que, aflojada la cintura, se daba á baños y deleites; y aun á esta costumbre aludió por ventura el Redentor en el Evangelio, cuando dice á sus dicípulos por san Lúcas: Estén vuestros lomos ceñidos, etc. Y en otros lugares san Pablo, significando el esfuerzo para pelear; y aun del mesmo Cristo dice Esaías que traerá apretado el cíngulo de sus lomos ó el balteo, como el hebreo dice. Pues agora está claro lo que dice Job, que Dios á algunos reyes por sus pecados les quitará las fuerzas, permitiendo que sean flojos y afeminados, y perdiendo por este camino la dignidad real, vengan á ceñirse en lugar del balteo, una soga. Pues desa mesma manera á los justos (que, como el Evangelio dice, son reyes y varones fuertes contra sus pasiones, aficiones y enemigos), por sus pecados, si trocaren su amor con el de las criaturas les quitará las fuerzas, que en tiempo de su amistad y por ella solian tener, y les dejará atados con las sogas de sus pasiones, para que dé en ellos la fuerza de sus enemigos. Pues juntando con este castigo de Dios el grande atrevimiento y licencia que estos tienen, y viniendo á decir lo del salmo; perseguidle y prendedle, que no hay quien le valga, ¿qué tal quedará una alma sin tener á quien volver los ojos ni pedir la mano en medio de tantos trabajos? Y pues el amor de Dios es de tanta virtud, que lo vence todo y esfuerza la flaqueza del alma para sufrir cualquier adversidad, y está (con el favor del cielo) en nuestra mano tenerle, cuando quisiéremos, no hay mejor camino que este para cobrar fuerzas contra ella.

Pues de la segunda comparacion se saca mejor esta verdad; porque, si el amor, como la muerte, viste de su librea y condiciones todas las cosas que rinde, que es blandura, dulzura y suavidad, no habrá cosa, por áspera que sea de sufrir, que no la torne blanda y suave el amor de Dios, que es suavísimo. ¿De dónde, veamos, piensas que iban tan alegres y regocijados los apóstoles de verse afrentados y deshonrados por el nombre de Jesucristo, sino, porque tenia sus almas poseidas el divino amor? De dónde las brasas le parecian rosas á san Tiburcio, y los mártires Marco y Marceliano, atados á un tronco de un árbol, clavados los piés con grandes dolores, respondian al tirano que nunca tan dulce banquete habian tenido ni mejor rato que aquel, por donde él los llamaba miserables, y que ojalá así fuese lo que les quedaba de vida, sino del amor con que padecian? Y por no cansar con ejemplos de millones de mártires, ¿por qué san Andrés en la cruz rogaba tan ahincadamente al pueblo que presente estaba que no le impidiese su pasion? Y el Redentor ¿cómo padeció con tanta alegría tan desmesurados tormentos (que esto quiere decir cuando por Ecequiel llama clavos, hierro y plomo á los pecados) que no veia la hora que verse padeciendo por ellos; lo cual significaban las ventanas del templo, mayores y mas rasgadas por de dentro que por defuera, no tanto para mas luz, cuanto para significar que eran las llagas del Señor pequeñas, porque lo eran las manos en comparacion de la voluntad y alegría con que las padecia, sino por el amor que tenia á su Padre y á los hombres? Y no es mucho que sea esta la condicion del amor de Dios, pues no es justo que este sea vencido del amor mundano y carnal. ¿Cuánto padece un amador loco de una mujercilla? ¿Qué de idas y venidas, qué de noches malas, qué de peligros, las armas siempre á cuestas? Qué de baldones, qué de injurias recibe de su boca y befas? ¿Cómo las sufre con contento y gusto? ¿Qué hace en un codicioso el amor del dinero, y en un ambicioso el de un buen asiento, oficio ó prelacía? Pues si todo se torna suave cuanto se padece por aquellas cosas caducas y pobres de contento ¿qué mucho que el amor de Dios, en cuya comparacion los demás no son amores, ponga fuerza y sufrimiento á quien le tiene para sufrir trabajos, que, comparados con los que ahora deciamos, no lo son?

Pues en la tércera comparacion no menos se declara esta verdad, en que el amor priva en su manera de sentidos al enamorado, para no sentir mas de aquello que ama; en lo cual tiene verdad aquello que del alma se dice, que está mas donde ama que donde anima. Y esto y lo demás que en el amor se halla, parece mas clara y perfectamente en el de Dios; lo cual es buen ejemplo el de la Madalena, que, con el grande amor que al Señor tenia, desde el punto de su conversion ni tuvo ojos ni memoria para mirar por el qué dirán que tan tiranizado y medroso tiene el mundo, sino entrarse por puertas ajenas del fariseo, sin compañía, sin fausto, los cabellos sueltos, en tiempo de convite, donde, como sucedió, habia de ser murmurada; solo miraba por lo que el amor le decia, y seguia por do le guiaba, á buscar á su amado; y cuando su hermana le hospeda, ni tiene cuenta con la comida de su huésped ni con la propia suya, ni con ayudar á la hermana ni con responderle siquiera, pudiendo, ni con el decir de las gentes; solo la tiene con trasportarse mirando y oyendo al amado de su alma. Muchos ejemplos podiamos traer aquí desto, pero solo se me ofrece uno del que lo fué

de todos los ejemplos, Cristo nuestro Redentor, que lo dió á entender cuando, ofreciéndole antes de su muerte aquel beneficio que la justicia solia hacer á los condenados á muerte, de darles aquella confecion de vino mirrado para que les privase de sentido y no la sintiesen, no lo quiso beber, aunque gustó su amargura, lo uno por no dejar de gustar la de la muerte tambien; y lo otro, por darnos á entender que otra contrayerba tenia él si quisiera para no sentir los tormentos y muerte, que era el amor con que moria, aunque los sentia en el cuerpo y en la parte inferior del alma; pero dió á entender que si él quisiera no sentir la muerte no tenia necesidad de aquel remedio, y que el amor de Dios y de los hombres, con que moria, seria bastante en cualquiera que le tuviese para no sentir la muerte, sin perder por eso el dolor y tormento su fuerza, ni el que padece su merecimiento. Pues si esto es así, que el amor priva del sentido en la manera dicha, bien se sigue que aflojará en los trabajos el sentimiento dellos, pues ninguno hay que no sea ó pérdida de hacienda, ó deshonra, ó de oficio, ó de salud, ó peligro de vida ó dolor; lo cual todo no se siente cuando hay verdadero amor, que no piensa en otra cosa sino en no desagradar al Amado y en estarse en su presencia y conversacion, respecto de la cual en nada estima ni precia cuanto hay criado en el cielo ni en la tierra.

DISCURSO VI.

Del sexto remedio contra la impaciencia y los trabajos, que es la firme confianza en Dios.

De lo dicho en los discursos pasados se halla haber otro remedio eficacísimo, que es la confianza en el favor de Dios; porque, aunque esta se adormece al parecer con el conocimiento de sí mesmo y con la memoria de las propias culpas, de que en los primeros discursos deste sexto libro se ha tratado; pero la de los beneficios de Dios y de su grandeza y su amor, la despierta y fortalece tanto, que basta para aliviar el alma de todo el peso de la adversidad, cuanto mas que estotras primeras dos consideraciones ayudan, ó á lo menos no estorban, á tenerla; porque el conocimiento de nuestra poquedad, nos acuerda la necesidad que tenemos del poder y bondad de Dios, en cuya comparacion nos conocemos por nada; y la memoria de los pecados no estorba, porque san Juan nos tiene avisado en su *Canónica* que si nuestro corazon nos reprehendiere, que mayor es Dios que nuestro corazon. Que es decir, que todos nuestros pecados, por muchos y muy graves que sean, son nada comparados con la infinita misericordia de Dios; antes, de la indignidad que causan los pecados crece mas y se ilustra la misericordia y grandeza de Dios cuando se usa con los indignos. Esta razon hace san Pablo, encareciendo la misericordia de Dios, diciendo: Este cargo hace Dios á los hombres encomendando su caridad, que, siendo aun nosotros sus enemigos, padeció muerte por nosotros, que si fuéramos amigos no estaba tan ponderado; la cual razon conoció el rey Manasés cuando la alegó al fin de su oracion, en que pedia á Dios misericordia y perdon de sus pecados; que, despnés de muchas que ha alegado, dice estas palabras: En mí, Señor, darás una gran muestra de tu grande misericordia, porque la habrás usado con un indigno della, cual yo soy. A lo cual aludió san Basilio rogando á Dios por una mujer, diciendo: Señor, los pecados desta mujer muchos son, pero al fin pueden contarse; tus misericordias no pueden contarse ni medirse. Y lo mismo quiso decir Pico Mirándula cuando calificó por hecho digno de la grandeza y clemencia de Dios el perdonar y hacer mercedes á los que no lo merecen, diciendo:

Major in erratis, bonitatis gloria nostris
Et dare non dignis, res mage digna Deo est.

Mayor gloria resplandece en la bondad de Dios, considerados nuestros pecados, y el dar á los indignos es condicion mas digna de Dios.

Viniendo pues á nuestro propósito, ninguna cosa hay en las divinas letras de que Dios se muestre mas servido que de la confianza que el hombre hace de su bondad y misericordia en sus necesidades; y por el contrario, de ninguna cosa se muestra mas ofendido que de vernos vacilar en esta confianza, ó acudir á otras puertas por nuestro remedio. De aquí nace el ser en ellas tantas veces repetida esta materia, que apenas hay renglon que en ella no toque. No se muestra Dios contento solo en que confiemos dél cuando no hay otro remedio criado, sino quiere que en todo suceso, ora haya medios en la tierra para remediarnos, ora no los haya, siempre acudamos á él, como á Señor y proveedor de todo, porque se muestra corrido cuando acudimos á las criaturas, aunque él las haya criado, y para servicio y remedio del hombre. A este propósito considera san Juan Crisóstomo y muy bien, que cuando Dios crió el mundo, antes que criase el sol, y por el consiguiente antes que criase los hombres que sembrasen, habia criado la tierra sembrada y nacida de toda yerba con trigo verde. Así lo dice el primer capítulo del *Genesi*, y después lo torna á advertir en el segundo cuando dice: Estas son las generaciones del cielo y de la tierra cuando fueron criadas, en el dia que hizo Dios el cielo y la tierra y todas las plantas y matas del campo, antes que naciesen de la tierra, y toda yerba de la region, antes que ella de suyo naciese de la tierra, porque aun no habia Dios llovido sobre la tierra y no habia aun hombres que la labrasen. Y dice san Crisóstomo que lo hizo Dios para que entendiese el hombre que no tiene Dios necesidad para sustentarle, de hombres que siembren, ni de agua ni de influencias del cielo, sino que solo él, sin ayuda de sus criaturas, puede remediar y proveer sus necesidades; por esto se enojó cuando el pueblo pidió rey, que dijo á Samuel: No te tuvieron á tí en poco, sino á mí; como quien dice: Al rey que les diere acudirán con sus necesidades. Y estos son los celos que suele tener de su honra, cuando le quitan esta que él pone en remediar las de los hombres. Heme visto en gran trabajo para reducir tan larga materia como la Escritura y los santos nos ofrece á tan breve discurso como aqui le acabe, midiéndole con los demás, como otros le suelen dar para buscar con que henchirle; y por esta razon tomé por consejo tratar sola una de muchas razones que tenemos, de confiar en Dios, dejadas para otro tiempo las demás, aunque no son las peores; y esta será la que se funda en los be-

neficios recebidos de su mano antes de agora, por trabar este discurso con el cuarto pasado deste libro que dellos trata, donde remitimos su prosecucion hasta este que agora tenemos entre manos, dejando aparte las que se fundan en su riqueza, grandeza, nobleza, y en sus promesas, en su bondad y misericordia, y otras razones por que pueda este discurso ser llamado del que agora dijimos, y el uno al otro se ayuden en sus consideraciones.

Una de las razones por que repite Dios los beneficios que nos ha hecho, y quiere y manda que los tengamos en la memoria, y que los contemos á los que de nuevo vienen al mundo, es, no para zaherirlos, que, como dice el apóstol Santiago: Dios da liberalísima y abundantemente, y no zahiere, que esto guárdalo para el dia que tome la cuenta dellos, como cuando la toma á David le trae á la memoria lo que ha hecho por él; y añade: Y si estas te parecen pocas cosas, yo te añadiré otras muy mayores; así hará con todos en el dia de la última cuenta para confundir nuestra ingratitud. Ni repara tampoco en solo el agradecimiento dellos, aunque esta es una de las principales razones por que pide la memoria, porque de ahí nace el amor, que es el que principalmente pretende; pero fuera destos fines es uno, y no el menos principal, despertar en nosotros una gran confianza para esperar de su divina mano el remedio de nuestras necesidades; porque quien muchas veces las ha remediado, siendo siempre el mesmo, y cual siempre, sin mudanza, gran prenda es que remediará las presentes, porque su divina mano, no solo no se cansa haciendo bien, como las de los hombres, que son cortas y pobres, antes va creciendo siempre en grandeza y número de beneficios, porque esta es gloria suya, y tanto mayor cuanto mas ha dado, y menos méritos hay en quien lo recibe. De aquí es cuán engañados andaban aquellos que en el desierto desconfiaban, y cuanto le enojaron cuando decian: Veamos, qué porque hiriendo en la piedra salieron aguas de que se hicieron arroyos dellas, ¿por eso habeis de creer que podrá darnos de comer y ponernos la mesa en el desierto? De donde se sigue, dicen estos, que porque por su mandado dió agua la piedra herida con una vara, aunque fué tanta la abundancia, que corrieron arroyos della, ¿que podrá tambien poner la mesa á tanto pueblo en mitad del desierto? Pues esto quiere Dios que pienses, al revés: que cuando te hobiere hecho muchas mercedes y beneficios, entiendas que está tan llena su despensa, y sus entrañas tan liberales, que mucho mas infinitamente es lo que le queda por dar, y la voluntad para darlo, que cuanto ha hecho por tí, aunque sea, como es, tanto, que es imposible contarlo. Como la mujer parida llena de leche, que tan léjos está de enfadarse con el niño cuando la pide el pecho, que antes busca los de las vecinas para dársele. Pues mas llenos tiene Dios los pechos de su riqueza y misericordia, porque es infinito y sumo bien y tiene infinita inclinacion de comunicarse.

Esto es lo que en aquel salmo pretende, que comienza: *Attendite, popule;* que por eso es tan grande, porque ha de contar lo que Dios hizo por su pueblo, aunque, por su multitud, no pudo caber, para persuadirle por esta via que confiase en él. Y este intento dice luego á la entrada del salmo: Cuantas cosas oimos á nuestros padres, y cuán mandado que á los que nacieren se vayan contando, y que se vaya notificando de generacion en generacion, y que los hijos que nacieren lo oigan á sus padres, y que cuando ellos lo sean lo cuenten á sus hijos; y esto á fin de que pongan en Dios sus esperanzas y en sus manos sus necesidades, curando solo de guardar su ley, y no sean, como sus padres, mala casta y enojosa, generacion que no pudo enristrar su corazon á confiar en Dios, ni su espíritu quiso fiarse dél. Y luego comienza á contar lo que Dios hizo por ellos, porque de ahí se esforzasen á confiar para lo venidero. Este tambien me parece que es uno de dos principales sentidos de aquellas palabras de Esaías: Conoció el buey á su poseedor, y el jumento al pesebre de su dueño, etc. Quéjase Dios de haber criado unos hijos y sustentádolos y honrádolos, (que eran los de aquel pueblo), que, sobre haberlos puesto en zancos, como dice, le volvieron las espaldas, y sobre esto dice estas palabras, que son mas simples y torpes que las bestias; porque, con ser entre todas ellas la mas torpe el buey, y el asno el mas inhábil, que suele dar nombre á los que lo son, con todo eso, tiene habilidad para conocer la casa y el pesebre de su señor; que es decir que cuando tienen hambre ó necesidad suelen acudir á la casa y pesebre do suelen remediársela, que es la de su amo; lo cual es una cosa de las mas notables de la naturaleza. Ver en una aldea de Castilla donde se juntan diversos géneros de bestias en el campo cada mañana, con su guarda salariada del concejo, donde se sustentan todo el dia con la yerba del campo, y á la noche cuando vuelven al lugar van derechos cada uno á casa de su dueño, sin errar, con un instinto natural que les dice que quien hasta aquí les ha mantenido no les negará su mantenimiento; pero que su pueblo dice Dios que no le conoce, ni se ha visto tal torpeza, que viéndose con mil necesidades, no saben volver al Señor ni á la casa donde han tenido remedio de las pasadas. De otra manera lo hacen los buenos, en cuya persona habla David en un salmo, diciendo: Nuestro Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro favor y ayuda en las tribulaciones que mucho nos han apretado, por eso no temerémos aunque se alborote la tierra y aunque se arranquen los montes y se hundan al corazon del mar.

De aquí es que uno dellos, que es el mesmo David, entendiendo esta condicion de Dios, en viéndose en alguna necesidad acudia á acordarse y acordarle sus misericordias antiguas, y con esto se consolaba en ella, sabiendo que estaba debajo del amparo del que tenia costumbre de remediárselas todas y preciarse dello. Y así, viéndose un dia en una tribulacion grande, acudió á él con esta razon; lo cual nos cuenta en un salmo, diciendo: Yo llamé con mi voz al Señor, y entendióme luego; fuíme á buscar á Dios en la hora de mi tribulacion, y busquéle tan de corazon, que no solo con él, pero para que se entienda con cuánto afecto y confianza le busqué con las manos levantándolas cuanto podia tenderlas hácia el cielo, como señalando donde estaba mi remedio y pidiendo limosna con ellas, y dando á entender que si me fuera posible subiera todo mi cuerpo

y alma á pedirla; y esto era de dia y de noche delante del acatamiento de Dios, y no quedé burlado. No hallaba mi alma cosa en la tierra con que consolarse, aunque como rey podia tener lo que queria ó deseara; pero no hallaba en lo criado remedio para mi melancolía: cazas, músicas, jardines, representaciones no eran de provecho para quitármela. En este aprieto me acordé de Dios, y dió voces mi alma y halló en qué entretenerse; y fué tanta la dulzura, que con ella desfalleció mi espíritu; el trabajo en que estaba era tanto, que no podia de dia ni de noche pegar mis ojos, el corazon tenia turbado, y de pura pena no podia sacar la habla. Luego dice lo que de Dios pensaba, diciendo: Este es el consuelo que tomé en aquel trabajo. Lo primero, pensar en los años eternos, que han de ser sin fin y sin mudanza, que hemos de pasar con Dios, con que se hace no nada y un soplo el tiempo que padecemos y los trabajos dél, puestos á par de los que entonces se padecerán, mucho menos. Lo segundo, comencé á pensar en los años antiguos en que Dios trataba con mis padres y antepasados, revolvia aquellos tiempos, ocupando y fatigando mi espíritu en aquellas historias, y decia, viendo las innumerables mercedes que habian recebido de su mano: ¿Por ventura ha de estar Dios tan mudado, que habiendo hecho tanto bien á mis padres, me ha de arrojar á mí de sí? Y ¿no creeré yo antes que para conmigo será mas benévolo y misericordioso? ¿O por ventura al fin de los años ha de cortar el hilo de sus misericordias, que ha llevado sin quiebra desde el principio del mundo por todas las generaciones y siglos? O por ventura, estando tan ejercitado en misericordias, se le ha de olvidar el hacerlas? O será tanta la ira que agora tiene, que ponga puertas á su misericordia y detenga el acostumbrado raudal de sus corrientes? Y estando en este pensamiento dije: Ya, ya, agora comienzo á entender que esta mudanza es de la mano de Dios, para que yo entienda su poder y aprenda á confiar en él, viendo mi flaqueza en este trabajo. Pues ¿qué remedio? Solo me queda el acordarme de las obras maravillosas de Dios, que hizo con nuestros padres, y ocupar, Señor, mi pensamiento en tus obras, y ejercitarme en pensar tus divinos consejos cerca del gobierno de los tuyos. Y luego en lo restante del salmo comienza muy de espacio á contar con cuánto poder y cuánto espanto de los egipcios sacó al pueblo de aquel aprieto en que se vieron en medio de las ondas furiosas del mar Bermejo de una parte, y de los enemigos que venian en su seguimiento de la otra; lo cual hizo abriendo el mar, haciendo camino para que pasase el pueblo, y cerrándole para que ahogase á sus enemigos, con tanto espanto cuanto causaba el abismo de las aguas, los truenos y espesura de rayos, y resplandor de fuego y de relámpagos y temblores de tierra, para que el pueblo conociese cuán espantables soldados trae Dios cuando quiere librar á sus amigos de las apreturas y afliciones en que sus enemigos los tienen puestos.

Pues por esta razon usó David para su consuelo deste pensamiento, el cual tiene mas fuerza para darla al atribulado cuando los beneficios de que se refresca la memoria fueron hechos al mesmo afligido, que, quien quiera que sea los ha recebido sin cuento; aunque los que David traia á la memoria eran tambien en alguna manera proprios, pues fueron hechos á sus padres, cuyo bien resulta en el de los hijos y se tienen en cierta manera por proprios; y así se entiende aquel paso de Josué, cuando, acabado de pasar el pueblo por el Jordan, les dijo que se acordasen de aquel dia y de contarle de padres en hijos, diciéndoles: Esta merced os hizo Dios otra vez cuando pasastes el mar Bermejo y el rio, donde está claro que aquellos á quien se habia de contar tantos años después no pasaron personalmente el mar ni el rio, sino sus pasados muchos años antes que se lo contasen; pero en alguna manera pasaron ellos en virtud de sus padres, y fuera desto, el bien de los padres resultó en los hijos; pero, con todo eso, mas despiertan la confianza los recebidos en propia persona, como cuando el mesmo David decia á Dios en otra tribulacion: Señor, yo os tengo de componer un salmo nuevo y cantárosle en un salterio de diez órdenes, porque sois tan poderoso y tan bueno, que dais salud y librais á los reyes, que librastes á David, vuestro siervo, del alfange maligno (entiende por el de Golías); pues agora, Señor, me librad, pues sois el mesmo Señor y yo soy el mesmo siervo vuestro, puesto en otra semejante necesidad; y á este tono hizo Jacob su oracion para ser librado de su hermano Esaú. Por el contrario reprehendio Dios al rey de Asa porque, habiendo experimentado los beneficios de Dios y su favor contra gran multitud de enemigos cuando estuvo cercado del rey de Israel en otra ocasion como esta, se fué, olvidado desta merced, á buscar el socorro de los hombres. La reprehension desta culpa dió el profeta Hanani por estas palabras: Porque confiaste en el rey de Siria, y no en el Señor y Dios tuyo, por eso irá salvo, libre y sin daño el ejército del rey de Siria de tus manos. ¿No te parece que los etíopes y los de Libia eran mas gente de á pié y de á caballo, y mas carros que los de agora; y con todo eso, cuando te fiaste de Dios te los dió en las manos? Sábete que los ojos del Señor miran toda la tierra, sin que un rinconcito se le esconda, y dan fortaleza á los que en ella se confian dél con perfecto corazon. Neciamente lo hiciste, y en castigo de tu necedad, aparéjate desde hoy á perpetuas y continuas guerras; aunque esto no le aprovechó sino para su mal, porque mandó meter en una mazmorra al Profeta y matar á muchos del pueblo.

La mesma reprehension dió á sus dicípulos el Redentor cuando los vió congojados por no tener pan para haber de caminar: ¿Qué estáis pensando y qué congoja es esa, gente de poco ánimo y confianza, porque no teneis pan? ¿No se os acuerda de los cinco panes, y de cinco mil hombres que con ellos se hartaron y cuantas canastas cogistes de lo que sobró? ¿Y de los siete panes, y cuantas espuertas sobraron? La mesma queja tiene de todos los que estando tan hechos á recebir de su mano tantas mercedes, no se acuerdan dellas, ó si se acuerdan, no les sirve esta memoria para confiar; lo cual, después de obligar á su divina Majestad á que nos libre del mal que padecemos ó de la impaciencia dél, es de suyo gran consuelo en mitad del trabajo hacer esta cuenta: ¿Cuanto há que yo naci? Cuánto debo á este Señor desde antes que naciese? ¿Cuantos beneficios he

recebido de su mano? ¿De dónde tengo el ser, la vida y el alma? De dónde el vestido y el sustento? De cuántas afrentas y trabajos me ha sacado mayores que el que agora tengo? ¿Quién me libró de tal y de tal? Quién me socorrió en la necesidad de tal día? el testimonio que me levantaron en tal lugar? de la enfermedad en que me vi oleado? del naufragio de tal navegacion, del peligro de ladrones de tal camino, de tal caida del caballo? de tal y tal año de pestilencias y muertes? Y por este estilo nombrarle en su presencia algunos en particular (que ninguno habrá tan mozo ni tan libre de trabajos en la vida pasada, que no pueda nombrar muchos y muy graves). Pues quien tanto bien me ha hecho toda mi vida, quien desde antes que yo naciese tenia las manos llenas, esperándome á los piés de mi madre, ¿por qué no me librará en este trance? Quien antes que yo naciese me habia hecho bien, quien antes que me bautizase, siendo su enemigo, me sacó á luz del vientre de mi madre, y me sustentó y me dió vida en tan peligroso tiempo; quien después, estándole ofendiendo me sustentaba y alumbraba, y me sufrió y me esperó, ¿por qué siendo yo su amigo, su hijo y su encomendado, no me remediará? ¿Qué digo? Quien de su proprio hijo no fué escaso, antes le entregó por todos nosotros y por cada uno, y no menos que á la muerte y á sus enemigos, ¿cómo me negará el remedio deste trabajo? Esta consideracion es de gran consuelo para cualquier aprieto, por grande que sea.

DISCURSO VII.

Del sétimo remedio contra la impaciencia y los trabajos, que es la devota y atenta oracion.

Todos estos remedios, como al principio dijimos, una de las cosas que tienen buenas, es estar tan trabados y emparentados, que apenas se ofrecerá en una ocasion trabajosa uno dellos sin otro; y esto tiene con el remedio pasado la oracion, que como dice san Juan Crisóstomo, es instrumento de la confianza, porque dice que, habiendo san Pablo padecido cárceles, azotes, etc., hecho milagros que espantaban el mundo, en ninguna cosa destas puso su confianza, sino mediante la oracion convirtió el mundo; así que, sin ella la confianza puede poco, y con ella lo puede todo; porque, como Teodoreto dice, los médicos tienen para varias enfermedades varias medicinas, pero la oracion lo es para todas las del cuerpo y las del alma, porque atrae Dios todopoderoso, en quien está el remedio y la medicina de todos los males, y sin él no la hay para ninguno dellos en todo lo criado. Porque, así como todos los trabajos, ó enviados ó permitidos, vienen de su mano, así no podemos ser librados dellos sino por ella, como dice Job: Si él destruyere, no hay quien edifique, y si él acorralare, no hay quien pueda librar. Dícese Dios encerrar á un hombre cuando le tiene cercado de trabajos, como en una cárcel dellos, y dícese así, porque no puede salir dellos sin voluntad de quien le encerró. Y cuando el salmo dice: Pusiéronme en la cárcel inferior y en la obscuridad y sombra de muerte; dice el Hebreo pusísteme, así que Dios es el que encierra en los trabajos, y por la mesma razon no hay otro remedio sino acudir en todos á él. De donde parece el engaño de los que olvidados de Dios en sus adversidades acuden al remedio de las criaturas, aunque en algunas pequeñas (dado que tambien así ha de venir de su mano el remedio); pero ligeramente se alcanza por las causas segundas, reservando para sí las mas graves, como suelen hacer los maestros mayores en todas las artes, que reservan para sí lo mas dificultoso dellas, y á ellos se les paga como á la fuente de donde primero salieron. Así se atribuye á Dios todo remedio, aunque parezca que sale de las criaturas, como la *Sabiduría* dice, que ni la yerba ni el emplasto sanaban las enfermedades del pueblo, sino la palabra de Dios y su voluntad y poder. De donde se sigue que á él hemos de acudir en toda necesidad. Lo cual, fuera de la razon dicha, nos enseña la natural, que pues por su mano fuimos criados, por la mesma hemos de ser remediados. Y esto quisieron decir los dicípulos: Maestro, ¿no te toca á tí que perecemos á mas andar? Como quien dice: ¿Tú, Señor, no nos criaste y eres nuestro padre y salvador? ¿No tienes por ventura contados los cabellos de nuestra cabeza? Esta mesma razon dice Esaías: Señor, parad mientes y mirad que todos nosotros somos obra de vuestras manos. Pues dicen los dicípulos: Señor, ¿no es negocio tuyo salvarnos, pues te costamos la vida? ¿No pones menos que esa mesma en salvarnos la nuestra? Y Esaías en otra parte: Miradnos, Señor del cielo, donde es vuestra morada, porque vos sois nuestro padre; todos los demás no nos conocen, y vos sois nuestro padre y Redentor; que es lo mesmo que los dicípulos dicen.

Segun esto, el mejor y mas cierto camino y mas barato es, para alcanzar remedio ó consuelo en el trabajo, la oracion, pues no es necesario andar muchos caminos ni vencer muchas dificultades para hallar á Dios; pues dice que está con el atribulado en la tribulacion, antes que le pida que le libre della; pues no hay que reparar en la dureza del que ha de dar, que está tan léjos de haberla en Dios, que antes nos está pidiendo y persuadiendo y rogando que pidamos. Pedid, dice, y recebiréis; si algo pidiéredes á mi Padre, estad seguros que os lo dará. Llámame en el dia de la tribulacion, yo te libraré y tú me honrarás, que son los dos frutos que Dios pretende de los beneficios que nos hace, partiendo la gloria para sí y el provecho para nosotros.

Pues no hayas miedo que de esperar ni de vergüenza te salgan colores al rostro, porque, como dice la sagrada Escritura: ¿Quién confió y esperó en el Señor y quedó confuso ó avergonzado? Y si Job se daba priesa á dar la limosna por excusar la confusion al pobre y á la viuda, ¿cuánto mejor hace Dios eso, que es mas poderoso y piadoso que Job, pues que antes que le pidan tiene hecha la merced? Tan cierto tiene el lance la oracion, y harto mas que el pescador de caña, aunque sea tan diestro como aquel de quien se cuenta que tenia vendido el pez ó la trucha antes que fuese al rio. Y si alguna vez se detiene Dios, es porque el bien dilatado sea mas bien recebido y mayor, como san Gregorio dice; pero lo ordinario es darla antes que se pida, porque él mesmo da aun el pedirle. Así que acá es tan cierto el lance, que antes de pedirle puedes dar las gracias, como hacia David: Yo tengo de llamar al Señor en una necesidad que tengo, pero en verdad que tengo de

comenzar por las gracias de ser librado. Este término enseñaba san Pablo, diciendo: Con el hacimiento de gracias delante, presentad á Dios vuestras peticiones. Y aun agora se usa entre señores cuando se pide alguna cosa, que en la mesma carta que se pide le besan las manos por aquella merced, como ya recebida; pero eso dícenlo por obligarle á que no deshonre las gracias que por ella le dan, habiéndolas recebido en vano; pero á Dios puédesele dar las gracias como cosa hecha, porque antes que la pidas está concedida la merced. No espera Dios mas á veces que tu deseo y pensamiento de pedirle. David dice que oye Dios el deseo del pobre y la preparacion de su corazon para pedirle.

Donde se ha de notar de camino, pues persuadimos la virtud de la oracion, que toda peticion que á Dios hacemos ha de tener su preparacion, como la mesa su aparador; lo cual es consejo de Salomon. Antes de la oracion, dice, ten preparada tu ánima, y no quieras ser como el que tienta á Dios. Bueno seria que en un banquete de un príncipe llevasen á fregar los platos á los manteles de la mesa principal de los convidados ó á la mesa del mesmo príncipe, aunque comiese solo, ó el ave por cortar y limpiar, ó el cardo por aparar y quitar las espinas, ó el barreño de la cocina lleno de grasa y ceniza. Quitad allá, Señor, ¿qué traeis aquí, que me tentais de paciencia? O que fuese un músico á tañer á la sala del Rey, y estuviese media hora templando el instrumento; cosa tan enfadosa y cansada. Así es el que va á pedir á Dios, cuya peticion le es una muy suave música si va sin preparacion del alma. Cuando vas á pedir al Rey, primero piensas en la mesura con que has de hablar, la compostura, las palabras y el traje; así has de hacer para tratar con Dios. Pero si llevas hasta el altar la vanidad, el mal pensamiento, el juicio temerario, la liviandad, la murmuracion y el deseo sensual, eso es ir sin aparador, que suele ser causa, no solo de volver vacías las manos de lo que deseas, mas de dejar á Dios enfadado, porque, como el Sabio decia, es como ir á tentar á Dios; pues dice agora David que, no solo oye Dios la oracion del pobre, sino el deseo, y no solo este, sino cuando está haciendo la preparacion para pedirle, cuando humilla su corazon y se tiene por indigno de aquella merced, como Dios sabe su deseo y á lo que va, desde entonces le tiene oido. Y esto mesmo dice la sabiduría de Dios, que sale al camino á los que le desean, y les quita la palabra de la boca á los que con deseo quieren pedirle.

Pues ¿qué colores le han de salir al pobre al rostro, donde se despacha su manda con tanta voluntad y brevedad, si el que ruega que le pidan y pide que le rueguen, y con solo el templar y aparejar el corazon se da por hablado y la demanda por hecha? De aquí entiendo yo aquel lugar del *Deuteronomio* que dice: No hay nacion tan venturosa ni favorecida, que sus dioses tenga tan cerca y tan á mano como Dios está presto para todas nuestras peticiones, oraciones y lágrimas, porque, no solo está mas presente nuestro Dios que los dioses falsos, pues lo está por esencia, presencia y potencia, por las cuales está mas cerca de nosotros, que nosotros mesmos, y cuanto á la presencia lo estamos nosotros en él; sino tambien cuanto al oirnos, porque con solo el deseo y sola la voluntad de pedir nos tiene ya oidos; lo cual los dioses falsos no pueden tener, pues no ven como Dios los deseos de los afligidos. Pero Dios sabe los pensamientos, es llamado de los deseos, y está mirando los propósitos de pedirle y la preparacion del corazon para pedir; puédelo todo para dar remedio, gusta de remediar antes que le pidan; por gran amigo tendríamos de música al que gustase aun de solo oir templar la vigüela; así es Dios muy amigo de la oracion del necesitado y de acudir á todo lo que por ella se pide, pues dice David que con solo oir templar el corazon lo tiene concedido.

Esta inclinacion que Dios muestra á que le pidamos está tan repetida en las divinas letras y tan clara, que apenas podemos salir de tratar della, y por ser para él de tanto regalo, la pone en el libro de los regalos que con el alma tiene, que es en los *Cantares*, donde dice el Esposo, que es Cristo, á la esposa, que es el alma, su querida: Tú, que moras en los huertos, sabe que los amigos te están escuchando, haz que yo oiga tu voz. Donde se entiende la iglesia militante por los huertos, de donde se cogen tantas y tan suaves flores de dotrina y ejemplos de los santos, tantas virtudes, tantas religiones; y dice el Esposo que desde estos huertos gusta de oir la voz de su esposa, en que le alabe y le pida remedio de sus necesidades, y para que mas se acodicie á hacerlo, añade que los amigos, que son los ángeles, la están escuchando, porque conformándose con la voluntad y deseo del Esposo, tienen sus voces y oraciones por suavísimas, y las presentan delante de su acatamiento, que son aquellas tazas de oro que el *Apocalipsis* dice, llenas de varios olores, que eran las oraciones de los justos, que es una galana comparacion digna del Espíritu Santo su autor, porque una de las cosas que menos pueden sufrirse en el mundo es un mal olor, y cuando se ofrece á las narices, con muchos ademanes se procura despedir; y por el contrario, ninguna cosa se recibe con mas demostracion de contento que un buen olor; y así, se pone entre los atavíos de la esposa, en el salmo, diciendo que de sus vestidos salen mil géneros de olores; y Salomon dice de la mesma que el olor que sale della es paraíso. El mundo tiene por mal olor al que pide importunamente, diciendo el lenguaje cortesano que le huele mal la boca, y á otro que hiede á pobre. Pues de aquí entenderás, cristiano, qué léjos está tu Dios de enfadarse de que le pidas, que á tus demandas llama ricos y suavísimos olores, aquellos veinte y cuatro viejos tenian las tazas de oro llenas de olores, y dice allí que son las oraciones de los santos; tenian tambien sus vigüelas, y cantaban cantares nuevos, porque son para Dios tambien suavísima música las oraciones y peticiones de sus siervos; ¿pues quién por aquí se recelará de pedir á Dios, pues no hay ámbares ni almizcles ni pastillas ni cazoletas ni flores ni aguas distiladas, que así agraden al mas delgado olfacto cuanto nuestras oraciones á Dios.

Y para hacer mas suave la oracion en nuestra necesidad, cualquiera que sea, nos enseña el Señor á llamarle Padre en la mesma oracion del padre nuestro, y no solo en ella, sino por la obra. De aquí es que, estando en el huerto, como el Evangelista dice, peleando

en agonía con todos los trabajos, afrentas y tormentos que otro dia habia de padecer, representados al vivo, sudando gotas de sangre, no busca otro consuelo sino á su Padre; con él se consuela, con él descansa, con él se regala, á él solo dice los deseos de su alma, con él se requiebra con palabras tiernas que declaren mas su ternura. *Abba pater;* Padre, Padre, Padre mio, Padre eterno, si puede ser, pase de mí este cáliz. Y es tan grande la fuerza de la oracion, con ternura, que, con estar ya en el cielo dada la sentencia irrevocable con determinacion de no responder á los suspiros tan entrañables de la cruz, y aquí desamparada la santa humanidad, y dejada en su flaqueza natural de su fiel compañera la divinidad; pero todavía acude el Padre con un ángel á consolarle y esforzarle, y aunque dicen comunmente que sola la tercera vez que oró vino el ángel los que quieren encomendar en la oracion la perseverancia; pero otros dicen que todas tres veces vino el ángel, para que se entienda que cuando no conviniere alcanzar por entonces lo que en la oracion se pide, por lo menos no faltará consuelo del cielo. El cual, aun sin el ángel, tenía muy grande el Redentor, con solo acordarse de su Padre y llamarle en aquel trance; del cual remedio usó en medio de la tempestad de sus tormentos, cuando estaba barrenado por mil partes el cuerpo, cubierto de sangre, cosido de piés y manos con la cruz, desamparado del cielo y tierra, no quita aquella dulce palabra de su boca hasta que espiró: Padre, Padre, perdónalos que no saben lo que hacen; Padre ¿por qué me has desamparado? Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Pues ¿qué aflicion puedes tu tener que se pueda comparar sin vergüenza con las del Redentor? Pues en estas tuyas pequeñas toma esta palabra en la boca, y véte con ella á tu padre con la ternura de palabras que él mesmo te enseñó, que él se aplacará y se moverá á compasion de tu trabajo, y enviarle ha el remedio de su poderosa mano.

Deste remedio tenemos muchos ejemplos en las divinas letras; pongamos alguno. Lo primero, el real profeta David dice en muchos lugares de sus salmos que usaba dél en todas sus tribulaciones, especialmente en el que en el discurso pasado declaramos, donde dice el fervor de la oracion con que acudia en su tribulacion á Dios, con sus manos y corazon, y en otro salmo dice que tenia esto por costumbre enseñándonos á tenerla en otro, que comienza *voce mea;* el segundo, el cual hizo estando escondido en una cueva, huido de Saul, desamparado de sus amigos y allegados, y dice: A gritos y á voces llamaba yo á Dios porque me entendiese, y él me oyó. Estas voces se daban con el corazon y el deseo que en aquella cueva angosta tenia, que lo demás, no osaria dar voces por no descubrirse. Y para Dios de mas fuerza son las del corazon del que padece cuando van á él encaminadas. Así decia á Moisés en una tribulacion: ¿Para qué me das gritos? Y no se lee que hablase palabra, porque en encaminar á Dios las del corazon consiste lo principal de la oracion. Así lo hacia David en este aprieto. Y dice: Derramo mi corazon en su presencia, comoquien derramara á sus piés un gran vaso de agua, así derramo yo esta oracion y deseo de mi corazon; y decíale letra por letra mi tribulacion y trabajo, bien pronunciado. Y esto á tiempo de dura pena y aflicion desmayaba mi espíritu. Vos sabeis, Señor, todos mis caminos y calamidades; Señor, aun aquí en esta cueva escondido temo de los lazos y enredos de mis enemigos encubiertos. Véome, Señor, tan solo, he buscado si tenia alguno de mis amigos á mi lado, y no he hallado aun quien me conozca. Pues pensar de huir, no es posible, ni hay quien mire por mi vida ni quien tenga duelo de ella, y por eso no me queda otro remedio sino llamaros, Señor, de lo íntimo de mi alma, trayendo á la memoria que no tengo otra heredad ni otro sustento en la tierra de los que viven. Estad, Señor, atento á mi oracion y compadecéos de mis gemidos, que estoy afligidísimo, libradme de mis enemigos, que han cobrado mas fuerzas que yo contra mí, y sacad mi vida triste desta cueva y cárcel para que pueda alabaros con libertad; y acordaos que cuando no hagais esto por mí, lo habeis de hacer por los buenos que están á la mira esperando que me hagas esta merced.

El segundo ejemplo sea el del profeta Jonás, que por la desobediencia que habia tenido con Dios cerca del ir á predicar á Nínive su destruicion, después de tan gran tempestad, que por ella pasaron los del navio en que iba, fué tragado de una valiente ballena y trasegado por la mar, y desde aquella angostura y obscuridad, estando en grande aflicion y angustia dentro del vientre de un pez, se valió del remedio que en ninguna parte falta, que es la oracion, pues para ella no se requiere sino el favor de Dios y nuestro corazon, que no puede faltar mientras vivimos y se sienten las angustias del trabajo, y Dios en todas partes se halla presente. Y porque la oracion es breve y se hizo para remedio de los trabajos y consuelo dellos, la pondré aquí y en romance, porque todos puedan aprender della en los suyos; y irá declarada, porque aun en romance queda escura, y servirá de acordar como en un epílogo todo lo que en este discurso queda dicho. La oracion comienza así.

(De mi tribulacion llamé al Señor); entiende de cuando fué echado de los marineros en el agua, que desde entonces se comenzó á encomendar á su Dios, y tuvo de que tener esperanza de salud. (Y del vientre del infierno le dí voces); llama infierno al vientre del pez por su escuridad y profundidad, y dice que dió voces por la ansia que tenia de su pena, que, como atrás queda dicho, ofrecida con la oracion, son voces para Dios, como las de Moisés y las de David desde la cueva. (Arrojásteme, Señor, al fondo y al corazon del mar), que es la hondura, porque en la mayor della andan por su grandeza las ballenas, y llámase corazon de la mar, como en el salmo, cuando dicen los buenos: Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro favor en las tribulaciones que nos han hallado grandemente, y por eso no temerémos aunque se turbe la tierra y se trasladen los montes mas altos al corazon del mar, que es la hondura dél; y Cristo llama corazon de la tierra á la sepultura, cuando habla de su resurreccion. (Rodeáronme los rios), que son las ondas que al moverse de aquella bestia se levantaban. (Todos tus montes de agua y todas tus olas pasaron sobre mí); tuyos eran, pues tú los envias. (Y como me vi en tanto aprieto y miseria, luego me pareció

que estaba despedido y desechado de tus divinos ojos), que es cuando no quiere Dios tratar con un hombre, como dice David: Yo dije en el éxtasi de mi alma: Arrojado y desechado estoy de la cara de tus ojos. (Cubierto de agua me vi basta el punto de la muerte, y aquel inmenso piélago tenia cubierta mi cabeza); dice este trabajo por tantas maneras para mover á Dios á piedad y despertarse asimesmo á mas agradecimiento; y así, añade todavía: (Bajé á las faldas de los montes y los cerrojos de la tierra), que son los peñascos de las cavernas que están debajo del agua. (Me tenian encerrado para siempre); lo cual dice porque cosa que allí entrare no es posible salir mas sino milagrosamente. (Pero, Señor, tengo por cierto que me salvarás de la muerte); esta es la confianza con que ora el Profeta. (Porque, como viese todos los puertos cerrados y me pareciese imposible la salida, acordéme, viendo mi alma en angustia, del Señor, para enviarle mi oracion á su santo templo); porque, aunque Dios está en todas partes, estaba entonces mandado que en solo el templo se orase y adorase, y los ausentes, cuando no eran por la ley obligados á venir á Jerusalen, volvian la cara á la parte donde ella estaba y oraban hácia el templo, como lo hacia Daniel estando en la cautividad. Porque esto habia capitulado Salomon, cuando hizo la solenidad de la dedicacion del templo, diciendo: Y si pecaren los del pueblo y fueren cautivos por sus pecados á tierra de sus enemigos, y hicieren penitencia en su corazon, y oraren vueltos al camino que va para su tierra, que diste á sus padres, y para la ciudad que escogiste, y vuelto tambien el rostro al templo que edifiqué en tu santo nombre, los oirás y los defenderás, etc.; y por eso el profeta Jonás envia como puede sus oraciones al templo. Síguese en la oracion: (Los que están entregados á los dioses falsos y sus pecados); que esto llama vanidades ó cualquier otra cosa, porque Dios se deja, pues todo es vanidad. (Ellos desamparan su misericordia); que ella á ninguno desampara y á todos convida. Y acaba el Profeta con lo que todos, que es, que la vida quiere para alabar á Dios en su casa, como Ecequías en su cántico, David en muchos salmos y otros muchos. Lo que dice es: (Pero yo con voz de alabanza sacrificaré á tí); todos prometen gastar la vida en alabanzas, y á la verdad para eso nos la dieron.

Esta fué la oracion. El fruto della se sigue en el texto, demás de los consuelos y buenas esperanzas que en el trabajo tuvo, y fué que mandó Dios al pez que lanzase á Jonás en tierra, como lo hizo; de donde parece, lo uno la fuerza, lo otro la facilidad deste remedio, pues se halló en lugar donde ningun otro remedio criado se hallara, y pocos de los que en este libro se dan para los grandes trabajos.

El bienaventurado san Juan Crisóstomo, hablando de los bienes de la oracion, y como aludiendo al que en este párrafo pasado dijimos que era medicina para todos los males, después de haber contado muchos provechos dice que es utilísima para alcanzar paciencia, y que el provecho que suele hacer el agua á los árboles, ese hace la oracion á los afligidos, y allí dice que sea ejemplo san Pablo, que regaba su alma de noche con la oracion y de dia no habia cosa, por áspera que fuese, que no la padeciese de voluntad, y que ofrecia las espaldas á los azotes como si fuera una estatua, y que si en Macedonia quebrantó las paredes de la cárcel y rompió como un leon las cadenas y cepos, fué mediante la oracion, y no solo esto material y terreno, sino que, mediante ella, quebrantó la tiranía del demonio, encargando con cuidado que rogasen por sí mesmos y por él; de que se espanta este santo, que se atreviese nadie á rogar á Dios por san Pablo, como nos espantaria si un soldado rogase al Rey por un maestre de campo que estuviese muy en su gracia, estándolo san Pablo mas para con Dios que un capitan, por preciado que sea con su rey; pero dice que es la oracion de tanta virtud y nos levanta á tanta dignidad, que puede el que ora rogar por Pablo; lo mesmo dice la sagrada Escritura de san Pedro, que cuanto hizo en la cárcel fué por la oracion de la Iglesia, que rezaba sin cesar por él, aunque su virtud, poder y santidad era grande, porque entienda el mundo de cuánta dignidad y de cuánta fuerza es la oracion en los cielos, que puede librar de las cárceles y prisiones á Pedro y á Pablo, colunas de la Iglesia, príncipes de los apóstoles ilustres en el cielo, murallas de todo el mundo, presidio y defensa general de toda la tierra y mar; y luego, para confirmacion desto, trae la oracion de Moisés, que era la fuerza de la batalla, que cuando alzaba las manos vencia el pueblo, y cuando no, eran vencidos; de aquí se entiende lo que san Hilario dice, que cuando Cristo oró en el huerto que pasase dél aquel cáliz, que rogó porque pasase, como él le bebia, á los dicípulos, esto es, con la gana, deseo y facilidad que él le habia de beber, cuando fuesen por el mundo, y otro doctor lo dice de la oracion que hizo cuando los eligió, y que las historias cuentan el efecto que hizo esta oracion, porque se vea cuánta fuerza tiene para darla y consolar á los que padecen.

Seria necesario traer aquí toda la *Biblia* y todos los santos doctores si quisiésemos traer todos los ejemplos que en ellos hay desta dotrina. Y pues Dios es el mesmo sin mudanza, y no es dificultoso de hallar en cualquier tiempo y lugar, y cuando se busca se halla, no solo presto, sino deseoso de ayudarnos, grande ignorancia ó descuido es no acudir á su misericordia en las tribulaciones, grandes y pequeñas; pues él ha dicho que nos quiere, no solo como Criador á sus criaturas, sino como Padre á sus hijos, y no solo así, sino como madre, para enseñar la ternura y gusto que tiene de nuestro remedio. De aquí es que, así como el niño con cualquier cosa, buena ó mala, acude luego á su madre y se la muestra, y aunque á él le parezca buena, si la madre no la aprueba, luego la echa á mal. Así hemos de hacer como David lo hacia: Como el niño, dice, recien destetado se há con su madre, así es en mí mi ánima, que con todo lo que sucede, bueno ó malo, próspero ó adverso, vamos á nuestro Padre, que nos ama tan tiernamente como madre, y si lo próspero le descontenta, lo arrojemos luego de nosotros, y lo adverso él lo remediará si conviene, y si no, nos consolará. Que así hace la madre, que en la sangría ó cauterio solo regala y consuela á su niño, sin estorbársele. Y no te olvides, si no puedes entender como Cristo sea tu madre, de encomendarte en tu oracion y aflicion á la que él nos dió por madre, que es la

propia suya, la cual está encargada de nuestras aflicciones; por eso se lo acordamos, y la Iglesia nos envia á ella á que le digamos Madre de misericordia, á tí llamamos los desterrados hijos de Eva en este destierro, á tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, para que nos alcance consuelo y remedio dellas. Lo mesmo á los santos que gozan de Dios nos encomendemos, que con aquella gran caridad que tienen á Dios y á nosotros, sus hermanos, suplirán la falta de nuestra poquedad y insuficiencia, y rogarán á Dios nos gobierne en nuestro trabajo, que, demás de esta caridad, les mueve el saber la voluntad de su Señor, que quiere ser rogado por nosotros. Todos ellos padecieron muchos trabajos y se duelen de los que agora tú padeces en este destierro, y del peligro de las tribulaciones. Y especialmente cuando te encomendares á Jesucristo (que en todo fué tentado y trabajado, porque por este camino tambien se compadeciese de todos), te hallarás muy consolado. Y desta manera ordenada y acompañada tu oracion, hallarás que es para todo género de trabajos certísima y probadísima medicina.

DISCURSO VIII.

Del octavo remedio contra la impaciencia, que es el pensamiento de la vida y pasion de Jesucristo nuestro Redentor.

Aunque en el libro pasado quedó dicho algo de la pasion del Hijo de Dios y su paciencia, que nos fué dada por ejemplo de lo mucho que nos quedó por decir, no vendrá poco á propósito traer algo entre los remedios de nuestros trabajos, y de la impaciencia ó el desconsuelo dellos; pues que dice san Gregorio que, si un hombre considera bien y conserva en la memoria la pasion del Señor, ninguna cosa hay tan dura en esta vida, que guisada con esta consideracion, no se vuelva tolerable, y lo mismo en sentencia dice san Agustin; y en otra parte declarando aquel salmo que dice: Bienaventurado el que trata en su pensamiento del pobre y mendigo, porque en el dia del trabajo le librará el Señor y de la persecucion de sus enemigos, y en su enfermedad será su enfermero y regalador, y le ayudará á levantar de la cama y se la mullirá. San Agustin entiende este salmo de Cristo, que por hacernos ricos se hizo pobre, como él dice en un salmo: Yo soy pobre y mendigo; y en el hebreo el vocablo que acá significa sobre, significa allá con otros puntos á Dios, aunque con otros puntos significa *super*, y así, se puede leer bienaventurado el que entiende á Dios, pobre y menesteroso, que conforma con esta licion de san Agustin, y en otra parte dice el mesmo Señor: Yo soy pobre y criado en trabajos desde mi mocedad; pues bienaventurado el que entiende pobre á este Señor y piensa en él. Pero entiende por otra parte su divinidad, que el que en la tierra no tiene donde reclinar su cabeza, desde el cielo dispone todo cuanto hay en ella; y el que come en casa de unas mujeres por pobre, y cuyos dicípulos arrancan espigas para comer, ese es manjar en el cielo de los ángeles y provee en la tierra á todos los animales del suyo; al que le falta sepultura para enterrarse es Señor de cielo y tierra; él es pobre y menesteroso en la tierra, y es un depósito de todos los bienes y tesoros del Padre eterno. Pues bienaventurado es el que considerare y en su entendimiento tratare deste pobre y desechado de los hombres y afligido en el mundo, y de su pobreza y abatimiento, porque en el dia de su trabajo le librará el Señor, y cuando no le libre, por mas bien suyo le regalará y consolará; porque, como él se ocupó en pensar con dolor y compasion los trabajos de Dios, así se ocupará él en remediarle los suyos.

Así que, las mayores y mas finas armas con que se puede pelear contra los enemigos y contra los trabajos y afliciones es el pensamiento de la pasion de Cristo; el cual, cuando salió á pelear á este mundo contra los suyos y nuestros, no sacó otras que su mesma pasion, no se armó sino de pasiones y dolores; y quedaron de aquella vez tan recias y de tan buen temple, que los mártires con sola esa meditacion iban alegres á padecer y vencian. Así, anda tú siempre armado dellas, como los que de noche se acuestan con las armas puestas para poder pelear mas presto y mejor, y andarás de vitoria contra tus contrarios; y aun si de la mano de Dios inmediatamente has de padecer algun azote, con este pensamiento será mas fácil de llevar, considerando que á su propio Hijo natural no perdonó por pecados ajenos, ¿qué mucho que sufras tú, que tantos castigos mereces por tus pecados? Y si en la causa en que padeces te hallares sin ellos, después de haber pensado cuanto haces entre año por do merezcas este trabajo, considera cuánto menos culpado fué el Redentor en tantos mas dolores y persecuciones que la que tú agora padeces, y la culpa que hubo fué tuya, y la causa de tanto exceso en las penas fué dejarte á tí ejemplo de paciencia, porque sabia cuán necesaria te habia de ser, y armas con que siempre anduvieses apercebido. En los *Cantares* dejó dicho á su Iglesia que su cuello era como la torre de David, de donde colgaban mil morriones y todas las armas de los valientes; cuello de la Iglesia es la pasion, mediante la cual se nos comunican todos los bienes de la cabeza, que es Cristo, como lo es el cuello en el cuerpo natural, por donde recibe las influencias de la suya, como torre de David, manso y sufrido, colgadas mil celadas para que las descuelgues con la meditacion, dice que están allí todas las armas, porque fuera de allí no hay otras ningunas; dice que son mil porque no hay número de los trabajos que el Señor padeció y de que tuvo sufrimiento, y tan varios, que para cualquiera pelea se hallaran allí á propósito, aunque todos lo son. Llama fuertes á los que allí se arman, porque los bien armados cobran valentía y siempre vencen, y ninguno es fuerte sin ellas, ni vale nada la vitoria que no sale destas armas de Cristo y por ellas. Y si entre los romanos, dice la glosa que era deshonra pelear sin capitan, aunque venciesen; de donde nació el matar uno dellos, llamado Torcuato, á su hijo porque habia dado la batalla sin él, aunque á tan buena ocasion, que alcanzó la vitoria. Y en la sagrada Escritura se lee que vió Miqueas desbaratado sin capitan el campo, y como á gente sin provecho los mandó Dios ir á sus casas; ¿cuánto mas de importancia será el capitan Jesucristo y sus fuertes armas, cuya es la fuerza y el vencimiento y á cuyo nombre se debe la gloria de todo lo que se vence? Por eso dice san Pablo: Hermanos, vestíos las armas de Dios para que podais teneros contra los engaños del enemigo; porque las armas

de los valientes hombres suelen dar esfuerzo á los menores que usan dellas, acordándose de las hazañas que con ellas acabaron; por eso dan gran esfuerzo y ánimo las pasiones de Cristo al que padece; en cuya figura no podia David pelear ni menearse con las armas de Saul, y volvióse á su báculo y piedras; así tú, no podrás con las del mundo, aunque todo su poder se junte; por eso acude al palo y cinco piedras, que son la cruz y llagas del Señor.

Es tan cierta esta verdad que dice el bienaventurado doctor san Hilario (que, aunque en sus obras no lo he hallado, pero después de verlo citado en un autor devoto y antiguo, lo oí citar en el púlpito á un famoso y muy docto predicador moderno), dice este santo que el mesmo Señor, viendo correr su propia sangre en el huerto de Getsemaní de todo su cuerpo sagrado, se conhortó mas con verla que con las palabras del ángel que venia á consolarle; en lo cual se entiende cuánta es la virtud que aquella preciosa sangre tiene para consolar y conhortar los afligidos, cual el mismo Señor lo estaba en aquella hora con la fuerte aprehension de las penas y tormentos que otro dia habia de padecer. Y con la mesma, señalada por todo el propio cuerpo, quiso Pilato reprimir la ira de los judíos, pensando que la impresion que habia hecho en su alma la vista de un hombre inocente tan mal tratado y sangriento, haria en aquellos hombres que lo habian causado; no es mucho lo que de la sangre del Señor se dice, pues cualquiera sangre dicen los médicos que es favorecedora de la vida, y della la llaman silla ó asiento, tambien la llaman el amigo de la naturaleza; lo cual parece porque luego la sangre acude á socorrer á cualquier parte herida, como á remediar el daño que por allí la vida recibe; y si esto se dice de cualquier sangre, ¿cuánto con mas razon se dirá de la de Cristo, que se dió para remedio de todas las vidas de los hombres, y tan inclinada á darla á todos, que dejó de darla á su propio cuerpo, y salió della á grandes arroyos y por mil partes para darla espiritual á los hombres, y corporal que nunca se acabe? Y para este fin, segun Dionisio, mandaba Dios que no comiesen sangre de animales, diciendo que la vida dellos está en la sangre, porque no queria que bebiesen los hombres vida de bestias á vueltas de la sangre; y por otra parte nos manda, so pena de la vida, beber la suya, porque bebamos la vida de Dios, que es tan diferente de la de las bestias, que esta se acaba con la muerte dellas, y la de Cristo en nosotros comienza con la muerte espiritual de los hombres la que es verdadera vida. Así que, por esta razon se esforzó el Señor, viendo su sangre, tanto, que á los dicípulos, que antes, de temor, mandaba velar, después de vista su sangre los fué á esforzar y les dice que duerman ya; y después les anima á que se levanten á recebir la gente de su prision. Cosa maravillosa que la sangre, que á otros suele desmayar en viéndola, por lo cual les manda volver la cabeza para dar una sangría ó curar una herida, en el Señor da esfuerzo para sí y para todos. Con este esfuerzo espera á los que le vienen á prender. Allí les manda que no toquen á los dicípulos, que de otra manera quizá murieran allí aquella noche; porque los que cayeron, como no llevaban pensamiento en milagros ni creian en Cristo poder para vencerlos (que si esto creyeran no fueran á prenderle), quizá pensaron que con el ímpetu y ayuda de los dicípulos habian caido ellos, y por ventura vengaran la resistencia. Con el mesmo esfuerzo reprehendió á los que le prendieron como á ladron, reprehendió á Júdas, sanó al desorejado y reprehendió á san Pedro.

Esta preciosa pasion esforzó tambien después á Josef de Arimatía, que antes era dicípulo oculto y medroso del Redentor, por temor de los judíos, para que entrase con osadía y ánimo á pedir á Pilato el cuerpo de Jesucristo; de donde habia de colegir el juez que era su dicípulo, y sabia que á lo menos le habian por esta razon de perseguir los judíos, como después lo hicieron. San Juan Crisóstomo dice que lo que dijo Cristo, *Potestis bibere calicem*, etc., fué para animarles á padecer con acordarles su pasion, y así dijeron luego, *Possumus*. Este mesmo esfuerzo dió esta mesma pasion á los mártires viejos y niños y mujeres de toda edad para padecer por Cristo. Y por eso san Pablo dice á los hebreos: Pensad y repensad en aquel que tal contradicion quiso sufrir de los pecadores contra sí mesmo, porque no os fatigueis, desmayando en vuestros corazones, que aun no habeis peleado hasta derramar sangre; como quien les dice: Mediante el esfuerzo desta consideracion os ofreceréis á derramarla cuando fuere necesario.

Pero, allende desta oculta virtud que tiene la cruz y muerte del Señor, es para el propósito de grandísimo provecho considerar la grande paciencia que en ella tuvo; porque no hay corazon tan duro y vengativo, que de avergonzado y confuso no pierda toda impaciencia y cólera, considerado el que padeció y lo que padeció, y comparando todas las circunstancias con las de su trabajo; y esto le hizo al buen ladron tener la que tuvo, olvidando su dolor en el mas terrible trabajo de la vida, pues era no menos que pérdida della y de la honra con gravísimos dolores, de que tuvo mucha paciencia, predicando la de Cristo, por haber considerado la diferencia de las personas y circunstancias, diciendo: Y nosotros, ya que padecemos, es con justicia y en todo tenemos nuestro merecido; pero este nuestro compañero no hizo mal ninguno. ¿Qué piensas que quiso significar aquella serpiente de bronce levantada sobre aquel palo á fin de que los que la mirasen quedasen sanos de las mordeduras de las serpientes vivas, sino, lo primero, lo que el Señor dijo á Nicodémus, que los que con ojos de fe viva, que anda y obra mediante la caridad, que es su alma, miraren á Cristo en la cruz no perecerán, antes sanarán si mordidos estuvieren de la serpiente, que muerde á los hombres desde sus primeros padres; lo segundo, que el mordido de las afliciones y trabajos desta vida, que son como unas serpientes de fuego, que de penas y fatigas abrasan el corazon, poniendo los ojos de la consideracion en Jesucristo, nuestro Redentor, será luego sano de sus mordeduras; esto es, libre del trabajo, ó á lo menos del dolor dél, y volverá dulce el agua de sus lágrimas con el madero de la cruz de Cristo, á la manera que Moisés endulzó las de Marath en el desierto, tocándolas con un madero; así volverémos dulces nuestros afanes juntándolos con los de Cristo, mi pobreza con la de Cristo se hará tolerable, mis injurias y agravios con los de Cristo; que cuando yo pienso y

consideró que apenas quedó palabra oprobriosa y afrentosa que no fuese dicha al inocentísimo cordero Jesú, no puedo dejar dé padecer las mias con paciencia. Llamáronle quebrantador de la ley cuando le dijeron: No es este hombre de Dios, que no guarda el sábado; llamáronle idólatra y endemoniado cuando le dijeron: Samaritano eres y tienes demonio; engañador cuando le dicen: Este engaña la pobre gente; loco y furioso cuando salieron á tenerle, diciendo: Este hombre se ha hecho furioso; mágico y encantador cuando le dijeron que en virtud de Belcebú lanzaba los demonios; mentiroso cuando le dijeron: Tu testimonio no es verdadero, y ¿cómo puedes haber visto á Abrahan no teniendo aun cincuenta años? Sacrílego y usurpador de la honra de Dios cuando le dicen blasfemo porque, siendo hombre, se hacia Dios; pecador y amigo de pecadores cuando le dicen esas mismas palabras; rudo y ignorante cuando dicen: ¿Cómo sabe este letras no habiéndolas aprendido? Blasfemo cuando le dicen: Este blasfema; malhechor cuando dicen á Pilato: Si este no fuera malhechor, no te le hobiéramos entregado; mal nacido, de vil y baja sangre, cuando dicen: Este no es hijo de Josef y de María, y ¿no conocemos aquí á sus hermanos, que viven entre nosotros? Bebedor de vino, con las mismas palabras de mala tierra, cuando dicen: ¿De Nazaret puede salir cosa buena? De manera que si no es lo que por nuestro bien y por el decoro de su persona y por el provecho de la predicacion del Evangelio, él no consintió que se le dijese, no quedó palabra ninguna de afrenta que no sufriese con gran paciencia.

Pues las befas y afrentas que por la obra recibió, en pago de las buenas que él hacia á todos, es cosa digna de consideracion: dejóse prender de los enemigos porque los suyos no fuesen presos, y del enemigo los hombres; que le levantasen falsos testimonios porque le tuviésemos bueno de nuestra vida delante del eterno Padre; dejóse desnudar al redropelo de la vestidura del cuerpo por vestirnos de la inmortalidad, y vestirse de deshonra por honrarnos en el cielo; dejóse dar de palos y azotes, habiendo él poco antes con un azote echado los mercaderes del templo, que indecentemente usaban en él de sus ventas y trampas. Déjase juzgar del injusto juez, habiendo de juzgar él á todo el mundo el último dia; déjase coronar de espinas por coronar de gloria al que legítimamente peleare en las tribulaciones y tentaciones, y derramare por su nombre sangre; dejóse ensuciar el rostro con salivas, habiendo él con la suya dado á un ciego vista; bebió la hiel y vinagre que en su sed le ofrecieron, habiendo poco antes dado su sangre para bebida y su cuerpo en manjar de las almas; dejóse poner en el monte entre los ladrones, por poner á sus siervos en el cielo entre los ángeles; al fin, todo lo sufrió, hasta la muerte de cruz, con tanta paciencia y con tan mal pago, que la sagrada Escritura dice que como oveja se dejó llevar al matadero, no hablando mas palabra que ella. Pues si de palabra y de obra fué tanto lo que el Señor sufrió, ninguna cosa podrás tú sufrir, hermano, que no halles haberla él sufrido, aunque con desigualdad, llevando él la mayor y peor parte; pues ¿por qué no llevarás de su paciencia, pues sus trabajos lo enseñan, te convidan y lo merecen? Como san Juan, que en el *Apocalipsi* se precia como esforzado con esta consideracion, y como respondiendo á la tácita pregunta de los fieles, estando en la isla de Patmos desterrado, dice: Y Juan, vuestro hermano y particionero en las tribulaciones en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estuve en la isla llamada Patmos, por la palabra de Dios y por el testimonio de Jesú; dice la paciencia en Cristo, porque para que sea verdadera y cristiana ha de ser como la suya, y todos los fieles, como participamos de su muerte y pasion y de sus trabajos, así participamos de su paciencia; y como san Pablo dice: Como somos de compañía con él en las pasiones y trabajos, así lo serémos en las consolaciones; y para saber juntar nuestros trabajos con los suyos, aprendamos de san Juan Crisóstomo, como hacia él las de los santos, considerándolas para solo ejemplo; el cual, escribiendo á un obispo desterrado, estando él por la Reina, dícele que no hay para qué sentir este trabajo y otros, y dice estas palabras:

Cuando yo fuí desterrado de mi ciudad y de mi Iglesia ninguna cosa se me daba, sino decia: Toda la tierra es del Señor y todo cuanto hay en ella; y así, si quiere la Reina que vaya al destierro, sea norabuena; si quiere aserrarme, asiérreme, que compañía tendré en el profeta Esaías; si me quiere echar á la mar, acordarme hé de Jonás; si me quiere meter en un horno de fuego, allí hallaré tres niños de Babilonia; si me quiere echar á las bestias, eche, que Daniel fué echado á los leones; si me quiere apedrear, así lo fué san Estéban, y tendré por compañero al primer mártir; si me quiere cortar la cabeza, corte, que no menos que san Juan Bautista me acompaña; si me quiere quitar la hacienda, quite, que desnudo salí del vientre de mi madre, y así como así tengo de volver desnudo á él. Pues si san Juan Crisóstomo vivia alegre y consolado en su destierro, con solo juntar sus trabajos con los de los amigos de Dios, ¿por qué no lo viviré yo juntando los mios con los del Hijo de Dios, que quiso padecerlos todos, porque habia de haberlos todos entre los hombres, porque hubiese con qué juntar y acompañar todos los que padeciésemos y nos los desbravase? Poderoso es, dice san Pablo, por haber padecido para ayudar á todos los que son tentados; de manera que en viéndome en un trabajo, la consideracion del mesmo en Cristo me le hace fácil. ¿Que? ¿Son azotes? Tendré por compañero á Cristo. ¿Palos? Al mesmo. ¿Bofetadas? Al mesmo. ¿Es palabra injuriosa? Al mesmo. ¿Llamáronme malhechor? Esa mesma palabra dijeron á Cristo. ¿Llámanme loco? Esa le dijeron. ¿Llamáronme hombre bajo? Tambien se la dijeron. Que una de las cosas por que padeció tanto, y aun de las por que padeció, fué para recebir en sí y quitar de nosotros el sentimiento y amargura de los trabajos. Así como el temor de la muerte y tormentos le recibió en sí la noche del huerto para dejarnos los fáciles; así tomó la tristeza aquella mesma noche que comenzó á temer y pararse triste, para que los que sin poderse excusar padeciéremos, los padezcamos sin pena y alegremente; lo cual alcanzamos conocidamente cuando, juntando nuestras aflicciones con las suyas, revolvemos todas estas razones en nuestra consideracion. Cuanto mas que, si los remedios de los discursos pasados son de al-

guna virtud, aquí en el de la pasion de Cristo se hallan recopilados: aquí la humildad y conocimiento de quien somos y de quien es Dios, aquí el nacer de nuestras culpas los trabajos, pues tan grandes los causaron en Cristo; aquí la sagrada Escritura, pues es Cristo el argumento de toda ella; aquí el mayor de los beneficios que de Dios ha recebido el mundo; aquí el amor que se le debe á quien tanto nos tuvo, que vino á padecer lo que padeció; aquí la confianza que nos librará y dará cuanto quisiéremos, pues nos dió á sí mesmo; finalmente, el fervor de la oracion que desta confianza nace; los cuales remedios se hallan aquí juntos y recogidos en este libro celestial de la vida y pasion del Hijo de Dios, si de espacio y con el sentimiento y consideracion debida fuere leido del afligido; en el cual dice san Ambrosio que hallarémos todas las cosas, porque todas es Cristo para nosotros; si deseamos curar nuestras heridas, médico es; si tenemos sed con las calenturas, él es la fuente; si nos cargan los pecados, él es la justicia; si tienes necesidad de ayuda, él es la virtud; si temes la muerte, él es la vida; si deseas el cielo, él es el camino; si huyes las tinieblas, él es la luz; si buscas manjar, él es el verdadero sustento. Luego, si buscas consuelo, él lo será, y libertad y remedio de todo trabajo.

DISCURO IX.

Del noveno remedio contra los trabajos y contra su impaciencia, que es recebir con devocion el cuerpo de nuestro Señor.

Si cuando nos llegamos á la comunion del Santísimo Sacramento del altar, lo recibiésemos con debida reverencia y consideracion, bien claro quedaria por la experiencia el intento deste discurso con lo dicho en el pasado, pues san Pablo nos enseña que el recebir el cuerpo y sangre del Redentor, es una representacion al vivo de su pasion y muerte, diciendo: Todas las veces que comiéredes la carne y bebiéredes la sangre del Señor representaréis su muerte hasta que él venga. Y cuanto mas impresion haga la representacion que nace de ver con los ojos una cosa bien representada, que oirla solo contar de palabra, la experiencia nos lo dice, y con mas claridad en este misterio de la pasion; porque el mesmo Señor con particular favor se halla presente á los que tratan della, como hizo á los dicípulos, que con esa plática caminaban á Emaus; y en nosotros sentimos la diferencia de oir un sermon ó plática de la pasion, á verla representar á la iglesia el Viérnes Santo con solas aquellas misteriosas ceremonias, con el monumento, con el silencio de las campanas y de toda música, los cantos bajos y tristes, las paredes enlutadas, y con aquel acabar los oficios con tanto silencio y tristeza; de que los fieles suelen salir tan compuestos, tan mansos y tan sufridos, que, no solo las injurias presentes sufren, mas perdonan las pasadas con mucha ligereza y facilidad; ¿qué hiciera si á la mesma cruz, cuando el Redentor murió en ella, se hallaran presentes? Cuando el Redentor cosido en aquel madero, chorreando sangre por todo su santo cuerpo, cansado de sufrir las invenciones de tormentos de aquella gente cruel tenia tan gran paciencia, que de la sobrada consoló á su Madre, convirtió al ladron y á algunos de los que cuando le crucificaron estaban presentes; y las mesmas piedras se ablandaron hasta hacerse pedazos, el mesmo infierno dió luego los muertos, en estándolo el Redentor. Pues por eso este santo sacrificio causa muy diferente consideracion que los sermones y libros de la pasion y muerte del Señor, porque es representacion al vivo della, y mas profunda y eficaz que las demás representaciones, porque es el mesmo sacrificio, y el mismo Señor que padeció está presente á representarle.

Hablando deste misterio, en cuanto sacramento, dice san Crisóstomo que cuando comulgamos y decimos ó oimos misa, hemos de considerar que estamos sentados á una mesa larga con Jesucristo nuestro Redentor y sus apóstoles, y allí comemos aquel divino bocado, á que el mesmo Señor nos convida de su mano por la del sacerdote; ó que como en un convento de muchos frailes no caben todos á primera mesa, pero allí se bendice y reparte la comida hecha para todos junta, y la bendicion que al principio se dice dura hasta la tercera y cuarta mesa; pero todos comen una misma cosa, y dan gracias por ella; así en esta mesa de Cristo, aunque por ser muchos los convidados y estar muchos por nacer, no cupieron todos juntos en un dia á la mesa del Señor, pero toda es una mesa y uno es el manjar de todos, y con tal reverencia se debe recebir, como si viésemos con los ojos corporales al mismo Cristo á la cabecera della, que nos envia el bocado que comamos de su mano. De suerte que aquel tomad y comed que á sus dicípulos dijo la noche de la cena, no se dijo á solos ellos, sino á todos los fieles que lo recebimos, á quien sin faltar ninguno tenia en aquella hora el Señor delante de los ojos, y en su nombre nos lo da y reparte el sacerdote, como ministro de Jesucristo, que sirve á los convidados de su mesa. Esta dotrina es sacada especial y distintamente de la Clementina, donde dice el Pontífice hablando deste misterio: Otros misterios de que hacemos en la Iglesia memoria, con el alma y el espíritu lo sentimos, pero no por eso alcanzamos su presencia real; pero en esta sacramental conmemoracion de Cristo está con nosotros Jesucristo presente, aunque no en la mesma especie y forma, pero en la mesma sustancia, que es decir que otras fiestas del Redentor y de otros santos son diferentes desta que del Santo Sacramento se celebra, porque las demás pasaron con el tiempo, y solamente están presentes en nuestra memoria. Esto es, que san Pedro no muere ogaño á 29 de junio, en que su fiesta se celebra, ni san Lorenzo, etc., ni el dia de la Encarnacion que celebramos, viene el ángel á la Vírgen, ni sube ella al cielo el dia de su asuncion, ni esa es la fiesta, sino sola la memoria destos misterios, que antiguamente pasaron; pero la fiesta del Sacramento es de cosa que está presente, porque actualmente se hace el convite mismo que se celebra haber hecho el Señor en la cena, y el mesmo manjar se sirve. Desto fué figura Moisen cuando fué echado en el rio en una cestilla, como en otras muchas cosas fué figura de Cristo, lo fué en esta, que, como las demás cosas que se echarian en el rio, pasaban con la corriente dél, sola la cestilla, sin verse lo que venia dentro, se quedó en el remanso del rio; así son las demás fiestas de los misterios de nuestra fe, que los lleva la corriente de los tiempos, y en el presente queda sola

la memoria; pero en este sacramento donde no se ve el verdadero Moisés, que está dentro de aquellas especies sacramentales, no lo lleva el tiempo, sino quédase en el remanso de la Iglesia hasta que el mundo se acabe; como en figura desto mandó Dios guardar en el arca parte del maná, no pintado ni figurado, sino del mesmo que comieron en el desierto, en memoria de aquella merced que allí les hizo; así el mesmo manjar que Cristo dió á la Iglesia queda en sus archivos, no en figura, sino verdaderamente el mesmo.

De aquí se sigue otra razon de la fuerza deste Santísimo Sacramento, y es ser el manjar y sustento del alma, y el que quita los amargores y melancolías del corazon; así como el del cuerpo causa en él fuerzas corporales para sufrir grandes trabajos, como el refran castellano dice: Pan y vino anda el camino, etc; si no, dígalo el pobre caminante que después de seis leguas con sol, etc., si no halla en la venta pan ni vino, desmaya. Y es tan dulce, que quita el amargor del trabajo. Esta fué la harina que el profeta Eliseo echó en la olla cuando un mozo, sin saber lo que hacia, habia echado en ella unos cohombrillos amargos, que dieron todos voces: Varon de Dios, la muerte en la olla, la muerte en la olla; el Profeta echó dentro un poco de harina, y quitósele al punto el amargor; así fué que nuestro padre Adan en nuestra naturaleza, sin saber todo el mal que hacia, echó muchas miserias y trabajos, de que van nuestras voces al cielo, hasta que el gran profeta Cristo trajo del cielo esta celestial harina, que con estos nombres se llama este santo sacramento: pan, vino, harina, por haber sido estas cosas materia de su consagracion; y paró tan dulces los trabajos, que se comen los cristianos las manos tras ellos después de haber comulgado.

Y no es poco de notar que, pudiendo Dios darnos esfuerzo y consuelo en los trabajos por otros mil caminos y con solo su voluntad, lo quiso dar con su propia carne fuerte y valiente y guerreadora, que peleó con ellos y los venció en la cruz y en el desierto, que es un misterio digno de gran consideracion y agradecimiento. Porque de aquel gran capitan Paulo Emilio cuentan las historias, que maravillándose sus soldados de un gran banquete que les habia hecho, decia él que al mesmo valor pertenecia aderezar los escuadrones y el convite; lo primero para mostrarse á los enemigos espantable, lo segundo grato y amigable á los amigos; pero ganósela Cristo en este hecho, porque poco es que un mesmo ingenio pueda poner á punto en el campo los escuadrones y en la mesa los platos y servicios; pero que en un mesmo manjar se haga todo, la misma carne para mesa y batalla, la mesma suave para amigos y espantosa para enemigos, y que el mesmo que lo hace sea el manjar, esto es mas maravilloso. Este fué el qués y qués de Sanson: Del que comia salió el manjar, y del fuerte la dulzura, leon y panal. Respondemos á la duda con aquello de Oséas: Yo seré, oh muerte, tu muerte, y tu bocado ó infierno. Pues de aquí es que este manjar, con ser tan sabroso, mas por serlo da mas fuerza que los demás contra los enemigos del alma, que son aflicciones y tentaciones, que en ellas causa vitoria, suavidad y consuelo. Cuéntase en la divina historia de Gedeon que, viéndose con solos trecientos hombres, y segun algunos dicen, escogidos por los menos valientes, para descubrir así mejor Dios su poder en aquella hazaña tan memorable, estando Gedeon, aunque confiado, pero algo temeroso, le envió Dios al real de los enemigos á que oyese una palabra de consuelo, y halló tendidos los enemigos en grandísimo número como langostas, y oyó contar á uno dellos, al que á par dél estaba, un sueño que acaba de soñar, de un pan subcinericio, que en el Andalucía llaman hallullo, que se cuece entre la ceniza, y soñaba que este pan bajaba del cielo y que daba en las tiendas y asolaba todo el campo. Y él, que lo oia, respondió: Ese pan no es otra cosa sino la espada de Gedeon, perdidos somos; y con esta palabra que oyó Gedeon, se esforzó del todo y fué á dar luego la batalla. ¿Qué tiene que ver pan con cuchillo ó espada, sino que es pan de pelea con nuestros contrarios, y esfuerza á Gedeon, que los ha de vencer? Por eso dice David que le aparejó Dios delante de sus ojos una mesa contra los que le atribulaban. ¿Mesa contra enemigos? ¿Quién nunca tal vió? Es porque da esfuerzo para vencerlos, y vencerlos con suavidad; allí comemos paveses, espadas, grevas, morriones y todo otro instrumento de guerra contra enemigos.

Y de aquí es lo que san Crisóstomo dice: Como leones echando fuego por boca y narices nos apartamos de aquella mesa. Y san Cipriano hablando de los mártires, dice: ¿Qué armas les diera yo? Solo este santo Sacramento. De aquí fué que san Pedro, en acabando de comulgar, se levanta en pié y dice: Si fuere menester morir contigo, no te negaré. Y el mesmo Redentor, una de las razones porque recibió este sacramento, fué para nuestro ejemplo, porque iba á padecer tantos tormentos y afrentas, porque nos apercibiésemos con este preparativo para sufrir las nuestras con paciencia y alegría por su nombre, como él sufrió las suyas por nuestro amor. Sale Abraham fatigado de la guerra que habia tenido contra tantos reyes, y confortó su corazon con pan y vino el sacerdote Melquisedech, porque era figura deste divino manjar, que el gran sacerdote, segun aquella órden, como san Pablo y David dicen, nos da contra tantos enemigos. A Abraham se le dan después del trabajo, á Elías para entrar en él; así Cristo á sus apóstoles para los trabajos que aquella noche quedaban, y para el desconsuelo por su partida; que esfuerzo dió aquel bocado de panal á Jonatás, que se le abrieron los ojos y tornó en sí; y aquel bocado que aquel de palació dió á Jeremías metido en un pozo, le sustentó la vida que no muriese allí empozado; por eso dice el salmo: Y el pan conforta el corazon del hombre. De manera que si mucha es la costa, mucho mayor es la ayuda de costa; y esto es tambien, como hay abundancia de pasiones de Cristo en nosotros, tambien la hay por el mismo Cristo de consolaciones. Este es el vino que cria y produce vírgines, lo cual san Jerónimo en aquel lugar entiende deste sacramento, y quiere decir que á las almas, de viejas y flacas, las torna mozas y fuertes. Noé se tomó del vino, y burló dél su hijo y descubrióle sus faltas, y él todo lo sufre; solo reprehende al nieto y maldícele, diciendo: Mal padre tienes; pero agora es mas fuerte el vino deste sacramento, que aunque os deshonren, mofen y descubran las faltas, se su-

fre con paciencia, y no se maldice ni se siente deshonra ni menosprecio del hijo ó hermano, como san Lorenzo sus brasas. Del águila se dice que cria sus hijos con sangre para sacarlos esforzados; eso hace Cristo á los suyos con la suya; y aunque no era por este fin el beberla los conjurados de la conjuracion de Catilina, sino por hacerse como parientes y de una sangre; pero de ahí se seguia; y mucho mas en la de Cristo, que nos hace unos en él y se comunica á todos su virtud y fuerza, con la cual quedamos todos fuertes para vencer cualquier contrario.

DISCURSO X.

De otro remedio contra la impaciencia y adversidades, que es hacer limosna al tiempo del trabajo.

Ninguna de las buenas obras que á Dios agradan y nos merecen la vida eterna puede ser despedida ni desechada deste efecto, que es ser remedio de los trabajos y medicina contra la impaciencia. Pero hay algunas que son para él mas apropiadas, y de quien por particulares razones se puede esperar este fruto, entre las cuales una es la limosna, aunque no fuese por mas de que Dios á veces castiga los pecados en aquello que el pecador mas particularmente le ofendió, para que se entienda ser aquel castigo de aquel pecado. Como hizo con el rey Adonibezech, como se cuenta en el libro de Josué, que le fueron cortados los cabos de los piés y manos, lo cual él habia usado con setenta reyes, á quien cortados los extremos de piés y manos, daba de comer debajo de su mesa, y en viéndose tratado como ellos, conoció el juicio de Dios, y dijo: Así me castigó Dios, y me trató como yo á setenta reyes; lo mesmo se hizo, cuando dijo Dios á Jezabel: En el mesmo lugar que los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán la tuya. Esto mesmo leemos de Asa, que porque habia mandado poner los piés del Profeta en un cepo, le puso Dios los suyos en el de una dolorosísima gota. Y aun á san Pablo, porque antes de su conversion trataba en grillos y cadenas para llevar presos los cristianos, siempre anduvo él con ellas delante de los tribunales de los jueces. Lo mesmo dice de Antíoco la sagrada Escritura, y lo mesmo amenaza á todo el mundo en los *Proverbios*, diciendo: Yo os llamé, y rehusastes y despreciastes mis consejos; yo tambien me reiré en vuestra perdicion y mofaré de vosotros cuando os haya venido lo que temíades. Pues así, ni mas ni menos, premia algunas veces Dios las buenas obras, de manera que el premio se parezca con ellas, y de un color, como allá las penas y culpas, y que se entienda que los recibe y agradece; lo cual muestra mas que en otras cosas en la limosna, en hacer muchas veces en esta vida ricos á los limosneros, pagando hacienda con hacienda aventajadamente.

Pues el hombre que, viéndose en un trabajo, pusiere luego su cuidado en sacar del suyo á algun afligido, ora sea con hacienda, ora con solicitud, ora con consejo, ora con otra cualquiera obra de piedad, corporal ó espiritual, con razon puede esperar de quien de tan buena gana recibe y premia semejantes obras, como Dios, que le sacará de su trabajo, ó acabándosele ó ablandando y mitigando su rigor, y enviándole bastante consuelo de su mano; pues este debe de ser el premio desta vida, que en su nombre promete san Pablo cuando dice: La piedad para todo es provechosa, pues tiene promesa de la vida que esperamos y de la presente. Así que, la promesa desta vida, sea que haga Dios con él piedad como él la hizo con el pobre, en quien él mesmo ha dicho que viene disfrazado, y en quien dice que recibe el mesmo aquella buena obra y consuelo. Y pues con esta razon pagará el dia del juicio estas obras con consuelo eterno, y que no se puede entender ni despintar, bien podemos entender que la paga de acá será por la mesma órden, aunque no sea de tantos quilates. Porque, así como al que remedia al pobre, dice Salomon, y da su palabra de parte de Dios, que no tendrá necesidad; y al revés, que el que no hace caso de la del pobre no se verá sin ella; de manera que si el limosnero viniere á tener deudas, Dios las pagará por él, como lo hizo cuando la viuda pidió á Eliseo que la librase de un su acreedor, que queria por una deuda llevarle dos hijos que tenia por esclavos, y él la mandó pedir muchos vasos prestados de la vecindad, y dándoselos llenos de aceite, la sacó de aquel trabajo, (donde se ha de notar lo que la viuda le alegó para moverle á esta buena obra: Mi marido y siervo tuyo es defunto, y tú sabes cuán siervo de Dios era y tuyo cuando vivia. Dicen los doctores, preguntando por qué le pagó Dios por medio del Profeta esta deuda, que su marido era el profeta Abdías, el cual al tiempo que la mala Jezabel perseguia los profetas, él escondió muchos y los sustentó de su hacienda; y de aquí, porque eran muchos y mucho tiempo, quedó muy adeudado, y así murió; por eso le paga Dios sus deudas). Pues desa manera, el que en los trabajos de sus hermanos y en sus persecuciones, enfermedades y otras afliciones se emplea en remediarlas y consolar los afligidos, en viéndose él en otros semejantes, sin duda toma Dios particularmente á su cargo el remediarle y consolarle.

Bienaventurado, dijo David, el que entiende y considera en el remedio del pobre y mezquino (que este es el propio vocablo de allí, que se hace de dos en la lengua caldea), porque en el dia de su trabajo le librará el Señor; y aunque en otro discurso deste sexto libro entendimos este salmo con san Agustin, del Redentor que se hizo pobre siendo rico, no viniera fuera de propósito, cuando en ese mesmo sentido le trajéramos; pero aquí mas á propósito se trae como san Jerónimo le entiende y comunmente los demás, de los pobres y mezquinos que acá nos dejó el Señor en su lugar con libranza suya y ambos sentidos son legítimos, pues son verdaderos y se compadecen, y son de dos doctores de los mas principales de la Iglesia. Pues dice el salmo que el que tomare cuidado y entendiere y pensare en el remedio y consuelo del necesitado, que en el dia malo, que es el dia triste y penoso, le librará el Señor: unos entienden del dia del juicio, que los profetas llaman dia de calamidad y miseria, dia malo y amargo sobremanera, y así lo canta la Iglesia; otros llaman así el dia del trabajo y de la adversidad y aflicion desta vida, porque luego va el salmo pintándole con el mal y con el remedio en particular. Pero bien se entiende, como poco há deciamos, de ambos á dos, pues en ambos sentidos está prometido el socorro y misericordia de Dios

á los piadosos. Dice pues el salmo : Dios le conserve y le dé vida y le haga dichoso en la tierra, y no le permita caer en manos de sus enemigos; Dios le favorezca cuando esté enfermo y en una cama con dolores, y sea su enfermero y le mulla la cama; todas estas cosas dicen : que le acompaño, le cure y le consuele, y le dé alivio en su enfermedad ó cualquier otro trabajo. ¿Qué mas felicidad ni consuelo que haber en la Iglesia una oracion como esta, compuesta por el mesmo Espíritu Santo, que hablaba por boca de David y meneaba su pluma, la cual quedó en la mesma Iglesia por órden y gobierno del mesmo Espíritu Santo, y por el mesmo se rece cada dia en los templos, en nombre de toda ella, por los que tienen cuidado de sacar á los mezquinos de su trabajo? ¿Quién dirá que Dios no le ha de oir? Basta ser oracion santa y peticion de toda la Iglesia, y en favor de quien tanto á Dios agrada, y de cosa que él hace de tan buena gana. Y si me dijeres que aquellos imperativos ó deprecativos están en lugar de futuros, como suele usar la divina Escritura, y que tanto quiere decir como Dios le conservará, Dios le dará vida, etc.; sea enhorabuena, tanto mejor, que es decir que ya está rogado y alcanzado, ó que no es menester rogarlo, que Dios se da por rogado, y la mesma obra lo ruega en su manera, segun aquello que dijo el Sabio : Encierra tú la limosna en el seno del pobre, que ella rogará por tí; así remedia tú al afligido, y encierra el consuelo en su seno, esto es, en su corazon, que ese mesmo consuelo está dando gritos á Dios rogando por el tuyo; y así, las palabras del salmo serán profecía y promesa del cielo, con que aun antes que venga el remedio, te hallarás consolado.

Aun tiene mas en alguna manera para que te saque Dios de aprieto en tu trabajo, esperar esta merced haciendo bien y sacando del suyo á tu hermano, porque para efecto de movernos al amor del prójimo, y de que entendamos que se mueva Dios mas á perdonar nuestros pecados, nos mandó rezar desta manera : Perdónanos, Señor, nuestros pecados, como nosotros perdonamos á nuestros deudores, que nos han ofendido. Y así, no sé qué alegría y confianza lleva de nuevo á los piés de Dios el que con verdad puede decir, ó el ángel por él : Señor, consuela este afligido y favorécele en su trabajo, así como él consoló á su hermano y le sacó del suyo. No tengo duda sino que será favorecido y consolado, y cobrará fuerza para no solo sufrir, mas vencer cualquier trabajo. Dichoso, dice David, el que tiene misericordia, ya dando con piedad, ya prestando á sus hermanos; que dispone con discrecion sus obras y negocios, porque no habrá adversidad ni trabajo que para siempre le derribe; siempre estará en pié, y los que tuviere sufrirá con alegría. En memoria y fama eterna delante de Dios y de los hombres vivirá el limosnero y piadoso, que eso quiere decir aquí justo, como abajo en el verso penúltimo del salmo llama justicia á la limosna. Y no se alborotará con malas nuevas ni rumores, tiene enseñado su corazon á esperar en Dios, y tiénele firme y esforzado; no temerá ni desmayará hasta ver por el suelo á sus enemigos que le pretenden cautivar, ora sean perseguidores, ora tentaciones, ora trabajos. Y pues él repartió y dió á los pobres su limosna, no se olvidará, y su dignidad, su fuerza y poder será con grande honra ensalzada. Luego pone la impaciencia que el pecador tiene de ver la felicidad del piadoso, pintándole con regaño de dientes y podrido de envidia y melancolía, y dice que todos sus deseos perecerán. De manera que en este salmo tan adornado de letras del abecedario hebreo, que es señal de materia y argumento gravísimo, se prometen fuerzas en las peleas y consuelos en los trabajos á quien tratare de consolar y remediar los ajenos; y en resolucion, se dicen cinco cosas en tan breve salmo del piadoso. La primera, que es alegre y que lo vivirá siempre; lo segundo, que nunca será derribado; lo tercero, que no se alborotará con nuevas; lo cuarto, que su corazon está firme y no caerá hasta que atropelle sus enemigos; lo quinto, que su fuerza y fortaleza será con grande gloria ensalzada.

Pero mas claro lo dice Esaías, persuadiendo á los hombres á ser limosneros, diciendo : Cuando derramares tu alma para matar su hambre al que la tiene, que es remediarle con alegres entrañas, de suerte que quede remediado y consolado, y dejares llena y satisfecha el alma afligida, entonces saldrá tu luz en medio de las tinieblas, y tu obscuridad se volverá como la luz del mediodía, y darte ha Dios quietud y sosiego, y á tu alma llena de resplandores. Para entender bien esta promesa, es de notar que á cada paso en la divina Escritura este nombre de luz y candela, y sol y mediodía, y otros semejantes que significan luz y claridad, á la letra significan alegría y consuelo; y al contrario, por el nombre de tinieblas es significada la calamidad y tristeza, como lo nota san Gregorio, declarando aquellas palabras de Job : Por ventura la luz del malo no se apagará, y la llama de su fuego lucirá; la luz se obscurecerá en su morada, y se apagará su lumbre que alumbra en su favor. La razon desta manera de hablar es porque la tristeza donde quiera que está levanta los humores que escurecen la vista, como se ve por experiencia, y parece que el sol se le escurece, quedando para los demás con entera luz, y aun mas clara para los alegres, por estar mas limpios de humores, por su alegría de corazon que estorba el levantarlos. Y aunque para prueba desto podian traerse muchos lugares, solo traeré uno que san Juan Crisóstomo trae, para declarar esta mesma dotrina; hablando de la tristeza que entonces habia en su ciudad, dice : No sola la tierra, pero la mesma naturaleza del aire y los rayos del sol me parecen en alguna manera estar tristes y de mas escura luz. No que la naturaleza de los elementos esté mudada, sino nuestros ojos, que con la nube de la tristeza no pueden con la antigua puridad y virtud recebir la lumbre y los rayos. Esto es lo que antiguamente un profeta lloraba, diciendo : Ponérseles ha el sol á mediodía, y escureceráse el dia. Esto decia, no porque el planeta se escondiese ni porque el dia se acabase, sino porque los que estaban tristes no podian ver, por la escuridad del dolor. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo. Pues supuesto esto, lo que al que con buenas entrañas se apiadare del afligido, le promete Esaías de parte de Dios, es, que su luz nacerá en las tinieblas, esto es, que el consuelo y alegría le nacerá en medio de sus tribulaciones, y que en pago de haber henchido el alma hambrienta, le hinchirá Dios la

suya de resplandores, esto es, de consuelos y alegría, que es lo que aquí decimos de la limosna, que remedia la melancolía y tristeza de los propios trabajos al que la hace.

Este previlegio tengo yo muy creido de lo que he leido en los santos, que alcanza muy colmadamente el que esta piedad y misericordia tiene para hacer limosna á las ánimas benditas de purgatorio; porque, si miramos solo el agradar á Dios, claro está que es obra aceptísima delante de su divina Majestad, pues es obra de misericordia y hecha en favor de sus amigas, que con él han de reinar para siempre, y es medio por el cual salgan de pena; de donde, si no es por este camino, según la ley ordenada de su sabiduría y providencia, no pueden salir sino por sus cabales. Lo segundo, si se mira á la necesidad, es mayor que la que pudo uno imaginar; porque, si no es en la duracion, son los mesmos fuegos y penas que en el infierno; y lo que añade á su necesidad, es no poder sin licencia de Dios (que raras veces se da) venir á descubrir á los hombres sus trabajos y pedir remedio para ellos. Y pues estos nos dice la fe, gran dureza y crueldad es y señal de poco y fingido amor el que en la vida les tenian, el poco cuidado que los parientes y amigos tienen de aquellas pobres ánimas. ¿Quién ve al tiempo de la enfermedad del padre ó del hijo, aunque esté ya desahuciado, con cuánta diligencia y voluntad se pasan las noches sin dormir, se hace mil veces la cama, se sufren mil ascos, se va y se viene á casa del médico, al boticario, al barbero, á buscar lo que solo es antojo del enfermo, aunque no sea necesario ni provechoso; con cuánta liberalidad se gasta el dinero que hay y se busca el que no hay, aunque todo se venda y se queme; con cuánto afecto se desea su salud, y se llora cuando falta? Y por otra parte, está la pobre ánima en purgatorio, donde ni descansa en el padecer ni se compara su trabajo con la enfermedad; y acá ¡qué pereza para ir á la iglesia, qué escaseza y dureza para mandar decir una misa del dinero que él ganó á su trabajo y sudor! Pero desto no digamos mas, que no faltará (Dios queriendo) otra parte por sí donde tratar dello; solo digo que es la necesidad gravísima, y no la pueden decir ni explicar, aunque á veces sí, pero raras ellas, y cuando no, el mismo Espíritu Santo lo publica, y pide á los fieles limosna para su remedio y rescate, como suelen hacer los inquisidores por sus presos, que no consienten que ellos salgan á pedir limosna para su comida, ni en razon desto reciban recaudos ni los dén todas veces, porque así conviene para la justicia de aquel santo tribunal; pero ellos tienen cuidado de cobrar lo necesario, y cuando no hay de quién, lo dan del fisco y hacienda real, ó lo pedirian de limosna si por otra via no pudiesen haberlo. Así hace Dios cuando por sus profetas y predicadores publica las penas de las ánimas del purgatorio, y pide limosna para su alivio y rescate, no obstante que en el entre tanto se ejecuta la justicia con rigor; y lo primero amonesta á los padres, á los hijos y otros deudos y á los testamentarios, y manda pedir por justicia lo que mandaron, amenazándolos, castigándolos y descomulgándolos por mano de sus vicarios, cuando hay de qué y de quién cobrarlo, como parece en el derecho; pero cuando no, predica que de limosna se haga; y la iglesia del fisco real del tesoro de los méritos de Jesucristo y de sus santos lo suple con la caridad de su Esposo sagrado.

El premio desta obra, como el de las demás, está prometido en esta vida y en la venidera, porque allá paga Dios sin duda en la mesma moneda, pues inspira que se haga bien por el ánima del que lo supo hacer por las del purgatorio en su vida; y los doctores convienen, cuando hablan de las indulgencias de los defuntos, que les valen señaladamente á los que cuando vivian tenian dellas piedad y cuidado. Y aun los gentiles no sé qué vislumbre tuvieron desto (debia de ser por hallar algo en los divinos libros, ó por ser cosa tan llegada á razon), que san Agustin dice en los libros de la *Ciudad de Dios*, que estaba espantado de haber hallado en Virgilio aquella sentencia de san Lúcas: Haced amigos de la riqueza de maldad, porque cuando muriéredes os reciban ellos en las moradas eternas; y la otra de san Mateo: El que recibe al justo en nombre del justo, recibirá premio de justo. El verso de Virgilio era hablando de los que moraban en los campos Elíseos, que era el paraíso que ellos creian, dice que los que hacian buenas obras.

Quique sui memores alios facere merendo.

Y los que, mereciéndolo, hicieron que otros dellos se acordasen.

Pues si es verdad lo que dice el Sabio, que el que da al pobre da á Dios á logro, que es para recebir mas de lo que dió, bien se sigue que el alma del limosnero en el purgatorio ha de ser aventajada de sufragios sobre los que él mandó hacer ó hizo por las ánimas estando acá. Y lo mesmo será en lo que cabe de promesa en esta vida, que, así como escogió el favorecer y consolar á los mas afligidos, cuales son los del purgatorio, así tendrá de mano de Dios, por intercesion de las ánimas, favor y consuelo en los mayores trabajos que en esta vida se le ofrecieren; todo lo cual creemos piadosamente.

Y aunque, ultra desto, no tenemos experiencia de la remuneracion del purgatorio, por no haberle visto, de la desta vida la tenemos muy clara, si creemos á las personas devotas y cuidadosas de hacer bien por aquellas benditas ánimas, las cuales se han visto en muchos trabajos y conflitos, favorecidos y librados de mucho aprieto, de algunos de los cuales soy yo testigo de vista, á lo menos de dos, que naturalmente y con fuerzas humanas me pareció imposible salir dellos, y con solo acordarse de las ánimas y rezalles alguna cosa de su oficio, y en la otra con prometerles algunas misas, salió la persona fácil y alegremente, y sin pérdida de ninguna cosa de los dos trabajos, con que después se determinó de hacerles mas ordinariamente algun bien, y irlo cada año aumentando; y allende deste ordinario beneficio, les hacia otro particular en cada ocasion en que tenia de su ayuda necesidad. Tras estos dos casos, que eran muy graves, podia añadir otros, pero déjolos, porque el que dellos fuere devoto sentirá hartos beneficios y harto milagrosos por la experiencia. Visto hé yo, allende lo dicho, en medio de un rio furioso de una gran avenida, casi faltar la cabalgadura, y salir de aquel pe-

ligro, con solo un responso por las ánimas, con gran facilidad; y asimesmo pasar de noche por algun paso peligrosísimo sin temor ninguno, y hallarse cosas perdidas, cuya pérdida tenia al dueño en grandísima afliccion. Pero ¿qué maravilla, pues la sagrada Escritura dice que la limosna libra de la muerte, y en los *Actos de los apóstoles* se vió por experiencia cuando las camisas y ropas que habia Tabita dado á las viudas pobres, la hicieron volver viva y sana á su casa del camino de su entierro? Todo el buen suceso de Tobías y haberle Dios librado de tantos trabajos, le declaró el ángel que habia nacido de sus limosnas que él presentaba delante de Dios. Pues este tan fácil y tan sabroso remedio tengamos delante de los ojos, que cuando nos viéremos en algun trabajo, tratemos luego con diligencia y caridad de sacar del suyo á algun desconsolado (que así enviará Dios remedio y consuelo para el nuestro), especialmente á las ánimas atormentadas en los fuegos del purgatorio; que por ser la obra tal nos sacará Dios de los trabajos desta vida, y ellas, salidas de allí por nuestros sufragios, tendrán memoria de nuestras afliciones en la bienaventuranza.

DISCURSO XI.

De otros varios remedios contra la impaciencia y desconsuelo.

Porque este sexto libro no salga de la medida de los demás, será bien que sea este discurso el postrero en que se resuman los demás remedios que agora se ofrecen con la brevedad necesaria, para que en un moderado discurso quepan todos; de los cuales algunos, por ser solo colegidos de lo dicho en todo el libro, no tendrán necesidad mas que de ser advertidos. Sea pues el primero el que, primero que el trabajo venga debria, de aplicarse, que es andar cada uno apercebido de paciencia para cualquiera que dellos le sucediere; porque, como san Gregorio dice, menos herida hacen las flechas que no vienen de improviso, si no al hombre apercebido, á quien el refran juzga por medio combatido. Deste remedio usó san Pablo con los de Tesalónica (apercibiéndoles de cuando en cuando á padecer, y avisándoles para que ellos anduviesen apercebidos) en su carta primera, diciéndoles: Enviamos á Timoteo, nuestro hermano y ministro de Dios en la predicacion del Evanhelio, para esforzaros en la fe y amonestaros para que ninguno de vosotros se alborote en las tribulaciones que os vienen, porque sabeis bien que á eso estamos ofrecidos, que, aun cuando estaba yo con vosotros, os profetizaba y apercebia que habiamos de padecer muchas, como ello ha sido y vosotros lo sabeis. Por eso, no queriendo esperar mas, he enviado á reconocer vuestra fe, porque no os haya tentado el demonio y haya yo trabajado en balde. Este apercibimiento, segun esto, ha de ser mediante la buena y continua consideracion de todo lo que atrás queda dicho en este libro, y de la sabiduría, poder y bondad de Dios, y junto con esto, trayendo la carne ejercitada en penitencias y la voluntad mortificada, y no criada en regalos y en salir siempre con lo que quiere; y sobre todo, con no asegurarse ni dormirse con la prosperidad, sino temer en medio della que una adversidad ó otra la ha de desbaratar, cuando menos piense; y con esto, ninguna cosa podrá suceder, por mala y penosa que de suyo sea, que pueda alborotar al que así anduviere apercebido.

El bienaventurado san Juan Crisóstomo habla deste apercebimiento con los hombres que viven en prosperidad, alegando aquel dicho del Sabio: Acuérdate del tiempo de la hambre en el de la abundancia, y de la pobreza y mendiguez en el de la sobra de riquezas. De donde se saca, dice este santo, que, si esta memoria tuvieres, gobernarte has templadamente en el tiempo que la prosperidad durare, y si la pobreza viniere, pasarla has con fortaleza. Porque el mal que no se esperaba causa en el ánimo mucha turbacion, lo cual cuando se espera es al contrario. Luego, buen consejo es trocar por la memoria y apercebimiento de los males la experiencia dellos. Desto parece dar este santo dos razones: la primera, porque con esta memoria y recelo se aplaca Dios, que es aquel en cuya mano están los males, como lo hizo cuando los de Nínive la tuvieron, y por no haberla tenido los judíos, amenazados de su destruicion, los padecieron muchos y muy grandes; porque como el Sabio dice: El sabio con el recelo desviará los males; el loco con su loca confianza se enreda en ellos. Y la razon que da es la poca constancia de las cosas, que son como un rio que corre, mas ligeras que un humo deshecho y mas vanas que la sombra; lo cual si bien se considera, ni lo suave que posees te podrá hinchar, ni lo amargo que esperas derribar, porque ni con los bienes que tienes te engreirás, ni de los que no tienes te amargarás. Así lo aconsejaba Séneca á su amigo, que se hiciese á pobre comida y vestido, porque cuando viniese la fuerza del padecerlo pudiese decir: Esto es lo que yo he temido.

Y para que esta dotrina se vea clara, sea ejemplo la historia del santo Job, al cual llama este santo doctor admirable y grande, celebrado por todas las partidas del mundo, soldado de la piedad, vencedor coronado de todo el mundo, que pasó por todo género de peleas, y levantó contra el demonio grandes trofeos; el cual el mesmo era en el muladar que en los palacios reales habia sido; el mesmo mordido de gusanos que habia sido ataviado con ricas vestiduras: este poseyó muchos criados, y el mesmo sufrió grandes injurias de criados que contra él se levantaron, de amigos que le deshonraban, de la mesma mujer que le reprehendia. Todas las cosas le manaban primero, como fuente, cantidad de dineros, grandeza de poder, gloria, paz, seguridad, honra, respecto, salud y hijos; y en estas cosas ninguna le daba pena. Alcanzaba riquezas con seguridad y firme prosperidad, y no sin razon, porque Dios le habia cercado por todas partes; pero después todo se le desapareció; porque entraron en su casa innumerables tempestades, mas y mayores que pueden ser creidas, pues que todas sus riquezas le fueron de un golpe quitadas; los hijos y criados violentamente muertos en la mesa, no con espada ó con segur, sino con la malicia del diablo, que derribó la casa; á esta sazon la mujer se estaba contra él armando; los criados y amigos, parte le escupieron en el rostro, como él lo afirma, diciendo: No perdonaron el escupirme en el rostro; parte arremetieron á él y le echaron de su casa, de suerte que de allí adelante pasaba su vida en el muladar, manando

de su cuerpo fuentes de gusanos, y corriendo por todo aquel diamante precioso sangre y podre, y tomando una teja se la quitaba, hecho de sí mesmo carnicero; un dolor sacaba á otro, y tormentos intolerables, la noche mas molesta que el dia, y el dia que la noche, como él mesmo dice: Cuando voy á dormir digo: Oh Señor, ¿cuándo amanecerá? Cuando me levanto digo: ¡Oh si viniese la noche! Lleno de dolores desde primera noche hasta el amanecer, todo lo veo malo, todo despeñaderos, todo peñascos, muchos que me fatiguen, ninguno que me consuele; pero en tan gran tempestad de tantas hondas tan insufribles estuvo firme con ánimo inculpable y generoso. ¿Qué lo hizo? Lo que yo decia agora; que cuando era rico, se apercebia para la pobreza que esperaba; cuando sano, esperaba la enfermedad; cuando se via padre de tantos hijos, esperaba verse dellos huérfano. Y este temor tuvo siempre consigo, y crió siempre esta congoja, entendiendo la naturaleza y condicion de las cosas humanas y la momentánea mudanza y volubilidad de los negocios. Y por esto decia él: El temor que temia me vino, y el peligro de que me recelaba me salió al camino, porque siempre con el pensamiento estaba mirando aquel temor, esperándole por momentos, y por eso no le turbó cuando le vió venido. Y dice: Nunca callé, nunca tuve hora de reposo, esto es, nunca tuve con la prosperidad arrogancia; antes la calamidad que esperaba nunca me dejó reposar, y aunque la abundancia me convidaba y me amonestaba á buscar deleites, pero la aspereza de lo que esperaba desterraba de mí la seguridad; y aunque la felicidad presente casi me compelia á gozar de las cosas, pero el cuidado de lo que habia de venir me rompia el gusto y suavidad dellas, y por eso dice este santo que con la continua meditacion habia visto todo lo que después le sucedió á lo próspero y alegre; por eso sufrió con ánimo fuerte y alegre estas peleas cuando vinieron, como quien estaba ya antes que viniesen en ellas ejercitado; y esto, porque cuando poseia la prosperidad no se pegó á ella tanto, que olvidase la adversidad, como él dice en otra parte: Plega á Dios que tal y tal me venga si me holgué jamás con las muchas riquezas que habia ganado, ni puse en el oro ni piedras preciosas mi confianza; y da la causa luego, porque entendia su frágil naturaleza y que habia de durar poco la posesion della, y declara luego lo que se sigue del sol y luna este doctor, diciendo: Pues que veo las estrellas que son perpetuas mudarse en algunos tiempos, ponerse el sol y la luna, y escurecerse las estrellas, ¿cuánto mas las cosas terrenas y caducas? Y por eso, ni con lo presente tenia mucho contentamiento, ni de lo que perdia mucho dolor, porque bien sabia su condicion y naturaleza. Hasta aquí son casi todas palabras de san Juan Crisóstomo, de donde parece lo que vamos diciendo, y lo que el Sabio dice en los *Proverbios*: No le melancolizará al justo lo que le acaeciere, pero los malos serán llenos de aflicciones.

Otro consuelo, que es de san Pedro en su *Canónica*, es, y no pequeño, pensar que tienes en cada uno de los trabajos muchos compañeros, especialmente cuando entre ellos considerares á Jesucristo y á su Madre; porque, allende destos nobilísimos capitanes y de los apóstoles y mártires, ninguno hay de los que el mundo llama dichosos, que no padezca muy ordinariamente muchos y muy grandes trabajos y varios, sino que los del mundo tienen por afrenta que se sepan los suyos, y por eso no los ves, y los amigos de Dios no los publican, por no publicar la virtud de la paciencia con que los sufren, y porque todos les parecen pocos y pequeños para lo que desean padecer; lo que mas te ha de consolar es, que los mas que caminan por este camino son los amigos de Dios, sus profetas, sus patriarcas, sus apóstoles, sus mártires, confesores y vírgenes, el Hijo y su santa Madre. Considera pues puestos á un lado los trabajados y á otro las prosperados; aunque los caminos no tuviesen tan diversos paraderos como tienen, ¿con cuál compañía escogerias caminar? Yo me doy por respondido que con la de Cristo y su Madre y la de tan buena gente como sigue tras ellos, pues es camino de que los ángeles del cielo tienen envidia santa, por verse privados de tanto bien como es padecer trabajos por su Dios y ser admitidos en esta parte á la suerte y compañía de su Rey y Reina. Pues cuando te vieres con semejante esclavina, ten tú una santa soberbia de te ver admitido con el Rey afligido á caminar con él su jornada, y verte en esta razon vasallo suyo, sin que otros que en el mundo mas valen lo alcancen; porque el Señor es particular príncipe y rey de los afligidos y trabajados, cuya figura fué el profeta David cuando, encerrado en la cueva Odollan, se le juntaron muchos que vivian amarga y triste vida y los que andaban fugitivos y perseguidos por deudas, y allí los acogió y se hizo príncipe dellos; así lo es el Hijo de Dios de los afligidos, príncipe por mil títulos, y por este particular, que es el ser el mas afligido que todos y el haber tomado á cargo remediar sus afliciones á costa de las propias.

Pues si por abreviar nos remitimos á los remedios que pueden sacarse de los primeros discursos deste libro, son muchos y de mucha fuerza para consuelo del trabajado, pensar cuán pocos son los trabajos, cuán presto suele Dios sacar dellos, cuánto interese se nos sigue en tenerlos y en sufrirlos, como vienen de la mano de Dios, y que queramos que no, se han de padecer, y que es mejor ganarle la boca con hacer de fuerza virtud, y que con su poderosa mano favorece al que de gana los sufre; y otras cosas que con la continua leccion deste libro vendrán luego á la memoria: la humildad que el conocimiento de quién somos y quién es Dios nos obliga á tener; nuestros muchos pecados, por los cuales merecemos mas y mayores penas y castigos; los innumerables beneficios que de su mano hemos recebido y cada dia recebimos; el habernos dado de mil maneras el Hijo de sus entrañas; una para que fuese nuestro pariente; otra para que con su dotrina y ejemplo nos enseñase el camino del cielo; otra para que con una afrentosa muerte pagase nuestras deudas al Padre, que de otra manera ninguna pudiéramos pagar; de otra nos le da en manjar, de otra por abogado delante de su acatamiento para que no nos hunda en los infiernos. Pues quien esto hace, ¿qué nos negará? Mas hablando en particular, ¿qué no nos ha dado? El ser es suyo, la vida, el sustento, la casa, la tierra, la república, los buenos padres, la dotrina, los sacramen-

tos, Iglesia, ley, predicadores della, ministros de nuestra salud, ruegos, regalos, amenazas, prendas de vida eterna, y otras cosas sin cuento; pues quien todo eso ha dado, ¿qué me negará? ¿Por qué he de desconsolarme? Por qué he de pensar que el trabajo me envia para mal, sino para mucho bien? Todo nos lo enseñó, á pensar y á confiar en lo espiritual y temporal recebido, el gran profeta David; especialmente considerados los bienes del espíritu que hemos recebido, que sobrepujan las fuerzas humanas para entenderlos.

Esto hace breve y elegantísimamente en un salmo que comienza: El Señor es mi pastor y me gobierna y apacienta, y sé que por esta razon ninguna cosa me faltará; y luego va diciendo en particular los particulares beneficios espirituales por estilo de metáforas pastoriles, para que mejor entendamos el cuidado de nuestro gobierno y providencia suya. Lo primero, cuando me sacó del abismo de la nada y me dió ser, y me puso en un lugar fértil y de varios y lindos pastos, que son: dotrina, ejemplo, escarmientos, sacramentos, escrituras, que es la dehesa de la santa Iglesia, como naciesen otros entre moros, turcos y herejes; crióme sobre las aguas, que sirven, no solo de beber, sino de sustento principal; aguas frescas y sustanciales. Plinio dice que hay un género de ovejas que, entrando en el agua, se hacen de prietas blancas; mucho mejor muda el alma el color entrando en estas del bautismo, que lava toda la tizne del pecado. De aquí entiende David; y así, otros leen en este verso: Sobre aguas de regeneracion me crio. Y porque al tiempo del amanecer de la razon es necesario saber á quién servimos, y convertirnos á él, eso hizo el Señor, convirtiendo mi ánima á su conocimiento; llevóme de la mano por las sendas de la virtud, que son las obras buenas, porque sin ellas no basta aquel conocimiento y conversion. Y de aquí es que, llevando tan buena guia y bracero, aunque me vea en el último trance de la muerte, no temeré los trabajos, porque vos, Señor, vais conmigo. Vuestra vara y báculo, que son los instrumentos de vuestro castigo, y para reducirme sin hacerme mal (como el cayado del pastor para las ovejas), esas me tienen consolado y reducido (que ambas cosas significa aquel vocablo, del cual se deduce el nombre Paracleto del Espíritu Santo). Tras esto, aderezásteme, Señor, antes que lo supiese yo pedir ni entender, delante de mi una abundante y real mesa, que es de vuestro santo cuerpo y sangre, valiente y vencedora contra mis enemigos, que tiemblan de verla. ¿Quién no temerá, viendo sentado á vuestra mesa al que él quiere perseguir, sabiendo que sois el poderoso y el que solo sabeis librar, y comiendo lo que vos comeis, que es á vos mesmo, que sois la fortaleza del convidado? Ungísteme, Señor, con el olio santo de los demás sacramentos, y con el de la devocion mi cabeza, para que os pueda servir con alegría; y disteme á beber de un cáliz de vuestro amor, que saca de sí á los que lo beben. ¡Oh cuán hermoso y dulce es! Y esta misericordia que Dios usa conmigo, no es para un dia ni dos, ni hay temor con que se pierda cuanto á su parte toca, porque la usará todos los dias de mi vida, hasta ponerme en posesion de la casa de Dios, que durará por largos y eternos años.

Pues ¿qué mejor triaca ni cabeza de víbora contra las mordedurás, que esta palabra de Dios, de que su providencia nos cubre con tanto cuidado en cuerpo y en alma, vida y salud eterna, en los pensamientos como en las obras y palabras, y en los mayores trabajos que sucedieren? Vengan pues, Señor, los que vos mandáredes, affigid este cuerpo y alma á vuestra voluntad en esta vida; que, aunque esto no fuera tanto interese mio, basta ser voluntad y providencia vuestra, que todo lo veis, todo lo sabeis, todo lo amais, y nada aborreceis de cuanto criástes; hechura soy vuestra, oveja vuestra y criatura vuestra; á vuestro cargo está mi sustento y mis caminos, en buenos ojos y en buenas manos cayeron, ojos de Dios y manos de padre piadoso y misericordioso, que de los males saca bienes por el que nos desea; vos sois el dueño de todo, venid cuando quisiéredes, cortá por donde fuere vuestra voluntad; que gloria mia es y de todo el mundo ser, padeciendo, instrumento, aunque indigno, de vuestra gloria.

LIBRO SÉPTIMO.

DE LA PACIENCIA EN LAS INJURIAS, AGRAVIOS Y OTRAS OFENSAS.

PRÓLOGO.

No tiene cosa la ley del Evangelio que mas espante al mundo ni por mas dificultosa se publique, que haber el cristiano de tener paciencia en las injurias y perdonarlas, y amar á quien se las dice ó en cualquier manera le agravia. De aquí es que, calificando un filósofo las leyes y sectas, dijo de la de Mahoma que no entendia cómo hubiese gente de entendimiento que tuviese ley tan puerca; de la de los judíos dijo que era ley de niños, pues no decia el espíritu con la boca; y que la de los cristianos era imposible guardarse, pues mandaba, no solo perdonar, sino tambien amar á los enemigos y injuriadores. La mesma dificultad muestran sentir los mundanos; y los unos y los otros hablan y sienteñ con poca experiencia ó consideracion de lo que puede y obra en el corazon de un hombre la gracia y favor de Dios. De aquí es tambien que cuando preguntó san Pedro al Señor hasta cuántas ofensas perdonaria á su prójimo, si bastaria tener paciencia y perdonar hasta siete veces, pensando que se habia alargado mucho, porque le detenia la mala costumbre que veia en el mundo, donde hasta una vez con dificultad perdonan los hombres, y después desta, pocos ó ninguno hay que

perdone la segunda, cuanto mas siete. A lo cual respondió el Señor que, no solo siete, pero setenta veces siete. Ensanchá, dicípulos, ese corazon; y así lo ensancharon ellos, y perdonaron sus injurias. Esto es lo que san Pablo decia : Nuestra boca anda abierta tras vosotros, oh corintios, y nuestro corazon se ha ensanchado; ensanchad vosotros el vuestro de manera que en él quepan amigos y enemigos, los agravios, injurias y ofensas y el que las hace; que en esto consiste la perfecta y verdadera paciencia. Esta dificultad fué la causa de tratarse en la sagrada Escritura tantas veces y tan despacio este argumento, y esta mesma lo es de que habiendo yo de tratar de paciencia, y no ser la menor ni la menos necesaria la que en las injurias se pide, no me quise contentar con menos que con un libro della entero, el cual, aunque es materia para muchos y largos discursos, será de pocos y muy sucintos; cuyo fin será solo averiguar cómo, no solo no es el tenerla negocio muy dificultoso, pero aun es forzoso y necesario, y juntamente poner alguna de las razones que le facilitan mas y le hacen mas ligero y gustoso.

DISCURSO PRIMERO.

Que la ley del Evangelio no es imposible ni dificultosa, y menos el mandamiento de perdonar.

Una de las cosas en que Dios nuestro Señor ha mostrado mas su providencia, y en ella su grandeza y liberalidad para con los hombres, habiéndola mostrado en todas, es la facilidad del remedio que nos dejó en su ley para el mal de nuestras almas; porque, así como en las cosas necesarias á la vida humana la muestra dando tanta abundancia en lo mas necesario, sin que nos haya de costar dinero ni trabajo, como queda dicho; así, por ser la salud del alma tan preciosa, quiso dejar los requisitos della tan fáciles, que ninguno pudiese quejarse ni excusarse de alcanzarla y conservarla por lo dificultad; porque, si con atencion lo cotejamos, tienen mas fácil cura y remedio los males del alma que los del cuerpo, con ser los del alma mas graves y perjudiciales; porque, como la experiencia nos enseña, para una enfermedad del cuerpo, lo primero, un médico solo, como ellos dicen, no puede curar una multitud de enfermos; lo segundo, podria ser desear salud un enfermo y procurarla, y faltar con qué compre las medicinas y pague al médico su trabajo y arte; lo tercero, cuando pueda quizá no le hallará á mano, y si le halla, no tan docto que le entienda la enfermedad y sus causas y remedios, como es menester, con las cuales dificultades y con otras comienza Hipócrates sus aforismos; al fin, cuando se hallase todo á propósito, podria ser que la fuerza y malicia de la enfermedad venciese al arte de la medicina, como decia un poeta :

Non est in medico semper relevetur ut æger,
Interdum docta plus valet arte malum.

No está siempre la mejoría del doliente en manos del médico, porque muchas veces vence el mal á las letras y arte.

Pero si la enfermedad es del alma, se excusan todas estas dificultades, porque basta querer uno, con la gracia de Dios, de corazon ser curado, y por el mesmo caso queda sano, segun aquello del salmo : Dije y determinéme de confesar al Señor mi pecado, y al punto me perdonaste, Señor, la maldad de mi ofensa; ninguna necesidad hay de dinero, antes se cura mejor mientras menos hay. Un médico suele bastar para millones de hombres; ninguno hay tan grande mal que venza á los médicos ni medicinas, no hay necesidad de gastos, caminos ni peregrinaciones. El reino de Dios dentro de vosotros está, decia el Señor. Esto decia Dios á su pueblo por su profeta : El mandamiento que te doy en este dia no excede á tus fuerzas, ne está léjos de tí, no en el cielo, porque no te excuses de cumplirlo diciendo : ¿quién podrá subir al cielo para que nos le traiga y lo oigamos y sepamos, y sabiéndole le cumplamos? Ni está allende el mar para que no digas lo mesmo ; que á par de tí y dentro de tí está, y en tu boca y en tu alma, para que le tengas á manó y le cumplas. Y pues esto se dice allí de una ley de quien san Pedro dice que era una carga tan pesada y dificultosa, que ni ellos ni sus padres pudieron con ella, ¿cuánto mas lo podrá decir Cristo, nuestro Señor, que todas las dificultades tomó á su cargo para librarnos dellas? En figura de lo cual mandaba que, cuando contasen el pueblo, todos ofreciesen medio siclo, y que el rico no ofreciese mas ni el pobre menos; que, aunque en la presentacion del primogénito al templo mandaba al rico ofrecer cordero y al pobre palominos ó tórtolas, era porque aquel sacrificio era por el pecado, y destos hay mas y mayores ordinariamente en casa de los ricos; pero acullá los iguala en la ofrenda, para dar á entender que para el cumplir de la ley todos son iguales y obliga á todos igualmente y á todos es fácil, sin haber necesidad de riquezas para cumplirla; así que, la ley de Cristo es suavísima, como él dice en el Evangelio, y su carga ligera, como san Agustin dice, que por eso es ligera á los buenos (dejando aparte cuanto lo es de suyo), porque la lleva Dios con ellos, y por esto la llama yugo, porque va uncido con el que lo cumple, y parte con él el trabajo.

Esto quiso decir san Juan Bautista cuando en el principio de su predicacion, trayendo lo de Esaías, dijo que todo valle habia de ser lleno con la venida del Señor, y todo monte habia de ser allanado; que es quitarse los tropiezos, barrancos, cuestas y dificultades del camino del Señor que antes habia en la ley vieja, y andar los cristianos por el camino llano; cuyo comento destas palabras fueron las que el profeta Baruch dijo, semejantes á ellas : Constituyó el Señor de humillar y allanar todo monte alto y peñas levantadas y de henchir los valles allanando la tierra, á fin de que Israel anduviese con diligencia haciendo la honra de Dios; lo cual viendo otro profeta ya cumplido en el tiempo del Evangelio, en espíritu de profeta dijo : Consolad, consolad á mi pueblo y habladle al corazon; que es decir, habladle y decidle regalos y cordiales caricias, porque esto es hablar al corazon, que siempre quiere pláticas dulces y alegres, y huye de las tristes y amargas. Lo lo que le habeis de decir es, que ya su malicia es acabada, esto es, su trabajo y afan, que esto quiere decir allí malicia, y en otras muchas partes de las divinas letras, como san Jerónimo y otros lo notan, y en el libro primero y segundo deste libro queda advertido mas largamente. Así que, en decir

que se acabó para el pueblo la malicia con el Evangelio, es decir que la molestia y trabajo y disgusto se le acabó; porque la ley que en él se predica viene descargada de todo afan y trabajo con que antes della se vivia; harto mas escabroso y áspero es el camino de los malos que siguen el del mundo y la carne. ¿Qué hicieras si Dios te mandara solicitar una mujer casada, principal, con la costa, inquietud, peligros y desconciertos que agora usan los que tratan deste pecado, ó si te mandara pretender un oficio en corte ó sustentar las galas y vanidades que el mundo inventa? ¿Quién no murmurara? Quién lo sufriera? Pues no te dejó sino el camino llano y fácil, cuya diferencia dijo brevemente el Sabio: El camino de los perezosos (por quien san Gregorio entiende los pecadores y malos) es camino de espinas y abrojos; pero el camino de los buenos sin tropiezo chico ni grande. Esta facilidad nace de dos raíces: la una, de haber el Señor reducido seiscientos y trece preceptos de la vieja ley al precepto del amor, que es solo uno y suave; la segunda, el favor y ayuda que nos da para cumplirlo, y á veces mayor en lo que mas dificultoso parece; que en lo fácil mas veces permite que caigamos. Esto segundo, dice san Gregorio, porque conozcamos nuestras pocas fuerzas, y lo primero porque conozcamos su favor, pues mediante él, y no menos, vencemos lo mucho, teniendo experiencia que caemos en lo poco; así como el padre que lleva á pié el hijo pequeñito por lo llano, donde aun muchas veces tropieza y cae, pero por las peñas, por los rios, por los atolladeros y otros malos caminos le lleva á cuestas y en sus brazos; de donde se sigue que el niño va mas seguro y descansado por el mal camino que por el bueno; porque por el bueno trabajan sus pocas fuerzas, y por el malo los brazos de su padre; y esto es ser yugo, pero yugo suave, la ley de Jesucristo. Y si tú experimentares dureza en ella, atribuirla debes á tu mala inclinacion y costumbre, que ella muy ligera es y suave para toda cerviz. Misterio tuvo cuando el Señor publicó el del Santísimo Sacramento, que unos dijeron, dura palabra es esta, hablando de aquella que les decia el Señor: Si no comiéredes mi cuerpo y bebiéredes mi sangre, no tendréis en vosotros vida. Y oida esta respuesta, volvióse á sus dicípulos y díjoles: Y ¿vosotros quereis tambien partiros de mí? Responden: Señor, ¿dónde irémos, que teneis palabras de vida? Cosa maravillosa parece á la mesma palabra tan diferente respuesta de la primera, pero no lo es; porque la dureza que los primeros hallaron no estaba en la dotrina, sino en el corazon del que respondió que era dura. Dice el bienaventurado san Bernardo: Así, os digo que hasta hoy, cuando Cristo habla, es manifiesto que sus palabras son á algunos espíritu y vida, y por eso le siguen; y á otros, porque les parecen duras, buscan en otras partes y por otros caminos su miserable consolacion. Así que, no traen la carga y peso las palabras, sino en las orejas agravadas se halla, y por eso se les antoja que Jesucristo les manda cosas graves; pero la verdad es que sus mandamientos no son pesados. Esto es lo que el apóstol san Pablo decia: La palabra de la cruz á los que perecen es locura, pero á los que van camino de salvacion antes trae consigo la fuerza para guardarla. A los vasos de barro es la ley de Dios vara de hierro, que no tiene ese nombre sino por ser mala de doblar, que eso es lo del salmo: La vara de tu reino es vara igual y derecha; todo el mal es mirarla de léjos y no probarla de cerca, que luego pareceria lo que es. Mírala el mundo de léjos y hála miedo y huye, como Moisés á su vara, que le parecia serpiente y huia, hasta que el Señor le dijo que la tomase por la cola en la mano; y haciéndolo así, se volvia vara la que mirada de léjos era sierpe; así lo es la ley de Dios mirada de léjos, que te hace huir. Comparaba Séneca la virtud, que es el cumplimiento de la ley, á las montañas que se encuentran en los caminos, que vistas de léjos espantan al caminante, pareciéndole que son menester alas para pasar aquella altura, y á veces se vuelven atrás, desesperados de poder pasar de la otra parte; pero, llegados al pié de la sierra, se ve que hay camino, no solo para el que á pié camina, pero para cabalgaduras y aun carros; así es el que, despreciando la dificultad que la virtud ó la ley ofrece á los ojos, se llega á ponerla por obra, que allí experimenta la facilidad aun para fuerzas mas flacas que las suyas.

Segun lo que queda dicho, no solo el resto de la ley del Evangelio queda descargada de dificultades y asperezas, pero el consejo ó mandamiento del perdonar las injurias y agravios de nuestros hermanos lo queda; pues, como san Agustin dice, ninguna excusa nos queda del no cumplirlo; que esta limosna (que así llama al perdonar y amar al enemigo) no nos la mandan sacar de la bolsa ó de la despensa, que no todas veces seria fácil de hallar en ella, sino del corazon, que nunca puede ser agotado de amor y caridad y perdon de injurias; sola la pasion, que nos ciega al tiempo de perdonar, nos hace bravo y dificultoso lo que es tan fácil por tantos caminos, que, si trocásemos las balanzas y fuésemos los injuriadores, nos pareceria en el injuriado facilísimo el perdonar; porque entonces, en lugar de la pasion, que ciega, habria deseo del perdon, y este todo el mal tropiezo allana; y pues con sola luz natural tenian muchos gentiles este camino por llano, de donde tiene el cristiano harta razon de avergonzarse, ¿por qué no lo ha de ser mas en el que tiene fe, ejemplos de raros perdones de injurias y favor especial, prometido y aun á veces experimentado para sufrirlas y perdonarlas? Muchos ejemplos nos pone Plutarco en un libro entero, que intituló de los *Bienes y provechos que podemos sacar de los enemigos*. Séneca dice ser necesario buscar los enemigos para ser amonestados á vivir con recato, en que el enemigo y su persecucion tiene mas fuerza que la blanda persuasion del amigo. César lloró viendo la cabeza de Pompeyo, su enemigo; Alejandro decendió de su caballo viendo á Darío, su enemigo, muerto y caido del suyo, diciendo que lo hacia para confesar que los sucesos de la guerra eran varios; Porsena se hizo amigo de Scévola, uno de los conjurados contra él; y de Diógenes, filósofo, dice Laercio que, habiéndole escupido Léntulo en la cara, le dijo con gran mansedumbre: Yo publicaré, Léntulo, que se engañan los que dicen que no teneis boca. ¿Qué dirémos de aquel príncipe de los atenienses, Pocion, que, condenado á muerte por engaños y asechanzas de los suyos, preguntado qué queria dejar dicho á su hijo antes de la muerte, res-

pondió: Lo que quiero es que jamás se acuerde de la injuria que agora de los atenienses padezco; que parece que habia leido y profesado la ley del *Levítico*, que dice: No tengas en la memoria la injuria de tus ciudadanos; y semejante fué la ley que refiere Plutarco que hizo aquel gran Trasibulo, que, después de haber librado á la ciudad de Aténas de la tiranía de treinta tiranos que se habian levantado, después de pacífica la ciudad y hecha la reconciliacion con los tiranos, mandó por ley que para siempre ninguno dellos fuese acusado de la traicion pasada; la cual llamaron la ley del olvido. Pues si esto era tan fácil y tan usado entre los gentiles, ¿por qué ha de ser dificultoso y olvidado entre los cristianos? De los cuales dice el profeta Zacarías que en el tiempo dellos habia de haber hombres como David y como los ángeles (á los cuales fué el mesmo David comparado), que quiere decir, sin pasiones, sin venganzas, gente perdonadora, que, aunque los ofendamos con nuestros pecados á los de nuestra guarda y á los demás que están en nuestra presencia, y lo sienten en el alma, pero ni se enojan con nosotros ni nos dejan, antes hacen su oficio como antes; así hay muchos hombres agora como ángeles, mansos, perdonadores y casi como insensibles de injurias, como del santo Job lo dice la Escritura, que bebia como agua, tan suavemente y tan sin desgusto ni estorbo las mofas, y injurias que le decian y hacian; así los hay agora como ángeles de Dios, como David, que ni se engreia con lisonjas ni se enojaba con injurias y maldiciones, y así como los ángeles, por malos que seamos y malas las obras con que se ofenden; y el desprecio de sus consejos y amonestaciones, no dejan de guardarnos y aconsejarnos. San Juan Crisóstomo dice que la reconciliacion con nosotros de nuestro enemigo mas está en nuestra mano que en la suya; cuyas palabras son las que se siguen: Todas las veces que de su mansedumbre alabares á David, alábale mas de haber guardado la vida á Saul. Pues bien considerado, mucho menos es refrenar las propias codicias que vencer el furor ajeno y reprimir un corazon tan emponzoñado, y sacar de tan deshecha tempestad tanta y tan sosegada tranquilidad y bonanza, y bañar de lágrimas los ojos furiosos y homicidas, que esto es negocio de pasmo y admiracion; porque, si Saul hubiera sido hombre moderado y justo, no era dificultoso volverle á la antigua virtud; pero, habiendo sido fiero y traido á la cumbre de la malicia, y habiendo ya acometido al homicidio, volverle en tan breve tiempo y mudarle de suerte que lance del alma toda aquella amargura, ¿á quién no espantará que merezca nombre de filósofo? Así tú, si alguna vez tu enemigo te viniere á las manos, no pongas los ojos en cómo te vengarás y le enviarás dellas deshonrado y maltratado, sino en cómo le sanarás y le volverás á buen seso y juicio, ni le dejes de la mano hasta que hagas y padezcas todo lo que fuere necesario, para que de tu mansedumbre quede su malicia y su insolencia vencida, pues para esto tienes las armas mas poderosas, que es la humanidad y benignidad; lo cual declaró un sabio, diciendo: La palabra blanda quebranta los huesos. Dime, tú, ¿qué cosa hay mas dura que un hueso? Y con todo, cuando uno fuere tan duro como un hueso, fácilmente le quebrantará y ablandará el que con mansedumbre le tratare. Y otra vez dice el mesmo: La respuesta humilde desbarata los enojos. De donde queda claro que el alborotarse tu enemigo ó reconciliarse contigo mas está en tu mano que en la suya; porque no está en la de los airados, sino en la nuestra, el apagarse su ira ó encenderse mas de lo que está. Estas son palabras de san Juan Crisóstomo; lo cual luego declara con este ejemplo: Si soplares un fuego pequeño, claro está que le enciendes mas de lo que está; y al revés, si le escupes, le apagas; y lo uno y lo otro está en tu mano, porque lo uno y lo otro sale de tu boca. Lo mesmo acaece en la enemistad de tu prójimo: si en tiempo della y de su cólera dices palabras hinchadas, enciendes el fuego de sus enojos y enciendes los carbones de su cólera; pero si respondes palabras blandas y moderadas, antes que mas se encienda la ira, la tienes apagada. No alegues pues díjome esta y aquella injuria, pues el decirla y el callarla estuvo en tu propia mano; y desta manera está en tu poder encender la ira como centella, ó apagarla, y levantar ó amansar el furor de tu enemigo. Hasta aquí Crisóstomo. Pues ¿qué cosa mas fácil que la que en nuestra mano está puesta? Mayormente si tratamos de domar nuestros ánimos para que, apartando los ojos del propio amor, los pongamos en quien nos manda negar á nosotros mismos, á quien no debemos agradar, sino á quien lo manda.

DISCURSO II.

De la primera razon para tener paciencia en las injurias y perdonarlas, que es mandarlo y rogarlo Jesucristo, nuestro Redentor.

Aunque no tuviera esta virtud otra razon para ser amada y preciada de los hombres sino haberla Jesucristo dejado mandada, y por principal negocio de su regalo y nuestro provecho tan encomendada, era esta tan bastante, que Tertuliano dice que es atrevimiento grande buscar otras donde esta se descubre. Las palabras deste doctor son: Atrevimiento me parece el disputar qué tal es lo que Dios manda; porque lo que Dios una vez manda, aunque es bueno, no se ha de obedecer porque lo es, sino porque él lo manda; y para hacer el mandado, primero es la majestad del poder de Dios y la autoridad del que lo manda que el provecho ó interés del que ha de odedecer. Si es bueno hacer penitencia ó no; ¿qué revuelves? Dios lo manda. Hasta aquí son palabras de Tertuliano; y aunque no da mas razon que esta, ella es clara, porque Dios es á quien sirve cielo y tierra y todas las criaturas, aun antes que tuviesen ser; porque san Pablo dice que llama Dios las cosas antes que sean, como si ya fuesen ó como á las que ya son. Cuando criaba el mundo llamaba al sol: ¡Ah sol!—Señor, ¿qué mandais?—Que seais.—Que me place, Señor; ya soy.—¡Ah cielo!—Señor, ¿qué mandais?—Que seais.—Que me place de ser; ya soy, Señor; Y así de las demás. Y no fué san Pablo el primero que lo dijo, que antes lo habia dicho el profeta Baruch, hablando del gran poder de Dios, diciendo: ¿Sabeis qué tal es Dios? El que envia como un paje á la luz y la llama otra vez y obedece temblando, y á las estrellas les dió luz en los lugares donde las puso, y la tienen con alegría; y cuando las crió

no hizo mas que llamarlas, no siendo para que fuesen, y ellas respondieron: Señor ya somos; y comenzaron á servirle de alumbrar con alegría á quien él quiso, porque él las crió. Este es nuestro Dios, y no hay ni habrá otro que compita con él. Hasta aquí son palabras del Profeta; de las cuales y de las de san Pablo se saca el gran poder de Dios, pues el Rey manda y llama al paje que tiene, y al que no tiene en balde le llamará; pero Dios así manda y llama á las cosas que no son como á las que son.

Pues este es el Señor, es el que nos manda perdonar las injurias, diciendo y advirtiendo que él es el que lo manda: Este es mi mandamiento: que os ameis, que os sufrais, que os perdoneis unos á otros. Y en otra parte: Aunque se dijo á los antiguos, amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo; pero yo os digo que ameis á vuestros enemigos. Yo soy el que lo mando; yo, que mandé á la ballena que tragase á Jonás, y luego le tragó, y en diciendo que lo vomitase, lo lanzó luego; yo, que mandé á los leones que no tocasen á Daniel, y al fuego que no quemase á los mozos en Babilonia, al mar que diese paso á los de mi pueblo; yo mesmo os digo y mando que os ameis y perdoneis unos á otros. Donde será bien notar que todas las cosas insensibles y irracionales obedecen á Dios, aunque sin entendimiento ni sentido. Así lo dice David en un salmo, donde convida á todas las criaturas que están en el cielo y en la tierra á loarle, desde los ángeles hasta las sabandijas, y en llegando á las que residen en los aires, dice: Vosotros, fuego, granizo, nieve helada y los vientos, que levantais las tempestades, que os empleais en hacer su mandamiento, lo cual entiende, no solo cuando hacen los oficios naturales para que fueron criados, como alumbrar el sol, quemar el fuego, correr las aguas, enfriar la nieve (cosa maravillosa es una llama de fuego cómo obedece cuando le mandan quemar un tizon, que dé vueltas por un lado y otro, dentro y fuera); pues no solo entonces, sino cuando les manda su Dios que hagan oficios contrarios á sus inclinaciones; lo cual hizo el fuego en el horno de Babilonia, quemando y no quemando, quemando las ataduras y los atizadores del horno, y reservando á los siervos de Dios. El agua del Jordan corre naturalmente cuando Dios lo manda, y no corre cuando él mesmo lo manda; el sol se detiene y se escurece cuando Dios se lo manda, como tambien alumbra y sigue su carrera cuando él mesmo lo manda; y así en todos los demás milagros, los cuales, cuando los obra, sirven de dar á conocer el poder de Dios y que es Señor de todo, á quien todas las cosas obedecen. Pues si todas las criaturas, aun las que son sin conocimiento, obedecen á Dios en cuanto les manda, aunque sea tan dificultoso, que sea contra su particular inclinacion, cuya corriente siguen con tanta dulzura y suavidad; el hombre, que entiende esta razon y cuánta tiene de obedecer al que todo lo puede y de nada tiene necesidad, por ser Señor de todo, y al que puede, á pesar del inobediente, hacer su voluntad, ¿qué mas razon espera para luego obedecer? Mas ¿qué cosa habria tan dificultosa que un rey ó poderoso príncipe no acabase luego contigo, aunque fuese esta que tenemos entre manos, si él te la mandase ó rogase? Pues ¿qué poder hay en la tierra que con el de Dios pueda compararse? Y pues él lo manda, él lo ruega y lo amenaza, ¿qué hay que aguardar mas razones? Luego bien dice Tertuliano que examinar lo que Dios manda para haber de obedecer, después de entendido que lo manda, es atrevimiento.

Esta razon bastó para hacer temblar á David cuando dice que los príncipes le habian perseguido sin culpa; pero que, con todo eso, estaba temblando su corazon de las palabras de Dios. Y dice san Gregorio: Que me maten si esto no es lo de la cueva, cuando á Saul cortó parte de la ropa, que le perseguia, con ser la persecucion tan injusta y tiránica. Cuando Jacob salió de casa de su suegro sin licencia suya, y el suegro fué tras él, le dijo que agradeciese á que Dios le habia mandado aquella noche que no le hiciese mal, con ser gentil idólatra, que aun al tiempo que lo dijo andaba allí buscando sus ídolos. ¿Qué ha de hacer el cristiano, que cree, adora y profesa la obediencia de Dios? Bueno fuera que cuando mandó á Noé que hiciese el arca y entrasen todos los animales en ella para librarse de su ira y de la muerte y acabamiento del mundo, que cuando los animales venian, escogiera Noé los mansos y los que á él le daban gusto, que habian de ser mas cercanamente para su provecho, como carneros, vacas, ovejas y corderos, etc., y en llegando el lobo, el leon y los asquerosos, no los quisiera admitir ni guardar en el arca. Pues eso hace el que, después de haber Dios mandado que abra y ensanche el corazon y admita en él todos, buenos y malos, amigos y enemigos, y solos admite á él los que le parece y de los que gusta de su amistad, y los asquerosos y ásperos de costumbres y los que aborrece no los quiere admitir, siendo de Dios el corazon y habiéndoselo mandado.

No obstante que concluye la sentencia de Tertuliano, que no habiamos ni era necesario tratar mas desta razon, pero, dispuestos para obedecer por ella, prosigamos adelante con las que el Señor nos dejó, para acabar de derribar esta fuerza y dureza de los corazones. Haz cuenta que no es Dios tu criador, ó aunque lo es, que no te manda perdonar la injuria, sino que es tu amigo solamente y te pide que lo hagas; ¿qué cosa nos podria pedir un verdadero amigo, que sin vergüenza le pudiésemos negar, mayormente siendo amigo, padre, hermano y esposo, y todo lo que en ternura de amistad puede obligar? O ¿qué padre hay en la tierra que con él se pueda comparar, habiendo él dicho que á ninguno de los padres carnales llamemos en su comparacion padre, porque ninguno dellos, con grande ventaja, tiene el amor paternal á sus hijos que él le tiene á todos los hombres? Pues á la amistad de Dios ¿cuál otra se puede comparar, pues él mesmo dice que ninguna puede pasar de la que da la vida por el amigo, y él dió la suya, que era vida de Dios, por sus enemigos y ofensores? Pues si esto es así, que, pidiéndote tu amigo ó tu padre una cosa, por dificultosa que sea y grave, no se la habias de negar, ¿cuál se puede negar á tan buen padre como Jesucristo? Después de muerto el patriarca Jacob, cobraron miedo sus hijos acordándose de la injuria que á su hermano Josef habian hecho, que tan poderoso era en el reino donde quedaban, viéndose debajo de su poder, y tomaron por consejo de irse á él,

como fueron, y decirle: Tu padre antes que muriese nos mandó que de su parte te dijésemos estas palabras: Ruégote, hijo, que te olvides de la maldad que contigo usaron tus hermanos y del pecado y malicia con que te maltrataron; y nosotros de nuestra parte te lo rogamos de rodillas, que hagas gracia deste pecado á tu mesmo padre, que para rogártelo le tomó á su cuenta. Lloró Josef, consolólos y volvió por ellos, excusando su pecado, y diciendo: Hermanos, ¿quién es el que puede resistir á la voluntad de Dios, la cual fué causa que yo padeciese aquel trabajo? Por estas palabras, no solo los perdonó, pero añadió el consolarlos y el volver por ellos y excusarlos. Con lo cual cumplió lo que Jesucristo nos dejó enseñado en el Evangelio: Si alguno te cargare para llevarle algun peso ó carga trecho de mil pasos, ve con él y llévala otros dos mil; para que entendamos que aun hemos de hacer dos veces mas por el prójimo que sufrir y perdonar su injuria y aquello en que nos es cargoso. Así lo hace Josef, que le piden solo el perdon, y él añade excusa y consuelo, que son dos cosas mas; y las mesmas nos dejó enseñadas por ejemplo en la cruz el Señor, el cual, no solo perdonó á sus enemigos y perseguidores y matadores, pero rogó por ellos al Padre y excusólos delante de su juicio, diciendo: Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen; y lo mesmo hizo David cuando le estaba Semei injuriando: Déjale, maldígame, que Dios se lo manda.

Pues desa manera los que hacen ofensa á su prójimo, y yo en su nombre digo á los ofendidos esta mesma razon que á Josef dijeron sus hermanos: Nuestro padre Jesucristo, y ¡qué buen padre! antes de su muerte, antes en la mesma noche cenando, el dia antes que muriese, dejó mandado que te dijésemos de su parte que te olvides de las injurias y de la malicia y traicion con que te traté, ó te trató Fulano en tal dia, y yo de mi parte te lo ruego, que perdones á Jesucristo, padre tuyo y mio, esta ofensa que él tomó á su cuenta, para pagarla colmadamente á quien la perdonare. Quiero contar aquí un cuento que me acuerdo haber leido muchos años há, sin acordarme en qué autor, que no quiero darle mas autoridad que la que conmigo tiene; pero luego se verá que, aunque no haya sido, no es impertinente el contarle. Leí allí que habia un hombre muerto al padre de otro, y el matador andaba retirado y escondido del hijo del muerto, porque no le habia querido perdonar. Sucedió que un dia de Viérnes Santo, andando las estaciones, el uno y el otro se vinieron acaso á encontrar en una calle, y turbado el matador, echóse á los piés del hijo del muerto, y díjole: Perdonadme por amor de Jesucristo, que murió tal dia como hoy por nosotros; así él os perdone. Con estas palabras vino Dios en su corazon, y dijo: Yo os perdono por amor de aquel que en este dia murió por mí; y levantóle del suelo y abrazóle y dejóle ir. Sucedió que en la primera iglesia donde llegó á sus estaciones estaba puesto para la ofrenda sobre unas almohadas, para que adorasen los que las andaban, un crucifijo mediano de bulto, y llegando este que habia perdonado á besar los piés al santo crucifijo, se desenclavaron las manos, y se levantó y le abrazó, besándole en el carrillo, y dijo en alta voz: A quien tal obra ha hecho hoy por mi amor, justo es que yo le haga este regalo; y dicho esto, se tornó á enclavar las manos como de antes estaba. ¡Bienaventurado hombre, que tal regalo y favor mereció recebir de mano del hijo de Dios! Ya dije que este cuento no me acuerdo dónde le leí, ni le vendo por mas cierto que haberle leido; pero en caso que no sea verdadero, una cosa á lo menos es de fe católica y certísima, que este favor es lo menos que Jesucristo hará por quien le sirviere en perdonar las ofensas á su hermano, como expresamente parece en el discurso del Evangelio, y no solo en la otra vida, pero aun en esta sabe Dios mostrarse desto agradecido, como se muestra servido del que, olvidando las injurias, no conoce contrarios ni enemigos de quien tomar venganza, cuya demonstracion parece clarísima en lo que pasó el mesmo Dios con el rey Salomon, cuando le pidió en su oracion sabiduría para saber gobernar su reino con justicia; que, en respuesta desta peticion, le dijo: Porque pediste para ti, no vida ni riquezas ni las vidas de tus enemigos, sino sola sabiduría para hacer acertadamente los juicios, por eso te concedo lo que pides, que seas el mas sabio que todos los hombres del mundo; y tras eso, te daré con grande abundancia las riquezas y gloria que no pediste, que ninguno la haya tenido tanta desde que en el mundo hay reyes; y asímesmo la vida larga, si, como tu padre, caminares por mis mandamientos: tanto le agradó á Dios olvidarse de los enemigos y no pedir venganza dellos. ¿Cuánto mas se agradará de perdonarlos por su nombre?

DISCURSO III.

Que no solo de palabra, mas aun con su ejemplo, nos enseña Dios á perdonar.

Con la costumbre ordinaria suya va Jesucristo en esta dotrina del perdon de las injurias de hacer primero lo que enseña, poniéndonos delante su ejemplo en cuanto Dios, que, como él perdona á los hombres tantas ofensas, así les perdonemos las nuestras, pues somos hijos de Dios, y los hijos se han de parecer en las condiciones á los padres. Por lo cual dice él mesmo en el Evangelio: Perdonad á vuestros injuriadores y ofensores, porque en esto os parezcais ser hijos de vuestro Padre celestial, que perdona á los suyos y les hace bien. Aquellas palabras, hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra, comunmente las declaran que, como en Dios hay una naturaleza y tres personas, así en el hombre una naturaleza y tres potencias. San Juan Crisóstomo lo declara del mandar á las criaturas. San Agustin, del perdonar, en que nos parecemos á Dios, á quien es propio el tener misericordia y perdonar, como la Iglesia dice en una oracion. Si los hombres conociesen la majestad deste título de hijos de Dios, poco era cuanto se les manda; título que no merecieron ni alcanzaron los ángeles por su naturaleza, como san Pablo dice: ¿A cuál de los ángeles dijo Dios tú eres mi hijo? Siervos sí los llama, que sirven al mesmo Dios, y á los que quieren ser hijos suyos, como el mesmo Pablo dice: Todos son espíritus, ministros enviados de Dios á la tierra en favor y para que sirvan á los que son herederos de la salud. ¿Cuánto le costó á David ser, no hijo, sino yerno de Saul? ¿Cuántos trabajos, peligros y guerras? ¿Cuánto mas se ha de padecer por ser hijo de Dios y hermano

de Jesucristo, heredero del cielo, y parecido al Padre eterno y celestial? Pues en esto dice el Señor que lo parecemos mas que en otras cosas: lo uno, por ser propio de Dios perdonar pecados. ¿Quién puede perdonarlos, sino solo Dios? decian los del Evangelio. Aunque los ministros del sacramento de la Penitencia los perdonan, pero es por ministerio, y no de su propia autoridad, y pecados no hechos contra ellos, sino contra Dios. Solo Dios perdona los cometidos contra su majestad, y cuando otro alguno los perdona, es por su autoridad y comision. Pero el que perdona las ofensas suyas, en esto se parece á su padre Dios. Lo segundo, se le parecerá en la impasibilidad, que, así como Dios no puede ser ofendido de nadie, esto es, que aunque el pecador le ofenda cuanto es de su parte, pero no penetra el pecado á Dios ni le fatiga ni entristece, porque tiene una naturaleza que no lo compadece; así, el que en esta naturaleza le parece y la participa, que son los hijos suyos por adopcion y por participacion de su misma naturaleza, no pueden ser ofendidos; que aquella naturaleza y gracia es como unas corazas divinas, que rebaten la ofensa sin recebirla, como en Dios. Esto es lo que se le promete al justo en el salmo: No llegará el mal á tí ni el azote se acercará por tus moradas, y esto en siendo hijo de Dios. Porque, aunque sus enemigos lo procuren, no les llega pena ni tristeza, porque rebaten las ofensas, no con venganza, sino con paciencia, igualdad de ánimo y perdon de su corazon. Desto se espantan los cielos, como san Pablo dice, hablando de las persecuciones de los tiranos; y de la paciencia con que los apóstoles las sufrian. Estamos hechos un maravilloso espectáculo á los ángeles, al mundo y á los hombres.

Lo tercero, se nos parece ser hijos de Dios en el perdonar y sufrir. Porque negando á los padres y á las leyes del mundo, en las del cielo se echa de ver quién es hijo de Dios. Este es lo que san Juan dice, que dió poder á los hombres de ser hechos hijos de Dios, los cuales ni nacen de pecados; ni de carne y sangre ni voluntad de varon (que esto ya lo tienen renunciado, porque de allí no salen sino feroces, bravos, impacientes y vengativos, como les viene de su primero padre Adan), sino de Dios, que es manso, piadoso y perdonador, que, con ser tantas veces y tan gravemente ofendido de los pecados, y por otra parte, tan poderoso para castigarlos como quisiere y cuando quisiere, en lugar desto, les hace bien á todos; que manda al sol que salga cada dia y alumbre y caliente á todos, buenos y malos, y envia sus temporales sobre todos justos, y pecadores. Y para que se entienda esta misericordia, nota que podria decir alguno: Esto hácelo quizá porque no se podria hacer otra cosa. Porque, ¿cómo podria él hacer que el sol alumbrase á los buenos, y no á los malos? Y ¿cómo habia de llover en la haza del bueno, y no en la del malo, si están juntas? A esto digo que el poder de Dios á todo se extiende, y porque el malo lo entienda y el bueno no lo ignore, ya ha acontecido cuando la coluna de fuego alumbraba al pueblo, y no á los egipcios. Y por Amós dice que para castigarlos y reducirlos les habia enviado castigos, y el uno era que habia llovido en unos pueblos, y no en otros, y que en una haza habia llovido, y no en otra, y se secaba. Pues agora para nuestra dotrina, no quiere enviar este castigo, sino sol para todos y agua para todos. Y aun bien mirado, mas parte se llevan destos beneficios los malos, porque ellos son los ricos, como el salmo dice: Echa de ver que los varones pecadores se tienen las riquezas abundantes en el siglo; ellos tienen las tierras de pan, las viñas, dehesas, posesiones, ganados, el oro, plata y regalos, contentándose los buenos con lo que basta para el sustento, y algunos dellos con lo que los malos ricos desechan. Y nota que dice que hace nacer su sol, porque aun lo que tú das á tu prójimo y lo que le perdonas no es tuyo, sino ajeno, pues ni tu hacienda ni tu honra es tuya, sino de Dios. Pero Dios su sol y su agua da á los malos; tú no, sino la hacienda de quien te la manda dar ó perdonar. Pues si Dios hace esto con quien le ofende, y tú le quieres parecer como buen hijo, de esa manera á tus injuriadores y enemigos, no solo les has de perdonar, sino hacerles bien, y no excluirlos, antes mejorarlos en los comunes beneficios de tus prójimos; porque de otra manera, ni te parecerás ser su hijo ni él te conocerá por tal, pues no le pareces en la condicion de su naturaleza, que los hijos participan, que es ser perdonadora de sus ofensas, mansa y bienhechora para los que se las hacen.

De aquí es que cuando dió á Moisen aquel tan honroso título que le hizo Dios de Faraon, juntamente le dió la mansedumbre, que es propia de Dios, para que en aquel cargo procediese contra Faraon, como suele Dios proceder, como lo hizo; que, con ser aquel mal rey el ejemplo de la dureza y obstinacion, siempre le fué sufriendo, perdonando y esperando, hasta que por mano de Dios vino á morir estándose en su pertinacia. ¡Quién tuviera el poder y comision de Dios que Moisen tuvo, y el título tan honroso y el cargo de tanta honra y autoridad, que tuviera paciencia para tanta desvergüenza como aquel mal rey tenia, hasta ponerse á igualar con Dios, y aun á tenerle en poco y decir que no le conocia! Mas ¿quién hay de los que agora andan injuriados, que, con tanto poder como aquel, esperase ni dilatase la venganza de su enemigo? Pues esta es la señal del no ser hijo de Dios ni participar de su clementísima naturaleza, no querer parecerse con él en cosa que tanto le retrae, como perdonar injurias y ofensas. Hasta Saul, la primera cosa en que se señaló en viéndose rey y lugarteniente de Dios en el pueblo, fué en disimular injurias, que cuando á sus oidos oia murmurar, la primera vez que se dijo que habia guerra, dice el texto que hacia del sordo. David lo mismo en siendo rey, y de Salomon dice tambien la Escritura que le dió una anchura de corazon sobre todos los hombres de la tierra. Y no es de pasar una palabra que san Juan Crisóstomo dice sobre aquella del Evangelio, que no dice que hace salir Dios el sol sobre malos y buenos, sino trocadas las palabras, sobre buenos y malos, para dar á entender que por amor de los buenos hace este bien á los malos, para dejarnos tambien este ejemplo, que por hacerles este bien y otros muchos á los malos, les deja vivir entre los buenos; que si no fuese por ellos ya la justicia de Dios los habria echado á los infiernos; pero es tanta su misericordia, que los deja envueltos con los buenos para hacerles bien por ellos; que esta era la

pelea del ángel de Persia con el que guardaba el pueblo de Dios, cuando defendia que el pueblo no saliese de entre los persianos, porque estos no perdiesen los bienes que por su causa del pueblo Dios les hacia.

Mas dirá el bueno: ¿Qué comparacion es esta, Señor, ó que semejanza entre los que en esta vida perdonamos, y Dios, que tambien perdona, para que por ella nos parezcamos? ¿Qué tienen que ver mis injurias con vuestras ofensas? ¿Quién soy yo para que con vos me igualeis y me parezca á vos? Mayormente que decis en otra parte de vuestra escritura: Perdonad y perdonaros he, y en la oracion que me enseñastes decis que diga: Perdonadnos, Señor, nuestros pecados, como nosotros perdonamos á nuestros deudores; y aquí me decis que perdone las ofensas y que me pareceré á vos, que sois mi padre. ¿Cómo me puedo parecer, aunque perdone, pues las ofensas que han de ser perdonadas no se parecen? ¿Qué tiene que ver una palabrilla que me dijeron ó un agravio pequeño que me hicieron, con vuestras ofensas infinitas, hechas por un hombrecillo contra la infinita majestad de un Dios que le crió y le redimió? Ciertamente una de las mas encarecidas mercedes que Dios hizo al hombre es igualar nuestras injurias con las suyas, porque cuando nos crió, aunque fué infinita merced la que con el ser nos hizo, pues sacándonos del abismo profundísimo de la nada, nos comunicó el ser, haciéndonos á su imágen y semejanza; mas en esto ni bajó su naturaleza ni igualamos á ella con la nuestra. Después, cuando encarnó, que fué el mas alto beneficio, aunque subió nuestra naturaleza de quilates, pero la suya no bajó ni perdió nada de su ser y majestad; solo fué la mudanza en nuestra naturaleza, que fué levantada al ser de Dios, pero ella no igualó con la divina; lo cual fué figurado en el hierro del destral de Eliseo, que habia caido en el rio, y á quien se le cayó vino llorando al Profeta, diciendo que era prestado; y para reparar este daño preguntó el Profeta dónde habia caido, y aderezó un bastil y echólo encima del agua, el cual se anduvo siempre por lo alto della nadando sin hundirse, porque era su naturaleza del palo; pero el hierro que estaba en lo hondo subió nadando hasta juntarse con el hastil, porque se entendiese que para remediar al hombre, que estaba por el pecado en el profundo de la miseria, estándose la naturaleza divina siempre en lo alto de su majestad, juntó así á la humana en una persona, quedando siempre la desigualdad de las dos naturalezas, subiendo la humana á la dignidad de la persona divina en quien estaba. Y cuando el Señor padeció las llagas, clavos y azotes, aunque Dios era el que lo padecia, se quedaban en la humana naturaleza sin que pudiesen llegar á la divina; de que fué figura el carnero que Abraham sacrificó, quedando Isaac vivo y sin lesion ninguna, y en los dos animales, que quedando el uno para sacrificio, iba el otro vivo al monte. Pero aquí parece igualar nuestras injurias con las suyas, diciendo: Perdonad y seréis perdonados; lo cual se dice de cualesquier injurias, pequeñas ó grandes, de un negro ó de cualquier hombre, por desechado que sea; porque á todos decímos: De parte de Dios perdona tus injurias, tales cuales, y perdonaráte Dios tus pecados; lo cual espanta á la Iglesia tanto, que, así como comienza el *Pater noster* en la misa con aquella reverencia y salva, diciendo: Amonestados con los saludables preceptos y con la divina enseñanza, tenemos atrevimiento á decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, etc.; siendo unos hombrecillos pecadores, indignos de tan alto título como hijos de Dios. Así se ha de entender la mesma salva y reconocimiento, extendida á todas las peticiones de aquella santa oracion, y especialmente aquella que dice: Y perdónanos, Señor, nuestras deudas y pecados (como san Lúcas dice), así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. La cual palabra, si el mesmo Señor no nos la enseñara, pareciera descomedida y atrevida. ¿Qué dices, hombre? Qué tienen que ver tus ofensillas con las que tú me has hecho, para que se haya de ir lo uno por lo otro? Señor, vos me lo enseñastes á pedir así, vos me mandastes que lo pidiese. Pues, amonestado con vuestro mandamiento, y enseñado y informado con vuestra dotrina y institucion, me atrevo con todos á decir: Padre nuestro, perdónanos nuestros pecados, como nosotros perdonamos los que se hacen contra nosotros.

Pero bien será entender qué igualdad es esta, ó en qué la tienen cosas tan desiguales con estas dos. Verdad es que las ofensas hechas contra Dios no bajan de quilates para venir á esta igualdad con los nuestros, porque siempre se son infinitamente graves; porque, así como Dios es el que siempre sin haber perdido su infinidad, así lo son los pecados que contra su divina Majestad se cometen, porque la gravedad de la ofensa se ha de medir conforme á la del ofendido, como acá vemos y experimentamos, que es mas grave una injuria ó desacato hecha contra la persona de un duque que en la de un ciudadano, y por el consiguiente, la que se hace contra la persona real mas que contra la del Duque, y así serán infinitas las ofensas hechas á Dios, como lo es la mesma majestad contra quien se cometen. Pero no obstante esto, alguna manera de infinidad podemos hallar en la ofensa que perdona el hombre con que iguala con la de Dios; porque, demás de ser ofensa contra hijo de Dios, cual es el justo, pero tiene, allende desto, tal grandeza el ánimo del que perdona, que, no solo perdona la injuria pequeña, que tal es la suya si se mide con la poquedad de su persona; pero el ánimo es tan grande, que si la ofensa fuera tan grande como la de Dios, la perdonara por su nombre con la mesma facilidad. Así como decimos que lo que san Pedro dejó por la vida eterna, aunque es poco en sí mesmo y en lo que paréce, por ser sola una barca y una red y otras cosas de poco valor, que no merecian ponerse en balanza con la vida eterna ni sacarlas á plaza delante del Señor para saber el galardon que esperaria por haberlas dejado; pero, mirado el ánimo con que san Pedro dejó aquello poco, y que con él mesmo estaba presto de dejar á todo el mundo, y el cielo y cuanto hay en él, si fuera suyo, y cuanto Dios tiene criado y puede criar, por eso es grande la obra y digna de sacarse en público y saberse el premio que le corresponde, y de que lo sea no menos que la vida eterna y el mesmo Dios. Así me parece que puede descubrirse y tantearse la gravedad de la ofensa nuestra y compararla con la de Dios, pues en realidad de verdad está obligado el que bien perdona á tener

en su ánimo esta preparacion, que el perdon que hace por amor de Dios se extendiera á cualquiera otra injuria, por mucho mayor que fuera, por el mesmo Señor, ó á lo menos no tener la contraria. Pero con todo, se parece allí la gran misericordia y favor de Dios en que toda esta prontitud de ánimo viene de su mano, y en que todo lo que falta para igualar con todo rigor las injurias con las de Dios, por no ser tan propiamente infinitas como ellas, ó cuando sean infinitamente menores, considerándolas sin esos respectos dichos, suple Dios lo que falta en nuestra ofensa y alarga lo que sobra en la suya, para que de buena gana perdonemos á nuestro hermano por la que él tiene de salvar así al ofendido como al perdonado.

Esta es una tan grande misericordia, que, cuando los hombres no tuvieran injurias ó agravios que perdonar, los habian de desear y procurar; pues en buen romance, todo lo que en el infierno debe el pecador por sus pecados, le libra Dios en su voluntad, con la cual perdone dos niñerías á su hermano. Veamos esto en algun ejemplo claro: si algun rey ó príncipe poderoso, á quien los vasallos muchos dellos debiesen deudas en cantidad, deseando que todas las deudas se acabasen, mandase pregonar que todos los que perdonasen á sus deudores lo que les debiesen, por poco que fuese, que él por esta liberalidad les perdonaria sus deudas grandes; en este caso, ¿quién de los deudores del Rey no se tendría por infeliz y de peor suerte que los demás, si se hallase sin tener quien le debiese algo, y cuánto se holgaria de tenerle, y lo desearia, para poder, perdonándole la deuda, salir de la del Rey? Pues esta es la ley del Padre eterno, que, deseando hallar ocasion de perdonar nuestros pecados, ha dado este pregon del Evangelio: que el que perdonare, por poco que sea (pues todo es poco cuanto agravio puede hacerse uno á otro en esta vida, comparado con lo que él nos ha de perdonar), nos perdonará todas nuestras deudas y ofensas. Pero somos tan ciegos y tan de poca consideracion, que al tiempo que habiamos de tener por felicidad el tener deudores, para ganar, perdonándolos, tan dichoso galardon, en lugar desto, cuando los tenemos, nos hinchamos tanto, que perdemos lo uno y lo otro. Y para advertirnos desta ceguedad, puso Cristo la parábola del que debia diez mil talentos, que no quiso perdonar, antes ahogaba al que le debia cien reales, habiéndole el Rey perdonado toda su deuda; para que se entienda la diferencia de nuestras ofensas á las de Dios, y cuán ciegos andamos en perder tan gran merced á trueque de perdonar al prójimo una niñería; que si la ley de los hijos que han de parecer á sus padres se hubiese de cumplir, como aquí se dice, aunque nuestras deudas fueran tan graves como las que á Dios debemos, debiamos de perdonarlas para parecerle, así en la cantidad y gravedad de las culpas perdonadas, como en la voluntad de perdonarlas, pues tan poco es lo que en esto se hace, y tanto el interese que se sigue.

DISCURSO IV.

Del ejemplo que de perdonar injurias tenemos en el Redentor y en el santo rey Dávid.

Porque no dijese del Señor algun blasfemo lo que él dijo de los fariseos, que cargaban sobre los hombres flacos de los hombres cargas pesadas y incomportables, no queriendo ellos ni aun moverlas con el dedo, ninguna cosa nos dejó mandada ni aconsejada que él no la enseñase primero con la obra; y esta mayormente del perdonar, no solo en cuanto Dios, como en el discurso pasado se trató, pero en cuanto hombre; porque nadie pudiese dar por excusa del no imitarle su omnipotencia en comparacion de la flaqueza y pocas fuerzas de los hombres. Y por eso, no solo en la cruz en mitad de los tormentos y blasfemias que le decian, pero si bien discurrimos por toda su vida, toda ella fué llena de ejemplos admirables desta virtud; de los cuales, aunque alguna parte está dicha á otros propósitos, en los discursos pasados, es tan grande la abundancia dellos, que siempre que se ofrezca ocasion de tratar dellos los habrá nuevos, aunque los haya dichos, nunca parece demasía el repetirlos. Y comenzando de la descortesía de los de Samaría, que tanto despertó la cólera á los dicípulos, que pidieron licencia para bajar fuego del cielo para abrasarlos, les dijo: Callad, que no sabeis con quién andais; no vino el Hijo del hombre á quemar hombres, sino á salvarlos. A Júdas sentó á su mesa, sabiendo que le dejaba vendido por un vil y bajo precio á sus enemigos; dióle de su plato un bocado con su mano, no le quiso descubrir en la mesa porque los apóstoles no le acabasen y por no quitarle la honra, y se deja besar de su boca descomulgada, y le dice: Amigo ¿á qué veniste? Que ni á él ni á nadie nunca quitó en presencia ni en ausencia el nombre de amistad, ni tomó jamás en la boca este nombre de enemigo. Cuando dice que sale el sol para todos, buenos y malos, no dice enemigos, sino malos; aunque el malo es enemigo de Dios, no le cabe en la boca este nombre. Y así, cuando alegó el salmo á la entrada de Jerusalen, donde dice: De la boca de los niños perficionaste la alabanza; calló lo que se sigue por tus enemigos. Al que entró en la boda sin vestido della, con ser enemigo y haberle luego de condenar, le dice: Amigo, ¿cómo entraste aquí con ese vestido? Y aunque los enemistados no suelen saber el nombre de sus enemigos, como á él no se le sabian los suyos cuando decian: Si perdonamos á este vendrán los romanos, etc.; y á Pilato: Si á este perdonás no serás amigo de César; quítanos á este de delante y perdona á Barrabás; y en otros lugares; pero el Señor nunca olvida el nombre de los que le ofenden. Adan, ¿dónde estás? Que pudiera decir, ¿dónde está aquel traidor? A san Pablo le dice su nombre dos veces: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yendo continuando el camino de la prision de los cristianos, que tanto le ofendia. Así á Júdas le dice por su nombre: Júdas, ¿con beso me vendes? Así trata con nombre de amigo y calla el de enemigo, y repite y se acuerda del propio á quien le vende y le ofende y le tiene vendido y ofendido. Cuando Heródes le envió á Pilato escarnecido y burlado, no abrió su boca. Cuando dijo que era luz del mundo, le dicen en sus santas barbas, mentís; y en retorno deste injuria les enseña de espacio. Cuando le dan la bofetada diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? En pago desta afrenta, hablándole mansamente, le hace juez de sus palabras. A Malco restituye la oreja, y firma la sentencia contra los que para siempre sacaren espada. Dejo las muchas

injurias que le dijeron y la paciencia con que las sufrió. Venidos á la cruz, donde llegaron á su punto los tormentos, ruega por los que con tanta rabia actualmente le quitaban la vida y la honra, perdónalos, excúsalos y ruega por ellos. Dejo el haber comido con los pecadores, y que resucitó con llagas, que son las puertas que Esaías dice que de dia ni de noche no se cierran. Dejo que quiso nacer en una casa sin puertas, por no negársela á nadie, por enemigo que fuese, y por lo mismo murió en el campo. Para todos hay doce puertas en la ciudad soberana, á cuatro partes del mundo repartidas, y que se llama flor del campo, porque á ninguno se le veda llegar y cogerla. Pues esto es deciros por la obra lo que en el discurso pasado nos decia de palabra: Hombres, yo soy hijo natural de Dios, y parézcole en esta mansedumbre y paciencia con que perdono las injurias; si vosotros quereis ser sus hijos, y hermanos mios, parecelde en lo mesmo que yo, y lo seréis.

Pero no diga nadie que Dios por eso no puede darse al hombre por ejemplo, porque él no tiene naturaleza flaca como el hombre, ni tiene pasiones que vencer ni domar, y que así, no tiene dificultad en perdonar sus enemigos; ni Cristo las tenia rebeldes, sino sujetas y obedientes á lo que él queria, y ¿qué sabe si se ayudaba, ó cuándo, de la divina naturaleza con quien la humana estaba unida? Y así, se vuelve á lo mesmo que de Dios, en cuanto Dios y de su omnipotencia deciamos. Pues por esta razon, sin meternos en deslindar ni responder á esa, nos dejó Dios ejemplos de hombres puros, siervos suyos, hombres como nosotros, flacos como nosotros, sujetos á pasiones como nosotros, para quitarnos tal género de excusacion; porque, allende desto, si ellos tuvieron gracia y favor del cielo, tambien le tenemos nosotros para hacer, no solo posible, sino fácil, cualquier cosa que ellos hicieron; que descomulgado, dice san Jerónimo, sea el que dijere que Dios manda á los hombres cosas imposibles, aunque sin su gracia lo sean á sus flacas fuerzas; antes son mas fáciles que las que los hombres mandan á sus vasallos y criados. Sea pues el primer ejemplo el rey David, que tanto es mas principal cuanto es de la ley vieja, antes que viese por los ojos y oyese por sus oidos lo que tanto deseó ver, como la vida del Redentor; demás que, aunque fuera después dél, fué su paciencia tanta, que podia parecer sin vergüenza delante de la que tuvieron los apóstoles, como san Juan Crisóstomo dice, que quién no se maravillará de ver un hombre entonces que haya pasado los límites deste precepto, esto es, hecho mas de lo que en él se manda, y llegado á la filosofía de los apóstoles? Del cual dijo Dios, y no sin causa, que habia hallado un hombre segun su corazon; pues, como en el discurso pasado queda dicho, ese es el corazon de Dios. El dice de sí mesmo que en las injurias se habia como si fuera sordo, y como mudo para responder á ellas. Y en otra parte dice que, cuando mas se sentia molestado y afligido de sus enemigos, se vestia de un cilicio. Pero hablando en particular, para ver que estas cosas no son solo encarecimiento, no hay mejor que leer con atencion, el que supiere, solamente lo que con el rey Saul le pasó; que, después de tenerle obligado en tan grave negocio como fué el sacarle de aquel trabajo del gigante y los filisteos, en tiempo que el mesmo Rey estaba tan caido de corazon y todo el pueblo medroso y llorando, sin tener el santo David obligacion de meterse en ese peligro; antes, no solo obligado, sino desechado de sus hermanos, no solo para hacer la batalla, sino para mirarla, despreciado del mesmo Rey, aunque puesto en tan urgente necesidad, por faltarle cuerpo, edad y fuerzas y experiencia de la guerra, y haber salido tan dichosamente con la vitoria, y librado al Rey de tan gran conflicto y asegurádole en su reino, como si de nuevo se le diera de su mano. ¿Qué merecia este mancebo, sino letras por los cantones de padre de la patria, y que el mismo Rey se quitara la corona de su cabeza y la pusiera en la de David? Y con todo, no llegará á la satisfacion que por esta hazaña se le debia.

Veamos agora el agradecimiento. Lo primero que del rey Saul, después deste raro suceso, se dice, es que desde allí adelante Saul tuvo por sospechoso á David y se guardaba dél; y la causa desto era, porque las mujeres del pueblo salieron cantando que Saul mató á mil y David á diez mil; como si él hobiera hecho las coplas ó llevara el panderete ó guiara la danza de las mujeres; cuanto mas que él habia de ser el agraviado, que habiéndolo hecho solo él todo, le daban parte á Saul, que no habia hecho nada. Aun y así, siendo Saul todavía rey, saliera David insolente ó atrevido ó protervo contra él, pero el primero que le honraba y respetaba, el primero en las batallas, amado del pueblo, amado de su hija, que ya era su mujer, amado de Jonatás, su hijo, con el encarecimiento que la Escritura dice; pero ni estas cosas ablandaron aquel corazon inhumano y fiero, antes le trató por mil maneras la muerte; que estándole tañendo un instrumento con que descansaba de la vejacion del espíritu malo, le tiró una lanza para coserle con la pared, y esto no una vez sola; hasta que, por no hacerle culpado de la muerte de un inocente si le matase, puso tierra en medio David y se ausentó. ¿Qué paciencia puede ser mas encarecida? Mayormente que de cuantos agravios recebia del Rey, no se lee que con él ni con su hijo ni criados hablase palabra de sinsabor; porque, como un santo dice, no lo hacia por interese que dél pretendiese, sino por el galardon que del cielo esperaba; pues cuando le hubo de casar con su hija, le pidió cien cabezas de filisteos, solo por ponerle en eso peligro. Y después que salió bien dél y casó con la hija, probó otra vez á atravesarle con la lanza, aunque no tuvo efeto el tiro. ¿Qué paciencia bastara para sufrir tanta ingratitud? Mayormente que la venganza de tantos agravios y desagradecimiento no la atajaba el temor. Pero ningun género de venganza le pasó á David por el pensamiento; antes de injuriado, se hacia médico, el oficio del cual es curar el enfermo, no teniendo cuenta si la enfermedad vino con culpa ó sin culpa. Y así, solo pretendia reducir al Rey á buen camino, olvidando su satisfacion.

Y porque nadie piense que no estaba su ánimo del todo sano, presumiendo, como podia presumirse, que era por no poder mas el dejar la venganza, atento al mucho poder de Saul y las pocas fuerzas de David, ordenó Dios que el Rey cayese á David en la red, de suerte que pudiese vengar su corazon muy á su salvo; y fué

que, estando David en una cueva con sus soldados, sucedió entrar en ella el Rey á cierta necesidad natural, y viendo los soldados ocasion tan nunca esperada, dijeron á David: Ves aquí el dia de quien Dios te ha dicho que te habia de entregar á tu enemigo en tu poder, y que harás dél cuanto quisieres. El se contentó con cortarle un pedazo de la ropa sin que él lo sintiese; y aun apenas lo habia hecho, cuando le dió un vuelco el corazon, y volvióse á los suyos y díjoles: Nunca Dios tal permita, que yo cometa tal cosa contra quien es mi señor y ungido de Dios, que ponga yo mis manos en él, porque es ungido de Dios. Este es un paso digno de ponderacion para avergonzar á los que con cualesquier circunstancias que imaginan, tienen por dificultoso el perdonar al enemigo; porque tales dificultades, como aquí David venció, pocas veces se deben de haber visto juntas, si se miran los agravios dichos, y que actualmente andaba buscándole su enemigo para matarle, y que, salidos de allí, habia de durar en su enemigo esta voluntad y rabia, y la ocasion de la venganza con muerte tan fácil y sin peligro. Peleaba el santo mozo con su corazon, inclinado á venganza, por una parte, y con sus soldados por otra, que aunque por no ser descubiertos no le decian todo lo que sentian en el caso, pero ello se decia, que en su pecho tratarian estas razones: Aquí de Dios, que andemos desterrados por montes y desiertos, tragando cada dia mil veces la muerte, léjos de nuestras casas, mujeres y hijos y de todo nuestro contento, sin comer todas veces, y las armas siempre á cuestas, y que tengamos tal ocasion cual nunca pudo esperarse ni pintarse; pudiendo acabar tus males, y los nuestros con la vida de tu enemigo, ¿le quiéres perdonar y guardarle, para que no se acabe nuestra miseria en toda la vida? Si no te duele tu inquietud y peligro, duélete del nuestro; y si olvidas los males ya pasados por su causa, teme siquiera los que para adelante quedan. Las cuales razones en el pecho del santo varon debian de levantar gran polvareda y guerra de pensamientos; porque en semejantes ocasiones suelen los soldados hacer de su rey ó capitan lo que él no quiere hacer del enemigo; ni fuera tanto de espantar si hallándose á solas con él le perdonará, como teniendo allí consigo tantos que lo deseaban y procuraban acabar; porque aun acá suele acaecer que, estando el ánimo libre de pasion y olvidado de venganza, sacan á uno de sus casillas, amigos y parientes y otras personas con razones de la venganza, cuanto mas soldados, y tales, que habian andado en tantas calamidades y peligros de que deseaban reposar un poco; lo cual, y aun el fin de todas ellas, veian claramente que consistia en la muerte de aquel hombre que tan fácilmente podia morir á sus manos.

Pues las palabras dellos, aunque pocas, iban llenas de artificio, el cual no suele dar tanto la arte oratoria cuanto el vehemente deseo de una cosa; de suerte que allí no merece nombre de artificio. Lo primero, conociendo los soldados la bondad y mansedumbre de David, y que no era hombre que se acordaba de injurias ni agravios ni los preciaba, aléganle la voluntad de Dios, que se le habia entregado en sus manos para que, respetando al juicio de Dios, fuese incitado á matar sin escrúpulo á aquel hombre malo; como si le dijeran: No haces tu negocio en esta muerte, sino el de Dios, á quien sirves y cuyo ministro eres, aprobando y ejecutando su sentencia. Pero el siervo de Dios, como los de agora lo han de hacer, bien entendia que por voluntad de Dios se le habia ofrecido aquella ocasion, no para que le matase, sino para que lo fuese de probar mas su virtud, y para que los soldados y nosotros los que oimos esta historia entendiesen y entendamos la que en David tenia Dios encerrada, y para darnos ejemplo que cuando Dios nos diere al enemigo en las manos ó otra ocasion de venganza, que allí es donde mas alegremente se ha de perdonar al enemigo; pues teniéndola tan grande David, así por ver á su enemigo solo y descuidado y sin defensa, como por verse así acompañado de muchos soldados, y el ánimo que ellos le ponian con sus razones, la memoria de los agravios pasados y el temor de los que le esperaban, y la poca culpa de la muerte de un enemigo, y en tiempo de guerra; y que cuando la ley claramente le comprehendiera y condenara por homicida, él quedaba por rey y señor de las leyes y de la ejecucion dellas. Estas y otras razones hacian la ocasion aparejadísima; pero él, no solo tuvo entereza de ánimo y paciencia increible, pero andando á buscar, y no hallando bien ninguno en la vida de su enemigo con que excusarle, echó mano de que era ungido del Señor, no contentándose con decir que era rey, por ser título de honra del mundo, sino la dignidad y autoridad del cielo, y que al fin Dios mesmo le habia puesto en aquel lugar y estado, y á él y á ellos por sus vasallos; y no solo le llama rey, sino señor suyo, que es una de las circunstancias que mas espantan en este hecho; pues en tiempo de enemistad, como al principio deste discurso deciamos, tan léjos están los hombres de llamar su señor al enemigo, pero aun sus propios nombres no le saben, sino otros injuriosos. ¿Dónde está aquel loco, aquel traidor, aquel ladron desbaratado, etc.? y otros semejantes. De lo cual no hay necesidad de salir de Saul para traer ejemplos; el cual, faltando David de unas fiestas, dijo: ¿Dónde está aquel hijo de Isaí? Para deshonrarle por de bajo nacimiento, aunque se sabe que la verdadera honra no se ha de buscar en el padre ó madre, sino en la propia virtud. No lo hizo así David, aunque pudiera decir: No quiero matar á este hijo de Cis: tanta era la limpieza de odio y rencor que reinaba en su corazon.

No se acabara en muchos libros lo que aun en este mismo caso queda por decir; dejo lo demás á la buena consideracion del que su historia quisiere leer; pues que si comenzamos á decir lo que de su mal hijo Absalon padeció, lo que le sufrió, lo que cuidó de su vida en la misma guerra que contra él traia, lo que lloró su muerte con palabras tan regaladas: Hijo mio Absalon, ¡oh quién me hiciera tanto bien, que pudiera yo morir porque vivieras tú! El excusó y perdonó á Semei, que le estaba baldonando y injuriando como á un ganapan, y rogó y estorbó que no le matasen. A Saul, fuera de lo dicho, hizo muy buenas obras; otra vez le pudo matar, y le llevó el vaso y la lanza de la cabecera, riñendo á las guardas porque se habian descuidado; mató á Amalequita porque le trujo las nuevas de su muerte con tanto contento, porque ni él le tenia della ni queria que nadie le tuviese; lloró muchos dias su muerte, agra-

decíó á los que le enterraron, buscó después álguien de su linaje si habia quedado, no para matarle, sino para hacer con él la misericordia de Dios, como él dijo, la cual es hacer bien, no por fuerza, temor ó dádivas, sino como Dios suele hacer las misericordias grandes aun á los que le ofenden y á sus casas, hijos y decendientes.

Sobre todo esto que aquí decimos, este santo Rey se echa una muy grande maldicion en un salmo que hizo, pidiendo á Dios favor y ayuda contra sus perseguidores, especialmente su hijo Absalon, diciendo: Plega á Dios que si yo hice semejante pecado contra mi padre como mi hijo hizo contra mí, ni otro pecado que sea menor que aquel contra nadie, tal y tal me venga, sin nombrarle á él ni al pecado, por no irritar á Dios para que le castigase; y si yo volví mal por mal á quien me le hacia, plega á vos, Señor, que yo caiga y muera á manos de mis enemigos (que es morir con mas disgusto y deshonradamente), y que mi gloria y honra por manos de los mesmos ande por el suelo. Sobre lo cual dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo en aquel lugar del salmo: ¡Qué mas mal hombre y mas perdido y facineroso puede ser que Absalon, pues perseguia á su padre, y tal padre, tan manso, tan suave, siendo él deshonesto, desvergonzado, deshonrador y atrevido! Pues ¡qué! ¿dióle mal por mal? Dime, ¿acordóse de tantas injurias pasadas? No por cierto. Pues si con atencion examinares la historia de Saul, hallarás mas ilustre y clara esta verdad; porque teniéndole, después de innumerables beneficios, vencimientos y trofeos, por enemigo, injuriador y acechador, para echarle cada dia del mundo; teniéndole, digo (una, dos y tres y muchas veces durmiendo y como encerrado en una cárcel, sin guarda ni compañía), en las manos, y importunado de muchos de los suyos que le matase, le perdonó, venció su ira, sabiendo por certísimo que, perdonándole y dejándole ir salvo y sin daño, dejaba ir un enemigo bravo y poderoso y sin esperanza de reconciliacion. Pero, no obstante esto, ni la memoria de lo pasado ni el temor de lo venidero ni cosa semejante le pudo incitar á que le matase, sino aprovechóse de la sabiduría; detuvo la mano, refrenó la ira, y quiso mas quedarse en el peligro, ser siempre acechado, vivir con sobresalto y perder la tierra y la libertad, que matar y sacar del mundo á un enemigo que, después de muchos beneficios recebidos, sin culpa le perseguia y le buscaba la muerte. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo. Este pues es ejemplo singularísimo y muy parecido con el que Jesucristo nos dejó; y no por eso deja de ser á propósito, porque haya sido de la vieja ley, antes es confusion de los que vivimos en la nueva, enseñados y provocados con él y con el que el mesmo Señor nos dejó, y sus santos apóstoles y mártires, que le imitaron.

DISCURSO V.

De otra razon del perdonar injurias y agravios, que es ser Dios el principal autor deste trabajo.

Esta consideracion ha sido para muchos de grandísima fuerza para no volverse contra el que le hace mal, entender que es Dios el que principalmente le hace, tomando al que nos parece enemigo por instrumento; porque, como por un profeta nos tiene avisado, no hay mal en la ciudad que no haya hecho el Señor; y en otros muchos lugares de la Escritura, que no es poca dignidad del hombre, que, como le hizo Dios señor de todas las cosas, ninguna dellas le puede ofender sin licencia del Señor, dél y dellas, que es el mesmo Dios. Así que, si no viniese la injuria ó trabajo derivada primeramente de su mano, no podria venir de otra ninguna. De aquí es que Job ni se quejó del fuego, que quemó sus ganados; ni del viento, que derribó las casas y mató á sus hijos; ni aun del demonio, que urdió todo aquel mal; todo lo atribuyó á Dios, diciendo que el Señor se lo habia dado y quitado, que por eso fuese su nombre bendito; y á su mujer dijo que si de buena gana recebia bienes de mano del Señor, ¿por qué no recibiria de la misma males tambien de buena gana? De donde parece que, así en los males como en los bienes, reconocia la mano del Señor; porque, así como cuando uno tiene de la mano un lebrel atado, si le suelta y hace algun mal, no echan el daño al lebrel, sino al que le tenia atado y le soltó, así se atribuyen los males á Dios, aunque el demonio los procure y los haga, por ser él el que con su poder le tiene atado y á las demás criaturas, para que sin licencia suya no se desmanden á hacer mal á los hombres. Todo el mal procede de que, aunque el hombre entienda esta verdad, y en otros trabajos que de las criaturas insensibles vienen la tenga por muy llana, pero cuando de otro hombre recibe alguna injuria ó agravio, le parece que aquello nació de propia malicia del hombre, por ser capaz della, olvidado de la parte que á Dios le cabe, como principal autor, por no saber distinguir las causas, habiendo muchas de un mismo acaecimiento.

Así como dicen los teólogos de la adoracion latría, que es la que á solo Dios se debe, por ser nuestro Dios y criador, y á su santa imágen por su respecto, y á su cruz y á las cosas que á su santo cuerpo tocaron, como espinas, clavos y lanza y vestidos, que aquel contacto causa esta razon, que es Dios en ellas, y así se adora Dios en ellas con la misma adoracion; pero con haber cosas que tocaron mas cerca y mas veces al Señor que no estas, como fueron las manos y rostro de su santa Madre, no por eso se adoran estas con esta suprema adoracion; porque, como sean por sí capaces de alguna, y no desta, no venga el ignorante á darle esta adoracion por lo que ella es, que seria un intolerable error, porque á la Madre de Dios dásele la adoracion que llaman hiperdulía, que es la que después de Dios se da mayor á alguna criatura racional por alguna excelentísima dignidad. Pues en semejante yerro que este cae el que toda la ofensa que ótro hombre le hace atribuye á solo el ofensor, y hácelo que, como él es capaz de entendimiento y voluntad, de donde puede salir aquella obra, no se acuerda del que principalmente la causa, que es Dios, aunque sin culpa ni malicia ni agravio, que ninguna destas puede caber en él. La comparacion corre en algo, aunque no en todo, pues la adoracion latria de ninguna manera en todo y en parte puede convenir á la criatura, sino á solo Dios, pero de la injuria mucha parte y toda la malicia es del hombre que la hace; solo corre en el engaño que el que la padece suele tener, nacido de la inconsideracion de que de la malicia

del ofensor y do ninguna otra parte tuvo orígen aquella ofensa, movido porque es capaz de haberla inventado. Claro está, cuando una teja cae de un tejado y descalabra al que acaso pasa, que ni el herido echa la culpa á la teja ni se queja della, y menos del viento que la derribó; solo da por autor á Dios y á sus pecados, como merecedores de aquella pena; lo mesmo cuando su viña se apedrea ó la casa se cae, porque no son capaces estas cosas de haber inventado ni trazado aquel trabajo, sino solo instrumentos de Dios, que lo ordenó. Pero en una traicion ó injuria se queja el hombre del que se la hizo, no advirtiendo que, aunque el ofensor tenga solo la culpa della, y á él se debe imputar lo que es pecado y malicia; pero de lo demás, que es pena y trabajo, sin que pueda llamarse pecado, injuria, culpa ni malicia, el principal autor es Dios, el cual, en cuanto Dios no puede pecar, por ser su voluntad la regla de todo obrar, y como Señor á nadie puede injuriar ni hacer agravio, antes puede en todos los bienes del hombre, así de naturaleza como de fortuna, como único y verdadero Señor, quitar y poner y cortar por donde él quisiere. Si esta fuese en las injurias y trabajos nuestra consideracion, ni ellas serian tan penosas ni los autores tan perseguidos y aborrecidos, mayormente que, como Dios envia este trabajo para advertir al descuidado, ejercitar al bueno y castigar al malo para el bien de su alma, quéjase cuando, en lugar de conocer su mano y enmendarse de sus pecados, se vuelven á vengarse de sus instrumentos, y esta queja da por Esaías: Hales enviado á los asirios de la parte de oriente y á los filisteos de la del poniente para destruir su pueblo, y el pueblo nunca quiso volver los ojos al que les hace la guerra. Y declarando quién es, añade: Y no buscaron al Señor de los ejércitos.

No les faltó á los antiguos esta consideracion. Job padeció agravios de hombres, que fueron los sabeos, que vinieron con dos escuadrones y llevaron su ganado y le mataron los pastores y gañanes, y no se quejó dellos. El real profeta David, cuando en mitad de tanto trabajo le maldecia Semei, diciéndole tantas injurias, que, no lo pudiendo sufrir Abisaí, pidió licencia á David para matarle, respondió: Déjale maldiga, que Dios se lo manda. Y en el salmo donde trata desto dice: Yo no hablé mas que un mudo, por saber que tú, Señor, lo hiciste. Pero el que mas y mas claros ejemplos nos dejó desto fué el que todo se empleó en avisarnos y enseñarnos, que es el Salvador. Lo primero, cuando restituye la oreja á Malco, dice á san Pedro: Vuelve la espada, Pedro, á su vaina; veamos el cáliz de amargura que mi Padre me ha dado; ¿no quieres que le beba? Pues si la pasion del Señor inocente, y tan culpable de parte de los enemigos que la ejecutaban, dice Cristo que es dada de la mano de Dios, ¿qué será la tuya, siendo tú pecador, á quien es justo que castigue Dios, y á él le incumbe el castigar los pecados? Después, diciéndole Pilato: ¿Por qué no me hablas? ¿No sabes que está en mi mano crucificarte ó soltarte? Responde el Señor: Ese poder no le tuvieras si de arriba no te fuera dado; Dios quiere en mí pagarse y tomar venganza de los pecados de los hombres, y él es el principal que suelta los presos ó los lleva á la muerte. Pero mas claro lo dijo en la cruz, cuando en medio de tantos tormentos y de la rabia de los atormentadores no se queja dellos ni les echa culpa, sino quéjase á su Padre: Dios, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado y dejado en manos desta gente? Y luego, al salir desta vida: En tus manos, Señor, que son las que castigan y remedian, encomiendo mi espíritu.

Pero dirá algun agraviado ó injuriado: Señor, á mí me da pena su mala intencion de Fulano, que ya veo que si Dios no quisiese no bastaria á injuriarme nadie. A esto se responde que es grande yerro mirar á su intencion, supuesto que este trabajo vino de la mano de Dios, como los demás que no vienen por causas que la puedan tener maliciosa. Porque, cuando un cirujano da un cauterio de fuego á un herido, claro está que la intencion del fuego es abrasar al paciente, no solo la parte que el cirujano cauteriza, sino todo el cuerpo del herido si le dejasen ó le diesen mas lugar ó licencia, y aun su casa y su hacienda toda; pero no por eso queda el enfermo enojado con él, porque sola la mano del cirujano es la que, aplicando aquel instrumento, causa el dolor, y en ella está que abrase mucho ó poco, y con sola esta consideracion tiene el enfermo paciencia; y cuando tiene ocasion de perderla por haber sido la combustion demasiada, no lo ha con el fuego, sino con quien lo aplicó entiende que lo ha de haber; así, cuando la intencion del agraviador es mala, Dios sabe cuánto aplica della para aquel trabajo, en cuyo saber ni bondad no puede el hombre poner dolencia cuanto toca á templar el dolor que es menester, que por eso dice la Escritura que envia las lágrimas y trabajos por medida, y los trabajos se llaman cáliz; y como de la causa segunda ó instrumento no haya que quejarse, no queda sino perdonarle y dar gracias al que usa dél para nuestro bien. ¿No vemos los que mueren á manos de la justicia como al apretar el cordel ó quitar la escalera pide el verdugo perdon al justiciado, y él se le da de buena gana, aunque á autor del mayor mal de los males del cuerpo, que es la muerte, porque considera y conoce que solo es instrumento de la justicia? Y aun contra el alcalde que lo sentencia no se indigna cuando considera que lo es tambien de Dios y de sus leyes; todo lo allana con la consideracion que sus delictos lo merecieron, y en esto tiene puestos los ojos; y cuando no, entiende que los ministros de la justicia hacen lo que deben, segun lo alegado y probado, y no se queja dellos. Haz tú así cuando álguien te injuriare ó agraviare; pon los ojos en tus pecados, por los cuales mereciste, no una bofetada que te dieron ó un agravio pequeño que te hicieron, sino el mesmo infierno. Y así, satisfecho de la justicia, bondad y buena intencion del Señor, que te castiga, fácilmente perdonarás al instrumento y verdugo de su justicia que te injurió, que no es mas que verdugo della; lo cual expresamente dice Dios por un profeta, que, por ser lo que dice cerca desto dotrina provechosa, la quiero tratar mas de espacio.

Todas las veces que algun hombre hace alguna hazaña que en los ojos de los hombres merezca gloria, Dios es la causa principal que la hace, aunque los hombres, mediante quien se hace, sean ó malos ó buenos. Lo cual se colige claro del libro de *Josué* cuando Dios le pro-

mete que le favorecerá y vencerá sus enemigos y será en su ayuda, como lo fué de Moisés, aunque sea verdad que ellos con su favor y ayuda hicieron algo. De la mesma manera habla del rey Ciro por Esaías con tantos favores hasta ponerle sus nombres, por ser el instrumento con que queria librar su pueblo de la cautividad. Pero hay diferencia, que los buenos, aunque ellos ponen algo de su casa, pero todo lo atribuyen á Dios, porque conocen su brazo y fuerza en las hazañas, que así lo tenia mandado en el *Deuteronomio*. Los malos, apartando los ojos de lo que Dios hace, se lo atribuyen á sí todo con arrogancia y soberbia, como parece por Esaías, donde tomó Dios por azote á Senaquerib, rey de Siria, que allí llama Asur, para castigar á su pueblo; y él ensoberbecióse y dijo que él tenia en su casa príncipes que igualaban con reyes, y que él habia destruido muchos reinos, que tenian mas dioses que el pueblo de Israel, y que él destruiria á Jerusalen como á un nido de pájaros, que sin fuerza ni dificultad se destruye. Y así, pasó con esta soberbia la raya de lo que Dios le encargaba, pretendiendo Dios no mas de castigarlos y reducirlos, pero él acabarlos y destruirlos. Y por lo uno y lo otro le reprehende Dios allí por el Profeta, y le amenaza que, acabado el castigo del pueblo que Dios pretende, no solo no conseguirá él su pretension, antes quedará él destruido, muerto y deshonrado por la mala intencion con que tomó á cargo aquella guerra.

De aquí se sacan muchas verdades; y dejadas las que no hacen tanto á nuestro propósito, la principal es, que algunas veces toma Dios reyes, aunque sean malos, por instrumentos para castigar á reyes y reinos. Y asimesmo hace instrumentos de hombres particulares para castigar á otros; y esto ni perjudica al libre albedrío del malo, necesitándole á ser dañino ni injuriador de su prójimo, ni Dios le mueve á que le haga mal; solo con su infinito poder y sabiduría encamina aquella mala intencion del malo á que sea castigo y azote del bueno ó del malo para enseñarle ó reducirle. Así lo dice Hugo de San Víctor, que la mala voluntad, ora sea del pecador, ora del demonio, no es de Dios que sea mala, sino que sea ordenada á buen fin; lo cual hace Dios tan secretamente, que la mesma voluntad no alcanza, que Dios la encamina al bien, que por sola su libertad se gobierna, porque siente ser movida libremente; pero al fin el malo que así es instrumento, ha de ser por la mano de Dios castigado. Esta verdad confirma el mesmo Profeta con tres comparaciones, de la de segur, sierra y azote, con que reprehende al Senaquerib porque se engreia atribuyendo á su poder y fuerzas aquellas vitorias, siendo hechas y alcanzadas con el de Dios. Lo que á nuestro propósito hace es, el ser estos malos instrumentos de Dios para castigarnos; lo cual parece aun mas claro en la tercera comparacion, donde dice: Como si se levantase ó engriese el azote ó vara contra el que usa dél, ó el palo contra el que con él castiga (porque alude al nombre que al principio le puso, Asur, azote de mis enojos); pero el azotar y el gloriarse al cabo lo pagará en habiendo Dios hecho su hecho, como hace el padre, que la vara con que azota al hijo la suele quemar después de acabado el castigo.

De aquí nace que el indignarte y pensar tomar venganza del que te ha injuriado no es otra cosa que volverte contra el azote, lo cual no ha de ser sino besándole, como suelen hacer los niños bien dotrinados. Así quiere Dios que ames, acaricies y hagas bien al que él tomó por azote, no como el perro, que muerde la piedra, y el ciervo la saeta, como quien dice que mejor se volviera contra el que la tiró. Así tú, cuando semejantes trabajos te vinieren, si miras á tus pecados y conoces que ellos fueron la causa, contra ellos te volverás, y esto es cosa loable y provechosa; pero volverte contra el que te injurió no es otra cosa sino morder la piedra ó saeta, dando á entender que de mejor gana y con mas enojo te volvieras á quien la tiró; y como este no sea ni pueda ser otro que Dios, puedes hacer cuenta que contra Dios te volviste, y que, no perdonando la injuria, pregonas guerra contra Dios, y contra su mano deseas y procuras la venganza. El consejo santo es callar, como con esta consideracion hizo David cuando, tratando del caso de Semei, dijo: «Callé y no desplegué mi boca, porque tú, Señor, lo heciste.

DISCURSO VI.

De otra razon para perdonar y olvidar las injurias y su venganza, que es porque Dios la toma á su cargo.

Tres cosas se halla haber reservado Dios para sí solo, sin querer dar á nadie parte dellas. La primera la creacion de las cosas, en que de nadie quiso compañía, como él lo dice por Malaquías: Decidme, vuestro padre ¿no es uno solo? No es por ventura uno solo el que nos crió? Y lo mesmo dice san Pablo: Dios solo es el que todo lo crió. Lo segundo que para sí reservó fué la honra y gloria, que es la suprema adoracion, que llaman los teólogos latria; y así, decia por Esaías: Lo que es mi gloria, á ninguno otro la daré. Y el Apóstol dice: A solo Dios se dé la honra y la gloria. Y el Salmista: La gloria, Señor, no se dé á nosotros; dala tú, Señor, á tu santo nombre. Por lo cual envió á Nabucodonosor tan gran castigo, tornándole bestia que paciese por el campo, porque debajo de aquella estatua que levantó quiso ser adorado como Dios, y el Señor arrojó de sí á Satanás en el monte, porque por una señal desta adoracion le ofrecia todo el mundo y su mando y gloria. San Agustin dice que los romanos en ganando la provincia luego hacian templo al dios ó dioses de aquella tierra para tenerle propicio, y cuando ganaron á Judea no le hicieron al verdadero Dios de Israel, ni le quisieron hacer esta honra, y la causa fué porque los demás consentian otros dioses y él no los consiente, sino quiere solo ser honrado y adorado. La tercera cosa que para sí solo reservó fué la venganza de las injurias y agravios que de los hombres padecemos, como él dijo en el libro del *Deuteronomio*: Mia es la venganza, y yo la tomaré á sus tiempos de todas las cosas. La cual sentencia dijo tambien por otras palabras el Apóstol: A mí pertenece y á mi cargo está la venganza; las cuales dice junto con otras, dignas que aquí se declaren y lean con atencion. No volvais, hermanos (dice), á nadie mal por mal, si fuere posible; antes todo lo que en vosotros fuere tened paz con todos los hombres; no os defendais, amigos, sino dad lugar á la ira, porque escrito está: A mi cargo está la venganza, y yo la tomaré, di-

ce el Señor; palabras son tan dulces y tan á propósito de la materia de que vamos tratando, que en ninguna parte della cuadran mejor; y así, será bien declararlas brevemente. No deis, hermanos, á nadie mal por mal; cuando algun mal recebiéredes procurad devolver bien por ese mal, que esta es gran perfeccion y verdadera imitacion de Cristo. Cuando no pudiéredes hacer bien, á lo menos no volvais por entonces otro mal. Tres leyes hallamos usadas en el mundo. La una es del mesmo mundo, que es amigo de amigos y enemigo de enemigos, volver bien por bien y mal por mal; esta alcanzaron y guardaban los gentiles, como el Señor dice en el Evangelio. La segunda es del demonio, que es volver mal por bien, la cual usó el traidor de Júdas vendiendo al Señor, en pago de tanto bien como habia recebido de su mano. La tercera es de Cristo, que es hacer bien á todos y á los que nos hacen mal. El ejemplo de todas estas tres leyes está claro en la guerra y muerte de Absalon, cuando murió colgado de los cabellos y atravesado con la lanza de Joab, el cual se pareció ser hijo de Adan y guardar las leyes del mundo en que, aunque David habia mandado que no tocasen á su hijo ni le hiciesen mal, le mató Joab por su interés; y así lo hacen los mundanos, que, aunque nuestro padre Cristo dejó mandado que nadie hiciese mal á sus hijos, los interesados los matan, sin perdonar á ninguno. Los hijos del demonio que guardan su ley son figurados en Absalon, que á su padre, en pago de muchos beneficios que le habia hecho, le persiguió y deshonró, tomándole sus mujeres por amigas y su reino. Un soldado que por allí pasó, que, por ser hijo del Rey y haber su padre mandado que no le matasen, sino que le guardasen vivo, no le quiso hacer mal viéndole colgado y vivo, aunque era malo y enemigo de su padre, á quien él servia; es figura de los hijos de Dios que guardaban la ley de Jesucristo, la cual es que se haga bien al malo y al que lo es para tí, y cuando menos no hacerle mal.

Esto es lo que aquí dice san Pablo, que á ninguno demos mal por mal cuanto fuere de nuestra parte; lo cual dice por los perlados y justicias y por los que defendiéndose legítima y limpiamente hacen algun daño, y por los que ofrecen al contrario paz y amor, aunque no se lo reciban, como lo hacia David, que con los que aborrecian y rehusaban la paz la tenia él, de manera que la paz y la guerra estaba en sus manos del contrario; porque, como dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo, no manda Cristo que nadie te quiera mal, sino que no dés ocasion para ello, y que tú no quieras á nadie mal; que lo demás no está en tu mano. Como el mesmo Cristo aborrecido fué, pero sin causa, como él mesmo dice: Aborreciéronme sin razon; y el mesmo David lo dijo de sí y de Cristo. Pues eso mesmo dice el Apóstol en el lugar que agora tratamos. Dice adelante el mesmo Apóstol: No os defendais, amigos. No quiere decir que si os vinieren á quitar la vida ó hacienda ó la honra no sea lícito defenderos, porque la defensa inculpada en ley divina y natural es lícita y de todas las leyes humanas amparada y favorecida cuando consta que el mal que por ella se hace fué para defensa; solo quiere decir que no os vengueis. Que eso quiere decir el vocablo griego que allí está; y aun en la escritura del testamento viejo se usa el vocablo de defender en esta significacion, como parece en el libro de *Judít*, donde dice que Nabucodonosor, rey poderosísimo, juró que habia de defenderse de todas las regiones, y á eso envió tan grande ejército sobre Betulia. Claro está de la historia que ninguna gente le hacia mal de que defenderse, ni las regiones léjos le pensaban ni podian hacer guerra, ni el general Holoférnes ni su ejército se enviaba á defender ciudades suyas, sino á ganar las ajenas. Sino que vencido por su ejército Arfaxat, rey poderoso, y despojado de sus reinos, cobró Nabucodonosor con esta vitoria tanta cerviz y soberbia, que pretendió con ella sojuzgar á todo el mundo, y para eso envió á todas partes sus embajadores á pedir de todos sujecion y vasallaje; y porque no se le volvió la respuesta que él pensó y deseaba, hizo con rabia aquel juramento de defenderse de todas las regiones, esto es, de vengarse dellas por esta mala respuesta; y la Iglesia, en el oficio de los santos inocentes, en persona de los mártires que piden venganza, dice en un responso: Señor, ¿por qué no defiendes nuestra sangre? Y en otro: ¿por qué no vengas nuestra sangre? Pues desta manera de hablar usa el Apóstol cuando dice: No os defendais, amigos, esto es, no os vengueis, porque la defensa á nadie se defiende, antes las armas de la Iglesia y de sus hijos son solo defensivas, sin haber ofensivas sino para este fin. Esta es la torre del manso David, con sus torrejones, de la cual están colgados mil escudos y paveses, que son todas las armas de los valientes, esto es, de los cristianos, cuya fortaleza está en solo sufrir y defenderse, sin que haya pensamiento de ofender á nadie.

Añade san Pablo: Lo que habeis de hacer, amigos, es dar lugar á la ira; esto se entiende de dos maneras. La primera, abrid la puerta á la ira para que salga de vuestra alma tan mal huésped. Esta se abre por buenas consideraciones, cuales en este libro se encierran, las cuales se reducen á dos fuentes, prudencia y obediencia; por la primera el gentil, y por la segunda el cristiano (porque Dios se lo manda), abren la puerta y dan lugar á la ira, como dice el refran, que al enemigo la puente de plata; así se ha de dar puerta y camino á la ira, pestilencial enemigo, aunque sea costosa. Y así para nuestro ejemplo se dice Dios tener anchas narices, que son la puerta de la ira, porque es sapientísimo, y el hombre, como es loco, la detiene para su mal; pues, como dice el Sabio, si muy pesada es una peña, y la arena es grande carga, mas pesada que ambas es la ira del loco, esto es, del que lo es tanto, que no la deja salir. El segundo sentido es: dad lugar á la ira, esto es, á la justicia, que eso quiere decir ira algunas veces cerca del mismo Apóstol, cuando en otra parte dice que seamos sujetos á los ministros, no solo por la ira, que es la justicia, que por fuerza acabará lo que quisiere, sino tambien por la conciencia. Pues dice: Dad lugar á la justicia, esto es, á Dios, que es el que tiene la jurisdicion. Como si viniendo un alcalde á su juzgado ó audiencia hallase sentado allí á otro en su silla, le dirán los ministros: Amigo, dad lugar á la justicia, esto es, al alcalde, á quien incumbe hacerla en este lugar. Así dice al injuriado san Pablo: Amigo, dad lugar á Dios, que es á quien incumbe tomar esta venganza, mayormente

siendo causa propia; que está vedado ser en ella juez, y le recusan todas las leyes. Y da la razon san Pablo desta sentencia, diciendo : Porque escrito está . A mi cargo está la venganza, y yo la tomaré á su tiempo del que se hobiere de tomar; que es lo que confirma la dotrina deste discurso.

La razon por que reservó Dios para sí la venganza y el castigo de nuestras injurias, es porque solo él la sabe tomar con prudencia y justicia, y tantearla sin pasion; pero el hombre, mayormente el que la tiene, no tiene raya ni término en su venganza, ni se contenta con lo que basta, aun para quedar bastantemente vengado su apasionado corazon, sino con cuanto puede pasar mas adelante. Bien le bastaba á Saul, para lo que él pretendia, pasar á David con la lanza y quitalle así la vida para descanso de su corazon; pero no pensaba sino en cosello con la pared; y la Escritura nos descubrió este su dañado pensamiento, cuando decia Saul dentro de sí : Pasaré á David con mi tiro y clavaré la lanza en la pared. Bien saliera aquel malaventurado de Aman con la intencion de su envidia y locura con quitar del mundo á su enemigo Mardoqueo y su principal agraviador; pero no sosegó hasta que con gran trabajo y dificultad procuró de acaballe á él y á toda su gente; porque la ira del apasionado no para hasta destruillo todo. Lo cual dió á entender el profeta Esaías, hablando del furor de los enemigos del pueblo de Dios, diciendo dellos : Con toda su boca, esto es, á dos carrillos, comerán á Israel. En lo cual solemos denotar la grande hambre que uno tiene cuando come á boca llena y á dos carrillos. Tal es la que tiene de la sangre de su enemigo un hombre apasionado, lo cual les nace á los hombres de haber perdido con la pasion el tiento y el peso del cuánto ha de ser el castigo ó la venganza, antes nunca se tienen por vengados si no doblan el mal que recibieron; por lo cual las leyes no fian del agraviado el juicio, antes es en todas ellas recusado, porque la pasion no le deja hacer justicia; de lo cual hay título : *Ne quis in sua causa jus sibi dicat, lege unica;* Y júzgalo la ley por cosa inicua : *Iniquum admodum est*, etc. Así dicen ellos que lo aprenden en el libro del duelo, que no tendrá pocos el que por allí se guiare; y así lo ejecuta el mundo, sin faltar una tilde. Los niños lo saben de coro, y en sus niñerías lo van poniendo en plática. A bellaco mentís, á mentís bofeton, á bofeton palos, á palos muerte; y esto sin juicio, sin sazon, sin razon, sin medida, sin constar de la culpa, sin cuenta con el alma del muerto; antes ha llegado tanto á veces la pasion, que han en venganza procurado enviar al infierno el alma y el cuerpo á la sepultura, con ardides aprendidos del mesmo demonio, que no tiene él licencia para ejercitallos, y halla quien le saque deste cuidado entre los hombres y obligados por ley del mundo. Este es el enojo que castigó Dios en Senaquerib, en el capítulo 10 de Esaías, como deciamos en el discurso pasado, que Dios le amenazaba. Esta es la queja del mesmo Dios por Zacarías : Grande enojo me da con estos hombres, que yo me enojo poco y en pocas cosas y temporales, y ellos me ayudaron á la venganza, sin órden, con ira, con rancor, haciendo mas mal del que yo hiciera. Pero Dios con mas sabiduría, con mas prudencia y mas tanteo hace sus castigos y venganzas, y así las reserva para sí; por lo cual es en la sagrada Escritura comparada su fortaleza y poder á la del rinoceronte, el cual tiene los ojos encima del cuerno, con que ve á quien hiere con él, cómo y á qué tiempo, y dónde y cuánto. Los hombres son como toros, que tienen los ojos debajo de los cuernos, y esos cerrados; porque sin juicio ni discrecion hacen la herida de su venganza, ciega y apasionadamente, pero Dios con gran tiento; y así como un gran maestro de pintura ó talla, aunque algunas cosas, como el ropaje, encomienda al oficial, pero lo que tiene necesidad de medida y tanteo reserva para si, diciendo que no llegue nadie á ello. Así Dios en los castigos de los agraviadores no quiere que otro ponga la mano, reservándolos para sí, que sabe el tanto y cuánto, y la ocasion y la sazon, conforme al fin de los castigos.

Diráme alguno : Eso es lo que á mí me indigna y me hace perder la paciencia, que bien le remitiera yo á Dios mi venganza y saliera de ese cuidado y peligro; pero Dios no se enoja cuanto es menester, sino poco, como él dice, y tarde, cuando ya el mundo no tiene memoria de mis daños y deshonra, ni cae en que aquel castigo viene por esa razon; parece que nos quiere solamente asegurar con encargarse de la venganza, solo á fin de que se nos pase el enojo, como suele hacer el padre para sosegar su hijo niño; pero no veo que hace nada, y si lo hace, es á tiempo que mi corazon no queda satisfecho. A esto, lo primero respondo que no es esta razon de cristiano y hijo de las entrañas de Jesucristo, que nos dice que antes roguemos á Dios por el ofendedor; de lo cual se colige cuán cierto y cuán riguroso es el castigo, pues es necesario que ruegue por el injuriador el injuriado; como Dios á los amigos de Job (porque con sus razones le habian fatigado, queriéndole persuadir con ellas que era pecador) les dice que vayan al mesmo Job que ruegue por ellos, que desta manera se quiere desenojar, que es como un bajarse la parte de la queja. El santo Job lo hizo de voluntad, y Dios los perdonó. Que si aquellas entrañas del hijo de Dios se nos imprimieran en las nuestras, no habiamos de pensar en cómo ni cuánto habian nuestros enemigos de ser de Dios castigados, sino antes congojarnos hasta verlos dél perdonados. Pero sin esto, cuando quisieres saber que Dios no te engaña en decir que él tomará á su tiempo la venganza de que se encarga, entiendo que nunca se le olvida á Dios la injuria del menor de sus hijos, ni aun el desprecio de los mas pobres; porque los ángeles, que están siempre mirando á Dios y los tienen á ellos á cargo, le tienen de acordárselo á Dios cuando él se olvidara, y de pedille justicia; pero sabe Dios el cómo y el cuándo la ha de hacer. Y como á tí no te costaron nada, ni los criaste ni moriste por ellos, luego los querrias ver acabados y echados del mundo. Esta fué la queja de Jonás cuando no queria Dios cumplir la palabra que él habia predicado, destruyendo los de Nínive y su ciudad; y estando él con su cólera, le crió Dios una yedra que le defendiese del sol, y cuando mediante un gusano se la secó, le convenció con esta razon : Pues ¿cómo enójaste tú por una yedra que es de poco valor y no la criaste tú, y quieres que acabe yo una ciudad tan grande, donde hay tantos mi-

llares de hombres y mujeres y niños y muchas bestias?

Así que, Dios para haber de castigar tu injuria, primero espera y amonesta, para ver si quedando tú satisfecho podrá ganar al que te injurió; y si quieres ver que no se olvida de tu venganza y satisfacion, mira cómo desde luego comienza á atormentar á tu enemigo por parte de la conciencia. Mira cómo no puede dormir hasta salir de esta obligacion, mira los terceros que busca, los medios y partidos que ofrece, y cómo no le deja venir á misa, ó le envia della á solo buscarte y satisfacerte. Cuando tú piensas que el otro está con descuido, están Dios y él con mayor cuidado; y cuando cesan estos remedios, tarde ó temprano viene á pagar. Lo cual no hace siempre Dios en sus ofensas, ni se muestra con tanta memoria dellas como de las tuyas. Hablando del rey David la sagrada Escritura, dice que fué gran siervo de Dios, guardador y celador de sus mandamientos, y que no se halla en su vida pecado, sino uno, que fué el adulterio y la muerte de Urías, con estar de por medio tambien el de haber contado el pueblo, que fué tan grande, cual pareció por el castigo que mereció, que fué matar Dios con peste tantos millares de hombres, es porque este pecado era contra Dios, de que luego Dios se olvida; el otro contra el prójimo Urías, que, con estar ya perdonado, y él en estado seguro para la gloria, hablando de sus virtudes no quiso callalle; porque sepas cuán en la memoria tiene Dios tus agravios, aun después de castigados. Cuatrocientos años habia que de los amalequitas habian los del pueblo padecido un agravio, y fué que saliendo de Egipto flacos y destrozados, salieron los amalequitas y los maltrataron, y mataron muchos dellos. Enojóse Dios desta impiedad, y comenzólos á castigar, y mandólo escrebir en un libro para memoria del agravio y acaballos por él de todo punto, no porque Dios haya menester libro material para su memoria, sino para que tú entiendas que la tiene de los pecados que contra tí se hicieren. Y al cabo de cuatrocientos años los mandó acabar á Saul, de manera que no quedase dellos perro ni gato, y aun á Saul reprehendió porque á título de sacrificio habia dejado no sé qué ganado; de manera que fueron menester cuatrocientos años para que madurase aquel castigo, y eso es: Yo lo castigaré á su tiempo, esto es, con sazon, al tiempo que Dios tiene señalado para que el castigo madure. Y pues tú no esperas cuatro horas alguna vez, ¿cómo quieres que Dios no te quite la venganza de las manos y la reserve para sí? Asimesmo vengó á su tiempo rigurosamente la muerte de Nabot, y el caso de Absalon no es fuera de propósito; de cuya muerte dice san Juan Crisóstomo: Porque entiendas que su muerte no fué industria humana, sino justo juicio de Dios, advierte que el árbol y los cabellos le prendieron, un animal bruto le entregó, y el cabello sirvió de soga y de horca el árbol, y de verdugo sirvió el mulo en que iba. Pero considera lo que allí es maravilloso: al tiempo que esto le sucedió, con ir tan acompañado, ninguno de los suyos se atrevió á llegar á él, con haber tanto espacio; que esto fué providencia divina, porque no le quitasen ni le llevasen aun atado y preso á su padre, por la gran demostracion que el padre habia dado de perdonalle, y lo que mas espanta es, que el mesmo que con su padre le habia compuesto y hecho las amistades, ese mesmo le mató; pero Dios fué el que dió la sentencia, por lo cual el mesmo padre le da gracias, diciendo, después de haber dicho en un verso que su pecado habia de subir á su cabeza, que es la sentencia, añade en otro: Yo alabaré al Señor por su justicia, y con un salterio á su altísimo nombre. De manera que, aun cuando el padre está tan tierno que se teme ó espera que perdona ó perdonara, entonces hace su castigo el Señor con los ministros que él escoge: tan léjos está de olvidársele de la venganza que tomó á su cargo.

El mesmo san Juan Crisóstomo declara á este propósito lo que se sigue en el lugar de san Pablo, cuando dice el Apóstol: En lugar de vengarte, si tu enemigo tuviere hambre, dale tú de comer, y si sed, dale de beber, y aun esto harás con regalo, dándole el bocadico regalado con tu mano, como sueles hacer á quien bien y tiernamente amas, y con esto allegarás carbones encendidos sobre su cabeza. Que es decir que todo el enojo que tú habias de tener contra él no se perderá, porque todo le caerá sobre su cabeza, que todo le tiene Dios allí para castigalle rigurosísimamente; que eso significan muchas veces en la sagrada Escritura los carbones de fuego, como en el salmo que dice que granizo y carbones de fuego, después de grandes truenos y tempestades, ha de enviar sobre los pecadores. Y aunque san Jerónimo no aprueba esta exposicion del bienaventurado san Juan Crisóstomo, pero bien entendida, se conforma bien con la suya, porque san Crisóstomo parece pretender que caiga en deseo del cristiano esta venganza, que es lo que reprobaba san Jerónimo.

Este cuidado y rigor nos dió á entender el mesmo Dios en aquellas dos visiones de Jeremías, cuando le preguntó: ¿Qué ves, Jeremías?—Señor, una vara velando. Luego le tornó á preguntar: ¿Qué ves?—Señor, una olla hirviendo y echando fuego y humo. Esta olla significa el corazon del mal cristiano, que persigue á su hermano y echa fuego por los ojos, boca y manos, abrasadas las entrañas de rencor; y dice Dios que antes de eso viene él velando y con atencion de lo que hace, y que todo lo mira y tiene delante de los ojos, y la vara para castigar todas las injurias que se hicieren, y que para su defensa les hará la ciudad de Jerusalen, y sus muros de metal. Mil ejemplos otros hay en la sagrada Escritura: cuando David, perseguido de Saul, le dijo: Juzgue Dios entre mí y tí. Y así lo hizo Dios, que ordenó que él mesmo viniese á ser verdugo de sí mesmo y se matase. A la hermana de Moisen, porque murmuró contra él, la cubrió de lepra, y la Madalena fué defendida de la hermana y del fariseo y de Júdas; y el mesmo Jesucristo, habiéndole deshonrado los fariseos, dijo que no curaba él de su honra, que otro tenia cargo de pedir esa cuenta á quien se la quitaba. Y bien mirado, Dios parte con nosotros y nos da la mejor parte y mas suave, y la que él en sus ofensas hace de mejor gana, que es el perdonar, y se queda con lo áspero y trabajoso y contra su condicion, que es el castigar y vengarse. Dános el perdonar, que es cosa hidalga, dulce, pacífica y provechosa, y quédase con el vengar, que es trabajoso y desabrido, y que él muestra siempre hacer de mala gana.

Gracias sean dadas, Señor, á vuestra divina Majestad que en todo nos tratais como á hijos queridos, pues lo mas suave, mas útil y sin trabajo nos procurais á los unos y á los otros. Pues ¿por qué nosotros no nos tratarémos como hermanos, y hijos de tan buen padre? Por qué no os agradarémos? Por qué no os parecerémos? Esto se haria fácilmente si entre nosotros hobiese la paz y amor que vos nos pedis y enseñais, porque entonces ni habria injurias que perdonar ni castigar, y cuando las hobiese, ni el corazon del ofensor seria culpado, sino de ignorancia, y si lo fuese, seria presto arrepentido, y mas presto perdonado y confirmado el perdon por el que es mas y primeramente ofendido, y á ello ayudarian las oraciones del agraviado y las excusas del mesmo, que son las que mas alcanzan delante de vos, como argumento de fino perdon y amor. Lo cual habia de mover nuestros corazones á desear y buscar que perdonar. Porque ¿qué hombre habria de tan duro corazon que si del hijo de su rey fuese ligeramente ofendido, á quien él debiese muy buenas obras y mercedes, y su padre pusiese al hijo por esta ofensa á riesgo de riguroso castigo, y en el rigor de su enojo pusiese todo el peligro del hijo en el perdon del ofendido, que no se echase á los piés del Rey á rogalle por su hijo? Pues eso mesmo hace el Rey de cielo y tierra, que nos crió y redimió y nos hace cada dia que amanece millones de mercedes, que un hijo suyo que nos ofendió está amenazado y á peligro de gran castigo, y tiene Dios puesta ó toda ó grandísima parte dél, en que este ofendido le perdone; ¿qué corazon hay tan protervo, que no se eche á los piés de Dios delante de una imágen suya y le ruegue por su Hijo? O ¿quién duda que, siendo Dios el rogado, que tanto gusta de serlo, y el ofensor hijo suyo, que él crió y redimió con su sangre y engendró en su Iglesia con tan graves dolores, y el que ruega tambien su Hijo, y convidado á rogar, que no será aceptísima al Señor tal oracion y de gran merecimiento? Pues desde esta hora perdono, Señor, á los que mal me quieren y á los que en cualquier manera, sabiéndolo yo ó no lo sabiendo, me han ofendido; y te ruego, Señor, hayas misericordia dellos y de mí, perdonando nuestros yerros y pecados, pues nosotros nos perdonamos, y esta quiso tu bondad que fuese la razon de tu perdon.

DISCURSO VII.

De otra razon para perdonar injurias, que es el daño que nos viene de no perdonallas.

Son los hombres tan amigos de sí mismos y tan enemigos de su daño, que cuando por las razones dichas no queden convencidos á perdonar sus injurias, lo quedaran por huir por ese camino sus proprios daños; los cuales nacen muchos y muy graves de no querer perdonar, sino perseverar porfiadamente en el deseo de la venganza de quien se las hizo; de los cuales, aunque no hubiera otro sino el que consigo trae el pecado mortal, cual es por la mayor parte esta dureza, habia de bastar para vencer cualquier enojo y dificultad, pues no puede haber ni imaginarse otro estado mas dañoso y miserable que el del que está en pecado mortal, aunque sea el infierno, si se diese sin él, traido á comparacion; de donde, habiendo de ser una de dos, mas querrian los bienaventurados el infierno para siempre sin pecado, que no con él todos los bienes y contentos del mundo; porque aquel solo se llama á boca llena mal, y sin él ninguno merece propiamente ese nombre, sino es mirado de algun lado; y así, viene con él toda la desdicha y miseria que puede imaginarse. Es un viento solano que agosta todo el campo, corta los pimpollos, marchita y quema las flores; una avenida que todo lo lleva á barrisco, sin dejar nada de provecho. ¿Qué se podrá hacer de un sarmiento? (Dice Dios por un profeta, por el cual es entendido el pecador: Todo sarmiento que no llevare fruto será cortado y echado en el fuego). ¿Si se podrá hacer una lanza, un virote ó una estaca? Ninguna cosa, sino un tizon; porque ni le queda jugo de devocion, ni ojos para ver el cielo, ni orejas para oir la doctrina, ni bueno para súbdito ni para perlado, ni para curar un enfermo ni para aconsejar un necesitado; vaso de afrenta para echar las inmundicias, privada de Satanás. El que peca, dice, en vano, perderá muchos bienes. ¿Qué hay que preguntarme? dice Samuel. Hombre que Dios se ha apartado dél, ni en muertos halla acogida ni en vivos. Cain ¿qué turbado, encartado, para que le mate quien le hallare? Y ¿qué mas ejemplo que el de Adan en pecando, qué grosero quedó, desnudo, vergonzoso, cruel con su mujer y grosero, echándole la culpa, consigo confuso, con Dios necio, huyendo dél, que en todas partes está temeroso? Finalmente, es el pecado una cifra de todos los males y miserias, es pobreza, es vergüenza, miedos, calamidades, destruicion, hambre, desnudez, muerte; lo cual, por resumirme, se encierra todo en una palabra que Bersabé dijo á David, temiéndose al tiempo de su muerte que quedase por sucesor del reino otro que su hijo Salomon; entre otras razones que le dijo, la una es: Y vendrá á ser señor, que cuando el Rey mi señor durmiere con sus padres en paz, mi hijo Salomon y yo quedarémos pecadores. No quiere decir que será pecado no reinar, sino tanto como decir quedarémos á puertas, perdidos, miserables, pobres, deshonrados, confusos, avergonzados, hollados de todos y llenos de todos los males. Avisadamente lo dijo y con brevedad, como los reyes quieren ser hablados, por los muchos negocios que siempre tienen.

De manera que bastará ser pecado este de la venganza para que huiga todo el mundo dél, y salir con presteza del enojo con su hermano; porque, aunque esto es cosa que conviene á todo pecado mortal, pero san Juan Damasceno dice que este es nefario, porque los otros pecados duran poco en el alma, porque al cabo de una hora están fuera della; si es un estupro, dentro de una hora es ya pasado; un hurto, dentro de una hora está acabado, y fácilmente se hace dentro della penitencia; un homicidio malo es, pero dentro de otra hora se acabó y se arrepintió el homicida; pero el vengativo todas las horas peca, porque trae el pecado en el pecho, aunque entre en el templo y esté rezando, pues su oracion no puede ser pura mientras el corazon está dañado contra su hermano; así que, nunca vive sin pecado ni hace limosna, aunque la haga, porque el alma sin caridad ni se mueve á misericordia ni la hace. Hasta aquí son palabras de san Juan Damasceno, á las

que les añadamos otra: que mientras mas dura este pecado, peor es y mas dañoso, porque el corazon se va cada dia con la costumbre mas endureciendo; y así, dice san Agustin: Trabajad mas en componer vuestras porfías que en conservarlas; porque, así como el vinagre corrompe el vaso si mucho está en él, así la ira corrompe el corazon si dura hasta otro dia. Pues si esto dice este doctor, ¿qué será de la que dura un mes, y qué de la que un año entero? Pues esta es la diferencia deste pecado á los demás, que este vive de asiento en el corazon, y los otros pueden y suelen ir de paso. De aquí se entienden los daños tan grandes que hace en él; de los cuales san Juan Crisóstomo dice estas palabras: No querer perdonar al que te injurió, no merece solo nombre de venganza, sino que deshonras á Dios. ¿No miras, necio, que la hora que te dispones á vengarte del otro no haces mas que meterte en infinidad de males y hacerte cruel y sangriento contra tí mismo? ¿Qué piensas? No buscas otra cosa sino una soga con que te ahorques, una espada con que degollarte, una sepultura para enterrarte vivo; por tanto, no pongas los ojos en el que te injurió ni en la gravedad de las injurias, sino en Dios, que te manda perdonalle; y sabe que cuanto mas dificultad en esto hallares, tanto mas largamente te premiará. Hasta aquí san Juan Crisóstomo. Y en otra parte dice: Considera uno que quiere vengarse cuál anda furioso, despedazado de ira, levanta mil ondas de pensamientos, comienza mil caminos, acometido del miedo, con mil pavores, cómo lo hará, cómo le sucederá, destruyéndose á sí primero que al que ha de injuriar; pero el que perdona cuán al revés, y con razon, todo lo que quiere hace, porque está en su mano el perdonar; pero el vengativo no, que es menester aguardar sazon y lugar, engaño, maleficio, armas, ardides, ofensiones, lisonjas, seguridad, disimulaciones, etc.

Declaremos un poco mas este negocio. Cuatro maneras hay de bienes en esta vida que procuramos haber y conservar; y por el consiguiente, hay cuatro maneras de daños que padecer, á los cuales todos los demás se reducen, hacienda, honra, vida y alma; á todos estos hace el que trata de vengarse increible perjuicio: á la hacienda, en los gastos que se hacen hasta alcanzar esta miserable empresa, que acaece irse en esto toda una hacienda; de la cual para otra cosa, aunque sea de su regalo ó necesidad, no hay hacerle gastar un real, pero ciego de aquella pasion y enojo, no sabe reparar en lo mucho que se gasta; la honra padece con la opinion que ganas de impaciente, intolerable, furioso y mal acondicionado. La fama, porque quedas por inventor de turbaciones y enojos, perturbador de la paz, inquietud de tu pueblo y parentela; los amigos se retiran por no obligarse á hacer mal si te acompañan y ayudan á la venganza; á la vida haces perjuicio, porque ni comes con sabor ni duermes de noche ni tienes un dia bueno; de quien principalmente dice el salmo: Molidos andan en sus desdichados caminos, y no saben qué cosa es un dia de sosiego, porque no tienen delante de sus ojos el temor de Dios; fuera de los temores y peligros, cargado siempre de hierro y de cuidados, insufrible á tu casa, criados, amigos, vecinos y parientes, y sobre todo, enemigo de Dios, que es el último y el mayor mal del alma, que por decille y declaralle mejor hemos pasado ligeramente por los demás, pues todos ellos, en comparacion deste, no son males ni daños, como se comenzó á decir en la sentencia de san Juan Damasceno, y agora se dirá mas de propósito.

§. II.

De los daños que hace en el alma el pecado del vengativo.

Los daños que este pecado causa en el alma, aunque parecen algunos dellos comunes á los demás pecados mortales si en ella duran mucho tiempo, pero ya queda dicho, de parecer de san Juan Damasceno, que, demás de que causa otros particulares, esos comunes se le pueden ahijar por proprios, por traer de su cosecha el durar mucho, pues no se le aliña al vengativo tan brevemente su venganza como él querria; y aun después de ejecutada á su sabor, le queda el aguardar y temer la de su contrario, y la determinacion del replicarla, conforme á la miserable plática que ha comenzado á seguir de los mundanos. Así que, los daños que aquí pondrémos nacen de la perseverancia en el pecado, la cual este tiene en sí casi tan natural. Lo primero, cuán dañoso estado sea el de la perseverancia en un pecado destos está muy claro; porque, lo primero, todo el bien le falta al que está en él, y no hay mal que le falte, ninguna cosa le aprovecha para lo que es ganar el cielo y aumento de bienaventuranza; cuanto bien hiciere todo se le pierde para este fin, aunque para otros aprovecha algo, no con tanta fuerza; así que, aunque esté todo el dia en oracion, aunque dé en limosna toda su hacienda, aunque diga mil misas cada dia, aunque á puros azotes despedace sus carnes, ninguna cosa le sirve; lo cual mas encarecidamente dice san Pablo: Aunque yo predicase como un ángel ó como el mas elocuente hombre del mundo, si me falta la caridad es como si no hiciese nada, sino como un sonido de una campana, que, aunque aprovecha para llamar la gente, no tiene mérito delante de Dios; mas, aunque fuese profeta y tuviese noticia de todos los misterios de la fe, no soy nada sin caridad. Y mas, aunque tenga tanta fe, que pase los montes cuando yo quiera de un lugar á otro, y aunque sea mas rico que Creso y reparta todos mis tesoros en remedio de pobres, si no tengo caridad no vale todo nada; antes si entregare mi cuerpo al fuego ó á la espada ó á los tormentos de los tiranos, si no tengo caridad no me aprovecha nada, entiende para la vida eterna; porque la caridad y gracia de Dios, que, ó son una mesma cosa ó no anda una sin otra, es como un sello, sin el cual las obras, por buenas que sean, no tendrán valor el dia que se registraren ante la majestad de la justicia de Dios; como la firma y sello del Rey se le da á su provision cuando libra por ella alguna cosa al vasallo ó al privado. Otra comparacion de san Anselmo, el cual al hombre sin gracia de Dios compara á la tierra sin semilla; la cual no lleva sino espinas y abrojos, cardos y chaparros, que no son estimados en nada; pero la tierra labrada y sembrada lleva frutos de mucho valor. Pues veamos tú, vengativo, ¿parécete á tí poco que estés como esta tierra sin semilla todo el tiempo que te dura este propósito, y que cuanto hicieres y trabajares sea para arrojar en la calle, sin fruto ni provecho, que co-

mo tal se juzga todo aquello que no merece la vida eterna, para que fuiste criado; ocupándote mayormente, no en esas obras inútiles, sino en mil pecados cada hora, como san Juan Damasceno dice, consultando dentro y fuera de tí cómo te vengarás del enemigo mas á su daño, y encaminando á este fin todos tus pasos, olvidado del bien, para que naciste, y del infierno, que para siempre andas negociando?

Lo segundo, mira que cuando el demonio te ocupa en esos pasos, no solo pretende hacerte dar de ojos en ese pecado tan grave, sino entre tanto que vives en olvido de tí mismo, hacerte mil daños en el alma, de suerte que cuando vuelvas en tí te halles destruido de los bienes y fuerzas que Dios puso en ella para defenderte dél. Grande yerro haria el rey de España si quisiese ir á hacer guerra á las tierras del turco, que no le provoca á ella, y dejase á sus reinos sin presidio, porque podrian venir otros enemigos á tomarle lo principal que él posee; como le sucedió al rey David, que, saliendo de Sicelech á pelear, cuando volvió después á ella con su gente halló que los amalequitas habian hecho una entrada y pegado fuego á la ciudad, y llevádose todas las mujeres y los hijos y hijas; lo cual visto por David y su gente, lloraron amargamente su pérdida, hasta que, como dice el texto, no les quedó lágrima que derramar, y quisieron apedrear á David, que habia sido la causa de tan general pérdida de todos, por haberse ido á la guerra sin dejar mas presidio en la ciudad; así acaece al que por ir á pelear y reñir pendencias con su enemigo que le injurió, y ocupar en esto la atencion de sus pensamientos, viene entre tanto el demonio y pone fuego á todas las buenas obras, que son el edificio de la gloria; captiva el entendimiento con malas y falsas opiniones y errores, escurece la memoria de lo que debemos obedecer y agradecer á Dios, enflaquece la voluntad, causando en ella un enfado de las cosas del cielo; turba y hace trampantojos á los sentidos; al fin, todo lo destruye, y deja al hombre tal, que cuando viene á ver acabada su miserable venganza, halla materia para llorar eternamente y sin remedio, sino es pidiéndole á Dios, á quien tanto tiempo há que trae ofendido y enojado, con muchas lágrimas, y tan desesperado, que parece que todo el mundo le quiere apedrear y él no se puede sufrir á sí mismo.

Pues es el peligro á que con tu atrevimiento loco te pones en acostarte con un pecado mortal pegado al alma; no hay lengua humana que lo pueda encarecer, pues mas tardarás en morir, aunque sea muerte arrebatada, que en bajar á los infiernos á padecer una muerte sin muerte ni fin. El atrevimiento loco dije, porque no tiene que ver con el que un hombre tuviese si solo él se atreviese á salir contra todo el campo del turco; pues aquí no se aventura mas que una muerte corporal, y tú aventuras la del alma para siempre. Cuán loco seria el que, habiendo afrentado públicamente con una bofetada á un presidente ó á otro semejante personaje, sabiendo mil gentes y oficiales de la justicia salido á buscarle por todo el reino y fuera dél, con certidumbre que en cogiéndole habia de ser atormentado y despedazado, si aquella mesma noche se fuese él mismo á acostar sin temor ninguno á la puerta de la cárcel con su cama, ¿qué diria el mundo deste tal? Qué mayor locura puede imaginarse? Pues mucho mas loco y desatinado es el que, sentenciado á los infiernos por haber afrentado cuanto es de su parte á Dios, mayormente estando en el mesmo propósito, y de afrentar con él á su hijo y siervo y amigo, y se vaya á dormir á las puertas de la muerte, donde hemos visto muchos no despertar vivos, sino como aquel Sisara de quien cuenta la sagrada Escriptura que, por andar de guerra contra los siervos de Dios, pensando dormir y descansar de aquel trabajo grande en que andaba, después de haber bebido la leche que aquella mujer le dió, comenzó á dormir descuidado, y despertó en el infierno con un clavo que ella le atravesó por las sienes; así es el que anda ejecutando venganzas contra los hijos de Dios, que el mesmo mundo que le lisonjea y le hace la cama donde descanse, le da aquella dulce y descansada bebida de la lisonja por su mesma mano; suele muchas veces, acostado con pensamiento de descansar su corazon, recordar en el infierno para siempre jamás, de la manera que aquel loco delincuente que deciamos, es fácil de entender que, durmiendo á la puerta de la cárcel, amaneceria dentro á la mañana.

Pues si esto es así, no queda otro mejor consejo que el de san Pablo: Hermanos, los que sois agraviados y provocados á ira y enojados, mirad que no venga á ponerse el sol sobre vuestro enojo; porque de locos es ó muy desalmados, ya que han caido en algun pecado mortal entre dia, duralle tanto, que se acuesten sin salir dél á la noche, ni sé yo cómo sea posible, teniendo un hombre juicio, poder pegar los ojos con este cuidado y peligro; que si el otro príncipe compró las almohadas de la cama de la almoneda de un mercader vasallo suyo, que habia vivido con muchas deudas, diciendo que era imposible haber podido dormir su dueño teniéndolas, sin que aquellas almohadas tuviesen alguna virtud de pegar sueño, ¿qué será de las deudas que debemos á Dios, que son tanto mas graves, y que puede Dios ejecutar por ellas al plazo que quisiere, sin que nadie pueda estorbárselo? ¿Cuánto mas razon tendrá este que se acuesta en pecado de no pegar los ojos, y cuánto mas valieran sus almohadas si de pegárselos tuvieran virtud? Espantado desto el profeta Ecequiel, decia, prosiguiendo este pensamiento: Pusieron sus espadas y cuchillos debajo de sus cabezas; estos son los que andan muy seguros y duermen en pecado mortal, los cuales viven á peligro, como quien tiene por almohada muchos cuchillos ó espadas en la cama, que no está un canto de real de la muerte.

Otros muchos daños recibe el alma con este vicio, y no es el menor que, habiendo el hombre tanto menester la misericordia de Dios para el perdon de sus pecados, por el mesmo caso se hace inhábil el vengativo para alcanzalle de Dios, sentenciada la inhabilidad por su mesma boca; porque cuando se llega á rezar la oracion del Padre nuestro, donde la ha de pedir, lo pide así á Dios, que no haya misericordia dél ni le perdone sus pecados, pues que dice: Señor, perdóname mis pecados de la manera que yo perdono á quien me ofendió, que es una cosa de las que mas admirados tiene á los santos, que hayn hombres de tan poco juicio, que no

miren lo que rezan. ¿Qué dices, hombre? ¿Sabes lo que dices? Sí sé, pido á Dios perdon de mis pecados; pues ¿no miras que pidiendo ese perdon le pides que te lo niegue, pues le dices el modo y el tanto como te ha de perdonar, y ese modo te condena por tu mesma boca, pues dices que te perdone como tú perdonas, y no perdonas tú? Lo mesmo es de los que perdonan á medio perdonar, solo diciendo que no le harán mal, que toda la fealdad y las imperfeciones que tienes con tu hermano, esas pides que tenga Dios contigo; pues dejar de rezar ya ves qué de inconvenientes trae; pues rezar y pedir á Dios lo demás, y no el perdon de tus pecados, ¿de qué te servirá sin esto todo cuanto le pidieres? Dirásme que el remedio será que otro ruegue por tí; pues ¿qué sabes si será oido? A lo menos san Juan Evangelista no lo asegura cuando en su *Canónica* dice: Un pecado hay que endereza y encamina derecho á la muerte; por este no digo yo que ruegue nadie. ¿Qué decis, san Juan? ¿No es caridad rogar unos por otros? No nos dejó el Señor la oracion del Padre nuestro, en que rogásemos cada uno por todos? No rogamos el Viérnes Santo por infieles, turcos, herejes y descomulgados? ¿Qué mas pecado puede ser este? No quiere decir san Juan que no roguemos por ellos, sino que no dará él firmado de su nombre que esa tal oracion será oida; que no le pidan á él cuando hobiere predicado que roguemos unos por otros, si caso no se oyó la oracion por el que no perdona á su hermano. Y si dijeres que quizá no habla san Juan de ese pecado cuando dice que hay un pecado que encamina á la muerte, yo he visto quien lo entiende de ese, y aun de todos los que son en agravio del prójimo; pero á lo menos no me negarás que el Sabio lo dice claro con el mismo espíritu que san Juan. El hombre guarda el enojo contra el hombre, y se viene al templo á pedir remedio para su alma, siendo él hombre, no le quiere él dar á su hermano; que quiere decir, siendo flaco, que cada dia ofende á Dios, y de naturaleza flaca, que nadie le asegurará que no caiga él en la falta por que se enoja con su hermano; y con todo eso, no quiere ablandarse á perdonar, y viene á los pies de Dios á que se ablande con él; y como presuponiendo que Dios no le oye á él, dice luego: Busquemos quien ruegue por él; pero ¿quién habrá que ruégue y alcance perdon de sus pecados? Y luego concluye diciendo: Acuérdate del remate de la vida, y deja de andar con enemistades, y no amenaces á tu prójimo con la muerte, porque los mandamientos de Dios te amenazan con corrupcion y muerte; acuérdate del temor de Dios, y no te enojarás con tu hermano; y acordándote de su ley, no harás caso de la ignorancia del prójimo, que así llama á la ofensa ó injuria que el otro le hizo, porque por la mayor parte procede della, y harta ignorancia es ofender á nadie, aunque sea de malicia; y luego va prosiguiendo y amonestando que no demos ocasion á enemistades, que enojan mucho á Dios.

Tambien es certísimo que Dios tiene amenazados á los que tratan de vengarse, como parece en muchos lugares de la sagrada Escritura. Por Ecequiel amenaza á los idumeos y á los amonitas, moabitas y palestinos, por haberse querido vengar; y aunque á todas estas gentes lo dice, pero mas claro á los idumeos, diciendo que ha de trocar las manos, que porque se vengaron de los de su pueblo dice que él no dejará dellos hombre á vida por mano de los israelitas. De manera que al cabo de mucho trabajo y de muchos daños viene Dios á burlar tus intentos, porque lo que en la venganza pretendes es hacer bien á tí y mal al prójimo; y eso ordena Dios que salga al revés de lo que tú piensas, y que el enemigo quede contento, y tú las manos en la cabeza; y muchas veces sea su contento á costa de tus bienes, mayormente cuando él está conocido y arrepentido y pide perdon; de lo cual dice el Sabio: Cuando cayere tu enemigo no te alegres de su caida, porque viéndolo Dios no se ofenda de eso, y le quite al otro la pena y trabajo y te la pase á tí: así lo entiende san Agustin. Y pues de solo holgarte del trabajo de tu enemigo, que Dios le envia, te sucederá este trueque, ¿cuánto mas en el que contra la voluntad de Dios y en ofensa suya tú le procuras? Esto es lo que David tambien decia: Serán cazados con los mesmos consejos que trazaron. Y lo que en el libro de *Job*, que sabe Dios traer á los malos consejeros á loco y desatinado fin, que es, despues que uno tiene quebrada la cabeza trazando sus negocios, hace Dios que, por mas avisado y bien encaminado que vaya al parecer el consejo, se halle hecho necio, y todos le juzguen por tal, cargando sobre su cabeza lo que él queria cargar sobre la de su enemigo.

Pues si tantos daños vienen desta determinacion á tí, que la tienes, y á veces ninguno al que piensas ofender, ¿qué locura es querer sacarte á tí dos ojos, por sacar uno á tu enemigo, que por ofendelle en lo temporal pierdes eso y lo espiritual? Ofendes á tu hermano, á tu Dios, á tu hacienda, á tu honra y á tu vida y alma; de manera que ninguna vez pones mano en la venganza, que no sea contra tí mesmo y para hacerte mal. Pues aunque no hagas otra cuenta, no debes tratar mas de venganza, como lo hizo Laban cuando salió airado trás su yerno Jacob, con pensamientos de vengarse, que cuando llegó á alcanzalle, al tiempo que le habia de hacer mal, demás de haberle Dios mandado que no lo hiciese; mirado bien todas las cosas en que le podia dañar, halló que eran suyas, Jacob era yerno, Raquel era hija, los hijos, sus nietos, la hacienda era suya, y esto le dió por razon para no hacelle mal, diciendo: Tus hijos son mios, y mio tu ganado y cuanto veo; ¿qué mal podré yo hacer á mis nietos y á lo que es mio? Vén acá, seamos amigos y concertémonos, y sea esta piedra la escritura y Dios el juez, y castigue al que de nosotros quebrare esta amistad. Esta mesma cuenta hicieron los sabinos que peleaban contra los romanos, que les habian llevado sus hijas y casádose con ellas contra su voluntad, que se asomaron las hijas á la muralla, diciendo: ¿Qué haceis, hombres, que peleais contra vuestra carne? Todos cuantos aquí pretendeis matar y acabar son vuestros nietos ó hijos ó yernos; y así, dejaron la batalla y se hizo perpetua amistad. Así lo cuenta Tito Livio, y Lucano lo alega, diciendo de la muerte de la hija de César, mujer de Pompeyo, que si ella viviera, ella los concertara, como las mujeres sabinas á suegros y á yernos. Lo mesmo has tú de hacer, que todo el mal cae

sobre tu cabeza y el daño en tu mesma casa. Cuando un hermano mata á otro, aunque mas dolor sienta el padre ó la madre, no siguen la causa ellos ni los hermanos contra el matador, antes le esconden, y si se hacen parte, es para partir mano de la queja, porque todo el daño que sucediere les cae en casa, como hizo la Tecuytes en lo que pidió á David, para que él entendiese lo que iba en perdonar á Absalon la muerte de su hermano. Así somos hijos de Cristo, hermanos, y encomendados unos al cuidado de otros; y cuando otra cosa no fuera, todos somos miembros de Cristo, y cuando un pié pisa al otro no le cortamos, cuando los dientes muerden á la lengua no los sacamos ni quebrantamos; así acá, si el otro miembro de Cristo te hizo mal, ¿para qué le quieres arrancar? si su hacienda quieres que se gaste ó la honra, tambien se gasta la tuya, y tu vida, salud y quietud, y lo que peor es, el alma padece, y pierdes á Dios, á quien tan de espacio estas ofendiendo; y al revés, en tu cuerpo no tienen unos miembros envidia de otros; cuando la boca habla, el ojo se rie; cuando alaban la cara, se alegra el ojo, y de la disposicion buena de estómago se para alegre el rostro; lo demás seria locura en el cuerpo natural; ¿por qué no lo será mayor en el cuerpo místico de Cristo, cuyos miembros somos los cristianos? Pues amémonos todos, conformémonos, ayudémonos y perdonémonos, que así será todo bien multiplicado, el hombre quieto y Dios alabado y servido.

DISCURSO VIII.

De otra razon de perdonar injurias, que es los muchos y grandes provechos que del perdonar nos vienen.

No faltará á quien le pase por el pensamiento que, pues tanto nos fatigan los enemigos, y del no perdonallos vienen tantos y tan grandes daños, si fuera mejor que no los tuviéramos, sino que viviéramos todos en paz, entresacando Dios, pues tiene el poder, á los que con su mala vida perturban la de los pacíficos, y los llevara á otras tierras; mayormente después que un unigénito Hijo trajo la paz al mundo tan á costa suya; y el profeta Esaías habia profetizado que todos habian de vivir en paz, debajo de la metáfora de las lanzas y espadas, que dijo que se habia en tiempo de Cristo de fundir y hacer dellas rejas de arados y hoces de segar, significando por ella la paz general, y con ella, la fertilidad de la tierra, y que los animales bravos se habian de volver mansos, de suerte que todos comiesen en un mesmo pesebre, y que el leon ya no habia de comer carne de animales, sino paja y heno como el buey; y todo lo declara luego con decir que no habia de haber en este tiempo guerras, ni para qué ejercitarse en ellas, ni quien echase mano á la espada contra otro, porque todo el mundo viviria en paz y amistad. ¡Qué contento fuera ver los hombres pacíficos, sin pleitos, sin audiencias, sin armas, sin pólvora, sin murallas, sin tanta turbacion como en el mundo se usa entre reinos y reinos, ciudades y ciudades, personas y personas! Como dijo el poeta tratando de la edad de hierro en que él vivia y agora vivimos.

Vivitur ex rapto non hospes ab hospite tutus
Non socer à genero fratrum quoque, gratia rara est.

Vívese do quiera de robos, no hay huésped seguro de su huésped ni suegro de su yerno, y aun entre hermanos se halla pocas veces amistad.

Pero ni aquella profecía de Esaías se entiende de paz tan general como esta, ni aun Jesucristo dice que fué su venida (en cierto sentido) á componer las personas de las provincias, pueblos ó casas, pues dice que vino á poner fuego á la tierra y apartar los padres de los hijos, y los hermanos de los hermanos, y las nueras de las suegras, etc. Pero lo que aquí se puede decir es, que á los malos y á los perseguidores los dejó entre los buenos, no solo por su providencia, sino por su gran misericordia; así como dejó pobres y ricos juntos por el provecho espiritual de los unos y de los otros, como dice san Basilio: ¿por qué te sobra á tí, y el otro mendiga? ¿Piensas que es eso acaso ó que son méritos del rico y pecados del pobre? engañaste, que no es sino porque el uno y el otro alcance el cielo, el rico con la buena dispensacion de su hacienda, y el pobre con la humildad y paciencia.

San Agustin dice: Nadie piense que los malos están de balde y por demás en este mundo, y que Dios no saca algun bien de su malicia; que todo hombre malo, ó vive en el mundo para su conversion, ó vive para ser verdugo y azote con que Dios ejercita al bueno; si no, dime, ¿qué fuera de Josef si no fuera perseguido? ¿Cuánto aprovecharon las persecuciones de Saul y Absalon á David, y cuánto ilustraron las suyas á san Pablo? No se pueden decir en pocas palabras los bienes que el bueno tiene en este mundo con las persecuciones del malo, si sabe aprovecharse dellas, y no huir ni espantarse. Al principio del mundo, después del pecado, espantábanse los hombres de todas las bestias y huian dellas; pero después, con la industria y con saber domallas, no solo ya no temen á algunas dellas, pero sírvense dellas y les son de gran provecho; así son los malos calumniadores y perseguidores, que á los principios espantan al justo y le atemorizan y entristecen, pero si tienen industria y maña y se hacen á domarlos con la paciencia, no solo pierden el miedo á sus persecuciones, mas sírvense dellos con gran interese de su alma; y lo mesmo hacen los capitanes diestros, que los tiros de artillería de quien recibieron mucho daño en la batalla, no los hunden ni quiebran cuando los han ganado, sino guárdanlos para su provecho y defensa, aun contra los mesmos enemigos; de manera que lo que tú tienes, hermano, por daño, y te parece que hiciera Dios bien en quitártelo de delante, eso es de gran utilidad y provecho, si tú te sabes valer y aprovechar dello. Dice la Escritura, refiriéndola san Pablo, que está escrito que de los dos hermanos Esaú y Jacob que el mayor habia de servir al menor. San Agustin anda buscando por la Escritura, y no halla que Esaú haya servido á Jacob; y así, dice que le sirvió, no obeciéndole, sino persiguiéndole. Sirvióle, dice, como la lima ó el martillo al oro, como la piedra del molino al trigo, como el horno al pan, que se cuece él y el horno se quema; como el carbon en la fragua del platero, que él se consume y el oro se afina y se prueba; como los perseguidores á los mártires; finalmente, como los malos á los buenos. Llámase mayor el pecador, porque son muchos; llámase servir el perseguir, porque ningun mayor servicio les pueden hacer á

los buenos que perseguirlos y ofendellos; de manera, dice este santo, que cuando injuriare el malo al bueno, no tiene de qué engreirse, y por el contrario, digamos que tiene el bueno mucho de que alegrarse; y así, dice el mesmo doctor, continuando lo que sobre el salmo dice: Ojalá se convirtiesen y fuesen con nosotros perseguidos y ejercitados; ¿Qué decis, santo doctor? ¿Por qué deseais persecuciones á los malos después de convertidos? Porque me hallo yo tan bien con ellas y conozco que son de tanto provecho, que la caridad, que me obliga á desear su conversion, me obliga tambien á desearles persecuciones.

David dice de sus enemigos que le cercaron como abejas y echaban fuego como fuego de espinas. Son dos comparaciones que lo declaran todo: lo primero como abejas; dejemos el mal que ellos reciben, que aquí se significa por el de la abeja que, aunque pica, deja el aguijon y luego muere; no tratamos sino del bien del injuriado, quiere decir David que, así como las abejas lo andan y trabajan, rodean y cercan el corcho de la colmena, hinchen las casillas de miel suavísima y cera; así á los enemigos, si los dejamos y no los irritamos, hinchen nuestra alma y sus casillas, que son sus potencias, de suavísimos licores para Dios y para nosotros; y esotro que dice que como fuego de espinas, es que para que la tierra dé fruto, si tiene espinas, es necesario quemarlas, y así se pone fecunda para fructificar; así los que tienen pecados, que son las espinas del alma, quemándolas con las injurias y persecuciones de los malos, queda el alma dispuesta para fructificar y llevar admirables fructos; lo cual tambien se da á entender en las palabras que Cristo dijo, que amásemos á los enemigos para que fuésemos hijos de Dios; porque esta diferencia hay del hijo del pastor al hijo del rey, que el del pastor, en sabiéndose tener en pié, luego le envian al campo con el ganado, libre y suelto, sin encaminalle mas en lo que debe hacer sino lo que él quisiere; pero al hijo del rey luego le dan su ayo y maestro, y todos son para lo enseñalle crianza y para que le repriman la mala palabra y el mal deseo; así los que son hijos de Satanás luego los envia entre los puercos, con su libertad, como envió al hijo pródigo; pero al hijo de Dios da el mesmo Dios luego sus ayos, no uno, sino mil; que al rey y señor y al rico, uno le cuesta sus dineros, pero aquí tienes todos los enemigos que te persiguen por ayos, que no te dejan desmandar, mides las palabras, recátaste en el andar, en el comer y hablar, sin que te cuesten un maravedí tantos ayos dados de la mano de Dios. Lo mesmo entenderá quien quiera por otra comparacion: cuando un entallador labra de espacio una imágen, puede, aunque vaya poco á poco, labrar sin cuidado, porque al cabo de muchos dias halla la imágen como la dejó; pero un jardinero no se puede descuidar tanto, que, aun después de hecha la imágen, tiene necesidad de traer siempre por cima la tisera, porque si forma un san Jorge de arrayan, de allí á dos dias le halla la cara cubierta de lo que retoñece, y el caballo no sabeis si es caballo, porque de dentro le sale la yerba que lo disfigura. Los perseguidores no sirven sino de tenernos siempre hermosos y perfecta la imágen que Dios forma en nosotros; porque, como nuestras malas inclinaciones salen siempre demasías de pensamientos, de antojos, de palabras, de excesos, de risas y de otras cosas, tiénelos el soberano Hortelano por tiseras para ir cortando las superfluidades que la cubren y afean en los ojos de Dios; sino que el poco cuidado y menos estimacion que tenemos de andar siempre limpios delante de su presencia divina, nos hace tenella poca de quien tanto bien nos hace. Plutarco decia que era necesario tener cerca algun gran enemigo para que fuese juez de nuestras obras, porque nuestro amor proprio no nos deja ser buenos. Diógenes decia lo mesmo, que para vivir uno virtuosamente tenia necesidad de fieles amigos (que no los hay cuales son menester) ó de crueles enemigos. Este consejo seguia Filipo, rey de Macedonia, padre de Alejandro, cuando decia que se holgaba de tener ofendidos á los atenienses, porque de su maldecir entendia sus faltas, y procuraba sacallos mentirosos. Y á la verdad, así como el amor proprio ciega al hombre para no ver sus faltas, así es probable que cegará á su amigo, aunque sea fiel y verdadero, pues le ama como él se ama; de manera que, aunque el fiel amigo es bueno para decir al amigo las faltas, pero no para conocellas; pero el enemigo dícelas y conócelas con agudeza; y por eso decia David: Mas que mis enemigos me heciste prudente, que es gran ponderacion, diciendo allí que entendia mas que los que le enseñaban y que aun mas que los viejos, que los unos las letras, á los otros la experiencia hace sapientísimos; y dice que le hizo Dios mas prudente y agudo que á sus enemigos, porque no hay gente mas aguda ni de mas delgada vista que ellos en las faltas de sus enemigos; y esta fué la causa por que el Redentor, para mostrar su inocencia y limpieza de vida, quiso que fuese examinada por sus mortales enemigos en tiempo que mas rabiosa tenian su pasion, que fué cuando les dijo: ¿Quién de vosotros me podrá convencer de algun pecado? Así que, gran provecho tenemos por esta parte de los que nos persiguen y hacen mal, si sabemos servirnos dellos como el que de las víboras y alacranes tenemos para excelentes medicinas. Dejo de decir lo principal, que nos hacen merced con el ejercicio de la paciencia, que esto apenas se conoce hasta que nos entregue Dios el galardon dello. De un ermitaño se lee que tenia otro que le daba mil pesadumbres con cosas que le fatigaban, y á la hora de la muerte le mandó llamar y le tomó las manos y se las besó mil veces con lágrimas, diciendo: Benditas sean manos de que yo tanto bien he recebido, diciéndolo por los trabajos que le habian causado; y lo mesmo se lee de un viejo seglar que hizo con un vecino de quien habia recebido muchas persecuciones y pesadumbres, porque á la hora de la muerte se estiman estos bienes, que es el tiempo del conocer las cosas todas cuales son, con desengaño.

Una cosa podemos añadir aquí, y es, que cuando el perdon y sufrimiento de las injurias llega á amar verdaderamente al enémigo (que si es perfecta paciencia, no cree san Gregorio que no llegará, porque si no llega, no lo será), aunque el amar al amigo sea mas meritorio de parte de lo que se ama, porque es bueno, y el enemigo malo; pero de parte de la dificultad y del seguro que hay de que aquel amor es por puro Dios, mas me-

ritorio es el amor del enemigo; lo cual se entenderá por este ejemplo: mas luz y mas calor nos da el sol cuando un patio de una casa está descubierto que no cuando hay toldo, que para eso le ponen el verano, para templar la luz y el sol, porque se detiene el calor en el lienzo, y no deja pasar tanto como pasara sin él; así cuando amas al amigo, como él es capaz de amor, todavía le cabe parte del que tienes, aunque le ames por Dios; pero cuando es igual á este el del enemigo, como no tiene donde parar (pues el enemigo no tiene razon por que sea amado), todo el amor pasa de claro á Dios; esto es, que lo que le cabe al enemigo de amor, todo es por Dios; pero el amigo todavía se ama por sí algo, aunque referido al mesmo Dios. Así que, muchos y muy grandes bienes corporales y espirituales se ganan con esta paciencia y perdon de injurias y agravios, demás de la paz interior y exterior con que se vive, y aquellas esperanzas tan vivas, y no cortadas con tristezas ni enojos, de gozar la vida eterna, con el que nos mereció la paz; y la mesma gloria, que es el Redentor del mundo, Jesucristo nuestro Señor.

DISCURSO IX.

De las excusas que los vengativos dan de su mal propósito, y de la respuesta dellas.

Viven los mundanos tan rendidos á las leyes de su mundo, y por mejor decir, tan presos y engrillados en sus prisiones, que no me espanto que con las razones de los discursos pasados, por muy fuertes que son, no se hayan convencido. Luego se les ofrece este monstruo espantoso, y á su parecer invencible, del qué dirán y el parecerles que su honra, sin la cual no pueden vivir en el mundo, viene á menos muy apriesa, si conforme á las leyes del duelo y de las que el mundo platica no se vengan de sus injurias y daños, porque serán tenidos por cobardes y menos hombres que aquel de quien recibieron la injuria. A lo cual responde el bienaventurado san Gregorio, diciendo: ¿De dónde nos nace esta voz en el corazon en odio de la paciencia, sino porque tenemos el corazon enclavado en las cosas viles, y buscando la gloria y honra en la tierra, tenemos en poco agradar al que nos ve desde el cielo?

Muchas veces nos tiene Dios avisado que no podemos servir á dos señores, y Santiago lo dice claro: El que quisiere ser amigo deste mundo, por el mesmo caso se hace y declara por enemigo de Dios. Pues ¿qué mayor ceguedad puede venir á un hombre que negar á su Dios por el mundo vano? Ya si pudieras cumplir con ambos, bien; pero ya ves aquí que en ninguna manera lo puedes. Pues ¿cómo dejas el sumo bien por una máscara de contento? Dice un profeta: Si supieres y quisieres apartar lo precioso de lo vil, serás como boca mia. Esto es, si escogieres á Dios y negares al mundo, si la honra de Dios estimares mas que la del mundo, si honrares á Dios y menospreciares al mundo. Pues si tú lo haces al revés, que desprecias y tienes en poco á Dios por obedecer al mundo, ¿qué juicio es el tuyo, ó qué esperas de Dios, si dices, qué dirán? Dígote que la hora que te sujetares á esa bestia del vulgo con tantas cabezas, jamás harás cosa á derechas, ni aun mala, porque el vulgo en todo pone tacha. Pero ¿cuántos yerros tiene la sabiduría de los hombres, que, como dice san Pablo, es enemiga de Dios. Y esto porque Dios es la verdadera y certísima sabiduría, que no padece falta ni error. ¿Cuánta ignorancia hay en el mundo, y mayormente en juzgar quién es bueno ó malo, digno de honra ó de desprecio? De san Agustin se cita comunmente que muchos cuerpos son honrados y venerados en la tierra, cuyas almas arden en los infiernos: entiende tú por venerados, honrados con sepulcros costosos, con voz de vulgo, con historias y corónicas. Luego el vulgo poco acierta en quién ha de loar y honrar. Ellos se conocerán el dia del juicio cuando digan: Nosotros, locos y desatinados, juzgábamos su vida destos por locura, y que habian de acabar sin honra (entienden por los justos), y véislos aquí contados entre los santos, hijos de Dios. No es regla la de los ojos del mundo para fiarte della, ni hay otra sino la de Dios; por lo cual decia san Pablo: Quien quisiere honra, búsquela en Dios, que no digo yo el honrado del mundo, sino el que de sí mesmo se contenta (que sabe mejor lo que hay dentro de sí que el mundo), no por esto será aprobado y canonizado, sino al que Dios alaba y juzga por bueno, porque su balanza es la que es infalible. En otra parte lo dice san Pablo mas claro, poniendo tres maneras de juicios de los méritos de los hombres, cuando dice: Mirad, yo no estimo en nada que me juzgueis por bueno, ni que el mesmo mundo me alabe, que no tiene buenos ojos para conocer, porque ni ve las intenciones, ni aun lo que ve sabe calificar, pero ni aun de mí mesmo juicio me fio; porque, aunque no me acusa la consciencia de pecado ninguno, podria ser que á mis ojos, con el amor propio, se me escondiese algun pecadillo siquiera venial; pero el que con sabiduría y rectitud me juzga y me ha de juzgar es el Señor, que penetra con los ojos de su sabiduría mucho mejor mis pensamientos y mi alma que yo, y es el que el dia del juicio y desde luego os descubre lo ascondido de vuestro corazon, y manifiesta sus consejos. Luego, segun esto, loca razon es el qué dirán; y mas dejando á un lado el qué dirá Dios. Y pues al mesmo Cristo, que era la mesma luz, y la mesma inocencia, le pusieron en el mundo tachas, ¿qué espera el que las tiene tantas y tan grandes? O ¿de qué sirve que el mundo calle las tuyas ó las alabe, si Dios y tu consciencia te están acusando? Y ¿qué se te da que el mundo te acuse, que tan poco sabe de tí, si Dios te ama y te excusa? Mas ¿qué te ha de dar el mundo, porque le creas y obedezcas, dándote Dios su amor y todos sus bienes, porque olvides al mundo, y le creas y obedezcas á él: cosa tan acertada y tan debida? Luego ya esta excusa no es bastante. Por ventura dices que eres hombre principal, y que á tus riquezas, dignidades y oficios desdora mucho una injuria; que eres príncipe, perlado, cardenal, obispo. Aquí no tratamos de las injurias y desacatos hechos contra la dignidad, que después quizá se dirá alguna palabra; pero las hechas á la persona, aunque puesta en esas alturas, tanto mas bien parece perdonarlas cuanto mayor es la persona ofendida, porque la ocasion cuando el Redentor trató del perdon dellas, fué preguntado san Pedro cuántas veces. Y cuando responde á todos, puso los ojos en san Pedro, como el Evangelio

dice, y claro está que ninguna dignidad en la tierra puede llegar á la de san Pedro, de donde dependen todas las dignidades. Y así parece que del Papa abajo todos están obligados á perdonar, y tanto mejor cuanto mas dignidad tienen, porque tanto mas están obligados al ejemplo de los menores. ¿Qué dignidad puede haber en la Iglesia mayor que la de los apóstoles? Y á ellos dice el Señor: Bienaventurados sois cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os desterraren y maldijeren y os persiguieren, y dijeren de vosotros mal con mentira, por mi nombre. ¿Qué letras, qué dignidad mayor que el apóstol san Pablo? Y él dice que pasaba su predicacion por infamia y buena fama; una vez tenido por verdadero, otra por engañador; san Juan Baptista, alabado de boca del Señor por mas que profeta y otros honradísimos títulos, y padeció lo que el Evangelio nos cuenta, hasta la muerte tan injusta, sin vengarse. Pero ¿qué andamos contando personajes, habiendo el mesmo Hijo de Dios padecido lo que padeció sin hablar palabra ni volver por su honra y dignidad, respecto de la cual, ninguna lo es en la tierra. Pues el argumento que sacamos de aquí él mesmo lo sacó, diciendo: Si al señor de la casa llamaron Bercebú y otras injurias, ¿cuánto mas á los de su familia?

Cuanto mas que, como san Ambrosio dice, dentro de la ley del mundo es mas honra y gentileza perdonar la injuria que vengarla; porque el que tiene en poco la injuria da á entender que nadie le ofendió ni oyó injuria, ni la sintió si la oyó; lo cual es al revés si la quiere vengar, porque se declara por ofendido, que es descubrir su flaqueza, y que el enemigo pudo mas que él, pues le pudo ofender. Y si juntamos con esto lo que Tertuliano dice, que el fructo del que hiere á otro no es otra cosa sino el dolor del herido, y en él se goza y alegra, y eso fué lo que él pretendió; en mostrando el herido no tener dolor quita el gozo á su enemigo y hace que no haya hecho nada; lo cual es al revés cuando, pensando en la venganza se muestra con dolor de la injuria. De esta razon se valió Caton con uno que le pedia perdon, que le habia herido indiscretamente en los baños. Respondió él: Hermano, nunca tú me heriste, que yo me acuerde; con que quedó tan honrado como antes.

§. II.

En que con ejemplos de los romanos se prosigue la materia deste discurso.

Gran ceguedad es para haber de hacer un cristiano una cosa por Dios, mayormente en que se aventura no ofendelle, el andar saneando todas las cosas para que de lo terreno no se pierda nada, siendo la pretension de Dios en todos los mandamientos suyos, aunque mas en unos que en otros, que por su amor y obediencia se pierda algo de lo terreno. De donde nace que los finos siervos de Dios suelen buscar para servirle aquello en que mas se pierde de lo temporal, por agradalle mas y declarar el amor que de servirle tienen en su alma; pero para los mas imperfectos y menos aprovechados se dicen estas razones, para aligeralles esto que ellos tienen por carga. Y para que se entienda cuán engañados viven en pensar que en perdonar y disimular injurias se pierde honra y estimacion aun en el mundo, el mayor argumento es el de los ejemplos de los que mas parece que le sirven. ¿Qué gente hubo en el mundo mas altiva ni amiga de conservar su honra y ganalla de nuevo, poniéndola en perdonar los sugetos y derribar los soberbios, que los romanos, que padecian tan grandes destierros y trabajos y peligros por solo este fin? Pues una de las cosas en que muchos dellos se señalaron fué en perdonar las injurias públicas y disimular las ocultas, y aun muchas de las manifiestas; sobre lo cual tenemos agudísimas y discretísimas sentencias de muchos de ellos, de lo cual se pueden ver los historiadores antiguos y los que tuvieron cuidado de juntallas, como Plutarco y otros; solo pondré algunas aquí por hacer tanto al propósito y ser para confusion de los cristianos. Marco Aurelio dijo un dia que César habia ganado muchos reinos con su gran poder, Octaviano por herencia, Calígula por las victorias de su padre, Neron por tiranía, Tito por haber vencido la guerra de Judea, Trajano por su propio valor; pero yo (dice) alcancé el imperio por paciencia y sufrimiento, teniendo por mejor sufrir las injurias de los malos con igualdad de ánimo que vencer en guerra los enemigos, ni á los sabios de Aténas en las escuelas; pues la paciencia es mejor que la erudicion y sciencia, porque esta es para enseñar á otros, y la paciencia para enseñarse y vencerse á sí mesmo, y domarse y ser mas de provecho para su república.

De Marco Antonino Pio refiere Julio Capitolino que era tan sufrido, que en el Senado oia algunos que le murmuraban y decian mal dél, y se habia él con tanta modestia y sufrimiento, que los mesmos enemigos quedaban admirados. Pero, por no ser prolijo, solo diré lo que Suetonio Tranquilo cuenta de César en su *Vida*, que las injurias y villanas palabras que en sus barbas le decian las sufria con paciencia; solo aconsejaba al que se las decia que fuese modesto en el hablar; fácilmente perdonaba á sus enemigos, y á los del imperio recebia alegremente cuando se le pasaban, habiéndosele antes rebelado. Tanta era su paciencia, que se confundia Séneca acordándose della, y se reprehendia, diciendo: ¡Cómo! ¿Que no podré yo hacer en mi casa lo que César hacia en todo el mundo? Él era sufrido y perdonaba sus enemigos, y ¿no perdonaré yo la pereza ó negligencia de mis siervos? Decia César que al niño la edad le excusaba, á la mujer el sexo, al forastero la libertad, al doméstico la familiaridad. ¿Es amigo el que ofende? Y como respondiendo por él, añadia: Ha hecho lo que ha querido. ¿Es enemigo? Hizo como quien es. Y concluia: Pues demos lugar al prudente y perdonemos al loco. Pues si estos y otros muchos, no teniendo otro fin sino la honra y gloria del mundo, tanto disimulaban y sufrian injurias, el cristiano, cuyo oficio es desechar la honra y volver las espaldas al mundo por amor de Dios, ¿qué paciencia y disimulacion conviene que tenga? A lo menos la excusa de la deshonra no es bastante, pues no la tenia César ni los demás emperadores por tal.

Pero aun dentro de la ley del Evangelio, juntamente considerada con la del mundo, si alguna deshonra se incurre, no es en el que perdona, sino en el que ofende y en el que se venga de esa ofensa. Así que, por el ca-

mino que quieres ganar ó defender tu honra, por ese mesmo la desperdicias; porque claro está que en ley de mundo se tiene por infamia herir ó maltratar á un hombre flaco, enfermo, y mucho mas un hombre atado de piés y manos, porque allí ni se muestra esfuerzo ni valentía, pues sin resistencia hace lo que quiere del enemigo; y así, mas gana nombre de cruel y cobarde que de valiente; por lo cual la Iglesia en el himno de la cruz, adorando y llamando dulce á la cruz y á los clavos, cuando llega á la lanza la llama cruel porque hirió al Salvador después de muerto, que es como atado del todo, que no puede hacer resistencia; pues el que hiere ó injuria á un cristiano es desta manera cruel y cobarde, porque el cristiano está atado de piés y de manos, no con sogas ni cordeles, sino con la ley de Jesucristo, que se las ató para no vengarse ni aun defenderse en algunos casos; y por eso se llama ley, porque ata á los hombres, de un verbo latino que quiere decir atar; y por eso se lee del bienaventurado mártir san Cristóbal que, siendo herido de una bofetada, respondió : Si no fuera cristiano no te fueras sin castigo. Donde se pareció la fuerza de la ley de Cristo, pues á un hombre tan grande y tan valiente pudo atar las manos para vengarse de aquella injuria; pues siendo cristiano tambien el ofensor, en la mesma cobardía incurre el ofendido que dél se quiere vengar; porque, aunque él se desató de la ley cuando ofendió á su hermano, pero quizá está ya tornado á reducir, y comunmente es así, y aun siempre, cuando viene las manos atadas pidiendo perdon de su delicto. Pues si esto es así, ¿por qué dices que pierdes honra del mundo en perdonar, pues lo cierto es que con el mesmo mundo se pierde con la venganza cuando te vengas de un cristiano, mayormente ya rendido y conocido, pidiendo perdon y rindiendo la espada (que es la voluntad, que fué el primero instrumento de la ofensa) por sí ó por tercera persona?

DISCURSO X.

De lo que en el perdon de las injurias hay de precepto, y lo que es de consejo.

Porque los discursos pasados han dicho y repetido que el no perdonar las injurias pocas veces escapa de pecado mortal; y por otra parte, lo mucho que se gasta en persuadir esta virtud da á entender no haber forzosa obligacion, bien será ver en este lo que es de precepto y lo que es de consejo; no para que solo se haga lo que es forzoso y de obligacion de mandamiento, y se deje lo demás, porque esto es señal de tibio cristiano, querer solo cumplir lo que se manda, sin hacer rostro á mas perfecion; porque, ¿qué gusto tendrias con un criado que solo te sirviese en lo que le mandases la espada sacada? Así es el cristiano, dispuesto á no hacer cosa que so pena de infierno no le esté mandado; porque aunque para alcanzar la gloria y escapar del infierno basta guardar los mandamientos, pero mal se guardarán ellos solos si no se guardan algunos consejos, que son como unos baluartes, que suelen estar junto á la muralla para que el enemigo no pueda fácilmente llegar á ella. Lo que aquí se pretende es, destinguir lo de obligacion de lo que no lo es, para que el cristiano tenga luz de lo que no puede excusar y de lo que puede, por quitar escrúpulos de consciencia al que los tiene y poner cuidado al que no los tiene.

Pues sumando la dotrina de santo Tomás, sacada de san Agustin y de los demás doctores que declaran el santo Evangelio, lo primero que todos tienen sin contradiciones, que el amar los enemigos es mandamiento del Evangelio; lo cual coligen de lo que el Señor dice al principio del sermon del monte : Yo os digo de verdad que si no se aventajare vuestra justicia á la de los escribas y fariseos, no podréis entrar en el reino de los cielos ; y cuando llega al amor de los enemigos declara esta ventaja, que es, que aunque ellos no los amaban, los habeis de amar; y pues la pena de no amarlos es no entrar en el reino de los cielos, claro está que es mandamiento evangélico, pues por solo el quebrantar alguno de los de Dios se niega la puerta de los cielos. Esto declaran los concilios cartagineses 4.°, capítulo 93, donde se manda á los clérigos que no reciban las ofrendas de los enemistados, los cuales están tambien descomulgados en el concilio Agathen., capítulo 22, y es sentencia de muchos santos citados en el derecho, y muchos decretos de sumos pontífices y en el capítulo *Si quis*, 90 dist., manda Fabiano, obispo, que si alguno, viniendo humilde su injuriador á pedir perdon, no perdonare, sea castigado con ásperos ayunos hasta que con alegría reciba la satisfaccion de su hermano. Lo segundo es cierto que no es solo precepto evangélico, sino de ley de naturaleza, y parece ser así, porque contra ella seria una república que por pública ley usase que los hombres amasen á sus amigos, y por autoridad particular persiguiesen á sus enemigos; y por el contrario, se colige que la mesma razon natural manda que se amen todos; la cual tambien manda que no queramos para otros lo que para nosotros aborrecemos; y no hay hombre tan bárbaro, que quiera que sus enemigos se venguen dél. Lo tercero es tambien cierto que fué mandamiento de la ley de Moisen, porque en muchas partes está expreso, unas veces mandando que no se acordasen de las injurias de sus ciudadanos, otras que encaminasen la res de su enemigo si iba perdida; y en los *Proverbios* están las palabras de san Pablo, que si tu enemigo tuviere hambre ó sed, que le des regaladamente de comer y beber. Así que, el ser mandamiento de Dios el amar al enemigo, y lo contrario ofensa suya, todos estos fiadores tiene.

Para declaracion mas particular nota santo Tomás que el amor de los enemigos se puede considerar de tres maneras : una, que en el enemigo se ame su mala obra y intencion y el rancor que nos tiene; y esto no se manda, ni aun se consiente, porque es contrario á la caridad, que ama solo lo bueno y aborrece lo malo, cual es el pecado de tu enemigo, y es natural aborrecer cada cosa á su contrario, y tal es el pecado contra caridad, y este hemos de aborrecer, y no amar, como san Agustin lo enseña, y dice que en este sentido es verdad lo que los antiguos enseñaban : Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; esto es, amarás á todo hombre, que es prójimo, y aborrecerás al demonio, tu enemigo; lo cual dice este santo que en un hombre mesmo puedes cumplir, porque en un hombre, si es malo, tienes prójimo que amar y enemigo que aborrecer; porque

en cuanto hombre, es tu prójimo, y en cuanto malo, no solo es tu enemigo, sino tambien lo es de Dios. Ama pues (dice concluyendo) la carne y el alma de tu prójimo que Dios hizo, y aborrece la malicia que, consintiéndolo él, le puso el diablo en el corazon; lo cual si hicieres con ánimo santo y piadoso, haces el oficio del Médico celestial, que ama al enfermo y aborrece la enfermedad. Hasta aquí san Agustin. La segunda manera, se puede considerar la naturaleza de los que nos hacen mal en general, en cuanto son hombres criados para la vida eterna y redemidos por la sangre de Jesucristo; y así considerados, es necesario amarlos so pena de pecado mortal, y esto dice el mandamiento; de manera que cuando se ofrece el enemigo hemos de aborrecer en él el pecado y amar la persona; lo cual dirás que es dificultoso negocio, como las armas de Alejandro, que eran una sierpe con un niño que le salia de la boca, para dar á entender que era hijo de Júpiter, al cual pintaban en figura de sierpe; dijo uno que eran buenas armas para pintar, pero no para matar la sierpe sin matar al niño. Así acá dirás que esta dotrina es buena para parlarla, pero no para obralla y matar al pecado, dejando al pecador, que tan enroscado y apretado le tiene aquel rancor; pero bien mirado, no es dificultoso; porque, así como una madre que tiene el niño frenético, á quien ama mucho, de quien con la enfermedad oyen muchas injurias, deshónrala por momentos y dale con los platos en la cara, pero la madre no le aborrece por esto ni le desea la muerte, pero aborrece la enfermedad, procurando con diligencias y oraciones quitarla de su hijo; así puedes tú aborrecer la enfermedad de su alma de tu enemigo, y amar como antes la persona; y esto hace Dios, que ama al hombre y aborrece el pecado; y esto hizo Jesucristo, cordero de Dios, que quita los pecados del mundo sin quitar dél á los pecadores; así aborrece tú el pecado y deja el pecador. De otra manera se puede considerar este amor del enemigo en particular, que es moverse un hombre con especial amor y deseo para con el enemigo; y esto no es necesario ni aun con la persona, como no lo es movernos así á amar á los que no conocemos; solo será necesario amarlos como á hombres capaces de la bienaventuranza, y nuestros hermanos y semejantes en naturaleza.

Pero, porque aquí no tratamos de amor en este libro, sino de sola paciencia y sufrimiento de trabajos y injurias y agravios, porque no parezca que viene sin propósito lo que está dicho del amor, es necesario advertir que este mandamiento que hemos dicho, como todos los demás afirmativos que mandan hacer alguna obra, traen en el cuerpo otros negativos, así como el de honrar al padre y madre tiene el nunca deshonrallos ni faltarlos en la cortesía ni el sustento, así este del amor de los enemigos incluye el no tratar de vengarse dellos, y por el consiguiente el perdonarles las injurias, que es lo que aquí tratamos; de donde se sigue que siempre corre, y en todas ocasiones, el mandamiento de perdonar y sufrir, sin pensar tomar venganza del enemigo; mayormente que el bienaventurado san Gregorio dice que no es verdadera paciencia cuando no amas al perseguidor: y para persuadir esta verdad dice poco mas abajo que, pues somos templos de Dios vivo, como lo dice Dios, y que ha de morar en nosotros (¡oh gran dignidad!), es menester ensanchar el corazon, que es Dios muy grande. Pero no dejemos lo necesario, aunque mas menudo, que son las palabras y otras señales de amor, las cuales es necesario para la salvacion mostrarse al enemigo; digo las generales que á los demás hombres se muestran, que es cuando rezas por el pueblo, cuando hablas en conversacion y otras semejantes, no se puede sacar ni exceptar el enemigo, pero bien se le pueden negar sin pecado las caricias particulares, con que se tengan unas y otras en la preparacion del ánimo para cuando fuere necesario mostrarlas, que en algunos casos lo serán, que no ponemos aquí, porque seria nunca acabar y saldriamos del intento de este libro, que no es determinar casos de consciencia, sino ablandar los ánimos de los injuriados (que ellos buscarán, estando así dispuestos, lo que deben hacer), y persuadilles que hagan aun mas de lo que se les manda; solo se dice esto por algunos que se contentan con amar con el corazon, sin querer mostrar el amor con las obras; lo cual es necesario que conforme uno con otro, y en resolucion se evite cualquier escándalo, que ó el enemigo ó los que lo vieren pueden padecer, juzgando con razon que no le tienes verdaderamente perdonado ni estás con él del todo reconciliado.

Pero bien es entender dos ó tres cosas: La primera, que cuando te obliga el perdonar la injuria no se entiende tambien la restitucion del daño que el enemigo hizo en tu hacienda ó persona, sino perdonar la culpa, y así puedes cobrar el daño; y asímesmo no estás obligado á evitar el castigo de la justicia, antes dicen algunos doctores que es algunas veces mal hecho no corregir el malhechor, y san Agustin lo dice así. Y él mesmo dice en el *Inquiridion* que algunas veces es obra de caridad pedir esta justicia porque sea ocasion de emienda. Lo mesmo dice el papa Gelasio; pero esto se entiende estando el corazon satisfecho que le has perdonado enteramente, de lo cual pocas veces te puedes fiar, cuya señal es, que no tienes el mesmo celo del mesmo castigo en otros que no son tus enemigos; luego algo te mueve mas á enmendar al que lo es; pero, satisfecho que no tienes rencor, lo demás es oficio de Dios, perdonar la culpa y ejecutar la pena; pero si con deseo de venganza te huelgas del castigo de la justicia en tu enemigo, pecas mortalmente, porque aun la misma justicia lo peca cuando se huelga del mal del justiciado. Lo segundo, para salir de escrúpulo el que, ó por haber sido grande la injuria ó por su natural condicion, se turba en viendo al enemigo ó pensando en él, entienda que esta ley se pone á la voluntad, á la cual se manda que ame ó no aborrezca á su injuriador ó le desee mal; pero, como hay otro apetito rebelde, á quien no todas veces podemos del todo enfrenar, no se manda que este siempre se sosiegue; así como un buen jinete que le mandan ó se obliga á no pasar en una carrera de cierta raya, si en llegando á ella recogió la rienda y hizo las demás diligencias que debia á buen jinete, aunque el caballo, si es desbocado, pase la raya, no se echa culpa al caballero; así es cuando la voluntad está á raya con el mandamiento de Dios, aunque el apetito, desbocado, no obedezca á la rienda y freno de la voluntad. Si quie-

res saber las señales del apetito racional cuando hace el deber, son cuando te pesa de lo que el sensual hace contra el racional, de aborrecer al enemigo y de turbarse cuando le ves, mayormente si trabajas de no aborrecerle ni turbarte.

§. II.

Cuántas veces y cómo se ha de perdonar la injuria.

Muchos hay que, aunque cumplan este mandamiento una y dos veces y mas, pero tantas puede repetir el enemigo la ofensa, que, no solo se cansa el perdonador y se acaba la paciencia, mas de lo perdonado se indigna mas para vengarse con mas cólera y enojo; y por eso será bien tratar brevemente cuántas veces obliga el mandamiento del perdonar injurias, y cuántas perdona y ama la perfeccion del amor al que las hace; á lo cual está respondido por el Señor á san Pedro, que le preguntó cuántas veces perdonaria á su hermano la ofensa hecha contra él, y respondió que setenta veces siete; como san Jerónimo entiende, que montan cuatrocientas y noventa; el cual número, aunque finito, se toma por infinito, como el mesmo siete suele tomarse, como lo nota san Agustin en los libros *De civitate*, explicando aquel verso *Septies in die*, etc., con el cual declara el otro de *Septies in die laudem dixi*, que es lo mesmo que lo que dice, *Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus ejus in ore meo*, etc., y otros muchos lugares; de manera que en buen romance, quiere que todas las veces perdones que fueres ofendido, aunque sean infinitas. Lo cual proveyó el Señor piadosísimo porque tenia delante de los ojos nuestras inclinaciones y mucho hablar, el amor propio, raíz de porfías y de alteraciones; tenia delante la Iglesia, que habia de tener perseguidores y enemigos, y que habia de ser un campo de murmuraciones, injurias, afrentas, tormentos, agravios de los buenos, y que habian de ser entregados á malos jueces y ministros, á heridas, palos, bofetadas, y á la mesma muerte injustamente; y que si dejaba algun portillo para vengarse, apenas quedara quien estuviere en paz, pues tan ordinarias habian de ser las ocasiones; por eso, proveyendo á la paz y duracion de la Iglesia, mandó que todas las veces que los suyos fuesen ofendidos perdonasen; que aun con mandar esto así hay tan poca paz entre los cristianos, ¿qué hiciera si dejara licencia para vengarse cada uno á su voluntad? Así se entiende en la cuenta de los que leen, no digo siete veces, sino setenta y siete, porque en el número de siete todo el tiempo es significado, y en el de once suele significarse la transgresion de los mandamientos, porque es el primero número que pasa el de diez, que significa el *decálogo*; y como ninguna transgresion carezca de culpa, esta primera la significa. Pues luego tanto es decir setenta y siete, que se compone de siete y once, como todo el tiempo y todos los pecados y ofensas; de suerte que ningun pecado, injuria, deshonra ni ofensa en ningun tiempo deje de ser perdonada, y por eso lo puso por esas palabras, y por otra razon bien aparente; porque, como parece por san Lúcas, cuando relata la genealogía de Cristo se cuentan desde Adan á su venida setenta y siete generaciones; por donde vinieron algunos á entender aquellas palabras de Lamec, que dijo á sus mujeres que su castigo se habia de tomar á la setenta y siete generacion, que es en Cristo, que pagó por todos los pecados del mundo. Pero volviendo al propósito, decir el Señor que setenta y siete veces, etc., es decir que los cristianos perdonemos todas las injurias que se han hecho después que el mundo se crió hasta que él lo dijo, que se resume este tiempo en setenta y siete generaciones; como quien dice: Así como todas las ofensas hechas contra Dios desde el principio del mundo hasta el fin, sin tasa ni medida las perdona Dios, así habeis vosotros de perdonar todas las vuestras, por muchas y grandes que sean; y así como el Señor cuando vino al mundo y padeció, todas las que halló perdonó, así sus discípulos han de perdonar todas las suyas. San Crisóstomo y todos los santos de cualquier manera entienden número finito por infinito, y la razon está en la mano, porque ninguna ofensa te puede hacer tu enemigo, que juntamente no se haga á Dios; y pues él perdona todas cuantas te hacen, perdónalas tambien tú; porque será cosa si un soldado y el Rey fuesen atravesados con una mesma lanza ó pelota, que perdonando el Rey esta muerte, y rogando y mandando al soldado que perdonase, no quisiese perdonar; y pues con un mesmo pecado ofenden á tí y á Dios, y él perdona, y te manda y ruega que perdones, gran locura y desacato seria negar este perdon.

Todavía son los hombres recatones como Faraon, que, aun con todas las plagas del cielo, nunca acababa de dejar salir el pueblo: ya decia que fuese el sacrificio en su tierra, ya que fuesen solos los hombres y quedase lo demás, ya que quedasen los ganados; así anda la dureza del corazon humano regateando: ya perdona de corazon y no de obras, ya de obras y no de corazon, ya una vez y no dos, ya hay quien quiere perdonar todas las veces que le ofendieren, pero que no haya mas conversacion ni comunicacion, que no le pase por su casa, que no le hable, y otras condiciones que hagan acordarse de la ofensa y otros daños. Lo que falta de persuadir, aunque no todas veces sea de precepto, basta ser imitacion de Dios y cosa de contento suyo, y de mas paz entre los reñidos, que cuando la injuria se perdone se olvide tan de veras como si nunca se hubiese atravesado ninguna; quiero decir, que el ofendido vuelva al mesmo trato, amistad y familiaridad que primero, olvidando lo pasado, y volviéndole al enemigo todo lo que le habia quitado ó pensaba quitarle, aunque sin pecado lo pueda quitar, porque desta manera perdona Dios, y así lo confiesa y se lo agradece aquel santo Rey: Tú libraste, Señor, mi alma porque no pereciese, y echaste á las espaldas todos mis pecados; sobre lo cual dice san Agustin: Es tan gran médico el celestial, que no deja señal en las heridas que cura, como dejan los cirujanos de la tierra. Y porque veas cuán cierta verdad es esta, mira lo que los teólogos dicen, que, no solo restituye Dios al pecador (que hace penitencia y á quien él perdona) todos los bienes del alma que le habia quitado, pero dale nuevo augmento de gracia mediante la contricion que tuvo y la firme fe y esperanza con que hizo penitencia y confió en Dios; esfuérzale para adelante, dale de su mano un recato grande para lo venidero, un agradecimiento del perdon pasado y otros muchos bie-

nes; lo cual no dañe á nadie para atreverse á pecar con codicia destos augmentos, porque el que con este intento pecare, todo lo desmerece, y no sabe cómo saldrá del pecado; solo se dice para descubrir el dechado de que hemos de sacar para hacer nuestros perdones y reconciliaciones; que, pues en ellos hemos de imitar á Dios, que ya que no hagamos mas que antes por el que nos ofendió, á lo menos le restituyamos en todas las cosas que por nuestra amistad antes tenia, pues que Dios lo hace así con sus ofensores. Mandaba Dios antiguamente que el esclavo sirviese seis años á su amo, y que al sétimo se saliese libre, y que en este tiempo se le guardase la ropa que habia traido y se la diesen á la salida del cautiverio. Podíamos decir aquí lo de san Pablo: ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes, ó dícelo por nosotros? Así aquí, ¿qué cuidado tiene Dios de unos zarahuelles viejos del esclavo, y de un sayo roto y un capote viejo de dos faldas, que todo ello valdrá veinte maravedís, para dejallo escripto en tan graves historias y mandado en tan importantes leyes? Pues no nos espantemos que tenga cuidado de esos esclavos y de sus pobres vestidos, pues habia su Hijo de morir por ellos; en el cual no hay siervo ni libre (dice san Pablo). Verdad es que pretendia enseñar y mandar cosas mayores, y esta es la una: que cuando estás, hermano, en pecado mortal eres esclavo del demonio, y aunque andas en hábito de esclavo, pues no le hay mas roto ni feo á los ojos de Dios y de los ángeles, que con asco están mirando tu alma; pero es Dios tan bueno, que la ropa hermosa de la gracia que te quitaron cuando caiste en el pecado, te la tiene él mesmo guardada, que es una ropa de oro, ropa de boda, graciosa, hermosa; ropa de hijo de Dios, de cuya vista se alegran los moradores del cielo cuando te la vuelven á poner, porque confíes en la misericordia de Dios, que te recibirá y te vestirá de la primera estola cuando, avergonzado de andar de librea del diablo, cayeres en la cuenta y salieres de cautiverio, y te dé un vuelco el corazon. ¡Ah, Señor, pues algun dia andaba yo bien vestido en casa de mi padre, y no servia á tan ruin amo y tan tirano como sirvo agora! Estos eran los suspiros del hijo pródigo, hasta que se determinó de volver á su padre y echarse á sus piés, y le mandó traer la estola primera, que era la primera gracia que por su pecado habia perdido.

Lo segundo que quiere Dios en aquella ley, es enseñarte á perdonar tus injurias como él perdona las suyas, que es que vuelvas toda la gracia y amistad que tenias cuando se apartó de tu amistad cuando vuelve á ella. No es lenguaje de varon evangélico: Yo no le quiero ni le haré mal, pero no quiero que viva en mi pueblo, á lo menos no pase por mi casa ni se me ponga delante ni haya mas comunicacion. No quiero decir lo que voy á decir de mi cabeza, sino las mesmas palabras de san Juan Crisóstomo, pues ya dice este santo lo que está escripto: Perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. ¿Quién de nosotros hay que se atreva á decirlo con confianza? Porque, aunque no hagamos mal á nuestros deudores y enemigos, pero guardamos en el corazon una incurable llaga de la ofensa; pero Cristo, no solo quiere que perdonemos á los que nos ofendieron, pero que los amemos y roguemos por ellos; porque si te contentas con no maltratar al que te hirió, si te apartas y huyes dél y no le miras con buena cara, claro está que queda la llaga fresca oculta allá en el corazon; y así si es, no se ha cumplido con lo que Cristo tiene mandado. ¿Por ventura quieres tú que Dios te perdone de manera que no te haga mal, pero que huiga de tí y no se le caigan de la memoria tus pecados? Pues cual tú quieres á Dios cuando le pides misericordia y perdon de tus pecados, tal te has tú de dar al que te pide perdon de tus ofensas. Hasta aquí son á la letra palabras de san Juan Crisóstomo, que me parece que bastan á mover un roble, porque nosotros mesmos ponemos á Dios la tasa en su misericordia para nuestro perdon de pecados, diciendo: Señor, perdóname mis pecados así y de la manera que yo perdono á mis deudores. Pues si tú perdonas con esas condiciones, las mismas pides á Dios en tu perdon. Pues ¿quién es tan loco que, haciendo Dios su boca medida, pide que Dios le perdone, de suerte que diga: Yo le perdono la culpa, pero no me ha de ver, no me venga á mis templos, no reciba mis sacramentos ni comulgue ni oiga sermon; no mas pláticas conmigo, ni me pida nada, como si no viviese yo? Esto es lo que le pides, sin saber lo que pides, el dia que tú así perdonas. Cuando el Señor sana al mudo y ciego, étc., sacado el demonio, que era figura del pecado, le volvió el oir, la habla y la vista, en figura de que todo lo vuelve como antes; vuélvele tú la vista y la habla, óyele cuando te hablare, que esa es la regla del perdonar perfectamente.

DISCURSO XI.

Recapitulacion de las razones dichas.

Aderezando en este discurso resumir las razones juntas, para que, como en un escuadron, se ayudasen con mas fuerza á dar batería á un corazon obstinado en su venganza, me acordé de una homilía de san Juan Crisóstomo sobre san Mateo, donde trata aquellas palabras que se decian en el acuerdo que los príncipes de los sacerdotes y fariseos hicieron sobre la muerte de Cristo, en que algunos decian que no fuese su muerte en dia de fiesta, por temor del alboroto del pueblo; en la cual me quita de trabajo, y parece que la anduvo recogiendo de lo que aquí hemos dicho, y por ser consideraciones suyas y por autorizar las dichas, me pareció traducilla aquí sin añadir y quitar palabra, confiado de la gran fuerza que el divino espíritu deste santo pondrá en cualquier pecho, por endurecido que le halle; y no quise privar los que no saben latin ó no tratan este santo de doctrina tan celestial. Dice pues este santo: Considera atentamente el temor que tienen, que no es de Dios, queriendo hacer una tan grande maldad en dia tan solemne, sino del tumulto del pueblo; que en lo demás, era tanto su furor, que apenas hobieron hallado el traidor que vendió á Cristo, cuando no vieron la hora de darle la muerte en medio de tan grande solemnidad; los cuáles, aunque el Señor, para sus piadosos fines, se aprovechaba de su malicia y dañadas voluntades, no escaparán sin gran castigo, pues le merece gente que á la sazon y el dia que por la solemnísima fiesta soltaban los delincuentes y ladrones, quisieron

matar al inocente, de cuyas manos habian recebido inmensos y innumerables beneficios, y á esto fin vea que por ellos dejaba los gentiles; pero ¡oh gran misericordia y benignidad de Cristo! que, no contento con lo que hizo en la vida por gente tan ingrata, malvada y proterva, pero después de muerto por sus manos, les envia á sus apóstoles con manifiesto peligro y muerte certísima, haciéndolos embajadores de sus ruegos para salvarlos; pues con tales ejemplos, no digo que muramos por los enemigos, aunque esto tampoco se ha de rehusar; pero porque somos flacos, entre tanto que lo somos, digo que siquiera no tengamos envidia á los amigos; no digo entre tanto hagamos bien á los enemigos, aunque esto tambien deseo, pero porque vais muy poco á poco el camino de la perfecion, á lo menos apartad el pensamiento y determinacion de vengaros. Veamos, ¿pensais que este negocio es comedia y ficcion de representantes? ¿Por qué haceis guerra á la verdad? No penseis que se escribieron sin propósito, fuera de otras muchas cosas, las que hizo al tiempo de la pasion, que cierto son de tanta fuerza, que pudiera fácilmente vencer su dureza dellos; pero escríbense porque tú imites su bondad y sigas su misericordia, porque él los derribó, y aun boca arriba, en tierra, restituyó al siervo la oreja, hablólos con humildad desde la cruz, hizo grandes milagros y maravillas, quitando la luz al sol, quebrantando las piedras, resucitando muertos, asombrando con ensueños á la mujer de su juez y mostrando increible humildad en el proceso de su causa, y tan grande, que no menos fuerza tenia para atraellos y convertillos que los milagros, profetizando muchas cosas y pidiendo perdon por ellos á grandes voces: Perdónales, Padre mio, este pecado. Pues después de sepultado, ¿qué bien les dejó de hacer para su salud? Pues después de resucitado, veamos, ¿no llamó luego á los judíos? No los perdonó sus pecados? No les dió otros mil bienes y mercedes? ¿Qué mayor maravilla que admitir por sus hijos por adopcion á los que acababan de ponelle en una cruz? Qué cosa puede ser mayor que este cuidado y providencia piadosa del Señor? Qué hemos de hacer los que esto oimos, sino cubrirnos la cara con un lienzo, de puro avergonzados de vernos tan léjos de lo que nos manda imitar? Cotejemos cuánto nos falta para que de la condenacion de nuestro proprio juicio salga la verdadera y rigurosa penitencia, y para que no ofendamos á aquellos por quien Cristo dió su vida; pero nosotros ni aun reconciliarnos queremos con aquellos por cuya reconciliacion no dudó padecer tan infame y cruel género de muerte. ¿Paréceos que, como soleis decir en la limosna, que es este gastar gran suma de dinero? Considera cuanto debes, y no solo te ablandarás, pero corriendo irás á buscar los que te ofendieron y los perdonarás liberal y alegremente, porque por ahí se te abra puerta á ser tú perdonado. Los gentiles hacian esto con facilidad, sin esperar por eso lo que tú esperas, y tú, esperándolo, te entorpeces; y lo que poco después el tiempo ha de acabar contigo, ¿por qué no lo acabará luego la ley? Sino que quieres esperar á que esta turbacion de tu alma se acabe sin que te lo agradezcan y galardonen, pues con gran premio la podrías tú dejar luego, mayormente estando ciertos que si se acaba con el tiempo te espera gran castigo por haber obrado en tí el tiempo lo que el mandamiento de Dios no pudo obrar. Si dices que te abrasas cuando se te acuerda de la injuria que te hicieron, acuérdate si el que te la hizo te ha hecho algun tiempo algun bien, y el mal y agravio que tú á otros has hecho; pues ¿cómo quieres tú alcanzar el perdon que tú nunca has querido dar á tu hermano? Dirás que nunca hiciste á nadie ni dijiste mal, á lo menos oístelo de buena gana al que lo decia, lo cual no puede ser sin culpa. ¿Quieres saber cuán gran bien sea olvidar injurias y cuánto contento dé á tu Dios? Que á los que se huelgan del mal de otros, aunque con razon y justicia lo padezcan, no se le van con ella, antes los castiga; porque, aunque deban aquello que padecen, no quiere que nadie se huelgue dello. De aquí es lo del Profeta, que, después de haber reprehendido muchas cosas y amenazado, dice: Y no les dolia nada de la aflicion de Josef; y en esto dice: No salió nadie de su casa á llorar la casa de su vecino; de manera que, así como aunque Josef (esto es, aquella tribu que venia de Josef) y sus vecinos fuesen castigados por justa sentencia de Dios, pero aun destos quiere que nos adolezcamos; porque, si nosotros, siendo malos y sin piedad, cuando castigamos á un siervo y uno de los otros se rie nos enojamos, volviendo la ira contra el que se rió, ¿cuánto mas castigará Dios á los que de sus castigos toman contento? Pues si no te has de alegrar, sino dolerte, de los que Dios castiga, mucho mas de los que te ofendieron, pues esto es señal de caridad, que Dios mas estima que todo el resto; porque, así como los colores son mas preciosos con que están esmaltadas las salas de los reyes y emperadores, así son las virtudes en que Dios se deleita, pues ninguna cosa así encierra en sí la caridad y la conserva como el olvido de las ofensas que te hicieron. Dirás que cuida Dios de tí que perdones, y no cura del que te ofendió; dime, ¿no sabes que envia al injuriador al ofendido? Antes le quita del altar, y después de hecha la reconciliacion le torna á convidar á su mesa; pero no le aguardes tú á que venga, que lo perderás todo, que por eso te convidan con galardon inefable, porque tú le ganes por la mano; porque, si rogándote él te reconcilias, ya le dejaste á él la corona, pues no lo ganó la ley de Dios, sino su diligencia del otro. Pues ¿qué resta? ¿No temes tener á un hombre por enemigo? No nos basta el demonio por enemigo, sin hacer nuevos adversarios de nuestro linaje? Pluguiera á Dios que ni nos hiciera él guerra ni se hubiera hecho diablo; el caso es que, como locos, no entendemos el gusto que encierra en sí el perdonar, que con las enemistades no podemos alcanzallo; pero cuánto mas suave cosa sea amar al que te ofende que aborrecelle y perseguille, después de acabado el enojo lo entenderás, porque imitamos á los furiosos, que se muerden sus propias carnes y se enojan contra sí mismos. Mira cómo en la ley vieja se sentia desto, cuánto cuidado se tenia dello. Los caminos de los que tienen memoria de los males van derechos á la muerte. El hombre guarda á otro su enojo, y por otra parte pide á Dios misericordia. Pues esto se decia en una ley, que daba licencia de sacar ojo por ojo y diente por diente; pues ¿cómo lo reprehende y lo afea? Porque aquella licencia no se dió

para que uno á otro hagamos aquellos males, sino para que por el temor de aquella pena nos recatemos de hacer mal á nadie. Y estas iras y enojos son repentinos, pero la memoria de las injurias es de ánimos que de asiento y de espacio piensan el daño. Dirás que te fatigó mucho y mal, pero nunca él te pudo causar tanto, cuanto tú á tí mesmo acordándote dél. Fuera desto, es imposible que un varon fuerte pueda padecer mal de otro ninguno; pongámosle fuerte y bien considerado, con hijos y mujer y haciendas, grandes tesoros, muchos amigos, principados y dignidades, mucha honra, y otras ocasiones de recebir agravio y daño; pues finjámosle fatigado ó combatido con golpes de la fortuna, persígale algun mal hombre, ¿qué le puede hacer que no estima en nada todo su dinero y riqueza? Mátele otro sus hijos, ¿qué se le da al que cada dia considera en la resurreccion de los muertos? Otro le mató la mujer, ¿qué es eso para el que enseñado que no llore los muertos, que no es mas que dormir? Si el otro le dice injurias y vituperios, ¿qué vale eso para el que todo lo criado no estima en una paja? Si quieres que otro le hiera y le dé de bofetadas y le meta en la cárcel, ¿qué se le da al que ya tiene persuadido que si el hombre exterior, que es el cuerpo, se corrompiere, el de dentro, que es el alma, se renueva cada dia, y que la tribulacion es causa de paciencia? Paréceme que aunque solo prometí que este hombre no podia padecer daño, que le he mostrado aprovechado y aventajado; pues si así es, no os fatigueis con las injurias, porque esta fatiga no procede de la malicia del enemigo, sino de nuestra malignidad, que en oyendo una mala palabra luego nos afligimos y lloramos, y lo mismo si nos hurtan ó toman algo de nuestra hacienda, parecidos á los niños, que cuando los que mas pueden los afligen, si lo sienten, mas los fatigan, y si no hacen caso, luego cesan; pero mas niños somos, pues de las cosas de risa nos afligimos. Por tanto, os ruego cuanto puedo que, dejadas aparte estas costumbres pueriles, pongamos el deseo en las celestiales, siendo niños, no en el seso, sino en la malicia interiormente; con lo cual alcancemos los bienes eternos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Amen.

DISCURSO XII.

Conclusion de lo dicho en este sétimo libro.

Pues si tantas razones hay para una cosa tan fácil á los gentiles, y que ellos tenian por tanta gentileza, tú, que eres cristianos, con los ejemplos del mismo Dios, mandado y rogado del mismo, movido con tanta paciencia de los que en esta vida padecieron por su nombre, y amenazado de la ira de Dios si no templares la tuya, y necesitado de su misericordia, ruégote que te pongas á recorrer tu memoria, cuántas ofensas has hecho á la divina Majestad, cuántos vicios tienen tu vida corrompida, cuán frecuente eres en pecar, cuántos desabrimientos has dado á otros, y cuántas veces de Dios y de los hombres has sido perdonado y esperado; que si esto haces, fácil te será perdonar tú á quien te ofendió, mayormente siendo todos hermanos, hijos de aquel Padre á quien tantas veces ofendiste y para tantas lo has menester. Gran cordura fué la que cuenta Valerio Máximo de un emperador de Roma que tenía cercada una ciudad de enemigos, cuyo ciudadano era uno que se le pasó á su campo; lo cual dió tanta indignacion á los cercados, que, buscando un hijo que tenia, le pusieron en la parte del muro donde venia toda la batalla de saetas del campo del Emperador; lo cual visto por el mesmo Emperador, mandó que no tirasen mas á aquella parte ni á ninguna donde viesen al hijo del que á él se habia pasado. Pues si esta gentileza usa un gentil en gracia y devocion de aquel ciudadano por habérsele pasado á su campo, ¿por qué quieres perseguir al Hijo de quien tantos bienes te ha hecho, pues en la creacion te dió su vida y en la redencion no te negó la suya? Mayormente que sin el amor de tus prójimos y hermanos no le puedes tener grato, aunque le sirvas con cuanto á él suele agradar que los hombres le sirvan, pues del sacrificio del altar (que es la cosa que mas le da contento y por quien nos perdona y espera, y por quien sufre todos los pecados del mundo) envia á quien sintiere tener algun prójimo agraviado. Acaece llamar un sacerdote á un barbero para quitarse el cabello y barba, el cual, aunque siempre hace este oficio con gran regalo, pero á esta persona sirve con mas cuidado y curiosidad, deseando agradalle en él mas que á otros. Y estando con este cuidado y voluntad, sucede que al pasar de un lado á otro le pisó el pié que tenia gotoso; entonces él, olvidado del regalo que recibe y del buen parecer de su cabeza y barba, envia con enojo al barbero, diciendo con gran dolor: ¡Oh señor, que me habeis muerto! Dice él: Señor, yo he procurado de hacer este oficio con toda voluntad y regalo y teniendo cuenta con lo principal, que es la cabeza. Responde: Señor, por todo cuanto haceis no quisiera que me tocáredes al pié, malo como está, porque me duele agora mas que la cabeza. Así acaece cuando celebramos el sacrificio de la misa, hacemos gran servicio y regalo á Dios en honrar nuestra cabeza, que es Jesucristo, pero no quiere que enojes, hermano, á su pié, por desechado y enfermo que sea, porque al fin es su miembro y le duele, y te despide del altar cuando el pobre tiene queja que le pisas ó le agravias; por eso, si en el mayor servicio que él recibe tanto se queja y te despide, ¿qué será para otras cosas cuantas le hayas menester y le llames? De donde nace tanta dureza, que lo que los gentiles hacian por el mundo, dés tú por autor al mundo para no hacello; y cuando el mundo lo mandara, como tú piensas ó dices, porque no ha de valer mas el mandamiento de Dios y su ejemplo del Redentor, que para declarar mas su caridad y el amor y voluntad con que perdonaba en la cruz, no dice el Evangelista que perdonó, que le parecia poco para lo que fué, sino que de aquel rato que estuvo en la cruz, lo mas estaba rogando al Padre por los que allí le estaban baldonando y atormentando, y esto es lo que dice: Mas Jesus decia, no dice dijo, sino decia, estaba diciendo; este era su ejercicio y en esto entendia en medio de sus dolores; Señor, perdónalos, Señor, perdónalos; Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen, cuanto mas cuando á nosotros nos perdona, que sabemos lo que hacemos cuando pecamos, y así lo sabemos cuando nos pretendemos vengar. Sabemos que la causa meritoria de nuestras inju-

rias son nuestros pecados; sabemos que la causa principal dellas es el mesmo Dios, que para estrago de nuestras culpas pasadas, ó para excusar las venideras, nos castiga y afrenta, tomando por instrumento la malicia y á veces la ignorancia del que nos injurió. Sabemos que él no puede agraviar á nadie, tan poderoso y señor de todo es, ni quiere tampoco, que tanta es su bondad y misericordia; y que si alguna culpa se halla en el injuriado, que sí hallara, ya que no fuese causa ó motivo de la injuria (que es lo mas ordinario haberla, pues nunca se mueve nadie á injuriar de balde á otro sin ocasion), á lo menos habrá otros pecados antiguos; y si culpa hubo en el ofensor, tambien Dios se ofendió della, y olvidado de su ofensa, toma á cargo de castigar y vengar la nuestra; de manera que (gánese el alma ó no se gane) no quedará sin castigo el que te ofendió, como tú no quedarás sin premio por haberlo puesto en sus manos.

¿Para qué quieres ponerte á tanto peligro ni tomar con tus manos tanto daño como te espera si no perdonas? Enojar á tu hermano, apercebirle para que por ofenderte te dañe en desasosiego de tu vida, gastos de tu hacienda, menoscabos de tu honra, peligro de tu alma; enojar á Dios para que el castigo que habia de enviar á tu ofensor, si se le cometieras, envie sobre tu cabeza, perdonándole á él si se humilla y hace penitencia. Mejor es que la hagas tú de tus pecados y te duelas del que te ofendió, para que Dios se duela de tí. Mira qué de maldiciones echa el Espíritu Santo por boca de David en un salmo: Ande el diablo á su lado que le gobierne y engañe siempre, tenga sujecion á un pecador; cuando se viere en juicio salga siempre condenado, y su oracion, no solo no sea oida, pero cuéntesele por pecado; sus dias sean pocos, y otro suceda en su oficio y obispado; sus hijos se vean huérfanos, su mujer viuda; anden temblando y vagabundos de una parte á otra sus hijos, pidiendo y mendigando de puerta en puerta, y sean echados por fuerza de sus moradas; si alguna hacienda tuvieren, se la lleven los alguaciles, ejecutándolos por deudas, y otros coman lo que ellos trabajaren, y al cabo mueran mala muerte y acábese en una generacion su memoria, y acuérdese Dios de los pecados de sus padres para castigarlos en ellos, y el pecado de su madre siempre esté presente, para que siempre se castigue en los hijos, y estén delante de Dios para siempre los pecados de padre y madre (esto es, *contra dominium*), y desbarate Dios su memoria de la tierra. ¿Veis todas estas maldiciones? Pues ¿contra quién las da? Contra Júdas y los judíos principalmente, y contra los imitadores, por tres razones: la primera, porque no quisieron ablandarse ni usar de misericordia, y no es otra sino la que se sigue, que persiguieron á un pobre que se hizo pobre por nosotros, y tan humilde, que parecia convencido de lo que le levantaban hasta ponelle en una cruz. Pues todas estas maldiciones se quedarán vivas para tí si usares de tal obstinacion, que no quieras usar de misericordia, perdonando la injuria al pobre que la hizo, que es pobre, necesitado de tu caridad y mendigo della, pues la pide, y compungido y arrepentido y reconocido en su error.

Y si quieres ser duro para con él, ¿para qué lo quieres ser para contigo? Que, allende de los daños y maldiciones que incurres, porque como á aquel deudor de los talentos del Evangelio, te pidirá Dios tus pecados con rigor por no haber querido perdonar la niñería de tu hermano, y en esto serás sentenciado por tu propria boca, pues le pides cada dia perdon de tus deudas, al modo y no mas ni menos que tú perdonas las que te deben, te mandará echar donde no puedas pagar un venial, debiendo tantos mortales. Mira tras eso lo que pierdes en no perdonar á tu hermano: qué de buenos ratos, qué de gracia, qué de obras perdidas, qué de honra delante de las gentes, qué de multiplicacion de tus bienes, qué recato para no pecar, qué seguridad para cuando salgas desta vida, qué de sobresaltos te ahorras, qué de escrúpulos, qué de malas noches y peores dias.

Lo uno y lo otro dijo aquella santa mujer Abigail cuando salió al camino á estorbar á David el pensamiento y determinacion que traia de vengarse tan justamente de su marido Nabal, y no dejalle hombre á vida, con juramento. Salió ella con un refresco para David y sus soldados, el cual su marido habia negado, injuriando á David; y echóse á los piés de David, y dijo estas, entre otras palabras: No hagais caso, mi señor, ni cargueis el juicio en las cosas deste hombre malvado, digo de Nabal, mi marido, porque él las hace conforme al nombre que él tiene, que Nabal se llama, que quiere decir loco. Vamos considerando estas discretísimas palabras: ¿Qué es el primer consejo que da? Que se quede el loco para loco, que es lo que, sin haberlo leido, decia Julio César: Perdonemos al loco y demos lugar al prudente. Así se podrán acabar tus enemistades, diciendo que se vaya el necio para necio, el loco para loco, y quédate tú para cuerdo y cristiano dicípulo de Jesucristo. Dice luego Abigail: Si esto hicieres, Dios te asentará una firmísima casa y sucesion fiel, que por torbellinos que vengan nunca se caiga. Dando á entender que los hombres vengativos ni logran casa ni hijos ni hacienda; pues las riquezas y caudal espiritual claro está que ya lo tienen perdido, porque es el vengativo como un niño cargado de dijes de mucho precio, que, de enojo que le quiten un afiler ó cascabel, arroja cuanto oro tiene al cuello y las piedras preciosas. Así, porque te quitaron, á tu parecer, un poquito de honra, arrojas toda la que queda, y las virtudes, dones, méritos y gracia que tienes, que en comparacion de lo que te quitan, y sin ella, son piedras preciosas, y lo que pierdes no es un alfiler. Añade Abigail: No pierdas, Señor, la ocasion de asegurarte de que no caiga en tu corazon pecado ni malicia todos los dias de tu vida, que por este perdon te dará Dios este favor, y cuando tus enemigos vinieren sobre tí hallarán tu vida guardada, como en un ramillete de vida, en manos de los ángeles. Esto bastara á mover á David, cuando él no fuera tan manso de corazon y perdonador de injurias. Y añade ella: Pues cuando se llegare el tiempo que cumpla Dios en tí lo que tiene prometido de favorecerte, y te hiciere rey en Israel, habrás ahorrado á este clavo en el corazon: ¡Ah, cómo derramé yo la sangre de los inocentes! Lo cual dice por los que en venganza de Nabal traia jurado de matar. Y añade concluyendo: Y cuando reci-

bieres los favores de Dios, ruégote que te acuerdes desta tu sierva. Fueron de tanta fuerza las palabras desta valerosa mujer, que aplacaron el enojo de David; y fué tan acepta su plática en los ojos de Dios, que, castigando primero á Nabal, pues á él le dejó David la venganza (así como castigó á Absalon por haberle tambien dejado la suya y mandado que no tocasen á él), le hizo Dios á él mil mercedes y le dió muchas victorias, y le cumplió lo que Abigail le prometió; y á ella, librándola de tan mal marido, la dió á David y la hizo reina de Israel. Historia es que bastaba, sin otra razon, á acabar cualquier enemistad: lo uno, que en causa tan justa se ablandase con razones de una mujer, y mujer de la parte, que quiere decir el que en tiempo del enojo oigamos consejo de quien quieran, antes que nos determinemos; lo otro es ejemplo, de dejar al loco para loco, que tal es el que á otro dice injurias; lo otro, que es granjería para lo temporal, casa, hijos y hacienda, que para cualquier cosa destas que se pretenda es gran negociador con Dios un perdon de una injuria, y la habias de buscar cuando no la hubiese; lo otro, andar guardada la vida, no solo porque faltara quien la aceche, sino porque Dios la guardará, como una flor en ramillete, en en sus manos; lo otro, que ahorrarás del escrúpulo de cuando te acordares que debes al prójimo la vida ó la honra, y que se la quitaste contra la voluntad de Dios, que es una cosa que en prosperidad y en adversidad suele dar gran garrote á la consciencia, y aunque mas suelen querer satisfacer con limosnas, con misas, nunca queda sosegada ni satisfecha la consciencia.

Pues si tanto daño hallamos en la dureza, y tantos bienes en el perdonar, ¿cómo no buscamos injurias que perdonemos? ¿Qué tiene que ver lo que perdiste con lo que agora pierdes? Y ¿qué tiene que ver lo que te parece que en vengarte ganas, con estos montones de soberanos bienes? No me digas que el corazon está bueno, y que por no turballe no quieres mas comunicacion; esta que pocas veces se halla eso sin pecado, porque cuando de tu corazon te satisficieres (que no hay que fiar donde hay pasion), pero el escándalo está en la mano. Ya sabes que san Pablo dice que, no solo de todo mal, sino de toda apariencia de mal, te has de guardar; pues mira cuán mal parece la novedad en el trato y conversacion al mesmo contrario, á los que te conocian antes, á tu misma consciencia y al mesmo Dios. Digo á tu consciencia porque, si bien lo consideras, ¿cómo estás presto á dar tu hacienda cuando se ofrezca á tu contrario, y tu favor en sus necesidades, si una palabra y un buen rostro le niegas agora? Si te dice el confesor que no eres obligado, mira no le informases mal; que, aunque á él le engañes, Dios no se deja engañar, dice san Pablo; ni solo hagas lo que, so pena de infierno, estás obligado, sino lo que Dios te ruega y aconseja y por ejemplo te enseña. No pongas delante á David, que, aunque era manso y perdonó á su hijo, no consintió que le entrase á ver, porque era padre y rey, y si tenia encomendado el perdonar, tambien las costumbres y el gobierno de su hijo. Finalmente, ¿para qué te quieres meter entre mandamientos y consejos? Hazlo todo, y Dios te lo agradecerá todo. Y si con todo lo dicho te pareciere cosa áspera cuando lo piensas, no lo comiences á pensar desde la injuria y sus circunstancias que la ponderan. Comienza por estas razones, y por lo que debes á Dios, y por lo poco que él te debe, y cuán mal pago le das en detenerte, pensando si te conviene hacer lo que él te manda, rogando y amenazando. Haz como el que toma un plato caliente que ha estado al fuego, no le tomes por lo que está á la parte del fuego, que te quemarás; tómale por lo frio, y no le soltarás luego. La aspereza de la injuria sea lo postrero, y no quemará ya cuando llegue. No te mandan comer el cardo como está en la huerta, móndale y quítale las espinas, y te sabrá bien. No te mandan amar la condicion áspera y espinosa de tu enemigo, sino, como hace Dios, apartar con la consideracion sus malas mañas y amar la persona, que, no solo será fácil, sino sabroso. Y si aun así no puedes, por el mucho amor que te tienes, pon los ojos en Dios, que es el que te ha de premiar, y no mires al mundo. Cuando pasas un rio, si no tienes costumbre ó buena cabeza, caerás en el agua; necesario es poner los ojos en cosa firme de la otra parte y alzarlos del agua que corre. Todas las cosas deste mundo corren y pasan mas ligeras que agua, las leyes y pareceres de los mundanos desvanecen las cabezas con su liviandad y inconstancia; si las miras te perderás. Pon los ojos en cosa firme de la otra parte, que acá no la hay; mira á Dios, que te crió y redimió y te espera, mira aquella vida firme y segura de la bienaventuranza, y la honra que es ser perpetuamente hijo de Dios, y no padecerás los vaguidos que los vengativos padecen; antes pasarás seguro y alegre y libre por estos bienes del mundo á gozar de los que no tienen fin ni mudanza en la gloria.

LIBRO OCTAVO.

DE LOS CONSUELOS PARTICULARES PARA PARTICULARES TRABAJOS.

PRÓLOGO.

De las medecinas se sabe que, mientras son mas generales para muchas enfermedades, menos fuerza tienen para curar cada una dellas en particular, si son nacidas de diversas causas; porque para repartir tanto su virtud es necesario que vaya muy mezclada, y así menos fuerte; y por esto se dice entre los filósofos tambien del sentido que, distraido y repartido á muchas cosas, es menor cerca de cada una dellas. Esto vemos tambien en la doctrina, que, mientras mas general es, menos fruto hace en los oyentes, y mucho menos cuando un vicio se reprehende con razones generales, como si un mozo deshonesto y jugador le quisiésemos corre-



gir, diciendo cuán malo es el vicio y el pecado, hablando en comun. Lo mesmo acaece en los consuelos y remedios de los trabajos, que, aunque todos los que en este libro se contienen son bien eficaces, pero mucho mas lo suelen ser los apropriados á cada uno de ellos, porque, no solo hablan del trabajo en comun, pero derriban las circunstancias dél en particular y persuaden al afligido mas de cerca. Pues este, es el argumento deste último libro desta obra, hallar algunos consuelos particulares para particulares afliciones y trabajos, los cuales sobreviniendo á los que del discurso deste libro se pudieren haber colegido, con mas violencia amansen el rigor de cualquier trabajo. No podrán ponerse todas las adversidades en particular, porque son tantas y tan varias, que para solo nombrallas era necesario un libro entero por sí; pondránse las mas ordinarias y graves y que suelen causar en los afligidos mas melancolía, y en número que no exceda á la traza y medida de los demás libros; y si alguno dellos no fuere tan ordinario, tratarse ha brevemente, porque no nos ocupe lugar en libro que desde el principio va para todos encaminado, y procederáse con razones, porque para gente afligida suelen ser de mas fuerza que autoridades.

DISCURSO PRIMERO.

Del consuelo en la muerte de padres, marido, mujer ó hijos.

Desde que Dios en el mundo apartó pueblo particular á quien favorecer con particulares mercedes y favores, tuvo siempre cuidado de apartarle de las costumbres de la gentilidad, que era el resto del mundo; porque, como los gentiles no conocian Dios verdadero, y tenian al mesmo demonio por Dios debajo de nombres y figuras de hombres viciosos, no podian tener costumbres sino al talle de quien los gobernaba, las cuales no queria Dios que aprendiese ni siguiese su pueblo, y por eso se lo encargaba siempre con cuidado; así lo hizo por Josué al tiempo que quiso morir, que juntando al pueblo, les acordó cuánto habia hecho Dios por ellos, destruyendo los gentiles y dándoles á ellos sus tierras, y que lo mesmo haria de los que quedaban; pero que advirtiesen, cuando entrasen en sus tierras, no jurasen como ellos en el nombre de sus dioses, ni los adorasen, ni casasen con sus hijas, porque de aquí es fácil tomar sus costumbres; y si no, que Dios trocaria su mano y no destruiria ya mas de los gentiles, antes le serian á ellos para tropezon, lazo y sepultura. Tobías el mozo dice tambien á su esposa la noche de sus bodas, hallándola acostada: Ea, Sara, alto, á rezar; estos primeros tres dias han de ser para Dios, y no para nuestros contentos; después queda tiempo para los frutos del matrimonio; porque somos hijos de santos siervos de Dios, y no nos es lícito vivir ni casarnos á fuer de gentiles, que no conocen á Dios. Pero después que el hijo de Dios vino al mundo, con mas cuidado se nos dió esta dotrina; el mismo Señor se la dió á sus dicípulos mil veces. No habeis de ser los perlados y príncipes de mi Iglesia como los que mandan entre gentiles, que se enseñorean y se engrien; los menores habeis de ser. Y otra vez dice: Cuando orais no seu con muchas palabras, como los gentiles, que, como no tienen esperanza de las mercedes de sus dioses, son importunos, porque piensan que por ahí han de ser oidos; otra vez: No os congojeis pensando en vuestro comer y vestir, porque estas cosas los gentiles las buscan. Y así otras muchas veces. Y esta dotrina que san Pablo aprendió, la enseña él á los corintios: Sepa cada uno poseer su compañía para santificacion, y no para pasion, de sus deseos, como los gentiles, que no conocen á Dios. Y en otras epístolas dice lo mesmo á los efesios y colosenses; pero donde mas de propósito lo toma es á los corintios en la epístola segunda: No querais juntaros con los infieles, porque ¿qué tiene que ver Cristo con el demonio, ó qué compañía puede haber entre el fiel y el infiel? ¿Cómo dirá bien el templo de Dios con los ídolos? Y vosotros sois templo de Dios vivo, como la Escritura dice por Esaías, y que por eso ha de morar en vosotros y ha de ser vuestro Dios, y por eso salid de entre ellos, dice el Señor, y no toqueis á cosa sucia, y yo seré vuestro padre y vosotros mis hijos, dice el Señor todopoderoso. Deste lugar de Esaías saca tambien san Pablo esta doctrina; pero mas á nuestro propósito deste discurso habla con los de Tesalónica, diciendo: No quiero, hermanos, consentir que tengais ignorancia de los que duermen, esto es, de los muertos, porque no os desconsoleis como los gentiles, que no tienen esperanza de la otra vida; porque si Cristo murió y resucitó, etc.

Entra san Pablo desde las primeras palabras consolando á los cristianos de la muerte de los suyos, y dice: No quiero que tengais ignorancia de los que duermen. Ya en esto dice que no son muertos, sino duermen; y luego dice que Cristo, como cabeza, resucitó, y que así lo harán sus miembros, y subirán con su cabeza al reino de los cielos; de manera que no pierdes al padre, hijo ó hermano cuando muere; solo va delante donde después le halles y goces sin temor de perdelle para siempre; así lo dice san Agustin y san Gregorio Niseno, que volvió Dios á Job doblado lo que le habia quitado, y los hijos no; pero el contento le volvió doblado en tenellos ya en estado seguro. De manera que da san Pablo á entender que desconsolarse mucho por su amigo muerto es de gente que no tiene esperanza de la otra vida, y aun san Crisóstomo, hablando desta materia, viene á decir que los que así lloran sus muertos, hacen injuria y calumnia á los méritos de Cristo, que venció la muerte, y aun Ciceron alcanzó esta verdad, que no los perdemos sino por poco tiempo.

Esta razon tendrá alguno por muy flaca para no sentir su pérdida, y dirá: Señor, yo no lloro porque piense que mi defunto no ha de resucitar, que sí creo que todos resucitarémos, y espero verme con él; no lloro sino mi pérdida, mi compañía, el gobierno de mi casa ó la crianza de mis hijos, la defensa de mi persona, mi honra, mi hacienda, que en viéndome sola todos se atreven á hacerme agravio. Replica san Juan Crisóstomo que no es esa la razon, porque si lo fuera, siempre habia de durar, pues que siempre dura la falta del que no vuelve á la vida, y vemos que no dura siempre, porque vemos que antes que el año se acabe se acaba el desconsuelo y aun la memoria, y no esta causa, pues siempre se queda muerto. Pues no hablemos con

estas semejantes, pues no quieren ni consienten que la razon ni Dios ni su Evangelio acaben con ellas lo que poco después ha de acabar el tiempo, y menos hablemos de las que por cumplir con el mundo no salen en mucho tiempo de sus casas, haciendo locos extremos por sus defuntos; que estas tales tienen infamada la ley del Evangelio delante de los gentiles y otros infieles, y estos son los que ó de corazon ó cuanto á lo defuera calumnian los méritos de Jesucristo, como dice San Juan Crisóstomo.

Hablemos solamente de los que de veras sienten esta falta y soledad de sus padres, hijos ó deudos, y que no es por no creer su resurreccion. Estos han de mirar, y aun los que no los han perdido: lo primero, que Dios á ninguno hace ni puede hacer agravio; la vida y muerte es suya; y como Ciceron dice: La naturaleza nos dió la vida prestada sin plazo cierto, y puede cuando quisiere pedilla. Lo segundo, que es Dios celoso y quiere todo el corazon, y conviene tener á todo lo que no es Dios, amor templado y encaminado al mesmo Dios, porque cuando no, hace lo que el hombre celoso, que quita de en medio al que estorba, ó impide su amor cuando por él se deja ó se olvida el suyo; y por eso dice san Juan Crisóstomo que habia antiguamente muchas viudeces y orfandades, porque se querian los hombres tanto, que olvidaban fácilmente á Dios, y Dios los apartaba. Y por esta razon dice que vivió Abraham muchos años, porque aun viviendo el hijo, queria mas á Dios que á él, y cuando le decia mátale le mataba; y Sara tambien vivió tantos años, porque aun viviendo Abraham queria ella mas á Dios que á él; y así, le mandaba Dios á él que la oyese. De manera que Dios era en aquella casa primero que el amor del marido y que el de la mujer y del hijo. Y porque agora se aman maridos, mujeres y hijos tan desatinadamente y tan sin Dios, que mil veces se echa Dios por ellos á las espaldas, por eso se lleva á quien es la causa de su olvido; que si los hombres quisiesen mas á Dios que á los hijos, ó él no los llevaria ó no lo sentirian ellos; como cuando una mujer tiene un marido mozo, rico, sabio y poderoso, y que á ella ama tiernamente, no sentiria mucho la muerte de un hijuelo que dél tuviese, porque el amor grande del marido vence todo el desconsuelo y soledad del hijo; y á este propósito dijo Helcana á Ana: ¿Por qué lloras? ¿No te valgo yo mas que diez hijos? Pues así seria de lo que se te muriese, si amases mas á Dios que á todos, pues él te vale mas que diez maridos, hijos, deudos y amigos. Y por esta razon dice san Juan Crisóstomo que no sintió el santo Job la muerte tan desastrada de siete hijos, porque amaba á Dios mas que á ellos. Pues de aquí entenderás cuán desatinado eres, que quitándote Dios el hijo ó marido porque, dejándotele vivo, no le ames tanto que olvides por él á Dios, tú estás tan ciego, que le dejas por él, siendo muerto. Cosa es la que Dios hace que solemos hacer en nuestras huertas, que, con ser los renuevos ó pimpollos lo mas verde y tierno y hermoso del árbol, los quitamos sin duelo ninguno, no porque nos parezcan mal, antes aseamos los aposentos y los altares con ellos, sino porque la virtud que el árbol toma de la tierra no se emplee y embarace en ellos, olvidando la copa alta, sino que suba hasta ella que es lo que se pretende, aunque ellos se arranquen y se corten malogrados, porque por guardarlos á ellos no se haga falta adonde está lo principal. San Agustin dice: Muchas veces se ofende Dios porque un amigo no se ofenda, y por eso acaece muchas veces por divina dispensacion que los amigos que amamos segun la carne nos sean quitados de delante, porque nuestros deseos y aficion pasen y se extiendan mas libremente á Dios y mas por entero. Lo cual consideraba una noble mujer de quien cuenta san Jerónimo, escribiendo á Paula, y lo afirma con juramento, diciendo: Una cosa quiero decir increible, pero verdadera. Testigo Jesucristo, dice, que esta santa matrona, llamada Milania, el dia que su marido murió, antes que le enterrasen se le murieron dos hijos, y dice san Jerónimo: ¿Quién pensara en semejante trance que esta mujer no mesara sus cabellos, rompiera sus vestiduras y abriera con suspiros sus pechos con ocasion de tanto dolor? Pues no derramó una sola lágrima, sino en pié estuvo sin moverse, y al cabo, echándose á los piés de Jesucristo, como que le queria tener, y con buen semblante, dijo: Ya os entiendo, Señor, todo el corazon quereis; agora os serviré libremente, pues me habeis quitado la carga. Pues tú, segun esto, vuelve los lágrimas en gozo y tente por dichoso y favorecido de tu Dios, que te ama tan de veras y te allana el camino para que le ames con todo el corazon, como él quiere ser amado.

§. II.

Del consuelo de lo mesmo mas en particular.

Dirásme que no era tu amor tan desmesurado, que hiciese perder ni aflojar el de Dios, sino que perdiste la mujer, que era tu regalo y descanso y sin ofensa de Dios. A esto te respondo que en perdella perdiste los grillos y ganaste libertad. Si dices que era buena, todos lo dicen de las suyas, aunque sientan lo contrario. Pero no reparemos en eso, sino séalo; otras habrá tales. Si tú la heciste buena, otras podrás hacer; si la hallaste buena, otras hallarás, aunque mas se hallan malas que parezcan á la mala que buenas á la buena; y por eso es buen consejo quedar sin ninguna y poca desgracia vivir sin ella. Ciceron repudió la suya, y á los amigos que le decian que la tornase, dijo que mal podia él cumplir con casamiento y con sabiduría. San Pablo lo dice mas claro: La mujer doncella y por casar no tiene que pensar en servir á su marido, y empléase toda en pensar las cosas de Dios; la casada al revés, y tiene repartido el corazon. No estorbo yo, dice el Apóstol, que se casen los hombres, que mejor es casarse que abrasarse; pero los que se casaren, con su pan se lo comen, que no llorarán duelos ajenos. Pero si la tuya era buena, ¿cómo sabes que seria constante para perseverar en su bondad? La compañía dulce de la cama queda suplida con el descanso, que hasta que ella saliera andaba desterrado. Y si quieres entender la verdad ó decilla, aunque el refran dice que quien no tiene mujer siempre la está matando, yo no hallo que esto ninguno diga mejor que quien ha probado esta carga. En conclusion, hallaste, mediante esta muerte que lloras, libertad, vida, soltura, paz, sueño, holganza, ser señor de tus cosas sin contradicion. Puedes salir de casa antes del dia y vol-

ver de noche, estar solo ó con quien quisieres toda la noche y el dia, sin haber quien te pida cuenta; y cuando ella fuese muy buena, todavía es bobería llorar por grillos, aunque sean de oro. Si el defunto fue tu padre, ¿por qué lloras por perder una perpetua queja? Aquel mando enfadoso y sin remedio; si era bueno, sólo tú con él, y sólo con mas cuidado, y tenle de los otros, pues no hay ya quien le tenga de tí; si te desamparó, ese es el órden mas comun de naturaleza, que lo que primero vino vaya primero, y él no te dejó, sino fuese un poco, y bien poco delante.

Si era marido el defunto, yo tengo por muy dificultoso consolar la viuda deste tiempo, que aun los viudos, demás de alcanzar mejor entendimiento, antes comunmente acaban ó pierden prisiones que descanso y regalo; pero cuando yo me paro á considerar la locura de las casadas, mayormente donde hay corte ó concurso de gente y en pueblos ricos y viciosos, no sé por dónde comience á consolar á quien perdió tan grande y tan continuo vicio y regalo como todos los dias del mundo buscan las mujeres, de galas, comidas, coches, visitas, conversaciones, estaciones, fiestas, paseos, trages, dueñas, escuderos, etc. De lo cual espantado, y hablando con algunos de los maridos, saco lo que ahora dellos decia, cuando vienen á enviudar, que no es posible, por mucho que pierdan en la mujer, sino que es mas el cuidado, gasto y trabajo de que ahorran; y por otra parte, tengo por vehementísimo y casi incurable el dolor y desconsuelo de las tales, que si ellas vivieran cristiana y moderadamente y con honesta pasada, y el amor del marido que ahora publican con sus extremos, le mostraran en dolerse de sus fatigas y cuidado de suplir sus antojos dellas, notificados delante de otras livianas y con tan poco caudal y menos necesidad, ni la locura que ahora echan menos hubiera sido tanta, y la modestia fuera mas, con que ahora sintieran su falta. Así que, por esta razon no me atrevo á poner aquí consuelo que me parezca bastante ó convinieute; pero pondré el que el bienaventurado san Juan Crisóstomo les da en la exposicion de la epístola de san Pablo á los de Tesalónica; que á mi parecer en solo caso que ellos abran los ojos y procuren el amor de Dios consistirá su consuelo, si se olvidan y arrepienten de la loca vida, que solamente echan menos con las tocas largas cuando en las demás las ven durar. Dice pues el santo[1]: ¿Qué dices, mujer? Qué lloras? ¿Porque tu marido era tu tutor y tu padre? Y veamos, ¿Dios no tendrá cuidado de tí? ¿Quién te dió á ese que lloras sino él? Quién te hizo sino sus manos? Y ¿quién curó, sino él, de tí antes que fueses? Quién te inspiró el alma que tienes? Quién te dió ese entendimiento? Quién te hizo que le conocieses, y te dió su propio Hijo para tu remedio? ¿Este tal no se apiadará y cuidará de tí, y un hombre sí? ¿Qué debes que parezca á lo menos desto á tu marido? Y si le debes algo, primero se lo mereciste. Pero de Dios no podrás decir esto, que no le has servido ni merecido, porque te haga tanto bien; antes, sin necesidad de nadie, de sola su bondad y largueza, llueve siempre beneficios y mercedes sobre los hombres; él te ha prometido su reino, una vida que nunca se acabe, gloria, paz y hermandad; él te prohijó y te hizo heredera con su eterno Hijo; y con todo esto, tú todavía tu marido. ¿Qué te dió como esto tu marido? Él te da este sol, llueve cuando lo has menester; él te envia cada año trigo, vino y aceite y todo tu sustento. ¡Ay de nosotros con tal ingratitud! El te quita el marido porque no le busques mas, y tú, después de muerto, no te despegas de él y dejas á Dios, á quien habias de buscar y dar infinitas gracias, pues de su mano has recebido tanto, y del marido nada. Si no, dime, ¿qué recibiste dél? dolores al parir, trabajos, injurias, baldones mil veces y reprehensiones y quejas: dime tú si son estas ó no las cosas que del marido se reciben. Dirásme: Hay otras cosas de contento. Y ¿qué son esas? Que te engalanó? Que te cubrió de telas de oro y brocados? Que te dejó salir á público para que te viesen? Pues mejor te ataviará Dios y con mas galas después dél muerto; que mas galana y hermosa hace la castidad que el oro. Otras galas tiene este Rey celestial, no digo tales, sino mucho mejores, que podrás vestir si quieres. Y ¿qué son esas? Una ropa con cintas de oro, si te contenta, desde luego la puedes vestir. Cuando eras casada mandabas mucha casa (si la mandabas digo), ahora, en lugar de criados, serás señora de los coros de los ángeles y de los demonios y de su príncipe. Pues ¿por qué no dices lo malo que te pasó con él? Si te despreció con soberbia, si algun pariente suyo te puso tacha, ya estás libre de todo eso. Pero debes tener congoja de tus hijos, quién los criará. ¿Quién? El Padre de los huérfanos, porque él te los dió y él dijo á sus discípulos: ¿El alma no es mas que la comida, y el cuerpo mas que los vestidos? Pero dirásme: Ah, Señor, que los hijos sin padre no se crian en tanta virtud ni en tanta honra. ¿Por qué? Tienen á Dios por padre, ¿y no se criarán ricos y honrados y virtuosos? ¡Cuántos te podria yo contar que se criaron sin padre, ilustrísimos y celebérrimos, y cuántos criados con padre, que se perdieron! Si los criares desde niños como debes, muy mejor ventura tendrán que criados de su padre; que este oficio de criar los hijos, oficio es de las viudas y á su cargo está. San Pablo lo dice, contando las calidades de la buena viuda si crió sus hijos. Y en otra parte: Salvarse ha la mujer con criar sus hijos (no dice por el marido), si perseverare en la fe, caridad y santidad con castidad. Ninguna crianza dél padre les valdrá tanto como plantar en ellos desde niños el temor de Dios: este será el muro inexpugnable que les defenderá, que cuando la guarda está dentro, poca necesidad hay de municiones, y cuando falta esta, de ninguna cosa sirve lo demás. Estas son palabras de san Juan Crisóstomo, con otras muchas que hasta el fin de la homilía va añadiendo; las cuales, no solo tienen virtud y fuerza para consolar y aun mudar la vida, pero á muchas personas la han mudado con estas ó otras semejantes, y con el pensamiento dellas han acabado en gran servicio de Dios, y dejado ilustre fama entre los hombres.

§. III.

Del consuelo en la muerte del hijo.

Si era tu hijo el defunto, no me quiero espantar que tu dolor sea grande, pues el dolor se mide por el amor; y este no le hay que se compare con el que una madre

tiene á su hijo, y así es el dolor de perdelle. David no pudo encarecer el amor que á Jonatás tenia, sino diciendo, cuando supo que era muerto: Duéleme tu muerte, Jonatás, porque así como la madre ama un solo hijo que tiene, así te amaba yo, y de aquí es la grandeza de mi dolor. Suele decir un amigo á otro que matara por él un hijo, y es la última ponderacion de su amor, y mas que la vida propria, como David, que deseaba morir porque Absalon viviera, por ser su hijo, aunque malo y revoltoso; y para dar Dios á conocer la perfecion de Abraham, le probó en eso, que matase á su hijo. Pero con todo eso, no te mates, que no le perdiste, y tras dél irás; antes vas muy apriesa, que esta vida no es otra cosa sino un caminar presuroso que va á dar á la muerte. Así que, no hay que fatigarte, pues hallerás presto lo que perdiste. David estaba con harto dolor antes que el hijo espirase, y en muriendo, en el mesmo punto le perdió con estas consideraciones y con que no habia de servir el desconsuelo para volvelle. Nunca te mates porque murió, sino si murió mal; en lo cual muy mucha ventaja nos han hecho muchos gentiles, que en este caso, por nacer nuestro consuelo de la vida que esperamos, nos habia de ser muy vergonzosa, por poca que fuese. Aquel gran filósofo Jenofonte (que todos llaman segundo después de Platon, en la disciplina y escuela de Sócrates) estando sacrificando le vino nueva que de dos hijos, el mayor, llamado Grillo, habia muerto en la guerra; y no por eso dejó el sacrificio, solamente se quitó la corona de la cabeza, y preguntando cómo habia muerto, y respondido que peleando animosamente, se tornó á poner la corona, protestando y jurando por los dioses á quien sacrificaba que tenia mas contento de la virtud del hijo que pena de su muerte. Otro fuera que arrojara la corona y el sacrificio y desbaratara los altares, y con lágrimas derramara los enciensos, y aun no se tuviera por exceso en tal ocasion; pero este estuvo en su religion entero, en la prudencia firme, juzgando ser cosa mas triste dejarse vencer del dolor que padecer aquel trabajo. Las mujeres cuando les traian los hijos muertos de la batalla, segun cuenta Eliano, les miraban las heridas que traian de cerca y léjos, y de las que vian haber recebido peleando se gozaban, como agora en los desposorios de los suyos; y cuando las habian recebido huyendo, los dejaban y llorando huian, dejándolos para ser enterrados en las comunes sepulturas, ó secretamente los llevaban á enterrar en sus proprias casas. Y de una cuenta Petrarca que, oyendo que su hijo era muerto en la guerra, en lugar de llorar, dijo con buen semblante: Ya sabia yo que le habia engendrado mortal, y para eso le parí, para que no temiese morir por su patria. Y de otra, llamada Lacena, cuenta Plutarco que dijo, sabiendo que su hijo habia muerto valerosamente en la guerra:

Plorentur timidi, mi infletus humabere nate
Et matre hac vere, dignus est et patriâ.

Sean llorados los cobardes, mas tú, hijo mio, serás sin lágrimas sepultado, digno desta patria y desta madre.

Otra dijo al hijo vivo, que le decia que su hermano quedaba muerto, que ¿por qué no tenia vergüenza de venirse sin haberle sido compañero en tan buena muerte? Otras muchas mujeres de aquella gentilidad hubo deste buen ánimo; y pues ellas le tuvieron tan bueno, poca necesidad tenemos de traer ejemplos de hombres.

Fuera de lo dicho, se pierden con el hijo en su muerte muchos miedos y congojas de su vida y alma, que con sola su muerte ó con la tuya se podian perder; porque, segun los filósofos decian, sola la muerte puede al padre hacer seguro; si él era bueno, huélgate de habelle tenido; si malo, de habelle perdido: uno y otro es beneficio del cielo, que tal te le dió ó tal te le quitó; si le habias de llorar cuando murió, llorárasle cuando nació, que desde entonces comenzó á morir, aunque agora acabó. Bien entiendo que es dulce cosa el buen hijo, pero gasta mucho del tiempo, quita del sueño; agora estarás para tí mas desocupado; vivias para él, vive agora para tí; no le invidies la buena suerte, que muchas veces lleva Dios al mozo porque no se haga malo, y si es malo, porque no lo sea mas; que tiene Dios larga vista. En este sentido entiende un doctor devoto aquel verso del salmo: Antes que entendiesen vuestras espinas el ramno. Es una yerba el ramno espinosa, que cuando crece endurece las espinas como agujas. Y por eso dice David que lleva Dios á algunos tiernos y verdes, antes que se endurezcan y agucen para hacer mal; por eso los lleva en agraz. Como cuando uno tiene la viña junto á lo poblado y sin cerca bastante, coge todo el esquilmo en agraz, porque si aguarda, no se le hurten maduro; así hace Dios cuando lleva los mozos en agraz, porque la malicia no se les arrebate y les mude los sentidos, como la *Sabiduría* dice. Y esta buena suerte, no es razon que por el propio gusto y contento se desee quitar; antes agradecella á Dios, que sabe lo que de los hijos ha de ser antes que lo sea.

§. IV.

En que se mitiga el rigor de los pasados cerca de las lágrimas y desconsuelo.

Pero, porque no es bien cerrar del todo la puerta al sentimiento, pues todos los extremos son viciosos, lo primero tiene lo dicho justa excepcion en el sentimiento que se hace por la muerte de los buenos, por la falta que en el mundo, en la Iglesia y en otra cualquier comunidad hace su vida, así para el ejemplo della como para aplacar á Dios por los pecados de los malos. Esta es la batalla que entre dos ángeles buenos cuenta Daniel que hubo, queriendo el uno que el pueblo que á su cargo estaba, que era el de los hebreos, saliese de entre los persas, porque no les pegasen sus malas costumbres; el otro que no saliesen, por el bien que los persas (que él tenia á cargo) recebian de su compañía. Así habiamos de sentir el salir de la nuestra los siervos y amigos de Dios, por los grandes bienes que por ellos hace á sus comunidades y al mundo; así lloraba el rey Joás á Eliseo, profeta, diciendo: Padre mio, padre mio, carro de Israel y su guia, etc. Muchos castigos deja Dios de enviar al mundo por los buenos que en él tiene; y el de Sodoma dejara si hallara diez buenos en ella, y el del pueblo dejó por intercesion y oraciones de Moisés, del cual dice la Escritura que los desbaratara y destruyera si su amigo Moisés no se pusiera en la division ó abertura de la muralla; que la divina Escritura nos pinta la ley de

Dios como una muralla que de la ira de Dios nos guarda cuando está toda en pié, y á Dios al derredor, buscando si por alguna parte está quebrada; y que suele entrar por allí á destruir los pecadores. Dice agora que en la rotura de la muralla, cuando levantaron y adoraron el becerro, los destruyera Dios si no se pusiera su amigo Moisés á defendella con oraciones y lágrimas, que cuando son de tal amigo como Moisés, suelen atar las manos á Dios, y así defender á los pecadores, como allí se dice y se hizo. De manera, que falta de tan buenos padrinos para aplacar á Dios justo es que se sienta y llore, como lo hizo aun aquel mal hombre de Faraon, que, haciéndosele de mal la partida del pueblo, dijo á Moisés al tiempo della que le dejasen echada su bendicion. Pues cuando muere un bueno en una casa ó ciudad, que sabemos ó presumimos que lo es, no solo no se condena por malo llorar su muerte, mas es muy loable y provechoso por esta razon y fin, el cual pocas veces vemos que se tiene en semejantes muertes; porque en esto, como en lo demás, cada uno busca su interese, como el Apóstol dice, y poco se cura de las cosas de los prójimos y comunidad, mayormente de las espirituales. Y esto lloraba (digo el poco sentimiento) el profeta Esaías cuando decia: El justo muere, y no hay quien se pare á pensar en su muerte; y los varones misericordiosos son recogidos al cielo y van faltando del mundo, y no hay quien lo entienda ni considere, siendo así que por la malicia del mundo son sacados dél; aunque por lo que á ellos toca nos habiamos antes de holgar, pues por el inestimable bien que agora gozan trocaron trabajos, peligros, persecuciones, melancolías, soledad de su Dios, ver pecados y ofensas con tanto dolor, y otras pesadumbres, que con sola la muerte pudieron acabarse.

Si el defunto era malo, antes se habia de haber llorado su vida, y cesar las lágrimas cuando ella cesa; porque ni para sí ni para el mundo era sino pestilencia, por su mal ejemplo y el enojar á David, y allegar para sí mas penas y condenacion, como san Pablo dice á los romanos, que el corazon que en lugar de la penitencia (que Dios por mil caminos en él pretende) saca dureza, atesora para sí ira y rigor en el dia de la ira; y por eso son las lágrimas bien empleadas mientras le dura la vida, pues ella es una continua muerte, que ha de partir otra perpetua en el infierno; sobre lo cual dice san Agustin, quejándose, que no nos compadezcamos del pecador: Si eres cristiano, parezcan en tí entrañas de compasion, que, pues lloras el cuerpo de donde salió el alma, llora el alma que queda sin Dios. Pero de la muerte del cuerpo, por lo que al mundo toca y por lo que á su alma, te huelga; pues mediante ella usa Dios con él de misericordia, acortando sus pecados y penas con la muerte, con la cual lo uno y lo otro se corta y acaba. Como no hace poca amistad el que, viendo perder mucho á su amigo que está jugando, porque no pierda mas apaga disimuladamente la vela, fingiendo que va á despavilarla. Eso hace Dios cuando apaga la luz de la vida, porque el malo no venga á deber mas infierno; y aunque á veces mata á unos porque escarmienten otros (como parece en los catorce que súbitamente mató la torre de Siloe, y en los galileos que hizo matar Pilato, mezclando la sangre con la de los animales que sacrificaban, como lo significó el Señor claramente á los que le estaban contando el caso), pero bien sabe los que mata y los que deja, que mas condenacion les espera á los que no escarmentaren, y los muertos quizá no habian de escarmentar.

Pero lo que toca á la soledad ó daño que por su muerte se nos recrece, no se quita la natural inclinacion y amor que siente la falta de nuestros padres, hermanos, deudos y amigos; pero ella en todas las cosas se contenta con una medianía, y así se le concede y aun se le alaba esta en este caso, y así fué Moisen llorando treinta dias y Jacob setenta. Y esta licencia da el Sabio en el *Eclesiástico*, diciendo: Llora tu muerto, pero sea poco, porque descansa ya; como quien dice: No llores tanto que parezca que te duele su descanso. Pero la pestilencial vida del hombre malo es mas de llorar que su muerte. De manera que dice el Sabio que la tasa sea, que el llanto de la muerte del bueno sean siete dias; no quiere decir que sean tasados, de manera que no lleguen á ocho, que si la discrecion los hace seis, que hayan sido pocos, sino que poco basta con buena consideracion; pero el llanto (dice) del loco y del malo todos los dias de su vida, que todos son de llorar, por ser una perpetua muerte del pecado, y un perpetuo atesorar de penas infernales. De manera que todas las cosas quieren prudencia, que ni te quitan el natural sentimiento de la falta de tus amigos, ni hay quien te disculpe el demasiado, antes los mesmos gentiles le condenan; pues Plutarco dice que tenian los licaonios una ley que ninguno pudiese llorar infortunios de otro, sino fuese en hábitos de mujer; dando á entender que sola la flaqueza en una mujer puede ser desculpa de las lágrimas en semejantes ocasiones; cuanto mas agora que tan enseñados estamos á medirlas y moderarlas con las esperanzas de nuestra resurreccion y otros misterios de nuestra fe, y por eso tambien David no lloró á su niño después de muerto, porque habia muerto en la inocencia. Así ha de ser el que no quisiere ser notado de flaqueza mujeril; y la mujer que con la buena y continua consideracion suple la de su sexo, templar con su discrecion sus lágrimas y sentimiento, y cuando fuere tal la ocasion cual á quien le toca sabe mejor que nadie; procure reprimir la pasion y acabar luego consigo, mediante la prudencia y cristiandad, lo que el tiempo sin duda poco después ha de acabar, como lo vemos por experiencia; en lo cual, como san Juan Crisóstomo dice (cuyo es el consejo y la razon), ganará dos cosas. La una, salir luego de tanta aflicion y desconsuelo; la otra ganar el mérito de salir dél, con fin de agradar á Dios, y no dejándolo al tiempo que venga á caballo por sus cabales; las cuales dos cosas perderá por no tomar este consejo, cuanto mas que es gran cordura no matarse por lo que no ha de aprovechar, derramar lágrimas ni desconsuelo, pues nadie volvió por ellas á esta vida, por mas llorado que fuese; y tras no haber provecho en el muerto, hay gran daño en el vivo, que hace el sentimiento, no solo en la pérdida de lo espiritual, sino en la salud y fuerzas temporales. Todo lo dice junto el Sabio: Hijo, no entregues tu corazon á la tristeza, antes la arroja de tí, acordándote y nunca olvidando los remates desta vida; porque ni hay volver los muertos por

las lágrimas, ni servirán al mesmo las tuyas, y sobre esto á tí mismo te dañas y empeoras.

DISCURSO II.

Del consuelo en la discordia, especialmente entre hermanos.

Una de las virtudes de que Dios mas se muestra servido en las divinas letras es la paz entre los hermanos, que aun los piés de los que salieron á predicar, que eran los apóstoles, con andar á pié por montes y riscos, le parecian al Profeta, viéndolos de léjos, hermosísimos, diciendo: Cuán hermosos son los piés de los que van á predicar la paz; ¿cuánto mas hermosa le pareceria la mesma paz? De muchas cosas que á este propósito pudieran aquí decirse (porque de ninguna tomamos mas de lo que con brevedad hace á nuestro propósito, dejando lo demás para otro tiempo y lugar), solo diré lo que brevemente dice David en un salmo, en que nos muestra cuán hermosa, cuán agradable y de cuán suave olor le parece á Dios y al mundo la paz entre los hermanos; y por otra parte, cuán provechosa y fértil de bienes temporales y espirituales. El salmo comienza así: Parad mientes y advertid cuán hermosa cosa, cuán útil y provechosa y cuán agradable es vivir los hermanos en una casa en paz y conformidad. Diréos yo que tanto, de la manera que aquel ungüento que mandó Dios derramar sobre la cabeza de Aaron cuando le ataviaba Moisés con las ropas sacerdotales, que aquel preciosísimo y olorosísimo ungüento descendia de la cabeza del sacerdote á su barba y vestiduras hasta las últimas cintas y remate dellas, que á Dios le parecia y olia tan bien, y derramaba tan gran suavidad y la comunicaba á cuantos le miraban; porque la paz y amor de Cristo, nuestra cabeza, se derrama y desciende hasta el menor y al parecer mas olvidado miembro de su cuerpo místico y al mas delgado hilo de su vestidura, que por lo uno y por lo otro son significados los fieles, hijos de la Iglesia, de los cuales prometió á su Hijo el Padre eterno con juramento que de todas aquellas almas se vestiria como de una ropa rozagante; y que el amor y paz que el Señor nos comunica, y nos dejó tan encomendada con aquella blandura y suavidad, alcanza todos los lados y costuras de la ropa y la hace parecer hermosísima. Y luego añade al salmo el otro bien, que es el fruto, diciendo: Como el rocío de Hermon, que de su continua nieve envia al cielo muchos vapores, de que se congela el rocío que cae en otro monte mas bajo y mas vecino á la ciudad de Jerusalen, que es el monte de Sion, con el cual se hace fértil y de gran fecundidad y grosura de todo mantenimiento, así es la paz de los hermanos, que dellos sube al cielo, de donde nació, porque de acá no pudo nacer como la nieve de Hermon, y vuelve al suelo convertida en grandes y preciosos bienes espirituales y temporales; lo cual declara luego en el último verso, diciendo: Esto digo porque allí en aquella casa ó comunidad donde se halla y guarda esta paz, envia Dios su bendicion (que es en la sagrada Escritura sus bienes y beneficios y su hartura de cosas de acá) y vida para siempre, que es lo que el refran dice: Con la paz crecen y medran las cosas pequeñas.

Este salmo se entiende, no solo de los hermanos carnales, sino tambien, y mucho mejor, de los hermanos en Cristo, hijos suyos, engendrados por el bautismo en virtud de su sagrada pasion, y especialmente de los que por voto de religion se han encerrado á vivir juntos, profesando la hermandad en Jesucristo, olvidada, á lo menos pospuesta la natural, como lo declaran las reglas de los patriarcas Benito y Bernardo y san Agustin; el cual al principio de la suya dice que este es el blanco á que se enderezan las religiones, y el fin de haberse los religiosos juntado á vivir en congregacion y compañía, para que vivan en paz y conformidad de corazones, sin tener entre todos mas que un alma y una voluntad, á imitacion de los apóstoles y de los primeros cristianos que ellos criaron, de quien en el libro de sus hechos se escribe que entre todos no habia sino una alma y un corazon en Dios; pero tambien se entiende, y no menos principalmente, de los hermanos de un padre natural y una madre; los cuales con la paz y amor dan á entender la correspondencia de sus voluntades á lo que la naturaleza, que es Dios, puso en su inclinacion. De aquí nace que cuanta hermosura tiene esta paz delante de los ojos de Dios y de los hombres, tanto es mas fea y torpe en ellos la discordia de los mesmos, y mas dañosa. Y así como los piés de los que salieron á predicar la paz entre los hombres le parecieron al espíritu del Profeta hermosos á maravilla, así al mismo espíritu le parece muy feo el que sale á sembrar discordia entre los hermanos; que, con haber contado Salomon seis pecados que Dios aborrece mucho, cuando llega al séptimo dice con encarecimiento que su alma lo abomina y le causa asco; que es el que siembra discordia entre los hermanos, y aunque lo pudo decir del principal autor que las siembra, que es el demonio, pero á sus ministros tambien abomina, por ser perniciosísimos sembradores de yerba tan mala y tan dañosa, tan fácil de nacer de menudísimas ocasiones, peligrosa y perjudicialísima, de donde saca el demonio tan gran caudal de pecados; porque todo lo que entre hermanos habia de ser ocasion de amor, convierte en ponzoña y en aborrecimiento; y con la ordinaria comunicacion y la vergüenza de haber de poner unos en otros las manos, y de ejecutar con venganza su enojo, reprime los ánimos del sacar ni poder manifestar su ira, y la memoria de la cuna en que fueron criados, y la del vientre mismo de donde salieron, y de otras cosas que á mas amor suelen incitar; esa mesma es la que pone fuego á todo el bien de paz, despertando y atizando los enojos; de manera que, cuanto mas conjuntos fueren, menos remedios tienen y mas rehusan la reconciliacion; de donde se sigue que no es maravilla que los tales vivan desconsoladísimos, y necesitados de que en este libro hallen alguna hoja en que se les ponga algun remedio ó consuelo.

Porque lo dicho se entienda y lo por decir venga á propósito, es necesario advertir que no se habla aquí de toda manera de hermanos; porque los que en Cristo lo somos por el bautismo, como cada uno vive en su casa y con su libertad, presuponemos no ser tan necesario el consuelo cuanto el consejo que se pongan bien con su hermano; ni hablamos solamente de los hermanos carnales, cuando son varones, porque la libertad de apartarse cada uno á su casa ó á otra ciudad ó provincia quita todo desconsuelo de la diferencia ó poca paz,



mas hablamos de dos hermanas que, necesitadas de la honra, viven juntas, y por ser de diferentes condiciones viven desavenidas y en perpetua discordia. Y asimesmo de dos religiosos ó religiosas cuando estuviesen discordes, que de unas puertas y vida comun, á una casa, mesa, vida y conversacion, á todo lo corporal y espiritual, siendo las ocasiones con la continua comunicacion tan frecuentes, le tengo por un intolerable trabajo, cual personas que le padecen confiesan serlo; y el mal es que, oidas las partes, en cada una dellas se halla razon, y ninguna suele tenella; y asimesmo se entiende de otras cualesquier personas que no pueden fácilmente apartarse ni tienen paz.

Pues ofreciéndose consolar á una destas que tenga deseo de paz, y darle remedio en tan grande trabajo, lo primero que le digo es que, pues siempre se halla en ambas partes alguna culpa, que quite la que es de su parte, aunque se sienta para hacelle dificultad, como san Pablo lo aconseja, diciendo: Hermanos, si fuere posible cuanto es de vuestra parte, tened con todos paz, que cuando uno no quiere, dos no barajan, aunque el otro no quiera tenella; como David decia de sí y en nombre de Jesucristo: Con aquellos que aborrecen la paz la tenia yo. Lo segundo, cuando esto no le convenciere, aplácale tú con beneficios y regalos, como hizo Jacob á su hermano, y usa con él de amorosas y blandas palabras, pues tienes seguro del Sabio que estas quebrantan los enojos, y del refran que las dádivas á las peñas; lo cual con gran ventaja parece ser verdad entre hermanos, los cuales fácilmente se persuaden cuando lo uno ó lo otro reciben, que salen del corazon, pues es el que lo da hermano; y si todavía fuere menester mas, usa del último remedio que es quitar la raíz del mal, que es el interés sobre que se pelea; que así hizo Abraham por cortar las discordias que se iban acasionando con su sobrino, y le dió lo mejor de la hacienda, y si fuera necesario, lo diera todo. Ni temas de la pérdida de tu derecho; que cuanto mas te pareciere que pierdes, tanto mas gloria ganas con Dios y con los hombres. Ninguna cosa quebranta mas la fuerza de la ira, invidia y soberbia, que el bien hacer libremente; solo eso tiene bueno el oro, que con él se aplaca la ira y riña de los hermanos. Así dijo el otro poeta que si del mundo desterrasen estas dos palabras mio y tuyo, con ellas se desterraria toda discordia y quedaria seguro el campo por la paz; lo cual tiene solo verdad en los que poseen el amor de Dios, que por no perdelle no quieren cosa propria en el mundo. Y si no es ella la raíz, suelta lo que fuere del corazon: si fuere honra, desta se pierde poca en reconciliarte con tu hermano y sufrir sus pesadumbres, y si su condicion es tan rebelde que todo eso no basta, ó por algun justo respeto no te conviene hacerlo, aquí entra la paciencia y sufrimiento nacido de la buena consideracion, que esta discordia, aunque es pesada, no es nueva; el mundo comenzó con ella, y Roma fué infame con Rómulo, su fundador, como nota san Leon papa, con muchas otras historias que el mundo ha visto, y apenas hay casa ni comunidad libre de este mal. No te espantes que en la tuya le haya, pues dentro de un vientre hubo esta pelea, y no solo discordia; no es mucho que entre los ya crecidos halles lo que se halló entre los aun no nacidos. Y si de la paciencia que te digo quieres un buen ejemplo y altísima dotrina, de donde quedes juntamente enseñado y confuso, no te la daré menos que en el mesmo Señor, del cual san Agustin se muestra en muchos lugares espantado, mayormente declarando un lugar del salmo que dice: Sin causa me escondieron la muerte detrás de un lazo; donde dice estas palabras: Como que siendo el Señor la mesma sabiduría infinita, un depósito de los tesoros de la sabiduría de Dios, que sabe todo lo que sabe el Padre, y lo que él no sabe tampoco el Padre lo sabe, porque todo es un ser, un entendimiento y un saber; y fuera deso, por otros caminos no hay nadie que se le esconda, pues es Dios y hombre y bienaventurado, y declarado juez de los vivos y de los muertos, para lo cual ha menester saber cuanto se piensa, dice y hace en el mundo. Pues siendo esto así, pregunta san Agustin, ¿cómo le pudieron sus enemigos echar dado falso, y tenderle la red cubierta, que él no la viese? Y responde él mesmo que sí la vió, sino que hizo del ignorante para nuestra dotrina. Lo mesmo podemos preguntar con espanto, como el mesmo san Agustin tácitamente pregunta, pues lo responde como con tanta sabiduría; y habiendo sobre esta añadido toda una noche de oracion devotísima, para que la eleccion de los doce apóstoles saliese acertada, aunque no tenia necesidad de hacerla y tan larga, al fin vino á escoger tal apóstol como Júdas, sabiendo su mal corazon, y que aun antes de venderle habia de ser malo, pues les dijo por él que uno de ellos era diablo; pudiendo desde luego escoger á san Matía, que, como parece en el libro de los *Actos*, se halló entre los dicípulos á la eleccion; pues dice san Pedro que de de los que habian andado con Cristo desde el principio, convenia escoger uno para apóstol, y al fin fue electo san Matías. Y responde el santo doctor á esta pregunta como á la primera; y la mesma respuesta da san Ambrosio sobre san Lúcas, dando tres razones, las cuales todas diré, por ser el negocio grave: la primera, porque quedase autorizada y acreditada la verdad de la dotrina; la segunda, por encarecernos y hacernos cargo de su amor que nos tuvo, y darnos á entender cuán grande era. Dícelo san Ambrosio por estas palabras: Cuánta es la verdad, la cual no desacredita ni basta á desacreditar un perverso ministro, y cuánta la bondad y caridad del Señor, que quiso que antes peligrase cerca de nosotros el crédito de su juicio y eleccion que no el de su caridad. Suele ser este santo el contraste de los pensamientos de Dios; y como dando razon del casamiento de su madre dice que quiso antes que se dudase de su nacimiento que de su honra della. Así aquí quiso mas que dudásemos antes de la acertada eleccion de sus apóstoles que del afecto y deseo con que nos amó; el cual declaró en querer ser vendido de uno de sus mas familiares, de quien dice san Cipriano que era uno de los convidados y amigos de Cristo, lo cual parece en ser de los de su mesa y haber oido el nombre de amigos en la prision. Pues viniendo al propósito que vamos hablando, la tercera razon destos santos es por dejarnos ejemplo, sabiendo que habiamos de vivir entre malos y enemigos, no solo en el mundo, sino dentro de nuestras mesmas puertas, de sufrillos por su nombre, como por nuestro

provecho él sufrió dentro de las suyas á Júdas traidor y malo y enemigo suyo, escogiendo él este trabajo de su voluntad. La mesma razon da san Agustin; pero añade en otra parte este santo doctor para confirmacion della, que teniendo el Señor respeto á esto, y sabiendo quién Júdas era, todas las veces que de todos los apóstoles decia bien, en lugar de Júdas en su santo pensamiento ponia san Matía. Pues con este ejemplo podrás pesar tu cruz por el Señor, poniendo los ojos y el pensamiento en el mismo y en lo que hizo y padeció por tí, perdonando los yerros ó agravios de tu hermano al mesmo Señor, poniéndole en su lugar, pues quiso hacerse cargado dellos, y esperando de su mano mejor remedio, pues él por tí, de su voluntad, para este fin de tu erudicion y dotrina eligió á su enemigo para su compañero y apóstol, teniendo presente su mala vida y paradero, y le veia arder en el infierno por le haber vendido; y juntamente tenia presente á san Matía, que al cabo habia de venir á ser apóstol en su lugar; que es pensamiento que tiene gran fuerza para hacer sufrir cualquier pesadumbre al que vive con desabrida compañía. Bien creo que serán raras veces las que llegue á estos méritos la discordia de que vamos hablando, donde hay tantas raíces de amor; porque las mas veces es cosa muy menuda aquella en que se topa, y así fácil de quitar de por medio para que el amor corra su carrera; lo cual se ve cuando alguna persona, deudo ó amigo, entra de por medio, que descubre y apaga la causa de la discordia, la cual suele tener mas breve y mas gustoso fin cuando sin tercería de nadie las mesmas partes se componen, y mucho mas dulce y provechoso cuando el Señor y sus amores, el tercero, ahogando cada una de las partes en su amor las razones que le parece tener de enfado ó pesadumbre, y ganando á porfía con su divina majestad el mérito de la reconciliacion y la gloria con la parte contraria, y acordándose que por este tan suave y breve camino salen de una vida tan desastrada, y la truecan por aquella que David tenia por tan dulce y suave cuando decia lo que al principio deste discurso deciamos del salmo. ¡Oh cuán provechoso y agradable es morar los hermanos en uno!

DISCURSO III.

Del consuelo para los trabajos del hijo avieso ó la mujer de áspera condicion.

La materia deste discurso es muy parecida á la del pasado, aunque mas grave y de mas trabajo, por ser el hijo y la mujer cosas que no se pueden fácilmente echar de casa; carga pesadísima cuando es carga, y que no se puede echar de á cuestas. Dos enemigos en una casa, ambos mandones, ambos á una mesa, cama y conversacion, que cuento mas se ven y tratan, mas crece y se atiza la enemistad. En el arca de Noé todo estaba junto, pero olvidada la diferencia de condiciones, porque se conservasen. En las otras comunidades con apartarse y poner tierra en medio se remedian las discordias, que en el monasterio ó se muda del oficio el prior ó el súbdito de la casa; mil ocasiones hay de apartarse, pero aquí no se halla ninguna; no hay trabajo con quien este se compare sino con la guerra perpetua de la carne y espíritu, por la cual deseaba el Apóstol verse libre deste cuerpo mortal; porque, habiendo de ser la mujer sujeta al marido por voluntad y sentencia del mesmo Dios, y habiéndola en significacion desto criado de la costilla, y no de hueso derecho, sino acorvado, como algunos doctores notan, para dar á entender su perpetua sujecion; y siendo el marido la cabeza de la mujer, como Cristo de la Iglesia, como san Pablo dice (lo cual reconoció Sara cuando dice á su marido: No solo señor, sino mi señor), es triste cosa para el marido que la mujer quiera ser cabeza en su casa, y tiénelo por caso afrentoso y deshonrado, y por el consiguiente intolerable, que en ella ninguna cosa lo es, por tener á mano el remedio, que es cumplir con la obligacion que Dios le puso de ser sujeta á su marido. Pues si por desastre caen celos en su casa, no puede la vida compararse á menos que infierno sin diablos, ó con otros peores que ellos. Pues la mujer de Job ¿á qué ocasion convidaba á su marido á que blasfemase? Y la de Tobías, por solo que dijo el santo viejo que mirasen que el cabrito que allí oia balar no fuese hurtado, ¿qué gruñó ella? Qué murmuró? Y no de pecados del marido ni de otras faltas, sino de la santidad del viejo santo y de la cuenta ordinaria con la honra de Dios y de la caridad con el prójimo.

Lo mesmo casi corre del hijo que sale avieso y desobediente, que no deja un punto de contento ni sosiego á su padre, de dia ni de noche, en casa ni fuera della, tocando mil veces en la honra y otras mil en la hacienda, desasosegando las venerables canas de quien le engendró, y alborotando con continuos sobresaltos á su madre, inquietando la paz de los de casa y la de sus consciencias; aunque en este caso se halla algun remedio, pero no todas veces seguro, para la consciencia del padre.

El primer camino para buscar aquí el consuelo, es averiguar el padre ó marido con su consciencia, si de tales desórdenes se siente culpado, lo cual puede ser en una de tres maneras: ó porque, siendo él mozo en casa de su padre, le fué desobediente, porque esta desobediencia suele castigar Dios con la de sus hijos, y aun con la mala condicion de la mujer, como acaeció á Jacob, que porque quiso con su padre ciego usar de aquel misterioso engaño, trocándose por su hermano, le trocaron á él la mujer Lia por Raquel sin que lo entendiese; y en esotro caso arrastrando un hijo un dia á su padre, le llevó hasta el pié de una escalera, y allí le dijo el padre: Basta, hijo, basta, que hasta aquí truje yo arrastrando un dia á tu abuelo. La segunda manera de culpa es haber criado mal á su hijo cuando muchacho, y consentido á su mujer á los principios de su casamiento con libertad; lo cual suele muy ordinariamente acaecer con la poca prudencia y menos experiencia de los mozos, que, no mirando á lo porvenir, dejan tomar mas licencia á las mujeres mozas, pareciéndoles, á fin de salir con sus invenciones de sensualidad, que siempre y en todos tiempos han de suceder todas las cosas de una suerte y sin mudanza. Dejo aparte el haber buscado la mujer para solo su apetito, sin consultar á Dios, que, como el Sabio dice, en los casamientos los padres son los que dan la hacienda, pero la buena mujer solo Dios la da. La tercera manera de tener la culpa es por el mal ejemplo con que él vive y el que da á su mujer y hijos, por donde generalmente ellos vienen á

ser insufribles, y Dios para su castigo lo permite, para que ellos mesmos sean verdugos de quien los hace vivir mal; lo cual, aunque todos los padres y maridos sentirian, pero mucho mas el malo, porque añade á la obligacion y naturaleza de padre la condicion de pecador, que es no querer compañero en sus pecados, sino ser solo él pecador.

Así que, examine el que semejante trabajo padece su alma, y vea si en alguna destas tres cosas es culpado, y por aquí hallará quizá de donde tener paciencia de su sentimiento ó remedio de la ocasion dél; porque si fuere lo primero, que es haber sido él mal hijo de su padre, sirve la pena deste pecado, para que si es castigo de Dios que esto padezca de su hijo, con la pena se aplacará su rigurosa mano, y por otra parte se amansará el furor de su propria impaciencia, acordándose que él fué ocasion de otra tal á su padre. Si fuere lo segundo, téngalo por certísimo que por aquí le vino este trabajo, y que es justo juicio de Dios; porque es una cosa tan encomendada de Dios la buena crianza de los hijos, que en solo eso quiere el *Eclesiástico* que se conozca quién es un hombre, cuando dice: Antes que venga la muerte y crezcan los hijos no alabes ni canonices á nadie, porque el toque en que se prueba su virtud cuál haya sido, en la de los hijos se ha de mirar y conocer; y esta es la razon que, queriendo el Espíritu Santo alabar al santo Job en el principio de su libro, y tiniendo aquel santo varon tantas virtudes para ser alabado (como parece por los capítulos postreros, donde él prueba su inocencia con testimonio del mesmo Espíritu de Dios, que en todo decia verdad, y no pecaba en decillo), no echa mano el Espíritu Santo de otra virtud que del cuidado con que criaba sus hijos, no solo cuanto al sustento del cuerpo, aunque esto está tambien encomendado, sino cuanto á la virtud del alma y piedad y religion con Dios, no solo cuanto á las palabras y obras, sino tambien los pensamientos; pues por solo que en ellos no ofendiesen á su Dios ni blasfemasen ni murmurasen, entre tanto que los hijos andaban festeando unos en casa de otros, andaba él con gran devocion de altar en altar para este fin, ofreciendo á Dios cada mañana sacrificios, pues lo que él en ellos pretendia habia de venir de su santa mano. Y esto mesmo hizo Mambre después que el ángel de Dios le habia venido á decir que habia de tener un hijo que se llamase Sanson, se puso el santo hombre en oracion y dijo: Señor, suplícoos que aquel varon de Dios que me enviastes, le volvais á enviar otra vez, para que nos enseñe qué ha de ser de aquel niño que ha de nacer (para saber cómo le habian de criar á la voluntad del Señor); y cumplió el Señor el deseo de su oracion, y venido otra vez el ángel, le dijo, preguntándole: Cuando se cumpliere la palabra que nos distes, ¿qué quereis que se haga del niño, ó de qué se ha de guardar? No le preguntaron estos siervos de Dios cómo le regalarian ni con qué galas le ataviarian, á qué le encaminarian, si á la corte, si á la guerra; qué mayorazgo le comprarian, qué hija de señor le buscarian para su casamiento, desde cuándo le ceñirian espada y le pondrian á caballo, siendo hijo que tanto habian deseado. Y á esta traza comenzaban, mediaban y acababan la crianza de los suyos todos los demás siervos de Dios; solo les enseñaban á hacer la voluntad del cielo, y no la suya, bajalles la cerviz y mortificarles las malas inclinaciones; porque esta es la voluntad de Dios, que les encomendó su crianza. No dés, dice el Sabio, á tu hijo licencias ni libertad en su juventud, bájale la cerviz en la mocedad, muélele las costillas mientras es niño; porque quizá cuando se endurezca no te estimará ni te creerá, lo cual te será gran dolor y trabajo de tu ánima. Y no parezca mucho rigor el del Sabio (aunque no haya tantas culpas que lo merezcan), que nunca será este cuidado demasiado; porque, por mas que crezca la disciplina y correccion, y mas ordinaria sea, mucho mas crece la mala inclinacion que con ella se reprime; porque, así como cuando una olla se pone á cocer echan mas agua que la que ha de quedar, y aun sobre eso van añadiendo la que al principio no cabia toda junta, y la causa es porque el fuego gasta mucha agua; y ansí, para que no se consuma lo que se echa á cocer es menester echar desde el principio mucha, y añadir mucha y muchas veces; así ha de ser la correccion, el aviso y el castigo del hijo mozo, que al principio ha de ser mucho y andar siempre añadiendo mucho, porque el fuego de las malas inclinaciones gasta mucho, para que siquiera venga á quedar después en una medianía. Si los padres criasen á los hijos con este cuidado, libres vivirian después de semejantes trabajos como agora padecen; pero criándolos tan regalados, tan libres y tan sobre sí, no se puede esperar menos que lo que agora tienen. Desde niños comienzan á hacer su voluntad, sea lo que fuere; ni les reprimen lo malo ni les enseñan lo bueno, siguiendo siempre las inclinaciones que sacaron de su primero padre: la golosina, las iras, las envidias y otras semejantes; las cuales, como no tienen uso de razon dentro de sí, ni padres fuera de sí que las repriman, van cada dia cobrando nuevas fuerzas con la costumbre sin contradicion. El mal que hace es contado mil veces y alabado, la palabra deshonesta reida y repetida, la torpeza y deshonestidad favorecida, y confortadas todas las demás raíces del mal; pues ¿de qué te espantas después que los ramos y frutas salgan tales para tu tormento? Mayormente que (como antiguamente dió Dios á entender, cuando mandaba que le ofreciesen los hijos, y con todo eso se los volvian los padres á sus casas), los hijos son de Dios, como allí da por razon, y dados á los padres como á ayos y maestros, para que los crien para Dios y como cosa suya; pues ¿cómo quieres que no se enoje Dios y te pida cuenta de tu hijo, y para mas castigo haga del mesmo un verdugo para atormentarte?

Pues si deste género fué tu pecado, sirve esta dotrina, no tanto para sacar consuelo ó remedio, cuanto para avisar á los que van criando sus hijos, y así los que están por criar, porque para los mal criados y dotrinados el remedio es redimir, después de hacer dello penitencia, lo que antes se hizo mal, volviendo la hoja y emendar lo mal acostumbrado por todas vias; y lo mesmo en la mujer, y regalándolos, pero en el camino de toda gravedad, virtud y cristiandad, porque por este te hallarás, no solo consolado, sino remediado. Pero si la culpa fuere de la tercera manera, que tu mala vida presente sea el dechado de donde ellos aprenden, es una cosa que á Dios enoja mucho; porque, así como el que

cria el hijo con buen ejemplo de vida, es á Dios muy agradable por la mucha fuerza que el ejemplo de la vida del padre tiene para emendar y encaminar la del hijo, la cual por esta razon suele Dios tomar por medio, mayormente cuando en el padre halla deseo de criarlo bien, que provee de su gracia y favor para la buena vida, como cuando quiere que salga el hijo del rey sano y bien criado de su ama, le dan á ella buenos manjares y miran por su salud y le apartan los contrarios della; así hace Dios al padre que desea criar al hijo que Dios le encomienda. Lo cual es tan cierta raíz del bien del hijo, que solia bastar ver las costumbres del padre para juzgar las del hijo, y esta fué la bendicion que Raquel echó á Tobías el mozo, su yerno, diciendo: Bendito sea Dios de Israel, que te hizo hijo de un hombre bueno y justo, temeroso de Dios y limosnero; que fué decir que él tenia estas virtudes aprendidas de su padre. Así, al contrario, el que le cria con mal ejemplo ofende mucho á la majestad de Dios, por la gran fuerza que hizo con su mal ejemplo; que apenas hay hijo que salga bueno viendo vivir mal á su padre. Y por eso aquel lugar donde dice, cuando se abrió la tierra y tragó á Coré, que fué grande milagro no perecer tambien sus hijos, aunque los hebreos con sus imaginaciones dicen, que al tiempo que se abrió la tierra para tragarlos quedaron los hijos en el aire hasta que se tornase á juntar, por no haber sido ellos culpados; pero otros, á mi parecer, sienten mejor, que el milagro no fué sino no perecer ellos con culpa, pereciendo su padre, por la correspondencia que siempre tienen á los padres los hijos en el pecar, cuanto mas unos padres que agora se usan tan libres y sin recato en el pecar delante de sus hijos y casa, en sus blasfemias, juegos, murmuraciones, deshonestidades, que acaece mil veces encontrarse padre y hijo en casa de la mesma mujercilla; lo cual es tan antigua torpeza, que por Amos lo abomina Dios, diciendo que el padre y el hijo iban á la mujercilla, y que por ese pecado no ha de convertir á Israel. Pues, ¿quieres que tu hijo sea bueno, tiniendo en tí tan mal dechado? Aunque no sea mas de que cuando le riñeres pensará que lo has de celos; porque de virtud no tiene para qué pensallo, pues tú no la tienes. Pues ¿qué diré del que tiene junto á sí al hijo cuando juega mirando las cartas y haciendo que juegue por él cuando él no puede, y otros mil vicios y abominaciones? Qué puede salir de aquí sino desconsuelos para el padre y menosprecio del hijo, mujer y de todos los de la casa?

Pues si deste género es tu culpa, el remedio es mudar la vida con mucha priesa y determinacion, y dar órden con ella mesma que tu hijo y mujer la muden, y que la mudanza que en tí vieren sea su predicador que les predique y encamine, y este será, no solo consuelo, sino remedio de sus vicios y aspereza, y por el consiguiente de tus trabajos, que de ahí tienen su nacimiento. Pero si el mal de tu hijo ó mujer no tiene de ahí su raíz, ó tiniéndola, has hecho lo que es de tu parte para aplacar á Dios y remediar tu casa, en este caso te buscará el consuelo que cabe en quien sin culpa suya padece afficion y desconsuelo, que es que si ninguno destos medios fueren bastantes para corregir la mujer, no hay sino sufrir la cruz, consolándote con haber hecho lo que es de tu parte; porque sentencia es de Varron que el vicio de la mujer, ó se ha de quitar por correccion ó sufrirse en paciencia; que el que quita el vicio hace mas tolerable la mujer, pero el que la sufre, á sí mesme se mejora; sola la paciencia hallan los filósofos por remedio cuando no aprovecha el castigo. Adriano y Augusto sufrieron las suyas hasta el repudio, y otros muchos tienen este mal, y ninguno está seguro dél sino los que no se casan. Si temes su castidad, con esto á lo menos te consuela, que no será tan libre como las muy castas, que no hay quien las pueda sufrir; las que no lo son salen serviciales mas que las otras. Si es de buen parecer, no es maravilla; si fea, no es peligro. El otro dijo, que era rara la concordia entre hermosura y castidad. Si te recelas ó temes adulterio, muchas veces sucede en pago de otro ó de otros; lo que á otros quizá has hecho padecer, no es mucho que lo padezcas; que muchos adúlteros vemos que á sus mujeres no quieren que las mire el sol, procurando ellos facilidad en las ajenas; mira por tu casa y procura con diligencia quitar el recelo; que muchos reyes y emperadores han padecido lo que tú porque tienen la honra en vasos flacos y el mundo está perdido, y aun al Señor del mundo no ha faltado quien se le haya atrevido, con ser tan poderoso y á quien nada se le esconde, á tomarle sus esposas consagradas y encerradas.

Si tu desconsuelo es del mal hijo y con lo dicho no se remedia, súfrelo, que no eres solo; que Mitrídates, rey de Ponto, y Severo, emperador de Roma, te acompañan, y el santo rey David y otros muchos. Mira cuál trató su hijo al turco Bayaceto, rey tan poderoso y prudente, y otros que tú sabes de tiempos pasados y has visto por tus ojos en los presentes. A lo menos gran parte llevarás menos de pena y molestia cuando tal hijo se te muriere, y si nada dél te satisface, no te falta ejemplo de aquel gran Africano, que amaba mucho á un hijo tan desemejante á su condicion que no parecia suyo; y mas amor se debe, á lo menos mas compasion, á quien menos ayudó naturaleza. No ha menester nada el que es rico de virtudes y valor, y la falta dellas hace á los hombres miserables y capaces de misericordia. Si no tienes por donde amalle como á virtuoso, ámale como á hijo, que así hace Dios á los suyos malos; si no puedes, ámale como á hombre; y si en él no hay qué amar, apiádate dél, que tan propia es la piedad en el padre como la severidad. Procura sufrir y vencer en tí lo que no puedes echar de tí, y corrígelo cuando puedas; y si no aprovechaste, habrás hecho oficio de padre, y si sí, habrás hecho lo que deseas; y si no, á lo menos lo que debes; que en lo que de la providencia de Dios no entendemos ó no gustamos, este es el último y certísimo consuelo.

DISCURSO IV.

Del consuelo en el trabajo del destierro.

Entre las cosas en que puso la naturaleza mas amor y aficion no es la menor la patria, pues nos engendró y nos sacó á esta luz; antes se conoce su ventaja en que su amor especialmente es llamado dulce. Aman la todas las cosas capaces de amor: las aves aman y buscan su querido ramo, depósito de su posteridad; las fieras sus

chozas, los peces sus hondas cuevas, do se esconden; ama el raposo astuto la cueva, las águilas y neblís ¿cuánto buscan sus altos nidos? Y con esta inclinacion suspiran los hombres: el flamenco por el hielo de su patria, el andaluz por el calor y fertilidad de la suya, gime el del Pirú por aquella templanza igual. Finalmente, con ninguna cosa, por suave y deleitosa que sea, descansa un hombre, aunque las tenga todas á su voluntad, hasta verse en su tierra, aunque ya no haya en ella padres ni hermanos, que suelen hacella mas dulce; y esto parte se experimenta en los que viven en Indias ricos y prósperos, servidos, sanos y contentos. Lo cual pueden decir los que de allá vienen, los sospiros que allá se dan, las pláticas y memoria de las cosas de España, con ser, respecto de las de allá, lo que en España es mas estimado tanta miseria y pobreza, cuanto ellos confiesan y acá podemos conjeturar, y ellos dan á entender cuando, después de haber cumplido aquel perpetuo deseo con que allá vivian, acordándose en sus tierras de la abundancia de los bienes que allá dejaron, procuran luego volver allá por huir la miseria; pero el deseo de su patria mas y mas naturalmente los llama de en medio de sus riquezas y contentos. Así que, para probar esta verdad ni es necesario traer por testigo á Ulíses, que mil veces decia suspirando (con ser hombre tan valeroso y conocido tanto en el mundo, que todo le podia contar por tierra suya, á do quiera que aportase) que no queria de los dioses otra merced ni favor sino vivir donde siquiera desde léjos pudiese ver el humo de Itaca, que este era el nombre de su patria; la cual era tan pobre y escura, junto al mar, que si no fuera por el valor del que así la deseaba, estuviera ya del todo olvidada ó desconocida en el mundo. Ni traigamos en prueba lo que muchos han hecho por su patria: unos en soberbios edificios, otros en defensa de sus fueros y libertades, otros por ganarlos de nuevo; que bastarános el ejemplo de los dos hermanos Filenos, de quien cuenta Pomponio Mela que por solo dilatar un poco mas el término de su tierra se dejaron matar; y otros mil ejemplos, los cuales digo no ser necesarios, porque cada uno de los hombres tiene dentro de sí el mayor argumento en el deseo y amor de su patria, aunque sea un pobre y pequeño lugarejo, mayormente cuando se acuerda de sus particularidades, que á los extraños dél suelen ser impertinentes, y no pocas veces de poco gusto y enfadosos; y cuando se acuerda de aquellos campos y calles que en su niñez paseaba, aquellas casas que á la entrada en este mundo le recibieron, aquella vecindad que casi en lugar de padres y hermanos siempre conoció; el traje, el lenguaje, el sonido de campanas, la calidad y sabor de las frutas, yerbas y otras viandas; aquellos caminos que cuando suele acercarse á su patria parece que solian darle el parabien de su venida y regalalle con las nuevas de la vecindad de cumplir su deseo, y traelle á la memoria aquellos dulces años de su niñez, y otras cosas que la propria patria en sí encierra, cuyo gusto reservó la naturaleza para solo el que le recibe, sin poderle otro ni él mesmo apenas darle á entender por palabras.

De aquí, por el contrario, se entiende puesto en balanza con este amor, el dolor que un hombre recibe en verse desterrado de su patria, aunque el mesmo destierro haya nacido de su voluntad, ó á lo menos esté en su libertad el dar á ella la vuelta, aunque con algun daño de honra ó hacienda; que de ninguna cosa toma cumplido gusto ni contento, no duerme sueño sosegado ni come bocado que bien le sepa, vive siempre suspirando con el pensamiento en lo que mas ama; y así, necesitado de hallar en este libro algun particular consuelo. El mejor que yo alcanzo para este trabajo tuyo, hermano, es, que si tu destierro fué de voluntad, por no estar entre malos ó por no hacer cosa indigna ó fea, te consueles, que eres tan bueno, que pospusiste la patria á la virtud, que es suerte mas digna de envidia para otros, y gloria para tí, que de lágrimas y desconsuelo; en que tienes muy nobles y sabios compañeros; que por esto dejó Pitágoras á Aténas, Licurgo á Lacedemonia, Scipion á Roma. No te pese de ser uno de los que, como de pedernal, sacaron luz á golpes de su fama. Camilo tuvo tanta virtud en el destierro como en la patria, tantas victorias, tantos triunfos trajo al Capitolio, y luego fué segunda vez echado y libró á la patria, aunque desagradecida; Rutilo no quiso volver, llamado de quien era pena de muerte desobedecer, y fué segunda vez por el no volver desterrado; y Metelo con el mesmo semblante tornó que salió; Marcelo se dió tanto en el destierro á la virtud, que mas pareció haber salido á escuelas que á destierro; lo cual en Ciceron pareció mejor, no solo en el destierro, sino en la cárcel, que tuvo las letras y virtud por consuelo. Si el destierro no es voluntario, sino forzado, y es injusto, mas vale que no justo, que tienes la inocencia por consoladora y compañera, que para eso dejó los ciudadanos y te acompañó á tí, y la desterraron tambien á ella. A Séneca le pesó de haber vuelto del destierro de Córcega. El mejor ejemplo desto es el del bienaventurado san Juan Crisóstomo, que consuela á un obispo desterrado, del cual no se puede decir el refran que el sano fácilmente aconseja al enfermo, porque cuando escribe es desde Cicilia, donde estaba desterrado por la Reina y privado de su obispado, y dado este á Nectario; que, fuera del humano interese, sienten tanto los obispos ver sus esposas en poder de otros (especialmente malos, cual era el mal Nectario) como un desposado que ve su esposa que mucho quiere en poder de otro marido tiranamente, con perjuicio de la honra y vida y salud de la esposa, viviendo él. Allí estaba el santo varon, donde las lágrimas de los cristianos dice que le daban mas pena que su trabajo; y cuenta que le acaecieron en el camino grandes desastres, pero que no cura dellos, aunque el destierro padecia sin culpa ninguna. Lo cual jura, sino que, así como se ve desterrado de su iglesia, así le eche Cristo de su reino si l tiene culpa en lo que se la ponen; cuanto mas que, cuando la tuviera, no era culpa que mereciese pena ninguna, que allí la dice. Debia de ser achaque para ejecutar la Reina su pasion; y no solo lo lleva en paciencia, pero para que Ciriaco desterrado la tenga, dícele mil cosas de la sagrada Escritura, y que aunque agora por la distancia no se vean los dos, que tiempo vendrá que los tiranos que los tienen desterrados les estén mirando á ellos para mas tormento suyo, como lo estaba el rico á Lázaro, y los malos el dia del juicio la

gloria de los que acá ellos fatigaron y persiguieron, y que, al revés, ellos tendrán de vellos padecer y penar nueva gloria; que considere á Cristo desterrado desde la cuna á tierra de bárbaros, siendo señor de toda la tierra, y que los dicípulos le dejaron solo en el prendimiento entre tanta gente enemiga suya, y los apóstoles, con su ejemplo, andaban escondidos en las ciudades en casa de los pobres, por no fiarse de los ricos, como estaba san Pedro en casa de Simon Coriario, y san Pablo en casa de la Purpuraria, y que todo el suceso fué próspero, y que así lo será el suyo; y así, le ruega muy tierna y ahincadamente que se consuele y no tenga tristeza, y que para esto se hinca de rodillas al tiempo que está escribiendo, sino que, consolado, ruegue á Dios por él. Cierto es cosa que consuela mucho ver un hombre tan despojado, desterrado y derribado de tan alta dignidad y tan devoto predicador, que cuando los cristianos de su destierro lloraban su persecucion, decian que mas valiera que faltara el sol que no que callara la lengua de Juan. Y el obispo de aquella iglesia donde estaba desterrado le convidaba y importunaba que tomase su obispado. Pues este ejemplo es bueno, mayormente cuando es injusto el destierro y inocente el que le padece.

Item, ó te desterró, hermano, el Rey ó el tirano ó el enemigo: si el Rey, y el destierro es justo, no hay queja; si el tirano, antes debes de agradecérselo á la fortuna, que te saco de su tiranía, pues en ella los buenos andan perseguidos y desterrados, y los ladrones mandan y valen; si el pueblo, no es cosa nueva; su costumbre es aborrecer á los buenos, y siendo tirano de muchas cabezas, no echará de sí á sus semejantes; y así, no te tengas por desterrado de tu tierra, sino de una gavilla de malos, ni á tu destierro le tengas por destierro, sino por buena suerte de los buenos ciudadanos; si tu enemigo te desterró, conoce la ligereza de la injuria; no lo hizo como enemigo, pues pudiendo matarte y privarte de todo, solo te quitó la tierra y hacienda, dejándote la esperanza de volver á ella. Si el destierro es breve, presto volverás; si largo, otra patria hay mayor y mejor. Muy angosto tiene el corazon el que de tal arte se encierra en un rinconcito del mundo, que lo que de allí sale le parece destierro; léjos anda de aquella grandeza de corazon de los que todo el mundo junto les parecia una pequeña cárcel. Preguntado Sócrates de qué nacion era, dijo que era mundano; otro dijera que era griego ó ateniense; y no dijo solo terreno, sino mundano, comprehendiendo tambien al cielo. Todo es destierro do quiera que huyas, hasta la gloria, que es tierra propria, por quien lloraba David. ¡Ay de mí, que mi destierro se ha alargado! ¿Quién dirá patria á la que presto se ha de dejar para siempre, y quién negará ese nombre y sus suspiros, lágrimas y memoria á la que para siempre ha de durar? Mejor lo sentian los que decian: Peregrino soy como mis padres; y el que dijo: Los dias de mi peregrinacion ciento y treinta años, pocos y malos; y los que de léjos la saludaban, como hacen los caminantes ó navegantes cuando, después de grandes trabajos, malos caminos, ven la tierra propria adonde caminan á descansar; y en esto dice san Pablo que profesaban que no eran naturales ni moradores desta, sino peregrinos; y el mesmo san Pablo nos acuerda que no tenemos aquí ciudad de asiento y que haya de permanecer, y que él y los de sus deseos y designios andan á buscar la venidera, que ha de durar. Aquella es verdadera tierra donde uno vive perpetuamente y con seguridad y quietud; por demás es buscar esta en la tierra; aquella llama suerte y segura David; así como el que tiene á Granada por patria, do quiera que va es destierro, así es lo que es fuera del cielo para el cristiano; por otra parte, mientras vivimos toda la tierra es patria. Ciceron refiere una sentencia de Teucro, que dice: Patria es do quiera que va bien. El poeta dice: Cualquier suelo es al valeroso patria, al fuerte, al que tiene valor y paciencia en los trabajos y destierros, y lo demás no es falta de tierra, sino de ánimo. Así que, el que le tiene fuerte y bueno, toda la tierra es suya propria mientras vive, y la misma es destierro mirando la otra. Si te mandan ir desterrado, ve de voluntad, y será peregrinacion, y no destierro. Acuérdate que para tí es destierro salir desta tierra, y á otros será vuelta á la suya y destierro venir á esa; últimamente haz que vivas de tal manera, que se pueda juzgar la patria por desterrada de tí, y no al revés, y que ella perdió, y no tú; haz forzado lo que habias de hacer de voluntad, que era ausentarte de la envidia de tus ciudadanos; así lo hicieron muchos ilustres varones. Al fin, vive de tal arte, que no te pueda dañar ni empecer el destierro, pues llevas la libertad contigo á hacer propria patria de la extraña; lo cual harás fácilmente, acordándote que donde quiera hallarás á Dios, que es verdadero padre, el cual á sus grandes y verdaderos amigos suele sacar de la tierra donde nacieron para hacelles en esta vida mercedes y encaminallos por este camino á la patria verdadera, que es el cielo. Así sacó á su amigo Abraham y á todos los que le sirven en religion, y á los que por su santo nombre dejan sus proprias tierras; de las cuales están tan léjos de echar menos el contento, que antes se les mejora y acrecienta ciento por uno, como el mesmo Señor les asegura en su Evangelio, diciendo que dará ciento tanto al que por su nombre y amor dejare cualquier cosa; lo cual entiende san Jerónimo y otros doctores del gozo y alegría interior con que los tales son del cielo mejorados, el cual, ó poco menos, gozará el que, aunque de voluntad no se desterró de su patria, vive de voluntad en el destierro, ofreciendo á Dios aquel trabajo como si de su pura voluntad le tomara; y así, experimentará el mejor consuelo que en este discurso se le puede dar.

DISCURSO V.

Del consuelo en el trabajo de los que carecen de la vista corporal.

Admirable obra fué, entre las que Dios hizo en el mundo, los ojos del cuerpo humano, y la vista que mediante este instrumento gozamos, que con ser la niñeta dellos cosa tan pequeña que apenas se divisa dónde está la virtud de la vista, cabe en ella una torre y una ciudad y todo el hemisferio del cielo y cabria él todo con sus estrellas, si la misma tierra no nos cubriese la mitad: retrato del entendimiento, que todo lo cabe, y al mismo Dios en la manera que puede ser visto, aunque

no comprehendiéndole. Con razon dice san Juan Crisóstomo que fué hecho el ojo para dar gloria á Dios; porque, como se la damos solas las criaturas racionales, que somos los hombres, considerando las cosas visibles, en cuya grandeza, órden y concierto resplandece el poder, saber y bondad de Dios, (que esto quiere David cuando en el salmo las convida á alabar al Criador, convidarnos á los hombres á eso con la consideracion de todas), ningun sentido puede dar tanta materia al hombre como la vista, que alcanza y abarca mas que todos los demás, y mas perfectamente las da á conocer, porque conoce y ve la luz, los colores, la variedad dellos y la grandeza de las cosas y su figura; la cual aunque el tacto la conozca, pero no tan perfetamente ni junta, ni puede tocar un monte entero, y sobre esto alcanza la vista las cosas muy distantes, como es cielo y estrellas, adonde ninguno de los otros puede llegar. De manera, que, mediante la vista, queda llena la aprehension sensitiva del hombre de la grandeza de las manos de Dios, de donde él se maravilla mas y agradece y alaba mas. San Agustin dice que la vista tiene el principado entre los sentidos, que aun se honra con su término y manera de hablar, que de todos decimos: Mirad cómo sabe, mirad cómo güele. Y así, dice el salmo: Gustad y ved. Y Cristo: Palpad y ved. Y san Crisóstomo dice que es la vista el gobernador de cuerpo y alma. En aquella comparacion que san Pablo hace de los miembros del cuerpo y los de la Iglesia reconoce y enseña la ventaja y dignidad de los ojos del cuerpo natural, porque para decir que el perlado y mayorazgo de la Iglesia no desprecie á los menores dice, que no puede decir el ojo á los otros miembros que no los ha menester, y otras cosas que allí dice. Así, que los ojos gobierna el cuerpo, daule hermosura á todo él, y no solo al rostro; á todo el cuerpo alumbra (como dice el Señor en el Evangelio), y cual él anduviere, etc.; lo que el sol es en el mundo eso es el ojo en el cuerpo ó mundo menor, que es el hombre; porque, ansí como faltando el sol todo queda turbado en el mundo, todos somos, como dicen, de una color, todo está surto, todo confuso; así, faltando la vista del cuerpo ni la mano ni el pié puede hacer bien su oficio; y por eso la puso Dios en el mas alto y mas honrado y mas principal lugar. Y así, san Agustin, buscando nombre que poner á los ojos, dice que el mejor que halló es dilectísimos y consiliarios, porque son nuestros ayos y amigos, que miran por nuestro bien y nos aconsejan por dónde hemos de andar; y por ser tan necesarios nos dieron dos y con dos guardas, ó con puertas para su defensa, que la naturaleza las echa en viniendo algun contrario, sin que vos lo acordeis, y aun acude primero á su defensa que á lo demás del cuerpo.

De aquí se colige cuánta falta le hacen al que dellos está privado, que, fuera de carecer de cosa tan admirable y necesaria, en ninguna cosa toma gusto ni sabor. Saludado Tobías, dice: ¿Qué gozo puedo tener, que no veo la luz del cielo? Y á la verdad es así, que de ninguna cosa se goza con sabor. Una noche de diez horas no podemos sufrir sin ir y venir mil veces á la ventana á ver si amanece y sale aquel celestial planeta que ayudó á nuestro ser y generacion, con cuyo nacimiento todo el mundo parece que resucita, los cielos se alegran, los campos se rien, las aves cantan; cuanto mas quien está sin esperanza en una perpetua noche, privado de todo consuelo y de aquel comun aliento que da á un melancólico abrir una ventana y desahogar su pena, viendo grande variedad de cosas, ó saliendo al campo y viendo aquellas anchuras y verduras, y léjos de sierras y pueblos. Cosa dulce, dice el Sabio, es á los ojos mirar al sol, aunque no hubiese mas que ver que al que resplandece tanto, que parece que por indignos no se deja ver de los ojos de los hombres, ni hay cosa que mas represente, entre lo criado, la hermosura y claridad de Dios; de donde, aunque ninguno de los que adoraron ídolos tuvo ni tiene desculpa, pero si alguna pudiera haber, la tuvieran los que adoraron al sol. Así que, uno de los males que mas desconsuelo causan y mas mancan á un hombre y dejan deshonrado y desaprovechado, es la privacion de los ojos; tanto, que los tiranos en las mas reñidas guerras, entre la rabia contra sus enemigos y ganadas las vitorias se contentaban con sacar los ojos á su enemigo: así lo hizo Nabucodonosor á Sedequías, los filisteos á Sanson, al rey de Túnez su hijo, al de España, don Alonso el Cuarto, y los sobrinos á su hermano don Ramiro, pareciéndoles que era venganza y daño equivalente á muerte ó peor que ella. Y finalmente, siendo necesario un grande golpe para convertir á san Pablo en medio de la furia con que caminaba, cargado de grillos y cadenas contra los cristianos, escogió el Señor por suficiente medio, para principio ó instrumento de su conversion, quitalle la vista. De aquí es que el que della fuere privado puede ser admitido por la gravedad de su trabajo, y buscar en este octavo libro particular consuelo para él, fuera del general que se colige de los pasados.

Pues el que con esta pena viviere, que á lo menos al principio ha de sentir mucho la necesidad de guia, en todo lo que anda y lo que conversa, y aun para pasearse para algun ejercicio, es necesario usar de alguna invencion, el preguntar ordinario, la pelea contra sospechas, el temor de ser enfadoso, el recelo de ser burlado y el no saber lo que come, aunque mas se fie, y otras muchas cosas que ellos se saben y acá nos imaginamos, no hallo otro remedio sino el que se sigue para consuelo deste mal. Lo primero, el que con ese mal estás afligido, considera de cuántas cosas y cuántas penas te ahorras, (si con la vista del cuerpo no perdiste la del alma), especialmente que si te da cuidado el camino de tu salvacion y deseas allanarle, muy grande le tienes andado, porque de las ventanas por donde la muerte hace los asaltos, que son los sentidos, ninguna tiene mas cursada que los ojos, ni nosotros nos descuidamos mas de ninguna; de donde viene á decir el Sabio: ¿Qué cosa hay en lo criado mas mala y dañosa que el ojo? Con ser cosa (como poco há dijimos) de las que mas admiran en todas las criadas, donde en poquito espacio parece que encerró Dios mas maravillas de hermosura de virtud y de gobierno; y con todo, dice el Espíritu Santo que no hay cosa criada mas mala, no de su naturaleza, sino por nuestra malicia ó negligencia y abuso, por el descuido de lo que por ella dejamos entrar, como si hubiese una ventana de oro y perlas, y lo mas precioso del mundo si por allí se echasen ó recibiesen sin recato ba-

suras y estiércol, y otras hediondas inmundicias no habria mentido el que de preciosa y hermosa la hubiese alabado, ni después se engañaria el que dijese que no habia cosa mas lucia y asquerosa; así son los ojos, que Dios crió para hermosura, defensa y gobierno del hombre, pero nuestro descuido los ha parado tan abominables, que viene á decir san Pedro de los hombres malos y desalmados que tienen los ojos llenos de adulterio y pecados, que nunca cesan; y no es mucho que desta manera entre la muerte de un alma por ellos, pues por ella entró dos veces la de todo el linaje humano: la una por los de Eva, que dice el texto, que vió la manzana que era buena para comer y enamoróse della; y la otra en el diluvio general, que, de ver los hijos de Dios, que son los hombres poderosos, á las hijas de los comunes y populares que eran hermosas, etc., nació de ahí la corrupcion de la tierra, que á los ojos de Dios fué tan aborrecible, que destruyó el mundo por el diluvio general, y para que no andes vagueando por las calles y barrios de la ciudad, y que apartes los ojos de la mujer afeitada y ataviada, si quieres guardar tu alma y salvalla. El santo Job dando razon por que habia guardado la inocencia que en aquel capítulo dice de su alma, comienza con decir que hizo concierto con sus ojos, que no habian de mirar de arte que pasasen de allí, ni aun hasta un mal pensamiento, y esta manera de hablar que él capituló con sus ojos se declara de dos maneras: la primera, que, como los que hacen pacto promete cada uno de no dañar al otro, así dice Job que dijo á sus ojos, que, pues él no les habia hecho mal ni daño, antes los guardaba como á sus ojos, que ellos no le hiciesen mal á él, en mirar de suerte que le causasen deshonesto pensamiento; que es decir que no abriesen la puerta para mirar á persona de donde le pudiese venir mal para su alma. La segunda exposicion es, que los que se conciertan, cada uno saca algun provecho y pierde algun derecho, de suerte que de la pérdida sacan ganancia; ese fué el concierto deste santo, que los ojos perdiesen de mirar una cosa hermosa, como es una doncella, y que en pago él les haria libres de lágrimas, que por esa vista necesariamente se habian de derramar; las cuales pagaron los del profeta David por lo que dañaron en mirar desde la solana cuando se lavaba Bersabé, que dice que sus ojos eran fuentes. Y otra vez, que tenia bañada la cama, con lágrimas porque tambien llevase su pena la cama que fué cómplice en el adulterio; y esto todas las noches lo promete hacer, por las pocas horas que se deleitó en aquel feo pecado. Pues de otras tantas promete Job de librar á sus ojos, como ellos pierdan aquel breve y vano deleite de ver una vana hermosura; y lo que el santo saca es quedar limpio del pensamiento de la mujer hermosa, del cual nos aconseja san Pedro que nos guardemos, diciendo: Por lo cual, ceñidos los lomos de vuestra ánima, esperad con gran templaza y perfeccion la gracia ofrecida de Jesucristo; pues que sean los lomos del alma bien se entiende por los del cuerpo, que san Gregorio entiende que ceñir los lomos de la carne no es otra cosa sino refrenar los afectos de lujuria; pero ceñir los del alma es refrenalla de pensamientos della.

Pues los que tenemos ojos capitulemos esto con ellos, á ejemplo de Job, haciendo esta cuenta: ¿Cuál es mas fácil, apartar los ojos de una cosa que está fuera de mí, ó apartar el pensamiento y guardar el alma de lo que ya está dentro della? Pues quiero apartar la vista, y este es el concierto; pues si agora me veo en tanta dificultad para apartarla, ¿cuánta mayor será después echar el pensamiento y deleite de mí? Y á la verdad es tan dificultoso, que sin Dios no podemos apartar los ojos; y por eso lo pedia David á Dios, diciendo: Apartad, Señor, mis ojos, no vean la vanidad. Y si le dijérades: David, apartaldos vos; ¿tanto os va en volver las espaldas y iros por otra calle ó apartar la cabeza ó no alcazar los ojos? No, que eso, por fácil que os parezca, no puedó sin Dios, cuanto mas que, como san Gregorio dice: Después que por los ojos se perdió el pensamiento, se sirve por fuerza dellos que vuelvan á mirar muchas veces y con daño (que puede ser otra exposicion del pacto de Job). Pues esto se ahorra el que no tiene ojos, y esta merced le hace Dios, sin andársela mas pidiendo cuanto á ellos toca, y deste peligro le tiene Dios libre, y el concierto está hecho con los ojos, el cual no podrá ya quebrantar; y así como los trabajos envia Dios á veces porque no sabemos ó no queremos buscarlos por la penitencia, así los ojos nos quita porque no sabemos apartallos y recogellos; y lo que digo del pensamiento sensual, digo del de la avaricia, del de la soberbia y de la venganza, y de todos los demás que tan fácil y descuidadamente suelen entrar por los ojos á saltear al alma.

Este sea el primer consuelo que responde á la pena de haber perdido cosa tan preciosa como los ojos, pues anda tan á peligro el volvella la mas vil y abominable de todas. Lo segundo que te duele, que pierdes de ver cosas hermosas, cielo, estrellas, campos, figuras, flores, verduras, colores, edificios, etc.; tambien te ahorras de ver las feas, que hay en el mundo infinitas. Suelen los que perdieron un ojo ver mas con el otro y guardalle con mas cuidado; guarda tú el del alma, y asegúrate que verás mejor con él solo. Tiresías dijo, siendo ciego: Cegó Dios los ojos y recogió al corazon toda la luz. En los ojos interiores consiste la felicidad que buscamos: san Pablo dice que, no solo de esta fatiga, pero de otras muchas, se ahorraba por contemplar siempre las cosas que no se ven, porque estas son eternas, y las que se ven temporales, y que de aquí le nacia todo su consuelo en las adversidades. Quizá te quitó Dios la vista porque te hicieses á gozar de esotra del alma, como la madre que ata y cose la mano izquierda al hijo porque use de la derecha. Si mal habias de usar de la vista, no hay que pesarte; si bien para tu propósito, es impertinente. No quiere Dios el instrumento, sino el ánimo, y mas cuando él le ha quitado. Otro consuelo dió san Antonio á Dídimo estando en Alejandría, donde habia venido (segun refiere san Jerónimo á Castrucio) á ver al Santo, el cual, admirado de su negocio, le dijo si estaba triste de carecer de los ojos del cuerpo, y respondiendo el Dídimo que sí, replicó san Antonio: Maravíllome de un hombre prudente que le pese de perder lo que tienen las moscas, y no se alegra de poseer lo que poseen los ángeles. San Jerónimo dice deste Dídimo que, habiendo perdido la vista siendo ni-

ño, que aun de los elementos no tenia noticia, supo dialéctica admirablemente y geometría, que es la que mas vista requiere, y hizo otras obras muchas, como comentarios sobre los salmos y otras partes de la Biblia, como san Mateo, san Juan, y un libro *De dogmatibus* contra arrianos, dos libros sobre Esaías, ocho sobre Oséas, cinco sobre Zacarías, y otros muchos. De donde se sigue cuán poca falta hacen los ojos al ingenio, antes ayudan á la memoria. Demócrito se sacó los ojos porque decia que le impedian á la verdadera vista. Otros muchos ejemplos pone el Petrarca de estudios, consejo y gobierno, y el valor de Juan, rey de Bohemia, ciego, que dijo, estando en la guerra, que le pusiesen donde estaba la fuerza de la batalla, y allí murió, quedando espantados los vencedores.

DISCURSO VI.

Del consuelo en los trabajos que se padecen con la pobreza.

Muy afligidos suele tener á los pobres su pobreza, y no me espanto, porque nunca viene sola á fatigar al que la tiene, antes siempre trae compañeros, que, allende de la pena que ellas dan, hacen parecer mayor la que con ella se padece: con ella viene por la mayor parte la enfermedad, por los malos y pocos mantenimientos de que el pobre se mantiene; de ahí la flaqueza, que ambas hacen que se eche menos con mas veras la provision de lo necesario, pues es la necesidad y falta de mas cosas y mas urgentes. De la pobreza viene tambien el desprecio y deshonra, porque adonde ella mora anda quebrada la estimacion y la opinion, que ni aprovecha la virtud ni la nobleza ni las letras ni discrecion; todo anda por el suelo, y quedan los hombres ridículos, como el poeta dice; por donde un filósofo vino á decir, considerados los daños della, que el hombre pobre no habia de nacer en el mundo. Y aun el Sabio dice, tratando de la diferencia del rico y el pobre cuanto al tratamiento que el mundo les hace: Estará en un corrillo y hablará el rico, y por malo que sea lo que habla y poco avisado y menos acertado, todos levantan lo que dijo hasta las nubes; y hablará el pobre, y dirán con desprecio ¿quién es este? De donde no me maravillo que el estudio y solicitud de los hombres no se ocupe en cosas de virtud, sino en allegar riquezas, si miramos lo que ellos miran, que es el bien pasar de la vida presente, pues eso es solo lo que por nuestra malicia vale para vivir en ella con honra y contento; lo cual se viera claro si la brevedad y el intento deste libro nos diera licencia para tratar mas por menudo lo que los tristes pobres pasan; mas ello es tanto, que nos ocupara mucho, y el intento del libro y deste discurso no es sacar á luz los trabajos y encarecellos, antes disimulallos y descubrir consuelos para llevarlos en paciencia; lo cual hará muy fácilmente el pobre bien considerado que conociere la diferencia que en todo hay entre estas dos enemigas, pobreza y riqueza, y las ventajas que el sabio pobre hace en todo al rico, que apenas con las riquezas lo puede ser, porque esta pena de la pobreza las mas veces es mas por carecer de la vanidad que la riqueza trae consigo ó de la envidia de la vida del rico y la soberbia, de donde esta nace (que son males muy ajenos de la pobreza), que no de los que ella puede traer consigo; porque, como dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo, ningun mal trae la pobreza que la riqueza no le tenga muy mas grave, y ninguno trae la riqueza que la pobreza no le conozca; porque la pobreza solo trae tribulacion y afliccion, las cuales trae muy mas finas y incorportables la riqueza; y si el pobre no lo cree, entre con el pensamiento en el corazon del rico, y verlo ha; pero el rico trae consigo la soberbia, que es cabeza de todos los males y hizo al diablo diablo; la avaricia, que es raíz de los mesmos; la vanagloria, que trabuca y confunde la buena obra, si la hay, trae las ocasiones de pecados sin cuento, porque si me dijeres que el pobre está á peligro de cometer muchos por matar su hambre y salir de necesidad, ninguna codicia llega á tanto en el pobre cuanto la menor en el rico, que desea guardar lo que tiene ó allegar lo que no tiene, para lo cual no hay cosa tan grave que no acometa; lo que no hará el pobre, por no ser de tanta codicia lo que él desea; y lo segundo, por no tener tanta fuerza y poder para alcanzar su poco, como el rico para su mucho que codicia; ni hay pobre que tanto temor tenga á su hambre cuanto el rico de perder lo que tiene y codicia de tener lo que todos tienen. De aquí se entiende cuán á peligro anda el rico y cuán seguro el pobre por el camino de la salvacion, y cuán descansado entra y anda el uno y con cuánto trabajo el otro por la senda estrecha y angosta que el Redentor dijo que guiaba á la vida. Cada dia moria el apóstol san Pablo, y andaba alegre y regocijado, y no lloraba ni se quejaba; ordinariamente padecia hambre, sin otras adversidades, y no se melancolizaba ni afligia, antes se preciaba della y se alegraba, y tú por un mal año ó por no tener sobrado el sustento te fatigas y andas muy quejoso.

Dirásme que san Pablo no mantenia mas de una boca, que era la suya, ni tenia solicitud sino de sí solo, y que tú la tienes de tus hijos, mujer y criados; antes esa razon te condena, que el cuidado que él tenia mas era de los demás que de sí, porque le tenia de todo el mundo, y tú de una pequeña casa; á él le congojaba la necesidad de tantos pobres cristianos como habia en una ciudad tan grande como Jerusalen y en otra tan grande como Macedonia y Acaya, y tanto de los que habian de dar la limosna como de los que habian de recebirla; y fuera desto, no era su cuidado, como el tuyo, de solo lo temporal, sino de cómo eso y lo espiritual estuviese muy á punto y muy cumplido y aun sobrase lo espiritual. ¿Qué comparacion puede haber de los gritos importunillos de dos niños que en tu casa piden pan con todos los negocios espirituales y temporales de toda la cristiandad? Qué digo de la cristiandad? Los infieles le daban tanto cuidado, que por ellos deseaba perder por algun tiempo la gloria y conversacion de Cristo, que tanto amaba, y tú te fatigas por sustentar dos hijuelos y una mujer, y él tenia á cargo muchas iglesias, como él dice: La solicitud de todas las iglesias, etc. Dice alguno: Señor, no lo he tanto por la pobreza, que con que quiera me paso cuando no puedo mas, y no me fatigo, sino que veo á otros poderosos que quizá no lo merecen mas que yo. Eso ya es, no culpa de la pobreza, sino de tu flaqueza y pusilanimidad; pues aun eso que te pasa en el corazon, le pasa mas al rico.

Y de lo de fuera, bien mirado, mas goza el pobre que

ningun rico, porque el dinero por sí poco contento ni sustento da. Pues de las cosas que hay que le dén en esta vida, los pobres son los que mejor las gozan; el cielo, tan grande, tan alto, tan hermoso, mejor le gozas tú que el rico, que, metido en sus negocios, tratos y ocupaciones, no le goza tanto ni tan bien como tú, á quien él ni nadie le puede estorbar; y así, el sol tan hermoso, las estrellas, el aire tan puro cuanto él no le goza, que esa ventaja tienen los que labran los campos, caminan los caminos, etc., á los ricos, que en sus casas grandes, en juegos, en banquetes, durmiendo hasta medio dia no pueden gozar ni con tan limpios ojos como los pobres; que la demasía de comidas y bebidas los tiene ciegos, y vive el pobre con mas atencion que quien tiene el corazon en tantas partes repartido. Pues si dices que él tiene mucha abundancia de trigo, cebada, vino, aceite, vestidos, camas, etc., dime, ¿cuántos cuerpos tiene que vestir? Y si no tiene mas de uno, como tú, no tendrá mas de un vestido, y ese tienes tú, y te basta; no tiene el rico muchos estómagos, sino uno, y al cabo del año ha comido el tuyo lo que le basta; ni puede comer mas pan que tú, aunque tenga mas; antes menos, porque aquella superfluidad impide al sabor, á la digestion y á la salud; y al fin, el que tiene muchas riquezas muchos tiene que las coman, como dice el Sabio; y si tienes envidia de sus deleites, mas te la tiene él á tu salud; que así como una fuente encharcada, llena de estiércol, de palos y piedras y perros muertos, etc., no es agradable á la vista ni á ningun otro sentido, siendo la fuente clara, que corre, enviando su arroyo, haciendo trenzas y otras hermosas labores, por el prado adelante; esa diferencia va de la demasía y glotonería y regüeldos del rico al natural sustento del pobre, que para la salud y para el contento no se puede el rico sufrir á sí mesmo, y en el pobre el curso natural de la naturaleza es para todo agradable; si no, dígame uno de los ricos, ¿para qué fueron dados los mantenimientos? Para tener y conservar la salud ó para perdella? Para vivir sanos ó enfermos? Pues ¿cómo buscas lo contrario deste fin? Dice Séneca á Lucilio, su amigo: Nuestros fuéramos si estas cosas no fueran nuestras; y luego dice al mesmo Lucilio cómo alcanzó él esta libertad. Vivo, mi Lucilio, desocupado, y do quiera que me hallo soy mio, y no me entrego á las cosas dado, sino prestado; que el entregarse es como hacerse esclavo, y el prestarse es para poco tiempo, solamente por necesidad, y volver luego á sí como restituido. Y en otra parte dice el mesmo Séneca: Si quieres vivir segun opinion, nunca serás rico; si segun lo que naturaleza pide, nunca serás pobre; porque la opinion nunca se ve harta, pero la naturaleza con poco se contenta. El cual concepto levanta san Cipriano con lo que dice que decia Sócrates, que cuanto con menos cosas te contentares, tanto mas te parecerás á Dios, el cual vive contento con sí solo. Pues á esta cuenta no hay que enfadarse con la pobreza ni desear la riqueza, porque el verdadero rico no es el que la tiene, sino el que con prudencia la desprecia, conservando con lo bastante y necesario su salud. Pero estas razones, las mas dellas son de tejados abajo, como dicen; pasemos á otras de mas importancia.

§. II.

Del consuelo contra la mesma pobreza por el bien del cielo que nos acarrea.

Todo lo hasta agora dicho es al fin consuelo terreno y filosófico, que, comparado con el que del cielo le convida al pobre, no se puede llamar consuelo, para el cual es necesario que la pobreza sea voluntaria, y si al principio no lo fué, padecella desde luego de voluntad, deseando que mediante ella y por ella se cumpla en tí la voluntad de Dios, porque la pobreza que no mora en la persona desta manera y con este deseo y determinacion, no podrá alcanzar el consuelo que en este párrafo se promete; pero al que así la tiene, Dios por una parte prometió el reino de los cielos al pobre de espíritu, que es pobre de voluntad, del cual dice que es bienaventurado, porque suyo es, no dice será, sino desde luego es, el reino de los cielos, por el contento que desde luego comienza á gozar. Esta promesa es ya de gente hecha y salida de mantillas; que las que antiguamente hacia Dios á los del pueblo eran de niñerías, como á niños debajo de su ayo, que era la ley, como san Pablo dice; pero ya con cosas mas sólidas sustenta á los suyos. Y así como el que edifica una casa no cura de labrar ni acepillar las maderas que en los sótanos y caballerizas han de poner, sino así groseras con su corteza, porque así están mas fuertes, y él por otra parte no las ha de mirar ni gozar; pero en los aposentos altos donde él ha de tener su habitacion, no solo quita la corteza á la madera, pero aun del mesmo corazon quita mucho, labrándola y acepillándola y puliéndola porque ha de estar siempre en su presencia. Así Dios á los ricos que viven en la tierra dados á sus apetitos y que han de ser maderas de la fábrica del infierno, no cura de quitalles nada de lo que ellos buscan de los bienes de mundo; pero á los que ha de subir al cielo á que vivan para siempre en su presencia, les quita, no solo la corteza, que es lo superfluo, pero aun del corazon les quita muchas cosas porque vayan allá pulidos y labrados; lo mesmo se hace en las piedras de la cantería, y lo uno y lo otro se labra y desnuda con gran trabajo y dolor.

Demás y allende del reino de los cielos, les promete Dios en esta vida gran consuelo en el alma; lo cual, aunque en el lugar alegado lo dice tambien cuando dice que suyo es el reino, y no dice que lo será, sino que lo es desde luego (por lo cual entiende el gran contento con que el pobre pasa su vida, que á los ojos que lo ven parece triste y miserable); pero tambien lo uno y lo otro dice en otra parte, que el que por su nombre y por el Evangelio se desposeyere del padre, madre, hijos, hermanos ó hacienda, que, tras alcanzar en trueque la vida eterna, tendrá en esta ciento tanto de lo que de su voluntad se despoja y priva; lo cual se entiende del interés que de todo recibia y el contento, aunque san Márcos parece decirlo en particular de padre, madre, hijos, hermanos y casas, como suena tambien; pero del consuelo interior del ánima lo entienden san Jerónimo y otros principalmente. Pues si tú vivieras consolado con la posesion de la hacienda del rico, ciento tanto lo vivirás mas con tu pobreza si de voluntad la tienes por amor de tu Dios, de donde queda la pobreza con consuelo de á ciento. Pues ¿qué mas quieres si sabes arro-

jar esa pobreza en las manos de Dios, y sufrilla y desealla y gustar della porque él gusta? Bien creo que esta consideracion bastara, no solo para padecer con paciencia y alegría la falta de bienes temporales, mas para arrojallos y aborrecellos, pues nos impiden el gozar de tanta gracia como es la deste contento del cielo, mayormente siendo de contado, sin que por todo él esperemos á la otra vida; pero los hombres no querrian el contento tan confuso, sino distinto, cada cosa por sí. Quiero decir que no querrian trocar contento de casas por sí, viñas por sí, riquezas y tesoros por sí, hijos por sí, etc., con el contento, aunque sea mayor, que no está distinto, sino junto, en el corazon; en lo cual parecen á los israelitas, que, con ser manjar tan precioso el maná y aun saberles á lo que querian distintamente, murmuraban, y no gustaban de comelle, y acordábase su deseo de los pepinos y de las ollas de Egipto, que solo tenian de ventaja el parecer, porque lo demás en su mano y voluntad estaba el saberles al sabor de aquellas comidas; lo cual era gran disparate. Así son los que el gusto tan aventajado tienen por menos que el que reciben, con ser menor, con las cosas de que se ven desposeidos, en que dan á entender que solo son amigos de exterior vanidad, pues en lo interior es tan aventajado lo que desechan; y así, son mas amigos del parecer que del ser. Pues si tú, siendo pobre del mundo, te haces pobre de Cristo, siguiendo su pobreza de tu voluntad por su amor, haz de fuerza virtud, y hallarás consuelo colmadísimo para tu pobreza, y no solo para ella, sino para los trabajos que la acompañan, no solo los que della tienen su principio, sino de todos, pues dice un evangelista que le darán ciento tanto aun en compañía de sus trabajos.

DISCURSO VII.

Del consuelo en el trabajo de la enfermedad.

Gran mal parece que trae consigo la pobreza, pero mayor es sin comparacion el de la enfermedad; porque, considerada cada una dellas sin la otra, al fin el pobre no siempre siente su trabajo, sino á tiempos, y para él tiene fácil el remedio y mas á mano y cierto; pero la enfermedad está continuamente fatigando, y algunas veces todo el cuerpo, como una calentura, con que hay dolor en la cabeza, en todos los huesos y coyunturas, el estómago revuelto, el hígado encendido, la lengua seca y todo el cuerpo desasosegado; júntase con esto la flaqueza para sufrillo, el hastío de comer y el enfado de los remedios, la prolijidad dellos, el amargor de jarabes y purgas; tras esto el encerramiento, los grillos para no salir, cesar los negocios de importancia, todo viene á menos; y sobre esto, el sobresalto de en qué ha de parar la enfermedad, porque el mal es cierto y peligroso, el remedio incierto, los yerros ordinarios, el médico adivina y procede por conjecturas, y muchas veces se engaña en ellas, y otras en la aplicacion, donde es necesaria prudencia y sciencia; el boticario lo trueca, las medicinas estas suelen ser añejas, el barbero por su parte no todas veces acierta. ¡Cuántos yerros destos cubre la tierra cada dia! El gasto doblado, sin que luzga la mala vida de los de casa, las malas noches de unos y otros, etc.: no me espanto que se melancolice un hombre con tal tropel de males.

Muchos consuelos nos dejó el que ordenó la enfermedad para nuestro bien, pues junto con ella crió muchas medicinas; como el Sabio dice: Promete grande premio para el que curare y consolare al enfermo, y no menores amenazas al que le desamparare, pues el dia de la cuenta eso expresamente entra en el cargo. Pero dirémos aquí algunos consuelos, y sea el primero, que en la enfermedad particularmente tenemos una licion de cuáles serán las penas del infierno, que esta pedia el rico que fuese á dar Lázaro á sus hermanos. Contentóse Dios con dejarnos enfermedades para conjecturar de ahí, aunque con mucha desigualdad, qué tales deben ser aquellas penas, que para dejar de pecar baste cualquiera dellas, imaginándola sin fin, por pequeña que sea, pues solo estar en una cama, aun sin enfermedad, eternamente y aun cuarenta años parece intolerable. Una mujer, estando pariendo con gravísimos dolores, acordándose que habia oido decir que allí (esto es en el infierno) los dolores eran como de parida, dijo que no sabia cómo los hombres tenian manos para pecar, habiendo para el pecador tan terrible pena como ella entonces padecia. Esta consideracion es provechosísima, la cual algunos siervos de Dios suelen hacer aun sin enfermedad cuando no la tienen, poniendo el dedo en el fuego cuando se les ofrece alguna ocasion de consentir en un pecado, para poner allí junto la pena infalible que vendrá por cada pecado mortal, con ser tan poco dolor, comparado con el que en el infierno se padece, aunque en sí es grande; de donde cuentan autores graves por grande hazaña la de un paje del rey Alejandro, que, teniéndole en la mano una vela estando él escribiendo ó leyendo, por no caer en falta se dejó quemar un poco los dedos, y por no mostrar algun movimiento indigno de la majestad del Rey. Item, hazaña de Mucio Scebola cuando puso el brazo á que se quemase; ¿cuánto mayor hazaña es la del pecador si considera lo que le espera, etc.? ¿Qué será sufrir lo que con esto no tiene comparacion? De manera que este consuelo puede tener, entre otros, el enfermo, que tiene una licion continua y un aviso ordinario de Dios en que lea de espacio y entienda por esta conjectura, como acá se puede entender, cuán graves son y cuán terribles aquellas penas, y cuán penosa y cansada aquella infernal y eterna cama con perpetuo dolor insufrible, sin enfermeros, sin regalos, sin médico ni esperanza de salud ni consuelo ni aun con la muerte, por mas que allí se desea, mientras Dios fuere Dios.

Lo segundo, considera cuando estás enfermo que estás en el cepo y grillos de Dios, que así como el que tiene el hijo travieso le encierra y á veces le echa prisiones, porque no haga fuera de casa travesuras, así á tu alma, porque no las haga, la tiene Dios aquí encerrada; si no, considera cuántas ocasiones te vienen fuera de casa, y en salud cuánto olvido tienes de Dios, y cuántos pecados te has ahorrado por estar en la cama, al cabo de la semana, y cuántas mas veces te has acordado de tus pecados y excusado otros, de que quizá después no te acordarás. San Pedro tuvo á su hija enferma, y preguntado de un su dicípulo cómo permitia

que su hija estuviese tanto tiempo enferma, sanando él á otros muchos de sus enfermedades, respondió que así le convenia; y dice Marullo que esta santa en la enfermedad aprendió á amar la virginidad tanto, que después de sana mas quiso morir que casar con un pretor llamado Flaco, y así lo pidió á Dios y lo alcanzó. Así que, no solo se ha de sufrir con paciencia, pero deseallа cuando se teme un hombre de su flaqueza en pecar, especialmente en pecados sensuales. San Pedro hasta asegurar la salud del alma le quitó la del cuerpo; asegura tú la tuya, y Dios te la volverá, y entre tanto dale gracias en lugar de desconsolarte; porque, como la carne y el espíritu sean enemigos, como san Pablo nos enseña, necesario es que lo que al uno aprovecha al otro dañe, y pues se ha de acudir al espíritu, no es dañosa la enfermedad que mortifica y adelgaza los brios y fuerzas de la carne. La flaqueza, dice un filósofo, flaqueza es, pero aviso de pobreza, enemiga de lujuria, y maestra de modestia; su importunidad te pellizca y amonesta, y te muestra el camino y te dice tu naturaleza, y te desengaña de tu vanidad y te lleva derecho á Dios, que solo es el remedio della; porque, que haya que no haya médicos ó medicinas, Dios es el que siempre sana, como David dice: El que sana todas tus enfermedades; y en la *Sabiduría* se dice que ni las yerbas ni emplastos sanaban á los del pueblo, sino Dios.

Muchos hubo que cuentan las historias que por estar enfermos se libraron de peligros y alcanzaron cosas cuales nunca estando sanos alcanzaron. Mifiboset, hijo de Jonatás, escapó la vida, la cual perdiera con su padre, y sentóle David á su mesa, por estar cojo al tiempo de la guerra; san Francisco, primero que fuese perfecto, tuvo una gravísima enfermedad, donde lo aprendió á ser, como cuenta Marullo. Y Sergio, príncipe de Senogalia, mediante una gravísima enfermedad, vino á conocer cuán vano es el reino terreno, y á desprecialle y dejalle cuando convaleció y mudó la vida. De arte que no en balde dice el *Eclesiástico*: La enfermedad aguda al alma hace templada; y por la mesma vino á conocer su flaqueza con grande humildad Antígono, rey de Macedonia; otros salieron della doctísimos, como Hieron, tirano de Sicilia, Ptolomeo el segundo y Teages, segun afirma Platon y refiere Marco Marullo. Así que, si tantos provechos trae la enfermedad y tantos bienes, no puede desconsolarse con ella sino el que dellos fuere enemigo. Y por esta razon se lee de muchos santos que, haciendo muchos milagros cerca de la salud de muchas enfermedades, nunca quisieron salir de las suyas, como un monje Stéfano, de quien cuenta Sozomeno, y un Paulo, ermitaño, de quien Casiano y Nepociano, de quien san Jerónimo cuenta en su epitafio, y otras mujeres santas, Silvia, Galia, Elisabet de Seonangia, Aplaide y la bienaventurada santa Clara, y otros mil de quien cuenta Marco Marullo en el quinto libro, porque con los claros ojos que tenian con su santidad alcanzaban los provechos que de la enfermedad nacian, y los daños que se excusaban. Fuera de eso, dice san Pablo: Cuando estoy flaco y enfermo estoy mas fuerte. ¿Dirás cómo puede ser? A eso te respondo que el hombre tiene tres enemigos: demonio, mundo y la carne. Cuando la carne enferma y enflaquece tenemos al un enemigo menos, el cual se pasa á la parte del espíritu, porque la carne enferma tira de la falda al espíritu y le esfuerza, y con esto quedan dos á dos á pelear, y esforzado el espíritu y debilitados sus dos enemigos, el demonio y mundo; y esto es lo que decia el Sabio, que la grave y aguda enfermedad corporal hace muy templada y fuerte el alma.

DISCURSO VIII.

De los consuelos particulares para los trabajos que vienen con la vejez.

Bien pudiera el trabajo de la vejez tratarse en el discurso pasado, pues ella no es otra cosa que una enfermedad continua incurable, solo difiere della por ser enfermedad de naturaleza; antes es un hospital de muchas enfermedades juntas, y tanto mas graves y penosas cuanto menos esperanza se tiene de escapar dellas sino con la muerte. Cuán grave mal sea este, y cuán necesitado de consuelo, Salomon nos lo da á considerar en aquel famoso sermon que hizo de la vanidad del mundo, donde, después que ha tratado de cuánta tienen todas las cosas dél, los errores de los hombres y los engaños de la gente moza, y cuán olvidados están de su Dios, remitiendo la cuenta con él (cuando algun dia se acuerdan) para el tiempo de la vejez, cuando los pecados sean muchos y las fuerzas pocas; á la manera que un leñador, llevando cuesta arriba cuatro bestias cargadas, con gran trabajo reventando, si tomase por consejo descargarlas y echar la carga toda á la mas flaca dellas, para poder mejor salir con su camino. Así de cuatro edades procuran los hombres echar todo el trabajo de la conversion y penitencia á la pobre de la vejez, por vivir descuidados y descargados en todo el tiempo de la mocedad; pues considerando el Sabio, entre otros, este tan pestilencial engaño, dice al cabo en el último capítulo que se acuerden de su Criador antes de la vejez, porque no es edad para que para ella se libre cosa de tanto cuidado y trabajo, cuando estuviéramos ciertos de llegar á ella; y á este propósito pinta algunas de las miserias de aquella edad, que, por ser muchas y diferentes y muy escuras metáforas, me pareció declarar aquí el capítulo, de cuya verdad no dudará nadie, por ser verdad del cielo, especialmente el que de lo que allí dice tuviere alguna experiencia.

§. I.

En que el Sabio declara los trabajos de la vejez.

El Sabio dice así: Acuérdate de tu Criador en el tiempo de tu juventud, antes que venga el tiempo, etc. (Acuérdate, dice, de tu Criador.) No dice de tu Dios, sino de tu Criador, porque nos vamos acordando de sus beneficios, cuyo principio fué la creacion, porque el ser agradecidos nos obliga á no ser olvidadizos. (En los dias de tu juventud) dando á entender que para la memoria de que habla, que es por penitencia y buenas obras, son necesarias fuerzas de mancebo, y son flacas las del viejo. (Antes que venga el tiempo de la afliccion); que en su comparacion todo el tiempo pasado, aunque haya habido muchas, no puede decirse tiempo de afliccion, porque en comparacion desta no lo es, y en ella la hay sin cesar. (Y se acerquen los años

de los cuales digas que te desagrada el vivir); estos entienden cuando comienzan los achaques de la vejez; Porque, aunque Aristóteles y los filósofos dicen que comienza la vejez á los treinta y cinco años, pero aquí no la nombra por este nombre, porque hasta los cuarenta y cinco hay fuerzas, y no se comienza á sentir la falta dellas que acarréa la vejez; de manera que se entiende de cincuenta años adelante, y no tan puntualmente, porque, conforme á la complexion de cada uno, y al hilo de vida que hasta allí habrá llevado, podrá ser que á pocos mas de los cuarenta sea viejo ya, y pasados los cincuenta no sienta vejez; pero, aunque no podemos saber cada uno lo que será, cada uno puede entender lo que aquí quiere Salomon, venga cuando viniere: él lo llama el tiempo del trabajo y los años en que dirémos que no hay dia de contento; dice luego: (Antes que se escurezca el sol, luna, y estrellas); no porque se han de escurecer estos planetas á la vejez, que desta manera siempre estarian escuros, pues siempre hay viejos, ó serian escuros para unos y claros para otros, que es cosa imposible; sino entiéndese que por irse acortando la vista se le van escureciendo al que se le acorta. Aunque bastaba ser tiempo de afliccion pará entenderse cómo se escurecen, como arriba queda dicho en el libro 6.° Y porque esta afliccion, como es dicho, es continua, por eso dice el sol y luna y estrellas, para dar á entender que la luz de dia y la de noche habrá menguado en aquellos dias. (Y vuelvan las nubes después del aguacero); por lo cual entiende las crudezas que por el poco calor del estómago se engendran en él, de donde suben á la cabeza unos vapores gruesos que la embarazan y escurecen como nublados, y luego comienzan á correr reumas, y esto entiende por la lluvia ó aguacero, y destas que caen dentro vueltas á encrudecer, y de las nuevas crudezas tornan á subir nuevos vapores y á correr las reumas, y esta alternacion y sucesion llama volver las nubes después de la lluvia. (Cuando se alteraran las guardas y centinelas de la casa); que son los sentidos que Dios nos dió para conservar la vida y defendernos de los contrarios, guardándonos dellos, avisados de los sentidos, porque si no hobiera sentidos no pudiera un hombre guardarse si se quemara ó se cortara, ó topando un hoyo cayera: los cuales, enflaquecidos los espíritus animales, el celebro resfriado y seco de su substancia, y allegados allí muchos excrementos y gruesos humores, es necesario que su influencia á los sentidos y otros instrumentos del movimiento del animal sea muy flaca, y los sentidos, que de sí no tienen virtud si no se la envian, hayan de hacer falta á su ministerio y alterarse; y lo mesmo es lo que dice, que temblarán los mas fuertes varones, que son las piernas y rodillas, porque tambien reciben su influencia y movimiento, para sustentar y mover el cuerpo, que por eso se llaman varones fortísimos, porque sustentan toda la carga del cuerpo del animal; y las piernas al tiempo de la vejez enflaquecen tanto, que sin un bordon de que se ayuden, como de otra pierna, no puede un viejo sustentarse, y á veces ha menester dos. De aquí nació la ceremonia del arrodillarse, para significar que se rinden las fuerzas, que en las rodillas están principalmente, y dellas comienzan á faltar, y de allí á perderse. (Y estarán las moledéras pocas y ociosas); estas son las muelas, que por haberse algunas entresacado con las reumas y flaquezas de la vejez, quedarán pocas en número y ociosas, porque por estar descarnadas y desacompañadas no podrán mascar la comida, porque se entra por las mellas que dejaron las que faltan, porque entre todos los miembros, los dientes y muelas, así como porque no estorben al mamar del niño, no nacen con nosotros, así no mueren con el viejo, antes se van mucho antes que él desta vida, porque con la flaqueza de las mejillas vienen á ser muy anchos los vasos de dientes y muelas y á secarse las raíces, y así á andarse y á salirse. Así que el poco servirse dellas hace menos cocimiento en el estómago, y al revés, del poco nutrimento del estómago vienen ellas á aflojarse y caerse. (Y escurecerse han los que miran por los agujeros); después de haber dicho que padecerán alteracion las guardas de la casa, que son los sentidos, porque los que mas ligeramente padecen son ojos y oidos, torna agora á ellos, y dice que se escurecerán los que miran por los agujeros, que son los ojos, y se ensordecerán las hijas de la música, que son las orejas: ambas cosas proceden de la sequedad del celebro y de flaqueza de virtud, y de amontonarse humores gruesos en los ojos y oidos, y falta de espíritus vitales. (Y cerrarse han las puertas en la plaza por la flaqueza de la voz de la que muele); la plaza llama aquí el rostro del hombre, porque allí están juntos los sentidos, y allí es el trato de todas las cosas que entran y salen al alma, porque por los sentidos entran y á la cara salen el temor, ira, tristeza, alegría y los demás afectos, de donde dijo el poeta: ¡Oh cuán dificultoso es no descubrir el crímen en el rostro! etc.; y Salomon: El corazon contento alegra el rostro; y el *Eclesiástico*: El corazon del hombre muda el rostro ó á bien ó á mal. Porque, aunque el alma está toda en todo el cuerpo y toda en cada parte dél, mucho mas principalmente está en el rostro, y por eso se tiene por afrenta grande, y se siente mas la herida en él que en cualquiera otra parte, que parece que se dió la herida ó bofetada en el alma; y por esto, ó todos los miembros del cuerpo, olvidados de su propio daño, acuden á defender el rostro naturalmente sin que el hombre lo consulte. La voz en los viejos es muy flaca por falta de virtud para mover el pecho, y lo mesmo en los enfermos, por la mesma razon, y por eso dijo el Centurion cuando espiró Cristo: Este era Hijo de Dios verdaderamente, etc.; porque estando Cristo tan atormentado y tan cerca de morir, no era posible, si no era mas que hombre, dar tan gran voz espirando, viendo que con tan gran voz habia espirado, etc. Fuera desta razon, es flaca la voz del viejo por falta de los dientes, donde hiriendo la voz, cobra mas fuerza; y para remediar este daño procura cuando habla de meter los labios á suplir la falta de los dientes en su lugar, y esto es cerrarse las puertas de la plaza por la poca fuerza de la voz, porque los labios son las puertas desta plaza. (Y levantarse han á la voz del ave); esto es, el poco sueño que los viejos tienen, así por la sequedad del celebro, como muchas veces por graves dolores, así de otras partes, como de la orina y otros excrementos; de aquí es que algunas veces no

duermen toda la noche, y se levantan al canto del gallo, y aun otras veces muchas de noche, y madrugan antes del dia, á lo menos con él; porque esta edad trae consigo acostarse temprano y levantarse temprano, porque el dia y sus negocios les cansa, y la noche y sus vuelcos y dolores mas. Y así, toda la vida les es enfadosa. (Lo mas alto temerá el camino); esto es, que el alma andará con espantos viéndose cerca de caminar, esto es, de la muerte. (Florecerá el almendro); estas son las canas de cabeza y barba. (Y engrosarse ha la langosta); que es, endureceráse el cuero como corteza ó como costra de langosta de la mar, lo cual procede de la sequedad. (Y desbaratarse ha el alcaparra, porque irá el hombre á la casa de la eternidad), ó á su casa eterna. (Y rodeáranle quien le llore); esta cláusula tienen por difícil los expositores, pero todos convienen que es la muerte, porque unos lo echan á enfermedades secretas y que los que lloran son los ojos, que cuando le lloran al viejo es de la flaqueza, y por eso en los muy enfermos es cierta señal de muerte cuando las lágrimas salen sin licencia ni ocasion. Otros, que el desbaratarse el alcaparra ó su mata es abrir la sepultura; porque los naturales dicen que es amiga de nacer en los sepulcros, por ver que nace en los campos, donde antiguamente, así judíos como gentiles, solian enterrar sus muertos, y aun Aristóteles pregunta por qué el alcaparra nace en lugares incultos y huye de los labrados, buscando por la mayor parte los sepulcros. Y asi da la razon el Sabio de lo que ha dicho: (Porque es tiempo de partir á la casa propria, que eternamente ha de durar). Luego vuelve á las miserias de la vejez, y dice: (Antes que se rompa el cordoncillo de plata, y se encoja la venda de oro); el cordoncillo de plata es el meollo del espinazo, redondo y blanco, de donde nacen muchos nervecillos, que traban todo el cuerpo; y rotos estos, es la perlesía en casa; y porque los viejos por la sequedad y por redundancia de humores gruesos padecen en los niervos, por eso es ordinaria en ellos la perlesía. La venda de oro es una tela en que el celebro se envuelve á manera de venda, y llámase de oro, no por el color, sino por el precio; porque, segun los mas nobles y principales médicos, mas parte tiene en la virtud de los sentidos que el mesmo celebro, con el cual está tan pegada, que enjuto el celebro, se arruga ella y se encoge, y apartándose del cranio, luego se seca y se hace el hombre calvo. Así, que lo que dice es: Antes que vengas á tener perlesía y te vengas á hacer calvo y flaco de sentidos. (Antes que se disminuya la tinajuela ó cántaro sobre la fuente, ó se quiebre la rueda sobre la cisterna); esto pertenece á los males de urina, que no hay necesidad de averiguar en particular y por menudo, solo basta saber que son enfermedades que duran pocos dias los que las tienen, unos mas y otros menos; pero segun los médicos, pocos llegan al catorceno. Y así, añade: (Y se vuelva el polvo á su tierra, de donde salió, y el espíritu á *Dios*, que le dió); que hasta entonces duran estos males. Esto es lo que dice el Sabio para entender parte de los trabajos de la vejez, que todo junto en buen romance quiere decir: Acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud, cuando tienes salud y fuerzas, antes que venga el tiempo de la afliccion y se acerquen los años de quien digas que no querrías vivir; antes que se te acorte la vista de dia y de noche, y te fatiguen crudezas, reumas y corrimientos; cuando se alteren y enflaquezcan los sentidos y anden temblando las piernas y rodillas, y tengas pocas muelas y sin provecho, y los ojos se escurezcan; antes que se cierren las puertas de la boca á suplir la falta que los dientes harán á la voz, que por eso saldrá flaca, y te hayas de levantar al alba, y andes sordo de los oidos; antes que te vengan los temores de la vecina muerte, y te salgan canas y se te endurezcan los cueros, y al fin te abran la sepultura y te lloren los vecinos, deudos y amigos; antes que se te rompan los niervos y quedes con perlesía y se arrugue la tela del celebro, y antes que te vengan aquellos incurables males de urina, y por este camino te resuelvas en polvo, de do fuiste formado, y tu alma vuelva á poder de quien te la dió.

No son solos estos los males de la vejez, si se cuentan otros mil que saben los que los experimentan, especial el no tener remedio dellos sino con sola la muerte. El despedirles el mundo, todos parece que hacen mofa del viejo. No le admite el mundo á consejo ni conversacion, mayormente es del todo desechado y estimado en poco cuando no responden las canas con las obras. Pues el dolor de ver el mundo perdido; porque, como él va de mal en peor, no hay viejo que desde su mocedad no sienta la diferencia, especialmente en comunidades donde se ha criado, que es uno de los mayores tormentos que puede sentir; que como dice el *Ecclesiastes*, el que mas sabe del mundo, etc. Y aun Ciceron con la experiencia alcanzó esta sentencia. Finalmente, dice en el mesmo lugar Ciceron: ¿Qué cosa es ver un viejo temblando, podrido, acorvado, sino un muerto vivo y un vivo muriendo? Pues miradas unas y otras cosas, y el poco remedio que hay en ninguna dellas, y que todas ó las mas se hallan en cualquiera de los viejos, con razon gastamos un discurso en su consuelo, y nos alargamos mas en él que en otros por ser mas general trabajo y de mayor necesidad.

§. II.

De los consuelos de la vejez.

Miserable cosa es la instabilidad de los deseos del hombre, que todo su deseo es llegar á la vejez, sus temores no llegar, y sus desconsuelos y lágrimas en llegar: monstruo increible si no fuera tan comun; todos quieren ser viejos y nadie lo quiere ser; antes el serlo lo tienen por miseria y el decírselo por injuria, como si fuese deshonra el haber vivido, y nadie se escapa desto. De aquí los dientes postizos, la barba teñida y afeitada como mozos, los trajes livianos para aquella edad. Un viejo á un amigo que después de muchos dias le dijo: Viejo estáis, y téngoos lástima, que quisiera veros como os vi la última vez; respondió: ¿Tan poco loco os parezco, que me querais desear mas locura? Ruégoos que no me hayais compasion porque soy viejo, habémela porque fuí mozo. La majestad desta sentencia no la puede entender sino el que de ambas edades tiene experiencia. Mas vale á un bueno y discreto un dia destos que tú lloras que tienes, que un año del que alabas, pues que el refran dice: No es el mal haber en-

vejecido, sino solo haber vivido. Así como Dios puso consuelo en el mundo para todos los males, así ordenó muchos para los muchos y mayores. Y á esta cuenta tiene el mal de la vejez muchos, aunque no parece que tenia necesidad de ninguno lo que tan de veras en toda la vida se desea, como ella, y tanto nos curamos de las enfermedades y nos guardamos de la muerte por llegar á ella. En eso se ve para qué queriamos que llegase la vejez, y cuán mal empleada ha sido la vida pasada, pues se te ha hecho tan breve. Si dices que ha venido mas presto de lo que pensaste, bien parece que la pasabas en contentos, pues se te hizo breve, y en pecados, como á los del infierno; que si en trabajos y penitencia la pasaras, larga se te hubiera hecho, como á los que dice la Escriptura hablando de en cuánto trabajo se verán con el castigo de Dios los que no guardaren su ley. Dice que comenzando el dia desearán ver la noche, y comenzando la noche desearán ver el dia, para ver si con esta mudanza la habrá de su trabajo, el cual les alarga los dias y las noches. Lo mismo dice Job, que esta vida es una pelea y contina lucha, y que andamos en ella contando las horas, deseando que se acabe, no menos que el esclavo, trabajando y caminando, desea llegar á la noche, y lo mismo el jornalero desea la tarde para descansar. Así dice Job que tuvo él las noches y dias trabajosísimos, de suerte que cuando iba á dormir se acostaba con este hipo, ¿cuándo me levantaré? Y cuando se levantaba tornaba á desear la noche, lleno de trabajos y dolores hasta que anochecia. Pero al que le parece que la vejez ha venido presto, no ha vivido con mucho trabajo, y por eso bien le viene el tiempo dellos, que es la vejez; porque si fuiste y eres bueno, presto lo gozarás; y si malo, tiempo es de emendar la vida y hacer penitencia. ¿De qué te quejas? Cuando vivias ó pensabas vivir hácia atrás ó quedar siempre en la edad de veinte y cinco años, ahí se ve cuánto amor tienes siempre á los deleites de la mocedad. Buenos deleites son los del alma, que no se acaban sino con ella, y ella no se acaba, y siempre la acompañan. Los del cuerpo cuando vienen traen pecado, cuando se van dejan lágrimas y vergüenza: los primeros goza la vejez. Ni tiene canas el alma ni rugas, compon su rostro. Con las rugas y canas, pocos dientes y fealdad, ahorrarás de vanidad, de espejo y del deseo de ser visto de mujeres, y hallarás aquí mejor lo que debes desear, y pondrás los pensamientos donde los has de poner. Si te parece que pasaron los mejores dias, todos son buenos para lo que fueron criados, y los mejores son estos, y los demás malos para tí; solo tienen de bueno haberse pasado. Así que, si te parece que vino apriesa lo que deseabas, que era la vejez, no vino sino despacio, sino que á los desapercebidos y desacordados todas las cosas vienen repentinas; y al contrario, si habias de llorar la vejez, tarde comenzaste; desde luego pudieras, pues venias por el camino della; y si entonces la pensaras, no la sintieras agora. ¿Fáltante las fuerzas? Si son las del cuerpo no me espanto, pero las del ánima no faltarán, antes serán mayores; que el bienaventurado san Pablo dice que aunque el hombre exterior se corrompa, pero el interior se renueva. Así que, estas no faltan, que son para obras de viejo, sino es que quieres las de mozo, y es fealdad. Como la de un viejo romano, que mandado del Príncipe que no trabajase, por ser viejo y rico, sintiólo tanto, que se tuvo por muerto y que su casa le tuviese por tal: tanto le dolia no trabajar. Como la vejez sea el descanso de los trabajos y la quietud y el ejemplo della, y parezcan mal los viejos inquietos y bulliciosos.

Y cuando no hubiera otro bien sino ser la vejez correo de Dios, con quien te avisa que la muerte está cerca, se habia de abrazar con gran contento. ¿Cuánto deseamos saber, poco mas ó menos, el tiempo de nuestro fin? Cuánto agradecemos á Dios las señales del juicio que vengan amonestando, aunque tan terribles? Pues no hay cosa que con tanta certeza nos avise de la muerte como la vejez; porque, demás de los muchos ministros que trae consigo y el estrago que viene haciendo, no se partirá ella de nosotros hasta que nos ponga con la muerte que anuncia. Y así como un dia de gran fiesta el sacristan de una iglesia la adereza y atavia cuanto puede, que cuando viene la misa y vísperas es gloria entrar en ella, y á puesta de sol la descompone y desatavia, y es señal que se acabó la fiesta; así el tiempo cuando somos niños nos atavia para pasar la fiesta desta vida, poniéndonos dientes y muelas, sin las cuales nacimos, disposicion del cuerpo, fuerzas, barba, color y otras cosas; y al cabo á la vejez lo torna todo á quitar, porque entendamos que se acabó ya la fiesta desta vida; pues sabiendo que ella se ha de acabar, ¿qué mejor nueva que irnos avisando poco á poco para que aderecemos el camino? Qué mas pudo nadie desear? Ya conozco yo alguno que desde mozo se lo rogó muy de veras á nuestro Señor que le dejase llegar á la vejez, y no lo hacia tanto por vivir cuanto por lo que ella trae de provechos; que ya decia él á Dios que por dar á entender bien su deseo, que le pasase de treinta á sesenta años, sin pasar por los de en medio; esto es, que le pusiese luego en aquella flaqueza y enfermedad y trabajos que suelen tener los viejos, y canas y lo demás, y en la vecindad de la muerte; porque en esto ganaba no tener ya ocasion de dilatar la penitencia, ganaba los desengaños desta vida, que hasta entonces no quieren venir de asiento, ganaba el buen conocimiento y sciencia que se alcanza con la experiencia; porque, aunque el refran dice que libros, caminos y dias hacen al hombre sabio, pero mas los dias que lo demás, porque estos enseñan por experiencia, que es madre de todas las sciencias; como el Sabio aborrece el viejo imprudente, por la ocasion que tiene de ser sabio. Ganaba la mortificacion de las pasiones y el fin de los cuidados dél. ¿Qué ha de ser de mí? No saber tan mal la muerte, y antes el deseo della, de puro cansancio de la vida. Y no sola esta persona, sino David lo rogaba á Dios en un lugar: No me llames, Señor, en medio de mis dias. Pues si ella es mensajera de la muerte de parte de Dios, y que trae consigo tantos ministros y ejecutores della, y nos deja el ánimo fuerte y desembarazado para aparejar el camino, ¿qué mal nos hace esta edad? Y ¿por qué tendrémos con ella desconsuelo y no nos holgarémos con ella? antes la abracemos con alegría, mayormente que de fuerza ó de grado nos ha de acompañar hasta morir.

Y pues tantas razones hay de consuelo, y mas las que corresponden á los buenos pensamientos y deseos, enviados á los viejos, ¿qué razon hay de vivir desconsolados, sino tratar con alegría de aparejar su camino, recorrer la vida pasada, como es oficio de los mismos viejos, cuando viene la noche tomar una vela y recorrer todos los rincones de su casa, no se le haya quedado algun ladron que le robe al tiempo del dormir? Mira no se te quede algo por hacer en tu conciencia, que con la larga vida tiene muchos rincones, y ha andado en ella mucha gente y ruido de negocios. Esto puede mejor un viejo hacer, pues todos son ya acabados; que esta es la razon que Eusebio Emiseno da de por qué el pensamiento de la muerte es mas profundo en los que se mueren que mientras viven, y dice que al triste pensamiento de la muerte en salud no le han dado puerta para negociar despacio sus negocios con nuestro corazon, porqué los negocios del mundo eran tantos y tan favorecidos, que se le impedian; pero que al tiempo de la muerte, como ellos van despedidos como impertinentes, para lo que allí es necesario (de do viene que el enfermo no admite negociantes ni deudores ni pleiteantes en aquella hora, aunque le sean de interese y importancia; todos los impide el de la muerte), así entonces este pensamiento se apodera á su contento de todos los rincones del alma, y negocia como quiere. Pues por esta mesma razon digo que el viejo tiene mas lugar, porque los pensamientos y negocios de corte, hacienda, pretensiones han dado ya lugar; y así, con facilidad puede y con espacio tratar de su partida. No sé yo lo que otros sienten; podrá ser que les haga yo ventaja en que he leido mejores autores y libros que ellos leerán en este; pero de solo haber tratado y estudiado y escripto este discurso quedo tan consolado y alegre con mi edad, cual deseo que todos lo queden, después de leido, con la suya. En conclusion, estos consuelos son bastantes para el bueno, que el que se está verde y mozo de pensamientos, sin tenelle de salvarse, busque consuelo do pudiere, que aquí no sabemos dárselo; que el consuelo se hizo para el que no puede remediarse; pero hay algunos que no quieren consuelo, sino remedio para no morir. Séneca dice: El codicioso de ponzoña, hasta las heces se la sorbe. Así es el codicioso de vivir, el cual ni aun en la última vejez quiere morir.

DISCURSO IX.

De los consuelos para los tristes, por su salvacion, por ser en el Evangelio pocos los que se salvan.

Muchas personas hay que por la duda que tienen de su salvacion viven tristes y desconsolados, y á la verdad es buena señal vivir con este cuidado y darles pena, porque es señal del buen deseo de su alma; son estos en dos maneras: á unos les nace de la duda de su predestinacion, diciendo que no saben si están en el número de los escogidos de Dios, y que saben cuán grande y cuán cierto mal es no ser del número dellos; y destos tratarémos en el discurso que se sigue, aunque la materia dél y la deste, con ser muy diferentes, son algo parecidas; y así, se podrán ayudar una á otra con sus razones; otros tienen este pensamiento por haber oido decir cuán encarecidamente en toda la sagrada Escriptura, especialmente en el Evangelio, se dice cuán poquitos son los que se han de salvar; y de ahí vienen á temer que no deben de ser dellos; y á la verdad, considerado cuántas veces y con cuánta ponderacion se dice en la sagrada Escriptura: No habrá hombre tan justo que no le tiemble la contera, mayormente que es negocio tan importante como caer á la parte de ser bienaventurado, como Dios, ó ser el mas miserable de todas las criaturas. Preguntado un dia el Señor de sus discípulos si son pocos ó muchos los que se salvan, no les dijo ni sí ni no, sino: Procurad de entrar por la puerta angosta, porque os digo que es muy estrecho el camino que lleva á la vida, y pocos atinan con él, y ancho y espacioso el del infierno, y muchos van por él, y como el que sabia, sin errar solo uno, cuántos son los que se salvan, viendo que van tan poquitos, con un suspiro, mirando al cielo, dijo: ¡Oh cuán ancho y espacioso es el camino de la perdicion! Y aunque el Señor no lo quiso decir mas claro, harto lo dice el Espíritu Santo en muchas partes; porque, como cosa tan importante, en todos tiempos y lugares quiso que se predicase y supiese; porque, si con saberse esta verdad somos tan negligentes, ¿qué fuera si pensaran los hombres salvarse todos ó condenarse pocos? El bienaventurado san Crisóstomo, predicando un dia á los de Antioquía, dijo una palabra muy espantosa: ¿Cuántos pensais que se salvan en esta ciudad tan populosa? Triste cosa es la qué voy á decir, pero diréla: No puedo hallar en tantos millares, cien personas que se salven, y aun de esos tengo duda. Cierto es gran ponderacion, en una ciudad tan grande y teniendo tal prelado y tal doctrina; pero mas lo pondera el apóstol san Pablo cuando dice que lo que antiguamente pasó en el pueblo de Dios era figura de lo de agora, y que no todos entraron en la tierra de promision, aunque iban guiados de Dios; y era figura de los cristianos de agora, que en comparacion de los que se condenan, son dos en comparacion de seiscientos mil, no contando mujeres ni niños. Y no sé si es mas ponderacion la del diluvio, que san Pedro dice que fué figura de los que se han de salvar; y allí fueron solos ocho de todo el mundo; con lo cual concuerda lo de Esaías: Esto habrá en medio de la tierra (hablando del dia del juicio): como el rebusco de los olivares ó viñas acabada la cosecha, así quedarán los escogidos. Cosa es que todos entendemos, viñas hemos visto y olivares; sal tú á pasearte después de la cosecha, y apenas verás una aceituna ni un grumito de uvas, sino cuál ó cuál que la mano codiciosa del vendimiador no vió ó no pudo alcanzar; de esa manera dice que serán los que se han de salvar, y todo lo demás á cargas llenas irá al infierno. En la piscina uno solo sanaba. San Pablo dice que entre los que corren uno solo lleva la joya, para significar cuán pocos salen con ella; y aunque tambien dice el Evangelio que en las bodas uno solo fué echado y condenado á las tinieblas, por no tener allí vestidura de boda, esto no se dijo sino porque en aquel estaban cifrados todos los malos; porque para el mal todos se hacen á una, y al revés, al bien no hay quien los junte, cada uno va por su parte á diferentes contentos y intereses; lo cual ha-

con al contrario los buenos, que para el bien son á una y al mal no los hallan. Así que, en aquel uno está encerrada la multitud, que acá se dice, de los condenados. Pues cuando en Ecequiel mandó Dios que un ángel señalase con el Tau á los que no habian de ser muertos, con ser seis ángeles los que apriesa hacian la matanza, y uno el que señalaba, tenian ellos mas que hacer que él solo, en que se significaba lo proprio. Pues no ha quedado por revelaciones, porque el dia que san Bernardo murió, segun se dice, fué revelado á un monje que habian muerto treinta mil personas, y que solo san Bernardo y el que lo revelaba habian quedado salvos. Y á otro obispo de Paris apareció un maestro, y dejadas otras cosas aparte, le dijo que estaba por sus pecados en el infierno: y preguntó al obispo si se habia acabado el mundo, y el obispo dijo que por qué lo preguntaba, y él respondió que era tan innumerable gente la que aquellos pocos dias habia bajado al infierno, que le parecia imposible quedar nadie ya sobre la tierra. Pero en buena razon cabe lo que decimos, porque claro se ve que los que conocemos al Salvador, en comparacion de los que no le creen ni conocen, somos poquísimos en este rinconcito, comparados con todo lo poblado de Africa y Asia y lo de Europa y los indios que están por descubrir, que es casi todo el mundo, y ninguno dellos se salva, pues no hay nombre debajo del cielo que tenga virtud de salvarnos sino el de Jesucristo nuestro Señor, que solo es predicado y conocido en la Iglesia, fuera de la cual no hay salvarse nadie, como antiguamente fuera de la arca de Noé; pues de los cristianos, que son los que hallaron y atinaron con el camino, ¿cuántos son los que le andan hasta el fin? Unos le hallan y se quedan con solo hallalle, otros desmayan ó emperezan después de comenzado; al fin, pocos llegan al fin dél, pues el Señor dice que aun los que le hallan son muy pocos.

Pues aclaremos mas esto. Ya se sabe que este negocio ni ha de ir por favor ni por ruegos ni dineros, sino por la ley de Dios; el que la guardare, quien quiera que sea, será salvo; y el que no, séase quien quisiere, se condenará. San Pablo dice que los que sin ley pecaron serán juzgados sin ley, que son los moros y gentiles; y los que pecaron dentro en la ley por ella serán juzgados. Y el símbolo de Atanasio dice, y se concluye con esto: Los que hicieron buenas obras irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno; y sin esto, la fe ni el baptismo no les aprovechará sin las obras, siendo capaces de hacellas. Pues veamos agora cómo se guarda la ley de Dios en el mundo, qué groseros y cuán salvajes hay algunos hombres en algunos lugares pequeños, qué disolucion en las ciudades, qué desconcierto en todos estados, cuán viva y cruel la ambicion y la avaricia, qué desvergüenza en la sensualidad, qué poca verdad, qué agraviados los pobres, qué lisonjeados los ricos y qué disimulados sus pecados; qué poca caridad y menos restitucion de honra y fama, de robos y de coechos; qué poca penitencia y enmienda de vida; ¿quién hay que haga escrúpulo de llamar necio á su prójimo? Pues ¿de eso haceis cuenta? Pues Cristo la hace tanto, que para el dia della será condenado al fuego eterno. ¿Cuántos hay tan limpios que si quiera no miren mal á una mujer casada, ya que no se atrevan á mas por la honra ó por la justicia? Pues eso, dice el Evangelio, ¿qué es sino interior adulterio, que se ha de castigar con infierno? ¿Cuántos hay que no juren mil juramentos sin vergüenza ni advertencia aunque se lo avisen? Pues esto tambien es camino de infierno. ¿Cuántos se pasan sin envidia de su prójimo, sin avaricia y codicia desordenada? Cuántos perdonan injurias y vencen con la facilidad debida el furor contra quien les agravió? Pues si estos males son argumento de pocos salvos, ¿qué será los mayores que estos, que tanto se usan en el mundo? Que solo podria tener por excusa ser tan comunes como dañosos; lo cual no excusa á nadie, pues no le mandaron ir al hilo de la gente en las costumbres, antes el Sabio manda apartarse della: No peques en la multitud y canalla de la ciudad; como quien dice: No te atrevas á pecar por ver que pecan muchos. Así que, bien mirado, apenas hay quien guarde la ley de Dios en todos los estados; de lo cual se espanta Jeremías, diciendo: Andad por todas las calles de Jerusalen y mirad con atencion, y buscad un hombre que haga el deber y guarde lealtad, etc.; cuanto mas en el tiempo de agora, que creciendo las mercedes de Dios, ha crecido la desvergüenza. Por eso llama la Escritura á los que se salvan piedras preciosas, que en respeto de los peñascos y otras piedras son muy pocas y raras, y por eso preciosas.

Pues si así es, no me espanto de quien dijo que, considerado esto y cuán pocos se han de salvar, que le fuera mejor al hombre no haber nacido que vivir á tanto peligro, pues á esta cuenta saca que aun de los cristianos apenas se salvará uno de mil; al cual, entre otras cosas le movió un lugar de Esdras, que parece que dice lo mismo con despecho. Dice allí: Después de haber echado de ver los pocos que se salva, y dicen: Esta es mi razon primera y postrera, que si esto habia de ser, mejor fuera no haber dado á Adan la tierra, ó ya que se la dió, hacelle que no pecara; porque ¿qué aprovecha á los hombres vivir en tristeza, y muertos, esperar el castigo? ¡Oh Adan! y ¿qué has hecho porque tu condenacion no fué solo tuya, sino de todos nosotros, que de ti nacimos? Qué nos aprovecha habérsenos prometido vida inmortal, si nosotros hacemos obras de muerte? Y ¿qué sirve habérsenos dado perpetua esperanza, si nosotros nos hemos tornado malos y vanos? Y ¿qué aprovecha tener aparejadas moradas de salud y seguridad, si nosotros las desmerecemos con malos tratos; haber la gloria de Dios amparado á los que, aunque tarde, entran por su camino si nosotros andamos por el de los vicios; y haber descubierto el Paraíso, cuyo fruto es sin corrupcion y con seguridad y medicina, si nosotros no queremos entrar, sino por andar por trabajosos caminos? Y ¿qué aprovecha haber de resplandecer mas que las estrellas los rostros de los que siguieron la abstinencia, si los nuestros quedarán negros mas que la noche? Así que, los que profundamente vienen á considerar este negocio, les parece que fuera mejor no haber nacido, pues lo dijo el Redentor de uno que se condenó. Pues á esta cuenta, ménos me espanto de los que, aunque no lleguen ó aporten á tan desesperado y melancólico pensamiento, á lo menos andan melancólicos con

este. ¿Qué ha de ser de mí entre tantos condenados y tan pocos santos y bienaventurados? Cuando uno solo se hubiera de condenar y los demás salvarse, era cosa temerosísima, como lo fué á los apóstoles cuando oyeron que uno dellos habia de vender á su Maestro; ¿cuánto mas siendo tan pocos los que se salvan?

El primero y mas principal consuelo para esta melancolía es una de las razones della, que es haber de ser juzgados por nuestras obras; porque, si este pensamiento da pena y fatiga á un hombre pecador y contento con la miseria de sus pecados, confieso que no tiene consuelo, sino razon de desconsolarse mucho, porque sin duda le vendrá lo que teme; ni quiero saberle aunque le hubiera, porque ni en el infierno le hay, donde le esperan, ni acá quiere Dios que le haya, sino espantos que le encaminen á su conversion, que no es de las menores misericordias que Dios usa en el mundo; que para eso dice el apóstol san Pablo que los pocos que entraron en la tierra de promision eran figura de los que se salvan, y dice que fué escrito para nuestra dotrina y escarmiento de los que vivimos en el fin de los siglos; pero si son gente que, hecha penitencia, considerada la multitud y gravedad de sus pecados, y la priesa y diligencia que muchos siervos de Dios se dan á ganar el cielo, y á la poca porfía y envidia santa que ellos tienen á los que van delante, y que es Evangelio que son poquitos los que se salvan, para estos tales es el consuelo que aquí se pone, que para los malos seria nuevo desconsuelo; y es lo grande que cada uno ha de ser juzgado por sus obras, pues está en nuestra mano la libertad y ofrecido á ella el favor para hacellas buenas y merecedoras de la vida eterna. ¿Qué mayor consuelo que estar en tu mano lo que mucho temes y te desconsuela? Pues esto nos predica el mesmo Evangelio que nos predica esotro, y la mesma Escritura vieja y nueva. A cada uno premiará Dios segun sus obras (dice David), y san Pablo, que cada uno llevará el premio segun su trabajo; y el Evangelio dice: Si quieres entrar á la vida guarda los mandamientos.

El segundo consuelo nos da san Agustin, tratando de aquella pregunta de los apóstoles, si son pocos los que se salvan; y su respuesta dice que muchos son los que se salvan; lo cual colige de las palabras del *Apocalipsi*, que vió san Juan una gran multitud de gente de bienaventurados, la cual ninguno sino Dios pudiera contar, de todas gentes, pueblos y lenguas, que estaban ante el trono de Dios, vestidos de estolas blancas y palmas en sus manos, que es haber lavado sus obras y dádoles valor con la sangre del Cordero, como luego allí se dice, y la palma la victoria de sus trabajos y pasiones de su carne; y esto después de haber visto los ciento y cuarenta y cuatro mil de los tribus de Israel, por los cuales se entiende tambien número grande y no determinado; á lo cual podemos ayudar con lo que el Salmista dice, que los amigos de Dios los tiene él gran respeto, y que son tantos, que cuando se parase ó se atreviese él á quererlos contar, se le multiplican como la arena de la mar. Y dice mas san Agustin, que cuando la Escritura dice ó da á entender que son pocos, que lo dice en comparacion de los que se condenan, que así comparados son casi nada; y esto es lo que dice san Juan Crisóstomo, y lo de Esaías y san Pablo; y no dicen mas las revelaciones, porque santo hay que dice que si la Iglesia hubiese de rezar de todos los santos, habia para cada dia mas de cinco mil de solos mártires, cuanto mas los que allá están sin haberse revelado á la Iglesia, que son santos. Y por eso algunos doctores, tratando de las palabras de Esaías, de los olivares y viñas, pareciéndoles sentencia muy rigurosa si se entiende de todos los hombres que han sido y serán desde el principio del mundo, dice que se entiende de los que se hallaren vivos el dia que venga al juicio, donde habrá mucha malicia y muy resfriada la caridad; y así, no es maravilla. De manera que no hay cosa que tanto deba melancolizar, ni lo de Esdras, pues hablamos con quien desea ó procura hacer lo que allí dice que no hacemos, que haciéndolo, y junto con lo que allí dice que Dios ha hecho de su parte, no hay para qué desear no haber nacido, porque en nuestra mano está hacer lo que allí dice, por donde ganarémos todos la bienaventuranza; porque, aunque sean pocos los que se han de salvar respecto de los condenados, pero muchos son, y haciendo lo que debemos serémos dellos, aunque sean pocos; y con esto queda el bueno y deseoso de salud consolado, sin que importe que lo quede el que no lo es, sino que en eso comience su desconsuelo, en que perpetuamente, si no muda la vida, lo ha de vivir.

Pues ¿qué te melancoliza agora? Si quieres salvarte, en tu mano está con la gracia de Dios; si no quieres, ¿qué echas menos? Si piensas salvarte sin penitencia, engáñaste y haces injuria á la ley de Dios y á los que la guardan. Enfádete y melancolícete tu mala vida, consuélete lo que Cristo padeció por tí, avergüéncete la determinacion y alegría con que los demás caminan este camino sin tener mas prendas ni seguridad que tú, asegúrate con la palabra de Dios que te lo promete, y con lo que la santa esperanza te solicita de dentro, pues ni Dios es pobre de gloria ni escaso de ella, ni atado á tan corto número, que antes que tú llegues esté cumplido; haz lo que debes, y sírvele cumpliendo su ley con tanto amor, que cuando él se hubiese servido y tú te quedases fuera de su gloria (que no quedarás si le sirves), quedes contento con haber hecho el deber á lo que prometiste y profesas y él merece, que no fuera poca gloria, cuando otra faltara (que no faltará), pues está tu esperanza á tan firme y fuerte palabra arrimada.

DISCURSO X.

De los consuelos para los que se afligen con la duda de su predestinacion.

Aunque, como en el discurso pasado queda dicho, la materia dél y la deste sean muy parecidas, porque lo mesmo es tratar de cuán pocos se salvan y de cuán pocos son los predestinados, pues solos ellos se salvan, y la mesma tristeza y desconsuelo da lo uno que lo otro; pero todavía se trata con particulares razones lo uno y lo otro, porque bien pudieran ser pocos los predestinados y salvarse en nuestro tiempo muchos dellos, y al revés, y la pena de la duda de la predestinacion parece tener el remedio mas imposible; pero como quiera que sea, conviene tratarse lo que á ella toca en este discurso, porque hay algunos que se afligen mucho pensando

allí están sus nombres escritos en aquel libro cerrado con los siete sellos del *Apocalipsi;* y con este pensamiento aflojan unos en el servicio de Dios, diciendo que ¿de qué sirve obrar si están ya allí otros? que ¿qué aprovecha matarse si no lo están? especialmente con lo que ellos mas entienden, que es la presciencia de Dios, la cual se les entiende ser infalible y cierta; y aunque se les diga y ellos sientan quedarles libertad en su albedrío, no acaban de entender cómo la tengan, supuesta la sciencia de Dios, que no puede faltar; porque algunas cosas de nuestra santa fe tienen esto, que apartadas cada una por sí se entienden, y juntas no tan bien, como tres y uno en la Trinidad, Dios y hombre, madre y virgen; así sciencia infalible de Dios, en lo que ha de ser de mí bien se entiende por sí, y así mesmo la libertad de mi albedrío; pero junto uno y otro se les hace difícil; y así, se arriman á lo que Dios sabe, aunque de predestinacion no alcancen lo que los sabios, los cuales, aun después de bien sabido lo que de ello hay escrito, suelen dar principio á sus tristezas y melancolías, sabiendo que hay número certísimo de quién y cuántos son predestinados para la bienaventuranza, y que para ello ni hubo favor ni hay mudar la lista, ni bastarán lágrimas ni ruegos para quitar ni añadir en aquel libro una sola persona á las que solo Dios sabe que hay; lo cual dejó Dios tan escuro y tan reservado á sola su infinita sabiduría, porque aun así vivimos con tan poco recato y cuidado de cosa que tanto importa, como ser de los que les cabrán los mayores bienes, ó de los que los mayores males de cuantos hay criados, sin remedio ni esperanza dél para siempre jamás; ¿qué hiciera si cada uno supiera su suerte desde luego? Pero aunque tenga este secreto su buen por qué, no deja de poner en cuidado á los hombres y atormentar su alma cuando profundamente consideran que está ya comodada su sentencia última, á su parecer, sin que se haya tomado consulta con sus obras.

El consuelo desta congoja y aflicion no lo tomarémos de lo que parece decir san Jerónimo en algunos lugares, que todos los que tienen fe y son cristianos son los predestinados, y solos ellos; que si esto fuera verdad era harto consuelo para los que la tenemos; pero, demás de ser esto error grande y muy vecino á los herejes, que dicen que sola la fe basta para la salvacion, á san Jerónimo no le pasó por pensamiento tener ni enseñar tal falsedad, porque en los lugares que lo dice ó parece decillo, habla y refiere sentencias de otros, como el tiene de costumbre, para sacar en limpio las verdades. Lo cual parece porque lo contrario desto tiene el por tal en otros muchos lugares, donde enseña claramente que los malos y réprobos, aunque sean cristianos, irán al infierno; y si no, dime, ¿de dónde le nacian á este glorioso santo aquellos tan terribles miedos en medio de tan áspera penitencia, que decia que cualquier sonido, aunque fuese el de los platos cuando comia, pensaba que era la trompeta del cielo que llamaba á juicio, si sentia que todos los fieles eran predestinados, siendo él dellos? Lo cual quede dicho, porque si alguno encontrare alguno de los primeros lugares entienda su sentencia católica deste santo por estotros, donde habla enseñando, y no por sentencia de otros. Antes del verdadero consuelo querria dar un consejo, así á letrados como á la gente que no lo es, y aun quisiera convertir en él el consuelo; y es, que no reparen en averiguar cosas tan antiguas y tan secretas del pecho de Dios, que él guardó y reservó para sí, sin querer dar parte á hombres, ángeles ni bienaventurados; sino que, entendida la voluntad de Dios, sabida su ley y la misericordia con que nos llama, convida y aun amenaza si no venimos á su gracia y gloria, andemos este camino y obremos sus mandamientos, fiados de su palabra y misericordia, pues ni puede creerse que nos engañe ni él arrisca algun interés en engañarnos. Gran loco seria el que, yendo á pié algun camino con gran fiesta, llegase á una fuente al pié de una sierra, fresca, clara, que parece que se viene á los ojos y convida con su frescura y refrigerio, sin estorbo de nadie, y él con toda su sed y cansancio no quisiese beber y refrescarse hasta saber dónde nace aquella fuente, y en qué peñas y por qué mineros viene, mayormente viendo que otros gozan de aquel bien sin esos cuidados ni curiosidades; lo mesmo puede juzgarse de un hombre que, cargado de miserias, caminando por este valle de lágrimas, necesitado del socorro del cielo, sin haber otro en la redondez de la tierra ni fuera della, y hallando una fuente de gracia, sacramentos, dotrina, consuelos, manjares, etc., se desconsuele y no quiera el refresco tan hermoso y rico sin saber primero la primera fuente de secreto de la predestinacion.

Lo segundo, cuanto toca á la presciencia y á la mesma predestinacion, sea lo que fuere, se advierta que ninguna fuerza nos hace para el mal, ni ninguna nos quita ni favor nos niega para el bien; antes nos esfuerza Dios á todos convidándonos con su favor y desengañándonos que sin él no podemos nada. Si pasase una procesion por una calle, el que desde una muy alta ventana la mirase, no por ver los que vienen atrás los hace fuerza á que anden y pasen delante; así Dios, que desde su eternidad mira nuestros tiempos, que á sus ojos están presentes, con los pasados y porvenir, y sabe y ve al Antecristo antes que venga, sin hacerle fuerza que venga ni sea malo, pero para ver cuán ignorante es el que hace aquella razon de que ya sabe Dios lo que ha de ser de mí, y que así no hay para qué fatigarme por obrar. Si dijese esto el que ha de sembrar, pelear, caminar, etc., lo mesmo podrás decir y pensar si Dios no lo supiese. Finge que no hay Dios que lo sepa, sino que todas las cosas están encaminadas á sus fines como salieren. Ya se sabe si habrá trigo ó no lo habrá, que ha de ser uno ó otro al cabo, al cabo. Pues, que lo haya de haber que no, ¿para qué es trabajar y sembrar? Porque, si lo ha de haber, ¿para qué se trabaja en sementeras? y si no, mucho menos. Pero el cuerdo responde que lo habrá si sembrares, y si no, no; y eso se responde á lo que sabe Dios. Pero entrado mas adelante el secreto de la predestinacion, porque dice elecion de Dios para los que se han de salvar, pone los hombres en mas cuidado, ¿qué se yo si soy de los escogidos ó de los despedidos y reprobados? Si todos hiciésemos esa cuenta, no habria hombre consolado ni esforzado para obrar. El consuelo es que en mi mano está el salvarme; porque por una parte yo leo que Dios no quiere la muerte del pecador,

y que así lo tiene, no solo dicho de su boca, que esto sobraba, sino jurado por los profetas; leo que quiere que todos se salven, leo que en cualquiera hora que gimiere el pecador no se acordará Dios de sus pecados, por muchos y graves que sean; y si no se acuerda, no le condenará por ellos, que eso es no acordarse; leo que no tiene Dios acepcion de personas, sino que en cualquier gente el que hace su voluntad es su amigo y con derecho á la vida eterna; leo en san Pedro que Dios usa de paciencia con los pecadores, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á él por la penitencia; y que el que venciere no le borrará del libro de la vida, y otros mil lugares que para declarar su voluntad y deseo hizo poner en la sagrada Escritura y predicallo á los predicadores. Por otra parte, veo mi libertad y facilidad del camino por do se alcanza la gloria, y creo el favor para vencer la dificultad. Para esto hay libertad en mí y licencia, y aun deseo de Dios, y aun amenazas si no lo procuro; ¿qué se me da á mí de sus secretos eternos, que ni entiendo ni él quiso que yo entendiese? Todo esto nos enseñó aquella santa mujer Sara, mujer de Tobías, en aquella devota oracion que hizo á Dios, donde entre otras dice estas palabras: Señor, no está en nuestra mano vuestro eterno consejo; pero esto tiene por cierto el que te conoce y sirve, que si su vida estuviere en probacion (que es en exámen y aprobacion) será coronada, si en tribulacion estuviere será librada, y si estuviere en pecados y penitencia, tiene licencia y podrá venir á tu misericordia. Esta es la cuenta que el cristiano ha de hacer. Yo no sé, ni me pertenece saber, el consejo de Dios cerca de los bienaventurados, sino procurar yo de ser uno dellos por el camino que la fe me enseña, y este es confiar en Dios, que me premiará mis obras y me librará de mis tribulaciones y me perdonará mis pecados si hiciere penitencia, y tras esto, obrar guardando en todo su ley; si esto hay seré salvo; ¿qué se me da á mí de todo lo que él no dijo ni yo entiendo? Yo veo que él lo promete y puede cumplirlo, y debe á quien es no faltar en lo que promete y jura; veo que puedo cumplir con su gracia lo que me manda, y sé que el dia de la cuenta no dice que me condenará porque no me predestinó, sino porque no obré lo que me mandó; ni que me salvará solo por ser predestinado, aunque esto es necesario serlo, sino por las obras que hobiere hecho; lo demás ¿qué importa para lo que yo tengo de hacer? Y cuando venga el fin de tu vida, si has sido malo y quebrantado su santa ley, no tienes que quejarte que no te predestinaron. Si guardaste bien esta y mueres en amistad de Dios, sin duda recibirás en premio la gloria. Y cuando, habiendo hecho todo esto, se pudiese creer ó imaginar de tan buen Dios que no cumpliese su palabra y te condenase, ¿qué mas gloria y satisfacion desearas que haber convencido á Dios que heciste tú el deber, aunque él no te lo premiase? Cuanto mas que, no solo es fidelísimo aquel Señor en cumplir su palabra en favor del que á él se convierte, mas si alguna parece haber quebrantado, es la que significa amenaza y castigo, aunque no traiga condicion de penitencia, sino que se haya pronunciado la sentencia sin esa condicion; cuyo ejemplo es de los de Nínive, aunque no se les predicó que hiciesen penitencia, sino llanamente que habían de ser destruidos, los perdonó Dios, y aun reprehendió al Profeta porque volvia por la honra de su palabra y profecía, porque no la mostraba estimar Dios en tanto cuanto perdonar los pecadores arrepentidos. Y habiendo dicho en el Evangelio resolutamente que quien le negase delante de los hombres él le negaria delante su Padre, cuando san Pedro le negó la noche de la pasion, no solo le perdonó haciendo penitencia, mas aun le miró para que la hiciese; mira cuán léjos está Dios de cerrarte la puerta del cielo y envidiarte tu gloria, pues por tantos caminos te la busca. Y si no, dame uno que haya hecho el deber, que no haya sido premiado, ó ¿qué fruto sacaria Dios de no querer llevarte á su gloria si la mereciste, habiéndote dado tantas palabras y convidado con tantos halagos y promesas?

Y porque de todas partes tengas consuelo, puedes pensar que eres del número de los predestinados, aunque Dios te revelase lo contrario, que entonces habias de entender que era ó amenaza ó otra cosa que no te cortase las esperanzas del cielo; pero los que nacemos y nos criamos con la leche de la Iglesia y perseveramos en ella con firme voluntad, mayormente los que con deseo oimos la palabra de Dios y continuamos sus sacramentos, los que padecemos trabajos con paciencia y andamos solícitos de nuestra salud, gran confianza hemos de tener que somos de los escogidos. Y para tener esto por algun consuelo, basta ser opinion de algunos graves doctores; que aunque de todos los hombres del mundo los menos son los que se salvan, pero de los fieles que están dentro de la Iglesia los menos son los que se condenan. Esta opinion parece tener el bienaventurado san Juan Damasceno, aunque habla con alguna escuridad; tiénela Silvestro en la *Rosa áurea* por probable, y el doctísimo maestro fray Francisco de Cristo, agustino, catedrático de Coimbra; Cartagena en sus discursos, y otros. Y dejadas otras razones que ellos traen, la experiencia nos enseña que entre cristianos los mas son los que mueren confesando á Dios y pidiéndole misericordia y perdon de sus pecados, pidiéndo y recibiendo los santos sacramentos con señales de dolor de haber ofendido á Dios, á lo menos cual se requiere, y basta con el sacramento de la penitencia que reciben y los demás; y por otra parte, vemos ser muy pocos los que mueren con señales de condenacion, ni son muchos los que mueren súbitamente ni blasfemando, sino los que no mueren en su juicio. De donde se conjectura piadosamente que deben ser entre cristianos los mas los que se salvan y los menos los que se condenan. Lo cual parece tambien por esta comparacion: cuando se levanta una obra de un gran templo (como la que agora se levanta en el de Granada, donde esto se escribe), para el cual se labra mucho material de piedra y madera, al que preguntase de qué piedra ó madera se habia de hacer aquel templo, cualquiera podria responder que aquellas piedras y maderos que allí se están labrando se han escogido y traido para eso, aunque algunas saldrán quebradas y algunos de los maderos podridos, aunque los menos; pero que la piedra y madera que faltaba para acabar aquella obra, no sabe de qué pinares ó canteras se habia de traer. Así podemos pensar que to-

dos los cristianos nos estamos labrando para ser piedras del edificio de aquella ciudad santa de Jerusalen, la del cielo, en el taller de la Iglesia (como ella canta en un himno), con ayunos, oraciones, diciplinas, sacramentos, afliciones y trabajos, y que algunos saldrán quebrados ó podridos, inútiles, aunque los menos, y así, no se salvarán; y que los que Dios tiene por traer á su Iglesia de fuera della, no sabemos quién ni cuántos, ni si serán de las Indias ó de los judíos ó de los moros, porque este secreto para sí lo tiene reservado. Este consuelo, aunque se funda en sola opinion, no deja de ser de algun alivio y consuelo para el cristiano que deste pensamiento suele melancolizarse, siquiera pensar que hay algun doctor que así lo sienta; pero no por eso tomes tú de aquí ocasion para dar en otro extremo de demasiada confianza y flojedad; antes, en medio de los temores y confianzas demasiadas, procura hacer buenas obras, porque sin ellas no podrás alcanzar el fin de la predestinacion en que así confiares; siguiendo el consejo del apóstol san Pedro cuando dice: Hermanos, trabajad de hacer, mediante las buenas obras, cierta vuestra vocacion y predestinacion. En las cuales palabras, para quitar tu melancolía, habla contigo y con todos de su predestinacion sin diferencia; y para corregir la demasiada confianza, dice que trabajes de aseguralla con buenas obras.

DISCURSO XI.

Del consuelo en el último y mas terrible trance y trabajo, que es la muerte.

Llegado hemos al mayor mal de los males de pena desta vida, para quien parece hallar un hombre cerradas todas las puertas del consuelo, que es la muerte; porque si á los menores y particulares hemos buscado los suyos, si la muerte del deudo ó amigo requiere consuelo, ¿qué hará la propria, que duele mas? Si la ceguedad, destierro, pobreza, enfermedad, ¿qué será donde se junta todo, pues todo lo de acá se acaba con la muerte? Por eso la pusimos entre los demás trabajos que requieren consuelo, pues ella lo es tan grande, que, no solo la misma muerte, que esta no tiene acá consuelo, pues luego se le ha de dar en ella ó perder la esperanza dél para siempre, sino la memoria sola de que hemos de morir; y esto no para cualquier memoria, pues aunque cada dia nos la despierte Dios con todas las cosas que se acaban y con la muerte de otros, que para eso ordenó su providencia que no muriésemos todos juntos, porque unos á otros nos tirásemos de la falda, la Iglesia con sus oficios y campanas, y el cielo y la naturaleza con sus movimientos, generaciones y corrupciones; con todo eso, hay tan poco desconsuelo con este pensamiento, que mas necesidad tiene el mundo de espantos nuevos, y de atemorizar y melancolizar á los hombres y sacallos de su desprecio y olvido que de consolallos; lo cual en los primeros años de la Iglesia era muy al revés, que el pensamiento de la muerte los paraba tristes y marchitos. Y por eso la Iglesia en las epístolas y evangelios del oficio de difuntos ponia los consuelos de la sagrada Escritura, los cuales duran hasta ahora. Así que, para estos descuidados no habia necesidad deste discurso, sino para los que en la enfermedad están deshanciados de los médicos ó los que tienen sentencia de muerte, que por las justicias se ha de ejecutar, porque suele á algunos tomarles esto pensamiento el corazon, de suerte que apenas están atentos á lo que se les dice; cuya razon es de Eusebio Emiseno, porque al pobre pensamiento hasta entonces no le han dejado decir su razon los negocios del mundo, y agora, como ellos se fueron, se apodera del corazon á su placer, y parece que deja, en entrando, atrancadas las puertas para que no pueda otro entrar, aunque sea de consejo y traza para hacer lo que conviene; el cual es de tanta fuerza, que en una noche se ha visto encanecer un caballero que otro dia habia de morir degollado, y un ahorcado hubo (dice san Juan Crisóstomo) que, librado de la muerte, después juró que no daria señas por qué calles le habian llevado ni si habia encontrado gente, etc.: tan enajenado iba cuando lo llevaban á morir; y no hay que buscar ejemplos, pues el Redentor del mundo, con el pensamiento de lo que otro dia habia de pasar, se quiso necesitar, lleno de temor y tristeza, del consuelo de un ángel y de sus dicípulos, que aquella hora dormian descuidados, no teniendo tantas causas como nosotros de temer y desconsolarse aun en cuanto hombre; las cuales serán bien que digamos, para que mas cumplido se dé después el consuelo.

§. I.

De cuatro razones de desconsuelo que suelen mover á tristeza á los que mueren.

No todos en la muerte tienen la mesma razon de desconsuelo: unos tienen unas, otros otras, otros todas; unos hay que ponen los ojos en que se ven deshacer el compuesto de su persona, dado que el alma no se deshaga ni muera; pero el cuerpo va á ser podrido y manjar de gusanos, que es una pena natural que todas las cosas tienen y la huyen, aunque no sean sensibles, y esta es la razon de que todas las cosas, cada una en su tanto, procura su conservacion, como Ciceron dice; pero mas el hombre, que conoce su ser y su dignidad, y como en él están todas las naturalezas criadas, así espirituales como corporales, pues entiende con los ángeles, siente con los animales y crece con las plantas, y tiene cuerpo con las piedras, etc.; y todo con mas perfecion que fuera dél está; porque esta les viene de la compañía con el entendimiento. Cosa es que da parte de melancolía pensar que se deshace, como yo vi á un gran médico con ella, por esta razon, al tiempo de su muerte. Fuera de eso, aquella tan dulce y tan antigua compañía de cuerpo y alma, que tan juntos han andado desde la niñez, tan concertados y tan á una, que ambos trabajan cada uno por su parte por conservarse juntos, y no solo los hombres, que gustan de esta vida con olvido de la otra; pero los santos, que saben sus peleas y que son dos tan contrarias naturalezas. San Pablo, con saber que si se deshace esta casa de tierra tenemos otra en los cielos, no hecha por manos de hombres, sabiendo cuánta pena le daba vivir en este cuerpo, que sentia otra ley repugnante á la de su alma, etc., que se le iba á las barbas; con todo, dice que no queria que le desnudasen, sino que le vistiesen la otra sobre esta vida: tanto lo temia; y no es mucho que dos naturalezas, aunque

sean tan contrarias, tengan este sentimiento de apartarse, pues dos bueyes lo tienen que han arado juntos, y dos caballos ó mulas que han servido juntos á un señor. Al fin, no hay nadie que no tenga experiencia de la fuerza que tiene una larga compañía, aunque naturalmente no se haya juntado, como esta, sino acaso, cuanto mas las dos que han vivido juntas tantos años; de lo cual es señal cuando una cuchillada, por pequeña que sea, en un dedo, lo que duele aquella pequeña division y apartamiento.

Otros hay que sienten la muerte por el amor que tienen á lo que acá dejan: mujer, hijos, amigos, oficio, hacienda, que muchas veces dejan, cuando mas contento tienen, á su pesar; aunque algunas veces dan á entender, ó el demonio los engaña, que lo sienten por piedad de la soledad de la mujer, de la crianza de los hijos pequeños, etc.; pero realmente es engaño, que no es sino el arrancarse ellos de lo que tantas raíces tiene en el corazon, como acaece en un árbol que está muy arraigado, como una encina vieja que ha echado tan largas y hondas raíces, que atraviesan los caminos, que para arrancalla de cuajo se juntan muchos hombres, y con sogas, gritos, fuerzas, cortadas por mil partes las raíces, de lo cual, si tuviera sentido, diera el árbol mil gritos de dolor, y al cabo con gran maña y fuerza, con dificultad sale de raíz, y con todo lleva tras sí gran parte de tierra; lo cual no hace una lechuga, que, asida de un niño, sale luego, porque no estaba muy arraigada.

Otros sienten la muerte por algun escrúpulo de conciencia de algun pecadillo ó mala raíz, que siempre trae allí pegada, que, aunque toda la vida no perdona este pesquisidor terrible, pero mas en aquel punto; porque, como san Juan Crisóstomo dice, es un alcalde que Dios tiene en nuestra alma, que es muy parecido al mesmo Dios; porque, aunque no siempre nos trae á juicio, pero la mayor parte de la vida nos trae, porque lo demás seria insufrible tormento; pero nunca se despide de nosotros, antes lo mas del tiempo nos está acusando y ella se trae los testigos, antes ella lo es millon dellos, como el refran latino dice; y no solo cuando hacemos el pecado ni solo por habelle hecho, sino cuando otro oimos ó vemos que le cometió, nos atormenta, y cuando por el suyo castiga Dios ó la justicia á otro padecemos tormento por el nuestro. Juez sin doblar su vara, que ni sirven dones ni ruegos; todo es como el mesmo Dios. Así que, si un padre riñe á su hijo muchas veces y le castiga y no aprovecha, al fin le echa de casa, y con eso se acaba; pero este juez riguroso, aunque cada dia nos amonesta y nos remuerde, nunca nos echa de sí ni se va hasta la muerte, antes entonces es cuando mas dolor y mas priesa y mas tormento da, como ve que se llega la hora de ejecutarse la sentencia con que nos ha toda la vida amenazado, porque en el resto della, parte con el descuido, parte con el regalo, parte con los plazos largos que el hombre se promete, no atormenta tanto como entonces, qué todo va trocándose; así como cuando estando la caña del pescador á la orilla del rio con una carretilla de sedal muy largo, si pica un pez grande y se traga el anzuelo, no le siente mucho ni siempre, sino poco y de cuando en cuando, con las fuerzas que tiene y con la larga cuerda que alcanza, y con la libertad que experimenta por todo cuanto alcanza el rio; pero al cabo, cuando las fuerzas le faltan y le va llegando á la orilla, la cauta mano del pescador, cuando ya tiene mas fuerza el que tira que el pez para resistir, entonces comienza á sentir lo que el engaño antes le encubria; así, cuando el demonio pone en el corazon de un hombre descuidado algun anzuelo de codicia, envidia, venganza ó deshonestidad, el cual tenga envuelto en algun miserable contento, con la libertad que experimenta y algunas obras buenas que hace, y algunos pensamientos buenos que tiene sabrosos y con la larga vida que se promete, aunque alguna vez le remuerde la conciencia, no hace mucho caso, hasta que se ve sin fuerzas y con gravísima dificultad de salir dello, y traido por la fuerza de la muerte, entonces comienza á sentir dolor y tristeza incomparable y desconsuelo grande de la prisa que le dan, y de la poca que para salir de aquel enredo ve que él puede darse.

Otros hay, y desto pocos se escapan, que, aunque no sientan en su alma estorbo ni escrúpulo de los que agora deciamos, pero temen un paso tan peligroso como aquel, considerando cuán gran mudanza es aquella en que se deja atrás el mundo, toda la vida pasada y todas sus cosas para no vellas mas; no mas luz ni mas hombres ni oficios ni pleitos, no mas caminos ni ciudades ni tratos ni conversaciones, y lo que mas es, no mas templos, confesiones, comuniones, jubileos, campanas, sermones, sacramentos. Esto es lo que decia en su cántico el rey Ecequías: Ya no veré mas los hombres. Y cuando piensa que de ahí á poco se ha de comenzar á andar por otra region no conocida ni aun considerada, antes aborrecida y olvidada, donde no le han de valer sus trazas, favores, ni mañas ni *mentiras, ni* haciénda ni dinero, ni otras cosas en que confiaba y con que se apadrinaba cuando vivia, y que todo cuanto ha hecho y pensado ha de ser allí cernido, relatado y juzgado por quien nada se le esconde, ni cosa, por menuda que sea, ha de dejar de traer á juicio, y que de allí ha de resultar gloria ó infierno para siempre, ni haber en este medio, ni valer lágrimas ni ruegos ni aun favores, que todo se queda atrás, y que de lo que de allí resultare no ha de haber mudanza ni quiebra mientras Dios fuere Dios, y que no sabemos qué suerte destas le ha de caber, y que antes hay que temer por el tropel de pecados que allí se ofrecen á la memoria, aunque no son todos los que están frescos á la de Dios; y que dice el Sabio que hay un camino que parece al hombre *justo*, cuyo paradero es la muerte, etc., y que la vida se ha pasado con descuido y aun desprecio, sin querer salir de la ignorancia de tantas cosas como para aquella hora era necesario haber proveido; no es posible dejar de atormentar el alma un extraordinario desconsuelo que la congoje vehementísimamente. Ejemplo sea Jacob cuando supo que su hermano salia á él con cuarenta hombres, el cual sabia que estaba con él muy enojado, comenzó á temer de sus hijos y mujer y de sí mesmo, y comenzó á pensar de envialle presentes y á volverse á Dios con gran devocion y lágrimas: Señor, yo soy menos que vuestras misericordias y menos que cuantas palabras me habeis cumplido; libradme, Señor, de las manos de mi hermano, que le tengo grandísimo miedo,

porque no venga y me destruya á mí y á mis hijos y mujer; y al cabo, confortado con la divina vision y bendicion, llegó al hermano con nueva cortesía humillado; postróse siete veces delante dél en tierra para ablandar y amansar el ánimo de su hermano con estas humildades nunca oidas. Pues agora cotejemos peligro con peligro, negocio con negocio y persona con persona; habia Jacob ofendido á su hermano una sola vez, si se puede llamar aquella ofensa; tú á Dios infinitas veces, que es Señor de tanta majestad; Esaú podia matar solo el cuerpo acá, Dios todo y enviarte al infierno; ¿qué tiene que ver su miedo con este, quedándole el presente? Y no queriéndole, dice que no tiene necesidad sino de su gracia. ¿Qué será del que tiene allí las llaves de vida y muerte? Pues este es el miedo de que ningun pecador se escapa ni halla consuelo para esta congoja, y este es el que dijo san Agaton del con que moria á sus dicípulos. De manera que por una ó otra razon destas cuatro, ó por dos ó tres, ó todas juntas, sin otras muchas que á ellas se reducen, no hay hombre que muera regularmente sin desconsuelo.

§. II.

De los consuelos para estas congojas.

El mejor remedio para tener consuelo en estos trances, si los hombres quisiesen, es buscalle con tiempo, apercibiéndose de buena vida mientras hay salud, y prevenirse de espacio de lo que entonces se requiere y no se les concede, y esto se haria viviendo siempre para morir, esto es decir que se encaminen todas las obras á asegurar y alegrar aquella hora, como si hobiese de venir mañana. ¡Oh cuántas liciones desto has tenido en los temores de tus enfermedades! ¡Qué arrepentimiento del tiempo perdido, qué deseos de escapar para hacer penitencia, qué propósitos que salen pronunciados, con despecho de la enmienda de la vida, de despreciar, no solo lo que á Dios ofende, sino lo que no le sirve, salidos del desengaño que allí aprendiste! Sino que, salido del potro como vil esclavo, tornas á decir que lo heciste de temor y que bueno es el mundo. ¡Oh si viviésemos siempre con aquella atencion y determinacion de servir á Dios, y esa vida que allí deseamos no la desperdiciásemos tan pródigamente, sino que viviésemos de tal arte y fuésemos tales cuales en aquella hora querriamos ser hallados; que al fin una vez que otra te ha de negar Dios el plazo, y quedarás por ventura burlado con la peor burla que te puedes hacer y mas perniciosa. El bienaventurado san Juan Crisóstomo dice que eso quiso decir el Señor cuando dice: Quien quisiere seguirme niéguese á sí mismo y tome su cruz á cuestas y sígame. Dice el Santo: No quiere decir que tomemos el madero á los hombros, sino que muramos cada dia y hagamos cuenta en la mañana que á la tarde ha de ser nuestro fin; como el ajusticiado, que no tiene cuenta con mundo ni gente, sino con solo mirar al Cristo que lleva en las manos, al confesor que le va aconsejando lo que ha de hacer; que es decir que ordenemos la vida como la ordenamos en el deseo y propósito á la hora que tanto la deseamos buena. Así que, con este cuidado en la vida, sobraria consuelo al tiempo del salir della; como lo han tenido y mostrado muchas personas religiosas, aun en nuestros tiempos, fuera de la gran alegría de los santos, con que han dado el espíritu á Dios, porque trocaron, aunque barato, todo el contento y consuelo de la vida por aquel breve de la muerte, que no por eso es menos precioso, porque en quilates excede á cuanto se ha podido tener con cuantos deleites, mandos y tesoros pueden en la tierra desearse ni imaginarse.

Pero ya que, ó por llegar tarde este consejo, ó porque llegando á tiempo no fué recebido, pondrémos aquí los consuelos que se ofrecieren. Lo primero, el que le duele por ver que se deshace una criatura tan noble como el hombre, en quien se encierran las naturalezas con mas nobleza por la compañía del entendimiento, acuérdese que, así como se encierran todas ellas en el hombre, así se encierran las miserias de todas ellas; porque, así como está en él la naturaleza corporal de la piedra, así lo está su pesadumbre, si el crecer de las plantas, así está su corrupcion y muerte, y como está el sentir de los animales, así está sus furias y pasiones. Esto es lo que David dice: El hombre es todas las vanidades juntas en su mas felice estado; y aun la naturaleza del hombre, en que comunica con los ángeles, que es el entendimiento, tiene sus imperfeciones, porque en esta vida entiende por discursos y errores y con dependencia de los sentidos del cuerpo; las cuales miserias tambien se acaban con el sugeto que todas las encierra; y que este acabarse, no es acabarse, sino mejorarse, porque el alma queda bienaventurada sin aquesas imperfeciones de su entender, y el cuerpo sin las que con las demás cosas comunica la mejora de alma y cuerpo, cuanto al saber, gozar, etc.; y los cuatro dotes pone san Pablo juntos; lo cual hace para consolar los tristes por esta razon de la muerte. Así que, como son para mejorarse, no debe tener desconsuelo. Que cuando un hombre tiene un jarro viejo de plata, sucio y gastado, y abollado y agujereado, él mesmo le lleva al platero y se lo paga porque le funda y se le renueve; y si el jarro tuviera juicio se holgara y se lo agradeciera; porque, aunque le quitó y deshizo la primera hechura, le quitó la fealdad y faltas, y le dejó hermoso y sin ellas. Ni dejar la compañía debe desconsolar cuando es para juntarse mejor y sin daño ni temor de apartarse, como acá se apartan por este respeto los casados que mas se quieren. No se quita por eso el sentimiento, pero mitígase con esta esperanza y consideracion; mayormente que entonces ordenó Dios que estas miserias y pesadumbres del cuerpo y dolores y achaques se sintiesen mas en aquel tiempo, porque con menos pena se deje la vida que tantas tiene.

Si el desconsuelo y pena es por el amor que tienes á lo que dejas, si el título y sobreescripto es de piedad y verdadero, mas fácil será el consuelo; pero suele ser tentacion del demonio para ocuparte el pensamiento con buen color de que no te receles, para que no trates de lo que mas te importa para la salud de tu alma en aquel trance, donde es menester doblar el cuidado, pues el demonio le tresdobla, por ser la llave de todo el proceso de la vida y la importancia de tu salvacion ó condenacion, si hubiere descuido ó falta; pero, sea ó no sea el título verdadero, es necesario salir presto dél. Lo

primero, porque de cuanto te fatigares por eso ningun fruto se saca mas que esa fatiga; porque, ordenadas bien las cosas cerca de lo que queda, no ha de haber mas así que así porque tú te mates ni congojes. Lo segundo, piensa que de todo eso que llevas cuidado queda encargado el Padre de los huérfanos y el Juez de las viudas; solo los encomienda á él, y cuida de tu ánima, imitando al mesmo Señor, que, para tu ejemplo, después de la cena el dia que murió, aunque tenia tanto amor á sus dicípulos, que para apartarse dellos un tiro de piedra, dice que se arrancó de ellos por este término, para significar su amor; pero no hizo mas de encomendallos á su Padre después de la cena, y tratar sus negocios de la muerte y redencion del mundo; así haz tú á tus hijos y casa; el cual tiene de todas las cosas tan gran providencia, que tiene contados los cabellos de cada uno; pues ¿qué será (como san Agustin dice) de sus ánimas, de su sustento y de su remedio? Así que, como san Pedro dice, echa todo el cuidado en este Señor, sin quedarte ninguno de esos que agora te le dan, porque él tiene tanto cuidado dellos, que con ninguno que tú tengas ni te congojes puedes proveer tan bien lo que cerca dellos deseas, como con encomendárselos. Allende desto, pues de Dios recebiste estas cosas, ya es tiempo que se las vuelvas, pues es él que te las pide y aparta dellas. Desnudo naciste, y sabes que desnudo has de salir desta vida; procura de dejar carga tan pesada y que tanto estorba á tan estrecho camino, que podria ser no poder pasar con estos cuidados su angostura; mira á Jesucristo, que desnudo muere en una cruz, sin cuidado de cosa temporal; mira á Job, que contento padece, diciendo las palabras que agora te dije. Santa Marta se mandó poner descubierto el cielo y sobre ceniza para dar su espíritu, san Martin se mandó poner en tierra, diciendo que esta era muerte de cristianos, y lo mismo hizo san Francisco desnudo en tierra; san Luis, rey de Francia, en el suelo sobre ceniza y extendidos los brazos á modo de cruz; de los cuales y otros muchos ejemplos de santos se toma la santa costumbre que la órden de san Agustin tiene cuando muere un religioso, que en testimonio de su pobreza que profesó, y que libros, cama y vestidos y lo demás tenia con licencia y á uso, por mano y licencia de su prelado, antes que muera, y ayudándolo él mesmo, se le hace inventario de lo que tiene en su celda, sin quedar un alfiler, y parte dello se lleva luego á do el prior manda, y allí protesta el defunto ó enfermo que ninguna cosa de aquellas es suya, y que muere pobre de Jesucristo, sin quedarle aun mortaja con que le hayan de enterrar, la cual, después de muerto se provee; solo queda con sus buenas obras, y con esto muere con grandísimo consuelo y le deja á todos los religiosos circunstantes. Pues cuando no uses tú desta ceremonia ó declaracion, porque no conviene con tu estado, á lo menos desnuda tu memoria y pensamiento de todo lo que no es Dios, para que solo su deseo te dé cuidado, olvidando todo lo que no es él, ora sean hijos, ora oficios, ora aficiones, ora riquezas, entendiendo que todo aquello te fué dado para instrumento y ayuda de alcanzar á Dios en vida, y no para estorbártelo en la muerte; y esto te será ocasion de grandísimo consuelo y de no menor merecimiento, y de facilidad para restituir lo que debes y repartir alegremente lo que no debes.

Cuando el desconsuelo nace de la conciencia no se le puede dar consuelo debajo del cielo, porque no es de los jueces que se aplacan, como deciamos, con ruegos, ni de los que se olvidan ni de los que se cohechan; pero puédese dar remedio, y este sea: Que si lo que inquieta es cosa ligera, que suelen llamar escrúpulo, fácil es de desechar con consejo del confesor; pero ni hablamos de eso, ni creo que en aquel tiempo desasosiegan escrúpulos ni niñerías; porque yo he visto muy desasosegados escrupulosos que al tiempo de la muerte parten sosegadísimos y alegres; lo cual entiendo que es galardon de Dios, en pago de lo que por su temor le afligieron cuando vivian; porque algunos escrúpulos, aunque otros nacen de soberbia y necedad, pero otros de enfermedad y de temor de Dios; en los cuales padece una persona como otras con otros trabajos; y si los llevan con paciencia, aquella inquietud y deseo de no ofendelle les paga Dios con la quietud de la muerte; así que, pocas veces creo que será de aquí este desconsuelo, sino de algo que con razon há dias que fatiga el corazon; de lo cual digo que, aunque no hay consuelo, pero hay remedio; y solo es salir de aquel negocio con penitencia y satisfacion toda la que hobiere lugar; y si es necesaria restitucion de fama ó de hacienda, ó lo que la muerte no diere lugar de hacer por su persona, lo deje luego en el testamento, si por personas terceras no se pudiere luego hacer ó deshacer ó enmendar. De manera que con consejo del confesor haga luego ó cometa á otro ó remita al testamento lo que no puede luego cumplirse, con gran arrepentimiento de no lo haber hecho y pronta voluntad de hacerlo, si Dios le diere vida, antes que aun acabe de convalecer, en habiendo la salud que baste para ello. ¡Oh cuánto mejor se hace en tiempo della, á la primera aldabada de la conciencia, cuando las cuentas se pueden hacer de espacio, las partes pueden estar presentes, la consciencia segura de que no es con violencia lo que se hace, pues al cabo, al cabo, se ha de ha de hacer mal y con desconsuelo y peligro del alma! Esto es lo que se puede aquí decir, aunque no para consuelo, sino para remedio deste temor.

§. III.

Del consuelo del general temor y congoja de la muerte.

Mas cuando el desconsuelo es el general por la total mudanza de las cosas y el peligro de las dos suertes, sin saber cuál ha de caber, de que hay muy poquitos que se escapen; pues san Pablo, tan gran santo, gastada su vida en predicar, en peregrinaciones y trabajos por Jesucristo, y con revelacion de su predestinacion, dico que no tiene escrúpulo en su conciencia ni le remuerde pecado alguno, pero que con todo eso no se tiene por justificado, porque no le ha de juzgar quien quiera, sino el mismo Señor, á quien, como él dice en otra parte, no se le esconde nada, que todas las cosas, por menudas que sean, están descubiertas á sus divinos ojos. Después que, conforme á su flaqueza y á la gracia y favor de Dios, hubiere ordenado y concertado su alma, confesado enteramente y con contricion, recebido el santo Sacramento del altar y el de la extremauncion, ó

pedídolo con tiempo, restituido y satisfecho conforme al mandamiento del confesor, pagadas sus deudas, hechas sus limosnas y las demás cosas que la piedad cristiana le tiene enseñado y Dios nuestro Señor le inspirare y los varones santos le aconsejaren, yo me atrevo á darle este consuelo, que entiendo que le tendrá de la mano de Dios, mayormente si con pura fe y confianza en su misericordia se le pide; con el cual he yo conocido personas, y no de las que han vivido con mucha perfeccion, que se han hallado tan conformes con Dios y consolados, que por ninguna via trocarian su muerte con la vida, porque se hallan con ella tan consolados y sin temor, que no les parece que podrán en otro tiempo hallar aquella paz de corazon que entonces alcanzan. Allí entienden lo que el Apóstol dice, que el morir es granjería, porque es trocar una vida de penas, trabajos, peligros, pecados y sobresaltos, por una quieta, gloriosa, sosegada, sin ofensa, sin pesar, sin peligro, segura, dulce y perpetua; ¿qué mayor ganancia y granjería? Allí se truecan trabajos por descanso, que el Espíritu Santo lo mandó notificar á san Juan en su *Apocalipsi*, que de aquí adelante dice el Espíritu que descansen de sus trabajos; allí entienden cómo se acaban las lágrimas, y que Dios les espera para enjugarlas, y que ni de muertes ni penas las habrá, ni de pecados serán necesarias, porque lo uno cesará, y todo se queda acá hasta el fin del mundo, que todo lo malo y penoso bajará al infierno; lágrimas, penas, soles, fiestas, inviernos, llantos, todas habrán pasado cuando el hombre estuviere de esotra parte de la muerte. Este mundo no es otra cosa sino un almacen de trabajos. Job decia: Véome tal, que si un poco dura podré tomar solar en la sepultura y hacer mi descanso en las tinieblas, y conocer á la podre por padre y á los gusanos por madre y hermanos; en las cuales palabras dice dos cosas: la una, cuántos son los trabajos y adversidades desta vida, y cuánta priesa dan á los hombres; lo segundo, dice cómo de todos ellos es refrigerio la mesma muerte, aunque no haga mas de acaballos; y por eso dice que allí hará su cama y conocerá padre, madre y hermanos; y el refran suele decir que en la muerte hallan los justos padre y madre; y la Escritura, que toda se hizo con un espíritu, llama á la muerte holganza y sueño, que todo dice descanso; y aun el mundo en sus epitafios dice: Aquí yace Fulano, aquí descansan los huesos de Fulano. ¿Qué será cuando consideremos lo que adelante pasa después de la muerte, cuando sale Dios á recebir el ánima de su amigo con tanta fiesta, ángeles y gloria, y le pone en la posesion de la vida, á que no llega imaginacion de quien no la posee? Qué mayor consuelo que este? Sino que, como nacimos en este valle de lágrimas, vivimos contentos en él y no preciamos lo que no hemos visto. San Gregorio Niseno declara esto por comparaciones, una del niño por nacer, que de mal se le hace salir á esta luz, contento con aquella vida triste y escura, por solo que no ha conocido otra mejor. La otra, del encarcelado que se hubiese criado en la cárcel, que se le haria de mal dejar aquella vida y compañía. En todo dice una mesma cosa; pero ¡qué alegres se hallarán el uno y el otro cuando vieren qué bien han trocado! Eso mesmo declaró Platon, fingiendo una república debajo de tierra, que contentos vivirian los moradores en aquellas tinieblas, con aquellas raíces sustentados; que contento el otro con su varilla de alcalde, el otro con sus sabandijas por ganados; pero ¿qué burla haria uno dellos de los demás, que por algun portillo se hubiese salido á este nuestro mundo? Qué diria cuando volviese? ¡Oh miserables, que contentos vivis en esta miseria! Si viésedes lo que hay aquí encima de nosotros: una república clara, la cual alumbra un sol hermosísimo, unos cielos que los cubren y unas estrellas que los hermosean; unas ciudades riquísimas, oro, plata, sedas, brocados, arreos, atavíos, manjares, hartura, fuentes, rios, montes, huertas, florestas, etc.; ¡oh qué mundo, oh qué alegría! Ellos, como no lo pueden esto imaginar (¿quién imaginará luz y colores sin habellas visto, aunque se junten mil letrados á declarárselo?), pues así ellos no lo creerian ni trocarian su vida por la de acá arriba; pues mucho mas miserable vida es la que en este mundo vivimos, comparada con la que esperamos, y no nos basta la fe que nos lo dice ni san Pablo que la vió, y dice que no hay lengua, ni la suya, aunque lo vió, que lo pueda decir; y con todo eso, contentos con nuestro mundillo, con nuestras sabandijas y con nuestros oficios en este valle de tinieblas y lágrimas. Pues, considerado lo que va de uno á otro, ¿quién hay que, viéndose al escalon de la muerte tan llano y sin aspereza, después que el Señor la allanó con la suya, y viéndose en estado que ha hecho á su parecer lo que es en sí, no tenga gran consuelo y alegría por haber ya de pasar á la vida que la fe le enseña con mas firmeza que si la hubiese visto con sus ojos? Pues si allí es la holganza, ¿quién no la deseará? San Crisóstomo dice que el trabajador desea el fin del dia, el caminante pregunta mil veces si está cerca la venta, el jornalero cuenta mil veces cuándo se cumple el año, el labrador desea el agosto, el mercader la caja y cuentas mil veces, la preñada siempre piensa en el noveno mes; y así, el justo desea la muerte, do está su fin y tesoro.

§. IV.

Conclusion de lo dicho en este discurso.

Pues si así es, ¿quién se verá en aquel trance, que no dé mil gracias á Dios por haberle llegado á él con su gracia, pudiendo haber muerto mala muerte ó repentina? Quién no extenderá agora los ojos y se pondrá en aquel aprieto para proveer lo que es necesario para evitar sus congojas? Quién no usará del remedio desde agora, que usó Jacob cuando se vió, aunque léjos, algo en el peligro de su hermano, que se previno con dones y presentes, y se puso en oracion á su Dios con grande humildad, diciendo que no merecia la menor de las misericordias que habia hecho con él y las palabras que le habia cumplido, que le librase de aquel trabajo cuando llegase la hora dél; ¿por qué no cohechúremos á Dios con limosnas, oraciones, ayunos, suspiros y otras buenas obras, pues él es al que tantas veces tenemos ofendido? Y ¿por qué no tendrémos cada dia particular oracion, rogándole que nos libre de su ira en aquella hora, poniéndole delante todas las mercedes y beneficios que nos ha hecho, y palabras que nos ha dado y cumplido, siendo nosotros gusanillos indignos del menor dellos?

¿Qué ha de responder Dios sino con consuelos y esperanzas á semejantes oraciones, como respondió á Jacob? Bienaventurado el que esto hiciere y viviere de suerte que al tiempo de la priesa no haya cosa en su memoria ni conciencia que le desconsuele ni congoje. Bienaventurado el que entonces pudiere decir con el rey Ecequías: Acordáos, Señor, que he andado toda mi vida en vuestro acatamiento, mirándolo vos, con corazon limpio y perfecto; á vos pongo, Señor, por testigo que esto es, mirándolo vos; ¿con qué confianza y consuelo se hallaria aquel santo rey con este testimonio de su vida? Con qué liberalidad le dió Dios, no solo consuelo, sino remedio y prorogacion de vida, pues se la alargó por quince años y con razon, que vida tan buena y justificada merece ser muy larga. No menos que el mesmo Dios era testigo que la vida habia sido buena, que eso es andar en verdad delante dél, segun santo Tomás, que es servir á Dios con veras; las cuales pocas veces se hallan en nuestros tiempos en las cosas del alma; en negocios del mundo, si cuán de veras tomas la pretension, que no perdonas trasnochados, gastos, caminos, soles, inviernos, por no perder coyuntura; cuán de veras los negocios de la avaricia, los tratos, caminos, navegaciones, naufragios, peligros y otras diligencias; las cosas de los deleites, con qué cuidado y diligencia, gastos, peligros de muerte y deshonras; en el de la venganza, qué de veras; y si eres hombre de hecho, con qué cuidado y cuán de veras los negocios de tu amigo; cual iba san Pablo cuando servia al demonio y mundo, cargado de prisiones y cepos y grillos contra los cristianos, echando chispas, como el texto dice, para dar á entender las veras con que iba á aquel negocio; y las cosas de Dios y de nuestra alma con cuánta frialdad se toman, cuántos bostezos en la oracion, cuánta imperfecion en los ayunos, cuánta cortedad en las limosnas y con cuán pocas veras. Pues esto hacia este santo rey, que las veras guardaba para hacer todo lo que en los ojos de Dios era bueno; ¿quién pudiese decir aquello al tiempo que él lo dijo y con la confianza que él lo dijo? Que este tendria consuelo para sí y que poder prestar á los otros; pero, cuando no hubieres tenido este cuidado, procura tenelle al tiempo del morir, para disponer de tu hacienda y encaminar tu alma por el camino que la fe te enseña, y ganar ó conservar el amor de tu Dios; que con esto saldrás de congoja. Esto quiere la Iglesia en las epístolas y evangelios del oficio, que todas animan al flaco, consuelan al desconsolado, alegran al triste con las esperanzas que, saliendo bien desta triste y trabajosa vida, nos espera la que nunca se acabará, por los méritos de Jesucristo, nuestro Salvador.

DISCURSO XII.

Conclusion de lo dicho en todo este libro.

De lo dicho en todo este libro se deja bien entender la grandeza y valor de la virtud de la paciencia, sus excelencias, sus provechos, la facilidad con que se alcanza y se conserva, y todo lo demás que puede mover á un afligido y desconsolado á enamorarse della y procuralla aposentar eternamente en su alma. Pues tú, que padeces cualquier adversidad que sea, si con atencion has leido alguna parte deste libro, entra en cuenta contigo, y verás cuán ciego andás si vivir piensas sin ella; porque si piensas huir el cuerpo á las adversidades, andas muy engañado; que á ninguna parte te volverás que no halles muchas; porque, aunque el mundo fué siempre variable, engañoso y traidor, pues todas las naciones han tenido siempre dél perpetua queja, nunca tan perdido estuvo como en los tiempos que agora corren; todo es peligro, todo naufragios, todo alboroto, todo está lleno de temores, espantos, traiciones y sospechas; no hay de quien fiarse, aunque sea hermano, hijo, padre ó madre: tan poca paz y caridad hay, y menos lisura en los contratos humanos, poca constancia en las palabras, mucha falsedad y proprio amor y interese en las obras; y la causa es que reina mas que nunca la avaricia, ambicion y envidia y los deleites, de donde tambien nacen las enfermedades, y de la desvergüenza del pecar, las comunes calamidades, hambres, guerras, pestilencias; y finalmente, todo género de trabajos ha crecido en tanta manera, que apenas pueden ya los hombres ir atrás ni adelante. Pues ¿cómo piensas tú escapar de lo que ninguno, escapa por rico y próspero que te parezca, pues entre los deleites y prosperidad se padecen trabajos sin cuento, y los menos son los que no pueden en todos los estados encubrirse? Y si así es, como la esperiencia lo enseña, y Séneca dice que es grande locura sentir ni temer lo que no puedes evitar, y el trabajo para que dice Job que nacimos en esta vida nos anda siguiendo en ella todo el tiempo que ella dura, procura hacer de esa inevitable necesidad una honesta y provechosa virtud, pues para todo bien te ha de ser granjería; lo cual no alcanzarás en la riqueza, oficio ó magistrado que tú con tanta ansia y trabajo pretendes; y si no, discurre por todos aquellos á quien agora tienes envidia, y cuyos estados ó descanso te provocaban á la inquietud de tus pretensiones, y aun pregúntales cómo les va de descanso y si han topado con el que pensaron tener, y ellos te dirán cuán engañados han quedado, pues donde pensaron acabar trabajos los hallaron quizá doblados á costa de otros nuevos; y así, aborrecido desto, sacarás gran provecho de los tuyos, pues á este naturalmente te hallas inclinado.

Porque el que piensas hallar en la riqueza, allende de que es engañoso, hallarás antes daño que provecho. No te engañes por haberlas Dios criado y para tí; porque no son por eso malas ni las crió para que lo fuesen, sino para tu bien y salud. De tu parte está el daño que ellas te hacen, y por eso te las quita, porque te ama; diótelas para que con ellas granjeases la vida eterna; quítatelas porque con ellas no la pierdas, usando mal dellas para su ofensa y perdicion tuya, haciendo de ellas último fin; en que el glorioso san Agustin dice que está todo el desconcierto de nuestra vida. Como el que, yendo á tomar posesion de un principado ó de otra gran dignidad, se quedase á vivir en el camino entre los barrancos, y dejase ir los criados y compañía, ó como el que tomase una purga sin habella menester, por solo saborearse en ella. No te espantes pues si Dios, que te ama, te quita esos deleites con que él se ofende y tú te pierdes. Si un amigo convidase á otro, y al tiempo del comer le quitase de delante los manjares y le dejase sin comer, afrenta parece que le hace y mala obra; pero si

los manjares fuesen contrarios á la complexion y salud del convidado, aunque para otro no lo fuesen, obra habia sido de buen amigo. Eso hace Dios contigo cuando te quita los bienes y prosperidad á que te convidó cuando te crió, cuando por tu mal uso ó mala inclinacion han de ser para condenacion tuya. San Agustin, declarando aquellas palabras que Dios dijo cuando crió la mujer, hagámosle una compañía que le ayude y sea semejante á él, dice : Lo que fué hecho para que fuese ayuda se volvió en impedimento. Así las criaturas que fueron criadas para que el hombre conociese y alabase al Criador dellas y dél, las convertimos, con el mal uso, en instrumentos para ofendelle. Y esto es lo que el Sabio dice que las criaturas fueron hechas en odio del mesmo Dios. No quiere decir que él las hizo para eso, sino que al cabo vinieron á servir á los hombres de ofendelle, no por quien las crió, sino por el mal uso del hombre para quien se criaron. Por eso te las quita Dios, que amor es, y no envidia ni mala voluntad, el quitártelas y dejarte en trabajo, aunque tú con él te amargues. Cuéntase del agradecimiento del águila, que estando unos segadores sin agua y con sed, fué á cogella en una vasija uno dellos á una fuente que allí cerca estaba, en la cual halló una águila á quien una gruesa culebra tenia enroscada, y de tal manera apretada por todo el cuerpo, que no la dejaba menear; el segador cortó por dos ó tres partes á la culebra, y así sacó al águila de aquel aprieto y dejóla ir libre; y como volviese con su agua, bebieron los demás primero, y al tiempo que el que la habia traido fué á beber, bejó el águila, que todavía andaba cerca por el aire, y embistió con el segador que bebia, y hízole caer de las manos la vasija, y estorbóle la bebida; de lo cual él quedó enojado, y reprehendiendo la ingratitud del águila, que tan mal le pagaba con aquel desabrimiento la buena obra que tan poco antes le habia hecho en libralla de aquella aflicion en que la culebra la tenia, y estando él con esta queja, súbitamente los demás segadores sus compañeros cayeron en tierra muertos; y fué que la ponzoña de la culebra, que á una parte de la fuente habia dejado cuando tenia asida el águila, el segador que la desató la habia traido mezclada con el agua y ellos la habian bebido; de manera que lo que el segador que no bebió juzgó por ingratitud, era el mesmo agradecimiento del águila, que por la buena obra con que le escapó él la vida se la escapó ella á él, estorbándole de beber la ponzoña. Una de las cosas que mas representa el beneficio que Dios hace al afligido con la tribulacion, es este caso; porque, aunque falta para serlo del todo el no tener los hombres obligado á Dios á hacernos los muchos que nos hace, corre en esto la semejanza; que, así como el agua es cosa buena y provechosa para matar la sed, pero mezclada con ponzoña causa la muerte, y por eso es dañoso lo que parecia gustoso y provechoso; así son los bienes temporales, que de suyo no son malos, sino buenos; pero con la ponzoña que el demonio tiene en ellos mezclada, y con nuestra mala complexion del alma, que es la mala inclinacion con que lo que es sano y provechoso volvemos en ponzoña, se nos vuelven dañosos; y por eso, lo que parece que es mal ó desamor en Dios cuando nos lo quita, antes es buena obra y de grande amor; y por el consiguiente enviarnos aquel trabajo que de la privacion de aquel dañoso bien ha resultado. San Gregorio lo compara al médico que niega al enfermo lo dañoso, aunque le sepa bien. Así que, si tratas de interés y provecho, como siempre tratas, no huigas del trabajo, sino procura con paciencia padecelle y conservalle hasta que Dios quiera, que con infinita sabiduría y providencia y con inestimable amor sabe y nos procura lo que á nuestra vida y salud mas conviene.

Si tratas de deleites, vano y loco eres en quejarte porque te estorben vanidades y suciedades; pero si de tu bien verdadero tratas, que es la gloria, ¿qué esperas ó qué piensas? ¿Quieres tú alcanzar la gloria de los santos y vivir como los pecadores? Quieres ser delicado en la pelea y en el premio aventajado? Quieres y pides el reino del cielo, y lloras porque te ponen en el camino dél? ¿No sabes que dice la Escriptura que el camino del cielo es por trabajos y tribulaciones? ¿Quieres vitoria sin pelea ó corona sin vitoria? ¿Cómo puedes venir ni llegar al puerto si te espanta la navegacion? ¿No sabes que dice el salmo que el que tiene cosecha y agosto de alegría es el que sembró primero en lágrimas? Quieres parecer á Cristo en el gozar y desparecelle en el padecer. Pues desengáñate, que no es posible ser acá y allá bienaventurado, acá y allá descanso no es posible; si no, míralo por los que allá están, por donde pasaron aquellos patriarcas y profetas, apóstoles y mártires, ermitaños, vírgines y castas viudas, y la mesma Madre de Dios y el Redentor del mundo, que, no solo no tuvieron un dia de contento en esta vida, pero, atento al daño dél, antes le temian, y agora están dando gracias á quien por aquel camino les llevó, diciendo en su nombre David en un salmo : Señor, pasamos por agua y fuego, esto es, por toda la diversidad de trabajos, y aportamos, guiados por tu mano, al refrigerio. Y en otro salmo : Señor, alegres estamos y estuvimos por los dias que nos afligiste y por los años que vimos los trabajos por nuestras casas. Dias los llama porque por su amor les parecian dias, y años, porque se entienda que la alegría no fué por ser ni parecelles poco.

Pues si tus trabajos, que tanto te afligen, te paras á cotejar con los suyos, avergonzado quedarás de mostrarte sentido dellos y poco sufrido. Y porque no nos detengamos en todos, ¿qué tienen que ver tus trabajos con los de Job? ¿Tienes pobreza? ¿Cuánta mayor fué la suya? ¿Tienes roto el vestido? Él desnudo en carnes, y aun ese vestido que la naturaleza le dió, que es la carne, hecho pedazos con llagas. ¡Qué! ¿tienes mala casa? Pues, por mala que sea, hay con qué cubrirte, siquiera con paja; él en un muladar sentado, y el cielo por cobertor. ¿Tú dices que se te murió un hijo? A él diez, y repentina y desastradamente, en la flor de su edad y amables y virtuosos. ¿Perdiste la hacienda? Mas era la suya. ¿Perdiste amigos, negáronte los criados, contradícete tu mujer, persíguete el demonio, vives con enfermedad? Pues todo eso junto padeció ese santo, bueno, amigo de Dios y temeroso de su ley, sencillo, alabado del Espíritu Santo entre sus buenas obras y entre sus sacrificios que por los hijos hacia, entre sus limosnas, entre su recato y buena consideracion; como tambien Tobías y otros santos en aquel tiempo con me-

nos luz, con poca dotrina y menos ejemplos de los que agora tienes tú sobrados. ¿Qué te diré de los demás de entonces, y de los que después de Cristo han padecido y merecido la gloria por este camino? Bástame haber dicho lo que habrás leido dellos en el quinto libro; solo te acuerdo que te acuerdes dellos para que te confundas y avergüences de tu delicada vida, que para soldado, cual debes de ser en esta, es cosa vergonzosa; que en estos, como san Crisóstomo dice, las virtudes eran iguales, las peleas desiguales y las vitorias gloriosas. De aquí es que tú serás delicado soldado, dice este santo, si pretendes ó piensas vencer sin pelea y triunfar sin batalla. Parezcan tus fuerzas, pelea fuertemente, señálate en la porfía desta guerra; acuérdate del pacto, advierte á las condiciones, conoce la guerra, el pacto que prometiste, la condicion con que te escrebiste y la milicia que profesaste. De esa manera pelearon esos de quien tú te maravillas, con esa condicion vencieron, y después destas peleas triunfaron todos. Pues ¿con qué cara llegas tú á pedir la gloria que ellos con tanta pelea ganaron, no habiendo peleado como ellos?

Si temes el trabajo de la adversidad, ó le huyes cuando la tienes, ¿qué trabajo puede ser el que tan presto se pasa, el que Dios te envia de su piadosa mano por tu bien y contra su voluntad? Si eres malo, es el trabajo una cuerda de seda blanda para traerte á sí. Si eres bueno, son pihuelas con que te ase porque no te vayas, y con que seas instrumento de su gloria. No es mucho serlo, antes lo es el huirlo, por quien tanto ha hecho por tí y tanta gloria te ha criado y guardado y prometido para tí. ¿En qué puede parar, ó cuánto puede durar trabajo que de tan mala gana te envia? Pues por solo gozar los interiores consuelos es bien empleado el trabajo, que es la cuenta que hacia san Pablo cuando decia: De buena gana y alegremente, no solamente sufriré con paciencia mis tribulaciones y trabajos, pero me preciaré dellos y los estimaré en mucho, á trueque de que la virtud de Cristo y su favor more en mi ánima. ¿No das por bien empleado el trabajo de una licion ó de un torneo, ó de otro trabajo corporal, á trueque de que te vean tus amigos cuán bien lo haces? ¿Cuánto mas te has de holgar que Dios y el mundo y los ángeles te vean pelear, mayormente que de todos has de ser ayudado y favorecido para salir bien con la empresa? ¿No dice san Pablo que el Espíritu Santo ayuda á nuestra flaqueza y que no nos pondrá Dios en cosa con que no podamos salir? Porque, aunque exceda á nuestras fuerzas, está él presente para darlas nuevas. Pues considera cuando con tu trabajo peleas, á Dios que está presente, el cual te anima, te ruega, te esfuerza y favorece para vencer y alcanzar la corona de la vitoria, la cual está en su mano, y no en otra que sea necesario sacarla por pleito ni parecer trampantojos sobre la vitoria; él es el juez y el padrino y el que desea tu vitoria y el que te da fuerzas y debilita las del enemigo, porque cuanto tú mas te esfuerzas á padecer, tanto mas se enflaquece tu contrario; tú recibes armas del cielo, y á él se le quebranta la malicia con que pelea; la presencia de Dios, que á tí te conforta, á él le quita la fuerza de su ponzoña; á tí te esfuerza la alegría de los ángeles, á él le causa temor esa mesma. Finalmente, en tus peleas Cristo sale, Cristo pelea, y tú te llevas la vitoria y el premio della. Así que, tu pelea y batalla es de Cristo; pues ¿qué temes de la vitoria, que no has de alcanzar por tus fuerzas, sino por las dél que nunca supo ni sabe, ni pudo ni puede ser vencido?

Si tus enemigos y perseguidores te fatigan, bienaventurados los que padecen por ser buenos. Si no lo eres ni padeces por eso, enmiéndate de lo malo, y no te quejes del castigo ni te enojes con el instrumento dél; si eres bueno, norabuena naciste, y perdona al que te injurió, en pago del buen estado y conocimiento que tienes por haberte Dios perdonado; parécete á quien á todos nos perdonó, no teniendo necesidad de nosotros, y habiéndole injuriado todos mas que á tí ese de quien te quejas. ¿Qué mayor venganza querrá ese de tí, ni el demonio que le engañó, que engañarte á tí y á él, y llevarle á él eso poco en que le puedes dañar, y á tí el alma? Qué piensas hacer después de vengado? ¿A quién te has de allegar? Porque el demonio queda codicioso y cebado con la vitoria que de tí hubo el contrario provocado con la venganza que dél tomaste, y pensando en cómo doblará la suya. Pues ¿cómo quieres hallar á Dios, á quien perdiste la vergüenza cuando te lo mandó amonestó y rogó? ¿Por qué no miras adelante? Que si perdonas quedas con quietud, el demonio corrido, el contrario agradecido, el mundo espantado y Dios obligado, y tú mas honrado, valeroso y confiado. Dos montes estaban en Jerusalen á la vista: el Tabor, donde Cristo estuvo transfigurado, y el Calvario, donde estuvo desfigurado; en el uno las piedras rubias, los vestidos como nieve, el sol como un candil, avergonzado de la gloriosa claridad del cuerpo de Cristo; en el otro todo tinieblas, porque todo lo escurecia la crueldad de la muerte de Cristo. ¿Quién dijera que en el primero no habia mas instrumentos y mercedes de gloria? Pero, porque en el Calvario hubo perdon de injurias y amor de los que las hacian, y rogar por ellos y excusalles, hubo lo que no hubo en el Tabor, en el cual solo el Padre conoce á Cristo por su hijo, y unos pocos amigos que estaban presentes: acá los que antes pedian á Barrabás, los desuella-caras y blasfemos le conocen por hijo de Dios y van diciendo que verdaderamente lo era. En el Tabor le pide Pedro parte de aquella gloria, con ser corporal, y no toda entera, sino un poco del uno de los cuatro dotes del cuerpo glorioso, y dale Cristo con un no en los ojos, siendo la cabeza de los dicípulos y de la Iglesia. En el Calvario el salteador de caminos pide gloria, y gloria de cuerpo y alma (y aun no la pide descubiertamente, sino que se acuerde dél el Rey de la gloria cuando se viere en su reino), y se la promete, porque allí habia Cristo rogado por sus enemigos; porque este sacrificio, que es rogar por ellos, es á Dios tan acepto, que todo lo alcanza. Aprende tú á perdonar los tuyos y rogar por ellos, y quedarás libre dese trabajo y confiado para salir bien de los que te quedan.

Pues los remedios deste y de todos los otros trabajos, y el consuelo dellos, ¿qué cosa puede ser mas suave y regalada y provechosa para esta virtud de la paciencia y para ganar las demás y merecer por ellas la gloria? La humildad, la confesion de los pecados y el reconocimiento del castigo que por ellos debes, la me-

moria de los beneficios de Dios, generales y particulares, la de aquel que no tiene ni puede tener igual en el cielo y en la tierra, como la pasion de Jesucristo, instrumento de nuestra redencion, el hablar dulcemente con tu amado, darle parte de tus penas á quien tanto desea sacarte dellas, que sabe el cómo el y cuándo conviene librarte; la santa comunion del cuerpo y sangre de tu Redentor, la caridad y amor con el que te ha de librar, y con sus hijos, mayormente con los pobres y necesitados; el andar siempre recatado para no pecar y apercebido para padecer. Estos y otros remedios ¡cuán suaves son, cuán provechosos y cuán necesarios! De todos juntos se apercebian los santos y amigos de Dios cuando se hallaban en algun trabajo, no tanto por el deseo de verse libres dél, cuanto por el temor de no ofender á su Señor con la ocasion del dolor. ¿Qué mucho que uses tú de alguno dellos cuando te vieres afligido, pues ellos los tomaban juntos? Y aunque se pudieran traer aquí muchos ejemplos, basta traer la oracion que el pueblo hizo en aquel aprieto de la persecucion de Aman. El texto refiere las palabras de la oracion de Mardoqueo, que son: Señor, Señor, rey omnipotente, todas las cosas están debajo de tu mando y poder, sin haber cosa dellas que pueda hacer resistencia á tu voluntad. Si esta fuere de salvar este tu pueblo de Israel, señor sois de todo, y no hay quien levante lanza contra vuestra Majestad; vos, Señor, lo sabeis todo, y que el no haber yo adorado al soberbio de Aman, ni fué soberbia ni por afrentalle ni por vanagloria, porque por la salud del pueblo y por su paz, no digo yo levantarme, pero los piés estaba presto de besalle; pero tuve miedo de dar la honra y adoracion á un hombre, que á solo Dios debemos, y adorar á otro que á solo mi Dios. Y agora, Señor y Rey mio, Dios de Abraham, ten piedad de tu pueblo, que nos quieren destruir nuestros enemigos y acabar vuestra heredad. No desampareis ni tengais en poco la hacienda que redemistes y sacastes para vos de Egipto. Oid Señor, mi oracion, y favoreced á vuestra gente, y volved en gozo nuestras lágrimas, para que viviendo adoremos, alabemos vuestro santo nombre, y no tapeis las bocas de los que cantan vuestras alabanzas. Y dice el texto que todo el pueblo oraba de la misma forma, entendiendo que sin remedio les estaba aparejada la muerte. ¡Qué cosa mas dulce y suave que requebrarse con su Padre con semejantes palabras! Pero aun mas copiosa fué la oracion de Ester.

Desta santa reina cuenta el sagrado texto que, estando con este general temor el pueblo del gran peligro en que todos estaban de ser muertos por el edito del Rey, desnudándose de las vestiduras reales y preciosas, se vistió de otras tristes, conforme á los llantos que se hacian, y en lugar de los preciosos y olorosos ungüentos, se cubrió la cabeza con ceniza y estiércol y afligió su cuerpo con ayunos, y fuése por todos los lugares de su casa donde solia tomar algun solaz, y allí se cortaba ó mesaba los cabellos, y dejábalos allí derramados y despedazados. Y púsose en oracion delante de su Dios de Israel, diciendo: Señor mio, que solo eres nuestro rey, favorece á esta pobre solitaria, que fuera de tí no tiene en la tierra otro favor ninguno. El peligro está ya en las manos; yo oí muchas veces á mi padre que tú, Señor, sacaste y libraste tu pueblo de Israel de muchas gentes, y á nuestros padres de muchos antepasados dellas, para tener posesion de una eterna heredad, y en esto y en todo lo heciste con ellos así como se lo habias prometido. Agora, Señor, no te hemos ofendido, y por esto nos has entregado en las manos de nuestros enemigos, porque hemos, Señor, adorado sus dioses. Justo eres, Señor; pero agora no se contentan con tenernos oprimidos en durísima servidumbre, sino que, atribuyendo la fuerza de sus manos á la potencia de sus ídolos, quieren hacer engañosas tus promesas y destruir tu heredad, y tapar las bocas de los que te alaban y apagar y desaparecer la gloria de tu templo y altar, para que se abran con mas codicia y libertad las bocas de los gentiles y alaben la fortaleza de sus falsos dioses y prediquen á su rey carnal para siempre. No dés, Señor, el sceptro á los que no son nada, ni burlen de nuestra caida; antes vuelve su consejo sobre sus cabezas y desbaratad al que contra nosotros ha comenzado á ser cruel. Acordáos, Señor, y volved á nos el rostro en el tiempo de nuestra tribulacion, y dadme ánimo y confianza, Señor, Rey de los dioses y de todos los poderíos; dadme, Señor, para delante de aquel leon palabras compuestas y bien ordenadas, y la ira que en su corazon tiene pásasela contra nuestro enemigo para que él perezca y todos los de su parecer. Y á nosotros con vuestro fuerte brazo nos librad, y favorecedme á mí, que no conozco ni tengo otro favor sino á vos, Señor, que todo lo alcanzais y sabeis, porque me parece mal la gloria de los malos, y abomino la cama de los incircuncisos y extranjeros. Vos, Señor, sabeis mi necesidad y cuánto abomino estas señales de soberbia y gloria que en la cabeza me pongo cuando salgo en público, y lo maldigo y tengo por asqueroso y abominable, como á los paños de la sangre de las mujeres, y como los dejo cuando estoy retirada. Tambien sabeis, Señor, que no he comido á la mesa de Aman ni me da gusto el convite del Rey, ni hé aun gustado el vino de sus sacrificios; antes no me acuerdo haber tenido contento desde que á esta tierra fuimos traidos, sino solo en vos, Dios mio, de Abraham, Dios fuerte sobre todos. Oid la voz de los que no tienen otra esperanza ni remedio, y libraldos de las manos de sus enemigos, y á mí de las de mi temor. Hasta aquí son las palabras de la Reina, en las cuales está la licion de los afligidos para el tiempo de su afliccion, aquella humildad, aquella compostura de persona y palabras, aquel acordar á Dios los beneficios de sus antepasados, aquel mirar por la gloria de Dios y celalla de los ídolos, aquella caridad con los suyos, aquel dar cuenta por menudo de sus penas y temores, y aquella confianza en el que todo lo sabe y puede, y aquel acordar á Dios los muchos beneficios que su alma de su santa mano ha recebido, y aquella perseverancia en su fe y amor que siempre ha tenido y el desgusto de las cosas que el mundo busca y precia. Pues ¿qué mal suceso puede téner el trabajo que tal remedio tiene con semejante oracion, llena de estrellas de mil virtudes; que, aunque no sea mas de habella rezado y aun solo haberla referido, deja una alma tan regalada y consolada, aun antes que venga la respuesta de quien tanto gusta de oilla y del que la dió para que se rezase? Qué

será después que haya parecido delante de su Majestad, dicha con tanta humildad; y cuando (como el Sabio dice) haya penetrado los cielos hasta lo mas íntimo dellos, no quedándose á la puerta ni contentándose con negociar desde ella por terceras personas, y cuando, como el mesmo dice, haya sacado su negocio, sin querer volver al dueño sin buen despacho? Pues, aunque el trabajo no tuviera otro bien sino traer al trabajado á este punto, era cosa digna de buscarse, cuanto mas de sufrirse con paciencia.

Pues si en esta vida hay estos consuelos y remedios, y en la otra tantos bienes, y por el contrario, los que viven libres de penas y á su placer tienen allá tantos y tan insufribles tormentos que los esperan, y acá no les faltan otros, que son primicias de aquellos, y en algunas cosas muy parecidos, especialmente en no tener consuelo ni descanso aun en mitad de sus contentos, dime, hermano, ¿cuál querrias mas de las dos suertes de vida? Bien sé que me dirás que padecer en esta vida; pero que te espantas mucho cómo los hombres escogen y buscan con grandes trabajos la de los deleites y descanso, y que no sabes en qué cae si todo esto que decimos es verdad. Pues yo te quiero decir alguna de las causas, que todas no podré por ser muchas, que necesario es que lo sean, para tener fuerza de poner á los hombres en tanta ceguedad; pues la una causa es que el demonio, padre de mentira, ofrece sola la aspereza de los trabajos á la corta y tibia consideracion de los hombres que han de escoger, y escóndeles la dulzura de los consuelos interiores y las fuerzas de que Dios provee al que por su nombre padece, y el grande peso de gloria que tiene guardado para el que legítimamente por su nombre padece; y así, aunque sea tan amigo de deleite y tan enemigo de trabajo, ó por serlo y no querer entender en qué hallará lo uno y lo otro, abrázase como bestia con lo presente, y que allí parece de codicia, por no querer buscar y considerar de espacio lo que el demonio le esconde; y asimesmo en el deleite y vida viciosa y mundana esconde él mesmo el infierno que tras ellos viene, y los tormentos que en medio del deleite el mundano ciego padece; y así, sigue el gusto presente de su carne por no considerar lo que, aunque el demonio tenga cubierto y escondido, viene tras del gusto que él sigue. Esto dió á entender esta maldita criatura (que este nombre ganó por su pecado y malas mañas y astucia contra los hombres) cuando mostró al Redentor los reinos desde léjos, y la gloria dellos y del mundo, que toda nos la muestra de léjos para que no veamos sino aquello vano y deleitoso que parece, sin que veamos desde cerca (que es, ó gozando, ó considerándolo bien, los trabajos y peligros que en esa vida próspera se encierran y se padecen); y eso mismo los israelitas, cuando se acordaban de las cebollas y pepinos de Egipto, que porque quedaban léjos no se acordaban de los trabajos, vejaciones, tareas y azotes, de los hijos ahogados en el rio, arrancados de los pechos de sus madres, y de otras mil persecuciones. Así hace á los hombres, que con un breve deleite les hace olvidar de los tormentos que para alcanzalle y conservalle padecen, y de los garrotes de la consciencia y de los eternos dolores del infierno. Pues mira tú cuando tienes un trabajo por todas partes muy de espacio, y quizá no le despidirás con tanta impaciencia y con tan poca consideracion; y el deleite ó prosperidad asimesmo, cuando te le ofrece para quitarte el sufrimiento del trabajo, y quizá no te convidará con tanta fuerza como parece, pues que la fe te dice que el demonio te muestra el cáliz de Babilonia, dorado por defuera, y te esconde el veneno que está dentro y no se ve. Los retóricos suelen, cuando toman á cargo persuadir una cosa, sacar las razones en público que tienen en su favor, y amplificallas y encarecellas, escondiendo las que son en disfavor suyo y en favor de la parte contraria, á fin de que los oyentes queden persuadidos; y lo mesmo hacen los abogados, favoreciendo la parte del que defienden con muchas razones sacadas del derecho y confirmadas con las reglas dél; y aunque sepan algun texto que favorece mucho á la parte contraria, ó alguna razon, la callan, y cuando se sabe la deshacen y desmenuzan para que no haga fuerza delante de los jueces. Así hace el demonio á fin de persuadirnos la parte de nuestra perdicion y por escondernos lo que á la parte de nuestro bien y remedio favorece, y cuando se descubre lo deshace, tornando á cubrir lo que en aquella razon ó dotrina de la fe favorece y descubre la verdad; y habiendo de ser el hombre diligente, retórico y abogado, ó por mejor decir, siendo el juez y la parte, habia de mirar consideradamente todas las razones para sentenciar, porque así se descubrirá el tormento que padece el que vive en prosperidad y libertad, que es tan grande, que dice Tertuliano que, á imitacion de Dios, que en los trabajos conserva los suyos, mediante la paciencia, porque no falten en ellos, así inventó el demonio otra paciencia en los gentiles para que no faltasen en los trabajos que por el mundo, carne y codicias padecen, como por casarse bien, por sustentar sus faustos, honras y locuras; pues tambien descubrirás el bien de los trabajos, que es tan grande, que bastará á cubrir todo lo que el demonio descubre de pena y trabajo. Y pues en cualquier estado próspero ó adverso es necesaria paciencia, ¿para qué quieres la del demonio, que es sin provecho y con muchos daños? Mejor es la cristiana, que acarrea mil gustos, consolaciones y provechos.

No sé cómo acabar, sino con lo que san Juan Crisóstomo dice, como recogiendo cuanto hemos dicho; el cual, tratando en una homilía que el reino de los cielos no puede haberse sin tribulaciones, dice al medio della: En esta vida corruptible padezcamos aflicciones para alcanzar descanso en la inmortal. ¿No ves que muchos padecen por cosas seglares y transitorias? Pues haz cuenta tú que eres uno dellos; sufre dolor y tribulacion con esperanza de la vida que esperas. ¿Eres tú mejor que Pedro y Pablo? Pues á estos no se les perdonó un dia de trabajo, antes le tuvieron continuo, con hambre y sed y desnudez. Si tú quieres alcanzar lo que ellos, ¿para qué te vas por camino contrario? No lleva allá el camino de la flojedad y tibieza, sino el de la tribulacion; este es angosto y el otro ancho camino, donde hay tribulacion; allí hay consolacion y gracia. Cuando Pablo cayó en la cárcel, allí eran los milagros; cuando padeció naufragio y se halló en region de bárbaros, allí tuvo gran gloria y fama; cuando le sacan á visita de

cárcel, allí vence al juez. Así se hacia en el viejo Testamento, que los justos florecian entre las tentaciones; así florecieron los tres mozos de Babilonia, así Daniel, Moisés y Josef, y de aquí salieron con derecho á grandes y preciosas coronas; porque entonces se purga y limpia el alma cuando por su Dios es atribulada y afligida, entonces goza de mas favor y gracia cuanto mayor es el aprieto y necesidad en que se ve. No tiene sola la tribulacion este bien cuando viene su premio, sino antes que este se prometa tiene muchos bienes en el alma, prudente y sabia por la misma tribulacion, porque reprime el fausto y soberbia, sacude la torpeza y negligencia, apercibe á paciencia, descubre la vileza de lo terreno y acarrea mucha sabiduría; todos los malos movimientos se rinden: la invidia, el deseo deshonesto, el amor del dinero y el de sí mesmo, la arrogancia, el fausto, la ira y todo el enjambre de los vicios; y si quieres ver cuánta verdad es esto, por ejemplos de personas solas y de comunidades te lo declaró; porque el pueblo de los hebreos, cuando eran afligidos, cuando eran acusados, gemian, llamában á Dios y traian del cielo mucho bien; pero cuando estaban prósperos, se levantaban contra Dios. Los de Nínive cuando vivian con libertad provocaron tanto á Dios, que se mostró determinado de destruir y echar por el suelo la ciudad; pero cuando oyeron pregonar esta sentencia luego se recogieron á penitencia. Si quieres persona singular acuérdate de Salomon, que mientras vivió en cuidados y sobresaltos tuvo aquella rara vision cuando consultó de su reino y gobernacion; pero cuando trató de vida viciosa y deleites, cayó en una profundidad de malicia. ¿Qué dirémos de su padre? ¿Cuándo fué admirable á todos y glorioso? ¿No fué cuando andaba entre persecuciones y tentaciones? Y Absalon, mientras andaba huido y perseguido ¿no era modesto? Pero después que cesó el destierro veisle tirano y parricida. ¿Qué diré de Job? En su paz y sosiego y prosperidad harto ilustre fué, pero mucho mas después en la tribulacion. Pero ¿qué necesidad hay de ejemplos tan antiguos? Pues entre las manos traemos la verdad desta dotrina, que nosotros mesmos cuando gozamos de paz y prosperidad somos malos y henchimos la Iglesia de turbaciones, pero cuando nos perseguian y desterraban éramos mas humanos y modestos, mas virtuosos, y oiamos con mas codicia los sermones y con mas fervor; porque lo que hace el fuego en el oro, eso hace en el hombre la tribulacion, que limpia la escoria y pone limpieza y resplandor. Estas y otras muchas palabras dice este santo en aquella homilía.

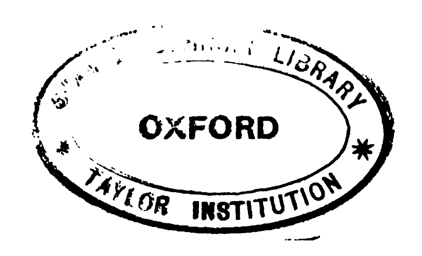
Pues ¿qué excusa le queda al atribulado para no alegrarse con su trabajo, sin pensar ni congojarse por salir dél? Que cuando esto convenga no hay mas que ponerse humilde y confiadamente en las manos del Señor y padre suyo, y diga: El Señor es mi pastor, y no me faltará nada; él ha dicho que tiene particular gobierno de los pajaritos del aire, ¿cuánto mejor lo tendrá de mí, no habiendo venido yo al mundo para que él me desampare? Yo soy hechura de sus manos, no me castigará segun mis pecados; porque, si así fuese, ¿quién lo podria sufrir? Señor, aquí estoy á tu voluntad, y pues quieres mostrar tu justicia en castigarme, tu misericordia en corregirme, porque yo salga bueno, y tu bondad en conservarme y tenerme en pié en la tribulacion, y tu providencia en gobernarme, yo te doy infinitas gracias por tanto favor, que quieras servirte de una tan vil criatura para mostrar tu grandeza. Dichosa tribulacion, que tan alumbrado me tiene, que me hace mudar el lenguaje soberbio y vano en humilde oracion, que me da conocimiento de tantos males mios, que me hace semejante á mi Señor y Redentor, que me hace hablar con los ángeles y ser compañero de los santos, que hace ver los cielos abiertos, como á san Estévan y Ecequiel; que hace gozar de la gloria con Cristo, pues dice san Pablo que si padecemos con Cristo, reinarémos con Cristo; finalmente, los mas perfectos, no solo padecian de buena gana, sino deseaban padecer, y lo pedian á Dios. Job decia: Este consuelo y regalo pido á Dios, que no deje de afligirme siempre con dolor; y por eso dice Tertuliano que no le volvió los hijos como lo demás que le habia quitado, porque él no quiso vivir en esta vida sin trabajos, y escogió el de la orfandad. Estos son los suspiros de san Agustin: Señor, aquí en esta vida me abrasad, aquí me haced tajadas, aquí no me perdoneis cosa, porque para siempre me perdoneis; así diga todo cristiano: Señor, vengan sobre mí tribulaciones; cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad; sea yo, Señor, instrumento de vuestra gloria; ¿de dónde merecí yo, Señor, padecer por vos? ¿Cuándo tengo de padecer sino mientras dura esta vida miserable? Estos habian de ser nuestros suspiros, este el blanco de nuestros deseos.

Antiguamente sentian aquellos santos del pueblo de Dios el ser afligidos; espantábanse de ver sobre sí la mano de Dios, aunque conocian sus pecados; lloraban amargamente, pidiendo libertad de sus trabajos. Por eso compuso David un salmo para acordar á Dios su condicion antigua: Señor, nuestros padres nos contaron las mercedes que les hicistes: cómo quitábades á los gentiles los reinos y se los dábades á ellos, cómo todo el mundo entendia el favor que les haciades; y siendo vos el mesmo que entonces érades, sin haber mudano, ni es posible, vuestra condicion, y siendo nosotros el mesmo pueblo, nos habeis desamparado y como desechado de vos. Andamos huyendo de nuestros enemigos, perseguidos y acosados y hechos mofa entre nuestros vecinos, y cada dia morimos á manadas, como ovejas en matadero, que tenemos vergüenza de los baldones que nos dicen. ¿Qué es esto, Dios mio? Pues no lo hacen nuestros pecados, que ni hemos adorado otro Dios ni faltado un punto del testamento y pacto de vuestra ley; ea pues, Señor, apiadáos de nosotros y libradnos por vuestro nombre. El cristiano bien considerado y aprovechado en la virtud, y hecho á buena consideracion de quién es Dios y de la grandeza de la virtud de la paciencia, no huye los trabajos, sin los cuales no la puede tener; antes los pide á Dios como Job y san Agustin, y en buen romance reza aquel salmo al revés que agora decimos, acordándose de las mercedes que Dios hizo á su Iglesia á los principios, luego que el Redentor padeció, vistiendo de su librea á los mas privados, con la cual andaban sangrientos, pero gloriosos y contentos.

Paréceme que en esta forma dicen y han de decir agora los siervos y amigos de Dios aquel salmo: Señor, con nuestras orejas oimos y leemos en las historias, y nuestros padres de mano en mano nos dijeron lo que con nuestros padres los primeros que nos dejastes, hicistes el principio desta ley de gracia, que los hicistes dignos de padecer afrentas y persecuciones por vos. ¿Qué es de aquellos escuadrones enteros de mártires, aquella ciudad de Roma, bañada en sangre dellos; aquellas cárceles, mazmorras, prisiones y persecuciones de los apóstoles, y aquellos trabajos tan increibles de los primeros obispos y perlados, y aquellas penitencias y rigores de los ermitaños de Egipto, y otros trabajos que los cristianos padecian? Y pues sois vos siempre el mesmo que fuistes, sin poder caber en vos mudanza, y nosotros vuestros cristianos y vuestros hijos, engendrados con vuestra muerte y pasion; pues ¿cómo os dormis, Señor, y nos olvidais? Cómo retirais la mano de aquellos antiguos favores con que aquellos santos andaban tan ufanos de verse dignos de padecer afrentas y persecuciones por vuestro nombre? Entonces se precia Pablo de qué él y sus compañeros andaban como ovejas al matadero, cada dia muriendo por vos; agora parece que nos habeis olvidado, pues ya no hay de aquellos trabajos ni tiranos ni persecuciones; todas las cosas suceden á sabor de paladar, ya no se derrama sangre por vuestro santo nombre. Y si decis, Señor por vuestro profeta que no toda semilla se ha de trillar con la mesma fuerza, porque menos rigor quiere el comino que el trigo, por ser mas delicado, y así nos tratais como á semilla flaca, porque no desmayemos; eso es, Señor, lo que mas duele, que, como el trabajo viene de vuestra mano, así viene la fuerza con que se ha de padecer y la paciencia para poder sufrillo; y así, en vuestra mano está enriquecernos de merecimientos como á los primeros, que, si por vuestro favor no fuera tan flacos eran ellos para lo que padecieron. Bien sé, Señor, que entonces convenia hacer de sangre de mártires el testimonio de vuestro Evangelio, que entonces se plantaba; lo cual agora no es necesario; pero para gloria vuestra y nuestro bien; nunca los trabajos y aficiones vendrán sin tiempo. Si nuestros pecados lo desmerecen, vengan, Señor, primero en castigo, y después de la enmienda dellos por regalo y prenda y méritos de la vida eterna. No nos envuelvas con los malos entre sus deleites y prosperidades, sino con tus siervos y privados nos reparte de los trabajos que nos enseñaste á sufrir, para que con ellos andemos limpios, alumbrados, recatados, favorecidos, confiados y contados entre los que con tu unigénito Hijo han de gozar de su gloria; en la cual, con él y con el Espíritu Santo, vives y reinas para siempre jamás un Dios. Amen.

FIN DE LOS DISCURSOS DE LA PACIENCIA CRISTIANA, Y DEL TOMO PRIMERO DE ESCRITORES DEL SIGLO XVI.

INDICE.


LIBRARY
OXFORD
TAYLOR INSTITUTION

